



*Rama en brazos de su madre*

**VALMIKI**

# **EL RAMAYANA**

\*

**BALAKANDA - AYODHYAKANDA  
ARANYAKANDA - KISHKINDHAKANDA**

**Traducción y anotaciones J. B. BERGUA**

# EL RAMAYANA

Colección «Tesoro Literario», n.º 2

**JUAN B. BERGUA**

## **HISTORIA DE LAS RELIGIONES**

**Tomo I: LAS RELIGIONES PRIMITIVAS.** Teorías sobre el origen de las religiones. Sumerios, Babilonios, Asirios, Hititas, Hurritas, Fenicios, Cartagineses, Sirios, Egipcios, Chinos, Japoneses, Tribus primitivas actuales.

**Tomo II: RELIGIONES INDOEUROPEAS Y PRECOLOMBINAS.** India, Grecia, Micenas, Creta, Roma, Etruria, Celtas, Eslavos, Germanos, Chamanismo, Mazdeísmo, Maniqueísmo y religiones americanas precolombinas.

**Tomo III: LAS GRANDES RELIGIONES.** Los sikhs, Jainismo, BUDISMO, Lamaísmo, ISLAMISMO, Babismo, Bahaísmo, JUDAÍSMO.

**Tomo IV: EL CRISTIANISMO,** religión y herejías. Historia completa, más de 500 notas, 2 tomos; no se venden sueltos.

**Tomo V: JESCHUA el nasoreo,** Historia de la Iglesia cristiana. El Papado. Los concilios. Los cismas. Las Cruzadas. El poder temporal. La Inquisición. Un análisis completo de la historia del Cristianismo.

V A L M I K I

# EL RAMAYANA

BALAKANDA • AYODHYAKANDA  
ARANYAKANDA • KISHKINDHAKANDA

TOMO I

TRADUCCIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR,  
NOTAS Y ESTAMPA RAMAYÁNICA  
DE  
JUAN B. BERGUA

TERCERA EDICIÓN

CLÁSICOS BERGUA

Ediciones Ibéricas - Pl. Conde del Valle de Suchil, 14 - 28015 Madrid.



© J. Bergua, 2006

Clásicos Bergua - Madrid  
(España)

**(Tomo I)**

Obra completa:

ISBN 10: 84-7083-048-1

ISBN 13: 978-84-7083-048-8

Tomo I:

ISBN 10: 84-7083-131-3

ISBN 13: 978-84-7083-131-7

Impreso en España  
Printed in Spain

## DEDICATORIA

*Dedico este libro, cuya traducción, noticia preliminar y notas tanto trabajo me han dado, y luego no pocas inquietudes asimismo hasta verle al fin impreso, a mis dos hijas, Juana y Matilde, a quienes debo, por el contrario, tantas alegrías y tantas satisfacciones. Pueda, pues, gracias a él, pagar siquiera en parte tan grata deuda.*



## NOTICIA PRELIMINAR

### LA CARA Y LA CRUZ DE LA MONEDA INDIA

La Península Indostánica, con sus cuatro millones y pico de kilómetros cuadrados y sus 400.000.000 de habitantes; es decir, con una extensión y una población superiores a las de toda Europa, es una república independiente desde el 18 de julio de 1947, en que Inglaterra, tras reconocer su autonomía, transformó los 690 Estados del mejor florón de su Imperio en dos «dominions»: la Unión India y el Pakistán; éste formado por dos pedazos de territorio desiguales en extensión, el más pequeño en Oriente y el mayor en Occidente; pero toda la enorme Península, limitada al Este, Sur y Oeste por el Océano Indico, y al Norte, por el Irán (Persia), el Afganistán, el Tíbet, el Nepal, el Bután, la China y la Birmania. Al este del cabo Comorín, punto extremo Sur de la gran Península, está la isla de Ceilán (en sánscrito, Sinhala, isla de los leones), colonia inglesa hoy, isla que tanto papel tiene en el Ramayana, y no mucho más pequeña, con sus 65.000 kilómetros cuadrados, que Portugal.

Esta escisión de la Península Indostánica en dos partes distintas e incluso enemigas, por opuestas ideológicamente, India proplamente dicha y Pakistán o país de los Puros, ha sido debida no a diferencias raciales, geográficas ni tan siquiera políticas, sino religiosas. El hecho de que los musulmanes del Pakistán pensasen en lo que afecta al desconocido más allá de modo distinto que los hinduistas, es decir el creer, los que creen, que el Mundo está regido por Alá, en vez de por Vishnú-Siva, ha bastado, tras unas luchas que

causaron varias decenas de millares de muertos (por verdadera casualidad esta lucha no degeneró en revolución), para formar los dos Estados actualmente diferentes, que mucho tacto hará falta por parte de los que los gobiernan para que la contienda no vuelva a encenderse. En todo caso, la culpa de esta torpe y enconada enemistad la tiene, allí como en otras partes, la más torpe y desatlnada de las pasiones: el fanatismo religioso, que, atizado por la ignorancia (el número de analfabetos llega en la India al 98 por 100), no se detuvo ni siquiera ante los crímenes más injustificados e inicuos: la muerte de un hombre tan eminente como Gandhi, verdadera excepción entre tantas decenas de millares de desdichados, lo prueba.

Hoy la situación religiosa de aquella Península es la siguiente: hinduistas, 255.000.000 (1); musulmanes, 95.000.000, casi todos en el Pakistán (2); cristianos (3), 6.000.000 (3 de protestantes, 2 de católicos y 1 de sirlos); sikhs, 5.700.000 (4); djainistas, 1.500.000 (5); budistas, 250.000 (6); parsis, 115.000 (7); judíos, 25.000 (8); tribus animistas, 25.500.000 (9).

Su situación desde el punto de vista racial y lingüístico no es menos variada. En los tiempos más antiguos vivían en lo que hoy es la India una raza de pequeña talla, los negritos, de los que aún existen descendientes, junto a otros negros de gran estatura y cabellos rizados. Rama y sus hermanos parecen ser de esta raza; e incluso Ravana, negro también, y los suyos. Luego llegaron los dravidianos, mestizos de negros y amarillos, expulsados al Himalaya y a la meseta central por otros pueblos sin duda más fuertes; y los kolarios o mundas. Después hicieron irrupción los mongoles tibetanos; y hacia el año 1500 antes de nuestra era, los aryas o arjos, de raza blanca. Posteriormente, los griegos, los parsis y los escitas. Y aún en el siglo IV d. d. J., los rajputs, tribus guerreras de raza blanca, que hoy habitan muy especialmente el país situado al norte de los montes Aravalli, entre el Penjab y el Jumna, afluentes del Ganges. Región llamada Rajputana o Radjputana, de 334.000 kilómetros cuadrados y 11.000.000 de habitantes. Los rajputs («Hijos de rey»), buenos jinetes, buenos cazadores y que dieron los mejores soldados al ejército británico de la India, identificados poco a poco a la casta militar (kshatriyas) gozan de gran prestigio. En fin, en el siglo IX, hordas compuestas de árabes, turcos y mongoles, que, derrocando el poder de los rajputs, penetraron aún en el suelo de la India. Por consiguiente, y como bien se comprende, el nombre actual de hindúes resultía vago y nada preciso para designar la mezcla

a que ha dado resultado tal profusión de pueblos y de razas. Es una especie de capa que cubre como puede la más compleja mezcla racial del planeta.

En lo que a lenguas respecta pueden considerarse tres grandes grupos: el aryo, el dravidiano y el munda. El grupo aryo produjo los Vedas, primer monumento religioso-literario; al punto los Brahmanas, y con ellos el sánscrito clásico, lengua de los brabmanes, prohibida más tarde fuera de la casta. Budistas y djainistas se sirvieron de ella. Hoy mismo la usan aún los pandits (pandita, hombre sabio; maestro de religión, moral y sociología) para sus enseñanzas, como en Occidente se usaba el latín y aun el griego, hasta principios de la edad moderna. Junto al sánscrito se ha formado el prakrit, palabra que agrupa varias lenguas populares. Y entre los dialectos vulgares modernos los más hablados son el hindí, el hindustaní y el pensabí, lengua ésta de los sikhs. Las principales lenguas dravidianas son el tamul, el kanara y el malayala. Las lenguas del tipo munda son habladas por un grupo de tribus de reducida población y cultura inferior: unos dos millones de habitantes.

Religiones, razas, lenguas: esta enorme variedad, con frecuencia verdadera disparidad en todo, era natural en una región tan enorme y tan varia y dispar ella misma en cuanto a naturaleza. En efecto, dividida naturalmente en tres grandes regiones: Himalaya, llanura del Ganges y Península del Decán, hállanse en ellas cuanto de bueno y de malo pudiera encontrarse en el resto del planeta. La más alta de las cadenas montañosas en la que se yergue el titán de los montes, el Everest (8.845 m.). Ríos también fenomenales, de los que son capitanes el Ganges y el Indo, Indus o Sind. El Ganges es el río sagrado por excelencia (por excelencia, pues hay muchos tenidos como tales), río adorado como una divinidad y que sólo los que han estado en sus márgenes saben bien qué veneración sienten por él los hindúes, así como que no hay virtud que no sea atribuida a sus aguas. De un curso de 2.700 kilómetros, cuya cuenca ocupa dos veces la extensión de España, forma al llegar al mar un delta poco más o menos tan grande como la provincia de Madrid (unos 8.000 kilómetros cuadrados); es decir, veinticinco veces mayor que nuestro delta del Ebro; convertido, como éste, en un inmenso arrozal; y región predilecta para esta planta, base del alimento en la India, y para el cólera, allí endémico por decirlo así. Río santo, sí, desde que torrente y con el nombre de Bagirathi nace en el Himalaya, hasta que vierte sus aguas en el océano Indico a través de los numerosos canales del delta, aguas

aquí cenagosas y pestilentes y tan fatales para los cuerpos a causa del azote mencionado, como hasta allí lo es para los espíritus, bien que ellos estén lejos de reconocerlo, a causa de su carácter sagrado; es decir, del fanatismo que inspira.

El otro titán es el Indo, aún más largo en 200 kilómetros, de delta todavía mayor, y que en épocas de crecida vierte en el Océano la enorme cantidad de 18.000 metros cúbicos de agua por segundo.

Junto a estos ríos extraordinarios, valles no menos extraordinarios a causa de su prodigiosa fertilidad, como el de Cachemira; regiones como el Assam, que a causa de la proximidad de los montes Sivaliks recibe la mayor cantidad de aguas de lluvia de la Tierra (hasta 12 metros por año). Como es natural, la vegetación con agua y calor en extremo, en consecuencia. En el Dun (y en otros muchos lugares, por supuesto) todo es un bosque tropical, la jungla (10), con frecuencia impenetrable, donde boas monstruosas, tigres y elefantes son casi tan abundantes como antes los parásitos y los mendigos en las ciudades españolas. Zonas pantanosas también fenomenales, como el Teraí; otras, el Pendjab, por ejemplo, donde todos los ríos del Mundo parecen haberse dado cita. Pero también desiertos, como el de Thar, inmediatamente al sur del Teraí, desierto jalonado de enormes dunas de arena, donde la vida y los cultivos son imposibles fuera de las orillas del Indo. En grandes extensiones ocurre, como en ciertas regiones de España, por ejemplo en Huesca, donde una vez dejada atrás Navarra (yo lo observé yendo en coche de Pamplona a Tarragona) es preciso llegar a Monzón, es decir, a orillas del Ebro, para ver huertas, verdor, árboles, frutas, vida. En fin, todos los terrenos imaginables: junto a los de aluvión magníficos, glaciares donde sólo la existencia es posible en contados valles; y capas formidables de basalto hasta de 2.000 metros de espesor, formadas por antiguos volcanes; y charcas pantanosas, mortíferas; y regiones paradisíacas; en una palabra, todos los climas, toda la fauna, toda la flora de la Tierra, todos los vientos, empezando por el «monzón», que sopla seis meses de un lado y los otros seis del opuesto, que con frecuencia produce tormentas terribles, y del que depende la cosecha de la India, y, como es natural, los años desfavorables, hambres y epidemias atroces en tan vasto, plural y desconcertante país.

Si contemplamos ahora serenamente la cara espiritual de esta prodigiosa moneda que es la India, no se podrá menos de reconocer que ha sido la gran oficina donde han nacido

las teorías y las grandes doctrinas que en todos los tiempos han agitado también a los espíritus de Europa (11). Cuna asimismo de una moral sumamente perfecta, que no tuvo otra que la superase hasta la aparición de la cristiana, de una filosofía admirable, y de un libro curiosísimo: los Vedas (12). Allí también, mil años antes del «conócete a ti mismo», la inscripción de Delfoi (Delfos), estandarte de la prudencia socrática, los rishis del Himalaya habían hecho de lo que entrañaba esta máxima el principio de toda investigación; como treinta siglos antes que Freud, habían sondeado lo subconsciente y practicado el psicoanálisis. Por si todo ello fuese poco, la India ha producido seis sistemas filosóficos ortodoxos fundamentales (13), y dos heterodoxos: el Djainismo o Jainismo y el Budismo. Reunidos los seis darsanas, es decir, estos sistemas, forman un conjunto de doctrinas filosóficas que a causa de su extensión, profundidad, amplitud de las cuestiones investigadas en ellos y, en una palabra, de su enorme importancia, en nada desmerecen de los grandes sistemas occidentales, sin excluir a Platón. Sobre que muchos de ellos son las fuentes en las que han bebido los autores de esos otros sistemas, y en ellos donde se han apoyado. Todo sin contar que la filosofía india, desde que ha empezado a ser bien conocida, ejerce una influencia cada vez más grande en muchos espíritus, en muchos europeos pensantes.

Tampoco fue insensible la India al gran movimiento de liberación espiritual que seis siglos antes de Jesucristo conmovió al Mundo. Si China tuvo a Confucio y a Lao-Tseu, el Irán a Zoroastro y Grecia a Pitágoras, la India fue patria de aquel hombre de todo punto extraordinario también que es conocido con el nombre de el Buda (el «Iluminado», «el hombre que ha despertado»).

Si a las ciencias venimos, astronomía (pasando por la astrología), medicina (superada la magia) y matemáticas, puede decirse que en la India han tenido su cuna (14).

Y ya no nos queda sino volver la moneda y contemplar, una vez vista la cara, la cruz. Es decir, entrar de lleno en lo que más especialmente nos interesa por estar directamente relacionado, y mucho, con nuestro Poema: la religión. La religión como fenómeno social actuante. Y digo cruz, porque aunque esta religión haya constituido siempre y aun hoy mismo el 90 por 100 de la actividad no solamente espiritual, sino incluso material de aquella vasta región del Mundo, y haya sido asimismo el origen y manantial de las creencias y mitologías de otros países, ha sido la causa indudable, en lo



mental, del atraso increíble de un pueblo que, como acabamos de ver, fue el generador de las civilizaciones antiguas, pero que a causa de ella ha sido incapaz de evolucionar; y en lo físico, de la terrible miseria en que ha vivido durante tantos siglos y en la que todavía sigue sumido. Porque el progreso material sin el espiritual es imposible, y éste ha sido anquilosado allí hace siglos por una ignorancia y un fanatismo de los que sólo las creencias religiosas, aún dominantes, mantenedoras, entre otras cosas monstruosas o absurdas del sistema de castas, pueden ser culpadas. Los esfuerzos enormes que se están haciendo desde el año 1947, en que, como ha sido dicho, fue reconocida la India como Estado independiente, aún no han dado un resultado como para ser tenido en cuenta. Por supuesto, aunque su fruto fuese tangible, no podría desvirtuar las afirmaciones que acabo de hacer. Veámoslo. Hagamos un rápido boceto de este estado social lamentable empezando por afirmar de un modo rotundo que la India ha sido y sigue siendo en el Mundo el país más religioso.

Si la historia de todos los pueblos parece iluminada por sus religiones; si no puede negarse que en todas partes y en todos los lugares la religión aparece al mismo tiempo que los albores primeros de las civilizaciones, y que luego sigue a los pueblos siendo el más vivo acicate tanto de sus empresas gloriosas como de los hechos más criminales; si los hombres, en fin, son religiosos en todas partes, en la India parecen haber ido hasta lo más profundo de la facultad de creer. En cuanto a estas creencias, cuando se las considera de cerca y con espíritu independiente e imparcial, se aprende en ellas ante todo (o lo aprende el que ya no esté convencido) una gran verdad: que la fe es necesaria para toda empresa, pues, como dice el Evangelio, «nada hay imposible para el que cree». Y aún más: que su ejemplo es una prueba de las más positivas y evidentes, de hasta donde puede alcanzar esta forma del pensamiento que es la religión, cuando arrastrada por la fantasía o tutelada por la convivencia, más y más se aparta de lo posible y de lo razonable.

Es más, la India ha llevado hasta sus extremos más remotos, no ya una religión, sino, lo que es aún más curioso y sorprendente, dos tipos de religiones enteramente opuestos: el dinámico, el todo potencia, el todo acción, violencia incluso, y el, por el contrario, todo quietud, serenidad, éxtasis, contemplación y meditación: el ascético. La religión, o mejor las religiones que exaltan la potencia del hombre, y

al mismo tiempo y en los mismos lugares las que se fundan en el renunciamento y parecen tener por fin reducir al hombre a una pavesa mortal sin valor, mérito, ni otra fuerza en sí mismo que la quimérica fuerza de tender, a costa de maceraciones, sacrificios e incomodidades, a acercarse, igualarse si ello es posible, a una no menos quimérica, muchas veces absurda divinidad inventada por otros hombres antes que él, y por él aceptada sin la menor reflexión y sin un átomo de discernimiento.

Las religiones, decía, refiriéndome a la India, que exaltan la potencia del hombre, junto a las que se fundan en el renunciamento. Las religiones de los amos y las de los esclavos, como escribía Nietzsche. En efecto, el culto a Siva es el más desenfrenado, el más vigoroso, el más implacable de los paganismos; mientras que el de el Buda es, antes, mucho antes que el cristianismo, un cristianismo consecuente que cuanto persigue esencialmente es el desprendimiento hasta el último átomo, de la personalidad. Es más, y ello es lo sorprendente, sin necesidad de enfrentar estos dos tipos de religión enteramente contrarios, en la propia figura de Siva, ¿no hay oposiciones desconcertantes? Siva, tercera persona de trinidad (Trimurti) India, es, en efecto, el «gran dios» (Mahadeva) de múltiples formas. Como Siva, y tal cual este nombre indica, es «el Benéfico»; como Rudra, el Destructor, «el Terrible», que expresa a su vez esta palabra: la personificación de la potencia destructora y disolvente de la Naturaleza. ¿Cómo es posible esta antinomia? Los que tienen interés en justificarla la explican del modo siguiente: como la destrucción es el preludio de toda creación, pues la muerte es necesaria para que la vida vuelva a florecer, nada hay de extraño en que Siva sea la encarnación divina al mismo tiempo que de la potencia destructora, de la reproducción eterna de la Naturaleza, la expresión de la esencia creadora de lo Absoluto; y por ello, si Rudra, también y juntamente Mahadeva. Siva, aunque en los Himnos era benéfico, «Siva el Propicio», tornóse en la mitología hinduista en un dios sanguinario y terrible. Con el nombre de Rudra es Prasupati, «amo de rebaños», y entre estos rebaños hay que poner la horda familiar de ladrones, bandidos, mendigos y fakires que le consideran como su dios. Es, además, el jefe de los espíritus malos, de las Gules (demonios hembras horribles, que toman formas seductoras para engañar a los caminantes, extraviarles y luego beber su sangre) y de los fantasmas nocturnos que rondan por los crematorios y lugares impuros. Según se le invoque en

uno u otro de estos múltiples aspectos (pues con Vishnú comparte la adoración de los hindúes: hay incluso sectas «sivaitas» como las hay «vishnuitas») es tutelar, como Bhava, o como Kala, el Tiempo, destruye toda cosa. Como BhaIrava es dionisiaco y furioso; como Mahadeva es el Señor, el Gran Dios, y entonces las otras divinidades no son sino sus emanaciones. Es también digambara, es decir, «vestido de aire», y entonces va desnudo con el cuerpo untado de ceniza (la de los fuegos) y de bosta. Es también el primero de los ascetas (a causa de ello lo que el Ramayana toca al sivaísmo). Sus cabellos están cogidos en un moño en la parte superior de la cabeza; su frente se la ve estriada por tres rayas horizontales (imitadas como el moño, por los ascetas sivaitas, y por Rama y por Lakshmana), y en medio tiene un ojo vertical, ojo terrible. Lleva un collar hecho con cabezas de muertos, y brazaletes de serpientes. Su vida, por otra parte, está llena de rasgos de abnegación absolutamente extraordinarios (véase mi Mitología Universal). Los yakshas, genios terribles, son sus guardianes. A su cabeza atacó Tripura, la ciudad aérea de los asuras, realizando mil proezas con Pinaka, su terrible arco, que, en el Poema, veremos en manos de Rama, cuya fuerza es tan enorme que le rompe al tenderle. Victorioso tras haber dado muerte al demonio Tripura, Siva pisoteó su cadáver al ritmo de la Tandava, danza triunfal y salvaje, que ejecutará al final del actual Kaliyuga (Edad de Hierro), es decir, el día del gran cataclismo, el día pralayá cuando, llevado por su gozo destructor, acabará presa de monstruoso entusiasmo, con el Universo. Su mujer es Parvati (la Montañesa), hija de Hymavat (el Himalaya). Parvati que, como Siva, ora es benéfica (Umá, la Graciosa; Ambiká, la Madre; Satí, la Buena Esposa, o Gaurí, la Brillante), ora, y esto lo más frecuente, perversa (Durgá, la Inaccesible —de «durgan», inaccesible—; Kalí, la Negra; Bheraví, la Terrible, o Karalá, la Aterradora) (15).

Otra gran manifestación de Siva es como el «gran Yogui» (Mahayogi, el «yogui de los yogis») que, obsérvese aún la enorme disparidad con lo anterior, hace al dios haber alcanzado la suprema perfección gracias a la meditación y a los ejercicios ascéticos. A causa de ello es representado, bajo esta forma, como un viejo fakir, desnudo, sucio, los cabellos anudados y el cuerpo untado de ceniza. Su ejemplo y su estatismo sirve, según los que creen en él, para demostrar cómo se puede mortificar la carne y aniquilar deseos y pasiones mediante la vida ascética y contemplativa, de querer alcan-

zar el más profundo conocimiento espiritual. Y junto a este digamos santo (repito que aquella religión es, diré, por no emplear otra palabra más dura, desconcertante), el Siva demonio, el Siva Bhute vara («El Señor de los espíritus y de los demonios») que frecuenta los cementerios y las hogueras funerarias. Como tal monstruo lleva un collar hecho con cráneos humanos, o bien guirnalda de serpientes vivas. Naturalmente, ahora es todo lo contrario de un asceta: es un bebedor jovial que pasa su existencia en los placeres más desatinados, en compañía de su esposa, en medio de los montes Himalaya. En el poema le encontraremos en uno de estos momentos de alegría y de jolgorio, luego de haberse transformado en hembra para distraer a su esposa, y con ello hacer cambiar asimismo de sexo a cuantos seres varones penetran en el bosque en el que se entrega a sus devaneos (16).

Pero la representación más corriente de Siva es, quizá, la de «bailarín»; es decir, ora en metal, ya en piedra, bajo la forma de Nataraja (17).

Tras estas formas extremadas del Brahmanismo y de el Budismo, ora por su pureza, ya por su desenfreno, todas las demás religiones del Mundo parecen cosa diferente; ahora bien evidente es que la perfección es enemiga del desenfreno. La India, tras haberse hartado y agotado a fuerza de Budismo, ha vuelto lentamente a Siva. En lo que al pueblo afecta, al Siva materialista y horrendo. Cosa natural, pues mientras el espíritu no consiga prevalecer de un modo completo sobre la materia, y esto no se da sino en casos excepcionales, ésta será la que siga imponiendo su férula y sus modalidades.

En Ellora, aldea del Estado de Haiderabad (India del Sur), hay templos grandiosos, construidos en la roca viva, dedicados a las tres grandes religiones de aquel extraordinario país: la budista, la brahmánica y la djainista. El más hermoso es el Kailasa, dedicado a Siva. Comenzado hacia el año 760 d. d. J., se afirma que es la representación terrestre del Kailasa celestial, residencia empírea del dios. Una afirmación más en un país como la India, en que tantas cosas se afirman sin pruebas, qué más da. Lo esencial estriba en que arquitectónicamente es tan soberbio y tan admirable que se comprende que se compare a lo celestial algo tan grandioso y tan sorprendente, bien que terrestre. Pues bien, cuando se ve en Ellora tallados sucesivamente en el mismo acantilado rocoso los monasterios búdicos o djainistas, en los que los monjes han cumplido durante siglos prodigios de abnegación, y al lado el Paraíso monolítico de Siva, himno eterno, si algo

puede ser eterno en la Tierra (olvidemos que este pobre planeta está destinado a perecer, y antes que él la vida que le anima y ha dado origen, y seguirá dando, a tantas locuras y fantasías como de las que me estoy ocupando); himno eterno, decía, a la Danza, a la Carnicería y a la Virilidad bárbara y torpe, se abraza de una ojeada la historia religiosa de la India, resumen y compendio de la de la Humanidad. ¿Pero qué digo? Sin salir del Brahmanismo, ¿no se dan ya en él amalgamadas, pero sin confundirse, las dos tendencias: el espiritualismo más depurado y hasta exagerado, junto al materialismo más impúdico y feroz? En el propio Ramayana, junto a dioses en continua lucha entre sí o con los hombres, dioses carnales y viciosos, empezando por Brahma, el Increado, el Atmán cuyos devaneos con su hija tanto enfurecen a Siva, y siguiendo por Indra, rey de los inmortales y el más desvergonzado y erótico de ellos, junto a ellos, ¿no vemos otros, como en ocasiones el propio Siva, modelos de virtud y de ascetismo, y entre los hombres que se mueven en el Poema, junto a las numerosas sectas de rishis dedicados al ascetismo y a la devoción, a los más terribles y depravados demonios-dioses?

Una cosa no obstante es preciso no olvidar, pese a tanto desvarío espiritual (desvarío, claro, para los que no creen en ellos; creyentes que, como dicho queda, llegan casi a 400 millones; en todo caso digamos bajito lo de «desvarío», porque ellos pensarán de lo nuestro lo mismo); no olvidemos, sí, que el Asia entera recibió su educación religiosa, más pronto o más tarde, de la India. Pues como es sabido, una sobre todo de las doctrinas nacidas en este país, el Budismo, aún impera allí en numerosos sitios. Lo mucho que Grecia recibió de Oriente, sobre todo de la India, como patrimonio divino, innegable es también: muchas, muchísimas manifestaciones de su rica mitología, en la India hallaron su cuna siglos antes y de ésta la llegaron. De las otras regiones del Asia, inútil insistir: también cuando no el Hinduísmo, es el Budismo el que impera en ellas. Hasta en libro que parece tan único y personal, por decirlo así, al pueblo que le ha dado vida, la Biblia, las influencias asiáticas, empezando por el Génesis, del que la expedición Morgan halló en Babilonia la matriz exacta, son evidentes. En fin, está la figura de todo punto admirable de Buda, uno de los hombres más sorprendentes que ha producido la Humanidad, mucho más admirable aún que la doctrina filosófica (pues el Budismo no es propiamente una religión, sino más bien una regla de vida), que figura con su nombre, producto de muchísimas alteraciones, a través de varias escuelas, de las cuales

las más importantes son las llamadas Hinayana y Mahayana.

Pero volvamos a este país, que es lo que ahora nos ocupa. Ningún pueblo de la Tierra da la impresión, en la medida que la da el pueblo indio, de vivir en lo divino. Un detalle aún lo acabará de demostrar: la India es el segundo país del Mundo en cuanto a producción de películas cinematográficas; viene inmediatamente después de los Estados Unidos; pues bien, un porcentaje enorme, la casi totalidad de esta producción son películas religiosas. Esto pensado o leído, una pregunta viene inmediatamente a los labios: ¿Por qué? ¿Ocurre tal cosa a causa de la unidad y excelencia de su religión? De su unidad, no, puesto que, como hemos visto en la nota primera, el hinduismo actual es no solamente el producto de una lenta evolución durante siglos, y el resultado de ideas y creencias pertenecientes, en realidad, a religiones diferentes e incluso opuestas, sino que en el curso de esta evolución las herejías han sido múltiples, y múltiples son aún las disidencias espirituales de numerosas sectas. ¿Será entonces debido a la solidez, verdad y perfección de las fundamentales, por lo menos, de sus creencias? En modo alguno, puesto que ninguna religión parece más incoherente que esta Iglesia sin dogmas (si se exceptúa el de las castas), sin papa, es decir, sin jefe, sin estructuras, sin jerarquía y sin unidad verdadera. ¿Es entonces que tal vez su idea de la Divinidad es superior a toda otra? Tampoco, puesto que sus dioses, que se cuentan por centenares, ninguno de ellos, si se exceptúa Brahman (y ello tomando esta palabra únicamente como calificativo masculino de la neutra lo Brahman), resiste (ya acabamos de ver a Siva que con él y Vishnú forma la gran Trimurti—Trinidad—india), la menor consideración relativa a su posibilidad y racionalidad (18). ¿Cuál es entonces el secreto de esta religión seguida y practicada tan ciega y fervorosamente por cerca de tres centenares de millones de criaturas humanas? Para responder a esta pregunta no hay más remedio que confesar una vez más, como en todas las ocasiones en que es preciso creer sin comprender, que este secreto está en el fanatismo y la incultura de tantísimos adoradores. Aquí en grado superlativo ambas cosas, si se tiene en cuenta que, como ya ha sido dicho, el número de analfabetos alcanza en la India una cifra «récord», el 98 por 100.

Cosa es sabida que la India, a causa precisamente de una religión en que el sistema de castas ha sido erigido como dogma, siendo tal vez, cosa curiosa, su único dogma, es el país del Mundo que tras haber sido la cuna de la civiliza-

ción es el que menos ha evolucionado. La historia de todas las naciones no es, si bien se mira la cuestión, sino la trama de los episodios brutales y sangrientos tejidos en torno a la lucha de clases. Los esfuerzos de los desposeídos de todo por ver de obtener y conseguir lo indispensable para dejar de ser totalmente esclavos, constituye la medula de la vida de la Humanidad, esa cuestión fundamental de la Historia que en todas partes ha empujado a lo que genéricamente ha sido denominado «la plebe», a agruparse y luchar, primero por su libertad corporal, luego por la libertad política, y, finalmente (y la lucha aún dura), por conseguir la verdadera libertad, sin la cual las otras dos son puramente quiméricas: la libertad económica. Este combate continuo, esta lucha sin cuartel, este caminar hacia la más o menos positiva libertad, ha progresado más o menos lentamente según los hombres llegaban a gozar, en cada país, de otra forma de libertad, libertad esencial y necesaria para el avance de las demás: la libertad espiritual. Ahora bien: esta libertad, en realidad, no ha existido jamás en la India, a causa del sistema de castas, pues allí donde se empieza por afirmar que unos hombres son superiores a otros por algo distinto de la inteligencia o la bondad de corazón, toda libertad queda ya, de principio, anulada. Es decir, que en todas partes donde los privilegiados no empiezan por afirmar que los otros son inferiores y que esta inferioridad les viene de su origen bajo y de su mala casta (los brahmanes proceden de lo mejor de Brahma, la cabeza; los kshatriyas, del pecho; los vaisyas, del vientre; los sudras tan sólo de los pies), en tales pueblos pueden los hombres aspirar a mejorar su condición tanto social como política y económica con sólo darse cuenta de que las desigualdades entre ellos raramente son obra de la virtud y de la inteligencia, sino tan sólo de las circunstancias, del tiempo y de la fuerza, es decir, de la injusticia. Pero si, como en la India, es la religión la que impone y sostiene y mantiene la desigualdad entre los hombres, nada, a no ser, como digo, la verdadera libertad espiritual, podrá redimir a los desheredados de todo. Y como para conseguirla el primer paso es reconocer la falsedad, torpeza e injusticia de la religión que a tal estado les ha conducido, y en la India esta religión sigue pesando sobre millones de esclavos, esclavos que ella misma forja hoy como hace treinta siglos, se comprende que el analfabetismo y la miseria, que es su escuela, sean las mejores ligaduras con que las clases dominantes atan, sin necesidad de otros lazos ni cadenas, a tanto desdichado cuyo fanatismo es el mejor grillete, y cuyo conjunto

ofrece el lamentable estado de incultura y de hambre que agobia al pueblo indio.

Ahora, como decía, el que quiera saber lo que es un pueblo religioso, que vaya a la India. Hoy, como hace cuarenta siglos, desde el cabo Comorin, extremo sur de la península del Hindostán, hasta las montañas de Karakorum, en el extremo norte, y del delta del Ganges al del Indo, en varias decenas de ciudades y en más de 500.000 aldeas perdidas en la chungla, decenas de millones de criaturas, la mayor parte hambrientas y miserables, se acurrucan varias veces al día delante del fuego sagrado, moviendo los labios mientras contemplan la llama. O van a los templos a sacrificar animales vivos (que no comen) a dioses enteramente absurdos, o a prosternarse ante ídolos con cabezas de elefante o de mono. De elefante, porque Ganesa fue gratificado por Siva con una testa de este animal (véase mi *Mitología Universal*); de mono, en recuerdo y admiración aún al héroe más simpático del Ramayana: Hanumat. Porque no se olvide que la India conoce mejor a los héroes de sus leyendas que a los personajes de su historia; y que para los hindúes tiene todavía más fuerza lo maravilloso, a lo que dan crédito de preferencia a lo real, pues si la miseria, su consecuencia, les abruma, aún más el fanatismo que la sostiene. En cuanto a Rama, héroe que comparte con Hanumat la predilección de Valmiki en el gran Poema, todos los indios, tras recitar o cantar por la noche un trozo del Ramayana, ofrecen al dios vuelto hombre, como tal dios y como tal héroe, el agua, el «ghi» (manteca fundida) y hasta el arroz que se quitan, por hacerlo, de la hambrienta boca.

Nada más eficaz para formarse una idea, bien que sea pálida al lado de la realidad, de un pueblo víctima de su religión, que una visita a Calcuta o, mejor aún, a Benarés, la antigua Kashi, la ciudad sagrada de los 1.500 templos; templos que han estancado una de las grandes civilizaciones del Mundo allí mismo nacida. Ambas ciudades están al borde del también sagrado Ganges: Calcuta, en uno de los canales o brazos que forma el enorme delta (a la orilla izquierda del Hoogly o Hugly); Benarés, más al interior. En ellas como todo a lo largo de la enorme vena líquida desde su desembocadura en el océano Índico hasta su nacimiento en el Himalaya, en su bastante largo curso de 3.000 kilómetros, el espectáculo es el mismo: las trompas de bronce y los gongos de los templos empujan a los fieles (en las dos ciudades citadas, por centenares de millares), a la hora de los crepúsculos, a las abluciones y



a la adoración de la mañana y de la tarde, exactamente hoy como hace treinta siglos; es decir, cual venos a Rama o a los rishis practicar en el Poema. E igualmente cada día y todos los días, los innumerables altares de los 1.500 templos de Benarés están continuamente iluminados, arde el aceite de coco en las escudillas de tierra, y los ídolos son doblemente envueltos por el humo del sándalo y los cánticos y rezos que al mismo tiempo les dedican los creyentes. La Santa Benarés está construida sobre la orilla izquierda del Ganges, río santo, como digo, y santo por excelencia. Esta orilla izquierda es «la buena orilla», al otro lado es la mala; la orilla maldita. Las virtudes del agua de este río son incontables. Todo lo pueden y todo lo purifican. Todo menos su propio elemento, que sirviendo para los menesteres de la vida de millones de personas que en él hacen sus abluciones varias veces al día, lavan su ropa, friegan sus cacharros, arrojan las cenizas de sus muertos cuando no a los muertos mismos (los santos —sadhus—, los suicidas, los leprosos y los niños son echados al río sin incinerar) y luego, ¡beben agua!; tras todo ello puede que tenga mucho de santo, pero seguramente cien veces más de sucio y de malsano. Mas como lo que purifica y salva es la fe, millones de peregrinos llegan cada año de todos los rincones de la India a adorar al Río-Dios; y constantemente puede verse en sus orillas a centenares de hombres y mujeres saludando (éstas con gestos crispados) la salida o la puesta del Sol, iluminados por el primer reflejo del río, al alba, o en el último peldaño de las muchísimas escaleras que en gradería descienden hasta el agua, a fieles de uno y otro sexo en actitud respetuosa, las manos juntas sobre el vientre, la cabeza inclinada, murmurando sus oraciones. A los brahmanes se les conoce en el cordón blanco que cruzándoles el pecho les llega hasta la cintura. Sin él se les reconocería también fácilmente, pues son los únicos que no son casi tan delgados como esqueletos. Claro que entre estos brahmanes, los sivaitas muestranse de ordinario esqueléticos y con el cuerpo mortificado de mil maneras, pues es precisamente cuando el culto sivaita se asocia al ascetismo cuando el fanatismo reviste en la India sus formas más exageradas. Frecuente es ver a estos adoradores de Siva mortificarse pasando días y noches extendidos sobre planchas llenas de clavos de punta, manteniéndose con los brazos levantados junto a la cabeza, ofreciéndose a la contemplación con el descarnado cuerpo atravesado por agujas, cruzar (gran medio de purificación) con los pies desnudos cuadriláteros más que regularmente grandes llenos

de carbones ardientes, y otros tormentos semejantes que, según creen, han de conducirles derechos al Kailasa. Los anacoretas, tan numerosos en el cristianismo naciente, se mortificaban también (podría citar ejemplos curiosísimos) con la misma esperanza, y aún hoy mismo parece ser que la fe y los votos no han desterrado el cilicio y otras prácticas nada gratas al cuerpo.

Benarés está construido en anfiteatro en la orilla izquierda, como digo, del río sacrosanto. En esta orilla se amontonan sus 1.500 templos y los no menos numerosos palacios de las grandes familias, palacios contruidos especialmente para venir a ellos cuando el momento de morir llega para uno de sus miembros. Porque el que muere en Benarés está salvado. En Benarés y en la orilla privilegiada, pues, ¡ay!, el que lo hace al otro lado, como asno renacerá en la encarnación inmediata. La virtud maravillosa de aquel agua bace que decenas de millares de hindúes sean bajados cada año por las 67 enormes escaleras que desde palacios, templos y casas descienden hasta el río desde lo alto del acantilado, con objeto de que puedan meter la mano en ella antes de morir. Desde hace tres mil años, quizá más, la peregrinación no se ha interrumpido, pues es artículo de fe que el que cierra los ojos con las manos metidas en el agua del Ganges, muy especialmente allí, ya nada tiene que temer en esa cosa misteriosa y tan temida que es la otra vida.

Benarés es asimismo la máxima etapa en la ruta de la gran peregrinación. Esta peregrinación consiste en subir desde el Delta hasta las remotas fuentes del río divino, en el Himalaya. El islamismo tiene la Meca, capital santa del mundo árabe, donde todo buen musulmán debe ir, una vez por lo menos, en su vida, con objeto de orar en la gran mezquita de los soportales, cuyo cuadrilátero central rodea la Kaaba, abrigo de la famosa piedra negra, objeto el más sagrado del Islam. Que por cierto, protegida contra el Diluvio por el ángel o arcángel Gabriel (que luego tuvo conversaciones particulares con Mahoma— Mohammed— para hacerle saber, por orden de Dios, que tenía que renovar la religión de sus paisanos), la puso en la cima del monte Abu Qubays, tras lo cual, más tarde, se la llevó a Ismael y a Agar, cuando éstos erraban por el desierto, expulsados por Abraham de su tienda, para que pudieran apoyar sobre ella la cabeza, al descansar. Blanca entonces de toda blancura, si ahora es negra, es a causa de haber sido ennegrecida por los pecados de los hombres. Hoy se la puede ver, ¡reliquia preciosa!, empotrada en el ángulo de la

Kaaba que mira al Norte, a unos 70 centímetros del suelo, engastada en un espeso círculo de plata, que reúne sus diversos pedazos, pues un incendio, ocurrido por desgracia en un momento en que sin duda el arcángel Gabriel estaba distraído, la puso en mal estado. El peregrino debe besarla, pero no lamerla. Lo advierto por si alguno de mis lectores se siente cogido de pronto de fe musulmana y se lanza hacia allá. Por supuesto, nada de tomar, para llegar antes, el avión u otros medios profanos, como ya hacen los cardenales para acudir a los cónclaves. Me parece que el «incendio» del modernismo y el afán de comodidad rajan la piedad, como el otro rajó la piedra negra. Pero vuelvo a lo que decía: el mahometano que no cumpla esta peregrinación, cuando muera no tendrá huries, arroyos de agua cristalina y fría como la nieve, árboles prodigiosos eternamente cargados de frutas exquisitas y cuanto ofrece el Korán como recompensas celestiales que, por no darse en la pétrea Arabia, inhospitalaria en casi su totalidad, estilaron (entre Gabriel y Mahoma) que era lo que mejor podía mover a piedad a los beduinos. En todo caso, lo que no deja de ser extraño es que dos religiones que encierran en sus doctrinas cosas tan increíbles, como el Hinduísmo y el Islamismo, tengan aún tal número de adeptos y que éstos sigan fieles a sus respectivas creencias. Y que tal ocurre, ¿no lo prueba la división de la India en dos Estados enemigos sólo a causa de la religión?

La India, ya digo, tiene a Benarés como etapa principal de las grandes peregrinaciones que partiendo de la isla de Sagar (o de sus inmediaciones), allá en el extremo de la desembocadura del gran río, suben sin apartarse de su curso, hasta llegar, los que llegan (pues muchos mueren en el camino de fiebres, de fatiga, de agotamiento) hasta Gangotri, allá en el Himavati de nuestro Poema. ¡Larga, larguísima peregrinación y gran mérito subir, a pie, descalzos como allí van todos, no bien comidos y con aquel clima, y luego, si se ha llegado, bajar haciendo en quién sabe los meses, años y varlos, con frecuencia, los 6.000 kilómetros del penosísimo recorrido! Y, no obstante, millares, millones de hindúes realizan esta costosa peregrinación constantemente, dejando por hacerla todo cuanto tienen: hogar, familia, profesión, deberes sociales. Todo con objeto de ganar el codiciado Svarga, su Cielo, su Paraíso, su Olimpos. Larga peregrinación, digo, y nada más verdadero; porque sin contar los que, agotados, llegan al Svarga antes de lo que pensaban, están los que, tocados por la gracia o por sublimes esperanzas, viene a ser lo mismo, a la ida o a

la vuelta se detienen en un ashram (monasterio), quédanse allí para siempre convencidos de que es para ellos lo mejor, y sus familiares, sus deudos y sus amigos no vuelven a saber de ellos.

¡Fe! ¡Divina palabra! Pero ¿qué fe es comparable a ésta, a la que ni fatigas, ni torturas buscadas, ni la miseria y el hambre misma detiene, y ello, no ya movidos por la esperanza de salvarse, esto sería demasiado, sino de avanzar unos pasos en la penosa rueda de las transmigraciones? De los puntos más alejados de Benarés, de todas las regiones de la India, los enfermos se hacen transportar a esta ciudad con la esperanza de llegar a ella antes de haber exhalado el último suspiro; así como hindúes que residen en Europa, América, África u Oceanía y que en uno de estos continentes tienen todo hace muchos años, familia e intereses, cogen el avión rumbo a la Ciudad Santa a la primera llamada de la muerte. Exactamente como algunos hacen en Francia por amor al agua de Lourdes; yo conozco un caso.

De las nieves del Himalaya a las selvas de Cellán, las familias se transmiten, cual preciosas reliquias, frascillos conteniendo lo que queda del agua sagrada, con objeto de dejar caer unas gotas salvadoras en los labios de los moribundos. Ni Roma con motivo del Año Santo, ni La Meca en lo más fuerte de las peregrinaciones, ni ciudades tan mimadas por el fanatismo religioso, como Lourdes, en Francia, o Fátima, en Portugal, son comparables a Benarés, donde hace muchos, muchísimos siglos, todos los días del año la adoración al Ganges empieza con el alba, dura seis horas o seis horas y media, cesa, no por mucho tiempo, cuando el calor, a mediodía, hace todo, hasta la devoción, impracticable, para empezar de nuevo a las cuatro de la tarde. Y donde, además de los 1.500 templos, cada callejuela tiene el suyo (cripta o cueva), cada tienda su altar y donde hasta en las cestas de mimbre de los vendedores o vendedoras ambulantes una mecha empapada en aceite de coco con unas briznas de sándalo humea en honor de quién sabe qué dios o qué ídolo. En fin, por si todo ello fuese poco, se ven salir continuamente al paso niños y niñas mendigos, disfrazados de Siva o de Vishnú (tridente en mano o media mitra en la frente), las dos principales divinidades.

Fanatismo, ignorancia, ¿verdad? Sin duda. Mas, hablar de ignorancia y de fanatismo refiriéndose a todo esto, ¿no es tal vez una imprudencia e incluso una inexactitud? Para rebatir lo de ignorancia, ¿no se podría citar, por ejemplo, la universidad de Gurukula-Kangri, allá junto al Himalaya, al borde

también del Ganges, universidad que contiene, además de varios colegios, cinco facultades que, no obstante disponer de material ultramoderno, enséñase en ellas la medicina, la farmacia, las ciencias, las letras y la teología, tanto en sánscrito como en hindí, según los textos sagrados de hace tres mil años, y en donde la base y preparación para todo lo demás es el yoga, no tan sólo en su forma hatha de dominio absoluto de las aptitudes corporales, o sea de la gimnasia física, sino de la gimnasia psicológica, que partiendo del dominio total de la respiración (pranayama) permitirá al que lo consiga (una vez obtenido a voluntad el pleno dominio de su cuerpo y de su espíritu, llegar al estado perfecto de meditación (dyanha), penúltimo de los ocho escalones de los cuales el pranayama tan sólo es el cuarto) alcanzar la beatitud sin la cual es imposible, luego de haberse librado de la terrible rueda de las reencarnaciones, unirse al Cosmos? (19).

Todo esto da como resultado que en el Hinduísmo, como en todas las religiones (me refiero especialmente a las cuatro o cinco superiores), haya una masa de creyentes, que engloba la casi totalidad de los que en ellas comulgan, que creen lo que se les ha enseñado en la cuna y practican con más o menos regularidad lo que aquello en que creen les impone; todo ello empujados simplemente por el miedo a la muerte y movidos por el deseo de un mañana mejor; y junto a ellos, una minoría de espíritus eminentes, como en todas partes. Con lo que se podrían formar dos grupos atendiendo a su idiosincrasia (pues todos nacemos con un cuño, con un temperamento que nos modela, por decirlo así, que conservamos mientras vivimos, y al que sólo hace cambiar temporalmente las grandes enfermedades). En el segundo de estos grupos entran los naturalmente inclinados a la tolerancia, al amor hacia los demás, a la fraternidad universal, los «afectivos», que pudiéramos decir variedad hermosísima que produce en todas las religiones los santos, criaturas todo corazón y más guladas por él que por las especulaciones intelectuales y de la razón pura, como en la India Asanga, fundador de la escuela idealista Yoga-cara; Sankara, fundador del sistema Advaita-Vedanta de filosofía, cuya virtud era tan grande que se le consideraba como una encarnación de Siva; Chaitanya, fundador de la secta de su nombre, prodigio de sabiduría y de santidad y gran defensor de la igualdad entre los hombres y del ahimsa (21); Kabir, que buscaba la verdad en todas las religiones, y cuyos sucesores espirituales, aún hoy, son respetados y admirados a causa de la pureza y sencillez de su vida; Mahavira, cuyo nombre (Gran Alma) ya

Indica su calidad, y cuya vida (era hijo de un rajah) fue un calco de la de el Buda; Mi-La, el santo budista tibetano que pasó gran parte de su existencia, como tanto asceta cristiano llegado a los altares, en la mayor austeridad y recogimiento: él en una gruta alimentándose tan sólo de ortigas; sus libros, uno conteniendo su propia vida y otro de canciones, son los más leídos en su patria; Nanak, el gran Nanak, fundador de la secta de los sikhs, que, como el Buda, San Pablo, San Agustín y San Francisco de Asís (cito sólo los principales), debió la santidad a una iluminación que le indicó su verdadero camino. Padma Sambhava, gran caudillo budista de la conversión de paganos (a su religión); y Ramakrishna, santo, vidente y favorecido por incontables éxtasis religiosos; y Ramananda, cuyo amor hacia las criaturas era universal; y Ramanuja, fundador de más monasterios (maths) que Santa Teresa conventos (su templo e imagen en Srilangám es siempre muy concurrido y ésta venerada), y tantos otros que sería largo enumerar (22).

Hagamos un resumen de todo lo dicho. Cuando se contempla la miseria alucinante de la India actual, verdadera e irremediable pesadilla hasta en la propia Calcuta; cuando se sabe que el alimento diario de los hindúes (me refiero al pueblo, naturalmente, rebaño el más pobre del Mundo) es una taza de arroz simplemente cocido con agua; que millones de habitantes viven día y noche en las calles de las ciudades o en chozas increíblemente miserables en las aldeas; donde el «afortunado» que durante las noches puede cuhrirse con algo, este algo es un montón de anuncios arrancados de una pared o un pedazo de vieja empalizada; cuando, recorriendo Calcuta, la capital del país, se ve el drama permanente de esta ciudad monstruosa que Gandhi maldecía, metrópoli de los pantanos donde los hombres sin trabajo en los arrozales, el hambre, la miseria y el cólera se dan diariamente la mano; y cuando por otra parte se piensa en las ciudades ricas, magníficas, sonrientes, felices, prósperas, maravillosas incluso, que describe Valmiki como existentes en su época por todas partes, no cabe sino reflexionar sobre estas dos cosas: o que el poeta, digámoslo con franqueza, mentía, o que han cambiado mucho los tiempos. ¿Será esto último? Veámoslo empezando, por mejor decir siguiendo con la religión (causa real y principal allí de tanto mal), o sea, examinando en amplia ojeada la del Poema. Ello nos permitirá abandonar el espectáculo poco grato de la India presente y entrar en el menos angustioso, por muchos conceptos, del Ramayana.

## LA RELIGION EN EL RAMAYANA

El Ramayana es sin duda alguna el poema épico superior y de más importancia que se ha escrito y, por consiguiente, su autor, Valmiki, el primero de los épicos; creo que incluso se podría afirmar de un modo neto y rotundo, el primero de los poetas. Superior a Homeros, a mi juicio (el derecho a opinar es libre), y superior, por consiguiente, su gran obra a la *Iliada* y a la *Odisea*, no obstante la verdadera y enorme importancia de estas dos obras maestras. En cuanto al Ramayana, su grandeza y alcance es tal no tan sólo bajo el punto de vista literario, sino religioso, filosófico y social, tal su hermosura y variedad, que yo no encuentro mano que pueda compararse con la mano que le ha escrito, ni poeta alguno capaz de medirse con él en cuanto al poder de la inspiración y pluralidad y riqueza de fantasía, a no ser nuestro Lope de Vega, que, si cierto no le llega en cuanto a estro épico, pese a no ser, manco el «Fénix de los ingenios» en esta rama de la vena poética, entró y dominó otros campos de las letras por los que Valmiki no pudo adentrarse, pues algunos de ellos, incluso, hubiera tenido que crearlos para poder hacerlo. Pero vamos con el Poema; luego me ocuparé un poco de su autor.

En el Ramayana, como en las dos grandes epopeyas griegas citadas, no hay que considerar y admirar tan sólo la fantasía de sus autores, sino otra porción de excelencias que hacen (y en ello está y ello constituye su gran mérito) que estos poemas admirables sean como verdaderos cuadros de la época en que fueron escritos; como espejos que no tan sólo reflejan el formidable talento poético de sus autores, sino otra porción de facetas gracias a las cuales crece enormemente su importancia.

Así, el Ramayana no encierra tan sólo las interesantísimas peripecias de Rama, «encarnación y representación del Universo», como le dice Brahma en VI, 117 («Tú eres el primer autor de los tres mundos... Tú eres Todo»), peripecias que constituyen la variadísima parte literaria del poema, sino que encierra además una gran riqueza, y por ello su mucho valor desde el punto de vista religioso, moral, social y filosófico.

Tal cual ha llegado hasta nosotros, el Ramayana suele estimarse que fue escrito (simple suposición, por supuesto), poco más o menos, en la época del Bhagavad-Gitá, poema también, pero esencialmente religioso-filosófico, y expresión, como se sabe, no sólo la más perfecta, sino la más amada del genio

religioso de la India (23), cuya antigüedad no parece superior al siglo III a. d. J. Pero el hecho de que las versiones actuales (24) hayan sido fijadas hacia esta época no impide que el Ramayana, sobre todo en lo que a su fondo respecta, las aventuras de Rama, sea muy antiguo. Mucho. Y la prueba es, por ejemplo, que, como ya se ha hecho notar, los Vedas, tantas veces citados en él, raramente lo son en sus divisiones (Rig. Tajyur o Yajur, Samma y Atharva). El hecho también de que en él no sean citadas ninguna de las dos grandes herejías (Djainismo y Budismo), anteriores en dos siglos al Bhagavad-Gitá, así como otros detalles característicos, por ejemplo, el incendio de Lanká, murallas y todo, por Hanumat, lo que este prodigioso mono realiza tan sólo con su cola, a la que los rakshasas han envuelto en trapos empapados en aceite y prendido fuego, con el propósito de que la pierda en castigo a sus audacias; el incendio de Lanká, decía, prueba que sus casas y palacios y murallas eran de madera. Y como es cosa sabida y probada que hasta el siglo III la arquitectura india no empleaba sino la madera en las construcciones (o los adobes, es decir, los ladrillos no cocidos allí donde no alcanzaban las grandes crecidas de sus ríos), evidente es que la obra es anterior al siglo III, pues aunque la acción del poema se supone ocurrida en época mucho más remota, Valmiki no hubiera dejado de reflejar en ella, como lo hace en realidad en ciertos momentos, aquello que tenía ante los ojos al escribirla, o de lo que había tenido noticia y relación. Precisamente, una de sus delicias es describir los palacios de los reyes y citar el oro, las piedras preciosas y hasta el cristal (sin duda, de roca, y entonces cosa muy rara), para embellecerlos a su fantasía.

Todo ello sin contar que es cosa sabida que ya desde los tiempos más antiguos, los cantos consagrados a la glorificación de la séptima encarnación de Vishnú (avatara, en sánscrito, un dios encarnado), extendidos en la India por todas partes, como hoy el Poema, fueron sumamente populares. Pues es cosa indudable que antes, lo mismo que hoy, las «Correrías de Rama», como habría que traducir la palabra Ramayana (25), más o menos modificadas según las sectas y los idiomas, fue lectura preferida de aquellos que de leer eran capaces en todas las castas. Es más, precisamente el carácter rapsódico de esta obra (pues por lo mismo que eran muy pocos los capaces de leerla fue recitada o cantada por todas partes) contribuyó a la difusión que tuvo; difusión por gusto por ella que hoy mismo, a pesar de ser otros los tiempos y las inclinaciones populares no ha disminuído.



En este Poema de dioses y de héroes, el principal por ambos conceptos es Rama (Vishnú-Rama). Y la enorme popularidad de este dios-héroe puede ser demostrada aún, e incluso justificada, considerando que su leyenda, lejos de ser exclusiva del Ramayana, aparece más o menos desarrollada en muchas obras de contenido y fecha muy diversa, tales que el Mahabharata, el Harivansa, los Puranas, el Mrichakatika, el Ruhguvansa, etcétera; así como en los rasas y yatras, esos dramas populares que tantas analogías presentan con los misterios cristianos de la edad media, y que tienen nombres tales que Ramavanavasa-yatra (El destierro de Rama), Sitaharanayatra (El rapto de Sitá), Ravanavadhayatra (La muerte de Ravana), y tantos otros que evocan y representan los momentos culminantes, por decirlo así (en todo caso, los más dramáticos, más interesantes o más fáciles de hacer llegar al corazón de un auditorio), de cuantos constituyen el argumento del Ramayana.

Evidentemente, una vez la figura de Rama en el área del dominio popular, le ocurrió lo que a todo lo que adquiere carácter rapsódico; que, por una parte, la avidez de los oyentes por escuchar narraciones cada vez más interesantes y maravillosas, y, por otra, la conveniencia del que refería o cantaba, pues cuanto mayor entusiasmo y emoción, más recompensa, el núcleo primitivo de la narración se iría ensanchando, como los círculos que forma una piedra cayendo en las aguas tranquilas de un estanque (26). Piénsese en lo que le ocurrió a nuestro Mio Cid; es decir, cómo acabó por transformarse en algo tan distinto del sencillo y admirable poema primitivo, a saber: en las de todo punto disparatadas aventuras referidas en Las mocedades de Rodrigo. Si el Ramayana no ha llegado a tanto ha sido a causa de su mucha extensión, que debió permitir a lectores, recitadores y comentadores hallar siempre amplio campo para entretener, sin necesidad de variar el texto de un modo esencial.

En realidad, lo que ha debido ocurrir es lo siguiente. El núcleo central del Poema, la primitiva leyenda de Rama, encarnación de Vishnú, que viene a la Tierra para combatir a Ravana, cuya fuerza y maldad constituye una grave amenaza para los dioses, sufriría o sería objeto de numerosas interpretaciones, hasta que Valmiki, guiado por su enorme genio poético, reunió en un todo superior las rapsodias ya corrientes en su época en el país de Kosala (el Audh actual), relativas al héroe solar de la familia de los Ikshvakus, es decir, Rama. Luego, compuesto el Ramayana, aparte lo añadido (no mucho, seguramente) por rapsodas y copistas, las verdaderas altera-

ciones sufridas por el Poema serían al pasar de unas regiones de la India a otras, en las que con frecuencia hasta la figura del héroe principal, Rama, ha sido prostituida. Así, en el melodrama de la India, por ejemplo, Rama, que en el poema de Valmiki es la encarnación del idealismo ético inherente al vishnuismo, ha acabado por ser el representante de un culto grosero a Siva, bajo la forma en que este dios, dravidiano en el fondo, es adorado por los lingayats, lingajits o portadores de falos (27). Todo ello sin contar las imitaciones del Poema, como, por ejemplo, el Viracarita, en treinta capítulos, y el Adhyatma Ramayana, donde los hechos son interpretados en sentido espiritual y místico, como los Evangelios en la imitación de Cristo.

Sin llegar a esto, indudable es que el elemento religioso-sentimental penetra y envuelve enteramente al Ramayana, y causa, sin duda, de que Rama, lo mismo que Krichna, fue desde muy pronto motivo de un culto sumamente popular. Culto que ha ido aumentando, y que hoy es tan fuerte como lo era, sin duda, cuando Valmiki escribía su admirable epopeya. Una prueba, entre ciento que se podrían citar, es que el santuario principal de Rama, el Ramasseram, enfrente de Ceilán, es un centro de continuo peregrinaje para la India entera. Otro muy frecuentado también es el de Valukeshvar, cerca de Bombay, donde se venera incluso un estanque sagrado, el Vanartirtha, que Rama hizo brotar del suelo mediante un flechazo. La fe hace (y ve) milagros por todas partes. Los milagros son el maná de las religiones. Más dura aún es la peregrinación a otro santuario, Lourdes de la India (se podrían citar muchos más, pero creo que basten estos tres como muestra de aquella fe, hermana de la de aquí y de todas), el de Badrinath, en el Himalaya, que «millones de hindúes consideran como uno de los recintos más sagrados de la India» (palabras del «ABC» en su número del 15 de marzo de 1959; yo estoy escribiendo estas líneas exactamente dos meses más tarde). En el conocido periódico, en colores y en negro, hay hasta trece fotograbados que me excusan de más comentario. En un terreno muy difícil, montañoso y bordeado de nieve (y eso que las peregrinaciones suben en la época más favorable), se ve a devotos y devotas amontonarse a las puertas del templo, ávidos por entrar; a los enfermos, conducidos en toscas camillas, en parihuelas improvisadas, cada una por cuatro hombres que van, como suele ser costumbre en la India, con los pies descalzos; a viejos vishnuitas, fácilmente reconocibles por las huellas blancas, verticales (los sivaítas las llevan horizon-

tales), pintadas en sus frentes; a las devotas practicando ritos sagrados dirigidas por un sacerdote; a mujeres de la región con la nariz atravesada, desde niñas, por un anillo más que mediano, y lo mismo las orejas. Otros fotografiados representan el dificultoso ascender por caminos sin caminos al borde de la montaña todavía blanca. Envío al lector o a la lectora al periódico. Mi propósito es demostrar el favor que sigue gozando Rama, el dios-hombre de nuestro Poema. Esto hecho y abierta la vía, entro en las manifestaciones religiosas propiamente dichas del Ramayana.

Nada puede dar una idea más completa en pocas líneas del panteísmo total que en el fondo es y era la religión de la India (digo es y era, puesto que del Hinduismo al Brahmanismo ya hemos visto qué escasas son las diferencias), como las palabras de Kausalyá, la madre de Rama, invocando en favor de su hijo la asistencia y bendición de todas las potencias divinas, tanto extraterrestres como terrestres, cuando el héroe se despide de ella a punto de salir para el destierro (II, 25). Kausalyá invoca para que le protejan a los dioses, a los buenos genios, a los rishis, a los manes, a las nagas, a los suparnas; en una palabra, a todas las criaturas celestiales. Esto, ante todo. Luego, a las entidades terrenales: a las virtudes de los Vedas y de los Angas, a las de la ciencia (vidya), a las de los Mantras y de los Atharvanas. No contenta con ello, llama en su auxilio a los samidhs, a la hierba kusa (particularmente santa), a las libaciones sagradas, a los templos y a las cras, asimismo sagradas de los ascetas; a las rocas, a los árboles, a los espinos, a los estanques, a los pájaros, a las serpientes y a los leones, a todos los cuales invoca para que sean favorables a su hijo. Y a las seis estaciones, a los meses, a los años, a los días y las noches y a las regiones cardinales y sus naturales señores. A la Sruti, la Smiriti y al Dharma. Y a las montañas y los mares, el Cielo, la atmósfera, la Tierra y el viento (elementos todos que tenían entonces, por ello lo hace Kausalyá, y siguen teniendo los hindúes por dioses personificados); así como a los seres que se mueven y a los que no se mueven, los planetas, las estrellas fijas y sus divinidades. En fin, el fuego, el humo y todo lo capaz de hacer el bien, o sea, el Universo entero en su infinita variedad, compuesto de dioses por millares, es decir de manifestaciones divinas, y por ello divinos ellos mismos, de Brahma, el Dios Supremo. Este y todos son citados e invocados por Kausalyá en favor de Rama, bien para que sean sus protectores directos, ora poniéndoles en guardia para que no obren como malas potencias contra su

hijo y se abstengan de perjudicarlo. Con ello, un cuadro completo, por decirlo así, de la religión hindú, de la cual nombra especialmente, de entre los dioses propiamente dichos, a Purusha, Bhaga, Aryamán, Varuna, Indra, los Vasus, los Rudras, los Aditias y a Mitra. Veamos con un poco más de detalle, con objeto de poder seguir bien la lectura del Poema, a los principales entre los dioses citados en él. Las notas necesarias aclararán el resto.

Conviene advertir que, fuera del Principio, Esencia o «Espíritu único que existe por sí», como dicen las Leyes de Manu, todos los demás elementos superiores, es decir, los dioses del Brahmanismo, empezando por el mayor, Brahma, nacido, como se sabe, de las aguas emanadas por lo Brahman de su propia sustancia y colocadas en un «huevo de oro», dios Creador que llegó a ser el padre de todos los seres; todos los dioses, repito, están sometidos a los tres estados de la vida: nacimiento, existencia y muerte. El Ramayana lo reconoce y lo repite a su vez. Es decir, una vez más, tal vez la primera, si se piensa que el Brahmanismo es a su vez la primera religión digna de tal nombre; o sea, el antropomorfismo ya en acción. El hombre, viendo a través de sí mismo, como no puede menos de ocurrir, a los dioses que inventa («Lo mortal ha hecho lo inmortal», que dice el Rig-Veda), los hace como es él mismo. Luego lo olvida, como olvida su propia inferioridad y empujado por la vanidad afirma todo lo contrario: que es Dios o los dioses los que han hecho al hombre a su imagen y semejanza. En virtud del antropomorfismo, del mismo modo que al frente de cada sociedad humana, desde la más sencilla, la familia, hay un jefe, en la sociedad divina tiene que ocurrir igual, y para presidir ésta, allí fue imaginado Brahma, jefe supremo, nacido directamente de lo increado, pero nacido y, por consiguiente, destinado a perecer, puesto que lo que nace, perece; bien que para reencarnar o reaparecer él mismo de nuevo. Mas como todo ser vivo está sometido a tres modalidades esenciales sin las cuales no puede llegar a la existencia, ni una vez llegado apartarse de ellas, modalidades que pueden definirse con las palabras creación, conservación de lo creado, y, finalmente, destrucción, la personalidad de Brahma llegó a ser triple, naciendo con ello la Trimurti o Trinidad del brahmanismo: Brahma, dios Creador; Vishnú, dios Conservador, y Siva, dios Destructor. Filosóficamente, para los que así lo dispusieron, un solo y único dios y tres manifestaciones; para la masa, tres dioses distintos, e

incluso más queridos y adorados los dos últimos que el primero. Porque Brahma, como ya he indicado, envolvía y envuelve en su personalidad un concepto demasiado abstracto para llegar a ser un dios popular. Los hombres necesitan, para comprender las cosas, o para creer que las comprenden, verlas, por decirlo así, tocarlas e incluso, si es posible, en una palabra, familiarizarse con ellas. He aquí por qué Brahma, dios abstracto, cedió pronto el paso a Siva y a Vishnú, más concretos; este último muy particularmente, a causa de sus avatares o reencarnaciones.

Ahora bien, una de las características del Ramayana es el mucho «papel» que en este poema tiene el Gran dios. Y ello se explica, porque, como en los numerosísimos episodios de la acción, los apuros e incluso conflictos entre los dioses son frecuentes, hacía falta una autoridad suprema capaz de resolverlos. No obstante, en el Poema mismo vemos a Brahma como parte de Vishnú, según confesión propia del Abuelo, como es llamado, pues le dice en VI, 117, no obstante ser él «el autor del Universo y el primero de los que poseen la ciencia»: «Tú eres el primer autor de los tres mundos, Svayambú... Tú eres Akshara, Brahma y Satya... Tú eres Todo... el origen y el fin de todo... Tú eres más grande que el más grande. Tu origen y tu fin no son conocidos. Tú apareces en todos los seres, en las vacas y en los brahmanes. Tú estás en todas las regiones, en el firmamento, en las montañas y en los ríos; al principio, en medio y al fin... Tú eres Purusha, el Purusha supremo... Yo, yo soy tu corazón y tu lengua es la diosa Saravastí (la diosa de la Sabiduría)... Nada hay fuera de ti. El Universo entero es tu cuerpo; tu envoltura sólida es la superficie de la Tierra. Añi (el fuego) es tu cólera, y tu bondad es Soma (el licor sagrado que concedía la inmortalidad)...» Palabras que, como se ve, encierran no tan sólo una diferencia entre Brahma y Vishnú, sino incluso una dependencia de aquél a éste puesto que es su corazón (a no ser que esto quiera decir —la teología es cosa complicada en todas las religiones— que Vishnú obra según las decisiones de Brahma; cosa pellaguda en todo caso que uno sea tres, tres, uno; los tres dioses y los tres un solo dios; pero no nos metamos en líos y dejemos estos problemas para aquellos que no tienen otra cosa en qué pensar); y además de lo anterior, encierran también la más completa y perfecta exposición de un panteísmo total. Es decir que, en realidad, para Valmiki no había más dios ni otro dios que el Universo; en cuanto a los dioses, parece ser que para él, tan sólo eran nombres de

lo que este Universo tiene de más grandioso en sus manifestaciones (ya veremos luego su admiración hacia la más grande de estas manifestaciones, el Sol). Nombres, para que los hombres puedan hacerse una idea, por inferior que sea, de lo que es cuanto les rodea, aquello en lo que viven y a lo que deben el ser. «Dios es Uno. Pero los sabios le han dado nombres diversos», dice el Rig-Veda. Hubiera podido añadir: «Para que tengan una idea de él los tontos». En efecto, tan sólo los espíritus superiores pueden alcanzar una idea, si no perfecta, al menos elevada, filosófica, de la Divinidad; a los otros hay que darles palabras en vez de conceptos, imágenes más o menos groseras en lugar de ideas abstractas. El monje indio Bodhidharma dijo al emperador Leang-Vu-Ti: «No hay Buda fuera del corazón. Fuera de la religión del corazón todo es imaginario. El corazón es Buda y Buda el corazón. Imaginar un Buda fuera del corazón de cada uno, figurarse que se le ve en un lugar exterior, es puro delirio». Quería decirle: Mira en tu interior si quieres hallar a Dios. Fuera de nosotros, Dios es cuanto nos rodea, cuanto existe, y los dioses, palabras, nombres, simples palabras; las religiones, como las leyes, normas, pautas para que los hombres, siendo menos malos sean menos desgraciados. No perjudicar a nadie, cumplir nuestras obligaciones a la perfección, hacer el mayor bien posible: he aquí la mejor religión, la verdadera. Si quieres tener una idea de Dios, ama, mira y admira, pues está en todas partes. Cuando el gran vidente, el santo entre los santos hindúes, Ramakrishna (1836-1886), que veía a la Divinidad en todos los hombres y todas las mujeres, decía: «El que no ve a Dios en el primer hombre que pasa no ve nada», reflejaba el espíritu esencialmente panteísta del Ramayana, cuya religión, en esencia, no puede ser otra que la del país que habitaba.

Brahma recibe en el Poema además de éste los siguientes nombres: Atmabhú, Atmán, Bhaga, Dhatar, Prajapati, Purusha, Svayambhú, Vedhas, Vidhatar, y el Abuelo.

Atmabhú y Atmán como encarnación del Alma universal. Bhaga, como supremo de los aditias. Dhatar, como Ordenador del Universo. Prajapati (en sánscrito, «Amo de las Criaturas»), en su calidad de personificación del Ser Creador y del Universo (28). Purusha (en sánscrito, «Hombre»), como Hombre eterno y primordial, como Ser supremo, como Alma Universal. Svayambhú, como el más grande. Vedhas y Vidhatar, tal vez como inspirador de los libros sagrados.

Vishnú, a su vez, recibe los nombres siguientes: Ajita, el Gran Atmán, Dhruva, Hari, Hrishikesa, Janardana, Kesava, Madhava, Madhusudana, Svayamprabhú, Nara, Narayana, Padmanabha, Prabhavishnú, Prajapati, Purusha, Ritadharmán, Vamana, Vasudeva, Vishvakasena y Yajna.

Siva, los de Bhava, Bhagavat, Sambhú, Samkara, Sisu, Sítikantha, Mahadeva, Rudra, Mahesvara, Isana, Nandín, Triyambaka, Hara, Kapardín, Mahasena, Skanda, Sihanú y Prasu-pati.

Bajo la Trimurti anterior están los Treinta. Es decir, los treinta grandes dioses, de los cuales el rey es Indra, el dios de los mil ojos. Entre sus muchos nombres, en el Ramayana son citados los siguientes: Bala, Harivahana, Maghaván, Mahendra, Pakasana, Parjanya, Purandara, Sahasrakha, Sakra, Satakratu, Vajrahanu y Vasava.

El fuego personificado recibe, en el Poema, los siguientes nombres: Agni (o Añi), Anala, Citrabanu, Hutasana, Pavaka, Vanhi, Vamana y Vasuretas. Por supuesto, como todos los otros dioses, tiene muchos más; uno para cada una de las funciones a las que es adscrito; o para cada uno de los atributos que le son concedidos. Pero ya digo que tan sólo menciono aquellos con los cuales es nombrado en el Ramayana.

El amor, deificado, es asimismo citado en el Poema con los nombres de Ananga, Anga, Kama, Mada y Madana. A propósito de todos los dioses que cito, envío al lector a mi Mitología Universal, donde podrá hacer conocimiento más detallado con ellos y saber, por ejemplo, que Amor es llamado «Ananga», es decir «sin cuerpo», o «el que no tiene miembros», a causa de haberle perdido como allí se explica.

El viento, pues repito que en la India, como luego en Grecia, todos los elementos, manifestaciones y fuerzas de la Naturaleza fueron personificados y divinizados para poder explicarlos o comprenderlos mejor; el Viento, padre del simpático Hanumat o Hanumán que tan importante papel tiene en el Poema, le vemos ser apodado Anila, Maruta (esto como jefe de los Maruts, los vientos), Matarisván, Pavana, Prana, Sadagati, Satagata, Svasana, Vata y Vayú.

Yama por su parte, el dios del infierno hindú, será en otras ocasiones Antaka, Mrityú, Dharmataga, o Kala. Por supuesto, en diversas notas de mi Mitología Universal encontrará el lector detalles interesantes sobre muchas divinidades. El Índice analítico guiará hasta ellas de un modo seguro.

Soma, el licor de este nombre deificado y con ello dios

Lunus, es llamado también Candramas; Sasanka, cuando es esposo de Rohini, y Sasin, cuando le cabe la misma suerte (las diosas son siempre guapas y su humor, como el de las mortales, delicioso, si no se las contraría) con Citrá.

Naturalmente, más de un lector se dirá: pero ¿se ha podido creer, y sobre todo, se puede seguir creyendo en todas estas fantasías? ¡Ya lo creo! Y estamos empezando. El que haya pasado los ojos por los capítulos dedicados a la India en mi Mitología Universal sabe de sobra que esta parte del Mundo (y las otras lo mismo, como es lógico), no solamente estuvo y está llena de fantasías religiosas semejantes, sino de otras aún si cabe más absurdas; y que ellas fueron la guía espiritual tanto de la India, como otras semejantes (en lo disparatado) de otros pueblos e Imperios grandes por su poder, su civilización, su ciencia y su filosofía. No se olvide asimismo que hoy, en pleno siglo de la televisión, de los aviones a reacción, de la energía nuclear, de la bomba atómica y de todo lo atómico y todo lo galáctico, aún hay cientos de religiones diferentes, y que los creyentes de cada una de ellas tan seguros están de que la suya es la verdadera, que no digo que se dejarían desollar por sostenerlo, pues ya la era de los mártires ha pasado y éstos no se dan, bien que cumplidos, sino en muchos matrimonios, pero si no desollar, al menos mirarían con desdén al que pretendiese que su dios o sus dioses, sus semidioses y sus santos no son los mejores. Pues ¿qué sino el creer que el verdadero dios es Alá, en vez de Brahma, ha dividido ayer mismo a la India en dos Estados, como ya he dicho, tras causar decenas de millares de víctimas? Y gracias a que se pudo atajar la matanza partiendo, como digo, a la India, y no por gala, sino por necesidad, en dos. Pero volvamos a las divinidades.

Kubera es el dios de las riquezas. De la pobreza ha habido dos: uno en la India misma, el Buda, y otro en Galilea, Jesús. ¿Qué pensarían si pudieran ver lo que ha sido de sus sencillas y puras doctrinas? (29). Kubera es llamado también Citraratha, Dhanada, Dhanesvara, Ekokshipingalín, Vaisravana y Vittapas. Sus servidores (la riqueza ha tenido y sigue teniendo siempre muchos, todos los que carecen de ella y la codician; y adoradores, más) son los guhyacas.

Veremos también, pero ya con importancia secundaria, a los Prajapatis: Kardama, Vikrita, Sesha, Samsraya, Stabhu, Marici, Atri, Kratu, Pulastya, Angras, Pracetas, Pultha, Daksha, Vivasyat y Kasyapa. Van mencionados por orden de nacimiento.



Y aún a Varuna o Varunatván, el Océano, al que el Poema llama esposo de todos los ríos a causa de que la palabra río es femenina en sánscrito; y claro, los ríos, hembras, pueden tener esposo, y éste nadie mejor que el Océano, que a todos, o todas, según ellos, las recibe en su amplio seno. El Ganges, en el Ramayana la Gangá, es la hija de Himavat (el Himalaya, cosa cierta puesto que en él nace; véase en ello un ejemplo, y no desacertado, del hecho de personificar las fuerzas y elementos de la Naturaleza). Naturalmente, como en español los ríos son masculinos, yo, al tener que cambiarles de sexo, les he hecho hijos del Océano, en cuyo regazo acaban todos (todos los que no son afluentes de otros; pero al cabo, lo mismo).

Vicaspáti o Brihaspati, es el amo, o señor, o dios de la palabra. Comparte esta importante jefatura con Vach, antigua divinidad india que, por personificar el lenguaje, era llamada «madre de los Vedas». Saravastí es identificada a ella a veces. El Bhagavad Purana la llama «hija pequeñita y encantadora de Brahma». Pero en esta relación Brahma-Vach hay algo terriblemente impuro, fuertemente pecaminoso; y como a mí los pecados, salvo los míos, me horrorizan, pasaré por ello como por sobre ascuas. Porque es que se murmura, y mucho (a Siva, como se verá en el Poema, le costó, al enterarse, un disgusto enorme; inconveniente de estas Trinidades, en que uno siendo el otro, aunque sea uno por su parte, tiene que cargar con faltas que no ha cometido); se murmura mucho, sí, que entre Brahma (¡Brahma el Increado; el Creador, él; el Alma Universal, espantoso!), entre Brahma y su niña, hubo más que palabras. No quiero entrar en más detalles. La murmuración me disgusta también mucho y de ordinario, a no ser contra mis conocidos, me la prohíbo. Pero sí diré, en cambio, empujado siempre como me hallo hacia la benevolencia, que este desdichadísimo coito del Creador con su monísima hija tiene una explicación teológica que le disculpa mucho, si se le considera simplemente como símbolo de la unión de la Potencia y de la Inteligencia, en la obra creadora. Ya tranquilo, sigo.

Tvasthar es el dios de los artesanos. Antiguo dios védico, era llamado «el Hefaios indio». Además de habilísimo (como el Herrero griego; véanse las pícaras y deliciosas habilidades de este divino cornudo en mi Mitología Universal) era el dispensador de la vida, el que concedía la potencia genésica y una numerosa descendencia. Ahora que hay «puntos», pase, pero entonces era una hroma pesada. Los dioses, lo mismo

que los hombres, debían su existencia a sus habilidades y a su arte inventivo. En obras posteriores a los Vedas es llamado Visvakarmán, nombre con el que le encontraremos muchas veces en el Poema. Visvakarmán o Visva-Karma (Visvakarma también) quiere decir en sánscrito «Omnipotente»; a causa de ello, este habilísimo personaje ha llegado a encarnar en el hinduismo la Potencia creadora. Como obrero y dios de la hermosura, pues nada más hermoso que el arte (usted, lectora, es una obra de arte), por supuesto, que el arte sin censura, es llamado Visvakrit.

En fin, la totalidad de los dioses, o, como tales considerados en conjunto, es o son llamados Vesuadevas. Y el Cielo, de mil modos; ya he citado algunos y otros irán saliendo; por ejemplo, Tridiva. La sala donde se reúnen, Sudarma. Daivata designa una divinidad cualquiera. Budhas, estas mismas divinidades cuando se las considera como dioses sabios; especialmente sabios, por supuesto, pues sabios lo son todos, si no no serían dioses, o no merecerían serlo. Claro que a veces se equivocan de un modo... Pero pasemos, pues si no, voy a acordarme de que el pobrecito Jesús, por ejemplo, creyó que dejándose crucificar redimiría a los hombres, y desde su muerte, apenas en veinte siglos, haría falta saber mucho de números para contar los sinvergüenzas, los perjuros, los embusteros, los adúlteros, los asesinos y cuantos, en una palabra, siguen necesitando redención. Y ya digo que no me gusta murmurar, pero en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana ¡ha habido cada punto! Pero me detengo porque Juan Huss, Girolamo, Savonarola, Wycliffe y cuantos se levantaron denunciando el lujo, licencia y abusos del clero en todas sus categorías, e Iglesias de entonces, lo pasaron tan mal que, por si acaso, bien que los tiempos sean otros y la Iglesia también, hago punto.

Y vamos con las diosas. Esto ya es mejor (30).

El Poema cita a las siguientes. Si me dejo alguna, Valmiki y el lector, que ya dará con ella (y no es floja suerte topar con una diosa), me excusen: Dharaní, Mahí, Prithiví y Madhaví, personificaciones todas de la Tierra. A Prabha, esposa de Candra, la claridad lunar Arundhatí. A Sací, esposa de Indra (éste con aquello de que era el rey de los dioses la engañó más veces...). A Srí o Lakshmi, diosa de la fortuna, gran amiga de Lakshmana, el simpatíquísimo Lakshmana de nuestro Poema. A Hrí, diosa del pudor. A Mahadeví (la Gran diosa), esposa de Siva. A Mayá, la Ilusión. A Nidrá, diosa del sueño. A Paulomí, mujer de Indra Maghavat. A Svahá, espo-

sa de Añi. Y a las ocho hijas de Daksha, 13.<sup>a</sup> Prajapati, y esposas de Kasyapa, el Prajapati número 16, cuyos nombres son: Aditi, Diti, Danú, Kalaká, Tamrá, Krodhavará, Manú y Amalá.

Aditi en un principio fue la diosa de la extensión infinita; más tarde fue concebida como Madre de los dioses, es decir, de los 33 devas, de los aditias, de los vasus y de los rudras, todos ellos dioses (lo hago notar porque, como se va a ver, sus primos carnales van a pasar a la categoría de demonios). Diti fue a su vez la madre de los daitías o asuras (no confundirlos con los suras o devas, dioses) que, con los hijos de Danú, su hermana, los danavas, entraron al punto en guerra con los primeros, es decir, con sus primos los hijos de Aditi, y, como fueron vencidos, pasaron de dioses a demonios. Pues es cosa sabida que en el Cielo como en la Tierra el que pega tiene siempre razón y hace del que cobra lo que le da la gana. Manú por su parte fue la madre de los hombres. No tiene nada que ver con Manu, el legislador hindú, autor, según se dice, de las Leyes o Código de su nombre. La palabra manu significa hombre, y uno de ellos (hombre en ciertas leyendas, en vez de mujer), fue el progenitor de la raza humana. La obra que lleva el nombre de Manu es atribuida al primero de ellos, que existió hace treinta millones de años. Como se verá repetidamente, el tiempo no cuenta para la mitología hindú. El atribuir a un asceta (rishi) mil o diez mil años de prácticas agotadoras, que corrientemente fatigarían a un hombre normal en cinco minutos o menos, es tan frecuente como achacar, por ejemplo, al rey Dasaratha, padre de Rama, 60.000 años de vida.

En fin, aún veremos otros seres celestiales, tales que Garuda, el rey de los volátiles, montura de Vishnú. Este Garuda es citado asimismo con los nombres de Garumat, Vainateya, Tarkshya y Suparna. Su madre es Vinatá. Aruna, su hermano.

\* \* \*

La importancia del Ramayana desde el punto de vista religioso es muy grande. A causa de ello su influencia en la India no ha sido menor que en Grecia la de la *Iliada* y la *Odisea*. Si Siva y Vishnú son en realidad, como ya lo he dicho, los dioses esenciales del hinduismo, este segundo aún más popular, más seguldo y reverenciado a causa de sus avatares, de los cuales las dos principales son la séptima, en Rama, y la octava, en Krichna o Krishna (31). Bajo la primera de

estas encarnaciones, es decir, como Rama, es objeto de un culto sumamente extendido, importante y libre de todo rito licencioso. Como Krichna es todavía, quizá, más popular. Este personaje es el más célebre de los dioses de la India. Pues bien, la importancia y universalidad de ambos cultos es debida casi exclusivamente a los dos grandes poemas, siempre escuchados o leídos, que cuentan las aventuras en la Tierra, de Vishnú, en ambas encarnaciones: el Ramayana y el Mahabharata.

El Ramayana por su parte, como se verá, es una obra, no obstante su enorme interés, de fondo y tendencia eminentemente religiosa. Ello se comprende perfectamente teniendo en cuenta dos cosas: que su héroe principal es un dios encarnado, y que el encargado de cantar sus hazañas en la Tierra fue un rishi, es decir, un brahmán. Y no tan sólo Rama, de quien se dice varias veces en el Poema que es «el hombre más religioso», o «más piadoso», y al que vemos, en efecto, celebrar con todo cuidado y escrúpulo las prácticas y ritos que le imponía el Brahmanismo; no tan sólo Rama es un modelo de sumisión a lo religioso, sino asimismo sus hermanos (partes también, aunque menores que él, en la encarnación de Vishnú) y Sitá, su esposa (diosa descendida a la Tierra para ser su compañera). Y como ellos, todos los personajes que intervienen en la acción. Hasta a los rakshasas que hacen de demonios les veremos entregarse unas veces al ascetismo y otras al estudio de los Vedas. Y, por supuesto, celebrar frecuentes e importantes sacrificios en honor de las Divinidades pese a ser sus implacables enemigos. Y a éstas, conceder a los ofrendantes, en acción de gracias, valiosísimos dones. Porque en el Ramayana, como en toda obra que toca tan ampliamente a lo religioso, el que quiera lógica que no entre en ella. En esta jungla, en esta manigua, en esta selva de prodigios y milagros, hay que darse por satisfechos, y no es poco, como se verá, con su enorme interés y con las enseñanzas que ofrece bajo el cuádruple aspecto de religión, moral, filosofía y sociología.

En cuanto a los dioses ya citados, que figuran y actúan en el Poema, son y se muestran, lo mismo que en la Ilíada los dioses griegos, exactamente, no podía ser de otro modo, como los hombres que los inventaron. Es decir, con los mismos vicios y las mismas virtudes, los mismos apetitos y las mismas liberalidades, el mismo desinterés junto a idénticas pasiones; y muy particularmente sometidos a la envidia y al todo poder del Destino. De Brahma, el más grande y res-

petable de los dioses mayores, ya he citado una picardía con su propia hija que basta para hacer comprender que si el mejor tenía tales debilidades, ¿de qué no serían capaces los otros! Y, en efecto, en el Ramayana mismo es referido cómo Indra (después de la Trimurti, el dios principal y por ello rey de los demás) sedujo a Ahalya, la Eva primitiva hindú, primera mujer creada por Brahma y concedida por él como esposa, a un famoso ermitaño: Gautama o Gotama. Y tras la seducción, perder los testículos a causa de una maldición del marido engañado. Porque como también se verá, el poder de los rishis, ermitaños y brahmanes (todo viene a ser, en definitiva, lo mismo, y de poner en evidencia este poder se trata) es inmenso. Tanto como para esto: como para emascular a un dios con sólo desearlo. De tal modo que el desposado rey de los dioses tuvo que contentarse (los reyes de entonces preferían sin duda sus atributos viriles al cetro mismo; como todo degenera, luego se ha visto a muchos manejar el cetro sin ellos); tuvo que contentarse, decía, con los de un carnero. Aunque la fábula no lo dice, es de suponer que el carnero iría en queja a Brahma, que éste le daría a él los de otro animal, y así sucesivamente, hasta que tuviese que crear el ser hermafrodita.

Y que conste que no es que yo censure mucho a Indra. Yo entre hombres y mujeres, o entre dioses y mujeres (Ahalya era tan guapa que seguramente muchas diosas la envidiaban), lo comprendo todo y suelo ser muy tolerante. Además, que si Brahma, como se asegura, la había hecho superior en belleza a toda otra criatura, la culpa más era de él que de Indra. Es como el caso de la Helene griega. ¿Quién será tan inadvertido como para culpar a Paris por haberla raptado aun recordando los horrores de la guerra de Troya, siendo como era la mujer más hermosa de la Tierra? Sin contar que a ella misma le pareció de perlas el ser raptada; no como a Sitá, en el Poema, a la que vemos lamentarse y llorar sin consuelo cuando Ravana se la lleva bien en contra de su voluntad. No, yo no puedo tampoco culpar a Paris y a Helene (el lector estará conmigo en cuanto lea la nota 379 de mi Mitología Universal). Es más, sin temor a ser contradicho estoy dispuesto a asegurar que hizo más daño el pudor de Sitá negándose a cruzar el mar con Hanumat (que la ofreció llevarla junto a Rama), por no tocar su cuerpo, que la, digamos coquetería de Helene, ciega de amor por Paris, a causa de los manejos de Afro-

dite. Los pudores de Sitá son funestos. Funestísimos. Pues, ¿y cuando tontamente, vanidosamente, duda del admirable Lakshmana y le hace correr en busca de Rama, que a su vez persigue al rakshasa Maricha transformado en gacela? Consecuencia, tristeza me da el decirlo, pero así es: la virtud es con frecuencia más funesta que el vicio. Segunda consecuencia: si yo he dejado alguna vez de ser virtuoso, pocas, seguramente, pero quizá haya ocurrido, no lo sé, no quiero alabarme demasiado, que se piense en lo anterior, y si por pudor no se me aplaude, que tampoco se me censure.

Pero volviendo a lo que nos ocupa, la inmoralidad y los olvidos de sus deberes, de los dioses, en el Ramayana, reconocamos que son con frecuencia evidentes. A Indra le podemos perdonar el desvarío anterior, ya digo, teniendo en cuenta la hermosura y fragilidad de la mujer de Gautama; pero no la muerte, el asesinato de Vritra, referido en VII, 34, 35. Cuando vemos que al «fuerte y virtuoso» Vritra (nótese sobre todo este último calificativo), Indra, señor del rayo en el panteón hindú, le fulmina (¿y con la ayuda de Vishnú, que luego tan justo, piadoso y demás pretende mostrarse una vez encarnado en Ramá!), tan sólo porque pretende a fuerza de maceraciones y sacrificios ser superior en virtud a los dioses (en verdad no se necesitaba mucho para ello, pero sigamos) y con esto superior a ellos, no podemos menos de indignarnos. ¿Cómo, en efecto, perdonar a Indra que, para evitar el noble propósito de su víctima, instigado por los demás dioses y lleno él mismo de envidia, le asesine estando en plena devoción? La historia (o leyenda, para el caso es igual, puesto que es aceptada y sirve de bueno o mal ejemplo) es de una inmoralidad e incluso de una perversidad tremenda. Otras veremos no menos atroces. Si hago notar estos detalles es a causa de formar parte integrante de la religión que durante siglos ha gobernado y sigue gobernando la mentalidad del pueblo hindú. Y puesto que hemos visto y demostrado que es el pueblo más religioso de la Tierra, y ya que jamás se ha revelado contra las inmoralidades y crímenes de sus dioses, evidente es que una cosa es la religión y otra la moral. Con lo que se verá claramente, algo que ya es sabido y notorio, que el hecho de que el pueblo de la India sea, como es, uno de los más inmorales y embusteros de Asia, pese a ser, repitámoslo, el más religioso, prueba cómo las criaturas más religiosas pueden ser al mismo tiempo perfecta y enteramente depravadas a causa de ser su moral mínima, o francamente extraviada. Hecho que

comprueba por todas partes la vida diaria. Así como que la mayor parte de las religiones, sobre ser un hatajo de fantasías embusteras, están tan ayunas de verdadera moral como de ejemplaridad y buen sentido.

En cuanto a Valmiki, luego veremos a través de su obra, su verdadero modo de ser y de pensar; pero ahora conviene hacer notar que no solamente fue el Homeros de la India, en lo que afecta al interés y grandeza poética de su obra, sino el Hesíodos a causa de ser el Ramayana no sólo una cosmología, sino una teogonía, ya que por dos veces se expone en ella el origen de los dioses. Asimismo, e igualmente que el gran poeta griego expone en su *Iliada* el origen y descendencia divina del cetro de Agamemnon, y a causa de ello y por venir este cetro del propio Zeus la legitimidad de su poder, Valmiki prueba con detalles acabados respecto a la genealogía de los Ikshavakus, que Dasaratha, el padre de Rama, descendiendo, por línea directa, nada menos que de Brahma. Por supuesto, este contubernio entre el poder temporal y el espiritual, cuando éste no ha podido apoderarse de los dos, como en las teocracias, y la subsiguiente martingala de la realeza por derecho divino, es corriente, o por mejor decir, ha sido cosa corriente en todas partes en el curso de la historia, y empleado con todo descaro como un medio más para engañar y para imponerse. Si en algún pueblo, como el árabe, el truco de la descendencia divina fue imposible por ser evidente que Mahoma, el fundador de la dinastía no pasó de ser un simple profeta, como él mismo se proclama, no siendo, por tanto, fácil emparentarle con la Divinidad, la cuestión quedó zanjada, tomando sus descendientes el título de califas («sucesor» o «reemplazante»), es decir, sucesores del Profeta, con lo que, asumiendo al mismo tiempo el poder temporal y el espiritual, resultaron doblemente sagrados. Doblemente sagrados por doblemente fuertes. Que en esto, en la fuerza, está siempre el intrínseco de todo, empezando por la razón y la justicia, en nuestro planeta.

Cuando en los pueblos no islamitas los infinitos cruces hartados alteraron de tal modo la pureza de sangre que ya fue imposible sostener lo del origen divino, se acudió a atribuirse el derecho a reinar y su legitimidad a favor de un favor especial del Cielo. En las últimas monedas de plata que circularon en España se podía leer aún: «Alfonso XIII por la gracia de Dios.» Hasta que un día de abril Dios se valió de un medio bien prosaico para retirarle su gracia: unas simples elecciones municipales. Ni de los inconstantes dioses se puede

uno fiar mucho. Muchas veces, en efecto, han vuelto la espalda a sus parientes terrestres. En todo caso, si algún monarca fue largamente favorecido por el cielo, fue Rama (claro que más pariente de la Divinidad, imposible, puesto que era un dios encarnado), de quien Valmiki, hombre serio y veraz, asegura que reinó diez mil años y aún cien años.

Un dios encarnado, sí, al que veremos realizar proezas admirables en la India y en Ceilán. Como dios, el principal del panteón hindú; como hombre, tan piadoso, que en su verdadera manía de adorar cuanto hay que adorar, le veremos a veces incluso fetichista. En torno a él nos mostrará el poema una abundancia de elementos religiosos y una prolijidad asombrosa de dioses, verdadera chungla divina, que no tan sólo se ocupa de los complicados negocios celestiales, sino de los no flojos tampoco de la Tierra. Por supuesto, en ésta, como ya he hecho observar repetidamente, cuanto existe son dioses y todo es dios: las montañas, los ríos, los árboles, los vientos y, por supuesto, muchos animales. Y lo que no es propiamente dicho un dios está tan cerca de la divinidad, que su inclinación a ella se advierte claramente, siquiera no sea sino en su deseo de servir a Rama. Cuando éste pregunta a todo cuanto le rodea dónde está Sitá y quién se la ha robado, hasta las fieras y demás animales del bosque, faltos de palabra pero deseando servirle, empiezan a caminar hacia el Sur y a levantar la cabeza hacia lo alto para indicarle que en aquella dirección y por el aire se la ha llevado Ravana. Sitá, por su parte, adorando a los ríos (al cruzarlos) y a ciertos *nya grodhas* (árboles gigantes y sagrados) da prueba una vez más no tan sólo del espíritu profundamente religioso que llena el poema, sino del panteísmo que, en definitiva, es la verdadera religión de Valmiki, como, por supuesto, la de todos los hindúes (32). La variedad de dioses, el sistema de castas perfectamente sostenido en el Poema, y la tendencia neta a marcar la preponderancia de los brahmanes (luego volveré sobre esto), prueba asimismo que dentro de este panteísmo el Brahmanismo era la férula religiosa preponderante en tiempo de Valmiki. Y marcado con todo ello suficientemente el carácter religioso del Ramayana y lo que representa bajo este aspecto (en síntesis, una influencia inmediata y total de lo divino en lo humano), veamos otro aspecto del Poema aún más interesante si se quiere, por más humano y práctico: el aspecto moral.



## LA MORAL EN EL RAMAYANA (33)

Si la religión del Ramayana, espejo de la de la India de su época, descontada su importancia desde el punto de vista mitológico, es un hatajo de entretenidas pero disparatadas fantasías, su moral, en cambio es perfecta. Tan perfecta, que no solamente ha sido la pauta de toda moral posterior, sino que ninguna otra religión, por alejada que esté del Hinduísmo en lo que afecta a la idea sobre la Divinidad y en rechazar el inacabable coro de dioses que son la riqueza de éste, ha podido ni puede enorgullecerse de poder ofrecer otra superior. Es más, ni tan siquiera de tener algo, un precepto al menos, que no hubiese sido elaborado ya por la moral brahmánica y expuesto incluso en nuestro Poema.

Y me apresuro a hacerlo notar porque ello tiene un interés excepcional desde el momento que demuestra de un modo que no admite contradicción, que una cosa es la religión y otra la moral; que junto a una religión absurda, por decirlo así, puede nacer y convivir una moral perfecta, e incluso precisamente gracias a ella; que las religiones pueden ser defectuosas, malas incluso (si se considera su historia, preciso es reconocer que ha habido muy pocas buenas), mientras que la moral, esencia y resultado del pensamiento humano en lo que éste tiene de más decantado, suele ser de ordinario muy superior, y, en fin, que siempre y en todos los pueblos y tiempos la moral ha sido la capa con que se han cubierto las religiones para poder triunfar, capa rica, perfecta por sí misma (pues lo no moral es inmoral y ya por definición imperfecto y malo) y sabía, pero tan ajena a ellas, en realidad, como está alejado del oro lo que simplemente reluce. Y a causa de ello una consecuencia perfectamente lógica y mil veces comprobada: que se puede ser total, profunda, enteramente religioso, siendo al mismo tiempo profunda y completamente inmoral (no es obligatorio que así sea, claro; hablo de la posibilidad), y, en cambio, estar alejado de toda religión, o ser creyente de una, como el Hinduísmo, enemigo, en sus prácticas corrientes, de los principios razonables más elementales, y ser, no obstante, absoluta y perfectamente humano y moral.

De lo primero ha sido prueba clara la historia; es decir, cuantos en el transcurso de los siglos han matado, por ejemplo, en nombre de su dios, o de sus dioses, seguros de que con ello

servían y complacían a tal dios o dioses. De lo segundo, y entre los segundos me limitaré a citar un nombre, el de un hindú, puesto que con la India y con hindúes estamos: GANDHI. Gandhi, aquel hombre admirable en muchos sentidos y mil veces admirable como campeón de «la no violencia». Aquel hombre de costumbres, de vida, de moral, de austeridad perfectas y que, no obstante, demostrando una vez más qué cosa curiosa, extraña e incomprensible es a veces la personalidad humana, junto a esta moral perfecta, convivía en él el campeón (uno de los campeones) de la vuelta a los Vedas; es decir, a la fuente de una religión que, por lo que ya hemos visto y aún veremos continuamente en el Poema, es como tal religión, interés mitológico aparte, absolutamente indefendible. Y si se quiere una prueba aún de que la religión nada tiene que ver con la moral, pues de otro modo no se podría, siendo religioso, infringir como se ha hecho continuamente, se hace y se hará los más sagrados preceptos de los «diecélogos», ahí está el propio pueblo de la India, que, pese a ser, como hemos visto, el más religioso de la Tierra, no deja de ser por ello uno de los más embusteros, taimados e inmorales. Claro que tal vez se me podría argüir, hablando de la religión de Gandhi, que la suya no era la del pueblo hindú; que entre su religión y la del fanático que inmola una víctima ante el altar de la diosa Kali había la diferencia que hay entre la mentalidad baja, ciega, torpe de éste y la suya, toda luz; que él no se acercaba a la religión de los Vedas sino en lo que esta religión tiene, como todas las religiones verdaderamente grandes, de más elevado, a los conceptos absolutos. Tal vez. Mas para saber en verdad cómo pensaba y qué pensaba me hubiera hecho falta hablar con él, mientras que hoy cuanto sé de él es esto, o cuanto me parece saber de él es esto: un hombre perfecto como ser moral, que se volvía hacia una religión sólo en contados momentos a la altura de esta moral.

Porque, lo repito, junto a tal cúmulo de absurdos religiosos y de prácticas sin otra disculpa que el fanatismo, es decir, la ignorancia que las inspira (si es que el fanatismo merece jamás disculpa aun basado en la más ciega ignorancia), ¡qué moral la del Ramayana! Veámosla un poco. Para abrir plaza, empezaré por citar media docena de frases que Valmiki pone en dos lindas bocas: la de Sitá y la de Mandodari, esposas, respectivamente, de Rama y de Vali, su víctima.

De Sitá: «El hombre superior no devuelve el mal por el mal.» «El adorno de las gentes de bien es su conducta.» «Con los malos (igual que con los buenos), aunque se trate de

seres dignos de muerte, un espíritu noble ejercerá siempre la compasión: nadie hay que no peque.» «No se debe causar perjuicio a nadie: ni a los que se complacen en perjudicar a los demás, ni a los que practican maldades crueles, incluso cuando están cometiendo el mal.» «No se debe obrar mal, siquiera pensando que recogemos el fruto de nuestros actos.»

Ahora de Mandodari: «En tiempo llegado, recoge el fruto de su mal aquel que lo ha cometido.» «El que obra bien goza de felicidad; el que obra mal, de infortunio.» Palabras que siglos después fueron uno de los pilares de la escatología católica: Si eres bueno irás al Cielo; si malo, al Infierno. En cuanto a lo de no hacer daño ni perjudicar a nadie, ni siquiera a los que están cometiendo el mal, es la primera faceta, el rondín de ese brillante aparecido poco después en la moral china: «Imita al sándalo, que perfuma el hacha que le hiere», y que pasó al cristianismo en el célebre «Perdona hasta a tus propios enemigos.» Que, por cierto, con estas mismas palabras, «no hacer daño ni a los propios enemigos», veremos proclamarlo a Rama.

Piedad filial, lealtad, concepto del deber, profundo espíritu religioso, defensa y práctica de la amistad, benevolencia, respeto a la mujer (aun a las más indignas y menos merecedoras de él, como Manthará y Kaikeyí en el Poema), desco de hacer el bien a sus semejantes, cuantas excelencias morales puedan imaginarse las veremos practicar y proclamar en el Ramayana a Rama y a sus hermanos. Como encontraremos en la noble figura del rey Dasaratha un ejemplo admirable y conmovedor de amor paternal. Y en Sitá, el tipo más puro y constante de mujer fiel, amante, honesta, casta y devota a sus deberes de esposa. El precepto hindú «el marido es la divinidad de su mujer», tan frecuentemente repetido en el Poema, es para ella un precepto sagrado y constante. Por si todo ello fuese poco, hasta una lección perfecta de ciencia político-moral prudente, avisada y sabia, encontraremos en los consejos que Rama da a su hermano Bharata (II, 100), cuando éste va a buscarle al bosque para ver de decidirse a que renuncie a la vida que lleva y vuelva a ponerse a la cabeza del Imperio.

Por cierto que en este mismo capítulo hay algo también muy curioso; el consejo de Rama a su hermano para que desconfíe de los brahmanes materialistas. Le dice: «¿Honras, hijo querido (como hermano mayor, una vez muerto Dasaratha, es en realidad, el padre de la familia, como del reino en pleno), a los brahmanes materialistas? Son hombres peligrosos, tur-

bulentos, a los que su falso saber enorgullece. Ignorantes de las Leyes y de los Sastras, que es lo más importante, limitan-se a la ciencia experimental y sus enseñanzas son funestas». Palabras sumamente interesantes, en efecto, porque demuestran que entre tanto brahmán dedicados a la religión, a los ritos y a las leyes, es decir a limitar su ciencia a los Vedas, los había materialistas, que era tanto como decir amantes y dedicados a las ciencias experimentales, a la verdadera ciencia en sus diversas ramas, entonces, como hemos visto, en sus principios, pero que, naturalmente, se alejaban más y más, a medida que ellos las hacían avanzar, de los libros sagrados; y claro, para Rama, encarnación de Vishnú y, por lo tanto, dios por esencia y como hombre brahmán cien por cien, este apartamiento de lo puramente religioso tenía que constituir un peligro. La historia ha sido después prueba y testigo, durante muchos siglos, de este cucono tan natural entre las mentiras religiosas de las antiguas creencias, y la luz que representaba y llevaba en sí la ciencia. Naturalmente, Rama considera las enseñanzas de estos brahmanes ateos (que no parezca exagerada esta palabra, el propio Valmiki lo era, en realidad, como luego veremos) como funestas. Lo malo ha sido que por haber perseguido a estos ateos que se interesaban por las ciencias experimentales y hacían comprender a sus adeptos y discípulos las insanidades de una religión tal cual la que defendían y propalaban los demás brahmanes, se explica que al cabo de tantos siglos, hoy mismo reine en aquella vastísima región, aún sometida a causa de la torpeza e injusticia religiosa al régimen de castas, una incultura y una miseria que no tiene igual en ningún otro país del Mundo.

Pero volvamos a entonces. Volvamos al Poema y con él a Rama, figura por otra parte de magnífica nobleza, de bondad acrisolada, de humanidad casi perfecta. Digo casi echando un velo sobre tanta excelencia, porque en realidad Rama no era enteramente perfecto pese a su prosapia divina, y precisamente por ello. Cuando los propios dioses tienen ya máculas, como ocurre con los de ciertos panteones religiosos, los hombres en los que encarnan no pueden dejar de tenerlas, como es natural. Y este es el caso de Rama. Si Vishnú no era perfecto, ¿cómo hubiera podido serlo él? Así, en el Poema, en medio de tantas cualidades dignas de aplausos, de alabanza e incluso de admiración, como posee Rama, le vemos cometer una gran torpeza, verdadera injusticia incluso, dudando de la fidelidad de Sitá, de su honestidad, de su pureza, de su amor sin límites hacia él, pese a tener pruebas seguras y claras de todo

esto; y además perpetrar dos crímenes inexcusables: la muerte de Vali y la aún más injustificable, si cabe, de Sambuka.

Pero sobre esto ya volveremos. Ahora estamos con la moral del Poema y estos graves lunares nos harían apartarnos de ella. Olvidémoslos, pues, de momento, para reconocer que todos (me refiero, claro, a los personajes principales, en los que nos conviene fijarnos) son en el Ramayana perfectos desde el punto de vista moral; todos esclavos del dharma (el deber) hasta la muerte. Los monos mismos, ¿no los vemos dispuestos a dejarse morir de hambre por haber faltado al dharma que les ha impuesto Sugriva, su rey? ¿No vemos también al todopoderoso Ravana no escapar a las censuras de varios de sus consejeros, pese a ser éstos, como él, raskhasas, es decir, dando pruebas de una moralidad excelente, no obstante su calidad de demonios?

Sí, como moral, el Poema no puede serlo más. Todo él está lleno de una ética de la mejor clase. La virtud es alabada constantemente; el vicio, censurado; toda injusticia, toda impiedad, todo desarreglo, puestos en la picota. Cuando Sitá, por ejemplo, es raptada por Ravana, todas las criaturas, desoladas, exclaman: «¡Ya no hay justicia, verdad, rectitud ni bondad!» (III, 58). Sentimientos igualmente elevados y nobles llenan continuamente el Poema. La única excepción que pudiera hacerse a esta moral casi perfecta es la admisión, sin la menor sombra de censura, del inicuo sistema de castas. Pero no culpemos demasiado a Valmiki por ello. Si pensó quizá, bien que no sea seguro, ni probable siquiera, en la injusticia que esta tremenda mancha que el brahmanismo representa, no se atrevió a demostrarlo. Hubiera sido demasiado, imposible casi para entonces, puesto que vemos que hoy mismo todos los esfuerzos hechos para abolir esta tremenda injusticia, desde hace doce años, no han dado aún resultados prácticos. Es más, ¿no ocurre algo parecido, bien que no en semejante grado, en muchos países? ¿No vemos aún ostentar con orgullo los llamados títulos de nobleza, desconociendo los meritos que tal hacen que no hay ni ha habido jamás otra nobleza real y verdadera que la del corazón y la de la inteligencia? ¿Cuánto majadero no se aplica frecuentemente un de entre apellido y apellido en vez de aplicarse al estudio, a ser cada vez más perfecto y mejor o simplemente a cumplir escrupulosamente sus deberes?

Hagamos, pues, la vista gorda con esto de las castas. Su origen nos es conocido: una mentira religiosa más de los que tejieron el Brahmanismo tan sólo en provecho propio; su in-

justicia también; pasemos adelante para no enturbiar con su sombra una moral, como digo, casi perfecta, e incluso una tolerancia, fuera de ello, no menos grande. En efecto, desde el punto de vista tolerancia, el Poema no puede serlo más, puesto que hasta prácticas budistas admite. Del Budismo antes de Buda, por supuesto, del que ya he hablado. Y ello pese a ser cosa que el Brahmanismo no autorizó jamás. Por ejemplo, el Ramayana habla y se ocupa de mujeres entregadas al ascetismo, e incluso hace de ellas las mayores alabanzas. Además, la maitri y la ahimsa, es decir la simpatía y benevolencia de Rama hacia los seres se manifiesta constantemente. Ciertamente si la bondad y humanidad de este héroe parecen excelencias constantes en él, también le veremos, es hombre al fin, entregarse algunas veces, no muchas, esta es la verdad, a la cólera, así como al dolor. Y, lo que es más grave, sobre todo allá en la India (pues en otras partes de distracción e incluso como motivo de gloria sirve infinitas veces), matar animales para nutrirse con su carne. Esto aparte, Rama muéstrase constantemente en el Poema, o casi, como el portaestandarte del orden establecido, rta, y de la verdad, satya, frutos por excelencia los dos del tapah (el tapás del Poema), llama de la meditación pura. Rama no solamente conoce el deber, sino que le ama; su boca jamás profiere una mentira; es sin pecado, anangha, como Sócrates (Xenofón, Recuerdos socráticos, IV, 8), Catón el Antiguo (Salustio, Catilina, 52) y Jesús (Marcos, VI, 15; Juan, V, 46). La virtud de Rama es tal que llega, como ya he indicado, hasta amar a sus enemigos (VI, 26); y, como Sakya-Muni (el Buda), a no hacer a los demás lo que no sería agradable, o no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros mismos (Yajñavalkya, Código de, III, 65). Es, en una palabra, el más virtuoso de los virtuosos (VI, 99). Y naturalmente lo sabe todo: lo sagrado como lo profano; a causa de lo que es lógico que obre de acuerdo con la máxima que reza: «el saber sobrepuja a todo»: srutam tu sarvan atjeti (Sankhakana, Grihyas, I, 2), el felix qui potuit rerum cognoscere causas. Lástima que siendo tan perfecto sepamos que es un dios encarnado, pues ello nos empaña y disminuye casi enteramente sus méritos. Hombre solo, hubiese sido de todo punto admirable. Hombre-dios o dios-hombre, le admiramos, claro, y nos place, pero menos; mucho menos. Su virtud nos parece más pálida al darnos cuenta de que es obligada, forzosa, dada su condición. Sus alegrías nos parecen impuestas de antemano. Sus sufrimientos, para admitirlos, pues es cosa muy fuerte hacer creer que un dios todopoderoso puede sufrir, tenemos que olvidar lo que es en

realidad. Sus actos de justicia nos parecen simples pruebas de su modo natural de ser. Sus sacrificios, puras bondades o condescendencias. En cambio, sus errores y faltas nos sublevan y hasta desesperan. Mas cerrando los ojos y la memoria, hay que reconocer que la figura moral de Rama, en el Poema, no puede ser, o casi, más excelente.

Pero vengamos para ver si la moral del Ramayana se ajusta y conforma a ella, a la verdadera moral, a esa moral tradicional cuya fuente está en la propia conciencia humana (a causa de lo cual ha podido nacer poco más o menos igual en todos los pueblos), y se ha ido decantando lentamente a medida que el hombre, lentamente también, progresaba en el orden ético; moral ajena y superior a las religiones, como se ve en el pueblo hindú y en tantos otros, pero que, claro, las religiones han hecho suya al ver en ella un rico manto con el que tapar y disimular sus quiebras; moral sencilla y tan evidente que no necesita ser estampada ni metida en tratados, manuales ni códigos, pues hasta aquellos que no la siguen la reconocen; y tan grande y segura su excelencia, que los preceptistas ético-religiosos se han limitado a fijarla brevemente, de modo escueto y limpio en sus decálogos; en fin, moral cuyas dos raíces fundamentales son: hacer el bien, y abstenirse del mal; es decir, conducirnos con los demás como quisiéramos que ellos se condujesen con nosotros. «Lo que no quieras para ti, no quieras para otro», que se dice corrientemente.

Pues bien, a Rama le veremos ir aún más allá. Ser el campeón y seguramente el primero en aconsejar y practicar lo de «amar hasta a los propios enemigos». Por supuesto, esto se sale ya del campo de la moral para entrar, a causa de su carácter extrahumano, divino, en el de la religión. Lo moral es algo que cabe, por perfecto que sea, dentro de lo humano, precisamente por ser el fruto más sazonado y excelente del árbol humano. Pero las exageraciones como ésta escapan a su campo de acción, y, al dejar de ser humanas (aunque otra cosa se diga y se pretenda), ni pueden ser seguidas, ni casi comprendidas. No, no pueden ser seguidas precisamente porque no se ama lo que no se comprende. Perdonar las ofensas (sólo un enemigo puede, voluntariamente, ofender), de acuerdo. No hacer daño al que nos lo hace, conforme. E incluso devolver bien por mal dando prueba de esa magnanimidad e inclinación al perdón y a la tolerancia de las grandes inteligencias y de los grandes corazones. Instintivamente un Nerón, un Torquemada o un Nana-Sahib nos repugnan. Pero de eso a amar al

que nos daña, al que sabemos nuestro enemigo, hay un paso muy grande que no se puede franquear humanamente; incluso que no se debe franquear. Y el que diga lo contrario no es sincero. Y si alguien lo practicase, seguros podríamos estar de que había rebasado los límites de la más amplia y total humanidad, ¿para entrar en la santidad?, el que quiera que lo juzgue así; otros pensarán que en el campo sin fondo de la psiquiatría.

Por lo demás, en lo que a la moral afecta, el mejor modo de practicarla y enseñarla es, como se sabe, el ejemplo. Para otros conocimientos son buenos los libros; para éste, el mejor es la acción. Los hindúes comprendieron esto y sus sabios, en vez de hacer libros de moral propiamente dichos, se contentaron con mostrarla en acción en manualitos gnómicos como el Panchatantra, el Hitopadesa, el Kathasaritsagara y otros. Es decir, reproduciéndola en carne y hueso en sus cuentos y apólogos, en sus leyendas históricas, en sus poemas heroicos y en sus obras de teatro. Por supuesto, a veces aparece incidentalmente esta moral en los códigos y en ciertos manuales de sentencias del género del Bhaminivilasa, en el que por cierto se habla de la pasión de Rama por Sita; sin contar los dharmastras y otros sutras en los que se leen máximas y deberes relativos a los usos y costumbres. Téngase en cuenta, por otra parte, que esta ausencia de libros tratando especialmente de moral, entre los hindúes, se refiere tan sólo a los brahmánicos, vishnuitas o sivaítas, pues los budistas, además del Dhammapadam y algunos otros libros fundamentales, tienen los Avedanas, en los cuales la parte más importante es la relativa a la enseñanza de la moral mediante relatos heroicos. En lo que a los djainistas afecta, éstos tienen el Kural, que es, como el Dhammapadam, un código de moral del principio al fin.

Pero vengamos de nuevo al Ramayana para insistir y reconocer que en él y en lo que a lo moral afecta, bien que ante todo sea un libro de alcance esencialmente literario, y no más didáctico en filosofía que en moral, esto lo es elevada y profundamente. En él, en efecto, la moral no es tan sólo practicada y proclamada por Rama, sino hasta por Ravana. Por un dios encarnado (en él es lógico y hasta obligado) y por quien podría perfectamente excusarse de ser moral: un demonio y el más terrible de todos.

Sí, hay que repetirlo: desde el punto de vista moral, Rama es casi casi perfecto. En el Poema se le ve, como ya he indicado brevemente, modelo acabado de afección y ternura filial y fraternal, amigo ejemplar, y en todo momento verídico, sin-



cero, leal, piadoso, compasivo, amante de todos los seres, de fensor, contra los malos (rakshasas) de los rishis, y, en pocas palabras, «amor y delicia del género humano», como se diría siglos más tarde de un emperador romano. Nadie, por otra parte, más justo ni más compasivo que él. Cuando Lakshmana, su hermano (tipo admirable también de abnegación, fidelidad y cariño fraternal, entre otras muchas excelencias), indignado por la manera traidora de combatir de Indragit, que valiéndose de sus poderes mágicos y haciéndose invisible hiere sin poder ser herido, quiere que Rama emplee la flecha de Brahma, flecha capaz de acahar de una vez con todos los rakshasas, éste, magnánimo siempre, se opone a que, a causa de un solo culpable, el antipático hijo de Ravana, muera todo un pueblo (34).

Y no solamente como hermano e hijo Rama es modelo (hay que oírle lamentarse cuando cree a Lakshmana muerto; o ver la firmeza con que admite irse al destierro, en vez de retorcer el cuello a la pérfida Kaikeyi, como Lakshmana, dispuesto siempre a cortar por lo sano, qué simpático este joven, le aconseja), sino asimismo modelo como amigo. Cuando Sugriva, el rey de los monos, vuelve a su lado tras haber luchado cuerpo a cuerpo con Ravana (el combate, como digo, a brazo partido. con el tremendo rakshasa, ha quedado indeciso; tan apurado se ha visto éste que iba también a acudir a la magia), Rama le reprende dulcemente por haber partido sin su consentimiento (pues Sugriva, al ver al enemigo común, salta sin poder contenerse desde el pico de la montaña donde están, sobre Ravana, que les observa allá desde un bastión de Lanká), y añade que de haber muerto a manos del terribleísimo rey de los rakshasas, para él hubiera ya acabado todo, y que ni tan siquiera la reconquista de Sitá le hubiera podido procurar alegría. Pero ¿digo el mejor de los amigos? Rama es magnánimo hasta con los enemigos. Véase. Cuando Vibhishana, expulsado de Lanká por Ravana, su hermano, por haberle aconsejado bien («Veritas odium parit», que se diría, y con razón, después), se presenta en el campo de los vanaras, y, reunidos éstos en consejo, cinco, entre ellos Sugriva, cuya opinión como monarca tanto pesa, se inclinan obstinadamente a que se le dé muerte, así como a los cuatro compañeros que han llegado con él, tan sólo Rama y Hanumat se oponen, diciendo que aunque Vibhishana es hermano del perversísimo rakshasa, incluso si fuese un espía, no por ello sería justo condenarle a morir. Y mucho menos maltratarles y rechazarles por simples sospechas, viniendo, como vienen, en calidad de «suplicantes».

Afirmando seguidamente: «Que es preciso hacer bien al enemigo cuando reclama nuestro socorro» (V, 91). Tras lo cual y a propósito de ello, Rama expone una moral y una generosidad de sentimientos que nadie ha superado; ni siquiera los Evangelios. Poco después y ya sitiando a Lanká, Rama sobre no consentir que sean castigados, pone en libertad a Suka, Sarana y Sardula y a otros, éstos verdaderos espías, enviados por Ravana y descubiertos por Vibhishana.

Más de una vez, en efecto, leyendo este magnífico poema, nos quedamos asombrados de la pureza y elevación de la moral hindú; moral tan perfecta que no hay Iglesia que hoy mismo pueda vanagloriarse de poseer y aconsejar otra superior, y en la que, en efecto, varios siglos antes de los Evangelios, lo mejor de éstos está ya contenido (35). En cuanto a Rama, ¿no nos sorprende verle llegar a mostrarse humano y generoso, caballeresco incluso con su peor enemigo, con Ravana, cuando en su primer encuentro con él, en pleno campo de batalla y pudiendo acabarle, le dice: «Vete, estás fatigado y en estas condiciones no quiero matarte. Cuando estés descansado y dueño de tus fuerzas, lo haré.» En fin, antes de dejarle recordaré, pues vale la pena, el hermosísimo elogio que hace de la hermosura moral y de la verdad, cuando Sugriva, a la cabeza de sus principales súbditos, va al encuentro de Rama «en quien no existe ningún pecado». Exactamente lo que Pedro decía de Jesús: «Hos hamartiam oik epoiesen oide eurete dolos en to stomati altoi».

Si pasamos a Sitá, la esposa de Rama, nacida para la destrucción de los rakshasas, como María, la del Evangelio, para la de los demonios («La nueva Eva aplastará la raza de los demonios», Génesis, III, 15), ¿puede darse un ejemplo de mujer más religiosa, más adicta y fiel a su marido, más amante de sus deberes de mujer y de esposa, y más pura en palabras, obras y pensamientos? Bien aleccionada en el hogar de Janaka, el rey de Mithila, su padre, habla y obra como una santa. Al saber el destierro de su marido, no solamente se decide al instante a acompañarle al bosque, renunciando a cuanto su situación privilegiada la ofrece en Ayodhya (donde Rama quiere e insiste para que se quede, sin poder disuadirla), sino que luego la vemos seguirle alegremente, sin queja ni protesta, estimulando con su presencia siempre grata la vida de Rama y de Lakshmana, e incluso velando, como se la alcanza, por ellos; muy especialmente por su marido. Por ejemplo, y bellísimo es de leer, cuando le aconseja (III, 9) que dé paz a los rakshasas, enemigos terribilísimos, a los que Rama ha

prometido a los rishis combatir y librarles de ellos. Luego, una vez cautiva de Ravana, su conducta y sus palabras siempre valerosas frente a su raptor son, aquélla, impecable; éstas, hermosísimas. Y no solamente respecto a su raptor, al que, como digo, rechaza siempre con palabras y razones tan dignas como valientes, no obstante jugarse la vida al hacerlo, sino que, clemente con las propias rakshasis monstruosas que Ravana ha puesto a su lado para que la guarden y torturen, cuando Hanumat quiere matarlas, Sitá sobre perdonarlas, aún las disculpa y defiende diciendo: «Las mujeres que están bajo la dependencia de un rey, su protector, que obran por orden de otro, servidoras o esclavas, ¿quién se irritaría contra ellas, excelente vanara? Era por orden de Ravana por lo que estas rakshasis me maltrataban. El muerto ya no volverán a hacerlo». Y acaba con las admirables palabras que he citado al principio de este capitulillo sobre la moral (VI, 113, en el Poema).

En cuanto a Lakshmana y a Bharata, los hermanos de Rama (la figura del cuarto hermano, Satruña, es más borrosa por menos importante), ¡qué ejemplos admirables de cariño fraternal, de abnegación y de lealtad, no tan sólo al hermano, sino al monarca, al rey, al soberano que para ellos, además de hermano mayor, es Rama! Cuando se ve a Lakshmana servirle y cuidarle en el hosque, adonde se ha empeñado en seguirle, abandonando por hacerlo, mujer, familia, palacio, comodidades, amigos, ¡todo!; así como cuando oímos a Bharata insultar y censurar durísimamente a Kaykeyi, su madre, que a su juicio ha obrado mal, siendo la causante del destierro de Rama por la ambición de conseguir para él el trono; ante la lealtad de Bharata, que se niega a aceptar este trono por corresponder a Rama como hermano mayor, y asimismo, ante lo citado de Lakshmana, palidece el «Siempre os serviremos — como leales vasallos» de Alvar Fáñez al Cid, cuando resuelve, en unión de otros parientes y allegados del gran burgalés, seguirle vaya donde vaya. E incluso la hermosa escena en la que el Campeador, ya poderoso, se reúne con su rey, que tan mal y tan injustamente le ha tratado siempre, en Toledo: «El que en buena hora nació — las rodillas y las manos — puso en tierra, llorando — de jubilosa emoción; — así debe dar acatamiento a Alfonso, su señor. — «Levantaos ya, Cid Campeador; — besadme las manos, — pero los pies, no. — Hincado de rodillas — permaneció el Cid Campeador. — Merced a vos os pido, — mi natural señor, — estando así — dadme vuestro perdón...» ¡Y el que tenía que perdonar era él! (36).

Pero una vez más en esta ocasión, Rama se muestra superior a todos, incluso a sus hermanos, pese a ser éstos excelentes de todo punto (por supuesto, en ellos ha encarnado también una parte de Vishnú), prohibiendo a Bharata, como luego y antes lo ha hecho en otras ocasiones, que hable y trate mal a Kaikeyí, no obstante ser la causante de todos sus males y trabajos. Por su parte, Bharata, cuando Satruñña (Satruhña, tal vez mejor) vapulea a la repugnante Mantbará, la jorobada (la palabra misma, manthara, indica ya su defecto físico), Bharata le detiene, no obstante merecer de sobra lo que recibe, diciéndole que Rama no aprobaría su conducta si lo supiese.

En fin, esta moral perfecta, admirable, generosa siempre, no solamente es propia de los hijos de Dasaratha, partícipes de la divinidad de Vishnú y por ello hombres-dioses, sino de Sugriva, de Hanumat y de Vibhishana. Y ¡cómo alabar debidamente el amor paternal del rey Dasaratha, y el maternal de Kausalyá, la madre de Rama! Viendo tan elevados y hermosos ejemplos, y considerando que hace ya treinta siglos, quizá más, había hombres capaces de pensar y sentir de este modo admirable, ¿no sorprende que el ejemplo de criaturas tan divinamente privilegiadas haya servido poco más que para nada?; ¿que hayan sido precisos nuevos superhombres y la aparición y sacrificio de otros profetas y otros hombres-dioses, y no obstante sigan la maldad, las guerras, la inmoralidad y todos los vicios, torpezas y egoísmos sueltos y triunfando en la Tierra? ¿Es que la palabra «redención» no es sino una palabra vana?

Ea, al Poema. En resumen, todos los personajes del Ramayana (salvo, por supuesto, los que se hallan encadenados por los lazos del misticismo llevado al extremo más bárbaro y antihumano), viven, respiran y obran, en general, en una atmósfera eminentemente moral. Pero moral humana, moral verdadera, no la moral santurrón e interesada, que es la frecuente. Esta no, esta es la moral honrada y buena de cuantos pueblos y hombres han sido capaces de concebirla. Moral, por supuesto, ajena a toda doctrina y a toda secta. Bien común de la humanidad escogida y lo mejor que ésta tiene. Y la prueba la tenemos aun, sin salir del Poema, cuando la muerte de Jatayús, el gran bultre, bajo los golpes de Ravana. Cuando los esfuerzos absolutamente desinteresados del rey de los pájaros por salvar a Sitá, a la que el Rakshasa se lleva a la fuerza, le cuestan la vida, todas las criaturas exclaman, turbando el silencio de la Naturaleza, consternada a su

vez, y que, llena de dolor, se ha cubierto de pronto de oscuridad (III, 52): «¡Ya no hay justicia! ¡Ya no hay verdad! ¡Ya no hay rectitud ni inocuidad, puesto que la esposa de Rama, la princesa de Videha, Sítá, es arrebatada por Ravana!» Antes se había oído en medio de las tinieblas la voz del Padre de los seres (potamahah) decir solemnemente: «¡Todo ha sido consumado!»

Por supuesto, y como decía hace un momento, al lado de esta moral perfecta está (por ello y una vez más el Poema es una buena imagen de la vida) la falsa, la equivocada. La moral santurrona, gazmoña, torcida, interesada. La moral que tiene por máxima no «doy porque es bueno dar, porque es justo dar, porque pudiendo es preciso dar siempre», sino «doy para que me des», dehi me dadami. La moral ascética de los rishis y de los brahmanes, tipo y modelos de todos los rishis y brahmanes posteriores, representada perfectamente en la epopeya por los adeptos del yoga, los ascetas y los demonios.

Y aun una tercera moral, la moral del César. Porque el César ha tenido siempre no tan sólo moneda, sino moral. La moneda que, según Jesús, había que darle porque era suya: es decir, porque valía más dársela antes de que nos la arrancase por la fuerza, y la moral creada de acuerdo con sus intereses, impuesta por esta fuerza y sostenida por ella. Que es la moral de los crímenes de Rama, como vamos a ver inmediatamente, y de todos los Césares; moral que han tratado de justificar siempre (de tal modo era contraria a la moral verdadera, a la moral justa y humana) asegurando que practicándola no hacían sino cumplir con su deber. El terrible «conviene hacer el mal si con ello se evita otros mayores», que tantas veces ha sido la gran tapadera de la Historia, precisamente porque los que juzgaban males y bienes lo hacían no a través de la verdad y de la justicia, sino de su interés y conveniencia.

Y ya no me queda, en lo que a la moral del Ramayana respecta, sino hablar, debo hacerlo, ya que he enumerado las excelencias de Rama, de la torpeza e injusticia que comete con la intachable Sítá, y de sus dos crímenes, también ya mencionados. Veámoslo brevemente. El cuadro completo está en el Poema.

Tras haber oído decir muchas veces a Rama que Sítá le es más querida «que su propia existencia», «que sus alientos vitales»; tras haber sido testigos de su desesperación al no encontrarla en la cabaña donde poco antes la ha dejado para correr en persecución del rakshasa Maricha, transformado en

gacela; tras haber temido, como lo teme el propio Lakshmana, que deshaga el Mundo llevado del dolor y la cólera que la pérdida de la idolatrada esposa le causa; y de su alianza con Sugriva, tan sólo por poder reconquistarla; en fin, de sus hazañas e incontables sacrificios y proezas de sus aliados y de su hermano, delante de Lanká, todo por Vaidehí (Sítá), como más tarde Menelaos y los príncipes griegos en la llanura de Troya, por Helene; tras todo ello, en vez de morir de amor y felicidad al verla al fin llegar libre para caer en sus brazos, le vemos volverla la espalda, pese a saberla perfectamente pura, y con el pretexto de que Ravana la tuvo contra su pecho, aunque fue bien a pesar de la inocente y enamorada criatura, cuando la raptó por la fuerza y escapó ella; volverla la espalda, cual si se tratase de una ramera despreciable (VI, 115). Y sólo en el capítulo inmediato aceptarla, luego de haberse arrojado Sítá al fuego para probar su inocencia, y tras oír al propio Brahma proclamar su virtud y su pureza. Nada bien parece todo esto (descontado, claro, el mayor interés que todo ello da a la acción, por lo que, sin duda, lo hizo Valmiki), pero aun se puede tolerar pensando que en el momento de cometer esta injusticia, Rama es hombre antes que dios (lo que prueba, evidentemente, su sorpresa al saber que Brahma le asegura esto último), y que entre los hombres, cuando el amor propio entra en juego, o los celos se enconan, todo puede ocurrir. Pero es que, posteriormente, en VII, 45, tan sólo porque el pueblo murmura (primer atisbo del equivocado «vox populi, vox Dei») de que, habiendo estado Sítá varios meses en el harén de Ravana, Rama la haya aceptado, ordena a Lakshmana, aunque sabe que es perfectamente pura y que nada se la puede reprochar, que la conduzca a las inmediaciones del eremitorio de Valmiki, que la anuncie que la repudia y que la deje allí, no obstante saber su honradez total, como digo, sino, además, ¡que está encinta!

Esto es tan atroz que no nos consolamos sino cuando, en VII, 97, tras muchos años de separación, al ver arrepentido a Rama, al fin, de su brutalidad, torpeza e injusticia, y al hacerla venir para reconciliarse con ella, Sítá, ante la numerosísima asamblea testigo de la escena, tras declarar una vez más que jamás tuvo en el pensamiento a otro hombre que a Rama, y que sigue amándole y reverenciándole en pensamientos, acciones y palabras, invoca a la diosa Madhaví (su madre, encarnación de la Tierra; Sítá brotó de un surco cuando el rey Janaka, que la adoptó al punto, labraba), que saliendo

del suelo con un «trono divino, sin igual», sienta en él a su hija y se la lleva para siempre. Este desenlace es bonito y merecido. Y humano, pese a estar envuelto en lo divino: el despecho de la pura y ultrajada mujer es más fuerte, superior a su amor, y se va dando una lección al torpe esposo y dejándole bañarse en su bien ganada desesperación y angustia.

Lo anterior nos duele. Ya digo que gracias al arte consumado de Valmiki vivimos con sus personajes. Y por ello mismo nos es difícil perdonar, sobre todo tras habérsenosle presentado y ofrecido rebozado en excelencias, los dos crímenes de Rama. Veámoslo en el orden en que los comete en el Poema. El primero, cuando mata a Vali, el hijo de Indra. Vali, rey de los monos y ser de fuerza prodigiosa, es hermano de Sugriva. Su hermano mayor. Enemistado con él por creer que le ha hecho traición con el propósito de apoderarse del trono, le destierra y persigue. Sugriva, lamentándose, refiere a Rama, que, además de lo anterior, le ha quitado su mujer. La picardía es un poco fuerte, cierto, y por lo mismo, si fuese Sugriva celoso, enamorado y ofendido, quien le matase, diríamos, excusándole quizá, que también los monos «tienen su corazoncito». Pero que el que le mate, ¡y a traición!, sea Rama; Rama, que hace a Sugriva que provoque a su hermano y que, cuando están más enzarzados, desde lejos, por la espalda y de un flechazo que atraviesa el corazón al esforzadísimo Vali, le quite la vida, esto no hay medio de excusarlo. De un bribón, nos indignamos; de un ser perfecto, de un dios encarnado, mil veces más. No hay medio ni de excusarlo, ni de comprenderlo, ni de tolerarlo.

El sarga XVII del Kishkindhakanda en el que Vali, moribundo, reprocha a Rama su cobardía y su crimen, es hermosísimo. Ha caído, Rama y Lakshmana se acercan a él; entonces Vali, al verles, pronuncia estas palabras severas, moderadas y justas: «Habiéndome alcanzado por la espalda, ¿qué mérito conseguirás con ello, tú que me has herido de muerte, mientras yo estaba ocupado combatiendo con otro?» «Está lleno de nobleza, de generosidad, de valentía, el virtuoso Rama. Es compasivo y se complace en el bien de los demás. Es indulgente, todopoderoso, instruido en las reglas del deber, de costumbres austeras.» Tal es el elogio que todos los seres te otorgan en el Mundo. El imperio sobre sí mismos, la longanidad, la lealtad, la firmeza, la bondad, el heroísmo, son las virtudes de los reyes, ¡oh príncipe!, así como la reprensión de los crímenes. Era pensando en estas virtudes, que yo creía tuyas, y en tu elevado origen, por lo que a despecho

de Tará (porque Tará, su esposa, le ha aconsejado poco antes que no salga a combatir con Sugriva, al que Rama protege) he venido a las manos con Sugriva. Mientras que, furioso, yo estaba enzarzado con él, tú no podías herirme. He aquí la opinión que yo tenía de ti antes de conocerte. Ahora veo que tienes el alma perversa. Que con la religión por estandar-te practicas la iniquidad. Que tu conducta es la de un malvado. Que te asemejas a un pozo oculto por la hierba. Con apariencia de hombre de bien, no eres sino un bandido. Cual el fuego cubierto de cenizas, yo no te reconocía detrás del virtuoso velo que te enmascara... ¡Admirable! Retrato perfecto de tanto bribón, de tanto asesino, como, en el transcurso de los siglos, amparándose en pretendidos derechos y en falsas excelencias, han perpetrado los crímenes más injustificados e innobles.

A estas palabras, en verdad admirables y justas, responde Rama con las razones que, como se sabe, han servido a tanto miserable, desde los tronos o desde el poder, para justificar lo injustificable, amparándose en el más falso de los derechos, bien que, ¡ay!, tantas veces empleado: la fuerza. Rama responde, sí, que la Tierra pertenece a los Ikashvakus (sus ascendientes, su raza por parte de su padre), con todo cuanto encierra: bosques, selvas, fieras, pájaros y hombres. Que esta Tierra, feudo caprichoso de los Ikashvakus, está en aquel momento gobernada por Bharata (su hermano, como se sabe), y que él no hace sino conformarse a su voluntad suprimiendo los delitos... Para qué seguir. He aquí, si se quiere, el origen de las grandes injusticias históricas: que sea crimen en los débiles y en los vencidos lo que en los fuertes y vencedores es justicia y gloria.

La muerte de Sambuka es aun, si cabe, más injusta e imperdonable. Diríase que el pueblo hindú la paga aún con su incultura y su miseria por haber olvidado este nuevo crimen de Rama. He aquí el hecho. Un brahman pierde un niño y viene a lamentarse ante la puerta del palacio de Rama, acusándole a él de la muerte de la criatura, cual si reinando Rama la Muerte no pudiese aparecer en su Imperio. «Con Rama como protector—exclama a voces—, es la muerte segura de los hijos. Los pueblos perecen bajo el gobierno desleal de un rey criminal...» y otras lindezas semejantes. Pero es un brahmán el que maldice, y un brahmán, seguramente (bien que no Valmiki, sin duda) el que ha escrito esto, insistiendo siempre sobre lo tampoco justificable, el sistema de castas; y, claro, Rama, en vez de mandar que le echen los



perros, reúne a sus consejeros (kshatriyas, burgueses ricos, y a su cabeza, por supuesto, los brahmanes) y les cuenta lo que ocurre. Entonces uno de éstos, llamado Narada, pronunció un discurso peregrino. Según él, durante el Kritayuga (primera edad del Mundo) los brahmanes tan sólo se entregaban al ascetismo. Es decir, podían hacer méritos para ganar el Svarga (el Cielo). En la segunda edad, durante el Tretayuga, nacieron los nobles, los kshatriyas, y como también se entregasen al ascetismo, el Adharma (la Injusticia) se introdujo ya en la Tierra. Llegó el yuga llamado dvapara y durante esta nueva edad los vaisyas (los comerciantes, la tercera casta), entregáronse también a las prácticas ascéticas. La última casta, los sudras, se entregarán también un día a la devoción y al ascetismo, pero esto no ocurrirá sino durante el Kalyuga, aun muy lejano. Y puesto que en aquel momento, en pleno Dvaparayuga, un sudra se ha atrevido a entregarse a la devoción y a la austeridad, ello es la causa, tan tremenda ilegalidad, afirma Narada, de la muerte del hijo de brahmán. Tras lo cual, no satisfecho, aconseja a Rama que haga justicia.

Rama, tras oírle, manda venir al carro Pushpaka. Este, tan sólo con que Rama piense en él, preséntase al punto. Rama, luego de encargar a Lakshmana que haga meter el cuerpo del niño muerto en aceite para que no se corrompa, sube al carro y se lanza a recorrer su Imperio. Empieza por explorar la parte oeste y no encuentra en ella nada de anormal. Luego la del este y tampoco. Pero en la región del sur, en la vertiente del Saivala, junto a un lago muy grande, ve a un asceta que se entrega a rigurosísimo tapás, a duras y austeras prácticas de virtud. Entonces hace bajar a su carro, desciende de él y, acercándose a aquel eremita que se mantiene inmóvil apoyándose sobre los brazos, la cabeza junto al suelo y al aire ambas piernas, le pregunta quién es, qué pretende con tan riguroso ascetismo y de qué matriz ha salido. El virtuoso asceta le responde al punto, pero sin moverse ni variar de postura, que su nombre es Sambuka, que cuanto se propone es merecer el Cielo y que como salir ha salido de una matriz de sudra. Al oírle, el Poema dice: «hablaba aun cuando Rama, sacando su sable, le separó la cabeza del cuerpo»...

Que los dioses todos aplaudan este crimen, como lo dice, asimismo, el Poema, e incluso dejen caer una lluvia de flores mientras exclaman: «¡Bravo!, ¡bravo!», se comprende, puesto que ellos constituyen la casta de las castas y, sobre todo,

puesto que en el propio Ramayana los vemos varias veces envidiosos de los rishis cuando éstos tratan de ser como ellos, a fuerza de ascetismo; sobre todo, cuando sus prácticas son tan rudas que amenazan con que el que se entrega a ellas les supere. Pasen, pues, sus aplausos. Pero que tras ellos los sudras de la India, es decir, un 98 por 100, lo menos, de la población, haya seguido, durante siglos y siga aún, oyendo con delicia el Poema, admirando a Rama, reverenciándole como dios y creyendo en una religión que tanto les odia y humilla; esto es lo que ya es difícil de comprender. Tan difícil como justificar el segundo crimen de Rama y perdonársele.

## LA FILOSOFIA EN EL RAMAYANA

El Ramayana no tiene una filosofía propia, así como tiene una moral propia. A ésta se la puede señalar, cual he hecho, no sólo como la primera en extensión y perfección entre la de los pueblos antiguos, sino la primera, asimismo, en cuanto a fuente, por decirlo así, de todas las demás, siendo, por su parte, el gran Poema como un cuadro acabado o exposición total de ella; mientras que en lo que a filosofía respecta, cuanto se puede hacer es considerar en qué modo participa nuestra obra y comulgan sus principales personajes en los varios sistemas filosóficos de la India, y con ello tener una idea de los que conocía Valmiki, de los que practicaba o hacia los que se inclinaba, y, en fin, a cuál daba su preferencia. Por consiguiente, lo primero a hacer es una breve exposición de estos sistemas y luego ver cuáles de ellos tienen cabida o son admitidos y practicados en el Poema.

Seis sistemas principales, reconocidos como «ortodoxos», comparten el pensamiento hindú en lo que a filosofía afecta. Estos seis sistemas filosóficos, darsanas (37), son: el vaisheshika, el nyaya, el sankhya, el yoga, el mimamsa y el vedanta.

Una pregunta viene inmediatamente al espíritu: ¿Por qué esta variedad?, ¿por qué seis, puesto que son ortodoxos los seis?

La respuesta es muy sencilla: porque el pensamiento filosófico se ha movido siempre en la India con sorprendente libertad, y ello por una razón evidente: por carecer el brahmanismo de dogmas, a causa, principalmente, de no haber

sido fijadas las nociones religiosas en concilios. No correspondiendo, pues, a dogmas impuestos como artículos de fe, en los que hay que creer a ojos cerrados, sin derecho a discutir y opinar sobre ellos, estas nociones religiosas han dado lugar allí a una filosofía asombrosamente rica; tan rica, que las tesis que defienden los diversos sistemas mencionados abarcan muchas de las concepciones de los principales filósofos europeos, empezando por Platón.

En cuanto a sus divergencias, éstas recaen sobre la verdadera naturaleza del atmán y de lo brahmán; sobre la verdadera naturaleza del yo; sobre las relaciones de lo atmán-brahmán con la Divinidad; sobre las propias Divinidades hindúes; sobre la fuerza de resistencia que la ignorancia y el error oponen a la salvación; sobre la verdadera naturaleza de la salvación, y sobre otras cuestiones secundarias.

Cada escuela se esfuerza en refutar las doctrinas adversas demostrando que están en desacuerdo con la realidad. Estas discusiones son, en general, tan sutiles que con frecuencia la oscuridad reina en ellas. Aumenta esta oscuridad el hecho de estar estos darsanas expuestos, de ordinario, en aforismos de extremada concisión llamados sutras (palabra que en sánscrito quiere decir esto, «aforismos»), con la intención de que sean retenidos más fácilmente. Mas como se trata de expresar muchas ideas en pocas palabras, de decir mucho lo más brevemente posible, la oscuridad es la consecuencia natural (38). Y el que sus comentarios sean abundantísimos.

Aunque se suele atribuir cada una de las mencionadas doctrinas, o escuela, a un filósofo determinado, nada, o casi nada, se sabe de ellos, y, con frecuencia, tan sólo el nombre. Su cronología es también sumamente incierta. Lo que sí hay que tener en cuenta es que el fondo de estas doctrinas, su núcleo, su tema esencial es muy antiguo; todas parecen haber surgido antes, quizá mucho antes, del advenimiento del Budismo, bien que su sistematización, su formación como verdadera doctrina, su unión al nombre del filósofo que se supone hizo este trabajo, sea muy posterior (39).

Nacido el Ramayana en medio de esta diversidad de doctrinas filosóficas, ofrece, como no podía menos de ocurrir, no solamente en filosofía, sino también en moral y religión, principios sumamente discordantes. Pero todos pueden unirse, finalmente, en un conjunto homogéneo en virtud de una disciplina común que, en general, es el yoga. Por supuesto, hay muchos yogas, pero todos pueden entrar en la definición o en el concepto: devoción mística (40).

De los seis darsanas ortodoxos citados, tres son los que en realidad gobiernan, filosóficamente, el mundo brahmánico; a saber, el sankya (conocido también con el nombre de dvaita), el vedanta (o advaita, con su rama colateral; el visishtadvaita, es decir, el advaita superior y preferible) y el yoga. A estas tres doctrinas, experimental, idealista y mística, respectivamente, se unen las otras tres mencionadas (vaiceshika, nyaya y mimansa). Pero como tienen poco que ver con la filosofía del Ramayana, podemos prescindir de ellas. Conviene, no obstante, detenernos un momento en el sistema nyaya, que pretende enseñar que todo puede ser explicado mediante el conocimiento de los dieciséis padarthas o sujetos de estudio (tales que el objeto de las pruebas, la prueba, la duda, el motivo, la sofística, el razonamiento falso, el juego de palabras, el fin, el ejemplo, la refutación, la conclusión, etc.). Como, evidentemente, estos padarthas constituyen medios más sólidos que las reglas del razonamiento dialéctico y silogístico, su conocimiento es indispensable a toda disciplina escolar. A causa de ello, en las escuelas donde se enseña la filosofía se empieza siempre por el nyaya. Cosa lógica, puesto que este sistema es la lógica misma. Y puesto que con él se tiene, si no una filosofía propiamente dicha, sí un instrumento para filosofar, o para logicar, según quien lo maneje.

Tras el nyaya conviene nombrar, como formando parte de los seis tartikas o escuelas de filosofía, el sistema vaiceshika, que completa y continúa el sankya, puesto que es esencialmente físico, y que, como dicho queda, explica todo mediante el átomo (anu), compuesto movido por el kriya, el movimiento de repulsión.

En cuanto al mimansa, como ya sabemos, consta de dos en realidad, el Purva-mimansa y el Uttara-mimansa, y que a esta última tan sólo se aplica especialmente el término vedanta (conjunto de doctrinas brahmánicas sostenidas por los Upanishads), y por ello el que sea llamado también vedantasutra («el fin del Veda»), bien que en el fondo no haga el menor caso de él. «Los insensatos tan sólo—dice Bhagavad-Gitá, II, 46—, se complacen en las sentencias del Veda y afirman que todo está en ellas. Pero, en realidad, esclavos son de sus deseos, y su fin supremo es el Svarga (o Svargaloka, lugar opuesto al Martyaloka, el mundo de los mortales), un cielo todo material». El conocimiento, inán, la ciencia que tiende a la contemplación y a la posesión de lo verdadero, no se adquiere mediante el estudio de los Vedas y de las disciplinas que de ellos dependen, los vedangas. Cien-

cia superior, es negativa de toda forma concreta, es decir de toda existencia distinta. De donde se sigue que el trabajo constante del discípulo del vedanta tiende al desprendimiento completo de las cosas del Mundo. En efecto, es tan sólo no pensando en nada: Na kindid api cintayet (Bhagavad-Gitá, VI, 25), como nos libramos de las formas y de su obsesión. Cuando el sabio ha reconocido que las formas de lo que existe y de lo que no existe son creaciones de la ignorancia, entonces tiene la noción de lo Brahmán; su noción exacta, su vista, por decirlo así. En lo Brahmán desaparece todo lo que tiene nombre y forma, el ser y el no ser, sad, asad; o más bien es él, él sólo, el que es una cosa y otra; el que es el Mundo y no es el Mundo; en cuanto a la creación, una parcela de él es tan sólo, bien que sea el yo del Universo, el atmán y el alma del gran Todo, y la identidad de lo idéntico y de lo no idéntico. Pero la evolución del ser, la Naturaleza, es idéntica al Ser: es lo Brahmán; lo Brahmán es ella. Lo Brahmán teje en él el Universo con su propia sustancia como la araña (urnanabhib) teje el hilo de su tela con la sustancia de su propio cuerpo. No obstante, como el Mundo no tiene sino una forma de Ser y toda forma está sometida a cambios incesantes, la Naturaleza es ilusoria: es pura ilusión. Los pensadores lo reconocen así, y lo que les inicia en este conocimiento es la práctica del ascetismo, el yoga. No hay verdadera realidad y felicidad inalterable sino en lo Brahmán, y en la criatura cuya gracia escoge un cuerpo como el suyo. Luego aquel que escoge ser como él, es sabio (jnani). Y se llega a ser sabio mediante la fe. La fe: he aquí la ciencia. Sólo mediante el contacto íntimo con lo Brahmán se adquiere la certeza de que la Naturaleza no es sino fantasmagoría, y en ella consiste la liberación final (moksha), y con ella la felicidad infinita (sukham atyantikam), realizada. Este contacto con lo brahmán, extinción, aniquilación inefable de la personalidad humana en el gran Todo, es el brahmanirvana. Cuando se ha obtenido, ya no se sufren nuevos nacimientos; mientras tanto se renace sin cesar en las formas que se han merecido en la vida anterior. Como lo que ocurre en cada vida no es sino consecuencia de los actos realizados en otras anteriores. Cuando encontremos estas ideas repetidas una y otra vez en el Poema, veremos cómo Valmiki era partidario de esta teoría filosófica, que es lo que me mueve a citarla.

Sansara es llamada esta teoría de la transmigración. «Cumple sin cesar el trabajo que es preciso hacer. Yo mismo (todo Dios cual soy) no dejo de trabajar. Pero sabe bien que el

sabio se da a las ocupaciones sin entregarse a ellas por entero. Sin propósito interesado. Con el solo deseo o fin de realizar el bien para el Mundo (como Rama). La perfección no se adquiere renunciando a los deberes sociales, ni es concedida a las austeridades de un celo mal comprendido, como, por ejemplo, no comer o prohibirse el sueño (41). Es preciso practicar el desinterés de las cosas exteriores e interiores, viviendo como todo el mundo, pero diciéndose: yo no hago nada en realidad: Naiva kincit karomiti; son mis sentidos los que obran sobre los objetos de los sentidos; es la Naturaleza la que obra en mí sobre la Naturaleza. Entonces, hágase lo que se haga, no se profana el alma por nuestra culpa; entonces no se peca, aunque se peque» (Bhagavad-Gitá) (42).

Un reformador del vedantismo, Ramanuja, trata de templat el idealismo excesivo de esta doctrina mediante la suya, visishtadvaita, que rechaza la teoría de la mayá y mantiene la realidad distinta de los hombres y de las cosas. No obstante, admite la identificación del yo individual, atmán, a lo Brahmán, el adhyatmán. Sin esta unión no hay, según él, salvación posible. Salvación, por supuesto, que se adquiere mediante el monosílabo Om (43). Con lo que viene a ser como el tat, aquello (cuyo sentido panteísta ofrece el matiz de ser abstracción cósmica más que idealista), que es la exaltación articulada (pranavah), de lo Brahmán en el silencio del alma recogida. «En una palabra—dice Yama a su interlocutor—, con una sola palabra, sí, te diré todo aquello a lo que tienden los Vedas, todos los actos de penitencia, el lazo cuyo deseo hace abrazar el estado brahmánico: esta palabra es Om. He aquí el impercedero Brahmán, el Ser indestructible y supremo. El que ha reconocido este pada (44) posee todo lo que desea. Para reconocerle no hay sino un medio: el silencio que le sigue.» El silencio es tan importante, que representa el estado del alma absolutamente liberada, la realidad misma de lo Brahmán (45). A causa de ello los hindúes se sumergen en el silencio durante sus oraciones. Otros pueblos, por el contrario, no comprenden los cultos sin voces, coros, cánticos, discursos sagrados, luces, oropeles, incienso y órgano. Ellos no; ellos, si necesitan aún ayuda, echan mano de los medios ascéticos concretos de la penitencia. Entre éstos, las maceraciones son la acción por excelencia. En el Ramayana no faltan, para ver de llegar, los innumerables que las practican, al estado de perfección. En cambio, la palabra Om no se encuentra sino al principio del libro.

Como se ve, pues, la filosofía vedanta es una mezcla de

idealismo y de positivismo (muchos personajes del Ramayana muestran como impregnados de ella); en cuanto a su cosmogonía, viene a ser un panteísmo sui generis. Véase: «En un principio (46) no había ni ser ni no ser, ni espacio ni cielo (vyoma) más allá. Entonces no existía ni la noche ni el día, ni la muerte ni la no muerte; de nada de ello había signo distintivo; Tat respiraba inmóvil (47). Fuera de él, nada era en parte alguna. La oscuridad era. En principio este Universo era un flujo confuso envuelto en la oscuridad. El vacío, oculto en la nada, engendró al Uno único mediante la energía (ardor) del tapás. El deseco (kama), primera simiente del espíritu (manas), vino ante todo. Los sabios descubrieron en su corazón, en virtud de la reflexión, el lazo del ser y del no-ser. Sacaron del uno y del otro por arriba y por abajo, al sesgo, el lazo de unión. Entonces fueron las potencias creadoras de las simientes, absolutas por arriba, relativas por abajo. Pero ¿quién lo sabe de veras?, ¿quién podría asegurarlo con audacia?, ¿de dónde nació?, ¿de dónde vino esta creación? Los dioses existen aquí abajo gracias a su acción, pero ¿quién sabe de dónde El es venido? El, Aquel del que viene esta creación, la haya hecho o no la haya hecho, y que la gobierna desde lo más alto del espacio. Este, ¿lo sabe con seguridad o no lo sabe tampoco?» (Rig-Veda, X, 129) (48).

El Ramayana ofrece también, a su vez, una cosmogonía por boca de Vasishtha. Hay, además, la de Manu (Manay, I, 8-13), notable a causa de su «huevo», que asimismo existe en la cosmogonía griega (49). Así como también Amor es en ésta uno de los principios generadores, o el que, mejor dicho, produce y provoca la generación; tal vez incluso el Génesis hace alusión asimismo al huevo en I, 2.

El Ramayana parece interesarse por este sistema filosófico (el sankya), puesto que dice que Rama y Ravana conocían la filosofía. Cuando el rey de los rakshasas quiere dar una idea de su cultura, dice que posee los 25 principios de la esencia del ser (III, 53), lo que equivale a nombrar la filosofía sankya; que también es designada con el nombre de la ciencia de las 60 nociones. Por consiguiente, cuando en el Poema se aprecia el valor moral de un individuo mediante una cifra colectiva, como Hanumat lo hace respecto a Angada diciendo que el príncipe tiene las 14 cualidades (caturdasagunam), se puede estar seguro de que su moralidad es medida de acuerdo con el sankya. Claro que ello no quiere decir que tal cosa permita marcar exactamente la proporción en virtud de la cual esta filosofía es empleada en el Poema. Ya he hecho notar que,

tratándose de una obra esencialmente literaria, cuanto hizo Valmiki fue exponer su pensamiento sin preocuparse de otra cosa que de desarrollar el tema que se había propuesto; bien que, como es natural, a través de los episodios se adviertan sus conocimientos relativos a la religión, a la moral y a la filosofía de su tiempo. Pero tratemos de ver ésta un poco más.

Ante todo, preciso es hacer notar que con el sistema vedanta no tiene de común, por decirlo así, sino lo relativo a la liberación de la necesidad de renacer. Ahora bien, el sankya no quiere obtener esta liberación sino mediante la ciencia (tal dicen los Sutas y el Kariká, amplificación rimada del sistema). Esta ciencia del sankya nada tiene que ver con la fe o la mayá que llenan el vedanta. Es, por el contrario, enteramente racional y experimental o de observación. Enseña al espíritu a saber que es algo distinto de la Naturaleza que le rodea y a la que tan sólo le une lo que de sensible hay en él. Los medios de que se vale esta disciplina son la fría y tranquila observación de las cosas, la inducción por analogía, y el estudio de los hechos históricos. Ningún valor tienen para ella los Vedas, sus ritos y sus prácticas. Sus partidarios pretenden que los medios metafísicos de liberación dados por la Sruti o Revelación, son tan importantes como las observaciones materiales. He aquí por qué: la filosofía sankya parte de dos principios; a causa de ello el que sea llamada *dvaíta*, dualidad. Estos principios son: 1.º, la Naturaleza (*prakriti*), que produce como naturaleza desarrollada o evolucionada (*avyakta*, naturaleza naturalizada), y como naturaleza no desarrollada, no evolucionada (*anavyakta*, naturaleza casual o naturante, *pradhanam*); 2.º, el *purusha*, el espíritu, que lo mismo que el *avyakta* no es producido, pero que, además, no es productor. Uno de estos principios es, pues, activo, y su gran producción es la inteligencia, el *mahat*, y también la del yo, *ahankara*, la conciencia. El otro, el *purusha*, el espíritu, es solamente sensible, *cetana*, y por ello muy expuesto, diríase, a estar sometido a la Naturaleza. Pero esto no ocurre jamás, puesto que el espíritu por sí mismo está fuera de la Naturaleza; él y a Naturaleza son dos cosas diferentes: *dvaíta*. La razón del espíritu es conocerse a sí mismo. Como el «*gnoti seaitoi*» griego, fin asimismo del discípulo de esta filosofía. Y puesto que Vishnú, del que Rama es la encarnación, es llamado el doctor del sankya (IV, 53), el sankya aparece implantado con ello en el Ramayana. Mas como el sistema no dice de dónde proviene la Naturaleza, que obra mediante la inteligencia, ni el espíritu.



tu, que permanece extraño a sus operaciones, y como calla también respecto a su fin, es, a causa de ello, una doctrina que nada tiene de especulativa (50), y que en realidad no es ni espiritualista ni materialista. El pradhanam o Naturaleza no producida es la raíz concreta de las cosas concretas, raíz o matriz que ha existido siempre. El purusha, tras haber llegado gracias a sus observaciones y a sus estudios a desenmascarar a la Naturaleza, y con ello, el individuo inteligente, a vencer el triple dolor (51), hace de él un isvara, señor soberano, y le coloca por encima de todos los seres. Ahora bien, para ayudar al moksha, la liberación final, el sankya recomienda los medios que procura el ascetismo, lo mismo que el vedanta y el yoga propiamente dicho. Pero más caso aún que de prácticas ascéticas y estáticas (de las que no tratan ni sus sutras ni su karika), hace del mayá y de sus medios de encantamiento; mayá que obra en la naturaleza real, no como el vedanta, que lo hace en la divinidad, en el ser ideal, y de lo que son buena prueba en el Ramayana Ravana e Indrajit.

Patanjali lo ha remediado en su sistema mediante un sankya-yoga, es decir, un sankya acomodado al deísmo realista del vedanta. Al asociar el abandono, sannyasah, es decir el renunciamiento a obrar, a la práctica del ascetismo, como esta práctica es absolutamente absorbente, el sankya-yoga no tarda en devorar al sankya primitivo en cuanto a procedimientos analíticos y austeridades. El sankya de Kapila consiste en el cultivo del pensamiento, sobre todo; el de Patanjali declara en su upanishad más importante que: «Es no pensando en nada como podemos librarnos de las formas de la existencia, y como se tiene a la vista a Brahma (tad Brahma darsana), el yo (ahankara) del Universo.»

Y con ello hemos aquí en pleno quietismo (52), es decir, frente a un elemento religioso especial que ha introducido en la doctrina de la moral religiosa de la India al yogui perfecto, más perfecto que podría hacerle el ascetismo, e incluso, el éxtasis. Me refiero a la fe, cuya fuente es el amor y que de amor se nutre (bhakti): es la fe lo que da la gracia. Y a costa de bien poco: de poner a la puerta a la razón. San Anselmo y cuantos han tratado de Hermanarlas, no han conseguido sino ser testigos impotentes de sus tremendas disputas.

Pero volvamos a lo que ahora nos interesa. Habiendo venido la bhakti mucho después de la sraddha, la antigua fe védica (53), que interesa al corazón, pero que no le consume, pide, por lo mismo, un dios nuevo; y este dios a quien se dirige es Krichna, e incluso Rama, ambos hombres-dioses, por

lo que a ellos va esta devoción sin igual. El adepto de la bhakti es el hombre empapado de devoción, hundido en ella, muy lejos, en cuanto a exageración religiosa, del yoga de la buena antigüedad brahmánica, el yoga moderado que practican los austeros vanaprasthas y los munis, viviendo en simples eremitorios en medio de los bosques; no es Visvamitra, ni Maricha, solitarios entregados a sus prácticas de piedad, no; es el ascetismo de la edad media, que se complacía en verdaderas torturas, tales como mantenerse de pie sobre uno de los dedos gordos (tishthetprapadair), o, bien que parezca menos atroz, si que no menos imposible exagerando el tiempo de permanencia, como Ravana, que pasó, como se lee asimismo en el Poema, diez mil años (urdhvapadena) viviendo del aire, y su hermano, el gigante Kumbhakarna, el mismo período de tiempo entre cinco fuegos, en verano, y echado sobre el hielo, en invierno.

Pero todos estos tormentos corporales, así como otros casi tan disparatados como aquellos a los que se entregaban en desiertos y eremitorios ciertos ascetas cristianos de los primeros siglos, verdaderas extravagancias desde todos los puntos de vista, y, sobre todo, como prácticas religiosas en modo alguno serías y dignas, sólo son practicadas en el brahmanismo u otras religiones por aquellos que no tienen una idea sensata y sana de lo que es la religión, y mucho menos de lo que puede ser un Ser superior, cuando creen que pueden agradarle tales insensateces. Los espíritus capaces de concebir una creencia más elevada y pura, limitáanse, en lo que a prácticas ascéticas afecta, a pensar como Yajnavalkya, que, no apartándose de las sentencias de los Sastras, escribía (III, 65): «No es mediante la ciencia sola, ni tampoco a fuerza de penitencias como se llega a ser un vaso de elección. La gloria de ser un vaso está allí donde ambas cosas son asociadas a la conducta. Ni es el retiro en la soledad lo que constituye la virtud. Para poseer la virtud hay que ejercerla. He aquí por qué el anacoreta no debe incitar a que hagan los demás lo que le es a él mismo desagradable». Y más tarde, San Francisco de Sales: «La perfección cristiana no está en los éxtasis ni en las maceraciones, ni en las manifestaciones de la penitencia. Está en los sentimientos del corazón y en la unidad del amor de Dios. Y puede cumplirse en cualquier estado secular» (Introducción a la vida devota). Esto es sensato y bueno. Como lo son los consejos del citado místico español Miguel Molinos: «¡Cuidado con caer en la extravagancia creyendo que se entra en el misticismo! Los que dicen que siguen a Jesús, ¿por qué no lo hacen verdaderamente? Jesús era pobre, sen-

cillo y tan perfecto como hombre cuanto como Dios. Enseñó a amar al Padre, pero de corazón y no a fingirlo mediante rezos vanos e interesados. Le martirizaron, pero él no se martirizó jamás. Le dieron muerte, pero él ennobleció la vida con el ejemplo de la suya, y vida, una nueva vida, dio a los que creen en él tal cual fue, muriendo.» (Obra citada en la nota 52.)

La doctrina de la salvación por la fe, llevada adelante por el yoga y sus órganos, los Upanishads modernos, llega hasta asegurar que para obtener la identificación con lo Brahman hasta decir con fe entera: «¡Es!», asti iti (Katha-Upanishad, VI, 12). Por supuesto, en el yoga hay de todo y sus variedades son numerosísimas, pues, como dice el Bhagavata-Purana, el yoga se divide en tantas especies como medios emplean los hombres para practicarle (XXIX, libro III).

El autor del Bhagavad-Gitá, que con el Ramayana es lo más notable que ha producido la literatura hindú moderna (entiéndase posterior a los Vedas), ha sido llamado el príncipe del yoga. He aquí alguna de las variedades de esta doctrina: el yoga con acción (karmayogah), el yoga de la ciencia (jnana-yogah), el yoga del abandono de la acción (mencos seguido que el de la acción, pues Krichna no descuidó jamás el trabajo y conviene que los hombres le imiten): el yoga de la represión del espíritu (practicado por el que es dueño de su espíritu hasta el punto de permanecer tranquilo y concentrado en el frío como en el calor, en el placer como en el dolor, en los honores como en el desprecio, y que, indiferente al bien y al mal, mira del mismo modo el terrón de arcilla que las piedras preciosas y los montones de oro: al brahman portentoso de ciencia que al hombre que se alimenta de carne de perro) (54). El yoga del discernimiento (que enseña que todos los seres están en el seno de Vishnú, que es el origen de la disolución de todo el Universo; como Siva es, con su lingam o linga, la reproducción perpetua); el yoga del espíritu supremo e imperecedero (que conduce a pasar enteramente al espíritu divino mediante la eyaculación del monosilabo cabalístico Om, y la práctica, nada fácil sin duda, de traer la respiración, el aliento vital —prana—, hasta colocarle entre las dos cejas).

Entre los ocho medios que favorecen la concentración llamada yoga, Pantanjali enumera también la supresión, o al menos la retención de la respiración (pranayama). Los que lo consiguen se reúnen con Brahma (55) y no sufren ya otras reencarnaciones: el dios mismo lo dice (Bhagavad-Gitá, VIII, 15). Hay, además, pues la lista no está agotada, el yoga del

misterio real y el de la ciencia real; el yoga de la sustancia; el yoga del supremo Brahma: Dios, que, pese a haber establecido el Universo como una porción de El, permanece no obstante todo entero (Bhagavad-Gitá, X, 43). Esta su cohesión absoluta le hace el Yogui por excelencia. Se le conoce bajo esta forma universal, como ser y como no-ser, sat y asat. Esta forma universal, habitación del Universo, es descrita, plásticamente, en el capítulo oncenso del Bhagavad-Gitá, donde aprendemos, además, que Vishnú es más venerable que Brahma (XI, 37). Lo que también se ve en el Ramayana, donde Brahma es relegado a la cabeza de los dioses del antiguo vedismo, mientras que Vishnú es continua y perpetuamente glorificado en Rama, su encarnación. Lo que es lógico, si se considera que Vishnú es una realidad divina completa (realidad puramente fantástica, evidentemente, pero total para los que creen en él; los dioses, como todas las ideas, viven mientras los hombres creen en ellos; luego pasan a no ser más que los hombres mismos una vez muertos: palabras); el Sol; mientras que Brahma no pasa de ser una entidad teológica, una criatura de la teoría teocrática, un dios verbal, en cuyo estado es idéntico al Veda. El Veda es Brahma pasado al estado de sonido (Bhagavad-Gitá, VI, 44) (56). Y para acabar ya esta larga lista, citaré el yoga del culto del amor, que entraña y enseña un tan alto espiritualismo, que nada hay en la doctrina cristiana que le sobrepuje, ni, por supuesto, en ninguna otra doctrina religiosa. Y el yoga de la distinción del cuerpo y del espíritu. Y el yoga de la distinción de las tres cualidades. Y el yoga de la obtención del espíritu supremo. Y el yoga de la distinción del bueno y del mal espíritu. Y el yoga de la diferenciación de la triple fe. En fin, el yoga de la liberación final mediante el renunciamento.

En una palabra, si se tratase de adscribir las doctrinas que se presentan en el Ramayana a una o varias teorías filosóficas habría que pensar en el vedanta y en el yoga combinados; es decir, en el antiguo idealismo ascético brahmánico, en vista, sobre todo, al gran número de ascetas que en el Poema se entregan a la religión del renunciamento, más o menos desinteresadamente; menos, en general. Entre los numerosos ascetas, como digo, de la gran epopeya, el principal es Rama, y el más ilustre, puesto que es, sin saberlo, un dios encarnado. Esta ignorancia no hace sino engrandecer sus méritos. Pues de saberlo, toda su virtud, todo su mérito, incluso gran parte del interés de la acción, desaparecería. En efecto, Rama halla su alegría en la salvación de los seres, y, como el héroe de los

Evangelios, no solamente perdona a sus enemigos (los dos crímenes citados aparte), sino que los ama. No cometería un pecado por un reino (los dos crímenes que comete los realiza creyendo precisamente obrar bien; seguro de cumplir con su deber), él, el deber personificado, dharmat más sa. Si mata a Vali es porque Vali representa para él un malhechor, y como kshatriya perfecto, tiene la obligación, el deber, de darle muerte. Si asimismo mata a Sambuka es porque Sambuka es un sudra y matándole obedece, cumple una vez más su deber obedeciendo la ley brahmánica, que ha establecido las castas, y con ello, mostrándose una vez más hijo directo de los Vedas.

En resumen, la filosofía del Ramayana se ofrece como un panteísmo místico unido a una moral compuesta, adaptada con el tiempo y la experiencia a la necesidad que tiene el hombre de esto, de una «moral». La unidad de esta mezcla heteróclita, de esta sorprendente combinación de idealismo y realismo, está en su origen védico asentada tan absolutamente como la de Brahma, su dios, que, por supuesto, es idéntico al Veda, a causa de lo cual este panteísmo místico acaba en una especie de monoteísmo sui generis. Esta unidad recuerda el siguiente pasaje del Zohar (57): «El Santo creó todo en su forma primitiva. Miró en sí y creó el Mundo y todas las criaturas. Todos los seres superiores e inferiores están en él, sin separación alguna, ¡en su unidad!» En principio, es verdad, la unidad del panteísmo hindú dimana de Brahma, pero de hecho es producto de una mezcla, de la amalgama de todos los datos religiosos, filosóficos y morales con frecuencia dispares y contradictorios, propios de pueblos de orígenes diversos y diferentes temperamentos, de aquella península. Que, por supuesto, se han unido de tal modo unos a otros que imposible sería ya diferenciarlos y determinar con precisión su cuna. En todo caso, los Vedas constituyen allí la ciencia universal, a causa de lo cual todo es considerado como en estado en la Sruti. Y ello es el único concepto filosófico dogmático que sostienen los brahmanes; así como el ritadharma, la ley del sacrificio, su único dogma; y, por supuesto, la ley de las castas, que, según ellos, procede del sacrificio de Brahma, sacrificio tipo, su único generador social. Todo lo demás, sea cual sea su alcance religioso, filosófico o moral, es entregado a las discusiones, a las disputas y a las contradicciones (véase el Chandogya-Upanishad, VII, 26); y los brahmanes son los primeros en acoger favorablemente las novedades religiosas y filosóficas, sin dejar por ello de continuar hundidos en sus prácticas tradicionales, el fetichismo incluso. Es decir, como Rama, al que

vemos en el Poema adorador tanto de un carro como de un árbol, una montaña o un río, y al mismo tiempo amante convencido de las más puras doctrinas filosóficas y morales; entregarse a las más groseras supersticiones de la magia, sin dejar por ello de practicar el idealismo de la Pratyabhijña, que recuerda las sutilidades trascendentes de Kant.

### VALMIKI Y SU OBRA

Sobre Valmiki no se sabe nada, como nada se sabe de cierto sobre Homeros y sobre otros personajes célebres, cuyo nombre tan sólo cubre una personalidad muchas veces fabulosa, y en todo caso, más o menos falsificada (Pitágoras es un caso típico de ello; véase mi obra sobre él) a través del tiempo. Y, naturalmente, con el Ramayana ha ocurrido exactamente lo mismo que con la Ilíada y la Odisea, es decir, que pese a la impresión de unidad que causa su lectura, se ha puesto en duda que sea obra de una sola mano. O sea, que se ha pretendido dudar de la paternidad de Valmiki respecto al Ramayana, como de la de Homeros respecto a las dos grandes epopeyas griegas.

Opinar con certeza sobre esta cuestión, como sobre tantas otras de la antigüedad, es difícil a causa de la falta de elementos y datos seguros referentes a ella; pero la lógica puede ayudar a formarse una opinión, y, además de ella, la lectura atenta del Poema que ha llegado hasta nosotros, más lo que, relacionado con sus personajes (dioses y héroes), sabemos por los libros y la tradición religiosa de la India, y por otros textos literarios, como el Mahabarata (que por cierto cita a Valmiki); con todo ello se puede fundamentar, como digo, una opinión. Y la mía, mi opinión, que no pretendo que sea la verdad absoluta sobre la cuestión (pudiera serlo, pudiera no serlo), es la siguiente:

En cuanto a Valmiki, no veo por qué dudar de su existencia; como no veo por qué dudar de la de Homeros. El propio Wolf, que tanto discursó sobre la paternidad de la Ilíada y de la Odisea, no pudo menos de convenir en que Homeros tal vez no careció de realidad (58). De modo que, mientras no se pruebe de un modo cierto y serio lo contrario, no hay por qué no admitir, en lo que a Valmiki afecta, que ha existido realmente. Ya digo, y es dato importante en esta cuestión, que el otro gran poema hindú, el Mahabarata, le cita. En cuan-

to al Ramayana, pienso asimismo que se puede afirmar que los seis primeros cantos son obra de un mismo genio poético; para mí, del suyo. Ello no impide reconocer, como ya he indicado, que Valmiki no tomase, como base de su poema, la tradición, muy antigua por cierto, que había ya en su tiempo a propósito de la figura de Rama, en cuanto encarnación o avatara de Vishnú; e incluso que conociese muy bien las diferentes y numerosas versiones de las aventuras de este héroe (como ocurría en Grecia respecto a muchos héroes de la epopeya homérica); pero que él, como el otro gran poeta griego, concibió gracias a su genio un algo superior, dio forma, estructura nueva y vigor a lo disperso, lo reunió en un todo grande y acertado, y tras dar forma y vida nueva a lo vario y disperso lo embelleció con las incomparables galas hijas de su genio poético, esto es más que probable. Luego este Ramayana, el admirable poema que nos ha llegado con su nombre, no veo por qué pretender arrebatarse la paternidad (59).

Ni la merma tampoco, por supuesto, el que el tiempo y la propia admiración que siempre ha despertado en la India, hayan contribuido, al pasar por tantas manos y tantos deseos por mejorarle, enriquecerle (perfeccionarle, que pensarían, si lo hicieron, los que tal hicieron) y darle una forma cada vez más completa, que todo ello haya contribuido, decía, a que no haya llegado a nuestras manos tal cual salió de las suyas. En notas he indicado alteraciones y adiciones evidentes a lo que debió ser el texto primitivo. Pero limpio de estas adiciones, el actual presenta tal unidad e igualdad de propósito y de estilo, que me parece atrevidísimo conjeturar que en él haya intervenido, primitivamente, más de una mano. En una palabra: para mí, los seis primeros cantos, que en realidad son los que constituyen el Poema, son, a causa de su unidad de composición e igualdad de estilo, de una sola mano, que no veo por qué no haya de ser la del autor al que se los atribuye: Valmiki. Ahora, que el séptimo kanda fuese de otra mano, mejor de otras manos, pues la diferencia entre los primeros sargas y los últimos para mí es evidente, a esto no me opondría.

Exactamente he aquí lo que pienso sobre esta cuestión. Me parece que Valmiki empezó su Poema por lo que hoy es el sarga quinto: es decir, por la Descripción de Ayodhya. Los cuatro primeros debieron de ser obra de la misma mano que hizo los sargas 93 y 94 del Uttarakanda. Y ello, porque como en esta última parte, por honrar a Valmiki (y ello sería una prueba más, y hasta segura, de su identidad), se le hace in-

tervenir en el Poema, con objeto de justificar su presencia a última hora (otra conclusión intermedia, simple cambio del nombre de un asceta, tiene menos importancia), convenía al empezar la obra, no tan sólo citarle, sino incluir el detalle que al final se recoge, de Kusa y Lava, los hijos de Rama y de Sitá, cantando el Ramayana por orden de su autor. Luego si se admite, o se supone siquiera, que el canto séptimo no es de Valmiki, como a mí me parece, los cuatro primeros sargas del primero son ajenos también a su mano, evidentemente.

El poema escrito por Valmiki acaba, no hay duda, al menos para mí, con el sarga 128 del Yuddhakanda (canto sexto), tras la consagración de Rama. Es más, la última parte de este canto (que ex profeso he hecho poner en letra diferente) es un añadido puesto para exaltar las ventajas que acarrea la lectura del Ramayana (su lectura o su audición, claro está). Con ello, el Poema acabado y completo: la obra de Rama cumplida, Ravana muerto, los dioses felices y los hombres satisfechos así mismo bajo la férula paternal del héroe. Pero la propia importancia y grandeza de la obra y la enorme aceptación que debió tener desde apenas compuesta, movería a los brahmanes, de quien es, como se verá, la más total y perfecta alabanza (un verdadero bastión, la mejor garantía, a causa del encanto, difusión y autoridad del Poema, de su poder omnímodo y total), movería a los brahmanes, decía, a hacerle aún más perfecto; es decir, a completar la obra de Valmiki, atando una porción de cabos sueltos, o sea, refiriendo con toda clase de pormenores exactos varias cuestiones y detalles tan sólo esbozados en el Poema, pero que son tan interesantes que gusta conocer. Por ejemplo, el origen de los rakshasas, el nacimiento del poderoso Ravana, el porqué de sus fenomenales atributos, sus luchas y triunfo sobre los dioses, etc., etc. Con todo ello, la gran obra quedaría aún más perfecta y, en todo caso, completa. Y esto decidido, manos hábiles tejieron esta última parte, que en verdad, salvo los postreros sargas, del ciento hasta el final, sargas que positivamente son inferiores, no desmerecen en cuanto a interés a lo hecho por Valmiki, bien que no alcancen, pues ni siquiera lo que refieren se presta a ello, su elevación y fuerza poética.

Claro que, hecha esta última parte con el solo propósito de, como digo, completar el Poema, cuanto hacía falta era esto, que fuese interesante. Y en interés, lo repetiré, no desmerece de todo lo anterior. Es más, aseméjase bastante al primer canto, el «Balakanda», donde las curiosas historietas abundan asimismo. Pero en la última parte de un modo casi



exclusivo y predominante. En este séptimo canto, Vasishtha, que llega con los grandes rishis a felicitar a Rama por su triunfo, incitado por éste, que le pregunta por qué le alaba sobre todo por haber acabado con Indrajit en la lucha, el gran gurú toma la palabra, y durante treinta y seis sargas cuenta una porción de historietas tan interesantes unas como otras. Luego viene la despedida de Rama de sus aliados (punto que tampoco era natural, ni convenía, dejar en el aire); tras ello, la segunda repudiación de la pobre Sitá, que, aunque episodio injustificado e indignante, era necesario (ya digo que la mano que trazó todo esto era experta) para el desquite final de la enamorada víctima, que no deja de estar bien calculado y dispuesto; y con ello, la aparición en escena de Valmiki, cosa que, de haber sido de él esta última parte, jamás hubiese ocurrido, pues ni era lógico ni necesario que él apareciese en su obra. Pero lo que él posiblemente jamás hubiese hecho, es natural, por el contrario, que con objeto de honrarle lo hiciese una mano enamorada de él y a él extraña. En todo caso, tras lo anterior, llega el turno de Rama de referir a su vez. Y, en efecto, cuenta, manejando tan bien la lengua como el arco, varias historietas a Lakshmana. Luego oímos referir nuevas historias al propio Valmiki, y a Agastya, y hasta a Lakshmana mismo. Y es que hay que contar como sea y del mejor modo que se pueda, pues se está ya, sin duda, en pleno apogeo del cuento oriental del que Las mil noches y una noche (que verá el lector un día en esta misma colección) serían la obra maestra.

También convenía no tan sólo recompensar debidamente, como se hace en esta última parte del Poema, a los aliados de Rama (Sugriva, Vibhishana, al gran Hanumat, etc.), sino dejar bien colocados a Satruñg y a los hijos de Lakshmana y de Bharata (todos los cuales reciben reinos y son entronizados por Rama) e, incluso, por supuesto, a Kusa y Lava, los dos gemelos de Rama y de Sitá, que también obtienen sus correspondientes coronas. Si los brahmanes son más poderosos que los reyes, éstos son los que hacen los sacrificios y los dones que les mantienen gordos y lustrosos. No convenía, pues, olvidarlos. Y ya todos felices, no había más remedio que acabar, y para hacerlo dignamente, Kalá (la Muerte) viene de parte del propio Brahma a anunciar a Rama que su misión y su tiempo bien cumplidos tras un glorioso reinado de diez mil años y cien años más, debe volver al Vaikuntha, su mansión celestial. Lo que ocurre en medio de una magnífica apoteosis. Inocente, por supuesto, pero sin duda necesaria y adecuada a

la mentalidad de los lectores del Poema: Rama sube al Cielo seguido por todos los seres de la Tierra. Hasta los animales. Tras lo cual el sarga final vuelve a cantar las «Excelencias y virtudes del Ramayana», y esta vez, sí, obra concluida.

Naturalmente, con Rama se encaminan al cielo Bharata y Satruñā. En cuanto a Lakshmana, éste ya les ha precedido, y por cierto de un modo tan inesperado como curioso. He estado por escribir «idiota», pero no lo hago por respeto al nombre de Valmiki, que, aunque nada tiene que ver con este episodio inocente, flota por sobre todo el Poema. Véase: mientras Rama oye por boca de Yama lo que sólo los dos deben oír (Yama ha hecho prometer a su visitado que si alguien cometiese la indiscreción de oírles, o de venir a interrumpir su coloquio, tendría que condenarle a muerte, lo que Rama, claro, no menos candorosamente, acepta), llega un gran muni, Durvasas (todos los munis, rishis y brahmanes son, ya lo digo, grandes, sabios y poderosísimos), pidiendo ver a Rama con toda urgencia. Y tales amenazas profiere si no se le introduce junto a él inmediatamente, pues Lakshmana le dice que en aquel momento está ocupado, que espere un poco (amenaza con lanzar un anatema contra cuanto puede ser destruido por un anatema: «¡Anuncia al instante mismo mi presencia a Rama, Sumitri, o lanzo un anatema contra el reino, contra la ciudad también e incluso contra Raghava, Bharata y contra vuestra raza!», que Lakshmana piensa: «Muera yo antes de que todo sea destruido», y pasa a anunciarle. Al llegar aquí, el lector dirá seguramente: Pero ¿a qué viene con tal premura el poderoso rishi? ¿Hay acaso suelto algún otro demonio peor aún que Ravana? El propio Rama sale presuroso, no es la cosa para menos, y hasta inquieto le pregunta qué le trae que de tal modo llega. A lo que Durvasas responde exactamente: «He terminado mi ayuno de mil años; dame, pues, de comer lo que tengas preparado». Y Rama, que es buenísimo, en vez de visitarle con el pie las casi divinas posaderas, ordena que le calmen el tremendo apetito. No hay duda que tras un ayuno de mil años, si se resiste, se debe tener hambre; un hambre como para estrangular al que ofrezca frutas y raíces, alimento ordinario de munis y ermitaños; y que el excelente y vacío Durvasas se comería, bien que el Poema no lo diga, por lo menos un jahalí, tres ciervos, seis lechones, treinta liebres y sesenta faisanes; un ayuno de diez siglos todo ello por lo menos merece; pero lo que da idea mejor que todo del poder inmenso de los brahmanes es esto: que tras mil años de dieta, en vez de presentarse conducido, moribundo y como una acel-

ga, llegue como un terribleísimo león. En todo caso, el pobre Lakshmana paga con la vida. Desterrado por su afligido hermano («Un decreto de destierro o de muerte para los hombres de honor es lo mismo», dice el Poema), Lakshmana, sin volver siquiera a dar la noticia en su casa para que no le esperen, corre hasta la orilla del Sarayú, y tras hacer las obligadas abluciones (al Cielo conviene subir limpios), cierra todos los orificios de su cuerpo, deja de respirar y... Y los devas con sus jefes, los coros de apsaras y las tropas de risbis, tras cubrirle de flores, le transportan al tercer Cielo.

\* \* \*

El Ramayana consta de siete cantos (kandas), divididos en capítulos (sargas), y éstos en slokas (dísticos), cuyo número es de unos 25.000. La extensión de los kandas no es igual. El primero, Balakanda (60), tiene 77 sargas. El segundo, Ayodhyakanda (canto en honor de Ayodhya, la capital del imperio del rey Dasaratha, padre de Rama), tiene 119. El tercero, Aranyakanda (canto silvestre de las selvas de los bosques), compónese de 75 sargas. El cuarto, Kishkindhakanda (canto de Kishkindhá, la ciudad de Sugriva, metrópoli del reino de los monos), tiene 67. El quinto, Sundarakanda (canto o libro de las maravillas), consta de 68 sargas. El sexto, Yuddakanda (canto, relación, libro de las batallas libradas ante Lanká, la ciudad de Ravana), se prolonga durante 128 sargas; es el más largo del Poema. En fin, el séptimo y último, el Uttarakanda (canto suplementario, como el mismo Poema lo dice varias veces, demostrando que fue hecho para completar la obra de Valmiki), está formado por 111 sargas. En total, 645 capítulos, cuya extensión varía asimismo, siendo, en general, los más largos los sargas descriptivos, es decir, los esencialmente poéticos.

En efecto, la vena poética de Valmiki era tan grande que, sin poderlo evitar, llevado, mejor diré arrastrado, por su enorme inspiración, aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para dar pábulo a su genio literario, y cualquier cosa es buena para sus descripciones, en general brillantísimas, y para sus comparaciones (61), asimismo sumamente expresivas, y particulares de su Poema. Montes, ríos, viajes y peregrinaciones de Rama, ciudades, palacios, cualquier cosa es buena para que Valmiki dé rienda suelta a su fuego poético; a veces, incluso en momentos en que los lirismos pare-

cen menos que oportunos (como en VI, 24, en plena batalla). Pero, en general, sus descripciones poéticas no sólo son oportunas, sino admirables. Por ejemplo, en III, 52, las lamentaciones de Sitá cuando es llevada hacia Lanká por Ravana; en III, 60 y siguientes, las de Rama, loco de amor y de desesperación, al regresar tras haber dado muerte a Maricha y no encontrar a su Maithilí, a la que ama «más que a sus alien-tos vitales»; en IV, I, cuando describe la primavera y su in-contenible amor; y la descripción, asimismo, por Rama, en IV, 28, de la estación de las lluvias, y en IV, 20, la del otoño.

Otras veces, como en V, 10 y 11, cuando Hanumat descri-be el palacio de Ravana, son de una brillantéz incomparable. Valmiki emborrachábase, asimismo, de poesía, describiendo otras mansiones reales y otras ciudades, o un bosque, o un río, o un eremitorio, o el carro Pushpaka. Y eso que es preciso te-ner en cuenta, cuando se lee, lo que va del original, en sán-scrito y en verso, a una forzosamente fría traducción al castella-no, en prosa. Es decir, de una estrella a una antorcha, del oro al bronce.

Y si en todas las descripciones Valmiki descuella, en los discursos que pone en boca de sus personajes es incompa-rable. Cuando Rama, Lakshmana, Bharata u otros persona-jes hablan para exponer lo que piensan o sienten, lo hacen de un modo que sería muy difícil de superar, pues llegan con sus palabras a límites de religiosidad, de moralidad, de leal-tad, de amor filial o fraternal, verdaderamente admirables. Y lo mismo en las lamentaciones y duelos, en las que pa-rece complacerse el estro poético de Valmiki, a juzgar por la insistencia con que vuelve sobre las angustias de Rama, por ejemplo, al verse privado de Sitá; o cuando las esposas de los héroes caídos (Tará por Valí, Mandodari ante el cadáver de Ravana, etc.) lloran por ellos.

Y lo más curioso es que en las descripciones amorosas aun se supera. Ravana, tratando de hacerse amar por Sitá, le dice cosas tan admirables que falta hace que ella esté ciega por Rama para no escucharle. Ciertó que se trata de un monstruo con diez cabezas y diez cuellos (Dasagriva), pero esto parece no ser detalle de gran importancia en poema como el Ramayana, donde todo es extraordinario y maravi-lloso, y en el que parece natural que un gigante horrendo como el rey de los rakshasas se enamore de una mujer, mujer toda perfecciones y hermosuras, pero mujer normal, como Sitá, y que ella no le rechace por gigantesco y monstruoso, sino por el amor que siente hacia su marido. Por lo demás,

rikshas y vanaras son también formidables y de estatura fenomenal, y Rama y Lakshmana, hombres simplemente, bien que esforzadísimo, como es natural, viven, alternan con ellos y hasta les aterran a veces, como, por ejemplo, cuando somos testigos del espanto que produce en el palacio de Sugriva y a éste mismo, que echa a correr, la llegada de Lakshmana, furioso, cuando va a pedirle cuentas por faltar a la promesa que ha hecho de ayudar a Rama a encontrar a Sitá. Claro que, por otra parte, nadie, como se comprende, es más fuerte que Rama. Esto se comprueba en I, 67, cuando se le ve coger, tender e incluso romper, todo con la mayor facilidad, el arco de Indra. Volviendo a los discursos amorosos, no puede uno menos de preguntarse que si de tal modo hablaba y entendía en cuestiones de amor un rishi, un ermitaño, un modesto anacoreta, un brahmán sabio y puro, ¿qué no serían los Anakreontes hndúes! Véanse, como muestra, en VII, 26, la descripción de la apsara Rambhá y los galanteos que antes de violarla la dirige el siempre apasionado Ravana, del que Valmiki debió decir que, además de diez cuellos y diez cabezas, tenía diez corazones.

Esta maestría en las descripciones amorosas, de no ser cosa sabida que un poeta, y doblemente un poeta genial, como Valmiki, puede llegar a conocer todos los matices del sentimiento sólo con la ayuda de su fantasía y a hacer de sus ensueños realidades, a las que nunca, a no ser con la imaginación, se ha acercado; sin este don maravilloso que hace a los hombres de letras dignos de tal nombre, vivir mil vidas y volar venturosísimos por regiones insospechadas para los simples mortales, siempre a ras de tierra; sin esta excelencia, digo, habría que pensar que Valmiki era un rishi para quien el ascetismo y privaciones constituían penosísima carga, al ver su entusiasmo, su verbo, su embriaguez describiendo mujeres hermosas, hablando de amor, deleitándose en todo lo rico y suntuoso y, en una palabra, amante, pero con no disimulada pasión, de todo lo bello y de cuanto llama a los sentidos. O sea, de cuanto era diametralmente opuesto a su pobre vida.

Claro que poeta, altísimo poeta, tal vez le bastase su poderosa fantasía para que, si su ermita o el eremitorio al que pertenecía estaba en una región desértica o pantanosa, en un lugar geográficamente poco privilegiado, él viese por todas partes, precisamente por desearlo y soñar con ello, los maravillosos bosques que describe, las montañas que parecen cosa de otro planeta, y manjares, y lujos, y apsaras, todo

ello complemento mil veces deseado y nunca alcanzado de su pobre vida (62). En todo caso, el amor de Valmiki hacia los árboles empuja a pensar, por aquello de que sólo se desea lo que no se tiene, ley constante de la naturaleza humana, si no transcurrió su vida en una región desértica e inhospitatoria. Porque, que lo que más ardientemente deseamos es lo que no poseemos, es indudable. Por haber nacido Mohammed (Mahoma) en la Arabia pétrea, es decir, en una de las comarcas más ingratas de la Tierra, es por lo que imaginó un Paraíso lleno de arroyos cristalinos y cascadas de agua helada purísima, árboles siempre cargados de frutas jugosas y huertas bellísimas, por añadidura, para luego de calmados el calor y la sed.

En todo caso, Valmiki hace verdaderos alardes de conocimiento de botánica forestal (63); tales, que muchas veces dan ganas de pensar más en su fantasía que en su ciencia. Geográficamente, en modo alguno se queda corto en el citar montes y montañas, bosques y ríos (64). Etnográficamente, con los pueblos que menciona se puede hacer un catálogo (65). En fin, si flora, hidrografía, orografía y etnografía parecen serle familiares, también, en cierto modo, la fauna. Digo «en cierto modo», porque, además de la vaca, animal sagrado por excelencia (66), habla de los monos, de los osos, de los elefantes (67), de los leones, de los tigres, de las panteras, de los antílopes y de otros animales que cita con nombres que no se sabe (al menos yo) a qué animales de los vulgarmente conocidos corresponden; mas como de los conocidos dice cosas tan pintorescas como de los cocodrilos y las serpientes, acerca de los cuales asegura que en el Océano los hay de una y otra clase y de tamaño prodigioso, induce a pensar si en esta clase de conocimientos su verdadero libro de información no era su prodigiosa fantasía. Claro que en esto de asegurar que el mar está lleno de cocodrilos y serpientes muy superiores en tamaño a los y las que frecuentan los ríos, pudo depender de una consecuencia tan natural en apariencia como errónea en el fondo. Tal vez pensase: si en ríos y lagos abundan estos animales, en el mar, lago de los lagos y en el que todos los ríos se vuelcan (el mar, esposo de los ríos que dice tantas veces el Poema, como ya he indicado, a causa de ser la palabra río femenina en sánscrito), tiene que dar albergue a muchos más e incluso más grandes.

Otra cosa curiosa, es no hablar Valmiki de memoria, es que el león, animal hoy casi desaparecido de la India (sólo se le encuentra, y en mucha menor abundancia que el tigre

en contadas regiones), entonces, a creer al Poema, era el animal por excelencia; quiero decir el más fuerte. Varias veces vemos comparaciones asegurando que tal o cual personaje estaba ante otro más poderoso o más fuerte, como el elefante ante el león; es decir, irremediablemente perdido. Luego, como digo, a no ser que Valmiki tuviese una fauna suya propia en la cabeza, los leones de entonces tenían que ser muy superiores a los de ahora en tamaño, fuerza y ferocidad. O los elefantes inferiores a los actuales, claro; pero esto no, puesto que alaba su fuerza, su corpulencia y sus numerosas variedades. Y como prueba de su fuerza enorme, el que cuatro de ellos, uno en cada punto cardinal, sostenían la Tierra sobre sus espaldas. En cambio, el tigre, hoy señor de la jungla, no es, en el Poema, tan sólo inferior al león, sino al elefante. En un momento determinado se hace esta curiosa escala comparativa: «Como un elefante ante un león, como un tigre ante un elefante, como una pantera ante un tigre, como un perro ante una pantera, como un gato ante un perro, como una culebra ante un gato, como un ratón ante una culebra.» Graduación que demuestra cuál era el orden de fuerza, para Valmiki, entre los animales.

Por todo lo dicho (religión, moral, filosofía, sociología, ciencias naturales), se puede calcular la variedad e importancia del Ramayana, obra superior a todo otro poema épico, tanto por su forma y extensión, como por su fondo (el Mahabharata es aún más largo, pero es que en él ha habido interpolaciones considerables). A causa de ello, el capítulo de entrada en el Poema, si bien muy curioso, no da en modo alguno una idea, ni aproximada, de la variedad, amplitud, interés y grandeza de él. Ni de cómo este interés va en aumento a medida que se lee. Ni de la importancia de su contenido bajo todos los aspectos citados. En una palabra: de cómo en interés, variedad y riqueza es superior, como he dicho, a todo otro poema épico, y a causa de ello, Valmiki el primero de los poetas de esta clase, y creo que de todas.

Lo que sí hace el capítulo preliminar es, establecer de un modo claro, neto y que no da lugar a dudas, el doble fin del poema. Primer propósito: relatar el avatara de Vishnú, en Rama, y cantar las hazañas de este héroe, en la Tierra, y su lucha con Ravana, al que acaba matando para tranquilidad y regocijo de Tierra y Cielo. Segundo propósito, para Valmiki, como bien se ve muy claro, asimismo, a través de todo el Poema: convencer a los lectores (al pueblo de la India, a la masa, a las tres castas inferiores a la suya) de la superioridad,

grandeza, poder e importancia sin igual de la primera casta: la de los brahmanes. Unica cuyos miembros pueden llegar, y de hecho llegan, a creer al Poema, en el que se leen ejemplos repetidos a ser iguales, e incluso superiores, a los dioses; como lo prueba el temor de éstos ante las terribles austeridades de ciertos rishis y el que se valgan de toda clase de tretas haciéndoles pecar en virtud de determinadas pasiones, como la carne o la ira. Otra prueba evidente de la superioridad de ciertos grandes munis sobre los propios dioses es la lucha entre Vlsvamitra y Vasishtha, en la que se ve a éste, tan sólo con su báculo, inutilizar las poderosísimas armas mágicas que al primero le han concedido las divinidades en pago a rudísimas austeridades.

Si los brahmanes pueden igualarse con los dioses y hasta superarles, ni que decir tiene que son muy superiores a los kshatriyas, segunda casta (reyes, príncipes, nobles, señores dueños de grandes extensiones de territorio). Todo el Poema no es sino una larga sumisión de éstos a aquellos. Un continuo alabar y ensalzar a rishis, gurús (directores espirituales, capellanes de los magnates y de sus hijos), y brahmanes.

Otra idea que parece obsesionar a Valmiki es la de premio o castigo, tras la muerte, según las acciones cometidas. Esta idea, heredada por todas las religiones, no hay más remedio que juzgarla aquí como complementaria de las dos anteriores. Es decir, como arma poderosísima, en manos de los brahmanes, para embaucar, para hacer temer y para obligar a dar. O sea, que Valmiki, rishi, brahmán, él mismo, mostrando incluso al propio Rama-Vishnú siempre humilde y sumiso ante los de su clase, prueba que, hombre ante todo, estaba de acuerdo, antes que sobre toda otra cosa, con lo de «primum vivere, deinde philosophari»: primero, que vivan los rishis, y bien si es posible, es decir, no tan sólo de frutas y raíces, puesto que en los sacrificios vemos a los reyes ofrecerles vacas a millares y oro y joyas a montones; luego, que sepa el «pueblo» lo que pueden los dioses, y que el mejor medio de tenerles propicios es «propiciarse» previamente a sus representantes en la Tierra. La cosa no será muy honrada, pero es tan humana, que, ¡caray!, no la cito en menosprecio de Valmiki, sino en honor a la verdad.

Ahora, que si se tiene en cuenta que hoy mismo Rama es objeto en la India, en tanto que avatar de Vishnú, de un culto extendidísimo, culto y admiración que es debido muy principalmente al Ramayana, que de tan hábil e interesante modo le glorifica, puede medirse por ello la importancia y papel de



Valmiki durante siglos y siglos, tanto en lo que afecta a la religión de su país, como en la sumisión incondicional de la «masa» fanática e ignorante a la autoridad de los brahmanes. Y con ello, y a causa de ello, del influjo sin límites de la religión, es decir, del brahmanismo, en su forma actual: el hinduismo. Y de su panteón de dioses, en la conciencia y modo de vivir y comportarse del pueblo hindú, pese a que el más elemental buen sentido rechaza tal hato de desatinos, mentiras y patrañas, que tiene aún hoy humillados y sometidos a 400 millones de criaturas. Lo que prueba una vez más cuán difícil es ser religioso y que fácil, por el contrario, fanático y creyente de las más burdas fantasías y de las más groseras mentiras.

\* \* \*

Visto el Poema, apuntadas sus bellezas como tal poema, y en grandes líneas lo que encierra como cuadro de su época (68) desde el punto de vista sociológico, religioso (69), filosófico y moral, no queda ya, para acabar esta noticia preliminar, sino añadir algo más sobre Valmiki.

Pero se dirá tal vez el lector al llegar aquí: si ya nos ha dicho que de Valmiki no se sabe nada, que incluso se duda de su existencia, o que por lo menos tan probable como improbable sería pronunciarse en uno u otro sentido, ¿cómo, aunque aceptemos que sí, que existió, poder decir algo sobre él, faltos absolutamente de testimonios como estamos?

En efecto, biógrafos, cero; referencias positivas seguras sobre él, cero; legendarias siquiera, como con Pitágoras (70), cero también. Muy cierto todo ello. Cuanto queda sobre Valmiki es su nombre, unido al Poema, y como garantía de este nombre (bien que de valor, por ser poco más o menos de su época), la mención que de él hace el otro gran poema hindú, el Mahabarata. No obstante, si relativo a quien era sólo podemos decir que un rishi poeta, pero nada sobre su persona física y su vida y andanzas (o quietudes, si verdadero eremita), sí, en cambio, relativo a cómo era, es decir, a cómo pensaba, puesto que para esto tenemos una fuente esta vez, segura, la mejor: su obra, el Ramayana. El Ramayana, que nos pinta, moralmente, a su autor (71). Y ello es lo que vamos a examinar brevemente, pues imposible me sería hablar sobre la cuestión, mejor que lo hace el Poema mismo.

Pero, ante todo, y a modo de rápidos bocetos, de pinceladas, si se prefiere, vayan unas cuantas frases interesantes to-

madras al azar. Aquí lo del «habla para que te vea» de Sókrates.

«En la prosperidad, los hombres no soportan el elogio de sus rivales» (II, 26). Palabras de Rama a Sitá.

«El amor es más fuerte que el interés y que el dolor» (II, 53). Palabras de Rama a Lakshmana.

«La pena destruye la energía. El dolor destruye la ciencia. La desgracia lo destruye todo. No hay enemigo semejante al infortunio» (II, 62). Palabras de Kausalyá a Dasaratha.

«Lo mismo que tocar el fuego, tocar un arma es causa de desgracia» (III, 9). Palabras de Sitá a Rama.

«Herir sin haber sido ultrajado, esto el Mundo no lo admite» (III, 9). Palabras de Rama a Sitá (que, no obstante, poco después mata a Vall, sin que éste haya cruzado la palabra con él, e incluso por la espalda, a traición).

«Los pensamientos criminales, inspirados por la avaricia, nacen del manejo de las armas» (III, 9). Palabras de Sitá a Rama.

«No se aconseja a aquel que no se ama» (II, 10). Palabras de Rama a Sitá.

«La movilidad de los relámpagos, el corte de las armas, la ligereza de Garuda y de Anila (el rey-dios de los pájaros, y el viento), se encuentran en las mujeres» (III, 13). Palabras de Agastya a Rama.

«Se encuentra fácilmente gentes que dicen a los reyes palabras halagadoras» (III, 37). Palabras de Maricha a Ravana.

«Pocos son los que escuchan un lenguaje desagradable, pero verdadero» (III, 37). Palabras de Maricha a Ravana.

«Bajo el imperio del terror, todos tiemblan» (IV, 8). Palabras de Sugriva a Rama.

«Los hombres magnánimos no se permiten, en lo que a las mujeres afecta, nada de descortés» (IV, 33). Palabras de Sugriva a Tará.

Ya creo haber indicado que se puede considerar el Ramayana como la primer novela de caballería. Estas palabras parecen el alrón y el origen del verdadero culto que posteriormente se dió en esta clase de novelas (de la que España hizo la obra maestra, el Amadís de Gaula) a la mujer. Por supuesto, entonces, éstas ni nos hacían la competencia en todo ni nos salían al paso, y nos atajaban en carreras, oficios y profesiones. No eran audaces, descocadas, atrevidas y desenvueltas, o no lo eran tanto como ahora. Y hasta las había honradas. No generalizo porque fue la época de los «cinturones de castidad», de los que pueden verse modelos preciosos en el Mu-

seo Cluny, de París. Preciosos e inútiles, pues al punto nuestras adorables costillas pusieron de moda el encapricharse de los cerrajeros. De todas maneras, aquellos tiempos eran otros. Hasta en muchos sitios, como en la India, se permitía al hombre tener varias compañeras, de un modo legal. Hoy, claro, la ilegalidad añade encanto al fraude matrimonial, pero de ordinario se suele tener tan suficiente con una, que muchos tienen la generosidad de compartirla con el vecino.

«Cuanto más acariciadores nos mostramos con las mujeres, más nos volvemos sus esclavos. Más se las habla con ternura, más se es rechazado» (V, 22). Palabras de Ravana, gran técnico en estas cuestiones.

«Es preciso saber tolerar la insolencia de los que triunfan» (V, 63). Palabras de Sugriva a Dahlmuka.

«El consejo es la raíz de la victoria» (VI, 6). Palabras de Ravana, que, como todos los fuertes, no escuchaba sino aquellos que no iban contra sus pasiones o su modo de pensar.

«Con la mansedumbre, imposible conseguir renombre» (VI, 21). Palabras de Rama a Lakshmana. Se piensa, al instante, en San Francisco de Asís. Pero es que las excepciones, como se sabe, justifican las reglas.

Podría seguir citando frases interesantes, mas ¿para qué, puesto que el lector las va a hallar él mismo a cada paso? Basten éstas para demostrar que los grandes poetas son también filósofos y moralistas a su modo y que sin necesidad de crear grandes sistemas de filosofía o tratados de moral, tienen, escribiendo, en virtud de dones naturales, esa profundidad, esa agudeza y ese arte de deleitar y admirar, que hace nacer en ellos su conocimiento instintivo del hombre y de las cosas.

El Ramayana, pues, nos hace ver a Valmiki, ante todo, como poeta genial. Luego, y a causa de ello, amante de la Naturaleza a tal extremo, que le es imposible no cantarla en todo momento oportuno, e incluso a veces empujado por su vena poética, cuando podría excusarse de hacerlo. Nos permite ver así mismo sus no menguados conocimientos topográficos, tanto del Cielo (astronómicos) como de la Tierra (geográficos), e incluso sus errores en ellos. Por ejemplo, en aquéllos, hablandonos de Rahú, el astro demoníaco que tragándose al Sol produce los eclipses, y en éstos, con los límites, por ejemplo, que asigna al Mundo, en las descripciones que hace Sugriva de las regiones que tienen que recorrer sus envidados en busca de Sitá; o en la extensión que según él tiene el estrecho que separa la India de la isla de Ceilán. Nos muestra igualmente

sus extensos conocimientos demográficos, a juzgar por la gran cantidad de pueblos y localidades que cita; cuán versado era igualmente en botánica forestal, en plantas, animales, en cifras y hasta en música. Todo ello, claro, dentro de los conocimientos de su época, y admitiendo, como era natural, de buena fe, lo maravilloso, la posibilidad de la magia, la creencia absoluta en presagios y augurios, en la metempsicosis, y en que los actos de cada vida estaban condicionados por los realizados en otras anteriores. Por otra parte, sus conocimientos religioso-mitológicos demuestran que era versado, como buen brahmán, en los Vedas y demás textos religiosos que cita. Es decir, que el Ramayana nos le presenta como un tipo acabado del brahmán instruido de su época, por un lado; como poeta aún superior y más perfecto, por otro.

Pero, un pero surge, no tengo más remedio que decirlo si he de ser sincero, puesto que estoy haciendo su retrato moral, y bien que este pero eche un velo sobre esta su perfección en tanto que rishi o brahmán a primera vista sin mácula, es decir ciento por ciento. Y es, no ya que era fatalista y panteísta, pues esto lo eran más o menos, seguramente, todos los de su casta, sus propias creencias religiosas les empujaban a ello, sino que era materialista; y tal vez un poquito más aún racionalista; que era, ea, lo diré de una vez: que era ¡ateo!

Ateo, sí, o si esto parece excesivo, con un concepto acerca de la Divinidad que distaba mucho de ser el corriente entre los brahmanes de todas las épocas; y asimismo con un concepto de la verdad, la justicia y el derecho que seguramente le separaba kilómetros de los de su casta.

Por supuesto, en lo que al ateísmo afecta, justo es decir, dando crédito al Poema, que no era él el único. En efecto, en el Ramayana no tan sólo se habla más de una vez de los brahmanes ateos, e incluso se pone en guardia, como ya he dicho, por boca del propio Rama, contra la falsa ciencia de los rishis materialistas, sino que es citado por su nombre uno de estos hombres sabios peligrosos, consejero, por cierto, del rey Dasaratha, rishi famoso por su gran ciencia y, triste es decirlo, poca religión: el nombre de este barbián era Jabali.

En los sargas 108 y 109 del Ayodhyakanda aparece Jabali, y le vemos, en el primero, tomar la palabra para aconsejar a Rama que se deje de pamplinas, de obediencia a una voluntad paternal consentida a la fuerza, de cumplir una promesa arrancada arteramente y por la fuerza también, y que ocupe el trono; así como la inmediata respuesta de Rama; y también más tarde, en VI, 83, el discurso de Lakshmana, son

esenciales para conocer moralmente a Valmiki, que, como es lógico, habla y piensa a través de sus personajes. Pasajes éstos, además, donde se le ve exponer sus verdaderos sentimientos, que, por supuesto, trata de enmendar al punto (lo que piensa a través de Jabali, como hombre de ideas propias y bien sentadas, con lo que piensa o debe pensar como brahmán, expuesto por boca de Rama dios encarnado; lo que piensa sobre lo justo, lo recto, lo honrado, a través de la boca de Vali moribundo, y lo que sobre derecho y justicia tiene que hacer creer que piensa, de acuerdo con los kashatriyas, que son los que ofrecen los sacrificios y enriquecen a los brahmanes); es decir, que dice: esto soy, para al punto añadir disimuladamente: esto tengo que parecer, porque los brahmanes como los no brahmanes, si pueden comer hasta quitarse el hambre, mejor que si tienen que hacerlo a medias.

En Jabali habla Valmiki expresando la manera de pensar de una minoría selecta, no fanática, en medio de aquella enorme mentira religiosa y aquel no menos enorme abuso social constituido por las castas, que llenaba la India entonces y aún continúa imperando. Unos cuantos hombres de buen sentido, campeones de la verdad y de la razón, aconsejaban cuando podían y como podían, considerar las cosas y la ciencia de un modo racional en vez de creer ciegamente en la sruti, la revelación. Su instinto les decía que lo primero era la única vía que llevaba al progreso; lo segundo, a la ignorancia, a la charca, al estancamiento. La historia les ha dado la razón.

Total, que el Ramayana nos ofrece, que es lo que decía, un retrato admirable de Valmiki, el mejor que nos podía ofrecer: su fisonomía moral. Lo demás, qué más da. Qué nos importa que fuese alto o bajo, delgado o grueso, guapo o feo, negro como Rama o blanco como los hindúes descendientes de la raza arya. A través de Jabali le vemos hombre lleno de razón y de buen sentido; a través de Vali, como campeón de la verdad, de la justicia y, quizá por primera vez en las letras, cual defensor del derecho natural contra las leyes artificiales, obra no de la justicia immanente, sino de la conveniencia de casta y de la fuerza.

Y aun hay un sarga importantísimo en lo que a saber cómo pensaba Jabali-Valmiki respecta: el 105 del Yuddhakanda, que evidencia cuál era la verdadera creencia religiosa del poeta. Cuál era, sí, su verdadero, su único Dios. La Divinidad en la que creía y ante la que tal vez se postraba; si no de rodillas, sí con el pensamiento y con el corazón. Y este dios, esta divinidad, no era Brahma, ni aun tomado en su concepto

más metafísico y abstracto, ni otras divinidades, tales que Siva o Vishnú, en las que un hombre del talento de Valmiki era imposible que creyese, y mucho menos en ninguno de los varios cientos de dioses, semidioses y genios de la mitología hindú, sino simplemente, y como prueba de agradecimiento, en algo que si no era un dios, valía más que todos los que por tales pasaban: el SOL. El Sol, que, como dice Platón en la alegoría de la Caverna (República, libro VII), «es quien produce las estaciones y los años, quien todo lo gobierna en el mundo visible y quien de un modo o de otro es la causa de todas las cosas».

En fin, aún me parece saber, por el Poema, un par de cosas más sobre Valmiki: que uno de los vocablos que más le gustaba era la palabra «guirnalda», y que su flor preferida era el loto. Pero esto ya no tiene importancia.

\* \* \*

El *Ramayana* se ha traducido a los principales idiomas. En francés hay dos ediciones: la de Hippolyte Fauche, del año 1852, y la de Alfred Rousell, de 1903. En inglés conozco la de M. N. Duff, *Translation of the Rāmāyana* (1896), y en alemán, la de H. Jacobi, *Das Rāmāyana* (1893), y la de Baumgartner, *Das Rāmāyana* (1896).

## BALAKANDA

### SARGA I

#### RESUMEN DEL RAMAYANA (72)

El asceta Valmiki interrogó a Narada, versado en el ascetismo y en la ciencia de los *Vedas*, príncipe de los oradores y toro de los munis (73): «¿Cuál es actualmente, en este Mundo, el hombre virtuoso, el hombre fuerte, justo, agradecido, verídico, firme en sus decisiones? ¿Cuál aquel cuya conducta es noble? ¿El que sabe hacerse útil a todos los seres? ¿El sabio, el hábil a quien acercarse es siempre agradable? ¿Quién es el que, dueño de sí mismo, doma su cólera; el lleno de gloria, el extraño a la envidia, y de quien los Dioses mismos temen el enojo en el campo de batalla? Quiero saberlo, pues me interesa más que toda otra cosa. Y tú, ¡oh gran asceta!, puedes hacerme conocer a tal hombre.»

Narada, para quien los tres mundos (74) no tienen secretos, oyendo estas palabras de Valmiki, le dijo consintiéndolo gustoso en instruirle: «Las numerosas cualidades, difíciles de adquirir, que acabas de enumerar, ¡oh Munil, te diré, pues lo sé, qué hombre las posee; escucha: Un vástago de la rama de Ikshvaku, llamado Rama, ilustre entre los hombres. Dueño de sí mismo, dotado de gran energía, magnífico, lleno de firmeza, de voluntad, instruido, de costumbres ordenadas, elocuente, afortunado, destructor de sus enemigos, de complexión magnífica, de brazo poderoso, una concha dibuja su cuello, sus mandíbulas son sólidas, su pecho ancho, va armado con un gran arco, sus clavículas son carnosas, vencedor siempre de los que se le oponen, sus brazos le llegan hasta las rodillas. Héroe de hermosa cabeza, de frente soberbia, de andar elegante, es bien

proporcionado; sus miembros conformados de un modo perfecto, su tez brillante, su porte majestuoso, el tórax desarrollado, los ojos grandes, hermoso, su aspecto incomparable. Instruido en la ley, sincero, complácese en ser útil a los demás; cargado de gloria, lleno de ciencia, puro, dócil y de espíritu alerta. Semejante a Prajapati (75), próspero, un segundo Dhatar (76), azote de sus enemigos, protector de los seres del Mundo, escudo de la ley. Guardián de su deber, abrigo de su raza, versado en la ciencia de los *Vedas* (77) y de los *Vedangas*, conocedor, a fondo, del *Dhanurveda*. Instruido en el sentido y en la sustancia de todos los *Sastras*, poseyendo la *Smriti* (78), dotado de discernimiento, amigo de todos los mundos, lleno de mansedumbre y de generosidad, sabio, acogedor infatigable de los hombres de bien cual el océano acoge a los ríos; equitativo con todos y que a todos escucha con benevolencia. Dotado de todas las cualidades, con él la alegría de Kausalyá se magnifica; su profundidad es igual que la del mar; su firmeza, al Himavat (79). Semejante a Vishnú (80) en la energía, brilla con su aspecto no menos seductor que el del Soma (81). Su cólera es semejante al fuego de Kala (82); su longanimidad cual la de la Tierra. Iguala a Dhanada (83) en liberalidad; en cuanto a equidad es otro Dharma (84). El hombre dotado de todas estas cualidades es Rama, héroe entre los héroes.

El rey Dasaratha, deseoso de agradar a sus súbditos, y lleno por otra parte de afecto hacia tal hijo mayor, cuyas cualidades eminentes bastaban para asegurar la felicidad de los pueblos, quiso asociarle al trono. Cuando los preparativos para la consagración se efectuaban, su esposa, Kaikeyí, esta reina a la que anteriormente había prometido un doble favor, a su elección, le pidió que Rama fuese desterrado y entronizado Bharata.

Fiel a su palabra y atado por su promesa, el rey Dasaratha desterró a Rama, su hijo bienamado.

El héroe marchó a través del bosque, con objeto de redimir la palabra de su padre y obedecer la orden que le había dado, llevado por su amor hacia Kaikeyí. Mientras se alejaba, Lakshmana, su hermano querido, siguió sus pasos, empujado por la amistad que hacia él sentía. Conducta prudente, digna de quien siempre aumentaba la alegría de Sumitrá. Amado de su hermano, de aquel modo le probaba su ternura fraternal. La esposa bienamada de Rama, que era para él tan preciosa como su existencia misma, descendiente de Janaka, formada a imagen de la Mayá (85) divina, llena de abnegación, dotada con todos los signos de la belleza, esposa la más perfecta entre todas las mujeres, Sitá, en una palabra, acompañaba a Rama



como Rohini al dios Sasin (86). Los habitantes de la ciudad le siguieron a gran distancia, así como su padre Dasaratha.

En la ciudad de Srinavera, al borde del Gangá, Rama despidió a su escudero. El magnánimo héroe fue a encontrar a Guha, el soberano de los Nishadas, su amigo, Guha, Lakshmana y Sitá se unieron a los pasos de Rama. Iban de bosque en bosque, cruzando ríos de profundas aguas. Habiendo alcanzado el Citrakuta por orden de Bharadvaja, los tres desterrados, lleno de alegría, se construyeron en el bosque un refugio agradable. Semejantes a los Devas y a los Gandharvas (87), permanecieron allí dichosos. Rama también, retirado en el Citrakuta. Pero su padre cayó enfermo de tanto pensar en él. Y llorando siempre a su hijo, el rey Dasaratha se marchó al Cielo. El muerto, los Dos-veces-nacidos (88), llevando a Vasishtha a su frente, solicitaron de Bharata que tomase el Imperio. Pero el héroe valiente, en vez de escucharles, partió hacia el bosque para inclinarse respetuoso ante los pies de Rama.

Habiendo ido, pues, a encontrar al magnánimo Rama todo lleno de valor y de lealtad, el príncipe del noble carácter adjuró a su hermano, diciéndole: «Tú eres el rey, ¡oh príncipe, bien conocedor de tus deberes!» Pero Rama, el del excelente natural, el de la hermosa fisonomía, el de la gloria inmensa, rehusó la corona por respeto a la voluntad paternal. El poderoso héroe, tras numerosas instancias, entregó su calzado a su hermano, como prenda de autoridad real. Tras ello, despidió a Bharata. Este, no pudiendo conseguir lo que deseaba, besó los pies de Rama, su hermano mayor, y marchó a establecer en Nandigrama su gobierno, esperando la vuelta de Rama, del cual colocó las zapatillas en el trono.

Ido Bharata, el venerable (Rama), lleno de lealtad, dueño de sus sentidos, reflexionando en las incesantes visitas que no dejarían de hacerle los habitantes de la ciudad de su hermano, se adentró profundamente en los bosques de Dandaka. Habiendo penetrado de este modo en el gran bosque, Rama, el de los ojos de loto, mató al rakshasa (89) Viradha. Luego visitó a Sarabhaña, a Sutikshna, a Agastya y a su hermano. Por consejo de Agastya, se quedó con el arco de Indra (90), con una espada y con dos aljabas inagotables: esto le colmó de alegría.

Mientras que Rama permanecía así en el bosque, en medio de las fieras, todos los rishis (91) acudieron para pedirle que les desembarazase de los rakshasas. El prometió a aquellos solitarios, semejantes a Añi (92), que habitaban el bosque de Dandaka, desembarazar este bosque de tales demonios, combatir y matar a los rakshasas.

Durante su permanencia en este bosque, la rakshasí Surpanakhá, que habitaba el Janasthana, y podía cambiar de forma a su capricho, fue desfigurada por Lakshmana. Al clamor de Sarpanakhá, todos los rakshasas se reunieron contra él. A Khara, Trisiras y a Dushana, Rama los mató en el combate, así como a sus tropas. Durante el tiempo que habitó el bosque, de los rakshasas que se habían establecido sobre el Janasthana, catorce mil fueron exterminados de aquel modo. Pero Ravana, habiendo sabido al fin la muerte de sus parientes, lleno de furor, se asoció con el rakshasa Maricha, que en vano multiplicó sus esfuerzos para hacerle desistir de su deseo. «Imposible te será, le dijo, ¡oh Ravana!, luchar contra héroe tan poderoso». Sin escuchar estas palabras, Ravana, empujado por Kala, marchó, seguido de Maricha, hasta la ermita de Rama. Habiendo conseguido, ayudado por Maricha y su disfraz mágico, apartar de la ermita a los dos hijos del rey, raptó a la esposa de Rama, e hirió mortalmente al buitre Jatayús. Raghava encontró al buitre herido, el cual le contó el rapto de Maithilí (93). Lleno de cólera y turbado sus sentidos, rompió en lamentaciones. Luego, lleno siempre de dolor, quemó el cadáver de Jatayús, el buitre.

Mientras corría por el bosque, en busca de Sitá, vio a un rakshasa, llamado Kabandha, de extraña forma y terribilísimo aspecto. El héroe de los poderosos brazos, tras haberle matado, quemó su cuerpo. Kabandha (llegado al cielo gracias a Rama) le habló de la religiosa Sabarí: «Ve a encontrar a esta sramana llena de méritos, ¡oh Raghava!» El héroe de la gloria maravillosa, destructor de sus enemigos, fue a encontrar a Sabarí. Recibido por ella con todos los honores, Rama, el hijo de Dasaratha, por consejo suyo, entró en tratos en los bordes del Pampá, con el mono Hanumat. Hanumat le dirigió a Sugriva, a quien el poderoso Rama contó, desde el principio, lo que le había sucedido, muy especialmente lo que se refería a Sitá. El mono Sugriva, habiendo oído entera la historia de Rama, alióse de todo corazón con él, en presencia de Anil. Luego le contó su enemistad con el rey de los monos. Rama, al corriente de todo gracias al afecto que le manifestaba el infortunado, le prometió matar a Vali. El vanara (94) Sugriva dio cuenta de la fuerza de Vali a Raghava, dudando que la suya fuese igual, y con el fin de poner a prueba a Raghava, Sugriva le mostró el cadáver colosal, semejante a una alta montaña, de Dundubhi. Sonriendo al ver el esqueleto, el valeroso héroe envió su lanza con sólo empujarla con el dedo gordo del pie a una distancia de diez yojanas (95). Luego atravesó siete

salas de enormes dimensiones de un tiro (de saeta), así como una montaña y el Rasatala. Con ello inspiró plena confianza a Sugriva.

Lleno de alegría y de esperanza, el gran kapi, acompañado de Rama, se dirigió hacia la caverna Kishkindha (96). Sugriva, el mejor de los haris, el de la tez de oro, lanzó un rugido. Oyendo tal grito, el rey de los monos salió, con beneplácito de Tará, con objeto de combatir a Sugriva. No obstante, Raghava le mató con un solo dardo. Habiendo vencido de este modo a Vali en combate, a ruego suyo, Raghava puso en el trono a Sugriva. Luego, convocando a todos los monos, el toro (jefe) de estos animales les envió en todas direcciones con objeto de que descubriesen dónde estaba la hija de Janaka.

Por consejo del buitre Sampati, el poderoso Hanumat, atravesó un brazo de la salada mar, de cien vojanas de ancho. Y habiendo llegado a Lanká, ciudad gobernada por Ravana, vio a Sitá pensativa, sentada en un bosque de asokas. Tras dejarla ver una señal para que le reconociese, la contó lo que había pasado. De este modo ganó la confianza de Vaidehí, luego hundió una puerta, mató a cinco generales de ejército, a siete hijos de ministros, trituró los miembros del héroe Aksha; tras ello, se dejó coger.

Sabiendo que sería liberado mediante un ardid debido al favor del Abuelo (97), el héroe soportó, consintiendo en ello, las brutalidades de los rakshasas. Incendió la ciudad de Lanká, a excepción de la mansión de Sitá, la princesa de Mithila. El gran kapi fue al punto a informar a Rama de lo que deseaba saber. Yendo junto al héroe de la gran alma, dio la vuelta en torno a él dejándole a la derecha (98). Hanumat, el del valor sin límites, le dijo: —«He visto a la propia Sitá». Rama, acompañado de Suriva, fue hasta el borde del inmenso Océano, del cual turbó las olas con sus dardos brillantes como el Sol. El Océano, padre de los ríos, mostróse al héroe, que, por consejo suyo, hizo que Nala construyese un puente. Rama llegó a la ciudad de Lanká y mató a Ravana en combate. Al reunirse con Sitá, sintió una gran perplejidad. Rama la habló con dureza delante de todos. No pudiendo soportar sus reproches, la virtuosa Sitá se lanzó a las llamas. Entonces él reconoció, mediante el testimonio de Añi, la inocencia de su esposa.

Esta gran hazaña del magnánimo Raghava alegró a los tres mundos y a los seres que en ellos se mueven, así como a los que no se mueven: a las tropas de los dioses y a las de los rishis. Rama por su parte se llenó de gozo y fue colmado de honores por todas las divinidades. Y tras haber consagrado en

Lankā a Vibhishana como rey de los rakshasas, una vez su deber cumplido, libre de la fiebre de la inquietud, sintiéndose completamente feliz. Y objeto del favor de las Divinidades, Rama, protector de los monos, escoltado de amigos, en el carro Pushpaka, volvió a Ayodhya.

Llegado a la ermita de Bharadvaja Rama, cuyo heroísmo era pura esencia, envió a Hanumat junto a Bharata. Tras haber contado su historia, acompañado de Sugriva volvió a subir en el carro Pushpaka y se fue a Nandigrama. En Nandigrama desato su trenza. Rodeado de sus hermanos, el irreprochable Rama, habiendo reconquistado a Sitā, recobró su reino. Su pueblo compartía su felicidad, contento, viviendo en la abundancia, muy religioso, libre de enfermedades y de desgracias y sin temer ya la escasez. En adelante, nadie en parte alguna, nadie verá ya morir a sus hijos; las mujeres no sabrán lo que es la viudez; adictas serán siempre a sus esposos. El fuego no será ya un peligro para los seres, como tampoco las inundaciones, ni el viento, ni siquiera la fiebre. El hambre no será temida de nadie, ni tampoco los ladrones; ciudades y reinos rebotarán de oro y de grano. Todos vivirán en perpetua felicidad, como durante el Kritayuga (99). El glorioso Rama, tras haber ofrecido centenares de asvamedhas (100) acompañados de mucho oro, de haber dado vacas por miríadas de kotis (101) a los sabios, de acuerdo con las reglas, y concedido a los brahmanes liberalidades sin cuento, Raghava fundará dinastías reales, dotadas de centenares de cualidades. Afianzará las cuatro castas (102) en este Mundo, cada una en su deber. Y tras haber reinado diez mil años y diez siglos más, Rama volverá al Brahmāloka (103).

Esta historia santificante, que borra los pecados, que es santa y semejante a los Vedas, aquel que la cuenta libre quedará de todas sus faltas. Esta leyenda saludable del *Ramayana* hace vivir al hombre que la recita, rodeado de sus hijos, de sus nietos y de un numeroso cortejo, y a su muerte magnificado es en el Cielo. El brahman que la recita adquiere el imperio de la elocuencia; el kshatriya, el dominio del Mundo; el vaisya ve prosperar su comercio; el propio sudra, oyéndola recitar, obtiene una situación superior.

## S A R G A I I

## ORIGEN DE EL RAMAYANA

Cuando hubo oído estas palabras de Narada, Valmiki, el dotado de elocuencia y de virtud, acompañado de su discípulo, rindió homenaje al gran Muni. Narada, el divino Rishi, tras haber recibido de Valmiki los honores a los que tenía derecho, le pidió y obtuvo permiso para retirarse, tras lo cual se fue a las esferas etéreas. Inmediatamente después de su marcha hacia el Devaloka (104), el Muni (Valmiki) se retiró a los bordes del Tamasá, no lejos de Jannavi. Llegado al Tamasá, el asceta dijo a su discípulo, que estaba a su lado, considerando la nitidez del tirtha (105): «Admira, ¡oh Bharadvaja!, este tirtha exento de impurezas, de aspecto encantador y de ondas apacibles como el corazón del hombre de bien. Ve a buscar un vaso de agua, hijo mío, y dame mi hábito de corteza; quiero zambullirme en este excelente tirtha de la Tamasá». A estas palabras del magnánimo asceta Valmiki, Bharadvaja, dócil a las órdenes de su gurú (106), le trajo su hábito de corteza. El asceta de aplastados senos, tomando de manos de su discípulo su hábito de corteza, fuese a través de la inmensidad del bosque, dejando vagar sus miradas de un lado a otro. El Bienaventurado advirtió, cerca de allí, una pareja de krauncas de dulce voz, que se entregaban sin desconfianza a sus embates amorosos. Un nishada (107) que endurecido en la maldad no vivía sino de acciones perversas, mató al macho de aquella pareja ante los ojos mismos de Valmiki. Viéndole con los miembros cubiertos de sangre, extendido sin vida en el suelo, su hembra empezó a lanzar gritos lamentales. Había sido privada de su esposo, de aquel Dos-veces-nacido, su compañero, el del cuerpo cubierto de plumas amarillas, de su tierna mitad. A la vista de aquel Dos-veces-nacido abatido por el nishada, el virtuoso rishi sintióse conmovido de piedad. Tras pasado de compasión dijo: —«Es una iniquidad haber matado al Dos-veces-nacido»; y oyendo las lamentaciones de la hembra del kraunca, añadió: «Ojalá, ¡oh nishada!, permanezcas sin hogar durante toda la eternidad por haber muerto a un kraunca cuando se entregaba al amor».

Apenas pronunciadas estas palabras, reflexionando sobre ellas vino un pensamiento a su corazón: En mi aflicción a causa de este pájaro, ¿qué he dicho? El gran sabio, de reposado espíritu, hizo la siguiente observación: el toro de los asce-

tas habló de este modo a su discípulo: «Estas palabras, atadas mediante padas (108) a sílabas simétricas, acompañadas por instrumentos de cuerda cadenciosamente, puesto que las he proferido a causa de mi aflicción (soka), que sean una sloka (109) y no otra cosa».

El discípulo recogió esta palabra excelente del muni. Y alegrose de ella con el asceta, que también estaba lleno de alegría. Este hizo entonces sus abluciones en el tirtha, según los ritos. Y sin dejar de reflexionar sobre el sentido de sus palabras, volvió sobre sus pasos. Bharadvaja, discípulo humilde y sometido a su maestro, con un vaso lleno de agua que había cogido, iba tras de él. El sabio entró en su ermita con su discípulo. Sentose y habló de cosas diversas, enteramente absorbido en sus pensamientos. En aquel momento, Brahma, el creador de los mundos, que saca de él mismo su soberanía, dios de cuatro rostros (110) y de gloria inmensa, vino a visitar al toro de los munis. Valmiki, al verle, se levantó al punto, mudo de asombro, haciendo el anjali y manteniéndose estupefacto y profundamente inclinado, ofreció a aquel dios, para honrarle, el agua destinada a lavar los pies, el arghya, un asiento, y le dirigió las palabras de bienvenida. Luego, siempre inclinado delante del Todoafortunado, según la costumbre, le preguntó por su salud.

Bhagavat, habiéndose sentado en un divan maravillosamente adornado, hizo un gesto al rishi Valmiki para que se sentase a su vez. El asceta obedeció a Brahma. Apenas el Abuelo de los mundos habíase sentado, cuando Valmiki, distraído el espíritu, absorbióse en sus pensamientos: Es un crimen lo que ha cometido ese perverso, cuya alma tan sólo es accesible al odio, matando, sin motivo al kraunca de la voz armoniosa. Y llorando también por la kraunci, cantó este sloka en presencia del dios. Luego volvió a hundirse en sus pensamientos, entregándose enteramente a su dolor. Entonces, Brahma, sonriendo, dijo al toro de los ascetas:

«Que sea también un sloka esta frase melódica; inútil reflexionar más. Ha sido por un efecto de mi voluntad. ¡oh brahmán!, por lo que has proferido estas palabras. Cuenta la historia entera de Rama, ¡oh excelente rishi!, al mundo mismo de ese virtuoso, afortunado y prudente Rama. Di los gestos de este héroe, tal cual los sabes por Narada; la conducta secreta y pública de este sabio, Rama y Sumitri, los rakshasas y también Vaidéhi; toda su vida pública o secreta, cuéntala. Todo cuanto es ignorado tú lo harás conocer; en tu poema no habrá ni una palabra inexacta. Narra en slokas rimados la historia santificante

y maravillosa de Rama. Mientras haya montañas y ríos en la Tierra, mientras que los relatos del *Ramayana* circulen por los mundos, mientras esté en las manos de los hombres la historia de Rama que tú habrás compuesto, otro tanto habitarás las regiones superiores e inferiores de los mundos.»

Tras haber hablado así, el bienaventurado Brahma desapareció. El afortunado muni y sus discípulos permanecieron asombrados. No obstante, todos estos discípulos pusieron a cantar de nuevo este sloka. Llenos de alegría, le recitaban sin cesar maravillados. Esta lamentación formulada en cuatro padas simétricos por el gran rishi, el del alma pura: —Todo el poema del *Ramayana* voy a componerle en slokas semejantes— se dijo a sí mismo. Las gloriosas acciones del ilustre Rama, el del noble aspecto, el célebre muni las contó en centenares de slokas simétricos, de padas encantadores, y de este modo hizo un poema espléndido. La vida del príncipe de los Raghus, obra de un asceta, compuesta según las reglas de la eufonía y de la armonía, mediante frases rimadas de un modo único y suave, escuchada, así como la muerte del monstruo de las diez cabezas (111).

## S A R G A I I I

### VALMIKI COMPONE EL RAMAYANA

Tras haber aprendido de Narada la sustancia entera de la historia conforme al deber y al interés, saludable, de este sabio, Rama, Valmiki se dispuso a sacarla a la luz. Habiéndose enjuagado la boca, cual prescriben los ritos, el muni, de pie sobre tallos de darbha cuyas puntas estaban vueltas hacia el este, hizo el anjali y prosiguió su tarea, ayudado por la meditación. Todo lo que le había ocurrido a Rama, a Lakshmana, a Sitá y al rey Dasaratha, así como a sus esposas y a su Imperio, placeres, discursos, viajes, todo ello lo supo claramente gracias a la potencia de su meditación. Lo que le sucedió al leal Rama mientras habitaba el bosque con Lakshmana y Sitá, su mujer, lo supo exactamente y con detalles. El justo Valmiki entregado al yoga (112) vio todo esto; el pasado era para él como una amalaka (113) en la mano. Todo ello, el gran sabio lo vio distintamente gracias a la meditación: todo lo que el amable Rama se propuso hacer. Esta historia, dotada de cualidades que agradan, largamente provista de las que edifican.

océano abundante de perlas, reúne los encantos de la Sruti (114) todo entera. Tal cual la había contado en otro tiempo Narada, el de la gran alma, el bienaventurado asceta compuso esta historia del retoño de Raghú. El nacimiento de Rama, su muy gran valor, su benevolencia respecto a todos, su amor hacia el pueblo, su longanimidad, su dulzura, su carácter leal; todas las innumerables y maravillosas cosas que había aprendido en compañía de Visvamisra, el matrimonio del héroe con la hija de Janaka, la ruptura del arco; el duelo de Rama y de Parasurama, las cualidades del hijo de Dasaratha, la consagración proyectada de Rama, los malos sentimientos de Kaikeyí respecto a él; el obstáculo suscitado a la consagración de Rama, su destierro, la pena y lamentaciones del Rey, su marcha hacia otro mundo; la consternación de sus súbditos, su separación de Rama, la entrevista de Rama y del jefe de los Nishadas, la vuelta de su escudero; la travesía del Gangá, el encuentro con Bharadvaja y, con el consejo de Bharadvaja, la exploración del Citrakuta, la construcción de la cabaña y su instalación, la llegada de Bharata, la acogida amistosa de Rama, la ceremonia del agua en honor de su padre; la entronización de los preciosas zapatillas por Bharata, que se estableció en Nandigramá; la marcha de Rama hacia el bosque de Dandaka; la muerte de Viradha; el encuentro con Sarabhangá, la entrevista con Sútikshua, la plática con Anasuya, la obtención del perfume; la visita a Agastya, la adquisición del arco, la conversación con Surpanakhí, el origen de su mutilación; la muerte de Khara y de Trisiras, la intervención de Ravana, la muerte de Maricha, el rapto de Vaidehí; las lamentaciones de Raghava (115), la muerte del rey de los buitres, el encuentro con Kabandha, la visita del Pampá; la visita a Sabari, Rama alimentándose de frutas y raíces; sus gemidos; su encuentro con Hanumat en el Pampá; la llegada al Rishyamuka, la entrevista con Sugriva, los testimonios de mutua confianza, la amistad entablada entre Rama y Sugriva, la querrela de Vali y de Sugriva, la derrota de Vali, la entronización de Sugriva, las lamentaciones de Tará, las averiguaciones hechas en común durante la buena estación, el reposo durante la época de las lluvias; la cólera del león de los Raghavas, la reunión de tropas, la determinación de los lugares a recorrer para encontrar a Sitá, la descripción de la Tierra; el anillo dado como señal de reconocimiento, la vista de Rikshabala, el suicidio por el ayuno, el encuentro con Sampatí; la ascensión de la montaña, el paso del mar tras oír a Samudra, la entrevista con Mainaká; la amenaza de la Rakshasi, la captura de la sambra; la muerte de Simhika, el aspecto de los



jardines de Lanká; la entrada en Lanká durante la noche, la deliberación solitaria de Hanumat, su llegada a la sala del banquete, la vista al gineceo de Ravana y al carro Pushpaka; la entrada en el bosque de asokas, la plática con Sitá; la transmisión de las señales de reconocimiento; el atavío de Sitá, los insultos de las Rakhasís, el relato del sueño de Trijata; la perla dada por Sitá, los árboles rotos, la huida de las Rakhasís, la matanza de los Kimkaras; la captura del hijo de Vayú, el tumulto y el incendio de Lanká, el mar atravesado de nuevo, la devastación de los madhus; Ragha-va reconfortado, la joya que le trajo Hanumat, la entrevista con Samudra, la construcción del puente por Nala; el Océano franqueado, el asalto dado a Lanká durante la noche, la complicidad de Vibhishana, la indicación de los medios de matar a Ravana; la muerte de Kumbhakarna, Meghanada muerto, la muerte asimismo de Ravana. Sitá encontrada en la ciudad del enemigo; la consagración de Vibhishana, el hallazgo del carro Pushpaka, la vuelta a Ayodhya, la entrevista con Bharadvaja; el hijo de Vayú enviado como emisario, su entrevista con Bharata, la solemnidad de la consagración de Rama, el licenciamiento de todo el ejército, los goces de los súbditos, la repudiación de Vaidehi.

Esto es todo lo que el porvenir reservaba a Rama en la Tierra. Valmiki, el asceta afortunado, lo describió en un poema excelente.

#### SARGA IV

##### KUSA Y LAVA CANTAN EL RAMAYANA

El bienaventurado rishi Valmiki contó la historia entera de Rama, que recobró su reino, historia maravillosa, llena de enseñanzas. El rishi dictó veinticuatro millares de slokas, repartidos en quinientos sargas, que forman seis kandas, sin contar el kanda suplementario (116). El gran sabio, el Maestro, habiendo compuesto este poema con el Bhavishya y el Uttara-kanda se preguntó: ¿Quién le cantará? Mientras reflexionaba sobre ello, el gran rishi de alma pura, Kusa y Lava, vestidos de ascetas, le tocaron los pies. Kusa y Lava, instruidos en la ley, hijos de rey, llenos de gloria, hermanos dotados de voz armoniosa, que habitaban la ermita, fueron entonces advertidos. Y viendo a aquellos dos sabios, versados en los *Vedas*, el Maestro, con el propósito de dar más luz a los *Vedas*, les co-

municó el *Ramayana* todo entero, sin omitir la conducta generosa de Sitá y la muerte del hijo de Pulastya, poema que había compuesto para cumplir su voto. Este poema, lleno de dulzura en su ritmo musical, de acuerdo con las tres medidas, dispuesto según los siete tonos y las reglas de la armonía (117); este poema, en el que se combinan los géneros Sringara, Karuna, Hasya, Randra, Bhayanaka, el Vira y otros, fue cantado por los dos príncipes. Los dos poseían la ciencia de los gandharvas; conocían los sthanas y los murchanas y, dotados de una voz maravillosa, tenían ellos mismos el aspecto de verdaderos gandharvas, pues poseían todos los rasgos de la hermosura, su palabra estaba llena de dulce armonía y, semejantes a dos imágenes del mismo astro, nacidos de Rama, eran como otros dos Ramas.

Los dos príncipes irreprochables aprendieron enteramente este piadoso y excelente relato, este poema oral, y, siguiendo la orden que sobre ello recibieron, ambos instruidos príncipes se fueron, bien recogido el espíritu, a cantar en las reuniones de los rishis, de los Dos-veces-nacidos, y de otros santos personajes. Los dos héroes magnánimos, afortunados y que poseían todas las distinciones, un día en que habíanse reunido rishis de alma pura, de pie, en medio de su asamblea, cantaron este poema. Escuchándoles con los ojos preñados de lágrimas, todos los ascetas dijeron, aquellos virtuosos munis, llenos de admiración y con el corazón colmado de alegría: «¡Bien! ¡Muy bien!» Y luego felicitaron a los cantores, que, por supuesto, eran dignos, ambos, Kusa y Lava, de elogios. Y aun exclamaron: «¡Oh qué maravillosa suavidad tanto en el canto como en los slokas!»

Porque lo que estaba lejos en el pasado, los dos príncipes lo hacían como presente gracias a su canto, de tal modo expresaban bien el sentido del poema. Cantabau, sí, al unísono con voz dulce, penetrante, melodiosa y alada. A causa de ello fueron colmados de elogios por aquellos rishis de glorioso tapás (118). Y como cantaron en tono maravillosamente armonioso y suave, encantados los ascetas reunidos allí les dieron, uno, una escudilla; otro de aquellos gloriosos solitarios les regaló, lleno de alegría, un hábito de corteza; éste les entregó una piel de antlope; aquél, el cordón del sacrificio. Aún otro, un cántaro; otro gran muni, un cinturón hecho con hieba muña; aún otro, una esterilla; otro aún, un calzón. En prenda de satisfacción, uno de aquellos ascetas hízoles el don de un hacha; un segundo, de una túnica amarilla; un tercero, de un pedazo de paño, todavía otro, les dio una cinta para que anudasen su trenza; éste, una cuerda para atar haces de leña, en testimonio de su

alegría; aquél, un utensilio para los sacrificios; este otro, una carga de leña. Uno todavía, un almohadón hecho con hojas de udumbara; aquél les dirigió dos votos de prosperidad. Llenos de alegría, otros grandes ascetas les desearon larga vida. Y de este modo todos los munis de lenguaje sincero les ofrecieron regalos.

Este relato maravilloso compuesto por el solitario, este poema por excelencia, fuente de todos los poemas, llevado a la perfección de acuerdo con las reglas, los dos hermanos, que conocían todos los cantos, repetíanle en los diversos tonos. Poema saludable, que procura el bienestar y posee todos los encantos de la sruti, los dos artistas cuya fama se extendía por todas partes, le cantaron un día allá en Ayodhya (119).

El hermano mayor de Bharata, habiéndoles visto en las calles y caminos públicos, introdujo en su casa a los dos hermanos, Kusa y Lava. Rama, el destructor de sus enemigos, les otorgó los honores que les eran debidos. El soberano estaba en su trono de oro celeste, rodeado de sus ministros y de sus hermanos, sentados a su lado. Al ver a aquellos dos gemelos, dotados de hermosura y de modestia, Rama dijo a Lakshmana, a Satruña y a Bharata: «Escuchad el relato de estos dos jóvenes, hermosos como devas.» Tras esta invitación, los dos gemelos cantaron al unísono su poema de variado sentido, prolongando, a gusto de su auditorio, sus modulaciones llenas de suavidad y de armonía. Su canto, rimado, cadencioso, expresivo, regocijaba a cuanto ser le escuchaba, y ello, tanto el espíritu como el corazón. Por los oídos entró la felicidad en el alma de aquella asamblea. «Estos dos munis, Kusa y Lava, dijo aún Rama, poseen las cualidades que distinguen a los reyes, dotados, cual están, de un gran tapás. Además, este relato de mis acciones procura la felicidad, según se dice, de tal modo es grande su virtud. Escuchadles, pues.»

Los dos jóvenes, estimulados por estas palabras de Rama, cantaron observando cuidadosamente los modos y las reglas, mientras que Rama, en medio de un séquito, sentía su alma aferrarse más y más a la existencia.

## SARGA V

### DESCRIPCIÓN DE AYODHYA

Aquellos a los que en otro tiempo pertenecía la Tierra entera, Prajapati y sus descendientes, reyes siempre victoriosos, entre los cuales se contó Sagara (120) a causa de quien la Tierra

fue excavada; el que no andaba sino rodeado de sus sesenta mil hijos; en la familia de estos príncipes magnánimos, de la cual Ikshvaku había sido el tallo, es donde fue compuesto y cantado el gran relato del Ramayana. Este relato le desarrollaremos por completo, partiendo de su principio. El deber, el placer y el interés forman su esencia. Tan sólo merece escucharle el hombre exento de envidia.

Hay un gran pueblo, llamado de los kosala (121), pueblo feliz, célebre, establecido al borde del Sarayú (122), y cuyo suelo, muy rico, produce cereales en abundancia. Su ciudad capital es Ayodhya, ilustre entre las naciones, fundada por Manu (123) mismo, el Indra de los hombres. Ciudad gloriosa, que tiene doce yojanas de larga y tres de ancha y que está atravesada por calles espaciales y en gran número. Una gran vía real la cruza, continuamente cubierto su suelo de flores y regado con agua. Esta ciudad, el rey Dasaratha, sostén de su vasto reino, la pobló y reinó en ella, como en el Cielo hace el amo de los devas (124). Provista estaba de torres cimbradas y que se cerraban con sólidas hojas. En su interior había numerosos mercados, estaba provista de toda suerte de municiones de guerra y, además, poblada de artesanos. Los sutas y los magadhas (125) abundaban allí. La fama de esta ciudad no tenía igual. Se veían en ella altas ciudadelas, en las que flotaban estandartes; los satagnis (126) contábanse allí por centenares. Por todos lados se veían en ella corros de mujeres jóvenes, jardines y bosques de mangos; todo su vasto circuito está rodeado de paseos. Fosos profundos la hacían inaccesible. Tomarla, imposible. Los enemigos no serían capaces de acercarse siquiera. En cuanto a caballos, elefantes, bueyes, camellos y asnos, abundaban allí (127).

Los reyes de los alrededores iban a ella en grupos, llevando sus tributos. Negociantes de todos los países llegaban a enriquecerla. Templos, construidos con piedras preciosas y semejantes a montañas la decoraban. Llena estaba, además, de palacios, como Amaravati, la ciudad de Indra. Ciudad maravillosa Ayodhya, en la que el oro (128) abundaba, donde las hermosas se pascaban en gran número, rebosante de joyeles de todas clases y adornada de palacios y moradas suntuosas (129).

Las casas de los artesanos se tocaban sin dejar espacios vacíos entre ellas. El terreno sobre el cual se hallaba construida estaba perfectamente nivelado. Provista estaba abundantemente de arroz. La esencia extraída de las cañas de azúcar reemplazaba allí al agua.

Sin cesar, el sonido de las trompetas, de los clarines, de los

laúdes y de los tambores, escuchábase allí sin cesar. En la Tierra no tenía rival. Era como un palacio de siddhas (130), conquistado en el Cielo a fuerza de ascetismo. Los edificios, encerrados en su recinto, estaban admirablemente contruidos. Sus habitantes eran la flor de la humanidad. Los que no hieren con sus tiros al adversario aislado, sin defensa; al que oyen simplemente, sin verle, o que se aleja; aquellos cuyas manos son hábiles en el trabajo; los que, en el bosque, matan leones y tigres, jabalies furiosos y rugientes, con sus dardos agudos, lanzados con brazo vigoroso; los guerreros de este temple llenaban por millares la populosa ciudad del rey Dasaratha.

Veíanse también allí multitud de eminentes. Dos-veces-nacidos, empleados en entretener el fuego sagrado, poseyendo las virtudes de su casta, versados en los *Vedas* y los seis *Angas*, multiplicando las ofrendas por millares y encontrando en el bien su felicidad: rishis magnánimos, eminentes, semejantes a los más grandes rishis.

## S A R G A V I

### LOS HABITANTES DE AYODHYA

En esta ciudad de Ayodhya reinaba Dasaratha, que reunía en ella a todos los hombres instruidos en los *Vedas*. Era un príncipe perspicaz, ilustre, amado de los habitantes de la población y del campo. El atiratha (131) por excelencia de los Ikshvakus (132) multiplicaba los sacrificios, consciente de su deber, seguro de sí mismo, semejante a un gran rishi; rishi real y afamado en los tres mundos. Poderoso, vencedor de sus enemigos, teniendo muchos amigos, los sentidos bien domados, igual, a causa de las riquezas y demás bienes acumulados, a Sakra y a Vaisravana (133). Así como el célebre Manu había sido el protector del Mundo, igual el rey Dasaratha era del Mundo el protector. Este príncipe, aferrado a la verdad, que practicaba el Trivarga (134), era la vía de la ciudad opulenta, como Indra lo es de Amaravati. Los habitantes de esta ciudad afortunada son alegres, esencialmente virtuosos, de gran ciencia, satisfechos con sus riquezas, sin envidia, de palabra verídica. No hay ningún pobre en esta ciudad privilegiada, ni amo de casa que no esté abundantemente provisto de bienes, tales que vacas, caballos, tesoros y granos. Imposible sería encontrar en Ayodhya ni hombre cupido o avaro, ni malhechor, ignorante o incrédulo. Hombres y mujeres, todos cumplen su

deber y muéstranse allí llenos de decencia, de alegría y de tal educación y tal conducta que diríase que todos son grandes e irreprochables rishis. Nadie deja de llevar anillos, coronas y guirnaldas de flores y que no viva con gran lujo; que no se bañe, no se unja los miembros o no se perfume. Imposible sería encontrar a alguien que no se nutra de alimentos puros, que no se muestre lleno de munificencia, que no tenga brazaletes y joyeles en el pecho, o en las manos; nadie que no sea dueño de sus sentidos, que no encienda fuegos sagrados o que no ofrezca allí sacrificios. Como tampoco perversos ni ladrones en Ayodhya, ni gente de mala conducta, o de nacimiento ilegítimo.

Los brahmanes observan de continuo y con alegría sus obligaciones, los sentidos bien domados. De las liberalidades y del estudio hacen sus prácticas habituales. Muéstranse llenos de reserva en el aceptar presentes. Entre ellos no se ven incrédulos, hipócritas ni ignorantes. Como tampoco envidiosos impotentes ni individuos sin educación.

Allí no se encuentra a nadie que no sepa los seis *Angas* (135), que sea infiel a sus votos, o que no sea muy instruido. Como tampoco pobres ni quienes no tengan sano el cuerpo y sano el espíritu. Tampoco se podría encontrar hombre o mujer no dotado de fortuna y de hermosura en la ciudad de Ayodhya, como tampoco gentes no adictas al rey.

Los miembros de las cuatro castas, de la primera a la cuarta, honran a los dioses y a los huéspedes, y son agradecidos, generosos, valientes y llenos de heroísmo. Todos viven mucho tiempo. Observando fielmente la ley y la verdad, hasta el fin de sus días vense rodeados de sus hijos, de sus nietos y de sus mujeres en esta ciudad, la primera de todas. En ella, los kshatryas tiene a su cabeza a los brahmanes. Los vaisyas son adictos a los kshatryas. Los sudras, esclavos de su deber, sirven allí a las otras tres castas.

Esta ciudad tenía como guardián vigilante al jefe de la raza de Ikshvaku, así como en otro tiempo había tenido al sabio Manu (136), el Indra de los hombres.

Llena estaba de guerreros semejantes a Añi, hermosos, bellicosos, versados en la ciencia de las armas: aquello era una caverna de leones.

Abunda en caballos excelentes de la raza bahlika, nacidos en la región de Kamboja; en caballos de primera calidad, salidos del Vanayú o de las orillas del río Sindhu, semejantes a los de Hari (137). Llena está también de elefantes ardentísimos, originarios de los montes Vindhya o del Himavat, y cuyas sie-

nes regadas son por el mada (138); elefantes de una fuerza enorme, grandes como montañas. Elefantes originarios de Airavata, o de Mahapadma, venidos de Anjana y también de Vamana. Elefantes pertenecientes a una de las razas Bhadra, Mandra y Mriga, o de las tres razas a la vez; o mestizos de las dos razas, Bhadra y Mandra, Bhadra y Mriga, Mriga y Mandra. Siempre llena de elefantes constantemente embriagados de mada, semejantes a montañas, brilla a dos yojanas a la redonda Ayodhya, esta ciudad tan digna de su nombre. Y gobernada estaba por el ilustre y poderoso rey Dasaratha, vencedor de sus enemigos, como la esfera de las constelaciones lo es por Candramas. Esta ciudad bien nombrada, la de puertas de sólidos cerrojos, adornada de edificios de todas clases, tenía por soberano al igual de Sakra (139).

## S A R G A V I I

### LA CORTE DEL REY DASARATHA

Los ministros de este magnánimo descendiente de Ikshvaku estaban dotados de cualidades eminentes. Sabios consejeros y fisionomistas expertos, complacíanse en lo agradable y lo útil. Los héroes gloriosos tenían ocho ministros de conducta pura, entregados constantemente a los intereses del rey. Eran: Dhri-shti, Jayanta, Surashtra, Rashtravardhana, Akopa, Dharmapala; el último era el docto Sumantra. Tenía también junto a él a dos célebres ritvijs, rishis excelentes: Vasishtha y Vamadeva, así como a otros consejeros, a saber: Suyajna, Jabali, Kacyapa, Gautama, Markandeya, Dirghayus y el Dos-veces-nacido Katayana. A estos brahmarshis había asociado a varios ritvijs ancianos, de una prudencia consumada, venerables, hábiles, dueños totales de sus sentidos, afortunados, magnánimos, instruidos en las armas, llenos de firmeza, de gran nombradía, adictos, fieles a todas las órdenes del rey, que habían adquirido poder, mansedumbre y gloria, agradables en su trato, incapaces de pronunciar palabras injustas, ora por cólera, bien con vistas utilitarias o de deseos personales. Nada ignoraban de cuanto concernía a sus amigos o de lo que afectaba a los demás; cuanto sus amigos o sus enemigos hacían, habían hecho o proyectaban hacer, lo sabían. De conducta prudente, de una amistad a toda prueba, esperaban el momento favorable para castigar a los culpables, sin librar del castigo ni a sus propios

hijos. Moderados en la adquisición de los tesoros, así como en el ejercicio del poder, no perjudicaban a nadie, ni siquiera a aquellos que eran inútiles, mientras permanecían inofensivos. Eran hombres excelentes, dueños de ellos mismos, aplicados en el cumplimiento de sus deberes para con el rey, y concediendo siempre su protección a las gentes de bien del país. Sin perjudicar a los brahmanes, ni a los kshatryas, llenaban el tesoro real. Eran, asimismo, de inflexible severidad y estudiaban el pro y el contra de cada uno.

Entre todos estos hombres, de costumbres puras, animados de los mismos propósitos, llenos de discernimiento, que viven en la ciudad o en el reino, no hay ningún embustero. Ninguno vicioso o adúltero. La paz reina en todo el Imperio, como en la capital. Todos están llenos de riquezas y de vestidos magníficos. Sus prácticas son puras. Ocúpense de sus intereses bajo la mirada vigilante y aguda del rey. Participando de las cualidades de su señor y afamados a causa de sus actos brillantes, son conocidos en todas partes estos sabios, incluso en el extranjero. Dotados en todas circunstancias de las cualidades precisas, jamás se ven desprovistos de ellas. Instruidos en el arte de contraer o romper alianzas, desempeñan con éxito sus funciones. Hábiles en ocultar sus designios, capaces de formar proyectos ingeniosos, versado en la complicada ciencia de la política, de conversación siempre agradable; así, rodeado de ministros dotados de tales cualidades, era como Dasaratha, monarca irreprochable, gobernaba la Tierra. Vigilando a sus súbditos, administrándoles de acuerdo con la ley, sirviéndoles de asilo y desterrando la injusticia, famoso en los tres mundos, liberal, campeón de la verdad, este tigre entre los hombres reinaba en este país.

Ni encontró enemigo más poderoso que él, ni que tan siquiera le fuese igual. Teniendo muchos amigos, veía a sus vecinos inclinados ante él. Gracias a su energía había arrancado las espinas de su reino. Tal vez gobernaba el Mundo como el rey de los dioses gobierna el Cielo. Y rodeado de tales ministros, expertos en el conocimiento de las reglas y de lo útil, abnegados, inteligentes y capaces, este monarca adquirió un esplendor semejante al del Sol rodeado de sus rayos luminosos.



## SARGA VIII

## DASARATHA, PRIVADO DE HIJO

Este príncipe poderoso, justo, magnánimo, veíase con dolor sin hijo varón (140). No tenía hijo que perpetuase su raza. Mientras estaba hundido en sus reflexiones, una idea vino a la mente de este gran príncipe: ¿Por qué no ofrecería un asvamedha con objeto de obtener un hijo? Tomada esta resolución: «Hay que ofrecer un sacrificio», el sabio y virtuoso príncipe, de acuerdo con todos sus fieles ministros, dijo entonces, lleno de gloria, a Sumantra: «¡Oh excelente ministro!, traeme lo más pronto posible a todos los gurús y a los purohitas» (141). Sumantra, lleno de agilidad, partió rápido y reunió a todos estos personajes, llegados a un conocimiento completo de los *Vedas*. Eran: Suyajna, Vamadeva, Jabali, Kasyapa, el purohita Vasishtha y otros brahmanes del mayor mérito.

El virtuoso rey Dasaratha, tras haberles saludado, les dirigió estas palabras llenas de dulzura, inspiradas por el deber y el interés: «La privación de un hijo me sume en el dolor. No puedo ser feliz. A causa de ello, he pensado ofrecer, para conseguirlo, un asvamedha. Deseo que este sacrificio se haga según las reglas. ¿Cómo realizaré mi propósito? Deliberad aquí mismo sobre ello.»

«Muy bien», respondieron los brahmanes, Vasishtha el primero, aprobando estas palabras salidas de la boca del soberano. Y llenos de alegría dijeron a una a Dasaratha: «Prepara todo lo que hace falta y suelta al caballo. Escoge el terreno para el sacrificio en la orilla septentrional del Sarayú. Y obtendrás sin falta el deseado hijo, ¡oh príncipe!, tú, cuyo pensamiento relativo a la progenitura es conforme al deber.»

El rey quedó muy satisfecho oyendo este lenguaje a los Dos-veces-nacidos. Y con los ojos llenos de lágrimas, que arrancaba la alegría, dijo a sus consejeros: «Que todo sea dispuesto de acuerdo a lo que han dicho mis gurús. Que un caballo sea preparado como conviene, y que se le suelte con su conductor. Luego, que sea acondicionado el lugar del sacrificio en la orilla superior del Sarayú. Que todo cuanto pueda asegurar el éxito de la ceremonia sea hecho siguiendo las reglas y los ritos. Mediante semejante sacrificio todo hombre puede obtener la realización de sus deseos, por grandes que sean. Que nada, por consiguiente, falte. Pues si hubiese un vicio de forma en

este sacrificio, el mejor de todos, los brahmarakshasas (142), dándose cuenta de esta laguna, le confiscarían. Aquel que ofrece un sacrificio sin observar los ritos perece al punto. Mi sacrificio debe ser cumplido según las reglas de otro tiempo. Observad, pues, vosotros la ley y no olvidéis las prescripciones.»

«Así será», respondieron los ministros todos, halagados por el elogio. Y dóciles, como tenían por costumbre, a la orden del rey, los Dos-veces-nacidos instruidos en la ley, que trabajaban por la prosperidad del monarca, despidiéronse de él y partieron. El rey, al despedirles, dijo a los ascetas, sus ministros: «Conformaos a las perscripciones de los sacerdotes en el cumplimiento de este sacrificio.»

Habiendo hablado así el tigre de los reyes, despidió a los ministros que estaban con él y entró en su palacio. El magnánimo soberano fue a encontrar a sus amadas esposas y les dijo: «Santificaos. Voy a ofrecer un sacrificio con objeto de obtener un hijo.» Escuchando estas amables palabras, el rostro de las princesas, de tinte de rosa, resplandeció, lo mismo que el loto al final del invierno.

## S A R G A I X

### HISTORIA DE RISHYASRIÑA

Al saber lo que misteriosamente se preparaba, el escudero Sumantra dijo al rey: «Escucha este relato que he oído leer en un Purana. He oído esta historia antigua, por boca de ritvijs. Sanatkumara, el Bienaventurado, la había referido en otro tiempo, en una asamblea de rishis, con motivo de la futura posteridad. Se trata de un hijo de Kasyapa, llamado Vibhandaka. Este había de llegar a ser el padre del famoso Rishyasriña, que sería criado exclusivamente en el bosque. Este solitario vivió allí constantemente, en la espesura. El Indra de los ascetas no haría conocimiento con nadie, salvo con su padre, con el cual, tan sólo, pasaría la vida. El magnánimo solitario observaba a causa de ello doblemente el Bráhmacharya. Afamado en los mundos, ¡oh rey!, y celebrado sin cesar por los ascetas: así transcurriría el tiempo para este brahman, dócil a las órdenes de Añi y de su glorioso padre. En aquella época, Romapada, ilustre y poderoso, reinaba sobre los angas. Una falta de este rey ocasionó una calamitosa y temible sequía, que sembró el espanto en todo el país. Durante esta sequía, el rey,

agobiado por la desgracia, convocó a los brahmanes versados en la Sruti y les dijo: «Vosotros, que observáis la Sruti y que conocéis los usos de los pueblos, prescribid un ayuno religioso.»

»Oyendo estas palabras, todos aquellos excelentes brahmanes, ascetas llegados a los límites de los *Vedas*, respondieron al monarca: «¡Oh rey!, haz venir, sea cual sea el medio para conseguirlo, al hijo de Vibhandaka. Una vez que hayas hecho traer, ¡oh rey!, a Rishyasriña, el muy honorable hijo de Vibhandaka, brahamán profundamente versado en los *Vedas*, dale tu hija adoptiva Santaá, conformándote en todo a la ley.»

»Habiendo oído estas palabras de los brahmanes, el rey reflexionó sobre el medio de hacer venir al poderoso asceta. Y habiendo el virtuoso rey deliberado con sus consejeros, ordenó a su purohita y a sus ministros llenos de honores. Estos, oyendo la orden del rey, todos turbados y bajando la cabeza: «No vayamos», dijeron en un principio, de tal modo el rishi les daba miedo. Abjuraron al rey para que no les impusiera esta misión, luego le dijeron, tras haber reflexionado sobre los medios de triunfar: «Te traeremos el rishi, sin que por nuestra parte haya falta.»

»Habiendo sido traído así el rishi por el rey de los angas y por los cortesanos, el dios entonces hizo que lloviese y Santá, de quien Romapada era el padre, le fue dada. Luego Rishyasriña, el yerno del rey de los angas, te procurará a ti hijos. Esto es lo que he oído contar a Sanatkumara.»

Dasaratha, gozoso, dijo a Sumantra: «Dime el medio de que se sirvieron para traer a Rishyasriña.»

## S A R G A X

### RISHYASRIÑA, SEDUCIDO POR LAS BAYADERAS

Sumantra, así interrogado por el rey, le dijo: «El procedimiento que emplearon los consejeros del rey de los angas para traer a la corte a Rishyasriña te lo voy a decir con todos sus detalles; escucha, pues, así como tus ministros. El purohita, acompañado de los consejeros del rey, dijo a Romapada: «Hemos encontrado el siguiente modo infalible, Rishyasriña, que pasa su vida en el bosque entregado al tapás y a la meditación, no conoce ni las mujeres ni los placeres de los sentidos. Con ayuda de las seducciones, cuyo efecto es encantar a los hombres turbando sus sentidos y su corazón, le traeremos a la

ciudad. Lancémonos a ello sin demora. Que vayan hacia él cor-tesanas hermosas y bien vestidas. Bien acogidas, le seducirán con artes varias y le traerán hasta aquí.» Oyendo estas palabras, el rey dijo: «Bien», y encargó de esta misión a su purohita. Este empezó a maniobrar, así como los consejeros del príncipe.

»Bayaderas escogidas e instruidas de lo que tenían que hacer entraron en el espacioso bosque. Deteniéndose no lejos de la ermita, empezaron sus manejos seductores, al alcance de la vista del solitario. El hijo de rishi, endurecido en el deber, que había vivido siempre en la soledad, invariablemente dichoso, en compañía de su padre, no salía de la ermita. Desde su nacimiento, jamás el asceta había visto una mujer ni otro hombre que su padre, ni ninguno de los animales que viven en la ciudad o en el campo.

»Adornadas con ricos trajes, embriagadas de amor, cantando con voz armoniosa, las bayaderas se acercaron al hijo del asceta y le dijeron: «¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Venimos, ¡oh brahmán!, a saberlo. ¿Vives solo en un hosque deshabitado, lejano? Hónranos con una respuesta.»

»Al contemplar a aquellas mujeres, criaturas que jamás había visto, dotadas de belleza seductora, por el corazón le pasó la idea de nombrar a su padre. Dijo, pues: «Mi padre es Vibhandaka; yo soy su hijo bien amado. Me llamo Rishyasriña; mi obra la cumplo aquí en la Tierra. Nuestra ermita está próxima, hermosas extranjeras. En ella os daré todos los honores de la hospitalidad, según las reglas» (143).

»Oyendo estas palabras del hijo del asceta, todas tuvieron el mismo pensamiento: todas entraron a ver la ermita.

»Una vez dentro, el hijo del rishi les rindió los honores de la hospitalidad. Las ofreció agua para las abluciones, agua para que se lavasen los pies, y como alimentos, raíces y frutos. Ellas, todas aceptaron con alegría tales testimonios de honor. Mas, por temor al rishi Vibhandaka, resolvieron llevarse lo más pronto posible a la corte a su hijo. «He aquí, le dijeron, los excelentes frutos que nosotras le traemos, ¡oh Dos-veces-nacido!, tómalos y sé feliz, cómelos sin tardar.» Luego, todas le abrazaron amorosamente y le dieron golosinas y bollos apetitosos de todas clases.

»Comiendo aquellos pasteles, el solitario pensaba: He aquí frutos que no conocen los que viven siempre en el bosque.

»Tras haber interrogado al asceta y haber sabido su piadosa conducta, aquellas mujeres, temiendo a su padre, se alejaron. Mas, habiéndose ido todas, el Dos-veces-nacido, retoño de Kas-

yapa, sintió que su corazón se turbaba y se puso melancólico. Al día siguiente, el poderoso y venerable hijo de Vibhandaka, absorbido en sus pensamientos, fue al sitio en que había visto a aquellas mujeres dotadas de encantos irresistibles y vestidas con trajes suntuosos.

«Al ver venir al solitario, gozosas corrieron todas hacia él y le dijeron: «¡Oh amigo! Ven tú ahora a nuestra ermita. Allí hay, en abundancia, raíces y frutos de todas clases. No hay duda que podrás seguir tu régimen especial.»

«Oyendo estas palabras seductoras, dichas por todas aquellas mujeres, resolvió seguir las. Y entonces ellas le condujeron al palacio.

«Apenas llegado el magnánimo asceta, el dios hizo que lloviese al punto, con gran alegría de todos. Y el rey, notando la coincidencia de la lluvia con la llegada del asceta, se adelantó hacia él y se postergó en su presencia, la frente hasta el suelo. Luego le ofreció el arghya, según la costumbre, en actitud profundamente respetuosa. Y se concilió el favor del Indra de los ascetas, por miedo a que el solitario se encolerizase. Luego le introdujo en el gineceo y le dio a su hija adoptiva. Santá, observando los ritos.

«Tranquilizado su espíritu, el rey fue feliz. En cuanto a Rishyasriña, colmado de cuanto podía desear, aquel cuya gloria era tan grande, habitó allí, cerca de Santá, su esposa.»

## S A R G A X I

### DASARATHA ADOPTA A RISHYASRIÑA

«Escucha aún, ¡oh Indra de los reyes!, este relato saludable tal cual yo le oí del sabio asceta, el mejor de los devas. En la tribu de los Ikshvakus nacerá el virtuoso Dasaratha, príncipe venerable de lenguaje sincero. Este rey trabará amistad con el rey de los angas que adoptará a su hija, dotada de grandes cualidades, llamada Santá. Este glorioso príncipe, hijo del rey Anga, será el célebre Romapada. Dasaratha irá a encontrarle (y le dirá): «Yo no tengo descendencia, ¡oh rey virtuoso! Que el esposo de Santá, por orden tuya, ofrezca un sacrificio con objeto de obtenerme posteridad en interés de mi familia»

«Habiendo oído estas palabras del rey y tras haberlas meditado, el monarca, dueño de sí, le dará como hijo al esposo de Santá. Habiendo adoptado al asceta, el rey cuya fiebre habrá

sido ya calmada, ofrecerá tal sacrificio, con el corazón satisfecho. Y el rey Dasaratha, deseoso de gloria, habiendo hecho el anjali, escogerá a Rishyasriña, el mejor de los Dos-veces-nacidos, ¡oh príncipe virtuoso! Y a causa del sacrificio, de la descendencia y del Cielo, el amo de los hombres, el soberano, obtendrá el objeto de su voto del jefe de los Dos-veces-nacidos. Cuatro hijos le nacerán al príncipe, de un valor sin medida. Y ellos asegurarán la perpetuidad de su raza y se harán célebres entre todos los seres. He aquí lo que el mejor de entre los Devas, el bienaventurado señor Sanatkumara, contó en tiempos durante el Yuga de los Dioses.»

Por consiguiente, ¡oh tigre entre los hombres!, trae al asceta colmándole de honores, yéndole a buscar tú mismo a la cabeza de un cortejo numeroso.

Estas palabras de Sumantra regocijaron mucho a Dasaratha. Habiendo consultado a Vasistha y aprobado éste a su escudero, el rey, acompañado de su harén y de sus ministros, fue a encontrar al asceta, franqueando sucesivamente bosques (144) y ríos. Y habiendo alcanzado el lugar en que se hallaba el toro de los ascetas, abordó a este excelente Dos-veces-nacido que estaba junto a Romapada. Cuando advirtió al hijo del rishi, que se asemejaba a un fuego centelleante, el rey le rindió cuidadosamente los deberes prescritos. Por afecto hacia el rey, Romapada, con el alma llena de alegría, habló al sabio hijo del asceta de la amistad y de la alianza del príncipe. El rishi devolvió a Dasaratha sus cumplidos. El príncipe, honrado con ello, permaneció a su lado siete u ocho días. El rey Dasaratha dijo al rey Romapada: —«Que tu hija Santá, ¡oh rey, amo de pueblos!, acompañada de su esposo, venga a mi ciudad para mi gran propósito.» —«Sea», dijo el rey, Habiendo obtenido la venida del sabio, dijo el asceta: —«Ven con tu esposa». —«Sea», respondió al rey el hijo del rishi oyendo sus palabras.

El asceta, a invitación del rey, fue a su corte con su esposa. Hizo alternativamente el anjali en honor de aquellos dos príncipes, y los estrechó tiernamente contra su pecho. Dasaratha y el valiente Romapada fueron inundados de gozo. Entonces, el descendiente de Raghú, habiendo escuchado la opinión de su amigo, envió rápidos mensajes a los habitantes de la ciudad: «Que la ciudad entera sea decorada inmediatamente. Que se la riegue con agua olorosa y se la perfume. Que se la adorne con oriflamas.» Los habitantes aprendieron con alegría la vuelta del rey. Y se conformaron estrictamente a las órdenes del soberano. Este entró en la ciudad, que encontró muy bien decorada. El toro de los ascetas fue acogido al ruido de caracoles marinos

y tambores. Todos los habitantes fueron transportados de gozo a la vista del Dos-veces-nacido que entraba en la ciudad colmada de honores por el príncipe, el de obras iguales a las de Indra, como en el cielo, Kasyapa lo fue por el rey de los devas, el dios de los mil ojos (145).

El rey, habiendo introducido al asceta en el gineceo y habiéndole rendido los honores prescritos por los *Sastras* (146), creyó haber hecho, trayéndole, lo que debía hacer. Todas las mujeres del gineceo, viendo de vuelta con su esposo a Santá, la princesa de los grandes ojos, fueron transportadas de alegría. Colmada de homenajes por aquellas mujeres, y sobre todo por el rey, habitó allí cierto tiempo, dichosa, en unión del Dos-veces-nacido.

## SARGA XII

### DASARATHA PRESCRIBE EL ASVAMEDHA

Un tiempo considerable había transcurrido desde que habían allí, felices, cuando el rey resolvió ofrecer el sacrificio del asvamedha. Inclinando la cabeza ante el asceta divino, le consultó a propósito del sacrificio, hecho con objeto de tener descendencia y en interés de la raza. «Muy bien—dijo el rey, jefe de la Tierra—. Que se hagan los preparativos y que el caballo sea puesto en libertad. Que el terreno para el sacrificio sea escogido en la ribera superior del Sarayú.» El rey transmitió la orden a los brahmanes, que habían llegado al límite en la ciencia de los Vedas. «Sumantra, ve a buscar prontamente a los rivijs, intérpretes del *Veda*. Suyajna, Vamadeva, Jabali, Kasyapa, al purohita Vasishtha, y a los demás excelentes Dos-veces-nacidos.»

Sumantra, el de los pasos rápidos, marchó presuroso y reunió a todos aquellos brahmanes instruidos a fondo en los *Vedas*. El piadoso monarca Dasaratha los saludó con palabras llenas de buen sentido, de oportunidad y de dulzura: «Desolado a causa de no tener hijos, no hay felicidad para mí. Con objeto de obtener uno, ofreceré un asvamedha, tal es mi deseo; quiero ofrecer el sacrificio del asvamedha, y en virtud del poder del hijo del asceta, obtendré seguramente el cumplimiento de mis deseos». —«Muy bien», dijeron los brahmanes, aplaudiendo sus palabras todos, el primero Vasishtha; aquellas palabras que habían salido de la boca del príncipe. Y a su vez le respondieron, Rishyasriña a su cabeza: «Que sean hechos

los preparativos, que el caballo sea puesto en libertad. Que se escoja el lugar del sacrificio en la orilla superior del Saranyú. Con ello obtendrás, seguro, cuatro hijos de una energía sin medida, ¡oh tú, cuyo pensamiento virtuoso se había inclinado a tener uno!»

Estas palabras de los Dos-veces-nacidos alegraron al príncipe, que las repitió, lleno de felicidad, a sus ministros: «Conforme a la orden de mis gurús, que sean hechos los preparativos. Que el caballo sea empenachado como debe serlo y que, acompañado de su conductor, sea puesto en libertad. Que el lugar del sacrificio sea escogido en la orilla septentrional del Sarayú. Que sean prolongadas las ceremonias propiciatorias, según las reglas, de acuerdo con la ley. Este sacrificio debe ser cumplido por todo rey; que no haya transgresiones litúrgicas: pues de haber un vicio de forma en él, que es el más excelente de todos, los brahmarakshasas, advirtiéndolo la laguna, se apoderan de ella, y el autor de este sacrificio irregular perece al punto. Con objeto, pues, de que el sacrificio sea cumplido de acuerdo con los ritos, velad para que sus elementos sean irreprochables, ¡oh vosotros, que sois gente de experiencia!»

«Bien», respondieron los consejeros todos, saludando al rey, del cual cumplieron la orden fielmente. Los Dos-veces-nacidos felicitaron al toro de los reyes, instruido en la ley. Este los despidió, y todos se alejaron en el orden en que habían venido. Una vez los brahmanes idos, el magnánimo soberano despidió a sus consejeros y entró en su palacio.

## SARGA XIII

### CONVOCACIONES PARA EL SACRIFICIO

La primavera había vuelto, el año había transcurrido. El valeroso príncipe, deseoso de celebrar el sacrificio del asvamedha con objeto de tener un hijo, tras haber saludado a Vesishtha rindiéndole los homenajes a los cuales tenía derecho, conversó con el excelente Dos-veces-nacido, el de la aptitud modesta, acerca de lo que meditaba con el propósito de tener un hijo. «Que el sacrificio, ¡oh brahman, toro de los Munis!, sea hecho siguiendo las prescripciones. Que se vele para que no haya impedimentos en su cumplimiento en ninguna parte del sacrificio. Tú me eres muy querido, ¡oh amigo mío!, tú eres el primero de mis gurús. Haz traer y preparar lo que es necesario para



el sacrificio.» «Bien—respondió al rey el excelente Dos-veces-nacido—, haré todo cuanto me encomiendas.» Entonces se dirigió a los brahmanes ancianos, llenos de experiencia en lo que afectaba a los sacrificios, a los arquitectos hábiles, de ciencia consumada, a obreros expertos, a artistas, ebanistas y escultores, versados en la ciencia del cálculo y en el arte del canto y de la danza; gentes de costumbres puras, instruidos en los *Sastras* y que gozaban de gran renombre: «Preparad lo necesario—les dijo—para el sacrificio, de acuerdo con la orden del rey. Traed rápidamente numerosos millares de ladrillos. Que pabellones bien provistos de todo sean levantados para el rey. Y para los brahmanes, centenares de habitaciones elegantes y abundantemente provistas, sin que falte el agua: que sean confortables. Es necesario preparar también en gran número para la gente de la ciudad, otras; así como para cada uno de los reyes que de muy lejos vendrán a la ceremonia. Se instalarán cuadras para los caballos y los elefantes, abrigos y cuarteles enormes para los soldados que vengan de lejanos sitios. Todas estas habitaciones deberán estar ricamente provistas de víveres y ofrecer toda clase de atractivos. Al pueblo le serán servidos alimentos abundantes y sabrosos, y ello de un modo conveniente y no con desdén. Todas las castas recibirán los honores que les son debidos. Que no sea pronunciada ninguna palabra inoportuna a influjos de la envidia o de la cólera. En la preparación del sacrificio, los obreros diligentes y hábiles deberán ser objeto de atenciones especiales, de acuerdo con sus méritos. Que todos reciban como salario dinero y víveres. Con el espíritu lleno de benevolencia, haced de tal modo que todo ocurra del mejor modo, que nada sea descuidado.»

Todos, acercándose, dijeron a Vasishtha: «Lo que hay que hacer será hecho como nos pides; nada será descuidado. Nosotros ejecutaremos las órdenes que nos das, sin transgredir ninguna.» Llamando a Sumantra, Vasishtha le dijo: «Convoca a los reyes y a la gente virtuosa de la Tierra: brahmanes, kshatryas, vaisyas y sudras, por millares. Haz venir, tratándoles bien, a gentes de todos los países. Al rey de Mithila, el héroe Janaka, el del lenguaje verídico, ve a buscarle tú mismo, es un príncipe afortunado y magnífico. Le conozco como antiguo aliado de Dasaratha; a causa de ello te le recomiendo en primer lugar. Asimismo, al rey de Kasí, tan lleno de amabilidad de buena gracia, de excelentes modales y semejante a un dios, hazle venir. Y lo mismo, al rey de los kokayas, venerable, aplicado a sus deberes, suegro del león de los reyes: convócale en unión de sus hijos. Y al rey de las angas, Roma-

pada, el del gran arco, que de tanta consideración goza, compañero en edad y amigo del león de los reyes; convócale también, así como a sus hijos. Y lo mismo en lo que afecta al glorioso rey de Kosala, el rodeado de los mayores honores, así como al rey del Magadha, héroe instruido en todos los *Sastras*, venturoso en sus designios, de gran munificencia, digno de todas las atenciones, toro de los hombres. Dócil a la orden real, convoca a la flor de los príncipes, a los monarcas del Oriente, a los del Sindhú, de los sauviras y de los saurashtras. A todos los reyes del Mediodía convócales también, así como a los aliados y demás soberanos del Universo. Convócales prontamente en unión de sus séquitos y familias. Despáchales, en nombre del rey, mensajes cargados de presentes.»

Habiendo oído la orden de Vasishtha, Sumantra, apresurándose, confió a hombres escogidos el cuidado de traer a los reyes. El mismo, conformándose a las prescripciones del Muni, el virtuoso y magnánimo Sumantra, apresuróse a ir a buscarles. Los obreros, su tarea acabada, vinieron a hacer saber a Vasishtha, el gran rishi, que todo estaba dispuesto para el sacrificio. Lleno de alegría, el mejor de los Dos-veces-nacidos, el Muni, les dijo a todos: «Nada será dado a nadie con desdén o burla. Lo que es dado con desdén, pierde a aquel que lo da, no hay duda.»

Al cabo de algunos días y de algunas noches, llegaron los soberanos, luego de haber aceptado los presentes del rey Dasaratha. Lleno de alegría, Vasishtha dijo al príncipe: «Ya han llegado, ¡oh tigre entre los hombres!, los reyes a invitación tuya. Todos han recibido, por mis oficios, buena acogida, tal cual convenía, ¡oh príncipe excelente! Todo lo necesario para el sacrificio ha sido hecho con mucho cuidado por los hombres que habían sido encargados de ello. Acércate al lugar del sacrificio, con objeto de proceder a la ceremonia. Todo cuanto se puede desear hállese reunido allí. Tú debes juzgar por ti mismo. ¡oh rey!, de lo que ha sido dispuesto.»

Entonces, y previo consejo de los dos ascetas, Vasishtha y Rishyasriña, un día de constelación favorable (147), el rey fue allí. Y en aquel momento todos los excelentes Dos-veces-nacidos, Vasishtha a su cabeza, precedido él mismo por Rishyasriña, empezaron el sacrificio. Todos entraron en el recinto sagrado, conformándose a los *Sastras* y a las reglas. El venerable monarca, con sus esposas, procedió a la ceremonia.

## SARGA XIV

## DESCRIPCIÓN DEL ASVAMEDHA

Transcurrido el año, y el caballo de vuelta, el sacrificio real fue cumplido en la ribera septentrional del Sarayú. Rishyasriña, al frente de los excelentes Dos-veces-nacidos, procedió al gran sacrificio del asvamedha, ofrecido por el magnánimo soberano. Los oficiantes, llegados al término de la ciencia védica, cumplieron la obra según las leyes y las reglas; procedieron según los *Sastras*. Tras la ofrenda preliminar de soma y de manteca clarificada, según los *Sastras*, los Dos-veces-nacidos hicieron las demás ceremonias según las reglas y los *Sastras*. Todos aquellos toros de los ascetas, honrando a los dioses, cumplieron gozosos, y según las reglas, todos los ritos, empezando por la prensadura de la mañana. La parte de Indra le fue reservada, según la ley; el irreprochable rey soma fue pisado (para extraer el mosto); la prensadura del centro del día fue celebrada de acuerdo con lo ordenado. La tercera prensadura del rey soma, el del gran corazón, fue cumplida según los *Sastras*, por los vigilantes y eminentes brahmanes. Entonces, Sakra y los otros dioses superiores fueron invocados por Rishyasriña y sus colegas, con la ayuda de mantras pedidos como préstamo a los *Sikshas*. Los hotars, a su vez, tras haberles invocado mediante cantos suaves y mantras llenos de unción, distribuyeron a los habitantes del Cielo su parte de ofrendas, a cada uno según su orden jerárquico. Ninguna invocación fue omitida; no fue notada ninguna interrupción; ninguna turbación hubo durante la recitación de los rezos.

Durante aquellos días, nadie sintió fatiga ni hambre. No se vio a ningún brahmán ignorante; ni alguno que no tuviese su séquito de cien personas. Los brahmanes comieron sin cesar, lo mismo que aquellos que vivían bajo la autoridad de un amo; y otro tanto los ascetas y los monjes mendicantes. También los ancianos, los lisiados, las mujeres y los niños: se comía siempre sin llegar a la hartura jamás. «Dad, dad alimentos y vestidos», y había premura en el multiplicar las distribuciones. Veíanse numerosos montones de arroz, altos como montañas.

A aquel sacrificio ofrecido por el santo monarca según las reglas, todos los días acudían hombres llegados de todas partes. Y a todos se les proveía abundantemente de alimento y de

bebida. Los toros de los Dos-veces-nacidos alababan aquel alimento higiénico y succulento. «¡Ah!, estamos hartos, felicidad a ti.» Tales eran las palabras que escuchaba el hijo de Raghu. Gente soberbiamente vestida poníase a disposición de los brahmanes, que aún eran servidos por otros personajes, portadores de pendientes y adornados de brillantes joyas. En el intervalo de las ceremonias, un gran número de discusiones doctrinales promovíanse entre ascetas elocuentes y sabios, deseosos de vencerse unos a otros.

Cada día, sobre el césped sagrado, hábiles Dos-veces-nacidos cumplían todas las prescripciones litúrgicas con rapidez y puntualidad. No había, entre los asistentes, brahmanes que no conociesen los seis *Angas*, que no fuesen fieles en cumplir sus votos o que no estuviesen perfectamente instruidos. Cerca del rey no había ningún Dos-veces-nacido vicioso.

Cuando se procedió a la erección de los postes para el sacrificio, fueron escogidos seis bilbas, otros tantos khadiras, para que acompañasen a los bilbas, así como seis parnins. Un poste de madera de sleshmataka y dos del árbol de los devas fueron también colocados en el lugar del sacrificio. Para rodear a estos últimos hacia falta extender los brazos. Todos fueron preparados por brahmanes versados en los *Sastras* y en la ciencia de los sacrificios. Con objeto de magnificar el brillo de la ceremonia, fueron revestidos de oro. Los veintidós postes tenían veintidós codos de largos, y fueron decorados cada uno de veintidós ornamentos. Todos habían sido trabajados por hábiles escultores, estaban bien y sólidamente labrados. Tenían ocho aristas cada uno y su superficie era muy lisa. Cubiertos así de ornamentos, engalanados con flores y perfumes, resplandecían como la constelación de los Siete Rishis de que el cielo está iluminado. Ladrillos, según las reglas, fueron preparados en cantidad. Luego, hábiles brahmanes escondieron el fuego en la hoguera levantada por los carpinteros. Con el fuego, escondido por los sabios Dos-veces-nacidos al servicio del león de los reyes, había un Garuda (148) con alas de oro, triple, compuesto de dieciocho partes. Las víctimas fueron atadas allí. Tras haber invitado a cada divinidad, se convocó a las serpientes y a los pájaros, de acuerdo con los *Sastras*. Luego, en la samitra (149), los rishis colocaron al caballo y también a los animales acuáticos. Los ritos fueron cumplidos de acuerdo con los *Sastras*. Trescientas víctimas fueron atadas a los postes, así como la joya más preciosa de las cuadras del rey Dasaratha, Kausalyá (150), dando la vuelta todo alrededor del caballo. le despedazó con ayuda de tres espadas, con viva alegría.

Kausalya, en su amor hacia el deber, pasó una noche con el caballo, firme en su resolución. El hotar, el adhvaryu y el udgatar, ataron al caballo, con la ayuda de la bahshi y la parivritti, la otra mujer, la vavata (151).

El rey, cuyos sentidos estaban perfectamente refrenados, habiendo quitado la grasa al caballo, ayudado por eminentes ritvijs, la puso a cocer según los *Sastras*. El olor desprendido por la grasa humeante fue aspirado por el príncipe durante el tiempo prescrito, de acuerdo con las reglas, con lo que sus pecados quedaron destruidos. Los miembros del caballo fueron arrojados todos al fuego, según los ritos, por los brahmanes reunidos con los dieciséis ritvijs (152). Las cremaciones de los otros sacrificios fueron hechas sobre ramas de plakha. Una parte del sacrificio del asvamedha fue colocado sobre juncos trenzados.

Los tres días del asvamedha fueron designados por los brahmanes, según el *Kalpasutra* (153). El primer día fue el Catuhstoma. El segundo, el Ukthya y el último fue para el Atiratra. Numerosísimas ceremonias fueron cumplidas, según los *Sastras*: el Kyotishtoma y el Ayuhstoma; dos Atiratras, el Abhijit y el Visvajit, y dos Aptoryamas: se trataba del gran sacrificio.

El rey, sostén poderoso de su raza, dio la región del este al Hotar, el oeste al Adhvaryu, el sur al Brahman. El Udgatar tuvo el norte. Esta dakshina fue determinada por el gran sacrificio del asvamedha, establecido en otros tiempos por Svayambhú (154).

Habiendo procedido al sacrificio según los ritos el rey toro de los hombres y sostén poderoso de su raza distribuyó de este modo la tierra a los sacerdotes oficiantes, a los ritvijs. Esto hecho, la alegría del afortunado vástago de Ikshvaku fue grande. Entonces todos los ritvijs dijeron al rey cuyas faltas habían sido borradas: «Tú tan sólo eres digno de gobernar la Tierra entera. Nosotros no sabemos qué hacer de ella puesto que no podríamos protegerla. Nosotros nos contentamos con estudiar perpetuamente los *Vedas* ¡oh monarca!; danos un salario cualquiera. Piedras preciosas, joyas, oro, vacas u otra cosa que te plazca dónosla, ¡oh rey!, pero no posesión de la tierra.» Habiéndole hablado así los brahmanes instruidos y fondeo en la ciencia de los *Vedas*, el rey les dio diez veces cien mil vacas, diez kotis de oro, y cuatro veces una cantidad de dinero equivalente. Los ritvijs reunidos se distribuyeron estas riquezas. Los excelentes Dos-veces-nacidos, habiendo distribuido por igual las partes, informaron de ello al muni

Rishyasriña y al sabio Vasishta, con el corazón gozoso y llenos todos de alegría. Entonces, con actitud profundamente recogida, Dasaratha distribuyó oro a los prasarpakas (155).

Dio una koti de oro jambunada a los otros brahmanes, y un brazalete muy precioso a un Dos-veces-nacido mendigo. He aquí lo que a cada solicitante concedió el vástago de los Raghavas. Los Dos-veces-nacidos, el amigo de los Dos-veces-nacidos, Dasaratha, se inclinó ante ellos, con los sentidos turbados por la alegría. Los brahmanes colmaron de bendiciones a este noble príncipe, prosternado en tierra. El rey sintió su alma feliz, tras haber ofrecido el mejor de los sacrificios, que borra los pecados, conduce al Cielo, que, por cierto, es difícilmente accesible hasta a los propios toros de los reyes mismos.

El rey Dasaratha dijo entonces a Rishyasriña: «Ahora tu debes acrecentar mi raza, ¡oh tú que eres fiel a tus votos!» «Ciertamente», respondió este eminente Dos-veces-nacido. Y añadió: «¡Oh rey!, renacerán cuatro hijos escogidos que perpetuarán tu raza.» Oyendo estas dulces palabras del asceta el santo rey se posternó ante él lleno de la más viva alegría. El príncipe magnánimo conversó de nuevo con Rishyasriña.

## SARGA XV

### LOS DIOS PIDEN LA MUERTE DE RAVANA

Tras haber meditado su respuesta el sabio asceta poseedor de la ciencia instruido en los *Vedas* respondió al rey: «Ofreceré, según las reglas, un Ishty (156) destinado a procurarte progenitura, será completado mediante mantras tomados en préstamo al *Atharvasiras*.» Al punto procedió a este Ishty, destinada a procurar progenitura. El asceta vertió la ofrenda en el fuego, acompañando su acto de mantras. En aquel tiempo, los dioses, con los gandharvas, los siddhas y los grandes rishis, se reunieron, según la regla, con objeto de volver a encontrar su primer estado. Habiéndose reunido en el sitio habitual, los dioses dijeron a Brahma, el Autor de los mundos: «¡Oh Bienaventurado!, gracias a tu favor el rakshasa Ravana paraliza la fuerza de todos nosotros; imposible nos es domarle. Le concedes privilegio, mediante tu bondad, ¡oh Bienaventurado!, y precisamente porque respetamos este privilegio es por lo que soportamos todo de él. Siembra de espanto los tres mundos; ese perverso odia a los que están por encima de él; trata de perjudicar a

Sakra, el rey de los Treinta. Los rishis, los yankshas, así como a los gandharvas, los brahmanes y los asuras, son pisoteados por ese ser insoportable, a quien la posesión de ese privilegio enloquece. En su presencia, el Sol deja de lucir; el Viento, de soplar. Viéndole, el Océano, al que enguirnaldan las movientes olas, permanece inmóvil. Espanto inmenso se apodera de nosotros ante el aspecto terrible de ese rakshasa. Deberías, ¡oh Bienaventurado!, encontrar un medio para hacerle desaparecer.»

Oyendo estas palabras de todos los suras. Brahma, habiendo reflexionado, respondió: «¡Pues bien!, he aquí el medio de destruir a ese perverso. Me pidió: «Que yo no pueda ser muerto por los gandharvas, los yakshas, las divinidades, ni los rakshas.» «Sea», le respondí yo. Mas como el Rakshasa, por desdén, no mencionó a los hombres, puede caer bajo los golpes de éstos. De otro modo no podría morir.»

Habiendo oído estas palabras consoladoras de la boca de Brahma, los dioses y los grandes rishis se llenaron de alegría. En el entretanto llegó Vishnú, el de la inmensa gloria, teniendo en sus manos el caracol marino, el disco y la maza, vestido de amarillo, Amo del Mundo. Venía montado sobre Vainateya, como el Sol sobre una nube. Llevaba brazaletes de oro hataka refinados. Los primeros entre los suras se deshicieron en alabanzas. Vino y se puso cerca de Brahma. Todos los suras, luego de haberle saludado con sus cantos, prosternáronse ante él y le dijeron: «Te dirigimos un ruego, ¡oh Vishnú!, en interés de los mundos. El rey Darasatha, que reina en Ayodhya, ¡oh Señor!, príncipe virtuoso, liberal, de resplandor semejante al de los grandes rishis, tiene tres mujeres eminentes en el pudor, la prosperidad y el renombre. ¡Oh Vishnú!, encárnate en ellas cuadruplándote. Vuelto hombre, el poderoso, el atormetador de los mundos, Ravana, que no podría ser muerto por las divinidades, ¡oh Vishnú!, vécele tú en un combate. Los Dioses, con los gandharvas, los siddhas, los eminentes rishis, a todos el rakshasa Ravana, ebrio de su fuerza excesiva, los encadena. Los rishis, los gandharvas y las apsaras (157), que gustaban divertirse en el bosque Nandada, han sido expulsados por ese monstruo semejante a Rudra (158). Hemos venido con los ascetas a reclamar su muerte. Siddhas, gandharvas y yakshas imploran tu protección. ¡Oh Dios destructor de tus enemigos! Tú eres el supremo asilo de todos nosotros. Para la pérdida de los enemigos de los dioses, decídetes a bajar al Mundo de los hombres.»

Así alabado, el amo de los dioses, Vishnú, el toro de los Treinta (159), adorado de todos los mundos, dijo a todos los

dioses que tenían a su cabeza al Abuelo, el que a la ley guiaba: «Desechad todo temor y sed, en adelante, felices, Ravana, con sus hijos y sus nietos, sus ministros, sus consejeros, sus parientes y sus aliados, para salvación de todos, en un combate yo le mataré. Si, a ese cruel, a ese monstruo insoportable, espanto de los dioses y de los rishis. Y luego, durante diez veces mil años, más diez veces cien años, habitaré en el Mundo de los hombres y protegeré a la Tierra.»

Tras haber concedido este favor, Vishnú, el dios de los dioses, el dueño de sí mismo, reflexionó sobre en qué suelo iba a ir a nacer en el Mundo de los hombres. Luego, el dios de ojos anchos como hojas de loto, transformándose de cuatro maneras diferentes, aceptó por padre al rey Desaratha.

Entonces los devas, los rishis, los gandharvas, así como los rudras (160) y las cuadrillas de apsaras, celebraron al matador de Mandhú mediante cantos de divina belleza: «Llévate pronto, sí, a ese orgulloso Ravana, de energía temible, de insolencia extremada, enemigo del jefe de los Treinta; al de los clamores horribles, a la espina de los ascetas, al espanto de los solitarios. Luego, tras haber destruido, así como a su ejército entero y a sus aliados, a ese Ravana, el de los espantosos gritos y de fuerza irresistible, pronto, ¡oh jefe de los suras!, libre de la fiebre de la existencia, vuelve al Cielo, de donde la mancha del pecado es desterrada.»

## SARGA XVI

### CUÁDRUPLE ENCARNACIÓN DE VISHNÚ

Narayana Vishnú, así solicitado por los eminentes suras, sabiendo bien a qué atenerse, les dirigió estas afectuosas palabras: «¿Cuál es, pues, ¡oh suras!, el medio de combatir al jefe de los rakshasas, es decir, el que yo debo emplear para destruir al atormentador de los rishis?»

Así interrogados, los suras respondieron al inmutable Vishnú: «Toma la forma humana y triunfa de Ravana en combate. El Rakshasa, domador de sus enemigos, practicó largas austeridades durante mucho tiempo. Con ello agradó a Brahma, autor de los mundos, nacido antes que ellos. En su contento, el Señor concedió al Rakshasa el favor de no tener nada que temer de los seres diversos. No obstante, nada se habló del hombre. Por desdén hacia ellos, Ravana no hizo entrar a los



hombres en el privilegio, de tal modo le enorgullecía obtener el favor del Abuelo. De este modo destruye los tres mundos y atormenta incluso a las mujeres. Los hombres tan sólo pueden darle muerte, sábelo, ¡oh tú, azote de tus enemigos!»

Oyendo estas palabras de los suras, Vishnú, dueño de sí mismo, se escogió entonces como padre al rey Dasaratha. En aquel tiempo mismo, este príncipe glorioso, matador de sus enemigos, no teniendo hijo y deseando tener uno, ofrecía, con este objeto, un sacrificio especial. Vishnú, habiendo tomado su resolución tras saludar al Abuelo, desapareció en medio de los honores que le rendían los devas y los grandes rishis. Entonces, mientras Dasaratha sacrificaba, apareció, saliendo del fuego sagrado, un ser de un resplandor sin rival, maravilloso de poder y de fuerza. Era negro, vestido con prendas rojas; rojo era su rostro, su voz resonaba como un tambor, su pelo resplandecía, su barba y su cabellera eran las de un león. Era muy hermoso de contemplar a causa de las divinas joyas con que iba adornado; era alto como la cima de un monte, fogoso como tigre encolerizado. Semejante al Sol, con brillo igual a la llama de un brasero encendido. Llevaba un vaso de oro bruñido, con tapadera de plata. Poseído por celeste impulso, le estrechaba entre sus dos brazos, como a una mujer amada, de opulentas formas, obra de la ilusión (161). Y lanzado sus miradas sobre el rey de Dasaratha, le dijo las siguientes palabras: «Sabe que soy un enviado de Prajapati, venido aquí por orden suya, ¡oh rey!»

El rey, haciendo el anjali, le respondió: «Sé, ¡oh bienaventurado!, el bien venido. ¿Qué puedo hacer por ti?» El mensajero de Prajapati le replicó: «¡Oh rey!, por los homenajes que rindes hoy a los dioses te has ganado este vaso de leche, ¡oh tigre entre los hombres!, obra de un dios, destinado a procurarte la progenitura. Toma este brebaje afortunado, que acrecienta el vigor. Ofréceselo a tus dignas esposas: Bebed, las dirás. Y ellas te darán los hijos que reclamas por medio de este sacrificio, ¡oh príncipe!»

«Así será hecho», respondió el rey contentísimo, inclinando la cabeza. Y cogió el vaso de oro lleno del licor celestial, que le era ofrecido de parte de un dios. Y saludando a aquel ser maravilloso, admirable de ver, dió varias vueltas en torno suyo, lleno de la más viva alegría,teniéndole siempre a su derecha (162).

Dasaratha, adquiriendo el brebaje compuesto por el dios, sintió la incomparable alegría del indigente que se torna rico.

Entretanto, aquel ser prodigioso, sol deslumbrador, habiendo cumplido su misión, desapareció.

El gineceo fue iluminado por el resplandor de la alegría del príncipe, como el cielo por los rayos de la encantadora Luna de otoño (163). Dasaratha entró, pues, en el gineceo, y dijo a Kausalyá: «Toma este brebaje: te procurará un hijo.» El jefe de hombres ofreció a Kausalyá la mitad del brebaje. Y la mitad del resto a Kaikeyi, él, el soberano de hombres. A Sumitrá le distribuyó la mitad de lo que quedaba del brebaje, semejante al amrita (164). Luego, reflexionando sobre ello, dio también a Sumitrá el resto. Tal fue el modo como el rey distribuyó el brebaje a cada una de sus esposas. Y aquellas mujeres excelentes del Indra de los hombres, habiendo recibido de este modo el brebaje comprendiendo el honor que se las hacía, sintieron todas que su alma se llenaba de alegría.

Las mujeres excelentes del rey, habiendo recibido cada una su parte del maravilloso brebaje, quedaron pronto encinta de hijos de un esplendor semejante al de Ai y al de Aditiña (165). El rey, viendo que sus esposas eran portadoras de embriones de tal brillo, sintió que los ánimos le volvían; con lo que fue ganado de un contento igual al de Hari, en el tercer Cielo, cuando recibe los homenajes del rey de los suras (166), así como a compañías de siddhas y de rishis.

## S A R G A X V I I

### NACIMIENTO DE LOS ALIADOS DE RAMA

Vishnú llegado a ser de este modo progenitura de aquel rey magnánimo, el Bienaventurado Svayambhú habló en estos términos a todos los dioses: «Es preciso dar a Vishnú, este héroe leal que busca el bien de todos nosotros, compañeros valientes y hermosos, instruidos en la Maya, bravos, rápidos como el viento, hábiles, dotados de inteligencia, capaces de hazañas análogas a las de Vishnú, invencibles, conociendo la estrategia, teniendo cuerpos divinos, versados en la ciencia de todas las armas, tal cual los dioses que se alimentan de amrita. En el seno de las principales apsaras, de las gandharvas, de las hijas de yakshas y de pannagas, de rikshas y de vidyadharas, en el de las hembras de kinnaras y de vinaras, procread, con forma de monos, hijos de un valor semejante al vuestro. En otro

tiempo yo procreé así a Jambavat, el rey de los rikshas. Bostezaba, cuando nació, de pronto, por mi boca.»

Habiéndoles hablado así el Bienaventurado, los dioses se conformaron con su orden y engendraron hijos con forma de mono. Los rishis magnánimos, los siddhas, los vidyadharas, los serpientes y los caranas procrearon hijos valientes, corredores de bosques. Indra tuvo por hijo a Vali, Indra de los monos, semejante a Mahendra. Tapaná, el primero de los astros ardientes, engendró a Sugriva. Brihaspati (167) engendró a Tara, gran mono entre todos los principales corredores de bosques, inteligente y sin rival. El hijo de Dhanada fue el venerable mono Candhamadana. Visvakarmán engendró un gran mono cuyo nombre fue Nala. Pavaka tuvo por hijo al respetable Nila, de brillo semejante al de Añi, héroe distinguido entre todos a causa de su energía, su gloria y su valentía. Los dos Asvins, dotados de hermosura y de riqueza y de forma igual, engendraron ellos mismos a Mainda y a Dvívda. Varuna engendró un mono cuyo nombre fue Sushena. Carabha fue engendrado por el poderoso Parjanya. El hijo querido de Maruta fue un mono venerable, llamado Hanumat, cuyo cuerpo era de diamante y que igualaba en agilidad al hijo de Vinatá. Entre todos los principales corredores de bosques, era sabio y valiente.

Todos estos héroes fueron creados en número de muchos millares y destinados a dar muerte a Dasagriva. Héroes de una fuerza sin medida, bravos y hermosos, de talla igual a la de elefantes y montañas, de corpulencia y vigor prodigiosos. Rikshas, vanaras y gopucchas aparecieron en poco tiempo. Cada uno tenía la hermosura, la fisonomía y la fuerza del dios que le había engendrado. De entre los golangulas, nacieron de un valor extremado. E igualmente los vanaras tuvieron nacimiento entre los rikshas y los kinnaras. Dioses, grandes rishis, tarakshyas, yakshas ilustres, nagas, kimpurushas, siddhas, vidyadharas, uragas, en gran número, dieron gozosos el día a millares de seres. Los caranas procrearon hijos valientes, monos de corpulencia enorme, todos corredores de bosques. Las principales entre las apsaras, las vidyadharis, las hijas de los nagas y las gandharvas dieron nacimiento a hijos ilcnos de hermosura y de arrojo, que se transportaban allí donde bien les parecía. Semejantes a leones y tigres por su fiera y su fuerza, teniendo todos como armas, rocas; luchando todos a golpes de montañas, sirviéndose, en la lucha, de uñas y dientes, conociendo cada uno el manejo de todas las armas podían trastornar a los reyes de las peñas y hendir los árboles más duros. Capaces eran de turbar con su impetuosidad el Océano, el amo

de los ríos. Con sus pies hubieran hendido la tierra y franqueado los mares. Podían escalar la bóveda del cielo, detener las nubes, apoderarse de elefantes ebrios de mada, errantes por los bosques. Con sus clamores hubieran hecho caer a los pájaros que en pleno vuelo van gritando.

Tales fueron aquellas procreaciones de monos que cambiaban de forma a voluntad. Por centenares de centenas de miles se contaban aquellos magnánimos jefes de tribus. Llegando a ser, entre las tribus más importante, jefes de tribus de monos. Y engendraron monos que fueron a su vez ilustres jefes de clanes. Unos establecieron por millares en los valles del Rikshavar. Otros se dispersaron por todas partes en rocas y bosques. Junto al hijo de Surya, Sugriva, y de Vali, el hijo de Sakra, estos dos hermanos, todos los jefes de tribus de monos vinieron a establecerse; así como cerca de Nala, de Nila, de Hanumat y de otros príncipes.

Todos igualaban a Tarkshya (168) en vigor y poseían el arte de la guerra. En sus excursiones cazaban todos los leones, tigres y grandes serpientes. Valin, el forzado, el de los poderosos brazos, el de bravura sin límite, domaba, mediante el vigor de sus músculos, a rikshas, gopucchas y vanaras. La Tierra, con sus montes, bosques y mares, estaba llena de estos héroes de mansiones múltiples y marcados con los signos característicos más diversos. Semejantes a montones de nubes, a picos de montañas, dotados de fuerza inmensa, jefes supremos de los que mandaban a las tropas de monos, la Tierra cubierta estaba de aquellos seres de aspecto formidable, creados para servir de aliados a Rama.

## S A R G A X V I I I

NACIMIENTO DE LOS HIJOS DE DASARATHA. LLEGADA DE VISVAMITRA

*Habiendo terminado el sacrificio del asvamedha ofrecido por el magnánimo rey, los Inmortales, llevándose cada uno lo suyo, volvieron en el orden en que habían venido. El rey, por su parte, habiendo acabado la solemnidad, con todos sus detalles litúrgicos, entró en la ciudad, acompañado de su cortejo de esposas, y seguido de sus servidores, de su ejército y de sus carros. Tras haber recibido los honores debidos a su clase, los amos de la Tierra se volvieron, satisfechos, a sus países, luego de saludar al toro de los ascetas. Mientras que estos príncipes*

venerables se alejaban de la ciudad para volver a sus moradas, sus tropas, cargadas de presentes, manifestaban ruidosamente su alegría. Tras la marcha de los amos de la Tierra, el afortunado rey Dasaratha entró de nuevo en la ciudad, precedido de los excelentes Dos-veces-nacidos. Rishyasriña marchóse con Santá, cargado de homenajes, acompañado por el rey, al que seguía una escolta de honor.

Habiendo el rey despedido de este modo a todos sus visitantes, vivía dichoso en su palacio, con el alma llena de alegría, pensando en el nacimiento de un hijo. Seis estaciones habían transcurrido desde el cumplimiento del sacrificio, cuando, en el dozavo mes, el de Caitra (169), el noveno día de la Luna, bajo la constelación que tiene como divinidad a Aditi, los cinco planetas habían llegado a la cúspide de sus órbitas, cuando Vak pati con Indu habían entrado en la constelación de Cáncer, Kausalyá dio a luz al Amo del Universo, al que honran todos los mundos, Rama, adornado con divinas insignias. Mitad de Vishnú, afortunado hijo del descendiente de Ikshavaku, con los ojos rojos, grandes brazos, labios de púrpura, voz semejante a los gongos en su sonido. La gloria sin medida de su hijo rebrotó sobre Kausalyá, como sobre Aditi la del rey de los Dioses, que tiene en la mano el rayo.

Bharata nació de Kaikeyí con el heroísmo por esencia. Estaba formado de la cuarta parte de Vishnú y dotado de todas las cualidades. Sumitrá dio el día a dos hijos, Lakshmana y Satriña, guerreros hábiles en el manejo de todas las armas; estaban formados del último cuarto de Vishnú.

Bharata, el de los pensamientos benévolos, nació bajo la constelación de Pushya; habiendo entrado el Sol en la de Piscis. Los dos hijos de Sumitrá nacieron bajo la constelación de la Serpiente, entrando el Sol en Cáncer.

Los cuatro magnánimos hijos del rey nacieron sucesivamente llenos de cualidades, dotados de hermosura, brillando con un resplandor semejante al de los Proshthapadas. El momento de su nacimiento fue celebrado por los cantos de los gandharvas, las danzas de las apsaras, el sonido de los gongos divinos, y por una lluvia de flores que cayó del firmamento. En Ayodhya fue una gran fiesta. A ella vino mucha gente, y en las calles, que la multitud llenaba, no se veían sino bailes y espectáculos. Cantores e instrumentistas se hacían oír en las plazas públicas, sembradas de todas clases de piedras de valor. El rey concedió presentes a los sutas, a los maghadas y a los bandins; a los brahmanes les distribuyó dinero y vacas a millares. El oncenno día tuvo lugar la imposición de nombres. El primogénito, el

del alma grande, fue llamado Rama. El hijo de Kaikeyi, Bharata. Los dos hijos de Sumitrá fueron llamados, el uno Lakshmana y el otro Satruña. Fue Vasishta quien, radiante de alegría, dio tales nombres.

Hubo distribución de víveres a los brahmanes, tanto a los de la ciudad como a los del campo. Asimismo fueron gratificados con un montón de perlas sin defectos. Respecto a los hijos reales, Vasishta cumplió todos los ritos, los relativos al nacimiento y los demás. El mayor, Rama, alegría de su padre, era como su portaestandarte. Llegó a ser el primero de los seres, estimado por todos lo mismo que Svayambhú. Todos los héroes instruidos en los *Vedas*, todos los que se complacen prestando servicios a las gentes, todos los dotados de ciencia, que se distinguen por sus cualidades, reconocieron como jefe al ilustre Rama, cuyo heroísmo era su esencia. Querido de todos, era brillante como el dios de la Luna. Sobresalía en el arte de mantenerse sobre el lomo de un elefante, la grupa de un caballo, o conduciendo un carro.

Experto en la ciencia del arco, presuroso en obedecer a su padre, notable desde su infancia por su afabilidad, Lakshmana era el favorito de Lakshmi (170). Estudiaba los medios de agradar siempre y en todo a Rama, la alegría del Universo, a su hermano mayor Rama, al que amaba como a otro sí mismo. Lakshmana, a quien Lakshmi favorecía, era a su vez como un desdoblamiento de Rama; el primero de los héroes no salía ni dormía sin él. El arroz pelado, nutritivo, que le presentaban, no lo comía sin él; y, cuando Raghava montaba a caballo para ir de caza, Lakshmana le acompañaba en la grupa, el arco en la mano, velando por él.

Satruña, segundogénito de Lakshmana, fue siempre más caro a Bharata que su vida, al cual amaba él de la misma manera.

Los cuatro hijos opulentos y queridos de Dasaratha eran su alegría, como los Dioses la del Abuelo. Todos instruidos, dotados de cualidades, modestos y célebres, conociendo todo, previsores: tales eran los príncipes de gloria resplandeciente. Dasaratha su padre, de quien eran la felicidad, era como Brahma, el soberano del Universo. Aquellos tigres entre los hombres complacíanse en el estudio de los *Vedas* y en la sumisión a su padre. Eran muy versados también en la ciencia del arco.

Entretanto, su padre, Dasaratha, pensaba en casarles. Este príncipe virtuoso consultó sobre ello a sus purohitas y a sus parientes. Mientras el magnánimo rey deliberaba a propósito de esto llegó el ilustre Visvamitra, el gran muni. Y descando ver al rey dijo a los porteros: «Pronto, anunciad mi llegada; la

llegada del descendiente de Kusika, del hijo de Gadhi.» Cuando oyeron esto, corrieron hacia la cámara del rey. Todos, con el espíritu turbado por aquellas palabras, precipitáronse dentro del palacio real. E hicieron saber al monarca, descendiente de Ikshvaku, la llegada del rishi Visvamitra. Oyendo esta noticia, el rey, acompañado de sus capellanes y sumamente preocupado, lanzóse gozoso, como Vasava al encuentro de Brahma. Y viendo al asceta resplandeciente de gloria, al de la conducta austera, el rey, con el rostro radiante de dicha, le hizo ofrecer el arghya.

El asceta aceptó el arghya de parte del rey, de acuerdo con los *Sastras*, se informó de cómo el monarca era dichoso y próspero en su ciudad y sobre sus riquezas, su pueblo, sus parientes y amigos. El virtuoso descendiente de Kusika preguntó así al rey si todo marchaba bien, añadiendo: «¿Tus vecinos y enemigos, inclinanse vencidos ante ti? En lo que afecta a los dioses y a los hombres, ¿marcha todo bien por tu parte?» Luego, dirigiéndose a Vasishtha, el toro de los ascetas, le deseó prosperidades. Aún el afortunado muni dirigió a los otros rishis los saludos de rigor. Todos estos personajes entraron en el palacio real con el alma llena de alegría, donde el rey les acogió con honor. Luego sentáronse, cada uno según su clase. Entonces, con el espíritu lleno de regocijo, el rey habló al gran muni Visvamitra. El príncipe de magnánimo corazón, lleno de alegría, dirigió sus homenajes al rishi diciéndole: «Tal cual aquel que obtiene el amrita, tal cual la lluvia para aquel que carece de agua, tal el nacimiento de un hijo para aquel que está privado de ellos, tal cual la ganancia para el que ha perdido todo, es decir, como mucha alegría y como una gran dicha, así considero yo tu llegada. Sé, pues, bien venido, ¡oh gran muni! ¿Qué es lo que más ardientemente deseas recibir de mí? ¿Cómo podría complacerte? Tú eres para mí un vaso de bendición, ¡oh brahmán!; para mi felicidad has llegado, ¡oh venerable asceta! Hoy mi nacimiento es para mi provechoso, y mi vida digna de ser vivida. Y puesto que veo al Indra de los ascetas, la noche es para mí tan clara como la más brillante aurora. En otro tiempo tu tapás te ha valido el título glorioso de rajarshi. Llegado a la dignidad de brahmarshi, derecho tienes a mis múltiples homenajes. Ello es, ¡oh solitario!, un maravilloso, un excelente medio de santificarme. He me, pues, llegado al colmo de la prosperidad gracias a tu presencia, ¡oh Maestro! Indícame, pues, te lo ruego, el motivo de tu venida, ya que deseoso estoy de hacer cuanto pueda serte útil. Supongo que no dudarás de ello, ¡oh asceta fiel a tus votos! Cum-

plirlo he, pues, del mejor modo, pues tú eres mi divinidad. Tu presencia, ¡oh Dos-veces-nacido!, es una gran dicha para mí. Y como tu llegada me impone un deber sin igual, ¡oh Dos-veces-nacido!, he de cumplirlo por entero.»

Oyendo este lenguaje dulce y tierno que salía del corazón, modesto, dicho por un príncipe tan dueño de sí mismo, el excelente rishi, cuyas virtudes y gloria eran tan célebres y cuyas cualidades le distinguían entre todos, sintió una alegría suprema.

## SARGA XIX

### VISVAMITRA PIDE LLEVARSE A RAMA

A este lenguaje absolutamente notable del león de los reyes, temblando de placer, el ilustre Visvamitra respondió: «¡Oh tigre entre los reyes!, nadie sino tú en la Tierra podría hablar de modo semejante. Tu palabra es digna del retoño de una raza ilustre que toma consejo de Vasishtha. Estas palabras, que revelan tus propósitos, han alegrado mi corazón. Cúmplelas, ¡oh tigre de los reyes!, tú siempre fiel a tus compromisos. En cuanto a mí, yo me ocupo de una ceremonia religiosa con vistas a la santidad, ¡oh toro entre los hombres! Y ahora sabe que dos rakshasas, capaces de cambiar de forma a su voluntad, tratan de suscitar obstáculos. Emprendida varias veces, siempre impiden su acabamiento. Estos dos rakshasas, Maricha y Subahú, son muy poderosos y muy astutos. Cubren la vedi de trozos de carne y la inundan de sangre. A causa de ello todos mis esfuerzos son vanos. Fatigado, desanimado, me he alejado de tal lugar. No tengo la intención, ¡oh príncipe!, de dejarme llevar por la cólera, pues la ceremonia debe cumplirse sin que palabras de maldición sean pronunciadas durante ella. Tu hijo, ¡oh tigre de los reyes!, Rama, el valeroso, cuyos mechones de pelo le caen sobre las sienes como alas de cuervo, tu valeroso hijo mayor, preciso es que me lo confíes. Podrá, protegido por mí y por su divina energía, destruir a esos rakshasas malhechores. Yo le procuraré, por supuesto, toda clase de ventajas, gracias a las cuales extenderá su fama por los tres mundos. Los dos rakshasas en vano intentarán atacar a Rama; no podrán en modo alguno resistirle. Por lo demás, nadie si no es Raghava podría matar a esos dos monstruos: que, pese a la fuerza de que se enorgullecen, caerán en las redes del Tiempo ¡Oh tigre de los reyes!, con tu sola energía no hubieras podido



engendrar al magnánimo Rama; no podrías, pues, considerarle como tu hijo, ¡oh príncipe! Te lo afirmo, pues; los dos rakshasas perecerán, sábelo; pues conozco al magnánimo Rama, cuya esencia forma el heroísmo. Asimismo le conoce el ilustre Vasishtha, así como estos brahmanes afianzados en el ascetismo. La adquisición de la justicia gloria es inmensa en la Tierra. Si esto es lo que vivamente deseas, dame a Rama. Y puesto que recibes, ¡oh Kakutstha!, el asentimiento de todos tus consejeros, de Vasishtha el primero, deja que Rama me siga; es preciso que me confíes a tu hijo amado, ya adolescente. A ese Rama, el de los ojos de loto, durante las diez noches del sacrificio. Impide, ¡oh Raghava!, que el tiempo marcado para mi sacrificio pase en vano. Y sé feliz y no te preocupes.»

Así habló el virtuoso asceta de modo tan conforme al deber como al interés. Luego, el ilustre Visvamitra, el de los nobles pensamientos, calló.

El Indra de los reyes, habiendo oído las afortunadas palabras de Visvamitra, sintióse víctima de violenta aflicción, y bamboleándose cayó sin conocimiento. Habiendo recuperado los sentidos y habiéndose levantado, sentóse lleno de temor. ¡Demasiado había comprendido el magnánimo jefe de hombres aquellas palabras del asceta que le hendían el corazón y el alma! Por ello, turbado el espíritu, vacilaba en su asiento.

## SARGA XX

### NEGATIVA DE DASARATHA

El tigre de los reyes, habiendo oído las palabras de Visvamitra, tuvo varios desmayos. Pero recuperando al fin sus sentidos dijo: «Rama, el de los ojos de loto, no tiene sino quince años. No creo, pues, que pueda medirse con los rakshasas. El ejército entero, del cual soy amo y jefe, irá, y yo con él, a combatir a esos merodeadores nocturnos. Mis bravos, mis valerosos servidores que ves aquí, hechos al oficio de las armas, capaces son de luchar contra tropas de rakshasas; pero no te lleses a Rama. Yo, su jefe, con el arco en la mano, al frente de la batalla estaré y, mientras tenga alientos, combatiré a esos correteadores de noche. En cuanto a ti, tú podrás cumplir tus piadosos deberes sin obstáculo, bajo mi salvaguardia. Yo mismo iré al lugar del sacrificio, pero no te lleses a Rama. Es un niño

y no tiene experiencia; ignora lo que puede hacer y lo que no es capaz de hacer; inapto es aún en el manejo de las armas y no conoce tampoco el arte de la guerra. No podría, pues, medirse con los rakshasas, que son taimados guerreros. Además, separado de Rama, yo no podría vivir ni un instante. No te lleves, pues, a Rama, ¡oh tigre de los ascetas! No obstante, si te obstinas en querer llevarte a este descendiente de Ragbú, ¡oh brahmán fiel a tus votos!, yo te acompañaré a la cabeza de un ejército compuesto de sus cuatro elementos. A la edad de sesenta mil años, ¡oh Kausika!, he obtenido con pena este hijo. No te lleves a Rama, que es, de mis cuatro hijos, el que hace mi suprema alegría. Es el mayor, cuya virtud es eminente. ¡No, no te lleves a Rama! ¿Qué poder es el de esos rakshasas? ¿Quién es su padre? ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus recursos? ¿Cuáles son sus jefes?, ¡oh toro de los munis! ¿Y cómo sería capaz Rama de intentar algo contra ellos? Mis tropas y yo mismo, ¿qué podríamos frente a estos pérfidos enemigos? Enséñame todo esto, ¡oh Bienaventurado!, y cómo, en el combate, podría resistir a esos seres perversos; pues los rakshasas son de una fuerza espantosa.»

A este discurso, Visvamitra respondió: «Hay un rakshasa, cuyo nombre es Ravana, descendiente de la raza de Pulastya. Gracias a un favor de Brahma, atormenta cruelmente a los tres mundos. Vigoroso, enérgico y rodeado de numerosos rakshasas ¡oh gran rey!, tal es, según se dice, Ravana, el jefe de los rakshasas. Ahora bien, el hermano de Vaisravana, el poderoso hijo del asceta Visravas, cuando no opone personalmente obstáculo al sacrificio, envía a dos rakshasas dotados de gran fuerza, Maricha y Subahú, para que ellos lo impidan.»

A estas palabras del asceta, el rey replicó: «Yo sabré, en combate, resistir a esos perversos. Pero concédeme gracia, ¡oh virtuoso asceta!, en lo que a mi hijo querido afecta. Yo no soy muy favorecido por la diela, y tú eres mi divinidad, mi gurú. Devas, danavas, gandharvas, yakshas, pannagas (171), incapaces son de luchar contra Ravana, y mucho menos, naturalmente, los hombres. En el combate, Ravana despoja a los valientes de su valor. Yo incapaz sería de resistirle, como tampoco a sus tropas, aunque fuese acompañado de todos mis soldados y de mis hijos. ¿Cómo, pues, este bien amado Rama, que se asemeja a un dios, pero que no conoce la ciencia de los combates, este niño, mi hijo, ¡oh brahmán!, podría entregártele? Además, semejante a Kala, son en el campo de batalla los dos hijos de Sunda y de Upasunda, y puesto que son ellos los que impiden tu sacrificio, no, no te daré a mi bien amado, puesto

que Maricha y Subahú tan llenos están de fuerza y de experiencia. A cada uno de ellos separadamente yo iría a combatirle, escoltado de mis numerosos amigos; pero si ello no es posible, yo te suplico, con mis parientes, que recibas mis excusas.»

Oyendo este discurso del monarca, el Indra de los ascetas, el hijo de Kusika, fue víctima de violentísima cólera. Lo mismo que Añi, colmado de honores en el sacrificio y rociado de manteca clarificada, así centelleaba el toro de los grandes rishis.

## SARGA XXI

### DASARATHA DA AL FIN SU CONSENTIMIENTO

Habiendo oído el discurso del rey, dictado por el afecto paterno, el hijo de Kusika, irritado, le respondió: «Tras haberme prometido un favor, quieres desdecirte de tu palabra. Esta felonía es indigna de los Raghavas. Mas puesto que así te place, ¡oh rey!, cual he venido me volveré. Fiel eres a tus compromisos, ¡oh Kakutstha!, sé feliz rodeado de tus amigos.»

Esta cólera del sabio Visvamitra hizo temblar a la Tierra entera, y sembró el espanto entre los dioses. Viendo cómo el terror invadía a todo el Universo, el gran rishi Vasishtha, fiel a sus prácticas piadosas, afianzado en el deber, dijo al rey: «¡Oh tú, nacido en la familia de los Ikshvakus y en todo semejante a otro Dharma, sabio, piadoso y venerable, tú no debes destruir el deber puesto que eres afamado en los tres mundos! «El hijo de Raghú es Dharma en persona», dicen todos; cumple pues tu deber. No, tú no debes traer la injusticia. Tras haber aceptado un compromiso: «He aquí lo que haré», has dicho; si no mantienes tu promesa pierdes los méritos del sacrificio del asvamedha. Por consiguiente, deja partir a Rama. Sepa el manejo de las armas o no, los rakshasas nada podrán contra él gracias al hijo de Kusika, que le protegerá como el dios del fuego protegió el amrita. Es Dharma encarnado, es la flor de los héroes, es el primero de los sabios y, en su mundo, el supremo asilo del ascetismo. Conoce las diversas armas en el triple mundo de los seres que se mueven y de los que no se mueven. Ningún otro hombre tiene su ciencia; nadie le podrá jamás. Ni los devas, ni los rishis, ni los Inmortales, así como tampoco los rakshasas, o los mejores de entre los gandharvas ni los yakshas, ni los kinnaras ni las grandes serpientes. Todos

los proyectiles, ¡oh virtuosísimo hijo de Krisasva!, han sido dados en otro tiempo al hijo de Kusika para ejercer la soberanía: estos hijos de Krisasva, nietos de Prajapati, los de forma diversificada, dotados de gran energía, brillantes de gloria, son los vehículos de la victoria. Jaya y Suprabha, las hijas de Daksha, las del elegante talle, produjeron por centenares proyectiles y armas de maravilloso brillo. Jaya, en virtud de un favor especial, tuvo quinientos hijos escogidos para la destrucción de los ejércitos de los asuras; sin medida y sin forma aparente eran. Suprabha dio a luz igualmente quinientos hijos, llamados los samharas; sus golpes son irresistibles, inevitables. Todos estos proyectiles son perfectamente conocidos por el virtuoso hijo de Kusika, e incluso podría inventar otros nuevos y aún en mayor número. Por consiguiente, nada hay desconocido para ese virtuoso y magnánimo jefe de los munts, entre los que es y lo que será, ¡oh Raghava! Tal es el poderoso, el glorioso, el ilustre Visvamitra; si se lleva a tu hijo, sin inquietud puedes estar. El sólo podrá vencer a esos dos rakshasas, el hijo de Kusika; por el bien de tu hijo ha venido a pedirtele.»

Oyendo estas palabras del asceta, el monarca, toro de los Raghavas, tranquilizado, alegróse mucho. Y prudentemente, el ilustre príncipe, consintió en dejar al hijo de Kusika llevarse a Rama, el descendiente de Raghú.

## SARGA XXII

### VISVAMITRA SE LLEVA A RAMA

Habiendo hablado así Vasishtha, el rey Dasaratha, él mismo, con el rostro radiante, ofreció a Rama e incluso a Lakshmana. Rama recibió entonces como adioses las bendiciones de su madre, de su padre Dasaratha y del capellán Vasishtha. El rey Dasaratha besó a su hijo en la frente y le confió al hijo de Kusika, con el corazón aliviado. Vayú, el del dulce contacto sopló, sin levantar polvo, al ver a Rama, el de los ojos de loto, llevado por Visvamitra. Una lluvia abundante de flores cayó, al tiempo que sonaban gongos divinos, cuernos marinos y tambores, mientras el magnánimo Rama se alejaba. Visvamitra iba a la cabeza. Le seguía el célebre Rama, el de los mechones que caían sobre sus sienes como alas de cuervo, llevando el arco en la mano, y con él, Somitri. El carcaj lleno

de flechas, armas de su arco, iluminando los diez puntos cardinales; así seguían al magnánimo Visvamitra, como dos serpientes de tres cabezas. Los dos valerosos héroes seguíanle, como los Asvins al Abuelo, acompañados ellos mismos por Sri (172), centelleantes, haciendo recaer su resplandor sobre Visvamitra, irreprochables. El arco en la mano, cubiertos de adornos, portadores de guanteletes de cuero, armados de una espada, llenos de gloria, los dos jóvenes de hermosa prestancia, los dos hermanos, Rama y Lakshmana, acompañados de Sri, seguían a Visvamitra, iluminándole con su resplandor, ellos, los dos héroes irreprochables, lo mismo que los dos Kumaras, hijos de Pavaka, siguen a Sathanú, el dios inaccesible al pensamiento.

Cuando hubieron recorrido yojana y medio por la orilla derecha del Sarayú: «Rama, hijo querido, dijo con voz dulce Visvamitra, toma agua sin tardar. Recibe también la doble colección de mantras, la *Bala* y la *Antibala* (173). Con ello la fatiga, la fiebre, la alteración de la hermosura, desconocidas serán para ti. Adormecido o distraído, los nairritas no te atormentarán. Ni nadie en la Tierra te igualará en la fuerza de los brazos. En los tres mundos, ¡oh Rama!, no tendrás semejanza gracias a la recitación de la Bala y de la Antibala, ¡oh querido Raghava! En hermosura, destreza, ciencia, extensión de la inteligencia y gracia en las réplicas nadie te será comparable, ¡oh héroe irreprochable! Y adquiridas estas dos ciencias nadie habrá igual a ti, pues la Bala y la Antibala son madres de todos los conocimientos. El hambre y la sed te serán desconocidas gracias a la recitación de la Bala y de la Antibala, ¡oh excelente Rama!, bienamado descendiente de Raghú. El estudio de estas dos ciencias te valdrá gloria imperecedera en la Tierra. El Abuelo es el padre de estas dos ciencias, llenas de fuerza. Yo quiero dártelas, ¡oh Kakutstha!, pues eres digno, ¡oh príncipe!, y bien que múltiples, tú llegarás a poseer todos estos conocimientos, no hay duda. Estas dos ciencias, de formas numerosas y nutridas de tapás, llegarán a ser tuyas.»

Entonces Rama cogió agua, la cara radiante, puro. Y así recibió las dos ciencias del gran rishi, el del alma santa. Ennoblecido por la ciencia, Rama hizo estallar una energía formidable. Semejante al afortunado Sol de otoño, que despliega mil rayos, el hijo de Kusika cumplió todas las funciones de gurú. Luego, los tres pasaron una noche feliz cerca del Sarayú. La noche, estrellada, se mostró propicia a los dos excelentes hijos de Dasaratha, extendidos sobre lechos de césped, que no les eran habituales, y acariciados por las palabras del hijo de Kusika.

## SARGA XXIII

## VISITA A LA ERMITA DE KAMA

Cuando la aurora apareció en el cielo estrellado, Visvamitra, el gran asceta, dijo a los dos Kakutsthas, acostados sobre un tapiz de follaje: «Afortunado hijo de Kausalyá, ¡oh Rama!, he aquí el alba matinal. Arriba, ¡oh tigre de los hombres! Es preciso que cumplas la obra cotidiana prescrita por la divinidad.»

Oyendo estas palabras santas del asceta, los dos héroes, distinguidos entre todos los hombres, zambulléronse en el agua, hicieron sus abluciones y recitaron la plegaria por excelencia. Los dos poderosos príncipes, cumplidos los deberes religiosos de cada mañana, saludaron a Visvamitra, tesoro de ascetismo, y llenos de alegría estuvieron prestos a volver a emprender la marcha.

Tras haber caminado durante algún tiempo a lo largo del río divino, el de las tres corrientes, los dos héroes advirtieron en la afortunada confluencia del Sarayú, el eremitorio de los anacoretas santos de alma pura que, desde hacía un gran número de millares de años, practicaban allí un excelente tapás. A la vista de aquel piadoso retiro, los dos Raghavas, transportados por la alegría más viva, hablaron de este modo al magnánimo Visvamitra: «¿A quién pertenece este santo eremitorio? ¿Qué hombre le habita? Deseamos saberlo, ¡oh bienaventurado!, pues nos interesa vivamente.»

A esta pregunta de los dos hermanos, el toro de los ascetas respondió sonriendo: «Sabe, ¡oh Rama!, de quién es este eremitorio. El dios del amor se encarnó con el nombre de Kama: así lo enseñan los sabios. Sthanú, entonces, dábase al ascetismo aquí mismo, y observaba las prácticas religiosas. El amo de los Dioses, habiendo contraído alianza, avanzaba, escoltado por la tropa de los Maruts (174), cuando se sintió atormentado por el insensato Kama. El magnánimo Rudra soltó un rugido y lanzó sobre él al mismo tiempo una mirada de desprecio, ¡oh alegría de Raghu! Entonces, todos los miembros del imprudente Kama cayeron desecados, pereciendo allí mismo el cuerpo del poderoso Kama reducido a ceniza. Vuelto corporal a causa de la cólera del amo de los Dioses, a partir de aquel momento, ¡oh Raghava!, se llamó Ananga. Y el sitio en que este afortunado dios dejó su cuerpo se llama Anga. Este

santo eremitorio es el de Rudra. Esos ascetas son sus antiguos discípulos. Esencialmente virtuosos son, ¡oh héroe! El mal les es desconocido. Pasemos aquí la noche, ¡oh Rama, de brillante aspecto! Mañana cruzaremos los dos ríos santos y llegaremos enteramente purificados a las santa ermita. Una parada aquí nos es ventajosa. Pasaremos felizmente la noche. Haremos nuestras abluciones, recitaremos nuestras plegarias y ofreceremos la manteca clarificada, ¡oh el mejor de los hombres!»

Mientras discurrían así, los ascetas cuyas miradas había agudizado el tapás, habiéndoles reconocido, fueron transportados por la más viva alegría. Tras haber ofrecido al hijo de Kusika el arghya, el agua para que se lavara los pies, y cumplido de este modo los deberes de hospitalidad, prestaron los mismos oficios a Rama y a Lakshmana. Satisfecho este deber sagrado, les dirigieron palabras benévolas. Luego, al crepúsculo, los rishis recitaron sus oraciones de costumbre con recogimiento profundo. Bajo la salvaguardia de los solitarios, fieles a sus santas reglas. Visvamitra vivió feliz en la ermita de Kama, así como los dos amables príncipes a los que el magnánimo hijo de Kusika, el toro de los ascetas, alegró mucho con sus encantadores discursos.

## SARGA XXIV

### EL BOSQUE FRECUENTADO POR TATAKÁ

La inmaculada aurora apareció. Los dos héroes, vencedores de sus enemigos, habiendo saludado a Visvamitra, que había cumplido sus deberes cotidianos, avanzaron hacia el borde del río. Todos los magnánimos ascetas, los de las estrictas observancias, fletaron un navío soberbio y dijeron a Visvamitra: «Suhe, ¡oh bienaventurado!, en esta embarcación, escoltado por dos príncipes. ¡Pueda tu viaje ser feliz y rápido!» «Así sea», respondió Visvamitra. Y tras haber devuelto sus homenajes a los rishis, atravesó en compañía de los dos hermanos el río que corría hacia el Océano.

De pronto oyeron un ruido que el choque de las olas hacia aún más grande. Llegados al centro del río, el impetuoso Rama, con su joven hermano, deseó saber de dónde venía aquel ruido. Y en pleno río, Rama interrogó al toro de los ascetas: «¿Qué formidable ruido es ese de olas que se entrec chocan?» A esta pregunta de Raghava intrigado, el virtuoso asceta respondió contándole lo que había sobre aquel ruido: «Sobre la

montaña del Kailasa, ¡oh Rama!, un vasto lago fue horadado por el Manas (175) de Brahma, ¡oh tigre entre los hombres: Por ello su nombre es Manasa. De ese lago sale, para rodear Ayodhya, el Sarayú, ribera santa, procedente, de este modo, del lago de Brahma. Y ese ruido extraño es el que produce lanzándose en el Jahmaví. El estruendo es ciertamente producido por el choque de las olas de esos dos ríos. Inclínate, ¡oh Rama!, ante ellos.» Cuando aquellos dos estrictos observantes de la ley les hubieron rendido homenaje, al alcanzar la orilla derecha, marcharon con paso precipitado. El hijo del príncipe de los hombres, el descendiente de Ikshavaku, vio un bosque de espantoso aspecto, al que ningún sendero atravesaba. Entonces preguntó al toro de los ascetas: «¡Oh ese bosque terrible, donde los grillos pululan, lleno de fieras temibles, aves de presa de terribles clamores y de otros volátiles de todas clases que lanzan gritos espantosos! Los leones, los tigres, los jabalíes y los elefantes abundan en él. Lleno le veo de dhavas, de asvakarnas, de kakubihás, de bilbas, de tindukas, de pátalas y de badarís. ¿Qué espantoso bosque es éste?»

Visvamitra, el ilustre y gran asceta, le respondió: «Escucha, bienamado Kakutsitha, y aprende de quién es este siniestro bosque. Dos pueblos poderosos existían en otro tiempo, ¡oh tú, el mejor de los hombres!, los maladas y los karushas, creados por un dios. En tiempos, ¡oh Rama!, el dios de los mil ojos, habiéndose manchado en el asesinato de Vritra (176), este homicidio de un brahmán le hizo padecer hambre. Los dioses y los rishis, tesoros de ascetismo, viendo a Indra manchado de aquel modo, lavaron la mancha con cántaros de agua y le descombarazaron de ella. Y los dioses dejaron aquí, en el suelo, la mancha y la impureza del gran Indra; lo que les regocijó mucho, porque, liberado de su mancha y de su impureza, Indra habíase vuelto limpio. En su alegría Indra concedió un favor sin igual a este país: «Estas dos naciones poderosas llegarán a ser célebres en el Mundo, los maladas y los karushas, que llevan las manchas de mi cuerpo.» «Muy bien, muy bien», respondieron los dioses al vencedor de Paka, viendo el favor concedido a este país por el sabio Sakra. Durante mucho tiempo, ¡oh vencedor de tus enemigos!, estos dos pueblos poderosos, los maladas y los karushas, fueron favorecidos con cosechas abundantes. Pero desde hace algún tiempo ha aparecido un yakshiní (177), que cambia de forma a su voluntad. Puede llevar la carga de cien camellos, y su nombre es Tataká, ¡oh dichosísimo príncipe!, y es la esposa del sabio Sunda. Como hijo tiene a Maricha, rakshasa dotado de la fuerza de Sakra; sus



brazos son nervudos, su cabeza enorme, su cuerpo ancho y largo. Este rakshasa, de formidable aspecto, sume a las gentes en continuo espanto. En estos dos pueblos, ¡oh Raghava!, los malasas y los karishas, la perversa Tataká siembra constantemente la muerte. Ella es la que obstruye el camino, pues habita a yojana y media de aquí. Y puesto que hay que pasar por el bosque de Tataká, haz llamada al valor de tu brazo y doma a esa perversa. Yo te lo mando: desembaraza este lugar de su espinas, pues nadie se atrevería a atravesarlo. Esta Yakshiní temible e insoportable le hace inaccesible. He aquí exactamente lo que concierne a este bosque siniestro, y cómo la Yakshí impide hasta ahora que se le cruce.»

## SARGA XXV

### HISTORIA DEL TATAKÁ

Cuando hubo oído estas palabras del todopoderoso muni, el tigre de los hombres le hizo esta sabia pregunta: «Puesto que la Yakshí pasa por no tener ella misma sino poco vigor, ¿cómo puede esta débil criatura desplegar la fuerza de un millar de elefantes?»

Esta pregunta de Raghava, el del valor sin límites, hizo sonreír a Visvamitra. Y con su voz armoniosa respondió al héroe al que Lakshmana acompañaba: «Aprende cómo de débil que era, esta Yakshy llegada a ser prodigiosamente vigorosa, despliega este poder mágico. Vivía en otro tiempo un grande y fuerte yaksha, llamado Suketú. No teniendo hijos este virtuoso personaje emprendió un tapás extraordinario. El Abuelo, satisfecho de este jefe de los yakshas, le dio, ¡oh Rama!, una perla de hija con el nombre de Tataká. El Abuelo dotó a ésta de la fuerza de mil elefantes. No obstante no dio, el dios lleno de gloria, un hijo al yaksha. Cuando la muchacha creció, una vez llena de juventud y de hermosura, Suketú la casó con el hijo de Jambha, Sunda. Al cabo de algún tiempo un yakshí tuvo un hijo. Este fue el indomable Maricha, que, a causa de una maldición, se tornó rakshasa. Habiendo muerto Sunda, ¡oh Rama!, Tataká con su hijo quiso desgarrar a Agastya, el rishi excelente. Cediendo al deseo de devorarlo, acudió lanzando gritos. Al verla precipitarse sobre él, tomando una naturaleza de rakshasí, Agastya, el asceta dichosísimo, dijo, tras interpelar a Maricha, Agastya, que, empujado por la cóle-

ra, maldijo también a Tataká: «¡Sé en adelante una comedora de hombres, una gran yakshí decaída, de figura deformel ¡Despójate rápida de tu presente belleza y toma una forma horrible!»

Furiosa por efectos de esta maldición, Tataká, llena de rabia, infesta este lugar, célebre a causa de la permanencia de Agastya. A esta perversa yakshí, ¡oh Raghava!, que siembra el espanto y cuya violencia es insoportable, dómala en interés de vacas y de brahmanes. Porque nadie en los tres mundos será capaz de vencer a esta maldita, excepto tú, ¡oh descendiente de Raghú! La muerte de una mujer no debe mover tu piedad, pues el interés de las cuatro castas es lo que, ante todo, debe preocupar a un príncipe. Cuando se trata de proteger a su pueblo, el rey debe hacer cuanto esté en su poder, perjudique o no perjudique con ello a los demás hombres; incluso si se trata de una acción degradante o criminal. Tal es el eterno deber de aquellos que están destinados a llevar el fardo de la realza. Combate, pues, a esta perversa yakshí, ¡oh Kakutsha!; la justicia no mora en ella. La tradición cuenta que en otro tiempo, ¡oh príncipe!, Sakta mató a Manthará, la hija de Virocana, que quería destruir la Tierra. Vishnú, en tiempos, ¡oh Rama!, hizo morir a la esposa infiel de Bhrugú, la madre de Kavya que proyectaba desterrar al sueño del Mundo. Estos héroes y muchos otros príncipes magnánimos, la flor de los hombres, han matado mujeres dadas a la iniquidad. Por consiguiente, nada de piedad, mata a esta yakshí, yo te lo ordeno, ¡oh rey!»

## SARGA XXVI

### MUERTE DE TATAKÁ

A esta orden formal del asceta, el príncipe, descendiente de Raghú, afirmado en las prácticas religiosas, respondió, haciendo el anjali: «Por voluntad de mi padre, por respeto a su palabra, debo conformarme sin dudarlo a la prescripción del hijo de Kusika. Dócil a las instrucciones que, en Ayodhya, en medio de los gurús me ha dado mi padre, el magnánimo Dasaratha, no puedo desobedecer a Visvamitra. Fiel a la orden paternal, y conforme a la orden del asceta, instruido en los *Vedas*, cumpliré, sin dudarlo, este gran acto: la muerte de Tataká. En interés de las vacas y de los brahmanes, en interés de esta localidad, así como en el tuyo, muni de virtud sin límites, dispuesto estoy a obedecer.»

Habiendo hablado así el héroe, vencedor de sus enemigos, apoyó el puño en el medio de su arco e hizo resonar la cuerda con estrépito; el horizonte repercutió con ello. Aquel ruido espantó a los huéspedes del bosque de Tataká, y Tataká misma, al oírle, fue víctima del furor y del extravío. A tal ruido, la rakshasí, presa de vivísima rabia, corrió en dirección hacia donde había sonado. Frente a aquella rakshasí furiosa, horrible, de repugnante rostro y estatura extraordinaria, Raghava dijo a Lakshmana: «Mira, ¡oh Lakshmana!, esta rakshasí de cuerpo espantoso, formidable, cuyo aspecto es capaz de llenar de terror los corazones más intrépidos. Mírala, es invencible y dotada de un poder mágico. Pues bien, yo voy a hacerla huir hoy arrancándola las orejas y la punta de la nariz. No puedo decidirme a matarla; su naturaleza femenina la protege. Pero voy a destruir su fuerza y su agilidad: tal es mi propósito.»

Mientras que Rama hablaba así, Tataká, enajenada de rabia y levantando el brazo, se precipitó, gritando, sobre él. Pero Visvamitra, el brahmarshi, amenazándola con sus gritos, pronunció las palabras de salvación y de victoria sobre los dos Raghavas.

Levantando un polvo espantoso, Tataká, en un instante, cegó a los dos Raghavas, envolviéndoles en una espesa nube de aquel polvo. Luego, llamando en su ayuda a Mayá, agobió a los dos Raghavas con una granizada formidable de piedras. Rama se enfadó. Raghava opuso un chaparrón de dardos a aquella granizada de piedras, y con sus flechas cortó las dos manos de la Rakshasí, que se precipitaba sobre él. Amputada de los brazos, cayó rugiendo cerca de Somitri, que furioso le cortó las orejas y la punta de la nariz.

La yakshí, que cambiaba de forma a voluntad, tomó varias sucesivamente, luego desapareció turbándoles con su magia. Hizo caer sobre ellos una lluvia de cenizas que les cegó con su violencia: estaban enteramente cubiertos por ellas.

Viendo tal cosa, el venerable hijo de Gadhi habló en estos términos: «Basta de piedad, ¡oh Rama!; esta malvada es perversa; yakshí, que turba los sacrificios, mácala antes de que su poder mágico crezca, es decir, antes de la llegada del crepúsculo. Pues los rakshas, en el momento del crepúsculo, tornanse indomables.»

Oyendo estas palabras, el héroe sobre el que ella hacía siempre llover cenizas, apuntando en la dirección del ruido, acribilló de dardos a la yakshí. Agobiada por los proyectiles, hizo una nueva llamada a la magia y se precipitó sobre Kakutsha y Lakshmana, lanzando gritos. Viéndola caer sobre ellos

con la impetuosidad del rayo, Rama la atravesó el pecho con una flecha. Entonces cayó y murió.

Contemplando el espantoso aspecto de su cadáver, el amo de los suras gritó a Kakutstha: «Bien, bien.» Los suras le felicitaron asimismo. En el colmo de la alegría, Indra, el de los mil ojos, el destructor de ciudades, dijo, y con él todos los suras, llenos de contento, dijeron a Visvamitra: «Oh Muni, oh Kausika, sed dichosos! Todas las tropas de Maruts, con Indra, regocijense de esta hazaña. Testimonia tu afecto a Raghava y a los hijos de Prajapati Krisasva, héroes poderosos, dotados de tapás y de fuerza. ¡Oh Brahmán!, hazles conocer a Raghava. Digno es de este favor, ¡oh Brahmán!, él que se complace cumpliendo tus órdenes. La gran obra de los suras debe ser realizada por este príncipe.»

Habiendo hablado así, todos los suras volviéronse gozosos a través del espacio, colmando de honores a Visvamitra.

El crepúsculo vino. Entonces, el excelente asceta, lleno de alegría, satisfecho de la muerte de Tataká, besó a Rama en la frente y le dijo: «Pasemos aquí esta noche, ¡oh Rama!, de aspecto afortunado. Mañana, al alba, llegaremos a mi ermita.»

Oyendo estas palabras de Visvamitra, el hijo de Dasaratha, gozoso, pasó una noche feliz allí, en el bosque de Tataká. Libre de su maldición aquel mismo día, el bosque volvió a ser agradable, encantador, como el de Citraratha.

Tras haber pasado así la noche, el ilustre Visvamitra, son las tropas de suras y de siddhas, durmió allí, cerca del muni, que le despertó al despuntar la aurora.

## SARGA XXVII

### VISVAMITRA DA ARMAS A RAMA (178)

Tras haber pasado así la noche, el ilustre Visvamitra, sonriendo, dijo a Raghava con voz dulce: «Estoy contento, soy dichoso, príncipe de gran renombre. En mi extremada alegría, voy a darte armas de todas clases. Gracias a estas armas podrás vencer y domar a los ejércitos de los devas y de los asuras, unidos a los gandharvas y a los Serpientes, que son tus enemigos en la Tierra en combate abierto. Estas armas divinas, ¡gloria a ti!, te las voy a dar en todas sus variedades. El Danakakra también, ¡oh héroe!, lo mismo que el Kalacakra, el

Vishnucakra y el terrible Indracakra. El arma del trueno, ¡oh el mejor de los hombres!, el arma de Siva, compuesta de un venablo, el arma de Brahmasiras, el Aishika también, ¡oh Raghava! Yo te daré, guerreros de los grandes brazos, el arma excelente de Brahma. Asimismo, ¡oh Kakutstha!, las dos célebres mazas, la Modaki y la Sikharí. Inflamadas te las procuraré, ¡oh príncipe!, tigre de hombres. Y el Dharmapasa, el Kalapasa y la Varunapasa, que ninguna otra arma sobrepuja, también te las doy. Las dos baldosas de rayo, la seca y la húmeda, te las ofrezco igualmente, ¡oh alegría de Raghú! Te doy del mismo modo el arma Painaka, la de Narayana, el arma favorita de Añi, llamada Sikhara. El arma de Vayu, llamada Prathama, te la doy, ¡oh irreprochable héroe!, así como el arma Hayasiras, y el arma Kraunca. Te doy, además, un par de arpones, ¡oh Kakutstha!, provenientes de Raghú, el Kankala, pison terrible, y el Kapala y una Kinkini. Para combatir a los rakshas he aquí las armas que te entrego: el arma poderosa de los Vidyakharas, conocido con el nombre de Nandana. La Asiratha te la daré, ¡oh valeroso hijo del mejor de los hombres! El arma preferida de los gandharvas, llamada Mohana; la Pravapada, la Prasaman, yo te las doy igualmente, así como la Saumya, ¡oh Raghava!, la Varshana, la Coshana, la Samtapana y la Vilapana. La Madana irresistible, arma favorita de los kandarpa; el arma favorita de los gandharvas, llamada Manava; el arma favorita de los pisacas, llamada Mohana, ¡acéptalas, oh tigre real entre los hombres, príncipe ilustre! La Tamasa, ¡oh tigre de los hombres!, la Sumasa poderosa, la Samvarta irresistible, la Mausala, ¡oh hijo de rey! El arma Satya, la que es hecha de magia, ¡oh valeroso héroe!, el arma de Surya, llamada Tejasrabha, que destruye la fuerza de los enemigos. El arma de Soma, llamaba la Sisira; el arma extremadamente terrible de Tvashtar, el formidable Siteshu de Bhaga y la Manada. Estas armas escogidas, ¡oh valeroso Rama!, poderosas, nobles entre todas, tómalas presuroso, ¡oh príncipe!» Y de pie, con la cara vuelta hacia el Oriente, el santo y eminente asceta entregó, lleno de alegría, a Rama una excelente colección de mantras.

El brahmán proporcionó a Raghava estas armas, cuya colección completa es inaccesible a las divinidades mismas. A ruegos del sabio muni Visvamitra, todas estas armas incomparables se pusieron a la disposición de Raghava. Todas estas armas, llenas de gozo, dijeron a una a Rama, haciendo el anjal: «Henos aquí, ¡oh noble Raghava!, estamos a tu servicio. Felicidad a ti, todo cuanto desees, lo haremos.»

Rama sintió que su alma se alegraba al oír estas palabras dichas por los poderosos proyectiles. Kakutstha, recibiendo estas armas y tomándolas en su mano, dijo: «Sed mías de todo corazón», y las agitó. Luego, con el alma llena de gozo, el ilustre Rama, saludando al gran asceta, emprendió la marcha.

## SARGA XXVIII

### VISVAMITRA DA AÚN ARMAS A RAMA

Provisto de tales armas, el rostro radiante, puro, Kakutstha, según iban andando, dijo a Visvamitra: «Provisto estoy de armas, ¡oh bienaventurado!, que me hacen invencible incluso frente a los dioses mismos. Pero ahora quiero conocer su empleo, ¡oh toro de los ascetas!»

Habiendo hablado de este modo Kakutstha, Visvamitra, el del gran tapás, le enseñó a servir de tales proyectiles; luego, el santo y sabio asceta, fiel a sus votos, le habló en estos términos: «La Satyavat, la Satyakirti, la Drishtha, la Rabhasa, el dardo llamado Pratihara, la Paranmukha, la Avamukht, la Lakshya y la Alakshya, la Dridhnabha y la Sunabhaka, la Dasaksha y la Satavaktra, la Dasasirsha y la Satodara, la Padmanabha y la Mahanabha, la Dundunabha y la Svanabhaka, la Jyotisha, la Sakuna, la Nairasya y la Vimala, la Yaugandhara y la Vinidra, la Diatya y la Pramathana, la Sucibhau, la Mahabahu, la Nishkali, la Viruca, la Sarcimalim, la Dhritamalin, la Vrittimat y la Dhanya, ¡oh Raghava!, la Kamarupa, la Kamaruci, la Moha, la Avarana, la Jambhaka, la Sarpanatha, la Panthan y la Varuna, éstas hijas de Krisasva, ¡oh Rama!, estas armas, dardos centelleantes, cambian de forma a voluntad, recíbelas de mi mano y sé feliz, pues digno eres de ello, ¡oh Raghava!»

«Bien», dijo Kakutstha con el corazón lleno de alegría, pues las armas se le mostraron bajo formas corporales, divinas, brillantes, afortunadas. Unas, semejantes a tizones; otras, parecidas al humo; aún otras, a rayos de luna. Inclínadas todas y con las manos juntas, saludaron a Rama haciendo el anjali; luego le dijeron con voz armoniosa: «Henos aquí, tigre de los hombres: ordena qué es preciso hacer.»

«Venid—les dijo el descendiente de Raghú—, deseo que os fijéis en mi corazón y que en el momento de obrar seáis mis auxiliares.» Entonces, honrando a Rama con el pradakshina,

dijeron a Kakustha: «Que así sea», y luego se fueron tal cual habían venido.

Raghava, tras haber hecho su conocimiento, prosiguió su camino diciendo a Visvamitra, el gran muni, con voz dulce y acariciadora: «¿Qué bosque es aquél, no lejos de la montaña, que brilla semejante a una nube? Tengo gran curiosidad por saberlo, de tal modo es encantador, lleno de fieras y poblado de pájaros de toda clase de melodiosos gorjeos. Puesto que hemos salido, ¡oh excelente asceta!, del bosque que hace que el terror crice los pelos, vayamos a ver ese otro delicioso. Dime, ¡oh bienaventurado!, ¿de quién es esa ermita? El lugar donde se reúnen esos malvados matadores de brahmanes, esos perversos que con su maldad se oponen a tus sacrificios, ¡oh gran asceta!, ¿dónde está? ¿Dónde deben cumplirse tus ceremonias sacrificatorias, ¡oh brahmán!, bajo mi protección? ¿Dónde están los rakshasas que tengo que destruir? Todo esto, ¡oh flor de los munis!, maestro mío, deseo que me lo digas. »

## SARGA XXIX

### LA ERMITA DEL SIDDHA

A estas preguntas del héroe del valor sin medida, Visvamitra, el del gran renombre, se apresuró a contestar: «Aquí, ¡oh valeroso Rama!, Vishnú, adorado por los dioses, durante años sumamente numerosos, durante centenares de yugas, habitó él, dios de muy gran tapás, con objeto de practicar el ascetismo. Es la antigua ermita, ¡oh Rama!, del magnánimo Vamana. «Ermita del Siddha», tal es su nombre, a causa del Siddha que en ella practicó su gran tapás. Ahora bien, en aquel tiempo, el rey Bali, hijo de Virocana, tras haber vencido a las tropas de los devas acompañadas de Indra, así como a las de los maruts, estableció su gloriosa dominación sobre los tres mundos. El muy grande y poderoso Indra de los asuras hizo un sacrificio. Mientras que Bali sacrificaba, los dioses, Añi a su frente, vinieron todos juntos aquí a esta ermita, y dijeron a Vishnú: «Bali, el hijo de Virocana, ¡oh Vishnú!, hace un muy grande sacrificio. Mientras se ocupa en su piadosa empresa, cumplamos nuestro proyecto. Cuantos se acercan a él para hacerle una petición, sea cual sea su objeto, su naturaleza o su manera de ser, queda satisfecho. En interés de los dioses y valiéndote de los recursos de tu Mayá, transórnate en enano,

¡oh Vishnú!, con objeto de cumplir esta saludable misión."

»Ahora bien, en aquel momento llegó Kasyapa, centelleante como Añi, acompañado de Aditi, ¡oh Ramal, y cual si estallase de poderío. En unión de la diosa, el Bienaventurado, tras haber durante mil años cumplido las divinas observancias, cantó al distribuidor de dones, al matador de Madhú, del modo siguiente: "¡Oh dios, hecho de tapás, montaña de tapás, tú de quien el tapás es la forma y la esencia, con ayuda del tapás bien practicado, te contemplo a ti, que eres el supremo Purusha. En tu cuerpo veo todo este Universo, ¡oh Señor! Tú sólo eres sin principio y sin límites posibles: He venido a refugiarme en ti."

»Hari, gozoso, dijo a Kasyapa, limpio de toda falta: "Escoge un don y sé dichoso; te estimo digno de un favor." A estas palabras del dios, el hijo de Marici, Kasyapa, respondió: "El favor que deseamos. Aditi, los dioses y yo, ¡oh distribuidor de dones!, concédenoslo dada tu benevolencia y tu piedad. Tórnate la progenitura de Aditi y la mía, ¡oh irreprochable Bhagavat! Sé el hermano segundo de Sakra, ¡oh matador de asura! Pues tú debes debes socorrer a los devas en su aflicción. Con ello esta ermita del Sidha será llamada, gracias a la perfección de tu karmán. ¡Ob jefe de los Dioses! ¡Oh Bhagavat!, sal de aquí."

»Entonces Vishnú, el de la refulgente virtud, nació en Asiti. Y transformado en enano fue al encuentro del hijo de Virocana. Y pidiéndole el espacio tan sólo de tres pasos, apoderóse de la Tierra entera, pues con tres pasos recorrió los tres mundos, él, que deseaba los mundos y que se complace haciéndose útil a todos. Luego se los entregó al gran Indra, tras haber domado a Bali mediante su energía. El conjunto de los tres mundos, el dios de la gran gloria lo hizo de nuevo tributario de Sakra (179).

»Tras haber sido otra vez habitada por él esta ermita de Vamana, en la que se reposa uno de sus fatigas, yo gozo de ella piadosamente hoy. Pero invadida está por rakshasas, que ponen obstáculos a mis sacrificios. Esos perversos, ¡oh tigre entre los hombres!, preciso es que tú los destruyas. Ahora vamos a la ermita del Siddha; nada hay que sea más hermoso: esta ermita te pertenece tanto como a mí.»

Habiendo hablado así, poseído de la alegría más viva, tomó de la mano a Rama y a Lakshmana. Cuando entró en su soledad, el ilustre asceta resplandecía como el dios de la Luna cuando disipada la niebla es escoltado por los dos Vasus. Viéndole, todos los munis que habitaban el eremitorio del Siddha



llegando, apresuráronse a rendir homenajes a Visvamitra. De acuerdo con el deber, honraron al prudente Visvamitra, y cumplieron con los dos príncipes asimismo los deberes de la hospitalidad.

Descansados de sus fatigas en un instante, los dos príncipes victoriosos de sus enemigos, haciendo el anjali, dijeron al tigre de los munis, ellos los descendientes de Raghú: «Procede hov mismo, ¡oh toro de los ascetas!, a la ceremonia santa. Que esta ermita del Siddha, del Santo, sea siddha, sea santa ella misma, y que tu palabra se verifique.»

A esta invitación, el poderoso, el gran rishi Visvamitra, procedió a la ceremonia santa, muy atento y con los sentidos bien domados. Semejantes a los dos Kumaras, los jóvenes príncipes pasaron la noche en profundo recogimiento. Luego, a la mañana, habiéndose levantado y meditado con el alba naciente, purificados, recitaron en voz baja y devotamente la plegaria por excelencia. Al punto saludaron a Visvamitra, que invocaba a Añi permaneciendo cerca de la ofrenda.

### S A R G A   X X X

#### RAMA HIERE A MARICHA Y VENCE A SUS COMPAÑEROS

Instruido acerca del momento y lugar favorables, los dos príncipes vencedores de sus enemigos escogiendo para hablar el lugar y momento oportunos, dijeron al hijo de Kusika: «¡Oh Bienaventurado!, deseamos saber cuándo los dos merodeadores nocturnos deben ser expulsados. Habla. No dejes pasar el momento propicio.» Tal dijeron los dos Kakutsthas, impacientes por combatir. Todos los ascetas, muy contentos, felicitaron a ambos príncipes.

«A partir de este momento, velad durante seis noches, ¡oh Raghavas! El Muni, habiendo entrado en sus funciones santas, observará silencio durante todo este tiempo». Habiendo oído estas palabras, los dos príncipes ilustres velaron seis días y seis noches con objeto de guardar el eremitorio silvestre. Meditando con gran recogimiento, los dos héroes, armados cada uno con un gran arco, velaban por el excelente asceta Visvamitra, el vencedor de sus enemigos. El tiempo transcurría. El sexto día había llegado. Rama, recogido, dijo al hijo de Sumitrá: «Está atento.» Así habló Rama, impaciente por combatir. Entonces la vedi brilló, rodeada por el recitador y el

purohita. La yerba darbha, la copa y la cuchara, los samidhs, la capa de flores decoraban brillantemente la vedi en que estaba Visvamitra con los ritvijs. El sacrificio proseguíase, acompañando de mantras litúrgicos, cuando, en el aire, se dejó oír, sembrando el espanto, un gran ruido. Cual en la estación de las lluvias se ve a una nube cubrir el cielo, así, haciendo obrar a su magia, los dos rakshasas acudieron, Maricha y Subahú, espantosos de ver, llegaron con su escolta y extendieron olas de sangre. Al ver la vedi regada de olas de sangre, Rama acudió al punto viendo a los dos rakshasas en el aire. Y como acudiesen de pronto, Rama, el de los ojos de loto, mirando a Lakshmana, le dijo: «Mira, Lakshmana, a esos perversos rakshasas que se alimentan de carne. Con ayuda del arma de Manava los dispersaré, como el viento dispersa a las nubes. No hay duda, pues yo no puedo matar a tales seres.» Tras estas palabras, Rama preparó prestamente su arco, colocando en él un noble dardo de Manu, muy brillante, que llevado de su excesiva cólera, Raghava hundió en el pecho de Maricha. Este, alcanzado por el excelente dardo de Manu, cayó en el seno del mar, a una distancia de cien yojanas. Viendo a Maricha privado de sentido, retorciéndose bajo la acción del agudo dardo y como deshecho, Rama dijo a Lakshmana: «Observa, Lakshmana; ese dardo agudo de Manu, dotado del poder de Manu mismo, turba al rakshasa y le hace desfallecer, sin por ello privarle de vida. Voy a herir a esos otros rakshasas implacables, de perversa conducta, dados al mal, que interrumpen los sacrificios y se alimentan de carne.» Tras haber hablado así a Lakshmana y haberle indicado rápidamente su propósito, el retoño de Raghú cogió un enorme dardo de Añi y traspasó el pecho de Subahú, que herido cayó al suelo. El resto de los rakshasas, con ayuda de un dardo de Vayu, el ilustre Raghava, de noble raza, los abatió, con gran contento de los ascetas.

Una vez que hubo derribado a todos los rakshasas que turbaban los sacrificios, el retoño de Raghú recibió los homenajes de los solitarios, como en otro tiempo Indra, victorioso en el campo de batalla. El sacrificio terminado, Visvamitra, el ilustre asceta, viendo los puntos cardinales libres de enemigos, habló en estos términos a Kukutstha: «Mi propósito alcanzado está, ¡oh poderoso héroe!; la palabra del gurú cumplida ha quedado gracias a ti. La ermita del Siddha tú la haces digna de su nombre, ¡oh glorioso héroe!» Y tras haber alabado de este modo a Rama, permaneció durante el crepúsculo con los dos príncipes.

## SARGA XXXI

## EL ARCO DE JANAKA

Aquella noche, Rama y Lakshmana, su misión cumplida, la pasaron allí. Los dos héroes con el corazón lleno de alegría estaban muy contentos. Al alba, la noche desaparecida, los jóvenes príncipes, tras haber cumplido sus obligaciones matinales, fueron juntos a encontrar a Visvamitra y a los demás rishis. Saludaron al príncipe de los ascetas, que brillaba como Pavaka, y con voz armoniosa le dirigieron estas nobles palabras: «Nosotros dos aquí presentes, ¡oh tigre de los munis!, somos tus servidores. Dictanos tu voluntad, ¡oh tú el primero de los solitarios! ¿Qué debemos hacer?»

Cuando los dos hermanos hubieron hablado de este modo, todos los rishis, Visvamitra a su cabeza, dijeron a Rama: «El descendiente de Mithila, ¡oh el mejor de los hombres!, Janaka, debe ofrecer un sacrificio de la mayor importancia; nosotros iremos a él, ¡oh tigre de los hombres!, y preciso te será venir con nosotros. Allí verás una maravilla: la perla de los arcos. En otro tiempo, ¡oh el mejor de los hombres!, le fue ofrecido en una asamblea, a propósito de una fiesta, por las divinidades. Es de una potencia ilimitada, formidable, y su brillo es extremado. Ni devas, ni gandharvas, ni asuras, ni rakshasas son capaces de tenderle y, por supuesto, mucho menos los hombres. Reyes ávidos de conquistas, príncipes valerosos tampoco han podido armar este arco poderoso. Este arco del magnánimo descendiente de Mithila, ¡oh tigre de los hombres, oh Kakutsha!, allí le verás, así como el sacrificio, absolutamente maravilloso. Este arco excelente, de hermosa empuñadura, ¡oh tigre de los hombres!, concedido fue por todos los dioses al hijo de Mithila como fruto del sacrificio. Este arco, recompensa del sacrificio, es venerado en el palacio de este rey, ¡oh Raghava!, donde está rodeado de perfumes variados, además de quemar ante él áloes odoríferos». Dichas estas palabras, el excelente muni se levantó con objeto de partir en compañía de la tropa de rishis y de Kakutsha. Saludando a las divinidades del bosque, dijo: «Adiós; me voy, siddha, de la ermita de Siddha, para alcanzar la orilla septentrional del Jahnaví, en la montaña de Himavat». Tras haber hablado así, el tigre de los munis, el hijo de Kusika, tesoro de ascetismo, tomando la dirección norte, se alejó. En su marcha, el excelente muni fue acompañado, durante su viaje, por un centenar de carros

llenos de ascetas recitadores de los *Vedas*. Las gacelas y los pájaros que habitaban la ermita del Siddha escoltaron también, con su grandeza de alma, a Visvamitra, tesoro de ascetismo. El asceta, acompañado de la tropa de rishis, despidió a los pájaros. Los solitarios recorrieron un largo trayecto, el Sol estaba en lo alto del horizonte. Luego se detuvieron, todos juntos, a orillas del Soná. Habiéndose ido el Sol detrás del Asta, se bañaron y alumbraron el fuego sagrado. Luego, Visvamitra el primero, y los ascetas de virtud sin límites, se sentaron. Rama, al que el hijo de Sumitrá acompañaba, tras saludar a los munis, colocáronse frente al sabio Visvamitra. El poderoso Rama interrogó a Visvamitra, el del rico ascetismo, al tigre de los munis, con curiosidad: «¡Oh bienaventurado! ¿Qué país es éste tan hermoso y de tan espesos bosques? Deseo saberlo; sé tu feliz y dime la verdad». Estimulado por las palabras de Rama, el santo asceta del gran tapás contó, en medio de los rishis, todo cuanto concernía a aquel lugar.

## SARGA XXXII

### HISTORIA DE LAS HIJAS DE KUSANABHA

«Erase un hijo de Brahma llamado Kusa, de gran tapás, fiel a sus votos, instruido en la ley, venerado de las gentes de bien. El magnánimo asceta tuvo con una virtuosa mujer de su tribu de vidarbha cuatro hijos poderosos, semejantes a él: Kusamba, Kusanabha, Asurtarajas y Vasú, dotados de hermosura, de gran fuerza y deseos de cumplir los deberes de los kshatryas. Kusa dijo a sus virtuosos hijos, con lenguaje sincero: «Velad por la salvaguardia de los pueblos, ¡oh hijos míos!, y con ello cumpliréis un doble deber». Oyeron estas palabras, los cuatro hijos de Kusa, distinguidos entre todos, la flor del género humano, fundaron cada uno una ciudad. El valeroso Kusamba fundó la ciudad de Kusambí; el magnánimo Kusanabha fundó la ciudad de Mahodaya. Asurtarajas, el de la gran inteligencia, fundó Dharmaranya; el príncipe Vasú fundó la importante ciudad de Girivraja. Esta región se llama Vasumati, del nombre de Vasú, el de la gran alma. Míralas allí: cinco montañas brillantes la rodean. El Sumagadhi, río delicioso, ilustre, deslízase por Magadha, y brilla como una guirnalda en medio de las cinco altas montañas. Este río, ¡oh Rama!, que riega Magadha, pertenece al magnánimo Vasú, viene

del este; bordeado está de campos soberbios y festoneado de mieses. Kusanabha, el rishi real de la gran alma, tuvo de Ghritaci un centenar de jóvenes perfectas, ¡oh alegría de Raghú! Deslumbradoras de juventud y de hermosura, cubiertas de adornos, divertíanse en medio de un parque encantador, semejantes a cien estanques en la estación de las lluvias. Cantaban, bailaban acompañándose de instrumentos de música, ¡oh Raghava!, adornadas con los más bellos atavíos; su alegría era extremada. Tenían todos sus miembros bien hechos, su hermosura era sin igual en la Tierra. En el parque delicioso donde jugaban, asemejábanse a estrellas en medio de las nubes. Contemplando a todas aquellas hermosas jóvenes dotadas de todas las cualidades, Vayú, que penetra todas las cosas, las dijo: «Os amo a todas. Sed mis esposas. Dejad vuestra naturaleza humana y gozaréis de larga vida. La juventud es siempre efímera, sobre todo entre los seres humanos. Vosotras adquiriréis una juventud sin fin haciéndoos inmortales». Oyendo este lenguaje del infatigable Vayú, las cien jóvenes le replicaron con desdeñosa sonrisa: «Puesto que penetras en todos los seres, ¡oh excelente sura!, tu poder conocido es de todos, sí, pero, ¿por qué esta injuria? Nosotras somos las hijas de Kusanabha, ¡oh dios, el mejor de los suras! Reunidas, capaces somos de precipitar de su puesto a un dios mismo, pues guardamos el ascetismo. No, no llegará, ¡oh insensato!, el tiempo en que, sin respeto hacia nuestro padre, el del lenguaje verídico, nosotras procedamos, usando de nuestra autoridad propia, para la elección de marido. Nuestro padre es nuestro amo, él es nuestra suprema divinidad. Aquel al que nuestro padre nos dé, aquel será nuestro esposo». Oyendo estas palabras, Vayú, transportado de furor, él, Bhagavat, el Señor, penetró todos sus miembros y los rompió. Las jóvenes, estropeadas por Vayú, entraron en la casa del rey su padre, con el aire extraviado, confusas y llenos los ojos de lágrimas. Al ver a sus bienamadas hijas, las de los hermosos miembros, mutiladas y hundidas en el dolor, el rey, fuera de sí, preguntó: «¿Quién ha despreciado la ley a tal punto? ¿Quién os ha vuelto contrahechas? ¿Por qué permanecéis silenciosas?» El rey, haviéndolas interrogado así, suspirando, esperó con ansiedad su respuesta.»

## SARGA XXXIII

## KUSANABHA CASA A SUS HIJAS CON BRAHMADATTA

A estas preguntas del prudente Kusanabha, las cien muchachas, tocando sus pies con su frente, respondieron: «Vayú, que penetra todos los seres, ¡oh rey!, y que se complace en atormentarles, entregado a malas prácticas, no observa la ley. «Nosotras estamos bajo el poder paterno, sé dichoso, nosotras sumisas somos a la voluntad de nuestro padre. Si él nos da a ti entonces tómanos.» He aquí lo que hemos dicho. Pero, obstinado en el mal y desdeñando escucharnos, nos ha herido cruelmente.»

Al escuchar estas palabras, el virtuoso y poderoso monarca dijo a sus excelentes y jóvenes hijas: «La paciencia, aun para los mismos pacientes, ¡oh hijas mías!, es lo que hay de más difícil. Vuestra decisión honra a mi familia. El ornato de las mujeres consiste en soportar las injurias, como lo es también entre los hombres. La longanimidad es incómoda, particularmente cuando se trata de los Treinta. Vuestra longanimidad, ¡oh hijas mías!, brota en todas vosotras indistintamente. Esta virtud es el don por excelencia; ella es lo verdadero. La longanimidad es el sacrificio, ¡oh mis hijas queridas! El perdón de las injurias es la gloria, es el deber; sobre la longanimidad reposa el Mundo.» Habiendo, tras estas palabras, hecho salir a sus hijas, ¡oh Kakutstha!, el rey, cuyo poder igualaba al de los Treinta, con el espíritu reflexivo, deliberó, en unión de sus consejeros, sobre el matrimonio de sus hijas: dónde, cuándo y con quién era preciso unir las.

Vivía entonces un ilustre solitario, llamado Culin, dado a la continencia, a las santas prácticas, y que había tomado a Brahma como objeto de su tapás. Mientras que este rishi mortificábase así, una grandharvesa vino a encontrarle; se llamaba Somada, felicidad a ti; era hija de Urmilá. Inclínose ante él en señal de perfecta sumisión, y habitó con él durante algún tiempo, afianzada en el deber. El gurú estaba contento de ella. Al cabo de cierto plazo, la dijo, ¡oh descendiente de Raghu!: «Estoy muy contento de ti, ¿qué podría hacer por agradarte?» Instruida de la satisfacción del asceta, la gandharvesa, en el colmo de la alegría, dijo con voz dulce y persuasiva al elocuente muni: «Dotado del poder de Brahma, tú eres otro Brahma, ¡oh gran asceta! Quisiera un hijo ornado del tapás d:

Brahma y fiel a su deber. No tengo marido, que la dicha sea contigo; yo no soy la esposa de nadie. Yo he venido a encontrarte a ti, que eres un brahman, y yo quiero un hijo de ti.» Llevado de su benevolencia el brahmarshi la dio un eminente brahmán. Y éste fue Brahmadata, el hijo de Culin, nacido de su corazón.

El rey Brahmadata habitaba entonces la ciudad de Kampilya gozando de gran opulencia, así como el rey de los dioses habita el Cielo. El muy virtuoso rey Kusanabha resolvió, ¡oh Kakutstha!, unir a Brahmadata con sus cien hijas. Habiendo hecho venir a Brahmadata, el muy glorioso príncipe le dio las cien jóvenes, con el corazón lleno de alegría. Semejante al monarca de los dioses, el rey Brahmadata, ¡oh alegría de Raghú!, les cogió la mano una tras otra. Al contacto de la mano de Brahmadata, vueltas erguidas y libradas de sus deformidades, las cien jóvenes resplandecieron llenas de extremada hermosura. Viéndolas libres de Vayú, el rey Kusanabha sintió grandísima alegría, que manifestó en varias ocasiones. Tras haber celebrado las bodas, dejó marchar al rey Brahmadata con sus esposas y una tropa de gurús. Somadá, la grandharvesa, al ver a su hijo seguido de tal cortejo, deseó la bienvenida a sus nueras, según la regla, las colmó de atenciones y celebró las alabanzas de Kusanabha.»

## SARGA XXXIV

### NACIMIENTO DE GADHI, PADRE DE VISVAMITRA

»Cuando Brahmadata, una vez celebrado su matrimonio partió, ¡oh Raghava!, Kusanabha, que no tenía hijos, procedió al ishti para ver de tener un nieto. Mientras el rey Kusanabha procedía al ishti, el noble Kusa, su padre, hijo de Brahma, le dijo: «Oh hijo mío!, te nacerá un hijo muy virtuoso, semejante a ti. Se llamará Gadhi. Mediante él, adquirirás en el Mundo inmortal renombre.» Kusa, ¡oh Rama!, habiendo hablado así al rey Kusanabha, se elevó por los aires y entró en el eterno Brahmaloaka. Al cabo de cierto tiempo, le nació al sabio Kusanabha un nieto, que fue el muy virtuoso Gandhi. Pues bien, ¡oh Kakutstha!, yo soy el hijo de Gadhi, el de la santidad eminente. Yo he salido de la raza de Kusa, y mi sobrenombre es Kusika, ¡oh alegría de Raghú! Tengo una hermana mayor fiel a sus votos, ¡oh Raghava!, que se llama Satyavati, y que

está casada con Ricika. Habiendo ido al Cielo con su cuerpo, en seguimiento de su marido, ha llegado a ser Kausikí, el santo y grande río. Divina, de aguas purificantes, bella, teniendo como asilo el Himavat, mi hermana destinada está a la utilidad del Mundo. He aquí por qué yo habito los flancos del Himavat, constantemente dichoso, lleno de afecto hacia mi hermana Kausikí, ¡oh descendiente de Raghú! He aquí cómo la santa Satyavatí, firme en la verdadera ley, consagrada a su esposo, ha llegado a ser el opulento Kausikí, el más excelente de los ríos. Y tras haberte obtenido, gracias a mis piadosas observancias, aquí he venido contigo; he alcanzado la ermita del Siddha y he llegado a ser siddha gracias a tu valor. Tal es, ¡oh Rama!, mi ilustre origen, el de mi raza y el de mi morada. He aquí, pues, ¡oh valeroso héroe!, lo que me preguntabas. La mitad de la noche ha transcurrido, ¡oh Kakutstha!, durante mi relato. Ve a dormir y sé feliz, y que nuestra peregrinación en este país se efectúe sin obstáculos. Los astros están inmóviles; fieras y pájaros reposan. Los puntos del horizonte envueltos están en tinieblas nocturnas, ¡oh alegría de Raghú! El crepúsculo se ha borrado lentamente; el cielo se ha cubierto de ojos; el firmamento brilla con el resplandor de planetas y estrellas. La Luna de fríos rayos se levanta y disipa la oscuridad del Universo, alegrando en el Mundo, con su luz, los corazones de las criaturas animadas. Todos los seres de la noche rondan aquí y allá; tropas de yakshas y de rakshasas, monstruos espantosos, hántanse de carnes.»

Habiendo hablado así el ilustre, el gran muni, calló. «Bien, bien», dijeron todos los ascetas y celebraron sus alabanzas: Esta raza de los Kusikas es poderosa y siempre fiel a su deber. Los descendientes de Kusa, semejantes a Brahma, llenos de grandeza de alma, son la flor del género humano. Muy especialmente, tú, ¡oh ilustre Visvamitra!, y Kausikí, el primero de los ríos, el honor de su raza, tu hermana.»

Alabado así por los gozosos tigres de los ascetas, el descendiente de Kusika se fue a dormir: lo mismo que el Sol, cuando se retira detrás del Asta. Rama, acompañado del hijo de Sumitrá, todo maravillado, felicitó al tigre de los munis y luego se entregó al sueño.



## SARGA XXXV

## HISTORIA DEL GANGÁ

El resto de la noche transcurrió para los grandes ascetas al borde del Soná. Cuando la noche dejó el puesto al alba, Visvamitra dijo: «El alba blanquea, ¡oh Rama! he aquí la primera aurora. Arriba, arriba, sé dichoso y prepárate para partir.» A estas palabras del asceta, Rama, habiendo cumplido sus deberes religiosos de la mañana, estuvo dispuesto a partir y dijo: «Este Soná de aguas puras y profundas, sembrado de arrecifes, ¿cómo, ¡oh brahmán!, le franquearemos?»

A esta pregunta de Rama, Visvamitra respondió: «Por un vado que conozco y del cual se siven los grandes rishis.»

Tras haber hecho un largo camino, en pleno día, llegaron a la vista de Jahnavi, el más excelente de los ríos, honrado por los ascetas. A la vista de aquel río de santas aguas, frecuentado por los hamsas y los sarasas (180), una gran alegría se apoderó de todos los ascetas, así como de los Raghavas. Todos detuviéronse entonces haciendo alto en su orilla, y luego se bañaron, según la regla, satisfaciendo a los pitris y a las divinidades. Ofreciéronlas Añihotras y las alimentaron con libaciones de soma semejante al amrita. En seguida, instaláronse al borde del Jahnavi radiantes y con el corazón gozoso. Rodeando por todos lados al magnánimo Visvamitra, se colocaron según su categoría, y los dos Raghavas, según su dignidad. Llena el alma de alegría, Rama dijo a Visvamitra: «Deseo saber, ¡oh bienaventurado!, cómo el Gangá, este río de tres corrientes, tras haber recorrido los tres mundos, va a reunirse con el Amo de ríos y corrientes de agua.»

Estimulado por esta pregunta de Rama, Visvamitra, el gran asceta, se puso a contar el desarrollo y el origen del Gangá. «El Indra de las montañas, Himavat, mina colosal de metales, tiene dos hijas, ¡oh Rama!, que no tienen igual en la Tierra en lo que a hermosura se refiere. La hija del Meru es su madre; de talla elegante, ésta se llama Mená, y es la bella y amada esposa de Himavat. De ella, Himavat tiene a ésta, Gangá, su hija mayor (181); Umá es su segunda hija, ¡oh Raghava! Todos los suras, deseosos de cumplir la obra divina, pidieron al Indra de los montes su hija mayor, la Gangá, río de tres corrientes. Himavat les dio legalmente su hija, que purifica los mundos, la Gangá, la del curso independiente, llevado por el deseo que tenía de servir a los tres mundos. Los sudras,

habiéndola recibido, en interés de los tres mundos, tal cual deseaban, tomaron al Gangá y se volvieron con ella, con el corazón satisfecho por haber cumplido su propósito. En cuanto a la otra hija del monte Himavat, ¡oh alegría de Raghú!, ésta emprendió austeridades espantosas y practicó el ascetismo como un verdadero asceta. El rey de los montes dio a Rudra, el incomparable, su hija Umá dotada de un excelente tapás y venerada por los mundos. Tales son las dos hijas del rey de los montes, honradas por los mundos, la Gangá, el más santo de los ríos, y la divina Umá, ¡oh Raghava! Y vas a saber con todo detalle cómo este río de triple corriente viajó primeramente en el espacio, ¡oh hijo mío, tú, el primero de los seres que se mueven!, cuándo hizo brotar en el mundo de los suras sus ondas santificantes.

## SARGA XXXVI

### HISTORIA DE SIVA Y DE UMÁ

Cuando el muni hubo dicho lo que tenía que decir, los dos héroes, Raghava y Lakshmana, aplaudiendo su relato, hablaron en estos términos al toro de los ascetas: «¡Oh brahmán!, esta santa y maravillosa historia de la hija mayor del rey de los montes, cuéntanosla con toda detalle, pues tú la sabes a fondo esta historia divina y humana a la vez, a propósito de por qué la Gangá, que santifica los mundos, este excelente río, célebre con el nombre del río de las tres corrientes, por qué y cómo, en efecto, tiene una triple corriente. Y dínos también, ¡oh doc-to muni!, cuáles son sus funciones en los tres mundos.»

Así interrogado por Kakutsiha, el asceta Visvamitra narró la historia entera, en medio de los rishis, de este modo: «En otro tiempo, ¡oh Rama!, Sitikantha, el del gran tapás, celebró sus bodas. El bienaventurado, habiendo visto a la diosa Uma, se unió a ella. Mientras que se regocijaba con su esposa, él, Mahadeva, el sabio, el dios del cuello azul, cien años divinos transcurrieron. No obstante, ¡oh Rama, azote de tus enemigos!, no tenía hijo con ella. Entonces todos los dioses se reunieron, el Abuelo a su cabeza: «Si le naciese un hijo, ¿quién podría resistirle?» Así pensaron los suras, y todos fueron a posternarse ante él y le dijeron: «¡Oh Dios de los dioses! ¡Oh Mahadeva! ¡Oh tú, que te complaces en hacerte útil al Universo!, concede una gracia a los suras posternados ante ti. Los mundos

no podrán soportar tu energía, ¡oh eminente sura!, si, entregado al ascetismo brahmánico, observas el tapás con la diosa tu esposa. En el interés de los tres mundos y por amor de ellos, retén tu energía en tu energía; conserva estos tres mundos, no los destruyas.» A estas palabras de los dioses, el Amo supremo de todos los mundos respondió: «Bien.» Y, dirigiéndose de nuevo a ellos, añadió: «Retendré mi energía con ayuda de mi energía, en mi unión con Umá, ¡oh vosotros los Treinta!, puesto que lo queréis: ¡que la Tierra consiga su felicidad! Pero lo que he emitido de mi esperma sin igual, ¿quién podrá recibirlo? Decídmelo, excelentes suras.»

Así interrogados, los dioses respondieron al toro de los ascetas: «Lo que se te ha escapado de tu energía, la Tierra lo recibirá.» Oyendo estas palabras, el poderoso amo de los dioses dejó caer su esperma sobre la Tierra, que quedó penetrada de ella, incluso montañas y bosques. Entonces los dioses se dirigieron al dios que se nutría de ofrendas: «Acompañado de Vayú, entra en la gran energía de Rudra.» Añi, unido a la energía de Siva, dio nacimiento al divino monte Sveta y al bosque Sara, cuyo resplandor iguala al de Payaka y al de Aditya. Entonces nació también el todo poderoso Kartikeya, semejante a Añi. Los dioses, acompañados de tropas de rishis, fueron al punto junto a Umá y Siva y rindiéronles los mayores homenajes, con el alma llena de alegría. La hija del monte Himavat habló a los Treinta. Furiosa, les maldijo a todos, con los ojos centelleantes de cólera: «Puesto que me habéis impedido tener hijos, pese a mi deseo, tampoco vosotros podréis tenerlos de vuestras esposas. A partir de este momento, ¡que vuestras esposas sean estériles!»

Tras haber dirigido estas palabras a los suras, maldijo también a la Tierra: «¡Oh Tierra, multiforme te volverás y tendrás innumerables amos! Infecunda a causa de mi cólera, no conocerás las alegrías de la maternidad, ¡oh insensata, que no has querido tampoco que yo fuese madre!»

Viendo la aflicción en que habían sido hundidos los suras, el amo de los suras emprendió el dirigirse a la región gobernada por Varuna. Durante su viaje, Mahesvara y la diosa Umá practicaron el ascetismo, en el lado septentrional de la montaña, sobre una de las cimas del Himavat.

He aquí entera, ¡oh Rama!, la historia de la hija de la montaña. El origen del Gangá, apréndelo también de mi boca, ¡oh tú, a quien Lashmana acompaña!»

## SARGA XXXVII

## NACIMIENTO DE KUMARA

«Mientras que el dios se maceraba de este modo, los compañeros de Indra, con Añi a la cabeza, deseando un jefe, fueron hasta donde estaba el Abuelo. Todos los suras dijeron a Bhagavat, el Abuelo, luego de haberse prosternado ante él, ¡oh Ramal, ellos, los compañeros de Indra, a cuya cabeza iba Añi: «Aquel, ¡oh divino Bhagavat!, que en otro tiempo nos diste como jefe de ejército, entregado está con Umá a un tapás sumamente riguroso. Lo que haya, pues, que hacer inmediatamente, en interés de los mundos, prescribelo, tú, que conoces la ley y que eres nuestro supremo asilo.»

Oyendo estas palabras de las divinidades, el Abuelo de todos los mundos, con dulce y consolador lenguaje, dijo a los Treinta: «Lo que os ha declarado la hija de la montaña, relativo a que no tendréis hijos con vuestras esposas, esto permanecerá irrevocable y verdadero, no lo dudéis. Pero he aquí la Gangá aérea; en él el dios nutrido de ofrendas, engendrará un hijo, vencedor de sus enemigos, que será el jefe de los dioses. La hija mayor del monte honrará a este hijo, que será también objeto de los numerosos homenajes de Umá, sin duda alguna.»

Luego de haber oído este discurso, ¡oh alegría de Raghú!, todos los suras, cumplido su propósito, prosternáronse delante del Abuelo y le rindieron sus homenajes. Después, ¡oh Ramal, fueron al Kailasa, montaña muy alta y rica en metales, y allí, todas las divinidades reclamaron un hijo a Añi: «Piensa en los intereses de los dioses, ¡oh tú, dios, que te nutres de ofrendas!, y extiende en el seno de la hija del monte tu energía generatriz, ¡oh tú, cuya energía es poderosa!»

Pavaka se lo prometió así a los dioses, y luego fue a encontrar a la Gangá y le dijo: «Recíbe, ¡oh diosa!, este embrión caro a los dioses.» Oyendo estas palabras, ella revistió una forma divina. Añi, viendo su inmensidad, dispersóse por todas partes. Así, por todos lados, la diosa fue regada por Pavaka, con lo que todas las corrientes del Gangá quedaron llenas, ¡oh descendiente de Raghú!

La Gangá dijo al conductor de todos los dioses: «No puedo soportar tu energía, ¡oh dios!, de tal manera es violenta. Con-

sumida estoy por este fuego, mi espíritu se extravió.» El que se nutre de las ofrendas hechas a todos los dioses dijo a la Gangá: «Deposita aquí, sobre el flanco del Himavat, el embrión.» Tras estas palabras de Añi, la Gangá expulsó de sus corrientes a este embrión deslumbrador, de energía inmensa, ¡oh héroe irreproachable! Del embrión salió, de él nació, semejante al jambunada refinado, al oro que penetra la tierra, al oro de brillo sin igual. El cobre y el hierro nacieron de su acuidad. De sus escorias vienen el estaño y el plomo. Este embrión, penetrando la tierra, se transformó en metales de todas clases. Cuando este embrión cayó, todo cuanto sus rayos tocaron, en las inmediaciones del monte Himavat, tornóse un bosque de oro. A partir de esta época, ¡oh Raghava, tigre entre los hombres!, jatarupa fue el nombre del oro, de brillo semejante al dios que se nutre de ofrendas. Los compañeros de Indra, a quien las tropas de los maruts acompañan, confiaron el niño recién nacido a las Krittikas, para que le sirvieran de nodrizas. Estas amamantaron al recién nacido de común acuerdo. «Será el hijo de todas nosotras», dijeron al tomar la resolución. Entonces todas las divinidades dijeron a su vez: «Kartikeya, tal será el nombre con el cual este niño será conocido en los tres mundos, no hay duda alguna.» Tras estas palabras, las diosas bañaron al niño brotado de la emisión del embrión, y cuya mucha hermosura resplandecía como un brasero. Ellas le sobrenombraron Skanda, precisamente porque de la emisión del embrión había brotado Kartikeya, héroe poderoso, ¡oh Kakutstha!, y semejante a la llama.

La leche de las Krittikas era sin igual. El niño tuvo seis bocas para poder mamar la leche de las seis Krittikas a la vez. Gracias a la leche que tomaba de este modo cada día, el Amo, bien que muy joven todavía, venció con su propio valor a los numerosos ejércitos de los daityas. El ilustre Kumará fue entonces consagrado como jefe de los numerosos ejércitos de los suras por todos los Inmortales, que se trasladaron junto a él, Añi a su frente. Tal es, detalladamente, ¡oh Rama!, la historia del Gangá y el origen maravilloso y santo de Kumara. El hombre que practica la devoción respecto a Kartikeya en la Tierra, ¡oh Rama!, vive largo tiempo en medio de sus nietos, y a su muerte, comparte la felicidad de Skanda.»

## SARGA XXXVIII

## HISTORIA DE SAGARA Y DE SUS HIJOS

El retoño de Kusika, tras haberle contado esta historia maravillosa, hizo a Rama, el Kakutstha, este otro relato: «En Ayodhya, ¡oh héroe valeroso!, reinaba en otro tiempo un príncipe magnánimo, cuyo nombre era Sagara. Deseaba hijos, pero no los tenía. La hija del rey de los Vidarbhas, llamada Kesiní, ¡oh Rama!, fue la primera esposa de Sagara; era virtuosa y verídica. La hija de Arishtanemi, hermana de Suparna, era la segunda mujer de Sagara; se llamaba Sumatí. Acompañado de sus dos esposas, el gran rey practicaba el ascetismo, retirado en el Himavat, sobre la roca de Bhriguprasravana. Al cabo de cien años, satisfecho de su tapás, el muni Bhrigú, el mejor de los hombres de bien, concedió un favor a Sagara: «Tendrás una gran estirpe, ¡oh príncipe irreprochable, toro de hombres! Y obtendrás en este Mundo un renombre sin igual. Una de tus esposas, ¡oh amigo mío!, te dará un hijo que perpetuará tu raza; la otra parirá sesenta mil hijos».

»Oyendo estas palabras del tigre de los hombres, las dos princesas, acercándose a él le preguntaron, llenas de la más viva alegría, y con las manos juntas con objeto de hacer el anjali: «¿Cuál de nosotras no tendrá sino un hijo, ¡oh brahmán!, y cuál tendrá un tan gran número? Descamos saberlo, ¡oh brahmán!, dinos la verdad».

»A esta pregunta de las dos reinas, el muy virtuoso Bhrigu dio esta excelente respuesta: "A vosotras el escoger: Por una parte, un hijo único que perpetuará su raza; por otra, numerosos hijos, valientes, gloriosos y poderosos. ¿Qué deseáis una y otra?"

»Oído este discurso del asceta, Kesiní, ¡oh Rama, alegría de Raghú!, escogió en presencia del rey tener un hijo único que perpetuase su raza. Sumatí, la hermana de Suparna, escogió tener sesenta mil hijos poderosos y llenos de gloria. Tras haber dado la vuelta en torno al asceta, dejándole siempre a su derecha, y haberle saludado con la cabeza, el rey volvió a la ciudad con sus esposas, ¡oh vástago de Raghú!

»Llegado el momento oportuno, la primera de sus esposas dio a luz un hijo, Kesiní dio el nombre de Asamanja al hijo de Sagara. Sumatí, ¡oh tigre de los hombres!, parió una calabaza; de esta calabaza, que partieron, salieron sesenta mil mu-

chachos. Sus nodrizas los criaron en jarros llenos de manteca. Al cabo de mucho tiempo alcanzaron todos la primera juventud. Luego, tras otro lapso de tiempo considerable, los sesenta mil hijos de Sagara tornáronse adolescentes de deslumbradora belleza. Entretanto, el mayor de los hijos de Sagara, vigoroso entre todos, cogiendo a los muchachos de la ciudad, los lanzaba a las aguas del Sarayú, ¡oh alegría de Raghú! No cesaba de reír viéndolos zambullirse. Su conducta era mala; atormentaba a las buenas gentes. Y como vejaba a los habitantes de la ciudad, su padre le expulsó.

«Este Asamanja tuvo a su vez un hijo llamado Amsumat; era un hombre valiente, estimado de todos y afable con cada uno. Al cabo de mucho tiempo se le ocurrió a Sagara, ¡oh el mejor de los hombres!, ofrecer un sacrificio. Con este propósito, el rey, acompañado de una tropa de sacerdotes sacrificadores y versados en la ciencia de los sacrificios, se ocupó de la ceremonia.»

## SARGA XXXIX

### LOS HIJOS DE SAGARA EXCAVAN LA TIERRA

Cuando Visvamitra hubo acabado su relato, el descendiente de Raghú, lleno de alegría, dijo al muni, cuyo resplandor se parecía al del fuego: «Sé dichoso, pero yo deseo conocer por entero esta historia, y cómo este antepasado, ¡oh brahmán!, cumplió su sacrificio».

Así interrogado, Visvamitra que había picado su curiosidad, respondió a Kakutstha sonriendo: «Aprende la continuación, ¡oh Rama!, de la historia del magnánimo Sagara. El suegro de Samkara, el ilustre Himavat, y el monte Vindhya, situado enfrente, mirábanse el uno al otro. Y fue allí, ¡oh Kakutstha!, donde un asvamedha fue preparado por Amsumat, el del arco poderoso, el del gran carro, resuelto a cumplir la voluntad de Sagara. Mientras que en la montaña procedía al sacrificio, Vasava, tomando la forma de un rakshasa, se llevó al caballo que iban a inmolar. Arrebatado el caballo del héroe magnánimo, ¡oh Kakutstha!, las tropas de sacerdotes sacrificadores dijeron todos al sacrificante: «El caballo para el sacrificio ha sido arrebatado de la montaña por la fuerza. Es preciso que venzas a los ladrones y que traigas el caballo, pues esta inte-

rrupción del sacrificio no puede menos de sernos funesta a todos. Haz de modo, ¡oh rey!, que el sacrificio no quede interrumpido”.

»Oyendo el monarca estas palabras pronunciadas por los sacerdotes sacrificadores en la asamblea, dijo a sus sesenta mil hijos: “¡Oh hijos míos, toros de los hombres!, no sé adónde ha ido el rakshasa. A pesar de los santos y afortunados brahmanes, el sacrificio ha sido interrumpido. Id, pues, remediad el mal, ¡oh mis queridos hijos!, y que seáis felices. Recorred toda la Tierra a la que el Océano sirve de cintura. Que cada uno de vosotros la registre en la longitud de un yojana a lo largo y a lo ancho. Hasta que el caballo aparezca, excavad el suelo. Buscad asimismo al ladrón, yo os lo ordeno. En mi calidad de sacrificante, yo permaneceré aquí con mis nietos y los oficiantes, hasta que hayáis descubierto el caballo; que seáis felices”.

»Todos aquellos príncipes, llenos de alegría y de fuerza, recorrieron la Tierra, ¡oh Rama!, para obedecer la orden de su padre. En el espacio de un yojana a lo largo y a lo ancho, cada uno de aquellos tigres entre los hombres, horadó el suelo con sus brazos, de contacto irresistible como el trueno. Desgarrada por sus picos agudos como el rayo y sus arados formidables, la Tierra lanzaba gemidos, ¡oh alegría de Raghú! Cubiertos de heridas, los Serpientes los asuras, ¡oh Raghava!, los rakshasas, seres inaccesibles, lanzaban gritos de dolor. En un espacio de sesenta mil yojanas, en todos sentidos, los príncipes excavaron el suelo, ¡oh Rama, alegría de Raghú! Horadando de este modo, ¡oh tigre de los reyes!, alcanzaron las profundidades últimas del Rasatala y exploraron por todas partes el montañoso Jambudvipa. En aquel momento, los devas, escoltados por los gandharvas, los asuras y los Serpientes, todos llenos de temor, fueron a encontrar al Abuelo. Y llegando junto a él, con el rostro todo descompuesto y presas del mayor espanto, le dijeron: «¡Oh Bhagavat!, toda la tierra es excavada por los hijos de Sagara. Un gran número de seres magnánimos, de criaturas que viven en las aguas han perecido. «He aquí al que ha destruido el sacrificio, el que se ha llevado nuestro caballo», dicen los hijos de Sagara, y atormentan a todos los seres.»



## SARGA XL

## MUERTE DE LOS HIJOS DE SAGARA

«A este discurso de los devas, a quienes la destrucción violenta de los seres enloquecía, Bhagavat, el Abuelo, sabio consejero, respondió: "El sabio Vasudeva, a quien la Tierra entera pertenece, Madhava de quien ella es la esposa, él, Bhagavat, el Señor, revestido con la forma de Kapila, sostiene constantemente a la Tierra: el fuego de su enojo consumirá a los príncipes. El desgarramiento del suelo, de siempre previsto, causará la destrucción de los imprevisos hijos de Sagara".

«Estas palabras del Abuelo regocijaron en extremo a los treinta y tres dioses vencedores de sus enemigos, y se marcharon en el orden que habían venido.

«Los hijos de Sagara lanzaron un inmenso clamor desde el seno de la entreabierta Tierra, clamor semejante al del huracán. Tras haber excavado de aquel modo la Tierra entera, los hijos de Sagara se reunieron todos y, haciendo el anjali, dijeron a su padre: "Hemos registrado la Tierra entera y destruido seres poderosos, devas, danavas, rakshasas, pisacas, uragas y pannagas. Pero ni hemos visto a tu caballo ni al raptador. ¿Qué hacer? Sé feliz y reflexiona sobre ello".

«Cuando hubo oído a sus hijos hablar así, el muy virtuoso rey Sagara se encolerizó y les dijo, ¡oh descendientes de Raghú!: "Cavad aún más y sed felices; hendid el suelo y encontrad al ladrón del caballo, y una vez vuestro fin cumplido, volved".

«A esta orden de su padre, el magnánimo Sagara, sus sesenta mil hijos corrieron hacia el Rasatala. Y cuando le hubieron horadado más, advirtieron, semejante a una montaña, al elefante de la región, Virupaksha, que sostenía el suelo entero a la Tierra entera con sus montañas y sus bosques, ¡oh alegría de Raghú!, el gran elefante Virupaksha la llevaba sobre su cabeza. Y cuando, en un momento dado, ¡oh Kakutstha!, el gran elefante, cediendo a la fatiga, sacudió su cabeza cansada, prodújose un temblor de tierra.

«Los hijos de Sagara, que habían hecho el pradakshina para honrar al gran animal, protector de las regiones, ¡oh Ramat!, llegaron, excavando, al Rasatala. Tras haber registrado la región del este, exploraron la del sur. En la región del sur, vieron de nuevo a un gran elefante. Era el magnánimo Mahapadma,

semejante a tres altas montañas, que sostenía la Tierra con su cabeza; su asombro fue extremado. Tras haberle honrado con el pradakshina, los sesenta mil hijos de Sagara, los del alma grande, horadaron la región del Oeste. En la región del Oeste, el gran elefante de la región, cuya talla alcanzaba la de un monte, Saumanasa se llamaba, apareció a los heroes. Tras haber honrado a éste con el pradakshina y preguntado por su prosperidad, cavaron más, alcanzando la región que posee el Soma. Al norte, ¡oh excelente hijo de Raghú!, advirtieron a Himapandura, el del cuerpo magnífico, que sostenía esta región. Habiéndole honrado con el pradakshina, los sesenta mil príncipes excavaron esta región terrestre. Llegados a la región célebre del norte, los Sagaras, hijos de Sagara, pusieronse todos a cavar la Tierra con furor. Todos aquellos príncipes magnánimos, de ardor irresistible, poderosos, advirtieron entonces a Kapila, el eterno Vasudeva. Y al caballo que marchaba junto a este dios. Una alegría sin igual se apoderó de todos, ¡oh vástago de Raghú! Reconociendo en Kapila al interruptor del sacrificio, lanzaron sobre él miradas indignadas y armándose de palas, de rejas de arado y de toda suerte de troncos de árboles y de piedras, se lanzaron furiosos contra él gritando: "¡Detente, detente, tú eres el que nos has robado el caballo del sacrificio! ¡Insensato, henos aquí, sábelo, somos nosotros, los hijos de Sagara!»

«Cuando Kapila los oyó hablar así, ¡oh vástago de Raghú!, llevado de un violento acceso de cólera, lanzó un rugido. Y Kapila el irresistible, el poderoso, redujo a un montón de ceniza, ¡oh Kakutsiha!, a todos los hijos de Sagara.»

## SARGA XLI

### AMSUMAT TRAE EL CABALLO

«Inquieto de la prolongada ausencia de sus hijos, ¡oh descendiente de Raghú!, el rey Sagara dijo a su nieto, que brillaba por sí mismo: «Eres valiente, instruido, en la magnificencia igualas a tus antepasados. Corre en busca de tus tíos paternos, en la dirección tomada por el ladrón del caballo. Los seres que viven en las profundidades de la Tierra son grandes y fuertes; para combatirles coge tu arco y tu espada. Saluda a aquellos que son dignos de homenajes y mata a los que hacen obstáculo al sacrificio. Y una vez cumplido tu propósito, vuelve para que pueda acabarle».

»Oyendo estas palabras del magnánimo Sagara, Amsumat, luego de coger su arco y su espada, se alejó con paso rápido, y se hundió por el camino subterráneo practicado por sus magnánimos tíos, ¡oh el mejor de los hombres!, tal cual el rey le había prescrito. El valeroso héroe advirtió el elefante de la región a quien devas, danavas, rakshasas, pisacas, pájaros y serpientes rinden sus homenajes. Tras haberle honrado con el pradakshina y haber preguntado si todo iba bien para él, le interrogó sobre sus tíos y sobre el que había robado el caballo. El elefante de la región, tras haberle oído, le respondió con su gran inteligencia: "¡Oh hijo de Asamanja!, pronto volverás, tu comisión cumplida, con el caballo". Habiendo oído esta respuesta, Amsumat interrogó sucesivamente y conforme a las reglas, a todos los elefantes de las otras regiones. Todos aquellos guardianes, llenos de elocuencia y de saber, le honraron con la misma respuesta: "Volverás con el caballo", dijéronle y diéronle ánimos. Tras estas palabras, alejábese con paso diligente. Y llegó al sitio en que habían sido reducidos a un montón de cenizas sus tíos paternos, los Sagaras. El hijo de Asamanja, presa de vivo dolor, lamentó su muerte, sin poder contener su angustia. No obstante, aquel tigre de hombres a quien la pena y el dolor trastornaban vio al caballo del sacrificio que se pasaba no lejos de allí. Deseando rociar los restos de los príncipes, el valeroso héroe se puso a buscar agua, pero no pudo descubrir ningún depósito. Mas llevando de un lado para otro su vista penetrante, advirtió, ¡oh Rama!, al tío materno de sus tíos paternos, Suparna, el que era rápido como el viento. El poderoso hijo de Vinatá le dijo: "No llores más, ¡oh tigre de los hombres!, esta muerte aprobada es por el Mundo. Ha sido Kapila, cuya fuerza no tiene límites, quien ha reducido a cenizas a estos valientes héroes. No puedes, ¡oh sabio príncipe!, lavar sus restos con agua común. La Gangá, esta hija mayor de Himavat, ¡oh toro de los hombres!, te procurará el agua, pues es con ella con la que debes lavar los restos de tus tíos. El que santifica los mundos lavará a estos héroes que ya no son sino un montón de cenizas. Y éstas, regadas por la Gangá, amada de los mundos, hará que los sesenta mil príncipes, ¡oh hijo mío!, vayan al Cielo. Ve a coger el caballo, ¡oh afortunado toro de los hombres!, ¡oh héroe!, pues es preciso que cumplas el sacrificio emprendido por tu abuelo".

»Tras haber escuchado estas palabras de Suparna, Amsumat, dotado de extremado vigor y de un gran tapás, se apoderó del rápido caballo y volvió sobre sus pasos. Una vez junto al rey

que había recibido la iniciación, le dijo cuanto había sabido por Suparna.

»Luego de escuchar estas formidables palabras de Amsumat, el rey hizo cumplir el sacrificio según las reglas y conforme a las prescripciones litúrgicas. Terminado su sacrificio, el venerable monarca se volvió a la ciudad, sin haber encontrado el medio de hacer venir a la Gangá. Y sin poderlo conseguir, el gran rey, mucho tiempo después, tras un reinado de treinta mil años, fuese al Cielo.»

## SARGA XLII

### HISTORIA DE BHAGIRATHA

«Cuando Sagara hubo cumplido su tiempo, ¡oh Rama!, sus ministros en grupo proclamaron rey al muy virtuoso Amsumat. Este Amsumat fue un muy gran rey, ¡oh descendiente de Raghú! Tuvo un hijo poderoso, conocido con el nombre de Dilipa. Habiendo confiado el reino a Dilipa, se retiró a una cima encantadora del Himavat, donde se entregó al más rudo ascetismo. Tras haber pasado ciento treinta y dos mil años en la soledad, el muy glorioso rey del rico tapás obtuvo el Cielo. Dilipa, el del buen renombre, habiendo sabido la muerte de sus grandes tíos, turbado su espíritu por el dolor, no sabía qué medio emplear para hacer venir a la Gangá. ¿Cómo podría hacer bajar la Gangá a la Tierra?, se decía. ¿Cómo cumplir con mis tíos la ceremonia del agua lustral? ¿Cómo salvarles? Este pensamiento le absorbía por entero.

Mientras que continuamente pensaba en ello con el espíritu preocupado por este deber, nació un hijo; y fue el muy virtuoso Bhagiratha. El rey Dilipa, el del gran tapás, multiplicó los sacrificios durante los treinta mil años que duró su reinado. Pero el príncipe, impotente para librar a sus antecesores y anonadado por el pesar, sufrió la ley del tiempo, ¡oh tigre de los hombres! Y aquel rey, toro de hombres, subió al Cielo de Indra por sus propios méritos, tras haber instalado a su hijo Bhagiratha en el trono.

»Bhagiratha, rishi real, lleno de méritos, ¡oh alegría de Raghú!, no tenía hijos. El gran rey deseaba descendencia, y sus súbditos, una vez confiados, así como su reino, a sus ministros, él, por su parte, resolvió hacer descender a la Gangá, y para ello emprendió un largo tapás sobre el Gojarna, ¡oh

alegría de Raghú! De pie, los brazos levantados, en medio de cinco fuegos, no comiendo sino una vez al mes, los sentidos domados, así, en estas rudas austeridades, dejó transcurrir mil años. Tal hizo el magnánimo rey, ¡oh poderoso héroe!

«Lleno de satisfacción, el Bienaventurado Brahma, el Amo de las criaturas, el Señor, el Abuelo, acompañado de tropas de suras, fue junto al magnánimo Bhagiratha cuando estaba en plena mortificación y le dijo: "¡Oh Bhagiratha, gran rey, jefe de hombres!, satisfecho estoy de tu excelente tapás. Escoge un favor, ¡oh tú fiel a tus compromisos!" El ilustre Bhagiratha, el de los poderosos brazos, de pie, haciendo el anjalí con el hueco de la mano, respondió al Abuelo de todos los mundos: "Si en verdad, ¡oh Bienaventurado!, estás contento de mí, si mi ascetismo es digno de recompensa, que me sea permitido cumplir en lo que afecta a todos los hijos de Sagara, la ceremonia del agua lustral. Que las cenizas de aquellos héroes magnánimos, purificadas en las aguas del Gangá, puedan mis tíos abuelos ir, para siempre ya, al Cielo, ¡oh Dios!, asimismo te pido descendencia para que nuestra raza no se extinga. He aquí, ¡oh Dios!, lo que deseo más para la posteridad de Ikshvakú".

«A estas palabras del rey, el Abuelo de todos los mundos, respondió con voz dulce y armoniosa, en términos llenos de suavidad: "Que este ardiente deseo, ¡oh Bhagiratha!, héroe del gran carro, sea cumplido. Y sé feliz, ¡oh tú, que eres la fuerza de la raza de Ikshvakú! La Gangá, esta hija de Himavat, ¡oh monarca!, Hara le traerá aquí y soportará su caída. Porque la Tierra incapaz sería de soportarla y no veo quién podría hacerlo, ¡oh príncipe!, si no es el dios que tiene un venablo como arma".

«Tras haber respondido de este modo al rey y haberle hablado de la Gangá, el Autor de los mundos se volvió al tercer Cielo con todos los Dioses y las tropas de Maruts.»

## SARGA XLIII

### LA GANGÁ DESCENDE A LA TIERRA

«Habiendo partido el Dios de los Dioses, Bhagiratha, ¡oh Rama!, permaneció, durante un año, no tocando la tierra sino con el dedo gordo del pie. El año acabado, aquel a quien todos los mundos reverencian, el esposo de Umá, el Amo de los

rebaños, dijo al rey: "Estoy contento de ti, ¡oh príncipe de los hombres!, y voy a hacer lo que te es agradable: traer sobre mi cabeza a la hija del rey de las montañas". Entonces, la hija mayor de Himavat, la que todos los mundos veneran, tomando una forma inmensa y con impulso irresistible, cayó del cielo, ¡oh Rama!, sobre la cabeza del afortunado Siva. Por supuesto, pensaba la diosa Gangá, cuyo impulso no pueden sostener los más vigorosos: "Me hundiré en el Patalá y arrastraré a Siva en mi corriente". Este pensamiento arrogante indignó al felicísimo y poderoso Hara. El dios de la triple cara resolvió hacer desaparecer a la Gangá. Este río sagrado cayó sobre la cabeza de Rudra. Sobre aquella cabeza, semejante al Himavat, ¡oh Rama!, en lo más espeso de las trenzas de sus cabellos. Allí, pese a sus esfuerzos (el río), sintióse impotente para llegar hasta la Tierra. Imposible le era hallar una salida por entre aquellas trenzas, a través de las cuales vagó durante gran número de años.

»Bhagiratha, testigo de sus apuros, emprendió de nuevo un tapás extremadamente riguroso. Hara mostrose sumamente satisfecho de él, ¡oh vástago de Raghú!, y sólo entonces derramó la Gangá en la Bindusaras. Vertida de este modo, dio lugar a siete corrientes: la Hradiní, la Pavaní y la Naliní, estas tres ramas de la Gangá, de ondas afortunadas y brillantes, tomaron la dirección del este. La Sucakshús, la Sitá, el gran río de Sindhá, estas otras tres corrientes hicieron correr hacia el Oeste sus hermosas aguas. La séptima corriente acompañó el carro de Bhagiratha, el real rishi, que, de pie sobre su divino vehículo, iba a la cabeza lleno de gloria. La Gangá le seguía. La Gangá que, recibida del cielo sobre la cabeza de Samkara, había descendido a la Tierra. Su agua empezó a correr en medio de penetrantes gritos. Tropas de pescados y de tortugas, jaurías de sisumaras cayendo y caídos del cielo vinieron a enriquecer la Tierra. Entonces devas, rishis, gandharvas, yaksbas y siddhas, en gran multitud, se dieron cuenta de que la Gangá, del cielo bajaba a la Tierra. Montados en carros semejantes a ciudades, sobre caballos, sobre elefantes escogidos y sobre navíos, las Divinidades acudieron a contemplar aquella maravillosa y afortunada bajada de la Gangá a este Mundo. Los resplandecientes Dioses llegaron en tropel, numerosísimos. Y mientras los ejércitos de dioses bajaban de este modo, adornados con sus espléndidas insignias, la atmósfera, limpia de nubes, brilló como alumbrada por cien soles. Las bandadas de sisumaras y de serpientes, los ágiles pescados, hicieron centellear el firmamento cual otros tantos relámpagos brotando por todas partes. Livi-

das corrientes desbordando de mil sitios a la vez, llenaban, semejantes a las nubes de otoño, el espacio poblado de hamsas. El agua se precipitaba, ora describiendo meandros, ora deslizándose en línea recta. Aquí, profunda, allí escandalosa, relientecía su curso. A veces sus ondas se entrecrocaban. El río, tras numerosos circuitos aéreos, volvía a caer sobre la Tierra; deslizábase sobre la cabeza de Samkara y se derramaba sobre el suelo. La onda centelleante, sin mancha, borraba toda impureza. Las tropas de rishis, los grandharvas, que habitaban las regiones subterráneas, decían: «El agua que chorrea del cuerpo de Bhava es santa», y regábanse con ella. Los que a causa de una maldición habían caído del Cielo a la Tierra, una vez hechas sus abluciones en tal agua, libres de todo pecado, limpios de sus faltas, tornábanse puros. Y elevándose de nuevo hasta el Cielo, volvían a ganar sus mundos.

»Viendo aquella agua cristalina, los pueblos se regocijaban en extremo. Y lavándose en ella, limpios quedaban de sus manchas.

»Entretanto, Bhagiratha, el real rishi, montado en su divino carro iba a la cabeza. La Ganga seguía detrás de él. Todos los devas, con los tropeles de rishis, los daityas, los danavas, los rakshasas, la flor de los gandharvas y de los rakshas, así como los kinnaras y los moharagas, los serpientes y las apsaras, ¡oh Rama!, escoltando al carro de Bhagiratha, acompañaban a la Gangá feliz, lo mismo que todos los animales acuáticos. Allí donde iba el rey Bhagiratha, allí iba la venerable Gangá, el más excelente de los ríos, el que borra todos los pecados.

»Jahnú, el del maravilloso karmán, procedía entonces a un sacrificio. La Gangá inundó el terreno en que sacrificaba el príncipe magnánimo. Viendo aquella insolencia, Jahnú, irritado, ¡oh Raghava!, bebió, ¡prodigio asombroso!, toda el agua del río. Entonces los devas, así como los gandharvas y los rishis, llenos de estupor, celebraron al magnánimo Jahnú, el mejor de los hombres. Inclináronse también ante la Gangá, vuelta de aquel modo hija del héroe magnánimo. El príncipe ilustre, satisfecho, hizo salir el río por sus dos orejas. He aquí cómo llegó a ser hija de Jahnú y por ello llamada también Jahnavi.

»Luego, de nuevo la Gangá corrió detrás del carro de Bhagiratha. Llegada cerca de Sagara, el mejor de los ríos bajó al Rasatala en cumplimiento de su misión. Bhagiratha, entonces, el real rishi, cogiendo la Gangá gracias a un poderoso esfuerzo (y levantándola), advirtió, turbado el espíritu a causa del dolor, a sus tíos abuelos paternos reducidos a ceniza. La Gangá hizo

correr sobre aquel montón de cenizas su agua excelente, y los Sagaras, purificados de sus pecados, obtuvieron el Cielo, ¡oh excelente hijo de Raghú!»

## SARGA XLIV

### LIBERACIÓN DE LOS SAGARAS

«Llegado cerca de Sagara, el rey siempre seguido de la Gangá, penetró en la región subterránea donde sus tíos abuelos habían sido reducidos a cenizas. Esta ceniza, habiendo sido lavada, ¡oh Rama!, por el agua del río, el Señor de todos los mundos, Brahma, dijo al rey: "Salvados están, ¡oh tigre de los hombres!, y en el Cielo se hallan con los dioses los sesenta mil hijos del magnánimo Sagara. Mientras el agua de la Gangá subsista en el Mundo, ¡oh príncipe!, todos los hijos de Sagara permanecerán en el Cielo con las divinidades. Esta Gangá llegará a ser tu hija mayor; con el nombre que tomará de ti, será célebre en todo el Mundo. La Gangá, de triple corriente, será llamada la divina Bhagirathí. Y por haber dado nacimiento a tres corrientes será denominada también Tripathagá. En lo que a tus tíos abuelos afecta, procede, ¡oh jefe de hombres!, a la ceremonia del agua lustral, con lo que tu misión quedará cumplida.

»"En un principio, Sagara, ¡oh príncipe!, bien que lleno de gloria y el mejor de los hombres en cuanto a sus deberes, no pudo conseguir el fin deseado. Luego fue Amsumat, ¡oh hijo mío!, el que en el Mundo, gozando de un renombre sin igual, insistió con objeto de hacer bajar a la Gangá, sin conseguir tampoco su propósito. Tampoco, hijo mío, el rishi de los reyes, dotado de cualidades y de un brillo semejante al de los grandes rishis, de un tapás igual al mío y afianzado en el deber propio de los kshatriyas, Dilipa, ¡oh afortunado príncipe!, tu muy ilustre padre, ¡oh héroe irreprochable!, tuvo poder para hacer descender a la Gangá, a pesar de sus rezos. Este propósito tú le has realizado, ¡oh toro de los hombres!, con lo que has conquistado en el Mundo gloria inmensa que todos proclaman. Esta bajada de la Gangá tú la has cumplido, ¡oh tú, que triunfas de tus enemigos!; mediante esta hazaña has alcanzado la mansión suprema del Dharma. Zambúllete tú también, ¡oh el mejor de los hombres!, en este agua perfectamente bienhechora. Sé puro y sano en tus obras, ¡oh excelente héroe! Cumple, res-



pecto a tus grandes tíos, la ceremonia del agua lustral. Adiós, me vuelvo a mi mansión. Tú vuelve a tu casa, ¡oh príncipe!"

»Tras haber hablado de este modo, el Amo de los Dioses, el Abuelo de todos los mundos, el de la inmensa gloria, se fue al mundo de los dioses, cual había venido, Bhagiratha, el glorioso rishi de los reyes, cumplió con los hijos de Sagara la ceremonia del agua santa siguiendo el orden de los ritos. Luego, habiendo hecho sus abluciones, el rey, puro de todo pecado, volvióse a su ciudad, ya alcanzado lo que se había propuesto, ¡oh el mejor de los hombres!, y volvió a tomar el gobierno de su Imperio. El pueblo se regocijó con su presencia, ¡oh Raghava! Su pena se disipó; sus votos habían sido colmados y su febril inquietud había desaparecido. Tal es, ¡oh Rama!, la historia detallada de la Gangá. Adiós y sé feliz. La hora del crepúsculo ha pasado ya. Esta historia santificante, que procura gloria, larga vida, pro-genie y salud a quien la recita entre los brahmanes, entre los kshatruvas o en cualquier parte, regocija a los pitris y a los dioses. Esta historia saludable de la célebre bajada de la Gangá, ¡oh Kakutstha!, aquel que la escucha ve todos sus deseos colmados, borrados todos sus pecados, aumentada su gloria y prolongada su vida.»

## SARGA XLV

### EL BATIMIENTO DEL MAR DE LECHE (182)

Habiendo oído a Vismamitra, Raghava, al que Lakshmana acompañaba, estaba encantado. De tal modo que dijo a Visvamitra: «Es absolutamente maravilloso, ¡oh brahmán!, tu excelente relato de la saludable bajada de la Ganga y de la liberación de los Sagaras. Para nosotros apenas ha durado un instante esta noche, ¡oh tú, azote de tus adversarios!, de tal modo estábamos absorbidos con tu narración. Esta noche estrellada ha transcurrido toda entera para mí y para el hijo de Sumitrá en la admiración, ¡oh Visvamitra!, de tu maravilloso relato». Habiendo aparecido la aurora immaculada, Raghava, el vencedor de sus enemigos, una vez sus deberes del día cumplidos, dijo a Visvamitra, aquel tesoro de ascetismo: «La noche ha transcurrido llena de encanto escuchando tu maravillosa historia. Atravesemos el santo río Tripathaga, excelente entre todos. He aquí un navío perfectamente equipado que rishis virtuosos, al saber tu llegada, te han enviado a toda prisa».

Oyendo estas palabras del magnánimo Raghava, el descen-

diente de Kusika, atravesó el río con su tropa de rishis. Desembarcados en la orilla septentrional, dirigieron sus homenajes a todos los ascetas que había allí. Y llegados al borde de la Ganga, advirtieron la ciudad de Visalá. El excelente muni, acompañado de Raghava, dirigióse sin tardar hacia Visalá, ciudad encantadora, divina, semejante al paraíso. Rama, con su gran sabiduría, interrogó a Visvamitra, el ilustre asceta, tras haber saludado con el anjalí a Visalá, la ciudad excelente. «¿Cuál es la familia real que habita Visalá, ¡oh gran Muni!? Descaría saberlo. Felicidad a ti, pero ello me interesa vivamente».

Interrogado de este modo por Rama, el toro de los ascetas se puso a referir la antigua historia de Visalá. «Escucha, ¡oh Ramal!, lo que se ha oído contar a Sakra. Sabe exactamente lo que ha pasado en este país, ¡oh Raghava! En otro tiempo, durante el Kritayuga, los poderosos hijos de Diti y de Aditi vivían como héroes afortunados, valerosos y llenos de virtud. Pero un pensamiento se les ocurrió a estos héroes magnánimos: ¿Cómo podríamos llegar a ser inmortales, exentos de vejez y de enfermedades? Mientras reflexionaban sobre ello una idea se les ofreció a aquellos sabios: Batiendo el mar de leche obtendríamos el *rasa*. Y resolvieron tal batimiento.

»Entonces se hicieron una cuerda con Yasuki, tomaron como pión (apoyo) el Mandara y empezaron a batir sin medida, llenos de vigor. Al cabo de mil años, la boca de la serpiente que servía de cuerda se puso a vomitar un veneno muy activo y a estropear con sus dientes las rocas. Entonces cayó, semejante a Añi, el terrible veneno llamado *halahala*, que empezó a consumir al Universo entero con los devas, los asuras y los hombres. Los devas, tratando de encontrar asilo junto al gran dios Samkara, fueron a su encuentro, él, el amo de los rebaños, Rudra. "¡Socorro! ¡Socorro!" exclamaron con tono suplicante. De este modo, pensaban los dioses, nos escuchará el Señor supremo de todos nosotros, el Amo. Entonces llegó Hari, trayendo la caracola y el disco. Hari se dirigió sonriendo a Rudra, que llevaba su venablo: "Lo que ha producido, ante todo, el batimiento de los daivatas, te pertenece, ¡oh el mejor de los suras!, puesto que eres el jefe de los dioses. Asegúrate, pues, el primer homenaje tomándote el veneno, ¡oh Señor!" Esto dicho, el mejor de los suras desapareció.

»Viendo a las divinidades espantadas y luego de haber oído las palabras del dios armado del Sarnga, el jefe de los devas, el bienaventurado Hari bebió el *halahala*, veneno terribleísimo que se asemejaba al amrita. Tras librar de él a los dioses, se marchó. Entonces los deva y los asuras pusiéronse de nuevo a

batir, ¡oh descendiente de Raghú! Pero el elevado monte que servía de pisón se hundió, cayendo en el Patalá. Entonces los devas y los gandharvas conjuraron al matador de Madhú: "Tú que eres la vida de todos los seres, especialmente de los habitantes del Cielo, socórrenos, ¡oh tú, que eres poderoso!; levanta la montaña".

»Al oír estas palabras, Hrishikesa, tomando la forma de una tortuga, colocó la montaña sobre su espalda y se acostó en el agua, él, Hari. Luego, el Alma de los mundos, Kcsava, cogiendo con su mano la cima del monte, él, el Supremo Purusha, se colocó en medio de los dioses y batió el mar de leche.

»Al cabo de mil años, un hombre, el autor del *Ayurveda*, apareció. Su alma era muy virtuosa; en las manos tenía un bastón y un vaso lleno de ambrosía; su nombre era Dhanvantari. Luego las encantadoras apsaras, flor de las mujeres, salieron también del licor producido por el batido de las aguas. Tal es, ¡oh el primero de los hombres!, el origen de las apsaras. Sesenta kotis hubo de estas bellas apsaras; sus servidoras, ¡oh Kakutsthal, son innumerables. Como son incapaces de pertenecer en propiedad a ningún deva o danava, llámase las por ello Sadharanas. Luego la hija de Varuna, Varuni, ¡oh alegría de Raghú!, salió del batimiento. Opulenta, púsose al punto en busca de su esposo. Los hijos de Diti, ¡oh Rama!, no poseyeron a esta hija de Varuna; pero, ¡oh héroe!, fueron los hijos de Aditi a los que ha pertenecido esta mujer irreprochable. A causa de ello es por lo que los hijos de Diti se llamaron asuras y los hijos de Aditi, suras. La posesión de Varuni llenó de alegría y de felicidad a los suras. Uccaihsravas, el mejor de los caballos, y la joya Kostubha, al punto salieron también, ¡oh jefe de los hombres!, así como el delicioso *amrita*. La creación de éste, ¡oh Rama!, causó la ruina de toda una raza al poner enfrente a los hijos de Aditi y a los de Diti. Los asuras se asociaron a los rakshasas. Entonces estalló una guerra formidable que sembró el espanto entre los héroes de los tres mundos. Cuando la exterminación fue total, Vishnú, dotado de un gran poder, se apoderó rápido del *amrita* valiéndose de su turbadora Mayá. Los combatientes que fueron al encuentro de Vishnú, el invencible, el supremo Purusha, sucumbieron en la lucha bajo el todo poder del dios. Los valerosos hijos de Aditi destrozaron a los hijos de Diti en aquella terrible batalla entre las dos razas dititeya y aditya. Tras la destrucción de los hijos de Diti, Puramdara se apoderó de la soberanía, y gobernó, en el seno de la justicia, los mundos, con las cuadrillas de rishis y de chantes celestiales.»

## SARGA XLVI

## DITI SE DA AL ASCETISMO

»Muertos sus hijos, Diti, sumida en el más profundo dolor, dijo al hijo de Marici, a Kasyapa, su esposo: "Mis hijos, ¡oh bienaventurado!, han sido muertos por tus magnánimos hijos (183). Yo quiero obtener, mediante un largo tapás, un hijo que sea el matador de Sakra. Yo cumpliré este tapás, pero dame un hijo, concédeme un hijo poderoso que dé muerte a Sakra".

»Oyendo estas palabras, el hijo de Marici, Kasyapa, el del gran renombre, dijo a Diti, a la que el dolor consumía: "Que sea así, y sé dichosa; purifícate, ¡oh tesoro de ascetismo! Tú tendrás un hijo que matará a Sakra en campo de lucha. Al cabo de mil años, si te conservas pura, un hijo, destructor de los tres mundos, nacerá de tí". Esto dicho, el poderoso asceta la purificó tocándola con su mano. Habiéndola tocado así, dijo: "Adiós", y partió a practicar el ascetismo.

»Una vez que estuvo lejos, ¡oh el mejor de los hombres!, Diti, en el colmo de la alegría, se estableció en los bordes del estanque de Kusa, donde se entregó al Tapás más riguroso. Mientras practicaba de aquel modo el ascetismo, ¡oh el mejor de los hombres!, el dios de los mil ojos se puso a su servicio con extremada diligencia. El fuego, los tallos de kusa, la madera, el agua, los frutos, las raíces, todo el dios de los mil ojos se lo procuraba, así como cuantas cosas ella deseaba. Cuando se trataba de devolver a sus miembros su agilidad, de hacer desaparecer su fatiga, Sakra, en todo momento, estaba a la disposición de Diti.

»Cuando lo menos mil años fueron transcurridos, ¡oh alegría de Raghu!, Diti, en el colmo de la alegría, dijo al dios que tiene mil ojos: "Para que mi tapás haya acabado, ¡oh tú, el mejor de los héroes!, faltan diez años; sé feliz; entonces verás un hermano. El hijo que en tu interés anhelo, lo tendré. Será deseoso de vencer, conquistará los tres mundos, ¡oh hijo mío!, y con él vivirás sin inquietud. A ruegos míos, ¡oh el mejor de los suras!, tu magnánimo padre me ha prometido concederme al cabo de mil años el don de un hijo".

»Habiendo hablado así, Diti, cuando el Sol llegó a la mitad de su curso, fue cogida por el sueño, y la diosa durmióse con los pies en la cabeza. Cuando él vio esta impureza, los cabellos que tocaban los pies, los pies ocupando el lugar de la cabeza,

Sakra echóse a reír muy contento. Puramdara penetró en el cuerpo de Diti y hendió el embrión en siete pedazos, ¡oh Rama!, gracias a su poder infinito. El embrión así hendido por el trueno de los cien nudos lanzó horribles clamores, ¡oh Rama!, y Diti se despertó: "¡No grites, no grites!", dijo Sakra al embrión, mientras el poderoso Vasava le hendía de nuevo mientras se lamentaba.

»"¡No le mates, no le mates!", exclamó Diti. Entonces Sakra salió de su cuerpo, en atención a las palabras de su madre. Haciendo el anjalí, armado de su trueno, Sakra dijo a Diti: "Te has dormido en una posición impura, ¡oh diosa!; tús cabellos tocaban tus pies. Aprovechando esta brecha en tu ascetismo, el que debía matarme a mí, Sakra, en campo de lucha, yo le he hendido en siete. ¡Oh diosa!, perdóname".»

## SARGA XLVII

### ORIGEN DE LOS MARUTS (184)

«Habiendo sido hendido en siete su embrión, Diti, sumida en el dolor, dijo al irresistible dios de los mil ojos, con voz afectuosa: "Es a causa de una falta mía por lo que este embrión ha sido hendido en siete pedazos, y no por la tuya, ¡oh jefe de los Dioses!, matador de Bala. Yo deseo que aproveches la desgracia de mi embrión. Que los siete fragmentos lleguen a ser los guardianes de las regiones de los siete vientos. Que los siete recorran, en el cielo, las regiones de los vientos, ¡oh hijo querido! El nombre de mis hijos, de hermosura divina, será el de Maruts. Uno recorrerá el Brahmaloka, otro el Indraloka. El Divyavayu, así será llamado el tercero, de gran gloria. Los cuatro últimos, ¡oh jefe de los suras!, recorrerán las regiones que a ti te plazcan. Felicidad a ti, serán conocidos con el nombre de los Maruts."

»Al oír estas palabras, Puramdara, el dios de los mil ojos, respondió en estos términos, haciendo el anjalí, él, el matador de Bala: "Todo cuanto acabas de decir se cumplirá, no lo dudes. Del modo que tú dices, circularán, sé dichosa, tus hijos, hermosos como dioses." La madre y el hijo, tras haber tomado esta resolución en la ermita silvestre se fueron al tercer cielo, ¡oh Rama!, una vez su misión cumplida. He aquí lo que se cuenta. Es allí, en esta ermita, ¡oh Kakutstha!, donde en otro tiempo moró el gran Indra, cuando rodeó de cuidados a Diti santificada por el ascetismo.

«En cuanto al muy virtuoso hijo de Ikshvaku, ¡oh tigre de hombres!, nacido de Alambushá, conocido es con el nombre de Visala. Por él fue fundada aquí, en este lugar, la ciudad de Visala. El hijo de Visala, ¡oh Rama!, fue el poderoso Hemacandra. Sucandra, tal fue el nombre del hijo y sucesor inmediato de Hemacandra. El hijo de Sucandra, ¡oh Rama!, es conocido con el nombre de Dhumrasva. El hijo de Dhumrasva fue el venerable Sahadeva, lleno de majestad. Kusasva fue el muy virtuoso hijo de Sahadeva. Kusasva tuvo por hijo al ilustre y majestuoso Somadatta. El hijo de Somadatta es conocido con el nombre de Kakutstha. El hijo de éste habita ahora esta ciudad, lleno de gloria, es el muy ilustre, el invencible Sumati.

«Gracias a Ikshvaku, todos los habitantes de Visala viven mucho tiempo, y son magnánimos, poderosos y muy virtuosos.

«Aquí dormiremos apaciblemente esta noche. Mañana, al alba, ¡oh el mejor de los hombres!, podrás ver a Janaka.»

No obstante, el ilustre Sumati, al saber la llegada de Visvamitra, vino a su encuentro. El, el mejor de los hombres escogidos, el de la extendida fama. Y en unión de sus maestros espirituales y de sus parientes le rindió los mayores honores. Tras haber hecho el anjalí y haber preguntado por su salud a Visvamitra, le dijo: «Feliz soy y favorecido entre todos, ¡oh Muni!, puesto que estás aquí, en mis dominios y ante mis ojos: tu dicha no es tan grande como la mía».

## SARGA XLVIII

### INDRA MALDITO POR GAUTAMA

Una vez que se hubieron informado sobre su prosperidad, preguntándose el uno al otro, las cortesías acabadas, Sumati habló en estos términos al gran asceta: «Estos dos jóvenes, felicidad a ti, cuyo valor iguala al de los dioses, héroes cuya presencia es la del elefante y del león, que se asemejan a un tigre y a un toro, cuyos ojos son anchos como la hoja del loto, que están armados de espada, aljaba y arco, que son como los dos Asvins, con su floreciente juventud, semejantes a dos Inmortales, por fortuna descendidos del Cielo a la Tierra, ¿cómo han venido a pie hasta aquí, con qué objeto y de quién, ¡oh asceta!, son hijos? El adorno de este país, son, como la Luna y el Sol el del firmamento. Uno y otro se parecen en la estatura, en la fisonomía y en el continente. ¿Con qué propósito

habéis realizado este trabajoso viaje, ¡oh los mejores de los hombres!, héroes tan excelentemente armados? Deseo saber la verdad.»

A estas preguntas, Visvamitra respondió haciéndole saber lo que había pasado. Las palabras de Visvamitra maravillaron al rey. Luego honró, según los ritos, a sus tres dignos huéspedes; los dos hijos de Dasaratha, héroes poderosos en verdad eran también merecedores de ello. Así, tratados magníficamente por Sumati, los dos Raghavas pasaron allí una noche. Luego fueron a Mithilá.

Al advertir la ciudad espléndida de Janaka, todos los ascetas exclamaron exaltando y celebrando a Mithilá: «¡Maravilla, maravilla!» En un bosque vecino a Mithilá, Raghava descubrió una ermita antigua, desierta, encantadora. Interrogó al toro de los munis: «¿Por qué no se ven ascetas en esta especie de monasterio? Deseo saberlo, ¡oh Bienaventurado!, y quién habitó en tiempos esta ermita.»

A esta pregunta propuesta por Raghava, el elocuente Visvamitra, célebre y gran muni, respondió: «En verdad, te lo voy a contar. Sabe, ¡oh Raghava!, por qué asceta de gran alma esta soledad fue habitada y maldita: Fue el magnánimo Gautama, ¡oh el mejor de los hombres!, a quien en tiempos perteneció esta ermita, semejante a una ermita divina, y a la que los mismos suras veneraban. En ella, hace mucho, vivió en asceta con Ahalyá, durante un número considerable de años, el ilustre Gautama, ¡oh príncipe! Un día, sabiendo que estaba ausente, el dios de los mil ojos, el esposo de Sací, tomando el traje y aspecto del asceta, dijo a Ahalyá: "La época legal la esperan aquellos que no están dominados por la pasión, ¡oh mujer profundamente recogida!; pero yo quiero unirme contigo, ¡oh mujer del lindo talle!"

»Aunque reconociendo, pese al disfraz de asceta, al dios de los mil ojos, ¡oh vástago de Raghú!, la insensata se rindió al deseo del rey de los Dioses. Luego dijo al jefe de los suras, con alma bien satisfecha: "Tu propósito se ha cumplido, ¡oh jefe de los suras!; vete rápido de aquí, Señor. Y defiende tu persona y la mía, ¡oh jefe de los Dioses!, de Gautama."

»Indra dijo a Ahalyá sonriendo: "¡Oh hermosa mujer!, feliz soy y ya me voy." Y tras haberse unido con ella, salió de la cabaña hecha con follaje. Y se apresuraba lleno de miedo, ¡oh Rama!, porque temía a Gautama, cuando en aquel momento advirtió al gran muni que volvía.

»Gautama, invencible para los devas y los danavas, tal era de poderoso su ascetismo, volvía purificado por las aguas de:

vado sagrado, resplandeciente como Anala. Traía samidhs y de la hierba kusa. Al ver al toro de los Munis, el jefe de los suras, espantado, perdió la serenidad. Por su parte, el virtuoso solitario, al reconocer bajo su traje de asceta al dios de los mil ojos, encolerizado dijo al culpable: "¡Has tomado mi forma para llevar a cabo, oh perverso, lo que te estaba prohibido! Pues bien, a causa de ello ¡ya no podrás tener más hijos!"

»Apenas el magnánimo Gautama hubo hablado así lleno de indignación, las partes genitales del dios de los mil ojos cayeron al suelo. Tras haber maldecido a Sakra, maldijo a su esposa: "En cuanto a ti, ¡aquí permanecerás durante millares de años alimentándote de aire, sin otro sustento, macerándote, durmiendo sobre la ceniza, invisible a todos los seres! ¡Tal será tu existencia en esta ermita! No volverás a ser pura hasta que Rama, el invencible hijo de Dasaratha, entre en este bosque temible. Dándole hospitalidad, ¡oh perversa!, dejarás de estar extraviada por la pasión; y cerca de mí, alegre volverás a encontrar tu cuerpo."

»Dichas estas palabras, el ilustre Gautama se alejó de la culpable y de esta ermita, retirándose a una de las cimas del Himavat, frecuentada por siddhas y caranas, lugar lleno de encantos, donde el gran solitario practica el ascetismo.»

## SARGA XLIX

### INDRA Y AHALYÁ VUELVEN A SU PRIMER ESTADO

«Despojado de su virilidad, Sakra, con los ojos llenos de espanto, dijo a los dioses, a cuya cabeza estaba Añi, así como a los siddhas, a los gandharvas y a los caranas: "He interrumpido el tapás del magnánimo Gautama, y he incurrido en su cólera mediante esta empresa útil a los suras (185). Lleno de furor me ha privado de mis órganos sexuales y ha repudiado a su mujer. Como atrayéndome esta gran maldición, he destruido su tapás, vosotros, excelentes suras, así como vosotros, tropas de rishis y de caranas, puesto que he obrado por vuestro bien, devolvedme lo que me falta."

»Oyendo estas palabras del dios de los cien sacrificios, los dioses, precedidos por Añi, fueron todos con las tropas de los maruts junto a los divinos pitris y les dijeron: "He aquí un carnero que tiene sus partes genitales. Sakra no tiene las suyas. Tomad las del carnero y dádselas rápidamente a Sakra. Priva-



do de sus partes genitales, el borrego os causará un gran beneficio. Pues a los hombres que deseando seros agradables os ofrezcan en adelante borregos castrados les concederéis una fecundidad eterna y prodigiosa."

«Oyendo este lenguaje de Añi, los divinos pitris, reuniéndose, quitaron al carnero sus partes genitales y se las dieron al dios de los mil ojos. A partir de entonces, ¡oh Kakutstha!, los divinos pitris se reúnen para alimentarse de borregos castrados, a causa de haber adaptado a Indra las partes genitales de un carnero. Así como Indra, desde entonces, tiene las partes genitales de un carnero. ¡Tal era el poder del tapás de Gautama, el magnánimo!

«Entra, pues, ¡oh poderoso héroe!, en la ermita de este santo anacoreta y libera a la afortunada Ahalyá, bella como una diosa.»

Habiendo hablado así Visvamitra, Raghava, al que Lakshmana escoltaba, saludó al asceta y penetró en la ermita. Allí vio a la afortunada Ahalyá, a la que el tapás volvía deslumbradora, pero a la que los mundos reunidos no podían ver, así como tampoco los suras ni los asuras.

Como una celeste e ilusoria imagen, formada con cuidado por el Ordenador de los mundos; como la llama de un brasero velado por el humo; como el resplandor de la Luna, en un cielo preñado de nieves, en medio de nubes; como, reflejado en el agua, el esplendor cegador del Sol, así Ahalyá, a causa de la maldición de Gautama permaneció oculta a los tres mundos hasta la llegada de Rama. Sólo entonces su maldición tuvo fin y pudo ser visible para todos.

Los dos Raghavas entonces cogieron sus pies con alegría, y ella, acordándose de las palabras de Gautama, les hizo la mejor acogida. Dióles agua para que se lavasen los pies e hizo cuanto pudo para practicar debidamente la hospitalidad. Kakutstha recibió sus homenajes conforme a los ritos. En aquel momento cayó una gran lluvia de flores al ruido de gongos divinos. Los gandharvas y las apsaras celebraron grandes fiestas.

«¡Maravilla, maravilla!», exclamaron los dioses celebrando alabanzas en honor de Ahalyá, a la que el poder de su tapás había purificado, y que volvía a ser la esposa fiel de Gautama.

Gautama, el del gran renombre, acompañado de Ahalyá y ya feliz, colmó a Rama de honores y, aunque ya rico en ascetismo, practicó de nuevo el tapás, según la ley.

Rama, así cargado de homenajes, como convenía, por el gran muni Gautama, fue entonces a Mithilá.

## S A R G A L

## LLEGADA DE RAMA A LA CORTE DE JANAKA

Rama, acompañado de Somitri, se dirigió hacia el noroeste, en seguimiento de Visvamitra, y llegó al lugar del sacrificio. Rama, al que Lakshmana acompañaba, dijo al tigre de los ascetas: «Maravillosa es la amplitud del sacrificio de Janaka, el magnánimo. Se ven aquí numerosos millares de brahmanes de diversas comarcas, ¡oh afortunado muni, versado en la ciencia de los Vedas! Lugares hay ocupados por los rishis y llenos de carros a cientos. Escojamos un sitio, ¡oh brahmán!, donde poder instalarnos nosotros mismos.»

A estas palabras de Rama, Visvamitra, el gran muni, dividió un terreno aislado, provisto de agua. Al saber la llegada de Visvamitra, el mejor de los reyes, héroe irreproachable, haciéndose preceder por Satanaanda, su capellán, y por magnánimos ritvijs, provisto del Arghya, vino al punto a su encuentro en humilde actitud, y le rindió los honores debidos a su calidad.

Visvamitra, habiendo recibido los homenajes de Janaka el magnánimo, preguntó al rey sobre su prosperidad y sobre la integridad del sacrificio. Luego saludó también a los munis que llegaban acompañados de los gurús y del capellán. Tras este cambio cordial de cortesías de uso entre todos los rishis, el rey, haciendo el anjalí, dijo al mejor de los ascetas: «Siéntate con todos esos toros de los munis.» A esta invitación de Janaka, el gran solitario se sentó. Luego el capellán, los ritvijs, el rey con sus consejeros sentáronse alrededor, cada uno según su categoría.

El monarca dijo a Visvamitra, contemplándole: «Hoy las divinidades me han concedido el cumplir un grande y fructífero sacrificio. Hoy también he obtenido el precio de mi sacrificio. ¡oh Bienaventurado!, puesto que te veo, Heme aquí rico, heme aquí objeto de un gran favor, ¡oh toro de los ascetas!, ya que tú tomas parte en mi sacrificio, ¡oh brahmán!, con los ascetas que te acompañan. La ceremonia debe durar doce días, ¡oh brahmarshi!, según dicen los sabios. Entonces verás venir a los dioses a reclamar lo que les corresponde, ¡oh hijo de Kusika!»

Así habló al tigre de los ascetas, lleno de gozo. Luego, haciendo de nuevo el anjalí, el rey le preguntó inclinándose: «Estos dos jóvenes, felicidad a ti, cuyo valor iguala al de los devas, cuya prestancia es semejante a la del elefante, héroes

parecidos a un tigre y a un toro, que son como los Asvins por su juventud y su hermosura, Inmortales descendidos por casualidad desde la morada de los Dioses a la Tierra, ¿cómo han venido, a pie, hasta aquí? ¿Con qué propósito? ¿De quién son hijos, ¡oh asceta!, estos dos guerreros tan excelentemente armados? ¿De quién, ¡oh gran muni!, son hijos? El ornato de este país son, como la Luna y el Sol el del firmamento. Semejantes el uno al otro en talla, fisonomía y actitud, con los mechones de cabello cayéndoles por las sienes, cual alas de cuervo, yo deseo saber la verdad sobre estos dos héroes.

Interrogado así por el magnánimo Janaka, el asceta inconmensurable le dijo cuanto había a propósito de los dos hijos de Dasaratha: su permanencia en la ermita de Siddha, la exterminación de los rakshasas, su llegada tranquila a la vista de Visalá, el encuentro con Ahalyá, la entrevista con Gautama y, como propósito de su viaje, su deseo de ver el gran arco. Todo esto, el ilustre, el gran muni Visvamitra, habiéndoselo referido al magnánimo Janaka, calló.

## SARGA LI

### HISTORIA DE VISVAMITRA

Oyendo estas palabras del sabio Visvamitra, trémulo todo él de gozo, el célebre Satananda, el del gran tapás, hijo mayor de Gautama, al que su ascetismo había hecho ilustre, sintió la más viva admiración al ver a Rama. Contemplando a aquellos dos príncipes, sentados en sitios de honor, Satananda dijo al excelente asceta Visvamitra: «¿Eres tú ¡oh tigre de los munis! quien ha hecho ver al príncipe a mi madre venerable, ejercitada por un largo tapás? ¿Y es él el Rama, ¡oh ilustre asceta!, al que mi venerada madre ha colmado de honores silvestres, el que merece el homenaje de todos los seres? ¿Es éste el Rama a quien tú instruíste de cuanto aconteció en tiempo a mi madre, ¡oh ilustre asceta!, cuando el dios se acercó a ella criminalmente? ¿Es él asimismo, ¡oh Kusika!, felicidad a ti, por quien mi madre ha podido reunirse con mi venerado padre, ¡oh el mejor de los munis!, gracias a haber visto a Rama? ¿Es él ese Rama a quien mi venerable padre ha colmado de honores, ¡oh hijo de Kausika!, y que ha llegado aquí lleno de gloria, tras haber recibido los homenajes del magnánimo Gautama? ¿Ha sido, pues, de este modo como tranquilizada el alma de mi

padre venerable, ¡oh hijo de Kusika!, tras haber saludado a Rama a su llegada aquí, ha sido saludado a su vez?»

Tras haber oído estas palabras, Visvamitra, el grande y elocuente muni, respondió al docto Satananda: «Nada he omitido, ¡oh excelente asceta!, de lo que tenía que hacer. La esposa del solitario se ha unido de nuevo a él como Renuká al hijo de Bhrigú.»

Luego de haber oído estas palabras del sabio Visvamitra, el ilustre Satananda habló de este modo a Rama: «Sé bien venido, ¡oh el primero de los hombres! Para hacer nuestra felicidad has llegado aquí, siguiendo al gran rishi Visvamitra, el invencible. Sus obras son de una grandeza inimaginable; el brillo de su tapás, sin medida; a este brahmarshi, al ilustre Visvamitra, yo le reconozco como la salvación suprema del Mundo. Nadie más afortunado que tú, ¡oh Rama! No, nadie en la Tierra cual tú, que tienes como protector al hijo de Kusika, el del gran tapás. Escucha, que voy a decirte del magnánimo Kusika no solamente su poder, sino su naturaleza. Presta atención a mi relato. Hubo un rey virtuoso durante mucho tiempo vencedor de sus enemigos; conocedor de su deber, instruido y complaciéndose en ser útil a sus súbditos. El Amo de las criaturas tuvo un hijo, llamado Kusa, que fue rey. Kusa tuvo un hijo poderoso, el muy virtuoso Kusanabha. El hijo de Kusanabha fue el célebre Gadhí. Gadhí, el padre del ilustre Visvamitra, el gran muni hoy. El ilustre Visvamitra entonces, protegía a la Tierra. Durante numerosos millares de años este rey gobernó su Imperio. A veces, el poderoso monarca reunía sus tropas y, rodeado de su ejército, recorría la Tierra. Ciudades, reinos, ríos, altas montañas, desiertos, tras haber sido todo visitado por él, el rey llegó al eremitorio de Vasishtha, adornado de toda clase de flores, de lianas y de árboles, lleno el lugar asimismo de fieras de toda especie y frecuentado por siddhas y por caranas, embellecido por la presencia de devas, danavas, gandharvas y kinnaras; poblado de gacelas domesticadas, habitado por tropas de Dos-veces-nacidos, lleno de brahmarshis, llegados a la perfección gracias al tapás y por sus sandhas prácticas, semejantes a Añi, espléndidos, constantemente lleno aquel paraíso de magnánimos ascetas, semejantes al venerable Brahma, que se alimentaban de agua y de aire, que comían hojas muertas, de rishis y de valakhilyas viviendo de frutas y de raíces, los apetitos domados, expiados los pecados, los sentidos vencidos, entregados al rezo y a las libaciones santas, y de otras ascetas, tales que los vaikhanasas. Esta ermita de Vasishtha,

que todos estos santos personajes hacían célebre y que asemejábanse a otro Brahmalo, fue vista por el mejor de los guerreros victoriosos, por el poderoso Visvamitra.»

## SARGA LII

### VASISHTHA RECIBE A VISVAMITRA EN SU ERMITA

«Viendo su aspecto lleno de viva alegría, el poderoso Visvamitra se inclinó respetuosamente, él, el héroe, ante Vasishtha, el mejor de los ascetas, entregado a la oración. "Sé bien venido". le dijo el magnánimo Vasishtha; luego, el bienaventurado le indicó un asiento. Habiendo entrado el sabio Visvamitra, el excelente asceta, según la costumbre, le ofreció frutos y raíces. Luego de haber aceptado los homenajes de Vasishtha, el mejor de los reyes se informó de si todo iba bien para su ascetismo, sus añihotras, sus discípulos y para los árboles de su ermita. Vasishtha respondió a Visvamitra, ilustre y excelente rey, que todo iba bien. Habiendo llegado, pues, Visvamitra bajo felices auspicios, el gran asceta, el mejor recitador de los *Vedas*, Vasishtha, el hijo de Brahma, le interrogó a su vez. "¿Y tú, ¡oh rey!, eres dichoso? ¿Haces la felicidad de tus súbditos gobernándolos de acuerdo con las leyes de tu Imperio, virtuoso monarca? Los que están a tu servicio, ¿te obedecen puntualmente? ¿Todos tus enemigos, ¡oh tú, que triunfas de tus adversarios!, son vencidos? Tus ejércitos, tus tesoros, tus amigos, tus hijos y tus nietos, todo, ¡oh látigo de tus enemigos, héroe irreproachable!, ¿va como es debido?"

«El rey Visvamitra, el del gran renombre, respondió al humilde Vasishtha que todo iba bien. Los dos virtuosos personajes conversaron largo tiempo llenos de viva alegría y llenándose de cumplidos uno a otro. Luego, el bienaventurado Vasishtha, ¡oh vástago de Raghú!, dijo al fin a Visvamitra sonriendo: "Voy a cumplir los deberes de hospitalidad con tu ejército, ¡oh poderoso rey!, y contigo, ¡oh tú, cuyo poder es sin límites! Acepta de mí lo que conviene. Esta buena recepción que voy a hacerte tenla por agradable, ¡oh rey!, tú, el más distinguido de los huéspedes, y que eres digno de los mayores honores."

«Oyendo estas palabras de Vasishtha, el rey Visvamitra, el gran asceta, respondió: "Los homenajes de que me hablas ya me los has rendido ofreciéndome frutas y raíces en tu ermita,

¡oh bienaventurado!, dándome agua para lavarme los pies y para enjuagarme la boca, permitiéndome visitarte. He recibido de ti, ¡oh gran asceta digno de homenajes!, la mejor acogida, honor a ti, que podía desear. Al marcharme, deja caer sobre mí aún una mirada amiga."

»Pero Vasishtha hizo al rey, que le hablaba así, las instancias más apremiantes. "Bien", dijo el hijo de Gadhi a Vasishtha, y añadió: "Sea como tú quieras, ¡oh toro de los ascetas!"

»A estas palabras, Vasishtha, el mejor recitador de los *Vedas*, llamó gozoso a su vaca salpicada de manchas por quien las manchas eran borradas: «Ven pronto, ¡oh Sabalá!, sé atenta a mi voz, que he decidido preparar un festín digno de él a este rishi de los reyes, a quien su ejército acompaña; ayúdame. Sea cual sea el de los seis rasas que se desee, ¡oh divina Kamadhuk!, hazle correr abundantemente en atención a mí. Todo cuanto es bueno de comer, de beber, de lamer y de chupar, proporcióname en cantidad, ¡oh Sabalá! Apresúrate."

## SARGA LIII

### VASISHTHA NIEGA SABALÁ A VISVAMITRA

«A estas palabras de Vasishtha, ¡oh matador de tus enemigos!, Sabalá, vaca de abundancia, suministró cuanto se podía desear fuese de la naturaleza que fuese. Azúcar, miel, espigas tostadas, licores fuertes, jarabes, brebajes de gran precio, alimentos de todas clases, tinajas de papilla caliente y sabrosa altas como montañas, arroz pelado, sopas, arroyos de leche pura, pasteles y golosinas de todas clases, millares de platos llenos de melaza hasta los bordes. Todo el ejército de Visvamitra, compuesto de miríadas de hombres, comió hasta no poder más. Vasishtha le surtió copiosísimamente. El real rishi Visvamitra harto fue, así como la flor de su corte, más los brahmanes y los purohitas que le acompañaban. Regalado así, como sus ministros, sus consejeros y sus servidores, el rey en el colmo de la alegría, dijo a Vasishtha: "En verdad que me has festejado, ¡oh brahmán!; recibido he de ti los honores que tú mismo mereces. Escucha, pues, la proposición que te hago, ¡oh elocuente asceta! A cambio de cien mil vacas, cédeme a Sabalá. Es una perla, ¡oh bienaventurado!, y las perlas pertenecen a los reyes. Por consiguiente, dame a Sabalá; me corresponde de todo derecho, ¡oh Dos-veces-nacido!"

»A esta petición, el bienaventurado Vasishtha, toro de los ascetas, el del alma llena de rectitud, respondió al gran rey Visvamitra: "Ni por cien mil ni incluso por mil millones de vacas, ¡oh rey!; como tampoco te la daría contra montones de dinero. No me separaré de ella; tiene que vivir a mi lado, ¡oh vencedor de tus enemigos! Sabalá fue para mí siempre como el buen renombre para todo hombre. De ella dependen el havya y el kavya, así como la prolongación de mi existencia; e igualmente el añihotra, el bala, el homa (186), como también las exclamaciones litúrgicas svahá y vashat, más los conocimientos variados. Todo esto depende de ella, ¡oh rishi de los reyes!, imposible sería dudarlo, y en todo ello me procura plena satisfacción. Por todas estas múltiples razones, ¡oh rey!, no te daré a Sabalá."

»Habiéndole hablado así Vasishtha, Visvamitra dijo con tono vivamente mortificado, él, el elocuente monarca: "Te daré catorce mil elefantes empenachados, con cinchas y colleras de oro provistas de ganchos de oro batido. Además, carros de oro y cuadrigas de caballos blancos te daré ochocientos con sus campanillas. Mas otros caballos de raza, y de sangre llena de vigor, de éstos te daré once mil, ¡oh piadoso asceta! En fin, vacas de diversos colores, en plena producción, de éstas una kotí; cédemme a Sabalá. Todo cuanto desees como piedras preciosas y oro, ¡oh excelente asceta!, te lo daré; pero cédemme a Sabalá."

»A este discurso del sabio Visvamitra, el bienaventurado asceta respondió: "No te cederé a Sabalá, ¡oh príncipe!, a ningún precio. Es mi joya, es mi tesoro, es todo mi bien, es mi vida misma. Es para mí como la nueva y la llena Luna, así como los sacrificios acompañados de sus dakshinas (187). Ella resume para mí, ¡oh príncipe!, las diferentes tareas, pues de ella dependen todas mis obras, ¡oh rey!, sin duda alguna. Pero ¿para qué tantas palabras? No te cederé a la que satisface todos mis deseos".»

## SARGA LIV

### VASISHTHA EXTERMINA LAS TROPAS DE VISVAMITRA

»Como Vasishtha, el asceta, no quería separarse de su vaca de la abundancia, Visvamitra, ¡oh Rama!, se apoderó de Sabalá por la fuerza. Mientras el poderoso rey se la llevaba, Sabalá, desolada, pensaba, gimiendo bajo el peso del dolor:

"¿Por qué he sido abandonada del muy magnánimo Vasishtha y arrastrada por los servidores del rey, que me afligen y me hacen tan desgraciada? ¿En qué he podido faltar a este gran rishi, el del alma pura, y cómo a pesar de mi inocencia y mi abnegación me abandona, él, que es tan justo?" Así reflexionaba lanzando frecuentes suspiros. Pero de pronto volvió presurosa junto al todopoderoso Vasishtha. Apartando por centenas a los servidores del rey, ¡oh matador de tus enemigos!, llegó rápida como el viento a los pies del magnánimo solitario. Allí, suspirando y mugiendo, dijo a Vasishtha, derecha frente a él y lanzando clamores semejantes al retumbar de las nubes: "¿Por qué, ¡oh bienaventurado hijo de Brahma!, me abandonas y consientes que los soldados del rey se me lleven en tu presencia?" A esta pregunta el brahmarshi respondió, cual hubiese respondido a una hermana, a la infortunada cuyo corazón era víctima de la angustia: "No te abandono, ¡oh Sabalá ni nada puedes reprocharme; es el poderosísimo rey el que se te ha llevado a pesar mío. Mi fuerza no es igual a la suya, hoy sobre todo. El rey es poderoso, es un kshatriya, es el amo del Mundo. Dispone de un ejército entero, completo, compuesto de elefantes, caballos y carros, más gran cantidad de estandartes llevados por otros elefantes; por todo ello su fuerza es extremada."

«Cuando la hubo hablado así, la elocuente Sabalá respondió respetuosamente a Vasishtha, brahmarshi de gloria sin rival: "Dícese que el poder no pertenece a los kshatriyas; los brahmanes son superiores en fuerza; el poder del brahmán es divino, más grande que el del kshatriya. Tu fuerza es inconmensurable; nadie es más poderoso que tú. Si Visvamitra está lleno de valor, tu energía es invencible. Ordéname, gran asceta, a mí, que poseo la potencia brahmánica, y arruinaré la insolencia de ese perverso, su fuerza, sus esfuerzos, todo."

«Oyendo estas palabras, ¡oh Rama!, el glorioso Vasishtha le dijo: "¡Crea un ejército destructor del ejército enemigo!" Apenas le hubo oído, Surabhi desplegó al punto su poder creador: "¡Humbá!», mugió. A este grito salieron los pahlavas por centenares, ¡oh príncipe!, y empezaron a destruir el ejército entero de Visvamitra en su misma presencia. El rey, exasperado y echando chispas por los ojos, empezó a exterminar a los pahlavas con dardos lanzados de arriba abajo. Al ver a Visvamitra destruir de aquel modo a los pahlavas a centenares, Surabhi emitió de nuevo una tropa formidable compuesta de sakas y de yavanas. La tierra estaba cubierta de aquellos sakas mezclados con los yavanas. Héroe de bravura deslumbrante,



semejantes a tamices de oro, armados de espadas y de lanzas de acerada punta, y vestidos con hábitos dorados. Todo el ejército del rey fue consumido como por otros tantos fuegos ardientes. Entonces el poderoso Visvamitra lanzó dardos que acribillaron a yavanas y sakas.»

## SARGA LV

### VISVAMITRA SE ENTREGA AL ASCETISMO

«Al ver a sus guerreros abatidos y puestos en fuga por los dardos de Visvamitra, Vasishtha excitó la virtud creadora de Kamadhuk. Y a un nuevo mugido nacieron los kambojas, brillantes como el Sol; de su ubre salieron los barbaras, espada en mano. De su matriz, los yavanas; de su bosta, los afamados sabalas; del hueco de sus pelos, los miecchas, y los haritas con los kiratas. Y por ellos, en un instante, fue destruido todo el ejército de Visvamitra: infantería, elefantes, caballos, carros, todo, ¡oh alegría de Raghú!

«Al ver exterminada de aquel modo toda su fuerza por el magnánimo Vasishtha, los cien hijos de Visvamitra, provistos de toda clase de armas, lanzáronse llenos de furor sobre Vasishtha, aquel cuyas oraciones eran las mejores. «¡Hum!», hizo éste, y bastó para que el gran rishi los consumiese a todos. El magnánimo Vasishtha redujo a cenizas, en un instante, a los hijos de Visvamitra, así como a sus caballos, sus carros y sus hombres de a pie.

«Al ver destruido de aquel modo tanto sus hijos como su ejército, el muy ilustre Visvamitra, confuso, quedó pensativo. Como el océano cogido de inmovilidad, como una serpiente con los dientes rotos, como el Sol ensombrecido, así quedó él de pronto, privado de todo su valor. Habiendo perdido sus hijos y su ejército, desgraciado, semejante a un pájaro privado de alas, su energía y su fuerza totalmente destruidas, cayó en el más profundo desaliento. E instalando al único hijo que le quedaba en su trono, le dijo: "Gobierna la Tierra según la ley de los kshatriyas", y luego se retiró al bosque, yendo a establecerse en el flanco del Himavat, frecuentado por los kinnaras y los uragas, y para atraerse el favor de Mahadeva, el ilustre ermitaño, practicó el ascetismo.

«Al cabo de algún tiempo, el amo de los Dioses, que tiene el toro como estandarte, el distribuidor de dones, se apareció

a Visvamitra, el gran muni: "¿Por qué tantas maceraciones, ¡oh rey! Dime qué es lo que desees. Yo soy el distribuidor de dones. El favor que pretendas te será concedido."

»Oyendo estas palabras del dios, Visvamitra, el del gran tapás, postróse ante él. Visvamitra dijo a Mahadeva: "Si estás satisfecho, ¡oh Mahadeva! ¡oh irreproachable!, concédeme el Dhanurveda con los Angas, los Upangas, los Upanishads y los Arcanes. Las armas que pertenecen a los devas, a los danavas a los grandes rishis, a los gandharvas, a los yakshas y a los rakshas, que estén a mi disposición, ¡oh irreproachable! Que por tu favor, ¡oh dios de los dioses!, lo que yo deseo se cumpla."

»"Sea", dijo el amo de los dioses. Y tras ello se fue.

»En posesión de aquellas armas gracias al amo de los dioses, Visvamitra, dotado de gran energía, sintió un orgullo inmenso, sin medida; tornóse lleno de jactancia. Desbordando fuerza, como el Océano al claror de la Luna, resolvió entonces, ¡oh Rama!, matar a Vasishtha, el gran rishi. Y con esta intención: el rey volvió al ermitorio y empezó a lanzar dardos cuyo ardor consumió aquella soledad silvestre. Bajo el chaparrón de proyectiles lanzados por el sabio Visvamitra, los espantados ascetas huyeron por centenares en todas direcciones. Los discípulos de Vasishtha, las bestias feroces, los pájaros, todos dominados por el espanto, escaparon de todas partes por millares. El ermitorio de Vasishtha, el magnánimo, vacío quedó casi en un instante. Hubiérase dicho que aquello era un desierto. No obstante, Vasishtha había gritado varias veces: "No temáis nada. Hoy destruiré al hijo de Gadhi como el Sol la helada de la mañana." Tras hablar así, el poderoso Vasishtha, el mejor de los que se entregan al rezo, dijo a Visvamitra con enojado tono: "Puesto que has arruinado a causa de tu maldad y tu locura este ermitorio, tanto tiempo floreciente, vas a dejar de vivir." Y tras estas palabras, dominado por el furor, tal cual el fuego sin humo de Kalá, con gesto rápido levantó su cayado semejante al cetro de Yama.»

## SARGA LVI

### COMBATE ENTRE VISVAMITRA Y VASISHTHA

»Habiendo hablado así Vasishtha, el poderoso Visvamitra le disparó un dardo de Añi, gritando: "¡Para! ¡Detente!" Pero el bienaventurado Vasishtha, blandiendo el bastón brahmánico,

igual al cetro de Kalá, le dijo con cólera: «¡Aquí estoy, oh vástago de los kshatriyas! ¡Heme aquí! Muestra tu fuerza, que hoy quebrantaré tu orgullo y el de tus armas, ¡oh hijo de Gadhí! ¿Qué puede un kshatriya frente a un brahmán todo poderoso? ¡Miral: mi poder brahmánico, divino es, ¡oh tú, oprobio de los kshatriyas!» Y el temible dardo, el dardo excelente de Añi, lanzado por el hijo de Gadhí, fue apagado por el bastón del brahmán como el fuego por el agua.

»El hijo de Gadhí, furioso, lanzó sucesivamente los dardos de Varuna, de Rudra, de Indra, de Pasupati, el Aishika, el Manava, el Mohana, el Gandharva, el Svapana, el Jrimbhna, aún el Mohana, el Samtapana y el Vilapana, el Soshana, el Daruna, el trueno irresistible, el Brahmapasa, el Kilapasa, el Varunapasa, el Pinaka, el arma favorita de Siva, el Sushka y el Ardra, doble cuadrado de rayos, el palo de los pisacas, el arma de Kranunca, el Dharmacakra, el Kalacakra y el Vishnucakra, el pisón de Vavú y el Hayasiras. Lanzó al punto el doble arpón, Kankala y Musala, el poderoso dardo de los Vidyadharas y el arma terrible de Kalá, el tridente de Siva y su formidable collar de cráneos: todos estos proyectiles los lanzó, ¡oh alegría de Raghú!, los lanzó contra Vasishtha, el mejor de cuantos oran. Y entonces verificóse un prodigio: ¡todos aquellos proyectiles fueron devorados por el bastón del hijo de Brahma!

»Una vez apagados de este modo, el hijo de Gadhí disparó un dardo de Brahma. A la vista de tal arma blandida en el aire, los dioses, Añi a su cabeza, los divinos rishis, los gandharvas con las Grandes Serpientes quedaron sobrecogidos de espanto. Los tres mundos mismos aterrados quedaron por el lanzamiento del dardo de Brahma. Esta temibilísima arma de Brahma, cantelleante como él mismo, el propio Vasishtha la consumió toda entera con su propio bastón, ¡oh Raghava! Y tras haber devorado el magnánimo asceta el poderosísimo dardo, tomó un aspecto terrible, formidable, que turbó a los tres mundos: Del hueco de todos los pelos del magnánimo Vasishtha salieron chispas parecidas a dardos de fuego mezclados con vapor. Blandido por su mano, el cetro brahmánico brillaba como el fuego sin humo de Kala, como otro cetro de Yama.

»En aquel momento, las tropas de munis exaltaron a Vasishtha, el mejor de cuantos recitan plegarias: "Tu poder es irresistible, ¡oh brahmán!; refrena tu energía mediante tu energía. Has vencido, ¡oh brahmán!, al muy poderoso Visva-

mitra. Tu fuerza es irresistible, ¡oh tú, el mejor de los ascetas! Que los mundos cesen de temblar”.

»A estas palabras, el ilustre Vasishtha, el del gran tapás, se calmó. Visvamitra humillado, dijo gimiendo: “El poder de los kshatriyas es un poder maldito. La verdadera fuerza es la energía brahmánica (188). El tan sólo, el bastón de este brahmán, ha roto todas mis armas. Tras lo que acabo de ver, en adelante, apaciguados mis sentidos y mi corazón, voy a emprender un gran tapás que me valdrá la virtud brahmánica”.

## SARGA LVII

### HISTORIA DE TRISANKÚ

«Con el corazón dolorido a causa del recuerdo de su derrota, vuelto el enemigo del magnánimo Vasishtha, gimiendo, gimiendo aún, Visvamitra, el del gran tapás, se fue hacia el sur con la reina, ¡oh Raghava!, dispuesto a practicar las más terribles austeridades. No se alimentaba sino de frutos y raíces; los sentidos domados, dábale al más vigoroso ascetismo. Con ello, nació le varios hijos esencialmente virtuosos: Havishpanda, Madhushpanda, Driphanetra, Maharatha. Mil años transcurrieron. Entonces Brahma, Abuelo de los mundos, dirigió estas suaves palabras a Visvamitra, tesoro de ascetismo: “Los mundos de los rajarshis conquistados han sido por tu tapás, ¡oh hijo de Kusica! En virtud de tu tapás, te reconocemos todos como rajarshi”.

»Habiendo hablado así el ilustre y supremo Señor de los mundos, acompañado de los daivatas volvióse al Cielo, al Brahmaloka. Visvamitra, escuchando tales palabras, bajó la cabeza todo confuso. Y penetrado de vivísimo dolor, exclamó indignado: “Tras haber practicado un tapás extremadamente riguroso he sido reconocido rajarshi por todos los dioses y las tropas de los rishis. No es, en verdad, el fruto que yo esperaba de mi ascetismo”. Reflexionando de este modo en su corazón, Visvamitra, el del gran tapás, emprendió austeridades aún mayores, ¡oh Kakutstha!, él, el virtuoso príncipe de alma excelente y noble.

»Por aquel tiempo vivía el leal y virtuoso Trisankú, nacido de la raza de Ikshvaku. Al cual, ¡oh Raghava!, le vino este pensamiento: “Voy a hacer un sacrificio y mediante él iré con mi cuerpo a la morada suprema de los dioses”. Hizo venir

a Vasishtha y le comunicó su proyecto. El magnánimo Vasishtha le dijo: «Es imposible». Dicho esto, se dirigió hacia el sur.

«Descando siempre alcanzar lo que se proponía, el rey fue junto a los hijos de Vasishtha, allí donde desde hacía mucho tiempo practicaban el ascetismo. El célebre Trisankú advirtió aquel centenar de soles de brillo sin igual, es decir, los sabios hijos de Vasishtha entregados al ascetismo. Y abordando a los magnánimos hijos de su gurú, les saludó a todos antes de nada, inclinando ligeramente la cabeza, por deferencia. Y haciendo el anjali, dijo a todos aquellos ascetas de gran alma: "Me refugio junto a vosotros. Vengo a solicitar la protección de ayudas dignas de tal nombre. Ante la negativa del magnánimo Vasishtha, felicidad a vosotros, concededme, tal cual deseo, poder ofrecer un gran sacrificio. ¡Ojalá pueda, mediante mis homenajes, volverme favorable a todos los hijos de mi gurú! Con la cabeza inclinada, os abjuro a vosotros, que sois brahmanes afianzados en el ascetismo, que asistáis todos al sacrificio que quiero ofrecer con objeto de alcanzar lo que me propongo, es decir, poder con mi cuerpo conseguir el Devaloka. Rechazado por Vasishtha, ¡oh tesoros de ascetismo!, no veo otro medio que vosotros, los hijos de mi gurú. Para todos los descendientes de Ikshvaku el purodhas es la salvación suprema. A falta de ello, sed todos mi divinidad"».

### SARGA LVIII

#### TRISANKÚ, MALDECIDO POR LOS HIJOS DE VASISHTHA

«A estas palabras, pronunciadas con cólera por el rey Trisankú, los cien hijos del asceta respondieron, ¡oh Rama!: "Puesto que has sido rechazado en tu pretensión loca por tu ídolo gurú, ¿para qué abandonarle y tratar de engancharte a otra rama? Para todos los descendientes de Ikshvaku el purodhas es la salvación suprema, has dicho. Pues bien, es preciso no despreciar las sinceras palabras de Vasishtha. «Es imposible». Tal fue la respuesta del bienaventurado rishi. Por consiguiente, nosotros no podríamos, en modo alguno, participar a tu sacrificio. Careces de experiencia, ¡oh jefe de los hombres! Vuélvete a tu ciudad. El bienaventurado Vasishtha es poderoso en los sacrificios, e incluso, ¡oh rey!, en cuanto interesan a los tres mundos. ¿Cómo podríamos nosotros obrar con desprecio de su persona?"

«Cuando hubo oído este lenguaje de los indignados solita-

rios, el rey les dijo de nuevo: "Rechazado por mi bienaventurado gurú y por sus hijos, me volveré hacia otro lado. Adiós. ascetas". Los hijos del rishi, al oír estas palabras proferidas en tono de amenaza, llenos de cólera le maldijeron: "¡Descenderás a la condición de candala!" (189). Tras estas palabras los magnánimos ascetas entraron en su eremitorio.

»Transcurrida la noche, el rey cayó en el estado de candala. Vestido con un hábito negruzco, negruzco él mismo, el aspecto feroz, la cabellera en desorden, iba cubierto de cenizas y de flores de cementerio y los adornos que llevaba eran de hierro. Cuando le vieron transformado así en candala, todos sus consejeros le abandonaron huyendo sin excepción, ¡oh Rama!, y otro tanto hicieron los habitantes de la ciudad que le habían acompañado. El rey, el del alma grande, al verse solo, ¡oh Kakutstha!, se fue a encontrar a Visvamitra, rico en ascetismo. Día y noche caminaba hundido en su dolor. Visvamitra, al ver al rey desposeído de sus méritos y bajo la forma de un candala, ¡oh Rama!, el muni sintió piedad. Y en su conmiseración, el asceta ilustre, dotado de las mayores virtudes, le dirigió estas palabras: "Felicidad a ti, ¡oh rey, cuya contemplación es tan pavorosa! ¿Qué motivo te trae, ¡oh príncipe valeroso!, ¡oh rey de Ayodhya!, ¡oh héroe caído en virtud de una maldición!, al estado candala?"

»A esta pregunta, el rey caído al estado de candala, haciendo el anjalí, respondió sabiamente a este sabio: "He sido rechazado por mi gurú y por sus hijos. No he podido alcanzar lo que me proponía. Todo lo contrario es lo que me ha sucedido, puesto que lo que quería era ir al Cielo con mi cuerpo, ¡oh muni de benévolo aspecto! He ofrecido un centenar de sacrificios sin poder recoger su fruto. Jamás he proferido mentira, ni la proferiría nunca, ni aun en las situaciones más penosas, ¡oh solitario lleno de afabilidad!; te lo juro por mi fe de kshatriya. He ofrecido sacrificios de todas clases; a mi pueblo le he gobernado según la ley; mis gurús magnánimos, satisfechos han estado siempre de mi conducta; aplicado a mi deber, deseoso estaba de ofrecer un nuevo sacrificio, y he aquí que mis gurús me rechusan este favor, ¡oh toro de los ascetas! El Destino es todopoderoso, a mi juicio, y lo que el hombre hace es inútil. El Destino acaba con todo; el Destino es la vía suprema. Dado mi enorme infortunio, concédeme el favor que solicito, a mí, cuyo karmán ha sido destruido por el Destino, y sé bendito. Incapaz sería de hallar otro asilo, no tengo otro refugio que tú. Preciso es que apartes al Destino mediante tu energía viril!"»

## SARGA LIX

## VISVAMITRA MALDICE A LOS HIJOS DE VASISHTHA

«Oyendo este lenguaje del rey caído en el estado de candala, el hijo de Kusika, conmovido de piedad, le respondió con voz llena de benevolencia: «Querido hijo de Ikshvaku, sé bien venido, pues sé que eres virtuoso. Te concedo mi protección; no temas nada, toro de los reyes. Yo convocaré a todos los grandes rishis, los del santo karmán, que prestan su concurso en los sacrificios, ¡oh rey!; y entonces podrás sacrificar tranquilamente. Esta forma de la cual te ha revestido la maldición de tu gurú te acompañará cuando con tu cuerpo subas al Cielo sin esfuerzo, cual si la llevases de la mano, estoy convencido de ello, ¡oh príncipe!, que has venido a buscar asilo junto al hijo de Kusika". Esto dicho, el glorioso asceta ordenó a sus hijos, esencialmente virtuosos y de gran inteligencia, que hiciesen los preparativos para el sacrificio. Convocó a todos sus discípulos y les dijo: "Todos los rishis, así como a los hijos de Vasishttha, os ordeno que me los traigáis. Así como a sus discípulos, a sus amigos y a los ritvijs de gran renombre. La respuesta que cada uno pueda hacer a mi invitación me la traeréis íntegramente, por despreciable que pueda ser".

«Tras estas palabras y dispuestos a cumplir la orden, dispersáronse en todas direcciones. Más tarde, tras haber recorrido todos los países, volvieron aquellos intérpretes del *Veda*, discípulos de Visvamitra, y acercándose al muni centelleante de esplendor, le trajeron la respuesta de cada uno de los ascetas instruidos en los *Vedas*: "Según has ordenado, todos los Dos-veces-nacidos llegan. Vienen, sí, de todas partes, a excepción de Mahodaya. En cuanto a los cien hijos de Vasishttha, lo que con tono lleno de cólera nos han respondido, escúchalo ¡oh toro de los ascetas!: «En ese sacrificio ofrecido por un kshatriya, sobre todo en nombre de un candala, ¿cómo suras y rishis gustarían las libaciones, y los brahmanes magníficos, de tocar a los alimentos de un candala? ¿Cómo podría ir al Cielo bajo la égida de Visvamitra?» Tal es el lenguaje insolente que profirieron con los ojos inyectados en sangre, de tal modo estaban encolerizados, ¡oh toro de los ascetas!, todos los hijos de Vasishttha y Mahodaya".

«Cuando oyó estas palabras, el toro de los ascetas, con la mirada centelleante de furor, exclamó rabioso: "¡Puesto que

me desprecian a mí, que no estoy manchado, que practico un tapás riguroso, deshechos en ceniza caerán, no hay duda! ¡Hoy mismo serán arrastrados en la red de Kala hasta la presencia del hijo de Vivasvat! Y tras setecientas reencarnaciones, llegarán a ser mritapas. Se nutrirán exclusivamente de carne de perro, y serán conocidos con el nombre de Mushtikas. Extraños a la compasión, envilecidos, repugnantes, errarán por los mundos. En cuanto a Mahodaya, que me ha insultado con su perversidad también él, sin yo merecerlo, caído recorrerá los mundos en estado de nishada (190), complaciéndose en destruir los alientos vitales de los seres, e inaccesible a la piedad, durante mucho tiempo marchará por el fatal sendero que le traza mi cólera».

»Tras haber hablado así en medio de los rishis, Visvamitra el del gran tapás, guardó silencio, él, el gran asceta, el de energía inmensa.»

## SARGA LX

### TRISANKÚ SUBE AL CIELO

«Cuando comprendió que los hijos de Vasishtha, así como Mahodaya, habían sido destruidos por el poder de su tapás, el ilustre Visvamitra dijo en la asamblea de los rishis: "El vástago de Ikshvaku, el ilustre Trisankú, afianzado en el deber generoso, ha venido a solicitar mi protección, deseoso como está de ganar el Cielo con su cuerpo. Con objeto, pues, de que pueda subir al Cielo corporalmente, es preciso que procedáis conmigo a un sacrificio, ayudándome".

»Oyendo estas palabras de Visvamitra, todos los grandes rishis, instruidos en su deber, tuvieron entre ellos un lenguaje que le fue favorable: "El descendiente de Kusika es un asceta de cólera violentísima. La orden que nos ha dado preciso es seguirla puntualmente, no hay duda alguna. Pues si no, émulo de Añi, el Bienaventurado nos maldecirá llevado de su cólera. Ofrezcamos este sacrificio para que el retoño de Ikshvaku vaya al Cielo con su cuerpo gracias a las energías de Visvamitra. Por consiguiente, procedamos todos al cumplimiento de este sacrificio". Habiendo hablado así, los maharshis hicieron los preparativos. En esta ceremonia, el sacrificador fue el muy poderoso Visvamitra. Los ritvijs, según su categoría, instruidos en los mantras que tú conoces, ¡oh Rama!, cumplieron todos los ritos, conforme a las reglas litúrgicas. Tras un tiempo con-



siderable, Visvamitra, el del gran tapás, hizo la invocación para que todos los dioses tuviesen su parte en el sacrificio. Pero ninguna divinidad vino a tomarla. Entonces, lleno de cólera, el gran muni Visvamitra, agitando en el aire la cuchara sagrada, dijo a Trisankú muy indignado: "¡Aquí tienes la energía de mi tapás! ¡Ha vencido al Cielo, ¡oh jefe de los hombres! Mediante mi poder yo te conduciré allí. ¡Ve al Cielo, de difícil acceso, con tu cuerpo, oh rey! De todas maneras, la conquista del Cielo es el fruto de mi ascetismo. Por la virtud de este tapás, ¡oh rey!, sube al Cielo con tu cuerpo".

»Habiendo hablado así el asceta, el rey con su cuerpo subió al Cielo, ¡oh Kakutstha!, en presencia de los munis.

»Cuando vio a Trisankú llegar al Svargaloka, el matador de Paka, acompañado de todos los grupos de suras, le habló de este modo: "¡Oh Trisankú, vete más que de prisa! La mansión del Cielo no ha sido hecha para ti. Alcanzado por la maldición de tu gurú, ¡oh insensato!, vuelve a caer sobre la Tierra, y cabeza abajo".

»A estas palabras del gran Indra, Trisankú empezó a caer furioso: "¡Protégeme!", gritó a Visvamitra, rico en ascetismo. Cuando le oyó hablar así, lleno de cólera, el hijo de Kusika, presa de viva indignación le gritó desde en medio de los rishis: "¡Detente, detente!" El solitario, poderoso como otro Prajapati, emitió, en la región del sur, siete nuevos rishis. Lleno de furor, emitió un nuevo grupo de constelaciones, que colocó en la región del sur. El ilustre asceta, desde el medio de los rishis, temblando de cólera, dijo tras haber emitido aquel grupo de constelaciones: "¡Yo haré cual otro Indra, o el Mundo se pasará sin Indra!" Y llevado por la cólera dispúsose, incluso, a producir nuevas divinidades.

»Las suras y las asuras con los grupos de rishis, llenos de terror, dirigieron al magnánimo Visvamitra palabras de apaciguamiento, de sosiego: "El rey, ¡oh afortunado brahmán!, alcanzado de decadencia por la maldición del gurú no merece ir al Cielo con su cuerpo, ¡oh tesoro de ascetismo!" Así hablaron los dioses.

»El hijo de Kusika, toro de los ascetas, les dio a todos esta orgullosa respuesta: "Que no os desagrade, pero la promesa que he hecho al rey Trisankú de que subiría al Cielo de cuerpo entero no será vana. En el Cielo permanecerá Trisankú, con su cuerpo, eternamente. Y además todas mis constelaciones permanentes serán. Mientras que los mundos duren, subsistirán íntegramente. Vosotros los suras, todos, aguantaos de que así sea".

«Oyendo estas palabras, todos los suras respondieron al toro de los ascetas: "Por nosotros que no quede, felicidad a ti; que existan plenamente esas constelaciones numerosas; colocadas serán en el firmamento fuera del camino seguido por Vaisvanara. Y entre esos astros, ¡oh el mejor de los ascetas!, cabeza abajo, emitiendo viva claridad, Trisankú tendrá toda la traza de un Inmortal. Las estrellas se ligarán a la comitiva del eminente príncipe, cuyo propósito quedará con ello realizado, puesto que lleno de gloria en el Cielo estará".

«El virtuoso Visvamitra habiendo obtenido satisfacción de parte de todos los dioses, lleno de energía, dijo desde en medio de todos los rishis a las divinidades: "¡Está bien!" Entonces los magnánimos dioses y los rishis, tesoros de ascetismo, marcháronse todos, el sacrificio acabado, según el orden en que habían venido, ¡oh el más eminente de los hombres!»

## S A R G A L X I

### EL SACRIFICIO DE AMBARISHA, INTERRUPTIDO

«El muy poderoso Visvamitra, contemplando a los ascetas que estaban junto a él, ¡oh tigre entre los hombres!, dijo a todos aquellos habitantes del bosque: "Puesto que un gran obstáculo ha surgido en la región del sur, nos iremos a otra parte para practicar allí el ascetismo. En la vasta región occidental, al borde de los estanques Pushkaras, ¡oh magnánimos rishis!, proseguiremos tranquilamente nuestro tapás; es una soledad apacible".

«Tras haber hablado así, el grande y poderoso muni fue a los estanques Pushkaras, donde se entregó a las más rudas mortificaciones, no alimentándose sino de raíces y de frutas. En aquel entonces, el gran monarca de Ayodhya, el ilustre Ambarisha, emprendió un sacrificio. Durante la ceremonia, Indra sustrajo la víctima. Esta desaparecida, el sacerdote dijo al rey: "La víctima ha sido sustraída, ¡oh rey!; tu mala conducta ha causado su pérdida. El rey que no es un protector perece a causa de su indignidad, ¡oh jefe de los hombres! Emplea el gran medio de expiación, o bien trae prontamente un hombre a guisa de víctima, ¡oh toro de los hombres!, mientras la ceremonia prosigue".

«Cuando oyó este lenguaje de su preceptor, el rey, toro de los hombres, que estaba dotado de gran inteligencia, se marchó

en busca de una víctima, proponiendo a cambio de ella millares de vacas. El rey recorrió las diversas comarcas, las ciudades, las aldeas, los bosques y los lugares solitarios sagrados, los eremitorios. Y encontró, ¡oh hijo mío, alegría de Raghú!, a Ricika, establecido en el Bhrigutunga con sus hijos y su mujer. El poderoso rajarshi, de gloria inmensa, inclinándose ante el gran asceta de brillante tapás, le habló con lenguaje insinuante, dirigiendo esta apremiante petición al bienaventurado Ricika: "Si quieres cambiar uno de tus hijos contra cien mil vacas, para que sirva de víctima, ¡oh afortunado descendiente de Bhrigú!, mi propósito quedará cumplido. He recorrido todas las regiones sin hallar víctima para el sacrificio. Cédeme por este precio a uno de tus hijos".

»Oyendo estas palabras, el poderoso Ricika respondió: "No te cederé el mayor a ningún precio, ¡oh el primero de los hombres!" Cuando la madre de aquellos ascetas magnánimos hubo oído a Ricika, dijo a Ambarisha, el tigre entre los hombres: "El bienaventurado descendiente de Bhrigú rehusa entregarte a su hijo mayor. Sabe que mi preferido es el más joven, Sunaka, señor. Por consiguiente, mi hijo joven no te lo daré. ¡oh rey! Es cosa corriente, ¡oh el primero de los hombres!, que los mayores sean los preferidos de los padres, pero las madres aman preferentemente a los más pequeños. Por lo tanto, yo defiendo a mi hijo más joven".

»Habiendo hablado así el muni y su mujer, ¡oh Rama!, Sunahsepa, que venía en edad entre el mayor y el más joven, dijo a su vez: "Mi padre pretende que no se puede vender el hijo mayor; mi madre, que el más joven. El que ha nacido entre los dos, pienso que puede ser vendido; llévame, pues, contigo, ¡oh príncipe!"

»Oyendo estas palabras del recitador de los *Vedas*, el rey, ¡oh valeroso héroe!, dio varios kotis de oro fino, montones de perlas y cien mil vacas a cambio de Sunahsepa. Y tomando a éste, el monarca volvió con él lleno de alegría, ¡oh descendiente de Raghú!

»Y haciendo subir a Sunahsepa en su carro, Ambarisha, el rajarshi poderoso y lleno de gloria, regresó lo más de prisa que pudo.»

## SARGA LXII

## AMBARISHA SACRIFICA EN HONOR DE SUNAHSEPA

«¡Oh príncipe, alegría de Raghú!, el rey, lleno de gloria, habiendo cogido a Sunahsepa, detúvose en el centro del día en los bordes de un Pushkara. Mientras descansaba allí, el célebre Sunahsepa, acercándose al excelente Pushkara, advirtió a Visvamitra, su tío materno, que practicaba el ascetismo con los rishis. Anonadado de dolor, el rostro abatido, agotado de sed y fatiga, se arrojó en brazos del muni, ¡oh Rama!, y le dijo: "No tengo ya ni madre, ni padre, ni parientes, ni amigos de ninguna clase. Protégeme tú, debes hacerlo, ¡oh bueno y poderoso asceta! Tú, el mejor de los hombres, debes proteger a cuantos llegan a ti, tú, el asilo de todos. Que el rey cumpla su cometido, pero que yo viva largo tiempo al abrigo de la destrucción, y que pueda gozar del Cielo tras haber practicado un excelente tapás. Protégeme con tu corazón amante, pues sin ello, sin protector estoy. Cual un padre virtuoso hace por su hijo, sálvame de la desgracia que me amenaza".

«Una vez que le hubo oído, el poderoso Visvamitra le prodigó sus consuelos. Luego dijo a sus hijos: "La razón en virtud de la cual los padres, ávidos de felicidad, engendran a sus hijos es para que presten servicios a los demás. Y la ocasión se presenta. Este joven hijo de asceta solicita mi protección. Haced, a costa de vuestra vida, queridos hijos, lo que desca. Todos practicáis el hien, todos tomáis el deber como asilo supremo; sed, pues, para el rey las víctimas del sacrificio y hartad a Añi. Con ello, Sunahsepa habrá encontrado protección, el sacrificio no tendrá impedimento, las divinidades quedarán satisfechas y yo habré liberado mi palabra."

«A este discurso del asceta, Madhucchanda y sus hermanos, ¡oh el mejor de los hombres!, respondieron con burlona insolencia: "¿Cómo puedes abandonar a tus hijos por salvar al hijo de un extraño, ¡oh señor!? No creemos que esto te esté permitido. Es cual si comieses carne de perro."

«A este lenguaje de sus hijos, el toro de los ascetas, encendidos los ojos de cólera, empezó a maldecir: "¡Por vuestro lenguaje irrespetuoso, reprobado por el deber, rebelde a mi voluntad, insolente y que hace que el espanto erice los cabellos, os alimentaréis de carne de perro, como los hijos de Vasishtha, en vuestras diversas reencarnaciones, y habitáreis la Tierra mil años enteros."

»Tras haber consagrado a sus hijos a esta maldición, el excelente muni dijo a Sunahsepa, que estaba lleno de tristeza, asegurándole una protección eficaz: "Cuando cargado de ataduras sagradas, adornado con guirnaldas rojas y perfumado estés cerca de la picota de Vishnú, implora a Añi. He aquí dos gathás divinos que cantarás, ¡oh hijo de asceta! y en este sacrificio de Ambarisha obtendrás con ello la plenitud de la existencia."

»Sunahsepa, habiéndose apoderado de los dos gathás con profundo recogimiento, apresuróse a volver junto al león de los reyes. Ambarisha, y le dijo: "¡Oh león de los reyes, lleno de sabiduría, vamos de prisa. Parte, ¡oh Indra de los reyes!, y dispone para la ceremonia."

»El lenguaje del hijo del asceta llenó de alegría al príncipe, que fue a toda prisa al lugar del sacrificio sin ceder a la fatiga.

»De acuerdo con la asamblea de los rishis, el rey, habiendo adornado a la víctima con las insignias sagradas y habiéndola vestido de rojo, la ató al poste.

»Cuando fue desatado, el hijo del asceta celebró, según los ritos, en términos excelentes, a los dos suras, Indra y el nacido después.

»Llenos de alegría, el dios de los mil ojos, al que aquel místico lenguaje colmaba de placer, Vasava concedió larga vida a Sunahsepa.

»El rey, por su parte, ¡oh Rama, el primero de los hombres!, retiró de su sacrificio frutos múltiples gracias al favor del dios de los mil ojos, mientras el virtuoso Visvamitra, el del gran tapás, proseguía su ascetismo cerca de los estanques Pushkaras. ¡oh príncipe!, durante siglos.»

### SARGA LXIII

#### MENAKÁ SEDUCE A VISVAMITRA

»Los mil años terminados, el gran muni, habiendo cumplido sus votos, todos los suras llegaron presurosos con el deseo de presentarle los frutos de su tapás. El todopoderoso Brahma le dirigió estas palabras elogiosas: "Gracias a tus santas obras, que han conquistado el Cielo, has llegado a ser, felicidad a ti, rishi." Esto dicho, el jefe de los dioses se volvió al tercer Cielo. En cuanto al célebre Visvamitra, entregóse de nuevo a austeridades más grandes que nunca.

»Tras un tiempo muy largo, Menaká, la primera de las apsaras, ¡oh príncipe!, fue a bañarse en los estanques Pushkaras. El glorioso hijo de Kusika vio a Menaká, cuya belleza sin igual resplandecía como la claridad en la nube. Domado por el fogoso Kandarpa, el asceta la dijo: "Sé bien venida, ¡oh apsara!; ven a establecerte en mi ermita. Responde a los transportes de mi amor y sé dichosa." Invitada de este modo, la hermosa apsara se quedó allí. Entonces hubo una gran interrupción en el tapás de Visvamitra. Los cinco y aun cinco años que Menaká pasó, ¡oh Raghava!, en la agradable ermita de Visvamitra transcurrieron gozosos. Al cabo de este tiempo, Visvamitra, el gran asceta, sintió como vergüenza; dolorosas reflexiones le asaltaron, e incluso un pensamiento vino al espíritu indignado del asceta, ¡oh alegría de Raghú!: esta completa destrucción de mi ascetismo obra es de los dioses. Los diez años no me han parecido sino un día y una noche. He sido extraviado por la pasión. A causa de ello, la interrupción de mi tapás. Pensando así, el excelente asceta gemía abrumado por el dolor. Entonces, con palabras llenas de benevolencia, el hijo de Kusika despidió a Menaká, la apsara, a la que vio temblando ante él, aterrada. Luego, ¡oh Rama!, Visvamitra se fue hacia la montaña del norte. El ilustre asceta, deseoso de vencerse, resolvió guardar en adelante una continencia perpetua.

»Llegado a los bordes del Kausikí, se impuso las mayores maceraciones. Durante mil años practicó un espantoso tapás, establecido allí en la montaña del norte. Los dioses, ¡oh Rama!, temblaron. Los suras, habiéndose reunido con las tropas de rishis, todos juntos deliberaron: "Que el hijo de Kausika reciba el glorioso título de maharsi", dijeron. Una vez que el Abuelo de todos los mundos hubo oído estas palabras de los dioses, se dirigió en términos afectuosos a Visvamitra, el del rico Ascetismo, en estos términos: "¡Oh maharshi! ¡Oh bien-amado!, yo te saludo. Tu riguroso tapás me ha gustado. Te concedo el puesto insigne de gran rishi, ¡oh hijo de Kusika!" Oyendo estas palagras de Brahma, Visvamitra, tesoro de ascetismo, haciendo el anjalí y permaneciendo inclinado, respondió al Abuelo: "Si me has concedido el título sin igual de brahmarshi gracias a las obras santas mediante las cuales se conquista el Cielo, sin duda es porque he conseguido domar mis sentidos." Brahma le replicó: "No, aún no eres dueño absoluto de tus sentidos. Esfuérzate por conseguirlo, ¡oh tigre de los ascetas!" Y tras hablar así, se volvió al tercer cielo en medio del cortejo de los dioses.

»Entonces Visvamitra, levantados sin apoyo los brazos, ali-

mentándose de aire, continuó su tapás. Durante el verano, instalábase entre cinco fuegos; durante la estación de las lluvias permanecía al aire libre. Si hacía frío, permanecía echado en el agua durante la noche. El asceta practicó este tapás formidable durante un millar de años.

»Mientras Visvamitra, el gran muni, atormentábase de este modo, un vivísimo dolor se apoderó de los dioses y de Vasava. Sakra, escoltado de tropas de maruts, dirigió a Rambhá, la apsara, un discurso que no podía sino serle a él favorable, pero para el hijo de Kusika, perjudicial.»

## SARGA LXIV

### VISVAMITRA MALDICE A RAMBHÁ

«Es preciso que cumplas, ¡oh Rambhá!, en beneficio de los dioses una misión importante, que es seducir al hijo de Kusika embriagándole de amor." Habiendo hablado así el sabio y astuto dios de los mil ojos, ¡oh Rama!, la apsara, confusa y haciendo el anjalí, respondió al amo de las suras: "Jefe de las suras, ese gran muni Visvamitra es temible. Va a desencadenar su terrible furor contra mí, ¡oh dios!, no me cabe la menor duda. Y por ello tengo mucho miedo. Ten piedad de mí." Cuando ella hubo expresado de este modo, Rama, el terror que la dominaba, el dios de los mil ojos, viéndola toda temblorosa y haciendo el anjalí, la dijo: "No temas nada, ¡oh Rambhá!, cumple mi voluntad y sé dichosa. Tomando la forma del kokila, con flores encantadoras, yo estaré cerca de ti en compañía de Kandarpa. Por tu parte, revístete con tu hermosura de encantos múltiples y de maravilloso esplendor, ¡oh afortunada!, e interrumpe el tapás de ese rishi, hijo de Kusika."

»A estas palabras de Indra, la apsara, adornada con una hermosura sin igual, locuela y riente, emprendió el seducir a Visvamitra.

»El solitario escuchó el suavísimo canto del kokila, mientras que, con el corazón gozoso, contemplaba a la apsara. El incomparable canto del kokila y la presencia de Rambhá pusieron al asceta en una situación peligrosa. Pero el toro de los solitarios, comprendiendo que todo era obra del dios de los mil ojos, lleno de indignación, el hijo de Kusika, maldijo a Rambhá: "Puesto que tratas de seducirme, ¡oh Rambhá!, a mí, que deseo vencer el amor y la cólera, durante diez mil años

no serás sino una roca, ¡oh miserable! Un brahmán muy poderoso a causa de la energía de su tapás, te sacará, ¡oh Rambhá, de la caída en la que te precipita mi enojo." Así habló el ilustre Visvamitra, incapaz de contener el fuego de la indignación que le abrasaba. Y bajo el poder de su maldición, Rambhá fue metamorfoseada en piedra. En cuanto a Kandarpa, al oír las palabras del rishi se alejó.

«Frustrado a causa de la cólera del fruto de su ascetismo, el célebre muni, ¡oh Rama!, cuyos sentidos aún no estaban domados, no pudo hallar la tranquilidad de alma. La destrucción de su tapás le hizo reflexionar de este modo: "Ya no me volveré a entregar a la cólera, no volveré a proferir palabra. Además permaneceré, sin volver a tomar alimento, centenares de años. A fuerza de reprimir mis sentidos, desecaré mi cuerpo. Y ello, hasta que obtenga la cualidad de brahmán por el mérito de mi tapás. Sin respirar ni tomar alimento permaneceré años enteros. Y no obstante estas mortificaciones, mis miembros no perecerán".

»Y así fue cómo durante mil años el toro de los ascetas cumplió esta obra santa, sin igual, célebre en el Universo, ¡oh alegría de Raghú!»

## S A R G A L X V

### VISVAMITRA OBTIENE LA CATEGORÍA DE BRAHMÁN

«Dejando la región del Himavat, ¡oh Rama!, el gran muni se fue a la del este, y allí se entregó al más riguroso ascetismo. Durante mil años cumplió el voto de silencio: no le hay mejor; y practicó, ¡oh Rama!, un tapás sin igual, extremadamente difícil. Durante un millar de años, transformado el gran asceta en un pedazo de madera, a despecho de los incontables obstáculos con los que chocó, guardó su corazón cerrado a la cólera. Fiel a su resolución, ¡oh Rama!, practicó un ascetismo que nada pudo turbar. Cuando hubieron transcurrido los mil años, el santo quiso tomar un poco de alimento. En aquel momento, ¡oh excelente hijo de Raghú!, Indra, disfrazado de Dos-veces-nacido, le ofreció alimentos ya preparados, presentando al asceta todos aquellos alimentos perfectamente condimentados. Firme en su propósito, el bienaventurado asceta dejó aquella comida sin catarla siquiera. Ni dijo una palabra al brahmán, fiel siempre a su voto de silencio. Y de nuevo permaneció sin hablar, reteniendo su aliento, durante mil años.



Cuando permanecía de este modo sin respirar, un vapor apareció sobre su cabeza. Aquel humo turbó a los tres mundos; a punto estuvieron de ser consumidos. Entonces davas, rishis, gandharvas, panagas, uragas y rakshasas, extraviados por el tapás del asceta y viendo su propio esplendor borrado por el brillo sin igual del gran muni, dirigiéndose todos al Abuelo, le dijeron: «¡Oh dios!, el gran muni Visvamitra, al que numerosas causas debían empujar al amor y a la cólera, es cada vez más grande a causa de su ascetismo. Ni una laguna se nota en él, ni siquiera la más pequeña. Si, pues, no se le da lo que su corazón desea, va a destruir los tres mundos a causa de su tapás, con los seres que en ellos se mueven más los que no se mueven. Todas las regiones están turbadas y nada ha guardado su brillo. Los océanos están todos espantados, las montañas se hunden, la tierra tiembla, el viento sopla amenazando tempestad. ¡Oh Brahma!, nosotros no conocemos remedio a este estado de cosas; ya no hay creyentes; el triple mundo está como cogido de extravío; tiene el espíritu turbado. El Sol ha perdido su brillo ante el del gran rishi. Antes de que piense en destruir los mundos, ¡oh dios!, este gran asceta, concédele el favor que solicita, ¡oh Bienaventurado!, a él, que tanto se asemeja a Añi a causa de su gran esplendor. Del mismo modo que en otro tiempo el fuego de la destrucción final consumió enteramente los tres mundos, así tenemos que él quiera hacer otro tanto con el reino de los dioses. Que le sea concedido, pues lo que desea”.

»Entonces, todas las tropas de suras, con el Abuelo a la cabeza, dirigieron al magnánimo Visvamitra palabras llenas de benevolencia: “¡Oh brahmarshi, nosotros te saludamos! Tu ascetismo nos ha colmado de gozo. La calidad de brahmán, tu riguroso tapás te la ha conquistado, ¡oh hijo de Kusika! Yo te concedo una larga vida, ¡oh brahmán!, yo a quien las tropas de los maruts acompañan. Sé dichoso, felicidad a ti, ¡oh dulce asceta! Ve allí donde te plazca”.

»Cuando hubo oído al Abuelo hablar así en nombre de todos los habitantes del Cielo, inclinándose lleno de gozo, el gran muni dijo: “Puesto que he adquirido la dignidad brahmánica, así como una larga vida, que la sílaba *Om*, que el grito *¡Vashat!* y los *Vedas* hagan elección de mi persona. Que yo sea el primero de los intérpretes del Kshatraveda y del Brahmadeva, que el hijo de Brahma, Vasishtha, me rinda homenaje, ¡oh Dioses! Y si mi voto supremo es concedido, que los toros de entre los suras vengan también”.

»A las instancias de los dioses, Vasishtha, el mejor de los que

rezan, se reconcilió con Visvamitra: "Sé un brahmarshi, le dijo. Sin duda alguna eres un brahmarshi. Tu triunfo es completo". Cuando hubo hablado así, los dioses se marcharon tal cual habían venido. El virtuoso Visvamitra, habiendo sido investido de la eminente dignidad brahmánica, rindió sus homenajes al brahmarshi Vasishtha, el mejor de los que rezan. Su deseo cumplido, recorrió la Tierra entera, afianzado en su tapás. He aquí cómo la calidad de brahmán, ¡oh Rama!, fue obtenida por el magnánimo solitario. El es, ¡oh Rama!, el primero de los ascetas. Es el tapás encarnado. Es el Deber supremo. El perpetuo asilo de la energía".»

Habiendo hablado así, el Dos-veces-nacido calló.

Cuando hubo oído el discurso dirigido por Satananda a Rama y a Lakshmana, Janaka, haciendo el anjalí, dijo al hijo de Kusika: «Es para mí una dicha, es un honor para mí, ¡oh toro de los ascetas!, verte en mi sacrificio acompañado de Kakutstha, ¡oh hijo de Kusika! Santificado soy por tu presencia, ¡oh brahmán!, ¡oh gran asceta! Tu presencia me vale favores de todas clases. Y el relato detallado de tu gran tapás, ¡oh brahmán!, le he oído, ¡oh célebre asceta!, así como el magnánimo Rama. Los brahmanes que han asistido a este sacrificio han oído enumerar tus numerosas virtudes. Tu tapás sin medida es, y sin medida tu poder. Jamás podrán ser evaluadas tus cualidades, ¡oh hijo de Kusika! Aún no estoy harto de oír esos maravillosos relatos, ¡oh Señor, el mejor de los ascetas!, pero tiempo es de hacer las oblações de la tarde; el disco solar baja en el horizonte. Mañana, al alba, ilustre muni, preciso te será conceder una nueva audiencia. Adiós, ¡oh el mejor de los que rezan!, excúsame».

Tras estas palabras el excelente asceta cumplimentó al toro de los hombres; luego, con el alma gozosa, despidió al punto al felicísimo Janaka. Y tras haber hablado cual lo había hecho al excelente muni, el príncipe de Videha, el rey de Mithila, acompañado de sus preceptores y de sus parientes, dio al punto la vuelta en torno del asceta, teniéndole siempre a su derecha. Luego, el virtuoso Visvamitra, seguido de Rama y de Lakshmana, retiróse a su mansión, colmado de honores por aquellos magnánimos personajes.

## S A R G A L X V I

## HISTORIA DE SITÁ

Al día siguiente, al aparecer los puros rayos de la aurora, el rey, habiendo hecho sus devociones, llamó al magnánimo Visvámitra y a los Raghavas. El virtuoso príncipe le rindió el homenaje prescrito en los *Sastras*, así como a los Raghavas los de gran alma; luego dijo: «¡Oh bienaventurado, sé el bien venido! ¿Qué puedo hacer por ti, ¡oh asceta irreproachable!?

Habla. Ordena, estoy a tus órdenes.»

A estas palabras del magnánimo Janaka, el eminente y virtuoso asceta, hábil en discurrir, respondió: «Estos dos hijos de Dasaratha, guerreros afamados en el Universo, desean ver el arco maravilloso que tienes en tu poder. Muéstraselo y sé feliz. Con ello, el deseo más vivo de estos príncipes colmado será. Una vez visto el arco, habrán obtenido cuanto deseaban.»

A esta petición, Janaka respondió al gran asceta: «Escucha cómo el arco está aquí: Davarata, así se llamaba un rey, el hijo mayor de Nimi. A este príncipe magnánimo, ¡oh bienaventurado!, este arma le fue confiada en depósito. Cuando la destrucción del sacrificio de Daksha (191), en otro tiempo, el poderoso Siva, blandiendo su arco, dispersó a los dioses, lleno de cólera, diciéndoles con ironía: "Puesto que en vuestro apresuramiento por tomar vuestra parte en el sacrificio no me habéis reservado la mía, ¡oh suras!, vuestros miembros tan lindos y delicados voy a quebrantarlos con mi arco."

»Con el corazón desfallecido, todos los devas, ¡oh toro de los ascetas!, esforzándose por apaciguar a su jefe. Bhava se declaró satisfecho. Y lleno de contento entregó el arco a todos los dioses magnánimos. La joya de los arcos del aún más magnánimo dios de los dioses fue entonces confiada en depósito a nuestro predecesor, el rey Davarata. Y un día en que yo labraba mi campo, de la reja del arado salió una nifita. Cogíla y le di el nombre de Sitá, en alusión a los surcos que yo trazaba labrando. La criatura, nacida del suelo, la he criado como a una hija. Y destino al más fuerte esta muchachita nacida sin madre, salida de la tierra, y a la que he criado como hija mía. Varios reyes han venido a pedírmela en matrimonio, ¡oh toro de los ascetas! A todos estos príncipes que intrigaban por la mano de mi hija: ella es el premio al vigor, no la concederé de otro modo, les dije, ¡oh bienaven-

turados! Entonces, todos los monarcas reuniéronse, ¡oh toro de los ascetas!, vinieron a Mithila a ensayar su energía. Y para satisfacer su deseo, les presenté el arma de Siva. Ninguno pudo tender este arco, ni siquiera levantarle. Pude constatar que aquellos pretendientes, ¡oh gran munil!, tenían poca fuerza. Y, naturalmente, les negué Sitá, sábelo bien, tesoro de ascetismo. Dominados por violentísima cólera, aquellos reyes, ¡oh toro de los ascetas!, sitiaron entre todos Mithila al ver que sospechaba de su vigor y que los eliminaba uno tras otro. Aquellos toros de los reyes, dominados por su gran furor, apretaron estrechamente la ciudad de Mithila durante un año entero. Al cabo de este tiempo, todos los recursos agotados, ¡oh toro de los ascetas!, me encontré en situación crítica. Entonces, gracias al tapás, conseguí atraerme favorablemente a todas las tropas de los dioses. En el colmo del contento, los suras me procuraron un ejército con sus cuatro angas (192). Los reyes, rechazados y vencidos, se dispersaron. Desfallecidos, sus fuerzas agotadas, los perversos se retiraron con sus ministros. Este arco, ¡oh tigre entre los ascetas!, cuyo brillo es sin igual, se lo mostraré a Rama y a Lakshmana, ¡oh tú, fiel a tus votos! Si Rama consigue tender el arco, ¡oh munil!, daré mi hija Sitá, nacida sin madre, a este hijo de Dasaratha.»

## SARGA LXVII

## RAMA TIENDE EL ARCO

A estas palabras de Janaka, Visvamitra, el gran asceta, dijo al rey: «Muestra el arco.» El rey Janaka ordenó a sus servidores: «Traed el arco divino cubierto de perfumes y de guirnaldas de flores.» A esta orden de Janaka los servidores entraron en la ciudad, de la que volvieron, aquellos héroes de valor sin límite, precedidos del arco. Cincuenta grupos, cada uno de cien hombres de gran estatura, llenos de ánimo, arrastraban con gran trabajo un cofre con ocho ruedas. En presencia de este cofre de hierro que contenía el arco, los consejeros de Janaka, iguales a los suras, le dijeron: «He aquí el arco maravilloso, ¡oh señor venerado por todos los reyes!, que desees mostrar, ¡oh príncipe, Indra de los soberanos de Mithila!»

Tras estas palabras, el monarca, haciendo el anjalí, dijo al magnánimo Visvamitra, así como a los dos príncipes Rama y Lakshmana: «He aquí el arco prodigioso, ¡oh brahmán!, que

los Janakas tuvieron en tan gran veneración, y que los reyes, pese a su vigor, no pudieron tender. Las mismas tropas enteras de los suras, con los asuras, los rakshasas, ni los mejores de los gandharvas y de los yakshas, acompañados de los kinaras y de los Grandes Serpientes, tampoco podrían tenderle.

¡Ahí es nada para los hombres hallar el medio de armar este arco, de tenderle, de adaptar a él una flecha y de hacer vibrar la cuerda! ¡De levantarle tan siquiera! Este arco, el mejor de todos, aquí le tienes, ¡oh toro de los ascetas! Puesto que te lo han traído, ¡oh afortunado!, házselo ver a los príncipes.»

Visvamitra, habiendo oído, así como Rama, el discurso de Janaka, dijo al hijo de Raghú: «Bienamado Rama, examina este arco.»

A estas palabras del gran rishi, Rama, abriendo el cofre en que estaba depositado, vio el arco y habló en estos términos: «Este arco excelente, divino, le cogeré con la mano, y me esforzaré no tan sólo por levantarle, sino por tenderle.»

«Muy bien», dijeron el rey y el muni. Entonces, a la voz del asceta, Rama asió, como jugando, el arco por el medio; y a la vista de millares de hombres, el magnánimo hijo de Raghú, le tendió, siempre como si jugase. Tras haber tendido el arco, el héroe le armó. Y al hacerlo le rompió por el centro, aquel guerrero, escogido, lleno de gloria.

El ruido que hizo el arco rompiéndose fue semejante al mugido del huracán. Hubo un inmenso temblor de tierra, diríase que la montaña vecina se había hendido. Al ruido, todos los hombres cayeron desvanecidos, a excepción del eminente asceta, el rey y los dos Raghavas. Cuando todos hubiéronse repuesto de su espanto, el rey, libre de inquietud a propósito de Sitá, dijo sabiamente, haciendo el anjalí al toro de los ascetas: «¡Oh bienaventurado!, acabo de ser testigo del vigor de Rama, el hijo de Dasaratha. Es algo absolutamente maravilloso, inimaginable; ni sospecharlo podía. Gloria inmensa será para la familia de los Janakas que mi hija Sitá reciba como esposo a Rama, el hijo de Dasaratha. Mantengo mi promesa: Mi hija será el precio al vigor. Dicho está, ¡oh hijo de Kusika! Sitá, a la que ano más que a la vida, debe ser dada a Rama. Con su beneplácito, ¡oh brahmán, hijo de Kusika!, felicidad a ti mis embajadores van a ir, lo más pronto posible, a Ayodhya en carros. Respectuosamente, comprometerán al rey Dasaratha a venir a mi capital, y le contarán con todo detalle la historia del precio ofrecido al vigor. Hablarán al monarca de tus dos protegidos, ¡oh asceta!, de los Kakutsithas, y lleno de alegría el rey les seguirá; pronto estarán de vuelta.»

El hijo de Kusika respondió: «Está bien», y el rey magnánimo envió sus embajadores a Ayodhya, tras haberles dado sus órdenes, para entrar en tratos con el rey Dasaratha y traerle con ellos.

## SARGA LXVIII

### JANAKA ENVÍA UNA EMBAJADA A DASARATHA

Dóciles a la orden de Janaka, los mensajeros fustigaron a los caballos y viajaron tres días y tres noches, al cabo de los cuales alcanzaron Ayodhya. Luego, de acuerdo con la voluntad de su señor, entraron en el palacio real, donde advirtieron, brillando como un dios, al anciano monarca Dasaratha. Todos los mensajeros, con las manos juntas para hacer el anjali, repuestos de su primera emoción, dirigieron al monarca un discurso respetuoso e insinuante: «Janaka, rey de Mithila, seguido de sacerdotes que ofrecen el añihotra, nos ha encargado repetidamente con voz llena de dulzura y de simpatía que te preguntemos si eres constantemente feliz, así como tus gurús, tu purohita y tus servidores, ¡oh gran rey! Y tras informarse previamente sobre si tu felicidad es constante, el príncipe del Videha, el rey de Mithila, con el asentimiento del hijo de Kusika, te habla de este modo: "Sabido es que mi hija fue prometida en tiempos como premio al vigor, y que los reyes, impacientes por ganar su mano, a causa de ser demasiado débiles no pudieron obtenerla. Pero he aquí que Sitá, ¡oh rey!, acaba de ser conquistada por tus jóvenes hijos, llegados a Mithila por casualidad, conducidos por Visvamitra. El divino arco, joya de las joyas, el poderoso Rama le ha partido por el medio, ¡oh héroe!, ante la inmensa asamblea del pueblo. Yo debo dar a Sitá, como premio a su vigor, el magnánimo Rama, pues quiero cumplir mi promesa; no rehuses tú tu consentimiento. Con tus preceptores, ¡oh gran rey!, y precedido de tu purohita, ven, pues, aprisa y sé feliz; verás a los dos Raghavas. Déjame rescatar mi palabra, ¡oh Indra de los reyes!, y compartirás la alegría de tus hijos."

«Tal es el dulce lenguaje que pone en nuestros labios el jefe supremo de Videha, de acuerdo con Visvamitra, y afianzado en su resolución por Satananda, su gurú.»

Cuando hubo oído a los mensajeros, el rey, transportado de alegría, dijo a Vasishtha, a Vamadeva y a sus ministros: «Bajo la guarda del hijo de Kusika, Rama, la alegría de Kau-

salyá, mora con su hermano Lakshmana entre los Videhas. Tras haber dado prueba de fuerza, él, Kakuststha, el magnánimo Janaka quiere dar su hija a este vástago de Raghú. Si aprobáis el propósito del magnánimo Janaka, vayamos rápidos a su capital; que no se pierda tiempo.»

«Está bien», le dijeron sus consejeros y todos los grandes rishis.

Lleno de alegría, el rey dijo a los embajadores de Janaka: «Mañana, la partida.» Los oficiales de Janaka, Indra de los reyes, pasaron la noche muy bien tratados, gozosos y provistos de todo abundantemente.

## SARGA LXIX

### DASARATHA VA A LA CORTE DE JANAKA

Transcurrida la noche, el rey Dasaratha, contento, acompañado de sus preceptores y de sus parientes, dijo a Sumantra: «Hoy, que todos los guardianes de mis tesoros extraigan de ellos largamente y vayan delante de nosotros, con buena escolta, cargados de joyas de todas clases. Que mi ejército con mis cuatro angas, se reúnan prontamente en todas partes, y que tan rápidos como mi palabra enganchen los caballos a mis carros excelentes. Vasishtha, Vamadeva, Jabali, Kasyapa, Markandeya, el anciano asceta, y Katyayana, que estos Dos-veces-nacidos tomen la delantera, que mi carro sea tenido dispuesto, con objeto de no perder tiempo, pues los mensajeros de Janaka me meten prisa.»

Según la orden del Indra de los reyes, el ejército, compuesto de sus cuatro elementos, marchó en seguimiento del príncipe, al que los rishis escoltaban. Tras un viaje de cuatro días, Dasaratha llegó adonde los Videhas. El afortunado rey Janaka, al saberlo, dispuso todo con objeto de recibir a su huésped. Cuando abordó al anciano rey Dasaratha, la alegría del monarca de Janaka no tuvo límites. Y de este modo habló el excelente Janaka al mejor de los reyes; que estaba lleno de contento: «Sé bien venido, ¡oh el primero de los reyes! Gracias al Cielo hete aquí llegado, ¡oh descendiente de Raghú! Así podrás compartir la felicidad, premio al vigor, de tus dos hijos. Gracias al Cielo, hete aquí venido el ilustre Vasishtha, el bienaventurado asceta, en medio de toda esta flor de Dos-veces-nacidos, aseméjase a Satakratu entre los Dioses. Gracias al Cielo, se

acabaron los obstáculos. Gracias al Cielo, mi raza tiene el honor de aliarse a los Raghavas, los mejores de los héroes, llenos de valor. Mañana, al alba, ¡oh Indra de los hombres!, te será preciso, como resultado del sacrificio, ¡oh rey!, celebrar esta unión ayudado por rishis excelentes.»

Cuando, en medio de los ascetas, hubo oído estas palabras el rey Dasaratha, el más elocuente de los hombres, respondió al rey Janaka: «El que recibe sométese al que da, tal oí decir en otro tiempo. A ti el hablar, ¡oh príncipe virtuoso!, a nosotros, el obrar.»

El juicioso y hermoso lenguaje del leal Dasaratha, cuando le hubo oído, inspiró al soberano de Videha la más viva admiración. Todos los grupos de ascetas, mezclados los unos con los otros, y llenos de alegría, pasaron una noche feliz. El rey Dasaratha, al que la presencia de los dos Raghavas, sus hijos, colmaba de alegría, reposó en el seno de la dicha, rodeado de homenajes por Janaka. Este príncipe ilustre, instruido de sus deberes, tras haber hecho para sus dos hijas los preparativos del sacrificio, se entregó al sueño.

## SARGA LXX

### DINASTÍA DE IKSHVAKU

Al alba, Janaka, una vez hechas sus devociones con los grandes rishis, dijo con oportunidad a Satananda, su capellán: «Tengo un hermano ilustre, lleno de valor y de rectitud, cuyo nombre es Kudashvaja. Habita una ciudad magnífica, rodeada de muros y de empalizadas, bañada por el río Ikshumatí, del que bebe las aguas; Samkasya es esta ciudad, la del saludable aspecto, semejante al carro Pushpaka. Pues bien, deseo verle. Protegerá mi sacrificio y, lleno de gloria, compartirá mi felicidad.»

Dichas estas palabras a Satananda, presentáronse hombres dispuestos, a los que Janaka dio sus instrucciones. Dóciles a la orden del rey, marcháronse, sobre caballos rápidos, a buscar al tigre entre los hombres, Kusadhvaja, como otro Vishnú al requerimiento de otro Indra. Llegados a Samkasya vieron a Kusadhvaja y le informaron del deseo de Janaka en lo que le concernía. El príncipe, sabiendo por los fieles y rápidos mensajeros de lo que se trataba, acudió a la llamada de su real hermano. Una vez introducido junto al magnánimo Janaka,



amigo de la equidad, saludó a Satananda y al monarca de la eminente virtud. Este último le hizo sentarse en un asiento digno de un rey, maravilloso, divino. Y así, uno junto al otro, los dos hermanos de gloria inmensa, los dos héroes, hicieron venir al más sabio de sus consejeros, a Sudamana, y le dijeron: «Ve rápidamente, ¡oh príncipe de los consejeros!, hacia Ikshvaku, cuya gloria no tiene límites, y trae a este príncipe invencible con sus hijos y sus ministros.»

Sudamana marchó a cumplir su mensaje junto a aquel que perpetuaba la raza de los Raghús. Admitido a su presencia, saludó con la cabeza y le dijo: «¡Oh rey de Ayodhya! ¡Oh héroe!, el príncipe de Videha, el rey de Mithila, desea verte, acompañado de tus gurús y de tu purohita.»

Cuando hubo oído al más sabio de los consejeros, el rey, escoltado de la tropa de rishis y de sus parientes, fue a encontrar al rey Janaka, que estaba en medio de sus ministros, de sus preceptores y de su familia. El, el más elocuente de los oradores, dijo al príncipe del Videha: «Tú conoces, ¡oh gran rey!, a la divinidad protectora de la raza de Ikshvaku. Es Vasishtha, el bienaventurado rishi, quien se ocupa de todos mis negocios. Con el beneplácito de Visvamitra y de todos los grandes rishis, el virtuoso Vasishtha, el bienaventurado asceta, hábil en discurrir, habló al príncipe de Videha, al que su capellán acompañaba, de este modo: "El principio invisible produjo a Brahma, eterno, siempre inalterable. De éste nació Marici. Marici tuvo a Kasyapa por hijo. Vivasvat nacido es de Kasyapa, y Manu, según la tradición, es el hijo de Vivasvat. Manu es el Prajapati. En otro tiempo, Ikshvaku nació de Manu. Este Ikshvaku sabe que fue el primer rey de Ayodhya. El hijo de Ikshvaku fue el venerable e ilustre Kukshi. De Kukshi es descendiente el venerable Vikuskshi. Vikuskshi tuvo por hijo al ilustre y poderoso Bana, y Bana al ilustre y poderoso Anaranya. De Anaranya nació Prithu, y de Prithu, Trisanku. El hijo de Trisanku fue el célebre Dhumdhumara. Dhumdhumara engendró al poderoso Yuvanasva, el del gran corazón, y Yuvanasva a Mandhatar, el amo del Universo. Mandhatar tuvo por hijo al venerable Susamdhi. De Susamdhi nacieron Dhruvasamdhi y Prasenajit. Dhruvasamdhi fue el padre del célebre Bharata, que engendró al famoso Asita. Varios rivales combatieron a este rey: fueron los haihayas, los taljanghas y los belicosos sasabindus. El rey luchó contra ellos, pero le expulsaron de su Imperio. Entonces se dirigió hacia el Himavat, acompañado de sus dos mujeres. El débil monarca Asita sufrió la ley del tiempo. Sus dos mujeres estaban encinta, según la tradición.

Una de ellas, para destruir el fruto de su rival, la dio alimentos mezclados con veneno (193). En aquella época vivía apaciblemente en un sitio encantador del rey de los montes, el Himavat, un solitario, descendiente de Bhrigú. Este habitante del Himavat se llamaba Cyavana. La segunda afortunada esposa de Asita fue junto al descendiente de Bhrigú revestida de divino esplendor. Esta princesa de ojos anchos como hojas de loto le rindió sus homenajes, descosa de tener un hijo excelente. Al rishi Kalindí, habiendo ido a encontrarle, le presentó sus deseos. El asceta la dijo, a propósito del nacimiento del hijo que esperaba: "De tu seno, ¡oh afortunada princesa!, nacerá dentro de poco un hijo felizmente dotado muy vigoroso, muy poderoso, muy bello. Nacerá envenenado este soberbio niño, pero no te aflijas, ¡oh tú!, cuyos ojos se parecen al kamala." Habiendo saludado a Cyavana, la divina princesa, fiel a sus deseos, dio un hijo póstumo a su esposo. El niño nació con el veneno que había sido dado a su madre por su rival, con el propósito de hacer perecer el embrión; este niño fue Sagara. De Sagara nació Asamanja y de Asainanja, Amsumat. Dilipa fue el hijo de Ansumat, y el de Dilipa, Bhagiratha. De Bhagiratha nació Kakutshtha Raghú. Raghú tuvo por hijo al famoso Pravridha, el comedor de hombres, que llegó a ser más tarde Lalmashapada, padre de Sankhana. Sudarsana fue el hijo de Sankhana, y Añivarna, el de Sudarsana. Sighraga tuvo por padre a Añivarna y a Marú por hijo. De Marú nació Prasusruka y Ambarisha de Prasusruka. Ambarisha tuvo por hijo al gran rey Nahusha. Nahusha fue el padre de Yayati, y Nahhaga nació de Yayati. De Nahhaga salió Aja, de Aja Dasaratha y de Dasaratha han nacido los dos hermanos Rama y Lakshmana.

«Tal es la dinastía, santa de origen, de monarcas esencialmente virtuosos, salidos de la raza de Ikshvaku, héroe lleno de lealtad. A Rama y a Lakshmana están destinadas tus dos hijas eminentes, ¡oh rey!, el mejor de los hombres. A estos dos príncipes que se parecen, une tus dos hijas, que son semejantes ellas mismas.»

## SARGA LXXI

### GENEALOGIA DE JANAKA

Cuando hubo hablado así, Janaka le respondió, haciendo el anjalí: «Sabe, y sé feliz, ornamento de nuestra raza. Antes de proceder a esta alianza, ¡oh el mejor de los ascetas! con-

viene que el que ha nacido de buena familia cuente de ella, con toda exactitud, la genealogía. Por consiguiente, escucha sabio. Hubo un rey conocido en los tres mundos a causa de sus hazañas, Nimi, el del alma esencialmente virtuosa, el mejor de todos los seres. Tuvo por hijo a Mithi, que fue el padre de Janaka. De Janaka, el primer rey de este nombre, nació Udavasú. Udavasú tuvo por hijo al virtuoso Nandivardhana. El hijo de Nandivardhana fue un héroe llamado Suketú. De Suketú nació el virtuoso y poderoso Devarita. De Devarita, el rishi de los reyes, nació el famoso Briadratha. Briadratha fue el padre del heroico y célebre Mahavira; y Mahavira, el del valeroso y leal Sudhriti. Sudhriti tuvo por hijo al justo y virtuoso Dhrishtaketu; de Dhrishtaketu, el rishi real, nació el ilustre Haryarva. Haryarva fue el padre de Marú y Marú el de Pratindhaka. Pratindhaka tuvo por hijo al virtuoso monarca Kirtiratha. El hijo de Kirtiratha se llamó Devamidha. Devamidha fue el padre de Vihudha y Vihudha el de Mahidhraka. El hijo de Mahidhraka fue el poderoso monarca Kirtirata. De Kirtirata, el real rishi, nació Hrasvaroma. De este rey virtuoso y magnánimo, que tuvo dos hijos, yo soy el mayor; mi hermano pequeño es el valeroso Kusadhvaia.

»Mi padre, tras instalarme en el trono, a mí, su primogénito, y dejar a mis cuidados a Kusadhvaia, partió para el bosque. Al ir mi anciano padre al Cielo, yo llevé, de acuerdo siempre con el deber, el peso del gobierno, velando afectuosamente por mi hermano Kusadhvaia, hermoso como un dios.

»Al cabo de cierto tiempo, de la ciudad de Samkasva salió Sudhavan, monarca poderoso, para sitiar a Mithila. Me hizo esta intimación: "Has de darme el excelente arco de Siva y a Sitá, la joven de los ojos como lotos." Ante mi negativa, ¡oh maharshi!, la guerra estalló entre nosotros dos. Yo, en un combate cuerpo a cuerpo, maté al rey Sudhanván. Habiendo matado a este excelente muni, a Sudhanván, el jefe de hombres, hice rey de Samkasya a mi hermano, el valeroso Kusadhvaia. Es mi hermano menor. Yo soy el mayor, ¡oh gran asceta! Con la mayor alegría te entrego a estas dos adolescentes, ¡oh toro de los solitarios!: Sitá para Rama, felicidad a ti, y Urmilá para Lakshmana. Mi hija Sitá, semejante a las hijas de los dioses, premio al vigor, y mi segunda hija, Urmilá. Y lo proclamo tres veces para que no haya medio de dudar de ello, con la mayor alegría te entrego estas dos jóvenes mujeres, ¡oh toro de los ascetas! Que Rama y Lakshmana se encarguen mediante tus cuidados de la ofrenda de vacas y de su deber con los pitris, y sé feliz. Luego, procede al doble matrimonio.

Maghá llega hoy, día tercero, ¡oh poderoso maestro! Bajo esta Uttaraphalguni (194), ¡oh rey!, cumple los ritos nupciales. En interés de Rama y de Lakshmana hay que hacer una ofrenda que les procure la felicidad.»

## SARGA LXXII

## DASARATHA PROCEDE AL SRADDHA

Habiendo hablado así el príncipe de Videha, Visvamitra, el gran muni, acompañado de Visashtha, respondió al valeroso rey: «Sobrepuja al pensamiento, es sin límites, ¡oh toro de los hombres!, la gloria de las razas de los Ikshvakus y de los Vidhas; ninguna raza les es comparable. En cuanto a esta doble unión de Rama y Lakshmana con Sitá y Urmilá, perfectamente combinada es, puesto que se juntan virtud y hermosura. Escucha, pues, ¡oh el mejor de los hombres!, lo que tengo que decirte. Tu joven hermano, ¡oh príncipe virtuoso!, el rey Kusadhvaja, este virtuoso monarca tiene también dos hijas de belleza sin rival en la Tierra, ¡oh rey!, el primero de los hombres. Nosotros las elegimos como esposas del joven Bharata y del sahio Satruña. Yo te pido tus dos sobrinas, ¡oh rey!, para estos dos héroes magnánimos. Los cuatro hijos de Dasaratha brillan igualmente a causa de la hermosura y de la juventud, todos asemejanse a reyes protectores de los mundos, y su valor iguala al de los Dioses. La alianza con vosotros dos, ¡oh Indras de los reyes!, de la familia de Ikshvaku, acéptala sin dudar, ¡oh tú, cuyo karmán es santo!»

Habiendo hablado así Visvamitra, de acuerdo con Vasishta, Janaka, haciendo el anjalí, dijo a los dos jefes de los ascetas: «Feliz, a mi juicio, la familia a la cual estos dos toros de los ascetas prescriben ellos mismos tal alianza. Que así sea, ¡felicidad a vosotros! Que las dos hijas de Kusadhvaja sean esposas de los dos hermanos Satruña y Bharata. Que el mismo día las cuatro princesas, ¡oh gran asceta!, den su mano a los cuatro príncipes valerosos. El último día, ¡oh brahmán!, bajo los dos Falgunis, los sabios preconizan el matrimonio. Allí Bhaga es Prajapati.»

Tras este discurso amistoso, el rey Janaka se levantó, haciendo el anjalí, y dijo a los dos jefes de los ascetas: «Mi supremo deber cumplido está; soy vuestro discípulo. Estos sitios de honor ocupadlos, ¡oh toros de los ascetas! Esta ciudad es de

Dasaratha como Ayodhya es mía. El predominio nos pertenece, pues, sin disputa. Haced, por consiguiente, lo que mejor os convenga.»

Habiendo hablado así Janaka, el príncipe del Videha, el descendiente de Raghú, el rey Dasaratha, feliz respondió al gran rey: «¡Oh hermanos dotados los dos de cualidades sin número, jefes de Mithila, a cuyos rishis y a cuya serie de reyes hacéis honor! Que seáis dichosos, felicidad a vosotros; nosotros nos retiramos a nuestra morada. En lo que al Srad-dha concierne, yo lo cumpliré según los ritos», dijo. Y tras haber hablado así, Dasaratha se despidió de Janaka, el monarca, y precedido de los dos Indras de los ascetas, retiróse al punto, lleno de gloria. Y alcanzando el rey su alojamiento, cumplió el Sradha, según los ritos.

Al día siguiente por la mañana, habiéndose levantado al despuntar el día, hizo una magnífica ofrenda de vacas. El rey dio a los brahmanes cien mil vacas en nombre de cada uno de sus hijos, según la ley. Estas cuatrocientas mil vacas tenían los cuernos dorados, eran excelentes, y cada una iba acompañada de su ternero; además daban leche a todo dar.

El toro de los hombres, el descendiente de Raghú, distribuyó aún muchos otros dones a los Dos-veces-nacidos. Aquel tierno padre hizo todas estas ofrendas en nombre de sus hijos. El excelente príncipe, rodeado de sus hijos por los que había cumplido mediante la ofrenda de las vacas, brillaba, como el dichoso Prajapati, en medio de los Guardianes de los mundos.

## S A R G A L X X I I I

### MATRIMONIO DE LOS HIJOS DE DASARATHA

El día en que el rey hizo la magnífica ofrenda de vacas, el mismo día, el héroe Yudhajit se presentó ante él. Era el hijo del rey de los kehayas y el tío materno de Bharata. Tras haberle saludado y haberse informado de su prosperidad, dijo al rey Dasaratha: «El soberano de los kekayas, ¡oh rey!, lleno de afecto hacia ti, te saluda. Que aquellos de los cuales deseas la felicidad, ¡puedan ya desde este momento ser dichosos! El monarca desea ver al hijo de mi hermana, ¡oh Indra de los reyes! A causa de ello, he ido a Ayodhya, ¡oh alegría de Raghú! Y en Ayodhya he sabido que, con propósito matrimo-

nial, tus hijos estaban contigo en Mithila, ¡oh príncipe! Y rápidamente he venido para ver al hijo de mi hermana.»

El rey Dasaratha, acogiendo al querido huésped que le llegaba, le colmó de atenciones y de honores. Yudhajit pasó la noche en la morada del rey, en medio de sus magnánimos hijos. Por la mañana, habiéndose levantado, hizo sus devociones, y, precedido de los rishis, se encaminó al lugar del sacrificio. A la hora propicia de Vijaya, Rama, acompañado de sus hermanos engalanados con toda suerte de adornos, y habiendo sido hechos todos los preparativos nupciales, envió para que le precediese a Vasishtha y a los otros grandes rishis. El bienaventurado Vasishtha fue junto al rey de los Videhas y le dijo: «El eminente rey Dasaratha con sus hijos, dispuestos para la ceremonia nupcial, ¡oh rey, el mejor de los hombres!, espera al que debe presentarle a las jóvenes. Uno presenta y el otro recibe, tal debe ocurrir. Cumple tu deber procediendo a este matrimonio afortunado.»

A estas palabras del magnánimo Vasishtha, el muy liberal y glorioso príncipe, que conocía excelentemente su deber, respondió: «¿Quién está ahí guardando mi puerta? ¿De quién es para la orden? ¿Por qué dudar a entrar en tu casa? Este reino considéralo como tuyo. Todos los preparativos nupciales están hechos, ¡oh el mejor de los ascetas!, mis hijas han venido al pie de la vedi, brillantes como las llamas de un brasero. Sin tardar, yo esperaba, cerca de esta vedi estaré. Que todo ocurra sin inconveniente. ¿Para qué estas demoras?»

Habiendo dicho esto Janaka, Dasaratha introdujo a sus hijos y a todos los grupos de rishis. El rey de los Videhas dijo entonces a Vasishtha: «Cumple enteramente, en unión de los rishis, ¡oh virtuoso asceta!, ¡oh Señor!, la ceremonia nupcial de Rama, el ramo (el favorito) del mundo.» «Así sea», respondió Vasishtha, el bienaventurado asceta, a Janaka. Luego, precedido por Visvamitra y por el virtuoso Satananda, el célebre solitario dispuso la vedi en el centro de la sala del sacrificio, según los ritos. Luego la rodeó por todos lados de perfumes y de flores, de cazos de oro puro, de vasos de todos colores con plantas en brote, de vasijas llenas aún de plantas germinantes, de cacerolas en las que humeaba el incienso, de utensilios en forma de caracolas, de pequeñas y de grandes cucharas, de recipientes para el Arghya y los demás usos, de fuentes llenas de granos tostados y de cebada mondada. Esparció aún por el suelo hierbas darbhas bien alineadas. Todo hecho según los ritos y acompañado de mantras. Tras haber depositado el fuego sobre la vedi, recitando los mantras litúrgicos

el ilustre Vasishtha, el toro de los ascetas, dirigió sus ofrendas a Añi. Luego, tomando a Sitá, adornada con todas sus galas, la colocó delante del fuego, frente al descendiente de Raghú. El rey Janaka dijo entonces al hijo bienamado de Kausalyá: «Sitá, mi hija virtuosa a la que ves aquí, es tuya. Recíbela y sé feliz. Pon su mano en tu mano. Que fiel a su marido, y dichosa, te siga siempre como tu sombra.» Esto dicho, el rey roció a Sitá con agua bendita al tiempo que recitaba mantras.

«Muy bien, muy bien» (*sadhu! sadhu!*), exclamaron, al mismo tiempo, los dioses y los rishis. Los gongos celestes resonaron. Una lluvia abundante de flores cayó. Tras haber dado de este modo a Rama su hija Sitá, rociada de agua bendita, con ayuda de los mantras, el rey Janaka, a quien la alegría llenaba los ojos de lágrimas, dijo a su vez: «Lakshmana, acércate y sé feliz. Urmila (195), a la que ves aquí, recíbela; coge su mano, no tardes.» Tres haberle hablado así, Janaka dijo a Bharata: «Pon la mano de Mandaví en tu mano, ¡oh descendiente de Raghú!» Luego, el virtuoso soberano de Mithila dijo a Satruña: «¡Oh valeroso guerrero, pon la mano de Srutakaví en tu mano. Que todos estos héroes, llenos de dulzura y fieles en el cumplimiento de sus votos, que los Kakutsthas vivan con sus esposas a partir de este momento.»

A estas palabras de Janaka, los cuatro hermanos tocaron con sus manos las manos de las cuatro hermanas; y dóciles a la voluntad de Vasishtha, honraron con el pradakshina al fuego sagrado (196), la vedi y al rey, así como a los rishis, aquellos magnánimos descendientes de Raghú, acompañados de sus esposas. De este modo se unieron según las prescripciones y las reglas.

Una abundante lluvia de flores cayó de la atmósfera, en medio de una viva claridad. Al sonido de los gongos divinos, de los himnos y de las sinfonías, las cuadrillas de apsaras danzaron, y los gandharvas cantaron durante la ceremonia nupcial de los excelentes hijos de Raghú. El espectáculo era maravilloso.

Mientras esta armonía se dejaba oír, los príncipes gloriosos, habiendo dado tres veces la vuelta en torno al fuego sagrado, se llevaron a sus esposas. Luego los hijos de Raghú retiráronse a sus tiendas con ellas, seguidas de las miradas del rey, que iba tras ellos acompañado de las tropas de rishis y de la gente.

## SARGA LXXIV

## APARICIÓN DE RAMA, HIJO DE JAMADAÑI

Transcurrida la noche, Visvamitra, el gran muni, habiéndose despedido de los reyes, fué hacia la montaña del norte. Visvamitra partido, el rey Dasaratha saludó al príncipe de los Videhas, jefe de Mithila, y se volvió presuroso a su ciudad. El rey de los Vidhas, jefe de Mithila, dio a sus hijas un dote magnífico: numerosos centenares de millares de vacas, ricos tapices, telas, kotis de vestiduras. Un ejército compuesto de elefantes, caballos, carros y de infantería; todo de divino esplendor y cargado con ornamentos preciosos, les escoltaba. Les dio aún a cada una cien esclavos jóvenes de uno y otro sexo de la más exquisita belleza, más oro, plata, perlas y corales. Tal fue el dote incomparable que el rey, en su alegría, procuró a cada una de sus hijas. Tras haber hecho tan ricos regalos, despidióse del rey de Ayodhya, al que había acompañado. Luego, el jefe de Mithila volvióse a esta ciudad, a su palacio. Por su parte, el soberano de Ayodhya, con sus magnánimos hijos, y precedido de todos los rishis, se alejó escoltado por su ejército.

Mientras que el tigre de los reyes, acompañado de sus tropas de rishis y de los Raghavas, volvía a su vez, horribles pájaros empezaron a lanzar gritos por todos lados. Además, fieras terribles empezaron a escapar todas, dejándole a su derecha.

Viendo aquello, el tigre de los reyes interrogó a Vasishta: «Pájaros adustos lanzan gritos aterradores, y fieras terribles huyen dejándonos a su derecha. ¿Qué quiere decir esto? Mi corazón palpita; mi espíritu se turba.» Oyendo estas palabras del rey Dasaratha, el gran rishi le respondió con voz suave: «Escucha lo que sucederá. Una terrible desgracia enviada por el Cielo es presagiada por el grito de esos pájaros. Pero las fieras anuncian su apaciguamiento. Cesa, pues, de inquietarte de este modo.»

Mientras conversaban se levantó un viento que conmovía la Tierra y derribaba los árboles. El Sol se cubrió de tinieblas; todos los puntos del horizonte quedaron ocultos a las miradas. Una lluvia de cenizas cubrió al ejército causándole gran turbación. Vasishta y los demás rishis, el rey y sus hijos habían como perdido el espíritu. Todos los demás estaban enloquecidos. En medio de aquella formidable oscuridad el ejército



cubierto de cenizas, el rey advirtió, revestido de terrible aspecto, y la caballera trenzada en corona, al descendiente de Bhrgú, el hijo del Jamadagni, el azote de los reyes. Asemejábase al inaccesible Kailasa, o al irresistible fuego de Kalá, todo chispeante de llamas; los simples mortales no podían soportar su presencia. Llevaba un hacha colgada a su espalda y en la mano un arco cuya cuerda brillaba como el relámpago, más un dardo temibilísimo. Hubiérase dicho que era Siva, el destructor de Tripura (197).

A la vista de aquel ser espantoso, que centelleaba como Pavaka, los solitarios, Vasishtha el primero, recurrieron a los rezos y a las libaciones. Todos los munis se reunieron y se murmuraron al oído unos a otros: «¿Es que va a exterminar de nuevo la casta de los kshatriyas para vengar la muerte de Parasurama, su padre? En tiempos, tras haberles destruido, su cólera se calmó así como su dolor. Pero, ¿no proyectará destruir de nuevo a los kshatriyas?»

## SARGA LXXV

RAMA, HIJO DE JAMADAGNI, ENTREGA EL ARCO DE VISHNÚ  
A RAMA, HIJO DE DASARATHA

«Oh Rama, valeroso hijo de Dasaratha, he sabido tu maravillosa hazaña. Me han contado con todo detalle cómo has roto el arco. Es algo sorprendente, inimaginable, romper un arco semejante. Y al saberlo, he venido a traerte otro arco célebre. Se trata del formidable, el gran arco de Jamadagni. Armale con una flecha y muestra de nuevo tu fuerza. Cuando haya visto tu vigor, si consigues tender este arco, te ofreceré un combate singular en el cual podrás desplegar tu valor.»

Oyendo estas palabras, el rey Dasaratha, abatido el rostro y todo lleno de tristeza, respondió, haciendo el anjali: «Tu cólera contra los kshatriyas ya está calmada y ahora eres un brahmán de gran tapás. Debes, pues, procurar a mis jóvenes hijos la seguridad. Nacido en la tribu de los Bhargavas, entregado al estudio de los *Vedas* y a la práctica de los votos, te comprometiste, en presencia del dios de los mil ojos, a renunciar a las armas. Firme en tu deber, has dado la Tierra a Kasyapa y te has retirado a la montaña, en la soledad del Mehendra. ¿Vienes a destruir a toda mi familia, ¡oh gran asceta! Rama muerto, ninguno de nosotros le sobreviviría».

Sin ocuparse de Dasaratha, que le hablaba de este modo, el

ilustre hijo de Jamadagni se dirigió de nuevo a Rama: «Había dos arcos excelentes, divinos, adorados de los mundos, sólidos, noderosos, los primeros de todos; eran la obra artística de Visvakarma (198). Uno de ellos fue entregado por los suras al belicoso Tryambaka, que se sirvió de él para destruir Tripura; éste es el que has roto, ¡oh Kakutstha, el primero de los hombres! El que ves aquí, el segundo, difícilmente manejable, fue dado a Vishnú por los excelentes suras. Este arco de Vishnú, que destruye las ciudadelas del enemigo, ¡oh Rama!, es de una potencia igual a la del arco de Rudra, ¡oh Kakutstha! En tiempos, todos los dioses interrogaron al Abuelo con objeto de saber la fuerza y la debilidad de Sitikantha y de Vishnú. Habiendo conocido el Abuelo el deseo de los dioses, suscitó una querella entre ellos dos, él, el más virtuoso de los seres. Esta querella violenta fue causa de un duelo que hizo erizar los cabellos de espanto entre Sitikantha y Vishnú, deseosos de vencerse el uno al otro. El arco de Siva, de potencia formidable, se aflojó al grito lanzado por Vishnú. Mahadeva, el de los tres ojos, quedó inmovilizado por el asombro. Los Dioses acudieron con las tropas de rishis y los caranas, y a su ruego, los dos jefes de los suras de reconciliaron. Cuando vieron que el arco de Siva se había alojado bajo la poderosa acción de Vishnú, los dioses, con las tropas de rishis, juzgaron a Vishnú superior a Siva. El célebre Rudra, furioso, llevó su arco a los Videhas, y lo dejó, con sus flechas, en manos de Davarata, el real rishi. En cuanto a Vishnú, ¡oh Rama!, éste confió su arco, destructor de ciudadelas enemigas, a Ricika, el hijo de Bhrigú. Este precioso depósito, el ilustre Ricika lo transmitió a su hijo, cuyo heroísmo era sin rival, a mi padre Jamadagni, el de la gran alma. Depositario de este arma divina, mi padre, de poderoso tapás, pereció miserablemente bajo los golpes del hábil Arjuna (199). Al saber el inmerecido y lamentable fin de mi padre, yo destruí, furioso, la raza de los kshatriyas, en diversas ocasiones, a medida que volvía a renacer. Y tras haber conquistado la Tierra, se la di, ¡oh Rama!, como dakshina, como resultado de un sacrificio, al magnánimo y santo Kasyapa. Luego me retiré al Mahendra, donde adquirí la fuerza ascética. Y ha sido cuando al saber lo de la rotura del arco de Siva he venido a toda prisa. Este gran arco de Vishnú, que ha pertenecido sucesivamente a mi abuelo y a mi padre, ¡oh Rama!, tómale y cumple tu deber de kshatriya. Toma, sí, el excelente arco. Adapta a este arco maravilloso esta flecha destructora de ciudades enemigas. Si eres capaz de ello, ¡oh Kakutstha!, entonces te procuraré un combate singular».

## SARGA LXXVI

## EL HIJO DE JAMADAÑI RECONOCE LA SUPERIORIDAD DE RAMA

Tras haber oído a Rama, hijo de Jamadañi, Rama, hijo de Dasaratha, que por consideración a su padre había callado hasta entonces, respondió: «Has sabido que nosotros aprobábamos, ¡oh hijo de Bhrigú!, ¡oh brahmán!, lo que hiciste por vengar a tu padre, y me has creído sin valor e incapaz de cumplir mi deber de kshatriya, ¡oh descendiente de Bhrigú! Pues bien, aprende a conocer mi energía; sé testigo hoy de mi vigor». Esto diciendo, Raghava, el del pronto valor, cogió indignado de manos del hijo de Bhrigú su arma excelente con la flecha. Al punto Rama, tendiendo el arco, le armó. Lleno de cólera, dijo entonces a Rama, hijo de Jamadañi: «Eres brahmán, y por ello te respeto a causa de Visvamitra (200); he aquí por qué no he de atreverme a tirar contra ti, ¡oh Rama!, un dardo asesino. Pero ese refugio aéreo, ¡oh Rama!, e incluso los mundos sin rivales que tú has conquistado con tu ascetismo, he aquí lo que destruiré, pues estoy decidido a ello. No, este dardo de Vishnú, divino, destructor de ciudades enemigas, cuya potencia deshace la fuerza y la arrogancia, no volverá a caer inútilmente».

Entretanto, los suras, acompañados de las tropas de rishis y precedidos por el Abuelo, habíanse reunido por todas partes para ver a Rama, que tenía el arma maravillosa; gandharvas y apsaras, siddhas, caranas y kinnaras, yakshas, rakshasas y nagas, todos acudieron para contemplar aquel gran prodigio.

Estupefacto al ver a Rama armado con el arco excelente, Rama, el hijo de Jamadañi, privado de su vigor, tenía sus ojos fijos en él. La energía de su rival le privaba de fuerza; el hijo de Jamadañi, lleno de estupor, dijo a Rama, el de los ojos anchos como hojas de loto, con voz sumamente dulcificada: «Cuando en otro tiempo hube dado la Tierra a Kasyapa, me dijo: "Tú no habitarás en mi dominio". Para conformarme a la orden de mi gurú, no permanecía ya por la noche en la Tierra. Pero a partir de este momento, ¡oh Kakutstha!, cumplido he mi compromiso respecto a Kasyapa. Esta facultad de locomoción, rápida como el pensamiento, no me priva de ello, ¡oh héroe!, hijo de Raghú. Me retiro al Mahendra, la más alta de las montañas. En cuanto a los mundos sin igual, ¡oh Rama!, que me ha valido mi tapás, conquistándolos con ese dardo excelente, no tardes ya más. Te reconozco como imperecedero

matador de Madhú, como el Amo de los Dioses. Que la posesión de ese arco te haga dichoso, ¡oh azote de tus enemigos! Mira cómo las tropas de suras, reunidas, te contemplan a ti, cuyas hazañas son incomparables y a quien no hay medio de resistir en el combate. Que no parezca mal, ¡oh Katutstha!, que me prosterne ante ti, Guardián de los tres mundos. Que ese dardo que no tiene igual, ¡oh Rama, fiel observador de los votos!, preciso es que le lances. Si le lanzas, yo me iré al Mahendra, el más alto de los montes».

Habiendo hablado así Rama, hijo de Jamadagni, el poderoso y venerable Rama, hijo de Dasaratha, disparó el dardo maravilloso. Viendo los mundos conquistados por Rama, el hijo de Jamadagni se retiró apresuradamente al monte Mahendra, el primero de los montes. Entonces todas las regiones cardinales y las regiones intermedias salieron de la oscuridad. Los suras y las tropas de rishis celebraron con alabanzas a Rama, que blandía su arma. El Señor Rama, el hijo de Jamadagni, a cambio de los homenajes que él había recibido, honró con el pradakhshina a Rama, el hijo de Dasaratha; luego volvió a ganar su asilo.

## SARGA LXXVII

### YUDHAJIT SE LIEVA A BHARATA

Rama, hijo de Jamadagni, ido ya Rama, el ilustre vástago de Dasaratha, puso el arco en manos de Varuna, el incommensurable. Y luego de haber saludado a los rishis y a Visishtha, que iba a su cabeza, Rama, el descendiente de Raghú, dijo a su padre al verle turbado: «El hijo de Jamadagni, Rama, se ha ido. Que el ejército con sus cuatro angas, del que eres jefe, vuelva a emprender el camino hacia Ayodhya».

Oyendo estas palabras, el rey Dasaratha, rodeando con sus brazos a su hijo Rama, descendiente de Raghú, le besó en la frente. «Rama se ha ido»; estas palabras llenaron de gozo al rey, que, en su dicha, creyó a su hijo y se creyó él mismo vuelto a la vida. Apresuró la marcha de su ejército y le trajo rápidamente a la ciudad espléndida, decorada con oriflamas y estandartes y llena de sinfonías estruendosas. Sus vías reales habían sido regadas con agua perfumada y llenas de flores maravillosas. Los habitantes habían acudido al paso del príncipe y batían alegremente sus manos. El rey hizo su entrada en Ayodhya en medio de una multitud que se apretaba feliz

a su paso. Ciudadanos y Dos-veces-nacidos de la ciudad habían salido muy lejos a encontrarle. Y fue acompañado de sus hijos como el ilustre y admirable monarca, escoltado de venerables personajes, franqueó el umbral de su mansión amada, semejante al Himavat. El rey regocijóse con los suyos en su palacio, donde todos los honores deseables le fueron rendidos. Luego Kausalyá, Sumitrá y Kaikeyí, las del talle elegante, así como las otras mujeres del rey, vinieron a recibir a sus nueras, las afortunadas Sitá y Urmilá, brillantes de hermosura, y a las dos hijas de Kusadhvaja. Las mujeres del rey las acogieron con palabras de bendición y con libaciones santas. Deslumbradoras, vestidas de lino, todas las condujeron al punto y solemnemente ante los altares de los dioses. Luego las princesas, habiendo saludado a los personajes dignos de homenaje, todas en el colmo de la felicidad, regocijéronse discretamente junto a sus esposos. Aquellos toros de los hombres vivieron al lado de sus mujeres en medio de sus armas, de sus bienes, y de sus amigos, llenos de deferencia hacia su padre.

Al cabo de algún tiempo, el rey Dasaratha, la alegría de Raghú, dijo a su hijo Bharata, el hijo de Kaikeyi: «El vástago del rey de los Kekayas está aquí, hijo querido. Ha venido para llevarte este valeroso Yudhajit, tu pariente materno».

Cuando oyó estas palabras de Dasaratha, el hijo de Kaikeyi dispúsose a partir, acompañado de Satruña. El héroe, distinguido entre todos, habiéndose despedido de su padre y de Rama, el del afortunado karmán, así como de sus madres, marchóse acompañado de Satruña. Yudhajit, feliz y lleno de valor, llevó a Bharata con Satruña, y volvió a su ciudad con gran alegría de su padre.

Bharata ido, Rama y el poderoso Lakshmana redoblaron sus atenciones con el rey, seimejante a un dios. Colocando ante todo la voluntad paternal y los intereses del pueblo, Rama hacía en toda ocasión agradable y útil a todos. Mostrábase para con sus madres lleno de deferencia y de una abnegación absoluta. Asimismo hacía que sus gurús le estuviesen reconocidos cada vez que la ocasión se presentaba. Esta conducta de Rama encantaba a Dasaratha, a los brahmanes y a los comerciantes, a todos los habitantes del país. Eminente entre todos en el Mundo, Rama, del cual el heroísmo formaba la esencia, semejante a Svayumbhú, era el mejor de los seres. Así vivió con Sitá numerosas estaciones en plena dicha.

Prudente, su espíritu siempre ocupado de ella, su corazón en su corazón. Sitá era muy querida de Rama: «Es la esposa que me ha dado mi padre», decía. Viendo la bondad y la her-

mosura de su esposa, el esposo sentía una alegría cada vez más viva. Asimismo el esposo a los ojos de la esposa y en su corazón simbolizaba este doble don. El corazón de Sitá leía claramente con la mayor facilidad lo que pasaba en el corazón de su esposo, ella, la princesa de Mithila, hija de Janaka, semejante a las diosas, y cuya belleza igualaba a la de Srí. El hijo del rishi real unido a Sitá, su bienamada, la hija del monarca eminente, el Señor Rama, vivía así lleno de gloria en el seno de la felicidad, como Vishnú, el jefe de los inmortales, cerca de Srí.

## AYODHYAKANDA

### SARGA I

#### DESCRIPCION DE LAS VIRTUDES DE RAMA

Bharata se fue a la tribu de su tío materno, acompañado de Satruña, el eterno destructor de sus enemigos, al que la alegría dominaba. Allí se estableció con su hermano, rodeado de cuidados y placeres por su tío materno, Asvapati, lleno de afecto hacia los hijos de su hermana. Pero no obstante permanecer allí, no obstante vivir allí a su capricho, los dos hermanos, acordábanse del anciano rey Dasaratha. El rey, por su parte, pese a su gloria, no olvidaba tampoco a los dos ausentes, sus hijos Bharata y Satruña, semejantes a Mahendra y a Varuna. Y era que amaba a aquellos cuatro toros de entre los hombre como a cuatro brazos salidos de su cuerpo. No obstante, entre ellos, el ilustre Rama era particularmente la alegría de su padre. Se distinguía, como Svayumbhú en medio de los seres, por sus cualidades superiores. Era el eterno Vishnú, nacido en el Mundo de los hombres, a petición de los dioses, que deseaban la muerte del insolente Ravana. Kausalyá estaba orgullosa de su hijo, el del infinito esplendor, como Aditi del jefe de los dioses, armado con el rayo. Aquel héroe estaba dotado de hermosura, de valor, era extraño a la envidia, sin rival en la Tierra, igual en virtudes a Dasaratha, de quien era el hijo. Con el alma siempre tranquila, conversaba con afabilidad y delicadeza; incluso si se le hablaba insolentemente, jamás respondía de un modo ofensivo. Un favor cualquiera le llenaba de alegría; en cambio, no se acordaba nunca de cien ofensas; de tal modo era dueño de sí mismo. Hasta en medio de sus ejercicios guerreros gustaba de conversar con los hom-

bres de bien, avanzados en virtud, en ciencia y en edad. Inteligente, afable, dirigiendo el primero la palabra con tono afectuoso, de gran valentía de la que no abusaba. No mintiendo jamás, instruido, lleno de deferencia con los ancianos, era amado de todos y a todos amaba. Colmado de mansedumbre, refrenando su cólera, adicto a los brahmanes, condescendiente con los desgraciados, conocedor de sus deberes, refrenando incesantemente el mal, puro, dotado de la inteligencia propia de los de su raza, estimaba mucho sus deberes de kshatriya. Pensaba con alegría suprema en la recompensa del Cielo. No se complacía en causar daño ni gustaba de las pláticas inoportunas; en cambio, las conversaciones honestas en las que mostrábase disertar como el Amo de la palabra, eran su encanto. Lleno de salud, de juventud, elocuente, hermoso, sabiendo discernir los lugares y los tiempos, así como los méritos de los hombres, sólo él en este Mundo había sido creado perfecto.

Tales eran las eminentes cualidades de este príncipe; ellas le hacían tan querido de las gentes como su soplo vital. Versado en todas las ciencias (201), entregado a todas las prácticas religiosas, sabiendo como convenía las *Vedas* con sus Angas, el hermano mayor de Bharata llevaba la ventaja incluso a su padre en el arte de lanzar dardos y flechas. De noble origen, valeroso, sin desfallecimientos, sincero, leal, tenía por maestros a respetables Dos-veces-nacidos a quienes guiaban el deber y el interés. Versado en las ciencias del deber, del placer y del interés, conociendo la Tradición, lleno de discernimiento, en el tráfigo ordinario de la vida era de costumbres arregladas, de buenas maneras, prudente. Temperante, reservado, discreto, fácil de abordar, no indignándose ni alegrándose sin razón, liberal y económico con oportunidad.

De sólida piedad, de inteligencia firme, no era ni ávido, ni insolente, ni desocupado, ni desconsiderado; consciente asimismo de las faltas de los suyos y de las de los extraños. Conocía los *Sastras*, era agradecido, hábil en adivinar a los hombres; negaba o concedía sus favores, según las circunstancias, con discernimiento. Sabía amontonar riquezas con oportunidad, distribuirlas o guardarlas. Era experto en el arte de aumentar sus rentas y en el de gastarlas. Ocupaba el primer puesto en las asambleas guerreras y en las otras reuniones. Perseguía el interés y el deber, buscando la felicidad y huyendo de la pereza. Sabía procurarse las distracciones convenientes, concediendo su parte a lo útil. Era jinete consumado, ora se tratase de elefantes, ya de caballos. Era igualmente el más diestro arquero del Mundo, y en los combates de carros, cuando



le era preciso ir al encuentro del enemigo, luchar cuerpo a cuerpo, o dirigir un ejército, daba prueba de una habilidad perfecta. En el campo de batalla, los suras y los asuras, fuese cual hubiese sido su furor, no hubieran podido vencerle. No reprimaba jamás, reprimía su cólera y su orgullo y mostrábase inaccesible a la envidia. No estaba expuesto al desprecio de los seres, ni sometido a las exigencias de los tiempos. Tales eran las cualidades eminentes que señalaban este príncipe a los pueblos.

Era estimado en los tres mundos a causa de sus excelencias, su longanimidad igual a la de la Tierra, su inteligencia parecida a la de Brihaspati, y su valor, que le hacía émulo del esposo de Sací. Por sus virtudes, que le hacían querido de todos y que regocijaban a su padre, Rama brillaba como Surya, el de los rayos deslumbradores. Este héroe, dotado de semejante natural, de bravura indomable tal cual la de los Amos de los mundos, la Tierra le deseaba como jefe.

Viendo a su hijo provisto de tan numerosas y eminentes cualidades, el rev Dasaratha, látigo de sus enemigos, tuvo este pensamiento. El anciano monarca, al término ya de su larga existencia, gustaba de preguntarse: ¿Cómo hacer para que Rama pueda reinar estando yo aún vivo? Sentía en su corazón indecible alegría preguntándose: ¿Cuándo, pues, podré asistir a la consagración de mi hijo? Dedicado está a la felicidad de los hombres, lleno de compasión por todos los seres; es más caro al pueblo que yo mismo; en el Mundo es como otro Parjanya, distribuidor de aguaceros benéficos. Semejante en valor a Yama y a Sakra, de una sabiduría igual a la de Brihaspati, firme como una roca, sus cualidades superiores son a las mías. Cuando, a mi edad, haya visto a mi hijo establecido en el trono, no me quedará sino irme al Cielo.

Estas cualidades variadas y múltiples, inaccesibles a los otros príncipes de tal modo eran distinguidas e inconmensurables, las más grandes del Mundo, viendo en qué eminente grado su hijo estaba dotado de ellas, el rey consultó a sus ministros sobre este proyecto de asociarle a su trono. El sabio monarca habló del terror formidable inspirado por los presagios que ocurrían en el cielo, en la atmósfera y en la tierra; mostró su cuerpo decrepito. Sabía el afecto recíproco de su pueblo y del magnánimo Rama, el del rostro hermoso como la Luna en su plenitud, afecto que desterraba toda pena del alma. Para asegurar su propia dicha y la de sus súbditos, en su ternura, llegado el momento, el virtuoso monarca, lleno de abnegación por su país, convocó, con toda premura, a los prin-

cipales habitantes de las diversas ciudades y aldeas de su reino, él, el amo del territorio. Cuando les vio en su palacio, el rey, adornado con galas suntuosas, les rindió los honores que les eran debidos; hubiérase dicho Prajapati en medio de los seres. No obstante, el rey, en su precipitación, no invitó al rey de los kekayas, ni a Janaka. Más tarde ya sabrán la fiesta que ha habido, se dijo.

Cuando el rey Dasaratha, destructor de ciudades enemigas, hubo entrado en la sala de la reunión, los soberanos venerados por otros pueblos entraron entonces en su seguimiento. Luego se sentaron frente a él, en los tronos que les había preparado a cada uno según su clase. Rodeado de aquellos príncipes, dueños de su corazón y llenos de deferencias hacia él, en medio de aquellos hombres llegados de ciudades y aldeas que habían tomado asiento, sucesivamente, en la asamblea, el rey Dasaratha brillaba como el afortunado dios de los mil ojos entre los Inmortales.

## S A R G A I I

### DASARATHA PROYECTA ASOCIAR RAMA A SU TRONO

Entonces, dirigiéndose a toda la asamblea, el rey Dasaratha pronunció, con voz fuerte, un discurso a la vez útil y agradable. Sonora como el sonido de los gongos, profunda, de gran alcance, la voz del príncipe asemejábase a la de una nube tempestuosa. Con tono digno de su carácter real, inimitable para todo otro, tranquilo y lleno de buen sentido, el monarca dijo a los príncipes: «Bien sabéis cuán vasto es este Imperio que mis predecesores, aquellos Indras entre los reyes, rodearon con su protección cual a un hijo. A este mundo, por entero, gobernado por todos los reyes procedentes de Ikshvaku, yo desco asegurarle la felicidad de que es digno. He seguido la senda que me abrieron mis antepasados; he velado sobre mis pueblos, sin cerrar los ojos un instante, y les he protegido con todo mi poder. Mi cuerpo, desde que he trabajado así en bien del Universo, a la sombra del blanco quitasol, se ha vuelto decrepito. Este cuerpo envejecido, cuya existencia prolongase desde hace gran número de millares de años (202), deseo concederle reposo. El pesado fardo del gobierno del Mundo, buscado por los reyes poderosos, pero abrumador para aquellos que no han domado sus apetitos, yo estoy fatigado de llevarle. Aspiro al reposo, luego de haber confiado a mi hijo el cuidado de mis

súbditos, de acuerdo con todos estos toros de entre los Dos-veces-nacidos que veis aquí.

»Mi hijo mayor trajo al nacer todas mis cualidades. Igual en bravura a Puramdara, Rama, que conquista las ciudadelas enemigas, semejante al dios de la Luna cuando está en conjunción con Pushya, el mejor entre los hombres de bien, yo asociaré a mi trono mañana a ese toro de los hombres. Para vosotros será un digno jefe el afortunado hermano mayor de Lakshmana. Los tres mundos mismos no podrían tener mejor protector. Sin tardar, entregaré a este excelente príncipe el gobierno de la Tierra. Una vez mi hijo investido con esta carga mis inquietudes van a desaparecer. Este propósito, digno de mí, que he madurado seriamente, os pido que le aprobéis; más, ved cómo puedo cumplirlo. Bien que me plazca así, examinad si no hay otro medio de salvaguardar el interés de mi reino. La opinión de los hombres imparciales debe prevalecer en caso de conflicto.»

A este discurso del rey, los reyes sintieron que la seguridad les dominaba, y como los pavos reales que saludan con sus gritos a la gran nube cargada de lluvia, así ellos, dominados por el entusiasmo, deshiciéronse en alegres exclamaciones. Aquel clamor de todo aquel pueblo hizo, por decirlo así, temblar a la Tierra.

El rey, que conocía el deber y el interés, habiéndoles hecho saber su proyecto, los brahmanes y los poderosos jefes de pueblos reunidos en unión de los príncipes habitantes de ciudades y pueblos, tras haberse puesto de acuerdo, dijeron, después de haber reflexionado, al anciano rey Dasaratra: «Puesto que tu edad se cuenta por muchos millares de años, ¡oh rey!, asocia a Rama a tu corona. Descosos estamos de ver al valeroso descendiente de Raghú, al poderoso Rama, adelantarse, montado sobre el gran elefante, el rostro sombreado por el quitasol.»

Cuando hubo oído estas palabras, el rey, fingiendo ignorar su verdadero sentido, con objeto de conocer de un modo más expreso lo que pensaban, les habló de este modo: «¿No es a causa de haberme oído formular mi deseo por lo que pretendéis querer a Raghava, ¡oh príncipes!, por jefe? Esto me deja perplejo. Decidme la verdad. ¿Es que, pese a mi administración equitativa del Universo, deseáis verdaderamente ver al poderoso Rama asociado al Imperio?»

Los magnánimos príncipes, de acuerdo con los habitantes de ciudades y pueblos, le respondieron: «Numerosas, ¡oh rey!, y preciosas son las cualidades de tu hijo. Los dones amables y saludables del sabio y virtuoso Rama, que aseméjase a un dios,

¡oh divino monarca!, vamos a enumerártelos todos al punto; escucha: Gracias a sus divinas cualidades, Rama es igual a Sakra. El heroísmo forma su esencia. De todos los vástagos de Ikshvaku, es el más digno, ¡oh amo de los pueblos! Rama es un hombre de bien. Virtuoso, es, en el Mundo, el asilo supremo de los hombres honrados. Sin Rama desaparecería al punto el deber, lo mismo que la prosperidad. El hace la felicidad de los pueblos, lo mismo que Candra. Es paciente a la manera de la Tierra. Por la sabiduría, aseméjase a Brihaspati, y por la energía, al esposo de Sací. Instruido en la ley, aferrado a la verdad, de carácter feliz, extraño a la envidia, apacible, afable, dulce, agradecido, dueño de sus pasiones, lleno de longanimidad, firme en sus resoluciones, siempre accesible, ajeno a la envidia, hablando a todos con benevolencia y franqueza; tal es Raghava. Sabios, ancianos y brahmanes, para ellos está lleno de veneración. He aquí lo que hace su gloria incomparable, lo que aumenta su fama y su poder. Hábil en lanzar todos los dardos de los devas, de los asuras y de los hombres; profundamente versado en las ciencias y en las prácticas religiosas, conoce, como es preciso, los *Vedas* con sus *Angas*. En el arte de los *gandharvas*, en este Mundo, sobresale el hermano mayor de Bharata. Afortunadamente dotado, virtuoso, el alma cerrada a las pequeñeces y abierta a los nobles sentimientos; instruido por los brahmanes más versados en el conocimiento del deber, del interés y de las artes, cuando va a la asamblea para tomar en ella la defensa de los pueblos o de las ciudades, acompañado del hijo de Sumitrá, jamás vuelve de ella sin haber ganado su causa; en estas circunstancias, monta, ora un elefante, ora un carro. Infórmase con los ciudadanos cual si fuesen parientes, si todo marcha bien en lo que afecta a sus hijos, sus fuegos sagrados, sus mujeres, sus servidores o sus discípulos. Interrogales al detalle y con orden como un padre a sus hijos bienamados: "¿Son dóciles vuestros discípulos?", pregunta a los brahmanes, y a los *kshatriyas* les dice: "¿Es que vuestros servidores están provistos de corazas?" Tales son las conversaciones habituales de Rama, toro de los hombres.

»En las desgracias de otro muestra una sincera aflicción y en todas las fiestas, alégrase como un padre en el seno de su familia. Franco en el lenguaje, hábil arquero, lleno de atenciones hacia la vejez, dueño de sus sentidos, acompañando sus palabras con una sonrisa, apoyando con toda su alma sobre el deber, guía fiel en el bien, no complaciéndose en los relatos maledicentes, discurriendo con elocuencia igual a la de Vicaspati (203) con sus hermosas cejas, con ojos grandes color de

cobre, semejante a Vishnú en persona, Rama es la felicidad de los mundos. Dotado está de heroísmo y de energía, capaz de proteger a los pueblos, no deja a las pasiones que dominen sus sentidos. Podría gobernar los tres mundos, luego con más razón esta Tierra. Ni su enojo ni su furor caen jamás en falso. Castiga legalmente a los que merecen ser castigados, pero los inocentes nada tienen que temer de su cólera. Se atrae con gusto, mediante beneficios, a aquellos de los que puede alabarse. Por sus felices cualidades, que el pueblo aprecia universalmente y que hacen la felicidad de todos, Rama brilla como el Sol gracias a sus inflamados rayos. Es a causa de estas cualidades siempre beneficiosas por lo que Rama, que tiene por esencia el heroísmo, él, el protector por excelencia de los mundos, es deseado para amo del Universo. Tu querido hijo nació para el bien de los pueblos; así como para tu felicidad ha nacido este Raghava, felizmente dotado de todas las virtudes filiales, a la manera del hijo de Marici, Kasyapa. La fuerza, la salud, la energía vital de Rama, ilustre entre los devas, los asuras y los hombres, así como entre los gandharvas y los uragas, todo el pueblo de este reino de ciudades soberbias las celebra; las gentes de tu casa y las de fuera, los habitantes de la ciudad y los del campo. Mujeres, ancianos, niños, tarde y mañana, llenos de recogimiento invocan a los dioses a propósito del sabio Rama; su súplica, ¡oh divino Dasaratha!, acógela favorablemente. Rama, el del tinte oscuro como el loto, el destructor de todos los enemigos, ¡ojalá podamos verle asociado a tu trono, a él, el hijo del mejor de los reyes! Tu hijo, igual al dios de los dioses, él, de quien depende la felicidad universal, para nuestro bien, este príncipe dotado de las más eminentes virtudes, ¡oh rey generoso!, procede alegremente a su consagración.»

## S A R G A I I I

### PREPARATIVOS PARA LA CONSAGRACIÓN

El rey, acogiendo el ruego que sus súbditos le dirigían unánimemente, las manos juntas para el anjalí, les dio esta respuesta conforme a sus deseos y al interés: «Estoy en el colmo de la alegría; y mi poder llega a ser sin igual, puesto que deseáis que asocie a mi corona a mi amado hijo mayor.» Tras haber honrado a la asamblea con esta respuesta, el monarca dijo a los brahmanes, y a Vasishtha y a Vamadeva, en

presencia de todos: «Estamos en el afortunado, el santo mes de Caitra, en que los árboles se recubren de flores. Que preparen, pues, todo cuanto hace falta para la consagración de Rama.»

Estas palabras fueron saludadas por la multitud con vivas aclamaciones. Cuando el ruido de la multitud se hubo calmado poco a poco, el rey dijo a Vasishtha, el tigre de los ascetas: «Todos los preparativos para la consagración de Rama, cuida hoy de que sean ejecutados, ¡oh bienaventurado!» A estas palabras del guardián de los mundos, Vasishtha, el excelente muni, respondió dando sus órdenes a los dignos servidores que había delante del rey, haciendo el anjalí: «El oro y los demás metales, las piedras preciosas, las libaciones, las plantas de todas clases, las guirnalda frescas, los granos tostados y especialmente la leche y la manteca, los trajes nuevos, los carros y todas las armas, el cuádruple ejército, el elefante cubierto con su hermosa gualdrapa, el doble abanico hecho con cola de yak, el estandarte y el quitasol blanco, los cien vasos de oro satakumbha, relumbrantes como el fuego, el toro de cuernos dorados, la piel de tigre entera, y todas las demás cosas deseables, preparadlas y disponedlas para mañana en la parte del palacio destinada al fuego sagrado.

«Que las puertas de palacio y de toda la ciudad sean adornadas con guirnalda de sándalo, y que se quemen perfumes. Arroz bien preparado, leche agria y leche dulce de buena calidad, que se acopien lo suficiente para hartar a cien mil brahmanes. La flor de los Dos-veces-nacidos que mañana, desde que el día despunte, sean abundantemente surtidos de manteca, de leche agria, de grandes asados y de sabrosos dakshinas. Apenas se levante mañana el Sol, que las palabras de bienvenida sean pronunciadas, y que los brahmanes sean convocados y les sean preparados asientos. Que las oriflamas sean enarboladas, que la vía sea regada, que todas las danzarinas y cantantes sean engalanadas debidamente.

«Llegados al segundo recinto del palacio, que los brahmanes se detengan sobre los caityas de los divinos templos, y que sean provistos de arroz y de dakshinas. Que la serie de guirnalda sean dispuestas con simetría. Luego, armados de sus largas espadas y de sus arcos tendidos, bien ceñidos y con los trajes perfectamente limpios, los guerreros entrarán en el patio de honor del gran rey.»

Los dos ascetas, habiendo dado así sus órdenes para la ceremonia, se quedaron allí con objeto de prevenir lo demás. Luego, volviendo a encontrar al príncipe, amo del Mundo, le dijeron: «Hecho está.» Así hablaron los dos excelentes ascetas,

que habían cumplido su misión satisfechos y llenos de alegría. El rey, en su magnificencia, dijo entonces a Sumantra: «Ve presto a buscar al virtuoso Rama.» «Sí», respondió Sumantra a la orden del soberano. Y se marchó, en un carro, a buscar a Rama, el más hábil conductor de carros. En la sala de la coronación tomaron asiento, en torno al rey Dasaratha, los monarcas del Este y del Norte, los del Oeste y los del Sur; mlecchas, aryas y también los habitantes de los bosques y de las rocas. Todos formaron el cortejo de honor de Dasaratha, como los dioses hacen con Vasava. En medio de ellos, el real rishi asemejábase a Vasava entre los maruts.

Desde el palacio en que Dasaratha estaba vio venir a su hijo, semejante al rey de los gandharvas, renombrado a causa de su valor. Con los enormes brazos, de fuerza inmensa, Rama avanzaba como un elefante embriagado por el mada; el rostro tan amable como el de Candra, su aspecto era cuanto se podía ser de seductor. Era de una hermosura y de una majestad tales, que su vista maravillaba a los hombres: lo mismo que Parjanya cuando refresca con sus aguaceros a las gentes anegadas por el calor, así el rey no se cansaba de mirar a su hijo que llegaba hacia él.

Sumantra ayudó a Raghava a bajar del magnífico carro; y mientras éste avanzaba hacia su padre, le siguió haciendo el anjali. El vástago de Raghú subió al palacio, que brillaba como la cúspide del Kailasa, con objeto de reunirse con el soberano, en compañía de Sumantra. Acercóse a él haciendo el anjali y se prosternó ante su padre. Rama pronunció el nombre y tocó con respeto los pies de su padre. El rey, viendo a Rama así prosternado ante él haciendo el anjali, le cogió ambas manos tal cual las tenía juntas, le atrajo hacia él y besó a su hijo bienamado. Por orden del rey, un asiento muy alto, magnífico, adornado con oro y piedras preciosas, deslumbrador, fue traído para Rama. Sentado en aquel asiento maravilloso, Rama iluminaba con su resplandor propio, como el Sol cuando se levanta, despejado de nieblas, ilumina al Merú. La asamblea misma tornóse toda deslumbrante de esplendor como un cielo de otoño sin nubes todo sembrado de estrellas y de constelaciones, al que la Luna ilumina.

Al aspecto de su hijo bienamado, el monarca sentíase felizmente disminuido. Parecía estar colocado frente a un espejo brillante, en el cual contemplábase él mismo. Dirigiéndose a su hijo sentado sobre aquel magnífico trono, el rey, el más feliz de los hombres, le dijo, como Kasyapa cuando habla al Indra de los Dioses: «Te he engendrado en el seno de la más

noble de mis esposas, y eres el digno hijo de tal madre. Dotado de las cualidades más eminentes, ¡oh Rama!, eres mi hijo preferido. Y puesto que has sabido conciliarte a causa de tus virtudes el afecto del pueblo, bajo la conjunción de Pushya, sé asociado a mi trono. Tú tienes, sin duda, todas las cualidades deseables; no obstante, por virtuoso que seas, ¡oh hijo mío!, a causa de mi afecto he de darte saludables consejos. Vuélvete cada vez más modesto, y sé siempre vencedor de tus pasiones. No cedas a los impulsos del amor o de la cólera, ora obres lejos de toda mirada, ya en público. Empezando por tus ministros, hazte amar de tus súbditos llenando los graneros y los arsenales. Aquel que gobierna su reino en medio de la felicidad y del afecto de sus súbditos es la alegría de sus amigos, como la adquisición del amrita hizo la alegría de los Inmortales. He aquí, ¡oh hijo mío!, cómo, dueño de ti mismo, te es preciso obrar.»

Dichas estas palabras, los oficiales amigos de Rama marcharon presurosos a anunciar a Kausalyá el acontecimiento. Oro, vacas y joyas de todas clases fueron distribuidas a los mensajeros de la buena nueva por orden de la princesa, a quien la alegría embargaba. Entonces, despidiéndose del rey, Raghava volvió a subir sobre su carro y volvió a su suntuosa morada, saludado por las aclamaciones de la multitud. Los ciudadanos, habiendo oído las palabras del rey, y viendo, por decirlo así, sus más caros deseos ejecutados, despidiéronse del Indra de los reyes y ganaron rápidamente sus hogares, para allí dirigir a los dioses sus homenajes, llenos de alegría.

## SARGA IV

### VISITA DE RAMA A SU MADRE

Idos los habitantes de la ciudad, el rey, tras haber deliberado de nuevo con sus consejeros, tomó en su prudencia esta decisión: «Mañana llega la conjunción de Pushya; mañana pues, tendrá lugar la consagración de mi hijo Rama, el de ojos anchos como hojas de loto, en su calidad de asociado al Imperio.» Tal dijo el monarca. Luego, el rey Dasaratha entró en sus habitaciones, adonde hizo venir a su escudero, al que ordenó: «Ve a buscarme a Rama de nuevo.» Dócil a la orden de su amo, el escudero volvió prestamente a casa de Rama, con objeto de traerle. Los guardianes de la puerta anunciaron a



Rama que Sumantra estaba allí otra vez. Oyendo esto, Rama se quedó perplejo. Mas, haciendo que fuese introducido al instante, le preguntó: «Dime sin reticencias el motivo de tu venida.» El escudero le respondió: «El rey desea verte. Ya sabes su voluntad. Vuelve, pues, a su lado.» Oído esto, Rama se apresuró a volver al palacio junto al monarca.

Dasaratha, al saber la llegada de Rama, hizo que fuese introducido, deseoso de tener con él una cordial y última plática. El afortunado Raghava, habiendo entrado en el palacio, vio a su padre, y de lejos ya, se prosternó haciendo el anjalí. El monarca, tras levantarle, le abrazó, le indicó un asiento, y le dijo: «Oh Rama!, tengo mucha edad; mi existencia ha sido larga; todos mis deseos están satisfechos; he ofrecido, cuando me ha placido, cien sacrificios, acompañados de distribuciones de arroz y de dakshinas en abundancia. He obtenido la descendencia que deseaba, ¡oh tú, que no tienes hoy semejante en la Tierra! La limosna, la ofrenda, el estudio, todo ello lo he practicado, ¡oh el mejor de los hombres! Todas mis empresas, ¡oh héroe!, han tenido un resultado feliz. En lo que a los dioses afecta, irreprochable me siento. Y lo mismo respecto a los rishis, los pitris, los brahmanes e incluso conmigo mismo. Nada, pues, me queda que hacer a no ser tu consagración. Lo que voy a decirte, preciso será cumplirlo. Hoy, todos mis súbditos te quieren por soberano; por ello voy a asociarte al Imperio, hijo querido. Pero esta noche, ¡oh Rama, vástago de Raghú; he tenido sueños enojosos: en medio de torbellinos meteoros han caído del cielo con gran ruido. Además, ¡oh Rama!, el planeta que preside mi nacimiento he sabido por los astrólogos que está cautivo de los astros temibles, de Surya Angaraka y Rahú. De ordinario, a la aparición de presagios semejantes, el rey muere o es víctima de un terrible accidente. Por consiguiente, mientras mi voluntad no cambie, ¡oh Raghava!, voy a proceder a tu consagración, pues el pensamiento de los seres es inestable. Hoy la Luna entra en la constelación de Punarvasu, que precede inmediatamente a Pushya. Los astrólogos proclamarán mañana sin falta la conjunción de Pushya. Pues bien, es bajo Pushya cuando yo te consagraré, tal cual mi corazón me empuja a hacerlo. Mañana procederé a tu consagración, como asociado al Imperio, ¡oh látigo de tus enemigos! Por consiguiente, a partir de este momento, esta noche la pasarás en la continencia y el ayuno con tu esposa, extendido sobre un lecho de darbha. Que todos mis amigos, sin descanso, velen hoy en torno a ti por todas partes; pues tales propósitos expuestos están a numerosos obstáculos. He pensado

que, mientras Bharata está lejos de esta ciudad, era la ocasión favorable para realizar tu consagración. Pues bien que, por supuesto, tu hermano Bharata afianzado esté en las prácticas propias a los hombres de bien, lleno de deferencia hacia su hermano mayor, y sea virtuoso, bueno y dueño de sus sentidos, a mi juicio, ¡jea!, el espíritu del hombre es inconstante; y el de los hombres honrados y fundamentalmente virtuosos, en las obras se revela, ¡oh Raghava!» Tras estas palabras, su padre le despidió: «Mañana tu consagración, marcha.» Rama, tras saludarle, se volvió a su casa.

Apenas entrado, su consagración determinada de tal modo por su padre el rey, volvió a salir al punto, para ir al gineceo, junto a su madre. La encontró vestida con un traje de lino, protergada en el templo de los dioses, recogida y rogando por su felicidad. Allí estaban también ya Sumitrá, Lakshmana y Sitá, que se había hecho conducir al conocer la feliz noticia de la consagración de Rama. En aquel momento Kausalyá estaba inmóvil, sin mover los párpados, rodeada de Sumitrá, de Sitá y de Lakshmana. Habiendo sabido que la consagración de su hijo tendría lugar bajo la constelación de Pushya, contenía su aliento y meditaba sobre el Purusha Janardana.

Sin dejar de observar recogimiento tan piadoso, Rama se acercó a ella, y, dirigiéndole la palabra, la dijo excelentemente y colmándola de alegría: «Madre querida, mi padre me ha encargado de trabajar con él en la salvaguardia de sus súbditos. Mañana tendrá lugar mi consagración; tal es su voluntad. Esta noche debo pasarla con Sitá en la abstinencia. Así me lo han ordenado mis preceptores; mi padre me lo ha encargado asimismo. Todo cuanto conviene para la consagración de mañana, los preparativos que deben asegurar mi felicidad y la de la princesa de Videha, prescríbelos hoy mismo.»

Escuchando la noticia de un acontecimiento desde mucho deseado, Kausalyá, entre lágrimas de alegría, respondió a su hijo: «¡Oh mi bienamado Rama, ojalá puedas vivir mucho tiempo y destruir siempre a tus enemigos! Sé feliz y haz la felicidad de mis parientes y de los de Sumitrá. Ciertamente te he dado vida bajo una estrella favorable, ¡oh hijo querido, puesto que gracias a tus cualidades cres la alegría de Dasaratha, tu padre. No, no ha sido inútil mi devoción a Purusha, el de los ojos de loto: la prosperidad del reino de Ikshvaku, ¡oh hijo mío!, en ti descansa.»

Habiéndole hablado así su madre, Rama dijo sonriendo a su hermano, al que veía inclinado ante él haciendo el anjali: «Lakshmana, gobierna conmigo esta Tierra. Tú eres yo mismo

y mi fortuna en ti reside. Goza, ¡oh hijo de Sumitrá!, de los codiciados placeres y de los frutos del Imperio. Vida y trono, yo no los amo sino para ti.»

Tras haber dicho estas palabras a Lakshmana, Rama saludó a sus dos madres, y luego, despidiéndose de ellas, volvióse con Sitá a su mansión.

## SARGA V

### VASISHTHA VA A BUSCAR A RAMA

El rey, habiendo ordenado a Rama que estuviera dispuesto para la ceremonia de la consagración que debía celebrarse al día siguiente, mandó venir a su purohita, Vasishtha, y le dijo: «Ve y recomienda abstinencia a Kakutstha, así como a su joven esposa, por la feliz posesión del reino, ¡oh asceta fiel a las prácticas religiosas!» «Sea», respondió al rey el bienaventurado Vasishtha, el mejor de los intérpretes del *Veda*, y fue a la mansión de Rama. El asceta, firme en la observación de sus votos, montó sobre un excelente carro brahmánico con objeto de ir a recomendar la abstinencia al héroe instruido en los mantras que él mismo conocía. Habiendo llegado a la mansión de Rama, brillante como un montón de nubes blancas, el excelente muni atravesó tres recintos con su carro. A la llegada del rishi, Rama, apresurándose todo conmovido, salió de sus habitaciones para rendirle los honores debidos a su dignidad. Corrió, pues, al encuentro del carro del sabio asceta y le ayudó a bajar de él, dándole él mismo la mano. Viéndole en tan respetuosa actitud, el purohita dirigió a Rama, digno de ellas, palabras benévolas, que le llenaron de gozo: «Tu afectuoso padre, ¡oh Rama!, para que obtengas el cetro, te recomienda observar el ayuno con Sitá. Mañana, asociado serás al Imperio y consagrado con toda alegría por tu padre, el rey Dasaratha, como Yayati lo fue por Nahusha.» Así dijo el santo y puro asceta, que, de acuerdo con los mantras, hizo guardar abstinencia a Rama lo mismo que a Vaidehí. Luego, el gurú del rey, habiendo recibido de Rama, descendiente de Kakutstha, los homenajes legítimos, despidióse de él y se alejó de su morada.

Rama sentóse en medio de sus amigos, que le felicitaban y celebraban alabanzas en honor suyo. Más tarde, y luego de haberles despedido a todos, entró en sus habitaciones. La man-

sión de Rama estaba llena de hombres y mujeres en plena alegría. Hubiérase dicho un estanque de lotos abiertos frecuentado por bandadas de petulantes pajarillos. Alejándose de la casa de Rama, que asemejábase a una residencia real, Vasishtha vio el camino lleno de gente. En Ayodhya, las vías reales eran demasiado estrechas para los grupos que en ellas se apretujaban por todas partes, impacientes por contemplar la fiesta. De las olas tumultuosas de aquella multitud gozosa que llenaba la vía real, elevábase un rumor semejante al ruido del mar. Las calles estaban regadas y barridas y Ayodhya toda adornada de guirnaldas silvestres aquel día; y habían enarbolado, en las casas, oriflamas. Los habitantes, comprendidas las mujeres y los niños, en espera de la consagración de Rama, acechaban la salida del Sol. Aquella gran fiesta que iba a encender de alegría al pueblo y a colmarle de gozo, todos estaban ávidos de contemplarla.

El purohita, haciéndose paso por entre aquella multitud que llenaba la vía real, llegó, no sin trabajo, al patio del palacio. Una vez allí subió a la residencia real, que asemejábase a la cima de una nube blanca, y se acercó al soberano, como Brihaspati a Sakra.

Al verle de regreso, el rey, dejando su trono, le interrogó sobre el resultado de su mensaje: «Hecho está», le dijo el asceta. En aquel momento, los miembros de la asamblea, que estaba reunida, levantáronse de sus asientos para saludar al purohita. Con el beneplácito de su gurú, el rey, habiendo despedido a la asistencia, entró en su harén como un león en su caverna. Aquella mansión, llena de mujeres ricamente vestidas, semejante al palacio de Mahendra, al entrar el rey la iluminó como el dios Luna ilumina un cielo sembrado de infinitas estrellas.

## SARGA VI

### ALEGRÍA DE LOS HABITANTES DE AYODHYA

Marchado el purohita, Rama, tras bañarse, con el corazón domado, fue con su esposa, la de los grandes ojos, junto a Narayana. Llevando sobre su cabeza el vaso de las libaciones, según los ritos, vertió, en honor de la gran divinidad, la man-teca clarificada en las llamas del brasero. El resto de la libación lo bebió en honor de su propia prosperidad, pensando siempre en el dios (Narayana); luego, echándose sobre un

montón de hierba junto a la princesa de Videha, reteniendo su voz y dominando su corazón, el hijo del mejor de los hombres descansó en el venerable santuario de Vishnú. A la última parte de la noche, levantóse, organizando al punto la decoración de su mansión. Pronto oyó los alegres cantos de los sutas, de los magadhas y de los bandines. Y desde la más temprana aurora ocupóse de sus deberes religiosos rogando con el más profundo recogimiento. Celebró, con la cabeza inclinada, las alabanzas de Madhusudana, vestido con prendas de lino sin manchas, y dejando a los Dos-veces-nacidos recitar sus oraciones. La voz de aquellos hombres que pedían un día propicio, grave y armonioso, acompañado del sonido de instrumentos de música, llenó Ayodhya. Cuando supo la abstinencia practicada por Raghava en unión de la princesa del Videha, la población de la ciudad llenóse toda entera de gozo. Todos los habitantes al saber la próxima consagración de Rama, viendo que la noche dejaba paso al día, ocupáronse en decorar la ciudad. En los templos brillantes como montones de nubes blancas, en los cruces de caminos, en las calles, en los caityas y en las terrazas, en los almacenes de los mercaderes llenos de géneros de todas clases, en las casas opulentas de los respetables jefes de familia, en todos los edificios públicos, en los árboles, expuestos a la vista de todos ondeaban estandartes y oriflamas inmensas. Grupos de saltimbanquis, danzarines y cantantes encantaban el espíritu y los oídos de la multitud. Las gentes conversaban unos con otros, en calles y casas, sobre la consagración de Rama, cuyos preparativos ya estaban terminados. Los niños mismos, mientras jugaban numerosos en las puertas de sus casas, ocupábanse de la consagración de Rama, y hablaban de ella unos con otros. La vía real estaba llena de flores por todo el suelo; quemábanse perfumes en ella, y había sido decorada por los habitantes en honor a la consagración de Rama.

Con objeto de que pudiera gozarse del espectáculo, incluso cuando se llegara por la noche, antorchas, tales que árboles, habían sido dispuestas por todas partes a un lado y a otro de las calles. Decorada así la ciudad, los habitantes esperaban a que Rama fuese consagrado heredero de la corona. Y reunidos todos en grupos en los cruces de calles y otros lugares de reunión, conversaban unos con otros haciendo elogios del monarca: «En verdad que dotado está de un alma grande este poderoso rey, alegría de la familia de Ikshvaku. Sintiéndonos viejo, procede a la entronización de Rama. Debemos todos sentirnos dichosos de que Rama llegue a ser, por mucho tiem-

po, el amo y el protector de la Tierra, el que ve de este Mundo las causas y los efectos. Exento de orgullo, instruido, virtuoso, amado de sus hermanos por los que está lleno él de afecto, que nosotros compartimos: tal es Raghava. Que viva mucho tiempo el virtuoso, el irreprochable Dasaratha, gracias al cual vamos a asistir a la consagración de Rama.»

Tales eran las conversaciones que oían a los habitantes de la ciudad los extranjeros venidos de todos los lugares del país al rumor de la fiesta que se preparaba. De todas partes habían acudido para asistir a la consagración de Rama, y así, los habitantes del reino, llenaban la ciudad. De aquellas multitudes apiñadas levantábase un rumor semejante al de las olas tempestuosas del Océano los días de fuerte marca. Aquella ciudad, semejante a la residencia de Indra, adonde los habitantes del reino habían acudido para asistir a la consagración, llena estaba por todas partes de clamores semejantes a los de las aguas en el seno de las cuales se debaten los monstruos marinos.

## SARGA VII

### LA JOROBADA MANTHARÁ HACE SABER A KAIKEYÍ LOS PREPARATIVOS DE LA CONSAGRACIÓN

Una sirvienta, nacida en la casa paterna de Kaikeyí y criada con ella, subió por casualidad en aquel momento a una terraza deslumbradora como la Luna. Desde ella, Manthará (204) vio a Ayodhya toda entera con sus calles reales regadas con agua perfumada y el suelo lleno de flores de loto; decorada con oriflamas y estandartes maravillosos; el agua de sándalo vertida a profusión; colmada de gente con la cabeza embalsamada. Todas las manos llenas de guirnaldas y de golosinas, Los Indras de entre los brahmanes lanzando por todas partes gritos de alegría; las puertas de los templos, resplandecientes; toda clase de instrumentos dejándose oír. La multitud, gozosa, se amontonaba allí; por todas partes oíase el recitar de los *Vedas*; elefantes y caballos de gran precio agitando en aquella confusión, llenos de placer; vacas y toros haciendo retumbar todo con sus mugidos.

Al ver a Ayodhya así decorada con guirnaldas y banderas por sus habitantes a quienes la alegría sacaba de quicio, Manthará quedó sumamente sorprendida. Y advirtiendo a pocos pasos a la nodriza de Rama con los ojos dilatados por la feli-

cidada y vestida de blanquecino lino, Manthará la preguntó: «¿Por qué la madre de Rama, llena de la más viva alegría y muy ocupada en lo que hace, se entrega a esas liberalidades con la gente? ¿Y por qué ese gozo delirante de la población? Dímelo. ¿Qué quiere hacer el rey, que está tan satisfecho?» Vuelta expansiva por la dicha, la nodriza, llevada por el exceso de su contento, contó a la jorobada lo relativo a la suprema dignidad destinada a Raghava: «Mañana, día de la constelación de Pushya, el rey Dasartha consagrará como asociado en el Imperio a Rama, descendiente de Raghú, vencedor de su cólera, príncipe irreprochable.»

Oyendo estas palabras de la nodriza, la jorobada apresuróse al punto a descender de la terraza, aquella que pareciese a una de las cumbres de Kailasa. Y transportada de furor, Manthará, la del perverso mirar, dijo a Kaikeyí, que dormía: «¡Arriba, insensata! ¿Puedes dormir cuando el peligro te envuelve? ¿Estás hundida en un abismo de males y no te das cuenta? Desgraciada, bajo la apariencia de la felicidad te enorgullecies de tu prosperidad. Pero esta prosperidad ha pasado como el agua corriente del río en la estación caliente.»

Oyendo este violento apóstrofe de la jorobada, que con su cólera meditaba un mal propósito, Kaikeyí quedó profundamente turbada. Luego dijo a la jorobada: «¿Acaso no estamos en seguridad, ¡oh Manthará!, cuando tan abatida y llena de dolor estás?» Manthará, al oír la dulce voz de Kaikeyí, la replicó con indignación y perfidia. Aquella jorobada, cuya inquietud hacía mayor el desco que tenía de hacerse útil a su señora, díjola con objeto de aumentar su turbación y de indisponerla contra Raghava: «¡Oh ilustre princesa!, cierta e inminente es tu pérdida: el rey Dasaratha va a consagrar a Rama y a asociarle al Imperio. Hundida en un abismo sin fondo de espanto, la desgracia y el dolor me agotan. Me siento quemada como por un fuego. Sólo el desco deerte útil me ha hecho venir corriendo a encontrarte. Tu infortunio, ¡oh Kaikeyí!, me arrojaría a mí también en un abismo de infortunio; mientras que tu prosperidad mi prosperidad asegura; sobre esto no hay duda posible. Nacida de una raza soberana, eres la esposa de un rey. ¿Cómo no comprendes, ¡oh princesa!, la importancia de las prerrogativas reales? Tu marido habla valiéndose del lenguaje de la lealtad, pero es engañador; sus palabras son melifluas, su conducta cruel. Es tal el candor de tu naturaleza que no te has dado cuenta de que te engaña. Cerca de ti, prodígate vivas caricias; pero hoy es mediante un favor real como aprieta sus lazos con Kausalyá. En su perfidia ha alejado a

Bharata, enviándole a casa de tus parientes, con objeto de aprovechar la ocasión para sentar a Rama en el trono sin obstáculo alguno. Es un enemigo que, con la apariencia de esposo, con ternura de madre tú has cogido, cual serpiente, en tu seno, ¡oh imprudente! Tal que un enemigo o un reptil del cual no se desconfía, así el rey Dasaratha obra hoy contigo y con tu hijo. Este perverso de caricias embusteras, ¡oh mujer, joven siempre, acostumbrada a la felicidad hasta aquí!, al instalar a Rama en el trono, piérdete a ti y a los tuyos. Aprovecha la ocasión, ¡oh Kaikeyí!, y acude prontamente a tus intereses. Salva a tu hijo, sálvate, sálvame, ¡oh tú, cuyas miradas expresan tantas sorpresas!»

Oyendo estas palabras de Manthará, Kaikeyí, la del hermoso rostro, levantóse de su lecho, llena de alegría y semejante a la Luna de otoño en creciente. Y colmada de gozo en medio de su asombro, Kaikeyí dio a la jorobada un aderezo resplandeciente, divino. Y al presentar a la jorobada el aderezo, llevada por el exceso de su alegría, Kaikeyí dijo de nuevo Manthará con tono feliz: «Lo que acabas de contarme, ¡oh Manthará!, me agrada en extremo. Es una felicísima noticia. ¿qué más puedo hacer por ti? Entre Rama y Bharata yo no hago diferencia alguna. Por consiguiente, me alegro mucho de que el rey asocie a Rama a su Imperio. No podía recibir noticia más agradable, ¡oh tú, que mereces toda clase de favores! Escoge lo que más placer pueda producirte, yo te lo doy.»

## SARGA VIII

### MANTHARÁ INDISPONE A KAIKEYÍ CONTRA RAMA

Manthará, indignada contra ella, rechazó el aderezo y dijo, transportada de cólera y de dolor: «¿Cómo puedes alegrarte en esta situación crítica, insensata? ¿No comprendes que estás en medio de un océano de males? Mi alma sufre llena de pena, ¡oh princesa!, al ver que en lugar de afligirte te llenas de alegría, pese a la gran desgracia que te sucede. Deploro tu locura. ¿Qué mujer sensata aplaudiría el triunfo de un enemigo, del hijo de su rival, equivalente al triunfo de la muerte? Bharata será para Rama un motivo de temor a causa de su participación en la realeza. Este pensamiento me inquieta, pues el temor del temor nace. Lakshmana, el de los poderosos brazos, unido está a Rama con todo su corazón. Por



otra parte, Satruña es a Bharata como Lakshmana a Kautstha. Bien que nacido en las gradas del trono, ¡oh hermosa princesa!, Bharata ha sido apartado para siempre de él, lo mismo que Satruña, a causa de ser los más jóvenes. Este subir de Rama, lleno de habilidad, consumado en las prácticas de los kshatriyas, que sabe obrar cuando conviene, me hace temblar cuando pienso en tu hijo. Por su parte, ¡afortunadísima Kausalyá, cuyo hijo será consagrado y asociado al Imperio mañana, bajo la gran constelación de Pushya, por los excelentes Dos-veces-nacidos! Llegada a la cúspide de la fortuna, al colmo de la felicidad, desembarazada de sus rivales, a esta Kausalyá sometida quedarás, y como una esclava tendrás que hacerla el anjali. Si, llegarás a ser su sirvienta, lo mismo que nosotras, y tu hijo será el lacayo de Rama. De veras que se refocilarán las excelentes mujeres de Rama, mientras que las nueras motivo tendrán para llorar a propósito de la pérdida de Bharata.»

Oyendo hablar así a Manthará, en medio de su profunda aflicción, Kaikeyí púsose a celebrar las cualidades de Rama: «Instruido en la ley, virtuoso, mortificado, agradecido, leal, puro, Rama es el hijo mayor del rey; merece ser asociado al Imperio. Sus hermanos, sus servidores, durante toda su vida, que yo deseo larga, protegidos serán por él como por un padre. ¿Por qué, pues, contristarse, ¡oh jorobada!, con la noticia de la consagración de Rama? Aunque no sea sino dentro de cien años, Bharata, toro de los hombres, seguramente reemplazará a Rama en el trono de su padre y de su abuelo. Luego en presencia de esta ceremonia que nos trae dicha, ¿por qué te dejas, Manthará, consumir por el dolor? Bharata es digno de homenajes, pero Raghava lo es aún más. Por otra parte, Kausalyá me testimonia la mayor deferencia. Si Rama llega a ser rey, Bharata lo será también, puesto que Raghava mira a sus hermanos como a otros tantos él mismo.»

Las palabras de Kaikeyí afligieron extremadamente a Manthará, que la replicó lanzando largos y ardientes suspiros. «En tu locura, se te escapa la realidad. No comprendes tu situación pese a estar hundida en un océano de males lleno de angustia y de dolor. Raghava llegará a ser rey y su hijo luego de él. Su descendencia, ¡oh Kaikeyí!, no tendrá sino desdenes para Bharata. No, puedes estar segura, los hijos del rey no se sentarán todos en el trono, ¡oh hermosa! De reinar todos sería el mayor desorden. A causa de ello, los reyes transmiten al mayor el Imperio y los privilegios, ¡oh Kaikeyí, la del cuerpo sin defectos!, sean cuales sean las cualidades de los

otros hijos. He aquí por qué tu hijo será completamente excluido, como un abandonado, de los goces y de la sucesión al trono, queridita. Yo he venido aquí en interés tuyo, pero tú no quieres darte cuenta de mis intenciones, y la prueba es que crees que debes hacerme un regalo con motivo de la prosperidad de tu rival. Porque no hay duda de que Rama, al ocupar el trono sin obstáculo, hará conducir a Bharata a un país extranjero, si es que no le envía al otro mundo. Muy joven aún ha hecho llevar a Bharata a casa de su tío materno; ahora bien, es del contacto de donde nace la unión como entre las plantas. En su simpatía por Bharata, Satruña ha unido su suerte a la suya; pues del mismo modo que Lakshmana está atado a Rama, así él lo está a Bharata. Cuéntase que un árbol debía ser derribado por los leñadores; pero que los espinos que le rodeaban le salvaron de tal peligro. Del mismo modo, Rama es guardado por el hijo de Sumitrá y Lakshmana por Raghava. Su fraternal amistad famosa es en los mundos como la de los dos Asvins. A causa de ello, Rama no perjudicará en nada a Lakshmana; es a Bharata a quien sin duda alguna hará daño. Por consiguiente, que Raghava deje el palacio del rey por el bosque; tal es mi parecer. Y lo más ventajoso para ti. Con ello la felicidad de tu familia asegurada quedará de obtener Bharata legítimamente el reino paterno. Tu joven hijo, habituado a la felicidad, es el enemigo de Rama. ¿Cómo podría vivir, privado de recursos, en la familia de éste, que estará, por el contrario, en el colmo de la prosperidad? Semejante a un elefante jefe de rebaño, asaltado en un bosque por un león: Bharata, oprimido está por Rama; sálvalo. Humillada en otro tiempo en su orgullo por tu ascendiente sobre el rey, ¿cómo la madre de Rama, tu rival, dejaría de serte hostil? Cuando Rama posea esta tierra, limitada por mares profundos y altas montañas, ¡oh hermosa princesa infortunada!, caerás con Bharata en una situación miserable. Sí, si Rama obtiene el reino. Bharata perecerá ciertamente. Procura, pues, que la corona sea dada a tu hijo y su rival enviado al destierro.\*

## SARGA IX

## KAIKEYÍ SE RETIRA AL KRODHAGARA

Oyendo estas palabras, Kaikeyí, el rostro inflamado por la cólera y lanzando largos y ardientes suspiros, dijo a Manthará: Hoy mismo sin más tardar haré que Rama sea relegado al

bosque. Hoy sin más tardar haré consagrar a Bharata como asociado al Imperio. No obstante, reflexiona ahora a propósito del medio que me permitirá instalar a Bharata en el trono y separar, sin falta, a Rama.»

Habiéndola hablado de este modo la princesa, Manthará, con aire perverso, con objeto de perder a Rama, dijo a Kaikeyí. «Pues bien, oye, Kaikeyí, y aprende cómo tu hijo Bharata podrá obtener el reino, con exclusión de Rama. ¿Has olvidado, ¡oh Kaikeyí!, o si te acuerdas de ello, haces un misterio de lo que te ha sido dicho en otro tiempo en tu interés? Escúchame con atención. Si deseas oírlo de mi boca, ¡oh hermosa princesa!, escucha, voy a repetírtelo; y cuando me hayas oído, tomarás una resolución.»

Al escuchar esto de Manthará, Kaikeyí, levantándose de su lecho suntuoso, le dijo: «Indícame el medio, ¡oh Manthará!, de sentar a Bharata en el trono, con exclusión de Rama.» A estas palabras de la divina Kaikeyí, Manthará, la del mirar perverso, que quería la pérdida de Rama, se expresó en estos términos: «En otro tiempo, en la lucha de los devas y de los asuras, tu esposo, acompañado de rishis reales, llevándote con él, fue en socorro del rey de los dioses a la región del Sur, ¡oh Kaikeyí! Cerca de los bosques Dandakas, alcanzó la famosa ciudad de Vaijayanta, donde reinaba aquel que llevaba un timi (205) como insignia. Aquel gran asura, llamado Cambara, que conocía cien secretos de magia, héroe irrefragable, libró combate a Sakara y a las tropas de los dioses. En aquella formidable lucha, los guerreros, cubiertos de heridas, fueron asaltados con impetuosidad por la noche, durante su sueño, y destrozados por los rakshasas. El rey Dasaratha combatió con intrepidez; el valiente héroe fue acibillado de dardos por los asuras. Entonces, ¡oh divina princesa!, tú sacaste fuera del campo de batalla a tu esposo desvanecido, deshecho por los proyectiles, y le salvaste la vida. Lleno de agradecimiento te dio dos favores a escoger, ¡oh hermosa! Tú dijiste entonces a tu marido, ¡oh bella princesa!: «Cuando yo te pida algo que desee, tú me lo concederás al instante, ¡oh esposo!» «¡Seal!», respondió el héroe magnánimo. Yo ignoraba esto, pero tú me lo dijiste cierta vez. Tu relato guardado le he cuidadosamente en mi corazón. Detén los preparativos e impide la consagración de Rama. Y reclama estas dos cosas a tu esposo: la consagración de Bharata y el destierro de Rama durante catorce años. Durante estos catorce años que Rama pasará en el bosque, el afecto sincero del pueblo hacia tu hijo se afianzará. Entra hoy mismo en el krodhagara como impulsada

por el disgusto, ¡oh hija de Asvapati! Tiéndete sobre la dura tierra, con los vestidos manchados. No levantes hacia el rey los ojos, no le hables cuando venga a verte, pero gime en su presencia, y así, tirada en el suelo, entrégate al dolor. Y como aun eres algo muy querido de tu marido, de esto estoy segura; como por ti ese gran príncipe sería capaz de echarse al fuego; como no querrá ni contrariarte, ni verte contrariada y por complacerte sacrificaría hasta su aliento vital; en una palabra, como no puede negarte nada ese monarca prendido, compréndelo bien, en el irresistible poderío de tus encantos, te presentará joyeles, joyas, oro, perlas de todas clases el rey Dasaratha; pero no hagas el menor caso a todo esto, sino que entonces le recordarás los dos favores a tu elección que en la guerra de los devas y de los asuras te concedió, ¡oh afortunada princesa!, y le dices lo que quieres, no lo olvides. Y cuando el gran rey, el descendiente de Raghú, levantándose, accederá a lo que le pides, entonces tú le cogerás la palabra y formularás este voto: «Que Rama sea desterrado, lejos, durante nueve y cinco años, y que Bharata sea establecido jefe del Imperio, ¡oh toro de los reyes!» Al cabo de los catorce años pasados por Rama en el bosque, la autoridad de tu hijo afianzada habrá quedado para siempre y bien enraizada. Exige, pues, ¡oh hermosa princesa!, como favor el destierro de Rama; de este modo asegurarás todos los intereses de tu hijo. Y así, a causa de su destierro, Rama dejará de ser Rama para el pueblo; mientras que tu Bharata, desembarazado de su rival, reinará. Cuando para Rama llegue el tiempo de salir del bosque, tanto en el interior como en el exterior, tu hijo habrá echado raíces. Se habrá conciliado el afecto de los hombres; se verá rodeado de amigos y dueño de su destino. El momento ha llegado, a mi juicio; aleja, pues, toda inquietud y desvía al rey del propósito de consagrar a Rama.»

Ganada por Manthará a esta funesta resolución aparentemente provechosa, alegre, confiada, Kaikeyí la respondió, pues el lenguaje de la jorobada la hizo salirse del camino como una jaquilla aturdida; así la enteramente hermosa Kaikeyí, en el colmo de la admiración, la dijo: «No despreciaré tu advertencia, ¡oh la mejor de las consejeras! En este Mundo eres la primera de las jorobadas a causa de la firmeza de tu inteligencia. Siempre has hablado en mi provecho y buscado lo que me era útil. Yo no hubiera adivinado jamás la intención del rey, ¡oh jorobada!. Los contrahechos son feos, horribles, pero tú, semejante al loto doblado por la brisa, tú tienes un aspecto agradable. Tu pecho es duro y asciende redondeándose hasta los hombros.

Más abajo, tu vientre, con su hermoso ombligo, apriétase en cierto modo por pudor. Tus caderas son anchas y tus brazos bien desarrollados. Y gracias a tu cara, semejante a un loto inmaculado, eres deslumbradora, ¡oh Manthará! Tus costados sin falta, adornados están de una cintura. Tus piernas están sólidamente plantadas, tus pies son grandes los dos y tus muslos fuertes, ¡oh Manthará, que vas vestida de lino! Cuando andas ante mí, brillas extraordinariamente, ¡oh hermosa! Las mil mayás (206) que tenía Sambará, el jefe de los asuras, tú las posees en tu corazón y aún otras por millares. Esa gibosidad magnífica, alta, como la torre de un carro, las tretas y las habilidades de los kshatriyas, es decir, las mayás, las colman. Yo te daré una corona de oro, ¡oh jorobada!, cuando Bharata sea consagrado y Raghava partido hacia el bosque; y será de oro puro, cuidadosamente refinado, hermosa. Cuando, mi propósito conseguido, esté satisfecho, ungiré tu joroba y colocaré en tu frente un tilaka (207) maravilloso, de oro, deslumbrador. Te haré adornar, ¡oh jorobada!, de los más brillantes ornamentos. Vestida con dobles y ricas vestiduras, te asemejarás a una diosa. Tu rostro rivalizará con la Luna y te hará sin rival. Marcharás en primera fila y eclipsarás a tus émulo Jorobada de las jorobadas, adornada con toda clase de adornos, se consagrarán a seguir tus pasos como tú lo has hecho siempre conmigo.»

Así colmada de alabanzas, Manthará respondió a Kaikeyí, tendida sobre un lecho suntuoso como la llama de Añi sobre la vedi: «No es cuando las aguas ya se han agostado cuando se tienden puentes, ¡oh afortunada princesa! Levántate y haz lo que conviene hacer; muéstrate al rey.»

A esta invitación, la reina de los grandes ojos fue con Manthará hasta el krodhagara (208); su opulencia le embriagaba de orgullo. La bella princesa desató su collar, que se componía de varios centenares de millares de perlas, y se despojó de sus preciosos y espléndidos adornos. Kaikeyí, la del tinte de oro, obedeciendo las palabras de la jorobada, dijo a Manthará echándose por tierra: «¡Oh jorobada!, vete a anunciar al rey que moriré aquí a menos que Raghava parta hacia el bosque y que Bharata obtenga el Imperio. No tengo necesidad ni de oro, ni de joyas, ni de festines; la consagración de Rama será la señal de mi muerte.»

Aún la jorobada insistió vivamente con la reina, en interés de Bharata, su hijo, y por la pérdida de Rama: «Si Raghava obtiene este Imperio, en verdad que palidecerás con tu hijo

Por consiguiente, ¡oh hermosa princesa!, no descuides nada para que Bharata, tu hijo, sea el consagrado.»

La reina, así estimulada por la jorobada y aguijada sin cesar por los dardos de su palabra, apoyó sus dos manos contra su corazón. En su extremada agitación, repitió a la jorobada, en medio de su turbación, varias veces: «Puedes decir al rey, ¡oh jorobada!, que me verá entrar en el imperio de Yama si Ragahava, relegado por mucho tiempo en el bosque, no cumple con ello los deseos de Bharata. Que no quiero ni tapices, ni coronas, ni sándalo, ni pomadas, ni bebidas, ni alimentos, ni otra cosa cualquiera. Que renuncio incluso a la vida si Raghava no se retira al bosque.»

Luego de haber pronunciado estas terribles palahras y haberse despojado de todos sus adornos, se tendió furiosa por tierra, donde ni siquiera las trenzas conservaba, semejante a una kinnarí (209) caída. El rostro ensombrecido por la cólera más violenta, despojada de sus guirnalda y de sus preciosos adornos, la desfalleciente reina parecía un cielo sin estrellas.

## SARGA X

### DASARATHA VA A BUSCAR A KAIKEYÍ

Tal cual la había recomendado insistentemente la perversa jorobada, la reina yacía en el suelo como una kinnarí herida por una flecha envenenada, reflexionando en su alma sobre lo que tenía que hacer. «Está bien», dijo la reina colérica a Manthará, repitiéndola lentamente cuando había decidido en su espíritu lleno de astucia. Triste, soñadora, extraviada por las palabras de Manthará, semejante a una hembra joven de serpiente, la princesa irritada dejaba escapar largos y sonoros suspiros. No cesaba de pensar en el camino de felicidad abierto ante ella. Deseosa del bien de su amiga, cuando vio su resolución, Manthará sintióse en el colmo de la alegría, cual si hubiese alcanzado ya su propósito. Furiosa la reina, en efecto, obstinábse en su resolución. Así, se dejó caer por tierra, frunciendo el entrecejo. Las maravillosas guirnalda, los preciosos adornos de que se había despojado Kaikeyí, llenaban el suelo. Tales guirnalda y tales adornos allí sembrados iluminaban la tierra como las estrellas el firmamento. La reina yacía en el suelo, en el krodhagara, los vestidos todos manchados. Con su abundante pelo anudado en una sola trenza asemejábse a una kinnarí desfalleciente.

Entretanto, el gran rey, tras haber dado órdenes para la consagración de Raghava y regulado la ceremonia, volvió a su palacio. «Hoy la consagración de Rama será celebrada», ordenó. Luego fue al gineceo con la intención de anunciar esta buena noticia a sus bienamadas esposas. El ilustre monarca penetró en la espléndida morada de Kaikeyí como el dios de la Luna en un cielo cubierto de nubes blancuzcas bajo la conjunción de Raghú. El palacio aquél, lleno de loros y de pavos reales, resonante a causa de los gritos de los krauñcas y de los hamsas y del ruido de los instrumentos de música, estaba lleno de jorobadas y de enanas. Cunas de lianas, cenadores maravillosos en los que brillaban los campakas y los asokas. Bancos de marfil, de plata y de oro le decoraban; árboles perpetuamente cargados de flores y de frutos, y estanques, le embellecían. Estaba abundantemente provisto de magníficos asientos de marfil, de plata y de oro, de arroz, de bebidas y de vituallas de todas clases. Con sus maravillosos adornos, igualaba al triple cielo.

El gran rey penetró en el encantador gineceo, pero no encontró a su esposa Kaikeyí en su lecho suntuoso. El monarca, en el exceso de su amor y de su pasión, no advirtiendo a su esposa bienamada empezó a reclamarla con angustia. Pues hasta entonces jamás la reina había faltado a la exactitud, ni el rey había encontrado jamás su morada vacía. Saltó, pues, y preguntó en todas partes por Kaikeyí, según su costumbre. Ignoraba los designios de la insensata. La portera, temblando y haciendo el anjalí, le dijo: «¡Oh rey!, la reina, muy contrariada, se ha refugiado en el krodhagara.»

Oyendo esto, el rey, muy perplejo, sintió vivísimo disgusto, y con los sentidos agitados, turbados, corrió al krodhagara. Allí vio a Kaikeyí yaciendo por tierra, actitud que no la era habitual. Aquello acabó de abrumar el dolor del anciano monarca. Su tierna esposa, que le era más cara que la existencia, él, que no era malo, advirtió a Kaikeyí, la del mal designio, en el suelo, como una liana rota o una devata caída. Tal cual una kinnarí hundida, tal cual una apsara expulsada del Cielo, tal cual una ilusión disipada o una gacela cautiva.

Como un gran elefante contemplando a su hembra herida por el dardo envenenado de un cazador en un bosque solitario, y que lleno de afección la encuentra agotada por el dolor, su real amante limpiándola con sus dos manos, el corazón lleno de angustia, dijo a aquella mujer de ojos anchos como hojas de loto: «No sé de dónde viene tu cólera para conmigo, ¡oh

reina! ¿De qué puedes quejarte? ¿En qué te he insultado? ¿Por qué, para disgusto grande mío, ¡oh virtuosa princesa!, te arrastras así por el suelo? ¿Por qué tenderte sobre el polvo cuando para mí todo va a pedir de boca? Tienes el espíritu como extraviado por los bhutas, y turbas mi corazón. Tengo a mi servicio médicos hábiles, a los que he colmado de beneficios; ellos te volverán a la alegría. Dime tu mal, ¡oh hermosa princesa! ¿A quién bay que conceder una merced? ¿Quién te ha causado disgusto? ¿Quién debe ser recompensado hoy? ¿Quién tiene que sufrir un severo castigo? No gimas más. Que el dolor no te desequie, ¡oh reina! ¿Hay que caer sobre un inocente o libertar a un criminal? ¿Se trata de enriquecer a un pobre o de despojar a un rico? Yo y todos los míos estamos a tu disposición. Nada puedo negarte de cuanto te sea agradable, aunque tuviese que costarme la vida. Dime lo que tienes en el corazón. Tú conoces la intensidad de mi amor; no debes, pues, desconfiar de mí. Yo haré lo que te plazca, te lo juro por mis méritos adquiridos. Mi Imperio se extiende allí por todo lo que el disco solar recorre: dravidas, sindhus, sauviras, saurastras, habitantes del Dekhán, vangas, angas, maghadas, matsyas, kakis, kosalas; todos mis pueblos son prósperos. Abundan en riquezas, oro, granos, cabrillas y ovejas. Escoge, ¡oh Kaikeyí!, todo cuanto pueda complacerte. ¿Por qué disgustarte, ¡oh temerosa y bella princesa!? Levántate, levántate. Dime la verdad, ¡oh Kaikeyí! ¿De dónde proviene tu espanto! Yo voy a disiparlo como el Sol el vaho de la mañana.»

Animada por este discurso e impaciente por hablar de lo que tanto había de desagradarle, Kaikeyí empezó por atormentar más aún a su esposo (210).

## SARGA XI

### KAIKEYÍ RECLAMA LA CONSAGRACION DE BHARATA Y EL DESTIERRO DE RAMA

El rey, a quien Manmatha había herido con sus flechas y que su pasión violenta por ella encadenaba, recibió de Kaikeyí esta funesta respuesta: «Yo no he sido ultrajada, ¡oh príncipe!, nadie ha carecido para mí de atenciones; pero siento un deseo que pido sea satisfecho. Prométeme ante todo cumplirle y te diré lo que quiero.»



El gran rey respondió con dulce sonrisa a Kaikeyí, su amada, acariciándola los cabellos, mientras ella estaba aún en tierra: «¡Oh locuela!, ¿no sabes que ningún ser humano me es más querido que tú, a excepción de Rama, ese tigre entre los hombres? Por el invencible, el primero de todos, por el magnánimo Raghava, te conjuro, en nombre del que es mi existencia misma, a decirme el deseo de tu corazón. Si paso un momento sin verle, ya no vivo durante este tiempo. En nombre de Rama, pues, ¡oh Kaikeyí!, te conjuro a que hables. Ese toro de hombres al que amo más que a mí mismo y que a mis otros hijos, en nombre de Rama, ¡oh Kaikeyí!, te conjuro a que hables. Mi buena Kaikeyí, ten piedad de mi corazón y sácale de la pena en que le ves; dime lo que desees. Considera el poder de que dispongo y no dudes más. Yo haré lo que te plazca, lo juro por mis méritos adquiridos.»

La reina atenta sólo a sus designios y viendo llegado el momento de cumplirlos, en su impaciencia y alegría, pronunció una palabra cruel. Tras aquel lenguaje del rey, toda feliz, le reveló el espantoso deseo de su corazón. Aquello fue para Dasaratha una sentencia de muerte.

«Has jurado repetidas veces cumplir mi deseo. Que lo oigan los treinta y tres Dioses con Indra su jefe. Que la Luna, el Sol, la atmósfera, los planetas, la noche y el día, las regiones, los mundos, así como esta Tierra con los gandharvas y los rakshasas, los merodeadores nocturnos, los blutas, las divinidades domésticas en cada casa, y todos los demás seres, sean testigos de tu promesa. Este rey leal, ilustre, que conoce sus deberes, que es verídico y santo, me concede un favor a mi elección. ¡Que las divinidades, todas, lo sepan!»

La reina, tras haber acariciado y engatusado al gran arquero, dejó oír este grave discurso al príncipe liberal, al que su pasión extraviaba: «Acuérdate, ¡oh rey!, de lo que ocurrió en otro tiempo, durante la guerra entre los dioses y los asuras. Un enemigo te derribó y te dejó casi sin vida. Fue entonces cuando yo te socorrí, ¡oh príncipe! Y en consideración a mis veladas junto a ti y a mis cuidados, me concediste dos favores a mi elección. Estos dos favores puestos a mi disposición los reclamo ahora, ¡oh divino monarca, alegría de Raghú! Si no me los concedes, de acuerdo con mi justa petición, hoy mismo me quitaré la vida para no sobrevivir a esta afrenta.»

El rey, ganado por estas palabras de Kaikeyí, metióse en el lazo, como una gacela, para perderse. Porque la reina lanzó estas terribles palabras al generoso príncipe a quien la pasión extraviaba: «Es preciso que me concedas los dos favores que

me has prometido, ¡oh gran rey! Y he aquí los que quiero escuchar. Has dispuesto todo para la consagración de Raghava. Pues bien, esta consagración es preciso que sea la de mi hijo Bharata. En cuanto al segundo favor que me prometiste, ¡oh príncipe!, llevado por tu afecto hacia mí cuando la guerra entre los devas y los asuras, el tiempo es llegado de que me lo concedas también: Que durante nueve y cinco años, refugiado en las soledades del Dandaka, vestido de corteza y de una piel de antílope negro, el sabio Rama practique el ascetismo. Bharata, hoy mismo será asociado al Imperio, sin obstáculo. He aquí mi deseo supremo, los favores que he escogido: Hoy, sin más tardar, quiero asistir a la marcha de Raghava hacia el bosque. ¡Oh rey de los reyes, sé fiel a tu palabra! Salvaguarda tu raza, tu carácter y tu nacimiento. En el otro mundo los ascetas afirman que nada hay preferible, ni tan útil para los hombres, como una palabra fielmente guardada.»

## S A R G A X I I

### LAMENTACIONES DE DASARHATA

Al oír estas crueles palabras de Kaikeyí, el gran rey cayó inmediatamente en profundo y doloroso estupor. «¿Es que sueño despierto o que mi espíritu se extravía? ¿Se trata de una catástrofe inminente, o de una desgracia imaginaria?» Absorto en sus pensamientos, el rey, en un principio, no comprendió muy bien; pero reponiéndose, se dio cuenta de todo cuanto las palabras de Kaikeyí tenían de bárbaro. Temblando, aterrizado como la gacela en presencia del tigre, caído sobre la tierra desnuda, lanzaba profundos suspiros. Como una serpiente venenosa encerrada en un círculo mágico por los mantras, «¡maldición!», exclamó furioso el jefe de los hombres. Mas para caer de nuevo en estado de profunda postración, provocado por el dolor. Luego, habiendo recobrado lentamente sus sentidos de rey, bien que presa de la más amarga desolación, dijo a Kaikeyí, sin reprimir la cólera que, como un brasero le consumía: «¡Malvada! ¡Perversa! ¡Tú, que causas la pérdida de nuestra raza! ¿Qué daño te hemos hecho Rama y yo, cruel? Raghava te honra siempre como a su madre. ¿Por qué motivo, pues, te esfuerzas en perjudicarlo de este modo? ¡Para mi desgracia te introduce en mi palacio! En mi ignorancia torné por hija de un rey lo que no era sino

una serpiente de sutil veneno. Cuando el mundo de los seres todo entero celebra las virtudes de Rama, ¿seré yo tan insensato como para separarme de mi querido hijo, abandonar Kausalyá, Sumitrá y mi fortuna? ¡No! ¿Es que ya no volveré a ver a Rama al que he engendrado, él, mi hijo bien amado? Mi felicidad es total cuando veo a mi primer nacido, mientras que cuando no le advierto, todo sentimiento está para mí perdido. Y ello, incluso si el Mundo pudiera subsistir sin Sol y las cosechas sin agua. Lejos de Rama, la vida no podría permanecer en mí. Basta, pues. Renuncia a tu deseo, ¡oh mujer de propósitos perversos! Con mi cabeza toco tus dos pies. Acoge mi ruego. ¿Por qué, malvada, has pensado en este horrible proyecto? ¿Es que sin duda quieres poner a prueba si amo o si no amo a Bharata? Acuérdate, mujer, de lo que dijiste en otro tiempo a propósito de Raghava: "Es mi hijo mayor, es hermoso, y se le reputa como el primero de los hombres en cuanto al deber". He aquí las buenas palabras que, para complacerme, me repetías antes. No las olvides. Mientras que ahora, al saber lo que se preparaba, te has entregado a la desesperación, contristándome con ello grandemente. Un espíritu extraño ha entrado en ti mientras estabas sola en la casa, y él es el que te domina. Para la raza de Ikshvaku es una gran desgracia, ¡oh prudente princesa!, tu funesta resolución. Jamás hiciste antes algo injusto, ni que pudiera no agradarme, ¡oh princesa de los grandes ojos!; he aquí por qué no puedo creer que empieces ahora. ¿Es que Raghava ya no te es tan querido como el magnánimo Bharata cual con frecuencia, ¡oh mi bienamada!, me lo has afirmado? ¿Cómo puedes desear, ¡oh esposa querida!, que el virtuoso Rama, lleno de gloria, habite el bosque nueve años y luego cinco años? Este hijo excesivamente delicado cuya alma se ha afianzado en el deber, ¿cómo puedes desear que permanezca en un bosque horrible? Ese tan amable Rama, princesa de los bellos ojos, lleno de deferencia hacia ti, ¿cómo puedes complacerte en su destierro? Rama te testimonió siempre más atenciones que Bharata; a causa de ello jamás vi que establecieses diferencia entre él y Bharata. Pruebas de deferencia, de respeto, atenciones, muestras de obediencia, ¿quién te las prodigó más que este toro entre los hombres? En medio de tantos millares de mujeres y de tan numerosos servidores, jamás una palabra de justo reproche o de censura inmerecida escapó a propósito de Raghava. Bueno respecto a todos los seres, Rama, desde el fondo de su alma, se concilia gracias a sus amabilidades, el afecto de los pueblos. Este héroe salido de los Raghú, subyuga

a las gentes por sus virtudes, a los Dos-veces-nacidos por sus liberalidades, a sus gurús por su docilidad, y en los combates, a los enemigos, con su arco. Bondad, munificencia, ascetismo, renunciamiento, afección, pureza, rectitud, prudencia, sumisión a los gurús, todo esto Raghava lo posee por él mismo. ¡Oh reina!, tú, que eres semejante a una diosa, ¿cómo podrías desear mal alguno a ese leal Rama, cuyo poder iguala al de los grandes rishis? No me acuerdo de que Rama, el del lenguaje afectuoso, haya dicho jamás a nadie algo molesto. ¿cómo, pues, querrías obligarme a dar a este hijo tan querido orden de tal dureza? En él, que se reúnen el ascetismo, el renunciamiento, la bondad, el cumplimiento del deber, la gratitud, así como el no hacer jamás daño a nadie, sin él, ¡ay!, ¿qué sería de mí? Viejo soy ya Kaikeyí, mi fin ha llegado, lleno de pena estoy, ahogado por los sollozos; ten piedad de mí. Cuanto hay en la tierra, limitada por el mar, yo te lo daré, pero no me condenes tú a mí a muerte. El anjalí te hago, ¡oh Kaikeyí!, tus pies toco, pero sé un asilo para Rama y que la iniquidad no me manche.»

De este modo el gran rey, perdido en su dolor, gemía fuera de sí, titubeante, sumido en la mayor angustia. Llegado de pronto a los límites extremos de un océano de amargura, no cesaba de lamentarse. Pero la cruel Kaikeyí le lanzó esta respuesta aún más cruel: «Si tras haberme concedido dos favores a mi elección veines ahora a arrepentirte, ¡oh valeroso príncipe!, ¿como me atreveré yo jamás en adelante, hablar de lealtad en este Mundo? Cuando numerosos rishis reales se hallen reunidos contigo y te interroguen a propósito de esto, ¡oh virtuoso rey!, ¿qué les contestarás? Aquella gracia a la cual vivo aún, aquella que me salvó, pues bien con ésta he faltado yo a mi palabra: He aquí lo que deberás decirles. El deshonor de los demás tú le causarás, ¡oh príncipe!, si tras haberme prometido un favor, hoy piensas de otra manera y de otra manera hablas. Saibya, en la historia del buitre y de la paloma, dio su carne al pájaro de presa. Alarka dio sus ojos y obtuvo la felicidad suprema. Sagara, habiendo empeñado su palabra con los dioses, no fue más allá de sus orillas. No transgredas, pues, tú tampoco tu promesa y acuérdate de estos precedentes. ¿Pretendes, ¡oh insensato!, instalar a Rama en el trono y alegrarte hasta el fin de tu vida con desprecio de la lealtad? Sea justo o inicuo, bueno o malo, lo que me has prometido no puedes rehusármelo. Hoy mismo tragaré una fuerte dosis de veneno delante de ti y moriré ante tus ojos si Rama es consagrado. Permanecer aislada y ver cómo la madre

de Rama recibe los homenajes de los pueblos, esto ¡no!, prefiero la muerte para mí. Por Bharata, por mi vida, te lo juro, ¡oh jefe de los hombres!, nada podrá satisfacerme sino el destierro de Rama.»

Habiendo Kaikeyí hablado de este modo, calló, pero sin preocuparse más de las lamentaciones del rey. Este, tras haber recibido la respuesta definitiva y funesta de Kaikeyí, que exigía el destierro de Rama en el bosque y la entronización de Bharata, quedó un instante sin hablar. Turbados los sentidos, miró fijamente a la bienamada reina, cuya palabra era tan poco amable. Aquella palabra como un rayo, tan dolorosa para su corazón, esencialmente funesta y cruel, al oírla, el rey dejó de ser dichoso. Y reflexionando sobre la determinación de la reina y sobre el terrible juramento que había hecho a propósito de Rama, gimiendo dolorosamente cayó como un árbol cortado por su pie. Perdido el espíritu cual un demente, los rasgos cambiados como los de un enfermo privado de energía, como una serpiente entumecida mediante encantamientos, así quedó el monarca. Y con voz lúgubre y cambiada dijo: «¡Ay! ¿Quién te ha inspirado, ¡oh Kaikeyí!, este designio fatal que crees provechoso? Me hablas cual si tuvieras el espíritu herido por los bhutas; ¿no te da vergüenza? Esta perversidad de tu naturaleza yo no la conocía antes. Mientras que ahora me doy cuenta de que, por el contrario, no eres sino una insensata, porque, ¿qué peligro puedes temer para solicitar lo que solicitas? ¡Exigir la entronización de Bharata y que Rama sea desterrado al bosque! Renuncia a este proyecto inicuo. Si en algo estimas el interés de tu esposo, del Mundo y del propio Bharata, mujer perversa, que te complaces en el mal, ¡oh infame, que cometes esta infamia! ¿Qué vicio, qué falta tienes que reprocharnos a Rama y a mí? Bharata no podrá en modo alguno sin Rama ocupar el trono. Mientras que ayudado por Rama, Bharata, estoy seguro de ello, adquirirá legítimamente extremado poder. En cuanto a ti, ¿qué podrás decir a Rama cuando se le haya ordenado: «Retírate al bosque»? La cara de tan hermoso tinte, ¿podré verla sin dolor y semejante a un eclipse? Este proyecto excelente que yo había formado con mis amigos, ¿cómo podría soportar verle rechazado cual un ejército víctima del enemigo? ¿Por qué me preguntarán los reyes llegados de las regiones más diversas, este joven descendiente de Ikshvaku, tarda tanto en ser coronado? Por otra parte, cuando una multitud de ancianos llenos de virtud y de honor me pregunten dónde está Kakutstha, ¿qué les responderé? «A instancia importuna de Kaikeyí he desterrado a

mi hijo.» Si digo esto, y será la verdad, pasará por embustero. ¿Y qué me dirá Kausalyá cuando Raghava haya marchado hacia el bosque? ¿Qué podré responderla tras afligirla de este modo? A Kausalyá, que siempre se mostró para mí como una esclava, como una confidente, como una esposa, como una hermana, como una madre; que no busca sino complacerme, que me ha dado un hijo amado, que nunca me ha dirigido sino palabras amables; a esta princesa no la he concedido favores, a esta princesa tan digna de ellos, y esto a causa de ti. Desolado estoy ahora de todo el bien que te he hecho. Cual un enfermo tras haber comido arroz mezclado con una salsa mal-sana. El ultraje hecho a Rama, su destierro en el bosque, cuando Sumitrá espantada sea testigo de ello, ¿qué confianza podrá ya tener conmigo? En cuanto a Sitá, ¡ay!, Sitá sabrá una doble desgracia: mi reunión con los cinco elementos y el destierro, en el bosque, de Rama. Vaidehí, ¡ay!, a la que sumiré también en el dolor, de él también morirá como una kinnará sobre la vertiente del Himavat, privada de su kinnara. No, viendo a Rama desterrado en el gran bosque y contemplando el dolor de Maithilí, yo no podré vivir más. Y ya viuda, entonces podrás gobernar el reino. Tú, que parecías tan buena, ahora reconozco tu negra maldad. Tal cual el que bebe un licor grato de ver, mezclado con veneno. ¡Ay!, engatusándome con tus palabras pérfidamente dulces, como cazador que atrae a la gacela mediante la seducción de su canto, tú causarás mi pérdida. «No es un arya», dirán ciertamente de mí los argas, viéndome vender de este modo a mi hijo; y se apartarán de mí en las calles como de un brahmán borracho. ¡Ah desgracia! ¡Ah maldición!, maldición, sí, puesto que a causa de tus palabras pérdidas cae sobre mí semejante calamidad, como expiación de un crimen cometido antes. Durante mucho tiempo, ¡oh perversa!, te he conservado en mi locura, y en mi ignorancia, como lazo al cuello que habría de estrangularme. Jugaba contigo como con la muerte y no me daba cuenta de ello. Como un niño que en la oscuridad toca a una negra serpiente, así yo te acariciaba. Este mundo de los vivos me censurará ciertamente por haber, en mi perversidad, privado de la herencia de sus padres a mi magnánimo hijo. «¡Ah—dirán—, cuál no será la locura, la pasión del rey Dasaratha, que a causa de una mujer relega a su hijo tan amado a un bosque!» Desecado por el estudio de los *Vedas*, las prácticas de brahmacerín y los cuidados dados a sus gurús, mi hijo, en el momento de los goces, va a sufrir de nuevo grandes privaciones. Cuando le diga: «Retírate al bosque», mi hijo no me responderá otra cosa sino

«Está bien». Si Raghava, cuando yo le intine marcharse al bosque, me opusiese una negativa, quedaría encantado; pero el querido hijo no lo hará. Raghava marchará hacia el bosque, y el Mundo entero me maldecirá, y Mrityú me conducirá, así, rechazado por todos, a la mansión de Yama. Yo muerto y Rama, el toro de los hombres, partido hacia el bosque, las personas que me son tan queridas y que aquí quedarán, ¿qué daño no les harás tú? Kausalyá, cuando nos haya perdido a mí, a Rama y a mis dos otros hijos, incapaz de soportar tanto infortunio, ella, ¡pobre reina!, me seguirá a la tumba. Tras habernos precipitado en el Naraka a Kausalyá, a Sumitrá y a mí, con tres de mis hijos, tú, Kaikeyí, ¡sé dichosa! Abandonada de mí y de Rama, la familia de Ikshvaku, que se recomendó siempre por sus cualidades, que nada pudo hacer vacilar jamás, tú la gobernarás para su ruina. Si Bharata aplaude el destierro de Rama, que no cumpla los ritos fúnebres en mi honor cuando haya dejado de vivir. Yo muerto, Rama partido hacia el bosque, ese toro de los hombres, tú, ya viuda, podrás en adelante gobernar el reino con tu hijo. ¡Oh princesa!, la fatalidad te introdujo en mi casa. Un deshonor sin igual en el Mundo, el desprecio de todos los seres, su desdén, me estaba seguramente reservado como a un perverso. De este modo, tras haber sido tan frecuentemente servido, como gran señor, con carros, elefantes y caballos, Rama, mi tan amado hijo, tendrá en el gran bosque ¡que ir a pie! Mi hijo, a quien en las horas de las comidas, cocineros, portadores de arracadas, y que rivalizando en destreza le preparaban su bebida y sus alimentos, ¿cómo podrá vivir de frutos salvajes, agrios, amargos, acres? Rama, que va vestido con trajes espléndidos y que está acostumbrado hace tanto tiempo al lujo, ¿cómo se resignará a no llevar sino una túnica parda? ¿Quién, pues, pronunciará una orden tan cruel: el destierro de Rama en el bosque, y la consagración de Bharata? ¡Maldición! Las mujeres son pérfidas, y no piensan sino en sus propios intereses. Yo no hablo de todas las mujeres, pero sí, en todo caso, de la madre de Bharata. ¡Oh naturaleza perversa, que no te ocupas sino de lo que a ti sola te importa! ¡Malvada, introducida en mi palacio por un malhechor! ¿Qué falta has notado en mí o en Rama, tan devoto al servicio de los demás? Los padres desampararían a sus hijos y las esposas abandonarían a sus esposos, pese a su amor, el Mundo entero se llenaría de indignación, al ver a Rama hundido en el infortunio. Este querido hijo, hermoso como un dios, joven, cuando le veo venir hacia mí, me lleno de alegría; su contemplación me rejuvenece. Sin

el Sol, la Naturaleza subsistiría aún, e incluso sin los aguaceros del dios que lleva el rayo; pero si vieran a Rama irse de aquí, nadie podría ya vivir, estoy seguro. Tú, que no aspiras sino a la pérdida de otro con tu perversidad y tu odio, es la muerte lo que he introducido en mi casa con tu persona. Mucho tiempo, ¡ay!, te he llevado en mi pecho como a una serpiente venenosa; pero a causa de ello mi locura me cuesta la vida. Lejos de mí, de Rama y de Lakshmana, que Bharata gobierne contigo la ciudad y el reino; y tú, tras haber hecho perecer a tus allegados, entra en tratos con mis enemigos. ¡Oh tú cuya naturaleza es perversa! ¡Tú, que hostigas a la desgracia! Esto que te atreves a decir aquí hoy, ¿cómo no hace caer los dientes de tu boca rotos en mil pedazos? Jamás Rama se permitió una palabra perjudicial u ofensiva, incapaz es de ser cruel con sus discursos. ¿Cómo, pues, profieres tú indignidades contra él, que es tan afable y a quien las personas de bien honran siempre? Agótate de cólera, inflámate de furor, vierte tu veneno mortal, recorre mil veces la tierra escarbada hasta sus entrañas, pero yo no cumpliré tu bárbara orden por terminante que sea, ¡oh tú, oprobio del rey Kekaya! ¡Tú, cuya palabra hiere como una navaja de afeitar, cuyas expresiones siempre son pérfidas, de naturaleza manchada, castigo de tu raza, no puedo soportar que vivas más, cruel, que quieres consumirme el corazón con tus lazos! Ya no hay para mí vida posible. ¿Se puede ser feliz sin mi hijo? ¿Podría haber aún alegría para los corazones bien en su sitio? Tú no puedes causarme una amargura tan grande, ¡oh reina! Mira cómo hasta tus pies toco, ¡ten piedad de mí!»

El monarca gimiendo, semejante a un hombre sin protección, con el corazón cautivo por aquella mujer fuera de toda clemencia, cayó a los pies de la reina, que se apresuró a separarlos, de modo que no pudo alcanzarlos; hubiérasele creído un baldado.

### SARGA XIII

#### KAIKEYÍ SE MUESTRA INFLEXIBLE

El gran rey, pese a no merecerlo, yacía en el suelo, cosa a la que no estaba acostumbrado, semejante a Yayati cuando agotados sus méritos fue precipitado del Devaloka. La reina, de belleza fatal, cuyo propósito aún no estaba cumplido, que nada temía y que cada vez mostrábase más temible, instóle de



nuevo a que cumpliera su promesa. «Te alabas, gran rey, de ser sincero y fiel a lo que prometes. Entonces, ¿por qué tratas de escapar a lo que yo deseo?»

Oyendo estas palabras de Kaikeyí, el rey Dasaratha respondió al momento, todo temblando de cólera: «Yo muerto. Rama, el toro de los hombres, partido hacia el bosque; pues bien, ¡oh mujer sin nobleza, enemiga, llegada así al colmo de tus descos, sé feliz! En el Cielo mismo, ¡ay!, ¿cómo podría soportar que los dioses me preguntasen sobre la felicidad de Rama y sobre su despido? «Por la caprichosa voluntad de Kaikeyí, Rama ha sido relegado a un bosque.» Si dijera esto, y sería la verdad, pasaría por embustero. ¡Privado de mi hijo! ¡del valiente e ilustre Rama al que con tanto trabajo obtuve!, ¿cómo podría ahora rechazarle? El valeroso Rama, de sabiduría probada, dueño de su cólera, de poderosos brazos, de vigor inmenso, a él tan lleno de encantos, ¿cómo podría relegarle allí en el Dandaka? El habituado a los placeres, que no conoce los males, ¿cómo podría yo ser testigo de los infortunios del prudente Rama? Si no he hecho, al marcharme a la otra vida, la desgracia de Rama, que no la merece, entonces alcanzaré la felicidad. ¡Oh tú, malvada, cuya naturaleza es perversa! ¡Oh Kaikeyí, este Rama, del cual el heroísmo forma la esencia, mi bienamado, ¿por qué le atas tú al infortunio? Ello scrá para mí, no hay duda, un deshonor sin igual en el Mundo.»

Mientras se lamentaba de este modo, con el espíritu turbado, el Sol habíase retirado tras el Asta y la noche llegaba. Aquella noche estrellada, aunque adornada con el disco lunar, no brillaba para los ojos del rey, víctima del dolor y de los lamentos. El anciano Dasaratha no cesaba de lanzar ardorosos suspiros. Lamentábase miserablemente, cual un enfermo, con los ojos fijos en el cielo. «No deseo tu brillo, ¡oh noche constelada de astros! Ten piedad de mí, ¡oh noche brillante! El anjalí te hago, o más bien, ven cuanto antes para que no vea a la inexorable, a la perversa Kaikeyí, origen de toda mi desgracia.»

Tras haber hablado así, el rey, haciendo el anjalí, ensayó de nuevo conmover a Kaikeyí, él, el virtuoso monarca: «Yo que soy para ti un marido de costumbres dulces, hundido en el dolor, dócil a tus voluntades, a quien ya la vida escapa, concédeme este favor, ¡oh afortunada princesa!, siquiera al rey. En verdad, mi espíritu estaba ausente, ¡oh hermosa!, cuando te hablé así. Hazme, pues, esta gracia, ¡oh joven mujer!, tú tienes buen corazón. Ten piedad de mí, ¡oh reina!

Permite que Rama reciba de tus manos mi Imperio inviolable, ¡oh mujer de negros párpados! Cree que con ello adquirirás gloria inmensa. Haznos esta merced a mí, a Rama, al pueblo, a los gurús y a Bharata mismo, ¡oh mujer de imponente talle, de cara y ojos encantadores!»

A estas lamentaciones múltiples y profundas del rey, de natural virtuoso, hundido en el dolor, los ojos rojos de tanto llorar, la perversa reina, funesta a su esposo, no respondió palabra. Entonces el monarca, que desfallecía, llevando aún sus ojos hacia su esposa amada, no satisfecha, la del imperioso lenguaje, y pensando en el destierro de su hijo, cayó por el suelo privado de conocimiento a causa del exceso de dolor.

Así pasó la noche para aquel rey sabio, en la turbación, en los gemidos más profundos. Despertado por alegres alboradas, el muy gran rey dio fin a aquellas manifestaciones.

## SARGA XIV

### VASISHTHA VA A VER A DASARATHA

La perversa, mirando con desprecio al descendiente de Ikshvaku, tan afligido a causa de su hijo, caído por tierra, privado de conocimiento y de acción, le dijo: «¿Por qué yaces en el suelo, abatido, cual si hubieses cometido una mala acción tras haber oído mi respuesta? Debes levantarte. La rectitud es el supremo deber, dicen los expertos en estas cosas. Pues bien, a esta lealtad a la que estás obligado, te remito. El real descendiente de Sibí, que lo había prometido, libró su propio cuerpo al buitre, alcanzando así la salvación final. Asimismo, el ilustre Alarka, a ruegos de un brahmán llegado a los límites extremos de la ciencia del *Veda*, se arrancó los dos ojos, sin dudarlo, y se los dio. El amo de los ríos, fiel a su pacto, a causa de su lealtad, no iba más allá de sus orillas por poca elevación que tuviesen. El brahma hablado tiene por sílaba única la verdad; y sobre la verdad, Dharma, se apoya; la verdad, he aquí lo que son los inmortales *Vedas*. Mediante la verdad se alcanza el fin supremo. Respeta, pues, la verdad, puesto que tu espíritu afianzado está en el deber. Que tu favor tenga para mí su efecto, ya que eres liberal, ¡oh excelente monarca! Por amor a tu deber, a mi mandato, aleja a tu hijo Rama: es la tercera vez que te lo digo. ¡Oh príncipe!, si no cumples lo que me has prometido, traicionada por ti, desertaré la vida en tu presencia.»

Así acosado por la insensible Kaikeyí, el rey sintióse incapaz de romper la red que le retenía cautivo, como a Bali la de Upendra. Y permaneció con el corazón angustiado, con el rostro sin color. Semejante a la bestia de tiro que se debate entre el yugo y las ruedas. Los ojos extraviados, cual si no viese, el monarca se levantó con gran trabajo y dijo a Kaikeyí: «Tu mano, perversa, que en tiempos tuve sobre el fuego sagrado recitando la fórmula litúrgica, ¡la rechazo!, y contigo, a tu hijo, de mí nacido. La noche va a dejar paso al día, ¡oh reina!, el pueblo seguramente me empujará a proceder a la consagración de Rama. Todo cuanto es necesario para su entronización está dispuesto. Habrá que dejar a Rama, cuando yo haya muerto, cumplir la ceremonia lustral. Tú y tu hijo no debéis ocuparos de esta ceremonia; si tú pones obstáculos, ¡oh perversa!, a la consagración de Rama. Yo no puedo asistir ya, tras la explosión de alegría y de gozo de la que antes he sido testigo, al dolor y a la consternación del pueblo.»

Mientras que el magnánimo soberano del Mundo hablaba así con la reina, la noche brillaba pura, iluminada por la Luna y su guirnalda de estrellas. Entre tanto Kaikeyí, la de las prácticas perversas, dotada de elocuencia, llena de cólera, dirigió de nuevo al rey estas crueles palabras: «¿Por qué, ¡oh rey!, este discurso envenenado e hiriente? Haz salir de aquí a tu ilustre hijo Rama. Y cuando hayas sentado al mío en el trono, relega a Rama al bosque y aleja a mi rival. Con ello habrás cumplido tu deber.»

Como un caballo de raza mordido por aguijón acerado, el rey, acosado implacablemente por Kaikeyí, respondió: «Encadenado estoy por los lazos del deber, mi espíritu extraviado está. Desco ver a mi hijo mayor, a mi bienamado y virtuoso Rama.»

Entre tanto el Sol, sucediendo a la aurora, habíase levantado; la hora de la conjunción favorable de los planetas había llegado. Vasishtha, dotado de virtudes, rodeado de sus discípulos, tras haber hecho rápidamente los preparativos para la ceremonia, entró en la primera de las ciudades. Las calles estaban regadas y barridas; inmensas banderas había, desplegadas, en ellas; una multitud numerosísima circulaba feliz; mercados y puestos estaban abundantemente provistos. Ayodhya estaba en plena fiesta, llena de alegría a causa de Raghava. El sándalo y el áloe que quemábase allí por todas partes la llenaban de humo.

El venerable asceta atravesó la ciudad, que asemejábase a la de Puramdara. Advirtió el gineceo, decorado con una

gran cantidad de estandartes de todas clases. Llena de gente tanto de la ciudad como del campo, embellecida por la presencia de los brahmanes; se encontraba allí a gran cantidad de portadores de palos, con ricos caballos excelentes ricamente enjaezados. Vasishtha, en el colmo de la alegría, entró en el palacio interior y atravesó toda aquella multitud, escoltado por los grandes rishis. Encontró a la puerta, cuando salía, al escudero Sumantra, el consejero del león de los hombres, el del agradable aspecto. El ilustre Vasishtha dijo al hábil hijo de Suta: «Pronto, anuncia al rey mi llegada. He aquí los vasos de oro llenos del agua de la Gangá y de los Sagaras, un hermoso asiento de madera de udumbara destinado a la ceremonia de la consagración, semillas de todas clases, perfumes, perlas variadas, miel, leche agria, manteca, granos tostados, hierba darbha, flores, leche fresca, ocho hermosas muchachas, un soberbio elefante lleno de ardor, un carro con cuatro caballos, una magnífica espada, un carro maravilloso, un palanquín con sus portadores, un quitasol brillante como la Luna, dos blancos abanicos hechos con colas de yaks, un bhringara de oro, un toro blanco con giba atado mediante un lazo de oro, un elefante con cuatro colmillos, un caballo excelente de grandísima fuerza; un trono, una piel de tigre, los samidhs, el fuego sagrado, las orquestas compuestas de toda clase de instrumentos, bayaderas ricamente adornadas; preceptores, brahmanes, vacas, gacelas y pájaros puros, lo mejor entre los habitantes de la ciudad y del campo, mercaderes con sus caravanas. Todo está dispuesto. Estas gentes y muchas otras, contentos y discutiendo alegremente entre ellos, están aquí en unión de los reyes, para la consagración de Rama. Apresura al gran monarca para que en este día propicio, bajo la conjunción del astro Pushya, Rama obtenga la realeza.»

Cuando hubo oído las palabras del asceta, el hijo de Suta, dotado de gran energía, celebrando ya al tigre de los reyes, entró en su departamento. Conociendo a aquel anciano hacía mucho tiempo, los porteros que tenían toda la confianza del rey, al cual eran enteramente adictos, no creyeron que debían detenerle.

El Suta Sumantra, siguiendo su costumbre, habiendo entrado en el departamento del rey, hizo el anjali y le cumplimentó. Luego quedó de pie junto al monarca, cuya situación ignoraba, y empezó a alabarle en términos que expresaban su extremado contento: «Así como el poderoso Sagara alégrase cuando el Sol se levanta, en el júbilo de tu alma feliz, alegrémonos. A esta misma hora, Matali despertó con sus

cantos a Indra, y éste entonces venció a todos los devas; pues asimismo yo te despierto a ti, a mi vez. Así como los *Vedas* con sus Angas y los Vidyas despiertan a Atmabhú, el señor Brahma, así hoy yo te despierto a ti. Del mismo modo que Aditya con Candra despierta a la afortunada Tierra, que contiene a los seres, así yo te despierto ahora. Poderosísimo rey, cuya felicidad es completa, que centelleas de hermosura, sal de tu lecho, como el Sol del Merú. Todo está preparado para la consagración de Rama; los habitantes de la ciudad y del campo y los mercaderes ahí están haciendo el anjalí. El bienaventurado Vasishtha también, con los brahmanes. Pronto, da tus órdenes, ¡oh rey!, para la consagración de Raghava. Como rebaños sin pastor, como un ejército sin general, como una noche sin Luna, como vacas sin toro, así tórnase un reino en el que no se ve al rey.»

A estas palabras llenas de alegría, por decirlo así, y de sentimiento, el gran príncipe sintió un dolor aún más punzante. Y lleno de tristeza a propósito de su hijo, respondió al Suta levantando hacia él los ojos enrojecidos por el llanto, el venerable y virtuoso monarca: «Tus palabras, ¡ay!, desgarranme aún más las entrañas.»

Sumantra, oyendo estas palabras lúgubres y viendo la aflicción del príncipe, hizo el anjalí de nuevo y se retiró a cierta distancia. Como el rey, a causa de su dolor, no podía hablar más, la astuta Kaikeví dijo entonces a Sumantra: «¡Oh Sumantra!, el rey colmado enteramente de la alegría que siente a causa de Rama, ha velado toda la noche, está cansado y el sueño se apodera de él. Ve, pues, prestamente, ¡oh Suta!, a buscar a ese príncipe ilustre. Trae a Rama, sí, y sé dichoso. No dudes, ve.»

«No habiendo recibido la orden del rey, ¿cómo podría ir a buscar, ¡oh princesa!, a Rama?» El rey, oyendo estas palabras de su mensajero, le dijo: «¡Oh Sumantra!, deseo, sí, ver a Rama; tráeme pronto a ese querido hijo.»

El escudero, pensando que todo iba bien, se alegró de ello en su corazón. Y se alejó gozoso, a toda prisa, obedeciendo la orden del rey. Apururado de aquel modo por la reina, Sumantra decía a sí mismo: «No hay duda, el virtuoso monarca va a proceder, sí, a la consagración de Rama.» Este pensamiento volvió a llenar al Suta de gozo. El ilustre Sumantra, deseoso de reunirse con Rama, salió del gineceo espléndido, que asemejábase a un lago marítimo. Y apenas fuera, como mirase a los que estaban delante de él, a la puerta

del soberano, vio a numerosos ciudadanos cargados de presentes reunidos allí junto al umbral.

## SARGA XV

## SUMANTRA VA A BUSCAR A RAMA

Tras haber pasado así la noche, los brahmanes, profundamente versados en los *Vedas*, estaban allí con los capellanes reales. Los ministros, los jefes del ejército, los principales traficantes, alegres, habíanse reunido para la consagración de Raghava. El Sol habíase levantado inmaculado; el día de Pushya había llegado. Era la constelación de Cáncer la que había presidido el nacimiento de Rama. Para la consagración de Rama, los Indras de entre los Dos-veces-nacidos habíanlo dispuesto todo: cántaros de oro un asiento de honor maravillosamente adornado, un carro recubierto de una brillante piel de tigre, agua cogida en la sagrada confluencia del Gangá y del Yamuná y en los otros ríos santos, los estanques, los pozos, los lagos, las corrientes del este, del mediodía y del norte, todos habían suministrado agua dulce como la leche, así como los diversos océanos. También habían preparado la miel, la leche, la manteca, los grandes asados, la hierba darbha, las flores, la crema fresca. Ocho hermosas jóvenes estaban allí, y también un soberbio elefante, lleno de ardor. Vasos de oro y de plata, recubiertos de bojás del árbol de leche, adornados de flores de loto azul y llenos de otra agua deliciosa y centelleante. El espanta-moscas de cola de yak, blanquecino como los rayos de la Luna, adornado de piedras preciosas, maravilloso, destinado a Rama, estaba dispuesto, así como el quitasol, deslumbrante de blancura como la órbita lunar. Todo cuanto podía realzar el brillo de la ceremonia de la consagración estaba dispuesto; el toro blanco, dispuesto el caballo blanco también. Allí estaban las orquestas de todas clases, y cantores excelentes. Todo lo que en el Imperio de los Ikshvakus servía para los coronamientos, aquellos personajes, tras haberlo preparado para la consagración del príncipe, por orden del rey, habían venido a buscar a éste.

No viéndole, dijeron: «¿Quién informará al rey de nuestra presencia? No le vemos y no obstante el Sol se ha levantado ya. Y la ceremonia para la asociación de Rama al trono ya está dispuesta.»

Habiendo hablado así, Sumantra, el favorito del rey, les dijo a todos, así como a los príncipes: «Por orden del monarca, voy a toda prisa a buscar a Rama. El rey os colmará a todos de honores y muy especialmente a Rama. Vuelvo a pedirle noticias de vuestra parte, ¡oh afortunados héroes!, y a saber la causa por la cual, si está despierto, no ha venido aún.» Tras haber hablado así, Sumantra, instruido en los *Puranas*, fue a la puerta del palacio. Franqueó el umbral sin obstáculo y entrando, celebró la raza del príncipe. Después, acercándose a la alcoba del Indra de los hombres, se detuvo. Luego penetró en la habitación misma, donde dirigió a Raghava los votos y preces de circunstancia: «Que Soma y Surya, ¡oh Kakutstha!, que Siva y Vaisravana también, que Varuna, Añi e Indra te aseguren la victoria. La afortunada noche ha transcurrido, el día feliz ha llegado. Despiértate, tigre entre los reyes, y haz sin retardo lo que tienes que hacer. Los brahmanes, los jefes del ejército y los comerciantes ya están aquí. Descan verte, despiértate, ¡oh Raghava!»

Mientras que el suta Sumantra, versado en los mantras, le cumplimentaba de este modo, el rey, habiéndose despertado le dijo: «Tráeme a Rama, ¡oh suta!, es la orden que te he dado. ¿Por qué motivo no he sido obedecido? Ya ves que no duermo. Tráeme pronto a Raghava.» Así habló el rey al suta reiterándole la orden. Este, habiéndole oído, le saludó con la cabeza y salió de la habitación del príncipe, deteniéndose en alegres y grandes pensamientos. Así volvió a ganar la calle real, adornada de pabellones y de estandartes. Lleno de gozo y de alegría, el suta se alejó rápidamente contemplando aquellas decoraciones y escuchando los discursos que la multitud hacía a propósito de Rama con motivo de su consagración. Pronto Sumantra advirtió el palacio de Rama, encantador, con brillo semejante al del Kailasa, deslumbrador como la moraban de Sakra, con las grandes hojas de puerta que le cerraban y las cien terrazas que le decoraban. Hallábase coronado de estatuas de oro; sus pórticos, hechos de diamantes y de corales, centelleaban como un montón de nubes otoñales y lanzaba llamas como una caverna del Merú. Maravillosos rosarios de perlas muy gruesas le festoneaban; estaba lleno de diamantes y de piedras preciosas; el sándalo y el álce formaban sus artesonados. De él desprendíanse perfumes deliciosos como de la cima del Dardura. Los sarasas y los pavos reales celebraban allí sus escandalosos retozos. Por todas partes se veían lobos admirablemente esculpidos y otras obras artísticas; el espíritu y los ojos eran cautivados por tales magni-

ficencias. Aquel palacio tenía el brillo de la Luna y del Sol; se asemejaba al de Kubera; parecido a la morada de Mahenda, estaba poblado de pájaros de todas clases. Hubiérase dicho un pico del Merú; tal apareció a los ojos del suta el palacio de Rama, que estaba lleno de gentes que hacían el anjalí. Los habitantes del país, deseosos, impacientes por asistir a la consagración de Rama, habían ido allí en muchedumbre cargados de presentes. Brillaba aquella mansión como una inmensa nube; su resplandor era extraordinario; rebosaba de toda clase de perlas; los kubjakas (211) afluían allí.

Aquel escudero, en su carro del que tiraban caballos, deslumbraba a la multitud que llenaba la vía real; mientras que su escolta de guardias reales regocijaba el alma de la ciudad entera. Al acercarse a aquella suntuosa morada, el suta sintió que sus cabellos espeluznábanse a causa de la intensa alegría que le dominaba; con las gacelas y los pavos reales que pululaban allí, hubiérase dicho la mansión del eminente esposo de Sací.

Sumantra franqueó los patios amurallados, brillantes como el Kailasa, cubiertos de adornos, semejantes a la mansión de los Tres-Diez. Los amigos íntimos de Rama se hallaban allí en gran número a causa de él; el escudero, cruzando por entre muchos de ellos fue derecho al palacio interior. Allí oyó la voz alegre de toda una multitud de gente que hablaba, llena de alegría, de la consagración de Rama, el hijo del rey, cuya felicidad deseaban. Sumantra contempló el palacio encantador de Rama, que asemejábase a la mansión del gran Indra y que resonaba con el grito de las gacelas y con el canto de los pájaros; hubiérase dicho la cima más elevada del Merú, tan grande era su esplendor. Advirtió también los alrededores de la puerta llenos de gente de todas clases, que, con las manos cargadas de presentes y haciendo el anjalí, estaban allí; por kotis y por parardhas, con sus carros desenganchados. Vio, semejante a una enorme montaña sobresaliendo por encima de una gran nube, con las sienas surcadas por el mada y provisto de un largo corchete, la indomable montura de Rama. el maravilloso Satrumjaya, elefante de talla colosal. El suta vio también ataviados con sus trajes de fiesta a los cortesanos y a los principales favoritos de Rama, más sus caballos, sus carros y sus elefantes, y atravesando aquella multitud llegada de todas partes, penetró en el soberbio gineceo, que parecíase a una nube inmóvil en la cima de un monte, y se componía de habitaciones semejantes a grandes carros. El escudero, des-



cendiendo de su vehículo, entró allí como un makara en el Océano, rico en perlas.

## SARGA XVI

### RAMA VA JUNTO A SU PADRE

Sumantra, instruido en los *Puranas*, habiendo franqueado la entrada del harén, donde había una multitud de gente, acercóse a un patio apartado. Allí, jóvenes armados de jabalinas y de arcos llevando magníficos pendientes, mostrábanse llenos de actividad, de vigilancia y de solicitud. Advirtió también vestidos de oscuro, ancianos, con un bastón en la mano, cubiertos de insignias, sentados a la puerta: eran los guardianes del gineceo que habíanse reunido allí. Viéndole acercarse, todos, deseosos de agradar a Rama, levantáronse al punto de sus asientos con presteza. El suta, lleno de respeto, les saludó con el *pradakshina* y les dijo: «Pronto, anunciad a Rama que Sumantra está en la puerta». Ellos fueron a encontrar a Rama, llenos de celo por servir a su amo, y se apresuraron a anunciarle (estaba con su esposa) la llegada de Sumantra.

Al saber que el suta venía de parte de su padre, Raghava, lleno de amor filial, mandó que le trajesen hasta él. El suta le encontró, semejante a Vaisravana, soberbiamente vestido, sentado en su sofá de oro, con ricas colgaduras. Una pasta hecha con sándalo, roja como la sangre de un jabalí, fina, olorosa y de gran precio, ungía los miembros del héroe, azote de sus enemigos. Sitá estaba a su lado, un espantamoscas de cola de yack en la mano, como se ve con frecuencia a Citrá junto a Sasín. El heraldo, lleno de respeto y de veneración, saludó al magnánimo Rama, que centelleaba como el Sol cuando despliega todo su esplendor. Al ver al príncipe, el del noble rostro, descansando en su departamento íntimo, Sumantra, colmado por los beneficios del rey, le dijo haciéndole el *anjali*: «¡Oh Rama, afortunada primogenitura de Kausalyá!, tu padre desea verte, así como la propia reina Kaikeyi. Ven sin tardar.»

A estas palabras, el león de los hombres, alegre, investido de gran brillo, lleno de deferencia ante la voluntad paterna, dijo a Sitá: «¡Oh princesa!, el rey y la reina deliberan juntos a propósito de mí; seguramente han tomado alguna decisión relativa a mi consagración. La virtuosa Kaikeyi, la de los

ojos negros, que desca mi bien, ha imaginado algún medio nuevo de serme útil, y apresura al rey a proceder a la consagración. La hija del rey Kekaya, contenta, en su aficción hacia el rey y su deferencia por él, ocúpase de mis intereses como una madre. Es para mi felicidad seguramente por lo que el gran rey con su esposa bienamada me han enviado a Sumantra como mensajero, él, que trabajó siempre en serme útil y agradable. Tal el mensajero, tal el mensaje. No hay duda que hoy el rey me asociará al trono. Sí, me voy rápidamente a ver al monarca. En cuanto a ti, quédate tranquila con los que te rodean, y alégrate.»

Sitá, la de los negros ojos, acompañó hasta la puerta a su esposo, que se mostraba lleno de atenciones hacia ella, y se dejó ir a ensueños de felicidad: «Ese Imperio que los Dos-veces-nacidos ambicionan, el rey debe asociarte a él solemnemente como el Creador de los mundos asoció a Vasava al suyo. Viéndote sagrado, fiel a tus votos, vestido de pieles maravillosas, puro, un cuerno de antilope en la mano, yo gozaré plenamente de ti. ¡Que el Portador del trueno te proteja al Este, Yama al Sur, Varuna al Oeste y el Amo de las riquezas al Norte!»

Despidiéndose entonces de Sitá y lleno de la más viva alegría, Rama, con Sumantra se alejó de su morada como se aleja el león de la montaña en la que hace su guarida de una de sus cavernas. Y advirtió a Lakshmana, de pie a la puerta, las palmas de las manos recurvadas para hacer el anjalí. En el patio central encontró a un millar de sus amigos más adictos. Viéndoles, mezclóse con ellos un instante y con ellos se regocijó. Luego montó en un carro soberbio, centelleante como Pavaka, recubierto con una piel de tigre, digna de tal tigre de hombres, y brillante con brillo real, cual convenía a aquel hijo de rey. Aquel carro estrepitoso como una nube de tormenta, adornado de perlas y de oro, cautivaba, en cierto modo, las miradas con su brillo semejante al del Merú. Iban enganchados a él soberbios caballos, grandes como elefantes jóvenes; parecíase al carro magnífico de Indra, el de los mil ojos, arrastrado por caballos bayos. Raghava montado en aquel carro se lanzó rápido, centelleante de gloria, tal cual Parjanya avanzando estrepitosamente por los aires, y extendiendo la alegría. El afortunado héroe salió de su morada como Candramas de una gran nube. Con un espanta-moscas de colores variados en la mano. Lakshmana acompañaba a Raghava. El hermano guardaba a su hermano, manteniéndose en el carro

detrás de él. En aquel momento vivas ensobdecedores estallaron.

Al ver salir a Rama, la gente reunida allí por todas partes, lanzáronse hacia caballos de precio y hacia grandes elefantes, semejantes a montañas, y subiendo sobre ellos escoltaron a Rama por centenares y por millares, mientras que otros, delante de él, marchaban en grupos, provistos de agua de sándalo y de álces. Armados de espadas y de arcos, aquella multitud de héroes avanzaba lanzando alegres exclamaciones. El ruido de las fanfarrias, los cantos elogiosos de los bandines, los rugidos de león que lanzaban los guerreros, atronaban el camino. Por todas partes, de pie en los miradores de sus moradas, con sus trajes de fiesta, las damas derramaban una lluvia de flores raras sobre el héroe vencedor de sus enemigos, a medida que pasaba. Otras mujeres, perfectamente hermosas, deseosas de encantarle con sus voces deliciosas, desde dentro de sus casas o en las terrazas, celebraban a Rama: «¡Qué feliz debe de ser tu madre, Kausalyá!, ¡oh tú que haces su alegría!»

Viéndole marchar triunfalmente hacia el trono paterno entre todas las hermosas, Sitá, la más hermosa, alegrábase también. De la bienamada de Rama, las mujeres pensaban también: «No hay duda sobre que en otro tiempo esta princesa cumplió un gran tapás cuando ha obtenido el unirse con Rama, como Rohini con Sasanka.» Tales eran las palabras halagadoras que el mejor de los hombres, Rama, mientras seguía la vía real, escuchaba de la boca de las damas que estaban, ebrias de alegría, en las elevadas terrazas de sus palacios.

Raghava oía también los discursos del pueblo amontonado a su paso; las reflexiones amables a propósito de él que cambiaban, en gran número, en la ciudad la alegre multitud: «Este descendiente de Raghú corre ahora, gracias al favor del rey, hacia una suerte brillante. Podemos prometernos todos una prosperidad universal, nosotros de quien ha de llegar a ser el soberano. El pueblo no puede sino ganar con que gobierne largo tiempo su reino, pues seguramente nadie verá algo desagradable, nada de funesto, durante su reinado.»

En medio de los relinchos de los caballos y de los mugidos de los elefantes, rodeado de sus servidores, los svastikas, los sutas y los maghadas, excelentes artistas todos, que celebraban sus alianzas, Rama avanzaba como otro Vaishravana. Karenus matangas (212), carros, caballos, así como una multitud inmensa llenaba los cruces de caminos. Piedras valiosas, numerosos montones de mercancías, Rama encontraba llena de todo ello la hermosa y ancha vía.

## SARGA XVII

## RAMA ES ACLAMADO POR EL PUEBLO

Rama, rodeado de una multitud contenta de amigos y montado en su carro, adornado de banderas y oriflamas, en el cual eran quemados áloes de gran precio, advirtió, héroe lleno de majestad, la ciudad de gran cantidad de gente animaba, y cuyas blancas casas brillaban como nubes. Rama avanzaba por en medio de la vía real, en la que los áloes humeaban. Montones de madera de sándalo y de áloes muy preciosos, los perfumes más raros, telas de lino y de seda, perlas sin defecto, corales adornaban la vía real, vía ancha y espléndida, sembrada de flores, y en la que se amontonaban víveres de todas clases.

El príncipe contemplaba tal espectáculo y avanzaba como en el Cielo el Amo de los dioses. La leche agria, los granos no sacados de sus vainas, las libaciones santas, los granos tostados, los perfumes que eran quemados, el áloe y el sándalo, las numerosas guirnaldas odoríferas, he aquí lo que adornaba cada encrucijada. Rezos y bendiciones sin fin, Rama las escuchaba de todas las bocas, al tiempo que lleno de dignidad saluda a todo el mundo pasando: «La vía trazada por tus abuelos y los abuelos de tus abuelos, tras haberte comprometido hoy por ella mediante tu consagración, protégenos como nos han protegido tu padre y todos tus antepasados, con lo que todos conoceremos como nunca la dicha bajo la férula de Rama. Habremos gozado bastante, nuestro fin supremo quedará alcanzado, si vemos hoy a Rama volver tras haber recibido la entronización. En verdad, nada podrá sucedernos de más benéfico que la consagración real de Rama, cuya gloria es sin límites.»

Tales eran, entre muchas otras, las palabras halagadoras para su amor propio que Rama, con espíritu siempre igual, oía de aquella multitud que le amaba mientras seguía la gran ruta. Nadie podía desprender su corazón ni sus ojos de Ragha va, el primeros de los hombres, incluso cuando ya había pasado. El que no conseguía ver a Rama, o aquel sobre el que Rama al pasar no echaba una mirada, censurado era por todos y hasta su propia conciencia se lo reprochaba. El virtuoso príncipe testimoniaba su simpatía a todos los miembros de las cuatro castas, según su edad; así le eran todos de adictos. En las encrucijadas, en las vías sagradas, en los caityas y en

los otros templos, el príncipe daba una vuelta alrededor, conforme al pradakashina; luego continuaba su marcha.

Se acercaba al palacio real. Semejantes a montones de nubes brillantes, las cimas múltiples de sus terrazas, que asemejábanse a las cimas del Kailasa. Lanzándose hacia el cielo, como carros divinos resplandecientes de blancura, sus pabellones de recreo estaban decorados con gran cantidad de piedras preciosas. Aquel palacio, el más hermoso de la Tierra, palacio que igualaba a la mansión del gran Indra, y donde su padre habitaba, el príncipe entró en él cuando más lucía con todo el brillo de su magnificencia. El mejor de los héroes franqueó primeramente con su carro tirado por caballos tres recintos guardados por arqueros; luego atravesó otros dos a pie. Tras haber cruzado de este modo los recintos todos, el hijo de Dasaratha, abriéndose un camino por entre la multitud, llegó al espléndido gineceo. Habiendo ido el príncipe a encontrar a su padre, toda aquella alegre multitud esperaba su salida como el amo de los ríos espera el levantar de la Luna.

## SARGA XVIII

### KAIKEYÍ NOTIFICA A RAMA SU DESTIERRO

Rama vio a su padre sentado en su brillante trono; Kaikeyi a su lado. El monarca estaba triste y su fisonomía, deshecha. El príncipe se inclinó primeramente, con todo respeto, ante los pies de su padre; luego ante los de Kaikeyi, asimismo, con profundo recogimiento.

«¡Oh Rama!», exclamó el rey, con los ojos llenos de lágrimas, y ya no pudo, tal era su aflicción, ni mirarle ni hablar más.

Viendo el aire pavoroso del rey, que jamás había conocido antes, Rama quedó sobrecogido de terror, cual si hubiese tocado con el pie a una serpiente. Los sentidos turbados, agotado por el dolor, el gran rey gemía, el espíritu desordenado y perdido. Hubiérase dicho el Océano, coronado de olas revueltas y turbado, él a quien, por tanto, nada turbaba, o el Sol tragado por Rabú, o un rishi despojado de méritos por haber mentido. Notando lo que la angustia del rey presagiaba de insólito, Rama se turbó aún más, semejante al Océano en el día de la Luna. Y al punto pensó, llevado por su afección filial: «¿A causa de qué el rey no me acoge hoy con placer? Al contrario,

mi padre está todo angustiado viéndome. ¿Por qué hoy mi presencia le es tan penosa?» Y en tu tristeza, afligido a su vez, su rostro, habiendo perdido todo su resplandor, Rama se dirigió a Kaikeyí y la dijo: «¿Habré sin quererlo, ofendido a mi padre, a causa de lo cual está irritado contra mí? Dímelo sácame de la incertidumbre. ¿Por qué se turba viéndome, él a quien siempre fui tan querido? Con el rostro abatido, y todo entristecido me dirige la palabra. ¿Es que acaso sufre de algún dolor del cuerpo o de alguna aflicción del espíritu? Difícil es, en verdad, ser siempre dichosos. ¿Acaso habrá sido víctima Bharata de alguna desgracia, ese príncipe encantador, o el noble Satruña, o tal vez mis madres? Si yo no he agradado al gran rey, si he desobedecido a mi padre, no deseo vivir un solo instante ante esta irritación del monarca. Aquel que conoce su origen y de quien tiene el scr aquí abajo, ¿cómo no conformaría su vida a la voluntad de este hombre que es para él como la divinidad hecha visible? ¿No le habrás tú dirigido a mi padre alguna palabra dura, arrogante, movida por la cólera, que haya turbado su alma? Dime, ¡oh reina!, la verdad, te lo ruego. ¿De dónde viene este cambio, insólito hasta aquí, en el soberano?»

A esta pregunta del magnánimo Raghava, Kaikeyí, sin la menor vergüenza, dio con voz firme esta respuesta conforme a sus intereses: «El rey no está descontento, ¡oh Rama! ninguna desgracia le ha sucedido. Solamente tiene un deseo que teme comunicarte. Como te ama, no encuentra palabras para decirte una cosa desagradable, que es preciso que hagas, cuando a ello te invite. En otro tiempo me honró con un favor a mi elección, y he aquí que ahora el rey, como un hombre vulgar, lo siente. El monarca me concedió un favor a mi elección, sí. «Te daré lo que deseas», me dijo, y he aquí que sin razón, al río agotado, quiere echar un puente. Esta fidelidad a su palabra, que es la raíz del deber, ¡oh Rama!, tal opinan los sabios, es de tal suerte que, pese a su cólera, el rey no la viola en tu favor. Que la orden del rey te plazca o te desagrade si prometes conformarte a ella, aún una vez te la diré por entero. Si lo que ha prometido el rey no debe quedar sin efecto, en lo que te concierne, yo te lo haré saber, pues él no querrá decírtelo.»

Oyendo estas palabras de la divina Kaikeyí, Rama, turbado, la respondió en presencia del rey: «¿Cómo? ¿Qué dices? No te conviene, reina, hablarme así. A una orden del rey, yo me arrojaría incluso al fuego. Bebería un veneno violento, me precipitaría en el mar, a la sola voz de un gurú, de un padre,

de un rey o de un amigo. Dime la voluntad del rey, ¡oh princesa! Lo que desee, sea lo que sea, yo lo cumpliré. ¡Lo prometo! Y Rama no tiene dos palabras» (213).

A este héroe lleno de lealtad, de franqueza, la vil Kaikeyí respondió de este modo bárbaro: «En otro tiempo, durante la guerra de los devas y los asuras, ¡oh Raghava!, tu padre, habiendo sido herido en la terrible confusión, me debió su salvación. Entonces fue cuando me concedió dos favores a mi elección. Pues bien, yo pido al rey que Bharata sea consagrado y que tú seas desterrado en el bosque de Dandaka hoy mismo. Raghava. Si tú quieres cumplir la promesa de tu padre y la tuya que acabas de hacer, ¡oh el mejor de los héroes!, escucha lo que te digo: «Confórmate a la orden de tu padre, tal cual te la intima. Permanecerás en el bosque nueve años y luego cinco. Todos estos preparativos destinados a tu consagración por el rey, ¡oh Raghava!, servirán para la de Bharata. Durante dos veces siete años te confinarás en el bosque de Dandaka y renunciarás a la consagración, para llevar la trenza y el vestido de corteza de árbol. Bharata gobernará esta tierra del rey de los kosalas, en donde abundan toda clase de piedras preciosas, así como los corceles y los carros. He aquí por qué el rey, lleno de piedad, el rostro abatido por la pena, no puede mirarte cara a cara. Cumple la palabra del monarca, del jefe de los hombres, ¡oh alegría de Raghú!, ¡oh Rama!, y en virtud de tu gran lealtad, sálvate.»

Cuando oyó este lenguaje cruel de Kaikeyí, Rama no se abandonó al dolor; su gran alma no se turbó; pero el rey sintióse anonadado ante la desgracia de su hijo.

## SARGA XIX

### NOBLE FIRMEZA DE RAMA

Cuando hubo oído este lenguaje hostil, semejante a la muerte, Rama, exterminador de sus enemigos, sin conmoverse, respondió a Kaikeyí: «Que sea así. Me voy de este país a habitar el bosque. Llevaré la trenza y los vestidos de corteza (*cirani*) en cumplimiento de la promesa del rey. No obstante, quisiera saber por qué el indomable monarca, el vencedor de sus enemigos, no se alegra viéndome como antes. Y que no te inquiete, ¡oh reina!, que lo diga en tu presencia. Me iré al bosque, alégrate, y llevaré el traje de corteza y la trenza.

A invitación de un gurú, de un amigo, de un padre, de un obligado agradecido, de un rey, sin dudarle, ¿qué servicio no prestaría yo? Una sola cosa me contrista y me muere el corazón, y es que el rey no me haya informado él mismo de la consagración de Bharata. Pero Sitá, el reino, mi vida por querida que me sea, mis bienes, se los daría voluntario y de todo corazón a mi hermano Bharata si me los pidiese. Luego ¿con cuánta más razón no habría de ceder a la voluntad de un rey, sobre todo de un padre, y al desco que tengo de serle agradable y de cumplir esta promesa! Por consiguiente, con suela a mi padre en su turbación. ¿Por qué este príncipe, clavados los ojos en el suelo, vierte silenciosas lágrimas? Que sean enviados sin demora, sobre los más rápidos caballos, mensajeros, en nombre del rey, para que hoy mismo traigan a Bharata de casa de su tío materno. En cuanto a mí, con toda prisa también me voy al bosque de Dandaka, sin discutir la orden de mi padre, y allí habitaré durante catorce años.»

Gozosa al oír estas palabras de Rama, descendiente de Raghu, Kaikeyí, confiando en su palabra, le instó a que participase: «Que sea así. Mensajeros van a ir, en rápidos caballos, a buscar a Bharata a casa de su tío materno, para traerle. En cuanto a ti, dada tu solicitud, no creo que te convenga permanecer más aquí, ¡oh Rama!; por consiguiente, marcha pronto hacia el bosque. Que el rey, dada su confusión, no te dirija él misma la palabra, esto no tiene importancia, ¡oh mejor de los héroes!; es preciso desterrar todo resentimiento. Mientras no hayas abandonado esta ciudad para irte presuroso al bosque, tu padre, ¡oh Rama!, no podrá tomar ni baño ni alimento.»

«¡Maldición! ¡Desgracia!», suspiró el rey, hundido en su dolor. Y volvió a caer privado del sentido en su lecho de reposo, adornado con oro. Rama levantó al rey, y apresurado por Kaikeyí, como caballo por aguijón, a irse a toda prisa al bosque, tras haber oído el lenguaje duro, esencialmente cruel de la innoble Kaikeyí, la respondió sin turbarse: «No deseo, cediendo a la ambición, habitar en este Mundo, ¡oh reina! No olvides que yo soy igual a los rishis, puro y aferrado al deber. Todo cuanto me sea posible hacer para ser agradable al rey aquí presente, incluso fuese el renunciar a la vida, hecho está ya. No hay acto de virtud más grande que la sumisión a su padre o el cumplimiento de su voluntad. Incluso sin haber recibido su orden, con tu sola palabra, habitaría yo en aquel hosque solitario catorce años. Preciso es, Kaikeyí, que me creas desprovisto de toda virtud, puesto que has hablado al



rey, cuando estando como estás por encima de mí, te hubiera bastado decirme una palabra. El tiempo de despedirme de mi madre y de invitar a Sitá a la resignación me basta. Hoy mismo partiré hacia el gran bosque de los Dandakas. Que Bharata gobierne el reino bajo la dirección paternal, he aquí a lo que tú debes velar; es un deber estricto.»

Oyendo estas palabras de Rama, su padre fue víctima de la desesperación más violenta: era tanto su dolor que ni hablar podía; tan sólo lanzaba profundos gemidos. Tras haber saludado los pies del rey, su padre, privado a la sazón de sentido, y los de la vil Kaikeyi, el glorioso héroe se alejó. Rama, habiendo saludado a su padre y a Kaikeyi, haciendo el pradakshina, salió del gineceo y encontró a la multitud de sus amigos. Detrás de él, con los ojos llenos de lágrimas, iba Lakshmana, violentamente encolerizado, él, el hijo bienamado de Sumitrá

Tras haber saludado con el pradakshina el vaso que contenía el agua para la consagración, Rama se marchó lentamente, lleno de reserva, y sin volver la cabeza. La privación de su reino no le despojó de su gran prestigio, lo mismo que el astro de los fríos rayos, amado del Mundo, en su decurso, nada pierde de su atracción, a causa precisamente del amor que hacia él se siente. No obstante su deseo de retirarse al bosque y su renuncia al gobierno de la Tierra, semejante a aquel que ha franqueado todos los mundos, no dejó traslucir la menor emoción. Rechazó el blanco quitasol, los dos espantamoscas artísticamente hechos; despidió a sus servidores, su carro y a los habitantes de la ciudad. Soportando en su alma su desgracia y refrenando sus sentidos, dueño de sí mismo, entró en la morada de su madre para darla a conocer la enojosa noticia. Ninguno, entre los venerables miembros de la familia del leal y venerable Rama, notó cambio alguno en su rostro. El aire jovial que le era habitual, el valeroso guerrero, dueño de sí mismo, no lo perdió, como tampoco en otoño, la Luna de vivos rayos, su claridad normal. Con voz dulce, el virtuoso e ilustre Rama, saludó a todo el mundo; llegando así hasta junto a su madre. Iba seguido de su hermano, el hijo de Sumitrá, héroe valiente, llegado a la perfección gracias a sus virtudes e igualdad de alma, y que soportaba noblemente su propio dolor. Cuando entró en la morada, en la que reinaba la mayor alegría, no obstante pensar en el triste cambio que había sufrido su situación, Rama no dejó traslucir la menor emoción en medio de la pena que su infortunio personal causaba a la muchedumbre de sus amigos.

## SARGA XX

## LAMENTACIONES DE KAUSALYÁ

Cuando el tigre de los hombres se alejaba haciendo el anjalí, un gran grito de dolor se levantó entre las mujeres del gineceo: El, que en toda circunstancia, incluso sin ser movido a ello por su padre, había sido la salvación y el refugio de todo el harén, Rama, iba a alejarse aquel día. Lamentándose, aquellas mujeres decían: «Así como Raghava estuvo siempre unido a Kausalyá, su madre, así lo estuvo a nosotras desde su nacimiento. El, que no se irritaba jamás, incluso si se le maldecía, que apartaba todos los motivos de querella y que, mediante su dulzura calmaba a cuantos se encolerizaban, ¡he aquí que hoy se va de aquí! ¡Ay!, en su demencia, nuestro rey devora el Jivaloka, él, que abandona a Raghava, salvación de todos los seres.»

Así todas las reinas, como vacas privadas de sus terneros, recriminaban contra su esposo gritando cuanto podían. El gran rey que oía, allá en el harén, estas fúnebres lamentaciones, abrumado él mismo por el pesar a causa de su hijo, permanecía inmóvil en su asiento. Entre tanto, el dócil Rama, profundamente afligido, y suspirando como un elefante, se fue, acompañado de su hermano, hacia el palacio materno. Allí advirtió a un anciano muy venerable sentado a la entrada de la casa y a otros muchos personajes que estaban de pie. Todos, viendo a Rama, saludaron con gritos de victoria al más brillante de los triunfadores, Raghava. Cuando hubo franqueado el primer recinto, encontró, en el segundo, a brahmanes concededores de los *Vedas*, ancianos y colmados de beneficios por el rey. Rama, tras inclinarse ante ellos, encontró en el tercer recinto a mujeres jóvenes y viejas, que estaban encargadas de guardar la puerta. Aquellas mujeres aclamaron con entusiasmo al héroe. Luego, entrando en el palacio, corrieron a hacer saber a su madre la nueva feliz de la llegada de Rama. La reina Kausalyá entre tanto, habiendo pasado la noche en el mayor recogimiento, dirigía sus homenajes a Vishnú, pensando en la felicidad de su hijo. Vestida de lino, alegre y siempre fiel a sus prácticas religiosas, invocaba a Añi, recitando mantras.

Rama, al entrar en el lujoso gineceo, sorprendió a su madre invocando de aquel modo al dios que se alimenta de ofrendas,

Vio allí cuanto sirve al culto divino, la leche agria, los granos no sacados de sus vainas, la manteca, así como todas las cosas dulces y las libaciones de soma, los granos tostados, las blancas guirnaldas, la leche dulce, la papilla de sésamo, habas y arroz, los samidhs, los vasos llenos del agua lustral; he aquí todo lo que vio el descendiente de Raghú. Encontró a la reina, la de maravillosa tez, vestida con el lino más blanco, adelgazada a causa de la rígida observación de sus votos, honrando a la divinidad con ayuda del agua lustral. Al ver a su hijo, alegría de su corazón maternal, Kausalyá corrió hacia él presurosa, como la yegua hacia su potro. Raghava saludó a su madre, que llegando hacia él le rodeó con sus brazos y le besaba en la frente. Kausalyá, llevada de su ternura hacia su hijo, el indomable Raghava, dirigióle estas afectuosas palabras de bienvenida: «¡Ojalá alcances, hijo mío, la edad de los más ancianos entre los virtuosos y magnánimos rajarshis y la fama y el dharma conveniente a nuestra raza! Tu leal padre, el rey, ya lo ves, ¡oh Raghava! hoy este príncipe, de quien el deber es la esencia, te asocia a su trono.»

Tomando el asiento que ella le ofrecía, Raghava, a quien asimismo invitaba a paladear algo, respondió a su madre, bajando la cabeza y haciendo el anjalí. El príncipe naturalmente modesto estaba inclinado por respeto hacia su madre. Y empezó a cumplir el deber de pedirla su permiso para irse al bosque de Dandaka: «¡Oh reina, nada sabes de la terrible desgracia que te sucede, así como a la infortunada princesa de Videha y a Lakshmana! Parto para el bosque de Dandaka, ¡que en adelante será mi morada! El tiempo ha llegado en el que no debo sentarme sino sobre una esterilla. Durante catorce años habitaré el solitario bosque, nutriéndome de tubérculos, de raíces y de frutas, renunciando, como eremita, a la carne. El gran rey asocia a Bharata a su trono mientras que a mí me relega al bosque de Dandaka para que allí viva como un asceta. Durante seis y ocho años aún, permaneceré en aquel bosque desierto, entregado a mis ocupaciones silvestres, viviendo de frutas y de raíces.»

La reina, como un tallo de sala cortado en el bosque a hachazos, o como una diosa expulsada del Cielo, desmayóse de pronto. Viendo así a su madre, que no estaba acostumbrada al infortunio, caer como un tallo de kadali, Rama la levantó privada de sentido. Hizo sentar a la infortunada tras haberla levantado. Hubiérase dicho una yegua sucumbiendo bajo el peso de la carga. Como todos sus miembros se habían cubierto de polvo, la limpió con la mano. Agobiada por la desgra-

cia, ella, que hasta entonces no había conocido sino la felicidad, dijo a Raghava, aquel tigre de los héroes, sentado junto a ella, en presencia de Lakshmana: «Si no hubieses nacido, para mi desgracia, ¡oh Raghava, hijo mío!, en verdad que no hubiese sufrido mayor infortunio con mi esterilidad. El corazón de la esposa estéril es afligido por esta sola pena: «¡No tengo hijos!», dijo; pero no tiene otro dolor, ¡oh hijo mío! Hasta ahora yo no había conocido alegría, ni placer, en mi unión con mi esposo. ¡Era mi hijo quien me hacía dichosa! Convencido de ello, ¡oh Rama!, esperaba con paciencia. Yo que les soy superior, escucharé en adelante de la boca de mis viles compañeras de gineceo infinitos discursos desagradables que me partirán el corazón. Y en verdad, nada hay más desgraciado para las mujeres. Mis penas, mis lamentaciones van a llegar a ser indecibles y no tendrán fin. Tú presente, ya era despreciada por ellas. ¡Qué será, pues, cuando tú, mi querido hijo, estés lejos! Moriré seguramente. Constantemente tenida aparte por mi marido, que me desdigna, llegaré a ser igual que las sirvientas de Kaikeyí, o incluso inferior. Todos cuantos hoy me honran y me sirven hasta de cortejo, cuando vean al hijo de Kaikeyí llegado al puesto supremo, no me volverán a hablar. ¿Y cómo podré, infortunada de mí, soportar el vivir con Kaikeyí, ¡oh hijo mío!, que me hablará siempre con tono arrogante? Diecisiete años han transcurrido desde que naciste. ¡oh Raghava!, deseando el fin de mis males los he pasado. Pero mi infortunio se eterniza. No obstante envejecida, no puedo sufrir ya más el desdén de mis rivales, ¡oh Raghava! No viendo ya tu cara, brillante como la Luna llena, ¡desgraciada de mí!, ¿cómo podría prolongar mi miserable existencia? A costa de ayunos, de prácticas religiosas y de numerosas fatigas es como penosamente te he criado; mas ¡cuán inútilmente, oh infortunada de mí! Preciso es que mi corazón sea muy sólido para que no se vea arrastrado por la pena, como, en la estación de las lluvias, las orillas de un gran río son arrastradas por la crecida de las aguas. Seguramente la muerte nada puede contra mí, ni para mí hay sitio en la morada de Yama, puesto que Antaka se niega hoy a llevarme, como un león a bramante gacela. Mi corazón, no hay duda, es duro como el hierro, puesto que no se hiende al caer al suelo, y puesto que bajo los golpes de esta desgracia, mi cuerpo no se rompe; y es que sin duda la muerte jamás llega antes de tiempo. ¡Ay!, a causa de mi infortunio, mis prácticas piadosas han sido inútiles, así como mis liberalidades y mis maceraciones. El ascetismo que he observado, con el deseo de obtener progenitura,

tórnase estéril como grano sembrado en una salina. Si por casualidad se pudiera, bajo el peso de una grave aflicción, apresurar el momento de la muerte, yo me iría hoy mismo a la mansión de los difuntos, puesto que privada me veo de ti, como una vaca de su progenitura. Por consiguiente, ¿para qué llevar aquí una existencia inútil, ¡oh tú, cuyo rostro brilla como la Luna!, lejos de ti? Te seguiré por el bosque como una vaca infortunada al ternero objeto de su ternura.»

Abrumada por el exceso de su dolor, no cesaba de exhalar sus quejas, mirando a Raghava y reflexionando sobre la magnitud de su infortunio, semejante a una kinnarí que ve a su pequeño cogido en el lazo.

## SARGA XXI

### RAMA SE ESFUERZA EN CONSOLAR A SU MADRE

Mientras que ella se lamentaba así, Lakshmana, lleno de dolor, dirigió a Kausalyá, la madre de Rama, a estas palabras muy a propósito: «Tampoco a mí me place, ¡oh noble Kausal-yá!, renunciar a la dignidad real, para ir al bosque, dócil a las órdenes de una mujer. Cambiado, envejecido, dominado por los sentidos, ¿qué no es capaz de decir el rey habiendo sido empujado por su pasión? Yo no sé que Raghava haya cometido falta alguna, ni crimen que merezca que sea expulsado del reino y relegado a un bosque. No conozco a nadie en el Mundo, aunque fuese el más enconado de sus enemigos, o el ser más abyecto, que se atreviese a dirigirlle cara a cara un reproche. ¿Quién, pues, olvidaría de tal modo su deber como para abandonar así, sin motivo, a un hijo semejante a un dios, leal querido hasta por sus propios adversarios? De las palabras del rey caído en la infancia, ¿qué hijo podría hacer caso, de acordarse de la historia de los reyes de otros tiempos? Mientras que nadie sabe aún lo que pasa, con mi ayuda toma las riendas del gobierno que a ti sólo te pertenece. Cuando armado de mi arco esté a tu lado para prestarte ayuda, ¡oh Raghava!, ¿quién osará resistirte? Hacerlo, ¿no sería desafiar cara a cara a la muerte? Con mis dardos despoblaré esta ciudad de Ayodhya, ¡oh toro entre los hombres!, si es contraria a tu propósito. Los partidarios de Bharata, aquellos que defiendan sus intereses, los exterminaré a todos. La resignación hace su juego. Si a instigación de Kaikeyí, de la que está

prendado, nuestro padre se vuelve nuestro enemigo, que le encadenen sin vacilar, e incluso que le maten. Si un gurú se deja dominar por el orgullo, si pierde la noción de lo justo y de lo injusto, si marcha fuera de toda vereda, ¿habrá no obstante que obedecerle? ¿En qué fuerza se apoya el rey, o qué causa invoca, ¡oh héroe valeroso!, para querer dar a Kaikeyí lo que es tuyo? Tras haberte hecho, lo mismo que a mí, un ultraje al que nada supera, ¿qué poder tiene, ¡oh domador de tus enemigos!, para conceder el puesto supremo a Bharata? Unido estoy por amistad sincera, ¡oh reina!, a mi hermano. En nombre de la verdad, por mi arco, por la limosna y el sacrificio, te lo juro: Si Rama entra en un brasero inflamado o en un bosque, no dudes, ¡oh reina!, que yo entraré antes que él. Con mi valor yo disiparé tu infortunio como el Sol, cuando se levanta, disipa las tinieblas. Que la reina sea testigo de este valor; que Raghava sea asimismo testigo. Yo me apoderaré de la persona de mi anciano padre encadenado por Kaikeyí, ¡infortunado!, y a quien su amor senil hunde en una demencia censurabilísima.»

A estas palabras del magnánimo Lakshmana, Kausalyá, gimiendo víctima de la angustia, dijo a Rama: «Ya has oído lo que tu hermano Lakshmana acaba de decir, ¡oh hijo mío! Realízalo al punto si ello te place. No debes escuchar la voz inicua de mi rival, e irte, abandonándome en la desgracia. Tú, que pasas por conocer tu deber; tú, el más virtuoso de los hombres, si quieres cumplirle, obedéceme y quédate aquí, cumple tu deber más imperioso. Es obedeciendo a su madre, ¡oh hijo mío!, y habitando constantemente su casa, como Kasyapa, acompañado de un excelente tapás, fue al tercer Cielo. Si el rey merece tus homenajes, yo los merezco asimismo. Por consiguiente, no te lo permito; tú no debes retirarte al bosque. Lejos de ti no podría vivir ni ser dichosa mientras que cerca de ti siéntome contenta, incluso si no tuviese sino hierbas para comer. Si te vas al bosque, abandonándome así víctima del dolor, me dejaré morir de hambre aquí mismo, pues imposible me será soportar la existencia. Y entonces, tú, ¡oh hijo mío!, descenderás al infierno conocido de los mundos, al ejemplo del Océano, el padre de los ríos, que incurrió, causa de una falta, en la pena propia de brahmanicidio.»

Así se lamentaba la infortunada Kausalyá, su madre. Entonces el magnánimo Rama la habló de este modo virtuoso: «No me es posible transgredir la orden de mi padre. Me inclino ante él y quiero ir al bosque. Un rishi, por obedecer a su padre cuando habitaba el bosque, mató una vaca (214): era el sabio Kandú,

que conocía su deber. En nuestra familia, en otro tiempo, por orden de Sagara, su padre, los Sagaras, excavando la tierra, realizaron una gran matanza. El hijo de Jamadañi, Rama, mató a Renuká, su propia madre, a hachazos, en el bosque para conformarse a la voluntad paterna. Estos personajes y muchos otros, semejantes a los dioses en el Cielo, cumplieron de este modo las rigurosas órdenes de sus padres. Yo también haré lo que mi padre desea. No soy, pues, el único que obedece a su padre. Del mismo modo obraron, ¡oh reina!, los que he mencionado. No es una práctica inusitada hasta aquí a la que yo me conforme no siguiendo tu voluntad. Nuestros antepasados nos han precedido por esta vía que les era querida. Mi deber yo lo cumpliré aquí abajo sin falta. Por lo demás, no ha habido uno tan siquiera a quien el haber obedecido a su padre le haya sido fatal.»

Tras haber hablado así a su madre, el primero de los oradores, que era asimismo el primero de los arqueros, dijo a Lakshmana: «¡Oh Lakshmana!, bien sé tu afecto sin igual hacia mí, y asimismo tu valor, tu lealtad y tu fuerza irresistible. La desesperación de mi madre es excesiva, ¡oh ilustre Lakshmana!; no sabe ni contenerse en justos límites ni calmarse. Lo que hay de más importante en el Mundo es el deber; es sobre el deber sobre lo que lo verdadero reposa. Y esta palabra suprema de mi padre en el deber se apoya. Aquel que recibe una orden de su padre, de su madre o de un brahmán no debe transgredirla, ¡oh héroe!, si quiere mantenerse firme en el deber. Yo no puedo, pues, ir en contra de la voluntad de mi padre. Por orden suya, Kaikeyí me ha expulsado. Renuncia a tu proyecto sin nobleza. No es conforme al deber de los kshatriyas. Observa el deber. Nada de violencias. Sigue mi consejo.»

Tras haber hablado con tan afectuosas palabras, el hermano mayor de Lakshmana se dirigió de nuevo a Kausalyá, haciendo el anjalí, con la cabeza inclinada: «Despídeme, ¡oh princesa!, con objeto de que pueda irme al bosque. Por mi vida, te conjuro a ello; dame tu bendición. Una vez que haya cumplido mi compromiso, volveré del bosque a esta ciudad como Yayati, el real rishi, que en otro tiempo volvió al Cielo luego de haberle dejado. Encierra generosamente tu pena en tu corazón, ¡oh madre!, no llores más. Yo dejaré mi asilo silvestre para volver aquí luego de haber cumplido la orden de mi padre. Tú y yo, lo mismo que Vaidehí, Lakshmana y Sumitrá, debemos conformarnos a la voluntad de mi padre; es un deber imprescriptible. Madre, detén los preparativos de mi consa-

gración, comprime tu dolor en tu alma; es preciso que te resignes a mi resolución de permanecer en el bosque, de acuerdo con mi deber.»

Oyendo este lenguaje leal, firme y tranquilo de su hijo Rama, la reina, que parecía muerta, recobró el dominio de sus sentidos, y con los ojos fijos en él, expresóse de nuevo en estos términos: «Otro tanto que tu padre, ¡oh hijo mío!, yo soy tu gurú a causa de mi derecho y de mi amor maternal. No te doy, pues, permiso. No me abandones en el exceso de mi infortunio, no te vayas. Sin ti, ¿de qué me serviría la existencia ni el resto del Mundo? ¿De qué me serviría la svadhá o el amrita? (215); prefiero un solo instante pasado junto a ti que el propio Jivaloka todo entero.»

Cual un gran elefante al que se persigue mediante antorchas toda la noche, y que, refugiado en un rincón oscuro, no deja de brillar más por ello, tal estaba Rama ante las dolorosas lamentaciones de su madre. Afianzado en su deber, dirigió a Kausalyá, casi desfallecida, y a Sumitrí, a quien el dolor anonadaba, un lenguaje digno y tal cual convenía tener: «Siempre he apreciado, ¡oh Lakshmana!, tu afecto y tu valor, pero sin preocuparte de mi resolución, te unes a mi madre atormentándome cruelmente. El deber, el interés y el placer considerados son en el Jivaloka entre los manantiales de méritos legítimos; la acción que los encerraría a los tres seríame, sin duda alguna, como una esposa adicta, honrada y fecunda. El acto que no los encierra a todos, si es conforme al deber, que sea emprendido; pero odioso llega a ser en el Mundo si tiene como fin único el interés; aquel del cual el placer forma la esencia, no es, en verdad, alabable. Lo que un gurú, un rey, un padre anciano, incluso si cede a la cólera, a la alegría o al desco, ordena hacer, ¿qué hombre preocupado de su deber y de natural inofensivo, no cumplirá? Yo no puedo, pues, no cumplir íntegramente, cual conviene, esta promesa de mi padre. Es nuestro gurú, ei de los dos, cuando ordena, ¡oh querido Lakshmana! En cuanto a la divina Kausalyá, es su esposo; por consiguiente, a él es a quien debe seguir, a él a quien debe obedecer. Mientras viva este nuevo Dharmaraja, sobre todo mientras sigue por su vía, si la reina partiese conmigo, ella llegaría a ser para él, en cierto modo, extraña; sería como una mujer viuda. Déjame, pues, retirarme al bosque, y concédenos tu bendición, ¡oh reinal, con objeto de que el tiempo llegado vuelva aquí, cual le ocurrió en otro tiempo a Yayanti, gracias a su lealtad. En verdad que no consentiría, ni al precio de un reino entero, en volver la espalda a la gloria, este gran bien. La vida es corta, ¡oh



reina!, nada quiero de esta Tierra miserable si ha de ser un detrimento de mi deber».

Aquel toro de los hombres calmaba de este modo el dolor de la reina, no obstante persistir valerosamente en su propósito de retirarse al Dandakas. Luego, tras haber notificado resueltamente su voluntad a su segundo, dirigió un cordial adiós a su madre haciendo el anjalí.

## SARGA XXII

### RAMA TRATA DE CALMAR A LAKSHMANA

Lakshmana, hundido en su dolor y presa de las más violenta cólera, pareciase a un Indra de los elefantes lleno de furor, con los ojos centelleantes de rabia. Rama se acercó al hijo de Sumitrá, su amigo, su afectuoso hermano, y le abrió su pensamiento, con tono resuelto, bien seguro de sí mismo: «Refrena tu cólera y tu pena y muéstrate lleno de firmeza. Abandona este abatimiento y entrégate por el contrario a la alegría más grande. Todos esos preparativos que tenían como fin último mi consagración, deténlos y cumple sin tardar tu deber presente. La prisa, ¡oh Sumitri!, que se han dado en organizar mi consagración, que se la den en detener los preparativos. En cuanto a nuestra madre, cuyo espíritu se atormenta a causa de esta consagración, haz de tal modo que cese de atormentarse. No me es posible soportar el ver, ¡oh hijo de Sumitri!, que su alma esté ni siquiera un instante bajo la garra de la dolorosa angustia. No recuerdo haber jamás causado, conscientemente o inconscientemente, el menor desagrado a nuestras madres o a nuestro padre. En cuanto a mi padre, tranquilo puede estar en lo que atañe a su lealtad, a su fidelidad a la palabra dada, a su virtud constante y sincera y a su terror del otro mundo. Si ese trabajo no es interrumpido: "Mi palabra no será cumplida", tal pensará el rey lleno de ansiedad. Y yo compartiría esta ansiedad. Por consiguiente, detén los preparativos para mi consagración, ¡oh Lakshmana!, sin contar que tengo el propósito de dejar lo más pronto posible la ciudad para irme al bosque. Mi marcha hoy, permitirá a la princesa, su madre, su deber cumplido, proceder tranquilamente a la consagración de Bharata. Cuando vestido con un sayal de corteza de árbol y con una piel de antilope y la cabeza adornada con una trenza haya partido hacia el bosque, Kaikeyí sentirá su alma feliz. Yo no debo contrariar al que la ha ins-

pirado esta resolución y esta voluntad firmemente asentada; me voy, pues, sin tardar. Hay que ver tan sólo al Destino, ¡oh hijo de Sumitrá, tanto en mi destierro como en la vuelta, más tarde, tras una soberanía perdida. Porque, ¿cómo querría Kaikeyi causarme pena jamás de no ser impulsada a ello por una inspiración del Destino? Muy bien sabes, amigo mío, que, en efecto, nuestras madres eran para mí del mismo sentimiento, y que antes Kaikeyi no hacía diferencia alguna entre yo y su hijo. Por ello las duras, las crueles palabras que ha dicho con objeto de impedir mi consagración y exigir mi destierro, no ha sido otro que el Destino quien se las ha dictado, estoy convencido de ello. ¿Cómo, de otro modo, una princesa de tan noble naturaleza y tan virtuosa me hubiera maltratado de esta manera en presencia de su esposo, como una rabanera? Cosa misteriosa es el Destino, los bhutas mismos no serían capaces de torcerle; a causa de ello, evidentemente, el cambio ocurrido a mi situación y en los sentimientos de Kaikeyi. ¿Quién es el hombre, ¡oh hijo de Sumitrá!, que podría luchar contra el Destino, puesto que nada es posible coger de él a no ser su obra? La felicidad y la desgracia, el temor y la cólera, el provecho y la pérdida, el ser y el no ser, todo el que se encuentra en cualquiera de estos estados, ¿no es acaso en virtud de la obra del Destino? Los rishis mismos, los de las rudas maceraciones, de ser empujados por el Destino, abandonan sus duras prácticas y se dejan extraviar por el amor o por la cólera. Aquello que sin que se haya tan siquiera pensado en ello, sin que se sepa quién es el autor, llega a detener a la gente en sus empresas, ¿no es la obra del Destino? Apoyándome yo mismo en este principio, no creo que deba desolarme de que mi consagración sea contramandada. Por consiguiente, sin afligirte más, préstame por tu parte tu concurso y detén lo más pronto posible los preparativos de la ceremonia. Todos esos cántaros con agua lustral que la estaban destinados me servirán, ¡oh Lakshmana!, para purificarme con objeto de cumplir mejor mis votos de asceta. O más bien, ¿para qué emplear este agua preparada para mi consagración? La que extraiga yo mismo me indicará mis nuevas obligaciones. No te aflijas, pues, ¡oh Lakshmana!, de este cambio de fortuna. O la realza, o la permanencia en el bosque: la permanencia en el bosque es para mí una mayor felicidad. Mi madre, sometida al Destino, ¡oh Lakshmana!, no debe imputar a nuestro joven hermano mi alejamiento del trono, como tampoco a mi padre, en modo alguno. Pues cual sabes muy bien, el Destino es irresistible».

## SARGA XXIII

## REPROCHES DE LAKSHMANA

Mientras que Rama le hablaba así, Lakshmana, bajando la cabeza, como absorbido en sus pensamientos, sintióse al punto balanceado entre la tristeza y la alegría. Frunciendo las cejas hasta hacerlas juntarse, el toro de los hombres soplabla como una gran serpiente que se oculta furiosa en su agujero. Daba espanto verle con el ceño fruncido y la cara semejante a la de un león enfurecido. Agitaba la extremidad de las manos como un elefante su trompa, y llevaba la cabeza de abajo arriba, para dejarla al punto caer sobre el pecho y clavar los ojos en tierra. Hasta que mirando oblicuamente a su hermano, de medio lado, le dijo: «Enteramente fuera de compás te entregas a esta agitación extremada. ¿Cómo por miedo a faltar al deber, y a menos de una preocupación exagerada por el pueblo, un hombre como tú puede, sin evidente extravío, hablar de este modo? ¡Emplear el lenguaje de un cobarde, tú, el valeroso toro de los kshatriyas! ¿Por qué incriminar al desdichado Destino, que nada tiene que ver en esto? En cambio, de esos dos perversos, ¿cómo no desconfiar? Hay quien no tiene de la virtud sino la máscara. ¡Oh tú, que eres esencialmente honrado!, ¿no comprendes que es por llegar a sus fines por lo que los dos buscan, mediante su hipocresía, perder a un hombre de bien como tú? De no ser así hace ya mucho tiempo. ¡oh Raghava!, que el tal favor hubiera sido concedido. El pueblo rechaza ese proyecto: la consagración de otro distinto que tú; yo no puedo tolerarla tampoco, ¡oh guerrero!, perdónamelo. Ese pretendido deber que te hace dudar entre dos partidos, ¡oh gran sabio!, me es odioso, pues te echa en el extravío. ¿Cómo, dada tu activa energía, podrás conformarte a la orden inicua, censurable, de nuestro padre, que sigue la voluntad de Kaikeyi? Es la maldad lo que impide tu consagración; si no lo comprendes, estaré desolado; todo tu apego a tu pretendido deber es reprehensible. Tu fidelidad a ese pretendido deber será desaprobada por el pueblo. ¿Qué otro que tú hubiera tenido siquiera el pensamiento de satisfacer el capricho de esos dos pérfidos, entregados a sus pasiones, enemigos irreconciliables bajo el nombre de padres? Si su propósito te parece un decreto del Destino, pensamiento es éste que es preciso repudiar y que no me place. El cobarde, el impotente,

sigue al Destino; las almas valientes y dueñas de ellas mismas no siguen al Destino. Aquel que mediante sus viriles esfuerzos es capaz de encadenar al Destino, este héroe no fracasa en sus empresas; el Destino nada puede contra él. Hoy se verá lo que vale el Destino y lo que puede un hombre de corazón. La diferencia entre el Destino y el hombre aparecerá claramente hoy mismo. Hoy la gente verá al Destino ceder ante mi valor. Asistirán a tu consagración a la cual el Destino se opone. Semejante al elefante que no obedece ya al gancho del cornac y que ha roto sus ataduras bajo la influencia embriagadora del mada, el Destino, por desencadenado que esté, yo le domaré con mi valentía. Ni esos monarcas reunidos, ni los esfuerzos combinados de los tres mundos podrían impedir que la consagración de Rama tenga lugar hoy, y mucho menos, por supuesto, ¡nuestro padre! Los que han complotado eso de desterrarte en el bosque, ¡oh rev!, habitarán ellos mismos el bosque durante catorce años. Yo destruiré el proyecto de mi padre y de esa mujer que, oponiéndose a tu consagración, prepara el advenimiento de su hijo al trono. El que pretenda detener mi vigor no encontrará en el Destino fuerza bastante para impedirme conjurar el mal. En lo futuro, al cabo de mil años, cuando hayas partido hacia el bosque, tus hijos, ¡oh noble héroe!, te reemplazarán en el trono sin que haya interrupción. Los rishis reales de los tiempos pasados introdujeron, en efecto, la costumbre entre los príncipes de retirarse al bosque, luego de haber confiado sus súbditos a sus hijos, con encargo de protegerles como a sus hijos propios. Si a causa de la negligencia del rey, por temor a turbar el Imperio, no deseas gobernarle tú mismo, ¡oh virtuoso Rama!, yo te juro, ¡oh héroe!, por mi parte de felicidad en el mundo de los héroes, que yo rodearé tu trono con mi protección, como la orilla rodea al mar. Sé, pues, consagrado en medio de bendiciones; ocúpate de esta ceremonia; yo sólo haré para apartar a los reyes mediante mi valor. Mis dos brazos que ves aquí no son objetos de lujo, mi arco no es un arco de parada, como tampoco mi espada para estar siempre ceñida a mis riñones; mis flechas no son puntales. Es para destruir a mis enemigos para lo que yo llevo estas cuatro clases de armas. No quiero en modo alguno, cuando se trata de alguien que estimo como enemigo, mutilarle tan sólo con mi espada de acerado filo y de reflejos brillantes como el relámpago, aunque fuese un segundo Indra portador del trueno, sino exterminarle. A los golpes de mi espada que la oscurecerían, la Tierra, cuajado su suelo de trompas de elefantes, de ancas de caballo y de cabe-

zas de guerreros, sería inaccesible. Armados con sus espadas, mis enemigos de hoy, brillantes como fuegos, caerán por el suelo como nubes llenas de relámpagos. Cuando el brazo izquierdo protegido por la banda de cuero que haya atado a la mano enguantada, habré agarrado mi arco, y esté de pie ante él, ¿cuál entre los bravos se atreverá a llamarse bravo? Acribillaré con dardos a cada uno de mis adversarios y con cada flecha atravesaré un gran número de ellos; los lanzaré a las partes vitales de los hombres, de los caballos y de los elefantes. Hoy, gracias a la potencia de mis armas, conseguiré desposeer al rey de su poder y a darte la autoridad suprema, ¡oh Señor! Hoy el empleo de la esencia de sándalo, la adaptación de los brazaletes, la distribución de los tesoros, la protección de los amigos: tal es la tarea que estos dos brazos, ¡oh Rama!, sabrán cumplir, separando a los que quieren oponerse a tu consagración. Dime, ¿cuál de tus enemigos debo privar hoy de la vida, del honor, de sus amigos? Dame tus órdenes para que pueda someterte este país; soy tu esclavo».

Enjugando sus lágrimas y apaciguándole en diversos momentos, Rama, el crecimiento de la raza de Rhagú, dijo a Lakshmana: «Sábelo bien: estoy resuelto a obedecer a mi padre, ¡oh amigo!; es el camino recto».

## SARGA XXIV

### SUPREMAS RECOMENDACIONES DE RAMA A SU MADRE

Al verle decidido a conformarse a la orden paterna, Kausalyá, estallando en sollozos, dijo al muy virtuoso Rama: «Ajenó a la desgracia hasta hoy, este virtuoso príncipe afable respecto a todos los seres, que yo he dado a Dasaratha, ¿cómo podrá vivir de bellotas? El, cuyos servidores y esclavos se alimentan de arroz pelado, Rama, ¿cómo en el bosque podrá alimentarse de raíces y de frutas? ¿Quién lo creará, o quién no temblará al saber que el virtuoso, el querido Kakutstha es expulsado por el rey? Claro que, es verdad, el poderoso Destino ordena todo en el Mundo, puesto que, pese al afecto de todos, ¡oh Rama!, te retiras al bosque. Activado por el aliento que tu marcha me hace exhalar, con, por samids, mi queja y mi dolor, por libaciones santas mis sollozos y mis lágrimas, por columnas de humo mis inquietudes y mis gemidos, provocados por tu alejamiento; tras haberme desecado extremadisi-

mamente, ¡oh hijo mío!, el que encendieron mis dolorosos suspiros, el fuego de mi pena, de una intensidad sin igual, me consumirá cuando esté privada de ti, como el incendio consume una maleza seca al fin del invierno (216). Así como una vaca se ata a los pasos de su ternero que se aleja, así yo te acompañaré, querido hijo, a todas partes adonde vayas».

Cuando hubo oído estas palabras Rama, el toro de los hombres, respondió a su madre, a la que el dolor agotaba: «Engañado por Kaikeyí, el rey, cuando yo haya partido hacia el bosque, si es abandonado por ti, no podrá ya vivir. El abandono de su marido es siempre funesto a la mujer. No cometas, pues, esta falta; destierra hasta el pensar en ella. Mientras viva mi padre, el rey, salido de Kakutstha, la sumisión le es debida; es un deber imprescriptible».

A estas palabras, la herinosa y tiernamente amada Kausalyá respondió a Rama, el del afortunado karmán: «Así será». Oyendo esto, Rama, el primero de los hombres en cuanto al deber, se dirigió de nuevo a su madre, a la que la pena destrozaba, en estos términos: «Tú y yo debemos conformarnos a la voluntad de mi padre. Es rey, marido y gurú; es el mejor de todos los hombres; es el Señor, el Amo. Tras haber pasado nueve y cinco años en el gran bosque, entonces será cuando con la más viva alegría te obedeceré a ti».

Cuando hubo oído a su hijo bienamado, Kausalyá, los ojos bañados de lágrimas, profundamente afligida, le dijo, llevada de su ternura maternal: «No puedo, ¡oh Rama!, soportar el vivir en medio de mis rivales. Llévame contigo al bosque, ¡oh Kakutstha!, cual una gacela de la espesura, si persistes en el deseo de alejarte por deferencia hacia tu padre».

Conteniendo sus propios sollozos, Rama respondió a su madre, que a causa de ellos se ahogaba: «Mientras vive, la mujer tiene por divinidad y por señor a su esposo. Por consiguiente, el rey es tu amo absoluto, como lo es mío. Gracias al rey no estamos sin jefe, él, guía sabio de los pueblos. Por otra parte, el virtuoso Bharata, lleno de amabilidad respecto a todos los seres, te será siempre adicto, pues se complace en el deber. Para impedir al monarca, cuando yo me habré marchado sentir el menor abatimiento, llevado de su dolor paternal, no descuides nada, de miedo a que sucumba bajo la violencia de su aflicción. Estuézate sin cesar en servir al anciano rey. Una mujer entregada a sus prácticas religiosas, al ayuno, por excelente que sea entre todas las excelentes, si no se ata a su marido, su vida es criminal. Por la obediencia a su esposo, la mujer alcanza el Cielo más elevado, incluso si se abstiene, si

descuida sus deberes para con los dioses. Que sea sumisa a su marido, que se complazca en serle agradable y útil, es el deber riguroso de la mujer, tal cual el *Veda* lo enseña y el Mundo lo entiende. Mediante el mantenimiento perpetuo del fuego sagrado por medio de los perfumes, tendrás cuidado de honrar a las divinidades por mí, ¡oh reina!, y colmarás a los brahmanes de atenciones. Pase así el tiempo en espera de mi regreso. Casta, sobria, apasionadamente entregada a tu esposo, alcanzarás tu supremo deseo a mi vuelta si el mejor de los príncipes virtuosos conserva la existencia».

A estas palabras de Rama, Kausalyá, con los ojos llenos de lágrimas y abismada en su dolor maternal, le respondió: «Imposible cambiarte, hijo querido, esta firme resolución de partir que has tomado: cierto, el Destino es inevitable. Parte pues, ¡oh hijo mío!, puesto que lo has decidido, y sé constantemente dichoso, ¡oh valeroso héroe! Más tarde, a tu regreso, dejaré de ser desgraciada. Cuando vuelvas gozoso, tu propósito cumplido, tu voto satisfecho, al abrigo de todo reproche de parte de tu padre, me dormiré en el seno de la suprema felicidad. La marcha del Destino, ¡oh hijo mío!, es siempre impenetrable en este Mundo, puesto que mi boca te anima a partir, ¡oh hijo de Raghú!, a pesar de estarme desgarrando. Y ahora, ve en paz, ¡oh poderoso guerrero! Más tarde, de vuelta ya, volverás a ser mi alegría de nuevo, hijo mío, con tu dulce voz llena de suavidad. ¡Por qué no habrá pasado ya el tiempo en que te veré volver del bosque, hijo querido, con tus cabellos trenzados y tus hábitos de corteza de árbol!»

De este modo, la reina no sólo acabó por ver, con excelente disposición de espíritu, a Rama resuelto a desterrarse en el bosque, sino que incluso habló al hermoso joven, llamando sobre él las bendiciones del cielo.

## SARGA XXV

### KAUSALYÁ BENDICE A SU HIJO

Haciendo, pues, esfuerzos sobre sí misma para calmar su dolor, y vertiendo agua lustral, la venerable madre de Rama le bendijo en estos términos: «Puesto que no es posible detenerte, parte, ¡oh excelente hijo de Raghú!, y vuelve prontamente. Sigue siempre las huellas de los hombres de bien. Este deber que observas con alegría y piedad ¡oh tigre de los Ra-

ghavas!, ¡que él te guarde a su vez! Los dioses que adoras y en los templos de los cuales te prosternas, ¡que te protejan en el bosque, allá con los grandes rishis! Las armas que te ha dado el sabio Visvámitra, que sean siempre tu salvaguardia, ¡oh príncipe dotado de virtudes! Que tu obediencia a tu padre, ¡oh hijo mío!, así como tu deferencia por tu madre, que tu lealtad, ¡oh héroe valiente!, te aseguren larga vida. Que los samidhs, la hierba kusa, las libaciones santas, los *Vedas*, los templos, las eras sagradas de los ascetas, las rocas, los árboles, los espinos, los estanques, los pájaros, las serpientes y los leones te protejan, ¡oh el mejor de los hombres! Que te sean favorables los sadhyas (217), todos los devas, los Maruts y asimismo los grandes rishis. Que te sean favorables también Dhatar y Vidhatar; y lo mismo Pushan, Bhaga y Aryamán, todos los protectores de los mundos, ¡Vasava a su frente! Las seis estaciones, todos los meses, los años, las noches, los días y los instantes, ¡que te sean siempre propicios! Que la Sruti, la Smriti y el Dharma te protejan de todas maneras, ¡oh hijo mío! Skanda, el dios Bhagavat, Soma con Brihaspati, los siete Tishis y Narada, ¡que sean tus defensores en toda ocasión! Que en todo tiempo los siddhas, las regiones cardinales con sus señores, invocados por mí, te protejan en ese hosque, ¡oh hijo mío! Que todas las montañas, que los mares, y el rey Varuna, que el cielo, la atmósfera, la tierra, el viento, así como los seres que se mueven y que no se mueven, que todos los planetas, las estrellas fijas y sus divinidades, que el día y la noche, y también los dos crepúsculos, ¡te sean favorables durante tu estancia en el bosque! Que las seis estaciones, los otros meses, y los años, los kalás, los kashthas (218), ¡te aseguren igualmente asilo! En el gran bosque recorrerás, vestido de asceta y viviendo como sabio, que los devas y los daitias ¡te hagan constantemente dichoso! Los rakshasas, los pisacas terribles de crueles hazañas, y todas las bestias de presa, puedas, querido hijo, ¡no tener que temer nada de ellas! Monos, escorpiones, mosquitos, cónifes, reptiles, insectos, ¡que no haya en tu retiro silvestre! Que los grandes elefantes, los leones, los tigres, los osos, los jabalíes, los cornudos búfalos, que estas bestias feroces no te hagan mal alguno, ¡oh querido hijo! Que todos esos terribles animales que viven de carne humana, y todos los demás seres malhechores, no te perjudiquen, ¡oh hijo mío!; yo les conjuro aquí respetuosamente. Que tus cazas sean dichosas y tus proezas fructíferas, que todo te salga bien, ¡oh Rama!; sé bendito y marcha, ¡oh mi querido hijo! Sé feliz aún y aún por parte de los seres que pueblan los aires



y de los que habitan la tierra, de todos los devas ¡y hasta de tus enemigos! Que Sakra, Soma, Surya, Dhanada y Yama, colmados de homenajes, te protejan, ¡oh Rama!, durante tu estancia en el bosque de Dandaka. Que el fuego, el viento, el humo, los mantras caídos de la boca de los ascetas a la hora de las abluciones te socorran, ¡oh alegría de Raghú! Que el Señor de todos los mundos, Brahma, el creador de los elementos, y también los rishis, así como los otros suras, ¡te protejan durante el tiempo que estés en el bosque!»

Habiendo hablado así la gloriosa princesa de los grandes ojos, honró a las tropas de suras mediante guirnaldas, perfumes y alabanzas dignas de ellos. Luego, habiendo hecho encender el fuego por la mano de un brahmán magnánimo, hizo verter en él la ofrenda, según los ritos, en vista de la felicidad de Rama. La manteca, las blancas guirnaldas, y con los samids, los granos de mostaza fueron también presentados a los dioses por Kausalyá, la de los maravillosos miembros. El oficiante, según los ritos, habiendo hecho oblaciones con vistas a la paz y a la salud de Rama, compuso la ofrenda exterior con los restos de las ofrendas precedentes. Prescribió a los Dos-veces-nacidos la fórmula de bendición, que acompañó con miel, leche agria, granos no sacados de la vaina y manteca con objeto de asegurar a Rama una feliz estancia en el bosque.

La gloriosa madre de Rama dio al jefe de los Dos-veces-nacidos una dakshina envidiable, y dijo a Raghava: «Las bendiciones con que el dios de los mil ojos fue colmado por todos los devas cuando mató a Vritra, ¡ojalá goces de ellas! La bendición que en otro tiempo Vinatá dio a Suparna cuando se puso en busca del amrita, ¡puedas tú gozar de ellas! Cuando la producción del amrita, cuando mató a los Daitias, la bendición que Aditi concedió al dios que lleva el trueno, ¡así goces tú de ella! Cuando Vishnú, el de brillo sin igual, dio los tres pasos, la bendición que recibió, que goces asimismo de ella, ¡oh Rama! Que los rishis, los mares, las islas, los Vedas, los mundos, las regiones cardinales, que las bendiciones mismas, guerrero de los poderosos brazos, ¡te concedan una feliz bendición!»

Habiendo hablado así, la afortunada Kausalyá, la de los grandes ojos, colocó sobre la cabeza de su hijo los restos de los granos no sacados de su vaina, y le ungió con perfumes. Luego, con ayuda de una planta medicinal, de virtudes maravillosas, llamada Visalyakaraní, compuso para Rama una poderosa panacea, pronunciando fórmulas mágicas. Y las dijo

con tono alegre, bien que presa de la desgracia, y no con los labios solamente, sino con una emoción que hacía temblar su voz. Luego, la ilustre princesa, inclinándose hacia su hijo, le besó en la frente y le rodeó con sus brazos, diciéndole: «Tu deseo ha sido cumplido, ¡oh Rama! ¡Vete enhorabuena! ¡Y que pueda verte de vuelta en Ayodhya, querido hijo, sano y salvo, en el colmo de la prosperidad, dichoso, sentado en los escalones del trono! Cargado de bendiciones, que puedas venir de tu soledad silvestre aquí, ¡colmado para siempre los votos de tu mujer y los míos! Vete, vete, ¡ay! Que a mi ruego, las tropas de los dioses, Siva y los demás, los grandes rishis, las bandas de los bhutas, los suras, los Serpientes, así como las regiones cardinales, te procuren todo aquello de lo que tengas necesidad durante tu destierro en el bosque, ¡oh Raghava!»

Luego, con los ojos llenos de lágrimas, tras haber acabado el rito de la bendición, hizo el pradakshina en honor de Raghava, y las miradas puestas en él, le abrazó tiernamente varias veces.

Raghava, honrado con el pradakshina por la reina, besó los pies de su madre, y aún los volvió a besar, tras lo cual se fue hacia la habitación de Sitá lleno de gloria y todo brillante de felicidad.

## SARGA XXVI

### ENTREVISTA DE RAMA Y DE SITÁ

Tras haberse despedido de Kausalyá, su madre, de la que había recibido la bendición, Rama se dispuso a partir hacia el bosque, afianzándose en el sendero del deber más riguroso. El príncipe iluminaba con su brillo la vía real, llena de gente, a la que hacía, por decirlo así, latir los corazones por la seducción de sus cualidades. La ilustre princesa de Videha no sabía todo lo que ocurría; no pensaba, en su corazón, sino en la asociación de su esposo al trono. Luego de haber cumplido gozosa sus deberes para con los dioses, llena de agradecimiento, la princesa, instruida en sus obligaciones reales, esperaba. En aquel momento, Rama entró en su morada opulenta, llena de una multitud alegre. Parecía preocupado; iba con la cabeza baja. Sitá acudió temblando al encuentro de su esposo; le veía víctima de penas e inquietudes que le turbaban los sentidos. Al verla, el virtuoso Raghava no

pudo disimular el dolor de su alma, y le dejó estallar. Cuando ella le vio, el rostro pálido, bañado de sudor, presa de agitación febril, llena de ansiedad le preguntó: «¿Qué ocurre, Señor? Hoy, ¡oh Raghava!, es el día de Brihaspati, declarado favorable gracias a la conjunción de Pushya, por los brahmanes instruidos. ¿De qué proviene tu turbación? ¡Tu hermoso rostro, al que no da sombra el quitasol de cien ramas, brillante como la espuma de las olas, ha perdido su brillo! Los dos abanicos preciosos, resplandecientes como blancos cisnes, ¡no los tienes para refrescar tu frente, semejante a un loto de cien pétalos! Los brandines elocuentes y festivos, ¡oh toro de los hombres!, los sutas, los inagadhas, ¡no se les oye hoy celebrarte con sus cantos de alegría! ¡Los brahmanes, instruidos en los *Vedas*, no extienden sobre tu cabeza, según los ritos, ¡la miel y la leche cuajada de la consagración! De todos los ministros y jefes de corporación ninguno, en traje de fiesta, busca darte cortejo, ¡como tampoco los habitantes de la ciudad y del país! El carro principal de gala, enganchado con cuatro caballos ágiles, con arneses de oro, ¿no vienen delante de ti? ¿Por qué no se ve avanzar a tu encuentro, ¡oh héroe!, al majestuoso elefante, engalanado con todos sus adornos, semejante a una montaña cubierta por una nube sombría? Tampoco adviértelo, ¡oh guerrero de amable aspecto!, al oficial que debe venir a ofrecerte el trono de oro de variados matices. Cuando tu consagración estaba dispuesta, ¿qué significa todo esto? Tu cara no tiene su color habitual; no noto en ella ningún signo de alegría».

Así se lamentaba la princesa. El descendiente de Raghú la dijo: «Sitá, mi venerable padre me destierra al bosque, ¡oh tú, que eres salida de una familia ilustre! ¡oh tú, que conoces tu deber y que sigues sus senderos!, aprende, ¡oh Janakí!, por qué motivo parto hoy. El rey, lleno de nobleza, mi padre Dasaratha, concedió a Kaikeyí, mi madre, dos grandes favores a su elección. Hoy, cuando mi consagración iba a tener lugar gracias a los cuidados del rey, ella le ha recordado su compromiso y ha exigido su cumplimiento, conforme a su derecho. Me será preciso, durante catorce años, habitar el bosque de Dandaka, y mi padre va a asociar a su trono a Bharata. He venido a verte antes de partir para el bosque solitario. En presencia de Bharata, no hables jamás alabanciosamente de mí. En la prosperidad, los hombres no soportan el elogio de sus rivales; por consiguiente, no alabes mis talentos delante de Bharata. Guárdate incluso de pronunciar mi nombre con objeto de que te sea posible vivir en buena inteligencia con él.

El rey le asocia definitivamente a su corona. Tendrás que honrarle muy particularmente, ¡oh Sitá!, pues es el soberano. En cuanto a mí, yo quiero desempeñar la palabra de mi padre, que es mi señor, por lo que hoy mismo marchó al bosque. Sé animosa en tu soledad. Cuando yo haya partido para la selva, mansión de los ascetas, ¡oh hermosa sin reproche!, tú te entregarás enteramente a las prácticas religiosas y al ayuno. Levantándote al alba, darás a las dioses el culto de costumbre; luego venerarás al soberano Dasaratha, mi padre. Mi madre Kausalyá, envejecida, agotada de dolor, colocando ante todo el deber, ríndela tus homenajes. Estarás siempre llena de atenciones también hacia mis otras madres; todas tienen derecho a tu afecto, a tu respeto y a tus cuidados. Deberás considerar especialmente como a un hermano y como a un hijo a Bharata y a Satruña, que me son más queridos que mis alientos vitales. Guárdate mucho de no hacer jamás algo que pueda desagradar a Bharata, ¡oh Videhí!; es el rey del país y el jefe de la familia. Cuando están rodeados de homenajes y son servidos con celo, los monarcas están contentos; si ocurre de otro modo, se irritan. Sus propios hijos, nacidos de su seno, los príncipes, reniegan de ellos si les perjudican, mientras que adoptan a las gentes del pueblo que trabajan en su interés. En cuanto a ti, mi hermosa, permanece aquí sometida al rey, conformándote con alegría a la voluntad de Bharata, y entregándote tan sólo a las buenas prácticas. Yo me iré al bosque, amable princesa querida, pero tú permanece aquí. Sigue mis consejos de tal manera que no ofendas jamás a nadie».

## SARGA XXVII

## SITÁ QUIERE ACOMPAÑAR A RAMA AL DESTIERRO

A estas palabras, Vaidehí, la amable y graciosa princesa, herida en su ternura conyugal, dijo a su marido: «¿Por qué ese lenguaje inconsiderado? En verdad, ¡oh Rama, el primero de los héroes!, que no puedo menos de despreciar lo que oigo. Indigno es de guerreros, de príncipes hábiles en manejar la espada y el venablo, Señor, vergonzoso, lo que estás diciendo; imposible sería sufrirlo. ¡Oh hijo de un noble príncipe!, un padre, una madre, un hermano, un hijo, una nuera gozan de sus méritos personales y obtienen cada uno la suerte que les

es debida. Sólo la esposa sigue el destino de su marido, ¡oh toro de los hombres!; por consiguiente, mi deber trazado está; yo habitaré en el bosque. Para la mujer, no es ni su padre, ni su hijo, ni su propia persona, ni su madre, ni sus amigas, sino su esposo el que en este Mundo y en otro es siempre su única vía de salvación. Si tú partes hoy para el impenetrable bosque, ¡oh descendiente de Raghú!, yo iré delante de ti, a pie, en medio de las zarzas de las kusas. Destierra la envidia y la cólera como se arroja el agua que queda luego de haber bebido, y llévame sin dudarlo; en mí no hay mal. En la techumbre de los palacios, en los carros, en medio de los aires, por todas partes allí donde llegue, la sombra de los pies de un esposo debe ser seguida. Yo he aprendido de mi madre y de mi padre mis diversas obligaciones; yo no tengo necesidad de ser instruida sobre lo que ahora tengo que hacer. Yo me hundiré en el bosque inaccesible, desertado de los hombres, lleno de toda clase de fieras, frecuentado por multitud de tigres. Yo habitaré con gusto en la selva como en otro tiempo en la casa de mi padre; sin ocuparme más de los tres mundos, no pensando sino en mis deberes de esposa. Constantemente sometida a tu voluntad, dócil, viviendo a lo asceta, seré dichosa cerca de ti, ¡oh héroe!, en las arboledas de suaves aromas. En el bosque, tú serás para mí un asilo lleno de seguridad, ¡oh Rama, esposo glorioso! ¿Qué es para mí ya, aquí, el resto de los hombres? Yo te acompañaré hoy al bosque, no hay duda; nadie podrá impedírmelo, ¡oh poderoso príncipe!; estoy decidida a ello. Me alimentaré exclusivamente de frutas y de raíces, es cierto; no seré una carga para ti, y permaneciendo siempre contigo, yo precederé tus pasos, yo comeré cuando tú hayas comido; yo no desco ver otra cosa que rocas, pantanos y lagos. Por todas partes viviré en seguridad bajo tu sabia tutela. Los estanques, llenos de hansas y de karan-davas, cubiertos de hermosos lotos floridos, seré dichosa contemplándolos en tu compañía, ¡oh héroe!, y haré mis abluciones en medio de sus aguas. En mi abnegación constante, para ti, príncipe de los grandes ojos, viviré en el colmo de la alegría; aunque tuviéramos que pasar en el bosque cien mil años juntos, no me aburriría un solo instante. Ni en el Cielo mismo pensaría; sí, si me fuese preciso vivir en el propio Cielo, lejos de ti, ¡oh Raghava, tigre entre los hombres!, no podría resignarme a ello. Yo me iré contigo a la selva impenetrable, llena de gacelas, de monos y de elefantes. Yo habitaré en ella como en la casa paterna, estando respetuosamente a tus pies. Tú eres el único objeto de mis afecciones y de

mis pensamientos; separada de ti, decidida estoy a morir. Llévame contigo, querido esposo; acoge mi petición; no seré para ti una carga».

Así hablaba la virtuosa Sitá. El príncipe, que no deseaba llevarla, la enumeró largamente, para hacerla cambiar de propósito, los males inherentes a la permanencia en el bosque.

## SARGA XXVIII

### RAMA COMBATE LA RESOLUCIÓN DE SITÁ

Hablando la virtuosa Sitá de este modo, el príncipe, que no tenía la intención de llevarla al bosque a causa de los males que preveía, se esforzó por consolarla, viendo, ademas, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Y con objeto de disuadirla de que le siguiese, el leal Rama la dijo estas palabras: «¡Oh Sitá!, tú eres de noble raza, tú fuiste siempre fiel a tus deberes; continúa cumpliéndolos hoy con objeto de no entristecer mi corazón. ¡Oh querida Sitá!, lo que voy a decirte, hazlo. El que habita en el bosque está expuesto a numerosos peligros; escúchame, voy a indicártelos. Renuncia, ¡oh Sitá!, a tu deseo de habitar en el bosque. "Un bosque muy peligroso", he aquí como dicen cuando hablan de él. Y deseando serte útil es por lo que te hablo así. Yo no sé que se sea jamás feliz en el bosque; se es, por el contrario, siempre desgraciado. Se oyen allí horribles rugidos (a los cuales las cataratas unen su estruendo) de los leones que habitan las cavernas; a causa de lo cual el peligro del bosque. Los animales salvajes, retizando sin temor en la soledad, si ven al hombre le atacan furiosamente, ¡oh Sitá!; a causa de lo cual el peligro del bosque. Los estanques poblados de cocodrilos, pantanosos, son allí absolutamente impracticables incluso para los elefantes en celo; a causa de lo cual el peligro del bosque. Lianas y malezas molestísimas en las que se oye al krikavaku, la falta de agua, los senderos sumamente difíciles de recorrer; a causa de lo cual el peligro del bosque. Se duerme sobre lechos de hojas muertas, en el suelo desnudo, por las noches, y precisamente cuando se está muerto de fatiga; a causa de lo cual el peligro del bosque. Día y noche es preciso, refrenando el alma, contentarse con frutas caídas de los árboles, ¡oh Sitá!; a causa de lo cual el peligro del bosque. Hay que practicar el ayuno hasta el agotamiento, ¡oh Maibili!; el llevar la trenza es obli-

gatorio allí, así como el uso de vestidos hechos con corteza de árbol. Los devas y los pitris deben ser honrados según los ritos, los huéspedes que se presentan, es preciso acogerles siempre. No se debe proceder a la triple ablución a las horas fijadas, incluso si el tiempo empuja; de donde la gran desventaja del bosque. Hay que colocar, según la regla de los ascetas, sobre la vedi, flores cogidas con la propia mano, ¡oh Sitá!; de donde el inconveniente del bosque. Es preciso contentarse con lo que se encuentra en el bosque. Allí reinan sobre todo y constantemente el viento, las tinieblas, el hambre, así como los grandes espantos; de donde el inconveniente especial del bosque. Reptiles numerosos, de todas formas, ¡oh mi bien-amada Sitá!, circulan audazmente por las veredas; de donde el gran peligro del bosque. Serpientes, de repliegues sinuosos como los ríos que les sirven de refugio, pululan por los caminos; de donde el gran peligro del bosque. Moscas, escorpiones, gusanos, tábanos y mosquitos atormentan allí perpetuamente a todos los seres, ¡oh mujer delicada!; de donde el inconveniente del bosque. Árboles espinosos, hierbas kusas y kasas, ¡oh hermosa!, que llenan todo con sus tallos y ramas entrelazadas; de donde el inconveniente del bosque. Enfermedades numerosas, miedos de todas clases son el lote del habitante de los bosques; de donde el peligro perpetuo de ellos. Preciso es renunciar a la cólera y a la avidez allí con objeto de aplicarse al ascetismo; no se debe temblar ante aquello que mueva a espanto; por todo ello el inconveniente constante del bosque. No pienses, pues, por más tiempo venir al bosque; la estancia allí no te sentaría bien; pensando en ello, pareceme ver ya los numerosos peligros que hay en él por todas partes».

De este modo el magnánimo Rama no quería de ninguna manera llevarla al bosque; pero Sitá no se rindió a estas razones. Llena de profundo dolor le replicó:

## SARGA XXIX

### SITÁ INSISTE CON OBJETO DE ACOMPAÑAR A RAMA

Cuando hubo oído estas palabras de Rama, Sitá, llena de tristeza y con el rostro bañado en lágrimas, le dijo con dulce voz: «Los inconvenientes enumerados por ti y reservados a los que habitan el bosque, sabe que mi amor hacia ti los transformará en ventajas. Antílopes, leones, elefantes, tigres y lo

mismo sarabhas, yaks, srimaras y demás fieras de los bosques, ninguna de ellas te han visto jamás, ¡oh Raghava!; pero a sólo tu aspecto huirán espantadas. Es preciso que te acompañe, es orden de mis venerados padres; tu alejamiento, ¡oh Rama!, me obligaría a renunciar al instante a la vida. No, no; junto a ti no podía, ¡oh Raghava!, el propio jefe de los suras llevarse a la fuerza. Privada de su esposo, la mujer no podría vivir, ¡oh Rama!; tú no puedes dudar de esta verdad en lo que a mí respecta. Por lo demás, ¡oh sabio príncipe!, los brahmanes me predijeron en tiempos, en casa de mi padre, que me sería preciso ciertamente habitar el bosque. Y habiendo oído estas palabras de los augures brahmánicos en mi casa, siempre me conformé con la idea de habitar el bosque, ¡oh poderoso héroe! La orden de habitar el bosque la cumpliré sin faltar; tú eres mi marido, yo te acompañaré, ¡oh mi bien-amado!; no ocurrirá de otra manera. Me conformaré a esta orden y partiré contigo; el tiempo no ha llegado de cumplir las palabras de los Dos-veces-nacidos. La estancia en el bosque, bien lo sé, ofrece ciertamente inconvenientes de todas clases; pero, ¡oh héroe!, no alcanzan sino a los hombres que no son dueños de sus sentidos. Cuando yo era niña, una mendiga, de dulces modales, me contó, en la casa paterna, en presencia de mi madre, lo que es la permanencia en el bosque. Otras veces te he suplicado, ¡oh príncipe!, que me llevases al bosque donde descaba vivir contigo. Pues he aquí el momento, felicidad a ti, ¡oh príncipe!, de llevarme allí, ¡oh Raghava! Me agrada seguir a un héroe que habita el bosque. ¡Oh tú, cuya alma es pura!, yo permaneceré irreprochable uniéndome piadosamente a los pasos de mi esposo; pues el esposo es la suprema divinidad. Y tras la muerte, seré por siempre dichosa contigo, según la enseñanza de los brahmanes venerables. La mujer que en este Mundo ha sido dada por sus parientes a un hombre, ¡oh valeroso príncipe!, mediante el agua santa, según la ley, le pertenece incluso después de la muerte. Yo que soy para ti una esposa adicta y fiel, ¿por qué razón no quieres llevarme contigo? Yo, pobre mujer, que te soy fiel y adicta, la misma siempre en la felicidad y en la desgracia, preciso te es llevarme, ¡oh Kakutstha!, a mí, a quien la alegría o la pena no me cambian. Y si a pesar de mi dolor no quieres conducirme al bosque, con el veneno, el fuego o el agua, entre estos medios escogeré la muerte».

Así le suplicaba insistentemente que la llevase; pero el guerrero de los grandes brazos no podía resolverse a llevarla al solitario bosque. Sus palabras sumieron a Maithilí en la



angustia, con lo que bañaba, por decirlo así, la tierra de lágrimas ardientes que caían de sus ojos. Viendo la aflicción y el despecho de Vahidehí, el virtuoso Kakutstha esforzose por hacerla cambiar de propósito y por consolarla.

### SARGA XXX

#### RAMA CONSIENTE EN LLEVAR A SITÁ

Maithilí, la hija de Janaka, a la que Rama, su esposo, trataba de consolar a causa de su negativa a llevarla al bosque, le habló de este modo. Sitá, violentamente agitada, llevada a la vez por su ternura y por su indignación, agobió con reproches a Raghava, el del ancho pecho: «¡Qué equivocación la del Vaideha, mi padre, el rey de Mithila, ¡oh Rama!, tomándote por yerno, tú que no eres sino ¡una mujer disfrazada de hombre! Sin razón ninguna y tan sólo por ignorancia podría el mundo decir: ¡No hay gloria superior a la de Rama, que brilla como el Sol! ¿Por qué, pues, este abatimiento y de dónde sale ese espanto que te mueve a abandonarme, a mí, que no tengo otro asilo que tú? La abnegación que tuvo Savitri por el hijo de Dyumatsena, el valiente Satyavat, sabe que yo la tengo por ti. Yo no debo ver, ni siquiera con el pensamiento, ningún otro hombre en tu ausencia, so pena de llegar a ser el aprobio de mi familia, ¡oh irreproachable Raghava!; luego preciso me es acompañarte. Yo, a quien has desposado joven y que habito contigo hace largo tiempo, ¿quieres, como un histrión, ¡oh Rama!, entregarme a extraños? Aquel del cual yo debo seguir la ley, según tú, y a causa del cual tú has sido apartado, sé, si tal quieres, su servidor, su vasallo por siempre, ¡oh irreproachable héroe!, pero a mí no, no debes dejarme aquí yéndote tú al bosque; trátese de ascetismo, de ermita o del Cielo, yo quiero estar contigo. No podría haber para mí fatiga alguna en seguirte; como no la hay cuando descanso a tu lado en un lecho voluptuoso. Las hierbas kusas y kasas, las cañas, los juncos y los arbustos espinosos del camino me parecerán en tu compañía tan delicados y mullidos al tacto como el césped o la piel de los antílopes. El polvo levantado por los grandes vientos que me cubrirá, ¡oh esposo querido!, me parecerá preciso polvo de sándalo. Cuando, retirada en lo más espeso del bosque, duerma junto a ti sobre el musgo dulce como un tapiz de lana, ¿qué podrá ocurrirme de más

agradable? Hojas, raíces, frutas, todo lo que, en grande o pequeña cantidad, me darás tras haberlo cogido con tu mano, será para mí tan sabroso como el amrita. Ya no me acordaré ni de mi madre, ni de mi padre, ni de mi casa, cuando, según las estaciones, me alimente de flores o de frutos. Nada verás entonces de desagradable, no sufrirás pena alguna por causa mía, no seré para ti una carga. Contigo es el cielo; sin ti sería el infierno: nada más. Sábelo, ¡oh Rama!, y sé perfectamente dichoso conmigo. Mientras que, si pese a mi vivo deseo, no me llevas al bosque, beberé veneno hoy mismo para no caer en manos de mis enemigos. Tras tu marcha el dolor haría mi vida insoportable. Si me abandonas, ¡oh tú, que eres mi sostén!, moriré, y será lo mejor. Pues no podré soportar la pena un solo instante. Y con mucha menos razón si mi infortunio debe prolongarse ¡diez años más tres otros y todavía uno!

Tales eran las múltiples lamentaciones que Sitá dejaba escapar llevada de su dolor. Abrazada fuertemente a su esposo, lanzaba acerbados gemidos. Herida por los numerosos discursos de Rama, como una hembra de elefantes atravesada por flechas ardientes tras haberlos contenido mucho tiempo, dejaba brotar sus lamentos como Arani las chispas. Puras como el cristal, lágrimas abrasadoras chorrcaban de sus ojos como el agua de dos lotos. Su cara, semejante a la Luna blanca y sin manchas, con sus grandes ojos, ajada estaba por las lágrimas como una flor de loto arrastrada por la corriente.

Rodeándole con sus dos brazos, cuando casi estaba privada de sentido a causa del dolor, Rama esforzabase en reanimarla con sus palabras: «Mientras seas desgraciada, ¡oh princesa!, el Cielo mismo no podría serme agradable. Más por otra parte, lo mismo que Svayambhú, yo no temo absolutamente nada. Ignoraba enteramente tu resolución, mi hermosa; por ello tu permanencia en el bosque no me parecía bien, aunque era capaz de protegerte allí. Pero, puesto que estás decidida a establecerce en él conmigo, ¡oh Maithilí!, no puedo abandonarte, como tampoco a un hijo la ternura hacia sus padres. No obstante, ¡oh tú, cuyos muslos son hermosos como trompas de elefante!, el deber, tal cual los hombres de bien lo han practicado en otro tiempo, me es preciso seguirle, como Suvarcalá a Surya. Absolutamente preciso me es retirarme al bosque, ¡oh hija de Janaka!; empujado estoy a ello por orden ineluctable de mi padre. Es mi deber, ¡oh hermosa princesa!; debo obedecer a mi padre y a mi madre; si transgrediese su voluntad ya no podría vivir. ¿Cómo podríamos conciliarnos a la divinidad invisible ultrajando a la visible, es decir, a una madre,

a un padre o a un gurú? El triple objeto, fruto de la piedad filial, lleva consigo la adquisición de los tres mundos; no hay en la Tierra otro instrumento de purificación que le sea semejante, mujer de las brillantes pestañas; es por su medio como se gana el Cielo. Ni la verdad, ni la liberalidad, ni los honores concedidos, ni el propio sacrificio acompañado de dakshinas, son tan estimados, ¡oh Sitá!, como la piedad filial. El Cielo, el dinero, la riqueza en granos, las ciencias, los hijos, los éxitos, de mostrarse llenos de atenciones hacia su gurú, nada hay que no se pueda obtener. Los mundos de los devas, de los gandharvas y de las vacas, el de Brahma y los otros, se los alcanza mediante una abnegación sin límites a nuestra madre y a nuestro padre. La orden de mi padre, afianzado en el sendero del verdadero derecho, quiero conformarme a ella; es un deber imprescriptible. Pero me dejo conmover, ¡oh Sitá!; consiento en llevarte al bosque de Dandaka, puesto que tu resolución inquebrantable es seguirme allí y habitarle conmigo. Y puesto que te he autorizado, princesa de cuerpo irreprochable y de dulce mirada, sígueme, ¡oh débil mujer!; cumple hasta el fin tu deber. Conformándote enteramente a nuestro más caro deseo, mío y de tu familia, ¡oh Sitá!, ¡oh mi bienamada!, cumple, mujer de hermosas formas, las obras que deben asegurar la felicidad de nuestra permanencia en el bosque; no, en adelante, lejos de tí, ¡oh Sitá!, el Cielo mismo no podría agradarme. Da a los brahmanes joyas y a los phikshukas (219) alimento; apresúrate, nada de retardos. Los adornos preciosos, los vestidos de gran precio, todo cuanto sirve al contento y al placer; mis lechos, mis carros y lo demás, dáselo a la multitud de mis servidores, inmediatamente después de la distribución hecha a los brahmanes.»

La reina, viendo que su esposo consentía en llevarla, tal cual deseaba, procedió, feliz y sin tardar, a la repartición.

## SARGA XXXI

### LAKSHMANA OBTIENE DE RAMA EL ACOMPAÑARLE

Lakshmana estaba presente a esta conversación. Con el rostro bañado por las lágrimas, imposible le era dominar su dolor. Este vástago de Raghú se abrazaba estrechamente a los pies de su hermano, y de este modo habló a la muy gloriosa Sitá, y dijo a Raghava, el de las nobles resoluciones: «Puesto que

estás decidido a irte al bosque donde las gacelas y los elefantes abundan, yo te acompañaré allí; yo iré ante ti, arco en mano. Yo seré tu compañero, cuando recorras aquella selva encantadora que retumba por todas partes con el canto de los pájaros y el zumbido de los enjambres de abejas. Yo no quiero subir al Devaloka, ni gozar de la inmortalidad; la soberanía de los mundos no la ambiciono tampoco lejos de ti.» Así dijo Sumitri, resuelto a vivir en el bosque; y, como Rama trataba de apartarle mediante muchas y acariciadoras palabras, añadió: «Puesto que antes me has autorizado, ¿por qué quieres ahora impedírmelo? ¿De dónde viene el que te opongas a mi designio? Quiero saberlo; pues perplejo estoy, ¡oh príncipe irreprochable!»

El poderoso Rama respondió a Lakshmana, que estaba de pie frente a él, muy decidido a marchar adelante, y que le interrogaba haciendo el anjalí: «Lleno estás de amenidad, de virtud, de firmeza; tú sigues constantemente la vía del honor, tú me eres tan querido como mi propia vida, tú eres para mí un amigo lleno de deferencia y de abnegación. Ahora bien, si hoy, ¡oh Sumitri!, vinieras conmigo al bosque, ¿quién protegería a Kausalyá y a la gloriosa Sumitrá? El que hacía llover sus favores sobre ellas, como Parjanya hace llover sobre la Tierra, este ilustre y gran monarca retenido está en los lazos del amor. Y, estemos seguros, la hija del rey Asvapati, habiendo adquirido el Imperio, no hará en modo alguno la felicidad de sus infortunadas compañeras! No se acordará ya de Kausalyá, ni de la desdichada Sumitrá, Bharata, una vez llegado al trono y sometido a Kaikeyí. A esta noble Kausalyá, protégela tú mismo, o con ayuda del favor real, ¡oh Sumitri! Esta misión, cumpíela. Es haciéndolo cómo demostrarás de un modo elocuente tu afecto hacia mí. Es en el homenaje rendido al gurú, ¡oh tú, que conoces tu deber!, donde reside el deber sin igual, supremo. Obra así en atención a mí, ¡oh Sumitri, alegría de Raghú! Privadas de nuestra presencia, ya no habrá dicha posible para nuestras madres.»

Así hablaba, con voz acariciadora, Rama a Lakshmana, el cual respondió hábilmente a su elocuente discurso: «Gracias a tu poder, ¡oh héroe!, Bharata se mostrará lleno de deferencia y de atenciones hacia Kausalyá y Sumitrá, no hay duda posible. Si el miserable Bharata no las protege, una vez investido del poder supremo, ¡oh héroe!, a causa de su perversidad o más bien de su actitud altiva, yo mataré sin remisión al perverso, al cruel, así como a todos sus partidarios y, ¡por quien soy!, al triple mundo mismo. La noble Kausalyá, además, po-

drá reclutar un militar de guerreros como yo, ella, que tiene un millar de pueblos bajo su dependencia. Asimismo, mi venerable madre dispone, para su protección, de un millar de defensores semejantes a mí. Tómame, pues, contigo; en esto no hay falta alguna al deber. Mi propósito quedará cumplido y tus intereses salvaguardados. Yo cogeré mi arco con su cuerda, y provisto de una pala y una cesta, marcharé delante de tí y te enseñaré el sendero. No cesaré de coger, para ti, raíces, frutos y otros productos silvestres del mismo género, dignos de las ofrendas de los ascetas. Cuando goces con Vaidehí en las mesetas de las montañas, yo satisfaré todas tus necesidades, estés despierto o dormido.»

Rama, feliz oyéndole hablar así, le dijo: «Ve y haz tus adioses, ¡oh Sumitri!, a todos tus amigos. Las armas divinas que el magnánimo Varuna dio él mismo al rey Janaka, con motivo de un gran sacrificio; los dos arcos, terribilísimos de ver; las dos corazas, impenetrables a los dardos, divinas; los dos carcaj, de inagotables flechas; las dos espadas, brillantes como dos soles sin manchas, enriquecidas con oro; toda esta panoplia, depositada cuidadosamente en casa de mi preceptor, ve a buscarla y vuelve rápido, ¡oh Lakshmana!»

Este, decidido a permanecer en el bosque, despidióse de sus amigos y fue a casa del gurú de los Ikshvakus para tomar allí las armas excelentes. El tigre entre los hombres, Sumitri, mostró a Rama toda aquella panoplia divina, artísticamente trabajada, adornada de guirnaldas. Dueño de sí mismo, Rama, alegre, dijo a Lakshmana, una vez éste de vuelta: «Llegas a tiempo, mi querido Lakshmana. Quiero distribuir con tu ayuda, ¡oh castigo de tus enemigos!, todo cuanto me pertenece a los brahmanes y a los ascetas, a los excelentes Dos-veces-nacidos enteramente adictos a los gurús, sobre todo a aquellos que están más particularmente unidos a mí. En cuanto al hijo de Vasishtha, el noble Suyajna, el mejor de los Dos-veces-nacidos, tráemele pronto. Me retiraré al bosque tras haber honrado también a los demás Dos-veces-nacidos sin excepción.»

## S A R G A X X X I I

### RAMA DISTRIBUYE SUS BIENES A LOS BRAHMANES Y A SUS SERVIDORES

Apenas hubo recibido de su hermano esta orden agradable y útil, Lakshmana se fue a la morada de Suyajna. Le encontró en la capilla del fuego sagrado, le saludó y le dijo: «Amigo,

ven a ver, a su casa, al infortunado Rama.» Era mediodía. Suyajna partió con Sumitri y fue a la casa lujosa y encantadora de Rama. A la llegada de Suyajna, instruido en los *Vedas*, Raghava, haciendo el anjali, acudió con Sitá a su encuentro, cual al encuentro del radiante Añi. Brazaletes preciosos de oro jatarupa, arracadas brillantes, perlas enhebradas por medio de cordones de oro, anillos y collares, joyas de todas clases, el descendiente de Kakutstha colmó a Suyajna de estos presentes y le dijo, a instancias de Sitá: «Este collar de perlas y este cordón de oro acéptalos para tu esposa, amigo. Sitá, mi bienamada, desca también darte un cinturón. Estos brazaletes maravillosos, estos anillos brillantes, mi bienamada, a su marcha hacia el bosque, te los ofrece, pensando en tu esposa. Váidehí quiere también amueblar tu casa con un lecho de reposo provisto de ricos tapices e incrustado de toda clase de piedras preciosas. El elefante Satrumjaya, que mi tío materno me dio, te lo regalo también, así como mil nishkas (220), ¡oh toro entre los ascetas!»

Así habló Rama. Suyajna aceptó el presente y colmó de bendiciones a Rama, a Lakshmana y a Sitá. Al punto el afectuoso Rama se dirigió a su hermano, el bueno y adicto Sumitri, como Brahma el amo de los Treinta, y le dijo: «Agastya y Kausika, estos dos excelentes brahmanes, hónrales, ¡oh Sumitri!, y vierte sobre ellos los presentes, como Parjanya el agua sobre las mieses. Distribúyeles, ¡oh poderoso Raghava!, un millar de vacas, joyas de oro y piedras preciosas. Para Acarya, que por abnegación hacia Kausalyá vuelca sobre ella sus bendiciones y que enseña los *Taittiriya*s (221) tan brillantemente, versado como es en los *Vedas*, da a este Dos-veces-nacido un carro y dos servidores, ¡oh Sumitri!, así como vestidos de seda a discreción. Citraratha, ese noble escudero, que está a mi servicio desde hace varios años, proveele abundantemente de joyas de precio, de trajes y de tesoros, de víctimas de todas clases para los sacrificios, y de un millar de vacas. Los Dos-veces-nacidos de la escuela de los Kathas y de los Kalapas, los numerosos portadores de bastón, que no hacen otra cosa que entregarse sin cesar al estudio de los *Vedas*, los que están languidecientes, que aspiran a una dulce existencia, que son dignos de tanta estima, a estos venerables personajes haz que les entreguen ochenta carros llenos de piedras preciosas, mil coches de arroz y doscientos bhadrahas (222). Para sus ceremonias, ¡oh Sumitri!, dales mil vacas. En cuanto a la numerosa tropa de mekhalines (223) que está al servicio de Kausalyá, entrega a cada uno de ellos, ¡oh Sumitri!, un millar de

nishkas. Con objeto de que nuestra madre Kausalyá se alegre de mi dakshina, honra también a todos esos Dos-veces-nacidos, ¡oh Lakshmana!»

El tigre de los hombres, Lakshmana, repartió él mismo, según las prescripciones de Rama, los dones atribuidos a los Indras de los brahmanes; asemejábase a Dhanada. Rama dijo al punto a los servidores que estaban ante él, ahogando sus sollozos, tras haber provisto abundantemente de subsistencia a cada uno de ellos: «La habitación de Lakshmana y mi casa no las abandonéis, ni la una ni la otra, durante mi ausencia.»

Tras haber hablado así a la afligida multitud de sus servidores, dijo a aquel que estaba encargado de custodiarles: «Tráeme mi tesoro.» Entonces sus servidores le trajeron su tesoro. Se vio levantarse un montón considerable de objetos preciosos. El tigre de los hombres, ayudado de Lakshmana, distribuyó aquellas riquezas a los Dos-veces-nacidos, jóvenes y viejos, y a los indigentes. Había allí un brahmán vestido de pardo, de la familia de Garga, llamado Trijata; ocupábase en excavar el suelo del bosque con una pala y un pico. Su tierna esposa, cuando tuvo a sus pequeños hijos, había dicho al anciano brahmán: «El marido es la divinidad de las mujeres. Tira la pala y el pico y sigue mi consejo. Ve a buscar al virtuoso Rama para obtener algo de él.» El brahmán, dócil al consejo de su mujer, se envolvió en un pedazo de tela miserable y tomó el camino que conducía a la morada de Rama. Trijata, cuyo brillo brahmánico asemejábase al de Bhrgú y al de Angiras, de cuantos había allí nadie, desde el quinto recinto, le detuvo. Y acercándose a Rama le dijo: «Estoy sin fortuna y tengo muchos hijos, ¡oh príncipe valeroso! Siempre estoy ocupado en el bosque en arañar el suelo. Ten piedad de mí». Rama le respondió bromeando: «Quedan aún un millar de vacas que no he dado. Todo cuanto puedas alcanzar hasta allí adonde llegue tu palo lo tendrás.» El brahmán al punto, apretando su girón de tela en torno a sus riñones, cogió el bastón y lo lanzó con toda su fuerza. El bastón, escapado de su mano, franqueó el Sarayú y fue a caer en un parque que contenía millares de bestias con cuernos, en medio de los toros. El virtuoso héroe, abrazando a Trijata, hizo llevar las vacas desde las orillas del Sarayú a su ermita. Rama dijo a aquel descendiente de Garga, con tono afectuoso: «No te enfades por mi broma. Era porque deseaba probar tu vigor extraordinario por lo que te he provocado así. Si quieres otra cosa no tienes sino escoger. Te hablo sinceramente, no tengas reparo; todos mis bienes son, pensando en los ascetas, para distribuirlos le-

galmente a gentes de mérito, por lo que los he adquirido, decidido a obtener fama a su costa.»

Acompañado de su mujer, Trijata, el gran muni, recibió joyas, un ejército de vacas, y vertió sobre el magnánimo héroe sus bendiciones para el aumento de su gloria, de su poder, de su alegría y de su felicidad.

Rama, héroe cumplido, distribuyó de este modo los muchos bienes que había adquirido, mediante su lealtad y su valor, a sus amigos, que le persiguieron mucho tiempo con sus bien ganadas aclamaciones. No hubo un Dos-veces-nacido, amigo, servidor, indigente o mendigo de profesión, que no fuese colmado, como convenía, de bondades, de liberalidades y de atenciones.

## SARGA XXXIII

### LAMENTACIONES DEL PUEBLO

Tras haber de este modo, lo mismo que Sitá, princesa de Vidaha, distribuido a los brahmanes sus bienes considerables, los dos Raghavas se fueron con ella a ver a su padre. Las dos armaduras, llevadas por dos servidores, centelleaban; iban atadas mediante cintillas y guirnalda de flores con las que Sitá las había adornado. Desde las terrazas de los palacios y desde los tejados de los templos, adonde habían subido y habíanse sentado, una multitud considerable contemplaba a Rama. Las calles, atascadas de gentes, no hubieran sido alcanzadas fácilmente, y era por ello por lo que muchos se habían subido a los tejados, y desde ellos lanzaban miradas afligidas hacia Raghava. Viéndole a pie, acompañado de su joven hermano y seguido de Sitá (224), la multitud decía, dejando escapar lamentaciones dolorosas: «El que, en sus viajes, iba escoltado por un poderoso ejército, compuesto de cuatro angas, ¡ahora no tiene por escolta sino a Lakshmana y a Sitá! El, que conocía las dulzuras de la autoridad suprema y que podía satisfacer todos sus deseos, ¡no ha querido transgredir la orden paterna por respeto a la ley! Ella, a la que no podían contemplar antes los seres, ni tan siquiera los que vuelan por los aires, Sitá, ¡vedla expuesta a los ojos de la multitud que sigue la vía real! Sitá, habituada a los cosméticos, que usó siempre sándalo rojo, ¡la lluvia, el calor, el frío la estropearán pronto el rostro! Hoy, el rey Dasaratha habla bajo el imperio de un mal espíritu, pues no debería desterrar a su hijo bien-



amado. Incluso estando desprovisto de cualidades, ¿cómo deterrar a un hijo? ¡Qué decir entonces si, como Rama, ha conquistado el Mundo entero mediante sus virtudes! El no hacer daño, la compasión, la obediencia, el heroísmo, la sumisión de los enemigos, el vencimiento de los sentidos, estas seis cualidades ilustran a Raghava, el toro de los hombres. Por ello el pueblo muéstrase extremadamente afligido ante la pérdida de Rama: como los animales acuáticos en el estanque cuando el agua llega a faltar. Todos se sienten heridos con el golpe que alcanza a este amo del Mundo, lo mismo que el árbol cargado de flores y de frutos del golpe que alcanza a su raíz. La raíz del árbol humano es este héroe esencialmente virtuoso, resplandeciente de gloria; sus flores, sus frutos, sus hojas y sus ramas son los demás hombres. Tal cual hace Lakshmana, así marchemos nosotros sin tardar con nuestras mujeres y nuestros parientes en seguimiento de Raghava. Dejemos nuestros jardines, nuestros campos y nuestras casas con objeto de servir, en la próspera o adversa fortuna, al virtuoso Rama. Nuestras casas despojadas de sus tesoros, sus patios en ruínas, vacíos de riquezas y de granos, desamueblados completamente, invadidos por las tinieblas, abandonados de las divinidades, llenos de ratas salidas de sus agujeros y corriendo por todas partes, sin agua y sin humo, sin ser ya barridas, de donde habrán desaparecido ofrendas, sacrificios, libaciones, mantras, haoma y rezos; cuyos utensilios serán rotos como por una catástrofe, estas casas abandonadas por nosotros, ¡que Kaikeyí las posea! ¡Que el bosque adonde va Raghava sea una ciudad y que la ciudad que dejamos se torne un bosque! ¡Que todos los reptiles dejen sus agujeros, las fieras y los pájaros sus rocas, que los elefantes y los leones buyan espantados delante de nosotros y nos abandonen los bosques! ¡Que ocupen nuestra ciudad desierta y que se alejen de las espesuras que ahora habitan! Este país de hierbas, de caza, de frutos, vuelto mansión de las serpientes, de las fieras y de los pájaros, ¡que Kaikeyí le posea con su hijo y sus parientes! Nosotros, todos, habitaremos con gusto el bosque en compañía de Raghava».

Tales eran las palabras que circulaban entre la multitud. Raghava, pese a oírlas, no modificó su resolución. Continuó avanzando hacia la mansión, brillante como la cima del Kailasa, de la reina, él, el guerrero magnánimo cuyo valor igualaba al del elefante borracho de mada. Penetrando en el palacio real, asilo de sabios y de guerreros, advirtió a Sumantra, que estaba todo afligido, no lejos de allí. Rama, notando la tristeza de los suyos, no tenía el aspecto triste; afectaba incluso son-

reír. Avanzaba presuroso por volver a ver a su padre y deseoso de conformarse lealmente a su orden. El descendiente de Ikshvaku, el magnánimo Rama, mientras iba al encuentro del rey, a quien el dolor agobiaba, se detuvo al advertir al suta, que velaba a la puerta del palacio. Conforme a la orden de su padre, en su amor hacia el deber, Raghava, firmemente resuelto a habitar el bosque, cuando vio a Sumantra, le dijo: «Anuncia mi presencia al rey».

### SARGA XXXIV

#### RAMA SE ESFUERZA EN CONSOLAR A SU PADRE

Rama, el de los ojos anchos como los pétalos del loto, el de tez oscura, el de prestancia sin gual, dijo al heraldo: «Anúnciame a mi padre». A esta orden, el suta fue prontamente al encuentro del rey, al que encontró con los sentidos turbados por el dolor y gimiendo. El monarca le pareció como un sol extinguido, como un fuego recubierto de cenizas, como un estanque seco. El suta, muy prudente, habiendo hecho el anjali, informó al rey, cuyo espíritu estaba completamente extraviado, de la presencia de Rama, objeto de sus lamentaciones. El escudero, dirigiendo primeramente al rey, al abordarle, votos de prosperidad, le dijo luego con voz temblorosa, débil, poco segura: «El tigre de los héroes está ahí, a la puerta, tu hijo que acaba de distribuir todos sus bienes a los brahmanes y a sus servidores. Pide verte, felicidad a ti, Rama, del cual el heroísmo forma la esencia. Tras haber dicho adiós a todos sus amigos, aquí le tienes dispuesto ahora a despedirse de ti. Al bosque se irá, ¡oh rey!, ante tus ojos mismos, él, que está rodeado de todas las cualidades reales, como el Sol de sus rayos».

El leal y virtuoso monarca, cuya profundidad igualaba a la del mar y la pureza a la del éter, le respondió: «Sumantra, reúne a todas mis esposas que están aquí presentes; es rodeado de todas ellas como quiero dar audiencia a Raghava». El suta fue al gineceo y dijo a las mujeres: «El venerable rey os manda llamar; id, no tardéis». Todas aquellas mujeres a quienes Sumantra habló así en nombre del rey, dirigiéronse hacia el palacio, dóciles a la orden de su esposo. Eran la mitad de setecientas; los ojos rojos a fuerza de llorar, rodeando a Kausalyá y andando lentamente, fieles a sus votos.

Cuando vio a sus esposas reunidas, el poderoso monarca dijo al suta: «Sumantra, tráeme a mi hijo». El heraldo, con Rama, Lakshmana y Maithilí, volvió al punto adonde estaba el rey, marchando delante de ellos. El rey, viendo avanzar a su hijo, que de lejos hacía el anjalí, descendió precipitadamente de su asiento, lleno de tristeza, rodeado de su cortejo de mujeres. El monarca, al advertir a Rama, corrió rápido a su encuentro, y habiéndole alcanzado, a causa del propio exceso de su pena, cayó desfallecido en el suelo. Rama y Lakshmana, el del gran carro, se precipitaron hacia el rey, casi sin conocimiento a causa del dolor. Un grito se levantó al punto en el palacio, lanzado por un millar de mujeres: «¡Ayl, jay!, ¡Rama!», mezclado a un entrechocar de joyas. Ambos, Rama y Lakshmana, estrechando a su padre entre sus brazos, le colocaron, llorando, ayudados por Sitá, en su lecho de reposo. Luego, Rama, al cabo de un instante, dijo haciendo el anjalí al rey, que había recobrado el conocimiento, pero que permanecía abismado en un océano de lágrimas y de dolor.

«Vengo a decirte adiós, gran rey, tú que eres el amo de todos nosotros; concédeme una mirada benévola antes de que me vaya al bosque de Dandaka. Da permiso también a Lakshmana y a Sitá para que me acompañen en el bosque. Cediendo a numerosas y fundadas consideraciones, no quieren quedarse aquí. Enjuga tus lágrimas, Señor, y déjanos partir a los tres, Lakshmana. Sitá y yo, como en otro tiempo Prajapati a sus hijos.»

El rey, viendo que Raghava no esperaba sino su autorización para marchar al bosque, le dijo: «¡Oh Raghava!, puesto que el favor que he concedido a Kaikeyí me ha hecho salir de mis sentidos, sé hoy el rey de Ayodhya, y enciérrame». A estas palabras del rey, su padre, Rama, el primero de los hombres en el deber, le respondió prudentemente, haciendo el anjalí: «¡Oh rey!, ¡ojalá puedas gobernar la Tierra mil años! En cuanto a mí, yo habitaré el bosque; yo no deseo el trono. Después de haber pasado nueve y luego cinco años en el bosque, libre ya mi palabra, vendré a besar tus pies, ¡oh príncipe!»

El rey, suspirando dolorosamente, atado por su promesa y obligado por la voluntad inquebrantable de Kaikeyí, respondió a su hijo bienamado: «Para tu felicidad y tu prosperidad, hijo querido, mientras espero tu vuelta, sigue tranquilamente tu camino, ¡que ojalá sea el de la dicha y la seguridad! Puesto que a causa de tu lealtad y de tu amor al deber, tu resolución es inquebrantable, hijo querido, alegría de Raghú, al menos no

marches ahora, por la noche, hijo mío; será para mí muy dulce gozar aún un día de tu presencia. Consiente, pues, en pasar esta noche cerca de tu madre y de mí; todos tus deseos satisfechos, mañana al alba, realizarás tu proyecto. Es una cosa absolutamente monstruosa, ¡oh mi hijo, mi querido Raghava!, que por complacerme te retires a ese bosque. Esto no me es agradable, en verdad te lo juro, ¡oh hijo mío Raghava!; he sido engañado por una mujer que ocultaba su maldad como un fuego bajo la ceniza. De la perfidia que he cometido a instigación de esta miserable Kaikeyí, tú quieres sufrir las consecuencias. Claro que no es sorprendente que siendo tú mi hijo mayor quieras, querido hijo, liberar la palabra de tu padre».

Este lenguaje de su desdichado padre afligió a Rama, así como a su hermano Lakshmana; Rama respondió: «Las ventajas que obtendré hoy, mañana ¿quién me las procurará? Por consiguiente, yo prefiero de todas maneras marcharme ahora. Esta tierra con su Imperio, sus habitantes, sus riquezas y los granos en que abunda, renuncio a ella; que se la den a Bharata. Mi intención de retirarme al bosque hoy mismo es inquebrantable; la promesa que tu hiciste en el campo de batalla a Kaikeyí, ¡oh príncipe generoso!, preciso es cumplirla enteramente. Sé leal, ¡oh rey! En cuanto a mí, dócil a la orden que me has conminado, habitaré catorce años en el bosque con las fieras. No vaciles en transmitir tu reino a Bharata. Yo no ambiciono el Imperio, yo no desco la fortuna tanto como conformarme a tu voluntad, ¡oh descendiente de Raghú! Echa lejos de ti la pena, enjuga tus ojos bañados de lágrimas. El infranqueable Océano, padre de los ríos, no se turba. Yo no desco ni el trono, ni la prosperidad, ni la posesión de la Tierra, ni todas estas voluptuosidades, ni el Cielo, ni la existencia. Lo que yo quiero, es que tu palabra se realice y no sea engañadora, ¡oh toro de los hombres!; cara a cara te lo juro, en nombre de la lealtad y por mis méritos. No puedo permanecer un instante más, querido padre, mi señor; comprime tu dolor; mi resolución no cambiará. Kaikeyí me lo ha ordenado: "Ve al bosque, ¡oh Raghava!" Y yo la he respondido: "Voy". Cumpló mi palabra. Nada de lamentaciones, ¡oh rey! Nosotros viviremos felices en ese bosque lleno de gacelas domesticadas, y en el que resuena el canto de todos los pájaros. El padre es llamado la divinidad por los dioses mismos, mi querido padre. Es, pues, a la divinidad a la que obedezco siguiendo la orden paternal. Pasados los catorce años, ¡oh el mejor de los hombres!, tú me verás de vuelta. ¡Que la angustia sea desterrada! Tú, que debes secar las lágrimas que el pueblo entero derrama

a torrentes, ¡oh tigre de los reyes!, ¿por qué este abatimiento? La ciudad, el trono, el país entero, a todo renuncio; que Bharata sea el amo. En cuanto a mí, yo me conformo a tu voluntad y me retiro al bosque para hacer en él una larga estancia. Esta tierra de la que me voy, con sus montañas y sus gargantas, sus ciudades, sus aguas y sus bosques, que Bharata vele por sus opulentas fronteras; pero que tu orden, ¡oh rey!, sea estrictamente cumplida. Yo no pretendo tanto, ¡oh rey!, la fortuna, ni mi ventaja personal, como cumplir tu orden formal. No te aflijas, pues, por mí, ¡oh príncipe irreproachable! No, príncipe virtuoso, este reino inmortal, todas las prosperidades deseables, la Tierra, Maithilí misma, si yo había de hacerte perjuo, en medio de tus preocupaciones, no las querría. Ante todo, libera tu palabra. Frutos, raíces, de ello me alimentaré en el bosque, visitando al mismo tiempo montañas, ríos y lagos. Hundiéndome en ese bosque, compuesto de árboles de esencias variadas, scré feliz; no te inquietes.»

El rey, lleno de dolor, y al que la pena y el infortunio anonadaban, abrazó a su hijo; y privado de sentido, volvió a caer por tierra sin conocimiento.

Las reinas reunidas gimieron a concierto, a excepción de la esposa favorita del rey, Kaikeyí, Sumantra sollozaba también lleno de dolor. «¡Ay!», fue el clamor universal.

## SARGA XXXV

### REPROCHES DE SUMANTRA A KAIKEYÍ

El suta escuchaba moviendo la cabeza y dejando escapar frecuentes suspiros; chocaba sus manos una contra otra y sus dientes rechinaban. Los ojos encendidos por la cólera, y habiendo perdido su color habitual, era víctima del más violento dolor, porque veía lo que en la mente de Dasaratha pasaba. Entonces, atravesando, por decirlo así, el corazón de Kaikeyí con los acerados dardos de su palabra y hendiéndola el alma entera con sus anatemas fulminantes, inauditos, implacables, la apostrofó en estos términos: «Puesto que traicionas de este modo a tu esposo, el rey Dasaratha en persona, el amo de todo el Universo, de los seres que no se mueven y de los que se mueven, no habrá, ¡oh reina!, maldad alguna en este Mundo de la que no seas capaz. Para mí no tan sólo causas la pérdida de tu marido, sino, en realidad, la de tu propia raza. Tor-

turas mediante tus obras al que es invencible como Mahendra, inquebrantable como una roca, indomable como el Océano. No cubras de desprecio a Dasaratha, tu esposo y generoso amo. El deseo de su marido para una mujer vale más que un koti de hijos. Es por orden de primogenitura como los hijos reemplazan en el trono al rey difunto; tú quieres turbar esta orden incluso estando en vida el jefe de la raza de Ikshvaku. Sea, ¡reine tu hijo Bharata!; ¡gobierne la Tierra! Nosotros iremos allí donde Rama vaya. En tu Imperio ningún brahmán querrá permanecer, de tal modo es vil el acto que tú vas a cometer hoy. Pues bien, hoy también todos seguiremos el camino que Rama seguirá. Abandonada para siempre de tus parientes, de todos los brahmanes, de los hombres de bien, ¿qué goce podrá procurarte la usurpación del trono, ¡oh princesa!, tras la ilegalidad flagrante que te propones cometer? Casi un milagro será si yo no veo, en presencia de este crimen de que te haces culpable, abrirse la tierra al punto; o si los anatemas, lanzados por los grandes brahmanes, semejantes a los dardos brutales, terribles de ver, no te destruyen, ¡a ti que te obstinas en reclamar el destierro de Rama! ¿Quién que corte un mango con el hacha y que cultive en su lugar un nimba conseguiría, a fuerza de regarle, hacer sus frutos sabrosos? Tu nobleza, cierto, estimo que es la de tu madre. Pero el proverbio lo dice: la miel no fluye del nimba. Tu madre nació bajo una constelación desfavorable, lo sabemos por haberlo aprendido en tiempos. Un generoso asceta hizo a tu padre un don sin igual. En virtud de este don, el rey conocía los gritos de todos los seres y comprendía lo que dicen los animales que andan oblicuamente (225). Un día, estando en su lecho, tu padre oyó el grito de un jimbha de múltiples colores; comprendió el sentido y rió mucho. Entonces tu madre, irritada, deseó caer en la red de Marityu. "Yo quiero saber la causa, ¡oh rey bienamado!, de tu risa", dijo. El monarca respondió a la reina. "Si te digo por qué rió moriría al instante, es indudable." La reina, tu madre, insistió sobre lo que quería que la dijese Kekaya: "Dímelo te cueste o no te cueste la vida; no quiero que te burles de mí". Asediado así por su esposa, tiernamente querida, el rey Kekaya refirió el asunto a aquel que le había dado el privilegio. Este respondió viva mente al rey: "Muera o se vaya, nada la digas, ¡oh príncipe!" El rey, habiendo oído estas palabras del piadoso asceta, expulsó a tu madre al punto y vivió dichoso como Kubera. Así mismo tú, que sigues el sendero frecuentado por los malos, extravías al rey con tu perversidad, haciéndole aferrarse al

mal. Con ello veo demostrada la verdad del axioma popular: "Los hijos se asemejan a su padre; las hijas, a la madre". Que no ocurra esto contigo; haz lo que dice el rey. Cumple el deseo de tu esposo y salva al pueblo. No te dejes arrastrar por los malos. Y a tu esposo, que se asemeja al rey de los Dioses, él, el amo del Mundo, no le hagas conocer la injusticia. Porque no impunemente se conformaría a tu voluntad, ¡oh reina!, él, irreprochable, el venerado monarca, Dasaratha, el de los ojos de loto. Su hijo mayor, el generoso, el vigilante, el fiel observador de su deber, el protector del Jivaloka, este valeroso Rama, ¡que sea consagrado! Un terrible anatema te perseguirá por todas partes en este Mundo, ¡oh reina!, si Rama se va al bosque y deja al rey, su padre. Que Raghava gobierne su reino. Renuncia a toda fiebre de ambición. Nadie sin Raghava te sufrirá en esta capital. Rama asociado al trono, el rey Dasaratha este bravo arquero, podrá retirarse al bosque para meditar allí sobre su vida pasada.»

Así, mediante estas palabras, ora acariciadoras, ora incisivas, en presencia del rey, Sumantra, haciendo el anjali, esforzándose en enternecer a Kaikeyi. Pero la reina ni se dejó enternecer ni asustar; en sus rasgos no se advirtió la menor emoción.

## S A R G A X X X V I

### DISCURSO DE SIDDHARTHA

El descendiente de Ikshvaku, desolado de la promesa que había hecho a Kaikeyi, lanzando profundos suspiros, dijo a Sumantra de nuevo: «Suta, que un poderoso ejército, cargado de perlas y compuesto de los cuatro elementos, se disponga al punto a escoltar a Raghava. Que mujeres de esas que viven de su belleza y dicen la buena ventura, que mercaderes opulentos realcen el brillo de las tropas enviadas en seguimiento del joven príncipe. Los que le sirven o que le recrean a causa de su fuerza atlética, toma un gran número de ellos y tráelos aquí. Que den a Kakutstha las mejores armas, una escolta de hombres, carros y cazadores que conozcan a fondo el bosque. Cuando mate a los antílopes y a los elefantes, cuando beba la miel silvestre y contemple los diversos ríos, no pensará ya en la realeza. Todos los granos amontonados y los tesoros acumulados que poseo, es preciso ponerlos a la disposición de Rama durante su permanencia en el bosque desierto. Cuando sacri-

fique en los lugares santos y distribuya los dakshinas de costumbre a los rishis con los cuales viva, será dichoso en el bosque. Entretanto, Bharata, el de los grandes brazos, gobernará Ayodhya. Lo repito, ¡que el afortunado Rama sea rodeado de todas las comodidades deseables!»

A este discurso del descendiente de Kakutstha, Kaikeyí fue dominada por el espanto. Su rostro se marchitó y su voz ahogóse en su garganta. Desfalleciente, temblorosa, los rasgos alterados, Kaikeyí replicó descaradamente al rey: «Bharata no debe recibir el reino despojado de sus riquezas, amigo mío, y semejante a un licor que ha perdido su sabor, o privado completamente de su sustancia y vacío.»

Kaikeyí, la de los grandes ojos, habiendo hablado así impudentemente, con extremada arrogancia, el rey Dasaratha la replicó: «¿Por qué atormentarme aún tras haberme impuesto tal fardo, mujer perversa y vil? ¿Nada te detendrá en tu empresa?» A estas palabras del rey, pronunciadas con indignación, la hermosa Kaikeyí, furiosa, le dijo de nuevo: «En tu familia, Sagara separó del trono a su hijo mayor, Asamañja, como se dice; por consiguiente, Rama debe partir.» Oyendo estas palabras el rey Dasaratha exclamó: «¡Maldición!» Todos quedaron turbados, pero la reina no hizo caso, la tuvo sin cuidado.

Entonces un anciano ministro llamado Siddhartha, íntegro y muy estimado del rey, dijo a Kaikeyí: «Asamañja se apoderó de niños que jugaban en la calle y se entretuvo en lanzarlos al Sarayú por pura maldad. Al ver esto, todos los habitantes de la ciudad, indignados, dijeron al rey: "Escoge entre Asamañja, él sólo, o nosotros todos, ¡oh tú, camino grande del reino". El rey les preguntó: "¿Cuál es la causa de vuestro espanto?" A esta pregunta del rey, los súbditos le respondieron: "El espíritu extraviado de Asamañja precipita en el Sarayú a nuestros hijos pequeños, en medio de sus diversiones, y esta demencia le procura una alegría sin límites". El monarca, al oír estas palabras de sus súbditos, desterró a su hijo culpable, para darles satisfacción: "¡Al instante montará en su carro con su mujer y su séquito para pasar el resto de su vida en el destierro!", les aseguró aquel padre. Asamañja, con un cesto de fruta en la mano, recorrió las montañas de difícil acceso; fue errante por todos los puntos del horizonte como un criminal, como lo que era. He aquí a quien desterró el muy virtuoso Sagara. Pero Rama, ¿qué mal te ha hecho para que sea expulsado? No vemos ningún defecto en Raghava; tan imposible es descubrir una mancha en él como una mancha



en Sasañka. No obstante, ¡oh reina!, si tú conoces algún vicio en Raghava, dílo ahora mismo y Rama será justamente desterrado. Pero desterrar a un inocente que se complace en el sendero del bien acabaría con la gloria del propio Sakra, ¡de tal modo se opone a la justicia! No te atormentes más, ¡oh princesa del brillante rostro!, a propósito de la fortuna de Rama; evita más bien las censuras de la gente.»

Cuando hubo oído este discurso de Siddhartha, el rey, en tono muy débil, con voz casi extinguida por el dolor, dijo a Kaikeyí: «Desdeñas lo que acabas de oír, mujer de perverso aspecto, o ignoras lo que me es a mí mismo saludable, hundida, como lo estás, en el sendero del crimen; mala conducta es tu conducta, puesto que se aparta del buen camino. Yo seguiré hoy también a Rama. Abandono reino, opulencia y tesoro. ¡Que todos gocen de Bharata por ti, y que tú puedas gozar asimismo a tu capricho y por mucho tiempo del Imperio!»

## S A R G A X X X V I I

### RAMA Y SITÁ SE VISTEN CON TÚNICAS DE CORTEZA DE ÁRBOL

Tras haber oído el discurso del ministro, Rama dijo a Dasaratha, lleno de deferencia y de respeto: «Renuncio a toda comodidad con objeto de no vivir en el bosque sino de alimentos silvestres, y ¿qué quieres que haga, ¡oh rey!, con una escolta, yo que abandono toda sociedad? Aquel que cede un elefante de precio, si da todo su corazón a su cincha, esta correa a la que ama, ¿de qué puede servirle, puesto que ya no tiene el magnífico elefante? Asimismo, ¡oh el mejor de los hombres de bien!, ¡oh amo del Mundo!, ¿para qué tengo necesidad de un ejército? Yo me despojo de todo; que se me den tan sólo vestidos hechos con corteza de árbol. Id a buscarme dos cosas: una pala y un cesto para servirme de ello durante los catorce años que pasaré en el bosque.»

En aquel momento, Kaikeyí le presentó ella misma vestidos hechos con corteza: «Póntelos», dijo a Raghava, en presencia de todos, con la mayor desvergüenza. El tigre de los héroes, habiendo recibido de Kaikeyí el doble vestido de corteza, se despojó de las ricas prendas que le cubrían para vestir el traje de los ascetas. Asimismo, Lakshmana quitóse sus dos túnicas brillantes y se cubrió él también, lo mismo que su hermano, del hábito monacal en presencia de su padre. Sitá,

vestida de seda, advirtiéndole el hábito de corteza que la estaba destinado, llenóse de miedo, como el moteado antílope en presencia de un lazo. Confusa e indignada, Janakí, la de brillante mirada, recibió de Kaikeyí los dos hábitos de kusa. Con los ojos llenos de lágrimas, pero sabiendo cuál era su deber y sólo teniendo esto presente, dijo a su esposo, que asemejábase al rey de los gandharvas: «¿Cómo atan sus túnicas de corteza los ascetas que viven en los bosques?» Tal dijo Sitá. Luego, falta de práctica, se equivocó varias veces. La hija de Janaka, llevando a su cuello una de aquellas túnicas la retuvo con la mano, y se detuvo confusa de su inhabilidad. Entonces Rama, la flor de los hombres virtuosos, se acercó prestamente a Sitá y ató él mismo su hábito de corteza por encima de su vestido de seda.

Viendo al excelente Rama revestir a Sitá con aquella túnica, las mujeres del gineceo dejaron correr sus lágrimas. Y en su profunda aflicción dijeron a Rama, el de brillante fama: «Hijo querido, ella no ha sido hecha para habitar en el bosque, la venerable Sitá. De acuerdo con la orden de tu padre, tú parte hacia el inhospitalario bosque, pero ella, durante este tiempo, que nos reconforte con su presencia, ¡oh Señor! Ve al bosque con Lakshmana como compañero, ¡hijo querido!; esta delicada princesa no podrá habitar allí al modo de los eremitas. Concédenos lo que te suplicamos, ¡oh hijo!; que la hermosa Sitá se quede con nosotras. Fiel a tu deber, tú no consentirías en quedarte ya tú mismo».

Sin dejar de escuchar a aquellas mujeres que hablaban de este modo, el hijo de Dasaratha ponía a Sitá, que persistía en su propósito, la otra túnica. Cuando Sitá estuvo revestida con los dos hábitos, el gurú del rey, Vasishta, la retuvo llorando y dijo a Kaikeyí: «¡Oh imprudente e insensata Kaikeyí!, ¡oh oprobio de tu raza!; ¡tras engañar al rey nada es capaz de detenerle! No, la divina Sitá no debe ir al bosque, ¡oh mujer desvergonzada!; Sitá ocupará el trono reservado a Rama. La mujer es otro él mismo para todo hombre casado; es, pues, este otro él mismo quien gobernará el reino de Rama. O bien Vaidehí se irá al bosque con Rama, pero nosotros también iremos, nosotros mismos, igualmente que la ciudad entera. Los guardiannes del harén irán allí donde vaya Raghava con su esposa, lo mismo que el reino con sus recursos, y la ciudad con todos sus habitantes. Bharata con Satruña se vestirá de corteza como un solitario, con objeto de habitar el bosque en compañía de Kakutstha, su hermano mayor. Y sola con los árboles mandarás en este país desierto, que

los hombres habrán abandonado, mujer perversa, nacida para la desgracia de los pueblos. Pero ya no será el reino este país, del que Rama no será el jefe. El bosque será el verdadero reino, puesto que es allí donde Rama permanecerá. Este Imperio que su padre no le ha dado, Bharata no querrá gobernarlo, ni tan siquiera habitar en él bajo tu tutela, si verdaderamente es el hijo del rey. ¡Aunque tuviese que escapar de la Tierra al firmamento, instruido como está en las costumbres de la raza de sus padres, no obrará de otro modo! Con tu ambición maternal, perjudicas a tu hijo, que será incapaz de subsistir en este Mundo de no permanecer unido a Rama. Hoy mismo verás, ¡oh Kaikeyí!, rebaños, tigres, antílopes, pájaros, ir en seguimiento de Rama; ¡hasta los árboles aspirarán a acompañarle! Da, pues, a tu nuera, ¡oh reina!, los adornos más preciosos y desembarázala de ese hábito de corteza que no la sienta». Esto diciendo, Vasishtha quitó su traje a Vaidehí. «Puesto que quieres que Rama viva como un solitario en el bosque, ¡oh hija del rey Kekaya!, es bien vestida y constantemente adornada como Sitá debe habitar en el bosque con Raghava. Que la princesa parta con una brillante escolta de carros y de servidores, ¡puesto que tú no la has cubierto con trajes de todas clases ni suministrado las provisiones de uso en la distribución de tus larguezas!».

Así se expresó el jefe de los ascetas, el gurú del rey, cuyo poder era sin igual. Pero Sitá no quiso ser impedida del propósito que había formado de asistir a su esposo bienamado.

## SARGA XXXVIII

### RAMA RECOMIENDA A KAUSALYÁ A SU PADRE

Viendo a Sitá vestida de corteza, bien que tuviese quien velara por ella, cual si estuviese sin sostén, todo el pueblo gritó a Dasaratha: «¡Mal hayas tú!» Aterrado a causa de aquel clamor, el rey salido de Ikshvaku, lanzando ardientes suspiros, dijo a Kaikeyí, su esposa: «Esta joven y hermosa princesa, acostumbrada constantemente a las dulzuras de la existencia, no podrá vivir en un bosque; mi gurú ha dicho la verdad. ¿Cómo y en qué ha podido perjudicarte esta venerable hija del mejor de los reyes, para que, vestida de corteza, viva como una oscura sramaní (226), nacida en medio de los bosques? ¡Que se despoje de la doble túnica de corteza, la hija de Ja-

naka! Yo jamás la he autorizado a llevarla. Si tal la place, que la princesa vaya al bosque, pero provista de todo y con todas sus joyas. Yo me he hecho indigno de vivir por haber dado esta orden bárbara, bien que arrancada por la necesidad. Eres tú quien, en tu locura, la has exigido. ¡Ojalá ello no te consuma, como su propia flor deseca a la caña! Incluso si Rama, ¡oh perversa!, te hubiese faltado en algo, ¿qué tienes que reprochar, ¡oh vil criatura!, a Vaidehí? Sí, la hija de Janaka, la de ojos descosidos como los de la gacela, la de dulces costumbres, la digna de respeto, ¿qué mal te ha hecho? Y puesto que el destierro de Rama te ha sido concedido, ¡oh perversa!, ¿por qué añades a él crueles vejaciones? Yo he ratificado, ¡oh reina!, la orden que te he oído intimar a Rama venido aquí para ser consagrado. Mas por haberla sobrepujado, corres hacia el infierno con el corazón alegre, tú que has querido que Maithilí fuese vestida de corteza.»

Rama, a punto ya de partir hacia el bosque, respondió a las palabras de su padre, que estaba sentado, con la cabeza baja: «¡Oh rey virtuosos!, Kausalyá, mi anciana y venerada madre, cuyo carácter nada tiene de bajo, no te dirige reproches. No obstante, mi alejamiento la hunde en un océano de dolor. El infortunio, ¡oh príncipe generoso!, le era desconocido hasta aquí; redobla tus atenciones hacia ella. Esta, madre de la que yo era la alegría; yo, su hijo, ¡oh tú, émulo del gran Indra!; es preciso que la consueles, pues tengo miedo a que mi destierro en el bosque la haga consumirse de pena y que, abandonando la vida, se vaya a la mansión de Yama.»

## SARGA XXXIX

### RECOMENDACIONES DE KAUSALYÁ A SITÁ

A estas palabras de Rama y al ver su traje de asceta, el rey, como sus mujeres, permaneció lleno de estupor. Anonadado por la pena no podía mirar de frente a Raghava; no se atrevía ni a levantar los ojos hacia él ni ha hablarle, tal era su turbación. Tras haber permanecido un instante como privado del sentido, el infortunado príncipe de poderosos brazos reanudó sus lamentaciones a propósito de Rama: «Pienso que, en otro tiempo, he privado de sus hijos a numerosos seres, o que les he perjudicado de algún modo, cuando ahora me veo en una situación semejante. Es, sin duda, porque el tiempo no ha llegado aún por lo que la vida no escapa de mi cuerpo, y que,

bien que afligido por Kaikeyí, no veo a la muerte venir a mí, que tengo ante los ojos, semejante a Pavaka, delante de mí a mi hijo despojado de sus ricos vestidos y cubierto como un asceta. De este modo, únicamente por obra de Kaikeyí, que no trabaja sino en su interés, el pueblo ha caído en este grado de infortunio».

Tras haber pronunciado estas palabras suspirando, el espíritu perdido, e incluso haber exclamado una vez: «¡Oh Rama!», imposible le fue continuar. Cuando al cabo de un instante recobró el sentido, el monarca, con los ojos llenos de lágrimas, dijo a Sumantra: «Engancha los mejores caballos en mi carro de honor y tráele aquí. Tú conducirás a este héroe hasta los límites del reino. "He aquí el fruto de la virtud", dirán los hombres de bien, ¡puesto que uno tan honrado es relegado al bosque por su padre y su madre».

Cuando hubo recibido esta orden del rey, Sumantra, el de los pies rápidos, enganchó los caballos al carro de gala y volvió a buscar a Rama. El suta dijo al príncipe, haciendo el anjalí, que el carro incrustado de oro y arrastrado por los mejores caballos, le esperaba. El rey, siempre irreprochable, ordenó reunir al punto al intendente de sus tesoros, y, en su conocimiento de los lugares y de los tiempos, le comunicó su voluntad: «Examina lo que es necesario como trajes de la tela más rica y adornos preciosos para estos catorce años, y dáselos a Vaidehí».

A estas palabras del monarca, el oficial se fue a la tesorería y se apresuró a traer a Sitá todos aquellos objetos. La hermosa Vaidehí, que se disponía a partir para el bosque, revistió sus bellos miembros con aquellos maravillosos adornos. Vaidehí, bajo sus ricos trajes, iluminó la mansión, cual la claridad matinal del radiante Vivasvat cuando sube al cenit. Su suegra, rodeándola con sus dos brazos, dijo, besándola en la frente, a Maithilí, cuya conducta era irreprochable: «Las mujeres perversas, en todos los mundos, por bien tratadas que sean por sus tiernos maridos no les siguen cuando caen en el infortunio. Lo natural de esas mujeres, que tras haber vivido en la prosperidad sufren alguna desgracia, por insignificante que sea, es tomar aversión a sus maridos e incluso abandonarles. De carácter vicioso, envilecidas, repugnantes, sin corazón, las mujeres malas, de natural avieso, pierden siempre la afección en un instante. Ni familia, ni beneficios, ni sabiduría, ni munificencia, ni siquiera el afecto retiene el corazón de las mujeres cuyo cariño es pasajero. Pero las mujeres de bien, afianzadas en la virtud, la fidelidad, la docilidad, constantes, el supremo

medio de purificación es su esposo únicamente. A mi hijo no debes despreciarle, pese a haber sido desterrado a un bosque; es para ti igual a un dios en la pobreza como en la opulencia».

Sitá, que comprendió estas palabras de acuerdo con el deber y el interés, respondió a su suegra, haciendo el anjalí, y manteniéndose así ante ella, del modo siguiente: «Yo haré todo cuanto tú, Alteza, me recomiendes. Conozco mis deberes respecto a mi esposo; me han instruido sobre ellos. Tú, Alteza, no debes asimilarme a la vil multitud; yo no me separaré más de mi deber que Prabhá de Candra. No seré vana en la cual haya medio de desentonar, de tocar, sin cuerdas; ni carro que pueda marchar sin ruedas; del mismo modo, sin esposo una mujer no podría prosperar aunque tuviese cien hijos. El padre da con medida, con medida el hermano, con medida el hijo, pero el marido que da sin medida, ¿qué mujer no le adoraría? En esta convicción, yo, que he aprendido de excelentes maestros mis obligaciones principales y secundarias, ¡oh Alteza!, ¿cómo podría olvidar, desdeñando a Rama, que el esposo es la divinidad de la mujer?»

Oyendo este lenguaje de Sitá, que iba derecho a su corazón, Kausalyá, la del alma pura, dejó caer lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo. Cuando la vio especialmente rodeada de homenajes, en medio de las otras reinas, Rama, del cual la más eminente virtud formaba la esencia, dijo a su madre, haciendo el anjalí: «Querida madre, no te aflijas y ocúpate de mi padre; el término de mi destierro en el bosque llegará pronto. Estos catorce años pasarán para tí como un sueño; luego me verás volver en plena prosperidad rodeado de mis amigos».

Tras haber hablado así a su madre con el propósito de consolarla, Rama llevó sus miradas hacia las trescientas cincuenta mujeres de su padre allí presentes. El hijo de Dasaratha, haciendo el anjalí, dijo a las reinas, a las que el dolor consumía, estas palabras de acuerdo con el deber: «Durante mi permanencia entre vosotras, si os he, sin quererlo, contristado en algo, perdonadme, os conjuro a ello a todas». Este lenguaje de Raghava, conforme al deber, lleno de nobleza, las reinas, al oírle, quedaron consternadas. A estas palabras de Raghava, las mujeres del Indra de los hombres lanzaron un grito semejante al clamor de un ganso salvaje. La morada de Dasaratha, en la que resonaba antes el sonido de los gongos, de los tambores, de los meghas, estaba llena de lamentaciones y de quejas. Una gran desgracia la hería.

## SARGA XL

## MARCHA DE RAMA

Entonces, Rama, Sitá y Lakshmana, habiendo hecho el anjalí, besaron los pies del rey, al que honraron al punto, llenos de tristeza, con el pradakshina. Tras haberse despedido de este modo del monarca, el virtuoso Raghava, al que Sitá acompañaba, anonadado por el pesar, saludó a su madre. Tras ello, su hermano, Lakshmana saludó a Kausalyá; luego cogió los dos pies de su madre Sumitrá. Mientras que Sumitrá le rendía sus homenajes, su madre, deseosa de su dicha, le dijo llorando a él, el valeroso Lakshmana, al que besó en la frente: «Te apruebo por ir a habitar el bosque, tú, lleno de abnegación hacia tus amigos. No pierdas jamás de vista, ¡oh hijo mío!, a Rama, tu hermano, durante su viaje. Desgraciado o próspero, él es tu refugio, ¡oh príncipe irreprochable! Es un deber en el mundo para los hombres de bien el obedecer a su hermano mayor. Por lo demás, práctica habitual, constante, de esta raza es la liberalidad en la diksha (227) y en los sacrificios, así como el abandono de su cuerpo en los combates». Tras haber hablado así a Lakshmana, enteramente consagrado a Raghava, Sumitrá añadió varias veces: «¡Parte, parte! No olvides que Rama ocupara para ti en adelante el lugar de Dasaratha, la hija de Janaka la mía y el bosque el de Ayodhya. ¡Vete, hijo mío, enhorabuena!»

Entonces Sumantra dijo a Kakutstha, saludándole, lleno de deferencia y de respeto, como Matali (228) respecto a Vasava: «Sube en tu carro y sé dichoso, príncipe del gran renombre, ¡oh Rama!; yo te conduciré prontamente por todas partes a donde me ordenes. Los catorce años que te será preciso pasar en el bosque, debes empezarlos hoy para conformarte a la orden de la reina».

Sitá, con el corazón alegre, montó en aquel carro brillante como el Sol; la princesa de las hermosas caderas había hecho su tocado. Sitá recibió de su suegro trajes y adornos para todos los años que tenía que vivir en el bosque, adonde acompañaba a su marido. Dasaratha depositó también en el fondo del carro, para los dos hermanos, toda clase de armas, de corazas, así como un azadón y una cesta. Sin tardar, los dos hermanos, Rama y Lakshmana, subieron al carro, brillante como la llama, adornado con oro camikara. Cuando los vio

instalados a los dos en el carro con Sitá, Sumantra fustigó a sus célebres caballos, cuya velocidad igualaba a la del viento.

Cuando Raghava hubo partido para largo destierro en el bosque, todo en la ciudad fue cogido de estupor, animales y personas. Llena de turbación, con sus elefantes, a los que el mada ponía furiosos, sus caballos relinchantes, la ciudad resonaba con clamor inmenso. La ciudad entera con los niños y los ancianos, en el exceso de su desolación, corrió tras Rama como aquel a quien el calor agota corre hacia el agua. Todos rodeaban al carro, por los lados, por detrás y por delante, los rostros llenos de lágrimas, y gritando a Sumantra en medio de sus sollozos: «¡Retén las riendas de los caballos, ¡oh suta!; marcha despacio, despacio, para que podamos contemplar la cara de Rama, que pronto ya no le veremos más! El corazón de la madre de Rama es de hierro sin duda alguna, puesto que no se rompe al partir para el bosque este héroe, semejante a un vástago de los dioses. Fiel a su deber, Vaidehí sigue a su esposo como la sombra al cuerpo. En su afianzamiento al deber, no le deja más que no deja al Merú la claridad del Sol. ¡Ah!, Lakshmana, tú has conseguido tu propósito, puesto que acompañas a tu hermano de lenguaje siempre afable, ¡hermoso como un dios! De sabiduría eminente eres, y tu dicha es grande; es el camino del Cielo el que sigues uniéndote a los pasos de Rama».

Todos hablando así, incapaces eran de contener sus lágrimas: escoltaban al bienamado descendiente de Ikshvaku.

Luego el rey, lleno de tristeza, rodeado de sus afligidas mujeres, salió de su mansión: «Quiero volver a ver a mi querido hijo», dijo. Entonces se oyó a las mujeres lanzar grandes gritos de dolor, semejantes a los clamores de las hembras de un gran elefante capturado. El padre de Rama, el real y venerable descendiente de Kakutstha, permaneció consternado y semejante a la Luna llena en las épocas en que es tragada por el planeta Rahu.

El venerable Rama, el hijo de Dasaratha, el del alma insoluble, apresuraba al suta: «¡Adelante, pronto!», le gritaba. «Corre», gritaba Rama a su escudero. «¡Detente!», le decía la multitud. El suta, interpelado de este modo a lo largo del camino, no sabía a quién escuchar.

Mientras que Rama, el de los poderosos brazos, se alejaba, la multitud, con sus lloros, abatía el polvo del camino, levantado por las ruedas del carro. Agotada a fuerza de sollozos y de lágrimas: «¡Ay!, ¡ay!», decía la ciudad consternada a la que la partida de Raghava hundía en extremada desolación.



Las lágrimas corrían a torrentes de los ojos de las mujeres como el agua de los lotos que sacuden los peces con sus retozos. Al contemplar la ciudad absorbida en su dolor, el respetable monarca cayó él mismo abatido por la angustia como un árbol desarraigado. Entonces un ruido de lamentaciones resonó detrás de Rama; era el de las gentes viendo al rey sucumbiendo a causa del exceso de infortunio. «¡Ah Rama!», exclamaban unos. «¡Ah, pobre padre de Rama!», decían otros, llenos de piedad por Dasaratha, que lloraba en medio de sus mujeres.

Rama, volviéndose, advirtió al rey, cuyo espíritu extraviaba el dolor, y a su madre, que corría tras él por el camino. Semejante a un potro atado con una cuerda y arrastrado lejos de su madre, Rama, atado por los lazos del deber, no pudo soportar el ver tan próximos a sus padres. Cuando los advirtió a los dos marchando a pie, ellos que hubieran debido viajar en carro, que no merecían su infortunio y que estaban acostumbrados a la felicidad, apresuró a su escudero: «¡Adelante, pronto!», le dijo. El tigre de los hombres no pudo soportar el lamentable aspecto de su padre y de su madre; estaba como un elefante picado por el aguijón. Como una vaca cuyo ternero retenido en el establo corre a reunirse con él, así la madre de Rama lanzábase en su seguimiento. Kausalyá lloraba y corría tras el carro, gritando: «¡Rama, Rama! ¡Eh, Sitá! ¡Eh, Lakshmana!», vertiendo lágrimas por Rama, Lakshmana y Sitá.

Rama, en diversas ocasiones, volvió los ojos hacia su virtuosa madre, que se agitaba como una bailarina. «¡Detente!», gritaba el rey. «¡Adelante!, ¡adelante!», gritaba Raghava. El espíritu de Sumantra estaba como el de un guerrero entre dos ejércitos. «No oía». He aquí lo que responderás a los reproches del rey. Prolongándose, mi pena llega a ser excesiva. Tal dijo Rama al suta.

Obedeciendo la orden de Rama, el escudero, despidiéndose de la multitud, apresuró aún a sus caballos lanzados ya a gran velocidad. Las gentes del rey se detuvieron, tras haber saludado mentalmente al valeroso Rama con un pradakshina; pero continuaron siguiendo al héroe con la rapidez de su pensamiento.

«Aquel al que se desea ver volver, no se le acompaña mucho tiempo», dijeron los ministros al gran rey Dasaratha. Oyendo estas palabras, el rey, dotado de todas las cualidades, los miembros en sudor, la cara deshecha, lleno de dolor, se detuvo, así como sus mujeres, cuyos ojos seguían a su hijo.

## SARGA XLI

LA NATURALEZA ENTERA SE LLENA DE DUELO A LA MARCHA  
DE RAMA

Mientras que el tigre de los hombres se alejaba, tras haber hecho el anjalí, un largo grito de dolor se elevó salido de las mujeres del gineceo: «El que es la vía, el asilo, el protector de este pueblo sin defensa, sin fuerza y desgraciado, ¿adónde va? El, que no se enfada incluso si se le ultraja, que aparta todo motivo de mala inteligencia, que apacigua todos los descontentos, compartiendo su pena, ¿adónde va? Este príncipe ilustre y magnánimo, que se comporta respecto a nosotras lo mismo que respecto a Kausalyá, su madre, ¿adónde va? Desterrado en el bosque por su padre, al que atormenta Kaikeyí, él, el protector de este pueblo y del Mundo entero, por desgracia se va. ¡Ay!, en su locura, el rey, destierra a un bosque al virtuoso y leal Rama, ¡para la pérdida del Mundo de los seres!»

Así se lamentaban todas las reinas, semejantes a vacas privadas de sus terneros y llenas de aflicción, lanzaban penetrantes gritos. Oyendo aquel formidable clamor doloroso que se elevaba del gineceo, el monarca, profundamente afligido ya a causa de la marcha de su hijo, sintióse extremadamente desgraciado. Los fuegos sagrados ya no brillaban, el Sol se eclipsó, los elefantes arrojaron la hierba que tenían en la boca, las vacas no dieron de mamar a sus terneros. Trisankú, Lohitanga, Brihaspati, así como Budba y todos los demás astros que se dirigen hacia Soma, se detuvieron amenazadores. Las estrellas, despojadas de sus rayos, los planetas, privados de su brillo, mostráronse en el cielo fuera de sus órbitas y humeantes. Una larga y furiosa tempestad pareció conmover al Océano al partir Rama hacia el bosque; la ciudad sufrió una conmoción. Las regiones fueron turbadas y como envueltas en tinieblas; constelaciones, fuego, estrellas perdieron su brillo. Sin otro motivo, todos los habitantes de la ciudad cayeron en estado de postración; nadie pensó ya en comer o en distraerse. En el exceso de su dolor, no dejaban de lanzar profundos suspiros; cada uno, en Ayodhya, lloraba al omo del Mundo. La cara bañada en lágrimas, el pueblo erraba por la vía real; nadie mostrábase alegre, todos estaban anonadados por la angustia.

El viento ya no soplabá, la Luna de fríos rayos no tenía más

su amable aspecto, el Sol no calentaba ya al Mundo; todo el Universo se hallaba perturbado. Los hijos no se ocupaban de sus padres, los maridos de sus mujeres, ni los hermanos de sus hermanas. Cada uno abandonaba todo para no pensar sino en Rama. Los amigos de Rama tenían todos el espíritu extrañado; el peso de su dolor les abrumaba; no gozaban ya de ningún reposo.

Entonces Ayodhya, privada de su héroe magnánimo, como la Tierra y sus montañas de Puramdara, sufrió una conmoción formidable en el exceso de su angustia y de su aflicción. Llena de elefantes, de guerreros y de caballos infelices, un clamor inmenso se elevó de su seno.

## SARGA XLII

### LAMENTACIONES DE DASARATHA

Mientras pudo ver el polvo levantado por el carro de Rama, que se alejaba, el príncipe de Ikshvaku no dejó de tener sus miradas unidas a él. En tanto que el rey pudo divisar a su hijo bienamado, el de la virtud sin límites, permaneció de pie, en el camino, cual sostenido por su imagen. Pero cuando dejó de ver el polvo levantado por el carro de Rama, el monarca, sucumbiendo bajo el peso de su dolor, derrumbóse por tierra. Kausalyá, su esposa, se colocó a su derecha, y Kaikeyí, la del talle elegante, se puso al otro lado. Cuando advirtió a ésta, el rey, dotado de sabiduría, de virtud y de discreción, la dijo, los sentidos agitados: «¡Perversa Kaikeyí, no me toques los miembros! ¡No quiero verte más! ¡Tú no eres ya esposa mía, ni siquiera parienta! Los que componen tu séquito, ya no soy nada para ellos ni ellos son algo para mí. Tú no consideras sino el interés y a él sacrificas el deber; por consiguiente, ¡te repudio! Lo que hice tomando tu mano y conduciéndote en torno del fuego sagrado, todo ello lo desapruebo en este Mundo y en el otro. Si Bharata goza de felicidad, tras haber adquirido este reino imperecedero, de cuantas ofrendas me haga a mi muerte, ¡que ninguna llegue a mí!»

Entretanto, la divina Kausalyá hizo levantar al rey, que habíase manchado de polvo, y se lo llevó todo agobiado por la pena. Cual si hubiera matado a un brahmán por capricho, o hubiese tocado fuego con la mano, el virtuoso monarca de solábase pensando en su hijo Raghava. Con frecuencia se vol-

vía o se detenía para considerar las huellas del carro. Su cara había perdido todo su brillo, cual el Sol devorado por Rahú. En su infortunio, se lamentaba, recordando a su hijo querido. Cuando ya no le cupo duda sobre que Rama estaba en adelante desterrado de la ciudad, dijo: «Se advierten en el camino los pasos de esos corceles de gran precio que llevan a mi hijo, ¡pero a este héroe magnánimo no se le ve ya! El que reposaba voluptuosamente sobre tapices, rociado de esencia de sándalo y refrescado por los abanicos de hermosas mujeres, el mejor de mis hijos, he aquí que en adelante deberá sentarse no importa dónde, al pie de un árbol, apoyándose sobre su tronco abatido, o en una piedra, para tomar su alimento. Se levantará del suelo, infortunado, manchado de polvo y soplando como un jefe de elefantes hembras al salir de una corriente. Los habitantes de los bosques verán en adelante al héroe de los largos brazos, Rama, levantarse de la tierra y marchar, él, sostén del Mundo, cual un hombre sin apoyo. Mientras que la querida hija de Janaka, siempre habituada a la opulencia, irá por el bosque, ¡agotada por inacabable marcha a través de las zarzas! Ella, que no está acostumbrada a las selvas, vivirá en adelante en el espanto, escuchando los ruidos formidables de las bestias feroces, que erizan los cabellos. En cuanto a ti, sigue tu fantasía, ¡oh Kaikeyi!; habita el reino en la viudedad; lejos de ese tigre de los héroes, yo no puedo vivir».

Lamentándose de este modo, el rey, rodeado de un tropel de gente, cual si viniese de tomar un baño fúnebre, entró en su palacio en duelo. Contemplando la ciudad entera con sus casas y encrucijadas desiertas, las plazas y los mercados colmados de gente agotada de fatiga y hundidos en la aflicción, la gran ruta abandonada de la muchedumbre, el rey, pensando en Rama y gimiendo, entró en su mansión como el Sol en una nube. Tal cual un gran lago de aguas dormidas y despoblado de serpientes por Suparna, tal era su palacio de donde Rama había partido seguido de Vaidehí y de Lakshmana.

El monarca, suspirando, pronunció con voz temblorosa, débil, languideciente, lúgubre, mal articulada, estas palabras: «Que me conduzcan pronto al departamento de Kausalyá, la madre de Rama; ¡mi corazón no podría encontrar consuelo en otra parte!» Oyendo estas palabras, los porteros condujeron al rey al departamento de Kausalyá, donde entró todo contrito. Cuando hubo penetrado en el cuarto de Kausalyá, subió sobre su lecho, con el corazón violentamente agitado. Privado de sus dos hijos y abandonado de su nuera, aquella mansión

parecíale al rey como un cielo sin Luna. Y ante tal aspecto, levantando los brazos, el poderoso monarca lanzó un angustioso grito: «¡Ah Rama!, ¡nos has dejado a los dos, a tu madre y a mí! ¡Felices, en verdad, los hombres privilegiados que vivirán bastante como para volver a ver a Rama y estrecharle en sus brazos a su vuelta!» Luego, habiendo llegado la noche, aquella noche, parecida a la de Kala, pero que entonces era suya, cuando estuvo a su mitad, Dasaratha dijo a Kausalyá: «No puedo verte, Kausalyá; tócame dulcemente con tu mano. Las miradas de mis ojos han ido hoy hacia Rama, ¡para no separarse de él!»

La reina, viendo al monarca en su lecho, no pensando sino en Rama, se acercó cada vez más a él, y toda enristecida, mezcló a sus lamentaciones sus propios y no menos lúgubres lamentos.

## S A R G A X L I I I

### LAMENTACIONES DE KAUSALYÁ

Viendo al gran rey en su lecho abismado en el dolor, Kausalyá, a quien la marcha de su hijo agobiaba también llenándola de dolor, le dijo: «¡Oh tigre de los hombres! Tras haber vertido su veneno sobre Raghava, Kaikeyí, la de andar tortuoso como la serpiente, va a agitarse como un reptil des-  
embarazado de su piel vieja. Tras haber desterrado a Rama, llegada al colmo de la fortuna y de sus deseos, se aplicará exclusivamente, como una mala víbora, a atormentarme cada vez más en el palacio. ¡Si al menos Rama hubiese quedado en la ciudad mendigando el pan de puerta en puerta! ¡Valía incluso más haberle entregado como esclavo! Mas luego de haber sido precipitado de su categoría por un capricho de Kaikeyí, Rama ha llegado a ser como la parte del sacrificio echada a los rakshas el día de la Luna, por el sacrificador. El héroe, de porte semejante al del rey de los elefantes, el de los grandes brazos, armado de su arco, he aquí ahora que se hunde en el bosque acompañado de su esposa y de Lakshmana. Ellos, que hasta este momento ignoraban la desgracia, en este bosque donde tú los has relegado por complacer a Kaikeyí, ¡qué otra condición para los desgraciados que ésta de permanecer cual va a ocurrirles en medio de la espesura! Despojados de sus joyas, estos jóvenes, desterrados en la edad de los placeres, ¿cómo podrán vivir en la aflicción no teniendo sino

frutas y raíces por alimento? ¡Por qué no llegará el afortunado momento que acabe con mis penas, cuando vuelva a ver aquí a Raghava con su esposa y su hermano! ¡Cuándo, Ayodhya, sabiendo el regreso de los dos héroes volverá a ser próspera, con su población alegre, y magníficamente adornada con oriflamas y guirnaldas! ¡Cuándo con la presencia de esos dos tigres entre los hombres, de vuelta de su soledad, la ciudad desbordará de alegría como el mar un día de Luna llena! ¡Cuándo el guerrero de los grandes brazos entrará en la ciudad de Ayodhya teniendo delante de él, en su carro, a Sitá, ternera de ese toro! ¡Cuándo millares de personas, en la vía real, rociarán grandes asados a la llegada de mis dos hijos, vencedores de sus enemigos! ¡Cuándo, ¡ay!, los veré a los dos de vuelta en Ayodhya, con sus brillantes arracadas, armados de sus arcos y sus espadas maravillosas, semejantes a dos montes coronados de crestas! ¡Cuándo, ofreciendo flores a las jóvenes y frutas a los Dos-veces-nacidos, harán, felices, el pradakshina en torno de la ciudad! ¡Cuándo, curvado bajo el peso de la sabiduría, pero por la edad semejante a un Inmortal, volverá ese príncipe magnánimo, propicio como un aguacero llegado a tiempo! Ciertamente, yo he debido en otro tiempo, por codicia, cuando los terneros buscaban qué beber, arrancar las tetas de sus madres. Pues soy como una vaca a la cual un león hubiera privado de su ternero bienamado. Kaikeyí, ¡oh tigre de los héroes!, me ha vuelto semejante, con lo que ha hecho, a una vaca brutalmente separada de su ternero. No, sin ese hijo único, adornado de tantas virtudes instruido en todos los *Sastras*, la existencia me es imposible. No, no podré vivir en modo alguno, en ausencia de mi querido hijo al que Lakshmana, lleno de benevolencia, acompaña. Consumida estoy por el inmenso brasero que enciende en mí la pena de haber perdido a mi hijo, ¡oh el mejor de los amos!, como esta Tierra es quemada por los rayos del bienaventurado Surya.

## S A R G A X L I V

## SUMITRÁ CONSUELA A LA MADRE DE RAMA

Así se lamentaba Kausalyá, la más virtuosa de las mujeres. Afianzada en el deber, Sumitrá la habló de este digno modo: «Tu hijo, noble mujer, está dotado de cualidades eminentes, es el primero de los héroes. ¿Para qué te sirven esas lamenta-

ciones y esas lágrimas amargas? Tu valeroso hijo ha partido, ¡oh noble mujer!, renunciando al trono con objeto de redimir la palabra de su magnánimo y real padre. Puesto que el deber practicado por la gente de bien les vale sin falta, a su muerte, una recompensa eterna, el excelente Rama, que lo observa fielmente, no es de lamentar en modo alguno. Asimismo es perfecta la conducta de Lakshmana, siempre irreprochable en lo que a Rama afecta y lleno de compasión por todos los seres, ello será la salvación de ese héroe magnánimo. Bien que sabiendo en qué modo es triste la permanencia en el bosque, Vaidehí, habituada a la opulencia, acompaña a tu virtuoso hijo. El Amo, que agita en el Mundo su glorioso estandarte, tu hijo, Dharma personificado, al que la lealtad distingue entre todos, ¿adónde no ha llegado ya? Como sabe a Rama eminente en santidad, en magnanimidad, Surya no puede ciertamente atormentar su cuerpo con sus rayos. Una brisa afortunada soplará en toda estación en esos bosques y alegrará a Raghava con su aliento, oportunamente frío o caliente. Mientras el héroe irreprochable descansa por la noche, Candrama, que destruye el calor, le besará paternalmente, refrescándole con sus caricias. El poderoso guerrero al que Visvamitra, tal que otro Brahma, dio armas divinas cuando vio caer en el campo de batalla a Indra de los danavas, el hijo de Timidhvaja, ese héroe, ese tigre de hombres, confiando en el valor de su brazo, permanecerá intrépidamente en el bosque como en su propia morada. Aquel bajo cuyos dardos perecen sus enemigos, ¿cómo la Tierra se negaría a obedecerle? Tal es la fortuna de Rama, su bravura, la excelencia de su virtud, que apenas acabado su destierro silvestre volverá a encontrar su reino. El, que podría incluso ser el Sol del Sol, el Año de Año, el Señor del Señor, Srí de Srí, una Fama superior a la Fama, la Tierra de la Tierra, la divinidad de las devatas, el mejor Bhuta de los Bhutas, ¿qué ventaja o cualidad, ¡oh reina!, podría faltarle, ora en el bosque, ya en la ciudad?

Con Prithiví, Vaidehí y Srí, con las tres, el toro de los hombres, Rama, recibirá pronto la consagración. El, que a su marcha hizo verter lágrimas de dolor a todo el pueblo de Ayordhya, cediendo a la violencia de su dolor, este héroe invencible que se ha revestido de corteza de kusas, Sitá le acompaña como una otra Lakshmana; por consiguiente, ¿qué hay para él de inaccesible? Aquel delante del cual va en persona Lakshmana, el más hábil de los arqueros, armado de dardos, de una espada y de flechas, ¿qué hay para él imposible? Su destierro en el bosque terminará, tú le verás de vuelta. Domina

tu dolor y tu desesperación, ¡oh reina!; yo te digo simplemente la verdad. ¡Oh irreprochable y virtuosa mujer!; tú verás a tu hijo saludar con su cabeza tus dos pies, semejante a Candra cuando se levanta. A su vuelta, viéndole consagrado, en el colmo de la fortuna, dejarás correr de tus ojos a torrentes lágrimas de alegría. Nada de pena, pues, ¡oh reina!; ni de dolor; el infortunio no tiene poder alguno contra Rama. pronto verás a tu hijo, acompañado de Sitá y de Lakshmana. Puesto que todos los demás esperan de ti ánimos, ¡oh reina sin defectos!; ¿por qué dejar esta tristeza invadir tu alma? Tú no debes afligirte, ¡oh reina!; tú que tienes a Raghava por hijo; pues nadie en el Mundo precede a Rama por el sendero del bien. En presencia de los honores rendidos a tu hijo, rodeado de sus amigos, la alegría te hará verter llantos tan abundantes como un aguacero caído de un grupo de nubes. Tu generoso hijo, apenas de vuelta de Ayodhya, cogerá tus pies con sus manos delicadas y gordezuelas. Respondiendo a los homenajes de tu valeroso hijo, acompañado de sus amigos, verterás lágrimas de felicidad como un puñado de nubes riegan un monte.»

Tras haber dirigido a la madre de Rama, para consolarla, diversos discursos, la diserta e irreprochable reina, la amable Sumitrá calló. Oyendo estas palabras de la madre de Lakshmana, la madre de Rama, la esposa del rey, sintió de pronto desvanecerse su pena como una nube de otoño, desprovista de agua.

## S A R G A X L V

### LOS BRAHMANES ADJURAN A RAMA PARA QUE NO LES ABANDONE

En su adhesión hacia el magnánimo Rama, de quien el heroísmo constituía la esencia, el pueblo le acompañó mientras se dirigía al bosque para permanecer en él. Cuando el rey fue obligado por la ley misma del afecto a no ir más lejos, no se volvió la gente con él, sino que continuaron acompañando a Rama. Evidentemente a los habitantes de Ayodhya, el glorioso héroe dotado de cualidades como la Luna en su plenitud, les era muy querido. Kukutstha, no obstante los ruegos del pueblo, por redimir la palabra de su padre marchábase de aquel modo al bosque. Considerándoles a todos con el mayor afecto y, por decirlo así, comiéndoselos con los ojos, Rama, lleno de ternura, dijo a los súbditos de su padre cual si fuesen



sus propios hijos: «El amor, la estimación profunda que me testimoniáis, ¡oh habitantes de Ayodhya!, yo os adjuro con toda insistencia, en nombre de esta amistad misma, que la pongáis en mi hermano Bharata. El virtuoso príncipe, que acrecienta la felicidad de Kaikeyí, hará cuanto pueda por seros agradable y útil. Viejo en cuanto a experiencia, bien que joven en años, dulce, con cualidades viriles, será para vosotros un jefe digno que os salvará de todo peligro. Dotado de virtudes reales, superiores incluso a las mías, ha sido designado como príncipe heredero. Vosotros debéis obedecer a vuestro Señor. Es preciso hacer de tal modo que el gran rey no sufra a causa de mi marcha al bosque si deseáis agradarme.»

Más el hijo de Dasaratha, Rama, se conformaba con el deber de esta manera, más el pueblo le deseaba como amo.

Y es de este modo como Rama, acompañado del hijo de Sumitrá, arrastraba atados mediante sus cualidades, cual con sô-lidas cuerdas, a la gente de la ciudad, que sollozaban desolados.

Los Dos-veces-nacidos, triplemente venerables a causa de la ciencia, la edad y del poderío, la cabeza temblorosa a causa de la vejez, gritaron desde lejos: «¡Vosotros, que lleváis, ¡hala!, ¡hala!, tan rápidamente a Rama, nobles corceles, ¡deteneos!; ¡no vayáis más lejos guiados por el interés de vuestro amo! Los animales tienen el oído desarrollado, sobre todo los caballos; retenéos, pues, escuchad nuestra súplica. En nombre de la ley, ese héroe de alma pura, afianzado en sus prácticas santas, vuestro amo, debéis volverle a la ciudad en vez de conducirlo al bosque.»

Al ver a aquellos Dos-veces-nacidos que proferían estas tristes lamentaciones, Rama descendió al punto del carro. Y continuó el camino a pie, con Sitá y Lakshmana, marchando con paso mesurado, pero siempre en dirección al bosque. Como los Dos-veces-nacidos iban a pie, Rama, fiel a las buenas maneras y compasivo con cuanto veía, no pudo resolverse a abandonarles sirviéndose de su carro. Viendo a Rama andar de aquel modo, los Dos-veces-nacidos le dijeron con el espíritu extraviado a causa de la aflicción: «La comunidad entera de los brahmanes únese a tus pasos, ¡oh tú, nuestro amigo! Llevados sobre los hombros de los Dos-veces-nacidos, los fuegos sagrados que ves te acompañan. Mira estos quitasoles que hemos recibido cuando los sacrificios vajapeyas; te seguirán semejantes a nubes al fin de la estación de las lluvias. Tú, que no tienes sombrilla para defenderte de los abrasadores rayos del Sol, nosotros te daremos sombra con ayuda de nuestros quitasoles, que provienen de santos sacrificios vajapeyas. Nuestra

ciencia, que tiene por objeto constante los *Vedas* y los *Mantras*, por amor hacia ti, ¡oh querido hijo!, se confinará en el bosque. Los *Vedas* los llevamos en nuestro corazón como nuestro tesoro más precioso; nuestras esposas permanecerán en la casa protegidas por su fidelidad. No volveremos atrás de nuestro propósito; enteramente decididos estamos a seguirte. Puesto que tú tan aplicado eres al deber, ¿por qué detenerte en su camino? Vuelve sobre tus pasos, te conjuramos a ello por nuestras cabezas cubiertas de cabellos blancos cual plumas de garza real, y manchadas por el polvo hacia el que las tenemos inclinadas, ¡oh príncipe de conducta irreproachable! Muchos entre los Dos-veces-nacidos aquí presentes han empezado sacrificios cuyo fin, amigo, depende de tu vuelta. En su ternura hacia ti, los seres que se mueven y los que no se mueven te adjuran a que vuelvas; responde a su afección con tu afección. Los árboles retenidos en el suelo por sus raíces, incapaces son de seguirte; inclinados por la violencia del viento, diríase que lloran por ti. Inmóviles, sin preocuparse ya de buscar su alimento, encaramados en los árboles de los que no quieren marcharse, los pájaros mismos te suplican que tengas piedad de todos los seres.»

Mientras los Dos-veces-nacidos le conjuraban mediante sus súplicas que se detuviese, el Tamasá pareció querer cortar el camino de Raghava. Entonces Sumantra, desenganchando del carro a los caballos fatigados, les llevó al punto a beber y a bañarse; luego los condujo a pacer no lejos del río.

## S A R G A X L V I

### RAMA ACAMPA A ORILLAS DEL TAMASÁ

Deteniéndose a la encantadora orilla del Tamasá, y considerando a Sitá, Raghava dijo a Sumitri: «He aquí la primera noche, ¡oh Sumitri!, pasada en el bosque, felicidad a ti, ¡que la permanencia en él no te aflija! Mira esos bosques despoblados donde vienen a refugiarse fieras y pájaros; gemidos diríase que escapan de todas partes. En este momento mismo, en Ayodhya, real residencia de mi padre, mujeres y hombres lloran, no hay duda, nuestra marcha. Pues numerosos lazos atan a las gentes al rey, a ti, a mí, ¡oh tigre de los hombres!, así como a Satruña y a Bharata. Aflijome a propósito de mi padre y de mi venerada madre. ¡Puedan no que-

darse ciegos a fuerza de llorarnos a los dos, sin cesar! Bharata, cierto, es virtuoso y preocupado de su deber; sus buenas palabras reconfortarán a mi padre y a mi madre. A fuerza de pensar en la ternura de Bharata, acabo por no desolarme a propósito de mi padre y de mi madre, ¡oh guerrero de grandes brazos! Acompañándome, ¡oh tigre entre los hombres!, has cumplido tu deber, pues hacíame falta ayuda para la salvaguardia de Vaidehí. Esta noche, ¡oh Sumitri!, la pasaremos cerca de estas aguas. El sitio me place; las frutas salvajes abundan en él.»

Tras haber hablado así a Sumitri, Raghava dijo a Sumantra: «Cuida bien a los caballos, amigo mío.» Sumantra, habiendo atado sus caballos, el Sol retirado ya detrás del Asta, les distribuyó una buena mezcla de grano y forraje, y se instaló cerca de ellos. Luego de haber cumplido las santas observaciones de la tarde, viendo llegar la noche, el escudero ayudó a Sumitri a preparar el lecho de Rama. Viendo su lecho preparado de aquel modo por medio de hojas de árbol a orillas del Tamasá gracias a los cuidados de Lakshmana, Rama se echó junto a su esposa. Lakshmana, dándose cuenta de que su hermano, fatigado, estaba dormido así como su esposa, enumeró al suta las diversas cualidades de Rama. Los dos estuvieron despiertos la noche entera y el Sol había aparecido cuando Sumitri conversaba aún con el escudero, al borde del Tamasá, sobre las virtudes de Rama. De este modo, no lejos de las orillas, abundantes en rebaños, del Tamasá. Rama pasó la noche con la multitud que le acompañaba. Habiéndose levantado, el ilustre Rama, al ver aquella muchedumbre, dijo a su hermano Lakshmana, el del piadoso natural: «En su solicitud hacia nosotros, ¡oh Sumitri!, sin preocuparse ni siquiera de sus casas, ahí tienes a esos hombres, ¡oh Lakshmana!, acostados al pie de los árboles. De tal modo tienen interés esos habitantes de Ayodhya en nuestra vuelta que abandonarían la vida misma antes que renunciar a sus deseos. Mientras duermen aún, subamos prestamente a nuestro carro y prosigamos sin obstáculo nuestro camino. De este modo, los habitantes de la ciudad de Ikshvaku no tendrán que dormir más, por abnegación hacia mí, echados al pie de los árboles. Los príncipes deben librar a sus súbditos de los males que sufren por su causa, en vez de serles motivo de sufrimientos.»

Lakshmana respondió a Rama, que le parecía el deber encarnado: «Soy de tu opinión, sabio príncipe; vayamos pronto, sí, al carro.» Luego Rama dijo al suta: «Engancha rápida-

mente los caballos al carro para que lleguemos pronto al bosque; partamos sin tardar, Sumantra.» Al punto el suta se apresuró a enganchar al vehículo a aquellos caballos escogidos; luego, haciendo el anjalí, vino a decírselo a Rama: «Tu carro está listo, guerrero de grandes brazos, el mejor de cuantos se sirven de carros; sube sin tardar, felicidad a ti, así como a Sitá y a Lakshmana.»

Raghava subió al carro con sus compañeros. Luego atravesaron el río Tamasá, de aguas rápidas y profundas. El príncipe valiente y glorioso, tras haberle franqueado, avanzó por un hermoso camino que la maleza no llenaba y donde incluso los tímidos pasarían sin temor. Con objeto de despistar a la gente de la ciudad, Rama dijo al escudero: «Súbete al carro, ¡oh suta!, y parte en dirección al norte. Vc aprisa, y al cabo de un momento vuelve a traer el carro aquí. Trata con el mayor cuidado de que las gentes de la ciudad pierdan nuestra pista.» Y el suta se conformó a la orden del príncipe. Habiendo vuelto con su carro, advirtió de ello a Rama. Los dos héroes, vástagos de la raza de Raghú, habiéndose instalado de nuevo en el coche con Sitá, el conductor fustigó los caballos en dirección a la ermita silvestre. Habiendo vuelto a subir sobre su carro, el guerrero del gran carro, el hijo de Dasaratha, fue al bosque con su escudero. Orientó su marcha hacia el norte, a la vista de un presagio afortunado.

## SARGA XLVII

### DESOLACIÓN DE LA MULTITUD AL DESPERTAR

Cuando la noche dejó el puesto a la aurora, los habitantes de la ciudad, no advirtiendo a Raghava, quedaron inmóviles a causa del dolor y como extraviados. Con los ojos llenos de lágrimas que arrancaba la tristeza, miraban aquí y allá, pero imposible les fue a los desdichados encontrar ya a Rama. Con los rasgos alterados por la pena de haber perdido al sabio Rama, los desgraciados profirieron estas tristes palabras llenas de razón: «¡Maldita sea esta noche que nos ha hecho perder el sentido! Ahora ya no vemos más a Rama, el del ancho pecho, el de los poderosos brazos. ¿Por qué Rama, el de los grandes brazos, cuyo valor no fue desmentido jamás, ha podido abandonar así a su pueblo fiel para irse a vivir como asceta? El que nos protegió siempre, como un padre a los hijos naci-

dos en su seno, él, el mejor de los Raghús, ¿cómo nos abandona para retirarse al bosque? Muramos aquí mismo; partamos para el gran viaje. Privados de Rama, ¿para qué puede servirnos la vida? Aquí hay ramas secas, muchas y gruesas; levantemos una hoguera y entremos en ella todos tras haberla prendido fuego. Porque, ¿qué diremos a nuestros compatriotas? "Ese guerrero, el de los grandes brazos, el exento de egoísmo, el lleno de afabilidad, Raghava, nosotros le hemos conducido al bosque". ¿Cómo podríamos hablar así? La ciudad, ya tan triste, cuando nos vuelva a ver si Raghava, caerá en la desolación más profunda, incluso mujeres, niños y viejos. Salidos con ese héroe siempre magnánimo, ¿cómo podremos volver sin él a la ciudad?»

Tales eran las múltiples lamentaciones que, con los brazos levantados al cielo, las gentes exhalaban, hundidas en el dolor como vacas escogidas separadas de sus terneros. Seguían durante algún tiempo una pista, luego la perdían de pronto, lo que les causaba profunda desesperación. En presencia de una nueva huella del carro, deteníanse prudentemente: «¿Qué hacer? Heridos estamos por el Destino», decían. Entonces, volviendo a pasar por el camino por donde habían venido, con el corazón afligido regresaron todos a la ciudad de Ayodhya, en medio de la desolación de sus apenados habitantes. Cuando volvieron a ver su ciudad, en la turbación en que la pérdida de Rama había hundido sus espíritus, dejaron correr muchas lágrimas de sus afligidos ojos. La ciudad, privada de Rama, perdía su esplendor, semejante a un lago fluvial que Garuda hubiese despoblado de serpientes. Como un cielo sin Luna, como una mar desecada, así la ciudad, de la que la alegría estaba desterrada, mostróse a aquellos infortunados. Anonadados por el dolor entraron en sus casas opulentas; incapaces de distinguir sus parientes de los extraños; extinguida en ellos toda alegría.

## S A R G A X L V I I I

### LAMENTACIONES DE LAS MUJERES DE AYODHYA

Los infortunados, hundidos en extremada aflicción, los ojos ahogados por las lágrimas y llamando a la muerte a causa del exceso de su dolor, cuando cesaron de correr tras de Rama, su conculadano, tenían las fuerzas vitales como destruidas y el espíritu extraviado. Una vez que cada uno hubo vuelto a

su hogar, rodeados de sus hijos y de sus mujeres, todos vertieron lágrimas con el rostro deshecho. Acabado el placer y la alegría, los comerciantes no pensaban ya en hacer valer sus mercancías; los amos de casa no vigilaban ya la cocción de sus alimentos. Si recobraban una gran fortuna perdida, no experimentaban alegría alguna; la madre, tomando en sus brazos a su primer nacido, no sentía la menor satisfacción. En cada familia, las desoladas mujeres acogían con llantos a su esposo al volver éste, y le abrumaban a fuerza de reproches como se abruma a un elefante a fuerza de golpes con el gancho. «¿Para qué les servían casa, esposa, fortuna, hijos, opulencia, puesto que no veían ya a Raghava? No hay sino un hombre de corazón en el Mundo: Lakshmana, que con Sitá sigue al hijo de Kakutstha, Rama, y le acompaña al bosque. ¡Dichosísimos los ríos, los estanques cubiertos de lotos, los lagos, en cuyas aguas puras se bañará Kukutstha! Ellas embellecerán la estancia de Kukutstha, así como las selvas de encantadores boscajes, los ríos de aguas profundas, las montañas con sus brillantes cimas. Bosques y rocas, cuando Rama las visite, no podrán por menos de darle la bienvenida cual a un huésped amado. Cubiertos de flores maravillosas, cargados de ramos innumerables, frecuentados por las abejas, mostraránse a Raghava. Y aunque no sea la estación, por simpatía hacia él, las montañas se adornarán de flores y frutos los más raros para celebrar la bienvenida de Rama. Esos sostenes de la Tierra dejarán correr límpidas aguas; y le ofrecerán el espectáculo de numerosas y encantadoras cascadas. Los árboles, en las cimas de las montañas, maravillarán a Raghava. Donde está Rama no hay peligro ni desgracia. ¡Es un poderoso guerrero el hijo de Dasaratha! Mientras no está aún muy lejos de la ciudad, corramos en pos de Raghava. Es una felicidad la sombra de los pies de un amo tan magnánimo. Es el guía de este pueblo, su vía, su supremo asilo. Nosotras nos pondremos al servicio de Sitá; vosotros, al de Raghava.»

He aquí aún lo que las mujeres de la ciudad, en su aflicción, repetían a sus maridos: «Raghava, en el bosque, asegurará vuestra felicidad; Sitá hará la felicidad de todas las mujeres. ¿Quién podrá complacerse en una mansión triste, llena de gentes angustiadas, doloridas, habiendo perdido el sentido? Puesto que a causa de Kaikeyí, el reino no conoce ya las leyes ni tiene guía, no sabremos, en adelante, qué hacer de la vida. ¿Para qué los hijos? ¿Para qué las riquezas? Puesto que ha renegado de su hijo y de su marido llevada por la pasión de dominar, ¿a quién respetará Kaikeyí, oprobio de su raza?

Jamás, mientras vivamos y ella viva, habitaremos este reino en el que tendríamos que ser sus sirvientas, ¡lo juramos por nuestros hijos! La que destierra sin piedad al hijo del soberano, en su compañía, ¿quién podría vivir dichoso al lado de mujer tan inicua y perversa? Es la destrucción de este Universo ya sin sacrificios y sin defensor; por culpa de Kaikeyí todo marcha a la ruina. En efecto, Rama desterrado, el rey no podrá ya vivir; Dasaratha muerto, será evidentemente el fin de todo, y ello sin tardar. Bebed veneno tras haberle mezclado bien, puesto que vuestros méritos se han perdido, y ya que estáis destinados a todos los males; o bien reuníos con Raghava, o aun retiraos tan lejos como para no volver a oír hablar de Kaikeyí. Sin razón Rama está en el destierro con su mujer y Lakshmana. Estamos en manos de Bharata como reses en manos de un carnicero. Con su cara abierta como la Luna llena, su tez negra, sus huesos recubiertos de poderosos músculos, este vencedor de sus enemigos, de brazos que bajan hasta las rodillas, el de los ojos de loto, Rama, el hermano mayor de Lakshmana, que dirige la palabra el primero, lleno de dulzura, de franqueza y de fuerza, que es afable con todo el mundo, de aspecto atrayente como Candra, en adelante este tigre de los hombres, atrevido como un elefante con las sienes rociadas de mada, ese guerrero del gran carro, será el ornamento de los bosques que recorra.»

Tales eran las lamentaciones que en la ciudad las mujeres de los habitantes exhalaban en medio de sollozos, abrumadas de dolor, como a la llegada de las congojas de la muerte. Mientras en sus casas estas mujeres lloraban así la ausencia de Raghava, el astro del día habíase retirado detrás del Asta y la noche le sucedía. Con sus hogares privados de llama y de calor, sus piadosas lecturas y sus santos recitados interrumpidos, la ciudad parecía como envuelta en tinieblas. No teniendo ya ni mercados, ni comercio, sin alegría, sin protector, la ciudad de Ayodhya asemejábase a un cielo sin estrellas. Las mujeres, llorando a Rama como a un esposo o a un hijo desterrado, abandonábanse a sus lúgubres lamentaciones, extrañado el espíritu; el héroe las era más querido incluso que sus hijos. Privadas en adelante de los cánticos de las fiestas, de bailarinas, de conciertos, su alegría destruida, no recibiendo ya aprovisionamiento, la ciudad de Ayodhya era como un mar desecado.

## SARGA XLIX

## RAMA VA AL BOSQUE

Entretanto, Rama, aquel tigre de los héroes, durante el resto de la noche hizo un buen trecho de camino, acordándose de la orden paternal. Mientras que marchaba de aquel modo, la noche afortunada transcurrió. Saludó a la feliz aurora y luego se internó en el país. Sin dejar de contemplar los burgos de proporciones considerables y los bosques floridos, apresurábase encontrando lentos a los rápidos y excelentes corceles. Oía gritar a los habitantes de aldeas y caseríos: «¡Desgraciado rey Dasaratha, que se ha dejado cautivar por el amor! ¡Ah esa funesta, perversa Kaikeyí, inclinada al mal! La cruel, perdiendo toda prudencia, aplicase tan sólo a obras nefastas. Es ella la que ha desterrado al bosque a este príncipe virtuoso, lleno de sabiduría, de piedad, vencedor de sus pasiones ¡Ay!, el rey Dasaratha no tiene ya afecto hacia su hijo, puesto que reniega de Rama a quien sus súbditos nada tienen que reprochar.»

Y fue oyendo estas palabras de los habitantes de burgos y caseríos como el héroe, amo de Kosala, franqueó las fronteras del Kosala. Tras haber atravesado el Vedasruti, río que deslizaba sus aguas afortunadas, llegó frente a la región habitada por Agastya. Luego, al cabo de un muy largo viaje, franqueó el Gomati, río de aguas heladas y de orillas frecuentadas por rebaños de vacas, y que se dirigía al mar. Habiendo dejado atrás al Gomati gracias a sus ágiles caballos, Paghava franqueó el Syandiká, donde sonaba el grito de los pavos reales y de los hamsas. Esta región fértil y cubierta de numerosa población, que el rey Manu había dado a Ikshvaku en otro tiempo, Rama se la mostró a Vaidehí. «¡Suta!», dijo de pronto a su conductor el venerado, el mejor de los hombres, con voz semejante a la de un hamsa ebrio de amor. «¿Cuándo volveré a cazar en el bosque lleno de flores del Sarayú, una vez ya de vuelta junto a mi padre y a mi madre? No siento de un modo excesivo la caza en el bosque de Sarayú; bien que este placer sea considerado como sin rival en el Mundo, por la multitud de rishis reales. Sí, de los rajarshis, la principal atracción de este Mundo es la caza en el bosque. Practicada en la estación debida, por los hombres, es el abandono favorito de los arqueros.» El descendiente de Ikshvaku prosiguió su camino hablando de unas cosas y otras al suta, con tono amistoso.



## SARGA L

## RAMA ALCANZA EL GANGÁ; SU ENCUENTRO CON GUHA

Cuando hubo llegado a la frontera del inmenso y encantador país de los kosalas, el hermano mayor de Lakshmana, el sabio Rama, con el rostro vuelto hacia ella, se dirigió en estos términos a Ayodhya, saludándola con el anjalí: «¡Adiós, oh la más floreciente de las ciudades, tú a quien Kakutstha protege! ¡Adiós también a las divinidades que velan sobre ti y habitan en tu seno! Cuando haya terminado mi permanencia en el bosque, en paz con el rey, ¡ojalá pueda verte de nuevo, reuniendo con mi padre y con mi madre!»

Luego, el príncipe de los hermosos ojos bermejos, levantando el brazo derecho, la cara bañada de lágrimas, en su aflicción dijo a la multitud que había corrido para saludarle: «Ya me habéis testimoniado suficientemente vuestra simpatía y vuestra conmiseración; prolongar demasiado este dolor no conviene; que cada uno se vuelva a sus ocupaciones.» La multitud, saludando al héroe magnánimo haciendo el pradakshina entre profundos gemidos, se dispersó lentamente.

Mientras se lamentaban así, sin poder hartarse, Raghava desapareció a sus miradas, como el Sol a la entrada de la noche. El país de los kosalas, rico en granos y en bienes de toda clase, abundante, afortunado, al abrigo de todo peligro agradable, cubierto de templos y de postes para el sacrificio lleno de jardines y de bosques de amras, atravesado por hermosos ríos, poblado de gentes contentas y prósperas, abundante en rebaños, gobernado por los Indras de los hombres, resonando de cánticos brahmánicos, montado en su carro, el tigre de los héroes franqueó los límites. El mejor de los guerreros, el del firme corazón, penetró en una comarca llena de alegría, fértil de numerosos y encantadores jardines, regida por otros príncipes.

El, Raghava, advirtió al divino Gangá el de las tres corrientes, el de las ondas frescas, sin saívalas, encantador, frecuentado por los rishis. Adornado de ermitas venerables, poco alejadas unas de otras, río maravilloso, en cuyos estanques las apsaras celebraban sus alegres retozos, en determinadas épocas. Devas, danavas, gandharvas, kinnaras, le embellecían con su presencia; las esposas de los nagas y de los gandharvas habitaban constantemente este río afortunado. Los dioses venían

a distraerse allí de cien modos en los parques celestes de que estaba lleno. Para su utilidad, este río famoso de lotos divinos, deslizábase en el firmamento. El choque de sus aguas asemejábase a una escandalosa carcajada; su espuma era como una limpia sonrisa; unas veces corrían semejantes a trenzas, otras brillaban y se arremolinaban. Aquí, deslizábanse apacible sobre un lecho profundo; allá, volvíanse tumultuosas; dejando oír ora un ruido sordo, ora ¡clamores horribles!

Los dioses se bañaban a racimos en el Gangá, lleno de inmaculados lotos, que aquí formaban un archipiélago de islotes; allá, desplegando playas de fina arena. Los hansas y los sarasas le llenaban con sus gritos; los cakravakas le bacían deslumbrador; pájaros siempre horrachos de amor abundaban en este río de hermosura sin defecto. En ciertos lados, sus orillas estaban plantadas de árboles que las festoneaban como otras tantas guirnaldas; en otros, estaban tapizadas de utpalas abiertas, o cubiertas de hosques de padmas. En otras partes eran los ramos de kumudas los que las adornaban con sus botones; más lejos, flores de todas clases las cubrían de polen y la volvían como embriagadoras.

Gracias a sus aguas límpidas como perlas, borraba todas las impurezas. Los elefantes de las regiones, los elefantes salvajes, vueltos furiosos por el mada, de talla colosal, monturas de los reyes de los dioses, hacían resonar con su bramido las profundidades de los bosques. Hubiérase dicho una novia adornada con maravillosos atavíos. Frutos y flores, capullos, espinos, pájaros recubrían aquel río salido de los pies de Vishnú, divino, inaccesible al mal, destructor de los pecados. Simsumaras, cocodrilos, serpientes, pululaban en él. Había conseguido escapar de la cabellera enmarañada de Sankara, gracias a la energía del descendiente de Sagara. Esta hija del Océano, el Gangá, que resonaba con el grito de los sarasas y de los krauñcas, el héroe de los grandes brazos, le alcanzó cerca de la ciudad de Sriñavera. Viendo a este río que rodaba sus olas tumultuosas, el guerrero del gran carro dijo a Sumantra, su escudero: «Hoy hacemos alto aquí. No lejos del río, mira ese ingudí, de ramaje cubierto de flores y de proporciones gigantes; quedémonos aquí, escudero. Veo al más excelente de los ríos, el Gangá, de aguas santas, afortunado, frecuentado por los dioses, los hombres, los gandharvas, las gacelas, las serpientes y los pájaros.» Lakshmana y Sumantra dijeron a Raghava: «Está bien», y al mismo tiempo dirigieron sus caballos hacia el ingudí.

Llegado junto al árbol maravilloso, Rama, alegría de Iksh

vaku, descendió de su carro con su mujer y Lakshmana. Sumantra bajó a su vez, y desenganchó los excelentes caballos; luego vino a colocarse, haciendo el anjalí, cerca de Rama, que estaba al pie del árbol.

Allí, en Sriñavera, reinaba un príncipe llamado Guha, al que Rama amaba como a otro sí mismo, de la raza de los nishadas, poderoso e ilustre monarca. Este, habiendo sabido que el tigre de los hombres, Rama, estaba en su comarca, vino a su encuentro escoltado por sus ancianos ministros y por sus parientes. Cuando advirtió, de lejos, al rey de los nishadas, Guha, Rama, acompañado de Sumitri, fue a su encuentro. Guha, lleno de tristeza, abrazó a Raghava y le dijo: «Esta ciudad es para ti otra Ayodhya, ¡oh Rama!; ¿qué puedo hacerte? ¿Quién, guerrero de grandes brazos, podría acoger a un huésped más querido?» Luego le ofreció arroz y otros alimentos succulentos y variados. Le presentó el arghya, primeramente, y le dijo: «Sé bien venido, guerrero de los grandes brazos. Este país es tuyo por entero. Nosotros somos tus servidores, tú eres el amo; el reino te pertenece, ordena. Alimentos, golosinas, bebidas, licores, están a tu disposición, así como lechos excelentes, y para tu montura, forraje.»

A Guha, que le hablaba de este modo, Raghava le respondió: «Nos honras y colmas enteramente.» Como había venido a pie, y para mostrarle su afecto, Rama, estrechándole, entre sus brazos vigorosos, añadió: «Con gran alegría, ¡oh Guha!, te veo con buena salud, así como tu familia. ¿Va bien todo para tu reino, tus amigos y tus bosques? De cuanto tu amistad pone a mi disposición, te doy las gracias, pero no puedo aceptarlo. Sabe que, vestido de corteza de árbol y de una piel de antilope, me alimento de frutas y raíces; mi deber me obliga a vivir, como asceta (*tapasa*), en los bosques. A no ser forraje para mis caballos, en verdad nada más deseo. Es el único favor que recibiré de ti. Estos caballos son muy queridos por mi padre, el rey Dasaratha; que sean, pues, bien alimentados y con ello quedaré satisfecho.»

Guha ordenó entonces a su gente: «Que den pronto a los caballos de beber y forraje.» Rama, cubierto con un manto de corteza, tras haber santificado el crepúsculo de la tarde, tomó por todo alimento agua cogida por Lakshmana mismo. Lakshmana le lavó los pies, mientras estaba echado por tierra, cerca de su esposa; luego se alejó y sentóse al pie de un árbol. Guha, conversando con el suta y con Sumitri, veló a Rama, lleno de solicitud, el arco en la mano. Así reposó, durante

aquella muy larga noche, el glorioso y sabio hijo de Dasaratha, héroe magnánimo que hasta entonces ignoraba el infortunio, y no conocía sino la felicidad.

## S A R G A L I

## DOLOROSA VELADA DE LAKSHMANA

Guha, lleno de dolor, dijo al Raghava Lakshmana, a quien su infatigable solicitud por su hermano mantenía despierto: «Un lecho confortable, amigo, te ha sido preparado; ve a dormir apaciblemente en aquella cama mullida, ¡oh príncipe! Todo el mundo está habituado a las fatigas; tú, tú lo estás a la felicidad; nosotros velaremos esta noche para la guarda de Kakutstha. Nadie me es más querido en este Mundo que Rama; te digo la verdad, y sinceramente te lo juro. Espero en este Mundo, por su favor, una gloria muy grande; la plena obtención del deber, y el interés con el placer, doble tesoro. Mi querido amigo, Rama, que duerme junto a Sitá, yo te le protegeré contra todo daño, arco en mano, con mis familiares. Nada me es desconocido en este bosque que recorro sin cesar. Un ejército formidable, inmenso, compuesto de sus cuatro elementos, nada podría contra nosotros.»

Lakshmana le respondió: «Bajo su salvaguardia, ¡oh príncipe irreproachable, aplicado a tu deber!, nosotros todos aquí, nada tenemos que temer. Pero, ¿cómo, cuando el hijo mayor de Dasaratha yace por tierra con Sitá, me sería posible dormir y gozar de las delicias de la vida? El, a quien los devas y los asuras reunidos no serían capaces de vencer en combate, ahí le tienes profundamente dormido sobre el césped con Sitá. El a quien sus padres no han obtenido sino a fuerza de mantras, de maceraciones y de actos heroicos de todo género, este hijo de Dasaratha es el único que se le parece. Este héroe desterrado, el rey no podrá vivir mucho tiempo; la Tierra en adelante, pronto será viuda. Tras haber lanzado grandes lamentos, las mujeres cállanse agotadas; un silencio profundo, estoy persuadido, amigo, reina en el palacio. Kausalyá, el rey, y lo mismo mi madre, yo no creo que ninguno de ellos pase de la noche. Mi madre sobrevivirá tal vez a causa de Satruña; Kausalyá, que no tiene más que este hijo, sucumbirá a su desgracia. Llena de gente abnegada, gozando hasta aquí del espectáculo de la felicidad, la ciudad, que comparte el dolor

de su rey, va a perecer. ¿Cómo en ausencia de su hijo magnánimo, del mayor de sus hijos, los alientos vitales del generoso monarca sostendrían su cuerpo? El rey muerto, Kausalyá desaparecerá al punto; y sin tardar, mi madre sucumbirá también. Tras haber fallado, fallado para siempre lo que tanto le importaba, no habiendo podido entronizar a Rama, mi padre partirá. Aquellos, por el contrario, que han conseguido su fin, este momento llegado, rendirán a mi padre difunto, al descendiente de Raghú, todos los honores fúnebres. Con sus encantadoras plazas, las grandes calles que la atraviesan, los templos, los palacios que la llenan, las bayaderas que la embellecen con sus encantos, con los carros, los caballos, los elefantes que la embarazan, el son de las turyas que se escucha por todas partes, los placeres que allí abundan, la multitud alegre y opulenta de que está cargada; con los jardines y los parques que la adornan, las asambleas, las fiestas que allí se celebran constantemente, habitarán felices la real residencia de mi padre. ¡Si al menos pudiera vivir Dasaratha! ¡Si pudiéramos nosotros, de vuelta de nuestro retiro silvestre, volver a ver a este príncipe magnánimo, fiel a sus votos! ¡Si pudiéramos con Rama, sincero en sus promesas, este destierro en el bosque terminado volver próspero a Ayodhya!»

Así, en medio de lamentaciones, fue como el desgraciado y magnánimo príncipe pasó, de pie, toda la noche.

Mientras que el hijo del rey hablaba de este modo, con su franqueza y el interés del pueblo, Guha lleno de afecto hacia el venerable Rama, exhalaba sus lamentaciones por su parte, agobiado de dolor y atormentado por la fiebre del pesar, como un elefante enfermo.

## SARGA LII

### RAMA ATRAVIESA EL GANGÁ

Habiendo la noche hecho plaza al alba, el héroe del ancho pecho, el del gran renombre, Rama, dijo al hijo de Sumitrá, Lakshmana, el del brillante aspecto: «He aquí al Sol que se levanta, la afortunada noche ha transcurrido. Este pájaro de plumaje tan negro, hermano, el kokila, canta. Se oye el grito de los pavos reales que triscan en el bosque; camarada, atravesemos el Jahnaví, de curso rápido, que se arroja al mar.» Cuando reconoció la voz de Rama, Sumitri, la alegría de sus amigos, despidiéndose de Guha y del suta, fue al encuentro

de su hermano. El monarca por su parte, habiendo oído a Rama y sabiendo su propósito, llamó al punto a sus gentes y les dijo: «Que traigan pronto sobre la ribera, para el transporte de ese héroe, un navío provisto de piloto, bien acondicionado, buen navegador y sólido.» Cuando hubo recibido este orden de Guha, su amo, el ministro principal partió. Traído el navío, fue a advertir a Guha. Entonces, saludándole con el anjalí, Guha dijo a Raghava: «He aquí un navío a tu disposición. ¡oh príncipe! ¿Qué podré hacer aún por tí? ¡Oh tú, que te asemejas al hijo de un Inmortal, ¡tigre entre los héroes!, este navío te servirá para atravesar el río que se dirige al mar. Embárcate rápido, héroe piadoso.»

Al punto el poderoso Rama respondió a Guha: «Colmas mis deseos. Pronto, embarquemos.» Luego, habiendo sujetado sus carcajs, ceñido sus espadas y tomado sus arcos, los dos Raghavas se dispusieron a atravesar el Gangá con Sitá. Entonces, acercándose al virtuoso Rama, lleno de respeto, le preguntó el suta, saludándole con el anjalí: «Y yo, ¿qué haré?»

Dasarathí respondió a Sumantra, tocándole con el extremo de la mano derecha: «Vuélvete sin tardar, Sumantra, junto al rey, y sele adicto. Vete, tu misión junto a mí ha terminado. Renunciamos al carro; es a pie como viajaremos en el gran bosque.» Cuando se vio así despedido, Sumantra, el desgraciado escudero, dijo al tigre de los héroes, al descendiente de Ikshvacu: «Nadie sufrió jamás en este Mundo una suerte parecida a la tuya: ¡esta permanencia en el bosque con tu hermano y tu esposa, cual si fueses un hombre vulgar! No yo no lo creo; la vida de brahmacarin, el estudio de los Vedas no da ningún fruto, como tampoco la dulzura y la lealtad, puesto que la desgracia llega. ¡Oh héroe, salido de Raghú!, tu destierro en el bosque con Vaidehí y tu hermano te valdrá como si triunfases de los tres mundos. En cuanto a nosotros, ¡oh Rama!, nosotros pereceremos chasqueados por ti en nuestra espera. ¡Caeremos, en efecto, en poder de Kaikeyí, la perversa, la desalmada!» Así hablaba a Rama, semejante a otro él mismo, Sumantra, el escudero. Luego, cuando le vio partido para un largo destierro, en su dolor gimió mucho tiempo. Cuando hubo cesado de llorar, el suta se purificó enjuagándose la boca. Rama le dijo con voz dulce varias veces: «A nadie conozco tan abnegado como tú para con los Ikshvakus; haz de modo que el rey Dasaratha no se aflija a causa mía. El monarca tiene el espíritu extraviado por el dolor; es viejo, está anonadado bajo el peso de la pasión. Por lo mismo, te recomiendo esto: Todo cuanto ordene ese magnánimo soberano

con objeto de complacer, de ser agradable a Kaikeyí, es preciso hacerlo sin vacilar. La razón por la cual los reyes cogen el cetro es que en todas las cosas hacen su voluntad. Que jamás ese gran príncipe sea contrariado en algo; que no se consuma de pena; Sumantra, vela por esto. El rey, que jamás había conocido la prueba, ese noble anciano, vencedor de sus sentidos, ve a saludarle de mi parte y llévale mis palabras. Yo no me quejo; Lakshmana no se queja tampoco. Desterrados de Ayodhya, habitaremos en el bosque catorce años, al cabo de los cuales, Lakshmana, yo y Sitá nos verás volver sin tardar. He aquí lo que repetirás a mi padre, a mi madre, ¡oh Sumantra!, así como a las demás reinas y a Kaikeyí misma. Dirige votos de buena salud a Kausalyá, luego vengra sus pies de parte de Sitá, de la mía, yo que soy el mayor, y de la de Lakshmana. Después, en mi nombre, di al gran rey: Envía a buscar a Bharata y Bharata llegado, que sea instalado en el trono real. Cuando le hayas abrazado y asociado a tu Imperio, entonces ya no sufrirás dolor alguno a propósito de nuestro infortunio. Y a Bharata le hablarás al punto, siempre en mi nombre, de este modo: La conducta que tienes respecto al rey, tenla también respecto a todas nuestras madres sin distinción. Entre Kaikeyí y Sumitrá, tu afecto no hace diferencia alguna, pues que no la haga tampoco con la divina Kausalyá, mi madre. Esforzándote por alegrar a nuestro padre, cumpliendo con cuidado tus funciones de asociado al trono, podrás siempre, en los dos mundos, asegurar tu felicidad.»

Tales fueron las instrucciones dadas por Rama a Sumantra. Este, habiéndolas recibido todas, dijo a Kakutstha, al que amaba: «Lo que voy a decirte no por adulación, sino por amistad, dada mi rectitud, perdónaselo de antemano a mi abnegación. ¿Cómo podré volver sin ti a esa ciudad que tu alejamiento, querido amo, desespera como a madre separada de su hijo? Mi carro, en el que contemplaban a Rama antes, cuando le vean sin él, no hay duda que a la gente de la ciudad se les partirá el corazón. La ciudad hundida será en el dolor contemplando mi carro vacío como un ejército que, habiendo perdido a su jefe en el combate, se desola, cuando vea volver a su escudero solo. Aunque desterrado lejos, tú estás siempre presente en el pensamiento del pueblo, que, pensando en ti, se negará en adelante a tomar alimentor. Considera, ¡oh Rama!, en qué modo tu destierro turba al pueblo, del cual, la pena que le causa tu ausencia, extravía su espíritu. El grito de dolor que los habitantes de la ciudad lanzaron cuando marchaste, viéndome volver con el carro vacío, lo repetirán cien veces. Ade-

más, ¿qué diré a la reina Kausalyá? He conducido a tu hijo a casa de su tío materno: no sufras. Pero como esto no es verdad, no tendré un lenguaje semejante. Entonces, ¿cómo anunciaré la triste verdad? Aunque dóciles a mis órdenes, habituados como están a llevar a los miembros de tu familia, ¿cómo esos excelentes caballos tirarán del carro en que tú no estarás? No, yo no puedo volver a Ayodhya sin ti, héroe irreprochable. Consiente en que te acompañe en tu destierro en medio de los bosques. Si rechazas mi ruego, al instante mismo me lanzo al fuego con mi tiro de caballos. Los obstáculos a tu ascetismo que encontrarás en el bosque, con mi tiro de caballos yo los apartaré todos, ¡oh Raghava! A causa tuya, he encontrado la felicidad en mi empleo de conductor de carro; desco a causa tuya también la alegría que procura la permanencia en el bosque. Concédeme este favor, quiero habitar junto a ti en la selva; pronuncia, para mi gran alegría, las deseadas palabras: «Quédate cerca de mí.» Estos caballos mismos, ¡oh héroe!, si continúan sirviéndote mientras estés en el bosque, obtendrán la suprema felicidad. El obedecer tus órdenes será para mí mi deber capital mientras habite el bosque. Ayodhya o el Devaloka mismo, a él renuncio absolutamente. Imposible me es volver a Ayodhya sin ti, como a un criminal penetrar en la real residencia del gran Indra. Tu destierro silvestre habiendo acabado, mi deseo es reconducirte entonces en tu carro a la ciudad. Catorce años junto a ti en el bosque pasarán como un instante. Si no, durarán como otros tantos siglos. ¡Oh tú, que mimas tanto a tus servidores!, a mí, que me mantengo en el sendero seguido por el hijo de mi amo, que soy para ti un servidor abnegado, fiel a mi deber, no puedes despedirme.»

Tales eran las insistentes súplicas del desgraciado Sumantra. Rama, en su afecto hacia sus servidores, le respondió: «Sé tu absoluta abnegación, ¡oh tú, el amigo de tu amo! Aprende, pues, el motivo a causa del cual te vuelvo a enviar a la ciudad: Cuando te vea de vuelta la más joven de mis madres, Kaikeyí, tendrá confianza: Rama al fin ha ido al bosque, dirá. De otro modo, ella perderá toda la alegría, no obstante mi marcha hacia el destierro. Es preciso que no sospeche del virtuoso rey y que diga: Me engaña. Lo que quiero ante todo es que la más joven de mis madres goce del poder real en nombre de su hijo Bharata. Por amor hacia mí y por el rey, ¡oh Sumantra!, vuelve a la ciudad. Todas estas recomendaciones, transmite cada una de ellas puntualmente.»

Tras haber hablado así a su escudero, al que se esforzaba



por consolar, Rama dirigió a Guha este lenguaje viril y lleno de sentido: «Y ahora, ¡oh Guha!, no conviene que me fije en este bosque habitado. Debo necesariamente permanecer en un bosque desierto, conforme a la regla. Adoptando las observaciones, el traje de los ascetas, manifiesto elocuentemente mi deseo de ser útil a mi padre, a Sitá y a Lakshmana. Tras haber trenzado mis cabellos, me alejaré. Tráeme jugo de nyagrodha.» Este jugo, Guha se lo procuró al punto al príncipe. Rama se sirvió de él para trenzarse los cabellos y los de Lakshmana. El héroe de los grandes brazos, el tigre de los hombres, empezó a llevar de este modo la trenza. Entonces, con su hábito de corteza, su cabellera enrollada en trenza, asemejáronse a dos brillantes rishis, los dos hermanos Rama y Lakshmana. Rama, resuelto a seguir el camino del ascetismo con Lakshmana y a conformarse a las prácticas de los eremitas, dijo a Guha, que le acompañaba: «¡Ojalá no descuides jamás tus ejércitos, tus tesoros, tus ciudadelas, tu pueblo, ¡oh Guha!, pues un reino es muy difícil de salvaguardar, según se dice!»

Tras haberse despedido con esto de Guha, el descendiente de Ikshvaku se alejó prontamente, sin volverse, con su esposa y Lakshmana. El descendiente de Ikshvaku vio la embarcación al borde del río. Deseoso de atravesar el Gangá, de curso rápido, habló de este modo: «¡Oh tigre de los hombres!, sube con precaución al navío que tienes aquí; haz montar primero, tomándola en tus brazos, a la venerada Sitá.»

Lakshmana, dócil a la orden de su hermano, se apresuró a ejecutarla. Hizo subir a Maithilí la primera; luego subió él mismo. Después, el ilustre hermano de Lakshmana subió a su vez. Entonces Guha, el rey de los Nishadas, apresuró a su gente.

El poderoso Raghava, instalado en aquella embarcación, rogó, según los ritos de los brahmanes y de los kshatriyas, por el éxito de su viaje. Tras haberse enjuagado la boca, según los *Sastras*, adoró al río inclinándose lleno de alegría con Sitá, así como Lakshmana, el del gran carro. Rama saludó por última vez a Sumantra, y lo mismo a Guha y a su escolta; luego, de pie en el barco, ordenó a los marineros que se apresurasen. Entonces, a impulso de éstos, la nave, provista de un piloto, obedeciendo a sus brillantes y vigorosos remeros hundiéndose rápidamente el agua.

Llegada al medio del Bhagirathí, la irreprochable Vaidehí haciendo el anjalí invocó al río en estos términos: «Que el hijo de Dasaratha, el poderoso y sabio monarca, pueda cumplir la orden de su padre, ¡oh Gangá!, bajo tus auspicios. Cuando

haya permanecido en el bosque catorce años enteros con su hermano y conmigo, volverá. Entrada sana y salva, ¡oh divino y afortunado Gangá!, llena de alegría y todos mis deseos satisfechos, te ofreceré un sacrificio. Dios del triple sendero, tú recorres el Brahmaloка y en tu calidad de hijo mayor del rey de las aguas, apareces en este Mundo. Yo me prosterno ante ti, ¡oh dios!; yo celebro tus alabanzas, ¡oh río brillante! Cuando el tigre de los hombres haya recobrado su Imperio tras una vuelta feliz, yo distribuiré a los brahmanes cien mil vacas, vestidos, un alimento succulento, y llevada por mi deseo de agradarte, te ofreceré un sacrificio con mil jarros de sura (229) y mermelada de carne para alegrarte, ¡oh dios!, a mi vuelta a la ciudad. A las divinidades que habitan tus orillas, sacrificaré en honor de todas, así como a los vados sagrados y a los santuarios. Que así, de nuevo, el guerrero de los grandes brazos, acompañado de su hermano, vuelva de su destierro del bosque a Ayodhya, él, el héroe irreprochable, ¡oh tú, que eres sin reproche!»

Tal fue la oración dirigida al Gangá por Sitá, inaccesible a la censura. Colocada a la derecha de su marido, acercábase rápidamente a la orilla derecha. Habiendo alcanzado el borde, el toro de los hombres dejó la nave; detúvose en la orilla con su hermano y Vaidehí, él, el azote de sus enemigos. Luego el guerrero de los grandes brazos dijo al hijo querido de Sumitrá: «Sé conmigo el protector de Sitá en los lugares habitados y en los desiertos. La salvaguardia de otro se impone a los guerreros como yo, en un bosque inhabitado. Marcha delante, Sumitri, que Sitá te siga. Yo iré el último velando por Sitá y por ti. Debemos protegernos uno a otro toro de los guerreros. En verdad que hasta aquí no hemos encontrado pruebas realmente incómodas, pero en adelante, Vaidehí sabrá en qué modo es penosa la estancia en los bosques. Reconocerá hoy que el bosque no encierra sino una multitud de hombres perdidos; que no se encuentra en él ni campos ni jardines; que es un lugar sembrado de peligros y de obstáculos.

A estas palabras de Rama, Lakshmana se colocó en cabeza, e inmediatamente detrás de Sitá se puso Raghava, la alegría de Raghú. Cuando Rama, llegado a la orilla opuesta del Gangá, hubo desaparecido a lo lejos a las entristecidas miradas que le seguían siempre, el venerable Sumantra no cesaba de gemir. El héroe de alma grande y generosa, cuya fuerza igualaba a la de un protector de mundos, tras haber atravesado el gran río, llegó pronto junto a los vatsas, país próspero festoneado de lujuriantes cosechas, y donde reinaba la alegría. Los dos

hermanos abatieron rápidos cuatro grandes fieras: un jabalí, un risya, un prishata y un gran rurú. Desprendieron al punto las partes nobles, deseosos de alimentarse con ellas, y llegado el momento se retiraron, para pasar allí la noche, bajo un árbol, amo del bosque.

### SARGA LIII

#### CONVERSACIÓN DE RAMA CON LAKSHMANA

Llegado cerca del árbol, sus devociones de la tarde termina das (*subhán sandyan*, la oración del crepúsculo), Rama, el mejor de los consuelos, dijo a Lakshmana: «He aquí la primera noche fuera de un país habitado; aunque privados de Sumantra es preciso no atormentarnos. Debemos, sin fatigarnos, velar en adelante durante las noches. La seguridad, el bienestar de Sitá, ¡oh Lakshmana!, reposa en nosotros dos. Esta noche, ¡oh Sumitri!, la pasaremos como podamos; dormiremos sobre el suelo, que llenaremos de lo que se ofrezca.» Cuando se hubo extendido sobre la tierra, él, habituado a una cama suntuosa, Rama, dijo a Sumitri estas palabras memorables: «En verdad, ahora el gran rey reposa mal, ¡oh Lakshmana!, mientras que sus deseos cumplidos, Kaikeyí debe de estar satisfecha. La reina Kaikeyí, en su pasión por dominar, viendo a Bharata llegado al trono, ¿no atentará contra los días del monarca? Sin defensor, viejo, privado de mi presencia, ¿qué hará dominado por su pasión por Kaikeyí, de la que es esclavo? Considerando el infortunio de este príncipe y el extravío de su espíritu, pues el amor es más fuerte que el interés y el deber; he aquí lo que me digo: «qué hombre, por insensato que fuese, qué padre, a causa de una mujer, expulsaría a un hijo deferente a sus deseos, ¡oh Lakshmana!, como yo? Pues bien, ¡ojalá sea feliz Bharata con su tierna esposa, el hijo de Kaikeyí, él, sólo gobernando como soberano a los alegres kosalas! El será el único felicitado en todo el Imperio estando nuestro padre abrumado por la vejez y yo desterrado en el bosque. Todo el que se aparte del interés y del deber para aferrarse al placer no tarda en sufrir la suerte del rey Dasaratha. A mi juicio, Kaikeyí no ha entrado en nuestra casa, ¡oh querido amigo!, sino para la pérdida de Dasaratha, para mi destierro y para la entronización de Bharata. Además, ahora Kaikeyí, enloquecida a causa de la embriaguez del éxito, va a atormentar a Kausalyá y a Sumitrá por culpa mía. A cau-

sa de nosotros, tu madre, la reina Sumitrá, va a ser desgraciada; por consiguiente, en cuanto amanezca mañana te volverás a Ayodhya, ¡oh Lakshmana! Sólo con Sitá yo me internaré en los bosques. Kausalyá no tiene tampoco protector; tú la servirás de tal. La perversa Kaikeyí, en su odio, cometerá toda iniquidad, ¡oh príncipe virtuoso!, dará veneno a tu madre y a la mía. Seguramente mi madre, en otra existencia, querido Sumitri, debió privar a otras madres de sus hijos cuando hoy le ocurre esta desgracia. Tras haberme criado y educado con trabajo, Kausalyá me ve separado de ella en el momento de recoger el fruto de sus cuidados, ¡ay de mí! ¡Pueda ninguna mujer, ¡oh Sumitri!, dar a luz un hijo semejante a mí, que causo a mi madre una pena continua! Tengo por cierto que estaba más vinculada a su madre que yo, ¡oh Lakshmana!, la corneja de la que se cita el dicho: «Loro, muerde al enemigo en la pata.» Esta pobre desgraciada, que ya no tiene hijo, puesto que yo, su hijo, en nada la puedo socorrer, ¿qué puedo hacer por ella, dime, oh tú, vencedor de tus enemigos? En verdad que no es dichosa Kausalyá, mi madre, privada de mi presencia. El exceso de su infortunio la ha precipitado en el océano de dolores en que está sumergida. Sola cual la veo, Ayodhya, a la Tierra misma, ¡oh Lakshmana!, la atravesaría con mis flechas llevado de mi cólera; pero mi valor aquí no tendría razón de ser. Es por temor a cometer una injusticia y teniendo en cuenta el otro mundo, ¡oh guerrero irreproachable!, por lo que no quiero ahora dejarme consagrar.»

Largo tiempo continuó en la soledad estas quejas y otras del mismo género, el rostro bañado en lágrimas, hundido en el dolor, durante la noche; luego calló. Cuando Rama, semejante a un fuego sin llama y a un mar inmóvil, hubo cesado en sus lamentaciones, Lakshmana se esforzó en consolarle: «En verdad, actualmente la ciudad de Ayodhya, ¡oh Rama, el más valiente de los guerreros!, despojada está de todo brillo a causa de tu partida; es como una noche sin Luna. Pero no debes, ¡oh Rama!, afligirte de este modo. Nos angustias a Sitá y a mí, ¡oh toro de los hombres! Sin ti, ni Sitá ni yo, ¡oh Raghava!, no podríamos vivir ni una hora; lo mismo que dos peces fuera del agua. Mi padre, Satruñá. Sumitrá, ¡oh azote de tus enemigos!, no desco volverlos a ver, ni siquiera el Cielo mismo si ha de ser lejos de ti.»

Tras estas palabras, los virtuosos esposos se extendieron uno cerca del otro sobre el lecho, que en su presencia, Lakshmana les había cuidadosamente preparado no lejos de allí, al pie del nyagrodha, y en él se reposaron. Tras haber escu-

chado las buenas palabras de Lakshmana, relativas a su permanencia en el bosque, el azote de sus enemigos, Raghava, resolvió pasar los catorce años enteros aplicándose a su deber durante todo aquel espacio de tiempo considerable. En medio de aquel vasto bosque desierto, los dos poderosos vástagos de la raza de Raghú no sintieron espanto ni turbación, semejantes a dos leones que habitan los flancos de la montaña.

## SARGA LIV

### ENTREVISTA DE RAMA CON BHARADVAJA

Tras haber pasado al pie de aquel gran árbol una noche dichosa, al levantar del inmaculado Sol, alejaronse de aquel lugar, llegando al sitio donde el Yamuná se arroja en el Bhagirathí (el Gangá), y se adentraron en un bosque inmenso (*sumahad vanam*). Los ilustres desterrados advirtieron esto, así como la cantidad de regiones y de residencias encantadoras que no habían visto antes. Admirando con ojos tranquilos los árboles variados y floridos, Rama, el día a punto de acabar, dijo a Sumitri: «No lejos del Prayaná (230), mira, ¡oh Sumitri!, esa columna de humo, indicio de un fuego intenso. Para mí, hay un asceta en las inmediaciones. Llegamos a la confluencia del Gangá y del Yamuná, pues se oye el ruido de las dos corrientes que se entrecrocán. He aquí pedazos de madera hendidos por los leñadores, habitantes de este apartado bosque, y una porción de árboles derribados de todas clases.»

Los dos guerreros, los arcos en la mano, avanzaron alegremente. El Sol bajaba cuando, en la unión del Gangá y del Yamuná, alcanzaron el retiro del muni. Rama se acercó a la ermita, espantando al hacerlo a gacelas y pájaros. Un sendero le condujo al cabo de un instante junto a Bharadvaja. Los dos héroes, seguidos de Sitá, llegaron a la ermita deseosos de ver al muni, deteniéndose primeramente a cierta distancia. Luego, acercándose al magnánimo rishi, al que rodeaban una multitud de discípulos, personaje austero, dado a la contemplación, la mirada aguzada por el ascetismo, que había encendido el fuego del sacrificio, el afortunado Rama, haciendo el anjali, acompañado de Sumitri y de Sitá, le saludó. El hermano mayor de Lakshmana se dio a conocer al eremita: «¡Oh bienaventurado!, somos los dos hijos de Dasaratha, Rama y Lakshmana. He aquí a mi esposa, la virtuosa Vaidehí, la irrepro-

chable hija de Janaka, que me ha seguido a esta soledad forestal. He sido desterrado por mi padre, y Sumitri, mi joven y bienamado hermano al que ves aquí, se une a mis pasos lleno de abnegación. Por orden paternal, nos internamos, ¡oh bienaventurado!, nos hundimos en la soledad de los bosques para practicar en ellos la ley y no vivir sino de raíces y de frutas.»

Cuando hubo oído este lenguaje del prudente príncipe, el magnánimo asceta les ofreció a todos la vaca, el arghya y el agua (231). El asceta perfecto les dio diversas clases de alimentos y de brebajes, compuestos aquéllos de raíces y de frutos silvestres, e hizo que les preparasen un lugar de reposo. Rodeado de gacelas, de pájaros y de munis, el solitario dio de este modo la bienvenida a Rama. Luego, una vez rendidos estos homenajes a Raghava, Bharadvaja le dirigió un discurso conforme al deber: «Desde hace mucho tiempo, ¡oh Kakutstha!, preveía tu llegada; ya tenía noticia de tu injusto destierro. Este lugar solitario, en la confluencia de dos grandes ríos, es puro y encantador. Quédate aquí para tu felicidad.»

Así le habló Bharadvaja. El Raghava Rama, que se complacía en ser útil a todos, le dio esta hermosa respuesta: «Bienaventurado, mi país está en las inmediaciones, mis compatriotas, sabiendo que pueden fácilmente venir a verme, vendrían tal creo, a esta soledad a visitarnos a Vaidehí y a mí; a causa de esto no me conviene quedarme aquí. Indícame, ¡oh bienaventurado!, otro retiro afortunado en lugar desierto, donde pueda estar a gusto Vaidehí, la hija de Janaka, que merece ser dichosa.»

Cuando hubo oído este memorable lenguaje de Raghava. Bharadvaja, el gran muni, le dijo estas palabras llenas de buen sentido: «A diez krosas de aquí, hijo querido, hay una montaña que podrás habitar. Es frecuentada por grandes rishis, comarca santa y su aspecto magnífico. Golangulas viven en ella. También se ven vanaras y tokshas (232). Es el Citrakuta, que asemejase al Gandhamadana. Mientras se advierten las cimas del Citrakuta se es feliz y el espíritu no se extravía. Numerosos ascetas, tras haber vivido allí cien años, subieron al Cielo en virtud de su tapás, con Kapalasisras. Creo que esta soledad sería para ti un retiro agradable; o bien, habita, ¡oh Rama!, este bosque conmigo.»

Bharadvaja proveyó con alegría a todos los deseos de Rama, su querido huésped, al que su esposa y su hermano acompañaban. Mientras que en Prayaná, Rama, en esta entrevista con el gran rishi, discutía sobre propósitos variados, la noche santa llegó. Kakutstha, tercero con Lakshmana y Sitá, muerto de

fatiga y acostumbrado a lo confortable, pasó una noche feliz en el encantador eremitorio de Bharadvaja. Cuando el alba llegó, el tigre de los hombres, abordándole, dijo al asceta Bharadvaja, el del brillante tapás: «¡Oh bienaventurado de tan leal natural!, acabamos de pasar la noche en tu eremitorio: ahora permítenos alcanzar nuestro retiro definitivo.»

Habiendo transcurrido la noche, Bharadvaja dijo: «Retírate al Citrakuta, donde abunda la miel, las raíces y las frutas. Es un sitio que, seguro estoy, te gustará, ¡oh Rama, poderoso guerrero!, con sus bosquecillos de árboles de todas clases, los kinnaras y las serpientes que le habitan, los pavos reales que le hacen retumbar con sus gritos, los reyes de los elefantes que le frecuentan. Retírate al Citrakuta, este monte célebre, puro, agradable, abundante en raíces y frutas. Allí, tropces de elefantes y gacelas diviértense en sus claros; en ellos los verás, ¡oh Raghava! Cuando te pasees con Sitá por entre los ríos los torrentes, las colinas, las simas, los precipicios y las cascadas, tu corazón se alegrará. Este feliz, este excelente, este afortunado, este encantador asilo, resonante a causa del canto alegre de los koyashtibhas y de los kokilas, frecuentado por las gacelas y por numerosos elefantes, borracho de mada, vete a habitarle con los tuyos.»

## SARGA LV

### RAMA ATRAVIESA EL YAMUNÁ

Tras haber pasado la noche en Prayana, los dos príncipes vencedores de sus enemigos, tras saludar al gran rishi, se dirigieron hacia la montaña del Citrakuta. El gran rishi les bendijo cuando les vio dispuestos a partir, como un padre a los hijos nacidos en su seno. Entonces el gran muni Bharadvaja, el del gran tapás, dio sus indicaciones a Rama, de quien el heroísmo formaba la esencia: «La confluencia del Gangá y del Yamuná franqueada, ¡oh toro de los hombres!, seguid el río Kalindí, que se dirige hacia el Oeste. De este modo caminaréis por la orilla del Kalindí, que corre a contra corriente, hasta encontrar sin dificultad un pasaje muy frecuentado, ¡oh Raghava!; allí construiréis una embarcación y atravesaréis el brillante río. Entonces encontraréis un nyagrodha colosal, de verde follaje, rodeado de numerosos árboles, llamado Syama y honrado por los siddhas. Sitá, en aquel lugar, haciendo el

anjali, recitará sus oraciones al acercarse al árbol, bien permanezca allí, bien continúe. Luego, a la distancia de un krosa, advertiréis un bosque negro compuesto, ¡oh Rama!, de dallakis, de badaris y de arbustos salvajes frecuentes al Yamuná. Este sendero de Citrakuta, adonde he ido con frecuencia, es encantador, cómodo, al abrigo de los incendios del bosque.»

Esto dicho, luego de haberlos indicado el sendero, el gran rishi se volvió. «Haremos tal cual dices», le respondió Rama, saludándole según se alejaba. El muni ido, Rama dijo a Lakshmana: «Felices somos, alegría a ti, de que este asceta se haya interesado por nosotros.» Tras estas palabras, los dos tigres de los héroes, habiendo deliberado, en su prudencia pusieron a Sitá delante, y de este modo llegaron al río Kalindí. Cuando hubieron alcanzado el Kalindí, río de curso rápido, ocupáronse al punto del medio de atravesarle. Los dos hermanos, con ayuda de pedazos de madera, construyeron una armadura con la que hicieron una inmensa armadía, llenando los intervalos de las vigas con lianas secas y recubriendo el todo con usiras. El valeroso Lakshmana, cortando tallos de cañas y ramas de jambú, sirvióse de ellas para consolidar la embarcación, y dio ánimos a Sitá. Entonces Rama, el hijo de Dasaratha, hizo subir a su bienamada, semejante a Sri, de belleza inimaginable, que estaba ligeramente emocionada. Luego, a su lado, Rama dispuso cuidadosamente el doble hábito de Vaidehí. sus adornos, la pala y el cesto. Después de haber instalado ante todo a Sitá en la balsa, los dos hijos de Dasaratha se lanzaron a la empresa, y reuniendo alegremente sus esfuerzos, atravesaron el río. Llegados a la mitad del Kalindí, Sitá le rindió homenaje: «¡Salud, ¡oh dios!, pueda atravesarte sana y salva; pueda mi esposo llegar al término de su promesa! Te ofreceré un sacrificio con mil vacas y cien jarros de surá cuando Rama haya entrado felizmente en la ciudad gobernada por Ikshvaku.»

Sitá, la de la maravillosa tez, habiendo invocado así al Kalindí, haciendo el anjali, alcanzó la orilla derecha. De este modo, con ayuda de una armadía compuesta de numerosos árboles nacidos en sus orillas, atravesaron el brillante río. Yamuná, de impetuoso curso, enguinaldado de olas. Dejando la balsa y alejándose de las orillas, cubiertas de árboles, del Yamuná, llegaron al nyagrodha Syama, cuyo verde follaje estaba lleno de frescura. Vaidehí, acercándose al nyagrodha, le saludó de este modo: «¡Gloria a ti, oh gran árbol! ¡Pueda mi esposo alcanzar el cumplimiento de su voto! ¡Podamos volver a ver a Kausalyá y a la venerable Sumitrá!» Tras estas pa-



labras, la prudente Sitá, haciendo el anjalí, dio la vuelta en torno al nyagrodha.

Contemplando a Sitá suplicante, irreproachable, llena de ternura y deferencia, Rama dijo a Lakshmana: «Coge a Sitá y marcha delante, ¡oh hermano segundo de Bharata! Yo seguiré detrás con mis armas, ¡oh tú, el mejor de los hombres! Todas las frutas, todas las flores que te pida la hija de Janaka, Vaidehí, dáselas con objeto de alegrar su corazón.»

Cada vez que encontraba un árbol, una zarza, una liana con algunas flores que no conocía, la joven preguntaba a Rama. Numerosas y encantadoras plantas de todas clases, cargadas de flores, Lakshmana, a petición de Sitá, cogió para ésta. El aspecto del río con sus playas encantadoras cubiertas de arena y de agua, rumoroso a causa de los gritos de las garzas reales y de los cisnes, agradó a la hija de Janaka. Alejándose la distancia de un krosa, los dos hermanos Rama y Lakshmana recorrieron el bosque del Yamuná, matando numerosas gacelas, buenas para los sacrificios. Cazando de este modo en el soberbio bosque, al que una multitud de pavos reales llenaban de gritos y al que frecuentaban elefantes y monos, alcanzaron un sitio recogido, donde no tardaron en encontrar un abrigo cuya vista les encantó.

## SARGA LVI

### LAKSHMANA CONSTRUYE UNA CABAÑA

Transcurrida la noche, el toro de los Raghús despertó dulcemente a Lakshmana, que dormía con sueño ininterrumpido: «Sumitri, escucha el armonioso concierto que resuena en este bosque. Ea, arriba, ya es hora de levantarse, ¡oh azote de tus enemigos!»

El durmiente, apenas despertado por su hermano, sacudió, al mismo tiempo que el deseo de dormir, la torpeza y la fatiga que eran su causa. Entonces, levantándose, hicieron todos sus abluciones en las afortunadas aguas del río; luego tomaron el camino del Citrakuta, frecuentado por los rishis. Cuando estuvo levantado, Rama, así como Sumitri, aquél dijo a Sitá, la de los ojos grandes como la hoja de kamala: «¡Oh Vaidehí! ¡Mira por todas partes estos árboles floridos, semejantes a antorchas encendidas! ¡Contempla los kimsukas con sus diademas de flores, es el fin del invierno! Mira los bhalla-

takas, los bilvas desdeñados por la gente; míralos inclinados bajo el peso de frutos y flores que nos permitirán subsistir. Mira tú, Lakshmana, la miel que las abejas han depositado en cada árbol y que es recogida en vasos pronto llenos. El natyuhá grita, el sikhin le responde en este bosque encantador, tapizado de flores. Con sus tropeles de elefantes que le pueblan, las bandadas de pájaros que le llenan con sus cantos, contempla al Citrakuta, montaña de elevada cima. Esa meseta unida, encantadora, cubierta de numerosos árboles, pura, y todo este bosque del Citrakuta será para nosotros, amigo, una agradable residencia.»

Según iban caminando a pie, con Sitá, los dos hermanos llegaron a la maravillosa roca, al Citrakuta, lleno de encantos. Llegaron a esta montaña cubierta de pájaros numerosos de diversas especies, abundante en raíces y en frutas deliciosas, con sus aguas frescas, excelentes: «Esta hermosa montaña, amigo, de árboles y arbustos variados, abundante en raíces y frutas, encantadora, paréceme una mansión preciosa. Ascetas magnánimos la habitan. Ese montón de rocas será para nosotros asilo seguro, amigo; quedémonos aquí.»

Tras estas palabras, Sitá, Rama y Lakshmana, haciendo ei anjalí, entraron en la ermita de Valmiki y le saludaron los tres. El gran rishi, lleno de gozo y conociendo su deber, les hizo una acogida excelente: «Permaneced aquí», les dijo, tras haber preguntado a Rama si todo marchaba bien. El señor de los grandes brazos, el hermano mayor de Lakshmana, dijo a éste cuando hubo, según la costumbre, aprendido por el asceta lo que le concernía: «Lakshmana, ve a buscar trozos de madera bien sólidos y apropiados, y construyamos una habitación aquí, amigo; este lugar place a mi alma.»

Habiendo recibido esta orden, Sumitri, el vencedor de sus enemigos, se fue a traer árboles de diversas clases, y construyó una cabaña con ellos y follaje. Cuando la vio dispuesta, la puerta atada, todo de buen aspecto, Rama dijo al diligente y dócil Lakshmana: «Vamos a tomar la carne de un ena para ofrecérsela a la divinidad de nuestra cabaña. El Vastusamana (233) se impone, ¡oh Sumitri!, a los que desean vivir mucho tiempo. Muerto el antílope, tráele al punto, ¡oh Lakshmana, de hermosos ojos! El rito debe ser cumplido según los Sastras, acuérdate de la ley.»

Cuando supo la voluntad de su hermano, Lakshmana, el matador de los guerreros enemigos, hizo lo que le había sido ordenado. Rama le dijo de nuevo: «Pon a cocer (*sritah*) el

ena; se lo ofreceremos a la divinidad de la cabaña. Date prisa: es el momento propicio, el día de Dhruva» (234).

Lakshmana, el glorioso Sumitri, habiendo dado muerte a un antilope negro (*krishno mrigo*), propio para el sacrificio, le arrojó en el fuego encendido. Cuando le vio asado a punto, que ya no quedaba sangre, Lakshmana dijo al tigre de los héroes: «¡Oh Raghava!, el antilope negro, todo entero, está perfectamente asado, ¡oh tú, que te asemejas a un dios entre las divinidades!, procede al sacrificio, pues tú eres experto en ello.»

Habiéndose bañado bien, Rama, atento y piadoso, instruido en los rezos, recitó la colección completa de los mantras, preliminares del sacrificio, sacrificando en honor de todas las tropas de los devas; luego entró puro en la cabaña. Rama, cuya gloria no conocía medida, sintió penetrar la alegría en su corazón. Tras la ofrenda a los vesvedevas, la de Rudra y la de Vishnú, el empleo de las bendiciones capaces de asegurar la paz de una morada, los rezos rituales, el baño sagrado en el río Rama hizo una última oblación para que los pecados fuesen borrados. La instalación litúrgica de la vedí, los caytias, los recintos sagrados propios de una ermita, todo lo arregló Raghava. Aquella cabaña cubierta de follaje, de hermoso aspecto, hábilmente construida según las reglas, inaccesible a los vientos, todos entraron juntos decididos a habitarla; cual las tropas de los dioses entran en la sala Sudharma. En presencia del maravilloso Citrakuta, de este río del Malyavatí, de hermosos tirthas, frecuentado por gacelas y pájaros, Rama se sintió lleno de alegría, y su destierro fuera de Ayodhya cesó de afligirle.

## SARGA LVII

### REGRESO DE SUMANTRA

Tras haber hablado largamente, lleno de tristeza, con Sumantra de Rama, que habíase quedado en la orilla derecha del río, Guha volvió a su morada. Los emisarios regionales del príncipe diéronle cuenta de la llegada de Rama y de sus compañeros a Prayaga, junto a Bharadvaja, y la hospitalidad que allí habían recibido; luego su marcha hacia la montaña.

Sumantra, tras despedirse de Guha, enganchó sus excelentes caballos y partió hacia la ciudad de Ayodhya con el corazón profundamente apenado. Miraba, todo preocupado, los bosques

perfumados, los ríos, los estanques, y atravesaba a toda prisa aldeas y ciudades. La tarde del segundo día, el escudero, al llegar, encontró la ciudad de duelo. Viéndola semejante a un desierto, silenciosa. Sumantra, lleno de ansiedad, se preguntó presa de violenta angustia: «La ciudad con sus elefantes, sus caballos, sus habitantes, sus príncipes, ¿no habrá sido consumida por el fuego de la pena que la causa el doloroso infortunio de Rama?» Absorbido por este pensamiento, el suta llegó con sus corceles rápidos a la puerta de la ciudad, en la que se apresuró a entrar. Entonces, precipitándose hacia el escudero Sumantra centenares de millares de hombres, le preguntaron corriendo tras él: «¿Dónde está Rama?» A lo que él respondió: «A orillas del Gangá, a pesar de mis solicitudes, Raghava, el virtuoso y magnánimo héroe, me ha despedido y he tenido que volver. En cuanto a ellos, han franqueado el río.» Oyendo esto, con la cara llena de lágrimas, exclamaron lamentándose: «¡Ah, qué desgracia! ¡Oh, Rama, Rama!» Tales fueron sus gritos.

Oía a aquella gente, reunidos en grupos, hablar de este modo: «¡Perdidos estamos sin remedio, puesto que no vemos ya a Raghava! En las ceremonias votivas, en los sacrificios, en los matrimonios, en medio de las grandes asambleas, ¡ay!, ¡ya no volveremos a ver al virtuoso Rama! ¿Qué podrá en adelante suceder de bueno a este pueblo, de agradable, de ventajoso?, nos preguntamos. Rama protegía la ciudad como un padre». Sumantra fue también testigo de los lamentos de las mujeres que se asomaban a sus ventanas, o en los mercados, y que se desolaban a propósito de Rama. Por todo ello, con el rostro descompuesto, siguiendo el centro de toda la calle real, fue hasta la mansión del rey Dasaratha. Allí bajó rápidamente de su carro, entró en el palacio real y atravesó siete patios que llenaban los oficiales principales. Desde el medio de los harnas, de los vimanas y de las prasadas (235), cuando las mujeres le vieron llegar, aquellas mujeres a quienes la ausencia de Rama atormentaba, exclamaron: «¡Ay!, ¡ay!» Sus grandes y hermosos ojos ahogados estaban en torrentes de lágrimas; en el exceso de su aflicción, no se reconocían distintamente unas a otras. De los palacios llegaron por todas partes a los oídos de Sumantra las lamentaciones ahogadas de las esposas de Dasaratha, llenas de dolor, a propósito de Rama: «Partido con Rama y vuelto sin él, ¿qué responderá el suta a las angustias cuestiones de Kausalyá?» He aquí lo que se preguntaba cada una de ellas, añadiendo: «Así, no hay duda, la existencia es insostenible para Kausalyá, asimismo su muerte no será

dichosa seguramente, puesto que sobrevive a la caída y al destierro de su hijo.»

Cuando oyó este significativo lenguaje de las esposas del rey, Sumantra fue, por decirlo así, consumido de pena; ai punto entró en el palacio. Tras haber franqueado el octavo recinto, advirtió en su blanca morada al afligido monarca abatido, lleno de dolor a propósito de su hijo. Acercándose al rey, que estaba sentado, Sumantra le saludó y le repitió fielmente las palabras de Rama. El rey le escuchó silencioso, con el espíritu extraviado; luego cayó desfallecido por el suelo, sucumbiendo al pesar que le causaba la ausencia de Rama. Entonces en el gineceo, lleno de dolor, al ver al rey sin conocimiento y yaciendo por tierra, levantando los brazos y lanzando gritos, ayudada de Sumantra, Kausalyá levantó a su marido extendido por tierra y le habló de este modo: «¡Oh poderoso rey!, ¿por qué no respondes al mensajero que te envía, desde el bosque en que mora aquel que ha emprendido una tarea tan difícil? Tras haber causado esta desgracia, ahora permaneces confundido, ¡oh Raghava! Levántate. Y ¡ojalá puedas prosperar!, con objeto de que tu corte no siga en la angustia. ¡Oh rey!, puesto que aquella delante de la cual temerías preguntar al escudero noticias de Rama, Kaikeyí, no está aquí, habla sin miedo.»

Este discurso, dirigido al gran rey, hecho, Kausalyá, entregándose al dolor, cayó al suelo de pronto entre llantos y gemidos. Viendo a la dolorida Kausalyá yaciendo por tierra, en presencia de su esposo, todas las reinas se lamentaron a una. Y al oír aquel clamor que salía del gineceo, los hombres, viejos y jóvenes, y todas las mujeres gimieron por todas partes; la ciudad quedó turbada de nuevo.

## SARGA LVIII

### SUMANTRA REPITE A DASARATHA LAS PALABRAS DE RAMA

El rey, vuelto en sí de su desmayo y de su extravío, reunió sus recuerdos y mandó venir al suta para interrogarle sobre Rama. El suta, haciendo el anjalí, se presentó delante del gran rey, que lloraba por Rama, agobiado por el peso de la desgracia y de la pena. Abrumado por la edad y por la desesperación, semejante a un elefante recién capturado, gimiendo y preocupado como un elefante enfermo, el rey dijo, en el exceso

de su dolor, al suta, cubierto de polvo, de pie ante él, triste y con el rostro bañado en lágrimas: «El virtuoso Raghava ¿dónde habitará en adelante, él, que no tiene otro asilo que la raíz de los árboles? El que vivía en una extremada abundancia, ¡oh suta!, ¿qué comerá? El, que ignoraba la desgracia, hele ahora a la desgracia entregado, ¡oh Sumantra! Habitado a un lecho lujoso, ese hijo del dueño de la Tierra, ¿cómo, en adelante, podrá dormir en el suelo, semejante a un hombre sin asilo? El, que cuando viajaba, iba escoltado de infantes, de carros y de elefantes, Rama, ¿cómo podrá vivir en un bosque deshabitado? En ese bosque poblado de elefantes y de fieras, donde pululan las negras serpientes, ¿cómo los dos jóvenes príncipes, con Vaidehí, podrán morar? En compañía de la tan joven y venerada Sitá, ¡oh Sumantra!, ¿cómo estos dos príncipes, privados ya de su carro, podrán viajar a pie? ¿Suerte has tenido tú, oh suta, tú, que has visto a mis hijos entrar en el bosque como los dos Asvins en el Mandara! ¿Qué ha dicho Rama? ¿Qué ha dicho Lakshmana, ¡oh Sumantra!, al entrar en el bosque? ¿Qué ha dicho, Maithilí? El sitio, la cama, el alimento de Rama, ¡oh suta!, háblame de todo ello, y así viviré, como Yayatí, entre los sadhus» (236).

El suta, instigado de este modo por las preguntas del monarca, le respondió con voz temblorosa, ahogada por los sollozos: «Gran Rey, Raghava, siempre fiel a su deber, me dijo, haciendo el anjalí con la cabeza inclinada: ¡Oh suta!, en mi nombre, saluda de la cabeza a los pies augustos a mi padre, cuya grandeza de alma es conocida. A todas las mujeres del harén, ¡oh suta!, también las saludarás de mi parte; a todas, indistintamente, les presentarás mis respetuosos deseos de prosperidad, tal cual conviene. En cuanto a mi madre, Kaulsayá, la hablarás de mi felicidad, deferencia, abnegación, y la dirás esto: Afianzada en el deber, ocúpate cuidadosamente, en el tiempo fijado, del añagara; ¡oh reina!, vela a los pies del rey, como por una divinidad. Despojada de egoísmo y de orgullo, vive en medio de las reinas; ¡oh madre!, honra a Kaikeyí para que no pierda crédito junto al rey. Al joven Bharata hay que tratarle como a soberano. Incluso cuando no son los primogénitos, los reyes deben ser obedecidos; es el privilegio de la realeza acuérdate de ello. Saluda a Bharata y dile en mi nombre: Ten para todas nuestras madres las consideraciones que les son debidas. Recomendando aún a ese guerrero de los grandes brazos, que hace el gozo de la raza de Ikshvaku: En tu cualidad de asociado al trono, asiste a tu padre en el poder. El rey está agotado por los años; pero, no obstante, no le depongas. Como

asociado a la corona, vive en la observancia de su voluntad. Añadió, y sus llantos redoblaron: Di aún a Bharata: A mi madre, considérala como a tu madre; ella, que siente tanto la ausencia de su hijo.»

Tal fue el lenguaje que escuché de ese guerrero, el de los grandes brazos, el ilustre Rama, el de los ojos anchos como los pétalos del loto, que hablándome se deshacía en lágrimas. Pero Lakshmana, transportado de furor, dijo, suspirando: «¿Por qué crimen ha sido desterrado este príncipe? Cierto es que el rey, demasiado dócil a la voluntad de Kaikeyí, ha hecho lo que no hubiera debido hacer, pero no por ello sufrimos menos. Que Rama sea desterrado, porque el rey cede a su amor por Kaikeyí, o porque ha tenido que concederle el favor que ella pedía, de todas maneras es un acontecimiento funesto, que se haya obrado tal cual se ha obrado, de acuerdo con el capricho del Amo; pero no veo razón alguna para el destierro de Rama. El destierro de Raghava, decidido ilegalmente por irreflexión y ligereza de espíritu, levantará infinitas protestas. Para mí, en adelante, en el gran rey no veo ya un padre; el que es para mí un hermano, un amo, un aliado, un padre, es Raghava. Desterrando a Rama, a quien todo el mundo ama, ¿cómo mediante tal acto el rey, que hasta aquí complaciase en hacerse útil a todo el mundo, conservará el afecto del pueblo? Desterrando al virtuoso Rama, al que mimaban todos sus súbditos, ante la reprobación universal, ¿cómo podrá mantenerse el rey? En cuanto a Janakí, ¡oh gran rey!, que suspiraba abrumada por la tristeza, el espíritu como extraviado por los bhutas, y que se mantenía separada y como en el olvido, princesa venerable que hasta entonces ignoraba el infortunio y a la que su desgracia arrancaba suspiros, ella no me dijo ni una palabra. Llevando sus miradas hacia su marido, el rostro ajado por la pena, no cesaba de gemir, al verle adentrarse en el bosque. Así me habló Rama, el rostro bañado en lágrimas, haciendo el anjali, de pie, apoyado en el brazo de Lakshmana. Así gemía la infortunada Sitá, con los ojos fijos en el carro real y en mí.»

## SARGA LIX

### DOLOR DE DASARATHA

«Mis caballos, a mi vuelta, negábanse a avanzar por el camino, vertían tiernas lágrimas por Rama, que habíase quedado en el bosque. Tras haber saludado con el anjali a los dos prin-

cipes, de pie, apoyado en mi carro, bajo el peso de la desgracia, allí quedé, junto a Guha, varios días, con esta esperanza: ¡Si Rama viniera a llamarme!, me decía. En tu Imperio, gran rey, este inmenso infortunio angustia hasta a los árboles, en los cuales las flores se ajan, así como los tallos y los brotes. Los ríos, los estanques, los lagos, se han agotado. Las hojas se han secado en bosques y sotos. Los animales ya no vagan de un lado para otro, las serpientes ya no se arrastran. En el dolor en que la hunde el infortunio de Rama, el bosque parece mudo. Las hojas de los pushkaras languidecen, los ríos arrastran aguas cenagosas; los estanques, cubiertos de lotos, no tienen sino flores desmayadas. Peces y pájaros han perdido toda fuerza. Las flores acuáticas, las que brotan en tierra y con las cuales son trenzadas las guirnaldas, ya no tienen su antiguo brillo; ni los frutos su aroma de antes. Aquí los parques están vacíos y los volátiles excitados. No he vuelto a encontrar encanto en los jardines deliciosos, ¡oh toro de los hombres! A mi vuelta a Ayodhya no he notado ningún signo de alegría; la gente, al no ver ya a Rama, gime sin cesar. ¡Oh príncipe!, al advertir de lejos el carro real de vuelta, sin Rama, la multitud entera, que colmaba el gran camino, tenía la cara bañada en llanto. Del seno de los harmyas, de los vimanas y de las prasadas, al ver el carro: «¡Ay!, ¡ay!» gritaban las mujeres, a quienes la ausencia de Rama desolaba. Sus grandes y hermosos ojos ahogados en un torrente de lágrimas, las mujeres en su aflicción, no se reconocían distintamente unas a otras. Yo también, en mi dolor, incapaz soy de discernir los amigos de los enemigos y de los indiferentes. Los hombres, privados de toda alegría; los elefantes y los caballos, de duelo; la ciudad, agotada a fuerza de gemir y de suspirar, se calla. En su desolación, ¡oh gran rey!, en la aflicción que le causa el destierro de Rama, Ayodhya pareceme, como Kausalyá, privada de hijo.»

Cuando hubo oído al suta, el rey, con voz profundamente triste, ahogándose en sollozos, le respondió: «Encadenado por la perversa Kaikeyí, perversa de origen, por naturaleza, no he consultado la opinión de los ancianos, consejeros hábiles. Mis amigos, mis ministros, así como a los mercaderes, no los he consultado; este acto es el que he cometido en mi locura, a causa de una mujer. O más bien es la fatalidad, la casualidad. ¡oh suta!, el autor de esta gran calamidad, para la pérdida de mi raza. Suta, si alguna vez te he hecho algún servicio, hazme que pronto vuelva a encontrar a Rama, pues siento que los alientos vitales me abandonan. Sea cual sea la orden que haya



podido darte, trae a Raghava; sin Rama no podría vivir un solo instante. O, mejor, pues el héroe de los grandes brazos estará ya muy lejos, súbeme pronto en tu carro y llévame hasta donde está Rama. El hermano mayor de Lakshmana, el de los dientes redondeados, el del gran arco, ¿dónde está? Si vivo, ¡pueda verle a mi placer en compañía de Sitá! ¿Habrá algo más triste? ¿Más triste que esta situación en que no puedo ver aquí a la alegría de los Ikshvakus? ¡Raghava! ¡Oh Rama! ¡oh hermano joven de Rama! ¡oh desgraciada Vaidehi! ¡No sabéis que muero de dolor como un abandonado!»

El rey, el espíritu extraviado por la angustia, unido en un mar infranqueable de desolación, habló aún así: «Teniendo como gran corriente el infortunio de Rama, el alejamiento de Sitá como límite extremo, por olas tumultuosas suspiros y por aguas agitadas torrentes de lágrimas; la agitación de los brazos por peces, los gritos de angustia por clamores, los cabellos desatados por saívalas, Kaikeyí como boca de Vadava (237); mis lágrimas abundantes, como fuente; las palabras de la jorobada, como monstruosos cocodrilos; como último, río el destierro de Rama por esta mujer perversa: tal es el océano de dolor, infranqueable para todo ser vivo, ¡oh divina Kausalyá!, en el cual me hunde la ausencia de Raghava. ¡Qué desgracia no poder, a pesar de mi deseo, contemplar en adelante a Raghava, como tampoco a Lakshmana!» El ilustre monarca, hablando así, cayó de pronto al suelo, desvanecido. Gimiendo de este modo, el monarca perdió el conocimiento. Aquel redoblar de quejas a propósito de su hijo, sembró de nuevo el espanto en el alma de la divina madre de Rama.

## S A R G A L X

### SUMATRA SE ESFUERZA POR CONSOLAR A KAUSALYÁ

Agitada por temblores convulsivos, como si los bhutas la poseyesen, Kausalyá, dejándose caer a tierra, casi sin vida, dijo al suta: «Llévame adonde están Kakutsstha, Sitá y Lakshmana. Sin ellos no puedo ya vivir un solo instante. Vuelve rápidamente tu carro y condúceme al Dandaka. Si no me reúno con ellos, me iré a la mansión de Yama.»

Con voz estrangulada por los sollozos, apagada, el suta, haciendo el anjalí, respondió a la reina, para consolarla: «Desecha la pena, el extravío, la desesperación nacida del infortu-

nio. Es precisamente sacudiendo su dolor como Raghava vivirá en el bosque. En cuanto a Lakshmana, honra los pies de Rama allí; gracias a ello, este príncipe virtuoso, los sentidos domados, ganará la suprema mansión. En aquel bosque solitario. Sitá permanece como si estuviera rodeada de casas. Se siente enteramente segura y su corazón reposa en Rama. No se advierte la menor tristeza en Vaidehí; diríase una habituada a tales peregrinaciones. Tal cual antes Sitá gustaba de pasearse por los bosquetes de la ciudad, así complácese ahora en los bosques desiertos. Lo mismo que una jovencita, alégrase Sitá, cuyo rostro es semejante a la Luna llena. En cuanto a Rama, créeme, en medio de aquella soledad silvestre, su alma libre está de aflicción. Rama es dueño del corazón de Sitá; de él depende su existencia. Ayodhya, puedes creerlo, sin Rama sí que sería para ella un verdadero bosque. Vaidehí, al ver los caseríos, las ciudades, el curso de los ríos y los árboles de diversas especies, interroga ora a Rama, ya a Lakshmana. Janakí instruyóse de este modo, cual si estuviese en un Vihara, en un Krosa de Ayodhya. Me acuerdo muy bien de las conversaciones de esta princesa; lo que ha podido decir de Kaikeyí no lo recuerdo ahora.»

De este modo, callando lo que su extravío había inspirado a Sitá, el escudero no decía a la reina sino palabras reconfortantes y agradables. Aún añadió: «El camino, la violencia del viento, la fatiga, el calor no han destruido la tez de Vaidehí, que tiene el resplandor de los rayos lunares. Tal que el Sata-patra, brillante como la Luna cuando está llena, el rostro de la generosa Vaidehí no cambia. De un rojo brillante como la laca, bien que no esté teñidos con esta sustancia, aún hoy sus pies resplandecen como botones de loto. Agita como jugando los anillos de sus pies y balancéase andando, todavía, la hermosa Vaidehí, siempre adornada para agradar a su esposo. Al ver a un elefante, a un león, a un tigre, en medio del bosque, no siente el menor espanto; el brazo de Rama la tranquiliza. No son, pues, dignos de compasión, como tampoco tú, ni siquiera el soberano. Esta historia, en el Mundo, durará siempre. Desterrando la pena, el corazón lleno de alegría, están plenamente afianzados en el sendero frecuentado por los grandes rshis, felices en el bosque, aliméntanse de frutos silvestres observando con ello la afortunada orden de su padre.»

A pesar de estas buenas palabras del suta, destinadas a calmarla, la reina, anonadada por el dolor maternal, no cesaba de gemir: «¡Oh mi bienamado!, ¡oh hijo mío!, ¡oh Raghava!»

## S A R G A L X I

## REPROCHES DE KAUSALYÁ A DASARATHA

Rama, que se complacía en el deber, el más excelente de los bienhechores, habiendo marchado al bosque, Kausalyá, en medio de su aflicción y entre grandes sollozos, dijo a su marido: «A despecho del buen renombre que has adquirido en los tres mundos, en los que por todas partes se dice: «Raghava está lleno de conmiseración, de generosidad, de amenidad», ¿cómo, ¡oh tú, el primero de los escogidos!, soportas que tus dos hijos y Sitá estén en el infortunio, ellos que han crecido en el seno de la opulencia? ¿Cómo permites que soporten la desgracia? Esa joven mujer, tan tierna, tan delicada, habituada a toda comodidad, Maithilí, ¿cómo podrá soportar el frío y el calor? Tras haber vivido de alimentos condimentados, sabrosos, ¿cómo Sitá, la de los grandes ojos, podrá nutrirse de nívvara silvestre? Tras haber escuchado conciertos de voces y de instrumentos, en tiempos de prosperidad, ¿cómo podrá soportar los clamores espantosos de los animales carniceros y de los leones? Brillante como el estandarte de Mahendra, ¿dónde descansará ahora el héroe poderoso, apoyado en su propio brazo semejante a una barra de puerta? La cara de Rama, color del loto, encuadrada en una soberbia cabellera, perfumada con el suave olor del loto, semejante a Pushkara, ¿cuándo le volveré a ver? Preciso es que mi corazón sea un corazón de diamante, no hay duda, puesto que, ahora que ya no veo a Rama, no se rompe en mil pedazos. Víctimas de tu barbarie, mis hijos, desterrados, que no merecen sino la felicidad, vagan infortunados por el bosque. Si Raghava vuelve en el quinceavo año y Bharata le abandona, reino y tesoro no aceptará. Los hay que, en el *śradha* (238), regalan ante todo a sus parientes; luego, y con objeto de cumplir su deber, piensan en invitar a los excelentes dos-veces-nacidos. Pero los virtuosos y sabios dos-veces-nacidos, semejantes a los suras, desdennan esta invitación tardía incluso si se tratase de néctar. Los restos mismos de los brahmanes hartos, los excelentes dos-veces-nacidos no los quieren, movidos por su sabiduría, como los toros no quieren que les amputen los cuernos. Del mismo modo, este reino del que habrá gozado el menor, ¿cómo el hermano mayor, el más digno, no le rechazaría? La presa, empezada por otro, el tigre no quiere tocarla; así ese tigre de los hombres rechazará lo que otro haya catado. El

soma, la manteca clarificada, la papilla de arroz, la hierba kusa y los postes de khadira; estos objetos, cuando han servido para un sacrificio, no pueden ya servir en un segundo. Así, este reino copado por Bharata, semejante a un jarabe vuelto insípido, Rama no podría quererle; es como un sacrificio privado de soma. Este trato indigno, Raghava no lo soportará, como un tigre no soportaría que le cortasen la cola. Los mundos aliados contra él en combate formidable, no le intimidarían. El Universo inclinado a la iniquidad, en verdad que el virtuoso héroe le sometería a su yugo leal. Ese valeroso guerrero, el de los grandes brazos, con sus flechas de oro consumiría a los mares mismos, como, al final de un Yuga, son consumidos los elementos. Ha sido a tal guerrero, que tiene la fuerza del león y los ojos de un toro, a ese toro de los hombres, al que su propio padre destruye, como un pez a su progenitura. El deber practicado por los dos-veces-nacidos, que leen en el *Sastra*, los eternos rishis, ¿lo ignoras tal vez tú, que has desterrado a tu hijo que complacía en el deber? El primer asilo de la mujer es su marido; el segundo, su hijo; el tercero, sus parientes, ¡oh rey!; cuarto asilo no tiene. Ahora bien tú nada eras para mí, Rama retirado se ha al bosque adonde yo no puedo ir. Parientes ya no tengo; luego me has perdido y falta estoy de recursos. Como has perdido tu reino y tu corona. Como has perdido a todos los tuyos, así como a tus consejeros. A mí me has perdido con mi hijo; a los habitantes de la ciudad los has perdido también. Tu hijo Bharata y tu esposa Kaikeyí solo ellos son tu alegría.»

A estos reproches, dirigidos con tono indignado, el rey exclamó, todo turbado: «¡Oh Rama!»; luego, el infortunado monarca cayó en violentísimo dolor, acordándose del daño que había cometido.

## S A R G A L X I I

### DASARATHA IMPLORA EL PERDON DE KAUSALYÁ

El rey, habiendo oído el duro lenguaje que le había dirigido. llena de cólera, la contristada madre de Rama, absorbióse en sombrías reflexiones. Tras haber permanecido mucho tiempo pensativo, con los sentidos trastornados, el monarca, azote de sus enemigos, volvió a adquirir consciencia de sí mismo. Vuelto en sí, lanzando profundos y ardientes suspiros, al ver a Kausalyá que estaba a su lado, volvió a caer en sus dolorosos pen-

samientos. Y, reflexionando, acordóse del crimen que había cometido en tiempos por ignorancia, lanzando un dardo en la dirección de un ruido. Quebrantado el corazón a causa de tal desgracia y de la que alcanzaba a Rama, el monarca, el gran rey, sintióse anonadado bajo un doble infortunio. Consumido por el doble dolor, el infortunado, temblando, hizo el anjalí ante Kausalyá, y con la cabeza baja, la dijo para calmarla: «Imploro tu perdón, Kausalyá; mira cómo hago el anjalí. Llena de ternura eres; tú jamás perjudicas a nadie, ni siquiera a tus enemigos. El marido, para las mujeres preocupadas de su deber, tenga o no cualidades, ¡oh reina!, es para ellas la divinidad hecha visible. Tú tienes siempre empeño en cumplir tu deber, tú supiste siempre discernir en el Mundo lo que hay de noble y lo que hay de vil; a pesar de tu pena, no debes dirigir reproches a un desgraciado.»

Cuando oyó este lenguaje plañidero del infortunado soberano, Kausalyá deshízose en llanto, como una gotera que deja correr el agua inmediatamente después de un aguacero. Lanzando gemidos y colocando su cabeza, como un loto, en las dos manos del rey que éste había juntado para hacer el anjalí, le dijo, temblando de emoción, con voz entrecortada: «Haz un signo con la cabeza diciendo que me perdonas; te conjuro a ello prosternada en el suelo. Tras tus súplicas perdida estoy, ¡oh rey!, ya no merezco tu indulgencia. No, no hay mujer aquí abajo que soporte que un marido sabio y venerado en los dos mundos, la haga excusas. Yo conozco mi deber, ¡oh tú, que conoces también el tuyo!, como conozco tu lealtad. Ha sido a causa del exceso de dolor a propósito de mi hijo por lo que te he hablado cual lo he hecho. La pena destruye la energía; el dolor, destruye la ciencia; la desgracia, lo destruye todo; no hay enemigo semejante al infortunio. Se soporta un golpe asestado, sin esperarlo, por un enemigo; pero soportar una pena que cae de improviso, por pequeña que sea, esto es imposible. He aquí cinco noches que Rama habita el bosque. A mí, en quien la angustia ha matado toda alegría, parece que son cinco años. Pensar en él aumenta el dolor de mi corazón, como los ríos que se arrojan con impetuosidad en el mar aumentan sus muchas aguas.»

Mientras que Kausalyá profería estas piadosas palabras, la luz del Sol se debilitaba y la noche llegaba. Consolado de este modo por las palabras de la divina Kausalyá, el rey, agotado por el dolor, dejóse vencer por el sueño.

## SARGA LXIII

## HISTORIA DEL JOVEN ASCETA

Despertado al cabo de un momento, el espíritu extraviado por la pena, el rey Dasaratha quedóse pensativo. El destierro de Rama y de Lakshmana hundía en la tristeza a aquel émulo de Vasava, como Rahú el asura hunde a Surya en las tinieblas. Rama, habiendo marchado con su esposa, el jefe de los kosalas, recordandon una antigua mala acción, quiso contársela a Kausalyá, la de las negras pestañas. El sexto día, luego de la marcha de Rama hacia el bosque, en medio de la noche, el rey Dasaratha acordóse de un crimen que había cometido en otro tiempo. El rey, agobiado por la pena, a causa de su hijo, reflexionando en aquella falta, dijo a Kausalyá, a la que su dolor maternal anonadaba igualmente: «Lo que se hace como bien o como mal, ¡oh bella e infortunada princesa!, el autor recibe él mismo el precio. Aquel que en el momento de emprender una obra no discierne la gravedad o la ligereza de sus consecuencias, buenas o malas, suele decirse que es un insensato. El hombre que tala un bosque de mangos y que riega otro de panasas, viendo sus flores, en su deseo de obtener frutos, se arrepiente cuando la estación llega. El que, sin prever el resultado, emprende un negocio, lo sentirá, como en tiempo de los frutos, el que ha cultivado el kimsuka. Yo, precisamente, he destruido un bosque de mangos para regar panasas, desterrando a Rama, en la estación de los frutos; y al punto he deplorado mi demencia. Cuando era joven e iba armado de mi arco, ¡oh Kausalyá!, tenía esta reputación: «El joven príncipe tirará en dirección al ruido», tal se decía. He aquí la falta que cometí. La catástrofe, ¡oh reina!, que me alcanza en este momento no es sino su consecuencia natural; es como el efecto de un veneno que locamente hubiese bebido en mi juventud. Semejante al que se deja seducir por los panasas, sufro las consecuencias imprevistas del acto que cometí obrando en la dirección del ruido. No te había desposado aún, ¡oh reina!, era el heredero presunto de la corona; la estación de las lluvias había llegado; ella iba a renovar mis placeres. Tras haber aspirado los jugos de la tierra y quemado el Universo con sus rayos, el Sol recorría la región temible, frecuentada por los Muertos. El calor pasado, al punto aparecieron las tempestuosas nubes que causaron general alegría entre las ranas, las

sarañas y los pavos reales. Mojada la parte de arriba de las alas, bañados como ascetas, los pájaros se refugiaban en los árboles de los que la lluvia o el viento sacudía la copa. Cubierta por el aguacero que caía sin cesar, la montaña, frecuentada por los sarañas embriagados, asemejábase a un montón de agua. Torrentes de olas puras, de color blanco, rojo o ceniciento, caían de las rocas de la montaña, serpenteando. El tiempo era extremadamente favorable. Armado de un arco y flechas, subí a mi carro, con el deseo de entregarme a mi ejercicio favorito, y me dirigí hacia el Sarayú. Mis sentidos indomados, no descaban sino matar, cuando llegada la noche vendrían a beber, un búfalo, un elefante, una gacela o una fiera cualquiera. Y he aquí que en plenas tinieblas oí un cántaro que se llenaba de agua. Ocurría fuera del alcance de mi vista, y creí que era un elefante que se agitaba en el agua. Entonces cogí una flecha de punta ardiente como la de un reptil venenoso y, deseoso de dar al elefante, la lancé en dirección al ruido. Lancé el acerado dardo, semejante al veneno de una serpiente, sí. Entonces, la voz penetrante de un solitario resonó en la penumbra: «¡Ay de mí!, ¡ay de mí!», y cayó al agua con el pecho atravesado. Aquella caída fue acompañada de gemidos humanos que decían: «¿Por qué atravesar con un dardo a un asceta como yo que ha llegado, de noche, a este río solitario para coger agua? ¿Quién me ha atravesado con el dardo? ¿A quién he podido hacer daño? Un rishi que ha renunciado a la violencia, y que vive, en el bosque, de frutos salvajes, ¿cómo se ha podido herir con una flecha a un solitario como yo, con los cabellos trenzados, el hábito de corteza de árbol y la piel de antílope? ¿Quién quería, pues, mi muerte, y qué daño he podido causarle? Esta maldad infructuosa, completamente inútil, en verdad que nadie aprobará; es como si un discípulo ensuciase el lecho de su gurú. No obstante, no lloro tanto por la pérdida de mi vida como por mi madre y por mi padre; es a ellos a quienes compadezco cuando pienso que voy a morir. Una y otro son ancianos, y, desde hace mucho tiempo, yo soy su sostén. Cuando haya entrado en los cinco elementos, ¿qué será de ellos? La misma flecha nos mata a mis ancianos padres y a mí. Los tres perecemos a mano de un insensato que no es dueño de él mismo.»

Cuando oí aquella voz plañidera, yo que no aspiraba sino a cumplir mi deber, arco y flechas, en mi turbación, escaparon de mis manos y cayeron a tierra. Oyendo los lamentos del asceta retumbar en medio de la noche, extraviado por la violencia de mi desesperación, fuera de mí, me lancé en la di-

rección de la voz, con el alma destrozada y el espíritu trastornado. Y advertí a la orilla del Sarayú al asceta herido, suelta la trenza, el cántaro volcado, el cuerpo manchado de polvo y de sangre, yaciendo, atravesado por la flecha. Entonces, levantando hacia mí los ojos, hacia mí, que temblaba todo turbado, me hablo de este modo: «¿Qué daño te he hecho, ¡oh príncipe!, en este bosque en que habito? Ha sido mientras cogía agua para mis gurús cuando me has herido. El mismo golpe que me hiere mortalmente alcanza también a dos ancianos privados de la vista, mi madre y mi padre; estos dos pobres ciegos me esperan para calmar su sed. ¡Larga y cruel espera, llenos de sed! ¿Es que ya no hay recompensa ni para el ascetismo, ni para la ciencia? Mi padre ignora que aquí estoy tendido, yaciendo por tierra, y, aunque lo supiese, ¿qué podría hacer, puesto que incapaz es de andar sin guía? Del mismo modo un árbol impotente es para socorrer a su vecino derribado. Pero ve al encuentro de mi padre y díselo todo, ¡oh Raghava!, aunque temas que te consuma, en su cólera, como un incendio violento. He ahí el único sendero, ¡oh príncipe!, que conduce a la ermita de mi padre. Ve y tranquilízate con objeto de que, llevado por su furor, no te maldiga. Pero antes, príncipe, desembaraза mi pecho de este agudo dardo. Me atormenta como la corriente a una orilla débil y elevada. Con el dardo clavado, mi respiración es dolorosa; el dardo fuera, será la muerte.»

«Así habló; yo pensé en la extracción de la flecha. Me sentía desdichadísimo, triste; el pesar me consumía. El rishi, el hijo del asceta, dióse cuenta de mi apuro, y me habló dulcemente para calmar mi angustia, pues estaba dotado de la ciencia más sublime: "Extendido, inmóvil, sin poder moverse, próximo a morir, quiero desterrar la tristeza y permanecer firme de alma. Expulsa de tu corazón el pensamiento cruel de haber matado a un brahmán. Yo no soy un Dos-veces-nacido, ¡oh príncipe!, por consiguiente, que tu espíritu no se turbe. Yo he nacido de una sudra y de un vaisya, ¡oh gran jefe de los hombres!"

«Cuando hubo hablado así con gran esfuerzo, el seno atravesado por el dardo, agitado por temblores convulsivos, sin movimiento, en el suelo, presa de atroces sufrimientos, le arrancó la flecha. El asceta me miró entre una suprema convulsión y exhaló el último suspiro. Viéndole con los miembros ensangrentados, lamentándose tan tristemente, el seno atravesado y que gemía sin cesar, extendido al borde del Sarayú, quedé, ¡oh afortunada princesa!, inmovilizado por el estupor.»



## SARGA LXIV

## DASARATHA MUERE DE DOLOR

El virtuoso Raghava, que deploraba aquel asesinato involuntario del gran rishi, dijo a Kausalyá: «Luego de haber cometido, por ignorancia, aquella mala acción, los sentidos turbados, una vez sólo, me dije a mí mismo: En adelante, ¡cómo podré ser dichoso! No obstante, llené el cántaro de agua excelente, y me fui a la ermita por el sendero indicado. Allí encontré a los pobres padres ancianos, ciegos, sin apoyo, como dos pájaros a los que hubiera cortado las alas. Estaban sentados, conversando, sin cansarse, a propósito de su hijo, su única esperanza, de la que por mi falta habían sido privados. En adelante, iban a estar sin apoyo. El espíritu turbado por el dolor, el corazón transido de espanto, sentí que mi angustia redoblabla al entrar en la ermita. Cuando oyó el ruido de mis pasos, el muni preguntó: «¿Por qué esta tardanza, hijo mío? Pronto, dame de beber. Mientras te divertías en el agua, hijo querido, tu madre, a la que ves aquí, estaba llena de inquietud; entra pronto en la ermita. Si tu madre o yo te hemos contristado en algo, ¡oh hijo mío!, no es preciso, hijo querido, que tu corazón de asceta se acuerde de ello. Tú eres el sostén de los que no tienen sostén; y la vista de los que están privados de vista. Nuestros hálitos a ti están unidos. Pero, ¿por qué no nos hablas?»

»Con voz indecisa, temblorosa, estrangulada, el alma toda temerosa, dije al asceta contemplándole. A fuerza de voluntad, traté de conseguir alguna firmeza, y con voz algo más entera le referí el terrible accidente acaecido a su hijo: "Yo soy el kshatriya Dasaratha, yo no soy tu hijo, magnánimo asceta. Una desgracia que atraerá sobre mí la censura de las gentes honradas me sucede por culpa mía. ¡Oh bienaventurado!, arco en mano había venido junto al Sarayú con el deseo de matar una fiera cualquiera o un elefante cuando viniese a beber. Y he aquí que de pronto he oído el ruido de un cántaro que se llenaba de agua. Es el elefante, pensé, y lancé mi dardo. Corrí al borde del río y advertí, el corazón atravesado por la flecha, muriendo y tendido por el suelo, a un asceta. A sus ruegos, pues sufría mucho, he arrancado al punto el arma de su seno. Y apenas he retirado el dardo ha partido al Cielo, ¡oh bienaventurado!, llorando por vosotros dos y gimiendo: ¡Están ciegos! Por ignorancia he matado a tu hijo. El muerto, a ti, muni, corresponde el decirme lo que debo hacer."

«Cuando supo por mi boca esta horrenda noticia, el bien-aventurado asceta, por el momento fue incapaz del menor esfuerzo enérgico. El rostro inundado de lágrimas, gimiendo, acabado por el dolor, el ilustre solitario me dijo, mientras haciendo el anjalí, yo me mantenía de pie en su presencia: "Si tú no me hubieses hecho saber tú mismo esta desgracia, ¡oh príncipe!, tu cabeza al punto hubiera sufrido cien mil veces el castigo. El asesinato perpetrado por un kshatriya con conocimiento de causa, ¡oh príncipe!, sobre todo en la persona de un vanaprastha, derribaría de su trono al dios mismo armado del trueno. Hiéndase en siete la cabeza del que voluntariamente hiere con sus armas a un muni semejante, entregado al ascetismo e intérprete del *Veda*. Mas puesto que has obrado con ignorancia, vivirás. Si por desgracia hubiera ocurrido de otro modo, ¡la raza entera de los Raghavas percería!; con mucha más razón ¡perecerías tú! Condúcenos, ¡oh príncipe!, a ese sitio". Y añadió: "Ahora deseamos tocar a nuestro hijo por última vez, a él, que con el cuerpo bañado de sangre, su hábito de piel en desorden, yace en tierra sin movimiento, tornado la presa de Dharmaraja".

«Conduje yo mismo a aquel sitio a los dos infortunados; y les hice tocar a su hijo, tanto al muni como a su esposa. Los dos solitarios, acercándose a su hijo, le palparon y se dejaron caer sobre su cuerpo: "No me saludas a esta hora, no me hablas. ¿Por qué permaneces extendido en el suelo, hijo querido; es que estás enfadado? ¿Es que ya no me amas, hijo mío? ¡Mira al menos a tu virtuosa madre! ¡Ay, que no puedas abrazarla, hijo querido! Dile al menos una palabra llena de ternura. ¿De quién oiré en adelante, al acabar la noche, la suave lectura del *Sastra*, que regocija el alma, o alguna otra cosa semejante? ¿Quién, ya, a la hora del crepúsculo, estará junto a mí para encender el fuego sagrado tras el baño y se sentará a mi lado para consolarme de la terrible angustia en que mi hijo me hunde? ¿Quién irá a buscar tubérculos, raíces y frutas para alimentarme, como a un huésped amado, a mí, que no puedo hacer nada, nada recoger, privado de guía? Tu anciana madre, ciega, tan venerable, ¿cómo, ¡oh hijo mío!, proveeré ya sus necesidades en su duelo y sus dolores maternales? ¡Detente, hijo mío; no, no vayas ahora a la mansión de Yama! Mañana irás en compañía de tu madre y de mí. Los dos, en efecto, consumidos por el dolor, sin apoyo, en nuestra desgracia, en medio del bosque, no tardaremos, habiéndote perdido, en ir a la mansión de Yama. Admitidos a la presencia de Vaivasvata, le suplicaré: Que el Rey de los muer-

tos me perdone. Este hijo es el sostén de sus padres. El virtuoso e ilustre guardián de los mundos debe devolver a un asceta tal cual yo mi infalible, mi única salvaguardia. Puesto que tú eres, ¡oh hijo mío!, la víctima inocente de un criminal, por esta razón ¡vuelve rápido al Mundo de los guerreros! La mansión a la que van los héroes que no retroceden en el campo de batalla, sino que mueren frente al enemigo, ¡oh hijo mío!, de esta felicidad suprema, ¡goza plenamente! La mansión que han alcanzado Sagara, Saibya, Dilipa, Janamejaya, Nahusha, Dhundhumara, vete a ella, hijo querido. La mansión que gana para todos los héroes el estudio del *Veda*, o el ascetismo, los dones en tierras, el mantenimiento del fuego sagrado o una casta monogamia; la mansión a la que van los que ofrecen vacas a millares, los que sirven fielmente a sus gurús, los que renuncian a la vida, vete al Cielo, hijo querido. En verdad, el que ha nacido en mi familia no sigue la vía del infortunio, pero la seguirá el que te ha matado a ti, hijo mío."

»Tras haber proferido estas dolorosas quejas varias veces y hablado de este modo, el solitario procedió a las abluciones fúnebres con su esposa. Entonces, revistiendo una forma divina, el virtuoso hijo del muni, gracias a sus buenas obras, subió al punto al Cielo con Sakra. El asceta, acompañado de Sakra, habló a los dos ancianos. Dijo a su padre estas palabras que le consolaron al instante: "He llegado a la mansión suprema a causa de mi piedad para con vosotros. Pronto os juntaréis conmigo".

Dicha estas palabras, el hijo del asceta, los sentidos domados, subió al Cielo al instante en un carro divino, maravilloso. Cuando el asceta hubo hecho con su esposa las abluciones litúrgicas, aquel asceta del gran tapás me dijo, mientras yo estaba a su lado haciendo el anjalí: "Mátame también ahora, ¡oh príncipe!; la muerte no será para mí un mal; tú, que con un dardo me has privado de mi único hijo, dejándome a causa de ello sin él. Puesto que ha sido por ignorancia por lo que has matado a mi joven hijo, me contentaré con maldecirte entregándote a un gran infortunio particularmente cruel. El dolor que me causa ahora el accidente acaecido a mi hijo, ¡oh príncipe!, tú lo sufrirás con motivo de tu propio hijo, y de él morirás. Como ha sido por ignorancia como tú, kshatriya, has matado a un asceta, a causa de ello escaparás al brahmanicidio, ¡oh jefe de los hombres! Una suerte de este género, mortal, espantosa, te alcanzará sin tardar, como su recompensa alcanza a aquel que dé un dakshina".

»Tras haberme maldecido así y haberse lamentado mucho

tiempo, la anciana pareja se extendió sobre la hoguera y subió al Cielo.

»Reflexionando sobre esto, heme acordado del crimen que cometí en otro tiempo, ¡oh reina!, cuando locamente lancé un dardo en dirección del ruido que oí **sin saber su causa**. El fruto de este acto, ¡oh reina!, ahora lo recojo; es como la enfermedad que se contrae mezclando a los alimentos sustancias malsanas. No obstante, ¡ojalá las palabras de aquel noble asceta, oh afortunada princesa, no lleguen a realizarse! Tras haber hablado así a su esposa, gimiendo y todo espantado, el monarca añadió: "Pero la pena que me causa mi hijo me hará dejar la vida; ya mis ojos no te ven, ¡oh Kausalyá!, tócame. Los hombres que alcanzan la mansión de Yama no ven más. ¡Si Rama me tocara aún una vez! ¡Si estuviese a mi lado! Si pudiera legarle mis tesoros o mi Imperio, viviría, estoy seguro! ¡Ay!, no es digno de mí, ¡oh reina!, lo que he hecho con Raghava. Mientras que su conducta respecto a mí, ¡digna y bien digna es de él! Incluso si fuese culpable, ¿qué hombre sabio abandonaría a su hijo en este Mundo? ¿Qué hijo, abandonado por su padre, no se lo reprocharía? Mis ojos no ven. Mi memoria se apaga. He aquí los mensajeros de Vaivasvata, ¡oh Kaikeyí!, que se precitan sobre mí. A causa de ello, ¡qué más triste que lo que yo siento, perdiendo la vida! ¡Yo, que no veo más al virtuoso Rama, del cual el heroísmo forma la esencia! La pena que me causa la ausencia de este hijo, cuyas hazañas son incomparables, va a agotar la fuente de mi vida como el calor deseca un charco de agua. En verdad que no serán hombres, sino dioses, los que el decimoquinto año verán el rostro de Rama adornado de brillantes arracadas, el de ojos semejantes a la hoja del loto, el de las hermosas cejas los dientes magníficos, la nariz graciosa! Felices los que vean de nuevo el rostro de Rama, semejante a un rey de los astros, tal cual la Luna en otoño o la flor escogida del kamala! ¡Mi Rama, de rostro perfumado, felices los que le vean, su destierro en el bosque acabado, de vuelta en Ayodhya! ¡Bienaventurados los que contemplarán a Rama, semejante a Sakra, volviendo por el camino! ¡Oh Kausalyá!, el extravío de mi espíritu detiene por completo las pulsaciones de mi corazón. Ya no siento nada, ni el sonido, ni el tacto, ni el gusto. A causa del extravío de mi espíritu, todos mis sentidos se han desvanecido, ¡ay!; es como la luz rojiza y agonizante de una lámpara que carece de aceite. Este dolor que me penetra en lo vivo del ser, a mí, que ya no tengo ni apoyo, ni conciencia de mí mismo, me arrastra violentamente como

un río desbordado arrastra sus orillas. ¡Ay!, ¡valeroso Ragha-  
va! ¡Ay!, ¡tú que con tu marcha has destruido mi fuerza!  
¡Ay!, ¡tú, lleno de amor filial; tú, mi sostén! ¡Ay!, ¡y te has  
marchado, hijo mío!

¡Kausalyá! ¡Kausalyá!, ¡no veo! ¡¡Ay!!, ¡virtuosa Sumitrá!  
¡Vete de aquí, Kaikeyí, cruel enemiga, apróbio de mi raza.»

Gimiendo de este modo, en presencia de la madre de Rama  
y de Sumitrá, el rey Dasaratha llegó al término de su exis-  
tencia. Tras haberse lamentado así, el infortunado monarca,  
el del noble aspecto, a quien el destierro de su hijo abatía,  
sucumbiendo, en medio de la noche, bajo el peso del dolor,  
dejó la vida.

## SARGA LXV

### DOLOR DE LAS REINAS

Transcurrida la noche, a la mañana del siguiente día, los  
bandines (239) se presentaron en el palacio real. Así como los  
sutas, maravillosamente adornados; los magadhas, prodigios  
de saber; los gayakas, versados en la música; cada grupo ha-  
cía se oír aparte. Elogiaban al rey, pronunciando en alta voz  
las fórmulas de bendición; sus cánticos resonaban en todas  
partes por el palacio. Mientras que los heraldos entonaban  
estos himnos, los panivadakas exaltaban las hazañas reales y  
batían las manos cadenciosamente. Con este ruido, los pá-  
jaros familiares del palacio, maravilláronse y se pusieron a  
gorjear, unos encaramados en los árboles, otros encerrados en  
sus jaulas. Estos conciertos melodiosos, el son de las vinás.  
las bendiciones, el canto de los gathás llenaban la casa. En  
aquel momento, los oficiales encargados del tocado del prin-  
cipe, los chambelanes, la flor de las mujeres y de los eunucos,  
presentáronse para cumplir su cargo acostumbrado. Bañeros  
hábiles trajeron en jarras de oro agua espolvoreada de sán-  
dalo amarillo, observando los tiempos y las reglas. Todo cuanto  
podía halagar el tacto, todo lo más confortable del tocado fue  
preparado por las hermosas mujeres, entre las cuales había  
varias muchachitas. Todo cuanto reclamaba el lujo y el uso,  
la cualidad y la magnificencia real, fue procurado. Hasta la  
salida del Sol fue, por todas partes, una actividad febril. «¿No  
carece de nada?», preguntábanse con ansiedad.

Entre tanto, las mujeres, apostadas en las inmediaciones  
del lecho del Indra de los kosalas, acercáronse para despertar

a su señor. Cumplieron su función habitual con decencia y reserva; pero al llegar al lecho, no advirtieron nada. Aquellas mujeres, conocedoras de las costumbres de los durmientes, no escucharon ruido alguno de respiración. Sobrecogidas de espanto, temblaron por la vida del monarca. Hubiérase dicho puntas de hierbas inclinadas en contra de una corriente. Ansiosas, las mujeres fijaron sus ojos en el príncipe, y la desgracia que temían fue entonces certeza.

Kausalyá y Sumitrá, agotadas de dolor a causa de sus hijos, habíanse dormido profundamente, y no se despertaron sino a la hora acostumbrada. Con el rostro ajado, sin color, Kausalyá reposaba, rota por el sufrimiento. Había perdido su brillo, semejante a una estrella envuelta en tinieblas. Kausalyá dormía a un lado del rey; Sumitrá, al otro; esta princesa también estaba privada de su belleza; la pena y las lágrimas habían alterado sus rasgos. A la vista de las dos reinas dormidas y del rey sin movimiento, les creyeron muertos a los tres. En su aflicción, aquellas mujeres de hermosos miembros lanzaron gritos, como en el bosque las hembras de los elefantes cuando el jefe del rebaño es expulsado de su yacija. A aquel clamor penetrante, Kausalyá y Sumitrá despertáronse inmediatamente, con el espíritu extraviado. Kausalyá y Sumitrá, viendo y tocando al rey, exclamaron: «¡Ay, querido esposo!», y cayeron por el suelo.

Aquella esposa del rey de los kosalas, que debatíase en tierra, manchada de polvo, ya no tenía brillo; hubiérase dicho un planeta separado del cielo. El rey difunto. Kausalyá yacía en tierra semejante, tal le pareció a todas las otras mujeres, al cadáver de un elefante hembra. Entonces todas las esposas del soberano, Kaikeyí la primera, gimieron abrumadas de dolor y se desvanecieron.

A las lamentaciones de las princesas respondió un inmenso clamor que fue en aumento y se extendió por todo el palacio, lleno de gentes aterradas, turbadas, inquietas. De todas partes elevábanse gritos de espanto; el dolor torturaba a la familia real. Desaparecida de pronto la alegría, ya no se vio sino pesar y turbación en la casa del rey, que acababa de cumplir su destino. Viendo muerto al glorioso toro de los príncipes, las reinas le rodearon lanzando penetrantes gritos de dolor; en el exceso de su infortunio, le cogieron los dos brazos, llorando la pérdida de su protector.

## SARGA LXVI

## RECRIMINACIONES CONTRA KAIKEYI

Al aspecto del príncipe, subido al Cielo, que asemejábase a un brasero apagado, a un océano desecado, a un sol despojado de sus rayos, Kausalyá, los ojos bañados en lágrimas, adelgazada por la pena, levantando la cabeza del rey, dirigió a Kaikeyi múltiples reproches: «Puedes estar contenta, ¡oh Kaikeyi!, goza del reino sin obstáculos, tras haber traicionado al rey, absorbida por un solo pensamiento, ¡oh malvada!, ¡oh perversa! Me han ahandonado, para irse, Rama al destierro y mi esposo al Cielo; tal cual una mujer abandonada en un desierto por una caravana, ya no puedo vivir. Tras haber perdido a su esposo, a su verdadera divinidad, ¿qué mujer querría aún la existencia, a no ser Kaikeyi, infiel a su deber? La ambiciosa no se da cuenta de sus faltas; es como aquel que come un kimpaka. Es la jorobada la que ha empujado a Kaikeyi a perder a la raza de los Raghavas. ¡Oh mujer sin pudor!, al saber que por orden tuya el rey ha desterrado a Rama con su esposa, Janaka se desolará como yo. No sabe que yo estoy viuda y sin apoyo el virtuoso Rama, el de los ojos anchos como hojas de karnala, que, aunque vivo, muerto está para mí. Por su parte, la hija del rey de los Videhas, la amable y abnegada princesa, que no está acostumbrada al infortunio, temblará, en el bosque, ante los peligros. Cuando, por las noches, escuche el clamor formidable de las bestias feroces y de los pájaros, se refugiará espantada junto a Raghava. Viejo, y tan sólo teniendo hijos pequeños, cuando el rey Janaka pensará en Vaidehí, sucumbiendo de dolor dejará la vida. Yo misma esperaré hoy mismo el fin de mi destino por abnegación a mi marido; teniendo su cuerpo abrazado entraré en el fuego que se alimenta de ofrendas.»

Las vyavaharikas (240) rodeando con sus brazos a Kausalyá, que se lamentaba en el exceso de su desgracia, se la llevaron. Entonces los oficiales recibieron la orden de meter el cadáver del rey en una tina llena de aceite, y de cumplir al instante todas las ceremonias. Porque los ministros, en ausencia de su hijo, no quisieron, ellos que lo sabían todo, proceder al samkalana (241) del rey; conservaron su cadáver. El rey fue, pues, inmerso en una tina con aceite por orden de los ministros: «¡Ay, muerto está!» Oyendo esto, las mujeres se lamentaron. Las infortunadas, levantando los brazos, el

rostro inundado de lágrimas, gemían deshechas de dolor, exhalando lamentaciones lúgubres: «¡Oh gran rey!, estando como estábamos ya privadas de Rama, siempre lleno de afabilidad y de apego al bien, ¿por qué ahora nos abandonas tú? Lejos de Raghava, como nosotras, las compañeras de Kaikeyí, ya viuda, ¿podremos habitar al lado de esta mujer de naturaleza perversa? El, nuestro asilo, nuestro poderoso Señor y el tuyo, el afortunado Rama ha partido hacia el bosque ¡renunciando a la fortuna real! Lejos de ti y de ese héroe, extraviadas por la desgracia, ¿cómo podríamos habitar aquí, expuestas a los malos tratos de Kaikeyí? La que ha causado la pérdida del rey, la de Rama, la del valeroso Lakshmana y la de Sitá, ¿a quién no será capaz de perder?»

Aquellas excelentes esposas de Raghava, abismadas en sus lágrimas y en su profundo dolor, vivían en adelante extrañas a la alegría. Lo mismo que una noche sin estrellas, o que una mujer separada de su marido, la ciudad de Ayodhya, privada de su rey magnánimo, había perdido su brillo. Con sus fieles ciudadanos ahogados en llanto, los gritos de angustia de sus nobles mujeres, sus plazas y sus casas vacías, ya no brillaba como antes. El monarca habiendo sido transportado por el dolor al tercer Cielo, y las reinas yaciendo en tierra; deteniendo su curso inmediatamente, el Sol desapareció y la noche precipitó su llegada. En ausencia de su hijo, los familiares del soberano habiéndose reunido, no encendieron una hoguera; tras haber reflexionado, depositaron el cadáver en aquel recipiente real, haciéndole, en adelante, inaccesible a las miradas. Como un día privado de luz, sin Sol; como una noche sin su multitud de estrellas, tal aparecía la ciudad, privada de su magnánimo soberano, con sus calles y plazas llenas de gente a quienes los sollozos ahogaban. Hombres y mujeres, reuniéndose en grandes grupos, recriminaban contra la madre de Bharata. En la ciudad, la muerte del rey fue un duelo general. Ya no hubo más alegría.

## S A R G A L X V I I

### CALAMIDADES DE UN REINO SIN REY

Precipitando su curso, una noche sin alegría, llena de lágrimas y de gemidos, extendióse por Ayodhya y se prolongó indefinidamente. Cuando al fin hubo pasado, y el Sol se levantó, los Dos-veces-nacidos, investidos de la autoridad real,



se reunieron en consejo. Eran Markandeya, Muadgalyia, Vamadeva, Kasyapa, Katyayana, Gautama y Jabali, el del gran renombre. Estos Dos-veces-nacidos, con los ministros, emitieron sus opiniones separadamente, dirigiéndose a Vasishtha, su jefe, el purohita del rey: «Transcurrido ha esta noche funesta, que nos ha parecido durar cien años, cuando el monarca, a causa de la violencia de su paternal dolor, ha entrado en los cinco elementos (242). El gran rey está en el Cielo, Rama retirado en el bosque y el glorioso Lakshmana acompaña a Rama. Bharata y Satruña, los dos azotes de sus enemigos, están con los kekayas, en la encantadora ciudad de Rajagriha, la ilustre patria de su madre. Entre los Ikhvakus, que sea elegido hoy un rey; sin jefe, nuestro país correría a su pérdida. En un país privado de rey, Paryanya, nimbado de relámpagos, el de la terrible voz, no riega más la tierra con sus divinas aguas. En un país sin rey, no se cosecha un puñado de grano; en un país sin rey, el jefe de familia no se hace obedecer ni de su hijo ni de su mujer. Donde no hay rey, no hay riqueza; tampoco hay soldados allí donde no hay rey. Todo es solamente espanto. ¿Cómo podría haber algo bueno allí donde no hay rey? En un país sin rey, las gentes no hacen construir lugares de reunión, ni parques encantadores, ni bellas casas, cual en el seno de la felicidad. En un país sin rey, los Dos-veces-nacidos, propuestos para los sacrificios, los brahmanes de domados sentidos, de votos rígidos, no hacen satras. En un país sin rey, cuando los grandes sacrificios, los oficiantes ya no son condenados por los brahmanes, colmados de bienes, y con dakshinas abundantes. En un país sin rey, se acabaron los alegres cantores, y las bailarinas; las fiestas, las asambleas, que son la prosperidad de los Imperios, no prosperan. En un país sin rey, no hay negociantes que se enriquezcan con sus comercios; por otra parte, los que están acostumbrados a los relatos ya no ballan encanto con sus historias preferidas. En un país sin rey, las mujeres jóvenes, adornadas de oro, no se reúnen ya por las tardes en los jardines de recreo para celebrar en ellos sus diversiones. En un país sin rey, nada de rico que pueda, con toda seguridad, dormir con la puerta abierta y vivir de sus campos o de sus rebaños. En un país sin rey, los galanteadores no se pasean por los bosques con mujeres sobre rápidos vehículos. En un país sin rey, nada de elefantes, de sesenta años de edad, una campanilla suspendida al cuello, provistos de hermosos colmillos, que viajen a lo largo de los grandes caminos. En un país sin rey, no se oye el ruido de las cuerdas de los arcos de los tiradores que se

ejercitan continuamente en lanzar flechas. En un país sin rey, los comerciantes no viajan ya lejos, a lo largo de caminos seguros, con numerosas mercancías. En un país sin rey, el asceta ya no va solo, con los sentidos domados, meditando en su alma sobre el Alma, y alojándose allí donde la noche le sorprende. En un país sin rey, nadie puede gozar en paz de su trabajo; sin rey, el ejército no podría vencer al enemigo en el combate. En un país sin rey, las gentes no se pasean ricamente adornadas sobre vivarachos y hermosos corceles ni en carros. En un país sin rey, los hombres versados en los *Sastras* no se retiran, para discurrir, en los bosques o en los bosquecillos. En un país sin rey, nada de *dakshinas*, de guirnaldas o de golosinas, hechas en honor de las divinidades por las gentes devotas. En un país sin rey, los príncipes, espolvoreados de sándalo y de áloes, no brillan ya como en primavera las salas

»Como ríos sin agua, como un bosque sin vegetación, como rebaños sin su boyero, tal es un Imperio sin rey. Por el estandarte se reconoce el carro; por el humo, el fuego; aquel que era nuestro estandarte, el nuestro, el rey, se ha ido a reunirse con la divinidad. En un país sin rey, nadie tiene nada suyo: las gentes, como los pescados, devóranse siempre unos a otros. Los ímpíos a quienes el rey, con su cetro, mantenía dentro del orden, rompiendo todas las barreras, sus temores disipados, llegan a ser todopoderosos. Semejante al ojo que vela perpetuamente sobre el cuerpo, el rey es para su Imperio el promotor de lo verdadero y del derecho. El rey es lo verdadero; el rey es el derecho; es la familia de los que tienen familia; el rey es una madre, un padre; el rey es, para los pueblos, el autor de todo bien. Yama, Vaisravana, Sakra, Varuna de poder inmenso son sobrepujados por un monarca lleno de virtud. Sí, sería la oscuridad; no se distinguiría ya nada si no hubiese un rey en el Mundo para deslindar el bien y el mal. Mientras vivió nuestro gran rey, ninguno de nosotros transgredía la palabra, ¡oh Vasishtal, como tampoco el Océano va más allá de sus orillas. ¡Oh el mejor de los Dos-veces-nacidos!, privados nos ves de rey legítimo, el trono está vacío: consagra al joven descendiente de Ikshvaku, Bharata, o a otro cualquiera, como soberano».

## SARGA LXVIII

## EMISARIOS VAN A BUSCAR A BHARATA

Cuando hubo oído su discurso, Vasishtha respondió a todos los amigos y consejeros del rey, así como a los brahmanes, en estos términos: «Puesto que el muy afortunado Bharata, a quien la corona es transmitida, habita en casa de su tío materno con su hermano Satruña que le colma de alegría, que mensajeros rápidos vayan pronto con caballos a buscar a los dos valerosos hermanos. ¿Qué os parece?» «Que pronto vayan, sí», respondieron todos a Vasishtha. Cuando hubo oído estas palabras, añadió: «Venid, Siddhartha, Vijaya, Jayanta, Asoka, Nandana; escuchad la orden que os doy a todos. Id prestamente a la ciudad de Rajagriha, montados en caballos rápidos; y, desterrando toda pena, transmitid de mi parte este mensaje a Bharata: «Tu purohita te desea felicidad, así como todos los ministros; vuelve a toda prisa para un asunto urgente.» No habladle ni del destierro de Rama, ni de la muerte de su padre, ni de la ruina de los Raghavas. Trajes de seda, adornos preciosos, tomadlos para el rey y para Bharata. Partid al instante.»

Los mensajeros fuéronse cada uno a su casa para hacer sus preparativos de viaje; y, para ir al país de los Keyakas, montaron caballos escogidos. Tomadas todas las demás disposiciones, al punto los mensajeros, despedidos por Vasishtha, se alejaron rápidamente. Dirigiéronse, dando la vuelta al Aparatala, hacia el norte del Pralamba, y alcanzaron el río Malmi, que pasa entre estas montañas. En Hastinapura, atravesaron el Gangá; luego, marcharon hacia el Oeste. Llegados al Pankalá, echaron por en medio del Kurujangala. Sin dejar de admirar los estanques florecidos y los ríos de puras aguas, los mensajeros apresuráronse a cumplir su misión. Pronto alcanzaron el divino Saradandá, de tranquilas aguas, frecuentado por especies variados de pájaros, y que corría lleno hasta sus bordes. En la orilla encontraron un árbol divino, el styopayacana. Acercáronse para venerarle; luego entraron en la ciudad de Kuliñgá. Alcanzaron Abhikala, tras haberse alejado de Tejohbhavavana; franquearon el Ikshumati, río santo, aliado del padre y del abuelo de los Ikshvakus. Observaron a los brahmanes que beben en el hueco de su mano y que han alcanzado los límites de los *Vedas*; luego llegaron a la región de los bahlikas del centro, y al monte Sudamán. Vieron el paso de Vishnú, el Vipaca y también el

Salmalí, así como varios otros ríos, y los estanques Vapi, Tataka y Palvula. Encontraron diversas clases de fieras, leones, tigres, gacelas, elefantes, todo a lo largo del camino, camino que seguían, presurosos por cumplir la orden de su amo. Los mensajeros cansaron a sus caballos en tan agotadora carrera, no tardando en alcanzar Girivraja, la más bella de las ciudades. Para complacer a su amo, Vasishtha, y por la salvaguardia de la raza y abnegación a la dinastía de su señor, Dasaratha, viajaron sin detenerse, a toda prisa, y llegaron por la noche a la ciudad.

## SARGA LXIX

### ENSUEÑO DE BHARATA

La noche durante la cual los mensajeros entraron en la ciudad, Bharata, aquella misma noche, tuvo un ensueño enojoso. Cuando el alba apareció, al acordarse del desagradable ensueño, el hijo del rey de los reyes fue cruelmente atormentado. Viéndole afligido, sus compañeros, llenos de alegría por su parte, en el deseo de disipar su tristeza, reuniéronse a contar cuentos. Algunos tocaban instrumentos de música para distraerle, otros bailaban o decían multitud de natakas (243) muy divertidos. Pero Bharata, el magnánimo Raghava, no hallaba el menor placer en las bromas y juegos de sociedad de sus amigos. Mientras el príncipe estaba de aquel modo rodeado de sus compañeros, uno de ellos que le quería mucho y que estaba sentado en medio de los demás, le preguntó: «¿Por qué, oh tú tan querido!, no te diviertes?»

A esta pregunta de su amigo, Bharata respondió: «Voy a decirte el motivo de la tristeza en que me ves sumido. En un ensueño, mi padre se me ha aparecido todo manchado, los cabellos en desorden; caía desde lo alto de una roca en un foso inmundo, todo lleno de barro. Parecíame que nadaba en aquel pantano de estiércol de vaca y que bebía aceite de sésamo en el hueco de su mano, todo ello entre frecuentes estallidos de risa. Luego, tras haber tragado aquella papilla de sésamo, todos sus miembros quedaban ungidos con ella, y se zambullía en el aceite, repetidamente, lanzándose de cabeza. He soñado también que el mar estaba seco y la Luna caída sobre la Tierra. El Mundo había desaparecido como envuelto en tinieblas. El colmillo del elefante que arrastra el carro real, habíase roto en pedazos; y súbitamente, fuegos encendidos apagábanse. La

Tierra se agrietaba ante mis ojos; árboles de todas clases estaban secos, y las montañas desvanecíanse convertidas en humo. El rey, vestido de negro, sentado sobre un asiento de hierro negro, era llevado por mujeres negras y otras morenas. Al punto, el virtuoso monarca, adornado con guirnaldas rojas, y ungido de rojo, subía a un carro al que había enganchado un asno y se dirigía a toda prisa hacia el sur. En fin, una mujer, vestida de rojo, se me ha aparecido, una rakshasí, de aspecto repulsivo, que arrastraba al rey como divirtiéndose en hacerlo. He aquí lo que he visto durante esta terrible noche. Yo, Rama, el rey o Lakshmana, uno de nosotros, va a morir. El hombre que, en sueños, viaja en un carro tirado por un asno, no tarda en ver la columna de humo que se eleva de su hoguera. Tal es el motivo de mi tristeza y por qué no me intereso en vuestra conversación. Tengo como seca la garganta, y paréceme que mi cuerpo no esté en su debido lugar. No veo ninguna razón para temer y, no obstante, tengo miedo; mi voz está rota, mis rasgos alterados. Estoy como disgustado conmigo mismo, sin descubrir por qué causa. Cuando pienso en este enojoso ensueño, en su rara complicación y en la ausencia de todo presentimiento, no puedo quitar de mi alma esta especie de espanto que me produce el rey y su extraña aparición.»

## SARGA LXX

### BHARATA DEJA RAJAGRIHA

Mientras Bharata contaba su ensueño, los mensajeros, con sus fatigados caballos, entraban en la encantadora ciudad de Rajagriha, a la que rodeaban fosos infranqueables. Presentáronse ante el rey y el príncipe, de los que recibieron buena acogida. Tras haber besado los pies del monarca, dijeron a Bharata: «El purohita te saluda, así como todos los ministros. Apresúrate a volver para un asunto muy urgente. Estos ricos vestidos y estas joyas, tómalos, príncipe de los grandes ojos, haciendo participar de ellos a tu tío materno y a tu abuelo. He aquí veinte kotis para el rey; y para tu tío diez kotis igualmente enteros, ¡oh príncipe!»

Bharata, a quien sus adictos amigos rodeaban, tomó todo, y dijo a los mensajeros, tras haberles colmado, a su vez, de atenciones: «¿Está bien mi padre, el rey Dasaratha? ¿Están en buena salud Rama y Lakshmana, el de la gran alma? La

noble Kausalyá, que se complace en el deber, que conoce el deber y que emplea el lenguaje del deber, ¿está bien, asimismo, esta madre del sabio Rama? Sumitrá, instruida en sus obligaciones, la madre de Lakshmana y de Satruñia, llenos de valor, ¿es que está igualmente bien, ella, que viene en segundo lugar entre las reinas? La eternamente ambiciosa, la violenta, la irascible Kaikeyí, mi madre, que se estima llena de sabiduría, ¿va bien y qué dice?»

Interrogados de este modo por el magnánimo Bharata, los enviados le dieron esta respuesta llena de reserva: «Felices son, tigre entre los hombres, todos por la dicha de los cuales te informas. No obstante, Sri, la del loto, te escoge a ti. Engancha tu carro.»

Bharata, oyendo estas palabras de los mensajeros, les dijo: «Informaré al gran rey.» «Los mensajeros me incitan a que parta rápidamente», le diré. Tras haber hablado así a los enviados que insistían, el príncipe Bharata dijo a su abuelo materno: «¡Oh rey!, me vuelvo junto a mi padre, a instancias de estos mensajeros. Más tarde ya regresaré, cuando tú me llames.»

A estas palabras de Bharata, descendiente de Raghú, el rey, su abuelo materno, le dio esta amable respuesta, besándole en la frente: «Vete, hijo querido, te lo permito. Kaikeyí es dichosa en cuanto a hijo, gracias a ti. Saludarás de mi parte a tu madre y a tu padre, ¡oh tú, látigo de tus enemigos! Un buen recuerdo también al purohita, así como a los otros Dos-veces-nacidos excelentes, lo mismo que, hijo querido, a esos dos grandes arqueros, tus hermanos Rama y Lakshmana.»

Elefantes de primera calidad, numerosas telas de lana y de piel de antílope, el rey Kekaya, con su liberalidad, suministró a Bharata en cantidad todo ello. Además, le regaló perros adiestrados con todo cuidado en el palacio, semejantes a tigres en el arrojo y la fuerza, armados de colmillos formidables y de una fuerza colosal. Kekaya dio también generosamente al hijo de Kaikeyí dos mil nishkas en oro y mil seiscientos caballos. Luego, Asvapati confió a sus ministros adictos, fieles, distinguidos, el cuidado de volver a conducir al punto a Bharata. Por su parte, su tío materno le regaló elefantes Airavatas de Indrasiras, hermosos de ver, y asnos ágiles, bien emparejados.

Los regalos del rey de los kekayas no devolvieron la alegría a Bharata, el hijo de Kaikeyí, que tenía prisa por marchar. Sentía en su corazón una gran angustia que la causaba la prisa de los mensajeros y el recuerdo de su sueño. Dejando su residencia avanzó, centelleante de gloria, a lo largo de la incomparable vía real, toda llena de peatones, elefantes y ca-

rrros. Alejándose, el afortunado Bharata advirtió el gineceo que no tenía semejante, y en él entró sin obstáculo. Allí se despidió de su abuela materna y de su tío Yudhajit. Luego, subió a su carro y partió, acompañado de Satruña. Al punto, los servidores engancharon a un centenar de carretas, de ruedas bien redondeadas, los camellos, bueyes, caballos y asnos, para acompañar a Bharata en su viaje. Bajo la protección de este ejército, el magnánimo Bharata, a quien su noble abuelo hacía acompañar de sus ministros, representantes de su persona, en unión de Satruña y, todo enemigo apartado, salió del palacio como un siddha del monte de Indra.

## SARGA LXXI

### VUELTA DE BHARATA

El héroe, tomando la dirección del este, saltó de Rajagriha y franqueó, lleno de gloria, el Sudamá, del cual observó el curso. El afortunado descendiente de Ikshvaku franqueó en seguida el Haradini, de separadas orillas, cuya corriente descende hacia el oeste; luego, el río Satadrú. Tras haber pasado el río en Ailandhana, alcanzó los Araparvatas. Atravesó el rocoso Akurvati, el Agneya y el Salyakarshana. El verídico y puro Bharata, advirtiendo la Silavaha, se dirigió, por entre grandes rocas, hacia el hosque de Caitraratha. Llegó a la confluencia del Sarasvatí y del Gangá, y ganó la región septentrional de la viramatsyas, el bosque de Bharunda. Tras haber franqueado una corriente de agua rápida y clamorosa, llamada Kulingá, bordeada de montañas, alcanzó el Yamuná, y habiéndole atravesado, hizo hacer alto a su ejército. Ello refrescó los fatigados miembros de las monturas y las dio reposo. Allí se bañaron y rompieron el ayuno bebiendo agua y tomando alimentos. Luego, el afortunado príncipe, siempre sobre su magnífico carro, penetró en un gran bosque, poco frecuentado, semejante al viento que se lanza en el aire. El descendiente de Raghú, sabiendo que el gran río Bhagirathí no era vadeable por Am-sudhana, encaminóse a toda prisa, a la célebre ciudad de Pragvata. Atravesando el Cangá en Pragvata, ganó el Kuti-koshtiká. Habiéndole franqueado con su tropa, alcanzó al punto Dharmavardhana. Al sur de Torana llegó a Jambuprastha. El hijo de Dasaratha fue desde allí a la encantadora aldea de Varutha. En ella hizo alto en un bosque delicioso; luego, mar-

chando hacia el este, llegó al parque de Ujiihaná, plantado de árboles priyakas.

Cuando hubo alcanzado estos priyakas, Bharata hizo descansar sus rápidos corceles, luego despidió al ejército que le había dado escolta y se alejó a toda prisa. Hizo alto en Sarvathirtha, luego atravesó el río Uttaragá y aún otros, con ayuda de numerosos caballos de montaña. Llegado cerca de Hastiprithaka, el tigre de los hombres siguió el Kutiká; luego franqueó en Lohitya el Kapivatí. En Ekasala atravesó el Sthanumati: en Vinata, el Gomatí; cerca de la ciudad de los kalingas, alcanzó el Salavaná.

Bharata, apresurando su marcha, a pesar de la extrema fatiga de sus caballos, llegó pronto al borde del bosque, y al final de la noche, cuando el Sol se levantaba, apareció, al fin, a la vista del tigre de los héroes, que había marchado durante siete días, la ciudad de Ayodhya, construida por el rey Manu. Al verla al fin ante él, Bharata dijo a su escudero: «No me parece muy alegre esta ciudad la de los hermosos jardines y gran renombre. Ayodhya paréceme de lejos, ¡oh escudero mío! cual un montón de arcilla blanca. Con sus virtuosos sacerdotes, sus brahmanes versados en los *Vedas*, su población opulenta y numerosa y los eminentes rejarshis, sus defensores, antes, de Ayodhya elevábase un clamor inmenso, confuso, que producían por todas partes hombres y mujeres. Pero hoy nada oigo. Los jardines públicos estaban por las tardes llenos de gente que venía a distraerse en ellos alegremente, corriendo de un lado para otro. Pero hoy tienen un aspecto enteramente diferente. Diríase que en ellos se gime y que hasta los amantes han huido de ellos. La ciudad paréceme un bosque desierto, escudero. No se ven, montados en vehículos tirados por elefantes o caballos, entrar o salir en ella, como antes, a los personajes importantes. Los parques para distraerse, otras veces llenos de gente exultando de alegría, que se daban en ellos alegres citas y donde abundaban las distracciones, los veo ahora sumidos en una tristeza absoluta, con sus árboles cuyas hojas llenan el suelo, en el cual diríase que hasta la hierba crece. No se oyen ya ahora los validos de las gacelas, ni la algarabía de los pájaros, borrachos de placer, que de ordinario, desde hace mucho tiempo, hacían resonar aquí su voz melodiosa y dulce. ¿Por qué una brisa pura y afortunada, penetrada por los aromas del humo del sándalo y de los álces, no sopla hoy como antes? ¿Por qué el sonido de los bheris, de los mridangas y de los vinás, que son batidos con golpes redoblados con el kona (244), ha cesado, él que no se cansaba de resonar hasta ahora? Por



otra parte, advierto numerosos signos de mal augurio, presagios de desgracia; viéndolos, mi corazón desfallece. Es absolutamente imposible, ¡oh suta!, que todo marche bien para mis padres, dado el nefasto extravío en que mi espíritu, por decirlo así, se pierde.»

Triste, el alma acongojada, los sentidos trastornados por el terror, Bharata penetró sin tardar en la ciudad gobernada por los descendientes de Ikshavaku. Pasó la puerta Vaijayanta con sus cansados caballos. Los guardianes le preguntaron si había tenido buen viaje, y fueron en su seguimiento. El vástago de Raghú, el corazón apretado, respondió al saludo de los hombres de la puerta, y dijo al caballero Asvapati, a quien la fatiga también anonadaba: «¿Por qué crees que pueden haberme hecho venir con esta prisa inmotivada! ¿Qué piensas tú, que eres sin reproche? Mi alma teme alguna desgracia; mi energía está como abatida. Todas las señales de duelo que me enseñaban en otro tiempo como indicadores del fallecimiento de un rey, las veo aquí, escudero. Por todas partes advierto inmundicias no barridas; hojas de puerta mal cerradas; casas despojadas de su esplendor, no se hacen ofrendas, no se queman perfumes; las familias están, al parecer, hambrientas, la gente como reducidas a la miseria. No veo signo alguno de alegría en las casas; no están festoneadas de guirnaldas y, en cambio, sus patios abandonados. Los templos de los dioses están vacíos; han perdido su brillo de otras veces, en ellos no se ofrecen homenajes a las divinidades ni la gente se reúne para los sacrificios. Los mercados, en los cuales se hacía la provisión de guirnaldas, están desiertos hoy; no se ven en ellos negociantes, como en otros tiempos. Los corazones parecen angustiados; las transacciones comerciales han cesado; por otra parte, en los templos de los dioses y en los caityas vense llenos de tristeza pájaros y fieras. No advierto, en la ciudad, sino gentes, hombres y mujeres, con vestimentas sórdidas, los ojos llenos de lágrimas, absorbidos en sombrías reflexiones, los miembros adelgazados y como atormentados.»

Así habló al suta, Bharata, con el corazón destrozado, al ver el lamentable aspecto de Ayodhya; luego, entró en el palacio. Viendo aquella ciudad que tenía antes el esplendor de la de Indra, y ahora sus plazas, sus casas y sus calles desiertas y las hojas de las puertas ennegrecidas por el polvo, quedó abrumado por el dolor, cual nunca lo había estado. Cuando descubrió estos lúgubres signos que antes no existían en la ciudad, el héroe magnánimo, la cabeza baja, el alma angustiada, no sintió alegría alguna al penetrar en la morada de su padre.

## SARGA LXXII

BHARATA SABE POR SU MADRE LA MUERTE DEL REY Y EL DESTIERRO  
DE RAMA

No viendo a su padre en su habitación, Bharata fue en busca de su madre a su departamento. Al ver a su hijo ya vuelto de su viaje, Kaikeyí se levantó gozosa de su asiento de oro. El virtuoso Bharata había entrado en la mansión materna despojado de su esplendor; al ver a su madre abrazó sus afortunados pies, Kaikeyí besó en la frente al tiempo que le estrechaba entre sus brazos, a su hijo, el glorioso Bharata. Después le sentó a su lado y empezó a interrogarle: «¿Cuántas noches hace que dejaste la residencia de tu noble abuelo? ¿No te ha fatigado el camino, viniendo tan de prisa en tu carro? Tu noble abuelo, ¿está bien, lo mismo que Yudhajit, tu tío materno? ¿Ha sido feliz tu viaje, hijo mío? Cuéntamelo todo.»

A estas preguntas afectuosas de Kaikeyí, su madre, la descendiente de reyes, Bharata, el de los ojos de loto, respondió sin omitir nada: «Esta es la séptima noche desde que dejé la casa de mi noble abuelo. El padre de mi madre está bien, así como Yudhajit, mi tío materno. El oro, las joyas que me ha dado el rey, látigo de sus enemigos, como retardaban mi marcha, los he dejado en el camino, a fin de llegar más de prisa. Apresurado por los mensajeros, portadores de la orden real, he llegado lo más pronto posible. Lo que yo quiero saber, que tú, madre, me lo digas. Tu hermoso lecho de descanso, adornado de oro, está vacío; a ese dichosísimo descendiente de Ikshvaku no le he visto por ninguna parte. El rey está muy frecuentemente contigo; pero hoy no consigo verle, bien que le haya buscado desde mi llegada, y quisiera besar los pies de mi padre. ¿Dónde está? Respóndeme. ¿Está tal vez en el departamento de Kausalyá, la mayor de mis madres?»

Kaikeyí le dio, con tono jovial, esta respuesta terrible y dura, a él, que no sabía nada, ella, que lo sabía todo y a quien la pasión de reinar extraviaba: «La vía de todos los seres, tu padre la ha seguido; el rey magnánimo, ilustre, que multiplicaba los sacrificios, ha marchado por la vía de los seres.»

Oyendo estas palabras, Bharata, de virtuoso origen y de costumbres puras, cayó al punto por tierra, bajo el peso del dolor que le causaba la muerte de su padre: «¡Ah!, ¡muerto estoy entonces yo también!», exclamó tristemente, con voz

doliente, y cayó, aquel héroe esforzado, agitando los brazos. Abrumado de dolor por la muerte de su padre, el infortunado príncipe, el de la gran gloria, lamentábase, con el espíritu encogido de extravío: «Este lecho de mi padre, en otro tiempo resplandeciente con brillo sin igual, semejante a un cielo sin mancha al que la Luna alumbra por la noche, al final de la estación de las lluvias, ahora que ya no es ocupado por el sabio monarca, apagado está, es como un cielo sin Luna, como un mar sin agua.»

Así hablaba, sollozando, lleno de profunda aflicción, al tiempo que cubría su hermoso rostro con su traje, el primero de los héroes victoriosos. Viendo a aquel guerrero afligido, hermoso como un dios y yaciendo por tierra, semejante a un tronco de salá, abatido por el hacha en el bosque, su madre, ayudándole a levantarse, a él su hijo, semejante a un elefante, brillante como la Luna, pero anonadado por el dolor, le habló de este modo: «¡Arriba, arriba!, ¿por qué permanecer, ¡oh rey lleno de gloria!, así caído? Tus semejantes, los hombres bien nacidos, no dejan ver su tristeza. Tu sabiduría, ¡oh sabio príncipe!, que se revela sobre todo en las ofrendas y los sacrificios, que se entrega a las buenas obras, a la sruti y al tapás, es como la luz del Sol en el palacio.»

Tras haber gemido mucho tiempo y haberse revolcado por el suelo, Bharata respondió a su madre, todo inundado de lágrimas: «El rey va a consagrar a Rama y a ofrecer un sacrificio; con este pensamiento caminaba gozoso. Pero ha sucedido de otro modo y mi corazón está roto, pues no veo a mi padre, que complacía constantemente en lo agradable y lo útil. Querida madre, ¿qué mal se ha llevado de este modo a mi padre antes de mi vuelta? ¡Felices Rama y Lakshmana, que han rendido a mi padre los últimos deberes ellos mismos! El gran monarca, lleno de gloria, no ha podido conocer mi llegada; ni yo he podido inclinarme presuroso ante mi querido padre y recibir de él un beso en la frente. ¿Dónde está la mano acariciadora de mi querido padre, el de afortunado karmán, para limpiar al punto el polvo de que estoy cubierto? Al que es mi hermano, mi padre, mi aliado, del cual yo soy el esclavo, anúnciale pronto mi llegada, ¡a Rama, el del karmán inmortal! Pues llega a ser un padre, el hermano mayor del arya, que conoce su deber; por ello, deseo besar sus pies; él es ahora mi asilo. El que conocía el deber y del cual el deber era la naturaleza, el opulento monarca, firme en sus votos, ¡oh noble princesa!, ¿cuáles fueron las últimas palabras de mi padre, del cual la lealtad formaba la esencia? La suprema

voluntad del virtuoso príncipe, desco conocerla de tu propia boca.»

A esta petición legítima, Kaikeyí respondió: «¡Oh Rama —gimió el rey—, oh Sitá, oh Lakshmana!, y el magnánimo, el primero de los sabios, partió para el otro mundo. He aquí ahora la última palabra que profirió tu padre, cuando cayó bajo la ley del tiempo, como en la red cae un gran elefante: ¡En verdad, habrán conseguido su fin los que verán a Rama de vuelta con Sitá, así como con Lakshmana, el de los grandes brazos!»

Estas palabras turbaron a Bharata, temiendo conocer una segunda desgracia; y con el rostro descompuesto, interrogó de nuevo a su madre: «¿Dónde, pues, ahora el virtuoso y querido hijo de Kausalyá, se encuentra con Lakshmana, su hermano, y con Sitá.»

Tras esta pregunta, su madre empezó a contarle fielmente lo que había pasado; noticia igualmente enfadosa, que ella creía deber darle: «El príncipe, ¡oh hijo mío!, vestido de corteza de árbol, ha partido hacia el gran bosque de Dandaka con Valdehí y seguido de Lakshmana.»

Cuando oyó esto, Bharata sintió una duda terrible a propósito de la conducta de su hermano, y pensando en el honor de su raza, volvió a empezar sus preguntas: «¿No habrá despojado Rama, de sus bienes, a algún brahmán? ¿No habrá maltratado a algún inocente, rico o pobre? El príncipe, ¿no habrá deshonrado a la mujer de otro? ¿Por qué mi hermano Rama ha sido desterrado al hosque de Dandaka?»

Entonces, en su ligereza, su madre, obedeciendo a su naturaleza femenina, empezó a referirle todo cuanto había hecho. A las preguntas anteriores del magnánimo Bharata, Kaikeyí respondió gozosa y confiada (¡pero qué engañada!) en su sabiduría: «No, Rama no ha despojado de sus bienes a ningún brahmán; ningún rico ni ningún pobre ha sido, sin motivo, maltratado por Rama. Rama no ha puesto los ojos sobre una mujer de otro. He sido yo, ¡oh hijo mío!, quien, al saber que iba a ser consagrado, he reclamado a tu padre la corona para ti, y para Rama, el destierro. Fiel a su naturaleza leal, tu padre me ha complacido; Rama, seguido del hijo de Sumitrá, ha sido desterrado con Sitá. Y no viendo ya a su hijo tan amado, el glorioso monarca, bajo el peso del dolor paterno, se ha reunido con los cinco elementos. Hoy mismo, ¡oh mi virtuoso hijo!, apodérate de la corona; es por ti por quien yo he hecho todo esto. Tregua al dolor; tregua a la pena. Llama a tu valor, hijo querido. La ciudad sometida te está, así como este

reino opulento. Por consiguiente, ¡oh hijo mío!, tras haber, con el concurso de los Indras de los brahmanes, versados en los ritos, Vasishtha a su frente, rendido los deberes fúnebres en uso al afortunado rey, sin tardar hazte consagrar tú mismo jefe del Mundo.»

## SARGA LXXIII

### REPROCHES DE BHARATA A SU MADRE

Cuando hubo sabido el fin de su padre y el destierro de sus dos hermanos, Bharata, a quien el dolor agobiaba, habló de este modo: «¡Qué me importa a mí la realeza muerto de dolor como estoy a causa de la privación de mi padre y de un hermano que era para mí como un padre! A un mal me añades otro, cual si en una herida echases una sustancia corrosiva, tú, que has enviado al rey a la tumba y a Rama a la soledad. Es para la pérdida de mi familia para lo que has venido aquí, semejante a la noche de Kala. En verdad que mi padre, al desposarte no se dio cuenta de que cogía un tizón. A mi rey, tú has sido quien le ha precipitado en la muerte, ¡mujer nefasta! Tú has, en tu locura, destruido la felicidad de esta raza, ¡oh tú, vergüenza de ella! Por haberte encontrado, mi padre, lleno de lealtad y de gloria, el rey Dasaratha, consumido por ardiente dolor, acaba de perecer. Ha muerto, el gran rey, mi padre, aferrado a su deber. Pero Rama, ¿por qué motivo ha sido desterrado?, ¿por qué se ha retirado al bosque? Kausalyá y Sumitrá agobiadas de dolor, a causa de sus hijos, si la vida ha llegado a ser para ellas una carga, gracias a ti ha sido, madre mía. Y, por tanto, ese noble y virtuoso Rama, que sabe lo que debe a sus gurús, ¿no ha tenido siempre para ti, como para una madre, las más grandes atenciones? Asimismo, a la mayor de mis madres, Kausalyá, la de los grandes ojos, apoyándose en su deber, te trataba como a una hermana. ¡Y es a su hijo magnánimo al que, vestido de andrajos de corteza, tú le obligas a habitar el bosque! ¿Cómo es posible, perversa (245), que no sientas el menor remordimiento? El, que no ve el mal, ese glorioso héroe, dueño de sí, ¿qué razón has podido tener para enviarle al destierro vestido de cortezas de árbol? En tu loca ambición no has comprendido, bien lo veo, mi situación respecto a Raghava, para haber de este modo, sólo teniendo en cuenta la realeza, desencadenando tan gran calamidad. Pues en ausencia de esos dos tigres de entre los héroes, Rama y

Lakshmana, ¿qué auxiliar suficientemente poderoso podría encontrar para defender el Imperio? El grande y virtuoso monarca tuvo constantemente como atalaya a su valiente y todopoderoso hijo, como el Merú su propio bosque. Fardo levantado hasta aquí por un gran toro, yo, que soy semejante a un becerro a quien se le impondría el mismo fardo, ¿cómo podría llevarle ni dónde encontrar la fuerza necesaria? Pero aunque pudiese por mis propios recursos y la potencia de mi inteligencia, rehusaría asociarme a tu ambición maternal. Es más, no dudaría un instante en abandonarte, a causa de tu perversidad, si Rama no te hubiese considerado siempre como su madre. ¿Cómo puedes haber formado este proyecto criminal, ¡oh tú, que te apartas de este modo de la conducta de las gentes de bien?, dímelo. Nuestros antepasados lo hubieran condenado. En nuestra familia, en efecto, es el mayor de todos el que se sienta en el trono; sus hermanos le guardan fidelidad. Es, tal creo al menos, ¡perversa!, que no conoces las obligaciones de los reyes, o que ignoras, si no, su invariable práctica. Pues siempre, entre los hijos de rey, es el mayor el que es coronado. Tal es la tradición general de los reyes, y principalmente de los Ikshvakus. Estos estrictos observadores de la Ley, que distinguen sus prácticas ancestrales, hoy vienes tú a romper sus nobles tradiciones. No obstante, ¡oh muy opulenta princesa!, tú, que eres salida de una casa real, ¿cómo este extravío culpable ha podido nacer en tu espíritu? No, en verdad; no me prestaré a tu fantasía, ¡perversa!, que has cometido un atentado del que moriré. Muy por el contrario, hoy mismo, aunque mucho te pese, ¡malvada sin remordimientos!, haré salir del bosque a mi hermano, el amigo de su pueblo, y tras haber traído a Rama, el de la brillante gloria, de todo corazón me constituiré su esclavo.»

Así, el magnánimo Bharata anonadaba a su madre a fuerza de reproches acerbos. En su dolorosa pena no cesaba de rugir, como un león retirado en una caverna del Mandara.

## SARGA LXXIV

### BIHARATA CONTINÚA SUS RECRIMINACIONES CONTRA KAIKEYI

Tras haber reprendido de este modo a su madre, Bharata, presa de violenta indignación, continuó de este modo: «¡Sal del reino Kaikeyí!, ¡cruel!, ¡perversa! ¡Con sobrada razón

eres expulsada; no vengas llorando al muerto. ¿Qué motivos de queja tenías contra Rama o contra el rey, lleno de virtud, para haber causado a la vez el destierro de uno y la muerte del otro? Culpable te has hecho de brahmanicidio, arruinando nuestra raza. Ve al Naraka, ¡oh Kaikeyí!, y no allí donde reside mi padre. Por el mal que has causado con tu conducta impía, perdiendo a aquel a quien todo el mundo ama, me pones a mí mismo en una situación terrible. Por tu culpa, mi padre muerto está y Rama desterrado en medio de los bosques. En cuanto a mí, tú me deshonoras en el reino de los vivos y en el otro. ¡Oh tú, mi madre en apariencia!, en realidad mi más cruel enemigo, con tu pasión por reinar, ¡no me vuelvas a dirigir más la palabra, jamás, perversa, asesina de tu esposo! Kausalyá, Sumitrá y mis otras madres hundidas están en un gran infortunio, gracias a ti, el aprobio de tu raza. ¡No, tú no eres la hija de Asvapati, esc Dharmaraja, lleno de sabiduría! Tú has nacido rakshasí, para la ruina de la casa de mi padre; tú, que has relegado en un bosque al virtuoso Rama, el constante asilo del heroísmo, como por tu falta mi padre ha ido al Tridiva! ¡Tú, que has atraído sobre mí la desgracia de ser huérfano, abandonado de mis dos hermanos y odiado de todo el mundo! ¡Tú, que has privado a la virtuosa Kausalyá de su esposo y de su hijo, oh mujer llena de malvados deseos! ¿A qué mundo podrás ir tú hoy a refugiarte? Es al infierno adonde vas a descender. ¿Es que no sabes, cruel, que el firme apoyo de nuestra familia es el mayor, igual a su padre; Rama, salido de las entrañas de Kausalyá? Formado de sus miembros y de sus órganos, el hijo nace aún del corazón de la madre; por ello le quiere aún más, bien que ame a todos sus parientes. En otro tiempo, la virtuosa Sarabhi, honrada por los suras, vio a dos de sus hijos en la Tierra, tirando de una carreta, echando el alma a fuerza de fatiga. Al ver de aquel modo, en pleno día, en la Tierra, a sus dos hijos extenuados, gimió de dolor, los ojos llenos de lágrimas. El magnánimo rey de los suras se paseaba por debajo de ella, cuando gotas de agua, tenues y perfumadas, cayeron sobre su cuerpo. Levantando los ojos, Sakra vio a Surabhi de pie, en el espacio, apartada y triste, gimiendo a causa de su aflicción. Al ver abrumada de dolor a la venerable diosa, Indra, el trueno en la mano, haciendo el anjalí, se turbó, él, el rey de los suras. Y la preguntó: «¿No nos amenazará algún peligro por cualquier parte? ¿Por qué tú dolor? Habla, ¡oh tú, que deseas el bien de todos! A esta pregunta del prudente rey de los dioses, Surabhi

respondió con sabia elocuencia: «Tranquilízate, ningún mal nos amenaza por parte alguna, ¡oh jefe de los Inmortales! Si yo me lamento es viendo a dos de mis hijos víctimas de la desgracia, enflaquecidos, tristes, atormentados por los rayos del Sol, y abrumados por un labrador de alma vil. Esos dos becerros, salidos de mi cuerpo, al verlos de este modo tan desdichados, sucumbiendo bajo la carga, es lo que causa mi desolación; pues nadie es tan querido como los hijos. »

Ella, cuyos hijos por millares llenan todo este Universo, cuando Indra la advirtió llorando así por dos de ellos, comprendió que nada hay por encima de un hijo. El Indra, el jefe de los dioses, viendo las lágrimas de suave dolor que caían en sus miembros, tuvo por Surabhi una estima especial en adelante. Ella, cuya conducta con todos es igual e incomparable, en su deseo de sostener los mundos, la venerable diosa, la de cualidades eminentes, cuyos actos son conformes a la naturaleza; ella, cuyos hijos se cuentan por millares, Kamadhuk se desolaba así. ¡Qué no hará, pues, Kausalyá privada de Rama! No tenía sino un hijo esta virtuosa reina, ¡y hela aquí sin él gracias a ti! Por ello tú serás siempre desgraciada tras la muerte y aquí en vida. En cuanto a mí, yo trabajaré en la rehabilitación completa de mi hermano y de mi padre, en su prosperidad, así como en su gloria; de esto no hay duda. Con objeto de traer al guerrero de los grandes brazos, el poderoso Indra de Kosala, yo mismo iré al bosque frecuentado por los solitarios. Ciertamente no; tu mala acción, mujer de perversos deseos, ¡oh malvada!, imposible me sería soportarla en presencia de los ciudadanos a quienes los sollozos ahogan. En cuanto a ti, entra en el fuego, o penetra tú misma en el Dandaka, o mejor aún, pásate una cuerda en torno al cuello; no te queda otro recurso. Por lo que a mí atañe, cuando Rama, del cual el heroísmo forma la esencia, haya obtenido la Tierra, mi deber cumplido, al abrigo estaré de todo reproche.»

Tras estas palabras, cual una serpiente herida en el bosque por la punta de un dardo, cayó al suelo, furioso y silbando como un reptil. El príncipe, con los ojos enrojecidos, los vestidos en desorden y todos sus adornos mal compuestos; él, el látigo de sus enemigos, permanecía yaciendo en tierra, semejante al estandarte del esposo de Saci al acabar una solemnidad.



## S A R G A L X X V

## IMPRECACIONES DE BHARATA

Habiéndose levantado al cabo de un buen rato, tras haber adquirido conciencia de sí mismo, el héroe, los ojos llenos de lágrimas, miró a su desgraciada madre. Rodeado de sus ministros, Bharata desautorizó a su madre: «Yo no ambiciono en modo alguno la realeza, y yo no he aconsejado a mi madre. La consagración proyectada por mi padre yo la ignoraba, pues encontrábame en un país alejado, acompañado de Satruña. Yo no sabía la relegación, en el bosque, del magnánimo Rama, ni cómo había ocurrido el destierro de Sumitri y de Sitá.»

Mientras que el valeroso Bharata se lamentaba así, Kausalyá, que reconoció su voz, dijo a Sumitrá: «Ha llegado Bharata, el hijo de Kaikeyí, la de la bárbara conducta. Deseo verle, pues hace tiempo que no le he visto.» Hablaba así a Sumitrá, cuando Bharata, enflaquecido y pálido, presentóse temblando ante a reina, con el espíritu extraviado. El príncipe Bharata, acompañado de Satruña, entró en aquel momento en el departamento de Kausalyá. Bharata y Satruña, llenos de tristeza al ver a la reina, abismada de dolor y gimiendo inanimada, la abrazaron. Mezclando sus lágrimas a las de ellos, la noble y prudente Kausalyá les devolvió sus doloridas caricias. Y dijo a Bharata, llevada por el exceso de su infortunio: «Esta realeza que tú deseas, adquirida te ha sido sin obstáculo. Sí, la posees actualmente gracias a Kaikeyí y a su crueldad. Ella ha condenado a mi hijo a vivir desterrado en el bosque; pero, ¿qué ventaja ve en ello esta perversa Kaikeyí? Debería enviarme sin tardar a reunirme con mi hijo Hiranyanabha, el de la inmensa gloria. O más bien yo por mí misma, acompañada de Sumitrá, por fortuna, tras haber cumplido previamente el añihotra, iré a establecerme cerca de Raghava. A menos que tú prefieras en persona, hoy, conducirme allí donde mi hijo, ese tigre de los héroes, debe vivir en asceta, puesto que este vasto reino, desbordante de tesoros y granos, abundante en elefantes, en caballos y en carros, te ha sido transmitido.»

Agobiado por estos reproches múltiples y sangrientos, que no merecía, Bharata se puso a temblar, cual si le hubiesen hundido un aguijón en una llaga viva, y cayó a los pies de la reina, con el espíritu turbado, balbuceando palabras incoherentes. Mas, acabado por ser dueño de sí mismo de nuevo, Bha-

rata, haciendo el anjalí, respondió de este modo a los reproches de Kausalyá, a la que tantas penas abrumaban: «Alteza, ¿por qué imputarme lo que ignoraba y aquello de lo que soy inocente? No obstante, bien sabes el vivo afecto que siento hacia Raghava. ¡Cerrada quede la inteligencia de todos los *Sastras*, al que de alguna manera ha aconsejado la marcha del príncipe, fiel en sus amistades, él, el mejor de los hombres de bien! ¡Que llegue a ser esclavo de los peores bribones, que orine cara al Sol, que golpee con el pie la vaca dormida aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que el crimen del amo que imponga un penoso trabajo a sus servidores, sin retribuirles, sea el crimen del que ha aconsejado la marcha del príncipe! El rey que protege a los seres como a sus hijos, que la falta de los que pretenden perjudicarlo sea la falta de aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que el rey que toma las seis especies de impuestos a sus súbditos sin tomar su defensa. ¡Que su crimen sea el crimen de aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! Que la falta de aquellos que, tras habérsela prometido en un satra, rehusan a los ascetas la dakshina del sacrificio, ¡sea la falta del que ha aconsejado la marcha del príncipe! Quien en el combate, bien que provisto de elefantes, de caballos y de carros así como de armas en abundancia, pueda no mostrarse hombre de corazón, ¡así aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! El satra de sentido sutil, enseñado con cuidado por un sabio gurú, ¡pueda perder toda su virtud para el perverso que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que no pueda ver al príncipe de los largos brazos, de las anchas espaldas, brillante como la Luna y el Sol, sentado en su trono, aquel que aconsejó su marcha! La leche, el krisara (246), el macho cabrío, ¡pueda comerlos sin provecho y desconocer a sus gurús, el hombre implacable que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que pueda tocar a una vaca con el pie, calumniar a sus gurús, causar a un amigo un perjuicio enorme aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que sea incapaz de agradecer un servicio, que sea ingrato, sin apoyo, sin pudor, desterrado de este Mundo, aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que sea tenido aparte en su propia casa por sus hijos, sus esclavos y sus servidores; que coma sólo manjares que nadie quiera tocar aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que no tenga esposas que se lleven bien, que muera sin hijos, sin haber cumplido sus deberes religiosos, aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que no vea a su descendencia, que sea desgraciado en sus uniones y que no viva días completos aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que lo que hay de infamia

en el asesinato de los reyes, de las mujeres, de los hijos, de los ancianos, y de maldad en el abandono de sus servidores, que con ello sea manchado! ¡Que tenga que mantener perpetuamente a los suyos, comerciando en laca, miel, carne, cobre y pescado el que ha aconsejado la marcha del príncipe! ¡Que con un dornajo en la mano corra el Mundo, cubierto de andrajos, y pidiendo cual un insensato, aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que esté entregado constantemente a los licores fuertes, a las mujeres y a los dados, que sea dominado por el amor y por la cólera aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! ¡Que la equidad no resida en su alma, que practique la injusticia, que sea liberal con los indignos, aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! ¡Que sus bienes de todas clases, amontonados hasta el infinito, sean presa de los ladrones, para aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! La falta en que incurre el hombre que permanece apostado en los dos crepúsculos, ¡que caiga sobre aquel que ha aconsejado la marcha del príncipe! Que el pecado en que se cae dispersando el fuego ensuciando el lecho de su gurú, ultrajando a un amigo, ¡que se agarre a tal hombre! La obediencia a las divinidades, a los pitris, a su madre y a su padre, ¡que no la practique aquel que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que niegue a su madre la deferencia, y que sea condenado a la inutilidad aquel que aconsejó la marcha del príncipe de los grandes brazos y del ancho pecho! Del mundo de las gentes de bien, del renombre de los hombres honrados, de las obras de que gustan los hombres buenos, ¡que sea excluido rápidamente, al instante mismo, aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que con numerosa familia a la que alimentar, sin recursos, minado por la fiebre y las enfermedades, viva siempre en la angustia, ¡aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que defraude lo que esperan aquellos que hacen su elogio, de los infortunados, de los que llevan los ojos hacia él, de los indigentes, ¡aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que se complazca en la estafa, que sea siempre un hombre engañoso, impuro, temido del rey, desleal, ¡aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que descuide a su esposa virtuosa, que se baña en su estación, y fiel observadora de la época prescrita, ¡el perverso que aconsejó la marcha del príncipe! El crimen que comete un brahmán privándose voluntariamente de posteridad, ¡que sea manchado con él aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Que, los sentidos corrompidos, rehuse a un brahmán los honores que le pertenecen, y que ordeñe la vaca que alimenta a su ternero recién nacido, ¡que tal ocurra al que aconsejó la marcha del príncipe! ¡Que des-

precie su mujer legítima para cortejar a la de otro; que guste, en su locura, violar la ley, que tal le ocurra al que aconsejó la marcha del príncipe! La culpabilidad incurrida por aquel que ensucia el agua potable, y por aquel que echa en ella veneno, ¡que en ella incurra, él tan sólo, aquel que aconsejó la marcha del príncipe! Engañar a aquel que sufre de sed bebiendo su agua, ¡que en esta falta incurra el que aconsejó la marcha del príncipe! Ver a gentes querellándose a propósito de un punto de devoción, apoyándose en los *Sastras*, ¡que este crimen sea imputado al que aconsejó la marcha del príncipe!»

Además de tranquilizar de este modo a Kausalyá, privada de su esposo y de su hijo, el desdichado príncipe cayó a sus pies. Kausalyá dijo a Bharata, que acababa de lanzar estas temibilísimas imprecaciones, fuera de sí y agobiado por el dolor: «Mi dolor aumenta aún, ¡oh hijo mío!; tus anatemas detienen mis alientos vitales. Gracias al cielo, tu alma, llena de nobleza, no se ha separado del deber, ¡oh hijo mío!; la rectitud te conducirá a las regiones de los hombres de bien.»

Diciendo estas palabras, atrajo contra su corazón al valeroso Bharata, tan lleno de amor fraternal, y le besó, llorando amargamente. Mientras hablaba de este modo el infortunado príncipe, el de la gran alma, extraviado por el exceso de su pena, se sintió desfallecer. Balbuceando palabras incoherentes, fuera de sí, privado de sentido, permaneció yaciendo por tierra y lanzando frecuentes suspiros. Cuando la noche llegó, gemía aún.

## S A R G A L X X V I

### FUNERALES DE DASARATHA

Mientras que Bharata, el hijo de Kaikeyí, permanecía así hundido en el dolor, el más disertado de los hombres, Vasishtha, el muy elocuente asceta, le dijo: «Basta de lamentaciones y sé feliz, príncipe de gran renombre; el tiempo ha llegado de que prepares al rey funerales solemnes.» A estas palabras de Vasishtha, Bharata, que habíase prosternado hasta el suelo, dispuso todo lo que concierne a los deberes para con los muertos; conocía la ley. Levantó del suelo donde yacía, hundido en aceite, el cuerpo del rey Dasaratha, cuyo rostro color de oro, parecía dormido. Luego, colocándole sobre un lecho magnífico, adornado de toda clase de piedras preciosas, lloró a su padre y dijo todo lleno de dolor: «¿Qué habías proyectado, ¡oh rey!, en mi ausen-

cia, antes de mi vuelta, desterrando al virtuoso Rama y al valeroso Lakshmana? ¿Adónde vas a ir, gran monarca, tras haber dejado este pueblo al que desola la pérdida del león de los hombres, de Rama el del afortunado karmán? ¿Quién asegurará el reposo y devolverá la calma a tus súbditos en esta ciudad tras tu marcha al Cielo, querido padre, y la de Rama hacia el bosque? La Tierra está viuda, ¡oh rey!; tu pérdida la priva de su brillo; tal cual una noche sin Luna, así la ciudad me parece.»

Mientras que Bharata lamentábase de este modo con el espíritu abatido, de nuevo Vasishtha, el gran muni, le dirigió la palabra: «Los deberes fúnebres exigidos por este monarca, ¡oh valeroso príncipe!, cúmplelos exactamente, sin vacilar.» «Así lo haré», replicó Bharata. Y dócil a la orden de Vasishtha convocó a toda prisa a los *kitvijs*, *purohitas* y *acaryas* (247) de todo el reino. Los fuegos del Indra de los hombres fueron preparados en la parte exterior del añagara (248), y encendidos según los ritos por los *ritvijs* y los otros sacrificadores. Mientras le colocaban en su lecho fúnebre, sus servidores dirigieron al rey difunto palabras entrecortadas por los sollozos. Los habitantes cubriendo la ruta de plata, oro y telas de todas clases, precedían al convoy real. Otros llevaban, para arrojarlo en la hoguera, sándalo, áloes, *niryasas*, pino, *padmaka*, *devadarus* y otros perfumes resinosos de gran precio (249). Los *ritvijs*, acercándose al punto, depositaron al rey en medio de la hoguera. Entonces invocaron a Añi con sus rezos, en honor del rey, mientras que los cantores de *samans* entonaban sus himnos, de acuerdo con los *Sastras*. Luego, las mujeres del rey salieron de la ciudad en literas o en carro, según su rango; los ancianos del harén las escoltaban. Los *ritvijs* dieron la vuelta a la hoguera real, teniéndola siempre a su izquierda; las mujeres del difunto, abrumadas de dolor, les imitaron. Kausalyá a su frente.

Un grito penetrante, semejante al de una avutarda, se dejó oír; eran las mujeres, que en su aflicción lanzaban entonces por millares sus lúgubres quejas. En medio de gemidos desesperados y de lamentaciones inacabables, la corte descendió en vehículos hasta la orilla del Sarayú. Tras haber hecho sus abluciones en unión de Bharata, los miembros de la familia real, los ministros y los *purohitas*, volvieron a la ciudad con los ojos llenos de lágrimas, y permanecieron durante diez días echados por tierra tristemente.

## SARGA LXXVII

## DOLOR DE BHARATA Y DE SATRUÑA

Habiendo transcurrido los diez días, dando tregua a su pena, el príncipe, cuando llegó el dozavo día, hizo los preparativos del *sraddha*. Distribuyó a los brahmanes oro, joyas, arroz de primera calidad, numerosos rebaños de cabras, dinero y vacas en cantidad. Esclavas hembras, esclavos machos, vehículos y casas immaculadas fueron dadas a los brahmanes por el príncipe, con ocasión de la ceremonia fúnebre. Cuando brilló la aurora del décimotercer día, el guerrero de los grandes brazos, Bharata, extraviado por el dolor, se desahogó mediante lamentaciones. Con la voz preñada de sollozos, cuando se presentó para la ceremonia de la purificación, desde el pie de la hoguera paterna, dijo, llevado por su infortunio: «¡Oh padre mío!, el hermano al cual me habías dado como compañero, Raghava, desterrándole al bosque, me has dejado como en un desierto. Esta mujer sin protector, de la cual él debía ser el sostén. Kausalyá, esta madre cuyo hijo has relegado al bosque, la has abandonado para ir, ¿adónde?, ¡oh padre querido!, ¡oh mi rey!» Luego, viendo aquella brasa ardiente, los huesos calcinados, el hogar circular ocupado por la hoguera, y la destrucción del cuerpo de su padre, tras lanzar grandes gritos, se desvaneció. Ante tal espectáculo, el infortunado, estallando en sollozos, cayó por tierra como un gran estandarte de Sakra levantado en la parte superior de un edificio. Todos sus oficiales corrieron en socorro del príncipe de costumbres puras, como los rishis en socorro de Yayati, cuando en el momento supremo se deja caer.

Satruña, viendo a Bharata hundido en el dolor, cayó al suelo, privado de sentido, al acordarse también del monarca. Tal cual un insensato, todo fuera de sí, el infortunado gemía, pensando en las diversas pruebas de bondad dadas por su padre en tales o cuales circunstancias diciendo al fin al ver a su hermano: «¡Sumergido está en un río de dolor, salido de la perversa Manthará, impetuoso, frecuentado por Kaikeyí a guisa de cocodrilo, consistente en el don de un favor, de curso irresistible, este delicado joven al que perpetuamente mimabas! Querido padre, has entregado a Bharata a los gemidos para irte, ¿adónde? Alimentos, bebidas, trajes, adornos, de todo ello nos suministrabas a discreción; en adelante, ¿quién nos lo dará? En la estación en que se entreabre para recibir la simiente, la tierra ya no se entreabrirá más, ahora que tú la has dejado, tú

que fuiste un rey virtuoso y magnánimo. Mi padre habiendo ido al Cielo, Rama habiéndose establecido en el bosque, ¿podré vivir aún? Voy a arrojarme al fuego. Privado de mi hermano y de mi padre, no puedo entrar en Ayodhya desierta, esta ciudad en que Ikshvaku reinó; me refugiaré en una ermita.»

Oyendo las lamentaciones de los dos hermanos, y viendo su dolor, todos los de su séquito sintieron aumentar su propia aflicción. Entretanto, agotados por el sufrimiento, Satruña y Bharata cayeron los dos al suelo, como dos toros a los que rompen los cuernos. El virtuoso y docto purohita de su padre, ayudando a Bharata a levantarse, le dijo: «He aquí el décimotercer día luego de la muerte de tu padre, ¡oh Señor!, ¿por qué tardas en recoger sus huesos y demás restos? Hay tres parejas de contrarios, sin excepción, para los seres; tú no podrías evitarlo.»

Sumantra, por su parte, hizo también levantarse a Satruña, y, consolándole, le recordó elocuentemente que todo ser empieza y acaba. Habiéndose levantado, los dos tigres de los hombres, llenos de gloria, asemejábanse a dos grandes estandartes de Indra a los cuales la lluvia y el Sol hubieran borrado sus colores. Enjugando sus lágrimas, enrojecidos los ojos, mientras se lamentaban los dos jóvenes príncipes, estimulados por sus consejeros, apresuráronse a cumplir los demás ritos fúnebres.

## SARGA LXXVIII

### SATRUÑA CASTIGA A MANTHARÁ

Satruña, el hermano nacido después de Lakshmana, dijo a Bharata, que, lleno de dolor, se proponía marchar para reunirse con Rama: «Aquel que abrigaba a todos los seres contra la desgracia, y que con más razón podía abrigarse él mismo, ese, Rama, lleno de valentía, ¡una mujer le ha hecho desterrar al bosque! El que igualmente está lleno de bravura y de vigor, Lakshmana, ¿por qué no libraría Rama, incluso si para ello hubiera tenido que regañar a nuestro padre! ¡Antes era, no obstante, cuando debió ser castigado, en atención a lo justo y a lo injusto, ese rey que se lanzó por una mala vía por seguir la voluntad de una mujer!»

Así habló Satruña, el hermano menor de Lakshmana, cuando frente a él, en la puerta, apareció la jorobada engalanada con toda clase de adornos. Iba ungida con esencia de sándalo, vestida con prendas principescas y diversamente ataviada con

adornos de todas clases. Con sus cinturones, sus guirnaldas variadas y sus demás joyas de gran precio, tenía el aspecto de una mona envuelta en múltiples lazos.

El portero, al ver a la jorobada, causa principal de todo el mal, la agarró brutalmente y se la mostró a Satruña al tiempo que la decía: «La causante del destierro de Rama y de la muerte de vuestro padre es esta mujer depravada y perversa. Haz de ella lo que quieras.» Satruña, oyendo estas palabras, dijo, empujado por su dolor, a todos los familiares del palacio, obrando como justiciero inflexible: «A causa de la cruel desgracia que ha atraído sobre mis hermanos y sobre mi padre, ¡que esta mujer reciba el precio de su perversa acción!» Esto dicho, arrancó de en medio de sus compañeras, con rápida y poderosa mano, a la jorobada, que empezó a atronar la casa con sus gritos. La banda de mujeres que la rodeaban, temblando espantadas, al ver a Satruña furioso, se dispersaron por todas partes. Todo aquel cortejo femenino de Manthará decía: «Es tal su exasperación, que va a exterminarnos hasta la última. Kausalyá es compasiva, generosa, llena de rectitud y de honor, refugiémonos junto a ella; será para nosotras un asilo seguro.»

Entretanto Satruña, ciego de furor, él, azote de sus enemigos, abrumaba a golpes a la jorobada, que, caída por tierra, lanzaba grandes gritos. Mientras Manthará era de tal modo vapuleada con golpes ininterrumpidos, sus numerosas joyas desparramáronse por el suelo. Lleno por aquellas joyas, el espléndido palacio del rey brillaba aún más: cual un cielo en otoño. El toro de los hombres, que, transportado de furor, habíase apoderado de la jorobada, dirigió a Kaikeyí palabras de amenaza y de cólera. Ante aquel lenguaje duro y amenazador, la miserable Kaikeyí, a la que Satruña aterrorizaba, se refugió junto a su hijo.

Bharata, deteniendo con una mirada el furor de Satruña, le dijo: «Es preciso evitar el matar a toda especie de hembras. Cálmate. Yo mismo daría muerte a esta malvada Kaikeyí a causa de su criminal conducta, si no temiese que el virtuoso Rama me reprochase la muerte de mi madre. Si Raghava llega a saber incluso la muerte de esa jorobada, él, cuya alma es leal, no querrá en adelante, es seguro, tener relación alguna contigo ni conmigo.»

A estas palabras de Bharata, Satruña, el hermano segundo de Lakshmana, renunciando a su culpable destino, soltó a la jorobada, que estaba que ya no podía más. Manthará cayó a los pies de Kaikeyí, jadeante, sufriendo horriblemente y lanzando lamentables clamores. Viéndola así, la madre de Bharata



tranquilizó poco a poco a la desgraciada jorobada, a quien los golpes de Satruña habían trastornado la razón, y que parecía una avutarda caída en un lazo.

## SARGA LXXIX

### BHARATA REHUSA EL TRONO

Cuando apareció la aurora del decimocuarto día, los que tienen por misión proclamar al rey, reuniéronse y dijeron a Bharata: «Desaratha, nuestro muy venerable gurú, se ha ido al Cielo, tras haber desterrado a Rama, tu hermano mayor, y al valeroso Lakshmana. En adelante, sé nuestro rey, ¡oh príncipe glorioso!, por temor a que una invasión del enemigo sorprenda al Imperio sin defensa. Provistas de cuanto hace falta para la consagración, ¡oh príncipe salido de Raghú!, tus gentes te esperan, así como el pueblo. Ocupa sin dudar, ¡oh Bharata!, el trono de tus abuelos, recibe la unción real y gobiérnalo, ¡oh toro de los hombres!»

Tras haber dado la vuelta en torno al vaso de la consagración, dejándole a su derecha, Bharata, fiel a su deber, respondió a todo el mundo: «Fue siempre costumbre de nuestra familia que la realeza perteneciese al mayor de los hermanos; por consiguiente, no podéis proclamarme rey, vosotros que sois hombres virtuosos, Rama, nuestro hermano mayor, será rey; en cuanto a mí, yo seré el que permanezca en el bosque nueve años y luego otros cinco. Que sea convocado un grande, un poderoso ejército, con sus cuatro angas; yo traeré del bosque a mi hermano mayor, Raghava. Todos esos objetos preparados para la consagración, los haré transportar delante de mí, y me iré a buscar a Rama al bosque. Allí, ese tigre de los hombres, Rama, tras haber sido consagrado primeramente, le traeré, como se trae el fuego del sacrificio. No he de prestarme al deseo inspirado a esa mujer por su amor maternal. Me retiraré a un bosque inaccesible y Rama será rey. Que sean enrolados obreros para hacer caminos, nivelar las desigualdades del terreno, mientras guardias son enviados a su paso para explorar los lugares peligrosos.»

Oyendo este lenguaje del príncipe a propósito de Rama, el pueblo entero respondió en términos respetuosos y llenos de oportunidad: «A causa de este discurso, quisiera Srí, la del

toto, fijar su residencia en tu casa, ¡oh tú, que desees dar a la Tierra un hijo mayor del rey!»

Cuando los príncipes oyeron las excelentes palabras pronunciadas en voz alta por Bharata, lágrimas de alegría, salidas de sus ojos, corrieron por sus nobles caras. Dichosos por haber oído hablar así, los ministros con los que les rodeaban, le respondieron libres ya de angustia: «Para el camino, ¡oh el primero de los hombres!, una abnegada multitud, un ejército de obreros, cual ordenas, va a ser requisada al punto».

### SARGA LXXX

#### CONSTRUCCIÓN DE UN CAMINO

Entonces, gentes hábiles en discernir la naturaleza del suelo y expertos en la fabricación de cuerdas, artistas activos y animosos, cavadores, obreros manuales, mercenarios, arquitectos, constructores de máquinas, carpinteros, presentaronse ante Bharata. Alegre, una multitud considerable de gente púsose en camino; estaba agitada como el mar el día de la Luna. Acudiendo de todas partes una multitud de hábiles constructores de caminos, provistos de utensilios de todas clases, abrieron la marcha. A través de lienas, tallares, zarzas, matorrales y rocas, aquellas gentes labraron un camino, derribando toda clase de árboles. Unos, en los sitios descubiertos plantaban árboles; mientras que otros, armados de hachas, de azadones y de sierras, los derribaban aquí y allá. Estos, más robustos, arrancaban los vigorosos pies de las viranas y allanaban por todos lados las subidas difíciles. Aquellos llenaban con tierra los agujeros y los fosos profundos, haciendo desaparecer así las numerosas desigualdades del terreno. Establecían los pasajes necesarios, derribaban los obstáculos que encontraban, y cavaban trincheras allí donde eran necesarias. En poco tiempo abrieron canales de todas clases, en los que el agua abundaba; hubiérase dicho otros tantos ríos. En los lugares áridos, practicaban magníficos y abundantes depósitos de todas formas, adornados todo alrededor de escalones. Allanada como un piso, plantada de árboles en flor, alegrada por una multitud de pájaros ebrios de felicidad, adornada con estandartes, regada con agua de sándalo, llena de flores de todas clases por el suelo, la vía del ejército era maravillosa, asemejábase a la vía de los suras.

Conformándose a las órdenes recibidas, hábiles obreros, cuando en medio de lugares encantadores, entre multitud de árboles de frutos sabrosos se hallaba un paraje adecuado, el sitio era escogido para levantar allí el campo del magnánimo Bharata, que decoraban con tanto lujo que era enteramente puro adorno. Tan sólo bajo las constelaciones favorables y a las horas propicias, las gentes de experiencia preparaban los campamentos del magnánimo Bharata. Con sus numerosos espaldones de arena, los fosos que le rodeaban, las bellas calles brillantes como zafiros, su corona de torres, los contrafuertes revestidos de estuco que los protegía, sus espléndidas oriflamas, sus grandes paseos bien trazados, sus terrazas aéreas, sus templos con los techos cargados de adornos grandiosos, cada uno de aquellos campamentos igualaba en esplendor a la ciudad de Sakra. Así fue alcanzado el Jahnaví, de orillas plantadas de árboles variados, el de las ondas frescas y puras, abundante en peces enormes. Como el cielo inmaculado cuando la Luna y su cortejo de estrellas iluminan, brilla en la noche, así brillaba, maravillosa, la carretera del Indra de los hombres, que hábiles obreros abrían progresivamente.

## SARGA LXXXI

### VASISHTHA CONVOCA LA ASAMBLEA

Ahora bien, durante la noche de alegre aspecto, sutas y magadhas, expertos en su arte, celebraban a Bharata mediante cantos llenos de satisfacción. Un bastoncillo de oro hacía resonar los gongos, mientras que los caracoles marinos y centenarios de otros instrumentos producían las modulaciones más variadas. Aquel concierto gigantesco del que el cielo estaba como lleno no hizo sino aumentar las penas de Bharata, ya abrumado por el dolor. Despierto, Bharata hizo callar aquella alborada: «Yo no soy el rey», dijo; luego, dirigiéndose a Satruña, añadió: «He aquí, Satruña, la grave incorrección inspirada a esta multitud por Kaikeyí. El rey Dasaratha ha partido desencadenando sobre mí todos los males. Esta real fortuna, enraizada en el deber, del magnánimo Dharmaraja, vacila lo mismo que en el mar un navío sin timón. El que es nuestro todopoderoso piloto, Raghava en persona, desterrado está en el bosque por esa mujer, por mi madre, con menosprecio de toda justicia».

· Cuando oyeron a Bharata lamentarse así, con el espíritu extraviado, todas las mujeres lanzaron agudos gritos de dolor. Mientras de tal modo se desolaban, el glorioso Vasishtha, instruido en los deberes de los reyes, entró en la sala del jefe de la familia de Ikshvaku. Esta sala construida con oro satakumbha, llena de piedras preciosas y de más oro hema, semejante a la Sudharma (250), el virtuoso asceta entró en ella con su cortejo. El muni, versado en los *Vedas*, se sentó en un asiento de oro kancana (251), recubierto de un tapiz de buena suerte, y dio esta orden a los mensajeros:

«Brahmanes, kshatriyas, ministros, jefes de cuerpo, traéd-noslos sin tardar para un asunto urgente. Traed también, con los otros príncipes, a Satruña, al célebre Bharata, a Sudhahjit, a Sumantra y a todos los hombres importantes». Entonces, el gran grito ¡halahala! (252) resonó, lanzado por las gentes que acudían en carros, caballos y elefantes. Bharata, a su llegada, fue aclamado por el pueblo como Satakrata por los Inmortales. Cual un lago lleno de timís y de nagas, de ondas apacibles, sembrado de perlas, de conchas y de arena, tal era la sala que el hijo de Dasaratha ilustraba con su presencia; hubiérase dicho la ciudad de Ayodhya con Dasaratha mismo.

## SARGA LXXXII

### BHARATA SE DISPONE A IR A BUSCAR A RAMA

Bharata, lleno de sabiduría, contempló aquella sala que una asamblea escogida llenaba, y semejante a la noche, cuando la Luna está en su plenitud. Asientos estaban dispuestos para los nobles asistentes, que colocábanse según su dignidad. El brillo de los trajes y de los cosméticos hacía más hermosa aún aquella magnífica sala. Gracias a la multitud instruída que la llenaba, brillaba entre las salas como, al final de la estación de las lluvias, una noche estrellada en el período de la Luna llena. Viendo a las gentes del rey, que todas estaban allí, el docto purohita dijo a Bharata con voz dulce: «Querido hijo, el rey Dasaratha ha ido al Cielo por el camino del honor, legándote este rico Imperio en el que abundan tesoros y granos. No obstante, Rama, en su lealtad, acordándose del deber de los hombres de bien, no se apartó de la voluntad paterna, como no se aparta la Luna de su luz cuando se levanta. Tu padre y tu hermano te abandonan el trono libre de todo

obstáculo; goza de él para satisfacción de los ministros y recibe prestamente la unción real. Del norte, del oeste, del mediodía y del este, que todos los pueblos de estas comarcas, que todos los traficantes de los mares, ¡te traigan kotis de piedras preciosas!»

A este discurso, que le apenó mucho, el leal Bharata, hambriento de justicia, transportóse con el pensamiento hacia Rama, y con voz entrecortada por los sollozos, semejante a la de un Kalahansa (253), el joven príncipe exhaló sus lamentaciones en medio de la asamblea, y censuró al purohita del modo siguiente: «Un sabio que ha practicado el *Brahmacarya* (254), que se ha bañado en la ciencia, que está afianzado en el deber, su trono, ¿es que un hombre tal que yo le sustraería? ¿Cómo podría un hijo de Dasaratha llegar a ser usurpador de la corona? El reino y yo somos de Rama; ¡habla el lenguaje de la rectitud! Kakutstha es el mayor, el mejor, lleno de lealtad, iguala a Dilipa y a Nahusha (255); el trono le pertenece como en otro tiempo a Dasaratha. Yo cometería un crimen indigno de un arya, condenable, sí, en este Mundo, deshonorase la raza de los Ikshvakus. La falta de mi madre yo no la apruebo, yo aquí presente; al que está en las profundidades inaccesibles del bosque, yo le saludaré haciendo el anjalí. Yo me uniré al séquito de Rama; él es el rey supremo de los hombres; Raghava es digno de gobernar incluso los tres mundos».

Oyendo lenguaje tan leal, todos los asistentes vertieron lágrimas de alegría, llevando sus pensamientos hacia Rama, Bharata continuó: «Y si no puedo traer al príncipe del bosque, yo me quedaré en este mismo bosque siguiendo el ejemplo del noble Lakshmana. Emplearé todos los medios para traer a ese héroe en compañía de los nobles y muy virtuosos Dos-veces-nacidos. Tengo trabajadores de buena voluntad, todos hábiles en limpiar los caminos. El viaje que he organizado antes me place».

Habiendo hablado así, el venturosísimo Bharata, lleno de amor hacia su hermano, dijo a Sumantra, versado en los mantras, que estaba cerca de él: «Pronto, levántate, Sumantra, y ve, por orden mía, a disponer el cortejo para traer rápidamente al valeroso Rama».

A estas palabras del magnánimo Bharata, Sumantra, alegre, dispuso todo de acuerdo con sus órdenes y según sus deseos. Y fue con placer como los ministros, los oficiales del valeroso Bharata escucharon las prescripciones relativas al cortejo que debía ir a buscar a Raghava. Por su parte, todas las mujeres de los soldados, en cada casa, excitaron, contentas, a sus ma-

ridos a formar la escolta destinada a traer a Rama. Pronto los oficiales, ayudados de sus mujeres, apresuraron a todo el ejército a ensillar sus caballos y enganchar las carretas a los bueyes y los carros a caballos rápidos como el pensamiento. Viendo su ejército dispuesto a partir, Bharata, en presencia de su gurú, dijo a Sumantra, que estaba a su lado: «Engancha pronto mi carro». A esta orden de Bharata, Sumantra, lleno de alegría, fué a buscar el carro al que unció los mejores corceles. El descendiente de Raghú, lleno de lealtad y de heroísmo, de firmeza, de virtud, Bharata, queriendo decidir a que volviese al venerable e ilustre Rama, desterrado en el gran bosque, dijo a su muy dócil escudero: «Sin tardar levántate, Sumantra, y ve a decir a los generales que reúnan las tropas; quiero determinar a Rama a dejar su exilio silvestre para la salvación del Mundo».

El hijo de Sutá, habiendo recibido de Bharata esta orden formal, que colmaba todos sus deseos, convocó a los ministros, a los generales de los ejércitos, a los príncipes y a la multitud amiga. Entonces, levantándose tribu por tribu, guerreros, vaisyas, vrishalas y brahmanes, engancharon sus carros a búfalos, asnos, elefantes y caballos de raza.

### SARGA LXXXIII

#### BHARATA LIEGA A ORILLAS DEL GANGÁ

Habiéndose levantado la mañana, y montado sobre su caballo maravilloso, Bharata se alejó rápidamente, impaciente por ver a Rama. Iba precedido por todos los ministros y por los purohitas, montados en carros tirados por caballos y semejantes al carro de Surya. Nueve millares de elefantes acapazonados según las reglas escoltaban, durante su marcha, a Bharata, que avanzaba lleno de majestad. Cien mil caballos montados iban en seguimiento del hijo de Raghú, Bharata, el glorioso hijo del rey. Luego, Kaikeyí, Sumitrá y la ilustre Kausalyá, a quien la vuelta de Rama colmaba de alegría, venían en un carro centelleante. Los aryas seguían en masa, impacientes por ver a Rama, así como a Laksmana. Referíanse las maravillosas hazañas del héroe, con el alma exultante, y decían: «El príncipe, negro como la nube, el de los poderosos brazos, el del valor indomable, el de inflexible lealtad, Rama, ¿cuándo le veremos, él, que destierra la angustia del Mundo?

Al ver a Raghava se disipará nuestra aflicción, como las tinieblas de la Tierra al levantarse el Sol». Alegres, los habitantes de la ciudad de Ayodhya referíanse también los hechos ilustres de Rama, y se abrazaban unos a otros, sin dejar de marchar. Allí estaban también agrupados e iban dichosos al encuentro de Rama los otros ciudadanos, todos los comerciantes, toda la gente del pueblo, con sus trajes de fiesta. Joyeros, alfareros alegres, trenzadores de cuerdas de todas clases, fabricantes de armas, cazadores de pavos reales, los que manejaban la sierra o la barrena, los que trabajaban los brillantes o preparaban el marfil, confiteros y vendedores de esencias odoríficas, orífices y pañeros de fama, enfermeros, médicos, perfumistas, destiladores, planchadores, sastres, jefes de aldeas y de rediles, saltimbanquis, prisioneros, todos habíanse puesto en marcha con sus mujeres.

Los brahmanes, instruidos en los *Vedas* y afamados a causa de su virtuosa conducta, habíanse reunido y acompañaban a Bharata por millares, montados en carros tirados por bueyes. Cubiertos de hermosos trajes perfectamente limpios, ungidos con pomadas amarillas y puras, todos montados en irreprochables vehículos, seguían tranquilamente a Bharata. Transportado de placer, el ejército escoltaba al hijo de Kaikeyí, Bharata, que iba a buscar a su hermano bienamado.

Tras haber viajado mucho tiempo en sus carros u otros vehículos, sobre sus caballos o sus elefantes, alcanzaron el Gangá cerca de la ciudad de Sríngavera. Allí habitaba un amigo de Rama, el valiente Guha, que con los suyos agrupados a su lado rodeaba a aquella comarca de una vigilancia activa. Llegado al borde del Gangá, frecuentado por los cakravakas (256), el ejército que acompañaba a Bharata hizo alto. Viendo al ejército detenido junto al Gangá, el de las afortunadas ondas, Bharata dirigió a sus oficiales este discurso lleno de prudencia: «Haced reposar como es debido al ejército, es mi voluntad; descansados, atravesaremos mañana este río, tributario del Océano. Además, deseo procurar al difundo rey el medio de obtener la vida futura, sacando agua del río».

A estas palabras: «Que sea así», respondieron los oficiales todos a un tiempo, y ordenaron, cada uno por su lado, al ejército, que vivaquease, batallón por batallón. Habiendo instalado de este modo, según las reglas, al borde del Gangá, río inmenso, su ejército abundantemente provisto de todo, Bharata establecióse allí él mismo, ocupado con el pensamiento de traer al magnánimo Rama.

## SARGA LXXXIV

## GUHA VA AL ENCUENTRO DE BHARATA

Cuando vio el ejército instalado a orillas del Gangá, el rey de los nishadas dijo a sus familiares que le rodeaban: «He aquí un ejército formidable, semejante al Océano; no puedo calcular su cuantía, ni siquiera con el pensamiento, bien que pienso en ello. Es el malvado Bharata, que llega de improviso. Sí, es él, no hay duda; le reconozco en su alta estatura y en el kovidara (257) que ostenta en su carro. Nos pondrá los grilletes o nos matará, a nosotros los primeros, luego le tocará Rama, al que Dasaratha, su padre, ha desterrado del reino. Envidioso de la fama inaccesible a todo otro, adquirida por Rama, su verdadero soberano, Bharata, el hijo de Kaikeyí va a matarle. Rama, el hijo de Dasaratha, es mi señor y mi amigo. Vosotros que os interesáis por él, permaneced aquí cerca, al borde del Gangá. Que todos los bateleros de este lado del río esperen armados, para guardar el paso, provistos de carne, de raíces y de frutas. Que preparen quinientos navíos tripulados cada uno por cien marineros ejercitados y jóvenes». Y Guha, apresurando a los suyos, añadió: «Porque si Bharata se presenta como amigo de Rama, su ejército atravesará al punto el Gangá sano y salvo».

Tras estas palabras, aprovisionándose, para ofrecérselo, de pescado, de carnes y de miel, el soberano de los nishadas, Guha, dirigióse hacia Bharata. Cuando le vio venir, el hijo de Sutá, lleno de celo, astuto y prudente, informó de su llegada a Bharata: «He ahí, rodeado de un millar de los suyos, al jefe que tan bien conoce el bosque de Dandaka, el antiguo amigo de tu hermano. Puesto que viene a visitarte, ¡oh Kakutstha!, el rey de los nishadas. Guha, no es posible dudar que sabe dónde están Rama y Lakshmana».

Oyendo estas palabras de Sumantra, Bharata respondió con alegría: «¡Que venga Guha junto a mí cuanto antes!» Halagado por esta invitación, Guha, escoltado por los suyos, acercándose a Bharata, se inclinó y le dijo: «Este lugar está confortablemente aprovisionado, bien que nos sorprenda de improviso; ponemos todo a tu disposición; sé como en tu casa en esta pesquería. Hay raíces y frutas, recogidas por los propios nishadas, como también carne fresca y seca, y lo mismo



todos los productos del bosque. Deja al ejército, te lo ruego, rehacerse bien y reposar aquí esta noche; mañana, provisto de cuanto puedas desear, seguirás con él tu camino.»

## SARGA LXXXV

## BHARATA DISIPA LAS SOSPECHAS DE GUHA

A estas palabras, Bharata respondió al soberano de los nishadas; Guha, con muy buen sentido, a propósito de los motivos y fin de su viaje: «Todo mi deseo, ¡oh Señor y amigo!, le colmas acogiendo de este modo a mi numeroso ejército.» Tras haber dirigido a Guha estas palabras llenas de cortesía, el ilustre y venerable Bharata le preguntó sobre la ruta a seguir: «¿Por qué camino iré a la ermita de Bharadvaja? El país es inextricable y los bordes del Ganga de difícil acceso.»

A esta prudente pregunta del príncipe, Guha, cuyo territorio estaba cubierto de espesuras impenetrables, respondió, haciendo el anjalí: «Pescadores experimentados y adictos te guiarán. Yo mismo te acompañaré, ¡oh príncipe valeroso! Pero, ¿vienes acaso con intención de perjudicar a Rama, el de las imperecederas hazañas? Este numeroso ejército me lo hace temer.»

A estas palabras de Guha, Bharata, cuya alma asemejábase a un ciclo sin mancha, respondió con voz dulce: «¡Lejos estoy de este pensamiento criminal al que jamás hubieras debido sospechar en mí. En efecto, Raghava, mi hermano mayor, es para mí un padre. Lo que quiero es sacar a Kakutstha del bosque en que habita; no tengo otra intención, ¡oh Guha!, te digo la verdad.»

Entonces Guha, tranquilizado y sereno el rostro al oír estas palabras de Bharata, añadió lleno de alegría: «¡Bendito seas tú! No veo otro semejante a ti en toda la superficie de la Tierra; tú, que quieres renunciar al Imperio que habías adquirido sin esfuerzo. Ciertamente, tu gloria recorrerá los mundos para siempre; tú, que vas a sacar a tu hermano Rama de su horrible situación.»

Mientras Guha conversaba de este modo con Bharata, el Sol perdió su brillo y la noche vino. El afortunado Bharata entró en su campo, muy satisfecho de Guha, y volvió para tomar su reposo en unión de Satruña. El pensamiento de Rama contristaba en aquel momento al magnánimo Bharata,

sin motivo, puesto que ante él no tenía sino su deber; un fuego interior le consumía como en el incendio de un bosque una llama secreta devora al árbol que bebe por su pie. Sentía escapar de todos sus miembros un sudor causado por sus ardientes penas, así como bajo los fuegos solares que le calientan, el Himavat deja que sus nieves se fundan. Una montaña de infortunio, cuyas rocas cavernosas eran preocupaciones; los yacimientos, quejas; el bosque, la desgracia; las cimas, dolor y fatigas; las fieras sin número, los alocaamientos; las hierbas y las cañas, las penas, aplastaba con su peso al hijo de Kaikeyí. Suspirando, el corazón hundido en la aflicción, el espíritu extraviado, llegado al colmo de la desgracia, no disfrutaba de reposo, pues la fiebre quemaba el pecho de aquel tigre de hombres que asemejábase a un toro expulsado del rebaño. Bharata, el valeroso héroe, se fue al encuentro de Guha, con su escolta, abismado en sus reflexiones. Guha le tranquilizó poco a poco sobre la suerte de su hermano mayor.

## SARGA LXXXVI

### GUHA IIACE EL ELOGIO DE LAKSHMANA

La abnegación del magnánimo Lakshmana, el todopoderoso Bharata la supo por Guha, el del país impenetrable: «Vigilante, lleno de cualidades, armado de un arco y de dardos excelentes para la salvaguardia perpetua de su hermano, tal es Lakshmana. Yo le dije: «Amigo, he aquí un lecho, confortable preparado para ti; no tengas inquietud alguna, reposa tranquilo, ¡oh vástago de Raghú! Todos esos que ves ahí, habituados están a las fatigas; tú, tú no conoces sino la alegría, ¡oh virtuoso príncipe!; nosotros, nosotros seremos los que velaremos por Rama. Ciertamente, nada en este Mundo me es más querido que él; no te atormentes; te digo cara a cara la verdad. Gracias a él me prometo en este Mundo una gran gloria, así como la obtención del deber en toda su extensión y la satisfacción completa del interés y del desco. Mientras mi querido amigo Rama descansa junto a Sitá, yo velo por él, arco en mano, con todos los míos. Nada escapa a mis ojos en este bosque, que recorro sin cesar. Podríamos resistir, en un combate, incluso a un ejército compuesto de sus cuatro angas.»

»A estas palabras, el magnánimo Lakshmana dio las gra-

cias a todos, pero no considerando sino su deber, añadió: «¿Cómo cuando Dasaratha duerme en la tierra, junto a Sitá, podría yo entregarme al sueño o vivir en la molicie? El, a quien en la lucha no podrían resistir los devas ni los asuras, **mírale**, Guha, echado sobre la hierba con Sitá. Obtenido con la ayuda de un gran tapás y de múltiples austeridades, ese hijo de Dasaratha, ¡es el único que se le asemeja! El desterrado, el rey no vivirá mucho tiempo ya, y la Tierra pronto estará viuda. Tras haber lanzado gritos desgarradores, las mujeres del rey se habrán callado al fin extenuadas por la fatiga; los clamores habrán cesado ya en el palacio real; Kausalyá, el rey y mi madre también, ¡no creo que ninguno de ellos esté aún vivo esta noche! Aunque mi madre sobreviviese, por afecto a Satruña, la infortunada Kausalyá, la madre de ese héroe, que no tiene sino este hijo, sucumbiría. Su deseo, viendo que está frustrado, frustrado para siempre, y que no puede asentar a Rama en el trono, mi padre morirá. Una vez muerto el rey mi padre a causa de tal conjetura, los que hayan alcanzado su propósito le concederá todas las honras fúnebres. Con sus agradables encrucijadas y sus plazas, sus grandes vías bien trazadas, los suntuosos hoteles, los palacios, todas las magnificencias de que está adornada; con los elefantes, los caballos y los carros que la llenan, el sonido de las turyas que allí escúchanse siempre, todas las atracciones que encierra, su población harta y alegre; los jardines de lujo y los parques que en ella hay a profusión, las asambleas y las fiestas continuas allí, ¡alegres habitarán la real residencia de mi padre en Ayodhya! ¡Ojalá podamos en unión de ese virtuoso héroe, fiel a sus promesas, cuando haya acabado su compromiso, volver allí para nuestra dicha!»

«Mientras que el magnánimo príncipe, de pie, lamentábase de esta suerte, la noche transcurrió. Cuando el Sol se levantó sin mancha, los dos príncipes, habiéndose hecho trenzar el cabello, descendieron felizmente con mi ayuda a esta orilla del Bhagirathí. Sus cabellos en trenza, vestidos de corteza de árbol, los dos valerosos héroes, parecidos a dos jefes de rebaños de elefantes, armados de aljabas y arcos maravillosos, aquellos dos azotes de sus enemigos, volviéndose hacia un lado y hacia otro, marcharon con Sitá.»

## SARGA LXXXVII

## DOLOR DE BHARATA

Escuchando estas tristes palabras de Guha, Bharata sintióse el mismo invadido por la tristeza. Aquel príncipe tierno, generoso, el de los hombros de león, el de los grandes brazos, el de los ojos descogidos como la flor del loto, delicado no bstante, de aspecto gracioso, lanzó de pronto un suspiro, con el alma angustiada, y cayó al suelo súbitamente, como un elefante herido por dardos en el corazón.

Al ver a Bharata desvanecido, Guha, palideciendo, titubeó, como un árbol cuando un temblor de tierra, Satruña, que estaba allí junto, besando a Bharata que yacía por tierra, lanzó gritos desgarradores, fuera de sí, abrumado por el dolor. Entonces lanzáronse sobre Bharata todas sus madres, adelgazadas por el ayuno, desgraciadas, inconsolables a causa de la triste suerte de su esposo. Y, gimiendo y rodeando al príncipe extendido por el suelo, Kausalyá, inclinándose sobre él desolada por el dolor, le besó. Cubría a Bharata de caricias, como una vaca a su ternero. La infortunada le interrogaba, sollozando, dando rienda suelta a su dolor: «Hijo mío, ¿paraliza un mal súbito tus miembros? Esta raza real es de ti de quien depende en adelante su existencia. El verte, hijo mío, me ata a la vida, puesto que Rama, habiendo partido con su hermano y el rey Dasaratha muerto, tú eres nuestro jefe único en adelante. ¿Has sabido, quizá, alguna mala noticia de Lakshmana, o de mi hijo único, relegado con su esposa en el bosque?»

En aquel momento el glorioso príncipe recobró el sentido, y sin dejar de llorar tranquilizó a Kausalyá; luego dijo a Guha: «Mi hermano, ¿dónde pasará la noche, así como Sitá y Lakshmana? ¿En qué lecho dormirá, tras haber tomado qué alimentos? ¡Oh Guha!, dímelos.»

Con gusto, el soberano de los nishadas, Guha, contó a Bharata lo que había hecho por Rama, su huésped amable y bueno: «Alimentos de todas clases, comestibles, frutos variados; yo traía frecuentemente para que comiese Rama. Pero él, de quien el heroísmo forma la esencia, rechazaba todo ello; no aceptaba nada, en recuerdo a su deber de kshatriya: «Nada podemos recibir, amigo, es a nosotros el dar siempre», así hablaba aquel héroe magnánimo, y nos daba a todos las gracias. Tras haber bebido del agua traída por Lakshmana, el magná-

nimo, Raghava practicaba la abstinencia con Sitá. Entonces Lakshmana bebía el agua que quedaba. Luego, guardando silencio los tres, durante la sandhyá (258), sentábanse el uno cerca del otro, recogidos. Sumitri, al punto, preparaba rápidamente un lecho confortable para Raghava, para lo que íbase a buscar musgo. Rama se extendía sobre su cama con Sitá. Y, tras haberles lavado los pies a los dos, Lakshmana se apartaba. Al pie de ese ingudi que ves ahí, sobre esa hierba, Rama y Sitá descansaban por la noche, los dos. Provisto de un guante protector y con dos aljabas llenas de flechas, que había atado a su espalda, Lakshmana, azote de sus enemigos, teniendo su enorme arco montado, hacía la ronda toda la noche. En cuanto a mí, yo cogía mis dardos y mi arco maravilloso y me estaba constantemente junto a Lakshmana, con mis infatigables parientes, armados de sus arcos ellos también, para la salvaguardia del héroe, igual al gran Indra.»

## SARGA LXXXVIII

### LAMENTACIONES DE BHARATA

Habiendo oído todo esto, Bharata se acercó con sus confidentes al pie del ingudi y contempló el lecho de Rama. Luego dijo a todas sus madres: «Ved dónde el magnánimo héroe, por la noche, tendíase por tierra; he aquí el lugar de su tormento. Nacido del sabio y magnífico Dasaratha, salido él mismo de una familia de grandes reyes, Rama, no, no merece acostarse en el suelo. Habitado a dormir sobre un montón de blandos tapices, cubierto por ricas pieles, ese tigre de los guerreros, ¡cómo puede descansar sobre tierra! Los miradores, semejantes a vimanas, en la parte superior de las prasadas (259), soleados de oro y de plata, en los que se echan maravillosos tapices, cubiertos por montones de flores las más variadas, perfumados con sándalo y áloes, brillantes como nubes blanquecinas, sonoros a causa de los gritos de los loros y los más hermosos entre los más hermosos palacios, llenos de frescuras y de suaves aromas, semejantes al Merú, con sus murallas de oro refinado, tras haberlos habitado constantemente, en medio de cantos, de sinfonías, del tintineo de las joyas preciosas, de la encantadora armonía de los mridangas que cada día le despertaban, celebrado cuando era oportuno por los heraldos y por numerosos sutas y magadhas, en gathás e himnos dignos de él.

este héroe, azote de sus enemigos, ¡duerme ahora sobre el suelo! Esto no es creíble. En este Mundo la verdad no la veo por parte alguna; sí, mi espíritu se turba, soy víctima de un ensueño; estoy seguro de ello. En verdad que no hay divinidad más poderosa que el Tiempo, puesto que el hijo de Dasaratha, Rama, duerme en el suelo, y la hija del rey de Videha, encanto de los ojos, por tierra se echa, ella, la nuera querida de Dasaratha. He aquí, pues, el lecho de mi hermano; ¡de tal modo ha cambiado su suerte!, sobre el duro suelo, toda la hierba ha sido aplastada por su cuerpo. A mi parecer, ella ha debido dormirse toda adornada sobre este lecho, la hermosa Sitá, pues se advierten aquí y allá, caídos, pedacitos\* de oro. Su manto, Sitá, se despojó de él, seguramente, pues ved cómo brillan, esparcidos filamentos de seda. No hay duda que el lecho de su esposo fue delicioso siempre, puesto que la joven e infortunada Maithilí, por delicada que sea, insensible es al sufrimiento. ¡Ah!, yo increzco la muerte, yo no soy sino un bárbaro, yo la causa de que Raghava ¡comparta con su esposa un lecho semejante, cual si estuviera sin recursos! El, nacido de una familia que reina sobre la Tierra entera. El, a quien los mundos deben su prosperidad; que hace la alegría de todos; que ha renunciado a un reino de abundancia sin rival. El héroe de la tez oscura como el indivara, el de los ojos rojos, el del atrayente aspecto, que debería tener la felicidad por compañera y que no merece el infortunio, Raghava, ¿de dónde viene, pues, que se vea reducido a dormir en el suelo? Feliz, en verdad, el afortunado Lakshmana; favorito es de la suerte; él, que en tiempos desgraciados, ¡acompaña a mi hermano Rama! Todos sus deseos son ciertamente colmados también ¡a esta Vaidehí que sigue a su esposo por el bosque! La angustia es, por el contrario, nuestro lote, nosotros, que estamos privados todos de ese príncipe magnánimo. El Universo está sin piloto; me parece desierto, desde que Dasaratha se ha ido al Cielo y Rama se ha establecido en el bosque. Nadie ambiciosa, ni siquiera con el pensamiento, la Tierra que el príncipe desterrado en el bosque protegía con su valeroso brazo. Sin guardias para vigilar en sus bastiones, sin carros, ni caballos, ni elefantes, las puertas sin cerrojos, la ciudad real, privada de defensores, desguarnecida de su alegre ejército, vacía, hundida en la desolación, abierta, los enemigos, no obstante, rehusar tocarla, cual a alimento envenenado. A partir de hoy, yo también dormiré sobre la tierra, o sobre la hierba, no alimentándome sino de frutas y de raíces, los cabellos dispuestos en trenza y vestido de corteza de árbol. El tiempo que le queda

para vivir desterrado, yo lo pasaré con gusto en el bosque; con ello el compromiso del noble héroe no será vano. Mientras yo permaneceré allí, en interés y en lugar de mi hermano, Satruña me acompañará. Ayudado por Lakshmana, mi noble hermano volverá para guardar a Ayodhya. Kakutstha será consagrado en Ayodhya por los Dos-veces-nacidos. ¡Ojalá las divinidades me permitan realizar este propósito! Si Rama no se rinde ante mis respetuosas instancias, me uniré constantemente a sus pasos, en sus peregrinaciones silvestres; no podrá rehusarme esta gracia.»

## SARGA LXXXIX

### BHARATA Y SU COMITIVA ATRAVIESAN EL GANGÁ

Tras haber pasado la noche en aquel mismo lugar, a orillas del Gangá, el descendiente de Raghú, Bharata, levantándose al clarear el día, dijo a Satruña: «Satruña, arriba, ¿para qué dormir más tiempo? Ve rápido a buscar al rey de los nishadas, Guha, ¡y sé feliz! Es preciso que hagamos cruzar el río al ejército. El sueño me hunde, pero no puedo descansar, pues pienso continuamente en Rama.» «Sea como tú dices», le respondió su hermano Satruña, despertándose.

En el momento mismo en que aquellos leones entre los hombres conversaban de este modo, llegó Guha, que, haciendo el anjalí, dijo a Bharata: «¿Has pasado una noche feliz, ¡oh Kakutstha!, a orillas del río? ¿Va todo bien para tu ejército?» A estas palabras de Guha, dictadas por el afecto, Bharata, llevado de su abnegación hacia Rama, le respondió: «La noche ha pasado bien para nosotros, ¡oh sabio príncipe!; nos colmas de atenciones. En cuanto al Gangá, que los pescadores, con ayuda de sus numerosas barcas, nos le hagan atravesar.»

A esta orden de Bharata, Guha, apresurándose, entró en la ciudad y dijo a la multitud de los suyos: «¡Arriba!, ¡despertad y sed constantemente felices! Preparad las barcas para hacer pasar el río al ejército.» Aquellos hombres, levantándose prístamente al oír a su príncipe, reunieron quinientas embarcaciones por todas partes. Algunas a quienes la svástica (260) distinguía, llevaban campanas enormes; estaban magníficamente adornadas y engalanadas con banderas, bien equipadas y muy sólidas. Uno de aquellos barcos, decorado él también con la svástica, todo recubierto de colgaduras blancas, resonante a

causa de las alegres exclamaciones de los que le tripulaban, suntuoso, fue traído por Guha en persona. En él hizo subir a Bharata, a Satruña, lleno de valor; a Kausalyá, a Sumitrá y a las demás esposas del rey. A la cabeza venían inmediatamente los purohitas, los gurús y los brahmanes, así como las damas del palacio, los carros y las provisiones. Los clamores de las gentes que encendían el fuego en sus casas, que bajaban a bañarse en el tirthá, y que transportaban sus utensilios, elevábanse hasta el cielo. Las barcas engalanadas que dirigían los pescadores mismos, a bordo de las cuales había aquella multitud de pasajeros, bogaban rápidamente. Unas estaban llenas de mujeres, otras de bestias de carga, aun otras transportaban coches y los animales de tiro, de gran precio.

Llegados a la otra orilla, la gente bajaba; al volver, los pescadores y los amigos de Guha efectuaban con sus navíos caprichosas evoluciones. Con sus estandartes, los elefantes, a quienes sus cornacs aguijaban, nadaban, semejantes a montañas aladas. Mientras que unos subían a las barcas, otros franqueaban el Gangá, con ayuda de balsas, o se servían de odres, de pellejos, o, en fin, a nado. De este modo el ejército franqueó felizmente el Gangá, con la ayuda de los pescadores, a la hora de Maitra (261); luego alcanzó el magnífico bosque de Prayaga.

Tras haber ordenado el alto a su ejército y haberle instalado confortablemente, el magnánimo Bharata se fue con los ritvijs y los sadasyas (262) a visitar a Bharadvaja, el excelente rishi. Encaminóse a la ermita del brahmán, el de la gran alma, del purohita de los dioses, flor de los ascetas, admirando el magnífico bosque, la encantadora soledad con cabañas de follaje y sus árboles.

## SARGA XC

### ENTREVISTA DE BHARATA CON BHARADVAJA

El toro de los hombres se dirigió hacia el eremitorio de Bharadvaja, distante lo que alcanzaba un grito; tras haber instalado a toda su gente, fue cuando se acercó con sus consejeros. El virtuoso príncipe iba a pie, sin armas y sin escolta, vestido con un doble hábito de lino, precedido por su purohita. Viendo a Bharadvaja, Raghava hizo a sus consejeros detenerse, y avanzó solo en seguimiento de su purohita.

Al ver a Vasishtha, Bharadvaja, el gran asceta, abandonó rápido su asiento y dijo a sus discípulos: «¡El arghya!» Cuan-



do Bharata, acercándose con Vasishtha, le saludó, el ilustre asceta reconoció al hijo de Dasaratha. Hizo que les dieran a los dos agua para lavarse las manos y los pies, luego frutas; entonces el virtuoso asceta preguntó a cada uno de ellos, según su rango, si todo marchaba bien en su familia, en Ayodhya, en el ejército, el tesoro, entre sus amigos y sus consejeros. Como sabía que Dasaratha había muerto, no habló del rey.

Vasishtha y Bharata informáronse a su vez si todo iba bien para su persona, sus fuegos, sus discípulos, sus árboles, sus gacelas y los pájaros de su eremitorio. «Sí», respondió el ilustre Bharadvaja; luego interrogó a Bharata, pues el afecto le unía a Raghava: «¿Qué vienes a hacer aquí, tú, que riges un Imperio? Dímelo todo; mi espíritu no está tranquilo a propósito de esto. El héroe, matador de sus enemigos, a quien Kausalyá dio a luz para el aumento de su dicha, él, que con su hermano y su esposa está por mucho tiempo desterrado en el bosque, a este héroe lleno de gloria, que, gracias a las intrigas de una mujer, ha sido condenado por su padre a permanecer en el bosque durante catorce años, ¿no querrás hacerle daño a este príncipe sin reproche, así como a su hermano nacido el segundo, llevado del deseo de gozar de su trono sin obstáculo?»

A estas palabras de Bharadvaja, Bharata respondió, con el rostro lleno de lágrimas, y con voz que el dolor apagaba: «Perdido estoy si tú, bienaventurado, tienes de mí una opinión semejante. Yo no tengo falta de la que reprocharme. No me hables en ese tono. Yo no apruebo lo que mi madre ha dicho a propósito de mí; no estoy contento de ello y no le presto mi apoyo. Vengo, al contrario, lleno de afecto hacia él, para traer a ese tigre de los hombres a Ayodhya y prosternarme a sus pies. Y ahora que sabes el motivo de mi viaje, concédeme un favor. Indícame, ¡oh bienaventurado!, en dónde se halla actualmente Rama, el amo del Mundo.»

Solicitado también por Vasishtha y los demás ritvijs, el bienaventurado Bharadvaja respondió a Bharata, en tono afectuoso: «¡Oh tigre de los héroes!, no sin razón se encuentra en ti, que has salido de la raza de Raghú, el respeto a los gurús, el dominio de las pasiones y la unión con las gentes de bien. Conocía tu propósito, pero quería su confirmación; por ello te he interrogado con objeto de volver tu gloria infinitamente más grande. Yo sé dónde está el virtuoso Rama, al que Sitá y Lakshmana acompañan. Tu hermano habita la elevada montaña del Citrakuta. Mañana, tú irás allí; hoy, quédate aquí con tus consejeros; dame esta satisfacción, ¡oh muy prudente prin-

cipe!; tú, que conoces el placer y el interés. «Con mucho gusto», respondió Bharata, el de la noble prestancia y de belleza perfecta; y el hijo del rey resolvió pasar la noche en aquel eremitorio.

## S A R G A X C I

### MARAVILLOSA RECEPCIÓN HECHA A BHARATA POR BHARADVAJA

Viéndole decidido a pasar la noche en aquel lugar, el muni ofreció a Bharata, el hijo de Kaikeyí, los honores de la hospitalidad. Pero Bharata le dijo: «¿No me has dado ya el agua para lavar manos y pies y hecha toda la acogida que conviene hacer a un huésped en el bosque? Bharadvaja respondió a Bharata, sonriendo: «Conozco tu simpática indulgencia y que te contentas con lo que sea. No obstante, deseo dar todo lo que necesita tu ejército; déjame procurarme esta satisfacción, ¡oh toro de los hombres! ¿Por qué le has dejado apartado al llegar aquí? ¿Por qué no haberle traído, ¡oh toro de los guerreros!, contigo?»

Bharata respondió al asceta, haciendo el anjali: «No he venido con mi ejército, ¡oh bienaventurado!, por consideración a ti. Siempre un rey, o un príncipe, ¡oh bienaventurado!, debe esforzarse por no ser gravoso en los lugares ocupados por los ascetas. Caballos despabilados, hombres, elefantes excelentes, borrachos de mada, me acompañan, ¡oh bienaventurado!, cubriendo con su multitud la tierra inmensa. Me ha dicho: perjudicarían a los árboles, al agua, a la tierra, así como a las cabañas del eremitorio, y pensando esto, he venido solo.»

«Tráeme a tu ejército», ordenó el gran asceta. Entonces Bharata volvió a buscar a sus tropas. Bharadvaja entró seguidamente en el añisalâ (263); allí bebió agua, la barrió, y para bien cumplir sus deberes como huésped, invocó a Visvakarman. Invoco a los tres guardianes de los mundos, los dioses que tienen mis deberes de huésped, ¡que me procuren los medios! Invoco a los tres guardianes de los mundos, los dioses que tienen a Indra por jefe; quiero cumplir mis deberes de huésped. ¡que me procuren los medios! Que los ríos que corren a oriente, y aquellos cuyo curso es horizontal sobre la tierra, acorran prestamente por todos lados, unos, con olas de maireya; otros, con olas de surâ (264) de buena calidad; aun otros, rodando ondas frescas, que tengan el gusto de la caña de azúcar. Invoco a los devas y a los gandharvas, a Visvvasu, Hahâ y Huhû.

Que las apsaras vengan también con los devas y los gandharvas, ¡de todas partes! Ghrítací, Visvací, Misrakécí, Alambushá, Nagadattá, Hemá, Somá, Adríkritasthalí, las mujeres hermosas que están al servicio de Sakra y de Brahma, yo las invoco a todas; asimismo a Tamburú; ¡que vengan adornadas! El bosque divino de los kúrus, cuyas hojas sirven de vestido y de adorno, que tiene como frutas mujeres celestes, a todos los tesoros de Kubera yo los convoco aquí. Que aquí el bienaventurado Soma me procure provisiones excelentes, alimentos sustanciales, golosinas, pastelería, salsas de todas clases y abundantemente. Guirnaldas en todas sus variedades, productos espontáneos de los árboles, licores fuertes y otras bebidas, ¡así como viandas de toda suerte!»

Así habló, de un modo conforme a la enseñanza de los *Vedas*, el asceta, entregado a la meditación, dotado de un tejás sin igual y fiel a sus votos. Mientras meditaba así, en su alma, el rostro vuelto hacia Oriente, y haciendo el anjalí, llegaron todas las mencionadas deidades, en grupos distintos. Entonces, tras haber efectuado el malaya y el durdura (265); una brisa embriagadora, afortunada, que secaba el sudor, empezó a soplar deliciosamente. Luego, nubes divinas derramaron chaparrones de flores, mientras que el ruido de los gongos celestiales dejábase oír por todas partes. Al zumbido melodioso de los vientos, danzaron las cuadrillas de apsaras, los divinos gandharvas cantaron, los vinás resonaron. La música llenaba el aire, la tierra y el oído de sonidos animados, variada, dulce, cadenciosa, de acuerdo con los modos de la armonía. Cuando cesó aquella melodía celeste, tan dulce a los oídos humanos, el ejército de Bharata contempló las creaciones de Visvakarmán. Fue, primeramente, un terreno perfectamente llano, de cinco yojanas en todos sentidos, cubierto de un césped espeso con el tono oscuro de la esmeralda. Estaba plantado de bilvas, de kapitthas, de panasas, de limoneros, de amalakis y de mangos cubiertos de frutos. Del país de los kúrus del norte llegó un bosque de delicias paradisíacas, así como un agradable río, bordeado de numerosos árboles. Brillantes edificios de cuatro fachadas, aparecieron, con sus cuadras para elefantes y caballos, y magníficas puertas, adornadas con miradores y flanqueadas de torres. Surgió un palacio real, brillante como una nube blanca, con puertas-ventanas espléndidas, decorado con gran cantidad de guirnaldas frescas, lleno de celestiales perfumes; formaba un cuadrado perfecto, amueblado con lechos, asientos y vehículos, provisto de toda clase de licores divinos, así como adornos y trajes magníficos, bien aprovisionado en

viveres de toda suerte, ya dispuestos, guarnecido de vajillas ricas y sin mancha, de divanes elegantes de todas formas, y el suelo lleno de ricos tapices.

A invitación del gran rishi, el héroe de los grandes brazos, Bharata, el hijo de Kaikeyi, entró en aquel palacio lleno de piedras preciosas. Y tras él, todos sus consejeros con sus purohitas; todos, viendo tal mansión, llenáronse de alegría. Había allí un trono celeste, un abanico y un quitasol, Bharata, con sus consejeros, dio la vuelta en torno a él, cual si se hubiese tratado de un rey. Veneró también el asiento real y se inclinó ante Rama, al que supuso sentado en él; luego, cogiendo el espanta-moscas, hecho con una cola de yak, sentóse en un sitio de chambelán. A ejemplo suyo, y siguiendo su rango, sentáronse todos los consejeros y los purohitas; luego el jefe del ejército y el prasastar (266) sentáronse igualmente. Entonces, en el mismo instante, ríos, de los cuales el limo era de crema, corrieron a los pies de Bharata, por orden de Bharadvaja. En las orillas, por los dos lados, casas enjalbegadas con blanca arcilla, encantadoras, divinas, a la orden del brahmán, surgieron. En aquel momento, adornadas con atavíos celestes, presentáronse veinte mil mujeres enviadas por Brahma. Otras veinte mil a las que el oro puro, las piedras preciosas, las perlas y los corales hacían deslumbradoras, vinieron de parte de Kubera. Las apsaras, que transforman en un insensato al hombre que cae en su poder, llegaron del Nandana (267), en bandadas, en número de veinte mil. Narada, Tamburú, Gopa, a quienes su brillo hacía que pareciesen otros tantos soles, estos reyes de los gandharvas presentáronse ante Bharata, Alambusha, Misrakessi, Pundarika y Vamaná bailaron en su presencia, por orden de Bharadvaja. Las guirnaldas de flores que están en casa de los dioses, las que están en el bosque Saitraratha y en el Prayaga, aparecieron en virtud del tejás del asceta. Bilvas en forma de tocadores de tambor, bibhitakas, cimbalistas, asvathas, bailarines, surgieron en virtud de su tejás. Saralas, talas, tilakas y tamalakas; estos árboles acudieron gozosos transformados en jorobados y en enanos. Simsapas, amalakis, jambús, estas plantas trepadoras de los bosques y otras aún, metamorfoseadas en bayaderas, instaláronse en el eremitorio de Bharadvaja. Aquellas mujeres decían: «Bebed licores fuertes, vosotros que los amáis; leche, vosotros que la deseáis, y que coman viandas exquisitas aquellos que esto les plazca.»

Tras haber friccionado a los guerreros, les bañaron en las orillas encantadoras del río; cada hombre estaba rodeado de siete u ocho cortesanas. Aquellas mujeres de anchos ojos, her-

mosos miembros, acudían a darles masaje, a secarles, uno tras de otro, y luego les daban de beber. Caballos, elefantes, asnos, mulos, hijos de Surabhí (268), recibían de palafreneros el forraje que les convenía. Cañas de azúcar, miel, granos tostados, las monturas de los ilustres guerreros, descendientes de Ikshvaku, eran cebadas por aquellos hombres vigorosos. El caballero no reconocía ya a su caballo, ni el cornac a su elefante; la embriaguez, la locura, la alegría, reinaba en el ejército. Todos sus descos, colmados, espolvoreados de sándalo rojo, rodeados de cuadrillas de apsaras, los soldados gritaban: «¡No volveremos más a Ayodhya; ni iremos a Dandaka. Felicidades a Bharata, ¡que Rama sea dichoso!»

Los infantes, los jinetes que montaban elefantes o caballos, no reconociendo ya jefe, tenían tal aspecto y de tal modo hablaban. Transportados de gozo, los hombres vociferaban por millares, siguiendo los pasos de Bharata: «¡Esto es el paraíso!», gritaban. Danzando, riendo, cantando, los soldados, por millares, corrían por todos lados, adornados con flores. Tras haberse hartado de aquellos manjares, semejantes al amrita, el aspecto de tales alimentos, no obstante, reanimaba su apetito. Domésticos, esclavos, mujeres jóvenes, soldados, por todas partes, hacían estallar la alegría más viva, todos vestidos de nuevo. Elefantes, asnos, mulos, bueyes, caballos, gacelas, pájaros, hartos de comida, no querían ya más. No se veía a nadie que llevase atavíos sucios, que estuviese hambriento o manchado, cuya cabellera estuviese cubierta de polvo. Carne de cabra y de jabalí, acumuladas y acompañadas de salsas exquisitas, añños perfumados y succulentos, compuestos con jarabes y frutas, arroz pelado, llenaban vasos de metales preciosos, guarnecidos de flores, que por todas partes ofrecíanse por millares a las miradas maravilladas de la multitud. Había allí, en los diversos lugares del bosque, pozos cuyo barro era crema pura; veíanse allí vacas Kamadhues (269) y árboles de los que chorreaba la miel. Lagos llenos de licores fuertes, al borde de los cuales se amontonaban carnes bien preparadas de gacelas, pavos reales y gallinas, cocidas en pucheros centelleantes; millares de platos, millones de tazas, centenares de millones de cubas de una capacidad de cien kumbhas; copas, cubos, mantequeras, todo ello delicadamente trabajado y lleno de leche agria, o de licor kapittha fresco, amarillo, perfumado; estanques llenos de licor asala, de crema fresca o de leche, estaban allí, así como montones de azúcar en polvo.

Ungüentos, mixturas rojas y baños de todas clases, preparados en recipientes en los tirthas de los ríos, ofrecíanse a los

ojos. Montones de adornos de marfil, de deslumbradora blanca, pastas finas al sándalo, dispuestas ya en cajas. Espejos pulidos, vestidos a montones, zapatillas y zapatos por millares de pares; pomadas, peines, montones de plumas, quitasoles, corazas brillantes, lechos, asientos; abrevaderos llenos de agua a los que bajaban asnos, mulos, elefantes y caballos; estanques con hermosos tirthas sembrados de lotos abiertos, límpidos como el aire, con sus aguas cristalinas, y en los cuales se tomaban baños deliciosos; muelas para forraje, verde como la esmeralda, tierno, para el alimento del ganado, veíanse por todas partes. Ante aquellas maravillas extasiábanse las gentes; creían soñar en presencia de la hospitalidad que les era ofrecida por Bharadvaja, el gran rishi. Mientras se regocijaban así en el encantador eremitorio de Bharadvaja, como los dioses en el Nandana, la noche transcurrió. Entonces los gandharvas marcháronse cual habían venido, tras haberse despedido de Bharadvaja, así como todas las hermosas apsaras. La gente, borracha de licores fuertes, espolvoreada de áloes y de sándalo, pisoteaba las celestes y preciosas guirnaldas que llenaban el suelo por todas parts.

## SARGA XCII

### BHARATA SE DIRIGE HACIA EL CITRAKUTA

Tras haber pasado así la noche, Bharata con su cortejo, movido por el deseo de reunirse con Rama, fue a buscar a Bharadvaja, del que acababa de recibir hospitalidad. Al ver a Bharata, aquel tigre de los héroes que avanzaba haciendo el anjalí, el rishi Bharadvaja, que acababa de encender el fuego sagrado, le dijo: «¿Has pasado una noche feliz entre nosotros? Tu gente, ¿ha sido alojada como era debido? Dímelo, héroe sin reproche.»

Haciendo el anjalí, Bharata inclinóse y respondió al rishi de energía sin igual, que salía de su ermita: «Estoy muy contento de tu acogida, ¡oh bienaventurado!, así como todo mi séquito y todos mis animales. Nos has colmado sin medida a mí y a mi ejército, ¡oh bienaventurado! Desembarazados de nuestras fatigas y sufrimientos, bien alimentados, bien descansados, incluso los propios criados, todos, en verdad, hemos recibido una hospitalidad generosísima. No obstante, yo deseo despedirme de ti, ¡oh bienaventurado!, ¡oh excelente rishi! Ahora que me encuentro próximo a mi hermano, echa sobre

mi una mirada amistosa. El retiro de ese héroe virtuoso y magnánimo, ¡oh santo muni!, dime qué camino conduce a él, e indícame asimismo la distancia.»

Interrogado de este modo por Bharata, a quien urgía volver a ver a su hermano, el ilustre Bharadvaja, el del gran tapás respondió: «¡Oh Bharata!, a tres yojanas y media de aquí, en medio de un bosque desierto, está la montaña del Citrakuta, encantadora, con sus grutas y sus bosquecillos. Por la vertiente norte deslízase el Mandakini, río sombreado de árboles y de zarzas cubiertas de flores maravillosas. Inmediatamente detrás de este río, en el monte Citrakuta, verás sin falta, ¡oh hijo mío!, la cabaña de follaje de los dos héroes; allí es donde habitan. Luego de haber ascendido durante algún tiempo por la orilla derecha, encontrarás, a la izquierda, un camino que avanza hacia el sur; haz pasar por él a tu numeroso ejército de elefantes y caballos, poderoso general. Entonces encontrarás a Raghava.»

Cuando oyeron hablar de este viaje, las esposas del rey de los reyes, dejando los vehículos que tan convenientes les eran, rodearon al brahmán. Temblorosa, enflaquecida, desgraciada, en compañía de la divina Sumitrá, Kausalyá cogió con sus dos manos los dos pies del muni. Aquella que, a causa de su ambición desordenada, censuraba todo el mundo, Kaikeyí, confusa, tocó asimismo sus pies, e hizo el pradakshina con objeto de honrar al bienaventurado asceta. Luego se colocó, con el alma entristecida, no lejos de Bharata.

Bharadvaja, el gran muni, interrogó a Bharata: «Deseo conocer a las madres, cada una por su nombre, ¡oh Raghava!» A esta petición de Bharadvaja, el virtuoso Bharata dijo, haciendo el anjali, estas palabras llenas de buen sentido: «Esta, ¡oh bienaventurado!, esta infortunada a quien la pena y el ayuno han hecho adelgazar, esta real esposa de mi padre que ves aquí, semejante a una diosa, al tigre de los héroes, cuyo porte tiene la arrogancia del león, es ella, Kausalyá, quien le trajo al Mundo, a él, Rama, como Aditi a Dhatar. Aquella que está a la izquierda, hundida en el dolor, es la infortunada Sumitrá, que tiene el medio entre las reinas; tal cual una rama de karnikara, con las flores ya secas, en un bosque. De esta princesa nacieron los dos jóvenes héroes, de divina belleza, Lakshmana y Satruña, de los cuales el valor forma la esencia. Aquélla, por la falta de la cual esos dos tigres entre los hombres llevan una existencia miserable y el rey Dasaratha, privado de sus hijos, ha ido al Cielo, esta mujer irritable, insensata, altanera, ambiciosa, esta Kaikeyí, vulgar bajo sus

aires de grandeza, es mi madre, sábelo, la malvada, la páfida; pues ella es, bien lo veo, la causa de mi propio y gran infortunio.»

Así habló el tigre de los hombres, con voz entrecortada por los sollozos, gimiendo, los ojos enrojecidos y soplando como un reptil furioso. Bharadvaja, el gran risbi de vasta inteligencia, dio a este discurso de Bharata una respuesta llena de prudencia: «No es preciso que incrimines a Kaikeyi, ¡oh Bharata! Este destierro de Rama llegará a ser un manantial de felicidad para los devas, los danavas y los rishis de alma pura, cuya ventura saldrá del destierro de Rama en estos lugares.» Bharata, saludándole satisfecho, le honró con el pradakshina. Al punto dijo: «Que el ejército se disponga a partir.» Entonces los caballos fueron enganchados a los divinos carros, adornados con oro, numerosos, en los que se instalaron para el viaje toda clase de gentes. Hembras de elefantes, elefantes de cinchas doradas, adornados con estandartes, ruidosos como nubes tempestuosas al final del verano, pusieron en marcha. Vehículos diversos, grandes y pequeños, muy suntuosos, pusieron en movimiento seguidos de los infantes. Luego venían alegres, en los carros más hermosos, las mujeres, Kausalyá a la cabeza, impacientes por volver a ver a Rama. Llevado sobre un lujoso palanquín, brillante como los rayos de la Luna nueva, avanzaba el afortunado Bharata en medio de su escolta. Aquel ejército inmenso en el que se apiñaba una multitud de elefantes y de caballos, dirigíase hacia la región meridional, semejante a una nube que se levanta. Atravesando los bosques, mansión favorita de las gacelas y de los pájaros, por la orilla occidental del Gangá, entre las montañas y los ríos, con sus escuadrones de elefantes y caballos llenos de ardor, en medio de bandadas de gacelas y de pájaros espantados, el brillante ejército de Bharata hundiése en el gran bosque.

### SARGA XCIII

#### ARROBAMIENTO DE BHARATA A LA VISTA DEL CITRAKUTA

Viendo aquel enorme ejército en marcha, los habitantes de los bosques, los ganados, sus jefes en cabeza, aterrados y llenos de espanto, emprendieron la huida. Osos, gacelas moteadas de gran talla, rurús, por todas partes se los veía huir a través de las ringleras de ramas del bosque, de las montañas y de



los ríos. Viva era la alegría del virtuoso hijo de Dasaratha, al que rodeaba aquel enorme y clamoroso ejército, el de los cuatro angas. Semejante a una flota del mar, la tropa del magnánimo Bharata cubría la tierra como en la estación de las lluvias las nubes cubren el cielo. Tragada bajo aquellas olas de caballos y de elefantes vigorosos, la tierra tornábase invisible durante el tiempo que duró el desfile, y duró mucho. Luego de haber recorrido una gran distancia, cayendo de fatiga los que le llevaban, el afortunado príncipe dijo a Vasishtha, el más sabio de sus consejeros: «Considerando la configuración de estos lugares, si he comprendido lo que me ha dicho, hemos llegado ciertamente al sitio designado por Bharadvaja. He aquí el Citrakuta, el río Mandakiní, y a lo lejos brilla, como una nube azul, este bosque. Las cimas graciosas de la montaña del Citrakuta conmuevense ahora bajo el peso de mis elefantes, semejantes ellos mismos a montañas. Los árboles derraman sus flores sobre esas mesetas, como al fin del verano derraman sus aguas los grupos de lluviosas nubes. Esta región montañosa, frecuentada por los kinnaras, mira, Satruña, los caballos pululan en ella por todas partes como los makaras en el mar. Esos rebaños de antílopes huyen a toda la velocidad de sus ágiles pies, desalojados de sus refugios, cual las masas de nubes que el viento persigue, en otoño, por el aire. Esos árboles que se coronan de flores odíferas, diríanse hombres del sur, con sus ramajes brillantes como nubes. Este bosque antes casi mudo ha adquirido un aspecto extraño; parece que es ahora una Ayodhya, hormigueando de gente. Levantado por los cascos de los caballos, el polvo quita la vista del cielo; pero el viento le disipa al punto, como por serme agradable. Esos carros tirados por caballos que llevan a la flor de los escuderos, mira Satruña, cómo se meten rápidos por el bosque. Observa también cómo esos pavos reales de maravilloso plumaje refugianse llenos de espanto en las rocas, asilo de los pájaros. El aspecto de esta región me encanta infinitamente; este retiro de los solitarios es manifestamente el vestíbulo del Cielo, ¡oh príncipe irreprochable! Las gacelas moteadas que viven por parejas numerosas en el bosque son deliciosas de ver; diríase que están adornadas de flores. Pronto, que los soldados recorran y registren el bosque, para descubrir a esos dos tigres de los héroes, Rama y Lakshmana.»

Oyendo a Bharata, los valientes guerreros, las armas en la mano, hundiéronse en el bosque, donde pronto advirtieron un penacho de humo. Al ver aquella columna de humo, volvieron para decir a Bharata: «No es en un desierto donde se

encuentra fuego: seguramente los dos Raghavas están allí. O si no son los dos tigres de los hombres, los dos príncipes azotes de sus enemigos, son seguramente ascetas semejantes a Rama.»

Cuando oyó estas palabras gratas a su corazón, Bharata, destructor del poder de los enemigos, dijo a los soldados: «Permaneced tranquilamente aquí; no id más lejos. Yo marchó a la descubierta con Sumantra y Dhriti.» Oyendo estas palabras, las tropas hicieron alto todas; Bharata avanzó con los ojos fijos en la columna de humo. Apostado allí por Bharata, el ejército, recorriendo con los ojos el espacio que había ante él, alegróse pensando en la próxima vuelta de su bienamado Rama.

## SARGA XCIV

### RAMA DESCRIBE A SITA LOS ENCANTOS DEL CITRAKUTA

Tras una estancia prolongada en esta montaña, el héroe que se encontraba a gusto en el más hermoso de los montes y que deseaba la felicidad de Vaidehi, dejaba vagar sus pensamientos. Luego, Dasaráthi, semejante a un Inmortal, mostrando los encantos del Citrakuta a su esposa, como Pura-mandara a Sací, la dijo: «Ni la pérdida de mi reino, ¡oh afortunada princesa!, ni la ausencia de mis amigos turban ya mi corazón cuando contemplo esta montaña encantadora. Mira esa roca, ¡oh afortunada princesa!, poblada de bandadas de pájaros de todas clases, coronada de crestas metalíferas que parecen elevarse hasta el cielo. Entre esos picos, unos tienen el brillo de la plata, otros el aspecto del oro; éstos son de color amarillo o grana, aquéllos centellean como piedras preciosas. Aquí diríase, flores, cristales, ketakas, brillan como el Jyotirasa, las regiones abundantes en metales del Indra de los montes. Lleno de toda clase de animales, de tropes de inofensivas gacelas, de dvipins, de tarakshus, de osos, este monte es alegrado por numerosas bandadas de pájaros. Mangos, jambús, asanas, lodhras, priyalas, panasas, dhavas, ankolas, bhavyas, tinsas, bilvas, tindukas, mambúes, kasmayas, arish-tas, varanas, madhukas, tilakas, badaris, amalakas, nipas, ve-tras, dhanvanas, bijakas, etc., y mil árboles más adornados de flores, cargados de frutos, llenos de sombra, magníficos, sus apretadas filas hacen deliciosa la estancia en esta montaña. En sus mesetas encantadoras, considera a esos prudentes kin-

naras transportados de amor, ¡oh afortunada princesa!, que jueguen de dos en dos. He aquí las espadas suspendidas de las ramas y los atavíos preciosos. Contempla los retiros encantadores donde las esposas de los vidyadharas (270) se recrean. Con esas hendiduras por donde el agua cae en cascadas, por una y otra parte, ese monte asemeja a un elefante con las sienes hendidas, de donde brota el mada. Con sus grutas de donde se exhalan los múltiples aromas de las flores de toda especie, voluptuosidad del olfato, ¿a quién no haría feliz? Si yo he de habitar aquí varios otoños contigo y con Lakshmana, mujer irreproachable, la pena no me alcanzará. Este monte cargado de flores y de frutos, delicioso retiro de numerosas bandadas de pájaros, con sus encantadoras cimas me maravilla, ¡oh hermosa! Mediante esta permanencia en el bosque, mi doble fin es conseguido: mi padre nada tendrá que reprocharse en lo que al deber afecta, y Bharata llegará a ser dichoso. ¡Oh Vaidehi!, ¿no encuentras algunos encantos en el Citrakuta, en mi compañía, viendo estos múltiples elementos de felicidad para el espíritu, la palabra y el cuerpo? La permanencia en el bosque, ¡oh princesa!, los excelentes rishis reales, mis antepasados al morir, la proclamaron el elixir para la obtención de la verdadera existencia. Los enormes macizos del monte brillan por todas partes con innumerables tintes azules, amarillentos, blancos, rojos. Por la noche, las hierbas del Indra de las rocas, semejantes a penachos de llama, con su brillo maravilloso, centellean por millares. Aquí, las rocas de esta montaña asemejanse a casas; allá diríase parques, otras forman un solo bloque, contéplalas, ¡oh hermosa! Desgarrando la tierra, el Citrakuta parece erguirse de pie todo de una pieza. Esta cresta del Citrakuta por todas partes brilla a las miradas. Kushthas, athagaras, pumnagas, bhurjas, mira, sus hojas sirven para formar los lechos de los amantes, llenos de flores, de azucenas de agua. Mira, ¡oh bienamada!, las guirnaldas de lotos que arrancan y deshojan los enamorados; mira también esos frutos de todas clases: vasyaukaras, nalinsis, uttarakurus incluso; esta montaña del Citrakuta es superior a todos los montes en abundancia de raíces, de frutas y de aguas. Este tiempo, ¡oh bienamada Sitá!, que yo pasaré junto a ti y Lakshmana, firme en el sendero del bien, en medio de las más saludables prácticas, me valdrá la felicidad que hace prosperar las instituciones familiares.»

## SARGA XCV

## RAMA DESCRIBE A SITÁ LOS ENCANTOS DEL MANDAKINÍ

Luego, bajando de la montaña, el amo de Kosala mostró a Maithilí el Mandakiní, río de aguas claras, deliciosas. Y Rama, el de los ojos de loto, dijo a la hija del rey de Videha, la de hermosas caderas y cara deslumbradora como la Luna: «Con sus numerosos islotes, los hamsas y los sarasas que le frecuentan, las flores con que se adorna, admira a este río encantador, el Mandakiní. Los árboles de todas clases, cargados de flores y de frutos, que crecen en sus orillas, le hacen brillar recreando las miradas como el río del rey de los reyes. Los vados soberbios, donde abrévanse en este momento tropezales de gacelas que turban sus aguas, llénanme de encanto. He aquí el momento en que los rishis, la cabellera trenzada vestidos con una piel de antilope y un manto de corteza de árbol, bajan a hacer sus abluciones en este delicioso Mandakiní. ¡oh querida esposa! Invocan a Aditya volviéndose hacia él, según el rito, al aire los brazos, ¡oh hermosa de los grandes ojos!, estos excelentes munis, los de las rudas austeridades. El monte parece empezar a danzar a causa de los árboles de los cuales la brisa agita las copas, haciendo llover por todas partes en el río flores y hojas. He aquí el Mandakiní, con sus aguas brillantes como perlas, en esta parte; más lejos, con sus playas arenosas; allá, lleno de santas gentes que se bañan. Mira los montones de flores, muchas de las cuales el viento agita y hace rodar, mientras que otras, tus ojos son testigos de ello, son arrastradas por las ondas, ¡oh mujer de gracioso talle!

»Esos pájaros de voz suave, que suelen ser llamados rathangas, admira, ¡oh afortunada princesa!, cómo se elevan en el aire, modulando armoniosos sonidos. El poder contemplar el Citrakuta y el Mandakiní, ¡oh hermosa mujer!, es para mi superior a la permanencia en la ciudad de Ayodhya, y a ti creo que te ocurra igual. Este río, del que los siddhas, limpios de sus manchas, ricos en ascetismo, en mortificaciones y los sentidos apaciguados, agitan perpetuamente las aguas, es preciso que te hundas en él conmigo. Como en el seno de un amigo, hermosa Sitá, arrojate en el Mandakiní, que sumerge a kamalas y pushkaras. Considera en adelante, ¡oh hermosa!, las fieras como a los habitantes de la ciudad, la montaña

como a Ayodhya y a este río como el Sarayú. El virtuoso Lakshmana, a causa de su deferencia a mis órdenes, y tú, por tu abnegación, ¡oh Vaidehi!, hacéis mi felicidad. Fiel al triple savana (271), viviendo de miel, de raíces y de frutas, cerca de ti no lamento ni Ayodhya ni la realeza. Al borde de este río encantador, que frecuentan los rebaños de elefantes, adonde vienen a beber además de estos animales, leones y monos, magníficamente adornado de infinidad de flores, no hay nadie que no se sienta descansado y feliz.»

De este modo na cesaba de discurrir sobre los encantos del río con su bienamada compañera, mientras recorría el maravilloso Citrakuta, brillante como un carbúnculo. Rama, el engrandecimiento de la raza de Raghú.

## SARGA XCVI

### LAKSMANA ADVIERTE A BHARATA Y A SU EJÉRCITO

Rama, tras haber mostrado a la princesa de Mithilá, Sitá, el río que serpenteaba en medio de las anfractuosidades de la montaña, sentóse con ella en la colina, para satisfacerla con una carne, pura, sabrosa, cocida al fuego. Allí estaba sentado el virtuoso Raghava en compañía de Sitá. Y mientras que él reposaba de aquel modo, el polvo y el ruido del ejército de Bharata, que se acercaba, llegaron hasta el Cielo. En aquel momento, asustados por aquel clamor inmenso, temblorosos, los jefes de rebaños, en su aturdimiento, escaparon lejos de sus bandas, por todos lados. Raghava oyó el rumor producido por el ejército y vio cómo se dispersaban todos los conductores de rebaños. Contemplando aquella desbandada y oyendo aquel gran ruido, Rama dijo al hijo de Sumitrá, Lakshmana, el del brillante valor: «¡Eh, Lakshmana!, tú, el noble hijo de Sumitrá, mira a ver qué es lo que causa ese ruido terrible, semejante al formidable retumbar del trueno, que escuchamos. Eso es o rebaños de elefantes en el bosque o de búfalos en la espesura, fieras espantadas por los leones, que huyen de pronto por todos lados. O es un rey, un príncipe que caza en la selva; o, tal vez, alguna bestia terriblemente feroz. Procura, ¡oh Sumitri!, ver lo que tal causa. Siendo esta montaña de muy difícil acceso hasta para los pájaros, ¡oh Lakshmana!, infórmame de la verdad toda entera.»

Lakshmana se apresuró a subir a un sala en flor, desde donde inspeccionó todo el horizonte; primero miró hacia

oriente. Luego, volviendo los ojos hacia el norte, advirtió un gran ejército, compuesto de elefantes, caballos, carros e infantes equipados. Aquella tropa de caballos y de carros adornados con orillanas, se la señaló a Rama diciéndole: «Apaga el fuego, Señor, y que Sitá se refugie en una caverna. Prepara tu arco, tus flechas y su coraza.»

Rama, el tigre de los hombres, respondió a Lakshmana: «Vamos a ver, Sumitri, ¿cuál es, según tú, el amo de ese ejército?» A esta pregunta de Rama, Lakshmana respondió, cual si hubiera querido consumir a aquella tropa con el fuego de su cólera, cual otro Pavaka: «Evidente es que, con el fin de asegurarse la corona, tras haber sido consagrado, Bharata, el hijo de Kaikeyí, viene a matarnos. En efecto, ese árbol colosal, de ramaje soberbio, el kovidara, brilla ante mis ojos, y el héroe de anchas espaldas que le enarbola como un estandarte, está allí, en su carro. Entre los jinetes, unos caracolean alegres montados en rápidos corceles; otros hacen estallar su alegría sentados sobre elefantes. Cojamos nuestros arcos, ¡oh guerrero!, y refugiémonos en la montaña; o bien permanezcamos aquí dispuestos a todo, con las armas en la mano. No hay duda que en el combate se rendirá a nuestra discreción el que tiene el kovidara como estandarte. Yo veré a Bharata y le pediré cuentas del gran infortunio que te alcanza, ¡oh Raghava!, así como a Sitá y a mí mismo; por qué razón has sido desterrado del reino de la eterna duración. Puesto que viene como enemigo, ¡oh valeroso príncipe!, Bharata me rece la muerte. En su muerte yo no veo pecado, ¡oh Raghava! Herir a un agresor no es ilegal. Ahora bien, siendo el asaltante Bharata, su muerte es legítima, ¡oh Raghava! El muerto, tú reinarás sobre todo el Universo. Hoy Kaikeyí, que ambiciona el Imperio, verá, la desgaciada, a su hijo en la lucha caer bajo mis golpes, semejante a un árbol que quiebra un elefante. A Kaikeyí misma yo la mataré, así como a la jorobada, su amiga, y a sus restantes cómplices. De una mancha inmensa, hoy la tierra va a quedar libre. Hoy, esta cólera mía concentrada, que enciende la injusticia, ¡oh orgulloso guerrero!, la extenderé sobre los batallones enemigos como un fuego por la maleza. Hoy, el bosque del Citrakuta, mis afilados dardos, con los que atravesaré el cuerpo de los enemigos, le inundarán de sangre. El pecho abierto por mis dardos, elefantes y caballos serán pasto de las bestias feroces, así como los hombres abatidos por mí. Y no seré en modo alguno culpable con mis flechas y mi arco por haber, en este gran bosque, alcanzado a Bharata y a su ejército; no hay duda sobre ello.»

## SARGA XCVII

## RAMA TRANQUILIZA A LAKSHMANA

Rama, calmando a Lakshmana exasperado, furioso contra Bharata, le dijo: «¿Qué necesidad hay ahora de un arco o de una espada y una coraza, porque el muy valiente, el muy poderoso Bharata nos llegue de improviso? Tras haber jurado obediencia a mi padre, si mato a Bharata en campo de lucha, ¿qué haría yo con una corona obtenida mediante felonía, Lakshmana? Los despojos de mis parientes muertos o de mis amigos no quisiera tomarlos más que tomaría alimentos envenenados. El deber, el interés, el placer, la Tierra misma, ¡oh Lakshmana!, no la desco sino para vosotros; esto te lo afirmo. Es tan sólo en defensa de la felicidad de mis hermanos, ¡oh Lakshmana!, por lo que yo puedo desear el trono y tomar lealmente las armas. No me pertenece, amigo, esta Tierra, difícil de conquistar, que rodea el Océano; y no querría gobernarla ilegalmente, ¡oh Lakshmana! Si hay alguna dicha de la cual yo pueda gozar sin Bharata, sin ti o sin Satruña, ¡oh príncipe altivo!, ¡que sea reducida a cenizas por Año! A mi juicio, Bharata ha vuelto a Ayodhya, lleno de ternura hacia sus hermanos; me es más querido que la vida él, puesto que no olvida los deberes de su raza. Al saber mi destierro, y que he de llevar la trenza y el hábito de corteza, acompañado de Janaji y de ti, ¡oh el más valeroso de los héroes!, en la aflicción que llena su corazón y la pena que turba sus sentidos, Bharata ha venido a verme; su llegada no tiene otro motivo. Tras haber, en su indignación, dirigido reproches a su madre, Kaikéyí, el magnánimo Bharata, para contentar a mi padre, viene a ofrecerme la corona. Bharata, encontrando la ocasión favorable, quiere vernos: jamás ha tenido el pensamiento de perjudicarnos en la menor cosa. ¿Es que acaso te ha ofendido antes en algo para que hoy sientas tal desconfianza a propósito de él? No, en verdad, no debe escuchar de tu boca ninguna palabra dura, ni desagradable; es a mí mismo a quien ultrajarías si le ultrajas. ¿Cómo hijos algunos podrían pegar a su padre, fuera cual fuese su infortunio, o hermanos a un hermano, ¡oh Sumitri!, que les es tan querido como su existencia? Si es a causa de la realeza por lo que hablas como hablas, yo diré a Bharata en cuanto le vea: Cede la corona a éste. Y cuando Bharata, ¡oh Lakshmana!, reciba de mí esta

orden: «Cédele el Imperio.» «Con mucho gusto», responderá.»

A estas palabras de su leal hermano, al cual era tan adicto, Lakshmana entró en sí mismo, todo confuso. Oyendo estas palabras, Lakshmana, todo avergonzado, respondió: «Pienso que es nuestro padre en persona, el rey Dasaratha, que viene a visitarte.» Viendo la confusión de Lakshmana, Raghava dijo aún: «El poderoso héroe, estoy convencido de ello, ha venido aquí a vernos. O más bien, en mi opinión, como nos sabe habituados a lo confortable, reflexionando que habitamos el bosque, quiere volvernos al palacio. Y esta princesa del Videha, que vivió siempre en el seno de la felicidad más completa, mi padre, el venerable Raghava, viene a sacarla de este bosque. Y aquí tienes a estos dos príncipes ilustres, a estos amables héroes, que se apresuran, rápidos como el viento, sobre sus excelentes corceles. Ese elefante colosal que corre a la cabeza del ejército es Satrumjaya, el viejo compañero de nuestro sabio padre. Pero lo que no veo es el quitasol blanco, conocido de los mundos, insignia real de nuestro señor, ¡oh afortunado príncipe!; me asalta una duda. Baja de lo alto del árbol, ¡oh Lakshmana!, obedéceme.»

Así habló el virtuoso Rama a Sumitri. Entonces, dejándose deslizar desde la copa del sala, el victorioso héroe en los combates, Lakshmana, haciendo el anjalí, se colocó junto a Rama.

Entre tanto, por prohibición expresa de Bharata—«Nada de merodeo», había dicho—el ejército estableció su campamento alrededor de la montaña. El ejército del descendiente de Ikshvaku ocupaba un yojana y medio en los flancos de la montaña, en la que se extendía con sus elefantes, sus caballos y sus guerreros. En el Citrakuta mostróse disciplinado, desterrando toda arrogancia, en adhesión al vástago de Raghú, y dócil a las órdenes del prudente Bharata.

## SARGA XCVIII

### BIHARATA RECORRE EL CITRAKUTA EN BUSCA DE RAMA

Tras haber establecido su campo, el señor Bharata, el más ágil de los andadores, resolvió ir a pie a encontrar a Kakutstha, él, sumiso a sus gurús. Y apenas su dócil ejército instalado de acuerdo con sus órdenes, Bharata dijo a su hermano Satruña: «Pronto, amigo mío, registra este bosque por todas partes con hombres celosos, con los nishadas y reunidos todos



en grupos. Guha, escoltado de un millar de sus parientes, armados con dardos, arcos y espadas, irá en persona en busca de los dos Kakutsthas. Rodeado de los ministros, de gente de la ciudad y de los venerables Dos-veces-nacidos, yo recorreré todo a pie también, yo mismo. Hasta que encuentre a Rama, a Lakshmana, el del valeroso brazo, y a la afortunada Vaidehí, no he de darme reposo. Mientras no llegue a advertir el rostro deslumbrador como la Luna de mi hermano, el de los ojos abiertos como lotos, no estaré tranquilo. ¡Qué suerte la de ese Sumitri, que puede contemplar la cara de Rama, pura como la Luna, con sus ojos de loto, de maravilloso brillo! Hasta que no toque con mi cabeza los pies de mi hermano adornados con insignias reales, ¡no habrá reposo para mí! hasta que ese príncipe, tan digno de la realeza, no se haya instalado en el trono de sus abuelos, haya sido consagrado y se haya bañado en el agua santa, ¡no habrá reposo, no, para mí! Su deber cumple la afortunada Vaidehí, la hija de Janaka, uniéndose a los pasos del amo de la Tierra, que el Océano limita. El deslumbrante Citrakuta parece el rey de los montes, él, que sirve de retiro a Kakutsha, como a Kuber el Nandana. Este bosque inaccesible, frecuentado por serpientes, que habita el gran rey Rama, el más valeroso de los guerreros, cumple su misión.»

Mientras hablaba de este modo, el poderoso Bharata, el toro de los hombres, lleno de vigor, entró por su pie en el extenso hosque. Por en medio de aquellas hileras de árboles que crecían en la cima de la montaña, y cuyas copas estaban florecidas, avanzada el primero de los seres dotados de palabra. Trepando ágilmente a un sala del Citrakuta, advirtió el gran penacho de humo que se elevaba desde la ermita de Rama. Al verlo, el afortunado Bharata se llenó de gozo, así como sus compañeros: «¡Allí está Rama!», dijo, y reconociendo el camino, avanzó por él como por el borde de un estanque. El héroe magnánimo dirigióse rápidamente con Guha hacia la soledad habitada por Rama, frecuentada por santos anacoretas, tras haber de nuevo hecho vivaquear a sus tropas en el monte Citrakuta.

## SARGA XCIX

### BARATHA DESCUBRE EL RETIRO DE RAMA

Cuando hubo hecho hacer alto a su ejército, el ardiente Bharata partió para ver a su hermano, indicando el camino

a Satruña. Al rishi Vasistha le ordenó: «Trae pronto a mis madres». Luego, a todo prisa, marchó hacia adelante, aquel héroe tan lleno de afecto hacia sus gurús. Entre tanto, Sumantra seguía de cerca a Satruña; el deseo de volver a ver a Rama habíase apoderado de ellos, lo mismo que de Bharata. Según marchaba, el afortunado Bharata advirtió, en medio de las habitaciones de los ascetas, la cabaña, hecha de follaje, de su hermano, y una choza también de madera. Delante de la cabaña vio troncos hendidos y flores amontonadas. Notó las señales para reconocerse, dejadas por Lakshmana, para poder volver a la ermita de Rama: los manojillos de hierba y los pedazos de corteza atados a los árboles aquí y allá. Advirtió en aquel lugar habitado grandes montones de estiracol seco de gacelas y de búfalos para la estación fría. Siempre siguiendo su camino, el valeroso y célebre Bharata dijo lleno de alegría a Satruña, así como a sus íntimos que le rodeaban: «Creo que hemos llegado al sitio del que Bharadvaja nos ha hablado; no creo que estemos ya muy lejos del río Mandakiní. Esos pedazos de corteza atados y suspendidos al aire es el medio que debe emplear Lakshmana para reconocer su camino por la tarde, cuando quiere salir. He ahí sobre la colina, los tropeles de elefantes salvajes de largos colmillos, terribles cuando con sus mugidos se provocan unos a otros. El humo espeso que se advierte viene del fuego perpetuo que los ascetas se complacen en mantener en el bosque. Aquí es donde veré al tigre de los héroes, que presta servicio a sus gurús, el noble y alegre Raghava, semejante a un gran rishi.» Luego, tras haber andado un instante, el descendiente de Raghú, Bharata, habiendo alcanzado el Citrakuta, siguiendo el Mandakiní, dijo a los suyos: «La Tierra sirve de asiento al tigre de los héroes; ama la postura de los yoguis (272). El Indra de los hombres habita un desierto. ¡Maldito sea mi nacimiento y mi vida! Yo soy la causa de que haya caído en el infortunio el glorioso protector de los mundos, y de que tras haber dicho adiós a todos los placeres viva en el bosque ese descendiente de Raghú. A causa de ello soy universalmente censurado. Pero hoy, para volver a ganar la buena gracia de Rama, me echaré a sus pies, y también a los pies de Sitá y de Lakshmana.»

Mientras que el hijo de Dasaratha lamentábase de este modo en aquel bosque, advirtió una santa y grande cabaña hecha con ramaje, maravillosa de ver. Estaba cubierta de gran cantidad de hojas de salas, de talas y de asvakarnas; espaciosa, con sus dos tapices de kisas, asemejábase a la vedi del sacrificio. Estaba adornada de arcos semejantes al de Sakra.

hechos para las grandes hazañas, con el lomo de oro, poderosos, funestos para los enemigos. Flechas brillantes como los rayos del Sol, formidables, encerradas en sus carcajs, la iluminaban como las serpientes con cabeza de llama iluminan a Bhogavatí. Dos espadas con vainas de plata fina la decoraban, y dos escudos con hileras de clavos de oro la volvían deslumbrante. Se veían aún, colgados, guantes de arquero, con bordados de oro. Aquella cabaña era inaccesible a las tropas enemigas, como lo es para las gacelas la caverna del león. Orientada hacia el oriente, una ancha y santa vedi, en la que estaba encendido el fuego sagrado, fue notada por Bharata en aquella habitación de Rama. Al cabo de un instante, Bharata advirtió al venerable Rama sentado en aquella cabaña de follaje, llevando el cabello formando una trenza. Vestido con una piel de antilope negro y con un hábito hecho con pedazos de corteza de árbol, Rama, sentado allí, muy cerca, le pareció cual otro Pavaka. El héroe de aspecto de león, el de los grandes brazos, el de los ojos brillantes como el Pundarika, el virtuoso amo de la Tierra a la que el océano sirve de límite, estaba sentado, él, el poderoso héroe, semejante al eterno Brahma, sobre la tierra llena de darbha, junto a Sitá y Lakshmana. Al verle, el afortunado Bharata, a quien el dolor en que estaba sumido trastornaba, precipitóse hacia Rama. El virtuoso Bharata, el hijo de Kaikeyí, al contemplar a su hermano lanzó gemidos de dolor, y con voz entrecortada por los sollozos, no pudiendo contenerse, dijo: «El que en las asambleas debería residir rodeado de sus súbditos, ¡vedle aquí, a mi hermano mayor, sentado entre las gacelas salvajes! El héroe magnánimo que en otro tiempo tenía trajes a millares y millares, ¡ved a este príncipe virtuoso vestido con una piel de antilope! El, que llevaba siempre maravillosas coronas de flores de todas clases, ¡Raghava!, ¿cómo puede contentarse con esa pesada trenza? El, a quien sacrificios, cumplidos según las reglas, valían montones de méritos, ¡hoy tan sólo a fuerza de fatigas personales sigue el camino del deber! El, que perfumaba su cuerpo con sándalo de gran precio, ¿cómo este noble héroe no tiene ahora sino barro para ungir sus miembros? Es por mi culpa por lo que Rama, hasta ahora constantemente dichoso, ha caído en el infortunio; maldita sea mi existencia funesta, que todo el mundo repueba!»

Así se lamentaba el pobre Bharata con el rostro de loto inundado por el sudor; y sin tocar los pies de Rama, cayó gimiendo. Abrumado por el dolor, Bharata, el príncipe valiente,

tras haber lanzado un grito, dijo aún: «¡Señor!», con voz llena de tristeza, y no añadió nada más. La voz estrangulada por los sollozos, al ver al ilustre Rama: ¡Señor!, había exclamado, sin poder añadir ya palabra alguna. Entre tanto, Satriuñá habíase echado a los pies de Rama suspirando.

Abrazando a los dos, Rama dejó correr sus lágrimas. Los dos príncipes se encontraban con Sumantra y Guha en el bosque como el Sol y la Luna en el firmamento con Sakra y Brihaspati.

Viendo a aquellos príncipes, semejantes a elefantes jefes de rebaño, que se hallaban allí reunidos en el gran bosque, todos los solitarios empezaron a llorar, desterrando toda alegría.

## SARGA C

### RAMA INTERROGA A BHARATA

Cuando le vio los cabellos trenzados, vestido de corteza, haciendo el anjali y yaciendo por tierra, con un aspecto tan ténue como el del Sol al final de un yuga (273); cuando le vio, en cierto modo sin color, adelgazado, Rama cogió la mano a su hermano Bharata. Rama besó en la frente a Bharata, a aquel descendiente de Rhagú; le estrechó entre sus brazos: luego, sentándole sobre su regazo (274), le interrogó con bondad: «¿Qué es de nuestro padre, hijo querido, cuando tú has venido a este bosque? Porque, él vivo, tú no debes retirarte al bosque. Después de mucho tiempo, es verdad, vuelvo a ver a Bharata, que nos llega de lejos, con aspecto lúgubre, a este lugar. ¿Qué es lo que te trac, hijo querido? ¿Está bien el rey, nuestro padre, cuando aquí vienes? ¿O es que la aflicción le ha conducido prematuramente al otro mundo? ¿No sufrirá el reino, amigo, a causa de tu juventud? ¿Eres siempre dócil a las órdenes paternas, heroico niño? ¿Sigue próspero el rey Dasaratha, fiel a sus compromisos, él, que ofrece los sacrificios del rajasuya y del asvamedha, firme en el deber? El, brahmán instruido y virtuoso, preceptor ilustre de los Ikshvaki, ¿es honrado como conviene, querido hijo? ¿Son felices, hijo querido, Kausalyá y Sumitrá, nuestras madres? Y la noble Kaikeyí, ¿goza asimismo de felicidad? ¿Tienes un purohita de buenas costumbres, de noble familia, de gran nombradía, exento de envidia y lleno de perspicacia? ¿Le tratas bien? ¿Está a tu servicio, para los fuegos sagrados, un brahmán

instruido en los ritos, inteligente y recto? ¿Te hace conocer a tiempo los sacrificios que son o que deben ser cumplidos? Los devas, los pitris, tus servidores, tus gurús, que son como padres, los ancianos, hijo querido, los médicos y los brahmanes, ¿les honras debidamente? ¿Tienes por maestro a un buen arquero, provisto de los mejores dardos y de las mejores flechas, y muy sabedor de la ciencia de las cosas? ¿Y le veneras, hijo querido? Gentes de corazón a las que se estima tanto como a sí mismo, instruidos, amos de sus sentidos, de noble raza, sabiendo interpretar los signos, ¿son tales tus ministros? Tomar consejo es la raíz de la victoria para los reyes, ¡oh Raghava! ¿Estás tú rodeado de ministros que conocen los resortes de todo buen gobierno? ¿No te dejas vencer por el sueño? ¿Te despiertas a la hora debida? En la segunda mitad de la noche, ¿reflexionas sobre el modo de triunfar en tus empresas? ¿Tomas solo una decisión o la tomas en unión de otros muchos? Y una vez tomada, ¿no haces que recorra el reino entero? Tras haber decidido un proyecto que haya de costar poco y producir mucho, ¿le pones al punto en ejecución o le dejas, ¡oh Raghava, para más tarde? Los reyes vecinos, ¿están informados de lo que has cumplido o de lo que tienes intención de cumplir, de todo cuanto debes hacer o no hacer? ¿No conseguirán a fuerza de conjeturas, o por la astucia, penetrar tus proyectos, incluso si no han sido divulgados? Y tú o tus ministros, hijo querido, ¿sabéis lo que ellos mismos han decidido? ¿No prefieres un solo sabio a millares de insensatos? Porque el sabio, en las situaciones críticas, es un gran recurso. Un rey que se ayudase de millares de insensatos, e incluso de miríadas, no encontraría apoyo, mientras que un solo consejero prudente, valeroso, hábil, perspicaz, guía al rey o al príncipe hasta la cumbre de la fortuna: ¿Ordenas a tus servidores, hijo querido, los mejores con los mejores los mediocres con los mediocres y los inferiores con los inferiores? Los ministros inaccesibles a la corrupción, nacidos de padres y abuelos de buena familia, íntegros, estos excelentes servidores, ¿les empleas en tareas que no sean excelentes? Temblando de espanto bajo tu cetro inflexible, en tu reino, tus súbditos, tus ministros, ¡oh hijo de Kaikeyi!, ¿no te despreciarían? Los sacrificadores, ¿no te desdenarían como a un hombre caído, así como las mujeres a un amante brutal o rápaz? Un médico fértil en apañes no convenientes, un servidor que se complace en perjudicar, un guerrero ambicioso de reinar, el que no los mata es muerto por ellos. El que has puesto a la cabeza de tu ejército, ¿es valiente, firme, inteli-

gente, íntegro, de buena familia, abnegado y hábil? A los oficiales valerosos, expertos en el arte de la guerra, conocidos por sus acciones heroicas, ¿les honras con tus liberalidades? ¿Das a tu ejército, en el tiempo debido, el alimento y la soldada convenida y justa? ¿No les haces esperar? Cuando tardan en recibir pan y paga, los servidores se indignan contra su propio amo, lo que ocasiona a éste grave perjuicio. ¿Te son adictos todos los hijos de la familia? ¿Están dispuestos a sacrificar su vida por tus intereses, de común acuerdo? A un individuo instruido, alerta siempre, de inteligencia viva, sabiendo hablar con oportunidad, avisado, ¿le escogerías, ¡oh Bharata!, como mensajero?

»Los dieciocho funcionarios de los demás y los quince tuyos propios, emisarios secretos, enviados de tres en tres, ¿te dan informes sobre cuanto te complace? ¿No despreciarías, de ordinario, ¡oh matador de tus enemigos!, a los malos vultos del destierro y a los débiles? ¿Honras, hijo querido, a los brahmanes materialistas? Son hombres peligrosos, turbulentos, a los que su falso saber enorgullece. Ignorantes de las leyes y de los *Sastras*, que es lo más importante, limitánse a la ciencia experimental y sus enseñanzas son funestas. Nuestra ciudad, habitada en otro tiempo por nuestros valientes abuelos, hijo querido, que justificaba su nombre, con sus puertas fortificadas, los elefantes, los caballos y los carros que la llenaban; con sus brahmanes, sus kshatriyas, sus vaisyas siempre aplicado a sus deberes respectivos, sus nobles ciudadanos, de domados sentidos, llenos de energía y que se apretaban en ella por millares; con sus palacios de todas clases de que está llena, las gentes instruidas en que abunda, Ayodhya, ¿conservas tú su poderío y su esplendor? El reino, ¿está adornado de centenares de altares y cubierto de una población apacible y densa? ¿Es rico en santuarios, en pozos y en estanques? Los hombres y las mujeres, ¿viven en él dichosos? Las asambleas y las fiestas, ¿son allí numerosas? Los hitos, ¿son respetados? Los rebaños, ¿son abundantes? Las depredaciones, ¿pasan inadvertidas? ¿Recibe otras aguas que las aguas del Cielo? ¿Es próspero, al abrigo de las bestias feroces, libre de toda causa de espanto, rico en minas? A cubierto de los perversos, bravamente defendido por mis abuelos este hermoso reino, ¡oh descendiente de Raghava!, ¿conoce la felicidad? ¿Eres bueno para todos aquellos que viven de la labranza y de la cuida de los ganados? La población que practica esta vida, ¡oh hijo querido!, ¿prospera hoy? ¿Consiguen, gracias a ti, obtener lo que quieren y evitar lo que temen? Es deber

de un rey el proteger a los habitantes de su Imperio. Las mujeres, ¿encuentran buena acogida junto a ti? ¿Les concedes tu protección? ¿No las tomas como confidentes o desvelas sus secretos? Los bosques de los elefantes, ¿los vigilas? ¿Tienes vacas? ¿Acaso no tendrás jumentos, caballos y elefantes a discreción? Cuando al levantarte cada mañana, ¡oh príncipe!, y bajar a la gran calle, ¿te muestras siempre al público vestido como rey? Tus obreros, a fuerza de verte, ¿no tienen en tu presencia una actitud irrespetuosa? Por otra parte, ¿es que acaso no les visitas jamás? Es en un término medio justo donde reside la condición de todo buen trabajo.

«¿Están todas las ciudadelas provistas de dinero y de víveres, de armas, de agua, de máquinas de guerra y guarnecidas de hábiles arqueros? Tus ingresos, ¿son abundantes y superan a tus gastos? Tu oro, ¡oh Raghava!, ¿no va a los indigentes? Los devas, los pitris, los brahmanes, los viajeros, los soldados, tus numerosos amigos, ¿se benefician de tus larguezas? El arya mismo, no obstante su integridad, su ausencia de codicia, si es acusado de concusión, ¿es acaso sometido a grilletes sin haber sido examinado por jueces expertos en los *Sastras*? Por el contrario, el ladrón cogido en flagrante delito, interrogado en el plazo legal, ¿es que acaso escapa al castigo gracias a la venalidad, ¡oh toro de los hombres!, de sus jueces? Cuando una impugnación entre rico y pobre, tus ministros ¿examinan el asunto sin pasión, tras haberlo estudiado bien? Las lágrimas que vierten las víctimas de acusación falsas, ¡oh Raghava!, destruyen los hijos y los rebaños del que gobierna a su capricho. Los ancianos, los jóvenes, los médicos y los personajes importantes, ¡oh Raghava!, ¿tratas de conciliártelos mediante tres cosas: el donativo el corazón y la palabra? Los gurús, los hombres de edad, los ascetas, los caityas que tienen a los dioses por huéspedes, a todos los *siddharthas* y brahmanes, ¿los veneras? ¿No destierras el deber por el provecho o el provecho por el deber, y a uno y otro por amor al goce, por el placer? El provecho, el placer y el deber, ¡oh el más grande de los vencedores!, tú, ¿que conoces los momentos oportunos, príncipe generoso, ¿persigues a cada uno a su hora? Los brahmanes instruidos en la ciencia de todos los *Sastras*, ¡oh príncipe dotado de gran sabiduría! ¿te proclaman su asilo, así como los habitantes de ciudades y campos? El ateísmo, la deslealtad, la cólera, el orgullo, los largos plazos, la ignorancia en el arte de discernir la gente de mérito, la inercia, la sumisión a los cinco sentidos; no aconsejarse en los asuntos sino de uno solo o consultar a aquellos que los

ignoran, no emprender lo que se ha decidido hacer, no guardar el secreto de una deliberación; no emplear las fórmulas de bendición, ni otras; levantarse para honrar al primero que llegue, ¿evitas tú estos catorce defectos, propios a algunos reyes? Los grupos de los diez, de los cinco y de los cuatro; el de los siete, el grupo de los ocho y de los tres, la triple ciencia, ¡oh Raghava!; la victoria conseguida sobre los sentidos por la sabiduría, el séxtuplo Gun a lo divino y lo humano, el grupo de los veinte deberes, y también el conjunto de los funcionarios; las marchas guerreras, el empleo del cetro, y con su doble seno, el arte de la reunión y de la separación, ¡oh príncipe muy sabio! ¿te ocupas de estas cosas seriamente y como es debido? Cual está prescrito ¿deliberas con cuatro consejeros o con tres reunidos ¡oh príncipe inteligente!, o separados? ¿Te son provechosos los *Vedas*? Tus actos, ¿te son útiles? ¿Obtienes ventajas de tus esposas y de tu instrucción? Esta sabiduría que a mí se me atribuye ¿la practicas tú por tu parte ¡oh Raghava! constantemente gloriosamente de acuerdo con el deber, el placer y el interés? Las líneas de conducta seguidas por nuestro padre y nuestro abuelo ¿las observas y vas siempre por las huellas llenas de honor de las genes de bien? Los alimentos sabrosos ¿los comes tú sólo? ¿No ofreces a aquellos que los desean, a tus amigos? El *rêy* que gobierne a sus súbditos según la equidad, el monarca que mantiene el cetro con mano prudente conquista con todo derecho el Mundo entero; y cuando desaparece aquí abajo es para ir al Cielo.»

## SARGA CI

### RAMA REHUSA LA CORONA

Rama, volviendo a ver a su hermano adicto a sus gurús, se puso a interrogarle, acompañado de Lakshmana: «Deseo saber por qué vienes aquí con el manto de corteza de árbol, la trenza y el hábito de piel. ¿Qué motivo te trae a este lugar, vestido con el despojo de un antílope, los cabellos trenzados, y por qué abandonas el Imperio? Cuéntame todo.»

Así interrogado por el magnánimo Kakutstha, el hijo de Kaikeyi, experimentando un dolor más fuerte aún, le respondió haciendo el anjalí: «Señor, nuestro padre nos ha dejado tras su muy funesta acción. El poderoso rey se ha ido al



Cielo. Ha sucumbido a la pena de haber perdido a su hijo. Estaba bajo el yugo de una mujer, Kaikeyí, mi madre, ¡oh látigo de tus enemigos! Ella es la que ha cometido esta gran falta, para su propio deshonor. Sin haber recogido los frutos de la realeza, viuda, agobiada por el dolor, mi madre caerá en el Naraka (275) lleno de espantos. Concédeme un favor a mí, que soy tu esclavo. Recibe hoy mismo la unción real, al modo de Maghavan. Da esta alegría a todas esas reinas viudas, que han venido a tu encuentro. En tu cualidad de primogénito, acepta el trono que te corresponde personalmente, ¡oh príncipe lleno de nobleza!, y cumple, cual debes hacerlo, los deseos de tus amigos. Haz cesar la viudedad de la Tierra entera, y tornándote su amo, cual hace la diosa inmaculada, la Luna, con respecto a una noche de otoño. Prosternado a tus pies con estos ministros, concede esta gracia a un hermano, que es a la vez tu discípulo y tu esclavo. Toda esta fila ininterrumpida de abnegados servidores de tu padre y colmados por sus favores, ¡oh tigre de los héroes!, tú no podrías desoir sus ruegos.»

Habiendo hablado así, el poderoso hijo de Kaikeyí, deshecho en llanto, Bharata tocó de nuevo con su cabeza los pies de Rama. Este abrazó y besó a su hermano, que no cesaba de suspirar, como un elefante borracho de mada, y le dijo: «Un hombre tal que yo, de noble extracción, lleno de lealtad, de honor y de fidelidad a sus promesas, ¿cómo por un trono cometería una felonía? A mis ojos tú no eres en modo alguno culpable, ¡oh matador de tus enemigos!; ni debes acusar a tu madre de locura. ¡Oh príncipe muy sabio y absolutamente irreprochable!, cumplir la voluntad de sus gurús se impone a las mujeres y a los hijos bien nacidos. Nosotros todos, con objeto de que en este Mundo seamos estimados por los hombres de bien, ¡oh amigo mío!, mujeres, hijos y discípulos, debemos estar sometidos a nuestro señor, tú debes saberlo. El gran rey, amo era de enviarme al bosque vestido de corteza, ¡oh querido!, y de una piel de antilope negro, o de sentarme en el trono. La deferencia debida a mi padre honrado de todos, ¡oh virtuoso y fiel observador de tu deber!, débese asimismo a una madre. Ahora bien, uno y otra, llenos de virtud: «Retírate al bosque», me dijeron, ¡oh Raghava! Esta orden de mi madre y de mi padre, ¿cómo podría yo transgredirla? En cuanto a ti, tú debes ocupar en Ayodhya el trono que todos reverencian, y a mí, a mí me es preciso vivir en el bosque de Dandaka vestido de corteza. Tras haber dispuesto así las cosas, el gran rey Dasaratha, y tras haber hablado así

en presencia del pueblo, se ha ido al Cielo. Este virtuoso monarca, gurú de los mundos, debe servirnos de regla; el lote que tu padre te ha dado, de él debes gozar. Lo que a mí me ha prescrito mi magnánimo padre, que el mundo de los hombres bendice, y que asemejase al rey de los Vibudhas, lo estimo mi bien supremo, no el dominio absoluto sobre todos los mundos.»

### SARGA CII

#### INSISTENCIA DE BHARATA

A este discurso de Rama, Bharata respondió: «Si yo transgredo mi deber, ¿cómo podría cumplir el cargo de rey? Siempre fue una ley inviolable establecida entre nosotros, ¡oh toro de los hombres!, que en presencia del mayor, el menor no podía ser rey. Vuelve, pues, conmigo a la opulenta Ayodhya, ¡oh Raghava!, y recibe la unción real para dicha de nuestra raza. Se le dice un hombre, yo le estimo un dios, al rey cuya conducta, conforme al deber y al interés, es proclamada como superior al hombre. Desde mi vuelta junto a Kaikeyi y tu llegada al bosque, ha ido al Cielo el monarca venerado, que multiplicaba los sacrificios y a quien las gentes de bien honraban. Apenas habías tú marchado con Sitá y Lakshmana cuando, sucumbiendo al infortunio de su pena, el rey subió al tercer Cielo. Levántate, pues tigre de los héroes y cumple respecto a nuestro padre el rito fúnebre del agua que yo y Satruña hemos observado precedentemente. Lo que es ofrecido por un amigo en el mundo de los pitris ¡oh Raghava! dícese que es imperecedero: ahora bien tú fuiste el bienamado de nuestro padre. Es porque te lloraba, porque deseaba verte, porque tenía su pensamiento aferrado constantemente a tu recuerdo, porque estaba privado de tu presencia, por estar anonadado por la pena a propósito de tí, porque pensaba constantemente en tí; he aquí por qué tu padre ha muerto.»

### SARGA CIII

#### RAMA HACE LOS HONORES FÚNEBRES A SU PADRE

Cuando oyó este triste discurso de Bharata sobre la muerte de su padre, Raghava se sintió desfallecer. Semejante al trueno lanzado sobre el campo de batalla por el enemigo de los dāna-

vas la palabra fulminante de Bharata puso fuera de sí al héroe, azote de sus adversarios. Rama, levantando sus dos brazos, tal una encina de floridas ramas que el hacha ahate en el bosque, cayó por el suelo. Al ver a Rama yaciendo por tierra, él, el amo de la Tierra, semejante a un elefante al que un hundimiento de la orilla en que habíase dormido aplasta, sus hermanos, viendo al gran arquero de tal modo triturado por el dolor, estallaron en sollozos, lo mismo que Vaidehí, y le inundaron de lágrimas. Recobrando los sentidos y dejando que las suyas corriesen de sus ojos, Kakutstha púsose a lanzar gemidos plañideros. Cuando supo que su padre, el amo del mundo, había ido al Cielo, el virtuoso Rama dijo al leal Bharata: «¿Qué haría yo en Ayodhya ahora que mi padre ha seguido la vía fatal? Esta Ayodhya, privada del mejor de los reyes, ¿quién podría protegerla? ¿Qué puedo yo hacer en mi infortunio por ese príncipe magnánimo? ¡Ha muerto de pena por culpa mía y yo no le he rendido los últimos deberes! ¡Oh Bharata, héroe irreprochable, tú eres feliz, tú que has cumplido, respecto al rey, así como Satruña, todos los servicios debidos a los difuntos! Sin gobierno, entregada a la anarquía, privada de su monarca, aunque dejase de habitar el bosque, yo no puedo volver a Ayodhya. Una vez mi destierro silvestre acabado, de vuelta en Ayodhya, ¡oh azote de tus enemigos!, ¿quién será mi nuevo guía, puesto que mi padre se ha ido al otro mundo? En otro tiempo, viendo mis proezas, mi padre me dirigió palabras de felicitación; estas palabras tan dulces de escuchar, ¿de quién las oíré en adelante?»

Tras haber hablado así a Bharata, Raghava fué a buscar a su esposa, la de la cara brillante como la Luna llena, y la dijo, abrumado de dolor: «¡Oh Sitá!, tu suegro ha muerto; huérfana eres. ¡Oh Lakshmana!, Bharata me ha hecho saber esta desgracia: la marcha hacia el Cielo del amo de la Tierra.» Las palabras de Kakutstha hicieron correr abundantes lágrimas de los ojos de aquellos jóvenes ilustres. Todos los hermanos del infortunado Rama, en medio de profundos gemidos, le dijeron: «Cumplamos el rito del agua por el rey nuestro padre.» Sitá, cuando supo que su suegro, el gran monarca, había ido al Cielo, no podía ya, a causa de tener los ojos llenos de lágrimas, ver a su bienamado. Rama, esforzándose por detener el llanto de la hija de Janaka, dijo, abrumado por la tristeza, a Lakshmana, él también lleno de dolor: «Ve a buscar borujo de aceite de ingudí y trae corteza fresca con objeto de que procedamos a la ceremonia del agua por nuestro magná-

nimo padre. Que Sitá vava delante; tú síguela y yo iré el último; tal será el orden de nuestra marcha fúnebre.»

Su fiel compañero, versado en la ciencia del Atman (276), dotado de una gran inteligencia, dulce, los sentidos refrenados, amable, estrechamente unido a Rama, Sumantra, consolando a Raghava, así como a los príncipes sus hermanos, le cogió de la mano y le condujo al Mandakiní, el afortunado río. El ilustre cortejo alcanzó penosamente el Mandakiní, río de hermosos tirthas, encantador, siempre adornado con flores. Al fin alcanzaron un vado de curso rápido, propicio, sin limo; derramaron entonces agua en honor del rey, diciendo: «Padre, que esto te sea agradable.»

El gran príncipe, llenando de agua sus dos manos que había puesto juntas como para hacer el anjalí, pronunció, con el rostro vuelto hacia la región de Yama, estas palabras: «¡Oh tigre de los reyes!, ¡pueda este agua sin mancha, incorruptible, que en este momento te ofrezco, llegar al mundo de los pitris en donde estás!» Luego, subiendo sobre la orilla del Mandakiní, el ilustre Raghava ofreció el pinda (277) a su padre, en unión de sus hermanos. Rama depositó el borujo de aceite de ingudí, mezclado con frutos del badara, sobre un montón de darbhas extendidas por el suelo, y luego, abrumado de tristeza, dijo, gimiendo: «Come con placer, ¡oh gran rey!, estos manjares de los que nosotros mismos hacemos nuestro alimento. Lo que come el hombre, sus devatas lo comen también.» Habiendo subido de nuevo por el mismo camino al borde del río, el toro de los hombres volvió a alcanzar la encantadora cima de la montaña. Llegado a la puerta de la cabaña de follaje, el amo del Mundo enlazó con sus dos brazos a Bharata y a Lakshmana. El eco de la montaña repitió sus gemidos fraternales, mezclados a las lágrimas de Vaidehí; hubiérase dicho rugidos de leones.

Cuando oyó los clamores formidables lanzados por aquellos poderosos héroes, mientras cumplían llorando la ceremonia del agua en honor de su padre, el ejército de Bharata quedó espantado. Se dijo: «Bharata no hay duda que ha encontrado a Rama. Esos enormes gritos son ellos quienes los lanzan, lamentándose a propósito de su padre difunto.» Luego, dejando sus vivacs, obedeciendo todos al mismo pensamiento, lanzáronse a toda prisa en dirección a aquellos clamores. Unos en sus caballos; otros, sobre elefantes; éstos, en sus carros cubiertos de adornos; los más jóvenes, marchando a pie. En su deseo de ver a Rama, cuya ausencia, bien que reciente, les parecía larga, toda aquella multitud corrió hacia la ermita. Impacientes

por volver a ver a los hermanos reunidos, aceleraron su carrera con sus diversos medios de transporte, compuestos de cascos y de ruedas. La tierra, hollada por numerosos vehículos, por las yantas de tanto carro, resonaba de un modo terrible, como la atmósfera cuando las nubes se entrechocan. Espantados por aquel ruido, los elefantes salvajes, rodeados de sus hembras y extendiendo un olor a mada, huyeron a otro bosque. Jabalíes, gacelas, leones, búfalos, srimaras, tigres, gokarnas, gavayas, temblaban de espanto, así como los prishatas, rathahvas, hamsas, natyahas, plavas, karandavas, etc.; e igualmente kokilas machos, krauncas aterrorizados, distribuíanse, huyendo, los puntos cardinales. El cielo estaba lleno de pájaros, a los que aquel ruido espantaba; y la tierra cubierta de hombres; tal era el aspecto de uno y otra en aquel momento.

El tigre de los héroes, lleno de gloria, sin mancha, Rama, sentado sobre el suelo, desnudo, apareció de pronto a la avalancha. Sin dejar de recriminar a Kaikeyí, a la que Manthará acompañaba, la multitud se acercó a Rama, con los rostros bañados en lágrimas. Cuando vio a aquellos hombres, los ojos en llanto, abrumados de pena, el virtuoso príncipe los besó, como un padre y una madre a sus hijos. Mientras que abrazaba a unos, los otros le saludaban; el príncipe hizo a todos, así como a sus amigos de infancia y a sus parientes, la acogida que merecían. El ruido de los lamentos de aquellos guerreros magnánimos, retumbó en la Tierra y en el Ciclo, prolongándose a través de las cavernas de las montañas y las regiones, semejante a redoble ininterrumpido de tambores.

## SARGA CIV

### LAS REINAS VIENEN A VER A RAMA

Vasishtha, que se había hecho preceder de las mujeres de Dasaratha, fue a aquel lugar, impaciente por ver a Rama. Las esposas del rey avanzaban penosamente, a lo largo del Mandakiní, donde advirtieron el tirtha frecuentado por Rama y por Lakshmana. Kausalyá, los rasgos ajados a fuerza de llorar, dijo a Sumitrá, a la que el dolor oprimía, y a las otras reinas: «He aquí delante de nosotras, en el bosque, el tirtha de esos príncipes privados de sostén, mansión infortunada de héroes de afortunados hechos, que ya no tienen patria. Aquí es, ¡oh Sumitrá!, donde tu hijo Sumitri, sin cansarse, viene a coger agua

para el mío. Por baja que sea esta acción, tu hijo, haciéndola, escapa a la censura. Todo lo que fuese sin utilidad para su hermano tornárase reprehensible, dadas sus cualidades. Hoy, ¡pueda este mismo hijo, que no está acostumbrado a tantos males, renunciar para siempre a una tarea de villano y de miserable!» Esta princesa de los grandes ojos, advirtió la torta de ingudí que en honor de su padre, Rama había depositado sobre el suelo lleno de hierbas darbhas con las puntas levantadas en dirección al sur. Cuando vio lo que había depositado en el suelo el infortunado Rama en honor de su padre, la reina Kausalyá dijo a todas las demás mujeres de Dasaratha: «Ved esta ofrenda litúrgica hecha por Raghava, en honor del jefe de los Iksivakus, de su padre, el magnánimo descendiente de Raghú. Para ese monarca, semejante a un dios en su magnificencia, que vivió en el seno de los placeres, no estimo que esto sea un alimento conveniente. El que ha poseído, en este Mundo, la Tierra de los cuatro costados limitados por el mar, ¿cómo este amo del Universo, el igual del gran Indra, podría alimentarse con un bollo de ingudí? No, nada aquí abajo me parece tan deplorable como ver a Rama ofrecer a su padre una galleta de ingudí (278), ¡ay, él en otro tiempo tan opulento! Viendo estos manjares, ofrecidos por Rama a su padre, ¿cómo mi corazón no se rompe en mil pedazos a causa del dolor? Ciertamente, esta máxima que recorre el Mundo pareceme verdadera: «Lo que come el hombre, sus devatas lo comen también.»

Las compañeras de Kausalyá esforzaronse, sin dejar por ello de caminar, por calmar su pena. Pronto advirtieron en su ermita a Rama, que parecía un Ip mortal expulsado del paraíso. Al ver a Rama despojado de su opulencia, sus afligidas madres, abrumadas por el dolor, dieron rienda suelta a las lágrimas y a sus gritos. Rama, el tigre de los hombres, fiel a su palabra, se levantó y cogió, para besarlos, los pies de loto de todas sus madres. Con sus manos de contacto afortunado, de dedos y palmas suaves de tocar, las reinas de los grandes ojos, quitaron el polvo de la espalda de Rama.

El infortunado Sumitri, viendo a sus madres, vino a saludarlas a todas, inclinándose sucesivamente delante de cada una de ellas, inmediatamente después de Rama. Lo que habían hecho respecto a Rama, todas las reinas lo hicieron también con Lakshmana, nacido de Dasaratha, príncipe de hermoso aspecto.

La desgraciada Sitá, los ojos llenos de lágrimas, tocó también los pies de todas sus madres políticas y colocóse ante

ellas. La infortunada Kausalyá, tal cual una madre de su hija, abrazó a la pobre Sitá, vuelta habitante del bosque, y la dijo: «La hija del rey de los Videhas, la hija política de Dasaratha, la esposa de Rama, ¿cómo es tan miserable cual para morar en un bosque desierto? Semejante a un loto abrasado por el calor, a la utpala ajada, semejante al oro mancillado por el polvo, a la Luna oculta tras las nubes, el aspecto de tu rostro enciende en mi corazón, ¡oh Vaidehí!, lo mismo que un incendio que devora una casa, el fuego violento del pesar, alimentado por tus males a modo de leños.»

Mientras que llevada por su desesperación su madre hablaba así, el hermano mayor de Bharata, Raghava, acercándose, cogió los pies de Vasishtha para besárselos. Tal que Indra, el jefe de los Inmortales, respecto a Brihaspati, Raghava cogió los pies de su purohita, al igual de Añi, el del muy brillante tejás; luego se sentó a su lado.

Después de su hermano, pero inferior a él, con todos los consejeros, los principales habitantes de la ciudad, con los guerreros, con la muchedumbre perfectamente instruida en sus deberes, el virtuoso Bharata ocupó su sitio. Habiéndose sentado por debajo de él, el muy valiente Bharata contempló a Raghava centelleante de majestad bajo su atavío de asceta, e hizo el anjali como Mahendrá admitido a presencia de Brajapati. ¿Qué lenguaje persuasivo Bharata va ahora a dirigir a Raghava, al que colma de atenciones y de buenos cuidados? He aquí lo que la noble asamblea deseaba ardientemente saber. Raghava, lleno de lealtad; Lakshmana, el de los generosos sentimientos, y el virtuoso Bharata brillaban en medio de sus amigos, como los tres fuegos del sacrificio en medio de los sadasvas (279).

## S A R G A C V

### RAMA PREDICA RESIGNACIÓN A BHARATA

Mientras que aquellos leones de los hombres, en medio de sus numerosos amigos se lamentaban, la noche transcurrió tristemente. Cuando el alba apuntó, los hermanos de Rama, rodeados de sus amigos, tras haber hecho en la orilla del Mandakiní sus ofrendas y sus oraciones, vinieron a encontrar a Rama. La multitud silenciosa, se sentó; nadie profería palabra. Entonces Bharata, desde en medio de sus compañeros, dijo a Rama: «Para complacer a mi madre, el Imperio me fue le-

gado; pero yo le proclamo tuyo; goza de este reino sin obstáculos. Tal cual un puente roto, en el momento de la crecida de las aguas, por la violencia de la corriente, la gran brecha hecha en el reino es irreparable para todo otro que tú. Así como un asno no puede seguir a un caballo, ni los pájaros a Tarkshya (280), yo no puedo marchar sobre tus huellas, ¡oh monarca de este Mundo! Dichosa es la existencia de aquel de quien los demás sacan su subsistencia; pero, ¡oh Rama!, lamentable es la suerte del hombre que vive a costa de otro, Como un árbol plantado por un hombre, cuando ha crecido y es inaccesible a un arrapiezo con sus ramas enormes y su talla colosal, si florece, pero no da fruto, no procura alegría alguna a aquel que le cultiva con este propósito... Este apólogo, ¡oh poderoso guerrero!, tú debes comprender el sentido, tú, que, toro de los hombres y nuestro amo, rehusas gobernarnos, a nosotros tus servidores. ¡Puedan por todas partes las diversas corporaciones y sus jefes, ¡oh gran rey!, verte, brillante como el Sol, sentado en el trono, vencedor de tus enemigos! ¡Puedan en el camino de vuelta, ¡oh Kakutsiha!, los elefantes, ebrios de mada, hacer escuchar su bramido, y las mujeres del gineceo bailar en coro!»

Las gentes de la ciudad, de todas clases, aprobaron mucho la súplica dirigida por Bharata a Rama. Al ver su dolor y sus quejas, Rama, dueño de sí, firme el alma, esforzóse por consolar al ilustre Bharata: «El hombre aquí abajo no hace lo que quiere; no es el amo. El Destino (281) le traquetea de un lado para otro. Todas las cosas amontonadas acaban por desagregarse y las elevadas por caer; la unión se termina por la separación y la vida por la muerte. Así como los frutos maduros no temen sino la caída, así el hombre, una vez nacido, ¡nada tiene que temer si no es la muerte! Del mismo modo que una casa sólidamente construida acaba por caer a causa de la vetustez, así se hunden los hombres, juguetes de la vejez y del acabar. La noche ya pasada no vuelve, asimismo el Yámuná se va para siempre a llenar el Océano, receptáculo de las aguas. Los días y las noches pasan; unos y otras agotan pronto la existencia de todos los seres vivos de este Mundo: como, en el verano, los rayos del Sol agotan un charco de agua. Lloro sobre ti mismo, ¿por qué llorar sobre otro? La vida se va para aquel que sé detiene lo mismo que para el que corre. Con el que marcha la muerte marcha; siéntate cerca de aquel que se sienta. El que emprende un largo viaje, la muerte aléjase con él. Los miembros se ajan, los cabellos blanquean, el hombre se usa con la edad, ¿cómo podría impedir-



lo? Las gentes alégranse cuando el Sol se levanta; se alegran cuando se retira detrás del Asta; no se dan cuenta de la destrucción de su ser. Felicitanse al ver la vuelta de una estación, cual si se tratase de una cosa nueva; esta sucesión de estaciones destruye la vida de los seres. Como dos pedazos de madera se encuentran en el vasto Océano, y luego se separan tras haber flotado el uno junto al otro algún tiempo, asimismo, esposas, hijos, padres, bienes, reunidos un instante, huyen pronto: es preciso necesariamente separarse de ellos. Aquí abajo ningún ser se libra de su destino, por eso de nada sirve apiadarse de los muertos. Lo mismo que a una caravana que pasa a un hombre sentado al borde del camino: —Yo también iré en vuestro seguimiento—dice; así, puesto que seguimos necesariamente el camino que han tomado antes que nosotros nuestros padres y nuestros abuelos, ¿por qué afligirnos de lo que es inevitable? La vida huye como el torrente que no asciende de nuevo hasta su manantial; a cada uno el afianzarse en la dicha; dícese que los seres vivos han sido hechos para ser felices. El alma santificada por muy hermosos y muy completos sacrificios acompañados de ricos dakshinas, nuestro padre no es de lamentar, querido amigo, puesto que ha ido al Cielo, bendito por las gentes de bien. Ha dejado su cuerpo mortal, usado por los años, para alcanzar la divina beatitud que se extiende hasta el Brahmalo. Ningún hombre sabio le llorará por su situación, ningún hombre tal que tú o tal que yo, dotado de ciencia y de discernimiento. Los dolores de todo género, las quejas y los gemidos, el sabio, lleno de firmeza, los destierra en toda ocasión. Serénate, no llores más y vuelve a habitar la ciudad de Ayodhya, conformándote a la voluntad paterna, ¡oh el más discreto de los oradores! Yo también, lleno de deferencia, cumpliré por todas partes la voluntad de mi noble padre el del santo karmán. No está en mi mano transgredir su orden, ¡oh vencedor del enemigo!; del mismo modo te es preciso, hasta el fin, respetarle, pues es nuestra sangre, es nuestro padre. Esta palabra de un padre escuchada por hombres de deber, yo acomodaré a ella mi conducta, permaneciendo en el bosque, ¡oh descendiente de Raghú! Así debe obrar todo hombre religioso que trata de no perjudicar, y que, sometido a sus gurús, aspira a la conquista del mundo superior, ¡oh tigre de los hombres! Permanece digno de ti mismo y no desmientas tu natural, ¡oh toro de los hombres!; piensa en la hermosa existencia de nuestro padre Dasaratha.»

Tras haber dirigido a su hermano este discurso lleno de

buen sentido, con objeto de moverle a respetar la voluntad paternal, al magnánimo Rama no añadió nada más.

## S A R G A C V I

### BHARATA CONJURA A RAMA PARA QUE VUELVA A AYODHYA

Rama, querido del pueblo, habiéndose callado tras haber pronunciado este elocuente discurso, a orillas del Mandakini, el virtuoso Bharata le dio esta respuesta admirablemente juiciosa: «¿Quién hay igual a ti en el Mundo, oh vencedor de tus enemigos? Ni la desgracia te turba ni la felicidad te embriaga. Bien que estimado de los ancianos, tú les sometes tus dudas. Aquel que contempla con la misma mirada la muerte y la vida, los males y los bienes, ¿qué podría conmoverle? Aquel que sabe como tú la causa y el efecto, ¡oh jefe de los hombres!, la desgracia, alcanzándole, no puede abatirle. Tu naturaleza es la de los Inmortales, tú tienes el alma grande, tú eres de un comercio leal, tú conoces todos, tú ves todo, tú eres un sabio, ¡oh Raghava! Con tales cualidades, intruido sobre el principio y el fin de los seres, el más anonador de los males no puede quebrantarte. La mala acción que, en mi ausencia, mi miserable madre ha cometido a causa de mí, sin mi consentimiento, perdónamela. Retenido por la piedad filial, no puedo infligir aquí a mi madre el riguroso castigo que merece su perversa conducta. ¿Cómo, yo, que he nacido de Dasaratha, ilustre por su raza y sus hazañas, que conozco lo justo y lo injusto, haría un acto censurable? El amo que multiplicaba los sacrificios, el anciano rey muerto, era mi padre; yo no puedo en la asamblea infligir una censura a aquel que fue mi padre, y que ahora es para mí una divinidad. Tal acto, contrario al deber y al interés, criminal, ¿quién, pues, por complacer a una mujer querría perpetrarle, ¡oh príncipe leal!, de conocer la ley? A la hora de la muerte los seres se turban, dice un antiguo axioma; el rey, obrando cual lo ha hecho, ha justificado a los ojos de todo el mundo esta máxima. Haciendo volver al bien la falta que la cólera, el extravío, la irreflexión hicieron cometer a nuestro padre amado, repárala. La falta de un padre, el hijo que la vuelve un bien, obra como verdadero hijo en opinión de todos; de otro modo, es lo contrario. Este verdadero hijo sólo tú; no te prestes al acto ilegal de nuestro padre, que todos reprobaban enérgicamente. Kaikeyí, yo, nuestro padre, nuestros

amigos y parientes, todos los habitantes de la ciudad y del reino, sálvanos a todos. ¿Para qué hablas de bosque, de obligaciones de kshatriya, de trenzas o de obediencia? Una acción semejante que todos censuran, tú no debes hacerla. El primer deber de un kshatriya es proceder a una consagración que le permita, ¡oh sabio héroe!, proteger a sus súbditos. ¿Qué hombre perteneciendo verdaderamente a la casta de los kshatriyas, descuidaría un deber manifiesto, por una obligación dudosa, sin objeto, problemática, incierta? Puesto que quieres cumplir tu deber, a toda costa, fatígate protegiendo según la ley a las cuatro castas. De las cuatro condiciones, la de jefe de familia es la mejor, la más alta, según los intérpretes de la ley, ¡oh tú, que la ley sigues!, luego, ¿por qué quieres dejarla? En saber, situación, nacimiento, yo soy tu inferior, ¿cómo podría, pues, gobernar la Tierra estando tú vivo? Desprovisto de inteligencia y de firmeza, sin ti, poder vivir me sería imposible. El hermoso reino paterno por entero, gobiérnale sin obstáculos con tu reconocida lealtad, ¡oh príncipe leal!, con la ayuda de los tuyos. Aquí mismo, déjate consagrar por todos los súbditos reunidos y los ritvijs compañeros de Vasishtha, instruido en los *Mantras*, ¡oh tú, que conoces los *Mantras*! Y una vez consagrado por nosotros vuelve a Ayodhya para reinar allí y triunfa de los pueblos mediante tu energía, tú que te asemejas a Vasava rodeado de los maruts. Te desquitarás de tus tres deudas, destruirás completamente a tus enemigos y satisfarás los deseos de tus amigos; sé, pues, mi rey. Que hoy, Señor, tus amigos se regocijen con tu consagración; que hoy, llenos de espanto, tus adversarios ¡se dispersen por los diez puntos cardinales! La censura que pesa sobre mí y sobre mi madre, levántala, ¡oh toro de los hombres!; libra hoy a mi venerado padre de su pecado. Te lo pido con la frente inclinada, ten piedad de mí y de todos los tuyos, como Mahesvara tiene piedad de los seres. Vuelve ya la espalda al bosque desde este instante y vente con nosotros, yo regresaré también contigo.»

El excelente Rama, el jefe de la Tierra, a pesar de las vivas instancias de Bharata prosternado ante él, no pudo decidirse. dada su lealtad, a partir, resuelto como estaba a obedecer hasta el final la orden que había recibido de su padre. Esta admirable firmeza de Raghava excitó a un mismo tiempo la alegría y el dolor de la multitud. ¡No vuelve a Ayodhya!, se dijo, con estupor, bien constatando con placer la constancia de su juramento. Los ritvijs, los jefes, la multitud de ciudadanos,

extraviados por el dolor e inundados en lágrimas, aplaudieron el discurso de Bharata, y prosternándose ante Rama, unieron todos sus ruegos a los suyos.

## S A R G A C V I I

## NEGATIVA DE RAMA

A estas instancias de Bharata, el hermano mayor de Lakshmana, el venerable Rama, rodeado de los suyos que le colmaban de honores, respondió: «El lenguaje que acabas de tener es digno del hijo de Dasaratha, el mejor de los reyes, hijo de Kaikeyí. En otro tiempo, ¡oh hermano mío!, nuestro padre, cuando se casó con tu madre, prometió a tu abuelo materno su reino como regalo nupcial sin igual. Luego, en la guerra entre los devas y los asuras, tu madre obtuvo un doble favor, del señor rey, como testimonio de su alegría y de su gratitud. A causa de ello, agarrándose a su palabra, tu ilustre madre, la de maravillosa tez, pidió las dos gracias al jefe de los hombres: para ti, el trono, ¡oh tigre de los reyes!, para mí, el destierro. El rey, atado por su promesa, la concedió este doble deseo. Estoy, pues, obligado por mi padre, ¡oh toro de los hombres!, a permanecer en el bosque catorce años, conforme a su promesa. He venido a este bosque desierto, acompañado de Lakshmana, sin encontrar obstáculo por parte de Sitá, con objeto de desempeñar la palabra de mi padre. Por tu parte, cumple, asimismo, el compromiso paterno, ¡oh Indra de los reyes!, y, sin tardar, recibe la unción. La deuda contraída por el señor rey, págala, por amistad a mí, ¡oh Bharata!, libera a mi padre, ¡oh príncipe leal!, y a tu madre dale esta alegría. Según la tradición, amigo, el sabio y glorioso Gaya, cantó estos versos mientras sacrificaba, entre las gentes de Gayá, en honor de los pitris: «Porque el hijo libra a su padre del infierno llamado Put, es llamado Putra, aquel que salva de este modo a sus pitris de todo peligro. Es preciso desear muchos hijos virtuosos y de gran ciencia, con objeto de que entre todos uno al menos venga a Gayá para sacrificar en ella.» Tal es la convicción de todos los rajarshis, ¡oh alegría de Raghú! Por consiguiente, ¡oh el primero de los hombres!, ¡oh Señor!, salva a nuestro padre del infierno. Vuelve a Ayodhya, ¡oh valeroso Bharata!, gobierna a tus súbditos, acompañado de Satruña y de todos los Dos-veces-nacidos. Yo, yo voy a penetrar en la soledad sil-

vestre del Dandaka, sin tardar, ¡oh héroe!, en la doble compañía de Vaidehí y de Lakshmana. Reina, ¡oh Bharata!, sobre los hombres, yo me torno al emperador de las fieras del bosque. Vuelve hoy mismo a tu capital, lleno de alegría; lleno de alegría también, yo me hundo en los matorrales. Un quitasol, deteniendo los rayos solares, extenderá sobre tu cabeza, ¡oh Bharata!, sombra y frescura, mientras que yo me abrigaré tranquilamente bajo los árboles del bosque de espeso follaje. Satruña, dotado de incomparable inteligencia, será tu compañero, el ilustre Sumitri continuará dándome a mí su amistad a toda prueba; de este modo los cuatro, cual hijos modelos, desempeñaremos la palabra del Indra de los reyes. No te turbes.»

## SARGA CVIII

### INTERVENCIÓN DE JABALI

Consolaba de este modo el virtuoso Rama a Bharata, cuando Jabali, brahmán eminente, le dirigió este insidioso lenguaje: «Basta, Ragbava; no hagas tu sabiduría inútil, como un hombre vulgar, tú que te distingues por la inteligencia y la virtud. ¿Cuál es el pariente del hombre? ¿De quién y cómo puede obtener algo? El hombre nace solo y solo muere. A causa de ello, ¡oh Rama!, el que se une a otro diciendo: «Es mi madre, es mi padre», debe ser reputado como un insensato; nadie hay que sea algo para alguien. Como aquel que, atravesando una ciudad extranjera, aléjase fuera, y deja aquella morada para ponerse en camino al día siguiente; he aquí lo que es para el hombre el padre, la madre, la casa, la fortuna: un alto, ¡oh Kakutstha!; los sabios no se fijan en nada. Tú no puedes, pues, abandonar el reino paterno, ¡oh jefe de los hombres!, por venir a establecerte en un desierto triste, lúgubre, erizado de maleza. Ven a hacerte consagrar en la opulenta Ayodhya, con los cabellos trenzados; la ciudad te espera. Ven a gustar voluptuosidades reales, dignas de tu nacimiento, ¡oh hijo de rey!; alégrate en Ayodhya, como Sakra en el Trivishtapa. Dasaratha ya no es nada para ti; tú no eres nada para él. Otro era el difunto rey; otro eres tú mismo; haz, pues, lo que te conviene hacer. La esperma, he aquí el único padre de los seres. La semilla y la sangre, de esta mezcla hecha a tiempo en el seno de la madre, nace el hombre, en este Mundo. El monarca ha ido donde debía ir; es la suerte de los seres; no te aflijas

inútilmente. Todos cuantos se han entregado especialmente a lo útil y al deber, yo los compadezco, no a los otros. Han vivido desgraciados, y a su muerte tiene como lote la destrucción. «El octavo día está consagrado a las divinidades ancestrales», se dice. Mas perdidos son los alimentos que ofrece el hombre piadoso; porque considera serenamente: un muerto, ¿puede comer? Si lo que aquí es comido por uno pudiese entrar en el cuerpo de otro, entonces que se ofrezca el Sradha (282) a los que viajan lejos; no tendrán necesidad con ello de cargarse con provisiones para el camino. Los ganthas (283) que recomiendan las liberalidades tienen como autores a gentes muy astutas: *Haz sacrificios, dones, consagraciones; entrégate al ascetismo, al renunciamento*; Así se expresan. Pero tú, ¡oh príncipe!, penéstrate de este pensamiento sumamente sabio: No hay más allá. Por consiguiente, ocúpate de lo que tienes ante ti, y en cuanto a lo que tienes detrás continúa volviéndole la espalda. Unete, pues, a la opinión de las gentes de bien, opinión aprobada por todos. Toma la corona y déjate conmover por Bharata.»

## S A R G A C I X

### RAMA REFUTA A JABALI

A estas palabras de Jabali, Rama, de quien el heroísmo formaba la esencia, dio una respuesta muy elocuente, muy sabia, todo lleno de emoción: «Lo que, movido por tu deseo de agradarme, me aconsejas, imposible es bien que posible parezca; es nefasto bajo su apariencia exterior honrada. Descaminado va el hombre que se mete por el camino del mal; no tiene la estimación de los hombres de bien, el que deja de considerar su deber. Sólo la manera de obrar revela la nobleza o la plebez del hombre que se las echa de algo, y distingue al hombre honrado del que no lo es. En lo demás, el plebeyo asemejase al noble; el que está desprovisto de honor al hombre honrado; el que es indigno hasta de toda atención al que es digno de ellas; el hombre depravado al hombre de bien. Si, con pretexto del deber, yo engaño indignamente al pueblo cometiendo una deslealtad, renuncio a mi gloria. ¿Qué hombre de buen sentido, sabiendo discernir lo justo de lo injusto, me concederá su estima, en este Mundo, si mi conducta es mala y deshonrosa? ¿Tras las huellas de quién iría? ¿Cómo podría ir al Cielo si me meto por esta vía desleal? A mi ejemplo, el Mundo entero no

escucharía sino su capricho: pues tal la conducta de los reyes, tal la conducta de los pueblos. La rectitud y el no perjudicar, tal debe ser la práctica constante de un rey, pues la lealtad es el alma misma de los gobiernos, y el pueblo vive de la lealtad. Los rishis y los dioses preconizan la lealtad; el que usa un lenguaje leal en este Mundo, va a su muerte a la mansión suprema, inalterable. Se huye, como de una serpiente, del hombre cuyos discursos son pérfidos. El deber que, tiene como esencia la lealtad, es proclamado en este Mundo como la raíz de todo. Lo verdadero, tal es el amo del Mundo; y sobre lo verdadero se apoya el deber; todo tiene lo verdadero por base; ¡no hay bien superior a la verdad! Ofrendas, sacrificios, libaciones, maceraciones, ascetismo, los *Vedas* mismos, tienen la verdad como fundamento: luego la verdad ante todo. Sólo ella sostiene el Mundo; sólo ella guarda a la familia; sólo ella precipita en el Infierno; sólo ella es magnífica en el Cielo. La orden de mi padre, ¿por qué no la observaría yo? Ni la ambición, ni el extravío, ni la ignorancia me cegarán a punto de hacerme romper los diques de la verdad. Yo guardaré el juramento hecho a mi gurú. Aquel cuyo trato carece de franqueza, cuyo espíritu es cambiante e inestable, ni los dioses, ni los pitris acogen sus homenajes: he aquí lo que se nos enseñó. Esta lealtad yo la considero como un deber personal, riguroso. El fardo que se imponen los hombres de honor en vista de la verdad, me place. Renuncio a ese pretendido deber como kshatriya; sería deslealtad bajo una máscara de honradez: es la práctica de los perversos, de los malos, de los ambiciosos, de todos cuantos practican el mal. Emplear el cuerpo en hacer mal que se ha proyectado con el alma, es servirse de la lengua para la mentira, es el envilecimiento bajo su triple aspecto. La tierra, la fama, la gloria, la fortuna, solicitan al hombre, todo esto escolta a la lealtad: que el hombre se aferre, pues, a lo verdadero. Es indigno de un arya (284) el excelente consejo que me das con lenguaje especioso, diciéndome: «Haz la felicidad de tu Imperio.» ¿Cómo, en verdad, tras haber jurado a mi gurú, habitar el bosque, cedería al deseo de Bharata, violando mi promesa? Mi voto, resueltamente lo pronuncié en presencia de mi gurú, con gran alegría de la reina Kaikeyí. Establécíndome en el bosque, permanezco puro, vivo apaciblemente, y mediante santas ofrendas de raíces, flores y frutas, regalo a los pitris y a los devas. Contento al grupo de los cinco sentidos, satisfago las exigencias sociales; permanezco exento de perversidad, lleno de fe y sabiendo discernir lo que conviene o no hacer. Llegado a esta región de obras santas, preciso es obrar

santamente. Añi. Vayú y Soma gozan los frutos de sus actos. Es, tras haber ofrecido cien sacrificios, cuando el rey de los dioses subió al tercer Cielo; por entregarse a rigurosas maceraciones, los grandes rishis han obtenido la felicidad celestial.» Y el príncipe de la indomable energía, indignado aun de haber escuchado aquel lenguaje de ateo, añadió con tono despectivo: «La verdad, el deber, el heroísmo, la compasión hacia los seres, la afabilidad, el homenaje rendido a los Dos-veces-nacidos, a los dioses y a los huéspedes: tal es el camino del triple Cielo, dicen las gentes de bien. Por ello los ascetas, pertinentemente instruidos de lo que les es más ventajoso, persiguen su fin resueltamente, cumpliendo su deber de un modo íntegro, lealmente, con su infatigable deseo de alcanzar las regiones superiores. Censuro a mi padre por haberte tomado a su servicio, dada tu extraviada inteligencia de la que te sirves para hundirte en el ateísmo, fuera del sendero del deber. Tal el ladrón, tal el Buda: sabe que el Tathagata es un ateo (285), por ello el que es más fácil de abordar entre todos los seres, el sabio, no estará jamás de acuerdo con el ateo. Hombres que te son superiores, muchos Dos-veces-nacidos, han multiplicado las buenas obras: renunciando para siempre a las ventajas de este Mundo y del otro, esos brahmanes han multiplicado bendiciones, sacrificios y libaciones santas. Amando el *deber*, asociados a las gentes de bien, dotados del brillo brahmánico, practicando a conciencia las liberalidades, inofensivos, limpios de toda mancha, esos munis escogidos son en este Mundo dignos de respeto (286).»

A este indignado discurso del magnánimo y generoso Rama, el asceta dio una respuesta saludable, llena de fe, de verdad, de conveniencia: «Yo no hablo el lenguaje de los descreídos, yo no soy un impío, y no es verdad que nada hay más allá de este Mundo. Según las circunstancias, yo me muestro ora hombre de fe, ora incrédulo. El tiempo había llegado, pareceme, ¡oh Rama!, de tomar prestado tal lenguaje ateo para decidirte a volver. Por mi parte, para conciliarme tu benevolencia es por lo que te hago la presente declaración.»

## SARGA CX

### VASISHTHA CUENTA A RAMA SU GENEALOGÍA (287)

Cuando comprendió la indignación de Rama, Vasishtha le dijo: «Jabali sabe de dónde viene y adónde va este Mundo. Era porque deseaba tu vuelta por lo que te ha hablado como lo ha



hecho. Este origen del Mundo, ¡oh conductor de los pueblos! apréndete por mi boca. Todo era agua: la Tierra fue formada en ella. Entonces existía Brahma Svayambhú con las divinidades. Transformado en jabalí, hizo salir del agua la Tierra, y llenó todo el Universo con hijos los del alma pura. Del éter es salido el eterno Brahma, permanente, inmutable. De Brahma nació Marici, que tuvo por hijo a Kasyapa. Vivasvat nació de Kasyapa, y Manu mismo fue el hijo de Vivasvat. De él nació Prajāpati e Ikshvaku fue su hijo mayor. Fue a Ikshvaku a quien primeramente Manu dio esta Tierra abundante, y sabe también que fue el primer rey de Ayodhya. El hijo de Ikshvaku fue el ilustre Kukshi, según la tradición. De Kukshi, ¡oh valeroso príncipe!, nació Vikukshi. Vikukshi tuvo por hijo al poderoso, al ilustre Bana, que fue el padre del valeroso Anaranya, el del gran tapás. No hubo sequías ni hambre bajo el gran rey Anaranya, el más excelente de los seres, como tampoco ningún ladrón. De Anaranya, ¡oh gran príncipe!, salió el rey Prithu; de este Prithu nació el muy glorioso Trisankú. Este héroe, en virtud de una promesa, subió al Cielo con su cuerpo. Trisankú tuvo por hijo al ilustre Dhundhumara. De Dhundhumara nació el muy poderoso Yuvanasva, que tuvo por hijo al afortunado Mandhatar. De Mandhatar, el muy valeroso Susamdhi fue oriundo, y Susamdhi tuvo dos hijos, Dhruvasamdhi y Prasenajit. Dhruvasamdhi engendró al famoso Bharata, matador de sus enemigos. De Bharata, el de los grandes brazos, Asita nació sin accidente. Contra este rey se coligaron sus rivales, los haihayas, los talayanghas y los belicosos sasaabindus. Tras haberles hecho frente a todos en el combate, el rey fue rechazado. Se retiró entonces a la más alta de las montañas, en el encantador Himavat, donde practicó un feliz ascetismo. Cuando murió, sus dos esposas estaban encinta, cuenta la tradición. Una de ellas, afortunada princesa de ojos anchos como hojas de loto, había ido a rendir homenaje a un descendiente de Bhrigú, el del divino esplendor, deseosa de tener un hijo eminente. La otra, para destruir el fruto de su rival, la había dado veneno. Este descendiente de Bhrigú se llamaba Cyavana; habitaba el Himavat; Kalindí fue, pues, a encontrar al rishi y le saludó. El respondió gozoso al saludo de aquella mujer que pedía como favor el nacimiento de un hijo: «Un hijo te nacerá, ¡oh reina!; será magnánimo, célebre en los mundos, virtuoso, temible, fundador de dinastía, matador de sus enemigos.» Oyendo estas palabras, Kalindí hizo el pradakshina en honor del muni y se despidió de él. Vuelta a su palacio, esta esposa de Asita tuvo un hijo con los ojos anchos como hojas de loto y brillantes como un cáliz.

No obstante, el veneno que su rival la había dado para destruir su fruto, el niño nació con él, y por este motivo fue llamado Sagara. Fue el rey Sagara, el que hizo cavar el Océano, y quien, mediante su sacrificio, el día de la Luna, y su actividad espantó a los seres. Asamanja fue el hijo de Sagara, nos dice la tradición. Como vivía en el crimen, su padre le expulsó. Amsumat nació de Asamanja; el valiente Amsumat fue el padre de Dilipa y Dilipa el de Bhagiratha. De Bhagiratha nació Kakutstha, de quien los Kakutsthas toman el nombre. Kakutstha fue el padre de Raghú, de donde los Raghavas. De Raghú nació el célebre Pravridha, conocido también en el mundo con los nombres de Purusbadaka, Kalmashapada y Saudasa. Kalmashapada tuvo por hijo a Sankhana, nos cuenta la tradición. Cuando Sankhana hubo alcanzado su fuerza, pereció con su ejército. Sankhana fue el padre del afortunado héroe Sudarsana; Sudarsana lo fue de Añivarna y Añivarna de Sihharaga. De Sihharaga nació Marú; de Marú, Prasusrava; de Prasusrava nació Ambarisha, el gran sabio. Ambarisha tuvo por hijo a Nahusha, lleno de valor, y Nahusha a Nabhaga, de eminente virtud. Aja y Suvrata fueron los hijos de Nabhaga; ahora bien, es de quien el virtuoso rey Dasaratha fue el hijo. Tú eres el hijo mayor de este último; Rama es tu nombre. Toma, pues, la corona paterna, ¡oh rey!, y considera que en todos los Ikshvakus el rey es el primogénito; en presencia del mayor, el menor no puede ser rey; es al primogénito al que corresponde recibir la unción real. Esta ley constante en la familia de los Raghavas, que es la tuya, no debes abolirla. Esta tierra fecunda en metales preciosos, este vasto reino, gobiérnalo gloriosamente como tu padre (288).»

## SARGA CXI

### RESPUESTA DE RAMA

Vasishtha, el real purobita, tras hablar así al religioso Rama añadió: «El hombre, desde su nacimiento aquí abajo, tiene siempre como gurús, ¡oh Kakutstha, salido de Raghú!, su preceptor, su padre y su madre. El padre da la vida al hombre, ¡oh toro de los hombres!; su maestro le da la sabiduría, a causa de ello, éste es proclamado el gurú por excelencia. Ahora bien, yo soy el preceptor de tu padre y el tuyo, ¡oh azote de tus enemigos!; obedéceme, pues, y no dejes el sendero de los

hombres de bien. He aquí a tu pueblo, a tus parientes, los príncipes, tus feudatarios; cumple tu deber con ellos, hijo querido, y no dejes el sendero de las gentes honradas. Tu anciana y virtuosa madre, no debes descuidar de tener atenciones con ella; cumple su voluntad y no abandones el sendero de los hombres de bien. Escucha la súplica de Bharata, y no te deshonres tú mismo, ¡oh Raghava!, lleno de lealtad, de justicia y de valor!»

A este insinuante discurso de su gurú Vasishtha, el toro de los hombres dio la siguiente respuesta: «Por lo que la madre y el padre no cesan de hacer por él, el hijo no puede jamás liberarse completamente en lo que a ellos respecta, y devolver a su madre y a su padre lo que le han prodigado, según sus recursos, en dones, alimento, vestidos, caricias continuas y educación. Por ello, el rey Dasaratha, mi padre, el que me ha engendrado, la orden que me intimó no podría quedar sin efecto.»

Oyendo estas palabras de Rama, Bharata, el del ancho pecho, que estaba frente a él, muy merca, dijo al suta, con el alma profundamente afligida: «¡Pronto!, llena aquí todo el suelo de hierbas kusas, ¡oh escudero!, yo permaneceré frente a mi noble hermano hasta que haya acogido mi petición. Sin comer, sin mover los párpados, en completo renunciamiento, como un asceta, echado permaneceré delante de su cabaña hasta que consienta en regresar conmigo.» Luego, lanzando una mirada irritada a Sumantra, que a su vez miraba a Rama, preparó con sus propias manos un montón de kusas y se tendió por tierra.

El poderoso Rama, la flor de los rishis reales, le dijo: «Querido Bharata, ¿qué haces acostándote de este modo frente a mí? Un brahmán, permaneciendo sobre un costado, puede en este Mundo destruir a los hombres; pero a aquellos que han recibido la unción en la cabeza, esta actitud no les va. ¡De pie tigre de los hombres!, abandona al punto esta temible resolución. Vuelve rápidamente a Ayodhya, la más hermosa de las ciudades, ¡oh Raghava!»

Bharata, que continuada echado, mirando a todos lados, dijo a la multitud de los habitantes de la ciudad y del campo: «¿Por qué no conjuráis a mi noble hermano a volver?» Entonces los habitantes de la ciudad y del campo dijeron al magnánimo Bharata: «Conocemos a Kakutstha; este descendiente de Raghú habla como conviene. Este príncipe afortunado permanece fiel a la orden de su padre; por ello no podríamos, en verdad, moverle a cambiar de propósito.»

Cuando les oyó hablar así, Rama dijo a Bharata: «Escucha las palabras de estas gentes, amigo; ven justo. Su testimonio y el mío deben abrirte los ojos, ¡oh poderoso Raghava! Levántate y hazme la aspersión de agua.» Tras haberse levantado y hecha la aspersión de agua, Bharata dijo: «Que me escuchen cuantos están presentes; que los ministros me escuchen también: Yo no he pedido la corona a mi padre, yo no he aconsejado a mi madre, yo no he aprobado el destierro de Raghava, instruido a fondo en sus deberes. Si es absolutamente preciso que uno de nosotros dos permanezca aquí y que la orden de mi padre sea ejecutada, yo soy quien pasará los catorce años en el bosque.»

El virtuoso Rama, a quien el sincero lenguaje de su hermano llenaba de asombro, dijo dirigiéndose a la multitud de habitantes de la ciudad y del campo: «El pacto concluido por mi padre con Kaikeyí, mientras vivía, no puede ser roto ni por mí ni por Bharata. Esta sustitución, en lo que afecta a la permanencia en el bosque, no puedo consentirla, sería reprehensible; la orden de Kaikeyí y de mi padre es formal y yo cumplo mi deber conformándome a ella. Conozco la mansedumbre de Bharata y la abnegación a sus gurús. Todo es perfección en este leal y magnánimo príncipe. Ayudado de este virtuoso hermano, cuando mi destierro haya acabado, saldré del bosque, y entonces tomaré el gobierno supremo del Mundo. "Entretanto, que Bharata sea elegido rey", estas palabras de Kaikeyí quiero que se cumplan con objeto de salvar de perjurio a mi padre, aquel gran monarca.»

## S A R G A C X I I

### BARATHA PIDE A RAMA SU CALZADO

Testigos de aquel coloquio de los dos hermanos, los de la incomparable gloria, que hacía erizar el pelo de pura alegría, los grandes rishis, maravillados, se habían reunido. Manteniéndose invisibles en el aire, las tropas de munis, los supremos rishis exaltaban a los dos hermanos, los atortunados Kakutsthas. Decían: «Esta plática de los dos príncipes de sentimientos siempre nobles, virtuosos, de los cuales la justicia hace la fuerza, nos ha llenado de alegría.» Entonces, aquellas tropas de reshis que deseaban la muerte en breve plazo de Dasagriva, habiéndose reunido, dijeron a Bharata, el tigre de

los reyes: «¡Oh vástago de una familia ilustre!, héroe lleno de sabiduría, de virtud y de gloria; observa la palabra de Rama en atención a tu padre. Nosotros deseamos que Rama sea siempre irreprochable como su padre. Es precisamente porque no ha merecido censura alguna, ni siquiera por lo que respecta a Kaikeyí, por lo que Dasaratha ha subido al Cielo.» Tras estas palabras, los gandharvas con los grandes rishis, y los rishis reales se volvieron todos, cada uno a su morada. A este discurso, lleno de alegría, Rama brilló con maravilloso esplendor; la cara toda radiante, rindió homenaje a aquellos rishis. En cuanto a Bharata, todos sus miembros presa de temblores, y con voz ahogada, haciendo el anjalí, dirigióse una vez más a Raghava: «¡Oh Rama, Kakutstha!, considera la ley que estuvo siempre en vigor en nuestra familia y sométete a mis súplicas y a las de tu madre. Yo soy incapaz de gobernar solo un tan vasto Imperio a satisfacción de los abnegados habitantes de las ciudades y de los campos. Nuestros parientes, nuestros guerreros, nuestros familiares, nuestros amigos tienen sus ojos puestos en ti como los labradores en Parjanya. Este reino, ¡oh muy sabio Kakutstha!, reafirmale mediante tu vuelta; tú tienes la energía necesaria para salvaguardar el Mundo.»

Esto diciendo, Bharata cayó a los pies de Raghava, su hermano, y le dirigió los ruegos más instantes y más tiernos. Rama atrajo hacia su seno a su hermano, el de la tez negra, el de los ojos anchos como hojas de loto, y le dijo, con voz de cisne enamorado: «La sabiduría que te ha dado la naturaleza y la educación, hijo querido, te hace perfectamente apto para regir la Tierra misma. Con tus ministros, tus amigos y tus prudentes consejeros, delibera en todas circunstancias y realiza cosas grandes. Lakshmi se alejaría de Candra, el Himavat sacudiría sus nieves, el mar franquearía sus límites y ni por ello yo transgrediría el juramento de mi padre. Sea por afecto, amor querido, o por codicia, por lo que tu madre haya obrado cual lo ha hecho respecto a ti, tú no debes preocuparte: obédcela como a una madre.»

Bharata respondió al hijo de Kausalyá, que le hablaba así, revestido con el brillo del Sol, semejante a la Luna en su primer cuarto: «Retira, ¡oh noble héroe!, de tus pies esas zapatillas incrustadas de oro; ellas asegurarán la unión y la paz del Mundo entero.»

Descalzándose, el tigre de los hombres se quitó sus zapatillas y se las entregó, centelleante de gloria, al magnánimo Bharata. Inclínándose ante aquel calzado, Bharata dijo a Rama:

«Durante catorce años yo llevaré las trenzas y el vestido de corteza de árbol; me alimentaré de frutas y de raíces, ¡oh héroe, alegría de Raghú!, esperando tu vuelta, y habitaré fuera de la ciudad, remitiendo a tus zapatillas el cuidado del reino, ¡oh azote de tus enemigos! Transcurridos los catorce años, al día siguiente, ¡oh la flor de los descendientes de Raghú!, si no te veo, me arrojaré al fuego.» «Sea», le dijo Rama, que le prometió volver, abrazándole tiernamente. Habiendo abrazado también a Satruña le dijo: «Protege a tu madre Kaikeyí; no estés irritado contra ella. Te lo conjuro en mi nombre y en nombre de Sitá, ¡oh alegría de Raghú!» Tras estas palabras, despidió a sus hermanos con los ojos llenos de lágrimas.

Bharata cogió religiosamente las dos zapatillas, cubiertas de joyas, de un brillo extraordinario; luego hizo el pradakshina en honor de Raghava, y las puso sobre su cabeza, que se asemejaba a la de un gigantesco elefante. Al punto, tras haber saludado, según su categoría, a aquella multitud de gurús, de consejeros, de súbditos, así como a sus dos hermanos nacidos después que él, Rama, la gloria de la raza de los Raghavas, les despidió, firme en su deber como el monte Himavat. Las reinas, la voz ahogada por los sollozos, no pudieron, tal era su dolor, hacerle sus adioses. Rama las saludó a todas, y luego entró llorando en su cabaña.

### SARGA CXIII

#### REGRESO DE BHARATA

Entre tanto, tras haber colocado las zapatillas sobre su cabeza, Bharata volvió a montar, feliz, en su carro, acompañado de Satruña. Vasishtha, Vamadeva, Jabali, los de las severas prácticas, iban a la cabeza con todos los consejeros reputados por su experiencia. Avanzaban en dirección del este, a lo largo del encantador Mandakiní, haciendo el pradakshina en torno a la alba montaña del Citrakuta. Al tiempo que admiraba los millares de sitios variados y maravillosos, Bharata marchaba con su ejército por el flanco del monte. No lejos del Citrakuta, Bharata vio la ermita donde el asceta Bharadvaja moraba. El poderoso héroe, alegría de su raza, entró en aquella soledad y bajó de su carro para besar los pies del asceta. Lleno de alegría, Bharadvaja dijo a Bharata: «¿Cómo ha

transcurrido la entrevista que proyectabas tener con Rama?»

A esta pregunta del sabio Bharadvaja, Bharata respondió, llevado por su amor al deber: «A pesar de las instancias de su gurú y las mías, Raghava, inquebrantable en su resolución, en el colmo de la felicidad, dijo a Vasishtha: «La palabra de mi padre yo la guardaré escrupulosamente; viviré en el destierro catorce años, cual le he prometido.» Así habló. Entonces el gran sabio Vasishtha, lleno de elocuencia, hizo a Raghava, discurridor hábil, esta hermosa respuesta: «Ese calzado incrustado de oro, cédele de todo corazón, ¡oh muy sabio príncipe!; con ello asegurarás en Ayodhya la unión y la paz.» A estas palabras de Vasishtha, Raghava, vuelto hacia el oriente de pie, me dio sus zapatillas incrustadas de oro, como investidura de la regencia. Y tras haberme despedido de Rama, el de la gran alma, vuelvo hacia Ayodhya llevando el brillantísimo calzado.»

Luego de haber oído estas hermosas palabras del magnánimo Bharata, el muni Bharadvaja hizo una respuesta aún más hella: «No sorprende de la parte de un tigre de los hombres tal que tú, flor de las almas generosas, esta noble conducta, más que sorprendería ver amontonarse el agua en un valle. Al abrigo está de todo reproche tu valiente padre Dasaritha; tú eres un hijo digno de él, con tu alma leal, enamorada de la justicia.»

El muy inteligente rishi Bharadvaja, habiendo así hablado, el afortunado Bharata hizo el anjali y se puso a saludarle tocándole los pies. Luego, habiendo hecho aún el pradakshina en su honor varias veces, volvió a tomar el camino de Ayodhya con sus consejeros. El ejército, con sus vehículos, sus carretas, sus caballos y sus elefantes, volvía también, ocupando un vasto espacio, en seguimiento de Bharata. Tras haber atravesado el Yamuná, río divino enguinaldado de olas, todos advirtieron de nuevo el Gangá, el de las afortunadas ondas. Cuando hubo franqueado, así como los suyos, este río de aguas maravillosas y abundantes, Bharata entró en la encantadora ciudad de Sringavera, con su casa y su ejército. Después de haber dejado atrás Sringavera, advirtió Ayodhya. A la vista de esta ciudad privada del poder de su padre y de su hermano, Bharata, consumido de pena, dijo a su escudero: «Mira, escudero, la desolación de Ayodhya; está sin brillo, sin hermosura, sin alegría, hundida en un mudo dolor.»

## SARGA CXIV

## ASPECTO DESOLADO DE AYODHYA

Subido en un carro brillante y ruidoso, el señor Bharata entró sin tardar en Ayodhya colmado de gloria. La ciudad estaba llena de gatos y de autillos; hombres y elefantes estaban allí agazapados; hallábase envuelta en tinieblas; hubiérase dicho una noche sombría, sin estrellas. Cual la esposa biñamada del enemigo de Rahú, brillante de esplendor, Rohiní cuando en su aislamiento es atacada por este astro devorador; cual se desliza de la montaña un río empobrecido, de escasas aguas hirvientes y turbias, frecuentadas por pájaros abrumados por el calor, y despoblada de peces, de jnashas y de cocodrilos; cual elevándose en los aires la llama de un brasero, pura y brillante como el oro, a la que se riega con soma, pero que más tarde acaba por extinguirse; cual un ejército vencido en una gran batalla, con sus armaduras rotas, sus elefantes, sus caballos, sus carros, sus banderas destruidas y sus valientes guerreros exterminados; tal las olas del mar antes llenas de espuma, sonoras, saltarinas, y luego caídas sin voz, en plena calma; tal la vedi, el tiempo de la pisadura transcurrido, vacío de todos los utensilios del sacrificio, abandonada de los venerados oficiantes y tornada silenciosa; tal, en medio de un parque, inmóvil y triste, no recorriendo más la fresca hierba, una vaca amorosa a quien el toro, su esposo, ha abandonado; tal un collar de perlas nuevo, despojado de sus preciosos abalorios, rubies y otras piedras centelleantes, lanzando llamas y del mayor valor; tal, salida de su órbita, sus méritos agotados, una estrella privada de sus radiaciones luminosas y caída del Cielo a la Tierra, que de pronto titubea sobre su base; tal una frágil correhuela de los bosques, adornada de flores, al final de la primavera, sobre la cual la abeja embriagada se posa, pero a la que un violento incendio consume. En medio del alocamiento general de los mercaderes, que desertaban sus plazas vacías de géneros, aquella ciudad asemejábase a un cielo sin Luna y sin estrellas, cubierto de nubes. Embarazada por grandes vasos rotos de los que el agua había huido, hubiérase dicho un abrevadero público seco, destruido, mancillado. Su suelo abarrancado, horadado, cubierto de vidrios rotos, dábanla el aire de una cisterna agotada de agua, agrietada, demolida. Tal una cuerda de arco, larga,



tendida, hábilmente anudada, sólida, pero cortada por dardos y caída del arma a tierra. Tal, lanzada por su jinete, en lo más fuerte de la refriega, una yegua que de pronto se abate bajo los golpes del enemigo. De pie sobre su carro, Bharata, el afortunado hijo de Dasaratha, dijo a su escudero que conducía el excelente vehículo: «¿Te das cuenta? ¡Ya no se oye, como antes, en Ayodhya el ruido sonoro, estrepitoso, de los cantos y de los instrumentos de música!; ¡el perfume embriagador de los licores, el fuerte olor de las guirnaldas, el aroma del sándalo no se exhala por parte alguna! El ruido de los vehículos de precio, los relinchos de los caballos bien cuidados y lustrosos, los mugidos de los elefantes borrachos de mada, el retumbar formidable de los carros; ya nada se escucha en esta ciudad ¡desde que Rama ha sido desterrado! Los perfumes del sándalo y de los álces, las ricas coronas de flores silvestres, desde la marcha de Rama, los jóvenes, llenos de tristeza, no se adornan ya con ellas. Los hombres de edad madura no se pasean por el exterior de la ciudad llevando guirnaldas de flores variadas. Se acabaron las fiestas en esta ciudad de duelo por Rama; su esplendor ha partido al mismo tiempo que mi hermano. Ya no brilla más Ayodhya: aseméjase a una noche lluviosa de otoño. ¿Cuándo mi hermano estará de vuelta aquí, semejante a un gran día de fiesta, para hacer renacer la alegría en Ayodhya como en el verano la de la tierra sedienta, las nubes? Los adolescentes con sus graciosos trajes, los adultos de arrogante porte, que se apiñaban en Ayodhya no embellecen ya sus calles espaciosas?»

Hablando de este modo con su escudero, el infortunado Bharata entró en la ciudad y franqueó el umbral del palacio de su padre, que en la ausencia de aquel Indra de los hombres parecía una caverna de leones abandonada. Al ver el gineceo desprovisto de su brillo, como un día sin Sol, cuidado en otro tiempo por los suras, y entonces en una completa desnudez, a pesar de su firmeza de alma, Bharata lloró de dolor.

## SARGA CXV

### BHARATA SE RETIRA A NANDIGRAMA

Dejando a su madre en Ayodhya, el piadoso Bharata, al que el dolor consumía, dijo a sus gurús: «Me voy a Nandigrama: os convoco allí a todos. Allí sufriré hasta el fin la desgracia

que tengo a causa de vivir sin Rama. El rey se ha ido al Cielo. ¡ay!, y mi hermano mayor habita el bosque. Esperaré a Rama para entregarle la corona; es nuestro rey glorioso.»

Oyendo este noble lenguaje del magnánimo Bharata, todos los consejeros y el purohita Vasishtha, respondieron: «Acabas de pronunciar unas hermosas y memorables palabras, ¡oh Bharata!, dignas de tu amor fraternal. En tu constante y profunda abnegación por los tuyos, la noble conducta que te inspira tu afecto fraternal, ¿qué hombre no la aplaudiría?»

Cuando oyó esta halagadora aprobación de los ministros, dio la orden a su escudero: «Que enganchen mi carro.» El rostro radiante, sus adioses hechos a todas sus madres, el opulento Bharata subió a su carro acompañado de Satruña. Subidos en su carro, Satruña y Bharata alejaronse rápidamente, llenos de alegría, rodeados de sus consejeros y de sus capellanes. A la cabeza, los gurús, todos los Dos-veces-nacidos, en seguimiento de Vasishtha, marchaban en la dirección del oriente, que era la de Nandigrama. Sin haber sido convocado, un ejército de elefantes, de caballos y de carros, escoltaba a Bharata, así como todos los habitantes de la ciudad. De pie sobre su carro, el virtuoso Bharata, en su abnegación hacia su hermano, se fue a toda prisa a Nandigrama con las zapatillas de Rama sobre la cabeza. Bharata entró sin tardar en Nandigrama. Bajando prestamente de su carro dijo a sus gurús: «Este Imperio me ha sido entregado por mi hermano como un depósito muy precioso en unión de sus dos zapatillas incrustadas de oro, prenda de unión y de paz.» Bharata saludó con la cabeza a las dos zapatillas, símbolos de aquel depósito, y dijo lleno de dolor a sus súbditos colocados en círculo alrededor de él: «Abrid pronto el quitasol; he aquí lo que representan los dos pies del noble Rama. La autoridad que reside en la dignidad real está representada por las dos zapatillas de mi hermano mayor. El depósito que Raghava, mi hermano, me ha confiado, prenda de su ternura, yo lo guardaré hasta su vuelta. Acercándome a estas dos zapatillas de Raghava, serán los dos pies de Rama lo que contemple. Me descargaré de mi fardo, una vez reunido con Raghava; devolveré a mi hermano mayor su Imperio y le testimoniaré la deferencia debida a un gurú. Devolviendo a Raghava su depósito estas dos preciosas zapatillas que representan el reino de Ayodhya, lavado quedaré de toda falta.»

Vestido de corteza de árbol, la cabellera trenzada, llevando el traje de los ascetas, el señor Bharata, lleno de firmeza, habitó Nandigrama con su ejército. Bharata hizo llevar el qui-

tasol y el espantamoscas de cola de yack delante de las zapatillas, y proclamó en su presencia todos sus decretos. El afortunado Bharata procedió a la consagración del calzado de su noble hermano, y fue bajo su autoridad como gobernó siempre el Imperio. Fuera cual fuese el asunto que se presentase y la importancia de los tributos llevados, lo primero que hacia Bharata era hablar ante las zapatillas; luego obraba de acuerdo con su deber.

## SARGA CXVI

### LOS ASCETAS DEJAN EL JANASTHANA

Bharata partido, Rama, que se había establecido en el bosque, notó turbación y ansiedad entre los solitarios. Los ascetas que hasta entonces vivían tranquilamente bajo su protección en la ermita del Citrakuta, Rama advirtió que estaban inquietos. Miraban a Rama frunciendo el entrecejo, preocupados reuníanse a solas unos con otros, y una vez juntos se entregaban a largas conversaciones. Notando así su inquietud, Rama, todo perplejo, hizo el anjali y dijo al jefe de aquella familia de rishis: «¡Oh bienaventurado!, ¿es que se ha descubierto en mi conducta pasada alguna mala acción que explique este cambio de los ascetas para conmigo? ¿Habrá sido cometida alguna imprudencia por mi joven hermano Lakshmana ante los ojos de los rishis, o algo que no sea digno de su gran alma? En su deferencia hacia vosotros y su perfecta docilidad a mis órdenes, Sitá, ¿acaso no guarda la actitud conveniente a una mujer joven?»

Entonces un rishi entrado en años que había envejecido en el ascetismo respondió, temblando, a Rama, lleno de compasión por los seres: «Con ese buen natural y ese amor constante hacia el bien, hijo querido, ¿qué se puede más temer, sobre todo de Vaidehí, nosotros los ascetas? Es por causa tuya por lo que los solitarios estamos en la turbación que nos ves, y por lo que no podemos menos de hablar entre nosotros de las vejaciones de que somos víctimas por parte de los rakshas. Un cierto rakshasa llamado Khara, hermano segundo de Ravana, atormenta a todos los ascetas que habitamos el Janasthana. Audaz, fanfarrón, complácese en perjudicarnos, pues antropófago, orgulloso, perverso, ¡oh hijo mío!, no puede sufrirte. A partir del día en que te estableciste en este eremitorio, hijo querido, desde entonces los rakshas atormentan a

los solitarios. Muéstranse a nosotros bajo formas espantosas, horribles, terribilísimas, múltiples, horrorosas, funestas de ver. Bajo estas formas innobles, inmundas, mézclanse entre los ascetas, estos monstruos pegan y pegan a los que están ante ellos. O deslízanse a escondidas en las diversas cabañas de los eremitas y complácense en sembrar el espanto en sus espíritus, dispersando la cuchara y los otros utensilios para el sacrificio, apagando los fuegos sagrados con agua. Otras veces rompen los vasos en el momento de las libaciones santas. Resueltos a quitar sus retiros que esos malos genios han invadido, los ascetas me apremian hoy para que nos vayamos a otra parte. Y antes de que esos malvados, ¡oh Rama!, inflijan a los solitarios tormentos corporales aún mayores, abandonaremos este eremitorio. No lejos de aquí hay un bosque abundante en raíces y en frutas, maravilloso; allí está el eremitorio de Asva: pues allí voy a retirarme con mi comunidad. Mas como Khara va a molestarte a ti, ¡oh Rama!, ven con nosotros si eres prudente. Para un hombre acompañado de su esposa hay siempre peligro, por vigilante que sea, ¡oh Raghava! La permanencia en este eremitorio, incluso con un fiel compañero, te sería funesta en adelante.»

Por muchas razones que el príncipe Rama dio al asceta que le había hablado de este modo, no pudo hacerle renunciar a su propósito. Tras haber saludado a Raghava y haberse despedido de él, el prior de aquella comunidad le dejó allí y se alejó de aquel eremitorio con sus compañeros de soledad. Rama dejó marchar a la tropa monacal de aquel lugar, e incluso la acompañó algún tiempo; luego hizo sus adioses al jefe de aquella tribu de rishis. Los ascetas, llenos de contento, le colmaron de alabanzas. Instruido por ellos, volvió al santo asilo para habitar en él. El eremitorio abandonado por los rishis, el señor Raghava no le abandonaba un solo instante. Algunos de los solitarios apegáronse fielmente al séquito de Raghava, tranquilizados a causa de su vida ascética.

## SARGA CXVII

### ATRI ACOGE A RAMA EN SU EREMITORIO

Raghava, cuando todos hubieron marchado, fue asaltado por los recuerdos; no encontró ya encanto a aquel lugar, por razones múltiples. Pensaba: es aquí donde he recibido la visita

de Bharata, de las reinas madres y de los habitantes de la ciudad. Estoy perseguido por los recuerdos de sus perpetuas lamentaciones. El cuartel general del magnánimo Bharata marcado está por las numerosas huellas de estiércol que han dejado los caballos y los elefantes. Vámonos a otra parte. Tomada esta resolución, Raghava partió, acompañado de Vaidehí y de Lakshmana. El ilustre príncipe, habiendo llegado al eremitorio de Atri, le saludó; el venturosísimo Atri le recibió como a un hijo. Le dispensó la hospitalidad más generosa, colmando también de atenciones al afortunado Sumitri y a Sitá. El virtuoso solitario, que complacía en hacerse útil a todos los seres, informó a su esposa, que habíale acompañado a su retiro, cargada de años y venerada de todos. Anasuyá, rica en ascetismo y llevando una vida santa: «Recibirás a Vaidehí», la dijo afectuosamente el mejor de los ascetas. A Rama le contó la historia de aquella virtuosa solitaria: «Hacía diez años que el Mundo era abrasado por una sequía ininterrumpida. Anasuyá sembró raíces y frutos e hizo correr el Jahnví, dotada de un poderoso tapás y enriquecida gracias a sus piadosas prácticas. Durante diez mil años, practicó el ascetismo más grande. En virtud a sus santas prácticas, hijo querido, las tinieblas se desvanecieron. Solicitada en interés de los dioses, una vez hizo durar la noche diez días. Para ti será como una madre, ¡oh irreprochable! Esta solitaria, honrada por todos los seres, que Vaidehí vaya con ella: aunque de edad, jamás está de mal humor.»

A estas palabras del rishi, Raghava respondió: «Está bien»; luego, divisando a la virtuosa Sitá, la dijo: «Princesa, lo que acaba de decirnos el muni es lo mejor para ti: corre a encontrar a la solitaria Anasuyá, a quien sus obras han hecho célebre en el Mundo. Ve prontamente junto a esta monja de acceso fácil.»

Oyendo esto de Raghava, Sitá, la ilustre Maithili, marchó a reunirse con la virtuosa esposa de Atri, a la que halló cansada, encorvada, envejecida, los cabellos encanecidos por la edad, los miembros agitados por continuo temblor como el kadalí por la brisa.

Sitá saludó respetuosamente a la afortunada Anasuyá, adicta a su esposo, y la hizo conocer su nombre. Tras haber saludado a la solitaria, llena de imperio sobre ella misma, Vaidehí, con las manos juntas para el anjalí, informóse gozosa sobre su salud. Cuando vio a la virtuosa y afortunada Sitá, la anciana brahmaní la acogió con bondad y la dijo: «Gracias al Cielo, tú cumples tu deber. Renunciando a tu familia y a tu

honorable opulencia, ¡oh Sitá, digna de todos los honores!, gracias al Cielo acompañas a Rama en su destierro silvestre. Las mujeres devotas a sus maridos, en la ciudad o en el bosque, dichosos o desgraciados, ¡las mansiones de la felicidad suprema les pertenecen! Enfadado, rodeado de seducciones, o sin fortuna, para las mujeres de nobles sentimientos la suprema divinidad es su esposo. Yo no sé, pensando en ellos, que haya pariente más próximo. En todas partes, ¡oh Vaidehí!, el ascetismo es útil y como imperecedero. Ciertamente que no siguen a sus esposos en la pérdida de su prosperidad las mujeres malas que no obedecen sino a sus pasiones y que no viendo en ellos sino instrumentos de placer van de aquí para allá. Las mujeres que se dejan arrastrar al mal, ¡oh Maithilí!, llegan al olvido de sus deberes y al deshonor. Las que, como tú, están dotadas de virtud, y que miran con ojos indiferentes la prosperidad y el infortunio en este Mundo, estas mujeres irán al Cielo como los Santos. Abnegada, pues, con tu marido, virtuosa, llena de deferencia y de sumisión, cumple siempre tus deberes de esposa y obtendrás gloria y mérito.»

## SARGA CXVIII

### PLÁTICA ENTRE ANASUYÁ Y SITÁ

A este lenugaje de Anasuyá, Vaidehí, que era ella misma anasuyá (exenta de egoísmo), llena de deferencia hacia ella, empezó a decirle con voz dulce: «No es sorprendente de parte de una noble mujer las palabras que acabas de dirigirme. Ya sabía que para tales mujeres el marido es un gurú. Respecto a un marido, por falta de nobleza y de fortuna que tenga, no hay dos maneras de oírlo. Incluso así yo le amaría. ¿Y qué decir entonces de un esposo ilustre por sus cualidades, compasivo, dueño de su corazón, constante en sus afecciones, virtuoso y que tiene para mí la ternura de una madre y de un padre? La conducta del poderoso Rama para con Kausalyá, idéntica es a la que tiene conmigo y con las otras reinas. Las mujeres mismas a las que el rey no vio sino una sola vez, como hijo amante, este héroe, despojado de toda actitud altiva y lleno de lealtad, trátalas como a madres. Cuando yo partía hacia este bosque desierto, espantoso, la recomendación de mi madre política la guardo siempre en mi corazón. Cuando en otro tiempo di la mano a Rama, la exhortación que en pre-

sencia del fuego sagrado me hizo mi madre, siempre me acuerdo de ella. No he olvidado ninguna de sus palabras, ¡oh virtuosa solitaria! Me dijo: "La obediencia a su marido es el solo ascetismo que sea recomendable a una mujer noble. Savitri, por haber estado sometida a su marido, ha llegado a ser poderosa en el Cielo. Obrando de este modo, obedeciendo a tu esposo, tú irás lo mismo al paraíso. La más excelente de todas las mujeres, que en el Cielo es una divinidad, Rohini, no se la ve ni un minuto siquiera sin Candra. Tales esposas, modelos de abnegación hacia sus esposos, son poderosas en el Devaloka gracias a su santo karmán".»

Anasuyá, enteramente dichosa de oír a Sitá hablar así, besó en la frente a aquella princesa del Mithilá (289), y la dijo por serla agradable: «Gracias a mis diversas prácticas, he adquirido un gran tapás; confiando en su virtud quiero complacerte, ¡oh virtuosa Sitá! Noble y digno es tu lenguaje, ¡oh princesa del Mithilá!; estoy encantada de él. ¿Qué podría hacer, ¡oh Sitá!, para devolverte tu alegría acostumbrada?»

A esta pregunta que la sorprendió: «Hecha está», dijo Sitá entre una ligera sonrisa, a la solitaria, dotada del poder ascético. Esta respuesta encantó aún más a la virtuosa Anasuyá, que añadió: «Pues bien, Sitá, te voy a procurar una gran alegría acompañada de provecho. He aquí un divino presente: guirnalda, traje, adornos, afeites, ¡oh Vaidhí!, perfume de gran precio, todo esto te lo doy, ¡oh Sitá!, para adornar tus miembros; esos atavíos guardarán siempre un atractivo y su frescura. Con el cuerpo ungido de este perfume celestial, ¡oh hija de Janaka!, tu brillo recaerá sobre tu esposo como el de Sri sobre Vishnú, el inmutable.»

Maithili tomó el traje, el perfume, los adornos, las guirnaldas, don precioso de la amistad. Tras haber recibido aquel amistoso presente, la gloriosa Sitá, juntas las manos para el anjalí, firme en sus votos, sentóse al lado de la solitaria, Sitá, estando sentada cerca de ella; Anasuyá, fiel a sus prácticas religiosas, empezó al punto a interrogarla sobre un hecho que la preocupaba. «Es mediante un svayamvara (290) como has llegado a ser la esposa del ilustre Raghava; he aquí, Sitá, lo que he oído decir. Esta historia deseo oírte con todo detalle, ¡oh Maithili! ¿Cómo ocurrió esto? Dímelo todo.»

Así interrogada, Sitá respondió a la solitaria lanzada por el camino del deber: «Escucha», y la contó su historia. «Se trata de un rey de Mithilá, lleno de valor, llamado Janaka, instruido en la ley, que se complace en las acciones dignas de un kshatriya y gobierna con moderación su Imperio. Un día, cuando

la mano en el arado trazaba en su campo el círculo de la vedi, he aquí que yo salí hendiendo el suelo, yo, la hija del monarca (291). El rey Janaka, todo atento al puñado que arrojaba, cuando me vio, el cuerpo entero cubierto de polvo, quedó maravillado. Como no tenía hijos, me sentó lleno de ternura sobre su regazo: «Será mi hija», dijo, y me tomó afecto. En los aires se dejó oír una voz, semejante a una voz humana: «¡Oh príncipe, con todo derecho es tu hija!» Gozoso, el virtuoso rey de Mithilá me sirvió de padre. Poseyéndome, adquirió una gran prosperidad. Fui confiada a la primera y más querida de sus reinas; esta piadosa princesa me educó cuidadosamente con el amor de una madre. Cuando me vio llegada la edad núbil, mi padre reflexionó contristado como reflexiona cuando pierde su fortuna un hombre caído en la indigencia. En el Mundo, cuando se trata de gentes de la misma clase de condición ordinaria, el padre de una joven, cuando el caso llega, siempre está preocupado, aunque sea otro Sakra en la Tierra. El apuro que veía próximo hundió al monarca en un océano de preocupaciones del cual no podía ganar la orilla; como un naufrago que ha perdido su navío. Como me sabía nacida sin madre, el amo del Mundo, por mucho que reflexionaba sobre ello, no veía el modo de encontrar para mí un esposo proporcionado y conveniente. Hasta que a fuerza de pensar se le ocurrió esta idea: «Estableceré un *avayamvara* para mi hija, según el uso.» En un gran sacrificio, el magnánimo Varuna, en tiempos, habíale dado un arco maravilloso como prenda de su satisfacción, con dos aljabas llenas e inagotables. Imposible de ser levantado por los mortales, pese a todos sus esfuerzos, a causa de su peso, los reyes no podían armarle ni con la imaginación. Mi leal padre fue a buscar el arco y le depositó en una asamblea de príncipes a los que previamente había convocado, y dijo: «Aquel que levante este arco y le arme, mi hija será su esposa, sin duda alguna.» Viendo el arma prodigiosa, cuyo peso igualaba al de una montaña, los príncipes, saludando, marcháronse, incapaces de moverle. Al cabo de mucho tiempo, el ilustre Raghava, acompañado de Visvamitra, vino para asistir a un sacrificio. Lakshmana, su hermano, estaba también con Rama, del cual el heroísmo forma la esencia. El magrísimo Visvamitra fue colmado de honores por mi padre. Entonces dijo a mi padre: «He aquí a los dos Raghavas, Rama y Lakshmana, hijos de Dasaratha; desean ver tu arco.» A estas palabras del asceta, Janaka hizo traer el arco divino y se lo mostró a Rama. En un abrir y cerrar de ojos, el poderoso y vigoroso príncipe



curvó el arco, tendió la cuerda y le armó. Como le armaba vivamente, el arco se rompió en dos por el centro, dejando oír un ruido formidable, semejante al de un trueno que cae. Mi padre entonces, fiel a su promesa, me presentó a Rama, ofreciéndole un vaso lleno de agua excelente. Raghava no quiso aceptarme sin consultar la voluntad de su padre, el jefe supremo, el señor de Ayodhya. Con el asentimiento del anciano rey Dsaratha, que con ello desde entonces hiciérase mi suegro, el sabio Rama me recibió de las manos paternas. Mi hermana menor, la dulce Urmilá, la del hermoso aspecto, fue por su parte unida a Lakshmana por mi padre. He aquí cómo fui dada a Rama en aquel svayamvara. Me he unido por deber a mi esposo, el mejor de los héroes.»

## SARGA CXIX

### ANASUYÁ DESPIDE A SITÁ

La venturosa Anasuyá habiendo escuchado esta memorable historia, estrechó a Maithili entre sus brazos y la besó en la frente, diciendo: «Es maravillosamente hermoso el admirable relato de tu svayamvara que acabo de oír por entero. Me ha gustado mucho este relato, ¡oh reina, la del suave lenguaje! El afortunado Sol se ha ido hacia el Asta, trayendo con sus pasos la brillante noche. Se oye el gorjear de los pájaros que, dispersados durante el día, con objeto de buscar su alimento, por la tarde vienen en encaramarse para dormir. He aquí a los ascetas, húmedos aún por sus abluciones, sus cántaros de agua sobre la cabeza, que vuélvense juntos, tras haber lavado sus vestidos de corteza de árbol. Del añihotra que los rishis han encendido, según el antiguo uso, se escapa, rojizo como las plumas de la paloma, una humareda levantada por el viento. Los árboles, incluso los que tienen pocas hojas, proyectan una sombra espesa en torno a ellos, y a lo lejos ya no se distingue el horizonte. Los seres que rondan por la noche circulan por todas partes; y las gacelas del eremitorio duermen en los vedis y los tirthas. La noche ha llegado, ¡oh Sitá!, con su brillante cortejo de estrellas. Se ve a Candra, rodeada de luz, que se levanta en el firmamento. Vete, te dejo reunirme con Rama; tu encantador relato me ha maravillado. Pero revístete con tus adornos en mi presencia, ¡oh Maithili, mi hija que-

rida!, para que pueda gozar del resplandor de tus divinos atavíos.»

Habiéndose entonces adornado, Sitá, semejante a la hija de un dios, inclinó su cabeza hasta los pies de Anasuyá, y luego se fue a reunirse con Rama. Al ver a Sitá vestida de aquel modo, el más diserto de los hombres, Raghava, alegróse del atrayente regalo de la solitaria. Sitá, princesa de Mithilá, desplegó completamente ante Rama aquel don de seducción que la había hecho Anasuyá: el traje, los adornos, la corona de flores. Rama sintió una gran alegría, así como Lakshmana, el del gran carro, viendo en Maithilí encantos tan imposibles de encontrar entre los humanos. Aquella noche pura que iluminaba los rayos de la Luna, el descendiente de Raghú la pasó gozoso, colmado de honores por todos los eremitas. Transcurrida la noche, tras haber derramado sus libaciones en el fuego sagrado, los dos tigres de los hombres informáronse mediante los ascetas que vivían en el bosque. Los virtuosos eremitas, habitantes de los bosques, les dijeron: «Este bosque está infestado de rakshasas. Rakshas antropófagos de todas formas, ¡oh Raghava!, atormentan este vasto bosque, así como los reptiles bebedores de sangre. El monje o brahmacarín que ha dejado caer sobre él restos de comida, o que no está siempre sobre aviso, devorado es en este gran bosque; echa de aquí, ¡oh Raghava!, a esos terribles rakshasas. He aquí el sendero de los grandes rishis que se nutren de frutos silvestres; por él es por donde es preciso que atraveses el peligroso bosque; ¡oh hijo de Raghava, ve en paz!»

Dichas estas palabras por los ascetas Dos-veces-nacidos, que le saludaron con el anjalí y bendijeron su viaje, Raghava, azote de sus enemigos, penetró en el bosque con su esposa y Lakshmana, semejante al Sol que entra en un círculo de nubes.

## ARANYAKANDA

### SARGA I (292)

#### RECEPCIÓN DE RAMA POR LOS SOLITARIOS DEL DANDAKA

Cuando se metió en el gran bosque de Dandaka, Rama, dueño de sí mismo, invencible, advirtió un círculo de chozas monacales, cubiertas de hierbas kusas y de corteza de árbol. Un resplandor brihmánico aureolaba aquel eremitorio; cual el esplendor, que la mirada no podría desafiar, del disco solar en el cielo. Asilo de todos los seres, aquella soledad de prati-zuelos siempre perfectamente limpios, estaba poblado de numerosas gacelas; las bandadas de pájaros abundaban. Estaba alegrada por las danzas continuas de las cuadrillas de apsaras. Vefanse allí salas espaciosas para el fuego sagrado; cucharas y otros utensilios para el sacrificio, pieles y yerbas kusas, samidhs, cántaros con agua, frutas y raíces. Estaba plantada de árboles forestales, enormes, cargados de frutas sanas y sabrosas. Las ofrendas, y las libaciones santificaban aquel lugar resonante de himnos védicos. Hallábase asimismo tapizado de flores de todas clases y socavado por un estanque cubierto de lotos. Era la mansión de antiguos eremitas que se nutrían de frutas y de raíces, los sentidos domados, vestidos de cortezas de árbol y de pieles de antílopes negros, semejantes a Surya y a Vaisravana. Piadosos y supremos rishis, viviendo de abstinencias, ilustraban aquella encantadora soledad. Semejante a la mansión de Brahma, aquel eremitorio estaba lleno del canto de himnos védicos. Brahmanes instruidos en los *Vedas*, ricos de méritos, le embellecían con su presencia. Viendo aquella aldea monacal, el afortunado Raghava avanzó, brillante de majestad, flojo su gran arco. Al ver a Rama, los grandes rishis, dotados de la ciencia divina, fueron a su encuentro llenos de alegría y al encuentro de la hermosa Vaidehí. Aquellos solitarios, cuando advirtieron al héroe virtuoso, que parecíase a

Soma cuando se levanta, viéndole con Lakshmana y Vaidehí, centelleante de hermosura, aquellos ascetas, los de votos rigidos, acogieronle con palabras de bienvenida. Contemplando la belleza plástica de Rama, su majestad, su juventud, su traje elegante, los eremitas mostraron en sus rostros una gran sorpresa. Vaidhí, Lakshmana, Rama, a los tres, todos aquellos ermitaños les contemplaron como maravillados, sin atreverse, por decirlo así, a pestañear siquiera. Luego, aquellos afortunados ascetas, que se complacían en el bien de todos los seres, introdujeron a su huésped, Rama, en una choza de follaje. Allí, rindiendo a Rama los deberes prescritos, aquellos afortunados y virtuosos monjes, semejantes a Pavaka, trajéronle agua. Le desearon la bienvenida llenos de la más viva alegría, y le ofrecieron raíces, flores, frutas y todo el eremitorio a aquel magnánimo héroe. Después, tras haberse de este modo puesto a su disposición, aquellos solitarios, instruidos en la ley, hicieron el anjalí y le dijeron: «Es el defensor de los derechos de su pueblo, su asilo glorioso; es digno de honores y de estima, el rey, aquel que lleva el cetro, el gurú; es como la cuarta porción de Indra y el protector de sus súbditos, ¡oh Raghava! Por ello el rey goza de los mayores, de los más preciosos privilegios, y se le colma de homenajes. Sé nuestro protector, viviremos bajo tu poder; en la ciudad o en el bosque, sé nuestro rey, el amo del Mundo. Nosotros hemos renunciado a la venganza, ¡oh príncipe!, nosotros hemos domado la cólera y dominado nuestros sentidos. Protégenos siempre en nuestro ascetismo, como la madre al hijo que lleva en su seno». Dichas estas palabras, ofrecieron como homenaje a Raghava, al que Lakshmana acompañaba, frutas, raíces, flores de todas clases y otros alimentos silvestres. Algunos ascetas llegados a la perfección, semejantes a Vaisravana, y observadores de la regla, honraron, según los ritos, al señor Rama.

## SARGA II

### EL RAKSHASA VIRADHA RAPTA A SITÁ

Tras haber recibido hospitalidad, Rama, cuando el Sol se levantó, saludó a todos los munis y se internó en el bosque lleno de toda clase de antílopes, frecuentado por los osos y los tigres, cubierto de hierbas, de lianas, de zarzas, resplandeciente a causa del brillo cegador de los lagos. Resonante en

virtud del gorjeo de los pájaros y del cricrí de una multitud de grillos. Seguido de Lakshmana, Rama escudriñaba con la mirada lo más espeso del bosque. Acompañado de Sitá, Kakutstha, en aquel bosque lleno de fieras temibles, advirtió, semejante a la cima de una montaña, a un antropófago de poderosa voz. La órbita hundida, la boca ancha, grueso, el vientre enorme, horroroso; deforme, largo, contrahecho, de grasa, chorreando sangre; era el espanto de todos los seres. Hubiérase dicho Antaka avanzando con la boca abierta. Tres leones, cuatro tigres, dos lobos, diez gacelas moteadas, una cabeza enorme de elefante con sus colmillos y de la que la grasa rezumaba, colgaban de su venablo de hierro; lanzaba enormes gritos. Al ver a Rama, a Lakshmana y a Sitá, la princesa de Mithilá, lanzóse sobre ellos lleno de furor, como cae sobre los seres Kala que pone fin a todo. Lanzando un terrible clamor, que hizo como temblar la tierra, asíó a Vaidehí entre sus brazos y se alejó diciendo: «Vosotros dos, que lleváis la trenza y el traje de corteza de árbol y que estáis acompañados de vuestra esposa, vosotros, cuya existencia va a acabar, que penetráis en el bosque Dandaka armados de dardos, arco y espada, ¿cómo es que vosotros, ascetas, vivís aquí con una mujer? ¡Perversos!, ¡malvados!, ¿quiénes, pues, sois, ascetas del demonio? Yo, yo soy el rakshasa Viradha, y este bosque inaccesible le recorro sin cesar con mis armas para alimentarme con la carne de los ermitaños. Esta mujer de las hermosas formas será mi esposa. En cuanto a vosotros, bandidos, yo beberé vuestra sangre en pleno combate».

Estas palabras crueles y audaces de Viradha, el del alma perversa, cuando las oyó, aterrada, la hija de Janaka, Sitá, en su espanto, tembló como el kadalí al soplo del huracán. Raghava, al ver que Viradha se llevaba a la hermosa Sitá entre sus brazos, dijo a Lakshmana, con el rostro demudado: «Amigo, ve a la hija del rey Janaka, a mi esposa resplandeciente de hermosura, a la que Viradha tiene entre sus brazos, ¡a ella, esta gloriosa princesa criada en el seno de una constante felicidad! Lo que había deseado que nos sucediese, el deseo que la era más querido, Kaikeyí lo obtiene completamente y sin tardar hoy mismo, Lakshmana. La entronización no la basta para su hijo a esta mujer de largas pretensiones. Ella me ha hecho relegar en el bosque pese al amor universal de los pueblos hacia mí. Y ahora aquí tienes que estará satisfecha, ella que ocupa el medio entre mis madres. El rapto de Vaidehí es la más grande de mis desgracias; es peor que

la muerte de mi padre, ¡oh Sumitri!, y que la pérdida de la corona.

A estas palabras de Kakutstha, Lakshmana, inundado en lágrimas y en dolor, respondió colérico y silbando como un reptil herido: «¿Por qué desolarte cual si estuvieses sin defensor, tú, el defensor de los seres, el émulo de Vasava, puesto que yo, ¡oh Kakutstha!, estoy a tu servicio? Herido al instante con el dardo que voy a lanzarle en mi furor, el rakshas Viradha va a perecer, y la tierra beberá su sangre. El enojo que siento contra Bharata a causa de su competición por el trono lo descargaré sobre Viradha, como el dios que lleva el rayo descarga su arma sobre un monte. Blandido con fuerza por mi brazo vigoroso, ¡pueda este dardo alcanzar su enorme pecho! ¡Que expulse la vida de su cuerpo y que caiga por el suelo revolcándose!»

### SARGA III

#### COMBATE DE LOS DOS HERMANOS Y DE VIRADHA

De nuevo Viradha dijo con voz que llenó el bosque: «Responded a mi cuestión: ¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?» Rama, resplandeciente de gloria, hizo saber al rakshasa que le interrogaba, con rostro inflamado, que era de la raza de Ikshvaku: «Somos dos kshatriyas, fieles a nuestros deberes, sábelo, y recorreremos el bosque. Pero tú, queremos saberlo: ¿Quién eres, tú que vagas de este modo por la espesura?»

Viradha respondió a Rama, del cual el heroísmo formaba la esencia: «Pues bien, voy a decírtelo, escúchame, príncipe salido de Raghú: Yo soy el hijo de Java; mi madre es Satahrada. Viradha, así me llaman en la Tierra todos los rakshasas. Por la virtud de mi ascetismo y el favor de Brahma he obtenido ser invulnerable a los dardos en este Mundo; no pueden ni desgarrarme ni hendirme. Dejad esta mujer, y sin volveros, escapad de aquí, apresuraos, huid, os perdono la vida».

Rama, los ojos encendidos de cólera, respondió al horroroso rakshasa Viradha, lleno de maldad: «¡Miserable!» ¡Maldito seas por tu perversidad! Buscar la muerte, no hay duda; pues bien, combatiendo la encontrarás. ¡Detente! No has de escaparte vivo.» Entonces, armando su arco, Rama adaptó a él rápidamente dardos acerados e hirió al rakshasa. Con su arco, la cuerda bien tirante, disparó siete flechas con el pie de oro, impetuosas, émulas de Suparna y de Anila en cuanto a velo-

ciudad. Tras haber atravesado el cuerpo de Viradha, aquellas flechas adornadas con plumas de pavo real, cayeron al suelo ensangrentadas y abrasadas, semejantes a Pavaka. Herido, soltando a Vaidehí y blandiendo su chuzo, el rakshasa se precipitó furioso sobre Rama y sobre Lakshmana, que le acompañaba. Lanzando un grito y empuñando su venablo, que asemejábase a un estandarte de Sakra, pareció, con su ancha boca abierta, como otro Antaka. Entonces los dos hermanos hicieron llover un chaparrón de dardos ígneos sobre Viradha, aquel rakshasa semejante a Kala, Antaka y Yama.

El terrible rakshasa, estallando de risa, se detuvo y abrió la boca, y por su boca así abierta salieron de su cuerpo los rápidos dardos. En virtud de su privilegio, sosteniendo sus alientos, el rakshasa Viradha blandió su venablo y se arrojó sobre los dos Raghavas. Aquel venablo, centelleante como el rayo y semejante a una llama aérea, con dos dardos Rama le quebró, él, el más hábil de los guerreros. Roto por los dardos embotados de Rama, el venablo del rakshasa cayó por tierra; cual abatido por el trueno una meseta rocosa del Merú. Los Raghavas, desenvainando al punto y blandiendo sus espadas, semejantes a dos serpientes negras, se precipitaron rápidos sobre Viradha, al que hirieron con golpes tremendos. Bien que herido, el temible enemigo los empuñó vigorosamente con sus dos brazos, y aunque inmovibles, ensayó a levantarles del suelo. Rama, adivinando su intención, dijo a Lakshmana: «Dejemos que el rakshasa nos lleve de este modo lejos por el camino que quiera. Dejemos al rakshasa, ¡oh Sumitri!, que nos lleve a su voluntad; es precisamente nuestro camino por donde pasa este merodeador de noche». Entretanto, éste, lleno de vigor, los levantó y se los echó sobre los hombros cual a dos niños, muy orgulloso de su fuerza. Habiendo echado de este modo sobre sus hombros a los dos Raghavas, el noctámbulo (293) Viradha lanzó un grito terrible y se lanzó todo derecho hacia adelante por el bosque. Se internó en el bosque, que asemejábase a una gran nube; aquel bosque que estaba plantado de árboles inmensos de todas clases; bandadas de pájaros de especies diversas le alegraban con sus cantos; los chacales abundaban en él, lleno estaba asimismo de bestias feroces.

## SARGA IV

## MUERTE DE VIRADHA

Cuando vio que se llevaba a los dos Kakutsthas, la flor de los Raghús, Sitá, levantando los brazos empezó a lanzar gritos lastimeros: «¡El hijo de Dasaratha, Rama, tan leal, tan bueno, tan puro es llevado con Lakshmana por un rakshasa de espantoso aspecto! ¡Yo seré presa de los osos, de los tigres y de las panteras! ¡Cógeme a mí y deja a los dos Kakutsthas; yo te conjuro a ello, ¡oh el mejor de los rakshasas!»

Cuando oyeron a Vaidehí hablar así, Rama y Lakshmana, llenos de valor, se apresuraron a matar al perverso, Sumitri rompió al punto el brazo izquierdo del temible rakshasa y Rama el brazo derecho. El rakshasa, los brazos rotos, turbado, desplomóse de pronto, privado de conocimiento sobre el suelo, semejante a una nube y tal cual un monte herido por el rayo. Ellos, acribillaron a puñetazos y patadas al rakshasa; luego, levantándole varias veces, trituráronle contra el suelo.

Bien que herido por numerosos dardos, herido asimismo por las espadas y lanzado muchas veces contra la tierra, no moría el rakshasa. Viendo que no podía matar a aquel gigante que parecía una montaña, el afortunado Rama, seguridad de los que estaban en peligro, habló de este modo: «En virtud de su tapás, ¡oh tigre de los héroes!, este rakshasa no puede ser vencido en combate con las armas. ¡Enterrémosle! Como para un elefante monstruoso, ¡oh Lakshmana!, cava en el bosque una fosa para este rakshasa de formidable aspecto».

Tras haber ordenado a Lakshmana: «Cava una fosa», el valeroso Rama mantúvose de pie con uno de sus pies sobre el cuello de Viradha. Cuando el rakshasa Viradha oyó estas palabras, dijo con voz humilde al descendiente de Raghú, a Kakutstha, el toro de los hombres: «Sucumbo, tigre de los héroes, a los golpes de un guerrero cuya fuerza iguala a la de Sakra. Antes, en mi locura, no te había reconocido, ¡oh toro de los hombres! Ahora lo veo; tú eres el noble hijo de Kausalyá, hijo querido, tú eres Rama; he aquí a la afortunada Vaidehí y al ilustre Lakshmana. En virtud de una maldición, yo he revestido la forma monstruosa de un kakshasa. Yo soy el gandharva Tumburú, al que maldijo Vaisravana. Cediendo a mis ruegos, el dios lleno de gloria me dijo: «Cuando el hijo de Dasaratha, Rama, te venza en combate, entonces,



volviendo a recobrar tu naturaleza, volverás al Cielo. Por haber carecido de atenciones para con él, en mi cólera, me había maldecido. De este modo el rey Vaisravana me habló a mí, que me había vinculado a Rambhá (294). Gracias a ti, heme aquí libre de esta terrible maldición. A mi mansión me vuelvo. Sed felices, azote del enemigo. No lejos de aquí habita el virtuoso Sarabhañga, rico en ascetismo. Es a un yojana y medio, hijo querido, donde está el gran rishi, brillante como el Sol. Ve sin tardar en encontrarle; él te procurará las mejores indicaciones. Tras haberme depositado en una fosa, ¡oh Ramal, ve y sé feliz. Respecto a los rakshasas que llegan a morir, tal es la ley inmutable. Los que son depositados en una fosa obtienen los mundos eternos».

Tras haber hablado así a Kakutstha, el valeroso Viradha, acribillado de dardos marchóse al Cielo, dejando allí su cuerpo. Cuando hubo oído aquellas palabras, Raghava dio esta orden a Lakshmana: «Como para un elefante monstruoso, ¡oh Lakshmana!, cava a este rakshasa de hechos terribles una fosa inmensa en el bosque». Tal dijo a Lakshmana el valeroso Rama: «Cava una fosa». Y él mantúvose de pie sobre el cuello de Viradha.

Entonces, cogiendo un azadón, Lakshmana cavó una tumba muy grande junto al magnánimo Viradha. Luego, levantando jadeante a Viradha, el de las orejas en forma de concha, el de la enorme voz, le precipitó en la fosa, mientras lanzaba formidables clamores. El rakshasa, terrible en lucha, Rama y Lakshmana, los dos ardiendo en valor, intrépidos en el combate, le abatieron llenos de alegría y le empujaron violentamente en la fosa, mientras lanzaba gritos horribles. Notando la imposibilidad de matar al gran asura con armas cortantes, los dos toros de los hombres, tras haber interrogado a su extremada ingeniosidad, hicieron perecer a Viradha en una fosa. Viradha, él mismo, el corredor de bosques, deseando morir a manos de Rama, le había insinuado cómo tenía que arreglárselas: «Yo no puedo perecer por obra de armas», le había dicho. Oyendo estas palabras fue cuando se le ocurrió a Rama meterle en una fosa. Y cuando cayó en el agujero, el todopoderoso rakshasa, hizo resonar el bosque con sus gritos. Llenos de alegría, Rama y Lakshmana arrojaron a Viradha por tierra, en la fosa. Luego regocijáronse, liberados de su espanto, en el vasto bosque, semejantes a la Luna y al Sol fijos en el cielo.

## SARGA V

## RAMA VISITA A SARABHAÑA

Cuando hubo matado en el bosque al terrible y poderoso rakshasa Viradha, entonces, abrazando a Sitá y consolándola, el valeroso Rama dijo a su hermano Lakshmana, resplandeciente de esplendor: «Peligroso es este bosque inaccesible, y nosotros no somos vagabundos de bosques. Vamos pronto a encontrar a Sarabhaña, el asceta». Y Raghava se dirigió hacia la ermita de Sarabhaña. Llegado junto a Sarabhaña, poderoso como un dios, el alma purificada por el ascetismo, fue testigo de una gran maravilla. El cuerpo centelleante, semejante a Surya y a Vaisravana, montado en un espléndido carro aéreo, escoltado de vibudhas, sin tocar la tierra: tal se le apareció el señor de los vibudhas, el dios Indra, el de los vestidos deslumbradores, limpios de todo polvo. Semejantes a él eran los numerosos y magnánimos personajes que les servían de escolta de honor. Caballos bayos arrastraban su carro aéreo, que vio no lejos de él, brillante como el Sol levante, semejante a un grupo de blancas nubes, luminoso como el disco de la Luna. Notó un quitasol inmaculado, adornado de magníficas guirnalda y dos abanicos de cola de yacks, maravillosos, con el mango de oro, de gran precio. Dos mujeres de rara hermosura agitábanlos sobre la cabeza del dios de los gandarvas, los Inmortales, los siddhas en gran número, los supremos rishis, mientras se mantenía en medio de los aires, le celebraban entonando himnos encantadores. Vasava entretanto conversaba con Sarabhaña.

Viendo a Satakratu, Rama dijo a Lakshmana. Rama, mostrando el carro a su hermano, le hizo contemplar el prodigio: «Ese carro radiante, resplandeciente de hermosura, maravilloso, mírale bien, Lakshmana; brilla como el Sol en medio de los aires. Los caballos de Sakra, invocados frecuentemente en los sacrificios, de lo que nos han hablado que viajan por los aires, esos divinos corceles bayos ahí los tienes, no hay duda. Y contempla a esos jóvenes guerreros, tigre de los hombres, que están alrededor en el espacio, en grupos de ciento, llevando pendientes y la espada en la mano, el pecho poderoso, ancho, los brazos gruesos como mazas, vestidos con una púrpura resplandeciente; diríase otros tantos tigres difíciles de accear. Sobre el pecho de todos, hileras de perlas resplandecen; pa-

recen, Sumitri, tener veinticinco años. Es la edad que los dioses conservan siempre, la que esos tigres de los héroes, de tan agradable aspecto, parecen tener. Quédate aquí un instante con Vaidehí, Lakshmana, para que yo sepa realmente quién es el brillante héroe sentado en ese carro».

Tras estas palabras a Sumitri: «Quédate aquí», Kakutstha avanzó hacia la ermita de Sarabhañga. Cuando vio acercarse a Rama, el esposo de Sací, despidiéndose de Sarabhañga, dijo a los vibudhas: «He aquí venir a Rama; antes de que me dirija la palabra, llevadme a mi mansión; más tarde me verá. Cuando vencedor, haya alcanzado su fin, entonces, sin tardar, le volveré a ver; preciso le es realizar una gran hazaña, imposible para otro cualquiera». Luego, habiendo saludado al asceta con deferencia, el dios que lleva el rayo y que triunfa de sus enemigos, marchóse al Cielo en su carro del que tiraban caballos.

El dios de los mil ojos partido, Raghava, al que se habían reunido su mujer y su hermano, abordó a Sarabhañga, que estaba sentado cerca del añihotra. Tras haber besado sus pies, Rama, Sita y Lakshmana se sentaron a su invitación en el sitio que él les indicó. Interrogado por Raghava sobre su entrevista con Sakra, Sarabhañga le hizo saber todo: «Este dios liberal, ¡oh Rama!, desea conducirme al Brahmaloca, adquirido gracias a mi rudo ascetismo, ascetismo que permanece inaccesible a los que no son dueños de sí mismos. Sabiendo, tigre de los hombres, que tú estabas en las inmediaciones, no he querido irme al Brahmaloka sin haber gozado antes de tu amable presencia en mi ermita. Tras haber conversado contigo, ¡oh tigre de los héroes, príncipe magnánimo!, subiré primeramente a los tres cielos inferiores; luego, al más elevado. Son de una hermosura imperecedera, tigre de los hombres, los mundos que yo he conquistado; esos mundos sublimes de Brahma, que me pertenecen, acéptalos».

A estas palabras del rishi Sarabhañga, el tigre de los hombres, versado en los Sastras, Raghava, respondió: «Yo también conquistaré todos los mundos, gran asceta, pero quiero permanecer aquí en el bosque, como me ha sido ordenado». Raghava, cuyo poder igualaba al de Sakra, habiéndole así hablado, Sarabhañga, el de la eminente sabiduría, le dijo de nuevo: «Aquí, Rama, el ilustre y virtuoso Sutikshna, habita en este crematorio; este santo te indicará lo que te conviene hacer. Vuelve a subir el curso del Mandakini, Rama, este río que acarrea flotillas de flores, y llegarás a su morada. Ahí tienes el sendero, tigre de los hombres, pero concédeme un

instante de visita, hasta que deje mis miembros como una serpiente su piel vieja». Entonces, tras haber preparado el fuego y haber vertido en él manteca clarificada, según los *Mantras*, Sarabhaṅga, el del gran tapás, entró en el brasero. Los pelos y los cabellos de aquel magnánimo asceta fueron consumidos por las llamas, así como su arrugada piel, sus huesos, su carne y su sangre. Semejante a Pavaka y habiéndose tornado joven, Sarabhaṅga salió de aquella hoguera todo brillante. Los mundos de los devotos que entretienen los fuegos sagrados, los de los rishis magnánimos y de los devas, los franqueó para subir al Brahmaloka. El toro de los rishis, el del santo karmán, vio en su mansión al Abuelo de los mundos y a su cortejo. El Abuelo, al ver al Dos-veces-nacido, le dijo lleno de alegría: «Sé bien venido».

## SARGA VI

### LOS EREMITAS IMPLOREN LA PROTECCIÓN DE RAMA

Sarabhaṅga subido al Cielo, los grupos de ascetas, habiéndose reunido, vinieron a encontrar al retoño de Kakutstha, Rama, el del brillante tejás. Vaikhanasas, valakhilyas, samprakshalas, maricipas, asmakuttas en gran número, ascetas que no vivían sino de hojas, dantolukhalins, unmajjakas, gatrasyayas, asayyas, anavakasikas, ascetas que no vivían sino de agua o alimentándose tan sólo de viento; los que dormían al aire libre o que dormían sobre el suelo desnudo. Los que habitaban las cimas y tenían los sentidos domados, los que no llevaban sino hábitos mojados, los que rogaban sin interrupción, los que se daban a un ascetismo perpetuo, los que practicaban la quintuple mortificación: todos estos ascetas, dotados del poder de Brahma, afianzados en el estricto yoga, vinieron a la ermita de Sarabhaṅga, junto a Rama. Las virtuosas tropas de rishis habiéndose reunido acercáronse a encontrar a Rama, la flor de los hombres de bien, y le dijeron, a él, que conocía su supremo deber: «De la raza de Ikshvaku, y de la Tierra entera, tú, guerrero el del gran carro, tú eres el defensor y el jefe como Maghavan el de los devas. Tú tienes fama en los tres mundos por tu gloria y tu bravura. La piedad filial, la rectitud, la religión danse excelentemente en ti. Hemos venido a buscarte, dada tu cualidad de príncipe magnánimo, instruido de tus deberes y celoso por cumplirlos, para dirigirte

nuestras súplicas, ¡oh Señor!; concédenoslas. Sería una gran deslealtad, Señor, para un soberano quedarse como tributo en la sexta parte de lo que consiguen sus pueblos si no les protegiese cual a hijos. Si vela por todos cuantos habitan su reino como sobre su propia vida, como sobre hijos que le son más queridos incluso que la existencia y se consagra a ellos constantemente, adquiere una gloria que dura muchos años, ¡oh Rama!, y va al punto, cuando muere, a la mansión de Brahma, en la que ocupa un puesto elevado. La eminente santidad del asceta que no vive sino de raíces y de frutas no es sino la cuarta parte de la del rey que gobierna a sus súbditos conforme a la ley. De esta gran multitud de brahmanes escogidos que viven en el bosque, sé el protector que les hace falta, ¡oh Rama!, para que los defienda contra las crueles persecuciones de los rakshasas. Ven y contempla los cadáveres de los munis, dueños de ellos mismos, caídos en gran número y con mucha frecuencia, en el bosque, bajo los golpes de los bárbaros rakshasas. Hacen una gran carnicería entre los pueblos que habitan el río Pampá, a lo largo del Mandakiní, y entre los que viven en el Citrakuta. Nosotros no podemos soportar ya la terrible situación en que ponen a los eremitas del bosque estos rakshasas, los de las crueles hazañas. A causa de ello nos refugiamos bajo tu protección; defiéndenos, ¡oh Rama!, contra esos merodeadores de noche que nos matan. No tenemos otro asilo que tú en la Tierra, valeroso príncipe: ¡sálvanos de los rakshasas!»

Cuando los hubo oído, el virtuoso Kakutstha respondió a todos aquellos ascetas ricos en tapás: «No me habléis de este modo; yo estoy a las órdenes de los ascetas. Es únicamente para cumplir mi deber por lo que he penetrado en el bosque. Es para libraros de las vejaciones de los rakshasas y por orden de mi padre por lo que he entrado en esta selva. Es en vuestro interés y para vuestra felicidad por lo que la casualidad me ha traído aquí. Mi estancia en el bosque os será muy provechosa. Quiero matar, combatiendo, a los enemigos de los solitarios, los rakshasas. Sed testigos, rishis dados al ascetismo, de mi valor y del de mi hermano».

Tras haberles concedido lo que deseaban, el héroe, afianzado en el deber, acompañado de Lakshmana fue junto a Suktishna con los anacoretas, que le colmaban de honores.

## SARGA · VII

## ENTREVISTA ENTRE RAMA Y SUTIKSHNA

Rama, azote de sus enemigos, acompañado de su hermano y de Sitá, fue a la ermita de Sutikshna con aquellos Dos-veces-nacidos. Luego de haber caminado durante bastante tiempo y franqueado ríos de aguas abundantes, advirtió la espléndida montaña que se levantaba semejante al gran Merú. Los dos Raghavas, la flor de los Ikshvaku, adentráronse cada vez más profundamente, con Sitá, en un bosque con árboles de todas clases. Entrado en aquel temible bosque, con numerosos árboles cargados de flores y frutos, Rama vio en un sitio solitario una ermita adornada con guirnaldas de corteza de árbol. Allí estaba sentado, con un loto en la mano, el monje Sutikshna, rico en ascetismo. Rama, abordándole según el uso, le dijo: «Yo soy Rama, ¡oh bienaventurado!, venido para verte. Dignate hablarme, virtuoso e ilustre rishi, de quien la santidad forma la esencia».

El sabio, al ver a Rama, flor de los hombres de bien, le estrechó entre sus brazos y le habló de este modo: «Sé bien venido, ¡oh el mejor de los Raghús!, Rama, flor de los hombres virtuosos; este eremitorio en el que acabas de entrar parece tener ya, en adelante, un protector. Te esperaba, héroe ilustre; por ello no he subido ya al Devaloka, tras dejar mi cuerpo en la Tierra. Has llegado al Citrakuta, he sabido, desterrado de tu reino. El rey de los dioses, ¡oh Kakutska!, Satakratu, ha venido aquí. Y abordándome, el poderoso Mahadeva, el jefe de los suras, me ha dicho que yo había conquistado todos los mundos gracias a mi santo karmán. Estos privilegios de los divinos rishis, adquiridos en virtud de mi tapás, te los cedo; goza de ellos en unión de tu esposa y de Lakshmana.»

A aquel glorioso y gran rishi, de rudo ascetismo, de lenguaje leal, Rama, dueño de sí mismo, respondió cual a Brahma, Vasava: «Yo también conquistaré por mi propio esfuerzo los mundos, ilustre muni; no obstante deseo, según la orden de hacerlo que he recibido, habitar este bosque.» «Sé feliz en todas partes, tú que te complaces en el bien de todos los seres», tal fue lo que me dijo Sarabhaña, el Gotama de la gran alma.»

A estas palabras de Rama, el gran rishi, famoso en todo el Universo, replicó agradablemente, con viva alegría: «Goza

de esta ermita, ¡oh Rama!; es excelente; tropeles de rishis la frecuentan; en todo tiempo recógense aquí raíces y frutas. Rebaños de gacelas soberbias vienen a este eremitorio, donde se evita el matarlas, y se van luego, cuando les place, con toda seguridad. No hay otro inconveniente aquí, sábelo, que el que pudiera venir de las gacelas.»

A estas palabras del gran rishi, el hermano mayor de Lakshmana, el valeroso príncipe, respondió, empuñando su arco y sus flechas: «¡Oh muy afortunado rishi!, esos rebaños de gacelas que se juntan en este lugar, si yo las matase con mi arco y mis aceradas flechas, las de lisos nudos, y tú fueses juzgado responsable, ¿qué podría ocurrirme de más penoso? Por consiguiente, no puedo permanecer mucho tiempo en este eremitorio.» Habiendo hablado así, Rama calló y ocupóse de la ceremonia de la tarde. Luego, a la última hora del crepúsculo dispúsose a pasar la noche en la encantadora ermita de Sutikshna con Sitá y Lakshmana. El magnánimo Sutikshna, al final del crepúsculo, cuando vio llegar la noche, distribuyó con sus propias manos a aquellos dos toros de los hombres el arroz mondado, alimento habitual de los ascetas, y los trató lo mejor que pudo.

## SARGA VIII

### RAMA SE DESPIDE DE SUTIKSHNA

Rama, a quien Sumitri acompañaba, colmado de aquel modo de honores por Sutikshna, pasó la noche en el aquel lugar. Al alba se despertó. Habiéndose levantado en aquel momento, así como Sitá, Raghava hizo sus abluciones con agua muy fría, perfumada con utpalas. Vaidehí, Rama y Lakshmana invocaron a Añi y a los suras al despuntar el día, según los ritos, en aquel bosque, asilo de anacoretas. Cuando vieron que el Sol (295) se levantaba, sus manchas borradas de aquel modo, fueron a encontrar a Sutikshna y le dijeron amablemente: «Nos has albergado generosamente y colmado de honores. Te rogamos que nos dejes marchar; los ascetas nos meten prisa. Nos es preciso recorrer lo más rápidamente posible todos los eremitorios que los rishis de santas costumbres ocupan en este bosque de Dandaka. Deseamos despedirnos de ti, así como de esos toros de los munis, constantes en el deber, purificados por el ascetismo, semejantes a fuegos sin penachos de humo. Antes de que el Sol descargue su insoportable calor y una luz dema-

siado viva, al modo de un hombre llegado por una vía ilegítima a la supremacía y privado de familia, queremos partir.» Esto diciendo, Raghava se prosternó a los pies del asceta, con Sumitri y Sitá.

El toro de los munis, levantando a los dos héroes que le besaban los pies, los estrechó fuertemente contra su corazón afectuoso y les habló de este modo: «Continúa tu camino sin obstáculo, ¡oh Rama!, en compañía de Sumitri y de Sitá, que te siguen como tu sombra. Visita la encantadora soledad del bosque de Dandaka, en el que permanecen, ¡oh héroe!, los eremitas, a los cuales el ascetismo ha purificado el alma. Los bosques abundan en frutas, en raíces y en flores. En ellos verás magníficos rebaños de gacelas, bandadas de pájaros amaestrados, manojos de lotos abiertos, aguas apacibles, multitudes de karandavas, lagos y estanques, torrentes espléndidos gratos de ver cayendo de la montaña, maravillosos bosquezuelos llenos por los gritos de los pavos reales. Parte, ¡oh mi querido Sumitri!; tú también, Rama, vete. Tras esta visita será preciso que vuelvas por mi ermita.»

Así le habló Sutikshna. «Sea», respondió Lakutstha con Lakshmana; luego, habiéndole saludado con el pradakshina, se dispuso a partir. En aquel momento, Sitá, la de los grandes ojos, entregó a los dos hermanos sus dos soberbios carcajs, con sus dos arcos y sus dos espadas sin mancilla. Tras haberse ajustado las brillantes aljabas y empuñado sus arcos sonoros, salieron de la ermita los dos, Rama y Lakshmana, y se alejaron. Sin tardar, los dos Raghavas, centelleantes de hermosura, tras haberse despedido del rishi, partieron, armados con sus arcos y sus espadas, con Sitá.

## SARGA IX

### SITÁ SUPLICA A RAMA QUE NO COMBATA A LOS RAKSHASAS

Mientras que su marido, alegría de Raghú, tras haber saludado a Sutikshna, se alejaba, con voz amante y dulce, Sitá le dijo: «El pecado, por una vía imperceptible, alcanza incluso al grande; pero puede siempre ser evitado por aquel que se mantiene alejado del vicio nacido del deseo. Hay presente-mente tres vicios nacidos del deseo. La mentira es el primero; los otros dos son más graves. Las relaciones con la mujer de otro y la violencia sin hostilidad declarada. La mentira no es



ni será jamás tu defecto, Raghava. ¿De dónde te vendría el deseo de mujeres extrañas que destruye la virtud? Ni le tienes, ¡oh Indra de los hombres!, ni le tuviste jamás en modo alguno. Este vicio, ¡oh Rama!, ni pensaste jamás en él. Tú siempre te contentaste con tu esposa, ¡oh príncipe! Eres por excelencia el hombre del deber, estás lleno de lealtad y de sumisión a las órdenes de tu padre. En ti la justicia y la rectitud residen en su plenitud. Todo esto, guerrero de los grandes brazos, los que han vencido sus sentidos lo pueden practicar; ahora bien, tú dominas los tuyos lo mismo que los bhutas, príncipe de noble aspecto. El tercer vicio es el atentado bárbaro a la vida de los seres que no son nuestros enemigos; y esto tú vas a hacer la locura de cometerle. Has prometido, príncipe valeroso, a los habitantes del bosque Dandaka, a los rishis, de los que tomas la defensa, matar sin demora a los rakshas. Para redimir tu palabra te diriges hacia el célebre bosque de Dandaka, con tu hermano, armado de flechas y un arco. Viéndote partir de este modo, tengo el espíritu lleno de preocupaciones; pienso en tu manera de obrar; es decir, en cómo podría ser saludable y útil. No me agrada, ¡oh héroe!, tu marcha hacia Dandaka. La razón te la diré; escúchame. Entrando en el bosque con tu hermano, llevando en las manos tus flechas y tu arco, si ves a esos merodeadores de los bosques, ¿es que no les lanzarás algún dardo? El arco puesto al alcance de los kshatriyas, semejante a los leños echados al fuego, aumenta mucho su ardor y su violencia. En otro tiempo, príncipe de los grandes brazos, un asceta leal y puro habitaba un bosque santo donde hallábanse a su gusto gacelas y pájaros. Con objeto de detener su tapás, Indra, el esposo de Sací, espada en mano, fue a su ermita disfrazado de soldado. Y dejó en la ermita su preciosa espada, entregándosela en depósito al eremita del santo tapás. Este recibió el arma, y muy aplicado en la guarda de su depósito, paseábase por el bosque velando por el objeto que se le había confiado. A todas partes adonde iba para coger raíces o frutas, jamás iba sin la espada a la que guardaba con celoso cuidado. Como llevaba siempre este arma, el asceta gradualmente adquirió instintos belicosos y descuidó el ocuparse de su tapás. Desde entonces, no complaciéndose sino en la violencia, el insensato muni, víctima de su pecado, pasó a causa del manejo de aquella espada al Infierno. He aquí lo que en otro tiempo causó el contacto de las armas. Lo mismo que tocar fuego, tocar un arma es causa de desgracia, dícese. En nombre de mi amor, de mi profunda veneración por ti te recuerdo esto y te conjuro no orígenes

esta causa de mal armándote con tu arco, con intención de matar sin provocación a los rakshasas que frecuentan el Dandaka. Herir sin haber sido ultrajado, ¡oh guerrero!, el Mundo no lo admite. Los kshatriyas, valientes, dueños de sí mismos, en los bosques no deben servirse de su arco sino para la defensa de los oprimidos. Unas veces las armas, otras veces el bosque; allá el oficio de la guerra, aquí la práctica del ascetismo. He aquí lo que debemos observar sucesivamente, según los lugares. Los pensamientos criminales, inspirados por la avaricia, nacen del manejo de las armas. De vuelta a Ayodhya, ya practicarás de nuevo tus deberes como kshatriya. La alegría de mi madre política y de mi padre político serían en verdad inalterables, si renunciando a la realeza, te tornases un apacible asceta. Del deber nace lo útil, del deber resulta la felicidad; mediante el deber se conquista el Mundo entero, del que el deber es la medula. Es consumiéndose ellos mismos a fuerza de maceraciones de todo género como los sabios alcanzan la santidad; no es de la felicidad de donde nace la felicidad. Con el alma siempre pura, amigo querido, practica tu deber en esta soledad. Esencialmente todo el conjunto de los tres mundos te es bien conocido. ¿será, pues, por ligereza femenina por lo que te hablo como te hablo? ¿Quién tendría la pretensión de enseñarte tu deber? Tras haber reflexionado prudentemente con tu hermano menor, lo que te convenga, hazlo sin tardar.»

## S A R G A X

### RAMA RECUERDA A SITÁ SU PROMESA A LOS SOLITARIOS

A estas palabras de Vaidehí, la hija de Janaka, inspiradas por su ternura conyugal, Rama, afianzado en la ley, replicó: «Es un lenguaje lleno de conveniencia el que te han dictado tu afecto y tu deseo de enseñarme las obligaciones de mi casta, ¡oh reina, hija virtuosa de Janaka! ¿Qué podría responderte, princesa? Tú misma lo has dicho: "Los kshatriyas llevan el arco con objeto de que no se oigan los gritos de los oprimidos". Ahora bien, es porque son atormentados en este bosque de Dandaka por lo que los ascetas de severas prácticas han venido, ¡oh Sitá!, a reclamar mi protección. Permaneciendo en todo tiempo en el bosque, en el que se alimentan de raíces y de frutas, no gustan de ninguna alegría, ¡oh mujer delicada!, a causa de los crueles rakshasas. Son devorados por

estos terribles demonios que viven de carne humana, estos solitarios del bosque de Dandaka. "¡Ven a nuestro socorro!", me gritan esos excelentes Dos-veces-nacidos. Y yo, al oír estas palabras caídas de su boca, he prometido obedecerles y les he dicho: "Tranquilizaos, es para mí una confusión sin igual ver a mis pies a tales ascetas, a los pies de los cuales se debe estar. ¿Qué debo hacer?", pregunté a aquella asamblea de dvijas. Entonces todos, acercándose a mí, me hablaron de este modo: "En el bosque Dandaka, numerosos rakshasas, que cambian de forma a su capricho, nos atormentan cruelmente; ¡oh Rama, protégenos! El momento de la homa (296) llegado, en los días de luna, príncipe irreprochable, somos perseguidos por los crueles rakshasas, comedores de carne. Contra esos rakshasas, nuestros verdugos, a nosotros, solitarios dados al ascetismo, que buscamos un protector, tú eres nuestro supremo asilo. Bien que mediante el poder de nuestro tapás seamos capaces de matar a esos merodeadores nocturnos, no queremos arruinar un ascetismo emprendido desde hace mucho tiempo. El ascetismo prolongado encuentra numerosos obstáculos; es muy penoso, ¡oh Raghava! Por ello no lanzamos el anatema contra los rakshasas, aunque nos devoren. Atormentados de este modo por los rakshasas que habitan el bosque Dandaka, protégenos con ayuda de tu hermano; tú eres nuestro apoyo en el bosque." Y yo, oyendo esto, he prometido toda mi protección a los rishis del bosque de Dandaka, ¡oh hija de Janaka! Ahora bien, esta promesa no puedo, mientras viva, violarla en lo que a los ascetas atañe. La lealtad me fue querida siempre. Puedo renunciar a la vida, a ti misma, ¡oh Sitá!, así como a Lakshmana, pero no a un compromiso; sobre todo concerniente a los brahmanes. Es, pues, para mí un deber riguroso el proteger a los rishis; incluso si no se lo hubiese prometido, ¡oh Vaidehí!; con mucha más razón, ahora. Por afecto hacia mí, llevada por tu ternura, has hablado como has hablado. Ello me place, ¡oh Sitá!, pues no se aconseja a aquel al que no se ama. Tus palabras son conformes a tu naturaleza, ¡oh hermosa! Marchando por el camino del deber llegas a ser para mí más querida que mi propia existencia.»

Tras haber hablado de este modo a Sitá, la bienamada hija del rey de los Mithilas, el magnánimo Rama, armado de su arco, recorrió con Lakshmana aquellas encantadoras soledades.

## SARGA XI

## RAMA VISITA LOS EREMITARIOS. HISTORIA DE AGASTYA

Delante iba Rama; Sitá en medio, resplandeciente de hermosura; detrás, arco en mano. Lakshmana seguía. Los dos viajaban con Sitá, contemplando rocas y llanuras múltiples, bosques, ríos numerosos y soberbios, sarasas y cakravacas que frecuentaban las playas fluviales, estanques cubiertos de lotos en los que abundaban los pájaros acuáticos, gacelas moteadas asociadas en grupos, búfalos cornudos alocados por el celo, jabalíes, elefantes enemigos de los árboles. Tras una larga marcha, al acostarse el Sol, advirtieron los tres un maravilloso lago de un yojana de extensión. Estaba festoneado de padmas y de pushkaras; los elefantes triscaban en él por tropeles; sarasas, hamsas, kadambas y otros pájaros acuáticos abundaban allí. De aquel lago de aguas tranquilas, encantador, salía un concierto de voces y de instrumentos de música; no obstante, no se veía a nadie. Intrigados, Rama y Lakshmana, el del gran carro, empezaron a interrogar a un muni que se llamaba Dharmabhit: «Ese concierto religioso que oímos todos, ¡oh gran asceta!, nos interesa vivamente. ¿Qué es? Ten la bondad de decirnoslo.» Interrogado así por Raghava, el magnánimo asceta empezó a referirle al punto la historia de aquel estanque maravilloso: «Este lago—les dijo—se llama Pancapsaras; siempre lleno, salió, ¡oh Rama!, del tapás del asceta Mandakarni. Este gran muni Mandakarni practicó un ascetismo riguroso; durante diez mil años no se alimentó sino de viento y permaneció echado en el agua. Turbados todos los dioses, Añi el primero, reunieron y se dijeron unos a otros: «El puesto de uno de nosotros es envidiado por ese muni.» Así hablaron, con el espíritu trastornado, todos los habitantes del Cielo. Entonces, para destruir su tapás, todos los dioses diputaron a cinco apsaras escogidas, de tez brillante como el relámpago. El muni, bien que instruido en lo que hay de mejor y de peor, fue echado por aquellas apsaras en la esclavitud de Madana; los dioses conseguían su propósito. Las cinco apsaras tornáronse las esposas del solitario, que les construyó en este lago una morada secreta. En ella las cinco apsaras viven alegremente y hacen feliz al muni, que en virtud de su tapás ha recobrado la juventud. Y ahí las cinco se divierten; de aquí ese concierto encantador de instrumentos de música y de voces, al cual se une ese entrecocar de joyas.»

Tal fue el prodigio que contó el asceta, de alma pura, al glorioso Raghava, así como a su hermano. Tras este relato, Rama visitó el círculo de ermitas cuyo suelo estaba lleno de hierbas kusas y de cortezas de árbol, rodeadas de esplendor brahmánico. Acompañado de Vaidehí y de Lakshmana, el descendiente de Raghú, Kakutstha, honrado por los grandes rishis, Rama recorrió sucesivamente sus soledades. El gran guerrero permaneció cerca de los ascetas, aquí aproximadamente diez meses, allá un año, en otro lado cuatro, cinco, seis meses o más; más lejos, un año y algunos meses, a veces año y medio. Otras veces, Raghava prolongaba durante tres y hasta ocho meses su afortunada estancia. Mientras que se retardaba de este modo en los eremitorios de los munis, en medio de placeres decentes, diez años transcurrieron. Habiendo dado la vuelta a los eremitorios, el virtuoso Raghava, acompañado de Sitá, volvió a ganar la soledad de Sutikshna. Y llegó a aquel lugar, colmado de honores por los munis. Allí Rama, el azote de sus enemigos, se detuvo algún tiempo. Mientras permanecía en aquel retiro, un día en que, lleno de deferencia, Kakutstha estaba sentado a los pies del gran asceta Sutikshna, le dijo: «En este bosque, ¡oh bienaventurado!, Agastya, el mejor de los solitarios, habita, según me han afirmado siempre los referidores de historias; pero ignoro en qué parte, de tal modo es grande. ¿Dónde se encuentra la ermita maravillosa de este grande y sabio rishi? ¡Pueda por tu mediación, ¡oh bienaventurado!, ir con mi hermano y Sitá a saludar al asceta Agastya! El gran deseo de mi corazón es presentar al excelente muni mis homenajes en persona.»

A estas palabras del virtuoso Rama, el asceta Sutikshna respondió gozoso al hijo de Dasaratha: «Yo mismo quería hablarte de ello, así como a Lakshmana. «Ve a visitar a Agastya con Sitá, ¡oh Raghava!», tenía intención de decirte. Cosa feliz es que tú ahora me hablas espontáneamente. Yo te diré, ¡oh Rama!, dónde reside Agastya, el gran asceta. Ve, hijo querido, a cuatro yojanas de esta ermita, hacia el sur; allí se encuentra el amplio y santo retiro del hermano Agastya, en una fértil región del bosque, embellecida por un grupo de pippalas, abundante en flores y en frutas, encantadora, en donde toda clase de pájaros gorjean. Allí hay numerosos lagos cubiertos de lotos, de ondas apacibles, poblados de hamsas, de karan-davas, y a los cuales los cakravakas también sirvenles de adorno. Tras haber pasado allí una noche, al alba, ¡oh Rama!, vuelve a marchar siempre en la dirección del mediodía; cerca de un claro del bosque encontrarás la ermita de Agastya, al

cabo de otra yojana, en un sitio encantador, plantado de árboles sumamente hermosos. Este lugar maravillará a Vaidehí, a Lakshmana y lo mismo a ti, pues es delicioso aquel rincón del bosque sombreado por numerosos árboles. Si tienes intención de visitar a Agastya, este gran asceta, hoy mismo, no dudes en ponerte en camino, ¡oh príncipe de gran inteligencia!»

A estas palabras del asceta, Rama, habiéndole saludado, así como su hermano, fuese a encontrar a Agastya, acompañado de su hermano segundo y de Sitá. Admiraban los bosques maravillosos, los montes semejantes a montones de nubes, los estanques y los ríos que encontraban en su camino. Según iban marchando con paso alegre a lo largo del sendero que Sutikshna le había indicado, Rama, en el colmo de la dicha, dijo a Lakshmana: «Ciertamente es el retiro del magnánimo hermano de Agastya, de este muni de santo karmán, lo que advertimos. Pues he ahí, a lo largo del sendero del bosque, por millares, esos árboles conocidos que se doblan bajo el peso de frutas y flores. De ese bosque de pippalas de maduros frutos, exhálase, llevado de pronto por la brisa, un fuerte perfume. Aquí y allá hay amontonados pedazos de madera y se advierte, arrancada todo alrededor, hierba darbha color esmeralda. Y esa columna de humo que se ve en medio de la espesura, semejante a la cresta de una nube sombría, viene del fuego encendido en un eremitorio. Tras haberse bañado en tirthas separados, los Dos-veces-nacidos hacen ofrendas santas por medio de flores que ellos mismos han cogido. Las palabras que me ha dicho Sutikshna se confirman, querido amigo; el eremitorio del hermano de Agastya ahí le tienes. Tras haber dominado, gracias a su energía, a otro Mrityu, en su deseo de ser útil a los mundos, Agastya, el del santo karmán, estableció este lugar de refugio. Aquí en otro tiempo, en efecto, el cruel Vatapi e Ilvala, su hermano, dos grandes asuras, se pusieron de acuerdo para hacer perecer a los brahmanes. Revestidos con el aspecto de un brahmán, Ilvala, que no conocía la piedad, expresándose en sánscrito, invitaba a los ascetas a un sraddha que él les indicaba. Preparó entonces a su hermano disfrazado de carnero y se lo sirvió a los Dos-veces-nacidos en la pretendida ceremonia del sraddha. Luego, cuando los ascetas habían comido, Ilvala decía: «Vapati, ¡sal!», gritando muy fuerte. A la voz de su hermano, Vatapi balaba como un carnero, y desgarrando aquí y allá el cuerpo de los brahmanes, salía. Millares de brahmanes fueron condenados a muerte de este modo por aquellos comedores de carne que cambiaban de forma a su

voluntad y que siempre estaban en complicidad. Agastya, el gran rishi, a ruego de los dioses, vino al sraddha y devoró al gran asura. «Está bien», dijo entonces Vatapi. Como llamase de este modo a su hermano, el matador de los ascetas, Agastya, el excelente muni, le dijo riendo: «¿Cómo podrá salir el rakshas al que ya he digerido? Tu hermano, con la forma de un borrego, ha ido a la mansión de Yama.» Cuando oyó hablar de la muerte de su hermano, lleno de furor, aquel merodeador nocturno empezó a ultrajar al anacoreta. Lanzóse sobre el Indra de los Dos-veces-nacidos; pero el muni, mediante su tejás, abrasándole con su mirada de fuego, le consumió y le hizo perecer. He aquí el eremitorio, que los estanques y los bosques embellecen, del hermano de ese muni que, en su conmiseración por los ascetas, realizó aquel prodigio inaudito.»

Durante esta conversación de Rama con Sumitri, el Sol descendió hacia el Asta y la hora de la tarde llegó. Tras haber pasado el último crepúsculo con su hermano, según los ritos, entró en la ermita y saludó al rishi. El solitario le hizo buena acogida, y Raghava pasó allí aquella noche solamente, tras haber comido raíces y frutas. Transcurrida la noche, cuando apareció el disco del Sol, Raghava rindió sus homenajes al hermano de Agastya: «Te doy las gracias, ¡oh venturosísimo!, por la buena noche que acabo de pasar. Yo te saludo y me voy a visitar a tu venerable hermano mayor.» «Ve», le dijo el ermitaño. A esta palabra, el descendiente de Raghú partió. Todo a lo largo del camino que le había indicado contempló el bosque. Nivaras, panasas, salás, vanjulas, tinisas, cirivilvas, madhukas, bilvas y tindukas, estos árboles del bosque, adornados de lianas floridas, Rama los veía a centenares en su perfecta floración. Los elefantes los destrozaban con sus colmillos; los monos retozaban en ellos locos de contento: centenares de bandadas de pájaros gorjeaban en aquel bosque. Rama, el de los ojos de loto, dijo al valiente y glorioso Lakshmana, que marchaba detrás siguiendo sus pasos: «En el aterciopelado follaje de los árboles, en la dulzura de las gacelas y de los pájaros, conjeturo que no está ya muy alejada la soledad del gran rishi, el del alma pura. Agastya se ha hecho célebre en el Mundo gracias a su karmán. Ahí tienes su ermita, que disipa la extremada fatiga, con su bosque lleno de preciosos perfumes, la corteza, las guirnaldas que la rodean, sus rebaños de gacelas amaestradas, el gorjeo de sus numerosos pájaros. Tras haber domado a un segundo Mrityu mediante su energía en su deseo de ser útil a los mundos, el asceta del santo karmán hizo de la región del sur un asilo inviolable. La solc-

dad fundada por su poder, esta comarca meridional, los rakshasas tiemblan viéndola y abstiéndense de saquearla. Desde el día en que esta región fue pacificada por el asceta del santo karmán, desde entonces los merodeadores de noche han renunciado a ejercer en ella su odio y su ferocidad. Gracias al nombre del Bienaventurado, esta región afortunada del sur, célebre en los tres mundos, es inaccesible a los crueles rakshasas. La más alta de las montañas, que amenazaba cortar para siempre la ruta del Sol, conformándose a la orden de Agastya, la roca del Vindhya no creció más. He aquí la ermita del anciano asceta de karmán afamado en el Mundo; mansión afortunada que frecuentan las gacelas domesticadas. El célebre y virtuoso Agastya, que se complació siempre en prestar servicio a los demás, a nuestra llegada nos hará la mejor acogida. Yo haré que me sea favorable este gran muni, y el resto de mi destierro en el bosque lo pasaré junto a él, Señor querido. Aquí los dioses con los gandharvas, los siddhas y los paramarshis que viven con poco, rinden a Agastya constantes homenajes. El hombre mentiroso, cruel, trapacero, malo, perverso, un asceta de esta clase no podría vivir con él. Los devas, yakshas, nagas, con los panagas, practican una vida de abstinencia y consagrada a la virtud. Es por ello por lo que los paramarshis, confirmados en santidad, esas almas grandes, cambian su antiguo cuerpo por otro nuevo al ir al Cielo en carros brillantes como el Sol. La cualidad de yakshas, la inmortalidad, realidades diversas son obtenidas aquí de los devas, que sirven a los seres virtuosos. Henos aquí llegados a la ermita. Sumitri, entra tú primero y anuncia mi presencia al rishi y la de Sitá.»

## S A R G A X I I

### AGASTYA RECIBE A RAMA EN SU ERMITA

Habiendo entrado en el crematorio, Lakshmana, el nacido después de Raghava, se acercó a uno de los discípulos de Agastya y le dijo: «Del rey Dasaratha, el mayor de sus hijos, el poderoso Rama, ha venido a ver al muni acompañado de su esposa Sitá. Yo soy Lakshmana, su joven hermano, entregado a él, sometido a él y a él unido. Tal vez has oído hablar de nosotros. Nos hemos metido en este terrible bosque por orden de nuestro padre. Y deseamos los tres ver al Bienaventurado. Que sea informado de ello.»



A estas palabras de Lakshmana, el anacoreta dijo: «Está bien», y fue al cuarto del fuego sagrado a advertir a Agastya. Entró donde el primero de los munis, al que su tapás hacía invencible, y haciendo el anjali, comunicóle al punto la llegada de Rama. Conforme a las palabras de Lakshmana, el discípulo bien querido de Agastya le dijo: «Los dos hijos de Dasaratha, Rama y Lakshmana, han llegado al eremitorio con Sitá, esposa de Rama. Estos dos guerreros, vencedores de sus enemigos, han venido a verte para someterse a tu disciplina. Lo que es preciso que haga ahora, indicámelos.»

Cuando hubo sabido por su discípulo la llegada de Rama seguido de Lakshmana y de la opulenta Vaidehí. Agastya dijo: «Felicísimo es que Rama, al cabo de tanto tiempo, haya venido hoy a verme. En mi alma deseaba su visita. Que entre y sea el bien venido, Rama, a quien su esposa y Lakshmana acompañan. Que sea introducido en mi presencia. ¿Por qué no está ya aquí?» A estas palabras del muni, instruido en la ley y magnánimo, su discípulo, saludándole con el anjali, replicó: «Está bien», y salió azorado y dijo a Lakshmana: «¿Quién es ese Rama? Que venga a ver al muni. Que entre en persona.» Atravesando entonces el eremitorio con el discípulo, Lakshmana le presentó a Kakutsiṭha y a Sitá, la hija de Janaka. El discípulo repitió a Rama las insinuantes palabras de Agastya, y le introdujo, como se le había ordenado, con todos los honores que merecía. Rama hizo su entrada, acompañado de Sitá y de Lakshmana, en el remitorio, lleno de gacelas domesticadas. Contempló el santuario de Brahma y el de Añi, el santuario de Vishnú, el de Mahendra y el de Vivasvat, el santuario de Soma, de Bhaga y de Kubera, el de Dhatar y de Vidhatar, el de Vayú, el santuario del dios que tiene una red en la mano, el del magnánimo Varuna, el santuario de Gayatrí y el de Vasus, el santuario del rey de los Nagas y el de Garuda, el santuario de Kartikeya y el de Dharma: los vio todos. En aquel momento, escoltado de sus discípulos, el propio asceta apareció:

Cuando le advirtió al frente de los solitarios, todo brillante de tapás, el valeroso Rama dijo a Lakshmana, el acrecentamiento de la dicha de Sumitrá: «Sale al exterior, ¡oh Lakshmana! Agastya, el venturosísimo rishi. Lleno de orgullo llevo hasta este tesoro de ascetismo.» Tras haber hablado de este modo de Agastya, brillante como el Sol, mientras avanzaba a su encuentro, el héroe de los grandes brazos, la alegría de Raghú, cogió sus dos pies. Habiéndole saludado de este modo,

el virtuoso Rama permaneció delante de él, tras haber hecho el anjali; Sitá, la Vaidehí y Lakshmana le acompañaban.

Agastya, abrazando a Kakutstha, le hizo los honores del sitio y del agua (297); le preguntó si todo iba bien: «Siéntate», le dijo al punto. Invocó a Añi, dio el arghya a sus huéspedes en señal de homenaje y les sirvió de comer según el rito Vanaprastha. Esto primero, luego sentándose junto a él, el virtuoso toro de los ascetas dijo a Rama, que estaba sentado y hacía el anjali, instruido como estaba en sus obligaciones: «Un asceta que obrase de otro modo, ¡oh Kakutstha!, debería, lo mismo que un testigo falso, en el otro mundo devorar su propia carne. Rey de todo el Universo, observador de la ley, guerrero del gran carro, digno de honores y de estima, sé el bien venido (*svagatam*); eres mi querido huésped.» Dichas estas palabras, Agastya distribuyó, en señal de homenaje, a Rama frutas, raíces, flores, etc., a profusión, y le habló de este modo: «He aquí un divino y poderoso arco, incrustado de oro y de diamantes, que perteneció a Vishnú, ¡oh tigre de los héroes!; es la obra de Visvakarmán. He aquí el dardo Bramadatta, que no se extravía, que reluce como Surya, el mejor de todos; me fue dado por Mahendra; he aquí dos aljabas inagotables, llenos de dardos acerados, deslumbradores como hachones de fuego. He aquí con su gran vaina de plata una espada adornada con oro. Con este arco, ¡oh Rama!, Vishnú mató en combate a los grandes asuras y adquirió, en tiempos, una gloria brillantísima entre los habitantes del Cielo. Este arco, las dos aljabas, el dardo y la espada, altivo guerrero, estas prendas de victoria, empúñalas como Vajradhara el trueno.» Esto diciendo, el ilustre y dichosísimo Agastya entregó a Rama aquella panoplia del poderoso Vishnú, y de nuevo le dirigió la palabra.

### SARGA XIII

#### RAMA SE DIRIGE HACIA PANCATÍ POR CONSEJO DE AGASTYA

«Rama, soy feliz, alegría a ti; estoy muy contento, ¡oh Lakshmana!, de que ambos hayáis venido a saludarme con Sitá. La fatiga excesiva del viaje os tiene agotados a los dos, así como a Maithilí, la hija de Janaka; sus suspiros son la prueba manifiesta de ello. Esta joven mujer, que no está habituada a las fatigas, ha venido al bosque fértil en inconvenientes, empujada por su amor conyugal. Lo que complazca

a Sitá que tú hagas aquí, ¡oh Rama!, hazlo; ella realiza lo imposible siguiéndote por el bosque. Lo propio de las mujeres, en efecto, desde el origen, ¡oh alegría de Raghú!, consiste en unirse al hombre en la prosperidad y abandonarle en la desgracia. La movilidad de los relámpagos, el corte de las armas, la ligereza de Garuda y de Anila se encuentra en las mujeres. Pero tu esposa está exenta de estos defectos; digna es de elogios y merece ser citada como modelo; es otra Arundhatí entre los devas. Ilustre será este lugar donde permanecerás con Sumitri y esta princesa de Vidha, ¡oh Rama!, vencedor de tus enemigos» (298).

Así habló el muni. Raghava, las manos juntas para el anjalí, respondió respetuosamente al asceta, que brillaba como el fuego: «Heme aquí colmado de riquezas y de favores, puesto que el toro de los ascetas, nuestro gurú, se declara satisfecho de nuestros méritos, yo, a quien mi hermano y mi esposa acompañan. Pero indicanos un sitio en que haya agua y muchos árboles, para fijar en él mi retiro, con objeto de vivir allí tranquilo y dichoso.»

A estas palabras, el excelente y magnánimo solitario, tras reflexionar un instante, dio a Rama esta memorable respuesta: «A dos yojanas de aquí, hijo querido, hay un lugar afortunado que se llama Pancavatí. Ve a establecer en él tu ermita con Sumitri, y vive dichoso observando exactamente la orden paterna. Sé toda tu historia, ¡oh príncipe irreproachable!, a causa del poder de mi tapás y en virtud de mi afecto hacia Dasaratha. El deseo de tu corazón, mi ascetismo me lo ha revelado: esta es la razón de que te exhorto a permanecer aquí, conmigo, en esta soledad. Y por ello te repito: Ve a Pancavatí; es un bosque encantador; Maithilí será allí dichosa. Abundante en raíces y en frutas, toda clase de pájaros le frecuentan; apartado está, guerrero de los grandes brazos; y es puro y encantador. Este lugar notable no está muy lejos, ¡oh Raghava! Está próximo al Godavari; Maithilí será allí feliz. Siempre activo y capaz de todo, vigila bien los alrededores; permanecerás allí, ¡oh Rama!, para proteger a los ascetas. Aquel gran bosque de madhukas, ¡oh héroe!, que se ve allí, una vez llegando hay que echar hacia el norte, dirigiéndose hacia un nyagrodha. Entonces se escala la meseta de una montaña poco distante; es el célebre lugar llamado Pancavatí, donde los bosquecillos siempre están llenos de flores.»

Tras estas palabras de Agastya, Rama con Sumitri, habiéndole saludado, despidiéronse de aquel rishi leal. Y los dos, tras haberse despedido y rendido sus homenajes echándose a

sus pies, fuéronse con Sitá hacia la soledad de Pancavatí. Los dos príncipes, intrépidos en los combates, empuñaron sus arcos, ataron sus aljabas y se lanzaron resueltamente por el camino que les había indicado el gran rishi, con objeto de ir a Pancavatí.

## SARGA XIV

### JATAYÚS CUENTA SU GENEALOGÍA A RAMA

Según iba hacia Pancavatí, el descendiente de Raghú encontró un buitre colosal (*mahan gridhro*), de un poder espantoso. Al ver a aquel pájaro de los bosques, los dos afortunados príncipes, Rama y Lakshmana, le tomaron por un rakshasa con forma de pájaro, y le preguntaron: «¿Quién eres?» Entonces, con voz dulce, acariciadora como la de un amigo, respondió a Rama: «Hijo querido, sabe que soy el compañero de tu propio padre.»

En su cualidad de amigo de su padre, Raghava le rindió homenaje; luego se informó muy particularmente de su raza y de su nombre. A estas preguntas de Rama sobre su raza y su persona, el Dos-veces-nacido respondió, contándole el origen de todos los seres: «En el principio fueron los Prajapatis; voy a enumerártelos todos desde el principio; escucha, ¡oh Raghava, el de los grandes brazos! Kardama es el primero de entre ellos; Vikrita viene inmediatamente después; luego están Sesha y Samsraya, éste padre de hijos numerosos, poderoso; Sthanu, Marici, Atri, Kratu, lleno de vigor; Pulastya, Angiras, Pracetas, Pulaba, Daksba, Vivasvat al punto, y Arishtanemi, ¡oh Raghava!; el célebre Kasyapa fue el último de entre ellos. El Prajapati Daksha tuvo, dícese, sesenta hijas ilustres y gloriosas, ¡oh Rama, de gran renombre! Kasyapa se escogió entre ellas ocho esposas de estatura admirable: Aditi, Diti, Danú, Kalaká, Tamrá, Krodhavasá, Manú y Analá. Contento, Kasyapa dijo entonces a estas jóvenes mujeres: «Daréis a luz hijos que serán los amos de los tres mundos, semejantes a mí.» Aditi aceptó el augurio, ¡oh Rama!, lo mismo que Diti, Danú y Kalaká, ¡oh valeroso héroe!, pero las otras se negaron a ello. Aditi fue madre de treinta y tres devas, ¡oh triunfador!, de aditias, de vasus, de rudras y de los asvins, ¡oh látigo de tus enemigos! Diti parió a los daityas ilustres, hijo querido. Es a ellos a quienes en tiempos perteneció esta Tierra con sus bosques y océanos. Danú tuvo por hijo a Asvagriva.

¡oh domador de tus enemigos! Naraká y Kalaká tuvieron a Kalaká por madre. Krauncí, Bhasí, Syení, Dhristharashtri y Sukí. Tamrá dio a luz a estas cinco muchachas afamadas en el Universo. Krauncí tuvo a los ulukas, y Bhasí, a los bhasas. Syení fue la madre de los syenas y de los magníficos gridhras; Dhristharashtri la de los hamsas y de los kalahamsas de todo género y de los cakravakas, felicidad a ti. La bella Sukí dio a luz a Natá, que tuvo por hija a Vinatá. Krodhavasá, ¡oh Rama!, tuvo ella misma diez hijas. Mrigí, Mrigamandá, Harí, Bhadrámadá, Matangí, Sardulí, Svetá, Surabhí, Surasá, dotadas de todos los signos de la belleza; en fin, Kadruká. La progenitura de Mrigí fueron los mrigas, ¡oh el primero de los hombres escogidos! Los rikshas fueron la de Mrigamandá, así como los srimas y los camaras. Bhadrámadá tuvo una hija llamada Iravatí, que fue la madre de Airavata, el gran elefante, guardián de los mundos. Harí tuvo por hijos a los haris y a los vinaras, amigos de la soledad. Sardulí tuvo por hijos a los golangulas y a los tigres. De Matangí nacieron los matangas. ¡oh Kakutsítha, toro de los hombres! Svetá dio a luz al elefante de las regiones y a otros hijos. Dos hijas, ¡oh Rama!, nacieron de la diosa Surabhí: Rohiní, felicidad a ti, y la ilustre Gandharvī. Rohiní produjo las vacas y Gandharvī tuvo a los caballos por hijos. Surasá parió a los nagas, ¡oh Rama!, y Kadrú a los panagas. Manú, esposa de Kasyapa, el magnánimo, procreó a los hombres brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras, ¡oh toro de los hombres! De su boca nacieron los brahmanes, de su pecho los kshatriyas, de sus muslos los vaisyas, y de sus pies los sudras, dice la Sruti. Todos los árboles de frutos sabrosos fueron procreados por Analá. Vinatá tuvo a Sukí por abuela y ella dio a luz a Kadrú y a Surasá, su hermana. Kadrú procreó mil serpientes, sostenes de la Tierra. Vinatá tuvo dos hijos, Garuda y Aruna. De este Aruna yo he nacido, así como Dampatí, mi hermano mayor. Yo soy Jatayu, el descendiente de Svení, sábelo, ¡oh tú, que domas a tus enemigos! Si lo deseas, habitaré cerca de ti; yo velaré por Sitá, hijo querido, cuando tú estés de excursión con Lakshmana.»

Raghava, muy contento, colmó a Jatayús, de atenciones; le abrazó y se inclinó ante él. El héroe, dueño de sí mismo, había oído hablar con frecuencia de la amistad de su padre y de Jatayús. Luego de haber confiado Sitá, la princesa del Mithila, al todopoderoso pájaro, partió con él hacia Pancavatí, acompañado de Lakshmana, con el deseo de destruir a sus enemigos y dispuesto a observar siempre el savana (299).

## SARGA XV

## RAMA SE ESTABLECE EN PANCavatí

Cuando hubo llegado a Pancavatí, que toda clase de bestias feroces y de antílopes frecuentaban, Rama dijo a Lakshmana, su hermano, que hervía en ardor: «**H**enos aquí en el sitio que nos ha recomendado el muni. Es Pancavatí, querido, este bosquecillo en flor. Lleva la mirada a todos lados por el bosque, tú que tienes experiencia. ¿En qué lugar convendrá establecer nuestra ermita? Busca un sitio en el que podamos sentirnos agradablemente Vaidehí, tú y yo, ¡oh Lakshmana!, y en las proximidades del cual haya agua en abundancia. Un sitio donde el encanto del bosque se una al de los manantiales; a proximidad del cual haya samidhs, hierba kusa y agua.»

A estas palabras de Rama, salido de Kakutstha, cerca del cual estaba Sitá, Lakshmana, haciendo el anjali, respondió: «Yo soy tu servidor, ¡oh Kakutstha, aunque vivieses cien años! Ordéname construir nuestra ermita en el sitio que más te plazca.»

Encantado de esta respuesta de Lakshmana, el ilustre héroe, previo examen, escogió un lugar que ofrecía todas las ventajas. Cuando llegó a aquel sitio encantador para establecer en él su residencia, Rama, cogiendo su mano entre las suyas, dijo a Sumitri: «He aquí un sitio unido, fértil, rodeado de árboles y de flores; aquí es donde debes construir una ermita, tan agradable como te sea posible. No lejos, mira ese río cubierto de lotos brillantes como el Sol y perfumados que le embellecen. Según la descripción de Agastya, el muni de alma pura, es el Godavari maravilloso a causa de los árboles en flor que le bordean. Los hamsas y los karandavas abundan en él, los sakravakas son su adorno. A una distancia ni muy grande ni muy pequeña, las gacelas vienen a beber por rebaños. Se advierten valles sonoros a causa de los gritos de los pavos reales, deliciosos, elevados, cubiertos de bosquecillos espesos, encantadores, con sus árboles en flor. Diríase elefantes cubiertos de enormes gualdrapas con bordados de oro, de plata y de cobre, dibujando aquí y allá ojos de buey. Salas, tafas, tamalas, kharjuras, panasas, nivaras, tinisas, pumnagas, le sirven de adorno. Cutas, asokas, tilakas, ketakas, campakas, estos árboles múltiples, entremezclados con zarzales y lianas

en flor, abundan en él, así como syndanas, candanas, nipas, panasas, lukucas incluso, dhavas, asvakarnas, khadiras, samis kimsukas, patalas. Este santo lugar, este sitio encantador, poblado de gacelas y de volátiles, fijemos en él nuestra morada, ¡oh Sumitri!, entre estos pájaros.»

A estas palabras de su hermano Rama, Lakshmana, matador de los guerreros enemigos, dotado de un vigor inmenso le construyó sin tardar un retiro. Una cabaña de follaje muy espaciosa, con los muros de tierra, establecida sobre pilares sólidos, hecha con largos bambúes y muy bella. Estaba recubierta de ramas de samis; poderosos lazos la consolidaban, hierbas kusas y kasas, cañas y hojas servíanla también de techo. El suelo fue nivelado allí. Tras haber, gracias a su fuerza extremada, construido para Raghava aquella maravillosa habitación, la más hermosa que se pudo ver, el afortunado Lakshmana fue al río Godavari. Se bañó en él, y luego, habiendo cogido lotos y frutas, volvió. Hizo la ofrenda de flores y la purificación, según los ritos, tras lo cual mostró a Rama la cabaña que acababa de construir. Al ver aquel retiro encantador, aquella cabaña de follaje, Raghava, al que Sitá acompañaba, sintió extremada alegría. Transportado por la dicha, estrechó entre sus brazos a Lakshmana y le dijo con voz llena de dulzura y de emoción: «Estoy muy contento de ti; has realizado con esto un gran trabajo y maestría. Como prenda de mi satisfacción, te abrazo. Gracias a tu industria, a tu abnegación, a tu piedad hacia mí, ¡oh Lakshmana!, paréceme que mi virtuoso padre no ha desaparecido.»

Tras haber hablado así a Lakshmana, Raghava, el acrecentamiento de la prosperidad de Kausalyá, establecióse en aquel lugar abundante en frutos; encantadora mansión en la que vivió dichoso. El religioso príncipe residió allí algún tiempo con Lakshmana y Sitá como en el Cielo un inmortal.

## SARGA XVI

### DESCRIPCIÓN DEL INVIERNO POR LAKSHMANA

Mientras deslizábase la afortunada estancia del magnanimo Raghava, el otoño transcurrió y la deseada estación del invierno le sucedió. Una mañana, al alba, el vástago de Raghú fuese a hacer sus abluciones al encantador Godavari. Con un cántaro en la mano, el valeroso Sumitri, que le seguía humildemente

con Sitá, le dijo: «He aquí llegada la estación que tú amas, príncipe afable, durante la cual el año parece revestido de todo su esplendor. El suelo está erizado de escarcha, la tierra enguinaldada de granos; las aguas no son ya agradables de beber; el dios portador de ofrendas es bien acogido. Tras haber ofrecido a los pitris y a las divinidades las primicias de las cosechas, la gente, mediante estas ofrendas hechas oportunamente, limpias quedan de sus manchas. Codiciosos de bienes, los campesinos tienen en abundancia leche y lo demás. Los monarcas entran en campaña, ávidos de conquistas. El Sol frecuenta asiduamente la región amada de Antaka, la del norte, y cual una mujer cuyo tilaka es borrado, ya no brilla. En su natural, rico en tesoros de frialdad, lejos en adelante del Sol, justificando plenamente su nombre, el monte Himavat está cubierto de nieves. Son extremadamente agradables a la hora del mediodía, gracias a la sensación de calor, los días claros en los que se busca el Sol y en los que se huye de la sombra y del agua. Los tibios soles, las numerosas escarchas, los fríos picantes, los bosques despojados, silenciosos, las nubes amontonadas: he aquí lo que distingue a los días ahora. Aquí están ya las largas y frías noches durante las cuales se deja de dormir al aire libre, a quienes Pushya sirve de guía y que un cielo nevoso oscurece. La Luna, que saca del Sol su brillo, no reluce ya; su disco helado y sombrío es como un espejo empañado por el aliento. Su cara, arrugada por la frialdad, incluso en su plenitud deja de irradiar; semejante a Sitá con la tez tostada por el calor, ya no tiene brillo. El viento oeste es naturalmente glacial; ahora que está mezclado con nieve, su soplo, por la mañana, es dos veces más penetrante. Cubiertas de vapores, las regiones de bosques, las sembradas de cebada o de trigo, brillan al levantarse el Sol entre los clamores de los krauncas y de los sarasas. Con sus espigas que asemejanse a flores de kharjuras, y que cargadas de grano encorvan a veces su tallo, los arrozales centellean como el oro. Con sus rayos que se deslizan furtivamente a través de los bancos de nieve, incluso mucho antes de levantarse, el Sol tiene el aspecto de la Luna. Tomando gradualmente fuerza con la mañana, a mediodía su contacto regocija; sus rayos reunidos en haces suelen extender, al tiempo que su débil calor, una pálida claridad sobre la Tierra. Algunas veces el suelo, musgoso de los bosques, al que la caída de la escarcha impregna de humedad, brilla bajo el fuego de un Sol matinal. Al contacto de esos vastos montones de aguas heladas, el elefante salvaje, bien que sintiendo una sed extremada, de pronto



levanta la trompa. Los pájaros acuáticos, manteniéndose cerca del agua, no se atreven ya a hundirse en ella, semejantes a los cobardes que huyen en el campo de batalla. Encadenados por hielos y tinieblas, rodeados de nieblas frías y sombrías, los árboles, despojados de sus flores, aseméjase a filas de dormilones. Los estanques en adelante tienen sus aguas cubiertas de brumas; en sus gritos son reconocidos los sarasas que los frecuentan; las arenas de sus orillas están empapadas de nieve. Gracias a la caída de la escarcha, a la debilidad de los rayos solares y a la helada, el agua que permanece incluso en la cima de las montañas, lo más frecuentemente aseméjase al rasa (300). Las hojas ajadas por el fin del otoño, sus estambres y sus pericarpios desecados, no teniendo sino el tallo, bajo el abrazo de la frialdad, los grupos de lotos han perdido su brillo. Durante esta estación, tigre de los hombres, por abnegación hacia ti, el desdichado y leal Bharata practica el ascetismo en la ciudad. Renunciando a la realeza, a su fausto, a sus goces variados y numerosos, se entrega a las austeridades, al ayuno, y duerme sobre la tierra helada. A esta hora precisa, en este mismo momento, ocupándose de sus abluciones, rodeado de sus ministros, camínase hacia el río Sarayú. Crecido en medio de un lujo excesivo, muy delicado, atormentado por el frío, ¿cómo se atreve en la última mitad de las noches, a zambullirse en el Sarayú? Con sus ojos anchos como hojas de loto, su tez oscura, el grande y afortunado príncipe Bharata, con el vientre adelgazado, con su ciencia del deber, su sinceridad, lleno de compostura, los sentidos domados, con su lenguaje afable, su dulzura, ese héroe de largos brazos, domador de sus enemigos, renunciando a toda clase de placeres, sacrificase por ti, su señor, con toda su alma. Ha conquistado el Cielo tu hermano, el magnánimo Bharata, que incluso en tu destierro silvestre acomódase contigo practicando el ascetismo. No es al padre, es a la madre a la que el hombre se parece, dícese. Este proverbio, extendido por el Mundo, Bharata le da un mentís. La esposa de Dasaratha, la que tiene al dulce Bharata por hijo, ¿cómo puede ser su madre, Kaikeyí, una mujer tan cruel?»

Así habló el virtuoso Lakshmana llevado por su afecto fraternal; pero Raghava, no soportando aquella censura a Kaikeyí, le dijo: «La que entre nuestras madres ocupa el segundo puesto, amigo querido, no debes censurarla en modo alguno; habla siempre de Bharata, el protector de la raza de Ikshvaku. Mi firme resolución, ya tomada, de permanecer en el bosque, el amor a Bharata la conmueve y hace titubear de nuevo. Me

acuerdo de sus palabras afectuosas y dulces, cordiales, suaves como el amrita, que regocija el alma. ¡Cuándo me reuniré con el magnánimo Bharata y con el valeroso Satruña, contigo, ¡oh alegría de Raghú!»

Según se lamentaba de este modo, Kakutstha alcanzó el río Godavari, en el que hizo sus abluciones con su hermano segundo y Sitá. Tras haber satisfecho con aquel agua sus obligaciones hacia los pitris y los daivatas, celebraron la salida del Sol, a los devatás, y permanecieron de este modo irreprochables. Sus abluciones hechas, secundado por Sitá, Rama resplandeció con Lakshmana, como tras haber hecho las suyas con la hija del rey de los montes, brilla Rudra, Nandi, el señor Bhagavat.

## SARGA XVII

### LLEGADA DE SURPANAKHÁ A LA ERMITA

Tras haber hecho de este modo sus abluciones, Rama, Sitá y Sumitri, dejaron la orilla del Godavari y volvieron a su ermita. Al llegar a su retiro, Raghava con Lakshmana, cumplidas las observancias de la mañana, penetraron en la cabaña de follaje. En esta cabaña de follaje permaneció gozoso Rama, honrado por los grandes rishis, sentado junto a Sitá. Centelleaba, el héroe de los grandes brazos, como cerca de Citrá, Candramas. Con Lakshmana, su hermano, conversaba de unas cosas y de otras. Un día en que Rama estaba sentado, el espíritu absorbido por la conversación, una cierta rakshasí llegó allí por casualidad. Se llamaba Surpanakhá, era la hermana del rakshasa Dasagriva. Al acercarse, advirtió a Rama semejante a uno de los Treinta. Con su rostro fulgurante, sus brazos enormes, sus ojos anchos como hojas de loto, su actitud imponente como la del elefante, la cabellera trenzada en corona, lleno de juventud y de arrojo, el aspecto de un rey, Rama, el de la tez oscura como el Indavara, tenía el seductor aspecto de Kandarpa.

Al ver al héroe semejante a Indra, la rakshasí volvióse loca de amor. Rama era hermoso, ella era fea; él tenía la estatura elegante, ella la tenía espesa. El tenía los ojos grandes, ella los suyos disformes; hermosa era la cabellera de él, la de ella cobriza; el aspecto de Rama era agradable, el suyo repulsivo, la voz de éste armoniosa, la de ella espantosa. El era un joven hermoso, ella arrugada y vieja; él era afable, ella tristonía:

él era ordenado de costumbres, ella tenía mala conducta; él era elegante, ella tenía un aspecto nada gracioso. Poseída por Kama, la rakshasí dijo a Rama: «Con tu trenza y tu hábito de asceta, acompañado de tu esposa, armado de un arco y de flechas, ¿cómo has venido a este bosque frecuentado por los rakshasas? ¿Cuál es el propósito de tu viaje? Dime la verdad.»

A estas preguntas de la rakshasí Surpanakhí, el héroe azote de sus enemigos, con una gran presencia de espíritu, se puso a contarle todo: «Había un rey llamado Dasaratha, poderoso como uno de los Treinta. Yo soy su hijo mayor, Rama, nombre conocido en el Mundo entero. He aquí a mi joven hermano Lakshmana, mi fiel compañero, y aquí tienes a mi esposa, salida de Videha, la ilustre Sitá. Atado por voluntad del rey mi padre a la de mi madre, es en vista del deber y con el deseo de observarle por lo que he venido a habitar este bosque. Pero yo quiero saber quién es tu padre, quién eres tú y de qué raza. Por supuesto, a juzgar por tus rasgos, tú debes de ser una rakshasí. ¿Qué motivo te trae por aquí? Responde francamente.»

A estas palabras, la rakshasí, a la que el amor atormentaba, respondió: «Escucha, Rama, te voy a decir la verdad. Yo soy Surpanakhá, rakshasí que cambia de forma a voluntad. Yo recorro sola el bosque espantando a todos los seres. Tengo por hermanos a Ravana, tal vez has oído hablar de ellos, al siempre soñoliento y todopoderoso Kumbhakarna; al virtuoso Vibhishana, extraño a las prácticas de los rakshasas, y aún otros dos, famosos a causa de su valor guerrero, Khara y Dushana. Yo que soy su superior en edad, ¡oh Rama!, luego de haberte visto una vez, vengo a unirme de amor al amo, al primero de los hombres. Estoy dotada de intrepidez; puedo transportarme allí donde me place; en adelante, sé mi esposo. ¿Qué puedes hacer con Sitá? Deforme y sin gracia, ella no es digna de ti, mientras que yo seré tu esposa perfectamente en armonía contigo en lo que afecta a la belleza; mírame. En cuanto a esta mujer fea, miserable, taciturna, de talla contrahecha, me la voy a devorar, así como a tu hermano. Luego, las cimas de la montaña, los bosques múltiples, tú los verás explorando a tu gusto conmigo la región de Dandaka.» Así le habló ella, lanzándole miradas apasionadas, Kakutstha, burlándose de ella la respondió con habilidad.

## SARGA XVIII

## MUTILACIÓN DE SURPANAKHÁ

A Surpanakhá, caída en las redes de Kama, Rama, sonriendo primeramente, la respondió con voz dulcemente burlona: «Yo estoy casado; he aquí a mi esposa bienamada. La rivalidad entre mujeres que se te parezcan sería insoportable. Mi joven hermano, al que ves aquí, tiene un carácter feliz, su aspecto es agradable, es afortunado, es soltero; se llama Lakshmana, y está lleno de valentía. No ha estado jamás casado y desea una mujer; es joven, tiene buen aspecto, y será para ti, con esta forma, un marido verdaderamente en armonía contigo. Toma a mi hermano como esposo, dama de los grandes ojos, la de hermosas caderas, y goza de él sin compartirle con otra como la luz solar goza del Merú.»

A estas palabras, la rakshasí, a quien el amor extraviaba, desentendiéndose de Rama al punto, y se dirigió a Lakshmana: «A causa de mi belleza soy una esposa digna de ti con mi tez maravillosa. Ven conmigo a correr alegre por en medio de todos los Dandakas».

A estas palabras de la rakshasí Surpanakhá, el hijo de Sumitrá, hábil discutidor, Lakshmana, dióla sonriendo una respuesta hábil: «¿Cómo puedes querer ser la esposa esclava de un esclavo como yo? Yo estoy bajo la dependencia de mi noble hermano. Tú, que tienes la tez del kamala, agradable e inmaculada, ¡oh tú, la de los grandes ojos!, tú que alcanzas la perfección, sé la joven esposa de este héroe perfecto. Para poseerte abandonará a esta mujer fea, mala, desagradable, de estatura contrahecha y vieja. ¿Qué hombre sensato renunciaría a esta hermosura sin rival que es la tuya, rakshasí, la de maravillosa tez, la de caderas encantadoras, para enamorarse de simples mujerzuelas?»

Las palabras de Lakshmana, la cruel y deforme rakshasí las creyó sinceras; no comprendió la burla. Rama, el azote de sus enemigos, estaba sentado en la cabaña de follaje con Sitá. La rakshasí dijo al héroe invencible, llevada por el extravío de su amor: «¿Es por una mujer fea, mala, desagradable, de estatura contrahecha, envejecida, por la que haces poco caso de mí? Voy a devorarla al instante en tu presencia; y viviré contigo, sin rival, enhorabuena». Esto diciendo, la rakshasí de pupilas ardientes como tizones precipitóse furiosa sobre

Sitá, la de los ojos de gacela joven, como un gigantesco meteorito sobre Rohini. El poderoso Rama detuvo su impulso, mientras que, semejante a la red de Mrityú, ella se lanzaba sobre Sitá, y lleno de cólera dijo a Lakshmana: «Con los seres crueles y viles, ¡oh Sumitri!, no hay que bromear jamás. Considera, amigo, Vaidehí iba a perecer. Esta rakshasí fea, perversa, furiosa, de talla espesa, ¡oh tigre de los hombres!, desfigúrala».

Oyendo estas palabras, el valeroso Lakshmana, indignado contra la rakshasí, sacó su espada de la vaina y ante los ojos de Rama la cortó las orejas y la nariz. Surpanakhá, con las orejas y la nariz cortadas, lanzó un grito espantoso y volviéndose; hecha una furia, echó a correr por el bosque, desfigurada, loca de rabia, cubierta de sangre y dejando oír horribles clamores; cual un nubarrón en la estación de las lluvias. Perdiendo mucha sangre, el monstruo horroroso, levantando los brazos, hundiéndose aullando en el gran bosque.

Surpanakhá, desfigurada, fue junto a su hermano Khara, el de temible energía, que había ido a Janasthana, rodeado de una tropa de rakshasas, y cayó al suelo como un aerolito del cielo. Extraviada por el espanto y cubierta de sangre, la hermana de Khara le contó todo: la llegada al bosque de Raghava con su esposa y Lakshmana y su propia mutilación.

## SARGA XIX

### SURPANAKHÁ CUENTA SU DESGRACIA A SU HERMANO KHARA

Al ver a su hermana yaciendo en el suelo, desfigurada, bañada en su sangre, transportado de furor (301), el rakshasa Khara la preguntó: «Levántate y refiéreme la causa de tu extravío; domina el espanto y di claramente quién te ha desfigurado de tal manera. ¿Quién hiere de este modo, burlándose, con la punta del pic a la serpiente negra, venenosa, extendida tranquilamente junto a él? El insensato no sabe que se ha atado al cuello la red de Kala, aquel que hoy te ha tocado, ni que ha bebido un veneno de violencia extremada. Dotada de fuerza y de valentía, tú que te transportas donde quieres y cambias de forma a tu capricho, ¿quién te ha puesto en este estado? ¡Tú, émula de Antaka, llegarnos así! Entre los devas, los gandharvas, los bhutas y los rishis poderosos, ¿quién ha llevado su temeridad hasta el punto de mutilarte? Yo no veo en el Mundo quién se atrevería a desagradarme a no ser.

entre los Inmortales, el dios de los mil ojos, Mahendra, que castigó a Paká. Hoy, con mis dardos que ponen fin a la existencia, arrancaré la vida a tu insultador como el sarasa traga el jugo lechoso que nada sobre el agua. Derribado en la lucha, alcanzado mortalmente por mis dardos, ¿de quién la tierra debe beber la sangre espumeante? ¿De quién aquellos que tienen alas como vehículos desgarrarán los miembros, llegados a mi llamada, para nutrirse gozosos, cuando haya caído bajo mis golpes en el combate? Ni devas, ni gandharvas, ni pisacas, ni rakshasas podrán salvar de mi presión al desgraciado en este duelo formidable. Recobra tranquilamente tus sentidos e indícame el miserable que en el bosque, abusando de su fuerza, te ha maltratado».

A este discurso de su hermano violentamente encolerizado, Surpanakhá respondió entre sollozos: «Son dos jóvenes adolescentes, muy hermosos y muy fuertes, de ojos anchos como el pundarika, vestidos con cortezas de árbol y con pieles de antílopes negros. Se alimentan de frutas y de raíces, los sentidos domados, practican el tapás y el brahmacarya, estos hijos de Dasaratha, los dos hermanos Rama y Lakshmana. Semejantes al rey de los gandharvas, revestidos con las insignias de la soberanía, si son devas o danavas, no sería capaz de adivinarlo. He visto en medio de ellos a una joven y hermosa mujer, adornada con toda clase de joyas, la estatura elegante. Los dos se han arrojado sobre mí a causa de esta mujer y me han puesto en este estado como a una esposa repudiada por infidelidad. De esta mujer perversa, de esos dos jóvenes caídos bajo tus golpes, yo beberé la sangre espumeante en pleno campo de combate. Ante todo, lo que quiero obtener de ti es poder beber en el campo mismo de batalla la sangre de esa mujer y de esos dos hombres».

Oyendo estas palabras de su hermana, Khara, furioso, ordenó a catorce rakshasas dotados de gran fuerza y semejantes a Antaka lo siguiente: «Los dos hombres provistos de armas, vestidos de corteza de árbol y de pieles de antílope negro, que se han aventurado en ese temible bosque de Dandaka con una mujer, matadles, así como a esa malvada, y volved; mi hermana beberá su sangre. Tal es el deseo formal de mi hermana, rakshasas. Id rápidamente y sin falta destruidles mediante vuestra energía. Viendo a los dos hermanos caídos bajo vuestros golpes, ésta, gozosa, beberá alegremente su sangre en el terreno mismo». Esta orden recibida, los catorce rakshasas partieron con Surpanakhá rápidos como nubes expulsadas por el viento.

## SARGA XX

## RAMA MATA A LOS CATORCE RAKSHASAS ENVIADOS POR KHARA

La cruel Surpanakhá, una vez llegada a la ermita de Raghava, mostró a los rakshasas a los dos hermanos y a Sitá. Estos vieron a Rama sentado, lleno de valor, en aquella cabaña de follaje, cerca de Sitá. Lakshmana le servía. Al ver a Surpanakhá y a los rakshasas que la acompañaban, el afortunado descendiente de Raghú, Rama, dijo a Lakshmana ardiente en valor: «Permanece un instante junto a Sitá, ¡oh Sumitril, mientras mato a los rakshasas, que han acudido atraídos por esta rakshasí.» A esta orden de Rama, el prudente vástago de Raghú, Lakshmana, lleno de deferencia, respondió: «Bien.»

Luego, el virtuoso Raghava armó su arco, adornado de oro camikara, y dijo a los rakshasas: «Somos hijos de Dasaratha, los dos hermanos Rama y Lakshmana, venidos con Sitá al inaccesible bosque de Dandaka. Las frutas y las raíces son nuestro alimento; los sentidos domados, practicamos el tapás y el brahmacarya, permanecemos en el bosque de Dandaka; ¿por qué estas violencias? Perversos como sois, a ruego de los rishis, dispuesto estoy a castigar vuestras malas acciones en el campo de batalla, con mi arco y mis flechas. Alto, pues, o no os volveréis satisfechos. Si deseáis vivir, marchad, merodeadores de noche.»

A este discurso, los catorce rakshasas, transportados de cólera, aquellos brahmanicidas, armados de venablos, los ojos rojos de furor, terribles, llenos de una alegría feroz, respondieron a Rama, el de mirada resplandeciente, el del suave lenguaje, el de la bravura desconocida hasta entonces: «Por haber incurrido en el enojo de nuestro amo, el muy magnánimo Khara, vas a sucumbir sin tardar, a nuestros golpes, en el combate.

¿Qué puedes tú sólo contra varios en lucha? ¿Es que podrás resistirnos, frente a frente, en la batalla? Estos brazos armados de mazas, de venablos y de picas, te arrancarán, con los alientos, el vigor, y el arco caerá de tus manos.»

Esto diciendo, los catorce rakshasas, llenos de rabia, blandieron sus armas temibles, precipitándose sobre Rama lanzaron sus venablos sobre el invencible Raghava. Los catorce venablos reunidos. Kakutstha los cortó con otros tantos dardos adornados de oro. El ilustre guerrero, hecho esto, cogió catorce flechas, brillantes como el Sol, aguzadas en la piedra, empuñó su arco,

ciego de furor, y, ajustándolas a él, les dio como blanco los rakshasas. Raghava lanzó sus dardos como Satakratu sus rayos. En su impetuosidad atravesaron los pechos de los rakshasas; luego, todos ensangrentados, hundiéronse en el suelo, cual serpientes al salir de un hormiguero. El corazón atravesado por aquellas flechas, los rakshasas cayeron por tierra, semejante a árboles cortados por el pie, bañados en su propia sangre, mutilados, sin vida.

Al verles de aquel modo extendidos por el suelo, la rakshasí transportada de rabia, volvió a buscar a Khara; la sangre de sus heridas habíase en cierto modo coagulado; cayó de nuevo magullada, semejante a una vallarí de gomoso tallo. Junto a su hermano, agotada por el dolor; lanzó un enorme grito, mezclando sus lágrimas a sus gemidos, el rostro demudado. Cuando vio caer en el campo de batalla a los rakshasas, Surpanakhá volvió a toda prisa hacia su hermano Khara y le contó con detalle la muerte de todos.

## S A R G A X X I

### SURPANAKHÁ EXCITA A KHARA A COMBATIR CON RAMA

Al ver a Sarpanakhá de nuevo tendida por tierra, furiosa y vuelta sin haber conseguido su propósito, Khara la dijo con voz dura: «Esos bravos rakshasas que se alimentan de carne, te los he dado por serte agradable, ¿qué vienes a llorar aún? Están llenos de celo, son abnegados, fuéronme siempre útiles servidores; aunque debiesen perecer, ellos que no sabrían sucumbir, no me desobedecerían. ¿Qué ha pasado, pues? Quiero saber la causa por la cual de nuevo te agitas por el suelo, como una serpiente, gritando: ¡Socorro! ¿Por qué lamentarte como una abandonada, estando yo aquí, tu protector? ¡Arriba! ¡De pie! no, no; nada de gritos; nada de desfallecer.»

Así la habló, para reconfortarla, su hermano Khara. La temible rakshasí, enjugando sus ojos llenos de lágrimas, le dijo: «Cuando he llegado a ti con las orejas y la nariz cortadas, cubierta de sangre, que corría a oleadas, me consolaste. Distes orden a catorce rakshasas valerosos de matar, para serme agradable, al cruel Raghava y a Lakshmana. Los rakshasas, furiosos contra Rama, armáronse de venablos y de picas, pero todos han caído en el combate bajo sus dardos exterminadores. Yo



los he visto derribados por tierra, en un instante, a esos ágiles guerreros; esta gran hazaña de Rama me inspira un espanto terrible. Estoy aterrada, toda temblorosa, y fuera de mí, ¡oh merodeador de noche!; de nuevo me refugio a tu lado; no veo por todas partes sino motivos de temor. Sumergida como estoy en este vasto océano de pena que habitado por las preocupaciones, a guisa de cocodrilos, con sus guirnaldas de olas hechas de espanto, ¿no me salvarás? Allí están yaciendo por tierra alcanzados por los agudos dardos de Rama, esos rakshasas, comedores de carne, que fueron siguiendo mis pasos. Si tú tienes piedad de mí y de esos rakshasas, si tienes la fuerza o el valor de luchar contra Rama, ¡oh merodeador de noche!, reconquista el bosque de Dandaka, este asilo de los rakshasas cubierto de matorrales. Si no haces morir hoy a Rama, el matador de sus enemigos, yo abandonaré la vida ante ti, deshonrada. Pero ya comprendo: tú no podrías resistir a Rama cara a cara, en pleno campo, ni siquiera con un ejército, en una gran batalla. Haces el bravucón, pero no eres bravo; tu valor es puramente convencional. Sal de Janasthana a toda prisa, con tus compañeros. Sé vencedor en el combate; pero si en tu demencia, oprobio de tu raza, no puedes matar a esos hombres, Rama y Lakshmana si eres sin energía ni valor, ¿por qué permaneces aquí? Venido por el poderoso Rama, sucumbiré al punto, porque es veleroso ese Rama, el hijo de Dasaratha, y su hermano, el que me ha desfigurado, muy vigoroso.»

Así se lamentaba repetidamente la rakshasí, desgarrándose el pecho. Cerca de su hermano, agobiada de pena, privada de sentimiento, con sus dos manos golpeábase el seno y gimiendo presa de vivísimo dolor.

## S A R G A X X I I

### KHARA Y SUS CATORCE MIL RAKHASAS MARCHAN CONTRA RAMA

A estos reproches de Surpanakhí, el ardiente Kara respondió, en medio de los rakshasas, él, el Feroz, con tono aún más feroz: «Tu desprecio me inspira una cólera sin igual; no puedo contenerla; me quema como el agua salada sobre una llaga. No me preocupa en modo alguno la fuerza de Rama; es hombre muerto. Sus maldades le valdrán el perecer hoy. Cesa de gemir, no me turbes más; voy a conducir a Rama y a su hermano a la mansión de Yama. Hoy, de un hachazo, abatiré

por tierra al endeble Rama; su roja sangre la podrás beber toda caliente, rakshasí.»

Toda dichosa al oír estas palabras caer de su boca, felicitó en esta ocasión, llevada de su locura, a su hermano Khara, el más valiente de los rakshasas. Ultrajado por ella primero, luego cumplimentado, Khara dijo a Dushana, el jefe de sus tropas: «Amigo, tenme completamente equipados catorce mil rakshasas escogidos, dóciles a mis órdenes, llenos de temible ardor, que en el combate no retrocedan, el tinte como nubes tempestuosas, complaciéndose en perjudicar a los hombres. Prepárame prontamente un carro, amigo, arcos, flechas, espadas brillantes, dardos de todas clases, bien aguzados. Quiero ponerme a la cabeza de los paulastyas magnánimos para matar al miserable Rama, ¡oh guerrero hábil!»

De este modo habló. Dushana enganchó a un gran carro, brillante como el Sol, excelentes caballos de tinte matizado; luego volvió a advertirle. Aquel carro parecía la cima del Merú, estaba incrustado de oro kancana refinado; sus ruedas eran de oro hema; era inmenso; su timón era de esmeraldas. Estaba cubierto de imágenes de oro de buen augurio, representando pescados, flores, árboles, rocas, candrakantas, bandadas de pájaros y constelaciones. Estaba provisto de estandartes y de espadas; enguinaldado con cascabeles encantadores, enganchado a excelentes caballos. Khara, impaciente, subió en él.

Khara, viendo a aquel gran ejército, provisto de carros, de escudos, de armas y de estandartes: «¡Adelante!», dijo, así como Dushana, a todos los rakshasas. Entonces aquella tropa de rakshasas, formidable con sus escudos, sus armas y sus estandartes, salió de Janasthana en medio de un gran ruido y con gran premura. Martillos, picas, venablos, hachas bien cortantes, sables, discos a carros llenos, así como brillantes jabalinas, dardos, mazas terribles, arcos enormes, gadas, espadas musalas, vajras de terrible aspecto; tales eran las armas (302) de los rakshasas espantosos que, en número de catorce millares, salieron de Janasthana, dóciles a las órdenes de Khara. Este contempló algunos instantes a los rakshasas, que se precipitan con aire feroz; luego su carro conmovióse al punto. El escudero aguijaba a sus caballos moteados, los de los arneses incrustados de oro puro; conformándose a los deseos de Khara. El carro de este inmolador de sus enemigos, lanzado a toda velocidad, llenaba de estruendo los puntos cardinales y las regiones intermedias. Transportado de furor, Khara, el de la voz

ruda, impaciente por destruir a su adversario, tal que Antaka, dotado de una gran fuerza, apresuró de nuevo a su escudero. Asemajábase a una nube que contiene aguaceros y piedras.

### S A R G A X X I I I

#### KHARA Y SU EJÉRCITO ENCUENTRAN ESPANTOSOS PRESAGIOS

Entonces, prodigio espantoso, funesto, una lluvia de sangre cayó de una gran nube formidable, horriblemente sombría. Los caballos, enganchados al carro de Khara, llenos de velocidad, abatiéronse de pronto en la vía real, en un sitio llano, cubierto de flores. Un disco negro de contornos sanguinolentos, semejante a un círculo de carbones encendidos, veló al astro del día. Luego, descendió a todo vuelo, sobre el estandarte con el asta de oro, desplegado, un buitre colosal, horrible. Cerca de Janas-thana, vagaron sin rumbo, lanzando gritos ensordecedores, y toda suerte de espantosos clamores, bestias y pájaros de presa. En la agitada región, tremendos chacales lanzaron aullidos lúgubres, gritos insistentes los yatudhanas. Terribilísimas nubes, semejantes a elefantes de hundidas sienes, extendieron una lluvia de sangre y entenebrecieron el cielo. La oscuridad llegó a ser horrible, profunda, a hacer erizarse los cabellos; los puntos cardinales y sus intervalos dejaron de distinguirse netamente. El crepúsculo llegó antes de la hora y tomó un tinte sangriento. Khara encontró fieras y pájaros de aspecto y gritos aterradores. Garzas reales, hienas, buitres, lanzaban chillidos formidables. Horribles chacales, cuya presencia es siempre de mal augurio, en la guerra, aullaron frente al ejército, vomitando llamas por sus fauces. Un tronco decapitado, semejante a una masa, apareció cerca del Sol. Surta, bien que no fuese el día de la conjunción, fue devorado por Svanbhanú, el gran meteoro. El viento se desencadenó furioso; de pronto, el astro del día se apagó. Se vio, bien que no fuese de noche, estrellas errantes, semejantes a moscas luminosas; los peces y los pájaros manteníanse agazapados y los lotos de los estanques se marchitaron. En un instante los árboles quedaron despojados de sus flores y de sus frutos; sombrías nubes de polvo levantáronse sin que hiciera viento. «¡Cikikuci», así graznaban las conejas, mientras meteoros de aspecto formidable pasaban ruidosamente. La tierra tembló con montañas, bosques y selvas. Mientras que, de pie en su cerro, el inteligente Khara lanzaba gritos, un escalofrío agitó

su brazo izquierdo; su voz se detuvo, su mirada se veló con lágrimas, mientras lanzaba los ojos a todos lados. Su frente se surcó de arrugas; pero, en su demencia, no hizo marcha atrás.

Viendo aquellos prodigios que hacían erizar el cabello, Khara dijo, riendo burlescamente, a todos los rakshasas: «Todos estos grandes prodigios de aspecto aterrador que surgen no pueden en modo alguno hacer mella a mi fuerza, como en el poderoso no hace mella el débil. Las estrellas mismas harían caer del firmamento con mis acerados dardos. En mi cólera, a Mrityú la sometería al imperio de la muerte. Ese raghava, confiado en su vigor, y su hermano Lakshmana, incapaz sería de volver sobre mis pasos sin haberles matado con mis dardos agudos. Mi hermana, a causa de la cual he jurado la pérdida de Rama y de Lakshmana, ¡que satisfaga su deseo bebiendo la sangre de los dos! Jamás hasta ahora he sido vencido en campo de lucha. Vosotros sois testigos de que no miento. El rey mismo de los dioses, si viniese, en mi cólera, montado sobre Airavata, borracho de mada, con el trueno en la mano, le mataría en el combate; con más razón a esos dos mortales.»

Oyendo este lenguaje lleno de jactancia, el gran ejército de los rakshasas experimentó una alegría sin igual, ¡él, al que Mrityú tenía ya en sus redes! Avanzaban llenos de vigor, impacientes por combatir. Rishis, devas y gandharvas, siddhas y caranas de santo karmán reuniéronse y se dijeron unos a otros: «¡Salve a las vacas, a los brahmanes y a todos los seres estimados del Mundo! ¡Pueda Raghava, en la lucha, vencer a los pulastyas, esos merodeadores nocturnos, como, con el disco en la mano, Vishnú venció a la flor de los asuras!» Este voto y otros muchos, no obstante formularlos repetidamente, los excelentes rishis, intrigados, así como los devatás, de pie sobre sus carros, contemplaban aquel ejército de rakshasas, próximo a la destrucción.

Sobre su rápido carro, Khara iba delante de su ejército. Cienagamin, Prithugriva, Yajnasatru, Vihamgama, Durjaya, Karaviraksha, Parusha, Kalakarmuka, Hemamalin, Mahamalin, Sarpasya y Rudhirasana, estos doce valerosos guerreros iban alrededor de Khara. Mahakapala, Sthitlaksha, Pramatha, Trisiras, los cuatro seguían a Dushana, a la cabeza de las tropas. En un impulso terrible, llevados de su impaciencia por empezar la lucha, este ejército formidable de rakshasas lanzábase sobre los dos príncipes, como un grupo de constelaciones sobre Candra y Surya.

## S A R G A X X I V

## KHARA Y SU EJÉRCITO LLEGAN A LA ERMITA DE RAMA

Mientras que Khara, el del valor brutal, avanzaba hacia la soledad de Rama, éste, con su hermano, fue testigo de los presagios. Viendo aquellos aterradores prodigios, funestos a los seres, Rama, en el colmo de la emoción, dijo a Lakshmana: «Mira, guerrero de los grandes brazos, esos formidables presagios, que ponen fuera de sí a todos los seres indican la pérdida de todos los rakshasas. Las nubes dejan caer gotas de sangre con terrible estruendo; vagan por el espacio espantables, terriblemente sombrías. Un vapor se desprende de todas mis flechas, a las que la lucha alegra; mis arcos de lomo de oro agitanse por sí mismos, ¡oh héroe prudente! Los gritos de los pájaros que frecuentan este bosque significan que delante de nosotros marcha el espanto, y que la vida de nuestros adversarios está en peligro. Una lucha formidable va a entablarse; no hay duda de ello. Tengo como garantía segura este estremecimiento que me recorre el brazo sin cesar. Cerca está para nosotros el triunfo, ¡oh héroe!, y la derrota para el enemigo. Tu rostro resplandece de alegría. Los que avanzan para el combate, con el rostro pálido, Lakshmana, están perdidos. Se oyen los aullidos formidables de los rakshasas, de crueles maldades, y el ruido de sus gongos. No obstante, el hombre avisado debe pensar en el porvenir, si desea el triunfo y teme la desgracia. Por consiguiente, coge a Vaidehí, armado con tus flechas y tu arco, y refúgiate en una caverna de la montaña, inaccesible, disimulada por los árboles. No quiero que infrinjas esta orden; júrame por mis pies cumplirla, amigo, y vete sin tardar. Valiente eres y lleno de coraje; que los matarías no hay duda; pero yo quiero exterminarlos, yo mismo, a todos esos merodeadores nocturnos».

Oyendo estas palabras de Rama, Lakshmana, acompañado de Sitá, cogió sus flechas y su arco y se retiró a una gruta inabordable. Cuando Lakshmana hubo entrado en la caverna con Sitá Rama dijo: «Ahora está bien», y revistió su coraza. Adornado con su armadura, brillante como el fuego, Rama parecía un inmenso brasero, encendido en las tinieblas. El héroe empuñó su gran arco, con sus flechas, y permaneció de pie, llenando con las vibraciones de su cuerda los puntos del horizonte. En aquel momento, los devas y los gandharvas, los siddhas con los caranas, reuniéronse magnánimes, descosos de contemplar la

lucha. Los rishis, los del alma grande, los excelentes brahmars-his, se juntaron, llegados de todas las partes del Mundo; y re-unidos todos, aquellos santos personajes decíanse unos a otros: «¡Puedan las vacas, los brahmanes y los jefes de nación quedar a salvo!» Así exclamaban con voz unánime: «¡Pueda Raghava, en la lucha, vencer a los Pulastqas, esos merodeadores noctur-nos, como el dios armado del disco venció, en el combate, a todos los toros de entre los asuras!» Habiendo hablado así, añadieron, mirándose unos a otros: «¡Catorce mil rakshasas autores de hazañas terribles, y el virtuoso Rama solo! ¿Cómo podrá haber lucha?» Así decían los rajashis, los siddhas y con su cortejo los toros de los Dos-veces-nacidos. Los devatas, intri-gados, permanecían de pie en sus carros.

Al ver a Rama, revestido de esplendor, de pie a la extre-midad del campo de batalla, todos los bhutas temblaron de espanto. «El aspecto incomparable de ese Rama, el de las haza-ñas inmortales, aseméjase al del magnánimo Rudra enfurecido.» Así se expresaban devas, gandhavas y caranas.

En aquel momento, lanzando un clamor inmenso, terrible, con sus escudos, sus armas y sus estandartes, el ejército de los yatudhanas acorrió de todas partes. Lanzaban gritos bélicos y se empujaban unos a otros, armando sus arcos, la boca siempre abierta, vociferando a más no poder y redoblando en sus tambores. Aquel espantoso ruido llenó el bosque y heló de es-panto a sus habitantes, que escaparon lejos de la terrible alga-rabía sin volver la cabeza atrás. El ejército de rakshasas lan-zóse, impetuoso, sobre Rama, blandiendo toda suerte de armas, encrespado, semejante al mar. No obstante, Rama, guerrero lleno de experiencia, paseaba sus miradas por todos lados. Cuando advirtió el ejército de Khara, marchó a su encuentro para com-batirle; armó su arco temible y sacó flechas de su carcaj. Lanzó además un penetrante grito, señal de muerte para todos los rakshasas. Encolerizado cual estaba, era terrible de ver; lla-meaba como el fuego que pone fin a cada Yuga. El brillo que proyectaba hizo temblar a las deidades del bosque. En su furor Rama asemejábase al dios armado con la maza, cuando se le-vantó para destruir el sacrificio de Daksha. Con sus arcos, sus pertrechos guerreros, sus carros, sus corazas con tintes de fuego, el ejército de los comedores de carne tenía el aspecto de un montón de nubes sombrías, al levantarse el Sol.

## S A R G A X X V

## COMBATE DE RAMA CONTRA LOS YATUDHANAS

Al llegar a la ermita Khara con sus gentes, advirtió, armado de su arco y furioso, a Rama, el destructor de sus enemigos. Viendo al héroe, en la mano el arco en tensión, lanzando gritos terribles, el rakshasa apremió a su escudero para que lanzase el carro contra él. A esta orden, el suta lanzó sus caballos en dirección a Rama, el de los grandes brazos, que solo, agitando su arco, manteníase de pie. Viéndole precipitarse de aquel modo sobre Rama, los merodeadores nocturnos, sus compañeros, acudiendo de todas partes, le rodearon. En medio de su yatudhanas, Khara, sobre su carro, asemejábase a Lohitanga, cuando se levanta entre las estrellas. Entonces, haciendo llover sobre Rama, el del sin igual coraje, mil dardos, Khara lanzó su gran grito de guerra. Furiosos, todos los merodeadores nocturnos lanzaron tiros de todas clases sobre el terrible arquero, el invencible Rama. Martillos de hierro, venablos, picas, espadas, hachas; los rakshasas, en el colmo de la rabia, pegaban con ellos al héroe. Semejantes a nubes con su estatura colosal y su fuerza extraordinaria, lanzaban sobre Kakutstha sus carros y sus caballos. Montados sobre elefantes altos como picos de montaña, en su deseo de vencer, las tropas de rakshasas cubrieron a Rama con una granizada de proyectiles.

Cual, el Indra de los montes sobre el que inmensas nubes derraman sus aguaceros, así estaba Rama, rodeado de todos los rakshasas de terrible aspecto. Como en días fijos, Mahadeya es rodeado por batallones de satélites, así Raghava lo estaba por los dardos lanzados por los yatudhanas. Era un receptáculo para los dardos enemigos como el océano lo es para la multitud de ríos. Las armas terribles que desgarraban sus miembros no le hacían vacilar. Semejante a un gran monte alcanzado por numerosos manojos de rayos inflamados, Raghava, herido, tenía los miembros chorreando sangre. Parecía un sol envuelto por nubes crepusculares. Una profunda emoción se apoderó de dioses, gandharvas, siddhas y de los suprenos rishis, contemplando a aquel hombre solo, asaltado por numerosos millares de adversarios. Rama, sin embargo, encolerizado, describiendo un círculo con su arco, lanzó en la lucha, por centenares y por millares, dardos agudos, imposibles de evitar, irresistibles, como las redes de Kala. Lanzó, divir-

tiéndose, flechas con plumas de garza real, doradas. Las flechas lanzadas por Rama, entreteniéndose, sobre los batallones enemigos, arrancaban a los rakshasas los alientos, como las redes que lanza Kala. Atravesaban el cuerpo de los rakshasas y teñíanse con su sangre. Volaban en el espacio y llameaban como hachones de fuego los dardos innumerables que Rama cogía de su carcaj. Caían, formidables en exceso, quitando a los rakshasas sus alientos. Arcos, altos estandartes, escudos y corazas, brazos adornados de brazaltes, muslos semejantes a trompas de elefante, con sus dardos, Rama quebrábalos en la refriega por centenares y por millares. Caballos con arneses de oro, enganchados a sus carros y sus conductores elefantes con quienes los montaban, caballeros con sus caballos, eran atravesados, rotos por los dardos que Rama lanzaba con su arco. A los infantes, los exterminaba en la lucha y los precipitaba a la mansión de Yama. Destrozados por las nalikas, las narakas y las vikarnis de aguzada punta, los rondadores nocturnos lanzaban espantosos alaridos. Aquel ejército, diezmado por tiros de todas clases de llegada mortal, no resistía más a Rama que un bosque seco a un incendio.

Algunos merodeadores nocturnos, llenos de fuerza y de valor, en el paroxismo de la rabia, lanzaron contra Rama picas, venablos, hachas. El héroe de los grandes brazos, evitando sus armas, les quitó la vida en la refriega, cortándoles la cabeza con su arco. Decapitados, caían por tierra, la coraza y el arco rotos, como los árboles que derriba Suparna con el azote de sus alas. Los sobrevivientes de aquellos merodeadores nocturnos, desalentados, corrieron a buscar junto a Khara un abrigo contra los mortales dardos.

Dushana, reconfortando a todos aquellos fugitivos, empuñó su arco y se lanzó encolerizado. Todos volvieron al combate, tranquilizados por el apoyo de Dushana, y lanzáronse sobre Rama armados de troncos de salas, de talas y de pedazos enormes de rocas. Venablos, martillos y redes en las manos, aquellos valerosos guerreros lanzaron sobre el campo de batalla granizadas de dardos, granizadas de proyectiles. Los rakshasas hicieron llover avalanchas de árboles, avalanchas de piedras. El combate era prodigioso, formidable y hacía erizar los cabellos. La lucha llegó a ser terrible entre Rama y los rakshasas. Estos, en su furor, golpearon de nuevo por todos lados a Raghava.

Al ver todas las regiones y sus intervalos rodeadas de rakshasas llegados de todas partes, el poderoso guerrero, cubierto por una granizada de dardos, dejó oír un grito terrible y lanzó sobre los rakshasas el dardo extremadamente brillante



de Ghandharva. Entonces, millares de dardos partieron de la curva del arco; las diez regiones quedaron llenas de proyectiles amontonados. Los rakshasas advertían el arco retumbante, que tendido lanzaba flechas terribles entre todas, con las cuales eran abrumados. Rama, con sus dardos, oscurecía la atmósfera y al astro del día. Permanecía de pie mientras lanzaba sus dardos. Los rakshasas caían a montones; eran muertos a montones; yacían a montones; la tierra estaba cubierta de ellos. Heridos, abatidos, destruidos, traspasados, despedazados, desgarrados, veíaseles aquí y allá por hecatombes. Cabezas tocadas con turbantes, brazos adornados con anillos, muslos y brazos cortados; con sus diversos atavíos, caballos, elefantes escogidos, carros hechos pedazos, espantamoscas de cola de yaks, quitasoles, estandartes de todas clases, derribados, destruidos por los dardos de Rama, venablos y picas rotas, el campo de batalla estaba cubierto de todo ello y ofrecía un aspecto espantoso.

En presencia de tal carnicería, los rakshasas, en el colmo del dolor, no podían, todos reunidos, hacer retroceder a Rama, el vencedor de las ciudadelas enemigas.

## SARGA XXVI

### RAMA DESTRUYE EL EJÉRCITO DE LOS RAKSHASAS Y MATA A DUSHANA, SU GENERAL

Dushana, el de los grandes brazos, viendo su primer ejército destruido por Rama, púsose a la cabeza de cinco mil rakshasas de impulso terrible, invencibles hasta entonces, que en los combates jamás volvían la espalda. Armados de venablos, de picas, de sables, de piedras e incluso de árboles, hicieron llover sobre Rama, por todas partes, sin poder, sin conseguir herirle, una granizada de proyectiles. A aquella formidable avalancha de árboles y de rocas, mortal para cualquier otro, el virtuoso Raghava le oponía sus agudos dardos; recibió aquel aguacero como un toro, con los ojos cerrados. Rama sintió una rabia extrema, funesta para todos los rakshasas. En su furor, parecía que lanzaba llamas. Con su arco atacó por todos lados al ejército y a su general. Irritado, Dushana (*dushana*, fatal a sus enemigos), cubrió a Raghava de proyectiles semejantes a manojos de rayos. Rama, lleno de cólera, con un dardo en forma de navaja de afeitar, rajó su arco enorme. En la lucha,

el héroe mató sus cuatro caballos con otros cuatro afilados dardos; abatidos los caballos, con otro dardo en forma de media luna, cortó la cabeza del escudero y alcanzó por tres veces al rakshasa en pleno pecho. Este, su arco roto, sin carro, sus caballos muertos, su escudero sin vida, empuñó una maza semejante a la cima de una montaña, cuya sola vista hacía erizar el cabello; maza revestida de láminas de oro, plaga del ejército de los devas, guarnecida de aceradas puntas de hierro, untada incluso con la grasa de sus enemigos, de contacto semejante al del rayo, rompedora, en fin, de las puertas de las ciudades enemigas.

Blandiendo aquella maza, en la refriega, como una gran serpiente. Dushana, el merodeador nocturno, el del cruel karmán, precipitóse sobre Rama. Cuando Dushana se arrojaba sobre él, Raghava con dos dardos le cortó los brazos con sus adornos. La enorme maza del rakshasa cayó sobre el campo de batalla al tiempo que los cortados brazos: cual un estandarte abatido por Indra. Los dos brazos amputados, Dushana se dejó caer por tierra, como un majestuoso y colosal elefante al cual quiebran los colmillos. Al ver a Dushana yaciendo muerto en el campo de batalla, todos los seres aplaudiendo a Kakutstha gritaron: «¡Bravo, bravo!».

En aquel intervalo, tres rakshasas furiosos que iban a la cabeza del ejército, se lanzaron juntos sobre Rama; enlazados estaban en la red de Mrituyú. Eran Mahakapala, Sthulaksha y Pramathin, llenos de valor. El rakshasa Mahakapala blandía un enorme venablo; Sthulaksha iba armado con un arpón, y Pramathin con un hacha. Viéndoles lanzarse sobre él, Raghava, con sus flechas agudas, las de acerada punta, anticipóse a ellos, cual se va al encuentro de huéspedes que llegan. El héroe, alegría de Raghú, cercenó la cabeza de Mahakapala, acogió a Pramathin con dardos innumerables, y llenó de flechas los gruesos ojos de Sthulaksha. Este, herido, cayó al suelo como un gran árbol de espesas ramas. Rama, furioso, exterminó, en un instante, los cinco mil rakshasas que escoltaban a Dushana, con ayuda de cinco mil flechas, y los condujo a la mansión de Yama.

Cuando supo la muerte de Dushana y de sus compañeros, Khara, furioso, ordenó a los valerosos jefes del ejército: «Dushana ha caído en la refriega con su escolta. Combatid con vuestro poderoso ejército a Rama, ese hombre vil. Abruñadle con tiros de todas clases, vosotros todos, rakshasas.» Esto diciendo, Kara, lleno de rabia, lanzóse él mismo sobre Rama. Syenagamin, Prithugriva, Yajñasatru. Vihamgama, Dur-

jaya, Karaviraksha, Parusha, Kalakarmuka, Hmamalin, Mahamalin, Sapasya y Rudhirasana; estos doce valerosos oficiales con sus batallanos se precipitaron sobre Rama, lanzándole poderosos dardos. El valeroso guerrero destruyó el resto de aquel ejército por medio de proyectiles centelleantes como el fuego, incrustados de oro y de diamantes. Las flechas con el tallo de oro, sin plumas, semejantes a llamas mezcladas con humo, abatieron a los rakshasas como el rayo a los grandes árboles. Rama mató, en el frente de banderas, cien rakshasas con un centenar de dardos provistos de orejeras, y mil con un millar. Sus corazas con sus adornos hechas trizas por aquellos dardos, sus arcos rotos, quebrados, los merodeadores nocturnos caían por tierra, cubiertos de sangre. Las cabelleras cortadas, yacían ensangrentadas sobre el campo de batalla: toda la tierra estaba llena de ellos, como una gran vedi lo está de césped. En un instante el terrible bosque, con aquellos cadáveres de rakshasas y el barro de carne y de sangre de que estaba cubierto, tomó el aspecto de un infierno.

Catorce mil rakshasas de terrible aspecto fueron destruidos por un solo hombre, Rama, que combatía a pie. De todo aquel ejército no quedaba sino Khara el del gran carro y el rakshasa Trisiras, contra Rama, el azote de sus enemigos. Todos los otros rakshasas, valerosos, temibles, invencibles hasta entonces, habían sido muertos en el frente de banderas por el hermano mayor de Lakshmana. Al ver a su poderoso ejército destruido en una lucha formidable, leal, por aquel héroe todopoderoso. Khara lanzó sobre Rama su gran carro, semejante a Indra blandiendo el trueno. Viendo a su terrible ejército destruido en lucha formidable por Rama, más poderoso que Dharma, Khara, cual Indra blandiendo el rayo, echó sobre él su gran carro.

## SARGA XXVII

### MUERTE DE TRISIRAS

Como se lanzase al encuentro de Rama, el general del ejército, el rakshasa llamado Trisiras, acudiendo a él, dijo a Khara: «Déjame avanzar; detén tu ímpetu. Asiste a la caída de Rama el de los grandes brazos en el campo de batalla. Te juro la verdad: con el arma que tengo voy a matar a Rama y a vengar la muerte de todos los rakshas. Yo seré su Mrityú, en este

duelo o el será el mío; comprime tu deseo de combatir por un instante, permanece espectador. Rama muerto, volverás gozoso a Janasthana; o si yo sucumbo, entonces te medirás con él.»

Khara se dejó persuadir por Trisiras, al que Mrityú enloquecía: «Ve y combate», le dijo. Así autorizado, Trisiras avanzó contra Raghava. Subido en un carro del que tiraban caballos, lanzóse para combatir a Rama, cual un monte de tres crestas. Hizo llover una granizada de dardos, como una gran nube, y lanzó un grito seniejante al ruido de un tambor destemplado por el agua. Raghava advirtió al rakshasa Trisiras que avanzaba. De su arco que empuñó separó sus dardos acerados. Un duelo formidable se entabló entre Rama y Trisiras, dotados ambos de extremo vigor; hubiérase dicho un león y un elefante. Trisiras, habiéndole alcanzado en la frente con tres dardos Rama, exasperado, furioso, le dijo con tono sarcástico: «¡Oh!, ¡qué fuerte es este brazo, rakshasa, que me lanza a la cabeza dardos como flores! Recibe, en cambio, estas flechas que te envía la cuerda de mi arco.»

Al ver que se burlaba de él de este modo, Trisiras, lleno de cólera y de rabia, le lanzó catorce dardos, semejantes a serpientes venenosas, en pleno pecho. El valeroso Rama, con cuatro flechas de redondeados nudos, abatió sus cuatro ágiles caballos. Con otras ocho mató a su escudero en su propio asiento. Aún con una, Rama derribó su inmenso estandarte. Y cuando el merodeador nocturno caía de su carro deshecho, con otros dardos le atravesó el corazón. Trisiras se quedó sin fuerza. El héroe del valor sin medida, en su furor contra aquel rakshasa, le cortó sus tres cabezas con tres impetuosos dardos. El rondador nocturno, dejando escapar en oleadas una sangre humeante, por los golpes con que Rama le agobiaba, cayó en el campo de batalla, en el que había permanecido tras la muerte de los suyos. Los supervivientes de entre los rakshasas, desmoralizados, no teniendo ya otra esperanza que Khara, he aquí que empezaron a huir, sin aguantar más, como gacelas a las que persigue el cazador. A la vista de aquella derrota, Khara, revolviéndose furioso, marchó a toda prisa al encuentro de Rama, como Rahú hacia Candramas.

## SARGA XXVIII

## DUELO ENTRE RAMA Y KHARA

Cuando vio a Dushana muerto, así como a Trisiras, Khara tembló considerando el valor de Rama. Y ante el espectáculo del ejército de los rakshasas, invencible, poderoso, destruido tan sólo por Rama, lo mismo que Dushana y Trisiras, aquel ejército, cuando le vio casi enteramente exterminado, el rakshasa Khara, desconcertado, abordó a Rama como Namuci a Vasava. Blandiendo su gran arco, Khara lanzó contra Rama dardos sedientos de sangre, semejantes a serpientes llenas de cólera y de veneno. Khara, sobre su carro, hizo vibrar sin interrupción la cuerda de su arco; desplegando su habilidad como tirador, abrióse un pasaje en el campo de batalla por medio de sus dardos. Aquel guerrero del gran carro cubrió con sus proyectiles las regiones y los intervalos. Al verle Rama armado con su arco prodigioso, con sus flechas irresistibles, semejantes a hachones centelleantes, llenó todos los huecos del espacio, como Parjanya con sus chaparrones. Los acerados tiros de Khara y de Rama envolvían completamente la atmósfera, que parecía haber desaparecido. El Sol ya no brillaba, velado como estaba por los proyectiles que, con el deseo de matarse el uno al otro, lanzábanse los dos combatientes.

Khara, con dardos nalikas y con vikarnis de aguzada punta, tocó a Rama, como se pincha con el aguijón a un elefante. Aquel rakshasa, de pie sobre su carro, arco en mano, lleno de confianza, pareció a todos los seres cual Antaka armado de su red. El destructor de todo su ejército, confiado en su bravura, el poderoso Rama, Khara le creyó agotado. Cuando vio a Khara avanzar como una fiera, lleno de coraje, con el orgulloso porte de un león, Rama no tembló, como no tiembla otro león ante una débil gacela.

Entretanto, montado en su carro brillante como el Sol, Khara se acercaba a Rama, como una mariposa a la llama. Khara mostró su destreza cortando la flecha y el arco del magnánimo Rama, por el sitio en que se pone la mano. Cogió otros siete dardos, semejantes a los rayos de Sakra, y furioso le dió con ellos en pleno pecho, en la lucha. Khara abrumó con un millar de tiros a Rama, dotado de incomparable energía; al tiempo que luchaba, lanzaba grandes gritos. Rota por los dardos de hermosos nudos que lanzaba Khara,

la coraza de Rama, brillante como el Sol, cayó al suelo. Alcanzado por aquellos proyectiles en todos sus miembros, el descendiente de Raghú, Rama, centelleaba de furor, durante el combate y llameaba como un brasero sin humo. Rama, azote de sus enemigos, para pérdida de su adversario, armó con ruido formidable otro arco poderoso, arma colosal de Vishnú, don precioso del gran rishi Agastya. Rama, blandiendo este arco contra Khara, que se precipitaba sobre él, con ayuda de flechas dentadas de oro, kanaka, de nudos redondeados, abatió lleno de furor su bandera en la lucha. Aquel notable estandarte de oro kancana, roto por numerosos sitios, cayo a tierra, como el Sol por orden de las divinidades.

Khara, irritado, apuntando al corazón, atravesó con cuatro marganas los miembros de Rama, que parecía un elefante bajo los aguaceros. Rama, herido por numerosos tiros partidos del arco de Khara, y con los miembros cubiertos de sangre, sintió una cólera violenta. El, el mejor de los arqueros, de destreza enorme, lanzó en aquel momento crítico de la lucha, seis flechas bien dirigidas. Con un dardo hirió a Khara en la cabeza, con otros dos, en los dos brazos, los tres últimos, en forma de media luna, le alcanzó el pecho. Luego, el ilustre guerrero, en su furor, lanzó contra el rakshasa trece naracas, brillantes como el Sol, aguzadas en la piedra. Con un tiro abatió el yugo de su carro, con otros cuatro sus corceles bayos, con un sexto cortó, en la lucha, la cabeza del escudero de Khara. Mediante otros tres, el valeroso y potente guerrero quebró el triple bambú; con otros dos, el eje; con el dozavo dardo cortó el arco de Khara junto a la mano que le empuñaba. Con el decimotercero, que brillaba como el rayo, Raghava, el igual de Indra, atravesó a Khara como quien juega.

Roto su arco, sin carro, sus caballos muertos, su escudero sin vida, Khara, una maza en la mano, descendió a tierra y mantúvose de pie. Esta hazaña de Rama, el del gran carro, los devas y los maharshis reunidos, la celebraron haciendo el anjalí. Gozoso, agrupáronse en lo más alto de sus palacios aéreos.

## SARGA XXIX

### RAMA Y KHARA SE INVECTIVAN UNO A OTRO

El ilustre Rama dirigió a Khara, privado de su carro, y que estaba allí de pie, maza en mano, un lenguaje severo que empezó en un tono lleno de moderación: «Cuando estabas a

la cabeza de un gran ejército, compuesto de elefantes, de caballos y de carros, cometiste una mala acción que todo el mundo reprueba. Se evita, ¡oh perverso!, a aquel que perjudica a los demás; había de ser amo de los tres mundos y no subsistiría mucho tiempo. Al autor de un acto condenado por las gentes, ¡oh merodeador nocturno!, todos le matan sin piedad, como a una serpiente venenosa si se la encuentra. El que realiza el mal por pasión o por envidia, sin prever las consecuencias, perece con gran alegría de todos: tal la brahmaní que se alimenta de granizo. Los ascetas que permanecen en el bosque Dandaka, donde practican la virtud y se enriquecen en méritos, ¡no serás tú, ¡oh rakshasa!, el que goce del fruto de su asesinato! Los perversos, los seres crueles que el Mundo censura, si alcanzan la soberanía, no permanecen en ella mucho tiempo; caen como los árboles cuyas raíces son cortadas. Infaliblemente, el autor de una mala acción recibe de ella el fruto amargo, cuando el tiempo llega; cual el árbol adornado de flores en la estación propicia. No se tarda en recoger, en este Mundo, el fruto de las malas acciones; es como un alimento envenenado que se traga, ¡oh correteador nocturno! Los que realizan maldades horribles, que se complacen en perjudicar a los demás, en mi cualidad de rey, tengo la misión de quitarles la vida, ¡oh noctámbulo! Dentro de poco, lanzados por mí, dardos adornados de oro te atravesarán y te hundirán en el suelo desgarrándote, como serpientes en un hormiguero. Las gentes de bien a las que has devorado en el bosque Dandaka, dentro de poco abatido en el campo de batalla con tu ejército, las seguirás en la muerte. En breve, atravesado por mis tiros, los excelentes rishis a los que has matado precedentemente, te verán yaciendo en el Infierno, desde los carros celestiales en los que ellos están. Defiéndete como quieras; en guardia, ser infame, ahora, cortaré tu cabeza como una nuez de tala.»

Irritado por este lenguaje de Rama, el rakshasa, los ojos inyectados en sangre, respondió riendo burlonamente a causa de su propia rabia: «¿Cómo puedes envanecerte de este modo por haber matado en el combate, ¡oh hijo de Dasaratha!, a rakshasas inferiores? Los bravos, los valerosos, los que son los toros de los hombres, no hablan jamás en la borrachera del orgullo. Los espíritus vulgares, incapaces de dominarse, la espuma de los kshatriyas, en este Mundo, se alaban sin razón, como tú, Rama. ¿Qué guerrero se envanece de su raza en la lucha y, a punto de sucumbir, hace de él mismo un elogio inoportuno? Por tu jactancia acabas de demostrar claramente lo poco que vales; cual, brillando como el oro puro, un fuego de

hierbas kusas. ¿Es que no me ves aquí de pie, armado con una maza, inquebrantable, como una roca, y semejante a un monte rico en metales? Pues heme, sí, ante ti, con la maza en la mano, dispuesto a quitarte la vida en la lucha, así como a los tres mundos mismos, si fuera preciso; cual Antaka, armado de su red. Aun podría decirte muchas cosas, pero no las diré. Savitar alcanza el Asta; el combate no podría celebrarse ya. Catorce mil rakshasas han caído a tus golpes; condenándote a muerte hoy, enjugaré las lágrimas vertidas por ellos.»

Dichas estas palabras, lleno de furor, Khara lanzó contra Rama su maza, la de los maravillosos anillos, como un montón de centelleantes rayos. Lanzada por la mano de Khara, aquella enorme y fulgurante maza, tras haber reducido a cenizas árboles y zarzas, llegó cerca de Rama. Mientras que caía, semejante a la red de Mrityú, aquella enorme maza, cuando atravesaba el espacio, Rama con sus flechas la deshizo en pedazos. Triturada, rota por sus dardos, cayó al suelo como una serpiente abatida en virtud del poder de fórmulas y hierbas mágicas.

## SARGA XXX

### MUERTE DE KHARA

Una vez que hubo deshecho aquella maza con sus flechas, Raghava, enamorado de la justicia, dijo con una sonrisa mezclada de cólera: «He aquí, ¡oh el más vil de los rakshasas!, todo de lo que era capaz tu energía! Tu inferioridad en vigor hace loca su jactancia. Este arma que yace por tierra, triturada por mis dardos, es la desaparición de tu esperanza, de ti, que haces el fanfarrón. Lo que tú decías: «Voy a secar las lágrimas vertidas por la destrucción de los rakshasas», ¡vanas palabras estas! El rakshasa vil, despreciable y hablador que tú eres, yo voy a tomar su vida como Garutnam sustrajo el armirita. Mis dardos dentro de un momento van a cortarte el cuello, a romperte, y la tierra beberá tu sangre espumante e hirviente. Los miembros todos cubiertos de polvo, los brazos cercenados y dispersados, dormirás sobre la tierra, hesándola como a una amante feroz. Cuando estés hundido en ese profundo sueño, tú, que eres el oprobio de los rakshasas, este bosque de Dandaka volverá a ser el asilo de los que ellos mismos son asilos. El Janasthana, tu retiro, ¡oh rakshasa!, una vez destruida por mis dardos, los ascetas circularán sin temor



por todo el bosque. Hoy las rakshasis, sus parientes muertos, el rostro bañado en lágrimas, víctimas de la angustia, huirán espantadas, ellas, que sembraban el espanto entre los demás. Hoy, privadas de todo, conocerán el sabor del sufrimiento, las dignas esposas de aquellos de los que tú eras el jefe. ¡Oh naturaleza perversa, alma vil, perpetuo azote de los brahmanes!, a causa de ti los ascetas no vierten sino temblando la libación en el fuego.»

A este lenguaje indignado de Raghava, Khara respondió furioso mediante las más brutales invectivas: «En verdad que dominado por el mayor espanto, no obstante tu seguridad afectada, hundido estás en el terror; y bajo la garra de la muerte, no sabes ya lo que hay que decir y qué callar. En efecto, los hombres envueltos en la red de Kala, no conocen ya lo que deben o no deben hacer; tienen los seis sentidos perdidos.»

Tras haber hablado así a Rama, frunciendo el entrecejo, el merodeador nocturno divisó una enorme sala no lejos. Mirando a todos lados, por ver si encontraba un arma de combate, arrancó aquel árbol tremendo apretando los dientes. Luego, usando de su fuerza prodigiosa, le blandió con ambas manos y, lanzando un gran grito, lo lanzó sobre Rama, haciéndole dar mil vueltas, diciendo: «¡Muerto eres!»

El poderoso Rama, cuando el árbol caía, le deshizo con una granizada de dardos. Luego, en el colmo del furor, resolvió acabar con Khara, en aquella lucha. Cubierto de sudor y con los ojos rojos de cólera, atravesó a Khara con un millar de dardos. De sus heridas escaparon olas de sangre espumeante, como del monte Prasaravana caen los torrentes. Turbado por las flechas de Rama, Khara, al que el olor de sangre enloquecía, lanzóse sobre él. Al verle llegar lleno de furor y todo ensangrentado, Rama, empuñando un dardo, retrocedió vivamente dos o tres pasos. Para destruir a Khara cogió un dardo brillante como Pavaka y semejante a otro Brahmadanda. El virtuoso Rama empuñó este arma que tenía del sabio Maghavat, el rey de los suras, y la lanzó sobre Khara. Este dardo poderoso, al salir del arco armado por Rama, resonó como el huracán y alcanzó a Khara en pleno pecho. Khara cayó a tierra, consumido por el ardiente proyectil; cual Antaka, cuando Rudra le redujo a ceniza en Bosque-Blanco. Lo mismo que Vri-tra bajo el rayo, Namuci bajo la espuma, o Bala bajo el trueno de Indra, Khara cayó muerto.

En aquel momento, los devas reunidos a los Caranas hicieron resonar sus gongos; y por todas partes hicieron llover so-

bre Rama un chaparrón de flores, en el colmo de la alegría y del asombro: «En hora y media, Rama, con sus flechas acerdas, ha matado, en un gran combate, ¡catorce mil rakshasas que cambiaban de forma a su voluntad y que tenían a Khara y a Dushana por jefes! ¡Oh la gran hazaña de Rama, instruido en la ciencia del Atman! ¡Que valentía! ¡Su fuerza aseméjase a la de Vishnú!»

Habiendo hablado así, todos los dioses volviéronse como habían venido. Entonces vinieron todos los rajarshis y los paramarshis a felicitar a Rama llenos de alegría y acompañados de Agastya. Le dijeron: «Con un fin análogo, el ilustre Mahendra, el matador de Paka, Puramdara fue en otro tiempo al santo eremitorio de Sarabhaña. Tú has sido traído a este lugar asimismo, por las grandes rishis, para la destrucción de sus enemigos, los rakshasas de perverso karmán. Has cumplido tu misión respecto a nosotros, ¡oh hijo de Dasaratha! Los grandes rishis podrán dedicarse en adelante a sus deberes en el bosque de Dandaka.»

En el entretanto, el héroe Lakshmana con Sitá salió de su retiro rocoso y entró feliz en la ermita. Del mismo modo, Rama, de quien los grandes rishis celebraban el triunfo, volvió, él también, el valeroso, a su soledad, donde Lakshmana le celebró mucho. Al volver a ver a su esposo victorioso que acababa de devolver la felicidad a los grandes rishis, la venturosa Vaidhí le abrazó. Fue transportada por la más viva alegría, al ver a las tropas de rakshasas destruidas. Cuando volvió a ver a Rama sano y salvo, alegróse muchísimo la hija de Janaka. En verdad, sí, aquel destructor de los batallones de rakshasas, al que celebraban llenos de alegría los magnánimos solitarios, la hija de Janaka, al abrazarle de nuevo con vivísima emoción, sintióse feliz.

### SARGA XXXI

AKAMPANA HACE SABER A RAVANA LA RUINA DEL JANASTHANA (303)

Salido con toda premura del Janasthana, Akampana corrió a Lanká y dijo a Ravana: «Los numerosos rakshasas, establecidos en el Janasthana, ¡oh rey!, han perecido; Khara mismo ha caído en el campo de batalla del que yo, con mucha dificultad, he escapado.» A esta noticia, Dasagriva, los ojos encendidos por la cólera, dijo a Akampana, cual si hubiera querido

consumirle con el fuego de su furor: «El que ha destruido mi temible Janasthana muerto es. ¿Quién ha sido? Nadie en los mundos podría ofrecerle un abrigo. El que me ofende no puede encontrar salvación, aunque fuese Magahavat; Vaisravana mismo que fuera, Yama o Vishnú. De ocurrir tal cosa, yo sería entonces el *kala* de Kala; yo reduciría a cenizas a Pavaka en persona. Ya puedo someter a Mrityú a la ley de la muerte. Al Viento, yo le vencería corriendo. Sí, yo puedo consumir con el fuego de mi cólera a Aditya y a Pavaka.»

Akampana, haciendo el anjalí ante el furioso Ravana, el de los diez cuellos (304), con voz apagada por el espanto, solicitó su protección. Dasagriva, la flor de los rakshasas, se la concedió. Tranquilizado, Akampana le dijo, con tono fortificado: «Se trata de un hijo de Dasaratha, de cuerpo de león, joven; Rama es su nombre; tiene los hombros anchos, los brazos redondos, gordos y largos. La tez, oscura; es célebre, glorioso, no tiene igual en cuanto a la fuerza y la bravura: él es el que ha dado muerte en el Janasthana a Khara y a Dushana.»

A estas palabras de Akampana, Ravana, el jefe de los rakshasas, sopló estrepitosamente, como el Indra de los nagas, y dijo: Ese Rama, ¿iba acompañado del rey de los suras con todos los Inmortales cuando se ha acercado al Janasthana? Habla, Akampana.» A esta nueva pregunta de Ravana, Akampana le contó la energía y la bravura del héroe magnánimo: «Rama, tal es el nombre de este ilustre guerrero, el mejor de todos los arqueros. Posee las cualidades de las armas divinas; en el combate, despliega un valor extremado. Semejante a él, poderoso, la mirada viva, la voz retumbante como un gongo, es su joven hermano Lakshmana, cuyo rostro tiene el fulgor de la Luna llena. Acompañado de Lakshmana, como Anila de Pavaka, esc afortunado rey de los reyes, es por él por el que el Janasthana ha sido destruido. No, los devas magnánimos nada tienen que ver en esto; es un pensamiento que hay que desecharlo; son las flechas de pie de oro, lanzadas por Rama, volando por el espacio, y transformadas en serpientes de cinco cabezas, las que han devorado a los rakshasas. Por cualquier lado que huían los rakshasas, consumidos de espanto, encontraban a Rama ante ellos, de pie. He aquí cómo ha destruido tu Janasthana, ¡oh amo irrefragable!»

Cuando hubo oído a Akampana, Ravana dijo: «Yo iré al Janasthana a matar a Rama y a Lakshmana.» Así habló. Entonces Akampana añadió: «Escucha, ¡oh rey!, cuál es la fuerza, la valentía de Rama. En su cólera, Rama es de una bravura irresistible. Ese famoso guerrero con sus flechas detendría el

curso impetuoso de un torrente desbordado. Abatiría incluso el firmamento con sus estrellas, sus constelaciones y sus planetas. Más aún, esc Rama, si la Tierra se hundiese, sería tan fuerte como para levantarla. Ese príncipe quebrantaría el empuje del mar; sumergiría los mundos; el ímpetu del Océano, la tempestad, la domaría con sus dardos. Tras haber destruido los mundos mediante su energía, este ilustre héroe, el mejor de todos, podría emitir una nueva creación. No, en verdad, a Rama, ¡oh Dasagriva!, no podrías vencerle en lucha, ni siquiera con la ayuda del pueblo de los rakshasas, como los malos no podrán conquistar el paraíso. A mi juicio no podría ser domado ni siquiera por los devas y los asuras reunidos. Pero he aquí el medio de deshacerte de él, préstame la mayor atención: Tiene por esposa la más hermosa mujer del Mundo, Sitá, la de estatura elegante. La tez oscura, los miembros bien proporcionados; es una joya de mujer adornada de joyas. Ni Deví, ni Gandharv, ni Apsará, ni Pannagí, le son comparables, y con mucha más razón ninguna mortal. Arrebátale su esposa, tras haberle extraviado en el gran bosque. Privado de Sitá, Rama no podrá ya vivir.»

Este lenguaje agradó a Ravaga, el jefe supremo de los rakshasas. Reflexionó, y dijo a Akampana: «Bien. Mañana iré solo con mi escudero y me traeré gozoso a esa princesa del Videha a mi capital.» Tras estas palabras, Ravana púsose en camino en un carro tirado por dos asnos; resplandeciente como el Sol, iluminaba todos los puntos del horizonte. Aquel gran carro del Indra de los rakshasas seguía el sendero de las estrellas; en su curso rápido, brillaba como la Luna en el seno de una nube. El rey de los rakshasas fue a la lejana ermita del hijo de Tatahá, de Maricha, que, por honrarle, le presentó alimentos de todas clases, desconocidos de los hombres. Tras haber ofrecido a su jefe el sitio y el agua de honor, Maricha le dijo con tono lleno de atención: «¿Va todo bien, ¡oh rey de los mundos!, jefe supremo de los rakshasas? Estoy intrigado, dada mi ignorancia, a propósito del motivo de tu inopinada visita.»

A esta cuestión de Maricha, el poderoso Ravana respondió como discurridor hábil: «Mi ciudadela, amigo, acaba de ser derribada por Rama, el de las inmortales hazañas. El Janasthana, inexpugnable hasta ahora, ha sido completamente destruido por su armas. Ayúdame a quitarle su mujer.» Oyendo estas palabras del Indra de los rakshasas, Maricha replicó: «¿Qué enemigo, bajo la apariencia de amistad, te ha nombrado a Sitá? ¿Quién, por otra parte, ¡oh tigre de los rakshasas, te desfavorece de este modo, tras haber sido favorecido por ti? «Trae Sitá

aquí.» ¿Quién te ha hablado así? ¡Dímelo! ¿Quién desea abatir la cabeza del pueblo entero de los rakshasas? El que te ha inspirado este propósito es tu enemigo, sin duda alguna, puesto que te quiere hacer arrancar de su misma boca el gancho venenoso de una serpiente. ¿Quién, pues, mediante este acto, pretende extraviarte? Mientras duermes tranquilo, ¡oh príncipe!, ¿quién te hiere en la cabeza? Con su extracción de una raza ilustre como punta de trompa, su valentía por nada, sus brazos tendidos como colmillos, Raghava, ese elefante almizclado, ¡oh Ravana!, imposible te sería soportar su presencia en el campo de batalla. Ese hombre-león, con su melena erizada en lo más fuerte del combate, que mata a los atrevidos rakshasas como a gacelas, de estar dormido no te atreverías a despertarle; las flechas de que su carcaj está lleno son sus garras, y su espada afilada sus colmillos. ¡Oh rey de los rakshasas!, no vayas a meterte en las fauces horribles de este Patala cual es Rama, que tiene un arco por cocodrilos, el vigor de sus brazos por limo, dardos como guirnaldas como olas, un inmenso campo de batalla por sábana de agua. Permanece tranquilo, ¡oh amo de Lanká! Indra de los rakshasas, cálmate y vuelve apaciblemente a tu capital. Regocíjate de continuo con tus esposas, pero ¡deja a Rama regocijarse con la suya en el bosque!»

A estas palabras de Maricha, Ravana, el de los diez cuellos, volvió a su ciudad de Lanká, y entró en su palacio.

## SARGA XXXII

### SURPANAKHÁ VA A LANKÁ (305)

Entretanto, Surpanakhá, viendo catorce mil rakshasas de karmán formidable muertos por Rama él solo; al contemplar a Dushana, a Khara y a Trisiras caídos en el campo de batalla, lanzó de nuevo inmensos clamores, semejantes a una nube. En presencia de la hazaña de Rama imposible a todo otro, se fue presa de la mayor turbación, a Lanká, donde Ravana reinaba. Vio en la terraza de su palacio a Ravana, el del brillo fulgurante, rodeado de sus ministros, como Vasava de los maruts. Ocupaba un trono de oro brillante como el Sol, y proyectaba una claridad semejante a la de un gran fuego encendido en un altar de oro. Devas, gandharvas, bhutas, rishis magnánimos, no podían vencer a aquel guerrero temible, el de la boca enorme como la de Antaka. En el combate entre los de-

vas, y los asuras había sido herido por un pedazo de rayo; guardaba aún en el pecho las cicatrices de las desgarraduras hechas por la punta de los colmillos de Airavata. Tenía veinte brazos, diez cuellos; estaba rodeado de las insignias de su calidad; el pecho ancho, valeroso, llevaba los signos distintivos de la realeza. Lucía un brillante collar de esmeraldas, adornos de oro fino; grandes brazos, dientes blancos, una cara enorme; su estatura era la de un monte. En la guerra de los dioses, Vishnú le había herido cien veces con su Cakra; otros dardos y proyectiles, en medio de los grandes combates, le habían alcanzado. Sus miembros, no obstante, permanecían enteros; no habían sido estropeados por las armas de los devas. Los océanos imposibles de levantar, él los levantaba sin esfuerzo. Las crestas de las montañas le servían de proyectiles; azote de los suras, transgredía las leyes y ultrajaba a las mujeres de los demás. Manejaba todas las armas divinas y ponía constantemente obstáculos a los sacrificios. Habiendo ido a la ciudad de Bhogogavatí, había domado allí a Vasuki. Tras haber triunfado de Takshaka, le quitó su tierna esposa. Escaló el monte Kailasa y venció a Naravahama. El carro Pushpaka que le transportaba donde quería, se lo quitó. El bosque divino de Caitraratha, su estanque de lotos, el bosque Nandana, con su cólera y valentía destruyó estos lugares de placer de los devas Candra y Surya, cuando se levantaban en todo su esplendor, estas dos calamidades para sus enemigos, él los detuvo con sus dos brazos, semejante a la cima de una montaña. Tras haber practicado durante diez mil años en un gran bosque, precedentemente, lleno de constancia, un durísimo ascetismo, volvió sus cabezas hacia Svayambhú. Devas, danavas, gandharvas, bisacas, patagas, uragas, obtuvo de Brahma el no tener que temer ser muerto por ellos en combate. De los hombres no se habló. El soma sagrado, celebrado en los mantras, en medio de los sacrificios por los Dos-veces-nacidos, cuando la prensadura, lo robaba abusando de su fuerza. Esterilizaba los sacrificios cumplidos, aquel perverso, aquel matador de los brahmanes, el de las hazañas criminales. Feroz, implacable, amante de perjudicar a los seres, verdadero *ravana* para todos, era objeto de universal espanto.

La rakshasi vio a su bárbaro hermano poderoso, adornado con trajes divinos y con divinas guirnalda que le hacían deslumbrador. Sentado en su trono, era grande como Kala, en tiempo de la destrucción final, aquel Indra de los rakshasas, opulento vástago de la raza de Pulastya. La rakshasi, temblando de espanto, se acercó para hablar a Ravana, el asesino de sus

enemigos, que estaba rodeado de sus consejeros. Extraviada por el terror y la pasión, ella, que iba por todas partes sin turbarse, Surpanakhá, desfigurada por orden del magnánimo Rama, mostrando su rostro mutilado a Ravana, cuyos grandes ojos lanzaban llamas, le habló con vehemencia.

### SARGA XXXIII

#### REPROCHES DE SURPANAKHÁ A RAVANA

Surpanakhá, inflamada de cólera, dirigió a Ravana, el *ravana* de los mundos, al que sus oficiales rodeaban, este lenguaje feroz: «Hundido en la voluptuosidad y los placeres, entregado a tus caprichos, sin preocupaciones, no sospechas que acaba de surgir un peligro terrible, que, no obstante, es preciso advertir. Un monarca, esclavo de vulgares apetitos, sitiado por las codicias, apasionado, sus súbditos no le estiman más que a un fuego fatuo. El soberano que no se ocupa oportunamente de sus negocios, arruínase, al mismo tiempo que arruina a su reino a causa de esta negligencia. El príncipe que comete excesos, al que no hay medio de abordar, que no es dueño de sí, los pueblos le echan lejos, como los elefantes el limo de los ríos. Los reyes que no protegen a su país entregado al extranjero, viven sin gloria, como montes submarinos. En lucha con los devas, los gandharvas y los danavas, dueños de ellos mismos, tú que haces lo que no conviene, que eres inconstante, ¿cómo podrías reinar? Con tu natural pueril, irreflexivo, ¡oh rakshasa!, no conociendo al que deberías conocer, ¿cómo podrías reinar? Los reyes que no tienen ni emisarios, ni tesoro, ni política a su disposición, ¡oh príncipe de los vencedores!, se asemejan a las gentes vulgares. Como los reyes son informados por sus espías de cuanto ocurre lejos de ellos, dícese que tienen la vista larga. Yo estimo que tú no cumples con tu deber y que ministros incapaces te rodean, puesto que ignoras la destrucción de los tuyos y de su morada. Catorce millares de rakshasas de terrible karmán han sido muertos por Rama, él solo, así como Khara y Dushana. La seguridad para los ascetas, la tranquilidad en Dandaka, el Janasthana destruido: he aquí la obra de Rama, de hazañas imperecederas. Tú estás loco por las pasiones, tú eres su esclavo, ¡oh rakshasa!; de otro modo, ¿cómo no reconocerías la inminencia del peligro que corre tu Imperio? Un rey violento, poco generoso, extraviado, orgulloso, bribón, cuando

cae en la desgracia, nadie se apresura a socorrerle. Si es un hombre vanidoso hasta el exceso, inabordable, lleno de suficiencia, irascible, tal príncipe, en el infortunio, hasta sus parientes le abruman. Si no vela por sus intereses, y que en el seno de los peligros duérmese en una falsa seguridad, sin tardar, el desgraciado será barrido de su reino como una paja. Se puede sacar partido de la madera seca, de un terrón de tierra, del polvo; pero el rey caído no sirve para nada. Como un traje usado o una guirnalda marchitada, el príncipe desposeído de su reino, por capaz que sea, inútil es ya. Mientras que el monarca vigilante, sabedor de todo, dueño de sus pasiones, agradecido, virtuoso, perpetúa su reino. El soberano que, hasta cuando duerme, tiene abiertos los ojos de su gobierno, que sabe manifestar su indignación y su contento, es honrado por el pueblo. En cuanto a ti, Ravana, tu locura te priva de estas ventajas; tú, a quien los emisarios te han dejado ignorar la gran carnicería hecha con los rakshasas. Lleno de desprecio hacia los demás, dado a los placeres de los sentidos, no sabiendo sacar partido de las circunstancias de lugar ni de tiempo, incapaz de discernir las cualidades de los defectos, tras haber perdido tu reino, no tardarás en perecer tú mismo.»

Reflexionando sobre sus errores, que su hermana acababa de ponerle ante los ojos, el jefe de los merodeadores nocturnos, Ravaga, rico, orgulloso, poderoso, absorbióse largo tiempo en sus pensamientos.

#### SARGA XXXIV

SARPANAKHÁ INCITA A RAVANA A MATAR A RAMA Y A DESPOSAR A SITA

Ante aquel acrimonioso lenguaje de Sarpanakhá, Ravana, rodeado de sus ministros preguntó, encolerizado: «¿Quién es Rama? ¿Cuál es su fuerza, su fisonomía, su bravura? ¿Por qué se ha huído en la soledad impenetrable del Dandaka? ¿Cuál es el arma con ayuda de la cual Rama ha destruido, en lucha, a los rakshasas, y matado a Khara, Duhana, así como Trisiras? Dime la verdad, ¡oh encantadora criatura!, y por quién has sido desfigurada.»

A estas preguntas del Indra de los rakshasas, la rakshasí, transportada de furor, empezó a hablarle de Rama con todo detalle: «Largos son sus brazos, anchos sus ojos; vestido de corteza de árbol y de una piel de gacela negra, Rama, el hijo



de Dasaratha, parécese a Kandarpu. Armado de un arco con anillos de oro, semejante al arco de Sakra, lanza dardos inflamados como serpientes venenosas. Mientras el poderoso Rama lanzaba profiriendo gritos estos proyectiles formidables, que oscurecían todo, y manejaba así su arco, yo no le advertía en la refriega; pero sí caer, al ejército, bajo una lluvia de flechas, cual un inmenso río que Indra destruye con un chaparrón de granizo. Catorce mil de los rakshasas de valor temible, un solo hombre, a pie, los ha hecho caer con sus dardos, en hora y media, así como a Khara y a Dushana. La seguridad ha sido devuelta a los ascetas y la paz a Dandaka. Sola, yo he podido escapar, no sin trabajo, tras haber sido mutilada por orden del magnánimo Rama, que dudaba en matar una mujer, pues su alina es caballerosa. Un hermano tiene ilustre a causa de sus cualidades, de bravura igual a la suya, lleno de abnegación hacia él y de afecto: Lakshmana es el nombre de este héroe. Irascible, indomable victorioso, lleno de valentía, de sabiduría y de fuerza, fue siempre el brazo derecho de Rama, y su aliento exterior. Rama, además, tiene una tierna y legítima esposa, de grandes ojos y cara semejante a la de la Luna; no se complace sino en lo que es agradable y útil a su marido. Con su hermosa cabellera, su nariz bien hecha, sus hermosos hombros, su aire lleno de gracia y de majestad, diríase la divinidad del bosque; brilla como otra Sri. Tiene el color del oro fundido al crisol, las uñas rojas y largas; tal es la hermosa Sitá, princesa de Videha, la de anchas caderas y el talle elegante. Ni deví, ni gandharví, ni yakshí, ni kinari, mujer tan hermosa no se me había presentado delante jamás en el Universo. Aquel de quien Sitá sea la esposa y de quien reciba amorosas caricias, vivirá, en todos los mundos, más feliz aún que Puramdara. Con su buen natural, su cuerpo de belleza maravillosa, sin igual en la Tierra, sería una esposa digna de ti, y tu serías para ella el mejor de los maridos. Esta mujer de caderas desarrolladas, de senos grasos y prominentes, de rostro encantador, yo trataba de traértela para que fuese tu mujer, cuando fui desfigurada por el bárbaro Lakshmana, ¡oh poderoso rey! Cuando veas a Vaidhí, la de la cara semejante a la Luna llena, te sentirás al punto atravesado por los dardos de Manmatha. Si sientes el desdho de unirte a ella, pronto, parte echando a andar con el pie derecho con objeto de hacer su conquista. Si mi consejo te place, ¡oh Ravana, príncipe de los rakshasas!, sígueme sin vacilar. Conociendo la impotencia ante ti de esa gente, haz de Sitá, la del cuerpo sin defecto, tu esposa, ¡oh valiente jefe de los rakshasas! Conocedor ya de que Rama, con sus dardos que

no se extravián, ha matado a los merodeadores nocturnos establecidos en Janasthana en presencia de la muerte de Khara y de Dushana, tienes un deber que cumplir.»

## SARGA XXXV

## RAVANA VUELVE A BUSCAR A MARICHA

Tras estas palabras de Surpanakhá, que hicieron que sus pelos se erizasen de placer, Ravana despidió a sus ministros y púsose a examinar el asunto. Reflexionó consigo mismo la cuestión; examinó maduramente su importancia, y pensó el más y menos de sus inconvenientes y de sus ventajas. Así es como es preciso que haga, acabó por decirse, y, firme en su resolución, fue a la espléndida cochera donde estaba su carro. Habiendo ido a la cochera en secreto, el jefe de los rakshasas metió prisa a su caballerizo: «Que mi carro sea enganchado», le dijo. A estas palabras, sin tardar, el diligente caballerizo enganchó el carro, soberbio, maravilloso. Ravana subió a aquel carro que iba adonde quería su fantasía: era de oro kancana, incrustado de pedrería, y arrastrado por dos asnos con cabeza de pisacas; los arneses de oro kanaka. Montado en aquel vehículo de retumbar semejante al de las nubes, el hermano segundo de Dhanada, el opulento soberano de los rakshasas, fue junto al amo de ríos y corrientes. Con su blanco espantamoscas de cola de yak, su quitasol blanco, sus diez caras, de tinte reluciente, color de esmeralda, sus adornos de oro fino, sus diez cuellos, sus veinte brazos, sus notables arreos, aquel enemigo de los Tres-Diez, el asesino de los Indras entre los munis, el igual al rey de los montes con sus diez crestas, de pie sobre su carro que iba allí donde bien le placía, el rey de los rakshasas brillaba cual una nube aérea coronada de relámpagos y acompañada de garzas reales.

El poderoso monarca advirtió la orilla del mar con sus rocas, plantada de millares de árboles cargados de flores y de frutos de todas clases. Estaba llena por todas partes de estanques de ondas frescas y limpias colmadas de lotos; amplios eremitorios con sus altares la adornaban. Bosquecillos de kandalis dábanla un brillante aspecto; estaba embellecida además por bosques de cocoteros, de salas, de talas y de tamalas en plena floración. E ilustrada por la permanencia que en ella hacían millares de paramarshis de prácticas extremadamente

severas, de nags, de suparnas, de gandharvas y de kinnaras. Ascetas de pasiones vencidas, siddhas y caranas la servían de adorno, así como los ajas, vaikhanasas, mashas, valakhilyas y maricipas. Cargadas de adornos y de guirnaldas celestes, millares de apsaras de divina belleza la alegraban mediante los juegos y entretenimientos en los que descollaban. Las afortunadas esposas de los dioses honraban aquella orilla del mar residiendo en ella; era frecuentada también por las tropas de devas y de danavas, que se alimentaban de amrita. Hamsas, krauñcas, plavas, la llenaban: sarasas divertíanse asimismo allí. Estaba cubierta de un césped color esmeralda, brillante, todo húmedo a causa de la salpicadura de las olas del mar. Blancos y amplios carros festoneados de guirnaldas celestes, alegrados por el sonido de las turyas y por cantos, circulaban por todas partes, a capricho de sus amos, que habían conquistado el Mundo mediante sus tapás, ofrecíanse a las miradas del hermano segundo de Dhanada, así como los gandharvas y las apsaras. Vio millares de bosques de sándalos de raíces llenas de un jugo sabroso, encantadores, halagando el olfato. Bosques y bosquillos de agalocas soberbias, de takkalas magníficas, de succulentos y perfumados frutos; flores de tamalas, matorrales de pimenteros, montones enormes de perlas secándose en la orilla, rocas, preciosos amontonamientos de corals, promontorios de oro y de plata, cascadas encantadoras, límpidas, maravillosas; ciudades rebosantes de tesoros y de granos, pobladas por perlas de mujeres, en las que elefantes, caballos y carros abundaban, aparecieron a Ravana. Advirtió al borde del rey de los ríos, un lugar unido por todas partes, blando; una ligera brisa soplabla. Parecía el tercer cielo. Notó, brillante como una nube, un nyagrodha rodeado de munis. Por todos lados sus ramas extendíanse en una longitud de cien yojanas. Un día, Garuda, teniendo en sus fuertes garras un elefante y una tortuga gigante, que quería devorar, se posó sobre una rama. De pronto aquella rama umbrosa, bajo el peso del enorme y prodigioso pájaro, el poderoso Duparna se rompió. Como vaikhanasas, mashas, valakhilyas, maricipas, ajas y dhumras, la flor de los rishis, habíanse reunido allí, Garuda tuvo piedad de ellos y aquella rama de cien yojanas que había roto llevósela prestamente con elefante y tortuga, en una sola garra. Luego el virtuoso y excelente pájaro, tras haber devorado sus provisiones, destruyó el Imperio de los nishadas con la rama del nyagrodha. Fue para él una alegría sin igual el haber librado a los munis. Este placer dobló su energía, y, lleno de inteligencia, resolvió robar el amrita. Tras haber roto las cadenas de hierro y penetrado mediante

fractura en la maravillosa cámara de piedras preciosas, llevóse el amrita de aquella mansión del gran Indra en donde estaba escondido. Fue este nyagrodha frecuentado por las tropas de Maharshis, que llevaba aún la huella de Suparna y se llamaba Subhadra, el que advirtió el hermano segundo de Dhanada. Ravana fue a la otra orilla del Océano, el amo de los ríos. En ella vio una ermita en un lugar solitario, venerable y delicioso, en medio de un bosque. Allí encontró, vestido con una piel de gacela negra, los cabellos enrollados en trenza, practicando la abstinencia, al rakshasa llamado Maricha. Ravana, habiéndole abordado, el rakshasa Maricha, según la regla, procuró a su rey toda clase de placeres desconocidos de los hombres. Tras haberle ofrecido el pan y el agua, Maricha, con tono lleno de respeto, le preguntó: «¿Va todo bien en Lanká, ¡oh rey!, jefe de los rakshasas? ¿Por qué motivo vuelves a venir tan pronto?» A esta pregunta de Maricha, el poderoso Ravana, discurridor hábil, respondió en estos términos:

## SARGA XXXVI

### RAVANA RECLAMA EL CONCURSO DE MARICHA

«Maricha, amigo mío, escúchame. Soy desgraciado, y, en mi infortunio, tú eres mi supremo recurso. Conoces Janasthana; es allí donde mi hermano Khara, Dushana, el de los largos brazos, mi hermana Surpanakhá, el poderoso Trisiras, rakshasa carnívoro, y muchos otros merodeadores nocturnos, bravos y no errando jamás su propósito, habían fijado por orden mía su residencia, con objeto de destruir en el gran bosque a los munis aplicados a sus deberes. Catorce mil rakshasas, los de hazañas terribles, llenos de bravura y de una destreza impecable, bajo el mando de Khara, habitaban contentos Janasthana. Aquellos valientes reuniéronse para combatir con toda su fuerza a Rama. Provistos de armas de todas clases, dichos rakshasas tenían a Khara como jefe. El irascible Rama, en el frente del campo de batalla, sin haber recibido la menor palabra ultrajante, dirigió contra ellos los dardos de su arco. Los catorce millares de rakshasas, los de temible energía, han caído bajo los dardos inflamados de un hombre que combatía a pie. Khara ha perecido en la lucha. Dushana sucumbió igualmente. Así como Trisiras, y la seguridad ha sido restablecida en Dandaka. Expulsado por un padre irritado, con su esposa, el canijo mortal Rama

acaba de destruir este ejército; él, oprobio de los kshatryas. hombre sin costumbres, cruel, apasionado, cogido de demencia, avaro, esclavo de sus instintos, desertor de su deber, inicuo esencialmente, amante de perjudicar a los demás. Sin motivo de inamistad, apoyándose únicamente en la fuerza, en su ermita. ha desfigurado a mi hermana cortándole las orejas y la nariz. Su mujer, Sitá, que aseméjase a la hija de un sura, quiero llevármela por la fuerza de Janasthana. Préstame tu ayuda. Contigo como compañero, yendo tú a mi lado, ¡oh héroe!, y con mis hermanos, no me inquietaré en modo alguno de todos los suras. Ven, pues, conmigo, como un digno aliado, ¡oh rakshasa! Por tu valentía en el combate y por tu arrogancia, no tienes semejantes: en lo que a estratagemas afecta, has llegado a ser un maestro, así como eres versado en la magia. He aquí por qué he venido a buscarte, ¡oh merodeador nocturno! Y mira de qué modo es preciso que me prestes ayuda. Transfórmate en gacela de oro moteada de plata, y pásate por junto a la ermita de Rama, en presencia de Sitá. No hay duda que Sitá, al ver tan hermosa gacela, dirá a su esposo y a Lakshmana: «Apoderaos de ella.» Y cuando ambos estén lejos y Sitá sola, por fortuna, yo me la llevaré sin dificultad, como Rahu robó a Candra su claridad. El rapto de su esposa hará morir a Rama de pena, y yo volveré a encontrar entonces la dicha y la seguridad en mi alma satisfecha.»

A este discurso a propósito de Rama, el rostro del magnánimo Maricha se ajó de espanto. Lamió sus labios áridos y, los párpados inmóviles, vuelto cual un muerto, miró a Ravana. Aterrado el espíritu, pues conocía la valentía desplegada en el bosque por Rama, Maricha, haciendo el anjalí, dijo a Ravana la verdad, en interés de éste y en el suyo propio.

## SARGA XXXVII

### MARICHA ENSAYA HACER CAMBIAR A RAVANA DE PROPÓSITO

A este discurso del príncipe de los rakshasas, el elocuente e ilustre Maricha respondió: «Se encuentran fácilmente gentes, ¡oh rey!, que dicen siempre palabras halagadoras. Un lenguaje desagradable, pero saludable; los que lo dicen o los que lo escuchan son muy raros. Tú seguramente no conoces a Rama, a quien su gran valentía y sus cualidades le hacen el igual de Mahendra y de Varuna; tú tienes emisarios ineptos y tú

procedes a la ligera. ¡Ojalá puedas, amigo, permanecer salvo, así como todos los rakshasas! ¡Pueda Rama, en su cólera, no despoblar el Mundo de rakshasas! ¡Ojalá la hija de Janaka no sea para ti ocasión de muerte! ¡Pueda Sitá no ser la causa de una gran desgracia! Tú, que obedeces a tus pasiones, que no conoces freno. ¡Pueda la ciudad de Lanká, por tener tal amo, no perecer contigo y todos los rakshasas! El rey vicioso que, cual tú, es esclavo de sus deseos, y que, dada su perversidad no escucha sino malos consejos, se pierde, así como su pueblo y su Imperio. No ha sido renegado por su padre, no transgrede en modo alguno su deber; no es, no, avaro ni malo, ni el oprobio de los kshatriyas; no está desprovisto de lealtad, ni de las demás cualidades el hijo de Kausalyá; no es un violento, ni se complace en perjudicar a los demás seres. No obstante ver a su padre engañado por Kaikeyí: «Yo desempeñaré tu palabra», dijo, lleno de lealtad, y se desterró en la selva. Descoso de agradar a Kaikeyí y a su padre Dasaratha, renunció al Imperio y a sus prerrogativas, para hundirse en el bosque de Dandaka. Rama no es un violento, amigo; no es un ignorante de sentidos indomados; no es verdad lo que te han contado, y tú no debes repetirlo. Rama es el deber personificado, es honrado; ese verdadero héroe es el rey de todo el Universo, así como Vasava lo es de los dioses. Vaidhí, a la que protege con su valentía, ¿cómo puedes desear arrebatársela a la fuerza, como Prabhá a Vivasvat? No te apresures a entrar en este brasero ardiente, inextinguible, que es Rama, que tiene en el campo de batalla, flechas por llamas, un arco y una espada como carbones. Sea cual sea tu indignación, con su arco tendido, su cara colérica, sus dardos inflamados, ese valiente arquero, provisto de armas invencibles, el destructor de los batallones enemigos, a menos de renunciar al trono, a la felicidad y a la vida que cada uno ama, ¡oh, amigo querido!, no te acerques demasiado a Rama, este otro Antaka. La hija de Janaka, protegida por el arco de Rama, cuya potencia es sin medida, no podrás llevártela en el bosque. La esposa bienamada de ese león de los hombres de pecho de león, que le es más querida que los alientos vitales y que le fue siempre fiel, la princesa de Mithilá, Sitá, la del tallo elegante, no podría tampoco ser robada a la ternura de ese poderoso héroe, más que lo es la llama a un brasero encendido. ¿Por qué, ¡oh jefe supremo de los rakshasas!, esta tentativa inútil? Si te advierte en el campo de batalla, puedes darte por acabado. Y puesto que se trata de tu vida, de tu fortuna, de tu Imperio, hasta aquí invencible, delibera

con todos tus consejeros, Vibhishana a la cabeza, gentes llenas de rectitud; reflexiona tú mismo, pesa maduramente los inconvenientes y las ventajas, lo fuerte y lo débil; examina cuidadosamente tu valor y el de Raghava, piensa en lo que es útil, y luego haz lo que creas que debes hacer. Mi convicción, la mía, es que no te conviene encontrarte en el campo de batalla con el hijo del rey de los kosalas. Escucha aún este relato maravilloso, lleno de utilidad y oportuno, ¡oh rey de los merodeadores nocturnos!»

## SARGA XXXVIII

### PRIMER ENCUENTRO DE MARICHA CON RAMA

«Un día, en virtud de mi poder mágico, recorría esta Tierra; tenía la fuerza de un millar de elefantes; era semejante a un monte; mi aspecto, el de una nube sombría; llevaba anillos de oro afinado; sembraba el espanto en el Mundo con la frente ceñida por una diadema y armado de una maza. Rondando por el bosque de Dandaka, me alimentaba de la carne de los ascetas. Espantado el virtuoso Visvamitra el gran muni, se fue en persona a encontrar a Dasaratha, y dijo a éste Indra de los hombres: «Que Rama me guarde con cuidado el día del sacrificio. Maricha me inspiraba, ¡oh jefe de los hombres!, un terror espantoso.» A estas palabras, el virtuoso Dasaratha respondió al afortunado Visvamitra, el gran asceta: «Raghava no tiene aún doce años e ignora el manejo de las armas. Pero mi ejército, bajo mi propia dirección, irá compuesto de sus cuatro angas, contra ese merodeador nocturno. Yo abatiré a tu enemigo, ¡oh excelente asceta!, según desees.» Así habló el rey; pero el asceta replicó: «Nadie a no ser Rama tiene fuerza suficiente, en este Mundo, para luchar contra los rakshasas. Aunque tú fueses el protector de los dioses en los combates; aunque tus hazañas fuesen conocidas en los tres mundos, ¡oh príncipe!; por poderoso que sea tu ejército, quédate aquí, ¡oh látigo de tus enemigos! Ese adolescente, dotado de gran energía, bastará para domarle. Me voy, pues, y me llevo a Rama; que lo pases bien, ¡oh calamidad de tus enemigos!» Habiendo hablado así, el asceta Visvamitra cogió al hijo del rey y se volvió lleno de alegría a su ermita.

Mientras que en el bosque de Dandaka cumplía el sacrificio

litúrgico, Rama estaba inmediato al asceta, con su maravilloso arco tendido. Aún impúber, el afortunado adolescente, el de la tez oscura, el de la brillante mirada, vestido con una simple túnica, armado de su arco, los cabellos levantados formando un mechón, con su guirnalda de oro, iluminaba el bosque de Dandaka con su brillo deslumbrador. Rama parecía la Luna nueva, cuando se levanta. En aquel momento, yo, que brillaba como la nube y que llevaba anillos de oro, lleno de fuerza y orgulloso del privilegio que había recibido, penetré en el interior de la ermita. Apenas entré, me advirtió blandiendo su arma. Y al verme, sin turbarse, armó su arco. En mi locura yo desdeñé a Raghava. Es un niño, me dije, y me precipité sobre el altar en que estaba Visvamitra. Rama, entonces, me lanzó un dardo acerado, fatal a sus enemigos. Y alcanzándome, me lanzó al mar, a cien yojanas de distancia. El valeroso Rama no quiso matarme, querido amigo, me perdonó; pero anonadado por la violencia del golpe, quedé privado de sentido. De este modo fui lanzado por él en las profundas aguas del océano. Cuando recobré el sentido, mucho tiempo después, me volví a Lanká. He aquí cómo me salvé. Mis compañeros habían sido derribados por Rama, el de las hazañas imperecederas, joven aún, y que no había hecho todavía sus primeras armas. Si, a pesar mío, cometes este atentado contra él, te atraerás un castigo terrible y pronto, sin poder escapar. Los rakshasas, que no conocen sino entretenimientos y placeres de todas clases, que reunidos sólo piensan en fiestas, tú les sumirás en el infortunio, sin provecho alguno. Con los palacios y templos de que está llena, las joyas de toda especie que la avaloran, la ciudad de Lanká será destruida, ante tus ojos, a causa de Maithilí. Anuque no hagan daño a las gentes honradas, por su solo contacto con los perversos, castigados son por los crímenes de otro, como los peces de un estanque lleno de serpientes. Los miembros perfumados de sándalo divino, adornados con atavíos celestes, tú verás a los rakshasas yaciendo por el suelo por tu culpa. A los sobrevivientes de los merodeadores de noche, tú los verás, sus esposas muertas, o acompañados de ellas, huir por diez lados sin asilo. Abrumados bajo una granizada de dardos, rodeados de llamas, sus casas incendiadas, así te aparecerá Lanká, tenlo por seguro. Frecuentar a las mujeres de los demás, no hay falta más grande. Tú tienes millares de cortesanas en tu séquito, ¡oh príncipe! Conténtate con tus esposas; salvaguarda tu familia, a los rakshasas, tu tonor, tu prosperidad, tu reino y tu preciosa existencia. Si quieres



gozar largo tiempo de la dulce sociedad de las mujeres y de tus numerosos amigos, no insultes a Rama. Si a pesar de mis reprobaciones amistosas, te llevas a Sitá por la fuerza, descenderás con tu ejército destruido y tus parientes a la mansión de Yama, bajo los dardos mortíferos de Rama.»

### SARGA XXXIX

#### MARICHA INSISTE PARA HACER DESISTIR DE SU PROYECTO A RAVANA

«He aquí cómo escapé en mi primer encuentro con Rama; ahora, escucha lo que sucedió más tarde. Esta primera aventura no me desanimó, y, acompañado de dos rakshasas disfrazados como yo de gacelas, penetré en el bosque de Dandaka. La lengua ardiente, los dientes tremendos, los cuernos agudos; lleno de vigor, recorría el bosque Dandaka, nutriendome de carnes, bajo la forma de una enorme gacela. En medio de los añihotras, de los tirthas, de los árboles sagrados, ¡oh Ravana!, paseábame, sembrando el espanto entre los ascetas a los que perseguía. Condenaba a muerte, en el bosque de Dandaka, a los virtuosos solitarios, bebiendo su sangre y devorando sus carnes. Comía la carne de los rishis: mi crueldad me hizo el terror de los habitantes del bosque. Borracho de sangre, erraba un día por los bosques de Dandaka. Mientras erraba en el bosque de Dandaka, ultrajando el buen derecho, encontré a Rama, viviendo como solitario en la práctica del deber, Vaidehí, la venturosa, y Lakshmana, el del gran carro, observando también el ascetismo, el ayuno y complaciéndose en dejar agradecidos a todos los seres. Sentí desprecio hacia el todopoderoso Rama, retirado en el bosque. He aquí tornado eremita, pensé al reconocerle, y recordé nuestro primer encuentro. Entonces me lancé sobre él furioso, los cuernos puntiagudos, bajo mi forma de gacela, deseoso de matarle, en mi demencia, sin acordarme de mi derrota. Armó su arco y me lanzó tres flechas acerdas, de alcance mortal, rápidas como Suparna y Anila. Aquellos dardos, semejantes al rayo, terribles, ávidos de sangre de nudos suavizados, partieron juntos los tres. Conociendo la valentía de Rama, con mi destreza, a la vista del peligro, me lancé hacia adelante, y escapé; los otros dos rakshasas fueron muertos. Con gran trabajo evité el dardo de

Rama y salvé la vida. Fue entonces cuando me retiré aquí, para aquí practicar el yoga, el ascetismo y el recogimiento. En cada árbol veo, revestido de corteza y de una piel de antilope negro, armado con su arco, a Rama como otro Antaka, su red en la mano. Son incluso millares de Ramas los que, en mi terror, creo advertir, ¡oh Ravana! Todo el bosque paréceme transformado en Rama. Advierto a Rama, incluso en los lugares desiertos, ¡oh amo de los rakshasas! Le veo durante mi sueño, y estoy como todo espantado una vez que vuelvo a tener conciencia de mí mismo. Temo a Rama de tal modo que las palabras que empiezan por la sílaba ra ¡oh Ravana!, como ratna y ratha, me causan espanto. Yo conozco su fuerza; tú no podrías luchar con él. Bali, Namuci, ellos mismos, sucumbirían ante el descendiente de Raghú. Entabla la lucha con Rama o déjale en paz, ¡oh Ravana!; lo que quieras; pero a mí no me hables más de él si tienes interés en verme. Hay en el mundo un gran número de gentes honradas practicando el yoga, aplicadas al deber, que por falta de otro perecen con todo cuanto les rodea. Yo perecería también por la falta de otro, ¡oh merodeador de noche! Lo que te parezca bien, hazlo, pero yo no te acompañaré en verdad. Rama, en efecto, lleno de energía, de valor y de fuerza, tornariase el destructor del mundo de los rakshasas. Si precedentemente Khara, a causa de Suparnakhá, ha ido a Janasthana para allí sucumbir bajo los golpes de Rama, el de las hazañas imperecederas, en vista de ello, confiesa sinceramente, ¿cuál no es, pues, la superioridad de Rama? Estas palabras que me las dicta el deseo que tengo de ser útil a mis congéneres, si no haces caso de ellas, perecerás, con los tuyos, en la lucha que vas a emprender contra Rama, atravesado por sus dardos infalibles.»

## SARGA XL

## CÓLERA DE RAVANA

Estas palabras de Maricha, oportunas y juiciosas, Ravana las rechazó, como aquel que quiere morir rechaza el remedio. A este discurso saludable y útil de Maricha, el jefe de los rakshasas, empujado por Kala, dio una respuesta bruta e insensata: «¡Infame Maricha!, tu lenguaje es tan indigno como inútil; es como la semilla arrojada en un ukhara (306). Tus palabras incapaces serían de impedirme

combatir a Rama, tanto más cuanto que no es sino un loco y miserable hombre que ha dejado amigos, reino, madre y padre, por obedecer a una mujer de nada, y retirarse a toda prisa al bosque. A él, que ha matado a Khara en el combate, yo voy, sin falta, a quitarle, en tu presencia, a Sitá, que le es más preciosa que la vida. Tal es la resolución que yo formo en mi alma, ¡oh Maricha! ¡Y nadie podría arrancármela! ¡Ni siquiera los suras y los asuras con sus Indras! Interrogado a propósito de este asunto, cuando te es preciso decir es los inconvenientes y las ventajas, lo que puede perjudicarle o servirle con seguridad. En efecto, interrogado por su rey, que busca su propio interés, un ministro prudente responde de pie y haciendo el anjalí. Dirige a su monarca un lenguaje sumiso, delicado ante todo, elocuente, ventajoso, conforme a su situación. Pero un discurso malhumorado, aunque fuese útil, no agraderá al rey, preocupado por su dignidad a la que hiere. Los reyes, cuyo poder es sin medida, revisten cinco formas: éstas son las de Añi, Indra, Soma, Yama y Varuna. El ardor, el heroísmo, la dulzura, el castigo, la clemencia: he aquí las formas que revisten los magnánimos soberanos, ¡oh merodeador nocturno! Por ello, en toda circunstancia, deben siempre ser honrados y reverenciados; pero tú, olvidando tu deber tú no muestras sino arrogancia, tú que me acoges, dada tu maldad, con tales ultrajes. No te consulto ya sobre lo que me es útil, perjudicial o funesto, ¡oh rakshasa! Tan sólo una cosa te pido, ¡oh tú, cuya audacia es sin límite!; en esta empresa te es preciso ayudarme. Y aprende el modo mediante el cual debes apoyarme: transformado en gacela de oro, de pelaje moteado de plata, pásate por la ermita de Rama, delante de Sitá. Seduce a la princesa del Videha, tal cual deseo, mediante tu gracia. Viéndote de este modo tornado en gacela de oro gracias a tu magia maravillosa: «¡Cógemela!», dirá al punto Maithilí a Rama. Cuando Kautkstha esté lejos, corriendo tras de ti, gritarás imitando su voz: «¡Sitá! ¡Lakshmana!» A esta llamada, e instado por Sitá, Sumitri, turbado por su afecto fraternal, se lanzará tras los pasos de Rama. Kakutstha y Lakshmana alejados como conviene, yo me llevaré a Vaidehí, como el dios de los mil ojos a Sací. Cumple esta misión según mi deseo, anda, ¡oh rakshasa! Te daré la mitad de mi reino, ¡oh virtuoso Maricha! Toma, amigo, la vía feliz que conducirá al éxito de esta empresa. Yo te seguiré con mi carro hacia el bosque de Dandaka. Tras haberme apoderado de Sitá sin combate, engañando a Raghava, me vol-

veré a Lanká, mi propósito conseguido, contigo. Pero si no me obedeces, Maricha, te mato al instante. Esta misión que te incumbe, si es preciso te obligaré a cumplirla. Obstinar-se contra la voluntad de su rey no trae dicha. Acercándote a ese hombre expones tu vida; pero una muerte cierta, inmediata, te espera si me resistes. Examina, en tu sabiduría, lo que es más ventajoso y obra en consecuencia.»

## SARGA XLI

## RECRIMINACIONES DE MARICHA

Colocado en tal alternativa por el imperioso Ravana, el jefe de los rakshasas, Maricha le respondió, con tono severo y firme: «¿Quién es, pues, el perverso que ha decidido de este modo mi pérdida, con la de tus hijos, ¡oh merodeador nocturno!, tu reino y tus ministros? ¿Quién es, pues, el perverso que tu felicidad, ¡oh rey!, ofusca? ¿Qué pérfido te abre de este modo la puerta de la muerte? Son ciertamente tus enemigos que, en su impotencia, ¡oh rondador de noche!, proyectan hacerte caer bajo los golpes de un adversario superior en fuerza. ¿Quién es, pues, ese miserable, ese malintencionado, ¡oh noctámbulo!, que de este modo te empuja a perderte a ti mismo? Dignos son de muerte y, no obstante, viven aún, tus consejeros, ¡oh Ravana!, por no detenerte, cueste lo que cueste, en la vida funesta por la que te lanzas. Un rey que, cediendo a sus pasiones, entra en una mala vía, debe ser a toda costa detenido por sus ministros virtuosos. Tú, que deberías ser desviado de tu designio fatal, ¡no lo cres! Justicia, provecho, placer y gloria, ¡oh el más ilustre de los vencedores!, ¡oh merodeador nocturno!, los consejeros encuentran todo en la bondad de su señor. De otro modo, todo ello carece de objeto, ¡oh Ravana! Con un jefe sin virtudes, los otros hombres no gustan sino el infortunio. La ley y la gloria tienen como raíz al rey, ¡oh el primero de los triunfadores!; esto es por lo que en toda ocasión hay que velar por la salvación de los soberanos. Un reino no podría mantenerse bajo un príncipe violento, ¡oh rondador de noche!, autoritario en exceso, ¡oh rakshasa!, o intemperante. Los ministros que aconsejan la violencia al rey, con él caen; cual carros precipitados en el abismo, con sus conductores insensatos. Un gran

número de gentes de bien en este mundo, aplicados a sus deberes de estado, por la falta de otro perecen con quienes les rodean. Los súbditos de un príncipe déspota y brutal, ¡oh Ravana!, no prosperan; son gacelas guardadas por un chacal. Todos perecerán infaliblemente, ¡oh Ravana!, los rakshasas que tienen un rey cual tú, duro, perverso, esclavo de sus sentidos. Sobre mí cae una calamidad no esperada; no obstante, hay que tener lástima de ti, tú, que vas a perecer con todo tu ejército. Tras haberme herido, ese Rama pronto acabará contigo mismo. Yo moriré, mi misión cumplida, bajo los golpes de tu adversario. La proximidad de Rama me será fatal, sábelo; pero sabe también que el rapto de Sitá te costará la vida, así como a los tuyos. Si raptas a Sitá de la ermita, con mi ayuda, tú, yo Lanká y los rakshasas habremos acabado. Sin embargo, contrariado en tu propósito, incapaz eres de soportar el lenguaje que me inspira el deseo de serte útil; pues los hombres destinados a morir, aquellos cuya existencia toca a su fin, no escuchan los avisos saludables que reciben de sus amigos.»

## SARGA XLII

MARICHA, TRANSFORMADO EN GACELA, PASÉASE CERCA DE LA ERMITA  
DE RAMA

Tras haber dirigido a Ravana estas palabras severas: «Marchemos», dijo el infortunado Maricha, aterrado por el jefe de los merodeadores nocturnos. «Cuando me vea ese guerrero provisto de flechas, de un arco y de una espada, armas que blandirá para perderme, será el fin de mi vida. En verdad que el que arrostra a Rama no sale de la empresa con vida. Para ti será el cetro de Yama, bajo sus golpes caerás. ¿Qué ayuda, pues, puede obtener de mí tu perversidad? No obstante, voy, camarada; sé feliz, ¡oh merodeador nocturno!»

Muy contento al oír estas últimas palabras, el rakshasa, abrazando a Maricha, le dijo con voz sumamente suavizada: «Esta generosidad te va bien; ahora que estás dispuesto a hacer mi voluntad, vuelves a ser Maricha; precedentemente era otro rakshasa el que me hablaba. Sube rápido junto a mí en este carro alado, incrustado de diamantes, enganchado a asnos con cabezas de pisacas. Tras haber cautivado las miradas de Vaidehí, conforme a mi voluntad, escaparás; entonces, queda-

da sela, me llevaré por la fuerza a esa Sitá, princesa de Mithilá.»

«Sea», respondió a Ravana el hijo de Tataká. Luego, Ravana y Maricha, subiendo al vehículo semejante a un carro divino, alejaronse a toda prisa de aquel recinto solitario. Veían desfilar las aldeas y los bosques, todos los montes y los ríos, los Imperios y las ciudades. Alcanzaron el bosque de Dandaka y la ermita de Raghava apareció a Ravana, el rey de los rakshasas, acompañado de Maricha. Descendiendo de su carro dorado, tomó a Maricha por la mano y le dijo: «He aquí la ermita de Rama sombreada por kadalís. Haz pronto, amigo, aquello para lo que hemos venido.» A estas palabras de Ravana, el rakshasa Maricha, transformado en gacela, empezó a pasearse a la entrada de la ermita de Rama. Había revestido una forma admirable, maravillosa de ver. Los extremos de sus cuernos eran de piedras preciosas; el aspecto de su cabeza, blanco y negro; su boca, asemejábase a un loto rojo y azul, y sus orejas, a dos utpalas color turquesa. El cuello, muy alargado, era suave y maravilloso; su vientre tenía el color del zafiro, sus flancos el tono de la flor del mandhuka y todo su cuerpo brillaba con la luz del estambre del kanja. Las pezuñas tenían el tinte de la esmeralda; sus patas eran finas; todas bien proporcionadas; sobre su grupa centelleaban los colores del arco iris. En un instante el rakshasa tornóse en encantadora gacela, de matices acariciadores, adornada con joyas de todas clases, de extremada belleza. El bosque y el retiro encantador de Rama quedaron llenos de claridad gracias a la forma admirable de que habíase revestido el rakshasa para seducir a Vaidehí con sus numerosos reflejos metálicos. Luego empezó a ir de un lado para otro por aquel suelo cubierto de césped y hierba fina. Las manchas plateadas que a centenares salpicaban su pelaje tornábanle encantador. Vagaba de aquí para allá paciendo los brotes de los árboles. Así se acercó a la glorieta de los kadalís, paseándose lentamente por entre las karnikaras, yendo de un lado a otro, próxima a la ermita, al alcance de la vista de Sitá. Con el lomo de tintes variados como el rajiva, aquel antílope celestial, centelleante de hermosura, erraba caprichoso por las inmediaciones de la soledad de Rama, iba y venía la gacela encantadora; alejábase rápida un instante, para acercarse al punto. Ora brincaba, ora se echaba por tierra. Paseábase por la entrada de la ermita, en seguimiento de los rebaños. Buscaba de este modo atraer la atención de Sitá el rakshasa tornado gacela. Tal haciendo, describió numerosos circuitos, jugueteando como sin querer. Entre tanto, sorprendidas por su aspecto, todas las demás gacelas del bosque acercáronse

para olfatearla, luego escaparon en todas direcciones. El rakshasa, que se complacía en destruir a las gacelas, para no descubrir su verdadera naturaleza absteníase de devorar a aquellas del bosque con las que estaba en contacto. Mientras tanto, Vaidehí, la de la brillante mirada, distraída cogiendo flores, recreábase en medio de los árboles, karnikaras, asokas y kutas, que encantaban sus ojos. Mientras se paseaba de este modo, cogiendo flores, aquella princesa de gracioso rostro, que no merecía estar desterrada en una selva, la gacela, hecha de piedras preciosas, cuyos diversos miembros eran de perlas y de joyas, ofrecíase a sus miradas. Sitá, la del maravilloso cuerpo, viendo a aquel animal de dientes y labios encantadores, de pelo color de plata y otros metales preciosos, abrió unos ojos enormes, toda llena de sorpresa y de alegría. Por su parte, la gacela fantástica, viendo a la bienamada de Rama, continuó a vagar de aquí para allá, iluminando el bosque. Advirtiéndola una gacela, como jamás se había visto otra, hecha de joyas de todas clases, Sitá, la hija de Janaka, quedó toda sorprendida.

### SARGA XLIII

#### ARROBAMIENTO DE SITÁ AL VER A LA GACELA

Cuando, mientras cogía flores, Sitá, la de las hermosas caderas, vio a la deslumbrante gacela con sus ijares color de oro y de plata, gozosa, la hermosísima mujer, cuyo cuerpo era sin defectos y la tez semejante al oro refinado, llamó a su marido y a Lakshmana, provistos de sus armas. Empezó a gritar, y a gritar aún, sin dejar de contemplar a la gacela, muy satisfecha: «¡Ven!, ¡ven de prisa, príncipe, con tu joven hermano!» A la llamada de Vaidehí, los dos tigres de los hombres, Rama y Lakshmana, volvieron sus ojos en aquella dirección y vieron a la gacela. Desconfiando de la verdad de lo que veían, Lakshmana dijo: «Estoy persuadido de que es el rakshasa Maricha transformado en gacela. Los príncipes que tratan de darla caza, atraídos hacia el bosque por el pérfido disfraz, los mata allí, ¡oh Rama!, valiéndose de esa forma engañadora. Es un chasco de magia, ¡oh tigre de los héroes!, la aparición de esta gacela deslumbradora, cuyo brillo rivaliza con el de la ciudad de los gandharvas. Un antílope de esa clase, centelleante de pedrerías, no lo hay en este Mundo, ¡oh Raghava, jefe del Universo!, es una ilusión, no hay duda.» Interrumpiendo al Kakutstha que

hablaba de este modo, Sitá dijo con graciosa sonrisa, el espíritu fascinado por la engañosa imagen: «¡Oh hijo de príncipe!, esta maravillosa gacela me encanta el alma. Tráemela, ¡oh poderoso guerrero!, nos servirá de distracción. Aquí, en nuestra soledad, yerran a bandadas numerosos animales salvajes muy lindos en verdad de ver. Yaks, srimaras, rikshas, tropeles de prishatas, vinaras, kinnaras, retozan por aquí, ¡oh héroe de los grandes brazos!, llenos de gracia y de fuerza. Pero jamás he visto, ¡oh príncipe! un animalillo que, por su agilidad, su dulzura y su brillo, fuese semejante a esta gacela maravillosa.

»Con su magnífico cuerpo de tonos múltiples hecho de piedras preciosas, ilumina ante mí todo el bosque mediante su resplandor admirable, semejante al de la Luna. ¡Oh qué hermosura!, ¡qué encanto!, ¡qué balido armonioso!, ¡qué brillo! Este prodigio de gacela, con sus miembros llenos de encanto, me pone como fuera de mí. Si consigues apoderarte de ella viva sería cuanto se pudiera desear; nadie dejará de asombrarse al verla. Y cuando este exilio haya acabado, cuando nos hayamos reintegrado a nuestro reino, esta gacela sería el mejor adorno del gineceo. El príncipe Bharata y mis madres políticas, ¡oh Señor!, al ver a esta gacela tan divinamente bella, quedarían todas sorprendidas. Si no puedes apoderarte de esta maravillosa gacela viva, su piel, ¡oh tigre de los hombres!, será, de todas maneras, preciosa. Una vez el animal muerto, me gustaría sentarme sobre ese pelaje de oro extendido sobre una almohada de césped. Este violento deseo es cruel y no conviene a las mujeres; pero la hermosura de ese animal excita mi admiración.»

Aquel ser gracioso, de pelaje, en efecto, de oro y cuernos de piedras preciosas, brillante como una salida de Sol, luminoso como una vía estelar, hundió al propio Raghava en el arroamiento. Oyendo, pues, las palabras de Sitá y contemplando a la maravillosa gacela, cautivado por la belleza de ésta y cediendo a las instancias de Sitá, Raghava dijo alegremente a su hermano Lakshmana: ¡«Mira, Lakshmana, cómo se ha encendido la codicia de Vaidehí! Gracias a su belleza suprema, esta gacela hoy dejará de ser. Ni en el bosque, ni en la región de Nandana, ni en las soledades del Caitraratha, ¿en qué lugar de la Tierra, ¡oh Sumitri!, existe una gacela semejante? Considerada a contrapelo o de cualquier manera, el traje aterciopelado y rayado de este animal es enteramente brillante con sus lindos lunares de oro. Mira, cuando la abre, colgar de su boca una lengua ardiente como la llama de un brasero, ¡diríase el relámpago al salir de la nube! Con su cabeza de esmeralda y



de cristal, su vientre brillante como el nácar y la perla, ¿de quién no encantaría el espíritu, esta gacela de hermosura indescriptible? ¿Quién, al contemplar esta forma celestial, en la que el oro centellea, compuesta de toda suerte de joyas, no quedaría transportado de admiración? Es para alimentarse, o para distraerse, por lo que los príncipes, arco en mano, ¡oh Lakshmana!, cazan las fieras en los grandes bosques. Riquezas hay amontonadas a voluntad en las espesas selvas, e incluso tesoros de todas clases, perlas, diamantes, oro; todos estos bienes están destinados a aumentar el caudal de los hombres; es decir, todo cuanto ha podido imaginar el espíritu de Sukra, ¡oh Lakshmana! El hombre industrioso, la obra útil que cumple sin vacilar, las gentes de experiencia, versados en los tratados prácticos, la preconizan, mi querido Lakshmana. La excelente piel de oro de esa joya de gacela, Vaidehí, la del talle elegante, se sentará encima junto a mí. Ni vellón de kadali, de priyaka, de pravena, o de oveja puede serle comparado por lo suave, estoy persuadido. Esta gacela brillante y la gacela estelar que se pasea por el espacio, ambas son divinas, la del Cielo y la de la Tierra. Pero si este animal es lo que tú me dices, Lakshmana, un disfraz de rakshasa, peor para él; le mataré. Ese homicida de Maricha, esclavo de sus pasiones, que vaga por el bosque, inmolaba precedentemente a los toros de entre los ascetas. Numerosos reyes, salidos de caza, armados con sus grandes arcos, perecieron bajo sus golpes; matemos, pues, esta gacela. En otro tiempo, aquí mismo, Vatapi atormentaba a los ascetas. Descendía a su vientre y los mataba, cuando salía, como el embrión de la mula. Un día, al cabo de mucho tiempo, encontré, en este Mundo, al gran muni Agastya, dotado de tejás, a quien su hermano Ilvala, creyendo que le engañaba, daba de comer. Al fin de la comida, viendo que deseaba volver a tomar su forma, el Bienaventurado le dijo sonriendo: «Puesto que sin pensar en ello, ¡oh Vatapi!, excelentes Dos-veces-nacidos, en este Mundo de los seres, han sido víctimas de tu tejás, tú vas a ser digerido.» Ese rakshasa no subsistirá como no subsistió Vatapi, ¡oh Lakshmana!, por haber desafiado a un hombre tal cual yo, afianzado en el deber y dueño de mis sentidos. Morirá por haberme encontrado, como Vatapi por haber encontrado a Agastya. Tú, quédate aquí sin moverte, vela cuidadosamente sobre Maithilí. Es un deber que nos incumbe, ¡oh alegría de Raghú! Yo mataré a esa gacela o la cogeré viva. Hasta que no vuelva con ella, que la traeré sin tardar, quédate al lado de Sitá. ¡Oh hijo de Sumitrá, Lakshmana!, mira cómo Vaidehí desea su piel. Piel soberbia, que a esta gacela la cos-

tará hoy la vida. Vela incesantemente en la ermita por Sitá, hasta que con un dardo haya abatido a la gacela moteada. Tras haberla matado, cogeré su piel y vendré a toda prisa, Lakshmana. Con el pájaro Jatayús, lleno de experiencia, de fuerza y de sabiduría, ¡oh Lakshmana!, guarda bien a Maithili y está siempre, por tu parte, sobre aviso.»

## S A R G A X L I V

## R. MA MATA A MARICHA

Tras haber hecho esta recomendación a su hermano, el héroe, alegría de Raghú, el del gran tejás, ciñó su espada, cuya guarda era de oro. Tomó su arco, el de triple curvatura, que le servía como insignia personal, y suspendió de sus hombros dos aljabas llenas de flechas; luego se alejó a grandes pasos. El rey de las fieras, viendo avanzar al Indra de los reyes, hízose invisible, lleno de espanto, luego se mostró de nuevo. Cechó la espada, el arco en la mano, Rama lanzóse en la dirección que había tomado la gacela; la veía deslumbrante de hermosura, escapando delante de sus pasos. El arco en la mano, tenía siempre los ojos fijos en ella, mientras que corría a través del amplio bosque. Alejábase de un salto; a veces, otras, para engañarle, dejaba que se le acercase. Temerosa, alocada, parecía lanzarse por el aire; tanto visible como invisible por entre la espesura. Cual, en el otoño, el disco de la Luna sobre el cual pasan nubes dispersas, ora brillaba con todo su brillo, ora tan sólo mostrábase muy lejos. Mediante sus apariciones y desapariciones sucesivas, Maricha, bajo su disfraz de antilope, arrastraba a Raghava lejos de su ermita. Kakutstha estaba furioso de verse burlado de aquel modo, hiciera lo que hiciera. A veces, fingiendo una fatiga excesiva, el merodeador nocturno, transformado en gacela, echábase sobre el césped, para engañarle, o bien, rodeado de otras gacelas, mostrábase a poca distancia; luego, cuando se veía a punto de ser cogido, escapaba a todo correr, para de pronto, cogido de espanto, hacerse de nuevo invisible; bien que para reaparecer al punto a lo lejos fuera de la maleza, a los ojos del poderoso Rama encarnizado en su pérdida. Más irritado que nunca, Raghava acabó por coger un dardo brillante como un rayo de sol, resplandeciente, de mortal alcance. Y sujetándolo sólidamente al arco, que tendió con fuerza, el vigoroso príncipe le lanzó contra la gacela,

semejante a una serpiente de llama. Le lanzó el dardo abrasado, ardiente, trabajado por Brahma. El prodigioso dardo, semejante a un manojo de rayos, atravesó el corazón de Maricha, transformado en gacela. El rakshasa dio un bote de un tala de alto y cayó gravemente herido. Lanzando un grito terrible, quedó extendido por el suelo, no teniendo ya sino algunos instantes de vida. Muriendo, Maricha dejó su cuerpo prestado. Luego, acordándose de la orden de Ravana, reflexionó sobre el medio de decidir a Sitá a enviar a Lakshmana, con objeto de que Ravana pudiese aprovechar de su aislamiento para raptarla. Sintiendo que el momento era llegado, exclamó, imitando la voz de Raghava: «¡Eh! ¡Sitá! ¡Lakshmana!»

Alcanzado en pleno corazón por aquel dardo sin igual, habíase despojado de su forma de gacela, para volver a tomar la de rakshasa. Tal hizo Maricha, el de la talla colosal, perdiendo la vida. A la vista del rakshasa yaciendo en tierra, el del formidable aspecto, los miembros cubiertos de sangre, debatiéndose en el suelo, Rama llevó su pensamiento hacia Sitá y se acordó de las palabras de Lakshmana. La ilusión producida por Maricha pensó, de la que me había hablado precedentemente Lakshmana, era verdad, es a Maricha a quien he matado. ¡Eh! ¡Sitá! ¡Lakshmana! Al oír este enorme grito lanzado por el rakshasa moribundo, ¿qué va a hacer Sitá al oírle? Y Lakshmana, el de los grandes brazos, ¿en qué situación se va a encontrar? Pensando de este modo el virtuoso Rama, sintió que se le erizaban los cabellos. Entonces una punzante angustia se apoderó de él y le trastornó, luego de haber matado a aquel rakshasa transformado en gacela, pensando en aquel grito. Tras haber abatido otra gacela moteada y cogido su carne, Raghava se lanzó a toda prisa y todo derecho hacia Janasthana.

## S A R G A X L V

### SITÁ ENVÍA A LAKSHMANA EN SOCORRO DE RAMA

Cuando oyó aquel grito de angustia, que le pareció lanzado por su esposo, Sitá dijo a Lakshmana: «¡Parte! ¿No has reconocido la voz de Raghava? No, yo no vivo ya; mi corazón no está en su sitio. Cuando Rama ha lanzado ese grito es que está en peligro extremado. ¡Salva a tu hermano, que ha hecho resonar el bosque con su llamada! ¡Corre! ¡Pronto! ¡Pide ayuda! ¡Ha debido caer en poder de los rakshasas como un

toro entre los leones!» Lakshmana, no obstante, se resistía a sus instancias: se acordaba de la orden de Rama. Indignada, la hija de Janaka le dijo entonces: «¡Oh Sumitri, bajo la apariencia del afecto te muestras enemigo de tu hermano, puesto que en semejante situación no vuelas en su socorro! Tú deseas a causa de mí, ¡oh Lakshmana!, que Rama perezca. Llevado de tu pasión por mí, te niegas a socorrer a Raghava. Su pérdida te place, bien lo veo; tú no amas a tu hermano, pero eso permaneces tan tranquilo, sin la menor preocupación por ese príncipe ilustre. Estando él en peligro, ¿qué importa aquí mi existencia? Es a causa de él por lo que has venido.»

Así habló Vaidehí, deshecha en lágrimas, abrumada por el dolor. Lakshmana respondió a Sitá, tembloroso como una tímida gacela: «Serpientes, asuras, gandharvas, devas, danavas, rakshasas, nadi sería capaz de vencer a tu esposo, ¡oh Vaidehí! No hay duda de esto. ¡Oh princesa!, entre los dioses y los hombres, los gandharvas, los pájaros, los rakshasas, los pisacas, los kinnaras, las fieras y los danavas terribles, no hay ninguno, ¡oh hermosa!, que pueda resistir, en la lucha, a Rama, el igual a Vasava. Rama es invulnerable; no hables, pues, así. Yo no puedo dejarte, en este bosque, sin Raghava, cuya valentía desafía a la de los más valientes. Con él estaría tranquilo aunque los tres mundos le combatesen con sus jefes y los inmortales mismos. Que tu corazón se calme. Destierra toda inquietud. Tu esposo volverá sin tardar tras haber matado a la gacela maravillosa; esa voz no es ciertamente la suya, ni la de una divinidad. Es una ilusión semejante a la ciudad de los gandharvas, y producida por ese rakshasa. Tú eres un depósito. Vaidehí, que me ha confiado el magnánimo Rama, ¡mujer de las hermosas caderas!; no puedo, pues, dejarte aquí. Estamos expuestos al odio de esos merodeadores nocturnos, encantadora princesa, desde la muerte de Khara y la matanza del Janasthana. Los rakshasas lanzan toda suerte de clamores, en el gran bosque, y se complacen en hacer el mal. ¡Oh Vaidehí, no tengas inquietud!»

Oyendo estas palabras, Sitá, los ojos centelleantes de cólera, respondió duramente al leal Lakshmana: «¡Miserable de perfidos deseos! ¡Perverso! ¡Oprobio de tu raza! Te complaces, bien lo veo, en el gran infortunio de Rama. Es en presencia de su desgracia como hablas cual lo haces. Pero no es extraño encontrar la perversidad, ¡oh Lakshmana!, en enemigos tales como tú, malvados y procediendo siempre por caminos ocultos. Es por un refinamiento de perfidia por lo que has acompañado a Rama, sólo por ello, al bosque. Es a causa de mí por lo que

has usado de tanto disimulo, o de acuerdo con Bñarata. ¡Pues no triunfará este proyecto, Sumitri, que venga de ti o de Bñarata! ¿Cómo tras haber tenido como esposo a Rama, el de tez oscura como el Indivara, el de los ojos de loto, podría yo amar a un hombre de nada? ¡Antes morir en tu presencia, Sumitri! ¡Tenlo por seguro! Por supuesto, sin Rama no podría vivir un instante en la Tierra.»

Oyendo este lenguaje cruel de Sitá, que le daba calofríos, Lakshmana, dueño de sus sentidos, dijo, haciendo el anjalí: «No puedo responderte; tú eres mi divinidad. Un lenguaje inconsiderado nada tiene de sorprendente en las mujeres, ¡oh Maitilí! He aquí su natural, tal cual se observa por todas partes: inconstantes en sus deberes, agrias, las mujeres son causa de disensiones. Yo no puedo tolerar semejante lenguaje, ¡oh Vaidehí, hija de Janaka! Es como un dardo ardiente hundido en mis oídos. ¡Que todos los habitantes del bosque sean testigos de que a mis palabras respetuosas has respondido con dureza! ¡Ay de ti! ¡Hoy perecerás por haber desconfiado de mí a causa de tu naturaleza pérfida de mujer! De mí, que me conformo a las órdenes de mi hermano mayor. Me voy a reunirme con Kakutstha. Adiós, princesa del hermoso rostro. Que velen por ti, mujer de los grandes ojos, tus semejantes, las divinidades del bosque. ¡Terribles son, en efecto, los presagios que advierto! ¡Pueda encontrarte a mi vuelta con Rama!»

A estas palabras de Lakshmana, la hija de Janaka se echó a llorar y respondió, bañada en lágrimas ardientes: «Me arrojaré al Godavari, ¡oh Lakshmana!, si soy privada de Rama. Me colgaré o me dejaré caer en un precipicio. Beberé un veneno violento, entraré en el fuego; pero no tocaré jamás a otro hombre que a Raghava.»

Así protestaba delante de Lakshmana Sitá bajo el peso del dolor. En el exceso de su infortunio, golpeábase, gimiendo, el seno, con las dos manos. Turbado en presencia de su desesperación y de sus lágrimas, Sumitri se esforzaba por consolar a la princesa de los grandes ojos, pero Sitá no respondía al hermano de su esposo. Entonces, saludando a Sitá, la princesa de Mathila, el valeroso Lakshmana hizo el anjalí con una ligera inclinación; luego, volviéndose con frecuencia para mirarla, partió para reunirse con Rama.

## SARGA XLVI

## RAVANA VA A ENCONTRAR A SITÁ

Sublevado por las duras palabras de Sitá, Lakshmana, en su deseo ardiente de reunirse con su hermano mayor, Rama, no se retrasó más. Entonces Dasagriva se acercó vivamente, entró en la ermita, y abordó a Vaidehí, bajo la capucha de monje mendicante. Vestía el hábito pardo claro, la trenza, el quitasol, las sandalias y en el hombro izquierdo llevaba atados juntos un palo y un puchero, ambos nuevos. Bajo aquel atavío de vagabundo, el poderoso Ragava se acercó a Vaidehí en el bosque, cuando estaba separada de los dos hermanos: cual una oscuridad invade el crepúsculo privado de la luz del Sol y de la Luna. Acechaba el cruel a la ilustre princesa, como Graha acecha a Rohini, en ausencia de Sasín. Al ver a aquel monstruo perverso, los árboles del Janasthana dejaron de agitar su follaje; el viento dejó de soplar. Viéndole asestar sus pupilas ardientes, espantado, el río Godavari detuvo la impetuosidad de su curso y púsose a deslizarse lentamente. Entretanto, el demonio de los diez cuellos, Ravana, puso a provecho la deseada ausencia de Rama para presentarse ante Vaidehí bajo la apariencia de un bhikshu, exterior virtuoso de un ser que no lo era, mientras ella se desolaba a causa de su marido. Acercóse al punto a Vaidehí como Sanaiscara a Citrá, bajo una apariencia de honradez, semejante a un pozo recubierto de hierba. Detúvose en presencia de Vaidehí, la gloriosa esposa de Rama. Ravana se detuvo para contemplar a la esposa de Rama. De deslumbradora belleza, los labios y los dientes brillantes, el rostro resplandeciente como la Luna en su plenitud, estaba sentada sobre un tapiz de verdura, abismada en lágrimas y desesperación. Aquella princesa del Videha, la de los ojos anchos como hojas de loto, vestida de seda amarilla, el merodeador nocturno la abordó gozoso. Al verla, herido quedó por un dardo de Kama. Usando su hablar brahmánico, el jefe de los rakshasas la dirigió, en su soledad, un lenguaje dulzarrón. Ravana admirando la hermosura sin rival de Sitá, que la hacía semejante a Sri, privada de su loto, con su cuerpo deslumbrador la dijo: «¡Oh tú, que tienes el brillo de la plata y del oro, que estás vestida de seda amarilla, y que, cual un estanque de lotos, llevas una fresca guirnalda de kamalas! ¿No eres Hrí? ¿Sri? ¿Kirti? ¿La hermosa Lakshmi. o una Apsara, mujer

de graciosa presencia? ¿Eres Bhuti, dama de hermosas caderas, o Rati, que vaga a su capricho? Tus dientes son simétricos, puntiagudos, brillantes, blanquecinos; tus ojos anchos, sin mancha, el rabillo rojo y el iris negro. Tus formas son anchas y macizas; tus muslos parecen dos trompas de elefante, bien desarrollados, bien hechos, robustos, provocantes. Tus mejillas son llenas y redondeadas, encantadoras, semejantes a los barnizados frutos del tala; tus senos, adornados de perlas del mayor precio, son deliciosos. Dama de la dulce sonrisa, de los hermosos dientes, de los soberbios ojos, me encantas el corazón graciosa criatura; estoy como un río cuyas orillas son arrastradas por la corriente. Tu talle cabría entre mis manos, mujer de la hermosa cabellera, cuyos senos se juntan. Ni diosa, ni gandharví, ni yakshí, ni kinnarí, yo jamás había visto hasta hoy en el Universo una persona tan perfecta. Tu hermosura sin rival en los mundos turba mi alma. Vente conmigo y sé dichosa; no es propio de ti habitar este lugar. Está frecuentado por crueles rakshasas que cambian de forma a voluntad. Palacios suntuosos, encantadores; bosquesillos inmediatos a la ciudad, agradables, perfumados; he aquí lo que te conviene frecuentar. Las más lindas guirnalda, los más suaves perfumes, los más ricos vestidos, mujer encantadora, el mejor esposo: tal debe ser, yo creo, tu lote, dama de los ojos negros, ¿Quién eres entre los rudras, los martus, con tu graciosa sonrisa, o entre los vasus, mujer de las hermosas caderas? Me pareces ser una divinidad. Este lugar no es frecuentado por los gandharvas, los devas, ni los kinnaras. Es la mansión de los rakshasas. ¿Cómo has venido aquí? En medio de los monos, de los leones, de los elefantes, de los tigres, de las gacelas, de los lobos, de los osos, de las hienas, de las garzas, ¿no tienes miedo? Entre los elefantes regados de mada, feroces, terribles sola en este inmenso bosque, ¿no tiembles, mujer del maravilloso rostro? ¿Quién eres? ¿De quién eres? ¿De dónde eres? ¿Por qué motivo te encuentras sola, ¡oh hermosa mujer!, en este temible bosque de Dandaka, frecuentado por los rakshasas?»

Tales fueron las aduladoras palabras dirigidas a Vaidehí por el poderoso Ravana. Cuando ella vio a Ravana presentarse bajo el hábito de un Dos-veces-nacido, Maithilí le rindió los honores debidos a los huéspedes. Primeramente le hizo sentarse y le dio agua para lavarse los pies. «Toma estos manjares», dijo al punto al extranjero del benévolo aspecto. Viéndole llegar vestido con un Dos-veces-nacido, con su cántaro y su hábito amarillento, imposible de reconocer bajo tal disfraz. Maithilí le acogió como a un brahmán verdadero. «Siéntate cómodamente

sobre este almohadón, ¡oh brahmán!, y toma este agua para lavarte los pies», le dijo. «Y estos manjares excelentes, compuestos de frutas silvestres, preparadas con cuidado para ti; pruébalos.»

Mientras le acogía con estas palabras hospitalarias, Ravana tenía sus ojos clavados en ella, afianzándose cada vez más en su resolución de llevársela, y preparando con ello su propia muerte. En cuanto a Sitá, esperando ver a su esposo, el del rico traje, partido de caza, volver con Lakshmana, registraba con la mirada el vasto y sombrío bosque, pero ni advertía a Rama ni a su hermano.

## S A R G A X L V I I

### CONVERSACIÓN DE SITÁ CON RAVANA

Vaidehí, respondiendo a las preguntas de Ravana, que, bajo su disfraz de monje mendicante se disponía a llevársela, contó espontáneamente su historia. Es un brahmán y un huésped; si no le hablo me maldecirá, y esto pensando, Sitá le dijo al punto: «Yo soy la hija de Janaka, el magnánimo soberano de Mithilá; mi nombre es Sitá, sé feliz; soy la esposa amada de Rama. He habitado doce años con los Ikshvaku, donde saboreaba los placeres del Mundo, y donde todos mis deseos eran colmados. El decimotercero año, el rey resolvió entronizar a Rama, de acuerdo con sus ministros. Todo estaba dispuesto para la consagración de Raghava, cuando Kaikeyí, mi noble madre política, pidió un favor a su esposo. Kaikeyí, habiendo engañado a mi suegro con buenas palabras, reclamó dos privilegios: el destierro de mi marido y la entronización de Bharata. Dijo a su leal esposo, el mejor de los reyes: «En adelante, no quiero en modo alguno comer, dormir ni beber. Mi existencia habrá acabado si Rama es consagrado.» A estas palabras de Kaikeyí, mi real suegro le hizo proposiciones ventajosas; pero ella no las aceptó. Mi glorioso esposo tenía veinticinco años de edad; yo contaba dieciocho desde mi nacimiento. Rama era célebre en el Mundo, lleno de lealtad, de virtud, de honor; tenía los ojos anchos, grandes brazos; complaciase en la felicidad de todos los seres. Cegado por su amor, el gran rey Dasaratha, su padre, por agradar a Kaikeyí, no consagró a este príncipe, que, no obstante, había ido junto a él para la ceremonia. Kaikeyí dijo a mi esposo estas crueles palabras: «Oye de mi boca la orden de tu padre, ¡oh Raghava! A Bharata le está destinado



el reino desembarazado de obstáculos. En cuanto a ti, tú deberás permanecer nueve años y cinco más en el bosque. Parte ¡oh Kakutsthal!, salva a tu padre del perjurio.» Rama replicó a Kaikeyí, imposible: «Sea.» Las palabras que acaba de oír mi real esposo, las cumplió. Estaba acostumbrado a dar, no a recibir; a decir la verdad, no la mentira. Tal es, ¡oh brahmán!, el compromiso que Rama cumple estrictamente, en toda su extensión. Tiene un hermano de otra madre; éste es el valeroso Lakshmana. Tigre entre los hombres y compañero de su hermano Rama; en el combate destruye a sus enemigos. Lakshmana, tal es su nombre; es un brahmacarín, fiel a sus observancias. Con el arco en la mano siguió a mi esposo, que partía conmigo hacia el destierro, la cabellera peinada en trenza, bajo un traje de asceta, acompañado de mí y de su hermano segundo. Y así se ha adentrado en este bosque de Dandaka, piadoso hasta el fin y fiel a su palabra. Los tres, expulsados del reino por el hecho de Kaikeyí, erramos constantemente, ¡oh el mejor de los Dos-veces-nacidos!, en este profundo bosque. Descansa un momento; puedes permanecer aquí. Mi esposo va a volver con caza abundante. Tras haber matado rarús, godhas y jabalíes, traerá una buena provisión de carnes. En cuanto a ti, tu nombre, tu familia, tu tribu, dímelo sinceramente. ¿Por qué vagas solo en el bosque de Dandaka? Dímelo, ¡oh Dos-veces-nacido!»

A estas palabras de Sitá, la esposa de Rama, el poderoso Ravana, el jefe de los rakshasas, respondió con brusquedad. «Aquel ante el cual tiemblan los mundos con los devas, los asuras y los hombres, ¡soy yo! ¡Ravana! ¡Oh Sitá!, el general del ejército de los rakshasas. Desde que te he visto, centelleante como el oro y vestida de seda, mis esposas han dejado de agradarme, ¡oh princesa irreproachable! De todas las numerosas mujeres bellas que me he llevado de aquí o de allá, sé la reina y sé dichosa. Lanká, mi capital, está situada en medio del mar, que la sirve de cintura, y construida sobre la cresta de un monte. Allí, ¡oh Sitá!, te pasearás conmigo por el bosque. No lamentarás la permanencia en esta selva, ¡oh hermosa! Cinco mil sirvientas, adornadas de toda clase de joyas, te obedecerán, ¡oh Sitá, si llegas a ser mi esposa.»

Este lenguaje de Ravana indignó a la hija de Janaka, la de los miembros sin defecto; respondió con desprecio al rakshasa: «Yo quiero permanecer fiel a mi esposo Rama. Inquebrantable como una gran roca, al igual a Mahendra; inmutable como el Océano, Rama, dotado de todos los atributos, que tiene la talla de un nyagrohda, ese héroe lleno de lealtad, de magnificencia; yo quiero serle fiel, Rama, el de los grandes brazos,

el del pecho ancho, el del porte arrogante de león, león entre los hombres, que a un león se asemeja; yo quiero serle fiel. Rama, el de cara semejante a la Luna en su plenitud, hijo de rey, vencedor de sus sentidos, de gran nombradía, poderoso, yo quiero serle fiel. Chacal, tú me codicias a mí, leona inaccesible. No te será más fácil alcanzarme que a la luz del Sol. Tú ves ahora árboles de oro en gran número, desgraciado, que quieres quitar a Raghava su esposa bienamada, ¡ok rakshasa! ¿Te atreves, pues, a arrancar un diente de las propias fauces de un león hambriento, calamidad de las gacelas, lleno de valor, o de las de una serpiente? Tú pretendes levantar con una mano el Mandara, la más alta de las montañas, y beber impunemente el veneno del Kalakuta. Tú te frotas el ojo con una punta de aguja, y lames con la lengua el filo de una navaja de afeitar, ¡tú que deseas llevarte a la esposa amada de Raghava! Tras haberte atado una piedra al cuello, quieres pasar el mar; tratas de agarrar el Sol y la Luna con tus dos manos; tú, que deseas llevarte a la mujer querida de Rama. Habiendo visto un fuego encendido, quieres llevarle en tu traje, ¡tú, que pretendes llevarte a la virtuosa esposa de Rama! Quieres caminar sobre venablos de acerada punta, ¡tú, que quieres arrebatar a Rama tal compañera! La diferencia que hay entre un león y un chacal de los bosques; la diferencia que hay entre un arroyo y el mar; la diferencia que hay entre el elixir de los suras y el sauviraka (307) es la que existe entre el hijo de Dasaratha y tú. La diferencia que hay entre el oro y el plomo o el cobre, la que existe entre el sándalo y el barro; la diferencia que se observa en el bosque, entre el elefante y el gato, es la diferencia que hay entre Dasarathi y tú. La diferencia que va del cuervo a Vainateya; la que hay entre el madgu y el pavo real; la diferencia que hay entre el hamsa y el buitre de los bosques, es la diferencia que hay entre Dasaratha y tú. Cuando Rama, cuyo poder iguala al del dios de los mil ojos, esté de vuelta, con su arco y sus flechas en la mano, incluso si me tragas, no podrás digerirme, como tampoco la mosca a la manteca clarificada que come.»

Habiendo hablado de este modo al muy perverso merodeador nocturno, Sitá, cuya naturaleza estaba exenta de perversidad, púsose a temblar con todos sus miembros, como una frágil, kadali agitada por el viento. Viendo su emoción, Ravana, fuerte como Mrityu, le dijo su raza, su poder, su nombre y sus hazañas, para aumentar aún su espanto.

## SARGA XLVIII

## SITÁ REHUSA SEGUIR A RAVANA

A este lenguaje de Sitá, Ravana, furioso, frunció el entrecejo y respondió con tono feroz: «Yo soy el hermano de Vaisravana y su rival, mujer de la maravillosa tez. Ravana es mi nomore, felicidad a tí. Yo soy el poderoso Ravana, ante quien devas, gandharvas, pisacas, patagas y serpientes huyen siempre llenos de espanto, como los seres ante la Muerte. Vaisravana, mi hermano consanguíneo, que por un motivo especial convoqué lleno de cólera a combate singular, fue vencido por mí. Por el terror que yo le inspiré, Naravahana abandonó su mansión opulenta y se retiró al Kailasa, el más elevado de los montes. Su hermoso carro, llamado Pushpaka, que va allí donde se quiere, yo lo he conquistado con mi valentía, ¡oh venturosísima!, y con él recorro los aires. Al simple aspecto de mi cara irritada, ¡oh Maithilí!, huyen espantados los suras, con Sakra a su cabeza. Por todas partes por donde yo voy, el viento sopla temeroso, y en el cielo, el astro de los rayos ardientes, espantoso, tórnase el astro de los rayos fríos. Las hojas de los árboles permanecen inmóviles, el curso de los ríos se detiene por todas partes donde yo me detengo o dirijo mis pasos. Sobre el borde del mar se levanta Lanká, mi opulenta capital. Poblada de rakshasas terribles, iguala a Amaravati, la ciudad de Indra. Rodeada de bastiones deslumbrantes de blancura, con sus recintos de oro y sus puertas de esmeralda, es una ciudad encantadora. Llena está de elefantes, de caballos y de carros; el sonido de las turyas retumba en ella. Árboles cuyos frutos poseen todos los sabores deseables están plantados en gran número en los jardines de recreo que la embellecen. Sí, allí es donde te es preciso habitar conmigo. Sitá, prudente princesa, para olvidar a las mujeres mortales. Allí gustarás los placeres terrestres y celestes, mujer de tez magnífica, y no te volverás a acordar de Rama, mortal cuya vida tiene fin. El rey Dasaratha, tras haber instalado en su trono a su hijo preferido, desterró al endeble mayor a un bosque. ¡Qué harás tú, hermosa de los grandes ojos, con ese Rama frustrado de tu reino, privado de inteligencia, viviendo en el ascetismo y la soledad? Acoge al amo de los rakshasas; responde al amor del que se presenta espontáneamente; el que a Manmatra atraviesa con sus dardos tú no le descorazonarás. Si me rechazas, ¡oh joven criatura!, te arrepentirás, como Urvasí, que con el pie

rechazó a Pururavas. Rama, ese mortal, no podrá siquiera resistir a mi dedo, en lucha. Acoge, pues, al que viene para tu felicidad, mujer de hermosa tez.»

A este discurso, Vaidehi, con los ojos llenos de cólera, respondió en términos indignados, pese a su aislamiento, al soberano de los rakshasas: «¿Cómo tú, que pretendes ser el hermano del dios Vaisravana, al que todos los dioses veneran, te atreves a cometer tal infamia? Infaliblemente perecerán todos, ¡oh Ravana!, los rakshasas de los que eres el rey cruel, insensato, esclavo de tus sentidos. El raptor de Sasí, la esposa de Indra, podrá escapar, pero el que quite a mi esposo Rama mi persona, no podría permanecer salvo. Podrá vivir aún mucho tiempo el que arrancara al dios que lleva el rayo a Sasí, la de hermosura sin igual; pero si tú robases a Rama una mujer como yo, ¡oh rakshasa!, en vano heberías el amrita; no habría salvación para ti.»

## SARGA XLIX

### RAPTO DE SITÁ POR RAVANA

A este discurso de Sitá, el imperioso Dasagriva golpeó sus manos una con otra y dio a su talla un enorme desarrollo. Luego dirigió aún a Maithilí, como discursador hábil, estas palabras: «En tu demencia no has oído hablar, bien lo veo, de mi fuerza y de mi heroísmo. Yo levantaría con mis brazos la Tierra, de pie en el cielo; yo bebería el mar y yo derribaría a Mrityu en campo de lucha. Yo atravesaría el Sol con mis dardos, y yo hendiría el globo. Tú, que te dejas seducir por los caprichos de la forma, mira cómo yo cambio de forma a mi capricho.»

Pronunciando estas palabras lleno de cólera, sus ojos rojos, circundados de negro, brillaban como llamas. De pronto, despojado de su aire benigno, Ravana, el hermano menor de Vaisravana, revistió su aspecto formidable, semejante a Kala. Ardientes las pupilas, deslumbrador con sus ornamentos de oro refinado, presa de violenta cólera, semejante a una sombría nube, el merodeador nocturno mostróse con sus diez caras y sus veinte brazos. Dejando allí su disfraz de monje mendicante, el colosal Ravana, el gran jefe de los rakshasas, volvió a tomar su forma natural. Vestido con un traje rojo, se detuvo para contemplar a la perla de las mujeres, Maithilí. Con su negra

cabellera, sus atavíos y sus joyas, ella asemejábase a la claridad del Sol; Ravana la dijo: «Si deseas un esposo famoso en los tres mundos, acéptame, mujer de las hermosas caderas; yo soy el marido que te conviene. Goza largo tiempo de mi persona; yo seré para ti un esposo lleno de gloria, y jamás, venturosa mujer, haré algo que pueda desagradarte. Deja el género de vida de los hombres y adopta el mío. Ese Rama, expulsado de su reino, que ha fallado su propósito y cuya vida es limitada, ¿qué lazos pueden atarte, insensata que te crees sabia, a un hombre que, por orden de una mujer, abandona reino, amigos y pueblo, para habitar, ¡el loco!, un bosque frecuentado por las serpientes?»

Así habló a Maithilí, princesa digna de afecto y llena de amenidad. Luego, acercándose a ella, llevado de su gran perversidad, el rakshasa, extraviado por la pasión, Ravana, se apoderó de Sitá, como Budha en el firmamento se apodera de Rohini. Con la mano izquierda cogió por los cabellos a Sitá, la de los ojos de loto, y por los muslos con la derecha. Viéndole semejante al pico de una montaña, los dientes aguzados, los brazos enormes, semejante a Mrityo, espantadas, las divinidades del bosque diéronse a la huida. Entonces apareció el gran carro de Ravana, producto de la Ilusión celeste, tirado por asnos, estrepitoso, construido con oro. Sin dejar de maltratarla con su vozarrón, Ravana cogió a Vaidehí contra su pecho y la subió en el carro.

Así raptada por Ravana, la ilustre e infortunada Sitá llamó a grandes gritos: «¡Rama!», pero Rama estaba lejos, hundido en el bosque. Pese a que ella no sintiese amor por él, que ardía en amor por ella, Ravana raptó a Sitá, que se debatía como la esposa de Indra contra las serpientes, y emprendió la huida. Cuando ella se sintió levantada por los aires por el rey de los raskhasas, lanzó gritos terribles, alocada, el espíritu extraviado por el exceso de dolor: «¡Ah Lakshmana, guerrero de los grandes brazos! ¡En tu abnegación por tu hermano mayor, no sabes que soy raptada por un rakshasa que cambia de forma a voluntad! Tú, que sacrificarías tu vida, tu felicidad y tus intereses a tu deber, ¿no ves, ¡oh Raghava!, al perverso que me lleva? ¿No estás acostumbrado a castigar, ¡oh tú, azote de tus enemigos!, a los malhechores? ¿Por qué, pues, no reprimes esta insolencia de Ravana? ¿Es que no se ve, acaso, cómo al punto el perverso coge el fruto de su mala acción? Este momento ha llegado, como llega la época en que las mieses maduran, en que por haber cometido este atentado, el espíritu extraviado por Kala, Rama va a infligirte un castigo terrible, que te costará

la vida. ¡Ah!, en el colmo de sus deseos está Kaikeyí con los suyos, ¡ahora que yo soy raptada al poderoso héroe! ¡Yo, su esposa virtuosa! ¡Yo imploro al Janasthana y a las karnikiras en flor! ¡Pronto, anunciad a Rama: Sitá es raptada por Ravana! Yo conjuro al río Godavari, que resuena entre el canto de los hamsas y de los sarasas: ¡Pronto, hable saber a Rama que Sitá es robada por Ravana! Yo invoco a las divinidades de este bosque, plantado de árboles de todas clases: ¡Haced saber a mi marido mi rapto! A todos los seres, sean cuales sean, que están aquí, bestias feroces y pájaros que viven en bandadas, yo os dirijo mi petición. Anunciad a mi marido que le arrebatan su tierna esposa, que les es más querida que la existencia. Decidle: ¡Sitá es llevada a la fuerza por Ravana! Al oírlo, el valeroso héroe, desplegando su bravura, vendrá a buscarme hasta en el otro mundo, aunque mi raptor fuese Vaisvata.»

Mientras de este modo exhalaba sus lamentaciones, empujada por el exceso de su infortunio, la princesa de los grandes ojos vio, encaramado en un árbol, a Jatayús, el buitre. Al advertirle, Sitá, la de las bellas formas, a la que Ravana arrastraba a su capricho, exclamó, en su extremado espanto, con voz ahogada por el dolor: «¡Noble Jatayús, mira cómo soy brutalmente raptada, cual una mujer sin protector, por este malvado rey de los rakshasas! Tú no podrás detener a este cruel merodeador nocturno; es poderoso, arrogante, provisto de armas, pérfido. Pero anuncia mi rapto a Rama y a Lakshmana, ¡oh Jatayús! ¡Cuéntales todo sin omitir nada!»

## SARGA L

### JATAYÚS INTIMA A RAVANA A QUE SUELTE A SITÁ

Aquella voz, bien que profundamente dormido, Jatayús la oyó. Advirtió al punto a Ravana, y al punto también a la joven Videha. Entonces, semejante a la cresta de un monte, el pico aguzado, el más poderoso de los pájaros, el afortunado Jatayús encaramado en un árbol, pronunció estas altivas palabras: «¡Oh Dasagriva!, yo, que estoy afianzado en el antiguo deber y lleno de lealtad, ¡oh hermano mío!, no cometas esa maldad en mi presencia. Yo me llamo Jatayús de nombre, soy el muy poderoso rey de los buitres. El soberano de todo el Universo, el igual a Mahendra y a Varuna, que se aplica en hacerse útil a

los mundos, Rama, el hijo de Dasaratha, es la fiel y gloriosa esposa de ese protector de mundos, Sitá, la de hermosas formas, a la que tú quieres llevarle. ¿Cómo un monarca afianzado en el deber, tocaría a la esposa de otro? Se debe respetar muy especialmente a la mujer de un rey: ¡Oh héroe! detente en esta vía de infamia: el adulterio. El sabio no se permitirá nada que se le pueda reprochar; la mujer del prójimo es preciso defenderla del ultraje como a la suya propia. Trátese de lo útil o de lo agradable, las gentes de honor, a falta de Sastras, régulanse por el rey en lo que al deber concierne, ¡oh alegría de Pulastya! El rey es el deber, el deseo y el supremo receptáculo de las riquezas. La ley, el bien y el mal tienen al rey por raíz. Con tu natural malvado, inconstante, ¡oh príncipe de los rakshasas!, ¿cómo has llegado al Imperio, semejante a un pecador sentado en el carro de los dioses? El hombre apasionado no podría expulsar lo natural. En verdad, los sentimientos nobles no moran mucho tiempo entre las almas perversas. Cuando ni en tu reino, ni en tu capital, has recibido insultos del poderoso Rama, ¿por qué tú le ultrajas? Si Khara, precedentemente, a causa de Surpanakhá, se ha conducido con exceso en el Janasthana, donde ha sido muerto por Rama, el de las hazañas inmortales, pues bien, dime francamente, ¿dónde está el crimen de Rama, el protector de los mundos, para que tú vayas a arrebatarle su esposa? ¡Pronto! Deja a Vaidehí, por miedo a que con su mirada terrible, semejante a un brasero, no te consuma como Indra, con su rayo, consumió a Vritra. ¡Es una serpiente venenosa lo que sujetas con el borde de tu vestidura, sin darte cuenta de ello! ¡Llevas atado al cuello el lazo de Kala, y no lo adviertes! No se debe, amigo mío, cargarse sino de un fardo que no aplaste al que lo lleva, y no comer sino alimentos que no puedan perjudicarnos. Un acto que no es ni justo, ni laudable, ni glorioso, en modo alguno, y que debe costar la vida, ¿quién, pues, lo querría cumplir? Hace sesenta mil años que he nacido, ¡oh Ravana! El trono de mis abuelos, según la ley, me ha tocado. Soy viejo, tú eres joven, provisto de un arco, de un carro, de una coraza y de flechas. No te irás, no obstante, sano y salvo, si te me llevas a Vaidehí. Tampoco podrías arrebatar por la fuerza a Vaidehí ante mis propios ojos, como no se puede, ante quien los conoce, desnaturalizar la enseñanza estable de los *Vedas* mediante deducciones lógicas. Si eres valiente, ven a batirte, detente un momento, Ravana; vas a caer muerto por el suelo como precedentemente Khara. El que más de una vez en la lucha venció a daityas y danavas. Rama, vestido de corteza de árbol, pronto

te abatirá en campo de lucha. Pero yo, ¿qué puedo hacer? ¡Qué lejos se han ido los dos principes! Huyes a toda prisa, miserable, por miedo a ellos; no hay duda. Pero no, en verdad, yo vivo no te llevarás a esta hermosa Sitá, la de ojos anchos como hojas de loto, la esposa amada de Rama. De toda necesidad, preciso me es prestar servicio, incluso con riesgo de mi vida, a ese magnánimo Rama, cual lo hubiera hecho con Dasaratha mismo. ¡Detente, detente, joh Dasagriva! Un instante, reflexiona, joh Ravana!, en que voy a abatirte de tu carro soberbio, como a un fruto de su pedúnculo. Te provocho a una lucha sin tregua, joh merodeador nocturno!»

## S A R G A L I

### LUCHA ENTRE JATAYÚS Y RAVANA. MUERTE DE JATAYÚS

A esta provocación, rojos de cólera los ojos, adornado con anillos de oro fino, el Indra de los rakshasas precipitose furioso contra el Indra de los pájaros. Una lucha formidable se empenó entre ellos en aquel vasto campo de batalla: cual, en el cielo, el choque de dos nubes empujadas por la tempestad. Fue un extraño duelo aquel del buitre y el rakshasa, que parecíanse a dos grandes montes alados y adornados de guirnaldas. Nalika-narakas y viñarnis acerados, Ravana hizo llover estos dardos temibles sobre el poderoso rey de los buitres. Esta granizada de proyectiles que le lanzó, el huitre, jefe de aquellos que tienen alas a guisa de carros, Jatayús los recibió sin moverse. Pero con sus patas, de garras agudas, el más fuerte, el mejor de los pájaros, hizo numerosas heridas al rakshasa. Furioso, Desagriva tomó diez dardos, semejantes al bastón de Mrityu, terribles, impaciente por abatir a su adversario. Dotado de gran vigor, con el arco tendido hasta la oreja, atravesó al buitre con aquellas flechas, que volaron rectas a su blanco, afiladas, penetrantes, con la punta de sílex.

Jatayús, advirtiéndolo, en el carro del rakshasa, a la hija de Janaka con los ojos bañados en lágrimas, sin preocuparse de aquellos dardos se lanzó contra su enemigo. Aquel arco, adornado de perlas y de joyas, con sus dos pies, el valeroso príncipe de los volátiles le rompió, así como las flechas. Entonces, cogiendo otro arco, Ravana, ciego de rabia, le cubrió con un chaparrón de dardos, lanzados por centenas, por millares. Cubierto por aquellas flechas, en la lucha, el rey de los volátiles,



asemejábase a un pájaro que ha vuelto a su nido. No obstante, sacudió con sus alas aquella nube de proyectiles, y con sus garras poderosas rompió el gran arco. Los dardos, centelleantes como hachones de fuego, con los que Ravana le cubría, con sus dos alas el valeroso rey los sacudía. Los asnos divinos, con el pecho acorazado de oro y la cabeza de pisacas, dotados de velocidad, el héroe los mató en la lucha. Luego demolió el gran carro de Ravana, provisto de un triple bambú a guisa de timón, que movíase a su voluntad, brillante como Pavaka, con su estribo y sus diversas partes de piedras preciosas. El quitasol, semejante a la Luna llena, lo abatió de un aletazo, así como el espantomosca y el rakshasa que los llevaba. El magnífico y poderoso rey de los pájaros, de un nuevo aletazo y a picotazos, mató al conductor el de talla colosal.

Su arco roto, sin carro, sus monturas y su escudero muertos, Ravana, llevando a Sitá contra su pecho, cayó a tierra. Cuando le vieron caer así, su vehículo roto: «¡Bravo!, ¡bravo!», gritaron los seres felicitando al rey de los buitres. Pero Ravana se dio cuenta de que el jefe de los volátiles sucumbía a causa de la fatiga de la edad, y emprendió la fuga gozoso, teniendo siempre a Maithilí. Mientras estrechaba amorosamente contra su pecho a la hija de Janaka y huía, no teniendo sino su espada, sus otras armas habiendo sido destruidas, el rey de los buitres, el poderoso Jatayús, le persiguió a todo volar, le cortó el camino y le dijo: «La esposa de Rama, cuyos dardos hieren como el rayo, ¡oh Ravana!, ¡oh insenato!, se la arrebatas para la pérdida segura de los rakshasas. Con tus amigos, tus parientes, tus ministros y tu séquito, bebes veneno como el que está sediento bebe agua. Los que no preven las consecuencias de sus actos, a causa de su falta de discernimiento, perecen pronto; así harás tú. Enlazado en el nudo de Kala, ¿adónde irás para desembarazarte de él? Del mismo modo, para su pérdida, el pez traga el anzuelo con el cebo. En verdad que los dos invencibles Kakutstha, vástagos de Raghú, ¡oh Ravana!, no soportarán esta violación de su domicilio. La acción que tú has cometido cobardemente, el Mundo la censura: así es cómo el camino seguido por los bandidos no es frecuentado por las gentes de corazón. Combate si eres valiente, detente un instante, ¡oh Ravana! Vas a quedar muerto sobre el terreno, a imitación de tu hermano Khara. A la hora de la muerte, la obra ilícita que el hombre cumple para su propia pérdida, tú la cumples ahora. El acto cuyas consecuencias son funestas, nadie querría hacerle, ni siquiera el soberano de los mundos, el venturosísimo Svayambhú.»

Al tiempo que tales cosas le decía enérgicamente, el valeroso Jatayús se abatió pesadamente sobre la espalda del rakshasa Dasagriva. Y agarrándole con garras agudas le desgarró por todas partes; hubiérase dicho un cornac montado sobre un elefante reacio. Le desgarraba con sus garras y le hundía el pico en la espalda. Con pico, garras y alas le arrancaba los cabellos. Acribillado de heridas por el rey de los buitres, el rakshasa tembló, los labios agitados por la rabia. Apretando a Vaidehí contra su flanco izquierdo, Ravana, al que el dolor ponía frenético, golpeaba a Jatayus con la palma de la mano. Jatayús, el jefe supremo de los pájaros, el vencedor de sus enemigos, se lanzó sobre Dasagriva, y destrozó con su pico sus diez brazos izquierdos. Sus brazos lacerados dejaron de pronto escapar chorros de veneno y llamas, semejantes a serpientes al salir de un hormiguero. Ciego de cólera, el vigoroso Dasagriva soltó a Sitá para golpear al rey de los buitres con manos y pies. La lucha duró aún algún tiempo entre aquellos dos enemigos de valentía incomparable, el primero de los rakshasas y el mejor de los pájaros. Al fin, Ravana, sacando su espada, cortó las alas y los pies y acribilló los flancos del campeón de Rama. Las alas amputadas por el rakshasa de las terribles hazañas, el gran buitre cayó a tierra expirando. Al ver a Jatayús tendido por el suelo, bañado en su propia sangre, Vaidehí acudió desolada como hacía un pariente. Aquel noble héroe, de plumaje semejante a la sombría nube, con el pecho blancuzco, Jatayús, el amo de Lanká le vio por tierra, semejante a un tizón apagado. Aquel volátil abatido por el suelo, víctima del impetuoso Ravana, Sitá, la del rostro brillante como la Luna, la hija de Janaka, le besó llorando.

## SARGA LII

## LA NATURALEZA ENTERA COMPADECE LA DESGRACIA DE SITÁ

Aquella mujer, cuyo rostro asemejábase a la princesa de los astros, al ver al rey de los buitres caído bajo los golpes de Ravana, en el exceso de su dolor lamentábase de este modo: «Signos, visiones, ensueños, gritos de los pájaros, otros tantos presagios infalibles de la dicha o de la desgracia de los hombres. ¡Oh Rama!, ¿acaso no sabes tu gran infortunio? ¡Oh Kakutsthal, ¿es a causa de mí por lo que huyen ahora fieras y volátiles? El buitre que, en su piedad, ¡oh Rama!, acudía

para libertarme, extendido está por el suelo, gracias a mi destino adverso. ¡Pronto! ¡Socorro, oh Kakutstha, oh Lakshmana!»

Así gritaba aquella hermosa mujer, llena de espanto, cual si hubieran estado tan próximos como para oírla. Vaidehí, adornada de guirnaldas mustias, lamentábase de este modo lejos de todo protector, mientras Ravana, el jefe de los rakshasas, lanzábase tras ella. Como una liana trepadora, abrazaba los grandes árboles, diciendo mientras corría de un lado para otro: «¡Salvadme!, ¡salvadme!» El rey de los rakshasas la alcanzó. Ella clamó aún: «¡Rama!, ¡Rama!» Rama la había abandonado en el bosque. Por su parte, Ravana, semejante a Antaka, la cogió por los cabellos. Ante esta violencia hecha a Vaidehí, todo el Universo, con los seres que se mueven y que no se mueven, quedó trastornado y sumido en espesas tinieblas. El viento cesó de soplar, el astro del día se oscureció. Viendo con su ojo divino el ultraje hecho a Sitá, Brahma, el dichosísimo Abuelo de los mundos, pronunció: «El destino se cumple.» La alegría turbó a todos los excelentes rishis que habitaban el bosque de Dandaka; viendo la violencia hecha a Sitá, comprendieron que la destrucción de Ravana había sido decidida por la suerte.

Entretanto, el rey de los rakshasas, apoderándose de Sitá que gritaba llorando: «Oh Rama! ¡Rama!, ¡oh Lakshmana!», lanzóse al espacio. Los miembros de reflejos semejantes a sus adornos de oro fino, vestida de seda amarilla, la princesa centelleaba como el rayo en la nube. El vestido de seda de Sitá, de ondulantes pliegues, daba enteramente a Ravana el aspecto de un monte abrasado por un incendio. Las hojas de loto de tonos oscuros y suave perfume, que dejaba escapar Vaidehí, la de sin igual hermosura, cubrían a Ravana. Su vestido de seda flotando en el aire, brillante como el oro, asemejábase a una nube cobriza a la que el Sol iluminaba con sus rayos. La cara inmaculada de Sitá transportada de aquel modo por el espacio, entre los brazos de Ravana, no brillaba ya, lejos de Rama: hubiérase dicho un loto separado de su tallo. Semejante a la Luna que se levanta en el seno de una nube sombría, su hermosa frente, coronada por una soberbia cabellera, semejante al cáliz del loto, perdió su resplandor. Con sus dientes blancos, netos, maravillosos, y sus hermosos ojos, el rostro de Sitá, a la que Ravana transportaba a través de los aires, sobre su seno, aquella cara de quejumbrosa boca, bañada de lágrimas, semejante a la Luna, encantadora de contemplar, de nariz bien hecha, de labios de un tinte graciosamente oscuro,

en el aire asemejábase a Hataká. Al contacto brutal del Indra de los rakshasas, el hermoso rostro de Sitá no brillaba más en ausencia de Rama, que la Luna durante el día. Maithilí, la de la tez de oro, iluminaba con sus reflejos al negro jefe de la rakshasas como una cincha dorada al oscuro elefante que la lleva. La hija de Janaka, semejante a un loto amarillo, brillaba como el oro; adornada de joyas de oro afinado, iluminaba a Ravana, como el relámpago a la nube que surca. Gracias al ruido que hacían entrechocándose los joyeles de Vaidehí, el jefe de los rakshasas asemejábase a una nube enteramente sombría en la que muge el rayo. Una lluvia de flores, que despidió de su cabeza Sitá mientras Ravana la elevaba, cayó sobre la Tierra por todas partes. Este chaparrón de flores, que la carrera impetuosa de Dasagriva hizo llover por todas partes, le cubrió a él también. Una capa de flores llenó al hermano nacido después de Vaisravana, como un tapiz de estrellas sin mancha, al Merú, este monte sublime. Un anillo incrustado de perlas semejante a un círculo de relámpagos, se quebró y cayó a los pies de Vaidehí, por el suelo. Roja como un tallo de coral, Vaidehí proyectaba sobre los negros miembros del príncipe de los rakshasas una claridad parecida a la que proyecta sobre un elefante su cinturón dorado. Semejante a un gran meteoro, brillante en el cielo con su propio resplandor, Sitá atravesaba el espacio, transportada por el hermano nacido después de Vaisravana. Sus joyas de reflejos ígneos, caían con ruido sobre la tierra, donde se rompían, cual los astros desprendidos del firmamento. El collar de perlas, centelleante como el rey de los astros, que Vaidehí llevaba sobre su pecho, llegando a romperse, cayó, produciendo una gran claridad; tal cual el Gangá precipitándose desde el cielo. Alegremente agitados por la caída de tales meteoros, los árboles en los que se cobijaban bandadas de pájaros de todas clases, sucudiendo sus copas, parecían decir a Sitá: «No temas nada.»

Los estanques, tapizados de lotos marchitos, llenos de peces y de otros animales acuáticos sobrecogidos de espanto, tenían el aspecto de llorar por Maithilí, cual una compañera caída de su esplendor. Acudiendo de todas partes, leones, tigres, gacelas y pájaros, precipitábanse en tropeles furiosos, en seguimiento de la sombra de Sitá. Con sus cascadas, cual rostros bañados en lágrimas, sus cimas semejantes a brazos levantados en el aire, hubiérase dicho que las montañas se lamentaban del rapto de Sitá. Testigo de aquella violencia hecha a Vaidehí, el Sol se entristeció, su admirable brillo desapareció, dejando sitio a un disco pálido.

«¡Ya no hay justicia! ¡Ya no hay verdad! ¡Ya no hay rectitud ni inocuidad, puesto que la esposa de Rama, la princesa del Videha, Sitá, es arrebatada por Ravana!» Así gemían todos los seres reunidos a montones. Espantados, con desolado aspecto, los pequeños animales montaraces lanzaban gritos lastimeros. Levantando muchas veces sus miradas sin brillo, como bajo el imperio del temor, las deidades silvestres temblaban con todos sus miembros, viendo la profunda aflicción de Sitá tan cruelmente arrastrada y gritando con voz débil: «¡Oh Lakshmana! ¡Oh Rama!», con los ojos constantemente fijos en la Tierra. Aquella virtuosa Vaidehí, los cabellos esparcidos, la marca del tilaka borrada, Desagriva la arrebatada para su propia pérdida. Maithili, la de los hermosos dientes, la de la graciosa sonrisa, privada de sus inmediatos, no advirtiéndolo ni a Raghava, ni a Lakshmana, el rostro sin color, sintióse aplastada bajo el peso del espanto.

### SARGA LIII

#### SITÁ AMENAZA A RAVANA CON LA VENGANZA DE RAMA

Viendo huir de aquel modo por los aires a Ravana, Maithili, la hija de Janaka, víctima de la aflicción y de la angustia más grandes, en el exceso de su terror, los ojos enrojecidos por las lágrimas y la indignación, Sitá dijo con voz quejumbrosa, entrecortada por los sollozos, al feroz amo de los rakshasas que la arrebataba: «¿No te avergüenzas de tu acción, miserable Ravana, que, sabiéndome sola, te apoderas de mí y huyes? ¡Oh perverso!, con tu cobarde propósito de arrebatarme has alejado a mi marido con ya ayuda de la Mayá en forma de gacela. El que ha intentado salvarme ha sucumbido, el rey de los buitres, este viejo amigo de mi suegro. Cierto, has mostrado una extremada valentía, ¡oh el último de los rakshasas! Declinando tu nombre, sí, ¡es en un combate como me has conquistado! Tras semejante maldad, ¿cómo no enrojeces? ¡Miserable arrebatador de una mujer aislada!, ¡la mujer de otro! La gente se referirá en los mundos tu deshonrosa hazaña, bárbara, infame, ¡oh tú, que te picas de heroísmo! ¡Malditas sean las valentías y la fuerza de que te alabas, oh tú, oprobio de tu raza! ¡Maldición a ti, en el mundo, por tal conducta! ¿Qué hacer, puesto que huyes tan precipitadamente? Detente tan sólo un instante; de hacerlo, ¡ay!, no volverías con vida. En

verdad que no, si llegases a ser descubierto por esos dos hijos de rey; ni con todo un ejército podrías sobrevivir un solo instante. Incapaz serías de soportar el menor contacto de sus flechas, como no podría el pájaro soportar el incendio producido en el bosque. Cuida de tu propia salvación y suéltame pronto, ¡oh Ravana! Furioso por este rapto, mi marido, ayudado por su hermano, tomará sus disposiciones para tu pérdida, si no me dejas marchar. El fin que te propones arrebatándome por la fuerza, ese fin miserable, no le alcanzarás, pues si yo no he de volver a ver a mi esposo, dotado de una sabiduría eminente, caída en poder de un enemigo, no podré soportar la existencia mucho tiempo. En cuanto a ti, en tu felicidad, tu salvación, la desconoces. Así ocurre que, el momento fatal llegado, aquel que debe morir escoge lo que le es contrario; y que ninguno de aquellos que desean la muerte ama lo que podría salvarle. Te veo atado por el cuello con la cadena de Kala, puesto que esta terrible situación no te espanta, ¡oh merodeador nocturno! ¡Seguramente adviertes árboles de oro, el Vaitaraní, río formidable que rueda olas de sangre, y el bosque espantoso cuyas hojas son espadas, tú le ves asimismo. Ravana! El Salmali, cuyas flores son de oro refinado y el follaje en cantador, compuesto de esmeraldas, ¡tú le verás con las espigas de hierro de que está erizado! En verdad que no, que tras haber hecho un ultraje semejante al magnánimo Rama, no podrás sobrevivir mucho al veneno que has tragado, implacable Ravana. Enredado estás en la red de Kala, difícil de romper. ¿Adónde irás a buscar refugio contra mi esposo magnánimo? El que, en un abrir y cerrar de ojos, sin su hermano, en el combate, destruyó catorce mil rakshasas, ¿cómo este héroe salido de Raghú, experto en todas las armas, lleno de valentía, no te atrevería con sus dardos agudos, a ti, que le has arrebatado una esposa bienamada?»

Estas palabras amenazadoras y otras aún, Vaidehí, a la que Ravana llevaba en sus brazos, llena de espanto y de pena, se las dirigió con dolorida voz. Abrumada de dolor, a despecho de sus quejas y de sus lamentos, el perverso Ravana, los miembros crispados, se llevaba a la amable y dulce princesa que se debatía.

## SARGA LIV

## RAVANA ENTRA EN LANKÁ CON SITÁ

Mientras Vaidehí, arrebatada por Ravana, no veía a nadie que pudiera socorrerla, de pronto advirtió, de pie en la cima de una montaña, cinco vanaras poderosos. La princesa de los grandes ojos, la de las bellas formas, dejó caer en medio de ellos su manto de seda, brillante como el oro, y sus ricos adornos. «¡Si pudieran informar a Rama de mi rapto!», dijo la hermosa Sitá al dejar caer en medio de ellos su atavío y sus joyas. Dasagriva, el de los rojizos ojos, en su turbación, no se dio cuenta del incidente. Sitá, la de los grandes ojos, sin mover casi los párpados, los excelentes vanaras la vieron cómo lanzaba gritos. Pero el jefe de los rakshasas, franqueando el río Pampá, la cara vuelta hacia Lanká, continuaba su carrera, llevando siempre a la gimiente Maithilí. Lleno de gozo, era su propia muerte lo que Ravana llevaba contra su seno; era un reptil de agudos dientes y violento veneno. Bosques, ríos, montañas, lagos, desde lo alto de los aires, los franqueaba con la rapidez de la flecha salida del arco. El retiro de los tímidos y de los cocodrilos, la mansión indestructible de Varuna, el asilo de los ríos, el Océano, lo atravesó. En su turbación, las olas se agitaron, los peces y las grandes serpientes se conmovieron ante el rapto de Sitá. Entonces resonaron las voces aéreas de los caranas: «Es tu fin, ¡oh Dasagriva!», dijeron, lo mismo que los siddhas. Entre tanto, reteniendo contra su seno a Sitá, que se debatía siempre, Ravana entró en la ciudad de Lanká con ella, que para él personificaba a Mrityú. Llegado a su capital, de calles bien trazadas y anchas, de elevados contrafuertes, espaciosa, penetró en su gineceo. Allí fue donde Sitá, la de las negras cejas, llena de dolor y de desesperación, fue depositada por Ravana, como por Maya, la asurí Mayá. Dasagriva dijo a los pisacis, de aspecto terrible: «Que ningún rakshas, que ninguna rakshasí vea a Sitá sin mi consentimiento. Perlas, diamantes, oro, vestiduras, adornos, todo cuanto desce, que la sea dado, yo lo quiero. La que dirija a Vaidehí una palabra desatenta inconscientemente o conscientemente, es que no estima su vida.» Así habló a aquellos rakshasas el imperioso Indra de los rakshasas.

Al salir del harén: «¿Qué hacer?», se preguntó. En esto advirtió a ocho de sus más valerosos rakshasas, comedores de

carne. Viéndolos, el poderoso Ravana, engañado por el privilegio que había recibido, intimóles esta orden, exaltando su fuerza y su bravura: «Armaos de todas armas y partid pronto, a toda prisa, hacia el Janasthana, ahora el Hatasthna, donde precedentemente habitaba Khara. Establecéos en aquel lugar ya desierto a causa de la matanza de los rakshasas. Haced llamada a vuestra valentía y a vuestro vigor y desterrad lejos de vosotros todo temor. El ejército numeroso, fuerte, que había acantonado en el Janasthana, ha sucumbido, en lucha, así como Dushana y Khara, bajo las flechas de Rama. Desde entonces, un furor que hasta este momento me era desconocido, aumenta sin cesar, impidiéndome todo reposo. Siento un odio violento contra el cruel Rama. Y quiero hacer sentir este odio a mi gran enemigo. No gozaré de sueño hasta haberle matado en campo de lucha. Es inmediatamente cuando quiero hacer perecer al asesino de Khara y de Dushana, Rama. Entonces seré feliz, como un indigente que encuentra un tesoro. Instalados en el Janasthana, me informaréis exactamente sobre los manejos de Rama. Sin descanso, es preciso que todos los merodeadores nocturnos entren en la empresa. Hay que esforzarse constantemente por destruir a Rama. Vuestro valor lo he comprobado con frecuencia en los combates, en primera línea siempre; por ello os he escogido para esto de Janasthana.»

Habiendo recibido esta misión tan halagadora como importante, los ocho rakshasas, despidiéndose de Ravana, dejaron Lanká todos juntos y se lanzaron en dirección del Janasthana, tras haberse hecho invisibles. Entre tanto, Ravana, que había arrebatado a Sitá, la princesa de Maithilí, y la había llevado a su palacio, incurriendo con ello en el más alto grado de enemistad de Rama, se entregó a transportes de una alegría insensata.

## SARGA LV

### RAVANA SUPLICA A SITÁ PARA QUE SE CASE CON ÉL

Tras haber dado sus órdenes a los ocho rakshasas, terribles a causa de su gran valor, Ravana, con su falta de inteligencia, creyó haber obviado toda eventualidad. Y sus pensamientos fueron hacia Vaidehí. Herido por los dardos de Kama, entró en su morada suntuosa y se apresuró a visitar a Sitá. Al penetrar en aquella habitación, Ravana, el soberano de los rakshasas, advirtió, en medio de las rakshasís, a Sitá, a quien el dolor



destrozaba. El rostro de la infortunada estaba bañado en lágrimas; hallábase materialmente aplastada bajo el peso de la pena. Cual, batida por la tempestad, una barca naufragando en pleno mar. Cual, aún, separada del rebaño, una gacela a la que los perros rodean. El merodeador nocturno se acercó a Sitá, que tenía su rostro inclinado hacia la tierra. Pese a que la desgraciada era víctima del más vivo dolor, el rey de los rakshasas, por la fuerza y en contra de su voluntad, la hizo visitar aquella mansión que asemejábase a la morada de los dioses. Era encantadora con sus palacios y sus templos; mil mujeres habitaban en ella; bandadas de pájaros de todas clases la llenaban con sus gorjeos; estaba adornada de joyas de toda suerte. Vefanse allí maravillosas columnas de marfil, de oro, de cristal y de plata, incrustadas de diamantes y de esmeraldas. Resonaba con el ruido de los gongos divinos; el oro pasado por el crisol la servía de adorno. Ravana subió con Sitá una escalera de oro, magnífica. Ojos de bucy en marfil y en oro, de gracioso aspecto, formados de celosías de oro, decoraban los pabellones, dispuestos en grupos de a cinco. Suelos de estuco y de piedras preciosas brillaban por todas partes. Dasagriva hizo ver a Maithilí su residencia. Ravana mostró aún a Sitá, abismada siempre de dolor, lo pilones y los estanques cubiertos de lotos y de toda clase de flores. Tras haber hecho visitar a Sitá, la hija del Videha, todos los esplendores de su palacio, el perverso la dijo, con el propósito de seducirla: «Díez kotis de rakshasas y otros veintidós, montados en carros excelentes, sin contar los viejos y los niños, merodeadores de noche, me reconocen como jefe, ¡oh Sitá!, todos temibles a causa de sus hazañas. Cada uno de ellos tiene a mi disposición un millar de servidores abnegados. Todo este real aparato es tuyo, así como mi vida. Mujer de los grandes ojos, me eres más querida que mi propia existencia. De mi numeroso cortejo de mujeres escogidas, sé la reina, casándote conmigo, ¡oh bienamada Sitá! ¿A qué te sirve soñar en otra cosa? Acepta mi proposición. Acepta mi mano, debes a mi amor este favor. Rodeada por el mar, esta ciudad de Lanká, que tiene cien yojanas de extensión, no podría ser tomada al asalto ni siquiera por los suras y los asuras, conducidos por sus Indras. Entre los devas, los yakshas, los gandharvas y los rishis, no veo a nadie en el mundo que sea igual a mí en poder. Despojado de su reino, sin recursos, entregado al ascetismo, no yendo jamás sino a pie, ¿qué harías con Rama que no es sino un hombre sin energía? Goza de mi persona, ¡oh Sitá!; yo soy un marido digno de ti. La juventud pasa pronto, ¡oh mujer querida!, regocíjate en estos

lugares conmigo. No pienses más en volver a ver a Rama, mujer del bello rostro. ¿Como podría venir aquí ni siquiera con la imaginación? Piénsalo, ¡oh Sitá! Imposible es detener en los aires, mediante cadenas, al impetuoso viento; ni coger las llamas inmaculadas de un brasero ardiente. Asimismo, yo no veo en los tres mundos, ¡oh hermosa!, quién podría arrancarte por la fuerza, de mis brazos protectores. Este vasto Imperio de Lauká, gobiérnalo. Serán tus esclavos mis semejantes y hasta los mismos dioses, así como todo lo que se mueve y lo que no se mueve. Lavada con el agua lustral, sé dichosa y alégrate. Tu mal karmán de otro tiempo expiado le has a causa de tu permanencia en el bosque. Tu buen karmán es aquí donde recogerás su fruto. Aquí todas esas guirnaldas de celestial perfume. Maithili, y esos ornamentos preciosos, goza de ellos, en mi compañía. El carro Pushpaka de mi hermano Vaisravana, mujer de las hermosas caderas, ese carro brillante como el Sol, que yo he conquistado valerosamente en la guerra, ese grande y maravilloso vehículo, rápido como el pensamiento, ¡oh Sitá!, sítete de él, conmigo, para tu entero agrado. Tu rostro, loto deslumbrador, inmaculado, delicioso de ver, la pena le ha marchitado; ya no brilla, mujer de espléndidas formas y de graciosos rasgos.»

Mientras la hablaba así, la hermosa Sitá ocultaba su rostro con la punta de su manto. Su rostro centelleante como la Luna, y dejaba correr lentamente sus lágrimas. Viéndola pensativa, abrumada, los rasgos alterados por la pena, Ravana, el poderoso merodeador nocturno, la dijo aún: «Basta ya de esa confusión, ¡oh Veidehí!, causada por una infracción de la ley. He aquí el ceremonial fijado por los Vedas, ¡o diosa!, que debe consagrar nuestra unión: esos dos pies perfumados, yo los acato con mis diez cabezas. Acoge mi ruego sin tardar; yo soy tu dócil esclavo. Que no sean vanas las palabras que me inspiran los tormentos del amor. Jamás Ravana inclinó su frente ante ninguna mujer.» Así hablaba Dasagriva a Maithili, la hija de Janaka, bajo el imperio del Destino. «Es mía», pensaba.

## SARGA LVI

### SITÁ GUARDADA POR LAS RAKSHASÍS

A este lenguaje, Vaidhí, cesando de temblar, bien que siempre abrumada por el dolor, estimando a Ravana poco más o menos como a una brizna de hierba, le respondió: «El rey

Dasaratha, que era para la justicia como un bastión inquebrantable, que su lealtad había hecho célebre, tuvo un hijo, Raghava. Este virtuoso Rama, ilustre en los tres mundos, de brazo poderoso, el de los grandes ojos, es mi divinidad, mi esposo. Nacido en la tribu de Ikshvaku, ese héroe de hombros de león, el de la gran gloria, ayudado por Lakshmana, su hermano, él será quien destruya tus alientos vitales. De haberme violentado en su presencia, obligado te hubieras visto a detenerte, y muerto hubieras sido por él en combate, como Khara en el Janasthana. Los rakshasas, de los cuales me has pintado el aspecto terrible, por valerosos que sean, delante de Raghava perderán su vigor, como las serpientes su veneno delante de Suparna. Las doradas flechas que lanzará la cuerda de su arco te abatirán como las olas del Gangá a sus orillas. Por invencible que puedas ser para los asuras y los suras, ¡oh Ravana!, su furor en el que has incurrido, no te permitirá escapar a él vivo. No te queda sino un resto de existencia; el valiente Raghava te la quitará. Esta vida que tú pensabas no poder perder es la de la víctima llevada a la estaca. Que Rama lance sobre ti su mirada inflamada por la cólera, ¡oh rakshasa!, y al punto serás consumido como Manmatha por Rudra. El que podría derribar a Candra del firmamento a la Tierra, y destruirla, que incluso desecaría el Océano, sabrá sacar a Sitá de aquí. Puedes dar por acabada tu vida, tu prosperidad, tu ser y tus facultades. Lanká, viuda de sus habitantes, por tu falta, dejará de subsistir. No, esta maldad no te será provechosa, a ti que, no estando mi marido a mi lado, me has arrancado por la fuerza. Acompañado de mi cuñado, mi ilustre esposo, con fiando en su bravura, no teme habitar la soledad de Dandaka. Tu valor, tu fuerza, tu altivez, tu insolencia, las abatirá seguramente, bajo una lluvia de proyectiles, en el combate. Cuando el tiempo fijado por el Destino para la destrucción de los seres aparece, las gentes obran como insensatos, bajo su imperio. Mi rapto indica que tu hora fatal ha llegado, ¡oh el más vil de los rakshasas!; es la señal de tu muerte, la de los rakshasas y de tu gineceo. La vedi, colocada en medio del área del sacrificio, provista de la cuchara y de los demás utensilios, que los Dos-veces-nacidos han santificado con sus mantras, el candalá no se atrevería a poner su mano sobre ella. Asimismo, esposa legítima de un hombre afianzado en el deber, fiel a sus votos, tú no tenías derecho a tocarme empujado por tu perversidad, ¡oh el último de los rakshasas! Cuando alegremente retoza con él, en medio de los manojos de lotos, ¿cómo la hembra del rajahmsa advertiría, agazapado entre la hierba, al madgu-

ka? Este cuerpo mío inconsciente, cárgale de ataduras o destrúyelo; no tengo interés en conservarle, como tampoco la existencia misma, ¡oh rakshasa! Pero no podría aceptar, en la Tierra, mi propio deshonor.» Tal fue el firme lenguaje de la indignada Vaidehí. Janakí no dirigió ya ni una sola palabra a Ravana.

A este discurso de Sitá, severo, implacable, capaz de producir un escalofrío, él respondió con espantosa voz: «No olvides estas palabras, hermosa princesa de Mithilá: tendré paciencia doce meses. Al cabo de este tiempo, si no quieres vivir conmigo, mujer de la encantadora sonrisa, mis cocineros te cortarán en pequeños trozos y servirás para mi almuerzo.»

Así habló el feroz Ravana, verdadero *ravana* para sus enemigos. Y lleno de cólera, ordenó: «Sin tardar, que las rakshasis deformes, de horrible aspecto, que se hartan de carne y de sangre, abatan el orgullo de esta mujer.» A su voz, aquellos monstruos de aspecto formidable, tras haberle saludado con el anjalí, rodearon a la princesa de Mithilá. El rey Ravana ordenó a aquellas rakshasis espantosas de ver que, al andar, golpeaban el suelo casi hasta romperle, por decirlo así: «Conducid a Maithilí hasta el centro del bosquecillo de asokas y guardadla secretamente, permaneciendo alrededor de ella. Allí, unas tras otras, mediante amenazas atroces y caricias, esforzaos todas en domar su voluntad, como se doma a una hembra salvaje de elefante» (308).

A esta orden de Ravana, las rakshasis, apoderándose de Maithilí, la llevaron al bosquecillo de asokas. Aquel bosque estaba plantado de árboles cargados de flores de todas clases y de frutas que satisfacían todos los deseos; los pájaros entregábanse allí continuamente a sus devaneos amorosos. Vencidos los miembros bajo el peso del dolor, Maithilí, la hija de Janaka, caída en poder de las rakshasis, parecía una gacela en medio de tigresas. Abrumada por el dolor y el espanto Maithilí, la hija de Janaka, no gozaba de reposo alguno, semejante a un temeroso antílope, cercado en un lago. No pudo hallar ningún reposo, la princesa de Mithilá, a causa de las amenazas de aquellos monstruos espantosos. Recordando a su esposo y a su cuñado, bajo el peso del espanto y de la tristeza, estaba como privada de sentido.

## S A R G A L V I I

## PRESAGIOS SINIESTROS MUÉSTRANSE A RAMA

Cuando hubo matado a Maricha, el rakshasa que cambiaba de forma a voluntad y que se paseaba en aquel momento transformado en gacela, Rama emprendió al punto el camino de vuelta. Mientras se apresuraba, llevado por su impaciencia de volver a ver a Maithili, un chacal aulló detrás de él con gritos lacerantes. Tras aquellos aullidos siniestros que le produjeron un escalofrío, una angustia hiriente se apoderó de él. Pensó: Una desgracia, mucho lo temo, me anuncian los aullidos de este chacal. ¡Ojalá Vaidehí, sana y salva, no haya sido presa de los rakshasas! El grito lanzado por Maricha, transformado en gacela, imitando mi voz, si Lakshmana le ha oído, a este grito, Sumitri, dejando a Maithili, e incluso enviado por ella, correrá prestamente a juntarse conmigo. Los rakshasas, de acuerdo, habrán decidido la muerte de Sitá, y transformado en gacela de oro, Maricha me ha, cierto, alejado de ella con este propósito. Tras haberme conducido lejos, este rakshasa ha caído hajo mis flechas, pero no sin exclamar, imitando mi voz: «¡Ay, Lakshmana, muerto soy!» ¡Ojalá puedan estar sanos y salvos los dos, en el bosque, bien que privados de mi presencia! El asunto del Janasthana me ha hecho odioso a los rakshasas. Y he aquí que presagios aterradores y numerosos aparecen ahora. Tales eran las reflexiones inspiradas a Rama por el grito del chacal.

El héroe volvía a toda prisa, tratando de llegar pronto a su ermita, sin dejar de pensar en el modo como, transformado en gacela, el rakshasa le había alejado de los suyos. Raghava dirigíase hacia Janasthana, con el espíritu abrumado por las preocupaciones. Los animales salvajes y los pájaros que encontraba dejaban a su izquierda al magnánimo príncipe y lanzaban gritos angustiosos. En medio de aquellos terribles presagios, Raghava vio a Lakshmana que acudía, todo pálido. Pronto Lakshmana estuvo a su lado. Turbado, encontró a Rama, lleno también de turbación, desgraciado, él mismo encontraba a su hermano presa de la desgracia. Este, al verle, hizo reproches a Lakshmana. Rama, la alegría de Raghú, que había dejado a Sitá en un bosque desierto, frecuentado por los rakshasas, cogiendo la mano izquierda de Lakshmana, le dijo con voz dulce, pero severa y triste: «¡Ah, Lakshmana!, has hecho mal de-

jando sola a Sitá por venir aquí. Amigo mío, ¿cómo podrá esto producir bien alguno? Para mí, no hay duda, ¡oh valeroso príncipe!, la hija de Janaka ha sido muerta e incluso devorada por los rakshasas que yerran por el bosque; demasiados signos funestos se me aparecen. ¡Oh Lakshmana, tigre de los hombres! ¡Ojalá podamos encontrar sana y salva a Sitá, la hija de Janaka! ¡Mira cómo los tropeles de animales salvajes y el chacal lanzan gritos aterradores, y los pájaros mismos huyen en dirección al Sur! ¡Ojalá esté sana y salva esa hija de rey, ¡oh héroe lleno de valentía! Ese monstruo, bajo la apariencia de una gacela me ha engañado y arrastrado lejos. Matado al fin, no sin esfuerzo, sólo fue muriendo cuando se reveló rakshasa. Mi corazón está afligido, ha perdido la alegría; mi ojo izquierdo parpadea. Sin duda alguna, Lakshmana, Sitá ya no está allí. Ha sido arrebatada o muerta, o vaga por el sendero

## SARGA LVIII

## LAMENTACIONES DE RAMA

Al ver a Lakshmana que llegaba triste, solo, sin Vaidehí, el virtuoso hijo de Dasaratha le interrogó: «La que me acompañó cuando fui relegado al bosque de Dandaka, Lakshmana, ¿dónde está Vaidehí, a la que has dejado para venir a buscarme? Tras mi expulsión del reino, en mi desgracia, en mis andanzas errantes por el Dandaka, ¿dónde está mi compañera de infortunio, Vaidehí, la de gracioso tallo? Aquella lejos de la cual no podría vivir, ¡oh héroe!, ni siquiera un instante, ¿dónde está la compañera de mi vida, Sitá, semejante a la hija de un dios? La supremacía sobre los Inmortales, y la de la Tierra misma, ¡oh Lakshmana!, lejos de la hija de Janaka, deslumbradora como el oro, no la querría. ¿Vive aún Vaidehí, que me es más querida que la existencia? Mi destierro, ¡oh guerrero!, ¿no habrá sido inútil? Si yo muero a causa de Sitá, ¡oh Sumitri!, y tú vuelves allá solo, Kaikeyí, ¿no habría alcanzado el colmo de sus deseos? ¿No sería enteramente dichosa? Yo muerto, mi infortunada madre, Kausalyá, ¿no llegaría a ser la dócil esclava de Kaikeyí, que reinaría con su hijo, tras haber conseguido su propósito? Si Vaidehí existe aún, volveré a la ermita; pero si mi virtuosa esposa ha muerto, yo moriré también a causa de ello, Lakshmana. Di, Lakshmana, ¿Vaidehí vive aún, sí o no? ¿A causa de tu alojamiento, ¿no habrá sido devorada por los rakshasas la

desgraciada? Muy tierna, delicada, no habiendo jamás conocido la pena, seguramente Vaidehí desólase en mi ausencia, ¡la infortunada! Ese rakshasa, lleno de astucia y de perversidad, al llamar a grandes gritos: ¡Lakshmana!, te ha inspirado vivo temor. En cuanto a Vaidehí, lo adivino, cuando ha oído esta llamada que parecía mía, en su espanto, te habrá enviado a ver qué me ocurría, ¡y tú has acudido! Has hecho muy mal abandonando a Sitá en el bosque; has procurado a los perversos rakshasas la ocasión de vengarse. Estaban afligidos por la muerte de Khara, esos rakshasas que se alimentan de carne, y llevados de su crueldad habrán matado a Sitá, no hay duda. ¡Ay!, heme aquí, hundido en un abismo de desgracia, ¡oh tú, destructor de tus enemigos! ¿Qué haré en adelante? Tiemblo en presencia de lo que me espera.»

Sin dejar de pensar de este modo en Sitá, la de las hermosas caderas, Raghava iba a toda prisa hacia el Janasthana, con Lakshmana. Dirigía reproches a su hermano, a quien el dolor anonadaba; atormentado por el hambre, la fatiga y la sed, suspiraba, las facciones alteradas, presa de la desesperación; de este modo entró en su habitación. ¡Y la encontró desierta! Cuando hubo alcanzado de nuevo su retiro, el héroe recorrió uno tras otro los sitios en que Sitá solía distraerse de ordinario: «¡Aquí era!», se decía, y de nuevo en la ermita, los cabellos erizados, sentía que el extravío le ganaba.

## SARGA LIX

### RAMA REPROCHIA A LAKSHMANA EL HABER ABANDONADO A SITÁ

La alegría de Raghú, Rama, interrogó, a lo largo del camino, con voz angustiada a Sumitri, que había salido de la ermita. Le dijo: «¿Por qué has abandonado a Maithilí por venir a mi encuentro, cuando yo te la había confiado en el bosque, al alejarme de ella? Viéndote venir, tras haber dejado a Maithilí, ¡oh Lakshmana!, la gran desgracia que temía me ha parecido evidente, y mi espíritu se ha turbado. Mi ojo izquierdo ha sentido escalofríos, lo mismo que mi brazo izquierdo y mi corazón, al advertirte de lejos, en el sendero, ¡oh Lakshmana!, sin Sitá.»

A estas palabras, el hijo de Sumitrá, Lakshmana, el de las brillantes insignias, fue presa de un dolor aún más vivo, y dijo al desgraciado Rama: «No, no ha sido por mí mismo, ni por

mi entera voluntad, por lo que la he dejado para venir aquí. Sino, apremiado por sus instancias ha sido por lo que he corrido a tu lado. Un grito que parecía proferido por su noble esposo: —¡Lakshmana! ¡Socorro, pronto!—llegó a los oídos de Maithili. Cuando ovó este grito de angustia, llevada de su ternura hacia ti, Maithili: —¡Ve! ¡Parte!—me dijo al punto, llorando, llena de espanto. Como instase: —¡Anda! ¡Pero ve!—repetía, yo traté de tranquilizarla con mis palabras. No veo, la dije, a qué rakshasa podría Rama temer. Cálmate. No es él, es algún otro el que habrá lanzado el grito. Esta palabra reprensible y vil: —¡Socorro! ¿Cómo la hubiera proferido, ¡oh Sitá!, el noble guerrero que haría temblar a los Treinta (309) mismos? ¿Por qué motivo y por quién, pues, ha sido imitada la voz de mi hermano, y pronunciada esta palabra malsonante: Lakshmana, socorro? Un rakshasa habrá lanzado ese grito presa del terror: —¡Socorro!—habrá gritado, ¡oh hermosa!, de modo que no es justo que tiembles como las mujercillas tienen costume de hacer. Basta ya, pues, de turbación, tranquilízate; se acabó la inquietud. No hay, en los tres mundos, hombre nacido o por nacer que pueda triunfar de Raghava en campo de lucha. Es invencible en la guerra, Raghava; incluso para los dioses mismos, con Sakra a su cabeza.»

A pesar de estas palabras, Vaidehí, toda trastornada, me dijo, vertiendo lágrimas, estas palabras amargas: «Con tu extremada perversidad tienes el propósito, tu hermano muerto, de unirme contigo; pero yo no te perteneceré jamás. Es en complicidad con Bharata por lo que has acompañado a Rama, puesto que a pesar de su llamada desesperada no vas en su socorro. Disimulando tu perfidia, has seguido a causa de mí a Raghava, al que deseabas reemplazar; por eso no corres en su ayuda.» Al oír estas palabras, rojos de cólera los ojos, los labios temblorosos de indignación, he partido de la ermita.»

Así habló Sumitri. Rama, a quien el dolor extraviada, le dijo: «Has hecho mal, ¡oh amigo mío!, de venir sin ella. Sabías muy bien que era capaz de defenderme contra los rakshasas; y por una palabra escapada de la cólera de Vaidehí has partido. No, no puedo aprobar que hayas abandonado a Maithili, ni que hayas venido por haber oído el reproche de una mujer desesperada. Te has olvidado completamente, pues ha sido cediendo a las instancias de Sitá y siguiendo los impulsos de la cólera, de la orden que yo te había dado, mientras yo batía con mis flechas a ese rakshasa que, transformado en gacela me ha alejado de la ermita. He tendido mi arco, sí, he puesto en él una flecha, se la he lanzado como el que juega,



y le he dado muerte. Entonces ha dejado su cuerpo de gacela, y lanzando un grito de desamparo, ha vuelto a ser el rakshasa adornado de brazaletes. Atravesado por un dardo mortal, con tono lleno de angustia, ha imitado mi voz lanzando un grito que se ha debido oír muy lejos. ¡Y a ese grito tú has acudido, abandonando a Maithili!»

## SARGA LX

### RAMA EN BUSCA DE SITA

Rama aceleró el paso. De pronto su ojo izquierdo se puso a parpadear; entonces titubeó y el temblor se apoderó de él. Al sentir aquellos presagios siniestros, repetidos tan frecuentemente, exclamó: «¡Ojalá Sita esté en salvo!», y aún aceleró la marcha, impaciente por verla. Pero al encontrar la ermita, vacía su espíritu se extravió. Corriendo como un insensato, de un lado para otro, el descendiente de Raghú registró con la mirada su cabaña en todos sentidos. Su choza de follaje, de la que Sita estaba ausente, le pareció como, al fin del verano, un estanque despojado de lotos y privado de su esplendor. Aquel lugar solo, vacío, cuyos árboles parecían llorar, cuyas flores estaban mustias, las gacelas y los pájaros languidecientes, que había decaído de su magnificencia, destrozada, abandonada por las divinidades del bosque; sus pieles y sus hierbas manchadas; sus tapices de césped, marchitos; encontrándole así, Rama exhaló lamentaciones sin fin: «¡Sita habrá sido arrebatada, muerta, destrozada, devorada, ahogada, o, temblorosa, se habrá ocultado en el bosque! A menos que se haya ido a coger flores y frutas, o bien al estanque, o al río a por agua.» Entonces se fatigó explorando el bosque, pero no encontró a su bienamada. Los ojos enrojecidos por la pena, el glorioso Rama tenía el aspecto de un insensato. Corría de un árbol a otro, registraba las montañas, los ríos, los torrentes, siempre lamentándose, abismado en su dolor, como en un océano de barro. ¿No habrás visto tú a mi bienamada, la amiga de los kadambas, oh kadamba? Si lo sabes, ¿dime dónde está Sita, la del claro rostro! Brillante como un brote húmedo, vestida de seda amarilla, ¿dime si la has visto, ¡oh bilva!, a ella, cuyos senos asemejarse a dos bilvas? O bien tú, arjuna, infórmame sobre mi bienamada, la amiga de los arjuna. La hija de Janaka, esta criatura delicada, ¿vive aún, o no? Este kakubha conoce

seguramente a Maithili, cuyos muslos aseméjanse a los kakubhas. Este árbol, notable por la abundancia de sus lianas, de sus botones y de sus flores; ¡y las abejas zumbando a su sombra! ¡Oh!, ¡tú eres seguramente un árbol escogido! En verdad, este tilaka conoce a mi bienamada, la amiga de los tilakas. Asoka, tú que disipas la pena, a mí, a quien la pena turba el espíritu, justifica tu nombre en lo que a mí respecta, haciéndome ver sin tardar a mi bienamada. ¡Oh tala!, si has visto a aquella cuyos senos se parecen a los frutos maduros del tala, háblame de esta mujer de las bellas formas, ¡ten piedad de mí! Si tú has visto, ¡oh jambú!, a la que tiene el brillo del Jambunada; si conoces a mi bienamada, dímelo, sin rodeos. Y tú, el primero de los karnikaras, cuyas flores son tan hermosas, la amiga de los karnikaras, mi adorada, dime, ¿has advertido a mi bienamada? Cutas, nipas, salas gigantes, cas, panasas, y kuraras, así como a los dadimas, el ilustre Rama iba junto a ellos y los interrogaba. Bakulas, purnagás, dandanás, ketakas, Rama los cuestionaba errando por el bosque con aire extraviado. Decía aún: «¡Oh gacela!, tú conoces a Maithili la de ojos de cervatillo de gacela, la que gira los ojos como una gacela, y a la que las gacelas domesticadas acompañan. Elefante, la que tiene por muslos trompas de elefante, si la has visto, si es como lo pienso, conocida por ti, ¡dímelo, príncipe de los varanas! ¡Oh tigre!, si tú has encontrado a mi bella, la del rostro brillante como la Luna, Maithili, tranquilízate, háblame de ella sin temor. ¿Por qué, ¡oh bienamada!, escapar de este modo? Acabo de verte, mujer de ojos de loto. ¿Por qué te escondes detrás de los árboles y no me respondes? ¿Detente, detente, princesa de las hermosas formas! ¿No te da pena de mí? Tu natural no es locuelo a tal punto, ¿por qué me desdénas? Tu traje de seda amarilla te hace fácil de reconocer, ¡oh mujer de la tez maravillosa! Es inútil que corras; ya te he visto. Detente si me amas. Pero no, ¡no es ella! sin duda, ella, Sitá, ha perecido; Sitá, la de la dulce sonrisa, puesto que la desgracia que me alcanza la deja insensible. Seguramente esta joven adorada ha sido devorada por los rakshasas, que se alimentan de carne; han destrozado todos los miembros de mi bienamada, en mi ausencia. En este momento, su rostro, de dientes y labios brillantes, de nariz bien hecha, de centelleantes pendientes, la de brillo semejante al de la Luna, ¡ha sido devorada! ¡Toda su hermosura destruida! El cuello, del tinte del sándalo, adornado de un collar, delicado, deslumbrador, de mi plañidera amante ha sido devorado. Ahora arrancados han sido y comidos sus dos brazos, flexibles como lianas, los de manos tembloro-

sas como los anillos que la adornaban. ¡Yo dejé a esta joven admirable para que llegase a ser pasto de los rakshasas! Abandonada, ¡ha sido devorada, ella que tiene tantos parientes! ¡Eh, Lakshmana!, ¡el de los grandes brazos!, ¿ves a mi bienamada por alguna parte? ¡Sitá! ¡Sitá!...»

Rama lamentábase de este modo, siempre corriendo de bosque en bosque; tan pronto se lanzaba recto delante de él, tan pronto daba vueltas y más vueltas en torno a sí mismo. A veces, como un loco, tan sólo preocupado de buscar a su amada, erraba a pasos precipitados, por medio de los bosques, de los ríos, de las rocas, de los montes, de las cascadas, de los matorrales, sin darse reposo. Se metía en la gran selva y la recorría en todos sentidos, en busca de Maithili, su bienamada, esperando siempre alcanzarla, hasta acabar por caer rendido de fatiga.

## SARGA LXI

### LAMENTACIONES DE RAMA

El aspecto de su ermita desierta, de su cabaña de follaje abandonada, de sus asientos de césped dispersados, como no encontrase a Vaidehí, tras haberla buscado por todas partes, Rama, el hijo de Dasaratha, dijo gimiendo y levantando los brazos: «¿Dónde, ¡oh Lakshmana!, está Vaidehí? ¿Adónde se ha ido? ¿Quién se la ha llevado, ¡oh Sumitri!, quién ha devorado a mi bienamada? Si te has escondido detrás de un árbol, ¡oh Sitá!, para reírte de mí, basta de broma; ¡bastante has gozado ya de mi desesperación! Las tiernas gacelas domesticadas con las cuales te entretenías, ¡oh Sitá, aquí están todas pensativas a causa de tu ausencia, ¡ay amor mío!, y las lágrimas empañan sus ojos. Privado de ti, Sitá, no, yo no puedo vivir, ¡oh Lakshmana! Sucumbiendo al profundo dolor que me causa su rapto, el gran rey, mi padre, me volverá a ver hoy en el otro mundo. ¿Cómo tras haberte separado de mí para desempeñar mi palabra, vienes ahora aquí, a mi presencia, antes de tiempo, esclavo de tus deseos, desprovisto de nobleza y también de lealtad? ¡Maldición a ti! En el otro mundo, he aquí ciertamente lo que me dirá mi padre. A pesar mío, a pesar de la angustia que me anonada, afligido, desesperado como estoy, tú me abandonas, cruel, como el buen renombre abandona sin piedad al bribón. ¿Y para ir adónde, princesa de las bellas formas? No me abandones, mujer de talle elegante. En el abandono en que me postras, dejaré la vida.»

Así se lamentaba Rama, loco de deseos por volver a ver a Sitá. Pero el muy desgraciado Raghava no encontraba a la hija de Janaka. Impotente para reunirse con Sitá, abismado en su dolor, como un elefante colosal que se hunde en un pantano en el que mete los pies, tal estaba Rama. Lakshmana le dijo, lleno de vivo deseo de serle útil: «Nada de desaliento, ¡oh héroe lleno de sabiduría!; pongamos nuestros esfuerzos en común. Este monte tan alto es notable a causa de sus numerosas cavernas. Ella gusta de pasearse por los matorrales, el bosque apasiona a Maithilí. Luego, o se ha internado en el bosque o ha ido hacia un estanque cubierto de lotos descogidos. O al río lleno de peces y de vanjulas. Tal vez, con el deseo de asustarnos, se ha escondido en el fondo de alguna gruta. Vaidehí quiere ponernos a prueba, a ti y a mí, ¡oh toro de los hombres! Pues bien, sin tardar, pongámonos en su busca, ¡oh afortunado príncipe! Registremos todo el bosque para ver dónde está la hija de Janaka. Si quieres creerme, ¡oh Kakutstha!, destierra la pena de tu corazón.»

Estas palabras de Lakshmana, inspiradas por la amistad, calmaron a Rama, que, acompañado de Sumitri, se lanzó en busca de Sitá. Bosques, montes, ríos, lagos, los dos hijos de Dasaratha los recorrieron en todos los sentidos. Las cimas de la montaña, sus escarpaduras, sus picos más elevados, desde donde exploraban todo, sin encontrarla. Tras haber hureado por todas partes, en las rocas, Rama dijo a Lakshmana: «No advierto en esta montaña, ¡oh Sumitri!, ningún vestigio de la hermosa Vaidehí.» Con profunda aflicción, Lakshmana dijo a su glorioso hermano: «Es recorriendo el bosque de Dandaka, ¡oh muy inteligente héroe!, como encontrarás a Maithilí, la hija de Janaka; cual el poderoso Vishnú la Tierra, cuando encadenó a Bali.» A estas palabras del valeroso Lakshmana, Raga respondió, con voz triste, abrumado por la desgracia: «Todo el bosque ha sido inspeccionado con cuidado, los estanques de lotos descogidos, lo mismo que esta montaña de cavernas y cascadas numerosas, ¡oh príncipe muy sabio!, y no veo a Vaidehí, que me es más preciosa que mis soplos vitales.»

Así se desolaba el tristísimo Rama, a quien el rapto de Sitá hacía secarse de dolor, y que, pronto, a causa del exceso de su pena, no fue dueño de sí. Temblando con todo su cuerpo, perdido el espíritu, desconcertado, quedó como aturdido; el infortunado lanzaba ardientes y profundos gemidos. Rama, el de los ojos de loto, suspiraba continuamente: «¡Oh mi bienamada!; tal decía sin cesar con la voz ahogada por los so-

llozos. Lakshmana se ingeniaba de mil maneras para consolar a su hermano tan querido; abrumado él mismo por el dolor, inclinóse ante él haciendo el anjalí. Pero sin ocuparse de las palabras que caían de los labios de Lakshmana, Rama, que ya no veía a su bienamada Sitá, no cesaba de llamarla y de llamarla siempre.

## SARGA LXII

## RAMA VUELVE A CAER EN LA DESESPERACIÓN

A causa de la ausencia de Sitá, el virtuoso y valiente Rama, el de los ojos de loto, lamentábase con el espíritu extraviado por el dolor. Como si hubiera visto a Sitá, bien que no la viese ya, torturado por su amor hacia ella, Raghava exhalaba quejas acompañadas de reproches: «Tú, que estás más graciosamente enflorcionada que los ramos de asoka, ¡oh bienamada!, tú ocultas tu persona para aumentar mi pena. Semejante a dos ramas del kadali, entre las que te disimulas, tus muslos, los veo, ¡oh diosa!, no eres capaz de ocultarlos a mis miradas. Ese bosque de karnikaras, ¡oh afortunada diosa!, en él te abrigas riendo. Basta de bromas que me torturan. Es sobre todo en una ermita donde este juego no va bien. Claro que sé que tu natural gusta reír, ¡oh bienamada! Pero vuelve, mujer de los grandes ojos, tu cabaña está desierta. Muy ciertamente, los rakshasas han devorado a Sitá o la han arrebatado. En verdad, no se divertirá, no, de mi dolor, ¡oh Lakshmana! Esos rebaños de gacelas cuyos ojos están llenos de lágrimas, ¡oh Lakshmana! parecen decirme que mi diosa ha sido devorada por los rakshasas. ¡Oh noble mujer!, ¿adónde has ido? ¡Oh amada mía!, ¡mi hermosa! Cómo se han realizado ahora, ¡ay!, los votos de Kaikeyi, ¡oh mi diosa! Partido con Sitá y vuelto sin ella, ¿cómo entraré en mi gineceo vacío? «Es un cobarde, un sin corazón», así hablará el pueblo. Acusado seré de infamia por la pérdida de Sitá. Mi exilio en la selva terminado, Janaka, el rey de Mithilá, cuando me pregunte si todo va bien, ¿cómo me atreveré a mirarle? El rey de los Videhas, viéndome sin ella, abrumado por la muerte de su hija, víctima será del extravío. Pues bien, ¡no!, no iremos a la ciudad que Bharata administra. El Cielo mismo, lejos de Sitá, estímole un desierto. Déjame en el bosque y vuélvete a la opulenta ciudad de Ayodhya. En cuanto a mí, sin Sitá, imposible me es vivir de manera alguna. Tras

haber abrazado tiernamente a Bharata, dile en mi nombre: Con la autorización de Rama, gobierna la Tierra. A nuestras madres, Kaikeyí, Sumitrá, ¡oh príncipe!, y Kausalyá, como conviene, tú las saludarás en mi nombre asimismo. Y las protegerás con todo tu poder, conformándote a sus consejos excelentes. La muerte de Sitá es la mía, ¡oh destructor de tus enemigos!, te será preciso contar esto con todo detalle a mi madre.»

Así gemía Raghava, mientras recorría tristemente el bosque, lejos de Sitá, la de la hermosa cabellera; y los rasgos trastornados por el espanto, Lakshmana mismo sentía que la razón se le escapaba a causa del exceso de su dolor.

### SARGA LXIII

#### RAMA CONTINÚA EXHALANDO SU DOLOR

El príncipe, separado de su bienamada, presa de la angustia y del extravío, alterados los rasgos, sin dejar de compadecer a su hermano, caía en una desesperación cada vez más grande, Rama, hundido en un abismo de dolor, dirigió a Lakshmana, a quien el dolor anonadaba igualmente, un lenguaje dictado por su infortunio, acompañado de ardientes suspiros y de profundos gemidos: «No hay en la Tierra, estoy vencido de ello, otro hombre tan miserable como yo. Penas tras penas, en una sucesión ininterrumpida, hiéndenme el corazón y el alma. En otro tiempo, no hay duda, he debido meditar y cumplir numerosas maldades; y he aquí que ahora caen como frutos maduros sobre mí y desgracias tras desgracias me asaltan. La pérdida de mi reino, la separación de los míos, la muerte de mi padre, el alejamiento de mi madre, todo esto, acordándome de ello, ¡oh Lakshmana!, lleva al colmo mi infortunio. No obstante, todos estos males, ¡oh Lakshmana!, habían sido olvidados, así como las privaciones a causa de mi destierro en el bosque, pero la desaparición de Sitá reaviva su recuerdo, cual el brasero al que encienden de pronto los leños que a él echan. Ahora mi noble y joven esposa, arrebatada por un rakshasa, atraviesa el espacio, lanzando sin cesar, llena de espanto, gritos inarticulados, ¡ella, que conversa tan agradablemente! Los dos senos de mi bienamada, siempre espolvoreados de amarillo azafrán de lindo color y de gran precio, están ahora manchados de sangre y de barro, ¡y yo sin mo-

rir sabiéndolo! Sitá, la del tierno, claro y dulce hablar, su rostro encuadrado de cabellos trenzados, ahora que ha caído en poder de los rakshasas, ha perdido todo el brillo: tal Indú en la boca de Rahú. De mi bienamada y fiel esposa, el cuello siempre adornado de un collar de perlas, los rakshasas ahora, tras haberle cortado en el desierto, beben en rueda la sangre con la que se hartan. Privada de mi presencia, rodeada de rakshasas en el bosque inhabitado y arrebatada por ellos, lanza ahora gritos de kurarí, la infortunada de los grandes y dulces ojos. En ese valle, antes sentada junto a mí, Sitá, la de los nobles gestos, respondía con una dulce sonrisa, con una palabra, ¡oh Lakshmana!, a tu abundante charlatanería. Este Godavari, el más hermoso de los ríos, que mi bienamada quería tanto, ¿no habrá ido a él? Pero ahora pienso que jamás va sola a parte alguna. Sitá, la de cara de loto, la de ojos anchos como hojas de esta planta, ¿no habrá salido a cogerlos? Pero no, esto no es verosímil, pues ella jamás va sin mí a coger flores. ¿Habrá ido al bosque el de los numerosos árboles descogidos que frecuentan las bandadas de pájaros de todas clases? Esto tampoco es probable, pues sola muere de terror, ¡de tal modo es temerosa! Sol, tú que sabes lo que ocurre y lo que no ocurre en el Universo, tú, testigo de las acciones buenas y malas que se cometen, dime, mi bienamada, ¿ha salido a alguna parte o bien ha sido arrebatada? Dímelo, pues la pena me mata. En todos los mundos, puesto que nada hay jamás que tú no sepas, dime, ¡oh viento!, esta mujer, la flor de su raza, ¿ha muerto, ha sido arrebatada o hállase en camino?»

Tales eran las lamentaciones de Rama, víctima del dolor y del extravío. El valiente Sumitri, afianzado en el deber, le dirigió estas palabras llenas de oportunidad: «Expulsa la desesperación, vuelve a recuperar tu energía. Considera con serenidad la desaparición de esta mujer. Los hombres de corazón, en este Mundo, no se dejan abatir incluso en las situaciones más críticas.» Así habló Sumitri, que conservaba toda su valentía, a pesar de su aflicción; pero el excelente relojero de Raghú, Rama no hizo caso alguno de estas palabras; su energía le abandonó y de nuevo se entregó a su enorme dolor.

#### SARGA LXIV

RAMA, POSEÍDO POR LA DESESPERACIÓN, AMENAZA DESTRUIRLO TODO

El héroe, afligido, dijo con voz triste a Lakshmana: «Pronto, Lakshmana, entérate de lo que desco, ve al río Godavari Tal

vez Sitá ha ido allí a coger lotos.» Oyendo estas palabras de Rama, Lakshmana, una vez más, fue rápidamente al Godavari, río deleitable. Recorrió sus vados sagrados y volvió y dijo a Rama: «No la he visto en los tirthas ni ha respondido a mis gritos. ¿Adónde ha ido Vaidehi a perecer tan desdichadamente? Yo no sé, Rama, dónde está la joven mujer del talle elegante.»

Cuando oyó a Lakshmana hablarle así, el infortunado Rama, a quien el dolor extraviaba, corrió al mismo río Godavari y de pie sobre la orilla le preguntó: «¿Dónde está Sitá?» Los bhutas no se habían atrevido a hacer saber a Rama que había sido arrebatada por el Indra de los rakshasas, digno de muerte; asimismo el Godavari, bien que estimulado por los bhutas: «Háblale de su bienamada», le decían, no respondió a Rama que, lleno de dolor, le interrogaba a propósito de Sitá. Pensaba, sí, en la forma y en las hazañas del perverso Ravana, pero el espanto le impedía contar lo que sobre Vaidehi sabía. Este silencio del río hizo perder a Rama toda esperanza de volver a ver a Sitá. Abrumado por su desesperación, dijo a Sumitri: «Este Godavari, querido, no me responde nada, ¡oh Lakshmana!, ¿qué diré cuando nos encontremos por primera vez a Janaka, su padre, así como a su madre? Viéndome sin Vaidehi, les seré odioso. Cuando, desposeído de mi reino, tuve que vivir, en el bosque, de frutos salvajes, toda mi pena Vaidehi la dispuso. ¿Dónde está ahora? Lejos de mi familia, no pudiendo ver más a Sitá, presiento que las noches pasadas en el insomnio serán para mí muy largas. El Mandakini, este Janasthana, el monte Prasavana, todo exploraré por encontrar a Sitá. Las grandes fieras, llenas de vigor, me miran sin cesar; descan, cierto, hablarme, lo veo en el juego de sus fisonomías. Y poniéndose frente a ellas, el tigre de los hombres, Raghava, mirándoles en plenos ojos, les preguntaba. «¿Dónde está Sitá?», con voz entrecortada por los sollozos. A esta pregunta del Indra de los hombres, las fieras se erguían de pronto; con la cabeza vuelta hacia el Sur, todas miraban al espacio, indicándole la dirección tomada por el raptador de Sitá. Luego, aquellas fieras se metían por aquella vía y mirando al jefe de los hombres, llevaban sus ojos tanto hacia lo alto como hacia la tierra. Y luego huían lanzando gritos y llamando la atención de Lakshmana, que comprendió todo lo que significaba sus clamores y su mímica. El sabio Lakshmana dijo a su hermano mayor, lleno de conmiseración: «¿Dónde está Sitá? A esta pregunta que tú les haces, puesto que las fieras se yerguen al punto, mostrándote el suelo y la región



del mediodía, pues bien, marchemos, Señor, en esta dirección. quizá siguiendo por el ndirrita tal vez encontremos algún rastro de la noble Sitá o su persona misma.» «Muy bien», respondió Kakutsha, dirigiéndose hacia la región del Sur.

Seguido de Lakshmana, el poderoso Rama, examinaba el terreno. Así conversaban los dos hermanos, cuando advirtieron que el camino estaba cubierto de flores. Viendo aquella lluvia de flores caída sobre la tierra. Rama, lleno de valentía y de dolor, dijo a Lakshmana, con entristecida voz: «Reconozco estas flores, Lakshmana. Yo había hecho un ramo en el bosque que había dado a Vaidehí. Estoy persuadido de que el Sol, el Viento y la Tierra opulenta conservan estas flores por serme agradables.» Así habló el héroe poderoso a Lakshmana, el toro de los hombres. El religioso Rama preguntó al monte abundante en manantiales: «¿Es que, rey de los montes, has visto a la princesa de los hermosos miembros, graciosa, a la que he dejado en ese bosque encantador? Con voz furiosa, amenazó a la montaña, como un león a una débil gacela: «Esta mujer de la tez de oro, de los miembros de oro, muéstramela, ¡oh montaña!, antes de que te destroce con todas tus cimas.» Interpelada así por Rama a propósito de Sitá, la princesa de Maithili, el monte, como si hubiera podido hacerlo no se la mostró a Raghava. Entonces el hijo de Dasaratha, Rama, dijo a aquella masa rocosa: «¡Mis flechas ardientes van a reducirte a cenizas. Inhabitada serás y ya no tendrás absolutamente ni hierbas, ni árboles, ni lianas. Este río mismo voy ahora mismo a desecarle, ¡oh Lakshmana!, si no me informa sobre Sitá, la del rostro brillante como la Luna, en medio de su curso.» Y llevado de su cólera, Rama parecía querer consumirle con su mirada.

De pronto advirtió en el suelo, allí impreso, el gran pie del rakshasa, vestigio de su huida, y las huellas de los pasos dejados por Vaidehí, cuando espantada, esperando a Rama, corría de un lado para otro, y cuando el rakshasa la arrastraba en su huida. Advirtiendo las huellas de Sitá y del rakshasa, el arco roto y los dos carcajs, y los numerosos restos del carro, Rama, con el corazón palpitante, dijo a su hermano bienamado: «Mira, Lakshmana, las parcelas desparramadas de las joyas de oro de Vaidehí y sus múltiples guirnaldas, ¡oh Sumitri! Numerosas gotas de sangre, brillante como gotas de oro en fusión, cubren el suelo por todas partes, mira, Sumitri.»

«A mi parecer, Lakshmana, los rakshasas, que cambian de forma a voluntad, han cortado a Vaidehí en pedazos que se han

distribuido y se han comido. A causa de Sitá, una lucha terrible, ¡oh Sumitri!, ha dehido entablarse aquí entre dos rakshasas. Este gran arco roto, incrustado de perlas, maravillosamente trabajado, caído a tierra, ¡oh amigo mío!, ¿de quién es? ¿A cuál de los rakshasas, ¡oh amigo mío!, e incluso de los suras, pertenece esta coraza de oro, resplandeciente como el Sol cuando se levanta, enriquecida de esmeraldas y de perlas, cuyos restos llenan la tierra? ¿A quién este quitasol de cien varillas festoneadas de celestes guirnalda, con el mango roto, ¡oh amigo mío, que está por el suelo? Y esos asnos con el pecho cubierto de oro y la cabeza de pisacas, horribles, de talla colosal, que han sido muertos en la lucha, ¿de quién son? Ese carro de guerra, brillante como la llama, deslumbrador, con su bandera de combate, volcado y roto, ¿de quién era? Esos dardos, largos como ejes de carro, con la punta embutada, dorados, hechos trizas y dispersos, terribles de ver, ¿a quién pertenecían? He aquí dos carcajs llenos de excelentes flechas, pero rotos, mira, Lakshmana. Este escudero muerto, el aguijón y las riendas en la mano, ¿quién es su amo? Esta huella de pie pertenece ciertamente a un poderoso rakshasa. Ve, amigo mío, bajo sus mil aspectos, el odio mortal que sienten hacia mí esos rakshasas de corazón esencialmente cruel, que cambian de forma a voluntad. La venerable Vaidichí ha sido raptada, arrebatada, muerta está y tal vez incluso devorada. El Dharma no ha podido proteger a Sitá contra su arrebatador en el gran bosque. Vaidichí devorada o simplemente raptada, ¡oh Lakshmana!, ¡oh amigo mío!, ¿quiénes son, en el Universo, los potentados capaces de procurarme algún placer? El poderoso autor de los mundos mismo si se mostrase compasivo ahora, todos los seres le desconocerían y le despreciarían, ¡oh Lakshmana! Yo, que soy dulce, que me aplico en hacerme útil al Mundo, que tengo los sentidos domados, que practico la conmiseración: Carece de valentía, así pensarán en adelante de mí los jefes de los Treinta. Mi virtud cambiada ha sido en vicio, ya lo ves, Lakshmana. Pues bien, a partir de hoy, para la destrucción de todos los seres y especialmente de los rakshasas, lo mismo que el gran Surya, cuando se levanta, despoja a la Luna de su esplendor, así mi tejás, en virtud de su brillo, va a hacer desaparecer todas mis cualidades. Yakshas, gandharvas, pisacas, rakshasas, kinnaras, hombres, nada de dicha para nadie, ¡oh Lakshmana! Mis dardos, mis flechas, el aire estará pronto lleno ante tus ojos, Lakshmana. En adelante haré imposible la huida a los habitantes de los tres mundos. Las constelaciones detenidas en su curso, la Luna

oscurecida, el fuego y los vientos destruidos, la claridad del Sol velada, las crestas de los montes quebrantadas, los estanques desecados, los árboles, las lianas, los zarzales desarraigados, el mar agotado: el conjunto de los tres mundos, le someteré al poder destructor de Kala. Si mis Amos no me devuelven a Sitá sana y salva, entonces, Sumitri, reconocerás mi valentía. Ningún ser podrá huir por el espacio, ¡oh Lakshmana! El Universo trastornado, salido de sus goznes, le verás hoy, Lakshmana. Con la ayuda de las flechas lanzadas con arco del que yo tenderé la cuerda hasta la oreja, flechas a las cuales el Mundo de los seres no podrá resistir, despoblaré la Tierra de pisacas y de rakshasas, a causa de Maithili. La fuerza de los dardos lanzados en mi furor, proyectados lejos por mi cólera, los suras hoy la verán. Ni devas, ni daitias, ni pisacas, ni rakshasas podrán sobrevivir a mi cólera, habiendo destruido los tres mundos. Los mundos de los devas, de los danavas y de los yakshas, estos mismos de los rakshas se derumbarán bajo los golpes repetidos de una cantidad de proyectiles que los harán pedazos. Abatiré con mis flechas las barreras de estos mundos, si sus jefes, ¡oh Sumitri!, no me entregan a Vaidehí, que ha sido arrebatada y que quizá está muerta. Si no me devuelven a mi bienamada intacta, destruiré el Universo entero, el conjunto de los tres mundos con los seres que se mueven y los que no se mueven. Hasta que no me halle en presencia de Sitá, lanzaré proyectiles destructores.

Así habló, los ojos centelleantes de rabia, los labios apretados y temblorosos. Luego se arrancó su túnica de corteza y su piel de antilope y desanudó su trenza. El sabio Rama, enfurecido de este modo, tomó el aspecto de Rudra, cuando en tiempos éste formó el proyecto de destruir Tripura (310). De manos de Lakshmana recibió su arco, que apretó fuertemente. Escogió una flecha acerada, terrible, semejante a una serpiente venenosa. El afortunado Rama, terror de las ciudades enemigas, la puso en su arco. Semejante al fuego que pone fin al Universo, irritado, habló de este modo: «La vejez, la muerte, el tiempo, el destino, del mismo modo que nadie podría impedir su acción destructora de todos los seres, ¡oh Lakshmana! así nada podrá detener mi cólera, puedes estar seguro. Si no me hacen encontrar hoy mismo a Sitá, la de los hermosos dientes, la irreprochable Maithili, voy a destruir al Universo con devas, gandharvas, hombres, serpientes y montañas.»

## SARGA LXV

## LAKSHMANA TRATA DE CALMAR A RAMA

Rama, a quien la angustia por el rapto de Sitá desecaba y volvía semejante a un fuego devastador encendido para la destrucción de los mundos, miraba a su arco con la cuerda tendida y lanzaba frecuentes suspiros, semejante a Hara, cuando al final de un Yuga dispónese a consumir el Universo entero. Viendo a Rama poseído por un furor que hasta entonces jamás había visto en él, Lakshmana, haciendo el anjalí, le dijo, con rostro todo contristado: «Tú, que antes, lleno de dulzura, los sentidos domados, te complacías en prestar servicios a todos los seres, no debes ceder al imperio de la cólera, ni abandonar tu natural. Como la hermosura de la Luna, el resplandor del Sol, la velocidad del viento, la resistencia de la Tierra, tu gloria está bien establecida, es permanente y sin igual. No debes, pues, por la falta de uno sólo, destruir los mundos. Ahora bien, lo que no sé es a quién pertenece ese carro de guerra destrozado, ni por quién o a causa de quién se ha entablado el combate de que todo esto dan señales. Este sitio muestra huellas de cascos y de ruedas; está regado de gotas de sangre; ha sido teatro de una lucha encarnizada, ¡oh hijo de rey! Pero es una lucha de uno solo contra otro solo, y no de dos, ¡oh el más elocuente de los hombres! No veo en modo alguno los vestidos de un gran ejército. Luego, tú no debes, a causa de uno solo, destruir los mundos. Los reyes deben gobernar con justicia, dulzura y moderación. Tú, tú fuiste siempre el refugio de todos los seres, su supremo asilo. ¿Quién aprueba, pues, la desaparición, ¡oh Raghava!, de tu esposa? Los ríos, los mares, las montañas, los devas, los gandharvas, los danavas no querrían tampoco desagradarte, ni, por supuesto, las gentes de bien, a aquel que cumple un rito. ¡Oh príncipe!, te es preciso buscar al raptor de Sitá. Con el arco en la mano, conmigo para secundarte y seguidos de los grandes rishis, exploraremos el océano, los montes y los bosques, las cavernas de todas clases, con su temible profundidad, los diversos estanques de lotos. Los devas, los gandharvas y los mundos, a todos les interrogaremos, hasta que alcancemos al raptador de tu esposa. Si mediante su industria los jefes de los Treinta (311) no te devuelven a tu esposa, ¡oh rey de Kosala!, entonces podrás hacer lo que te parezca oportuno. Si mediante la bondad, la dulzura, la modestia,

la prudencia, no encuentras a Sitá, ¡oh Indra de los hombres!, en este caso sírvete de tus numerosas flechas, de pie de oro, semejantes a los rayos de Mahendra.

## S A R G A L X V I

### LAKSHMANA REANIMA EL ÁNIMO DE SU HERMANO

Rama, a quien la angustia anonadaba, gemía como un abandonado. Caído en una gran postración, tenía el espíritu extraviado a causa del dolor. El hijo de Sumitrá, Lakshmana, le prodigaba sus consuelos; le reconfortaba y le cogía los pies con sus manos, diciéndole: «Fue mediante un gran tapás y en virtud de un gran karmán como el rey Dasaratha obtuvo, como los Inmortales, el amrita. Atado por sus cualidades, el poderoso monarca, a tu partida, ha vuelto hacia la divinidad, lo hemos sabido por Bharata. La desgracia que te ocurre, ¡oh Kakutstha!, si no puedes soportarla, ¿cómo podría soportarla un hombre corriente, de alma vulgar? Animo, pues, ¡oh príncipe, el mejor de los hombres! ¿Cuál es el mortal a quien los males no se acercan, como el fuego, para alejarse un instante después? Tal es la naturaleza de este Mundo. Yayati, el hijo de Nahusha, alcanzó el cielo de Sakra; pero allí la desgracia le alcanzó a él. El gran rishi que fue Vasistha, el purohita de nuestro padre, en un día, los cien hijos que le habían nacido perecieron. Y esta madre del Universo, venerada por todos los mundos, la Tierra, a veces se la ve temblar, ¡oh Amo del Kosala! Estos dos reguladores y guías del Universo, según los cuales todo es ordenado, el Sol y la Luna, caen en poder de Rahú, no obstante todo su poder. Los más grandes de los seres, los dioses mismos, toro de los hombres, no escapan al Destino, y con más razón ningún hombre mortal. Sakra y los otros dioses sujetos están a sus vicisitudes, según se dice; ¡oh tigre de los hombres!, no conviene enfregarse a la desesperación. Que Vahidehí esté muerta, o que esté perdida, ¡oh Raghava!, ¡oh héroe!, no te abandones al dolor como un hombre vulgar. Tus semejantes no se desaniman jamás, ven todo con ojos intrépidos, incluso durante las mayores calamidades, ¡oh Rama! La realidad, ¡oh el mejor de los hombres!, considérala sabiamente. Cuando están dotados de sabiduría, los hombres inteligentes saben discernir el bien del mal. A primera vista no se advierten las ventajas ni los inconvenientes de las obras,

pues son inciertas; no obstante, si no se las cumple, no habría medio de alcanzar el resultado deseado, o todo otro resultado. He aquí lo que precedentemente, ¡oh héroe!, me has recordado con frecuencia. ¿Quién, por lo demás, podría amonestarte por ello? Ni siquiera Brihaspati en persona. Tu sabiduría, ¡oh tú, cuya inteligencia es vasta!, los dioses mismos no sabrían de terminar los límites. Esta ciencia que el dolor había adormecido, yo la desperté. Tras haber considerado el poder de los dioses, el de los hombres y el tuyo propio, ¡oh toro de los Ikahvakus!, aplicate a deshacerte de tus enemigos. ¿Para qué te serviría destruir, ¡oh toro de los hombres!, el Universo? A tu adversario es al que debes destruir, ¡búscales!»

## S A R G A L X V I I

### RAMA ENCUENTRA A JATAYÚS

A estas palabras, llenas de buen sentido y de oportunidad de su joven hermano, Lakshmana, Raghava, recobrándose, volvió a encontrar toda su energía. Rama, el de los grandes brazos, refrenando su violenta cólera, apoyado sobre su arco maravilloso, dijo a Lakshmana: «¿Qué haremos, amigo? ¿Dónde iremos, Lakshmana? ¿Cómo podremos volver a ver a Sitá? He aquí lo que ahora es preciso que examines.»

A estas angustiosas preguntas, Lakshmana respondió: «Vamos a explorar el Janasthana. Está lleno de multitud de rakshasas y cubierto de árboles y de lianas de todas clases. En él hay rocas inaccesibles, grietas y grutas, cavernas de todo género, formidables, pobladas de variada multitud de fieras reunidas, retiros de kimnaras y habitaciones de gandharvas. Estos lugares los examinarás conmigo. A tus semejantes, dotados de sabiduría y de magnanimidad, los toros de los hombres, la adversidad suele quebrantarlos más que la tempestad a las montañas.» Esto diciendo, Lakshmana empezó a recorrer todo el bosque. Rama, irritado, avanzaba junto a él llevando su arco armado con un dardo temible, agudo. De pronto, semejante a un pico de montaña, el opulento y excelente Dos-veces-nacido, Jatayús, se les mostró tendido por tierra, cubierto de sangre. Al ver al pájaro, semejante a una cresta montañosa, Rama dijo a Lakshmana: «He aquí el que ha devorado a Sitá, princesa del Vaidehí, no hay duda. Bajo la forma de un buitre, es un raks-hasa que verra por el bosque. Tras haberse hartado con Sitá,

la de los grandes ojos, reposa tranquilamente. Le voy a atravesar con mis flechas de punta ardiente, terribles, que van de rechas a donde deben ir.»

Tras estas palabras, Rama corrió hacia él, con el arco armado de un acerado dardo. Lleno de furor, parecía querer trastornar la Tierra, a la que el mar sirve de límite. Con la dolorida voz de un agonizante, vomitando una espuma sangui-nolenta, el pájaro dijo a Rama, el hijo de Dasaratha: «La que tú buscas en el gran bosque, cual a una hierba saludable, Señor, esa divina mujer y mi vida, Ravana ha arrebatado una y otra. En tu ausencia y en la de Lakshmana, ¡oh Ragava!, la princesa, yo lo he visto, ha sido arrastrada por el todopoderoso Ravana. Yo me he precipitado en socorro de Sitá, y en la lucha, ¡oh Señor!, Ravana, su carro y su quitasol, rotos, han caído por tierra. Yo he roto su arco y sus dardos, en el combate, ¡oh Rama!, y destruido su carro de guerra. Su escudero, de un aletazo, le he derribado muerto por el suelo. Sin fuerzas ya, mis dos alas han sido cortadas por la espada de Ravana, que se ha apoderado de Sitá, princesa de Videha, y ha huido por los aires. El rakshasa me ha herido mortalmente; no me acabes tú.»

Entonces Rama, recibiendo a propósito de Sitá tan preciosos informes, abrazó al rey de los buitres, tras haber soltado su arco enorme. Rama cayó sin fuerzas por el suelo, así como Lakshmana, anonadado por el doble dolor, a pesar de toda su firmeza. Viendo a Jatayús solo, en aquel sendero apartado, peligroso, y cada vez más quejumbroso. Rama, lleno de angustia dijo a Sumitri: «La pérdida de mi reino, mi exilio en el bosque, el rapto de Sitá, la muerte de este Dos-veces-nacido, mi infortunio es tal, que consumiría al propio Pavaka. Había de estar lleno hasta los bordes, si yo atravesase hoy el Océano, con templando semejante calamidad, desecaríase este padre de los ríos. Nadie hay más desgraciado que yo en el Mundo; en este Mundo de los seres que se mueven y de los que no se mueven, de tal modo es grande la red de miseria que me envuelve. El camarada de infancia de mi padre, el poderoso rey de los buitres, yace herido de muerte por el suelo, por efecto de un mal destino.»

Así repetía una y otra vez Raghava, al que Lakshmana acompañaba. Luego empezó a acariciar a Jatayús, amando en él al amigo de su padre. Rodeaba con sus brazos al rey de los buitres, amputado de sus alas y bañado en sangre: «¿Adónde ha ido Maithili, que me es más querida que la existencia?», le preguntó Raghava, y esto diciendo dejóse caer por el suelo.

## SARGA LXVIII

## FUNERALES DE JATAYÚS

Rama, en presencia del buitre al que el terrible Ravana había derribado por el suelo, dirigió al hijo de Sumitrá estas amigables palabras: «Este pájaro que defendía mis intereses ha sido herido de muerte por el rakshasa, en la lucha; expira por culpa mía. El aliento vital parece extremadamente debilitado en su cuerpo, ¡oh Lakshmana!; Jatayús ya no tiene voz y sus ojos son huraños. ¡Oh Jatayús!, si aún puedes hablar, dime qué ha sido de Sitá, felicidad a ti, y cuéntame tu propia muerte. ¿Por qué motivo Ravana ha arrebatado a mi noble esposa? ¿Qué mal ha visto en mí para venir a robarme a mi bien-amada? ¿Qué ha sido, pues, de ese rostro brillante como la luna, encantador? ¿Qué dijo Sitá, ¡oh el mejor de los Dos-veces-nacidos!, en aquel momento? ¿Cuál es el poder, cuál la forma, cuál el karmán de ese rakshasa? ¿Dónde habita? Amigo, responde a mis preguntas.»

El virtuoso Jatayús, viendo a Rama que se desolaba cual un huérfano, le dijo con voz que moría: «Ha sido arrastrada por el Indra de los rakshasas, Ravana; el miserable, ayúdase de poderosos sortilegios, capaces de desencadenar los vientos y las tempestades. Cuando yo estaba agotado por la fatiga, hijo querido, el merodeador nocturno me cortó las dos alas; luego se apoderó de Sitá y huyó en dirección al sur. Mis alientos se detienen, mi vista se turba, Raghava; veo árboles de oro con el follaje formado de usira (312). La hora en que partió Ravana llevándose a Sitá es la hora en la que se recobra pronto lo que se ha perdido. Vinda (313) es el nombre de esta hora. Pero él, ¡oh Kakutstha, no se dio cuenta; por ello, cual un pez que traga el anzuelo, no tardará en perecer. No te aflijas, pues, a propósito de la hija de Janaka; pronto te regocijarás con Vaidehí, tras haber matado a Ravana en el frente de batalla.»

Mientras que, sin turbarse, el buitre respondía así a Rama, de su boca muriente salía sangre mezclada a pedazos de carne. El hijo de Visravas, el hermano de Vaisravana, el jefe de los volátiles, apenas hubo hablado de este modo, exhaló sus preciosos alientos vitales.

«¡Habla!, ¡habla aún!», exclamó Rama, haciendo el anjalí; pero el aliento de vida, habiendo abandonado el cuerpo del bui-



tre, dispósese en el espacio. Rama, dejando que otra vez cayese por el suelo la cabeza de Jatayús y alargándole los pies, se inclinó y se dejó caer él mismo por tierra. Al ver al buitre de los ojos rojos, privado de vida y semejante a una montaña, Rama, al que una multitud de males anonadaban, dijo a Sumitri: «Este pájaro pasó largos y felices años en el bosque de Dandaka, mansión de los rakshasas, y he le aquí muerto. El, que vivió numerosos años, mucho tiempo, aquí le tienes, que yace ahora inanimado. La suerte es, en verdad, ineluctable. Ve, Lakshmana, este buitre ha muerto a mi servicio; es volando en socorro de Sitá cómo ha sido muerto por Ravana, superior en fuerza. Se va dejando el vasto reino de los buitres que le habían legado sus abuelos, y ha sacrificado su vida por mi culpa este príncipe de los volátiles. Por todas partes, es verdad, las gentes de bien se señalan por la práctica del deber, el heroísmo y la abnegación, ¡oh Sumitri!, incluso cuando han salido de matrices de animales. El dolor que me causa el rapto de Sitá, ¡oh amigo mío, calamidad de tus adversarios!, no es tan grande como el en que me hunde la muerte de este buitre, que ha perecido a causa mía. El portector del mundo de los volátiles, yo voy a depositar su cadáver en la hoguera, para que se queme, ¡oh Sumitri!, él, que ha caído bajo los golpes del cruel rakshasa. La mansión de los que ofrecen habitualmente sacrificios, de los que encienden el fuego sagrado, de los que no retroceden en el combate, y que distribuyen tierras, tras haber recibido mis adiós, ve a esos mundos que no tienen nada por encima de ellos, ¡oh rey de los buitres!, ser magnánimo, sé bendito y ¡arde!»

Tras estas palabras, el virtuoso Rama colocó al amo de los volátiles sobre la hoguera encendida y le quemó lleno de dolor, cual si se hubiese tratado de un pariente. Luego, el valeroso Rama, acompañado de Sumitri, fuese al bosque a matar grandes y gordos rohis; tras ello, cubrió con césped al Dos-veces-nacido. El ilustre Rama despedazó la carne de los rohis y se la ofreció al pájaro, colocándola sobre el césped, de un verde delicioso. Las oraciones que recitan los brahmanes sobre los mortales difuntos, Rama las recitó por Jatayús para su pronta entrada en el Cielo.

Los dos príncipes, habiendo descendido hasta el río Godavari, cogieron agua en honor del rey de los buitres. Según el rito determinado por los *Sastras*, los dos Raghavas, habiéndose bañado en honor del rey de los buitres, le rindieron el homenaje del agua. El rey de los buitres, caído en el campo de batalla, cumpliendo una hazaña gloriosa, difícil, tras haber tenido

obsequios dignos de un gran rishi, alcanzó la ofortunada mansión de los bienaventurados que le estaba destinada. Los dos príncipes, cumplido el rito del agua en honor del excelente pájaro, aplicando a ello su firme inteligencia, se alejaron. Hundiéronse en el bosque con intención de hacer cuanto fuese preciso por encontrar a Sitá; hubiérase dicho viéndoles, los dos jefes de los suras, Vishnú y Vasava.

## SARGA LXIX

### ENCUENTRO DE AYOMUKHÍ Y DE KABANDHA

Tras haber cumplido el rito lustral, en honor de Jatayús, los dos Raghavas adentráronse en el bosque en busca de Sitá, y tomaron la dirección sudoeste. Los dos Ikshvakus marcharon en esta dirección del sudoeste, armados con sus flechas, su arco y sus espadas, siguiendo un camino que no estaba hollado. Matorrals, árboles, lianas en gran número le obstruían. Estaba espesamente cubierto por todas partes; era difícil, inextricable, horrible de ver y de seguir. Los dos poderosos guerreros lanzáronse a toda prisa en dirección al sur, y atravesaron el vasto y temible bosque. Tras haber dejado atrás el Janasthana de más de tres krosas, los dos Raghavas, dotados de gran energía, penetraron en el espeso bosque de Krauñcaranya. Esta selva asemejábase a un grupo compacto de nubes; ofrecía por todas partes un alegre aspecto con sus flores variadas y brillantes, más los tropes de fieras y de pájaros que le frecuentaban. Los dos hermanos exploraron este bosque, impacientes por encontrar a la princesa del Videha, Sitá, deteniéndose a veces para llorar su rapto. Anduvieron aún durante un trecho de tres krosas, luego de haber atravesado el Krauñcaranya, y llegaron al Matangasrama. Cuando hubieron registrado completamente este bosque temible, poblado de fieras y de pájaros espantosos, plantado de árboles múltiples que le entenebreían, los dos hijos de Dasaratha descubrieron, en una montaña, una caverna profunda como el Patala, en la que reinaba una noche eterna. Los dos tigres de los hombres, llegados no lejos de esta caverna, advirtieron una gran forma de rakshasí, de horrible rostro. Era espantosa y aterraba a las criaturas tímidas a causa de su horrible aspecto, su vientre enorme, sus dientes agudos, su estatura colosal y su voz feroz. Nutriase de fieras terribles para cualquier otro. Aquel monstruo, de cabellera desatada, apareció entonces a los dos hermanos, Rama y Lakshmana. La rakshasí,

acercándose a los dos héroes: «Ven, nos regocijaremos juntos», dijo, cogiéndole a Lakshmana, que iba delante de su hermano. Y añadió sin soltar a Sumitri: «Yo me llamo Ayomukhi. Te pertenezco; sé mi amante. ¡Oh amo!, ¡oh héroe!, en las cimas escarpadas de la montaña o entre los islotes de los ríos, pasa conmigo una larga vida de placer.»

Oyendo este lenguaje, el matador de sus enemigos, Lakshmana, fusioso, sacó su espada y le cortó las orejas, la nariz y los senos. Orejas y nariz cortadas, la horrible rakshasi, lanzando terribles gritos, escapó a toda prisa. Una vez ida, los dos hermanos, Rama y Lakshmana, azotes de sus enemigos, se alejaron rápidamente, alcanzando un bosque inextricable. El poderoso Lakshmana, lleno de lealtad, de gracia y de honor, dijo, haciendo el anjalí, a su hermano, el de brillante tejás: «Siento un escalofrío violento en el brazo izquierdo, mi espíritu está como extraviado. Por todas partes advierto siniestros presagios. De modo que estemos en guardia, hermano; sigue mi consejo: mis pronósticos anuncian un peligro inminente. Ese pájaro espantoso, llamado el vañculaka, lanza gritos que parecen anunciarnos a los dos un combate victorioso.»

Mientras que ambos exploraban de este modo, valerosamente, todo aquel bosque, un formidable clamor resonó: los árboles quedaron como rotos. Pareció que Matarisvan habiase abatido violentamente sobre el bosque, de tal modo era grande el ruido de que estaba lleno. Buscando la causa de aquel escándalo, Rama, armado de su espada y de su gran arco, advirtió a un gigantesco rakshasa, de pecho muy ancho. Los dos encontráronse de pronto en presencia de un rakshasa, de pie ante ellos. Era enorme; con su cuello sin cabeza; mostraba un tronco que tenía una boca en el abdomen. Sus pelos eran erizados y puntiagudos; tenía la estatura de una alta montaña, el tinte de un nublado sombrío; era horrible; su voz resonaba como una nube tempestuosa. Brillante como un tizón encendido; y colocado allí, en medio de una especie de frente, lanzaba llamas. Estaba provisto de largas cejas; era rojizo, ancho y alto; su ojo único abríase en el pecho; era, en fin, horroroso, horribilísimo de ver. Aquel monstruo tenía, además, grandes dientes, una boca enorme y lamíase continuamente los labios. Devoraba, pese a su tamaño y ferocidad, a osos y leones, así como a las gacelas y a los pájaros. Agitaba, además, dos enormes brazos de un yojana de longitud. Con sus dos manos agarraba toda clase de osos, bandadas de pájaros y de gacelas, reteniendo o soltando a múltiples jefes de rebaños de fieras. Y allí estaba, de pie, obstruyendo el sendero que seguían los dos hermanos.

Estos, andando siempre, advirtieron a la distancia de un krosa al colosal, horrible, terribleísimo Kabandha, el de los brazos envolventes, con aquella especie de tronco sin cabeza y toda su actitud; era espantoso de ver. El monstruo, alargando más de lo posible sus grandes, sus largos brazos, cogió al mismo tiempo a los dos Raghavas, a los que apretó con fuerza.

Armados de sus espadas y de sus arcos sólidos, tal como iban, y llenos de bravura, los dos animosos hermanos sintieronse arrastrados, no obstante, a pesar suyo, y a despecho de su vigor. En su heroísmo, el valiente Raghava no se turbó; más joven y creyéndose sin defensa, Lakshmana se echó a temblar. Fuera de sí, el hermano segundo de Raghava dijo a éste: «Mira, ¡oh héroe!, a pesar mío el rakshasa me retiene en su poder. Déjame sólo y sálvate, ¡oh Raghava!; abandóname como ofrenda a Bhuta, y sé feliz en tu huida. Te reunirás con Veidehí en breve, estoy seguro de ello. Cuando hayas, ¡oh Kakutstha!, recobrado el reino de nuestros antepasados, restablecido en el trono, ¡oh Rama!, acuérdate de mí siempre.»

A estas palabras de Lakshmana, del hijo de Sumitrá, Rama respondió: «¡Nada de terror vano!, ¡oh héroe!, que tu vista no se turbe.» En aquel momento, dirigiéndose a los dos hermanos, Rama y Lakshmana, el feroz Kabandha, el de los enormes brazos, el más valiente de los danavas, les dijo: «¿Quiénes sois con vuestros hombros de toro, vuestros grande sables y vuestros enormes arcos? Mi buena fortuna os trae a este lugar temible y os pone ante mis ojos. Decidme el motivo de vuestra presencia. Habéis venido aquí, donde yo estoy hambriento, armados de flechas, de arcos y de espadas, semejantes a dos toros de cuernos puntiagudos. Os habéis precipitado hacia mí; pues vuestra vida ha terminado.»

Oyendo este lenguaje del perverso Kabandha, Rama dijo a Lakshmana, los rasgos alterados: «Hemos caído de un peligro en otro aún más grave, ¡oh hermano lleno de valor! La desgracia que nos alcanza va a acabar con nuestra vida antes de habernos reunido a la mujer amada. El poder de Kala sobre todos los seres es muy grande, ¡oh Lakshmana! Tú y yo, tigre de los hombres, considera los males que a causa de su exceso nos extravían. No hay fardo que pese tanto como el del Destino sobre los seres, Lakshmana. Los bravos, los fuertes, los hábiles guerreros, en el campo de batalla, cuando son alcanzados por Kala, pliéganse como caminos de arena.»

Así habló el muy bravo y glorioso hijo de Dasaratha, lleno de dolor, con los ojos fijos en Sumitrí; más, de pronto, su alma valerosa armóse de firmeza.

## SARGA LXX

## RAMA Y LAKSHMANA CORTAN LOS BRAZOS A KABANDHA

Viendo a los dos hermanos, Rama y Lakshmana, caídos en sus brazos, como en una red, Kabandha les dijo: «¿Por qué permanecer así, puesto que me veis atormentado por el hambre, toros de los kstatiriyas? En verdad, el Destino privándoos de razón os destinaba a ser mi alimento.»

Oyendo estas palabras, Lakshmana emitió una opinión oportuna y saludable, que, en tan gran apuro, le inspiró su energía: «Tú y yo no vamos a tardar en llegar a ser pasto de este vil rakshasa; de modo que veamos de evitarlo cercenándole los brazos. Tras haber subyugado completamente al Universo, nos quiere matar a nosotros ahora. Es una deshonra para un amo del Mundo, ¡oh príncipe salido de Raghu!, el asesinato de gentes que no tienen libertad de movimientos y asemejarse a víctimas conducidas al sacrificio.»

Este lenguaje puso furioso al rakshasa, que abrió una boca formidable y se dispuso a devorarles. Espiando el lugar y el momento, con sus espadas, los dos Raghavas le cortaron, como jugueteando, ambos brazos a ras de los hombros. Rama, que estaba a la derecha, le desprendió el brazo derecho de un vigoroso tajo de su espada, y el bravo Lakshmana, el izquierdo. Kabandha cayó, cortados sus dos grandes brazos, dejando oír un inmenso clamor, que repercutió por el aire, en la Tierra y entre las regiones, como el estruendo de las nubes. Viendo sus dos brazos cortados, regados por la propia sangre, que se escapaba de ellos a oleadas, el infortunado danava preguntó a los guerreros: «¿Quiénes sois?»

A esta cuestión, Lakshmana, el del brillante valor, hizo a Kabandha el elogio de Kakutstha: «He aquí al descendiente de Ikshvaku, Rama; nombre conocido de los pueblos. Sabe que yo soy su joven hermano, yo, Lakshmana. Desposado de su reino por la reina Kaikeyí, Rama fue desterrado a un gran bosque donde se fijó con su esposa. Mientras el héroe, poderoso como un dios, habitaba aquel desierto silvestre, un rakshasa le quitó su mujer; y es en su busca por lo que hemos venido aquí. Pero tú, ¿quién eres y por qué estás en este bosque con esa forma de tronco, sin cabeza, la boca en el lugar del estómago, inflamada, y los muslos enormes?»

A estas palabras de Lakshmana, Kabandha respondió lleno

de alegría, acordándose de las palabras de Indra: «Sed los bien venidos, tigres de los hombres, pues para mi salvación os veo; como para mi salvación habéis cortado las ligaduras tendonasas de mis brazos. Cómo mi forma llegó a ser diforme, a causa de mi imprudencia, sábelo, tigre de los hombres: yo te diré toda la verdad.»

## SARGA LXXI

## KABANDHA CUENTA SU HISTORIA

«En otro tiempo, ¡oh Rama, de los grandes brazos!, yo estaba lleno de fuerza y de valentía, era de una forma inimaginable, célebre en los tres mundos. Esta forma que yo había revestido igualaba a la de Surya, a la de Soma y a la de Sakra; llegué a ser para el pueblo una causa de terror. Los ascetas retirados en el bosque, ¡oh Rama!, yo los espantaba por todas partes. Un gran rishi llamado Sthulasiras se irritó contra mí. Mientras cogía diversos frutos salvajes, atormentado por mi forma de espectro, profirió contra mí, mirándome, un horrible anatema: «¡Que ese exterior de que te sirves para hacer daño a la gente sea alterado!» Yo pregunté al irritado asceta cuándo tendría fin aquella maldición. El que acababa de lanzármela me dijo: «Cuando, tras haberte cortado los dos brazos, Rama te quemará en un bosque solitario; entonces recobrarás tu forma inmensa y bella.» Porque has de saber que, en efecto, yo era un hijo de Danu, brillante de hermosura, ¡oh Lakshmana! Mi apariencia actual se la debo a Indra, que me maldijo en el campo de batalla. Mediante un riguroso ascetismo me había congraciado la benevolencia del Abuelo, que me concedió vivir mucho tiempo. Entonces un orgullo loco se apoderó de mí. Puesto que he de vivir mucho, ¿qué podría hacerme Sakra? Esto pensando, le provoqué a un combate. Con su brazo lanzó tu trueno y cien rayos e hizo que en mi cuerpo entrasen mis muslos y mi cabeza. Pese a mis súplicas, no quiso conducirme a la mansión de Yama. «Es preciso que la palabra del Abuelo se cumpla», me dijo. «¿Cómo, sin tomar alimentos, los muslos, la cabeza y la boca rotas, herido por el rayo, podré alcanzar larga existencia?» Así hablé a Sakra, que entonces me dio brazos de una yojana de largos y me adaptó en el hueco del estómago una boca armada de dientes puntiagudos. Y con mis brazos enormes cojo, por todos lados, cuando pasan por este bosque, a

leones, leopardos, antilopes, tigres, y con ellos me alimento. No obstante, Indra me dijo: «Cuando Rama con Lakshmana te cortarán, en lucha, los dos brazos, entonces vendrás al Cielo.» Con este cuerpo, en este bosque, ¡oh amigo mío, tú, el mejor de los príncipes!, todo lo que advierto, complázcame en el cogerlo al punto. Necesariamente Rama caerá en mis manos, pensé, previendo que te esforzarías en hacerme dejar mi cuerpo. ¡Y tú eres Rama! ¡Sé bendito! Otro que tú, Raghava, no hubiera podido matarme; tal me había dicho el gran rishi. Por consiguiente, quiero poner mi inteligencia a tu servicio, ¡oh toro de los hombres! Contraré amistad con vosotros dos cuando haya recibido la consagración del fuego.»

A estas palabras del hijo de Danu, el virtuoso Raghava dijo, en presencia de Lakshmana: «Ravana me ha arrebatado a Sitá, mi esposa ilustre, mientras que, por casualidad, estaba ausente del Janasthana con mi hermano. Conozco tan sólo el nombre, pero no la forma de este rakshasa. Su domicilio, su poder, los ignoramos. Abrumados por el dolor, sin guía, vagando de aquí para allí, socórrenos del modo siguiente: Nosotros recogemos ramas secas, rotas por los elefantes y te quemaremos en el momento preciso, Señor, en una gran fosa cavada aquí mismo. Pero tú, tú vas a decirnos por quién y adónde ha sido llevada Sitá, Hazme este gran servicio, si conoces la verdad.»

Así interrogado por Rama, el hijo de Danu dio esta respuesta excelente. Hábil hablador, dijo al elocuente Raghava: «Yo no tengo la ciencia de los dioses, ni conozco a Maithili. Pero te indicaré lo que ha sido de ella, esto te lo diré, sí, cuando, quemado, haya vuelto a adquirir mi verdadera forma. Y el que conoce a ese rakshasa, ¡oh Rama!, también te lo diré inmediatamente. Pero mientras mi cuerpo no sea consumido, no tendré el poder de revelar, Señor, quién es el poderoso rakshasa que te ha arrebatado a Sitá. Mi vasta inteligencia ha sido destruida por la maldición funesta, ¡oh Raghava! Es por mi propia culpa por lo que me he revestido de una forma odiosa al Mundo. Pero, ¡ea!, antes de que Savitar se haya retirado detrás del Asta con su tiro fatigado, échame en una fosa, ¡oh Rama!, y quémame en ella según los ritos. Quemado por ti en esta fosa, conforme a la ley, ¡oh alegría de Raghú, héroe valeroso!, yo te diré quién debe hacerte conocer a ese rakshasa. Te será preciso contraer alianza con él, según las reglas, ¡oh Raghava guerrero de ágiles pies! Y te prestará su concurso. Pues nada hay que no sepa en los tres mundos, ¡oh Raghava! Todos los mundos los ha recorrido en otro tiempo por una causa o por otra.»

## S A R G A L X X I I

## KABANDHA INDICA A RAMA EL MEDIO DE ENCONTRAR A SÍTÁ

A estas palabras de Kabandha, los dos guerreros, jefes de hombres, encontraron un hueco en la montaña y en él encendieron fuego. Lakshmana, con ayuda de enormes tizones abrasados, encendió la hoguera por todas partes, y el cadáver colosal de Kabandha, tal cual un pedazo de manteca, ardió hasta sus médulas; el fuego le consumió lentamente. Sacudiendo de pronto la hoguera, el poderoso Kabandha se enderezó, como una llama sin humo; llevaba un doble vestido sin mancha y una guirnalda divina. Al punto salió de la hoguera, luminoso vestido con vestiduras inmaculadas, lleno de alegría, todos los miembros adornados y ornamentados. Subió a un carro brillante, arrastrado por hamsas, resplandeciente de claridad. Con su resplandor, el poderoso Kabandha iluminaba las diez regiones. Desde lo alto de los aires, dijo a Rama: «Aprende, Raghava, como podrás seguramente recobrar a Sítá. ¡Oh Rama!, seis medios hay en el Mundo, que en todo es preciso examinar. Aquel que ha caído en el último escalón de la desgracia, el hombre que tiene aún un grado que bajar se le asociará. Tú tienes que descender precisamente este grado, en el desamparo que te encuentras con Lakshmana a causa del infortunio que te acaece: el rapto de tu esposa. Por ello, te es preciso necesariamente hacerte un amigo, ¡oh tú, el mejor de los amigos! De otro modo no veo, reflexionando sobre ello, éxito para ti. Escucha, Rama, lo que voy a decirte. Hay un mono cuyo nombre es Sugriva. Su hermano, encolerizado, le desterró, Vali, hijo de Sakra. En el Rishyamuka, monte elevado que el Pampá embelice en su curso, habita el sabio y valiente Sugriva con otros cuatro vanaras. Este Indra de los monos está lleno de fuerza y de energía, de brillo sin medida, leal, lleno de moderación, de firmeza, de inteligencia y de magnanimidad. Hábil, animoso, sabio, de una gran energía, muy bravo, fue expulsado, ¡oh guerrero!, por su poderoso hermano a causa del Imperio. Este será tu aliado y tu amigo en la busca de Sítá, ¡oh Rama!; no te atormentes, pues, el espíritu. Lo que tiene que suceder, imposible es que no suceda, ¡oh tigre de los Ikshvakus! El Tiempo es ineluctable. Ve, pues, prontamente, ¡oh valeroso Raghava!, a buscar al poderoso Sugriva. Ve sin tardar a concluir alianza con él, desde hoy mismo. Aliate a este ser



benévolo, mientras luce aún Vibhavasú. No debes desdenar a Sugriva, el jefe supremo de los vanaras. Agradecido, cambiando de forma a su guisa, ese valiente es digno de tu amistad. Hoy los dos podéis cumplir vuestro deseo. Que haya alcanzado su propósito o no, ejecutará tu empresa. Ese hijo de Riksharajas yerra inquieto por las orillas del Pampá. Ese hijo querido de Bhaskara está en guerra con Vali. Deja quieta tu arma y ve prestamente a su retiro del Rishyamuka hacia ese mono. Contrae, ¡oh Raghava!, una amistad sincera con este habitante de los bosques. Este elefante de los kapis, todas las moradas que los comedores de carne humana poseen en el Mundo, así como todos sus escondrijos, es capaz de explorarlos hábilmente. Nada hay, por lo demás, que no le sea conocido en la Tierra, ¡oh Raghava! Mientras brilla el Sol, el de los mil rayos, ¡oh calamidad de tus enemigos!, ríos, rocas escarpadas, montes inaccesibles, cavernas, todo lo recorrerá con los vanaras en busca de tu esposa. Los vanaras, de estatura colosal, los enviará, ¡oh Raghava!, a recorrer las regiones para descubrir a Sitá, cuyo alejamiento a ti te aflige. Irá a buscar a Maithili, la de las hermosas caderas, hasta la morada de Ravana. Tu irreprochable y bienamada Sitá, aunque hubiese sido transportada al punto extremo del Merú, o incluso depositada en el fondo del Patala, el toro de los Plavamgamas, tras haber destruido a los rakshasas, te la devolverá.»

### S A R G A L X X I I I

#### RECOMENDACIONES DE KABHANDA A RAMA

Tras haber indicado a Rama lo que tenía que hacer para encontrar a Sitá, Kabhanda, lleno de experiencia, añadió aún este informe útil: «Sigue ese afortunado sendero, ¡oh Rama!, que se dirige hacia el Oeste, donde brillan estos maravillosos árboles en flor: Jambús, priyalas, panasas, nyagrodhas, plakshas, tindukas, asvatthas, karnikaras, cutas, y otros aún: Dhanvanas, nagavrikshas, tilakas, naktamalakas, nilasokas, kadambas y karaviras descogidas; agnimukyas, asokas de un rojo vivo y, paribhadrakas; os subireis a estos árboles, en camino, y para nutrirlos echaréis abajo, con vuestro vigor, sus frutos, semejantes al amrita. Tras haber atravesado, ¡oh Kakutstha!, este oquedal de árboles florecidos, alcanzaréis otros semejantes al Nandana, donde, como entre los kurus del Norte,

los árboles dan frutos en todas las estaciones y dejan caer su miel. Pues allí todas las estaciones existen a la vez, como en el bosque Caitraratha. Esos árboles de ramas enormes dóblanse bajo el peso de sus frutos. Por todas partes brillan, semejantes a montañas de nubes. Lakshmana subirá o les abatirá fácilmente por el suelo. Te dará de sus frutos, semejantes al amrita. Explorando esas encantadoras montañas de roca en roca, de bosque en bosque, ¡oh héroe!, llegaréis junto a un río cubierto de lotos denominado el Pampá. Este río no tiene ni arenas gordas ni rápidos; sus tirthas son unidos y sin saivalas; ¡oh Rama!, su arena es fina; sus kamalas y sus utpalas le hacen deslumbrador. Hamsas, playas, krauñcas y kuraras, ¡oh Rama!, dejan oír su voz melodiosa en medio de las aguas del Pampá. No se espantan a la vista de los hombres; pues hasta ahora jamás se las ha cazado. Estos pájaros, grasos como pellas de manteca, los comeréis, así como los rohitas, los cakratundas y los nalaminas, ¡oh Raghava! Los excelentes peces abatidos a flechazos en el Pampá, despojados de sus pieles y sus aletas arrancadas, ensartados y asados, gordos y no teniendo sino una espina, en su abnegación por servirte, Lakshmana te los ofrecerá. Mientras te hartas de estos peces en medio de las flores del Pampá, bebiendo un agua perfumada de lotos, deliciosa, de agradable frescura, sana, límpida, brillante como la plata, transparente como el cristal, Lakshmana te la dará para que la bebas en una hoja de pushkara.

»Los grandes vanaras, que se recogen en las grutas de la montaña y viven en el bosque, por la tarde, paseándote, ¡oh Rama!, Lakshmana te los hará ver. Cuando bajan a beber, bramando como toros, verás a estos seres grandes y robustos al borde del Pampá, por la tarde, paseándote, ¡oh príncipe! Al contemplar los árboles en plena floración, y las afortunadas aguas del Pampá, desterrarás tu pena. Cargados de flores, tilakas, naktamalakas, utpalas y lotos abiertos, ¡oh Raghava!, se ofrecerán a tus ojos. Ningún hombre ha cogido jamás estas flores enguinaldadas, que ni se ajan ni se secan, ¡oh Raghava! Ascetas, discípulos de Matanga, detuviéronse un día en este lugar. Sucumbían bajo la carga de frutos salvajes que llevaban a su gurú. El suelo estuvo pronto cubierto de gotas de sudor, que caían de su cuerpo. Aquellos ramos de flores nacieron entonces en virtud del tapás de los ascetas; salidos de las gotas de sudor, no se marchitan nunca, ¡oh Raghava! Los ascetas han muerto, pero hoy aún existe su compañera, la monja Sabari, ¡oh Kakutstha!; tiene ya muchos años. Afianzada en el deber, cuando te vea, tú que siempre has recibido los homenajes de

todos los mundos y te asemejas a un dios, ¡oh Rama!, se irá al Svargaloka.

»Llegado al borde occidental del Pampá, veras un sitio aislado, incomparablemente hermoso, lleno de misterio. Los elefantes no pueden atravesar este eremitorio silvestre, el rishi Matanga lo ha dispuesto así. El bosque de Matanga es célebre ¡oh alegría de Raghú! En este bosque, semejante al Nandana, semejante al bosquecillo de los dioses, poblado de toda clase de pájaros, reposarás agradablemente. ¡oh Rama! El Rishya muka, el de los árboles floridos, se levanta frente al Pampá. Su ascensión es muy penosa; elefantes jóvenes impiden su acceso. Este noble monte fue en tiempos remotos creado por Brahma. El hombre de bien, ¡oh Rama!, que se duerme en su cima si sueña que adquiere un tesoro le obtiene sin despertar. Pero el perverso, el malo que le escala, los rakshasas se apoderan de él, llevándosele durante el sueño. Allí también se oye el ruido formidable de los jóvenes elefantes, que juegan en el Pampá, ¡oh Rama!, en el sitio de su eremitorio, en que Matanga los ha apriscado. Regados por gotas rojas, esos elefantes batalladores, de talla colosal, acuden al río aislados, sombríos, como nubes en pleno ardor. Allí beben un agua pura, agradable, límpida, extremadamente propicia para las abluciones, exhalando toda clase de buenos olores. Sus juegos hechos, húndense en los oquedales que frecuentan. Estos animales, así como los osos, los leopardos, de tonos azul komalaka, y los rurús, al ver alejarse a estas fieras indomables, tú desterrarás toda pena. No obstante, ¡oh Rama!, en este monte se abre una gran caverna horadada en la roca, de difícil acceso, ¡oh Kakutstha! A la entrada de esta gruta hay un amplio lago de frías aguas, abundante en raíces y frutos encantadores, lleno de toda clase de reptiles. Allí mora el virtuoso Sugriva con sus vanaras. Algunas veces permanece también en la cima de la montaña.»

Kabandha, una vez dados estos informes a los príncipes, Rama y Lakshmana, ceñido de guirnaldas, resplandeciente como el Sol, brillaba en el espacio lleno de gloria. Al ver al venturosísimo, de pie en los aires, los dos héroes, Rama y Lakshmana, que estaban allí cerca: «Parte», le dijeron. «Y vosotros id a cumplir vuestra empresa», les respondió Kabandha. Al despedirse de los dos hermanos, llenos de gloria, mostróse a Rama rodeado de esplendor, el cuerpo enteramente luminoso, y le dijo de nuevo, mirándole desde lo alto de los aires donde estaba: «Contrae esa alianza.»

## S A R G A L X X I V

## VISITA A SABARÍ

Los dos príncipes, según las indicaciones de Kabandha, siguieron el camino que conducía al Pampá a través del bosque, y tomaron la dirección del Oeste. Al tiempo que contemplaban, en medio de las rocas, los numerosos árboles cargados de miel, de flores y de frutas, Rama y Lakshmana iban al encuentro de Sugriva. Tras haber hecho alto en la meseta de la montaña, los dos descendientes de Raghú alcanzaron la orilla occidental del Pampá. Los dos Raghavas, llegados a la orilla occidental del Pampá, abundante en lotos, advirtieron allí el encantador retiro de Sabarí. Llegados a esta ermita, cubierta de árboles numerosos y muy agradables, sin dejar de examinarle, abordaron a la siddhá. Al verles, ella se levantó, hizo el añjalí y tocó los pies de Rama y del prudente Lakshmana. Luego les dio, según el uso, todo cuanto les hacía falta para lavarse los pies y enjuagarse la boca. Entonces Rama dijo a aquella Sramani, afianzada en el deber: «¿Has vencido los obstáculos? ¿Hay paz en tu corazón? ¿Has reñonado la cólera y la necesidad, ¡oh solitaria!, de alimento? ¿Practicas los ritos? ¿Tu tapás aumenta? ¿Tu obediencia a los gurús da sus frutos, mujer del dulce lenguaje?»

Así, interrogada por Rama, la religiosa siddhá, venerada por los siddhas, Sabarí, la de mucha edad, manteniéndose ante él, celebró sus alabanzas: «Hoy—dijo—adquiero la perfección de mi ascetismo gracias a tu presencia. Hoy mi nacimiento da sus frutos y mis gurús llegan al colmo de los honores. Hoy recojo el fruto de mi ascetismo, y el Cielo se torna mi recompensa, pues tú eres el mejor de los dioses, digno de todos los homenajes, ¡oh Rama, toro de los hombres! Purificada por tu benévola mirada, héroe bienhechor y generoso, obtendré los mundos imperecederos, mediante tu favor, ¡oh tú, que domas a tus enemigos! Habías alcanzado el Citrakuta, cuando, en carros divinos, de un esplendor sin igual, subieron de aquí al Cielo aquellos a los que yo servía. Aquellos piadosos, atormentados y grandes rishis, me dijeron: «Rama te llegará a esta muy santa ermita. Te será preciso rendirle los honores de la hospitalidad, a ese héroe al que Sumitri acompaña. Su visita te valdrá ir a los mundos superiores, imperecederos. Así me hallaron los bienaventurados, ¡oh toro de los hombres! Estas frutas silves

tres de todas clases yo las he cogido, toro de los hombres, para ti, tigre de los hombres, en las orillas del Pampá, donde crecen.»

Oyendo estas palabras de Sabarí, el religioso Raghava dijo a aquella mujer a quien sus maestros no dejaron jamás ignorar la ciencia del pasado y del porvenir: «He sabido por el hijo de Danu lo que había relativo al poder de tus magnánimos gurús. Quisiera ver una demostración de ello ante mis ojos, si te parece bien.» Habiendo oído estas palabras salidas de la boca de Rama, Sabarí les mostró a ambos el gran bosque: «Mira, semejante a un grupo de nubes, lleno de fieras y de pájaros, ese célebre bosque de Matanga, ¡oh alegría de Raghú! Es allí donde mis gurús de alma pura, ¡oh ilustre héroe!, hicieron el sacrificio de sus cuerpos, de acuerdo con los mantras, por medio de los cuales se habían purificado. He aquí, construida al oeste, la vedi donde mis muy venerados maestros tenían costumbre de ofrecer flores, con sus manos temblorosas de fatiga. El poder de su tapás puedes verle hoy aún, ¡oh príncipe de los Raghús!, en la claridad con que ilumina todas las regiones esta vedi de un resplandor sin igual. Como no podían andar, extenuados como estaban por el ayuno y el peso de los años la fuerza de su meditación reunió aquí a los siete lagos que ves ahí. Los hábitos de corteza de árbol que, sus abluciones hechas, suspendieron de aquella rama, aún hoy están allí, todavía húmedos, ¡oh alegría de Raghú! Las ofrendas que hicieron a los dioses, esas flores, esas kuvalayas, no se marchitan. Todo este bosque, tú le ves; lo que querías saber, tú lo sabes; yo desco ahora despedirme de ti y dejar mi cuerpo. Aspiro a reunirme con esos ascetas de alma pura a los cuales perteneció este eremitorio y de los que yo fui la sirviente.»

A este piadoso lenguaje, Raghava, al que Lakshmana acompañaba, sintió una alegría sin igual: «¡Es maravilloso!», exclamó. Luego dijo a Sabarí, la de las austeras prácticas: «Me has colmado de atenciones, ¡oh santa mujer!, ve, pues, donde te plazca, y sé feliz.»

Tras haber sido despedida de este modo por Rama, la solitaria, los cabellos reunidos en una trenza, vestida de corteza y de piel de antílope negro, inmolóse ella misma echándose al fuego. Centelleante como la llama de un brasero, fué al Cielo, adornada de ornamentos divinos, cubierta de guirnaldas y de celestiales perfumes. Con aquellas joyas celestes, era encantadora de ver; iluminó aquella región cual un fulgurante relámpago. Allí donde viven dichosos los grandes rishis de alma pura, es a este santo lugar adonde fue Sabarí, en virtud de sus meditaciones sobre el Alma suprema.

## S A R G A L X X V

## RAMA LLEGA AL BORDE DEL PAMPÁ

Sabarí, habiendo ido al cielo en virtud de su propio tejás, Raghava, así como Lakshmana, su hermano, empezó a reflexionar. Tras haber pensado en el poder de los magnánimos ascetas, el piadoso Raghava dijo al servicial Lakshmana, absorbido en sus pensamientos: «Ya he visto este eremitorio de los bienaventurados, los de las numerosas maravillas, frecuentado por gacelas y tigres amaestrados, así como por pájaros de todas clases. En los tirthas de los siete lages que le bañan, ¡oh Lakshmana!, se practican las abluciones culturales, y los pitris son allí colmados de honores. Gracias a él mi pena se ha disipado, la alegría es conmigo de nuevo; a causa de ello mi alma es feliz ahora, ¡oh Lakshmana! Mi corazón, ¡oh tigre de los hombres!, ábrese a la dicha. Ven, marchemos hacia ese Pampá de tan encantador aspecto. El monte del Rishyamuka vémosle ya a poca distancia. Es allí donde habita, con cuatro vanaras, el virtuoso Sugriva, el hijo de Asumat, en el temor continuo a causa de Vali. Me tarde el ver a Sugriva, el toro de los vanaras. El es el que debe hacerme encontrar las huellas de Sitá.»

Así habló el héroe. Sumitri le dijo: «Partamos sin más tardar; yo también siento que mi corazón se lanza hacia aquel lugar.» Entonces, alejándose de aquella soledad, el jefe de los hombres alcanzó el Pampá con Lakshmana. El Amo advirtió por todas partes numerosos árboles en plena floración. Koyastis anidados en los aljunakas, y pavos reales en los kicakas. Estos pájaros y muchos otros llenaban con sus cantos el bosque inmenso. Rama, sin dejar de mirar los árboles de esencias variadas y los múltiples estanques, transportado de placer, llegó junto a un muy amplio depósito. Acercóse al río, que traía de lejos sus aguas, deliciosas de beber, y descendió a aquel depósito, llamado el estanque de Matanga. Allí fueron los dos Raghavas piadosamente recogidos. Pero la pena se apoderó de nuevo de Rama, el hijo de Dasaratha. Entró en el río, lleno de encantos gracias a los lotos de que estaba cubierto, y a los tilakas, los asokas, los pumnagas, los hakulas y a los uddalakas alimentados por aquellas aguas. Bosquecillos encantadores le encuadraban; sus olas, llenas de ramyas (314), puras como el cristal, deslizábanse sobre una arena fina. Peces y tortugas abundaban allí; los árboles de sus orillas le embellecían; lianas amigas le estrechaban

con sus abrazos. Kinnaras, uragas, gandharvas, yakshas y raks-hasas le frecuentaban; estaba sombreado por toda clase de árboles y arbustos; era un tesoro de agua fresca, límpida. Los pad-mas y los sogandhikas le daban el tinte del cobre; los ramos de kumudas, el de la plata, los bosquecillos de kuvalayas, el del zafiro; hubiérase dicho una gualdrapa multicolor. Los aravindas y los utpalas abundaban allí; estaba cubierto de padmas y de sogandhikas; bosquezuelos de mangos en flor le daban sombra; los pavos reales y sus gritos le hacían sonoro.

Al contemplar el Pampá, Rama, al que Sumitrí acompañaba, exhaló su dolor; él, el poderoso Rama, el hijo de Dasaratha: «Tilakas, bijapuras, vatas, resplandecientes lodhras, karaviras descogidos, pumnagas en plena floración, matorrales de malatís y de kundas, bhandiras, niculas, asokas, saptaparnas, ketatas, atimuktakas y otros árboles de todas esencias adornan el río como a una esposa. Sobre su orilla se levanta el monte rico en metales indicado precedentemente por Kabandha, el Rishya-muka, célebre por sus árboles de flores variadas. El mono, hijo de Riksharajas magnánimo, le habita; es el valeroso Sugriva de gran renombre. Ve a encontrar a Sugriva, Indra de los vanaras, ¡oh toro de los hombres!

Así habló. Una vez más, el héroe dijo a Lakshmana: «¿Cómo sin mi Sitá puede, ¡oh Lakshmana!, vivir?» Tras haber hablado así a Lakshmana, atormentado por su amor, que no le dejaba pensar en otra cosa, entró en la espesura que cruzaba el Pampá, no maravilloso, exhalando de este modo su extremado dolor. Hundiéndose progresivamente en la selva que ante él se extendía, Rama contemplaba los bosquecillos encantadores que bordeaban el Pampá, frecuentados por innumerables bandadas de pájaros. Y por aquella espesura penetró Lakshmana.

## KISHKINDHAKANDA

## S A R G A I

RAMA DESCRIBE LA PRIMAVERA Y EL AMOR. SU DESESPERACIÓN

Dirigiéndose hacia el Pampá, cubierto de lotos, y en el que padmas, utpalas y jhashas abundaban, Rama, al que Lakshmana acompañaba, con los sentidos turbados, se lamentaba. Al contemplar el río, la alegría hizo palpar su corazón. Cautivado por Kama, dijo al hijo de Sumitrá: «Sumitri, ¡qué hermoso es el Pampá con sus ondas cristalinas y puras! Con sus padmas y sus utpalas descogidos y sus árboles variados, ¡qué bello es! Contempla, Sumitri, el bosque de Pampá, ¡qué lindo es de ver! Sus árboles soberbios asemejanse a montañas, de las que sus copas son las cimas. Yo estoy anonadado por el dolor, la aflicción me roe pensando en la pena de Bharata y en el rapto de Vaiacbí. No obstante, bien que esté abatido a causa de la tristeza, el Pampá me encanta, con su bosque admirable, las flores de todas clases de que está cubierto y sus aguas frescas y deliciosas. Su capa de lotos le vuelve extremadamente hermoso. Las serpientes y las fieras le frecuentan, las gacelas y los pájaros abundan en él. Este césped espeso, amarillo oscuro, está cubierto de flores diversas, caídas de los árboles, cual un brillante tapiz. Por todas partes se ven copas inclinándose bajo el peso de las flores y audazmente escaladas por las lianas de enfloradas puntas. ¡Oh Sumitri, es la estación de las brisas afortunadas y de los tiernos amores! Es el perfumado mes de la primavera, en el que nacen en los árboles flores y frutos. ¡Mira qué hermosos son, Sumitri, esos bosques pletóricos, enriquecidos, que derraman lluvias de flores, como las nubes sus chaparrones! En los encantadores valles, los innumerables árboles del bosque, sacudidos por el impetuoso viento, llenan de pétalos el suelo. Las flores caídas, las que caen y las que permanecen en



los árboles; mira, Sumitri, la brisa parece jugar con ellas por todas partes. Agitando los múltiples ramos de los árboles cargados de flores, Maruta, que gusta de entretenerse en estos lugares, va acompañado por el zumbido de las abejas. Cual si quisiera, el canto de los enamorados kokilas, hacer que los árboles se pudiesen a bailar. Anila sale de las cavernas de la montaña, en cierto modo lleno de armonía. Gracias a este soplo que los agita violentamente por todos lados, esos árboles se tocan con los extremos de sus ramas: diríase que están unidos los unos a los otros. Esta brisa de soplo dulce y acariciador extiende un suave perfume fresco a sándalo que hace desaparecer toda fatiga. Agitados por Pavana, estos árboles parecen desposar sus murmullos al zumbido de las abejas, entre los bosquecillos dulcemente perfumados. En medio de las encantadoras mesetas de la montaña, las rocas, cuyas crestas acércanse, centellean de hermosura, gracias a los encantadores colores de sus oquedades. Las cimas están cubiertas de flores; bajo el soplo de la brisa que los agita y el zumbido de sus coronas de moscas de miel, esos árboles diríase que preludian cantos. Mira por todas partes la magnífica floración de los karnikaras dorados, semejantes a hombres vestidos de seda. Esta primavera, Sumitri, con sus conciertos de pájaros de toda especie, reaviva el sufrimiento que me causa la ausencia de Sitá. En el dolor que me agobia, el amor es un tormento más. El alegre gorjear del kokila es provocante. Ese amable datyuhaka que canta en medio de las cascadas del bosque aumentará mi mal de amor, ¡oh Lakshmana! En otro tiempo, cuando ella oía su voz desde el fondo de nuestra ermita, mi bienamada me llamaba, embriagada de ternura y de felicidad. Los pájaros de variado plumaje que lanzan toda suerte de gritos, ¡mira cómo, llegados de todas partes, se refugian en los árboles, en los zarzales y en las lianas! Las hembras de los pájaros acóplanse a los machos, se reúnen según su especie y se regocijan. Empujados locamente al placer, los bhringaraja, ¡oh Sumitri!, gorjean melodiosamente. Aquí, como en la ermita de Sitá, los volátiles que se reúnen lanzados son al regocijo por los alegres gritos del datyuhaka, que responde a las llamadas del kokila macho. El rumor de esos árboles encienden en mí el amor. Con sus ramos de flores asokas como carbón, el zumbido de las abejas como crepitar, y los botones como llamas doradas, el fuego de la primavera me devora. ¡Ay! Esa mujer de tenues pestañas, de hermosa cabellera, de lenguaje acariciador, lejos de ella, sin verla, Sumitri ¡no puedo vivir! Este tiempo que alegra los bosques es para

ella la estación de amar. Con los kokilas que atizan por todas partes, ¡oh héroe sin reproche!, mi viva ternura hacia mi adorada, cuyo recuerdo la enciende, y las delicias de la primavera que la avivan, este fuego del dolor me consumirá pronto; no, no será largo el acabar. La vista de estos hermosos árboles aumentan mi amor, amor que aviva la ausencia de mi esposa. Ya no veo a Vaidehí, y esto acrecienta mi pena, mientras el aspecto de la primavera me embriaga produciéndome una loca transpiración amorosa.

»El recuerdo de esa mujer de ojos de gacela joven, el pensar en ella, la pena que su desaparición me produce, todo ello me domina. Me tortura, Sumitri, la brisa cruel del bosque de Caitra. Los pavos reales bailan aquí y allá, desplegando sus brillantes alas al soplo de la brisa, y sus colas deslumbran, cubiertas de ojos parecidos a cristales. Sus hembras los rodean y les embriagan a fuerza de voluptuosidad. El amor del que yo estoy ya lleno, aumentanle aún. Mira, Lakshmana, danzar a ese pavo real. Cerca de él agítase su hembra, en la meseta de la montaña. Con el corazón transportado, su esposo la persigue. Muestra ufano sus radiantes alas, y con sus gritos diríase que insulta mi desgracia. Y es que la bienamada de ese pavo real ¡no le ha sido arrebatada, en el bosque, por un rakshasa! Gracias a ello puede danzar por los encantadores bosquesillos con su adorada. La vida lejos de Sitá, durante el mes de las flores, me es insostenible.

»Mira, Lakshmana, el amor florece incluso entre los seres salidos de matrices de animales. Ahora es la hembra del pavo real la que se agarra apasionadamente a los pasos de su esposo. ¡Así la hija de Janaja, la de los grandes ojos, con la renaciente turbación del amor, seguiría mis pasos si no hubiese sido arrebatada! Para mí, ¡oh Lakshmana!, no tienen ya fruto las flores que inclinan con su peso los árboles de los bosques, al final de la estación fría. Bien que, encantadoras hasta el exceso, esas flores caen estériles sobre la tierra con los enjambres de abejas. Los pájaros, reunidos en alegres bandadas, lanzan gritos de amor en esta estación. Diríase que se llaman unos a otros y provocan en mi voluptuosos transportes. Si la primavera reina también allí donde habita mi bienamada Sitá, ahora caída en poder de otro, debe compartir la llama que me abrasa. Pero, aunque la primavera no hubiese alcanzado el país en que ella está, ¿cómo esa mujer de ojos de loto negro podrá vivir sin mí? Pero, sí, la primavera habrá llegado también allí donde está mi bella, y entonces, ¿qué hará esta

mujer de las hermosas formas bajo los ultrajes de los extranjeros? Mi joven y bienamada esposa, la de ojos parecidos a hojas de lotos, la del dulce lenguaje, a esta llegada de la primavera, dejará la vida. Tengo en el corazón esta segura convicción: la tierna Sitá no podrá sobrevivir a su separación de mí. El amor de Vaidehí ha invadido completamente mi ser, y mi amor ocupa totalmente a Sitá.

»Esta brisa de suaves caricias, trayéndome el perfume de las flores, bien que, llena de frescura, fuego es para mí, que pienso en mi adorada. Maruta, al que consideraba siempre como al bien venido, en otro tiempo, cuando estaba con Sitá, hoy, lejos de ella me causa desolación. En su ausencia, este pájaro que recorre el espacio lanzando gritos, es como un cuervo, encaramado en un árbol que deja escuchar no agradable canto. No obstante, ese volátil será mi introductor, me hará entrar en el pensamiento de Vaidehí, la de los grandes ojos.

»Observa, Lakshmana, en el bosque, el concierto embriagador de esos dos veces nacidos que gorjean en los árboles de enfloradas copas. Esta abeja vuela de pronto hacia los brotes amarillos de ese tilaka agitado por la brisa, como hacia un amante cogido de estremecimientos voluptuosos. Este asoka, que aumenta hasta el exceso el tormento de los enamorados, yérguese con sus penachos de flores que el viento agita, como para provocarlas. Mira, Lakshmana, esos mangos enteramente abiertos: diríanse gentes acicaladas y extraviadas por el amor. ¡Oh, Sunitri, tigre de los hombres, mira en medio de esas magníficas hileras de árboles que bordean el Pampá; mira, sí, los kinnaras errando por todas partes! Esas nalinás de suave aroma, contéplalas, ¡oh Lakshmana! por todas partes brillan sobre el agua, como el Sol cuando se levanta. El Pampá de ondas espesas, cubierto de lotos y de rosas azules, lleno de hamsas y de karandavas, todo perfumado, con los estambres de los lotos, brillantes como la aurora, que las abejas han hecho caer sobre sus aguas y del que está lleno, ¡mira cómo brilla este Pampá! Los kakravakas abundan en él en toda estación. ¡Qué maravillosos los claros de sus bosques! Encantador es, con sus rebaños de elefantes y de antílopes que gustan de bañarse en él. Los nenúfares que se bambolean en el seno de sus ondas puras hacen que sus olas, levantadas por un viento impetuoso, estallen de hermosura ¡oh Lakshmana!

»Lejos de Vaidehí, la de los ojos anchos como hojas de loto, que siempre amó los nenúfares, la vida no tiene encanto para mí. ¡Ah pérfido Kama, que evoca en mí, tras su marcha y cuando no puedo reunirme con ella, el recuerdo de esta mu-

jer amable de lenguaje más amable aún! ¡Tal vez fuese soportable el amor que siento hacia ella, si la primavera, con sus árboles y sus flores, no aumentase mis tormentos! Todo cuanto me encantaba cuanto estaba con ella ha perdido su encanto para mí, en su ausencia. Al ver los pétalos del cáliz de los lotos, me digo: «He aquí cómo son las pupilas de Sitá, ¡oh Lakshmana!» La brisa deliciosa que sopla por entre los estambres de los lotos y entre los árboles ¡aseméjase a la respiración de Sitá! ¡Oh Sumitri!, mira a la derecha del Pampá, sobre la cima de la montaña, el tallo florido del karnikara: su resplandor es maravilloso. Este rey de los montes, extrínsecamente rico en metales, deja escapar un polvo brillante que levanta el impetuoso viento. Pero en esas mesetas de la montaña, ¡oh Sumitri!, los encantadores kimsukas, todo flores y desprovistos de hojas, parecen abrazarlas por todas partes. Esos árboles salidos en los bordes del Pampá, que los riega, exhalan un dulce perfume. Malatís, mallikás, padmas, karaviras descogidos, ketakis, sinduvaras, vasantís en plena floración, matulingas, purnas, zarzales de kundas; por todas partes, ciribilvas, machukas, vanjulas, bakulas, campakas, tilakas, nagravrikshas, padmakas, asokas de flores azules, lodhras, simhakesaras, piñjaras brillan en los ribazos. Ankolas, kurandas, curnakas, paribhadrakas, cutas, patalís, kovidaras, mucukundas, arjunas despliegan su floración sobre las cimas de la montaña. Ketakas, uddalakas, sirishas, sitanapas, dhavas, salmalís, kimsukas, kurabakas de flores rojas, tinisas, naktamalas, candanas, syamdanas, hintalas, nagavrikshas; estos árboles floridos, entrelazados por lianas de penachos descogidos, ¡mira Sumitri, cómo esos hermosos árboles se apretujan numerosos en las orillas del Pampá con su ramaje agitado por el viento!

»Las lianas se persiguen unas a otras como mujeres hermosas embriagadas. La brisa va de árbol en árbol, de roca en roca, de bosque en bosque, como empujada por múltiples liberaciones. Entre los árboles, unos están plenamente descogidos y exhalan dulces aromas; otros, cubiertos de botones, tienen aspecto menos alegre. ¡Qué suavidad! ¡Qué hermosura! ¡Qué floración! La abeja, aturdida por el amor, parece descansar en medio de las flores. Tras haberse detenido un instante, de nuevo emprende el vuelo, y, rápida, transportase a otra parte, ávida de miel, entre los árboles de las orillas del Pampá. Este suelo afortunado cubierto está por capas de flores caídas por sí mismas; diríanse colchas de lechos. Sobre las laderas de la montaña extiéndense tapices de todas clases hechos con flores de mil variedades, de un rojo y de un amarillo

deslumbrante, ¡oh Sumitri! A finales del invierno, mira, Sumitri, esos árboles llenos de floración. En el mes de las flores, las plantas descógen a porfía. Parecen provocarse unos a otros, los árboles en los que zumba el insecto de seis patas. Con sus ramas coronadas de flores, proyectan un vivo resplandor, ¡oh Lakshmana! Este pájaro, el karandava, zambulléndose en la onda pura en la que gusta de retozar con su amante, enciende en cierto modo mi amor. Semejante a la del Mandakiní, la hermosura del Pampá es encantadora. Sus cualidades, afeadas en el Mundo, de cerca maravillan, en efecto.

»Si encuentro a mi amada y fijamos aquí nuestra estancia no enviaré ni la mansión de Sakra, ni echaré de menos Ayodhya, ¡oh el mejor de los Raghús! Aquí, en estos encantadores pradecillos, si yo juguetease con ella, ni mis pensamientos ni mis deseos irían más lejos. Los árboles de este bosque enteramente cubiertos de toda clase de flores, en ausencia de mi bienamada, me sacan de mí. Contempla este río de ondas frescas, ¡oh Sumitri!, los lotos que le llenan, las kakravakas que le frecuentan y los karandavas que le habitan. Con los plavos, los krauñcas en que abundan, las grandes fieras que en él viven y el canto de los pájaros, el Pampá es maravillosamente bello. Estos numerosos pájaros inflaman mi amor con sus alegres retozos, haciéndome recordar a aquella joven mujer de cara brillante como la Luna, mi bienamada, la de los ojos de loto. Mira sobre esos cerrillos encantadores las gacelas reunidas por parejas. Yo que estoy separado de Vaidehí, la de ojos como los de un cervatillo de gacela, esos animales turban, por decirlo así, mi pensamiento cuando triscan de aquí para allá. En esa colina encantadora, llena de bandadas de pájaros borrachos de amor, si yo viese a mi dulce bienamada sería feliz. Reviviría seguramente, Sumitri, si Vaidehí, la del talle elegante, respirase conmigo la afortunada brisa del Pampá. Esta dichosísima brisa de los bosques del Pampá que trae el perfume de los lotos y disipa las penas, ¡dichosos, oh Lakshmana, los que la respiran! Esa joven mujer, la de los ojos semejantes a hojas de loto, la querida hija de Janaka, lejos de mí, ¿cómo puede soportar una existencia de esclava? ¿Qué diré al virtuoso rey, al leal Janaka, cuando, en presencia de los suyos, me pregunte si todo va bien para Sitá? Ella que me siguió al triste bosque adonde mi padre me había relegado, Sitá, fiel a sus deberes, ¿dónde está ahora mi bienamada? Separado de ella, en mi desgracia, ¿cómo, ¡oh Lakshmana!, soportaré la vida? ¿Y ella, que siguió mis pasos cuando, desterrado del reino, estaba fuera de mí? Su gracioso rostro de hermosos

ojos de loto, perfumado, brillante, inalterable, desde que no le veo, mi razón se pierde. La voz incomparable de Vaidehí acompañada de una sonrisa amable, llena de encanto, de dulzura y de sentimiento; ¿cuándo, ¡oh Lakshmana!, volveré a oír la de nuevo? Bien que no encontrase sino infortunio en el bosque, la joven mujer, con su ternura, entreteníame amorosamente, a mí, a quien el amor consumía, ¡cual si hubiese cesado de ser desgraciada! ¡Cual si hubiese estado llena de felicidad!

«¿Qué responderé en Ayodhya, ¡oh príncipe!, a Kausalyá, cuando esta reina venerable me pregunte: «¿Dónde está mi nuera, y qué es de ella?» Vete, Lakshmana, al lado de Bharata, ese hermano afectuoso. En cuanto a mí, imposible me es vivir sin la hija de Janaka.»

Así se lamentaba el magnánimo Rama, cual si hubiese estado privado de apoyo. Su hermano Lakshmana le dio esta respuesta juiciosa y memorable: «Cobra ánimos, Rama, y sé feliz; no te desoles, ¡oh el mejor de los hombres! Los que, en tu situación, nada tienen que merezca reproche, no deben acobardarse. Al recordar el dolor que te causa su alejamiento, destierra todo afecto excesivo hacia el ser que te es tan querido. Al contacto de un calor intenso, hasta la mecha mojada se enciende. Que se retire al Patala e incluso más lejos, de todos modos Ravana no sobrevivirá a su atentado, querido Raghava. Encontremos ante todo a ese malvado rakshasa. O soltará a Sitá o irá a su pérdida. Aunque Ravana bajase al seno de Diti con Sitá, yo iría a matarle allí, si no soltaba a Maithilí. Vuelve a tu estado normal, noble amigo; renuncia a los pensamientos lúgubres. En verdad que nada podrían conseguir aquellos que abandonan sus empresas y que no hacen esfuerzo alguno. La energía es poderosa, Señor; no hay fuerza que la sea superior. Con energía, en los mundos, nada hay imposible. Los hombres enérgicos no sucumben en lo que emprenden. Con la ayuda de nuestra sola energía recobramos a Janakí. No te dejes dominar más por tu amor y tu pena: échalos fuera de ti. ¿Has olvidado acaso tu grandeza de alma, la firmeza de tu carácter?»

Aguijado de este modo por Lakshmana, Rama, que habíase dejado abatir por el dolor, desterró la pena y la turbación de espíritu, para recobrar la valentía. Tranquilo y animoso, más allá de lo que se pudiera imaginar, Rama franqueó el Pampá lleno de encantos y de delicias, con sus árboles de ramaje ondulante. Cuando exploraba todo aquel bosque, sus cascadas y sus barrancos, el magnánimo Rama, cogido de estupor y abrumado por la pena, habíase detenido de pronto en aquella excursión con Lakshmana. Con el alegre aspecto de un ele-

fante borracho de mada, el intrépido y magnánimo Lakshmana, el del vivo paso, reconfortó, sin dejar de andar, a Raghava mediante su fidelidad y su valentía.

Entonces, cuando se paseaban por las proximidades del Rishyamuka, el rey de los monos advirtió a los dos héroes, los del extraño aspecto. A pesar de su bravura, tembló y no pudo dar un paso más. Aquel magnánimo mono que caminaba con la gravedad del elefante, viendo a los dos hermanos avanzar, sintió un espanto extremado; su espíritu se extravió; el terror le aplastaba bajo su peso. Aquella bienaventurada soledad asilo siempre abierto a las gacelas y poblada de árboles de abundantes ramas, en su espanto, los haris, temerosos, se refugiaron en ellas al ver a los poderosos Rama y Lakshmana.

## SARGA II

### SUGRIVA ENVÍA A HANUMAT AL ENCUENTRO DE RAMA

Viendo el aspecto de los dos magnánimos hermanos, Rama y Lakshmana, héroes excelentemente armados, Sugriva se quedó perplejo. Con el corazón turbado, recorrió con la mirada todas las regiones, el toro de los vanaras, incapaz de permanecer tranquilo. Ni siquiera el pensamiento le vino de detenerse al ver a los dos héroes: en el exceso de su terror, sintióse desfallecer. El virtuoso Sugriva, cogido por su extremada perplejidad, reflexionó y examinó en unión de todos sus vanaras el pro y el contra de la situación. Sugriva, el jefe de los plavagas, en el colmo de la emoción, mostró a sus consejeros los dos héroes que veía, Rama y Lakshmana, diciéndoles: «Esos dos personajes, Vali los envía seguramente a este bosque que para él es inaccesible; disfrazados bajo un hábito de corteza de árbol, dirígen se hacia aquí: helos ya llegados.»

Los consejeros de Sugriva, cuando vieron a los dos temibles arqueros, escaparon de aquel pico montañoso a otro más elevado. Esquiváronse prestamente aquellos jefes de banda en seguimiento de su amo. Los haris se agolparon alrededor del príncipe de los vanaras. De este modo, agrupándose los unos junto a los otros, saltaron de montaña en montaña, conmoviendo las crestas con sus saltos. Los monos, saltando todos con grandísima fuerza, rompían los árboles en flor, plantados en aquellas alturas inaccesibles. Aquellos excelentes haris lanzábanse así por todas partes en la gran montaña, asustando, al pasar, a gacelas, gatos salvajes y tigres.

Entretanto, los consejeros de Sugriva, reunidos sobre el Indra de los montes, estaban todos próximos a su rey, haciendo el anjalí. Entonces, Hanumat, discursador hábil, dijo a Sugriva que, en su espanto, sospechaba una maquinación de su hermano: «Este vivo terror, a propósito de Vali, que todos le desechen; en este Malaya, el más alto de los montes, nada hay que temer de él. El que te ha llenado el espíritu de terror y te ha puesto en fuga, ¡oh toro de los haris!, el cruel Vali de siniestro aspecto, yo no le advierto allí. Tu perverso hermano mayor, al que temes, amigo, el pérfido no está aquí; no veo, pues, el motivo de tu espanto. ¡Ah! Tu natural simiesco se revela claramente, ¡oh plavamgama!; tú que por ligereza de espíritu no sabes guardar firme tu alma. Inteligente como eres, experimentado, instruido en el arte de leer las fisonomías, agudo en toda ocasión, piensa que un príncipe caído en demencia no podría ya gobernar a nadie.»

Sugriva, oyendo estas elocuentes palabras de Hanumat, le respondió aún con más elocuencia: «Ante el aspecto de esos dos guerreros de grandes brazos, de ojos enormes, armados con flechas, arcos y espadas, semejantes a hijos de suras, ¿quién no se espantaría? Son dos emisarios de Vali, mucho me lo temo, esos dos poderosos guerreros. Los reyes tienen muchos amigos; la seguridad aquí no es cosa admisible. Hay que saber reconocer a sus enemigos a través de un disfraz. Los que desconfían encuentran siempre un punto débil en donde herir a los que son demasiado confiados. Vali es astuto en sus empresas. Los reyes muy listos consiguen destruir a sus adversarios; hay que espiarles con la ayuda de gentes del montón. Ve, ¡oh plavamgama, y sondea las intenciones de esos dos extranjeros, presentándote como un hombre cualquiera; estudia sus gestos, sus maneras y su lenguaje. Nota bien su actitud y si tienen el alma contenta. Inspírales confianza mediante tus elogios y tus demostraciones repetidas. Ponte al habla en mi nombre con esos dos arqueros, ¡oh toro de los haris!, y preguntales qué es lo que les trae a este bosque. Mira a ver si tienen intenciones puras, ¡oh plavamgama! Su lenguaje, sus maneras, les traicionarán, de ser mal intencionados.»

A esta orden del rey de los kapis, el hijo de Maruta resolvió ir junto a Rama y Lakshmana: «Que sea así» (*évan bhavatu*), dijo, acogiendo con respeto las palabras de su jefe, vuelto inabordable a causa del espanto, el mono Hanumat, el de los nobles sentimientos; y fue al encuentro del muy poderoso Rama, a quien Lakshmana acompañaba.



## SARGA III

## HANUMAT SE PONE AL HABLA CON RAMA

A esta orden del magnánimo Sugriva, Hanumat se lanzó del monte Rishyamuka al encuentro de los dos raghavas. Dejando su forma simiesca, Hanumat, hijo de Maruta, usando de su prudente ingenio, se disfrazó de bhikshu. El kapi, con voz dulce, muy acariciadora, el aire modesto, abordó a los raghavas inclinándose ante ellos. Hanumat, el excelente vanara, dirigiendo la palabra a los dos héroes, les cumplimentó, como convenía, y les hizo los saludos al uso. Conforme al deseo de Sugriva, abordó cortésmente a los dos héroes, llenos de lealtad, de valentía, semejantes a rajarshis, a devas, ascetas de conducta austera, diciéndole: «¿Por qué habéis venido a esta comarca, ¡oh vosotros cuyo aspecto es tan admirable, que sembráis el espanto entre los rebaños de gacelas y demás habitantes del bosque, e inspeccionáis por todas partes los árboles que crecen en los bordes del Pampá, río de ondas brillantes de las que aún vosotros, ¡oh héroes llenos de bravura!, aumentáis el esplendor? ¡Oh valerosos extranjeros, de tez luciente como el oro! ¿Queréis sois (*kuu yuram*) con vuestros hábitos de corteza, vuestros brazos nervudos, que lanzáis suspiros y atormentáis a los seres con vuestro aspecto? Tenéis la arrogancia de los leones, ¡oh guerreros llenos de valentía y heroísmo!, armados como estáis de arcos semejantes al arco de Sakra, vosotros los destructores de vuestros enemigos. Llenos de magnificencia y de hermosura, fuertes como dos toros escogidos, los brazos semejantes a trompas de elefante, resplandecientes de gloria, primeros entre los hombres, vuestro resplandor ilumina a este Indra de los montes. ¡Oh vosotros, que sois dignos de la realeza, que os parecéis a dos inmortales! ¿Qué motivo os trae aquí? ¡Héroes de ojos anchos como hojas de loto, que lleváis a guisa de corona vuestra cabellera enrollada en trenza, que sois semejantes el uno al otro! ¿Sois venidos aquí desde el Devaloka? Diríase la Luna y el Sol descendidos a la Tierra, de casualidad, ¡oh guerreros del ancho pecho!, hombres de aspecto divino. Tenéis hombros de león, de tal modo es grande vuestro vigor; sois como dos toros horrachos de amor. Vuestros brazos enormes, bien desarrollados, tienen el aspecto de mazas. Estos brazos que debieran llevar toda clase de ornamentos y de adornos, ¿por qué no los tienen? Los dos sois dignos, a mi juicio, de gobernar la Tierra

entera, con sus océanos y sus bosques; ella, a quien el Vindhya y el Merú sirven de joyeles. Vuestros dos arcos que bien veo, brillantes, húmedos a causa de una pasta perfumada y luciente, centellean como dos rayos de Indra revestidos de oro. Y esos dos carcajs llenos de flechas aceradas, las de mortal alcance, temibles, semejantes a serpientes de fuego, ¡qué hermosos son de contemplar! Vuestras dos espadas, de una largura y una anchura enorme, incrustadas de oro afinado, brillan lo mismo que reptiles que acaban de cambiar la piel. Pero ¿por qué no respondéis a mis palabras? Sugriva es el nombre de un virtuoso príncipe de los vanaras. Este héroe, rechazado por su hermano, va por el Mundo errante y desgraciado. Yo he venido hasta vosotros por orden del magnánimo Sugriva, el rey de los vanaras escogidos; yo soy el mono Hanumat. El virtuoso Sugriva desea vuestra amistad; sabed que yo soy su ministro, el vanara hijo de Pavana. Me he transformado en blikshu para complacer a Sugriva, y he venido hasta aquí desde el Rishyamuka; yo voy adonde quiero, bajo el disfraz que me place.»

Habiendo dirigido a los dos héroes, Rama y Lakshmana, este discurso elocuente, hábil, Hanumat no añadió palabra. Tras haber oído este lenguaje, el afortunado Rama, todo gozoso, dijo a Lakshmana, que estaba a su lado: «El ministro del Indra de los monos, del magnánimo Sugriva a quien busco, él es el que está en mi presencia. Responde, Sumitri, al consejero de Sugriva, con términos corteses; es un kapi elocuente, afectuoso, que doma a sus enemigos. Aquel que no fuese versado en el *Rig-veda*, que no poseyese el *Yagur-veda*, que no conociese el *Sama-veda*, incapaz sería de hablar así. Ha debido estudiar a fondo y frecuentemente la gramática, pues su lenguaje nada tiene de incorrecto. Ni en su boca, ni en sus ojos, ni sobre su frente, en sus cejas, en toda su actitud, nada se encuentra que se pueda criticar. Su palabra no carece ni de amplitud, ni de unción, ni de seguridad, ni de distinción; su voz le sale del pecho con limpieza; su volumen es medio. Se expresa con elegancia admirable, sin la menor duda; su timbre es armonioso y remueve agradablemente el corazón. Esta voz maravillosa que articula tan bien las tres clases de consonantes, ¿qué enemigo, incluso habiendo levantado ya su espada, no sería desarmado por sus encantos? El rey que no emplea mensajeros de esta clase, ¿cómo, ¡oh príncipe irreprochable!, tendría éxito en sus negociaciones? Mientras que el que usa semejantes elementos de triunfo, todas sus empresas prosperan, gracias a la elocuencia de sus enviados.»

A estas palabras, Sumitri se dirigió en términos elocuentes al elocuente ministro de Sugriva, al kapi del cual Pavana era el padre: «Se nos ha dicho, ¡oh sabio!, las cualidades del magnánimo Sugriva, y precisamente nosotros venimos buscando a este jefe de los plavagas. Lo que tú nos ordenas de su parte, lo haremos fiándonos en tu palabra, ¡oh excelente Hanumat!»

Cuando oyó este lenguaje hábil, todo contento, el kapi nacido de Pavana, que no pensaba sino en asegurar el triunfo de Sugriva, resolvió sellar una alianza entre Rama y su amo.

## S A R G A I V

### HANUMAT LLEVA A RAMA Y A LAKSHMANA JUNTO A SUGRIVA

Gozoso, Hanumat: «Es nuestro hombre», se dijo, oyendo las palabras atentas de Rama, y su pensamiento le transportó junto a su señor. No dejará de entrar en su Imperio, el magnánimo Sugriva, pues he aquí el que le permitirá alcanzar su propósito. Entonces, en el colmo de la felicidad, Hanumat, el mejor de los plagavas, interrogó a Rama, discutiendo hábil: «¿Qué te trae con tu hermano segundo a este bosque temible, inaccesible, al que el Pampá enguirnalda con su frondosidad, y que frecuentan toda clase de serpientes y de fieras?»

A esta cuestión, Lakshmana, incitado por su hermano, le habló del magnánimo Rama, el hijo de Dasaratha: «Había un rey, llamado Dasaratha, ilustre, apasionado por su deber, y por acomodarse a él fue el constante protector de las cuatro castas. No parecía tener enemigos; él mismo no odiaba a nadie: respecto a los demás, ¡era como otro Abuelo! Ofrecía el sacrificio del anishtoma y los demás, y los acompañaba de ricos dakshinas. Su hijo mayor es Rama, conocido en todos los pueblos. Refugio de todos los seres, dócil a las órdenes paternales, este primer nacido de los hijos de Dasaratha posee cualidades eminentes. Dotado de virtudes reales e investido de real esplendor, ha sido desterrado de su Imperio, y ha venido aquí conmigo a habitar el bosque. Fue seguido por su esposa Sita, ¡oh afortunado!, en su sumisión a las órdenes paternas, como, a la caída del día, el brillante Sol lo es de Prabhá. Yo, su hermano, que le soy inferior en aptitudes, acompaño como servidor a este príncipe agradecido y de vasta instrucción; mi nombre es Lakshmana. Este héroe que merece la felicidad, las dignidades, que gasta su vida en provecho de todos los

seres, que, privado del poder supremo, complácese en permanecer en el bosque, un rakshasa que cambia de forma a voluntad, le ha arrebatado a su esposa, cuando estaba sola, y no se conoce al raptor. Danu, hijo de Diti, caído a causa de una maldición a la clase de rakshasa, nos ha señalado a Sugriva, el digno jefe de los vanaras: «Ese mono poderoso—nos ha dicho—sabrás encontrar al autor del rapto.» Tras haber hablado así, Danu subió lleno de gloria al Cielo. He satisfecho plenamente, con toda sinceridad, tus interrogaciones. Yo y Rama reclamamos la ayuda de Sugriva. El distribuidor de las riquezas, el que ha llegado al apogeo de la gloria fue en otro tiempo el protector de los mundos. Rama solicita la protección de Sugriva. Aquel del que Sitá fue la nuera, aquel asilo de los seres, enamorado de su deber, es el hijo de aquel tutor de pueblos el que viene a refugiarse junto a Sugriva. El leal defensor de todo el Universo, su mejor baluarte, mi gurú, Raghava al que ves aquí, viene a abrigarse junto a Sugriva. Aquel bajo la benevolencia del cual siempre descansaron las gentes, Rama llama a la benevolencia del Indra de los vanaras. Aquel por quien, en la Tierra, todos los soberanos dotados de todas las cualidades fueron sin cesar constantemente colmados de honores, el rey Dasaratha, su hijo mayor, ilustre en los tres mundos. Rama, se refugia al lado de Sugriva, el Indra de los vanaras. Rama, presa del dolor, anonadado por la pena, ha venido como suplicante. Sugriva debe concederle benevolencia, cual hacen los jefes de rebaños.»

A este ruego de Sumitri, acompañado de lágrimas, Hanumat respondió elocuentemente: «Suplicantes como vosotros, dotados de sabiduría, que dominan la cólera y las demás pasiones, que su buena fortuna trae a su presencia, merecen ser introducidos junto al Indra de los vanaras. El también ha sido desterrado de su reino y expuesto está a la enemistad de Vali, su hermano, que le ha arrebatado a su esposa y le ha obligado a huir, todo tembloroso, a este bosque, tras haberle maltratado cruelmente. Hará alianza con vosotros, el hijo del Sol, Sugriva y nosotros le acompañaremos en sus búsquedas para encontrar a Sitá.»

Tras haber hablado así en tono benévolo y tierno, Hanumat dijo amistosamente a Raghava: «Vamos al encuentro de Sugriva.» Oyendo estas palabras, el virtuoso Raghava inclinóse cortésmente, así como Lakshmana, que le dijo: «Lo que este kapi, nacido del Viento, nos anuncia alegremente, su señor lo cumplirá: aquí es donde conseguirás tu propósito, ¡oh Raghava! La bondad está pintada en su rostro; habla con alegría

evidente; no es desleal el lenguaje del valeroso Hanumat, hijo de Maruta.»

Entonces el muy inteligente hijo de Maruta, Hanumat, partió para llevar junto al rey de los haris a los dos héroes descendientes de Raghú. Despojándose del exterior de un bhikshu, para volver a tomar su forma simiesca, el elefante de los kapis hizo montar sobre su espalda a los dos guerreros y partió. El inteligente hijo de Pavana, muy glorioso y poderoso entre los kapis, encantado de haber conseguido sus propósitos, escalaba mediante saltos inmensos la alta montaña, llevando a Rama y a Lakshmana.

## S A R G A V

### ALIANZA DE RAMA Y DE SUGRIVA

Del Rishyamuka, Hanumat se lanzó al monte Malaya, y dijo al rey de los kapis, presentándole a los dos valientes Raghavas: «Es Rama, ¡oh sabio y poderoso rey!, al que aquí ves llegado con Lakshmana, su hermano; este Rama, verdadero héroe, nacido en la tribu de los Ikshvakus, es el hijo de Dasaratha; instruido en su deber, observa la voluntad de su padre. Este regalaba a Añi con rajasuyas y asvamedhas; y los dakshinas que daba en tales circunstancias consistían en vacas por centenares de millares. Mediante sus austeridades y su lealtad, protegía a la Tierra. A causa de una mujer, su hijo, al que ves aquí, Rama, partió hacia el bosque. Ahora bien: cuando este héroe magnánimo habitaba el bosque donde practicaba el ascetismo, Ravana le arrebató a su esposa. Junto a ti se refugia. Desean tu amistad estos dos hermanos, Rama y Lakshmana. Honra, acogiéndolos, a estos dos héroes, dignos de homenajes.»

A estas palabras de Hanumat, Sugriva, el soberano de los vanaras, vuelto de fácil acercar, dijo a Raghava: «Tú estás afianzado en el deber, entregado al ascetismo y amado eres de todos; tus cualidades me son bien conocidas, gracias al hijo de Vayú. Es para mí un beneficio y la mejor de las adquisiciones, Señor, la amistad mediante la cual quieres unirte conmigo, que soy un vanara. Si mi amistad te es agradable, he aquí mi brazo, toma mi mano en la tuya, hagamos un pacto sólido.»

A este cordial lenguaje de Sugriva, Rama, el alma gozosa, le estrechó la mano. Feliz de la alianza que contraía, le abrazó

calurosamente. Entonces, Hanumat, domador de sus enemigos, que había dejado su exterior de bhikshu, encendió el fuego de la manera normal: con dos pedazos de madera. El fuego encendido, tras haber arrojado en él flores, adornándole con ello, le colocó entre ellos, lleno de alegría y de recogimiento. Ambos honraron el brasero con el pradakshina. Sugriva y Raghava se aliaron de este modo. Los dos tenían el alma llena de alegría, el hari y el hijo de Raghú. Mirábanse el uno al otro, sin cansarse de hacerlo. Sugriva dijo a Raghava en medio de su alegría: «Tú eres mi amigo de corazón; tristeza y alegría nos son ya comunes.» Luego, rompiendo una rama de sala guarnecida de hermosas hojas y cubierta de flores, la extendió a guisa de tapiz y se sentó encima con Raghava, mientras que el feliz Hanumat, nacido de Maruta, ofrecía a Lakshmana un ramo de sándalo en plena floración. Entonces, lleno de alegría, Sugriva, con voz tierna y dulce, dijo a Rama, en tono que el contento dilataba: «Abrumado por los malos tratos, ¡oh Rama!, he venido aquí lleno de miedo. Mi esposa arrebatada, me he refugiado, lleno de espanto, en este retiro inaccesible del bosque, donde habito, el espíritu extraviado por el terror y el miedo. Mi hermano me persigue; es mi enemigo, ¡oh Raghava! ¡Oh poderoso héroe!, librame del terror que me inspira Vali. Obra, ¡oh Kakutsha!, de modo que pueda tranquilizarme.»

A estas palabras, el ilustre y virtuoso Rama, enamorado de la justicia, respondió a Sugriva conriendo: «La amistad tiene como frutos los servicios mutuos, yo lo sé, ¡oh gran kapi! A ese Vali que te ha arrebatado a tu esposa yo le mataré. Van derechas a donde las envió como el brillo del Sol, mis aguzadas flechas que ves aquí. Sobre ese perverso se abatirán con impetuosidad, guarnecidas de plumas de kankas y semejantes al rayo de Mahendra. La punta afilada, los nudos derechos, asemejanse a serpientes encolerizadas. Hoy a Vali, tú lo verás, estos dardos puntiagudos, cual reptiles venenosos, le echarán por tierra, cual un monte derrumbado.»

Reconfortado por esta promesa de Raghava, Sugriva, en el colmo de la dicha, añadió una última palabra: «¡Pueda, gracias a ti, heroico león de hombres, recobrar a mi amada y mi reino! ¡Oh rey!, impide a mi perverso hermano perjudicarme en adelante.»

El ojo izquierdo de Sitá, semejante al loto; el del Indra de los kapis, semejante al oro, y el del merodeador nocturno, semejante a la llama, en el momento en que Sugriva y Rama concluyeron alianza, pusieron a parpadear.

## S A R G A V I

## SUGRIVA ENSEÑA A RAMA EL MANTO Y LOS ADORNOS DE SÍTÁ

En su alegría, Sugriva dijo aún a Raghava, la alegría de Raghú: «He aprendido tu historia, ¡oh Rama!, de mi servidor, el mejor de mis consejeros Hanumat y por qué vives en la soledad silvestre donde moras con tu hermano Lakshmana. Arrebatada por el Rakshas tu esposa Maithili, la hija de Janaka, se desola lejos de ti y del sabio Lakshmana. Este Rakshas, que espiaba la ocasión y que mató al buitre Jatayús, al arrebatarte a tu esposa te ha hecho desgraciado. El dolor que te causa el rapto de tu bienamada, antes de mucho te verás libre de él; yo te la traeré, como la Sruti de los dioses en otro tiempo perdida. Encuéntrase en el Infierno o en el Cielo, yo iré a buscar a tu mujer, y yo te la entregaré, ¡oh vencedor de tus enemigos! Lo que te digo es la verdad misma, nótalos bien. Raghava. Sítá no es un manjar que puedan tragar los suras ni los asuras, ni siquiera con sus Indras. Tu esposa, héroe de los grandes brazos, sería para ellos como un alimento envenenado. Destierra toda pena; yo te traeré a tu bien amada. Tal cual lo suponía, era Maithili, ya no hay duda alguna. La vi cuando el Rakshas del cruel karmán se la llevaba. Ella gritaba: «¡Rama! ¡Rama! ¡Oh Lakshmana!», con voz doliente, y se debatía entre los brazos de Ravana, como la hembra del Indra de las serpientes. Cuando ella me advirtió, yo, el quinto con otros cuatro, de pie en la cima de una roca, me dejó caer su manto y sus magníficos adornos. Hemos recogido estos objetos y los guardamos, ¡oh Raghava! Voy a traértelos y podrás reconocerlos.»

Rama dijo a Sugriva, el del afectuoso lenguaje: «Ve pronto a buscármelos, amigo; ¿por qué tardas?» A estas palabras, Sugriva corrió a toda prisa hacia una caverna profunda de la montaña, deseoso de complacer a Raghava. Cogiendo el manto y los adornos: «Mira, dijo el vanara, mostrando aquellos objetos a Rama. Este cogió el vestido y las brillantes joyas; sus ojos quedaron velados por el llanto, como la Luna por la niebla. Las lágrimas que su afecto hacia Sítá le arrancaba le inundaron: «¡Ah bienamada!, exclamó sollozando y perdiendo toda su firmeza cayó por el suelo.

Apretando contra su corazón aquellos preciosos atavíos, lanzó profundos suspiros, semejantes a los silbidos furiosos de una serpiente echada de su agujero. Inundado por un to-

rente de lágrimas, y notando a Sumitri a su lado, Rama empezó a lamentarse amargamente: «Mira, Lakshmana, el manto y los adornos que Vaidehi, mientras la arrebataban, ha dejado caer de su cuerpo a tierra. Ciertamente, es un suelo lleno de hierba sobre el que Sitá, mientras la llevaban, ha dejado caer estas joyas: en su estado, se adivina.»

A estas palabras de Rama, Lakshmana respondió: «Yo no reconozco los brazaletes; yo no reconozco los pendientes. Pero los anillos de los pies los reconozco, puesto que siempre me prosternaba a sus pies.» Entonces Raghava preguntó a Sugriva: «Di, Sugriva, el sitio donde has advertido a mi púdica esposa, que me es más querida que la vida, y que un rakshas horrible me ha arrebatado, ¿dónde habita ese monstruo que me hunde en tan gran duelo? El será la causa de que destruya a todos los rakshasas. Por haberme arrebatado a Maithili y encendido mi furor, en verdad, pone un término a su existencia, se abre las puertas de la muerte. El merodeador nocturno que ha arrebatado del bosque a mi esposa tiernamente amada, ese enemigo, dime quién es; ¡oh jefe de los piavagas! Hoy mismo le hará descender a la mansión de Yama.»

## S A R G A V I I

### SUGRIVA RECONFORTA A RAMA

Así habló Rama llevado de su dolor. El vanara Sugriva le respondió entre lágrimas, haciendo el anjali; los sollozos ahogaban su voz: «No conozco en modo alguno la guarida de ese perverso rakshas, como tampoco su poder, su bravura, ni la tribu de ese vil monstruo. Pero yo te lo prometo con toda sinceridad: desecha tu pena, ¡oh tú, que domas a tus enemigos! Yo conseguiré, mediante mi esfuerzo, reunirte con Maithili. Matando a Ravana con mi tropa, dando carrera a mi valor personal, haré de modo que tú seas feliz por mucho tiempo. Basta ya de entregarte al abatimiento; llama a tu firmeza nativa. A tus semejantes no les sienta tal pusilanimidad. Yo también he sufrido la desgracia de ser separado de mi esposa; pero yo no me desconsuelo así, ni pierdo mi energía. No me lamento por ello, todo vulgar mono que soy; con mucha más razón tú no debes lamentarte, tú, héroe magnánimo, discreto, valiente, ilustre. El llanto que cae, preciso te es retenerlo a fuerza de firmeza. Lo que distingue a las naturalezas generosas, la energía, no te despojes de ella. En la desgracia, o la pérdida de



los bienes, en el peligro, en el momento de morir, el valeroso llama a su inteligencia y no se desconcierta. Pero el hombre que carece de corazón y que se entrega siempre a la desesperación, sucumbe infaliblemente a su dolor: cual una barca muy cargada que se va a pique. Las manos juntas para el anjalí, la frente inclinada, yo te conjuro: llama a tu valor; no te entregues a la aflicción. Los que se dejan ir a la angustia, no se les ve triunfar; su vigor se apaga; no te desoles más. Aquel a quien la pena domina, su vida misma está en peligro; destierra la tristeza, Indra de los reyes, y llama a tu valentía toda entera. En tu interés te hablo, en camarada, no es que quiera imponerme a ti. Por consideración a nuestra amistad, no te entregues al dolor.»

Dulcemente reconfortado por Sugriva, Raghava enjugó con la punta de su túnica su rostro lleno de lágrimas. Vuelto a su estado normal gracias a las palabras de Sugriva, el señor Kakutsha le dijo, abrazándole: «El papel que conviene a un amigo abnegado, útil, ¡oh Sugriva!, tú lo cumples dignamente. Heme aquí vuelto quien soy, gracias a tus consejos, amigo. Difícil es encontrar aliado semejante sobre todo en una situación tal cual esta. Sin embargo, esfuérzate por encontrar a Maithili y al rakshasa bárbaro, al perverso Ravana. Lo que yo deba hacer, indícamelo francamente. Tú eres como un buen campo al que las lluvias riegan: todo te sale bien. Por supuesto, lo que yo con toda firmeza te he prometido, ¡oh tigre de los haris!, ten la certeza de que se cumplirá. Jamás hasta aquí he mentido; y a ti no te mentiré en modo alguno. Esto te lo afirmo; más: te lo juro por mi fe.»

Grande fue la alegría de Sugriva y de los vanaras, sus compañeros, cuando oyeron, sobre todo, dar a Rama su palabra formal. De este modo estrechamente unidos el uno al otro, el mono y el hombre, los dos se prometieron poner en común su fortuna, buena o mala. Oyendo este lenguaje magnánimo del soberano de los hombres, el inteligente jefe de los haris comprendió en su alma que su propósito estaba alcanzado.

## SARGA VIII

### SUGRIVA IMPLORA EL SOCORRO DE RAMA CONTRA VALI

Sugriva, feliz con las palabras que, movido por su alegría, le había dirigido, volvió a hablar en estos términos al hermano mayor de Lakshmana, el heroico Rama: «De todas maneras,

soy el favorito de los dioses, es evidente, yo, que tengo un amigo virtuoso y lleno de cualidades como tú (315). Y no hay duda de que me sería posible con tu ayuda, ¡oh irreprochable Rama!, conquistar el Imperio de los suras, y, con mayor razón, recobrar el mío, Señor. Objeto soy de las felicitaciones de mis parientes y amigos, ¡oh Rama!, por haber, en presencia del fuego sagrado, contraído alianza contigo, ¡oh vástago de Raghú! Yo merezco tu amistad, cada vez lo reconocerás mejor. Claro que no está bien que yo te hable de mis cualidades personales. Es sobre todo entre los héroes magnánimos, como tú, dueños de sí mismos, que el afecto, como el valor, permanece inquebrantable, ¡oh el mejor de los hombres bien nacidos! La plata, el oro, los joyeles preciosos, los amigos los dan a los amigos sin esperar que ellos hagan otro tanto. Rico o pobre, desgraciado o feliz, desprovisto o dotado de cualidades, el amigo es el supremo asilo. Fortuna, felicidad, país, ¡oh héroe sin reproche!, en interés del amigo, todo se abandona, no se ve sino su afección.»

«Es verdad esto que dices», replicó el afortunado Rama a Sugriva, el del benévolo aspecto, en presencia de Lakshmana, sabio como Vasava. Al día siguiente, cuando vio a Rama de pie, así como al valeroso Lakshmana, Sugriva lanzó por todas partes en el bosque una mirada rápida. El rey de los monos notó un sala no lejos de él; estaba cubierto de flores, cargado, sí, de un follaje lujurante y rico en abejas. Arrancando una rama muy frondosa, magnífica, y extendiéndola junto a Rama, Sugriva se sentó sobre ella con Raghava. Cuando los vio sentados a los dos, Hanumat, a su vez, arrancando una rama del sala, instaló en ella al modesto Lakshmana. Rama respiraba felicidad como un lago apaciguado en aquel monte, el más elevado de todos, donde los salas floridos abundan. Llevado de su contento, Sugriva, con voz dulce y armoniosa, se inclinó hacia su amigo, que estallaba de alegría, y le dijo: «Maltratado por mi hermano, yerro, presa del terror, por el Rishyamuka, el más alto de los montes, hundido en el espanto en este bosque y con el espíritu extraviado; mi hermano me hostiga; es mi enemigo declarado, ¡oh Raghava! El miedo a Vali me pone malo. ¡Oh tú, por quien hay seguridad en los mundos!, concédeme a mí también tu apoyo, pues estoy sin protector.»

A estas palabras, el ilustre y virtuoso Kakustha, afianzado a su deber, respondió a Sugriva sonriendo: «Obligar es el fruto de la amistad; perjudicar es lo propio de un enemigo. Hoy mismo mataré al raptor de tu esposa. He aquí mis flechas aladas, las de ardiente mordedura, ¡oh afortunado Sugriva!

Estos dardos incrustados de oro provienen del bosque de Kartikeya. Están guarnecidos de plumas de garza real y asemejarse al trueno de Mahendra; sus hermosos nudos, su punta afilada les dan aspecto de serpientes encolerizadas. Ese enemigo que se llama Vali, tu hermano, manchado de crímenes, tú le verás abatido por mis dardos, como un monte hundido.»

A este lenguaje de Raghava, Sugriva, el jefe del ejército simiesco, sintió una alegría sin igual: «Muy bien, muy bien —dijo—. ¡Oh Rama! yo estoy abrumado de dolor, y tú eres el protector de los afligidos. Amigo, lo eres para mí, por ello exhalo en tu pecho mi pena. Dándome la mano bajo los auspicios de Añi, tú has llegado a ser para mí un amigo tan querido como la existencia; te lo juro por mi fe. Habiéndote tomado como amigo, te hablo con toda confianza; la desgracia que me sucede me turba el espíritu constantemente.»

Tal dijo, con los ojos bañados por el llanto, pero no pudo hablar más, pues los sollozos ahogaban su voz. No obstante, el enérgico Sugriva rechazó de pronto aquel torrente de lágrimas que corría como un río impetuoso, en presencia de Rama, Y comprimiendo sus sollozos y enjugando sus hermosos ojos, el ilustre vanara, suspirando, dirigióse de nuevo a Raghava: «En otro tiempo, Vali, ¡oh Rama!, me expulsó de su reino, tras llenarme de ultrajes: era el más fuerte. Me arrebató mi esposa, que me era más querida que la vida, y hundió a mis amigos en los grilletes. Ese perverso trata de destruirme, ¡oh Raghava! Con frecuencia algunos vanaras fueron pagados por él con este propósito; yo los maté. En mi perplejidad, cuando te advertí, ¡oh Raghava!, no acudí hacia ti, de tal modo estaba espantado: bajo el imperio del temor todos tiemblan. He aquí a mis únicos compañeros, Hanumat está a su frente. Gracias a ellos puedo vivir aún, bien que en una situación crítica. Estos monos adictos me rodean con su salvaguardia. Me acompañan constantemente en mis correrías, y se detienen donde yo me detengo. Bravo Rama, ¿para qué decirte más? Mi enemigo es mi hermano mayor, Vali, famoso por su crueldad. De morir, mi infortunio cesaría al instante mismo. Mi felicidad y mi vida dependen de su destrucción. He aquí cómo, ¡oh Rama!, mi desgracia podría tener fin; te lo digo abrumado por el dolor. Desgraciado o afortunado, siempre el amigo es el asilo del amigo.»

A estas palabras Rama interrogó a Sugriva: «¿Cual es el origen de esta enemistad? Deseo saber qué hay sobre esto. Cuando conozca la causa de tu odio, ¡oh vanara!, al punto me ocuparé de tu felicidad, y examinaré maduramente el asunto.

to, su parte fuerte y su parte débil. Grande es mi indignación sabiendo que has sido ultrajado. Los latidos en mi corazón hácese más fuertes, como en la estación de las lluvias la violencia de las corrientes. Habla con alegre confianza, mientras yo tiendo mi arco, lanzo mi dardo y abato a tu adversario.»

A este discurso del magnánimo Kakutstha, Sugriva experimentó una satisfacción sin igual, así como sus cuatro vanaras. Entonces, con el rostro radiante, Sugriva se puso a contar al hermano mayor de Lakshmana la verdadera causa de aquella enemistad.

## SARGA IX

### HISTORIA DE VALI Y DE MAYAVIN

«Vali es el nombre de mi hermano mayor, terror de sus enemigos. Fue siempre tenido en gran estima por su padre y por lo mismo yo le reverencié desde el principio. Su padre muerto, como era el mayor, los ministros, que, por supuesto, le consideraban mucho, entronizaronle rey de los monos. Mientras él gobernaba el inmenso Imperio de sus antepasados, yo estaba en toda circunstancia inclinado ante él, como uno de sus servidores. Mayavín, así se llamaba el glorioso hijo mayor de Dundubhí. Una gran querella surgió entre él y Vali, a causa de una mujer. Mayavín, mientras la gente dormía, avanzó una noche hasta la puerta de Kishkindhā, lanzando rugidos de cólera, y provocando a Vali a combatir. Sacado de su profundo sueño por aquellos gritos formidables, mi hermano, incapaz de contenerse, salió al punto. Salté furioso a matar al todo poderoso asura. Trátemos de retenerle las mujeres y yo; yo me eché a sus pies. Pero nos rechazó a todos y salió, lleno de valentía. Entonces, llevado por mi afecto hacia él, me lancé tras sus pasos. Entre tanto, cuando vio a mi hermano y a mí que le seguía a poca distancia, el asura, lleno de miedo, huyó a toda prisa. Corría lleno de terror, pero nosotros íbamos más de prisa. La Luna, que se levantaba entonces, inundaba de claridad el camino. Ocultada por las hierbas, una excavación profunda del suelo había allí; el asura se arrojó a ella precipitadamente; nosotros nos detuvimos al borde. Viendo a su enemigo refugiado en aquel agujero, Vali, al que la cólera dominaba, me dijo, los sentidos trastornados: «Quédate aquí, Sugriva, a la entrada del subterráneo, sin moverte, mientras yo me meto para combatir con mi adversario y matarle.» Cuan-

do oí aquellas palabras, le conjuré a que no lo hiciese; pero aquel destructor de sus enemigos, habiéndome prohibido bajo pena de maldición que me moviese, entró con sus dos pies en el subterráneo. Desde su entrada en la sima más de un año había transcurrido, y yo estaba siempre en facción, en la abertura, durante todo aquel tiempo. Creíale muerto, y tal fue mi allicción que me turbé. «Ya no veré más a mi hermano», me decía, víctima de enojosos presentimientos. Además, durante mucho tiempo vi correr de aquella caverna sangre mezclada con espuma; la angustia me anonadaba. Rugidos de asura llegaron a mis oídos, pero no oí el grito de alegría que mi hermano lanzó en la refriega. Entonces, me alejé conjeturando por aquellos signos que mi hermano había muerto; mas previamente tapé la boca del subterráneo con una piedra grande como una montaña. Dominado por el dolor hice la ceremonia del agua lustral y me volví a Kishkindhá, ¡oh amigo mío! A pesar de mi esfuerzo por mantener secreto el asunto, los ministros lo supieron. Entonces, tras haber deliberado juntos, me consagraron rey. Y empecé a gobernar el Imperio, con equidad, ¡oh Raghava! Entre tanto, el vanara volvió, tras haber matado a su enemigo, el danava. Al verme investido de la dignidad real, rojos de cólera los ojos, encadenó a mis ministros y a mí me abrumó a reproches. Aunque capaz de reprimir su insolencia, ¡oh Raghava!, no lo quise hacer, por deferencia hacia mi hermano mayor. Tras haber matado a su enemigo, mi hermano entró en la ciudad. Yo saludé al poderoso guerrero y le hice los cumplidos de rigor: cordiales gracias, no me dirigió. Me prosterné a sus pies, le toqué la frente; pero Vali, lleno de furor, no me perdonaba.»

## SARGA X

### ORIGEN DEL ODIO DE VALI CONTRA SUGRIVA

«En mi deseo de paz, traté de calmar a mi hermano, que volvía irritado, furioso: «¡Gracias al Cielo—le dije—has triunfado y tu enemigo ha sucumbido bajo tus golpes! Yo, que de otro modo estaría sin apoyo, tú eres mi único sostén, ¡oh mi protector, mi alegría! Este quitasoi, el de las numerosas varillas, semejante a la Luna que se levanta, acéptale de mis manos, así como el espantamoscas de crines. Triste, he estado de pie, a la entrada del subterráneo, todo un año, ¡oh rey! Al ver la sangre que salía de allí y se detenía en el umbral, el

corazón lleno de angustia, los sentidos profundamente turbados, he cerrado entonces la abertura de la sima con una cresta de montaña, y me ha alejado de aquel lugar, para volver a Kishikindhá muy afligido. Al verme, la gente de la ciudad y lo mismo los ministros, me han consagrado rey, sin descarlo yo. Perdóname, pues. Tú eres nuestro soberano, tú mereces nuestros homenajes, y yo soy siempre como antes. Fui investido de la dignidad real en tu ausencia. La ciudad, con los consejeros y habitantes, quedó preservada de los inconvenientes de la anarquía. Esta realeza que tenía en depósito te la entrego. No te irrites contra mí, tú, el destructor de tus adversarios. Te lo suplico, la frente prosternada, ¡oh rey!, y las manos juntas en forma de anjali. Lo hice obligado por los ministros y los habitantes reunidos, por ello me senté en el trono; temían que los enemigos quisiesen apoderarse del país aprovechando la ausencia de rey.»

»A este diferente lenguaje el vanara respondió mediante la invectiva: «¡Sé maldito!», me replicó, y repitió esta imprección. Luego reunió a sus súbditos y también a sus ministros, y, todos reunidos, me dirigió ante aquellos amigos los más vivos reproches: «Lo sabéis muy bien. Una noche Mayavin, el gran asura, me provocó, lleno de cólera, a una lucha que él descaba hacía tiempo. Al oír su voz, salí de mi real residencia. Fui seguido al punto de mi audacísimo hermano, aquí presente. Viéndome en la noche con un segundo, el poderoso asura Juyú espantado al contemplarnos a los dos que íbamos tras de sus talones. Según escapaba, precipitadamente se hundió en un gran subterráneo. Al verle entrar en aquel abismo inmenso, dije a mi prudente hermano, al que veis aquí: «No puedo, sin haber matado a mi rival, volver a la ciudad. Espera en el orificio del abismo hasta que haya acabado con él.» Creyendo que permanecería allí, penetré en el subterráneo inaccesible. Mientras perseguía al asura, transcurrió un año entero. Al fin, advertí a mi enemigo, al que su audacia hacía temible; pero al punto le destrocé, así como a todos los suyos. Las olas de sangre que extendió gritando por el subterráneo llenaron aquel antro, que hízose muy penoso de atravesar. Luego de haber abatido afortunadamente a mi rudo adversario, no pude encontrar la salida: la boca del subterráneo estaba cerrada. Llamé a Sugriva varias veces, pero sin respuesta; mi apuro era extremado. A fuerza de patadas hice rodar la piedra y salí por la abertura, luego volví a la ciudad, furioso a causa de ello contra el malvado Sugriva, a quien el deseo del trono había ahogado todo sentimiento fraternal.»

«Dichas estas palabras, el mono Vali, desposeyéndose de todo pudor, me echó, no dejándome otra cosa que un solo traje, tras haberme maltratado y arrebatado mi esposa, ¡oh Ragha-va! Y a causa del espanto que me inspira, vago por la Tierra, por sus bosques y sus océanos. Privado de mi compañera y desgraciado, me he refugiado en el Rishyamuká, la más alta de las montañas, inaccesible a Vali a causa de un motivo especial. Tal es la historia entera del origen de esta gran enemistad. Yo no he merecido la desgracia que me alcanza, ya lo ves, Raghava. De este miedo a mi hermano, librame, ¡oh tú, que borras el espanto de todos los mundos! ¡Oh héroe! Y hazme el servicio de castigarle.»

El virtuoso príncipe, habiendo oído este discurso del leal Sugriva, le respondió sonriendo: «Mis flechas que ves aquí, que jamás yerran golpe, brillantes como el Sol, con la punta acerada, se abatirán furiosas sobre el perverso Vali. Ese arrebatador de tu esposa, ese huido de prácticas perversas, vivirá hasta que yo le vea, pero no un instante más. Así como yo mismo, bien lo veo, hundido estás en un océano de dolor. Pero yo voy a hacértelo franquear; no hay duda que volverás a encontrar tu prosperidad pasada.»

A estas palabras, que hicieron crecer su alegría y sus ánimos, Sugriva, llevado por su mucha felicidad, pronunció este memorable discurso.

## SARGA XI

### SUGRIVA CUENTA A RAMA LAS HAZAÑAS DE VALI

Este lenguaje de Rama, destinado a devolverle la alegría y el valor, habiéndolo oído Sugriva, dio gracias a Rama y le cumplimentó diciéndole: «No hay duda que con tus dardos inflamados, agudos, de mortal alcance, consumirías los mundos, si te dejases llevar de la cólera, como el fuego que da fin a los yugas. No obstante, el valor de Vali, su vigor, su resistencia, tras haberme escuchado atentamente a propósito de estos tres puntos, tú examinarás lo que tienes que hacer. Del mar occidental al mar oriental, del mar del sur al del norte, lánzase, antes de la salida del Sol, Vali el infatigable. Arranca las altas cimas de las montañas, las lanza al aire y las coge al vuelo, de tal manera es vigoroso. Numerosos y gruesos árboles de toda especie, en los bosques, rómpelos violentamente sólo por mostrar su vigor. Había un asura disfrazado de bú-

falo, llamado Dundubhi, semejante a la cima del Kailasa; tenía la fuerza de un millar de elefantes. El sentimiento de su valentía le había embriagado; estaba infatuado de los dones que había recibido. Este gigante fue al encuentro del Océano, el padre de los ríos. Abordó a Sagara el de las tumultuosas olas, rico en perlas. «Luchemos juntos», le dijo. Entonces el virtuoso Océano, irguiéndose con toda su energía, ¡oh rey!, dijo al asura, al que empujaba el Destino: «No puedo aceptar tu desafío, hábil guerrero, pero, escucha, voy a indicarte alguien que aceptará el combate. Hay un rey de las montañas, en una vasta soledad, asilo supremo de los ascetas, el suegro de Samkara; su nombre es Himavat; es conocido. Contiene grandes corrientes de agua, una multitud de precipicios y de cascadas. Este es capaz de procurarte el placer sin igual que buscas.» «Tiene miedo», se dijo hablando del Océano, el más grande de los asuras. Y fue al bosque del Himavat, rápido como la flecha lanzada por el arco. Blancas rocas, semejantes a Indras de elefantes, Dundubhi las desprendió numerosas de la montaña, y las hizo rodar abajo, lanzando grandes gritos. Tal cual un montón de blancas nubes, Himavat, de aspecto dulce y amable, de pie sobre su propia cima, dijo el asura: «No me atormentes, ¡oh Dundubhi!, tú que te complaces en la equidad; las hazañas guerreras no me convienen; yo soy el asilo de los anacoretas.» A estas palabras del sabio rey de las montañas, Dundubhi replicó con los ojos rojos de furor: «Si eres impropio para la lucha o el miedo te paraliza, indícame alguien que acepte medirse conmigo: deseo combatir.»

»A esta cuestión, el virtuoso Himavat, discurridor hábil, respondió con humor al poderoso asura, al que jamás antes había hablado: «Vali es el nombre, ¡oh héroe de vasta inteligencia!, del ilustre hijo de Sakra. Este vanara afortunado habita Kishkindhâ, la de incomparable esplendor. Es de talla este gran sabio, pues es un guerrero hábil, como para batirse en duelo contigo, como Vasava con Namici. Ve presto a encontrarle, puesto que tienes sed de combate. Es poco paciente y siempre lleno de ardor belicoso.» Oyendo estas palabras de Himavat, Dundubhi, furioso, vino entonces a Kishkindhâ, la ciudad de Vali. Tomó la forma de un búfalo de puntiagudos cuernos, espantoso, cual en la atmósfera una enorme nube lluviosa cargada de agua. El muy vigoroso asura llegó a la puerta de Kishkindhâ. Dundubhi, en verdadero *dundubhi*, con su voz hacía temblar la Tierra. Los árboles a su alcance los rompía; horadaba el suelo con sus pezuñas; con sus cuernos hundió audazmente la puerta, como un elefante.



»Mi hermano, que estaba en el gineceo, oyendo aquel estrépito, salió impaciente, rodeado de sus mujeres, como Candra-mas de las constelaciones. Vali, el jefe de todos los haris que pueblan el bosque, dijo a Dundubhi en tono mesurado, con palabras netas: «¿Por qué destruir la puerta de la ciudad y mugir así? ¡Oh Dundubhi, se muy bien quién eres! Defiende tu vida, ¡oh bravo!» A estas palabras del inteligente Indra de los vanaras, Dundubhi replicó, los ojos rojos de cólera: «No me hables en presencia de mujeres. ¡oh guerrero! Acepta batirte hoy conmigo, que yo sepa tu fuerza. O bien retendré mi cólera durante la noche. Satisfácete a tu gusto, hasta la salida del Sol, en los placeres del amor, ¡oh vanara! Distribuye larguezas a tus monos y abrázalos. Eres el rey de las gacelas de las ramas; colma de favores a la multitud de tus amigos. Contempla bien Kishkindhá; establece en la ciudad alguiente que te reemplace; goza bien con tus mujeres. Yo castigaré tu insolencia. Matar a un hombre borracho, a un insensato, cuyas fuerzas están quebradas, que está sin armas, sin defensa, a alguien que, como tú, está enloquecido por la pasión, sería hacerse en este Mundo culpable de infanticidio.»

»Mi hermano, sonriendo y reprimiendo su cólera, respondió al jefe de los asuras, tras haber despedido a sus mujeres, Tará y las otras: «No pretextes que estoy borracho, si no tienes miedo de combatir; esta borrachera, en la lucha presente, es el vino del guerrero, sábelo.» Tras estas palabras, arrojó furioso las guirnaldas de oro que le había dado su padre Mahendra, y empezó el combate. Cogiendo por un cuerno a aquel Dundubhi que parecía una montaña, el elefante de los monos lanzó un grito, y le abatió a golpes. Vali le derribó lanzando otro gran grito. Entonces la sangre corrió por las orejas del búfalo caído por tierra. Entre aquellos dos campeones llenos de furor, y deseosos cada uno de vencer a su adversario, entre Dundubhi y Vali, se entabló una lucha formidable. Mi hermano se batía con una valentía igual a la de Sakra, a puñetazos, patadas, rodillazos y golpes con rocas y árboles. Aquel prolongado duelo entre el mono y el asura debilitaba a éste, mientras que acrecentaba las fuerzas del hijo de Sakra. Al fin, Vali levantó en el aire a Dundubhi y le dejó caer por tierra. En aquella lucha a muerte, Dundubhi sucumbió. De los conductos de su cuerpo la sangre corría a oleadas, cuando cayó. El asura de los grandes brazos quedó tendido por el suelo: se había reunido con los cinco elementos.

»Cogiendo con sus dos brazos su cadáver inanimado, el vigoroso Vali lo lanzó, de un solo envite, a una yojana. De la

boca del asura, rota por la violencia de la caída, salieron gotas de sangre que, empujadas por el viento, rebotaron hasta el eremitorio de Matanga. Viendo aquellas gotas de sangre que llovían allí, el asceta, irritado contra el culpable, ¡oh afortunado!, se preguntó: «¿Quién es el perverso que me ha salpicado de este modo de sangre? ¿Quién es el malvado, el pérfido, este alma vil, este insensato?» Esto diciendo, el excelente muni salió y advirtió al búfalo, gordo como una montaña, yaciendo muerto por el suelo. Comprendió en virtud de su tapas que un mono era el autor de aquel acto; entonces pronunció un terrible anatema contra el vanara que había lanzado el cadáver: «¡Que no entre jamás aquí, o, si pone aquí el pie, que muera, el que ha mancillado el bosque, en el que me he retirado, con arroyos de sangre! El que ha lanzado el cuerpo de este asura y quebrado esos árboles, si se acerca de mi ermita, a una yojana todo alrededor, este malvado no sobrevivirá, ¡seguro! Y sus confidentes, sean cuales sean, que se han refugiado en mi bosque, no podrán permanecer en él tras haber oído mi anatema. ¡Qué se vayan a otra parte donde bien les parezca! Pues también a ellos les maldeciré si se detienen aquí, en este bosque, al que yo siempre he protegido como a un hijo, para destruir en él las hojas y los brotes, o arrancar los frutos y las raíces. Este día presente es el término fijado; mañana todo mono que yo advierta será cambiado en piedra durante numerosos millares de años.»

«Entonces los vanaras, oyendo estas palabras del asceta, salieron del bosque. Viéndoles, Vali les dijo: «¿Por qué os habéis reunido, vosotros que habitáis el bosque de Matanga, y habéis venido junto a mí? ¡Felices los que habitan en los bosques!» Entonces, los vanaras contaron con todo detalle a Vali, que llevaba una guirnalda de oro, el motivo de su éxodo y la maldición que a él mismo le alcanza. Mi hermano, a estas palabras de los vanaras, fue a buscar al gran rishi y le conjuró, haciendo el añjali, a que levantara el interdicto. El gran rishi se negó a escucharle y entró en su ermita. Temblando bajo el peso del anatema, Vali se echó a errar a la ventura. Aterrorizado por aquella maldición, aquel mono no se atrevía ya a volver a la alta montaña del Rishyamuka, ni siquiera a mirarla, ¡oh príncipe! Y como sé que no viene aquí jamás, ¡oh Rama!, yo me paseo por este gran bosque con mis familiares, libre de toda inquietud.

«Los huesos amontonados de Dundubhi, víctima de la arrogancia que su fuerza le inspiró, helos ahí; diríase la cima enorme de una montaña. Esos grandes salas de poderoso ra-

maje, Vali, con su vigor, los despoja de sus hojas, a los siete, uno tras otro. Su fuerza es incomparable, ¡oh Rama!; acabo de probártelo. Por consiguiente, ¿cómo, ¡oh rey!, podrás vencerle en lucha?» Así habló Sugriva. Lakshmana le preguntó sonriendo: «¿Qué puede hacer Rama para persuadirte de que le matará?» Sugriva respondió: «Esos siete salas él los sacudió, unos tras otro, varias veces. Si Rama consigue atravesar uno de esos árboles con un solo dardo, esta prueba de vigor me convencerá de que puede abatir a Vali. Asimismo si, removiendo de una sola patada el esqueleto del búfalo muerto, lo lanza con fuerza a doscientos arcos de distancia.» Tras haber hablado así, Sugriva, el de los rabillos del ojo rojos, reflexionó un momento; luego, dirigiéndose de nuevo a Rama, el descendiente de Kakutstha le dijo: «Lleno de bravura, de audacia, afamado a causa de su fuerza y de su energía, ese poderoso mono no ha sido jamás vencido en los combates. Sus hazañas son conocidas; los suras mismos no hubieran podido realizarlas; es acordándome de ellos por lo que, lleno de miedo, me he refugiado en el Rishyamuka. Ese Indra de los varanas es, pensando en qué modo es invencible, irresistible, insoportable, por lo que me he retirado a esta montaña lleno de angustia y de turbación, y por lo que yerro por este gran bosque con mis abnegados y excelentes compañeros, Hanumat y los otros. Tú eres para mí un amigo glorioso, ilustre, ¡oh tú, que eres tan querido a tus amigos, tigre de los hombres! Yo me refugio junto a ti como junto a otro Himavat. Pero es que la fuerza de mi perverso hermano y su poderosa naturaleza las conozco, mientras que de tu valor guerrero, ¡oh Raghava!, jamás he sido testigo. Y no es, ciertamente, por ponerte a prueba, por rebajarte, ni por espantarte mediante sus hazañas terribles por lo que las nombro; mi pusilanimidad es conocida. Por tanto, ¡oh Rama!, tu voz, tu seguridad, tu atrevimiento, tu estatura revelan un extremado vigor; es un fuego oculto bajo cenizas.»

A este lenguaje del magnánimo Sugriva, Rama empezó a sonreír, y le respondió: «Si no te fías de nosotros, de nuestra valentía, ¡oh vanara!, esta confianza tan apreciable en la guerra te la voy a inspirar.» Así habló a Sugriva, para darle ánimos, él, el hermano mayor de Lakshmana; luego, el esqueleto de Dundubhi, con el dedo gordo de su pie, jugueteando, Raghava, guerrero de grandes brazos, lo levantó y lo lanzó a diez yojanas. El cuerpo deshecho del asura, con su dedo gordo, el vigoroso héroe lo lanzó así.

Al ver aquel armazón lanzado de aquel modo por el aire,

Sugriva, dirigiéndose de nuevo, en presencia de Lakshmana y de los haris, al valeroso Rama, que centelleaba como el Sol, le dijo, con palabras llenas de sentido: «Ese cadáver estaba fresco, con sus carnes intactas, cuando en otro tiempo fue lanzado por el aire, ¡oh amigo mío!, por mi hermano, debilitado a la sazón por la fatiga y la embriaguez. Ahora que está despojado de su carnes, que es ligero como una pajilla, ¡oh Raghava!, tú le lanzas como bromeando. A causa de ello, imposible me es saber cuál es el más fuerte si tú o Vali. Entre un cuerpo fresco y un cuerpo desecado, hay, Raghava, una muy grande diferencia. Permanezco, pues, incierto, querido, respecto a tu superioridad o a la suya. Un sólo sala que atrevieses, me probará tu superioridad y su inferioridad. Arma este arco que aseméjase a una trompa de elefante, tiéndele hasta tu oreja y lanza una flecha grande. El dardo enviado por ti atravesará el sala, no lo dudo en modo alguno. Esta experiencia me bastará. Hazme este gran placer, ¡oh príncipe!, yo te conjuro. Así como el primero entre los astros fue siempre el Sol, e Himavat entre los montes; así como entre los cuadrúpedos el león es el primero, así entre los hombres, tú, en valentía, lo eres también.»

## SARGA XII

### COMBATE DE SUGRIVA Y DE VALI

Tras este elocuente discurso de Sugriva concerniente a la confianza a inspirarle, el ilustre Rama cogió su arco. Tomó su arco formidable y una flecha, lleno de arrogancia; luego, apuntando al sala, le atravesó, llenando de gritos las regiones. Lanzado por el vigoroso guerrero, el dardo adornado de oro atravesó los siete salas, la meseta de la montaña y penetró hasta el séptimo suelo. El dardo, en un abrir y cerrar de ojos, atravesó las salas, voló rápido y volvió a colocarse en el carcaj.

Al ver los siete salas atravesados por el dardo impetuoso de Rama, el toro de los vanaras quedó extremadamente sorprendido. Sugriva, en el colmo de la alegría, se prosternó ante Raghava, la frente inclinada hasta tierra, adornado con todos sus ornamentos, haciendo el anjalí. Encantado de esta proeza, dijo al real Rama, el primero de los guerreros expertos en el manejo de todas las armas, a aquel héroe de pie ante él: «A todos los suras con sus Indras, con tus flechas, ¡oh toro de los hombres!, eres tú capaz de destruir en el combate, ¿qué

no harás, pues, ¡oh señor!, de Vali? Tú, que has atravesado siete enormes talas (316), el monte y la tierra, con un solo dardo, ¡oh Kakutstha!, ¿quién te resistirá de frente en el campo de batalla? Ahora mi pena se ha disipado, mi satisfacción en adelante es completa, puesto que he encontrado en ti un amigo, igual a Mahendra y a Varuna. Ahora, para complacerme, a este enemigo en forma de hermano, véncelo, ¡oh Kakutstha!, te lo ruego con las manos juntas.»

Rama, abrazando a Sugriva el del amable aspecto, le respondió usando de su gran sabiduría, entre los aplausos de Lakshmana: «Partamos de aquí sin tardar hacia Kishkindhá; marcha delante. Una vez llegados, ¡oh Sugriva!, provoca a Vali, el cual de hermano no tiene sino el olor.» Todos fueron rápidamente a Kishkindhá, la capital de Vali. Disimulándose detrás de los árboles, detuviéronse en un espeso bosque. Sugriva lanzó un gran grito de provocación dirigido a Vali. Los vestidos apretados en torno al cuerpo, gritaba con todas sus fuerzas; gritaba a hundir el Cielo.

Cuando oyó a su hermano lanzar tales clamores, el poderoso Vali, furioso, dominado por la rabia, lanzóse, como el Sol de la cúspide del Asta. Entonces se entabló una formidable lucha entre Vali y Sugriva; cual en el firmamento, el duelo terrible entre dos constelaciones, Rudha y Angaraka. Con las palmas de sus manos, semejantes al rayo, con sus puños duros, cual el diamante, los dos hermanos, llenos de furor, golpearon uno a otro. Entre tanto Rama, arco en mano, miraba a los dos combatientes que se asemejaban como los dioses Asvins. No pudiendo distinguir a Sugriva de Vali, Raghava no quiso lanzar su dardo mortal. En aquella situación, Sugriva, batido por Vali, viendo que Raghava no le socorría, escapó al Rishyamuka. Agotado, los miembros cubiertos de sangre, triturado bajo los golpes de su hermano, que le atacaba furioso, se refugió en el gran bosque.

El poderoso Vali, viéndole hundirse en el bosque, le dijo, deteniéndose por temor a la maldición: «¡Eso te salva!» Raghava, acompañado de su hermano y de Hanumat, entró en el bosque donde estaba ya Sugriva, el vanara. Cuando éste vio a Rama de vuelta con Lakshmana, confuso le dijo con voz doliente, los ojos clavados en la tierra: «Provoca a tu enemigo», me habías dicho, tras mostrarme tu valentía. Luego has dejado que me vengza. ¿Qué hacías allí? Has debido confesar francamente, ¡oh Raghava!, no quiero matar a Vali, y yo no hubiera salido de aquí.»

Así habló Sugriva el de la gran alma, con tono de reproche

y lleno de tristeza. Raghava le respondió: «Sugriva, querido, aprende sin enfadarte la causa por la cual no he lanzado mi dardo. Adornos, trajes, formas, gestos, ¡oh Sugriva!, tú y Vali, en todo sois semejantes el uno al otro. En la voz, en la tez, en la mirada, ¡oh vanara!, la valentía y el lenguaje no he podido hallar diferencia alguna. Desconcertado ante esta semejanza de forma, ¡oh el mejor de los vanaras!, no he lanzado mi dardo impetuoso destructor de mis enemigos, que pone fin a la existencia, que es terrible, y ello turbado por vuestra similitud. «Es preciso que tengas cuidado de no destruir a los dos radicalmente», me he dicho. En efecto, si por ignorancia te hubiese matado, ¡oh valeroso jefe de los kapis!, y por ligereza, mi tontería, mi torpeza hubiera sido evidente para todo el mundo. Matar a su protegido, en verdad, es un crimen enorme, monstruoso. Además, yo, Lakshmana y Sitá estamos bajo tu dependencia. En este bosque eres tú nuestro asilo. A causa de ello, entabla de nuevo la lucha y no temas nada, no, ¡oh vanara! En un abrir y cerrar de ojos me verás atravesar a Vali con un dardo y derribarle palpitante sobre el campo de batalla. Ostenta una señal, ¡oh jefe de los monos!, con ayuda de la cual yo pueda reconocerte en lo más encarnizado del duelo. Esa gajupushpí descogida, encantadora, átsela, Lakshmana, al magnánimo Sugriva al cuello.»

Entonces, cogiendo en la falda de la montaña donde crecía la gajupushpí en flor, Lakshmana la suspendió al cuello de Sugriva. Aquella liana que llevaba al cuello volvió al afortunado Sugriva resplandeciente de luz; como una guirnalda de balakas ilumina la nube sobre la que estos pájaros se sostienen planeando. Brillante de hermosura, reconfortado por las palabras de Rama, Sugriva púsose con él en camino hacia Kishkindhá, y allí llegó pronto.

### SARGA XIII

#### EL EREMITORIO DE LOS SAPTAJANAS

Desde el Rishyamuka el virtuoso hermano mayor de Lakshmana y Sugriva con él, fueron a Kishkindhá, a la que defendía la valentía de Vali. Rama blandía su arco grande, dorado, y tenía a mano flechas, instrumentos de combate que brillaban como el Sol. Sugriva, el cuello adornado con su collar de flores, iba delante, lleno de ánimos, del magnánimo Raghava y de Lakshmana. Detrás marchaban los héroes Hanumat, Nala, el

valeroso Nila y el ilustre Tara, distinguido entre los jefes de los haris. Contemplaban los árboles que se doblaban bajo el peso de las flores, los ríos que conducían sus aguas apacibles al Océano, la simas, las rocas, con sus desgarraduras, las cavernas, las altas cimas, las grutas de aspecto encantador. Los estanques de aguas color de esmeralda, límpidos, espléndidamente decorados de lotos descogidos hasta los últimos botones, atraían sus miradas a lo largo del camino. Karandas, sarasas, hamsas, vañjulas, kukkutas, cakravakas y otros pájaros hacían allí escuchar sus cantos. Veían, detenidas en los claros, gacelas que pastaban el tierno césped y los primeros brotes, sin temor a las fieras errando por todas partes. Elefantes salvajes, funestos a los estanques de los que hacían hundirse los bordes, adornados con sus colmillos de marfil, feroces, paseándose solos, borrachos de mada, haciendo temblar con sus baritamientos las colinas; hubiérase dicho montañas ambulantes. Monos grandes como elefantes, cubiertos de polvo, y toda clase de otros animales salvajes y de pájaros se les aparecieron en el bosque, mientras aceleraban su marcha, dóciles a la orden de Sugriva.

Mientras marchaban de aquel modo apresuradamente, la alegría de Ragú, Rama, viendo un sotillo, dijo a Sugriva: «Ese manojo de árboles centellea como una nube en el cielo; aseméjase a un inmenso grupo de nubes con los kadalís plantados por todas partes. ¿Qué es eso? Estoy curioso por saberlo, amigo; satisface mi deseo.» Interrogado de este modo por el magnánimo Raghava, Sugriva, sin dejar de andar, le enseñó lo que era aquel sotillo: «Es, ¡oh Raghava!, un vasto eremitorio, que descansa de toda fatiga; encierra jardines de recreo y bosquecillos; sus raíces, sus aguas y sus frutas están llenas de sabor. Ahí, con el nombre de Saptajanas, siete munis de rígidas observancias vivieron, la cabeza invertida, siempre echados en el agua. Cada siete días, tomaban como alimento el aire de la montaña que habitaban. Al cabo de setecientos años, subieron al Ciclo con sus cuerpos. Gracias a su poder, este eremitorio rodeado de un seto de árboles, es inaccesible hasta para los suras y los asuras, así como a sus Indras. Los pájaros le evitan, así como los otros animales del bosque; los que por descuido penetran en él no salen. Hermosos acordes déjanse oír ahí; melodías de instrumentos de música y de cantos; un perfume celestial se exhala de él, ¡oh Raghava! Los tres fuegos están siempre encendidos; es el humo que se advierte; las cimas de los árboles están como envueltas por una nube dorada, semejante al plumaje de la paloma. Esos árboles son

magníficos con sus cabezas cubiertas de humo; diríase montañas de esmeralda, tocadas de nubes lluviosas. Ríndeles homenaje, virtuoso Raghava, así como tu hermano Lakshmana, haciendo respetuosamente el anjalí. Los que honran a esos rishis de alma pura nada desagradable en sus personas les sucede, ¡oh Rama!»

Entonces Rama con su hermano Lakshmana, hizo el anjalí, y saludó a los magnánimos ascetas. Tras haberlos venerado así, el virtuoso Rama, su hermano Lakshmana, Sugriva y sus *varanas*, alejáronse, con el alma llena de alegría. Estaban ya lejos del crematorio de los *Septajanas*, cuando vieron la inaccesible Kishkindhá que Vali guardaba. Rama, su hermano nacido luego de él, y los *varanas*, ilustres por su valentía, empuñando sus armas llegaron de nuevo, con el desco de matar a su enemigo, a la ciudad que protegía con su bravura el hijo del amo de los *suras*.

## SARGA XIV

### SUGRIVA PROVOCA DE NUEVO A SU HERMANO A QUE COMBATA

Todos habían vuelto apresuradamente a Kishkindhá, la ciudad de Vali; disimuláronse detrás de los árboles, y se ocultaron en un espeso matorral. Lanzando por todas partes sus miradas por el bosque, el amigo de las selvas, Sugriva, el del ancho cuello, manifestó una gran cólera. Lanzó un grito terrible, provocando a su hermano al combate; rodeado de su escolta, parecía desgarrar el aire con sus clamores. Era como el estrépito de una gran nube empujada por un viento impetuoso. Luego, semejante al día que se levanta, avanzó parecido a un terrible león. Mirando a Rama, experto en hazañas, Sugriva le dijo: «Henos aquí llegados a Kishkindhá, envuelta como una red de monos, adornada de oro, en la que abundan los estandartes y las máquinas de guerra; es la ciudadela de Vali. La promesa que me has hecho precedentemente de matarle, ¡oh héroe!, dala con qué producir sus frutos, como se los da a la liana la llegada de la estación primaveral.»

A estas palabras de Sugriva, el virtuoso Raghava, destructor de sus enemigos, le dijo: «Llevas una marca que permite reconocerte: esta guirnalda, llamada Caja (317), que Lakshmana te ha suspendido al cuello; esta liana te sirve de collar, te adorna, dándote vivo resplandor, ¡oh guerrero! Diríase un cielo del revés en que el Sol estuviese enguirnaldado de estrellas.



Hoy el espanto que te inspira Vali, y su odio, ¡oh vanara!, con una sola flecha que yo lanzaré en la lucha, quedarás libre de ellos. Muéstrame, Sugriva, a tu enemigo que se difraza de hermano. Vali, hasta que sea abatido, en el bosque, en medio del polvo, toma sus distracciones; si llega al alcance de mis miradas, de volverse con vida, en este caso, tendrás fundamento para venir a reprocharme mi falta de palabra. En tu presencia siete talas han sido atravesadas por mí con un solo dardo. Puedes, pues, estar seguro de que Vali caerá hoy en el campo de lucha, bajo mis golpes. Ninguna mentira ha salido precedentemente de mi boca, ni siquiera en las circunstancias más críticas. No es tampoco con el deseo de alcanzar un fin deseado por lo que jamás las proferiré. Cumpliré, pues, mi promesa; destierra toda inquietud, cual un arrozal que fecunda la lluvia de Satacratu. Pero provoca a Vali el de la diadema de oro, ¡oh Sugriva! Lanza un grito para hacer salir a ese mono que se erce triunfante, que canta victoria, y al que ya has provocado. Saldrá sin que nada le detenga ese Vali, pues ama los combates. Ahora bien: cuando oye a sus enemigos llamarles al campo de batalla, no podrían dejar de acudir, los que se saben esforzados, sobre todo, en presencia de las mujeres.»

A estas palabras de Rama, Sugriva el de la tez dorada lanzó un grito terrible, capaz de hendir la bóveda celeste. Espantadas por este clamor, las vacas huyeron, privadas de su brillo, cual nobles mujeres que el rey criminalmente entrega a los ultrajes de los extranjeros, cogidas de enloquecimiento. Las fieras, por su parte, escaparon al galope, semejantes a caballos de guerra espantados, y los pájaros cayeron al suelo, como astros cuyos méritos se han agotado. El hijo de Surya lanzó un grito semejante al estruendo de la nube tempestuosa, confiando en su agilidad, resplandeciente de bravura; hubiérase dicho el océano cuando la tempestad encrespa las olas.

## SARGA XV

### CONSEJOS DE TARÁ A VALI

Entre tanto, desde el fondo de su harén, el grito del magnánimo Sugriva, su hermano Vali, colérico, lo oyó. Escuchando aquel clamor que turbaba a todos los seres, cesaron al punto sus transportes amorosos para caer, por el contrario, en un furor violento. Los miembros trémulos de rabia, Vali, antes

brillante como el oro, perdió de pronto su fulgor; cual un sol eclipsado. Rechinando los dientes, la mirada centelleante de cólera, mostróse semejante a un estanque del cual los lotos han sido arrancados hasta las raíces. A aquel grito que le era insoportable de oír, el mono salió a toda prisa, golpeando con sus pies la tierra cual si quisiera trastornarla. Pero Tará, abrazándole con ternura, le dio una nueva prueba de su afecto, dirigiéndole, temerosa y turbada, estas palabras, de las que un porvenir próximo iba a mostrar su prudencia: «Bravo guerrero, esa cólera que se apodera de ti, semejante a un río impetuoso, despréndete de ella, como al salir de tu lecho, por la mañana, de un guirnalda ya fuera de uso. Mañana, al alba, te batirás con Sugriva. ¡oh vanara valeroso! Ahora no puedes reconocer si el enemigo es numeroso o no. Que salgas en este momento no me place. Escucha, te voy a decir la razón que me empuja a detenerte. Precedentemente, Sugriva se ha presentado furioso y te ha desafiado a combatir; luego, vencido, abrumado a golpes, ha emprendido la huida. Que, tras haber sido batido por ti y maltratado cual lo ha sido, vuelva aún a provocarte, esto me llena de desconfianza. Un grito tan insolente, tan audaz, tan lleno de cólera, no tiene un motivo insignificante. A mi juicio, Sugriva no ha venido sin ser acompañado. Tiene una escolta para prestarle socorro; por ello su grito de desafío. Sugriva es un mono naturalmente hábil y prudente; jamás tomará como aliado a alguien cuyo valor no sea a toda prueba. He aquí, guerrero, lo que yo he oído decir al joven príncipe Angada: escucha esta importante información. El joven príncipe Angada habíase adentrado en medio del bosque, los ardides Angada que me contó, espías se los habían enseñado. Son nacidos del rey de Ayodhya dos hijos, llenos de bravura, invencibles en el combate; son salidos de la raza de los Ikshvakus; son los célebres Rama y Lakshmana. Estos héroes indomables han venido a contraer amistad con Sugriva. Ahora bien: este aliado de tu hermano, afamado por belicosas hazañas, Rama, destructor de las fuerzas enemigas, asemejase al fuego que pone fin a cada yuga. Habita en el bosque; es el supremo asilo de las gentes de bien que se refugian junto a él. Es el sostén de los oprimidos; vaso único de gloria, conoce las ciencias divinas y las humanas, y es para él un placer el obedecer a su padre. Lo mismo que el Indra de las montañas para los metales, es una mina de cualidades inagotables. Es la paz, no la guerra, lo que tú debes hacer con el magnánimo, el invencible Rama, cuyo valor es sin límites en las batallas. ¡Oh héroe!, te diré aún una cosa; piensa que no tengo inten-

ción de contrariarte. Escucha y haz lo que te aconseje para tu bien. Sin tardar, asocia a Sugriva al trono, amigo mío. No te querelles con tu joven hermano, ¡oh valeroso rey! Piensa, además, que es ventajoso para ti trabar amistad con Rama. Reconcíliate con Sugriva; arroja muy lejos todo sentimiento de odio. Tu joven hermano es un varón muy amable. Que habite allí, o que more aquí, de todas maneras es tu pariente; y en verdad que no veo en la Tierra pariente que le sea semejante. Dones, honores y demás, atraele a fuerza de beneficios. Depón toda enemistad, y que en adelante esté siempre a tu lado. Sugriva el del ancho cuello—*sugriva* quiere decir esto: gran cuello, cuello enorme, ancho—es un aliado natural, poderoso y precioso; reconquista la amistad de tu hermano; no hay aquí abajo otra vía de salvación para ti. Si quieres complacerme, si reconoces mi abnegación hacia ti, te suplico en nombre de mi ternura, ¡oh amigo mío!, que hagas lo que te digo. Sigue mi consejo, es saludable; créeme, no escuches a tu cólera, permanece en paz con el hijo del rey de Kosala; no te querelles con él, su valentía iguala a la de Sakra.»

Tal fue el lenguaje, lleno de buen sentido, capaz de salvarle, que Tará dirigió a Vali, pero éste rehusó escucharla; estaba empujado por el Destino; el tiempo de su pérdida había llegado.

## SARGA XVI

### RAMA HIERE MORTALMENTE A VALI

Así habló Tará la del rostro brillante como el rey de las estrellas; Vali la respondió con tono lleno de reproches: «Cuando mi hermano, que es sobre todo mi enemigo, me provoca con ese furor, ¿cómo podría yo soportarlo, mujer de hermoso rostro? Los bravos que no están habituados al insulto, que no retroceden en los combates, soportar el ultraje, ¡oh mujer temerosa!, les es peor que la muerte. Yo no puedo tolerar que, en su deseo de combatir, Sugriva el del cuello sin vigor me lance un desafío insolente. No te preocupes, en lo que a mí afecta; por lo que concierne a Raghava, si es leal y agradecido, ¿cómo podría obrar mal? Vuélvete con tus compañeras; ¿para qué seguirme más lejos? Ya me has probado suficientemente tu abnegación afectuosa. Me voy a combatir a Sugriva; domina tu emoción. Yo castigaré su insolencia; no obstante, no le quitaré la vida. Le trataré en el combate según tu deseo; mo-

lido a puñetazos y a golpes con troncos de árboles, se marcharía. Mi audacia, mi vigor, el cobarde no podrá soportarlos. ¡Oh Tará!, ya me has acompañado demasiado lejos; ya me has mostrado suficientemente tu adhesión. Yo te conjuro, por mi vida y mi raza, ¡vuélvete! Ya vendré tras haber obtenido satisfacción de mi hermano en la arena.»

Entonces la virtuosa Tará abrazó a Vali, dirigiéndole tiernas palabras. Dio la vuelta en torno a él, despacio, llorando, y teniéndole a su derecha. Le hizo sus adioses, formuló, según los ritos, sus votos de victoria, y entró en el gineceo con sus compañeras, extraviadas por el dolor. Cuando Tará hubo ganado su retiro con las otras mujeres, Vali salió furioso de la ciudad, silbando como una gran serpiente. Soplabla lleno de cólera y corría con todas sus fuerzas, lanzando sus ojos a todas partes, en su impaciencia por descubrir a su enemigo. El poderoso vanara advirtió al fin a Sugriva el del tinte de oro, bien cinchado, lleno de seguridad y semejante a un ardiente brasero. A la vista de Sugriva y de su orgullosa postura, Vali el de los grandes brazos apretó fuertemente su vestidura, presa de extremado furor. Sus vestiduras así arremangadas, el puño levantado, lleno de vigor, avanzó al encuentro de Sugriva para emprender al punto la lucha. Por su parte, Sugriva, levantando él también el puño, marchó furioso al encuentro de su hermano el de la corona de oro. Vali dijo a Sugriva, que, los ojos rojos de cólera, experto en los combates, se precipitaba sobre él lleno de ardor: «Con este puño enorme, cerrado, poderoso, con los dedos apretados, te voy a asestar un golpe violento que te hará entregar el alma.»

Oyendo estas palabras, Sugriva, colérico, le respondió: «Es el mío el que te arrebatará los alientos vitales, abatiéndose sobre tu cráneo.» Alcanzado violentamente por Vali, cuando lleno de rabia caía sobre él, Sugriva lanzó olas de sangre, semejante a un monte del que caen cascadas. No obstante, Sugriva, sin turbarse, arrancando un sala, golpeó los miembros de su rival, como el rayo a una gran montaña. Abrumado por el árbol sala, cuyos golpes le enervaban, Vali asemejábase a un navío pesadamente cargado que se hunde con su cargamento en el mar. Los dos, dotados de terrible vigor, ágiles como Suparha, luchaban, temibles colosos semejantes a Candra y a Surya en el firmamento. Aquellos dos destructores de sus enemigos aplicábanse cada uno a encontrar el punto flaco de su adversario; Vali llevaba la ventaja en fuerza y valentía. El hijo de Surya, Sugriva, a pesar de su gran vigor, era más débil que él. Perdió su jactancia y su valor cedió. Furioso

contra su hermano, hacía señas a Raghava. Árboles arrancados con sus ramas y sus copas, tarascadas, semejantes a aquellas uñas, a puntas de diamantes, puñetazos, rodillazos, pedradas, caían copiosamente y sin parar; duelo formidable que recordaba el de Vritra y Vasava. Cubiertos de sangre, los dos vanaras, corredores de bosques, luchaban semejantes a dos nubes que se entrechocan con horrible estruendo.

Raghava, no obstante, vio que Sugriva, el príncipe de los vanaras, agotado, interrogaba sin cesar con la mirada los puntos del horizonte. Rama, lleno de gloria, se dio cuenta de que el rey de los monos estaba fuera de combate. El héroe escogió una flecha, con el propósito de herir a Vali. Arrojado el arco con aquel dardo, semejante a un reptil venenoso, y tuvo presta su arma, como Antaka la rueda del Tiempo. El ruido que hizo la cuerda del arco espantó a los reyes de los pájaros, que escaparon, así como las bestias feroces, sobrecogidos de espanto como al final de un yuga. Lanzado por Raghava, con el estruendo de un trueno, el formidable dardo del fulgurante brillo, se hundió en el pecho de Vali. Bajo aquel golpe contundente, el poderoso y valiente príncipe de los monos cayó al suelo. Semejante al estandarte de Indra, arrojado brutalmente a tierra, el día de luna llena, en el mes de la conjunción de Asvayuj, Vali cayó sin fuerza, inanimado, la voz ahogada por los sollozos, y apagándose poco a poco.

El más poderoso de los hombres lanzó el más poderoso de los dardos, semejante a Antaka en tiempo de la destrucción final, centelleante de oro, ardiente, de mortal alcance; cual Hara lanza por su boca fuego y humo. Entonces, regada por olas de sangre, cual un asoka florecido plantado sobre una montaña, privado de conciencia, el hijo de Vasava, semejante al estandarte de Indra al que se derriba, desmayóse sobre el campo de batalla.

## SARGA XVII

### REPROCHES DE VALI A RAMA

Herido con un dardo por Rama, el rudo guerrero cayó al punto, como un árbol cortado por el pie. Se desmayó sobre el suelo, los miembros sin movimiento, con sus joyas de oro refinado, semejante al estandarte del rey de los dioses del que hubieran desprendido el sostén. A la caída del príncipe de las tribus de los haris y de los rikshas (318), la tierra, semejante

al firmamento cuando la Luna no brilla en él, se oscureció. Bien que, yaciendo por tierra, el cuerpo del magnánimo Vali no perdió ni su hermosura, ni sus alientos vitales, ni su energía, ni su valor. La maravillosa guirnalda de oro, incrustada de perlas, que había recibido de Sakra, salvaguardó los alientos del jefe de los monos, su energía y su belleza. Aquella guirnalda de oro daba al bravo general de los haris la apariencia de una nube crepuscular a franjas teñidas de fuego. Aquella guirnalda, su cuerpo y el dardo mortal con el que había sido alcanzado, brillaban como una triple gloria fulgurante, incluso una vez caído. El dardo que el valeroso Rama lanzó con su arco, abriendo mediante su virtud el camino del Cielo, traía a Vali la salvación suprema. Yacía éste sobre el campo de batalla como un fuego despojado de su llama; así Yayati, agotados sus méritos, fue arrojada del Devaloka a este Mundo. Tal el Sol que el Tiempo, al final de una yuga, abate sobre la Tierra inabordable como Mahendra, inaccesible como Ubendra. Así el hijo del gran Indra estaba extendido con su guirnalda de oro, el ancho pecho, los brazos enormes, la boca inflamada, la mirada rojiza.

Rama, seguido de Lakshmana, los ojos fijos en él accreóse al guerrero así yaciente, semejante a un fuego cuya llama está apagada. Llenos de estima por el héroe que les miraba, le abordaron con paso lento, los dos valerosos hermanos, Rama y Lakshmana. Al ver a Rama y a Lakshmana, los de la gran bravura, Vali pronunció estas palabras severas, moderadas y justas. Extendido por tierra, casi sin brillo, mortalmente alcanzado, sin movimiento, con un lenguaje lleno de razón, dijo orgullosamente al orgulloso guerrero: «Habiéndome alcanzado por la espalda, ¿qué méritos consiguras con ello, tú que me has herido de muerte, mientras yo estaba ocupado combatiendo con otro? Está lleno de nobleza, de generosidad, de valentía, el virtuoso Rama; es compasivo y se complace en el bien de los demás; es indulgente, todopoderoso, instruido en las reglas del deber, de costumbres austeras. Tal es el elogio que todos los seres te otorgan en el Mundo. El imperio sobre sí mismo, la longanimidad, la lealtad, la firmeza, la bondad, el heroísmo, son las virtudes de los reyes, ¡oh príncipe!, así como la reprensión de los crimenes. Era pensando en estas virtudes que yo creía tuyas, y en tu elevado origen, por lo que a despecho de Tará ha venido a las manos con Sugriva. Mientras que, furioso, yo estaba enzarzado con otro, tú no podías herirme. He aquí la opinión que yo tenía de ti, antes de conocerte. Ahora veo que tienes el alma perversa, que con la religión por

estandarte, prácticas la iniquidad; que tu conducta es la de un malvado, y que te asemejas a un pozo oculto por la hierba. Con apariencias de hombre de bien, no eres sino un bandido. Cual el fuego cubierto de ceniza, yo no te reconocía detrás del virtuoso velo que te enmascara. Puesto que yo no he llevado a saco ni tu país, ni tu capital, ni te he insultado, ¿por qué matarme; yo, que soy inofensivo, que me he alimentado siempre de frutas y raíces, vanara viviendo en los bosques; yo, que ahora no te combatía, sino que luchaba con otro? Tú, tú eres hijo de rey, tú inspiras confianza con tu aspecto benévolo; además, llevas, ¡oh príncipe!, la librea de la santidad. ¿Qué hombre de extracción kshatriyana, instruido, para quien las dudas han sido disipadas, revestido de un hábito santo, querría cometer un acto cruel? Tú, que eres nacido en la tribu de los raghavas, al que se dice virtuoso, ¿por qué, lleno de perversidad, disfrazarte bajo las apariencias de hombre de bien y vagabundear de este modo? La igualdad de alma, la liberalidad, la longanimidad, la justicia, la lealtad, la constancia y la bravura son cualidades de los reyes, ¡oh príncipe!, así como el castigo de los criminales. Nosotros habitamos los bosques, ¡oh Rama!, somos fieras que nos alimentamos de raíces y de frutas; tal es nuestra naturaleza; tú, tú eres un hombre, ¡oh príncipe! La tierra, el oro, la hermosura, causas son de querellas, pero aquí, en el bosque, ¿qué envidia podían inspirarte mis frutas y mis raíces? La ciencia del gobierno y la moderación, por una parte; la reprensión y las recompensas, de otra, los reyes deben hacer de ellas su regla de conducta invariable, y no obrar según les plazca. Pero tú, tú entregado estás enteramente a tus deseos; tú eres irascible, inconstante; tus prácticas de príncipe son turbias; el arco es tu argumento favorito. Tú no tienes el culto del deber; tu inteligencia no se aplica al interés de tus pueblos; esclavo de la voluptuosidad, te dejas arrastrar por los sentidos, ¡oh jefe de los hombres! Con un dardo, ¡oh Kakutstha!, me has matado, ¡a mi, que jamás te había hecho daño alguno! ¿Qué podrás decir en la asamblea de gentes de bien, tras este acto censurable? El regicida, el brahmanicida, el que mata a una vaca, el ladrón, aquel que se complace en destruir a los seres, el descreído, el que se casa antes que su hermano mayor: todos van al infierno. El delator, el avaro, el que mata a su amigo, el que mancha la cama de su gurú, caen en el mundo de los malos; no hay duda alguna. Con mi piel, las gentes bien nacidas no pueden vestirse; mis pelos, mis huesos nada puede hacer con ellos; mis carnes, tus semejantes serían incapaces de comerlas, si

siguen los caminos del deber. Cinco clases de animales que tienen cinco uñas en cada pata pueden tan sólo servir de alimento al brahmán y al kshatriya, ¡oh Raghava!; son el salyaka, el svadika, la godhā, la liebre y en quinto lugar la tortuga. Mi piel y mis huesos, Rama, los hombres de buen sentido no los tocarían; además, no comerían mi carne, puesto que tengo cinco uñas, yo, a quien tú has matado. Tará, que lo sabe todo, me había dado un consejo juicioso y bueno; yo, en mi locura, no la he hecho caso, dominado por Kala. Bajo tu protección, ¡oh Kakutstha!, la Tierra continúa sin protector, como una mujer virtuosa casada con un hombre sin fe. Engañador, malhechor, el alma vil y pérfida, ¿cómo puedes haber nacido, perverso como eres, del magnánimo Dasaratha? Tras haber roto las barreras del deber, transgredido la ley de las gentes honradas, desconocido el aguijón de la equidad, este elefante, Rama, me derriba. Culpable de tal maldad, de tal indignidad que todos reprueban, ¿qué dirás cuando te encuentres en presencia de las gentes de bien? Esa valentía que tanto se nos había alabado, a nosotros, que no somos de ningún partido, yo no veo, ¡oh Rama!, que tú la despliegues en lo que a los culpables afecta. Si me hubieses combatido cara a cara, ¡oh príncipe!, ahora estarías frente al dios Vaivasvata; yo te hubiera matado. Es por sorpresa, a traición, como me has vencido, yo que de otro modo era invencible. Cual hombre dormido al que muerde una serpiente. Estás en poder del mal. Para complacer a Sugriva me has herido. Si previamente me hubieras confiado la misión, yo te hubiera traído a Maithilī en el plazo de un día. Y el rakshasa Ravana, el perverso raptador de tu esposa, yo le hubiera puesto en tus manos, una cadena al cuello, tras haberle derribado en la lucha. Aunque hubiese sido arrojada al fondo del Océano o del Patala, por orden tuya, yo te hubiera devuelto a Maithilī, como Haya-griva la mula blanca. Sugriva hubiera adquirido legítimamente el Imperio a mi partida hacia el Cielo; mientras que ahora le tiene ilegalmente, puesto que tú me has derribado deslealmente en el campo de batalla. Aunque todo el mundo está, en verdad, sometido a Kala, si tú recobras tu reino, piensa en el modo en que podrás justificar tu conducta para conmigo.»

Así habló, los rasgos alterados, atravesado por una flecha, el magnánimo hijo del rey de los vanaras, mirando a Rama, brillante como el Sol; luego guardó silencio.



## SARGA XVIII

## RESPUESTA DE RAMA

Tal fue el grave discurso, conforme al deber y al interés, lleno de sentido y de severidad, que dirigió a Rama el sabio Vali, herido de muerte. Semejante al Sol despojado de sus rayos, a la nube agostada, así habló el príncipe de los monos, cual un fuego apagado. El eminente jefe de los haris, dotado de cualidades de justicia y de razón, habiéndole grandemente censurado, Rama le respondió: «El deber, el interés, el placer, las prescripciones del Mundo, tú que las ignoras, ¡oh Vali!, ¿cómo te atreves a invectivarme? Sin haber consultado a los ancianos sabios, estimados de los brahmanes, con tu frivolidad simiesca, has querido hablarme así, ¡a mí, que estoy lleno de mansedumbre! Esta tierra pertenece a los Igshvakus, con sus montes, sus bosques y sus selvas; fieras, pájaros y hombres sometidos están en ella a los castigos y a las recompensas. Gobernada está por el virtuoso Bharata, lleno de lealtad, de rectitud; a fondo conoce la ley, el interés, el placer y complácese en reprimir el mal y en recompensar el bien. Practicar a la vez la ciencia del gobierno, la moderación, ser de una lealtad bien establecida, de una valentía manifiesta, saber discernir los lugares y los tiempos: he aquí al rey. Conformándonos a sus justas órdenes, nosotros, príncipes, recorreremos la Tierra entera, deseosos de propagar la ley. Cuando el tigre de los reyes, Bharata, que mima a la equidad, gobierna todo el Universo, ¿quién osaría cometer la injusticia? Afianzados en el deber supremo que es el nuestro, dóciles a la voluntad de Bharata, nosotros reprimimos los delitos, según las leyes. Ahora bien: tú violas la equidad, tu conducta desaprobada es por todos; la voluptuosidad: he aquí tu única regla; tú no sigues la vía real. Su hermano mayor, el que le ha engendrado, y el que le ha dado la sabiduría, debe considerarlos como sus tres padres, al ser que marcha por el sendero del deber. Un joven hermano, el hijo nacido de su seno, un discípulo virtuoso, los tres deben ser mirados como hijos; el deber obliga a ello. El deber de las gentes de bien es complicado y difícil de coger. El alma que reside en el corazón de todos los seres sólo ella conoce el bien y el mal. Mono inconsiderado, tú tienes como consejeros monos inconsiderados que no pueden dominarse ellos mismos; cual un ciego que se deja conducir por ciegos de nacimiento; y entonces, ¿qué sabes? Te

hablo con toda claridad; tú no tenías, en verdad, ningún derecho a censurarme, empujado por la cólera. Aprende la causa por la cual te he herido: Obras respecto a la mujer de tu hermano con desprecio del deber eterno. Vivo el magnánimo Sugriva, habitas maritalmente con Ruma, que es, en realidad, tu nuera, ¡oh perverso! Es porque has transgredido la ley por seguir tu pasión, ¡oh mono!; es porque no has respetado a la mujer de tu hermano, por lo que el castigo ha pesado sobre ti. Para aquel que se pone en adversario del pueblo, que se aparta de su manera de obrar, yo no veo otro medio de reprensión que el castigo, ¡oh jefe de los haris! Yo no podía tolerar tu bribonería, pues yo soy kshatriya, de ilustre ascendencia. Su hija, su mujer, o la mujer del hermano segundo, el hombre que hace de ellas el objeto de su pasión, su castigo tradicional es la muerte. Y como Bharata es el monarca supremo, nosotros ejecutamos sus órdenes. Tú, que has transgredido la ley, ¿podías quedar sin castigo? Aquel que no escucha a ese gurú que se llama la ley, el príncipe prudente de tratará según la ley. Bharata se aplica a reprimir las costumbres disolutas; nosotros, que queremos cumplir hasta el fin sus órdenes, ¡oh jefe de los monos!, consideramos como tarea que nos incumbe castigar a los que, como tú, rompen las barreras. Sugriva es mi amigo lo mismo que Lakshmana. Es con objeto de recobrar su mujer y su trono por lo que ha trabado amistad conmigo. Yo le he dado mi palabra en presencia de los vanaras; ¿cómo un hombre como yo faltaría a sus compromisos? Por todas estas razones importantes, apoyadas en la ley, si tu castigo es merecido, júzgalo tú mismo. Tu punición es completamente legítima, obligado estás a reconocerlo. Además es preciso prestar asistencia a su amigo, si es que conocemos nuestro deber. Que es lo que tú mismo hubieras debido hacer para obedecer a la ley. Se citan dos slokas de Manu que consagran especialmente esta regla de conducta. Familiares son a los legistas y yo me he conformado a ellas: Los hombres que, tras haber cometido el mal, sufren el castigo prescrito por el rey, lavados quedan de toda mancha y van al Cielo, como los buenos, como los que practican el bien. El castigo o el perdón libra al ladrón de su falta; pero el rey que no refrena el vicio contrae su mancilla. Mi noble antecesor, Mandhatar, quiso proceder a una expiación terrible, a causa de un sramana del que se había hecho culpable, de una maldad semejante a la tuya. Otros monarcas en su locura cometen también el mal; pero entonces practican la penitencia; de este modo se calma sus rajás (319) Basta de recriminaciones;

no sin razón se ha decretado la pena de muerte, ¡oh tigre de los vanaras! Nosotros no somos nuestros dueños. Escucha, además, este otro motivo, ¡oh valeroso toro de los haris! Tras haber comprendido su importancia, ya no podrás enfadarte. Yo no he obedecido ni al capricho, ni a la vivacidad, ni a la cólera, ¡oh toro de los monos! Lazos, redes, cepos de todas clases, los hombres sirven de ellos, ora disimulándose, ora al descubierto, para apoderarse de gran número de fieras, cuando huyen aterradas, o cuando, confiadas, están más tranquilas. Que estas bestias estén enloquecidas o no, los hombres que se alimentan de carne las atraviesan sin piedad, incluso si les vuelven la espalda; y parece que no hay falta en ello. En este Mundo, los rishis reales, instruidos en el deber, van de caza. He aquí por qué yo te he abatido con un dardo, durante tu lucha con tu hermano, ¡oh mono! Que me combates a mí o no poco importa, puesto que eres una fiera de las ramas. El deber imprescriptible y la vida dichosa, los príncipes son los dispensadores de ello, ¡oh el mejor de los vanaras!, no hay duda. No hay, pues, que perjudicarles, invectivarles, despreciarles, ni decirles algo desagradable; son dioses que, bajo forma humana, viven en la Tierra. Pero tú, en tu ignorancia de la ley, no escuchando sino tu furor, me ultrajas, a mí, que me conformo a las tradiciones legales de los antepasados.»

A estas palabras de Rama, Vali, profundamente turbado, no pensó ya en incriminar al hijo de Raghú; el deber había llegado a ser para él manifiesto. Entonces el rey de los monos respondió a Rama, haciendo el anjali: «Lo que dices, ¡oh el primero de los hombres!, es la verdad, sin duda alguna. Contradecir a un ser eminente no corresponde a un ser vil. Ha sido llevado por mi locura por lo que te he dirigido antes palabras inconvenientes. ¡Ah! No lo consideres como un crimen, ¡oh Raghava! Tú, tú ves el fin y conoces su naturaleza; tú te complaces en dejar agradecidos a los seres. La causa y el efecto son perfectamente conocidos a tu inteligencia serena, que nada puede turbar. Bien que yo esté caído, yo de todos los transgresores de la ley el primero, con tus palabras conformes a la equidad, ¡oh tú, que conoces el deber!, socórreme.»

Con voz ahogada por los sollozos, Vali, lanzando gritos de dolor, se expresaba lentamente mirando a Rama; asemejábase a un elefante hundido en un cenagal: «No me lamento a causa de mí, por Tará ni por mis otros parientes tanto como por mi virtuosísimo hijo Angada, el de los brazaletes de oro. El infortunado, cuando ya no me vea, él tan mimado desde su infancia, semejante a un estanque cuyas aguas están agotadas

se desecará de dolor. Es joven y su inteligencia no está formada; es mi hijo único, mi bienamado. Tará es su madre. ¡Oh Rama, protege al poderoso Angada. Respecto a Sugriva y a Angada, sé de una benevolencia extremada. Sé su guardián, su guía, tú que conoces a fondo las reglas de lo justo y de lo injusto. Lo que haces, ¡oh príncipe!, por Bharata y Lakshmana es preciso que pienses en hacerlo por Sugriva y Angada. Cuida porque Sugriva no impute a la prudente Tará los errores que yo he cometido, y que no carezca de atenciones para con ella. Bajo tu protección podrá gobernar el reino; permaneciendo sumiso a ti y siguiendo tus consejos, le será lícito ganar el Cielo y también reinar en la Tierra. Yo, yo he querido recibir la muerte por tu mano, a pesar de Tará, y he avanzado para batirme en duelo con mi hermano Sugriva.» Tras haber hablado así a Rama, el rey de los haris calló.

Rama consoló a Vali, que había guardado todo su conocimiento; le habló con voz dulce, de acuerdo con el deber, la verdad y el interés: «No te inquietes por nosotros, ni siquiera por ti, ¡oh el mejor de los monos! Nosotros sabemos lo que tenemos que hacer, sobre todo en lo que te concierne. El que castiga a un culpable, y el culpable que es castigado, los dos, habiendo alcanzado el propósito del efecto y de la causa, evitan la pérdida de autoridad. Así, gracias a este castigo que te desembaraza de toda mancha, hete aquí vuelto a tu natural virtuoso por el camino que te ha abierto esta sanción. Aleja de ti la pena, el extravío, el temor de que tu corazón está lleno. No podías, ¡oh jefe de los monos!, escapar a tu destino. Lo que fue siempre para ti Angada, ¡oh rey de los vanaras!, lo será para Sugriva y para mí, no lo dudes.»

El magnánimo Rama, temible en el combate, habiéndole dirigido estas palabras llenas de dulzura, de benevolencia, y conformes al sendero del deber, el vanara le respondió humildísimamente: «Atravesado por un dardo, extraviado el espíritu, tu, he insultado sin saber lo que hacía, ¡oh señor! Tú, cuyo temible valor iguala al de Mahendra; cálmate y perdóname ¡oh verdadero rey de los haris!»

## S A R G A X I X

### DOLOR DE TARÁ

El gran rey de los vanaras, que yacía atravesado por un dardo, no respondió más al juicioso discurso de Rama. Los miembros rotos a pedradas, fuertemente contusionado por los

árboles que le había lanzado Sugriva, y traspasado por la flecha de Rama, a punto de morir, se desvaneció. La esposa de Vali, el tigre de los monos, Tará, supo que acababa de ser muerto por un dardo que en el combate le había lanzado Rama. A esta afligente noticia de la lamentable muerte de su marido, salió precipitadamente con su hijo, con el alma turbada, de la caverna rocosa. Los vanaras que escoltaban a Angada, aunque llenos de valentía, al aspecto de Rama y de su arco, huyeron espantados. Tará vio a los haris correr así aterrados, como gacelas que se desbandan cuando cae muerto el jefe del rebaño. Alcanzó a aquellos infortunados, infortunada ella misma, que escapaban todos ante Rama, cual si los hubiese acribillado con sus dardos, y les dijo: «¡Oh vanaras! Vosotros, los servidores del león de los reyes, ¿por qué le abandonáis, huyendo con este desorden? ¿No es a causa de la corona por lo que el hermano ha sucumbido ante su cruel hermano? Rama, de lejos, ¿no ha sido así como le ha lanzado sus flechas de largo alcance?»

Así habló la esposa de Vali. Los monos, que cambiaban de forma a voluntad, la dieron, de común acuerdo, esta respuesta circunstanciada: «¡Oh tú, que eres madre! Vuélvete y protege a tu hijo Angada. Antaka, bajo la forma de Rama, ha herido a Vali y se le lleva. Tras haber lanzado árboles enormes y rocas tremendas, Vali, alcanzado por dardos semejantes al trueno, ha caído herido por el rayo. Vencido, todo este ejército de vanaras se ha dado a la fuga, al ver caer muerto al tigre de los plavadas; él, cuya gloria igualaba a la de Sakra. Que los valientes salven la ciudad y que Angada sea consagrado; los plavagas obedecerán al hijo de Vali, que le reemplazará, si es que este puesto te place, mujer del agradable rostro. Sin tardar, los vanaras van a ocupar sus retiros inaccesibles. Entre los que viven en el bosque, unos no tienen esposas, otros las tienen. Los seres codiciosos, engañadores, nos inspiran un gran terror.»

Como estaban a muy poca distancia, aquella mujer de la amable sonrisa les entendió. Y les respondió con dignidad: «Mi hijo, ¿qué puedo hacer con él? ¿Qué hacer con el Imperio, sobre todo, el león de los monos, mi poderosísimo esposo, muerto? Voy a echarme a los pies de ese magnánimo héroe, Rama, que acaba de abatirle con un dardo.» Esto diciendo, se lanzó llorando, abrumada por el dolor, golpeándose a la vez la cabeza y el pecho con sus dos manos, víctima de su infortunio. Según corría, advirtió a su esposo yaciendo en el suelo; él, el matador de sus enemigos, Indra de los vanaras, que en

el combate no retrocedía jamás. El, que lanzaba las crestas de los Indras de los montes como Vasava sus rayos; él, impetuoso como la tempestad; él, el que profería gritos semejantes al estruendo de las grandes nubes amontonadas; él, de bravura igual a la de Sakra; él, semejante a la nube que ha acabado de descargarse de sus aguaceros, el que lanzando clamores terribles como nadie, el héroe yacía atravesado por un dardo, como el rey de las gacelas al que un tigre abate para hacerle su presa. Cual un caitya venerado por todos al que, por una serpiente, Suparna derriba con sus estandartes y su vedi. Junto a él, de pie, apoyado en su arco, advirtió al poderoso Rama, a su hermano segundo y también al joven hermano de su marido. Sin hacerles caso, acercóse a su esposo, que yacía en el campo de batalla. Al verle, extraviada por el dolor, dejóse caer a tierra. Luego, levantándose, como si saliera de un sueño, exclamó, sollozando, al ver a su marido encadenado en los lazos de Mrityu: «¡Oh príncipe!» Sus gritos, penetrantes como los del águila marina, conmovieron fuertemente a Sugriva, así como la presencia de Angada.

## S A R G A X X

## SUS LAMENTACIONES

Al ver a su marido yaciendo en tierra, atravesado por un dardo lanzado por el arco de Rama, Tará, la del rostro parecido al del príncipe de las estrellas, acercóse a él y le besó. La hermosa Tará, al contemplar a Vali, semejante a un elefante herido por una flecha; aquel mono, grande como el Indra de los montes, al verle tal cual un árbol desarraigado, Tará, con el alma embrumada por el dolor, deshízose en lamentaciones lúgubres: «¡Oh tú, lleno de valentía en los combates; héroe, el mejor de los monos! ¿Es a causa de mis inoportunidades de antes por lo que ahora no me hablas? ¡Levántate, tigre de los haris! Ven a reposar en un lecho confortable. Tus semejantes, los grandes reyes, no duermen en el suelo. ¡O es que la Tierra es tu amante preferida, puesto que, incluso luego de tu muerte, te echas junto a ella desdeñándome! Seguramente hoy, ¡oh guerrero!, gracias a tus leales hazañas, te has construido otra Kishkindhá maravillosa, en el camino del Cielo. Los placeres que gustábamos juntos, en tiempos pasados, por los bosques perfumados, ¡ay de ellos ya! Sin gozo hoy, sin esperanza, hundida en un océano de dolor, puesto que tú

has entrado en los cinco elementos, tú, el jefe de los jefes. Muy duro es mi corazón, puesto que, viéndote tendido por el suelo, el dolor de que esta lleno no le hace estallar en mil pedazos. Tú habías arrebatado a Sugriva su esposa y a él mismo le habías desterrado; es el fruto de esta doble falta lo que ahora recoges, ¡oh jefe de los plavagas! Preocupada de tu felicidad, yo he sufrido reproches insensatos; yo, que te daba saludables consejos, ¡oh Indra de los vanaras!, con el desecho de serle útil. Enorgullecidas por su hermosura y de su juventud, insinuantes, en adelante, ¡oh magnífico señor!, turbarás el corazón de las apsaras. Es el tiempo ineluctable el que hoy pone fin a tu existencia. Cedés a su poder; tu, a quien Sugriva no pudo domar, él te doma. Tras haber, sin motivo, herido a Vali, que luchaba con otro, Kakutsha no lamenta este acto, no obstante, muy censurable. Es una viudedad dolorosa, en el colmo del infortunio, es como yo, que no conocía antes la desgracia, viviré en adelante, privada de sostén. El objeto de mis caricias, Angada, valeroso, pero príncipe muy joven aún, acostumbrado al placer, ¿cuál será su situación frente a un tío paterno lleno de furor? Contempla bien a tu virtuoso padre, ¡oh hijo mío bienamado! Pronto no podrás verle ya. Y tú consuela a tu hijo; hazme a mí tus recomendaciones; bésale en la frente antes de partir para el supremo viaje. En verdad, Rama, ¡famosa hazaña ha realizado hiriéndote! Pero no es culpable; no ha hecho sino obedecer a Sugriva. ¡Alégrate, Sugriva! Vuelve a poscer a Rumá; goza de la realaleza sin obstáculo; herido está de muerte tu hermano, tu enemigo. Pero ¿por qué no respondes a mis quejas, a mí, tu bienamada? Mira tus hermosas y múltiples esposas, ¡oh jefe de los vanaras!»

A estas lamentaciones de Tará, aquellas vanaris infortunadas, colocando en medio de ellas a Angada, respondieron por todas partes con gritos de dolor: «¿Cómo puedes abandonar a Angada, ¡oh tú, cuyos valerosos brazos están adornados de brazaletes!, y partir así para el gran viaje? No es justo que desampares a un hijo tan próximo a ti por sus cualidades, y cuyo exterior es amable y hermoso. Si yo te he desagradado por error, héroe de los largos brazos, perdóname jefe de la tribu de los haris; toco tus pies con mi cabeza.»

De este modo Tará se lamentaba amargamente junto a su esposo con las otras vanaris. Aquella mujer de hermosura sin mácula resolvió dejarse morir de hambre echándose por tierra al lado de Vali.

## S A R G A X X I

## DISCURSO DE HANUMAT

Entre tanto, Hanumat, el jefe de los monos, ensayó con dulzura consolar a Tará extendido por tierra, como una estrella desprendida del firmamento: «Todo cuanto se hace a impulsos de la virtud o del vicio, a la muerte recógese fatalmente el fruto bueno o malo. Desgraciada, ¿a qué desgraciado lloras? Infortunada, ¿sobre qué infortunado te lamentas? ¿Quién merece que se apiaden sobre su vida, esta burbuja de agua? En adelante el joven Angada debe ser el objeto de tus solicitudes, puesto que tan sólo él te queda. En cuanto a éste, ocúpate de él y rindele en adelante los deberes convenientes. Bien sabes que la vida de lo porvenir es incierta para todos los seres; a causa de ello es preciso que realices hermosas acciones aquí abajo, ¡oh tú, que estás instruida en tus obligaciones!, y no actos vulgares. Aquel bajo el imperio del cual centenares de millares de haris vivían, hele aquí llegado al término de su destino. Puesto que cumplió el fin prescrito por la ley, que fue eminente en virtud de su imparcialidad, sus liberalidades y su tolerancia; que, por consiguiente, está en la mansión de los conquistadores virtuosos, no debes llorar por él. Todos los tigres de los haris, tu hijo, este Imperio de los haris y de los rikshas, de todos llegas a ser la protectora, ¡oh mujer irreproachable! Esos dos afligidos, Sugriva y Angada, consuélales poco a poco, ¡oh hermosa mujer! Que bajo tu tutela Angada ¡gobierne la Tierra! Asegurar el porvenir, reflexionar sobre lo presente, he aquí todo el deber del príncipe; es la orden del Destino. Angada debe ser consagrado rey de los monos; ¡que reciba la unción! Viendo a tu hijo sentado en el trono recobrarás la calma.»

Cuando ella oyó este lenguaje, Tará, a quien la desgracia de su esposo desolaba, respondió a Hanumat, de pie junto a ella: «De un lado, incluso cien hijos como Angada; de otro, el cadáver de este héroe: más vale que me quede con éste. Yo no sabría gobernar el reino de los haris, como tampoco Angada. Su tío paterno, Sugriva, estará a la altura de todos los acontecimientos. No, ese proyecto no es practicable, Hanumat, en lo que a Angada respecta. El pariente es para el hijo un segundo padre, no la madre, ¡oh el mejor de los monos! Refúzame junto al rey de los monos, mi esposo, nada hay *me, ni para mí en el otro mundo, ni en éste. Me corresponde compartir este lecho del héroe, caído frente al enemigo.*»



## SARGA XXII

## SUPREMAS RECOMENDACIONES DE VALI

Vali, que no tenía ya sino un soplo de vida y que lanzaba débiles suspiros, giró los ojos en torno suyo; primeramente reconoció a Sugriva, el nacido después de él, que ante él estaba. Dirigiéndose entonces a Sugriva, a quien la victoria aseguraba el Imperio de los plavagas, con voz clara le dijo en términos afectuosos: «¡Oh Sugriva!, no te acerques a mí con propósito culpable, a mí, que he sido arrastrado a la fuerza por un fatal extravío de la inteligencia. Nuestro destino, amigo, no era, tal me parece al menos, vivir dichosos el uno con el otro; la amistad, no obstante, natural es entre hermanos; para nosotros ha ocurrido de otra manera. Hoy tú recobras el Imperio de esos habitantes de los Losques; mientras que yo, sábelo, me voy a la mansión de Vaivasvata. Vida, reino, fortuna inmensa, todo lo dejo en un momento, así como una gloria sin tacha. En este supremo instante, lo que voy a decirte, valiente príncipe, por difícil que pueda ser, será preciso que lo hagas. Mira, tendido por tierra, el rostro bañado en lágrimas, a Angada, tan digno de ser dichoso, criado en la opulencia, y que aunque niño, no teniendo nada de niño. Mi hijo, que me es más querido que la vida, como salido de mis entrañas; él, al que abandono y que no merece ser abandonado, defiéndele contra todo peligro. Sé su padre, su bienhechor, su protector, en toda circunstancia. En los peligros, sé su refugio como yo lo he sido, ¡oh jefe de los plavagas! Nacido de Tará, este afortunado príncipe te iguala en valentía. En la matanza de los rakshas, te precederá. Cumplirá hazañas dignas de mí en el combate, este valiente héroe, este hijo de Tará, lleno de gloria, el joven Angada. Y esta hija de Sushena, profundamente hábil en discernir las cosas y versada en el conocimiento de los acontecimientos futuros, sean cuales sean, cuando ella te diga: Esto es bueno de hacer, hazlo sin dudar. Ninguna de las conjeturas de Tará ha dejado de realizarse. Lo que te proponga Raghava, cúmplelo asimismo resueltamente. Sería una falta no hacerlo, y te castigaria por su desprecio. Esta guirnalda celeste, de oro, cógela, Sugriva. La noble Srí que reside en ella la abandonaría a mi muerte.»

Oyendo estas palabras de Vali, fraternales y afectuosas, Sugriva, de alegre que estaba, se puso triste; pareciase al rey

de las estrellas, devorado por Rahú. Apaciguado por estas palabras de Vali, y deseoso de obrar como convenía, Sugriva, a invitación de su hermano, tomó su guirnalda de oro. Vali, tras haber legado así su guirnalda de oro, a punto ya de morir, miró a su hijo Angada, que estaba de pie ante él, y le dijo con ternura: «Conducete en adelante según los tiempos y los lugares; acepta indiferentemente el placer y la pena; en la alegría como en el infortunio, permanece sumiso a Sugriva. En verdad, guerrero de grandes brazos, que constantemente fuiste mimado por mí; pero no es viviendo de este modo como avanzarás gran cosa en la estima de Sugriva. No te alíes a los que no sean sus amigos, y con mucha menos razón a sus enemigos, ¡oh vencedor de tus adversarios! Atento sobre todo a los intereses de Sugriva, tu señor, los sentidos domados, séle fiel. No sientes hacia nadie afecto excesivo, pero tampoco desprecio: en una y otra cosa hay falta enorme: guarda, pues, el justo medio.»

Tras estas palabras, los ojos extraviados, sufriendo horriblemente a causa de la flecha, los formidables dientes chocan do unos contra otros, expiró:

Entonces fue una explosión de gritos de parte de los vanaras, privados así de su jefe. Todos aquellos plavagas escogidos deshiciéronse en lamentaciones: «En adelante, Kishkindhá ya no es sino un desierto: ¡el rey de los vanaras se ha ido al Cielo! Sus jardines son soledades, lo mismo que sus montañas y sus bosques. El tigre de los plavagas muerto; ¡los vanaras han perdido su brillo! Entabló una lucha terrible con un *gandharva*, el magnánimo Golabha, el de los grandes brazos. Diez años duró y luego cinco otros. Ni día ni noche el combate fue interrumpido. No obstante, el decimosexto año Golabha fue derribado. El temerario expiró a los golpes de Vali, el de los poderosos dientes. El que nos ponía al abrigo de todo peligro, ¿cómo ha caído él a su vez? El valiente jefe de los plavagas muerto, los habitantes del bosque ya no encontrarán asilo. Cual, en medio de grandes bosques infestados de leones, vacas cuyo amo ha muerto.»

Entonces Tará, sumergida en un océano de dolor, volviendo sus ojos hacia el rostro de su esposo fallecido, cayó a tierra, abrazando a Vali, semejante a una liana enlazada en torno a un árbol desarraigado.

## SARGA XXIII

## TARÁ LLORA SOBRE EL CADÁVER DE VALI

Besando la boca del rey de los monos, Tará, ilustre en el Mundo, dijo a su esposo muerto: «Por no haber desgraciadamente seguido mi consejo, ¡oh guerrero!, hete aquí extendido sobre un suelo áspero, cubierto de piedras, muy duro. Tú prefieres ahora, a mí, a la tierra como amante, ¡oh rey de los vanaras!, puesto que aquí estás abrazándola, mientras que a mí ¡ni me hablas siquiera! El Destino se ha puesto, ¡ay!, al servicio de Sugriva. Este bravo Sugriva, él mismo, ¡oh héroe que te complacias en las nobles hazañas!, la flor de los riskshas y de los vanaras rinden homenaje a tu valor; sus lamentaciones amargas, las del infortunado Angada, las quejas que yo exhalo, oyéndolas, ¿por qué no despiertas? Ese lecho de los fuertes en que tú reposas, tras haber perecido en el combate, es donde dormían en otros tiempos los enemigos abatidos por tus golpes; tú, vástago de una raza ilustre a causa de su heroísmo; tú, para quien la guerra era un juego, ¡oh mi bienamado! Has partido dejándome sola, sin protector, ¡arrogante monarca! No, el sabio no debe jamás dar su hija a un guerrero. Casada con un guerrero, yo perezco, tú lo ves, cayendo al punto en la viudedad. Mi orgullo abatido está; cerrada está para mí en adelante la vida de la salvación eterna. Hundida estoy en un océano de dolor sin fondo y sin límite. En verdad, que preciso es que sea de hierro mi corazón, de tal modo es duro, puesto que al ver a mi esposo muerto no se parte de pronto en cien pedazos. Mi amigo, mi esposo, que me era naturalmente tan querido. Este héroe, caído en el campo del honor bajo los golpes de un guerrero más poderoso, y entrado en los cinco elementos. La mujer que ha perdido a su esposo, aunque tenga hijos y sea rica en dinero y en granos, es una viuda: así dicen los sabios. ¡Oh héroe!, extendido estás sobre el cuadro formado por la sangre que mana de tus miembros, como antes en tu lecho guarnecido de seda roja. El polvo y la sangre cubren tu cuerpo por todas partes. No puedo enlazarte con mis brazos, toro de los plavagas. Sugriva hoy alcance el objeto que se proponía con esta lucha formidable. Un solo dardo lanzado por Rama le ha desembarazado de su terror. Esta flecha que se ha hundido en tu corazón me impide abrazar tu cuerpo; ¡no puedo sino mirarte, ahora que has entrado en los cinco elementos!»

Entonces Nila arrancó el dardo del cadáver. Como acostada en la caverna de un monte una serpiente inflamada de cólera, así brillaba el dardo que venía de arrancar. Semejante al Sol, cuyos rayos, detenidos por la cima del Asta, emergen de repente, así el cadáver dejó escapar por todas partes olas de sangre por sus heridas. Semejante a un arroyo mezclado con ocre oscuro que cae de la montaña, Tará, lavando el polvo del combate por el que estaba manchado, regó con lágrimas que brotaban de sus ojos a su valiente esposo, al que contemplaba yaciente, atravesado por la flecha de Rama, todos los miembros cubiertos de sangre.

La vanarí dijo a su hijo Angada el de los ojos rojos: «Ve, hijo mío, ¡de qué modo es lamentable la suerte final de tu padre! ¡He aquí el término de una hostilidad nacida de una perfidia! El cuerpo deslumbrador como el Sol, cuando se levanta, de tu padre descendido a la mansión de Yama; abraza, ¡oh hijo mío!, a este magnífico monarca.» Oyendo estas palabras, Angada, levantándose, cogió los dos pies de su padre con sus brazos gordezuelos, diciendo: «Soy yo.» Tará añadió: «En otro tiempo, cuando Angada te abrazaba; «Vive mucho tiempo, hijo mío», le decías. ¿Por qué ya no le hablas así? Heme aquí con mi hijo junto a tu cuerpo inanimado, como una vaca con su ternero al lado de un toro al que un león acaba de matar. Tras haber ofrecido el sacrificio del combate, con el arma de Rama a guisa de agua lustral, ¿por qué has procedido a esta ceremonia del baño sin tu esposa, sin mí? El regalo que te había hecho el rey de los dioses, lleno de contento, cuando tu duelo con el asura, esa encantadora guirnalda de oro, no te la veo ya; ¿por qué? El brillo de la realeza no te abandona ni después de tu muerte, ¡oh noble monarca!, lo mismo que, tras la puesta del Sol, el rey de los montes continúa brillando. Mi consejo saludable no le has seguido, no he podido retenerte. Tu muerte en el campo de batalla arrastra la mía y la de mi hijo. Sri me abandona a mí también.»

## SARGA XXIV

### REMORDIMIENTOS DE SUGRIVA

Viendo a Tará precipitada de aquel modo en un océano sin fondo de dolor, el venerable hermano nacido después de Vali sintió remordimientos por el fin de éste, excepcionalmente trágico. El rostro bañado en lágrimas, al ver a Tará, el espíritu

trastornado, el sabio Sugriva se acercó lentamente a Rama; sus servidores le rodeaban: estaba abrumado de tristeza. Raghava, lleno de nobleza y de gloria, tenía en la mano su arco y sus flechas, semejantes a serpientes; estaba de pie, adornado con sus insignias. Sugriva le abordó y le dijo: «Según tu promesa, ¡oh Indra de los hombres!, has cumplido este acto del que se ve el resultado. En medio de las alegrías de mi triunfo, ¡oh príncipe!, mi espíritu se turba en presencia del difunto. Esta reina que se lamenta dolorosamente, la ciudad gritando desesperada, tal es su desolación, el rey muerto, Angada hundido en la angustia, este espectáculo, ¡oh Rama!, quita a la realeza todo encanto a mis ojos. La cólera, el resentimiento, una excesiva irritación me han hecho aplaudir la muerte de mi hermano en un principio. Pero ahora, delante del cadáver de este jefe de los monos, ¡oh el mejor de los Ikshvaku!, un vivo dolor se apodera de mí. Más hubiera valido para mí, ahora lo veo, continuar viviendo mucho tiempo aún, tal cual lo practicaba, sobre la elevada cima del Rishyamuka, que hacer perecer a mi hermano y conquistar a este precio al tercer Cielo. «No quiero matarte, ¡Vete!» Así me decía ese magnánimo y sabio guerrero. Este lenguaje era digno de él, ¡oh Rama! Yo también, haciéndole perecer, he obrado de un modo conforme a mi naturaleza perversa. ¿Cómo un hermano me aprobaría, ¡oh Rama!, por la muerte de mi hermano, aunque hubiese carecido de virtud, cuando se reflexiona, ¡oh héroe!, sobre la esencia de la realeza y sobre la de la desgracia, por excitado que se estuviese a causa de la pasión? En verdad, él no tuvo la intención de matarme: tenía demasiada grandeza de alma para ello; y yo, en mi perversidad de espíritu, le he arrebatado cruelmente la existencia. En nuestras luchas, si, quebrantado a golpes de ramas de árboles, no podía impedirme de lanzar un grito, al punto me tranquilizaba diciéndome: «Ya no lo volverás a hacer, ¿verdad?» Sentimientos fraternales llenos de nobleza y rectitud fueron siempre los suyos, mientras que en mí, la cólera, la envidia, la naturaleza simiesca reveláronse siempre. Lo que no se debería jamás desterrar de su pensamiento, de su persona, de sus deseos y de su vista, es la culpabilidad en que yo acabo de incurrir, ¡oh amigo mío!, a causa de la muerte de mi hermano; ella iguala a la en que incurrió en tiempos Indra por la muerte del hijo de Tvashtar. Sin embargo, la culpabilidad de Indra, la tierra, el agua, los árboles se la distribuyeron, así como las mujeres; pero ¿quién podría soportar, quién querría asumir a su cargo esta criminal responsabilidad de

una simple gacela de las ramas como yo? Yo no soy digno de ser honrado de este modo por el pueblo, ni de ser asociado al trono, y mucho menos yo no merezco el trono mismo, tras haber perpetrado, ¡oh Raghava!, un acto tan desleal, que acarrea la destrucción de mi raza. He cometido un crimen infamante, innoble, reprobado por todos en este Mundo. Un dolor inmenso me llena como una lluvia torrencial a un barranco. Estoy aplastado como el ribazo de un río por un elefante enloquecido, colosal, que tuviera por miembros inferiores y por cola la muerte de mi hermano uterino; por trompa, por ojos, por cabeza y por colmillos, mis remordimientos, y que estuviera hecho de mi crimen. ¡Ah!, esta falta, cuyo peso es insoportable, ¡oh príncipe, hijo de Raghú!, ha destruido lo que había de bueno en mi corazón, cual el fuego consume el oro y no deja en su lugar sino una escoria informe. Esta multitud de poderosos jefes de los haris, ¡oh hijo de Raghú!, por mi falta y a causa de la violenta desesperación de Angada, están como medio muertos; lo veo. Bien educado, de buena naturaleza, de una docilidad perfecta, ¿qué hijo iguala a Angada? Y, no obstante, no es a su lado, ¡oh héroe!, donde hallaré lo que era para mí mi hermano uterino. Hoy, Angada, la flor de los valientes, si cesase de vivir, ¿le sobreviviría su madre, para ocuparse de él? No; sin su hijo, abrumada de dolor, moriría también, estoy seguro. Yo voy a subir sobre la hoguera abrasada, para volver a ganar el afecto de mi hermano y de su hijo. Estos monos, los mejores irán a buscar a Sitá por todas partes, allí donde tú les mandes. Tu empresa tendrá éxito completo incluso si yo muero, ¡oh hijo del Indra de los hombres! Yo, el destructor de mi raza, que no soy digno de vivir, tras el crimen que he cometido. ¡Oh Rama!, recibe mis adioses.»

A este lenguaje del desgraciado hermano el segundo de Vali, el bravo descendiente de Raghú, Rama, echóse a llorar; él, el destructor de los guerreros enemigos; al punto su espíritu se extravió. En aquel momento, sus ojos fueron de un lado para otro, los de él, sostén de la Tierra, el protector del mundo, Rama; advirtió entonces, en medio de su turbación, a Tará, que gemía bajo el peso de su infortunio. Aquella vanarí de hermosos ojos, la reina de los leones de entre los monos, estaba echada junto a su esposo, al que tenía abrazado. Los primeros ministros hicieron levantar a la valiente esposa del rey de los kapis. Toda temblorosa, al apartarla de su esposo, al que abrazaba, advirtió a Rama, con flechas y arco en las manos, al que su tejás hacía brillante como el

Sol. Revestido de todos los caracteres distintivos de los reyes, aquel príncipe de los hermosos ojos, al que no había visto jamás antes, la flor de los héroes, Tará la de los ojos de antílope joven le reconoció: «Es Kakutstha», se dijo. Este émulo de Indra, inaccesible, todopoderoso, la noble e infortunada vanarí, tan brutalmente precipitada en la desgracia, se acercó a él titubeante. Acercándose a Rama, el del alma pura, que, a causa de su valentía en los combates, conseguía siempre su propósito, la venerable Tará, el hermoso cuerpo ajado por la angustia, le habló en estos términos: «Tú eres de un heroísmo sin medida, inabordable; dueño de tus sentidos y de una suprema lealtad; tu gloria es imperecedera; tú estás lleno de sabiduría; tú eres el sostén de la Tierra; tus ojos son del color de la sangre. Tú llevas en la mano un arco y flechas; estás dotado de gran fuerza y de miembros vigorosos; tú renuncias a los placeres sensuales de este Mundo para gozar de la felicidad de los cuerpos divinos. El dardo con que has atravesado a mi bienamado, sírvete de él para matarme a mí también. Muerta, iré a reunirme con él; sin mí, ¡oh héroe! Vali no podría ser dichoso. Incluso en el Cielo, ¡oh tú, cuyos ojos se asemejan a los pétalos inmaculados del loto!, lejos de mi presencia, en medio y al ver a las apsaras, las de roja cabellera anudada de diferentes modos, las de maravillosa indumentaria, no podrá regocijarse. En el Cielo mismo, lejos de mí, ¡oh guerrero!, no sentirá sino pena y desagrado, lo mismo que tú, sobre los encantadores collados del Indra de los montes, lejos de la princesa del Videha. Tú sabes en qué modo, si está privado de su bienamada, el amante es desagraciado; en esta convicción, mátame para que Vali no sufra a causa de mi ausencia. Y si en la grandeza de tu alma reflexionas y te dices: «No quiero mancharme con la muerte de una mujer», debes decirte más bien: «Es la persona misma de Vali», y matarme; con lo que no será una mujer lo que habrás matado, ¡oh hijo del Indra de los hombres! En virtud de la costumbre legal, y según diversos textos védicos, las mujeres no son otra cosa que formas de hombres. Dar una mujer, es seguramente un presente que no tiene igual a los ojos de las gentes instruidas. Luego si tú me entregas a mi bienamado observando el deber, ¡oh guerrero!, mediante esta ofrenda no cometerás una falta inmolándome. Llena de dolor, sin apoyo, tenida aparte, en esta situación no debes escatimar mi vida. Tanto más cuanto que, lejos del sabio príncipe de los plavamgamas, el del alegre porte de elefante, el de la guirnalda de oro

maravillosa, insignia de su dignidad suprema, yo no podría subsistir mucho tiempo, ¡oh príncipe!»

Así habló Tará. El señor magnánimo, con objeto de consolarla, dijo juiciosamente: «¡Oh mujer de héroe, no te desolés! El Universo entero ha sido organizado por Vidhatar. Asimismo, todo este conjunto de bienes y de males es Vidhatar, según se dice, quien lo ha establecido así. Luego los tres mundos, sometidos a su voluntad, no podrían transgredir las leyes fijadas por él. He aquí por qué obtendrás tú esta suprema alegría y tu hijo la asociación al Imperio. El organizador habiendo instituido este orden de cosas, las esposas de los héroes no se quejan.»

Así consolada por el magnánimo y poderoso vencedor de sus enemigos, la esposa del valeroso Vali. Tará la del brillante traje, puso término a sus rumorosas lamentaciones.

## SARGA XXV

### FUNERALES DE VALI

Compasivo con el dolor de Sugriva, de Tará y de Angada, Kakutstha, al que Lakshmana acompañaba, les dijo para consolarles: «No es a fuerza de llorarle como se asegura la felicidad de un muerto. Vuestro deber presente cumplido sin tardar. Lo que os imponen las conveniencias del Mundo, lo habéis realizado vertiendo lágrimas. Contra Kala es inútil cuanto se haga. La Necesidad es la causa que regula los acontecimientos de este Mundo; es la Necesidad la que proporciona los medios de obrar; es la Necesidad la que hace aquí abajo a cada uno su condición. Nadie es agente de algo, sea lo que sea, ni amo, incluso si manda. El Mundo obra en virtud de su propia esencia. El Tiempo es su supremo asilo. El Tiempo no sobrepuja al Tiempo; el Tiempo no sufre disminución. Apoyado sobre su naturaleza, nadie va jamás más allá. Para el Tiempo no hay ni relación, ni principio, ni heroísmo; tampoco amigos ni relaciones amistosas que le retengan; para él no hay causa, es independiente del Atmán (320). En verdad, sí, el curso ineluctable del Tiempo impónese a las miradas de todo aquel que ve justo. El Deber, lo Útil y el Placer dependen de las vicisitudes del Tiempo. A causa de ello es por lo que Vali ha vuelto a encontrar su propia naturaleza; el rey de los plavagas ha cogido el fruto de sus obras, es decir, la santificación que le han valido los méritos adquiridos por su equidad y sus libe-



ralidades. Gracias a la observación de estos deberes, ese magnánimo ha conquistado el Cielo, y ha tomado posesión de él por no haber defendido su vida. Es el destino mejor el que ha obtenido el jefe de los haris. Basta de lamentaciones. Que se atienda a lo presente.»

Cuando Rama hubo acabado de hablar, Lakshmana, el matador de sus enemigos, dirigió a Sugriva, que estaba fuera de sí, el siguiente discurso: «Ocupate sin tardar, Sugriva, de la ceremonia fúnebre; con ayuda de Tará y de Angada, quema el cuerpo de Vali. Ordena que sea amontonada leña seca en gran cantidad, sándalo divino para las exequias. Apacigua el dolor de Angada, que tiene el corazón deshecho. Destierra toda pusilanimidad; esta ciudad está bajo tu dependencia. Que Angada traiga la guirnalda y las vestiduras de todas clases, la manteca, el aceite y los perfumes: todo lo que es necesario. Tú, Tará, ve a buscar unas angarillas a toda prisa. La diligencia es siempre digna de alabanza, sobre todo en estas circunstancias. Que plavagas habituados a los palanquines, llenos de habilidad y de vigor, estén dispuestos para transportar a Vali.»

Tras haber hablado así a Sugriva, el hijo de Sumitrá, Lakshmana, matador de los guerreros enemigos, fue a colocarse al lado de su hermano. A esta orden de Lakshmana, Tará, toda agitada, se apresuró a entrar en la caverna, el espíritu ocupado en lo de la litera. Pronto volvió con el palanquín, que llevaban monos vigorosos, a quienes esta tarea era familiar. Era una divina litera con un asiento magnífico; asemejábase a un carro; maravillosamente trabajada hasta por los bordes, estaba enriquecida con esculturas de madera. Reposando sobre magníficos pies, estaba perfectamente acondicionada; hubiérase dicho un palacio de siddhas; estaba provista de ventanas y balcones. Muy sólida, inmensa, verdadera obra de arte, era como una montaña de madera adornada con lindos decorados. Ornamentos de precio, cordones de perlas, coronas espléndidas la volvían deslumbradora; estaba recubierta de un enrejado y decorada con sándalo rojo. Llena de flores abundantes, de guirnaldas de lotos, centelleantes como la aurora, la festeaban.

Al verla, Rama dijo a Lakshmana: «Pronto, que se traiga a Vali y que se proceda a la ceremonia fúnebre.» Entonces, levantando el cuerpo, Sugriva le depositó, sollozando, sobre las parihuelas. Angada le acompañaba. Tras haber depositado sobre su lecho el cadáver, al que recubrió de adornos de todas clases, de guirnaldas y de telas, el rey Sugriva, jefe de los

plavagas, ordenó: «Que los funerales de mi noble hermano se hagan al borde del río.»

Delante marcharon los plavagas lanzando a profusión joyas de todas clases. La litera seguía inmediatamente. Los honores especiales que se ve rendir a los reyes en este Mundo, los vanaras se los concedieron a su señor aquel día. Los funerales de Vali empezaron al punto. Entonces, rodeando a Angada, Tará y los otros vanaras, avanzaron todos llorando al padre que acaban de perder. Por su parte, las vanarís que vivían bajo su autoridad marital reuniéronse todas y exclamaron: «¡Oh héroe! ¡Oh héroe!», deplorando la muerte de su bienamado. Todas las mujeres de Vali. Tará a su cabeza caídas en la viudedad, escoltaban a su esposo difunto, y lanzaban gritos penetrantes. Los clamores de aquellas vanarís, en medio del bosque, los ecos de oquedades y rocas los repetían por todas partes. En un banco de arena, solitario, rodeado de agua, que formaba el torrente salido de la montaña, los muy numerosos vanaras, habitantes del bosque, construyeron una hoguera; luego los excelentes portadores descargaron de sus hombros la litera. Todos mantuviéronse apartados, hundidos en su duelo. Entonces, Tará, contemplando a su esposo extendido sobre su lecho fúnebre, y teniendo la cabeza en su regazo, empezó a lamentarse presa del más vivo dolor: «¡Ah gran monarca de los vanaras! ¡Ah señor querido! ¡Ah príncipe ilustre y poderoso, mi bienamado, mírame! A toda esa multitud abatida por la pena, ¿por qué no la concedes una mirada? Tu cara continúa sonriente, incluso tras la muerte, ¡oh noble héroe! Aseméjase a los rayos del Asta, como durante tu vida. Es el Tiempo bajo la forma de Rama el que te ha alcanzado, ¡oh vanara! Un solo dardo lanzado por él en el campo de batalla nos ha vuelto a todas viudas. Tus vanarís, a las que ves aquí, ¡oh Indra de los reyes!, que ya no saben saltar, han recorrido paso a paso una ruta penosa, ¿no lo comprendes? ¿Es que ya no amas a estas mujeres de rostro brillante como la Luna? ¿Por qué no quieres ver ahora, ¡oh monarca de los plavagas!, a Sugriva? He aquí a tus consejeros, ¡oh rey!, Tará y los demás, y esta multitud de habitantes de la ciudad que entristecidos te rodean. Despide a tus ministros, como lo hacías antes, ¡oh vencedor de tus enemigos!, e iremos todas contigo por el bosque para gozar con nuestras amorosas distracciones.»

Así se lamentaba Tará, a quien el sentimiento por su marido sumía en la desolación. Las otras vanarís, abrumadas también por el dolor, la hicieron levantarse. Ayudado por Sugri

va, Angada transportó a su padre sobre la hoguera sollozando, los sentidos trastornados por la angustia. Al punto encendió el fuego, según los ritos, y dio la vuelta dejando a la derecha a su padre, cuya larga carrera había terminado; tenía los sentidos turbados. Tras haber cumplido, en honor de Vali, las prescripciones litúrgicas, los toros de los plavagas marcharon a hacer sus abluciones al río de aguas puras y afortunadas. Habiéndose reunido allí todos llevando a Angada a su cabeza, los vanaras, acompañados de Sugriva y de Tará, hicieron sus abluciones. Asociado al duelo de Sugriva, el poderoso Kakutstha, compartiendo su dolor, cumplió los ritos fúnebres. Vali, la flor de los héroes, lleno de gloria, al que el descendiente de Ikshvaku había matado con una flecha maravillosa; él, cuyo resplandor igualaba al de un brasero encendido, tras haber quemado su cadáver, el hari Sugriva volvióse junto a Rama, a quien Lakshmana acompañaba.

## SARGA XXVI

### CONSAGRACIÓN DE SUGRIVA

Los principales de entre los monos se pusieron de parte de Sugriva, abrumado de dolor, húmedos los vestidos a causa de las lágrimas. Abordaron al poderoso Rama, el de las imperecederas hazañas, y se mantuvieron de pie ante él, haciendo el anjalí, como los rishis delante del Abuelo de los mundos. Luego, semejante a una montaña de oro, el rostro brillante como el Sol cuando se levanta, Hanumat, el hijo de Maruta, haciendo el anjalí, le habló en estos términos: «Complácete, ¡oh Kakutstha!, en reintegrar a Sugriva en el vasto e inexpugnable reino de sus abuelos, el de los vanaras, los de hermosos dientes, esencialmente vigorosos, magnánimos, ¡oh señor!, y permítele que entre en su hermosa capital. Que en ella arregle todos los asuntos con el concurso de sus numerosos amigos, al salir del baño de la consagración, compuesto de perfumes y de hierbas aromáticas de todas clases, según los ritos. Te colmará muy especialmente de honores y de presentes en guirnaldas y en piedras preciosas. Esta maravillosa gruta, excavada en la montaña, te es preciso entrar en ella. Vincula los monos a su amo y hazles dichosos.»

A estas palabras de Hanumat, Raghava, el destructor de guerreros enemigos, le respondió con sabiduría y elocuencia: «Durante catorce años, querido Hanumat, yo no puedo en-

trar ni en un caserío ni en una ciudad, conformándome a la orden paterna. Esa caverna tan opulenta, divina, que Sugriva, el toro de los monos, entre en ella y que, siguiendo los ritos, ese valiente sea consagrado rey lo más pronto posible.» Tras haber hablado así a Hanumat, Rama dijo a Sugriva: «Tú que sabes tu deber, al virtuoso, noble y valiente héroe Angada asóciate al Imperio. Es el hijo primero de tu hermano mayor, al que iguala en bravura. Angada posee un alma enérgica; es digno de ser proclamado tu heredero. He aquí el primer mes de las lluvias, el Sravana, que trae los chaparrones; han llegado, amigo, los cuatro meses llamados lluviosos. No es el tiempo de las expediciones guerreras. Entra en tu ciudad soberbia. En cuanto a mí, querido, yo habitaré la montaña con Lakshmana, esa caverna excavada en la roca, agradable, vasta, bien aireada, de aguas abundantes, ¡oh amigo mío!, en donde se encuentran en cantidad kamalas y utpalas. Cuando el mes de Kartika haya llegado, disponte a hacer morir a Ravana; este es nuestro pacto; amigo, entra en tu mansión, recibe la unción real y regocíjate con tus amigos.»

Tras haber sido de este modo licenciado por Rama, Sugriva, el toro de los vanaras, penetró en la maravillosa ciudad de Kishkindhá, de la que Vali había sido el amo. En seguimiento de su señor, millares de vanaras entraron en ella; rodearon por todos lados al jefe de los plavagas. Entonces toda la multitud, al ver al monarca de los haris, prosternóse a la vez, la frente contra el polvo, Sugriva, lleno de valentía, dirigiéndose a todos sus súbditos, les hizo levantarse. El poderoso héroe fue al encantador gineceo de su hermano. Cuando estuvo dentro, aquel formidable guerrero, Sugriva, el toro de los vanaras, sus amigos le consagraron rey, como los inmortales al dios de los mil ojos. Le trajeron un quitasol blanco, adornado con oro, dos magníficos espantamoscas en cola de yak, con los mangos deslumbradores, perlas de todo género, granos, hierbas de todas especies, ramas de árboles con toda la savia, flores, telas ricas, una blanca pomada, guirnaldas perfumadas, plantas agrestes y acuáticas, sándalo divino, aromas variados y numerosos, granos tostados, oro, el priyangu, miel y manteca, leche agria, una piel de tigre, un par de ricas sandalias. Provistas de perfumes, del gorocana y de la manahsila (321), presentáronse entonces dieciséis hermosas jóvenes. Se procedió, según los ritos, a la consagración del mejor de los vanaras, tras haber provisto abundantemente a los toros de entre los Dos-veces-nacidos de piedras preciosas, trajes y víveres.

Gentes expertas en los mantras, prepararon las hierbas kusa que tenían que llenar el suelo, encendieron el fuego y en él echaron el soma purificado con ayuda de fórmulas santas. Se instaló a Sugriva, en medio de rezos litúrgicos, sobre un trono soberbio, con la base de oro, recubierto de ricas colgaduras, con baldaquino de triple piso, encantador, adornado de maravillosas guirnaldas, cara al oriente. Los toros de los vanaras habían ido por todas partes al borde de los ríos y corrientes de agua, así como a los tirthas, y a todos los océanos para coger allí un poco de agua pura, que trajeron en cántaros de oro Kankana. Con ayuda de brillantes cuernos de toro y de vasos de oro kankana, de acuerdo con las prescripciones de los *Sastras* y a las enseñanzas de los grandes rishis, Gaja, Gavaksha, Gavaya, Sarabha, Candhamadana, Mainda, Dvidida, Hanumat y Jambavat, rociaron a Sugriva con aquella agua límpida y perfumada, como en otro tiempo los vasus a Vasaba, el de los mil ojos.

Cuando la consagración de Sugriva hubo terminado, todos los magnánimos toros de los vanaras lanzaron alegres vivas cien mil veces. Con objeto de conformarse a las palabras de Rama, Sugriva, el rey de los vanaras, abrazó a Angada y le instituyó príncipe heredero. Angada, habiendo recibido esta investidura, entonces fueron las aclamaciones por parte de los magnánimos *playamgamas*: «¡Bravo! ¡Bravo!», exclamaron, y congratularon a Sugriva.

Rama, el de la gran alma, y Lakshmana, todos a porfía, celebraron gozosos sus alabanzas en tal ocasión. Una multitud alegre y completamente satisfecha llenó las calles, adornadas de banderas y estandartes de la encantadora ciudad de Kishkindhá, excavada en la montaña. Tras haber comunicado al noble Rama la gran ceremonia de la consagración y recobrado a Rumá, su esposa, el heroico general del ejército de los monos entró en posesión de su reino, semejante al jefe de los Treinta.

## SARGA XXVII

### RAMA DESCRIBE EL PRASRAVANA. ES RECONFORTADO POR LAKSHMANA

El mono Sugriva consagrado e instalado en la caverna, Rama se retiró con su hermano al Prasravana. Aquel monte resonaba con los gritos de los tigres y de las gacelas; estaba poblado de leones, los de los formidables rugidos; zarzales

y lianas de todas clases le obstruían; estaba plantado de numerosos árboles. Osos, vanaras, gopucchas y linceos le habitaban. Asemajábase a un montón de nubes, siempre resplandeciente de luz y de hermosura. En su cima había una grande y espaciosa caverna, que se escogió como morada Rama, acompañado de Sumitri. Tras haber hecho alianza con Sugriva, Rama, el irreprochable descendiente de Raghú, dijo algunas palabras, llenas de oportunidad y de importancia, a su respetuoso hermano Lakshmana, que aumentaba su felicidad: «Esta caverna rocosa es agradable, vasta y bien ventilada. Es preciso que nos establezcamos en ella durante la estación de las lluvias, ¡oh Sumitri, vencedor de tus enemigos! Esta cima, la más elevada del monte, es encantadora, ¡oh príncipe! Rocas blancas, negras y rojas la decoran; abunda en metales de todas clases; las ranas de río pululan en él. Está lleno de numerosos sotillos de árboles y lianas encantadoras; variedades de pájaros gorjean aquí; pavos reales soberbios se hacen oír. Matorrales de kundas y de malatis, sinduvaras, sirishakas, kadambas, arjunas y sarjas le embellecen con sus flores. He aquí un estanque maravilloso, festoneado de lotos descogidos, inmediato a nuestra caverna, ¡oh príncipe! La roca en que ha sido excavada descende del lado nordeste, lo que hará la permanencia en ella agradable; y como se levanta por el oeste, estaremos al abrigo de los vientos. A la entrada, ¡oh Sumitri!, hay una piedra lisa, de un hermoso negro, ancha y semejante a un montón de colirio, mezclado con aceite. Esta cresta de montaña, al norte, amigo, mira, es magnífica. Diríase un montón de colirio aceitoso, o, mejor, ¡una nube inmóvil! Al sur, extiéndese como un blanco tejido, semejante a la cima del Kailasa, con los metales de todas clases que le vuelven deslumbrador. Mira, deslizándose al este, delante de la gruta, ese río de aguas abundantes y limpidas, semejantes al Jahnvi sobre el Trikuta. Candanas, tilakas, salas, tamalas, atmuktakas, padmakas, saralas, asokas, le embellecen. Vaniras, timidas, bakulas, ketakas, hintalas, tinisas, nipas, vetasas, krimatalakas, cruzan sobre sus bordes, adornándole por todas partes de ornamentos diversos. Cual una mujer cubierta de trajes y joyas preciosas. Centenares de bandadas de pájaros le hacen resonar con sus cantos variados; parejas de cakravakas la alegran con sus retozos amorosos. Forma encantadores islotes. Hamsas y sarasas le frecuentan. Tiene un aspecto riente, y numerosas perlas hacen brillar sus aguas. Aquí está tapizado de lotos azules; allá centellea de lotos rojos; más lejos resplandece de blancos, de divinos ramos de kumudas.

Los pariplavas juegetean en él a centenares; los pavos reales y los krauncas hacen resonar con sus gritos este río lleno de encantos y de atractivos en los que moran tropas de munis. Mira aún, graciosamente agrupados de cinco en cinco, esos sándalos y esos kakubhas; su simetría parece el efecto de una voluntad inteligente. ¡Ah, qué delicioso lugar, oh Sumitri, látigo de tus enemigos! Regocijémonos vivamente; tendremos una estancia feliz. Además, no estará muy lejos Kishkindhá, esa maravillosa caverna, la ciudad del admirable Sugriva, ¡oh príncipe! Cantos e instrumentos de música se dejan oír aquí, ¡oh el más ilustre de los triunfadores! Son los vanaras que se divierten al son de mridangas y acambaras. Tras haber recuperado a su esposa y su reino, el príncipe de los monos, rodeado de sus amigos, Sugriva, celebra seguramente la vuelta de su gran prosperidad.»

Tras estas palabras, Raghava se instaló con Lakshmana en aquel monte del Prasavana, donde había tantas grutas y bosquecillos que admirar. A pesar de los atractivos y las riquezas de aquella montaña, donde habitaba, Rama no podía gustar el menor placer. Acordábase de la mujer que le había sido arrebatada y que le era más querida que sus alientos vitales, sobre todo viendo a la Luna planear en la cima del monte. El sueño no le visitaba; las noches las pasaba en su lecho suspirando, el espíritu turbado por una pena siempre presente. Kakutsiha se desolaba presa de perpetuo dolor; su hermano Lakshmana, cuya aflicción era igual, le dijo palabras afectuosas: «Basta de lamentaciones, ¡oh héroe! Es preciso no apenarte de este modo. A quien se desola nada le sale bien, tú lo sabes perfectamente. Despliega una gran actividad en este Mundo; ten confianza en Dios; está lleno de fe, de virtud, de energía, ¡oh Raghava! Si estás enervado no podrás, en verdad, vencer en la lucha contra ese rakshasa, tu enemigo; es un guerrero lleno de astucia. Destierra tu pena, afiánzate en tu resolución, y entonces te será permitido triunfar de ese rakshasa y de quienes le rodean. La Tierra misma, ¡oh Kakutsiha!, con sus océanos, sus bosques y sus montañas, podrías derribar; con mucha más razón a ese Ravana. Espera el otoño, pues he aquí llegada la estación de las lluvias, y entonces destruirás a Ravana, su reino y su tribu. Sí, cierto, quiero despertar tu valentía dormida, como a la hora de la ofrenda mediante libaciones ardientes se despierta el fuego escondido bajo la ceniza.»

El consejo útil y saludable de Lakshmana, Raghava le acogió con deferencia; le respondió con tono amistoso y tierno: «Es bajo la inspiración de la abnegación, del afecto, de la sa-

biduría y del verdadero valor como acabas de hablarme, Lakshmana. Lejos de mí en adelante la pena, que es la ruina de todas las empresas. Este coraje que las expediciones peligrosas no podrían abatir, quiero reavivarle. Esperaré el otoño y seguiré tu opinión, contando con el benévolo concurso de Sugriva y de los suyos. El hombre que ha prestado servicio tiene derecho a ser pagado, a su vez; el ingrato que no sabe reconocer un beneficio, pierde la estima de las gentes de bien.»

Este juicioso lenguaje fue aprobado por Lakshmana, que le escuchó con respeto, haciendo el anjalí. Luego dijo a Rama, que había vuelto a adquirir su aire contento, mostrándose él mismo lleno de alegría: «Tienes razón, jefe de los hombres; el vanara hará sin falta lo que desees. Mientras llega el otoño, soporta estas lluvias, resuelto a matar a tu adversario. Refrena tu cólera, y pasemos, esperando el otoño, estos cuatro meses juntos. Permanece en esta montaña habitada por reyes de las fieras y está dispuesto a matar a tu enemigo.»

## SARGA XXVIII

### DESCRIPCIÓN, POR RAMA, DE LA ESTACIÓN DE LAS LLUVIAS

Tras haber matado a Vali y entronizado a Sugriva, Rama se estableció en la meseta del Malyavat y dijo a Lakshmana: «He aquí venido el tiempo, hela aquí la estación de las lluvias. Mira: el cielo está cargado de nubes semejantes a montañas. El embrión formado durante nueve meses bajo la acción de los rayos solares con ayuda de los cuales bebe el agua de los océanos, el cielo da nacimiento a este elixir de vida. Subiendo hasta el cielo por la escalera de las cuales las nubes son los peldaños, se podría adornar al Sol con guirnaldas de kutajas y de arjunas. El cielo, cual si estuviese herido, parece vendar sus heridas con trozos de tela hechos con nubes húmedas, teñidas con los colores vivos del crepúsculo, cobrizas y blancas en los bordes. Con el dulce aliento que toma prestado a la brisa, el color de azafrán que le da el crepúsculo y sus nubes blancas, el cielo parece enfermo de amor. Atormentada por los ardores solares, regada por una lluvia reciente, la Tierra, lo mismo que Sitá, abrumada por la tristeza, deja escapar sus lágrimas. Salidos del seno de las nubes, frescos como las hojas del karpura y perfumados como el ketaka, los alientos del aire podrían ser bebidos en el hueco de las dos manos. Esc monte de las arjunas descogidas, plantado de ketakas, y, com



Sugriva, sus enemigos apaciguados, recibe la unción él también, en forma de chaparrones. Vestidos de picles de antílopes bajo la forma de negras nubes, llevando el cordón del sacrificio en forma de gotas de lluvia, con sus cavernas llenas de vientos que les prestan su voz, los montes son como discípulos estudiosos de brahmanes que repiten su lección. Desgarrado por los relámpagos como cintas de oro, el cielo parece lanzar grandes gritos de dolor. Ese relámpago que se agita convulsivamente en el seno de una nube sombría es, a mis ojos, la imagen de la venerable Vaidehí, debatiéndose entre los brazos de Ravana. Esas regiones afortunadas de enamorados, vueltas inaccesibles, son como noches nebulosas y sin estrellas. A veces, inundados en lágrimas, ellos, que suspiraban por la lluvia, esos kutajas que ves ahí, Sumitri, en plena floración, plantados en las aristas de la montaña, vuelven a encender mi amor, en medio de las penas que le agotan. El polvo ha caído; sopla ahora un viento frío; los ardores estivales se han apagado; las expediciones guerreras de los monarcas han sido suspendidas; los viajeros retornan a sus países. Los cakravakas, en su prisa por volver a alcanzar el Manasa, han partido con sus tiernas compañeras. Los vehículos no se aventuran ya por los caminos desfondados por abundantes aguaceros. Ora brillante, ora oscuro, el cielo está sembrado de nubes con frecuencia detenidas por la montaña; toma entonces el aspecto de un mar en calma. El agua recientemente caída, en la que flotan flores de sarjas y de kadambas, y que las rocas metalíferas amarillentan, los torrentes de las montañas las arrastran rápidos, en medio de los gritos de los pavos reales. Llena de sabor, dorado como la abeja, se come con placer la fruta del jambú. Con sus tintes múltiples, sacudido por el viento, el fruto del amra cae maduro a tierra. Con los relámpagos por estandartes y las filas de balakas como guirnaldas, las nubes, semejantes a amontonamientos de altas montañas, lanzan retumbantes clamores: diríanse Indras de elefantes, borrachos de mada y dispuestos para el combate. Sus pradillos recubiertos por la inundación, en medio de las danzas gozosas de los pavos reales; el bosque, cuando la lluvia ya no cae, mira, al llegar la noche, ¡con qué resplandor intenso brilla! Cargadas con un peso de agua enorme, las nubes frecuentadas por las garzas reales lanzan gritos, y viajan reposándose frecuentemente sobre los picos elevados de las montañas. Enamoradas de las nubes, con su vuelo circular y gozoso, esa bandada de garzas asemejase a una brillante y maravillosa guirnalda de pundarikas, flotando a capricho de los

vientos, suspendida en el espacio. La tierra con su césped fresco, sembrado en su centro de mariposas jóvenes, aseméjase a una mujer cuyos miembros estuviesen envueltos por una tela de un hermoso verde-loro, moteado de laca roja. Nidra alcanza lentamente a Kesava; el río alcanza rápido al océano; gozosa, la corneja júntase con su nube; la amante apasionada júntase con su bienamado. Helos aquí a los bosquecillos alegrados por la danza de los pavos reales; helos aquí, en medio de las vacas, los toros que comparten su amor; he aquí a la Tierra, de la cual las cosechas y los bosques son la alegría. Arrastran y derraman sus aguaceros, se rejuvenecen, centellean, absorben en sus pensamientos, danzan, respiran en paz, los ríos, las nubes, los elefantes borrachos de mada, los bosques, los enamorados alejados de sus bienamadas, los pavos reales, los monos. Alegres, embriagados por el aroma de los ketakis en flor, en medio de las cascadas cuyo ruido les enloquece, los Indras de los elefantes mezclan su mugido amoroso al grito de los pavos reales. Magulladas por los aguaceros, el licor abundante de los jugos de las flores que habían libado alegremente en las ramas del kadamba, las moscas de miel la dejan caer gota a gota. Con sus frutos, semejantes a montones de carbón vuelto ceniza, llenos de sabor y numerosos, las ramas de los jambús parecen cargadas de enjambres de abejas. Ornados de relámpagos a guisa de oriflamas, con sus formidables y sordos gruñidos, las nubes aseméjase a vanaras ávidos de combates. Mientras que, siguiendo el sendero a través de rocas y bosques, el Indra de los elefantes escucha detrás de él el estruendo de las nubes, ha permanecido; luego, impaciente por empezar la lucha, temiendo que aquello fuese un grito provocador, se vuelve furioso. Llenos, ora de enjambres zumbadoras, ora de pavos reales de cuello azul que danzan, o de grandes elefantes en celo, los bosques toman aspectos múltiples. Abundando de kadambas, sarjas, arjuna y kandalas la selva, el suelo inundado de agua a guisa de vino, los pavos reales embriagados que gritan y que danzan, tiene el aire de una sala de banquete. Las gotas de agua, semejantes a perlas que caen límpidas en los pliegues de las hojas, donde permanecen, alegres, el plumaje variado, los pájaros las beben, encantados de este don del Indra de los suras (322). El dulce zumbido de los enjambres de abejas, el alegre croar de las ranas, mezclados a los gruñidos de las nubes, semejante a redobles de tambor, forman en el bosque un verdadero concierto. Aquí entran en danza, allí lanzan gritos, más allá, encaramados en las copas de los árboles, la

cola colgando, los pavos reales, en los bosques, parecen organizar sus coros. Despertadas por el estruendo de las nubes, las ranas, saliendo de su sueño letárgico, cambiadas de forma, de tamaño, de color y de voz, azotadas por las lluvias recientes croan sin cesar. Los ríos, con los cakravakas planeando en el espacio, arrastrando sus bordes, hundidos, orgullosos y felices de su nuevo manto, se van a encontrar, sin obstáculo, a su señor el Océano. Las nubes sombrías, cargadas de nuevos chaparrones, parecen soldadas a las oscuras regiones; diríanse rocas calcinadas por un incendio del bosque. Los elefantes yerran por en medio de los encantadores bosquecillos, que los pavos reales llenan con sus gritos de embriaguez, y por los pradillos sembrados de mariposas, plantados de nipas y de arjunas. Besando con fuerza a los lotos en los estambres batidos por los recientes aguaceros, así como a las flores nuevas del kadamba de estambres igualmente húmedos, las abejas beben en ellos con delicia. Los Indras de los elefantes están borrachos; los Indras de las vacas se regocijan en los bosques; los Indras de las fieras multiplican sus saltos; los Indras de los hombres están en éxtasis; no sienten ya sus fatigas los Indras de los hombres; el Indra de los suras loquea, bajo la influencia de las nubes. Las nubes, haciendo desbordarse a océanos y ríos al dejar caer del cielo enormes cantidades de agua, precipitan los ríos arrastrando sus bordes, los estanques, los lagos, la Tierra entera. La lluvia cae a torrentes impetuosos; los vientos soplan con extremada violencia; los ríos de orillas devastadas ruedan sus aguas rápidos; los caminos se han puesto impracticables. Semejantes a reyes que bañan a sus servidores, los Indras de las montañas, regados por las nubes que a guisa de jarro derraman sobre ellos al Indra de los suras, ayudado, a modo de complemento, por Pavana (323), brillan con una hermosura que parece su brillo natural. El cielo está cubierto de nubes; ya no se ven ni estrellas ni Sol; la tierra está saturada de agua a causa de los recientes chaparrones; invadidos por la oscuridad, los puntos cardinales no pueden ya ser reconocidos. Los elevados picos de las montañas, lavados por la lluvia, proyectan un vivo resplandor con sus anchas cataratas de largos circuitos, que se desarrollan cayendo, semejantes a guirnalda de perlas. Contrariadas en sus saltos por las anfractuosidades de la roca, las grandes cascadas de las más altas montañas precipitanse en medio de las grutas que llenan los gritos de los pavos reales, brillantes como collares de perlas que se desgranar. Esos rápidos y largos torrentes, tras haber bañado las paredes in-

feriores da las cimas rocosas, semejantes a guirnaldas de perlas, se hunden en las profundidades inmensas de las cavernas donde se encuentran aprisionados. Como si, en la violencia de su amor, las mujeres que habitan el Cielo hubiesen roto sus collares de perlas, caen por todas partes sobre las regiones aguaceros sin igual. Cuando los pájaros se ocultan, los lotos se cierran; pero, en cambio, se descoge malatí (324): en estos signos se reconoce que el Sol se ha retirado tras el Ásta. Los reyes suspenden sus expediciones guerreras, e incluso el ejército en marcha se detiene; las hostilidades cesan, pues los caminos desaparecen bajo el agua. Es el mes de Praushthapada, que los brahmanes, cantores de samans, que se proponen recitar el *Veda*, escogen para estudiar. Seguramente ha terminado sus trabajos y completado sus provisiones Bharata, el jefe de Kosala, puesto que ha llegado al mes de Ashada. Ahora que corre hasta los bordes, la corriente del Sarayú aumenta en violencia; diríase el ruido de las aclamaciones con que Adydhya saluda mi vuelta. Esos aguaceros de capas inmensas, Sugriva escucha su ruido con placer: él, que ha vencido a su enemigo, recobrado a su esposa y reconquistado su vasto reino. Yo, separado de mi mujer, expulsado de mi Imperio inmenso, yo me parezco a la orilla de un río arrastrada por la corriente; soy precipitado en el abismo, Lakshmana. Mi dolor es sin límites, las lluvias me cierran todos los caminos, y Ravana me parece un adversario formidable, invencible. En presencia de esta imposibilidad de viajar, de esos caminos impracticables, no obstante su abnegación, nada he pedido a Sugriva. Tras largos sufrimientos, reunido al fin con su esposa, a causa de la importancia de los asuntos personales, no quiero tener entrevista con el vanara. Por lo demás, tras haber descansado, cuando vea que ha llegado el tiempo, Sugriva se acordará él mismo del socorro que me ha prometido; no hay duda. He aquí por qué estoy a la expectativa, ¡oh tú, que tienes los signos de la felicidad! Sugriva y los ríos espero que me sean favorables. El beneficio obliga a los hombres al reconocimiento: el ingrato, que no sabe devolver el beneficio recibido, hiere en el corazón a las gentes honradas.»

Lakshmana, haciendo el anjalí, aprobó muchísimo este lenguaje que había escuchado religiosamente. Dijo a Rama el del muy amable aspecto, adoptando él mismo un aire gozoso: «Ese deseo que acabas de expresar, ¡oh príncipe!, el rey de los haris no tardará en satisfacerle completamente. Espera el otoño y deja pasar la estación de las lluvias, afianzándote en la resolución de vencer a tu adversario.»

## SARGA XXIX

## HANUMAT INSTA A SUGRIVA A QUE CUMPLA SU PROMESA

Hanumat veía el cielo otra vez sereno, sin relámpagos ni nubes, lleno del grito de los sarasas y maravillosamente acicalado por la luz de la Luna. Sugriva, no obstante, conseguido su propósito, ocupábase negligentemente de sus deberes y de sus intereses, el espíritu abandonado sin medida, todo entero, a las prácticas de los perversos. Abandonaba el cuidado de sus negocios, conseguido su propósito; se entregaba constantemente a la voluptuosidad con las mujeres, y satisfacía todos sus caprichos amorosos. Pasaba el tiempo, día y noche, con Rumá, su esposa preferida, y también con Tará, a la que amaba igualmente, su propósito conseguido, sus terrores disipados, cual el Amo de los dioses, divirtiéndose con los coros de gandarvas y de apsaras. Dejaba, sin ocuparse, el cuidado de los asuntos a sus ministros. Su Imperio, no corriendo peligro alguno, estaba como esclavo de sus placeres. Viendo esto, Hanumat, lleno de experiencia, comprendiendo lo que convenía hacer, y sabiendo discernir los momentos y los deberes el elocuente hijo de Maruta, acercándose al rey de los monos que era capaz de comprender lo que se le decía, le habló con lenguaje variado, lleno de sentido y de atractivo. Util, verdadero, saludable, conforme, a la vez, al deber, al interés, a la buena política, inspirado por el respeto y el afecto, pronunciado con firmeza: tal fue el discurso que, abordándole, Hanumat dirigió al jefe de los haris:

«Has reconquistado tu reino y tu gloria; la prosperidad de tu familia ha crecido; te queda ahora ocuparte de tus amigos; es tu deber. Aquel que, discerniendo los tiempos, se conduce siempre bien en lo que afecta a sus amigos, su reino, su gloria, su poder mismo aumentan. Tesoro, cetro, amigos, existencia personal, ¡oh príncipe!, aquel que pone todo esto al mismo nivel adquiere un vasto Imperio. Que ésta sea tu manera de obrar; afiánzate en el sendero de la lealtad; he aquí lo que debes hacer por tus amigos, conformemente a tu promesa. Aquel que no deja todo lo demás para ocuparse de los intereses de sus amigos, sean cuales sean sus solicitudes y sus esfuerzos, choca con el fracaso. Así como el que deja pasar la ocasión de acudir en ayuda de sus amigos, por grandes cosas que cumpla, no le sirve para nada. Nosotros dejamos escapar esta ocasión de servir a los intereses de nuestro

amigo Raghava. Ocupémonos, pues, de buscar a Vaidehí. No te recuerda que el término fijado ha transcurrido, bien que sepa discernir el tiempo, el considerar que, aunque con prisa, ese sabio príncipe, ¡oh rey!, entrégase a tu buena voluntad. Es a Raghava a quien debes la prosperidad de tu familia; no olvides, además, que tiene una parentela inmensa, que su poder es sin medida; sus cualidades personales, incomparables. Devuélvele el servicio que él te ha prestado primero. Convoca, ¡oh jefe de los haris!, a la flor de tus súbditos. El plazo no es demasiado aún, mientras Rama no te constriña a cumplir tu promesa; pero si esperas a que te fuerce a ello, será demasiado tarde. Incluso si no hubiese hecho nada por ti, deberías ocuparte de su asunto, ¡oh jefe de los monos! Con mucha más razón debes reconocer el servicio que te ha prestado, restableciéndote en tu reino, y matando a Vali. Eres poderoso, tu valor es extremado, ¡oh tú, que mandas en los grupos de vanaras y de rikshas!, ello no hace sino obligarte más a satisfacer a Dasarathi. Aunque seguramente Dasarathi con sus dardos puede domar a los suras, a los asuras y a las grandes serpientes, espera que tú desempeñes tu palabra. No fue sin riesgo de la vida como te procuró esta gran felicidad. En busca de su Vaidehí recorramos, pues, la Tierra e incluso el aire. Devas, danavas, gandharvas, asuras, acompañados de tropas de maruts, como tampoco los yakshas podrían hacerle temblar; con mucha menos razón los rakshasas. Rama, dotado de este poder, que te ha ayudado precedentemente, te es preciso, príncipe de los pingas, emplearte con toda tu alma en complacerle. Abajo, en las regiones subterráneas, en las aguas, arriba, en los aires, ninguno de nosotros dudará en transportarse, a tu voz, ¡oh jefe de los kapis! Regula, pues, quién debe marchar, cómo y en qué orden. Monos indomables hay más de un kotí, príncipe irrefutable.»

Cuando oyó este lenguaje lleno de oportunidad, de razón, Sugriva, dada su rectitud, tomó una decisión suprema. Prescribió muy sabiamente a Nila, de una valentía infatigable, que reuniese de todas partes a todas las tropas: «Mi ejército todo entero con sus jefes y su generalísimo, al que nada detiene, reúnelos al instante. Los plavagas apostados en las fronteras son ágiles y bravos; que lleguen apresuradamente a mi llamada; vela personalmente a que sea inmediatamente obedecido. El vanara que emplee más de tres veces cinco días en presentarse aquí, la muerte será su castigo; no habrá excepciones. Los monos de edad, ve a buscarlos con Angada; cumple mis órdenes puntualmente.»

Tras haber dispuesto todo de este modo, el jefe de los toros de entre los haris, el valiente Sugriva, entró en su morada.

## S A R G A   X X X

### DESCRIPCIÓN DEL OTOÑO

Sugriva entrado en su palacio, el cielo libre de sus nubes. Rama, que había permanecido durante la estación de las lluvias abrumado por la violencia de su amor y de su tristeza, al contemplar el cielo blanco, el orbe inmaculado de la Luna, el aspecto de las noches otoñales de tonos luminosos, viendo a Sugriva llevar una alegre vida, pensando en la pérdida de la hija de Janaka, y dándose cuenta de que el tiempo había transcurrido; cayó en profundo abatimiento. Bien que, reponiéndose pronto, el sabio príncipe Raghava permaneció, no obstante, absorto pensando en Vaidehí. Al contemplar el cielo sereno de nuevo, desembarazado de sus nubes tempestuosas, resonante a causa del grito de los sarasas, gimió con voz doliente. Sentado en la cima de un monte rico en mineral de oro, en presencia de aquel cielo de otoño, transportábase con el pensamiento hacia su bienamada.

«Mi joven esposa que se complace con los cantos de los sarasas del bosque, de los cuales imita la voz, ¿qué alegría puede gustar ahora? Al contemplar los almohadones de flores, brillantes como el oro, inmaculados, ¿cómo la joven mujer podrá encontrar placer en este espectáculo en mi ausencia? Ella, que antes, despertada por los dulces cantos de los kalahamsas, Sitá, la del dulce lenguaje, la del cuerpo enteramente gracioso, ¿qué alegría puede sentir? Y cuando oiga los gritos de los cakravakas viajando en bandadas, la princesa de los grandes ojos de loto, ¿qué será de ella? Estanques, ríos, lagos, bosques, selvas recorriéndolos ahora sin Sitá la de los ojos de gacela, yo no experimento placer alguno. Por su parte, en mi ausencia y dada su ternura, mi bienamada debe sufrir cruelmente del amor que la inspiran los encantos sin fin del otoño.»

Así se lamentaba el mejor de los hombres, el hijo de rey, semejante al pájaro saranga, cuando solícita agua del jefe de los Treinta. En aquel momento, Lakshmana, de vuelta tras haber recorrido cuidadosamente, en busca de frutas, los collados encantadores de la montaña, advirtió a su hermano mayor. Viéndole absorbido en sus abrumadores pensamientos, el espíritu extraviado, solo en aquel desierto, el sabio Sumitri, a

quien la tristeza de su infortunado hermano hacía al punto muy desgraciado, le dijo: «¿Por qué, noble príncipe, hacerte esclavo de tu amor? ¿Por qué este rebajamiento de tu carácter enérgico? Tu turbación te impide meditar, ¿por qué no cedes aquí ante el yoga? La tranquilidad de espíritu necesaria a la práctica de las obras, el tiempo escogido tras maduras reflexiones, la fuerza de tu aliado; en vista de tu propósito explótalos sin desfallecimiento, amigo. No, la hija de Janaka, ¡oh protector de la raza humana!, con tu apoyo no será fácilmente accesible al enemigo; nadie se atrevería a acercarse a la llama de un brasero ardiendo sin quemarse, ¡oh guerrero lleno de valor!»

Rama respondió al indomable Lakshmana unas palabras características, dignas de su naturaleza: «Tu lenguaje es útil y saludable, lleno de sentido, conforme igualmente al deber y al interés. Sin duda, es preciso obrar, es preciso prevenir; esta empresa debe ser intentada; cuando se es poderoso, invencible, lleno de juventud, de valentía, no se debe dudar del éxito.» Luego, pensando siempre en Maithilí la de los ojos grandes como las hojas del loto, Rama dijo a Lakshmana, con el rostro abatido: «El dios de los mil ojos, tras haber saturado de agua la tierra y hecho germinar las mieses, su obra cumplida, descansa. Las nubes, tras haber, en medio de clamores sordos y prolongados, recorrido los montes, los bosques y ciudades, derramando sus aguaceros, permanecen tranquilas, ¡oh príncipe! Los nubarrones, negros como las hojas del nilotpala, que habían ensombrecido las diez regiones, semejantes a elefantes al salir de la embriaguez, han apagado su furor. El vientre hinchado por las aguas, las grandes nubes, tras haber visitado los perfumados bosques de kutajas y de arjunas, sembrando la lluvia y el viento, en su vuelo aéreo, ¡oh amigo mío!, se han detenido. Los clamores de los rebaños de elefantes y de los grupos de pavos reales, así como el de los chaparrones se han apagado, ¡oh Lakshmana, que fuiste siempre sin reproche! Regados por las grandes nubes, que se han llevado sus manchas, los montes de maravillosas aristas centellean cual si la Luna los tiñese con sus rayos. En el ramaje de los árboles saptacchadhas, a la claridad de las estrellas, del Sol y de la Luna, y lo mismo entre los retozos de los vanaras escogidos, el otoño ahora ejerce su beneficiosa influencia. Actualmente, en los diversos sitios que Lakshmi embellece maravillosamente, adornada con todas las gracias otoñales, en medio de los grupos de lotos que se abren a los primeros rayos del Sol, brilla con todo su esplendor. Perfumado por las flores



de los saptacchadhas, celebrado por los enjambres de abejas, uniéndose al soplo de la brisa, deteniendo las aguas, excitando hasta el mayor grado la insolencia de los elefantes, el otoño reviste todo su esplendor. Han llegado los cakravakas de graciosas y anchas alas, amigos de los smaras; cubiertos con el polvo de los lotos, se pascan por los arenosos bordes de los grandes ríos, y los hamsas loquean con ellos. En medio de los elefantes enloquecidos por el mada, entre los enorgullecidos rebaños de vacas, y en los ríos de apaciguadas ondas, la hermosura múltiple del otoño resplandece por todas partes. Contemplando el cielo desembarazado de nubes, los pavos reales, en medio de los bosques, despojados de su adorno caudal, no sienten afecto hacia sus bienamadas; han perdido su brillo, su alegría se ha desvanecido, se absorben en sus pensamientos. Los priyakaras de suave perfume, altos, cuyas ramas, en su extremo, dóblanse bajo el peso de los estambres, brillan como el oro, encantadores de ver, iluminando, en cierto modo, las profundidades del bosque. Escoltados por sus amantes, los elefantes de talla colosal, familiares de los estanques cubiertos de lotos, yérguense en medio de las flores, borrachos de mada, entregados a sus retozos amorosos; tienen ahora un aire languideciente. El cielo se ha aclarado; tiene el brillo de una espada; las aguas de los ríos deslízanse lentamente; una brisa que refresca los kahlarás sopla; las regiones libradas de las tinieblas centellean. Desembarazado de sus barro por el calor creciente del Sol, el suelo está cubierto de un polvo espeso que el viento transporta a lo lejos. Es la época en que los reyes, enquerellados a causa de sus rivalidades mutuas, entran en campaña. Brillantes, con hermosura aumentada por los dones del otoño, exultando de alegría, los miembros salpicados de polvo, locos de amor y ávidos de combates, los toros mugen en medio de las vacas. Compartiendo su amor, presurosa, afectuosa, lánguido el marchar, la noble hembra del elefante gira en torno a su esposo borracho de mada y le acompaña por el bosque. Privados de su cola, maravilloso adorno natural, errantes por las orillas de los ríos, los pavos reales, cual abrumados por los sarcasmos de los sarasas reunidos en bandadas, se van llenos de tristeza. Sembrando el espanto entre los karan-davas y los cakravakas con sus gritos formidables, los Indras de los elefantes, en medio de los ríos adornados con lotos desecogidos, tras haberse rociado de agua y rociado aún, empiezan a beber. Sobre los ríos desembarazados de su cieno, arenosos, de ondas ya tranquilizadas, frecuentados por los rebaños de vacas, resonantes a causa del grito de los sarasas, las garzas

reales jueguetean gozosas. Las aguas de los ríos, de las nubes y de los torrentes, de las borrascas y los pavos reales, así como los plavamgas, sus fiestas terminadas, cesan ya definitivamente en sus clamores. Las serpientes de tonos múltiples, los cuerpos excesivamente adelgazados, perdidas en medio de los recientes aguaceros, atormentadas por el hambre, armadas de un veneno temible, salen de sus agujeros, tras haber permanecido en ellos mucho tiempo. Con los astros que se desprecizan de alegría al contacto de los rayos que brotan de la Luna, ¡ah!, pueda el voluptuoso crepúsculo desgarrar al fin sus velos! La noche de la cual la Luna, subida allá en el cenit, forma la dulce cara, y los grupos de constelaciones la sonrisa y las amables miradas, revestida con la claridad del astro en su apogeo, aseméjase a una mujer con el cuerpo envuelto en un manto blanco. Hartos de granos maduros, alegres, un grupo encantador de sarasas atraviesa el espacio con rápido vuelo, empujado por la brisa, semejante a una guirnalda de flores artísticamente trenzadas. Con su único cisne dormido, y los kumudas que allí pululan, el agua estancada de los grandes lagos brilla, por la noche, como el cielo; desembarazada de sus nubes, que alumbra la Luna llena y que llenan legiones de estrellas. Con sus cinturones de hamsas de variadas especies, sus guirnaldas de padmas y de utpalas descogidos, los grandes estanques son ahora de una hermosura extremada; diríanse mujeres bellas cargadas de adornos. Mezclado al ruido de las cañas a guisa de instrumentos de música, cuando la aurora despunta, y aumentado por el viento, el mugido sonoro de las cavernas y el de los toros parecen completarse el uno al otro. Los ribazos de los ríos están adornados de musgo fresco, en el que sonríen los jusumas, agitados por una ligera brisa, y brillantes como hábitos de lino de los que se han lavado las manchas. Apasionados por los bosques, ahitos del jugo melifluo de las flores, los machos de las abejas, acompañados de sus amadas, en el colmo del placer y de la embriaguez, escoltan a Pavana por en medio de los bosques, entorpecidos por el polen de los lotos, sobre los que descansan. Las ondas tranquilizadas, la sonrisa de los kusumas, el canto de las krauncas, los arrozales maduros, el dulce céfiro, la Luna inmaculada, celebran la marcha de la estación de las lluvias. Con sus peces que hacen relucir como si fueran sus cinturones, los ríos, engalanados, van ahora lentamente; es el lánguido paso de los amantes, por la mañana, al escapar a los besos de sus bienamadas. Con sus cakravakas, sus saivalas, las hierbas kusas que los recubren como telas de dukalas, con sus bandas de

hojas y sus aguas brillantes, los ríos tienen como caras de mujeres. En medio de los bosques, decorados con arcos de flores y llenos del alegre zumbir de las abejas, Kama ahora enarbolaba febrilmente su arco, que quemaba a fuerza de lanzar flechas. Tras haber saturado el Mundo con sus ondas múltiples, llenado ríos y estanques y vuelto el suelo propicio para las cosechas, las nubes han dejado la atmósfera y se han disipado. En el otoño, los ríos descubren sus bancos de arena poco a poco, como púdicas esposas, la primera noche, sus formas. Sus olas calmadas, ¡oh amigo mío!, los ríos resuenan con el canto de los kuraras, y tropas de cakravakas abundan en los estanques. Es el momento, querido príncipe, en que, declarándose la guerra unos a otros, los reyes, ávidos de conquistas, entran en campaña. Es el principio de las hostilidades para los reyes, ¡oh príncipe! Pero yo no veo que Sugriva se disponga a una expedición de este género. Asanas, septaparnas, kovidaras están en plena floración, así como los bandhujivas y los syamas, en las laderas de la montaña. Hamsas, sarasas, cakravakas, huraras, por todas partes, los bancos de arena de los ríos están llenos de ellos; míralo, Lakshmana. Los cuatro meses de lluvias así pasados me han parecido cien años, ¡de tal modo me aflige la ausencia de Sitá! Como la cakravakí a su esposo, ella me ha seguido al bosque; aquella espantosa soledad del Dandaka pareció a mi bienamada un jardín de delicias. Lejos de mi bienamada, abrumado por el dolor, despojado de mi reino, desterrado, el rey Sugriva no tiene piedad de mí, ¡oh Lakshmana! Está sin apoyo, privado de su Imperio, ultrajado por Ravana, desgraciado, desterrado, ese príncipe enamorado, y es junto a mí donde se refugia. He aquí lo que se dice, y a causa de ello, ¡oh amigo mío!, Sugriva, con su perversidad, él, el rey de los vanaras, me desdena, a mí, el terror de mis enemigos. Tras haber fijado una época para correr en busca de Sitá, y contraído un compromiso formal, el trapacero, habiendo conseguido lo que quería, olvida su promesa. Entra en Kishkindhá y di en mi nombre al toro de los vanaras, a ese miserable Sugriva, esclavo de su felicidad doméstica, que en la ruina es, en el Mundo, el último de los hombres; que tras haber mantenido la esperanza de solicitadores desamparados, que precedentemente le han prestado servicio, los abandona. Buena o desagradable, una palabra dada, el que la observa lealmente, este valiente es entre todos el mejor. Aquellos que, consiguiendo su propósito, no ayudan a sus amigos a alcanzar el suyo, a su vez, los cadáveres mismos de estos ingratos, los animales carniceros nieganse a bártarse

con ellos. ¡No hay duda, tú deseas ver el fulgor, parecido a una serie de relámpagos, de mi arco de lomo de oro tendido para el combate! El ruido terrible que hace la cuerda de mi arco, cuando recorro furioso el campo de batalla, semejante al estampido del trueno, tú quieres oírle de nuevo. Mi valentía bien conocida, siéndole recordada de este modo, de mí, de quien tú eras el compañero, generoso príncipe, sería extraño que ello no le hiciera reflexionar. El objeto de esta alianza contractada, ¡oh tú, que conquistas las ciudades enemigas!, nuestro convenio, ya no se acuerda de él, ahora que ha ganado el pleito, el rey de los plavagas. Tras haber determinado la época de las lluvias como término convenido, el jefe de los haris, dado por entero a los placeres, no se da cuenta de que los cuatro meses han pasado. Se divierte y se emborracha con sus ministros y los que le rodean. De nosotros, que estamos hundidos en la preocupación, Sugriva ni se acuerda ya. Ve a hablarle, héroe lleno de valentía. Dile mi indignación y estas palabras que ella me inspira: «Que la vía de la muerte por la que Vali se ha ido no está cerrada. Observa nuestro pacto, Sugriva, por miedo a seguir el mismo camino que Vali. Tu hermano, en la lucha, sucumbió él solo bajo mi dardo. Pero tú, si careces de lealtad, te destruiré con toda tu familia.» Todo cuanto pueda servir para nuestro proyecto, ¡oh toro de los hombres!, díselo. Añade: «Príncipe, date prisa, que el plazo ha pasado. Cumple fielmente la promesa que me has hecho, ¡oh jefe de los vanaras!, en atención a la justicia eterna, y por miedo a caer sin vida, hoy mismo, en la mansión de Yama, adonde mis flechas te enviarían a ver a Vali.»

Al ver a su hermano mayor presa de violenta cólera, y desolándose a causa del infortunio, Lakshmana, el del ardiente valor, el engrandecimiento de la raza de Raghú, meditó un siniestro propósito contra el rey de los haris.

## SARGA XXXI

### LAKSHMANA VA A KISHKINDHÁ

El hijo del Indra de los hombres, el hermano pequeño de Rama, vástago de rey, habló de este modo a su mayor, que, lleno de ternura, triste a pesar de su alegría natural, y hundido en la aflicción, acababa de expresarle su deseo: «No, si el vanara no se mantiene en la vía de las gentes de bien; si no

reflexiona en las consecuencias inmediatas de sus actos, no gozará del brillo del reino de los vanaras; en verdad, no debe abusar hasta tal punto. En su demencia, hácese esclavo de sus alegrías domésticas, sin pensar ya en reconocer tu servicio; que muera, pues, y que vaya a ver a Vali; la corona no puede ser dada a un ser sin virtud. No puedo contener mi violenta cólera; voy a matar al punto al desleal Sugriva. Con lo mejor de entre los monos, el hijo de Vali nos ayudará a encontrar a la princesa.»

A Lakshmana, que, arco en mano, lanzábase dispuesto a unir la acción a la palabra, impaciente por combatir y furioso, Rama, destructor de los guerreros enemigos, le dirigió estas palabras conformes a su situación y llenas de prudencia: «No, tus semejantes en el Mundo no cometen una tal fechoría. El guerrero que domina noblemente su cólera es el más grande de los héroes. No desmientas tu conducta de hombre honrado, Lakshmana. Piensa en los sentimientos de alegría que en un principio te inspiró la alianza con Sugriva. Con voz llena de moderación, evitando las durezas, háblale del plazo que retarda.»

Tras esta recomendación de su hermano, el toro de los hombres, el valeroso Lakshmana, matador de guerreros enemigos, entró en la ciudad de Kishkindhá. El inteligente y sabio Lakshmana, que tomaba el mayor interés por cuanto era agradable o útil a su hermano, entró indignado en la morada del mono. Llevaba en la mano su arco semejante al de Sakra, es decir, parecido al tiempo destructor, alto como la cresta de una roca. Hubiérase dicho el monte Mandara. Fiel a las instrucciones de Rama, su hermano nacido antes, el igual a Brihaspati, meditaba en su espíritu lo que tenía que decir o responder a Sugriva. El desco y el descontento de su hermano llenándole de fuego y de indignación, Lakshmana avanzaba como un huracán desencadenado, derribando con su impetuoso impulso, irresistible, salas, talas, asvakarnas y otros árboles, quebrantando las cimas de las montañas. Trituraba las rocas bajo su pie, como un elefante al galope y, cortando por lo más rápido, lanzábase hacia lo que le interesaba. El tigre de los Ikshvaku advirtió, llena de guerreros, la gran ciudad del rey de los haris, la inaccesible Kishkindhá, horadada en la montaña. Los labios temblorosos de cólera contra Sugriva, Lakshmana notó en Kishkindhá vanaras temibles que iban de descubierta. Al ver a Lakshmana, el toro de los hombres, todos los vanaras semejantes a elefantes arrancaron del flanco de la montaña, a

centenares, crestas de rocas y grandes árboles. Viéndoles empuñar aquellos proyectiles, Lakshmana sintió redoblar su furor, cual un brasero de numerosos tizones. Temblando de espanto ante el aspecto del guerrero furioso que se asemejaba a Kala-Mrityu, al final de una yuga, los plavamgamas huyeron por centenares en todas direcciones. En aquel momento, entrando en la morada de Sugriva, los toros de los haris fueron a informarle de la cólera de Lakshmana y de su llegada.

El toro de los kapis, que en aquel momento disfrutaba con Tará amorosos entretenimientos, no oyó lo que aquellos leones de entre los monos le decían. Por orden de los ministros, los haris, el pelo erizado, semejantes a montes, a elefantes, a nubes, salieron de la ciudad. Armados de sus uñas y sus dientes, todos aquellos guerreros eran horribles de ver; todos tenían colmillos de tigre; allí estaban sin protección. Algunos tenían la fuerza de diez elefantes; otros sobrepujaban esto diez veces; ciertos alcanzaban el vigor de un millar de elefantes. Lakshmana, furioso, reconoció que Kishkindhá, ocupada por aquellos monos armados con troncos de árboles y dotados de gran valentía, era de difícil acceso. Entre tanto los haris, saliendo de las murallas y de los fosos, manteníanse valientemente sin protección. En presencia de la voluptuosa despreocupación de Sugriva y del aire provocador de los monos, el valeroso héroe que velaba por los intereses de su hermano fue presa de un nuevo acceso de rabia. Lanzó largos y ardientes suspiros. La mirada centelleante de furor; el tigre de los hombres asemejábase a un braseño acompañado de humo. Con sus dardos agudos a guisa de lenguas afiladas, su arco a guisa de anillos y su ardor guerrero a guisa de veneno, hubiérase dicho una serpiente de cinco cabezas. Era semejante al fuego ardiente de la destrucción final, o al rey de las serpientes enfurecido. Angada, que se había acercado a él, sintió a causa de su espanto una turbación extremada.

El ilustre guerrero, rojos los ojos de cólera, le ordenó: «Anuncia a Sugriva, niño, mi llegada, y dile: El hermano segundo de Rama está aquí, muy cerca, ¡oh vencedor de tus enemigos! Atormentado por la desgracia de su hermano, aguarda en la puerta.» Trata de disponer favorablemente al vanara, hablándole de esta manera: «Si lo consigues, vuelve rápido para contarme lo que te responda, niño querido, vencedor de tus enemigos.»

A estas palabras de Lakshmana, Angada, lleno de dolor, fue a buscar a su tío, que le servía de padre, y le dijo: «Sumitri ha llegado.» Angada, a quien el muy duro lenguaje del

héroe había trastornado, se alejó, con el rostro marcado por la más viva tristeza; mas primeramente besó, lleno de respeto, los pies del rey; luego los de Rumá. El valeroso príncipe, habiendo tocado primeramente los pies de su padre, tocó al punto los de su madre, y apretó finalmente los de Rumá: luego fue cuando hizo saber a Sugriva lo que pasaba.

El vanara, embotado por el sueño y la fatiga, no se despertó. Estaba enterrado en la embriaguez; la voluptuosidad le privaba de razón. No obstante, viendo a Lakshmana, los vanaras lanzaron gritos para calmar su enojo; el espanto les turbaba el espíritu. Al advertir a Lakshmana cerca de ellos, lanzaron un clamor parecido al de una ola enorme, y cual el estampido del rayo; asemejábase también al rugido de los leones. Este grito formidable despertó al vanara el de los ojos rojos, extraviados por la embriaguez, el de los sentidos turbados, el festoneado de guirnaldas. Cuando reconocieron su voz, dos ministros del Indra de los vanaras acompañaron a Angada. Tenían el aspecto igualmente venerable y noble. Eran Yaksha y Prabhava. Dijeron a Sugriva que Lakshmana había venido a hablarle de todo cuanto concernía a su interés y a su deber. Se le hicieron favorable mediante un lenguaje que iba recto a su fin. Se sentaron cerca del rey, que asemejábase a Sakra, señor de los Maruts. «Hay—le dijeron— dos hermanos llenos de lealtad, de poder: Rama y Lakshmana; revestidos de naturaleza humana, merecen los reinos que distribuyen a los demás. Uno de ellos, arco en mano, está a la entrada: Lakshmana. Aterrados por su aspecto y temblando, los vanaras lanzan gritos. Este hermano de Raghava, Lakshmana, su portavoz, encargado de comunicarte sus voluntades, ha venido por su orden, por orden de Rama. Y al hijo de Tará, ¡oh rey!, ese querido Angada, Lakshmana le envía a ti con toda prisa, príncipe irreprochable. Está de pie en la puerta, los ojos inflamados por la cólera, el valeroso guerrero; los vanaras, ¡oh jefe de los vanaras!, con sus miradas les consumen, por decirlo así. Ve rápido a saludarle con la cabeza, acompañado de tu hijo y todos los tuyos, ¡oh gran rey!, para que su furor se calme al instante. Lo que quiere el virtuoso Rama, ejecútalo cuidadosamente. ¡Oh rey, conserva tu pacto y sé fiel a tu palabra.»

## SARGA XXXII

## DISCURSO DE HANUMAT

A estas palabras de Angada y de sus ministros, Sugriva, sabiendo la cólera de Lakshmana, dejó su lecho y volvió a ser dueño de sí mismo. Tras haber pesado el pro y el contra, dijo a sus consejeros, instruidos en los *Mantras*, que él conocía también, y de los que era estricto observador: «Nada malo he dicho ni hecho. Lakshmana, el hermano de Raghava, está irritado; ¿por qué?, esto me lo pregunto. Malevolentes enemigos, siempre en acecho de las ocasiones, me habrán cargado de crímenes imaginarios a oídos del joven hermano de Raghava. Aquí, que todos pongan en común su sagacidad, como con viene, para llegar a descubrir poco a poco, pero enteramente, la causa de esa indignación. No es en verdad que yo tema a Lakshmana, como tampoco a Raghava; pero un amigo que se enfada sin motivo, esto es lo que me turba. Hacerse un amigo es fácil; conservarle, muy difícil. Gracias a la inconstancia de los espíritus, el afecto, incluso por ligeros motivos, se quiebra. He aquí por qué estoy perplejo en lo que afecta al magnánimo Rama, a causa de no poder devolverle el servicio que él me ha prestado.»

Habiendo hablado así Sugriva, Hanumat, toro de los haris, desde en medio de los otros ministros, con su lógica habitual, dijo: «No es sorprendente en modo alguno, ¡oh jefe de las tropas de haris!, que no puedas olvidar el servicio deslumbrante, inesperado, de Rama. En efecto, este héroe, desterrando lejos todo espanto, con objeto de serte agradable, ha matado a Veli, el émulo de Sakra en fuerza. Seguramente Raghava está ofendido en su afecto; sobre esto ninguna duda, y por ello te disputa a su hermano Lakshmana que aumenta su felicidad. Tu indolencia te quita la noción del tiempo, ¡oh tú, el más hábil en discernir las estaciones!; los saptacchadas y los syamas están ya en flor; es el otoño en toda su pompa. Con sus estrellas y sus planetas de brillo inmaculado, el cielo está puro y sin nubes; la calma reina en todas las regiones, en los ríos y en los lagos. El tiempo ha llegado de entrar en campaña, y tú ni lo sospechas, ¡oh toro de los haris! No eres sino un indolente, que es lo que seguramente Lakshmana viene a reprocharte. Desolado a causa del rapto de su esposa, el magnánimo Raghava, por la boca de este héroe, va a dirigirte una severa censura; puedes estar prevenido. Tras la falta de la



que te has hecho culpable, no veo otro medio de apaciguamiento que hacer el anjalí ante Lakshmana para honrarle. Los consejeros abnegados deben decir libremente al rey lo que le es útil; he aquí por qué, desterrando todo temor, yo hablo de este modo tras haber meditado bien. En su furor, armado de su arco, Raghava es capaz de subyugar al Universo con devas, asuras y gandharvas. No es conveniente irritar a aquel del que se deberá al punto solicitar perdón, sobre todo cuando el recuerdo de un beneficio ordena agradecimiento. Inclina la cabeza ante este hombre, así como tu hijo y tus amigos, ¡oh rey!, y permanece fiel a tu pacto, como la mujer a la voluntad de su marido. La orden de Rama y de su joven hermano, ¡oh rey de los monos!, no te conviene infringirla, ni siquiera con el pensamiento; bien conoces en tu alma la fuerza de ese hombre, de ese Raghava cuya energía iguala a la del Indra de los suras.»

### SARGA XXXIII

#### TARÁ APACIGUA A LAKSHMANA

Lakshmana, matador de guerreros enemigos, a invitación de Angada, penetró en la caverna encantadora de Kishkindhá, según la orden de Rama. Los haris de talla colosal, llenos de vigor, que estaban a la puerta, al ver a Lakshmana, de pie, hicieron todos el anjalí. El aspecto del hijo de Dasaratha, que, a causa de su cólera, respiraba estrepitosamente, aterró a los monos; no se atrevieron a impedirle entrar. El poderoso héroe contempló aquella inmensa caverna, construida con piedras preciosas, divina, con bosquecillos en flor, y maravillosa a causa de las joyas de que estaba llena. Palacios y templos apretujábanse en ella; joyeles de todas clases centelleaban; árboles cubiertos de frutos y flores, poseyendo todos los sabores deseables, la embellecían. Nacidos de los devas y los gandharvas, los vanaras, que cambiaban de forma a voluntad, llevando guirnaldas y vestiduras celestes, la decoraban con su agradable aspecto. Sándalos, álces y lotos la llenaban de suaves perfumes; licores fuertes y jarabes extendían la alegría y la embriaguez en sus anchas calles. Palacios de varias terrazas, altos como los montes Vindhuya y Meru, rios de ondas puras, corriendo de la roca; he aquí lo que vió Lakshmana. Las mansiones encantadoras de Angada, de Mainda, Dvidida, Gavaya, Gavaksha, Gaja, Sarabha, Vidqunmali, Sampati, Su-

ryaksha, Hanumat, Subahu, Lala el de la gran alma; Kumuda, Sushena, Tará y Jambavat, Dadhivakra, Nila, Supatala y Sunetra, los palacios suntuosos de estos príncipes magnánimos de los kapis, contruidos todo a lo largo de la vida real, atrajeron las miradas de Lakshmana. Tenían el resplandor de blancas nubes; guirnaldas perfumadas los festoneaban; estaban de riquezas y de granos; perlas y mujeres los embellecían. En el centro de una blanca roca se erguía, inaccesible, la residencia maravillosa del Indra de los vanaras, semejante a la mansión de Mahendra. Estaba decorada con pabellones de brillantes pináculos, semejantes a las crestas del Kailasa, con árboles en plena floración, cuyos frutos poseían todos los sabores deseables. Plantados por Mahendra, aquellos magníficos árboles, semejantes a las nubes azules, estaban cargados de flores y de frutos celestes; con sus frescas umbrías, eran deliciosos.

Haris valerosos, las armas en la mano, guardaban la brillante puerta cuya curva de la bóveda era de oro fino, adornada de divinas guirnaldas. El poderoso Sumitri penetró en el palacio encantador de Sugriva, sin obstáculo, como el Sol en una gran nube.

El virtuoso Lakshmana, tras haber atravesado siete patios llenos de vehículos y de asientos, advirtió, rodeado de una guardia muy numerosa, el vasto gineceo. Palanquines de oro y de plata, de numerosos y fuertes y hermosos asientos, recubiertos de preciosos tapices, le llenaban por todos lados. Apenas entrado, oyó por todas partes una dulce sinfonía mezclada a cantos cadenciosos y rítmicos. Numerosas mujeres, de aspecto diverso, notables por su juventud y su hermosura, ofreciéronse, en la mansión de Sugriva, a las miradas del valeroso Lakshmana, llenas de nobleza, coronadas de flores, ocupadas en trenzar magníficas guirnaldas, engalanadas con los atavíos más bellos. Ninguno de los servidores de Sugriva dejó de mostrarse a los ojos de Lakshmana lleno de alegría, de solicitud y ricamente vestidos. Cuando oyó el ruido de los anillos y de los cinturones con campanillas, el afortunado Sumitri quedó como aturdido.

Presa de cólera y de indignación, al oír el tintinear de aquellas alhajas, el guerrero hizo resonar la cuerda de su arco y llenó de ruido las regiones. En su discreción, el valeroso Lankshmana mantúvose de pie y apartado, sin dejar de indignarse, pensando en Rama. Al ruido del arco, Sugriva, el jefe de los plavagas, reconociendo la presencia de Lakshmana, se agitó lleno de espanto en su trono espléndido diciendo: «Tal

cual Angada me lo había hecho saber precedentemente, hele ahí muy seguramente llegado, Sumitri, traído por su abnegación fraternal.» Por el informe de Angada y al ruido del arco, el vanara comprendió que Lakshmana estaba allí, y sus rasgos se alteraron. Entonces, el primero de los haris, Sugriva, dijo a Tará, la del encantador aspecto, estas palabras sensatas, reflexionadas, el espíritu turbado por el espanto: «¿Qué motivo de descontento, mujer de las hermosas cejas, puede tener el hermano de Raghava, de natural tan dulce, para venir aquí como un furioso? ¿Conoces tú la causa, ¡oh mujer irreproachable!, de la cólera del joven príncipe? En verdad que no sin razón se indigna el toro de los hombres. Si le hemos causado, a su juicio, algún enojo, tras haber reflexionado sobre ello al momento, dímelo sin tardar. O bien ve tú misma a su encuentro, ¡oh hermosa!, y mediante palabras acariciadoras trata de apaciguarle. Viéndote, su espíritu se calmará, y su cólera seguro desaparece, pues los héroes magnánimos no se permiten en lo que a las mujeres respecta nada de descortés. Cuando tu dulce lenguaje le haya calmado y sus sentidos y su espíritu estén en su sitio, entonces yo veré, a mi vez, a ese príncipe de ojos anchos como las hojas de kamala, victorioso de sus enemigos.»

Titubcante, la vista turbada por la embriaguez, su cinturón de campanillas colgando retenido por un hilo de oro, adornada con sus insignias, el busto inclinado, Tará fue junto a Lakshmana. Apenas vio a la esposa del jefe de los haris, el héroe magnánimo tomó una actitud apacible. El hijo del Indra de los hombres bajó la cabeza; la presencia de una mujer hizo cesar su cólera. Bajo la influencia de la bebida y el aspecto benévolo del príncipe, Tará, olvidando toda timidez, le dijo estas palabras conciliadoras y firmes a la vez, muy sensatas, buenas para ganar su confianza: «¿Por qué tu cólera, hijo de rey? ¿Quién falto de sumisión ha desobedecido tus órdenes? ¿Qué imprudente habría acercado al bosque de árboles secos una tea incendiaria?»

Tranquilizado por estas palabras, enteramente pacificadoras, Lakshmana respondió con términos de una cortesía estudiada: «¿Por qué, entregado al amor, tu marido descuida completamente su deber y sus intereses? Y tú, mujer tan adicta a él, ¿cómo no lo comprendes? No se preocupa ni de su reino ni de nosotros y de nuestra cólera; rodeado de dignos satélites, ¡oh Tará!, entrégase a la voluptuosidad. Los cuatro meses que había asignado como término, el rey de los plavagas, hundido en la embriaguez y en las distracciones, no se da cuenta de

que han transcurrido. En verdad que jamás es recomendada la orgía como medio de cumplir el deber y lo útil. El placer extremado arruina el interés, el deseo y el deber. Es faltar grandemente al deber no reconocer un servicio recibido; perder un amigo virtuoso es un inmenso perjuicio hecho al interés. La amistad, la mejor de las virtudes en lo que al interés afecta, asentada está sobre la lealtad y la justicia; la que carece de esta doble base no está afianzada en el deber. En esta memorable ocurrencia, lo que debemos hacer en adelante, ¡oh tú, que sabes en qué consiste el deber!, preciso es que tú lo señales.»

Cuando ella escuchó este lenguaje conforme a lo justo y a lo útil, esencialmente agradable, Tará, para inspirarle confianza en la empresa hasta entonces diferida por el príncipe, dirigió de nuevo la palabra a Lakshmana: «No es el momento de recriminar, ¡oh hijo de rey!; no debes irritarte contra mi pariente. Tus intereses en mucho los tiene; perdónale su locura, ¡oh guerrero! ¿Cómo, ¡oh príncipe!, el hombre dotado de cualidades puede indignarse contra el que está desprovisto de ellas? ¿Quién, semejante a ti, querría entregarse a la cólera a despecho de su buen natural? De bien obrar nace el tapás. Conozco el descontento del valeroso aliado de Sugriva; yo sé el servicio que nos ha prestado y lo que debemos hacer a nuestra vez. Sé, además, que es preciso domar, ¡oh el mejor de los hombres!, la violencia de sus pasiones. Yo sé en medio de qué gentes Sugriva se ha dejado encadenar por el amor, y su presente inactividad. Tu espíritu no está sometido al amor, pero veo que estás en poder de la cólera. Cuando se entrega a la pasión, el hombre ya no tiene en cuenta ni los lugares ni los tiempos, como tampoco el interés o el derecho. El jefe de la raza de los vanaras, que se entrega junto a mí, sin pudor, a la voluptuosidad, de la que es juguete, perdónale, ¡oh verdugo de los guerreros enemigos!, cual si fuese tu propio hermano. Los grandes rishis que se complacen en el deber y en el ascetismo, entregados al amor que les encadena, tienen a veces el espíritu extraviado, y entonces, ese mono naturalmente ligero, ¿cómo dejaría de ser esclavo de los placeres por muy rey que sea?»

Tras haber dirigido estas palabras llenas de gran sentido a Lakshmana, el del valor sin medida, la tierna vanarí, la mirada turbada a causa de su afección conyugal, añadió en interés de su esposo: «Desde hace mucho tiempo, Sugriva, ¡oh el más excelente de los hombres!, bien que dominado por su pasión, ha prescrito una expedición en tu favor. Ya han llegado por kotis, por centenas de mil, valientes haris, que pueden

cambiar de forma a voluntad, habitando toda clase de árboles. Pero entra, guerrero de los grandes brazos; tu leal conducta de amigo sincero te autoriza a ver las mujeres de las gentes de bien.»

A esta invitación de Tará, y presuroso, por otra parte, por cumplir su mandato, el guerrero de los grandes brazos, vencedor de sus enemigos, penetró en el interior del palacio. En aquel momento, Sugriva, sentado en un asiento de oro muy elevado, recubierto de preciosos tapices, se le mostró como un brillante sol. Ornamentos divinos engalanaban sus miembros maravillosos; estaba de una belleza celestial; lleno de gloria, llevaba guirnaldas y telas dignas de los dioses; hubiérase dicho el invencible Mahendra. Mujeres con adornos y coronas dignas de diosas le rodeaban por todas partes; sus ojos, rojos, muy vivos, le daban el aspecto de Antaka. Estrechaba fuertemente a Rumá entre sus brazos, sentado en un trono maravilloso, la tez brillante como el oro puro. Vio a Sumitri lleno de valentía; el héroe de los grandes ojos estaba en presencia de otro héroe de grandes ojos.

## SARGA XXXIV

### REPROCHES DE LAKSHMANA A SUGRIVA

Al ver al indomable toro de los hombres, a Lakshmana, que entraba furioso, Sugriva se turbó. Cuando advirtió al hijo de Dasaratha irritado, respirando ruidosamente, como inflamado por el ardor, abrumado por la desgracia que alcanzaba a su hermano, el príncipe de los haris echó a correr, abandonando su silla de oro, adornada como el gran estandarte del gran Indra. Las mujeres, Rumá la primera, escaparon en seguimiento de Sugriva, como en el firmamento los grupos de estrellas, en seguimiento de Candra en su plenitud.

Los ojos ardientes, el venerable Lakshmana corrió a su encuentro haciendo el anjali, y se puso ante él, semejante a un kalpa, el gran árbol. Lakshmana, enfadado, dijo a Sugriva, al que Rumá acompañaba, y que iba escoltado de mujeres, como Sasin escoltado de estrellas: «Cuando está dotado de nobles sentimientos, cuando es misericordioso, dueño de sus sentidos, lleno de gratitud y de lealtad, un monarca llega a ser grande en el Mundo. Pero el rey que se obstina en la injusticia respecto a sus amigos bienhechores y que hace promesas falsas, ¿qué de más nefasto? El engaño a propósito de un caballo

mata ciento; si de una vaca, mil; se destruye uno mismo y su familia, engañando a un hombre. Aquel que, tras haber conseguido primero su propósito gracias a ellos, no devuelve a sus amigos servicio por servicio, este ingrato se hace culpable del asesinato de todos los seres, ¡oh jefe de los plavagas! He aquí el Sloka, célebre en todo el Universo, que cantó Brahma, indignado a la vista de un ingrato. Escucha bien, ¡oh jefe de los plavagas!: «El que mata incluso a una vaca, que bebe licores fuertes, el ladrón, el que viola sus votos, medios de expiación le son prescritos por las gentes de bien; para un ingrato no hay expiación posible.» Tú eres un villano, un ingrato, un trapacero, ¡oh vanara, puesto que, tras haber obtenido de Rama lo que querías, no obras con él como él contigo. ¿No debías, tras haber alcanzado, gracias a Rama, ¡oh vanara!, lo que descabas, hacer todo lo que te fuese posible por encontrar a Sitá? En vez de ello te entregas a placeres groseros, infiel a tus promesas. No, Rama no conocía a la serpiente que, para mejor engañarle, había tomado prestado de la rana su manera de croar. El generoso Rama, en su piedad hacia ti, perverso, te ha entregado el Imperio de los haris; tú eres un alma vil, y él un alma grande. Si no sabes reconocer el acto del magnánimo Raghava, al instante atravesado por acerados dardos vas a reunirte con Vali. No está cerrado el sendero por el cual tu hermano se ha ido a la muerte. Sé fiel a tu palabra, Sugriva; no sigas su camino. Sin duda es porque ya no ves al príncipe de los Ikshvakus lanzar con su arco dardos fulgurantes por lo que permaneces tranquilo y gozoso, sin pensar siquiera en el asunto de Rama.»

## SARGA XXXV

## TARÁ TOMA LA DEFENSA DE SUGRIVA

Así habló el hijo de Sumitrá, todo inflamado de ardor, Lakshmana. Tará, la del rostro brillante como el rey de las estrellas, le respondió: «¡Oh Lakshmana!, no, no merece escuchar ese duro lenguaje el soberano de los haris, sobre todo de tu boca. No es ingrato hasta tal punto Sugriva, ni trapacero ni insensible. No, en verdad, no es un embustero, ¡oh héroe!, ni un impostor el jefe de los kapis. El servicio que Rama le ha prestado en el campo de batalla, y que ningún otro podía prestarle, no lo ha olvidado, ¡oh héroe!, el valiente mono Sugriva. Con el benévolo apoyo de Rama, la gloria y el Imperio eterno de los kapis, Sugriva los ha reconquistado, y

nos ha vuelto a encontrar a Rumá y a mí, ¡oh azote de tus enemigos! Al salir de un cruel infortunio y llegar a la cima de la felicidad, no se ha dado cuenta de que el momento había llegado de cumplir su promesa, a ejemplo del muni Visvamitra. Durante diez años, ¡oh Lakshmana!, el virtuoso Visvamitra, el gran asceta, pasa, ¡ay!, por haber estado esclavizado a Ghritací. No se daba cuenta de la huida del tiempo. El, el más hábil en discernir el tiempo, el ilustre Visvamitra; con mucha más razón podría no darse cuenta un ser vulgar.

«Sugriva estaba hacía mucho tiempo privado de las exigencias del cuerpo, agotado, ¡oh Lakshmana!, privado de placer: Rama debe perdonarle. Y tú, querido Lakshmana, es preciso no empezar por entregarte a la cólera, sin saber lo que verdaderamente ocurre, cual un hombre vulgar. Las gentes bien nacidas como tú, ¡oh toro de los hombres!, no se abandonan a arrebatos irreflexivos, repentinos. Yo te conjuro humildemente, ¡oh virtuoso príncipe!, en nombre de Sugriva; esa gran excitación en que te hunde la cólera, cálmala. Rumá, yo, Angada, reino, tesoro, granos, rebaños, por agradar a Rama, dejaría todo; estoy segura. Sugriva reunirá Raghava a Sitá, como Lunus a Rohini, tras haber matado al vil rakshasa. Hay en Lanká cien mil kotis con treinta y seis ayudas y centenares de miles de rakshasas. Antes de haber destruido a estos temibles rakshasas, que cambian de forma a voluntad, no habría medio de alcanzar a Ravana, el raptor de Maithili. Imposible le es a Raghava vencerlos sin auxiliares, ¡oh Lakshmana!, sobre todo a Ravana, el de las formidables hazañas. Tal era la opinión de Vali, el experimentado jefe de los haris. Estos informes no los tengo de otra fuente; por saberlos por él es por lo que hablo. Con objeto de ayudarlos, los príncipes de los haris han recibido la misión de reunir, para esta guerra, a los vanaras en muy gran número, la flor de los monos. Esperando a esos bravos y muy poderosos soldados destinados a asegurar la empresa de Raghava, el rey de los haris no sale. Sugriva, ¡oh Sumitri!, ha tomado de antemano sabias disposiciones para que hoy mismo tenga lugar la concentración de todos estos vanaras, llenos de bravura. Rikshas por millares de kotis y golankulas por centenares se pondrán hoy a tu disposición; refrena tu enojo, ¡oh vencedor de tus enemigos! Vendrán por numerosos kotis, ¡oh Kakutstha!, los kapis de ardiente coraje. Contemplando tu rostro, viendo tus ojos que el furor inyecta de sangre, las mujeres de los príncipes de los haris, lejos de estar tranquilas, van a experimentar la angustia de su primer espanto.»

## SARGA XXXVI

## LAKSHMANA SE RECONCILIA CON SUGRIVA

Este lenguaje de Tará, lleno de tacto y de exactitud, Sumitri, el del natural dulce, lo escuchó con buena voluntad. Testigo de aquella benévola acogida, el rey de los monos abandonó, como se abandona un traje mojado, el terror que le había inspirado Lakshmana. La guirnalda enorme que llevaba al cuello, trenzada con la yuda de flores maravillosas y variadas, Sugriva, el amo de los vanaras, la rompió y su embriaguez se disipó. El jefe supremo de los vanaras, Sugriva, dirigió a Lakshmana, temible guerrero, un discurso lleno de modestia, que le fue grato: «Yo había perdido todo: la fortuna, el Imperio eterno de los kapis; gracias a Rama, ¡oh Sumitri!, todo lo he recobrado. ¿Quién podría hacer otro tanto, siquiera parcialmente, como este deva afamado, ¡oh príncipe!, por su hazañas? El virtuoso Raghava encontrará a Sitá y matará a Ravana mediante su propia valentía; yo me limitaré a acompañarle. ¿Qué necesidad tiene de ayuda, en efecto, aquel que con un solo dardo atravesó siete árboles, una montaña y la tierra misma? Aquel que, cuando tiende su arco, hace un ruido, ¡oh Lakshmana!, capaz de poner en peligro la Tierra con sus montañas, ¿qué necesidad tiene de auxiliares? Yo escoltaré al Indra de los hombres, ¡oh toro de los hombres!, cuando vaya a matar a Ravana, su enemigo, así como a cuantos le rodeen. Si yo he traicionado en algo su confianza o su amistad, que perdona a su servidor: nadie hay que no cometa alguna falta.»

Estas palabras del magnánimo Sugriva alegraron a Lakshmana, que le dijo afectuosamente: «En verdad, mi hermano no carecerá de apoyo en modo alguno, ¡oh príncipe de los vanaras!, gracias sobre todo a tu concurso, modesto Sugriva. Tu valentía es tal y tal la pureza de tus sentimientos, que mereces gozar de la prosperidad sin igual del Imperio de los kapis. Con tu ayuda, ¡oh Sugriva!, el valeroso Rama matará en el combate a sus enemigos sin tardar mucho; no hay duda alguna. Virtuoso, agradecido, intrépido en el campo de batalla, te expresas, ¡oh Sugriva!, con un lenguaje noble y digno de ti. ¿Qué otro, teniendo conciencia de su falta, en todo su poder, hablaría así, a excepción de mi hermano mayor, ¡oh el mejor de los vanaras!, y de ti? Tú eres el igual de Rama en valentía y en fuerza. Tú le has sido dado como aliado por las



divinidades, para mucho tiempo, ¡oh toro de los haris! Pero ¿por qué, ¡oh héroe!, tardar más? Sal de aquí conmigo. Ven a reconfortar a tu compañero, a quien el rapto de su esposa hace desgraciado. Los reproches que, a causa de la extremada aflicción de Rama, te he dirigido, perdónamelos, amigo.»

## SARGA XXXVII

## SUGRIVA REÚNE SUS TROPAS

A estas palabras del magnánimo Lakshmana, Sugriva dijo a Hanumat, que estaba de pie a su lado: «Los que habitan las cimas del Mahendra, del Himavat, del Vindhya, del Kailasa, el Mandara, la cresta del Pandu, la Cinco-Rocas; los que habitan los montes, brillantes como la aurora, sin cesar centelleantes, a la extremidad del mar, en la región del Oeste, y la montaña donde habita Aditia, semejante a una nube de la tarde, los temibles toros de los haris refugiados en el bosque del Padmacala; los plavangamas, semejantes a nubes de colirio, cuyo gran vigor iguala al de los Indras de los elefantes, y que habitan el monte Anjana; los vanaras, amarillos como el oro, que viven en las cavernas del Mahasaila; los que frecuentan los collados del Meru, que se retiran al monte Dhumra; los plavangamas que brillan como el Sol levante, los del terrible impulso, que beben en el monte Maharuna jugos embriagadores; los que habitan los bosques maravillosos, odoríferos, inmensos, y los claros encantadores con sus eremitorios ascéticos; de todos lados reúne lo más pronto posible todos los vanaras del Mundo, sirviéndote indiferentemente de regalos y de otros medios, con ayuda de monos muy diligentes. He enviado ya mensajeros cuya gran agilidad me es conocida; no obstante, para apresurarles aún más todavía, disputa a oficiales haris. Los que son dados a los placeres y los perezosos, tráelos rápidamente aquí, asimismo a todos esos jefes de los kapis. Dentro de diez días, los que no hayan respondido a mi llamada, serán condenados a muerte, cual viles transgresores de las órdenes de su rey. Que acudan por centenares, por millares de kotis, a mi mando, los leones de los monos colocados bajo mi autoridad. Semejantes a montañas de niebla, velando, por decirlo así, el cielo, que esos excelentes kapis de formidable aspecto acudan a mi llamada. Que todos los vanaras que saben el camino recorran la Tierra y reúnan a toda prisa a todos los haris, a mi voz.»

A estas palabras del rey de los vanaras, el hijo de Vayu disputo en todas direcciones a monos inteligentes. Lanzándose por la región atravesada por Vishnu y los senderos frecuentados por los pájaros y las estrellas, los haris, por orden de su soberano, partieron al instante. Recorriendo mares, montañas, bosques y lagos, los vanaras convocaron a todos los otros monos para prestar ayuda a Rama. Cuando supieron la orden de Sugriva, semejante al tiempo destructor, al rey de los reyes, los vanaras, a los que hacía temblar, acudieron. Aquellos de los plavamgamas que se asemejaban al colirio vinieron del monte Anjana, llenos de valentía, en número de tres kotis, a reunirse con Raghava. Los que se encuentran bien sobre esa alta montaña desde donde el Sol se lanza para ir hacia el Asta, y que relucen como el oro refinado, presentáronse en número de diez kotis. De las cumbres del Kailasa llegaron por millares de kotis de vanaras de tinte semejante al Simhakesara. Los que viven de frutos y de raíces, y habitan el Himavat, vinieron en número de un millón de kotis. Semejantes a carbones encendidos, los vanaras terribles, de terribles hazañas, descendieron apresuradamente del Vindhya por millares de kotis. Los que habitan los bordes del mar de leche, que viven en los bosques de tamalas y que se nutren de nueces de coco, de éstos acudieron en número que no se sabe. De los bosques, de las cavernas, de los ríos, salió un valentísimo ejército de monos que parecía beber los rayos del Sol. Entre tanto, los vanaras que habían partido para reunir a toda prisa a sus congéneres, aquellos valientes advirtieron, en la cima del Himavat, el gran árbol de Siva.

Sobre aquel monte sublime y santo tuvo lugar en tiempos el muy agradable sacrificio de Mahesvara, que satisfizo los deseos de todos los devas. Las raíces y los frutos, nacidos de los alimentos y de las libaciones ofrecidas en aquel sacrificio, sabrosos como el amrita, aparecieron a los ojos de los vanaras. Los frutos y las raíces, productos divinos y encantadores de aquellos alimentos, aquel que come de ellos una vez harto está para un mes. Aquellas raíces y aquellos frutos celestiales, así como las hierbas divinas, los toros de los haris, frugívoros, las recogieron. De aquel recinto del sacrificio los vanaras trajeron aun flores de suave aroma para agradar a Sugriva. Aquellos mensajeros escogidos, tras haber convocado a todos los vanaras del Mundo, volviéronse apresuradamente, precediendo a las tropas. En un instante aquellos monos ágiles y prontos estuvieron de regreso en Kishkindhá, donde estaba el vanara Sugriva. Todos los frutos, hierbas y raíces que ha-

bían cogido los vanaras, se los entregaron diciendo: «Hemos recorrido todas las rocas, los ríos y los bosques; todos los vanaras de la Tierra acuden a tu llamada.» Estas palabras alegraron a Sugriva, el jefe de los plavagas, que aceptó de todo corazón cuanto traían.

## SARGA XXXVIII

### SUGRIVA VA JUNTO A RAMA

Sugriva, habiendo aceptado los regalos que le traían, dio las gracias a los vanaras y los despidió a todos. Tras haber despedido a aquellos millares de haris, su misión cumplida, pensó que había conseguido su propósito, así como el poderoso Raghava. Lakshmana dijo al temible Sugriva, el mejor de todos los vanaras, con una discreción que le conmovió: «Sal de Kishkindhá, si te place, amigo.» A estas palabras de Lakshmana, Sugriva, en el colmo de la alegría, respondió: «Así sea, marchemos; estoy a tus órdenes.»

Tras haber hablado de este modo a Lakshmana, el del brillante aspecto, Sugriva despidió a Tará y a sus demás mujeres. «Venid», dijo Sugriva, llamando en alta voz a los jefes de los haris. A esta llamada acudieron al punto, las manos juntas en forma de anjalí, todos cuantos eran admitidos en presencia de las mujeres. Una vez que hubieron llegado, el rey que tenía el brillo del Sol, les dijo: «Pronto, id a buscar mi litera, vanaras.» A esta orden, los monos, con paso ligero, fuéronse a buscar la litera maravillosa. Cuando la vio dispuesta, el jefe supremo de los vanaras dijo a Sumitri: «Sube pronto, Lakshmana.» Esto diciendo, el palanquín de oro, brillante como el Sol, llevado por un gran número de haris, Sugriva subió a él con Lakshmana. Un blanco quitasol había desplegado sobre su cabeza; soberbios espantamoscas de cola de yak eran agitados en todos sentidos. Cantores, acompañados de sus cuernos marinos y de tamboriles, celebraban sus alabanzas. Sugriva salió, escoltado de una pompa real de la mayor magnificencia. Numerosos centenares de vanaras ardientes, las armas en la mano, le rodeaban. De este modo fue hasta allí donde Rama se había detenido. Cuando hubo llegado al sitio maravilloso que Rama habitaba, el glorioso príncipe descendió de la litera con Lakshmana, y abordó a Rama con las manos reunidas para hacer el anjalí. En torno a Sugriva, de pie, haciendo el anjalí, los vanaras estaban agrupados en la misma

actitud. A la vista de aquel gran ejército de vanaras que parecía un estanque cubierto de botones de loto, Rama quedó encantado de Sugriva. Levantando al monarca de los haris que, prosternado, tocaba sus pies con la frente, el virtuoso Raghava le abrazó para indicarle con ello su afecto y su gran estimación. Tras aquel abrazo le dijo: «Siéntate.» Y una vez que le vio sentado en el suelo, Rama habló de este modo: «Aquel que se aplica al deber, al interés y al placer, en tiempo oportuno, y da a cada una de estas cosas la parte que la conviene, ¡oh héroe, el mejor de los haris!, éste es un rey. Pero aquel que descuida el deber, el interés y el placer, es como si durmiese en la copa de un árbol: no se despierta sino cuando cae. Aquel que se ingenia en destruir a sus adversarios, que se complace favoreciendo a sus amigos, que recoge los frutos del triple bien, este príncipe es fiel a su deber. Luego llegado es el momento de obrar, ¡oh calamidad para tus enemigos! Hay que deliberar sobre ello, ¡oh jefe de los pingas!, con los haris tus consejeros.»

Así habló Rama, y Sugriva le respondió: «Yo había perdido fortuna y gloria al perder el Imperio eterno de los kapis. Gracias a ti, ¡oh guerrero de los grandes brazos!, todo lo he recobrado; gracias a ti y a tu hermano, ¡oh dios, el más grande de los vencedores! No reconocer un servicio entre los hombres es el hecho de un ser despreciable. Estos vanaras, la flor de ellos, vigorosos, han ido a centenares, ¡oh vencedor de tus enemigos!, a convocar por todo el Mundo a todos los demás vanaras. Monos, rikshas y golangulas lleuos de bravura, ¡oh hijo de Raghú!, familiares de bosques y selvas inaccesibles, los del temible aspecto, monos nacidos de los devas y de los gandharvas, pudiendo cambiar de forma a voluntad, escoltado cada uno por sus batallones, están en camino, ¡oh Ragnava! Los vanaras vienen rodeados de guerreros a centenares, por centenas de millar, por kotis, por ayutas, por sankus, ¡oh héroe, terror de tus enemigos!, por arbudas, por centenares de arbudas, por madhyas, por antyas. Samudras, parardhas de haris y de jefes de haris, acudiran, ¡oh rey!, valerosos como Mahendra, semejantes a montes nebulosos, del Meru y del Vindhya donde tiene sus cobijos. Y se juntarán a ti para combatir al rakshasa Ravana. Le abatirán en el campo de batalla y te traerán a Maithilí.»

Viendo las disposiciones tomadas por el valiente harí, de acuerdo con su voluntad el poderoso príncipe se alegró; su aspecto era el de un loto azul descogido.

## S A R G A X X X I X

## LLEGADA DE LAS TROPAS DE SUGRIVA

Así habló Sugriva haciendo el anjalí. Rama, el mejor de los hombres virtuosos, le estrechó entre sus brazos y le dijo: «No es sorprendente que Indra vierta sus aguaceros, que el Sol con sus mil rayos expulse a las tinieblas del cielo; que la Luna, mediante su claridad, haga a la noche pura, ¡oh querido!; ni que tus semejantes sean la alegría de sus amigos, ¡oh espanto de tus adversarios! Por ello no es sorprendente encontrar en ti esta nobleza de carácter, ¡oh bienamado Sugriva!; te reconozco siempre en tu afectuoso lenguaje. Con tu apoyo, querido, venceré en el campo de batalla a todos mis adversarios. Tú eres mi amigo, tú debes prestarme amistosa asistencia. Es para su propia pérdida para lo que me ha arrebatado a Maithilí ese vil rakshasa, como tras haberle engañado, Anuhlada raptó a Pulomán su hija Sací. Sin tardar atravesaré a Ravana con mis dardos afilados, como Satakratu, matador de sus enemigos, atravesó al insolente padre de Paulomí.»

Entre tanto una oscuridad se extendió por el firmamento y veló el brillante resplandor del astro de los mil rayos. Las regiones fueron invadidas y entenebrecidas por aquella oscuridad; toda la Tierra tembló con sus montañas, sus bosques y sus selvas. El Mundo entero estaba cubierto de plavamgamas sin número, semejantes a príncipes, de dientes puntiagudos, llenos de vigor. En un abrir y cerrar de ojos aquellos jefes de haris, aquellos vanaras rodeados de soldados por centenares de kotis, acudieron de los ríos, de las montañas y de los mares, dotados de extremado vigor, haris con voz de nubes tempestuosas, habitantes de los bosques, vanaras con los tintes de la aurora, pálidos como la Luna, del color de los estambres del loto, o blancos, que poblaban la montaña de oro, aparecieron por decenas de millares de kotis, escoltando a Satabali, el célebre y valeroso vanara. Entonces se presentó también, semejante a una roca de oro, el bravo padre de Tará, con muy numerosos millares de kotis. Llegó al punto, a la cabeza de otro millar de kotis, el padre de Rumá, el poderoso suegro de Sugriva. Semejante al estambre del loto, el rostro brillante como el Sol al levantarse, el inteligente, el primero de los vanaras y el mejor de todos, el padre ilustre de Hanumat, Kesarín, iba acompañado de millares de vanaras. El gran rey de los golangulas, Cavaksha, de temible poder, estaba rodeado de mil kotis de vanaras. Dhumra, destructor de sus enemigos, llegó con

dos mil kotis de rikshas de ímpetu terrible. Un general llamado Panasa, de extremada valentía, vino rodeado de tres kotis de guerreros, muy vigorosos y temibles. Otro jefe de color negro colirio, llamado Nila, de alta estatura, se presentó a la cabeza de diez kotis. Brillante como una montaña de oro, el general Gavaya, lleno de valor, llegó con cinco kotis. Darimukha, valeroso oficial, trajo un millar de kotis, llevado de su abnegación hacia Sugriva. Mainda y Dvidida, los dos poderosos asviputras, se presentaron con mil kotis de kotis. Gaja, bravo guerrero, conducía tres kotis, a ponerse a las órdenes de Sugriva. El célebre Rumana, acompañado de intrépidos vanaras, acudió, lleno de energía, a toda prisa, con cien kotis. Cien mil millares de kotis de haris marchaban en seguimiento de Candhamadana. Un millar de padmas y cien sankhas estaban a las órdenes del príncipe real Angada, que se presentó, valeroso como su padre. Brillante como un astro, Tara, al que haris de temible valor acompañaban en número de cien kotis, llegó de lejos. Indrajana, hábil y bravo general, se presentó, a su vez, a la cabeza de once kotis. Luego vino Rambha, centelleante como el Sol levante, con una ayuta, más un millar y una centena de soldados. Fue al punto el bravo jefe, el vanara Durmukha. Este valiente llegó con dos kotis de vanaras, semejantes a los picos del Kailasa, y de un temible valor. Hanumat iba acompañado por un millar de kotis; el muy atrevido Nala era seguido de habitantes de los bosques en número de cien kotis, más mil ciento. El afortunado Darimukha, escoltado de diez kotis, se unió, lanzando gritos, al magnánimo Sugriva. Sarabha, Kumuda, Vahni, Rambha también, estos vanaras y muchos otros que cambiaban de forma a voluntad y cubrían con su número la Tierra entera, las montañas y los bosques, vinieron a la cabeza de sus tropas, en número incalculable. Todos los vanaras que habitaban la Tierra acudieron saltando, brincando, lanzando gritos. Los plavamgamas rodearon a Sugriva como las bandas de nubes al Sol. Llenos de coraje y de vigor, lanzaron numerosas aclamaciones, saludando con la cabeza al rey de los vanaras. Otros, la flor de los monos, acercáronse según el uso, agrupáronse al lado de su príncipe y se mantuvieron de pie haciendo el anjali. En su celo hacia Rama, ante el cual estaba, él también, de pie y haciendo el anjali, Sugriva dio la orden a todos sus generales fogosos y llenos de ardor: «Jefes de los vanaras, instalad confortablemente, según las reglas, a vuestras tropas al borde de los torrentes de la montaña y en todos los bosques, y que cada uno haga el cómputo exacto de su ejército.»

## S A R G A X L

## SUGRIVA ENVÍA VANARAS A ORIENTE EN BUSCA DE SITÁ

El rey Sugriva, jefe de los plavagas, su propósito conseguido, dijo al tigre de los hombres, a Rama, destructor de sus enemigos: «Helos aquí venidos e instalados, los valientes Indras de los vanaras que se transportan allí donde quieren y que, semejantes a Mahendra, habitan mi Imperio. Han llegado con sus numerosos y bravos soldados de indomable valor, esos vanaras terribles, émulos de los daitias y de los danavas. Famosos a causa de sus hazañas marciales, poderosos, infatigables, afamados por su valor, y en sus resoluciones, de una sabiduría consumada. Viajando por la tierra y sobre la onda, ¡oh Rama!, habitando toda clase de montañas, helos aquí llegados en kotis múltiples, esos vanaras, tus servidores. Sometidos a tus órdenes, todos y cada uno buscando en bien de su jefe; todos sabrán cumplir tus intenciones, ¡oh tú, que doblegas a tus enemigos! Helos aquí venidos con numerosos millares de intrépidos soldados, esos terribles vanaras, que se asemejan a los daitias y a los danavas. Lo que tú quieres, ¡oh tigre de los hombres!, dilo en tiempo oportuno. Es tu ejército, está a tus órdenes, a ti corresponde el mandarle. Bien que yo esté perfectamente al corriente de tu asunto, no obstante, dispón tú todo como lo juzgues conveniente.»

Así habló Sugriva. Rama, el hijo de Dasaratha, estrechándole entre sus brazos, le dijo: «Que se informen, querido y sabio amigo, acerca de Vaidehí; si vive aún, sí o no, y sobre el lugar en que habita Ravana. Entonces iremos cerca de Vaidehí y hacia el retiro de Ravana; y allí, yo tomaré contigo, el tiempo llegado, las medidas exigidas por las circunstancias. Yo no mandaré la expedición, ¡oh príncipe de los vanaras!, ni tampoco Lakshmana; eres tú quien la dirigirás; tú serás el jefe, ¡oh príncipe de los plavagas! Preside tú mismo, señor, la organización de mi empresa; la conoces, ¡oh héroe!, no dudo en modo alguno de ello. Tú eres el segundo de mis amigos, lleno de bravura, de inteligencia, sabiendo discernir el tiempo, adicto a mis intereses, de segura afección, de experiencia consumada.»

A estas palabras, Sugriva dijo, en presencia de Rama y del prudente Lakshmana, al general de los vanaras llamado Vinata, que asemejábase a una roca y cuya voz imitaba el estruendo de las nubes (325): «Tú tienes contigo monos brillan-

tes como la Luna y el Sol, ¡oh el mejor de los vanaras! Tú sabes poner a provecho los lugares y los tiempos; tú eres experto en la conducción de los asuntos. Toma contigo mil vanaras intrépidos. Explora la región oriental con sus montañas, sus bosques y sus selvas en busca de Sitá, la princesa del Videha, y el retiro de Ravana. Explorad, entre los montes inaccesibles, los bosques y los ríos, el río Bhagiratí, el encantador Sarayú, el Kausikí también, el Kalindí, el encantador Yamuná y el gran monte Yamuna, el Saravasti, el Sindhu, el Sona de aguas cristalinas, el Mahi y el Kalamahí de rocas y bosques espléndidos, y los pueblos de los brahmanas y de los videhas, los malavas, los kasis y los kosalas, los magadhas, los mahagramas, los pundras, los angas también, así como la tierra de los kosokaras, el país de las minas de plata. Registrad todas estas comarcas, en todos sentidos, en busca de la tierna esposa de Rama, Sitá, la hija política de Dasaratha. Los montes y las ciudades que baña el mar, los burgos situados en la cima del Mandara; los pueblos que se cubren el rostro con sus orejas; aquellos cuyas orejas caen sobre sus labios; los que tienen negros y horribles rostros; los que corren tan de prisa, bien que no tengan sino un solo pie; los pueblos indestructibles y poderosos que se alimentan de carne humana, los kiratas de cabellera espesa y reunida en mechón, de tez de oro, agradables de ver. Los kiratas insulares que se nutren de pescados crudos, que viven en el agua, temibles hombres tigres, según se dice; sus países, recorredlos todos, ¡oh habitantes de las cavernas!, así como las comarcas a las que no se llega sino franqueando las montañas, saltando o nadando. Marchad sin tregua, hasta la isla célebre de los Siete-Reinos, isla de oro y de plata, que pueblan los orfebres. Luego de haberla atravesado, encontraréis el monte Sicira, cuya cima alcanza el cielo y que frecuentan los devas y los danavas; las montañas inaccesibles de este país, sus torrentes, sus bosques, exploradlos, todos juntos, para encontrar a la gloriosa esposa de Rama. Luego, alcanzaréis el Sona, de aguas rojizas y curso rápido; allí, descenderéis a la orilla marítima habitada por los siddhas y los caranas. Entre sus tirthas y sus maravillosos bosques, os será preciso buscar por todos lados a Ravana y a Vahidei. Lo ríos, salidos de las montañas de temibles y numerosos bosquecillos, sondeadlos, así como las rocas cavernosas y las selvas. Explorad las terribles islas del mar. Hay un gran lago de inquietas ondas que lanza formidables clamores cuando es agitado por la tempestad; es allí donde los asuras de talla colosal apodéranse de la sombra de los seres constan-



temente, con autorización de Brahma, cuando están desde hace mucho tiempo empujados por el hambre. Este vasto y escandaloso lago, semejante a una nube de Kala, frecuentado por grandes serpientes, tras haberle pasado por un vado, llegaréis a un océano de aguas rojas, horribles, llamado Lohita; entonces advertiréis el enorme Kutasalmali, y la morada de Vainateya, adornada de toda clase de joyeles, semejante al Kailasa, y construida por Visvakarman. Allí, semejantes a rocas, los terribles rakshasas, llamados mandeas, de formas diversas, espantosos, están colgados a las crestas de la montaña. Caen siempre al agua hacia la salida del Sol, atormentados por este astro, para suspenderse de nuevo, sin cesar, estos rakshasas, heridos cada día por los ardores de Brahma. Luego, semejante a una nube blancuzca, el mar Kshiroda, continuando vuestra marcha, se os aparecerá, ¡oh guerreros intrépidos!, como un collar de perlas, con sus olas brillantes. En el medio se levanta una gran montaña blanca, el Rishabha, plantada de árboles de celestes perfumes, cubiertos de flores, umbrosos. Luego, el lago de lotos de plata, resplandecientes, con estambres de oro, el Sudarsana, donde los rajahamsas abundan. Vibuchas, caranas, yukshas, kinnaras, coros de apsaras, enloquecidos, entréganse allí a sus amorosos retozos al borde de este gran estanque. Cuando hayáis franqueado el Kshiroda, advertiréis, ¡oh vanaras!, el lago de las dulces aguas, rápidas, que quita el terror a todos los seres. Allí fue donde el tejás, nacido de la cólera de Orva, fue transformado por Brahma en una enorme cabeza de caballo. Maravillosa es su actividad: ella hace su alimento de los seres que se mueven y de los que no se mueven. Allí se escuchan los clamores de los bhutas, que moran en ese lago, y que se dan cuenta de su impotencia frente a aquella cabeza de yegua. En la orilla septentrional de ese lago de aguas dulces, a trece joyanas de distancia, se encuentra el monte Jatarupasila, muy elevado, brillante como el oro. Allí, resplandeciente como la Luna, la serpiente que lleva a la Tierra, la de ojos anchos como hojas de loto, la veréis, ¡oh vanaras!, acostada en la cima de la montaña, venerada por todos los dioses, la divina Ananta, la de las mil cabezas y traje sombrío. Una palma de oro de triple penacho, estandarte de este magnífico personaje, está colocada en la cima del monte donde brilla con su vedí. Es la obra que, en las regiones celestes, cumplieron los jefes de los Treinta. Más lejos se yergue el monte de oro, el afortunado Udava. Su cúspide, que toca el cielo, tiene cien joyanas de extensión; es de oro, divino, centelleante con su base. Salas, talas, tamalas, karnikaras en

flor, todo de oro, celestiales, brillantes como el Sol, le embelecen. Veréis también el pico del Somanasa, de un joyana de ancho, alto de diez, de oro, estable. En otro tiempo, cuando sus tres zancadas, Vishnú, el Purusha supremo, dio su primer paso desde esta cima y el segundo desde la del Merú. Tras haber franqueado al norte el Jambudviba, el Sol alcanza su apogeo con este pico elevado. Es allí donde se ve a los grandes e ilustres rishis Vaikhanasas y Valakhilyas, resplandecientes como el Sol. Más adelante nuéstrase el Dvipa Sudarsana donde se enciende con la claridad la mirada de todos los seres vivientes. En las crestas de este monte, en sus barrancos y sus bosques, buscad por todas partes a Ravana y a Vaidhí. Esta montaña de oro y el magnánimo Surya penetran con su brillo el primer crepúsculo y le tiñen de rojos fulgores. Esta del Sol, es lo que se llama la región oriental. Sobre las mesetas primera puerta abierta sobre la Tierra y el Mundo, esta salida de este monte, en sus torrentes y sus cavernas, por todas partes buscad a Ravana y a Vaidhí. Más allá será inaccesible la región oriental que rodean los Treinta; privada de la luz de la Luna y del Sol, es invisible; las tinieblas la envuelven. Entre todas estas montañas, estas cavernas, estos ríos y las otras regiones de las que no he hablado, hay que buscar a Janaky, por todas partes donde les es posible penetrar a los vanaras, ¡oh toros de los vanaras! La región más allá que está sin Sol ni Luna no la conocemos. Id en busca de Vaidhí y el retiro de Ravana. Al cabo de un mes volved, luego de haber alcanzado el monte Udaya. Es preciso que no tardéis más de un mes; aquel que se retrase le castigará muerte. Vuestra misión terminada, volved, luego de haber alcanzado a Maithilí. La comarca favorita del gran Indra, adornada de bosques y bosquecillos, exploradla cuidadosamente, ¡oh vanaras! Si volvéis tras haber encontrado a Sitá, la bienamada del descendiente de Raghú, felices entonces seréis.»

## S A R G A X L I

## SUGRIVA ORDENA EXPLORAR LA REGIÓN DEL MEDIODÍA

Tras haber dispuesto de este modo el gran ejército de los monos, Sugriva mandó hacia el Sur a vanaras escogidos. Nila, el hijo de Añi, Hanumat, y el hijo del Abuelo de los monos, Jambavat, lleno de energía, Suhotra, Sarari, Saragula, Gaja, Gavaksha, Cavaya, Sushena, Vrishabha, Mainda, Dvidida,

Candhamadana, Ulkamukha y Ananga, los dos hijos de Hutasana, a todos estos bravos que tenían a Angada como jefe y que estaban llenos de ardor y de bravura, el valiente rey de los kapis dio órdenes circunstanciadas. Tras haber puesto al muy poderoso Angada a su cabeza, atribuyó a estos valerosos héroes la región del Sur. Todos los cantones de esta región, los más difíciles de explorar, el soberano de los monos se los indicó a aquellos valientes, flor de los haris: «El Vindhya de mil cimas, cubierto de árboles y de lianas de todas clases; el Narmadá, río encantador, frecuentado por las grandes serpientes; el Godavari, delicioso y vasto río el de las negras cañas; los mekhalas, los utkalas, las ciudades de los dasarnas también, el Abravanti, el Avanni, explorad todo. Los pueblos de los vidarbhas, los rishtikas, los agradables mahishakas mismos, los matsyas y los kalingas, los kosikas, recorred todo; el bosque Dandaka, con sus montes, ríos y cavernas; el río Godavari, igualmente; examinadlo todo; visitad las regiones de los andhras, los pundras, los colas, los pandyas y los keralas. Es preciso recorrer el Ayomukha, rico en metales; maravillosas son las cimas de este monte espléndido, de bosques cubiertos de flores encantadoras. Esta gran montaña, con sus hermosos bosques de sándalo, deberéis explorarla. Entonces un río divino, de olas apacibles, se os aparecerá: el Kaveri, alegrado por los coros de las apsaras. Sentado en la cima del poderoso monte Malaya, veréis, brillante como el Sol, a Agastya, el mejor de los rishis. A la invitación de este dulce y magnánimo asceta, atravesaréis el Tamraparni, gran río en el que los cocodrilos gustan de retozar. Encantadores bosques de sándalo recubren sus islas y sus aguas; cual una joven prometida, va a reunirse con su bienamado, el Océano. Luego la hermosa puerta de oro de la ciudad de los pandyas, divina, incrustada de perlas y de diamantes, la encontraréis cuando hayáis pasado el río, ¡oh vanaras! Entonces, os acercaréis al mar para alcanzar vuestro propósito con más seguridad. Agastya cerca de allí, en medio de las olas, colocó el hermoso Mahendra, de collados plantados de árboles soberbios, monte sublime, todo de oro, espléndido, que se hunde en el gran Océano. Árboles de todas las especies, lianas en plena floración le embellecen. La flor de los devas, de los rishis y de los yakshas, así como las apsaras, habitan en él. Está lleno de tropas de siddhas y de caranas; es encantador. El dios de los mil ojos va allí asiduamente cada luna. Al otro lado de este océano hay una isla de cien yojanas de extensión, inaccesible a los hombres, abrasada; registradla por todas partes; allí buscad a Sitá

con toda vuestra alma y de modo particular. Es allí donde habita Ravana, digno de muerte a causa de su maldad, el jefe supremo de los rakshasas, de un esplendor igual al del dios de los mil ojos. En medio del mar del Sur está una rakshasí llamada Angaraká, que hace desaparecer la sombra con su hambre. Vuestras dudas disipadas de este modo, desembaraos de vuestras incertidumbres, buscad a la esposa del Indra de los hombres, el de gloria sin medida. Más allá, en esta isla, en un lago de cien yojanas, se levanta el monte soberbio llamado Pushoitaka, frecuentado por siddhas y caranas. Brillante como los rayos de la Luna y del Sol, bañado por las aguas del lago, resplandece, y con sus altas crestas parece lamer el firmamento. Una de sus cimas es de oro; el astro del día mora allí; los ingratos no pueden verle, ni los malos, ni los incrédulos. Saludad con la cabeza a esta roca y exploradla, vanaras. Tras haber franqueado esta roca de tan difícil acceso, alcanzaréis el monte Suryavat, por un camino muy penoso, largo de catorce yojanas. Al otro lado encontraréis el monte Vaidyuta, plantado de árboles, cuyos frutos satisfacen todos los deseos y son deliciosos en todo tiempo. Comed sus raíces y sus sabrosos frutos. Bebed su miel delectable y seguid adelante, ¡oh vanaras! Más lejos está el monte Kuniara, que alegra la vista y el corazón. Allí se encuentra la morada de Agastya, construida por Visvakarmán, ancha de una yojana, alta de diez. Casa de oro, divina, adornada de toda suerte de piedras preciosas. En este monte se ve también la ciudad de Bhogavati poblada de serpientes, de calles espaciosas, de acceso difícil, fortificada por todas partes, defendida por reptiles muy terribles, de agudos dientes y veneno sutil. El rey de las serpientes, el terrible Vasuki, la habita. Esta ciudad de Bhogavati deberá ser cuidadosamente explorada, así como todos sus recodos y los sitios escondidos, sean cuales sean. Más allá de esta comarca, en la actitud de un toro colosal, levántase el espléndido monte Rishabha, hecho de diamantes de toda especie. Las variedades gosirshaka, padmakamharisyama, crecen en él, así como ese otro sándalo divino que tiene el brillo del fuego. Este bosque de sándalo que veréis, guardaos muy bien de tocarle. Los gandharvas, apodados robitas, protegen este bosque peligroso; tienen cinco jefes resplandecientes como el Sol: Sailusha, Gramanís, Siksha, Suka y Babhru. Más lejos está la mansión de los Santos; su cuerpo es semejante al Sol y a la Luna y al fuego. Es allí, en el extremo de la Tierra, donde se han establecido los terribles conquistadores del Cielo; por ello no osan traspasar el mundo formidable de los pitris.

Es la real morada de Yama; horribles tinieblas la circundan. He aquí, ¡oh toro de los valientes vanaras!, hasta donde podéis llevar vuestras exploraciones. Los que van más allá no vuelven. Luego de haber recorrido estos países y los demás que se pueden visitar, con objeto de descubrir el rastro de Vaidehi, os será preciso regresar. Aquel que, de vuelta dentro de un mes, diga el primero: «Yo he visto a Sitá», éste, vuelto mi igual en autoridad, vivirá dichoso en el seno de los placeres. Nadie me será más querido; le amaré más que a mi vida misma, y por numerosas que pudieran ser sus maldades, sería para mí como un pariente. Vuestro rigor y vuestra bravura no tienen medida; sois salidos de familias ricas en cualidades; id a buscar a la princesa, partid para esta expedición de suprema importancia, heroica.»

## SARGA XLII

### EXPLOTADORES ENVIADOS AL OESTE

Tras haber enviado a los haris en dirección Sur, Sugriva se dirigió al vanara llamado Sushena, semejante a una nube. El rey habló al padre de Tará, su suegro, temible por su bravura; le abordó haciendo el anjalí, la cabeza inclinada. Al hijo del gran asceta Marici, gran mono rodeado de monos escogidos, llenos de bravura, Arcishmat, el igual al Mahendra en esplendor, inteligente, animoso, brillante como Vainateya, a sus hermanos los marikas, festoneados de llamas, muy vigorosos, a todos estos hijos de asceta, Sugriva designó la región Oeste: «Con doscientos mil monos, ¡oh excelente kapis!, Sushena a vuestra cabeza, recorred, en busca de Vaidehi, los países de los surashtras y de los bahlíkas, hermosos como la Luna, abundantes en colirio, maravillosos, así como sus florecientes ciudades; el Kukshi de espesos pumnagas, donde los bakulas y los uddalakas abundan. Registrad los matorrales de ketakas, ¡oh toros de los haris!, así como los ríos cuyas aguas frescas y puras corren a occidente. Las selvas de los ascetas, las montañas cubiertas de bosques, los campos incultos, los desiertos, las rocas extremadamente altas y frías, recorredlas. Cuando hayáis explorado esta región del poniente, cubierta de cadenas de montañas que hacen su acceso tan difícil, entonces llegaréis al mar occidental, de ondas abundantes en peces tinis y en cocodrilos. Le visitaréis, ¡oh vanaras! Entre los matorrales de ketakas y los grupos de tamalas, los kapis se divertirán lo

mismo que en medio de los bosques de narikelas. Buscad a Sitá y el refugio de Ravana entre las montañas y los bosques que se hallan en las orillas de este mar. Inspeccionad la ciudad de Murací y la encantadora ciudad de Jatá, la ciudad de Avanti, la de Angalepá y también el bosque de Alakshita; estos reinos inmensos, estas ciudades, exploradlas en todos sentidos. En la confluencia del Sindhú y del Océano hay una alta montaña, llamada el Somasiri, la de cien cimas, plantada de grandes árboles. En sus collados deliciosos moran leones alados que transportan por los aires a los peces timis y a los elefantes. Hay en aquellos nidos de leones, en aquellas crestas rocosas, elefantes matangas, enloquecidos y hartos, de voz resonante como la nube, que vagan a la ventura en aquel monte vasto y altivo, cuya cima de oro, plantada de árboles de todas clases, toca el cielo. El Somagiri deberá ser explorado por entero y rápidamente por los kapis que cambian de forma a su capricho. En medio del mar, la cúspide dorada de cien yojanas, difícil de explorar, del Pariyatra os aparecerá, ¡oh vanaras! Veinticuatro cotis de gandharvas ilustres la habitan. Tienen el resplandor del fuego; son terribles y malhechores; brillantes como la llama de Pavaka, van juntos a todas partes. Es preciso que no se acerquen mucho a ellos vuestros temibles vanaras; los plavamgamas no cogerán fruto alguno en esta comarca. Son de un trato difícil esos héroes valientes y poderosos; velan sobre frutas y raíces con un cuidado feroz. No obstante, os será preciso allí también hacer cuanto os sea posible por encontrar a Janakí. Por lo demás, nada tenéis que temer de ellos si permanecéis en vuestro papel de monos. Allí hay un gran monte, color de esmeralda, con el asiento de diamante, cubierto de árboles y lianas de todas clases: es el Vajra. Es espléndido; tiene cien yojanas de altura y otro tanto de anchura. Sus cavernas deberán ser visitadas con cuidado por los plavamgamas. Hacia el cuarto del Océano está el monte Cakravat. Una rueda de mil rayos fue construida allí por Visvakarmán. Tras haber matado a Pancajana y a Hayagriva, hijo de Danu, el supremo Purusha se apoderó de la rueda y de un caracol marino. Entre los collados encantadores y las profundas cavernas de este monte, buscad cuidadosamente a Ravana, así como a Vaidehí. Sesenta y cuatro yojanas más lejos, el monte Varaha, el de la cima de oro puro, lánzase desde un lago profundo a una gran altura. Allí se encuentra la ciudad de Pragjyotisha, construida con oro, en donde reside un perverso danava, cuyo nombre es Naraka. Entre sus collados encantadores y sus profundas cavernas, buscad cuidadosamente

a Ravana, lo mismo que a Vaidehí. Tras haber franqueado este Indra de las rocas que deja ver el oro en su interior, encontraréis otro monte todo de oro, asimismo con numerosas cascadas. Elefantes, jabalíes, leones, tigres, por todas partes, excitados por el ruido, le llenan constantemente con sus clamores. El afortunado Mahendra, el de los corceles bravos, que castigó a Paka, fue consagrado rey por los suras en este monte, llamado Megha. Franquearéis este Indra de los montes, protegido de Mahendra, y luego encontraréis sesenta mil montañas de oro, brillantes como el Sol al levantarse, proyectando su resplandor a todas partes, embellecidas con plantaciones de árboles, también de oro, cubiertos de flores. En medio de ellas se levanta como un soberano el Merú, el más excelente de los montes, a quien Aditía, con su bondad, concedió un privilegio en otro tiempo. Dijo a este Indra de los montes: «Todos aquellos que te tengan como abrigo, gracias a mí, se tornarán día y noche, todos de oro. Sí, los que te habiten, devas, gandharvas, danavas, serán luminosos y tendrán el brillo del oro.» Los visvedevas, los vasus y los marut, que residen en los cielos, van, por las tardes, al crepúsculo, al Merú, esta sublime montaña. Escoltan al hijo de Adití, Surya, para honrarle. Este, invisible a todos los seres, se dirige hacia el monte Asta. Las diez mil yojanas que le separan de él, el astro del día las recorre en la mitad de un muhurta, y se retira al punto detrás de aquel amontonamiento de rocas. Sobre la cima de este monte, un vasto y divino palacio, brillante como Surya, unido por una multitud de torres, ha sido edificado por Visvakarmán. Está adornado de árboles variados, en los que anidan toda clase de pájaros; es la morada del magnánimo Varuna, que tiene una red en la mano. Entre el Merú y el Asta, un tala de diez copas, enorme, de oro jatapura, lanza un vivo resplandor; su base es maravillosa. En medio de todos estos lagos y estos ríos de difícil acceso, buscad cuidadosamente a Ravana y a Vaidehí. Es allí, sobre el Merú, donde reside el virtuoso asceta, engrandecido por sus tapás, el célebre Meru savarni, el émulo de Brahma. Preguntaréis a Merusavarni, gran rishi, brillante como el Sol, noticias de Maithili, tras haberos prosternado ante él, la frente en el polvo. Todo cuanto el Sol, desde el fin de la noche, ilumina en el mundo de los seres, hasta que se apaga en el monte Asta, vuestros monos deberán recorrerlo, ¡oh toros de los vanaras! Las regiones sin luz y sin límites que se extienden más allá no las conocemos. Sin dejar de buscar a Vaidehí y el refugio de Ravana, cuando hayáis llegado al monte Asta, al acabar el mes, vol-

ved. Aquel que se retrase más del mes le condenaré a muerte. Mi valeroso suegro irá con vosotros. Tendréis cuidado de conformaros a todos sus deseos. Vuestro gurú es mi suegro, el de los grandes brazos; es valeroso; vosotros también sois muy bravos. Disciplinados lo sois todos. Tomad, pues, como regla el explorar la región occidental. Así cumpliréis vuestro deber devolviendo servicio por servicio. Además, todo lo que pueda ayudar a esta empresa, hacedlo, y considerar los lugares, los tiempos y el propósito juntamente.»

Los plavamangamas, jefes de los plavagas, Sushene a su frente, habiendo oído este sabio discurso, saludaron a Sugriva y se fueron hacia la región que Varuna protege.

### SARGA XLIII

#### EXPLORADORES DE LA REGIÓN NORTE

Tras haber confiado de este modo a su padre político la región del Oeste, Sugriva, el rey de los monos, dijo al bravo vanara Satabala. El monarca omnisciente, el mejor de todos los vanaras, le habló de este modo, en su propio interés y en el de Rama: «Toma como escolta cien mil habitantes de los bosques semejantes a ti, con los hijos de Vaivasvata como guías universales. ¡Oh héroe!, la región del Norte, que los montes nevosos coronan, explórala por todos lados, en busca de la ilustre esposa de Rama. Este deber cumplido, este servicio prestado a Dasarathi, quedaremos liberados de nuestra deuda; nuestro propósito alcanzado será, ¡oh el más avisado de los seres! Tenemos obligaciones con el magnánimo Raghuva; si a nuestra vez conseguimos que nos esté agradecido, nuestra vida habrá sido útil. Dejar agradecido a alguien cuando se ve en la necesidad, incluso cuando nada se ha recibido de él, es utilizar bien la existencia; ¡con mucha más razón cuando se trata de un bienhechor! Basándoos en estos principios, tratad de encontrar a Janakí, si deseáis nuestra felicidad y nuestro bien. Este héroe que todos los seres deben honrar; él, el más virtuoso de los hombres, Rama, el conquistador de ciudades adversas, unido está a nosotros por la amistad. He aquí las numerosas y difíciles regiones, los ríos y las cavernas rocosas que os será preciso explorar con inteligencia y valor: mlecchas, bulindas, surasenas, brasthalas, bharatas, kurus y madrakas, kambojas y yavanas, y las ciudades de los sakas, visitadlas, así como a los varadas; luego, explorad el



Himavat. Entre las espesuras de lodhras y de padmakas, en los bosques de devadarus, buscad por todos lados a Ravana y a Vaidehí. Llegados al eremitorio de Soma, frecuentado por devas y gandharvas, alcanzaréis esa montaña de grandes aristas, llamada Kala. En medio de aquellas enormes rocas, de sus macizos y de sus antros, procurad descubrir a la bella e irreprochable esposa de Rama. Tras haber franqueado el Indra de los montes, el del seno de oro, la gran montaña de Kala, escalaréis el monte Sudarsana; luego el monte Devasakhí, asilo de pájaros, lleno de volátiles de todas clases y plantado de árboles de esencias variadas. En medio de aquellos bloques de oro, de sus grietas y de sus grutas, buscad por todas partes a Ravana y a Vaidehí. Más allá de este monte hay un espacio de cien yojanas en todos sentidos donde no hay ni montañas, ni ríos, ni árboles, ni seres de ninguna especie. Franquead de prisa esta soledad espantosa, y entonces llegaréis, llenos de alegría, al blanco Kailasa. Allí, semejante a una pálida nube, está la encantadora mansión de Kubera, adornada de oro jambunada, construida por Visvakarmán. Se ve allí un vasto estanque, lleno de utpalas descogidas, poblado de hamsas y de karandavas, y frecuentado por los coros de las apsaras. Es allí donde el rey Vaisravana, venerado en todos los mundos, el afortunado distribuidor de las riquezas, gusta de divertirse con los guhyakas; él, el soberano de los yakshas. En medio de aquellos montes, brillantes como la Luna, y entre aquellas cavernas, buscad cuidadosamente a Ravana y a Vaidehí. Llegaréis en seguida a la montaña del Kraunca. En una de sus fisuras, de difícil acceso, donde no se puede entrar sino con precaución y dificultad, tal se cuenta al menos, habitan grandes y magnánimos ascetas, deslumbrantes como el Sol, invocados por los dioses de los cuales tienen la forma. El Kraunca tiene aún otras cavernas, aristas y cimas, rocas y vertientes que habrá que explorar en todos sentidos. Allí está la piedra de Kama, el Manava despojado de árboles, refugio de los pájaros. No se ven trazas de bhutas, ni de devas, ni de rakshas. Será preciso que todos exploréis esta montaña con sus aristas, sus mesetas y sus rocas. Más allá del Kraunca está el monte Mainaka. Maya, el danava, se ha construido allí una mansión. El Mainaka deberá ser explorado, así como sus aristas, sus mesetas y sus grutas. Mujeres con cabezas de yeguas habitan allí por una parte u otra. Atravesaréis este país, en el que se han retirado los siddhas, los siddhas Vaikhanasas y los ascetas Valakhilyas. Luego de haber rendido vuestros homenajes a aquellos siddhas, cuyo ascetismo ha borrado las manchas, os

informaréis de la suerte de Sitá, preguntando a aquellos virtuosos ascetas. Allí está el lago Vaikhanasa, cubierto de pushkaras nevados, poblado de hermosos hamsas, brillantes como la aurora. El elefante Sarvabhuma, que, dicese, sirve de montura a Kubera, recorre sin cesar esta región con sus hembras. Más allá de este lago hay un cielo sin Luna ni Sol ni constelaciones, en el que no hay ni nubes ni sonido. Pero, como otros tantos rayos solares, apacibles rishis consumidos en el ascetismo, semejantes a los devas, iluminan aquel lugar con su propio brillo. Más lejos de este país corre el río Sailodá; en sus dos orillas crecen cañas kicakas. Conducen de una orilla a otra a los siddhas y los vuelven a traer. Allí están los Uttaras Kurus, junto a los cuales se refugian los Santos, y que hacen sus abluciones en estanques llenos de lotos de oro. Se ven allí a millares ríos sembrados de plantas con hojas de un verde sombrío. Bosques de rojas utpalas de oro les festonean. Los estanques brillan allí con el fulgor del Sol levante. Perlas y joyas de gran precio, maravillosos bosques de lotos azules con estambres de oro, recubren enteramente aquel país, así como piedras preciosas sin igual, y diamantes de gran valor. Allí corren ríos con islas flotantes en las que el oro abunda, ricas en árboles soberbios, hechos de joyas de todas clases, encantadores. Las hay que son de oro y que llaman como el fuego alimentado por las ofrendas; están constantemente cargados de flores y de frutas; los pájaros abundan en ellos. Otros aún, entre aquellos muy grandes árboles, producen perfumes y licores celestes que satisfacen todos los gustos. Cógense allí trajes de todas formas. Adornos maravillosos, hechos con perlas y esmeraldas, adaptados a los usos de las mujeres y también de los hombres, se cosechan abundantemente, en toda estación, en ciertos de aquellos árboles magníficos, mientras que otros tienen como frutos joyas brillantes, muy preciosas. Unos producen lechos cubiertos de ricos tapices; otros suministran guirnaldas encantadoras, licores finos y alimentos de todas clases. Vense también mujeres dotadas de cualidades, notables por su hermosura y su juventud. Gandharvas, kinnaras, siddhas, nagas, vidyadharas, brillantes como soles, entérganse allí a sus perpetuas distracciones. Todas las gentes de bien, todos los que se entregan evidentemente al placer, todos cuantos gozan de lo agradable y de lo útil moran allí con sus esposas. Escúchase sin cesar un concierto de voces y de instrumentos de música, mezclados a grandes carcajadas, que encantan a todos los seres. Allí, nadie hay que no sea dichoso, nadie que no goce de lo que le place; los encantos de aquel

lugar aumentan de día en día. Más allá de este Indra de la felicidad está el receptáculo septentrional de las aguas. El Somagiri se levanta en el medio, todo de oro, colosal. Esta comarca, bien que sin Sol, es aclarada por sus reflejos tan perfectamente como si Vivasvat la calentase con sus rayos luminosos. Allí mora, rodeado de los brahmarhis, Bhagavat, el Alma universal; Sambbú, que tiene como esencia los once principios; Brahma, el amo de los dioses. No os es preciso en modo alguno ir más lejos que los kuros del norte. Por lo demás, no se encuentra allí traza alguna de otros seres. El Somagiri es de ascensión difícil, incluso para los dioses. Cuando le hayáis visto, volved rápidamente. He aquí hasta dónde los vanaras pueden ir, ¡oh toro de los vanaras! Más allá es la noche sin límites, y para nosotros, lo desconocido. Todas las comarcas que os he descrito, exploradlas; otras hay de las que no os he hablado, ocupaos de ellas también. Grande será la alegría de Dasarathi, grande será también la mía, ¡oh vosotros, los émulos del Viento y del Fuego!, si conseguís descubrir el retiro de la hija del Videlia. Felices todos juntamente con vuestros parientes, colmados por mí de toda suerte de distinciones halagadoras, recorreréis la Tierra, vuestros enemigos pacificados, acompañados de vuestros amigos, sustentados por los seres, ¡oh piavangamas!»

## S A R G A X L I V

### RAMA DA SU ANILLO A HANUMAT

No obstante, Sugriva expuso su designio, en particular, a Hanumat; confiaba muy especialmente en aquel monje escogido, en lo que afectaba a conseguir su propósito. Sugriva, en el colmo de la felicidad, él, el amo de todos los habitantes de los bosques, dijo al bravo Hanumat, el hijo del Viento: «Sobre la Tierra, en los aires, en el firmamento, en la mansión de los inmortales, en el seno de las aguas, yo no veo sitio al que tú no puedas ir, ¡oh toro de los haris! Todos los mundos con los asuras, los gandharvas, los nagas, los hombres y los devatás, te son conocidos, así como los océanos y las montañas. En la marcha, el impulso, la impetuosidad, la ligereza, ¡oh grande y valiente kapil!, tú eres igual a tu padre, Maruta, el de la gran energía. Por el vigor mismo, ningún ser en la Tierra parece tu rival. Ingéniate tú, pues, por encontrar a Sitá. En ti residen, ¡oh Hanumat!, la fuerza, la inteligencia, el

valor, el discernimiento de los lugares y de los tiempos, y la habilidad, ¡oh héroe lleno de experiencia!»

Viendo así el asunto en manos de aquel vanara, al que bien conocía, Raghava pensó: «Tiene una absoluta confianza en Hanumat este rey de los monos; pero Hanumat está aún más confiado él en el éxito de la empresa. Designado por elección de su amo a causa de sus hazañas que le han hecho célebre, seguramente triunfará en su misión.» Reflexionando de este modo acerca de la extremada fecundidad de recursos del hari, el poderoso héroe, cual si hubiese alcanzado ya lo que se proponía, sintió una viva alegría en sus sentidos y en su corazón. Gozoso, Rama, calamidad de sus enemigos, le dio su anillo, en el cual estaba grabado su nombre (326), con objeto de acreditarle junto a la princesa, diciéndole: «Gracias a esta señal, ¡oh el mejor de los haris!, la hija de Janaka no dudará en reconocerte como mi mensajero. Tu decisión, ¡oh guerrero!, tu valor, unido a tu experiencia, la voluntad de Sugriva; todo junto me presagia el éxito.»

Cogiendo el anillo y poniéndole sobre su cabeza, haciendo el anjalí, el mejor de los haris, el toro de los plavagas, saludó los dos pies de Rama y se dispuso a partir. Con el gran ejército de monos que llevaba en su seguimiento, el valeroso kapi, nacido de Pavana, asemejábase a Sasín, en un cielo sin nubes, el del disco inmaculado, acompañado de un brillante cortejo de estrellas.

«Muy poderoso guerrero, descanso en tu valentía, ¡oh el mejor de los haris!, parte con esas fuerzas considerables y haz de modo que puedas traerme a la hija de Janaka, ¡oh hijo de Pavana, Hanumat!»

## S A R G A X L V

### PARTIDA DE LOS MONOS

Tras haber convocado así a todos los plavagas, Sugriva, el toro, el rey de los plavagas, les dijo en vistas al éxito del asunto de Rama: «He aquí lo que os es preciso explorar, vosotros, la flor de los vanaras, ahora que conocéis la orden formal de vuestro amo, toro de los haris.»

Cubriendo la Tierra, semejantes a saltamontes, los monos pusieron en camino. Rama se estableció en el Prasravana con Lakshmana, esperando que el mes fijado para la busca de Sitá transcurriese. El valeroso Satabali partió al punto hacia el

Norte, región maravillosa ocupada por el rey de los montes. El jefe de los monos, Vinata, lanzóse en dirección del Este. Acompañado de Tara, de Angada y de otros haris bajo su mando. El plavaga, nacido de Pavana, partió hacia la comarca del Sur, habitada por Agastya. Sushena, general de los plavagas, tigre de los haris, púsose en marcha hacia el Oeste, región terrible, guardada por Varuna.

Cuando los hubo así empujado en todas direcciones, el soberano, el valeroso jefe de la camada de los kapis, sintió una alegría extremada. A la orden de su príncipe, todos los generales de los vanaras partieron a toda prisa, cada uno en la dirección que le había sido asignada. Los plavamgamas, llenos de valentía, gritaban, vociferaban, aullaban, castañeteaban las mandíbulas y corrían en medio de los clamores. A aquella orden apremiante de su rey, todos los jefes de los vanaras exclamaron: «¡Traeremos a Sitá y mataremos a Ravana!» «Yo solo le esperaré, derribaré a Ravana en el campo de la lucha, y, tras haberle matado, libraré a la hija de Janaka, toda temblorosa.» «Si estáis ya fatigados, reposaos; solo, yo iré a buscar a Janakí, incluso, de ser preciso, al propio palacio de Patala.» «Yo, yo desarraigaré los árboles.» «Yo, yo atravesaré las montañas.» «Yo hendiré la Tierra.» «Yo perturbaré los océanos.» «Yo, yo voy a dar saltos de una yojana; no lo dudéis.» «¡Y yo, de cien yojanas ¡tal vez de más!» «En la tierra o en el mar, en los montes o en los bosques, en medio mismo del Patala, nada podrá detener mi marcha.»

Así hablaban sucesivamente los vanaras, orgullosos de su vigor, en presencia de aquel rey de los haris.

## S A R G A X L V I

### SUGRIVA CUENTA SUS CORRERÍAS A TRAVÉS DEL MUNDO

Los Indras de los vanaras idos, Rama dijo a Sugriva: «¿Cómo es que conoces todo el círculo del Universo?» Entonces Sugriva respondió a Rama, inclinándose: «Escúchame, te lo contaré con detalle. Como el danaba Dundubhi, bajo la forma de un búfalo, fuese perseguido por Vali hacia el Malaya, aquel búfalo penetró en una caverna de la montaña, donde mi hermano entró a su vez con el propósito de matarle. Yo estuve apostado dócilmente a la entrada de la caverna; Vali no salió durante un año entero. El agujero estaba lleno de una sangre hirviente. Yo estaba aterrado ante tal espectáculo; un vivísimo

dolor se apoderó de mí a propósito de mi hermano. Entonces, el espíritu extraviado, me dije: «Seguramente mi hermano mayor ha sido muerto», y puse sobre el orificio del agujero una piedra gruesa como una montaña. «El búfalo, no pudiendo salir, perecerá», pensé. Luego me volví a Kishkindhá, no esperando ya que Vali estuviese vivo. Habiendo obtenido su Imperio inmenso, así como a Tará y Rumá, rodeado de mis amigos, habitaba Kishkindhá, libre de inquietudes. No obstante, el toro de los vanaras volvió, luego de haber matado a Dundubhi. Yo le entregué la corona con respeto, temblando. Con el deseo de matarme, el malvado, los sentidos trastornados, se lanzó en mi persecución, mientras yo huía con mis consejeros. Fue entonces cuando, perseguido por él, en mi huida vi ríos de todas clases, así como bosques y ciudades. La Tierra se me ofreció como la superficie de un espejo, semejante a un disco abrasado, hecha a la manera de un paso de buey. Marchando hacia la región del Este, advertí árboles variados, montañas encantadoras con sus fisuras, sus lagos de todas clases. Contemplé el monte Udaya, rico en metales, y el mar de leche, perpetua mansión de las apsaras. Pero siempre perseguido por Vali, continué huyendo cada vez más lejos, señor. De aquella región pasé a la del Sur, cubierta por los bosques del Vindhya y embellecida por los árboles de sándalo. Advirtiéndome a mi hermano en medio de los árboles y de las rocas, dejé el Sur por el Oeste, adonde llegué siempre acosado por él. De este modo es por lo que vi países de todas clases, antes de alcanzar el Asta, esta montaña tan alta. Llegado al Asta, la más hermosa de las montañas y la más elevada, continué mi huida, por el Himavat, el Merú y el mar del Norte. Como no encontraba asilo contra la persecución de Vali, entonces el sabio Hanumat me dijo: «Hoy me he acordado, ¡oh príncipe! que el monarca de los haris fue maldito en tiempos por Matanga. Si penetra en ese círculo de ermitas, su cabeza se partirá en cien pedazos. Podemos, pues, permanecer allí tranquilamente, sin dificultad.» Y fue entonces cuando me dirigí al monte Rishyamuka, ¡oh príncipe! Y Vali no se atrevió a venir allí por temor a Matanga. He aquí cómo, ¡oh rey!, tras haber visitado detalladamente el orbe terrestre entero, me refugié en una caverna de aquella montaña.»

## SARGA XLVII

## VUELTA DE LOS MONOS

Con objeto de descubrir a Vaidehí, los elefantes de los monos, de acuerdo con la voluntad de su rey, lanzáronse al punto en todas direcciones. Estanques, lagos, zarzales, llanuras y ciudades, países de ríos de difícil acceso: todo fue explorado, por orden de Sugriva, por los jefes de los vanaras. Recorrian las localidades, sus rocas, sus bosques, sus selvas. Todos los vanaras, aplicados a la busca de Sitá, pasaban el día en exploración y echábanse juntos en la tierra por la noche. Partidos desde el primer día, el mes terminado, los elefantes de los monos volvieron al monte, Prasravana, junto a su rey, desesperados. Tras haber explorado con sus compañeros la región del Este que le había sido asignada, el poderoso Vinata volvió, sin haber visto a Sitá. Cuando hubo recorrido la región Norte por entero, el gran kapi Satabali volvió con su ejército, consternado. Susbena registró sin éxito la región del Oeste con sus vanaras y vino, al cabo de un mes, a encontrar a Sugriva.

Los monos se acercaron a su rey, que estaba sentado con Rama en una cresta del Prasravana, le saludaron y le dijeron: «Hemos explorado todos los montes, los bosques, los valles, los barrancos, todos los países que bordea el mar. Todos los rincones, todos los reductos de que nos has hablado han sido escrutados; asimismo hemos registrado las grandes espesuras con sus lianas apretadas y entrelazadas. En medio de las grandes malezas, en los sitios impracticables, montuosos, seres gigantes fueron encontrados y destruidos. Las comarcas cubiertas de matorrales han sido recorridas en todos sentidos inútilmente. Pero el noble Hanumat descubrirá a Maithili, ¡oh jefe de los vanaras! La región adonde Sitá ha ido, el hijo de Vayu, Hanumat, ha debido ir él a su vez.»

## SARGA XLVIII

## ANGADA MATA A UN ASURA

Entre tanto el mono Hanumat, acompañado de Tara y de Angada, fue a la región que Sugriva le había asignado. Se fue lejos con lo mejor de los kapis; exploró las grutas y las es-

pesuras del Vindhya. Cimas escarpadas, ríos infranqueables, lagos, espesos matorrales, bosquecillos, montes numerosos, cuerbos de bosques, fueron inspeccionados por los vanaras en todas direcciones, sin que aquellos bravos descubriesen a Sitá, Maithilí, la hija de Janaka. Alimentábanse por todas partes de raíces y de frutos de todas clases. Desiertos sin agua, sin habitaciones, simas horribles, las soledades de este género las exploraron a costa de crueles fatigas. Tras haber recorrido una comarca de muy difícil acceso, perforada de grutas, erizada de malezas, inmensa, todos los jefes de los haris la dejaron para penetrar intrépidamente en otra región igualmente inhospitalaria, donde no había sino árboles de frutos abortados sin flores, privados de hojas, torrentes secos; en la que no había medio de procurarse raíces. Allí no había ni búfalos, ni gacelas, ni elefantes; tampoco había tigres, ni pájaros, ni ningún otro animal salvaje. En la tierra no se veían ni árboles, ni hierbas, ni arbustos, ni plantas con hojas brillantes, ni estanques cubiertos de lotos descogidos, perfumados, de los que escapan las abejas.

El afortunado Kandú, de verídico lenguaje, tesoro de ascetismo, gran rishi, muy irritable, a quien sus austeridades habían hecho invencible, perdió en aquel bosque a su joven hijo de diez años de edad. Furioso a causa de aquella muerte, el grande y magnánimo asceta maldijo a todo aquel bosque enorme. Aquella soledad inhospitalaria, inaccesible, de la que habían huído fieras y pájaros, los recodos de sus bosques, las cavernas de sus montañas, los repliegues de sus ríos, los monos, los del alma grande, habiéndose agrupado, exploraron todo, para cumplir la voluntad de Sugriva, pero no pudieron descubrir a la hija de Janaka, ni a Ravana, su raptador. Mas, habiendo penetrado en una caverna espantosa que la maleza y las lianas obstruían, vieron un asura de terrible karmán, que no tenía miedo alguno a los suras. Contemplando el aspecto de aquel formidable asura que estaba allí de pie, semejante a una roca, todos los vanaras apretáronse estrechamente unos contra otros, a la vista de aquel monstruo, alto como una montaña. Pero el ardiente asura dijo a todos los vanaras: «¡Estáis perdidos!» Y se lanzó furioso, con el puño levantado, contra la tropa. Como se precipitase sobre ellos, al punto el hijo de Vali, Angada, pensando que era Ravana, le golpeó con la palma de la mano. El golpe con que le había alcanzado el hijo de Vali le hizo vomitar sangre por la boca, y el asura cayó al suelo, cual una roca alcanzada por el rayo. Como no respiraba, los vanaras victoriosos exploraron cuidadosamente



toda la caverna. Tras haber hurencado por todas partes, los habitantes de los bosques penetraron en una gruta igualmente temible. Pero en vano la registraron. Fatigados, salieron de ella, y, habiéndose reunido al pie de un árbol solitario, sentáronse con el espíritu abrumado.

## S A R G A X L I X

### LOS VANARAS EXPLORAN INÚTILMENTE LA REGIÓN DEL SUR

Angada se dirigió entonces a todos los vanaras. Aunque fatigado también él, el sabio príncipe les exhortó para que no perdiesen los ánimos: «Bosques, montañas, ríos, malezas inextricables, fisuras, grutas rocosas, todo lo hemos explorado detalladamente, aquí y allá, sin encontrar a la hija de Janaka, Sitá, ni al rakshasa, su infame raptador. Un lapso considerable ha transcurrido, y la orden de Sugriva es rigurosa. Por consiguiente, recomencemos juntos nuestras investigaciones inuciosas. Olvidando fatigas, trabajos, incluso hasta la necesidad de dormir, sigamos buscando mientras no encontremos a Sitá, la hija de Janaka. La constancia, la habilidad, un valor indomable: tales son, según se dice, los elementos del éxito en toda empresa; he aquí por qué os hablo de este modo. Hoy mismo, este bosque inaccesible, exploradle, ¡oh vosotros, habitantes de las selvas! Sin pensar en vuestros sudores, recorredle de nuevo enteramente. El éxito responderá indefectiblemente a vuestros esfuerzos. Dejarnos vencer por la fatiga, ceder al sueño, esto no conviene. Sugriva es un rey irascible: sus castigos son severos, ¡oh vanaras! Tenemos que temer también al magnánimo Rama. Hablo, pues, en vuestro interés; obrad en consecuencia, si ello os place, o que se indique lo que nos conviene hacer a todos, ¡oh vanaras!»

Tras estas palabras de Angada, Gandhamadana dijo con voz clara, bien que quebrada por la sed y la fatiga: «Cierto, lo que acaba de deciros Angada es ventajoso y oportuno; hagámoslo. Exploremos de nuevo rocas y cavernas, montes, bosques, desiertos y torrentes. Conforme a las prescripciones del magnánimo Sugriva, recorramos, todos juntos, el bosque y las escarpaduras de la montaña.»

Al punto, levantándose, los vanaras, llenos de valentía, exploraron de nuevo la región Sur, cubierta por los bosques de Vindhya. Los vanaras escalaron el monte, semejante a una nube otoñal, rico en minas de plata, de cimas y barrancos nu-

merosos. Los excelentes haris registraron allí un bosque de lodhras encantador y bosques de saptaparnas, impacientes por descubrir a Sitá. Llegaron a la cima del monte, agotados, pese a su extremada energía, sin poder advertir a Vaidichí, la esposa amada de Rama. Aquella roca de numerosas anfractuosidades que tenían ante los ojos, los haris la escalaron, mirando por todas partes. Luego volvieron a bajar a la tierra llana, y rendidos, desencajados, detuviéronse un instante al pie de un árbol. Tras haber descansado un momento, hallándose un poco menos fatigados, se levantaron para explorar de nuevo la región meridional. Hanumat a su frente, los toros de los plavagas, poniéndose en marcha, empezaron a recorrer otra vez el Vindhya en todos sentidos.

## SARGA L

### HANUMAT Y SUS COMPAÑEROS ENTRAN EN EL RIKSHABILA

Con Tara y Angada que le acompañaban, el mono Hanumat exploró las grutas y los barrancos del Vindhya. Las cavernas que leones y tigres llenaban con sus rugidos, los vanaras las registraron por todas partes, así como las asperezas de los torrentes del Indra de los montes. Luego se sentaron en la cresta del sudoeste del monte. Mientras estaban allí el tiempo transcurrió. Aquella región era difícil de inspeccionar a causa de sus anfractuosidades, sus barrancos y su inmensa extensión. No obstante, el hijo de Vayú visitó también toda aquella parte de la montaña. Separados unos de otros, pero a poca distancia, Gaja, Gavaksha, Gavaya, Sarabha, Gandhamadana, Mainda, Dvidá, Hanumat, Jambavat, Angada, el príncipe real, y Tara, el habitante de los bosques, registraron aquellas comarcas a las que rodeaba una cadena de montañas. Explorando por todas partes, de aquel modo, la región del Sur, vieron la abertura de la excavación, de accesos difíciles, llamada Rikshabila, que un danava guardaba. El hambre y la sed les atormentaban; fatigados y en busca de agua, advirtieron, cubierta de maleza y de árboles, una gran excavación de la que krauncas, hamasas y sarasas escapaban mojados, y también cakravakas, el cuerpo rojo a causa del polen de los lotos. Acercáronse a aquel antro profundo, difícil de franquear. Los toros de los vanaras quedáronse con el espíritu cogido por el asombro; los excelentes plavagas, con la esperanza de encontrar allí agua, acudieron llenos de alegría, de valor y de fuerza, hacia aquel

subterráneo lleno de seres de todas clases, semejante a una mansión del Indra de los daitias, horrible de ver, terrible, y que parecía enteramente inaccesible.

Cual un pico de montaña, Hanumat, el hijo de Maruta, dijo a los temibles vanaras, habituales de bosques y selvas, que acababan de recorrer la región del Sur, país cubierto por una cadena de montañas: «Estamos todos agotados por la fatiga y no encontramos a Maithili. Pero de este foso, hamsas, krauncas, así como sarasas y cakravakas, salen mojados por una y otra parte. Luego ciertamente hay agua, sea un pozo, sea un pantano. Ved también los árboles de la entrada cómo se yerguen perfectamente húmedos.» Tras oír estas palabras, todos penetraron en la tenebrosa excavación, a la que ni la Luna ni el Sol iluminaban. Su aspecto erizaba el pelo de los monos. Oíanse allí a leones, gacelas y pájaros de todas clases. Los tigres de los haris, una vez entrados en la oscura caverna, sintieron que, al mismo tiempo que el horizonte, el valor y la firmeza les faltaba. Marchaban como el viento, los ojos fijos en la tinieblas. Los elefantes de los kapis atravesaron rápidamente la excavación. Descubrieron de pronto una región luminosa, encantadora, maravillosa en aquel subterráneo horrible, cubierta de árboles de todas las esencias. Apretándose los unos contra los otros, avanzaron la distancia de un yojana por su interior. El espíritu extraviado, muertos de sed y de fatiga, buscaban agua. Así, precipitáronse en aquella excavación terrible, sin relentecer su marcha durante algún tiempo, enflaquecidos, las caras tristes, rendidos, los valerosos plavangamas, que no esperaban sobrevivir a tantos males, fueron testigos de pronto de aquella inesperada aparición. Entonces acercáronse con placer a aquel sitio; tratábase de un bosque infinitamente luminoso. En él vieron árboles de oro, brillantes como la llama de Vasvanara; salas, talas, tamales, **pumnagas**, **vanjulas**, **dhavas**, **campakas**, **nagavrikshas**, **karnikaras** en plena floración; ramos de flores de oro maravillosos, rojos botones, penachos, lianas de oro adornaban aquellos árboles, brillantes como la aurora, cuyo pie estaba hecho de esmeraldas. Aquellos árboles tenían el tronco luminosísimo. Había también lagos de lotos azules y verdes, poblados de pájaros. Grandes árboles de oro kancana cubrían aquel lugar; brillaban como los primeros rayos del día. Vefanse también allí peces de oro jatarupa y enormes flores acuáticas. Advirtieron asimismo estanques de apacibles ondas llenos de lotos. Palacios de oro y de plata, con ojos de buey en oro refinado, festoneados con guirnaldas de perlas y suelos de oro y de plata, incrustados

de esmeraldas y diamantes. Los haris vieron por todas partes mansiones espléndidas, árboles cargados de flores y de frutas que refulgían como corales y piedras preciosas; por todas partes había asimismo abejas de oro y miel de oro. Lechos y asientos maravillosos, en diamante y oro, de todas clases y de proporciones colosales, atraieron sus miradas, así como hileras de vasos y de recipientes de oro y de plata, montones de áloes y de sándalos divinos, alimentos puros, raíces y frutas, preciosos vehículos, jarabes sabrosos, montañas de vestidos celestiales, de gran precio, infinidad de mantas y pieles maravillosas. Huroncando aquí y allá, en aquel subterráneo, los ilustres y animosos vanaras halláronse de pronto ante una mujer que apareció no lejos de ellos. Llevaba un hábito de corteza de árbol y una piel de antílope negro. Era una asceta, entregada al ayuno, que parecía toda brillante a causa de sus tejás. Sorprendidos al verla, los haris detuviéronse en seco. Hanumat la preguntó: «¿Quién eres? ¿De quién es esta caverna?» Hanumat, semejante a una montaña, haciendo el anjali, saludó a aquella mujer ya entrada en años y la interrogó: «¿Quién eres? Este retiro, esta excavación y todos estos joyeles, dinos, ¿quién es su dueño?» (327).

## SARGA LI

### RELATO DE LA SOLITARIA

Así habló Hanumat a aquella afortunada solitaria, vestida de corteza de árbol y de una piel negra de antílope, entregada a las prácticas religiosas. Y añadió: «Acabamos de entrar en esta gruta, envuelta en tinieblas, enteramente agotados por el hambre y la sed y muertos de cansancio. Hemos bajado a este vasto subterráneo en busca de qué beber. La vista de todos estos objetos, semejantes a otras tantas maravillas, nos ha asombrado en extremo e incluso nos ha sacado de nuestras casillas, por decirlo así. ¿A quién pertenecen estos árboles de oro, resplandecientes como el Sol cuando se levanta; estos alimentos puros, estas raíces, estas frutas, estos palacios de oro y estas mansiones de plata, con ojos de bucy de oro purificado en el crisol, y festoneados de guirnaldas de perlas? Estos árboles de oro jambunada, cubiertos de flores y de frutos magníficos, exhalando suaves perfumes, ¿quién los ha producido con su tejás? Y estos lotos de oro, también, que crecen en este agua pura, los peces de oro igualmente, que se ven

así como las tortugas, ¿qué tapás les ha dado nacimiento, el tuyo o el de otro? Ninguno de nosotros lo sabe; es preciso que nos lo hagas conocer.»

A este discurso de Hanumat, la virtuosa solitaria, que complacía en prestar servicio a todos los seres, respondió: «Maya es el nombre de un mago de gran tejás, ¡oh toro de los vanaras! Es él quien formó en virtud de su magia todo este bosque de oro. En tiempos fue el arquitecto universal de los jefes de los danavas. El fue el que construyó toda de oro esta soberbia mansión. Durante mil años había practicado el ascetismo en un inmenso bosque. El Abuelo le dio todo cuanto poseía Usanas. Capaz de hacer todo gracias a su poder, disponiendo de todas las cosas deseables, permaneció feliz, algún tiempo, en este gran bosque. Aquel toro de los danavas habíase prendado de la apsara Hemá, cuando sobrevino el señor Puramdara, que lanzó su trueno y le mató. Brahma, entonces, dio a Hemá este bosque maravilloso, el goce perpetuo de sus deseos y esta mansión de oro. Hija de Merusavarni, yo, Svayamprabhá, guardo la casa de esta apsara, ¡oh el mejor de los vanaras! Mi compañera bienamada, Hemá, bailarina y cantante de gran mérito, me concede el favor de confiarme este palacio inmenso. Pero vosotros, ¿con qué fin y por qué motivo recorréis el bosque? Y esta selva inaccesible, ¿por qué la exploráis? Estos alimentos puros, estas raíces y estas frutas, disfrutad de ellas. En cuanto a ti, tras haber comido y apagado tu sed, cuéntame todo.»

## SARGA LII

### SVAYAMPRABHÁ HACE SALIR A LOS VANARAS DEL SUBTERRÁNEO

Luego, dirigiéndose a todos aquellos jefes de los monos, repuestos ya de sus fatigas, la virtuosa asceta, intrigada, les dijo: «¡Oh vanaras!, si ya habéis descansado y estáis hartos de frutas, y es que yo puedo oírlo, deseo conocer vuestra historia.»

Oyendo estas palabras, Hanumat, el hijo de Maruta, se puso a contarle francamente la verdad: «Rey del Mundo entero, semejante a Mahendra y a Varuna, Rama, el glorioso hijo de Dasaratha, se había retirado en el bosque Dandaká, con Lakshmana, su hermano, y Vaidehí, su esposa. Esta ha sido arrebatada por la fuerza, del Janasthana, por Ravana. Aquel príncipe tiene como amigo al valeroso vanara llamado Sugriva, so-

berano de la flor de los monos. Y él nos ha confiado la misión de explorar la región del Sur, frecuentada por Agastya y protegida por Yama, con ayuda de excelentes vanaras, de los que Angada es el jefe. «Id todos juntos en busca de Ravana, ese rakshasa que cambia de forma como le place, y de Sitá, la joven del Videha», nos ha ordenado. Y hemos recorrido los bosques y los mares de la región meridional, sufriendo todos hambre y sin otro asilo que los árboles, el rostro sin color, entregados a nuestras reflexiones, hundidos en un océano de sinsabores que no podemos atravesar. Y dejando vagar nuestras miradas, vimos un vasto subterráneo, oculto por la maleza y los árboles, lleno de tinieblas, del que salían volando hamsas mojados, las alas chorreando agua; kuraras y sarasas. Entonces yo he dicho a los plavagas: «Bien, entremos ahí.» Y como todos fuesen de mi misma opinión, hemos descendido a este agujero presurosos por cumplir nuestra misión, y nos hemos hundido en estas profundidades, cogiéndonos con la mano unos a otros. He aquí cómo hemos penetrado en esta excavación tenebrosa. Y he aquí nuestro propósito; por ver de cumplirle hemos venido aquí. Junto a ti hemos llegado, agotados por el cansancio y el hambre. Tú nos has hecho los deberes de la hospitalidad. Raíces y frutas hemos comido empujados por el hambre que nos torturaba. Nos has salvado a todos, cuando moríamos de inanición. Habla, pues, y di qué servicio pueden, a su vez, hacerte a ti los vanaras.»

A esta pregunta, Svayamprabhá, que sabía todo, respondió de este modo a los jefes de los monos: «Contenta estoy de vosotros, ¡oh bravos vanaras! Yo cumplo mi deber y no necesito nada.» A este noble y piadoso lenguaje de la solitaria, la de actitud irreproachable, Hanumat respondió: «Hemos encontrado todos asilo junto a ti, virtuosa asceta. El tiempo que nos ha fijado el magnánimo Sugriva ha transcurrido, desde que estamos en el subterráneo. Es preciso que nos hagamos salir de esta excavación. Transgredir la orden de Sugriva es para nosotros la muerte. Sávanos a todos; el temor a Sugriva nos tiene en la agonía. Grande es la misión que tenemos que cumplir, piadosa asceta, y permaneciendo aquí no podríamos realizarla.»

Así habló Hanumat. Ella respondió: «Un ser vivo que entra aquí, estimo que imposible le es salir; mas en virtud del poder de mi ascetismo, y gracias a mis austeridades, yo os haré salir de este subterráneo a todos los vanaras. Cerrad todos los ojos, vosotros la flor de los monos, pues no podría irse de aquí aquel que tuviese los ojos abiertos.» Entonces,

todos se taparon los ojos con sus manos de poderosos dedos. Al instante, deseosos de salir, los vanaras magnánimos se taparon la vista, llenos de alegría, cubriéndose la cara con las manos. Y al cabo de un instante estuvieron fuera de la excavación.

La virtuosa asceta les dijo a todos; una vez fuera de peligro, les animó diciéndoles: «He aquí el Vindhya, monte afortunado al que recubren árboles y arbustos de todas clases. He ahí la roca del Prasavana y el océano, ese gran depósito. Sed felices; yo me vuelvo a mi morada, ¡oh toros de los vanaras!» Tras estas palabras, Svayamprabhá entró en el maravilloso subterráneo.

### SARGA LIII

#### ANGADA Y SUS COMPAÑEROS DELIBERAN SOBRE EL PARTIDO A TOMAR

Los monos vieron entonces el terrible océano, mansión de Varuna, sin límites, mugiendo, lleno de olas monstruosas. Ahora bien, mientras exploraban aquel retiro inaccesible de la montaña, obra mágica de Maya, transcurrió el mes asignado por el rey como término a sus excursiones. Llegados al pie del monte Vindhya, en medio de árboles floridos, los magnánimos haris se pusieron a reflexionar. La vista de aquellos árboles primaverales, de copas sobrecargadas de flores y entrelazados por centenares de lianas, les sumió en el espanto. Indicáronse unos a otros la llegada de la primavera; y como el tiempo fijado por el rey había transcurrido sin resultado, dejáronse caer por el suelo desalentados. Dirigiéndose a los viejos kapis y a los otros habitantes del bosque, con voz afable y respetuosa, como convenía, el príncipe heredero, mono con hombros de león real, el de largos y gruesos brazos, el muy inteligente Angada, habló de este modo: «Por orden del rey de los monos hemos partido todos. El mes ha transcurrido, mientras estábamos en el subterráneo, ¡oh haris! ¿Os habéis dado cuenta? El mes de Asvayuj nos había sido fijado como tiempo que era preciso no sobrepujar; no obstante, he aquí acabado; ¿qué hacer, pues? Gozáis de la confianza de vuestro amo, pues sois hábiles y experimentados huroneadores; le sois adictos, y os emplea en todas sus empresas. Vuestras hazañas son incomparables y vuestra bravura, la de todos, conocida es universalmente. Habéis entrado en campaña, yo a vuestro frente, por orden de ese pingaksha. Ahora que nuestro propó-

sito ha fracasado, nos es preciso morir, no hay la menor duda. ¿Cómo podrá ser alguien feliz si no cumple la voluntad del rey de los haris? El tiempo asignado por Sugriva en persona habiendo transcurrido, dejarse morir de inanición es el partido que queda a todos los habitantes de los bosques. Sugriva es severo por naturaleza; además, está celoso de su autoridad. No perdonará a ninguno de nosotros, luego de haber transgredido sus órdenes. Considerará como un crimen el que volvamos sin noticias de Sitá. Por ello, más vale dejarnos morir aquí de hambre, y renunciar a ver a nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros bienes y nuestras moradas. Porque no hay duda que el rey nos condenará a todos a muerte, si volvemos. Y en vez de perecer de modo tan indigno, más nos vale hacerlo aquí. No ha sido Sugriva el que me ha consagrado príncipe heredero; ha sido el Indra de los hombres, Rama, el de las hazañas inmortales. El rey, que ya era mi enemigo, viendo mi falta, decidirá hacerme perecer con un suplicio cruel. ¿De qué me servirán mis amigos, testigos de mi desgracia, en mis últimos momentos? Voy a instalarme, para mi ayuno supremo, en esta santa orilla del mar.»

Oyendo este lenguaje del príncipe heredero, los mejores vanaras dijeron con voz triste: «Sugriva es severo por naturaleza, y Raghava, muy apegado a su bienamada. Cuando el rey vea que el tiempo ha transcurrido, sin que hayamos triunfado en nuestra misión, y que volvemos sin haber descubierto a Vaidehí, en su deseo por agradar a Raghava, nos matará a todos, sin duda alguna. No conviene que, tras nuestras faltas, volvamos junto a nuestro amo. Nosotros, los príncipes oficiales de Sugriva, henos aquí reunidos. Aquí mismo, tras haber buscado a Sitá, o noticias suyas, a menos de volver con ellas junto a ese héroe, bajaremos a la mansión de Yama.»

Cuando oyó a los plavamgamas hablar de este modo, llenos de espanto, Tara dijo: «Basta de desaliento; volvamos a entrar en el subterráneo para habitar en él, si no os parece mal. Obra de la magia es; de muy difícil acceso; en él se encuentra en abundancia flores, agua, de qué comer y de qué beber. En él nada tendremos que temer, ni siquiera de Puramdara, con mucha más razón de Raghava o del rey de los vanaras.»

A estas palabras, aprobadas por Angada mismo, todos los haris exclamaron, recobrando el ánimo: «Tomemos ahora mismo, sin vacilar, la decisión que nos salva de la muerte.»



## SARGA LIV

## HANUMAT TRATA DE DISUADIR A ANGADA DE SU PROYECTO

Así habló Tara, brillante como el rey de las estrellas. Hanumat comprendió que Angada se apoderaba del poder supremo. Sabía al hijo de Vali dotado de las ocho facultades de la inteligencia, de las cuatro energías, de las catorce cualidades (328). Siempre lleno de intrepidez, de fuerza y de bravura, aumentando en gloria como la Luna en claridad, a principios de la quincena luminosa; émulo de Bhihaspati, en cuanto a sabiduría, y por el heroísmo, igual a su padre; en fin, sometido a Tara como Purumdara a Sukra. Hábil en todos los *Sastras*, Hanumat emprendió entonces el ganar a Angada, que habíase agotado en servicio de su soberano. De los cuatro medios, escogiendo el segundo, produjo la división entre todos los vanaras con su lenguaje insidioso. Cuando el desacuerdo fue general, sembró la turbación en el espíritu de Angada mediante toda clase de palabras espantosas, dichas en el tono de la cólera: «Tú eres más hábil guerrero que tu padre, ¡oh hijo de Tarál, es cierto; tú eres capaz seguramente de gobernar el reino de los monos tan bien como él. Pero los kapis, ¡oh toro de los haris!, tuvieron siempre el humor inconstante y no sufrirán tu yugo, lejos de sus hijos y de sus mujeres. No te serán adictos, te lo digo francamente, como Jambavat, Nila o Suhotra, el gran mono. Ni yo ni ninguno de éstos, incapaz serías de desprendernos de Sugriva, mediante liberalidades u otros favores, como tampoco mediante castigos. Dicese que la posición es buena para el fuerte, cuando se bate con uno más débil; pero todo el que se preocupa de su propia conservación no emprende la lucha, de ser impotente. Esa caverna, la estimas asilo seguro. Es una ciudadela inexpugnable, se dice. ¡Bah! Lakshmana con sus proyectiles la forzaría fácilmente. Indra en tiempos hizo en ella una pequeña hendidura, cuando lanzó el rayo. Lakshmana, con sus dardos acerrados, la destrozaría cual una hoja enrollada en forma de cucurucho. Lakshmana posee numerosos dardos del mismo género; su golpe es semejante al del trueno; hendiría incluso las montañas. Cuando habites esa plaza, ¡oh calamidad de tus enemigos!, los haris te abandonarán todos deliberadamente. Acordándose de sus hijos y de sus mujeres, continuamente inquietos, atormentados por el hambre, cansados de dormir en el suelo, te volverán la espalda. Entonces, privado de tus amigos

y de tus abnegados parientes, una brizna de hierba que se agite te llenará de espanto. Las flechas de Lakshmana, de irresistible impulso, accradas, terribles, impetuosas, invencibles, te atravesarán en el rincón mismo en que estés acurrucado. Mientras que si vuelves con nosotros y adoptas una actitud decente, Sugriva te restablecerá en tu rango en el imperio. Tu tío paterno es un rey justo, desea tu felicidad, observa fielmente sus compromisos, está lleno de honor y de lealtad; seguro que no te hace perecer. Trata además de ser agradable a tu madre; eres el objeto de su existencia; sin contar que no tiene otro descendiente que tú; por consiguiente, Angada, vuelve junto a él.»

## SARGA LV

## LOS MONOS DECIDEN DEJARSE MORIR DE HAMBRE

A este discurso de Hanumat, lleno de sentido, de rectitud y de adhesión a su amo, Angada respondió: «Firmeza, pureza de alma, benevolencia, lealtad, bravura, sabiduría, Sugriva ignora todo esto. El miserable que desposa a la mujer bicnamada de su hermano mayor aún vivo, la cual, según la ley, es una madre para él, ¿cómo conocería la justicia el malvado que, además, mientras su hermano estaba de agarrada con el asura, cerró el orificio del subterráneo? El que, a pesar de sus juramentos, y el apretarle la mano, olvidó los beneficios que había recibido del glorioso hijo de Raghú, ¿qué gratitud tendría? Fue por temor a Lakshmana, no porque le asustase el cometer una deslealtad, por lo que ordenó buscar a Sitá; la justicia, ¿cómo la practicaría? Ese perverso, ese ingrato, que olvida los beneficios, en la frivolidad de su alma, ¿qué arya se fiaría de él, sobre todo si es de su familia? Tras haberme establecido príncipe heredero, Sugriva, tenga o no cualidades, yo, el hijo de su enemigo, ¿perdonaría mi vida? Privado de consejo, culpable a sus ojos, sin poder, ¿cómo, si vuelvo a Kishkindhá, podré soportar, cual un huérfano, una existencia miserable? Me cargaría seguramente de cadenas, el taimado, el cruel, el malvado Sugriva, por amor al trono. Al suplicio del encarcelamiento prefiero la muerte por inanición. Que todos los vanaras me dejen y que se vuelvan a sus casas. Os autorizo a hacerlo. Yo no iré a la ciudad; yo me quedaré aquí sin comer; más vale la muerte para mí. Lo primero, salud al rey; ¡que sea feliz! Salud también, ante todo,

a los dos poderosos Raghavas. Será preciso saludar a mi tío, el joven hermano de mi padre, Sugriva, el señor de los vanaras. Salud lo primero y felicidad, he aquí lo que deseareis a mi madre adoptiva, Rumá. En cuanto a mi verdadera madre, Tará, preciso os será consolarla; naturalmente, está llena de amor por su hijo, es compasiva y religiosa. Al saber mi muerte, seguramente dejará ella también la vida.»

Tras estas palabras, luego de decir adiós a los ancianos, Angada sentóse por tierra, sobre la hierba darbha, llorando, el rostro descompuesto. Viéndole de aquel modo, los toros de los vanaras, gimiendo, dejaron caer de sus ojos lágrimas abrasadoras, llenos de aflicción. Censuraron a Sugriva e hicieron el elogio de Vali. Rodeando al hijo de éste, Angada, cuyo lenguaje aprobaron, los toros de los plavagas resolvieron practicar el ayuno supremo. Habiendo hecho todos sus abluciones, la cara vuelta hacia oriente, sentáronse sobre hierbas darbhas, cuya punta estaba dirigida hacia el Sur; habíanse colocado en la orilla septentrional. Los excelentes haris querían morir. «Esto vale ciertamente más», se dijeron. La permanencia de Rama en el bosque, la muerte de Dasaratha, la destrucción del Janasthana, el asesinato de Jatayús, el rapto de Vaidehí, el homicidio de Vali, la cólera de Rama, en tanto rememoraban estas cosas, los haris eran víctimas del espanto. Mientras los numerosos plavagas estaban de este modo, semejantes a crestas de rocas colosales, el monte Vindhya, con sus torrentes y sus cavernas, resonaba a causa de sus lamentos, como el cielo con el estruendo de las nubes.

## SARGA LVI

### INTERVENCIÓN DE SAMPATI

Al tiempo que los haris habíanse sentado dispuestos al ayuno supremo, en aquella meseta de la montaña, un príncipe de los buitres vino a pasar por allí. Su nombre era Sampati, aquel pájaro de mucha edad hermano afortunado de Jatayús, era afamado a causa de su fuerza y de su valor. Salía de una caverna del gran monte Vidhya; cuando vio a los monos sentados, lanzó un grito de alegría diciendo: «Cada uno, en verdad, tiene en este Mundo la suerte que merece, puesto que una prebenda perfectamente dispuesta me llega después de tanto tiempo. Uno tras otro, me iré comiendo a estos vanaras, a medida que se vayan muriendo.»

Así habló el buitre, al ver a los plavangamas. Oyendo este lenguaje del hambriento pájaro, Angada, en el colmo del espanto, dijo a Hanumat: «Mira, el hijo de Vivasvat, Yama, ha tomado como pretexto a Sitá para venir aquí a apoderarse sin falta de los vanaras. Por no haber podido cumplir las intenciones de Rama y ejecutado la orden del monarca, esta desgracia cae de improviso, súbitamente, sobre los haris. Lo que, por amor a Vaidehí, hizo Jatayús el rey de los buitres, sin excepción lo habéis sabido con detalles. Todos los seres, incluso los salidos de matrices de animales, tratan de complacer a Rama, a costa incluso de su vida, como nosotros. Obligado se queda recíprocamente por afecto o conmiseración. Para prestar servicio a ese héroe, sacrificad, pues, vuestra propia existencia. El virtuoso Jatayús se sacrificó por Rama, y asimismo es por el hijo de Raghú por quien, agotados, dejamos la vida. Hemos explorado los bosques sin descubrir a Maithili. En verdad, feliz el rey de los buitres a quien Ravana mató en combate. Se ha librado de temer a Sugriva, y ha ido a la suprema mansión. La muerte de Jatayús y del Rey Dasaratha, y el rapto de Vaidehí han puesto en peligro a los haris. La permanencia de Rama y de Lakshmana en el bosque con Sitá, lo mismo que la muerte de Vali bajo el dardo de Raghava, así como la matanza general de los rakshas por Rama encolerizado: he aquí las enojosas consecuencias del don hecho a Kaikeyí.»

A este fúnebre lenguaje, y al contemplar a los vanaras yaciendo por tierra, el sabio rey de los buitres, el alma profundamente conmovida, preguntó con voz doliente. Cuando oyó el discurso salido de la boca de Angada, el buitre de pico acerado exclamó: «¿Quién habla de la muerte de Jatayús, mi hermano, al que amo más que a mi vida, turbándome de este modo el corazón? ¿Cómo se batieron en el Janasthana el raskhasa y el buitre? Hace mucho tiempo que no había oído el nombre de mi hermano. Os ruego me ayudéis a bajar de esta roca inaccesible. Mi joven y valeroso hermano, renombrado a causa de sus hazañas, tras tanto tiempo, feliz soy teniendo noticias tuyas. Yo deseo conocer la muerte, ¡oh toro de los vanaras!, de mi hermano Jatayús, que habitaba el Janasthana. ¿Cómo ha perecido mi hermano, el amigo de Dasaratha, del que Rama es el querido hijo mayor, amado de sus gurús? Los rayos del Sol habiéndome quemado las alas, no puedo ya moverme. Quisiera bajar de esta montaña, ¡oh vencedores de vuestros enemigos!»

## SARGA LVII

## RELATO DE ANGADA

El dolor a causa de Jatayús le cortó la voz; el jefe de los vanaras, no obstante, no concedía fe a sus palabras; su conducta le parecía sospechosa. Los plavamgamas, al ver al buitre, los que habíanse sentado para el ayuno supremo, tomaron una resolución formidable: «Bajémosle, sí, para que nos coma a todos. Si nos come mientras ayunamos sentados, habremos conseguido nuestro propósito y llegaremos rápidamente a la perfección.» Tal fue la decisión de aquellos jefes de haris. Cuando hubieron bajado al buitre de la cúspide de la montaña, Angada le dijo: «Riksharajas era el nombre de un Indra glorioso de los vanaras; este rey fue mi noble abuelo, ¡oh pájaro! Tuvo dos hijos virtuosos: Sugriva y Vali; los dos tenían la fuerza de un batallón. El Mundo conoce las hazañas del rey, mi padre. El soberano del país entero de los Ikshvakus, Rama, el del gran carro, el célebre hijo de Dasaratha, penetró en el bosque de Dandaka, con Lakshmana, su hermano, y Vaidehí, su esposa, dócil a la orden de su padre, y afianzado en el sendero del deber. Su mujer fue brutalmente sacada del Janasthan por Ravana. Pero el padre de Rama tenía por amigo al rey de los buitres, llamado Jatayús. Este advirtió a Sitá, la princesa del Videha, transportada por los aires. Rompió el carro de Ravana y retuvo a Maithilí; pero, agotado, envejecido, sucumbió a los golpes de Ravana. El buitre muerto por Ravana, que le era superior en fuerza, recibió de Rama los honores fúnebres y se fue a la mansión suprema. Luego, Raghava, habiendo hecho alianza con mi tío paterno, el magnánimo Sugriva, mató a mi padre. Este último había desterrado a su hermano y a sus consejeros. Tras haber matado a Vali, Rama consagró a Sugriva, al que entronizó señor y monarca de los vanaras escogidos. Nosotros recibimos de éste una misión. Por orden de Rama corrimos por todas partes en busca de Vaidehí, sin encontrarla más que, en la noche, se encuentra la claridad del día. Tras haber explorado el bosque del Vindhya, todos juntos, penetramos por ignorancia en un agujero abierto en la tierra. Mientras visitábamos este subterráneo, construido por la magia de Maya, ha transcurrido el mes que el rey nos había fijado como término. Nosotros todos, los servidores del príncipe de los kapis, encontrándonos en esta situa-

ción, nos dejamos, por miedo, morir de hambre, ante el furor de Kakutstha, de Sugriva y de Lakshmana; porque si volvémos, acaban con nosotros.»

## SARGA LVIII

## SAMPATI INDICA A LOS VANARAS EL RETIRO DE SITA

A este lastimero discurso de los vanaras que renunciaban a la existencia, el buitre respondió entre lágrimas y suspiros: «Era mi joven hermano, ese Jatayús, ¡oh vanaras!, del cual me hacéis saber la muerte bajo los golpes de Ravana, superior en fuerza. Viejo y sin alas, no puedo hacer otra cosa que resignarme oyendo esta noticia. No me queda ya vigor para vengar a mi hermano. En otro tiempo, cuando el asesinato de Vritra, él y yo, deseosos de llevar cada uno la ventaja, corrimos tras las huellas del llameante Sol, nimbado de sus rayos. Nos lanzamos por el sendero de los aires con impetuosidad y subimos al cielo, rápidos; pero el astro estaba en la mitad de su curso y Jatayús se sintió mal. Al ver a mi hermano, a quien el Sol atormentaba con sus rayos, yo le cubrí con mis dos alas, llevado de mi ternura; sufría extremadamente. Con las alas quemadas, caí en el Vindhya, ¡oh toro de los vanaras!, en donde habito desde entonces, y no sabía lo que había ocurrido.»

A estas palabras de Sampati, el príncipe real, el sabio Angada replicó: «Puesto que eres el hermano de Jatayús y has oído mis palabras, di si sabes cuál es el retiro de ese rakshasa. Ese Ravana de corta vida, el más vil de los rakshasas, ¿está lejos o cerca de aquí? Si lo sabes, indícanoslo.» El muy ilustre hermano mayor de Jatayús dio una respuesta digna de él, que regocijó a los vanaras.

«Yo soy—dijo—un buitre con las alas quemadas; he perdido mi vigor, ¡oh plavamgamas! No obstante, tan sólo con mis palabras prestaré a Rama un servicio eminente. Yo conozco los mundos de Varuna, los tres pasos de Vishnú, las querellas de los devas y de los asuras, el batimiento del que salió el amrita. Este asunto de Rama debe ser mi primera preocupación. La vejez me ha quitado la energía; mis alientos se agotan. No obstante, he visto a una joven y hermosa mujer, embellecida con toda clase de adornos, que era llevada por el perverso Ravana. La hermosa gritaba: «¡Rama! ¡Oh Rama! ¡Oh Lakshmana!» Y arrancaba sus adornos y agotaba, debi-

tiéndose, sus miembros. Semejante a la claridad solar, en la cima de un monte, destacábase su manto de seda sobre el tinte negro del rakshasa; hubiérase dicho un relámpago en un cielo nuboso. Conjeturo que era Sitá, puesto que llamaba a Rama. Escuchadme, yo os indicaré el retiro de ese rakshasa. Hijo de Visravas, hermano de Vaisravana, habita la ciudad de Lanká (329), ese rakshasa llamado Ravana. En una isla marítima, alejada de aquí cien yojanas completas, está Lanká, ciudad encantadora; construida por Visvakarmán. Maravillosas puertas en oro jambunada, plataformas en oro kancana, y grandes palacios de tintes como el oro hema la embellecen. Una muralla, brillante como el Sol, gigantesca, la rodea. Allí es donde habita la infortunada Vaidehí, vestida de seda. Encerrada en el harén de Ravana, bajo la estrecha vigilancia de rakshasís. Allí es donde encontraréis a la hija del rey Janaka, Maithilí. Yo la veo a ciencia cierta; tras haberla descubierto ya, volveréis. El primer camino es el de los kulingas y de otros volátiles que viven de granos. El segundo, el de los pájaros que se alimentan de ofrendas y de los que viven de raíces y de frutas. Los bhasa van por el tercero, así como los krauncas con los curaras. Las águilas toman el cuarto y los buitres pasan por el quinto. Los hamsas, dotados de fuerza y de vigor, llenos de hermosura y de juventud, siguen el sexto; la suprema vía es la de Vainateya, y nosotros todos somos nacidos de Vainateya, ¡oh toro de los vanaras! El autor de ese execrable delito, ese comedor de carne, su crueldad para con mi hermano reclama venganza. Desde aquí veo a Ravana, así como a Janakí. Porque nosotros poseemos la divina energía visual de Suparna. En virtud de nuestra alimentación y de nuestra naturaleza, ¡oh vanaras!, vemos siempre distintamente hasta cien yojanas. Estamos inclinados instintivamente a buscar desde lejos nuestra subsistencia, mientras que los pájaros que se baten a uñetazos deben encontrar la suya al pie de los árboles donde anidan. Discurrid sobre el modo de atravesar la onda salasa. Cuando hayáis encontrado a Vaidehí, volveréis, vuestro propósito conseguido. Deseo que me conduzcáis al mar, mansión de Varuna, concederé los honores del agua a mi magnánimo hermano, que ha ido al Cielo.»

Oídas estas palabras, los vanaras muy poderosos transportaron a la orilla del rey de los ríos y corrientes a Sainpati, el de las alas quemadas. Tras lo cual volvieron a traer al Vindhya a aquel rey de los pájaros (*pakshirajá*). Estaban llenos de alegría por tener al fin noticias de Sitá.

## SARGA LIX

## SAMPATI LES ANIMA A PROSEGUIR SU MISIÓN

Aquellas palabras, suaves como el amrita, del rey de los buitres, oyéndolas los toros de los plavagas, fueron transportados por el contento. Jambavat, el mejor de los vanaras, levantándose al punto de la tierra, con todos los plavamgamas, dijo al rey de los buitres: «¿Dónde está Sitá ¿Quién la ha visto? ¿Quién se ha apoderado de Maithili? Dinos todo esto. Sé la vida de salvación para los habitantes de los bosques. ¿Quién ha podido olvidar de este modo la potencia de los dardos de Dasarathi, que vielan con el impulso del rayo, y de los que lanza Lakshmana?»

El buitre, reconfortando de nuevo a los haris, librados de su obsesión de suicidio y atentos a lo que se les enseñaba a propósito de Sitá, les dijo lleno de alegría: «Escuchad cómo he sabido el rapto de Vaidehi, quién me lo ha contado y dónde se encuentra esa princesa, la de los grandes ojos. Yo he caído, hace mucho tiempo, en este monte inaccesible que tiene numerosas yojanas de extensión: soy viejo, y no tengo ni alimentos ni fuerzas. En esta situación, mi hijo Suparsva el mejor de los volátiles, me provee de víveres regularmente. Si los gandharvas son muy libidinosos, las serpientes muy irascibles, las gacelas muy temerosas, nosotros somos muy voraces. Una vez que estaba atormentado por el hambre y que reclamaba alimento, mi hijo partió al salir el Sol, y volvió por la tarde sin carnes. Habíase fatigado buscándome víveres, él, el aumento de mi alegría; para apaciguarme, me dijo con toda sinceridad: «Querido padre: deseoso de traerte tu prebenda acostumbrada, había tomado mi impulso en los aires, y estaba apostado a la entrada del monte Mahendra para vigilarla. Es por ahí por donde pasan millares de seres que viven en el mar. Estaba solo para obstruir el camino, con la cabeza agachada. Y he aquí que vi a alguien que llevaba una mujer brillante como la aurora; él se asemejaba a una masa de colirio. Al ver aquello, resolví procurarme víveres; pero él, con tono apacible y humilde, me solicitó que le dejase el paso libre. Ahora bien, con los pacíficos nadie en la tierra quiere emprender lucha, ni siquiera los más perversos; ¡con cuánta menos razón un ser tal que yo! Se alejó rápido; parecía conmover los aires con sus saltos. En aquel momento, los seres que recorren el espacio me abordaron y me saludaron: «Por



fortuna. Sitá está viva», me dijeron los grandes rishis. «Hele ahí partido con la mujer; el que le hayas dejado marchar es venturoso para ti, no hay duda.» Así me hablaron esos siddhas muy gloriosos; supe que era Ravana, el rey de los rakshasas. Había visto a la esposa de Dasarathi, Rama, la hija de Janaka, sus vestidos de seda, desgarrados, agobiada por el exceso de dolor, gritando los nombres de Rama y de Lakshmana. Y es de este modo cómo se me ha pasado el tiempo, querido padre.» Así habló el más elocuente de los discursadores. He aquí todo lo que Suparsva me ha hecho conocer. Oyéndole, no pensé en modo alguno en mi valentía. En efecto, sin alas, ¿qué puede intentar un pájaro? Pero lo que puedo hacer es ayudarlos con mis palabras y mis conocimientos. Escuchad, yo os diré el secreto de vuestra fuerza; mediante mis palabras y mi experiencia, sabré agradaros a todos. El asunto de Dasarathi le hago mío, no lo dudéis. Llenos como estáis de inteligencia, de energía, de prudencia, bajo la dirección del rey de los kapis, sois invencibles hasta de los dioses mismos. Por otra parte, las flechas de Rama y de Lakshmana, forjadas por Vidhatar y provistas de plumas de garza real, bastarían para proteger o para domar los tres mundos. En verdad, Dasagriva está lleno de valor y de fuerza; de modo que a vuestros esfuerzos reunidos nada podrá resistir. No perdáis más tiempo; cumplid vuestro propósito. Jamás dudan en sus empresas sabios tales que vosotros.»

## SARGA LX

### HISTORIA DEL ASCETA NISAKARA

Cuando el buitre hubo hecho a su hermano las honras fúnebres del agua y se hubo bañado, los jefes de los haris sentáronse en la montaña maravillosa, poniéndole en medio de ellos. Angada, habiéndose sentado con todos los monos que le escoltaban, Sampati, tranquilizado, le dijo lleno de alegría: «Haced silencio y escuchadme con atención, haris; os diré sinceramente cómo he tenido conocimiento de Maithili. Yo caí, hace mucho tiempo, sobre esta cresta del Vindhya, ¡oh príncipe sin reproche!, los miembros torturados por el calor del Sol, que me consumía con sus rayos. Habiendo recobrado los sentidos, al cabo de seis días, pero desprovisto de energía y como desfalleciente, sondeé con la mirada todas las regiones sin reconocer nada. No obstante, al aspecto de los lagos, de las

rocas, de todos los ríos, de los estanques, de los bosques, de las localidades me volvió la memoria. Este monte lleno de alegres bandadas de pájaros, excavado de grutas de numerosas cimas que se elevan a orillas del mar del Sur, es ciertamente el Vindhya, me dije. Aquí se levanta una bendita ermita que los suras mismos veneraban mucho. Un rishi llamado Nisakara, de rudas austeridades, habitaba en ella. Hacia ocho mil años que yo habitaba el monte Vindhya y muchas veces había visto al virtuoso asceta, que después ha ido al Cielo. Luego bajé de ese pico abrupto, difícil y lentamente, para alcanzar con mucho trabajo una tierra cubierta de darbhas de agudas puntas. Tenía deseos de ver otra vez a aquel rishi; pude juntarme a él no sin gran esfuerzo y daño. Precedentemente, Jatayús y yo le habíamos visitado con frecuencia. En las inmediaciones de esta soledad soplaban brisas de suaves perfumes; no había ningún árbol sin flor o sin frutos. Me acerqué a aquella santa ermita y me detuve al pie de un árbol; en mi deseo de verle, acechaba al venturosísimo Nisakara. Y he aquí que advertí de lejos al rishi, el del inflamado tejás, que, sus abluciones hechas, volvía con el rostro hacia el Norte. Osos, srimaras, tigres, leones, reptiles de todas clases le rodeaban y le escoltaban, como hacen los seres animados por el Dispensador universal. Luego, cuando vieron al asceta llegado, todos aquellos animales se fueron, así como el rey entrado en su palacio, dispérsanse ministros y escolta. Entre tanto, el rishi, habiéndome advertido, y tras haber vuelto satisfecho a su ermita, salió de ella al cabo de un momento para interrogarme sobre mi situación. Me dijo: «Amigo mío, el aspecto de tus plumas descoloridas te hace imposible de reconocer: ¡las dos alas consumidas por el fuego y raros alientos en un cuerpo endeble! En otro tiempo he conocido dos buitres semejantes a Matarisván en la velocidad; eran dos príncipes de los buitres, dos hermanos que cambiaban de figura a voluntad. El que era reputado el mayor, eras tú, Sampati; el otro era Jatayús, tu hermano menor. Los dos, revistiendo forma humana, cogíais mis pies con vuestras manos. ¿Qué enfermedad has sufrido? ¿De dónde proviene la caída de tus alas? Si se trata de un castigo, ¿quién te lo ha infligido? Responde a todas mis preguntas.»

## SARGA LXI

## SAMPATI CUENTA SU HISTORIA A NISAKARA

Entonces el acto cruel, horrible, cometido por Indra, al punto se lo conté todo al muni, así como la persecución del Sol: «¡Oh venturosísimo!, las heridas que he recibido y la vergüenza que a causa de ello he sentido me turban los sentidos; estoy agotado y no puedo hacer discursos. Yo y Jatayús, rivalizando en orgullo y locura, tomamos nuestro impulso en el espacio, deseosos de hacer conocer hasta muy lejos nuestra valentía. En la cúspide del Kalidasa hicimos una apuesta, en presencia de los munis. Se trataba de perseguir al Sol hasta la alta montaña del Asta. Ambos viajábamos de frente; veíamos en la Tierra las ciudades, unas tras las otras; nos parecían grandes como ruedas de carro. A veces, el sonido de los instrumentos de música llegaba hasta nosotros, otras veces eran los cantos armoniosos. Vimos numerosas mujeres que cantaban, vestidas de rojo. Atravesábamos rápidos el espacio, siguiendo el paso del Sol. Los bosques se nos mostraban como tapices de césped. Las montañas tenían el aspecto de piedras de las que el suelo estaba sembrado, y los ríos de cuerdas con las que la Tierra estaba atada. El Himavat, incluso el Vindhya, el Merú, gigantescas montañas del globo, hubiérase dicho elefantes en un estanque. No obstante, sudábamos excesivamente; agotados por la fatiga y por el espanto, la turbación se apoderó de nosotros, así como una debilidad extremada. No distinguíamos ya la región de Yama, como tampoco la de Añi o la de Varuna; el Mundo nos parecía destruido, deshecho, consumido por el fuego, como al final de un yuga. Mi manas (330) había perecido. Encontré entonces un poderoso socorro en la vista, y di rigí al astro del día, mediante un violento esfuerzo, mis ojos, a guisa de manas. Con gran pena conseguimos mirarle con fijeza; nos pareció grande como la Tierra. Jatayús, sin decirme nada, se dejó caer en aquel momento. Al verlo, al punto yo me desprendí del firmamento. Cubierto por mis dos alas, mi hermano no fue consumido. Pero yo, a causa de mi audacia, fue quemado, yo, y arrojado lejos del sendero de Vayú. Temí por Jatayús, que había caído en el Janasthana; en cuanto a mí, yo fui precipitado sobre el Vindhya, las alas quemadas, desfalleciendo. Privado de mi imperio, de mi hermano, de mis alas y de mis fuerzas, caí sobre la cresta de la montaña, queriendo absolutamente morir.

## SARGA LXII

## NISAKARA REFIERE A SAMPATI LA HISTORIA DE SITÁ

Habiendo hablado así al excelente asceta, yo lloraba, tan grande era mi aflicción. El venturosísimo reflexionó un instante y me dijo: «Tus dos alas con sus puntas rebrotarán. Tus ojos, tus alientos, tu valentía, tu fuerza volverán. He aprendido en un *Purana* (331) que un gran acontecimiento se va a producir; también lo he visto gracias a la virtud de mi tapás; he aquí la cosa tal cual la sé: Se trata de cierto rey llamado Dasaratha, de la descendencia de Ikshvaku. Un hijo, lleno de valentía, cuyo nombre será Rama, le nacerá. Se irá al bosque con su hermano, Lakshmana; el héroe leal será obligado a ello por su padre. El hijo de Nirriti, Ravana, rey de los rakshasas, invencible para los suras y los danavas, le robará su mujer en el Janasthana. Aunque, empujada por la necesidad e incitada por manjares apetitosos, la opulenta e ilustre Vaidéhi, abrumada por el dolor, se negará a comer. Cuando lo sepa, Vasava le dará un alimento exquisito, semejante al amrita, que los suras mismos no se procuran sin pena. Maithilí, al recibir este alimento, reconociendo que le llega de Indra, apartará las primicias que extenderá por el suelo en honor de Rama. «Si mi esposo vive aún—dirá—, así como Lakshmana, mi cuñado, o si han vuelto hacia la divinidad, que este alimento les sea de provecho.» Los plavamgamas vendrán aquí, diputados por Rama, te será preciso darles noticias de su esposa, ¡oh viajero aéreo! No te muevas; en el estado en que estás, ¿adónde podrías ir? Espera el lugar y la hora; tus alas volverán a salir. Podría devolverte desde este momento tus miembros; mas permaneciendo aquí, harás un servicio a los mundos. Esto es para ti un deber respecto a esos dos príncipes, a los brahmanes, a los gurús, a los munis y a Vasava. Yo deseo, yo también, sí, ver a los dos hermanos Rama y Lakshmana; vivir mucho no lo deseo; con gusto dejaría mi cuerpo.» Con su neta visión de las cosas, el rishi me habló de este modo.»

## SARGA LXIII

## A SAMPATI LE BROTA DE NUEVO LAS ALAS

«Tras haberme reconfortado con estas palabras y muchas otras, el elocuente asceta se despidió de mí y entró en su ermita. Entonces yo me arrastré despacio, lentamente, fuera

de la caverna rocosa, y escalé el Vindhya para esperaros en él. Hoy, desde entonces, un siglo entero ha transcurrido; por mi parte, espero el lugar y el momento, conservando en mi corazón las palabras del solitario. Nisakara ha partido para ir en busca de alimentos para mí; pero su larga tardanza me consume, preocupaciones múltiples me asedian. Cuando el pensamiento de morir me acude, le aparto, acordándome de las palabras del solitario. La resolución que me inspiró de conservar la existencia disipa mi pena, como la llama de un brasero encendido, las tinieblas. Bien que, sabiendo el poder de Ravana, el del alma perversa, dirijo reproches a mi hijo. ¿Cómo Maithilí no ha sido ya liberada? Había oído quejas de Sitá, de la que sabía alejados de los dos hermanos. Y, dado mi afecto hacia Dasaratha, estaba descontento de mi hijo.»

Mientras Sampati conversaba de este modo con los vanaras, reunidos en torno a él, de pronto sus dos alas le brotaron en presencia de aquellos corredores de bosques. Viendo su cuerpo cubierto, de aquel modo de alas rojizas, sintió una alegría sin igual, y dijo a los vanaras. «Gracias al favor de Nisakara, el real rishi, de poder sin medida, mis alas, que habían sido quemadas por los rayos del Sol, han vuelto a crecer, y el vigor que tenía en mi juventud acaba de volverme de nuevo, y con él esta fuerza, esta valentía que siento. No economiceis esfuerzo alguno. Encontraréis a Sitá. El que yo recobre mis alas es una garantía de éxito.»

Tras haber hablado así a todos los haris, Sampati, el mejor de los pájaros, voló desde la cima de la montaña, impaciente por ensayar la vía de los aires. Su discurso alegró el alma de aquellos haris escogidos que, intrépidos y felices, levantaron la cabeza. De pronto, con la impetuosidad de Pavana, aquellos excelentes plavagas, vueltos otra vez como antes y llenos de valentía, lanzáronse en la dirección amada por Abhijit, decididos a ir a buscar a la hija de Janaka.

## SARGA LXIV

### LOS MONOS, DESCONCERTADOS A LA VISTA DEL OCÉANO

Así informados por el rey de los buitres, los plavamgamas reunidos empezaron a dar saltos y a lanzar gritos de gozo, valientes como leones. Tras haber escuchado el discurso de Sampati sobre la destrucción de Ravana, los haris, gozosos, fueron al mar, impacientes por descubrir a Sitá. Llegados allí, los temibles guerreros contemplaron íntegro aquel espejo del gran

Universo. Habiéndose acercado a la orilla norte del mar del Sur, los haris escogidos, llenos de valentía, hicieron alto. El Océano parecía ora dormir, ora empezar a retozar. A veces cubriase de montones de agua semejantes a montañas, y poblado por los Indras de los danavas que habitan el infierno del Patala. Viendo esto, que hizo que sus pelos se erizasen, los elefantes de los monos cayeron en el desaliento. Contemplando el Océano infranqueable como el espacio, todos los vanaras quedaron aterrados. «¿Qué hacer?», se preguntaron. Cuando vio el abatimiento del ejército frente al mar, el mejor de los haris tranquilizó a sus compañeros víctimas del terror, diciéndoles: «No hay que ceder al desaliento; el desaliento es lo que hay de más funesto. El descorazonamiento mata al hombre, del mismo modo que la serpiente irrita al elefante. Aquel que se deja abatir tras haber dado pruebas de valentía, su energía llegando a faltarle, incapaz sería de realizar una acción viril.»

Transcurrida la noche, Angada convocó a los vanaras de edad para deliberar juntos de nuevo. El ejército de los vanaras le rodeó, como el ejército de los maruts a Vasava, de pie en medio de ellos. ¿Quién podía mantener la disciplina entre aquellas tropas, a no ser el hijo de Vali y Hanumat? Habiendo, pues, reunido a los haris de edad, así como al ejército, el domador de sus enemigos, el afortunado Angada, tras saludarles, les dirigió este discurso lleno de sentido: «¿Quién hay aquí de temple como para atravesar el mar? ¿Quién capaz de desempeñar la palabra de Sugriva, el vencedor de sus enemigos? ¿Qué valeroso plavamgama será capaz de franquear cien yojanas? A todos vosotros, oficiales, ¿quién os librará de vuestro enorme espanto? ¿Quién nos permitirá volver a ver a nuestras esposas, a nuestros hijos y nuestras casas, luego de vueltos, nuestra misión cumplida y satisfechos? ¿Gracias a quién podremos volver, llenos de alegría, junto a Rama y Lakshmana, el de la gran energía, así como Sugriva, el habitante de los bosques? Si hay un hari capaz de atravesar el océano, ¡que nos dé lo más pronto posible la santa dakshina de la seguridad!»

A este discurso de Angada nadie respondió palabra; todo el ejército de los haris quedó estupefacto. De nuevo el mejor de los haris preguntó: «Vosotros, la flor de los valientes, que sois de un arrojo probado, de origen al abrigo de todo reproche, y cargados de honores sin número, decidme lo que cada uno de vosotros puede franquear saltando, toros de los plavagas, sin que nada ni nadie pueda oponerse a ello.»

## SARGA LXV

LOS JEFES DE LOS VANARAS INDICAN CADA UNO LAS CORRERÍAS  
QUE PUEDEN HACER

Tras haber oído estas palabras de Angada, todos los toros de los vanaras dijeron sucesivamente la carrera que podrían dar, Gaja, Gavaksha, Gavaya, Sarabha, Gandhamadana, Mainda, Dvidiva, Angada, él mismo, y también Jambavat. Gaja habló el primero: «Yo podría franquear diez yojanas.» Gavaksha dijo: «Yo podría atravesar veinte.» El vanara Sarabha dirigió se entonces a sus compañeros: «Yo puedo saltar una treintena de yojanas, ¡oh plavamgamas!» El vanara Rishabha dijo a los otros monos: «Yo atravesaría una cuarentena de yojanas, no hay duda.» El poderoso Gandhamadana dijo a los vanaras: «Yo franquearía una cincuentena de yojanas, seguramente.» A su vez, el vanara Mainda dijo a sus compañeros: «Yo puedo saltar más allá de sesenta yojanas.» Entonces el ilustre Dvidiva se expresó de este modo: «Yo recorrería, sin dificultad, setenta yojanas, yo.» Sushena, lleno de energía y de bravura, el mejor de los kapis: «Yo me comprometo a franquear ochenta yojanas», dijo. Así hablaron aquellos vanaras. En aquel momento el de más edad de todos ellos, Jambavat, saludándoles, se expresó ante todos en estos términos: «En otro tiempo yo tenía también algún vigor en las piernas; pero he llegado al límite extremo de la edad. No obstante, en la presente situación no hay que descuidar nada con tal de asegurar el triunfo de la empresa del rey de los kapis y de Rama. En la actualidad, la carrera que yo puedo hacer, sabedla: yo podría franquear noventa yojanas, sin duda alguna.» Jambavat, dirigiéndose a la flor de los haris, añadió: «En verdad que ya no tengo las fuerzas que antes para la carrera. En el sacrificio de Vairocana, el eterno Prabhavishnu fue honrado por mí con el pradakshina, en tiempos, mientras marchaba haciendo tres pasos. Pero ahora soy viejo y me fatigo pronto. Cuando era joven, mi vigor era sin igual, excesivo. Hoy no puedo hacer sino la carrera de que os he hablado. No es bastante para el éxito de esta expedición.»

El sabio Angada, tras inclinarse, dio una noble respuesta a Jambavat, el gran mono: «En cuanto a mí, yo recorrería cien yojanas fácilmente; pero ¿tendría o no fuerzas para volver? Nada cierto sobre esto.» A este excelente hari el elocuente Jambavat, replicó: «Sabemos lo que puedes franquear, ¡oh

el mejor de los monos! Pero aunque fuese capaz de recorrer cien mil yojanas, tanto de ida como de vuelta, no te correspondería intentarlo. En efecto, es el jefe el que envía en misión, hijo querido; en modo alguno podría ser enviado él mismo. Toda esta multitud está a tu disposición, ¡oh el mejor de los plavagas! Tú, en tu calidad de jefe, eres una esposa para nosotros. El jefe es la esposa del ejército; es la vía, ¡oh azote de tus enemigos! Para esta expedición, tú eres la raíz, ¡oh vencedor de tus enemigos! Por consiguiente, como una esposa, hijo querido, debes ser rodeado de una protección constante. La raíz de un asunto debe ser salvaguardada; tal es la práctica de las gentes de experiencia. Si la raíz se salva, todos los jugos que tienen por término el que los frutos lleguen a madurez cumplen su misión. Tú eres para esta expedición el elemento necesario, ¡oh verdadero héroe! Tú eres su principio, hecho de sabiduría y de valor, ¡oh azote de tus enemigos! Tú eres nuestro gurú y el hijo de nuestro gurú, ¡oh excelente kapi! Apoyados en ti podremos cumplir nuestra misión.»

Así habló, con su gran sabiduría, Jambavat. El poderoso kapi, nacido de Vali, le dio esta respuesta: «Si yo no voy a la descubierta, como tampoco ninguno otro de los toros de los vanaras, nos será preciso recurrir al ayuno supremo. Porque, en verdad, si volvemos junto a él sin haber ejecutado la orden del sabio amo de los kapis, no veo que podamos conservar la vida salva. Ora benévolo, ora lleno de cólera, es el señor de los haris; transgredir su voluntad es la muerte para aquel que vuelva hacia él. En este asunto no hay otra salida posible; tú, que tienes la visión exacta de las cosas, debes reflexionar sobre ello.»

Así habló Angada. El valeroso toro de los plavagas, Jambavat, le dijo excelentemente: «¡Oh guerrero!, esta misión será ejecutada sin falta; voy a llamar a quien la cumplirá.» Y el héroe de los haris ordenó a otro héroe de los haris, al célebre Hanumat, el mejor de los monos, tranquilamente sentado a parte.

## SARGA LXVI

### JAMBAVAT EXHORTA A HANUMAT A SACRIFICARSE POR LA SALVACIÓN DE TODOS

Viendo el desaliento de aquel ejército, compuesto de varios centenares de millares de haris, Jambavat dijo a Hanumat: «¡Oh guerrero, tú el más hábil de todos los que, entre los va-



naras, son versados en los *Sastras*! Hanumat, que permaneces silencioso y apartado, ¿por qué no hablas tú? Tú eres el igual del rey de los monos, Sugriva, de Rama y de Lakshmana mismo, en cuanto a la valentía y al vigor. Tú eres semejante al hijo de Arishtanemi, el todopoderoso Vainateya, el ilustre Garutmat, el mejor de todos los volátiles. Con frecuencia he visto a este todopoderoso pájaro de enormes alas e inmenso vigor sacar del mar serpientes. La fuerza que él tiene en las alas la tienes tú en los brazos; en cuanto a valor y energía, en nada le eres inferior. Tu fuerza, tu inteligencia, tu bravura, tu lealtad, ¡oh toro de los haris!, te distinguen entre todos los seres; y, entonces, ¿por qué no te dispones a franquear el mar? Una apsara, la más noble de todas, la ilustre Punjikasthalá, llegó a ser, con el nombre de Anjaná, la esposa del mono Kesarin. Era afamada en los tres mundos y de hermosura sin igual en la Tierra. Fue a causa de una maldición, amigo querido, por lo que revistió la naturaleza simiesca, cambiando de forma a su capricho. Era la hija del Indra de los vanaras, el magnánimo Kunjara. Habiendo tomado la apariencia de una mujer, brillante de hermosura y de juventud, adornada de guirnaldas de todas clases, vestida de lino, paseábase, un día, por la cima de un monte que se asemejaba a una nube lluviosa. Maruta arrancó poco a poco el lindo traje amarillo de bordes rojos de aquella dama de grandes ojos, que estaba de pie en la cima de la montaña. Se fijó en sus muslos redondeados, bien proporcionados, en sus senos gordos, que se juntaban; en su rostro bien hecho, agradable. Contemplando a aquella mujer joven, de caderas desarrolladas, de tallo fino, todo el cuerpo centelleante de hermosura, Pavana se sintió transportado de amor. Maruta rodeó con sus dos grandes brazos a aquella mujer irreplicable. Manmatha penetraba todos sus miembros; estaba fuera de sí. Pero en su turbación, Anjaná, fiel a su deber, exclamó: «¿Quién trata de quebrantar el compromiso de una mujer adicta a su único esposo?» A estas palabras, Maruta respondió: «Yo no quiero perderte, mujer de las hermosas formas; que tu espíritu no se turbe. Puesto que de corazón he descendido hasta ti, cuando te he abrazado, ¡oh ilustre mujer!, te nacerá un hijo dotado de fuerza y de inteligencia, de naturaleza noble, provisto de gran energía, lleno de vigor y de arrojo; en agilidad y rapidez, será mi émulo.» Este lenguaje la agradó, y tu madre te trajo al Mundo en una gruta, ¡oh grande y magnánimo kapi, toro de los plavagas! Enteramente niño, viste al Sol levantarse en el gran bosque: «¡Un fruto!», decías, y queriendo apoderarte de él, te lanzabas dan-

do botes hacia el cielo. Así recorriste trescientas yojanas, ¡oh gran kapi!, y, aunque alcanzado por los ardores del astro, no decreció tu ánimo. Mientras atravesabas rápidamente la atmósfera, Indra, lleno de furor, lanzó violentamente su rayo sobre ti. Entonces, al caer te rompiste la mandíbula izquierda sobre la punta más alta de una roca; de aquí tu famoso nombre de Hanumat. Cuando te vio así herido, Vayú en persona, el Porta-Perfumes, lleno de cólera dejó de soplar en los tres mundos, él, el destructor. Todos los suras se inquietaron a causa de la turbación en que los tres mundos quedaron hundidos. Los Amos del Universo aplacaron el enojo de Maruta. Pavana calmado, Brahma, como favor, te concedió ser invulnerable en los combates, querido y leal héroe. Al darse cuenta de que no te resentías de la caída debida a su trueno, el dios de los mil ojos, el alma satisfecha, te concedió un don excelente: «No morirás sino cuando lo quieras», te dijo el Señor, ¡oh tú, el hijo de la esposa de Kesarín; tú, temible guerrero, nacido del seno de Maruta, a quien igualas en vigor! Tú, el hijo de Vayú y su émulo en cuanto a agilidad, ¡oh amigo mío!, perdidos estamos; pero tú estás entre nosotros dotado de habilidad y de valentía, como otro rey de los kapis. En tiempos del Trivikrama (332), querido hijo, yo di veintiuna veces la vuelta a la Tierra con sus montañas, sus bosques y sus espesuras, dejándola a mi derecha. Luego cogí, por orden del dios, todas las hierbas con las cuales se debería agitar el amrita; entonces mi fuerza era grande. Ahora ya soy viejo, mi valentía está destruida; pero hete aquí entre nosotros, dotado de todas las cualidades. Despliega tu valor, ¡oh héroe!, pues tú eres el más ágil de los corredores; el ejército entero de los vanaras desea contemplar tu valentía. ¡Arriba, tigre de los haris! Franquea el vasto mar, ¡oh Hanumat!; todos los seres están interesados en el éxito de tu viaje. ¿Te dejaría insensible la desesperación de los haris? ¡Reproduce con tus saltos prodigiosos las tres zancadas de Vishnú?»

De este modo, incitado por el toro de los kapis, Hanumat, famoso por su agilidad, aquel hijo de Pavana, tomó una forma que alegró al valeroso ejército de los monos.

## SARGA LXVII

### HANUMAT SE DISPONE A IR A LANKÁ

Al ver al mejor de los vanaras que se desperezaba para franquear al punto cien yojanas, lleno de agilidad, súbitamen-

te, desterrando todo pesar, los monos lanzaron gritos de alegría y celebraron el heroísmo de Hanumat. Los seres de todas partes quedaron satisfechos y asombrados a la vez, viéndole; hubiérase dicho Narayana, el de los tres pasos, en el ejercicio de su potencia. Celebrado de aquel modo, el poderoso Hanumat se creció. Agitaba su cola de placer y mostraba su vigor, Alabado de aquel modo por los viejos jefes de los vanaras y lleno de energía, tomó una apariencia sin igual. Como un león que se estira a la entrada de una caverna rocosa, el hijo de Maruta púsose a bostezar. La boca del sabio Hanumat, mientras que bostezaba, asemejábase a una sartén ardiente, a un fuego sin humo. Levantándose de en medio de los haris, los pelos erizados de satisfacción, saludó a los monos viejos y les dijo: «Aquel que rompe las cimas de las montañas, el compañero de Hutasana, Anila, el poderoso e inconmensurable Vayú que circula por el espacio, este Maruta, el de los saltos imponentes, el de la carrera rápida, el de la gran alma, de él soy hijo, y en cuanto a agilidad, su émulo. El monte Merú, ese coloso que parece lamer el cielo, yo puedo, sin descansar, darle la vuelta mil veces. Sacudiéndole con mis brazos vigorosos, puedo, mediante el Océano, sumergir el Mundo, sus montañas, sus ríos y sus lagos. Mis muslos y mis piernas nerviosas levantarían el mar, asilo de varuna, y con ella a los grandes cetáceos. Vainateya, que se alimenta de serpientes, cuando brilla en el espacio, reverenciado por los pájaros, yo puedo dar su vuelta mil veces. Además, cuando se levanta flameante, coronado de rayos, antes de que haya ganado el Asta, al Sol, yo le alcanzaría corriendo. Luego, sin tocar la Tierra, volvería a partir con celeridad cada vez más grande y formidable, ¡oh toros de los plavagas! Yo aventajaría en velocidad a todos los seres que viajan por los aires; los océanos los desecaría, hendiría la Tierra. Las montañas, las trastornaría con mis saltos y mis botes; con la impetuosidad irresistible de mis impulsos agitaría violentamente el gran mar. La floración múltiple de las lianas y de los árboles, voy a arrastrarla por todas partes tras de mí, hoy, durante mi carrera aérea. La vía que voy a abrirme en el espacio se parecerá a la vía de Svati. Mi carrera aterradora, en medio de los aires, esta rápida travesía, todos los seres serán testigos de ella, ¡oh vanaras! Semejante al gran Merú, contempladme, ¡oh plavamgamas!, envolver el cielo, con mi vuelo, y como devorar el espacio. Voy a dispersar las nubes tempestuosas, a quebrantar las montañas y a desecar el mar, con mis botes incesantes. Mi potencia es la de Vainateya o de Maruta. Quitando al rey de los pájaros y a

Maruta, el de la gran energía, no sé de ningún otro ser que pueda seguirme corriendo. En un abrir y cerrar de ojos, sin descansar, voy de pronto a franquear el espacio, semejante al relámpago que brota de la nube. Tendré, al atravesar el mar, el aspecto de Vishnú cuando dio sus tres zancadas. Mi espíritu me dice y la emoción de mi corazón me presagia que descubriré a Vaidehí. ¡Alegraos, plavamgamas! Igualo a Maruta por el impulso; a Garuda, por la velocidad; recorrería un ayuta de yojanas; es mi convicción. Vasava armado con su trueno, o Brahma Svayambhú, yo les quitaría prestamente el amrita de las manos, para traerle aquí. Tras haber trastornado Lanká, volveré, estoy cierto de ello.»

Aquel vanara sin igual, que rugía, brillante con un resplandor sin medida, los haris le contemplaban con gozo, maravillados. Tras este lenguaje que disipó la pena de sus hermanos, Jambavat, el señor de los plavagas, respondió con alegría: «¡Oh héroe, hijo de Kesarín, lleno de agilidad, nacido de Maruta! La inmensa angustia de tus hermanos, tú la has disipado, amigo querido. Los kapis, con el rostro centelleante de alegría, todos juntos, van a hacer en común votos por el feliz éxito de tu misión. Con el favor de los rishis, el beneplácito de los viejos kapis y la bendición de tus gurús, atraviesa el gran mar. Nosotros permaneceremos derechos, apoyados sobre un solo pie, hasta tu vuelta. De ti depende la existencia de todos los habitantes del bosque.»

A estas palabras, el tigre de los haris les dijo a todos: «¡Scú! (333). Nada en el mundo podría sostener la impetuosidad de mi impulso. Pero ese monte Mahendra, con su masa compacta de rocas, ofrece crestas sólidas y elevadas. Pues bien: en la cima del Mahendra será donde tome impulso. Con los árboles de toda esencia que le cubren, los yacimientos metálicos que le dan su brillo, esas altas cimas soportarán mi impulso, cuando salte a cien yojanas de aquí.» Tras estas palabras, el hari nacido de Maruta, del que era émulo, escaló el rey de los montes, él, el azote de sus enemigos. El Mahendra estaba tapizado de flores de todas clases, las gacelas hollaban sus rodales de césped; lianas florecidas le obstruían; sus árboles estaban perpetuamente cargados de flores y frutos. Leones y tigres le habitaban; rebaños de elefantes, horrachos de mada, le frecuentaban; bandadas de pájaros amorosos llenaban con sus cantos; los arroyos caían allí, como cascadas, por todas partes. Los elevados picos de aquella montaña servirían de trampolín a los vigorosos impulsos del mejor de los haris, cuya fuerza igualaba a la del propio Mahendra. Estru-

jado entre los brazos del magnánimo héroe, el gran monte lanzó clamores, como un elefante borracho de mada, atacado por un león. Torrentes escaparon de bloques trastornados; sus gacelas y sus elefantes fueron sobrecogidos de espanto; sus grandes árboles temblaron; las parejas de gandharvas de todas clases que se delectaban allí bebiendo y que allí se reunían, los pájaros que allí retozaban, las tropas mismas de Vidyadharas (334), llenaron con sus gritos las vastas mesetas de la alta montaña. Sus grandes serpientes se ocultaron llenas de terror; las rocas de sus cimas rodaron. Con sus reptiles que huían por todas partes silbando, y sus rishis que se alejaban, extraviados por el espanto, aquel monte, sostén de la Tierra, asemejábase a un viajero abandonado por su escolta, y quedado con su estandarte en medio de un vasto desierto. Entre tanto el ágil, el valeroso hari, el espíritu aplicado y concentrado en la velocidad de su carrera, él, el destructor de sus enemigos, lleno de nobles sentimientos y de sabiduría, transportábase ya a Lanká con el pensamiento.

# INDICE GENERAL

Págs.

## NOTICIA PRELIMINAR

La cara y la cruz de la moneda india .....	7
La religión en el <i>Ramayana</i> .....	26
La moral en el <i>Ramayana</i> .....	44
La filosofía en el <i>Ramayana</i> .....	61
Valmiki y su obra .....	73

## I

### BALAKANDA

#### SARGAS

1. Resumen del <i>Ramayana</i> .....	90
2. Origen del <i>Ramayana</i> .....	96
3. Valmiki compone el <i>Ramayana</i> .....	98
4. Kusa y Lava cantan el <i>Ramayana</i> .....	100
5. Descripción de Ayodhya .....	102
6. Los habitantes de Ayodhya .....	104
7. La corte del rey Dasaratha .....	106
8. Dasaratha privado de hijos .....	108
9. Historia de Rishyasriña .....	109
10. Rishyasriña, seducido por las bayaderas .....	110
11. Dasaratha adopta a Rishyasriña .....	112
12. Dasaratha prescribe el asvamedha .....	114
13. Convocaciones para el sacrificio .....	115
14. Descripción del asvamedha .....	118
15. Los dioses piden la muerte de Ravana .....	121
16. Cuádruple encarnación de Vishnú .....	123
17. Nacimiento de los aliados de Rama .....	125

18. Nacimiento de los hijos de Dasaratha. Llegada de Visvamitra .....	127
19. Visvamitra pide llevarse a Rama .....	131
20. Negativa de Dasaratha .....	132
21. Dasaratha da al fin su consentimiento .....	134
22. Visvamitra se lleva a Rama .....	135
23. Visita a la ermita de Kama .....	137
24. El bosque frecuentado por Tataká .....	138
25. Historia de Tataká .....	140
26. Muerte de Tataká .....	141
27. Visvamitra da armas a Rama .....	143
28. Visvamitra da aún armas a Rama .....	145
29. La ermita de Siddha .....	146
30. Rama hiere a Maricha .....	148
31. El arco de Janaka .....	150
32. Historia de las hijas de Kusanabha .....	151
33. Kusanabha casa a sus hijas con Brahmadaatta .....	153
34. Nacimiento de Gadhi, padre de Visvamitra .....	154
35. Historia del Gangá .....	156
36. Historia de Siva y de Humá .....	157
37. Nacimiento de Kumara .....	159
38. Historia de Sagara y de sus hijos .....	161
39. Los hijos de Sagara excavan la Tierra .....	162
40. Muerte de los hijos de Sagara .....	164
41. Amsumat trae el caballo .....	165
42. Historia de Bhagiratha .....	167
43. El Gangá desciende a la Tierra .....	168
44. Liberación de los Sagaras .....	171
45. El batimiento del mar de leche .....	172
46. Diti se da al ascetismo .....	175
47. Origen de los Maruts .....	176
48. Indra maldito por Gautama .....	177
49. Indra y Abalyá vuelven a su primer estado .....	179
50. Llegada de Rama a la corte de Janaka .....	181
51. Historia de Visvamitra .....	182
52. Vasishtha recibe a Visvamitra en su ermita .....	184
53. Vasishtha niega Sabalá a Visvamitra .....	185
54. Vasishtha exterminia las tropas de Visvamitra .....	186
55. Visvamitra se entrega al ascetismo .....	188
56. Combate entre Visvamitra y Vasishtha .....	189
57. Historia de Trisankú .....	191
58. Trisankú, maldecido por los hijos de Vasishtha .....	192

59. Visvamitra maldice a los hijos de Vastshtha ...	194
60. Trisankú sube al Cielo ...	195
61. El sacrificio de Ambarisha interrumpido ...	197
62. Ambarisha sacrifica en honor de Sunahsepa ...	199
63. Menaká seduce a Visvamitra ...	200
64. Visvamitra maldice a Rambhá ...	202
65. Visvamitra obtiene la categoría de brahmán ...	203
66. Historia de Sitá ...	206
67. Rama tiende el arco ...	207
68. Janaka envía una embajada a Dasaratha ...	209
69. Dasaratha va a la corte de Janaka ...	210
70. Dinastía de los Ikshvaku ...	211
71. Genealogía de Janaka ...	213
72. Dasaratha procede al Sradha ...	215
73. Matrimonio de los hijos de Dasaratha ...	216
74. Aparición de Rama, hijo de Jamadāni ...	219
75. Rama, hijo de Jamadāni, entrega el arco de Vishnú a Rama, hijo de Dasaratha ...	220
76. El hijo de Jamadāni reconoce la superioridad de Rama ...	222
77. Yudhajit se lleva a Bharata ...	223

## II

## A Y O D H Y A K A N D A

## S A R G A S

1. Descripción de las virtudes de Rama ...	226
2. Dasaratha proyecta asociar a Rama a su trono ...	229
3. Preparativos para la consagración ...	232
4. Visita de Rama a su madre ...	235
5. Vasishtha va a buscar a Rama ...	238
6. Alegría de los habitantes de Ayodhya ...	239
7. La jorobada Manthará hace saber a Kaikeyí los preparativos de la consagración ...	241
8. Manthará indispone a Kaikeyí contra Rama ...	243
9. Kaikeyí se retira al krodhagara ...	245
10. Dasaratha va a buscar a Kaikeyí ...	249
11. Kaikeyí reclama la consagración de Bharata y el destierro de Rama ...	251
12. Lamentaciones de Dasaratha ...	253
13. Kaikeyí se muestra inflexible ...	259



14. Vasishtha va a ver a Dasaratha ... ..	261
15. Sumantra va a buscar a Rama ... ..	265
16. Rama va junto a su padre ... ..	268
17. Rama es aclamado por el pueblo ... ..	271
18. Kaikeyí notifica a Rama su destierro ... ..	272
19. Noble firmeza de Rama ... ..	274
20. Lamentaciones de Kausalyá ... ..	277
21. Rama se esfuerza por consolar a su madre ... ..	280
22. Rama trata de calmar a Lakshmana ... ..	283
23. Reproches de Lakshmana ... ..	286
24. Supremas recomendaciones de Rama a su madre ... ..	288
25. Kausalyá bendice a su hijo ... ..	290
26. Entrevista de Rama y de Sitá ... ..	293
27. Sitá quiere acompañar a Rama al destierro ... ..	295
28. Rama combate la resolución de Sitá ... ..	297
29. Sitá insiste con objeto de acompañar a Rama ... ..	298
30. Rama consiente en llevar a Sitá ... ..	300
31. Lakshmana obtiene de Rama el acompañarle ... ..	302
32. Rama distribuye sus bienes a los brahmanes y a sus servidores ... ..	304
33. Lamentaciones del pueblo ... ..	307
34. Rama se esfuerza por consolar a su padre ... ..	309
35. Reproches de Sumantra a Kaikeyí ... ..	312
36. Discurso de Siddhartha ... ..	314
37. Rama y Sitá se visten con túnicas de corteza de árbol ... ..	316
38. Rama recomienda a Kausalyá a su padre ... ..	318
39. Recomendaciones de Kausalyá a Sitá ... ..	319
40. Marcha de Rama ... ..	322
41. La Naturaleza entera se viste de duelo a la marcha de Rama ... ..	325
42. Lamentaciones de Dasaratha ... ..	326
43. Lamentaciones de Kausalyá ... ..	328
44. Sumitrá consuela a la madre de Rama ... ..	329
45. Los brahmanes adjuran a Rama para que no les abandone ... ..	331
46. Rama acampa a orillas del Tamasá ... ..	333
47. Desolación de la multitud al despertar ... ..	335
48. Lamentaciones de las mujeres de Ayodhya ... ..	336
49. Rama va al bosque ... ..	339
50. Rama alcanza el Gangá: su encuentro con Guha ... ..	340

51. Dolorosa velada de Lakshmana ... ..	343
52. Rama atraviesa el Gangá ... ..	344
53. Conversación de Rama con Lakshmana ... ..	350
54. Entrevista de Rama con Bharadvaja ... ..	352
55. Rama atraviesa el Yamuná ... ..	354
56. Lakshmana construye una cabaña ... ..	356
57. Regreso de Sumantra ... ..	358
58. Sumantra repite a Dasaratha las palabras de Rama ... ..	360
59. Dolor de Dasaratha ... ..	362
60. Sumantra se esfuerza por consolar a Kausalyá ... ..	364
61. Reproches de Kausalyá a Dasaratha ... ..	366
62. Dasaratha implora el perdón de Kausalyá ... ..	367
63. Historia del joven asceta ... ..	369
64. Dasaratha muere de dolor ... ..	372
65. Dolor de las reinas ... ..	376
66. Recriminaciones contra Kaikeyí ... ..	378
67. Calamidades de un reino sin rey ... ..	379
68. Emisarios van a buscar a Bharata ... ..	382
69. Ensueño de Bharata ... ..	383
70. Bharata deja a Rajagriha ... ..	384
71. Regreso de Bharata ... ..	386
72. Bharata sabe por su madre la muerte del rey y el destierro de Rama ... ..	389
73. Reproches de Bharata a su madre ... ..	392
74. Bharata continúa sus recriminaciones contra Kai- keyí ... ..	393
75. Imprecaciones de Bharata ... ..	396
76. Funerales de Dasaratha ... ..	399
77. Dolor de Bharata y de Satruña ... ..	401
78. Satruña castiga a Manthará ... ..	402
79. Bharata rehusa el trono ... ..	404
80. Construcción de un camino ... ..	405
81. Vasishtha convoca la asamblea ... ..	406
82. Bharata se dispone a ir a buscar a Rama ... ..	407
83. Bharata llega a orillas del Gangá ... ..	409
84. Guha va al encuentro de Bharata ... ..	411
85. Bharata disipa las sospechas de Guha ... ..	412
86. Guha hace el elogio de Lakshmana ... ..	413
87. Dolor de Bharata ... ..	415
88. Lamentaciones de Bharata ... ..	416
89. Bharata y su comitiva atraviesan el Gangá ... ..	418

90. Entrevista de Bharata con Bharadvaja ... ..	419
91. Maravillosa recepción hecha a Bharata por Bharadvaja ... ..	421
92. Bharata se dirige hacia el Citrakuta ... ..	425
93. Arrocamiento de Bharata a la vista del Citrakuta ... ..	427
94. Rama describe a Sitá los encantos del Citrakuta ... ..	429
95. Rama describe a Sitá los encantos del Mandakini ... ..	431
96. Lakshmana advierte a Bharata y a su ejército. ... ..	432
97. Rama tranquiliza a Lakshmana ... ..	434
98. Bharata recorre el Citrakuta en busca de Rama. ... ..	435
99. Bharata descubre el retiro de Rama ... ..	436
100. Rama interroga a Bharata ... ..	439
101. Rama rehusa la corona ... ..	443
102. Insistencia de Bharata ... ..	445
103. Rama hace los honores fúnebres a su padre ... ..	445
104. Las reinas vienen a ver a Rama ... ..	448
105. Rama predica resignación a Bharata ... ..	450
106. Bharata conjura a Rama para que vuelva a Ayodhya ... ..	453
107. Negativa de Rama ... ..	455
108. Intervención de Jabali ... ..	456
109. Rama refuta a Jabali ... ..	457
110. Vasishtha cuenta a Rama su genealogía ... ..	459
111. Respuesta de Rama ... ..	461
112. Bharata pide a Rama su calzado ... ..	463
113. Regreso de Bharata ... ..	465
114. Aspecto desolado de Ayodhya ... ..	467
115. Bharata se retira a Nandigrama ... ..	468
116. Los ascetas dejan el Janasthana ... ..	470
117. Atri acoge a Rama en su eremitorio ... ..	471
118. Plática entre Anasuyá y Sitá ... ..	473
119. Anasuyá despidе a Sitá ... ..	476

## III

## ARANYAKANDA

## SARGAS

1. Recepción de Rama por los solitarios del Dandaka ... ..	478
2. El rakshasa Viradha rapta a Sitá ... ..	479

3. Combate de los dos hermanos y de Viradha ...	481
4. Muerte de Viradha ...	483
5. Rama visita a Sarabhaña ...	485
6. Los eremitas imploran la protección de Rama ...	487
7. Entrevista entre Rama y Sutikshna ...	489
8. Rama se despide de Sutikshna ...	490
9. Sitá suplica a Rama que no combata a los rakshasas ...	491
10. Rama recuerda a Sitá su promesa a los solitarios ...	493
11. Rama visita los eremitorios. Historia de Agastya ...	495
12. Agastya recibe a Rama en su ermita ...	500
13. Rama se dirige hacia el Pancavatí por consejo de Agastya ...	501
14. Jatayú cuenta su genealogía a Rama ...	503
15. Rama se establece en el Pancavatí ...	505
16. Descripción del invierno por Lakshmana ...	506
17. Llegada de Surpanakhá a la ermita ...	509
18. Mutilación de Surpanakhá ...	511
19. Surpanakhá cuenta su desgracia a su hermano Khara ...	512
20. Rama mata a los catorce rakshasas enviados por Khara ...	514
21. Surpanakhá excita a Khara a combatir con Rama ...	515
22. Khara y sus catorce mil rakshasas marchan contra Rama ...	516
23. Khara y su ejército encuentran espantosos presagios ...	518
24. Khara y su ejército llegan a la ermita de Rama ...	520
25. Combate de Rama contra los yatudhanas ...	522
26. Rama destruye el ejército de los rakshasas y mata a Dushana, su general ...	524
27. Muerte de Trisiras ...	526
28. Duelo entre Rama y Khara ...	528
29. Rama y Khara se invectivan uno a otro ...	529
30. Muerte de Khara ...	531
31. Akampana hace saber a Ravana la ruina del Janasthana ...	533
32. Surpanakhá va a Lanká ...	536
33. Reproches de Surpanakhá a Ravana ...	538
34. Surpanakhá incita a Ravana a matar a Rama y a desposar a Sitá ...	539

35. Ravana vuelve a buscar a Maricha ... ..	541
36. Ravana reclama el concurso de Maricha ... ..	543
37. Maricha ensaya hacer cambiar a Ravana de propósito ... ..	544
38. Primer encuentro de Maricha con Rama ... ..	546
39. Maricha insiste para hacer desistir de su proyecto a Ravana ... ..	548
40. Cólera de Ravana ... ..	549
41. Recriminaciones de Maricha ... ..	551
42. Maricha, transformado en gacela, pásese cerca de la ermita de Rama ... ..	552
43. Arrocamiento de Sitá al ver la gacela ... ..	554
44. Rama mata a Maricha ... ..	557
45. Sitá envía a Lakshmana en socorro de Rama ... ..	558
46. Ravana va a encontrar a Sitá ... ..	561
47. Conversación de Sitá con Ravana ... ..	563
48. Sitá rehusa seguir a Ravana ... ..	566
49. Rapto de Sitá por Ravana ... ..	567
50. Jatayús intima a Ravana a que suelte a Sitá ... ..	569
51. Lucha entre Jatayús y Ravana. Muerte de Jatayús ... ..	571
52. La Naturaleza entera compadece la desgracia de Sitá ... ..	573
53. Sitá amenaza a Ravana con la venganza de Rama. ... ..	576
54. Ravana entra en Lanká con Sitá ... ..	578
55. Ravana suplica a Sitá para que se case con él ... ..	579
56. Sitá, guardada por las rahshasis ... ..	581
57. Presagios siniestros muestranse a Rama ... ..	584
58. Lamentaciones de Rama ... ..	585
59. Rama reprocha a Lakshmana el haber abandonado a Sitá ... ..	586
60. Rama, en busca de Sitá ... ..	588
61. Lamentaciones de Rama ... ..	590
62. Rama vuelve a caer en la desesperación ... ..	592
63. Rama continúa exhalando su dolor ... ..	593
64. Rama, poseído por la desesperación, amenaza destruirlo todo ... ..	594
65. Lakshmana trata de calmar a Rama ... ..	599
66. Lakshmana reanima el ánimo de su hermano ... ..	600
67. Rama encuentra a Jatayús ... ..	601
68. Funerales de Jatayús ... ..	603
69. Encuentro de Ayomukhi y de Kabandha ... ..	605

70. Rama y Lakshmana cortan los brazos a Kabandha ... ..	608
71. Kabandha cuenta su historia ... ..	609
72. Kabandha indica a Rama el medio de encontrar a Sitá ... ..	611
73. Recomendaciones de Kabandha a Rama ... ..	612
74. Visita a Sabarí ... ..	615
75. Rama llega a orillas del Pampá ... ..	617

## IV

## KISHKINDHAKANDA

## SARGAS

1. Rama describe la primavera y el amor. Su desesperación ... ..	619
2. Sugriva envía a Hanumat al encuentro de Rama. ... ..	626
3. Hanumat se pone al habla con Rama ... ..	628
4. Hanumat lleva a Rama y a Lakshmana junto a Sugriva ... ..	630
5. Alianza de Rama y de Sugriva ... ..	632
6. Sugriva enseña a Rama el manto y los adornos de Sitá ... ..	634
7. Sugriva reconforta a Rama ... ..	635
8. Sugriva implora el socorro de Rama contra Vali. ... ..	636
9. Historia de Vali y de Mayavín ... ..	639
10. Origen del odio de Vali contra Sugriva ... ..	640
11. Sugriva cuenta a Rama las hazañas de Vali ... ..	642
12. Combate de Sugriva y de Vali ... ..	647
13. El eremitorio de los Saptajanas ... ..	649
14. Sugriva provoca de nuevo a su hermano a que combata ... ..	651
15. Consejos de Tará a Vali ... ..	652
16. Rama hiere mortalmente a Vali ... ..	654
17. Reproches de Vali a Rama ... ..	656
18. Respuesta de Rama ... ..	660
19. Dolor de Tará ... ..	663
20. Sus lamentaciones ... ..	665
21. Discurso de Hanumat ... ..	667
22. Supremas recomendaciones de Vali ... ..	668

23. Tará llora sobre el cadáver de Vali ... ..	670
24. Remordimientos de Sugriva ... ..	671
25. Funerales de Vali ... ..	675
26. Consagración de Sugriva ... ..	678
27. Rama describe el Irasravana. Es reconfortado por Lakshmana ... ..	680
28. Descripción, por Rama, de la estación de las lluvias ... ..	683
29. Hanumat insta a Sugriva a que cumpla su promesa ... ..	688
30. Descripción del otoño ... ..	690
31. Lakshmana va a Kishkindhā ... ..	695
32. Discurso de Hanumat ... ..	699
33. Tará apacigua a Lakshmana ... ..	700
34. Reproches de Lakshmana a Sugriva ... ..	704
35. Tará toma la defensa de Sugriva ... ..	705
36. Lakshmana se reconcilia con Sugriva ... ..	707
37. Sugriva reúne sus tropas ... ..	708
38. Sugriva va junto a Rama ... ..	710
39. Llegada de las tropas de Sugriva ... ..	712
40. Sugriva envía a vanaras a Oriente en busca de Sitá ... ..	714
41. Sugriva ordena explorar la región del Mediodía. ... ..	717
42. Exploradores enviados al Oeste ... ..	720
43. Exploradores de la región Norte ... ..	723
44. Rama da su anillo a Hanumat ... ..	726
45. Partida de los monos ... ..	727
46. Sugriva cuenta sus correrías a través del Mundo. ... ..	728
47. Vuelta de los monos ... ..	730
48. Angada mata a un asura ... ..	730
49. Los vanaras exploran inútilmente la región del Sur ... ..	732
50. Hanumat y sus compañeros entran en Rikshabila. ... ..	733
51. Relato de la solitaria ... ..	735
52. Svayamprabhā hace salir a los vanaras del subterráneo ... ..	736
53. Angada y sus compañeros deliberan sobre el partido a tomar ... ..	738
54. Hanumat trata de disuadir a Angada de su proyecto ... ..	740
55. Los monos deciden dejarse morir de hambre ... ..	741
56. Intervención de Sampatī ... ..	742

	<i>Págs.</i>
57. Relato de Angada ... ..	744
58. Sampati indica a los vanaras el retiro de Sitá.	745
59. Sampati les anima a proseguir su misión ... ..	747
60. Historia del asceta Nisakara ... ..	748
61. Sampati cuenta su historia a Nisakara ... ..	750
62. Nisakara refiere a Sampati la historia de Sitá.	751
63. A Sampati le brotan de nuevo las alas ... ..	751
64. Los monos, desconcertados a la vista del Océano.	752
65. Los jefes de los vanaras indican cada uno la co- rrería que pueden hacer ... ..	754
66. Jambavat exhorta a Hanumat a sacrificarse por la salvación de todos ... ..	755
67. Hanumat se dispone a ir a Lanká ... ..	757





**EDICIONES IBÉRICAS**  
**CLÁSICOS BERGUA**

**CATÁLOGO.**  
*Título, autor, ISBN.*

**LOS GRANDES LIBROS SAGRADOS.**

**EL LIBRO DE LOS MUERTOS, EL BARDO THODOL.** La tanatología del antiguo Egipto y del Tibet, Anónimo. 8470830546.

**LOS VEDAS,** el libro sagrado del Brahmanismo, Vyasa, 8470830937.

**EL AVESTA,** el libro sagrado del Zoroastrismo, Zoroastro, 847083083X.

**LOS LIBROS CANÓNICOS CHINOS,** libros sagrados de la antigua China anterior al Budismo, Confucio y Mencio, 8470830554.

**EL CORAN,** Mahoma, 8470830600.

*HISTORIA DE LAS RELIGIONES: J. B. Bergua, 6 tomos.*

**Tomo I: LAS RELIGIONES PRIMITIVAS.** Sumerios, Babilonios, Asirios, Hittitas, Hurritas, Fenicios, Cartagineses, Sirios, Egipcios, Chinos, Japoneses, Tribus primitivas actuales, 8470830376.

**Tomo II: RELIGIONES INDOEUROPEAS Y PRECOLOMBINAS.** India, Grecia, Micenas, Creta, Roma, Etruria. Celtas, Eslavos, Germanos, Chamanismo, Mazdeísmo, Maniqueísmo y religiones americanas precolombinas, 8470830368.

**Tomo III: LAS GRANDES RELIGIONES.** Los sikhs, Jainismo, BUDISMO, Lamaísmo, ISLAMISMO, Babismo, Bahaísmo, JUDAÍSMO, 8470830384.

**Tomo IV: EL CRISTIANISMO.** Religión y herejías. Historia completa, más de 500 notas, 2 tomos; no se venden sueltos, 8470830813.

**Tomo V: JESCHUA** el nasoreo, Historia de la Iglesia cristiana. El Papado. Los concilios. Los cismas. Las Cruzadas. El poder temporal. La Inquisición. Un análisis completo de la historia del

Cristianismo, 8470830902.

**VIDA DE JESÚS**, Renan. Traducción J. Bergua, 8470831275.

### *TODAS LAS MITOLOGÍAS.*

**MITOLOGÍA UNIVERSAL**, J. B. Bergua, Las mitologías de todos los pueblos y sus maravillosas leyendas. 2 tomos, 8470830872.

### *LOS GRANDES POEMAS ÉPICOS.*

**EL RAMAYANA**, Valmiky. 2 tomos, 8470830481.

**EL KALEVALA**, Anónimo. La gran epopeya nacional finlandesa 847083049X .

**LA ILIADA**, Homero. 8470830405.

**LA ODISEA**, Homero. 8470830449.

**EL POEMA DEL CID**, Anónimo. 8470831062.

### *LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS.*

**LA ERÓTICA ORIENTAL**, incluye **LIBROS DE AMOR DEL ORIENTE**, Los Kama-Sutra, **EL KTAB**, 8470830848.

**LA ERÓTICA ROMANA**, incluye **EL ARTE DE AMAR**, Ovidio. 8470830414.

**LA ERÓTICA DEL RENACIMIENTO**, incluye **LOS RAGIONAMENTI**, Aretino, 8470830281.

**LA ERÓTICA POSTROMÁNTICA**, incluye **LAS CANCIONES DE BILITIS**, 8470830287.

### *VERSO Y PROSA DE LA LITERATURA CASTELLANA.*

**LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA**, *Trigésimo segunda edición*, revisada y aumentada, La selección antológica, ya clásica, de la generación del 27, de los más célebres poetas castellanos de los últimos 10 siglos, com-

pletada con la mejor poesía de la segunda mitad del XX.  
Compilación J. B. Bergua. En tela, 8470831291.

**EL ROMANCERO ESPAÑOL.** El romance, el verso castellano desde el siglo XV hasta nuestros días. 8470831070.

**LAS MEJORES PÁGINAS DE LA LENGUA CASTELLANA.**  
Antología de prosistas castellanos, J. Bergua. 8470830260.

### *LOS GRANDES CLÁSICOS CASTELLANOS.*

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA,** Cervantes. Edición con índice analítico detallado que le permitirá un conocimiento erudito de esta obra cumbre. En piel y papel biblia, 847083066X.

**LA CELESTINA,** Fernando de Rojas, Introducción de Azorín en una de sus más bellas páginas. En el mismo volumen **LA DOROTEA,** Lope de Vega. Notas e introducción de J. B. Bergua, 8470830538.

**PROSA COMPLETA.** Quevedo, obras satíricas y festivas en un sólo tomo, 8470831240.

**TEATRO ESCOGIDO,** Calderón de la Barca. La vida es sueño. El Alcalde de Zalamea. El mágico prodigioso. El príncipe constante. Notas y estudio preliminar de J. Bergua, 8470830503.

### *LA NOVELA GRECO-ROMANA-BIZANTINA.*

**NOVELA ROMANA,** El SATIRICON. Petronio, 84708300341.

**NOVELA GRIEGA,** DAFNIS Y CHLOE. Longo. 8470830317.

**NOVELA BIZANTINA,** LAS ETIOPICAS. Heliodoros,  
847083021X.

### *LA GRECIA ANTIGUA.*

**LA GRECIA CLÁSICA,** LA TEOGONIA, LOS TRABAJOS Y LOS DIAS. Hesíodo, 8470830597.

**PITAGORAS,** LOS VERSOS DE ORO. J.B. Bergua,  
8470831232.

**SOKRATES**, Xenofón, 8470830570.

*LOS GRANDES HITOS DEL PENSAMIENTO.*

**EL LIBRO DE ORO y el TRATADO DE LOS BENEFICIOS**, Séneca. Traducción y notas de J. B. Bergua, 847083004X.

**EL DISCURSO DEL MÉTODO**, Descartes. **EL FILOSOFO AUTODIDACTO**, Abentofail, 8470830198.

**ELOGIO DE LA LOCURA**, Erasmo de Rotterdam. 8470831097.

**ETICA y TRATADOS MENORES**, Spinoza. 8470830112.

**DICCIONARIO FILOSÓFICO**, Voltaire, 8470830139.

**CRITICA DE LA RAZÓN PURA**, Kant, 2 tomos, 8470830678.

**EL ORIGEN DE LAS ESPECIES POR LA SELECCIÓN NATURAL**. Darwin. 2 tomos, , 8470830031.

**EL ORIGEN DEL HOMBRE**, Darwin, 2 tomos, 8470830783.

**EUDEMONOLOGIA** , Schopenhauer, 8470830171.

**ASI HABLABA ZARATHUSTRA**, Nietzsche, 8470830643.

*PLATÓN, OBRAS.*

**DIÁLOGOS COMPLETOS**, 9 Tomos. Traducción y notas J. B. Bergua, 8470831224.

*LITERATURA UNIVERSAL.*

**REFRANERO ESPAÑOL y LIBRO DE LOS PROVERBIOS MORALES**, Alonso de Barros. Introducción y notas de Juan B. Bergua, 8470830279.

**LEYENDAS Y TRADICIONES ESPAÑOLAS**, Cristóbal Lozano. Introducción de J. Bergua, 8470830333.

**EL PRÍNCIPE**, Maquiavelo, 8470830740.

**EL CAPITAL**, Marx, 8470830953.

**TRAGEDIAS**, Shakespeare, 8470831208.

**COMEDIAS**, Shakespeare, 8470831194.

**FAUSTO, WERTHER**, Goethe, 8470831100.

**FÁBULAS COMPLETAS**, Varios autores, 847083097X.



978-84-7083-048-8



9 788470 830488

[www.edicionesibericas.net](http://www.edicionesibericas.net)



Sitá y Rama

**VALMIKI**

# ***EL RAMAYANA***

\* \*

**SUNDARAKANDA - YUDDHAKANDA - UTTARAKANDA**

*Traducción y anotaciones J. B. BERGUA*

# EL RAMAYANA

Colección «Tesoro Literario», n.º 2



No obstante, las numerosas notas destinadas a resolver cuantas dudas se le pudieran ofrecer al lector recorriendo *El Ramayana*, le serían de la mayor utilidad dos libros que le convendría tener a mano. Uno, el tomo II de la *Historia de las Religiones*, de Juan B. Bergua, que contiene entre otras, las religiones de la India (a excepción de El Budismo, que está en el tomo III de esta misma obra), y otro la *Mitología Universal*, también de Juan B. Bergua, libro indispensable para cuantos manejen textos antiguos históricos, literarios, filosóficos o religiosos, ya que los dioses de aquellas mitologías están continuamente presentes en ellos.

Véase el sumario del índice de esta importantísima obra, la más completa en su clase publicada en cualquier idioma con las 1.200 páginas en sus dos tomos, sus 1.003 notas y su Índice-Diccionario mitológico.

Tomo I: Noticia preliminar. —Las religiones. Los Mitos. La Mitología. *Mitologías europeas*. — Mitologías clásicas: Griega y Latina. Mitología Celta. Mitología Germana. Mitología Eslava. Mitología Lituana. Mitología Finlandesa. — *Mitologías asiáticas*: Asirio-Babilónica. Fenicia. Persa (Maniqueos, Mazdeitas). Mitología de la Persia musulmana. Mitología de la India (prebrahmánica, brahmánica, darmas disidentes: Jainismo, Budismo). Budismo índico, tibetano, indochino, chino, japonés. Mitología de China. Mitología del Japón.

Tomo II: *Mitologías africanas*, —Mitología egipcia. Mitología de los negros africanos. *Mitologías americanas*. — América del Norte: Esquimales. Piel roja (tuscaroras, algonquines, iroqueses, etc.). Aztecas. —América Central: Nicaoaos, Mayas, Mitologías de los indios de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Haití. América del Sur: Colombia, Ecuador, Chile, Perú (araucaos, incas). Brasil (carayas, tupinambas). —*Mitologías de Oceanía*: Mitologías de las islas de Malasia, Melanesia, Micronesia y Polinesia.

MITOLOGÍA BÍBLICA. —Creada alrededor del Antiguo Testamento y los mitos nacidos sobre la figura de Jesús a través de los tiempos. Dos tomos: no se venden sueltos.

V A L M I K I

# EL RAMAYANA

SUNDARAKANDA • YUDDHAKANDA  
UTTARAKANDA

TOMO II

TRADUCCIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR,  
NOTAS Y ESTAMPA RAMAYÁNICA  
DE  
J U A N B . B E R G U A

TERCERA EDICIÓN

CLÁSICOS BERGUA

Ediciones Ibéricas - Pl. Conde del Valle de Suchil, 14 - 28015 Madrid.

-----  
© J. Bergua, 2006

Clásicas Bergua - Madrid  
(España)

-----  
**(Tomo II)**

Obra completa:

ISBN 10: 84-7083-048-1

ISBN 13: 978-84-7083-048-8

Tomo II:

ISBN 10: 84-7083-132-1

ISBN 13: 978-84-7083-132-4

Impreso en España  
Printed in Spain

## ESTAMPA RAMAYANICA \*

### EL DESQUITE DE SAMBUKA

Cuando, según refiere el Poema en el sarga 75 del Canto VII, Rama se dio cuenta de que, tal cual decía Narada el sapientísimo toro de los Dos-veces-nacidos, la culpa de la muerte del hijo del brahmán la tenía un miserable sudra, que, contra toda legalidad, se entregaba al ascetismo con el propósito de ganar gracias a la virtud, el Svarga, codiciado Paraíso, se llenó, si de indignación por ello, también de alegría, como dicho es en el sarga siguiente, comprendiendo que estaba en su mano el castigo gracias al cual el Dharma («lo que es obligatorio») podía seguir manteniéndose en su Imperio, y el niño muerto, resucitar. Y tras encargar a Lakshmana que ordenase meter el cuerpecito sin vida en aceite para que no se corrompiese, pensó en Pushpaka, el carro celestial. Pushpaka, obediente, vino al punto, y Rama, luego de ceñirse su espada, coger el arco y dos carcajs llenos de flechas y saludar a los

---

\* Para comprender bien y sacar provecho a esta «Estampa Ramayánica» hay que leerla después de los «sargas» 73, 74, 75 y 76 del canto VII; es decir, del Uttarakanda.

grandes rishis, subió a él decidido a cumplir su deber.

La región del Oeste, primero; luego, la del Norte, y seguidamente, la del Este, fueron pronta, rápida y cuidadosamente inspeccionadas. «Sólo gentes puras, inmaculadas como la superficie de un espejo», el Pocma lo asegura, vio en ellas desde arriba, desde su carro, el príncipe de los poderosos brazos.

Rishis y brahmanes se entregaban a la bendita ociosidad más perfecta. Los unos, en los bosques; los otros, en monasterios; aquéllos, a sus prácticas de inmovilidad orante, tan grata a las Divinidades; éstos, a pensar en los *Vedas*, cuyo estudio, que tan útil les sería emprender un día, les daría la ciencia. El solo propósito les llenaba ya de brillo, atavío incomparable, deslumbrador, en medio de la total ignorancia respecto a letras, tanto divinas como humanas, de las dos castas, grandes asimismo, que seguía a la suya: la de los kachatryas (reyes, príncipes, nobles, magnates dueños de vastas provincias) y la de los vaisyas (poderosos mercaderes y ricos comerciantes).

Otros gurús, consejeros de los monarcas y capellanes en sus palacios, vigilaban a estos kachatryas, grandes de la segunda casta, incitándoles a proseguir sin descanso sus importantes tareas cotidianas. A saber: observar si sus armas estaban siempre euidadosamente bruñidas y afiladas; sus elefantes, bien adiestrados y dispuestos; sus caballos, debidamente mantenidos y enjaezados; sus esposas y concubinas, continuamente perfumadas y cubiertas de brocados y joyas. Y les vigilaban, bien para bendecirles cuando, sin remordimiento de conciencia castigaban a los sudras (¿por qué remordimiento, puesto que, como todo lo plebeyo, no tenían valor alguno?, al contrario, seguros de que aún les honraban, permitiéndoles que sirviesen de víctimas a su necesaria auto-

ridad); para bendecirles, decía, en las frecuentes ocasiones en que, sin otro motivo que acrecentar su gloria demostrando su fuerza, colgaban a uno o a media docena de despreciables sudras; ora cuando, para descansar de tareas tan importantes como las anteriores, giraban visitas a los jefes de los sindicatos comerciales, recorriendo con ellos los muellès y almacenes, donde los pródigos y enriquecidos mercaderes vigilaban, látigo en mano, grasos y bien vestidos, cómo sus esclavos descargaban sin descanso las mercancías traídas por camellos, elefantes y veleros, o amontonaban con cuidado y diligencia en depósitos y anaqueles los marfiles, las armas, las telas, los sacos de arroz y los mil variados productos y géneros de todas clases.

Otras veces, aquellos venerables capellanes acompañaban a los príncipes, todos a lomo de elefantes, a importantes partidas de caza, en las que los grandes señores desplegaban su habilidad con arcos y jabalinas, ora quitando la vida a tigres y panteras, bien haciendo retroceder a los acribillados leones, sea obligando a morder el polvo a los ágiles y graciosos ciervos, ya derribando diestramente en pleno vuelo, a las pintadas, airoosas e inofensivas garzas reales, tareas todas ellas nobles y dignas de tan útiles y dignos personajes.

Por la tarde, de vuelta de la bien merecida distracción, en la hora en que los comerciantes contaban las ganancias del día, los gurús y capellanes, aquellos santos varones, deslizaban suavemente en los oídos de reyes, príncipes y magnates la conveniencia de no olvidar a las divinidades, con objeto de tenerlas siempre favorables. Y ello no solamente mediante rezos y abluciones, sino dedicándoles sacrificios, tanto más del gusto de los dioses cuanto en ellos los dones a los benditos brahmanes, sus representantes en la Tierra, fuesen más abundantes y copiosos.

Todo esto fue lo que vio Rama lleno de gozo al recorrer las regiones Oeste, Norte y Este de su Imperio: «Sólo (como dicho ha sido, pero conviene repetirlo en honor a la verdad) gentes puras, inmaculadas como la superficie de un espejo.» A los impuros no los vio. Ni, por supuesto, se preocupó de ellos. No podía verlos además, ocultos como estaban en muelles y almacenes bajo los enormes fardos que transportaban; en el campo, entre los haces de mieses; en el mar, a la brega, y entre el cordaje y las velas; o como los topos, bajo la tierra, en las minas: imposible, claro, desde arriba verles. Por supuesto, ni quería, Rama, el hombre-dios, «que era feliz haciendo el bien de todas las criaturas», pues sabía que el bien para unos es el trabajo, como para otros el descanso. Y que, *lógicamente, los sudras, trabajando*, tenían que ser tan felices como sus amos, ocupados a su vez, como queda referido; y claro, no necesitaba más. Y en este estado de ánimo, tranquilo y satisfecho, viendo el dichoso resultado de regir continuamente, como lo hacía, su Imperio con mano justa, equitativa, igual y benévola, fue como pasó finalmente a la región Sur.

Más he aquí que cuando Raghava recorría, siempre ojo avizor, esta parte de su reino, vio de pronto «a un asceta que practicaba un rigurosísimo tapás, puesto con la cabeza hacia abajo, absolutamente inmóvil». Mandando entonces con el pensamiento, a Pushpaka, que descendiese hasta el suelo, saltó a tierra y, acercándose al asceta, le preguntó cómo se llamaba, a qué casta pertenecía y qué pretendía obtener con su durísimo tormento. A lo que, sin cambiar de postura, el penitente le hizo saber que su nombre era Sambuka; su propósito, conquistar a fuerza de ascetismo y virtud el deva-loka; y que había nacido en una matriz de mujer sudra.

«Hablabla aún cuando Raghava, sacando de la vaina

su espada de brillantísimos reflejos, sin mancha (hasta entonces), le cortó la cabeza.»

Apenas lo había hecho, un clamor inmenso llegó des de el Cielo. Los dioses, con sus Indras, llenaron a Rama de palmas, de elogios y de flores. Caían tantas, que el poderoso hijo de Dasaratha empezó a agitarse, todo emocionado, para que no le cubriesen como habían cubierto en pocos instantes el cuerpo decapitado del miserable sudra. Mas de pronto (se debatía siempre por sobresalir de entre la lluvia de rosas, azucenas, jazmines y magnolias celestiales) le pareció que al grato bullicio que le aturdió había sucedido un inexplicable silencio: que el caer de las flores cesaba; que el resplandor que poco antes cegaba al del propio Sol, producido por el brillo natural de las Divinidades, habíase apagado, y que incluso el astro rey, instantes antes tan esplendoroso, era como ensombrecido por una nube. Y al levantar la cabeza para ver qué ocurría, sus ojos distinguieron allí mismo, a pocos pasos de él, dos figuras gigantescas, augustas, solemnes, hieráticas incluso si se juzgaba por su grandeza y majestad; figuras en las que Rama creyó reconocer al punto al Dharma y al Adharma: es decir, al *Deber* y a la *Justicia*. Aquellas figuras tendían reposada y solemnemente sus brazos hacia donde él estaba. Y cuando sonriendo, agradecido y lleno de gozo, iba a tocar aquellas manos poderosas y augustas, los grandes labios, moviéndose, dejaron escapar con voz que llenó todos los puntos cardinales: el Dharma, «¡Aparta, miserable!»; el Adharma, «¡Ay de ti si me tocas, asesino!». Al punto, y mientras moría en flor la sonrisa que había iniciado su boca, vio cómo aquellas manos apartaban con todo cuidado las flores que habían caído sobre el decapitado cuerpo de Sambuka y cómo éste se levantaba, poniéndose la cabeza sobre el



herido cuello, que dejó de sangrar al instante, y cómo seguidamente todo él crecía hasta alcanzar el tamaño de sus dos protectores.

Rama entonces llevó instintivamente su mano hacia la espada, que tras el crimen había envainado muy ufano. Pero por más esfuerzos que hizo, no pudo sacarla de la vaina. Acudió entonces al arco y a las flechas; pero uno y otras se deshicieron en sus manos como copos de nieve al beso del Sol. Es más, se sintió súbitamente, y sin saber cómo ni por qué, angustiado y solo. Angustiado y solo como hacía muchos años, quizá más aún, cuando Ravana le arrebató a Sitá (¡si al menos hubiera estado allí Lakshmana, como aquella vez!). Entonces levantó la cabeza y hasta se volvió, buscando a los dioses, para invocarles, y a los grandes rishis, que también poco antes le habían aclamado. Mas con consternación, espanto y sorpresa vio que todas aquellas figuras, hacía nada tan poderosas, eclipsadas por el Dharma (la Verdad) y por el Adharma (la Justicia), se deshilachaban, se deshacían como las nubecillas al alba cuando son leves, con la fuerza del Sol; y que pronto, perdido todo vigor y forma, quedaron reducidas a esto, a jironcillos de niebla que el soplo del viento alejaba y desvanecía.

Y fue entonces cuando el Dharma, con voz cada vez más acerada y grave, *profirió* estas palabras: «No busques en vano a los dioses, Rama, que ante mí la Verdad sólo puede hacer lo que contemplas: desvanecerse, desaparecer cual leve humo. A ti mismo te ocurriría lo que a ellos de no haber tenido la desgraciada fortuna de haber conseguido un poco de realidad, efímera como todo lo humano, pero realidad, encarnando en un cuerpo material. Ellos, simples engendros de la fantasía de los hombres, creación suya tan aparentemente solemne

cuan embustera en el fondo, no pueden perdurar en mi presencia. Pero tú perdurarás precisamente porque pasarás a ser algo para ellos más sólido que un símbolo: un mito. Perdurarás, sí, durante siglos; mas sólo para desgracia del pueblo que te reverencia. Para su desgracia digo, pues mientras crea en ti, torpe engendro como eres de la fantasía de los brahmanes, todo progreso le estará vedado. Atado a la mentira, atado a la ignorancia y en espera de una religión mejor permanecerá, mientras permanezca atado a la religión a cuya cabeza te ha puesto, así como ha puesto ¡a las castas! Y así será hasta el día en que Sambuka, con tu propia espada (y al decir esto el arma que poco antes se negaba a salir de la vaina se arrancó de ella con fragoroso chirrido, yendo por sí misma a la diestra del sudra), de un tajo, ¡justo!, ¡necesario!, ¡acertado!, ¡salvador!, ¡vigoroso!, cercene las tres cabezas de la hidra que devora en esta Tierra, en nombre de mentiras impuestas, privilegios mal adquiridos y fuerza apoyada en un derecho parcial, torpe e injusto, lo más digno de ser respetado. Y ahora vete a seguir triunfando, pero encadenado, por la voluntad y el fanatismo de los hombres. Triunfando, sí, hasta el instante en que al fin los que en ti creen y te adoran sean capaces de abrir los ojos, con lo que tu gloria dejará a su vez de ser para ellos su cadena. Como tu nombre, su miseria y su oprobio. Sólo quedarán estos pobres fanáticos, y quedarás tú mismo, libre, el día, sí, que despierten. Y su recompensa será tu gloria. Es decir, el desvanecerte y desaparecer para siempre, como los demás dioses acaban de hacerlo.»

Entonces Rama, humillado, aturdido, incapaz por vez primera de hacer frente al peligro, pues se sintió como abrumado, como vencido de antemano, como sin

fuerzas, como un ensueño, como un humo, retrocedió humillado, baja la cabeza, confundido, incapaz. Y así, roto, inerme, se agazapó en el carro Pushpaka, cuyas hamsas, que habíanse tornado, de albas que eran, negras como cuervos, eleváronse pesadamente, y con torpe vuelo se dirigieron despacio, titubeantes y como fatigadas y vencidas ellas también, hacia Ayodhya, graznando lugúbremente.

## SUNDARAKANDA

### SARGA I

#### PARTIDA DE HANUMAT

Hanumat, el azote de sus enemigos, se dispuso entonces a atravesar el sendero frecuentado por los caranas, para descubrir el retiro de Sitá, arrebatada por Ravana. Deseoso de cumplir sin obstáculo esta hazaña imposible a todo otro, el vanara levantaba la cabeza y el cuello, cual un jefe de rebaño de vacas. Lleno de vigor, el sabio hari se lanzó alegremente por en medio de los verdes céspedes, semejantes a las olas del Océano. Espantaba a los pájaros el poderoso vanara; con su pecho derribaba los árboles, y mataba a gran número de gacelas, semejante a un gran león. Metales color de lotos azules, rojos o granza, blancos y negros, perfectos en su género, inmaculados, que le adornaban; yakshas, kinnaras, gandharbas, cambiando de forma a voluntad, con su séquito, semejantes a devas, acompañados de serpientes, que allí abundaban por todas partes; tal era la meseta de la alta montaña, frecuentada por la flor de los nagas, sobre la cual estaba el mejor de los kapis, semejante a una naga en un lago. Tras haber hecho el anjalí en honor de Surya, de Mehendra, de Pavana, de Svayambhú y de los bhutas, se resolvió a partir. Vuelto hacia el Este y saludando con el anjalí a Pavana, su propio padre, el hábil Hanumat tomaba fuerzas para recorrer la región del Sur. Ante la mirada de lo mejor de los plavagas, crecía, decidido a franquear el mar, a travesarle, para la prosperidad de Rama, como el Océano el día de la plena Luna. El cuerpo recogido en sí mismo, impaciente por atravesar el mar, apretaba la montaña con sus brazos y con sus pies. Bien que inquebrantable, ésta tembló de pronto toda entera bajo el peso del mono; árboles con las copas todas llenas de flores descogidas, cayeron. Aquella masa perfumada, desprendida de los árboles, cubrió por

todas partes la roca, que hubiérase dicho hecha de flores. Bajo el abrazo extremadamente vigoroso del mono, el agua escapó del monte, como el mada de las sienes del elefante en celo. Holidado por aquel poderoso vanara, el Mahendra dejó correr arroyos de oro, de colirio y de plata. De la masa rocosa destacáronse piedras enormes mezcladas con arsénico rojo; hubiérase dicho un brasero envuelto en humo, llameante en el interior. Triturado por todos lados el monte que el mono trituraba, los seres, agazapados en las cavernas, lanzaron gritos extraños. Aquel formidable clamor de los seres aplastados por la roca llenó la Tierra, las regiones y los bosques. Los nagas de largas cabezas, llevando como insignia distintiva la svástika, vomitaron un fuego temible y mordieron a todo morder las rocas. Lastimadas por los colmillos venenosos de aquellos reptiles irritados, los enormes bloques lanzaron llamas, cual si el fuego les hubiese consumido, y se hendieron en mil pedazos. Los grupos de plantas que crecían en aquel monte fueron alcanzados también por el veneno de las serpientes que caía por las laderas. «La montaña es derribada por los bhutas», pensaron los ascetas. Espantados, los vidyadharas huyeron con sus cortejos femeninos, abandonando en la sala del festín asientos y las grandes copas de oro hema, vasos preciosos y urnas de oro hiranya, salsas y licores de todo precio, viandas de todas clases, pieles de toro, espadas con la guarda de oro kanaka. El cuello rodeado de cordones, ebrios, cubiertos de guirnaldas y de afeites rojos, los ojos ardientes, color de pushkara, lanzáronse el espacio. Adornadas con collares de perlas, con anillos en los pies y en las manos, con brazaletes, las mujeres, asustadas y sonrientes, quedáronse en los aires con sus amantes, diciendo éstos: «Semejante a un monte, Hanumat, nacido de Maruta, desea franquear, lleno de ardor, el Océano, mansión de Varuna. En interés de Rama y de los vanaras, desca cumplir esta hazaña imposible; la orilla opuesta, inaccesible, del mar, quiere alcanzarla.» Los vidyadharas, luego de pronunciar estas palabras contemplaron sobre la montaña al toro colosal de los vanaras. Este sacudió sus pelos y se espeluznó todo, semejante a un gran brasero. Luego lanzó un terrible grito, cual una enorme nube. Levantando al punto su cola redondeada y peluda, la agitó convulsivamente, como el rey de los pájaros a una serpiente. La cola del impetuoso Hanumat, replegada así sobre su espalda, asemejábase a un gran reptil transportado por Garuda. El mono atisbó sus brazos, semejantes a grandes mazas, se recogió sobre sí mismo y encurvó sus piernas. Desenvolviendo sus brazos y su cuello, el afortunado héroe desplegó su

energía, su fuerza y su valor. Examinando de lejos el camino a recorrer, y levantando sus ojos en alto, contuvo en su pecho sus alientos vitales, al ver el espacio a franquear. Los dos pies apoyados en el suelo fuertemente, el elefante de los kapis, Hanumat, agachó sus orejas y, a punto de lanzarse, el mejor de los vanaras, lleno de vigor, habló a los vanaras de este modo: «Cual un dardo, disparado por Raghava, parte con la rapidez de Svasana, así yo iré a Lanká, protegida por Ravana. Si no encuentro a la hija de Janaka, con el mismo impulso me transportaré a la mansión de los suras. Y si en el tercer cielo no descubro a Sitá, a pesar de mis esfuerzos, traeré agarrado al rey de los rakshasas, Ravana. En todo caso, haré de tal manera que no me vuelva sin Sitá; de otro modo, Ravana y Lanká sería lo que me trajese, arrancando a ésta de sus cimientos.»

Tras estas palabras, Hanumat, el primero de los vanaras, se lanzó de un bote impetuoso, sin dudar; el elefante de los kapis se creyó otro Suparna. El ímpetu de su impulso fue tal que los árboles que cruzaba sobre la montaña, sacudiendo sus copas, formaron un verdadero torbellino. Hanumat, arrastrando tras él a favor de su vertiginosa carrera los árboles de enfloradas ramas, cargados de koyashtibhas ebrias de amor, lanzóse por el cielo sin mancha. Arrancados por su impetuoso impulso, los árboles siguieron al instante al kapi, cual los parientes acompañan a uno de los suyos que parte para un largo viaje. Desarraigados por la impetuosidad de su arranque, los salas y los otros grandes árboles marcharon en seguimiento de Hanumat como un ejército tras de su general. Escoltado por numerosos árboles de cimas cargadas de flores, el mono Hanumat asemejábase a un monte de maravilloso aspecto. Luego, aquellos árboles llenos de savia cayeron al Océano, como bajo el imperio del temor a Mahendra, las rocas se derrumban en esa morada de Varuna. Cubierto de flores de todas clases, así como de brotes tiernos y de botones, el kapi centelleaba, semejante a una nube, tal cual una montaña cubierta de khadyotas. Arrancados por su fuga, aquellos árboles, sacudiendo sus flores, abatiéronse en el mar, cual amigos que, tras haber acompañado a uno de ellos, se vuelven. Llevadas por su ligereza, cayeron en el Océano las flores matizadas y diferentes de los árboles que la enorme tromba de viento producida por el salto del kapi, había arrancado de sus tallos. Cubierto por estas masas de flores odoríferas, de tintes múltiples, el vanara, en su carrera, asemejábase a una nube que asciende, bordada de relámpagos. Las flores, sacu-

didas por sus saltos, daban al agua el aspecto del firmamento, cuando se levantan las encantadoras estrellas. Sus dos brazos extendidos en el espacio tenían el aire de dos serpientes de cinco cabezas lanzándose desde la cima de una montaña. Ora el gran kapi parecía beber el Océano y sus olas acumuladas, ora hubiérase dicho que quería tragar el cielo. Mientras de este modo seguía la ruta de Vayú, sus pupilas, brillantes como el relámpago, centelleaban semejantes a dos braseros encendidos sobre un monte. En medio de su rostro de rojos párpados, sus ojos, rojos, anchos y redondos, asemejábanse a la Luna y al Sol yuxtapuestos. La cobriza nariz del mono daba el mismo tono a su cara, que hubiérase tomado por el disco solar a la llegada del crepúsculo. La cola del plavamgama, hijo de Vayú, erizada al aire, tenía la apariencia de un gran estandarte del Sakra. Otras veces, con ella enrollada en círculo, Hanumat, el de los blancos dientes, el hijo de Anila, brillaba con su gran sabiduría, como el astro del día rodeado de halo. Con sus formas carnosas, de un amarillo oscuro, el gran mono resplandecía semejante a un monte del cual se explotan las minas de ocre. Mientras que el león de los vanaras lanzábase por sobre las olas, el aire contenido en las cavidades de su cuerpo rugió lo mismo que una nube tempestuosa. Del mismo modo que, en el espacio, se ve deslizarse con su cola luminosa a un meteoro que se precipita desde una región superior, tal parecía el elefante de los kapis. El mono tenía el aspecto de un gran pájaro que toma su impulso o aun de un enorme elefante apretado por un cinturón. La imagen, reflejada en el agua por su cuerpo que se levantaba encima, le hacía asemejarse a un navío al que el viento hace zozobrar. El mar, por allí por donde pasaba el gran kapi, tenía el aspecto como alocado, a causa de sus impetuosos botes. Con su pecho prominente como una montaña, en su ímpetu, aplastaba, tras sacudirlas, montones de olas marinas. El aire, violentamente desplazado por el mono, y el viento producido por su violencia sacudían el Océano de espantosa voz. Dispersando a los gruesos batallones de láminas del mar, según avanzaba, el tigre de los kapis parecían trastornar el Cielo y la Tierra. Las olas que se levantaban en medio del inmenso Océano, semejantes al Merú y al Mandara, las franqueaba con la impetuosidad de su carrera, cual si hubieran estado arracimadas en una sola. El agua que en sus botes proyectaba al aire, mezclándose con las nubes, quedaba suspendida en el firmamento, en el que brillaba como una vasta nube otoñal. Timis, cocodrilos, jhashas, tortugas, quedaban al descubierto, como el cuerpo de aquellos

a los que se despoja de sus vestidos. Las serpientes de mar, viendo a aquel tigre de los kapis atravesar el espacio, le tomaron por Suparna. La sombra del león de los vanaras, que tenía diez yojanas de anchura y treinta de longitud, hacíase, a causa de la velocidad de su carrera, aún más prodigiosa. Aquella sombra que escoltaba al hijo de Vayú brillaba semejante a una serie de escuadrones de nubes blancas caídas en la onda salada. Aquel muy glorioso y gran kapi de cuerpo enorme que recorría el sendero de los vientos sin detenerse asemejábase a un monte alado. Por todas partes por donde pasaba de este modo con premura el poderoso elefante de los monos el mar transformábase al punto en una especie de regadera. La vía recorrida por las bandadas de pájaros, Hanumat la seguía, semejante a un rey de los volátiles; dispersaba los grupos de nubes lo mismo que Maruta. Grandes nubes, blancas y rojas, sombrías o claras, arrastradas por el mono, centelleaban. Penetraba en los grupos de nubes y las expulsaba sin cesar. Oscurecía, ora brillante, cual Candramas. Viendo al plavaga cruzar con aquella celeridad, devas, gandharvas y danavas, le cubrieron con una lluvia de flores. Surya no atormentó al jefe de los vanaras mientras pasaba de este modo, pues Vayú le acompañó constantemente para el éxito de la empresa de Rama. Los rishis celebraron al habitante de los bosques que nadaba por el espacio; los devas y los gandharvas le exaltaron en sus cánticos. Nagas, yakshas, rakshas de todas clases, todos felicitaron al excelente mono, viendo desaparecer sus fatigas de pronto. Sagara, preocupado por el honor de la raza de Ikshvaku, se interesó por la carrera de Hanumat, el tigre de los plavagas. «Si no presto ayuda al Indra de los vanaras, Hanumat, será objeto de censura general entre los seres dotados de palabra. Yo he sido criado por el jefe de los Ikshvaku, Sagara. Este kapi es el compañero de Ikshvaku; es preciso que no perezca tragado. Tengo que hacer lo necesario para que descanse. Una vez descansado gracias a mí, acabará felizmente su trayecto.» Movido por este generoso pensamiento, el Océano dijo a Menaka, el mejor de los montes, el del ombligo de oro, que estaba oculto bajo sus olas: «Tú has sido introducido aquí por el magnánimo rey de los dioses, como una barra, para detener en el Patala a las tropas de los asuras. Su fuerza es conocida; podrían salir de nuevo de este infierno de extensión sin medida; tú permaneces aquí para impedirles el escapar. No obstante, puedes moverte de lado, arriba y abajo, ¡oh roca! Yo te conjuro; levántate, pues, ¡oh el mejor de los montes!» El Mainaka, el del



seno de oro, a estas palabras del Océano, salió al punto de las ondas con los grandes árboles y lianas que le cubrían. Hendiendo las olas del mar, levantóse con toda su altura, como cuando aparta las nubes el astro del día de ardientes rayos. Al instante, el soberbio monte que las aguas ocultaban descubrió sus cimas, a instancias de Sagara. Cimas de oro satakumbha, habitadas por los kinnaras y las grandes serpientes, deslumbradoras como el Sol levante, parecían lamer el firmamento. Gracias a las cumbres de oro jambunada de la alta montaña, la atmósfera, brillante como una espada, tenía el fulgor del oro kancana. Las cumbres de oro jatarupa, brillando con viva luz, hacían a aquel monte espléndido igual a cien soles. Al ver a aquella roca que se levantaba súbitamente delante de él, en medio del mar, Hanumat pensó: «He aquí un obstáculo.» Aquel bloque, prodigiosamente alto, el impetuoso y gran kapi con su pecho le quebrantó como el viento a la nube tempestuosa. Volteado por él, el primero de los montes reconoció el vigor del mono y lanzó un grito de alegría. Manteniéndose en el aire, cerca del héroe que viajaba por el espacio, el monte, el corazón contento y lleno de alegría, dijo al kapi: «Revisiendo una forma humana, establécete en mi propia cima; tú cumples una hazaña difícil, ¡oh excelente vanara! Instálate confortablemente en mis crestas y viaja sin fatiga. Nacidos en la tribu de Raghava, los hijos de Sagara excavaron el océano. En tu abnegación hacia Rama, éste viene en tu ayuda, a su vez. Devolver servicio por servicio; tal es el eterno deber. El Océano, deseando serte útil, merece tu consideración. Llevado por su alta estimación hacia ti, me ha conjurado. «He aquí cien yojanas que ese kapi recorre nadando por el espacio. Que haga el resto sobre tu espalda sin esfuerzo», me ha dicho. Instálate, pues, sobre mí, tigre de los haris, y viaja a placer. Esta cantidad de tubérculos, de raíces y de frutos perfumados y sabrosos, pruébalos, ¡oh el mejor de los haris!, y así continuarás tu ruta con toda comodidad. Es que hay entre nosotros un lazo, ¡oh jefe de los kapis! Es famoso en los tres mundos el numeroso cortejo de tus virtudes. Entre los plavagas que saltan llenos de vigor, ¡oh hijo de Maruta!, yo estimo que tú eres sin disputa el primero, ¡oh elefante de los kapis! Un huésped, incluso vulgar, merece en verdad atenciones para aquel que conoce, que desea conocer, su deber, ¡Qué decir si se trata de alguien como tú! Tú eres el hijo del mejor de los devas, del magnánimo Maruta, y tú le igualas en agilidad, ¡oh elefante de los kapis! Honrándote, tú que conoces tu deber, es a Maruta a quien se honra. Por ello, tú mereces mis homie-

majes; aprende la razón de ello: En otro tiempo, durante el Kritayuga, hijo querido, los montes eran alados. Recorrían todas las regiones rápidos como otros tantos Garudas. Ahora bien: mientras viajaban así, las tropas de devas con los rishis y los bhutas temblaban de miedo de que fuesen a caer. Entonces, lleno de furor, el dios de los mil ojos, el de los cien sacrificios, cortó con su rayo las alas de los montes en cien mil pedazos. Irritado, el rey de los dioses se acercó a mí blandiendo su trueno; pero de pronto yo fui arrastrado por el magnánimo Svasana. Arrojado en la onda marina, ¡oh el mejor de los plavagas!, pude guardar mis alas y permanecer intacto, gracias a la protección de tu padre. He aquí por qué te venero y por qué me eres venerable a causa de Maruta. Tal es, ¡oh jefe de los kapis!, el lazo poderoso que nos une. Estando de este modo determinado nuestro deber, a Sagara y a mí, complácenos, con el espíritu contento, ilustre sabio. Repósate y acepta mis homenajes, ¡oh el mejor de los haris! Hazme esta gracia, venerable Hanumat; soy dichoso con tu presencia.»

A este discurso del monte soberbio, el excelente kapi replicó: «Tu acogida me hace feliz; lejos todo descontento. El tiempo apremia y el día se va; ahora bien: he prometido no detenerme en el camino.» Habiendo hablado así, el toro de los haris apoyó la mano en la roca; atravesaba el espacio lleno de vigor y la cara sonriente, colmado de honores por el monte y el Océano, cuyos homenajes y bendiciones de buen augurio eran para él un motivo de alegría. Cuando hubo alcanzado una gran altura y recorrido un largo espacio, despidióse de la montaña y del vasto mar, para adentrarse por la vía de su padre, en medio de un cielo inmaculado. Llegado a regiones superiores y contemplando desde arriba el Mainaka, el hijo de Yayú, el elefante de los monos, caminaba sin descansar. Contemplando esta segunda hazaña, particularmente difícil, todos los suras, los siddhas y los supremos rishis aclamaron a Hanumat. Por su parte, las divinidades presentes aplaudieron el acto del monte de oro, Sunabha, lo mismo que Vasaba, el de los mil ojos. El esposo afortunado de Sací, en su alegría, dirigiéndose en persona a Sunabha, flor de los montes, le dijo con emoción: «¡Oh Hiranyanabha, Indra de las rocas!, estoy extremadamente satisfecho de ti. Te concedo plena seguridad. ¡Ve, amigo mío, en buena hora! Has socorrido poderosamente a Hanumat, agotado por la fatiga, mientras recorría cien yojanas sin temblar, no obstante el peligro. Es en interés de Rama, el hijo de Dasaratha, por lo que el kapi hace este viaje; estoy muy contento de ti, por haberle ayudado según tus fuerzas.»

El mejor de los montes sintió una alegría inmensa en presencia de la satisfacción del jefe de las divinidades, Satakratu. Colmado de favores, aquella roca permaneció fija entonces, y Hanumat en un instante franqueó el mar. Entre tanto los dioses, con los gandharvas, los siddhas y los supremos rishis, dijeron a Surasá, la madre de los nagas, deslumbradora como el Sol: «Ese hijo poderoso de Vata que nada sobre el mar y que se llama Hanumat, suscítale momentáneamente un obstáculo. Toma la forma horrible de una rakshasí, alta como una montaña; hazte una boca con colmillos monstruosos, rojos los ojos, una cabeza que toque en el cielo. Deseamos conocer la fuerza de Hanumat y su grado de valentía; si te vencerá por cualquier medio o si su ánimo decaerá.»

A estas palabras de las deidades que la reverenciaban, la divina Surasá apareció en medio del Océano revestida con la forma de una rakshasí horrible, diforme, inspirando general espanto. Envolvió a Hanumat, que nadaba por el aire, y le dijo: «Tu me fuiste destinado como pasto por los Amos del Mundo, tú, el toro de los vanaras. Voy a devorarte; entra en mi boca. Este don me fue concedido en otro tiempo por Dhatar.» Y abriendo de pronto una boca enorme colocóse delante de Maruti. A este lenguaje de Surasá, Hanumat respondió con el rostro sonriente: «Rama, hijo de Dasaratha, había-se retirado al bosque de Dandaka, con Lakshmana, su hermano, y Vaidehí su esposa. A causa de una hazaña se ha vuelto enemigo de los rakshasas, y su esposa bienamada, la gloriosa Sitá, ha sido arrebatada por Ravana. Yo soy enviado junto a ella de parte de Rama, a quien tú debes prestar asistencia, ¡oh tú, que habitas su Imperio! Por tanto, tras haber visto a Maithilí y haberme unido a Rama, el de las hazañas inolvidables, vendré a meterme en tu boca; te lo prometo formalmente.» Así dijo Hanumat. Surasá, que cambiaba de forma a voluntad, le replicó: «Nadie se me puede escapar; es el privilegio que he recibido.» Y viéndole proseguir su camino, la madre de las serpientes, que quería probar la valentía de Hanumat, añadió: «Tan sólo después de haber entrado en mi boca es cuando podrás irte, ¡oh excelente vanara! Es el favor que me concedió en tiempos Dhatar.» Al punto abrió una boca enorme y se colocó delante de Maruti. Este discurso de Surasá irritó al toro de los vanaras, que la dijo: «Abre una boca suficientemente grande como para tragarme.» Así habló lleno de cólera a Surasá, que abrió una boca de diez yojanas de ancha. Hanumat, entonces, se tornó ancho de diez yojanas. Surasá hizose al punto una boca de veinte yojanas de dimen-

sión. El inteligente hijo de Vayú, Maruti, cuando vio aquella boca abierta de Surasá, recogió su propio cuerpo y en un instante le redujo al grosor de una pulga. Entonces penetró en la boca de Surasá y salió de ella al punto lleno de valentía. Y de pie, en medio de los aires, el afortunado Hanumat la habló así: «He entrado en tu boca, ¡oh Dakshavaní! Honor a ti; me voy a reunirme con Vaidehí; tu privilegio está a salvo.»

Cuando ella le vio salir de su boca, cual Candra de la de Rahu, la diosa, volviendo a tomar su forma, dijo al vanara: «Cumple tu misión, ¡oh el mejor de los monos, amigo mío, y ve en hora buena! Trae a Vaidehí al magnánimo Raghava.» Al ver esta tercera y difícil hazaña de Hanumat: «¡Bravo, bravo!», exclamaron los bhutas, felicitando al hari. Este, franqueando el indomable Océano, mansión de Varuna, siguió por el espacio con la rapidez de Garuda. Habitado por las nubes, visitado por los pájaros, frecuentado por los amos del Kaisika y por Airavata; obstruido por vehículos arrastrados por leones, elefantes, tigres, serpientes aladas y magníficos carros volantes; iluminado por los reflejos simultáneos de los relámpagos como por los cinco fuegos; lleno de bienaventurados, de méritos abundantes, conquistadores del Cielo; ocupado por el fuego Citraghanu, que lleva la ofrenda perpetua; decorado por las constelaciones, los planetas, la Luna y el Sol y la multitud de estrellas; lleno de tropas de maharshis, de gandharvas, de nagas, de yakshas, solitario, inmaculado, universal, frecuentado por Visvayasu; atravesado por los elefantes de los reyes de los dioses, sendero afortunado de Candra y de Surya, velo sin tacha tendido por Brahma sobre el Jivaloka; frecuentado por héroes, cubierto de tropas de vidyadharas, es por este camino de Vayú por el que iba Maruti, semejante a Garutmat. Hanumat disipaba los montones de nubes como Maruta. Dispersadas por el kapi, las enormes nubes brillaron con los colores de Kalagurú y tomaron tintes rojos, amarillos y negros. Penetraba en aquellos batallones nebulosos y emergía de ellos sucesivamente, cual la Luna en la estación de las lluvias, cuando se hunde entre las nubes o cuando sale de ellas. Por todas partes se advertía al hijo de Maruta. Hendía el espacio sin descansar como un rey de las montañas provisto de alas. Viéndole nadar en los aires, una rakshasí llamada Simhiká, inmensa y cambiando de forma a su capricho, dijo para su corazón: «Hoy, tras una larga abstinencia, voy a hartarme. Este ser colosal, tras tan largo tiempo, me llega a pedir de boca.» Mientras pensaba esto en su alma, cogió la sombra de Hanumat. Su sombra retenida, el vanara pensó:

«Cogido estoy, y con ello mi valentía paralizada.» Estaba como un gran navío detenido por los vientos contrarios en medio del Océano. Mirando de lado, arriba y abajo, el kapi entonces advirtió un ser inmenso, de pie sobre la onda salada. A la vista de aquella forma monstruosa, la idea vino a Maruti: el ser de extraño aspecto, descrito por el rey de los kapis, que se apodera de la sombra y despliega una gran fuerza, hele aquí, no hay duda. Comprendiendo por la naturaleza de su hazaña que se trataba de Simhiká, el ingenioso kapi dio a su cuerpo enormes proporciones; hubiérase dicho una nube lluviosa. Cuando ella vio el cuerpo del gran mono desarrollarse de aquel modo, la rakshasí abrió una boca ancha como la entrada del Patala. Semejante a una masa rugiente de nubes, se lanzó sobre el vanara. Este notó su horrible, enorme boca, la extensión de su cuerpo y sus vísceras. El inteligente y gran kapi, de miembros de diamante, se recogió varias veces sobre sí mismo (335) y se lanzó entre sus espantosas mandíbulas. Los siddhas y las varanas advirtieron que se abismaba en aquella sima, cual Candra en su plenitud, cuando el día de la conjunción es devorado por Rahu. Entre tanto, con sus uñas agudas, tras haber lacerado las entrañas de la rakshasí, el vanara salió prestamente, rápido como el impulso del pensamiento, luego de haberla derribado mediante su energía y su habilidad. El héroe de los kapis recobró instantáneamente su fuerza por sí mismo, mientras que, privada de vida por él, Simhiká caía desgarrada en las olas, Svanyambhú había creado a Hanumat para su pérdida. Al ver a Simhiká tan prontamente caída bajo sus golpes, los seres que recorrían la atmósfera dijeron al vanara, el mejor de los plavagas: «Formidable es la hazaña que acabas de cumplir matando a esta monstruosa criatura. Prosigue felizmente el fin que te es tan querido, ¡oh flor de los monos! El que posee como tú esas cuatro cosas, ¡oh Indra de los vanaras!, la firmeza, la circunspección, la inteligencia y la maña, no fracasa en sus empresas.»

El kapi, honrado como lo merecía por aquellos seres cuyos votos son siempre colmados, lanzóse al espacio, cual Garuda, el comedor de serpientes. La orilla extrema del Océano alcanzada, Hanumat, mirando alrededor, por todas partes, advirtió, al cabo de un centenar de yojanas, una serie de bosques. El jefe de las gacelas de las ramas descubrió una isla embellecida con árboles variados y las espesuras del Malaya. Vio el mar, sus orillas, los bosques de que estaban llenas y las bocas de los hijos del Océano. Considerando su cuerpo semejante a una gran nube que parecía embarazar el cielo, dueño

de sí mismo, el sabio vanara se hizo esta reflexión: «Cuando vean mi talla enorme y mi celeridad, los rakshasas se van a intrigar a propósito de mí.» Así pensó, dada su mucha prudencia. Entonces, recogiendo su cuerpo, que tenía la dimensión de una montaña, adoptó una estatura ordinaria; cual, su extravío disipado, un ser que entra en posesión de sí mismo. Rechazando completamente aquella forma gigantesca, detúvose en una talla normal, como Hari cuando dio sus tres pasos y despojó a Bali de su poder. Bajo un aspecto agradable en su diversidad, Hanumat, alcanzó la otra orilla del mar, inaccesible a todo otro ser. El exterior compuesto, recogióse en sí mismo, teniendo siempre su propósito ante sus ojos. El vanara se abatió sobre una cresta magnífica, de múltiples asperezas del monte Lamba; estaba plantada de ketakas, de uddalakas y de narikelas. Con su majestad, parecíase él mismo a la cima de una gran nube. Llegado al borde del mar, el mono contempló Lanká desde el pico más elevado de la montaña en la que se había posado tras haberse despojado de su forma, y turbando a gacelas y pájaros. Tras haber franqueado con su vigor el Océano poblado de danavas y de panagas, enguinaldado de olas inmensas, Hanumat, descendido en la orilla, advirtió Lanká, semejante a Amaravati.

## SARGA II

### LLEGADA DE HANUMAT A LANKÁ

El muy poderoso vanara, habiendo atravesado el Océano indomable, de pie sobre una cresta del Trikuta, contemplaba apaciblemente Lanká. En aquel momento el vigoroso mono fue regado por todos lados por una lluvia de flores caídas de los árboles: quedó todo enflorado. El afortunado kapi, dotado de extremada energía, que acababa de franquear cien yojanas sin tomar aliento, no sentía la menor laxitud. Pensaba: «Recorrería numerosos centenares de yojanas; con mucha más razón, ¡cómo no hubiera podido franquear las cien yojanas que este mar tiene de anchura!» El mejor de los seres dotados de fuerza, y, además, el primero de los monos, dirigióse rápidamente hacia Lanká, tras haber atravesado el gran receptáculo de las aguas. Pasó por en medio de céspedes verdes y bosques odoríferos, llenos de miel y espesos. El valiente Hanumat, toro de los plavagas, atravesó al punto terrenos montañosos, cubiertos de árboles, y series de bosques en flor. El

hijo de Pavana, desde lo alto del monte, advirtió bosques y bosquecillos, y, asentada en la cima de una montaña, Lanká. Saralas, karnikaras, kharjuras en plena floración, priyalas, muculindas, kutajas, ketakas, priyungus embalsamantes, nipas, saptacchadas, asanas, kovidaras, karaviras floridos, árboles cargados de flores y de brotes, llenos de pájaros, de copa sacudida por la brisa; estanques poblados de hamsas y de karandas, bosquecillos tapizados de padmas y de utpalas, jardines de recreo de todas clases y muchos estanques; parques maravillosos, plantados de árboles de todo género, teniendo en toda estación frutos y flores; he aquí lo que vio por todas partes el elefante de los kapis.

El opulento Hanumat se acercó a Lanká, defendida por Ravana y rodeada de fosos a los cuales padmas y utpalas servían de adorno. Desde el rapto de Sitá, Ravana vigilaba allí con cuidado. Por todas partes circulaban rakshasas, temibles arqueros. Aquella grande y maravillosa ciudad estaba ceñida por una muralla de oro; sus casas, altas como montañas, tenían el brillo de las nubes de otoño. Las calles principales estaban bordeadas de blancas mansiones muy altas. Contaba con centenares de miradores. Estandartes y banderas la adornaban. Con sus arcos de oro, celestiales, festoneados por plantas trepadoras, Lanká le pareció al divino Hanumat igual a la ciudad de los dioses. Construida en la cima de una montaña, con sus palacios resplandecientes de blancura, mostróse a las miradas del kapi afortunado tal cual una ciudad aérea. Defendida por el Indra de los rakshasas, construida por Visvakarmán, parecía, a los ojos del mono, planear en el cielo. Una plataforma rodeada de muros a guisa de caderas, una gran extensión de aguas y de bosques por vestidos, dardos sataghnis y venablos por cabellera, terrazas a modo de diadema: tal era Lanká, salida del pensamiento misino de Visvakarmán.

Llegado a la puerta del Norte, el vanara se puso a reflexionar: «Esta puerta, semejante a la mansión de Kailasa, que parece lamer el cielo y sostener el firmamento con sus torres elevadas, soberbias; esta ciudad llena de rakshasas feroces, cual una caverna de serpientes venenosas, su formidable contrafuerte el Océano, a juzgar por su aspecto y pensando en Ravana, aquel terrible adversario, el vanara se dijo: «Incluso si los enemigos llegasen hasta aquí, ello no les serviría de nada. Lanká no podría ser conquistada por la fuerza, ni tan siquiera por los suras. No hay otra semejante a ella. No hay medio de tomarla con Ravana por defensor. Si consigue acercarse a ella el muy poderoso Raghava, ¿qué hará? Entrar en

tratos con los rakshasas, ni ocasión habría de ello, ni se ve cómo podría ser rendida sembrando en ella los regalos, las divisiones o la guerra. De los valientes vanaras, cuatro tan sólo pueden venir aquí: el hijo de Vali, Nila, yo y nuestro sabio monarca. Pero ante todo que yo sepa si Vaidehí vive aún, sí o no. Para más tarde las otras preocupaciones, cuando haya visto a la hija de Janaka.»

El elefante de los monos, de pie sobre la cretas de una montaña, reflexionó un momento sobre el medio de reunirse con Sitá, la alegría de Rama: «Con esta forma no puedo entrar en la ciudad que defienden rakshasas feroces y valientes. Todos esos guerreros, llenos de coraje, de energía y de fuerza, es preciso que yo engañe su vigilancia, para poder ir en descubrimiento de Janakí. Debería, bajo una forma invisible y visible, a la vez introducirme, durante la noche, en Lanká en el momento favorable para llevar a cabo felizmente mi misión.» Considerando aquella ciudad inaccesible a los suras y a los asuras, Hanumat se preguntó, lanzando frecuentes suspiros, el medio de ver a Maithilí, la hija de Janaka, sin ser descubierto por el Indra de los rakshasas, el pérfido Ravana; cómo no faltar al mensaje de Rama, que conocía el atmán; cómo tener una entrevista a solas, aparte, con la hija de Janaka. «Las empresas—se dijo—fracasan ante los obstáculos de lugar y de tiempo, por culpa de un emisario incapaz, lo mismo que las tinieblas desaparecen a la salida del Sol. Cuando se trata de algo a hacer o a evitar, el propósito mismo mejor calculado no prospera en tales condiciones, pues los mensajeros presuntuosos lo estropean todo. ¿Cómo mi misión no fracasaría? ¿Qué hacer para que no hubiese insuficiencia por mi parte? ¿Qué, para que esta travesía del mar no sea vana? Si soy advertido por los rakshasas, el proyecto que ha formado el sabio Rama, que desea la pérdida de Ravana, abortará. No me es posible en modo alguno permanecer aquí sin ser reconocido por los rakshasas, incluso bajo la forma de uno de ellos; con mucha más razón bajo otra cualquiera. Vayá mismo no sería capaz de circular por estos lugares de incógnito; estoy convencido de ello. Nada hay que escape a la vigilancia de los temibles rakshasas. Si permanezco aquí revestido de mi propia forma, corro a mi pérdida y el propósito de mi señor queda frustrado. Guardaré mi exterior, sí, pero reduciendo mi tamaño, y entraré de noche en Lanká, para cumplir el mensaje de Raghava. Me introduciré de noche en la inaccesible ciudad de Ravana; recorreré por entero su palacio y descubriré a la hija de Janaka.»



Tomada esta decisión, el valeroso Hanumat esperó la puesta del Sol para satisfacer su deseo de ver a Vaidehí. Cuando el astro se hubo retirado tras el Asta y la noche hubo llegado, Maruti, empequeñeciendo su cuerpo, tomó la proporción de un gato; era cosa extraña de ver. A favor de la oscuridad, el valeroso Hanumat, apresurando el paso, entró en aquella ciudad maravillosa, atravesada por grandes vías, adornada de una serie de palacios, cuyas columnas y enrejados dorados la daban el aspecto de una ciudad de los gandharvas. Contempló aquella capital y las espléndidas mansiones de los rakshasas con sus explanadas de siete y ocho pisos, llenos de cristales y cargados de dorados. Gracias a las maravillosas cimbras de oro de los palacios, la suntuosa ciudad proyectaba por todas partes vivo resplandor. Contemplando el inimaginable esplendor de Lanká, el gran kapi sintió un gozoso asombro, no obstante su impaciencia por ver a Vaidehí. Admiraba, con sus guirnaldas, palacios que rivalizaban en blancura, y sus arcos entrelazados de oro de gran precio, aquella ciudad magnífica, defendida por el valiente Ravana, que tenía en los temibles merodeadores nocturnos poderosas defensas. Entre tanto la Luna parecía escoltarle; con su batallón de estrellas, brillaba en el cenit. Desplegando su luz, llenaba los mundos con sus numerosos millares de rayos. El héroe de los kapis contempló a Candra, resplandeciente como una concha marina, blanca como la leche o la fibra del loto, que se paseaba luminosa por el espacio, semejante a un cisne que nada lleno de vigor, en un estanque.

### S A R G A   I I I

#### HANUMAT ENTRA EN LA CIUDAD

Tras haber permanecido algún tiempo sobre el Lamba, de cimas perpendiculares, que parecía una nube desplomada, confiando en su fuerza, el sabio Hanumat, el hijo de Maruta, el poderoso elefante de los monos, entró de noche en Lanká, rica en encantadores bosquecillos y estanques, que tenía a Ravana por defensor; ciudad deslumbradora, con sus palacios blancos como nubes de otoño; bulliciosa como el mar, del que respiraba la brisa; floreciente en ejércitos bien mantenidos, como Vitapavati; con arcos adornados de verjas artísticas y cerrados mediante puertas blancas; frecuentada por las serpientes, fortificada, espléndida, cual Bhogavati, llena de nubes fulgurantes, y adornada de grupos de estrellas; llena del escándalo

de los furiosos vientos, lo mismo aun que Amaravatí; ceñida por una gran muralla de oro; resonante a causa del repiqueteo de numerosas campanillas; empavesada con oriflamas.

Hanumat, gozoso, acercándose al punto, siguió todo a lo largo de la muralla. El alma cogida de asombro, inspeccionó la ciudad por todas partes; sus puertas de oro tenían plataformas hechas de esmeraldas, incrustadas de perlas, de cristales, de gemas, soladas con piedras preciosas; sus verjas eran de oro refinado; sus soberbias impostas eran de plata; Sus escaleras eran de esmeraldas; sus revestimientos de cristal limpio y sin polvo; tenía preciosas mansiones; hubiéraselas dicho construidas en el aire, tal era su elegancia. Zarapitos y pavos reales dejaban oír sus gritos; los gansos anidaban allí; resonaba a causa del sonido de las turyas y de las alhajas; el ruido repercutía por todas partes en la ciudad. Contemplando Lanká, semejante a Vasvokasara, que parecía construida en el aire, el kapi tembló de alegría. Viendo la espléndida capital del rey de los rakshasas, a la que ninguna otra ciudad sobrepujaba en opulencia, reflexionó el bravo Hanumat: «Nadie sería capaz de apoderarse por la fuerza de esta ciudad, que defienden, con las armas en la mano, los batallones de Ravana. Esta tierra no es accesible sino para Kumuda, Angada y Suchena, el poderoso kapi, y aun para Mainda y Dvidida. Los hijos de Vivasvat, el harí Kusaparvan, Riksha, el jefe de los kapis, y yo podemos llegar a ella también.» Luego, pensando en la valentía de Raghava, el de los grandes brazos, y de Lakshmana, el mono se tranquilizó.

Lanká, enriquecida con un revestimiento de piedras preciosas, rodeada de cuadras y encerrando en su recinto cocheras para los carros, soberbiamente adornada como una amante, donde las tinieblas desaparecían a la claridad de las antorchas y con la de las brillantes y grandes constelaciones, aquella capital del Indra de los rakshasas, el gran vanara la examinaba admirado. Por su parte, la ciudad, en su forma propia, vio entrar al tigre de los haris, al gran mono, al hijo de Pavana. Al ver al excelente hari, Lanká, de la que Ravana era el defensor, surgió espontáneamente bajo un aspecto monstruoso. Irguiéndose frente al valeroso hijo de Vayú, lanzó un gran grito e interpeló al hijo de Pavana: «¿Quién eres tú y qué asunto, ¡oh habitante de los bosques!, te trae aquí? Di la verdad, mientras los alientos vitales te sostienen. En verdad que no podrás introducirte, vanara, en Lanká, que tiene como defensores a los regimientos de Ravana, que velan por todas partes y la salvaguardan.»

El valeroso Hanumat respondió a aquel espectro que se erguía ante él: «Responderé sinceramente a tus preguntas. Pero ante todo, ¿quién eres tú, que estás a la puerta de la ciudad con ese aspecto horroroso? ¿Por qué me apostrofas con cólera, criatura irascible?» A estas palabras de Hanumat, el hijo de Pavana, Lanká, que cambiaba de forma a voluntad, furiosa, le respondió con dureza: «Yo soy quien, dócil a la voluntad del rey de los rakshasas, el magnánimo Ravana, guardo inviolablemente esta ciudad. No se podría contra mi voluntad penetrar en esta ciudad. Dentro de poco, privado de tus alientos vitales, dormirás en la muerte, caído bajo mis golpes. Yo soy Lanká en persona, plavamgama. De todas maneras cumpliré lo que acabo de decirte.» Oyendo este lenguaje, Hanumat, nacido de Maruta, el mejor de los monos, permaneció, bien que ya estuviese inmóvil, como una roca. Viéndola bajo aquel disfraz fenemino, el macho de los vanaras, el toro de los plavagas, prudente y animoso, la habló así: «Quiero ver esta ciudad, sus pabellones, sus muros y sus arcos; para ello he venido; tengo este vivísimo deseo. Explorar a fondo sus bosques y sotillos, sus selvas y sus principales casas: he aquí el motivo de mi venida.» A estas palabras, Lanká, que cambiaba de forma a su capricho, le replicó con tono aún más furioso: «Sin haberme vencido, ¡insensato!, yo, que tengo al jefe de los rakshasas como guardián, no podrías visitar la ciudad cual pretendes, ¡oh tú, el último de los vanaras!» El tigre de los haris respondió a aquella merodeadora nocturna: «Cuando haya inspeccionado esta ciudad, ¡oh venturosísima!, me iré tal cual he venido.» Lanká profirió entonces un grito enorme que sembró el espanto, y golpeó violentamente al excelente vanara con la palma de la mano. Sintiendo aquellos golpes redoblados, el tigre de los haris, el valeroso hijo de Maruta, lanzó un terrible clamor. Luego, juntando los dedos de la mano izquierda, Hanumat, lleno de cólera, la rechazó con el puño. «Es una mujer», se dijo y retuvo su furor. Sin embargo, con aquel empujón, que la trituro los miembros, la rondadora cayó al punto a tierra, toda descompuesta. Cuando la vio yaciendo allí, Hanumat, lleno de valentía y de honor, tuvo piedad de ella, pensando que era hembra. Lanká, en su extremada turbación, con voz temblorosa y ya más dulce dijo al plavamgama Hanumat: «¡Piedad, oh poderosísimo guerrero! No me acabes, ¡oh el mejor de los haris! Los héroes de corazón, ¡oh amigo mío!, saben detenerse a tiempo. Yo soy la ciudad de Lanká misma, ¡oh plavamgama! Tú me has vencido gracias a tu bravura, ¡oh guerrero valeroso! Escucha

esta verdad, y sabe por mí, príncipe de los haris, el favor que espontáneamente Svayambhú me concedió: «Cuando un vana-ra te someta por la fuerza, entonces los rakshasas dejarán de ser temibles.» Tu presencia hoy me ha revelado que es llegado el término verdadero fijado por Svayambhú; no podría ser sobrepujado. A causa de Sitá, la destrucción del rey Ravana, el perverso, y de todos los rakshasas es inminente. Entra, pues, ¡oh el mejor de los haris!, en la ciudad que protege Dasagriva, para cumplir en ella todo cuanto deseas, sea lo que sea. Una vez introducido, tú, el príncipe de los monos, en esta ciudad herida de maldición, de la que el jefe de los rakshasas salvaguarda la opulencia, ve por todas partes, a voluntad de una casualidad venturosa, en busca de la virtuosa hija del rey Janaka.»

## S A R G A I V

### HANUMAT INSPECCIONA LA CIUDAD Y SUS HABITANTES

Habiendo triunfado así, gracias a su valentía, de Lanka, ciudad espléndida, que cambiaba de forma a su capricho, el poderoso Hanumat, el mejor de los kapis, lleno de vigor, franqueó la muralla, sin pasar por la puerta. Penetró de noche en Lanká el colosal elefante de los monos. Entrando en la ciudad, Hanumat, adicto a los intereses del rey de los monos, ponía el pie izquierdo sobre la cabeza de sus enemigos. Era durante la noche; el excelente hijo de Maruta echó por la gran calle, toda centelleante a causa de las flores de que habían llenado el suelo. El kapi se internó en la maravillosa ciudad donde resonaba el ruido de los instrumentos de música, seguido de sonoras carcajadas. Con sus casas brillantes como puntas de diamantes, calladas, con oquedades resplandecientes, donde se ofrecían sacrificios domésticos, aquella soberbia ciudad centelleaba como la luz del día, en medio de las nubes. Lanká irradiaba toda, a causa de las mansiones opulentas de la multitud de rakshasas; mansiones semejantes a blancas nubes, de matices múltiples, adornadas con lotos y svástikas. Aquella ciudad, de casas vardhamanas cargadas de adornos por todas partes, festoncadas con hermosas guirnaldas, Hanumat, abnegado por los intereses del rey de los kapis, la recorría en provecho de Raghava y la contemplaba con gozo. El glorioso elefante de los monos iba de morada en morada, inspeccionando por todos lados aquellas mansiones de forma y hermosura

diversa. Oyó el canto melodioso, sobre una triple modulación, de mujeres heridas por Madana y semejantes a apsaras celestes. Percibió el tintineo de cinturones guarnecidos de campanillas, el chocar de anillos de pies y también el ruido de escaleras trajinadas en las casas de los rakshasas poderosos, y el de gentes que saltaban y tocaban castañuelas, por un lado y por otro. Oyó recitar mantras en ciertas de aquellas casas de los rakshas. Vio también yatudhanas aplicados al estudio de los *Vedas*; rakshasas que celebraban escandalosamente las excelencias de Ravana y una gran tropa estacionada en la vía real y llenándola. Distinguió en medio de una espesura a numerosos espías del rakshasa, iniciados, llevando la trenza, la cabeza afeitada, vestidos de pieles de antílopes negros, armados con puñados de hierbas darbha y pucheros para poner al fuego, teniendo en la mano picos, martillos y bastones; no teniendo cada uno sino un ojo, una oreja, un seno que oscilaba, monstruos sin vestidura alguna, provistos de arcos, de sables, de sataghnis, de mazas, teniendo enormes barras en la mano, deslumbrantes con sus maravillosas corazas. Vio que no eran ni muy gordos, ni muy flacos, ni muy grandes, ni muy pequeños, ni muy delgados, ni muy jorobados, ni enanos. Los había allí disformes, multiformes, muy hermosos, muy brillantes, que llevaban estandartes, banderines y toda clase de proyectiles. El gran kapi advirtió a algunos que estaban armados con venablos; otros, con troncos de árbol, o con arpones, hondas o redes. Notó a un gran número cubiertos con guirnaldas y perfumes. Adornados con ornamentos espléndidos y vestidos con telas de todas clases; iban y venían allí o de allí donde les parecía. Estaban provistos de venablos agudos y discos lanzarrayos aquellos valerosos guerreros. El centro de la plaza, delante del harén, el kapi reconoció que estaba enteramente guardado por centenares de millares de rakshas, por orden de su jefe. Entonces descubrió la famosa morada, la de los grandes arcos de oro, del Indra de los rakshasas, construida en la cima de una roca, a la que rodeaban fosos enguirnaldados con pundarikas.

El gran mono contempló aquel palacio inmenso, ceñido de murallas, semejante al Trivishtha, divino, resonante de celestiales clamores; lleno por el relincho de las bestias de tiro y de soberbios corceles, por el ruido de los coches, de los vehículos, de los carros, de los caballos y de los elefantes escogidos. Vanaras con cuatro colmillos, semejantes a montones de nubes blancas, ricamente acaparazonados, decoraban la entrada, así como gacelas y pájaros borrachos de amor. Mi-

llares de poderosos yatudhanas defendían la morada del jefe de los rakshasas. El kapi se introdujo en ella. Penetró en el gineceo de Ravana, ceñido de muros de oro hema y jambudana, la cima adornada de perlas y joyas de gran precio, amueblado con agálogo y sándalo del más raro.

## S A R G A V

## HANUMAT RECORRE LA CIUDAD SIN DESCUBRIR A SITA

El afortunado Hanumat advirtió al astro brillante de las noches que avanzaba en medio de las estrellas y desplegaba su luz vertiéndola en chorros continuos sobre la Tierra semejante a un toro que yerra, borracho de amor, por en medio del rebaño. El astro de fríos rayos que destruye los males de la Tierra, levanta el Océano e ilumina a todos los seres, veíale proseguir su carrera. Aquella claridad que en la Tierra brilla en la cima del Mahendra, que, en medio de las sombras del crepúsculo, centellea en el Océano, así como sobre los lotos, en medio de las aguas, resplandecía en la radiante frente del astro nocturno. Cual un hamsa en un nido de plata, un león en una gruta del Mahendra, un guerrero sobre un altivo elefante, así resplandecía entonces Candra en el cielo. Como un búfalo de joroba y cuernos puntiagudos; como la alta montaña del Sveta, la de los elevados picos; como un elefante con los colmillos rodeados de oro, así brillaba la Luna de prominencias perfectamente dibujadas. El barro helado de sus aguas frías barrido, su fango absorbido por la serpiente del gran astro, sus marcas distintivas vueltas netas a causa de la abundante luz, la bienaventurada Candra, que tiene como insignia la liebre, centelleaba. Semejante al Indra de las fieras saltando sobre la cima de una roca, al Indra de los elefantes hundiéndose en un gran bosque, al Indra de los hombres recorriendo su Imperio, Candra radiaba luminosa. El deslumbrador levantar de la Luna había disipado las tinieblas, haciendo resaltar aún más la negrura de los rakshasas, comedores de carne, y despertando en la amante el pensamiento del amado con aquel afortunado crepúsculo que brillaba en el cielo. Mujeres cuya voz cadenciosa encantaba antes los oídos, tras haber gozado con sus entretenimientos, dormían en brazos de sus esposos, mientras que los merodeadores nocturnos, de prácticas excesivamente extrañas y terribles, ibanse a me-

rodear. Mansiones en las que reinaba la embriaguez y la locura, llenas de carros, de caballos y de tronos, en los que se veía por todas partes un lujo guerrero; he aquí lo que se ofrecía a las miradas del sabio Hanumat. Los rakshasas interpelábanse unos a otros violentamente, agitando sus brazos enormes, diciéndose cosas insensatas y lanzándose recíprocamente locuras en plena cara. Chocaban unos con otros pecho contra pecho, sacudían brutalmente a sus amantes, arrojaban sus vestidos abigarrados y blandían grandes arcos.

Hanumat veía cortesanas ocupadas en acicalarse, mientras que otras volvían a dormirse. De notable hermosura, unas reían y otras estallaban en furor. Los grandes elefantes, bien cuidados, muy vigorosos, lanzaban mugidos, y los guerreros silbidos; hubiérase dicho un lago lleno de serpientes irritadas. Advirtió en aquella ciudad yatudhanas llenos de inteligencia, agradables discurredores, muy creyentes, la flor del Mundo, observadores de todos los ritos, dominando los ruciras. Complaciase en mirar a aquellos seres magníficos, dotados de todas las cualidades compatibles con su naturaleza. Era tal el esplendor de algunos que, siendo feos, parecíanle muy hermosos. Sus muy dignas esposas, de nobles sentimientos, de corazón generoso, llenas de afecto hacia ellos, sus bienamadas, su sostén, se le aparecieron como estrellas dotadas de luz propia. Aquellas hermosas mujeres veladas por el pudor, veíalas, a éstas entre los brazos de sus amantes, que las besaban con transporte, como los pájaros a sus compañeras; a aquéllas retiradas en sus casas, donde reposaban dulcemente sobre el seno de sus esposos; otras, fieles al deber conyugal, mostrábanse a los ojos del sabio Hanumat llenas de ternura. Algunas, despojadas de su manto, tenían el radiante brillo del oro kancana; eran maravillosamente bellas con su tez de oro; otras, separadas de sus amantes, brillaban como la Luna, con sus miembros graciosos. Juntándose a sus amorosos esposos, transportadas ellas mismas de gozo y alegremente adornadas con flores, aquellas mujeres amantes, en sus casas, entregábanse a la más viva alegría, ante las miradas del héroe de los kapis. Aquellas series de mujeres de rostro deslumbrador como la Luna, de ojeadas oblicuas, de hermosas pestañas y ojos bellísimos, montón de joyas, parecíanle graciosas guirnaldas de relámpagos. Pero a Sitá, de excelente extracción, salida de una familia real, afianzada en el sendero del deber, semejante a una liana descogida, a la frágil sadhujatá, Sitá, nacida del corazón de Dhatar, no la veía por parte alguna. Sitá, metida por la eterna vía de la virtud, que en los transportes de

su amor no veía sino a Rama, y que respondía a los nobles sentimientos de su esposo, siempre distinguida entre las mujeres eminentes; Sitá, víctima de ardientes dolores, el cuello mojado por las lágrimas, las pestañas bien hechas, la garganta atrayente, tal cual una hembra de pavo real de cuello azul que se entrega a sus retozos en el bosque; cual el creciente de la Luna de líneas indecisas; como una barra de oro manchada de polvo, como una cicatriz dejada por una herida, como un dardo de oro roto por el viento; Sitá, la esposa del amo de los hombres, de Rama, el príncipe de los oradores, el plavarnagaina, no advirtiéndola a pesar de su mucho buscarla, acabó por abrumarse en el dolor y pareció de pronto perder todo ánimo.

## SARGA VI

## HANUMAT EXPLORA EL PALACIO DE RAVANA

Circulando a su capricho por entre los palacios, el kapi, que cambiaba de forma a voluntad, recorrió Lanká prestamente. El poderoso vanara se acercó a la habitación del Indra de los rakshasas, a la que rodeaba un muro centelleante como el Sol. Estaba guardada por rakshasas terribles, como un gran bosque por leones. Al aspecto de aquel palacio, el elefante de los kapis se sintió deslumbrado. Maravillosos arcos asentados sobre hileras de ladrillos de plata, con incrustaciones de oro, muros, recintos y puertas de toda hermosura le envolvían con sus encantos. Estaba lleno de guerreros gigantescos, infatigables, montados en elefantes y caballos a los que nada detenía, enganchados a carros. Hallábase recorrido sin cesar por vehículos acorazados con pieles de leones y de tigres, adornados con esculturas de marfil, de oro y de plata, ruidosos y maravillosos. Sembrados de piedras preciosas y amueblados con asientos de los más ricos, era el lugar de cita de los maharathas (336), su mansión predilecta. Gacelas y pájaros de las especies más raras y más variadas que se podían ver abundaban allí a millares, por todos lados. Rakshasas, centinelas disciplinados, daban al palacio huena guardia; por todas partes no había sino mujeres escogidas y de la mayor distinción. Aquel palacio tenía por joyeles bayaderas llenas de alegría y por habitantes a los Indras de los rakshasas. El bullicio de aquellos interiores, de encantadores decorados, igualaba al estruendo de las olas. Estaba adornado con las insignias reales,



provisto del más precioso, del mejor sándalo y abundaba en grandes personajes, como un vasto bosque en leones. Resonaba con el ruido de los gongos, de los tambores y de los caracoles marinos; perpetuo objeto de su veneración, los rakshasas le santificaban regularmente mediante la ofrenda del soma, cada parván. Profundo como el Océano, del cual reproducía los clamores, aquella vasta mansión del magnífico Ravana, que estaba cubierta de piedras preciosas, y de las cuales el suelo estaba lleno, el gran mono le veía resplandeciente de esplendor, y lleno de caballos, de elefantes y de carros. Es la joya de Lanká, así pensó el gran kapi Hanumat, según se paseaba por las inmediaciones del palacio de Ravana. Iba por allí de casa en casa, inspeccionando por todas partes con intrepidez los parques de los rakshasas y sus mansiones. Tras haber recorrido a toda prisa la morada de Prahasta, se lanzó valerosamente a la de Mahaparsva. El gran mono visitó en seguida la morada, brillante como una nube, de Kumbhakarna y la de Vibhishana. Luego le tocó a la mansión de Mahodara, a la de Virupaksha, a la de Vidyujihva y a la de Vidyunnali. El gran mono atravesó rápidamente las de Bahudamshta, Suka y la del sabio Sarana. Las casas de Indrajit, de Jambumali y de Sumali fueron al punto exploradas por el jefe de los monos, el príncipe de los haris. El gran kapi entonces pasó a las casas de Rasmiketu, Suryasatru y Vajrakaya. El hijo de Maruta curioseó asimismo las habitaciones de Dhumraksha, Sampati, Vidyudrupa, Bhima, Ghana y Vighana; las de los rakshas Sukanabha, Cakra, Satha, Kapata, Hrasvakarna, Damshttra y Lomasa; las de Yoddhonmatta, Matta, Dhvajagriva, Sadin, de Vidyujihva y Dvijihva, así como la de Hastimukha y la de Karala, Visala y Sonitaksha. El plavamgama Hanumat, el glorioso hijo de Maruta, el gran kapi, inspeccionó sucesivamente una tras otra aquellas magníficas mansiones de los rakshas ricos, y admiró su opulencia.

Tras haber recorrido en todos sentidos las mansiones de los rakshasas, el afortunado vanara se acercó a la casa de su rey. El mejor, el tigre de los haris, advirtió siempre espiando a las rakshasis, de mirada perversa, que reposaban cerca de Ravana. Tenían en las manos picas y martillos, venablos y lanzas; notó múltiples batallones de aquellas mujeres en la casa del jefe de los rakshas. Rakshasas gigantescos blandían también armas de todo género, caballos rojos o blancos, espléndidos, excelentes corredores, elefantes de raza, magníficos, vendedores de elefantes enemigos, adiestrados en todos los ejercicios que les eran propios, igualando a Airavata, en el comba-

te; destructores de los ejércitos enemigos, semejantes a nubes que corren o a montañas que se precipitan; he aquí lo que Hanumat vio en aquel palacio. El barritar de aquellos elefantes asemejábase al estruendo de las nubes; eran invencibles en los combates. Millares de escuadrones con arneses de oro, revestidos enteramente con cotas de malla de oro, centelleantes como el Sol al levantarse, se ofrecieron a sus miradas en la residencia del Indra de los rakshasas, Ravana. El kapi, nacido de Maruta, vio asimismo palanquines de todas formas, maravillosas cunas de verdura y habitaciones con departamentos espléndidos. Montañas ficticias y otras construcciones en madera, una hermosa sala de fiestas, otra segunda para los entretenimientos diurnos, llamaron aún su atención en el palacio de Ravana, el Indra de los rakshasas. Notó, además, un soberbio edificio hermoso como el Mandara, en el que abundaban gran cantidad de pavos reales, lleno de estandartes y de mástiles. Allí yacían amontonados joyeles sin número; por todas partes era una acumulación de tesoros debidos a las hazañas de los valerosos rakshasas; hubiérase dicho la residencia del amo de los bhutas. Gracias a los reflejos de aquellas joyas y al resplandor de Ravana, aquel palacio centelleaba como el Sol rodeado de sus rayos. Lechos y asientos en oro jambudana y una vajilla suntuosa sorprendieron también las miradas del general de los haris. La miel y los licores fuertes de que estaba regado, las perlas y los vasos preciosos en los que abundaba, su magnificencia, su inmensidad, hacían parecerse aquel palacio al de Kubera. Resonaba con el ruido de los anillos de los pies, con el sonido de los cinturones con campanillas, de los mrindangas, de los talas y de otros instrumentos de música. Gran cantidad de miradores le decoraban; perlas de mujeres le llenaban a centenares; fue en este edificio de vasto recinto donde Hanumat entró.

## SARGA VII

### DESCRIPCIÓN DEL CARRO PUSHPAKA

El poderoso vanara exploró esta serie de palacios donde se armonizaban las bandas de esmeralda y de oro, semejantes a un inmenso grupo de nubes, en la estación de las lluvias, surcadas de relámpagos, y atravesadas por bandadas de pájaros. Inspeccionó las salas diversas de aquellas habitaciones, en las

que se guardaban los caracoles marinos y las armas de precio, bajo los tejados de aquellas casas altas como montañas, en vastas y encantadoras cámaras. Aquellos edificios ricos en tesoros de todo género, muy venerados por los devas y los asuras, exentos de defectos, debidos al merito personal de Ravana, el kapi los visitó. Exploró las mansiones del soberano de Lanká cuidadosamente dispuestas, cual si hubiesen sido construidas en la Tierra por Maya misma, y ofreciendo toda la comodidad posible. Visitó al punto el más magnífico de todos aquellos monumentos: el carro Pushpaka. Este carro sin igual tenía el aspecto de una gran nube; era maravilloso; lucía con el brillo acariciador del oro; digno en verdad del poder de aquel poderoso rey de los rakshasas; su hermosura era sin rival. Hubiérase dicho el Cielo descendido a la Tierra. De esplendor deslumbrante, estaba lleno de piedras preciosas; árboles de todas clases le cubrían de flores; semejante a la cresta de un monte, estaba espolvoreado de polen. Las más hermosas mujeres le servían de adorno; centelleaba como una nube atravesada por relámpagos; su esplendor era tal, que hubiérase dicho un carro maravilloso arrastrado por los aires por los más encantadores de los lansas. Tal la cima de un monte rico en metales variados; tal el cielo donde brillan las estrellas y la Luna, así se le apareció al vanara aquel carro matizado como una nube de encantadores tintes, centelleando gracias al brillo de numerosos joyeles. Rocas simuladas, construidas con tierra, imitando cadenas de montañas y plantadas de hileras de árboles ficticios, cargados con montones de flores artificiales, abundantes en estambres y en hojas; casas improvisadas, deslumbrantes de blancura; estanques cubiertos de lotos descogidos; más lotos aún con sus estambres, bosquecillos diversos, encantadores laguillos, el gran carro, denominado Pushpakavaya, irradiaba con el brillo de las perlas, y rodando aquí y allá dominando al hacerlo las casas más elevadas, el ilustre kapi le contemplaba admirado. Volátiles artificiales hechos con esmeraldas, con plata y con corales; serpientes maravillosas trabajadas con toda clase de metales; caballos soberbios reproducidos al natural; pájaros magníficos de alas espléndidas, en las cuales había pintadas flores de coral y de oro, formando entrelazamientos caprichosos y que centelleaban como las propias alas de Karna; elefantes amestrados provistos de ricas gualdrapas, con hermosos colmillos hechos con hojas de utpalas; hubiérase dicho la diosa Laksmí, la de las bellas manos de loto, en un estanque de lotos. Tal era el soberbio carro, al que se acercó el kapi maravillado. Era co-

mo una montaña con deliciosos retiros, o como, al final del invierno, un árbol de huecos encantadores del que escapan los más suaves perfumes. No obstante, el vanara recorría aquella ciudad prodigiosa, la que protegía el brazo del rakshas de los diez rostros, sin descubrir a la hija de Janaka, tan venerable y tan desgraciada, a la que las cualidades y la valentía de su señor habían conquistado. Hanumat, el del alma grande, en todo pura y generosa, el de la noble conducta, sentía en su corazón un dolor punzante al no encontrar a la hija de Janaka, a pesar de sus registros y de la penetración de su mirada.

## SARGA VIII

## CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DEL CARRO PUSHPAKA

Deteniéndose en medio de aquel palacio, el afortunado kapi, nacido de Pavana, contemplaba el gran carro incrustado de diamantes y de perlas y trabajado con láminas de oro fundido. Obra artística incomparable. «Está bien», dijo el propio Visvakarmán, tras haberle hecho. Estaba parado en el camino de Vayú que va al Cielo, y allí brillaba como punto de mira en la ruta de Aditía. Ningún detalle que no fuese trabajado con cuidado; ningún decorado que no fuese como una joya de gran precio; ninguna diferencia con los carros mismos de los suras; nada en él que no fuese sumamente notable.

Conquista del ascetismo, de la meditación y del heroísmo, seguía la dirección que le imprimía el pensamiento. Más de un detalle le eran propios; pero aquí y allá tenía otros prestados. Iba rápidamente a todas partes adonde su amo dirigía sus deseos; de acceso difícil, su velocidad igualaba a la de Maruta. Los seres magnánimos, entregados a las obras pías, llegados al colmo de la prosperidad, de la gloria y de la felicidad, encontraban en él asilo. Dotado de su facultad motriz, en la posición especial en la que estaba, con las maravillosas y múltiples pirámides que le adornaban, aquel carro encantador, inmaculado como la luna de otoño, se le hubiera tomado por la cima de una montaña de picos soberbios. Arrastrado por millares de batallones de bhutas, de rostro centelleante a causa del reflejo de sus anillos, grandes comedores, que viajaban a través del espacio, con vertiginosa celeridad, día y noche, y que hacían girar sus ojos enormes, sin cerrar jamás los párpados, el carro Pushpaka, el más bello de todos, esplén-

dido de ver con sus montones de flores primaverales, más agradable de aspecto que la estación misma de la primavera, atrajo la atención de las miradas del príncipe de los guerreros vanaras.

## S A R G A I X

### HANUMAT INSPECCIONA EL GINECEO

En medio de aquella residencia, magnífica entre todas, un edificio, el más notable por su hermosura y su extensión, atrajo la atención de Hanumat, nacido de Maruta. Ancho de media yojana, largo de una, adornado de numerosos pabellones, aquella vasta mansión era la del Indra de los rakshasas. Y Hanumat, el matador de sus enemigos, corriendo por todas partes en busca de la princesa del Videha, Sitá, la de los grandes ojos, el afortunado hari, advirtiendo la más bella mansión de los rakshasas, acercóse a aquella residencia de su Indra, rodeada de elefantes de cuatro y tres colmillos y guardada en toda su extensión por guerreros con las armas en la mano. Se acercó a aquel palacio poblado de rakshasis, esposas de Ravana, y de hijas de reyes, que había arrebatado. Asmejábase al Océano lleno de cocodrilos y de makaras, de timingilas, de jhashas y de serpientes, batido por vientos impetuosos. El esplendor que reina en la mansión de Vaisravana; de Candra o de Harivahana, resplandecía en la casa de Ravana, esplendor maravilloso, siempre inalterable. La opulencia de los palacios del rey Kubera, de Yama y de Varuna era igualada, si no incluso sobrepujada, por la de la mansión del rakshasa. En el centro de aquel edificio, el hijo de Pavana vio otro monumento muy bien construido, provisto de numerosas rejas, divino, edificado antes, para Brahma, en el cielo, por Visvakarmán; era el carro Pushpaka, decorado con toda clase de piedras preciosas. Al precio de un excelente tapás, Kubera lo había adquirido del Abuelo. El amo de los rakshasas, habiendo triunfado de Kubera gracias a su energía, se apoderó de él. Tiraban de él lobos hechos con oro hiranya y kartasvara, adornado de elegantes columnas y todo deslumbrante de esplendor; estaba decorado por todas partes con miradores y brillantes pabellones, semejantes al Merú y al Mandara, que parecen lamer el firmamento y lanzar llamas. Aquella obra maestra de Visvakarmán estaba provista de escaleras de oro hema, de una encantadora, soberbia plataforma, de balaustres y de balcones

en oro kancana e incluso en cristal. Su espléndida plataforma era de zafiros inranilas y mahanilas y otras piedras preciosas. Su suelo, incrustado con corales maravillosos, diamantes de gran precio, perlas sin igual, le hacían deslumbrador. Construido con sándalo rojo, brillante como el oro puro, de donde se exhalaban los más suaves aromas, asemejábase al Sol levante. El gran kapi escaló el divino carro Pushpaka, en el que se puso de pie, aspirando por todas partes el humo que exhalaban los licores y las viandas. Aquel aroma divino, penetrante, que le parecía la personificación de Anila, acogió al poderoso Hanumat como a un pariente su pariente más querido: «Ven—le dijo—; es aquí donde está Ravana.» A estas palabras, Hanumat avanzó y vio una sala inmensa, soberbia. Sala que agradaba mucho a Ravana: cual una hermosa mujer tiernamente amada. Admirábanse allí escaleras hechas con piedras preciosas y galerías en oro hema que la hacían deslumbradora. Su suelo estaba cubierto de cristales. Veíanse en él incrustaciones de marfil, perlas y diamantes, en coral, en plata y en oro chamikara. Columnas de piedras preciosas la embellecían; las había en gran número, simétricas, derechas, muy altas, y todas trabajadas con arte infinito. Con aquellos pilares como con alas gigantescas, aquel edificio parecía querer elevarse hasta el cielo. Estaba recubierto por un gran tapiz que afectaba la forma de la Tierra. Era como una comarca inmensa con sus dominios, sus casas y sus ríos, donde resonaba el canto de pájaros enamorados, y que llenaban perfumes celestiales. Tendido de ricos tapices, aquella morada del jefe de los rakshasas, perfumada con savia de agálogo, inmaculada, blanca como el hamsa, llena de hojas y de flores que la daban el brillo de Kalmashí, llenaba el corazón de voluptuosidad e incluso embellecía la tez. Aquel retiro divino que disipaba las penas y daba nacimiento a la prosperidad, en cierto modo, a los cinco sentidos, cada uno por medio de algo que le procuraba más placer, hartábalos como una madre, bajo la salvaguarda de Vavana. «¿Será esto el paraíso, el Devaloka, la ciudad de Indra, o la Beatitud suprema?», he aquí lo que se preguntaba Maruti.

Notó las antorchas en oro kancana que asemejábanse a jugadores disputándose por un juego importante, esclavos de los dados. El brillo de las luces, el tejás de Ravana, el esplendor de los decorados iluminan a la vez esta sala, pensaba Hanumat. Advirtió, sentadas sobre los tapices, adornadas con ornamentos y coronas de colores variados, mil mujeres escogidas, vestidas con toda suerte de trajes. Pero cuando la mitad

de la noche transcurrió, bajo la influencia de la bebida y del sueño, los juegos acabados, todo se durmió profundamente. Aquella multitud dormida, adornada con joyas cuyo tintineo había cesado, tenía el aspecto de un gran estanque de lotos en el que no se oyese ya los hamsas ni las abejas. Maruti contemplaba los rostros, de labios juntos y ojos cerrados, de aquellas bellas damas perfumadas como lotos. Cual lotos que se abren con la aurora y que de nuevo vuelven a cerrar sus corolas por la noche. Aquellos lotos de caras, semejantes a lotos descogidos, las abejas siempre borrachas de amor los piden y vuelven a pedir sin cesar. Así pensaba con precisión el venerable y poderoso kapi, que las estimaba, a causa de sus atractivos, iguales a aquellas flores acuáticas. El gineceo brillaba con el resplandor de aquellas mujeres; cual en el otoño un cielo apacible, sembrado de constelaciones. En medio de ellas, el jefe de los rakshasas centelleaba como el afortunado rey de los astros en medio de su cortejo de estrellas. Los planetas echados del cielo, acompañados de lo que les queda como méritos, helos aquí todos reunidos, díjose a sí mismo el hari. Tales, en efecto, que grandes mecoros, de muy brillantes rayos, aquellas mujeres centelleaban de hermosura; de gracia y de magnificencia. Unas tenían su cabellera y sus coronas lúcentes y desatadas, sus preciosas joyas esparcidas a causa de la orgía y de sus retozos, el alma enterrada en sueño; otras, entre aquellas tan hermosas mujeres, tenían el tilaka deshecho o los anillos fuera de los pies; a éstas sus guirnalda les caían sobre los costados; a aquéllas, cubiertas con sus collares de perlas, los vestidos en desorden, sus cinturones y sus broches sueltos, asemejábanse a jóvenes yeguas en reposo. Otras, que ya no poseían pendientes y cuyas guirnalda estaban rotas y ajadas, tenían el aspecto de lianas abiertas, pisadas por los pies de un Indra de los elefantes, en un gran bosque. Semejantes a los rayos brillantes de la Luna, a veces los collares desprendidos, tenían el aspecto de hamsas dormidos en el seno de aquellas mujeres. Ora sus esmeraldas tenían la apariencia de kadambas aladas, ora sus cordones de oro hema, de cakravakas. Brillaban como ríos frecuentados por hamsas y karandas y embellecidos por la presencia de los cakravakas, con sus caderas por bancos de arena. Semejantes a puñados de campanillas, con el oro hema como lotos descogidos, el amor como cocodrilo, la hermosura como orilla, parecían aún ríos dormidos. Algunas, reposando sobre los graciosos miembros de sus compañeras y sobre los extremos de sus senos, les servían como de adorno, de tal modo eran hermosas y carga-

das de adornos ellas mismas. En otras, las puntas de sus velos, levantadas por el aliento de su boca, flotaban por su cara aquí y allá. Hubiéranse dicho brillantes estandartes desplegados y proyectando su brillo sobre la frente de esposas de hermoso rostro pintado de diversos colores. Otras veces los anillos de aquellas mujeres radiantes de belleza, al estremecimiento de su aliento, temblaban dulcemente, dulcemente. Impregnadas del aroma de los jarabes que habían bebido, el aliento naturalmente perfumado y suave de su boca acariciaba a Ravana. Pensando que era aún la cara de Ravana, varias de sus esposas besaban y besaban aún los labios de sus rivales. Excesivamente prendadas de su esposo, aquellas mujeres escogidas, no siendo dueñas de sí mismas, prodigaban a sus compañeras sus pruebas de amor. Algunas, apoyándose en sus brazos cargados de poriharyas, y en sus ricos trajes, dormían así. Esta reposaba sobre el pecho de su vecina, esta otra sobre su brazo, sobre su regazo, o entre sus senos. Apoyábanse sobre los muslos, los costados, las caderas y las espaldas unas de otras; sus miembros estaban en desorden, bajo la influencia de la embriaguez y la voluptuosidad. Apretándose amorosamente unas contra otras, aquellas criaturas de elegante talle habíanse dormido todas, con sus brazos entrelazados. Aquel grupo de mujeres de brazos entrelazados asemejábase a una guirnalda atada con un cordón de abejas muertas de amor: como lianas, descogidas a la caricia de una brisa primaveral, que se entrecruzan para formar ramos de flores. Cual un vasto bosque de bello ramaje bien mezclado y cargado de enjambre de abejas, así estaba aquel bosque de esposas de Ravana. Bien que, reposando evidentemente en su sitio acostumbrado, no era posible distinguir unas de otras a aquellas mujeres de miembros cargados de joyas, de adornos y de guirnalda.

Mientras Ravana dormía apaciblemente, sus mujeres perfectamente hermosas brillaban como lámparas de oro, velando su sueño. Mujeres de rajarshis, de ascetas, de daityas y de gandharvas, así como hijas de rakshasas, eran sus amantes. El belicoso Ravana las había raptado a todas; algunas, no obstante, locas de amor, habían venido a buscarle ellas mismas. Ninguna de ellas a la que hubiese traído por la fuerza, sin ser seducida por su valentía; ninguna que hubiese anado a otro o que le hubiese pertenecido ya, salvo la hija de Janaka, digna del mejor de los esposos. Ninguna que fuese sin nobleza, sin hermosura, sin destreza, sin adornos, sin espiritualidad, ni que no amase a su amante.

Este pensamiento le vino al príncipe de los haris, el de la



hermosa inteligencia: «Si la legítima esposa de Raghava asemejase a estas mujeres, el gran rey de los rakshasas ha nacido para ser dichoso.» Luego hizo esta reflexión: «Ciertamente, es preciso que Sitá sea incluso superior gracias a sus ventajas, para que, bajo un traje prestado, el poderoso soberano de Lanká haya cometido con ella un tan odioso atentado.»

## S A R G A X

### HANUMAT VE A RAVANA Y A SUS MUJERES

Siguiendo su inspección, Hanumat vio allí un lecho de reposo, digno de los dioses, espléndido, en cristal, incrustado de perlas. Estaba provisto de magníficos asientos llenos de esmeraldas artísticamente montados sobre marfil y en oro kancana y cubiertos de ricos tapices, de gran precio. En un sitio determinado vio un blanco quitasol, festoneado de celestes guirnaladas, brillante como el rey de las constelaciones. Notó un trono soberbio, sembrado de oro jatarupa, deslumbrante como el fuego, enguirnaldado con flores de asokas. Manos armadas de abanicos le refrescaban por todas partes; perfumes de todas clases le embalsamaban y le envolvían con su delicioso vapor. Estaba provisto de los más ricos tapices, recubierto de pieles de carnero, y magníficas guirnaladas le festoneaban por todas partes. Allí reposaba brillante como una nube tempestuosa, con sus anillos deslumbradores como la llama, los ojos rojos, Ravana, el de los grandes brazos, el de los vestidos dorados. Los miembros ungidos con azafrán y sándalo de suave aroma, cual en el cielo una nube empurpurada con los fuegos del crepúsculo y surcada de relámpagos. Engalanado con atavíos divinos, magnífico, cambiando de forma a voluntad, asemejábase al Mandara adormecido con sus árboles, sus bosquecillos y sus matorrales sin número. Había cesado en sus distracciones durante la noche; cargado de ricos adornos, era la alegría de las jóvenes rakshasis y la felicidad de los rakshasas.

Su orgía había dado fin. Tal apareció el gran kapi, el valiente jefe de los rakshasas, Ravana, dormido en su lecho de reposo. Resoplaba como un elefante. El excelente vanara se acercó a él vivamente conmovido, y se deslizó como cogido de espanto. Luego ganó la escalera, y, acurrucado en el interior de la plataforma, el gran kapi observó al tigre de los

rakshasas sumido en la embriaguez. Aquel lecho lujoso en el que dormía el Indra de los rakshasas brillaba como el gran Prasravana que frecuenta el elefante almizclado. Hanumat miraba los brazos rodados de anillos de oro del colosal monarca; desarrollados parecían el estandarte de Indra. Habían sido atravesados en otro tiempo, en un combate, por los puntiagudos colmillos de Airavata y magullados por el disco de Vishnú, mientras que el rayo de Indra le había desgarrado los anchos hombros. Brazos enormes, sólidamente unidos a hombros bien formados, de poderosos músculos, con sus manos de dedos terminados en hermosas uñas, y cargados de sortijas magníficas. Gordos como mazas, redondeados como trompas de elefantes, alargábanse en su lecho opulento, semejantes a dos serpientes de cinco cabezas. Soberbiamente adornados, estaban ungidos con un sándalo color de sangre de liebre, muy fresco, oliendo muy bien, muy precioso. Mujeres de una belleza soberana los frotaban y los untaban con los ungientos más raros. Hacían aullar de terror a yakshas, pannagas, gandharvas, devas y danavas. El mono contemplaba aquellos dos brazos de Ravana extendidos sobre su lecho, cual dos grandes reptiles dormidos en una caverna del Mandara, llenos de rabia. Con sus dos brazos enormes el jefe de los rakshasas asemejábase al monte Mandata con sus dos crestas. Exhalando el perfume del mango y del pumnaga, impregnado del precioso bakula, unido al sabor del arroz mondado y al aroma de los licores, el aliento que salía de la gran boca del rey de los rakshasas, durante su sueño, llenaba, por decirlo así, la enorme mansión. Adornado de rubies y de piedras preciosas, relumbrante de oro, su diadema, puesta de lado, y sus anillos iluminaban su rostro. Ungido de sándalo rojo, su pecho carnosos y ancho reflejaba el brillo de su collar de perlas. Su manta de lana blanca, separada, dejaba ver sus cicatrices; un rico manto de seda le cubría con elegancia. Deslumbrante cual un haz de luz, resoplaba como una serpiente. Se le hubiera tomado aun por un elefante dormido en medio de las aguas profundas del Gangá. Cuatro antorchas proyectaban sobre él su luz por los cuatro costados. Todo su cuerpo relucía como una nube surcada de relámpagos. El jefe de los haris advirtió, acostadas a sus pies, a las esposas de aquel muy poderoso rey de los rakshasas, su tierno amante. Su rostro era deslumbrador como la Luna; llevaba preciosos anillos y guirnaldas siempre frescas. Bailarinas e instrumentistas hábiles reposaban entre los brazos y sobre el seno del Indra de los rakshasas, engalanadas con los más hermosos adornos. El kapi contem-

plaba a aquellas mujeres, cuyos lóbulos de las orejas, adornados con pendientes de oro, incrustados de diamantes y esmeraldas, deslumbraban, así como sus extremidades, también cargadas de brazaletes del mismo metal. Sus rostros, brillantes como la Luna a causa del fuego de sus anillos, iluminaban la sala como las constelaciones el firmamento. Fatigadas por los placeres de la orgía, las esposas del Indra de los rakshasas, las del talle elegante, dormían extendidas aquí y allá. Una de ellas, bailarina hábil, todos sus lindos miembros agotados a fuerza de pantomimas graciosas, reposaba deslumbradora de hermosura. Otra habíase dormido teniendo su viná abrazada; brillaba como un loto caído en un gran río y agarrado a una barca. Una tercera de ojos negros, con su *mankuka* colocado sobre su regazo, asemejábase a una mujer hermosa dormida con su hijito. Aun otra, de miembros graciosos, de senos brillantes, dormía abrazando su tamboril contra su corazón; hubiérase dicho una amante teniendo, tras una larga ausencia, a su amante abrazado. Esta, con sus ojos de loto *kamala*, dormida apretando contra ella su viná, recordaba el hermoso abrazo amoroso de su querido bienamado. Esta bayadera, acostada cerca de su *vipanci*, que rodeaba con sus brazos, tenía el aspecto de una desposada descansando junto a su joven esposo. Otra, con los miembros brillantes como el oro *kanaka*, flexibles, gordenzuelos, encantadores, golpeaba un *mrindanga*, sin dejar de dormir, los ojos pesados a causa de la borrachera. Esta, de delgado talle e irreprochable hermosura, agotada por la orgía, dormía con un *panava* puesto sobre su regazo, al que estrechaba entre sus brazos. Una de ellas tenía una *dindima* abrazada y llevada otra atada a su cuello; hubiérase dicho una joven madre dormida besando a la vez a su esposo y a su hijito. Otra, con los ojos anchos como las hojas del *kamala*, que estrechaba fuertemente contra su pecho un *adambara*, habíase adormecido en medio de los transportes de la embriaguez. Una de aquellas jóvenes durmientes, su copa volcada, tenía el aspecto de una guirnalda de matizadas flores a la que se riega en primavera. Esta cubría con sus dos manos sus senos parecidos a dos *hanaps* de oro, y reposaba languideciente, vencida por el sueño. Aquélla, con sus ojos de *kamala* y su cara brillante como la Luna llena, habíase dormido besando a una de sus compañeras de caderas muy hermosas. Damas escogidas abrazaban a encantadores *atodyas*, cuai amantes estrechando, en su sueño, contra sus senos, a sus bienamados.

El *kapi* advirtió, acostada aparte, en un lecho maravilloso, a una de aquellas lindas mujeres. Ricamente adornada con

perlas y otras gemas preciosas, parecía decorar con su propio esplendor aquella residencia magnífica. Vestida de seda, brillante como el oro kanaka, sin duda, querida favorita del gineceo, aquella mujer de elegante talle, de rasgos graciosos, también dormida y adornada, al verla el mono de los grandes brazos, nacido de Maruta, se dijo: «He aquí Sitá», tal era el brillo de su hermosura y de su juventud. Una gran alegría se apoderó del jefe de los haris. Dio cabriolas, se besó la cola, manifestó su alegría mediante juegos, cánticos y saltos; trepando a lo largo de las columnas, de las que se dejaba caer al suelo, traicionando con ello su naturaleza simiesca.

## SARGA XI

### ASPECTO DE LA SALA DEL BANQUETE

Desterrando al punto esta idea, el gran kapi volvió sobre su acuerdo y se formó otra idea de Sitá. No; separada de Rama, esta hermosa no podría dormir, ni banquetear, ni adornarse, ni entregarse a la bebida. No, no podría someterse a otro marido, aunque fuese el jefe de los suras; porque Rama no tiene igual, ni siquiera entre los Treinta. Es otra mujer. Tras esta reflexión, el mejor de los kapis volvió a explorar la sala del festín, impaciente por encontrar a Sitá.

Fatigadas, unas de jugar, las otras de cantar, éstas de bailar, aquéllas de beber, todas aquellas mujeres dormían profundamente, apoyadas sobre sus murajas, sus mrindangas y sus celikas, o extendidas sobre divanes de gran precio. Un millar de cortesanas ricamente adornadas, ocupadas en hablar de hermosura, discurrían sobre el modo de bien cantar. Hábiles en discernir los lugares y los tiempos, diciendo cosas oportunas, entregábanse a la alegría y llamaron en aquella sala la atención del jefe de los haris. Más lejos advirtió a otro millar de aquellas jóvenes y bellas mujeres que habíanse dormido hablando también sobre la hermosura. Hábiles en discernir los lugares y los tiempos, diciendo cosas oportunas, el jefe de los haris las veía, terminados sus retozos, profundamente dormidas. En medio de ellas distinguíase al valeroso jefe de los rakshasas, como en un gran establo, en medio de las vacas, a un toro. Aquel Indra de los rakshasas, al que ellas rodeaban, aparecía como en un bosque, rodeado de sus hembras, un gran elefante.

El tigre de los kapis exploró, en el palacio del poderoso rey de los rakshasas, aquella sala del banquete donde todos los placeres habíanse dado cita. La veía llena de trozos de carne de antílopes, de búfalos y de jabalíes. En inmensas fuentes de oro el tigre de los kapis vio pavos reales y gallos que no habían sido tocados. Hanumat notó también jabalíes y vaghirnasakas adobados con leche agria y sal sovarcala, así como puercospines, gacelas y pavos reales, krikalas, chagas y toda suerte de lebratos a medio devorar, búfalos, ekasalyas y otras piezas de animales cazados preparadas, salsas, bebidas de toda calidad y manjares de todo valor. Más las tortugas en vinagre y sal, las diversas pastelerías, los grandes anillos tanto de pies como de brazos, de gran precio, tirados aquí y allá, los licores y las viandas reputadas; por todas partes, en unión de las frutas de todas clases, más las ofrendas de flores que, caídas por el suelo, daban a éste, revestido con ellas, inusitado esplendor.

Gracias a los lechos y a los asientos bien ajustados y dispuestos por uno y otro lado, la sala del banquete, bien que sin fuego, parecía abrasada. Además de las viandas de todo género, de todo sabor, perfectamente preparadas, guisadas a punto, diseminadas por la sala, Hanumat vio aún por todas partes bebidas celestiales, deliciosas, fabricadas con toda clase de ingredientes: azúcar destilada, miel, esencias de flores y de frutas y purificadas con numerosos polvos de olor. El amplio entarimado reflejaba el brillo de las guirnaldas, suspendidas en muchos sitios, de las urnas de oro y de las copas de cristal. Estaba lleno también de otros vasos de oro jambunada y de ánforas en el mismo metal o de plata. El kapi inspeccionó aquella magnífica sala del festín. Advirtió, además, cien odres de sindhu, hechos con piedras preciosas. Por todas partes veía copas, ora llenas, ora a medio vaciar, o enteramente vacías. Aquí eran brebajes que ni siquiera habían sido servidos, allá carnes y toda clase de licores empezados. En otra parte notó de pasada manjares a mitad consumidos y, en muchos sitios, lechos ocupados solamente por mujeres, de las que algunas de ellas, de encantadora hermosura, dormían teniéndose abrazadas.

Una de aquellas jóvenes damas se había apoderado de un traje masculino, que se había puesto, habiéndose acostado así vencida por el sueño. El soplo de su aliento ligero no agitaba en exceso sus vestidos, ni las guirnaldas con que estaba adornada; los rozaba ligeramente cual un ligero viento. Sándalo, sidhu fresco, hidromiel, guirnaldas de todas clases, flores de

mil variedades, la brisa levantaba con frecuencia sus aromas variados, así como el de las maderas de olor preparadas para los baños y el perfume de los vapores; con todo ello, fuerte y delicado olor llegaba hasta el carro Pushpaka. Otras cortesanas de gran belleza, de un soberbio negro o color de oro kancana, yacían en la mansión del rakshasa, domadas por el sueño y fatigadas por la orgía. Su belleza asemejábase a la de los lotos adormecidos.

El mono, lleno de valentía, exploró en todas sus partes el gineceo de Ravana, pero no descubrió a Janakí. Cuando hubo de este modo mirado de hito en hito a aquellas mujeres, el gran kapi cayó en cruel perplejidad: temía haber faltado a su deber. Aquella inspección de las esposas de otro, durante el sueño, constituía, sin duda, una gran infracción de la ley. «No, este examen de mujeres extranjeras no entraba en mi misión—se dijo—; yo no debía mirar de este modo el harén de otro.» Mas pronto a aquel sabio, únicamente preocupado de su negocio, se le presentó otro pensamiento que le tranquilizó respecto a su deber: «Bien que haya visto, sin que ellas lo sospechasen, a todas las esposas de Ravana; nada bajo se ha presentado a mi corazón. El corazón es el motor de todos los sentidos, en las buenas y las malas acciones: luego el mío está bien colocado. Sin contar que no puedo proceder de otro modo en la busca de Vaidehí. En efecto, las mujeres es buscando entre las mujeres como se las descubre. A todo ser se le busca entre los de su especie. A nadie se le ocurriría buscar entre las gacelas a una esposa perdida. Es, pues, con el corazón puro como he inspeccionado el harén de Ravana; pero no he visto a Janakí.» Hijas de devas y de gandharvas, hijas de nagas, el poderoso Hanumat examinó sus rasgos, sin reconocer los de la hija de Janaka. No encontrándola entre la flor de aquellas mujeres a las que veía, el valeroso kapi salió y se alejó. El afortunado Maruti, redoblando sus esfuerzos, dejó la sala del banquete y se puso a buscar a Sitá por todas partes.

## SARGA XII

### HANUMAT CAE EN EL DESALIENTO

Hanumat, tras haberse introducido en el corazón del palacio de Ravana, había explorado la cuna de verdura, los miradores, las alcobas, todo impaciente por encontrar a Sitá, sin poder descubrir a aquella mujer del adorable aspecto. Enton-

ces, el gran kapi, no advirtiendo a la bienamada del descendiente de Ragbú, se echó a pensar: «Seguramente Sitá no existe ya, puesto que, pese a mis investigaciones, no consigo dar con ella, la perla de Mithila. Esta joven y virtuosa mujer, preocupada ante todo de guardar su honor, habrá sido muerta por el perverso príncipe de los rakshasas, al verla permanecer firme en el noble sendero del deber. O bien, en presencia de otras esposas del rey de los rakshasas, deformes, horrorosas, de tez mate, de cara enorme, el talle monstruoso y contrahecho, la hija del rey Janaka se habrá muerto de espanto. Puesto que no he visto a Sitá, y puesto que he gastado inútilmente mi valentía, más el tiempo considerable pasado con los vanaras, no puedo volver junto a Sugriva; es un muy estricto justiciero ese mono poderoso. He visitado el gineceo todo, he visto a las mujeres del Rakshasa; la dulce Sitá no se me ha aparecido por parte alguna; me he fatigado inútilmente. Además, los vanaras reunidos me preguntarán a mi vuelta: «Has ido allí, valiente Hanumat; ¿y qué has hecho? Cuéntanoslo.» ¿Y qué podré responder yo, que no he visto a la hija de Janaka? En verdad, que tras esta pérdida excesiva de tiempo no me queda sino practicar el ayuno supremo. Sí, porque, ¿qué me dirá el anciano Jambavat, así como Angada y todos los vanaras, tras saber que he atravesado en vano el Océano? La perseverancia es la raíz del triunfo; la perseverancia es la suprema dicha. Voy a explorar los lugares que me quedan por explorar. La perseverancia aseguró siempre el éxito de todas las empresas. Lo que hace fructuoso el trabajo del hombre es ella. Voy, pues, a hacer un repetido y supremo esfuerzo. Recorreré las regiones aún inexploradas del dominio de Ravana. Las salas del banquete, los cenadores floridos, los departamentos policromos, las cámaras de juego, necesito, sí, inspeccionar todo esto a fondo, así como los senderos que atraviesan los bosquecillos, y hasta los carros.» Resuelto a ello, volvió a empezar sus pesquisas con ardor.

Grutas, templos, pisos superiores, todo lo recorrió. Subió, bajó, fue, vino, volvió de nuevo por todas partes, abriendo las puertas, sacudiendo las ventanas, entrando, saliendo, procediendo a saltos y a botes. Todo fue explorado por el gran kapi; no hubo espacio de cuatro dedos solamente, en el harén de Ravana, por donde el mono olvidase de pasar. Galerías situadas en el interior del contrafuerte, terrazas dependientes de los caítías, grutas, estanques de lotos, todo fue visitado por él. Rakshasis de todas formas, feas, horrorosas, ofreciéronse a la vista de Hanumat, pero no la hija de Janaka. De una be-

lleza incomparable en el Mundo, las excelentes esposas de los vidyadharas, por otra parte, ofreciéronse a los ojos de Hanumat, pero no la bienamada de Raghava. Las hijas de los nagas, de bellas formas, de rostro brillante como la Luna en su plenitud, fueron vistas también por Hanumat, pero no la perla de Janaka. Las hijas de los devas arrebatadas por la fuerza por el brutal Indra de los rakshasas mostráronse a la contemplación de Hanumat, pero no la hija querida de Janaka.

Como no la encontraba entre las otras mujeres hermosas que veía, la desesperación se apoderó del héroe nacido de Maruta. Viendo que las fatigas de la flor de los vanaras y que su travesía del mar eran inútiles, el hijo de Anila volvió a caer en sus perplejidades. Dejando entonces el palacio, Hanumat, nacido de Maruta, volvió a su angustiosa preocupación; el dolor anonadaba su alma.

## SARGA XIII

### PERPLEJIDAD DE HANUMAT

Del palacio lanzóse a la fortificación el jefe de los haris, el ágil Hanumat, semejante al relámpago en el seno de la nube. El mono Hanumat, habiendo recorrido las habitaciones de Ravana sin haber encontrado a Sitá, hija de Janaka, se dijo: «Varias veces he explorado Lanká en busca del objeto de las afeciones de Rama, y no he podido descubrir a la hija del Videha, Sitá, la del cuerpo perfectamente hermoso. Pantanos, estanques, lagos, ríos, linderos de los bosques, montañas inaccesibles, todo lo he explorado repetidas veces sin ver a la hija de Janaka. Sampati, el rey de los buitres, afirmó que Sitá estaba en el palacio de Ravana. Yo no la veo. ¿Qué ocurre, pues? Sitá, la hija del Videha, Maithilí, nacida de Janaka, ¿está realmente junto a Ravana, que la ha arrebatado a pesar suyo, por la fuerza? En su huida precipitada, pienso esto, el rakshasa raptador, que temía las flechas de Rama, ¿no la habrá dejado caer de sus brazos? O quizá, sintiéndose elevada por los aires frecuentados por los siddhas, el corazón de la princesa, ¿no habrá estallado a la vista del Océano? A menos que en la extremada premura de Ravana, que la estrechaba entre sus brazos, la noble mujer de anchos ojos no haya perdido la vida. Quizá también, mientras Ravana lanzábase por sobre el mar, debatiéndose, la hija de Janaka tal vez haya caído en



las olas. O aún, ¡ay!, mientras lejos de su marido defendía su honor, el miserable Ravana, ¿no habrá devorado a la venerable Sitá? O tal vez han sido las inmundas esposas del Indra de los rakshasas las que han hecho su pasto de esta dama sin tacha, de los ojos negros. O, última hipótesis, relegada en el fondo del palacio de Ravana, la joven mujer lamentase sin cesar, como corneja en jaula.

«Nacida de la sangre de Janaka, la esposa de Rama, la del tallo elegante, la de ojos como hojas de utpala, ¿cómo podría obedecer a un Ravana? Que esté destruida, perdida o muerta la hija de Janaka, yo no puedo resolverme a hablar de ello a Rama, su tierno marido. Decírselo, no estaría bien; pero es que tampoco está bien el ocultárselo. ¿Qué hacer? Estoy perplejo. En tal coyuntura, ¿qué conducta seguir?»

Hanumat cada vez estaba más lleno de dudas: «Si vuelvo a la ciudad del Indra de los vanaras sin haber visto a Sitá, ¿para qué habrá servido mi audacia? Mi travesía del Océano será inútil, así como mi entrada en Lanká y mi inspección de los rakshasas. ¿Qué me dirán Sugriva, los haris todos reunidos, o cuando vaya a Kishkindhá, los dos hijos de Dasaratha? Si abordo a Kakutstha con esta fatal noticia: No he visto a Sitá; ¡morirá! Esta cruel, terrible, desgarrante, bárbara, dolorosa y funesta palabra concerniente a Sitá, cuando la oiga ya no podrá vivir. Ahora bien, al contemplar a este infortunado, cuyo manás haya entrado en los cinco elementos, el muy afectuoso y sabio Lakshmana no sobrevivirá tampoco. Cuando sepa que ha perdido a sus dos hermanos, Bharata sucumbirá también, y, viendo perecer a Bharata, Satruña expirará a su vez. A la vista de sus hijos difuntos, cesarán de existir sus madres, Kausalyá, Sumitrá y Kaikeyí, sin duda alguna. Su reconocido y fiel aliado Sugriva, rey de los plavagas, en presencia de la suerte de Rama, dejará él también la vida. La triste, la infortunada, la desgraciada y venerable Rumá, extraviada, triturada por el exceso de dolor, perecerá. Ya inconsolable por la muerte de Vali, agotada por la angustia, la reina Tará entrará en los cinco elementos, ella también, incapaz ya de vivir. La pérdida de su madre y de su padre y la desgracia de Sugriva conducirán al joven Angada a la tumba. Abruñados por la desaparición de su jefe, los habitantes de los bosques se magullarán la cabeza con sus manos y sus puños. Seducidos por la dulzura, las liberalidades, el fasto del glorioso príncipe de los kapis, los vanaras renunciarán a sobrevivirle. En los bosques, entre las rocas o las cavernas, en adelante los elefantes de los kapis no se reunirán ya más para

gozar con sus diversiones, sino que, con sus hijos, sus mujeres y sus servidores, desesperados de la pérdida de su amo, desde lo alto de las rocas arrojaránse a la llanura o a los precipicios. El suicidio mediante el veneno, la cuerda, el fuego, el hambre, las armas: tal será la suerte de los vanaras. Una gran calamidad, estoy cierto, seguirá a mi vuelta: la destrucción de la raza de Ikshvaku y la de los habitantes de los bosques. No, en verdad, yo no volveré a la ciudad de Kishkindhá; no, yo no puedo volver a ver a Sugriva sin Maithilí.

»Si no me voy y aquí me quedo, los dos virtuosos guerreros, los del gran carro, sostenidos por la esperanza, soportarán la existencia, así como los bravos vanaras. Yo viviré de lo que me caiga en suerte o en la boca; de privaciones, de raíces silvestres, retirado en el bosque, puesto que no he descubierto a la hija de Janaka. Al borde del mar, en un sitio abundante en raíces, en frutas y en agua, me construiré una hoguera y entraré en las llamas del brasero. O bien me dejaré morir de hambre y ofreceré sin falta mi cuerpo descarnado como pasto a los pájaros y a los animales de presa. Es la muerte que miran cara a cara los rishis, si no me equivoco. Me arrojaré ciertamente al agua si no encuentro a Janakí. Mi brillante guirnalda de gloria, tan noblemente trenzada, tan bella, rota quedará por mucho tiempo si no encuentro a Sitá. O me haré asceta, penitente, viviendo de raíces de árboles; pero no volveré allí sin haber visto a esa mujer de la límpida mirada. Pues si me voy sin haberme acercado a Sitá, Angada, lo mismo que todos los demás vanaras, no podrá subsistir. En la destrucción hay muchos males; pero viviendo se llega al triunfo. Por consiguiente, guardaré mis soplos vitales; si vivo, seguramente la reunión tendrá lugar.»

Mientras daba vueltas en su alma a estos múltiples y dulcisos pensamientos, el elefante de los kapis acabó por no dejarse caer en un exceso de abatimiento. Al contrario, recordando de pronto su valentía, el bravo elefante de los kapis se dijo: «Mataré a Ravana, el poderoso Dasagriva; será el desquite por el rapto de Sitá. O más bien le arrastraré más allá, lejos, por encima del Océano y se lo llevaré a Rama, como una víctima perteneciente al rebaño de Pasupati.»

Tales eran los designios que, desolado por no haber encontrado a Sitá, el mono meditaba en su espíritu. «Hasta que vea a Sitá, la gloriosa esposa de Rama, no cesaré de explorar la ciudad de Lanká en todos sentidos. Si, de acuerdo con las palabras de Sampati, traigo aquí a Rama, el Raghava, al no ver a su esposa, consumirá con el fuego de su cólera a todos

los vanaras. En este país viviré de abstinencia, los sentidos domados, por miedo a que por mi culpa perezcan todos los hombres y todos los monos. He aquí un vasto bosque de asokas, los de alto tallo; voy a ir a él; aún no lo he explorado. Los vasus, los rudras, los aditias, los dos Asvins y los maruts, tras haberles rendido homenaje, me iré a aumentar el tormento de los rakshasas. Venceré a los rakshasas; luego, la divina Sitá, gozo de la raza de Ikshvaku, se la entregaré a Rama, cual la perfección es entregada a un asceta.»

Entonces, como bajo una inspiración súbita, el espíritu abismado en sus reflexiones, el valeroso Hanumat, nacido de Maruta, se levantó y dijo: «¡Homenaje a Rama, acompañado de Lakshmana y a esta divina hija de Janaka! ¡Homenaje a Rudra, Indra, Yama, Anila; homenaje a Candra, Añi y a las tropas de los maruts!» Tras haber honrado a las divinidades citadas de este modo, así como a Sugriva, Maruti, interrogando a todos los puntos cardinales, se dirigió hacia el bosquecillo de asokas. Transportándose primeramente con el pensamiento a aquel magnífico sotillo, el vanara, hijo de Maruta, reflexionó en las consecuencias y se dijo: «Una multitud de rakshasas vendrán a este sotillo espeso, a este bosque sagrado de asokas santificado de punta a cabo. Guardianes especiales protegen sus árboles. El venturosísimo Visvatmán mismo no alienta allí muy fuerte. Mi cuerpo le he empequeñecido cuando ha hecho falta en favor de Rama y también de Ravana. ¡Que me indiquen el medio de triunfar ahora, todos los devas escoltados de las tropas de rishis! ¡Brahma Svayambú, el Bienaventurado, los devas y lo mismo los asuras, que me indiquen el medio de triunfar, así como Añi, Vayú y el dios que tan frecuentemente es invocado, el que lleva el rayo! ¡Que Varuna, que el dios que tiene la red en la mano, que Soma y Aditi, que los dos Asvins magnánimos, que todos los maruts, que todos los bhutas y el amo de los bhutas me procuren el éxito, así como los otros seres desconocidos que se encuentran en mi camino! ¿Cuándo veré ese noble rostro de hermosa nariz, dientes blancos, irreprochable, de dulce sonrisa, ojos anchos como hojas de loto, tez resplandeciente como el brillante rey de las estrellas? ¿Cuándo? Pero ¿cuándo? El perverso, el miserable, el que perjudica a los hombres y oculta su crueldad bajo un disfraz seductor, la débil y virtuosa mujer a la que oprime brutalmente, ¿cómo podría ofrecerse hoy a mi vista?»

## SARGA XIV

## EL BOSQUECILLO DE ASOKAS

Como mediante una inspiración súbita, el poderoso Hanumat, uniéndose a Sitá con el pensamiento, habíase lanzado desde arriba sobre el muro de cintura. Temblando de gozo con todos sus miembros, el gran kapi, de pie sobre aquel muro, advirtió (era el principio de la primavera) árboles de todas clases con las copas florecidas: salas, asokas, bhavyas, campakas en plena floración, uddalakas, nagavrikshas, mangos, kapi mukhas, mezclados a sotillos de amras y entrelazados por centenares de lianas. Semejante a un dardo nacarado salido del arco de Rama, saltó en medio del bosque. Habiendo entrado así en aquel maravilloso bosquecillo, retumbante a causa del canto de los pájaros y enteramente plantado de árboles, color de plata y de oro, encantador con sus tropeles de pájaros y de gacelas y sus árboles de esencias variadas, el valeroso Hanumat admiró su aspecto, que asemejábase al del Sol levante. Cubierto de árboles de toda especie, cargados de flores y frutas, era frecuentado por kokilas y bringarajas ebrios de placeres, por animales en perpetua alegría, por gacelas y volátiles amorosos; pavos reales enloquecidos, que le llenaban con sus gritos, y bandadas de pájaros de todas clases. Sin dejar de buscar a la princesa de las hermosas caderas, sin defecto, el vanara despertaba a los pájaros profundamente dormidos. Sacudidos por el viento de las alas de aquellas bandadas que huían, los árboles hicieron llover chaparrones de flores de tintes múltiples y de especies variadas.

Cubierto por ellas, Hanumat, nacido de Maruta, resplandecía en el seno del bosque de asokas, cual una montaña de flores. Al ver al kapi que corría en todas direcciones, saltando de rama en rama, todos los seres pensaron: «Es la primavera.» Cubierta de flores de todas clases, caídas de los árboles, la tierra brillaba como una amante cargada de adornos. De los árboles, fuertemente sacudidos por los botes del impetuoso kapi, desparramóse una lluvia de flores de tonos diversos. Aquellos árboles de cimas despojadas de sus hojas, privados de sus flores y de sus frutos, parecían jugadores infortunados a los que les habían quitado trajes y adornos. Trastornados por los impulsos de Hanumat, aquellos excelentes árboles frutales dejaban caer al punto flores, hojas y frutos. Abandonados por las bandadas de pájaros, aquellos árboles, que no les

ofrecían ya sino ramas desnudas como asilo, tornáronse todos incapaces de abrigarles en adelante, a causa de las sacudidas de Maruta. Cual una joven mujer desgredada, sus afeites borrados, el brillo de sus dientes y de sus labios empañado, desgarrada con uñas y dientes; así, destrozado a coletazos, a puñetazos y patadas, mostrábase el bosquecillo de asokas con sus árboles rotos. Los haces de las grandes lianas, en su presura, el kapi los rompía como durante la estación de las lluvias, con su impetuosidad. Maruta dispersa los grupos de nubes. Sin dejar de correr, el mono advirtió encantadores montones de joyas de plata y también de oro, así como vastos estanques de variado aspecto, llenos de un agua deliciosa, provistos aquí y allá de escaleras de piedras preciosas de gran valor, con perlas y corales como arena. El fondo estaba solado con cristal y los bordes plantados de árboles de oro kancana, que proyectaban un brillo maravilloso. Aquellos lagos estaban sembrados de grupos de padmas y de utpatas; los cakravakas los embellecían con su presencia; resonaban con el grito de las natyuhas; hamsas y saras se dejaban oír allí. Grandes y hermosos ríos, bordeados de árboles, venían de todas partes a alimentarlos con sus aguas semejantes al amrita. Estaban festoneados por centenares de lianas, cubiertos de santanas en flor; sus aguas desaparecían bajo matorrales de todas clases: adelfas tapizaban su interior.

En aquel momento una montaña, brillante como una nube, de cima elevada, de crestas maravillosas que la coronaban por todas partes, cubierta de casas de piedra, plantada de toda suerte de árboles, ofrecióse a los ojos del tigre de los kapis; era una maravilla del Mundo. El mono vio un río que bajaba de aquel monte, semejante a una novia que se deja caer arrancándose del seno de su novio. Árboles cuyas cimas caían sobre el agua le embellecían. Hubiérase dicho una mujer enfurecida en medio de los parientes de su bienamado. Luego el gran kapi la veía desenrollar sus olas de nuevo, semejante a la amante calmada que se junta otra vez con su amado. No lejos de aquel monte, estanques de lotos, poblados de pájaros de todas clases, reunidos en grupos, atrajeron las miradas del tigre de los kapis, Hanumat, hijo de Maruta. Notó también un gran estanque artificial lleno de agua fresca, con soberbias escaleras de piedras preciosas, y en vez de arena, perlas, maravilloso con sus numerosos tropes de antílopes, sus bosques encantadores, y los palacios inmensos que había construido Visvakarmán. Bosquecillos ficticios le adornaban por todas partes. No se veían sino árboles cargados de flores y frutas. Eran umbrosos;

todos provistos de plataformas y de bancos de oro. Numerosos retoños de plantas trepadoras y gran cantidad de hojas recubrían aquel estanque. El gran mono advirtió, aislado, a un árbol simsapa en oro kancana, rodeado por todas partes por bancos de oro hema. Inspeccionó los diversos terrenos, las plantas y los arroyos. Notó árboles en oro fino, sin rival, semejantes a fuegos. El brillo de aquellos árboles, que igualaban al del Merú, hizo pensar al grande y valeroso kapi que él mismo se había vuelto también todo de oro. Aquellas hileras de árboles en oro kancana, agitados por Maruta, daban un sonido semejante al de centenares de gongos. Hanumat, maravillado, viendo sus copas descogidas, su hermosura, sus botones y sus nuevos brotes, trepó ligeramente por el espeso simsapa.

«Desde aquí veré a Vaidehí, que suspira por la presencia de Rama y que yerra de aquí allá, de casualidad, lamentándose la infortunada! Este bosquillo de asokas seguramente pertenece al malvado Ravana, deliciosamente adornado de candanas, de campakas y de bakúlas, así como ese gracioso estanque de lotos, que frecuentan las bandadas de los Dos-veces-nacidos. La princesa, hija de Janaka, va a venir aquí ahora. Aunque privada de Rama, el Raghava, del que siempre es amada, como tiene la costumbre de pasearse por los bosques, seguro que viene aquí la hija de Janaka. En verdad, esa mujer de ojos de joven gacela, habituada a este bosque, vendrá a él hoy, atormentada por el pensar tanto en Rama. Abrumada por el sentimiento de Rama, esta diosa de los hermosos ojos, que se complace permaneciendo en los bosques, vendrá seguramente a pasearse por éste. Los seres silvestres, ámalos siempre hoy como antaño, la asceta querida de Rama, la virtuosa hija de Janaka. Preocupada por cumplir sus deberes al crepúsculo, la joven hija de Janaka, la de maravillosa tez, vendrá ciertamente, con este objeto, al río de límpidas ondas. La hermosura de este bosquillo encantador de asokas es digna de la encantadora Sitá, la estimable esposa del Indra de los reyes, Rama. Si vive aún, esta diosa de la cara brillante como la del jefe de las constelaciones, bajará necesariamente a este río de aguas frescas.»

Así trotaba la imaginación del magnánimo Hanumat, mientras acechaba a la esposa del Indra de los hombres. Su vista extendiase por todo el bosque desde lo alto del Sinsapá en flor, entre el espeso follaje del cual estaba agazapado.

## SARGA XV

## HANUMAT VE A SITÁ

Desde lo alto de su observatorio, desde el cual trataba de ver a Maithilí, Hanumat exploraba con la mirada la comarca entera. Árboles entrelazados de brotes y lianas la llenaban; rica en aromas y en jugos divinos, ofrecía toda clase de hermosuras. Con el esplendor de Nandana, estaba poblada de fieras y de volátiles; palacios y templos apretujábanse en ella; bandadas de kokilas dejábanse oír. Utpalas y padmas en oro kancana, estanques de lotos la servían de decorado; había allí asientos y tapices numerosos y muchas casas de tierra. Gracias a los árboles encantadores, cargados en toda estación de flores y de frutos, tenía el aspecto de los asokas descogidos al aparecer el Sol levante.

Desde lo alto de su observatorio, Maruti no dejaba de mirar aquel bosque deslumbrador cuyo follaje desaparecía, en cierto modo, detrás de los pájaros que cubrían el ramaje. Los asokas doblábanse a centenares bajo el peso de sus encantadoras coronas de flores, y parecían enflorados hasta la raíz; contemplarlos quitaba las penas. Bajo el peso excesivo de su floración, casi tocaban el suelo. Los garnikaras estaban también en flor y los kimsukas plenamente descogidos. Aquella región, gracias al esplendor de tales árboles, parecía llena de fuego por todas partes. Umnagas, saptaparnas, campakas, udalakas, de enormes raíces, en plena floración, brillaban numerosos, unos como el oro satakumbha, otros como penachos de llamas; allí había a millares asokas relucientes como el negro colirio. Hubiérase dicho el Nandana, aquel paraíso de los vibudhas, o el encantador Caitraratha. Les era incluso superior, en cierto modo, aquella mansión inimaginable, divina, maravillosamente bella. Parecía un segundo firmamento, sembrado de flores, a guisa de constelaciones, o un quinto océano, colmado de flores a modo de perlas. Estaba plantado de árboles, floridos en toda estación, que exhalaban dulces aromas. Paraíso encantador en el que resonaban los gritos variados de los tropeles de cuadrúpedos y de pájaros, de donde escapaban olores múltiples y suaves, jardín de delicias, el igual al Indra de los montes, rico en perfumes; era un segundo Gandhamadana.

Pues en aquel bosque de asokas el toro de los vanaras notó, no lejos, en su medio, un templo y un palacio espléndidos,

sostenidos por mil columnas, blancos como el Kailasa, con escaleras de coral, terrazas de oro pasado por el crisol, deslumbrando los ojos, por decirlo así, y como centelleantes de esplendor, sin defecto y de tal altura que parecían lamer el cielo. En aquel momento vio una mujer, los vestidos manchados, rodeada de rakshasís, adelgazada por el ayuno, triste, lanzando frecuentes suspiros, inmaculada como el disco de la Luna en su primer cuarto, resplandeciente, con un resplandor que irradiaba más que débilmente; hubiérase dicho la llama de un brasero oculto bajo un velo de humo. Envuelta en un único y soberbio vestido de seda amarillo, todo arrugado, cubierto de barro, despojado de adornos, era cual un estanque de lotos privado de sus flores. Afligida, abrumada por el infortunio, atormentada, desdichada: comparable a Rohini cuando el planetá que parece un tizón la persigue; el rostro bañado en llanto, miserable, extenuada por las privaciones, abismada en su dolor, aquella infortunada, de la cual el sufrimiento era el último asilo, no viendo más al que amaba y no advirtiendo sino a la gente rakshasí; cual una gacela alejada de sus compañeras y rodeada de una jauría de perros; con su única trenza, semejante a una serpiente negra, que le caía por la espalda, era comparable a una tierra cubierta por una sombría avenida de árboles bajo un cielo sin nubes.

Aquella mujer de grandes ojos, digna de ser feliz y hundida en el infortunio, sin experiencia del mal hasta entonces, toda cubierta de barro, enflaquecida, al verla, Hanumat conjeturó que era Sitá con motivos plausibles: «La princesa arrebatada por ese rakshasa que cambia de forma a voluntad debe ser bella como esta mujer que veo», se dijo. El rostro de la mujer que veía brillaba como la Luna en su plenitud; tenía hermosas cejas, senos graciosamente moldeados. Disipaba con su brillo divino las tinieblas de todas las regiones; tenía el cuello azul, labios de bimba, el talle elegante, un porte majestuoso. Sitá tenía también, se dijo, los ojos anchos como hojas de loto, igualaba en hermosura a Rati, la esposa de Manmatha. Amada de todos, era hermosa como la Luna llena. El cuerpo perfecto de la que contemplaba descansaba en tierra, cual una penitente dada al ascetismo. Aquella joven mujer lanzaba frecuentes suspiros, semejante a la hembra del Indra de las serpientes. Envuelta completamente en una vasta red de dolores, ya no irradiaba luz, cual, bajo un velo de humo, la llama de un brasero. Semejante a una Smriti consumida por la duda, cual una soberana caída, cual la fe extinguida, la esperanza destronada, cual una perfección detenida por un obs-



táculo, una inteligencia entenebrecida, parecía una gloria oscurecida por una acusación sin fundamento.

Turbada por la ausencia de Rama, atormentada por aquella nube de rakshasis, en su debilidad, dejaba vagar por todas partes sus ojos de gacela joven. Las lágrimas inundaban su rostro; aquel rostro con los arcos de las cejas y las pestañas negras; los rasgos alterados, la pobre suspiraba y suspiraba aún. Cubierta de manchas, la infortunada que merecía todas las joyas no tenía ya ninguna, cual la claridad del rey de los astros velada por sombrías nubes.

El espíritu de Hanumat permaneció perplejo al ver a Sitá, lo mismo que el que no conoce el yoga, ante un texto dudoso. Reconoció con pena a Sitá despojada de sus adornos y semejante a un vocablo que, en ausencia de interpretación, se le atribuye un sentido extraño. A la vista de aquella princesa de los grandes ojos, irreprochable, conjeturó que era Sitá, apoyándose en varios signos característicos. Las numerosas joyas que adornaban los miembros de Vaidehí para realzar su hermosura, las veía tales como Rama se los había descrito: «Dos pendientes artísticamente hechos, dos svadamshtas bien dispuestos, en las manos perlas y corales maravillosos; estas joyas, bien que ennegrecidas por un largo uso, su naturalceza me hace creer que son aquellas de las que me hablaba Rama. Los adornos que Sitá dejó caer en el camino no puedo verlos, pero los que ha conservado, helos ahí sin duda alguna. El rico manto de seda, reluciente como láminas de oro kanaka, del que se despojó, fue descubierto por los plavamgamas enganchado a un árbol. Sus principales, sus grandes joyas, que dejó caer ruidosamente, fueron encontradas en el suelo. El vestido que lleva hace tanto tiempo está muy usado; no obstante, su color permanece intacto; brilla tanto como su manto. Esta mujer de tez semejante al oro kanaka es la esposa bienamada de Rama; aunque alejada de él, presente está siempre en su pensamiento.

«He ahí la mujer por quien Rama está actualmente atormentado de cuatro modos: por la piedad, por la benevolencia, por la pena y por el amor. «¡Mujer infortunada!», exclama lleno de piedad. «¡Ella, de quien yo era el apoyo!», suspira llevado de su benevolencia. «¡Esposa querida, que he perdido!», gime lleno de pena. «¡Oh mi bienamada!», llora lleno de amor. A la hermosura de esta diosa de miembros y articulaciones bien conformados, responde la hermosura de Rama, y a la hermosura de Rama, la de la mujer de los ojos negros. El manás de esta diosa se ha detenido sobre él, y el suyo sobre

ella, de tal modo que Sitá y el magnánimo Rama no podrían vivir un solo instante sin pensar el uno en el otro. Imposible parece que el señor Rama, privado de su esposa, soporte la existencia y no se deje morir de pena.»

A la vista de Sitá, el hijo de Pavana se alegró. Su pensamiento le llevó hacia el señor Rama, que dentro de sí felicitó, así como a ella.

## S A R G A X V I

### REFLESIONES DE HANUMAT AL VER A SITÁ

Luego de haber felicitado en su alma a Sitá, tan digna de elogios, así como a Rama, el de las cualidades amables, el toro de los haris cayó en una perplejidad muy grande. Una reflexión súbita le llenó los ojos de lágrimas; viendo a Sitá, el sabio Hanumat exhaló su dolor. Si, a pesar de la veneración de Lakshmana, formado por sus gurús, y del amor de su marido, Sitá es alcanzada por la desgracia, es que el Destino es ineluctable. Instruida de los propósitos de Rama y del sabio Lakshmana, la divina mujer no se turba en exceso, cual el Gangá a la llegada de una nuhe. De carácter, de edad y de costumbres idénticas, de nobleza y de distinción iguales, Raghava es digno de Vaidehi, y Vaidehi, la de los ojos negros, digna es de él.

Cuando advirtió a Sitá brillante como el oro nuevo, semejante a Sri, amada por los mundos, Hanumat transportóse con el pensamiento cerca de Rama y se dijo: «A causa de esta mujer de grandes ojos negros el poderoso Vali ha sido muerto, Kabandha, el igual de Ravana en vigor, derribado. El rakshasa Viradha ha sucumbido en lucha, a pesar de su temible fuerza, en medio del bosque, bajo los golpes del valeroso Rama, como Sambara bajo los golpes de Mahendra. Catorce mil rakshasas, los de las formidables hazañas, han sido atravesados en el Janasthana por sus dardos, semejantes a penachos de fuego. Khara ha sido abatido por él en el campo de batalla; Trisiras, derribado, así como el poderoso Dushana, por el sabio Rama asimismo. El poder supremo de los vanaras, de difícil acceso, que poseía Vali, es, a causa de él, que Sugriva, célebre en los mundos, ha llegado a obtenerle. Sagara, el opulento señor de ríos y torrentes, yo le he franqueado, y esta ciudad la he explorado. Todo ello por esta mujer de los grandes ojos. Si Rama trastornase a causa de ella la Tierra, a quien

el Océano sirve de límite, y el Universo mismo, a mi juicio, no sería sino justicia. De un lado, el Imperio de los tres mundos; del otro, Sitá, nacida de Janaka; no, la posesión del triple Universo con todas sus partes no equivaldría a una parcela de Sitá. Tal es la hija de Janaka, de virtuoso natural, del magnánimo rey de Mithila, Sitá, enteramente adicta a su esposo. Hendiendo el suelo, surgió de un arrozal que desgarraba la reja del arado; estaba cubierta de un polvo brillante como el polen del loto. El rey de Dasaratha, lleno de bravura y de nobleza, que no retrocedió jamás en los combates, la gloriosa Sitá es la mayor de sus nueras. Esta esposa bienamada del leal y piadoso Rama, lleno de sabiduría, hela aquí en poder de las rakshasis. Renunciando a todos los placeres, cediendo a la fuerza de su amor conyugal, sin cuidarse de las privaciones que la esperaban, se hundió en un bosque solitario. Contentándose de frutas y raíces, de una abnegación sin igual hacia su marido, sentíase en el colmo de la felicidad en el bosque mismo, como en su palacio. Esta mujer de nobles miembros, semejantes al oro kanaka, de lenguaje siempre acompañado de sonrisas, sufre, la desgraciada, la suerte de los infortunados. Esta noble mujer, a la que Ravana atormenta, Raghava suspira por verla como el hombre sediento por el manantial. Volviendo a encontrarla, Raghava será de nuevo feliz, cual un rey caído del trono que recobra su Imperio. Privado de los placeres de Xama, lejos de su familia, Sitá soporta el vivir con la esperanza de volver a reunirse con Rama. No mira siquiera a las rakshasis, como tampoco a esos árboles cubiertos de flores y de frutas; el espíritu absorbido por un solo pensamiento, no ve sino a Rama. El esposo: he aquí para una mujer el adorno superior a todos los adornos. Sitá, en ausencia de Rama, bien que digna de brillar, no brilla. Es por heroísmo por lo que el señor Rama, separado de su esposa, soporta la existencia y no se deja abrumar por la desgracia. Esta mujer de la negra cabellera, de los ojos parecidos al satapatra, digna de ser dichosa, y, no obstante, desgraciada, al reconocerla, mi corazón se turba, sí, enteramente. Paciente como la Tierra, esta mujer de ojos de pushkara, a la que en otro tiempo protegían Raghava y Lakshmana, hela aquí ahora al pie de un árbol, bajo la custodia de rakshasis de horrible aspecto. Semejante a la flor del loto alcanzada por la escarcha, la hija de Janaka, su belleza marchitada, sucumbe a una sucesión ininterrumpida de males, cual la hembra del cakravaka, separada de su compañero, ha caído en un lamentable estado. Con sus ramos inclinados bajo el peso de las flores, los asokas no

hacen sino aumentar su dolor, así como el astro de fríos rayos que se levanta a finales de invierno, en vez del astro de los mil rayos.»

Tras haber reflexionado de este modo, el valeroso kapi, el venerable toro de los haris, habiendo adquirido la convicción de que era Sitá, se sentó al pie del simsapa.

## S A R G A X V I I

### RETRATO DE LAS RAKSHASÍS, GUARDIANAS DE SITÁ

Scmejante a un puñado de lotos kumudas, Candra se levantó imaculada en un cielo sin mancha al que atravesaba cual un cisne la onda azulada. Como para ayudarla con su luz, Candramas, el del puro resplandor, se acercó al hijo de Pavana con sus refrescantes rayos. Este advirtió a Sitá, cuyo rostro brillaba como la Luna en su plenitud; bajo el peso de su dolor, asemejábase a una barca demasiado cargada que zozobra. Deseoso de ver a Vaidehí, Hanumat, nacido de Maruta, advirtió de lejos a rakshasís de horrible aspecto; con un solo ojo, una sola oreja, o bien las orejas cubriéndolas el rostro, o sin orejas, o con ellas puntiagudas como dardos; la boca y la nariz sobre el cráneo, un busto colosal, un cuello delgado y largo, calvas o muy peludas, o teniendo lana en vez de cabellos; las orejas y la frente baja, el vientre y los senos colgantes, los labios lo mismo, sobre el mentón, y con ellos la boca toda, y las rodillas asimismo cayentes. Las había cortas, largas, jorobadas, torcidas, enanas, negras, con la boca de través, con los ojos rojos, los rostros horribles. Eran feas, rojas o negras, irascibles, querelladoras, armadas con venablos, con cuernos y con martillos de hierro enormes; con jeta de jabalí, con morros de antilope, de tigre, de búfalo, de cabra, de chacal, y pies de elefante, de camello, de caballo, o la cabeza hundida en el pecho. No tenían sino una mano, un pie, orejas de asno o de caballo, de vaca o de elefante, e incluso orejas de mono. Tenían una nariz gigantesca que producía silbidos animales, o carecían de nariz, o su nariz asemejábase a una trompa de elefante, o la tenían, así como la boca, en la frente. Tenían pies de elefante, grandes pies, pies de vaca, pies muy velludos, la cabeza y el cuello desmesurados, el pecho y el vientre monstruosos; la boca y los ojos desproporcionados, la lengua y el rostro enormes, una cabeza de cabra, de elefante, de vaca o de cerdo; rostros de caballo, de camello o de asno.

Aquellas rakshasis de tan formidable aspecto tenían chuzos y mazas en las manos; eran violentas y amigas de las disputas. Sus cabellos eran de un negro de hollín o color de humo; su cara, repugnante. En perpetua orgía, complacíanse en engullir sin cesar vinos y carnes. Los miembros regados de sangre, pues se hartaban de carnes y de sangre, el mejor de los kapis miraba a aquellas rakshasis cuyo aspecto hacía erizar los cabellos. Estaban sentadas en círculo cerca de un árbol de espeso ramaje, y al pie de este árbol estaba la divina e irreprochable princesa. El afortunado Hanumat veía a la hija de Janaka, privada de su esplendor, consumida por la pena, la cabellera manchada de polvo. Semejante a una estrella que, sus méritos agotados, hubiese caído sobre la Tierra, Sitá, célebre por su fidelidad conyugal, hallábase en la imposibilidad de reunirse con su esposo. Despojada de sus preciosas joyas, ella, que tenía el afecto de su marido como ornato, estaba cautiva del rey de los rakshasas, lejos de sus parientes. Cual la hembra de un elefante, separada del rebaño, y caída en las garras de un león; o bien, cual la claridad de la Luna, tras un aguacero, velada por las nubes otoñales.

Su hermosura ajada, asemejábase a una vallakí de la que no tocan jamás sus cuerdas, y ya fuera de uso; lejos de su esposo, aquella mujer respetable estaba, sin haberlo merecido, en poder de los rakshasas. En medio del bosque de asokas, abismada en un océano de dolor, entre las rakshasis que la rodeaban, hubiérase dicho Rohini con el astro Rahú dispuesto a devorarla. A Hanumat le pareció un arbusto sin flores. Los miembros manchados de polvo, ella, a quien su belleza natural servía de adorno, se la hubiera tomado por un tallo de loto cubierto de barro; había perdido su brillo. El kapi vio a la hermosa y joven mujer, la de los ojos parecidos a los de un pavo real o una gacela, ataviada con vestidos manchados, en desorden, aquella diosa, el rostro abatido, pero orgullosa de la gloria de su esposo, bajo la salvaguarda de su propia naturaleza, Sitá, la de los ojos negros, Hanumat la veía, los ojos semejantes a los de una gacela joven, asustada como un cervatillo de antilope, mirando a todas partes, consumiendo, por decirlo así, con sus suspiros a los árboles con sus botones, semejante a un montón de dolores, o a una ola que se levantase en un océano de infortunios.

Al ver a Maithili, la de los miembros débiles, pero bien proporcionados, hermosa, sin adornos, Maruti experimentó una alegría sin igual. Al contemplar su afortunado aspecto, Hanu-

mat, vertió lágrimas de felicidad, y dirigió sus homenajes a Raghava. Sus homenajes hechos a Rama y a Lakshmana, el valeroso Hanumat, gozoso al ver a Sitá, se ocultó.

## S A R G A X V I I I

## RAVANA VA AL BOSQUE DE ASOKAS

Mientras Hanumat exploraba de aquel modo aquel bosque de árboles en flor en busca de Vaidehí, la noche había casi enteramente transcurrido. Oyó a los sacerdotes rakshas, instruidos en el Veda y en los seis Angas, inmoladores de víctimas escogidas, recitar sus oraciones a la llegada del alba. Con sus joyeles de instrumentos de música, encantadores de escuchar, despertaron al poderoso Dasagriva, el de los grandes brazos. Al despertarse el opulento e imperioso Indra de los rakshasas, cubierto de adornos y de guirnaldas desatadas, pensó en Vaidehí. Fuertemente encaprichado de ella, borracho de amor y de vino, el rakshasa no podía contenerse en sí de pasión. Engalanado con toda clase de adornos y desplegando un fasto excesivo, entró en el bosquecillo de asokas. Aquel parque estaba plantado de árboles múltiples, cargados de flores y de frutas de todas clases; estaba rodeado de estanques de lotos, adornados con flores diversas, siempre alegrado por pájaros transportados de amor y de suprema belleza, poblado de lobos artificiales de todo género, de aspecto encantador. Dasagriva miraba los paseos, con arcos de piedras preciosas y oro, de aquel bosque, lleno de toda variedad de gacelas reunidas en tropes y de frutas caídas de los árboles que se entretocaban. Damas, en número de ciento, hijas de devas y de gandharvas, escoltaban en su marcha al descendiente de Pulastya, semejante a Mahendra. Unas llevaban lámparas de oro, mientras que otras tenían en las manos, a guisa de espantamoscas, colas de yaks o palmas. Esta llevaba ante él agua en jarras de oro, aquélla iba detrás llevando almohadones de bordes redondeados. Una de ellas, que estaba a su derecha, tenía en su mano diestra una brillante copa incrustada de joyas y llena de brebaje, otra seguía con un quitasol semejante a una rajahamasa (337), centelleante como la Luna en su plenitud, con el puño de oro fino.

Los párpados entorpecidos por el sueño y la borrachera, la flor de las mujeres de Ravana escoltaban a su amo poderoso,

como una serie de relámpagos a una nube. Agitaban sus brazaletes y sus collares de perlas; sus aceites habían desaparecido; la cabellera desatada, tenían el rostro lleno de sudor. Se bambolean aún un poco borrachas y bajo la acción del sueño, aquellas mujeres de brillante aspecto. Su transpiración había marchitado las flores con que iban adornadas. Tenían los cabellos llenos de los restos de sus guirnaldas. Acompañaban en su paseo al jefe de los nairritas, aquellas damas de mirar acariciador, llenas de orgullo, de amor y de afecto conyugal. Esclavo de su pasión, el poderoso esposo, el corazón prendado de Sitá, debilitado, marchaba con paso lento. En aquel momento el tintineo de los cinturones con campanillas y el ruido de los anillos de los pies de la flor de sus mujeres llegó a los oídos del kapi, la alegría de Maruta. El mono advirtió a Ravana, el de las hazañas sin rival, de fuerza y audacia imposible de imaginar, cuando llegaba a la entrada del bosque. Estaba iluminado por todos lados por numerosas lámparas a las que alimentaba un aceite odorífero, lámparas que sus esposas llevaban ante él. Borracho de amor, de orgullo y de vino, con grandes ojos de un rojo siniestro, hubiérase dicho Kandarpa mismo, sin su arco. Su manto, brillante como la espuma del amrita, cuando se le agita, sin polvo, magnífico con sus festones de flores, iba echado hacia atrás; un broche le retenía.

Hanumat, disimulado detrás de una espesa cortina de ramas muy llenas de hojas y de flores, le miró al pasar cerca del simsapa. Desde lo alto de su observatorio, el elefante de los kapis vio, brillantes de hermosura y de juventud, a las esposas preferidas de Ravana. Escoltado por aquellas encantadoras mujeres, el rey penetró, majestuoso, en el jardín de recreo que resonaba con los balidos de las gacelas y el canto de los pájaros. Borracho, engalanado con ricos adornos, las orejas puntiagudas como dardos, lleno de vigor, tal le pareció al mono el hijo de Visravas, el soberano de los rakshasas. Estaba rodeado de muy lindas mujeres, como Candramas lo está de estrellas. El muy glorioso y gran kapi le vio en toda su magnificencia. Es Ravana, el de los grandes brazos, pensó el vanara; antes estaba, en medio de la ciudad, en su suntuosa morada. El valeroso Hanumat, nacido de Maruta, había descendido de su árbol. Pese a su extremado valor, la fuerza de Ravana le intimidó; escondióse, agazapado, en otro nido de hojas y se hizo invisible. Ravana avanzó, impaciente por ver a la princesa de la negra cabellera, la de las bellas formas, la de senos que se juntaban, la de las negras pestañas.

## SARGA XIX

## DESOLACIÓN DE SITÁ

En aquel momento la princesa irreproachable, advirtió, brillante de hermosura y de juventud, adornado con los más ricos atavíos, a Ravana, el jefe de los rakshasas. Al verle, Vaidehi la de las hermosas caderas, tembló como la kadali que la brisa agita. Trayendo sus muslos hacia su vientre y sus brazos a su seno, cual para ocultarse, manteníase acurrucada y lloraba, la hermosa de los grandes ojos. Dasagriva contemplaba a Vaidehi, a quien tropes de rakshasis guardaban. La infortunada, sucumbiendo de dolor, parecía una barca tragada por el mar. Sentada sobre el suelo desnudo, Sitá, firme en su piedad, semejante a una rama separada del árbol y caída a tierra, los miembros cubiertos de joyas fangosas, ella, tan digna de estar adornada, no lo estaba. Cual un tallo de loto manchado de barro, bien que brillante, ya no brillaba. Transportábase junto al león de los reyes, Rama, lleno de sabiduría, mediante sus deseos, que arrastraban, en cierto modo, los corceles de su imaginación. Demacrada, sollozante, aislada de los suyos, era víctima de preocupaciones y disgustos, y sin alcanzar a ver el término de sus males, aquella encantadora princesa tan adicta a Rama. Agitábase, como la hembra del Indra de las serpientes, bajo la influencia de los encantamientos, y afligíase lo mismo que Rohini perseguida por el astro Dhumaketu. Cual una mujer salida de una raza honorable, virtuosa y santa, a la que la ceremonia nupcial coloca en una familia degradada, asemejábase a una gran nombradía perdida, a una fe deshonrada, a una inteligencia caída, a una esperanza destruida, a un porvenir arruinado, a un orden desconocido, a una región consumida en tiempos de la destrucción final, a un homenaje no aceptado por los dioses, a una noche de Luna llena, cuando el orbe lunar es invadido por las tinieblas, a un estanque de lotos devastado, a un ejército que ha perdido a sus bravos, a una luz oscurecida, a un río seco, a una vedi profanada, a una llama apagada, a un estanque de lotos privado de sus flores y lleno de pájaros sobrecogidos de espanto, turbado por la trompa de los elefantes, ensuciado.

Devorada por el sentimiento de su esposo, había enflaquecido y parecía un torrente cuyas aguas han escapado. Privada de su exquisita nitidez, hubiérase dicho la noche, durante la quincena negra. Aquella mujer joven y bella, de miembros



perfectamente proporcionados, habituada a palacios llenos de piedras preciosas, asemejábase a un tallo de loto recién arrancado y ya quemado por el calor. Cual, capturada y atada a una estaca, para servir de juguete, lejos del jefe del rebaño, se lamenta, abrumada por la tristeza, la hembra del rey de los elefantes. Su única y larga trenza la hacía brillar sin pena, como una sombría hilera de árboles, bajo un cielo exento de nubes, hace brillar la tierra. Torturada por el ayuno, la pena, las preocupaciones, el espanto, adelgaza, desolada, comiendo poco, rica en ascetismo; abrumada por la tristeza, haciendo el anjalí, semejante a una diosa, en su amor por Rama rogaba por la derrota de Dasagriva, al que miraba sollozando con sus grandes y hermosos ojos negros de graciosas pestañas. La irreprochable Maithilí, enteramente afecta a su esposo, Ravana la deseaba para su pérdida.

## SARGA XX

### RAVANA SUPLICA A SITÁ QUE SE CASE CON ÉL

Sitá, rodeada de aquel modo de rakshasis, triste, sin alegría, entregada al ascetismo, Ravana, la abordó con gestos y lenguaje melosos: «Ante mí, ¡oh tú, que tienes los muslos semejantes a trompas de elefante!, ocultas tu seno y tu abdomen, como si, en tu espanto, tratases de hacerte invisible. Te amo, princesa (*Kamaya tvaṇ devī*), mujer de los grandes ojos; llénate de atenciones hacia mí, bienamada, tú, cuyos miembros todos, encantadores, maravillan a los mundos. Aquí no hay ya hombre alguno ni rakshasas que cambien de forma a su voluntad. Echa lejos de ti, ¡oh Sitá!, el miedo que te he inspirado. Fue siempre derecho especial e incontestado de los rakshasas, ¡oh mujer temerosa!, el unirse a mujeres de otro, arrebatándolas de grado o por fuerza. Puesto que eres así, sin afecto hacia mí, no te tocaré, ¡oh Maithilí! No obstante, que tu amor responda, según mi desecho, ¡al amor que hay en mí!

«¡Oh diosa!, no temas nada de mí; tranquilízate, ¡oh bienamada! Concédeme una verdadera afección, no te consumas de este modo víctima de la pena. No lucir sino una trenza, acostarte en el suelo, estar angustiada, llevar vestidos sucios, ayudar a destiempo; no, esto no te sienta. Guirnaldas, esencias de sándalo y álces de todas clases, trajes múltiples y adornos celestiales, brebajes, lechos y asientos preciosos, cantos, dan-

zas, instrumentos de música: goza de todo esto en mi compañía, ¡oh Maithilí! Tú eres la perla de las mujeres; no sigas de este modo; adorna tus miembros con joyas. Tras haberte casado conmigo, ¿qué no merecerás, mujer de hermoso cuerpo? Tú atrayente juventud va a pasar; y lo que ha pasado no vuelve; es como el agua de los torrentes. Tras haberte formado, descansó, estoy cierto de ello, el autor de la belleza, mujer de maravilloso aspecto, ¿Quién, tras haberte encontrado, ¡oh Vaidehí resplandeciente de gracia y de juventud!, podría no hacer caso de ti? Ni siquiera el Abuelo. Sea cual sea el miembro de los tuyos que yo vea, ¡oh tú, cuyo rostro asemejase al astro de los fríos rayos!, mis ojos permanecen pegados a él, mujer de las amplias formas. Sé mi esposa, ¡oh Maithilí! Destierra esa locura, y tórnate la reina de mis numerosas y bellas mujeres. Los tesoros que he conquistado en los mundos te los doy todos, temerosa mujer, así como mi reino. Tras de haber subyugado a la Tierra entera con las diversas ciudades que la enguinaldan, se las entregaré a Janaka, a causa de ti, amor mío. No conozco en el Mundo a alguien que pueda resistirme. Mira mi fuerza, inmensa, irresistible en el combate. Más de una vez, en el campo de batalla, donde deshacía sus filas, súras y asuras, sus estandartes rotos, se sintieron incapaces de mantenerse ante mis tropas. Ríndete a mi deseo, y que al punto te den trajes y adornos espléndidos; que los más brillantes atavíos adornen tu persona. Noto con placer que tu hermosura va muy bien a los adornos. Déjate, pues, vestir cual te corresponde, siquiera por deferencia hacia mí, princesa de rostro encantador. Usa de los placeres a tu guisa; bebe, ¡oh temerosa!, y alégrate. A voluntad distribuye tierras y tesoros. Vive en la alegría y confiada en mi apoyo, ejerce autoridad absoluta. Por mi favor, que los tuyos compartan tu felicidad. Mi prosperidad, mi gloria, contéplalas, ¡oh mujer feliz y venerada! ¿Qué harías tú con Rama, ¡oh afortunada!, el que se reviste de corteza de árbol? Rama, despojado de su Imperio, su poder desaparecido, retirado al bosque, practicando el ascetismo, con la tierra desnuda por lecho, vive en la angustia, o, mejor aún, no vive. En verdad, no, ¡oh Vaidehí! Rama no es capaz de volverte a encontrar, tú que te asemejas a un astro velado por negras nubes, precedidas de balakás (338). No podría tampoco arrancarte de mis manos Ragha-va como Hiranyakasipú no pudo recuperar a Kirti, caída en poder de Indra.

•Mujer de la dulce sonrisa, la de los hermosos dientes, la de los bellos ojos, llena de encantos, tú arrebatas mi corazón,

¡oh querida!, cual Suparna se lleva a la serpiente. A despecho de las manchas de tu vestido de seda, y bien que estés desprovista de alhajas, tu persona, tan sólo viéndola, ya no encuentro atractivo alguno entre mis otras esposas. Las mujeres de mi harén, dotadas de cualidades de todo género, tal cual son y con todo lo que son, sé su dueña, ¡oh Janakí! Mis esposas, ¡oh princesa de negra cabellera!, esas mujeres, las más perfectas de los tres mundos, serán tus sirvientas como las apsaras, las de Sri. Las joyas más preciosas, los tesoros de Vaisravana, así como los mundos, princesa de las bellas formas, goza conmigo de todo ello a discreción. Rama, ni por la energía, ¡oh diosa!, ni por la fuerza, ni por sus hazañas, ni por sus riquezas, me es igual, como tampoco por la magnificencia o la gloria. Bebe, diviértete, alégrate, goza de los placeres; los tesoros amontonados, distribúelos en torno a ti, así como la tierra. Conmigo obra a tu capricho, ¡oh afortunada!, y que tus parientes vengan a asociarse a tu felicidad. Entre estos bosquecillos, plantados de avenidas de árboles en flor, en los que zumba la abeja, que cruzan por el borde del mar, los miembros adornados de brillantes anillos de oro, vive conmigo en la alegría, ¡oh joven tímida y adorable mujer!»

## SARGA XXI

### SITÁ RECHAZA CON DESPRECIO A RAVANA

A estas palabras del terrible rakshas, Sitá, presa del dolor, respondió tristemente, con voz débil y lenta. La desgraciada y angustiada Sitá, temblorosa, y dada su piedad pensando siempre, aquella mujer de hermosas formas, en su esposo, al que permanecía fiel, evaluando a Ravana en el valor de una brizna de paja, le respondió entre una dulce sonrisa: «Tú no podrías aspirar a mi mano más que el pecador al Cielo. Lo que no se debe hacer, lo que reprueba la mujer fiel a su marido, yo no lo haré; yo, que he entrado en una familia santa y que soy salida de una raza ilustre.» Así habló a Ravana la virtuosa Vaidehí. Luego, volviéndole la espalda, continuó: «Yo no puedo decentemente ser tu esposa, estando unida a otro. Observa estrictamente el deber; las prácticas de las gentes de bien, síguelas; lo mismo que tus esposas, las de los otros merecen protección, ¡oh rey! Muéstrate tú mismo el ejemplo y alégrate con tus mujeres. El perverso que no se contenta con

sus esposas, en su inconstancia y frivolidad de corazón, las mujeres extrañas conducenle a su pérdida. O no hay aquí gentes de bien o tú no les sigues, puesto que tienes el corazón dañado y opuesto a las buenas costumbres. Dada la ligereza de tu espíritu, los saludables avisos de los sabios, relativos a la pérdida de los rakshasas no los escuchas. Cuando tienen un soberano que no es dueño de sí mismo, que se complace en la iniquidad, su prosperidad desaparece. A causa de ello, por tenerte como jefe, Lanká, con todos los tesoros de que está colmada, tan sólo por tu culpa, será destruida sin que pase mucho tiempo. Víctima de sus maldades, ¡oh Ravana!, y de su imprevisión, el malo sucumbe con el aplauso de todos los seres. Tu bribonería hará decir a los pueblos oprimidos: «Gran felicidad es que el tirano haya caído de este modo», y se alegrarán. Yo no me dejaré seducir ni por las grandezas, ni por las riquezas; yo no puedo ser para otro que Raghava, como la luz es para el Sol. Tras haberme apoyado en el valeroso brazo de ese conductor de pueblos, ¿cómo me apoyaría en uno distinto? Yo soy la compañera adecuada a ese amo del Mundo, como la ciencia lo es del brahmán, fiel a sus votos y sabio. Sé generoso, ¡oh Ravana!, llévame junto a Rama, desgraciada tal cual me ves; haz que nos reunamos como en la selva se une a su esposo la hembra del elefante. Es ventajoso para ti ganar la amistad de Rama, el toro de los hombres, si deseas guardar tu situación, y si no quieres la desgracia de los tuyos. Es sabio, instruido en sus deberes, presuroso siempre en lo que afecta a aquellos que le piden protección; haz alianza con él, si deseas vivir. Tranquiliza a Rama, tan abnegado con los que se refugian bajo su tutela; y, lleno de deferencia, reconduceme junto a él.

»El medio de asegurar tu salvación es devolverme al mejor de los Raghús; obrando de otro modo, corres a una suprema catástrofe. El rayo con su impulso, la muerte misma podría no alcanzar durante mucho tiempo a quien es como tú, pero no el furor del jefe de los mundos, Raghava. Tú escucharás el ruido formidable del arco de Raghava; aseméjase al estruendo del trueno lanzado por Satakratu. Sus dardos de hermosos nudos, semejantes a serpientes de fauces inflamadas, volarán aquí rápidos con la marca de Rama y de Lakshmana. Destruirán a los rakshasas en esta ciudad sin duda alguna, y harán de este modo el vacío, cayendo, esos dardos dorados. Tú, su Indra, los rakshasas, esas grandes serpientes, Rama-Garuda se los llevará muy prontamente, como Vainateya a los reptiles. Me arrancará sin tardar de tus brazos mi esposo, ese

domador de sus enemigos, como Vishnú arrancó mediante tres pasos, a los asuras, la radiante Srí. La estación del Janasthana destruida, así como el ejército de rakshasas, tú, no pudiendo vengarte de otro modo, he aquí por lo que has cometido este atentado. Entraste en la ermita en ausencia de los dos hermanos, leones entre los hombres, que habían ido de caza, y me arrebataste, ¡miserable! Al sentir el olor de Rama y de Lakshmana, esos dos tigres, tú no pudiste, perro como eres, afrontar su presencia. En tu querella con ellos dos, tu par de auxiliares hubieran sido para ti un débil socorro; te asemejarás a Vritra, que no teniendo sino un brazo combatió a Indra, que había conservado los dos suyos. Mi protector, Rama, acompañado de Sumitri, destruirá tus alientos vitales con sus dardos en tan poco tiempo como el Sol emplea en secar un charco de agua. Que escales el monte que sirve de asilo a Kubera o que bajes al retiro del rey Varuna, sin duda alguna, alcanzado por Kala perecerás bajo los golpes de Dasarathi, como un gran árbol herido por el rayo.»

## SARGA XXII

### AMENAZAS DE RAVANA

A este lenguaje severo de Sitá, la del gracioso aspecto, el rey de los rakshasas respondió con rudeza: «Cuanto más acariciadores nos mostramos con las mujeres, más nos volvemos sus esclavos; más se las habla con ternura, más se es rechazado. El amor que me inspiras refrena mi cólera, lo mismo que un hábil cochero los caballos que se lanzan fuera del camino. Todo el que se deja dominar por un amor violento siente nacer en él la piedad y la ternura. Es la única razón a causa de la cual no te mato, mujer del hermoso rostro, bien que merezcas la muerte y el desprecio, tú, que te complaces sin motivo en el aislamiento. Las durezas que me has dicho, cada una de ellas te hacen acreedora, ¡oh Maithilí!, de un fin terrible.» Tras haber hablado así a la princesa del Videha, Sitá, Ravana el jefe de los rakshasas, aumentando en cólera, añadió: «Esperaré dos meses; tal es el término que te asigno para que subas a mi lecho, mujer de la maravillosa tez. Al cabo de dos meses, si no quieres desposarme, mis cocineros te cortarán en pedazos para mi comida de la mañana.»

Estas amenazas del rey de los rakshasas dirigidas a Jana-

ki aterraron a las hijas de los devas y de los gandharvas; quedaron consternadas. No obstante, mediante la expresión de sus labios, de sus miradas o de sus rostros, tranquilizaron a Sitá contra las inectivas de aquel rakshas. Reconfortada por ellas, Sitá hizo oír aún a Ravana, el rey de los rakshasas, en su propio interés, un lenguaje seguro que la inspiró su propia inocencia y el valor de Rama: «Preciso es que entre los tuyos nadie se preocupe de tu salvación de un modo suficiente, cuando no te hacen variar respecto a este atentado detestable. Yo, la esposa de un hombre virtuoso, como Sací lo es de su señor, ¿qué otro, fuera de ti, en los tres mundos, hubiera tenido siquiera el pensamiento de hacerme tales proposiciones? ¡Oh tú, el más vil de los rakshasas!, la afrenta que haces a la mujer de Rama, cuyo valor es sin medida, ¿adónde escaparás para huir de sus consecuencias? Como un altivo elefante y una liebre que se encuentran en el bosque, tal sois los dos: el elefante, Rama; tú, la liebre, miserable. Tú no temes desafiar al jefe de los Ikshvakus, mientras permaneces fuera del alcance de su miradas. Tus ojos feroces, horribles, de color negro y rojo, ¿cómo no han caído a tierra viéndome, ¡oh tú, ser sin nobleza!? Yo, la esposa leal de ese príncipe, la hija política de Dasaratha, ¿cómo, cuando me inectivabas, tu lengua, ¡oh malvado!, no se ha secado? Es porque no tengo el consentimiento de Rama y porque quiero guardar mis méritos de asceta por lo que no te reduzco a cenizas, ¡oh Dasagriva!, mediante la virtud incinerante de mi tapás. Yo no podría ser arrebatada a ese sabio Rama; tu conducta prueba que el Destino quiere tu pérdida; no hay duda. Ayudado del bravo hermano de Dhanada y de fuerzas numerosas, tras haber alejado a Rama, ¡has conseguido, famosa hazaña, raptarle su mujer!»

A estas palabras de Sitá, la hija de Janaka, Ravana, el jefe de los rakshasas, lanzó sobre ella miradas feroces. Sombrio como la nube tempestuosa, los brazos y el cuello enorme, el vigor y la actitud de un león soberbio, la lengua inflamada, las pupilas ardientes; colosal su diadema de movable penacho, cubierto de encantadoras coronas y de perfumes, adornado con rojas guirnaldas y de brazaletes de oro pasado por el crisol; los costados ceñidos con un ancho cinturón, azul oscuro, como el Mandara lo fue por la serpiente, cuando la extracción del amrita; con sus dos brazos gigantes, el amo de los rakshasas asemejábase a este monte y a sus dos cimas. Adornado con dos pendientes brillantes como el Sol levante; cual una roca en la que han plantado dos asokas, de botones y flores escarlatas; tal que el árbol kalpa, semejante a la primavera encar-

nada, igual a una caítia de cementerio, aterrador con sus adornos, Ravana lanzó sobre la princesa del Videha, Sitá, sus ojos rojos por el fulgor, y la dijo con silbidos de reptil: «¡Oh tú, que permaneces aferrada a un desgraciado sin recursos! ¡Ahora mismo te voy a deshacer como el Sol con su resplandor la oscuridad del alba!» Tras haber hablado así a Maithilí, el rey Ravana, verdadero *ravana* para sus enemigos, miró a todas aquellas rakshasís de temible aspecto, pues tenían un ojo solo o una oreja sola, la cabeza cubierta por sus orejas, orejas de vaca o de elefante, o colgantes, o carecían de ellas; pies de elefante, de caballo, de vaca, o todo peludas; un ojo y un pie, pies enormes, o carecían de ellos; la cabeza y el cuello desmesurados, el pecho y el vientre enormes, la boca y los ojos fuera de proporción, la lengua y las uñas muy largas. Ora sin nariz, ya con fauces de león, bien una boca de buey o una jeta de puercu. Ravana las dijo: «Procurad que Sitá, la hija de Janaka, se entregue pronto a mis voluntades, ¡oh rakshasís!, y poncos todas, sin tardar, a ello. Mediante reproches o mediante zalamerías, tales que palabras acarici: «doras, regalos y demás, conciliadme los favores de Sitá, incluso si tuvieseis que levantar el palo.» Estas órdenes, el Indra de los rakshasas las reiteró varias veces. Luego, con el corazón lleno de amor y de furor invectivo de nuevo a Janakí.

Entonces, acercándose Dhanyamalíní, la rakshasí, y abrazando a Dasagriva, le dijo: «Goza conmigo, ¡oh gran rey! ¿Qué necesidad tienes de Sitá, esta mujer sin belleza, ¡oh jefe de los rakshasas!, y abyecta? No es con ella, gran rey, con la que los dioses, los mejores de los inmortales, te destinan a gustar los placeres exquisitos, precio de la valentía de tu brazo. Aquel que ama a una mujer que no le ama, expone su persona a los tormentos! mientras que aquel que ve su amor compartido, su felicidad es completa.» Este lenguaje de la rakshasí fue un aguijón para el poderoso rakshasa, que, semejante a una nube, se alejó riéndose burlescamente. Partió Dasagriva, haciendo, por decirlo así, temblar la Tierra; volvió a su palacio que tenía el resplandor del astro brillante del día. Las hijas de los devas y de los gandharvas, así como las de los nags que le servían de cortejo penetraron con él en la fastuosa morada. La princesa de Mithilá, de virtud inquebrantable, Sitá, a quien sus amenazas espantaban, Ravana la dejó, extraviado por la pasión, para entrar en su palacio.

## SARGA XXIII

## LAS RAKSHASÍS ANIMAN A SÍTÁ A QUE DESPOSE A RAVANA

Tras haber hablado de este modo a Maithilí y hecho sus recomendaciones a las rakshasís, el rey Ravana, verdadero *ravana* para sus enemigos, se fue. El Indra de los rakshasas partió y entró en su serrallo. Entonces las rakshasís del terrible aspecto acudieron hacia Sítá. Y acercándose a ella, indignadas, dijeron a Vaidhí con voz extremadamente ruda: «El retoño de Pulastya, el ilustre Ravana, el magnánimo Dasagriva, tú no estimas en mucho su alianza, ¡oh Sítá!» Entonces, una de ellas, Ekajatá, los ojos rojos de cólera, se dirigió en estos términos a Sítá, la del vientre poco desarrollado: «De seis Urajapatis, el cuarto, nacido del corazón de Brahma, fue Pulastya, dice la tradición. Del corazón de Pulastya un famoso y gran rishi nació. Se llamaba Visravas; su gloria era igual a la de los Prajapatis. Tuvo por hijo, ¡oh princesa de los grandes ojos!, a Ravana, verdadero *ravana* para sus enemigos. A este Indra de los rakshasas te es preciso desposarle. Palabra, ¡oh tú, cuyo cuerpo es tan hermoso! Y ¡ay si no te conformas!»

A su vez, Harijatá, otra rakshasí, habló de este modo, girando furiosamente sus ojos; hubiérase dicho una gata rabiosa: «El que ha vencido a los treinta y tres devas, así como a su rey, este Indra de los rakshasas, tú debes ser su mujer. Lleno de valor y de bravura, no retrocediendo jamás en los combates, valeroso, enérgico, ¿por qué no te casarías con él? Tras haber dejado a una compañera amada, venerada, dichosa entre todas, el poderoso rey Ravana vendrá hacia ti. Su magnífico harén, compuesto de un millar de mujeres, adornado de toda clase de piedras preciosas, a todo renunciará Ravana con tal de poseerte.»

Una tercera rakshasí, cuyo nombre era Vikatá, la dijo: «Aquel del cual más de una vez el temible valor triunfó de los nagas, de los gandharvas y de los danavas, en el campo de batalla, hele aquí al lado tuyo. Este Ravana que posee todos los bienes, este magnífico Indra de los rakshasas, ¿cómo, ¡oh miserable!, no ambicionas su alianza?»

Luego, la rakshasí llamada Durmukhí la habló de esta manera: «Aquel que espanta al Sol y al viento, hasta el punto que el uno pierde su calor y el otro su soplo, mujer de las



largas pestañas, ¿por qué no te pones a su disposición? Aquel ante quien los árboles hacen llover sus flores cogidos de espanto y las rocas, así como las nubes derraman sus aguas cuando él lo desea, este monarca de los nairritas, este rey de los reyes, ¡oh mujer!, ¿por qué no cedes a su voluntad desposándole? El buen consejo que yo te doy con toda sinceridad, linda diosa de la dulce sonrisa, recíbelo; de otro modo, morirás.»

## SARGA XXIV

### MÁS AMENAZAS

Luego, todas juntas, las rakshasis, las del horrible rostro, dirigieron a Sitá, que no lo merecía, este rudo y desagradable lenguaje: «Ese gineceo, ¡oh Sitá!, que encanta a todos los seres, donde hay lechos de gran precio, ¿por qué no consientes en habitarle? ¡Oh mujer, valoras demasiado la alianza con un hombre! Aparta tu corazón de Rama, aunque ello le haga no poder vivir. El, que posee las riquezas de los tres mundos; Ravana, el jefe de los rakshasas, acéptale por esposo y entrégate con él a alegres retozos. ¿Cómo es posible, mujer, que echés de menos a un hombre, a ese Rama, ¡oh hermosa sin reproches!, que ha sido desterrado de su reino, que no ha conseguido lo que se proponía y que vive miserablemente?»

A estas palabras de las rakshasis, Sitá, la de los ojos de loto, toda llena de lágrimas, respondió: «Ese lenguaje, reprobado por los mundos, criminal, que todas juntas me dirigís, no hace sino deslizarse sobre mi corazón. No conviene que una mujer sea la esposa de un rakshasa. Aunque hubieseis de devorarme todas, no haría lo que me decís. Bien que desgraciado y despojado de su reino, mi marido es mi gurú; yo le seré constantemente adicta como a Surya, Suvarcalá. Así como la afortunada Sací está cerca de Sakra, Arundhatí junto a Vasishtha, Rohini al lado de Sasán, Lopamudrá junto a Agastya, Sukanyá al lado de Cyavana, Savitri con Satyavat, e inmediata a Kapila, Srimatrí; como Sodasá permanece unida a Madayantí, Kesiní a Sagara y Damayantí, la hija de Bhina, a Naisadha, su esposo, así yo permaneceré fiel al mejor de los Inshvakus, a Rama, mi marido.»

Este lenguaje de Sitá llenó a las rakshasis de furor; la abrumaron a injurias, según la recomendación de Ravana. Acurrucado silenciosamente en el árbol simsapá, el mono

Hanumat vio a las rakshasis ultrajar a Sitá. Lanzándose furiosamente por todos lados sobre la princesa, que temblaba, lamían con fuerza al hacerlo sus labios inflamados, colgantes. Luego exclamaron, en el paroxismo de la rabia, armándose al punto de hachillas: «¡No, esta mujer no es digna de desposar a Ravana, el jefe de los rakshasas!»

Amenazada por las terribles rakshasis, la hermosa Sitá, enjugando sus lágrimas, se refugió bajo el simsapá. Llegada junto al árbol, la princesa de los grandes ojos, a la que las rakshasis rodeaban, sentóse, abismada en su dolor. Aquella infortunada, el rostro abatido, con los adornos y los vestidos manchados de barro, fue abrumada a ultrajes por las crueles rakshasis que la rodeaban. Una de ellas, llamada Vinatá, de formidable aspecto, deforme, el pecho monstruoso, vociferó, la voz rabiosa: «¡Oh Sitá!, ya has mostrado demasiado tu afecto hacia tu esposo; siempre el exceso, querida, conduce a la desgracia. Te felicito, alegría a ti; has observado la regla usada entre los hombres; ahora, este consejo saludable que yo te doy, síguelo, Maithili. A Ravana, tómale como amo, él, el dueño de todos los rakshasas, bravo y ágil como el soberano de los suras, Vasava. Es virtuoso, de generoso carácter, afable con todos. A ese mortal canijo, Rama, déjale para confiarte a Ravana. Ungida con perfumes celestiales, ¡oh Vaidehí!; ataviada con divinos adornos, a partir de hoy hazte la reina de todos los mundos. Sé como Svahá, la esposa de Añi, o como la diosa Sací, la esposa de Indra, ¡oh hermosa! ¿Qué puedes hacer con Rama, ¡oh Vaidehí!, es miserable que no tiene sino un momento de vida? Si lo que yo te digo no lo haces, al instante mismo todas vamos a devorarte.»

Otra, cuyo nombre era Vikatá, de senos que se desplomaban, dijo a Sitá con cólera, levantando su puño amenazador: «Con frecuencia nos has dicho cosas insolentes; nuestra piedad hacia ti, nuestra dulzura, has hecho que lo soportemos, malvada Maithilí; ¡en cambio, no sigues nuestros consejos útiles y oportunos! Has sido traída a una orilla del Océano inabordable a todo otro ser. Ravana te ha introducido en su temible palacio, ¡oh Maithilí!; en él te tiene encerrada bajo nuestra vigilancia. Puramdara mismo no podría librarte; sigue, pues, mi saludable recomendación, ¡oh Maithilí! Basta de lágrimas, deja ese duelo inútil, date al placer y a la alegría, y renuncia a esta perpetua tristeza. Entrégate, ¡oh Sitá!, a voluptuosos goces con el rey de los rakshasas; nosotras sabemos muy bien, ¡oh débil criatura!, en qué modo la juventud de las mujeres es efímera. Espera, para ser desgraciada,

a que haya pasado. Entre tanto, los parques encantadores y los bosquecillos de la montaña, recórrelos con el rey de los rakshasas, princesa del gracioso rostro. Mil mujeres estarán a tus órdenes, ¡oh bella diosa! Acepta a Ravana por señor, él, el amo de todos los rakshasas, o te arranco el corazón para devorarlo, ¡oh Maithilí!, si no haces lo que te acabo de decir.»

En aquel momento, Candodarí, rakshasí de feroz mirada, blandiendo una larga pica, habló de este modo: «Esta mujer, de ojos de gacela joven, la del seno tembloroso de espanto, arrebatada por Ravana, viéndola, siento un furioso deseo: su hígado, su bazo, su ancho pecho, su corazón con sus arterias, sus miembros mismos e igualmente su cabeza, yo lo devoraría todo con gusto.»

Luego fue la rakshasí Prakhasá la que habló de este modo: «Despedazadla e igualad todos los pedazos; nos la distribuiremos entre todas; la disputa no me place. Que traigan pronto de beber y muchas y variadas guirnaldas.»

Llegó entonces el turno, en cuanto a hablar, de Surpanakhá, otra rakshasí: «El lenguaje de Prakhasá, la de la cara de cabra, me place; que traigan pronto sí, ese vino que echa lejos todas las preocupaciones. Hartas de carne humana, danzaremos al punto en la plaza de Nikumbhilá.»

Oyendo estas amenazas de las monstruosas rakshasís, Sitá, que asemejábase a la hija de un sura, perdió la serenidad y empezó a sollozar.

## SARGA XXV

### SITÁ SE ENTREGA A LA DESESEPERACIÓN

Aquellas amenazas bárbaras y múltiples de las crueles rakshasís hicieron estallar en sollozos a la hija de Janaka. A aquellas palabras de las rakshasís, la venerable Vaidehí respondió, en el colmo del espanto, con voz entrecortada por los sollozos: «¡No, una mujer no podría ser la esposa de un rakshasa! ¡Podéis destrozarme, pero no haré lo que decís!»

Colocada en medio de las rakshasís, Sitá, semejante a una hija de sura, no sabía dónde refugiarse toda abrumada de dolor a causa de las amenazas de Ravana. Cogida de violento temblor, encogíase sobre sí misma, cual, en el bosque, una gacela apartada del rebaño y torturada por los lobos. Agarrándose a un gran rama toda en flor, de una asoka, Sitá pensaba,

llena de desgracia, en su marido, sin poder ver el término de su dolor. Temblorosa, yacía como una kadali desarraigada por la tormenta; el espanto que la causaban las rakshasis borraba los colores de su rostro. Su trenza larga y espesa, mientras ella temblaba de aquel modo, agitábase como una serpiente que se arrastra. Suspirando llena de angustia y el alma abrumada bajo el peso de su indignación, Maithilí vertía lágrimas de dolor y se lamentaba: «Ah Rama!», decía la infortunada, y aún: «¡Ah Lakshmana! ¡Ah Kausalyá, mi segunda madre! ¡Ah Sumitrá!» Así exclamaba la hermosa princesa: Es verdad ese proverbio que las gentes repiten, según los sabios: «Antes de la hora, la muerte no puede llegar, ya para la mujer, ya para el hombre», puesto que, atormentada por estas crueles rakshasis, y lejos de Rama, yo he podido vivir un instante en mi infortunio. Mujer de pocos méritos, desdichada, perezo de mi protector, cual, en medio del mar, un barco cargado, al que los golpes del viento hacen naufragar. En ausencia de mi esposo, y caída en poder de las rakshasis, me deshago en dolor, semejante a la orilla minada por las aguas. ¡Felices los que contemplan a mi esposo de ojos semejantes a las hojas de loto abierto, el de la marcha atrevida de león, lleno de gratitud y de afabilidad! Definitivamente privada de la presencia del sabio Rama, es como si hubiese absorbido un violento veneno; la vida me es imposible ya. ¿Qué maldad enorme he cometido con otro cuerpo, para merccer ahora este gran infortunio tan terrible y tan cruel? Quisiera morir, de tal modo es violenta la angustia que tengo, al verme, a causa de la vigilancia de las rakshasis, imposibilitada de reunirme con Rama. ¡Maldita sea la condición humana, maldita sea la dependencia de otro, puesto que no se puede dejar, cuando se quiere, la existencia!»

## SARGA XXVI

## AMENAZAS DE SITÁ

El rostro bañado en lágrimas, así hablaba la hija de Janaka. La cabeza inclinada, la joven criatura recomenzó sus lamentaciones. Como fuera de sí misma, enloquecida, el espíritu extraviado, se desolaba, arrastrándose por el suelo, como una jaquita que retoza: «Mientras que Raghava se dejaba engañar por el rakshas que cambiaba de forma a voluntad, el brutal

Ravana me arrastraba por la fuerza, a pesar de mis gritos. Caída en poder de las rakshasis, ultrajada cruelmente, abismada en mis reflexiones y en mi dolor, ya no puedo soportar la vida. Nada tengo que hacer de la existencia, de las riquezas o de lo adornos, permaneciendo en medio de las rakshasis, lejos de Rama, el del gran carro. En verdad, mi corazón es de hierro; no podría ni envejecer ni morir, puesto que mi infortunio no le quebranta. ¡Ay de mí, vil y perversa criatura, puesto que, privada de Rama, he podido soportar, siquiera un instante, esta miserable existencia! Ni con el pie izquierdo tocaría a un merodeador nocturno. ¡Cómo, pues, podría amar a Ravana, que es uno de ellos! No conoce mi aversión, ni mi modo de ser, ni mi raza, él, que, dada la perversidad de su naturaleza, trata de seducirme. Destrozada, cortada, troceada o consumida en un brasero ardiente, no me sometería a Ravana. ¿Para qué queréis más discursos? Ilustre a causa de su sabiduría, su gratitud, su longanimidad, el virtuoso Raghava, mucho me lo temo, va a tornarse implacable a causa de la privación de mi presencia. En el Janasthana catorce mil rakshasas han sido destruidos por él tan solo: ¿cómo no habría de reunirse conmigo? Incluso si Lanká, en medio del océano, fuese inabordable, los dardos de Raghava no reconocen obstáculo. ¿Qué causa, pues, podría impedir a Rama, ese valiente, a reunirse con su esposa bienamada que un rakshasa le ha arrebatado? Pero ignora que estoy aquí, no hay duda, el hermano mayor de Lakshmana, pues si lo supiese, ese héroe, ¿resignaría a su desgracia? Mi rapto, el que debía ir al encuentro de Raghava para decíselo, el rey de los buitres, fue derribado en el campo de batalla por Ravana. Jatayú desplegó un gran valor viniendo en mi socorro y esforzándose por matar a Ravana, a pesar de su mucha edad. Si supiera que estoy aquí, Raghava, hoy mismo, con sus dardos furiosos, vaciaría el Mundo de rakshasas. Consumiría la ciudad de Lanká; consumiría el gran Océano; el poderío del miserable Ravana lo desharía. Entonces, sus esposas condenadas a muerte, las rakshasis, en cada casa, se lamentarían cual yo lo hago y aún más, no hay duda. Recorrería Lanká matando a los raksas, Rama, ayudado por Lakshmana, pues en cuanto es advertido por ellos, el enemigo pierde la vida al instante mismo. Lanká, las calles llenas de humo de las hogueras, coronada de guiraldas de buitres, en poco tiempo llegaría a ser un cementerio. Antes de que pase mucho tiempo, obtendré satisfacción. Esta desventura mía tendrá una consecuencia funesta para vosotras todas. Pues tales calamidades planean sobre ella, que en poco

tiempo Lanká verá su esplendor destruido. Sí, Lanká, cuando haya perecido el malvado Ravana, el jefe de los rakshasas, se secará de dolor, como una mujer caída en la viudedad. Ella, que vive hoy en el seno de la abundancia y de la alegría, cuando haya perdido a su jefe, más a esos rakshasas que le rodean, esta ciudad será como la esposa que ha perdido a su marido. Entonces las hijas de los rakshasas se lamentarán bajo cada techo; sin tardar mucho oiré los gritos de esas desgraciadas. Hundida en las tinieblas, despojada de su esplendor, los valerosos rakshasas inmolados, la ciudad de Lanká perecerá consumida por los dardos de Rama, cuando ese héroe, el de los rabillos de los ojos rojos, sepa que estoy detenida en la mansión del rakshasa. Ese perverso y vil Ravana, el lapso que me ha fijado está cerca. Y es la muerte a lo que me destina entonces ese malvado. No discernir lo que está prohibido, es lo propio de los desalmados nayrriitas. De esta iniquidad va a nacer ahora una catástrofe, pues el deber lo ignoran los rakshasas comedores de carne. Seguramente el rakshasa me reserva para su comida de la mañana. Mas ¿qué puedo hacer en ausencia de mi bienamado?

»Rama, el de los rabillos de los ojos rojos, no lo veo en mi gran infortunio; lejos de mi marido, ¡pueda ver pronto al dios Vaisvasvata! No, no sabe que estoy en vida Rama, el hermano mayor de Bharata. Si me supieran viva Rama y Lakshmana, ¿no recorrerían la Tierra en mi busca? Sin duda, abrumado por mi pérdida, ese héroe, el hermano mayor de Lakshmana, ha partido para el Devaloka, dejando su cuerpo en la Tierra. ¡Dichosos los devas, así como los gandharvas, los siddhas y los paramarshis, ellos que ven a mi valeroso Rama, el de los ojos de loto! Quizá, no obstante, ese sabio amigo del Dharma, el rajarshi Rama, vuelto Paramatmán, ¡no tiene ya nada que hacer conmigo, su esposa! El que está presente puede inspirar alegría; pero para el ausente ya no hay amistad. Son los ingratos los que matan de este modo el afecto; mas Rama no lo hará. Pero ¿es que no habrá en mí algunos defectos? ¿No habré perdido todo derecho a la felicidad, yo, la hermosa Sitá, puesto que me veo separada así del excelente Rama? Más vale la muerte para mí que la vida, puesto que estoy separada del magnánimo Rama, héroe de las hazañas imperecederas, destructor de sus enemigos. Tal vez, quizá, han renunciado a las armas los dos hermanos, la flor de los hombres, ellos, que se alimentaban de raíces y de frutos silvestres, y que pasaban la vida en el bosque. A menos que el Indra de los rakshasas, el miserable Ravana, no haya muerto, en una emboscada, a

los dos valientes hermanos, Rama y Lakshmana. En tal caso, y de todas maneras, yo quiero morir; ¡y la muerte no me está prescrita en esta calamidad que cae sobre mí! ¡Felices, en verdad, los magnánimos munis, estimados con justa razón, que han domado su atmán, esos afortunados para los que no existen ni el amor ni el odio! Entre ellos el amor no podría engendrar el dolor, la aversión tampoco, pues han renunciado a ambas cosas; ¡gloria a esas grandes almas! Yo, que estoy abandonada por mi bienamado Rama, instruido en la ciencia del atmán, abandonaré los alientos vitales por haber caído en poder del malvado Ravana.»

## SARGA XXVII

### ENSUEÑO DE TRIJATÁ

Estas palabras de Sitá hicieron entrar a las rakshasis en una cólera terrible; algunas fueron incluso a repetírselas a Ravana, el del alma vil. Luego, acercándose a ella, aquellos monstruos de formidable aspecto la hicieron nuevas amenazas del mismo género, pero sin más éxito: «Hoy mismo, al punto, ¡oh despreciable Sitá, que meditas su pérdida!, los rakshasas comerán tu carne a su sabor.»

Al ver a Sitá así ultrajada por sus compañeras, Trijatá, vieja y prudente, les habló en estos términos: «¡Devoradme a mí, miserables!; pero no os comáis a Sitá, la hija de Janaka, la querida hija política de Dasaratha. He tenido un ensueño hoy, una visión terrible, como para hacer erizar los cabellos, presagio de muerte para los rakshasas y de felicidad para el esposo de esta mujer.» Estas palabras de Trijatá llenaron de furor y de espanto a todas las rakshasis, que la preguntaron: «Cuéntanoslo. ¿Qué has visto en sueños esta noche?»

Oyendo estas palabras caídas de la boca de las rakshasis, Trijatá dijo el ensueño que había tenido a la hora ya de la mañana: «He visto un palanquín de marfil celestial, aéreo, tirado por un millar de elefantes, en el que estaba Raghava en persona, adornado con guirnaldas y trajes deslumbradores. Lakshmana le acompañaba. He soñado también que veía a Sitá, vestida suntuosamente, de pie sobre una blanca montaña, a la que el mar rodeaba. Rama se reunía con Sitá, cual el Sol con su claridad. Raghava de nuevo se me ha aparecido montado sobre un gran elefante con cuatro colmillos, seme-

jante a una montaña. Resplandecía, así como Lakshmana. Entonces los dos, como dos soles brillando a causa de su propio esplendor, adornados de guirnaldas y de trajes resplandecientes, estaban junto a Janakí. En la cima de aquella montaña, de pie en los aires, el elefante era sostenido por Rama, su marido. La hija de Janaka subió sobre su espaldilla; luego, apartándose del regazo de su esposo, la hermosa de los ojos de loto enjugó con sus manos a los dos héroes que tenían el aspecto de Candra y de Surya. El mejor de los elefantes, montado por los dos jóvenes héroes y por Sitá, la de los grandes ojos, detúvose encima de Lanká. En otro sueño, fue en un carro tirado por ocho toros blancos, como revestidos de guirnaldas y de vestiduras deslumbradoras, acompañado de Lakshmana, se me apareció Rama mismo, del cual el heroísmo forma la esencia. Con Lakshmana, su hermano, y Sitá el héroe subió en el divino carro Pushpaka, luminoso como el Sol. Tras haber mirado en dirección Norte, partió el más valeroso de los hombres. Ravana se me apareció también, calvo, rociado de aceite, vestido de rojo, bebiendo, borracho ya, en guirnaldado con adelfas. De pronto, Ravana cayó del carro Pushpaka al suelo. Más tarde, le vi atormentado por una mujer, calvo, vestido de negro, en un carro que arrastraba un asno, cubierto de guirnaldas rojas y de ungüentos. Bebía aceite, reía, bailaba con el espíritu extraviado, los sentidos turbados; partió a toda la velocidad que podía su asno en dirección al Sur. Al punto advertí a ese jefe de los rakshasas caído, sin cabeza, de su asno a tierra, lleno de terror. Se levantó al punto, enloquecido, sobrecoigido de espanto, turbado por la borrachera, semejante a un insensato, vestido con los puntos cardinales, perdiéndose en divagaciones múltiples. Un cenagal había allí de un hedor insoportable, horrible, tenebroso, semejante al Naraka. Ravana se arrojó a él bruscamente y allí permaneció hundido. Al punto volvió a marchar hacia el Sur y entró en un lago en el que ni lino había. Atando a Dasagriva por el cuello, una mujer, vestida de rojo, negra, los miembros untados de fango, le arrastró a la región de Yama. Allí advertí al poderoso Kumbhakarna y a todos los hijos de Ravana calvos y untados de aceite. Dasagriva, sobre un jabalí; Indajit, sobre un sisumara, y Kumbakharna, sobre un búfalo, se fueron hacia el Sur. Tan sólo Vibhishana se me apareció con un quitasol blanco, acompañado de cuatro ministros y de pie en los aires. Entonces desfiló, cantando, tocando instrumentos de música y bebiendo, un gran tropa de rakshasas festoneados de guirnaldas rojas y de rojos vesti-



dos. Esta encantadora ciudad de Lanká, con sus caballos, sus carros y sus elefantes, cayó al mar, ante mis ojos, en medio del derrumbamiento de sus puertas y de sus arcos. En Lanká, de un rojo de brasa, todas las mujeres de los rakshasas bebían aceite, se emborrachaban, reían y hacían mucho ruido. Kumbhakarna y todos los demás toros de los rakshasas, habiendo cogido un traje rojo, hundiéronse en un foso de estiércol líquido. Alejaos, pues, ya lo veis, Raghava se reunirá con Shítá y, lleno de furor, os exterminará al mismo tiempo que a los rakshasas. Su querida y venerada esposa, que se había dado por él a la vida silvestre, si se la atormenta, si se la ultraja, Raghava no lo perdonará. Basta de palabras insultantes; hay que ocuparse en consolarla. Procuremos conmovér a Vaidehí; he aquí lo que pienso. Esta infortunada, a propósito de la cual he tenido tal sueño, va a ser librada de sus numerosos males encontrando a su bienamado, al que ninguno sobrepuja. Incluso tras los ultrajes que la habéis inferido, conjuradla, rakshasis. ¿Por qué dudar? Raghava es un terrible motivo de espanto para los rakshasas. Echándonos a sus pies aplacaremos a Maithilí, nacida de Janaka; ella puede salvarnos, ¡oh rakshasis!, de un gran peligro. Por lo demás, en esta mujer de los grandes ojos no he descubierto ninguna fealdad, y en sus miembros, ni el más ligero defecto. No tiene más consistencia que la sombra, a mi juicio, la desgracia sobrevenida a esta diosa que no merece el infortunio y que se me ha aparecido de pie en los aires. Preveo el próximo cumplimiento de los deseos de Vaidehí, la destrucción del Indra de los rakshasas y la victoria de Raghava. He aquí lo que os prueba la gran alegría reservada a esta mujer; su ojo izquierdo, ancho como una hoja de loto, vedle parpadear. Además, un ligero temblor agita sin causa aparente el brazo izquierdo de la virtuosa muchacha de Videha. Semejante a la trompa del elefante, su muslo izquierdo, soberbio, tiembla como para indicarla que Raghava está ahí, delante de ella. ¡Y la gente alada que, anidada entre las ramas, deja oír sin cesar las más suaves melodías! Diríase que son enteramente felices pudiendo prodigar de este modo cantos de buen augurio. En este momento, la modesta y joven mujer a la que el anuncio del triunfo de su esposo regocija, les dice: Si tal cosa se realiza, ¡yo seré vuestra salvaguardia!•

## SARGA XXVIII

## LAMENTOS DE SITÁ

Cuando oyó las duras palabras del Indra de los rakshasas, Ravana, la infortunada Sitá se puso a temblar, como en el rincón de un hosque, la hija de un rey de los elefantes, atacada por un león. En medio de las rakshasis, la temerosa Sitá, aterrada por las terribles amenazas de Ravana, desolábase semejante a una muchachita abandonada en un bosque desierto, diciendo: «¡Oh, mucha verdad es lo que dicen en el Mundo las gentes de bien: que la muerte no viene antes de su hora, puesto que a tales ultrajes he podido sobrevivir un solo instante, ¡inujer sin mérito como soy! Privada de alegría, desbordando penas, es preciso que mi corazón sea muy duro, ¡para no estallar en mil pedazos hoy, como la cima de una montaña alcanzada por el rayo! No, yo no he cometido falta aquí. Seré muerta por ese monstruo horrible, pero tan imposible me es darle mi afecto como a los Dos-veces-nacidos una fórmula santa a aquel que no es Dos-veces-nacido. Puesto que no llega el guía de los mundos, cual un cirujano que despedaza el feto en el seno de la madre, sin tardar, el vil jefe de los rakshasas me hará trozos con sus armas afiladas. ¡Qué desgracia la mía, oh infortunada de mí! Los dos meses pasarán pronto. ¡Cual el ladrón es atado y conducido al suplicio, al final de la noche, por haber desobedecido al rey, oh Rama, oh Lakshmana, oh Sumitrá, oh madre de Rama, y vosotras las demás madres, vedlo, yo perezco miserablemente como, en el mar, un navío batido por los vientos! Los dos valerosos príncipes han debido caer por culpa mía bajo los golpes de aquel ser transformado en gacela, como un león y un toro alcanzado por el rayo. Sin duda, fue Kala, bajo forma de antilope, el que entonces me engañó; y yo, ¡infortunada, loca!, lancé contra él a aquellos dos príncipes, ¡al nacido segundo después de Rama y al hermano mayor de Lakshmana! ¡Ah leal Rama, de brazos poderosos; tú, cuyo rostro brilla como la Luna en su plenitud, bienhechor y amigo del Mundo de los seres! No sabes, ¡ay!, que yo ¡debo ser condenada a muerte por los rakshasas! Para mí, que no tengo otra divinidad que mi marido, la paciencia, el reposo sobre la tierra desnuda, la constancia en mi deber, mi fidelidad a mi esposo: todo ello me ha sido nítíl, como entre hombres ingratos. Ha sido en vano que haya cumplido mi deber, y esta monogamia es sin

objeto, puesto que ya no te veo, y que, adelgazada, sin color, desgraciada, ¡vivo lejos de ti y desesperando de poder reunirme contigo! Tras haber observado animosamente la orden de tu padre, habiendo salido del bosque, tu voto cumplido, te alegrarás, tal creo, con otras mujeres de grandes ojos, en seguridad, tu propósito conseguido. Pero yo, ¡oh Rama!, que he concebido por ti un amor tan duradero, que para mi pérdida he permanecido tan unida a ti, tras haber en vano practicado el ascetismo y cumplido mi voto, dejaré la vida; ¡ay de mí, infortunada! La existencia, de ella me desembarazaría cuanto antes con veneno o con la punta de una espada; pero no tengo a nadie que me procure veneno o espada en esta mansión de los rakshasas.» Abrumada de dolor, tras haber reflexionado mucho tiempo, Sitá desató el cordón que retenía su trenza diciendo: «Me ahorcaré con este cordón e iré sin tardar a los pies de Yama.»

La hermosa Sitá, la del cuerpo tan lleno de gracia, cogió una rama del árbol bajo el cual estaba. Mas, mientras estaba absorbida pensando en Rama, en su hermano nacido el segundo y en su familia, numerosos y excelentes signos capaces de disipar su pena y devolverla los ánimos se la aparecieron en el Mundo donde fueron siempre considerados, como habiendo tenido cumplimiento.

## SARGA XXIX

### SITÁ VE FELICES PRESAGIOS

Mientras que la irreprochable princesa estaba sentada y completamente turbada, sin alegría, el alma angustiada, presagios de buen augurio la rodearon, como servidores solícitos en torno a un amo favorecido por Srí. El brillante ojo izquierdo y el bien dibujado arco de la ceja, negro, grande y limpio, de aquella mujer de magnífica cabellera, parpadeó, como un loto rojo oscuro, tropezado por un pez. Su brazo izquierdo, redondeado, bien conformado, gordejuelo, hecho para el negro agálogo y el sándalo del mayor precio, que su incomparable amante complacía en levantar, fue agitado por largo y súbito temblor. De sus dos muslos reunidos, el izquierdo, que asemejábase a la trompa del Indra de los elefantes por su grosor, se movió convulsivamente, indicio de la presencia de Rama. El vestido espléndido, vuelto tan brillante como el oro, y como ligeramente polvoriento, de Maithilí, la de los

grandes ojos, que estaba de pie, los dientes semejantes a puntas de granadas, escurrióse un poco sobre sus bellos miembros. Reconfortada por estos signos y otros que siempre se cumplieron felizmente, Sitá, la de las hermosas cejas, cual una joven planta, ajada por el viento y el calor, cuando al fin recibe la lluvia, sintió una gran alegría. Con sus labios semejantes al fruto del bimba, la hermosura de sus ojos y de sus cejas, de su cabellera, de la curvatura de sus pestañas y de sus dientes blancos y limpios, recobró el brillo de su cara; como Candra cuando sale de la boca de Rahú. Su pena disipada, vuelta de su agotamiento, su fiebre calmada, los sentidos despertados por la alegría, la noble mujer tenía un aspecto resplandeciente, como la noche cuando, durante la quincena clara, elévase el astro de los fríos rayos.

### SARGA XXX

#### REFLEXIONES DE HANUMAT

Entre tanto, el valeroso Hanumat había oído distintamente cuanto habfan dicho Sitá, Trijatá y las rakshasis. Contemplaba a aquella reina que asemejábase a una divinidad del Nandana. Una multitud de pensamientos asaltaron entonces al vanara. «La que millares, muy numerosas miríadas de kapis han buscado en todas direcciones, hela aquí; soy yo quien la ha encontrado. Espía muy experto, venido a escondidas para darme cuenta de la fuerza del enemigo, lo he visto todo. Los recursos de los rakshasas, así como su ciudad, los conozco, lo mismo que el poder de su jefe, ese Ravana. Conviene tranquilizar a la esposa, impaciente por verle, del príncipe, el del poder sin medida, el que practica la compasión respecto a todos los seres. Voy a devolver la confianza a esta mujer del rostro brillante como la Luna llena, que no conocía la desgracia y que no ve el fin de su infortunio. Si me volviese sin haber reconfortado a esta virtuosa mujer, cuya alma está abrumada por el dolor, mi viaje quedaría fallado. En efecto, yo partido, esta princesa venerable, Janakí, no esperando la liberación, dejaría la vida. Y a ese guerrero de los grandes brazos, cuyo rostro brilla como la Luna llena, es preciso consolarle también, pues le tarda volver a ver a Sitá. Reunirme con ella en presencia de las rondadoras nocturnas, es imposible. ¿Qué hacer, pues? Esto es, en verdad, un gran apuro. Si en esta última

parte de la noche no consigo reconfortarla, fuera está de toda duda que renunciará a la vida. Y si Rama me pregunta lo que me ha dicho Sitá, la del elegante talle, ¿qué le podría responder si no ha hablado? De volverme prematuramente, sin misión de Sitá, Kakutstha me consumiría con sus ojos centelleantes de furor. Además, incitar a mi amo a obrar prestamente en favor de Rama, poniéndose a la cabeza de sus tropas, inútil sería su expedición si, falta de consuelo, Sitá llegaba a morir. Aprovecharé la primera ocasión favorable que me ofrezcan las rakshasis para reconfortar un poco a esta dama tan puesta a prueba. Pero con mi talla exigua y sobre todo bajo mi forma de mono, dejar oír una voz humana, y hablar sánscrito, hablar sánscrito, como un Dos-veces-nacido, Sitá me tomará por Ravana y volverá a caer en el espanto. Indispensable es, no obstante, que emplee un lenguaje humano, articulado; de otro modo no podría volver a dar ánimos a esta mujer sin reproche. Viendo mi exterior y mi manera de hablar, Janakí, ya aterrada antes por los rakshas, aún temblaría más. Y en su terror dejaría escapar un grito la venerable Sitá, la de los grandes ojos, pues creería reconocer en mí a Ravana, que cambia de forma a voluntad. A su grito, al punto la turba de las rakshasis, armándose de toda clase de proyectiles, reuniríanse terribles y semejanter a Antaka. Entonces, precipitándose sobre mí por todos lados, horribles y poderosas, esforzaríanse por cogerme o por matarme. Y cuando me vieran saltar de rama en rama y ganar la copa de los más altos árboles, tornaríanse más encarnizadas aún. O al aspecto de mi gran cuerpo de corredor de bosques, las rakshasis, espantadas, lanzarían horribles clamores. Las rakshasis llamarían a los rakshasas que están reunidos junto a su rey en el palacio. Estos, cogiendo toda suerte de armas, venablos, dardos y sables, acudirían a meterse en la refriega a toda prisa, a causa de su natural impetuosidad. Cercado por todas partes, extraviaría al ejército de los rakshasas, pero sin poder alcanzar la otra orilla del Océano. O bien, me capturarían, envolviéndome numerosos y echándose sobre mí, y entonces esta mujer no se beneficiaría de mi tentativa y yo quedaría prisionero. En su pasión por el mal, tal vez llegasen incluso a matar a la hija de Janaka, lo que arruinaría a un tiempo el proyecto de Rama y el de Sugriva.

»Janakí habita un sitio sin acceso, guardado por los rakshasas, rodeado por el mar y oculto. Si yo soy muerto o cogido por los rakshasas en la lucha, no conozco ningún otro aliado de Rama capaz de llevar el asunto adelante. Reflexionando en

ello pensaba: no, yo muerto, no veo que otro vanara franquearía este Océano ancho de cien yojanas, Y aunque no pueda destruir a millares de rakshasas, incapaz soy, sin más, de alcanzar la otra orilla del mar. Los combates son inciertos, y el azar no me place. ¿Qué sabio, en un asunto enteramente seguro, gustaría de correr riesgos? Sería grave falta por mi parte espantar a Vaidehí, juntándome con ella; por otra parte, muere si no la hablo. Las empresas fracasan ante los obstáculos de lugar y de tiempo, cuando encuentran un emisario incapaz, lo mismo que desaparece la oscuridad, cuando el Sol se levanta. Cuando se trata de hacer o de evitar algo, el propósito, incluso el mejor urdido no triunfa en verdad, si los mensajeros pretenciosos lo estropean todo. ¿Qué haría para que mi misión no fracasase? ¿Qué, para que no hubiese insuficiencia de mi parte? ¿Cómo hacer para que esta travesía del Océano no sea inútil? ¿Cómo hacerme oír de Sitá sin asustarla?»

Tras haberse interrogado de este modo, el prudente Hanumat tomó un partido: «La hablaré de Rama, el de las hazañas inmortales, su querido cónyuge, y no la espantaré, por estar absorbida por el pensamiento de su esposo, el mejor de los Ikshvakus, Rama, lleno de sabiduría, de hermosas y de leales palabras, todas las cuales traeré al oído de Sitá con voz dulce. Por inspirarla confianza nada hay que yo no hiciese.» Y así fue cómo el poderoso Hanumat, mirando a la esposa del amo del Mundo, la habló con lenguaje variado, melodioso y sincero, desde el árbol entre las ramas del cual estaba agazapado.

## SARGA XXXI

### HANUMAT HACE EL ELOGIO DE RAMA

Tras haber examinado aquellas múltiples consideraciones, el inteligente vanara hizo resonar un armonioso lenguaje a los oídos de Vaidehí: «Hubo un rey, Dasaratha era su nombre, poseedor de carros, de elefantes y de caballos, de natural piadoso e ilustre; la gloria de los Ikshvakus. No hacer daño a nadie era su alegría; inofensivo, caritativo, verdadero héroe, la raza real de Ikshvaku encontró en él su esplendor, el acrecentamiento de su prosperidad. Revestido de las insignias de la realeza, magnífico, aquel toro de los reyes, afamado en los cuatro rincones de la Tierra, extendió por todas partes la felicidad de que él gozaba. Su querido hijo mayor, el del rostro

brillante como el rey de los astros, llamábase Rama, de espíritu sutil, el mejor de los arqueros todos, fiel a sus prácticas, defensor de su pueblo, protector del Jivaloka y de la justicia, terror de sus enemigos. Por orden de su anciano padre, esclavo de su palabra, el héroe, acompañado de su esposa y de su hermano, desterróse en un bosque. Entregábase a la caza en aquella vasta soledad, y mató a un gran número de rakshasas valerosos, que cambiaban de forma a voluntad. Cuando supo que había destruido el Janasthana y matado a Khara y a Dushana, Ravana, furioso, arrebató a Janakí, tras haber extraviado a su marido en el bosque con ayuda de Mayá, transformado en antílope. En medio de sus correrías para encontrar a la divina e irreprochable Sitá, Rama halló en el bosque a un amigo, al vanara Sugriva. Vali pereció bajo los golpes del príncipe, destructor de las ciudades enemigas, que entregó el reino de los kapis al magnánimo Sugriva. Por orden de éste, los haris, que cambian de forma a voluntad, recorrieron por millares todas las regiones en busca de la diosa. Y yo, escuchando a Sampati, un brazo de mar de cien yojanas de ancho, a causa de la hermosa de los grandes ojos, lo franqué ágilmente. Su hermosura, su tez, sus rasgos distintivos los he conocido por Ravana. ¡Aquí está! ¡He podido reunirme con ella!»

Tras estas palabras, calló el toro de los vanaras.

Janakí, escuchando aquellas palabras, experimentó una enorme sorpresa. Separó sus hermosos cabellos que, en desorden, cubrían su rostro, y levantó tímidamente los ojos hacia el simsapa. Sitá, oyendo el discurso del kapi, interrogó con la mirada los puntos cardinales y las regiones intermedias. Experimentó una alegría extremada en todo su ser, recordando a Rama. Y lanzando los ojos de lado, arriba y abajo, acabó por ver al ministro de los pingas, el de la inconcebible sabiduría, al hijo de Vata, que asemejábase al Sol levante.

## S A R G A X X X I I

### SITÁ VE A HANUMAT

Con el espíritu agitado, Sitá vio, oculto entre las ramas, vestido con un hábito blanco, a Hanumat, amarillo como una serie de relámpagos. Advirtió, agazapado allí, al mono el del amable lenguaje, brillante como un macizo de asokas y semejante al oro camikara pasado por el crisol. No obstante, viendo

al mejor de los haris en aquella humilde actitud, Maithili se dijo, toda llena de sorpresa: «¡Ah, terrible figura la de ese vanara, inaccesible y de tan penoso aspecto siempre!» Y este pensamiento redobló su espanto. Luego, extraviada por el espanto, se perdió en lamentaciones inacabables y lúgubres: «¡Rama! ¡Oh Rama! ¡Oh Lakshmana!», exclamó llena de angustia la hermosa Sitá. No obstante, gritaba con voz cada vez más débil la virtuosa princesa. Luego, volviendo a llevar sus ojos hacia el excelente hari de modesta actitud, la hermosa Sitá se dijo: «Es un ensueño.» Luego se puso a considerar el rostro lleno de anchas cicatrices del Indra de las gacelas de las ramas, tal cual ha sido descrito; a mirar al excelente pinga, el muy honorable hijo de Vata, de los sabios el primero. Y viéndole, Sitá, la de los grandes ojos, perdió completamente el conocimiento y quedó como muerta. Pero rápidamente recuperó sus sentidos y se dijo para sí: «Es un mal ensueño esta aparición de un mono que los grupos de *Sastras* rechazan. ¡Pueda, no obstante, estar sano y salvo Rama, al que Lakshmana acompaña, así como mi padre, el rey Janaka! Pero no, no es un sueño; no hay sueño para mí a causa de la pena y del infortunio que me anonadan; ¡se acahó la alegría para mí, lejos de aquel cuyo rostro seméjase a la Luna llena! ¡Rama! ¡Rama! A fuerza de pensar siempre en él y de llamarle de este modo, se me figura no ver ni oír sino cosas que le conciernen. Pues su amor es mi tormento; todo mi ser va hacia él; absorbida perpetuamente en su pensamiento, no veo ni oigo otra cosa que él. ¿Será esto una ilusión? He aquí lo que me preocupa y lo que me inquieta. Porque no es su imagen; el que me habla tiene un exterior muy diferente. ¡Gloria al Amo de la palabra, acompañado del dios que lleva el trueno, a Svayambhú, y al dios que se alimenta de ofrendas! Lo que acaba de decir, en mi presencia, ese habitante de los bosques, ¡que sea así y no de otro modo!»

## SARGA XXXIII

## CONVERSACIÓN ENTRE SITÁ Y HANUMAT

Hanumat descendió del árbol. El rostro de color del coral, decentemente ataviado, lleno de tristeza, se inclinó y se acercó. El muy poderoso hijo de Maruta puso sus manos sobre su cabeza para hacer el anjali, luego dijo a Sitá con voz dul-



ce: «Quién eres, mujer de los ojos anchos como hojas de loto, de traje de seda en desorden, que te apoyas, irreproachable, en una rama de árbol? ¿Por qué de tus ojos, semejantes a las hojas del loto pundarika, corren lágrimas de dolor, como el agua que se escapa de un vaso roto? Entre los suras y los asuras, los nagas, los gandharvas y los rakshasas, los yakshas y los kinnaras, ¡oh hermosa!, ¿quién eres tú? ¿Quién eres entre los rudras, los maruts o los vasus, mujer de los maravillosos rasgos? Con tus encantadoras formas te me presentas como una divinidad. ¿Serás acaso Rohiní, la más brillante de las estrellas, de hermosura suprema, dotada de cualidades superiores, que, separada de Candramas, hubiera caído de la mansión de los Vibudhas? ¿O eres tal vez la bella Arundhatí, la de los ojos negros, que, por humor o por capricho, hubiera irritado a su esposo Vasishtha? ¿Es un hijo, un padre, un hermano o un esposo, ¡oh mujer del talle gracioso!, de quien lloras su partida de este Mundo para el otro? Tus lágrimas, tus profundos suspiros, la tierra en la que estás echada me hacen conjeturar que no eres una diosa, así como el rey de quien invocas el nombre. Por los adornos e insignias que veo en ti, conjeturo que eres la esposa de un monarca, la hija de un rey: tal es mi opinión. ¿Eres tal vez Sitá, a la que Ravana arrebató brutalmente del Janasthana? Felicidad a ti; responde a mi pregunta. A juzgar por tu aflicción, tu hermosura sobrehumana, tu traje de asceta, tú eres la mujer de Rama, ciertamente.»

Feliz al oír hablar de Rama, Vaidehí respondió a Hanumat, que estaba cerca del árbol: «Yo soy la nuera del primero de los más grandes reyes del Mundo, de Dasaratha, instruido en la ciencia del atmán y destructor de los ejercicios enemigos. Yo soy la hija de Janaka, el magnánimo príncipe del Videha; Sitá: he aquí mi nombre; yo soy la esposa de Rama, lleno de sabiduría. Doce años he habitado el palacio de Raghava, gustando todas las felicidades humanas y todas las dichas deseables. El año décimotercero, de acuerdo con sus consejeros, resolvió asociar al trono a aquel que constituye la alegría de los Ikshvakus. Mientras disponíanse a consagrar a Raghava, Kaikeyí, éste es su nombre, dijo a su esposo: «Yo no beberé, no comeré lo que me sirven cada día. La consagración de Rama es el fin de mi vida. Si la promesa que me hiciste en tu alegre agradecimiento, ¡oh el mejor de los reyes!, no ha de ser vana, que Raghava se retire al bosque.» El rey, lleno de lealtad, acordóse del favor que había concedido a la reina, y turbóse al oír estas palabras cruelmente des-

agradables de Kaikeyí. El anciano monarca, que hacía de la lealtad un deber estricto, conjuró llorando a su glorioso hijo mayor que renunciase a la realeza. El afortunado príncipe, para quien la palabra de su padre era cosa más querida que la consagración, tras haber prestado aquiescencia de todo corazón, lo aprobó de palabra. Da, pero no recibe; dice la verdad, jamás la mentira, aunque su propia vida estuviese en juego, Rama esencialmente valeroso. Despojándose de sus trajes preciosos, el héroe lleno de gloria renunció de todo corazón a la corona y me confió a su madre. Pero yo, rápida, marché ante él y fui a habitar al bosque, pues vivir lejos de él, incluso en el Cielo, no me agradaría. Asimismo, al punto, el afortunado Sumitri, la alegría de sus amigos, con el deseo de servir a su hermano mayor, revistió el kusa de corteza de árbol. Los tres, llenos de deferencia hacia la voluntad del soberano y fieles a nuestro voto, nos adentramos en un bosque hasta entonces desconocido, de misterioso aspecto. Mientras yo permanecía en el retiro de Dandaka con mi esposo, el de la energía sin medida, fui arrebatada por el rakshasa Ravana, el del alma perversa. Dos meses es el término que me ha asignado como existencia; pasados estos dos meses, dejaré la vida.»

## SARGA XXXIV

## DUDAS DE SITÁ VIENDO A HANUMAT

A estas palabras de Sitá, a la que dominaba un dolor que iba en aumento, Hanumat, el toro de los haris, la dijo para consolarla: «Yo he venido junto a ti encargado de traerte un mensaje de Rama, ¡oh divina Vaidehí! Rama está bien y te desea buena salud. El, que conoce el dardo de Brahma y que, entre los que saben los Vedas, es el más instruido, el hijo de Dasaratha, Rama, ¡oh reina!, te saluda. Lakshmana también, el poderoso y querido compañero de tu esposo, en medio de sus ardientes preocupaciones, se inclina ante ti y te ofrece sus votos.» La diosa, recibiendo los homenajes de los dos leones de los hombres, sintió que todos sus miembros se estremecían; luego dijo a Hanumat: «¡Ah!, este consolador adagio popular me viene a la memoria: «La dicha acaba por visitar al hombre que vive, aunque sea al cabo de un siglo.» Aquel encuentro los llenó a los dos, a Sitá y a Hanumat, de una alegría sin límite. Y en su recíproca confianza, empezaron a hablar.

Cuando la oyó hablar así, Hanumat, nacido de Maruta, se dirigió hacia Sitá, a la que la pena abrumaba. No obstante más se acercaba a ella, más Sitá temía que fuese Ravana: «¡Ah, maldito, maldito sea el relato que me ha hecho! ¡Es Ravana que llega bajo otra forma!» Soltando entonces la rama de asoka, agotada por la angustia, Maithili, la de los miembros sin defecto, dejóse caer por tierra.

El mono de los grandes brazos saludó a la hija de Janaka; ésta, abrumada por el terror, no se atrevía a llevar de nuevo sus ojos hacia él. Al verle saludarla, Sitá, la de la cara semejante a la Luna, lanzó un largo suspiro y dijo al vanara con su dulce voz: «Tú eres Ravana en persona, que has tomado ese disfraz pérfido para aumentar mi tormento; esto no está bien. El que abandonó su forma natural para presentarse en el Janasthana, ante mí, bajo el aspecto de un monje mendicante, eras tú, Ravana. Y cuando estoy demacrada a causa del ayuno y desgraciada, ¡oh merodeador nocturno, que camhías de forma a tu capricho!, aún vienes a aumentar mi angustia; no, esto no está bien. No obstante, si mis temores no fuesen fundados, mi alma alegraría-se viéndote. De venir con un mensaje de Rama, sé el bien venido; voy a interrogarte, ¡oh el mejor de los haris!, pues es para mí muy dulce oírte hablar de Rama. Dime las virtudes de Rama, mi bienamado, ¡oh buen vanara!, me arrebata el alma como la corriente de un río se lleva sus orillas. ¡Oh ensueño hermoso, que, tanto tiempo después de mi rapto, me muestra a un habitante de los bosques enviado por Raghava! ¡Ojalá pudiera, aunque así, soñando, volver a ver al valeroso Raghava, al que Lakshmana acompaña! Cesaría de desesperarme. ¡Pero el ensueño mismo me envidia esta alegría! Sin embargo, no creo que se trate de un ensueño. Ver en sueño a un mono no podría procurar felicidad; y yo me siento dichosa. ¿Será entonces un extravío de mi espíritu? ¿Es un viento que pasa? ¿Una ilusión hija de la locura? ¿Un espejismo? No, no es una alucinación sino una turbación que reviste su apariencia. Tengo, no obstante, sentimiento de mi existencia y también de la del mono.»

Tales eran los múltiples pensamientos que agitaban a Sitá más o menos fuertemente. La posibilidad que tienen los rakschas de cambiar de forma a su capricho la persuadía de que se trataba de su jefe. En esta convicción, la hija de Janaka, la del gracioso talle, no respondió al vanara. Adivinando, lo que la ocurría, Hanumat, nacido de Maruta, la reconfortó con palabras que sonaron dulcemente en sus oídos: «Brillante como Aditia, amado de los mundos como Sasán, monarca de todo

el Universo como el dios Vaisravana, dotado de valentía como el muy glorioso Vishnú, de lenguaje leal y armonioso lo mismo que el dios Vacaspati, hermoso, magnífico, afortunado, semejante a Kadarpa encarnado, terrible justiciero, el mejor en el Mundo de los guerreros de grandes brazos, aquel a la sombra de cuyos brazos reposa el Universo, el magnánimo Raghava, tras haberle alejado de su ermita, con ayuda de Maricha transformado en gacela, Ravana aprovechó tu aislamiento para raptarte. Pero pronto le verás sufrir la pena que merece, cuando, en la lucha, el valeroso Rama le abata con sus dardos lanzados con furor y semejantes a hachones de fuego. Es este héroe quien me envía junto a ti encargado de un mensaje. Tu ausencia le llena de angustia; te desea buena salud. Lakshmana, lleno de valentía, el acrecentamiento de la alegría de Sumitrá, héroe de grandes brazos, se inclina ante ti y te saluda igualmente. El amigo de Rama, ¡oh diosa!, el vanara Sugriva, el rey de la flor de los monos, te ofrece sus homenajes. Siempre piensa en ti Rama, a quien Lakshmana y Sugriva acompañan. Por ventura, vives, ¡oh Vaidehí!, bien que caída en manos de las rakshasís. Pero sin tardar mucho verás a Rama y a Lakshmana, el del gran carro, y, en medio de kotis de vanaras, a Sugriva, cuya potencia no tiene límites. Ministro de Sugriva soy yo, el mono Hanumat. Yo he entrado en la ciudad de Lanká, tras haber franqueado el Océano, poniendo con ello un peso sobre la cabeza de Ravana, el del alma perversa. He venido a verte, seguro de mi valor. Yo no soy, ¡oh diosa!, el que tú piensas. Destierra todo temor y confía en mis palabras.»

## S A R G A X X X V

## HANUMAT SE DA A CONOCER A SITÁ

Oyendo al toro de los vanaras hablarle de Rama, Vaidehí le dirigió este dulce lenguaje con su voz armoniosa: «¿De dónde vienen tus relaciones con Rama? ¿Cómo conoces a Lakshmana? ¿Qué alianza puede existir entre los monos y los hombres? Los rasgos distintivos de Rama y de Lakshmana describemelos aún, ¡oh vanara!, para disipar mi inquietud. ¿Qué aspecto tiene Rama? ¿Cómo es? ¿Cómo son las piernas y los brazos de Lakshmana? Dímelo.»

A estas preguntas de Vaidehí, Hanumat, nacido de Maruta

empezó a trazar un retrato exacto de Rama: «No obstante reconocerme muy bien, gracias al Cielo, como un mensajero de Rama, me interrogas, ¡oh Vaidehí, cuyos ojos son anchos como las hojas del loto!, sobre el exterior de tu esposo y de Lakshmana. Los rasgos distintivos de Rama y los de Lakshmana, hélos aquí, escúchame: Rama ha nacido con ojos anchos como las hojas de loto; el rostro, semejante a la Luna llena, es hermoso, es amable, ¡oh hija de Janaka! Iguala a Aditia en esplendor, a Prithiví en paciencia, a Brihaspati en inteligencia a Vasava en gloria. Es el sostén del Jivaloka, el apoyo de su raza, el guardián de las costumbres y de la ley, el azote de sus enemigos, Rama, ¡oh hermosa!, es el protector del Mundo de las cuatro castas; las distinciones sociales él es quien las instituye y quien las hace establecer. Radiante de gloria, colmado de honores, afianzado en la observancia del *Brahmacarya* conoce las prácticas de las gentes de bien y no ignora la vía de las obras. Educado en la política de los reyes, servidor de los brahmanes, instruido, dotado de noble carácter, lleno de reserva, plaga de sus enemigos, versado en el *Yajurveda*, colmado de honores por los que saben los *Vedas*, el *Dhanurveda*, el *Veda de los Vedangas*, lo sabe a fondo. Tiene hombros anchos, grandes brazos, el cuello adornado con una concha marina, el rostro centelleante, las clavículas ocultas bajo la carne, los ojos muy rojos: tal es Rama, nombre ilustre entre los hombres. Su voz resuena como un gongo; tiene la tez brillante, es majestuoso, bien proporcionado, gallardo, el color tirando hacia negro. Es siempre triplemente formado, triplemente feliz, triplemente igual, triplemente alto, triplemente rojizo, cubierto de un triple perfume, triplemente profundo. Tiene tres arrugas, la triple curvatura, los cuatro acortamientos, la triple cabeza, las cuatro proporciones, los cuatro lineamientos, las cuatro estirpes, las cuatro dimensiones. Tiene los dobles de los catorce bienes emparejados, las cuatro clases de dientes, las cuatro marchas, los labios y las mandíbulas, así como la nariz, muy salientes, la quintuple unción, los ocho linajes, los diez lotos, las diez longitudes, los tres dones, la doble ilustración, el séxtuplo desarrollo, las nueve tenuidades, el triple objeto: tal es Raghava. Complácese en lo verdadero y lo justo; lleno de magnificencia, gusta de recoger y de dar; sabe discernir los lugares y los tiempos; es afable con todo el mundo.

»Su hermano, cuya madre viene en segundo rango, es Sumitri, el de la gloria sin medida. En cuanto al afecto, la hermosura y lo mismo las bualidades, se le asemeja. Deslum-

brador como el oro, el afortunado y glorioso Lakshmana tiene la tez oscura. Estos dos tigres entre los hombres, impacientes por verte, recorren la Tierra entera en nuestra compañía. Mientras en tu busca erraban por el Mundo, vieron al jefe de los monos, desterrado por su hermano mayor, al pie del Rishyamuka, bosque cubierto por numerosos árboles. Allí Sugriva, el del encantador aspecto, estaba sentado, hundido en el espanto que su hermano le inspiraba. Este rey de los haris, Sugriva, el leal guerrero, nosotros le seguimos cuando fue lanzado del trono por su hermano. Entre tanto, aquellos dos tigres de los hombres, vestidos de corteza de árbol, teniendo en la mano arcos excelentes, aquellos hábiles arqueros, al verlos el toro de los vanaras escapó hasta la cima de la montaña, extraviado por el espanto. El Indra de los vanaras, establecido en aquel pico, diputóme junto a ellos a toda prisa. Yo me detuve, por orden de Sugriva, junto a los dos príncipes, tigres entre los hombres, haciendo el anjalí. Marcados con los rasgos de la hermosura, los dos héroes, a los que yo instruí sobre lo que ocurría, llenos de alegría subieron sobre mi espalda y yo los transporté a aquel lugar, donde se dieron a conocer, tal cual estaban, al magnánimo Sugriva. Conversaron entre ellos y una sólida amistad nació entre los dos ilustres personajes, el amo de los haris y el amo de los hombres. Una vez que hubiéronse contado sus historias, nació entre ellos una mutua confianza. El hermano mayor de Lakshmana consoló a Sugriva, a quien, a causa del amor hacia una mujer, su hermano Vali, sumamente vigoroso, había expulsado. Por otra parte, el dolor que tu pérdida ocasionaba a Rama, el de las imperecederas hazañas, Lakshmana se lo hizo conocer al Indra de los vanaras, Sugriva. El Indra de los vanaras, escuchando el relato de boca de Lakshmana, perdió todo su brillo, como el Sol cuando es devorado por el planeta Rahú. Los adornos que festoneaban tus miembros y que, mientras el rakshas te transportaba, dejaste caer al suelo, los jefes de los haris se los presentaron todos a Rama. Se los mostraron con solicitud, pero ignoraban adónde habías tú sido llevada. Yo entregué a Rama aquellas joyas sonoras, maravillosas, que había recogido por el suelo en donde habían caído. Todo turbado, las estrechó contra su seno. Numerosos gemidos reavivaron el fuego de su pena en aquel dios del celeste esplendor, el hijo de Dasaratha. Permaneció mucho tiempo turbado bajo el peso de su aflicción aquel héroe magnánimo. Tras haberle dirigido toda suerte de palabras de consuelo, conseguí con pena que se incorporase. Contempló aquellos preciosos ob-

jetos y los mostró muchas veces; luego, Raghava, al que Sumitri acompañaba, se los confió a Sugriva.

»En tu ausencia, noble mujer, Raghava se consume de dolor. Cual la montaña de fuego bajo la acción incesante del violento incendio que la inflama. A causa de ti, el insomnio, la pena, las preocupaciones abrasan al magnánimo Rama, como los fuegos sagrados la cámara en que se los mantiene. La pena causada por tu ausencia le trastorna, como un gran temblor de tierra quebranta a un enorme bloque de granito. Bosques encantadores, ríos y torrentes, los visita sin placer, pues no te encuentra en ellos, ¡oh princesa! Ese tigre entre los hombres, Raghava, se reunirá contigo muy en breve, tras haber matado a Ravana, así como a sus amigos y parientes, ¡oh hija de Janaka! Rama y Sugriva han hecho alianza para matar a Vali y para encontrarte. Los dos jóvenes y valientes héroes han derribado en lucha al Señor de los haris, que se había refugiado en Kishkindhá. Tras haber herido a Vali en el combate, al punto Rama estableció a Sugriva jefe de todas las tribus de los rikshas y de los haris. Tal es la alianza contraída entre Rama y Sugriva, ¡oh diosa! Luego sabe que yo, Hanumat, he venido diputado por ellos. Cuando hubo recuperado su reino, Sugriva, convocando a sus grandes y vigorosos kapis, los envió en tu busca a las seis regiones cardinales. Por orden de su Indra, Sugriva, los poderosos vanaras, semejantes al rey de los montes, recorrieron la Tierra por todos lados. Espoleados por las palabras de Sugriva, hemos explorado la Tierra entera en tu busca nosotros y los otros vanaras:

»Angada es el nombre del ilustre y poderoso hijo de Vali, tigre entre los monos, partido a la cabeza del tercer ejército. Mientras yacíamos agotados sobre el Vindhya, monte sublime, abrumados por la pena, series de días y de noches transcurrieron. No esperando ya poder cumplir nuestra misión, el término fijado habiendo pasado ya, ante el temor que nos inspiraba el rey de los kapis, decidimos dejarnos morir. Tras haber registrado los montes y sus retiros inaccesibles, los ríos y los torrentes, sin encontrar rastros de la diosa, resolvimos quitarnos la vida. Emprendimos el ayuno final en la cima de aquel monte. Al ver a los toros de los vanaras que se dejaban morir de hambre, sumergido en un océano de dolor, Angada lamentábase siempre, pensando en tu pérdida, ¡oh Vaidehí!, de la muerte de Vali, de nuestra resolución de perecer de hambre y de la muerte de Jatayús. No teníamos ya esperanza de poder ejecutar la orden de nuestro señor; íbamos a sucumbir.

cuando, para dicha de nuestra empresa, vino allí un pájaro poderoso, colosal; era el hermano uterino del rey de los buitres, Sampati, príncipe de los buitres él mismo. Al saber la muerte de su hermano, dijo con tono irritado: «¿Por quién mi joven hermano ha sido muerto y dónde yace? Quiero saberlo por vosotros, excelentes vanaras.» Entonces Angada e refirió la gran carnicería de Janasthana. Cuando supo exactamente cómo el rakshas de terrible aspecto había a causa tuya muerto a Jatayús, lleno de aflicción, el hijo de Aruna nos hizo saber, mujer de las hermosas caderas, que tú habitabas la mansión de Ravana. Oyendo estas palabras de Sampati, nuestra alegría fue grande. Todos, Angada el primero, nos levantamos, y dejando el Vindhya nos acercamos al borde extremo del Océano. Con el propósito de encontrarte, los plavangamas, felices, contentos, Angada a su cabeza, fueron todos a la orilla del mar. Una ansiedad cruel se apoderó de nuevo de los vanaras, impacientes por reunirse contigo. Pero aquella ansiedad hiriente del ejército de los haris, sentado frente al mar, yo la disipé y franqué cien yojanas dando botes. Luego entré de noche en Lanká, llena de rakshasas. He visto a Ravana. A ti te veo ahora abrumada de dolor. Te lo he dicho todo exactamente, ¡oh mujer irreproachable! Háblame a tu vez, ¡oh diosa! Yo soy el mensajero de Dasarathi. Heme aquí venido a cumplir junto a ti la misión de Rama. Reconoce en mí al ministro de Sugriva, ¡oh diosa!, el hijo de Pavana. Tu Kakutstha, el mejor de todos los que llevan armas, está bien. Empujado por su devoción hacia su hermano mayor, Lakshmana, cuya presencia causa felicidad, se complace, ¡oh reina!, en el servicio de tu poderoso esposo. Yo he venido aquí solo por orden de Sugriva. Viajando sin ser acompañado, cambiando de forma a mi fantasía, esta región meridional la he recorrido impaciente por hallar tus huellas. Gracias al Cielo, las tropas de haris que deploran tu pérdida, yo disiparé la angustia que les causa la orden de juntarse contigo. Gracias al Cielo, no he atravesado en vano el Océano. Tendré la gloria de haberte encontrado, ¡oh diosa! Además, Raghava, lleno de valentía, vendrá sin tardar, tras haber matado a Ravana, el jefe de los rakshasas, así como a sus hijos y a sus parientes.

«El Malyavat, ¡oh Vaidehí!, es la más elevada de las montañas. El hari Kesarin se fue hacia el monte Gokarna. Obedeciendo a los rishis divinos, aquel gran mono, mi padre, transportó a Samhasadana al tirtha sagrado del amo de los ríos. Yo he nacido de su esposa y del Viento, ¡oh Maithilí!; Hanumat es mi nombre; yo soy afamado en el Mundo a cau-



sa de mis hazañas. Para inspirarte confianza, ¡oh Vaidehí!, ha sido por lo que te he enumerado las cualidades de tu marido. Sin tardar mucho, ¡oh diosa!, Raghava te sacará de aquí, ciertamente.»

Tranquilizada por las indicaciones probatorias que le daba, Sitá, agotada por los sufrimientos, acercóse al mensajero. En el exceso de su alegría, la felicísima Janakí dejó caer de sus ojos de pestañas azuladas lágrimas de felicidad. El dulce rostro de pupilas rojas, vivas y anchas de aquella mujer de los grandes ojos brillaba como el rey de los astros cuando Rahú le vuelve a soltar. Y reconociendo que Hanumat era un mono, dijo incluso: «No puede ser de otro modo.» Entonces Hanumat habló de nuevo a aquella mujer de tan encantador aspecto: «Todo te lo he dicho. Ten confianza, ¡oh Maithilí! ¿Qué podría hacer para serte agradable antes de marcharme? El asura Sambasana fue muerto en combate por el valiente kapi por orden de los grandes rishis. Y yo, nacido de Vayu, ¡oh Maithilí!, soy un vanara que le iguala en fuerza.»

## SARGA XXXVI

### SITÁ INTERROGA A HANUMAT

De nuevo el muy poderoso Hanumat dirigió tranquilizadoras palabras a Sitá, para inspirarla confianza: «Yo soy un vanara, afortunada princesa, mensajero del sabio Rama. Y este anillo, en el que su nombre está grabado, mírale, ¡oh diosa!, fue con objeto de que me concedieses crédito por lo que el magnánimo héroe me lo dio para que te lo entregase. Animo, pues, y sé feliz; vas a cesar de recoger los frutos de la desgracia.»

Janakí cogió y examinó aquel adorno de la mano de su esposo; le pareció que estaba allí él mismo; estaba transportada de alegría. Su dulce rostro de pupilas rojas, vivas y anchas, tornóse centelleante a causa de la felicidad; cual el rey de los astros cuando Rahú le deja en libertad. Enrojeciendo de placer a la vista de aquel gaje conyugal, la joven mujer, llena de contento, trató en amigo al gran mono y le felicitó: «Estás lleno de bravura, de habilidad y de inteligencia, ¡oh el mejor de los vanaras; tú que sólo causas la ruina del Imperio de los rakshasas! Este Océano de cien yojanas de ancho, el receptáculo de los makaras, con tu valentía admirable y

tu agilidad, le has transformado en un paso de buey. En verdad que yo no puedo considerarte como un mono vulgar, ¡oh toro de los vanaras; tú, que no temes a Ravana ni tan siquiera te conmueves ante su aspecto! Bien mereces, ¡oh el mejor de los kapis!, conversar conmigo, puesto que has sido enviado por Rama, que conoce el atmán. El indomable Rama no hubiera enviado junto a mí sobre todo a un desconocido del cual no hubiese estado seguro de su valentía. Gracias al Cielo, está bien el virtuoso y leal Rama, así como el ilustre Lakshmana, ¡el acrecentamiento de la alegría de Sumitrá! Pero si Kakutstha es poderoso siempre, ¿cómo no abrasa a la Tierra, a quien el Océano sirve de cinturón, lleno de cólera, como el fuego que se enciende al final de cada Yuga? Tal vez esos dos héroes son retenidos por los suras mismos. Y entonces no veo ya el fin de mis males. ¿No está ansioso Rama? ¿No se atormenta? ¿Intenta un supremo esfuerzo por liberarme el mejor de los hombres? ¿No está triste, preocupado? ¿No obra lleno de turbación? ¿Da prueba de ánimo ese hijo de rey? El doble medio de alcanzar el triple objeto, ¿le emplea llevado por su deseo de vencer, él, tan bueno para sus amigos, y de sus enemigos calamidad? ¿Acoge a sus amigos y es acogido por ellos? ¿Alíase a gentes de bien, y sus amigos le honran? ¿Implora el favor de los dioses ese hijo de monarca? La acción del hombre y el Destino, ¿tiene cuenta de ello? ¿Habrá dejado de tener afecto por mí Raghava a causa de nuestra separación? ¿Vendrá a librarme del peligro? Habitado constantemente a la lucha, no a la adversidad, en presencia de este infortunio sin igual, ¿no desfallece Rama? ¿Se reciben frecuentes y buenas noticias de Kausalyá y Sumitrá, así como de Bharata? ¿Se preocupa por mí el honorable Raghava? ¿No tendrá el espíritu en otra parte? Rama, ¿se ocupa en libertarme? Bharata, llevado por su amor fraternal, ¿levantará por mí un ejército entero, formidable, provisto de buenos oficiales? ¡Oh jefe de los vanaras!, el afortunado Sugriva, ¿vendrá a mi socorro a la cabeza de los valerosos haris, armados de uñas y dientes? El bravo Lakshmana, que aumenta la felicidad de Sumitrá, ¿destruirá a los rakshasas bajo una nube de sus proyectiles, él, que es tan hábil en lanzarlos? Rama, con su dardo de Rudra, ¿le verá pronto derribar en el campo de batalla a Ravana con sus amigos y su gente? Su rostro de tez de oro, de perfume de loto, lejos de mí, ¿no se aja desecado por la pena, como el loto, faltar de agua, por el calor? El que alegó su deber para renunciar al trono y traerme a pie al bosque, sin temor ni sentimiento, ¿tiene siempre esta firmeza

de alma? Ni su madre, ni su padre, ni nadie siente hacia él tanto afecto como yo. ¡Que yo viva tan sólo, oh mensajero, el tiempo necesario para saber qué es de mi bienamado!»

La encantadora diosa, habiendo dirigido al Indra de los vanaras este discurso lleno de sentido y de dulzura, calló para oír aún su acariciadora voz que le hablaba siempre de Rama. A este lenguaje de Sitá, Maruti, el del temible valor, puso sobre su cabeza sus manos a guisa de anjalí y la dijo de nuevo: «No sabe que estás aquí Rama, el de ojos de loto kamala; por ello es por lo que no te ha libertado antes, como Purandara a Sací. Pero al oírme vendrá sin tardar Raghava, trayendo en pos de él un ejército considerable, compuesto de batallones de haris y de rikshas. Tras haber domado con sus dardos sin número al invencible Océano, mansión de Varuna. Kakutstha despoblará de rakshasas la ciudad de Lanká. Si Mrityu, si los devas y los grandes asuras tratan de impedirle el camino, los exterminará a ellos mismos. Tu ausencia, ¡oh princesa!, le llena de dolor; Rama no encuentra más calma que un elefante atacado por un león. Yo te lo juro, ¡oh diosa!, por el Mandara, el mulaphala, el Malaya, el Vindhya, el Merú y el Dardura; el amable rostro de Rama, el de los bellos ojos, el de labios carnosos, el de lindos pendientes, semejantes al levantar de la Luna, tú le verás sin tardar, ¡oh Vaidehí!, tú advertirás a Rama sobre el monte Prasravana, cual Satakratu sentado sobre lo alto del lomo de su elefante. Raghava no come carne, no bebe licor; aliméntase exclusivamente de manjares silvestres bien preparados por Lakshmana, que toma en la quinta parte del día. Cinifes, mosquitos, gusanos, reptiles, Raghava no los aparta ya de su cuerpo; está siempre junto a ti con el pensamiento. Siempre abismado en sus reflexiones, siempre absorbido por su dolor, Rama no piensa en otra cosa, esclavo como es de su amor. Jamás duerme Rama, el mejor de los hombres, o, si se adormece, «¡oh Sitá!», exclama con voz dulce, y se despierta. Al ver un fruto, una flor o cualquier otra cosa grata a las mujeres, «¡oh amada mía!», suspira sin cesar, llamándote. ¡Oh diosa!, ese principio que, en su perpetuo tormento, llama a su Sitá, lleno de abnegación y de grandeza de alma, intentará todo por recobrarte.»

El clogio de Rama desterró su pena, pero, sabiendo que sufría, no pudo impedirse de sufrir también: la hija del Videha asemejábase a una noche, cuando a la entrada del otoño la Luna sale de una nube.

## SARGA XXXVII

## SITÁ REHUSA DEJARSE LLEVAR POR HANUMAT

Tras haber oído este discurso, Sitá, cuyo rostro brillaba como la Luna llena, dirigió a Hanumat estas palabras llenas de religión y de sentido: «Tus palabras, ¡oh vanara!, son amrita mezclada a veneno, puesto que me haces saber que Rama, aunque no tiene otra preocupación que yo, está sumido en el dolor. La suerte ata al hombre como con una cuerda para arrastrarle ora a la cima del poder, ora al infortunio más siniestro. Los seres vivos no podrían resistir al Destino, ¡oh excelente plavaga! Míranos, si no, a Sumitri, a mí y a Rama, ¡en qué males nos hemos hundido! ¿Cómo conseguirá Ragha va llegar al término de su dolor, a semejanza del náufrago que se esfuerza nadando entre las olas por alcanzar la orilla? ¿Cuándo me volverá a ver mi esposo tras haber hecho una carnicería con los rakshasas, muerto a Ravana y destruido Lan-ká? Es preciso decirle: «Apresúrate, pues tan sólo hasta finales de este año debe durar mi vida. He aquí el décimo mes; ya no quedan sino dos, ¡oh plavamgama! Es el plazo que el perverso Ravana me ha fijado. Vibhishana, su hermano, le insta sin descanso a que me suelte, pero no puede decidirse a hacerlo. El volverme a enviar no place a Ravana: la muerte le acecha en la lucha a la que le empuja su Destino. La hija mayor de Vibhishana, llamada Kalá, ¡oh mono!, me lo ha contado de parte de su madre misma. Avindhya, así se llama un toro de los rakshasas, lleno de prudencia, de sabiduría y de firmeza, de noble carácter, ya de edad y muy estimado por Ravana, le anuncia como inminente la destrucción de los rakshas por Rama; pero ese perverso no escucha la saludable advertencia. Tengo la esperanza, ¡oh el mejor de los haris!, de que mi esposo se reunirá conmigo próximamente. Mi corazón es puro y las cualidades de Rama son numerosas. Resistencia, bravura, bondad, inocividad, gratitud, energía, fuerza, ¡oh vanara!, todo esto lo posee Raghava. El que exterminó catorce mil rakshasas en el Janasthana, sin la ayuda de su hermano, ¿qué enemigo no temblaría ante él? No podría ser inmolado por los látigos de los rakshasas ese toro de los hombres. Yo conozco su potencia, como la hija de Pulomán la de Sakra. Con sus numerosos dardos como rayos, con su bravura, ¡oh kapi!, el sol que es Rama desecará ese lago hecho de rakshas enemigos.»

De este modo se desahogaba Sitá a propósito de Rama, extenuada por la pena y con el rostro bañado en lágrimas. El mono Hanumat la dijo: «En cuanto yo le haya hablado, Raghava vendrá al punto a la cabeza de un ejército poderoso, compuesto de batallones de haris y de rikshas. O más bien yo voy a librarte hoy de ese rakshasa funesto; súbete sobre mi espalda, mujer irreprochable. Una vez sobre mi espalda, yo te haré pasar el mar. Podría incluso transportar a Lanká con el propio Ravana. Hoy mismo te entregaré a Raghava allá en el Prasravana en donde está, ¡oh Maithilí!, como Anala entrega la libación santa a Sakra. Tú volverás a ver hoy mismo, ¡oh Vaidehí!, a Raghava, al que Lakshmana acompaña, semejante a Vishnú, cuando resolvió exterminar a los daitias. Ese héroe poderoso que hace esfuerzos por reunirse contigo, tú le encontrarás en el Prasravana solitario, semejante a Puramdara sentado sobre la cabeza del rey de los nagas. Súbete sobre mi espalda, bella diosa; no dudes. ¿No deseas reunirse con Raghava como Rohiní a Sasanika? Cual Rohiní, cuando conversa con Sasán, tú vas a reunirse con Rama. Sube sobre mi espalda y atraviesa la atmósfera y el Océano. Cuando me aleje de aquí llevándote conmigo, ¡oh hermosa!, ninguno de los habitantes de Lanká podrá seguirme. No hay duda que del mismo modo que he venido me iré: créelo, Vaidehí, llevándote a través del espacio.»

Maithilí, oyendo este lenguaje sorprendente del mejor de los haris, temblando de gozo con todos sus miembros, dijo a Hanumat: «Hanumat, ese largo camino, ¿cómo esperas hacerme recorrer? Pues conozco tu naturaleza simiesca, ¡oh jefe de los haris! ¿Cómo sobre tu pequeño cuerpo crees poder llevarme de aquí hasta el Indra de los hombres, mi esposo, ¡oh toro de los plavagas?»

A estas palabras de Sitá, el glorioso Hanumat, nacido de Maruta, pensó en la forma disminuida que acababa de adoptar. «Vaidehí, la de los ojos negros, no conoce ni mi naturaleza ni mi poder. La voy a demostrar cómo me transformo a mi voluntad.» Esto pensando, Hanumat, el mejor de los plavagas, plaga de sus enemigos, se dejó ver a Sitá bajo su verdadero aspecto. Lanzándose de su árbol, el inteligente toro de los plavagas se puso a crecer, para inspirar confianza a Sitá. Tornóse igual al Merú y al Mandara, y semejante a un brasero llameante. El toro de los vanaras se plantó delante de Sitá. El hari, semeje a una montaña, de rojo rostro, de vigor inmenso, con dientes y uñas de diamante, terrible, habló en estos términos a Vaidehí: «Yo podría desplazar a Lanká con sus mon-

tes, sus bosques y sus campos, sus pabellones, sus parapetos y sus puertas, con su jefe mismo. Animo, pues, ¡oh reina!; basta de dudas. Ven a disipar, ¡oh Vaidehí!, el dolor de Raghava, al que Lakshmana acompaña.»

Viéndole tan grande como un monte, la hija de Janaka, la de ojos anchos como hojas de loto, dijo al hijo bienamado de Maruta: «Reconozco tu naturaleza y tu potencia, ¡oh gran kapi! Tu velocidad iguala a la del viento y tu prestigioso brillo al del fuego. Un ser vulgar, ¿cómo hubiera venido a este país por encima del Océano, inconmensurable, oh príncipe de los vanaras? Sé, pues, que eres capaz de sacarme de aquí y de llevarme; pero es preciso examinar, ante todo, si elle puede tener buen resultado para mí. Ahora bien, imposible me es, ¡oh el mejor de los kapis!, partir contigo. Tu impetuosidad, que iguala a la del viento, me causaría vértigo. Suspendida en los aires por encima, muy por encima del Océano, caería de tu espalda en medio de tu desenfrenada carrera. Y precipitada en el mar poblado de tiburones, de cocodrilos y de jhashas, al punto sería, fatalmente, para esos monstruos una presa escogida. No, no puedo partir contigo, ¡oh destructor de tus enemigos! Sobre que cargado con una mujer sin duda habría peligro para ti también. Cuando te vieran arrebatarme, los rakshasas, de temible bravura, te perseguirían por orden del perverso Ravana. Rodeado de guerreros provistos de venablos y de mazas, tu situación sería crítica con una mujer, ¡oh héroe! Armados y numerosos te perseguirían por los aires, a ti sin armas; ¿cómo, pues, podrías resistir y protegerme? Mientras tú lucharías con los rakshasas, los de las crueles hazañas, yo me escurriría de tu espalda, aterrada, ¡oh excelente kapi! Terribles, gigantescos y poderosos, acabarían por vencerte en la lucha, ¡oh el mejor de los monos! O bien, mientras tú los combatías volviendo la cabeza, yo caería; y una vez caída me cogerían y me volverían a traer aquí los perversos rakshasas. O aun me arrancarían de tus manos y me harían pedazos. En la guerra se ven alternativas como éstas de victorias y derrotas. O moriría ante las amenazas de los rakshasas, con lo que tu tentativa, ¡oh el primero de los haris!, permanecería infructuosa. Es más, aunque pudieras exterminar a todos los rakshasas, si tú los matabas, adiós gloria de Raghava. Caso contrario, los rakshasas se apoderarían de mí y me relegarían en un escondrijo ignorado de los haris y también de Raghava. Y en este caso aun tus esfuerzos por salvarme serían vanos. Mientras que si Rama viene contigo, hay muchas posibilidades de éxito. En mí reposa la existen-

cia de Raghava, el de la fuerza sin medida, la de sus hermanos, la tuya, guerrero de los grandes brazos y la de la familia real. Desesperados a causa de mí, consumidos por ardiente pena, los dos hermanos, así como todos los rikshas y los harris, romperían el lazo de sus alientos vitales. Colocando ante todo la piedad conyugal, no podría, por otra parte, resolverme a tocar el cuerpo de otro hombre que Rama mismo, ¡oh vanara eminente! Si he soportado a la fuerza el contacto del cuerpo de Ravana, dada mi impotencia, fue porque ¿qué podía hacer sin defensor y no siendo ya dueña de mí? Si Rama viene aquí a deshacer a Dasagriva y a sus rakshasas, y al marcharse me lleva, tal cosa será una hazaña digna de él. He oído hablar y yo misma he sido testigo de los altos hechos de ese magnánimo héroe de los guerreros. Devas, gandharvas, serpientes, rakshasas, nadie iguala a Rama en el campo de batalla. Viéndole en el combate, armado de su arco maravilloso, dotado de gran vigor y de una valentía semejante a la de Vasava, ¿quién podría resistir a Raghava, al que Lakshmana acompaña, y que parece un incendio activado por el viento? Raghava, al que Lakshmana acompaña, semejante al elefante de las regiones, borracho de nada, ¿quién sostendría su choque, en la lucha, ¡oh príncipe de los vanaras!, a él a quien se tomaría por el Sol al final de un yuga, con sus flechas por rayos! ¡Oh el mejor de los kapist!, mi bienamado, a quien Lakshmana y el jefe de los batallones simiescos sirven de compañeros, tréele pronto aquí. Desde hace mucho tiempo la pena me consume pensando en Rama: ¡oh valeroso vanara!, devuélveme la felicidad.»

## SARGA XXXVIII

### SITÁ ENTREGA A HANUMAT SU ANILLO

Esta respuesta satisfizo al tigre de los monos, que respondió a Sitá, como discurridor hábil: «Tu lenguaje lleno de conveniencia, diosa de los hermosos rasgos, está de acuerdo con tu naturaleza femenina y la reserva de las damas honestas. Dada tu cualidad de mujer, no podrías franquear, cierto, subida encima de mí, un mar ancho de cien yojanas. Y esta segunda razón que me has dado, ¡oh modesta Janakí!: «Yo no puedo tocar a otro que a Rama», digna es de ti, ¡oh diosa, esposa de ese héroe magnánimo! ¿Qué otra que tú, ¡oh reina!, podría

tener un lenguaje semejante? Kakutsha será informado exactamente de todo cuanto has hecho y dicho en mi presencia. ¡oh princesa!, apoyada en razones numerosas. ¡Oh reina!, ha sido con el deseo de ser agradable a Rama, el espíritu engañado por mi afección, por lo que te he hablado así. También ha sido a causa de la dificultad de penetrar en Lanká y de atravesar el Océano, y teniendo en cuenta mis conveniencias personales, por lo que te he dicho: quiero reunirme hoy con aquel que es la alegría de los Raghús. Ha sido por afecto a mi amo y por abnegación, y no por otro motivo, por lo que te he hablado de este modo. Mas, puesto que no quieres venir conmigo, mujer irreproachable, dame un signo de reconocimiento para Raghava.»

A estas palabras de Hanumat, Sitá, semejante a la hija de Sura, dijo con voz débil que los sollozos ahogaban: «He aquí el mejor signo de reconocimiento que podrás transmitir a mi bienamado. Al pie del gran monte Citrakuta, en la región nordeste, mientras que yo habitaba la ermita de los ascetas, en un sitio rico en raíces, en frutas y en agua, que frecuentaban los siddhas, en lejos del Mandakini, en medio de sus espesos bosques, de donde se exhalaban toda clase de perfumes, tras haberte entretenido en un estanque, ¡oh Rama!, te apoyaste todo mojado en mi seno. En aquel momento un cuervo se acercó para picotearme. Yo le tiré un terrón de tierra para alejarle. Pero aquel cuervo se obstinaba en querer desgarrarme, y no se alejaba de su presa, él, hambriento comedor de ofrendas. Furiosa contra el pájaro, desaté mi cinturón; entonces mi vestido se escurrió; tú me viste, y me gastaste bromas, yo enrojecí de ira y de vergüenza. Atormentada por el cuervo ávido de comida, me refugié junto a ti. Fatigada, me eché en tus brazos mientras tú permanecías sentado. Toda enfadada aún, tú me apaciguaste riendo. El rostro bañado en lágrimas, me enjugué dulcemente los ojos. Tú me habías visto desnuda, ¡oh Señor!, y el cuervo me había encolerizado. Agotada, ¡oh Raghava!, dormí mucho tiempo en tu seno. A tu vez, tú te dormiste en el río, ¡oh hermano mayor de Bharata! Y he aquí que, de nuevo, el cuervo se acercó a mí cuando me despertaba y me separaba de los brazos de Raghava. El cuervo al punto vino, sí, a picotearme el seno. Varias veces, arrojándose sobre mí, me desgarró cruelmente. En aquel momento, Rama se levantó, despertado por las gotas de sangre que caían sobre él. El héroe de los grandes brazos, viéndome con los senos heridos, furioso, silbando como una serpiente, habló así: «¿Quién, ¡oh tú, cuyos muslos parecen trompas de elefante!,



te ha lastimado el pecho? ¿Quién es el que se atreve a jugar con un reptil de cinco cabezas y furioso?» Entonces vio al cuervo que estaba delante de mí con las garras ensangrentadas, agudas. Aquel cuervo, el príncipe de los volátiles, era el hijo de Sakra. Desapareció súbito bajo la tierra, rápido como el viento. El guerrero de los grandes brazos, lanzando miradas de furor, imaginó contra el cuervo una terrible treta, él, el más industrioso de los hombres. Tomando del montón de hierbas sobre el que reposábamos una brizna de darha, la ató a un dardo de Brahma. La brizna de hierba se inflamó semejante al fuego de Kala, delante del pájaro. Rama lanzó contra el cuervo aquel hachón, que, sacándole de su refugio, empezó a perseguirle por el espacio. Bajo aquella lluvia de llamas, el cuervo volaba de un lado para otro, buscando un abrigo; así recorrió el Universo entero. Rechazado por su padre y por todos los rishis supremos, erró por los tres mundos hasta venir a protegerse, vencido, junto a Rama mismo. Allí cayó al suelo pidiendo amparo. El misericordioso Kakutstha, bien que mereciese la inuerte, le salvó lleno de piedad. Yacía allí agotado, el pájaro, sin color. Rama le dijo: «Es imposible que este dardo de Brahma quede sin efecto, sábelo bien.» Entonces destrozó su ojo derecho. Y fue perdiendo el ojo derecho como salvó la vida. Saludó a Rama y al rey Dasaratha; luego, con permiso del héroe, marchóse a su retiro. Tú, que a causa de mí lanzaste sobre un simple cuervo el propio dardo de Brahma, a mi raptador, ¡oh príncipe!, ¿cómo le dejarías sin castigo? Muestra, mediante grandes esfuerzos, tu piedad hacia mí, ¡oh toro de los hombres! La que te tiene como protector, ¡oh protector!, parece estar sin protector. La compasión es el supremo deber; te lo he oído decir. Sé tu gran energía, tu gran resistencia, tu gran fuerza. Tú eres de un poder sin límites, invencible, y, por tu profundidad, émulo del Océano; tú eres el amo de la Tierra, así como del mar y el igual de Vasava. Tú, que eres también el primero de los arqueros, lleno de fuerza y de bravura, ¿por qué, ¡oh Raghava!, no lanzas una flecha contra los rakshasas? Ni los nagas, ni siquiera los gandharvas, ni los suras, ni las tropas de los maruts podrían sostener el choque de Rama en el combate. Si ese héroe tiene hacia mí aún alguna consideración, ¿cómo es posible que con sus dardos acerados no extermine a los rakshasas? ¿Por qué con la ayuda de su hermano, Lakshmana, plaga de sus enemigos, no me libera este héroe lleno de fuerza? Puesto que esos dos tigres de los hombres, iguales a Vayú y a Indra en cuanto a valor, son irresistibles hasta a los suras, ¿por qué me aban-

donan? ¡Ah!, he debido cometer alguna maldad considerable, no hay duda, puesto que, bien que sean capaces, desdennan salvarme jesas dos plagas de sus enemigos!»

A estas lamentaciones de Vaidehí, acompañadas de lágrimas, el poderoso Hanumat, jefe de los monos, dijo: «La pena que le causas altera los ragos de Rama, ¡oh diosa!; esta es la verdad, te lo juro. Y el ver a su hermano, a quien el dolor abruma, llena a Lakshmana de aflicción. Puesto que has sido encontrada, se acabó el tiempo de las lamentaciones; dentro de poco verás el fin de tus sufrimientos, ¡oh hermosa! Esos dos tigres de los hombres, príncipes de una gran energía, en su impaciencia por reunirse contigo, reducirán a ceniza los mundos. Tras haber matado al temible guerrero Ravana y a los suyos, Raghava, princesa de los grandes ojos, te traerá a la ciudad. Dime lo que es preciso que repita a Raghava y a Lakshmana, lleno de valor, al ilustre Sugriva y a los monos reunidos en asamblea.»

Así habló. Sitá respondió: «El amo de los mundos, aquel al que dio vida la venerable Kausalyá, deséale de mi parte que sea feliz y saludale con la cabeza. Las guirnaldas y todas las joyas de su bienamada, así como sus damas de honor, el imperio de un vasto reino tan difícil de adquirir, su padre y su madre a todo ello tras haberlos dicho un adiós cordial, se ha unido a los pasos de Rama, aquel a quien Sumitrá debe el ser una madre feliz. En su afecto fraternal, el virtuoso príncipe, renunciando a una felicidad sin igual, acompañó a Kakutstha, su hermano y veló por él en el bosque. Héroe de hombros de león, de grandes brazos, sabio y de agradable aspecto, trataba a Rama como a su padre y me consideraba como a su madre. No fue testigo de mi rapto el valeroso Lakshmana. Lleno de deferencia hacia los ancianos, magnífico y valeroso, mesurado en sus discursos, el mejor de los amigos del príncipe Rama, semejante a mi padre político, más que yo aún le fue siempre amigo su hermano Lakshmana, el cual, con su valentía, lleva un fardo que no le fue impuesto. El, del cual, viéndole, Raghava no olvida la generosa conducta, es preciso saludarle de mi parte, y repetirle mis palabras, para que, con su perpetua benevolencia, el noble y virtuoso Lakshmana, tan querido a Rama, ¡oh el mejor de los monos!, ponga fin a mi infortunio. Tú eres garante del éxito de esta empresa, ¡oh jefe de los haris! ¡Que Raghava pueda, gracias a tu iniciativa, intentar por mí un supremo esfuerzo! Vuelve a decir a mi protector, al bravo Rama, y repítele estas palabras de mi parte: «Me queda aún un mes de vida, ¡oh hijo de Dasaratha! Pasado

este mes, moriré; es la verdad lo que te digo. Libértame, ¡oh héroe!, de las miserables manos del malvado Ravana, como Kausiki fue liberada del Patala.» Luego Sitá sacó de debajo de su vestido la perla con que sujetaba antes la mecha de sus cabellos, que despidió un brillo celestial, y confiándosela a Hanumat, le dijo: «Se la entregarás a Raghava.»

Recibiendo aquella joya sin igual, el valeroso hari la puso en su dedo, pues en su brazo no entraba. El mejor de los monos tomó la perla y saludó a Sitá, haciendo el pradakhshina, inclinado hacia ella. Y lleno de alegría por haber visto a la princesa, se volvió feliz junto a Rama y Lakshmana, los del aspecto semejante. Tras haber recibido la magnífica y preciosa joya que la hija del rey Janaka llevaba, disimulándola con cuidado, Hanumat, como desembarazado de un huracán que se hubiese desencadenado sobre él desde una alta montaña, el corazón sereno de nuevo, emprendió el camino de vuelta.

## SARGA XXXIX

### HANUMAT CALMA LAS APRENSIONES DE SITÁ

Entregándole la joya, Sitá dijo a Hanumat: «Este signo de reconocimiento le es familiar a Rama. Cuando vea esta perla, el valeroso Rama se acordará de tres personas: de mi madre, de mí y del rey Dasaratha. Tu heroísmo, estimulado aún más, ¡oh el mejor de los haris!, por los esfuerzos que exige esta empresa, piensa en lo que queda por hacer. Eres tú quien serás el instrumento del éxito en esta misión, ¡oh flor de los monos! Considera el esfuerzo que debe intentar Rama para poner fin a mi infortunio. Procura, ¡oh Hanumat!, acabar con mi desgracia.» «Así será», la respondió Maruti, el del temible arrojo. Y saludando con la cabeza a Vaidehí, dispúsose a volver.

Cuando vio alejarse al vanara, nacido de Pavana, la divina Maithilí, con voz entrecortada por los sollozos, le dijo: «¡Oh Hanumat! Llévales mis votos de felicidad a los dos, a Rama y a Lakshmana. Y a Sugriva y a sus consejeros, a todos los ancianos de entre los vanaras, deséales, ¡oh el mejor de los monos!, una felicidad legítima. Haz de modo que Raghava, el de los grandes brazos, me saque de las aguas de la desgracia donde estoy hundida. Para que el glorioso Rama me haga salir viva de aquí, ¡oh Hanumat!, préstame el socorro

de tu palabra leal. Cuando oiga lo que le dirás de mi parte, Dasarathi, siempre lleno de valentía, sentirá crecer su audacia con objeto de reunirse conmigo. El ruego que te encargo le transmitas, oyéndole, el bravo Raghava, cual es propio en él, sentirá que le inspira un aún mayor heroísmo.»

Así habló Sitá. Hanumat, nacido de Maruta, poniendo sobre su cabeza sus manos en forma de anjalí, la dio esta respuesta: «Sin tardar, Kakutstha, rodeado de la flor de los haris y de los rikshas, vendrá a domar a sus enemigos, en el combate, y a disipar tu pena. No conozco a nadie entre los mortales, los asuras y los suras, que pueda, cuando vomita flechas, aguantar ante él. Incluso al Sol, incluso a Parjanya, incluso a Vaivasvata o a Yama, les resistiría en lucha, sobre todo si lo que se ventilara eras tú. Rama podría conquistar la Tierra entera a la que el Océano limita, de ser tú el premio a la victoria, ¡oh alegría de Janaka!»

A este lenguaje sensato, leal, de una gran elocuencia, Janakí, tras haber reflexionado mucho, se expresó en estos términos. Sitá, mirando repetidas veces a Hanumat, de pie junto a ella, aplaudió con alegría aquellas palabras que le había dictado su abnegación hacia su esposo: «Si te parece bien, ¡oh guerrero vencedor de tus enemigos!, permanece un día oculto en cualquier sitio, para que descanses: mañana partirás. En cuanto a mí, que tengo tan poca felicidad, tu proximidad, ¡oh vanara!, me hará olvidar un instante este gran infortunio. Porque, tigre de los haris, hasta tu vuelta, mi vida estará en peligro; no hay duda. La pena de no verte me atormentará aún más; abrumada como estoy por los mayores males, en cierto modo me consumiré, ¡oh vanara! Además, ¡oh bravo Hanumat!, esta dificultad téngola siempre ante los ojos, por decirlo así: El muy poderoso rey de los monos, en medio de sus compañeros los haris y los rikshas, ¿cómo atravesará el infranqueable Océano? Asimismo, las tropas de haris y de rikshas y los dos hijos del rey, ¿cómo le atravesarán? Tres seres tan sólo pueden atravesar el Océano: Vainateya, tú y Maruta. Ante este obstáculo insuperable, ¿qué posibilidad de éxito ves tú, ¡oh héroe!, el más industrioso de los seres? Sin duda tú eres capaz, incluso solo, de llevar a cabo esta empresa, ¡oh destructor de los guerreros enemigos!, pero es que entonces la gloria del triunfo será tuya y no de Rama. Luchar con todas sus fuerzas contra Ravana, derribarle en el campo de batalla y llevarme victorioso a la ciudad, sería digno de ese héroe. Si tras haber con sus tropas deshecho Lanká, el destructor de los ejércitos enemigos, Ka-

kutstha, me llevase, sería digno de él. Tal heroísmo, conforme a su naturaleza magnánima, corresponde a ese valiente guerrero el desplegarle.»

A este lenguaje, lleno de sentido, de tacto y de razón, Hanumat dio la última respuesta: «¡Oh reina!, el general de los ejércitos de los haris y de los rikshas, el mejor de los monos, Sugriva, lleno de lealtad, se ocupa de ti. Rodeado de vanaras por kotis de millares, vendrá no tardando, ¡oh Vaidehí!, ese destructor de rakshas. Tiene bajo sus órdenes haris dotados de valentía, de energía, de extremado vigor, rápidos como el pensamiento. Van arriba, abajo, de lado; ningún camino está para ellos cerrado. No hay trabajos, por rudos que sean, que descorazonen su valor sin medida. Más de una vez, gracias a su mucha resistencia, han dado la vuelta a la Tierra con sus mares y montañas, de izquierda a derecha, lanzándose por los senderos de los vientos. Los hay entre ellos que me son superiores, otros que me son iguales, entre esos habitantes de los bosques. No hay ni uno que me sea inferior, entre los que rodean a Sugriva. Si he podido venir aquí, con mucha más razón lo podrán esos valientes. No son los mejores los que son enviados a la descubierta, sino los otros. Basta, pues, de aflicción, ¡oh reina!, destierra tu pena. De un solo bote estarán en Lanká los jefes de los haris. Sobre mi espalda acudirán junto a ti, semejantes a la Luna y al Sol cuando se levantan, esos dos hermanos, estrechamente unidos, leones entre los hombres. Esos dos héroes, la flor de los guerreros, Rama y Lakshmana, vendrán juntos a destruir la ciudad de Lanká con sus dardos. Tras haber deshecho a Ravana y a su horda, Raghava, la alegría de Raghú, te coherá, mujer de las hermosas caderas, para llevarte a su ciudad. Por consiguiente, ánimo y felicidad a ti; ten confianza en esa hora. Antes de poco le volverás a ver, centelleante como la llama. El Indra de los rakshasas, sus hijos, sus ministros y todos los suyos muertos, tú te reunirás con Rama, como Sasanka a Rohiní. Pronto verás el fin de tus males, divina Maithilí, y Ravana, en tu presencia, caerá bajo los golpes de Rama.»

Así consolaba a Vaidehí, Hanumat, nacido de Maruta. Y pensando en partir, repetía: «Esc matador de sus enemigos, dueño de sí mismo, pronto tú le volverás a ver, al hijo de Raghú, así como a Lakshmana, el arco en la mano, a las puertas de Lanká. Armados de uñas y dientes, los valientes vanaras, animosos como leones y tigres, semejantes a los Indras de los elefantes, pronto verás su tropa. Cual montañas y nubes,

esos monos escogidos oirás en las mesetas del Malaya y de Lanká, noble mujer, los rugidos de sus múltiples batallones. Herido en el corazón por un dardo temible de Manmatha, Ravana no sabrá dónde refugiarse: cual un elefante atacado por un león. No llores más, ¡oh diosa!; destierra de tu alma tristeza y temor; tú te reunirás con tu esposo como Sací a Sacra, ¡oh hermosa! ¿Quién es superior a Rama? ¿Quién, semejante a Sumitri? Emulos de Añi y de Maruta, los dos hermanos son para ti un doble asilo. No permanecerás, en adelante, mucho tiempo aquí, ¡oh diosa!, en este lugar habitado por las tropas de rakshas formidables hasta el exceso. Tu bienamado no tardará en venir. Ten paciencia tan sólo hasta mi vuelta.»

## SARGA XL

## HANUMAT SE DESPIDE DE SITÁ

A estas palabras del vástago del magnánimo Vayú, Sitá, semejante a una hija de suras, respondió de un modo conforme a sus intereses: «El verte a ti, que me hablas de mi bienamado, ¡oh vanara!, me alegra, como la lluvia alegra la tierra que tiene la cosecha a medio hacer. Haz de modo, en tu piedad hacia mí, que pueda satisfacer mi desco y tocar a ese tigre de los hombres con mis miembros desecados por el dolor. Recordarás aún a Rama, como signo de reconocimiento, ¡oh tú, que poses de un modo eminente las cualidades de los haris!, la caña que el cuervo rompió lleno de cólera, porque le había saltado un ojo. También le dirás de mi parte: Con arsénico rojo me pintaste en una mejilla un tilaka, tras haberme borrado el otro; no dejes de acordarte, en verdad. ¿Cómo, dado tu valor, sufres que te arrebatan a Sitá, ¡oh tú, que te asemejas al elefante del gran Indra!, y que la trasplanten en medio de los rakshasas? Esta perla divina, con la que adorno mi frente, la he conservado cuidadosamente para que, viéndola, pudiera regocijarme en mi infortunio, cual si te viese a ti mismo, ¡oh héroe sin reproche! Cuando te haya transmitido esta joya, precioso producto de las aguas, ya no podré, entregada a la pena, vivir mucho tiempo más. Males intolerables, voces amenazantes que me quiebran el corazón, permanencia en medio de los rakshasas, es por ti por quien los soporto. Aún aguantaré un mes la existencia, ¡oh matador de tus enemigos!; pasado este mes, ya no podré vivir separada de ti, ¡oh príncipe!

Ese rey de los rakshasas es terrible; su aspecto no me es agradable, y si llego a saber que tú dudas, moriré en el instante mismo.»

A estas lamentaciones de Vaidehí, acompañadas de lágrimas, el todopoderoso Hanumat, nacido de Maruta, respondió: «Tu infortunio altera los rasgos de Rama, ¡oh diosa!; es la verdad, te lo juro. Viendo a Rama abatido por la pena, Lakshmana se desola. Mas, de todas maneras, tú le verás; no es el momento de desesperar; y este instante pondrá término a tus males, bella princesa. Esos dos tigres de los hombres, príncipes irreprochables, impacientes por verte, reducirán Lanká a cenizas. Tras haber exterminado en el combate al rakshas Ravana y a los suyos, los dos Raghavas, mujer de los grandes ojos, te llevarán a su ciudad. Mas para que Rama reconozca el signo convencional, ¡oh mujer sin reproche!, es preciso que me des algo más que alegre su corazón.»

Ella le respondió: «Te he entregado, no hay duda, el mejor gaje de reconocimiento. Rama, viendo esa jova, sin trabajo concederá crédito a tus palabras, bravo Hanumat.»

Habiendo recibido la perla maravillosa, el afortunado príncipe de los plavagas saludó con la cabeza a la diosa y se dispuso a partir. Cuando ella vio al general de los haris tomar impulso y desarrollar su gran vigor, la infortunada hija de Janaka, el rostro lleno de lágrimas, le dijo con voz entrecortada por los sollozos: «¡Oh Hanumat! A los dos hermanos, semejantes a dos leones, Rama y Lakshmana, a Sugriva y a cuantos le rodean a todos deséales de mi parte votos de prosperidad. Trata de que Raghava, el de los grandes brazos, me salve de este océano de males en el que estoy prisionera. Este áspero y violento dolor, las amenazas de los rakshas díselo todo a Rama, una vez vuelto junto a él. ¡Y ojalá sea tu viaje feliz, oh flor de los haris!»

Las instrucciones de la princesa recibidas, el kapi, conseguido su propósito, el alma exultante, estimando que le quedaba poco que hacer, atravesaba ya con el pensamiento la región del Norte.

## SARGA XLI

### HANUMAT DEVASTA EL BOSQUE DE ASOKAS

Habiéndole hecho Sitá su cumplido de adiós, el vanara partió. Alejándose, se puso a reflexionar. Poco le quedaba que hacer, puesto que había visto a la princesa de los ojos negros.

Habiendo desechado tres medios de triunfar, el cuarto tan sólo le pareció oportuno en aquella circunstancia. Se dijo: «No hay posibilidad de acuerdo con los rakshasas, dado su carácter; los presentes no tientan a los que son ricos; tampoco es fácil sembrar la desunión entre aquellos a quienes su fuerza enorgullece. Luego en este caso, la valentía es mi único recurso. En este asunto, fuera del arrojo, no hay otro partido que tomar. Una vez sus bravos muertos en el combate, los rakshasas que queden se dulcificarán un poco. Aquel que, su tarea cumplida, lleva a buen término otras empresas, sin perjuicio de su primera misión, merece que se le confíe lo que interesa. No hay sino un medio de asegurar el éxito de un asunto, incluso si es de poca importancia. Aquel que encara un proyecto bajo múltiples aspectos, incapaz es de ejecutarlos. En el caso presente, he aquí lo que estoy decidido a hacer. Voy a volver a la mansión del rey de los plavagas tan pronto como haya, en el combate, experimentado el valor del enemigo y el mío: tan sólo entonces habré cumplido la voluntad de mi amo. Ahora bien: ¿cómo arreglármelas con objeto de que la lucha con los raxsbasas tenga un resultado feliz, y asimismo para que el monstruo de los diez cuellos estime lo que vale su fuerza extraordinaria, en relación con la mía, en el combate? Encontrándome en el campo de batalla con Dasanana, acompañado de su grupo de consejeros, de su ejército y de su escudero, sabré fácilmente lo que piensa en su corazón y lo que puede, y luego me alejaré. El magnífico bosquecillo de ese perverso, semejante al Nandana, que encanta los ojos y el espíritu, en el que hay toda clase de árboles y de lianas, voy a asolarle, como el fuego a un bosque de árboles muertos. Esta devastación excitará el furor de Ravana. Entonces, su inmenso ejército, con la caballería y los grandes carros y los elefantes que le componen, le convocará el rey de los rakshasas. Luego, armados de tridentes y de arpones de hierro, entablarán un combate formidable. Yo lucharé con toda mi energía contra esos valientes rakshas, y luego de haber batido a las tropas reunidas por Ravana, me retiraré sano y salvo junto al rey de los haris.»

Tras esto, furioso como Maruta, Maruti, el del temible valor, empezó a derribar los árboles con sus muslos nervudos y poderosos. El vigoroso Hanumat rompió los árboles y las lianas de aquel jardín de recreo, en el que resonaban los barritamientos de los elefantes en celo. Con sus árboles raíces arriba, sus estanques rotos, sus montículos descrestados por todas partes, objetos cuyo aspecto era tan hermoso, sus la-



guillos, llenos del gorjear de los pájaros, a seco, los botones cobrizos de árboles y arbustos destruidos como ellos, el parque dejó de existir; se le hubiera dicho devastado por un incendio. Como mujeres enloquecidas, con los vestidos en desorden, así estaban sus lianas. Con sus cunas de verdura y sus encantadores kioscos arruinados; sus tigres, sus gacelas y sus pájaros lanzando gritos de espanto; sus casas de piedra hundidas, el gran bosque había perdido su belleza. Aquella tierra convertida en delicioso sotillo, teatro de los retozos del harén de Dasagriva, el kapi vigoroso derribó sus hileras de asokas y de lianas y transformó todo en un montón de desoladas ruinas. Tras haber procurado al poderoso amo de la Tierra aquel grave motivo de disgusto, deseoso de luchar solo contra los numerosos y valientes rakshasas, el kapi, deslumbrante de esplendor, se sentó sobre una puerta.

## SARGA XLII

### HANUMAT EXTERMINA A LOS KINKARAS

Entre tanto, los clamores de los pájaros y el estruendo de los árboles derribados sembraron el espanto entre todos los habitantes de Lanká. En su huida, fieras y pájaros eran víctimas del terror. Los rakshasas advertían en ello presagios funestos. Despertados, los rakshasas de horrible aspecto vieron, al mismo tiempo que el bosque devastado, al poderoso y colosal kapi. Este, al ver, por su parte, a las rakshasis, y para asustarlas, el mono de los grandes brazos, lleno de vigor, desarrolló desmesuradamente su forma. Contemplando a aquel vanara prodigioso, alto como una montaña, dotado de inmensa energía, las rakshasis interrogaron a la hija de Janaka. «¿Qué ser es ése? ¿A quién es y qué ha venido a hacer aquí? El motivo de tu conversación con él, dínoslo, ¡oh mujer de los grandes ojos! No tengas miedo, mujer hermosa de los rabillos de los ojos negros. ¿Por qué te ha hablado?»

La virtuosa Sitá, la del cuerpo perfectamente hermoso, las respondió: «Los rakshasas cambian de forma a voluntad, ¿cómo hubiera podido reconocerle? Sois vosotras las que debéis saber quién es y qué quiere; la serpiente, en efecto, reconoce el rastro de la serpiente, no hay duda. En cuanto a mí, llena de miedo como estoy, no he podido reconocerle; creo que es uno de los rakshasas que cambian de forma a voluntad el que ha venido.»

Oyendo estas palabras de Vaidehí, las rakshasis huyeron a toda prisa; algunas, no obstante, se quedaron; otras, fueron a informar a Ravana de lo que ocurría. Aquellas rakshasis de horrible aspecto, abordando a Ravana, le hablaron del vanara monstruoso, formidable: «En medio del bosquecillo de asokas, ¡oh príncipe!, un kapi de cuerpo terrible, de una fuerza inmensa, está allí hablando con Sitá. La hija de Janaka, Sitá, la de los ojos de gacela, a pesar de nuestras instancias, no quiere decirnos quién es ese hari. Es quizá un mensajero de Vasava o de Vaisravana, a menos que no haya sido enviado por Rama, impaciente por encontrar a Sitá. Ese ser de extraño aspecto ha trastornado de arriba abajo tu maravilloso bosque de recreo, al que poblaban tropes de animales de todas clases. No hay rincón que no haya devastado; sin embargo, el lugar donde mora la divina Janakí no lo ha tocado, ora en atención a Sitá, ora por fatiga, no se sabe nada sobre esto; pero ¿puede fatigarse? Es más bien en atención a esa mujer. El viejísimo simsapa, cubierto de botones y de hojas magníficas, a la sombra del cual se abriga Sitá, no le ha tocado. A ese ser formidable, inflígele también formidable castigo; a él, que ha hablado con Sitá y ha destruido el bosque. Esta Sitá por la que tu corazón está lleno de afecto, ¡oh jefe de las tropas de rakshasas!, ¿quién sería capaz de hablarla sin merecer la pena de muerte?»

A este lenguaje de las rakshasis, Ravana, el jefe de los rakshasas, lanzando miradas furiosas, asemejábase a la llama de un brasero. Era tal su cólera que de sus ojos saltaban lágrimas, cual gotas de aceite ardiente de dos lámparas encendidas. El poderoso monarca ordenó a los rakshasas, llamados kimkaras, cuya fuerza igualaba a la suya, que se apoderasen de Hanumat.

Ochenta mil de aquellos bravos kimkaras salieron del palacio, cuernos de hierro y martillos en mano. El abdomen desarrollado, grandes dientes, un aspecto temible, llenos de valentía, el espíritu belicoso, todos estaban impacientes por capturar a Hanumat. Acercándose al mono, de pie sobre la puerta y dispuesto a combatir, los poderosos rakshasas se arrojaron sobre él, como mariposas sobre la llama. Cayeron en avalancha sobre el mejor de los vanaras, con mazas de todas clases, barras de hierro, con anillos de oro y dardos brillantes como el Sol. Armados con martillos, arpones, venablos, lanzas, dardos, rodearon a Hanumat y le atacaron al punto. Entonces, Hanumat, lleno de vigor y de coraje, alto como una montaña, azotando el suelo con su cola lanzó un grito terri-

ble, Hanumat, nacido de Maruta, tomó proporciones colosales y agitando su cola llenó Lanká con sus clamores. Al ruido que hacía agitando su cola y a sus clamores los pájaros caían del aire. Hanumat gritó con voz de trueno: «¡Victoria al todopoderoso Rama y al valeroso Lakshmana! ¡Victoria al rey Sugriva, al que Raghava protege! ¡Yo, esclavo del Indra de los kosalas, de Rama, el de las hazañas inmarchitables, yo soy Hanumat, el destructor de los ejércitos enemigos, nacido de Maruta! ¡Un millar de Ravana no serían capaces de enfrentarse conmigo en combate! ¡Los aplastaría bajo millares de rocas y de árboles! Tras haber quemado Lanká y luego de despedirme de Maithilí, mi propósito conseguido, me volveré a marchar ante los ojos de todos los rakshasas aturdidos.»

A estos gritos de Hanumat, llenos de miedo, los rakshasas dudaron; aparecía a sus ojos semejante a una inmensa nube del anochecer. Pero la orden de su jefe hizo acabar su indecisión, y atacaron al mono por todos lados con toda clase de terribles proyectiles. Rodado por todas partes por aquellos bravos, el vigoroso hari se apoderó de una formidable barra de hierro que había junto a la puerta. Cogiendo aquella barra empezó a golpear con ella a los merodeadores nocturnos. Hubiéndose dicho al hijo de Vinatá empuñando una serpiente que se agita. Blandiendo aquel arma en el aire, el valiente Maruti asemejábase a Indra, el de los mil ojos, cuando aplastó con su rayo a los daitias. Cuando hubo exterminado a los rakshasas kimkaras, el heroico y poderoso hijo de Maruta, ávido de combate, permaneció de pie junto a la puerta. Algunos rakshasas escapados al peligro anunciaron a Ravana la exterminación completa de los kimkaras. Al saber la destrucción de aquel gran ejército de rakshasas, el rey, moviendo los ojos, ordenó salir al hijo de Prahasta, de una bravura sin igual, invencible en la guerra.

## S A R G A X L I I I

### HANUMAT QUEMA EL TEMPLO DE LANKÁ

Tras haber matado a los kimkaras, Hanumat se dijo a sí mismo: «He devastado el bosque, pero el templo santo no le he demolido. Ese santuario voy a destruirle ahora.» Así pensó Hanumat, en la conciencia de su fuerza. Tomando impulso, el mejor de los haris, Hanumat, nacido de Maruta, escaló el templo, alto como la cima del Merú. Trepano sobre el edificio,

que parecía una montaña, el general de los haris desplegó *vivísimo esplendor*; cual el *parahelio* a la salida del Sol. Y se puso a demoler el elevado santuario, el inaccesible Hanumat, en todo centelleante de gloria y semejante al *Pariyatra*. Tomando proporciones gigantescas, el ilustre hijo de Maruta, con su intrepidez, hizo temblar Lanká y la llenó con sus clamores. Con aquella aclamación terrible, inmensa, ensordecedora, los pájaros y los guardianes del Caitya cayeron llenos de espanto: «¡Victoria a Rama, experto en las artes de la guerra, y al valeroso Lakshmana! ¡Victoria al rey Sugriva, el protegido de Raghava! ¡Soy yo, el esclavo del Indra del Kosala, de Rama, el de las inmortales hazañas, Hanumat, destructor de los ejércitos enemigos, el hijo de Maruta! ¡No, un millar de Ravanás no podrían resistirme en el combate, cuando lanzo trozos de rocas y árboles a millares! Tras haber destrozado la ciudad de Lanká y haberme despedido de Maithilí, mi misión acabada, me marcharé ante los ojos de los aturcidos rakshasas.» Habiendo hablado así, el colosal jefe de los haris, de pie sobre el caitya, lanzó un grito; aquel horrible clamor sembró el espanto entre los rakshas.

Oyendo aquel grito enorme, cien guardianes del templo acudieron, tras haberse apoderado de toda clase de armas: dardos, cimitarras, hachas. Aquellos colosos rodearon a Maruti y le golpearon con mazas de todas clases y barras de hierro con anillos de oro. Abalanzáronse al excelente hari con dardos brillantes como el Sol. Hubiérase dicho un torbellino de agua en el Gangá, ancho, inmenso, aquel tropel de rakshas, encarnizado contra el príncipe de los monos. El hijo del Viento, furioso, tomó un aspecto terrible. El mono de los grandes brazos (*mahakapir maha-bahur*), arrancando una columna del santuario, revestida de oro (*stanbhan hemavibhushitam*), de la que partían cien rayos, el gran Hanumat, nacido de Maruta, la hizo girar rápidamente gracias a su extremado vigor. Salíó del giro fuego, y el edificio fue incendiado. Al ver el incendio del templo, el general de los haris, tras haber matado a los cien rakshasas, semejante a Indra cuando fulminó a los asuras, de pie en el aire exclamó orgullosamente: «¡Millares de Indras de vanaras, semejantes a mí, valerosos, bravos, bajo las órdenes de Sugriva, su amo, recorren la Tierra entera. Entre nosotros, vanaras, unos tienen la fuerza de diez elefantes, otros más del dúplex; los hay que tienen la energía de un millar de elefantes. Estos tienen el vigor de un rebaño de elefantes; aquéllos rivalizan en fuerza con Vayú. Ciertos jefes de los haris tienen un valor sin límite. Tales son los mo-

nos armados de dientes y uñas que por centenares de cientos de millares, por kotis y por ayutas escoltarán a Sugriva cuando venga a exterminaros hasta el último. ¡Ay de la ciudad de Lanká! ¡Ay de vosotros todos y de Ravana, que se ha enajenado al magnánimo héroe de los Ikshvakús!»

## S A R G A X L I V

### MUERTE DE JAMBUMALÍN

Por orden del Indra de los rakshasas, el valeroso hijo de Prahasta, Jambumalín, el de los grandes dientes, lanzóse arco en mano. Llevaba guirnalda y adornos rojos, una corona y brillantes pendientes. De gran estatura, movía los ojos furiosamente aquí guerrero invencible. Su arco enorme, semejante al de Sakra, provisto de flechas centelleantes, le tendió bruscamente con un estruendo semejante al del rayo. El gran ruido producido por el arco tendido de aquel modo llenó de pronto los puntos cardinales, las regiones intermedias e incluso el cielo mismo. Cuando le vio venir en un carro tirado por dos asnos, Hanumat, dotado de vigor, lanzó gritos de alegría. El poderoso vanara estaba de pie en la parte superior de la puerta. Jambumalín, el de la gran energía, le acribilló con acerados dardos. Al jefe de los kapis le hirió en el rostro con un dardo en forma de media luna, en la cabeza con un dardo con orejuelas y en los dos brazos con diez naracas. Alcanzado por el dardo, su rostro empurpurado brillaba como una nuhe otoñal, abriéndose a los rayos del Sol, que la hieren. Su cara roja, teñida de sangre bermeja, centelleaba como en el aire un gran loto salpicado de gotas de oro. Furioso contra el rakshasa que le hería así, el poderoso kapi vio junto a él una gran piedra, excesivamente gruesa. Levantándola con mano vigorosa, el valeroso mono la lanzó con fuerza contra el rakshasa, que, colérico, la rompió con diez flechas. Aquel fracaso transportó de rabia a Hanumat, que arrancó un enorme sala y le blandió enérgicamente.

Viendo al kapi blandir el árbol sala, lleno de vigor, el poderoso Jambumalín le lanzó muy numerosas flechas. Cortó el sala con cuatro, hirió al vanara en un brazo con cinco, en el estómago con otra flecha, y entre los dos senos con diez. Hanumat, con el cuerpo cubierto de este modo de dardos, presa de enorme furor, cogió su maza y la hizo girar rápidamente.

El fogoso y poderoso vanara hizo girar su maza con rapidez extremada y la dejó caer sobre el vasto pecho de su adversario. Entonces, cabeza, brazo, rodilla, arco, carro, asno, flechas, ya nada se distinguió de cuanto pertenecía a éste. Bajo aquel golpe formidable Jambumalín, el del gran carro, cayó al suelo muerto, los miembros triturados, semejante a una encina.

Ravana, al saber que Jambumalín había sucumbido, así como sus poderosos kimkaras, púsose furioso; tenía los ojos rojos de cólera. Moviendo los ojos empurpurados a causa del furor, viendo muerto al poderoso hijo de Prahasta, el amo de los merodeadores nocturnos mandó al punto a combatir a los hijos de su ministro, que eran de una fuerza y de una bravura extraordinaria.

## S A R G A X L V

### HANUMAT MATA A LOS HIJOS DEL MINISTRO

Por orden del Indra de los rakshasas, los siete hijos del ministro salieron del palacio, brillantes como Añi, el de los siete rayos. Iban escoltados de una tropa considerable, provistos de arcos, rakshasas llenos de vigor, expertos en el oficio de las armas: eran la flor de los guerreros; cada uno quería llevar ventaja a los demás. Avanzaron montados en grandes carros, reforzados con láminas de oro, adornados con oriflamas, ruidosos como nubes tempestuosas, arrastrados por caballos. De una bravura sin límites, tendieron gozosos sus arcos incrustados de oro refinado, semejantes a nubes cargadas de relámpagos. No obstante, sus madres, sabiendo la muerte de los kimkaras, volviéronse locas de dolor, así como la multitud de sus parientes y de sus amigos. Excitándose los unos a los otros, adornados de oro fino, precipitáronse contra Hanumat, que estaba de pie sobre la puerta. Le lanzaron una granizada de flechas desde sus carros estrepitosos. Hubiérase dicho, en la sesión lluviosa, nubes llegadas del sudoeste. Bajo aquella avalancha de proyectiles, Hanumat volviósse invisible, como el rey de los montes bajo los aguaceros.

El kapi evitó los dardos y los impetuosos carros de los guerreros, evolucionando lleno de agilidad, en el espacio puro. El héroe se burlaba en los aires de aquellos arqueros, como el Señor Maruta, en el firmamento, se burla de los arqueros de

Indra, las nubes. Lanzando un grito terrible, que espantó a aquella copiosa tropa, el poderoso Hanumat saltó sobre los rakshasas. Calamidad de sus enemigos, golpeó a unos con la palma de la mano, a otros a patadas; mataba a éstos a mazazos con sus puños, destrozaba a aquéllos con sus uñas. Los derribaba con su pecho o con sus muslos. Incluso a algunos los precipitó por el suelo con un simple grito. Lanzados al suelo aquellos guerreros, donde quedaron yaciendo, el ejército entero se dispersó por las diez regiones, lleno de terror. Los elefantes lanzaron clamores, los caballos se abatieron. El campo estaba lleno de restos informes de carros: asientos, oriflamas, quitasoles. Veíanse arroyos de sangre correr por el camino. Lanká resonó entonces con toda suerte de espantosos gritos. Tras haber matado a aquellos poderosos rakshasas, el vigoroso kapi, ardiendo de coraje, y deseoso de medirse, lleno de valor, con otros adversarios, volvió hacia la puerta.

## S A R G A X L V I

### HANUMAT EXTERMINA A CINCO GENERALES Y A SUS TROPAS

Cuando vio a los hijos de su ministro caídos bajo los golpes del poderoso vanara, Ravana, sombrío el rostro, tomó un partido que creyó decisivo. Virupaksha y Yupajsha, Durdharsha también, Praghasa y Bhasakarna, que iban a la cabeza de cinco ejércitos, bravos y hábiles guerreros, ágiles y prontos como el viento, Dasagriva les ordenó que se apoderasen de Hanumat en el combate: «Id a la cabeza de vuestras tropas, vosotros todos que estáis llenos de valentía, con vuestros escuadrones de caballos, de carros y de elefantes, y apoderaos del kapi. Hay que usar de circunspección al abordar a este habitante de los bosques, y no obrar sino en lugar y tiempo propicios. A juzgar por lo que hace, no creo que sea un mono. Es un ser absolutamente superior tanto en fuerza como en bravura. Que sea un vanara es algo que no admite mi espíritu; no, no lo creo; no es un mono, como se afirma. Es más bien un ser enviado por Indra contra nosotros gracias a la virtud de su tapás. Con su escolta de nagas, de yakshas y de gandharvas, devas, asuras y maharshis, vosotros todos, conducidos por mí, le habéis vencido. Necesariamente tenían que maquinarse algo triste contra nosotros. A causa de ello ese ser, no hay duda. Apoderaos de él por la fuerza. Generales

partid cada uno a la cabeza de un poderoso ejército, acompañados de caballos, de carros y de elefantes, y haccos dueños del mono. No le despreciéis, pues está dotado de una valentía temible. He visto haris de una fuerza extraordinaria: Vali, así como Sugriva, el poderoso Jambavat, el general Nila y otros; por ejemplo, Dvidida. Mas nada de espantoso en su apostura, en su energía, ni en su valor, como tampoco en su inteligencia, el despliegue de su fuerza o sus cambios de forma. Pero ahora tenemos que habérmolas con un ser superior transformado en mono. Un gran esfuerzo os es indispensable para apoderaros de su persona, bien que los tres mundos con sus Indras, los suras, los asuras y los hombres no puedan resistir frente a nosotros en el campo de batalla. No obstante, aun así, el guerrero experimentado, deseoso de salir victorioso del combate, no consigue sin pena defender su vida, pues el beneficio en las batallas jamás está seguro.»

Dóciles a la orden de su amo, todos aquellos valientes lanzáronse a toda prisa, centelleantes como Añi, hacia sus carros, hacia sus elefantes enloquecidos por el mada, hacia sus rápidos caballos, empuñando sus armas aguzadas, puntiagudas y acompañados de todas sus fuerzas. Los guerreros advirtieron al gran mono que brillaba como el Sol que se levanta con su diadema de luminosos rayos. De pie sobre la puerta, lleno de agilidad, de coraje y de fuerza, de una gran inteligencia, de una gran bravura, de gran estatura, con brazos enormes. Viéndole, los que le atacaban distribuyéronse todas las regiones, cubriéndole por todas partes de terribles proyectiles. Cinco dardos de hierro, aguzados, blancos, con la punta amarilla, semejantes a hojas de utpalas, le fueron lanzados a la cabeza por Durdhara. Alcanzado en la cabeza por cinco dardos, el vanara botó en el aire, lanzando un grito que hizo estremecer a las diez regiones. Entonces, Dushara, guerrero lleno de valentía, de pie en su carro, armó su arco y disparó contra Hanumat centenares de flechas a la vez, no una tras la otra. El kapi persiguió con ardor desde el espacio a aquel guerrero que le cubría con una granizada de dardos, como Maruta a una nube lluviosa, al final de un chaparrón. Así rociado por Durdhara, el valeroso hijo del Viento lanzó un grito aún más fuerte y su talla se alargó. De pronto, el hari dio un salto prodigioso y cayó sobre el carro de Durdhara con violencia extremada, semejante a una serie de manojos de rayos precipitados sobre una montaña. Lanzado fuera, el rakshasa se abatió por el suelo sin vida.

Vidupaksha y Yupaksha, viéndose yacer por tierra, lanzá-



ronse furiosos, como invencibles domadores de sus enemigos. El kapi aguantó su choque en los puros aires en los que se mantenía inquebrantable; las dos masas alcanzaron el pecho del guerrero de los grandes brazos. Tras haber quebrantado el impulso de aquellos dos fogosos rakshasas, el poderoso Hanumat descendió de nuevo a tierra con la velocidad de Suparna. El vanara, nacido de Pavana, corrió a un árbol sala, que arrancó para matar a golpes a los dos valerosos rakshasas. Cuando vio a sus tres compañeros caídos bajo los golpes del bravo vanara, el animoso Praghasa lanzóse impetuoso, entre risas. Bhasakarna, por su parte, lleno de cólera y de audacia, cogió un venablo, y cada uno por su lado atacó al glorioso tigre de los kapis.

Los pelos regados de sangre, que corrían por sus miembros desgarrados por los golpes, el vanara púsose furioso: tenía el brillo del Sol matinal. Arrancando una cresta de montaña con sus fieras, sus serpientes y sus árboles, Hanumat, el valeroso tigre de los kapis, aplastó con ella a los dos rakshasas: quedaron hechos papilla. Cuando hubo abatido a los cinco generales, el vanara exterminó el resto del ejército. Caballos con caballos, elefantes con elefantes, guerreros con guerreros, carros con carros, el kapi destruyó todo, así como en otro tiempo el rey de los mil ojos a los asuras. Bestias de tiro, elefantes, caballos, grandes carros con los ejes rotos, cadáveres de rakshasas llenaban el suelo por todas partes. El kapi heroico, tras haber abatido en el campo de batalla a aquellos valientes generales con sus soldados y sus monturas, aprovechó al instante para volver a su puerta. Hubiérase dicho Kala cuando la destrucción de los seres.

## S A R G A X L V I I

### MUERTE DE AKSHA

Cuando vio a sus cinco generales muertos por Hanumat con todas sus tropas de infantería y caballería, el rey puso sus ojos en el joven Aksha, lleno de belicoso ardor. Estimulado por aquella mirada, el ardiente guerrero, armado de un arco incrustado de oro, se lanzó semejante al fuego que los príncipes de los Dos-veces-nacidos, en la cámara del sacrificio, activan con ayuda de libaciones. Subiendo sobre su carro brillante como el Sol levante, recubierto de placas de oro jam-

budana pasadas por el crisol, el colosal y valeroso toro de los nairritas marchó contra el gran mono. Aquel carro, conquistado al precio de maceraciones acumuladas, maravilloso, laminado de oro refinado, empavesado con oriflanas bordadas con perlas, tirado por ocho caballos excelentes, rápidos como el pensamiento; invencible a los suras y a los asuras, dominando todos los obstáculos, centelleantes como el relámpago, pudiendo viajar por el espacio, finamente trabajado, provisto de una aljaba, de ocho espadas atadas al cofre y filas de venablos y dardos; brillante con su pertrecho completo de armas, con las que se mezclaban las guirnaldas y el oro, rivalizando en brillo con la Luna y con el Sol, subido en aquel carro semejante al astro del día, Aksha se lanzó orgullosamente, lo mismo que un Inmortal.

El rakshasa llenaba el aire, la tierra y sus montañas con sus apretados batallones, en medio del ruido de los caballos y los elefantes y de los grandes carros, avanzó contra el kapi, que instalado en la puerta, le esperaba a pie firme. Acercándose al hari, que asemejábase al fuego de la destrucción, cuando, al final de un yuga, los seres son consumidos, y que estaba en la puerta todo sorprendido, Aksha, con ojos de león, le consideró con mirada llena de orgullo. El poderoso hijo de Ravana reflexionó sobre el ardor del kapi magnánimo, sobre la valentía que desplegaba en medio de sus enemigos, y pensando en su propio valor, se desarrolló como el Sol al final de un yuga. Y lleno de cólera, haciendo llamada a su bravura, de pie, firme, atento el espíritu, lanzó contra Hanumat, guerrero indomable, para provocarle al combate, tres agudos dardos. El mono audaz, insensible a la fatiga, acostumbrado a vencer a sus enemigos, alma altiva, Aksha le contemplaba, con sus flechas y su arco en la mano. Adornado con nishkas y con brazaletes de oro, así como con encantadores anillos, se precipitó con hirviente ardor sobre el kapi. Una lucha inaudita se entabló entre los dos; los suras y los asuras estaban espantados. La Tierra lanzó clamores, el Sol dejó de calentar, el Viento de silbar, los inquebrantables montes fueron agitados. Aquel duelo formidable entre el mono y el joven rakshasa, a causa de él el cielo resonó y el mar quedó turbado.

Experto en el arte de apuntar, de armar un arco y de tirar flechas, el valeroso Aksha alcanzó al mono en la cabeza con tres dardos de acerada punta, alados, erizados de oro, parecidos a venenosas serpientes. Alcanzado en la cabeza por aquellos tres dardos mortíferos, los ojos cubiertos de pronto de sangre, que corría de sus heridas, Hanumat asemejábase

al Sol poniente, nimbado de flechas a guisa de rayos. El primer ministro de los plavagas, viendo en el campo de batalla al hijo del más poderoso de los soberanos, armado de excelentes dardos y de un arco maravilloso, se alegró, y desplegó todo su valor, llevado por su ardor belicoso. Cual un astro coronado de rayos, cuando está sobre la cima del Mandara, inflamado de cólera, lleno de fuerza y de energía, Hanumat consumía al joven Aksha, así como a sus tropas de a pie y de a caballo con las chispas que brotaban de sus ojos de fuego. Entonces, con su arco semejante al arco de Sakra, cargado con una lluvia de dardos, el rakshasa, cual una nube, en plena lucha hizo llover un violento chaparrón de proyectiles sobre el jefe de los haris, semejante a una roca, como la nube vuelca un águacero sobre una alta montaña.

Al ver en el campo de batalla al joven Aksha ardiendo en cólera y en valor, provisto de ardor, de valentía, de fuerza y de dardos, el mono, colmado de alegría, lanzó un clamor semejante al estruendo de las nubes. En lo más duro de la lucha, Aksha, con la inexperiencia de la juventud, orgulloso de su valentía, dando curso a su furor, los ojos inyectados de sangre, acercóse al kapi, aquel incomparable guerrero, como un elefante a un pozo profundo, oculto por la hierba. Hanumat, al que hirió con sus dardos, lanzó un gran grito, semejante a un retumbar de nubes. Lleno de vigor, sacudió de pronto el aire; sus brazos y sus piernas, que agitó, diéronle un formidable aspecto. En lo más fuerte de sus botes el valeroso Aksha se precipitó sobre él. El mejor de los rakshasas, ardiendo en cólera, el más hábil de los guerreros que combatía desde un carro, Aksha, cubrió a Hanumat de proyectiles, como una nube cubre a una montaña con un chaparrón de granizo.

Aquellos dardos el poderoso hari los evitó deslizándose por entre ellos, en el sendero frecuentado por los vientos, con la impetuosidad de Maruta, rápido como el pensamiento, de un valor terrible en el combate. Aksha, armado con su arco, ardiente en la lucha, que cubría el cielo con sus múltiples y excelentes proyectiles, el hijo de Maruta, echando sobre él miradas llenas de nobleza, púsose a reflexionar. El pecho atravesado por los dardos del joven y poderoso héroe, el mono de los largos brazos lanzó un grito. Reconociendo la hermosura de aquella hazaña, reflexionó sobre la valentía guerrera de Aksha. No es la obra de un niño que, semejante al Sol levante, este grande y poderoso héroe realiza. Es experto en todo género de combates; no tengo la intención de matarle en

este momento. Este valiente héroe, vigoroso, vigilante, de fuerza extremada en la lucha, no hay duda, sus hazañas y las cualidades que demuestra le han valido, con las de los nagas y los yakshas, los homenajes de los munis. Su bravura y su fuerza le inspiraban una doble seguridad; me mira cara a cara, de pie ante mí. El valor de este audaz trastornaría el alma de los propios suras y de los asuras. En verdad, no; no es un adversario despreciable; su heroísmo crece en la lucha. ¡Ea!, ahora me place destruirle; el incendio que se propaga mal se haría descuidándole. Tras esto, calculando el ímpetu de su adversario y sabiendo lo que él mismo podía, dada su valentía, el vanara, lleno de fuerza, empleó su impulso dispuesto a matarle sin más tardar. Los ocho excelentes caballos de talla colosal, ejercitados en el volteo, aun con un pesado fardo, el valeroso kapi, nacido de Pavana, los destruyó en el sendero frecuentado por Vayú, golpeándoles con la palma de la mano. El enorme carro volcado por el manotazo, deshecho por el ministro del rey de los pingas, la caja triturada, el timón roto, su tiro muerto, cayó de los aires al suelo. El guerrero, abandonando su vehículo, botó en el aire, armado con su arco y su espada; cual un rishi a quien las santas prácticas han dotado de gran poder deja su cuerpo para lanzarse a la mansión de los maruts.

El kapi, mientras que escapaba de este modo a las regiones aéreas frecuentadas por el rey de los pájaros, por el viento y por los siddas, le alcanzó de un bote con la impetuosidad de Maruta y le cogió fuertemente las piernas. Aquel mono, el mejor de los vanaras, le hizo girar mil veces, como el amo de los hijos del huevo, cuando se apodera de una serpiente muy grande, y luego, con ardor semejante al de su padre, le lanzó, en plena lucha, violentamente contra la tierra.

Los brazos, los muslos, los riñones, el pecho rotos, vomitando sangre, ojos y huesos aplastados, las junturas dislocadas, los tendones rotos, el rakshasa quedó en el suelo muerto por el hijo de Vayú. El poderoso kapi trituró a su rival dándole contra la tierra, con gran terror del rey de los rakshas. Maharshts, cakrakaras reunidos, bhutas unidos a los yakshas y a los pannagas, suras y sus Indras, contemplaron con viva admiración al mono matador del joven Aksha. Cuando hubo abatido en el campo de batalla al joven Aksha semejante a un hijo de Indra, los ojos inyectados de sangre, el valeroso Hanumat volvió a su puerta al instante mismo, semejante a Kala cuando la destrucción de los seres.

## SARGA XLVIII

## HANUMAT SE DEJA CAPTURAR POR LOS RAKSHASAS

El magnánimo rey de los rakshasas, el joven Aksha, habiendo sido muerto por Hanumat, reprimió los latidos de su corazón, y ordenó, lleno de cólera, a Indrajit, semejante a un deva: «Sabes el oficio de la guerra, tú, el bravo de los bravos, incluso a los suras les infliges tormentos, tus hazañas contra los dioses y sus Indras son famosas; tú has conquistado tus armas gracias al favor del Abuelo. Tus poderosos proyectiles, los suras, acompañados de tropas de maruts, no podrían afrontarlos en la lucha, ni siquiera con el apoyo de sus jefes. No hay otro como tú en los tres mundos que sea infatigable combatiendo. Tienes el vigor de tus brazos como valuarte, tu valor como escudo. Tú disciernes excelentemente los lugares y los tiempos; tu experiencia es consumada. No hay hazaña que tú no puedas cumplir en la guerra; nada es imposible para tu espíritu lleno de previsión. Nadie hay en el triple agregado de los mundos que desconozca la fuerza de tus armas y tu propia valentía. La energía de tu tapás que iguala la mía, tu heroísmo, el poder de tus armas en la refriega, no, contando contigo, no siento en mi espíritu tranquilizado inquietud alguna a propósito del resultado de la lucha. Los que han sucumbido, los kimkaras, el rakshasa Jambumalín, los hijos de mi ministro, esos cinco héroes que iban a la cabeza de las tropas; los regimientos tan numerosos acompañados de caballos, elefantes y carros, el querido y joven Aksha, el del ancho abdomen, muertos por el kapi, no, jamás hubiese tenido en su valor la confianza que tengo en el tuyo, ¡oh destructor de tus enemigos! Considerando también tu propia valentía, te digo: Apresúrate a obrar de un modo digno de tu heroísmo. Aborda a ese enemigo fatigado por esa matanza de tropas, y midiendo tu valor, así como el suyo, esfuérzate por destruirle, ¡oh tú, el más bravo de los guerreros! No se trata, ¡oh héroe!, de ejércitos que se disponen en batallones, ni del rayo del que se lanza el poderoso estampido. El impulso de Maruta no tiene fuerza; no es, en verdad, igual al de Añi, por consiguiente, hay medio de matarle. Piensa en espíritu, no olvidando la divina virtud de ese arco que empuñas, ve a intentar una empresa hasta ahora intacta. Ciertamente

que no hubiera querido encargarte de una misión semejante, ¡oh muy sabio héroe!, pero se estima que el deber de los reyes de los kshatriyas es obrar así. En el campo de batalla es preciso ser expertos en los diversos *Sastras*, y combatir según las reglas con el deseo de salir victorioso de la lucha.»

Su padre y señor habiendo hablado así, el héroe, cuya valentía igualaba a la de los hijos de Daksha, le honró con el *pradakshina*, y lleno de hirviente ardor dispúsose para el combate. Colmado de homenajes por sus queridos compañeros reunidos en tropel, *Indrajit*, impaciente por empeñar el duelo, lanzóse al campo de batalla. El opulento hijo del rey de los *rakshasas*, de ojos anchos como lotos, botó impetuosamente, como el Océano, en el día lunar. *Indrajit*, el del irresistible impulso, émulo de *Indra*, montó en un carro tirado por cuatro serpientes rápidas (339), como el rey de los volátiles, de agudos dientes. De pie sobre su carro, el mejor de los arqueros, que conocía el oficio de las armas y que era el más experimentado de los guerreros, marchó rápido en dirección a *Hanumat*. Cuando oyó el ruido de su vehículo y el estremecimiento de la cuerda de su arco, el bravo *hari* redobló su alegría. *Indrajit*, agarrando su arco y sus flechas de acerada punta, corrió al encuentro de *Hanumat*, como guerrero hábil.

Mientras iba alegremente al combate, las armas en la mano, todas las regiones entenebrecieron y las temibles fieras lanzaron incesantes clamores. *Nagas*, *yakshas*, *maharshis*, *cakra-karas* y *siddhas* reuniéronse; el cielo quedó cubierto por ello, así como de bandadas de pájaros. Lanzaban penetrantes gritos llevados de intenso gozo. Viendo avanzar con el carro el estandarte del *Indra* desplegado, el mono lanzó un gran grito y desarrolló su forma, lleno de arrojo. *Indrajit*, montado sobre un carro celestial, armó su formidable arco, que resonó como un trueno. Entonces, saltando el uno sobre el otro con furia extremada, aquellos dos héroes, indiferentes al peligro, el mono y el hijo del rey de los *rakshasas*, semejantes a un *sura* y a un *asura*, empeñaron la lucha. Aquel valiente arquero, el del gran carro, guerrero consumado, el poderoso vanara apartaba sus impetuosos dardos, evolucionando en el sendero paterno con agilidad indescriptible. El héroe, matador de héroes enemigos, lanzaba flechas de larga y acerada punta, aladas, arpadas de oro, maravillosas, admirablemente trabajadas, rápidas como el rayo. El rodar del carro, el ruido de los *mrin dangas*, de los *bherís* y de los *patahas*, el sonido que escapaba del arco deteniéndose, *Hanumat*, cuando oía todo ello, lanzábase de un lado para otro. El gran mono evolucionaba con agi-

lidad en medio de los dardos de aquel diestro tirador al que servía de blanco y de quien evitaba los golpes. Frente a los proyectiles de Indrajit, Hanumat, el hijo de Anila, revolvíase por medio de botas, extendiendo las manos. Aquellos fogosos y hábiles guerreros entablaron un duelo formidable que maravilló a todos los seres. El rakshasa no podía hallar a Hanumat en un descuido, ni Maruti al poderoso Indrajit; precipitábanse el uno sobre el otro con impetu irresistible, y un heroísmo digno de los devas. El mono al que tomaba como blanco de sus dardos, que no se desviaban de su curso, absorbía el pensamiento del magnánimo hijo de Ravana y atraía toda la aplicación de su espíritu. El hijo del rey de los rakshasas se dijo entonces a propósito del príncipe de los haris, del que reconoció la invulnerabilidad: «¿Cómo inmovilizarle con objeto de capturarlo?» El héroe, el más experimentado de los guerreros, lleno de extremado vigor, lanzó un dardo del Abuelo contra el excelente hari. «No habría medio de matarle», con esta convicción, Indrajit, guerrero lleno de experiencia, se apoderó con ayuda de un dardo, del valiente hijo de Maruta. Encadenado con ayuda de aquel proyectil por el rakshasa, el vanara, los movimientos paralizados, cayó al suelo. Comprendiendo que aquel dardo le retenía gracias a la potencia del Señor y que no le quedaba la menor fuerza, el valiente hari se acordó de la benevolencia del Abuelo respecto a él. Aquel dardo de Brahma consagrado por mantras de Svayambhú, Hanumat recordó que era un excelente don del Abuelo. No puedo desembarazarme de este lazo, se dijo, a causa del poderío del gurú de los mundos. Por consiguiente, preciso me es soportar este dardo aprisionante del dios nacido de sí mismo. Considerando la fuerza del dardo y la benevolencia de Brahma respecto a él, y reflexionando sobre la posibilidad de su liberación, el kapi se entregó a la discreción del Abuelo.

Aunque encadenado por aquel dardo no sentía ningún temor: «El Abuelo y Mahedra me protegen, así como Anila. Veo incluso una gran ventaja en caer en manos de los rakshas; es la de poder tener una entrevista con su Indra. Por consiguiente, ¡que me capturen mis adversarios!» Formado el propósito, aquel destructor de guerreros enemigos, lleno de circunspección, permaneció inmóvil. Los rakshasas acudieron a apoderarse de él, mientras respondía mediante vociferaciones a las invectivas con que se abrumaban a porfía. Los rakshasas, viendo sin movimiento a aquel domador de sus enemigos, le ataron mediante cuerdas trenzadas con cáñamo y corteza de árbol. Se dejaba voluntariamente agarrotar e insultar por sus

adversarios. Con tal de que la curiosidad empuje al Indra de los rakshasas a verme, se decía, pues tal era su propósito. Atado con corteza, el héroe fue librado del dardo de Brahma, porque, en efecto, este arma no podría aprisionar al ya encadenado con otro lazo. No obstante, el valeroso Indrajit comprendió que el excelente kapi, atado con corteza de árbol, libre quedaba del arma mágica. Ello le hizo quedar pensativo: «Bien que retenido por otros lazos, se dijo, parece haber quedado libre de la influencia del dardo de Brahma. ¡Ay!, ¡la hazaña que he realizado es inútil! Los rakshasas no han pensado en la naturaleza del mantra. Ahora bien, este dardo inutilizado, imposible lanzar otro. Nuestra posición, la de todos, seguramente es crítica.»

Por su parte, Hanumat, aunque desembarazado del dardo, fingió no darse cuenta. Dejábase maltratar por los rakshasas y que le cargasen de ataduras. Batido por los crueles rakshasas, los de los puños negros, el vanara fue arrastrado hasta delante del rey. Entonces, Indrajit, que le sabía libre del dardo de Brahma y tan sólo retenido por lazos de corteza, mostró a aquel poderoso príncipe de los haris al monarca rodeado de su corte. Tras haberle agarrotado como a un elefante borracho de mada, presentaron a su Indra, Ravana, al más valiente de los valerosos kapis.

¿Quién es? ¿A quién y de dónde es? ¿Qué viene a hacer con tal seguridad?—tales eran las preguntas que viéndole, se hacían aquellos belicosos rakshasas—. «Matémosle, quemémosle, comémosle», se decían entre ellos unos a otros llenos de furor. Apenas la distancia franqueada, el magnánimo Hanumat vio congregados a los pies del soberano a sus viejos cortesanos y admiró el palacio adornado con joyeles espléndidos. El poderoso Ravana vio a su vez al mejor de los apis, a quien los horribles rakshas golpeaban con furia redoblada. También el excelente mono vio al señor de los rakshasas en todo el esplendor de su fuerza, igual a un sol ardiente. Moviendo lleno de furor sus ojos, al ver a Hanumat, el príncipe de los diez rostros dio sus órdenes a propósito de él a sus principales ministros, distinguidos por su origen y su carácter, que estaban a su lado. El kapi, sucesivamente interrogado por ellos sobre el objeto de su empresa y sobre su causa, les hizo saber antes que toda otra cosa: «Mensajero del rey de los haris, he venido a estos lugares».



## SARGA XLIX

## ASOMBRO DE HANUMAT AL VER A RAVANA

Acordándose de sus hazañas, Hanumat, el de la temible bravura, rojos de cólera los ojos, consideraba con asombro al rey de los rakshas, todo centelleante de oro kancana, magnífico, deslumbrador, y cuya diadema adornada de hileras de pedrería aumentaba su magnificencia. Llevaba rosarios de perlas raras montadas sobre diamantes y joyas de oro maravillosas que hubiérase dicho trabajadas por el propio Manas. Vestido con ricas telas de seda, espolvoreado de sándalo rojo, tenía un tatuaje hecho con líneas de todas clases, admirablemente dibujadas. Causaba espanto con sus ojos raros y rojos, de mirar terrible, sus largos dientes brillantes y agudos y sus labios colgantes. Aquel monstruo de diez cabezas, fulgurante, colosal, le pareció al valeroso hari una especie de Mandara de cimas pobladas por toda clase de bestias feroces. El negro colirio de que estaba abundantemente provisto, el collar de perlas que brillaba en su pecho, su rostro semejante a la Luna llena, dábanle el aspecto de una nube al levantarse el Sol. Sus brazos formidables, cargados de anillos, espolvoreados de sándalo del mejor, con sus manos cuyos dedos iban adornados de sortijas centelleantes, parecían serpientes de cinco cabezas. Estaba confortablemente sentado en un gran trono de cristal, maravilloso, soberbio, artísticamente incrustado de hileras de perlas y recubierto de los más ricos tapices. Mujeres suntuosamente adornadas le rodeaban, con espantamoscas de cola de yak en las manos, presurosas por servirle. Los rakshasas Durdhara, Prahasta, Mahaparsva, consejeros llenos de experiencia, y el prudente Nikunbha, todos los cuatro rodeaban al poderoso y orgulloso rey como los cuatro océanos rodean al Mundo entero. Otros sabios ministros de importante aspecto estaban también junto a él y a sus órdenes, como los suras cerca de su jefe. Hanumat contemplaba al amo de los rakshasas, revestido de inusitado esplendor y semejante a una nube lluviosa en la cima del Merú. Sin hacer ya caso a las brutalidades de los rakshas, temibles guerreros, experimentó una sorpresa excesiva contemplando a su soberano. Viendo la magnificencia del jefe de los rakshasas, Hanumat se absorbió en sus pensamientos, todo deslumbrado ante tanto brillo: «¡Ah, qué esplendor! ¡Qué poderío! ¡Qué grandeza! ¡Qué

majestad! ¡Nada falta, en efecto, al incomparable fasto de este monarca! Sin su deslealtad, este poderoso monarca de los rakshasas sería el protector del mundo de los suras, comprendido Sacra mismo. Pero sus actos crueles, bárbaros, reprobados de todos, le hacen el espanto de los mundos, así como de los Inmortales y de los danavas. Podría, en verdad, llevado por su furor, no hacer sino un océano del Mundo.» Tales eran los pensamientos diversos del sabio kapi, a la vista de la potencia y de la fuerza desmesurada del rey de los rakshasas.

## SARGA L

## INTERROGATORIO DE HANUMAT

Al ver al mono de los ojos pardos, de pie ante él, Ravana, el de los grandes brazos, el *ravana* de los mundos, fue víctima de una cólera violentísima (*krodam úrchitah*). Con el espíritu lleno de ansiedad, pensó, viendo al Indra de los kapis, rodeado de esplendor: «¡Pero, qué! ¿Es que acaso el dichosísimo Nandin habrá venido aquí, él, que me maldijo en tiempos a propósito del Kailasa del cual me burlaba? ¿O será por casualidad, bajo esta forma simiesca, Bana el asura?» El rey, los ojos rojos de furor, dirigió a Prahasta, el mejor de sus consejeros, este lenguaje oportuno, expresivo, lleno de sentido: «Pregunta a este perverso de dónde viene con qué intención y por qué motivo ha destruido el bosquicillo y desafiado a los rakshasas. ¿Qué viene a hacer a mi ciudadela inexpugnable y por qué esta guerra. Interroga, sí, a este desalmado.»

A estas palabras de Ravana, Prahasta dijo a Hanumat: «Tranquilízate y sé feliz, nada tienes que temer, ¡oh mono! Si es Indra quien te envía a la mansión de Ravana, confíalo francamente, no temas nada, ¡oh vanara!, vas a ser puesto en libertad. Asimismo, si es por orden de Vaisravana de Yama y de Varuna por lo que has revestido esa forma engañadora, con objeto de penetrar en nuestra ciudad, o si eres el enviado de Vishnú, ávido de conquistas, dilo. Porque en verdad, tu potencia no es la de un mono; tú no tienes de mono sino el aspecto. Responde lealmente, ¡oh vanara!, y desde este instante se te suelta. Pero si mientes, salvarás difícilmente la vida. ¿Qué te trae a la mansión de Ravana?»

Así interrogado, el excelente hari respondió al jefe de las tropas de los rakshas: «Yo no soy el enviado de Sakra, de

Yama o de Varuna. Yo no tengo relación con Dhanada o Vishnú, ni soy su mensajero. Mi naturaleza es lo que parece: yo soy un mono venido aquí para ver al Indra de los rakshasas; esto me era difícil. Y ha sido por ver al rey de los rakshasas por lo que me he abatido el bosque. Los rakshasas que se han presentado entonces, llenos de valentía y de ardor bélico, yo los he combatido en el campo de batalla, para defender mi vida. Ni armas ni ataduras podrían detenerme, aunque fuesen empleadas por los asuras. Es un privilegio que he recibido del Abuelo. Llevado por mi deseo de ver al rey es por lo que me he dejado aprisionar por el dardo de Brahma. Bien que sustraído a la influencia del dardo, me he dejado acercar por el rakshasa, por cierto asunto de Rama que es lo que me trae a tu presencia. Porque yo soy, sabedlo bien, el mensajero de Raghava el de la energía sin medida. Escucha, Señor, este lenguaje saludable.»

## SARGA LI

### DISCURSO DE HANUMAT

Admitido a presencia del poderoso Ravana, el de las diez caras, el intrépido jefe de los haris le dirigió un discurso lleno de firmeza: «Yo he venido por orden de Sugriva aquí, ante ti, ¡oh rey de los rakshasas, el rey de los haris, tu hermano, te saluda! Escucha la orden de tu hermano el magnánimo Sugriva. Estas palabras conformes a lo justo y a lo útil, son saludables en este Mundo y en el otro. Había un rey llamado Dasaratha, poseedor de carros, elefantes y caballos, entregado a su pueblo con la abnegación de un padre, y cuya magnificencia igualaba a la del amo de los suras. Su hijo mayor, príncipe valiente, muy amado, fue desterrado por orden suya y se retiró al bosque de Dandaka, con Lakshmana, su hermano, y Sitá su esposa. Rama es su nombre. Rama sigue gloriosamente del sendero del deber. Ha perdido a su esposa en el Janasthana, Sitá, la ilustre hija del rey de los Videhas, el magnánimo Janaka. Partido en busca de esta divina mujer con su hermano nacido después de él, el príncipe fue a Rishyamuka para entrevistarse con Sugriva. A cambio de la promesa que Sugriva le hizo de buscar a Sitá. Rama se puso a su disposición para ayudarle a reconquistar el Imperio de los monos. Tras haber matado en combate singular a Vali, el príncipe estableció a Sugriva en el trono, en calidad de mo-

marca de los haris y de los rikshas. Vali, a quien conociste en tiempos, aquel toro de los vanaras fue muerto por Rama en lucha, con un solo dardo. Enteramente dedicado a descubrir a Sitá, Sugriva, fiel a su pacto, ha despachado en todas direcciones a los haris de los que es el jefe. Estos, por centenares de millares, por millones, la buscan por todas partes, arriba, abajo, hasta en el cielo. Unos semejantes a Vainateya, otros semejantes al Viento, corren sin descanso, rápidos, esos valerosos haris, los de la gran energía. Yo, yo me llamo Hanumat, yo soy el hijo bienamado de Maruta; por encontrar a Sitá, he franqueado rápidamente cien yojanas. Luego de haber atravesado el Océano, he venido aquí para verte, y vagando por tu palacio he advertido a la hija de Janaka. Tú, que conoces lo justo y lo útil, y que te has enriquecido mediante el tapás, ¡oh gran sabio!, no te conviene raptar a la esposa de otro. No, en verdad, las acciones prohibidas por el deber, esencialmente perjudicales, que arruinan hasta la base, a ellas no se entregan los que como tú son inteligentes. Los dardos lanzados por Lakshmana y los que siguen los impulsos de Rama enfurecido, ¿quién podría desafiarlos, incluso entre los devas y los asuras? No, en los tres mundos, ¡oh rey!, no hay nadie que pueda insultar a Raghava y sentirse seguro. Estas palabras que voy a decir ahora, útiles en los tres tiempos, conformes al deber y al interés, piensa bien en ellas: «Devuelve Janakí al tigre de los hombres». Yo he visto a esta divina mujer; era lo más difícil; lo que queda por hacer ahora es cuestión de Raghava. Esta Sitá, a la que he encontrado en tu morada, presa de viva desesperación, tú ignoras que es como una culebra de cinco cabezas. No podría ser digerida ni siquiera por los suras y los asuras; cual un alimento adicionado de una fuerte dosis de veneno. El legítimo poder que tú has adquirido en virtud de tu ascetismo, el privilegio de una vida larga y próspera, no conviene arruinarle. Tus austeridades te han valido no poder ser muerto por los devas ni por los asuras; tú te acuerdas de ello, y es para ti un gran motivo de seguridad. Ahora bien, Sugriva no es ni un deva ni un yakshas, ni un rakshasa. Raghava es un hombre, ¡oh rey!, y Sugriva, el primero de los haris. ¿Cómo pues, ¡oh príncipe!, salvarás tu existencia? No, en verdad, los frutos de la virtud no están mezclados con los del vicio; y la iniquidad no destruye a la equidad. Tú no has hecho hasta ahora sino recoger el fruto de tus méritos; de esto no hay duda; el fruto de tu crimen lo recogerás también pronto. Has sabido la destrucción del Janasthana y la muerte de Vali, así como la alianza de

Rama con Sugriva; atención, pues, a tu propia salvación. Aunque solo, yo podría seguramente destruir Lanká con sus caballos y sus elefantes; no lo haré, pues no tengo orden de hacerlo. Rama ha jurado en presencia de las tropas de haris y de rikshas destruir a sus enemigos, a los que le han arrebatado a Sitá. En verdad, si ultrajase a Rama, Puramdara mismo no lo pasaría bien, con mucha más razón otro cualquiera, tú por ejemplo. Esta Sitá a la que conoces, que está en tu mansión, es la noche de Kala, sábelo, que debe destruir completamente a Lanká. Aprende que es el cordón de Kala, bajo la forma corporal de Sitá, lo que te has puesto tú mismo alrededor del cuello. Piensa en tu propia conservación. Representate esta ciudad con sus palacios y su calles consumida por el esplendor de Sitá, abrasada, quemada por el furor de Rama. Tus amigos, tus consejeros, tus parientes, tus hermanos, tus hijos, tus servidores, tus familiares, tus mujeres, todo, Lanká misma, no la entregues a la destrucción. ¡Oh Indra entre los príncipes de los rakshasas! sigue mi saludable consejo, tanto más cuanto que te es dado por un esclavo de Rama, un mensajero, un vanara. Tras haber destruido completamente los mundos con los seres, los que se mueven y los que no se mueven, podría crearlos de nuevo el ilustre Rama. Entre los Indras de los devas, de los asuras y de los hombres entre los yakshas, los rakshas y las serpientes, entre los vidyadharas, entre los nagas, entre los gandharvas y entre las fieras, entre los siddhas, entre los Indras de los kinnaras, entre los pájaros, de ningún modo, en ninguna parte y en ningún tiempo entre todos los seres, no se ha encontrado a nadie que pueda luchar con Rama, cuya valentía iguala a la de Vishnú. Por haber ultrajado de este modo al amo de todos los mundos, Rama, el león de los reyes, tu vida puedes darla como acabada. Devas, daitias, ¡oh Indra de los merodeadores nocturnos!, gandharvas, vidyadharas, nagas, yakshas, todos son incapaces de aguantar en la lucha a Rama, el protector de los tres mundos. Sea Bhahma-Svayambhú, el de las cuatro caras; sea Rudra, el de los tres ojos, el destructor de Tripura; sea Indra, el gran Indra, el guía de los suras, ninguno de ellos podría resistir en el campo de batalla a Raghava.»

A este lenguaje enérgico, pero desagradable de oír, del gran kapi, que hablaba sin turbarse, el monstruo sin igual de las diez caras, girando furiosamente los ojos, ordenó que le diesen muerte.

## SARGA LII

## VIBHISHANA ASUME LA DEFENSA DE HANUMAT

A este discurso del vanara magnánimo, Ravana, transportado de furor, ordenó que le matasen. Esta orden, dada por Ravana empujado por gran perversidad, condenando a muerte a alguien que se anunciaba como mensajero, no recibió la aprobación de Vibhishana. Al ver la cólera del rey de los rakshasas y la gravedad de la situación, este príncipe, afianzado en las prescripciones del deber, reflexionó acerca de lo que era preciso hacer. Su resolución tomada, aquel vencedor de sus enemigos, en tono lleno de dulzura y de respeto, dirigió a su hermano mayor un discurso esencialmente juicioso y hábil: «Cálmate, renuncia a la cólera, ¡oh Indra de los rakshasas!; tranquilízate y escucha lo siguiente: «En su ciencia relativa a las causas y los efectos, los virtuosos Indras de los reyes de la Tierra no quitan la vida a un mensajero. Sería contrario al derecho, ¡oh príncipe valeroso!, deshonoroso para la costumbre de los pueblos e indigno de ti la muerte de este mono. Tú conoces la equidad, el agradecimiento, te aplicas a tus deberes de rey y estás instruido asimismo respecto a las causas y los efectos; el fin supremo de los seres, también le conoces. Si se dejan dominar por la cólera, los sabios como tú, entonces el estudio de los *Sastras* es tan sólo una fatiga. Por consiguiente, cálmate, ¡oh matador de tus enemigos, rey invencible de los rakshasas! Es considerando que es justo y lo que no lo es como hay que regular el castigo de un envidado.»

A estas palabras de Vibhishana, Ravana, el soberano de los rakshasas, con acento preñado de furor, respondió: «Matar a los malos no es un pecado, ¡oh tú, calamidad de tus enemigos!, por ello voy a hacer morir a este vanara criminal». A este lenguaje radicalmente inicuo, lleno de perversidad y de ignominia, Vibhishana, de sabiduría eminente, replicó muy juiciosamente: «Cálmate, Señor de Lanká, rey de los rakshasas; escucha una máxima esencialmente justa y útil. Los mensajeros no deben ser condenados a muerte. Esto es, ¡oh rey!, lo que en todas circunstancias y en todas partes proclaman las gentes de bien. Sin duda que este es un enemigo temible, y lo que ha hecho, más desagradable que cuanto se puede imaginar. No obstante, las gentes honradas no aprue-

ban la muerte de un embajador; bien que numerosos castigos, esto bien se ve, le sean aplicables: la mutilación de los miembros, el látigo, la tonsura, la marca infamante: he aquí castigos que pueden imponerse a un enviado; hacerle morir, de esto jamás se ha oído hablar. ¿Cómo aquel en el que el deber y el interés han disciplinado a la inteligencia, que trata de discernir lo grande de lo vulgar, un héroe tal que tú, se deja subyugar por la cólera? Las gentes virtuosas evitan el enfadarse. Ni para hablar equitativamente, ni para conducir a los pueblos, ni para apoderarse del sentido de los *Sastras*, tú no tienes semejante, ¡oh héroe!; tú sobrepujas a todos los suras y a los asuras. Yo no veo nada que legitime la muerte de este mono; es sobre los que le han diputado sobre los que debe recaer el castigo. Sea honrado o no lo sea, otros son los que le envían; el mensajero que habla en nombre de otro y que de otro depende, no merece la muerte. Además, él, muerto, ¡oh rey!, no veo otro que pueda atravesar los aires. Por consiguiente, no atentes contra su vida, ¡oh tú que conquistas las ciudadelas enemigas! Dirige más bien tus esfuerzos contra los dioses y sus Indras. El muerto, no veo otro que pueda incitar a la guerra a esos dos príncipes belicosos e insolentes, tus rivales. Estos nairritas que no piensan sino en desplegar su bravura, ellos, de quienes tú eres la alegría, tú, a quien los suras y los asuras mismos no podrán vencer, no te conviene privarles de esta ocasión de combatir. Esos soldados adictos, animosos, salidos de familias notables a causa de sus cualidades, inteligentes, la flor de los guerreros, afamados por su hirviente ardor y su buen aspecto. De modo que algunos de ellos, separadamente, que vayan por orden tuya, soberana, a apoderarse de esos dos príncipes mudos de terror, y con ello asegurarán tu supremacía sobre tus adversarios.»

Este excelente discurso del nacido después de él, Vibhishana, el inteligente jefe de los merodeadores nocturnos, el poderoso enemigo del mundo de los suras, el monarca supremo de los rakshasas, comprendió su sabiduría.

## SARGA LIII

## HANUMAT ES PASEADO, ENCADENADO, POR LA CIUDAD

Tras haber oído este lenguaje conforme a los lugares y a los tiempos, de su magnánimo hermano, Dasagriva respondió: «Dices verdad: la muerte de un mensajero es reprehensible; es preciso, necesariamente, infligirle otro castigo que la muerte. Para los monos, en verdad, la cola es un precioso ornamento. Que se la quemen al punto y que vuelva allá con la cola quemada. Y que se presente este miserable, deformado por esta mutilación, ante los ojos de sus amigos, de sus parientes, de todos sus aliados y de cuantos le son queridos.» El Indra de los rakshasas ordenó aún: «Que por toda la ciudad y sus encrucijadas sea conducido por los rakshasas con la cola inflamada.»

A esta orden, los rakshasas, llevados de su bárbaro furor, envolvieron la cola de Hanumat en trapos viejos de cotonada (340). Su cola así fajada, el mono colosal tomó un desarrollo semejante al incendio que en el bosque encuentra leña seca. Habiéndosela empapado de aceite, los rakshasas la prendieron fuego. Con su cola inflamada, Hanumat empezó a azotarles, transportado de cólera y de indignación, el rostro centelleante como el Sol al levantarse. El toro de los haris fue aún más estrechamente cercado por los crueles rakshasas reunidos. Acompañados de mujeres, de niños y de viejos, los merodeadores nocturnos vinieron a gozar del espectáculo. Agarrotado, el valeroso Hanumat hizo esta reflexión oportuna: En verdad, bien que amarrado, los rakshasas no podrían impedirme, si lo quisiera, que rompiese mis ligaduras, que me lanzase sobre ellos y que hiciera una nueva carnicería. Mas puesto que es en interés de mi amo por lo que he emprendido este viaje, y que ha sido por orden del suyo por lo que me han encadenado estos bandidos, no haré resistencia. A todos los rakshasas, capaz soy de hacerles frente en el combate; pero ¿no es por amor a Rama por lo que debo soportar este ultraje? Lanká, preciso me es explorarla de nuevo, pues durante la noche no la he visto bien; era muy difícil. Es necesario que inspeccione Lanká, la noche disipada, aunque tuviesen que agarrotarme aún más estrechamente, mientras me queman la cola. Que los rakshasas me atormenten, esto me tiene sin cuidado.



Entretanto, aquel gran mono, de aire sombrío, lleno de bravura; aquel elefante de los kapis, los rakshasas, apodeándose de él, marcharon gozosos, proclamando sus maldades al son de trompetas y tambores. Los bárbaros pasearon por la ciudad a Hanumat, el vencedor de sus enemigos, que se dejaba voluntariamente arrastrar por ellos. Mientras recorría la capital de los rakshasas, el gran mono inspeccionaba los palacios maravillosos, las explanadas cubiertas, las plazas bien distribuidas, los caminos bordeados de casas y las encrucijadas, las calles, las callejuelas, así como los espacios dejados entre las diversas moradas. En las plazas, en los cruces de calles y a lo largo de la vía real, todos los rakshasas vociferaban: «¡Es un espía!»

Encendieron el extremo de la cola de Hanumat. Las rakshasis informaron a la divina princesa de la desagradable noticia: «El mono de cara bermeja que te ha hablado, ¡oh Sitá!, le están paseando con la cola ardiendo.» Oyendo estas palabras crueles que la recordaban su propio rapto, Vaidehí, a quien el dolor abrumaba, invocó al dios que se nutre de ofrendas e imploró insistentemente en favor del kapi. Sitá, la de los grandes ojos, se prosternó con respeto ante el dios portador de ofrendas: «Si hay en mi abnegación hacia mi marido, si he practicado el tapás, si he observado la monogamia, ¡se refrescante para Hanumat!» Anala, el de los rayos ardientes, inclinó tranquilamente su brillante penacho a la derecha de la princesa de los ojos de gacela joven, como para anunciarla la felicidad del mono. Por su parte, el padre de Hanumat, Anila, pegándose a la cola ardiendo, exhaló, por complacer a la diosa, un aliento tan frío como el cierzo que trae la nieve.

Con la cola encendida, el vanara pensaba: ¿Cómo es posible que este fuego ardiente no me queme? Advierto una gran llama y no siento dolor; es como si la nieve cayese sobre el extremo de mi cola. A no ser que se trate de un prodigio semejante al de la montaña, debido al poder de Rama, ¡al que advertí claramente, cuando atravesaba el Océano, el señor de los ríos! Si el Océano y el sabio Mainaká se agitaron de aquel modo en favor de Rama, ¿qué no hará Añi? Es por un efecto de la inocencia de Sitá, de la energía de Raghava y del afecto de mi padre, por lo que Pavaka no me quema. Luego, el elefante de los kapis se dijo al punto: ¿Por qué un guerrero tal que yo se dejaría encadenar más tiempo por miserables rakshasas? La venganza conviene a mi bravura. Y al instante, rompiendo sus ligaduras, el impetuoso y gigantesco mono se lanzó de un bote y lanzando gritos hacia la puerta

de la ciudad, alta como una cresta de montaña. Desembarazándose de los rakshasas que le rodeaban, escapó el valeroso Anila. El que tenía el aspecto de una roca, recobrando al punto su libertad, tomó una forma extremadamente exigua y escapó de sus ligaduras. Una vez libre, el poderoso Hanumat volvió a hacerse semejante a una montaña. Mirando en torno suyo vio una maza junto a la puerta. Maruti, el de los grandes brazos, se apoderó de aquella arma guarnecida de hierro y se sirvió de ella para exterminar a todos sus guardianes. Cuando los hubo muerto, llevado de su marcial e hirviente ardor, examinó de nuevo Lanká. Con su cola de inflamado penacho, hubiérase dicho un brillante sol nimbado de rayos.

## SARGA LIV

### HANUMAT INCENDIA LANKÁ

Tras haber inspeccionado Lanká, el kapi, satisfecho, exuberante de energía, se ocupó en dar fin a su misión. ¿Qué me queda por hacer ahora para acabar el desastre de estos rakshasas? El bosque devastado, los viles rakshasas muertos, una parte de su ejército destruido, no me queda sino arruinar la ciudadela, la ciudadela destruida, la obra será fácil de terminar. Con un pequeño esfuerzo más, completo mi tarea y obtengo el premio de mi trabajo. El fuego que han puesto en mi cola me proporciona el medio de incendiar estos alojamientos opulentos.

Entonces, con su cola en llamas, que le daba el aspecto de una nube cargada de rayos, el kapi empezó a pasearse por los techos de los edificios de Lanká. El vanara, lanzando mirada intrépidas, iba de una casa a otra y circulaba por en medio de los palacios de los rakshasas y de sus templos. Lanzándose impetuoso sobre la morada de Prahasta, el héroe, semejante a un torbellino, la prendió fuego. De allí, el poderoso Hanumat corrió hacia otra casa, la de Mahaparsva, y encendió allí un incendio semejante al abrasamiento de la destrucción final. Luego fue a la morada de Vajradamshttra, a la que se lanzó el gran mono de inmensa energía, y a las de Suka y del sabio Sarana. El jefe de los haris incendió al punto las habitaciones de Indrajit, de Jambumali y de Sumali, las de los rakshas Rasmiketu, Suryasatru, Hrasvakarna, Damshttra, Romasa, Yuddhonmatta, Matta, Dhvajagriva, Vidjuijhiya, Gho-

ra y también Hastimukha; las casas de Karaia, Visala, Sonitaksha, Kumbhakarna y de Mokaraksha; las de Narantaka, Kumbha, Nikumbha el magnifico, Yajnasatru y Brahmasatru. El poderoso toro de los haris se lanzó de este modo de una casa a otra para poner en ellas el fuego; pero no tocó a la de Vibhishana.

El glorioso elefante de los kapis incendió las riquezas acumuladas en las opulentas mansiones de los rakshasas. Tras haber pasado sobre todas las demás habitaciones, el vigoroso y afortunado Hanumat se acercó al palacio de Ravana, el Indra de los rakshasas. Aquel edificio, el más hermoso de todos, adornado de toda clase de piedras preciosas, semejante al Merú y al Mandara, engalanado con decorados de todo género, el bravo Hanumat le prendió fuego con la encendida antorcha que era el extremo de su cola, mientras lanzaba grandes gritos: cual al final de una yuga, una nube devastadora. Activado por el viento, el violento incendio se propagó lanzando resplandores semejantes a los del fuego de Kaia. Pavana extendió por todas partes el incendio. Aquellos palacios revestidos de oro, contruidos con piedras preciosas y perlas, aquellos monumentos, ricos en joyas, gigantescos, perecieron; con sus templos arruinados, cayeron por el suelo. Hubiérase dicho los palacios de los siddhas cayendo del cielo, agotados sus méritos. Entre los rakshasas que huían se levantó un formidable clamor. Impotentes para salvar sus moradas respectivas y sus riquezas destruidas, decían: «¡Ay! Es Añi, ahí le tenéis, bajo la forma de un mono.»

Algunas rakshasis que llevaban niños al pecho, escapaban de sus casas dando gritos, el cuerpo envuelto en llamas, los cabellos al viento. Huían centelleantes como relámpagos caídos de nubes aéreas. Diamantes, corales, esmeraldas, perlas, plata, en fusión; Hanumat veía estos diversos materiales que se derramaban de los palacios abrasados. Así como el fuego no se harta de devorar los haces y las hierbas, del mismo modo Hanumat no se cansaba de matar a los Indras de los rakshasas, ni la tierra de recibir sus cadáveres. El impetuoso y poderoso vanara incendió Lanká, lo mismo que Rudra a Tripura. Desde la cima de la montaña en que había sido construida la ciudad, el terrible incendio encendido por el impetuoso Hanumat proyectaba inmensos haces de llamas. Semejante al fuego destructor que aparece al final de los yugas, el incendio encendido por Maruta alzábase hasta el cielo, sin humo, centelleante, agarrándose a las habitaciones de los rakshasas y encontrando en la grasa de sus cadáveres alimento

para sus llamas. Semejante a diez millones de soles, envolvía con sus vivos ardores Lanká toda entera; hubiérase dicho el abrasamiento final, cuando en medio del múltiple retumbar de los truenos, hiende el huevo del Mundo.

Entonces cayó del cielo un fuego excesivamente violento, de lúgubre aspecto, con penachos de llamas semejantes a la flor del Kimsuka, mientras que bandadas de nubes inmóviles y humeantes teñíanse del color del nilotpala. «¡Es el dios que lleva el rayo, Mahendra, el jefe de los Treinta, o Yama, o Varuna, o Anila!» «¡Es el fuego de Rudra, el Sol, Dhanada, o Sorna!» «¡No es un vanara, sino Kala en persona!» «¿No será el Enojo de Brahma, el Abuelo de todos los mundos, el Ordenador del Universo, el dios de los cuatros rostros, venido aquí hajo la forma de vanara para destruir a los rakshasas?» «¿O bien la suprema Energía de Vishnú, transformada en mono, para la pérdida de los rakshasas, inaccesible al pensamiento, inasequible, infinita, única, presente aquí en virtud de su propia Mayá?»

He aquí lo que se preguntaban todos los principales rakshasas agrupados juntos, viendo su ciudad destruida de pronto por el fuego, con sus numerosos habitantes, sus casas y sus árboles. Entretanto, Lanká, apenas consumida por el incendio, con sus rakshasas, sus caballos, sus carros, sus elefantes, sus bandadas de pájaros, sus gacelas y sus árboles, lanzó, la infortunada, espantoso clamor: «¡Ah, padre querido! ¡Ah, hijo adorado! ¡Oh mi bienamada! ¡Ay, mi amigo! ¡Ay, el cuerpo de mi amo! ¡Cuánta felicidad, cuánta riqueza destruida!» Así exclamaban sin cesar los rakshasas entre gritos terribles, espantosos. Rodeados por las llamas del incendio, sus héroes muertos, sus guerreros puestos en fuga, sucumbiendo bajo la poderosa cólera de Hanumat, Lanká estaba como herida de maldición.

Hanumat contemplaba con orgullo, en medio de tanta turbación, a Lanká, con sus rakshasas nadando en el espanto y la consternación, mostrando las huellas del incendio de centelleantes llamas: tal cual Svayambhú contempla el Universo destruido por el abrasamiento final. Tras haber derribado el bosque plantado de árboles preciosos, matado a los poderosos rakshasas en combate, incendiado aquella ciudad enguinaldada de palacios soberbios, el mono nacido de Pavana descansó. Cuando hubo matado a aquellos rakshasas en muy gran número, destruido aquel bosque espeso, extendido el incendio por las mansiones de los rakshasas, el magnánimo Hanumat transportóse con el pensamiento junto a Rama.

En aquel momento, el príncipe de los héroes vanaras, el de la gran energía, el de impetuosidad igual a la de Maruta, aquel sabio y excelente hijo de Vayú, todas las tropas de devas celebraban sus alabanzas. Todos los devas y los toros de los munis, los gandharvas, los vidyadharas y los pannagas, todos los grandes bhutas sintieron una alegría extremada, indescriptible.

Tras haber devastado el bosque, exterminado a los raks-hasas en la lucha, quemado la formidable ciudad de Lanká, el gran kapi brilló con un resplandor prodigioso. De pie en la cima más elevada de los maravillosos palacios, el león de los reyes de los vanaras, con la corona de llamas que formaba su cola incendiada, centelleaba como Aditia nimbado de rayos. Cuando hubo de este modo arruinado a Lanká toda entera con su cola abrasada, el gran mono, toro de los haris, apagó entonces ésta en el mar. Devas, gandharvas, siddhas y supremos rishis, al ver Lanká incendiada, se quedaron sumamente sorprendidos.

## SARGA LV

### INQUIETUDES DE HANUMAT A PROPÓSITO DE SITÁ

Contemplando Lanká incendiada, aquella ciudad llena de tumulto, con sus tropas de rakshasas presas de espanto, el mono Hanumat quedóse pensativo. Una viva inquietud se apoderó de él. El remordimiento penetró en su alma: Quemando Lanká he hecho, tal vez, algo censurable. Dichosas, en verdad, las almas que, llenas de sabiduría y de magnanimidad, apagan, gracias a su virtud, la cólera que en ellas nace, como con agua un incendio que ha prendido. Cuando se está encolerizado, ¿quién no haría daño? Dominados por la cólera, hasta a los gurús se mataría. El hombre irritado llena de insultos a las gentes de bien. Lo que hay que decir y lo que conviene callar, el que está enfadado no lo discierne en modo alguno. Nada hay que el que está encolerizado estime no poder hacer o no deber decir. Aquel que rechaza, dominándose, la cólera nacida en él, como la serpiente su antigua piel, puede decirse en verdad que es un hombre. ¡Ay de mí, miserable e imprudente malhechor que no he pensado en Sitá, dando pábulo a este incendio, causa de muerte para mi señor! Si en este incendio total, la noble hija de Janaka ha perecido también, he, sin saberlo, arruinado la empresa de mi amo. El fin de

esta misión fallado habrá sido si Sitá no ha escapado al incendio de Lanká, del que soy autor. Lo que he hecho fácil era de hacer, no hay duda; pero dejándome dominar por la cólera, he arruinado mi obra por su base. Y que Janakí ha perecido no hay duda, puesto que no se ve rincón alguno de Lanká que no haya ardido; toda la ciudad es un montón de cenizas. Puesto que por falta de inteligencia lo he perdido todo, aquí mismo quiero dejar hoy mis alientos vitales. Voy a precipitarme al instante en el fuego, en las fauces de Vatavá, o dar mi cuerpo a los habitantes del mar. ¿Cómo podré vivir y volver a ver al jefe de los haris, o a esos dos tigres de los hombres de los que he destruido completamente el proyecto? En verdad que he mostrado mediante mi cólera criminal a los tres mundos que la naturaleza simiesca no puede contenerse. ¡Maldita sea esta naturaleza apasionada, sin disciplina y sin freno, bajo el impulso de la cual no he salvado a Sitá pudiendo hacerlo! Sitá, habiendo perecido, los dos héroes morirán también, y su muerte acarreará la de Sugriva y la de todos los suyos. Al saberlo, Bharata, dado su afecto fraternal y su piedad, lo mismo que Satruña, ¿cómo podrán sobrevivir? La muy virtuosa raza de Ikshvaku destruida, sin duda alguna, todos los pueblos abrumados serán por la pena y el dolor. En cuanto a mí, caído estoy de toda felicidad por haber quebrado el lazo del deber y del interés; dejándome dominar por un impulso culpable, soy manifiestamente la calamidad del Mundo.

Mientras se abandonaba a estas reflexiones, signos que se habían producido y que ya antes había advertido, le inspiraron súbitamente otros pensamientos. Pero, quizá, esta enteramente hermosa mujer, protegida por su propio tejás, habrá escapado felizmente a la destrucción: el fuego nada puede sacar del fuego. No; sin duda, la esposa de aquel que es el deber mismo y cuyo tejás no tiene medida, abrigada por sus virtudes, Pavaka no podría acercarse a ella. Seguramente es gracias a la potencia de Rama y a las buenas obras de la Vaidehí por lo que el fuego, cuyo efecto es consumir, no la ha quemado (341). Y la que sus tres hermanos, Bharata y los otros tienen por divinidad, la que Rama mima con todo su corazón, ¿cómo podría perecer? Si puesto que el fuego, que tiene como acción consumir y que reina por todas partes como dueño invencible no me ha quemado la cola, ¿cómo hubiera podido destruir a esa noble mujer? Luego Hanumat se acordó con admiración de cómo el monte Hiranyanabhá se le había aparecido en medio de las aguas. Gracias a su ascetismo,

a su sinceridad, a su fidelidad inviolable hacia su esposo, ella podría consumir al fuego, pero no el fuego a ella.

Mientras soñaba de este modo en el cortejo de virtudes de la divina Sitá, Hanumat oyó los magnánimos caranas, que decían: «Ah, en verdad hazaña difícil ha realizado Hanumat encendiendo un fuego violento, formidable, en las mansiones de los rakshasas! De la multitud de rakshasas, hombres, mujeres, niños, viejos obligados a huir, los clamores resuenan y se repercuten cual en grutas rocosas. La ciudad de Lanká, consumida, ha quedado con sus pabellones, sus murallas y sus puertas, pero Janakí no ha muerto; estamos maravillosamente sorprendidos.»

Tal fue el lenguaje, semejante al amrita, que escuchó Hanumat; con él, la alegría volvió a su alma a partir de aquel momento. Aquellos presagios cuyo sentido era evidente, sus razones, las grandes virtudes de Sitá y las palabras de los rishis devolvieron la alegría al corazón de Hanumat. El kapi, habiendo alcanzado el fin descado, y sabiendo a la princesa sana y salva, tras haberla visitado de nuevo, tomó la resolución de volver.

## SARGA LVI

### HANUMAT SE DESPIDE DE SITÁ

Saludando a Janakí, sentada al pie del simsapá, Hanumat la dijo: «Gracias al cielo, te vuelvo a encontrar tal cual estás, sin herida.» Sitá, mirándole repetidamente mientras estaba de aquel modo de pie ante ella, inspirándose en su ternura conyugal, se expresó con este lenguaje: «Si lo juzgas a propósito, amigo irreprochable, permanece aquí un día, en algún lugar secreto, para que descanses; mañana partirás. En cuanto a mí, que tan poca alegría tengo, tu vecindad, ¡oh vanara!, me hará olvidar un instante este infortunio sin límites. Cuando hayas partido, ¡oh tigre de los haris!, esperando tu regreso, mi vida no estará segura, ¡oh toro de los vanaras! Tu ausencia, ¡oh guerrero!, aumentará mis tormentos. Abrumada de males cada vez más crueles, me consumiré de dolor y de pena. Además, ¡oh héroe!, esta duda es para mí, por decirlo así, continuamente presente: entre tus muy ilustres compañeros los haris y los rikshas, el muy valiente Sugriva, ¿cómo franqueará el infranqueable Océano? Y esas tropas de haris y de rikshas, así como esos dos príncipes, ¿cómo le

pasarán? Tres seres solamente podrían franquear el mar: Vainateya, tú y Maruta. Frente a esta dificultad insuperable, ¿ves alguna probabilidad de éxito, en tu experiencia consumada? Sí, tú sólo eres capaz de dar término a este asunto ¡oh destructor de los guerreros enemigos!; la valentía que despliegas es célebre. No obstante, si destruyese Lanká con sus tropas, el azote de los ejércitos enemigos, Kakutstha, y si me llevase, ello sería digno de él. Haz de modo que el magnánimo Rama tenga ocasión de mostrar un arrojo de acuerdo con su naturaleza de bravo guerrero.»

A este lenguaje lleno de sentido, de tacto y de lógica, el valiente Hanumat respondió: «¡Oh diosa!, el generalísimo de los haris y de los rikshas, el mejor de los monos, Sugriva, lleno de lealtad, está resuelto a socorrerte. Escoltado de vanaras por kotis de millares, no tardará en acudir, ¡oh Vaidehí!, Sugriva, el soberano de los plavagas. Y esos dos héroes, flor del género humano, vendrán juntos a destruir la ciudad de Lanká con sus dardos. Tras haber exterminado al Rakshasa y a sus tropas sin tardar, el descendiente de Raghú te cogerá, mujer de las hermosas caderas, para reconducirte a su capital. Cobra ánimos y alégrate, esperando el momento ya próximo en que verás a Rama herir a Ravana en el campo de batalla. El Indra de los rakshasas muerto, así como sus hijos, sus ministros y su gente, tú te reunirás con Rama como Rohini se reúne con Sasanka. Pronto vendrá Kakutstha, acompañado de haris y de rikshas escogidos; triunfará en la lucha y desterrará tu pena.»

Luego de haber consolado de este modo a Vaidehí, Hanumat, nacido de Maruta, disponiéndose a partir, la dijo adiós. Tras haber matado a la flor de los rakshasas, descaecido su número, consolado a Vaidehí y desplegado un extremado valor; tras haber destruido la ciudad, engañado a Ravana, mostrado su terrible vigor y haberse despedido de Vaidehí, el tigre de los kapis resolvió volver atravesando de nuevo el Océano; tenía prisa por volver a ver a su amo. Aquel azote de sus enemigos escaló el monte más elevado, el Aristha, plantado de sombríos sotillos de tungas y de padmakas que le cubrían como con un manto de nubes cayendo a lo largo de sus flancos, mientras parecía abrirse de alegría, gracias a los centelleantes rayos del Sol, y lanzar como amables miradas a sus cúspides metálicas. Oyendo por todas partes los dulces murmullos de sus cursos de agua, el Arishta parecía lleno de recordadores de los Vedas. Se le hubiera dicho lleno de cantores ejercitándose en voz alta, a juzgar por el ruido de sus torren-



tes. Sus altos devadarus le daban el aspecto de un gigante de pie, levantando los brazos. El estruendo de sus cascadas le llenaba como de clamores, por todas partes, y parecía temblar con sus bosques otoñales agitados por la brisa. Cuando el viento sacudía sus cañas, parecía resonar con el gorjeo de los kicakas; parecía lanzar silbidos de cólera con sus temibles y gigantescas serpientes venenosas. Con sus barrancos que las nieblas ahondaban aún, parecía absorbido en profundas meditaciones; sus pies, semejantes a nubes, le daba enteramente el aspecto de alguien que se remueve a la vez por todos lados. Parecía estirarse en el aire con sus crestas coronadas de nubes. Estaba erizado de numerosos picos, y era notable a causa de sus grutas, Hallábase cubierto de salas, de talas, de karnas y de vamsas en cantidad. Una multitud de lianas que se desarrollaban cargadas de flores le adornaban. Rebaños de antílopes de todas clases abundaban en él; rico en yacimientos metálicos, estaba atravesado por corrientes múltiples; era un total amontonamiento de rocas.

Maharshis, yakshas, gandharvas, kinnaras y uragas le frecuentaban; sus matorrales se entrelazaban con los árboles; los leones tenían por antros sus cavernas. Los tigres y otras fieras abundaban allí; sabrosas eran las frutas y raíces de sus árboles. El hijo de Anila, el mejor de los monos, trepó a aquel monte, empujado por la alegría de volver a ver cuanto antes a Rama. Por todas partes donde ponía el pie, en aquellos encantadores collados, las rocas que pulverizaba estallaban con estrépito. Cuando hubo escalado el Indra de los montes, el gran kapi desarrolló su fuerza. Deseoso de pasar de la orilla Sur a la orilla Norte de la onda salada, el valeroso hijo de Pavana, habiendo escalado la montaña, advirtió el temible Océano, habitado por espantosos reptiles. El hijo de Maruta, con la impetuosidad de Maruta mismo cuando recorre el espacio, el tigre de los haris se lanzó de la región Sur a la región Norte. Rechazada con el pie por el kapi, la montaña gigante resonó con el grito de sus múltiples habitantes y se hundió en el seno de la Tierra con sus cimas temblorosas y sus árboles derribados. Sacudidos por el bote prodigioso de Hanumat, los árboles cubiertos de flores se abatieron rotos por el suelo, como heridos por el arma de Sakra. En el fondo de las cavernas donde estaban, los poderosos leones, aplastados por la caída del monte, dejaron oír rugidos terribles que hendieron el cielo. Llenos de espanto, sus vestiduras deshechas, sus adornos en desorden, los vidyadharis huyeron a toda prisa de la montaña. Los inmensos y poderosos reptiles, agitando

una lengua inflamada, llena de veneno, la cabeza y el cuello triturados se retorcián, Kinnaras, uragas, gandarvas, yakshas y vidyadharas, desertando la alta montaña desolada de aquel modo, volvieron a ganar el cielo. El soberbio monte, bajo el peso aplastante del poderoso vanara, con sus árboles y sus cimas altivas, descendió hasta el Rasatala. Ancho de diez yojanas y alto de treinta, el monte se hundió en el suelo y tornóse una llanura. Impaciente por franquear el temible Océano, el salado mar de orillas azotadas por las olas, el hari se lanzó al espacio.

## SARGA LVII

### REGRESO DE HANUMAT

Hanumat se lanzó de un bote impetuoso, y semejante a un monte alado, por el lago aéreo que tiene a las serpientes, a los yakshas y a los gandharvas por kamalas y utpalas recogidos. A este lago encantador, espléndido, la Luna sirve de kumuda y sus rayos de karandavas; Tishya y Sravana son sus kadambas; las nubes, sus yerbas salvas y sadvalas; Punarvasu es su gran pez; Lohitanga, su cocodrilo; Airavata, su gran elefante. Tiene a Svati a guisa de hamsa como adorno. Los vientos impetuosos son sus agitadas olas, y los rayos de la Luna, sus ondas apacibles y frescas. Hanumat, sin fatigarse, nadaba en aquel lago aéreo. Parecía devorar el espacio, rozar al rey de los astros, arrastrar en su carrera el firmamento con sus constelaciones y su círculo luminoso. El infatigable Hanumat bañábase de este modo en un océano sin orillas; las aguas de las nubes apartábalas, por decirlo así, durante su carrera. Aquellas enormes nubes de tintes blancos y rosas, azules empujados, amarillos y rojos, centelleaban. Hanumat penetraba en aquellas masas de niebla y salía sucesivamente; hubiérase dicho la Luna, ora luminosa, ora oscura. En medio de los diversos grupos de nubes que encontraba en su camino, con su blanco vestido, el cuerpo del héroe era alternativamente visible o invisible, en el cielo que la Luna atravesaba. Transportado por Tarkshya por el espacio, el hijo de Vayú dispersaba sin cesar las bandas nebulosas, y luego se alejaba.

Lanzaba grandes gritos, cual la poderosa voz de las nubes. Había matado a la flor de los rakshasas y revelado su nom-

bre. Tras haber asolado la ciudad, turbado a Ravana, maltratado a valerosísimos guerreros y rendido sus homenajes a Vaidehí, volvía lleno de gloria, a través del Océano. Al Indra de los montes, el Sunabha, el héroe le rozó. Cual una flecha salida de la cuerda del arco, lanzábase con gran impetuosidad. Luego de haber recorrido cierta distancia, de lejos advirtió la alta montaña de donde había partido. Semejante a una nube del Mahendra, el gran mono lanzó un grito que llenó, a la redonda, los diez puntos cardinales. Dejó oír un gran clamor, semejante al estruendo de las nubes, y ganó aquel lugar en su prisa por volver a ver a sus amigos. Lanzó el terrible grito agitando la cola. Aquel clamor que arrojó en el sendero frecuentado por Suparna, hendió, por decirlo así, el cielo con su círculo luminoso.

Entretanto, los poderosos héroes que, en la orilla septentrional del Océano habían avanzado, empujados por su deseo de volver a ver al hijo de Vayú, oyeron, igual al mugido de una nube empujada por el viento, la voz atronadora de Hanumat. En medio de su aflicción, todos aquellos habitantes de los bosques oyeron el grito del Indra de los vanaras, semejante a la voz de Parjanya. Habiendo oído el clamor de Hanumat distintamente los vanaras quedaron universalmente intrigados y llenos de impaciencia por volver a ver a su compañero. Jambavat, el mejor de los haris, el alma exultante de alegría, reunió a los haris en asamblea general y les habló en estos términos: «Hanumat ha triunfado completamente en su misión, no hay duda; pues de haber fracasado en la empresa, no dejaría oír un clamor semejante.»

El poderoso vanara agitaba brazos y muslos, lanzando gritos. A este ruido, los haris, gozosos, lanzáronse de un lado para otro. Llenos de alegría, botaron de pico montañoso a pico montañoso, de cima en cima, impacientes por volver a ver a Hanumat. Felices, los vanaras, de pie en las copas de los árboles y agarrándose a cualquier rama, hacían ondular sus brillantes trajes. Como ruido de viento que se sume en una garganta de montaña, así gritaba el poderoso Hanumat, nacido de Maruta. Al contemplar al gran mono que acudía centelleante como un grupo de nubes, todos los vanaras de pie hicieron el anjalí. El valeroso kapi, alto como una montaña, se lanzó de un bote, del Aristha hasta la arbolada cima del Mahendra. Desbordando alegría, se abatía sobre aquel encantador y abrupto monte, cual otro monte volante que, con las alas cortadas, cayese del cielo. Al punto, el alma llena de alegría, todos los toros de los vanaras corrieron a rodear al

magnánimo Hanumat. Todos se colocaron alrededor de él, en el colmo de la dicha, el rostro radiante, acompañándole en su llegada.

Los haris ofrecieron un homenaje de raíces y de frutas al mejor de los monos, nacido de Maruta. En su alegría, unos empujaron en su honor kilakilas, mientras que otros toros de los vanaras le trajeron, alegres, ramas de árbol para que se sentase. Entre tanto, Hanumat, el gran kapi, saludó a los gurús y a los ancianos, Jambavat el primero, así como al joven Angada. Ambos, Jambavat y Angada, habiéndole colmado de atenciones, y los otros monos, habiéndole deseado la bienvenida: «¡He visto a la diosa!», les hizo saber lo primero el bravo mensajero. Y tomando por la mano al hijo de Vali, se sentó en un encantador bosquecillo del monte Mahendra. Hanumat entonces dijo, gozoso, a aquellos toros de los vanaras: «En medio de un bosque de asokas he encontrado a Janakí, está custodiada por horribles rakshasís. La irreprochable joven mujer no lleva sino una trenza y suspira por la presencia de Rama. Agotada por los ayunos, cubierta de barro, solitaria, enflaquecida; he aquí cómo la he visto.»

Estas palabras de Maruti, llenas de sentido, dulces como el amrita, cuando las oyeron, todos los vanaras tornáronse ebrios de felicidad. Los poderosos haris pusieron unos a cantar, otros a bailar, otros a gritar; éste dejaba oír el kilakilá; aquél respondía mediante clamores. Algunos de aquellos kapis escogidos levantaban la cola de puro placer. Su cola larga, recurvada, ancha, la agitaban, mientras que otros rozaban al afortunado Hanumat, el mejor de los vanaras, al botar, llenos de alegría, de cresta del monte. Por su parte, cuando hubo hablado así, Angada dirigió a Hanumat, en medio de todos los valerosos haris, este elogio sin igual: «En cuanto al valor y al arrojo, tú no tienes igual, ¡oh vanara!, puesto que tras haber franqueado el inmenso Océano, hete aquí de vuelta. Tú, y por ti únicamente, nos vuelves a dar la vida, ¡oh el mejor de los vanaras! Gracias a ti, nuestra misión cumplida, volveremos a reunirnos con Raghava. ¡Qué admirable abnegación por tu amor! ¡Qué bravura! ¡Qué resistencia! ¡Gracias al cielo has visto a la divina y gloriosa esposa de Rama! Gracias al cielo, Kakutsiha va a desterrar la pena que le causa la ausencia de Sitá.»

Entonces, rodeando a Angada, a Hanumat y a Jambavat, los vanaras, llenos de alegría, se repartieron gruesas peñas. Sentados sobre bloques enormes de aquella montaña, impacientes por oírle contar cómo había atravesado el Océano y

visto Lanká, a Sitá y a Ravana, todos los excelentes vanaras, haciendo el anjalí, permanecieron inmóviles, con los ojos fijos en Hanumat. El afortunado Angada estaba allí rodeado de vanaras numerosos, como el jefe de los dioses dominando en el Cielo, en medio de sus tropas múltiples. Hanumat, lleno de gloria, así como el ilustre Angada, el de los brazos adornados con anillos, estaba sentado gozoso sobre la ancha cima de la alta montaña, que se tornó deslumbrante de esplendor.

## SARGA LVIII

### RELATO DE HANUMAT

Los ojos fijos sobre el poderoso Hanumat, sentado en la cima del monte Mahendra, los haris estaban llenos de felicidad. Cuando, gozosos, hubieronse sentado los magnánimos vanaras, entonces en pleno transporte, a causa de la alegría Jambavat interrogó al dichoso y gran kapi, el hijo de Anila, sobre el éxito de su misión: «¿Cómo has descubierto a la diosa? ¿Qué es de ella? ¿Cuál es, respecto a ella, la conducta del monstruo cruel de las diez caras? Cuéntanos todo esto exactamente, ¡oh gran kapi! ¿Cómo has encontrado a la divina Sitá? ¿Qué te ha dicho? Cuando lo sepamos todo, deliberaremos sobre lo que conviene hacer en adelante. Lo que debemos declarar a nuestra vuelta, lo que hay que callar entre nosotros, tú, que te posees bien, háznoslo saber.»

El mensajero, los pelos estremecidos de placer al oír estas palabras, haciendo homenaje con la cabeza a la divina Sitá, respondió: «En vuestra presencia me lancé desde la cima del Mabendra al espacio, deseoso de alcanzar la orilla meridional del mar, todo entregado a mi proyecto. En mi carrera ofrecióse a mis miradas como formidable obstáculo un monte con la cúspide de oro, divino, maravilloso. Pensando que era una barrera que se levantaba ante mí para cerrarme el camino, me acerqué a aquella montaña de oro, celestial, sublime, diciéndome: «Voy a bendirla», y la golpeé con la cola. La cima, que brillaba como el Sol, quedó rota en mil pedazos. Adivinando mi propósito, el gran monte habló: «Hijo mío —dijo con voz dulce, gracias a la cual mi corazón fue como refrescado—, sabe que yo soy amigo de tu padre Matarisvan. Yo soy el célebre Mainaka; habito el Océano. En otro tiempo los montes más grandes tenían alas. Recorrían a su capricho la

Tierra para obstruirla por todas partes. Cuando supo lo que hacían, Mahendra, por quien Paka fue castigado con su rayo, este bienaventurado les cortó las dos alas en mil pedazos. Yo pude escaparme gracias a tu magnánimo padre. Maruta, entonces, hijo querido, me arrojó al mar, mansión de Varuna, para poder prestar un día asistencia a Raghava. ¡Oh domador de tus enemigos!, Rama es el mejor entre las gentes de bien; es fuerte como Mahendra.»

A estas palabras del Mainaka, monte poderoso, a quien hice conocer mi misión, mi corazón se conmovió. El Mainaka magnánimo me despidió. Este gran monte a veces se ocultó bajo una forma humana; pero bajo su aspecto de roca muéstrese en el Océano. Empleé la mayor diligencia en el resto del trayecto. Viajaba mucho tiempo ya con aquella prisa, cuando advertí a la divina Surasá, la madre de las serpientes, en medio del mar. La diosa me habló así: «Tú me has sido destinado como pasto por los Inmortales, ¡oh el mejor de los haris! Te voy a comer, puesto que me eres ofrecido por los suras.» A estas palabras de Surasá hice el anjalí, y me mantuve inclinado con el rostro descolorido, balbuciendo estas palabras: «Rama, el afortunado hijo de Dasaratha, el azote de sus enemigos, se había retirado al bosque de Dandaka con Lakshmana, su hermano, y Sitá. Sitá, su esposa, ha sido arrebatada por Ravana, el perverso. Yo voy junto a ella para cumplir un mensaje de Rama. Tú debes ayudar a Rama en las circunstancias presentes. O bien déjame ver primero a Maithilí y a su esposo, el de las hazañas imperecederas. Luego volveré a meterme en tu boca, te lo prometo formalmente.» Así hablé a Surasá, que cambia de forma a discreción. Ella respondió: «Nadie pasa adelante; tal es mi privilegio.» A estas palabras de Surasá, yo, que tenía diez yojanas de dimensión, tomé cinco más al instante. Pero ella abrió una boca más larga aún. Viendo sus mandíbulas así dilatadas, tomé una talla minúscula; es decir, de pronto, no una, sino media pulgada. Luego entré rápido en su boca y salí al punto. La divina Surasá me dijo entonces, adquiriendo su forma habitual: «Ve y cumple con éxito tu misión, ¡oh el mejor de los monos!, amigo mío. Trae a Vaidhí al magnánimo Raghava. Sé feliz, poderoso vanara; estoy contenta de ti.» «¡Muy bien! ¡Muy bien!», exclamaron todos los seres, aplaudiéndome. Y de nuevo me lancé por el espacio inmenso, raudo como Garuda. De pronto, mi sombra fue retenida y no veía nada. Detenido en mi carrera, miraba hacia las diez regiones sin descubrir a quien me sujetaba de aquel modo. Es-

te pensamiento me vino: «¿Qué obstáculo es el que se yerge en mi camino? No veo su naturaleza.» Desconcertado, miré hacia abajo. Entonces advertí a una horrible rakshasí acostada en el agua. El monstruo lanzó una carcajada tremenda al verme inmóvil, intrépido, y me dijo estas palabras perversas: «¿Adónde vas, gigante, a quien mi hambre desea como pasto? Ven a alegrar mi estómago, hace mucho tiempo en ayunas.» «Bien», la respondí yo, y aumenté mi talla con objeto de sobrepasar la dimensión de sus fauces. Entonces ella hizo también más grandes sus grandes y espantosas fauces, con objeto de devorarme; pero no me conocía, como tampoco las transformaciones que puedo tomar. En efecto, abandoné mi forma de coloso, y en un abrir y cerrar de ojos la atravesé el corazón y huí a través del espacio. Los brazos desfallecidos, la cruel cayó en la onda salada, semejante a una montaña, con las entrañas deshechas por mí. Entonces oí la voz armoniosa de los seres magnánimos que atravesaban los aires: «¡La horrible rakshasí Simhiká, en un instante, Hanumat la ha matado!» El monstruo abatido, mi misión urgente me vino al espíritu, y tras una larga carrera, advertí, con su círculo de rocas, la orilla meridional del Océano, donde estaba situada la ciudad de Lanká. Cuando el astro del día se hubo retirado detrás del Asta, llegaba yo a aquella guarida de los rakshas, pese a tan temibles guerreros.

Al entrar allí, una mujer, cual una nube de fines de los kalpas, estalló de risa irguiéndose delante de mí. Tratava de matarme; su cabellera centelleaba como la llama. De un puñetazo con la mano izquierda aparté aquella forma aterradora. Era la hora del crepúsculo; entré; ella, asustada, me dijo: «Yo soy la ciudad de Lanká, guerrero; puesto que me has vencido gracias a tu bravura, tú triunfarás también de todos los rakshasas hasta el último.» Luego, toda la noche busqué a la hija de Janaka, la del talle elegante, en el ginneco de Ravana, donde había penetrado; no la pude encontrar. No viendo a Sitá en el palacio de Ravana, fui hundido en un océano de dolor, del cual no veía la orilla. En medio de mi aflicción se me apareció, rodeado de una muralla de oro muy elevada, un encantador sotillo con casas. Tras haber franqueado lo que le cercaba, vi un bosque de asokas, en medio del cual se levantaba un enorme simsapá. Trepé a este árbol; desde allí advertí un bosque de kadálís de oro; no lejos del simsapá una mujer de tez maravillosa se ofreció a mis miradas. Era negra; sus ojos se asemejaban a las hojas del kamala; el ayuno había adelgazado su rostro; estaba vesti-

da con un solo vestido, su cabellera estaba manchada de polvo y su cuerpo demacrado por la pena y el sufrimiento; era Sitá, inquebrantable en su abnegación hacia su esposo. Rakshasis deformes, crueles, la rodeaban. Tales, ávidas de carne y de sangre, tigresas en torno a una gacela. Estaba en medio de las rakshasis, que la abrumaban a fuerza de ultrajes. Llevaba una sola trenza; triste, absorbida en el pensamiento de su esposo, echada en tierra, los miembros ajados, hubiérase dicho un loto a la entrada del invierno. Privada por Ravana del objeto de su dicha, estaba resuelta a dejarse morir. Yo me acerqué al punto dulcemente a aquella mujer de ojos de cervatillo de antilope. Así estaba la gloriosa esposa de Rama cuando la descubrí. Sin dejar de mirarla, permanecí agazapado en el simsapá.

En esto un inmenso clamor fastuoso, mezclado al ruido de cinturones con campanillas y de anillos, llegó a mis oídos llegando del palacio de Ravana. Encontrándome entonces en un apuro grande, me achiqué mucho y permanecí oculto en el simsapá, como pájaro en espeso follaje. En aquel momento, acompañado de sus esposas, el poderoso Ravana vino al lugar en que Sitá estaba sentada. Al ver al jefe de las tropas de los rakshas, Janakí, la de las hermosas caderas, acercó sus mulos uno a otro y con sus brazos cubrió sus senos prominentes. Presa de un terror y de una confusión extremada, mirando aquí y allá sin descubrir ningún asilo, la infortunada temblaba. Entre tanto, Dasagriva, inclinada la cabeza, se precipitó a los pies de la princesa, a la que abrumaba el más vivo dolor, y la dijo: «Sabes al fin apreciarme. Pues si por arrogancia me rehusas tus favores, orgullosa Sitá, al cabo de dos meses beberé tu sangre.» A este lenguaje de Ravana, arrancado por su excesiva indignación, Janakí respondió noblemente: «¡Oh el más vil de los rakshasas!, la esposa de Rama, el del arrojo sin medida, la hija política del jefe de la familia de los Ikshvakus, Dasaratha, al decirla tan infame propósito, ¿cómo no ha caído tu lengua? Magnífica hazaña, monstruo abyecto, la de ir en ausencia de mi esposo a raptarme, perverso, lejos de los ojos del magnánimo Rama, del que, pese a ser lo que eres, ¡ni su esclavo mereces ser! Es un invencible, un leal, un bravo e ilustre guerrero, Raghava.» A este lenguaje severo de Janakí, Dasanana fue súbitamente inflamado por la cólera, como el fuego que enciende una hoguera. Girando ferozmente los ojos levantó el puño, dispuesto a pegar a Maithilí. «¡Oh! ¡Oh!», exclamaron entonces las rakshasis. De entre sus mujeres se adelantó entonces la esposa de aquel miserable, la



bella Mandodari, que consiguió calmarle mediante dulces palabras y gracias al amor que le inspiraba: «¿Qué necesidad tienes, ¡oh tú, cuya valentía iguala a la de Mahendra!, de Sitá? Alégrate presentemente conmigo; yo no valgo menos que Janakí. Las hijas de los devas y de los gandharvas, las de los yakshas, diviértete con ellas, señor. ¿Qué te importa Sitá?» Y toda aquella tropa femenina, haciendo que se levantase al punto, condujo a su morada al poderoso mero-deador nocturno.

Tras la marcha de Dasagriva, las rakshasis de horrible rostro llenaron a Sitá de las peores injurias. Janakí no hizo más caso de lo que la decían que de una brizna de paja; sus ultrajes resbalaban sobre ella. Tras haberla reprendido en vano, los rakshasis que se hartan de carne hicieron saber a Ravana la firme resolución de Sitá. Y habiéndose reunido, ya sin esperanza, fatigadas de atormentarla, abandonáronse al sueño. Cuando estuvieron dormidas, Sitá, adicta siempre a su esposo, exhaló sus amargas lamentaciones, llevada por el exceso de su infortunio. Su llanto despertó a las rakshasis, que al oírla quisieron lanzarse contra ella. Entonces, levantándose de entre sus compañeras, Trijatá dijo: «Devoradme a mí al punto, pero no a Sitá, la de los ojos negros, la hija de Janaka, la virtuosa esposa de Dasarathi. Acabo de tener un sueño espantoso, como para crizar los cabellos, sobre la destrucción de los rakshasis y la victoria de su marido. Ella tan sólo puede protegernos contra Raghava, a nosotras, montón de rakshasis. Implorémos a Vaidehí, tal al menos siento que debemos hacer, pues cuando una infortunada es objeto de un ensueño análogo, librada de sus diversos males alcanza el apogeo de su dicha. Ganada por nuestras súplicas, Maithilí, nacida de Janaká, ella y sólo ella nos arrancará a nosotras, rakshasis, de este gran peligro.» Entonces, la púdica y joven mujer, feliz de aquel triunfo futuro de su esposo, las prometió: «Si Trijatá dice la verdad, yo seré vuestra salvaguardia.»

Considerando la triste situación de Sitá, quedé abismado en reflexiones; mi espíritu no hallaba reposo. Buscaba el medio de entrar en relación con ella. Entonces empecé a celebrar a la raza ilustre de la familia Ikshvaku. Cuando Janakí oyó mis cánticos, que las tropas de rajarshis amenizaban, la divina Sitá me interrogó, los ojos velados por las lágrimas: «¿Quién eres? ¿Cómo y por qué, ¡oh toro de los vanaras!, has venido aquí? ¿De dónde proviene tu afecto hacia Rama? Es preciso que me informes bien.» Así me habló ella, y yo la di esta respuesta: «¡Oh diosa!, Rama, tu esposo, tiene un

aliado de valor temible que se llama Sugriva; es el heroico y poderoso jefe de los vanaras. Sabe que yo soy Hanumat, su servidor, venido aquí diputado junto a ti por tu esposo, Rama, el de las impereccderas hazañas. Y este tigre de los héroes, el afortunado hijo de Dasaratha, me ha entregado él mismo para ti una sortija, ¡oh princesa!, como signo de reconocimiento. A tus órdenes estoy, ¡oh reina!, ¿qué quieres que haga? ¿Es preciso llevarte junto a Rama y Lakshmana, a la orilla septentrional?» A estas palabras, Sitá, la alegría de Janaka, reflexionó y dijo: «Que Raghava derribe a Ravana, ¡y que sea él, el que me libere!» Yo incliné la cabeza y pedí a la noble e irreproachable diosa una señal de reconocimiento que alegrase el corazón del hijo de Raghú. Entonces Sitá me dijo: «Toma esta preciosa joya, que te valdrá toda la confianza de Rama, el de los grandes brazos.» Y diciendo estas palabras, la princesa de las bellas formas me entregó una joya encantadora; y con voz entrecortada por los sollozos me despidió. Yo me incliné ante aquella hija de rey con el mayor respeto, haciendo el pradaskhina, y pensé en volver. Ella me habló de nuevo, tras haber reflexionado en su corazón: «Hanumat, cuenta lo que le ocurre a Raghava. Cuando lo hayan oído, haz de modo que sin que pase mucho tiempo los dos héroes, Rama y Lakshmana, vengan aquí, acompañados de Sugriva. Pues de otro modo, como no me quedan sino dos meses de vida. Kakutstha no me volverá a ver, y moriré abandonada.» Oyendo tan terribles palabras, la cólera se apoderó de mí. Al punto vi lo que me quedaba que hacer. Entonces mi cuerpo se desarrolló, tornándose como una montaña. Impaciente por combatir, empecé por destruir el bosquecillo. Cuando se dieron cuenta de la destrucción del soto, del que huían espantadas gacelas y pájaros, las rakshasis del horrible rostro miraron hacia todos lados y al verme, se reunieron y escaparon a toda velocidad a informar a Ravana: «¡Oh rey valeroso, tu bosquecillo inviolable es destrozado por un miserable mono que desafía tu potencia! Haz morir al punto, Señor, a ese perverso que de este modo te ultraja, para que no pueda volver a irse.» Oyendo esto, el Indra de los rakshasas, Ravana, despachó contra mí numerosos e invencibles guerreros, los **kim-karas**, sus adictos satélites. Ochenta mil de estos rakshasas, armados de venablos y de martillos, fueron deshechos por mí en aquel bosque con la barra de una puerta. Los que quedaron corrieron prestamente a informar a Ravana de la destrucción de su ejército.

Entonces tuve la idea de derribar, con su caitya y todo.

un templo soberbio, tras haber matado con una columna a otros cien rakshasas que estaban allí. Aquel edificio, orgullo de Lanká, yo le derribé empujado por mi cólera. Al punto Ravana envió contra mí al hijo de Prahasta, Jambumalín, con numerosos rakshasas de horrible aspecto, espantosos. Aquel poderoso y hábil guerrero, con mi barra formidable yo le maté, así como a su escolta. Al saberlo, el Indra de los rakshasas, Ravana, lanzó contra mí a los valerosos hijos de sus ministros, acompañados de una tropa de infantería. Con mi barra les hice bajar a todos a la mansión de Yama. Cuando supo que había abatido a los hijos de sus ministros en el campo de batalla, no obstante su arrojo, Ravana me lanzó cinco héroes que iban a la cabeza de sus ejércitos. A los cinco los exterminé, así como a sus tropas. Dasagriva envió entonces a su propio hijo, el valeroso Aksha, con numerosos rakshasas, para que me combatiese. Aquel joven hijo de Mandodari, guerrero experimentado cien veces, cuando se lanzaba por el aire le agarré por los pies y tras hacerle girar violentamente le deshicé contra el suelo. Viendo a Aksha caer deshecho, furioso, Ravana, el de las diez caras, me opuso otro de sus hijos, Indrajit, lleno de bravura y de ardor belicoso. Yo paralicé el valor de todo aquel ejército de rakshasas y a su jefe en la lucha; mi alegría no tenía límites. Pero, lleno de confianza, el héroe de los grandes brazos, dócil a las órdenes de Ravana, siguió combatiendo a la cabeza de sus guerreros excitados por la embriaguez. Comprendiendo que de otro modo era invencible y viendo su tropa en desbandada, Indrajit me encadenó mediante un dardo de Brahma. Entonces, cayendo enfurecidos sobre mí, los rakshasas cargáronme de ataduras.

Dueños de mi persona, condujéronme a presencia del miserable Ravana, que al verme me interpeló. Interrogado sobre mi ida a Lanká y sobre la destrucción de todos aquellos rakshasas en combate, yo le dije que todo ello concernía a Sitá: «Es deseando ver a esta mujer por lo que he venido a tu casa, príncipe. Yo soy el hijo de Maruta, el mono Hanumat. Sabe que soy el mensajero de Rama, yo, el ministro de Sugriva. Y por cumplir el mensaje de Rama es por lo que estoy aquí en tu presencia. Y ahora escucha lo que tengo que decirte. El amo de los haris, ¡oh jefe de los rakshasas!, te saluda respetuosamente. Sugriva, ¡oh afortunado!, te desea felicidad. Y te dirige este lenguaje conforme al deber, al interés y a cuanto hay de útil y saludable: «Durante mi permanencia en el Rishyamuka, monte cubierto de un espeso bosque, Raghava, poderoso guerrero, vino a contraer amistad conmigo.

Me dijo: «¡Oh rey!, mi esposa me ha sido arrebatada por un rakshasa. Es preciso que establezcas conmigo un pacto de alianza.» Y, en efecto, el señor Raghava, a quien Lakshmana acompaña, se ha aliado, en presencia del fuego sagrado, con Sugriva, despojado de la realeza por Vali. Rama, habiendo matado a éste con un solo dardo, en plena lucha, Sugriva ha sido proclamado monarca supremo de los vanaras, señor de los samplavats. Nuestra amistad con él debía ser absolutamente cordial. El es el que me envía ante tu presencia, en nombre del derecho. Sin tardar que lleven a Sitá, que le sea devuelta a Raghava, de miedo a que los valerosos haris destruyan tu ejército. El poder de los vanaras, ¿quién no le conoce hace mucho tiempo, ellos que van junto a los davatas, invitados por éstos? He aquí lo que dice el rey de los monos.» De este modo le hablé.

Me miró furioso, cual si hubiera querido consumirme con sus pupilas. Y aquel rakshasa bárbaro ordenó que me mata sen: el miserable ignoraba mi fuerza. No obstante, Vibhishana, su hermano, dotado de gran sentido, intercedió en mi favor junto al soberano: «No, tigre de los rakshasas; renuncia a tu deseo; lo que las leyes que conciernen a los príncipes prohíben, lo sabes muy bien. La muerte de un mensajero no se la ve entre las prescripciones relativas a la realeza, ¡oh rakshasa! El mensajero transmite lo que está encargado de decir. Incluso en caso de falta muy grave de su parte, ¡oh tú, cuyo poder no tiene igual!, su mutilación está prevista por los *Sastras*, no su muerte.» A estas palabras de Bibhishana, Ravana ordenó a sus rakshasas: «Pues bien: ¡quemadle la cola inmediatamente!», dijo.

Oyendo esta orden, envolvieronme por todas partes este miembro con cortezas de cañamo y trapos de algodón. Luego, los rakshasas, esos perfectos guerreros, los del ardiente coraje, encendieron mi cola y empezaron a pegarme palos y puñetazos. Cargado de lazos y agarrotado por los rakshasas, me resigné, movido por el deseo que tenía de ver la ciudad de día. Aquellos bravos empezaron a pasearme entre abucheos, atado de aquel modo y envuelto en fuego, a lo largo de la vía real, hasta la puerta de la ciudad. Entonces abandoné mi gran forma, me desembaracé con ello de las ataduras, y volví al punto a tomar mi aspecto normal. Luego, cogiendo una barra de hierro, deshice a los rakshasas y de un bote me subí sobre la puerta de la ciudad. Al punto con mi cola, que ardía, incendié ésta, con sus pabellones y sus puertas, inexorable como, al final de un yuga, el fuego que consume a los seres.

«Janakí ha perecido, no hay duda—me dije—, puesto que no se ve en Lanká lugar que no haya sido consumido; toda la ciudad es un montón de cenizas. Quemando Lanká he hecho morir a Sitá; imposible dudarlo; la gran empresa de Rama la he hecho sin objeto.» Así pensaba, abrumado por el dolor, cuando oí a los caranas, en un tono lleno de suave armonía, decir: «¡Janakí no ha perecido entre las llamas!» Cuando les oí proclamar esta sorprendente noticia con su encantadora voz, cobré ánimos. En efecto, había escapado al incendio la hija de Janaka; ciertos signos me lo confirmaron. Por ejemplo, que bien que hubiesen hecho arder mi cola, yo no sentía el efecto de la menor quemadura. Mi corazón se llenó de alegría; empecé a respirar brisas perfumadas. Aquellos signos, cuyo significado era manifiesto, tales augurios poderosos, más el lenguaje formal de los rishis, devolvieron la alegría mi alma. Volví entonces a ver a Vaidehí, que de nuevo me dijo adiós. Al punto escalé el monte Arishta, desde el cual me lancé en esta dirección, impaciente por reunirme con vosotros. Esta ruta frecuentada por el viento, por la Luna y por el Sol, los siddhas y por los gandharvas, la he franqueado y aquí os encuentro. Mediante el favor de Raghava y también gracias a vuestro tejas, la misión de Sugriva la he cumplido en toda su extensión. Todo ello lo he realizado exactamente; lo que en adelante queda por hacer, que sea hecho por entero.»

## S A R G A L I X

### HANUMAT PIDE QUE SITÁ SEA LIBERADA

Su relato completamente terminado, Hanumat, nacido de Maruta, añadió estas importantes palabras: «Han triunfado los esfuerzos de Raghava y las solicitudes de Sugriva. Testigo de la constancia de Sitá, mi corazón se ha regocijado. Es tal la virtud de la noble Sitá, ¡oh toros de los monos!, que con su poder ascético sostendría el Mundo, o, al contrario, le consumiría, de estar irritada. Es absolutamente extraordinario que ese Ravana, el jefe de los rakshasas, haya podido tocar a Sitá sin que el tapás de ésta haya destruido su cuerpo. No, la llama a la que se acerca la mano no es tan temible como la hija de Janaka agitada por la cólera. Que se permita a todos los grandes kapis, Jambavat y los demás, tomar parte en esta expedición, cuya naturaleza ya conocéis ahora, y no se de-

jará de ver a los dos príncipes reunidos de nuevo con Vaidehí. Si solo he podido entrar en Lanká, poblada de rakshasas, y asolar gracias a mi valor esta ciudad, así como a Ravana y a los suyos, ¿qué no haría con valerosos y potentes plavagas. llenos de sangre fría, de experiencia militar, fuertes y ávidos de gloria como nosotros? Destruiría en el combate a Ravana con su ejército, sus servidores y sus hermanos. Los dardos de Brahma, Vayú, Varuna y lo mismo los demás proyectiles, insoportables de ver, de Indrajit, en el campo de batalla, yo sabría evitarlos con objeto de exterminar a los rakshasas. Con vuestro permiso, mi valentía detendrá a ese Ravana. Volcaré sobre él una granizada de piedras, inaudita, incesante. A los devas mismos mi valor los derribaría en la lucha; con mucha más razón a esos inrodeadores nocturnos. Sin vuestro consentimiento, mi valor me encadena. Antes cambiaría el Sagara de límites y el Mandara de lugar que Jambavat, en el combate, dejaríase quebrantar por un ejército enemigo. Los antepasados de todos los rakshasas reunidos en bandas, para exterminarlos bastaríase tan sólo el valeroso kapi, hijo de Vali, para acabar con ellos. Con su muslo nervioso, el poderoso plavaga Nila derribaría al propio Mandara; con mucha más razón derribaría a los rakshasas en el campo de batalla. Entre los devas, las asuras, los yakshas, los gandharvas, las serpientes, los pájaros, indicadme cuál podría hacer frente a Dvívda. A esos dos hijos de los Asvins dotados de gran energía, los mejores de los plavagas, no conozco a nadie capaz de resistirles en la arena. He destruido Lanká; la he incendiado, reducido a cenizas esta ciudad. Por todas las vías reales exclamaba: «¡Victoria al todopoderoso Rama y a Lakshmana, lleno de valentía! ¡Victoria al rey Sugriva, de quien Raghava es el apoyo! Yo soy el servidor del rey de los kosalas; Pavana es mi padre; yo soy Hanumat.» Por todas partes proclamaba mi nombre. En medio del bosquecillo de asokas de Ravana, el del alma vil, abajo, al pie del simsapá, la virtuosa Sitá está sentada tristemente. Rodeada de rakshasis, enflaquecida por la pena y el sufrimiento, parece, en medio de un círculo de nubes, la órbita lunar, privada de su resplandor. Llena de desprecio hacia Ravana, al que su poder engulle, Vaidehí, la hija de Janaka, la de las hermosas formas, permanece inquebrantablemente firme a su esposo. Adicta con toda su alma a Rama, la hermosa Vaidehí no piensa jamás sino en él, como Paulomí en Puramdara. Cubierta con una sencilla túnica, manchada de polvo, yo la he visto abrumada por ultrajes sin número por las horribles raksbasís que la rodean

en el bosquecillo. Su cabellera no forma sino una sola trenza; la infortunada absorbida está en el pensamiento de su marido. Echada por tierra, llena de dolor, semejante al loto a la llegada del invierno; separada de Raghava, el objeto de su amor, decidida está a morir. Sitá, cuyos ojos aseméjense a los de las jóvenes gacelas, yo he hallado el modo de reanimar su confianza, hablándola y contándole todo. Al saber la alianza de Rama y de Sugriva se sintió feliz; afianzada más que nunca en sus sentimientos, su amor conyugal alcanzó el más alto grado. Puesto que no destruye a Dasagriva maldiciéndole, es, sin duda, gracias al extremado poder de este monstruo de las diez caras. Por lo demás, tan sólo a Rama le está reservado el hacerle morir. El cuerpo naturalmente frágil de Janakí va constantemente demacrándose a causa de la ausencia de Raghava; cual la ciencia del que no recita sino el principio de los versos disminuye sin cesar. He aquí cómo Sitá, antes afortunada, está hundida en el dolor. Ahora, que se vea la manera de liberarla por todos los medios.»

## S A R G A L X

### PROYECTO DE ANGADA. JAMBAVAT LE DESAPRUEBA

Cuando hubo oído este discurso, el hijo de Vali dijo: «Los dos hijos de los Asvins, esos dos monos llenos de ardor y de valentía, orgullosos del privilegio del Abuelo, han llegado al supremo grado de la audacia. Para honrar a los Asvins, el Abuelo de todos los mundos les dió en otro tiempo el poder excepcional de domar a todos los seres. Este privilegio extraordinario les embriagó de orgullo, y, tras haber puesto en fuga al gran ejército de los suras, estos dos poderosos héroes bebieron el amrita. Es tal su furor que bastaría para destruir Lanká con sus caballos, sus carros y sus elefantes. Todos los vanaras pueden permanecer tranquilos. Yo mismo, yo soy capaz, yo solo, de destruir en un momento la ciudad de Lanká con sus tropas de rakshasas, así como al muy poderoso Ravana; con mucha más razón si estoy acompañado de guerreros valerosos, dueños de ellos mismos, plavagas experimentados, fuertes e impacientes de vencer, como vosotros. El valeroso hijo de Vayú nos ha hecho saber que había incendiado Lanká. Ha visto a la divina Sitá, pero no la ha tratado. He aquí, lo que a mi juicio, no conviene que guerreros reputados

como vosotros anuncien a Rama. Nadie hay en cuanto a agilidad, nadie en cuanto a bravura, que os iguale en el mundo de los Inmortales y de los daitias, ¡oh los mejores de los haris! Luego de haber triunfado de Lanká y de su población de rakshasas, tras haber matado a Ravana en lucha, volveremos con Sitá, nuestra misión cumplida y el corazón gozoso. Visto el escaso número de rakshasas escapados a la carnicería que ha hecho con ellos Hanumat, no nos queda sino ir a buscar a Janakí. Nosotros sentaremos a la hija de Janaka entre Rama y Lakshmana. ¿Para qué molestar a los demás toros de los vanaras? Nosotros iremos a matar a los valientes rakshasas, y luego podremos reunirnos tranquilamente con Raghava y con Sugriva, así como con Lakshmana.»

Tal era el plan de Angada. Jambavat, el mejor de los haris, en el colmo de la alegría, le dio, gracias a su sabiduría, esta respuesta llena de sentido: «No habría medio de saborear tu propósito, ¡oh muy inteligente y valeroso kapi! Nosotros hemos recibido del rey de los monos y del sabio Rama la orden de explorar la región Sur hasta sus últimos confines, no la de traer a Sitá, tras haberla reconquistado; esto no gustaría en modo alguno. El príncipe Raghava, el tigre de los reyes, revelando su raza, ha jurado liberar él mismo a Sitá, en presencia de todos los kapis. ¿Cómo, pues, podría soportar que su juramento quedase sin efecto? No se nos tendría en cuenta en modo alguno el éxito de nuestra empresa; Rama no estaría contento, y habríamos desplegado en vano nuestra fuerza, ¡oh toros de los vanaras! Por consiguiente, volvamos todos junto a Rama, al que Lakshmana acompaña y junto al ilustre Sugriva, para darles cuenta del resultado de nuestra misión. El partido que tomamos no es tan inaceptable como tú lo crees tal vez, ¡oh príncipe! Mantener intacto el deseo de Rama, en esto es en lo que te es preciso ver el éxito de nuestra misión.»

## S A R G A L X I

### DEVASTACIÓN DEL MADHUVANA

El lenguaje de Jambavat fue aprobado por los valerosos habitantes de los bosques, de los que Angada era el jefe, y por el poderoso Hanumat. Entonces, llenos de alegría, todos aquellos toros de los plavagas, el hijo de Vayú a su cabeza, precipitándose de la cima del Mahendra, lanzáronse hacia adelante.



Eran semejantes al Merú y al Mandara; hubiérase dicho grandes elefantes ebrios de mada. Llenaban, por decirlo así, el espacio con su sombra aquellos formidables y vigorosos monos. Hanumat, honrado por los bhutas, dueño de sí mismo, lleno de fuerza y de agilidad, parecía que le llevaban en sus miradas. Pensando todos en Raghava, en el éxito de su empresa, en la gloria inmensa que le iban a procurar, su misión cumplida, orgulloso de los resultados obtenidos, ocupados de su agradable mensaje, todos y cada uno deseosos de combatir, todos resueltos a ayudar a Rama, aquellos sabios habitantes de los bosques, botaban a través del espacio.

Detuviéronse en un bosque semejante a Nandana, plantado de centenares de árboles. Era el Madhuvana que, bajo la fuerte vigilancia de Sugriva, era inviolable para todos los seres de los que él era el encanto. Estaba constantemente guardado por el poderoso kapi Dadhimukha, el tío materno del magnánimo rey de los monos. Cuando alcanzaron aquel bosque encantador y vasto de su Indra, los vanaras se llenaron de alegría. Felices al contemplar el gran Madhuvana, los monos pidieron a su joven príncipe de aquella miel amarilla de la que él tenía el color. Aprobando el ruego de aquellos venerables kapis, que tenían a Jambavat a su cabeza. Angada les permitió tomar aquel alimento. Autorizados de este modo por el joven y sabio hijo de Vali, los haris treparon a los árboles cargados de abejas. Y devoraron raíces y frutas de suave aroma, lo que los llenó a todos de alegría embriagadora. Entonces, y con el beneplácito de su jefe, todos aquellos habitantes de los bosques, en el exceso de su alegría y de su embriaguez, pusiéronse a dar zapatetas aquí y allá, cantando, riendo, danzando, prosternándose declamando, corriendo, saltando y aplaudiendo; sosteniéndose unos a otros, interpeándose, lanzándose de árbol en árbol, dejándose caer de las ramas más altas a tierra. Del suelo botaban en el aire, y se perseguían por entre los grandes árboles, de cima en cima, respondiendo a los cánticos con risas, a los gemidos mediante lamentos, a los golpes con golpes. Era una confusión general en aquel ejército de monos. Nadie que no estuviese borracho (342), ninguno que no estuviese como enloquecido.

Al ver aquel bosque devastado, los árboles despojados de sus hojas y de sus flores, indignado Dadhimukha, éste era su nombre, púsose a rechazar a los monos, sus congéneros. Aquellos insolentes abrumaron con ultrajes al venerable y valeroso hari, que aún se decidió más a proteger enérgicamente, contra los vanaras, el bosque entregado a su custodia. Hablaba

duramente a unos, sin miedo y sin rebozos, abofeteaba a otros. Abordaba a unos con amenazas, mientras que a otros tratábalos con dulzura. Incapaces de contenerse, dominados por la embriaguez, rechazados violentamente por Dadhimukha, los imprudentes, perdiendo todo sentimiento de temor, reuniéronse para maltratarle sin reflexionar en su falta. Los kapis le desgarraban con sus uñas, le mordían, le abrumaban a puñetazos y patadas, llevados por su borrachera. Luego, el gran bosque fue completamente devastado por ellos.

## S A R G A L X I I

### LUCHA ENTRE DADHIMUKHA Y LOS SAQUEADORES

El mejor de los haris, Hanumat, toro de los vanaras, dijo a los monos: «Coged en paz la miel, ¡oh vanaras! Yo haré expulsar a los que se opongan a ello.» A estas palabras de Hanumat, el príncipe de los monos, Angada, replicó alegremente: «Que se deje a los haris beber la miel. Necesariamente todo lo que diga Hanumat, que ha cumplido su misión, por impracticable que fuese, yo lo suscribo; con mucha más razón unas palabras como éstas.» A estas palabras caídas de la boca de Angada, el toro de los vanaras, todos exclamaron: «¡Muy bien! ¡Muy bien!», aplaudiéndole y prodigando sus homenajes a este príncipe. Luego acudieron hacia el Madhuvana con la impetuosidad de un torrente. Una vez entrados, expulsaron a los guardas por la fuerza. Con el asentimiento de Angada, contentos, Hanumat por haber visto a Maithilí y los otros por saber noticias de ella, todos bebieron miel y cogieron los sabrosos frutos. Lanzáronse sobre todos los guardianes del bosque reunidos en tropel tumultuoso, les molieron a golpes y permanecieron mucho tiempo en el Madhuvana. Cogiendo entre sus brazos panales de miel de la medida de un úrona, los tragaban en grupos muy alegres. Los rompían y se reunían todos para devorarlos; luego, la miel tragada, aquellos monos, que eran amarillos como la miel misma arrojaban los panales vacíos. A veces, aquellos restos de panales golpeábanse con ellos unos a otros retozando; o bien, reuniendo ramas, sentábanse sobre ellas al pie de los árboles.

Excesivamente entontecidos por la embriaguez, llenaban con exceso el suelo de hojas para echarse sobre ellas. Otros plavagas, excitados por aquella miel embriagadora, en su ale-

gría, empujábanse los unos a los otros, titubeantes, cantaban hasta desgañitarse o bien tarareaban aires alegres. Algunos haris, borrachos de miel, dormían por el suelo; otros traducían su alegría mediante carcajadas o, al contrario, mediante llantos. Este contaba lo que otros habían hecho y aquéllos entendían al revés. Entre tanto allí estaban los guardianes del bosque, servidores de Dadhimukha. Expulsados por aquellos terribles vanaras, habían escapado en todas direcciones, luego que, tras magullarles con las rodillas, hubieronles hecho sufrir el devamarga (343). Llenos a más no poder de espanto, fueron a quejarse a Dadhimukha y le dijeron: «Autorizados por Hanumat, los vanaras han saqueado, a pesar nuestro, el Madhuvana, tras habernos magullado con las rodillas y habernos hecho soportar el devamarga.» Irritado, Dadhimukha, al ver aquella devastación del Madhuvana, encomendado a sus guardas, excitó a sus subordinados: «Venid, corred, ¡largo esos vanaras de tan excesiva insolencia! Puesto que devoran la exquisita miel, yo les expulsaré por la fuerza.» Tras estas palabras de su jefe, los valientes toros de los vanaras volvieron con él al Madhuvana. En medio de ellos iba Dadhimukha enarbolando un árbol enorme. Todos aquellos plavamgamas lanzáronse con impetuosidad. Armándose de rocas, árboles y piedras, aquellos vanaras se precipitaron furiosos sobre los elefantes de los kapis. Los haris cayendo sobre sus congéneres, los rechazaron violentamente; los labios apretados por la cólera, los molieron a golpes. Al ver a Dadhimukha enfurecido, los toros de los vanaras, dirigidos por Hanumat, acudieron. Y como se precipitase empuñando un árbol, lleno de arroyo, aquel grande y poderoso kapi. Angada, irritado, agarróse con él a brazo partido. Cegado por la embriaguez, mostróse sin piedad, y pese a decir: «Es mi tío paterno», le derribó inmediatamente por tierra. Los brazos, los muslos y el rostro triturados, sin fuerza, bañado en sangre, desvaneciéndose un momento el vigoroso elefante de los kapis. Salvado a gran pena de sus adversarios, aquel toro de los vanaras, retirándose aparte, dijo a sus servidores agrupados junto a él: «Venid, acudid, vamos a encontrar a nuestro Amo, al hari Sugriva, el de robusta traza, que está con Rama. Le contaremos toda la maldad del príncipe Angada. Indignado al saberlo, condenará a muerte a estos monos. Para el magnánimo Sugriva, este Madhuvana celestial, plantado por sus abuelos e inviolable a los dioses mismos, es muy querido. Todos esos vanaras a quienes su pasión por la miel ha sido para ellos fatal, Sugriva les castigará, así como a sus afiliados. Encadenará a todos esos per-

versos que han transgredido la voluntad de su rey. Su indignación, que no podrán contener, será para mí provechosa.»

Habiendo hablado así a los guardas forestales, el poderoso Dadhimukha partió al punto con toda premura a su cabeza. En un abrir y cerrar de ojos aquel habitante de los bosques se reunió con el sabio hijo del astro de los mil rayos, el vanara Sugriva. Al ver a Rama, a Lakshmana y a Sugriva, bajó de los aires a tierra firme. El valeroso hari Dadhimukha descendió escoltado de todos aquellos guardas de los que era el jefe supremo. La tristeza pintada en su rostro, levantando sus manos por sobre su cabeza para hacer el anjalí, con gesto rápido tocó con la frente los pies de Sugriva.

### SARGA LXIII

#### DADHIMUKHA HACE SABER A SUGRIVA LA DEVASTACIÓN DEL MADHUVANA

Cuando vio a aquel vanara con la frente prosternada, el toro de los monos, con el corazón enternecido, le dijo: «Levántate, levántate. ¿Por qué te echas a mis pies? Tranquílzate y cuéntame la verdad. ¿De qué proviene tu turbación? Hazme saber todo lo que importe que me digas. ¿Va todo bien en el Madhuvana? Quiero saberlo, ¡oh vanara!»

Confortado de este modo por el magnánimo Sugriva, el muy prudente Dadhimukha se levantó y habló en estos términos: «El bosque que ni Rikshajarat, ¡oh rey!, ni tú, ni Vali habíais estropeado hasta ahora, acaba de ser devastado por los monos. Yo me he esforzado por echarlos a todos con ayuda de estos corredores de bosques, pero sin hacerme caso, ellos, gozosos, comían y bebían. Me he opuesto a sus depredaciones con mis guardas; mas, sin consideración alguna a mí. ¡oh príncipe!, han continuado su orgía esos salvajes. Lo que quedaba lo estropeaban, mientras que otros se atiborran siempre. Al rechazarles, todos frucieron las cejas. Los míos, a los que ves aquí, cuya cólera aumentaba, fueron maltratados y lanzados del bosque por aquellos furiosos. Aquellos poderosos vanaras, con los ojos rojos de cólera, violentaron con rabia a mis haris, estos toros entre los monos. Pegaban a unos puñetazos, golpeaban a otros a rodillazo limpio y les magullaban haciéndoles sentir a su placer el devamarga. He aquí los ultrajes que han infligido a estos bravos de los que tú eres el

Señor. Todo el Madhuvana ha sido saqueado por ellos a su gusto.»

Mientras que Sugriva recibía estos informes, el muy prudente Lakshmana, matador de sus enemigos, le preguntó: «¿Quién es, ¡oh príncipe!, este vanara, este guardabosque aquí presente? ¿Qué significa la tristeza con que habla?» A esta pregunta del magnánimo Lakshmana, Sugriva le respondió como discursador hábil: «Noble Lakshmana, es Dadhimukha; y el valeroso kapi me hace saber que los bravos compañeros de Angada, los vanaras, han devorado la miel del bosque. Calaverada semejante no es propia de gentes que han fallado su propósito. Cuando han entrado en el bosque es que han triunfado; esto es indudable. Han golpeado a rodillazo limpio a los guardas que los rechazaban con violencia; y no han hecho el menor caso de Dadhimukha, mono valeroso, al que yo he puesto en persona como jefe de mi bosque. Todo ello prueba que la divina Sitá ha sido encontrada; no hay duda; y no lo ha sido por otro que por Hanumat. En verdad, no, ninguno, a no ser Hanumat, podía realizar tal hazaña. El éxito de una misión, su inteligencia, reposan en Hanumat, el toro de los haris, así como el consejo, la fuerza y la ciencia. En todas partes donde están Jambavat como guía, Angada con su gran vigilancia y Hanumat como director, el éxito no puede dejar de presentarse. Los bravos toros de los haris, Angada a su cabeza, han destrozado el Madhuvana. Tras haber explorado la región del Sur, a su vuelta, como el Madhuvana excitaba su codicia, esos vanaras le han saqueado completamente y han devorado la miel. Han tirado al suelo a los guardas campestres, los han magullado a rodillazos. Es la noticia que viene a hacerme saber con su amable voz el hari llamado Dadhimukha, afarnado por sus hazañas. Sitá ha sido encontrada, ¡oh poderoso Sumitri!, reconócelo claramente, puesto que a su vuelta todos los vanaras han bebido miel. Si no hubieran visto a Sitá, ¡oh toro de los hombres!, los ilustres habitantes del bosque no hubieran devastado el bosque celestial, presente de los dioses.»

Oyendo estas palabras, el virtuoso Lakshmana con Raghavea llegaron al colmo de la alegría, ¡palabras encantadoras aquellas para los oídos, caídas de la boca de Sugriva! Muy grande, sí, fue la alegría de Rama y de Lakshmana el muy glorioso, Sugriva, exultando al escuchar esta noticia que le traía Dadhimukha, respondió al guardián del bosque: «Me complace que ese bosque haya sido comido por esos vanaras que han cumplido su misión. Es preciso saber tolerar la inso-

lencia de los que triunfan. Vuelve con presteza a vigilar el Madhuvana. Y envíame rápidamente a todos esos kapis a la cabeza de los cuales está Hanumat. Deseo interrogar sin tardanza a esas gacelas de las ramas que con audacia de leones han sabido cumplir su misión, y saber cómo han podido reunirse con Sitá.»

En presencia de los dos jóvenes héroes, los ojos dilatados por la alegría, en el colmo de la dicha, su propósito conseguido, el rey de los vanaras, comprendiendo que tenía en las manos el éxito de la empresa, los miembros temblándole de alegría, sintió un contento sin límites.

#### SARGA LXIV

##### SUGRIVA CONFORTA A RAMA

A estas palabras de Sugriva, gozoso, el kapi Dadhimukha le saludó, así como a Raghava y a Lakshmana. Tras haberse inclinado ante Sugriva y los dos Raghavas, los de la gran energía, acompañado de sus bravos vanaras, lanzóse por el espacio. Tal cual había venido, volvió a toda prisa. Bajando del cielo a la tierra penetró en el bosque. Entrado en el Madbuyana, vio a los tropeles de haris, su borrachera disipada, de pie, dejando escapar agua azucarada. El héroe les abordó, acercó el hueco de las manos en forma de anjali, y dijo con tono afable y regocijado a Angada: «Amigo, es preciso no tener resentimiento contra estos guardas que han querido rechazaros; es por ignorancia por lo que se han opuesto encolezados a vuestros descos. Tranquilízate, tienes todo el permiso para comer la miel que es tuya. Heredero del trono, tú eres el dueño de este bosque. ¡Oh muy gran príncipe! Nos hemos dejado llevar de un arrebato tontamente, perdónanos. Del mismo modo que tu padre fue en tiempos el jefe de las tropas de los haris, tú lo eres ahora, así como Sugriva, y no otro, ¡oh el mejor de los haris! Yo he ido a anunciar a tu tío paterno, ¡oh príncipe sin reproche!, la presencia aquí de todos estos habitantes de los bosques. Al saber tu llegada y la de tus compañeros, en vez de enfadarse se ha alegrado, cuando ha sabido la devastación del bosque. En su felicidad, tu tío paterno, Sugriva, el jefe de los vanaras, gran monarca, me ha ordenado: "Pronto, envíamelos a todos".»

A este discurso de Dadhimukha, lleno de amenidad, Anga-

da dijo a sus compañeros, él, el príncipe de los haris hablador emérito: «Esta historia, no me cabe duda, ha sido contada a Rama, ¡oh jefes de los haris! Y éste nos habla con alegría. La razón me lo hace conjeturar. No conviene que permanezcamos aquí, nuestra misión cumplida, ¡oh calamidades de vuestros enemigos! Tras haber bebido miel a discreción, valerosos habitantes de los bosques, ¿qué nos queda que hacer sino ir al encuentro del vanara Sugriva? Lo que me prescriben unánimemente los toros de los haris, lo cumpliré. En toda ocurrencia, estoy a vuestras órdenes. Yo no tengo derecho a mandar, por muy príncipe heredero que sea. A vos otros, que habéis cumplido vuestra tarea, inconveniente sería trataros con altanería.»

A este excelente discurso de Angada, los habitantes de los bosques, con el corazón alegre, hablaron de este modo: «¿Quién, siendo jefe, ¡oh príncipe, toro de los vanaras!, hablaría de modo semejante? Enloquecido por la embriaguez del poder cada uno se dice: «Yo soy el amo.» Un tan hermoso lenguaje, de nadie sino de ti es propio; tu modestia nos presagia un porvenir afortunado. Todos estamos dispuestos a ir al instante junto a Sugriva, el imperecedero jefe de los velerosos haris. Pero sin tu orden imposible es a los haris poner un pie delante de otro, ¡oh el mejor de los monos!; te decimos la verdad.»

A estas palabras, Angada replicó: «Está bien, partamos.» Tal dijo y aquellos héroes lanzáronse al cielo. Angada el primero, y en su seguimiento todos los jefes de las bandas de los haris. El espacio se quedó sin espacio: eran como piedras lanzadas por máquinas. Precedidos por Angada, luego por el vanara Hanumat, los plavamgamas impetuosos botaron de pronto por los aires, con un gran clamor, como nubes expulsadas por el viento. Angada habiendo llegado, Sugriva, el jefe de los vanaras, dijo a Rama, el de los ojos de loto, al que la pena consumía: «¡Animo y sé feliz! Ha sido encontrada la divina Sitá; no hay duda. De otro modo, no podrían volver, tras haber dejado pasar el plazo. Lo conjeturo así juzgando por la alegría de Angada, ¡oh príncipe de la hermosa presencia! No, no vendría a encontrarme, su propósito fallado, el príncipe heredero, el de los grandes brazos, Angada, el mejor de los monos. Si estos vanaras no hubiesen cumplido su misión, tras una tal calaverada, el joven príncipe tendría el aire triste; su espíritu estaría lleno de turbación. Ese Madhuvana, al que yo tengo de mis abuelos, y que venerables kapis le guardan, no hubiera sido devastado, si la hija de Janaka no hubie-

se sido encontrada. ¡Oh noble hijo de Kausalyá, Rama leal, cobra ánimos! Ha sido encontrada la divina Sitá, no hay duda: y no lo ha sido por otro alguno que por Hanumat. Ningún otro sería capaz de cumplir tal misión. Medios de triunfar, inteligencia, ¡oh tú la flor de los sabios!, resolución, bravura, ciencia: Hanumat posee todo. Allí donde Jambavat es capitán, Angada jefe de los haris, y Hanumat director, el resultado no es jamás otro. No te atormentes en adelante, ¡oh tú, cuya valentía es sin medida!, puesto que han llegado al colmo de la insolencia los habitantes de los bosques; pues tal atentado no es obra de gentes que han fracasado en su misión. Han devastado el bosque y comido la miel: yo concluyo que han triunfado.»

En aquel momento el grito ¡Kilakilá! retumbó en los aires muy cerca. Había sido lanzado por los habitantes de los bosques que, orgullosos de la hazaña de Hanumat, acudían a Kishkindhá, y proclamaban su triunfo de aquel modo. Cuando oyó aquel clamor inmenso el rey de los kapis, la cola, ora toda recta, ora replegada, púsose sumamente contento. Los haris llegaban impacientes por ver a Rama de nuevo, haciéndose preceder por Angada y Hanumat, el vanara. Angada a su cabeza, aquellos héroes, llenos de alegría y de mada, descendieron de los aires junto al rey de los haris y Raghava. Hanumat, el de los grandes brazos, saludando con la cabeza, hizo saber a Raghava que la divina Sitá había permanecido fiel e intacta: «¡He visto a la diosa!» Esta palabra, dulce como el amrita, caída de la boca de Hanumat, cuando la oyó, grande fue la alegría de Rama, así como la de Lakshmana. Sugriva, feliz, lleno de alegría, le consideraba con profundo respeto. Por su parte, en el exceso de su felicidad, Raghava, destructor de sus enemigos, contemplaba a Hanumat con extrema veneración.

## SARGA LXV

### HANUMAT CUENTA A RAMA SU ENTREVISTA CON SITÁ

Hanumat, habiendo ido al monte Prasravana, el de los variados bosques, saludó con la cabeza a Rama y a Lakshmana lo del gran poder. Precedido del príncipe heredero ofreció sus homenajes a Sugriva; luego se puso a hablar de la situación de Sitá. Su reclusión en el gineceo, las amenazas de las rakshasis, su profundo amor hacia Ravana, el cómo una



sentencia la había sido notificada; todo ello los haris lo contaron en presencia de Rama. Cuando supo que Vaidehí estaba intacta, Rama interrumpió: «¿Dónde está la divina Sitá? ¿Qué sentimientos experimenta respecto a mí? Esto y todo cuanto concierne a Vaidehí contádmelo, ¡oh vanaras!»

A estas palabras de Rama, los monos empujaron hacia él a Hanumat, que sabía la historia de Sirá. Cediendo a su deseo, el hijo de Maruta saludó con la cabeza a la divina Sitá volviéndose en dirección a Lanká. Luego contó en términos elocuentes su entrevista con ella. La celeste joya que brillaba con resplandor propio, tras habérsela entregado a Rama haciendo el anjalí, Hanumat le dijo: «Había atravesado el Océano, ancho de cien yojanas. Iba en busca de Janakí, impaciente por encontrarla. Lanká, la ciudad del perverso Ravana, está situada sobre la orilla meridional de este mar del Sur. Allí es donde he visto a Sitá, en el gineceo de Ravana. Allí es donde vive tu amable esposa, ¡oh Rama!, absorbida en su amor por ti. Yo la he visto en medio de las rakshasís que la abrumaban a fuerza de infinitas injurias. Esos monstruos horribles la vigilan en un bosquecillo de placer. La divina Sitá a la que tú habías habituado a la felicidad, es ahora desgraciada. Enceñada en el gineceo de Ravana, bajo la estrecha vigilancia de las rakshasís, no teniendo sino una trenza, la infortunada descansa en ti todos sus pensamientos. Echada por tierra el cuerpo marchito, semejante a un loto a la llegada del invierno, rechazando a Ravana con repugnancia, había tomado la resolución de morir. A la divina Sitá, ¡oh Kakutsha!, de la que tú en cierto modo eres el alma y a la que yo había buscado por todas partes, le conté progresivamente la historia de la familia de Ikshvakú, ¡oh héroe sin reproche! Así la tranquilicé poco a poco, ¡oh tigre entre los hombres! Entonces me puse al habla con la princesa y la hice saber todo. Al conocer la amistad de Rama y de Sugriva, púsose muy contenta. Permanece constante en su fidelidad y en su afecto hacia ti. He aquí cómo, ¡oh afortunado!, se me ha aparecido la que alegra a Janaka. Está entregada a un riguroso tapás por afecto hacia ti, ¡oh toro de los hombres! Para acreditarme junto a ti, me contó lo que ocurrió en el Citrakuta. Se trata de aquello del cuervo, ¡oh muy sabio Raghava! «Instruirás a Rama, ¡oh hijo de Vayú!, de todo cuanto hayas visto que me concierne», me dijo Janakí: «Y este objeto consérvale con todo cuidado, pues tendrás que entregárselo diciéndole, delante de Sugriva: «He aquí la joya soberbia con la que me adornaba la cabeza y que he guardado preciosamente. Lo del tilaka tra-

zado con arsénico rojo, acuérdate de esto también, añadió. Esta perla escogida formada en las aguas, que te hago entrega, mirándola me parece que veo a Rama, y es una alegría para mí en medio de mis desgracias. La existencia aún la arrastraré un mes, ¡oh hijo de Dasaratha! Tras este mes, ya no viviré; estoy en poder de los rakshas.» Tales fueron las palabras que me dirigió la virtuosa Sitá, de miembros enflaquecidos en el gineceo de Ravana, donde está encerrada esa hermosa mujer de grandes ojos de gacela. Te he hecho un relato completo y fiel, ¡oh Raghava! Ahora, que se procure por todos los medios el atravesar las ondas marinas.»

Dándose cuenta de que los dos príncipes renacían a la esperanza, el hijo de Vayú, tras haber remitido las prendas de reconocimiento a Raghava, le contó ordenada e íntegramente todo cuanto la divina Sitá le había hecho saber.

## SARGA LXVI

### DOLOR DE RAMA

A estas palabras de Hanumat, Rama, nacido de Dasaratha, poniendo la perla en su corazón, lloró con Lakshmana. Raghava, a quien la pena había enflaquecido, contempló la joya maravillosa con sus ojos llenos de lágrimas, y dijo a Sugriva: «Así como una vaca deja correr su leche, en su tierna afición por su ternero, lo mismo mi corazón vierte lágrimas a la vista de esta rica joya. Esta perla fue dada como adorno a Vaidehí por mi padre político, con ocasión de nuestra boda, y fue puesta en su frente donde brillaba con el más vivo resplandor. Formada en el agua esta joya venerada por los seres más grandes, fue con motivo de un sacrificio y a causa de su extremada satisfacción por lo que el sabio Sakra ofreció, como don a Janaka. Contemplando esta magnífica joya, creo encontrarme ahora en presencia de mi querido padre, ¡oh amigo mío!, o del príncipe de los Videhas. Sobre la frente de mi bienamada, brillaba; ahora que la vuelvo a ver, páreceme que es ella la que está aquí. ¿Qué ha dicho Sitá? Repítelo, amigo, una vez y otra aún. Cual a un hombre desvanecido, para hacerle recobrar el sentido, ella me rocía con el agua de su palabra. ¡Qué de más afligente que volver a ver, ¡oh Simitri!, sin Vaidehí, esta perla nacida en el agua! Larga será la existencia de Vaidehí, si dura aún un mes, ¡oh guerrero!

yo, yo no podré vivir un solo instante sin esa mujer de los ojos negros. Condúceme al lugar donde has visto a mi bien-amada. No puedo tardar un momento siquiera, tras estas noticias. ¿Cómo esa mujer de las hermosas caderas, que fue siempre temerosa entre las temerosas puede subsistir en medio de espantosas y terribles rakshasis? Semejante a una luna de otoño, separada de la oscuridad, pero velada por nubes, el rostro de Sitá no resplandece ahora. ¿Qué ha dicho, Hanumat? Repítemelo exactamente. Su palabra me devuelve la vida, como el remedio al enfermo. Dulce es mi bienamada, dulce es su lenguaje. ¿Qué dice, lejos de mí, esta mujer de las hermosas caderas? ¡Oh Hanumat, cuéntamelo! Caída en la peor de las desgracias, ¿cómo vive la hija de Janaka?»

## SARGA LXVII

### HANUMAT REPITE A RAMA LAS PALABRAS DE SITÁ

Hanumat, a estas palabras del magnánimo Raghava, le refirió todo cuanto le había dicho Sitá: «La divina Sitá, toro de los purushas, me contó, para darte un punto de referencia, lo que ocurrió en tiempos en el Citrakuta. Dulcemente dormida a tu lado, Janakí habíase despertado la primera. Un cuervo se abatió de pronto sobre ella y la desgarró el pecho. A tu vez, tú reposabas sobre el seno de la divina Sitá, tú, el hermano mayor de Bharata. Y he aquí que el pájaro empezó a atormentarla. Cayó sobre ella varias veces y la desgarró cruelmente. Entonces tú despertaste cubierto de sangre. Como el cuervo se encarnizaba en herirla, la diosa te hizo salir de tu profundo sueño, ¡oh azote de tus enemigos! Cuando la viste, guerrero de los grandes brazos, con el pecho desgarrado, furioso como una serpiente, «me preguntaste (es Sitá la que habla): ¿Quién con sus uñas, tímida mujer, te ha labrado el pecho? ¿Quién juega de este modo con la cólera de un reptil de cinco cabezas?» Tú miraste y de pronto viste al cuervo, las garras ensangrentadas, puntiagudas, que estaba frente a ella. Era seguramente el hijo de Sakra, aquel cuervo, el mejor de los volátiles. Rápido hundióse bajo tierra con la agilidad de Pavana. Pero tú, héroe de los grandes brazos, haciendo girar tus irritados ojos, tomaste respecto al cuervo una terrible decisión, ¡oh el mejor de los hombres ingeniosos! Cogiste en el montón de hierba sobre el que descansábamos, una briz-

na de darbhá que ataste a un dardo de Brahma. Se encendió y ardió como el fuego de Kala ante el pájaro. Luego arrojaste aquella darbhá inflamada contra el cuervo, y el hachón se lanzó tras sus huellas. Abandonado por todos los suras, espantados, el cuervo recorrió los tres mundos, sin encontrar protector. Entonces volvió junto a ti, ¡oh domador de tus enemigos! Cayó al suelo, tras haber buscado un refugio bajo tierra. Aunque merecía la muerte, ¡oh Kakutstha!; dada tu piedad, tú le socorriste. «El dardo no puede quedar sin efecto», he aquí lo que dijiste, ¡oh Raghava! Y reventó el ojo derecho del cuervo. Este, habiéndote rendido homenaje, así como al rey Dasaratha, libre ya, se volvió a su retiro. Tú, que eres el más hábil de los guerreros; tú, lleno de lealtad, de honor, ¿por qué no lanzas, ¡oh Raghava!, tu arma contra los raksasas? Ni los danavas, ni los gandharvas, ni los asuras, ni las tropas de maruts, ¡oh Rama!, podrían resistirte en el campo de batalla. Si, dada tu generosidad, tienes aún alguna atención hacia mí, sin tardar con tus dardos bien dirigidos abate en lucha a Ravana. O, por orden de su hermano, Lakshmana, plaga de sus enemigos, ¿por qué no se encarga de mi defensa este excelente guerrero, ese hijo de Raghú? Esos dos poderosos tigres de los hombres, émulos de Yayú y de Añi por su valentía, que los suras mismos no podrían vencer, ¿cómo ocurre que me olvidan? En verdad, yo he debido cometer alguna maldad, no hay duda, puesto que esos dos látigos de sus enemigos, que lo pueden, no se unen para liberarme.»

A estas palabras quejumbrosas y dulces de la noble Vaidehi yo respondí: «La pena que él siente a causa de ti aja el rostro de Rama, ¡oh diosa! Es la verdad, te lo juro. Y el ver a su hermano presa de la angustia desola a Lakshmana. Mas, puesto que al fin te he encontrado, se acabó el tiempo de las lamentaciones. En un instante verás el fin de tus males, hermosa princesa. Los dos tigres de los hombres, esos hijo de rey, vencedores de sus enemigos, que están impacientes por reunirse contigo, reducirán Lanká a cenizas. Tras haber matado en combate al cruel Ravana y a los suyos, Raghava, mujer de las bellas formas, te llevará a su capital, seguramente. Pero dame para Rama una señal de reconocimiento, mujer irrepachable, que le devuelva la felicidad.» Sitá, mirando a todos lados, retiró de su vestido esta magnífica perla con la que sujetaba su trenza. Y me la entregó, poderoso y querido hijo de Raghú. Yo recibí la joya en mis dos manos, destinada a ti; luego la saludé con una inclinación de cabeza y me dispuse a partir a toda prisa. Cuando me vio dispuesto

a alejarme, y desarrollando mis miembros, la hermosa e infortunada hija de Janaka, con el rostro bañado en lágrimas, me habló, con voz entrecortada por los sollozos. Mi marcha la angustiaba y en la violencia de su aflicción, Sitá me dijo: «¡Qué feliz eres, gran kapi! ¡Vas a volver a ver al poderoso Rama, el de los ojos de loto, y a Lakshmana, el de los largos brazos, mi glorioso hermano político!» A estas palabras de Maithilí yo repliqué: «Sube rápida sobre mi espalda, divina Janakí, y te haré volver a ver hoy con Sugriva y Lakshmana a tu esposo Raghava, afortunada princesa de los ojos negros.» La diosa me replicó: «No me es lícito, ¡oh valiente toro de los monos!, acercarme a tu espalda a mi fantasía. Precedentemente, ¡oh guerrero!, el Rakshasa me ha tocado los miembros; pero entonces, ¿qué podía hacer? Era el destino que me violentaba. Vete a reunirse con esos dos hijos de rey, tigre de los kapis.» Tras esta conversación añadió aún una recomendación: «Hanumat, esos dos leones, Rama y Lakshmana y Sugriva, así como sus ministros, llévala a todos mis votos de salud. Determina a Raghava, el de los grandes brazos, a que me saque de este abismo infortunado. Habla de la intensidad de mi desesperación, de los ultrajes de las rakshasis, una vez llegado en presencia de Rama. ¡Y pueda tu viaje ser feliz, valeroso hari!» He aquí lo que tu noble princesa me dijo en medio de su angustia. Comprende este relato y cree en la integridad de la virtuosa Sitá.»

### SARGA LXVIII

HANUMAT REPITE EL DISCURSO QUE DIRIGIÓ A SITÁ PARA CONSOLARLA

«De nuevo la diosa me dijo, en medio de su turbación, llevada de su amor por ti, tigre de los hombres, y en su benevolencia hacia mí: «Todo esto repíteselo a Dasarathi, con objeto de que se junte conmigo lo más pronto posible, tras haber muerto a Ravana en el campo de batalla. No obstante, si lo juzgas conveniente, ¡oh guerrero, látigo de tus enemigos!, quédate un día aún, escondido en algún sitio; mañana partirás ya descansado. Yo tengo tan pocos consuelos, que tu presencia ¡oh vanara! en el dolor que me anonada, me procura un momento de alivio. Una vez que hayas marchado, ¡oh héroe!, hasta tu vuelta, mi existencia estará en peligro; no hay duda. No viéndote ya, el espanto se apoderará de mí, ¡pobre infor-

tunada que cae de desgracia en desgracia! Mas una gran dificultad, de que te voy a hablar, se levanta, por decirlo así, ante mí con evidencia, a propósito de tus compañeros los haris y los rikshas. A saber, ¿cómo en efecto atravesarán el infranqueable Océano esos batallones de haris y de rikshas, así como los dos príncipes? Porque no hay sino tres seres que puedan franquear Sagara: Vainateya, Vayú y tú, irreprochable guerrero. Ante este obstáculo insuperable, ¿qué medio de éxito ves tú? Habla, ¡oh el más hábil de los discurredores! Sin duda tu eres capaz, por ti solo, de cumplir esta empresa, ¡oh vencedor de tus enemigos!, y tú te ilustrarías mostrando de este modo tu valor. No obstante, si con tropas reunidas, tras haber matado a Ravana en combate, Rama me llevase triunfador a su capital, esta hazaña sería gloriosa. Pues aunque fue por la astucia como el Rakshas, que temía a ese héroe, me arrebató del bosque, no es del mismo modo como debe obrar Raghava. Mientras que si me lleva, tras haber con sus fuerzas trastornado Lanká y destruido los ejércitos enemigos, esto será digno del hijo de Kakutstha. Un heroísmo tal conforme a su magnánima naturaleza, permite a ese guerrero que lo despliegue.»

Este discurso lleno de sentido, de oportunidad y de razón, tras haberle oído, dije a Sitá esta última respuesta: «¡Oh diosa, el jefe de los ejércitos de haris y de rikshas, el mejor de los monos, el bravo Sugriva, es adicto a tu causa. Tiene bajo sus órdenes valerosos, enérgicos y poderosos haris, rápidos como el pensamiento. Van arriba, abajo, de lado. Más de una vez esos afortunados vanaras, dotados de vigor, han dado la vuelta a la Tierra, de izquierda a derecha, lanzándose por los senderos de Vayú. Valen más que yo, o por lo menos tanto como yo, esos habitantes de los bosques; no hay uno siquiera que me sea inferior, entre los que rodean a Sugriva. Si yo he podido venir aquí, ¡con mucha más razón podrán esos valientes! No es a los escogidos a los que se envía a la descubierta, sino a los otros. Tregua de sufrimiento, ¡oh diosa!, destierra toda inquietud; de un salto acudirán a Lanká, esos jefes de los haris. Subidos sobre mi espalda, semejantes a Candra y a Surya cuando se levantan, los dos leones de entre los hombres vendrán junto a ti, afortunada princesa. Sí, pronto al matador de sus enemigos, Raghava, que se asemeja a un león, y a Lakshmana, arco en mano, los verás a las puertas de Lanká. Esos guerreros que tienen por armas sus uñas y sus dientes, y cuya valentía iguala a la del león y del tigre, los vanaras, semejantes a Indras de elefantes, sin tardar todos acudirán

ante tus ojos. Tales que montañas y nubes, esos príncipes de los haris, antes de mucho, tú oirás el clamor de sus gritos alegres sobre las colinas del Malaya y de Lanká. Su destierro silvestre terminado, Raghava que doma a sus enemigos, de vuelta contigo a Ayodhya, pronto asistirás a su consagración.» Confortada por mis buenas palabras, que escuchaba ávidamente, la hija de Maithilá cesó de lamentarse y recobró la calma, bien que estuviese abrumada de dolor a causa de ti.»

## YUDDHAKANDA

### SARGA I

#### RAMA FELICITA A HANUMAT.—SUS PERPLEJIDADES

Tras haber escuchado el fiel relato de Hanumat, Rama, lleno de alegría, respondió: «La misión que acaba de cumplir Hanumat es muy importante y la más difícil del Mundo; ninguno otro hubiera podido llevarla a buen término, ni siquiera con el pensamiento. No, en verdad, yo no conozco a alguien capaz de franquear las grandes aguas, aparte Garuda y Vayú, a no ser Hanumat. Devas, danavas, yakshas, gandharvas, uragas, rakshas no serían capaces de forzar la ciudad de Lanká, tan bien guardada por Ravana. O de penetrar, empujados por presuntuoso valor, ¿podrían salir vivos? ¿Quién tomaría por asalto esta ciudadela a la que hacen inaccesible su muralla de rakshasas de no ser en cuanto a bravura y vigor émulo de Hanumat? Este importante mensaje de Sugriva, Hanumat lo ha cumplido desplegando una energía igual a su audacia. Ahora bien, el servidor a quien su amo confía una misión difícil y la desempeña con celo, es considerado como hombre escogido. El que, dispuesto y capaz, no va más allá de lo que exige su soberano, deseando serle agradable, es llamado hombre común. El que, dispuesto y capaz, no cumple con diligencia la orden de su príncipe, es proclamado el último de los hombres. Hanumat ha desempeñado esta misión que le ha sido confiada, sin desfallecimiento y a satisfacción de Sugriva. En cuanto a mí, a la raza de Raghú y al valeroso Lakshmana, gracias a haber descubierto el retiro de Vaidehí este fiel enviado, estamos salvados. No obstante, en mi infortunio, siento a mi corazón más afligido que nunca, puesto que a este mensajero de una buena noticia, no puedo pagarle como se merece. No obstante, y puesto que es todo cuanto me permite mi situación presente, quiero abrazar a este magnánimo Ha-



numat.» Esto diciendo, y temblando de alegría, Rama estrechó entre sus brazos a Hanumat, que, dueño de sí mismo y su misión cumplida, estaba de vuelta. Luego, tras reflexionar, el príncipe de los Ragús añadió, en presencia de Sugriva, rey de los haris: «Es evidente que el éxito de esta busca de Sitá ha sido completo; pero cuando pienso en Sagara, mi espíritu cae en el abatimiento. ¿Cómo, en efecto, el ejército de los haris pasará a la orilla meridional del mar, esta infranqueable extensión de agua? Tras estas noticias llegadas de Vaidhí, ¿qué hacer ahora para transportar a los monos al otro lado del Océano?» Habiendo hablado de este modo a Hanumat a causa de la angustia que le dominaba, el poderoso Rama, látigo de sus enemigos, quedó perplejo.

## SARGA II

### SUGRIVA CONFORTA A RAMA

Rama, el hijo de Dasaratha, hundido de este modo en el dolor, el afortunado Sugriva le dirigió estas palabras confortantes: «¿Por qué desolarte, ¡oh héroe!, como un hombre vulgar? ¡Anímol, rechaza la pena como el ingrato el agradecimiento. No veo que tengas motivo para afligirte, Raghava, tras la noticia que te llega, sobre todo ahora que conoces la guarida de tu enemigo. Prudente, versado en los *Sastras*, inteligente e instruido como tú eres, ¡oh Raghava!, aleja, como hombre dueño de ti, a la vil inquietud peste de las empresas. Franquemos el mar donde pululan los monstruosos tiburones; tomaremos Lanká por asalto y mataremos a tu adversario. El pusilánime, el desgraciado a quien la angustia turba el espíritu, todo le falta a la vez y corre a su pérdida. Bravos y capaces, estos oficiales de los haris, por complacerte, están absolutamente decididos a entrar incluso en el fuego. Lo veo en su ardor, y estoy lleno de confianza. Pon, pues, su entusiasmo en condiciones de traerte a Sitá, tras haber matado a tu enemigo Ravana, el de las criminales prácticas. Pongámonos, sí, en condiciones, construyendo un puente, de llegar a la vista de la ciudad del rey de los rakhasas. Y apenas hayamos advertido la ciudad de Lanká, edificada en la cima del Trikuta, podrás tener a Ravana como abatido en el campo de batalla. Pero, a menos de echar un puente sobre el mar, ese temible dominio de Varuha, suras y asuras mismos con sus Indras no

podrían forzar Lanká. Cuando hayamos construido este dique sobre el Océano, en las inmediaciones de Lanká, y mis tropas hayan pasado: «Ravana está vencido», podrás decir, de tal modo son valientes los haris que cambian de forma a su capricho. Basta de descorazonamiento funesto a toda empresa, ¡oh rey!; el hombre, en este Mundo, enervado es por la pena. Lo que hay que hacer, que sea cumplido resueltamente; es en verdad ventajoso obrar con celeridad. En esta ocurrencia, ¡oh gran sabio!, une la energía a la virtud, pues en los héroes magnánimos, tus semejantes, sea cuestión de pérdida o de muerte, la pena arruina todos los recursos. Tú eres el primero de los sabios, tú conoces el sentido de todos los *Sastras*; con auxiliares como yo, tu triunfo está asegurado. No, en verdad, yo no sé que en los tres mundos, ¡oh Raghava!, alguien pueda, cuando está armado con el arco, enfrentarse contigo en el combate. Confiada a los vanaras, tu empresa no podría fracasar. Muy pronto verás a Sitá, en cuanto hayas franqueado el impeccedero Sagara. Basta de esta tristeza de la que te has dejado invadir y cede, ¡oh príncipe!, a tu legítima indignación. Los *kshatriyas* indolentes son paralizados; todos tienen miedo de aquel que se encoleriza. Precisamente es con intención de atravesar el temible Océano, el señor de los ríos, por lo que has venido aquí entre nosotros. Con tu espíritu ingenioso, pues, piensa en ello. El mar franqueado por mis batallones, considera la victoria como segura; sí, todo mi ejército al otro lado, es el triunfo; está cierto de ello. Los baris, estos bravos soldados que cabían de forma a voluntad, aplastarán a sus adversarios bajo avalanchas de rocas y de árboles. Sea cual sea el medio empleado, cuando te vea atravesar el dominio de Varuna, Ravana estará muerto ya a mis ojos, ¡oh destructor de tus enemigos! Pero, ¿para qué tantas palabras? Sí, tu triunfo será completo; los presagios que advierto me regocijan el corazón.»

### SARGA III

#### HANUMAT DESCRIBE A RAMA LA POTENCIA DE LANKÁ

Este discurso de Sugriva, juicioso y de muy buen sentido, agradó a Kakutsha, que dijo a Hanumat: «Gracias a mi tapás que puede echar un puente sobre el mar e incluso desecarle, de toda manera yo soy capaz de atravesar el Océano. ¿Cuántos puntos de defensa tiene la inaccesible Lanká? Indí-

camelo. Quiero saber todo esto como si lo hubiera visto, ¡oh vanara! La potencia de sus ejércitos, sus puertas de acceso, los bastiones difíciles de tomar, sus obras fortificadas, los retiros de los rakshasas, tú, que acabas de explorar Lanká a tu placer, como convenía, dame sobre todo ello informes completos y exactos, con tu consumada experiencia.»

Así interrogado por Rama, Hanumat, el hijo de Maruta, de los oradores el más elocuente, respondió: «Escucha, te voy a detallar metódicamente todo lo que constituye la fuerza de esta ciudad, sus trabajos de defensa, las tropas que la guardan, en qué modo los rakshasas son opulentos, y, gracias al tapás de Ravana, la excesiva prosperidad de su capital. También te hablaré del temible Océano, de los múltiples regimientos de infantería y de la fuerza de caballería.» Tras este preámbulo, el mejor de los kapis contó lo que sabía pertinentemente: «Exultante de alegría, Lanká está llena de elefantes enloquecidos por el mada; su vasto recinto abunda en carros y los rakshasas hormiguean en él. Tiene cuatro puertas muy anchas, excesivamente altas, con hojas sólidamente encastradas y provistas de grandes barras. Armadas de catapultas para lanzar dardos y piedras, son poderosos, enormes, capaces de detener a un ejército de asaltantes. Se ven allí sataghnis de hierro, dispuestos para servir, formidables, puntiagudos, que amontonan por centenares las valerosas tropas de los rakshasas. La ciudad está ceñida de una alta muralla de oro, difícil de escalar, revestida por dentro de piedras preciosas, corales, esmeraldas y perlas. Por todas partes han sido excavados fosos espantosos, llenos de agua helada, de gran esplendor, profundos, llenos de cocodrilos y de peces. A la entrada de estos fosos ábrense cuatro galerías muy largas, provistas de numerosas máquinas. Enormes construcciones, dispuestas de cinco en cinco, defienden su entrada contra el posible acercamiento de sus enemigos, cuyos batallones serían precipitados por aquellas máquinas en los fosos, por todos lados. El más importante de estos pasajes, imposible de forzar, de una potencia extremada, es deslumbrador con sus columnas y plataformas de oro. Bien dotado físicamente, ¡oh príncipe!, Ravana está ávido de combates, siempre de pie y no dejando de pasar revista a sus tropas. Lanká, pues, es impenetrable; es una divina ciudad que inspira espanto. Rodeada por un río, construida sobre una montaña; con sus fortificaciones debidas al arte, es cuatro veces fuerte. Está situada al borde de un mar infranqueable, ¡oh Raghava! Los barcos no pueden abordar allí; pues no tiene puerto en parte alguna. Construi-

da sobre la cima de una roca de difícil acceso, semejante a la ciudad de los dioses, Lanká, donde caballos y elefantes abundan, es de una conquista extremadamente dificultosa. Con sus fosos, sus sataghnis, sus máquinas de todas clases, la capital de ese malvado Ravana es notable. Un ayuta de rakshasas defienden la puerta oriental; todos guerreros temibles, armados de venablos o combatiendo en primera fila con armas blancas. Un niyuta está apostado en la entrada meridional. Allí hay también un ejército con sus cuatro angas, tropas de la mayor bravura. Un prayuta de soldados guarda la puerta del Oeste. Provistos de escudos y de cimitarras, conocen cada uno el manejo de todas las armas. Un nyarbuda protege la del Norte. Sus defensores conducen caballos de silla y de tiro: son hijos de familias de elevada condición. Yatudhanas, por centenas de miles, ocupan el centro de la ciudad con una koti o más de rakshas. Las galerías las he roto; he colmado los fosos, he incendiado la ciudad y derribado las murallas. Por consiguiente, encontraremos paso por cualquier parte a través del dominio de Vanara y la ciudad tomada será: ¡que los vanaras reflexionen sobre esto! Angada, Dvidiva, Mainda, Jambavat, Nala y el general Nila, ¿qué necesidad tienes del resto del ejército? Correrán ¡a ellos!, dando botes, hacia la capital de Ravana y la destruirán, así como sus montañas, sus bosques, sus fosos, sus arcos y sus fortificaciones; luego te traerán a Sitá, ¡oh Raghava! ¡Ea!, da pronto tus órdenes a todo este ejército de bravos; a la hora propicia complácete en que se parta.»

#### S A R G A I V

##### EL EJÉRCITO SE PONE EN MARCHA.—LLEGA AL BORDE DEL MAR

Tras haber oído el discurso juicioso y razonado de Hanumat, el ilustre Rama, verdadero héroe, se expresó de este modo: «Ahora que me has informado sobre Lanká, la ciudadela terrible de los rakshasas, sin tardar voy a destruirla; lo que te digo es la verdad. En esta hora, Sugriva, que te agrade ordenar la marcha. El Sol, llegado al cenit, ha entrado en la constelación de la victoria. El raptor de Sitá, vaya donde vaya, ¿cómo podrá escapar? En cuanto a Sitá, cuando sepa que me acerco, volverá a mirar la vida con esperanza. Cual aquel que estando a punto de morir por haber bebido veneno, gusta el amrita. Es el día de la Phalguní septentrional el que mañana

entra en su conjunción con Hasta. Partamos, Sugriva, y que todas las tropas nos acompañen. Presagios se me aparecen y son claros y ciertos. Tras haber muerto a Ravana traeré a Sitá, la hija de Janaka. Mi ojo cuyo párpado superior se agita, proclama, en cierto modo, la inminencia del triunfo que ambiciono.»

A estas palabras el rey de los vanaras y Lakshmana se inclinaron profundamente. Rama, lleno de lealtad y de experiencia, añadió: «Que Nila preceda al ejército para explorar su marcha, con una vanguardia de cien mil vanaras intrépidos. General Nila, lleva a tu tropa a paso acelerado por un camino en el que abunden frutas y raíces, bosques umbríos, aguas frescas y miel. Dada su maldad, los rakshasas serían capaces de estropear las raíces, las frutas y el agua del camino. Tenlos aparte y está siempre sobre aviso. Barrancos, espesuras intricables y bosques, que tus monos, huéspedes de los bosques, los exploren para evitar las emboscadas del enemigo. Todos los que carezcan de fuerza deberán quedar aquí, pues vuestra tarea es formidable; exige resistencia. Semejante al flujo del Océano, esta terrible vanguardia, que los poderosos leones de los kapis la arrastren a su paso por centenas, por millares. Gaja, semejante a un monte, Gavaya, lleno de energía, Gavaksha, que marchen hacia adelante, como toros orgullosos a la cabeza de rebaños. El jefe de los monos, Rishbha, ese vanara escogido, protegerá el flanco derecho del ejército. Inabordable cual un elefante almizclado, el ardiente Candhamadana apoyará su ala izquierda. Yo marcharé en persona en el centro para animar al grueso de la tropa, subido sobre Hanumat, como Isvara sobre Airavata. Con Angada avanzará Lakshmana, el émulo de Antaka. Tal cual con Sarvabhauma avanza el Amo de los bhutas, el guardián en jefe de los tesoros. Jambavat, Sushena y el vanara Vegadarsin, el poderoso rey de los rikshas, asegurarán la retaguardia del ejército, los tres.»

A estas palabras de Rama, Sugriva, el generalísimo del ejército, dio sus órdenes a los vanaras, de los que era el poderoso príncipe. Entonces todos los batallones de monos llenos de ardor, botaron al punto de las cavernas y de las cimas rocosas. En medio de los homenajes del rey de los vanaras y de Lakshmana, el virtuoso Rama tomó con el ejército la dirección del Sur. Centenas y centenas de miles de kotis y de ayudas de haris, semejantes a elefantes, apresurábanse a su paso. Le escoltaban en su marcha el gran ejército de los monos. Todos estaban alegres, llenos de ardor, bajo la vigilancia de Sugriva. Saltando, corriendo entre gruñidos, rugidos y gri-

tos, los plavamgamas lanzáronse hacia la región meridional. Se alimentaban de miel y de frutas de suave aroma, enarbolaban grandes árboles o zarzales floridos. En su petulante alegría, subíanse unos sobre las espaldas de los otros o echábanse por tierra. Caían, botaban luego en el aire y volteábanse a su placer. «A Ravana le mataremos, así como a todos sus merodeadores nocturnos»—vociferaban los monos en los propios oídos de Raghava. Delante, Rishabha, el valeroso Nila y también Kumuda desembarazaban el camino con ayuda de numerosos vanaras. En el centro avanzaba el rey Sugriva, Rama y Lakshmana, azote de sus enemigos, al que numerosos y temibles guerreros rodeaban. El bravo hari Satabali a la cabeza de diez kotis, bastaba él solo para proteger a la tropa entera de una multitud de rikshas, habiendo colocado a Sugriva a su cabeza, formaban la retaguardia. El valiente general Nila, toro de los vanaras, el mejor de los marchadores, velaba constantemente por la seguridad del ejército. Valimukha, Brajangha, Jambha, Babhasa iban por todas partes llenos de ardor, estimulando a los plavamgamas. Aquellos tigres de los haris marchaban así, orgullosos de sus fuerzas, cuando advirtieron el más elevado de los montes, el Sahya, cadena que se componía de cien montañas, lagos cubiertos de flores y de estanques magníficos. Por orden rigurosa de Rama, el de la temible cólera, evitando las proximidades de las ciudades y el contacto de las poblaciones, el terrible y poderoso ejército de los vanaras, cual un flujo del Océano, se lanzaba formidable, como el mar, el de la espantosa voz. A los lados de Desarathi, todos aquellos elefantes de los kapis botaban ágiles, cual ardientes corceles apresurados por el aguijón. Llevados sobre los hombros de sus dos monos, los dos príncipes brillaban como la Luna y el Sol en conjunción con las dos grandes estrellas. Colmado de atenciones por el rey de los vanaras y por Lakshmana, el virtuoso Rama iba con su ejército en dirección al Sur. Subido sobre Angada, Lakshmana, con voz amistosa, dijo a Rama que conseguía su propósito; lo veía claramente: «Luego de haberte reunido con Vaidehí y muerto al punto a Ravana, su raptor, llegado al colmo de tus deseos, volverás a Ayodhya, que estará en el colmo de los suyos. Advierto grandes signos en el cielo y sobre la tierra, ¡oh descendiente de Raghú! Todos auguran abiertamente el éxito de tu empresa. Sopla sobre el ejército un viento favorable, dulce, saludable, afortunado. Gacelas y pájaros balan y gorjean con voz llena y suave; todas las regiones están tranquilas y el Sol sin mancha. Usanas, los hijos de Bhrigú, te siguen con rayos favora-

bles. Brahmaraci está puro, puros están los Paramarshis; todos estos astros centelleantes hacen constantemente el pradakshina. Trisankú, el real rishi, nuestro abuelo, acompañado de su purohita, brilla immaculado delante de nosotros, Ikshvakus poderosos ambos. Lucen sin mancha los dos Visakhas, y libre de todo obstáculo, nuestra constelación por excelencia, a nosotros, Ikshvakús de gran alma. Mulá, el Bairrita, el astro de los nairritas, está en una situación muy crítica; es cogido y ahumado por Dhumaketu que se levanta. Todo esto presagia la pérdida de los rakshasas; pues en la hora suprema, los que van a morir, su estrella se torna la presa de un Grahá. Las aguas están tranquilas y llenas de sabor; los bosques, cargados de frutas; brisas perfumadas soplan sin violencia; los árboles están llenos de flores como en la estación adecuada. Los kapis, en batallones ordenados, brillan con vivo resplandor cual tropas de los devas en la guerra fatal a Taraka. Este espectáculo, ilustre príncipe, está hecho para agradarle.»

Así, para confortar a su hermano mayor, hablaba alegremente Sumitri. Entretanto, el ejército de los haris, que cubría la Tierra entera, proseguía su marcha. Aquellos tigres de los rikshas y de los vanaras, armados de uñas y colmillos, con las extremidades de sus manos y de sus pies levantaban un polvo formidable que entenebrecía el Mundo y velaba el resplandor del Sol. El ejército de los monos que cubría la región del Sur, los montes, los bosques, el espacio, como una hilera de nubes cubre el cielo, avanzaba terrible. En una sola etapa franqueó muchas yojanas. Ríos y riachuelos, todos a contra corriente, lagos de ondas puras, montes cubiertos de bosques, terrenos unidos, bosquillos cargados de frutas, pasaban por en medio, por el borde o cruzaban por encima, cubriendo la Tierra entera, aquel gran ejército. Todos, la alegría en el rostro, corrían con la rapidez del viento. Los haris, cuya bravura se exaltaba al servicio de Raghava, rivalizaban a porfía en ánimos y energía, exuberantes de vigor. Los había que, orgullosos de sus miembros flexibles y jóvenes, multiplicaban las evoluciones, partían a toda velocidad o ejecutaban cabriolas. Algunos de aquellos vanaras, corredores de bosques, gritaban: «¡Kilakilá!», agitando sus colas con las que azotaban el suelo. Otros, echando los brazos aquí y allá rompían las rocas y los árboles; como consumidores montañosos trepaban a las cimas de las montañas. Lanzaban grandes gritos o dejaban oír gruñidos; con sus muslos nerviosos rompían con frecuencia los haces de lianas. Las mandíbulas dilatadas, a causa de su vigor mismo; hacían juegos malabares con rocas y árboles. Eran por centenares de miles, por

millares de kotis, cómo aquellos vanaras formidables cubrían la tierra con su esplendor. Día y noche marchaba el gran ejército de los monos. Todos llenos de entusiasmo, los vanaras a las órdenes de Sugriva apresuraban el paso. Avidos por combatir e impacientes por liberar a Sitá, no reposaban ni un instante.

Llegados al monte Sahya, plantado de bosques espesos de variadas escencias, los vanaras hicieron su ascensión. Todo a lo largo del camino, Rama contemplaba los oquedales soberbios, los ríos y los torrentes del Sahya y del Malaya. Campakas, tilakas, cutas, praekas, sinduvarakas, tinisas, karaviras, los plavangamas se repartían sus frutos. Asokas, karanyas, plakshas, nyagrodhas, jambukas, amalakas y nagas, los plavangamas se repartían también sus frutos. En las encantadoras mesetas de múltiples bosquecillos, éstos, sacudidos por el viento de su carrera, les inundaban de flores. Una brisa de blandas caricias, perfumada de sándalo, fresca, soplabla, mientras que las abejas zumbaban en los bosques que embalsamaban con su miel. En aquel monte, excesivamente rico en metales, el polvo que arrancaba el aire que levantaban, cubría completamente al inmenso ejército de los vanaras. En los rientes collados de las montañas, por todas partes, brillaban en plena florescencia, ketakis, sinduvaras, vasantis agradables, madhavis aromáticos, matas espesas de jazmines, ciribilvas, madhukas, vanjulas, ranjakas, tilakas, negavrikshas descogidos, cutas, patalikas, kovidaras en flor, muculindas y arjunas, simsapas, kutajas, hintalas, tinisas, curnakas, nipakas, asokas de flores azules, saralas, ankolas, padmakas, todos sacudidos por los alegres plavagas. Los encantadores lagos de la montaña, así como las lagunas, eran frecuentados por cakravakas; los karandavas anidaban allí; playas y krauncas abundaban también; era la mansión de jabalíes y antilopes. Osos, hienas, leones, tigres, inspiraban espanto, serpientes numerosas y temibles los infestaban. Padmas de suave aroma, descojidas, kumudas y utpalas, lotos y flores de todas clases embellecían los estanques. En los costados de la montaña gorjeaban las bandadas de pájaros de todas clases. Tras haberse bañado en sus aguas, y haber apagado su sed, los vanaras se pusieron a retozar. Echábanse agua unos a otros; subidos sobre rocas, arrancaban los frutos, sabrosos como el amrita, las raíces y las flores de los árboles, aquellos monos ahitos de licores fuertes. Panales de miel, de la medida de un drona, suspendidos a los árboles, los vanaras, libres de modales y amarillos como aquélla, los tragaban en plena marcha; rompían los árboles y destrozaban las lianas. Los vigorosos plavagas sacudían al



pasar los más vigorosos árboles de la montaña, y los soltaban al punto para ponerse a bailar, borrachos de miel. Unos trepaban a los árboles, mientras que otros se hartaban de beber. La tierra, cubierta por aquellos toros de los haris, no parecía sino un vasto campo de arroz maduro.

Llegados al Mahendra, Rama, el de los ojos de rajiva, el de los grandes brazos, escaló la cima adornada de árboles. Desde aquel punto elevado, el hijo mayor de Dasaratha vio, lleno de tortugas y de peces, el mar de agitadas olas. Tras haber franqueado el Sahya y el gran monte Malaya, el ejército se detuvo, ordenado por batallones, al borde del Océano, el de los formidables clamores. Rama, el más amable de los hombres, descendió de su observatorio y alcanzó rápido un bosque maravilloso, plantado a la orilla. Sugriva y Lakshmana le acompañaban. Cuando hubo alcanzado aquella playa inmensa, sembrada de guijarros lavados por las olas sin cesar saltarinas, habló de este modo: «Heos aquí llegados, Sugriva, a la mansión de Varuna. Ahora preséntase de nuevo la cuestión que ya nos preocupaba. Sagara, de bordes muy extendidos, el amo de los rios, el Océano, imposible es atravesarle sin algún medio adecuado. Acampemos aquí y deliberemos sobre el modo de hacer pasar el ejército de los vanaras a la otra orilla.» Esto diciendo, el héroe de los grandes brazos, al que el rapto de Sitá desolaba, acercóse al mar y dio sus órdenes para acampar: «Que todo el ejército vivaquee en esta orilla, toro de los haris. Es el momento de ponernos de acuerdo para franquear el mar. Que ninguno salga de su batallón ni se aparte con ningún pretexto, mientras unos vanaras elegidos irán a la descubierta, por miedo a una emboscada.»

A esta orden de Rama, Sugriva, ayudado por Lakshmana, hizo acampar a las tropas a la orilla del mar, plantada de árboles. Brillaba junto al Océano aquel ejército, semejante a un segundo océano espléndido, de olas amarillas, como la miel. Llegados a aquella orilla cubierta de árboles, los toros de los haris acamparon, impacientes por ganar la otra orilla del vasto mar. El ruido que hicieron oír aquellas tropas preparando sus vivacs, ahogó la gran voz del Océano. El inmenso ejército de los vanaras, al que Sugriva mandaba y que formaba tres campos, no tenía a la vista sino los intereses de Rama. Desde el borde donde habíase detenido, el alegre ejército de los vanaras contemplaba, batido por la tempestad, al vasto Océano. La mansión de Varuna, aquel mar de orillas separadas que ningún puente unía, y que tropas de rakshas infestaban, los oficiales de los haris sentáronse para mirarla. Temible a causa de la

ferocidad de sus tiburones y de sus cocodrilos, aquel Océano, a la entrada de la noche, a la caída del día, parecía reír y bailar a causa de sus espumeantes olas. Al levantarse la Luna, de la cual reflejaba la imagen hasta el infinito, hinchaba su seno, en el que pululaban los grandes escualos, fogosos como la tempestad, los timis y los timingilas. Abundaba en serpientes las de repliegues llameantes, por decirlo así; sus aguas, en las cuales se hundían los cetáceos, estaban sembradas de numerosos arrecifes. De aquel mar difícil de franquear, de senderos impracticables, profundo, frecuentado por los asuras, las olas en las que retozaban makaras y nagabhogas y que la brisa agitaba, levantábanse y descendían gozosas. Proyectando como chispas, batido por la tormenta, con sus olas y sus grandes reptiles relucientes, el Océano, retiró formidable de los enemigos de los suras, dominio eterno de Patala, asemejábase al cielo que se le asemejaba a su vez. El Océano, el cielo, ninguna diferencia aparecía entre ellos. El agua se confundía con el firmamento y el firmamento se confundía con el agua. Los dos ofrecían el mismo aspecto, gracias a las estrellas y a las perlas de que estaban llenos. El uno con sus nubes fugaces, el otro con sus escuadrones de olas agitadas: nada diferenciaba el mar del cielo. Chocando unas contra otras, se sucedían sin interrupción las olas del rey de los ríos, lanzando horribles clamores; hubiérase dicho el ruido aéreo de gongos enormes. Con sus mugientes olas que rodaban cantidad de perlas, y los monstruos cuyas jaurías le infestaban, el Océano, en agarrada, por decirlo así, con el huracán, parecía saltar de furor. Los magnánimos vanaras contemplaban el mar batido por los vientos. Levantadas en el aire por la brisa, sus olas lanzaban como gemidos. Helados por el estupor, inmóviles, los haris miraban el Océano de agitadas y rumosas olas y parecían como trastornados.

## SARGA V

### RAMA LLORA POR SITÁ Y POR ÉL MISMO

El ejército que Nila, siguiendo las reglas, había rodeado de centinelas, hallábase confortablemente instalado en la orilla norte del mar. Por su parte, Mainda y Dvívda, toros de los vanaras, para su salvaguardia, organizaron patrullas en todas direcciones. El ejército así acampado al borde del Océano, el amo de ríos y torrentes, Rama, advirtiéndolo a su lado a Lakshmana, le dijo: «La pena ordinaria se embota con el tiempo;

la mía, en ausencia de mi bienamada, se reaviva cada día. No que mi infortunio tenga por causa el alejamiento de mi amada, ni mi desgracia su rapto, como podría creerse. Lo que deploro es que su juventud se va. ¡Acude, oh brisa, del lugar en que se encuentra mi adorada y, tras haberla acariciado, acaríciame a mí! Tu contacto produce sobre mi persona la impresión que produce la vista de la Luna en el viajero rendido. Lo que cuando pienso en ello me queman los miembros cual un veneno que hubiese tomado, es esta llamada: «¡Socorro, oh tú, mi defensor!», que lanzó mi bienamada en el momento de su rapto. Con su separación como carbón y su pensamiento como llamas, noche y día el fuego de su amor me consume el cuerpo. Déjame hundirme solo en el mar para descansar en él, ¡oh Sumitri!, de este modo el brasero de mi amor, cuando duerma en el agua, ya no me atormentará. Es mucho ya para un enamorado el poder vivir, cual nosotros lo hacíamos, yo y esa mujer de muslos atrayentes, el acostarnos sobre la tierra desnuda. Del mismo modo que un arrozal subsiste sin agua, gracias a la que la presta otro arrozal que está provista de ella, yo vivo sabiendo que mi bienamada está viva. ¿Cuándo volveré a ver, ¡ay!, tras haber triunfado de mis enemigos, a Sitá, la de las hermosas caderas, la de los ojos descogidos como el Satapatra, el émulo de la opulenta Sri? ¿Cuándo, levantando ligeramente su cara de loto, de labios y dientes encantadores, la beberé con la mirada, como el enfermo un elixir de vida? Los dos senos reunidos, llenos, semejantes al fruto del tala, de esa graciosa mujer, ¿cuándo todo temblorosos me acariciarán? Hoy la virtuosa princesa, caída en medio de los rakshasas, bien que yo sea su sostén, aseméjase a una abandonada que no encuentra liberador. ¿Cómo es posible que la hija del rey Janaka, mi bienamada, esté echada junto a las rakshasís, ella, la nuera de Dasaratha? Tras haber puesto en fuga con ayuda de mi brazo a los indomables rakshasas, ella volverá a tomar vuelo, como cuando dispersa las nubes sombrías el creciente de la Luna en otoño. El cuerpo de Sitá, naturalmente tenue, la pena y el ayuno le adelgazan aún, a causa de la desgracia de lugares y tiempos. ¿Cuándo, pues, hundiré mis flechas en el pecho del Indra de los rakshasas y desterraré de este modo la angustia de su corazón, expulsándola del mío? ¿Cuándo la virtuosa Sitá semejante a la hija de un Inmortal, colgándose a mi cuello, verterá en medio de sollozos, lágrimas de alegría? Esta pena cruel, nacida de mi separación de Matihili, ¿cuándo me desembarazaré de ella violentamente como de un vestido mancillado?»

Mientras se lamentaba así el sabio Rama, el día declinaba y el disco disminuido del Sol desaparecía detrás del Asta. Rama, a quien Lakshmana se esforzaba por consolar, pasó la noche acordándose de Sitá, la de los ojos anchos como hojas de kāmala, trastornado por el dolor.

## S A R G A V I

## RAVANA REÚNE SU CONSEJO

Entretanto, en presencia de la hazaña formidable, aterradora, que acababa de cumplir en Lanká Hanumat, el émulo de Sakra en cuanto a fuerza, el rey de los rakshasas, que no dejaba de estar humillado, dijo a los suyos, bajando la cabeza: «Lanká, inaccesible hasta aquí, ha sido deshecha, violentada por un simple mono, que ha podido ver también a Sitá, la hija de Janaka. El tejado del palacio por tierra, la flor de los rakshasas destruida, la ciudad toda entera trastornada: he aquí la obra de Hanumat. ¿Qué haré? ¡Felicidad a vosotros! Ante todo, ¿qué partido os parece oportuno? Decid lo que nos conviene. Aquello cuyo cumplimiento puede sernos saludable. El consejo es la raíz de la victoria, afirman los sabios; es por lo que yo deseo conocer vuestra opinión a propósito de Rama, ¡oh mis bravos! Hay tres clases de hombres en el Mundo: los buenos, los malos y las gentes vulgares; pues bien, de este conjunto yo os diré las cualidades y los defectos. La deliberación tomada en esas tres circunstancias: con consejeros experimentados, amigos que tienen intereses comunes, parientes o aun con gentes superiores. El que, esta deliberación tomada, persigue su designio con la ayuda de Dios y en ello emplea su energía, es proclamado un hombre elegido. El que examina solo su asunto, que sólo reflexiona sobre su deber o que cumple sólo lo que es preciso cumplir, se le estima como un hombre vulgar. El que no pesa las ventajas y los inconvenientes, rechaza la ayuda de la Divinidad, que no obstante decir: «Yo lo haré», descuida su deber, es el último de los hombres. Así como hubo siempre hombres superiores, vulgares y viles, del mismo modo, entre las deliberaciones, distingúense las buenas, las mediocres y las malas. Cuando tras haber examinado una cuestión desde un punto de vista iluminado por los *Sastras*, los consejeros llegan de común acuerdo a una resolución unánime, se juzga la deliberación excelente. Cuando, tras numerosas discusiones, los

deliberantes llegan al fin a ponerse de acuerdo, esta deliberación es considerada vulgar. Cuando cada uno mantiene su opinión, combate la de los demás y no hay medio de llegar a un feliz acuerdo, esta deliberación es proclamada detestable. Asimismo, la empresa realizada tras una serie de deliberaciones tiene éxito. Vosotros, pues, que sois de una sabiduría eminente, decidid lo que es preciso hacer, y yo lo suscribiré. Vanaras animosos que rodean por millares a Rama avanzan sobre la ciudad de Lanká para exterminarnos. Raghava franqueará muy ciertamente y sin dejar de hacerlo el Océano, dada la energía que le es habitual, seguido de su joven hermano y de sus batallones. Con valentía desecará el mar o empleará otro procedimiento. En presencia de esta expedición, hecha por él contra vosotros con los vanaras, ved por todos los medios cómo salvar mi ciudad y mi ejército.

## S A R G A V I I

LOS RAKSHASAS EMPUJAN A RAVANA A LA GUERRA.—LE RECUERDAN SUS HAZAÑAS

A estas palabras de su amo y señor Ravana, todos los poderosos rakshasas, saludándole con el anjali, le dieron, a causa de su ignorante desdén hacia sus enemigos, una respuesta impolítica y desprovista de prudencia: «¡Oh rey! Tenemos un ejército muy fuerte, provisto de mazas, venablos, sables, lanzas, arpones y kuntalas. ¿Por qué te turbas? Tú has entrado en Bhogavatí, tras haber vencido a los Serpientes en la guerra. Dhanada, que habitaba en la cima del Kailasa, al que rodeaban numerosos yakshas, entre los cuales hiciste una horrible carnicería, tornóse tu vasallo. Bien que se envanecía con el título de Gran Señor, ¡oh príncipe!, tú le venciste en el campo de batalla, y ante tu cólera, aquel poderoso amo del Mundo, tras haber derribado, roto, capturados sus regimientos de yakshas, cogiste el carro que está allí, de la cima del Kailasa. Maya, jefe de los danavas, que te temía, buscó tu alianza y te dio su hija en matrimonio, ¡oh toro de los rakshasas! Aquel otro Indra de los danavas, ¡oh héroe!, a quien su fuerza embriagaba de orgullo y le hacía inabordable, tú le venciste y subyugaste, a él, que llevaba la dicha a Kumbhinasí. Tú triunfaste también, ¡oh guerrero de los grandes brazos!, cuando descendiste al Rasatala, de los nagas Vasuki, Takshaka, Sankha y Jatín;

tú les sometiste. Además, a pesar de su inquebrantable potencia, de su bravura, de sus privilegios, los danavas kalekeyas, tras haberlos combatido un año entero, Señor, por muy confiados que estuviesen en sus fuerzas, tuvieron también que sufrir tu yugo, ¡oh rey de los rakshasas, que domas a tus enemigos!, así como los mayas venidos en gran número. Los bravos, los valerosos hijos de Varuna, tú los deshiciste en el campo de batalla, ¡oh afortunado!, así como al cuádruple ejército que les seguía. El que tiene el cetro de Mrityú como gran cetáceo, los árboles salmalis por corona, la red de Kala por ola enorme, los servidores de Yama por serpientes, que es inaccesible en su grande y febril agitación, ese gran océano que es el mundo de Yama, ese Sagara que es su ejército, tras bajar hasta él, príncipe, conseguiste una victoria notoria y expulsaste a Mrityú. Tu feliz combate llenó a todos tus súbditos de alegría. Kshatriyas numerosos y valientes, émulos de Sakra por el arrojo, poblaban la Tierra, abundan en tesoros y parecíanse a grandes árboles. Raghava no los iguala ni en coraje, ni en virtud, ni en fuerza guerrera y, por tanto, ¡oh rey!, tú batiste y destruiste a aquellos héroes invencibles. Pero permanece más bien aquí, gran rey; ¿para qué fatigarte? A los vanaras, Indrajit, él solo, los exterminará. Este príncipe, ¡oh gran rey!, a cambio de un sacrificio a Mahesvara que nadie ha sobrepujado, recibió de él un privilegio muy difícil de obtener en este Mundo. El que tiene lanzas y venablos a guisa de peces, que abunda en proyectiles en lugar de saivalas, que está lleno de elefantes a modo de tortugas, y en donde abundan los caballos cual si fuesen ranas, a quien los rudras y los aditias sirven de cetáceos, los maruts y los vasus de grandes serpientes, los carros, los caballos y los elefantes de masas de agua, la infantería de bancos de arena, este vasto océano que es el ejército de los dioses, Indrajit le abordó para apoderarse del jefe de los daivatas y traerle hasta Lanká. Puesto en libertad por orden del Abuelo, el matador de Sambara y de Vritra entró en Trivishtapa, ¡oh príncipe!, donde todos los dioses le rindieron homenaje. Por consiguiente, deja ir a Indrajit, tu hijo, para que deshaga el ejército de los vanaras, Rama comprendido. ¡Oh rey!, la idea de que una desgracia puede sobrevenirte a causa de gentes vulgares, no la acojas; no debe tan siquiera germinar en tu espíritu, pues tú darás muerte a Rama.»

## SARGA VIII

## JACTANCIA DE LOS GENERALES DE RAVANA

Entonces, un rakshasa semeiante a una nube sombría, llamado Prahasta, valiente general, hizo el anjali y se expresó en estos términos: «Devas, danavas, gandharvas, pisacas, patagas, uragas, a todos los hemos vencido en el campo de batalla. luego con mucha más razón venceremos a dos mortales. Todos, bajo el imperio de la embriaguez y seguros de nosotros mismos como estábamos, fuimos engañados por Hanumat, pero en verdad digo que, estando yo con vida, no entrará aquí, él vivo, ese corredor de los bosques. La Tierra que el mar rodea, con sus montes, sus bosques, sus espesuras, yo la limpio de vanaras con sólo que se me dé la orden. Yo sabré defenderme del mono, ¡oh merodeador nocturno!, y nada desagradable ha de ocurrirte a causa del atentado que has cometido.»

En tono tranquilo, el rakshasa Durmukha dijo, a su vez: «En verdad, no, no podemos tolerar el ultraje que se nos ha hecho. Esta devastación de la ciudad y del palacio, este insulto a nuestro afortunado soberano por un mono, yo lo vengaré, yendo solo, a mi paso, a perseguir a los vanaras, aunque se refugiasen en el temible mar, en el cielo o en el Rasatala.»

Entonces tomó la palabra, en un acento de furor, el poderoso Vajradamshtra. Blandía una maza formidable a la que carnes ensangrentadas manchaban: «¿Qué nos importa el canijo, el miserable Hanumat, mientras existen el terrible Rama, Sugriva y Lakshmana? Hoy mismo, Rama, Sugriva y Lakshmana, me veréis volver tras haberlos muerto a mazazos, ¡yo solo!, y puesto en derrota el ejército de los haris. Pero escucha este otro medio, por si le prefieres, ¡oh rey! El que es fecundo en estratagemas, acaba sin dificultad con sus adversarios. Cambiando de forma a voluntad, bravos muy temibles, de aspecto aterrador, millares de rakshasas te son enteramente adictos. Que todos, revistiendo un cuerpo humano, vayan abiertamente al encuentro de Kakutsha, el principe de los Ragbús, y llenos de seguridad, que le digan: «Venimos a ayudarte de parte de Bharata, tu hermano joven.» Al oírles, Rama levantará el campo y se pondrá inmediatamente en marcha. Entonces, provistos de lanzas, picas y mazas, arcos, flechas y sables en la mano partiremos al punto de aquí para ir a toda prisa a su encuentro. Ordenados en los aires por batallones, exter-

minaremos ese ejército de haris bajo una tremenda avalancha de rocas y dardos, y le precipitaremos en la mansión de Yama. Si caen en el lazo, les será fatal; Rama y Lakshmana perderán necesariamente la vida.»

El hijo de Kumbhakarna, el valiente y vigoroso Nikumba, en el paroxismo de la cólera, dijo en presencia de Ravana, el *ravana* de los mundos: «Vosotros todos, quedaos aquí junto al rey. Yo sólo mataré a Raghava, a Lakshmana y a Sugriva, así como a Hanumat, e incluso a todos los vanaras.» A su vez, un rakshasa llamado Vajrahanu, alto como un monte, que era tal su furor que se lamía con la lengua los rincones de los labios, tomó la palabra: «Ocupaos de vuestros asuntos con toda tranquilidad, libres de toda inquietud. Yo sólo devoraré el ejército entero de los haris. Permaneced aquí y divertíos sin inquietudes, bebiendo el dulce licor de Varuna. Yo solo exterminaré a Sugriva, así como a Lakshmana, Hanumat, Angada y todos los vanaras.»

## SARGA IX

### VIBHISHANA ACONSEJA A RAVANA QUE DEVUELVA A SITÁ

Mientras tanto, Nikumbha, Rabhasa, Suryasatru, el del enorme vigor; Suptaghana, Mahaparsva y Mahodara, los rakshasas Agniketu, Durdharsta, Rasmiketu y también Indrasatru, el valeroso hijo de Ravana, Prahasta, Virupaksha, Vajradamshttra, lleno de fuerza, los rakshasas Dhumraksha, Nikumbha y Dummukha, blandiendo mazas, arpones, lanzas dardos, venablos, hachas, arcos bien provistos de flechas y sables como anchas piezas de agua, transportados de furor y botando, todos aquellos rakshasas, consumidos, por decirlo así, por su ardor marcial, dijeron a Ravana: «Hoy, Rama, nosotros le mataremos con Sugriva y Lakshmana, así como al miserable Hanumat, que ha devastado Lanká.»

A todos aquellos guerreros que habían empuñado las armas, Vibhishana los detuvo y les hizo volver a sentarse; luego, saludando a Ravana con el anjalí, se expresó en estos términos: «Cuando los tres medios (la conciliación, el dinero, la desunión), querido hermano, no pueden prosperar, las circunstancias en que conviene emplear la fuerza son también determinadas por los hábiles. Contra los enemigos imprevisores, que están impedidos o condenados por el Destino, que-



rido hermano, las tentativas hechas son circunspección y, según las reglas, consiguen su objeto. Ahora bien, Rama está sobre aviso; está impaciente por vencer; la potencia del Destino le sostiene; sabe dominar su indignación, es invencible, ¿y tú quieres atacarle? Cuando Hanumat franqueó el Océano, ese terrible soberano de ríos y torrentes, ¿quién podría conocer, ni sospechar siquiera la vía que tomó? Nuestros adversarios tienen recursos y fuerzas inmensas, ¡oh merodeadores nocturnos!; desdeñarles por costumbre no tiene ningún valor. Por lo demás, ¿qué ofensa le había hecho el ilustre Rama a nuestro rey para que éste fuese al Janasthana a arrebatarse su mujer? Si Khara fue batido y muerto en lucha por Rama, es porque cada ser se ve en la necesidad de defender su vida como puede. He aquí por qué el rapto de Vaidehí nos pone en el mayor peligro. Es preciso devolverla. ¿Qué ventaja vamos a sacar de esta querella? No, no es conveniente emprender una guerra contra ese príncipe poderoso y leal, sin provecho alguno. Que Maithilí le sea devuelta. No esperemos a que con sus dardos deshaga la ciudad donde abundan elefantes, caballos y tesoros de todas clases. Que Maithilí le sea devuelta. Antes que el formidable, el enorme, el invencible ejército de los monos tome por asalto Lanká, enviemos a Sitá. Es la destrucción de la ciudad y de todos los bravos rakshasas, si no se devuelve de buen grado a Rama su esposa bienamada. Yo te conjuro por la sangre que nos une, sigue mi consejo, es útil, es saludable. Que le sea devuelta Maithilí. Antes que lance, para tu pérdida, sus flechas brillantes como los rayos del Sol otoñal, de punta y pie nuevos, muy sólidas, infalibles, desbandadas devuelve la hija de Dasaratha, Maithilí. Renuncia sin tardar a un resentimiento que es la ruina de la felicidad y de la justicia; practica la virtud, que aumenta la dicha y la gloria; tranquilízate para que podamos vivir, así como nuestros hijos y nuestras familias; devuelve la hija de Dasaratha, Maithilí.» Así habló Vibhishana. Ravana, el señor de los rakshasas, despidió a la asamblea y entró en su mansión.

## SARGA X

### VIBHISHANA INSISTE PARA QUE SITÁ SEA DEVUELTA A RAMA

Al alba entró en el palacio del rey de los rakshasas Vibhishana, afianzado en el conocimiento de lo justo y de lo útil, terrible por sus hazañas. Semejante a un montón de crestas

rocosas, alargado como la cima de un monte, con su vasto recinto bien distribuido y su gran afluencia de pueblo, los consejeros prudentes y celosos que le frecuentaban, los rakschas abnegados y vigilantes que le guardaban por todas partes, resonando a causa del ruido de los vientos mezclado al barritamiento de los elefantes borrachos de mada, del sonido brillante de los cuernos, de los redobles prolongados de los tambores, allí se apiñaba una multitud gozosa que llenaba con su palabrería sus largas avenidas; sus puertas eran de oro puro y sus decorados de la mayor magnificencia, semejante a la mansión de los gandharvas y a la residencia de los maruts, amontonábanse allí cantidad de piedras preciosas, como en la morada de los Serpientes; hubiérase dicho una gruesa nube aquel palacio de su hermano mayor, donde, adornado de rayos deslumbradores como los del Sol, entró el príncipe, el de la mucha fama. El muy poderoso héroe oyó los deseos de felices días que formulaban en alta voz los brahmanes, instruidos en los *Vedas*, por el triunfo de su hermano. Aquellos sacerdotes, versados en los mantras y en los *Vedas*, a los que se les hacía homenaje de vasos de leche agria, de manteca fresca, de flores y de grano no decorticados, atrajeron la atención del valeroso príncipe. Colmado de atenciones por los rakschasas, Vibhishana, el de los grandes brazos, saludó a su hermano Dhanada, nacido después que él, brillante a causa de su propio tejás, que estaba sentado. Llegado junto al trono revestido de oro y embellecido por la presencia del rey a quien ofreció sus homenajes con perfecta corrección, el príncipe dirigió al poderoso Ravana, sin otros testigos que sus ministros, un discurso sumamente juicioso, en el cual trató el asunto a fondo. Abordó a su hermano mayor afectuosamente; luego, deteniéndose ante él, le hizo oír un lenguaje que testimoniaba su experiencia de los lugares y de los tiempos, pues sabía lo que en el Mundo importa más o menos: «A partir del momento en que has traído a Vaidehí aquí, ¡oh plaga de tus enemigos!, desde entonces se nos muestran presagios funestos. El fuego lanza chispas; su brillo es oscurecido por el humo; cuando se enciende, suelta vapores impuros, incluso cuando es invocado a fuerza de mantras, y la combustión no se desarrolla de un modo regular. En las cocinas, en las habitaciones en que se mantiene el fuego sagrado, así como en las salas donde se leen los *Vedas*, se advierten reptiles, y en las ofrendas encuéntranse hormigas. Las vacas tienen las ubres agotadas; los más fuertes de los elefantes no sudan mada; los caballos relinchan lamentablemente y reclaman forraje sin cesar. As-

nos, búfalos, mulos, ¡oh rey!, con el pelo erizado, lloran. Están fuera de su natural estado, bien que sean tratados como de costumbre. Cuervos feroces reúnen por todas partes y lanzan graznidos. Se los ve reunidos por bandadas en la parte superior de los templos. Los buitres planean tristemente por encima de la ciudad, mientras que en los dos crepúsculos los chacales se acercan a ella lanzando aullidos lúgubres. Bestias feroces y antílopes, apiñados a las puertas de Lanká, dejan oír grandes gritos acompañados de resoplidos. Lo que se impone, según estos presagios, es reparar tu falta, cual yo juzgo que conviene hacer, Señor, devolviendo Vaidichí a Raghava. Incluso si el extravío o el interés me dictasen estas palabras. gran rey, no debes considerarlas como un crimen. Sí, tu falta todo el pueblo la constata: los rakshasas, las rakshasis, la ciudad y la corte. Es por miedo por lo que todos tus ministros se abstienen de darte este consejo; pero yo, yo me creo obligado a decirte lo que veo y lo que oigo. Toma la decisión que conviene y obra en consecuencia.»

Tal fue el lenguaje saludable que en medio de sus consejos Vibhishana dirigió a su hermano Ravana, el príncipe de los rakshasas. Este discurso útil, de un gran sentido, moderado, lógico, ventajoso para el pasado, el porvenir y el presente, cuando le oyó el enamorado monarca enfecbrecido por la cólera, replicó en estos términos: «Motivo de temor no veo por parte alguna. Ya te digo que no, que Raghava no entrará en posesión de Maithilí. Aun aliándose a los suras con sus Indras, ¿cómo podría oponérseme el hermano mayor de Lakshmana?» Esto dicho, el exterminador de los ejércitos de los suras, el valeroso y ardiente Dasanana despidió a su hermano Vibhishana, el del franco hablar.

## SARGA XI

### RAVANA CONVOCA LA ASAMBLEA DE LOS RAKSHASAS

El rey languidecía, loco de amor por Maithilí, y desdeñaba los consejos de sus verdaderos amigos, aquel perverso Ravana, el del mal karmán, cuya pasión sobrepujaba, por decirlo así, todo límite, el espíritu prendido por Vahidehí, bien que el tiempo favorable hubiere transcurrido, creyó con sus ministros y sus cortesanos que la hora era propicia para hacer la guerra. Dirigióse hacia su gran carro revestido de placas

de oro, incrustado de perlas y de corales, tirado por caballos bien enseñados, y en él montó. Sentado en el más hermoso de los vehículos, cuyo estruendo igualaba al de una nube, el príncipe de los rakshasas, Dasagriva, partió hacia el lugar de la asamblea. Provistos de espadas, de escudos y de toda clase de armas, los belicosos rakshasas pusieron en camino delante de su Indra. Vestidos con trajes extraños y variados, cubiertos con toda clase de joyas, iban a su lado, detrás de él, y rodeándole de aquel modo. Sin tardar, escuderos escogidos precipitaron en seguimiento de Dasagriva, en sus carros, sus grandes elefantes borrachos de mada, o sobre sus caballos, a los que hacían caracolear. Blandían mazas y venablos, y tenían también en las manos picas y dardos. En aquel momento se produjo un inmenso concierto de millares de instrumentos de música. Mientras que Ravana iba a la asamblea, estalló de pronto un formidable estruendo de trompas, acompañado del rodamiento de los vehículos. El gran carro del Indra de los rakshasas recorría la vía real decorada espléndidamente. Su quitasol, que mantenían sobre su cabeza, brillaba con blancura inmaculada mientras estaba en lo mejor de su carrera, el rey de las estrellas. Un espanta-moscas en cola de yak, un abanico cuyo centro estaba guarnecido con botones de oro y el mango de puro cristal, eran agitados a su izquierda y a su derecha. Todos los rakshasas, haciendo el anjalí, de pie, habiendo echado pie a tierra, saludaron con la cabeza al soberano sentado en su carro. Y fue en medio de aclamaciones y de votos de triunfo lanzados por los rakshasas, como aquel domador de sus enemigos hizo su entrada solemne en la sala construida por Visvakarmán. El suelo era de oro refinado, el centro de puro cristal. Su techo, completamente laminado de oro. Seiscientos pisacas estaban allí de centinelas. Fue en aquella sala siempre resplandeciente, obra maestra de Visvakarmán, donde Ravana penetró, centelleante de esplendor. Sentóse en un trono maravilloso hecho con esmeraldas, tapizado con pieles de priyakas, guarnecido con espesos almohadones. Entonces ordenó a mensajeros extremadamente ágiles: «Convocad rápidos para que vangan aquí, junto a mí, a los rakshasas», les dijo. Y añadió: «Un gran golpe, lo sé; debe ser intentado por el enemigo.»

Oyendo esta orden, los enviados dispersáronse por Lanká, entrando en cada casa, recorriendo los lugares de paseo, de reposo y de placer, estimulando a los rakshasas sin miramientos, por decirlo así. Estos acudieron, unos montados en carros excelentes; otros, sobre caballos llenos de brío y vigor, o

sobre elefantes; muchos iban a pie. La ciudad llena de carros, elefantes y caballos lanzados a toda velocidad, asemejábase al aire lleno de pájaros. Los rakshasas dejaron sus monturas y vehículos de todas clases para entrar en la asamblea; cual leones que penetran en una caverna rocosa. Tras haber besado los pies del rey, que les saludaba a su vez, tomaron asiento, unos en sillas, otros sobre almohadones, alguno por tierra. Agrupándose en la sala a su invitación, los rakshasas, por orden de méritos, ordenáronse junto a Ravana, su soberano. Ministros los más eminentes en habilidad para tratar los asuntos, consejeros llenos de talento, sabiéndolo todo, viéndolo todo con el ojo de la sabiduría, vinieron por centenares; los guerreros estaban también en gran número en aquella sala, centelleante a causa del oro, para preparar el éxito de la campaña. En aquel momento el glorioso Vibhishana, llegado sobre un grande y hermoso carro, tirado por soberbios caballos, incrustado de oro en sus diversas partes, apareció en la asamblea que presidía su hermano mayor. Vibhishana celebró el nombre de su hermano mayor, luego se inclinó ante sus pies. Suka y Prahasta saludaron a su vez al rey, que les ofreció, de acuerdo con su dignidad, asientos especiales. Los rakshasas iban adornados con joyas de todas clases, hechas con oro fino, y vestidos con ricos trajes; los álces y el precioso sándalo de que se componían sus guirnaldas, perfumaban la sala por todas partes. Nada de gritos, nada de palabras intempestivas, ni siquiera cuchicheamientos ruidosos, en aquella reunión. Todos aquellos rudos soldados habían alcanzado el colmo de sus deseos; todos tenían los ojos fijos en el rostro del soberano. El inteligente Ravana, en medio de sus experimentados guerreros llenos de valentía, estaba deslumbrador de majestad en aquella asamblea. Cual, entre los vasus, el dios armado del trueno.

## SARGA XII

### DISCURSO DE RAVANA Y DE KUMBHAKARNA

Paseando sus miradas por toda la asistencia, Ravana, vencedor de los ejércitos enemigos, interpeló a Prahasta, que estaba a la cabeza de sus tropas: «General, tú, que conoces las cuatro ramas de la estrategia, es preciso que coloques tus regimientos como lo exige la defensa de la ciudad.» Prahasta, el espíritu atento y deseoso de cumplir la orden del rey, dis-

tribuyó todo el ejército fuera y dentro de la fortaleza. Luego, tras haber repartido el ejército entero para la defensa de la ciudad, volvió a sentarse frente al rey, y le dijo: «Colocado está en el exterior y en el interior de Lanká tu ejército, poderoso rey: haz sin inquietud y pronto lo que has resuelto.» A estas palabras de Prahasta, consagrado al bien público, el rey, que aspiraba a la felicidad, se expresó también entre sus fieles: «Lo que es agradable y lo que no lo es, en la prosperidad y en el infortunio, la ganancia y la pérdida, lo que es útil o desventajoso, cuando el deber, el placer y el interés peligran, vosotros estáis obligados a señalarlo. Ninguna de las empresas en las cuales me he metido siempre con vosotros y que he acompañado de recitación y de mantras fue estéril. Como los maruts que van con Soma, las estrellas y los planetas en seguimiento de Vasava, vosotros formáis en torno mío un brillante cortejo que me asegura el triunfo. En verdad, he decidido movilizaros a todos; pero a causa del sueño de Kumbhakarna, no apresuraba esta expedición. Seis meses ha dormido el valeroso Kumbhakarna, el primero de todos los guerreros; pero hele aquí ya de pie. En cuanto a la esposa bienamada de Rama, la hija de Janaka, yo la he traído de la soledad de Dandaka, frecuentada por los rakshasas. Esta princesa del andar negligente no quiere entrar en mi lecho; pero, para mí, en los tres mundos no hay mujer que sea comparable a Sitá. Tiene el talle fino y las formas desarrolladas; su cara aseméjase a la Luna en otoño; diríase una bimba de oro; sus encantos igualan a los de Mayá, es la creación de Mayá. Las palmas de sus manos de un rojo vivo, sus pies delicados, bien puestos, sus uñas cobrizas; al verla me siento inflamado de amor. Centelleante como la llama del fuego sagrado, rivaliza con la claridad solar. Su rostro, de nariz prominente, sin defecto, amable; sus hermosos ojos; cuando veo todo esto ya no soy dueño de mí; me torno esclavo de Kama. Intermedio entre la cólera y la alegría, causa de decaimiento, fuente eterna de disgustos y penas, Amor me ha trastornado. Entretanto, la hermosa de los grandes ojos me ha pedido una plazo de un año en espera de su esposo Rama. Yo he acogido favorablemente la petición de esta mujer de tan dulce mirada. Estoy fatigado de ser siempre acosado por Kama, de parecerme al caballo en el camino. ¿Cómo atravesarán el infranqueable Océano los habitantes de los bosques? Con los numerosos monstruos marinos que le pueblan, ¿como los franquearían los dos hijos de Dasaratha? Y, sin embargo, un solo kapi ha hecho entre nosotros una gran carnicería. Las vías de esta

empresa son inextricables. Decid, ¿qué se piensa sobre ello? Un hombre no podría espantarnos, pero, no obstante, reflexionad. Cuando la guerra de los devas y de los asuras, gracias a vuestro apoyo quedé victorioso; ahora bien, vosotros sois siempre los mismos para mí. Precedidos por los haris que tienen a Sugriva como rey, los dos príncipes, tras haber encontrado las huellas de Sitá, han llegado al mar, a la otra orilla. No es preciso devolver a Sitá, sino destruir a los dos hijos de Dasaratha; deliberad en consecuencia y adoptad una línea de conducta sabia. En verdad, no sé de alguien en el Mundo que pueda vencernos, aunque pasase el agua con los monos. Mi triunfo es seguro.»

Cuando hubo oído estas divagaciones de aquel enamorado transido, Kumbhakarna se arrebató hasta el punto de decirle: «Sí; cuando Sitá, la esposa de Rama, al que Lakshmana acompañó fue arrastrada aquí por la fuerza, tras una primera entrevista, prueba es evidente de que llena tu pensamiento, como el Tamuná llena de agua el lago Yamuná. Toda tu conducta, gran rey, es extraña. Fue al principio mismo de este asunto cuando debiste deliberar con nosotros. El príncipe que cumple puntualmente sus obligaciones reales, ¡oh Dasanana!, y cuyo espíritu está en aquello que hace, no tiene más tarde que arrepentirse. Las empresas hechas contra las reglas, sin cuidado, salen mal, como las ofrendas, cuando los asistentes están distraídos. Tratar de acabar por donde se debe empezar, o empezar por donde se debe acabar, es ignorar lo que es oportuno y lo que no lo es. Cuando el adversario examina lo que hace sobre todo la fuerza del inconstante, pronto encuentra el punto débil, como los pájaros la fisura del kraunca. Tú has cometido ese gran atentado sin reflexionar; por fortuna, Rama no te ha matado como mata la carne envenenada. No obstante, esta expedición insólita que empiezas contra ellos, en ella tomaré parte, destruyendo a tus enemigos, ¡oh tú, que eres sin reproche! Yo destrozaré a tus adversarios, ¡oh merodeador de noche! Rama y Lakshmana, aunque fuesen Sakra y Vivasvat, Pavaka y Maruta, Kubera y Varuna mismos, yo lucharé contra ellos. Aquel cuyo cuerpo tiene la altura de una montaña, que combate con una maza enorme rugiendo, cuyos dientes son agudos, asustaría incluso a Puramdara. Antes de que mi adversario pueda herirme con un segundo dardo, beberé su sangre. Por consiguiente, ten confianza. Mediante la muerte de Dasarathi, me comprometo a procurarte un feliz triunfo. Tras haber matado a Rama, así como a Lakshmana, devoraré a todos los oficiales de los haris. Regocijate y bebe

a discreción los mejores elixires; haz cuanto te parezca bueno, sin más inquietud. Cuando haya despachado a Rama a la mansión de Yama, Sitá estará por mucho tiempo a tu discreción.»

### SARGA XIII

#### RAVANA CUENTA SU AVENTURA CON PUJIKASTHALÁ

Al ver Ravana encolerizado, el poderoso Mahaparsva, tras un largo instante de reflexión, le dijo, haciendo el anjalí: «El que se ha adentrado en un bosque frecuentado por fieras y serpientes, si no bebe la miel que encuentra, es un insensato. ¿Quién es tu amo, tú que, ¡oh azote de tus enemigos!, eres el Amo? Regocíjate con Vaidehí, tras haber puesto los pies sobre la cabeza de tus adversarios. Obra violentamente al modo de los gallos, valiente príncipe. Acércate, acércate aún a Sitá para gozar y retozar con ella. Tu pasión satisfecha, ¿qué peligro puede amenazarte después? A tiempo o a destiempo tú sabrás ordenar todo. Kumbhakarna e Indrajit, el de la gran energía, serían capeces, con nuestro apoyo, de domar al dios que lleva el trueno con el trueno mismo. La liberalidad, la conciliación, la división son los medios de los hábiles; pero yo paso a otra cosa: el empleo del palo para el éxito de las empresas, esto es lo que agrada. En el caso presente, todos tus enemigos, Señor, entrarán en razón por la fuerza de las armas, no lo dudes.» Así dijo Mahaparsva.

El rey Ravana le dio las gracias y le habló de este modo: «Mahaparsva, te contestaré contándote una aventura misteriosa que me ocurrió cierta vez, hace mucho tiempo. Cuando iba a la morada del Abuelo, sorprendí una vez a Punjikasthalá que se apresuraba, semejante a la llama de un fuego aéreo. Bruscamente le arranqué su vestido para gozar de ella; luego llegó a la mansión de Svayambhú, cual una flor de loto arrugada. Aquello llegó, creo, a conocimiento del magnánimo Ordenador; el caso fue que me dijo con cólera: «A partir de hoy, si te ocurre hacer violencia a otra mujer cualquiera, tu cabeza se partirá en cien pedazos, está cierto de ello.» Esta maldición me espanta; por ello no quiere obligar a Sitá, la princesa del Videha, a subir por la fuerza a mi suntuoso lecho. Mi ímpetu es el del mar; mi velocidad, la del viento; Dasarathi lo ignora; he aquí por qué avanza a mi encuentro. Al émulo del león tumbado, dormido en su caverna rocosa,



su antro; al de Mrityú, reposando en su furor, ¿quién trata de despertarle? Los dardos que yo lanzo como serpientes de lengua ahorquillada, Rama no los ha visto en el campo de batalla; por eso su desco de encontrarme. Con mis flechas, semejantes al rayo, que le lanzaré, a cien sitios, con mi arco, poco tardaré en hacer arder a Rama, como con ayuda de tizonas se quema a un elefante. Su ejército le absorberé por medio del ejército considerable que me rodea, como al levantarse el Sol absorbe la claridad de las estrellas. Vasava mismo, el de los mil ojos, no podría luchar conmigo, como tampoco Varuna. Es gracias al vigor de mi brazo como en tiempos forcé esta ciudad, defendida por Vaisravana.»

## SARGA XIV

### VIBHISHANA CENSURA LA ACTITUD DE LOS CORTESANOS DE RAVANA

A este discurso del Indra de los merodeadores nocturnos, y tras las fanfarronadas de Kumbhakarna, Vibhishana dirigió al rey de los rakshasas estas palabras útiles y juiciosas: «Esa gran serpiente que es Sitá, con su pecho como largos repliegues, sus iniquidades por veneno, su dulce sonrisa como colmillos agudos, sus cinco dedos por cinco cabezas, de cuerpo inmenso, ¡oh rey!, ¿cómo la encadenarás? Antes que Lanká sea asaltada por los valimukas altos como picos de montañas, armados de dientes y también de uñas, devuelve a Dasaratha Maithili. Mientras los dardos acerados de Rama, semejantes al rayo, impetuosos como el viento, no se hayan llevado la cabeza de los poderosos rakshasas, devuelve a Dasarathi, Maithili. Kumbhakarna e Indrajit, ¡oh rey!, como tampoco Mahaparsva y Mahodara, o Nikumbha, o Atikaya no podrían resistir en lucha a Raghava. Tú mismo no podrás escapar vivo a Rama, aunque el propio Savitar te protegiese, o los maruts; aunque te refugiascs en el seno de Vasava, en las tinieblas de Mrityú, ¡o te hundieses en el Patala!»

Así habló Vibhishana. Prahasta replicó: «No sabemos lo que es temer a los daivatas, a los danavas o a quienquiera que sea. Yakshas, gandharvas, grandes serpientes no nos espantan en el campo de batalla, como tampoco los patagas ni los uragas; y entonces, ¿cómo temeríamos en modo alguno luchar contra Rama, ese hijo de rey?» A estas palabras irrazonables

de Prabasta Vibhishana, que deseaba salvar al monarca, dijo con gran sentido, el espíritu ocupado del deber, del interés y del placer: «¡Oh Prahasta oh Rey, Mahodara tú y Kumbhakarna! vuestras maquinaciones contra un hombre nacido con tantas cualidades como Rama son impracticables, como la entrada en el Cielo a un alma perversa. Sí, matar a Rama, que tiene una experiencia consumada, yo, tú, Prahasta, e incluso todos los rakshasas, ¿cómo lo podríamos hacer? Es como si se quisiera atravesar el vasto Océano sin una barca. Esencialmente religioso, ese príncipe del gran carro, salido de la raza de Ikshvaku, en presencia de tal héroe, capaz de todas las hazañas, los dioses mismos se turbarían. Es porque los dardos acerados, guarnecidos de pluma de garza real, irresistibles, lanzados por Raghava, no te han atravesado aún los miembros, Prahasta, por lo que tienes esa jactancia. Es porque no te han atravesado ya el cuerpo esas flechas agudas, que dan fin a los alientos vitales, rivales del rayo en cuanto a impetuosidad, lanzadas por Raghava, Prahasta, por lo que haces de este modo el bravucón. Ni Ravana, ni el muy poderoso Trisirsha, ni el hijo de Kumbhakarna, Nikumbha, ni Indrajit, como tú tampoco, podríais vencer en la guerra a Dasarithi, el émulo de Sakra. Devantaka mismo, Narantaka, Atikaya, el magnánimo Atiratra, Akampana, como tampoco Samanasara son capaces de hacer frente en el combate a Raghava. El monarca dominado por sus pasiones, violento por naturaleza, y que obra inconsideradamente, vosotros, sus amigos, cual si fueseis sus enemigos, le halagáis para la pérdida de los rakshasas. Estrechamente enlazado en los repliegues sin fin de una serpiente de mil cabezas, terrible, de un gran vigor, ese príncipe, soltadle y dadle libertad. Porque, aunque tuviesen que asirle por los cabellos, todos los amigos del rey que han satisfecho sus deseos, deben acudir a salvarle, como a alguien caído en manos de los bhutas, los de la temible fuerza. Recubierto por el flujo desbordante del Océano-Rama, al rey que se escurre en la boca del Patala, de Kakutstha, es a vosotros el unir vuestros esfuerzos para librarle. Estas palabras saludables para la ciudad y para los rakshasas, para el príncipe y para la multitud de sus cortesanos, yo las repito leal y sinceramente: que se devuelva a Rama, Maithilí. Examinad la fuerza de los adversarios, sus propios recursos, la situación, las pérdidas y lo mismo las ganancias de su partido; luego, tras maduras reflexiones, hablar a su señor con lenguaje franco y juicioso; el que obra así es un consejero.»

## SARGA XV

## JACTANCIA DE INDRAJIT Y CENSURA DE VIBHISHANA

Este discurso de Vibhishana, el émulo de Brihaspati en cuanto a la prudencia, desagradó al magnánimo Indrajit, el jefe de las tropas nairritas, que respondió de este modo: «¿Qué significan, ¡oh el más joven de mis tíos!, esas palabras superfluas llenas de espanto? Lenguaje semejante nadie, aunque fuese nacido de una raza distinta de la nuestra, querría pronunciarle, y ni tan siquiera que le viniese al pensamiento. Valentía, bravura, resistencia, firmeza, audacia, vigor, tan sólo en nuestra familia está exento de todo ello Vibhishana, este joven hermano de mi padre. ¿Qué son, en efecto, esos dos hijos de un rey de los hombres? Uno cualquiera de nosotros, aunque fuese el menos fuerte de los rakshasas, bastaría para exterminarlos a los dos. ¿De dónde viene, pues, ¡cobarde!, tu miedo? El protector de los tres mundos, el rey de los dioses, ¿no he conseguido yo derribarle por tierra? Llenos de espanto, aquello fue entre los batallones de los devas sálvese el que pueda general, en todas direcciones. Airavata, que lanzaba grandes gritos, fue abatido por mí contra el suelo. Yo rompí sus defensas, y yo dispersaría con mi valor las tropas enteras de los dioses. Yo, que he roto el orgullo de los suras mismos y sembrado el espanto entre la propia flor de los daitias, ¿cómo mi extremada fuerza sería impotente ante dos príncipes, dos hombres canijos?»

A este discurso del invencible, del poderoso rival de Indra, Vibhishana, el primero de los guerreros, dio una respuesta llena de sentido: «Mi querido hijo, tu sentimiento no vale nada. Tú eres joven, tu espíritu aún no está maduro; por lo mismo, funestas te serán las bravatas insensatas que multiplicas. Bajo el nombre de hijo, Indrajit, y la apariencia de la amistad, cres el enemigo de Ravana, tú, que al oírle hablar cual lo hace de que va a matar a Raghava, le aplaudes locamente. Tú mereces incluso la muerte, con el que ha tenido la funesta idea de traerte aquí hoy, y de introducir de este modo a un joven guerrero, audaz y temerario, en una asamblea de consejeros. Insensato, irreflexivo, inconstante, violento por naturaleza, de corta inteligencia, el espíritu estropeado a causa de tu locura y de tu extremada frivolidad, Indrajit, hablas como un joven aturrido. Esos dardos brillantes a seme-

janza del bastón de Brahma, radiantes, parecido al fuego de Kala, o como el cetro de Yama, que lanza en el combate Raghava, ¿quién puede sostener su choque? Tesoros, perlas, ricos atavíos, vestidos celestiales, joyas variadas, si no es entregando todo esto al tiempo que a la divina Sitá, como podríamos, ¡oh rey!, ponernos al abrigo de toda inquietud.»

## SARGA XVI

## RESPUESTA DE RAVANA.—PARTIDA DE VIBHISHANA

A este discurso lleno de sentido y de oportunidad de Vibhishana, Ravana respondió con brutalidad, bajo el impulso de Kala: «Más vale habitar con un adversario enfurecido, con una serpiente venenosa, que vivir con el enemigo de nombre que está en convivencia con el enemigo. Yo sé a qué están acostumbrados los parientes en todos los mundos, ¡oh rakshasas! Siempre se alegran los unos de los males de los otros. Autoridad, actividad, ciencia, lealtad, ¡oh rakshasas!, los inmediatos rebajan siempre a aquel de los suyos que está dotado de todo ello; había de ser un héroe, y le despreciarían aún. Constantemente encuentran su dicha en las desgracias los unos de los otros, con el arco siempre dispuesto para darse golpes. Con el alma disimulada, los parientes son peligrosos y temibles. Conocidos son los slokas cantados en tiempos por los elefantes del Padmavana, con aspecto de hombres, que tenían redes en las manos: escucha, te los voy a recitar: «Ni el fuego, ni las otras armas, como tampoco los lazos nos asustan; pero sí nuestros cruces congéneres, que no piensan sino en sus intereses; a éstos sí les tememos. Indicarán el medio de capturarnos, no hay duda. De todos los peligros, aquel que viene de los próximos es el peor; lo sabemos muy bien. Se encuentra en las vacas el confortamiento; se encuentra en los parientes el peligro; se encuentra en las mujeres el capricho; se encuentra en los brahmanes el ascetismo.» Sin duda no te place, querido amigo, que yo sea honrado por los pueblos, llamado al Imperio por mi nacimiento y de pie sobre la cabeza de mis enemigos. Como las gotas de agua caídas sobre las hojas de loto no consiguen mantenerse en ellas, así entre los malos la amistad. Como en otoño las nubes tempestuosas, hasta cuando se vacían, no alcanzan a empapar el suelo, así entre los malos la amistad. Como la abeja de-

masiado ávida por detenerse sobre el jugo que encuentra, tal eres tú; tal es entre los malos la amistad. Como esa mosca de miel que a causa de su avidez, bebiendo en la flor del kasa no liba su jugo, así entre los malos es la amistad. Como el elefante, tras haberse bañado, recoge polvo con su trompa, y con él se ensucia el cuerpo, así en los malos es la amistad. Otro cualquiera que me hablase de este modo, merodeador nocturno, al instante mismo dejaría de vivir; en cuanto a ti, ¡sé maldito!, oprobio de tu raza.»

Oyendo este insultante apóstrofo, Vibhishana, cuyo lenguaje era siempre correcto, su maza en la mano, lanzóse al espacio con cuatro rakshasas. Indignado, el afortunado Vibhishana, de pie en los aires, dijo a su hermano, el rey de los rashasas: «Tu razón se extravía, príncipe; dime todo lo que te plazca. Un hermano mayor debe ser respetado lo mismo que un padre, incluso si se aparta del sendero de la equidad; no obstante, tu ultrajante lenguaje, propio de ti, mi hermano mayor, yo no puedo tolerarle. Las palabras prudentes, dictadas por el amor al bien, ¡oh Dasanana!, no son aceptadas por aquellos que no son dueños de sí mismos, que caen en poder de Kala. Fáciles son de encontrar, ¡oh rey!, aquellos que pronuncian discurso halagadores; palabras desagradables, pero saludables, raramente se encuentra quien las diga o quien las oiga. No puedo sufrir el verte aprisionado en la red de Kala, que se lleva a todos los reyes, y a punto de perecer como una casa ardiendo. Semejante a tizones ardientes, los dardos agudos de Rama, no deseo verte atravesado por ellos. Las gentes de corazón, llenas de bravura y de experiencia, en la batalla, si Kala las alcanza, derrúmbanse como diques de arena. Tú debes soportar, vista su importancia, el consejo que se te da con vistas a tu salvación. Defiéndete por todos los medios, así como esta ciudad y sus rakshasas. Adiós, me voy. Sé feliz sin mí. He buscado en interés tuyo el contenterte, pero mi lenguaje no te ha agradado, ¡oh merodeador nocturno! A punto de morir, cuando la vida escapa, las gentes no escuchan los consejos de sus amigos.»

## SARGA XVII

### DISCURSO DE LOS PRINCIPALES VANARAS AL VER A VIBHISHANA

Tras haber dirigido este severo lenguaje a Ravana, su hermano mayor, Vibhishana partió al instante mismo a reunirse con Rama, así como con Lakshmana (344). Semejante a la

oma del Merú, cual un llamante relámpago, de pie en el cielo, así apareció ante los oficiales vanaras que estaban en la tierra. Iba acompañado de cuatro rakshasas de temible bravura, provistos de corazas y de dardos, engalanados con los ornamentos más ricos. Por su parte, semeiante a una montaña de nubes, el émulo del dios que lleva el rayo, este héroe iba provisto de armas excelentes y cubierto de joyas celestiales. Viéndole acompañado de los cuatro rakshasas, Sugriva, el sabio rey de los vanaras, invencible, en medio de sus batallones, echóse a pensar. Tras un instante de reflexión, dirigió a los vanaras, Hanumat y los otros, estas palabras angustiadas: «Este rakshasa armado de todas armas, acompañado de cuatro de los suyos, vedle, acude a matarnos, sin duda alguna.» A este lenguaje de Sugriva, la flor de los vanaras, blandiendo salas y rocas, le dijeron: «¡Pronto! Danos la orden, ¡oh rey!, de matar a estos bandidos. Que caigan por el suelo en castigo a su falta de buen sentido.» Mientras hablaban así, Vibhishana, llegado a la orilla septentrional, dueño de sí mismo, se detuvo. Lleno de inteligencia, el poderoso Vibhishana, que sabía poseerse, dijo en alta voz, al ver a Sugriva y a los vanaras: «Ravana es el hombre de un malvado rakshasa, del rey de los rakshasas. Yo soy su hermano pequeño. Me llamo Vibhishana. Es Ravana el que ha arrebatado a Sitá del Janasthana, tras haber matado a Jatayus. La infortunada está retenida a pesar suyo en medio de las rakshasis que la vigilan estrechamente. Yo he tratado de convencerle mediante razones de todas clases. ¡Ea!, que Sitá sea devuelta a Rama, le he repetido sin cesar. Pero él, empujado por Kala, no ha escuchado mi saludable consejo; se parece al desesperado que rechaza el remedio. Insultado por él, tratado con desprecio cual un esclavo, he dejado hijo y esposa para refugiarme junto a Raghava. Informad pronto a Raghava, el magnánimo protector de todos los mundos, que yo, Vibhishana, he venido junto a él.»

A este discurso, Sugriva, el de los pies ágiles, corrió a encontrar a Rama, y en presencia de Lakshmana le dijo, lleno de indignación: «Tras haber pertenecido al ejército de Ravana, he aquí un enemigo que nos llega de improviso, para matarnos en la primera ocasión, como una lechuza a las cornejas. Plan, organización, dirección de las tropas, espionaje, tú debes saber estas cosas, que se trate de los vanaras, felicidad a ti, o de los adversarios, de los que tú eres el látigo. Esos rakshasas que cambian de forma a voluntad, ocultan su maniobra; atrevidos y fecundos en estratagemas, mal se haría, en verdad, fiándonos de ellos. Ese debe ser un emisario

dey rey de los rakshasas, de Ravana. Se desliza entre nosotros para sembrar la desunión, no hay duda. O bien descubriendo nuestro punto flaco, tras haber hábilmente captado nuestra confianza, él mismo, un buen día nos atacará. Los socorros que provengan de un amigo, de un habitante de los bosques como nosotros, o aun de un compatriota, de un servidor, pueden ser aceptados todos, mas es preciso evitar los que se presentan de parte del enemigo. Y él, por naturaleza, es un rakshasa, hermano de tu rival, señor, ese transfuga que nos llega, ¿cómo concederle de buenas a primeras confianza? Es el hermano menor de Ravana, Vibhishana; él mismo nos lo ha dicho. Llega con cuatro rakshasas para ponerse bajo tu protección. Pero no hay duda que es Ravana quien le envía; creo prudente que te asegures bien sobre él, ¡oh tú, el más circunspecto de todos! Ese rakshasa, de alma astuta, ha venido aquí con el encargo de herirte a traición, cuando menos lo pienses, ¡oh héroe sin reproche! Que muera entre terribles suplicios con sus afiliados este Vibhishana, el hermano del pérfido Ravana.» Tras haber dado de este modo curso a su furor, en presencia del elocuente Rama, el rey de los vanaras, discurriror hábil, entró en el silencio.

Cuando hubo oído este lenguaje de Sugriva, el muy poderoso Rama dijo a los kapis que estaban a su lado, Hanumat a su frente: «Lo que ha dicho vuestro monarca a propósito del hermano menor de Ravana, en términos juiciosos y de un gran sentido, ya lo habéis oído vosotros mismos. Aquel que desea que sus amigos prosperen sin cesar, que es inteligente, prudente, es de él de quien siempre, en todas las circunstancias críticas, conviene tomar consejo.»

A esta invitación de Rama, los vanaras de celo infatigable apresuráronse cada uno a dar su opinión, para serle agradables: «Nada hay desconocido para ti en los tres mundos, ¡oh Raghava!; es por pura deferencia hacia nosotros por lo que como a amigos nos consultas ahora. Tú eres leal, valiente, piadoso, afianzado en el heroísmo; tú no obras sino exactamente, según las tradiciones, lleno de confianza en tus amigos. Por consiguiente, que discutan a fondo cada uno a su vez sobre este asunto, tus consejeros inteligentes y expertos.»

Así dijeron los vanaras. Luego, de pronto, y el primero de todos el prudente Angada, propuso a Raghava el poner a prueba a Vibhishana: «Un transfugo que se presenta por sí mismo, se le debe sondear a fondo. No conviene conceder fe a Vibhishana de buenas a primeras. Es enmascarando su naturaleza como vagan esos falaces espíritus; luego hieren

de improviso; lo que nos sería fatal. Examinad el pro y el contra antes de tomar un partido. Si hay provecho en ello, que se acepte su alianza; si hay daño, que se la rechace. En caso de inconveniente grave, que sea apartada; pero si se ve en ello ventajas, que se le conceda buena acogida.»

Entonces Sarabha, tras haber reflexionado, emitió su opinión, motivándola: «Sin tardar, tigre de los hombres, que sea enviado un espía. Cuando por medio de un emisario experto se haya procedido a una averiguación suficiente, se le hará la recepción que convenga.»

Jambavat, inspirándose en su conocimiento de los *Sastras* y en su experiencia, opinó en términos expresivos, irreprochables: «Es de un enemigo declarado, del perverso monarca de los rakshasas como Vibhishana, sin reparar en el lugar ni en el tiempo, nos llega; por consiguiente, conviene desconfiar de él.» Maínda, a su vez, hábil en el arte de atraer y de rechazar, orador disertó, hizo esta moción muy juiciosa: «Vibhishana es el hermano menor de Ravana; interroguémosle con dulzura y progresivamente, ¡oh rey de los reyes! Cuando empiecen por estar, ante todo, informado de sus sentimientos, según sean sus intenciones, malas o no, entonces determinarás tu conducta, ¡oh príncipe de los hombres!»

Iniciado en todos los *Sastras*, Hanumat, el mejor de los consejeros, habló en términos delicados, llenos de sentido, armoniosos y mesurados. Espíritu escogido, hábil, ese príncipe de los oradores, Brihaspati mismo no hubiera podido sobrepujarle en elocuencia: «No es ni por ganas de hablar ni por emulación, ni por sentimiento de superioridad, ni por amor a las discusiones por lo que abro la boca, señor Rama, sino a causa de la importancia del debate. Lo que tus consejeros te han dicho sobre las ventajas e inconvenientes de esta alianza, me parece erróneo; la cuestión no está en esto. Si no nos ponemos al habla con ese rakshasa, imposible saber a qué atenerse; pero introducirle de buenas a primeras me parece que tiene también sus inconvenientes. La opinión que ha emitido uno de tus consejeros de enviar a alguien para sondearle no me parece juiciosa; ello no daría ningún resultado. «No era ni el lugar ni el momento de venir para Vibhishana», se ha dicho también. Yo tengo mi opinión sobre esto. Escucha lo que a mí me parece. El lugar y el tiempo son aquí lo que son: dejar a uno por otro; he aquí en lo que consiste la falta o el mérito. Conociendo la perversidad de Ravana y tu valor, Vibhishana, con su llegada da prueba de tacto y de inteligencia. «Que emisarios disfrazados, ¡oh príncipe!, le



interroguen», se ha dicho también. Estas palabras me han sugerido algunas reflexiones. Aquel al que se interroga empieza a desconfiar al punto, si es sabio, y no dice ni palabra. Entonces todas las disposiciones benévolas se alteran, tras esta inútil averiguación, en aquel que se presenta como amigo. Imposible, ¡oh rey!, discernir de buenas a primeras el carácter de un extranjero; es en el curso de frecuentes conversaciones, por palabras que escapan, como la perfidia se traiciona ordinariamente. El lenguaje de éste no denota en modo alguno un natural perverso; tiene, además, un rostro abierto; por ello yo no siento la menor sospecha. No experimenta hablando el menor apuro, es dueño de sí mismo, no se insinúa torcidamente. Su lenguaje no es el de un perverso, por ello yo no siento desconfianza. Por mucho que se quiera disimular, imposible es ocultarse enteramente. Inevitablemente, la naturaleza íntima de cada uno acaba por manifestarse. Cuando una empresa tiene para ella la oportunidad del lugar y del tiempo, ¡oh el más experimentado de los hombres!, y tiene además carácter político, obtiene un triunfo rápido. Vibhishana conoce tu magnanimidad y la bajeza de Ravana. Ha sabido la muerte de Vali y la consagración de Sugriva. Además, ambiciona el Imperio; que es lo que le habrá determinado a venir aquí; tales son, probablemente, los motivos que nos valen su alianza. He dicho lo que tenía que decir para demostrarte la rectitud de ese rakshasa. Tú has comprendido. Lo demás te concierne, ¡oh el príncipe de los sabios!»

## SARGA XVIII

### RAMA EMITE LA OPINIÓN DE ACOGER A VIBHISHANA

Entonces, lleno de sinceridad, el hijo de Vayú oído, Rama, el héroe invencible, expuso su sentimiento personal: «Yo también tengo mi opinión sobre Vibhishana. Quiero hacéroslo conocer íntegramente, ¡oh vosotros, que estáis afianzados en el bien! Aquel que se presenta con disposiciones amistosas, yo no le rechazaría jamás. Aun en caso de error, las gentes honradas no me censurarían.»

Al oír estas palabras, Sugriva, el toro de los haris, exclamó, protestando; luego, tras haberse recogido, dijo elocuentemente: «¿Qué importa si es o no malintencionado ese merodeador nocturno, cuando en tal peligro abandona a su hermano? ¿A

quién, entonces, no sería capaz de traicionar?» A estas palabras del rey de los vanaras, Kakutsztha paseó su mirada por toda la asistencia. Luego, sonriendo dulcemente a Lakshmana, el de las santas insignias, el valeroso héroe se expresó de este modo: «Aquel que no ha estudiado los *Sastras* y que no tiene el respeto de los ancianos no podría hablar como el rey de los haris. Hay algo de particular en la circunstancia, me parece; ello se ve manifestamente y muy especialmente entre todos los príncipes. Los reyes tienen como enemigos comprobados a sus parientes y a sus vecinos, que en la desgracia se vuelven contra ellos; esto es lo que trae aquí a ese rakshasa. Los parientes que no son malos honran a aquellos de los suyos que les hacen el bien; es la práctica habitual; pero para los príncipes, hasta un buen pariente es sospechoso. En cuanto a la falta que tú señalas, y que consiste en aceptar el concurso de un enemigo, sobre esto emplearé el lenguaje de los *Sastras*; escucha. Nosotros no somos parientes del rakshasa, y no es nuestro Imperio lo que desea. Sin contar que sus compatriotas saben perfectamente que ha partido, razón ésta que hace que debamos acogerle. Sin inquietud, gozosos, se habrán reunido. Luego ese gran grito, «Tienen miedo el uno del otro», habrá sembrado la división entre ellos; he aquí lo que habrá producido la llegada de Vibhishana. Todos los hermanos, querido, no se parecen a Bharata. Todos los hijos no son para sus padres lo que yo fui para el mío y todos los amigos tampoco son iguales.»

Tal fue el discurso de Rama. Sugriva se levantó así como Lakshmana. Luego, el muy sabio vanara se inclinó y dijo: «Es Ravana, sábelo, quien envía a ese corredor nocturno. Yo creo que es prudente asegurarse de su persona, ¡oh tú, de todos el más circunspecto! El rakshasa, por orden de ese espíritu perverso, ha venido a estos lugares para arrojarse de improviso sobre ti, sobre mí o sobre Lakshmana, ¡oh guerrero sin reproche! Merece la muerte, lo mismo que sus cómplices, el hermano del inhumano Ravana, ese Vibhishana.» Tras haber hablado así al príncipe elocuente de los Raghús, Sugriva, el jefe del ejército, orador disertó, entró en el silencio.

Cuando hubo oído a Sugriva, el toro de los haris, Rama reflexionó, luego le dio esta hermosa respuesta: «Sea o no sea malintencionado ese rakshasa, ¿qué importa? ¿Es que podría causarme el menor perjuicio? Pisacas, danavas, yakshas y también, en la Tierra, los rakshasas, con la punta del dedo yo los mataría si quisiera, ¡oh rey de los haris! Se cuenta

que un palomo junto al cual su enemigo se había refugiado le concedió los honores de la hospitalidad y le invitó a nutrirse con su propia carne. He aquí cómo aquel palomo acogió al raptor de su esposa, venido a su tejado, ¡oh príncipe de los vanaras! ¡Qué no debe hacer un hombre tal cual yo! Escucha estas estancias eminentemente santas que cantaba en otro tiempo el hijo del rishi Kanda, el gran asceta Kandú, el del lenguaje sincero: «Un desgraciado que junta el hueco de las manos en forma de anjalí y viene a buscar refugio, por humanidad no se le debe matar, aunque sea un enemigo. El infortunado o el temerario que reclama asilo y se entrega a la discreción de sus enemigos, debe ser protegido por aquel que sabe ser dueño de sí mismo. Pues si el temor, el extravío o la pasión le impiden socorrerle, según su poder, de acuerdo con las reglas, su falta le es reprochada por todos. Y el suplicante que perece ante los ojos de aquel del que solicita en vano la asistencia, se va llevándose todos sus méritos. Por consiguiente, es un crimen no socorrer aquí abajo a los suplicantes. Es privarse del Cielo, de la gloria; perder fuerza y valentía.» Yo me conformaré, pues, estrictamente a la excelente enseñanza de Kandú. El es santo, él es glorioso, él conduce al Cielo cuando concede la retribución a los méritos. Todo ser que se ha refugiado una vez junto a mí diciendo: «Te pertenezco», yo le aseguro mi protección; he hecho el juramento de obrar así. A mí, pues, pertenece ese extranjero, ¡oh rey de los haris!; yo le doy asilo, sea Vibhishana o Ravana mismo.»

Así habló Rama, Sugriva, el señor de los plavagas, respondió al hijo de Kakutstha, hacia el cual estaba lleno de afecto: «¡Qué de extraordinario que tú hables de este modo, tú, que brillas como una joya a la cabeza de los soberanos, leal y virtuoso héroe, afianzado en el buen sendero! Yo también estoy persuadido en mi alma de la rectitud de Vibhishana. Inducción, sentimiento, todo se ha puesto en obra para sondearle bien. Que sea, pues, admitido al instante entre nosotros con pie de igualdad, ¡oh Raghava!, ese Vibhishana lleno de sabiduría, y que entre en nuestra alianza.» A estas palabras de Sugriva, el amo de los haris, Rama se puso al instante en relación con Vibhishana, como Purandara con el rey de los pájaros.

## SARGA XIX

## VIBHISHANA ES INTRODUCIDO A PRESENCIA DE RAMA

Habiendo acordado Raghava su protección, el hermano nacido después de Ravana, el muy inteligente Vibhishana se inclinó bajando los ojos hacia la tierra. Bajó gozoso de las alturas al suelo, con sus fieles compañeros. Luego, el virtuoso Vibhishana corrió hacia Rama. Cayó a sus pies con los cuatro rakshasas y le habló de este modo, lleno de lealtad, de tacto y, dadas las circunstancias, de alegría: «Yo soy el hermano menor de Ravana; me ha ultrajado. Heme aquí venido hacia ti, el protector, con justo título, de todos los seres. He abandonado Lanká, mis amigos y mis bienes. Te confío Imperio, vida y fortuna.»

A estas palabras, Rama replicó, con voz acariciadora y comiéndoselo con los ojos, por decirlo así: «Indícame lealmente lo fuerte y lo débil de los rakshasas.» Así cuestionado por Rama, el de las hazañas imperecederas, el rakshasa se puso a describir la potencia de Ravana en toda su extensión: «Dasagriva es invulnerable para todos los seres, gandharvas, serpientes y pájaros, príncipe, en virtud de un privilegio especial de Svayambhú. Tengo otro hermano, además de Ravana; él también de más edad que yo, el valiente Kumbhakarna, ilustre rival de Sakra en la guerra. Ravana, ¡oh Rama!, tiene para que mande en su ejército a Prahasta, que tal vez te es conocido. El fue quien en el Kailasa venció en lucha a Manibhadra. Cuando, provisto de sus guantes de arquero y revestido de coraza impenetrable a los dardos, Indrajit empuña su arco, se hace invisible. En el campo de batalla, en lo más fuerte de la pelea, tras haber hartado al dios que se alimenta de ofrendas, vuelto invisible, el afortunado Indrajit extiende la carnicería, ¡oh Raghava! Mahodara y Mahaparsva, así como el rakshasa Akampana, los lugartenientes de aquel príncipe, son semejantes a reyes en el campo de batalla. Diez millares de kotis de rakshasas, que cambian de forma a voluntad y se alimentan de carne y de sangre, habitan la ciudad de Lanká, a su cabeza el rey hizo la guerra a los protectores de los mundos, que fueron derrotados, así como los devas, por ese perverso Ravana.»

Cuando hubo oído a Vibhishana, el príncipe de los Raghús reflexionó en su alma sobre ello; luego se expresó de

este modo: «Esas hazañas de Ravana, de las que me haces el relato fiel, ¡oh Vibhishana!, ya las conocía muy bien. Yo mataré a Dasagriva, así como a Prahasta y a su propio hijo; luego te haré rey; es cierto, créeme. Que se hundiese en el Rasatala o incluso en el Patala; había de refugiarse junto al Abuelo. Ravana no escaparía vivo a mis manos. Antes de haber matado a Ravana en lucha, con sus hijos, sus gentes y sus aliados, no entraré en Ayodhya; lo juro por mis tres hermanos.»

Así habló Rama, el del imperecedero karmán. El piadoso Vibhishana le saludó con la cabeza y le dijo: «En la matanza de los rakshasas y en la toma de Lanká yo te ayudaré con todos mis alientos, y yo quebrantaré los batallones enemigos.» Oyéndole hablar de este modo, Rama abrazó a Vibhishana; luego ordenó gozoso a Lakshmana: «Ve a coger agua del mar, y con ella procede a la consagración del sabio Vibhishana como rey de los rakshasas, bajo mis auspicios, noble hermano.» Entonces, y conforme a la orden que le daba Rama, Sumitri dio la unción real a Vibhishana, en medio de la flor de los vanaras. Cuando le vieron elevado así al puesto supremo por Rama, los plavamgamas de pronto, aclamaron al magnánimo rakshasa gritando: «¡Bravo! ¡Bravo!»

Luego, Hanumat y Sugriva preguntaron a Vibhishana: «El Océano, este indestructible imperio de Varuna, ¿cómo podremos franquearle nosotros todos con los ejércitos poderosos de vanaras que nos rodcan? ¿Qué medios emplear para atravesar rápidamente con nuestras tropas el Océano, este amo de ríos y torrentes, asilo de Varuna?» A esta pregunta el virtuoso Vibhishana respondió: «El príncipe descendiente de Raghú debe refugiarse junto al Océano. Este inmenso depósito fue excavado por Sagara; por consiguiente, tiene que ayudar a Rama, su pariente.» Así habló Vibhishana, rakshasa lleno de sabiduría. Sugriva fue al punto con Lakshmana a reunirse con Rama, al que Sugriva, el del formidable cuello, comunicó el saludable consejo de Vibhishana relativo al asilo a pedir a Sagara, que agradó a lo que naturalmente de religioso tenía Rama. El ilustre príncipe respondió a Sugriva, el rey de los haris, acompañado de Lakshmana. Lleno de atenciones por aquel vanara que se las ingeniaba por complacerle, le dijo sonriendo, así como a su hermano: «El plan de Vibhishana me place, ¡oh Sugriva, oh Lakshmana! Sugriva es instruido, fue siempre un consejero acertado. Reflexionad los dos sobre esto, y lo que juzguéis bueno, decidlo.»

Así les habló. Los dos guerreros, Sugriva y Lakshmana, le

respondieron con tono respetuoso: «¿Cómo no nos agradaría, tigre de los hombres, ¡oh Raghava!, el consejo de Vibhishana, puesto que en esta ocasión asegura el éxito? A menos de tender un puente sobre el Sagara, este temible dominio de Varuna, Lanká permanece inaccesible, incluso para los suras y los asuras unidos a sus Indras. Sigamos puntualmente el consejo del bravo Vibhishana. Bastante tiempo ha sido ya perdido. Abordemos a Sagara, para que con el ejército lleguemos a Lanká, de la que Ravana es la esperanza.» Tras estas palabras, Rama se instaló en la orilla, toda llena de kusas, del soberano de ríos y torrentes, como se instala sobre la vedi el dios que se alimenta de ofrendas.

## SARGA XX

## RAVANA DIPUTA A SUKA JUNTO A SUGRIVA

Entre tanto, un rakshasa que había ido a la descubierta, advirtió el ejército acampado a las órdenes de Sugriva. Sárdula era el nombre de aquel bravo. Aquel espía del rey de los rakshasas, del malvado Ravana, tras haber inspeccionado por todos lados al ejército entero, volvió sobre sus pasos. Alcanzado Lanká a toda prisa dijo al monarca: «Hay una multitud de vanaras y de rikshas que avanzan hacia Lanká. Como otro mar, no tienen ni fondo ni medida. Los dos hijos de Dasaratha, los hermanos Rama y Lakshmana, eminentes, dotados de hermosura, han venido tras las huellas de Sitá. Llegados al borde del Océano, allí vivaquean, ilustre príncipe. Las tropas ocupan un espacio de diez yojanas en todos sentidos. Poderoso monarca, te conviene saber exactamente y lo más pronto posible lo que hay sobre esto. Que tus emisarios, gran rey, tomen rápidamente informes. Restitución, conciliación o división están ahora indicadas.»

A estas palabras de Sárdula, Ravana, el jefe de los rakshasas, emocionóse de pronto, y, reflexionando sobre la situación, ordenó al punto a Suka, el más hábil de los negociadores: «Corre a presentarte de mi parte a Sugriva, y, de orden mío, di a ese príncipe emprendedor, con tono amable, persuasivo: No hay duda que procedes de una raza de grandes monarcas; tú eres el muy poderoso hijo del rey de los rikshas. Tu nada tienes que temer ni que esperar, y tú eres para nosotros como un hermano, Señor de los haris. Si yo he arreba-

tado la esposa a ese príncipe astuto, ¿qué te importa? Sugriva, vuélvete a Kishkindhá. No, Lanká no podría ser conquistada en modo alguno por los haris; no podría serlo por los devas aliados a los gandharvas; mucho menos, debes comprenderlo, ¡por hombres y monos!»

A esta orden del Indra de los rakshasas, el noctámbulo Suka, elevándose por los aires, atravesó rápidamente el espacio. Tras haber viajado mucho tiempo por encima, enteramente por encima de las olas, detúvose en el aire y repitió a Sugriva todo cuanto le había prescrito que dijese el malvado Ravana. Mientras recitaba su arenga, de un bote súbito los vanaras arrojáronse bruscamente sobre él para zamarrearle y molerle a puñetazos. Los plavamangamas, sacudiendo con violencia al merodeador nocturno, le empuñaron haciéndole caer al punto del aire al suelo. Maltratado por los vanaras, Suka habló de este modo: «No se pega a los embajadores, ¡oh Kakutsthal! aleja, pues, a estos vanaras.» «El enviado que deja a un lado el mensaje de su señor para hablar por su propia cuenta, como dice lo que no tiene misión de decir, merece la muerte», le replicó Rama. No obstante, escuchando las quejas de Suka: «No le matéis», ordenó a los toros de los monos, que le golpeaban. Entonces, recobrando la agilidad de sus alas y viéndose al abrigo de los monos, manteniéndose de pie en el aire añadió: «¡Oh Sugriva, dotado de bondad, héroe lleno de fuerza y de valor!, ¿qué debo decir de tu parte a Ravana, el *ravana* de los mundos?»

Así interpelado, el rey, el poderoso toro de los plavamangamas, dio a Suka, el emisario del noctámbulo Dasagriva, para que se la repitiese en su nombre, esta altiva respuesta que le inspiró su noble carácter: «Tú no eres mi amigo, tú no eres digno de piedad, tú no me eres ni útil ni agradable, mientras que sois enemigos de Rama tú y los tuyos; tú perecerás como Vali, tú, que mereces la muerte. Quiero exterminarte con tus hijos, tus aliados y la turba de tus parientes, ¡oh rey de los noctámbulos!, y Lanká, a la que sitiare al frente de mi gran ejército, de todos los míos, la reduciré enteramente a cenizas. No, tú no escaparás a Raghava, insensato Ravana, aunque contases con la protección de todos los seres y sus Indras; aunque te hicieses invisible para poder seguir el sendero de Surya, hundirte en el Patala o refugiarte junto al loto de los pies del rey de los montes. Tú sucumbirás bajo los golpes de Rama con todos cuantos te siguen. En los tres mundos no veo a alguien que pueda salvarte, pisaca, rakshasa, gandharva o asura. Has matado al anciano rey de los buitres, Jatayús;

más aún, a algunos pasos de Rama y no lejos de Lakshmana, has arrebatado a Sitá, la de los grandes ojos. Al raptarla, ¿es que no la conocías? ¿No sabías que aunque fuerte, poderoso, irresistible a los suras mismos, sería el príncipe de los Raghús, quien te quitaría la vida?»

Entonces tomó la palabra, a su vez, el hijo de Vali, Angada, el mejor de los haris: «No es un enviado, sabio rey; más parece ser un espía. Está ahí contando nuestras tropas. Que se le detenga y se le impida volver a Lanká; he aquí lo que pienso.» Entonces, a una señal del rey, los valimukas se lanzaron sobre el rakshasa, al que empuñaron y agarrotaron, mientras que, indefenso, se lamentaba. Maltratado por los vanaras furiosos, Suka se puso a implorar a grandes gritos al generoso Rama, nacido de Dasaratha: «¡Me arrancan brutalmente las alas! ¡Me saltan los ojos! La noche en que moriré y aquella en que he nacido, en el intervalo de tiempo que separa una de otra, cuanto de malo haya hecho, todo ello te incumbirá, si pierdo la vida.» Rama no permitió que le matasen, cuando oyó estos gritos. Ordenó a los vanaras: «Soltad a ese emisario.»

## SARGA XXI

### RAMA LANZA SUS FLECHAS A SAGARA

En la orilla del Sagara, cuyo suelo había llenado de darblas, tras haber hecho el anjali con el rostro vuelto hacia Oriente, Raghava se tendió. El matador de sus enemigos estaba apoyado sobre su brazo, que asemejábase a los anillos de una serpiente a causa de sus adornos de oro y su traje habitual, que con sus brazos cargados de perlas, de brazaletes de oro y de las joyas más preciosas, las mujeres más hermosas habían limpiado más de una vez. En tiempos, perfumado de sándalo y de agallocha, mientras que el azafrán, el que tiene los reflejos de la aurora, le daba lustre, aquel brazo de Rama, en el lecho nupcial, Sitá, apoyando en él su cabeza, le hacía relucir como el agua del Gangá, en la que se hunde, hace relucir el cuerpo de Takshaka. Largo como una yuga, en el combate doloroso, ardiente para sus adversarios y alegría para sus amigos, estaba echado al borde del Océano. La cuerda de su arco, a fuerza de tenderla, había arrancado la piel del brazo izquierdo del hábil arquero, cuyo brazo derecho, pareci-



do a una enorme maza, procuraba vacas por millares. Apoyado, pues, sobre su poderoso codo: «Sagara va a librarme paso o le mato», dijo Rama, el de los grandes brazos, y esta decisión tomada, acostóse junto al mar, conforme a los ritos, recogido y silencioso. Rama durmió así apaciblemente sobre el suelo lleno de kusas, siguiendo la prescripción, durante tres noches consecutivas. Durante tres noches, Rama, dotado de ciencia y de piedad, estuvo junto a Sagara, el amo de los ríos. El indolente Sagara no mostró su forma al héroe, que, no obstante, le había rendido religiosamente los homenajes obligados. Indignado contra él, Raghava, los bordes de los ojos rojos de cólera, dijo a Lakshmana, el de las brillantes insignias, que se encontraba allí al lado: «Es por desdén por lo que el Océano no se muestra en persona. Deferencia y también longanimidad, rectitud, lenguaje amistoso, estas cualidades de las gentes de bien son poco apreciadas por aquellos que están desprovistos de ellas, mientras que el fanfarrón, el libertino, el insolente que pasea su jactancia a la redonda y comete excesos en todas partes la gente le colma de atenciones. Con la mansedumbre imposible adquirir renombre; mediante la mansedumbre no se podría conseguir gloria en esta Tierra, ¡oh Lakshmana!, como tampoco victoria en el frente de batalla. Hoy, atravesados por mis dardos, los monstruos marinos turbarán con sus botes por todas partes, ya lo verás, Sumitri, las olas en que habitan. Los anillos de las grandes serpientes de agua, vas a ver cómo los corto, ¡oh Lakshmana!, esas grandes articulaciones de los peces, así como la trompa de los elefantes de mar. Con sus ondas abundantes en conchas y perlas, con sus peces y sus makaras, hoy, en un gran combate, dejaré el Océano en seco. Porque soy paciente, Sagara, el asilo de los makaras me estima sin fuerza. ¡Largo la mansedumbre, tratándose de tal personaje! Es porque soy bueno por lo que no me muestra su forma propia. Tráeme mi arco, Sumitri, y mis flechas semejantes a serpientes venenosas. Voy a desecar el mar; los plavamgamas le atravesarán a pie. Hoy, todo inquebrantable que sea, yo derribaré a Sagara. El, a quien sus orillas limitan a las que llena de olas por millares, yo borraré estos bordes con mis dardos. La mansión de Varuna, el Océano poblado de grandes danavas, voy a trastornarle.»

Hablando de este modo, el arco en la mano, los ojos dilatados por el furor, estaba espantoso. Lanzaba llamas, como el fuego que pone fin a los yugas. Apretando más y más su te-

mibilísima arma, conmovía el Universo al lanzar sus flechas desbarbadas, terribles, como Satrakuta sus rayos. Sus proyectiles llameantes, impetuosos, cuya potencia era sin rival, hundíanse en las olas del mar, donde espantaban a las serpientes. Las ondas del mar con sus peces y sus cetáceos, fueron violentamente sacudidas. Un formidable clamor estalló entonces. Con los surcos hechos por las grandes láminas de agua que le horadaban, los bancos de conchas de que estaba cubierto, el Océano, trastornado, tornóse de pronto humeante. La turbación cundió entre los pannagas, con las fauces inflamadas, los de los ojos de brasa, y entre los danavas poderosos, en las proximidades del Patala, su morada. Las olas del rey de los ríos con sus cocodrilos y sus escualos, ellos, cuya talla igualaba a la del Vindhya o el Mandara, dispersáronse a millares. Sus montones de aguas derramadas, sus uragas y sus rakshasas llenos de estupor, sus grandes cocodrilos en plena huida, el Océano lanzaba grito. Entonces, Sumitri, precipitándose hacia Raghava, que, en su terrible ardor, descargaba su arco inmenso lanzando rugidos: «¡Basta! ¡Basta!», exclamó, y esto diciendo se apoderó de su arma. «No tienes necesidad de obrar de este modo para traer a Sagara a pactar contigo, tú, el mejor de los héroes. Tus semejantes no caen jamás bajo el yugo de la cólera; considera la longanimidad de las gentes virtuosas.» En aquel momento en los aires, donde hacíanse invisibles, los brahmarshis y los rishis le gritaron: «¡Rama, no obres, claro, de ese modo!»

## SARGA XXII

## EL EJÉRCITO ATRAVIESA EL MAR

El príncipe de los Raghús hizo a Sagara esta amenaza: «Hoy dejaré en seco el mar y el Patala. Tus aguas consumidas por mis flechas, de tu seno completamente desecado, ¡oh Sagara!, y despoblado bajo mis golpes, va a levantarse un polvo inmenso. Gracias a la granizada de proyectiles lanzados por mi arco, ¡oh Sagara!, los plavamgamas irán a pie a la otra orilla. De ello acabas de tener una prueba; ¡y, no obstante, no reconoces mi valentía, como tampoco mi fuerza! Pues bien, ¡oh tú, asilo de los danavas!: voy a acabar tu ruina.» Rama ató a un dardo de Brahma una flecha semejante al brahmadanda; luego, tras haberlas adaptado bien, el héroe

tendió su arco excelente. Cuando Raghava tendió su arco, de pronto el Cielo y la Tierra se hendieron, por decirlo así, y las montañas temblaron. Las tinieblas cubrieron el Mundo y las regiones tornáronse indistintas. Al punto lagos y ríos agitáronse a contra corriente. La marcha de la Luna y del Sol, así como la de las estrellas, quedó turbada. Abrasado por los fuegos solares y envuelta en sombras, la atmósfera empezó a centellear. Centenares de meteoros la inflamaban. Del cielo caían rayos con un estruendo sin igual. Los cinco divinos Marutas soplaban con toda su fuerza; rompieron los árboles y amontonaron las nubes en un abrir y cerrar de ojos. Abatieron las puntas de las rocas y quebrantaron sus cimas. En el cielo grandes estallidos de truenos, de gran fuerza y ruido al mismo tiempo, proyectaron luces fulgurantes. Los bhutas visibles lanzaron clamores semejantes al fragor del rayo, mientras que los que estaban invisibles lanzaban gritos de espanto. Extendidos por tierra, llenos de angustia, temblaban aterrorados. Entrados en convulsión, el terror les inmovilizaba. Al mismo tiempo que los bhutas, el mar, con sus montañas de agua, sus nagas, sus rakshasas, dio de pronto un salto espantoso y sobrepujó sus orillas en un yojana, bien que no fuese aún la época de la sumersión final.

El descendiente de Raghú, el matador de sus enemigos, Rama, no retrocedió ante los botes desordenados del amo de ríos y torrentes. Entonces, de en medio de las aguas, Sagara salió en persona. Cual de las altas cimas de la montaña oriental del Merú surge el astro del día. Con sus panagas de inflamadas fauces, el Océano apareció. Tenía el barnizado brillo de una esmeralda. El Jambunada le servía de adorno. Guirnaldas de perlas festoneaban su traje; sus ojos asemejábanse a las hojas del loto; en la cabeza llevaba una diadema celestial trenzada con toda clase de flores. Tenía joyas de oro jatarupa pasado por el crisol, y perlas nacidas en su propio seno le adornaban espléndidamente. Estaba cubierto de ornamentos hechos con metales de todas clases, como el monte Himavat; sus olas agitábanse en tropel; nubes y vientos apretábanse en torno suyo. Ríos, y a su cabeza el Gangá y el Sidhu, le escoltaban. Sagara se lanzó mediante un poderoso salto fuera del elemento líquido, y tras reflexionar dijo a Raghava: «La Tierra, el viento, el aire, las aguas y la luz, bienamado Raghava, permanecen en su naturaleza propia y siguen perpetuamente su vía. Mi naturaleza a mí, es ser profundo e infranqueable; y cambiaría si admitiese vados; esto te lo aseguro. Ni por deseo, ni por ambición, ni por temor, ¡oh príncipe!, como tampoco

por afecto, podría solidificar en modo alguno mis olas pobladas de tiburones. No obstante, haré de modo que puedas pasar; he aquí hasta dónde iré: los tiburones permanecerán tranquilos mientras el ejército efectúe esta travesía. Para que crucen los haris, ¡oh Rama!, seré como la tierra firme.»

Rama dijo entonces: «Escúchame, tú, que abrigas a Varuna. Este gran dardo que no deja de alcanzar su fin, ¿dónde debo dejarle caer?» A estas palabras de Rama, y viendo el poderoso aspecto del proyectil, el Océano, el de la gran energía, respondió: «Al norte de aquí hay un cierto lugar muy santo, Drumakulya, nombre célebre en el Mundo, lo mismo que el tuyo. Allí numerosos y perversos dasyus, de karmán terrible de ver, teniendo a los abhiras a su cabeza, beben mis aguas. El contacto de esos perversos es un mal que no puedo tolerar. Tu excelente proyectil que no se extravía, ¡oh Rama!, es allí adonde debes lanzarle.» Así habló el magnánimo Sagara.

Entonces Rama lanzó el maravilloso dardo en su presencia. El sitio en que cayó aquel dardo semejante a un manojo de rayos es conocido en el Mundo con el nombre de desierto de Marú. La Tierra que atravesó el proyectil lanzó un grito, y por la boca de la herida el agua brotó del Rasatala. Horadóse entonces un pozo que fue llamado Vrana. Siempre se ve correr de él como agua de mar. De la fisura escapó un ruido formidable. No obstante, el dardo cayendo desecó el agua de las excavaciones. El desierto de Marú es conocido en los tres mundos. Tras haber secado esta fosa, el hijo de Dasaratha, este sabio de la valentía inmortal, concedió privilegios a aquel terreno. Bueno para pastos, poco accesible a las enfermedades, abundante en frutas y raíces, rico en aceites, pródigo en manteca, perfumado por plantas aromáticas variadas; tales fueron las múltiples cualidades concedidas a Marú, que, gracias a la liberalidad de Rama, tornóse una región afortunada. Esta excavación, habiendo sido desecada, Samudra, el esposo de los ríos, dijo a Raghava, experto en el manejo de todas las armas: «Amigo mío, este Nala que ves ahí el hijo de Visvakarmán, su padre le ha colmado de dones; es generoso y abnegado. Grande es el poder de este vanara. Que eche un puente sobre mis aguas; yo le soportaré. Nala es tan hábil como su padre.» Dichas estas palabras, el Océano desapareció.

Levantándose entonces Nala, príncipe de los vanaras, habló de este modo al valeroso Rama: «Yo construiré un puente sobre el inmenso dominio de los makaras recurriendo a la industria que he heredado de mi padre. El Océano te ha dicho

verdad. El palo es para el hombre lo mejor que hay en el mundo, a mi juicio. ¡Nada de mansedumbre respecto a los ingratos, como tampoco bondad ni liberalidad! Es evidente que Sagara, ese terrible montón de agua, tan sólo por temor al castigo, viendo su deseo inquebrantable de establecer un puente, concede paso a Raghava. Mi madre obtuvo en el Mandara un favor de Visvakarmán, que la dijo: «Tc nacerá un hijo que se parecerá a mí, ¡oh diosa!» Nacido de su seno, yo soy el hijo y el igual a Visvakarmán. No habiendo sido consultado, nada hoy había dicho de mis talentos personales. Yo puedo, evidentemente, establecer una calzada sobre los dominios de Varuna. Por consiguiente, que a partir de hoy se pongan a la obra la flor de los vanaras.»

A una orden de Rama, de todas partes los toros de los haris lanzáronse gozosos al gran bosque por centenas de mil. Aquella flor de las tribus simiescas, desarraigando las rocas de las que tenían la talla, y lo mismo los árboles, los transportaban al mar. Salas, asvakarnas, dhavas, vamsas, kutajas, arjunas, talas, tilakas, tinisas, bilbacas, saptaparnas, karnikaras en flor, cutas, asokas, los vanaras llenaron con ellas el Océano. Con sus raíces o sin sus raíces, los mejores de los haris transportaban aquellos árboles, que blandían como otros tantos estandartes de Indra. Talas, ramas de dadimas, narikelas, vibhitajas, kariras, nimbas amontonábanlas aquí y allá. Piedras grandes como elefantes, rocas, aquellos poderosos colosos las arrancaban, luego las cargaban con ayuda de máquinas. Bajo aquellos bloques que lanzaban allí, el agua rechazada de pronto saltaba por el aire para caer en seguida. Los vanaras trastornaban el mar precipitándose en ella por todos lados, o tiraban por medio de cables. Era larga de cien yojanas (345) la enorme calzada construida por Nala en el seno del amo de los ríos y de los torrentes. Fue construida por los brazos de los vanaras, los de las formidables obras. Unos traían troncos que otros ajustaban. Fueron por centenares de centenares los vanaras que se pusieron a la disposición de Rama. Semejantes a nubes o a montañas, lianas y vigas fueron empleadas por los monos, que se servían aun de árboles de copa enflorada para construir el dique. Bloques semejantes a montes, crestas rocosas, se les veía transportarlas a paso de carga a los vanaras, aquellos émulos de los danavas. Las piedras así lanzadas, las rocas caían con horrible estruendo en el mar. El primer día hicieron catorce yojanas de albañilería aquellos plavam-gamas semejantes a elefantes, llenos de alegría y de entusiasmo. El segundo día construyeron veinte yojanas los acti-

vos plavagas, los de aterradora estatura y gran energía. El tercer día, apresurándose, aquellos colosos echaron en el Océano veintiuna yojanas de albañilería. El cuarto día hicieron veintidós yojanas llenos de ardor febril. El quinto día los plavagas, aquellos obreros diligentes, se acrearon con veintitrés yojanas a la orilla opuesta. Aquel vanara escogido el afortunado, el valiente hijo de Visvakarmán, echó sobre el Océano una calzada digna de su padre. Esta calzada levantada por Nala sobre el mar, asilo de los makaras, deslumbrada por su perfección y su esplendor; cual la vía de Svati en el espacio.

Entre tanto, los devas, con los gandharvas, los siddhas, los supremos rishis acudiendo se detenían en el cielo, impacientes por ver aquella obra maestra. Aquel dique de tan difícil ejecución, hecho por Nala, que le había dado diez yojanas de anchura por cien de longitud, devas y gandharvas le contemplaban. Los plavamgamas zambullíanse, nadaban, exclamaban viendo aquella maravilla inimitable, imposible, que producía escalofríos. Todos los seres observaban aquel puente echado sobre el Océano. Fue por millares de kotis como los vanaras llenos de valentía, tras haber construido aquella calzada, ganaron la orilla opuesta. Ancha, bien construida, magnífica con su hermoso empedrado, muy sólidamente cimentada, aquel gran dique asemejábase a una línea trazada sobre las olas. Entre tanto, en la orilla del mar, con su maza en la mano, Vibhishana estaba apostado con sus compañeros para caso de ataque del enemigo.

Entonces Sugriva dijo a Rama, el de valiente natural: «Súbete sobre Hanumat, y Lakshmana sobre Angada. Porque, ¡oh héroe!, el mar, asilo de los makaras, es ancho. Esos dos vanaras que viajan por el espacio os transportarán a los dos. Al frente del ejército el afortunado Rama con Lakshmana avanzó, pues, así. El magnánimo arquero iba acompañado de Sugriva. Los vanaras, unos marchaban en el centro; otros, por los flancos; éstos lanzábanse al mar; aquéllos, metíanse por la calzada. Algunos atravesaban por el aire como los pájaros. El ruido colosal que hacía marchando el temible ejército de los haris apagaba el horrible estrépito de las olas. Cuando las tropas simiescas hubieron pasado, gracias al puente de Nala, el rey las hizo vivaquear en la orilla, donde abundaban raíces, frutas y agua. Aquella obra maestra realizada por orden de Raghava, pese a sus dificultades, al verlo los devas, que se habían acercado con los siddhas y los caranas, así como los grandes rishis, consagraron a Rama al momento con aguas muy puras. Aparte dijeron: «Triunfa de tus enemigos, ¡oh

tú, que eres un dios entre los hombres, y reina en la Tierra y en el mar durante años sin fin!» Así, mediante estos votos múltiples, aclamaron a Rama en medio de los homenajes que por su parte le prodigaban los brahmanes.

## SARGA XXIII

### PRESAGIOS SE LE APARECEN A RAMA

El hermano mayor de Lakshmana advirtió presagios, y como sabía su significación, dijo, abrazando a Sumitri: «Provisionémonos de agua fresca, de frutas silvestres; dividamos este ejército numeroso, formemos batallones y hagamos alto, ¡oh Lakshmana! Un espantoso peligro, de esos en que los mundos sucumben, le veo que avanza para la destrucción de los bravos rikshas, vanaras y rakshasas. Vientos polvorientos soplan, la tierra tiembla, las cimas de los montes oscilan, los árboles caen. Nubes, semejantes a hermosas bestias feroces, dejan oír clamores terribles, formidables. Las nubes dejan caer abundantes aguaceros, mezclados con gotas de sangre. La Luna ilumina con rojos resplandores un crepúsculo espantoso en exceso. Del Sol inflamado he aquí que cae un círculo de fuego. Lúgubres, con voces lúgubres, siniestras, fieras y pájaros por todas partes lanzan a la faz del Sol gritos llenos de espanto. Por la noche, bien que sin brillo, Candramas es ardiente; con su halo negro y rojo, es como la destrucción, la que se levanta con él sobre el Universo. Su disco disminuido, sombrío, sin brillo, cobrizo, es en el Sol sin mancha como un mono negro que aparece. Un polvo espeso alcanza a las estrellas y parece anunciar el fin de un yuga de los mundos, míralo, Lukshmana. Cuervos, águilas, buitres vuelan a ras de tierra dando vueltas, y los chacales lanzan gritos siniestros, que inspiran el más vivo terror. Rocas, mazas, venablos, lanzados por los kapis y los rakshasas, cubrirán la tierra, a la que empapará un barro de carne y de sangre. Sin tardar, hoy mismo, esta ciudad de difícil acceso, de la que Ravana es el baluarte, marchemos contra ella, a toda prisa, escoltados por todos los haris.»

El arquero Rama, calamidad de las batallas, habló así. Iba hacia adelante, la cara vuelta hacia Lanká, el señor Rama. Vibhishana y Sugriva a la cabeza, todos aquellos toros de los vanaras se levantaron y lanzaron gritos de muerte dirigidos

a sus poderosos enemigos. Aquellas enérgicas demostraciones, hechas por los valerosos haris con objeto de agradarle, llenaron de satisfacción a Rama, la felicidad de Raghú.

## SARGA XXIV

## SUKA DA CUENTA A RAVANA DE SU MISION

Aquel ejército de bravos así ordenados recibía de su rey un brillo semejante al que recibe la Luna llena una noche brillantemente estrellada. Temblaba de espanto la tierra sobre la que marchaba con paso acelerado aquella gran multitud, que asemejábase al Océano. Entre tanto, los habitantes de las maniguas oyeron levantarse en Lanká un ruido de gongos y de tambores formidable, que hacía erizar los cabellos. Aquel ruido llenó de alegría a los oficiales de los haris, que, llenos de ardor, lanzaron gritos que le dominaban. Llegaron a oídos de los rakshasas aquellos hurras de los plavamgamas, semejantes al estruendo de nubes tempestuosas, en los aires. Al ver Lanká empavesada con estandartes multicolores, el hijo de Dasaratha se transportó con el pensamiento junto a Sitá, llevado por la tristeza de su corazón: «Ahí es donde esa mujer de ojos de gacela joven es retenida cautiva por Ravana, como Rohini cuando es perseguida por el astro del disco rojo.» Lanzando profundos suspiros, el héroe miró a Lakshmana y le dijo, llevado por la impresión de alegría que en aquel momento sentía su alma: «Diríase que lame el cielo, de tal modo es alta esta ciudad; mírala, Lakshmana, casi fantástica, construida por Visvakarmán en la cresta de un monte. Numerosos palacios se aprietan en ella; diríase la residencia etérea de Vishnú, cubierta de blancas nubes. Lanká está toda resplandeciente con sus bosquecillos descogidos, a la manera del Citraratha, llenos del gorjeo de aves de todas clases, de frutas y de flores; deslumbra. Esas ramas en las que saltan los pájaros, en donde descansan las abejas, que abundan en kokilas, mira cómo una brisa perfumada las sacude.» Tal fue el lenguaje que el hijo de Dasaratha, Rama, dirigió a Lakshmana. Al punto ordenó sus tropas según el método prescrito por los *Sastras*. Dio sus órdenes a aquel ejército de kapis: «El valiente, el invencible Angada va a tomar su tropa y a colocarse en el corazón con Níla. Rodeado de sus batallones de vanaras, Rishabha se establecerá en el ala derecha del ejército. El que aseméjase a un



elefante almizclado, el indomable, el bravo Gandhamadaha se pondrá a la cabeza del ala izquierda. Yo iré al frente del ejército, como batidor, con Lakshmana como ayudante de campo. Jambavat, Sushena y Vegadarsin, esta flor de los rikshas, estos valientes, protejan el centro ellos tres. La retaguardia estará bajo las órdenes del rey de los kapis como la región occidental del Mundo lo está bajo las de Pracetas el de la espléndida aureola.»

Sus numerosos batallones repartidos así hábilmente, el ejército dirigido por los principales vanaras asemejábase al cielo con sus bandas de nubes. Armados de crestas rocosas y de grandes árboles, los vanaras se acercaban a Lanká, que estaban impacientes por derribar. «Es con crestas de montaña como destruiremos esta ciudad e incluso con nuestros puños.» Tal era la firme resolución de todos aquellos poderosos haris. En aquel momento, el muy valeroso Rama dijo a Sugriva: «Los cuerpos de ejército están bien formados; que suelten a ese Suka.» Tras esta orden, el Indra de los vanaras, lleno de fuerza, hizo poner en libertad al emisario de Ravana.

Libertado por orden de Rama e insultado por los vanaras, Suka, en el colmo del espanto, escapó a juntarse con el rey de los rakshasas. Ravana le preguntó riendo burlonamente: «¿Qué significan tus dos alas maltratadas? ¿Por qué se te ven los costados desgarrados? ¿No habrás caído, tal vez, en poder de esos vanaras de espíritu veleidoso?» Entonces, turbado por el espanto y acuciado por su muy poderoso soberano, Suka dio esta respuesta: «He ido a la ribera septentrional del mar, a transmitir íntegramente tu mensaje, sirviéndome de una voz acariciadora y dulce. Mas apenas esos bárbaros de plavamgamas me vieron, arrojándose sobre mí, me agarraron y empezaron a pegarme y a destrozarme con sus puños. Imposible entrar en discusión; ningún medio de conferenciar con ellos; esos vanaras son de un natural violento, irritable, ¡oh rey de los rakshasas! Por otra parte, el matador de Viradha, de Kambandha y de Khara, al que Sugriva acompaña, Rama, está sobre el rastro de Sitá. Tras haber echado sobre el mar una calzada y franqueado la onda salada, he aquí que llega a barrer a los rakshasas, el arquero Raghava. Rikshas y vanaras reunidos por millares de batallones, semejantes a montañas y a nubes, cubren la tierra. Entre el gran ejército de los rakshasas y el del rey de los vanaras no podría haber más alianza que entre Devas y Danavas. Antes de que lleguen a las murallas, apresúrate a hacer una de estas dos cosas: o devolver Sitá a Rama o librarle batalla.»

Así habló Suka. Ravana replicó, los ojos rojos de furor, cual si hubiera querido consumirlo todo con su mirada: «Aunque tuviera que luchar contra devas, gandharvas y danavas ni aun entonces devolvería a Sitá, incluso si el Mundo entero hubiese de temblar. ¿Cuándo caerán, al fin, sobre Raghava mis dardos, como en primavera un enjambre borracho sobre un árbol en flor? ¿Cuándo al fin su cuerpo, regado de sangre, le acabaré yo con las flechas brillantes escapadas de mi arco, como con ayuda de tizones a un elefante? Sus tropas se eclipsarán ante mí y mi poderoso ejército, como el brillo de todas las estrellas en presencia del Sol levante. Yo tengo la impetuosidad de Sagara, la fuerza de Maruta; Dasarathi no lo sabe; he aquí por qué quiere batirse conmigo. Los dardos que descansan en mi carcaj y que asemejanse a venenosas serpientes, Rama no los ha visto aún en el campo de batalla; he aquí por qué desea luchar contra mí. No conoce todavía mi valor guerrero ese Raghava. Ni el vina en forma de arco con el que yo toco con varillas en forma de flechas, cuya cuerda produce un sonido terrible, que formidable, se acompaña con el grito de los heridos a guisa de canto y con dardos por notas musicales; cuando baje a ese río que es el ejército enemigo, como a una amplia arena, yo la haré resonar en el campo de batalla. Ni Vasava, el de los mil ojos, o Varuna en persona, ni Yama, el de los proyectiles ígneos, podrían domarme en guerra, como tampoco el propio Vaishavana.»

## SARGA XXV

### RAVANA ENVÍA A SUKA Y A SARANA A ESPIAR A LOS HARIIS

Rama, el hijo de Dasaratha, habiendo franqueado el Océano con su ejército, el fastuoso Ravana dijo a sus familiares Suka y Sarana: «El ejército entero de los vanaras ha atravesado el infranqueable mar por un puente construido por Rama, hecho sin precedentes. Echar un puente sobre Sagara, jamás lo hubiese creído. Pero lo que sí preciso de toda necesidad es saber el número de esas tropas de vanaras. Deslizaos entre sus filas sin haceros conocer; luego su cifra, su valentía, sus principales generales, los consejeros oficiales de Rama y de Sugriva, los exploradores, los bravos de entre los bravos de entre los plavamgamas, el modo como este dique ha sido echado sobre las olas, la marcha hacia adelante de esos poderosos va-

naras, el propósito, el heroísmo, las armas de Rama, así como del animoso Lakshmana, informaos de todo ello exactamente. Y también del generalísimo de este gran ejército simiesco; luego, estos informes adquiridos con seguridad, volved a toda prisa.»

Oídas estas órdenes, los dos rakshasas Suka y Sarana se transformaron en haris y penetraron audazmente en las filas de los monos. Pero aquel ejército de vanaras, de una potencia inimaginable, que hacía erizar los cabellos, no consiguieron entonces saber su número Suka y Sarana, porque habíase diseminado por las cimas de las montañas, por entre las cascadas y las cavernas, y por todas partes eran batallones que pasaban, que habían pasado o que iban a pasar, que habían llegado o que llegaban lanzando vivas formidables. Aquel gran ejército se les apareció como un mar indomable a los dos merodeadores nocturnos. Además el ilustre Vibhishana reconoció a Suka y a Sarana no obstante su disfraz, y deteniéndoles al punto, los denunció a Rama: «He aquí dos espías del rey de los rakshasas, Suka y Sarana, venidos de Lanká, para espiar, ¡oh vencedor de tus enemigos!»

Turbados al ver a Rama y desesperando de poder salvarse, los dos rakshasas, las manos ahuecadas en forma de anjalí, le dijeron llenos de espanto: «Estamos aquí, querido retoño de Vaghú, enviados por Ravana para conocer este ejército con todo detalle.» Tras haberles oído, Rama, el hijo de Dasaraatha, les respondió sonriendo, él, que se complacía en la felicidad de todos los seres: «Si habéis inspeccionado ya el ejército entero, y bien examinado nuestras posiciones, cumpliendo con ello la misión que habéis recibido, podéis volveros tranquilamente. Pero si hay algo que no habéis visto o que deseáis ver mejor, Vibhishana os lo mostrará a fondo. Vuestra captura no debe haceros temblar por vuestra vida. Sois mensajeros que, sin armas, habéis sido cogidos; no sois, pues, merecedores de la muerte. Vibhishana, devuelve la libertad a estos dos noctívagos, disfrazados para espiarnos, que se aplican siempre a debilitar el partido enemigo. En cuanto a vosotros, entraréis en la populosa Lanká y llevaréis al hermano nacido después de Dhanada, al rey de los rakshasas, fielmente mis palabras: «Esta fuerza en la que confiabas, cuando me robaste a Sitá, desplégala ahora libremente con ayuda de tus soldados y de tus aliados. Mañana, al despuntar el día, la ciudad de Lanká, con sus murallas y sus arcos, así como todo su ejército de rakshasas, verás a mis flechas destruirla. Mi cólera formidable la descargaré sobre ti y tus tropas, Ravana, mañana

al alba, al ejemplo del dios armado del rayo, Vasava, cuando descarga su arma sobre los danavas.»

Esta orden recibida, los dos rakshasas Suka y Sarana, exclamaron saludando a Raghava, enamorado de la justicia: «¡Sé victorioso!» Y de vuelta a Lanká, dijeron al amo de los rakshasas: «Vibhishana nos había cogido con el propósito de matarnos, ¡oh rey! Pero Rama nos vio y nos libertó, él, cuya valentía no puede medirse. Allí están reunidos, en un mismo lugar, cuatro purushas escogidos, émulo de los protectores de los mundos. Esos héroes expertos en el manejo de las armas, de valentía bien probada, son: Rama, el hijo de Dasaratha, el afortunado Lakshmana, Vibhishana y Sugriva, lleno de energía, de una potencia igual a la del gran Indra. La ciudad de Lanká, con sus muros y sus arcos, podrían arrancarla de sus cimientos y transplantarla lejos esos vanaras, sin esfuerzo alguno. En cuanto a Rama, tal es su naturaleza y tales sus armas, que podría destruir la ciudad él solo; sus tres compañeros no tendrían sino dejarle hacer. Bajo la égida de Rama y de Lakshmana, así como de Sugriva, ese ejército es completamente invencible, incluso para los suras y las asuras juntos. Y como no respira sino la guerra ese ejército de los belicosos y fortísimos habitantes de los bosques, basta de querellas; haz la paz y devuelve a Mahitilí al hijo de Dasaratha.»

## S A R G A X X V I

SARANA DESIGNA A RAVANA LOS PRINCIPALES JEFES DE LOS VANARAS

A este lenguaje sincero y valeroso de Sarana, el rey Ravana replicó: «Aunque los propios devas, gandharvas y danavas quisieran obligarme a ello, en modo alguno devolvería a Sitá, aunque el pueblo entero tuviese que temblar. Lo que pasa, amigo, es que tú temes a los haris que te han tratado con violencia; he aquí por qué te parece oportuno ahora el entregar a Sitá. Pero a mí, ¿qué enemigo podría vencerme en guerra?» Tras haber pronunciado estas arrogantes palabras, Ravana, el jefe de los rakshasas, subió lleno de orgullo a la parte superior de su palacio de blancura de nieve, y cuya altura era la de gran número de talas, con objeto de escrutar el horizonte. Acompañado de sus dos emisarios, Ravana, a quien el furor sacaba de quicio, registró el mar con la mirada y las montañas y los bosques, viendo la comarca enteramente cubierta de plavamgamas. Contemplando aquel gran ejército de los vanaras,

sin límite, irresistible, el rey Ravana interrogó a Sarana: «¿Quiénes son los jefes de esos monos? ¿Quiénes sus héroes? ¿Quiénes sus príncipes? ¿Quiénes son los que van en cabeza para pasear por todas partes su valentía? ¿Quiénes son los consejeros de Sugriva y sus oficiales generales? Dímelo todo, Sarana: ¿cuáles las fuerzas de los plavamangamas?»

Surana, interrogado de este modo por el Indra de los raks-hasas, le designó, pues estaba bien informado, quiénes eran los jefes de aquellos habitantes de los bosques: «Aquel vanara que está de pie frente a Lanká, lanzando gritos en medio de cien mil oficiales de su escolta, y cuya voz poderosa conmueve con sus murallas y sus arcos la ciudad entera, sus rocas, sus bosques, sus maniguas y que manda el ejército del rey, a esas gacelas de las ramas, del magnánimo Sugriva, es el valeroso general Nila. El que levanta los brazos y que tan sólo con los pies toca el suelo cuando anda, ese bravo que, el rostro vuelto hacia Lanká, bosteza convulsivamente, tan grande es su furor; el que por la estatura aseméjase a un pico de montaña y por el tinte al estambre del loto, que agita sin cesar empujado por la violencia de su rabia una cola cuyo res-tallar resuena en las diez regiones, ese guerrero a quien el rey de los vanaras, Sugriva, ha consagrado príncipe heredero, Angada es su nombre. Te provoca a la lucha. Emulo de Vali su padre, siempre muy querido de Sugriva, este héroe es enteramente adicto a los intereses de Raghava como Varuna a los de Sakra. Todos sus pensamientos no tienen otro objeto que el descubrimiento de la hija de Janaka por el ágil Hanumat, que deseaba hacerse útil a Rama. Tras haber formado numerosos batallones con la flor de los vanaras, ese bravo marcha contra ti a la cabeza de su ejército, para destruirte. Cerca del hijo de Vali y rodeado él mismo de una tropa considerable, el valiente Nala, el constructor del dique, está de pie en el campo de batalla. Mira esos soldados, los del azafranado pelaje, que estiran los miembros entre chasquidos de mandíbulas y gritos. Esos van en seguimiento de un jefe que se alaba de destruir Lanká con su tropa. Es Sveta, el de la tcz plateada, lleno de agilidad y de temible bravura. Inteligente vanara, héroe afamado en los tres mundos, viene a tomar órdenes de Sugriva y parte al punto para disponer el ejército de los monos y sembrar ardor entre sus batallones. Aquel otro que antes, a orillas del Somatí, recorría el Ramya, monte llamado también Samrocana, plantado de árboles de toda clase de esencias, y que allí gobierna un reino, es el general Kumuda. Aquel otro que arrastra alegremente tras de él centena-

res de millares de guerreros, y tiene pelos largos de varias brazas, colgando de una cola enorme, cobrizos, amarillos, negros, blancos, todos mezclados, horribles de ver, es el intrépido vanara Canda. Aspira a combatir y se alaba de poder destruir Lanká con su tropa. Aquel tercero, que asemejase a un león rojizo, el de la vasta melena, que mira atentamente la ciudad, cual si quisiera consumirla con los ojos, habita constantemente Vindhya, la montaña de Krishma, y Sahya, de agradable aspecto, ¡oh rey!, pues éste es el general Rambha. Ciento treinta centenas de miles de haris valerosos, temibles, impetuosos ardiendo en audacia, le rodean y se unen a sus pasos con el propósito de destruir Lanká con sus golpes. Aquel de allá, que despliega sus orejas y bosteza a cada instante, permanece insensible ante la muerte y no retrocede ni ante un ejército, pero que se estremece de cólera, lanzando miradas oblicuas, mira el látigo de su cola y cómo hace chasquear sus mandíbulas; ese héroe de gran energía, inaccesible al temor, ¡oh rey!, vive habitualmente en la encantadora montaña de los salvajes. Sarabha es el nombre de ese jefe. Ese valiente tiene como tenientes a una multitud de vanaras en número de ciento cuarenta mil. Aquel otro que parece una gran nube envolviendo al espacio, y que en medio de los guerreros vanaras tiene el aspecto de Vasava entre los suras, del cual se oye el vozarrón, semejante a un redoblar de tambores, desde el medio de monos escogidos, impacientes por combatir, habita el Pariyatra, monte al que ningún otro aventaja en altura; ese general que en el combate fue siempre irresistible se llama Panasa. Este oficial superior tiene cincuenta lakshas de tenientes, cada uno de los cuales manda su batallón. Aquél, el que está allá, que brilla en medio de la tropa que da los terribles botes, acampado en la orilla marítima, cual un segundo océano, y que asemejase al Darlura, es el general Minata. En sus excursiones bebe las aguas del Vená, el más excelente de los ríos. Su ejército se compone de sesenta veces cien mil plavamgamas. Te desafía al combate; el nombre de este mono es Krathana. Sus lugartenientes están llenos de audacia y de vigor; cada uno de ellos manda un batallón. Aquel vanara cuyo cuerpo bien nutrido tiene el color del ocre rojo, que siempre desdeña a los demás vanaras, orgulloso de su fuerza, es el ilustre Gavaya. Viene contra ti lleno de furor. Sesenta y diez veces cien mil guerreros le rodean. Este también se alaba de que arruinará Lanká con su ejército. Esos héroes invencibles que no habría medio de contar, sus capitanes, los mejores de los capitanes, están a la cabeza cada uno de una tropa especial.»

## S A R G A X X V I I

## SARANA CONTINÚA SU INFORME

«Te nombraré también a aquellos valerosos capitanes que allí ves, los cuales, adictos a Raghava y llenos de bravura, no se preocupan en modo alguno de la vida. Aquel cuyos pelos brillantes, largos de varias brazas, están adheridos a una cola enorme, cobrizos, amarillos, negros, blancos, enmarañados como para producir miedo, erizados, brillantes como rayos de sol, y que se arrastran por detrás de él, es el mono Hara. En seguimiento suyo marchan por centenas de millares, blandiendo árboles, no esperando sino el momento de subir al asalto de Lanká, oficiales al servicio del Imperio de los haris, llenos de brío. Los soldados que adviertes allí ordenados como oscuras nubes, negros como el colirio, guerreros valerosos, en número de tal modo incalculable que no se podría contarles más fácilmente que las arenas de la orilla inmensa del mar, y que llenan las montañas, las llanuras y los ríos, míralos cómo avanzan a tu encuentro, ¡oh rey!, esos rikshas extremadamente terribles. En medio de ellos está su príncipe, el de la mirada terrible, el de espantosa presencia, cual Panjanya rodeado por todas partes de nubes tempestuosas. Habita el Rikshavat, monte muy elevado, y se abreva en el Narmadá; es el jefe de todos los rikshas; Dhumra es el nombre de este general. Tiene un hermano más joven que él; mírale allí, semejante a una montaña; se le parece en la fisonomía, pero aún le aventaja en valentía. Jambavat es su nombre; es el jefe de los grandes jefes. Los sentidos calmados, lleno de atenciones hacia sus gurús, en el combate es implacable. Su inteligencia fue sumamente útil a Sakra, en la guerra entre devas y asuras, y entonces recibió numerosos privilegios. Desde lo alto de los montes que escalan, esos gigantes lanzan rocas anchas como nubes y no tiemblan ante la muerte. Semejantes a los rakshasas y a los pisacas, velludos, los soldados de Jambavat le siguen en gran número y su vigor no puede medirse.

«Aquel oficial general que, llevado por su furor, sucesivamente bota, vuelve a caer, queda inmóvil y en quien los vanaras tienen puestos los ojos, ese príncipe de los haris, ¡oh gran rey!, habita el Sahasraksha; Rambha es el nombre de ese valerosísimo capitán. Aquel que andando a cuatro manos toca con su flanco una roca situada a una yojana de aquí, y que de

pie alcanza con su busto otra yojana por encima, al que ningún cuadrúpedo sobrepuja en hermosura, es el célebre Samnadana, el abuelo de los vanaras. Lleno de habilidad, propuso en tiempos una contienda en campo de combate a Sakra, que no pudo vencerle, he aquí quién es ese oficial superior. Aquel otro cuyo valor, en el campo de batalla, iguala al de Sakra, nació de la unión de una joven gandharví con Krishnavartmán. Cuando la lucha entre los devas y los asuras, prestó socorro a los habitantes del tercer cielo, en aquel lugar del Jambú en donde el rey Vaisravana reside. Aquel que reina sobre los Indras de los montes, frecuentados por numerosos kinnaras, y que suministra sin cesar lo necesario a los placeres de tu hermano, ¡oh amo de los rakshasas!, es allí cerca del Kailasa donde se entrega a sus distracciones el afortunado, el poderoso príncipe de los vanaras, el cual, en los combates, supo evitar siempre la jactancia, es el general Krathana. Se mantiene de pie, rodeado de un koti de millares de haris, él también se cree suficientemente fuerte como para aplastar Lanká con su ejército.

«Aquel que yerra habitualmente a lo largo del Gangá, sembrando el espanto entre los jefes de elefantes, pues se acuerda de la vieja querrela entre elefantes y monos, ese capitán, ese jefe de la voz gruñidora que habita las cavernas de las montañas, doma a los elefantes de los bosques y derriba los grandes árboles, a la cabeza de un ejército de haris, por el curso del río nacido del Himavat, en el Usirabilja, otro Mandara, el más alto de los montes, ese príncipe de los vanaras pasa una vida feliz, como en el cielo Sakra mismo. Mil centenas de millares de monos, orgullosos de su vigor y de su agilidad, llenos de bravura y de fuerza de alma, siguen a ese general lanzando vivas. Este indomable guerrero tiene como nombre Pramathín. A él es al que distingue semejante a una nube empujada por el viento. Una tropa furiosa de intrépidos vanaras levanta sin cesar en torno de él un polvo espeso, amarillento, que la brisa expulsa en todas direcciones.

«Aquellos temibles y poderosos golangulas, los del hocico negro, en número de cien veces cien mil, tras haber asistido a la construcción del dique, han rodeado, ¡oh gran rey!, a un general golangula, cuyo nombre es Gavksha. Amenazan, rugiendo, deshacer Lanká con sus golpes. Allí donde los árboles frecuentados por las abejas dan fruta en toda estación, aquella montaña de la que el Sol al que iguala en brillo de la vuelta, de la que los reflejos siempre brillantes comunican sus tonos a fieras y pájaros, cuya meseta jamás está desierta de



magnánimos y grandes rishis, de la que todos los árboles están cargados de frutas que poseen todos los sabores deseables, en la que se amontona una miel preciosísima, ese monte de oro, de todos el más elevado, encantador, es allí donde vive en plena delicia, ¡oh rey!, aquel que está a la cabeza de los principales vanaras, el general Kesarín. Hay sesenta millares de montes de oro maravillosos, en medio de los cuales se distingue Savarnimerú, su rey, como tú en medio de los rakshasas. Allí, sobre esta última montaña habitan monos morenos o blancos, de tinte cobrizo o amarillo como la miel, de dientes puntiagudos, armados de uñas semejantes a leonbes, con sus cuatro caninos, indomables como tigres, todos émulos de Vaisravana, tales que serpientes vomitando llamas y venenos, con la cola muy larga y replegada, semejantes a elefantes enloquecidos por el mada, altos como grandes montañas, clamorosos a ejemplo de grandes nubes tempestuosas, con los ojos redondos y grises, que hacen al marchar un estruendo terrible, todos, como para destruirla, se han detenido para mirar Lanká. En medio de ellos está su jefe enérgico. Impaciente por vencer, es tal su valentía, que hace constantemente cara al Sol. Su nombre famoso en el Mundo, ¡oh príncipe!, es Satabalín. Se alaba de que arruinará a Lanká con su tropa. Animoso, fuerte, lleno de audacia, confía en su valor personal. En su afecto hacia Rama, el hari no economizará su vida. Gaja, Gavaksha, Gavaya, Nala, Nila, esos vanaras están cada uno rodeado de diez kotis de combatientes. Y también otros príncipes vanaras, habitantes ágiles del Vindya, que imposible sería contar, de tal modo son numerosos. Todos, gran rey, son muy poderosos; la estatura de todos iguala a la de las elevadas rocas; todos son capaces en un instante de nivelar la tierra derribando y arrasando las montañas.»

## SARGA XXVIII

### SUKA HACE A SU VEZ LA ENUMERACIÓN DEL ENEMIGO

Habiendo acabado Sarana de describir a Ravana, jefe de los rakshasas, las fuerzas del enemigo, Suka tomó a su vez la palabra: «¿Ves aquellos que se yerguen parecidos a grandes elefantes borrachos de mada, o semejantes a los nyagrodhas del Gangá, así como a los salas del Himavat?; irresistibles son, ¡oh rey!, esos bravos que cambian de forma a voluntad, ému-

los son de los daitias y de los danavas, y en la guerra tienen la valentía de los devas. Cuéntanse, además, en número de nueve millares de kotis, más cinco y siete y aún de mil sankus y de cien vrindas. Pues esos son los compañeros de Sugriva y Kishkindhā es su guarida habitual. Esos haris nacidos de los devas y de los gandkharvas, se transforman a su voluntad. Aquellos dos que ves allí de pic, que se asemejan y que tienen el aspecto de devas, son Mainda y Dvidida; en el combate nadie les es igual. Autorizados por Brahma, aliméntanse los dos de amrita; también se jactan de que triturarán Lanká bajo sus golpes. En cuanto a aquel vanara que ves allí, parecido a un elefante con las sienes hendidas, que, encolerizado, tal es su vigor, trastornaría al Océano mismo, es el que vino a Lanká en busca de Vaidehī y para espiarte, Señor. Aquel mono que entonces viste, mírale ahora de vuelta. Es el hijo mayor de Kesarin, pero su verdadero padre es Vayú, según dice. Hanumat, así llamado, es ese hari que atravesó el mar. Cambiando de forma a su capricho ese héroe valiente y hermoso no podría ser detenido cuando corre como no puede serlo el propio Señor Satataga. Viendo el Sol levantarse cuando aún era un niño, tuvo ganas de comerle. Y tras él se lanzó a la distancia de tres mil yojanas. «Voy a apoderarme de Aditia y mi hambre no volverá ya.» Y esto pensando, botó, embriagado por su fuerza. Al más indomable de los dioses, incluso para los dioses, los rishis y los rakshasas, no pudo, claro, alcanzarle, y cayó en la montaña de la que se levanta el astro luminoso. En su caída, el kapi se luxó ligeramente una mandíbula contra la roca; esta solidez de los huesos maxilares le valió el nombre de Hanumat. La aventura pasada te ha permitido conocer bien a ese mono del que es imposible describir su vigor, su hermosura y su potencia. Se vanagloria de poder destruir Lanká con sus solas fuerzas. Fue él quien encendió en tiempos el brasero que destruyó la ciudad. ¿Cómo no te acuerdas ya de ese kapi? Junto a él hay un guerrero de tez negra, los ojos como lotos: es el Atiratha de los Ikshvakus; su heroísmo es célebre en el Mundo. En él el deber no descace; jamás le transgrede; conoce el dardo de Brahma y los *Vedas*; es el mejor de los vedistas. Hendiría el cielo con sus flechas, y la Tierra la desharía. Su cólera es como la de Mrityú; iguala a Sakra en valentía. Su esposa es Sitá, a la que arrebataste en el Janasthana; y él es Rama, que viene a hacerte la guerra, ¡oh rey! El que está a su derecha, brillante como el oro jambudana pasado por el crisol, el pecho ancho, los ojos morenos, su negra cabellera trenzada, es Laks-

humana, protegido por la Fortuna y dedicado a los intereses de su hermano; general y soldado experimentado, sabe mejor que nadie el manejo de todas las armas. Lleno de arrojo, invencible, victorioso, bravo, habituado al triunfo, poderoso, fue siempre el brazo derecho de Rama y su soplo externo. No es él, en verdad, el que cuando se trata de Rama economizaría su vida. También él se promete exterminar en el combate a todos los rakshasas.

»El que está a la izquierda de Rama, y al que rodean un grupo de rakshasas, es el rey Vibhishana. El afortunado rey de los reyes le ha consagrado, en efecto, soberano de Lanká; llega furioso a combatirte. Ese otro que adviertes de pie, en medio, como una roca inquebrantable, reina sobre todos los Indras de las gacelas de las ramas; su potencia no puede medirse. Por la energía, la gloria, la inteligencia, la fuerza, la nobleza, distínguese entre los monos como el Himavat entre las montañas. Habita con sus principales lugartenientes en Kishkindhá, ciudadela inaccesible con sus maniguas y sus árboles, horadada en la montaña, de difícil acceso. Lleva una brillante guirnalda de oro, adornada de cien lotos, sobre la cual reposa Lakshmí, la bienamada de dioses y hombres. Esta guirnalda, su esposa Tará y el Imperio eterno de los monos, Sugriva los recibió de Rama, que acababa de matar a Vali. Cien veces cien mil hacen un koti, según los sabios; cien mil kotis es lo que se llama un sanku; cien mil sankus es un gran sanku, dícese, y cien mil grandes sankus hacen un vrinda. Cien mil vrindas se llaman un gran vrinda, y cien mil grandes vrindas un padma. Cien mil padmas forman un gran padma, y cien mil grandes padmas se dicen un kharva. Cien mil kharvas, esto se llama un samudra, y cien mil samudras un gran ogha. Pues bien, de mil kotis y cien sankus, mil grandes sankus y cien vrindas, mil grandes vrindas y cien padmas, mil grandes padmas y cien kharvas, un samudra y también un gran ogha, un koti de grandes oghas y mil samudras, de toda esta multitud está rodeado, más del valeroso Vibhishana y de sus compañeros, y con todos ellos viene a hacerte la guerra Sugriva, el Indra de los vanaras. Poderoso es el ejército que le sigue a ese rey siempre muy fuerte y muy bravo. En presencia, gran rey, de ese ejército que está ahí, semejante a un meteoro inflamado, un esfuerzo se impone para vencer al enemigo y no ser vencido.»

## SARGA XXIX

## RAVANA ENVÍA NUEVOS ESPÍAS

Viendo a los jefes de los haris que Suka acababa de enumerarle: al valeroso Lakshmana, brazo derecho de Rama; de pie, junto a Rama, a su hermano Vibhishana; al rey de todos los vanaras, Sugriva, el de la temible energía; al valeroso Angada nacido del hijo de Indra, portarrayos; Hanumat, lleno de fuerza, y el invencible Jambavat, Sushena, Kumuda, Nila y Nala, la flor de los plavagas; Gaja, Gavaksha, Sarabha, Mainda y Dvidida, Ravana sintió su corazón un poco turbado; luego, entrando en cólera, invectivo, cuando hubieron terminado su informe, a los dos bravos Suka y Sarana. Con voz que el furor estrangulaba, abrumó con los más duros reproches a Suka y a Sarana, que permanecían inclinados con la cabeza baja: «No es en verdad un lenguaje tan desagradable el que servidores adictos deben dirigir a su príncipe; al que tiene el poder de castigar y de recompensar. Enemigos de raza extranjera venidos para combatirme, tal clogio de ellos por vuestra parte es inconveniente. Amos, gurús, ancianos, en vano os habéis sentado a sus pies, puesto que la regla esencial de los *Sastras*, relativa a los reyes, que debería regular vuestra vida, no la habéis aprendido. O si la habéis aprendido, se os ha olvidado; lleváis un haz de ignominia. Con consejeros tan insensatos, milagroso es que yo guarde aún la calma. ¡Pues qué! ¿No teméis la muerte, por haberme dejado oír esos discursos insolentes, a mí, cuya lengua, cuando ordeno, distribuye el bien y el mal? Incluso cuando han sido alcanzados por el incendio, en el bosque, los árboles permanecen de pie; pero cuando el rey les pega con su cetro, los perversos no podrían subsistir. Castigaría con la muerte, no hay duda, a estos dos miserables que hacen de este modo el elogio de mis adversarios si el recuerdo de sus servicios pasados no templase mi indignación. ¡Huid lejos! ¡Desapareced de mi presencia! No os hago perecer porque me acuerdo de vuestros antiguos méritos. Pero muertos están ya estos dos ingratos, puesto que se alejan del afecto hacia mi persona.»

Oyendo este lenguaje que les llenaba de confusión, Suka y Sarana saludaron a Ravana: «¡Sé vencedor!», y se retiraron. Dasagriva dijo entonces a Mahodara, que estaba junto a él: «¡Pronto! Tráeme otros emisarios.» A esta orden del mero-

deador nocturno, Mahodara, sin tardar, hizo venir espías. Estos, reunidos a toda prisa por orden suya, presentáronse ante el rey haciendo el anjalí y aclamándole con sus votos de victoria. Ravana, el jefe de los rakshasas, dijo entonces a aquellos oficiales llenos de confianza, de bravura, de energía, liberados de todo temor: «Id y ved cuál es el plan de Rama, a quién tiene en más estima en cuanto a consejo y amistad, cuáles son sus horas de reposo y sus horas de vigilia, lo que debe hacer inmediatamente. Informaos de todo con habilidad y volved a contármelo sin omitir nada. Un enemigo que se deja descubrir por los espías, los príncipes inteligentes no necesitan hacer sino un ligero esfuerzo para llegar hasta él y tumbarle en el campo de batalla.»

«Así será», dijeron los emisarios, llenos de alegría, y poniendo a Sardula a su cabeza, honraron con el pradakshina al soberano de los rakshasas. Cuando los espías hubieron saludado con el pradakshina al poderoso príncipe de los rakshasas, fueron junto a Rama, a quien Lakshmana acompañaba. Partieron bajo un disfraz, y advirtieron cerca del monte Suvela a Rama y Lakshmana, Sugriva y Vibhishana. Contemplando el ejército quedaron helados por el espanto. Entre tanto, fueron reconocidos por casualidad, mientras estaban allí, por el magnánimo príncipe de los rakshasas, que les detuvo. Sardula tan sólo fue guardado: «Este es un bribón», dijo Vibhishana. Maltratado por los plavangamas, Sardula fue libertado él también por Rama, que dada su benevolencia, había dado ya libertad a los otros rakshasas. Desgarrados por los impetuosos y ágiles vanaras, volvieron a Lanká dando gemidos y fuera de sí mismos. Aquellos espías, aquellos valientes merodeadores nocturnos que siempre andaban de exploración, fueron junto a Dasagriva y le hicieron saber que el ejército de Rama acampaba en las inmediaciones del monte Suvela.

### SARGA XXX

#### SARDULA DA CUENTA A RAVANA DE SU MISIÓN

Los espías refirieron al rey de Lanká, Ravana, que Rama vivaqueaba con sus invencibles tropas en el monte Suvela. Cuando Ravana supo por sus emisarios la llegada de Rama a la cabeza de un gran ejército, sufrió cierta emoción, y dijo a Sardula: «Tienes un aire triste que no te es habitual, ¡oh

merodeador nocturno! ¿No habrás caído en poder de los enemigos furiosos?» A esta pregunta del tigre de los rakshasas, Sardula, turbado por el espanto, murmuró con voz débil: «Es imposible, ¡oh rey!, espiar a esos toros de los vanaras, llenos de valentía y de fuerza, a los que Raghava protege. Imposible también tratar de entrar en relación con ellos y de sacarles alguna cosa. Por todas partes los accesos son guardados por vanaras altos como montes. Apenas había penetrado en las filas de este ejército para examinarle, cuando fui reconocido, empuñado brutalmente, y examinado yo de punta a cabo por los rikshas, que me llenaron de rodillazos, puñetazos, dentelladas y bofetadas. Luego fui paseado por enemigo del ejército por los implacables haris. Tras haberme paseado de este modo por todas partes, me condujeron a presencia de Rama, los miembros cubiertos de sangre, de magulladuras, agotado, los sentidos turbados. Los haris iban a matarme, pese a mis súplicas con las manos juntas, cuando fui salvado de casualidad por Rama: «No, no», dijo. El príncipe que ha colmado el Océano con bloques de roca está acampado en armas a las puertas de la ciudad. Tus tropas, ordenadas según el modo Garuda, rodeadas están por todas partes por los haris. Tras haberme liberado, ahí está lleno de energía, avanzando contra Lanká. Antes de que llegue a las murallas, haz pronto una de dos cosas: o le entregas a Sitá o le libras batalla.»

Cuando hubo reflexionado sobre lo que acababa de oír, el rey de los rakshasas, Ravana, dio a Sardula esta respuesta sumamente significativa: «Había de ser atacado por los devas, los gandharvas y los danavas y no devolvería a Sitá, ¡aunque peligrase el Mundo entero!» Y lleno de energía, Ravana añadió: «Puesto que has explorado el ejército, ¿cuáles son los héroes plavamgamas? ¿Cuál es su valentía? ¿Dónde están esos vanaras indomables? ¿De quién son hijos o nietos? Cuéntame la verdad, amigo leal. Iré contra mi adversario cuando conozca su fuerte y su débil. Es indispensable, en efecto, informarse cuando se quiere combatir.»

Así interrogado por él, Sardula, el más hábil de los emisarios, empezó a hablar de este modo ante Ravana: «Hay, ante todo, el hijo de Risksharajas, invencible en la guerra, ¡oh príncipe!, y el de Gadgada, famosos bajo el nombre de Jambavat. Vienen en seguida otro hijo de Gadgada, Dhumra, y el del gurú de Satakratu, Kesarín, el padre del vanara, que mató él solo a tantos rakshasas. Luego está el virtuoso Sushena; el valeroso hijo de Dharma, Saunya, nacido de Soma,

joh rey!; Dadhimukha, el kapi; Sumikha, Durmukha y Vegadarsin, vanaras émulo de Mrityú, que, bajo la forma de monos, en tiempo engendró Svayambhú. Está aún el hijo del dios que lleva las ofrendas, el general Nila, él mismo; luego ese hijo del viento, Hanumat. Es el nieto de Sakra, el invencible, el valerosísimo y joven Angada; luego Mainda y Dvividá, dos valientes émulo de los Asvins. Y los cinco hijos de Vairavasvata, que se asemejan al Tiempo destructor: Gaja, Gavaksha, Gavaya, Sarabha y Gandhamadana. Son diez kotis de vanaras llenos de valor y de ardor guerrero. El resto de esos afortunados hijos de los devas, incapaz sería de decir cuántos son. Ese hijo de Dasaratha, de cuerpo de león, joven héroe que mató a Dushana, Khara y Trisiras, Rama, nadie le es comparable en cuanto a valor en este Mundo. Viradha cayó bajo sus golpes, y también Kabandha, el igual a Antaka. Nadie en el Mundo sería capaz de describir las cualidades de Rama por quien tantos rakshasas que habían ido al Janasthana fueron muertos. Y está allí aún el piadoso Lakshmana, parecido a un jefe de elefantes matangas; de hallarse en el camino de sus dardos, Vasava mismo habría vivido ya. Y Sveta y Jyotirmukha, ambos nacidos de Bhaskara, y también el hijo de Varuna, el plavangama Hemakuta. El valeroso hijo de Visvakarmán, flor es de los plavagas, y el bravo, el impetuoso hijo de Vasú, Durdhara. Está allí, en fin, el príncipe de los rakshasas, tu hermano Vibhishana. Rama le ha dado la ciudad de Lanká como premio a su abnegación. He aquí toda la enumeración del ejército de los vanaras acampados en el monte Suvela. Lo que queda por hacer, a ti el decidirlo.»

### SARGA XXXI

#### RAVANA HACE SABER EMBUSTERAMENTE A SITÁ LA MUERTE DE RAMA

Entretanto, los espías del rey extendieron por Lanká la noticia de que Raghava, con fuerzas invencibles, vivaqueaba en el monte Suvela. Por su parte, Ravana, cuando hubo sabido por sus emisarios la llegada de Rama a la cabeza de un gran ejército, sintió cierta emoción y habló así a sus servidores: «Que todos los ministros se reúnan inmediatamente. He aquí venido para nosotros el momento de deliberar, ¡oh rakshasas!» Por orden suya sus consejeros reunieron al punto, y él deliberó con sus fieles rakshasas. Pero habiendo opinado

Durdharsha por una paz inmediata, los despidió y entró en su morada. Y tomando con él al rakshasa Vidyujjihva, poderoso y hábil mago, se encaminó hacia el sitio donde estaba Maithilí.

El rey de los rakshasas dijo a Vidyujjihva, experto en magia: «Engañemos, con ayuda de la ilusión, a Sitá, la hija de Janaka. Fabrica, mediante sortilegios, una cabeza que se parezca a la de Raghava, tómala en unión de un arco y flechas y luego vienes a reunirme conmigo.» Oyendo esta orden, «Así será» respondió el noctámbulo Vidyujjihva, que se apresuró a desplegar ante los ojos de Ravana su habilidad como encantador. El rey, satisfecho, le regaló un aderezo, y, llevado por su impaciencia de volver a ver a Sitá, el poderoso monarca de los nairritas penetró en el bosquecillo de asokas. El hermano nacido después de Dhanada advirtió a la infortunada que no merecía su suerte. La cabeza baja, abismada en su dolor, echada en tierra, pensaba en su esposo en medio de aquel bosquecillo de asokas donde estaba relegada. Horribles rakshasis estaban sentadas no lejos de ella. Al acercarse a Sitá, Ravana manifestó una gran satisfacción. Y dijo con tono seguro a la hija de Janaka: «¡Oh hermosa! Aquel en quien confiabas cuando rechazaste con desdén mis consuelos, el asesino de Khara, tu esposo Raghava, ha perecido en el combate. Tu raza está completamente arrancada; tu orgullo, yo le he abatido. La desgracia que te ocurre, ¡oh Sitá!, te hace mi esposa. Renuncia a tu resolución. Insensata, ¿qué sería de ti con un muerto? Sé, ¡oh hermosa!, la reina de todas mis esposas. ¡Oh tú, tan poco feliz hasta ahora; tú, que ahora estás sin recursos, loca que te crees cuerda, aprende, Sitá, la muerte de tu marido! ¡Muerte terrible como la de Vritra! Había venido a esta orilla del mar, Raghava, para matarme. Conducido por su rey, un ejército considerable de vanaras le rodeaba. Tras haber recorrido la playa superior del Océano con su gran ejército, Rama levantó su campamento en el momento en que el Sol alcanzaba el Asta. Aquella tropa que había sido detenido en el camino y a la que la fatiga hundía en profundo sueño, yo la alcancé a medianoche, tras haberla hecho reconocer primeramente por mis espías. Bajo la dirección de Prahasta, mi gran ejército la exterminó durante la noche. Allí estaba Rama con Lakshmana. Arpones, mazas, discos, puñales, palos, grandes dardos, lluvias de proyectiles, venablos, kutamudgaras brillantes, picas, lanzas, flechas, muelas, masas de armas, los rakshasas las blandían y blandían aún para herir a los vanaras. Fue entonces cuando el fogoso Prahasta, con mano segura, con su gran sable cortó neta la



cabeza de Rama, dormido. Bibhishana, que erraba a la casualidad, ha sido cogido, mientras que Lakshmana y los guerreros plavagas han sido dispersados en todas direcciones. Sugriva, el rey de los plavagas, el cuello roto, ¡oh Sitá!, y Hanumat, el de la mandíbula triturada, han sido sentenciados y ejecutados por los rakshasas. Luego, Jambavat, que se levantaba sobre las rodillas, ha perecido en la refriega, atravesado por numerosos arpones; cual un árbol al que se derriba, Mainda y Dvidida, la flor de los vanaras, soplando y gimiendo los miembros ensangrentados, estos dos grandes látigos de sus enemigos, han sido cortados por la mitad con espada. Panasa pedía socorro, tendido por el suelo, como el árbol de este nombre. Atravesado por naracas múltiples, Darimukha yace en un agujero, y el muy bravo Kumuda ha sido muerto, aullando, bajo los proyectiles. Angada, atravesado por gran número de flechas por los rakshasas que le asaltaban por todos lados, Angada empezó a vomitar sangre y cayó a tierra. Los haris eran aplastados por los elefantes, derribados por hileras de carros o dispersados aquí y allá como nubes por las trombas de viento. Los enemigos huían espantados bajo los golpes de los rakshasas que se lanzaban tras de sus pasos, como leones en persecución de grandes elefantes. Unos se precipitaban en las olas, otros se refugiaban en los aires; los rikshas trepaban en confusa mezcla con los vanaras a los árboles. Al borde del mar, en medio de las rocas y de los bosques, los rakshasas, de miradas aterradoras, hicieron una gran carnicería con los pingalas. Así pereció tu esposo con sus tropas, bajo los golpes de mis soldados. He aquí, repugnante de sangre, manchada de polvo, su cabeza, que ha sido recogida.»

Entonces el abominable Ravana, el jefe de los rakshasas, en presencia de Sitá, que le escuchaba, dijo a una rakshasí: «Haz entrar al rakshasa Vidyujjihva, el de las crueles hazañas; él es el que ha traído de la refriega la cabeza de Raghava.» Vidyujjihva, trayendo la cabeza y el arco, saludó inclinándose y permaneció de pie delante de Ravana. El rey dijo al rakshasa Didyujjihva, el de la gran lengua, que estaba en pie en su presencia: «Haz ver a Sitá la cabeza de Dasarathi, para que sepa bien la suerte final, lamentable, de su esposo.»

A esta orden, el rakshasa echó a los pies de Sitá la cabeza de rasgos queridos y desapareció al punto. Ravana, entre tanto, blandiendo el arco brillante, colosal, exclamó: «¡He aquí el arma de Rama, famosa en los tres mundos! Es el arco de Rama, con su cuerda enrollada todo alrededor. Prahasta

le ha traído, tras haber matado en la noche al héroe.» Esto diciendo, envió el arco a reunirse con la cabeza que había tirado Vidyujjihva por el suelo; luego dijo a la gloriosa hija del rey de los videhas: «Ríndete a mis deseos.»

## SARGA XXXII

## DESESPERACIÓN DE SITÁ

Sitá, viendo aquella cabeza y aquel arco maravilloso, recuerdo de la alianza con Sugriva, según la había dicho Hanumat, viendo aquellos ojos, la tez del rostro, que asemejábase a la de su esposo, sus cabellos, y a su nacimiento, sobre la frente, aquella joya centelleante, ante todos aquellos signos que la persuadieron de su desgracia, la infortunada se deshizo en quejas contra Kaikeyí y lanzó gritos cual un águila de mar: «¡Alégrate, Kaikeyí; ha sucumbido el que hacía la alegría de su raza! ¡Esta raza perece toda entera gracias a ti, sembradora de discordia! ¿Qué desagrado había, pues, causado a Kaikeyí el noble Rama, para merecer un hábito de corteza de árbol y ser relegado conmigo en el bosque?» Diciendo esto, Vaidehí temblaba. Aquella joven asceta se dejó caer por tierra, como una kadalí cortada por el pie. Al cabo de una instante recobró sus alientos y sus sentidos, y acercando a ella aquella cabeza, entregóse a los gemidos la joven mujer de los grandes ojos: «¡Ah, muerta estoy yo también guerrero de los grandes brazos, fiel a tu voto heroico! ¡Descendida he al mayor grado de infortunio, viéndome viuda de ti! La muerte de su marido es para la mujer la más grande descalificación, dícese. Esposo virtuoso de una compañera fiel, tú has muerto antes que yo. He caído en una gran desgracia, hundida en un océano de dolor, puesto que hete aquí abatido, tú que te levantabas para liberarme. Mi madre política, Kausalyá, que te mimaba tan tiernamente a ti, su hijo, ¡oh Raghava!, aquí la tienes vuelta como una vaca que ha perdido su ternero. Una larga existencia te había sido predicha por aquellos que no obstante conocían el Destino; ¡embustera ha sido su palabra, puesto que has vivido poco, ¡oh Raghava! O bien es que a veces desaparece la prudencia hasta en los que, como tú, son la prudencia misma: o tal vez que el Tiempo, amo de todos los seres, lleva a cada uno a madurez. Esta muerte inopinada, ¿cómo ha podido sorprenderte, a ti, que, versado en las reglas

de la política y la ciencia de las expediciones eras tan hábil apartando los males? Es por haberme estrechado en tus brazos como otra cruel e inhumana Noche de Kala por lo que has sido arrebatado por la fuerza a la existencia, tú, que tienes ojos de loto. Aquí yaciendo estás, guerrero de los grandes brazos, tras haberme dejado por la tierra que ha sido para ti una amante preferida, ¡oh toro de los hombres! El, a quien siempre ungí con cuidado de perfumes y decoré con guirnaldas, hele aquí, ¡oh héroe!, tu arco dorado que me era tan querido. Tu padre, Dasaratha, mi suegro, ¡oh príncipe irreprochable!, y a todos tus abuelos, ahora te has reunido con ellos en el Cielo. En el firmamento, donde has adquirido sitio entre las constelaciones, gracias a tu hermosa conducta, desdeñas reunirte a la santa raza de los rijarshis. ¿Por qué no me miras, oh rey? ¿Por qué no me hablas? ¿A mí, tu esposa, que asocié mi juventud a la tuya? La promesa que me hiciste al tomar mi mano: «Yo seré tu compañero», así me dijiste, acuérdate, ¡oh Kakutsthal, y ¡llévame contigo, infortunada de mí! ¿Por qué dejando este Mundo por el otro, ¡oh tú, el más sensato de los sabios!, me has abandonado en la desgracia? Tu hermoso cuerpo, perfumado por mis manos con esencias benditas, cadáver ahora, ¡las fieras le destrozarán! Tras haber ofrecido el añishtoma y los otros sacrificios, acompañándolos de ricos dakshinas, ¿cómo puede ser que no recibas tú la consagración del añihotra? De tres que hemos partido para el destierro, Kausalyá, presa del dolor, ¡tan sólo verá volver a Lakshmana! Y a petición suya, le contará la destrucción de tus aliados y también cómo tú fuiste, en plena noche, muerto por los rakschas. Y ella, sabiendo que fuiste asesinado mientras dormías, y que yo he sido conducida a la morada del Rakshas, su corazón se partirá; Kausalyá no sobrevivirá, ¡oh Raghava! Es a causa de mí, pobre, por quien el irreprochable príncipe Rama, tras haber franqueado el Océano, lleno de valentía, ha perecido de un modo miserable. Fue en un momento de extravío cuando el hijo de Dasaratha me condujo al altar, a mí, oprobio de mi raza; era la Muerte a la que desposaba haciéndolo el noble Rama. Seguramente, en una existencia anterior, yo me habré negado a una ofrenda escogida, ¡yo, que lloro hoy aquí a mi marido, tan benévolo para todos! ¡Pues bien! Hazme morir sin tardar sobre el cuerpo de Rama, ¡oh Ravana!; junta la esposa al esposo; concédeme este favor supremo. Une mi cabeza a su cabeza, mi cuerpo a su cuerpo, ¡oh Ravana!; déjame seguir la vía de mi esposo magnánimo.»

De este modo, llevada por su ardiente dolor, se lamentaba

la princesa de los grande ojos, nacida de Janaka, ante la cabeza y el arco de su marido. Mientras que Sitá exhalaba estas lamentaciones, un rakshasa que guardaba la puerta, acudió junto a su amo haciendo el anjali: «Sé victorioso, hijo de Arya», dijo, saludando. Y acercándose le hizo saber la presencia de Prahasta, el jefe del ejército: «Prahasta, acompañado de todos los ministros, ha venido a encontrarte. El es quien, descoso de verte, me ha enviado, Señor, para que te diga en su nombre: ¡Oh gran príncipe! ¡Oh tú, a quien el fardo de la realeza ha vuelto paciente!, concédeme audiencia para una medida que hay que tomar con toda urgencia.»

Oyendo esta noticia del rakshasa, Dasagriva se alejó del bosquecillo de asokas y partió a reunirse con sus consejeros. Tras haber examinado con ellos todo cuanto le importaba hacer, entró en la asamblea de los rakshasas y dio sus órdenes, según el conocimiento que tenía de las fuerzas de Rama. Entretanto, la cabeza y el arco maravilloso desaparecieron inmediatamente tras la marcha de Ravana. El Indra de los rakshasas estableció con sus consejeros, los de la temible energía, las medidas que era preciso tomar contra Rama. No lejos de él estaban de pie todos los generales adictos a sus intereses. Semejante a Kala, Ravana, el monarca de los rakshasas, les dijo: «Pronto, al ruido de los gongos golpeados a todo golpear, convocad mis tropas sin más explicaciones.» «Bien», dijeron, y dóciles a esta orden, mensajeros al punto reunieron su gran ejército. Una vez reunido, se ordenó que le fuese dicho al rey, impaciente por combatir.

### SARGA XXXIII

#### SARAMÁ CONSUELA A SITÁ

Cuando vio la turbación de Sitá, de aquella querida Vaidehí a la que amaba tiernamente, una rakshasí, cuyo nombre era Saramá, se acercó a ella. En el enloquecimiento en que la había hundido el Indra de los rakshasas, Sitá, a quien el dolor anonadaba, fue entonces consolada por Saramá, la del acariciador lenguaje. Esta había contraído amistad con Sitá, de quien Ravana la había confiado la custodia y sobre la que velaba solícita y devotamente. La afectuosa Saramá, viendo a Sitá con el espíritu extraviado, semejante a una yegua cansada que se levanta tras haberse revolcado en el polvo, lle-

vada por su tierno afecto hacia ella, tranquilizó a la virtuosa princesa diciendo: «Lo que te ha dicho Ravana y lo que tú misma le has respondido mientras yo estaba escondida en un bosquecillo solitario, tras haber desterrado todo temor hacia Ravana, pues cuando se trata de ti, mujer de los grandes ojos, Ravana no me asusta, no; y la razón por la cual el jefe de los rakshasas ha partido espantado, todo lo he sabido gracias a mi habilidad, ¡oh Maithilí! No es posible sorprender durante su sueño al prudente Rama; matar de este modo a ese tigre de los purushas, no, esto es imposible; como no podrían perecer los vanaras que compiten a arbolazos, y que están bajo la poderosa protección de Rama, como los suras bajo la del toro de los dioses. Con sus largos brazos redondeados, el poderoso arquero del vasto pecho, lleno de ardor, cubierto con su armadura, esencialmente piadoso y célebre en el Mundo, supo siempre defenderse él mismo con el apoyo de Lankshmana su hermano, él, ese noble héroe versado en la ciencia de la política y de la guerra. Exterminar batallones adversos, de una fuerza y de una bravura inconcebibles, es imposible; no, no ha perecido el afortunado Raghava, ¡oh Sitá!, ese azote del enemigo. Perverso en pensamientos como en actos, el tirano que atormenta a todos los seres ha acudido a la magia para engañarte. Desecha tu pena; una felicidad completa te está reservada. Seguramente eres amada de Lakshmi; oye una agradable noticia, ¡oh afortunada! Tras haber franqueado el Océano, con el ejército de los vanaras, Rama ha llegado a la playa meridional, donde está acampado. Veo que ha conseguido plenamente su propósito Kakutstha, al que Lakshmana acompaña. Está en seguridad en medio de sus aliados numerosos que hacen alto al borde del agua. Rakshasas diligentes enviados a la descubierta por Ravana, le han traído la noticia de la travesía de Raghava. Al saberlo, princesa de los grandes ojos, el jefe de los rakshasas ha deliberado con todos sus consejeros.»

Mientras Saramá, la rakshasí, conversaba de este modo con Sitá, un clamor espantoso lanzado a plenos pulmones por las tropas llegó a sus oídos. Oyeron también un gran ruido de gongos golpeados a golpes de palillo. Saramá, la del dulce lenguaje, dijo entonces a Sitá: «Ese sonido formidable de los gongos es el preludio del combate, mujer delicada. Ese ruido profundo de los gongos, escucha: diríase el estruendo de las nubes. Los elefantes, ebrios de mada, son ensillados; los caballos unidos a los carros. Se advierten por millares los combatientes, montados en sus corceles, los dardos en la mano

Precipítanse de un lado para otro, enteramente equipados, a millares. Las vías reales están llenas de soldados admirables de ver; saltan lanzando gritos, cual las olas que llenan el Océano. Armaduras resplandecientes, escudos, corazas, carros, caballos, elefantes, esos rakshasas que se precipitan tras los pasos de su príncipe, llenos de entusiasmo y de bravura; mira los reflejos de todos colores que proyectan. Ese tumulto de los rakshasas presagia un peligro espantoso, como para erizar los cabellos, dispuestos a caer sobre ellos. *Srí*, que disipa el dolor, te protege, Rama, tu esposo, el de los ojos anchos como hojas de loto, semejante a Vasava, vencedor de los daityas, te reconquistará. Su cólera apaciguada, luego de que con su inimaginable valentía haya muerto a Ravana en la pelea, te llevará. Tu marido se lanzará sobre los rakshasas con Lakshmana, como con Vishnú se lanzó sobre sus adversarios el destructor Vasava. Rama, al que ya ves llegado, muy pronto te veré yo a ti sobre su regazo, tus votos colmados y tu tirano abatido. Lágrimas de alegría correrán de tus ojos, *¡oh Janaki!*, cuando reunido contigo, tu esposo te tenga apretada contra su pecho. Sin tardar, *¡oh divina Sitá!*, esa única trenza que te cae sobre la espalda, y que llevas hace muchos meses, el poderoso Rama la desatará. Al volver a ver su rostro brillante como la Luna llena cuando se levanta, *¡oh reina!*, renunciarás a las lágrimas nacidas del dolor, como la culebra a su vieja piel. Luego de haber inmolado a Ravana en el combate, no tardará en verdad, *¡oh Maithilí!*, en reunirse contigo, tú, su bienamada, para gozar de la felicidad de que es digno. En medio de las caricias del magnánimo Rama serás dichosa, a ejemplo de un campo cubierto de una mies bien regada. Ese Sol, tu asilo, que se lanza de aquí hacia lo más alto de los montes, semejante a un corcel que recorre rápidamente su carrera, refúgiate ahora junto a él, *¡oh reina!*: es el Amo de los seres.»

## SARGA XXXIV

## SARAMÁ ESPÍA EL PROPÓSITO DE RAVANA

Sitá, a quien el discurso de Ravana había sumido en el dolor, fue consolada y alegrada por Saramá, como lo es por el agua una tierra desecada. Llevada por su deseo de ser útil a su amiga, la afectuosa rakshasí, hábil en aprovechar las circunstancias, preludió mediante una sonrisa su lenguaje lleno

de oportunidad: «Podría, mujer de los ojos negros, llevar de tu parte un mensaje de felicidad a Rama y volver sin ser advertida. Pues cuando atravieso el espacio que se sostiene sin apoyo, Ravana ni el propio Garuda sabrían seguir mis huellas.»

Así habló Saramá. Sitá la respondió con voz dulce y acariciadora, bien que alterada a causa de su reciente angustia: «Tú eres capaz de ir al cielo e incluso al Rasatala. Escucha lo que ahora te conviene hacer para mí. Si quieres serme agradable, si tal es tu firme intención, mi deseo es saber lo que hace ahora Ravana. Ese poderoso mago, el cruel Ravana, verdadero *ravana* para sus enemigos, me ha turbado con su maldad, cual un brebaje espirituoso que se acaba de beber. Me amenaza siempre; sin cesar me injuria y me hace vigilar constantemente por esas *rakshasas* espantosas. Soy víctima de la turbación, de la angustia, mi espíritu no está en su centro. Me hace temblar de miedo en este bosquecillo de asokas en el que estoy confinada. Lo que dice, lo que ha decidido hacer, si me informases de todo ello, me harías el mayor servicio.»

Así habló Sitá. Saramá le dijo con voz tierna, enjugando su cara marchita por las lágrimas: «Si esto es lo que deseas, voy sin detenerme, y cuando haya aprendido el proyecto del tirano, volveré, ¡oh Maithilí, hija de Janaka!» Tras estas palabras, fue junto al *rakshasa* Ravana para escuchar lo que iba a decidir con sus consejeros. Cuando habiendo ido a escuchar, hubo sabido el plan de aquel perverso, volvió rápida al magnífico bosquecillo de asokas. Al entrar en él vio a la hija de Janaka, que la esperaba semejante a Sri privada de su loto. Sitá, abrazando con efusión a Saramá, que de vuelta la dirigía palabras amistosas, la ofreció su propio asiento, diciéndola: «Siéntate aquí cómodamente y cuéntame con exactitud todo lo que ha decidido ese bárbaro Ravana, el del corazón pervertido.»

Entonces Saramá repitió a la temblorosa Sitá toda la conversación de Ravana con sus ministros: «La madre del rey de los *rakshasas* y un anciano consejero que le es muy adicto han insistido repetidamente para que te deje marchar. Váidehí: «Que envíen honorablemente a Maithilí al Indra de los hombres; tienes y debe servirte de lección su desconcertante hazaña en el Janasthana, la travesía del Océano y el descubrimiento de Sitá por Hanumat. Aquella hecatombe de *rakshasas* en el combate, ¿qué mortal la hubiera hecho?» De este modo sus ancianos ministros y su madre insistían enérgicamente junto a él, pero él no te soltará más que soltaría el

avaro su tesoro. No te devolverá la libertad sino si sucumbe en la lucha, ¡oh Maithilí! Tal es la resolución tomada con sus consejeros por ese malvado. Su determinación es inquebrantable; Mrityú, que les engaña, se la inspira. El temor no decidirá a Ravana a soltarte, mientras no haya sido batido por los armas; no antes de que todos los rakshasas y él mismo hayan sucumbido. Cuando haya exterminado en el combate a Ravana con uno de sus agudos dardos, Rama te llevará a Ayodhya, mujer de los ojos negros.» En aquel momento se levantaron, mezcladas al sonido de tambores y trompetas, los vivos de todo un ejército; la tierra tembló. Aquel clamor de las tropas de los vanaras, cuando los servidores del rey de los rakshasas, reunidos en Lanká, le oyeron, sus fuerzas les abandonaron; enervados por el desaliento, no vieron salvación contra la falta del rey.

## SARGA XXXV

## MALYAVAT ACONSEJA A RAVANA QUE HAGA LA PAZ

Era el retumbante sonido de los gongos mezclado al de las trompetas, como se acercaba Rama, el de los grandes brazos, el conquistador de las ciudades enemigas. Oyendo aquel ruido. Ravana, el amo de los rakshasas, detúvose un instante para reflexionar; luego advirtió a sus consejeros. El poderoso Ravana, con voz que retumbó en toda la sala, les apostrofó y les dijo. Azote del mundo, el cruel monarca de los rakshasas les hizo este reproche: «La travesía del Océano, la bravura, la fuerza y el heroísmo, lo que contáis de Rama, ya lo he oído; sé también que, por vuestra parte, en el combate os comportaréis muy valerosamente y, no obstante, ¡heos aquí silenciosos, mirándoos los unos a los otros, pensando en ese valeroso guerrero!»

Entonces, un rakshasa muy inteligente, cuyo nombre era Malyavat, a estas palabras de Ravana, del que era abuelo materno, respondió en estos términos: «El rey que es versado en las catorce ciencias, ¡oh príncipe!, y que sigue las reglas de la política, ejerce mucho tiempo el imperio y reduce a sus adversarios a su capricho. Aprovecha la ocasión de hacer la paz o la guerra, fortifica su partido y goza de gran autoridad. Un monarca se aliará a otro más poderoso o incluso a un igual. No despreciará jamás a un enemigo; si es más fuerte,



le hará la guerra. Por tanto, a mí me gustaría una alianza con Rama, ¡oh Ravana!, y Sitá, la causa del litigio actual, devuélvesela. Devas, rishis, gandharvas, todos desean su triunfo; no entres en lucha con él y decídette por la paz. El venturosísimo Abuelo creó dos partidos: el de los suras y el de los asuras, que se apoyan sobre el Dharma y el Adharma. El Dharma es, según se dice, el lote de los Inmortales magnánimos, y el Adharma el de los rakshasas y de los asuras, ¡oh Rakshasa! Mientras el Dharma devoraba al Adharma, fue la edad Krita; cuando Adharma devore al Dharma, entonces es Tishya quien domina. Ahora bien, tú recorres los mundos destruyendo el gran Dharma, y al Adharma le adoptas; lo que hace la fuerza de nuestros rivales. Aumentado por tu locura, esa serpiente que es el Adharma nos consume, mientras que el partido de los suras fortifícase a causa de su naturaleza recta. Aprisionado por los sentidos, todo cuanto haces provoca la viva cólera de los ascetas, esas personificaciones de Añi. Su potencia es irresistible como Pavaka abrasado. Purifican sus almas mediante austeridades y se complacen en el culto del Dharma. Esos Dos-veces-nacidos, en efecto, ofrecen sacrificios excelentes y múltiples; encienden el fuego sagrado según los ritos; recitan los *Vedas* en alta voz, y es dominando a los rakshasas como profieren las exclamaciones santas. Dispersados en todas direcciones, como el tempestuoso mar durante la estación cálida, esos rakshas, cuando los rishis, émulos de Añi, celebran el añihotra, el humo que se desprende envuelve su energía y se extiende por los diez puntos cardinales. En las diversas comarcas santificadas por sus oblaciones, el ardiente tapás de esos penitentes austeros va de este modo a atormentar a los rakshasas. Fue contra los devas, los danavas y los yakshas respecto a los cuales recibiste el privilegio de la invulnerabilidad. Ahora bien, actualmente son hombres, rikshas y golangulas poderosos, llenos de energía y de bravura, los que acuden entre clamores. Considerando los presagios de todo género, formidables, variados y múltiples, preveo el exterminio total de los rakshasas. Con estruendo horrible, monstruosas nubes, engendrando el terror, hacen llover sobre Lanká por todas partes una sangre ardiente. Los tiros de caballos lanzan gritos y vierten lágrimas. Cubiertas de polvo, descoloridas, las regiones no brillan ya como antes. Serpientes, chacales, buitres, entre clamores espantosos, se introducen en Lanká y se reúnen en medio de los jardines públicos. Mujeres, imágenes de Kali, con los dientes blancos, lanzando carcajadas, colocadas frente a la gente cuando duerme, saquean sus

habitaciones mientras dicen cosas incoherentes. En las casas, los perros devoran las ofrendas sagradas; asnos nacen de vacas y ratas de ichneumones. Los gatos se acoplan con los tigres, los puercos con los gozquecillos, los kinnaras con los rakshasas e incluso con los hombres. Palomas blancas con las patas rojas anuncian, mensajeras de Kala, la exterminación de los rakshasas mediante sus evoluciones aéreas. «¡Cicikuci!», tal es el grito de los loros domésticos cuando caen a racimos bajo los golpes de sus querelladores rivales. Pájaros y fieras, todos miran fijamente al Sol, lanzando gritos. Bajo los rasgos de un monstruo humano, contrahecho, calvo, de un moreno tirando a negro, Kala visita las moradas de todos sucesivamente. Ante estos presagios y otros igualmente funestos que aparecen, y recordando las hazañas de Rama, reflexiona y haz lo que debe ser ventajoso para el porvenir.» Tras haber hablado así, Malyavat notó la disposición de espíritu del rey de los rakshasas; él, el primero de los bravos más bravos; él, el valeroso, calló al ver el aspecto de Ravana.

## SARGA XXXVI

### RAVANA PONE A LANKÁ EN ESTADO DE DEFENSA

Este lenguaje saludable de Malyavat, Dasana, el del alma perversa, no pudo soportarle: había caído en poder de Kala. Blandiendo el arco de sus cejas sobre su frente, dominado por la cólera, agitados los ojos por el furor, le respondió de este modo: «Ese discurso pronunciado con buena intención, pero superfluo y rudo, favorable además al partido enemigo, no ha entrado en mis oídos. Ese hombre canijo, Rama, que está solo, sin otro apoyo que las gacelas de las ramas, renegado por su padre y relegado a un bosque, ¿cómo puedes creerle de mi talla? Yo, el jefe de los rakshasas y el terror de los dioses, ¿de qué fuerza me crees desprovisto, yo que las poseo todas? Trabajo me cuesta saber si es por odio hacia mi valor o por afecto hacia el enemigo por lo que me diriges tan duras palabras, ¡a no ser que sea como estimulante! Porque, en efecto, a un héroe bien afianzado sobre sus pies, ¿qué pandit versado en la ciencia de los *Sastras* le hablaría con acritud a no ser para estimularle? Tras haber traído del bosque a Sitá, que se asemeja a Sñi privada de su loto, ¿iba a devolvérsela a Raghava por miedo? ¡Vamos, hombre! En

medio de los kotis de vanaras que le rodean, con Sugriva, con Lakshmana, le verás dentro de algunos días caer bajo mis golpes. Aquel al que las deidades mismas no se atreven a afrontar en el campo de batalla. Ravana, ¿cómo en esta lucha podría tener miedo? Me dejaría cortar en dos antes que inclinarme ante alguien; esto es un defecto nacido conmigo; es mi naturaleza; luego indestructible. Si de casualidad Rama ha podido echar un puente sobre el mar, ¿tan gran prodigio es como para que te llenes de terror? Ciertamente, ha podido franquear el Océano con un ejército de monos, pero yo te juro la verdad: no volverá vivo.»

Cuando oyó a Ravana, indignado, hablarle con semejante cólera, Malyavat, confuso, no replicó palabra. Dirigió al rey sus votos de victoria, como la cortesía obligaba; luego, con su permiso, se retiró a su morada. Entretanto, Ravana, ayudado por sus ministros, tras haber reflexionado y deliberado, organizó la defensa de Lanká. Confió la puerta oriental al rakshasa Prahasta, y la del mediodía, a los dos héroes Mohaparsva y Mahodara. En la puerta oeste colocó a su hijo Andrajit, poderoso encantador, con una tropa considerable de rakshasas. En la entrada septentrional de la ciudadela estableció a Suka y a Sarana. «Yo también iré a este puesto en persona», dijo a sus ministros. En cuanto al rakshasa Virupaksha, lleno de energía y de bravura, le confió el ocupar el centro de la ciudad con sus numerosos soldados. Estas disposiciones tomadas para la salvaguardia de Lanká, el toro de los rakshasas creyó su propósito alcanzado; Kala le precipitaba. Despidió a sus ministros, tras haber provisto de este modo a la salvación de la ciudad, recibió los votos de triunfo con los que todos le aclamaron, y entró en su harén, suntuoso y vasto.

## SARGA XXXVII

### RAMA ESTABLECE SU PLAN DE ATAQUE

Entretanto, el rey de los hombres y el de los monos, el hijo de Vayú, Jambavat, el rey de los rikshas, y el rakshasa Vibhishana, Angada, el hijo de Valin, Sumitri, el mono Sarabha, Sushena, su pariente Mainda y también Dvivida, Gaia, Gavaksha, Kumuda, Nala y Panasa, llegados a territorio enemigo, reunieron en consejo: «He aquí ante nuestros ojos esa ciudad de Lanká, defendida por Ravana, inexpugnable in-

cluso a todos los dioses reunidos a los asuras, a los uragas y a los gandharvas. Deliberemos sobre los medios de asegurar ante todo el éxito de la expedición, forzando en su guarida eterna a Ravana, el rey de los rakshasas.»

A estas palabras, el hermano segundogénito de Ravana, Vibhishana, respondió con lenguaje impecable y sustancial: «Anala, Panasa, Sampati y Pramati, mis consejeros, han ido a Lanká, de donde vuelven. Transformados en pájaros, han penetrado los cuatro en la ciudadela enemiga. Las disposiciones tomadas por Ravana, que han estudiado de cerca; la defensa organizada por ese perverso, la relación que sobre todo ello me han hecho, ¡oh Rama!, te la voy a referir exacta y completamente; escucha: en la puerta este está Prahasta con su división. En la sur los valientes Mahaparsva y Mahodara. Indrajit está en la entrada occidental y manda una tropa considerable, armada de arpones, sables, arcos, venablos y martillos. El hijo de Ravana tiene a sus órdenes numerosos millares de valientes, provistos de proyectiles de todas clases y llevando espadas en las manos. Ansioso y presa de gran turbación, con sus rakshasas, Ravana, versado en los mantras, ha apostado en persona en la puerta norte. En cuanto a Virupaksha, con un fuerte destacamento armado de venablos, de mudgas y de arcos, ocupa el centro de la ciudad. Cuando hubieron observado esta disposición de puestos, mis espías se han apresurado los cuatro a volver. Elefantes, hay diez mil; hay un ayuta de carros y dos de caballos para un koti y más de rakshasas. Atrevidos, vigorosos, combatientes intrépidos, fueron siempre los favoritos de los monarcas esos generosos rakshasas. Cada uno de ellos, cuando están en campaña, ¡oh jefe de los pueblos!, manda un millón de soldados.» El poderoso Vibhishana, habiendo descrito de este modo la situación de la ciudad, que conocía por sus emisarios, introdujo a éstos. Y tras haberle hecho conocer por ellos todo cuanto concernía a Lanká, el afortunado hermano segundogénito de Ravana dijo además a Rama, el de los ojos de loto, llevado por su deseo de serle agradable: «Cuando Ravana, ¡oh Rama!, hizo la guerra a Kubera, sesenta veces cien millares de rakshasas entraron entonces en campaña. En cuanto a valor, audacia, energía, extrema resistencia y nobleza, rivalizaron con su perverso príncipe. Que ello, por supuesto, no te conmueva; te incito a indignación, no a temor, pues tú eres émulo, en valentía guerrera, de los propios suras. Tras haber dispuesto en orden de batalla a la tropa de los vanaras, exterminarás a

Ravana con el gran ejército, compuesto de cuatro angas, que le rodea.»

Habiendo hablado así Vibhishana, Raghava dio sus órdenes de ataque. «En la puerta oriental de Lanká, Nila, toro de los vanaras, combatirá a Prahasta y a su número de milicia. Angada, el hijo de Vali, a la cabeza de su fuerte división, rechazará de la puerta del sur a Mahaparsva y a Mahodara. Hanumat hundirá la puerta oeste. Este hijo de Pavana, cuyo valor es sin medida, penetrará en la ciudad con el grueso de sus batallones. El miserable rey de los rakshasas, que se complace en perjudicar a las tropas de los daitias y de los danavas, así como a los rishis magnánimos, valido de su precioso privilegio, que recorre todos los mundos estrujando a los seres, yo me reservo el matarle yo mismo. La puerta norte de la ciudad yo la forzaré con la ayuda de Sumitri y me precipitaré tras las huellas de Ravana y de su ejército. El poderoso Indra de los vanaras, el valiente rey de los rikshas y el hermano segundogénito del monarca de los rakshasas se ocuparán del puesto central. No es preciso que los haris tomen forma humana en la lucha; ello será nuestra señal de reconocimiento cuando combatamos en medio de sus filas. De este modo, a vosotros todos, vuestra forma nativa os servirá de punto de referencia, pero nosotros siete atacaremos al enemigo con nuestros rasgos humanos: Yo, mi hermano Lakshmana, lleno de bravura, y mi amigo Vibhishana con sus cuatro compañeros.»

Rama, tras haberse puesto de acuerdo con Vibhishana para el éxito de su empresa, determinó, como jefe prudente, el proyecto de ocupar el monte Suvela, del cual veía los muy encantadores techos. Luego, a la cabeza de su gran ejército, que cubría toda la tierra, el magnánimo Rama, con aire atrevido y alegre, marchó contra Lanká, resuelto a exterminar a su enemigo.

## SARGA XXXVIII

### ASCENSIÓN AL SUVELA

Cuando hubo tomado esta resolución de ocupar el Suvela, Rama, seguido de Lakshmana, dirigiéndose a Sugriva y a Vibhishana, noctívago lleno de derecho y de abnegación, sagaz y experimentado, les dijo con tono impregnado de dulzura y de nobleza :«Ese Suvela, ese rey de las mesetas y de

los montes que posee filones metalíferos por centenares, hagamos su ascensión con objeto de acampar en él esta noche. Además, observaremos Lanká, la guarida de ese rakshasa que me ha arrebatado a mi esposa, ¡para su pérdida, el miserable! No respeta ni la justicia, ni la virtud, ni la familia; él, que con su alma perversa de rakshasa ha cometido este atentado.»

Sin dejar de meditar sus proyectos, lleno de indignación contra Ravana, Rama se acercó al Suvela, el de los encantadores collados, y se puso en condiciones de escalarle. Detrás de él Lakshmana seguía atento blandiendo su arco y sus flechas, orgulloso de su muy grande valentía. Sugriva escaló el monte con sus ministros y Vibhishana. Botaban con la impetuosidad del viento aquellos corredores de rocas. Trepaban por cien lados a la vez, tras los pasos de Raghava; no emplearon mucho tiempo en escalar el Suvela hasta su cima. Desde ella advirtieron, como suspendida en el aire, la brillante ciudad, la de las puertas espléndidas, deslumbradora con su magnífica fortificación. Lanká, llena de guerreros, mostróse a los oficiales de los haris. De pie sobre sus maravillosos bastiones, los negros rakshasas, a los ojos de aquellos monos escogidos, parecían como una segunda muralla. Contemplándolos, a la vista de los rakshasas, los vanaras, impacientes por combatir, lanzaron redoblados gritos en presencia de Rama. Entre tanto, el Sol avanzaba hacia el Asta teñido por los fuegos crepusculares. La noche iluminada por la Luna llena se acercaba. Entonces Rama, el jefe del ejército de los haris, tras un cambio de saludos con Vibhishana, se instaló confortablemente, acompañado de Lakshmana y de su estado mayor sobre la cima del Suvela.

## SARGA XXXIX

### DESCRIPCIÓN DE LANKÁ

Tras haber pasado la noche en el Suvela, los valientes generales de los haris contemplaron los bosques y los bosquecillos de Lanká. Eran unidos, agradables, encantadores, anchos y largos, de aspecto maravilloso; este espectáculo excitó su admiración. Campakas, asokas, bakulas, salas, talas, abundaban allí. Tamalas y panasas sombreaban aquella ciudad enguinaldada de nagas. Hintalas, arjunas, nipas, saptaparnas en plena floración, tilakas, karnikaras, patalas, por todas partes aque-

llos árboles de floridas copas, en torno a los cuales se enro-llaban las lianas de especies variadas, magníficas, daban a Lanká la brillante apariencia de Amaravatí, la ciudad de Indra. Apariencia que debía aún a sus cuadros de césped sembrados de flores diversas, de rojos y tiernos brotes, así como a sus sombrías y múltiples avenidas. Flores y frutas perfumadas, sabrosas, los árboles estaban cargados de ellas, como los hombres lo están de adornos. Cual el Caitraratha, encantador, émulo del Nandana, veíase todo como un sotillo, verde en toda estación, espléndido, lleno de enjambres, centelleante de hermosura. Datyuhás, koyashtis, garzas reales, pavos danzarines, pájaros parásitos, gorjeaban en medio de las cascadas silvestres. Frecuentados por volátiles siempre embriagados de amor, por moscas de miel, sus ramajes cargados de kokilas, resonaba con los cantos de las aves, el zumbido de los bhringarajas, el grito de las águilas marinas, fue en aquellos sotillos donde penetraron gozosos, llenos de alegría, los valientes haris, que cambiaban de forma a su capricho.

Cuando entraron en ellos los vanaras de la gran energía, una brisa que se perfumaba al contacto de las flores soplabá allí dulce como el aliento. Entretanto, algunos oficiales se destacaron de los batallones simiescos, con la venia de su príncipe, para acercarse a la ciudad que estaba empavescada. Espantaron a los pájaros, aterrorizaron a gacelas y elefantes y trastornaron Lanká con sus clamores; en el lanzar gritos sobresalían. Era tal su brío, que trituraron el suelo con sus pies, y el polvo levantábase de pronto a su paso. Osos, leones, búfalos, elefantes salvajes, antílopes, volátiles, espantados por aquel ruido, dispersáronse hacia los diez puntos del horizonte.

El Trikuta tenía una cima muy elevada, que tocaba el cielo, por todas partes cubierta de flores, centelleante como el oro, de cien yojanas de extensión, sin mancha, graciosa de ver, lisa, magnífica, de una altura inaccesible hasta para los pájaros, imposible de escalar ni siquiera con el pensamiento, mucho menos pues, en realidad: era sobre este promontorio donde estaba construida Lanká, de quien Ravana era el bastión. Ancha de diez yojanas y larga de veinte, con sus altas puertas que asemejábanse a blancas nubes, y su fortificación de oro y de plata, era una maravilla. Palacios y templos eran para aquella ciudad una decoración espléndida; cual las nubes a finales de verano, en la región de Vishnú que se encuentra entre el Cielo y la Tierra. En Lanká se veía un edificio de mil columnas, artísticamente construido, semejante a la cima del Kailasa, que parecía lamer el firmamento. Era el retiro del

Indra de los rakshasas, la joya de la ciudad que guardaban constantemente un centenar de feroces guerreros. Encantadora con su oro, los montes que la servían de adorno, deslumbradora con sus ricos parques y sitios variados, retumbante a causa de los cánticos de pájaros de toda especie, frecuentada por antílopes de todas las variedades, adornada con flores de todas clases, habitada por rakshasas asimismo de todas clases, aquella ciudad opulenta, de recursos inmensos, semejante al tercer cielo, al verla el afortunado, el valeroso hermano mayor de Lakshmana quedó todo asombrado. Aquella ciudad llena de tesoros, abundantemente aprovisionada, enguinaldada de palacios, muy fuerte con sus poderosas máquinas y sus sólidas hojas de puerta, Rama la contemplaba todo admirado, rodeado de su gran ejército.

## S A R G A X L

### COMBATE SINGULAR ENTRE SUGRIVA Y RAVANA

Entretanto, Rama ascendió a la cresta del Suvela, que tenía dos yojanas de circuito; Sugriva le acompañaba con sus tropas de haris. Allí se detuvo un instante para inspeccionar los diez puntos del horizonte. Construida sobre la deliciosa cima del Trikuta por Visvakarmán, Lanká se le mostró en su bello emplazamiento, encantadora con sus deliciosos bosquecillos. De pie, en el centro de una puerta, estaba el Indra de los rakshasas, tan difícil de aproximar. En torno a él agitaban un blanco abanico; el triunfal quitasol indicaba la suprema calidad de su amo. Ungido de sándalo rojo, cubierto con ricos ornamentos, semejante a una nube sombría, estaba vestido con un traje todo bordado con oro. Las cicatrices de las heridas que le había hecho Airavata con la punta de sus colmillos, surcaban su pecho. Iba cubierto con un manto rojo, cuyo matiz recordaba la sangre de la liebre. Hubiérase dicho un montón de nubes teñidas, en el cielo, por fuegos crepusculares. Los Indras de los vanaras le vieron; Raghava le vio también. Al advertir a Ravana, Sugriva botó súbitamente. Con furioso impulso, el héroe vigoroso lanzóse de la cima del monte para abatirse sobre la plataforma junto a la puerta. Allí se detuvo un momento para contemplar cara a cara, con alma intrépida, a aquel rakshasa al que estimaba como una brizna de paja; luego le apostrofó violentamente: «Yo soy el amigo y el servidor de Rama, el protector de los mundos. Rakshasa,



tú no te me escaparás hoy, gracias al tejás de ese Indra de los príncipes.» Esto diciendo, saltó de pronto y cayó sobre él. Le arrancó su brillante diadema y la arrojó a tierra. Viéndole volver al punto a la carga, el merodeador nocturno le dijo: «De Sugriva que eras, lejos de mi vista, vas a llegar a ser *hinagriva*» (346). Tras estas palabras, se arrojó sobre él vivamente y con sus dos brazos le precipitó al suelo. Volviendo a saltar como una pelota, el hari con sus dos brazos, echó por tierra a su adversario a su vez. El sudor regaba los miembros de ambos; tenían los dos el cuerpo rojo de sangre. Enlazados, sus movimientos estaban paralizados; se los hubiera tomado a uno y a otro por un salmali y un kimsuka. Puñetazos, manotazos, codazos y hasta golpes con los dedos, fue una lucha indescriptible entre aquellos dos poderosos Indras de los rakshasas y de los vanaras. Rudo y largo fue el combate entre aquellos dos fogosos campeones sobre la plataforma de la puerta. Levantábanse sucesivamente, el cuerpo doblado, luego mediante zancadillas, rodaban por el suelo. Triturábanse el uno al otro; aplastábanse los miembros al caer contra las empalizadas de salas y los fosos; luego volvían a botar en cuanto tocaban el suelo. Deteníanse un instante para resoplar. Pero al punto enlazábanse de nuevo con sus brazos a guisa de cables y permanecían así atados juntos sin dejar por ello de luchar. Furiosos, llenos de habilidad y de vigor, recorrían pie a pie el teatro del combate. Cual un león y un tigre, cual, también, dos jóvenes Indras de elefantes que ya han tenido los dientes y que se enlazan uno a otro, golpeándose, tanteándose con las trompas, para caer juntos al suelo. Volviéndose a levantar, los dos guerreros precipitábanse de nuevo el uno sobre el otro. De este modo hicieron varias veces la vuelta de la arena. Luchadores diestros y robustos, no se fatigaron de prisa. Se estrujaban con sus brazos enormes, que se asemejaban a trompas de elefantes; a ellos mismos se les hubiera tomado por dos grandes proboscidios. Durante su duelo, que fue largo y porfiado, describían pataleando rápidos círculos. En sus asaltos mutuos durante los que cada uno se esforzaba por matar a su adversario, semejantes a dos gatos que se disputan una vitualla, tomaban las posturas más diversas: evoluciones variadas, paradas de todo género, meandros semejantes a los que describe el buey con su orina, idas y venidas repetidas, marchas oblicuas, disimuladas, tortuosas para escapar al adversario, esquivar sus golpes, girar alrededor, lanzarse a su encuentro, precipitarse sobre él, ponerse encima, separarse, volver la espalda, el flanco, apartarse, tomar im-

pulso, saltar, escapar; estos asaltos de armas, en los que sobresalían, Sugriva y Ravana multiplicábanlos a placer. En tal situación, el Rakshasa iba a recurrir a sus artes mágicas, cuando el rey de los vanaras se dio cuenta de ello y lanzándose al espacio con aires de triunfo y victorioso de toda fatiga, dejó a Ravana allí, engañado por el rey de los haris. Luego, aquel jefe de la flor de los monos, que habíase adquirido una reputación como guerrero, tras haber sostenido con el amo de los merodeadores nocturnos una lucha encarnizada, voló por los aires, por la extensión inmensa, él, el hijo del Sol, y volvió a reunirse con los batallones simiescos, al lado de Rama. Aquel hijo de Savitar, digo, el Indra de los monos, aquella hazaña cumplida, reunióse al ejército con la rapidez del viento, lleno de alegría, aumentando en el vástago del más grande de los reyes de los Rhagús el amor hacia las batallas y aclamado por los generales vanaras.

## S A R G A X L I

### RAMA DIPUTA A ANGADA JUNTO A RAVANA

Cuando le volvió a ver con aquellas marcas de su valentía, el hermano mayor de Lakshmana, Rama, dijo a Sugriva, abrazándole: «Has cometido esta imprudencia sin consultarme. Semejante temeridad no puede ser estimada cuando se trata de amos de pueblos. Nos has hundido en la ansiedad, a mí, al ejército y a Vibhishana mediante tu loco atrevimiento, ¡oh guerrero que te complaces en los golpes de audacia! En adelante no obres de este modo, héroe que domas a tus enemigos. Si te hubiere ocurrido algo, ¿qué me hubiera importado ya Sitá, Bharata, mi joven hermano Lakshmana, Satruña, ¡oh valiente matador de tus enemigos!, e incluso mi propia vida? Si no hubieses vuelto, he aquí cuál era mi firme resolución, yo, que conozco tu valor, ¡oh rival de Mahendra y de Varuna! Tras haber matado a Ravana en combate con sus hijos, sus tropas, sus monturas, y consagrado a Vibhishana rey de Lanká, Bharata ocupando el trono, yo hubiera abandonado mi cuerpo, ¡oh gran príncipe!»

A estas palabras de Rama, Sugriva respondió: «Al ver al raptador de tu esposa, a Ravana, ¡oh brazo descendiente de Raghú!, consciente de mi propia fuerza, ¿cómo me hubiera podido contener?» Así dijo el héroe; Raghava le felicitó; luego

se dirigió en estos términos a Lakshmana, dotado de esplendor: «Junto a esas aguas frescas y a esos vergeles, dividamos el ejército en cuerpos de batalla y vivaquemos, ¡oh Lakshmana! Una desgracia espantosa, que va a causar la ruina del Universo, se presentará a mis ojos; es inminente; es la destrucción de los valerosos rikshas, vanaras y rakshasas. Los vientos soplan lúgubrementes, la tierra tiembla, las cimas rocosas oscilan, las montañas lanzan clamores. Semejantes a bestias de presa, nubes horribles dejan oír tremendos gritos; espantosas hacen hlover una aterradora mezcla de sangre y agua. Rojo como el sándalo, el crepúsculo está lleno de espanto, y del Sol cae llameante un círculo de fuego. En sentido opuesto al Sol, fieras y pájaros lanzan gritos que hacen nacer un vivo terror; están tristes, triste es su voz, su aspecto feroz y privado de esplendor. Por la noche, aunque sin brillo, la Luna es ardiente, negros y rojos son los rayos que la rodean, como en la época de la destrucción del Mundo. Disminuida, sombría, siniestra, su halo es de un tono excesivamente cobrizo. En el orbe del Sol, un signo negro, ¡oh Lakshmana!, aparece. No se ve al astro acercarse normalmente a las constelaciones; esto parece presagiar el fin del Universo; mira, Lakshmana: cuervos, águilas, buitres, tienen un vuelo bajo y giratorio. Por su parte, los chacales lanzan aullidos penetrantes y lúgubres. Rocas, venablos, sables lanzados por los monos y los rakshasas cubrirán la tierra a la que empapará un barro de carnes ensangrentadas. Pronto, hoy mismo, a la inaccesible ciudadela que Ravana defiende, démosla apresuradamente un asalto general con los haris que nos rodean.»

Habiendo hablado así a Lakshmana su segundogénito, el poderoso héroe descendió rápidamente de la cresta montañosa. Llegado a la parte baja de la roca, el virtuoso Raghava contempló su ejército absolutamente irresistible para el enemigo. Alcanzando con Sugriva la tropa considerable de este rey de los monos, Raghava, que conocía las ocasiones favorables, llegado el tiempo, la empujó al combate. A la hora propicia, el héroe poderoso, escoltado del gran ejército, lanzóse hacia adelante, su arco en la mano y el rostro vuelto hacia Lanká. Vibhishana y Sugriva, Hanumat, Jambavat, Nala, el rey de los rikshas, así como Nila y Lakshmana, marcharon entonces tras él. El inmenso conjunto de los rikshas y de los habitantes de los bosques que cubría una vasta extensión de terreno se precipitó tras los pasos de Raghava. Crestas de rocas por centenares, árboles enormes servían de proyectiles a los vanaras, aquellos domadores del enemigo que asemejábanse a elefan-

tes. En poco tiempo, los dos hermanos Rama y Lakshmana, frenos de sus adversarios, llegaron a la ciudad de Ravana, Lanká, enguinaldada de oriflamas, encantadora con sus jardines de recreo que la adornaban, los diversos atrinchamientos, las altas murallas, los arcos que la hacían inaccesible. Aquella ciudad inexpugnable para los suras mismos, los habitantes de los bosques, excitados por la voz de Rama y dóciles a sus órdenes, hicieron alto una vez que hubieron llegado. La puerta septentrional, alta como la cima de una roca, Rama, acompañado de su segundogénito, el arco en la mano, la vigiló y la sitió. El valeroso hijo de Dasaratha, seguido de Lakshmana, avanzó hasta bajo los muros de Lanká, de la que Ravana era el bastión. Aquella puerta del Norte, en donde estaba Ravana, ninguno otro que Rama podía acercarse a ella para vigilarla. Puerta formidable que Ravana guardaba lo mismo que Varuna el Océano, y que terribles rakshasas en armas defendían por todos lados, como los danavas el Patala, que siembra el espanto entre las almas débiles. Rama notó, ordenadas en haces numerosos, las armas y las armaduras de todo género de los combatientes.

Entretanto, en la entrada oriental, Nila, a la cabeza de un camú de haris, portábase atrevidamente con Mainda y Dvi-vida. Angada ocupaba la puerta Sur con muy grandes fuerzas. Ayudado por Rishabha, Gavaksha, Gaja y Gavaya. Hanumat, el valeroso kapi, vigilaba la puerta occidental. Con Brajangha, Tarasa y otros guerreros agrupados en torno suyo, Sugriva en persona ocupaba en el centro un puesto de observación. A la cabeza de la flor de los haris, émulo de Suparna y de Pavana, treinta y seis kotis de oficiales afamados apretábanse en torno al vanara Sugriva.

Entretanto, por orden de Rama, Lakshmana, ayudado por Vibhishana, dispuso sus kotis, uno en cada puerta. Detrás de Rama, Sushena, con Jambavat, establecióse no lejos, en un puesto central, con fuerzas considerables. Todos aquellos tigres de los vanaras, de dientes de león, provistos de árboles y de cimas rocosas esperaban alegres la señal del combate. Todos agitaban febrilmente la cola, todos tenían sus colmillos y sus uñas como armas, todos sentían sus miembros estremecerse de impaciencia, todos tenían los rasgos contraídos. Eran fuertes, cada uno, unos como una docena de elefantes, otros diez veces más; alguno igualaba en vigor a mil elefantes. Los había que tenían la potencia de un ogha de elefantes, e incluso de un centenar de oghas. La energía de algunos oficiales era sin medida.

Maravilloso, fantástico, era el atropamiento de los ejércitos vanaras; hubiérase dicho una invasión de langostas. El aire estaba como lleno y la tierra cubierta de vanaras que volaban hacia Lanká y que estaban acampados bajo sus muros. Era por centenas de centenas de millar como aquel hormiguero de rikshas y de vanaras afluían a las puertas de Lanká, que otros asaltaban por todas partes. La montaña desaparecía completamente bajo tanto plavamgama. Un millar de ayutas desfilaban alrededor de la ciudad. Los bravos vanaras, con troncos de árboles en las manos, envolvían por todas partes Lanká, donde ya no podía entrar ni el viento.

Los rakshasas fueron cogidos de un súbito estupor al verse cercados por aquellas nubes de vanaras que en valentía se las tenían con Sakra. Un clamor colosal salió entonces de la masa de los combatientes, cuando se conmovió; tal la voz del Océano, cuyas olas se rompen contra la orilla. A aquel ruido formidable, Lanká, toda entera tembló con sus murallas, sus arcos, sus rocas, sus bosques y sus selvas. Bajo la tutela de Rama, de Lakshmana y de Sugriva, el ejército tornóse más invencible aún, incluso a todos los suras y asuras. Raghava, no obstante, tras haber tomado sus disposiciones para exterminar a los rakshasas, deliberó con sus consejeros, reflexionó y aún reflexionó. Deseoso de proceder sin tardanza y metódicamente, Rama, con su experiencia consumada, y asesorado por Vibhishana, recordando además los deberes de los príncipes, hizo venir al hijo de Vali, Angada, y le dijo: «Ve, querido amigo, de mi parte; atraviesa la ciudad de Lanká sin miedo, intrépidamente, y di a Dasagriva que ha arruinado su prestigio, destruido su Imperio y, en su apresuramiento por morir, perdido el sentido. Rishis, devatas, gandharvas y apsaras, nagas, yakshas y reyes, ¡oh merodeador nocturno!, tú los maltratas llevado de tu loco orgullo, ¡oh Rakshasa! En adelante, se acabó esta arrogancia que el precioso privilegio de Svayambhú te inspira. Yo voy a infligirte el castigo debido al rapto doloroso de mi esposa. Es con el castigo en la mano como he venido a acampar a las puertas de Lanká. El sendero de los devatas, de los maharshis y de todos los rajarshis, ¡oh Rakshasa!, lo recorrerás a causa de tu belicosa valentía. Aquella bravura que desplegaste arrebatándome a Sitá, tras haberme engañado mediante magia, ¡oh el más vil de los rakshasas!, muéstrala. Yo despoblaré esta ciudad de rakshasas con mis dardos acerados si tú no llamas a mi clemencia devolviéndome a Maithilí. El virtuoso príncipe de los rakshasas, el ilustre Vibhishana, que está con nosotros, va a reinar en

Lanká seguramente y sin disputa. No, en verdad, no es justo que la corona pertenezca, ni siquiera un instante, a un pérfido como tú, que te rodeas de insensatos; a un insensato que no conoce el atmán. Lucha conmigo, sé enérgico y valiente, ¡oh Rakshasa! Mis dardos en el combate te calmarán; tus sentidos entonces serán apaciguados. Incluso si atravesases los tres mundos, transformado en pájaro, merodeador nocturno, mi mirada te seguiría y no volverías vivo. Te doy un consejo útil: prepara tus exequias; deja a Lanká volver a hallar su esplendor; tu vida está en mis manos.»

Provisto de las instrucciones de Rama, el de las hazañas imperecederas, el hijo de Tará se lanzó al espacio; hubiérase dicho una encarnación del dios que lleva la ofrenda. En un instante fue, lleno de gloria, al palacio de Ravana, al que advirtió tranquilamente sentado en medio de sus ministros. No lejos del rey descendió el príncipe de los monos, semejante a un tizón inflamado, Angada, el de los brazaletes de oro. El discurso, muy importante, de Rama, se lo repitió por entero sin quitar nada, ni nada añadir, en presencia de los que le rodeaban tras haberse dado a conocer: «Yo soy el mensajero del Indra de Kosala, de Rama, el de las hazañas imperecederas. Yo soy el hijo de Vali, Angada es mi nombre; tal vez ha llegado ya a tus oídos. El descendiente de Raghú, Rama, el acrecentamiento y la alegría de Kausalyá, te dice: Sal, ven a combatirme, perverso; sé valiente. Yo te exterminaré, así como a tus consejeros, a tus hijos, a tus parientes y a tus aliados. Los tres mundos dejarán de estar perturbados, tú muerto. Tú, que tienes como enemigos a devas, danavas, yakshas, gandharvas, uragas y rikshas, yo voy a destruirte a ti, de los rishis la espina. Vibhishana será rey cuando te haya matado, si no me devuelves a Vaidehí tras haberla rodeado de homenajes y si no te echas a mis pies.»

Este rudo lenguaje del toro de los monos exasperó al amo de los merodeadores nocturnos. Entonces, dejándose llevar por su furor, el insensato ordenó a sus gentes: «¡Que le cojan y le maten!», repitió varias veces. A esta orden de Ravana, Angada, que asemejábase por su esplendor a un brasero llameante, fue agarrado por cuatro merodeadores nocturnos. El hijo de Tará se dejó capturar sin resistencia; el valeroso héroe quería dar una prueba de su vigor a la banda de los yatudhanas. En efecto, al punto, apretando entre sus brazos, como serpientes, a los rakshasas, se lanzó fuera del palacio, que tenía el aspecto de una roca. Sacudidos y derribados en su impetuoso vuelo, los cuatro fueron precipitados por

tierra ante los ojos de su Indra. Luego, el vigoroso hijo de Vali escaló la techumbre del palacio, que igualaba en anchura a la cima de una montaña. Su impulso la hizo hundirse delante mismo de Dasagriva, cual a la cresta del Himavat, a la que el rayo en tiempos hizo añicos. Tras haber roto la techumbre del edificio, Angada proclamó su nombre y, lanzando un inmenso clamor, voló por los aires, con gran terror de los rakshasas y gran alegría de los vanaras, en medio de los cuales descendió junto a Rama.

Ravana fue presa de vivísimo furor al ver aquella demolición de su palacio. Vióse perdido y lanzó profundos suspiros. Entretanto, Rama, al que numerosos plavangamas rodeaban entre alegres vivas, impaciente por destruir a su adversario, avanzó para combatirlo. Sushena, hari lleno de vigor, alto como la cresta de un monte, estaba a la cabeza de numerosos vanaras que cambiaban de forma a su capricho. El kapi vigilaba las puertas por orden de Sugriva; evolucionaba, héroe irresistible, lo mismo que Candramas alrededor de los planetas. Viendo los cien cuerpos de ejército de haris acampados bajo los muros de Lanká y maniobrando al borde del mar, los rakshasas quedaron asombrados: unos tuvieron miedo; otros, felices porque iban a combatir, saltaban de alegría. Pero contemplando las tropas que ocupaban todo el intervalo entre las murallas y los fosos, viendo esta segunda muralla hecha de vanaras, los merodeadores nocturnos, desanimados, exclamaron, llenos de espanto: «¡Ah! ¡Ah!» Y en medio de un tumulto espantoso, los soldados de Ravana, empuñando sus armas poderosas, precipitáronse como los vientos al final de un yuga.

## S A R G A X L I I

### ASALTO DE LANKÁ. LOS RAKSHASAS HACEN UNA SALIDA

Los rakshasas fueron al domicilio de Ravana y le dijeron que la ciudad estaba situada por Rama y sus vanaras. La noticia de este bloqueo irritó al corredor nocturno, que reiteró sus órdenes anteriores y subió a la parte alta de su palacio. Desde allí vio cómo Lanká, con sus rocas, sus bosques y sus selvas, estaba sitiada por todas partes por los batallones innumerables de los haris, impacientes por combatir. Viendo la tierra toda parda de vanaras, preguntóse, extremadamente perplejo: ¿Cómo exterminarlos? Tras haber reflexionado mucho tiempo,

Ravana ganó de nuevo su serenidad. Abriendo mucho los ojos, contemplaba a Raghava y a los batallones de los haris. Entretanto, Rama, a la cabeza de su ejército, se lanzaba con ardor. Vio que Lanká estaba por todas partes guardada y llena de rakshasas. Dasarathi, contemplando la ciudad cubierta de estandartes y banderas transportóse con el pensamiento junto a Sitá, con el alma angustiada: Esta hija de Janaka, la de ojos de joven gacela, se atormenta a causa mía. Consúmese de pena, adelgazada, la tierra dura como lecho. Y pensando en los sufrimientos de Vaidehí, el virtuoso Rama ordenó de pronto a los vanaras que exterminasen al enemigo.

A esta orden de Rama, el de las hazañas que nada podría deslustrar, los plavagas, animándose unos a otros, llenaron el aire de rugidos leoninos. ¡Con bloques de piedra trituremos esta Lanká, e incluso con nuestros puños! Esta resolución todos los oficiales haris la tomaron. Estaban allí de pie blandiendo cimas de montañas, enormes trozos de roca y desarraigaban árboles de todas clases. Ante los ojos del Indra de los rakshasas, aquellos ejércitos, para cumplir el voto querido de Raghava, dividiéndose en columnas, subieron al asalto de Lanká. Los plavangamas, de rostro cobrizo, de tinte de oro, haciendo en provecho de Rama sacrificio de su vida, precipitáronse sobre Lanká, armados de salas y de rocas. A golpes con árboles, crestas de montaña y a puñetazos incluso, demostraron las innumerables almenas de las murallas y de los arcos. Colmaron los fosos y hondonadas de aguas durmientes con arena, cimas rocosas, hierbas y fajinas. Los oficiales conducían sus batallones por millares, por kotis, por centenas de kotis al asalto de Lanká. Los plavangamas derribaban los arcos de oro y deshacían las puertas cuya cumbre asemejábase a la cúspide del Kailasa. Lanzábanse de costado y de frente, entre gritos, cayendo sobre Lanká semejantes a grandes elefantes. «¡Victoria al muy poderoso Rama y al valiente Lakshmana! ¡Victoria a Sugriva, el real protegido de Raghava!» Sin dejar de lanzar estas exclamaciones, los plavangamas, que cambiaban de forma a voluntad, precipitáronse entre rugidos al asalto de la ciudad.

Vrābahu, Subahu, Nalay Panasa, habiendo demolido las obras avanzadas, llegaron al pie de las murallas. Entonces marcaron a cada columna su puesto de ataque. La puerta oriental fue sitiada por el valeroso Kumuda, al que rodeaban diez kotis de haris de aspecto victorioso. Tenía como lugarteniente al mono Prasabha y a Panasa, el de los grandes brazos, a la cabeza de los vanaras. En la puerta Sur el héroe



Satabali, kapi de una bravura probada, estaba allí con una veintena de kotis para impedir toda salida. Sushena, el padre de Tará, lleno de energía y de vigor, cercó la puerta occidental con un koti de kotis. La puerta Norte estaba bloqueada por el poderoso Rama, ayudado de Sumitri y por Sugriva, el rey de los monos. El golangula colosal, Gavaksha, el del terrible aspecto, el de la gran energía, apoyaba con su koti de guerreros uno de los flancos de Rama. El valiente Dhumra, azote de sus enemigos, rodeado de un koti de rikshas de terrible enojo, estaba en el otro flanco. El aliado del héroe, el valeroso Vibhishana, una maza en la mano, escoltado por sus adictos ministros, le seguía por todas partes. Gaja, otro Gavaksha, Gavaya, Sarabha, Gandhamadana hacían rondas por todas partes, velando por la seguridad del ejército simiesco.

Entretanto, el alma llena de furor, el rey de los rakshasas ordenó una brusca salida de todas sus tropas. A esta orden caída de la boca de Ravana, un formidable clamor fue lanzado al punto por los merodeadores nocturnos. Entonces, sonidos de gongos de pushkaras blancos como la luna, en los cuales los rakshasas golpeaban con palillos de oro, estallaron por todas partes; mientras que mugiendo por centenares de millares, atronaron las clamorosas trompas, en las que los feroces rakshasas soplaban a plenos pulmones. Con sus miembros de colores vivos como grandes loros y sus cuernos marinos, aquellos merodeadores nocturnos asemejábanse a nubes adornadas con relámpagos y con hileras de garzas. Sus batallones se lanzaron alegremente a la voz imperiosa de Ravana, como en el tiempo del Pralaya, cuando se desborda el tumultuoso Océano.

En aquel momento, del ejército de los vanaras se elevó por todas partes un clamor que llenó el Malaya y sus mesetas, sus valles y sus barrancos. El son de las trompetas y de los tambores, los ruidos leoninos de aquellos bravos despertaron los ecos de la tierra, del aire y del mar, así como el barritar de los elefantes, los relinchos de los caballos, el estrépito de las ruedas de los carros y el ruido de los rakshasas en marcha. Entonces, un terrible choque tuvo lugar entre rakshasas y vanaras, como en tiempos entre devas y asuras. Con sus mazas inflamadas, sus venablos, sus arpones, sus hachas, los rakshasas herían al ejército simiesco mientras recordaban sus propias hazañas. Por su parte, los gigantescos vanaras atacaron con impetuosidad a sus adversarios a golpes con árboles y picos de montaña, con uñas y dientes.

«¡Victoria al rey Sugriva!», vociferaban los haris. «¡Oh mo-

marca, triunfa, triunfa!», gritaban los rakshasas, y cada uno pronunciaba su nombre, mientras que otros bárbaros, de pie sobre las murallas, desgarraban con garfios y arpones a los vanaras que estaban abajo; éstos, furiosos, lanzándose al aire, derribaban a los soldados apostados sobre el muro, agarrándoles a brazo partido. ¡Refriga formidable entre rakshasas y vanaras, en la que las carnes y la sangre formaban un solo barro y que era en sí un verdadero prodigio!

### SARGA XLIII

#### BATALLA ENTRE LOS VANARAS Y LOS RAKSHASAS

Los ejércitos de los vanaras magnánimos y de los rakshasas batíanse con terrible encarnizamiento. Montados en corceles con penachos de oro, sobre elefantes brillantes como la llama, en carros centelleantes como el Sol, revestidos con corazas maravillosas, los bravos rakshasas salieron, impacientes por vencer en nombre de Ravana. Por su parte, el ejército opuesto de los vanaras, sediento de triunfos, cayó sobre el de los rakshasas, los de las formidables hazañas. Combates singulares se empeñaron entonces entre rakshasas y vanaras, que de aquel modo se precipitaban los unos contra los otros.

Angada, hijo de Vali, luchó contra Indrajit, dotado de inmensa energía; cual Tryambaka luchando contra Andhaka. Prajangha fue atacado por el siempre indomable Sampati, y el vanara Hanumat se midió con Jambumalin. Presa de violenta cólera, el segundogénito de Ravana, Vibhishana, entabló una lucha extremadamente dura con Satruñá. El muy valiente Gaja se batió con el rakshasa Tapana, y el muy vigoroso Nila con Nikumbha. El Indra de los vanaras, Sugriva, asaltó violentamente a Phaghasa, y el afortunado Lakshmana entró en lucha con Virupaksha. Agniketu, de acceso muy difícil, el rakshasa Rasmiketu, Mitraghana y Yajnakopa unieron sus esfuerzos contra Rama. Vajramushti luchó contra Mainda, y Asniprabha contra Dvidida; dos terribles rakshasas contra dos monos escogidos. El héroe Pratapana, rakshasa terrible e irresistible justador, se midió con el impetuoso Nala. El valiente hijo de Dharma, gran mono con el ilustre nombre de Sushena, luchó contra Vidyumnalin. Por su parte, los otros

vanaras entablaron bravamente numerosos combates singulares con otros rakshasas.

Entonces fue una inmensa, una espantosa batalla como para hacer erizar los cabellos, entre rakshasas y vanaras llenos de bravura e impacientes por vencer. Del cuerpo, tanto de los monos como de los merodeadores nocturnos, corrían ríos, con los pelos por hierbas, la sangre por agua, que arrastraban montones de cadáveres. Indrajit, furioso, daba con su maza, como Satakratu con su rayo, a Angada, intrépido destructor de los batallones enemigos. Su carro, con la caja incrustada de oro, sus caballos y su escudero, cayó bajo los golpes del afortunado Angada, el impetuoso hari. Sampati hirió con tres flechas por Prajangha, le asestó un golpe de asvakarna en plena cabeza. Jambunalin, de pie sobre su carro, con su rathasakti, lleno de vigor y de cólera, hirió en el combate el pecho de Hanumat. Acercándose a su vehículo, Hanumat, nacido del Vicnto, no tardó mucho en derrotarle golpeándole con la palma de la mano. El temible Pratapana se precipitó aullando sobre Nala, que súbitamente le saltó los dos ojos, tras haber tenido los miembros atravesados por los agudos dardos que le había lanzado el rakshasa lleno de habilidad. Praghasa, que parecía devorar los batallones enemigos, el rey de los vanaras, Sugriva, se apresuró a herirle con un saptaparna. Abrumado por una granizada de proyectiles por el rakshasa Virupaksha, de terrible aspecto, Lakshmana le abatió de un solo golpe. El indomable Aniketú, el rakshasa Rasmiketú, Mitraghana y Yainakopa, consumían a Rama con sus dardos. Rama, furioso, les cortó la cabeza a los cuatro en la refriega, con cuatro dardos formidables, semejante a airones de fuego. Vajramushti, alcanzado por Mainda de un puñetazo en la lucha, fue derribado por tierra con su carro, sus caballos y su conductor, cual un pabellón de suras. Nikumbha, batallando, atravesó con dardos afilados a Nila, que parecía un montón de negro colirio; cual el Sol con sus rayos atraviesa la nube. De nuevo, con mano rápida, el merodeador Nikumbha hirió en la refriega a Nila con un centenar de proyectiles y se puso a reír. Entonces, con una rueda de carro, el vanara, semejante a Vishnú en el campo de batalla, tronchó la cabeza del rakshasa y la de su cochero. Dvidida, cuyo contacto era semejante al de un manojo de rayos, golpecó a Samaprabha con un pico de montaña; todos los rakshasas abrieron ojos enormes. Svivida, el Indra de los vanaras, que combatía también a golpes de árbol, fue a su vez alcanzado por Asniprabha mediante dardos brillantes como relámpagos. Los miembros desgarrados por

aquellos dardos, el hari, transportado de furor, abatió al rakshasa de un golpe de sala con su carro y sus caballos. Vidyumalin, de pie sobre su vehículo, hirió a Sushena con flechas incrustadas de oro, varias veces, entre clamores. Viéndole, Sushena, el mejor de los vanaras, con una enorme cresta de roca volcó de pronto su carro. Vidyumalin, el ágil merodeador nocturno, saltó rápidamente de su carro y con una maza en la mano quedó de pie en la arena. El toro de los haris, furioso, apoderándose de una piedra colosal, corrió hacia el rakshasa. Mientras caía sobre él, su adversario, con mano pronta, le hirió con su maza en el estómago. A este golpe terrible de su adversario, que no esperaba, el excelente plavaga respondió al punto lanzándole su roca en pleno pecho, en aquella lucha encarnizada. Alcanzado por la caída del proyectil, Vidyumalin, el merodeador nocturno, cayó con el corazón triturado, sin vida, por el suelo.

Así, bajo los golpes de los héroes simiescos, los heroicos rakshasas perecieron en una serie de combates cuerpo a cuerpo, lo mismo que los daitias bajo los de los habitantes del cielo. Bhallas y otros proyectiles, mazas, lanzas, dardos, flechas, carros rotos, cadáveres de caballos de guerra y también elefantes de trompas regadas de mada, cadáveres de vanaras y de rakshasas, ruedas, ejes, yugos, mangos de lanzas y banderas cuyos restos llenaban el terreno; era una carnicería espantosa, regalo de las bandas de chacales. Troncos de vanaras y de rakshasas yacían amontonados por todas partes, en medio de aquella refriega espantosa, que recordaba la guerra de los devas y de los asuras. Diezmados por la flor de los haris, los merodeadores nocturnos, a los que el dolor de la sangre enloquecía, en su encarnizamiento en aquella lucha testaruda, sólo aspiraban a que el día cayese.

## SARGA XLIV

### HAZAÑA DE ANGADA

Durante aquel combate de vanaras y de rakshasas, el Sol, llegado al Asia, dejó el paso a una noche destructora de los fluidos vitales. En su odio recíproco, terribles y sedientos de victoria, vanaras y rakshasas continuaron batiéndose en las tinieblas. «¿Eres tú rakshasa?», preguntaban los haris. «¿Eres tú vanara?», preguntaban los rakshasas. Y se golpeaban unos

a otros en medio de aquella oscuridad formidable. «¡Hiere!» «¡Desgarra!» «¡Eh!» «¡Ven aquí!» «¿Por qué huyes?» Tales eran los gritos espantosos que en aquella pelea se oían. Con su tinte negro y sus armaduras de oro, en el seno de las tinieblas, los rakshasas parecían grandes montes con las hierbas y los árboles ardiendo. A favor de aquellas sombras impenetrables, los rakshasas, a quienes el furor transportaba, daban saltos enormes para devorar a los plavamgamas. Estos se lanzaban sobre los caballos empenachados de oro y sobre las oriflamas que se desenrollaban como serpientes, y con rabia espantosa los laceraban con sus colmillos. Los vanaras, aquellos poderosos guerreros, sembraron el desconcierto en el ejército de los rakshasas. Los elefantes y los que los montaban, los carros en los que flotaban los estandartes, los desgarraban, los hacían pedazos con sus dientes; llenos de furor, Lakshmana y Rama, con sus dardos parecidos a reptiles venenosos, herían a la flor de los rakshasas, los que eran visibles y los que no lo eran. Levantada por los cascos de los caballos, alzándose de ruedas y carros, el polvo llenaba las orejas y los ojos de los combatientes. En medio de aquella espantosa refriega que hacía erizar los cabellos, ríos de sangre hacían correr sus horribles olas, mientras gongos, címbalos y tambores mezclaban sus sonidos al ruido de los caracoles marinos y de las ruedas; aquello era algo de prodigio. Levantábase un clamor formidable de caballos que relinchaban, de rakshasas y de vanaras heridos. Cadáveres de poderosos monos, venablos, mazas, cuerpos altos como montañas de rakshasas que cambiaban de forma a su capricho, llenaban el campo de batalla. Aquel suelo tenía entonces armas a guisa de ramos de flores; difícil era incluso distinguirlas becho inabordable a causa del barro que formaban los arroyos de sangre. Aquella noche horrible debía de ser fatal a los haris y a los rakshasas, cual la noche de Kala, a la que ningún ser sobrevive.

Entretanto, los rakshasas, a favor de aquella oscuridad terrible, hicieron llover gozosos, sobre Rama una granizada de proyectiles. Precipitábanse entre aullidos de furor; hubiérase dicho el mugido de las aguas, cuando la destrucción final de los seres. Rama alcanzó a seis de aquellos merodeadores nocturnos en un abrir y cerrar de ojos, con seis dardos semejantes a airones de fuego: Yajnasatru el indomable, Mahaparsva y Mahodara, Vajradamshttra, el de la estatura colosal, y los dos mensajeros Suka y Sarana. Luego Rama los atravesó con dardos numerosos en todas las partes vitales, de modo que, faltos de alientos, quedaron fuera de combate. En

el espacio de un abrir y cerrar de ojos, con sus terribles proyectiles, que asemejábanse a airones de fuego, el guerrero del gran carro volvió los puntos cardinales y sus intersticios enteramente luminosos. Todos los rakshasas que hicieron frente audazmente a Rama, perecieron, cual mariposillas que se lanzan sobre la llama. Las flechas de pie de oro afinado, sin punta, que volaban por todas partes, iluminaban la noche, como lo hacen las moscas luminosas en otoño. Las vociferaciones de los rakshasas y los redobles de los tambores aumentaban cada vez más el horror de aquella noche. Ante aquel clamor inmenso que iba repercutiéndose en todas direcciones, hubiérase dicho que el monte Trikuta dejaba escapar de sus numerosas cavernas rumores confusos. Los gigantes golangulas, negros como las tinieblas, encerraban entre sus brazos, para devorarlos, a los merodeadores nocturnos.

Angada mataba con encarnizamiento a los enemigos en la contienda. Indrajit, abandonando su carro, luego que este vana le hubo matado los caballos y el escudero, sintiéndose muy fatigado, hízose invisible. A causa de su hazaña, todos los dioses con los rishis dieron al hijo de Vali los elogios que merecía, y lo mismo los dos hermanos Rama y Lakshmana. Todos los seres conocían el valor del poderoso Indrajit en la guerra; por ello se regocijaron viéndole abatido por su antagonista. En el colmo de la alegría, los monos con Sugriva y Vibhishana exclamaron al ver a su enemigo vencido: «¡Bravo! ¡Bravo!»

Indrajit, entretanto, que había llevado la peor parte en aquel duelo con el hijo de Vali, el de las terribles hazañas, entró en una cólera atroz. Hízose invisible en virtud de un privilegio recibido de Brahma, aquel perverso pero bravo Ravani, al que la lucha había agotado y a quien el furor transportaba. Vuelto invisible, lanzó dardos agudos con luces, cual relámpagos, sobre Rama y Lakshmana. Con aquellos terribles dardos, hechos con serpientes, atravesó en el campo de batalla, lleno de cólera, todos los miembros de los Raghavas. Envuelto en su mayá los turbó en medio de la lucha. Invisible para todos los seres, con sus armas mágicas, el merodeador nocturno encadenó con sus dardos a los dos hermanos Rama y Lakshmana. Estos dos héroes, tigres de los hombres, los vanaras los vieron de pronto alcanzados por los proyectiles-serpientes del furioso rakshasa. Como bajo su forma aérea no podía ser capturado por ellos, el hijo del rey de los rakshasas, con su perversidad, acudió a la magia para encadenar a los dos príncipes.

## SARGA XLV

## RAMA Y LAKSHMANA SON DERRIBADOS POR INDRAJIT

Deseoso de saber dónde había ido Indrajit, Rama, príncipe ilustre y todopoderoso, lanzó tras de su pista a diez oficiales vanaras: los dos hijos de Sesshena, Nila, general plavanga, Angada, el hijo de Vali; Sarabha el valeroso, Dvividá, Hanumat, Sanuprastha, lleno de valentía; Rishabha y Rishabhas-kandha recibieron esta misión del héroe. Alegres estos haris, blandiendo formidables troncos de árboles, lanzáronse todos al espacio para explorar las diez regiones. Su fogoso impulso, Ravani, por medio de dardos lanzados con vigor extremado desde el mejor de los arcos y con su ciencia de las armas mágicas, lo detuvo. Aquellos haris de los terribles botes, a los que sus naracas desgarraban cruelmente, no vieron a Indrajit en las tinieblas, cual el Sol velado por las nubes. Con sus dardos que laceraban toda carne, el rakshasa atravesó a Rama y a Lakshmana y quedó dueño del campo de batalla. Ninguna parte del cuerpo de Rama o de Lakshmana fue dejada sin herida por las serpientes, en forma de flechas, que, llevado de su furor, lanzó contra los dos héroes. De sus heridas abiertas escaparon olas de sangre; centelleaban uno y otro como dos kimsukas en flor. En aquel momento, los ojos ribeteados de rojo, cual un montón de colirio mezclado con aceite, Ravani, siempre invisible, dijo a los dos hermanos: «Cuando yo combato tras haberme sustraído a las miradas, Sakra mismo, el jefe de los Treinta, no podría advertirme ni alcanzarne; con mucha más razón vosotros dos. Aprisionados en esta malla de dardos emplumados, ¡oh Raghava!, voy, cediendo al furor que me anima, a conducirlos a la mansión de Yama.» Y hablando de este modo a los virtuosos hermanos, Rama y Lakshmana, los atravesaba con dardos agudos entre burlas y gritos. Indrajit, el del tinte bistre, cual un montón de colirio mezclado con aceite, tendiendo su arco inmenso, hizo llover más que nunca temibles proyectiles en aquella gran batalla. El héroe, que sabía lo que hacía, hundió dardos agudos en las partes vitales de Rama y de Lakshmana, lanzando continuos clamores. Enlazados en la malla de los dardos, en el frente de banderas los dos príncipes, en un abrir y cerrar de ojos, fueron incapaces de discernir algo. Y con todos los miembros deshechos, cubiertos de dardos y de flechas, tambaleáronse como

dos estandartes del gran Indra, separados de la cuerda que los retiene. Paralizados, heridos en sus partes vitales, agotados, los dos animosos y poderosos arqueros cayeron al suelo, ellos, los amos de la Tierra. Yacían sobre el lecho de los bravos, aquellos dos bravos cubiertos de sangre, con todos los miembros erizados de flechas, desfallecientes, en la situación más crítica. Ni un lugar de su cuerpo donde poner el dedo que no estuviese destrozado; ningún sitio desde la extremidad de las manos hasta la punta de los pies que no estuviese atravesado, magullado por aquellos dardos infalibles. Los dos, abatidos por el feroz rakshasa, que cambiaba de forma a su capricho, vertían la sangre a gruesos borbotones, cual el agua que escapa de dos montes Prasravana.

Rama cayó el primero, las partes vitales atravesadas por las flechas del irascible Indrajit, el vencedor en otro tiempo de Sakra. Ravani acribilló a Raghava de proyectiles con la punta de oro embotada y lisa, espesos como nubes de polvo: naracas, seminaracas, bhullas, dardos en forma de anjalís, de dientes de ternero, de colmillos de león y también como navajas de afeitar. El héroe, yaciendo sobre el lecho de los héroes, tras haber dejado caer su arco dorado, distendido, hendidado por la parte de la empuñadura doblado por tres lados. Viendo a Rama, toro de los hombres, caído en medio de una nube de flechas, Lakshmana perdió toda esperanza de sobrevivirle. Rama, el de ojos como hojas de loto, su asilo, su belicoso hermano, fue para él una desolación el verle yaciente por el suelo. Los monos también, contemplando aquello, sintieron una pena excesiva. Abrumados por el dolor, lanzaron gritos espantosos, los ojos llenos de lágrimas. Mientras que paralizados los dos héroes, yacían allí extendidos sobre el lecho de los bravos, los vanaras estaban de pie en torno de ellos. Habíanse reunido allí, el hijo de Vayú a su frente, tristes, presa de la mayor desesperación.

## SARGA XLVI

### DESESPERACIÓN DE SUGRIVA Y DE SU EJÉRCITO. VIBHISHANA LES TRANQUILIZA

Cuando los habitantes de los bosques recorrían con la mirada la Tierra y el cielo, vieron cubiertos de flechas a los dos hermanos Rama y Lakshmana. Como el dios Indra, cuando ha acabado de derramar un aguacero, el rakshasa, su obra



cumplida, descansaba. Entonces vinieron a aquel sitio, acompañando a Sugriva, Vibhishana, Nila, Dvividá, Mainda, Sushe-na, Kumuda y Angada que, acudidos con Hanumat, se lamentaron a causa de los dos raghavas. Inanimados, no teniendo sino un débil aliento, bañados en su sangre, acribillados por gran cantidad de proyectiles, rígidos, yacían extendidos sobre un lecho de flechas. Con silbidos de culebra, sin movimiento, privados de toda energía, los miembros regados por arroyos de sangre, semejantes a dos estandartes de oro, los dos héroes reposaban sobre el lecho del dolor, sólo capaces de débiles movimientos, rodeados de sus lugartenientes, que tenían los ojos llenos de lágrimas.

Al ver a los dos Raghavas erizados de dardos, fue una emoción general entre los monos, acompañados de Vibhishana. Los vanaras inspeccionaron todas las regiones del espacio sin descubrir al Ravani, que se ocultaba tras de su mayá, durante el combate. Mientras que se envolvía de este modo en un velo mágico, Vibhishana, ayudándose él también de su mayá, miró y advirtió de pie sobre una cima a su sobrino, el de las incomparables hazañas irresistible en la refriega. Aunque este guerrero se había hecho invisible gracias a su precioso privilegio, fue reconocido por Vibhishana, que estaba lleno de energía, de gloria y de valor. Indrajit, entretanto, contemplaba su obra: los dos héroes yacientes. En el exceso de su gozo y para que todo lo supieran, dijo a los rakshasas: «Los asesinos de Dushana y de Khara, ahí los tenéis abatidos por mis dardos, esos dos poderosos Rama y Lakshmana. Imposible les sería desembarazarse de esos dardos que los paralizan, aunque fuesen socorridos por todos los suras y los asuras más las tropas de rishis. Aquel a causa del cual mi padre, víctima de preocupaciones e inquietudes hace tres noche que vela sin rozar el lecho con sus miembros, aquel a causa de quien Lanká toda entera está turbada como un río en la estación de las lluvias, ese miserable que destruía a todos los seres, hasta la raíz, yo le he domado. Rama, lo mismo que Lakshmana y todos los habitantes de los bosques, sus hazañas son ya inútiles, como en el otoño las nubes.»

Tras haber hablado así a los rakshasas todos, testigos de la escena, el Ravani se puso a atacar a todos los jefes simiescos. Abatió primeramente a Nila con nueve muy largas jabalinas; luego a Mainda y a Dvividá, el rakshasa asesino de sus enemigos, los hirió a cada uno con otras tres. El gran arquero, habiendo alcanzado a Jambavat con una flecha que le clavó en el pecho, lanzó sobre el impetuoso Hanumat diez proyec-

tiles. Gavaksha y Sarabha, ambos de una bravura sin medida. Ravani, lleno de brío, los atravesó a cada uno con dos dardos en la lucha. El jefe de los golangulas y el hijo de Vali, Angada, fueron acribillados con numerosos dardos por el activo Ravani. Tras haber atravesado a la flor de los vanaras con flechas semejanter a airones de fuego, el poderoso, el colosal hijo de Ravana, empezó a lanzar vivas. Cuando hubo abrumado bajo un granizo de proyectiles y puesto en derrota a los vanaras, el héroe de los grandes brazos dijo entre carcajadas: «Con un lazo formidable de dardos he atado a los dos en el frente de banderas, a esos dos hermanos, vedlos, rakshasas.» Así habló. Todos los guerreros magos fueron extremada y agradablemente sorprendidos por su hazaña. Lanzaron unánimes clamores, cual nubes tempestuosas, «¡Rama ha muerto!» (*hato Rama*). Tras esto, felicitaron a Ravani. Vieron a los dos hermanos Rama y Lakshmana por tierra, sin movimiento, sin aliento. Han sido muertos, pensaron. Transportado de gozo, Indrajit salió victorioso del combate y entró en la ciudad de Lanká sembrando la alegría entre todos los nairritas.

Al ver a Rama y a Lakshmana, cuyos cuerpos estaban erizados de flechas por todos los miembros y todas las articulaciones, Sugriva fue sobrecogido de espanto. Bibhishana dijo al rey de los vanaras que, aterrado, el rostro bañado en lágrimas, triste, tenía la mirada turbada por la cólera: «Cesa de temer, Sugriva; rechaza ese torrente de lágrimas. Tal es ordinariamente la suerte de los combatientes, la victoria de los rakshasas no es definitiva; si un resto de dicha nos está reservado, ¡oh guerrero!, volverán de su desvanecimiento esos dos héroes magnánimos y llenos de valentía. Tranquilízate y tranquilízame también a mí, que estoy sin protector, ¡oh vanara! Los que se complacen en lo verdadero y en lo justo, Mrityú no podría asustarles.»

Dijo, y con su mano, que empapó de agua, enjugó los hermosos ojos de Sugriva. Tomó agua tras estas sabias palabras el virtuoso Vibhishana, y con ella enjugó los ojos de Sugriva. Cuando hubo limpiado el rostro del inteligente rey de los monos, le dirigió un discurso lleno de oportunidad y confortamiento: «No es el momento, ¡oh el más grande de los príncipes kapis!, de mostrar pusilanimidad. Un enternecimiento excesivo, en una situación semejante, conduciría a la muerte. Por consiguiente, destierra este desfallecimiento, ruina de todas las empresas, y piensa en la salvación de esos ejércitos de los que Rama es el jefe. Por consiguiente, vela sobre Rama mientras está privado de sentido, pues sus sentidos recobrados,

los Kakutsthas alejarán de nosotros el peligro. Esto no es nada para Rama; no, Rama no quiere morir, ni ella, no, podría abandonarle, esta Lakshmi inaprehensible para los que han rendido el alma. Por lo mismo, cobra ánimos, reanima tu valor, mientras yo voy a restablecer la confianza en los batallones todos. Los haris están ahí, los ojos llenos de lágrimas, temblorosos y descorazonados por las habladurías transmitidas de oreja en oreja, ¡oh príncipe de los haris! Pero viéndome correr por las filas del ejército y extender por él la alegría, los monos van a renunciar al miedo como a una guirnalda que ya ha servido.»

Habiendo tranquilizado de este modo a Sugriva, el Indra de los rakshasas, Vibbishana, recorrió las filas de los vanaras y restableció en ellas la confianza. Entretanto, Indrajit, gran mago, rodeado de todas sus tropas, entró en la ciudad de Lanká y fue a donde estaba su padre. Abordó a Ravana y le habló, haciendo el anjalí, y anunció la agradable noticia a su padre: «Rama y Lakshmana han muerto.» Aquí el precipitarse Ravana, gozoso, y abrazar a su hijo al saber, en medio de los rakshasas, que sus dos enemigos habían sucumbido. Y besándole en la frente le interrogó lleno de alegría. Entonces, a su padre, que le preguntaba qué había ocurrido, Indrajit contó cómo los dos hermanos, atados por sus jabalinas, habían quedado sin movimiento y sin fuerza. Transportado de gozo en lo íntimo de su ser oyendo esta noticia de boca del guerrero del gran carro, Dasagriva cesó de temer a Dasarathi y felicitó calurosamente a su hijo, allí de pie al lado suyo.

## S A R G A X L V I I

### SITÁ VE A RAMA Y A LAKSHMANA SOBRE EL CAMPO DE BATALLA

El hijo de Ravana, habiéndose vuelto a Lanká, su propósito cumplido, los toros de los vanaras rodearon a Raghava para velar por él. Hanumat, Angada, Nila, Sushema, Kumuda, Nala, Gaja, Gavaksha, Panasa, Sanuprastha, poderoso hari, Jambavat, Rishabha, Sunda, Rambha, Satabali, Prithu, sus batallones reorganizados, atentos, armándose de árboles cogidos por todas partes, aquellos vanaras inspeccionaban los diversos puntos del horizonte, tanto a los lados como arriba. Si las hierbas se agitaban: «¡Los rakshasas!», decían.

Entretanto, Ravana, lleno de alegría, despidió a su hijo Indrajit; luego mandó venir a las rakshasis guardianas de Sitá. Las rakshasis, y Trijatá con ellas, habiendo acudido a su llamada, lleno de dicha el monarca, las dijo: «Anunciad a Vaidehí que Indrajit ha matado a Rama y a Lakshmana. Hacedla subir en el carro Pushpaka y mostrádselos yaciendo en el campo de batalla. Aquel cuyo apoyo la volvía insolente, hasta el punto de rehusar mi alianza, ahí está, su esposo, abatido con su hermano en el frente del ejército. Exenta en adelante de inquietud, de turbación y de ilusión, Maithilí va a someterse a mí, adornada con todos sus atavíos y joyas. Hoy, viendo a Rama caído en poder de Kala en el campo de batalla, lo mismo que Lakshmana, al volver, no viendo otro refugio, no esperando nada ya, por supuesto, Sitá, la de los grandes ojos, se abrigará a mí espontáneamente.»

A estas palabras del perverso monarca: «¡Está bien!», dijeron las rakshasis, y se fueron a buscar el carro Pushpaka. Luego, montadas en él, las rakshasis, conforme a la orden de Ravana, reuniéronse con Maithilí en el bosquecillo de asokas. Allí la encontraron abrumada por el dolor que la causaba su marido. Entonces la colocaron en el Pushpaka. Y cuando estuvo sentada en él con Trijatá, Ravana la hizo atravesar la ciudad enguinaldada con oriflamas y estandartes. Al mismo tiempo, el venturoso jefe de los rakshasis hacía proclamar en Lanká: «¡Raghava, así como Lakshmana, han sido muertos por Indrajit en la lucha!»

Sitá, transportada en el carro con Trijatá, vio a todo el ejército de los vanaras abatido. Testigo de la alegría manifestada por todos los comedores de carne y de la profunda desesperación de los haris que estaban junto a Rama y a Lakshmana, vio a los dos héroes extendidos y acribillados de dardos, Lakshmana y Rama, privados de sentimiento, atravesados por los proyectiles, la coraza destrozada, el arco roto, todos los miembros perforados por los dardos semejantes a dos haces de flechas por el suelo. Estaban allí yaciendo, los dos hermanos, llenos de valentía, la flor de los héroes, semejantes con sus ojos de loto a dos hijos jóvenes de Pavaka. Aquellos dos valerosos toros de los hombres, atravesados por jabalinas, cuando ella los vio en aquel estado, la infortunada Maithilí se derramó en dolorosas y múltiples lamentaciones. Su marido y Lakshmana, advirtiéndoles rodando por el polvo, Sitá, la de los miembros sin defecto, la hija de Janaka, la de los ojos negros, se puso a sollozar. Agotada a fuerza de lamentos y de lágrimas al ver a los dos hermanos que parecían a dos

hijos de Devas, convencida de que estaban muertos, abismada en dolor, habló de esta manera.

## S A R G A X L V I I I

### LAMENTACIONES DE SITÁ. TRIJATÁ LA TRANQUILIZA

A la vista de su esposo yaciendo, así como el valiente Lakshmana, Sitá exhaló, mediante lamentaciones múltiples y amargas, el dolor que la consumía: «¡Oh esposo mío! (*Ha aryaputra*). Los adivinos que inspeccionan las marcas del cuerpo me habían dicho: «Tendrás hijos y no serás jamás viuda. Ahora que Rama está muerto, ¡veo que ninguno de esos sabios ha dicho la verdad! Los que me proclamaban la compañera de un yajván, y la esposa de un satrín (347), ahora que Rama está muerto, ¡ninguno de esos sabios ha dicho la verdad! Los que, entre las mujeres de guerreros y de reyes, me miraban como privilegiada, ahora que Rama está muerto, ¡ninguno de esos sabios ha dicho la verdad! Los brahmanes astrólogos que en público contaban mi felicidad, ahora que Rama está muerto, ¡ni uno siquiera de esos sabios ha dicho la verdad! Porque aquí están, a mis pies, esos lotos de virtud de los cuales las esposas de elevada calidad reciben la consagración suprema en unión de sus reales esposos. En cuanto a las señales funestas que predestinan a la viudedad a las mujeres infortunadas, yo no las veo, por mucho que miro, ¡yo, para quien, no obstante, los signos de felicidad han sido destruidos! Esos lotos de mujeres, llamados de buen augurio por los expertos, ahora que Rama ha muerto, ya no tienen sentido para mí. Mis cabellos son tenues, iguales, negros; mis cejas no se juntan; mis piernas son redondeadas y lampiñas; mis dientes no tienen mellas. Mis dos conchas frontales, mis ojos, mis manos, mis pies, mis tobillos, mis muslos, son simétricos y proporcionados; mis uñas regulares, brillantes, y mis dedos bien hechos. Mis senos se juntan, son gordos, su extremo no prominente, lo mismo que mi protuberancia umbilical; mis costados y mi pecho están bien desarrollados. Mi tez tiene el brillo de la perla; mis cabellos son sedosos. Dicen que poseo las doce marcas del buen augurio. «Sus pies y sus manos tienen todos los yavas (348) sin defecto, y delicado el color; lánguida es su sonrisa.» Así hablaban de mí los que interpretaban las marcas de las muchachas jóvenes. Yo tenía que recibir la unción real

con mi esposo; esta predicción de los brahmanes, ejercitados en leer el porvenir, muéstrase falsa. Tras haber purificado el Janasthana y, cuando supieron mi situación, atravesado el Océano indomable, ¡los dos hermanos mueren ahora de este modo! Los dardos de Varuna, de Añi, de Indra, de Vayú, e incluso el Brahmasíras, ¿acaso no los conocían los dos Raghavas? Un enemigo invisible en el combate, por medio de la magia, ha matado a estos dos émulos de Vasava, mis protectores, ¡de mí, que ya no tengo ninguno!, Rama y Lakshmana. En verdad que si el asesino hubiera venido al alcance de la vista de Rama, no hubiera vuelto vivo, aunque hubiera sido rápido como el pensamiento. No hay para Kala fardo que no pueda levantar, y el destino es ineluctable, puesto que Rama, con su hermano, yace abatido en el campo de batalla. Y no lloro tanto a Rama y a Lakshmana, el del gran carro, como tampoco por mí o por mi madre, cuanto por mi madre política, ¡la infortunada!, Kausalyá, que piensa continuamente en la vuelta de Rama, su voto cumplido. «¿Cuándo volveré a ver a Sitá y a Lakshmana con Raghava», se pregunta siempre.»

Tales eran las lamentaciones de Janakí, Trijitá la dijo: «No te desoles, ¡oh diosa!; tu esposo está vivo. Yo te diré los motivos poderosos capaces de convencerme de que viven siempre, ¡oh reina!, estos dos hermanos, Rama y Lakshmana. Primero, que ni el furor ni el ardor guerrero animan los rasgos de los soldados que han perdido a su jefe. Segundo, este carro divino, cuyo nombre es Pusphaka, ¡oh Vaidehí!, no te llevaría si esos dos héroes estuviesen muertos. Además, un ejército que ve caer a su valeroso general, pierde todo ánimo; vaga enervado por los campos de batalla, cual sobre el mar el navío que ha perdido su timón. Ahora bien, es sin confusión ni desorden como esta valerosa tropa vela junto a los dos Kakutsthas que yo te muestro con alegría. Estos indicios de buen augurio deben tranquilizarte por completo, pues, sábelo, los dos Kakutsthas no están muertos; me apresuro a afirmártelo. Lo que no es verdad, jamás lo he dicho ni lo diré nunca, ¡oh Maithilí! A causa de tu conducta y de tu buen natural te has metido en mi corazón. No, esos dos héroes no podrían ser vencidos en la guerra ni siquiera por los suras y los asuras con sus Indras. He aquí la observación que he hecho y que te señalo. Sí, hay en ello una gran maravilla; mira Maithilí. Caídos bajo los dardos y privados de sentimiento, su hermosura, a los dos, incluso así no les ha abandonado. De ordinario, cuando están muertos, cuando han

perdido la vida los hombres dejan ver sus rasgos espantosamente desfigurados. Desecha la angustia, se acabó la tristeza, fuera el abatimiento, ¡oh hija de Janaka!, a propósito de Rama y de Lakshmana. No es posible que no estén con vida.»

Oyendo estas palabras, Sitá, semejante a una hija de sura, hizo el anjalí: «¡Ojalá sea así!», dijo la princesa de Mithila. Entretanto, el carro Pushpaka, rápido como el pensamiento, volviendo sobre sus pasos, entró con la quejumbrosa Sitá y con Trijatá en la ciudad. De vuelta en el parque real, plantado de numerosos árboles, Sitá, pensando en los dos príncipes que acababa de ver, cayó en extremado abatimiento.

## S A R G A X L I X

### RAMA SE DESPIERTA. LLORA POR LAKSHMANA

Encadenado por los formidables proyectiles, los dos hijos de Dasaratha, soplando como serpientes, yacían ensangrentados. La flor de los vanaras, aquellos valerosos compañeros de Sugriva, estaban todos de pie alrededor de los dos héroes magnánimos, hundidos en la aflicción. En aquel momento, el enérgico Rama salió del letargo, gracias a la solidez, a la fuerza de su constitución, a pesar de los dardos que le retenían cautivo. Viendo entonces a su hermano todo ensangrentado, inanimado, estrechamente agarrotado, el rostro deshecho, gimió lleno de dolor: «¡Para qué me servirá en adelante haber reconquistado a Sitá, e incluso vivir, puesto que mi hermano está aquí, yaciendo ante mis ojos, derribado en la lucha! Yo podría encontrar una esposa igual a Sitá en este Mundo mortal, pero no un hermano, un amigo, un compañero de armas tal que Lakshmana. Yo voy a dejar los alientos vitales, en presencia de los vanaras, si ha entrado en los cinco elementos aquel que fue para Sumitrá un aumento de felicidad. ¿Qué diré a Kausalyá, mi madre, o a Kaikeyí? Y a su madre, Sumitrá, que suspira por la vuelta de su hijo, del que está privada, cuando la veré temblar y gemir como una kurarí (349), ¿cómo la podré consolar si vuelvo sin Lakshmana? ¿Qué responderé a Satruña y al glorioso Bharatá cuando, partido conmigo hacia el bosque, vuelva sin él? No, yo no podré soportar los reproches de su madre, Sumitrá. Aquí mismo dejaré mi cuerpo; ya no puedo vivir. ¡Maldición sobre mí y sobre mi existencia criminal y sin nobleza! Es por mi culpa

por lo que Lakshmana ha caído sobre este lecho de flechas, sobre el que permanece extendido como alguien que ha perdido la vida. Tú siempre me consolaste en mi gran infortunio, ¡oh Lakshmana!; ahora que estás aquí muerto ya no podrás calmar mis sufrimientos mediante tus palabras. Tú, que has abatido, en la presente lucha, numerosos rakshasas, ¡hete aquí caído en héroe sobre el mismo campo de batalla, acribillado de dardos! Echado sobre este lecho de flechas, bañado en tu sangre, no eres sino un haz de proyectiles, diríase el Sol cuando se retira detrás del Asta. Los miembros atravesados por jabalinas, ya no puedes hablar, pero tu sufrimiento, a falta de palabra, el color de tu rostro lo expresa elocuentemente. Así como este ilustre héroe me acompañó, cuando me retiré al bosque, igualmente yo voy a seguirle a la mansión de Yama. El, que amó siempre a los suyos, que fue siempre para mí lleno de abnegación, he aquí al estado al que le han reducido mis malas acciones, ¡miserable como soy! Incluso violentamente encolerizado, el valeroso Lakshmana no me acuerdo que haya dicho jamás una palabra dura, ni siquiera desagradable. El, que hubiera lanzado de un solo golpe quinientos proyectiles y que en el arte de manejar los dardos, sin mantras o con mantras, llevaba ventaja a Kartavirya mismo; Lakshmana, que con sus dardos hubiera roto los dardos del poderoso Sakra en persona, ¡hele aquí muerto, yaciendo en tierra, él, habituado a los lechos opulentos! La palabra que he dado se consumirá en vano, no hay duda, puesto que no he entronizado a Vibhishana rey de los rakshasas. En este instante mismo, ¡oh Sugriva!, márchate, puesto que, privado de mi apoyo, serás vencido por Ravana. Angada al frente, acompañado de tu ejército y de tu estado mayor, vuelve a pasar el mar, ¡oh príncipe!, con Nila y Nala. La muy grande hazaña militar, imposible a otros, que ha sido cumplida por el rey de los rikshas y el general de los golangulas, con ella me contento. Lo que han hecho Angada, Mainda y Dvidida; la lucha terrible que Kesarín y Sampati han sostenido; el combate formidable en el que han tomado parte Gavaya, Gavaksha, Sarabha, Gaja y otros monos, que han hecho el sacrificio de su vida, esto me basta. No, no es posible a los humanos evitar el destino, ¡oh Sugriva!; todo lo que podría hacer de mejor por mí un camarada, un amigo, tú lo has hecho, Sugriva, ante el temor de faltar al deber. Lo que debe la amistad lo habéis cumplido, ¡oh flor de los vanaras! A todos os digo adiós. Id donde mejor os parezca.»

Los vanaras, oyéndole lamentarse de este modo, dejaron



todos correr las lágrimas de sus ojos. En aquel momento, tras haber restablecido el orden en todos los batallones, Vibhishana, su maza en la mano, acudió a toda prisa para reunirse con Raghava. Cuando le vieron apresurarse de aquel modo, él, que se asemejaba a un negro montón de colirio, los vanaras escaparon todos, pensando que era Ravani.

## S A R G A L

### GARUDA LIBRA A RAMA Y A LAKSHMANA

No obstante, el ilustre y poderoso rey de los haris, preguntó: «¿Qué significa este pánico? El ejército aseméjase a un navío batido por la tempestad en medio de las olas.» A estas palabras de Sugriva, el hijo de Vali, Angada, replicó: «¿No ves a Rama y a Lakshmana, el del gran carro, estos dos valerosos y magnánimos hijos de Dasaratha, cubiertos por una masa de proyectiles, extendidos, ensangrentados, sobre un lecho de flechas?» Entonces el Indra de los vanaras, Sugriva, dijo al hijo de su hermano: «Hay otra razón distinta de ésta; a mi juicio, debe tratarse de un peligro inmediato. Porque con aire extraviado ahí los tienes que arrojan las armas para escapar en todas direcciones esos haris, a los que el espanto hace abrir los ojos de una manera enorme. Sin sentir vergüenza unos de otros, sin mirar tras de ellos, se empujan unos a otros, y si alguno cae, saltan por sobre él.»

En aquel momento llegaba, con su maza en la mano, el héroe Vibhishana, que saludó a Sugriva y a Raghava con sus votos de triunfo. Sugriva, dándose cuenta de que era aquel rakshasa el que asustaba de tal modo a los vanaras, dijo al magnánimo rey de los rikshas, que estaba junto a él: «Es Vibhishana, que vuelve. Al verle, los toros de los vanaras han huído, cogidos de pánico, con el temor de que fuese el hijo de Ravana. Pronto, vuelve a unir a esos fugitivos, a los que el miedo ha dispersado en todas direcciones; diles que es Vibhishana que ha llegado.» De acuerdo con esta orden de Sugriva, Jambavat, el rey de los rikshas, tranquilizó a los vanaras y detuvo su desbandada. Todos entonces volvieron sobre sus pasos, libres de inquietud, al reconocer la voz del rey de los rikshas y al ver a Vibhishana. Entretanto, el fiel Vibhishana, cuando vio el cuerpo de Rama cubierto de dardos, así como el de Lakshmana, se turbó a su vez. Con su mano

empapada en agua, les limpió los ojos, y como la angustia le apretase el corazón, estalló en sollozos y en lamentaciones: «¡Estos dos poderosos y valientes batalladores, he aquí al estado a que han sido reducidos por los rakshasas con armas desleales! ¡El hijo de mi hermano, ese malvado joven de alma perversa, con la bribonería rakshásica propia de su espíritu, ha engañado a estos dos guerreros llenos de honor! Erizados de flechas y cubiertos de sangre, sobre la tierra en que duermen, tienen el aspecto de dos puercoespines. Estos dos valientes de los que dependía la situación a la cual yo aspiro, helos aquí, para mi ruina, caídos en letargia estos dos toros de los hombres. Aunque vivo, estoy en adelante, perdido al perder, también la esperanza de ser rey, ¡mientras que mi rival Ravana ve cumplirse su juramento, de acuerdo con su deseo!»

Así se lamentaba Vibhishana. Sugriva le abrazó, y aquel generoso monarca de los haris le habló en estos términos: «Tú obtendrás reinar en Lanká, ¡oh virtuoso príncipe!, sobre esto no hay duda. Ravana, con su hijo, no alcanzará lo que desea. Ayudados por Garuda, Raghava y Lakshmana, salidos los dos de su letargia, exterminarán a Ravana y sus hordas en el combate.» Cuando hubo consolado y confortado de este modo al rakshasa, Sugriva dio sus órdenes a Sushena, su suegro, que estaba a su lado: «Con la flor de los batallones de los haris, coge a los dos hermanos Rama y Lakshmana y vete a Kishkindhá, hasta que estos dos látigos de sus enemigos recobren sus sentidos. En cuanto a mí, yo mataré a Ravana con su hijo y sus parientes; luego llevaré a Maithilí, como Sakra llevó a Srí, a la que había perdido.»

Así habló el Indra de los vanaras. Sushena respondió: «Entre los devas y los asuras, una gran guerra tuvo lugar en otro tiempo. Entonces, los danavas batieron a los devas, guerreros expertos, a pesar de su ciencia de las armas, ocultándose a su vista en repetidas ocasiones. Heridos, sin conocimientos, y casi sin vida, Brihaspati, con ayuda de encantamientos, de plantas medicinales acompañadas de mantras, los curó. Estas plantas medicinales que vayan a cogerlas al mar de leche a toda prisa, lo más rápidamente posible, los vanaras Sampati, Panasa y los otros. En verdad, los haris conocen estas dos hierbas de la montaña de gran virtud, la samjivakarani divina y la visalyá, que un dios creó. El candra y el drona salieron del seno del mar de leche, este mar por excelencia en el que el amrita fue recogido como consecuencia de su batimiento; es allí donde están estas dos maravillosas plantas. A esos dos montes, contruidos por los devas en el

inmenso Océano, que el hijo de Vayú, ¡oh rey!, que Hanumat vaya allí.»

En aquel momento, un viento se levantó seguido de nubes, acompañadas de relámpagos; hizo arremolinarse las olas marinas e imprimió como una sacudida a las montañas. Bajo aquel violento aletazo de Vata, todos los grandes árboles de las islas cayeron, las ramas rotas, en el mar de saladas ondas. El espanto se apoderó de las serpientes enormes que poblaban aquellas regiones y súbitamente todos aquellos monstruos hundiéronse en las olas. Y he aquí que, de pronto, Garuda, el valeroso hijo de Vinatá, se mostró a todos los vanaras semejante a un hachón de fuego. Viéndole venir, los nagas, que enlazaban a los dos héroes bajo la forma de poderosos dardos empuñados la huida. Entonces Suparna, tocando a los dos Kakutshas y dirigiéndoles sus votos, enjugó con sus manos sus rostros centelleantes como la Luna. Al contacto de Vainateya, las heridas de los dos se cerraron y sus cuerpos adquirieron al punto su tinte rico y brillante. Valentía, vigor, fuerza, resistencia, resolución, estas grandes cualidades, perspicacia, memoria, tuvieron dos veces más que antes. El muy valeroso Garuda, habiendo hecho levantar a aquellos dos émulos de Vasava, les abrazó con efusión. Rama le dijo entonces: «Gracias a tu beneficioso concurso, el mal extraño que Ravani nos había causado, hemos aquí libres de él, tanto uno como otro, y nuestras fuerzas han vuelto a nosotros súbitamente. Como en presencia de mi padre Dasaratha o de Aja, mi abuelo, así en contacto tuyo mi corazón se llena de alegría. ¿Quién eres tú con esta hermosura que te distingue, esa corona, esos perfumes celestiales, ese traje limpio de polvo que llevas, y los divinos ornamentos con que te engalanas?» El muy ilustre Vainateya, lleno de valentía, el rey de los volátiles, con el alma en fiesta, respondió a Rama, cuyas miradas centelleaban de placer: «Yo soy tu compañero adicto, ¡oh Kakutsha!, tu aliente exterior, Garutmat, que he venido aquí para asistirlos a los dos. Asuras los del gran vigor, vanaras llenos de energía, suras mismos, así como los gandharvas, y a su cabeza Satrikatu, no hubieran sido capaces de romper esos muy temibles lazos de dardos, trenzados con la ayuda de su poderosa mayá por Indrajit, el de las crueles hazañas. Esos nagas kadreveyas, de agudos colmillos, de veneno sutil, que la potencia mágica del rakshasa había transformado en flechas, habíanse agarrado a ti. ¡Venturoso como eres tú, virtuoso Rama, verdadero héroe, así como Lakshmana, tu hermano, destructor de los enemigos en el combate! En cuanto lo he sabido, he venido

lleno de atrevimiento y apresuradamente, traído por mi afecto hacia vosotros dos y no escuchando sino mi amistad. Ahora que ya estáis libres y desembarazados de esas formidables jabalinas que os encadenaban, teneos siempre sobre aviso, tanto uno como otro. Por instinto, todos los rakshasas en guerra válense de la traición, mientras que para vosotros, héroes caballerosos, la lealtad es vuestra arma. No os fiéis jamás de los rakshasas en el campo de batalla, pues este género de perfidias es constantemente empleado por ellos.»

Tras haberles hecho estas recomendaciones, el poderoso Suparna abrazó tiernamente a Rama y le pidió que le dejase partir: «Querido y virtuoso Raghava, amigo hasta de tus enemigos mismos, déjame, te lo ruego, que me vaya feliz (350). No busques curiosamente el motivo de mi amistad, ¡oh Raghava! Una vez tu obra cumplida con las armas, ¡oh héroe!, ya lo sabrás. Cuando, a excepción de los niños y los ancianos, Lanká haya perecido bajo tus avalanchas de proyectiles, y una vez que hayas matado a Ravana, tu rival, entonces te llevarás a Sitá.» Esto dicho, Suparna, el del rápido vuelo, que acababa de curar sus heridas en medio de aquellos habitantes de los bosques, tras haber saludado a Rama con el pradakshina y haberle estrechado entre sus brazos, el valiente Suparna se lanzó a los aires con la impetuosidad de Pavana.

Al ver a los dos Raghavas curados de sus heridas, los oficiales vanaras lanzaron rugidos como los leones y removieron sus colas. Luego golpearon los gongos e hicieron sonar los címbalos, y soplaron en los cuernos marinos, en medio todo de alegres volteretas, como precedentemente. O también ensayaban su vigor rompiendo árboles, de los que servían como mazas, o en arrancarlos, de todas clases, por centenas de millares. Y profiriendo terribles gritos que espantaron a los merodeadores nocturnos, los plavamgamas lanzáronse sobre las puertas de Lanká, empujados por su belicoso ardor. Un terrible, un espantoso ¡hurra! se elevó de en medio de la flor de los monos. Cual al fin del verano, un horrible estrépito de nubes estalla durante la noche.

## SARGA LI

### DHUMRAKSHA MARCHA AL ENCUENTRO DE LOS VANARAS

Aquel formidable clamor producido por los vanaras, llenos de ardor, Ravana y sus rakshasas lo oyeron. Cuando oyó aquella alegre y vibrante exclamación, aquel grito penetrante,

el rey dijo a sus afiliados que le rodeaban: «De esa multitud de vanaras en plena alegría se levanta un inmenso rumor, semejante al estruendo de las nubes. Evidentemente, su alegría es grande; sobre esto, ninguna duda. Esos poderosos vivos turban al propio Océano. Y, no obstante, dardos acerados paralizan a los dos hermanos Rama y Lakshmana. Ese ruido formidable casi me produce inquietud.»

Tras haber hablado de este modo a sus ministros, el amo de los rakshasas dijo a los nairritas que estaban allí, en torno a él: «Informaos rápidamente de qué proviene, entre esos salvajes, en la triste situación en que se encuentran, esa alegría general.» Oída esta orden, los nairritas treparon prestamente a las murallas, desde las que vieron el ejército y a su jefe, el magnánimo Sugriva. Y a los dos Raghavas, que, librados de sus terribles lazos de flechas tenían una actitud soberbia: todos los rakshasas se quedaron estupefactos. Con el espanto en el corazón, aquellos feroces guerreros saltaron abajo de la muralla, y muy pálidos se volvieron a encontrar a su rey. Y la desagradable noticia, con el rostro compungido, los rakshasas se la hicieron conocer a Ravana íntegramente, exactamente, como hábiles parladores que eran: «Los dos hermanos Rama y Lakshmana, a quien Indrajit en la lucha había atacado con sus dardos entumecientes, reduciéndoles a la imposibilidad de remover los brazos, libres de las flechas que les paralizaban, han vuelto a aparecer en el campo de batalla; parecen dos elefantes que han roto sus trabas, y en cuanto al vigor, igualan a los reyes de los elefantes.»

Oyendo estas palabras, el poderoso Indra de los rakshasas, presa de inquietud, exasperado, perdió el color: «Si a pesar de los dardos formidables, preciosos dones, semejantes a reptiles, infalibles, brillantes como el Sol con los que los ató Indrajit tras haberlos derribado en combate, mis adversarios, no obstante haber sido agarrotados de este modo han sido liberados, es que mi potencia toda entera está en peligro, tal sospecho. Es decir, que esos dardos centelleantes como el fuego que en la refriega arrancaban la vida a mis adversarios se han vuelto impotentes.» Esto dicho con tono furioso, entre silbidos de culebra, añadió, dirigiéndose, desde en medio de los rakshasas, a uno de ellos llamado Dhumraksha: «Coge una tropa numerosa de rakshasas tú, cuya valentía es temible, y mátales sin tardar a Rama y a sus vanaras.»

Escuchada esta orden del astucioso monarca, Dhumraksha hizo el pradakshina y salió al punto del palacio. Cuando hubo franqueado el umbral, dijo al intendente general: «Organiza

un cuerpo de ejército. ¿Para qué tardar cuando se quiere la guerra?» Así habló Dhumraksha; el intendente general reunió un cuerpo de tropas considerable, por orden de Ravana. Los merodeadores nocturnos, con sus campanillas suspendidas del cuello, valerosos, de aspecto formidable, lanzaron exclamaciones gozosas y se ordenaron en torno a Dhumraksha. Provistos de toda clase de armas, blandiendo venablos, martillos, mazas, arpones, palos, rompecabezas de hierro, barras, garfios, picas, nudos corredizos, hachas, los terribles rakshasas salieron entre fragores como nubes. Revestidos de corazas y montados en carros magníficamente empavesados y adornados con bandas de oro puro, tirados por asnos de cabezas multiformes, por caballos extremadamente rápidos o por elefantes enloquecidos de mada, otros tigres de los nairritas saltaron irresistiblemente cual verdaderos tigres. Tirado por asnos con cabeza de antilopes o de leones, los arneses dorados, un carro divino servía de vehículo a Dhumraksha, que lanzaba rebuznos como un borrico. Aquel valiente general, rodeado de rakshasas, salió riendo burlonamente por la puerta occidental, en la que estaba Hanumat. Mientras que, subido en su excelente carro, tirado por asnos, de los que tomaba la voz, avanzaba el temible rakshasa, de horrible aspecto, pájaros siniestros que planeaban en los aires contrariaban su marcha. En la parte alta de su carro, un espantoso buitre se abatió. Sobre la punta de su estandarte descendían por grupos comedores de carroña. Chorreando sangre colosal y blanco un tronco decapitado yacía por el sueño. Aquel tronco abatido lanzó gritos inarticulados al acercarse Dhumraksha. El cielo hizo llover sangre, y la tierra tembló. El viento sopló a contramarcha con estruendo de trueno; olas de tinieblas sumergieron las regiones, que cesaron de brillar. Viendo aquellos presagios, espantosos para los rakshasas, que se mostraban con todo su horror, Dhumraksha se turbó y el espanto se apoderó de todos los soldados que le escoltaban. En el momento en que, aterrado en medio de sus numerosos merodeadores nocturnos, salía, impaciente por combatir, el valiente general vivo, protegido por los brazos de los Raghavas, y semejante a una vasta inundación, el gran ejército de los vanaras.

## SARGA LII

## HAZAÑAS DE DHUMRAKSHA. ES MUERTO POR HANUMAT

Viendo salir a Dhumraksha, el del temible valor, todos los vanaras lanzaron gritos de alegría, llevados de su belicoso ardor. Una lucha espantosa se entabló entre monos y rakshasas. Abatíanse unos a otros a golpes de árboles enormes, venablos y mazas. Por todas partes eran feroces vanaras muertos por los rakshasas y rakshasas que con sus árboles los vanaras ponían al nivel del suelo. Los rakshasas atravesaban a sus adversarios con flechas agudas, espantosas de ver con sus plumas de garza; jamás erraban el golpe. Mazas terribles, arpones, martillos con punta, barras formidables, tridentes de todas clases, blandidos por los rakshasas, destrozaban a los vanaras poderosos que, exasperados, redoblaban su energía, y sostenían la lucha sin desfallecimiento. Los miembros atravesados por flechas, los cuerpos heridos por jabalina, la flor de los haris se armaron con árboles y con rocas. Dando botes terribles, acompañados de monos aullidos, los monos trituraban por todas partes a los bravos rakshasas, gritándoles cómo se llamaban. La refriega entre vanaras y rakshasas llegó a ser extrañamente furiosa. Rocas de todas clases, árboles de enorme ramaje, los vanaras se servían de ellos, lanzando gritos de triunfo, para matar a sus enemigos. Vomitando sangre por la boca, ellos, que se alimentaban de sangre, los rakshasas yacían amontonados, unos con los costados abiertos por los árboles, otros aplastados por las piedras, o deshechos por los dientes de sus enemigos. Sus estandartes abatidos, sus espadas rotas, sus carros volcados, muchos vagaban a la casualidad de un lado para otro. Indras de elefantes parecidos a montañas, caballos triturados con quienes los montaban por las cimas rocosas que lanzaban los habitantes de los bosques, la tierra estaba cubierta de cadáveres. Los vanaras, de temible valentía, se precipitaban, caían dando botes tremendos sobre los rakshasas, y con sus uñas agudas les labraban el rostro. Desfigurados, los cabellos arrancados, enloquecidos por el olor de la sangre, los rakshasas caían siempre, y cada vez en mayor número. Algunos, no obstante, en el paroxismo del furor, guerreros terribles, precipitábanse a su vez sobre los haris y les daban bofetadas que sonaban como truenos. Los vanaras recibieron su impetuoso choque, pero aún con más impetuosidad les trituraron con puños, pies, dientes y árboles.

Al ver a su ejército en derrota, Dhumraksha, toro de los rakshasas, lleno de cólera, hizo una carnicería entre los belicosos vanaras. Unos, atravesados por lanzas, perdían olas de sangre; otros, aporreados a martillazos, yacían sobre el terreno. Estos aplastados a barrazos, aquéllos deshechos por arpones o acribillados con jabalinas, tropezaban, y sus soplos vitales huían. Derribados, cubiertos de sangre, puestos en fuga, los habitantes de los bosques expiraban bajo los golpes furiosos de los rakshasas en la refriega. Con el pecho abierto, estaban caídos de costado o, deshechos por los tridentes, perdían las entrañas. Aquella gran batalla adquirió proporciones formidables a causa del número de haris y de rakshasas que tomaron parte en ella, y la cantidad de dardos, piedras y árboles que fueron lanzados. Con las cuerdas de los arcos por laúdes melódicos, los relinchos de los caballos por aplausos, el barritar de los elefantes mandas por canto, el combate tornábase una sinfonía.

Entretanto, armado de su arco, en el frente de banderas, Dhumraksha dispersó como bromeando a los vanaras en todas direcciones, bajo avalanchas de proyectiles. Al ver a su ejército exterminado, puesto en fuga por el rakshasa, Maruti, furioso, lanzóse contra él, llevando una enorme roca entre las manos. Los ojos dos veces más rojos que de ordinario a causa de la cólera, el émulo de su padre en bravura lanzó aquella roca contra el carro de su enemigo. Cuando vio llegar la piedra, Dhumraksha, blandiendo su maza, en su turbación, saltó vivamente abajo del vehículo, para combatir a pie. La roca rodó por tierra tras haber deshecho el carro con sus ruedas, su timón, su parte delantera, su estandarte y el arco de Dhumraksha. Dejando allí el carro, Hanumat, nacido de Maruta, hizo un destrozo de rakshasas con troncos de árboles guarnecidos de ramas. La cabeza rota, cubiertos de sangre, aplastados por aquellos árboles, los rakshasas caían por el suelo. Tras haber puesto en fuga al ejército enemigo. Hanumat, nacido de Maruta, desprendiendo una cresta de montaña, se lanzó contra Dhumraksha. Este, blandiendo su maza con brazo nervioso, se precipitó al punto dando gritos contra su adversario, que acudía a él. Su arma, erizada de puntas, Dhumraksha la abatió sobre el cráneo de Hanumat, furioso. Alcanzado por el violento y espantoso golpe, el kapi, que poseía la fuerza de Maruta, no se inquietó. Golpeó al rakshasa en plena cabeza con aquella cima de cresta rocosa, que le trituró todos los miembros al golpe. Dhumraksha cayó súbitamente al suelo como un monte que se derrumba. Cuando le



vieron muerto, los merodeadores nocturnos escapados a la carnicería, volvieron espantados a Lanká, acosados por los plavamgamas. Entretanto, el hijo magnánimo de Pavana, tras haber exterminado a sus enemigos y vertido ríos de sangre, fatigado de aquella carnicería, recibió con alegría las calurosas felicitaciones de los monos.

### SARGA LIII

#### VAJRADAMSHTRA ENTRA EN LÍNEA. PROEZAS DE ANGADA

Cuando supo la muerte de Dhumraksha, el rey de los rakschasas entró en violenta cólera; silbaba como una serpiente. En medio de largos y ardientes suspiros, turbado por el furor, dijo al cruel Vajradamshttra, el del gran vigor: «Ve, mi bravo; sal a la cabeza de los rakschasas; triunfa del hijo de Dasaratha, Rama, y de Sugriva, así como de los vanaras.» «¡Bien!», respondió aquel general experto en magia, y se alejó a toda prisa con los múltiples batallones que le rodeaban. Había puesto el mayor cuidado en disponer sus tiros de elefantes, de caballos, de asnos, de mulos, y los había decorado con estandartes de colores variados y numerosos. Los rakschasas llevaban brazales y una diadema de gran precio. Revestido con su coraza y armado de su arco, él partió al punto. Tras haber hecho el pradakashina, aquel general subió a su carro empavesado, que deslumbraba a causa de sus revestimientos de oro puro. Cuchillas, dardos múltiples, brillantes mazas, arpones, lanzas, venablos, sables, discos, martillos, hachas bien afiladas, infantes de todas clases salieron armados con estas armas. Con sus ricos trajes todos aquellos brillantes toros de los rakschasas, y los elefantes borrachos de mada, llenos de ardor, tenían el aspecto de montañas en marcha. Sus monturas, enseñadas para el combate, llevaban soldados armados de venablos y de garfios; las que se distinguían por su enjaezamiento y su gran fuerza servían para los oficiales. Todo aquel ejército de rakschasas desfiló brillante, como, en la época de las lluvias, las nubes cargadas de rayos y de relámpagos. Los rakschasas pasaron por la puerta del Sur, ante la que estaba el general Angada. Su salida fue señalada por siniestro presagio. De un cielo sin nubes, abrasado, cayeron meteoros; chacaes, vomitando fuego y llamas, dejaban oír espantosos aullidos. Fieras horribles anunciaron la destrucción de

los rakshasas, que iban al combate titubeando miserablemente. Bien que testigo de aquellos prodigios el robusto Vajradamshtra, lleno de energía y de bravura, avanzaba impaciente por llegar a las manos.

Viendo al enemigo acudir, los vanaras, con aire victorioso, lanzaron estrepitosas aclamaciones, cuyo eco llenó los puntos cardinales. Entonces empezó una lucha furiosa entre haris y rakshasas, guerreros terribles, de espantoso aspecto, que trataban de exterminarse mutuamente. La cabeza y el cuerpo hendidos, todos los miembros ensangrentados, los bravos caían sobre el terreno. Abordábanse unos a otros, aquellos guerreros de brazos semejantes a vigas, agobiándose bajo una lluvia de proyectiles, sin retroceder jamás en la batalla. Árboles, piedras, jabalinas, entrechocábanse con horrísono estruendo, como para partir los corazones de espanto. Era un ruido espantoso de ruedas de carros y de cuerdas de arcos; trompetas, tambores, gongos, producían un estruendo inaguantable. Cuando los proyectiles hubieronse agotado, fue la lucha cuerpo a cuerpo. Bofetadas, patadas, puñetazos, golpes con árboles, rodillazos, destrozaban, rompían los miembros de los rakshasas, a los que los vanaras, ciegos de matanza, agobiaban aún mediante rocas.

Vajradamshtra, testigo de aquel espectáculo, sembró el espanto entre los haris; cual cuando la destrucción de los mundos, Antaka, con su red en la mano. Vigorosos guerreros hábiles, los rakshasas, cegados por la rabia, diezmaban las tropas simiescas con toda suerte de proyectiles. A todos aquellos rakshasas, el audaz hijo de Vayú, por su parte, los abatía en la lucha; el furor doblada su fuerza; hubiérase dicho un fuego exterminador. Todos aquellos batallones enemigos, el valeroso Angada, blandiendo un árbol, los ojos rojos de cólera, cual un león entre tímidas gacelas, hizo una matanza espantosa; era el émulo de Sakra en cuanto a valentía. A sus golpes, los rakshasas, los de la terrible bravura, el cráneo hendido, caían como árboles bajo el hacha. Carros de todas clases, estandartes, caballos, cadáveres de haris y de rakshasas, olas de sangre cubrían el suelo de horror. Cordones de perlas, brazaletes, trajes, quitasoles, decoraban el campo de batalla, que brillaba como una noche de otoño. El impetuoso Angada dispersó el gran ejército de los rakshasas como el viento disipa las nubes.

## SARGA LIV

## ANGADA MATA A VAJRADAMSHTRA

Aquella exterminación de su ejército, debida a la bravura de Angada, llenó de furor al valiente Vajradamshtra. Tendiendo su arco formidable, semejante al trueno de Sakra, inundó a los batallones vanaras con una granizada de flechas. Los mejores rakshasas, montados en carros, armados de todas armas y llenos de brio, entraron entonces en liza. Vanaras, todo poderosos toros de los plavagas, reunidos de todas partes, se batían valiéndose de rocas. Millares de proyectiles, en aquella lucha encarnizada, fueron lanzados por los rakshasas sobre la flor de los monos. Por su parte, los vigorosos vanaras, con el ardor de elefantes en celo, abatían a los rakshasas valiéndose de los árboles de la montaña y de bloques de piedra enormes. Entre aquellos bravos guerreros que no reculaban jamás en el terreno, entre vanaras y rakshasas, fue un hermoso combate. La cabeza intacta, pero amputados de piernas y brazos, el cuerpo erizado de flechas, cubiertos de sangre, haris y rakshasas yacían extendidos por el suelo, presa de las garras de los buitres, de los cuervos y devorados por las bandadas de chacales. Troncos decapitados saltaban con gran espanto de todos. Brazos, manos y cabezas cortadas, miembros despedazados en la refriega, vanaras y merodeadores nocturnos caían en el campo de batalla. No obstante, batido por los monos, el ejército de Vajradamshtra desbandábase por entero ante sus ojos. Viendo a los rakshasas espantados y muertos por los plavamgamas, el impetuoso general, los ojos rojos de cólera, hundió, arco en mano, las filas enemigas y en ellas sembró el terror. Despedazaba a los haris con sus flechas de plumas de garza que volaban derechas al blanco, atravesando de un solo golpe siete y ocho, nueve y cinco adversarios; llevado por su extremado furor, los diezmaba. Puestos en fuga todos los batallones simiescos, los miembros lisiados por los dardos refugiáronse junto a Angada, como los seres junto a Prajapati.

Cuando vio los regimientos de haris dislocados, el hijo de Vali cambió con Vajradamshtra miradas de odio. Y los dos entablaron un duelo terrible, en el paroxismo de la rabia; hubiérase dicho un tigre de agarrada con un elefante ebrio de mada. El hijo de Vali, lleno de bravura, fue alcanzado en los órganos vitales por cien mil flechas semejantes a airones de fuego. Todos los miembros llenos de sangre, el muy enérgico

vanara, el de la temible bravura, lanzó un árbol contra Vajradamshttra. Viéndole llegar, el intrépido rakshasa le rompió en numerosos pedazos, y sus restos llenaron el suelo. Testigo del vigor de su rival, el toro de los plavagas agarró una piedra enorme a la que hizo voltear lanzando un grito. Al acercarse el proyectil, el héroe, saltando de su carro, armóse de una maza, y sin turbarse permaneció de pie, mientras el bloque lanzado por Angada cayó sobre el frente de banderas, donde destrozó el vehículo: ruedas, timón y caballos. El vanara entonces cogió otra nueva y ancha cresta de montaña, sembrada de árboles, y la abatió sobre la cabeza de su adversario.

Vajradamshttra, desfalleciendo, se puso a vomitar sangre: presa de un vértigo súbito, apretó convulsivamente su maza y suspiró. Pero vuelto en sí y furioso en extremo, golpeó con su arma en pleno pecho al hijo de Vali, que no se movió. Soltando entonces su maza, entabló una lucha de verdadero pugilato. Fue un combate cuerpo a cuerpo entre ellos dos, el hari y el rakshasa. Escupiendo sangre, agotados a causa de los golpes, aquellos dos valerosos campeones asemejábanse a Angaraka y Budha. Entonces, el vigorosísimo Angada, toro de los plavagas, arrancó un árbol y permaneció de pie, cubierto por sus flores y su follaje. Apoderóse al punto de una piel de toro y de un sable ancho, centelleante, adornado con filigranas de oro, al que envolvía una vaina de cuero. En medio de múltiples y sangrientas evoluciones, el kapi y el rakshasa golpeábanse el uno al otro, rugiendo, impacientes por vencer. Con sus heridas abiertas, brillaban como dos kim-sukas en flor. Aquella lucha les dejó de tal modo sin alientos, que ambos cayeron de rodillas por tierra. En un abrir y cerrar de ojos, Angada, el elefante de los kapis, se levantó, los ojos echando llamas, cual una serpiente a la que se golpea con un palo. Y con su arma sin mancha, bien limpia, el hijo de Vali, lleno de vigor, hendió la enorme cabeza de Vajradamshttra, cuya sangre cubrió todos sus miembros. Bajo aquel sablazo, su hermosa cabeza cayó partida en dos mitades, los ojos vueltos.

Al ver a Vajradamshttra muerto, los rakshasas, locos de terror, huyeron espantados hacia Lanká, acosados por los plavamangamas, el rostro descompuesto, abatidos, bajando la cabeza como de vergüenza. Tras haber matado a su enemigo con su brazo fulminante, el poderoso hijo de Vali, transportado por la alegría, en medio del ejército simiesco que exaltaba su mucha bravura, tenía el aspecto del dios de los mil ojos, rodeado de los Treinta.

## SARGA LV

## AKAMPANA MARCHA CONTRA LOS VANARAS

Al saber que Vajradamshtta había sido muerto por el hijo de Vali, Ravana dijo al intendente del ejército, que estaba junto a él, haciendo el anjalí: «Pronto, manda rakshasas invencibles, de valor formidable, y pon a su frente a Akampana, a quien todas las armas y todos los proyectiles son conocidos. Sobresale en reprimir, en perseverar y guiar. Mi prosperidad, la ha querido siempre, y siempre ha amado la guerra, El triunfará de los dos Kakutsthas y de Sugriva, el de la gran energía. A los demás temibles vanaras los exterminará, no hay duda.»

A esta orden de Ravana, el valiente Prahasta equipó apresuradamente un cuerpo de ejército. Provisto de toda clase de armas, aquellos rakshasas escogidos, de espantosa mirada, terribilísimos de ver, lanzáronse al combate al que les enviaba el intendente general. Subiendo a su gran carro de oro, adornado con más oro fino, Akampana, que tenía la estatura de una nube, de una nube el aspecto, y la voz poderosa como una nube asimismo, rodeado de sus terribles rakshasas, se alejó. Incapaz de temblar ni siquiera ante los suras en lo más fuerte de la refriega, apareció ante los vanaras como un sol en cuanto al esplendor. Mientras apresuraba su marcha, furioso e impaciente por combatir, he aquí que, de pronto, los caballos que arrastraban su carro perdieron el vigor, y su ojo izquierdo empezó a parpadear, a él, de quien la guerra constituía la alegría. Su rostro perdió sus colores y su voz tembló. El tiempo, muy bueno hasta entonces, tornóse tormentoso, empezando a soplar un áspero cierzo. Pájaros y fieras, todos lanzaron gritos lúgubres, espantosos.

El rakshasa, que tenía la estampa del león y la agilidad del tigre, sin inquietarse por aquellos presagios, lanzóse hacia el campo de batalla. Al salir con sus soldados, prodújose un inmenso clamor que pareció turbar el Océano. Aquel ruido no espantó a los numerosos batallones de vanaras que se armaron de árboles y rocas, dispuestos a combatir. Una lucha fenomenal se entabló entre kapis y rakshasas. Haciendo en interés de Rama y de Ravana el sacrificio de su vida, aquellos bravos, todos extremadamente vigorosos, todos altos como montes, haris y rakshasas rivalizaban por ver de quién sería la ventaja. Las vociferaciones que proferían en el calor exce-

sivo de la lucha, y los desafíos que se lanzaban llenos de cólera unos a otros, producían un estrépito inmenso. Un polvo espeso, de tonos rojizos, espantoso, levantado por los haris y los rakshasas, invadía los diez puntos del horizonte. En medio de aquel polvo, cuyo amarillo oscuro asemejaba a la seda, y del cual estaban envueltos era tal, que los combatientes no se reconocían ya en el campo de batalla. Ni estandartes, ni banderines, ni escudos, ni caballos tampoco, ni armas, ni carros incluso, había medio de distinguir con aquel polvo. El inmenso clamor de los guerreros que se provocaban y se precipitaban era angustioso de oír; en aquella confusión ninguna forma se discernía. Los haris sucumbían bajo los golpes furiosos de los haris en la lucha. Los rakshasas mataban asimismo a los rakshasas en aquella oscuridad. Vanaras y rakshasas inmolaban a amigos y enemigos. El suelo, empapado de sangre, su cubrió de un barro pegajoso. Y sobre aquella lluvia de sangre que le regaba el polvo caía. La tierra estaba llena de cuerpos sin vida. Árboles, venablos, mazas, jabalinas, piedras, barras y picas, rakshasas y haris golpeándose con ellas a golpes repetidos y rudos. Luchando con sus brazos semejantes a palancas contra sus adversarios que asemejábanse a montañas, los monos, los de las terribles hazañas, aplastaban a los rakshasas en la refriega, y los rakshasas, transportados de furor, dardos y jabalinas en las manos, exterminaban a los monos con estas armas extremadamente terribles.

Akampana, el general de los rakshasas, lleno de rabia, confortaba a sus bravos y terribles soldados; mientras que los haris, botando sobre ellos con gruesos árboles y enormes piedras, deshacían a los rakshasas y rompían sus armas llenos de vigor. En aquel momento, los animosos vanaras Kumada, Nala y Mainda, en el paroxismo de la rabia, en un impulso supremo, aquellos valerosos guerreros, a golpes de árbol en el frente de batalla, hicieron una enorme carnicería de rakshasas, como si bromeasen. Aquellos toros de los haris sembraron un desorden profundo en las líneas enemigas con sus múltiples proyectiles.

## SARGA LVI

### AKAMPANA CAE BAJO LOS GOLPES DE HANUMAT

En presencia de aquella gran hazaña realizada por la flor de los vanaras en el campo de batalla, una cólera violenta se apoderó de Akampana. Los rasgos alterados por el furor,

blandió su poderoso arco, al ver aquel hecho notable del enemigo, y dijo al conductor de su carro: «Lanza a toda velocidad el carro por ese lado, escudero, pues esos guerreros inmolán innumerables rakshasas en el campo de batalla. Los altivos vanaras, con formidable enojo, armados de árboles y de rocas, osan afrontarme. Voy a exterminar a esos soldados audaces, a los que se ve sembrar la confusión en el ejército entero de los rakshasas.» Entonces, desde su vehículo arrastrado por caballos lanzados al galope, Akampana, el más hábil de los guerreros que combatían sobre carros, abrumó a los haris con una granizada de proyectiles.

Los vanaras no pudieron mantenerse en línea, y mucho menos combatir; aplastados bajo los dardos del rakshasa, la desbandada fue general. Cuando los vio caer en poder de Mrityú y perseguidos por los dardos de Akampana, el valeroso Hanumat acudió en socorro de sus compañeros. Al ver al gran plavaga, todos aquellos toros de los monos volvieron a su puesto al campo de batalla y se agruparon atrevidamente en torno a él. Ante la interpidez de Hanumat, aquellos jefes de los plavagas volvieron a cobrar ánimos al amparo de su valentía.

Entretanto, Akampana, cual otro Mahendra, hizo llover una granizada de dardos sobre Hanumat, que permaneció firme como una roca. Sin cuidarse de los proyectiles que caían sobre su cuerpo, el kapi, el del gran arrojo, tomó la resolución de matar a su adversario. Lanzando carcajadas, el impetuoso hijo de Maruta se lanzó sobre el rakshasa, trastornando, por decirlo así, la Tierra. Mientras lanzaba gritos hirviendo de ardor, su aspecto se hizo insostenible, cual la llama de un brasero. Viéndose sin armas, pero animado de gran furor, el toro de los haris arrancó rápidamente una roca, Maruti agarró aquel enorme bloque con una sola mano, y lanzando un gran grito, le hizo girar vigorosamente. Luego se precipitó sobre el jefe de los rakshasas, Akampana, como en otro tiempo Puramdara se precipitó en la arena sobre Namuci, con su trueno.

Pero Akampana, al ver aquella cresta de montaña lanzada en su dirección, la deshizo de lejos por medio de grandes dardos en forma de medias lunas. El ver aquella cima rocosa, deshecha en el aire por los dardos del rakshasa y cayendo en pedazos, volvió a Hanumat loco de cólera. Y viendo un asvakarna, transportado por aquel furor que le animaba, el hari desarraigó violentamente el árbol, grande como una alta montaña. Hanumat se apoderó del asvakarna aquel que tenía

ramas enormes; gracias a su gran vigor, lo levantó de la tierra y lo blandió con alegría extremada. Luego empezó a correr a grandes zancadas, rompiendo en su precipitación los árboles, y tal era su furor, triturando la tierra bajo sus pies. Elefantes con los que los montaban, conductores con sus carros, todos eran aplastados, así como la temible infantería de los rakshasas.

Al ver a Hanumat, semejante a Antaka, lleno de rabia, armado de aquel árbol y destructor de los soplos vitales, los rakshasas diéronse a la fuga. Cuando le vio llegar con aquella furia, sembrando el espanto entre los suyos, el valeroso Akampana tembló y lanzó un grito. Con catorce dardos acerados que desgarraban las carnes, hirió al muy poderoso Hanumat. Acribillado de este modo de naracas de afilada punta, el héroe simiesco tenía el aspecto de una montaña plantada de un bosque. Con su gran bravura, su gran estatura, su gran vigor y su aspecto de asoka en flor, centelleaba como un humo sin fuego. Desarraigando entonces otro árbol, dio un bote prodigioso y asestó con él un golpe fulminante en plena cabeza del general rakshasa. Bajo aquella maza con la que le golpeó lleno de furor el poderoso Indra de los vanaras, Akampana cayó muerto.

Al ver a su jefe extendido sin vida por el suelo, todos los rakshasas bamboleáronse como los árboles con un temblor de tierra. Tirando las armas, todos aquellos guerreros puestos en fuga, huyeron hacia Lanká espantados y perseguidos por los vanaras. Los cabellos desatados, enloquecidos, su orgullo roto por la derrota y en su azoramiento, los miembros relucientes de sudor, se desbandaron. Aplastándose unos a otros, entraron en la ciudad, locos de terror y mirando sin cesar detrás de sí. Una vez los rakshasas dentro de Lanká, los muy valerosos haris reuniéronse todos para felicitar a Hanumat. El gran Hanumat, el del noble natural, por su parte les dio las gracias, proporcionándolas al grado de cada uno. Los monos lanzaron vivas a plenos pulmones con aire de triunfo, y de nuevo persiguieron a muerte al enemigo. El gran mono, nacido de Maruta, de vuelta cerca de los suyos, tras haber matado a los rakshasas, gozó del helicoso renombre que Vishnú adquirió cuando derribó al poderoso asura, terrible matador de sus enemigos, el del vigor inmenso, en el frente de banderas. Recibió los homenajes de las tropas divinas, de Rama en persona, del muy valiente Lakshmana y también de los plavam-gamas, Sugriva el primero, y de Vibhishana, el del gran corazón.



## SARGA LVII

## SALIDA DE PRAHASTA

A la noticia de la muerte de Akampana, el irascible soberano de los rakshasas, con un cierto abatimiento en el rostro, consultó la opinión de sus consejeros. Tras haber reflexionado un momento y deliberado con sus ministros, Ravana, el rey de los rakshasas, consagró la mañana a hacer su ronda por Lanká y la inspección general de los puestos. El príncipe recorrió la ciudad defendida por los regimientos de rakshasas, llena de tropas numerosas y enguinaldada con banderines y banderas. Viendo el asedio de Lanká, el monarca de los rakshasas dijo entonces a su adicto Prahasta, militar consumado: «La ciudad está sitiada y el bloqueo es estrecho; no veo ningún otro que pueda hacer que sea levantado el sitio, ¡oh hábil guerrero! Yo, Kumbhakarna, tú que me mandas mi ejército, Indrajit o Vikumbha, asumiremos una tal empresa. Coge rápidamente una tropa de bravos, ponte en medio de ellos y sal, para triunfar de nuestros enemigos, al encuentro de todos esos habitantes de los bosques. En esta salida, tan pronto como oiga los clamores lanzados por la flor de los rakshasas, el ejército de los monos se dislocará. Movibles, indisciplinados, inconstantes, los vanaras no sostendrán tu grito más que los elefantes el rugido del león. Su ejército en derrota Rama con Sumitri, sin autoridad en adelante, sin apoyo, caerán en tu poder, ¡oh Prahasta! Un mal dudoso vale más que el que no lo es. Que sea desagradable de oír o no, lo que tú creas sernos ventajoso, dilo.»

Al Indra de los rakshasas que le hablaba de este modo, Prahasta, el jefe del ejército, le respondió como Usanas al Indra de los asuras. «¡Oh rey!, ya hemos deliberado sobre esto precedentemente, con hábiles consejeros, e incluso se produjo entre nosotros una impugnación tras el examen de cada una de las opiniones. Devolver Sitá me pareció lo más ventajoso; no devolverla era la guerra; lo previmos desde entonces. Yo siempre he sido colmado por ti de dones y de honores, así como de amistades de todas clases; la ocasión se presenta ahora, ¿cómo no habría de servirme? En verdad no, yo no debo economizar mi existencia, ni hijos, ni esposa, ni fortuna. Sabe, pues, que dispuesto estoy a sacrificar por ti mi vida en el combate.» Tras haber hablado así a su hermano Ravana, el generalísimo Prahasta dijo a los intendentes gene-

rales que estaban delante de él: «Traedme al punto un ejército considerable. Los enemigos que mis dardos rápidos abatirán en el campo de batalla, hoy hartarán a los carniceros, pájaros y fieras.»

A esta orden, los valerosos intendentes generales reunieron las tropas en el palacio del rey de los rakshasas. En un instante, Lanká se llenó de guerreros temibles, provistos de armas de todas clases, semejantes a elefantes. Mientras saturaban al dios que se alimenta de ofrendas y colmaban de honores a los brahmanes, una brisa perfumada que traía el olor de la manteca clarificada empezó a soplar. Cogiendo guirnaldas de formas variadas, benditas con ayuda de mantras, los rakshasas, dispuestos para la lucha, adornáronse con ellas llenos de alegría; luego, armados de arcos, de corazas y lanzando vivamente sus tiros de caballos, los ojos vueltos hacia Ravana, su rey, ordenáronse en torno a Prahasta. Este entonces saludó al príncipe y golpeó un gong de sonido aterrador. Luego montó con su equipo en un carro provisto de todo, tirado por caballos muy rápidos, hábilmente conducido, muy bien acondicionado, retumbante como una gran nube, reluciente como la Luna misma, inaccesible con la serpiente que le servía de estandarte, sólida y artísticamente construido, adornado de filetes de oro puro y como sonriente de magnificencia. Tal era el carro en el que subió Prahasta tras haber recibido las órdenes de Ravana.

El rakshasa se alejó de Lanká prontamente, en medio de un poderoso ejército. Entonces, un redoble de tambores, semejante a la voz de Parjanya y un ruido de fanfarrias que llenaba, por decirlo así, la Tierra, se dejó oír, así como el sonido de caracoles marinos, a la salida del jefe del ejército. Los rakshasas, lanzando clamores, marcharon adelante. Espantosos gigantes a sus órdenes, Narrantaka, Kumbhahanu, Mahanada, Samunnata, sus afiliados, pusieron, al partir, a Prahasta en medio de ellos. Prahasta salió por la puerta oriental, rodeado de un numeroso, formidable, poderoso ejército, que se asemejaba a un rebaño de elefantes. En medio de aquella tropa, inmensa como el mar, Prahasta salió furioso; hubiérase dicho Yama que pone fin al tiempo. Al ruido que hizo al partir con sus rakshasas, que lanzaron gritos en Lanká, todos los seres respondieron mediante siniestros clamores. Volando en un cielo sin nubes, pájaros que se hartaban de carne y de sangre trazaban círculos de izquierda a derecha en contra del carro. Chacales espantosos vomitaron fuego y llamas entre aullidos. Del cielo cayó un meteoro, y el viento sopló lúgu-

brememente. Encarnizados unos contra otros, los planetas perdieron su brillo, mientras que nubes de roncós clamores hicieron llover sobre el carro de Prahasta sangre con la que rociaron a los de su comitiva. Encaramado sobre el asta de su estandarte, un buitre, le cabeza hacia el Mediodía, sin dejar de graznar, le quitó enteramente el lustre por los dos lados. Su cochero, suta que jamás retrocedía en el combate, dejó muchas veces caer el aguijón de su mano, no obstante su habilidad para conducir caballos. El brillo de su salida, de fasto inimitable, desvaneci6se en un instante; las monturas tropezaban en sitio llano.

Al ver a Prahasta, afamado por su valor militar, avanzar al combate, el ejército de los kapis, provisto de armas de todas clases, se lanzaron a su encuentro. Un clamor espantoso se elevó, entre los haris, que arrancaban árboles y cogían rocas enormes. Los rakshasas aullaban, los vanaras rugían; unos y otros estaban llenos de ardor, el ejército de los rakshasas y el de los habitantes de los bosques. En su ímpetu, en su brío, en su impaciencia por matarse unos a otros, provocábanse mutuamente mediante grandes gritos. Entretanto, Prahasta marchaba contra la tropa del rey de los haris, a la que pensaba, lógicamente, vencer. De un salto impetuoso se arrojó contra este ejército, como el saltamontes que busca la muerte en el fuego.

## SARGA LVIII

### MUERTE DE PRAHASTA

Cuando vio a Prahasta salir con tan belicoso ardor, Rama, domador de sus enemigos, preguntó, sonriendo, a Vibhishana: «¿Quién es ese coloso, rodeado de un numeroso ejército, que avanza a paso de carrera, con ese aire de valentía y de intrepidez? Hazme conocer, héroe de los grandes brazos, a ese valiente merodeador nocturno.» A esta pregunta de Raghava, Vibhishana respondió: «Es el jefe del ejército. Prahasta es el nombre de ese rakshasa. La tercera parte de las fuerzas del rey de los rakshasas le acompañan. Es animoso, experto en el oficio de las armas, ese guerrero muy afamado a causa de su valor.»

Mientras el terrible Prahasta, el de las formidables hazañas, avanzaba rugiendo, coloso al que sus soldados rodeaban, fue visto por el grande y poderoso ejército vanara, que empezó a lanzar gritos de desafío. Sables, lanzas, dagas, venablos,

dardos, mazas, rompecabezas, barras, jabalinas, hachas de todas clases, arcos de todo género, brillaban en manos de los rakshasas, que, deseosos de vencer, corrían hacia los vanaras. Árboles en flor, rocas, piedras gordas y grandes; tales eran las armas de los plavamgamas, impacientes por combatir. Cuando llegaron a las manos fue una reyerta formidable entre aquellos numerosos combatientes que hicieron llover granizadas de piedras y chubascos de dardos. En la lucha, muchos rakshasas hicieron perecer a muchos vanaras escogidos, y muchos vanaras inmolaron a muchos rakshasas. Los combatientes sucumbían, unos bajo las lanzas, otros alcanzados por enormes dardos; éstos eran muertos a golpes de barra, aquellos hendidos a hachazos. Privados de aliento, yacían por tierra con el corazón atravesado, y despedazados por la avalancha de proyectiles. Los vanaras caían palpitantes sobre el suelo, cortados en dos a sablazos, o con los costados deshechos por los atrevidos rakshasas. Los vanaras, por su parte, llenos del furor, derribaban filas enteras enemigas y llenaban con ellas el terreno; les golpeaban con árboles y con rocas enormes; les daban bofetadas fulminantes o puñetazos tremendos. Los rakshasas caían vomitando sangre por la boca, el rostro deshecho, los ojos apagados. Aullidos de dolor y rugidos leoninos, un espantoso clamor se elevó entre los haris y los rakshasas. Vanaras y rakshasas irritados, afianzados en el sendero de los valientes, los rasgos trastornados, feroces, se conducían con intrepidez.

Narantaka, Kumbhahanu, Mahanada y Samunnata, todos compañeros de Prahasta, mataban a los habituados a los bosques. Mientras se precipitaban fogosos sobre los vanaras y los exterminaban, Dvividá, desde una cima rocosa, abatió a uno de ellos, a Narantaka. El mono Durmukha, levantándose a su vez, con un árbol enorme mató a golpes a Samunnata, el de la mano pronta. Jambavat, en el colmo del furor, empuñó una gruesa piedra y lanzó con fuerza al pecho de Mahanada. Por su parte, el valeroso Kumbhahanu, habiéndose precipitado sobre Tará, que estaba armado con un gran árbol, recibió con él un golpe y perdió de pronto la vida.

Furioso ante la cuádruple muerte, Prahasta, que estaba en su carro, hizo con el arco que tenía en la mano una hecatombe espantosa entre los monos. Los dos ejércitos pusieronse entonces como a remolinar; hubiérase dicho la voz de la tempestad sobre el inmenso Océano. Bajo una enorme avalancha de dardos, los rakshasas, a los que la refriega emborrachaba, aplastaban rabiosos a los vanaras en la gran batalla. Cadáveres

de vanaras y de rakshasas amontonábanse sobre el suelo y le cubrían como horribles montañas. La tierra, bajo las olas de sangre que la inundaban, centelleaba como en el mes de Madhava, cuando se cubre de palasas en flor. Con montones de guerreros muertos por orillas, armas rotas por grandes árboles y torrentes de sangre por olas enormes, con Yama en lugar de Sagara, para verter allí sus ondas, con hígados y bazos como limo espeso, llena de entrañas a guisa de saivales, de troncos y cabezas cortadas, a modo de peces; de restos de miembros, en calidad de hierba; poblada de buitres, a manera de hermosos cisnes; frecuentada de los kankas, a guisa de sarasas; cubierta de grasa, a modo de espuma; resonante a causa de los clamores de los combates, a guisa de ruido de las olas, aquel río infranqueable para los cobardes, en el cual el campo de batalla estaba transformado, semejante a una corriente de agua al final de la estación de las nubes, frecuentada por hamsas y sarasas, los rakshasas y la flor de los monos le atravesaron, aquel río infranqueable sí, como elefantes, jefes de rebaños, un estanque que los lotos espolvorean de polen.

Mientras que Prahasta lanzaba así cantidad de flechas, de pie en su carro, y mediante su valentía dispersaba a los plavamgamas, fue advertido por Nila. Semejante al viento que sopla con violencia, el general de los rakshasas vio, por su parte, a Nila que se lanzaba a la refriega cual un montón de grandes nubes en el cielo. Echando hacia él su carro, que brillaba como el Sol, el mejor de los arqueros, tendiendo su arma en lo más fuerte de la batalla, Prahasta cubrió a Nila de flechas desbarbadas, que pasaban adelante, tras haberle desgarrado con su rápido vuelo, hundíanse en la tierra entre grandes botes, semejantes a serpientes furiosas. Nila, alcanzado por aquellos dardos afilados, semejantes a la llama, aquel enorme y vigoroso kapi, blandiendo un árbol, pegó con él al temibilísimo Prahasta, que encarnizábase contra él. Aullando de rabia bajo aquellos golpes, el toro de los rakshasas inundaba con chaparrones de flechas al jefe del ejército de los plavamgamas. Aquella lluvia de proyectiles del rakshasa cruel, ante la imposibilidad de evitarla, el vanara la recibió a ojos cerrados, como el toro un aguacero otoñal que cae de improviso. De este modo, aquellos chaparrones de dardos intolerables, Nila, cerrando al punto los ojos, la sufrió, bien que insoportables. Furioso a causa de aquella granizada de flechas, el enorme y vigoroso kapi, armándose de su sala enorme, abatió los caballos de Prahasta. Luego, el alma transportada por la

cólera, rompió el arco de aquel bárbaro, lanzando repetidos gritos. Privado de su arco, Prahasta, el jefe del ejército, empuñó una maza formidable, y saltó al suelo desde su carro. Aquellos dos generales, adversarios llenos de bravura, de pie, los miembros regados con sangre, semejantes a dos elefantes de sienes hendidas, desgarrábanse el uno al otro con sus colmillos agudos. León y tigre por su aspecto, león y tigre por sus hazañas. Aquellos dos guerreros, afamados de gloria, asemejábanse a Vritra y a Vasava.

De pronto, Prahasta, con un supremo esfuerzo, alcanzó con su maza a Nila en la frente e hizo que corriera su sangre. Entonces el poderoso kapi, los miembros ensangrentados, agarró un árbol muy grueso y descargó un golpe furioso sobre Prahasta en pleno pecho. Este, sin inquietarse por el choque, blandiendo su enorme palanca, se lanzó valientemente sobre el bravo plavamgama. Cuando le vio precipitarse de aquel modo lleno de rabia, dando saltos terribles, el gran mono Nila cogió vigorosamente una gruesa roca y la lanzó presurosamente a la cabeza de su belicoso adversario, armado siempre con su maza. Lanzada por el jefe de los kapis, la enorme, la formidable piedra rompió en varios pedazos la cabeza de Prahasta. El rakshasa, sin aliento, sin brillo, sin fuerza, sin conocimiento, cayó al punto a tierra como un árbol cortado por la raíz. De su cabeza partida corrió mucha sangre, así como de su cuerpo; hubiérase dicho un torrente cayendo de una montaña.

Una vez muerto Prahasta por Nila, el invencible, el gran ejército de los rakshasas, cuya alegría había desaparecido, huyó hacia Lanká. No pudo detenerse, su jefe habiendo sucumbido, como no se detiene la marea que encuentra un dique roto. Su general muerto, los rakshasas, descorazonados, se apresuraron a alcanzar la residencia de su rey. Preocupados y mudos, hundidos en un océano de ardiente dolor, parecían atontados. Entretanto, el victorioso Nila recibió, por su hermosa hazaña, a su vuelta, las felicitaciones de Rama, al que Lakshmana acompañaba. Con ello sintió profunda alegría.

## SARGA LIX

### PROEZAS DE RAVANA. RAMA LE VENCE Y LE PERDONA LA VIDA

Su general, habiendo sucumbido en la lucha contra el toro de los plavamgamas, los soldados formidablemente armados del rey de los rakshasas huyeron con la velocidad de la marea.

Llegados junto a su príncipe, le hicieron saber la muerte de su jefe bajo los golpes del hijo de Pavaka. Al oír aquella noticia, el rey púsose colérico. Cuando supo que Prahasta había perecido en el combate, Ravana, irritado, el espíritu envuelto en duelo, habló a los principales oficiales de los rakshasas, cual Indra rodeado de los jefes de los que no envejecen: «No es despreciable el adversario bajo los golpes de quien el destructor del ejército de Indra, que estaba a la cabeza de mis tropas, ha sucumbido con sus compañeros y sus elefantes. Yo mismo, para la pérdida del enemigo y el triunfo de mis armas, sin vacilar, voy a ir en persona a ese extraño campo de batalla. Hoy, el ejército de los vanaras, y Rama, lo mismo que Lakshmana, los consumiré con una multitud de dardos, como un bosque bajo fuegos ardientes.»

Esto diciendo, el enemigo del rey de los inmortales subió a su carro centelleante como la llama, del que tiraba una hilera de excelentes caballos, a los que volvía aún más brillantes gracias al esplendor de su persona. Ruido de trompetas, de gongos, de tambores, rugidos leoninos acompañados de palmadas y de aclamaciones, himnos de triunfo saludaron frenéticamente la salida del soberano de los rakshasas. Los comedores de carne, semejantes a montañas y a nubes, de miradas brillantes como tizones rodearon al jefe supremo de los rakshasas, durante su marcha, como los bhutas escoltan a Rudra, el príncipe de los Inmortales.

Entretanto, apenas salido de su capital, el monarca advirtió el ejército montaraz de los vanaras, bullicioso como las grandes aguas y las nubes, dispuesto al combate con árboles y rocas en las manos. Viendo los batallones de los rakshasas ardiendo en furia, Rama, el de brazos parecidos a Indras de serpientes, el de la inmensa gloria, acompañado por sus tropas, dijo a Vibhishana, el mejor de los guerreros: «¿Quién manda ese ejército provisto de toda clase de estandartes, banderines y quitasoles, pertrechado de jabalinas, de espadas, de venablos, de todas clases de armas y de proyectiles, indomable, compuesto de soldados intrépidos y de elefantes altos como el Mahendra?» Así interrogado por él, Vibhishana, el émulo de Sakra en valentía, indicó a Rama los principales jefes de los valerosos toros de entre los rakshasas. «El héroe que ves allí montado sobre el lomo de un elefante, el rival de la aurora naciente con su tez cobriza, que avanza haciendo doblar la cabeza a su montura, es Akampana, sábelo, príncipe. Aquel otro, de pie sobre su carro, al que el rey de las fieras sirve de estandarte, que blande un arco, parecido al arco de

Sakra y aseméjase a un elefante con sus dientes largos y redondeados, es Indrajit, célebre por el privilegio que ha recibido de Brahma. El arquero de allá lejos que, semejante al Vindhya, al Asta o al Mahendra, está sobre su carro, como atiratha, muy poderoso guerrero, que maneja un arco de tamaño sin igual, se llama Atikaya, a causa de su desmesurada talla. Aquel guerrero de los ojos amarillos como el levantar de la aurora, montado sobre un elefante salvaje, de escandalosas campanillas, el que lanza gritos, es Mahodara. El caballero de la brillante montura empenachada de oro, semejante a una montaña de nubes crepusculares, armado con una jabalina de anillos luminosos, es Pisaca, cuyo brío rivaliza con el del trueno. En cuanto a aquel que blande un agudo venablo, brillante como un relámpago impetuoso, como un trueno domesticado, y que viene sentado sobre el Indra de los toros, centelleante como la Luna, es el glorioso Trisiras. Aquel otro que tiene el aspecto de una nube tempestuosa es Kumbha, el del pecho ancho y bien desarrollado; ese vigilante guerrero tiene al rey de las serpientes como estandarte y agita el arco del que está armado. Aquel que lleva una maza adornada con oro y diamantes, de la cual brotan llamas y humo, que avanza sirviendo de estandarte al ejército de los rakshasas, es Nikumbha, el de las prodigiosas hazañas. El guerrero subido en aquel carro lleno de arcos, de espadas y de dardos, adornado con banderas con reflejos de brasero ardiendo y que despliega tanta arrogancia, es Narantaka; combate con un pico de montaña. Y aquel otro, en fin, que aparece rodeado de seres con ojos feroces y de forma tan variada como espantosa, con sus cabezas de tigres, de búfalos, de elefantes reales, de antílopes y de caballos, es el que abate el orgullo de los suras mismos. Allí donde, semejante a la Luna, brilla el quitasol blanco de palo elegante, artístico, allí es donde se encuentra el poderoso rey de los rakshasas, cual Rudra en medio de los bhutas. Con su diadema, él, cuyo rostro está adornado de anillos móviles y cuya talla formidable alcanza a la del Vindya, el rey de los montes, el que abate el orgullo de Mahendra y de Vaivasvata, el amo de los rakshasas, iguala a Surya en esplendor.»

Rama, el domador de sus enemigos, respondió a Vibhisana: «¡Ah! ¡En verdad el esplendor de Ravana, el príncipe de los rakshasas, es realmente deslumbrador! Como al Sol, imposible sería mirarle fijamente, ¡de tal modo irradia gloria! No distingo claramente su forma, a través del nimbo luminoso que le rodea. Ni los devas, ni los danavas, ni los héroes tienen



un cuerpo semejante y que pueda rivalizar en brillo con el del rey de los rakshasas. Todos son altos como montañas, todos tienen montañas por armas, todos están provistos de proyectiles ígneos los soldados de ese príncipe. Pero el rey de los rakshasas distínguese entre sus ardientes guerreros, de tan terrible aspecto, lo mismo que Antaka entre los bhutas impetuosos, los de notables formas. Mas es para su desgracia para lo que hoy ese miserable llega al alcance de mis miradas; hoy saciaré mi cólera, nacida del rapto de Sitá.»

Diciendo estas palabras, el valeroso Rama, al que Lakshmana acompañaba, cogió su arco, y de pie, ajustó a él un dardo, el más poderoso de todos. Entretanto, el fastuoso monarca decía a sus tropas valerosas: «Ocupad fuertemente, sin moveros de ellas, las puertas, las salidas principales, las obras avanzadas y las fortificaciones exteriores. Porque cuando sepan mi salida aquí con vosotros, esos salvajes aprovecharán la circunstancia para sorprender la ciudad, desprovista de defensores y hasta ahora inexpugnable, y al punto la saquearían con sus fuerzas reunidas.» Y despidió a su escolta.

Partidos los rakshasas a su orden, turbó las olas de aquel mar de vanaras, como un gran escualo las desbordantes aguas del Océano. Apenas vio al Indra de los rakshasas lanzarse al combate con su arco y sus dardos abrasados, el jefe de los haris corrió a su encuentro, tras haber arrancado un enorme pico de montaña. Aquella cima rocosa, plantada de árboles numerosos, la cogió y la lanzó contra el merodeador nocturno, que, viéndola llegar, la deshizo al punto con sus flechas de pie de oro. La ancha y alta cresta, plantada de árboles, rota, cayó por el suelo; entonces, el amo de los rakshasas escogió un dardo semejante a una gran serpiente cual otro Antaka. Cogiendo aquel dardo, que rivalizaba en velocidad con Anila, en brillo con un fuego centelleante, en impetuosidad con el rayo del gran Indra, le lanzó furioso contra Sugriva, con objeto de matarle. Aquella jabalina lanzada por el brazo de Ravana, de contacto semejante al del trueno de Sakra, alcanzó sin protección a Sugriva y le hendió en su vuelo, como Guha en tiempos el Kraunca, cuando le dio con su terrible lanza. Herido por aquel arma que le hizo perder el conocimiento, el guerrero cayó gimiendo al suelo. Cuando le vieron extendido por tierra, privado de sentimiento, todo fueron hurras alegres por parte de los yatudhanas. Entonces, Gavaksha, Gavaya, Sushena, así como Rishabha, Jyotimukha y Nala, el de la enorme corpulencia, desarraigaron rocas y se precipitaron sobre el Indra de los rakshasas. Pero el rey de los rakshasas

inutilizó aquellos proyectiles por medio de centenares de dardos de afilada punta. Y a aquellos jefes de los vanaras mismos, los atravesó con una granizada de flechas de maravilloso pie de oro. Bajo los golpes mediante los cuales les anonadó el enemigo de los Treinta, aquellos generales de aterradora estatura cayeron por tierra. Luego cubrió al terrible ejército de los vanaras con una lluvia de dardos. Heridos, derribados, aquellos guerreros que lanzaban gritos de espanto y de dolor, aquellas gacelas de las ramas a las que Ravana abrunaba con sus dardos, corrieron a refugiarse junto al temible Rama.

El poderoso y hábil arquero Raghava, empuñando su arma, iba a partir al punto, cuando Lakshmana le abordó haciendo al anjalí y le dirigió este lenguaje expresivo: «En verdad, noble hermano, que yo soy capaz de matar a ese miserable. Soy yo quien le matará; permítemelo, señor.» El muy poderoso Rama, verdadero héroe, le respondió: «Ve, y que tu valentía lleve la ventaja en este duelo, ¡oh Lakshmana! Ravana, en verdad, está dotado de gran fuerza; es un guerrero de maravillosa bravura; los tres mundos mismos no podrían resistir su furor, no hay duda. Busca, pues, sus partes débiles y vela por las tuyas. Con ojo y arco trata de guardarte y sé diligente.» Así habló Raghava; Sumitri le abrazó, le saludó, se dispidió de él y entró en liza.

Entonces vio cómo Ravana, el de grandes brazos como trompas de elefante, blandiendo su terrible arco de fuego, cubría bajo una lluvia de proyectiles a los vanaras, a los cuales amputaba y dispersaba los miembros. El muy enérgico Hanumat, nacido de Maruta, al ver también aquello y decidido a hacer cesar aquel chaparrón de proyectiles, corrió rápido hacia Ravana; se acercó a su carro y, levantando su brazo derecho entre un escalofrío, el sabio Hanumat dijo al rakshasa: «De devas, danavas, gandharvas, yakshas, así como de los rakshasas, tú has obtenido el ser invulnerable, pero de los vanaras tienes que temer. Este brazo mío derecho, con cinco ramas, que tengo levantado, te arrancará la vida del cuerpo que hace tiempo habita en él.» A estas palabras de Hanumat, Ravana, el de la temible valentía, replicó, con los ojos rojos de cólera: «¡Pronto! ¡Pega sin miedo! ¡Conquista un nombre duradero! Luego, una vez que tu fuerza me será conocida, yo te desharé, vanara.» A Ravana, que le hablaba de aquel modo, el hijo del Viento le respondió: «Yo he matado ya a Aksha, tu hijo, acuérdate.» Oyendo esto, el vigoroso jefe de los rakshasas dio en el pecho del hijo de Anila, con la palma de la mano, un golpe violento; el hari se tambaleó varias veces. Pero reco-

brando su equilibrio al cabo de un instante, el ilustre y poderoso Hanumat, plantándose sólidamente, golpeó con furor, con la palma de la mano igualmente, al enemigo de los Inmortales. Bajo aquel vigoroso empujón del vanara, Dasagriva osciló como un monte cuando un temblor de tierra.

Cuando en aquella lucha vieron a Ravana alcanzado por semejante golpe, rishis, vanaras, siddhas lanzaron exclamaciones, así como devas, suras y asuras. Tras haber resoplado el ardentísimo Ravana dijo: «¡Bravo, mono! ¡Eres un adversario de fuerza digna de elogios! (*Sa dhu vanara! viryan te; slaghaniyo'si me ripuh!*)».» Esto dicho, Maruti replicó: «Mal-dita sea esta fuerza, puesto que sobrevives a ella, Ravana! Combate una vez siquiera como es debido, perverso, ¿a qué tanta jactancia? Y entonces verás a mi puño precipitarte a la mansión de Yama.» Oyendo este lenguaje de Hanumat, el poderoso Ravana, enojado, los ojos rojos de furor, hizo girar con fuerza su puño derecho y le abatió violentamente sobre el enorme pecho del vanara. Bajo aquel choque, Hanumat se bamboleó varias veces. Cuando vio a su valeroso adversario privado de fuerza, el monarca de los rakshasas, Dasagriva, atiratha lleno de ardor, lanzó su rápido carro contra Nila. Y con sus flechas semejantes a serpientes que atravesaban las partes vitales del enemigo, consumió al general de los monos. Abruado bajo aquella masa de proyectiles, Nila, el jefe del ejército simiesco, lanzó con una sola mano una cima de roca contra el rey de los rakshasas. Entretanto, Hanumat, ardiendo en brío, habiendo recobrado sus sentidos llevado por su ardor belicoso, dijo con cólera al ver a Ravana, el príncipe de los rakshasas, a partido con Nila: «Atacar al que lucha ya con otro no es leal.»

El valiente rakshasa, con siete dardos de aguzada punta, rompió el bloque, que cayó hecho pedazos. Al ver a la cima rocosa rota, el jefe del ejército de los monos, destructor de los guerreros enemigos, semejante al fuego de Kala, centelleó de furor. Asvakarnas salas, cutas en plena floración y otros árboles de todas esencias, Nila los lanzó en el combate. Aquellos árboles, Ravana los cogió y los deshizo; luego hizo llover un formidable chaparrón de dardos sobre Pavaki. Rociado por aquella lluvia de proyectiles, como por una nube, el coloso, tomando la forma de un enano, saltó a la punta del estandarte de Ravana. Al ver al hijo de Pavaka instalado de aquel modo en la cúspide de su estandarte, el rey centelleó de furor, mientras Nila lanzaba gritos. El hari mostrábase ora en el asta de la bandera de Ravana, ora en lo más elevado de su arco o

de su tiara. Lakshmana, Hanumat e incluso Rama, estaban maravillados.

El impetuoso rakshasa también estaba dotado de la agilidad del mono. Escogió entonces un dardo de Añi, brillante, prodigioso. La maniobra de Nila hizo lanzar vivas a los plavamgamas, a quienes entretenía ver a Ravana, desconcertado, en aquella lucha por los saltos de Nila. Aquellas aclamaciones de los vanaras irritaron a Dasagriva, que, dada la turbación en que se hallaba su espíritu, no sabía ya qué hacer. Cogiendo un dardo que ató al de Añi, el merodeador nocturno apuntó a Nila, que estaba de pie sobre el asta de su estandarte. En aquel momento, el muy ilustre príncipe de los rakshasas dijo: «¡Oh mono! Tu agilidad procede de un poder mágico extraordinario. ¡Pues bien! Defiende tu vida, ¡oh vanara!, si puedes, mediante esas múltiples estratagemas que te son familiares y que empleas sin cesar. Por que aun así, el dardo que te voy a lanzar, tras haberle unido al de Añi, va a arrancarte esa existencia que tratas de proteger.» Esto diciendo, Ravana, el de los grandes brazos, señor de los rakshasas, que había adaptado el dardo al tiro de Añi, hirió al general de los monos.

Nila, alcanzado en el pecho por aquel proyectil unido al dardo divino, fue consumido por él y cayó al punto a tierra. Gracias al todopoderoso socorro de su padre y a su propio vigor, cayó sobre las rodillas y no perdió los alientos vitales. Cuando vio al vanara sin conocimiento, Dasagriva, insaciable de combate, lanzó sobre Lakshmana su carro estrepitoso como una nube. Llegado al medio del campo de batalla se detuvo, y de pie, lilameante, el majestuoso Indra de los rakshasas tendió su arco. Sumitri, el del indomable valor, le dijo mientras preparaba su arma poderosa: «Aprende a conocerme ahora, ¡oh rey de los merodeadores nocturnos!; deja ya de atacar a los vanaras.»

Cuando oyó aquella voz bien timbrada, que terrible resonaba como la cuerda del arco, el rey, acercándose a su adversario de pie allí cerca de su carro, le replicó furioso: «Es mi buena fortuna, Raghava, la que te trae ante mis ojos, tú, que vas hacia la muerte empujado por tu locura; he aquí el momento en que vas a descender al imperio de Mrityú anonadado por mí bajo una granizada de proyectiles.» Sumitri, sin conmovirse, habló de este modo al rakshasa lleno de jactancia, cuyos agudos dientes tenían la punta que sobresalía de la boca: «Príncipe, los grandes corazones evitan las baladronadas. Tú haces el fanfarrón, ¡oh el mayor de los malhecho-

res! Yo conozco tu vigor, ¡oh rey de los rakshasas! Tu fuerza, tu potencia, tu audacia. Heme aquí delante de ti. Flechas y arco en mano, acércate. ¿Para qué esas vanas bravuconerías?»

Oyendo este lenguaje, que le enfureció, el amo de los rakshasas le lanzó siete flechas de hermoso pie. Lakshmana las rompió por medio de dardos de centelleante tallo de oro y acerada punta. Al ver aquellos dardos rotos en un instante y semejante a grandes reptiles con los anillos quebrados, el amo de Lanká entró en furor y lanzó otras flechas agudas. Por su parte, el hermano segundogénito de Rama hizo llover con su arco un violento chaparrón de proyectiles bien ajustados sobre Ravana, que, con ayuda de armas en forma de navaja de afeitar, de medialuna y de bhullas de muy largas orejas, las rompió sin dejarse conmover. Viendo en qué modo las series sucesivas de sus dardos eran inútiles, el rey de los enemigos de los Treinta, sorprendido por la destreza de Lakshmana, de nuevo lanzó sobre él flechas aceradas. Por su parte, Lakshmana, semejante a Mahendra, adaptó a su arco dardos agudos, de afilada punta terribles y rápidos como el rayo, de brillo fulgurante, y los lanzó contra el jefe de los rakshasas para abatirle. Ravana rompió aquellos dardos agudos e hirió a su rival en la frente con un dardo centelleante como el fuego de Kala, que Svayambhú le había dado. Lakshmana, alcanzado por el proyectil, se bamboleó sin soltar su arma, que se le escapaba. Pero recobrando sus sentidos, no sin trabajo, hizo pedazos el arco del enemigo de Indra. Tras haberle roto el arco, Dasarathi le alcanzó con tres dardos de acerada punta. Atravesado por aquellos dardos, el rey tuvo un desfallecimiento y volvió difícilmente en sí. Su arco, completamente demolido, herido por los proyectiles, los miembros regados de grasa y cubiertos de sangre, el enemigo de los dioses de temible energía en toda su persona, empuñó un venablo que Svayambhú le había dado cuando la guerra. Aquella pica, brillante como un fuego acompañado de humo, el espanto de los vanaras en la refriega, el vigoroso guardián del Imperio de los rakshasas la lanzó llameante contra Sumitri.

El venablo que caía sobre él, el hermano de Bharata le alcanzó con tiros y dardos semejantes al fuego de la ofrenda, pero el arma no dejó por ello de hundírsele en el ancho pecho. El poderoso guerrero Raghú, alcanzado por el venablo, yacía en tierra y proyectaba llamas. El rey se precipitó súbitamente sobre él, mientras desfallecía, y le agarró brutalmente con sus dos manos. El Himavat, el Mandara, el Merú los tres mundos mismos con sus inmortales, hubiera podido levantarlos con

sus brazos, pero incapaz se sintió de mover al hermano de Bharata. Lakshmana, bien que herido por el venablo de Brahma, que tenía entre los senos, se acordó de que era una porción encarnada de la sustancia misma de Vishnú. A aquel Sumitri que quebrantaba el orgullo de los danavas, el Rakshas, aquella espina de los devas, le magullaba con sus brazos sin poder enlazarle entre ellos.

En aquel momento, el hijo de Vayú, furioso, se arrojó sobre Ravana y le golpeó en el pecho, lleno de cólera, con su puño parecido a rayo. Al recibir aquel golpe, el jefe de los rakshasas tocó el suelo con sus rodillas, luego se tambaleó y cayó. De sus diez bocas, de sus ojos, de sus orejas, la sangre corría a oleadas. Rodó sin conocimiento y se deslizó bajo la caja de su carro. Y allí quedó privado de sentimiento, extraviado, sin poder volver en sí. Al ver a Ravana desvanecido en el campo de batalla, a despecho de su temible fuerza, rishis y vanaras lanzaron exclamaciones, lo mismo que los devas y los asuras. El valeroso Hanumat, entretanto, transportaba a Lakshmana, todo confundido por su adversario, junto a Raghava, cogiéndole entre sus brazos. En su amistad por el hijo de Vayú, en su extremada afección por él, Lakshmana, que los enemigos no podían tan siquiera mover, tornóse ligero como un mono. El venablo dejó a Sumitri vencido en la lucha y volvió a colocarse en su sitio en el carro de Ravana. Entretanto, éste, lleno de energía, habiendo recobrado el conocimiento en aquel gran combate, escogió flechas aceradas, y se armó de un arco colosal. Por su parte, confortado, libre del venablo, Lakshmana, el látigo de sus enemigos, se acordó de que era una porción de la sustancia misma de Vishnú.

Cuando Rama vio al numeroso ejército de los poderosos vanaras abatido en el campo de batalla, se lanzó contra Ravana. Entonces, corriendo tras él, Hanumat le dijo: «Sube sobre mi espalda para domar al rakshasa. Como Vishnú montó sobre Garutmat para combatir a los enemigos de los Inmortales.» Raghú, oyendo estas palabras del hijo de Vayú, se subió al punto sobre el gran mono. De pie en su carro, Ravana se mostró en la refriega entonces al amo de los hombres. Al verle, el poderoso héroe se lanzó contra él, como Vishnú, furioso, contra Vairocana, blandiendo su arma. Rama hizo sonar la cuerda de su arco con estrépito ronco, semejante al fracaso del trueno que cae, y con voz profunda dijo al Indra de los rakshasas: «Detente, detente, ¡oh tú, que me has causado tanto dolor! ¿Adónde, tigre de los rakshasas, irías que pudieras escapárteme? Incluso si te refugiases en la mansión de

Indra, de Vaivasvat, de Bhaskara, de Svayanbhú, de Vaisra-vana o de Samkara, ¿qué digo? ¡En las diez regiones! Incluso en estos asilos, no te me escaparías en adelante. El que herido por tu venablo, ha caído hoy en desvanecimiento, para volver al punto en sí, ahí le tienes, ¡oh rey del pueblo de los raks-hasas!, vuelto ahora en la lucha otro Mrityú para ti, tus hijos y tus nietos. He aquí también a aquel bajo cuyos golpes perecieron catorce mil rakshasas, del más extraño aspecto, que habían establecido su morada en el Janasthana y que estaban provistos de excelentes armas.»

Cuando oyó a Raghava hablar así, el poderosísimo Indra de los rakshasas precipitóse lleno de rabia sobre el hijo de Vayú, que llevaba a Rama con gran celeridad a través del campo de batalla. Luego, acordándose de su antigua enemistad, le alcanzó con dardos llameantes, semejante a penachos del fuego de Kala. Alcanzado por el rakshasa y bien que atravesado por los dardos, la energía con que la naturaleza había dotado a Hanumat, creció aún. Pero el muy ilustre Rama, viendo la herida que Ravana acababa de hacer al tigre de los plavagas, fue transportado de furor. El carro de Ravana, sus ruedas, sus caballos, su estandarte, su quitasol, su inmensa oriflama, su conductor, sus dardos, sus venablos, sus espadas, Rama, acercándose, los destruyó con sus flechas de afiladas puntas. Luego, al enemigo de Indra le lanzó con fuerza un proyectil, semejante al trueno y al relámpago, que fue a hundirse en su ancho y espléndido pecho, cual el venturosísimo Indra lanzando su rayo sobre el Merú. El valeroso príncipe, a quien la caída del trueno y el contacto con el relámpago no hubieran podido quebrantar ni conmover, al choque del dardo de Rama, que le hizo una profunda herida, se tambaleó y soltó su arco. Cuando le vio desfallecer, el magnánimo Rama cogió un dardo ardiente, en forma de media luna, y se sirvió de él para deshacerle al punto la corona, brillante como el Sol, que llevaba el jefe supremo de los rakshasas. El Indra de los rakshasas parecía un reptil venenoso, pero ya sin veneno; cual un sol de rayos apagados, ya no tenía brillo, su esplendor habíase desvanecido y la armadura de su diadema estaba rota. Rama le dijo: «Has cumplido una grande, una formidable hazaña: mis valerosos soldados han sucumbido bajo tus golpes; a causa de ello estás cansado. En esta situación no te arrojaré con mis flechas en poder de Mrityú. Sal de la retrega, te lo permito, y vuelve a Lanká, ¡oh rey de los mero-deadores nocturnos! Y cuando hayas recobrado alientos, vuelve

en un carro con tu arco, y entonces de pie, en tu vehículo, serás de nuevo testigo de mi valentía.»

Oyendo estas palabras, su jactancia y su gozo desaparecidos, su arco roto, sus caballos y su conductor muertos, acribillado de dardos, su gran diadema deshecha, el rey entró al instante en Lanká. Tras la marcha del poderoso Indra de los merodeadores nocturnos, del enemigo de los danavas y de los devas, Rama, ayudado por Lakshmana, desembarazó a los haris de los proyectiles que habían recibido luchando en primera fila, en aquel inmenso campo de batalla. El enemigo del rey de los Treinta vencido, suras y asuras, tropas de bhutas, más las Regiones con los Océanos y todas las Grandes Serpientes, así como los seres que marchan sobre la tierra o en las aguas, fueron transportados de alegría.

## SARGA LX

### LOS RAKSHASAS DESPIERTAN A KUMBHAKARNA

Entrando en la ciudad de Lanká, aterrorizado por los dardos de Rama, despojado de su orgullo, el rey tenía los sentidos turbados. Como un elefante por un león, o una serpiente por Garuda, el príncipe había sido vencido por Rama, el de la gran alma. Semejantes al brahmadanda, a los reflejos centelleantes del relámpago, los dardos de Raghava, sólo el acordarse de ellos, enloquecía al monarca de los rakshasas. Sentado en su trono de oro, celestial, elevado, Ravana, paseando sus miradas por los rakshasas, les dijo: «Inútiles me habrán sido, pues, todas las más rigurosas prácticas de ascetismo, puesto que yo, el émulo del gran Indra, he sido vencido por un hombre. Aquella siniestra predicción de Brahma: «A los hombres es a los que tienes que temer, sábelo», ¡hela aquí realizada! Devas, danavas, gandharvas, yakshas, rakshasas, pan-nagas, de todos ellos pedí ser invulnerable, ¡pero no pensé en los hombres! Rama, hijo de Dasaratha, es aquel personaje, me figuro, del que me habló en otro tiempo Anaranya, nacido en la tribu de Ikshvaku: «De mi familia, ¡oh el último de los rakshasas!, saldrá un hombre que te matará en el campo de batalla, con tus hijos, tus ministros, tu ejército, tus caballos y tu escudero, ¡oh el más vil de tu raza!, ¡alma perversa!» Además, yo he sido maldecido por Vedavatí a causa de un antiguo ultraje. Esta Vedavatí es la afortunada Sitá, llegada a



ser la hija de Janaka. Umá, Nandisvará, Rambhá, la hija de Varuna, Punjikasthalá, lo que me habían predicho me ha sucedido. Los ascetas no hablan en vano. En estas circunstancias os es preciso hacer un esfuerzo. Que los rakshasas vayan a las cimas del Saryapapura, y ese héroe de una intrepidez sin gual, que abate la arrogancia de devas y de danavas, pero sobre el que pesa la maldición de Brahma, Kumbhakarna, ¡que se le despierte!»

Batido personalmente en la refriega, y Prahasta muerto, viendo aquello, el monarca recurría a la temible valentía del rakshasa; dijo aún: «¡Guardad las puertas y subid a las murallas! A Kumbhakarna, víctima del sueño, ¡despertadle! Duerme tranquilamente, sin inquietarse de nada, el pensamiento dominado por Kama. Durante periodos de nueve, siete y dieciocho meses el rakshasa duerme. Hizo un mantra y se durmió al noveno día. En el combate, ese héroe es el bastión de todos los rakshasas. A los vanaras y a los dos hijos del rey, pronto los habrá abatido. El, el gran estandarte de todos los rakshasas, en medio de las batallas, Kumbhakarna duerme siempre, el insensato, en el seno de los placeres vulgares con los que se contenta. Bien que vencido por Rama, en esta lucha espantosa, no me inquietaría si Kumbhakarna se despertase. ¿De qué utilidad me sería este émulo de Sakra en cuanto a fuerza si en un peligro tan inmediato no está en condiciones de ayudarme?»

A estas palabras del príncipe, los rakshasas corrieron con la mayor premura a la mansión de Kumbhakarna. A la orden de Ravana, aquellos comedores de carne y aquellos bebedores de sangre, cogieron aromas, guirnaldas y una gran cantidad de alimentos, y luego partieron al punto. Entraron en la caverna de las grandes puertas de una yojana en cuadro, maravilloso abrigo de Kumbhakarna, del que se exhalaba el perfume de las flores. Kumbhakarna, con el viento que producía su aliento, rechazó, no obstante, su gran vigor, a los rakshasas, que volvieron a la carga y con mucha dificultad, con gran esfuerzo, consiguieron penetrar en la gruta. Cuando hubieron entrado al fin en aquella cripta encantadora, empedrada con piedras preciosas y oro, aquellos tigres de los nairritas vieron al temible coloso echado. El monstruo, envuelto en profundo sueño, parecía un monte hundido; entonces, todos juntos, unieron sus esfuerzos por ver de despertarle.

Los miembros cubiertos de pelos erizados, Kumbhakarna, el de la temible valentía, soplaba como una serpiente, y dormía lanzando espantosos ronquidos. Tenía las alas de la nariz

horribles, la boca como el Patala; extendido cuan largo era por el suelo que le servía de lecho, exhalaba un olor a médula y a sangre. Tenía los miembros apretados entre anillos de oro y su diadema le hacía brillar como el Sol. Tal les pareció a aquellos tigres de los nairritas Kumbhakarna, el matador de sus enemigos.

Entonces los vigorosos rakshasas amontonaron delante de él un montón de carne de venado, alto como el Merú, para que pudiera hartarse. Antílopes, búfalos, jabalíes, aquellos nairritas escogidos se los acumulaban formando un montón de vituallas prodigioso. Pellejos llenos de sangre, carnes de todas clases, fueron colocadas delante de Kumbhakarna por los adversarios de los Treinta. Ungieron con el sándalo más precioso a aquel azote de ser enemigos y le cubrieron de guirnaldas divinas y de perfumes embalsamadores. Hicieron humear incienso y celebraron las alabanzas del guerrero funestas a sus enemigos. Las voces de los yatudhanas, cual nubes tempestuosas, estaballan por todas partes. Soplaban hasta saltarse los carrillos en sus cuerpos marinos, brillantes como la Luna, esforzándose a porfía, impacientes, por armar una algarabía espantosa. Los merodeadores nocturnos gritaban, daban palmadas, sacudían a Kumbhakarna y lanzaban clamores inmensos por ver de despertarle. Aquel sonido de los cuernos marinos, de los tambores, de los gongos, el ruido de las palmadas, aquellos saltos, aquellos rugidos leoninos, los pájaros que cruzaban las regiones del espacio, a oírlos, caían súbitamente.

Como, pese a tanto estruendo, el magnánimo Kumbhakarna no salía de su profundo sueño, aquella banda de rakshasas entonces empuñaron barras, pilones, mazas, crestas de rocas y con todo ello, más martillazos y puñetazos, los rakshasas empezaron a golpear a más y mejor el pecho de Kumbhakarna, que dormía apaciblemente sobre el suelo. El viento de la respiración de Kumbhakarna no permitía a los rakshasas mantenerse de pie delante de él. Sentáronse entonces todo alrededor, y con todas sus fuerzas, que eran formidables, empezaron a golpear tambores, címbalos y gongos y a soplar en cuernos y trompetas de todas clases. Diez millares de rakshasas rodeaban al coloso, que asemejábase a un montón inmenso de negro colirio, esforzándose a porfía por despertarle a fuerza de golpes y gritos, pero no se despertaba. Como por aquel procedimiento no podían sacarle de su sueño, emplearon otro método más enérgico, pero bárbaro. Hicieron que le pisasen los pies caballos, camellos, asnos y elefantes a los que pegaban con palos, látigos y garfios, sin dejar por ello de hacer sonar

gongos, cuernos y tambores con todas sus fuerzas y de triturarle los miembros mediante montones de enormes vigas. Aquel ruido de martillos y pilones que le dejaban caer encima con todas sus fuerzas, y los enormes gritos que lanzaban, aturdíen a Lanká entera, así como a sus montes y bosques, pero él no despertaba. Entonces hicieron redoblar, a un tiempo y sin interrupción, y todo en torno de él, un millar de tambores, con ayuda de palillos de oro refinado. Pero ni con ello pudieron hacerle salir de su profundo sueño, encadenado a él como estaba por la maldición divina. Entonces los merodeadores nocturnos se enfadaron. La cólera se apoderó de todos aquellos temibles guerreros. Y redoblaron sus esfuerzos para ver de despertar al rakshasa. Unos batían tambores, otros lanzaban grandes gritos; éstos le arrancaban los cabellos, aquéllos le mordían las orejas o le vertían en ella centenares de cántaros de agua. Kumbhakarna, sumido en un sueño profundo, no se movía. Algunos, armados de kutamudgaras, golpeaban la cabeza del poderoso rakshasa, su pecho y todos sus miembros. Martilleado por todas partes mediante sataghnis, atado por medio de cuerdas, el coloso no se despertaba. Finalmente, un millar de vanaras empezaron a correrle por el cuerpo. Kumbhakarna, sintiendo esta última presión, se despertó, él, que había permanecido inmóvil a los violentos golpes que le habían asestado con crestas de montaña y árboles.

Al salir de su sueño, bajo la presión de un hambre insupportable, bostezó y de un bote púsose de pie. Agitando sus dos brazos, semejantes a anillos de serpientes y a crestas de rocas, duros como diamantes tallados, el merodeador nocturno abrió una boca monstruosa, semejante al Vadavamukha, y lanzó un bostezo espantoso. Cuando bostezó, su boca, que se asemejaba al Patala, brilló como el Sol cuando se levanta sobre la cima más alta del Merú. El muy poderoso merodeador nocturno, habiéndose despertado al fin, bostezó y lanzó un suspiro semejante a la tempestad que se abate sobre una montaña. El aspecto de Kumbhakarna, una vez de pie, era el de Kala cuando al final de un yuga se dispone a consumir a todos los seres. Semejantes a dos braseros ardientes, brillando como relámpagos, sus dos enormes ojos parecían dos grandes plañetas inflamados.

En aquel momento le mostraron las vituallas de todas clases amontonadas en cantidad; jabalíes y búfalos el gigante los devoró. El enemigo de Sakra calmó su hambre con las carnes y su sed con la sangre. Tragó cántaros de grasa y de vino. Cuando le vieron harto, los merodeadores nocturnos

acercáronse todos alrededor de él y le saludaron. Entreabriendo sus párpados, entorpecidos aún por el sueño, la vista todavía no muy clara, paseó por todos lados sus miradas y dijo a los merodeadores nocturnos, con tono autoritario, aquel toro de los nairritas, sorprendido al verse despierto: «¿Por qué motivo me habéis despertado de modo tan súbito? ¿Le ha ocurrido alguna felicidad extraordinaria a vuestro monarca, o es que algún peligro le amenaza? Por supuesto, no hay duda que se trata de un peligro extremado, que corre prisa evitar, venido del exterior, para que hayáis acudido a despertarme. Pues bien, hoy mismo apartaré del rey de los rakshasas toda desgracia, ¡aunque tuviese que hacer pedazos a Mahendra o enfriar a Anala! En verdad no, no es por un motivo fútil por lo que se interrumpe el sueño de alguien como yo. Decidme, pues, por qué razón me habéis despertado.»

A estas palabras mezcladas de indignación, de Kumbhakarna, vencedor de sus enemigos, Yupaksha, familiar del rey, respondió haciendo el anjalí: «No, los devas no nos amenazan en modo alguno; es un hombre, ¡oh príncipe!, el que nos pone en situación crítica. No, los daityas y los danavas no nos hicieron jamás, Señor, correr un peligro semejante al que ahora nos viene de un hombre. Vanaras altos como montañas asedian Lanká. Furioso por el rapto de Sitá, Rama nos estruja de un modo espantoso. Un solo vanara, precedentemente, ha incendiado la ciudad y muerto al joven príncipe Aksha, con su escolta de elefantes. A él mismo, al Rey de los rakshasas, a Paulastya, la espina de los dioses: «¡Vete!», le ha dicho e n pleno campo de batalla dejándose e n libertad, Rama, el émulo de Aditia en cuanto al esplendor. Lo que el Monarca no había experimentado de parte de los devas, ni siquiera de los daitias, como tampoco de los danavas, lo ha soportado ahora de parte de Rama, que le ha hecho gracia de la vida.»

Al saber por Yupaksha que su hermano había sido vencido en lucha. Kumbhakarna, abriendo unos ojos enormes, le dijo: «Hoy mismo, ¡oh Yupaksha!, todo el ejército de los haris, con Lakshmana y Raghava, voy a derribarlos en el campo de batalla, luego de haberme presentado a Ravana. A los rakshasas los hartaré con la carne y con la sangre de los haris; en cuanto a Rama y a Lakshmana, yo seré quien beba su sangre.» Oyendo este lenguaje audaz del rakshasa, cuya cólera aumentaba aún su ferocidad, Mahodara, el jefe de los guerreros nairritas, hizo el anjalí y dijo: «Cuando hayas oído a Ravana y pesado el pro y el contra, al punto irás, gue-

rrero de los grandes brazos, a derribar al enemigo en el campo de batalla.» Así habló Mahodara. Kumbhakarna, rodeado de rakshasas, lleno de vigor y de coraje, se dispuso a partir.

Cuando hubieron despertado al príncipe de la terrible mirada, el de aspecto y valentía temibles, los rakshasas volvieron a toda prisa al palacio del rey. Acercándose a Dasagriva, que estaba sentado en el trono, todos los merodeadores nocturnos, el hueco de las manos acercado en forma de anjali, le dijeron: «Kumbhakarna, tu hermano, está despierto, ¡oh rey de los rakshasas! Y ahora, ¿debe ir al combate inmediatamente o quieres verle venir aquí?» Ravana respondió gozoso a aquellos rakshasas que estaban en su presencia: «Desco verle aquí, y que reciba los honores debidos a su jerarquía.» «Que sea así», dijeron los rakshasas. Y volvieron junto a Kumbhakarna para transmitirle la orden de Ravana: «El rey, toro de todos los rakshasas, desca verte. Decídetes a venir y satisface a tu hermano.»

Kumbhakarna, el indomable y poderoso guerrero, habiendo sabido la voluntad de su hermano, exclamó, lanzándose de su lecho: «Pues bien, ¡seal!» Y tras haberse lavado, muy contento, la cara y bañado lleno de alegría, quiso beber y ordenó que se apresurasen a darle un brebaje reconfortante. Entonces los rakshasas se apresuraron, según la orden de Ravana, a presentarle al punto licores y viandas de todas clases. Tras haber absorbido dos mil cántaros, dispúsose a partir. Estaba ligeramente cogido por el vino y calentito, y con ello lleno de ardor y de fuerza.

Kumbhakarna marchaba irritado, semejante a Yama, que da fin al tiempo. Avanzando hacia el palacio fraterno, escoltado por una tropa de rakshasas, trastornaba el suelo a su paso. Iluminaba la vía real con su cuerpo, lo mismo que el astro de las mil claridades ilumina el Mundo con sus rayos. Iba allí rodeado de una corona de rakshasas haciendo el anjali, cual Sakra dirigiéndose a la morada de Svayambhú. Contemplando, en la vía real, a aquel matador de sus enemigos, coloso que alcanzaba la altura de una cima de montaña, los habitantes de los bosques que estaban fuera de la ciudad quedaron cogidos de pánico, así como sus jefes. Unos escogieron a Rama como asilo; otros, enloquecidos, huyeron; éstos, espantados, echaron a correr en todas direcciones; aquéllos, paralizados por el miedo, echáronse por tierra. Aquel gigante que tenía la estatura de una cresta rocosa, tocado con una diadema que parecía borrar al Sol, tal era su claridad, los

habitantes de los bosques, al ver a aquel gran prodigio, fueron víctimas del terror y se dispersaron en todas direcciones.

## SARGA LXI

## HISTORIA DE KUMBHAKARNA

También Rama, el del gran esplendor, lleno de valentía, su arco en la mano, vio con su diadema, al gigante Kumbhakarna. Contemplando al Indra de los rakshasas cuyo aspecto era el de un monte, que parecía marchar por el espacio, como en otro tiempo Narayana; que tenía el aire de una nube cargada de lluvia, con anillos de oro como adorno; al verle, el gran ejército de los vanaras escapó de nuevo. Ante aquella desbandada de sus tropas, y el rakshasa que parecía aumentar cada vez más. Rama, asombrado, interrogó a Vibhishana: «¿Qué héroe es ése, parecido a un monte, con su penacho, sus ojos oscuros, que se ve en Lanká, cual una nube acompañada de relámpagos o como un gran y único meteoro caído sobre la Tierra, al aspecto del cual los vanaras han huido por todas partes? Dime quién es ese gigante, si un rakshasa o un asura. Jamás antes había visto un ser parecido.»

A esta pregunta del príncipe Rama, el de las hazañas impeccederas, Vibhishana respondió, con su gran sabiduría: «Es aquel por quien Vaivasvata y Vasava fueron vencidos en la guerra; es el hijo de Visravas, el ilustre Kumbhakarna. No hay otro rakshasa de su estatura. Devas, danavas, yakshas, bhujangas, pisitasanas, gandharvas vidyadharas, pannagas, ¡oh Raghava!, por millares en los combates los puso en fuga. Su venablo en la mano, el poderoso Kumbhakarna de horrible aspecto, los Treinta no pudieron matarle. «¡Es Kala!», exclamaban espantados. Es por naturaleza cómo el ilustre Kumbhakarna tiene su fuerza inmensa, mientras que los demás Indras de los rakshasas deben la suya a privilegios. Muy niño, apenas nacido, el coloso, acuciado por el hambre, se tragó numerosos millares de seres. Viéndose así devoradas, las criaturas, enloquecidas por el terror, refugiáronse cerca de Sakra y le dijeron lo que ocurría. Enojado, Mahendra hirió a Kumbhakarna con el acerado rayo de que estaba armado. Al choque con el trueno de Indra, el gigante se tambaleó aullando lleno de furor. Al oír los gritos del rakshasa, el espanto de los seres aumentó aún. Lleno de cólera, el vigoroso Kumbhakarna

arrancó un colmillo a Airavata, para atravesar con él el pecho de Vasava. Bajo los golpes del gigante Indra mostróse todo de llamas. Al verle, devas, brahmarshis, danavas aterrados, y con ellos Sakra y los seres, fueron a la morada de Svayambhú. Allí contaron a Prajapati la maldad de Kumbhakarna; dijeron también a los habitantes del Cielo cómo devoraba a los seres arruinando los eremitorios y llevándose las mujeres de otros. «Si continúa de este modo devorando siempre a los seres, dentro de no mucho tiempo el Mundo estará desierto.» Oyendo estas palabras de Vasava, el Abuelo de todos los mundos convocó a los rakshasas y Kumbhakarna apareció ante él. Al verle, Prajapati se turbó; repúsose, no obstante, y le dijo: «Seguramente es para la pérdida de los mundos para lo que Paulastya te ha engendrado. Por consiguiente, a partir de hoy dormirás como un muerto. Herido de maldición por el Señor, el rakshasa cayó ante él. Pero Ravana, todo trastornado, dijo a Brahna: «Es cuando ha crecido cuando el árbol de oro, en la estación de los frutos, es abatido. No está bien que maldigas a tu propio nieto como lo haces, ¡oh Prajapati! Pero como tú no puedes hablar en vano, es evidente que dormirás. Mas asígnale un tiempo para dormir y otro para estar despierto.» A esta súplica de Ravana, Svayambhú respondió: «Dormirá seis meses y permanecerá despierto un día. Durante un día ese héroe recorrerá la Tierra para aplacar su hambre, pues de otro modo, con su insaciable boca consumiría los mundos como un enorme brasero.» Y ha sido Ravana quien, caído en la desgracia, y espantado por tu valor, acaba ahora de despertar a Kumbhakarna. Este guerrero, de temible valentía, ha salido de su retiro, transportado de rabia, y correrá sin descanso tras los vanaras, acuciado por su hambre. Al ver a Kumbhakarna, los haris han huido. ¿Cómo en la lucha esos vanaras podrían resistir a ese furioso? Que les digan que se trata de una máquina enteramente fabricada. Y al saber esto, permanecerán aquí sin volver a turbarse.»

A este discurso salido de la boca elocuente y persuasiva de Vibhishana, Raghava ordenó a Nila, el generalísimo: «Ve reúne a todos los batallones y establece vivacs, ¡oh Pavakí!, tras haber ocupado los puestos de Lanká sus caminos de ronda y también sus pasajes cubiertos. Crestas de montaña, árboles y rocas, que todos los vanaras, tras haber hecho provisión de ellos, se armen con estos proyectiles.» Siguiendo la orden de Raghava, Nila, el general en jefe, el príncipe de los vanaras, dio sus instrucciones al ejército. Entonces, Gavaksha, Sarabha, Hanumat y Angada armándose de cinas rocosas que

asemejábanse a montes, dirigiéronse hacia una puerta de la ciudad. Cuando hubieron oído a Rama, los haris, los valerosos vanaras, con aires de triunfo, hostigaron a golpes de árbol al ejército enemigo. Las montaraces tropas de los haris, blandiendo picos rocosos y árboles, resplandecían como cuando se desarrolla en las inmediaciones de un monte una larga, formidable fila de enormes nubes.

## S A R G A L X I I

## ENTREVISTA DE KUMBHAKARNA Y DE RAVANA

Entretanto, el tigre de los rakshasas, aún amodorrado por la borrachera del sueño, marchaba a grandes zancadas a lo largo de la vía real: resplandecía de gloria. Los rakshasas, por millares, rodeaban al más invencible de los héroes, y desde las casas una lluvia de flores le inundaba durante el trayecto. Pronto vio, revestida de láminas de oro, resplandeciente como el Sol, la vasta y deliciosa residencia del Indra de los rakshasas. Entonces, semejante a Surya, que se hunde en una masa de nubes, entró en aquella mansión del rey de los rakshasas y vio de lejos a su hermano mayor sentado en un trono, cual Sukra cuando visita a Svayambbú, sentado en el suyo. Yendo hacia el palacio de Ravana con su escolta de rakshasas, Kumbhakarna, con sus pasos, quebrantaba el suelo. Tras haber franqueado el umbral del palacio y atravesado el patio, vio a su hermano mayor, lleno de turbación, sentado en el carro de Pushpaka. Dasagriva, al advertir a Kumbhakarna, levantóse al punto gozoso y le hizo acercar. Entonces el poderoso guerrero, inclinándose ante los pies de su hermano, que estaba extendido sobre su palanquín, le preguntó: «¿Qué es preciso hacer?» De nuevo, transportado por la alegría, Ravana se levantó y le abrazó. Tras este abrazo fraternal y los saludos de uso, Kumbhakarna subió a un trono brillante, divino. El coloso, habiéndose sentado allí, preguntó a Ravana, los ojos rojos de cólera: «¿Por qué, ¡oh rey!, me has sacado a la fuerza de mi sueño? Dime: ¿de qué proviene tu miedo y a quién debo transformar en preta?»

Ravana respondió al irritado Kumbhakarna, sentado junto a él, moviendo furiosamente sus ojos: «Hacia mucho tiempo que dormías, ¡oh héroe!, y en tu profundo sueño ignorabas el peligro en que me pone Rama. Ese Dasarathi, lleno de gloria



y de fuerza, acompañado de Sugriva, tras haber franqueado el mar, extermina nuestra raza. Mira, ¡ay!, en Lanká, los bosques y los sotillos. Los vanaras, que han llegado sin obstáculo mediante una calzada, han hecho de ellos un océano. Los rakshasas más eminentes han sido muertos en el combate por ellos. Yo no veo de qué modo podrán los vanaras ser exterminados en la guerra; no han sido vencidos precedentemente en parte alguna. En este inminente peligro, sálvanos, poderoso héroe, y destrúyelos hoy mismo; es por esto y para esto por lo que te he despertado. Todos mis recursos están agotados; ayúdame y salva a la ciudad de Lanká, en la que no quedan ya sino los niños y los ancianos. En interés de tu hermano, guerrero de los grandes brazos, cumple una hazaña imposible a todo otro. Jamás he hablado de este modo, antes, a ninguno de mis hermanos, ¡oh calamidad de tus enemigos! En ti reside, con mi afecto, mi suprema esperanza. En las guerras entre devas y asuras, muchas veces, ¡oh toro de los rakshasas!, los devas, los Inmortales ordenados en batalla contra ti, tú los venciste. Haz llamada de nuevo a tu valentía, ¡oh temible héroe! En verdad no, entre todos los seres, no se ve quien te iguale en fuerza. Hazme este grandísimo placer; préstame este servicio, el más importante de todos, en nombre de nuestro afecto, ¡oh tú que amas los combates y a tus amigos! Mediante tu valentía personal, disipa el ejército adverso como un gran viento que se levanta disipa una nube otoñal.»

### S A R G A L X I I I

#### KUMBHAKARNA TRATA DE CONFORTAR A RAVANA. SUS FANFARRONADAS

A estas lamentaciones del rey de los rakshasas, Kumbhakarna respondió riendo burlescamente: «Esta falta, precedentemente, en medio de nuestras deliberaciones, te hemos visto cometerla, a causa de tu carencia de confianza en tus buenos consejeros. En verdad, el resultado de tu maldad no se ha hecho esperar; de este modo en los infiernos cae el malhechor. Primeramente, ¡oh gran rey!, lo que debía ocurrirte, no has pensado en ello; enteramente infatuado de tu fuerza, la consecuencia no la has previsto. Aquel que hace en último lugar lo que debía hacer ante todo, y ello fiándose en su potencia soberana, o que hace antes lo que debe hacer des-

pués, no sabe distinguir la buena política de la mala. Las acciones que carecen de oportunidad para el lugar y la época, que son hechas al revés, tórnanse funestas, como las ofrendas echadas en un fuego impuro. Aquel que tras haber examinado con sus consejeros la conveniencia de los tres actos, bajo sus cinco aspectos, emprende algo, marcha derecho por su camino. El rey que desea tomar una resolución conforme a las reglas tradicionales, se deja iluminar sabiamente por sus ministros y considera las cosas con sus amigos. El deber, el interés, el placer, ¡oh jefe de los rakshasas!, el hombre los cultiva cuando la ocasión se presenta, los tres juntamente o de dos en dos. El rey o el pretendiente al título de rey que, tras haber oído lo que hay de mejor en estas tres cosas, no comprende, de nada le sirve haber oído muchos discursos. La liberalidad, la conciliación, la división, la energía, la unión, ¡oh el mejor de los rakshasas!, y estas dos cosas: lo que conviene y lo que no conviene; aquel que, tras haber considerado el deber, el interés y el placer con sus consecuencias, los emplea según las circunstancias, dueño de sí mismo, la desgracia, en este Mundo, no le alcanza. Aquel que obra, tras haber estudiado con sus ministros, llenos de experiencia y sabiduría, las ventajas que puede retirar de una empresa, es un rey. Las gentes que no discernen el sentido de los *Sastras*, cuya inteligencia es la del bruto, en su infatuación quieren siempre hablar, cuando son admitidos entre los consejeros. No se debe seguir la opinión que emiten, dada su ignorancia de los *Sastras*, y de sus prácticos tratados, esos consejeros que no aspiran sino a amontonar riquezas. Las gentes que en su insuficiencia lanzan discursos funestos, pero espaciosos, deben ser inexorablemente separados de las deliberaciones: estropean los asuntos. Para perder a su amo, pagados como están por sus avisados enemigos, tales ministros les inducen a hacer actos contrarios a sus intereses. Esos consejeros que tras la máscara de la abnegación ocultan la perfidia, es estudiando en las deliberaciones su modo de obrar, cuando están reunidos, como su príncipe los conocerá. El aturdido que se precipita en las aventuras, los extranjeros al punto caen sobre él, como los pájaros en una cavidad de un kraunca. Aquel, por otra parte, que desdén a su adversario y no está siempre sobre aviso, no tiene sino fracasos y es derribado de su posición. Este consejo que te ha sido dado precedentemente por tu amante Mandodari y por mi segundogénito Vibhishana, yo te lo repito ahora en interés tuyo; decide lo que te plazca.»

Oyendo este lenguaje de Kumbhakarna, Dasagriva frunció

el entrecejo y replicó, lleno de cólera: «Se debe respetar al hermano mayor como a su preceptor. ¿Qué puedo yo hacer ahora con tus consejos retrospectivos? ¿Para qué fatigarte de este modo? Lo que conviene en este momento, esto es lo que hay que examinar. Que sea la turbación, el enloquecimiento o la excesiva confianza en el poderío de mi ejército lo que ha impedido el triunfo, inútil de volver ahora sobre ello. Lo que reclaman las circunstancias actuales, de esto es de lo que hay que ocuparse. La desgracia debida a mi imprudencia, que tu valentía la remedie. Si tú verdaderamente te interesas por mí, y haces llamada a tu energía, toma este asunto como tuyo y estímale de la mayor importancia. El amigo es aquel que socorre al infortunado en su desgracia; el pariente, es aquel que, cuando todos os dejan en la estacada, os presta asistencia.»

Así dijo Ravana con tono imperioso y severo. ¡Qué emoción!, pensó Kumbhakarna, que le habló dulcemente y con voz acariciadora. Miró muy fijamente a su hermano, cuyos sentidos estaban turbados, y con voz lenta le dirigió un lenguaje confortante: «Escúchame con atención, ¡oh rey, calamidad de tus enemigos!, ¡oh jefe de los príncipes rakshasas!, tregua a ese dolor. Renuncia a la cólera y entra en posesión de ti mismo. La turbación de tu alma no tiene razón de ser estando yo vivo, ¡oh soberano! Yo haré perecer al que es causa de esta desolación. Necesariamente, yo debo dirigirte un lenguaje útil, en toda circunstancia, y que sea dictado por los lazos del parentesco y por mi afecto fraternal, ¡oh monarca! He aquí cómo en las circunstancias actuales demostraré que soy un amigo, un hermano: yo mataré a tus enemigos, ante tus ojos, en el combate. Hoy, guerrero de los grandes brazos me verás en primera fila tras haber matado a Rama y a su hermano, poner en fuga al ejército de los haris. Hoy, viéndome traer del campo de batalla la cabeza de Rama, serás feliz, ¡oh guerrero!, y Sitá quedará desolada. Hoy, de esta muerte de Rama objeto de todos tus descos, testigos serán los rakshasas de Lanká, cuyos parientes han perecido. Hoy, los que están abrumados por la pena, aquellos a quienes la pérdida de sus más próximos llena de dolor, abatiendo al enemigo en la lucha, yo enjugaré sus lágrimas. Hoy, Sugriva el jefe de los plavamgas, alto como una montaña, semejante a una nube llena de Sol, le verás extendido por la arena. Esos rakshasas que, como yo, están impacientes por matar a Dasarathi, debemos llenarte de confianza; ¿de dónde viene, ¡oh irreproachable héroe!, esto de que tiembles siempre? Si

me matase sin duda Raghava te mataría también, pero yo, personalmente, nada tengo que temer, ¡oh jefe de los raks-hasas! Por consiguiente, desde este instante dame tus órdenes calamidad de tus enemigos. No echés los ojos en otro alguno para este combate, ¡oh héroe incomparable! Yo abatiré a tus enemigos, a pesar de su poder. Había de ser Sakra, había de ser Yama, había de ser Pakava o Maruta, yo los combatiría, como si se tratase de Kubera e incluso de Varuna. Yo, cuya estatura alcanza la altura de los montes, con mi venablo puntiagudo como arma, mi grito de guerra, mis dientes afilados, no hay duda que viéndome Puramdara temblaría, o si arrojando mis armas me viese volcar a los enemigos mediante mis vigorosas arremetidas. No, nadie podría resistirme cara a cara, por poco que tuviese por su vida; yo no tendré incluso necesidad de lanza, de maza, de sable o de dardos afilados. Con mis dos manos agarraré y mataré a Raghava, aunque estuviese acompañado del dios que lleva el rayo. Si resistes al vigor de mis puños, entonces mis dardos beberán en tropez su sangre. La pena te acaba, ¡oh rey! ¿Por qué, puesto que estoy aquí? Heme aquí dispuesto a salir a exterminar a tu enemigo. Destierra ese terror formidable a Rama. Voy a abatirle en la lucha; Raghava, Lakshmana, Sugriva, el de la gran valentía; Hanumat, el matador de los rakshasas, por quien Lanká fue incendiada, los haris, a todos los devoraré en el combate que se va a entablar. Yo quiero procurarte una gloria poco corriente, de tal modo será grande, aunque el peligro venga de Indra, ¡oh rey!, o de Svayabhú, pues a los mismos dioses los echaría por tierra, llevado de mi cólera, en el campo de batalla. A Yama, yo le domaría; a Pavaka, le devoraría; a Aditia, por tierra le echaría con todas sus estrellas; a Satakratu, le mataría; bebería el mar, mansión de Varuna. Las montañas las pulverizaría; la Tierra la hendiría. Tras este largo sueño, de la valentía de Kumbhakarna sean hoy testigos los seres a los que voy a devorar completamente. No en verdad ese triple cielo todo entero no bastaría para hartarme. Inmolando a Dasarathi, voy a traerte una felicidad que será la fuente de otras felicidades. Tras haber abatido a Rama y a Lakshmana, me comeré a todos los jefes principales de los haris. Regocíjate, príncipe; bebe ahora varuní; haz lo que tengas que hacer y expulsa la tristeza. Hoy voy a precipitar a Rama en la mansión de Yama; Sitá será por mucho tiempo tu esclava.»

## SARGA LXIV

## DISCURSO DE MAHODARA

A este lenguaje del colosal, del valeroso, del esforzado Kumbhakarna, Mahodara replicó: «¡Oh Kumbhakarna! Tú has salido de una raza ilustre, tú eres bravo, pero tienes pretensiones vulgares, y a causa de tu suficiencia, no sabes considerar un asunto bajo todos sus aspectos. No, en verdad, no es cierto que el rey no conozca, ¡oh Kumbhakarna!, lo que es político e impolítico; pero tú, llevado por tu brío juvenil, no sabes sino hablar. Detenerse, fortificarse a sí mismo, exterminar al enemigo, el jefe de los rakshasas lo sabe, él, que conoce las reglas relativas a los lugares y a los tiempos. Lo imposible, que se alaba de cumplir el soldadote de inteligencia espesa, que incluso no respeta a sus mayores, ¿a qué hombre sensato le tentaría? Y esas cosas, el deber, el interés, el placer, cuando afirmas que son esencialmente opuestas pruebas que no disciernes su verdadera naturaleza. El resultado es, no hay duda, el móvil de todas nuestras acciones, y aquí abajo, la felicidad es el fruto que se piensa obtener incluso mediante los peores actos. Ahora bien, el deber y lo útil, incluso separados del placer, procuran la felicidad; mientras que el fruto que se retira de lo injusto y de lo inútil es funesto. La obra cuyos resultados no pertenecen a este Mundo, los caracteres viriles la practican, mientras que el que es dado a los placeres obra en consecuencia. El asunto que tantísimo interesa al rey, y que nosotros aprobamos, el castigo de su adversario, ¿por qué sería aquí separado en modo alguno? En cuanto al motivo que tú has alegado para ir contra Rama, lo que hay en ello de inconsiderado y de malo, voy a decirlo. El, por quien precedentemente, en el Janasthana, numerosos y muy poderosos rakshasas han sido destruidos. Raghava, ¿cómo sólo podrías tú vencerle? Aquellos rakshasas a los que venció él solo en el Janasthana eran también valerosos guerreros. ¿No te das cuenta de cómo en la ciudad están todos aterrados ahora? Semejante a un león enojado, Rama, el hijo de Dasaratha, despertándole, es una serpiente dormida lo que tú quieres, ¡ay!, despertar. Llamante de valentía y siempre inabordable si enfurecido, inaccesible como Mrityú, ¿quién podría alcanzarle? El ejército todo entero no podría hacer frente al enemigo sin correr grave peligro; por ello,

al verte marchar solo contra él, querido, no me gusta mucho. ¿Quién sería el que, desprovisto de recursos, ambicionaría subyugar como a un ser común a un enemigo provisto de todo y decidido a sacrificar su vida? El que no tiene semejante entre los hombres, ¡oh el mejor de los raksahasas!, ¿cómo te alabas de luchar con Rama, el émulo de Indra y de Vivasvat?» Y luego de haber hablado así al furioso Kumbhakarna, Mahodara dijo, en medio de los raksahasas, a Ravana, el *ravana* de los mundos: «Tras haber arrebatado precedentemente a Vaidehí, ¿por qué dudas ahora? Si lo deseas, Sitá se someterá a tu voluntad. Yo veo un medio que traerá a Sitá a tus pies; si agrada a tu sabiduría, ¡oh Indra de los raksahasas!, escucha. Yo, Dvijihva, Samhardín, Kumbhakarna y Vitardana, los cinco, haz proclamar que salimos para matar a Rama. Entablaremos entonces con él una lucha encarnizada; si triunfamos de tus enemigos, no tendremos por qué emplear otros medios. Pero si tu rival sobrevive y nosotros escapamos al combate, he aquí entonces lo que imaginaremos. Vendremos aquí, del campo de batalla, cubiertos de sangre, con los miembros atravesados por flechas y dardos en los cuales estará grabado el nombre de Rama. Hemos devorado a Raghava y a Lakshmana, diremos. Luego apretaremos con nuestras manos tus pies, y tú nos colmarás de honores. Al punto publicará por todas partes en la ciudad, a lomo de elefante, ¡oh príncipe!: Rama, su hermano y su ejército han sido exterminados totalmente. Afectando vivísima satisfacción, ¡oh domador de tus enemigos!, procurarás a tus servidores festines, esclavos, divertimientos y oro. Guirnaldas, trajes, perfumes, distribúyelos a profusión entre los soldados y tú mismo manifestarás tu alegría bebiendo. Entonces, un inmenso rumor popular se extenderá por todas partes: «¡Rama y sus amigos han sido devorados por los raksahasas!» He aquí lo que oírás. Entonces irás en secreto junto a Sitá, como para darle el pésame y consolarla, y para seducirla te servirás de oro, de granos, de placeres y de diamantes. Este subterfugio, ¡oh rey!, dará como resultado aumentar el dolor de Sitá, que sin alegría y privada de su protector, se rendirá a tu voluntad. Cuando Sitá sepa la muerte de su amable esposo, por desesperación y como efecto de la ligereza femenina, seguirá tus caprichos. En otro tiempo, en el colmo de la prosperidad, esta mujer que merece ser feliz, y a quien la desgracia abruma, al ver que su dicha depende de ti, se entregará por completo. Esto es lo que se puede hacer como mejor, a mi juicio. La sola presencia de Rama podría ser funesta; no te inquietes por

nada; espera aquí mismo, sin combatir, la posesión de una gran alegría. Sin perder soldados, sin correr peligro, triunfante de tus enemigos, sin lucha, ¡oh monarca!, gloria, felicidad, fortuna, renombre, serán durante mucho tiempo lo mejor y la parte de tu soberana majestad.»

## SARGA LXV

### KUMBHAKARNA SE LANZA AL COMBATE A PESAR DE LOS PRESAGIOS FUNESTOS

Respondiendo mediante invectivas a Mahodara Kumbhakarna dijo al príncipe de los rakshasas, a su hermano Ravana: «Pues bien, este peligro presente yo voy a apartarle hoy matando a ese miserable Rama; desembarazado de tu enemigo, ¡serás feliz! Los valientes no truenan en balde, como nubes sin agua. Mira cómo voy a realizar estas amenazas mediante mis hechos de armas. Los héroes, incapaces serían de alabarse, pero sin jactancia realizan las hazañas más difíciles. Los reyes pusilánimes, sin inteligencia, que se alaban de ser sabios, se complacerán siempre con lenguajes como el tuyo, Mahodara. En la guerra, vosotros, gente afeminada, agradables habladores que cortejáis al rey, siempre habéis estropeado lo que había que hacer. A Lanká no le queda sino su rey; el tesoro está agotado; el ejército, destruido, y este príncipe está sitiado por enemigos que llevan la máscara de la amistad. Yo salgo a combatir decidido a triunfar del enemigo, y con ello a neutralizar vuestra funesta política en esta gran batalla.»

A estas palabras del hábil Kumbhakarna, el jefe de los rakshasas respondió riendo: «A Mahodara, Rama le espanta, no hay duda. En verdad no, no gusta del combate, querido amigo, ¡oh sabio guerrero! Yo no tengo a nadie que te iguale en abnegación y valentía. Ve a matar a mi enemigo, ¡oh Kumbhakarna!, corre a la victoria. Dormías, pero para la pérdida de mi rival he hecho que te despierten; esta hora es de gran importancia para los rakshasas, ¡oh vencedor de tus enemigos! Vete armado de un venablo, una red en la mano, como Antaka. De los vanaras y de esos dos príncipes, émulos de Aditia en cuanto al esplendor, haz de todos tu pasto. Al verte, los monos emprenderán la huida; en cuanto a Rama y a Lakshmana, su corazón se rajará.»

Tras haber hablado de este modo al muy poderoso Kum-

bhakarna, el ilustre toro de los rakshasas creyó volver a la vida. Consciente de la fuerza de Kumbhakarna, conociendo su valentía, el rey estaba lleno de alegría, cual la Luna inmaculada. Oyendo estas palabras que le inundaron de placer, el héroe se alejó. Tras haber oído el lenguaje de su príncipe, se preparó para la lucha. El matador de sus enemigos blandía con vigor un venablo enteramente de hierro, centelleante, adornado con oro refinado. Afamado como el trueno de Indra, pesado como el rayo, látigo de los devas, de los danavas, de los gandharvas, de los yakshas y de los pannagas, con sus guirnalda roja y sus grandes lazos, lanzando por él mismo llamas, el enorme venablo teñido con la sangre de sus enemigos, el ilustre Kumbhakarna empuñándole, dijo a Ravana: «Iré solo; que tu poderoso ejército se quede aquí. Hoy, dada mi hambre y mi cólera, devoraré a los vanaras.»

A estas palabras de Kumbhakarna, Ravana respondió: «Marcha escoltado de soldados armados con picas y martillos, los vanaras son vigorosos, intrépidos, muy enérgicos. El temerario que avanzase solo sería hecho trizas a dentelladas. Por consiguiente, aunque sea muy difícil vencerte, rodéate de guerreros y ve a destruir completamente el partido enemigo tan funesto para los rakshasas.» Y bajando de su trono el muy glorioso Ravana ciñó a la frente de Kumbhakarna una diadema cuyo interior era de perlas. Brazaletes, sortijas, adornos preciosos, un collar brillante como la Luna, con todo ello engalanó al héroe. Envolvió sus miembros de celestiales y perfumadas guirnalda y le ajustó magníficos pendientes. Con los brazaletes, los anillos de los pies, los nishkas (351) de oro que le adornaban, Kumbhakarna, el de las largas orejas centelleaba como el fuego de la ofrenda. Con su gran cinturón de un azul oscuro deslumbrador, hubiérase dicho al Mandara rodeado de la Serpiente (352) cuando la producción del amrita. Púsose una coraza de oro, resistente, impenetrable a los dardos, fulgurante, cuyo resplandor natural parecía despedir llamas y que le volvía brillante como el rey de los montes envuelto en nubes crepusculares. El cuerpo entero adornado con galas de todo género, su venablo en la mano, el rakhasa recordaba a Narayana, cuando mediante sus tres pasos desplegó todo su poderío (353).

El héroe abrazó a su hermano, le honró con el pradakshina y con una inclinación de cabeza y luego partió. Ravana le despidió, deseándole mucha suerte, al sonido de los gongos y le hizo escoltar por soldados excelentemente armados, de elefantes, caballos y vehículos estrepitosos como nubes. Valerosos



guerreros acompañaban a aquel príncipe de los guerreros. Serpientes, búfalos, asnos, leones, elefantes, antílopes, pájaros, servían de monturas al cortejo del temible Kumbhakarna, el de la gran fuerza. Bajo innumerables chaparrones de flores, a la sombra de un quitasol, una afilada pica en la mano, lleno de audacia, embriagado por el olor de la sangre, así fue como se alejó el enemigo de los danavas y de los devas. Tras él iban a pie numerosos rakshasas, llenos de vigor y de fuerza, terribles, la mirada feroz, en las manos las armas. Los ojos rojos, midiendo un gran número de brazas, semejantes a montones de negro colirio, blandían mazas, sables y cortantes hachas, bhindipalas, barras, pilones, martillos, troncos de talas enormes armas arrojadizas irresistibles.

Entretanto, Kumbhakarna, tomando otro cuerpo de aspecto huracán, terrible, se lanzó exuberante de energía y de fuerza. Tenía cien arcos de ancho y seiscientos de alto; se mostraba formidable, con sus ojos como ruedas de carro; asemejábase a una gran montaña. Luego de haber reunido a los rakshasas, el gigante, que tenía el aspecto de una roca abrasada, con su ancha boca, dijo riendo burlescamente: «Hoy esos batallones de vanaras escogidos, uno tras los otros, yo los consumiré llevado de mi cólera, como el fuego a las mariposillas. Y, no obstante, no me han ofendido esos monos corredores de bosques; su raza sirve incluso de adorno a los parques del tipo de los nuestros. La ciudad está sitiada gracias a Raghava y a Lakshmana, que les acompañan. El muerto, todo quedará destruido. Yo le mataré en la refriega.»

Oyendo estas palabras de Kumbhakarna, los rakshasas lanzaron un hurra formidable, que hizo, por decirlo así, temblar al Océano. Mientras el astuto Kumbhakarna se alejaba rápidamente, funestos presagios aparecieron por todas partes. Se vieron nubes acompañadas de aerolitos, horriblemente sombríos; la Tierra con sus océanos y sus bosques tembló. Chacales de huracán aspecto aullaron llevando hachones de fuego en las fauces, mientras que pájaros trazaban círculos a su derecha. Un buitre se abatió sobre el venablo de Kumbhakarna según marchaba; su ojo izquierdo parpadeó y su brazo izquierdo tuvo escalofríos. Un meteoro inflamado cayó haciendo un ruido horrible. El sol perdió su brillo; no soplaba un viento favorable.

Sin inquietarse por aquellos grandes prodigios, capaces de hacer que se erizasen los cabellos, Kumbhakarna salió, empujado por la fuerza del Destino. Tras haber franqueado el recinto a pie, el gigante, semejante a un monte, vio, cual un

nublado, al inmenso ejército de los monos. Al contemplar al más poderoso de los rakshasas, alto como una montaña, los vanaras, semejantes a nubes empujadas por el viento, huyeron en todas direcciones. Al ver a aquel furioso ejército que se desbandaba hacia los puntos cardinales, como un grupo nebuloso que se disloca, Kumbhakarna, lleno de alegría, redobló sus clamores, semejantes a los de un nubarrón del cual tenía el aspecto. Cuando oyeron aquellos gritos formidables que asemejábanse al fragor aéreo de una nube lluviosa, numerosos plavamgamas cayeron al suelo, cual, cuando tienen las raíces cortadas, los árboles salas. Armande de una enorme maza, Kumbhakarna, cuando se lanzó lleno de vigor sobre los enemigos para destruirlos, inspiró a los batallones kapis un terror espantoso, cual el Señor, acompañado de las plagas, sus ministros, al final de un yuga.

## SARGA LXVI

LOS MONOS HUYEN EN PRESENCIA DE KUMBHAKARNA.  
REPROCHES DE ANGADA

Después de haber franqueado la muralla, Kumbhakarna, general parecido a un pico de montaña, se alejó de la ciudad a toda prisa, lleno de valentía. Lanzó un grito enorme que hizo resonar el Océano y que, vencedor, por decirlo así, del trueno, pareció quebrantar las montañas. Aquel guerrero de terribles miradas, invencible para Maghavat, Yama y Varuna al verle llegar, los vanaras se desbandaron. En presencia de aquella derrota, el príncipe Angada interpelló a Nala, a Nila, a Gavaksha y a Kumuda, el de la gran energía: «Olvidándoos de vuestra propia valentía y de vuestro noble origen, ¿adónde vais espantados cual haris vulgares? ¡Animo, camaradas, volved! ¿Es de este modo como defendéis vuestros alientos vitales? No, imposible le sería luchar contra todos nosotros a ese rakshasa; vuestro pánico es excesivo. Ese inmenso terror que inspiran los rakshasas, nuestra bravura lo disipará; volved, plavamgamas.»

Tranquilizados no sin mucho trabajo, y vueltos a su puesto por uno y otro lados, los haris, armándose con árboles, hicieron alto en el campo de batalla. Los habitantes de los bosques detuvieronse irritados contra Kumbhakarna con extremado furor, cual elefantes enloquecidos por el mada. Y le asaltaron

valerosamente a golpes de enormes crestas de montaña, con rocas y con árboles de enfloradas copas, pero sin quebrantarle. Al contacto con sus miembros hendíanse las enormes rocas y los árboles de copas floridas cayeron rotos por el suelo.

El héroe, por su parte, furioso, derribó a los batallones de vigorosos vanaras, desplegando una fuerza excesiva, cual un incendio que estalla en medio de un bosque. Los miembros regados de sangre, aquellos toros de los vanaras yacían en gran número vencidos, derribados, semejantes a árboles de rojizos ramajes. Los monos, dando botes, emprendieron la huida sin saber adónde; unos se arrojaron al mar, los otros se lanzaron por los aires. Batidos, pese a su valor, por el raks hasa, para quien aquello era una broma, huyeron, unos por mar, por aquel mismo camino que ya habían recorrido; otros, por los valles, el rostro abatido, pálidos de espanto. Los riks hasa treparon a los árboles, algunos se refugiaron en la montaña. Otros caían, no pudiendo mantenerse más tiempo de pie; permanecían extendidos por tierra, donde dormían un sueño casi igual que el de la muerte.

Viendo aquella desbandada de los vanaras, Angada les gritó: «¡Dad media vuelta! ¡Combatamos! ¡Volved, plavam-gamas! Si huis, aunque recorrieseis la Tierra, no veo dónde podríais hallar asilo. Volved todos. ¿Es así como defendéis vuestra vida? Soldados que huis sin armas, para que nada os estorbe mientras corréis, vuestras mujeres se burlarán de vosotros; lo que es la muerte para los que tienen honor, vosotros todos, que sois nacidos en familias opulentas e ilustres, lo olvidáis. ¿Adónde vais de este modo, sobrecojidos de terror cual monos vulgares? Guerreros sin nobleza, el espanto os hace olvidar vuestra valentía ¡y huis! Las difíciles e importantes hazañas, que en la asamblea del pueblo os alábais de que realizarías, ¿en qué han quedado? Los reproches dirigidos a los cobardes, los oiréis, y el que escape huyendo, maldito será. La vida que la gente de honor prefiere, seguidla, desterrando todo temor. Si tras una corta vida quedamos muertos sobre el terreno, obtendremos el Brahmalo, inaccesible a los malos soldados. Adquiriremos gloria derribando al enemigo en la lucha; si sucumbimos, los tesoros del cielo de los guerreros, los posceremos, ¡oh vanaras! No. Kumbhakarna, en presencia de Kakutstha, no se irá vivo: cual una mariposa que se acerca a un brasero llameante. Nosotros, que somos una selección, si salvamos nuestra vida huyendo, y uno solo nos dispersa, pese a nuestro número, acabada quedará nuestra fama.»

Tal fue el discurso del valeroso Angada, el de los brazalcetes de oro. Los fugitivos respondieron a los reproches del héroe: «El rakshasa Kumbhakarna ha hecho una matanza espantosa entre nosotros; no es el momento de detenernos; partimos; tenemos en mucho nuestra vida.» Tras estas palabras, todos los oficiales vanaras se dispersaron por todas partes, al ver avanzar al espantoso gigante, el de las terribles miradas. No obstante, Angada consiguió, mediante sus exhortaciones, hacer volver a sus puestos a toda la flor de los monos que huían. Vueltos a la confianza por el sabio hijo de Vali, y dóciles a sus órdenes, todos los jefes de los vanaras hicieron alto.

## SARGA LXVII

## HAZAÑAS DE KUMBHAKARNA. RAMA LE MATA

Vueltos sobre sus pasos a la llamada de Angada, todos aquellos colosos, tomada resueltamente su resolución, ya no aspiraron sino a combatir. Sintieron su energía reanimarse, su valor crecer y su confianza vuelta gracias a las palabras de Angada. Marchando, pues, hacia adelante, llenos de alegría, decididos a morir, los vanaras, haciendo renuncia de la vida, entablaron una lucha espantosa. Armándose de árboles y de cimas rocasas enormes, que hacían voltear rápidamente, aquellos gigantes lanzáronse contra Kumbhakarna. Lleno de rabia y de fuerza, el héroe de la talla colosal, blandiendo su maza, dispersó por todas partes a sus enemigos. Setecientos y ochocientos vanaras yacían por todas partes sobre el terreno, abatidos por Kumbhakarna. Dieciséis y ocho, luego diez, veinte y treinta, los estrujaba entre sus brazos, los trituraba sin dejar de correr y los devoraba empujado por su extremadísima cólera, cual Garuda devorando a las serpientes. Tranquilizados con mucho esfuerzo, los haris volvían a sus puestos aquí y allá; luego, armados con árboles y rocas, apostábanse en el frente de banderas. En aquel momento, desarraigando una roca, Dvidiva, toro de los plavagas, tal una amenazadora nube, se lanzó sobre su cnemigo, que parecía una cima de montaña. El vanara arrancó el bloque y lo lanzó contra Kumbhakarna, errando el golpe; el proyectil cayó sobre la tropa del colosal rakshasa, aplastando en su caída caballos, elefantes y carros tirados por excelentes corceles. Otra segunda roca hizo también nuevas víctimas. Bajo aquella avalancha de piedras, el

gran ejército de los rakshasas, magullado, sus caballos muertos, los conductores de los carros aplastados, chorreaba sangre. Montados en carros, los rakshasas lanzaban de pronto clamores horribles y decapitaban, con ayuda de dardos semejantes al tiempo de la destrucción final, a la flor de los vanaras, que lanzaban gritos. Los vanaras, por su parte, llenos de valentía, arrancaban árboles enormes para triturar con ellos carros, caballos, elefantes, búfalos y rakshasas. Hanumat hizo llover puntas de rocas, piedras, árboles de todas clases, sobre la cabeza de Kumbhakarna, desde lo alto del aire, donde estaba. Aquellas cimas de montaña, con su venablo, el poderoso Kumbhakarna las hendía y dispersaba la avalancha de árboles. Y cayó sobre el gran ejército de los haris, blandiendo su aguda pica. Hanumat, mientras corría de aquel modo, se apostó delante de él armado de una punta de montaña y, furioso, descargó un terrible golpe a Kumbhakarna, que con su espantosa corpulencia parecía un monte. Este, cuyos miembros, húmedos de grasa, chorreaban sangre, tambaleóse al choque. Entonces, el rakshasa lanzó su venablo, brillante como el relámpago, semejante a una montaña que arroja un haz de llamas. Alcanzó a Maruti entre los dos brazos, cual Guha golpeando al monte Kraunca con su temible lanza. Su ancho pecho atravesado por el venablo, fuera de sí, vomitando sangre, Hanumat, rabioso, lanzó un espantoso grito en medio de aquel gran combate, cual al final de un yuga el estruendo de una nube tempestuosa. Los batallones de rakshasas lanzaron alegres hurras nada más darse cuenta de su turbación, mientras que los plavamgamas, sobrecogidos de terror, se dispersaron por el campo de batalla, lejos de Kumbhakarna.

En aquel momento, el valeroso Nila, haciendo llamada a su bravura mucha, lanzó una cresta de roca contra el hábil rakshasa. Cuando le vio acercarse, Kumbhakarna le pegó con su puño; con el choque, la cima rocosa estalló, desprendiendo chispas y llamas; luego cayó por tierra. Rishabha, Sarabha, Nila, Gavaksha y Gandhamadana, aquellos cinco tigres de los vanaras se precipitaron sobre Kumbhakarna. Piedras, árboles, manos, pies y puños, con todo ello descargaron tremendos golpes, y en todas partes, el gigante, en la batalla. Pero Kumbhakarna apenas se sintió rozado por aquellos golpes, y sin conmoverse, enlazó impetuosamente a Rishabha entre sus dos brazos. Triturado por aquel apretón, el toro de los vanaras, el terrible Rishabha, se desmayó, de sangre llena la boca. Luego, el enemigo de Indra, en la refriega, golpeó con el puño a Sarabha, con la rodilla a Nila y abofeteó a Gavaksha. Turbados

por los golpes que recibían, desprovistos, cubiertos de sangre, cayeron por tierra, cual kimsukas desarraigados. Aquellos vanaras, su flor, derribados, los otros monos cayeron por millares sobre Kumbhakarna. Trepando y cayendo sobre él como sobre una roca, todos los toros de los vanaras, que asemejábanse ellos mismos a montañas, le mordían. A puñetazos, a dentelladas, a patadas, con brazos y piernas, los toros de los plavagas golpeaban al valeroso Kumbhakarna. Con los millares de vanaras de que estaba cubierto, el tigre de los rakshasas, que tenía de ello la estatura, asemejábase a una montaña plantada de árboles. Apretando entre sus brazos a todos aquellos vanaras, el gigante los devoraba furioso, como Garuda a las serpientes. Abismados por Kumbhakarna en una boca semejante al Patala, los vanaras le salían por las narices y las orejas. Alto como una montaña, devoraba a los haris lleno de rabia; empujado por su cólera, trituraba a todos los vanaras el príncipe de los rakshasas. Empapaba el suelo con la carne y la sangre de los monos, de los que recorría los batallones; hubiérase dicho el fuego de Kala encarnado. Cual Sakra con su trueno en la mano, cual Antaka provisto de su red, así era, armado de su venablo en la batalla, el poderoso rakshasa. Lo mismo que en el verano el incendio consume los bosques dessecados, así Kumbhakarna devoraba los regimientos simiescos. Exterminados de este modo, sus jefes abatidos, los plavamgamas, enloquecidos por el terror, lanzaban gritos espantosos. Diezmados en varias ocasiones por Kumbhakarna, los vanaras se refugiaron junto a Raghava, trastornados, el espíritu extraviado.

Viendo aquella carnicería de vanaras, Angada, nacido del hijo del dios portador del rayo, lanzóse fogoso contra Kumbhakarna, en la gran batalla. Se apoderó de una enorme cresta de roca y lanzó varias veces gritos que pusieron en fuga a los rakshasas de la escolta de Kumbhakarna. Luego asestó un golpe con la cima de la roca en la cabeza de su adversario. Alcanzado en la cabeza por la peña, el enemigo de Indra, Kumbhakarna, todo inflamado de furor, se lanzó de un salto sobre el irascible hijo de Vali. El rakshasa, lanzando gritos, sembró el espanto entre todos los vanaras; lleno de cólera, lanzó contra Angada su venablo. El valeroso toro de los vanaras, guerrero lleno de experiencia, evitó su choque mediante un ligero salto. Luego cayó de otro bote sobre su adversario y le golpeó el pecho con la palma de la mano. El furioso golpe turbó al gigante, que parecía una montaña. Vuelto en sí, el poderosísimo rakshasa cerró el puño y con él golpeó, riendo burlescamente, a Angada, que cayó sin conocimiento. El tigre

de los plavagas yacía desvanecido por el suelo. Kumbhakarna, blandiendo su venablo, corrió contra Sugriva. Viendo llegar al coloso, el valiente rey de los vanaras lanzóse a su encuentro. Arrancó la cima de una roca y se la lanzó con extremada fuerza, sin dejar de correr, sobre el poderoso rakshasa. Viendo al Indra de los plavamgamas que llegaba hacia él, Kumbhakarna, todo el cuerpo chorreando sangre de los kapis que había devorado, al verle inmóvil, Sugriva le dijo: «Yo he derribado a tus guerreros y cumplido una tarea muy difícil; en cuanto a ti, devorando a mis soldados, has adquirido una gloria inmensa. Deja a ese ejército de vanaras. ¿Por qué vas a mezclarte con la plebe? Conténtate con matarme a mí, ¡oh rakshasa!, tú, que tienes el aspecto de una montaña.»

A este lenguaje del rey de los haris, dotado de valentía y de firmeza, el tigre de los rakshasas respondió: «Tú eres el nieto de Prajapati y el hijo de Riksharajas, eres enérgico y valeroso; por ello tu actitud altiva, ¡oh vanara!» A estas palabras de Kumbhakarna, Sugriva, blandiendo la piedra, se la lanzó súbitamente, alcanzándole en pleno pecho con aquel proyectil que asemejábase a un manojo de rayos. La cima rocosa se rompió contra el enorme pecho del coloso. Los plavamgamas quedaron consternados, mientras que los batallones de rikshasas lanzaban alegres gritos. Alcanzado por la cresta rocosa, Kumbhakarna púsose colérico y rugió abriendo una boca furiosa; luego, blandiendo su venablo de reflejos de relámpago, lo lanzó sobre el príncipe de los haris y de los riskhasa para matarle. Aquella pica afilada, de asta rodeada de oro, lanzada por el brazo del rakshasa, el hijo de Anila, según caía, la cogió con ambas manos y la rompió. Aquella arma poderosa, en la que entraban mil barras de hierro, el plavamgama la quebró contra su rodilla como bromeando. Viendo el venablo hecho trizas por Hanumat, el ejército de los monos, lleno de alegría, lanzó infinitos vivas y acudió de todas partes. Por su parte, el rakshasa tornóse pálido de terror, mientras los corredores de bosques lanzaban rugidos leoninos, llenos de alegría, y felicitaban a Maruti al ver el venablo en aquel estado.

Cuando vio su lanza rota, el poderoso príncipe de los rakshasas entró en violentísimo furor. Y arrancando la cima del Malaya, próximo a Lanká, la lanzó contra Sugriva para darle con ella. Alcanzado por la cima rocosa, el Indra de los vanaras cayó sin conocimiento en el campo de batalla. Cuando le vieron yaciendo por tierra, inanimado, los yatudhanas lanzaron gritos de alegría. Cayendo entonces sobre el Indra de los va-

naras, cuya potencia era formidable hasta el exceso, Kumbhakarna le empuñó y se lo llevó, cual un viento furioso a una nube. Mientras recorría el campo de batalla arrastrando a Sugriva, que asemejábase a una gran nube, Kumbhakarna brillaba con su estatura enorme, que tenía la altura semejante a la del Merú, el de los picos de espantosa elevación. Habiéndose apoderado de Sugriva, el valeroso Indra de los rakshasas volvióse hacia Lanká en medio de las aclamaciones de los suyos y de los gritos de dolor que lanzaban los habitantes del tercer cielo, desconcertados por la captura del príncipe de los plavamgamas.

Dueño de la persona del Indra de los haris, que asemejábase a Indra: «El muerto, todo su ejército sucumbirá, incluso Raghava», así pensó el enemigo de Indra, su émulo en vigor. Cuando vio el ejército de los vanaras dispersado en todas direcciones y Sugriva arrestado por Kumbhakarna, Hanumat, el inteligente hijo de Maruta, se preguntó: «Sugriva cautivo, ¿qué tengo yo que hacer? Lo que me conviene hacer lo cumpliré, no hay duda. Voy a tomar el aspecto de un monte, con objeto de exterminar al rakshasa. Cuando haya matado en lucha al vigorosísimo Kumbhakarna, triturándole el cuerpo a puñetazos y haya librado al monarca, la alegría de los plavagas será general. Por supuesto, seguramente el Vanara recobrará el mismo su libertad, aunque estuviere en poder de los Tres-Veces-Diez, unidos a los asuras y a los serpientes. Ahora que no creo que tenga conciencia de su estado el jefe de los monos, al que de una enorme pedrada Kumbhakarna acaba de alcanzar en el combate. Cuando al cabo de un instante Sugriva recobre el conocimiento, sabrá perfectamente, en esta gran batalla, asegurar su salvación y la de los vanaras. Mientras que si libero a este héroe, no estará contento, pues su gloria quedará empañada, perdida para siempre. A causa de ello, esperaré un momento hasta que su valentía le saque del apuro; me voy a limitar, pues, a traer a sus puestos a las tropas que se han dispersado.» Tras haber reflexionado de este modo, Hanumat, nacido de Maruta, reafirmó el coraje del gran ejército de los monos.

Entretanto, Kumbhakarna entraba en Lanká llevando al gran hari todo palpitante. De los templos, de los caminos de ronda, de las casas, de las puertas de la ciudad, la gentes hizo llover sobre él una lluvia de flores raras para festejarle. Bajo las avalanchas de granos tostados y de agua de olor que le empañaba, y gracias a la frescura de la vía real, el valeroso Sugriva recobró el conocimiento poco a poco. Vuelto en sí



no sin trabajo, llevado en los brazos de su poderoso rival, viendo el aspecto de la gran calle de la ciudad, el héroe fue asaltado por múltiples pensamientos. Cogido de esta manera, ¿qué me es posible hacer? Voy a obrar de modo que agrade a los haris y al mismo tiempo les preste servicio. Atacando al punto al enemigo del rey de los Inmortales, el príncipe de los haris, con sus uñas agudas, le desgarró las orejas y con sus dientes le mordió la nariz, mientras con sus pies le abría los costados. Kumbhakarna las orejas y la nariz arrancadas, destrozado por Sugriva a dentelladas y a puñetazos, lleno de cólera, los miembros chorreando sangre, lanzó al vanara contra el suelo decidido a aplastarle. Precipitado contra el suelo con espantosa violencia, magullado por los enemigos de los suras, Sugriva rebotó en el aire con una bala y corrió a toda prisa para reunirse con Rama.

Amputado de orejas y nariz, el poderoso Kumbhakarna brillaba, pero gracias a la sangre de que estaba cubierto, lo mismo que una montaña a causa de sus torrentes. Regado con sangre, el gigantesco rakshasa, el del terrible aspecto, el segundogénito de Ragava, que vomitaba asimismo sangre, centelleaba de rabia. Semejante a un montón de negro colirio, tal que una nube crepuscular, el temible noctívago se resolvió a afrontar de nuevo la lucha. Sugriva marchado, el enemigo del rey de los suras, furioso, se lanzó otra vez al combate. «Estoy sin arma», esto pensado, el bárbaro guerrero se apoderó de un martillo formidable. Saliendo al punto de la ciudad, el valeroso rakshasa consumió en la lucha al ejército temible de los vanaras con el ardor de la destrucción final de los seres. Hambriento, ávido de carne y de sangre, Kumbhakarna se hundió en lo más espeso de los batallones de los vanaras, y en su alocamiento belicoso, devoraba indistintamente rakshasas, pisacarmharis y rikshas, cual Mrityú al final de un yuga. Se comía también a la flor de los haris Apoderándose con una sola mano, rabioso, de uno, de dos, de tres, de múltiples vanaras, así como de rakshasas, los echaba precipitadamente en su boca. Aquel gigante chorreaba médula y sangre. Magullado por las puntas del Indra de los montes hacía de los vanaras su pasto. Devorados por el rakshasa, los haris entonces se refugiaron junto a Rama, mientras él, ciego de furor, corría tras ellos para comérselos. Siete y ocho centenares, más veinte y treinta, tras haberlos enlazado con sus dos brazos, los devoró según los perseguía. Los miembros relucientes de médula, de grasa, de sangre, de guirnaldas de entrañas enmarañadas, colgando de sus orejas, el coloso de los agudos dientes

hacía llover los venablos. Hubiérase dicho Kala al final de un yuga.

En aquel momento el hijo de Sumitrá, el azote de los ejércitos enemigos, el destructor de las ciudades adversas, entró furioso en la refriega. El bravo Lakshmana hundió siete dardos en el cuerpo de Kumbhakarna y volcó sobre él un chaparrón de otros proyectiles. Los dardos que llovían sobre él, Kumbhakarna se desembarazó de ellos hasta el último, con gran despecho del valeroso hijo de Sumitrá. La brillante coraza del rakshasa, hecha de oro jambudana, deslumbradora, la cubrió de jabalinas, cual Maruta vela una nube crepuscular. Semejante a un montón de sombra de colirio, acribillado de doradas flechas, el rakshasa centelleaba como entre las nubes un sol radiante. Entonces, el terrible monstruo, con voz parecida al estruendo de un amontonamiento de nubes, dijo con desdén al que aumentaba la alegría de Sumitrá: «Yo, que he triunfado sin esfuerzo del propio Antaka, en pleno campo de batalla, tú para combatirte sin temblar, ¿das prueba de heroísmo! El que simplemente se contentase con esperar cara a cara al émulo de Mrityu armado para una gran lucha, merecería ya elogios, ¿con cuánta más razón ofreciéndole combate! Subido sobre Airavata, rodeado de todos los Inmortales, el señor Sakra mismo, jamás se atrevió a afrontarme en modo alguno en el campo de batalla. Esta valentía de joven me encanta, Sumitri; vete, tengo prisa por habérmelas con Raghava. Sí, tu valentía, tu vigor, tus belicosas proezas me placen; de tal modo, que no quiero matar sino a Rama sólo; él muerto, se acabó. Rama caído bajo mis golpes, los que quedarán en el campo de batalla, lucharé contra ellos con toda mi fuerza destructora.»

Así habló el rakshasa lleno de jactancia. Sumitri le respondió con voz terrible, pero con tono burlón: «Que hayas adquirido un valor que te haga invencible a Sakra y a los otros devas, es la verdad, ¡oh guerrero!, y es siempre la misma bravura la que muestras hoy. En cuanto a Dasarathi, Rama, aquí le tienes inmóvil como una roca.» Cuando hubo oído esto, sin hacer ya caso de Lakshmana, el merodeador nocturno, el poderoso Kumbhakarna, pasando adelante, corrió derecho a Rama; trastornaba, por decirlo así, la tierra. Al verlo, el hijo de Dasaratha, Rama, lanzó al pecho de Kumbhakarna dardos acerados, uniendo a ellos el tiro de Rudra. Herido por Rama en plena carrera loca, llamas mezcladas con carbones salieron al punto de su boca. Atravesado por el dardo de Rama, el toro de los rakshasas lanzó un grito terrible y se

precipitó sobre él, lleno de rabia, derribando a su paso a los haris. El pecho atravesado de flechas empenachadas con plumas de pavo real, su maza se le cayó de la mano y rodó, rota, por tierra. Todas sus armas yacían por el suelo. Cuando se sintió desarmado, el coloso, con sus dos puños y sus dos manos, hizo una gran carnicería. Los miembros acribillados de jabalinas, estaba rociado de sangre, que escapaba de sus heridas como una cascada que cae de una montaña. Su violenta cólera y la sangre habiéndole enloquecido, vagaba devorando vanaras, rakshasas y rikshas. Blandiendo entonces una enorme cima de roca, el formidable y poderoso gigante, el émulo de Antaka, se lanzó en dirección a Rama. Pero antes de que pudiera alcanzarle, éste la alcanzó en pleno centro con ayuda de siete dardos infalibles. El virtuoso Rama, el hermano mayor de Bharata, hendió por su medio, mediante dardos incrustados de oro, que asemejábanse a la cúspide del Merú, la roca enorme toda iluminada de esplendor, por decirlo así. Al caer derribó a doscientos vanaras.

En aquel momento, el piadoso Lakshmana dijo a Rama, tras haber reflexionado profundamente sobre los numerosos medios de matar a Kumbhakarna: «El monstruo, ¡oh príncipe!, ya no reconoce ni a vanaras ni a rakshasas. Borracho por el olor de la sangre, devora amigos y enemigos indistintamente. Que se suban sobre él animosamente, por todas partes, los toros de los vanaras, que los oficiales, así como los primeros jefes, se agarren a él por todos lados. De este modo, bajo el enorme peso que le abrumará, mientras recorra el terreno, el insensato matará a los rakshasas, y no a los otros, los plavamgamas.» A estas palabras del ingenioso príncipe, los valerosos mionos lanzáronse en masa, llenos de ánimo, sobre Kumbhakarna. Este, ciego de rabia contra los plavamgamas, subidos sobre su espalda, los sacudía con violencia, como un elefante sacude a sus guardianes. Viendo el rakshasa sacudirles de aquel modo, «Está furioso», se dijo Rama, y se lanzó contra él armado de su arco excelente. Los ojos rojos de cólera, el bravo Raghava, cual si hubiera querido consumirle con la mirada, precipitóse de un bote rápido, tranquilizando al hacerlo a todos los jefes, a los que atormentaba el vigoroso Kumbhakarna.

Agarrando su arco, semejante a una serpiente, de sólida cuerda, poderoso, incrustado de oro, Rama, para confortar a los haris, avanzó resuelto con su inmenso carcaj lleno de flechas. Rodeado de batallones de vanaras muy difíciles de romper, seguido de Lakshmana, el héroe avanzaba lleno de valentía

De este modo vio al poderoso Kumbhakarna, tocado con su diadema, domador de sus enemigos, escoltado por rakshasas. Semejante al Vindhya y al Mandara, adornado con brazaletes de oro, vomitando sangre por la boca como una gran nube que suelta un aguacero. Con la lengua lamía los rincones ensangrentados de su boca, mientras exterminaba el ejército de los vanaras, semejante a Yama cuando pone fin al tiempo. Al ver al príncipe de los rakshasas, brillante como un brasero ardiendo, el toro de los hombres tendió entonces su arco. El ruido que hizo el arma irritó al toro de los rakshasas, que, desesperado, se lanzó sobre Raghava. Entretanto, Rama, cuyos brazos asemejábanse a los anillos inmensos del rey de las serpientes, dijo a Kumbhakarna, que acudía a combatirlo, semejante a una nube empujada por la tormenta, grande como un monte, sostén de la Tierra: «Ven, príncipe de los rakshasas; no tiembles; heme aquí esperándote, con el arco en la mano. Aprende que yo soy el exterminador de la raza de los rakshasas, tú, que dentro de un instante estarás sin vida.»

«Es Rama», se dijo, reconociéndole, Kumbhakarna, que lanzó una espantosa carcajada, y acudió furioso dispersando a los haris que había a su paso en el campo de batalla. Hendió, por decirlo así, el corazón de todos los habitantes de los bosques mediante su monstruosa risa, terrible, semejante al retumbar del trueno. Kumbhakarna, el del gran esplendor, dijo a Raghava: «No creas que yo soy Viradha, Kabandha o Khara, ni tampoco Valí o Maricha. Es Kumbhakarna el que está delante de ti. Mira mi terrible, mi gran maza toda de hierro; con ella fue con lo que vencí en tiempos a devas y danavas. ¡No tiene ni orejas ni nariz!, dirás. No me desprecies por ello, pues no siento la menor aflicción por la pérdida de mis orejas y de mi nariz. Muéstrame, ¡oh tigre de los Ikshvakus, héroe sin reproche!, el vigor de tus miembros; no te comeré sino tras haber constatado tu valentía y tu fuerza.»

Cuando le oyó hablar así, Rama lanzó sobre Kumbhakarna sus flechas emplumadas, que le alcanzaron con fulminante impetuosidad. El enemigo de los suras no fue por ello ni quebrantado, ni emocionado siquiera. Los dardos que habían atravesado los salos enormes y muerto a Valí, el toro de los vanaras, hirieron ligeramente el cuerpo de diamante del rakshasa. Cual si se hubiese tratado de gotas de agua, el enemigo del gran Indra bebió aquellos dardos con su cuerpo, aniquilando con ello su ímpetu, al tiempo que describía con su maza un terrible remolino. Aquella arma cubierta de sangre, espanto de los ejércitos de los dioses, el rakshasa la blandió con temi-

ble vigor, sembrando el espanto entre los batallones simiescos. Cogiendo entonces otro dardo, el de Vayú, Rama lo lanzó contra el merodeador nocturno y le cortó el brazo que sostenía la formidable maza. Amputado el brazo, Kumbhakarna lanzó un grito terrible. Su brazo, semejante a una cresta de montaña, tronchado por el dardo de Khagava, cayó con la maza sobre el ejército del rey de los monos y le aplastó. Los vanaras escapados a la carnicería producida por aquella caída, fuera de ellos mismos, los miembros triturados, refugiáronse en los alrededores, desde donde fueron testigos del formidable duelo entre el Indra de los hombres y el príncipe de los rakshasas.

Con el brazo amputado por el dardo, Kumbhakarna asemejábase al rey de los montes, del cual una enorme espada hubiese cercenado la cima; abatiendo un árbol con la mano que le quedaba, se precipitó sobre el príncipe de los hombres. El brazo levantado en el aire, semejante al anillado cuerpo de una serpiente, Rama le cortó, al mismo tiempo que el tala que enarbolaba, con una flecha unida a un dardo de Indra y adornada con oro jambunada. El brazo cercenado de Kumbhakarna cayó al suelo, semejante a un monte, entre contracciones, aplastando árboles, montañas, rocas, vanaras y rakshasas. Al ver al rakshasa amputado de ambos brazos, que se revolcaba por el suelo lanzando gritos, Rama, armándose de dos dardos en media luna, agudos, le segó los dos pies. Las regiones intermedias, las regiones, las cavernas de la montaña el gran Océano, Lanká, el ejército de los monos y el de los rakshasas quedaron llenos del estrépito que hicieron cayendo.

Los brazos cortados, las piernas segadas, el rakshasa abrió una boca semejante al Vadavamukha (354) y de pronto se precipitó hacia Rama aullando, cual Rahú se arroja sobre Candrá en la atmósfera. Rama le llenó la boca de flechas de accorada punta, de emplumado pie adornado de oro. La boca llena, no podía hablar, dejaba oír con esfuerzo sonidos inarticulados y quedó incluso sin fuerza. Entonces, Rama escogió un dardo brillante como los rayos de Surya, semejante al cetro de Brahma, en la época de la destrucción final, funesto para los enemigos, dardo de Indra, aguzado, bien emplumado, rival de Maruta en cuanto a velocidad. Aquella flecha, con el pie admirablemente incrustado de diamantes y oro jambunada, deslumbradora como las llamas de un sol ardiente, imperiosa como una centella del trueno de Mahendra, Rama la despidió contra el merodeador nocturno. Lanzado por el brazo de Rahava, aquel proyectil, que con su propio brillo iluminaba las

diez regiones, cuyo formidable aspecto era el de un fuego sin humo, alcanzó al príncipe de los rakshasas, el émulo del rayo de Sakra en cuanto a su temible energía, cortándole la cabeza, que asemejábase a la cima de una alta montaña, con sus dientes bien redondeados y sus encantadores pendientes oscilantes, cual en otro tiempo Puramdara decapitó a Vritra.

La enorme cabeza de Kumbhakarna, con los bucles que la adornaban, tenía el brillo de la Luna cuando, al levantarse el Sol, la noche disipada, planea en medio del firmamento. Cortada por las flechas de Rama, la cabeza del rakshasa rodó, semejante a una montaña, triturando los caminos de ronda, las casas y las puertas de la ciudad, de la que abatió también la alta muralla. El cuerpo gigantesco de tan gran esplendor del rakshasa, rodó hasta el mar, donde aplastó a los enormes tiburones, los peces monstruosos y los reptiles antes de hundirse en el suelo.

Kumbhakarna, muerto en el combate, aquel tan poderoso enemigo de los brahmanes y de los dioses, la Tierra se estremeció, así como todas las montañas, y los devas lanzaron gritos de alegría. Entonces, devas, rishis, maharshis, pannagas, suras, bhutas, suparnas, gunyakas, con las tropas de yakshas y de gandharvas que se paseaban por los cielos, aplaudieron vivamente la hazaña de Rama. Entretanto, aquella muerte turbó a los prudentes parientes del rey de los nairritas, que lanzaron gritos aterradores al ver al valeroso príncipe de los raghús, cual en presencia de un león los elefantes. Cual Surya, cuando expulsa la sombra del Devaloka, al salir de las fauces de Rahú, así resplandecía en medio de los batallones simiescos Rama, tras haber derribado en la liza a Kumbhakarna. En su alegría, los numerosos vanaras, cuyo rostro asemejábase a lotos descogidos, exaltaron al príncipe Raghava, que veía sus deseos cumplidos gracias a la muerte de su temible adversario. Kumbhakarna, el azote del ejército de los suras, que en el gran combate no había sido jamás vencido, el hermano mayor de Baratha se felicitaba de haberle muerto en el campo de batalla, como el rey de los Inmortales se felicitó de la muerte del gran asura Vritra.

## SARGA LXVIII

## RAVANA LLORA A SU HERMANO KUMBHAKARNA

Cuando vieron a Kumbhakarna caer bajo los golpes de Raghava, el del gran valor, los rakshasas llevaron la noticia a su Indra Ravana: «¡Oh rey! El émulo de Kala ha muerto, tras haber derribado a los batallones vanaras y haberlos comido. Su ardor de un momento, apagado por la llama de Rama, su cuerpo caído a medias en el mar de formidable aspecto, la nariz y las orejas cortadas, chorreando sangre, su cabeza obstruyendo la puerta de Lanká, él, que parece una montaña, Kumbhakarna, tu hermano, abatido por un dardo de Kakutsha, no es sino un cadáver mutilado, desnudo, semejante a un árbol consumido por el incendio.»

Oyendo esta noticia de la muerte, en el campo de batalla, del poderoso Kumbhakarna, Ravana, abrumado de dolor, desvaneciéndose y cayó. Cuando supieron que su tío paterno había sido muerto, Devantaka y Narantaka, Trisiras y Atikaya, gimiéron, presa de dolor. Aprendiendo que su hermano había perecido bajo los golpes de Rama, el de las hazañas que no se marchitaban, Mahodara y Mahaparsva fueron dominados por la angustia. Cuando, no sin trabajo, hubo recobrado sus sentidos el toro de los rakshasas, a quien la muerte de Kumbhakarna anonadaba, se lamentó, todos sus sentidos perturbados: «¡Ay, héroe que abatías el orgullo de tus enemigos! ¡Poderoso Kumbhakarna! ¡Nos has dejado y, empujado por el Destino, has ido a la mansión de Yama! Antes de haber quitado mi espina y la de nuestros parientes, poderoso héroe que solo diezabas los batallones enemigos, me has abandonado para ir ¿adónde? A partir de este momento ya no existo, puesto que he perdido mi brazo derecho, cuyo apoyo me libraba del temor a los suras y a los asuras. ¿Cómo un héroe como él, que abatía la insolencia de los devas y de los danavas, semejante al fuego de Kala, ha sucumbido hoy en la lucha con Raghava? Tú, a quien la caída del rayo no pudo jamás derribar, ¿cómo Rama, con un dardo, ha podido echarte por tierra? Las tropas de devas de pie en el cielo con los rishis, viéndote sucumbir en la lucha, han lanzado gritos de alegría. A buen seguro que hoy mismo, aprovechando con gozo la ocasión favorable, los plavamgamas escalarán por todas partes las puertas de la hasta hoy inaccesible Lanká. Ya no tengo necesidad

de mi Imperio, y con Sitá, ¿qué hacer? Privado de Kumbhakarna, ya ni en vivir pienso. Puesto que no puedo matar en lucha al matador de mi hermano, Raghava, ¿no vale más morir que llevar una vida inútil? Hoy mismo iré allí donde está mi segundogénito. En verdad que no, lejos de mis hermanos, no podría vivir un instante. Los devas, viendo lo que ocurre, se burlarán seguramente de mí, que antes les maltrataba. ¿Cómo podré triunfar de Indra, ¡oh Kumbhakarna!, tú muerto? Se ha verificado, en lo que a mí afecta, la notable profecía de Vibhishana, el de la gran alma, que en mi ignorancia no hice caso de ella. Este fin cruel de Kumbhakarna y de Prahasta, que justifican las palabras de Vibhishana, me confunde. He aquí el resultado deplorable del acto que he cometido, desterrando al virtuoso y afortunado Vibhishana.» Tales eran las múltiples y muy amargas lamentaciones que Ravana, el de los diez cuellos, movido por la turbación de su alma, hacía oír a propósito de Kumbhakarna, su segundogénito, el enemigo de Indra; había incluso caído de dolor al saber su muerte.

## S A R G A L X I X

### MUERTE DE LOS HERMANOS Y DE LOS HIJOS DE RAVANA

Así se desolaba el perverso Ravana. Testigo de su abatimiento, Trisiras le habló de este modo: «Incluso tras la muerte del valeroso guerrero que era nuestro tío, tu segundogénito, los grandes corazones como tú, ¡oh príncipe!, no se desolan. Siendo como eres capaz de conquistar los tres mundos, Señor, ¿cómo, cual un ser vulgar, dejas que se abata un arrojado semejante? Brahma te ha dado una lanza, una coraza, un dardo, un arco, un carro tirado por los mejores asnos, ruidoso como la nube. Más de una vez has domado con tus dardos a devas y danavas. Armado de todas armas, vencerás a Raghava. No obstante, si te place, quédate aquí, gran rey; yo saldré a la liza; yo hare desaparecer a tus enemigos como Garuda a las serpientes. Lo mismo que Sambara bajo los golpes del rey de los Dioses, Naranga bajo los de Vishnú, así hoy caerá Rama abatido por mí en el campo de batalla.»

Oyendo estas palabras de Trisiras, Ravana, el jefe de los rakshasas, se sintió como revivir; Kala le empujaba. Cuando hubieron oído a Trisiras, Davantaka, Narantaka y Atikaya, hirvientes de ardor, no aspiraban sino a combatir. «¡Yo, yo!».



mugieron aquellos toros de los nairritas, los valientes hijos de Ravana, los émulos de Sakra en cuanto a bravura. Todos volaban por los aires, todos eran expertos en magia, todos habían abatido el orgullo de los Tres-Diez, todos eran guerreros invencibles. Todos estaban dotados de gran vigor, todos gozaban de un gran renombre. Jamás se había oído que alguno de ellos hubiera sido vencido en la guerra, ni siquiera por los devas, unidos a los gandharvas, a los kinnaras y a los grandes serpientes. Todos eran expertos en el oficio de las armas, todos eran bravos, hábiles combatientes; todos estaban excelentemente instruidos, todos habían recibido privilegios.

Rodeado de sus hijos, que tenían el deslumbrador aspecto del Sol, que abatían el poderío y la gloria de sus enemigos, el rey brillaba como Maghavat en medio de los inmortales, destructores de la insolencia de los grandes danavas. Abrazó a sus hijos, les cubrió de adornos y los envió al combate colmados de bendiciones. No obstante, Ravana hizo que sus hijos fuesen acompañados por sus hermanos Yuddhonmatta y Matta para que velasen sobre ellos en la refriega. Aquellos héroes de elevada estatura, saludaron al poderoso Ravana, *ravana* de los mundos, haciendo el *pradakshina*, y luego partieron. Provistos de toda clase de simples y de perfumes, alejaronse aquellos seis poderosos héroes, la flor de los nairritas, impacientes por combatir. Trisiras y Atikaya, Davantaka y Narantaka, Mahodora y Mahaparsva se fueron bajo el impulso de Kala.

Un magnífico elefante, semejante a una sombría nube tempestuosa, salido de la raza de Airavata, servía de montura a Mahodara. Armado de todas armas, provisto de carcaj, el héroe, sentado sobre su elefante, brillaba como Savitar en la cima del Asta. Trisiras, nacido de Ravana, iba en un excelente carro, tirado por los mejores caballos, y lleno de armas de todas clases. De pie en su carro, armado con su arco, resplandecía como la nube, acompañado de relámpago y de rayos, de llamas y del arco de Indra. Con sus tres diademas, Trisiras centelleaba sobre su vehículo escogido, como el Himavat, el rey de las montañas, con sus tres cimas de oro. Atikaya, belicoso en exceso, hijo, él también, del Indra de los rakshasas, y el más hábil de todos los arqueros, iba subido en un carro soberbio con hermosas ruedas, buenos ejes, un tiro excelente, su caja, su timón, rico en aljabas y en arcos, lleno de proyectiles, de espadas y de mazas. El héroe iba tocado con una tiara incrustada de oro, resplandeciente y cargado de adornos; hubiérase dicho el Merú, el de las irradiantes claridades. Bri-

llaba sobre aquel carro, el príncipe de gran vigor, rodeado de nairritas escogidos, como el dios del rayo en medio de los Inmortales. Narantaka montaba un caballo blanco, semejante a Uccaihsravas (355), con arneses de oro, rápido como el pensamiento, de gran talla. Armado de una jabalina semejante a un cuadrado de rayos. Narantaka estaba resplandeciente cual, armado con su lanza, el ilustre Guha, salido de Sikhin. Davantaka llevaba una barra de hierro dorado; se le hubiera tomado por Vishnú encarnado, apretando el monte Mandara entre sus brazos. Mahaparsva, lleno de energía y de fuerza, blandía una maza, al ejemplo de Kubera, armado él también en los combates con su maza.

Aquellos valientes salieron de Lanká, cual los dioses de Amaravatí. En su seguimiento, sobre elefantes, caballos y carros estrepitosos como nubes tempestuosas, marchaban los poderosos rakshasas provistos de excelentes armas. Los magnánimos jóvenes resplandecían, radiantes como el Sol. Ceñidos de diademas, deslumbradoras de esplendor, semejantes a constelaciones que llamean en el cielo. La fila brillante a causa de las túnicas de que iban cubiertos, semejante a una nube otoñal, resplandecía como una bandada de garzas reales en el aire. Decididos a morir o a vencer a sus enemigos, todos llenos de esta resolución valerosa, avanzaban, impacientes por combatir, profiriendo bravatas, gritos y amenazas. Armados con dardos, aquellos héroes invencibles se alejaron. Sus clamores, al entrechocar de sus manos, hacfa, por decirlo así, temblar a la Tierra.

Mientras que los rugidos de sus soldados parecían desgarrar el cielo, llenos de alegría, aquellos poderosos príncipes de los rakshasas apresuraron el paso. Pronto advirtieron al ejército de los vanaras que blandía rocas y árboles. Por su parte, los haris, los del gran corazón, reconocieron al ejército rakshasa, con su multitud de elefantes, de caballos y de carros, que marchaba al ruido de centenares de gongos, semejante a una nube tempestuosa, provisto de armas enormes, rodeado por todas partes de nairritas resplandecientes como hachones de fuego, como soles. La vista de aquella tropa que se acercaba colmó los deseos de lo plavangamas.

Armados de rocas inmensas, los vanaras multiplicaban sus hurras, llevados de su impaciencia por combatir; los rakshasas respondieron mediante sus clamores. Cuando oyeron las vociferaciones que lanzaban juntos los vanaras y sus jefes, los batallones rakshasianos, molestados por aquellos alegres hurras del enemigo, llenos de valentía, gritaron aún más formi-

dablemente. Y al alcanzar a la terrible tropa de los rakshasas, los haris, con sus oficiales, lanzáronse sobre ellos blandiendo rocas, semejantes ellos mismos a montes terminados en puntas. Combatiendo unos en los aires y otros en tierra, los plavamgamas, armados de árboles y de rocas, arrojáronse furiosos sobre las tropas de los rakshasas; alguno de aquellos toros de los vanaras combatían con árboles de espeso ramaje. La lucha entre rakshasas y vanaras tornóse encarnizada. Los haris, de temible bravura, hicieron llover un chaparrón sin igual de piedras, árboles y rocas sobre sus enemigos, los que, a su vez, les inundaron a ellos con una granizada de proyectiles.

Rakshasas y vanaras lanzaban rugidos como leones en el campo de batalla. Los plavamgamas aplastaban a los yatudhanas a pedradas, Golpeaban con rabia en la contienda a los guerreros cubiertos con corazas y adornos que montaban los carros, los elefantes y también caballos. Los plavamgamas alcanzaban con golpes redoblados a los yatudhanas con crestas de roca, que levantaban con el cuerpo tendido o con sus puños, haciendo que los ojos se les saliesen de la cabeza. Los toros de los rakshasas se bambolean, caían, lanzaban gritos, mientras que por su parte acibillaban con agudas flechas a aquellos elefantes de kapis. Venablos, mazos, sables, jabalines, lanzas, se pegaban con ellas, se abatían unos a otros, llevados por su mutuo deseo de vencer.

Vanaras y rakshasas tenían los miembros relucientes de sangre enemiga. Entonces rocas y cuchillos, lanzados por los haris y los rakshasas, en un instante cubrieron el suelo todo ensangrentado. Rakshasas parecidos a montañas, dispersados, triturados, enloquecidos por el combate, la tierra estaba llena. Golpes dados y recibidos, los vanaras, sus rocas deshechas, empuñaron con ayuda de miembros amputados un nuevo y monstruoso combate. Los nairritas golpeaban a los vanaras con cadáveres de vanaras, mientras que los vanaras daban también a los rakshasas golpes con rakshasas muertos. Los rakshasas, arrancando las rocas de manos de sus enemigos, las rompían sobre sus cabezas; por su parte, los vanaras, rompiendo los dardos de los rakshasas, servíanse de sus restos para exterminarles. Se aporreaban, se aplastaban recíprocamente con cimas de montañas. Rakshasas y vanaras lanzaban en la refriega rugidos de león. La armadura, la coraza atravesada, los rakshasas, alcanzados por los vanaras, perdían su sangre como los árboles su savia. Había vanaras que en la lucha trituraban los carros con los carros mismos, los ele-

fantes con los elefantes, los caballos con los caballos. Los rakshasas se servían de proyectiles en forma de navajas de afeitar y de media luna, de bhallas, de dardos agudos, para quebrar los árboles y las rocas de los vanaras escogidos. Cubierto de kapis y de rakshasas aplastados, triturados bajo las rocas y los árboles en la refriega, el terreno había llegado a ser impracticable. Los vanaras, llenos de audacia y de ardor, entablaron la lucha desterrando todo temor; combatieron a los rakshasas con diversas clases de armas y corazón alegre. En presencia de aquella espantosa contienda, de la alegría de los Caras-Arrugadas y de la matanza de los rakshasas, los grandes rishis y las tropas de los dioses lanzaron hurras.

Entretanto, Narantaka, montado sobre su corcel, rápido como el viento, y armado con una lanza perfectamente afilada, entrábase más y más en los batallones vanaras, como un pez en el mar. El héroe atravesó a setecientos vanaras con su ardiente jabalina, solo, en un instante, aquel enemigo de Indra, de gran valor, volteó a la flor del ejército de los haris. El valeroso guerrero, sentado sobre el lomo de su caballo, corría por entre las filas de monos, bajo las miradas de los vidyadharas y de los maharshis. Se abrió un sendero empapado en carnes ensangrentadas a guisa de barro, y lleno de cadáveres de vanaras, altos como montañas. Tantas veces como los toros de los plavamgas se proponían obstruirle el camino, tantas veces como Narantaka hundía sus filas y las diezmaba. Consumía los batallones de los haris como un incendio los bosques. Cada vez que los habitantes de los bosques arrancaban árboles y rocas para golpearle con ellas, otras tantas veces, alcanzados por su jabalina, caían como montañas sobre las cuales se abate el rayo. Blandiendo su arma llameante, en el frente de banderas, Narantaka, el valiente Narantaka, recorría todos los puntos del espacio, derribando todo a su paso, como el viento en la estación de las lluvias. Los bravos monos no podían ni ponerse de acuerdo, ni detenerse, ni removerse de modo alguno; quedasen donde estaban o echasen hacia adelante, caían atravesados por el héroe. Aquella jabalina única, semejante a Antaka, resplandeciente como Aditia, bastaba para romper los batallones de los haris y tumbarles sobre el terreno. El choque de aquel arpón semejaba a la caída del trueno; los vanaras, incapaces de soportarlo, lanzaban grandes gritos. Los valerosos haris, cayendo, asemejábanse a rocas alcanzadas por el rayo, derrumbándose.

## SARGA LXX

## SIGUE LA BATALLA

Entre tanto, los poderosos jefes vanaras, a los que precedentemente Kumbhakarna había puesto en fuga, habiéndose repuesto, habíanse ordenado en torno a Sugriva. Paseando sus miradas, Sugriva advirtió al ejército de los haris aterrizado, huyendo ante Narantaka y dispersado a un lado y a otro. Testigo de aquella derrota, vio a Narantaka que, lanza en mano, avanzaba a lomos de su corcel. Al contemplar esto, el ilustre Sugriva, el rey de los vanaras, dijo al joven príncipe Angada, héroe cuya valentía igualaba a la de Sakra: «Anda contra ese valeroo rakshasa que va montado a caballo. Devora al ejército que le he opuesto; arráncale pronto los soplos vitales.» A esta orden de su soberano, Angada, lleno de valor, se destacó de la tropa, como el Sol de una nube. Semejante a un amontonamiento de rocas, el primero de los haris, Angada, centelleaba con los anillos que llevaba, como un monte con sus filones metalíferos. Llevado de su gran energía, sin otras armas que sus uñas y sus dientes, el hijo de Vali se lanzó al encuentro de Narantaka y le dijo: «¡Detente! ¿Por qué atacar a esos vulgares haris? Con tu jabalina de contacto semejante al del rayo, golpéame en el pecho, aquí le tienes.» Las palabras de Angada, hijo de Vali, irritaron a Narantaka, que, mordiéndose los labios y silbando como un reptil, lanzóse sobre él lleno de cólera. Blandió su lanza que dejaba escapar llamas y golpeó con ella a Angada. El arma se rompió contra el pecho de diamante del hijo de Vali, y cayó al suelo. Viendo aquella lanza rota y semejante a una serpiente de la que Suparna hubiese roto los poderosos anillos, el hijo de Vali levantó la mano que dejó caer sobre la cabeza del caballo de su adversario. Las patas hundidas, las pupilas saliéndose de sus órbitas, la lengua colgando, el caballo, alto como una montaña, cayó a tierra, la cabeza aplastada por aquel manotazo. Narantaka se llenó de cólera al ver a su caballo extendido y muerto. Levantando su vigoroso puño, pegó en la frente al hijo de Vali. Angada, la frente triturada por el golpe, vertió oías de ardiente sangre. Varias veces lanzó llamas. Incluso perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí, permaneció turbado un instante. Luego, levantando su puño, cuya fuerza igualaba a la de Mrityú, semejante a una cresta de roca, An-

gada, el poderoso hijo de Vali, le abatió sobre el pecho de Narantaka. El pecho hundido, roto por el choque, vomitando llamas, los miembros regados de sangre, Narantaka cayó al suelo: cual un monte partido por la caída del rayo. En lo alto de los aires, los jefes de los Treinta, y abajo, en la Tierra, los monos, lanzaron un gran hurra cuando cayó aquel poderoso Narantaka en su duelo con el hijo de Vali. Angada, mediante aquella hazaña particularmente difícil, alegró el corazón de Rama, que quedó todo sorprendido de ella. En cuanto a aquel héroe de terrible karmán, preparóse alegre para nuevos combates.

El contemplar a Narantaka muerto hizo lanzar gritos a los toros de los nairritas, Devantaka, Trimurdhan y Mahodara, hijos de Pulastya. Montado en un Indra de los elefantes, semejante a una nube, Mahodara se lanzó impetuoso sobre el hijo de Vali, el de la gran energía. Afligido por la desgracia ocurrida a su hermano, el valeroso Devantaka, armándose con una maza formidable, corrió también contra Angada. De pie sobre un carro brillante como el Sol, tirado por los mejores caballos, el vigoroso Trisiras avanzó, a su vez, contra el hijo de Vali. Asaltado por aquellos tres Indras de los rakshasas que habían abatido el orgullo de los devas, Angada desarraigó un árbol provisto de grandes ramas. El valeroso Angada lanzó al punto contra Devantaka aquel inmenso árbol de enorme ramaje, como Sakra lanza su rayo ardiente. Pero Trisiras le hendió con sus dardos semejantes a venenosos reptiles. Cuando vio su árbol roto, Angada botó. El elefante de los kapis hizo entonces llover un chaparrón de árboles y rocas. Trisiras, furioso, los rompió con sus dardos agudos. Mahodara, con el extremo de su maza aplastada los árboles, mientras Trisiras perseguía al valeroso Angada con sus proyectiles. Mahodara lanzó su elefante sobre el hijo de Vali y le atravesó el pecho, lleno de cólera, con tomaras semejantes al rayo. Devantaka, irritado, acercándose a Angada, le golpeó con su maza, para al punto alejarse a toda prisa.

El ataque simultáneo de los tres nairritas escogidos no conmovió al ilustre y valeroso héroe. El ágil e invencible guerrero se arrojó con gran impetuosidad sobre el elefante colosal de Mahodara y le abatió de un manotazo. Los ojos del elefante salieron de sus órbitas y murió. Entonces el poderoso hijo de Vali le arrancó un colmillo, y lanzándose contra Devantaka le magulló en la refriega. El héroe se bamboleó como un árbol sacudido por el viento. Vomitó en abundancia sangre que tenía el color de la goma laca. Luego, respirando

diffícilmente, el enérgico y vigoroso Davantaka blandió su maza y asestó un golpe violento a Angada. Al choque, el hijo del Indra de los vanaras cayó de rodillas; pero se levantó. Cuando lo hacía, Trisiras, con tres dardos infalibles, temibles, alcanzó al hijo del rey de los monos en la frente. Entre tanto, al ver a Angada asaltado por los tres toros de los nairritas, Hanumat y Nila acudieron en su ayuda. Nila dio a Trisiras con la cresta de una roca. El hábil hijo de Ravana la rompió con dardos acerados. Alcanzada por cien dardos, la superficie estalló en pedazos, y la cima rocosa, de la que salieron chispas y llamas, cayó. Testigo de su pasmo y lleno de alegría, el valeroso Davantaka se lanzó, con su maza, en la lucha sobre el hijo de Maruta. Cuando lo hacía, Hanumat, el elefante de los kapis, botó a su encuentro, y le dio en plena cabeza un puñetazo fulminante. El heroico hijo de Vayú, el fuerte y gran kapi, le alcanzó en medio del cráneo, mientras sus clamores hacían temblar a los rakshasas. El cráneo abierto, roto por aquel puñetazo, los dientes fuera de la boca y los ojos de sus órbitas, la lengua colgante, Davantaka, el hijo del rey de los rakshasas, cayó al punto sin vida por tierra.

Furioso por la muerte del primero de los guerreros de los rakshasas, del poderoso enemigo de los devas, Trisiras hizo llover sobre el pecho de Nila un terrible chaparrón de agudos dardos. Mientras Mahodara, furioso, montaba sobre un segundo elefante semejante a una montaña: cual el Sol escalando el Mandara. E hizo caer una nube de flechas sobre Nila: cual la nube que vuelca entre estampidos, sobre un monte, un aguacero acompañado de un círculo fulgurante. Bajo aquella avalancha de dardos con que le inundaba el valeroso rakshasa, el jefe del ejército hari, los miembros rotos, tornóse todo tembloroso y cogido de impotencia. Pero recobrando conciencia de sí mismo, Nila arrancó una roca llena de árboles bien provistos de ramas, y, cayendo mediante un formidable impulso sobre Mahodara, le dio con ella en la cabeza. Aplastado por el choque, Mahodara, a quien aquel gran elefante de los kapis venía de aporrear de aquel modo, cayó por tierra privado de vida, como una roca alcanzada por el rayo.

Al ver muerto a su tío paterno, Trisiras empuñó su arco y atravesó, lleno de rabia, a Hanumat con dardos acerados. El hijo de Vayú, irritado, lanzó sobre él una cresta rocosa que el valeroso Trisiras hizo añicos con sus dardos. Al ver inutilizado aquel proyectil, el kapi hizo llover un chaparrón de árboles en la refriega sobre el hijo de Ravana. Al ver en los aires la lluvia de árboles que caía sobre él, el ardoroso

Trisiras con sus flechas afiladas los rompió lanzando gritos de triunfo. Entonces, Hanumat cayó sobre el caballo de Trisiras y le despedazó furiosamente con las uñas: cual el rey de las fieras destrozando a un Indra de los elefantes. Por su parte, armándose de una jabalina, como Antaka de kalaratri, el hijo de Ravana se lanzó contra el hijo de Anila. Lo mismo que del cielo cae un meteoro, así aquella jabalina caía sin encontrar obstáculos, cuando el tigre de los haris la cogió y la rompió lanzando gritos. Al ver el arma de temible aspecto destruida por Hanumat, las tropas de los haris lanzaron gozosos clamores: hubiérase dicho nubes de tormenta. Entonoces, sacando su espada, Trisiras, el mejor de los rakshasas, atravesó con ella el pecho del Indra de los vanaras. Herido por aquel espadazo, el vigoroso Hanumat, nacido de Maruta, dio a Trisiras un manotazo en el estómago. Alcanzado por la palma de la mano de Hanumat, el ilustre Trisiras dejó escapar su guantelete y cayó por tierra privado de sentido. Según caía, el gran kapi, que parecía una montaña, le rompió el sable, lanzando un grito, con el que quedaron aterrados todos los rakshasas. No pudiendo soportar aquel estruendo formidable, el merodeador nocturno se levantó, y una vez de pie golpeó a Hanumat con el puño. Aquel puñetazo exasperó al gran kapi, que, lleno de cólera, agarró por la diadema al toro de los rakshasas. Sus cabezas ceñidas con diademas y adornadas con pendientes, Hanumat las cortó de un furioso tajo de su afilado machete, como Sakra abatió las de Tvastar. Las cabezas de grandes ojos del enemigo de Indra, semejantes a rocas, de mirada de brasas encendidas, rodaron por tierra como astros desprendidos del sendero de este dios. El enemigo de los devas, Trisiras, muerto por Hanumat, el émulo de Sakra en cuanto a valentía, los **plavangas** lanzaron hurras, mientras la Tierra temblaba y los rakshasas se dispersaban en todas direcciones.

Al ver el cadáver de Trisiras y el de Yuddhonmatta, y los de los invencibles Devantaka y Narantaka, la cólera de Matta, el toro de los rakshasas, llegó a su colmo. Empuñando entonces una llameante maza toda de hierro, rodeada de láminas de oro, manchada de carne, de huesos y de espuma, reluciente, enorme, llena de sangre de los enemigos, de fulgurante punta, festoneada de guirnaldas rojas, el espanto de Airavata, de Mahapadma y de Sarvabhauma, provisto de este arma y lleno de furor, Matta, toro de los rakshasas, dispersó a los haris; centelleaba como el fuego que pone fin a los yugas. Pero el vanara Rishabba, lanzándose por delante del segundogénito



de Ravana, Mattanika, detúvose valerosamente frente a él. Al ver de pie delante de él al vanara, alto como una montaña, Mahaparsva le golpeó furiosamente el pecho con su maza semejante al rayo. Al choque de aquel arma, el toro de los vanaras, el pecho hendido, se tambaleó, echando olas de sangre. Pero habiendo vuelto en sí al cabo de no poco tiempo, el príncipe de los vanaras, los labios temblorosos de rabia, lanzó una mirada de fiera sobre Mahaparsva. Y lanzándose de un bote sobre el rakshasa, el impetuoso jefe de los valerosos monos, que tenía la estatura de un monte, levantó el puño y le dio un golpe violentísimo en pleno pecho.

Cual un árbol del que se ha cortado la raíz, el rakshasa cayó súbitamente a tierra, los miembros chorreando sangre. Rishabha le arrancó entonces violentamente su terrible maza, que se asemejaba al cetro de Yama y lanzó gritos de triunfo. Tras un instante de permanecer como muerto, el enemigo de los suras volvió en sí rápidamente y, con la tez del color de una nube crepuscular, se arrojó sobre el hijo del rey de las aguas y le golpeó. Aturdido por el choque, cayó por el suelo, mas para levantarse prontamente, tras haber recobrado los sentidos. Y blandiendo la maza de su rival, que era gorda como la más gorda de las rocas, le asestó con ella un golpe. El arma terrible se abatió sobre el formidable enemigo de los dioses, de los sacrificios y de los sacerdotes. Del abierto pecho corrió la sangre a torrentes, como el agua ferruginosa que extiende el rey de los montes.

Rishabha se lanzó rápido, siempre armado de la temible maza de su poderoso adversario. Tras haberle golpeado varias veces, el héroe abatió a Mattanika en el frente de banderas. Triturado por su propia maza, los dientes y los ojos aplastados, Manta cayó como una roca fulminada, sobre el suelo, con los ojos arrancados, sin fuerza y sin vida. Al verle caer, todos los guerreros rakshasas se dispersaron. El hermano de Ravana, muerto, el ejército de los nairritas, inmenso como el Océano, tirando sus armas y no tratando sino de salvar la vida, se dispersó por todas partes, cual un mar que rompe sus diques.

## SARGA LXXI

### HAZAÑAS Y MUERTE DE AITIKAYA

Testigo de la derrota de aquel ejército formidable, que hacía erizar los cabellos, y de la muerte de sus hermanos, émulos de Sakra en cuanto a valentía, sus dos tíos paternos,

cuando los vio caídos de aquel modo en la refriega, Yuddhinmatta y Matta, aquellos dos hermanos de Ravana, la flor de los rakshasas, entró en furor, el ilustre privilegiado de Brahma, Atikaya, semejante a una roca, que abatía el orgullo de los devas y de los danavas. Subido en un carro brillante como un millar de soles juntos, el enemigo de Sakra cayó sobre los vanaras. Tendiendo entonces su arco, el rakshasa, tocado con una tiara, adornado con brillantes sortijas, proclamó su nombre y lanzó un grito formidable. Aquel ruido leonino, la proclamación de aquel nombre, el ruido de la cuerda del arco, aterraron a los vanaras. Viendo el aspecto de aquel guerrero colosal: «Es Kumbhakarna, que se ha levantado», pensaron los vanaras, y llenos de espanto trataban de refugiarse los unos junto a los otros. A aquella aparición, semejante a la de Vishnú, cuando sus tres pasos, sobrecogidos de espanto, los guerreros haris dispersáronse en todos sentidos. En presencia de Atikaya, los monos, el espíritu turbado, buscaron un refugio junto al caritativo hermano mayor de Lakshmana en la lucha. En aquel momento Kakutstha vio al rakshasa de pie en su carro, semejante a un monte, armado con su arco, que rugía desde lejos como una nube de Kala.

Contemplando al coloso, que le maravilló mucho, Raghava, sin dejar por ello de tranquilizar a los vanaras, interrogó a Vibhishana: «¿Quién es ese arquero, alto como una montaña, con los ojos amarillos, de pie en aquel carro inmenso, del que tiran mil caballos? En medio de las agudas picas, de las jabalinas y de los dardos fulgurantes, brilla lo mismo que Mahesvara entre los bhutas. Rodeado de lanzas relucientes como las lenguas de fuego de Kala, que llenan su carro, irradia cual una nube en medio de relámpagos. Sus arcos tendidos, de lomo de oro, iluminan por todos lados su maravilloso carro, cual el arco de Sakra ilumina el cielo. Ese tigre de los rakshasas que proyecta sobre el campo de batalla tan viva claridad, avanza, él, el príncipe de los guerreros, sobre un carro de reflejos solares. Colocado en la cima de su estandarte, Rahú le presta su esplendor; sus flechas, semejantes a rayos del Sol, iluminan las diez regiones. Su arco, de triple encurvadura, retumba como una nube, el lomo de oro, trabado, resplandece como el de Satakratu. Con su estandarte, su banderín, su caja del carro, los cuatro escuderos que le escoltan, su gran carro rueda estrepitoso como la nube. Veinte y dieciocho carcajs están dispuestos en su vehículos, más los formidables arcos, provistos de cuerdas de color amarillo dorado. Dos espadas, atadas como dos lámparas a sus costados

dos, que iluminan, tienen puños de cuatro palmos, y seguramente de largas tienen diez. Con su collar rojo, ese héroe que tiene la estatura de una alta montaña, la tez negra, la boca enorme de Kala, aseméjase a un sol en una nube. Con sus dos brazos cargados de anillos de oro, centellea como con sus dos elevadas cimas el Himavat, el más alto de los montes. Dos pendientes iluminan su rostro aterrador en extremo, cual el astro de la noche, en su plenitud, cuando pasa entre los Punarvasus. Dime, guerrero de los grandes brazos: ¿quién es ese jefe de los rakshasas a cuyo simple aspecto los vanaras cogidos de terror, han huido hacia todos lados?»

A esta pregunta del príncipe Rama, el de la inmensa energía, descendiente de Raghú, el muy ilustre Vibhishana respondió: «Dasagriva, el del gran esplendor, el segundogénito de Vaisravana, el del terrible karmán, el poderoso Ravana, señor de los rakshasas, éste es el valeroso hijo de tal rey, al que iguala en vigor. Lleno de atenciones hacia la vejez, afamado a causa de su fuerza, de todos cuantos conocen el oficio de las armas, es el más hábil. Trátese de combatir a caballo o a lomos de elefante, con espada o con el arco; trátese de matar, de división, de conciliación, de liberalidad, de política, de estrategia, en todo goza de gran consideración. Apoyada en su brazo, Lanká vive sin temor. Tiene por madre a Dhanyamalini; es Atikaya como se le llama. Agradó a Brahma a causa de su ascetismo y la pureza de su alma. Puesto en posesión de armas magníficas, domó a sus enemigos. La invulnerabilidad respecto a los suras y a los asuras le ha sido dada por Svayambhú, así como esa coraza divina y ese carro de reflejos solares. Cien veces ha triunfado de devas y danavas, salvado a los rakshasas y exterminado a los yakshas. El trueno de Indra, ese sabio héroe le detiene con sus dardos, y la red del rey de las aguas la rompió en la lucha. Este Atikaya, poderoso toro de los rakshasas, ese hijo inteligente de Ravana, que rebaja el orgullo de los devas y de los danavas, dirige cuanto antes tus esfuerzos contra él, ¡oh toro de los hombres!, antes de que haya exterminado con sus dardos los batallones de vanaras.»

En aquel momento el vigoroso Atikaya arrojándose sobre el ejército de los haris, tendió su arco, y lanzó gritos y más gritos. Cuando vieron al espantoso coloso de pie en su carro, él, el mejor de los guerreros que combatían en carros, los magnánimos y principales jefes de los vanaras corrieron a su encuentro. Kumuda, Dvidida, Mainda, Nila y Sarabha también, agrupándose, corrieron a su encuentro con árboles y crestas

rocosas. Árboles y rocas, con sus dorados dardos, el poderoso rakshasa, príncipe de los guerreros, los rompió. A todos aquellos haris que le hacían frente los hirió con sus flechas de oro el sabio héroe de la aterradora estatura. Abrumados bajo aquella granizada de proyectiles, los miembros dislocados, vencidos, no pudieron sostener los furiosos asaltos de Atikaya. Aquel ejército de haris valerosos, el héroe sembró el espanto en él como entre una banda de gacelas un león lleno de rabia y orgulloso de su juventud. Aquel Indra de los rakshasas, en medio de los batallones de haris, evitaba herir a todo aquel que estaba indefenso. En cambio, se lanzó sobre Rama con su arco y su carcaj dirigiéndole este altivo lenguaje: «Heme aquí de pie en mi carro, mis flechas y mi arco en las manos. El guerrero vulgar yo no me mido con él. Pero el que lo pueda y lo quiera, que me ofrezca aquí, en este mismo instante, combate.»

Estas palabras que oyó indignaron a Sumitri, el matador de sus enemigos, y lleno de cólera avanzó, arco en mano, sonriendo desdenosamente. Irritado, Sumitri partió; cogió una flecha en su carcaj, y, colocándose frente a Atikaya, tendió su gran arco. La Tierra entera, la atmósfera, el mar y las regiones resonaron con el ruido formidable que hizo la cuerda, y el espanto se apoderó de los merodeadores nocturnos. Cuando oyó el ruido aterrador del arco de Sumitri, el poderoso y valiente hijo del Indra quedó estupefacto. Luego, furioso al ver a Lakshmana que avanzaba, cogió un dardo agudo y le habló de este modo: «Tú no eres sino un niño, Sumitri; tú no tienes experiencia en las cosas de guerra. Vete. ¿Por qué quieres medirme conmigo, que soy el émulo de Kala? En verdad no; los dardos lanzados por mi brazo, el Himavat mismo no podría soportar su impetuosidad, como tampoco el aire o la Tierra. El fuego de Kala, que duerme, por fortuna tuya, ¿deseas despertarle! Arroja tu arco y vete; no sacrifiques tu vida viniendo contra mí. O bien, si te obstinas en no querer volverte, detente, renuncia a la existencia y desciende a la mansión de Yama. He aquí mis afilados dardos; ellos abaten la jactancia de mis adversarios; aseméjense al arma de Isvara, con el oro afinado que los adorna. Aquí tienes una flecha semejante a una serpiente que va a beber tu sangre como el rey de los ríos, cuando se encoleriza, bebe la sangre del príncipe de los elefantes.» Esto diciendo, adaptó furioso el dardo en su arco.

El discurso lleno de odio y de amenazas de Atikava indignó a Lakshmana, esencialmente valeroso y sabio. Respondió

con noble orgullo: «No es con palabras como se mide la superioridad; no es la jactancia lo propio de los hombres de corazón. Heme aquí ante ti armado con mi arco y una flecha en la mano; haz ver tu valentía, miserable. Es obrando como debes revelarte, no mostrándote fanfarrón. El que se conduce valientemente: he aquí un bravo, suele decirse. Provisto estás de toda clase de armas; tienes un arco, estás en un carro; con tus dardos ordinarios e incluso con tus dardos mágicos, muestra tu bravura. Tu cabeza, yo voy a abatirla con mis flechas aceradas, como el viento desprende de su pedúnculo el fruto maduro de la palmera. Muy pronto mis dardos adornados de oro van a beber tu sangre, que sus puntas harán correr desgarrando tus miembros. «Es un niños», dices; que este pensamiento no te inspire desdén. Joven o viejo, sabe que es Mrityú quien va a combatirte. Niño era Vishnú cuando franqueó los tres mundos con tres pasos.»

Este lenguaje de Lakshmana, lleno de razón y de sentido, exasperó a Atikaya, que cogió un dardo excelente. Vidyadharas, bhutas, devas, daityas, maharshis, guhyakas, los de la gran alma, contemplaban el duelo. Atikaya, irritado, adaptó a su arco y lanzó contra Lakshmana una flecha que devoraba, por decirlo así, el espacio. Aquel dardo agudo y semejante a un venenoso reptil, con otro en forma de media luna, Lakshmana le cortó en pleno vuelo, él, matador de los guerreros enemigos. Cuando vio su proyectil roto, y cual una serpiente a la que se quiebra los anillos, Atikaya, en el paroxismo del furor, cogió cinco flechas a la vez. El merodeador nocturno las lanzó a un tiempo contra Lakshmana. Antes de que le hubiesen alcanzado, el hermano segundogénito de Bharata las rompió mediante dardos aguzados. Tras haber cortado aquellos proyectiles con sus afilados dardos, Lakshmana, el exterminador de sus enemigos, escogió una acerada flecha, cuyo brillo arrojaba como llamas. Púsola en su arco excelente, la adaptó bien a él, y tendiendo éste con vigor lanzó el dardo. Lanzada con toda su fuerza, aquella flecha de nudos suavizados, el poderoso guerrero alcanzó con ella la frente del príncipe de los rakshasas. Aquel dardo, hundido en la frente del terrible rakshasa, tenía el aspecto, con la sangre que le cubría, del Indra de las serpientes refugiado en una roca. El rakshasa se bamboleó al golpe del proyectil de Lakshmana: cual herido por un dardo de Rudra, la formidable puerta de Tripura. El coloso respiró estrepitosamente y se puso a reflexionar. «Seguramente—se dijo—este dardo lanzado me prueba que eres un glorioso adversario digno de mí.» Hecha esta reflexión,

abrió la boca, estiró sus grandes brazos y, apoyado en el asiento, lanzó su carro hacia adelante.

Uno, tres, cinco, siete, tales fueron los dardos que el toro de los rakshasas escogió; que adaptó a su arco, que tendió y que hizo partir. Aquellas flechas, semejantes a Kala, de pie de oro, brillantes como el Sol, cuando el Indra de los rakshasas las lanzó, abrasaron en cierto modo la atmósfera. No obstante, aquellos dardos múltiples, lanzados por el rakshasa, el hermano segundogénito de Raghava, sin conmoverse, los rompió con ayuda de numerosos dardos afilados. Cuando vio sus flechas rotas, el hijo de Ravana, el enemigo del rey de los Treinta, irritado, cogió un proyectil penetrante. Adaptó aquel dardo y lo lanzó con gran fuerza contra Sumitri, que avanzaba hasta él, y le alcanzó en pleno pecho.

Herido por Atikaya en el pecho, Sumitri extendió hirviente sangre, cual un elefante en celo exuda mada. Dada su cualidad de vibhú (356), curóse al punto e' mismo; luego escogió un dardo agudo, al cual unió un tiro mágico. Cuando le unió al tiro de Añi, su flecha lanzó llamas, así como su arco. Atikaya, dotado de extremado vigor, cogió un dardo de Rudra y le adaptó una flecha, semejante a una serpiente, provista de un pie de oro. Su proyectil llameante, su poderosa arma, Lakshmana la lanzó contra Atikaya, cuai Antaka lanzando el bastón de Kala. Al ver aquella flecha unida a un dardo de Añi, el merodeador nocturno lanzó el dardo de Rudra, al cual asoció el de Surya. Los dos proyectiles chocaron en el espacio; su punta inflamada les daba el aspecto de dos furiosos reptiles. Uno a otro se consumieron, cayendo luego al suelo. Su llama apagada, reducidos a cenizas, no brillaban ya los dos proyectiles maravillosos; abrasados ambos, allí estaban, sin brillo, por tierra.

Entonces, Atikaya, furioso, lanzó una flecha de caña adaptada a un dardo de Tvashtar; el poderoso Sumitri la hendió con un dardo de Indra. Viendo su bambú roto, el príncipe nacido de Ravana, lleno de rabia, juntó a una jabalina un dardo de Yama. Este arma, el merodeador nocturno la lanzó contra Lakshmana, quien, con un dardo de Vayú, la destrozó. Luego, cual una nube que vierte un aguacero, Lakshmana, lleno de cólera, inundó de proyectiles al hijo de Ravana. Aquellos dardos, encontrando la coraza adornada de diamantes de Atikaya, rompieron contra ella su punta, y cayeron rápidamente a tierra. Al ver su inutilidad, Lakshmana, destructor de sus enemigos, lleno de vigor, cubrió a su adversario con un millar de flechas. Regado por aquella avalancha de flechas, Atikaya,

el poderoso rakshasa, cuya coraza no podía ser rota, no se movió. El héroe no pudo herir al rakshasa. Entonces Vayú se acercó a él y le dijo: «En virtud de un privilegio de Brahma, ese guerrero está revestido de una coraza impenetrable. Pero alcánzale con un dardo de Brahma. De otro modo no podrá ser alcanzado, pues su armadura es inaccesible a todos los demás proyectiles.»

Oyendo estas palabras de Vayú, Sumitri, el émulo de Indra en cuanto a valentía, cogió al punto un dardo formidable en cuanto a impetuosidad, y le adaptó un tiro de Brahma. Cuando unió aquel excelente tiro a la mejor de las flechas, la de acerada punta, las regiones, la Luna, el Sol, las grandes constelaciones, tuvieron miedo, y el cielo y la Tierra temblaron. Tras haber unido al tiro de Brahma, en su arco, aquella flecha con su tallo, semejante a un mensajero de Yama, y émulo del rayo, Sumitri la lanzó sobre el hijo del enemigo de Indra. Aquel dardo, lanzado por Lakshmana con brazo vigoroso, rápido como la tempestad, de pie maravillosamente incrustado de oro y de diamantes, Atikaya le vio llegar contra él. Apenas le vio, hirióle con proyectiles cortantes y múltiples. Pero la flecha, rápida como Suparna, se dirigió, no obstante, con extremada violencia hacia él. En presencia de aquel dardo que le llegaba semejante a Kala cuando el abrasamiento final, Atikaya le golpeó con lanzas, espadas, mazas, hachas, picas y dardos, con fuerza que no se fatigaba. Pero todas las armas de maravilloso aspecto fueron pulverizadas por el dardo inflamado, que alcanzó a Atikaya, haciéndole caer la cabeza con tiara (*sahasá*) y todo.

Separada por la flecha de Lakshmana, cayó al punto por tierra con su tocado: hubiérase dicho una cima del Himavat. Cuando le vieron cadáver, yaciendo por el suelo, vestidos y adornos en desorden, fue un estupor general entre los merodeadores nocturnos escapados a la matanza. Los rasgos alterados, aquellos infortunados, a los que la lucha había agotado, lanzaron de pronto, todos juntos, gritos penetrantes, inarticulados. Los rakshasas que rodeaban a su jefe muerto partieron sin rendirle honores; huyeron aterrados en dirección a la ciudad. Los vanaras, en su alegría, los rostros brillantes como lotos descogidos, felicitaron unánimemente a Lakshmana por el triunfo que acababa de ganar, abatiendo a un enemigo temible por su valentía y hasta entonces invencido.

## SARGA LXXII

## RECOMENDACIONES DE RAVANA A SUS OFICIALES

Cuando supo que Atikaya había sido muerto por el poderoso Lakshmana, Ravana, perplejo, habló de este modo: «Dhumraksha, lleno de ardor, el más experto en el oficio de las armas; Akampana, Prahasta, Kumbhakarna, estos valerosos guerreros rakshasas, ávidos de combate, vencedores de los ejércitos enemigos y siempre invencidos, han caído con sus batallones bajo los golpes de Rama, el de las imperecederas hazañas; esos bravos rakshasas, de estatura colosal, a quienes todas las armas les eran familiares. Pero también muchos héroes poderosos fueron derribados por mi hijo, afamado a causa de su valor y de su fuerza, Indrajit. Los dos hermanos fueron encadenados por sus dardos temibles, que nos habían sido dados como regalo. Todos los suras y los asuras reunidos no hubieran podido, pese a su poder, romper aquellos lazos formidables, como tampoco los yakshas, los gandharvas y los pannagas. Ignoro en virtud de qué fuerza, magia o encantamiento las cadenas de tales dardos fueron rotas por los dos hermanos, Rama y Lakshmana. Esos bravos rakshasas, que fueron al combate por orden mía, todos han perecido luchando contra los vanaras, de extremada valentía. No veo quién, en adelante, podrá exterminar en el campo de batalla a Rama y a Lakshmana, como tampoco al poderoso Vibhishana con Sugriva y sus tropas. ¡Ah, fuerte es, en verdad, este Rama! ¡Grande es el alcance de sus dardos! Los rakshasas que han afrontado su valentía, destruidos han sido. A los pocos aún intactos conviene encomendar la defensa general de la ciudad, así como la del sotillo de asokas, en donde Sitá está guardada. Salidas y entradas deben ser constantemente vigiladas por nuestros continelas allí donde cada uno será colocado. Estableceos por todas partes con vuestros batallones mejores, con objeto de espiar los movimientos de esos vanaras, ¡oh merodeadores nocturnos! En el crepúsculo, en medio de la noche, al alba, en no importa qué momento, no aflojéis en vuestra vigilancia de los vanaras. Observad las fuerzas puestas en línea por el enemigo, sus marchas y sus altos.»

Todos los rakshasas oyeron estas prescripciones del poderoso amo de Lanká y se conformaron con ellas. Dadas estas



órdenes a todos, Ravana, el rey de los rakshasas, llevando con él, entristecido, el aguijón del furor, entró en su morada. Abrasado por el fuego de la cólera, el poderoso monarca de los merodeadores nocturnos, pensando en la desgracia que habíales ocurrido a sus dos hijos, suspiraba sin cesar.

## SARGA LXXIII

### INDRAJIT SE HACE INVISIBLE Y PONE FUERA DE COMBATE A LOS JEFES DE LOS VANARAS

Los batallones de los rakshasas escapados al desastre se apresuraron a comunicar a Ravana la muerte de sus jefes, Davantaka y los otros, así como la de Trisiras y de Atikaya. Oyendo esta fúnebre noticia, gruesas lágrimas llenaron al punto los ojos del rey, que absorbióse durante mucho tiempo en el lúgubre pensamiento de la muerte de sus hijos y de sus hermanos. Cuando vio al desgraciado príncipe sumido en un océano de amargura, el mejor de los guerreros, el hijo del soberano de los rakshasas, Indrajit, le habló de este modo: «Querido padre, no te entregues a la desesperación, puesto que Indrajit vive todavía, ¡oh príncipe de los nairritas! Aquel a quien el enemigo de Indra alcanza con sus dardos en la refriega no podría conservar los alientos. Hoy mismo verás a Rama y a Lakshmana, el cuerpo atravesado, despedazado por mis dardos, extendidos sin vida por el suelo, con todos los miembros acribillados por agudas flechas. Recibe este juramento del enemigo de Sakra: tiene por garantes mi bravura y el Destino. Hoy, sin falta, Rama y Lakshmana los acribillaré con dardos que no fallan. Hoy, Indra, Vaivasvata, Rudra, y los Sadhyas, Vasvanara, Candra y Surya, que sean testigos de mi valentía sin medida, terrible como la de Vishnú, en el lugar del sacrificio de Bali.»

Habiendo hablado así, el rival del jefe de los Tres-Diez pidió al rey permiso para partir. Luego, llena el alma de intrepidez, subió a su carro, cuya velocidad igualaba a la del viento, tirado por excelentes caballos y provisto de armas. El ilustre domador de sus enemigos, subido sobre su carro, que asemejábase al de Hari, transportóse al punto al campo de batalla. El magnánimo héroe iba escoltado de guerreros llenos de entusiasmo, numerosos, que llevaban en las manos arcos de los mejores. Avanzaban, unos a lomos de elefantes, los otros

sobre prodigiosas monturas: tigres, escorpiones, gatos, asnos, búfalos, serpientes, jabalíes, svapadas, leones, chacales, altos como montañas, cuervos, garzas, pavos reales. Aquellos rakshasas de temible bravura iban armados con jabalinas, martillos, sables, hachas y mazas. Fue al ruido descorcertante de caracoles marinos y al redoblar de tambores como el valeroso enemigo del rey de los Treinta corrió al combate. Con su quitasol de tonos nacarados y lunares, aquel matador de sus enemigos centelleaba como el firmamento cuando Candramas está en su plenitud. Refrescaban con ayuda de maravillosos abanicos, con elegantes mangos de oro, a aquel guerrero, adornado de oro él mismo, el mejor de todos los arqueros.

Indrajit, irradiando como Surya, él, cuya fuerza era irresistible, iluminaba a Lanká, cual un brillante Sol ilumina el firmamento. El valeroso domador de sus enemigos, habiendo llegado al campo de batalla, hizo hacer alto a los rakshasas, junto a su carro, todo alrededor. Entonces, al dios que se alimenta de ofrendas, del cual él mismo tenía el brillo, el príncipe de los rakshasas le rogó, según los ritos, recitando los mantras más eficaces. En medio de ofrendas de soma y de granos tostados, acompañados de guirnaldas y de perfumes, el deslumbrante jefe de los rakshasas invocó a Pavaka. Armas, sarapatras, samidhs y bibhitakas, vestidos amarillos, cuchara negra de hierro: de todo ello él se proveyó. Tras haber colmado el fuego de sarapatras mezcladas con tomaras, cogió por el cuello a un macho cabrío de color negro, vivo. Encendiéndose súbitamente, el fuego, que no desdenaba el humo, presentó los caracteres siguientes, presagios de victoria: mediante llamas que arremolinábanse en dirección Sur, brillante como el oro pasado por el crisol, el fuego se apoderó de la ofrenda, tras haberse encendido él mismo.

Indrajit, que era hábil manejándole, cogió un dardo de Brahma. Pronunció el mantra para su arco, para él mismo, para su carro, para todo. Durante el mantra de aquella arma mágica y la invocación a Pavaka, la bóveda del cielo, así como el Sol, las constelaciones, la Luna y las estrellas, temblaron. Habiendo invocado así a Pavaka, del cual tenía él mismo el llameante resplandor, él, émulo del gran Indra en cuanto a potencia, cuyo rigor era inimaginable, desapareció en el aire con su arco, sus flechas, su espada, sus caballos y su venablo. El ejército de los rakshasas, por su parte, abundantemente provisto de caballos y carros, banderas y estandartes al viento, salió lanzando gritos, impaciente por combatir. Dardos numerosos, variados, acerados, rápidos, venablos y garfios, los

rakshasas inundaron con ellos a los vanaras en la lucha. Viéndolo, el hijo de Ravana gritó, furioso, a los merodeadores nocturnos: «¡Audacia! ¡Atacad al enemigo al que tenéis prisa por vencer!»

Oyendo estas palabras, los rakshasas todos lanzaron hurras, llevados por su deseo de triunfar, e hicieron caer sobre los temibles monos avalanchas de proyectiles. El, por su parte, armándose de nalikas, de naracas, de mazas y también de quebrantacabezas, desde el centro de los rakshasas, donde se tenía invisible, abrumaba a los adversarios. Los vanaras, diezmados en la lucha, asaltaron de pronto a Ravani a pedradas y a golpes de árbol. Furioso, Indrajit, nacido de Ravana, héroe lleno de vigor, exterminaba a los vanaras. Con una sola jabalina atravesó, lleno de cólera, nueve, cinco y siete haris, con gran alegría de los rakshasas. Aquel héroe invencible trituraba a los monos con sus proyectiles centelleantes como el Sol, y adornados con oro satakumbha. Los miembros rotos, los vanaras, abrumados por aquellos dardos, caían cual los grandes asuras exterminados por los suras. Ante aquel otro Aditia que los consumía con sus temibles proyectiles a guisa de rayos, huyeron llenos de espanto los toros de los haris. Todos, los miembros atravesados, el espíritu turbado, aterrados y cubiertos de sangre, se desbandaron. Llevados de su abnegación hacia Rama, los monos, haciendo sacrificio de su vida, se detuvieron; luego volvieron tumultuosamente al combate armados de rocas. Árboles, crestas de montañas, rocas, los plavangamas los hicieron caer como chaparrones sobre Ravani, en filas apretadas. Aquella avalancha asesina, espantosa, de árboles y de piedras fue dispersada por el todopoderoso Ravani, victorioso en las batallas. El príncipe, entonces, con sus flechas, brillante como Pavaka, semejantes a serpientes, atravesó los batallones enemigos. Con dieciocho dardos penetrantes hirió a Gandhamadana y con otros nueve alcanzó a Nala, que estaba más lejos. Lleno de vigor siempre golpeó a Mainda con siete dardos que le desgarraron las entrañas, y a Gaja con otros siete de punta embotada. Atravesó a Jambavat con diez dardos; a Nila, con treinta; a Sugriva, Rishabha, Angada y Dvidida, con sus formidables proyectiles, privilegiados, ardientes, los privó de sentido; otros vanaras escogidos, alcanzados por sus numerosas flechas, cayeron bajo sus furiosos golpes: hubiérase dicho el fuego de Kala en persona. Con ayuda de dardos brillantes como Surya, hábilmente lanzados, rápidos, dispersó los batallones de vanaras en aquel gran combate. Todo el ejército simiesco, al que aquel aguacero de proyectiles abru-

maba, fue, entre transportes del más vivo gozo, como el célebre héroe, nacido del Indra de los rakshasas, le contempló de nuevo bañado en sangre. Bajo la lluvia de flechas y el cruel chaparrón de dardos con que les inundaba, el valiente Indrajit paseaba por todas partes el exterminio en las filas de los vanaras.

Dejando atrás a su ejército y precipitándose rápido en medio de la batalla sobre los batallones simiescos, derramó, invisible, una avalancha formidable de dardos: cual el aguacero que cae de una nube sombría. El cuerpo roto por los proyectiles del vencedor de Sakra, víctimas de su magia, lanzando gritos inarticulados, los haris, altos como rocas, sucumbían en la refriega, semejantes a grandes montes alcanzados por el rayo de Indra. Los vanaras no veían sino los dardos aceraados que diezmaban sus tropas; oculto tras su magia, el enemigo del rey de los suras, el raksha, era para ellos invisible. El invisible príncipe de los rakshasas, que lanzaba en todas direcciones sus dardos agudos y relucientes como el Sol, cubrió con ellos a los Indras de los monos, a los que diezmaba. Venablos, sables, hachas, semejantes a fuegos lanzando torbellinos de llamas, a braseros ardientes de los que saltaban chispas, los hizo caer sobre los batallones de la flor de los plavagas. Bajo los tiros y los dardos llameantes con los que los abrumaba el vencedor de Indra, los oficiales vanaras parecían kimsukas en plena floración. Mientras miraban al aire, algunos fueron alcanzados en los ojos. Se enredaban al punto los unos con los otros y caían por tierra.

Hanumat, Sugriva, Angada, Gandhamadana, Jambavat, Harilomán, Sushena y Vegadarsín, Mainda, Dvividá, Nila, Gavaksha, Gavaya, Kesarín, Vidyuddamshtha, Suryanada, Jyotimukha, Dadhimukha, Pavakaksha, Nala, Jumuda, estos vanaras, con ayuda de jabalinas, venablos, dardos acerados, acompañados de mantras, Indrajit, el príncipe de los rakshasas, aplastó a todos estos héroes. Cuando hubo puesto fuera de combate a los principales oficiales haris con sus mazas y sus proyectiles de dorados reflejos, hizo llover sobre Rama, al que Lakshmana acompañaba, chaparrones de dardos brillantes como el Sol.

Bajo aquel aguacero de dardos, de los que se preocupaba cual si fuesen gotas de agua, Rama, el del prodigioso esplendor, se puso a reflexionar y dijo a su hermano: «Este Indra de los rakshasas, enemigo del Indra de los suras, ¡oh Lakshmana!, confiando en su todopoderoso dardo, tras haber volteado de nuevo al ejército de los haris, nos ataca ahora a

nosotros con dardos acerados. Gracias al privilegio que ha recibido de Svayambhú, ese héroe lleno de fuerza y de actividad, se ha hecho invisible, a pesar de sus aterradoras proporciones. ¿Cómo abatirle luchando, ahora que no tiene cuerpo, a este Indrajit que tiende sus armas contra nosotros? Yo lo sé, Svayambhú, el Bienaventurado, el incomprensible, es su arma, es su potencia, lo que tiene el rakshasa: la caída de ese dardo, ¡oh sabio Lakshmana!, con el alma tranquila, sópotala conmigo hoy. Que nos cubra con sus chaparrones de dardos este Indra de los rakshasas, el jefe de todos. El ejército entero del rey de los vanaras, sus principales combatientes abatidos, ha perdido su brillo. Pero cuando nos vea a los dos extendidos sin conocimiento, fuera de combate, no manifestando ya ni gozo ni cólera, seguramente se reunirá con Ravana, el enemigo de los Inmortales, en su morada, tras haber conseguido este gran triunfo.»

Y, en efecto, Indrajit los inundó a los dos mediante una granizada de proyectiles: y cuando los hubo reducido a la impotencia, el Indra de los rakshasas lanzó gritos de victoria. Tras haber vencido de aquel modo en la lucha al ejército de los vanaras, así como a Rama y a Lakshmana, volvió al punto a la ciudad, de la que el valeroso Dasagriva era el bastión. Y, felicitado por los yatudhanas locos de alegría, se lo contó todo a su padre.

## SARGA LXXIV

### HANUMAT VA A LA ROCA DE LAS HIERBAS POR INDICACIÓN DE JAMBAVAT

Los dos Raghavas caídos en primera fila, el ejército de los haris perdió todo entusiasmo, así como sus jefes Sugriva, Nila, Angada y Jambavat, que no intentaron ya hacer nada. En presencia de aquel abatimiento general, Vibhishana, el primero de los sabios, confortó a los guerreros del monarca simiesco mediante estas palabras de inapreciable valor: «No tengáis miedo; no hay razón alguna para que os desesperéis por el hecho de que esos dos príncipes yazcan sin fuerza, sin conocimiento; ha sido conformándose con las palabras de Svayambhú por lo que se han dejado derribar por Indrajit con sus proyectiles. Indrajit había recibido de Brahma ese excelente dardo de ineluctable virtud. Honrándole ha sido como los dos príncipes

se han dejado derribar en la lucha. ¿Es, pues, el momento de desanimarnos?»

Tras haber honrado a su vez al dardo de Brahma, el inteligente Maruti respondió a Vibhishana: «En este ejército de valerosos monos que el dardo divino ha diezmado a todo aquel que ha escapado, reanimémosle.» Y aquellos dos héroes, Hanumat y el mejor de los rakshasas con una antorcha en la mano recorrieron juntos, durante la noche, el frente de banderas. Colas manos, pechos, pies, dedos, cuellos, miembros amputados, de los que salía sangre, estaban sembrados aquí y allá; vanaras altos como montañas, caídos en el campo de batalla, armas arrojadas a tierra todas ardientes de todo ello vieron el suelo cubierto. Sugriva, Angada, Nila, Sarabha, Gandhamadana, Jambavat Sushena, Vegadarsín también, Maínda, Jyotimikha, Dvívída, estos vanaras Vibhishana y Hanumat los vieron yaciendo en el campo de batalla. Sesenta y siete kotis de bravos vanaras habían sido derribados en la quinta y última parte del día por el arma favorita de Svayambhú.

Sin dejar de contemplar a aquel formidable ejército, semejante a las olas del mar, caído bajo los golpes del enemigo, Hanumat, acompañado de Vibhishana, se puso a buscar a Jambavat. Abrumado bajo el peso de la edad, el anciano, erizado de dardos a centenares, aquel valeroso hijo de Prajapati semejante a un brasero que se apaga, al verle, Paulastya lanzóse hacia él y le dijo: «¿Será posible, ¡oh héroe!, que esos dardos penetrantes no hayan cortado tu existencia?» Cuando oyó la voz de Vibhishana, Jambavat, el toro de los rikshas, que podía apenas hablar, respondió: «¡Oh Indra de las nairritas, lleno de valentía, te reconozco por la voz; los miembros atravesados por agudas flechas, no puedo verte con mis ojos. Aquel de quien Anjaná y Matarisván son los venturosos padres, ¡oh piadoso héroe!, este príncipe de los vanaras, ¿vive aún en alguna parte?»

A esta pregunta de Jambavat, Vibhishana respondió: «¿Por qué callar sobre los dos príncipes e interrogarme, en cambio, a propósito de Maruti?» A esta observación de Vibhishana, Jambavat respondió: «Escucha, tigre de los nairritas, por qué me informo acerca de Maruti. Es porque si el valeroso Hanumat está vivo, incluso destruido, el ejército no está destruido, mientras que él muerto, incluso vivos, muertos somos. Si Maruti está en vida, amigo querido, él, émulo de Maruta, e igual a Vaisvanara en vigor, hay esperanza de escapar esta vez.» En aquel momento el hijo de Maruta se acercó al anciano y le saludó con respeto tocándole los dos pies. La voz de

Hanumat le alegró el corazón; el príncipe de los plavagas se sintió como revivir. El ilustre Jambavat dijo a Hanumat: «Acércate, tigre de los haris; es preciso que salves a los vanaras. Nadie sino tú tiene el poder de hacerlo, y tú eres su mejor amigo. He aquí el momento de mostrar tu fuerza, yo no veo otro en que puedas hacerlo mejor. Devuelve la alegría a las valerosas tropas de los rikshas y de los vanaras. Cura de sus heridas a esos dos infortunados Rama y Lakshmana. Atraviesa, elevándote por encima, muy por encima de él, el inmenso sendero del Océano, y ve al Himavat (357), el más elevado de los montes, ¡oh Hanumat! Luego, al Rishabha, roca de oro muy trabajosa de alcanzar, y de extremada altura. Entonces la cima del Kailasa se te mostrará, ¡oh matador de tus enemigos! Entre las cimas de estos dos últimos montes verás, ¡oh héroe!, la montaña de las Hierbas, inflamada, de esplendor incomparable, provista de toda suerte de plantas medicinales. Allí, ¡oh tigre de los vanaras!, descubrirás, creciendo sobre una cresta, cuatro plantas cuyo esplendor ilumina los diez puntos del espacio. La Mritasamjivani, la Visalyakarani, la Suvarnakarani y la Samdhani, plantas de una gran virtud. Coge las cuatro, Hanumat, tú, el hijo del que sirve de vehículo a los perfumes, y vuelve rápido a confortar a los haris, reanimando sus alientos.»

A estas palabras de Jambavat, Hanumat, nacido de Maruta, sintióse levantado por poderosas energías, como el Océano por vientos impetuosos. De pie sobre la cima de una alta montaña, a la que aplastaba bajo su peso, el valeroso Hanumat tenía el aspecto de una segunda montaña. Triturado por los pies del hari, el monte se hundió; no pudo soportar el fardo que tanto le pesaba. Los árboles cayeron a tierra y se inflamaron al paso rápido del hari, mientras que volaban hechas pedazos las cimas de la roca que pisaba Hanumat. Así aplastados, aquellos árboles, aquellas rocas y su suelo roto, les fue imposible a los vanaras permanecer de pie sobre la alta montaña que oscilaba. Con sus grandes puertas sacudidas, sus edificios, sus bastiones hundiéndose, llena de espanto, Landá parecía ejecutar una pantomima nocturna. Semejante al monte, sostén del Mundo, que hollaba con sus pies, el hijo de Maruta quebrantaba la Tierra y el mar. Al tiempo que apretaba la roca con los pies, abrió una boca ancha como la de Vadavá, espantosa, y se puso a gritar con todas sus fuerzas para espantar a los merodeadores nocturnos. Cuando oyeron aquel clamor formidable, los tigres de los rakshasas que estaban en Lanká quedaron en la absoluta imposibilidad de moverse. Sa-

ludando a Samudra, Maruti, el de la terrible bravura, el látigo del enemigo, se ocupó, en interés de Raghava, de su gran empresa. Enderezó en el aire su cola, que parecía una serpiente, dobló el espinazo, bajó las orejas, abrió una boca ancha como la entraña del Vadavá y se lanzó al espacio de un bote impetuoso.

Con su impulso arrastró a los árboles con sus ramas, las piedras, las rocas y la turba de vanaras; todos, con el irresistible viento producido por sus brazos y sus muslos, privados de resistencia, cayeron en las olas. El hijo de Vayú extendió sus dos brazos, que asemejábanse a dos anillos de serpientes, con vigor semejante al del enemigo de los reptiles, y partió en dirección a la sublime roca del rey de los montes, desplazando, por decirlo así, los puntos del espacio. Contemplaba el Océano que desarrollaba sus guirnaldas de olas, con todos los seres que se agitan en su seno, y deslizábase rápido como el disco lanzado por los dedos de Vishnú. Montañas, bandadas de pájaros, lagos, ríos, ciudades inmensas, poblaciones numerosas, desfilaron ante sus ojos, mientras que viajaba con la velocidad del viento, su padre. El camino de Aditia fatigábase siguiéndole el ágil y bravo Hanumat, el rival de su padre en valentía. Con gran prisa, con la celeridad del viento, iba el tigre de los haris; las regiones retumbaban con el ruido que hacía. Maruti, el gran vanara, lleno de energía, acordábase de las palabras de Jambavat. De pronto se le apareció el Himavat, con sus múltiples corrientes, su gran número de grutas y de caídas de agua, sus cimas semejantes a montones de blancas nubes, agradables de ver, los árboles variados que le adornaban. Se dirigió hacia el príncipe de los montes.

Acercándose al Indra de las altas montañas, el de las crestas de oro de una anchura y una elevación considerables, Hanumat advirtió los santos y amplios eremitorios, frecuentados por la flor de los suras, de los rishis y de los siddhas. El Brahmakosa, el Rajatalaya, el Sakralaya, el Rudrasarapramoksha, el Hayamana y el abrasado Brahmasiras, los reconoció, así como a los servidores de Vivasvat. El Mahavalaya y el Vaisravanalaya, el Suryaprabha y el Suyanibandhana, el Brahmatalaya y el Samkarakarmuka, los vio también, así como el centro de la Tierra, el Kailasa escarpado y la Piedra del Himavat, ese Vrisha, roca de oro, sublime, iluminado por la irradiación de todas las plantas curativas, el rev de los montes donde crecen todos los simples, Hanumat le descubrió. Maravillado al ver aquel monte así abrasado por guirnaldas de fuego, el hijo del mensajero de Vasava se abatió sobre el In-



dra de las montañas, el de las plantas medicinales, para coger allí a éstas. El gran kapi, nacido de Maruta, hizo mil yojanas recorriendo la roca en la que crecían las diversas panaceas.

Entre tanto, todas aquellas poderosas panaceas del más elevado de los montes, en presencia de Hanumat, que venía a cogerlas, hiciéronse invisibles. El héroe, al no verlas ya se irritó, y, lleno de cólera, gritó a más no poder. Impaciente, los ojos como brasas, interpeló de este modo al jefe de los sostenes de la Tierra: «¿Qué te incita, pues, a mostrarte de este modo sin piedad hacia Raghava? Pronto, vencido por la fuerza de mi brazo, te verás hecho pedazos, ¡oh rey de los montes!» Luego, agarrando su cima con los árboles que tenía, sus elefantes, el oro y los mil otros metales que le adornaban, aquella cima de puntas desgarradas y de mesetas llameantes, sublimes, la arrancó bruscamente. Tras haberla separado de este modo, se lanzó al espacio con gran espanto de los mundos, de los suras y de sus Indras, y entre las aclamaciones de los numerosos habitantes del aire. Y se alejó con vuelo tan rápido como el de Garuda. Luego recorrió el sendero del día, llevando la cresta rocosa que brillaba como el astro luminoso, lo mismo que él mismo. De este modo viajaba por las inmediaciones del Sol, del cual parecía la imagen. La roca proyectaba un vivo resplandor sobre el hijo, alto como una montaña, del dios que transporta los perfumes. Hubiérase dicho Vishnú en los aires, armado con su disco, el de los mil rayos de fuego.

Los vanaras, al verle, le aclamaron, y él, viéndolos de nuevo, lanzó alegres hurras. A estos gritos de alegría los habitantes de Lanká respondieron mediante horribles clamores. El héroe se abatió con la alta roca en medio del ejército de los monos. Saludó con la cabeza al príncipe de los haris y luego abrazó a Vibhishana. Entonces los dos hijos del rey de los hombres, habiendo respirado el aroma de las poderosas panaceas, fueron curados de sus heridas, y los otros, los valerosos haris, se levantaron a su vez. Todos los valientes haris fueron instantáneamente librados de sus llagas y de sus sufrimientos, y los que habían sido muertos volvieron a la vida al olor de aquellas maravillosas plantas: cual durmientes que se despiertan al final de la noche. A partir del momento en que haris y rakshasas se batieron en Lanká mismo, a partir de entonces, por amor propio y por orden de Ravana, todos los rakshasas alcanzados en la refriega por los valientes kapis, los muertos y los heridos fueron arrojados al mar. Entre tanto, el hijo del dios que transporta los perfumes, Hanumat, el de

los saltos formidables, volvió a llevar la Roca de las Hierbas al Himavat, y tras ello vino rápidamente a reunirse con Rama.

## SARGA LXXV

## INCENDIO DE LANKÁ

En aquel momento, Sugriva, el ilustre monarca de los vanaras, dirigiéndose a Hanumat, le hizo un discurso lleno de sentido: «Ahora que Kumbhakarna ha muerto y que los jóvenes príncipes han perecido, ya Ravana no puede perjudicarnos. Todos, con cuanta agilidad y valentía son capaces los plavam-gamas, que estos bravos caigan sobre Lanká antorcha en mano.» Entonces, habiéndose retirado el Sol detrás del Asta, en el temible momento de la entrada de la noche, los toros de los plavagas se dirigieron hacia Lanká con antorchas. Los batallones de los haris, provistos de antorchas, precipitándose por todos lados, los centinelas de los espantosos rakshasas, diéronse al punto a la huida. Puertos, pabellones, bastiones, calles, palacios, edificios de todas clases, los haris les prendieron fuego alegremente. El incendio consumía las habitaciones por millares. Los monumentos públicos, altos como montañas, se derrumbaban. Todo fue consumido; agallocha, sándalo de gran precio, perlas, joyas brillantes, diamantes y corales, telas de lana y de seda espléndida, tapices variados de pelo de oveja, vasos y armas de oro, objetos raros de todas clases, arneses y gualdrapas de caballo, collares y cinchas de elefantes, carros con sus accesorios y sus adornos, corazas de los guerreros, caparazones de elefantes y caballos, espadas, arcos con sus cuerdas, dardos, venablos, garfios, lanzas, tejidos de pelo, de crin, pieles de tigre, perfumes múltiples, palacios enriquecidos con perlas y piedras preciosas, aprovisionamientos de armas de todas clases perecieron en el incendio. El fuego consumió todos los monumentos con cuanto los adornaba. Devoró las mansiones de los rakshasas, que complacíanse en habitarlas. Revestidos de corazas incrustadas de oro, engalanados con guirnaldas y otros adornos, los habitantes de Lanká hacían girar sus ojos a los que la embriaguez extraviaba; el vino hacía su marcha titubeante; cortesanas se agarraban a sus vestidos; estaban enfurecidos contra sus enemigos. Armados de mazas, de picas y de sables, se hartaban de carnes y de vinos, o dormían sobre lechos suntuosos con los objetos de sus afectos.

ciones. Pero entonces, llenos de espanto, corrían enloquecidos, llevándose apresuradamente a sus hijos, mientras que, por centenares de millares, ardían y eran pasto de las llamas por todos lados sus lujosos palacios espléndidos, que reunían toda clase de comodidades.

Aquellos edificios de oro, contruidos en forma de lunas o de medias lunas, con sus magníficas galerías superiores, sus encantadores ojos de bucy, sus terrazas, las perlas y los cristales que les decoraban, parecían tocar el Sol. Resonaban con los gritos de las avutardas, de los pavos reales y de otros pájaros de lujo. Altos como montañas, el fuego los destruía, mientras que, rodeados de llamas, los arcos centelleaban. Lo mismo que cordones de nubes atadas mediante relámpagos, durante el verano, las casas sitiadas por el incendio lanzaban llamas. Hubiérase dicho las cimas de una alta montaña abrazadas por el incendio. Adormecidas en los vimanas, las hermosas cortesanas eran despertadas por las llamas que las quemaban. Arrojando los adornos que entorpecían su huida. «¡Ay! ¡Ay!», exclamaban, con voz penetrante. Entre tanto los palacios hundíanse en los braseros que los envolvían. Como las cimas de un monte elevado, cuando Indra las hiere con sus rayos, aquellas habitaciones incendiadas proyectaban con sus luces; hubiérase dicho los picos del Himavat abrasados por todas partes. Los palacios con los techos ardiendo, de los que salían grandes llamas, asemejábanse a kinsukas en flor (358); tal en la noche aparecía Lanká.

Desatados por sus guardianes, elefantes y caballos en libertad daban a la ciudad el aspecto del Océano, cuando el fin de los mundos, agitase a causa de sus escualos enloquecidos. Aquí, al ver a un caballo en libertad, un elefante huía espantado; allá era el caballo el que, en presencia de un elefante, aterrado, quedábase inmovilizado por el espanto. Lanká abrasada iluminaba el mar, cuyas olas estriadas de sombra parecía rodar sangre. En un instante los haris habían incendiado la ciudad; hubiérase dicho el abrasamiento de la Tierra en la época temible de la destrucción del Mundo.

Las mujeres, a la llegada del humo, lanzaban grandes gritos; cuando el fuego las alcanzó, sus clamores se oyeron a cien yojanas. Los miembros cubiertos de quemaduras, los rakshasas se lanzaron fuera de la ciudad, pero al punto los haris cayeron encima, impacientes por llegar a las manos. Vanaras y rakshasas lanzaron tales vociferaciones que las diez regiones, el Océano y la Tierra resonaron a causa de ellas.

Entre tanto, curados ambos de sus heridas, Rama y Laksh-

mana, héroes intrépidos, empuñaron sus arcos maravillosos. Cuando Rama tendió su arco, se produjo un ruido espantoso que aterró a los rakshasas. Rama centelleaba tendiendo su arco enorme: cual lleno de furor el dichosísimo Rhava, cuando tiende su arco hecho del Veda. Los grandes gritos de los vanaras y los de los rakshasas, aquel doble clamor fue cubierto por el ruido que hizo la cuerda del arco de Rama. Los hurras de los vanaras, los aullidos de los rakshasas, las vibraciones de la cuerda del arco de Raghava: aquel triple ruido llenó las diez regiones. Bajo las flechas que el héroe lanzó, una puerta de la ciudad, semejante a una cresta del Kailasa, cayó rota por el suelo. Viendo los dardos de Rama caer sobre sus templos y sus moradas, los Indras de los rakshasas intentaron un esfuerzo supremo. Mientras apretaban sus filas y lanzaban rugidos como leones, la noche fatal pareció llegada para ellos.

Los jefes de los vanaras recibieron esta orden del magnánimo Sugriva: «Entrad por la puerta más inmediata; combatid, plavamgamas. Si alguien entre vosotros, de un modo o de otro, paraliza vuestros esfuerzos, matadle, y franquead de este modo tal obstáculo a las órdenes de vuestro príncipe.» Los oficiales vanaras se presentaron a la entrada de la ciudad, llevando una antorcha inflamada. Al verlos, el furor se apoderó de Ravana. Dio un bostezo que llenó las diez regiones. Hubiérase dicho Rudra demostrando su enojo mediante la contracción de sus rasgos.

Kumbha y Nikumbha, los dos nacidos de Kumbhakarna, dominado por la cólera, los envió al frente de numerosos rakshasas. Yupaksha, Sonitaksha, Prajangha y Kampana salieron con los dos hijos de Kumbhakarna, por orden de Ravana: «¡Partid al instante!», les ordenó rugiendo como un león. A esta orden, los bravos rakshasas, los de las armas centelleantes, salieron de Lanká, lanzando repetidos clamores. Los rakshasas, a causa del esplendor de sus adornos y el de sus personas, iluminaban el espacio por todas partes, así como los haris con sus antorchas. La claridad de la reina de los astros, la de las estrellas, de los atavíos y de las armas, iluminaron el cielo. El fulgor de Candra, de los atavíos y de los planetas hizo brillar por todas partes a los batallones de los haris y a los de los rakshasas. Por otra parte, las casas medio quemadas proyectaban vivos resplandores sobre el mar de aguas desbordantes y olas tumultuosas.

Con sus banderas y sus estandartes, sus espadas y sus hachas excelentes, su formidable caballería, consistente en caba-

llos, carros y elefantes, sus múltiples regimientos de infantería, sus venablos, sus mazas, sus espadas, sus jabalinas, sus dardos, sus relucientes arcos, aquel ejército terrible de los rakshasas, de un ímpetu y de una valentía temible, apareció provisto de llameantes proyectiles, en medio del ruido de centenares de gongos, los brazos de sus guerreros cargados de láminas de oro, y blandiendo hachas. Los rakshasas entrechocaban sus grandes jabalinas, sus flechas y sus arcos tendidos. El suave olor de sus guirnaldas y de sus perfumes embalsamaba el aire a lo lejos. Aquel ejército formidable de valerosos rakshasas, escandaloso como una inmensa nube, inabordable, al verle acercarse, los plavamgamas se turbaron y lanzaron grandes gritos, mientras sus poderosos adversarios apresurábanse por acudir. El ejército cnemigo lanzábase como la mariposa sobre la llama. Blandidas por sus manos nerviosas, las mazas proyectaban relámpagos que aumentaban aún el esplendor de aquella excelente tropa de los rakshasas.

Entre tanto, como bajo el imperio de la embriaguez, los harris precipitábanse hacia adelante, impacientes por combatir, golpeando a los merodeadores nocturnos con árboles, rocas y puños. Mientras precipitábanse sobre ellos, con sus agudos dardos, los rakshasas de temible energía cortaban la cabeza de los monos, que les desgarraban las orejas con los dientes, les hendían el cráneo con sus puños, y los aplastaban los miembros a pedradas en medio de sus evoluciones. Otros merodeadores nocturnos, de aspecto terrible, herían aquí y allá a la flor de los kapis con sus espadas accradas. El que mataba era, a su vez, muerto; derribábanse mutuamente, se invectivaban y se mordían unos a otros. «¡Pega!», decía éste; aquél pegaba. «Ahora a mí», replicaba el otro, mientras en otra parte se criticaban recíprocamente: «¿Por qué este encarnizamiento? ¡Detente!» En medio de proyectiles manchados, de corazas y de armas rotas, de largas jabalinas tendidas hacia adelante, de puñetazos, de mazas, de espadas y de ejes de carros, la lucha entre monos y merodeadores nocturnos tomó aterradoras proporciones. Era mediante docenas de hecatombes como los rakshasas inmolaban a sus enemigos. A su vez, el ejército de los rakshasas, los vestidos en desorden, las corazas y los estandartes deshechos, fue asaltado y envuelto por los vanaras.

## SARGA LXXVI

PROEZAS DE ANGADA Y DE KUMBHA. SUGRIVA  
DERRIBA A KUMBHA

En lo más fuerte de la espantosa contienda en que tantos valientes soldados perecían, Angada atacó al valeroso Kampana. Provocando a Angada, colérico, el impetuoso Kampana le previno asestándole un violento mazazo que le hizo bambolearse. El héroe, habiéndose repuesto, lanzó una cresta de roca contra su adversario; triturado por el golpe, éste cayó a tierra. Al ver a Kampana extendido y sin vida, Sonitaksha lanzó atrevidamente su carro contra el vanara. Llevado de su brío, le hirió con dardos agudos, lacerando las carnes ardientes, semejantes al fuego de Kala: kshuras, kshurabras, naracas, vatsadantas, silimukhas, karnis, salyas, vipathas, dardos numerosos, afilados. Los miembros atravesados, el enérgico y valeroso hijo de Vali rompió, valiéndose de su vigor, el temible arco del rakshasa, su carro y sus flechas. Entonces, Sonitaksha, empuñando vivamente su espada y su escudo, se lanzó de un salto furioso, inconsiderado. El bravo Angada recibió el choque violento y con sus manos rompió el arma, lanzando un hurra. El elefante de los kapis le hundió su machete en el omóplato, al que cortó como se corta el cordón del sacrificio. Luego, levantando su gran sable, el hijo de Vali, entre gritos repetidos, corrió al frente de banderas buscando otros adversarios.

Con el concurso de Prajangha, el valeroso guerrero Yupaksha lanzó con furia su carro contra el valiente vanara; en aquel momento, una maza de hierro en la mano, el héroe de los brazaletes de oro, Sonitaksha, sopló estrepitosamente y se precipitó también sobre sus pasos. Por su parte, Prajangha, lleno de energía, bravo compañero de Yupaksha, lanzóse furioso, armado de una maza, contra el muy poderoso Angada. En medio de Sonitaksha y de Prajangha, el príncipe de los kapis asemejábase a la luna llena entre los dos Visakhas.

Mainda y Dvívda corrieron en socorro de Angada y se pusieron junto a él, para estar prestos a lo que sucediese. Los rakshasas, los de la gran estatura, en batallones apretados, llenos de vigor, se arrojaron furiosos sobre los vanaras, con sables, flechas y mazas. Los tres Indras de los vanaras mano a mano con los tres toros de los rakshasas, aquello era una

lucha encarnizada que hacía erizar los cabellos. Los haris, apoderándose de árboles, lanzáronlos a la refriega; con su sable, Prajangha, que tenía gran fuerza, los rompió. Sobre los carros, árboles y piedras caían a granel; pero eran deshechos por los numerosos dardos del poderoso Yupaksha. Los árboles que Dvidida y Mainda le lanzaban cada uno por su lado, Sonitaksha, lleno de valentía y de ardor, los aplastaba a triturraba a mazazos. Blandiendo su larga espada, con la cual trituraba los miembros de sus adversarios, el fogoso Prajangha saltó sobre Angada. Cuando le vio cerca de él, el Indra de los vanaras, con su gran vigor, le asestó un golpe terrible con un asvakarna. Y con el puño le golpeó el brazo que tenía la espada; al golpe, ésta cayó. Al ver por tierra su espada, semejante a una barra, el vigoroso rakshasa levantó a su vez un puño semejante a un trueno, y le dejó caer violentamente sobre la frente del valeroso Angada, toro de los vanaras, que se bamboleó un instante. Pero habiendo recobrado sus sentidos, el ardiente e impetuoso hijo de Vali hizo saltar la cabeza de Prajangha de sus espaldas con su puño.

Yupaksha, los ojos llenos de lágrimas, al ver a su tío paterno yaciendo sobre el campo de batalla, bajó rápido de su carro, y, como su carcaj estaba agotado, empuñó la espada. Cuando vio a Yupaksha correr de aquel modo, Dvidida con un golpe rápido le alcanzó en el pecho, y lleno de furia, le agarró con fuerza entre sus nervudos brazos. Dándose cuenta de que su valeroso hermano estaba capturado, Sonitaksha, lleno de energía, alcanzó a Dvidida en el estómago. El golpe hizo titubear al valiente Dvidida, que, no obstante, detuvo la maza que su rival levantaba sobre él. Entre tanto, Mainda juntábase a Dvidida. Sonitaksha y Yupaksha, hirviendo en valor, entablaron con los dos plavamgas una lucha tremenda, encarnizada, colosal. El vigoroso Dvidida deshizo con sus uñas la cara de Sonitaksha, al que aplastó tras haberle derribado violentamente. Mainda, toro de los vanaras, llevado de su furor, triturró entre sus brazos a Yupaksha, que cayó sin vida sobre el terreno.

Desalentados al ver la muerte de sus jefes, el ejército, flor de los rakshasas, dio media vuelta para irse junto al hijo de Kumbhakarna. A aquellos soldados que huían a toda prisa, Kumbha les infundió ánimos. Había sido muy maltratado por los bravos y hábiles plavamgamas, aquella tropa de valientes guerreros. Al ver su derrota, el rakshasa Kumbha, lleno de ardor, realizó una hazaña particularmente dificultosa. Cogió su arco, él, el mejor y más diestro de los arqueros, y al punto

lanzó una serie de flechas, semejantes a serpientes venenosas, que desgarraban los miembros. Con sus flechas y su arco maravilloso que brillaba con vivo resplandor, hubiérase dicho el arco de un segundo Indra, iluminado por el fulgurante Airavata. Le tendió hasta la oreja e hirió a Dvidida. Aquella flecha de pie de oro guarnecida de plumas, al punto que le hirió con ellas, las piernas rígidas, temblando, el mejor de los plavagas, que asemejábase al Trikuta, titubeó y cayó. Pero Mainda, al ver que su hermano acababa de sucumbir en aquel gran combate, apresuróse a acudir, armado de una roca enorme. El héroe lanzó la piedra contra el rakshasa. Kumbha la deshizo con cinco flechas aguzadas. Y tomando otro dardo de hermosa punta, semejante a un venenoso reptil, hirió con él con mucha fuerza, en el pecho, al hermano mayor de Dvidida. Bajo aquel golpe, Mainda, el general de los vanaras, el pecho abierto, cayó al suelo desvanecido.

El fogoso Angada entonces, al ver a sus dos tíos maternos fuera de combate, no obstante su bravura, se lanzó sobre Kumbha, que blandía siempre su arco. Mientras acudía, Kumbha le hirió con cinco dardos de hierro, con tres otros y con tres venablos, cual si se tratase de un elefante. De este modo Angada fue alcanzado con numerosos dardos por el vigoroso Kumbha. Las series de proyectiles acerados, penetrante, ardientes, adornados de oro, Angada, bien que con los miembros atravesados, no se inmutó. Rocas y árboles los hizo caer a chaparrones sobre la cabeza del héroe nacido de Kumbhakarna, que los quebró y rompió todos a medida que iban llegando lanzados por el hijo de Vali. Viendo acudir al general de los vanaras, Kumbha le hendió las dos cejas con dos dardos, como se ciega a un elefante con tizones. La sangre corrió y sus ojos se velaron. Angada, con una mano protegió sus párpados ensangrentados y con la otra se apoderó de un sala inmediato. Apoyó contra su pecho el hojoso árbol, al que quitó las ramas, luego, habiéndole encurvado un poco, le lanzó a la refriega. Aquel sala, que parecía el estandarte de Indra y que era semejante al Mandara, Angada lo lanzó con vigor; los rakshasas abrieron todos mucho los ojos. Kumbha rompió el árbol y atravesó a su rival con siete flechas puntiagudas, asesinas. Angada se turbó de pronto y cayó sin conocimiento.

Al ver al invencible Angada tendido, semejante a Sagara, cuando sus olas se calman, los oficiales haris llevaron la noticia a Raghava. Rama, entonces, cuando supo que el hijo de Vali había caído desfallecido, dio sus órdenes a los jefes de los haris que tenían a Jambavat a su frente. Entonces los



tigres de los vanaras, por orden de Rama, corrieron llenos de rabia al encuentro de Kumbha, que blandía su arco. Árboles y rocas en las manos, los ojos rojos de furor, los toros de los vanaras volaron en socorro de Angada. Jambavat, Sushena y Vegadarsin, irritados, se precipitaron sobre el héroe nacido de Kumbhakarna. Viéndoles acudir, el rakshasa comprimió el gran brío de aquellos vanaras escogidos bajo una granizada de dardos: cual un torrente detenido por un monte. Ante aquel camino sembrado de proyectiles, los animosos vanaras, incapaces de discernir algo, no pudieron pasar adelante, como no puede el mar ir más allá de su orilla.

Al ver a los batallones de los haris anonadados bajo aquella avalancha de dardos, dejando detrás de él a Angada, su sobrino, el rey de los plavagas, Sugriva, corrió derecho hacia el hijo de Kumbhakarna, en la refriega, como un león impetuoso contra un elefante que vaga en medio de las colinas. El poderoso kapi arrancó gruesos árboles, asvakarnas y otros en gran número y de esencias múltiples, que lanzó contra su adversario. Aquella avalancha de árboles, irresistibles, que cubrían el espacio, el glorioso hijo de Kumbhakarna la dispersó con sus dardos acerados. Aquellos árboles, rotos, brillaban como formidables sataghnís. Cuando vio su chaparrón de proyectiles dispersados por Kumbha, el valiente soberano de los vanaras, lleno de gloria y de majestad, no se turbó. Alcanzado de pronto por un dardo, que recibió sin doblegarse, cogió y rompió el arco de Kumbha, semejante al arco de Indra. Arrojó violentamente el arma por tierra y esta hazaña increíble cumplida, dijo con cólera a Kumbha, que parecía un elefante con los colmillos rotos: «¡Oh hermano mayor de Nítumbha, tu vigor, tu fuerza lanzando dardos es admirable, lo mismo que tu piedad filial, así como tu bravura, del mismo modo que la de Ravana, oh tú, émulo de Prahrada, de Bali, del matador de Vritra, de Kubera y de Varuna! Tú solo te pareces a tu padre muy poderoso. Tú solo también, guerrero de grandes brazos, armado de maza, que domas a tus enemigos, los Tres-Diez no pueden domarte, como tampoco los males a aquel que es dueño de sus sentidos. Avanza, ¡oh muy sabio príncipe!, y mira cómo yo trabajo. Gracias a un privilegio, tu tío paterno puede arrostrar a devas y danavas; Kumbhakarna, por su parte, gracias a su vigor, desafiaba también a suras y asuras. En cuanto al arco, eres el émulo de Indrajit; en valentía, el de Ravana. Tú eres ahora, en el mundo de los rakshasas, el mejor en cuanto a fuerza y energía. Nuestro grande, prodigioso duelo, este duelo entre los dos, que se parece al de Sakra y Sam-

bara, que los seres hoy sean testigos de él. Tú has realizado una hazaña sin igual y dado prueba de habilidad en el oficio de las armas derribando a estos valientes haris, formidables en valor. Yo temo la censura, ¡oh héroe!, y es por eso por lo que no te he matado ya; porque tus hechos poderosos te han fatigado, descansa, pues, y contempla mi valentía.»

Exaltado por este lenguaje desdeñoso de Sugriva, el ardor del guerrero redobló: cual el fuego sagrado cuando se echa en él manteca. Entonces, Kumbha cogió a Sugriva entre sus brazos. Semejantes a dos elefantes borrachos de mada, los dos campeones resoplaban y resoplaban. Los miembros entrelazados, apretábase uno al otro, y vomitaban por la boca llamas, mezcladas con humo, a causa de sus esfuerzos. Bajo la presión de sus pies la tierra se hundía, y las olas del Océano, mansión de Varuna, fueron trastornadas. Al fin, Sugriva, precipitó a Kumbha en la onda salada, tras haberle derribado violentamente, y le hizo ver el fondo del mar.

La caída de Kumbha determinó el levantamiento de una masa de agua grande como el Vindhuya y el Mandara, que se extendió por todas partes. No obstante, Kumbha se levantó, botó sobre Sugriva y le asestó en el pecho un golpe furioso con su puño, semejante al rayo. La armadura del vanara quedó rota, incluso vomitó sangre; pero el puño del rakshasa, a causa de la propia violencia del golpe, se aplastó contra la osamenta de su rival. Al choque brotó una llama centelleante, enorme, lo mismo que cuando es alcanzada por el trueno la llama que escapa del monte Merú. Respondiendo, Sugriva, el vigoroso toro de los vanaras, levantó un puño semejante al trueno. Aquel puño, centelleante como la órbita solar con sus mil rayos, se abatió con fuerza sobre el estómago de su rival. A aquel choque que le trituró, Kumbha, inanimado, se hundió como un brasero cuyo ardor se ha extinguido. Bajo aquel puñetazo horroróse súbitamente el rakshasa: cual Lohitanga, el de los ardientes rayos, expulsado del cielo por el Destino. Kumbha, cayendo, el tronco aplastado por Sugriva, tornóse del color del Amo de las vacas, batido por Rudra. Kumbha derribado en lucha por el monarca, de la formidable valentía, de los plavangamas, la Tierra con sus montañas y sus bosques tembló. Un pánico extremado se apoderó de los rakshasas.

## SARGA LXXVII

## DUELO ENTRE NIKUMBHA Y HANUMAT. NIKUMBHA SUCUMBE

Nikumbha, al ver a su hermano, al que Sugriva acababa de vencer, devoraba, por decirlo así, al rey de los vanaras con el fuego de sus furiosas miradas. El héroe cogió por el mango su brillante maza, festoneada de guirnaldas, grande como la cima del Mahendra, incrustada de láminas de oro, enriquecida con diamantes y corales, semejante al cetro de Yama, terrible, la seguridad de los rakshas. Blandiendo aquel arma de esplendor igual al estandarte de Sakra, el célebre Nikumbha, el del formidable ánimo, lanzó gritos abriendo la boca cuanto le era posible. El pecho adornado con un nishka, los brazos cargados de anillos, con sus dos encantadores pendientes y su graciosa guirnalda, sus ornamentos y su maza, Nikumbha centelleaba como una nube surcada de relámpagos y llena de rayos, cuando a ella se añade el arco de Indra. Contra la punta de su arma venía a quebrarse el grupo de los siete vientos. El brillante héroe centelleaba como un fuego sin humo. Con la ciudad de Vitapavati y los más bellos de los palacios de los gandharvas, con sus grupos de constelaciones y sus planetas, con la Luna y sus grandes astros, el firmamento al que alcanzaba la maza de Nikumbha pareció bombolcarse. Entonces salió inaccesible, con su maza y sus adornos por llamas, su cólera por tizón, el fuego Nikumbha, semejante al fuego que pone fin a los yugas. Los rakshasas, lo mismo que los vanaras, espantados, no se atrevieron a moverse. Hanumat, no obstante, descubriendo su pecho, colocóse de pie frente a él, intrépido. Con sus brazos grandes como barras, levantando su maza, que brillaba como el astro del día, el héroe la abatió sobre el pecho de otro héroe. Al contacto con el robusto y ancho pecho de Hanumat, el arma, rota en cien pedazos, estalló de pronto, como un meteoro en el espacio. Recibiendo el choque de aquella arma, el gran mono no se conmovió más que se conmueve una montaña por obra de un temblor de tierra. Atacado de este modo por su adversario, Hanumat, el mejor de los plavagas, hizo girar su puño con una fuerza extraordinaria. Levantando el puño, el ilustre héroe asestó un golpe violento en el pecho de Nikumbha, al tiempo que saltaba sobre él impetuoso como la tempestad. Al golpe, la coraza quedó destrozada, y la sangre brotó como el relámpago de la nube. El choque hizo bambo-

learse a Nikumbha, el cual, tras afianzarse bien, agarró al muy vigoroso Hanumat. Entonces oyéronse, en medio del combate, los hurras lanzados por los habitantes de Lanká, cuando vieron a Nikumbha levantar al poderoso Hanumat. Bien que levantado así por el rakshasa, el hijo del viento le sacudió un puñetazo fulminante. Luego, Hanumat, soltándose, saltó a tierra, y sacudió violentamente a Nikumbha. Y en un supremo esfuerzo le derribó y le trituró, saltando al aire con impetu enorme para caer pesadamente sobre el pecho de su enemigo. Y aún le agarró el cuello con ambas manos, y mientras el otro aullaba, le arrancó la cabeza, que era de un tamaño espantoso. En medio de los aullidos lanzados por Nikumbha, caído bajo los golpes del hijo de Pavana, el hijo de Dasaratha y el de un Indra de los rakshasas, los dos llenos de furor, entablaron una lucha encarnizada, terrible. Nikumbha, habiendo perdido la vida, los plavagas lanzaron gritos de alegría que los puntos del horizonte repitieron. La Tierra pareció temblar; el cielo, desplomarse; el ejército de los rakshasas quedó aterrado.

### SARGA LXXVIII

#### MAKARAKSHA SALE AL ENCUENTRO DE RAMA Y DE LAKSHMANA

Al ver a Nikumbha muerto y a Kumbha abatido, Ravana, era tal su furor, que parecía un fuego centelleante. El nairrita, enloquecido por la cólera y el dolor a la vez, incitó vivamente al hijo de Khara, Makaraksha, el de los grandes ojos: «Ve, hijo mío, te lo ordeno, pues la fuerza es tu lote; Raghava y Lakshmana, abate a los dos, así como a los huéspedes de los bosques.» Oyendo esta orden, el hijo de Khara, que se las daba de valiente, Makaraksha, respondió alegremente a Dasagriva: «Está bien.» Luego, habiéndole saludado haciendo el pradakshina, el valeroso guerrero salió de la suntuosa mansión empujado por la palabra del rey. El hijo de Khara ordenó al intendente del ejército que estaba allí inmediato: «Que preparen mi carro rápidamente, y que el ejército venga lo más pronto posible.» A esta orden, el intendente militar hizo que acercasen su carro y su ejército.

El merodeador nocturno, tras haber saludado al rey con el pradakshina y hecho avanzar su vehículo, intimó a su conductor: «Apresura los caballos.» Y al punto dio a todos los rakshasas esta orden: «Vosotros todos combatid delante de

mí, soldados. En cuanto a mí, nuestro rey, el magnánimo Ravana, me ha prescrito que mate en la contienda a los dos hermanos Rama y Lakshmana. Hoy Rama será abatido; yo le haré caer lo mismo que a Lakshmana, ¡oh noctívagos!, así como a las gacelas de las ramas, a Sugriva y a los vanaras, bajo las mejores de mis jabalinas. Hoy, bajo mis mazazos, el gran ejército de los vanaras le destruiré apenas junto a él, como el fuego acaba con un montón de madera seca.»

Oyendo este lenguaje de Makaraksha, los merodeadores nocturnos, provistos de toda clase de armas, todos llenos de valentía, apretaron sus filas. Cambiando de forma a voluntad, torvos, los colmillos agudos, los ojos rojizos, lanzando clamores de elefante, con los cabellos erizados, inspiraban espanto. Aquellos colosos rodeaban al colosal hijo de Khara, y lanzaban hurras alegres que trastornaban la bóveda celeste. Caracoles marinos y tambores que hacían sonar por millares, en todas direcciones, más saltos y chocar de manos, hacían enorme ruido.

Pero de pronto el escudero de Makaraksha dejó caer su aguijón, y súbitamente asimismo su estandarte se inclinó; el Destino estaba allí. Los caballos que tiraban del carro perdieron su vigor; avanzaban, pero tan sólo con paso titubeante, tristes, la faz en llanto. Se levantó un viento que removió el polvo, áspero, penoso, al salir el feroz Makaraksha, el del alma perversa. Testigos de aquellos presagios, los rakshasas, llenos de valor, salieron a pesar de ello sin la menor inquietud en busca de Rama y de Lakshmana. Semejantes a rebaños de elefantes y de búfalos a causa del color de sus miembros, que en el frente de banderas más de una vez mazas y espadas habían desgarrado. «¡Aquí estoy! ¡Heme aquí!», gritaban cada uno de aquellos guerreros experimentados, noctívagos, mientras realizaban sus evoluciones múltiples.

## SARGA LXXIX

### MAKARAKSHA CAE BAJO LOS GOLPES DE RAMA

Cuando vieron acercarse a Makaraksha, los toros de los vanaras lanzáronse todos hacia adelante, en buen orden, impacientes por combatir. Con ello se entabló una gran batalla, una batalla como para poner los pelos de punta, entre los merodeadores nocturnos y los plavamgas, lo mismo que en tiempos

entre los devas y los danavas. Golpes de árboles y de venablos, choques de mazas y de barras, con ello se mataban unos a otros, los monos y los noctívagos. Picas, sables, mazas, lanzas, jabalinas, arpones, colmillos, flechas, redes, martillos, palos, con estas armas y otras con las que se golpeaban por todas partes, los rakshasas hicieron una carnicería entre la flor de los monos. Abrumados por aquella masa de proyectiles que les lanzaba el hijo de Khara y sus tropas, el espíritu extraviado, todos los vanaras huyeron espantados. Al ver escapar a sus enemigos, los rakshasas, todos, lanzaron rugidos leoninos, orgullosos gritos de triunfo.

Mientras los vanaras corrían de aquel modo en todas direcciones, Rama cubrió con una lluvia de flechas a los rakshasas. Al ver de aquel modo inundados a los rakshasas, Makaraksha, el merodeador nocturno, consumido por el fuego de la cólera, apostró a Rama en estos términos: «¡Detente, Rama! Es conmigo con quien es preciso que te midas. Conmigo, que voy a quitarte la vida con las agudas flechas que escapan de mi arco. Desde que, en el bosque Dandaka, asesinaste a mi padre, desde entonces, al acordarme de tu maldad, mi furor no hace sino aumentar. Un fuego violento me consume los miembros, ¡oh perverso Raghava!, por no haberte visto en aquel momento en el gran bosque. Pero, gracias al cielo, hete aquí al fin ante mis ojos, ¡oh Rama! Aspiraba a encontrarte como el león, empujado por el hambre, busca otra fiera cualquiera. Sin tardar, mis rápidas flechas van a enviarte a la mansión de los difuntos; los bravos a los que has matado, con ellos irás a reunírte. ¿Para qué hablar más? Sólo una palabra aún, ¡oh Rama!; a saber: ¡Que todos los mundos sean testigos de nuestro duelo! Dardos, mazas, puños, combate aquí, ¡oh Rama!, con el arma que sea tu favorita.»

Tal dijo Makaraksha. El hijo de Dasaratha respondió sonriendo a tal flujo de palabras: «¿Para qué tantas hravatas vanas, raksha? Hacer tal cosa no te conviene. En el campo de batalla no se triunfa, sin lucha, tan sólo por la fuerza de las palabras. Catorce mil rakshasas, tu padre, Trisiras y Dushana mismo, en Dandaka, cayeron bajo mis golpes. Los buitres, los chacales y los cuervos se hartarán hoy con tu carne, miserable, desgarrándote con sus picos, sus uñas y sus agudos colmillos.»

Habiendo dicho Raghava estas palabras, Makaraksha le lanzó con gran vigor cantidad de dardos. Aquellas flechas de pie de oro y ricamente adornadas Rama las deshizo innumerables veces con otra avalancha de dardos, y al suelo cayeron

hechas pedazos. Habiéndose acercado el uno al otro, la lucha se hizo encarnizada entre el hijo de Khara, el rakshasa, y el de Dasaratha. Semejante al estruendo aéreo de dos nubes tempestuosas, así era el ruido de cuerdas y guanteletes; el sonido de los dos arcos se confundía. Devas, danavas, gandharvas, kinnaras y grandes serpientes, todos estaban en los aires, ávidos de contemplar el prodigio. Cada herida que los combatientes se hacían mutuamente doblaba su energía; devolvíanse golpe por golpe. Los numerosos dardos que le lanzaba Rama, el rakshasa los destruía, y los del rakshasa, Rama, y no tan sólo una vez, los rompía con sus flechas. Cantidad de proyectiles cubrían las regiones y sus intervalos también; el suelo estaba lleno de ellos por todas partes; de tal modo que no se les veía. Al fin, hartó ya Raghava, el de los grandes brazos, lleno de cólera, rompió el arco de su adversario, y con ocho naracas hirió a su escudero. Luego con sus flechas le deshizo el carro y mató a los caballos. Privado de su vehículo. Makaraksha, el merodeador nocturno, quedó de pie en el terreno. Entonces, el rakshasa se armó con su venablo, con lo que el espanto de todos los seres centelleó como el fuego que pone término a los yugas. Imposible de agarrar, aquel enorme venablo, don de Rudra, inspiraba espanto, relucía en el aire como otro dardo para la destrucción de los mundos. Al contemplar aquel formidable venablo que proyectaba llamas, todas las deidades, cogidas por el terror, emprendieron la huida por todas partes, mientras el merodeador nocturno le blandía y le arrojaba con furia contra el magnánimo Raghava. Cuando caía llameante, lanzado de aquel modo por la mano del hijo de Khara, con cuatro flechas Raghava le quebró en pleno vuelo. Roto por varios partes, el venablo de celestiales doraduras cayó por el suelo, cual un gran meteorito; los dardos de Rama le habían destruido. Al ver aquella arma rota por Rama, el de las imprecables hazañas, los bhutas, desde el medio de los aires, exclamaron: «¡Bravo! ¡Bravo!» En cuanto a Makaraksha, éste, considerando su venablo deshecho, gritó a Kakutsha: «¡Detente! ¡Detente!», al tiempo que levantaba el puño.

Al verle llegar, Rama, la alegría de Raghú, sonrió desdeñosamente, y escogiendo en su carcaj un dardo de Pavaka, se lo lanzó. Alcanzado por el proyectil de Kakutsha, el rakshasa, el corazón atravesado, cayó y murió. Testigos de la caída de Makaraksha, todos los rakshasas huyeron a Lanká; los dardos de Rama les aterrorizaban. Mientras los dioses se regocijaban con el espectáculo de ver al merodeador nocturno,

nacido de Khara, alcanzado por los golpes violentos del hijo de Dasaratha, caer como una montaña herida por el rayo.

## SARGA LXXX

### NUEVA SALIDA DE INDRAJIT. SE HACE INVISIBLE

Cuando Ravana supo la muerte de Makaraksha, hasta entonces victorioso, pero caído en la guerra, hizo rechinar sus dientes, de tal modo fue presa de la cólera. Exasperado, preguntábase qué hacer. Reflexión hecha, envió, empujado por su furor, a su hijo Indrajit al combate: «Sé vencedor, ¡oh héroe!, de los dos poderosos hermanos Raina y Lakshmana. Invisible o visible, de toda maneras tú eres de una fuerza superior. Tú triunfaste en tu lucha con Indra, el de las incomparables hazañas; por consiguiente, ¿cómo no habías de vencer frente a frente de dos hombres?»

Para conformarse a esta orden del rey de los rakshasas, Indrajit sacrificó, según los ritos, en el lugar habitual. Durante la ceremonia rakshasas de rojo turbante vinieron apresuradamente a reunirse con él. Armas, sarapatras, samids, bibhitakas, telas amarillas, una zuchara negra de hierro, todo ello lo pusieron a su disposición. Tras haber llenado enteramente el fuego de sarapatras mezcladas con tomaras, Indrajit cogió por el cuello un macho cabrío enteramente negro, vivo. El brasero sin humo que alimentaban saras, homa y samidhs, produjo fenómenos, presagio de victoria. Con llamas que arremolinábanse en dirección Sur, brillantes como el oro Hataka, el fuego se apoderó de la ofrenda, tras haberse encendido por sí mismo.

Habiendo sacrificado de este modo en honor de Añi y hartado a devas, danavas y rakshasas, Indrajit subió a su carro maravilloso al que hizo invisible. Sobre aquel magnífico vehículo, del que tiraban cuatro caballos, el héroe, provisto de agudas flechas y armado de su enorme arco, estaba espléndido. El carro centelleaba de hermosura con sus paramentos de oro afinado y sus decorados que representaban gacelas, lunas y medias lunas. Indrajit tenía un estandarte que brillaba como un brasero ardiente con sus grandes anillos de oro jambudana y sus incrustaciones de esmeraldas. Bajo la salvaguardia del dardo de Brahma que se asemejaba al Sol, el todopoderoso Ravani era invencible.



Cuando salió de la ciudad, tras haber invocado a Añi y adquirido el poder de hacerse invisible, con ayuda de mantras propios de los rakshasas, el victorioso Indrajit habló de este modo: «Hoy mataré en el combate a los dos Raghavas, cuyo destierro silvestre se hace útil. Voy a dar a mi padre, Ravana, una victoria decisiva. Hoy le procuraré la suprema alegría de despoblar la Tierra de vanaras, luego de haber inmolado a Rama y a Lakshmana.» Habiendo hablado así, se hizo invisible. Al punto corrió furioso al combate, al que Dasagriva le empujaba. Ardientes eran el arco y los dardos del encendido adversario de Indra. No tardó en ver a los dos valerosos héroes, semejantes a dos serpientes de tres cabezas, que lanzaban series de proyectiles, desde el medio de los vanaras. Helos ahí a los dos, pensó el rakshas, y, tendiendo su arco, cubrió a los dos héroes con una avalancha de proyectiles: cual Parjanya vierte sus ondas. De pie en su carro aéreo, inaccesible a las miradas, inundó a Rama y a Lakshmana con aceradas flechas. Envueltos por aquellos proyectiles de vuelo impetuoso, Rama y Lakshmana adaptaron a sus arcos dardos divinos. Los dos valerosos guerreros cubrieron el espacio con una lluvia de proyectiles brillantes como el Sol, pero no alcanzaron a Indrajit. El poderoso rakshasa entonces produjo humo y tinieblas que extendió por el aire, borrando de este modo los puntos cardinales, y se envolvió él mismo en una espesa niebla. Durante su carrera aérea, no se oía ni las vibraciones de la cuerda de su arco, ni el ruido de las ruedas de su carro, ni el de los cascos de sus caballos; en cuanto a él, no se mostraba por parte alguna. Desde el centro de aquellas nubes tenebrosas, el guerrero de los grandes brazos derramó un chaparrón de naracas; hubiérase dicho una prodigiosa avalancha de rocas. Con sus dardos de reflejos solares que había recibido como don, Ravani, furioso, hirió gravemente a Rama y a Lakshmana en todos los miembros. Los dos tigres de los hombres, abrumados por las naracas, cual dos montes por los chaparrones, lanzaban flechas de pie de oro, aceradas. Aquellas flechas de plumas de garza real, alcanzaron en los aires al hijo de Ravana, atravesándole según corría; luego caían a tierra cubiertas de sangre. La masa de proyectiles que les lanzaba Indrajit, que les quemaba cruelmente, los dos príncipes, mediante bhullas numerosas, se esforzaban por quebrarlas en pleno vuelo. Allí donde veían caer aquellos agudos dardos, en aquella dirección los dos Raghavas enviaban sus dardos excelentes. Entre tanto, Ravani corría en todas direcciones con su carro, como hábil conductor, y hería a los dos hijos de Da-

saratha con los tiros rápidos de sus acerados dardos. Acribillados por él con flechas de pie de oro, que llovían espesas; los Dasaratha tenían el aspecto de dos kimsukas en flor. Nadie podía seguir la rapidez de su carrera, ni advertir su silueta, su carro o sus flechas. No dejaba ver nada de él; hubiérase dicho el Sol tras espesas nubes. Alcanzados por él, abatidos, muertos, los haris yacían por centenares sobre el terreno.

Lakshmana irritado, dijo entonces a su hermano:: «¿Empleo el dardo de Brahma y extermino a todos los rakshasas?» Rama respondió a Lakshmana, el de las brillantes insignias: «No debes, a causa de uno solo, hacer desaparecer a los rakshasas de la Tierra. Al no combatiente, al que se oculta, al que hace el anjalí, al que reclama protección, que huye o que está borracho, no debes alcanzarle. Héroe de los grandes hrazos, esforcémonos en martir a Indrajit ajustándole bien con nuestros dardos de gran brío, semejantes a serpientes. Ese mago, ese rakshasa canijo, de invisible carro, los propios vanaras, de poderle ver, serían suficientes para abatirle. Que se meta en la tierra, en el cielo, en el Rasatala, en el firmamento, mis dardos irán a consumirle en su retiro, y al suelo caerá privado de vida.» Tras este expresivo lenguaje, el héroe de los Raghús, al que los toros de los plavagas rodeaban, pensó al punto cómo, mediante su gran energía, matar al bárbaro de las criminales hazañas.

## SARGA LXXXI

### ESTRATAGEMA DE INDRAJIT. ESPECTRO DE SITÁ

Indrajit, habiendo adivinado el propósito del poderoso Ravana, se alejó del combate y entró en la ciudad. Luego, pensando en la muerte de los bravos rakshasas, rojos los ojos de cólera, el valeroso Ravani salió de nuevo. Salió por la puerta occidental, rodeado de rakshasas, el muy vigoroso Indrajit, salido de Pulastya, espina de los devas. Al ver a los dos hermanos Rama y Lakshmana, guerreros apasionados por la lucha, desplegó su magia. Hizo montar en un carro a una Sitá hecha de ilusión, la rodeó de una tropa considerable y fingió darla muerte. Pero era con el propósito de engañar a todos los vanara por lo que concibió aquel propósito el miserable. Avanzó, pues, al encuentro de los vanaras, resuelto a matar a Sitá en efígie. Cuando le vieron acercarse, todos los monos se lan-

zaron furiosos, con rocas en las manos, impacientes por combatir. A su cabeza marchaba Hanumat, elefante de los kapis, armado de una enorme cima de montaña, inaccesible. Y he aquí que vio a Sitá en el carro de Indrajit con su única trenza, triste, los rasgos adelgazados por el ayuno. La bienamada de Raghava no tenía sino un vestido que estaba todo lleno de manchas; su cara no había sido lavada; todos sus miembros estaban cubiertos de polvo y de barro en aquella hermosa mujer. Hanumat, al ver a Maithilí, quedó un momento estupefacto, pues no hacía mucho que había visto a la hija de Janaka. Al contemplar a la desgraciada, a la infortunada asceta, de pie en el carro, triste, en poder del hijo del Indra de los rakshasas, se preguntó: «¿Qué pretende ese rakshas?» Mientras tal se preguntaba, el gran mono, acompañado de la flor de los vanaras, corrió al encuentro de Ravani. Al ver al ejército de los vanaras, el hijo de Ravana, empujado por la cólera, sacó su sable de la vaina y le blandió sobre la cabeza de Sitá. Aquella mujer que Maya hacía aparecer allí en su carro el rakshasa la golpeó delante de todos los vanaras, mientras ella exclamaba: «¡Ay Rama! ¡Ay Rama!»

Cuando vio cómo la agarraba por el pelo, Hanumat, nacido de Maruta, fue presa de la aflicción; lágrimas de dolor caían de sus ojos. Contemplando a la esposa querida de Rama, tan perfectamente hermosa, apostrofó violentamente, lleno de cólera, al hijo del rey de los rakshasas: «¡Miserable, contra ti mismo obras atreviéndote a tocar sus cabellos! ¡Tú, que, salido de una familia de brahmarshis, caíste en el seno de una rakshasi! ¡Maldición a ti y a tu infame conducta! ¡Conducta, por supuesto, semejante a tu alma! ¡Cruel, bárbaro, bandido, miserable, guerrero vill! ¡Lo que haces no es digno de un arya; luego ninguna piedad contigo, ser sin entrañas! Arrancada de su casa, de su reino y de los brazos de Rama, Maithilí, ¿en qué te ha ofendido para querer matarla implacablemente? Sitá asesinada, ¡ya te digo que no sobrevivirás mucho tiempo, puesto que, hecho digno de la muerte a causa de este crimen, te pones al alcance de mis manos! Los infiernos adonde van los asesinos de las mujeres y que hasta los más miserables temen, cuando hayas exhalado aquí mismo los alientos, muerto, ellos serán tu recompensa.»

Mientras tal decía, Hanumat, escoltado de haris armados, se precipitó enfurecido sobre el hijo del Indra de los rakshasas. Al poderoso ejército de los monos que acudía, Indrajit le opuso el de los rakshasas de temible enojo. El mismo abrumó con mil dardos la tropa de los haris; luego respondió a Hanu-

mat, el jefe de los monos: «Sugriva, tú y Rama, la que es causa de vuestra venida aquí, Vaidehí, voy a matarla ante tus ojos. Ella muerta, entonces Rama y Lakshmana, tú mismo, ¡oh vanara!, y Sugriva, yo os exterminaré, así como al vil Vibhisana. No hay que matar a las mujeres: he aquí lo que tú pretendes, plavamgama. Lo que perjudica al enemigo, derecho hay para hacerlo, ciertamente.» Esto diciendo, a aquella Sitá, obra de la ilusión, que sollozaba, con su sable de corte bien afilado, Indrajit la golpeó él mismo. Cortada en dos, al modo del cordón del sacrificio, la venerable mujer de anchas caderas, hermosa de ver, cayó por tierra. Tras haberla matado de aquel modo, Indrajit dijo a Hanumat: «Mira a la bienamada de Rama caída bajo mi espada; muerta está Vaidehí; estéril es vuestra penosa empresa.» Y tras haberla muerto él mismo con su gran sable, Indrajit, gozoso, de pie en su carro, lanzó un inmenso clamor. Los vanaras que estaban frente a él, no lejos, le oyeron gritar así hasta desgañitarse, instalado en su ciudadela aérea. Una vez que hubo inmolado de aquel modo a la falsa Sitá, el pérfido Ravani mostró una viva alegría. Al ver aquel aire tan satisfecho, los vanaras, completamente desanimados, se desbandaron.

## SARGA LXXXII

### HANUMAT VUELVE A TRAER A SUS TROPAS AL COMBATE. SACRIFICIO DE INDRAJIT

Cuando oyeron aquel formidable clamor, viendo a Indrajit, cuya voz asemejábase al rayo de Sakra, los vanaras huyeron al punto en todas direcciones. Hanumat, nacido de Maruta, les gritó a todos, mientras que, el rostro consternado, tristes, atemorizados, escapaban cada uno por su lado: «¿Por qué huir con la cara descompuesta? Con esa premura por desertar de la lucha, ¡oh plavamgamas! ¿Qué ha sido de vuestro valor? No volváis la espalda de este modo, sino que, al contrario, seguidme al combate.»

A esta reprobación del sabio hijo de Vayú, que tan furioso estaba, los haris armáronse de crestas de rocas y de árboles, ya el alma tranquila. Y aquellos toros de los vanaras avanzaron, desafiando a los rakshasas, rodeando a Hanumat, al que acompañaron en la gran batalla. Rodeado por todas partes por ellos, la flor de los vanaras, como el dios comedor de ofrendas

lo es por sus rayos, Hanumat consumía al ejército enemigo. Hizo una verdadera matanza de rakshasas el poderosísimo kapi, escoltado por los batallones simiescos, y semejante a Yama el día de la destrucción final. Empapado de dolor y de cólera, el mono Hanumat lanzó sobre el carro de Ravani una roca enorme. Cuando vio llegar el proyectil, el conductor, muy en posesión de sus caballos, apartó el carro y le alejó. Ni Indrajit ni su escudero fueron alcanzados por la roca, que abrió el suelo y en él se hundió empujada por su inútil impulso. La caída de la roca desconcertó al ejército de los rakshasas y sembró en él un gran desorden. Los habitantes de los bosques cayeron a centenares sobre el enemigo, lanzando gritos; aquellos colosos blandían árboles y cimas de montañas.

Indrajit fue cubierto en la refriega por una espantosa avalancha de árboles y de piedras por los plavamgamas de temible valentía, que hicieron una verdadera carnicería de enemigos, ello mientras lanzaban toda suerte de clamores. Bajo los rudos golpes de aquellos terribles vanaras, los horribles merodeadores nocturnos caían volteados por los árboles en el campo de batalla. Al ver a su tropa de tal modo baqueteada por los vanaras, Indrajit, las arinas en la mano, enojado, corrió a su encuentro y les lanzó cantidad de flechas, rodeado de su batallones. El intrépido guerrero abatió a gran número de entre la flor de los monos. Armados de venablos, de rocas, de sables, de arpones, de picas, de mazas, los vanaras, por su parte, diezmaron a sus compañeros en la refriega. Troncos y ramas enormes, piedras, rocas, el muy valeroso Hanumat sirvióse de todo ello para exterminar a los rakshasas, los de las terribles hazañas. Luego de haber rechazado al ejército enemigo, Hanumat dijo a sus tropas: «¡Deteneos! Ya nada tenemos que hacer contra esas fuerzas. Con peligro de nuestra vida, obramos con el propósito de agradar a Rama; pero aquella por la que guerreábamos muerta está, la hija de Janaka. Este acontecimiento, cuando se lo hayamos hecho conocer a Rama y a Sugriva, lo que ambos decidirán a su vez lo cumpliremos.»

Así habló el general de los vanaras; detuvo a sus tropas y con ellas volvió lentamente, intrépido. Entre tanto, cuando vio a Hanumat irse en busca de Raghava, el perverso Indrajit, queriendo sacrificar, fue el caitya de Nikumbhilá. Allí se instaló invocando al dios del fuego. Pavaka, habiendo acudido el emplazamiento del sacrificio a la llamada del rakshas, se encendió y consumió el homa y la sangre. Radiante, llameante, harto de homa y de sangre, Añi mostróse semejante al Sol

a la hora del crepúsculo, y tornóse muy ardiente. Indrajit ofreció una libación a la tierra de los rakshasas, según los ritos que conocía bien. Ante este espectáculo, los rakshasas, instruidos de lo que convenía o no convenía en las grandes guerras, hicieron alto.

### SARGA LXXXIII

#### DISCURSO DE LAKSHMANA

Raghava, entre tanto, oyendo el ruido formidable de la lucha entre rakshasas y vanaras, dijo a Jambavat: «Amigo, en este momento Hanumat realiza sin duda una hazaña particularmente difícil, a juzgar por el ruido terrible y el inmenso clamor de los combatientes. Ve, rodeado de tu propio ejército, ¡oh jefe de los rikshas!, a llevar un pronto socorro al príncipe de los kapis que se bate.» «Que así sea», replicó el rey de los rikshas; luego, escoltado por su tropa, se dirigió hacia la puerta oeste para reunirse con Hanumat, el vanara. En esto el soberano de los rikshas advirtió a Hanumat que volvía en medio de sus vanaras; la lucha había cesado y él se lamentaba. Habiendo encontrado a aquel ejército de rikshas que iba al combate, semejante a una nube sombría, terrible, Hanumat le hizo detenerse y hacer marcha atrás. Reunido a aquella tropa, el ilustre guerrero fue prontamente al encuentro de Rama y le dijo, lleno de tristeza: «Mientras que combatíamos, Indrajit, nacido de Ravana, ha matado delante de nuestros ojos a Sitá, hecha un mar de lágrimas. El espíritu turbado ante tal espectáculo, desesperado, ¡oh vencedor del enemigo!, he acudido para hacerte saber lo que ha pasado.»

Oyendo esta noticia, Raghava, a quien el dolor extraviaba, dejóse caer por tierra, cual un árbol al que hubiesen cortado las raíces. Viéndole extendido por el suelo, semejante a un deva, al hijo de Raghú, la flor de los kapis se precipitó, acudiendo de todas partes, junto a él. Le rociaron de agua perfumada mediante padmas y utpalas, a él, que ardía de pena, cual un incendio encendido de pronto y de violencia irresistible. Entonces, Lakshmana le estrechó entre sus brazos, penetrado de dolor, y dijo a Rama, que no era dueño de sí, este lenguaje lleno de razón y de sentido: «Tú, que marchas por el sendero del bien, ¡oh noble hermano!, y que has dominado tus sentidos, no puedes ser preservado del infortunio por el inútil dharma. Se ve a los seres inmóviles y a los que se mue-

ven; con el dharma no ocurre lo mismo; luego no existe; tal es mi opinión. El ser inmóvil es distinguible; el que se mueve lo es también. En cambio, la palabra dharma no tiene sentido; la virtud no existe (*dharmo nasti*) (359); de otro modo, un hombre virtuoso como tú no sería víctima del infortunio. Si el dharma fuese algo real, Ravana iría al Infierno, y tú que te has aferrado al dharma, la desgracia no, no podría alcanzarte. No obstante, la calamidad, que deja de alcanzar a ese rakshasa para herirte a ti, prueba que el dharma y el adharma son un doble sinsentido. El dharma debería producir el dharma y el adharma atar al adharma a aquellos en los que reside. Entonces las gentes no se alejarían del dharma, puesto que en él encontrarían más placer que en el adharma; y los que siguiesen el dharma cogrían los frutos del dharma. Puesto que los bienes aumentan en aquellos en los que el adharma se implanta, y que aquellos que hacen del dharma una costumbre son afligidos, es que estas dos palabras no tienen sentido. Si los que hacen el mal pereciesen a causa del adharma, ¡oh Raghava!, el adharma sucumbiría bajo la obra de su destrucción, y el adharma muerto, ¿a quién mataría? Por consiguiente, es en virtud de un decreto del Destino, sin duda, por lo que el hombre es muerto o mata a otro; es el Destino, no el asesino el que queda manchado por esta maldad. Puesto que no se le ve vengarse, puesto que se es incapaz de discernirle, puesto que es como si no fuera, ¿cómo se podría obtener el bien supremo, ¡oh tú, el azote de tus enemigos!, por medio del dharma? Si el bien existiese, ¡oh rey, tú, el más virtuoso de los hombres!, no sentirías desgracia alguna; pero, puesto que también te alcanza, evidente es que el bien es una palabra vacía de sentido. Que si, débil, impotente, el dharma se une a los pasos del hombre fuerte, a causa misma de su debilidad que suprime toda diferencia con el adharma, de esto no hay que hacer caso, a mi juicio. Si el dharma ha llegado a ser un anejo de la fuerza, tus hazañas autorizan a no tenerlo en cuenta ahora, y del mismo modo que en otro tiempo tú le practicabas, emplea tu fuerza en adelante. Pero si la fidelidad a la palabra dada constituye el dharma, ¡oh azote de tus enemigos!, la injusticia cometida en lo que te afecta, sin razón, ¿no es ella la que ata y no tú? Si el dharma fuese una entidad y el adharma otra, en verdad no, tras haber dado muerte al asceta Visvarupa, Indra, portador del rayo, no podría sacrificar, él, el dios de los sacrificios. Es apoyándose sobre el adharma como el dharma destruye al adversario, ¡oh Raghava! Todo esto, ¡oh Kakutstha!, el hombre lo practica a su guisa,

Tal es mi opinión, querido Raghava. Luego tú le has cortado por la raíz desertando el Imperio. Los recursos aumentados, acumulados de uno y otro modo, dan nacimiento a todos los triunfos, así como las montañas a todos los ríos. Privado de recursos, el hombre de limitada inteligencia ve agotarse toda su fuerza, como en el verano los hilos de agua. Renunciar a la fortuna, cuando se ama la felicidad en la cual se ha crecido, es empezar a obrar mal; y ya se está en falta. El que tiene riquezas, tiene amigos; el que tiene riquezas, tiene parientes; el que tiene riquezas, es verdaderamente un hombre para el Mundo; el que tiene riquezas es el verdadero pandit. El rico, he aquí el valiente; el rico, he aquí el sabio; el rico, he aquí el poderoso; el rico, he aquí el hombre de mérito por excelencia. Los inconvenientes que resultan del abandono de los bienes, con ello mismo lo indico, ¡oh héroe! La razón que te ha determinado a dejar la corona no la veo. El que posee la fortuna, posee el dharma y el kama con el artha; todo lo tiene en su mano. El indigente que aspira a la riqueza no podrá adquirirla si se contenta con pensar en ella. Alegría, placer, orgullo, derecho, cólera, sosiego, dominio: la riqueza es el móvil de todas estas cosas, ¡oh jefe de los hombres! A las gentes virtuosas, a los que practican el deber, los bienes de este Mundo les escapan; estos bienes no se los ve en ti más que se ven las estrellas en un cielo negro. Mientras vivías en el exilio, ¡oh héroe!, de acuerdo con la orden de tu señor, un rakshasa te arrebató a tu esposa, que te era más querida que tus alientos vitales. Este gran dolor, ¡oh guerrero!, que Indrajit nos causa hoy mediante mi vigilancia, yo sabré disiparle; por consiguiente, ¡arriba, Raghava! Arriba, tigre de los hombres, guerrero de los largos brazos, firme en tus propósitos! ¿No sabes que eres el atmán, el Gran Atmán? Aquí me tienes, héroe sin reproche, dispón de mí como te plazca. La muerte de la hija de Janaka, esta noticia me exaspera. Tras ello voy a derribar con mis dardos Lanká, sus carros, sus elefantes, sus caballos, sus rakshasas y su rey.»

## SARGA LXXXIV

## VIBHISHANA CONSUELA A RAMA

Mientras que Lakshmana consolaba a Rama movido por su afecto fraternal, llegó Vibhishana, que venía de restablecer el orden en sus batallones. Cuatro guerreros armados de todas



armas le escoltaban; tenían el aspecto de un montón de negro colirio; hubiérase dicho elefantes matangas, jefes de rebaño. El héroe, al acercarse, vio al magnánimo Raghava abismado en el dolor, y a los vanaras mismos con los ojos llenos de lágrimas. Vio a Raghava, el de la gran alma, la alegría de la raza de Ikshvaku, presa del extravío, apoyado en el regazo de Lakshmana. Al contemplar su confusión y la ardentísima pena de Rama, Vibhishana, llena también su alma de dolor, preguntó: «Pero ¿qué es lo que pasa?» Y miraba a Hanumat, a Sugriva, a los vanaras, a Lakshmana, a todos bañados en lágrimas, cuando éste dijo tristemente: «Indrajit ha matado a Sitá, y esta noticia llegada por boca de Hanumat, ¡oh amigo mío!, ha hundido a Raghava en la desesperación.» Y entraba Sumitri en los detalles, cuando, interrumpiéndole, Vibhishana dirigió un lenguaje lleno de sentido a Rama, cuyo espíritu estaba extraviado: «¡Oh Indra de los hombres! Lo que te ha hecho saber Hanumat lleno de tristeza es tan inverosímil, a mi juicio, como el desecamiento del mar. Yo conozco muy bien el propósito de Ravana, el del alma perversa, y, en verdad, en modo alguno permitiría, ¡oh guerrero de los grandes brazos!, que Sitá fuese maltratada. Conjurado muchas veces por mí, que sólo su bien descaba, para que diese libertad a Vaidehí, jamás quiso escucharme. Ahora bien: ni mediante seducciones, ni en virtud de presentes, como tampoco de amenazas, y con mucha menos razón por la fuerza de las armas, nadie pudo jamás ver a Sitá. Ha sido tan sólo por engañar a los vanaras por lo que de nuevo Indrajit ha salido a su encuentro. Y un puro efecto de ilusión, sábelo, guerrero de los grandes brazos, lo relativo a esa pretendida hija de Janaka. Hoy debe ir al caitya de Nikumbhilá para hacer allí la ofrenda. Tras haber sacrificado en ese lugar, cuando sale, los dioses mismos con Vasava a su cabeza, es invencible para ellos en la guerra, el hijo de Ravana. El ha sido quien, como mago hábil, se ha servido ahora de ese fantasma con el propósito de paralizar la valentía de los vanaras. Con nuestros soldados, partamos antes que haya acabado su obra. Destierra, ¡oh tigre de los hombres!, esta aflicción que llega dirigida contra ti. En verdad, el ejército entero desconcertado está viendo la pena que te anonada. Por consiguiente, cobra ánimos, levántate. Llama a tu valentía, ordena a Lakshmana que se junte a nosotros y a las tropas de que disponemos. Este tigre de los hombres, con sus dardos acerados obligará a Ravana a interrumpir su sacrificio, y entonces se le podrá matar. Los dardos acerados, penetrantes, de tu hermano, que vuelan como

llevados por alas y son semejantes a pájaros de presa, beberán su sangre. Guerrero de los grandes brazos, lanza a Lakshmana, el de las afortunadas insignias, sobre el rakshasa para que le destruya, como el dios porta-rayo lanza su trueno. Diferir la muerte del enemigo, ¡oh el mejor de los hombres!, no es conveniente; por consiguiente, lanza rápidamente a Lakshmana sobre tu adversario para que le mate, lo mismo que Mahendra lanzó su trueno sobre los rivales de los dioses para exterminarlos. Si cumple su sacrificio, ese toro de los rakshasas tórnase invisible en la refriega para los suras y los asuras. Combatirle una vez su sacrificio terminado, hasta para los mismos dioses sería muy aventurado.»

## SARGA LXXXV

LAKSHMANA VA AL NIKUMBHILÁ PARA COMBATIR ALLÍ A INDRAJIT

Así habló el rakshasa, Raghava, a quien el dolor anonadaba, no comprendió bien lo que le decía. No obstante, habiendo recobrado fuerzas. Rama, el conquistador de las ciudadelas enemigas, respondió a Vibhishana, sentado a su lado, en presencia de los haris: «¡Oh príncipe de los nairritas, Vibhishana! Lo que acabas de decirme deseo oírlo de nuevo, repite lo que acabas de hacerme saber.» Oyendo estas palabras de Raghava, discurridor hábil, lo que le había dicho, Vibhishana se lo repitió: «Las órdenes que me has dado, guerrero de los grandes brazos, respecto a la disposición de las tropas, las he observado escrupulosamente. Los cuerpos de ejército están escalonados por todas partes, y los oficiales tienen cada uno su puesto reglamentario determinado. Escucha lo que aún tengo que notificarte, poderoso señor. Viéndote desolado, sin razón, perdemos ánimos. Descacha, ¡oh príncipe!, esta aflicción, esa pena inmotivada. ¡Fuera ese dolor que hace la alegría del enemigo! Vuelve a llamar a tu energía, ¡oh héroe!, que la alegría sea lo que compartes, puesto que tienes que reunirte con Sitá y destruir a los merodeadores nocturnos. ¡Oh alegría de Raghú!, te voy a dar un consejo útil; escucha: que Sumitri vaya animosamente, a la cabeza de una tropa considerable, al Nikumbhilá para matar allí inmediatamente a Ravani en combate con ayuda de las flechas salidas de su arco tendido, semejantes a reptiles venenosos. Ese guerrero, gracias a su ascetismo, obtuvo de Svayambhú un don maravilloso: el dardo de brahmasiras y corceles que le con-

ducen a su fantasía. Seguramente ha llegado con su ejército a Nikumbhilá. Si consigue hacer su sacrificio, estamos todos perdidos, sábelo. «El enemigo que te hiera antes de haber alcanzado el Nikumbhilá y encendido el fuego, por armado que puedas estar, ¡oh enemigo de Indra!, será tu muerte.» Tal fue el don hecho a Indrajit, ¡oh Rama! El muerto sabe que Ravana entonces morirá, así como los amigos que le rodean.»

Habiendo hablado así Vibhishana, Rama le respondió: «Conozco la magia de ese bárbaro, ¡oh héroe leal! Su posesión del dardo de Brahma permite a ese hábil y poderoso mago, de recursos inmensos, privar de sentimiento en la refriega a los dioses con Varuna mismo a su cabeza. Mientras cruza los aires con su carro, ¡oh ilustre príncipe!, tampoco habría medio de seguir su marcha como no se sigue la del Sol cuando va entre espesas nubes.» Raghava, no obstante, que sabía muy bien el poder mágico de su perverso enemigo, dijo a Lakshmana, brillante de gloria. «Este ejército del Indra de los vanaras, llévale todo entero con sus generales y Hanumat a la cabeza, ¡oh Lakshmana! Toma el ejército de los rikshas con Jabavat, su jefe, y sé vencedor de ese rakshasa que tiene la potencia de Maya a su disposición. Este magnánimo merodeador nocturno te seguirá por detrás con sus consejeros, para caer sobre ese maestro en conocimientos mágicos.»

A estas palabras de Raghava, Lakshmana, el del temible valor, acompañado de Vibhishana, cogió un arco especial, el mejor de todos. Equipado, armado de su coraza, de su espada y de sus flechas, su arco en la mano izquierda, Sumitri se prosternó a los pies de Rama, y lleno de gozo le habló de este modo: «Hoy las flechas que mi arco lanzará, tras haber atravesado a Ravaní, destruirán Lanká, semejantes a garzas reales que destrozan un estanque de lotos. Hoy mismo, el cuerpo de ese bárbaro será atravesado hecho pedazos, por mis dardos, que lanzará la cuerda de mi gran arco.» Tras haber hablado así, el ilustre Lakshmana, impaciente por matar a Ravaní, se alejó a toda prisa. Saludó los pies de su hermano, hizo también el pradakshina, luego se dirigió hacia el Nikumbhilá, hacia el caitya que Ravaní ocupaba.

Seguido de Vibhishana, el príncipe ardía en bizarria. Lakshmana, acompañado por los votos de su hermano, apresuróse a partir. Hanumat a la cabeza de numerosos millares de vanaras y Vibhishana con sus consejeros lanzáronse a paso de carrera tras ellos. Mientras el gran ejército de los haris precipitábase en su seguimiento, Lakshmana advirtió a la tropa del rey de los rakshasas que hacía alto también en el camino. Si-

mitri, la alegría de sus amigos, había ya recorrido un largo camino cuando reconoció de lejos al ejército del Indra de los rakshasas dispuesto en orden de batalla. El arco en la mano, el vencedor de sus enemigos, la alegría de Raghú, alcanzó al hábil encantador y se dispuso a batirle, conformándose a las prescripciones de Brahma. El príncipe, lleno de ardor, iba acompañado de Vibhishana, del valeroso Angada y también del hijo de Anila. Aquella numerosa tropa de enemigos, reluciente con sus armas bien bruñidas, a la sombra de sus estandartes, con las espesas filas de los grandes carros, extremadamente temible y de un brío irresistible, Lakshmana se hundió en ella como en la noche.

## SARGA LXXXVI

INDRAJIT INTERRUMPE SU SACRIFICIO PARA COMBATIR A LAKSHMANA

En aquella ocasión, el hermano segundogénito de Ravana dio a Lakshmana un consejo funesto a sus enemigos, pero útil a su empresa: «Aquel ejército de rakshasas, sombrío como una nube, que se ve allí, arrójate rápidamente sobre él con tus monos armados de rocas. Esfuérzate por voltear ese gran ejército, Lakshmana, pues el hijo del Indra de los rakshasas, el ejército deshecho, se hará visible al instante mismo. Con tus flechas, semejantes al trueno de Indra, anonada a los enemigos; precipítate rapidísimamente mientras el sacrificio no ha sido acabado. Triunfa, ¡oh guerrero!, de ese perverso, pero hábil encantador, del inicuo Ravani, el de las crueles hazañas, espanto de todos los mundos.»

A estas palabras de Vibhishana, Lakshmana, el de las afortunadas insignias, hizo llover un diluvio de dardos sobre el hijo del Indra de los rakshasas. Rikshas y gacelas de las ramas, armándose de árboles enormes, lanzáronse todos a un tiempo sobre el ejército de los rakshasas dispuesto en orden de batalla. Entonces éstos con sus dardos agudos, sus espadas y sus picas y sus venablos, corrieron al encuentro de los batallones de los kapis que estaban impacientes por vencer. La refriega se hizo espantosa entre monos y rakshasas; de su estrépito inmenso todos los ecos de la ciudad resonaron. Proyectiles de todas formas, dardos acerados, árboles, cimas de montañas lanzadas por el aire, formidables, la atmósfera estaba oscurecida. Numerosos rakshasas de rostro y brazos monstruosos

lanzaron sus armas sobre los Indras de los vanaras y les inspiraron un vivo terror. Por su parte, árboles enteros, crestas de rocas, los vanaras golpeaban con ellas aplastando en la refriega a todos los rakshasas. Aquellos rikshas y vanaras, la flor de ellos, de elevada estatura, llenos de valentía, causaban a los rakshasas que estaban enzarzados con ellos un espanto enorme.

Al darse cuenta de que su ejército, abrumado por los enemigos, perdía terreno, el invencible Indrajit se levantó, su sacrificio aún no acabado. Alejándose del Nikumbhilá, al que los árboles entenebrecían, Ravani, furioso, subió en su carro, que estaba dispuesto, de antemano enganchados los caballos, bien equipado. Temible a causa de su arco y sus dardos, semejante a un montón de negro colirio, rostro y ojos enrojecidos, estaba espantoso: cual Mrityú, el Exterminador. Viéndole de pie sobre su carro, su ejército de rakshasas se ordenó alrededor de él y se lanzó terrible a combatir a Lakshmana. Entonces Hanumat, que tenía el aspecto de un monte, calamidad de sus enemigos, desarraigó un árbol enorme, de difícil acceso. Y, semejante al fuego devorador de Kala, el vanara abatió a golpes repetidos en el campo de batalla al enemigo, que quedaba allí inanimado. Viendo al hijo de Pavana sembrar el desorden en sus filas, súbitamente millares de rakshasas abrumaron a Hanumat, los que llevaban venablos puntiagudos, a golpes de venablo, y a golpes de espada los que tenían la espada en la mano; los que lanzas, a lanzadas, y a arponazos, los que estaban armados de arpones. Barras, mazas, palos maravillosos de ver, y, por centenares, sataghnis y martillos de hierro, hachas formidables, bhindipalas, puñetazos semejantes a golpes de rayos, manotazos iguales que estampidos de truenos, los rakshasas le rodeaban por todas partes, acribillando con todo ello a Hanumat, alto como una montaña, que lleno de furor hizo una terrible carnicería.

Indrajit vio al mejor de los kapis, cual una roca, al intrépido hijo de Pavana, cuando exterminaba a sus adversarios. Entonces dijo a su escudero: «Ve hacia aquel vanara, porque si se le deja hacer va a exterminar a los rakshasas.» Oyendo esta orden, el cochero se dirigió hacia Maruti, junto al cual condujo al invencible Indrajit de pie en su carro. Flechas, sa-blazos, golpes con arpones y espadas, de hachas también, abor-dándole, el temible rakshasa hizo llover todo ello sobre la cabeza de los kapis. Los formidables proyectiles que recibió produjeron en Maruti una gran cólera, y dijo: «Si eres en verdad valiente, acércate, ¡oh miserable hijo de Ravana!, al hijo

de Vayú y ven a combatirme; que no escaparás con vida. Lucha con tus brazos, y si se trata de un duelo conmigo, procura resistir mi vigor, insensato, si lo consigues serás el mejor de los rakshasas.»

Vibhishana mostró a Lakshmana al hijo de Ravana que, blandiendo su arco, se disponía a matar a Hanumat: «El vencedor de Vasava, el hijo de Ravana, ahí le tienes, que, subido en su carro, quiere matar a Hanumat. Con tus dardos de incomparable estructura, destructores del enemigo, que ponen fin a la existencia, formidables, ¡oh Sumitri!, a ese Ravani, ¡abátele!» El magnánimo héroe, oyendo estas palabras de Vibhishana, para el enemigo verdadero *vibhishana*, vio a Indrajit, alto como una montaña, de pie sobre su carro, de fuerza espantosa, invencible.

## SARGA LXXXVII

### INDRAJIT Y VIBHISHANA SE INVECTIVAN

Tras haberle hablado así, Vibhishana, lleno de alegría, cogió a Sumitri, que tenía su arco en la mano, y se dirigió con él a toda prisa al encuentro de Indrajit. A poca distancia, entraron en un gran bosque, y Vibhishana mostró a Lakshmana el sacrificio de Indrajit. Había allí, semejante a una sombría nube, un nyagrodha de espantoso aspecto que el ilustre hermano de Ravana indicó a Lakshmana: «Aquí es donde el poderoso hijo de Ravana inmola víctimas para lanzarse al punto al combate. Vuelto entonces invisible para todos los seres, el rakshasa derriba en la contienda a sus enemigos y los paraliza con sus excelentes dardos. Antes de que llegue el nyagrodha, el valeroso hijo de Ravana, atraviésale con tus ardientes dardos, así como a su carro, a sus caballos y a su escudero.» «Que sea así», dijo el muy enérgico Sumitri, alegría de sus amigos; y apostándose allí, tendió su maravilloso arco. Y en esto, sobre su carro color de fuego, el poderoso hijo de Ravana, Indrajit, revestido de una coraza, con su espada y su pendón apareció frente a ellos. Hirviendo de ardor, Lakshmana provocó al invencible Paulastya: «Te desafío a combatir; pero que sea una lucha leal.»

Así interpelado, el enérgico y bravo Indrajit, al ver a Vibhishana, le abrumó con reproches: «Tú, que has nacido y te has educado aquí; tú, el hermano de mi padre, ¿por qué bus-

cas perjudicar a su hijo, tú, rakshasa, mi tío paterno? ¿Es que para ti, ¡oh impío!, no hay ni nacimiento, ni amistad, ni familia, ¡oh miserable!, ni hay regla, ni sentimiento fraternales, ni deberes? Objeto eres de piedad y de censura, ¡oh perverso!, para las gentes honradas, tú, que desertas los tuyos para ir a ponerte al servicio del enemigo. ¿Es que no es en ti frivolidad de espíritu el no advertir la gran diferencia que hay entre morar junto a los suyos o buscar un miserable refugio en el extranjero? Entre un extranjero dotado de cualidades y un pariente desprovisto de ellas, el pariente que carece de talento es preferible; un extranjero es un extranjero. Aquel que abandona su partido para seguir el partido adverso, ése, si los suyos llegan a sucumbir, perece al punto bajo los golpes del enemigo. Una semejante ausencia de conmiseración, ¡oh merodeador nocturno, hermano segundogénito de Ravana!, de una barbarie semejante respecto a los tuyos, tú tan sólo eres capaz de ella.»

A estas palabras del hijo de su hermano, Vibhishana replicó: «¿Es que ignoras mi carácter cuando de este modo me invectivas, rakshasa? Príncipe perverso, no me insultes, al contrario, respétame. Si, en efecto, he nacido en la tribu de los rakshasas, los de las crueles hazañas, el primer guná, el de los hombres, es el mío; mi naturaleza no es la de los rakshasas. No, yo no me complazco en la dureza, no, la injusticia no me es agradable; pero, aunque fuese de carácter diferente, ¿cómo un hermano puede desterrar a su hermano? Aquel cuyo temperamento se aparte del deber, el hombre fundamentalmente malo, al rechazarle, se asegura la dicha, como cuando con la mano nos quitamos de encima una serpiente. Aquel que arrebatara habitualmente el bien de su prójimo, que tiene comercio con las mujeres de otro, hay que huir, se dice, de tal perverso, como de una casa en fuego. Coger los bienes de los demás, tocar a la esposa de su vecino, desconfiar con exceso de los amigos: he aquí tres faltas que arrastran la pérdida del culpable. El cruel asesinato de los rishis, la guerra con todos los dioses, la actitud altiva, la cólera, el odio, la terquedad, estos crímenes y defectos de mi hermano que arruinan su existencia y su Imperio velan sus cualidades como las nubes las montañas. Es a causa de esos vicios por lo que he abandonado a mi hermano del que eres hijo. Lanká, tú y tu padre no existís ya, por decirlo así. Puedes decirme lo que quieras, pero tú, excesivamente orgulloso, joven y mal educado, ¡oh rakshasa!, envuelto estás ya en la red de Kala. Inmediatamente sufrirás el castigo que merecen tus invectivas respec-

to a mí, porque ya no podrás acercarte en adelante al nya-grodha, ¡oh el más vil de los rakshasas! Tras haber ultrajado a Kakutstha, imposible te es vivir. Entabla la lucha con el dios de los hombres, con Lakshmana, cae en el campo de batalla y ve a la mansión de Yama, con gran satisfacción de los dioses. Muestra tu fuerza personal, desplégala, agota tus armas y todos tus proyectiles; que de acercarte al alcance de las flechas de Lakshmana, hoy, tú y tu ejército ¡habréis vivido!»

## SARGA LXXXVIII

## COMBATE ENTRE LAKSHMANA E INDRAJIT

A este lenguaje de Vibhishana, Ravani, al que la cólera extraviaba, respondió mediante nuevas invectivas y se lanzó furioso al ataque. Agitando sus armas, su espada, de pie en su carro artísticamente decorado, tirado por los caballos de Kala, enorme, él mismo parecía Kala destructor. Blandía también terrible, su arco, muy grande, inmenso, lleno de elasticidad, sólido, y sus dardos funestos a sus enemigos. Lakshmana, por su parte, mostróse en todo su esplendor el gran arquero que estaba en su carro cubierto de adornos, él, el matador de sus enemigos, el valeroso hijo de Ravana. Transportado de furor, Indrajit dijo a Sumitri que, subido sobre la espalda de Hanumat, parecíase al Sol sobre el Udaya, lo mismo que a Vibhishana, y a la flor de los vanaras: «Daos cuenta de mi valor. Al instante, una lluvia de flechas brotando de mi arco irresistible, semejante a un aguacero que cae del espacio, va a alcanzarnos en la contienda. Al instante, los dardos que mi gran arco lanzará os dispersarán los miembros, como la tormenta un montón de algodón. Atravesados por mis dardos agudos, venablos, lanzas, puñales y otras armas, hoy yo os enviaré a todos a la mansión de Yama. Cuando yo derramo avalanchas de proyectiles, con mano rápida, en refriega, con gritos semejantes a los clamores de la nube tempestuosa, ¿quién podrá aguantar delante de mí? Ya en un combate nocturno con mis dardos semejantes a cuadrado de rayos os derribé a los dos hermanos y a vuestra escolta sin conocimiento. No tienes memoria, o más bien creo que es que quieres decididamente bajar a la mansión de Yama, puesto que osas medirme conmigo, que cuando me encolerizo soy como un reptil venenoso.»

A estas bravatas de Ravani, el Indra de los rakshasas, Ra-



ghava, lleno de intrepidez, le replicó indignado: «Te es muy difícil obtener en tus empresas el éxito de que te alabas, ¡oh rakshasa! No obstante, el que, de hecho, lleva hasta el fin su propósito, es el único hábil. Tú, cuya situación es desesperada, esta empresa que de todas formas te es imposible, tras haber anunciado con la boca: «Mi propósito está conseguido». Ello no pasa de ser una idea, ¡insensato! El procedimiento que consiste en hacerte invisible en el campo de batalla, es un procedimiento de ladrón; las gentes de corazón nieganse a emplearle. Y, puesto que aquí estoy al alcance de tus flechas, muestra ahora tu valentía. ¿A qué ese lenguaje de bravucón?»

Así interpelado, Indrajit, victorioso en los combates, tendió su temible arco con brazo vigoroso, y lanzó sobre su rival dardos acerados. Lanzados por él, aquellos dardos rápidos que asemejábanse a reptiles venenosos, iban a herir a Lakshmana y caían silbando como culebras. Con sus flechas de vuelo extremadamente rápido, el impetuoso hijo de Ravana, Indrajit, abrumaba a Sumitri, el de las propicias insignias. Los miembros atravesados por aquellos proyectiles, cubierto de sangre, el afortunado Lakshmana brillaba como un fuego sin humo. Indrajit, entre tanto, contemplando su obra, avanzó lanzando un gran grito, y luego dijo: «Los emplumados dardos de aguda punta que mi arco te lanza, ¡oh Sumitri!, te arrancarán la vida, pues sus alcances son mortales. Hoy, bandas de chacales, de águilas y de buitres, ¡oh Lakshmana!, se abatirán sobre ti, cuando hayas caído sin vida bajo mis golpes. Tú, que no tienes de kshatriya sino el nacimiento, y que fuiste siempre vil, Rama, cuya alma es de extremada perversidad, te verá hoy a ti, a su hermano tan adicto, abatido por mi brazo. La coraza rota, el arco hecho pedazos, la cabeza cortada, vencido por mí, ¡oh Sumitri!»

A estas insolencias del hijo de Ravana, el juicioso Lakshmana, indignado, replicó mediante estas sensatas palabras: «Renuncia a este lenguaje de matón, miserable rakshasa de criminal karmán. ¿Para qué sirven tus vanos discursos? Muestra tu valor mediante tus actos. Antes de cumplirlas alabas tus hazañas. ¿Para qué, rakshasa? Obra de tal modo que se pueda conceder fe a tus jactancias. Sin dirigirte ningún sarcasmo, ningún insulto, sin palabrería, yo sabré matarte; míralo más bien, ¡oh el último de los guerreros!» Esto diciendo, Lakshmana con cinco dardos naracas, lanzados con mucha fuerza, el arco tendido hasta la oreja, Lakshmana hirió al rakshasa en pleno pecho. Aquellas flechas emplumadas, de vuelo rápido, semejantes a serpientes de fuego, centelleaban en el

pecho del nairrita como los rayos del Sol. Alcanzado por aquellos dardos, el hijo de Ravana, irritado, atravesó a su vez a Lakshmana con tres flechas bien ajustadas.

Entonces fue un terrible, un espantoso cambio de golpes entre el león de los hombres y el león de los rakshasas, que trataban de vencerse el uno al otro. Valientes, dotados de fuerza los dos, bravos por temperamento, ambos muy difíciles de vencer, no teniendo émulo ni en vigor ni en energía, luchaban los dos héroes semejantes a dos planetas errantes en el espacio. Se les hubiera tomado por Bala y Vritra a aquellos dos invencibles guerreros. Luchaban fieramente, como dos leones. Agotaron el uno contra el otro numerosas series de proyectiles, pero seguían incommovibles. Aquel príncipe de los hombres y aquel príncipe de los rakshasas se batían con ardor. No obstante, armándose de dardos, Dasarathi, matador de sus enemigos, los lanzó sobre el Indra de los rakshasas con cólera: soplaban como una serpiente.

Oyendo el ruido de la cuerda de su arco, el jefe de los rakshasas, con el rostro lívido, miró a Lakshmana. Viendo aquella palidez del rakshasa, nacido de Ravana, Vibhishana dijo a Sumitri, al que la lucha entusiasmaba: «Presagios aparecen sobre ese hijo de Ravana. Apresúrate, pues, guerrero de los grandes brazos: que está perdido, no hay medio de dudarlo.» Entonces Sumitri escogió tres dardos semejantes a venenosas serpientes. Lanzó sobre Indrajit aquellas flechas desbarbadas, que asemejábanse a reptiles de veneno violento. Alcanzado por aquellos proyectiles de fulgurante contacto que le lanzaba Lakshmana, el rakshasa permaneció un momento desconcertado; todos sus sentidos quedaron turbados. Y al ver de pie en el campo de batalla al valeroso hijo de Dasaratha, Sumitri, se lanzó sobre él con los ojos rojos a causa del furor. Abordándole, le dirigió nuevas invectivas: «¡Qué! ¿Es que ya te has olvidado de mi valor, cuando en el primer combate quedaste encadenado lo mismo que tu hermano, cuando ahora te atreves a luchar aun contra mí? Los dos, en aquella gran batalla, bajo mis dardos semejantes a fulgurantes rayos, caisteis una primera vez por tierra, sin conocimiento, con vuestra escolta. Me parece que no tienes memoria, o evidentemente deseas ir a la mansión de Yama, puesto que te atreves a atacarme. Si en nuestro precedente asalto no has reconocido mi superioridad, ahora te la voy a hacer ver. Espera ahora a pie firme.»

Esto diciendo, atravesó con siete flechas a Lakshmana y a Hanumat con dos dardos de punta acerada, poderosos. Luego, con un centenar de dardos bien ajustados, el vigoroso In-

drajit, cuya rabia redoblaba, atravesó a Vibhishana. Viendo aquello, el hermano segundogénito de Rama, sin inquietarse, se echó a reír: «Esto no es nada» (*kimeit iti bruvan*), dijo. El toro de los hombres, Lakshmana, siempre intrépido, cogió temibles proyectiles que lanzó colérico contra Ravani en la lucha: «No, no es así armados como los bravos van al combate, merodeador nocturno. Ligeros y sin fuerza, tus dardos me causan alegría. En verdad que no, los valientes no se baten de este modo llevados de su belicoso ardor.» Esto diciendo, con su arco lanzó una lluvia de dardos contra su adversario.

Rota por las flechas de Lakshmana, la gran coraza de oro del rakshasa cayó en pedazos al fondo del carro; hubiérase dicho una serie de estrellas desprendidas del firmamento. La coraza rota, acribillado a heridas causadas por las naracas en la pelea, el valeroso Indrajit parecía un sol crepuscular. No obstante, lleno de furor, el animoso hijo de Ravana, el de la temible bravura, alcanzó a Lakshmana con un millar de proyectiles que rompieron su enorme, su divina armadura. Devolviéndose golpe por golpe precipitáronse el uno sobre el otro. Sin dejar de resoplar, entablaron una lucha formidable. En un abrir y cerrar de ojos tuvieron todos los miembros magullados por los dardos. Por todas partes la sangre chorreaba. Durante mucho tiempo, los dos valerosos héroes, con sus armas aguzadas, se desgarraron. Combatientes experimentados, esforzábanse por vencerse el uno al otro llevados por su salvaje energía. Los dos acribillados por una multitud de dardos, la coraza y el estandarte rotos, vertiendo una sangre hirviendo, como las cascadas dejan caer el agua. Derramaron una formidable avalancha de proyectiles con terrible ruido: cual derraman sus aguaceros, en medio de los aires, dos sombrías nubes devastadoras.

Entre tanto, un lapso considerable transcurrió mientras luchaban de aquel modo, sin volver la espalda al combate, o sentirse fatigados. Flechas y más flechas, aquellos dos arqueros, los mejores de todos, lanzáronse aún y todavía más. Dardos de múltiples formas se entrecruzaban en el espacio. Correcta, viva, llena de incidentes, la lucha entre el hombre y el rakshasa prolongábase con ruido tremebundo. Cada uno, por su parte, dejaba oír un terrible, espantoso estrépito que inspiraba terror cual si fuese un siniestro huracán. Aquellos dos temibles campeones, encarnizados en el combate, hicieron oír un fragor semejante al de dos nubes que se entrechocan en el aire. Con sus naracas de pie de oro, los dos héroes ilustres esforzábanse por vencerse el uno al otro, haciéndose heridas

de las que corría la sangre a oleadas. Al salir de su cuerpo, que atravesaban, los dardos de pie de oro, regados de sangre, caían al suelo y en él se hundían. Sus acerados dardos encontrábanse otras veces en el espacio, y entonces se quebraban y rompían por millares. Los dos dejaron caer en la refriega una cantidad formidable de proyectiles; hubiérase dicho un montón de hierbas kusas destinadas a dos fuegos encendidos para el satra. Los dos cuerpos llenos de heridas de aquellos magnánimos héroes, centelleaban: cual, en un bosque, cuando están aún en plena floración sin tener aún hojas, un kimsuka y un salmali. Fue un choque espantoso, terrible y repetido, entre Indrajit y Lakshmana, deseosos de vencerse el uno al otro. Lakshmana luchaba contra Ravani, y Ravani contra Lakshmana; se golpeaban uno a otro sin cansarse. Aquella serie de dardos que quedaban plantados en sus carnes en las que habíanse hundido, daban a aquellos guerreros poderosos el aspecto de dos montes cubiertos de árboles. Regados de sangre, acribillados de flechas, todos sus miembros relucían como dos fuegos. Así lucharon mucho tiempo, sin volver la cara al combate, ni ceder al agotamiento. Entre tanto, para permitir al invencible Lakshmana, que estaba siempre en primera línea, dominar la fatiga del combate, el magnánimo Vibhishana se lanzó a la refriega, llevándole un alegre consuelo manteniéndose junto a él.

## SARGA LXXXIX

LA REFRIEGA SE HACE GENERAL. INDRAJIT PIERDE  
SU ESCUDERO, SUS CABALLOS Y SU CARRO

En vista del encarnizamiento del hombre y del rakshasa, que parecían dos elefantes matangas, de sienes hendidas, deseosos de derribarse el uno al otro, curioso por seguir aquel duelo, el valeroso hermano de Ravana, su excelente arco en la mano, estaba en el frente de banderas. Tendiendo su gran arco, de pie, lanzó contra los rakshasas largos dardos de aguzada punta. Aquellos dardos de ardiente contacto que caían espesos, hacían pedazos a los rakshasas, como el trueno a las altas montañas. Los compañeros de Vibhishana, flor de los guerreros, armándose a su vez con mazas, espadas y arpones, herían en la refriega a los valientes rakshasas. Rodeado de sus compañeros, Vibhishana parecía un elefante adulto en medio de jóvenes elefantes apretados contra él. Con objeto de

estimular a los haris, que se complacían en el exterminio de sus enemigos, el mejor de los rakshasas les dirigió estas oportunas palabras: sabía elegir la ocasión: «Indrajit, única esperanza del rey de los rakshasas, aquí le tenéis con todo lo que, como ejército, le queda: ¿por qué os relajáis, haris escogidos? Ese perverso, sucumbiendo en primera fila, todos los demás guerreros, a excepción de Ravana, muertos son. Muerto está también el valeroso Prahasta, como igualmente Nikumbha todopoderoso, Kumbhakarna, Kumbha, Dhumraksha, Jambumalin, Mahamalin, Tiksnavega, Asaniprabha, Suptaghana, Yainakopa, Vairadamshttra, Samhradin, Vikate, Arigna, Tapaná y también Manda; Praghasta, lo mismo que Praghra, Prajangha y Jangha, Aniketú, Durdharsha, Rasmiketú lleno de energía, Vidyujihva, Dvijihva y Suryasatru, Akampana, Suparsva, Kakramalin, Kampana, Devantaka y Narantaka, llenos de valor. Estos poderosísimos y numerosos rakshasas escogidos, inmólandoles, es como si hubierais atravesado nadando el Océano se trata ahora de franquear un estrecho y angosto pasaje. Mientras queden rakshasas, batidlos, vanaras. En la refriega han perecido todos los guerreros citados a quienes su fuerza llenaba de jactancia. No estaría bien, claro, que yo matase al hijo de mi padre, pero vosotros desterrad toda piedad en interés de Rama; en cuanto al hijo de mi hermano, a éste sí le condeno. Pese a mi deseo de matarle, las lágrimas que me llenan los ojos impidenme hacerlo. Pero ese guerrero de los grandes brazos, Lakshmana, podrá calmarle perfectamente. ¡Vanaras, agrupaos e inmolad a sus satélites, agrupaos en torno suyo!»

Estimulados de este modo por el gloriosísimo rakshasa, los Indras de los vanaras manifestaron su alegría azotándose con sus colas; luego, aquellos tigres de los kapis, entre repetidos aplausos, lanzaron toda clase de gritos; como los pavos reales cuando ven llegar las nubes. Jambavat también estaba rodeado de todos sus oficiales con sus batallones, que asaltaron a los rakshasas a pedradas y con uñas y dientes. Aquel jefe de los rikshas que los diezmaba, los rakshasas, llenos de vigor y desechando todo miedo, le inundaron por su parte con múltiples proyectiles. Dardos, hachas, agudas pieas, lanzas, venablos, con todo ello golpeaban en la refriega a Jambavat, su exterminador. Un choque formidable tuvo lugar entre kapis y rakshasas: cual la terrible disputa que había habido en tiempos entre devas y asuras irritados. Hanumat, encolerizado, arrancó una cresta de montaña. Habiendo hecho bajar a Lakshmana de su espalda, aquel arrogante e invencible guerrero inmoló rakshasas por millares. Entre tanto, luego de una lucha espantosa

contra su tío paterno, el valeroso Indrajit, matador de guerreros enemigos, se precipitó de nuevo sobre Lakshmana.

Un duelo encarnizado promovi6se entonces, en el seno de la refriega general, entre los dos h6roes. Aquellos valerosos campeones hicieron llover chaparrones de proyectiles median- te los cuales se abrumaron uno a otro. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron bajo aquella granizada de dardos, como bajo las nubes, al final del verano, Candra y Aditia, llenos de ardor. No se les vea ni coger su arco, tenderle, cabiarle de mano, ni lanzar sus flechas, escogerlas, separarlas, sujetar el puño de su arma o establecer el punto de mira; de tal modo sus movimientos eran r6pidos. Lanzadas con vigor series de flechas, por todas partes, llenaban el espacio. No se distinguía ya la forma de los objetos. Lakshmana hería a Ravaní, y Ravaní, a su vez, hería a Lakshmana. Una enfadosa confusi6n se producía entre ellos, durante su duelo. Los dardo desbar- bados, puntiagudos, lanzados por aquellos dos bravos colmaron, por decirlo así, los intersticios de la atm6sfera que qued6 cubierta de tinieblas. Aquellos dardos que caían numerosos, por centenares, llenaron las regiones cardinales y las inter- medias. Todo se cubrió de tinieblas y el espanto fue grande. El astro de los mil rayos, habiéndose retirado detrás del Asta, envuelto en sombras, grandes ríos, arrastrando olas de san- gre, corrían a millares. Horribles bestias feroces lanzaron hasta desgañitarse espantosos aullidos. El viento mismo dejó de soplar; el fuego, de brillar. «¡Felices sean los mundos!», murmuraron los grandes rishis, mientras que, aterrados, los gandharvas huían con los caranas.

Entre tanto, los negros caballos, los de los arneses de oro, del Indra de los rakshasas, con cuatro flechas Sumitri los atraves6 a los cuatro. Luego, con ayuda de un dardo bhallá, amarillo, agudo, lanzado con toda su fuerza, provisto de her- mosas plumas, muy brillante, semejante al trueno de Mahen- dra, fulminante, que reson6 con ruido de guanteletes, el po- deroso Raghava, mientras el cohero hacía evolucionar su ca- rro, le quit6, mediante un golpe r6pido, la cabeza de los hom- bros. Su escudero muerto, el valerosísimo hijo de Mandodari empuñ6 6l mismo las riendas y se arm6 de su arco. Fue una maravilla entonces el verle guiar su carro, sin dejar por ello de combatir. Pero mientras tenía las manos ocupadas con sus caballos, su enemigo le alcanzaba con sus dardos, y mientras estaba atento a su arco, atraves6 con flechas a los caballos. In- drajit, pese a que sus caballos estuviesen acribillados por los proyectiles, les hacía evolucionar intrépidamente bajo los dar-

dos que le lanzaba Sumitri con mano extremadamente rápida.

Al ver a su escudero muerto en el combate, el hijo de Ravana sintió que su marcial valentía le abandonaba y se turbó. Cuando advirtieron la alteración de los rasgos del rakshasa, los oficiales haris, en el colmo de la alegría, aclamaron a Lakshmana. Entonces, Pramathin, Rabhasa, Sarabha y Cabdhamadana, impacientes por acabar, hicieron algo enorme. Aquellos vanaras escogidos, dotados de un vigor excesivo y de una valentía temible, de un bote rápido se lanzaron sobre los cuatro magníficos caballos de Indrajit. Bajo el peso de aquellos monos semejantes a montañas los corceles vomitaron olas de sangre. Luego, aplastados, deshechos, cayeron sin vida al suelo. Tras haber matado las monturas del rakshasa y demolido su gran carro, los vanaras de un nuevo bote volvieron al lado de Lakshmana.

Saltando abajo de su carro, cuyo tiro acababa de perecer, el escudero muerto, Ravani hizo llover una granizada de proyectiles sobre Sumitri. Entonces, nuevo Mahendra, Lakshmana inundó de dardos a Indrajit, que combatía a pie, muertos sus excelentes caballos, y que lanzaba sobre él, en la lucha, cantidad de flechas aceradas, maravillosas.

## SARGA XC

### MUERTE DE INDRAJIT

Los caballos muertos, el poderoso merodeador nocturno, Indrajit, de pie en el campo de batalla, en el paroxismo del furor, centelleaba de bravura. Los dos arqueros se acribillaban con dardos, y, con el deseo de vencer, se lanzaron el uno sobre el otro, como en el bosque dos grandes elefantes. Rakshasas y vanaras se mataban recíprocamente, no queriendo abandonar a sus jefes, y corrían por todas partes combatiendo. En aquel momento el hijo de Ravana empezó a animar a todos los rakshasas, a felicitarles, a inspirarles alegría, hablándoles de este modo: «Una profunda oscuridad se cierne por todas partes sobre las regiones. No se podría distinguir los suyos de los enemigos, ¡oh flor de los rakshasas! Luchad valerosamente para dar a los haris lo que se merecen; yo volveré a combatir con otro carro. Compañeros valerosos, no abandonéis la victoria a los monos mientras yo esté en la ciudad.»

Tras estas palabras, el hijo de Ravana, matador de sus enc-

nigos, burlando la vigilancia de los hombres de los bosques, entró en la ciudad de Lanká para procurarse otro carro. Allí se hizo preparar un vehículo decorado con espléndidos dorados, bien provisto de jabalinas, espadas y flechas, del que tiraban los mejores caballos, y guiado por un conductor entendido y hábil. El glorioso Ravani, victorioso en los combates, ocupó su sitio en él. Y rodeado de batallones escogidos, el valeroso hijo de Mandodarí salió de la ciudad, empujado por la fuerza del Destino. Una vez salido de la ciudad, Indrajit, con bravura excesiva, corrió cuanto podían los caballos hacia Lakshmana, a quien Vibhishana acompañaba.

Al ver al astuto hijo de Ravana subido en un nuevo carro y lleno de ardor. Sumitri, los animosos vanaras y el rakshasa Vibhishana sintieron una sorpresa extremada. Entre tanto, Indrajit lanzaba con furia sobre la flor de los monos, abatiéndolos, una nube de proyectiles, centenares y millares. Habiendo hecho un círculo a su arco, Ravani, victorioso en los combates, destruía a los haris, lleno de cólera, desplegando extraordinaria agilidad. Los haris, agobiados por aquellos dardos maracas de terrible violencia, refugiáronse junto a Sumitri, como los seres cerca de Prajapati. Entonces, inflamado por el furor del combate, el descendiente de Raghú rompió el arco de Indrajit, mostrándole con ello la destreza de su mano. Indrajit cogió otro arco que se apresuró a tender. Lakshmana con tres flechas se lo rompió. Luego, tras haber deshecho su arma, Sumitri atravesó el pecho de Ravani con cinco jabalinas, semejantes a serpientes venenosas. Aquellos dardos, habiendo atravesado el cuerpo de Indrajit, al salir del gran arco de Lakshmana, cayeron al suelo, semejantes a grandes serpientes rojas. Su arma rota, vomitando sangre a bocanadas, Ravani se apoderó de otro arco excelente, de cuerda sólida, muy resistente. Luego, tomando a Lakshmana como blanco, y empleando una velocidad extremada, hizo llover sobre él una avalancha de proyectiles; lo mismo que Purandara vuelca sus aguaceros.

Aquella lluvia de dardos que le lanzaba Indrajit, Lakshmana, vencedor de sus enemigos, la rechazó sin inmutarse, toda irresistible cual era. Ravani con ello fue testigo del valor de Lakshmana, el intrépido y muy valeroso hijo de Raghú; aquello lindaba con lo prodigioso. Entre tanto, a todos aquellos rakshasas, Lakshmana, furioso, los atravesó a cada uno con tres flechas, en la refriega, mostrando con ello el impetu de sus dardos. El Indra de los rakshasas, gravemente herido por su valeroso adversario, matador de sus enemigos, lanzaba sin interrupción sobre Lakshmana una multitud de dardos. Pero



antes de que le alcanzasen eran rotos por las aceradas jabalinas del guerrero destructor de sus enemigos. En cuanto al escudero de Indrajit, en medio de sus evoluciones, Lakshmana, el del excelente carro, le tronchó la cabeza con un bhalla de nudos derechos. Bien que privado de su conductor, los caballos arrastraban el carro sin desviarse, y corrían describiendo círculos; aquello era algo maravilloso. Incapaz de contenerse, Sumitri, el del firme valor, lanzó sus dardos contra las monturas del rakshasa, que quedaron espantadas a causa de ello. Irritado por esta acción, el hijo de Ravana hirió con diez dardos al terrible Sumitri. Aquellos dardos, que rivalizaban con el rayo y parecían un compuesto de todos los venenos, se embotaron al contacto de su dorada coraza.

Dándose cuenta de que su armadura era impenetrable, el hijo de Ravana, Indrajit, alcanzó a Lakshmana en plena frente con tres flechas de hermoso pie. Estaba en el colmo del furor y mostraba de este modo la destreza de su mano. Con sus tres dardos hundidos en la frente, el ilustre guerrero, alegría de Raghú, brillaba en la primera fila de los combatientes, como un monte de tres crestas. Y bien que herido por los dardos del rakshasa, Lakshmana lanzó, a su vez, cinco flechas, que alcanzaron en plena cara a Indrajit, el de las hermosas arracadas. Lakshmana e Indrajit, guerreros de temible valentía, armados de grandes y poderosos arcos, se abrumaban el uno al otro con aguzados dardos. En aquel momento, los miembros regados de sangre, Lakshmana e Indrajit, aquellos dos héroes, brillaban en el campo de batalla, como dos kimsukas llenas de flores. Los dos, cayendo el uno sobre el otro, aquellos arqueros se atravesaban los miembros con dardos formidables, llevados por su deseo de triunfar. Lleno de belicoso furor, el hijo de Ravana alcanzó con tres flechas el hermoso rostro de Vibhishana. Tras haber atravesado con tres dardos de férrea punta al Indra de los rakshasas, Vibhishana, hirió aún uno tras otro a todos los generales haris.

Irritado, Vibhishana, el de la gran energía deshizo a mazazos a los caballos del perverso Ravani. Saltando de su carro, sus caballos abatidos y el conductor muerto, el vigoroso Indrajit lanzó una jabalina contra su tío paterno. Al verla, Lakshmana, fuente de alegría para Sumitra, la quebró en plena carrera en diez pedazos con sus flechas agudas, haciéndola caer al suelo. El arco sólido en mano, Vibhishana, rabioso, lanzó contra su sobrino, del cual había matado los caballos, cinco dardos marganas de fulminante contacto, con los que le alcanzó el pecho. Tras haberle atravesado el cuerpo, aquellas

flechas de pie de oro, que volaban rápidas adonde tenían que ir, quedaron teñidas de sangre; hubiérase dicho enormes serpientes rojas.

Furioso contra su tío paterno, Indrajit, desde en medio de los rakshasas, cogió un tiro maravilloso, de gran potencia, que había recibido de Yama. Cuando vio que adaptaba a su arco aquel gran dardo, el valiente, el temible Lakshmana le opuso otro que le había sido dado mientras dormía por Kubera mismo, el dios del poder sin medida, dardo invencible al que ni los suras hubieran podido resistir como tampoco los asuras con sus jefes. Sus arcos excelentes, cuando los tendieron aquellos brazos semejantes a mazas, dejaron oír un ruido penetrante; hubiérase dicho dos krauncas. Empulgados en los maravillosos arcos tendidos, los dos poderosos dardos que proyectaban en las caras de los dos héroes una viva claridad, las dos flechas desbarbadas, iluminando el espacio al salir de los arcos, chocaron punta contra punta en contacto violento. Chocaron aquellos dos dardos de temible aspecto, y de su contacto salió entre humo y chispas un fuego terrible. Semejantes a dos grandes estrellas, deshiciéronse el uno contra el otro, para caer luego rotos en cien pedazos sobre el campo de batalla.

Cuando vieron sus dardos rotos en el frente de banderas, deshechos, la confusión y el furor se apoderó de Lakshmana y de Indrajit. Movido por la cólera, Sumitri se armó de un dardo Varuna, mientras que el vencedor de Mahendra, combatiendo a pie firme le lanzó, en la pelea, un dardo de Rudra, al que rompió el de Varuna, bien que fuese absolutamente maravilloso. Luego, exasperado, el ilustre Indrajit, victorioso en los combates, sirvióse de un dardo de Añi, inflamado, cual para destruir el Universo. Con un proyectil de Surya, el valeroso Lakshmana le apartó. Cuando vio su dardo anulado de aquel modo, Ravana, a quien la cólera enloquecía, cogió un arma de Asura, aguzada, fatal a sus enemigos. De aquel arco partieron brillantes kutamudgaras, venablos bhusundis, mazas, sables, hachas. Cuando vio aquel arma terrible, espantosa, irresistible para todos los seres, destructora de todos los proyectiles, el glorioso Lakshmana la detuvo con ayuda de un dardo Mahesvara.

Entonces se entabló entre los dos rivales una lucha prodigiosa, como para poner los pelos de punta. De pie en el cielo, los bhutas hicieron un gran círculo todo alrededor de Lakshmana. Al espantoso ruido de aquella horrible batalla entre vanaras y rakshasas, el espacio se llenó de una multitud de bhu-thas estupefactos. Rishis, pitris, devas, gandharvas, garudas y

uragas, con Satakratu a su cabeza, velaban por Lakshmana durante el combate. En aquel momento, el joven hermano de Raghava cogió un aya, el mejor de los dardos, de ardiente contacto, para atravesar con él al hijo de Ravana. Aquel dardo bien emplumado, artísticamente hecho, de hermosos nudos, sólido, dorado, destructor de los cuerpos, irresistible, funesto, el terror de los rakshasas, semejante al veneno de los reptiles, las tropas de los devas le rendían comunes homenajes. Había sido por aquel medio como Sakra, el poderoso señor, lleno de fuerza, arrastrado por caballos bayos, venció a los danavas en tiempos, cuando la guerra entre los devas y los asuras. El dardo de Indra, invencido en los combates, el mejor de los proyectiles, Sumitri lo empulgó en el mejor de los arcos, diciéndole; el afortunado Lakshmana, para alcanzar su propósito, se dirigió en estos términos al devata de aquel arma: «Si es verdad que Rama, hijo de Dasaratha, es virtuoso y leal, y que en cuestión de heroísmo no tiene rival, triunfa entonces del hijo de Ravana.»

Esto diciendo, el héroe, matador de sus enemigos, con su arco tendido hasta la oreja, lanzó contra Indrajit, en la refriega, una flecha de aquellas que no se extraviaban, añadiendo a ella el dardo de Indra. El proyectil arrancó de los hombros la hermosa cabeza de Indrajit, con su casco, sus brillantes arracadas, y la hizo rodar por el suelo. Separada de los hombros, la enorme cabeza del rakshasa, regada de sangre, asemejaba a una bola de oro arrojada por tierra. Cayó muerto en el campo de batalla aquel hijo de Ravana, con su coraza, su casco y su arco roto.

Entonces todos los vanaras con Vibhishana lanzaron gozosas exclamaciones al ver el cadáver: como los dioses se regocijaron un día de la muerte de Vritra. Luego, en el cielo, los bhutas y los rishis magnánimos, lanzaron gritos de victoria, así como los gandharvas y las apsaras. Cuando vieron caer a su jefe, el gran ejército de los rakshasas se dispersó en todas direcciones hostigado por los haris trinfantes. Acosados por los vanaras, los rakshasas, arrojando sus armas, huyeron hacia Lanká, desmoralizados, a toda prisa. En su general enloquecimiento, los rakshasas corrían, sin excepción, por cien sitios a la vez, desambarazándose de sus armas: lanzas, espadas, hachas. Espantados, unos entraban en Lanká zamarreados por los vanaras; otros se arrojaron al mar o se refugiaron en la montaña.

Indrajit tumbado muerto en el campo de batalla, los rakshasas que estaban allí por millares desaparecieron hasta el

último. Así como el Sol retirado detrás del Asta sus rayos se eclipsan, lo mismo, Indrajit caído, los rakshasas desaparecieron del horizonte. Cual un sol de rayos extinguidos, cual un fuego sin calor, así el guerrero de los grandes brazos yacía, la vida destruida, disipada. Desembarazado de sus numerosas tribulaciones, libre de su enemigo, el hijo de Ravana muerto, el Mundo se llenó de alegría. El bienaventurado Sakra sintió viva satisfacción, así como todos los grandes rishis, al ver muerto a aquel rakshasa de perverso karmán. En los aires también se oyó a los devas golpear sus gongos en medio de las danzas de las apsaras y de los magnánimos gandharvas, que hicieron llover chaparrones de flores; lo que ocurría era maravilloso. Fue la tranquilidad, a la muerte del rakshasa, el de las crueles hazañas. Las aguas recobraron su limpidez, el aire lo mismo. Devas y danavas fueron presa de la más viva alegría a la caída de aquel que era el espanto de todos los mundos. Fue un clamor general de alegría por parte de devas, gandharvas y danavas, que dijeron: «¡Que los brahmanes se entreguen a sus ocupaciones sin preocupación y desembarazados de toda impureza!»

También entonces los oficiales de los haris lanzaron alegres vivas en el campo de batalla, al ver muerto a aquel toro de los nairritas, el de potencia hasta entonces irresistible. Vibhishana, Hanumat y Jambavat, el jefe de los rikshas, felicites por su victoria, felicitaron a Lakshmana.

Fue haciendo castañetear sus mandíbulas, saltando, gruñendo, como los plavamgamas, aprovechando la ocasión, empezaron a rodear al descendiente de Raghú. Los vanaras se azotaban con sus colas y palmoteaban gritando sin cesar: «¡Lakshmana es vencedor!» Abrazándose unos a otros, los haris, el alma gozosa, celebraban a Lakshmana en sus variados relatos de lo ocurrido. Testigos de aquella difícil hazaña de Lakshmana, el que hacía la alegría de sus amigos, y a la vista del cadáver del adversario de Indra, los devas, dichosos, sintieron en su corazón un contento sin límites.

## SARGA XCI

### RAMA FELICITA A LAKSHMANA, AL QUE SUSHENA CURA DE SUS HERIDAS

Los miembros regados con sangre, Lakshmana, el de las afortunadas insignias felicitábase de haber abatido en el campo de batalla a aquel guerrero que triunfaba siempre de

sus enemigos. Tomando con él a Jambavat, Hanumat y a todos los habitantes de los bosques, el valiente y glorioso Lakshmana volvió prestamente a reunirse con Sugriva y con Rama, apoyándose en Vibhishana y en Hanumat. Tras haber dado la vuelta en torno de Rama y haberle saludado, Sumitri púsose junto a su hermano: cual junto a Sakra, Ubenda, su segundogénito. Acercándose, entre exclamaciones, al magnánimo Raghava, el héroe Vibhishana le refirió el terrible fin de Indrajit. Con gran alegría supo Rama cómo Ravani había resultado con la cabeza separada del tronco por Lakshmana, el del gran corazón. La noticia de que Indrajit había caído bajo los golpes de Lakshmana inspiró una alegría sin igual al valeroso príncipe, que exclamó: «¡Bravo, Lakshmana! Tu ruda hazaña me complace. La muerte de Ravani es la victoria; tenlo por cierto.» Luego, besando en la frente a Lakshmana, que había crecido en gloria, el poderoso Rama le hizo sentarse todo conmovido, con dulce violencia, sobre su regazo. Tras haberle sentado sobre su seno y haber abrazado a su hermano, que estaba herido, le consideró con ternura muchas veces. Desgarrado por los dardos, mutilado, Lakshmana gemía; sufría de dolores ardientes y respiraba con trabajo. Rama le besó de nuevo en la frente, le acarició con solicitud y le dijo para confortarle: «Has realizado una proeza de la más afortunada importancia, ¡oh tú, cuyas hazañas imposibles son para todo otro! Ahora que su hijo está muerto, miro a Ravana como vencido. Hoy, la muerte de este perverso enemigo me da la victoria sobre Ravana, el azote de los hombres. Sé por ello bendito, ¡oh héroe! Has cortado el brazo derecho sobre el que se apoyaba. Vibhishana y Hanumat se han portado también valerosamente en la batalla. Tres días más y el guerrero habrá sido abatido sea como sea. Desde este momento estoy desembarazado de mis enemigos, porque Ravana saldrá. Ravana saldrá ciertamente con fuerzas considerables. Cuando, al frente de su gran ejército, al tener noticia de la muerte de su hijo, que le penetrará de dolor, el rey de los rakshasas avance, yo le envolveré con mis poderosas tropas y le abatiré por dificultoso que sea el vencerle. Bajo tu dirección, Lakshmana, ni Sitá ni la Tierra me serán difíciles de recobrar, habiendo sucumbido el vencedor de Sakra luchando contigo.»

El raghava Rama, habiendo prodigado a su hermano consuelos y caricias, dirigióse gozoso a Sushena y le dijo: «Al muy inteligente Sumitri, tan abnegado por sus amigos, desembarázale de sus flechas y restablece su buena salud. Cura pronto las heridas de Sumitri, tan adicto en la amistad. Los rik-

shas, los vanaras, cuyos valerosos batallones tienen árboles como armas, todos lo que en la refriega han recibido golpes o heridas, trata con objeto de que vuelvan a estar sanos.»

A estas palabras de Rama el poderoso general de los haris, Sushena, introdujo en la nariz de Lakshmana una panacea soberana. El herido, habiendo respirado su aroma, quedó al punto desembarazado de sus dardos; sus sufrimientos desaparecieron y sus heridas cicatrizaron. De acuerdo con la orden de Raghava, curó también a sus amigos, el primero de todos a Vibhishana, así como a la flor de los vanaras. Vuelto a su estado normal, libre de sus flechas, no sufriendo ya, la fiebre calmada de pronto, Sumitri fue transportado por la alegría. Rama, el rey de los plavagas, Vibhishana y también el valeroso jefe de los rikshas, cuando vieron al hijo de Sumitrá sin dolores y de pie, se alegraron extremadamente, lo mismo que toda la tropa. Aquella hazaña muy difícil de Lakshmana fue exaltada por Dasarathi, el de la gran alma, y el Indra de los vanaras llenóse de alegría, al pensar que el vencedor de Indra había sucumbido en la lucha.

## S A R G A X C I I

### DOLOR DE RAVANA AL SABER LA MUERTE DE SU HIJO

Los ministros de Paulastya, habiendo sabido la muerte de Indrajit y habiéndola constatado, se la anunciaron a Dasariva con toda celeridad: «Gran rey, tu ilustre hijo ha sido muerto por Lakshmana, al que Vibhishana acompañaba; somos testigos de ello. Héroe contra héroe, tu hijo, habiéndose medido con Lakshmana; tu hijo, invencido en todos los combates, ha sucumbido, él, que había triunfado de los dioses y de Indra. Tras haber abrumado con sus flechas a Lakshmana, ha partido hacia las supremas regiones.»

Oyendo la noticia de la muerte terrible, lamentable, cruel, de su hijo en el campo de batalla, el real toro de los rakshasas perdió completamente el conocimiento y estuvo mucho tiempo antes de volver en sí. Trastornado por el dolor que le causaba la muerte de su hijo, el infortunado, fuera de sí, se desparramó en lamentaciones: «¡Oh tú, jefe del ejército de los rakshasas, hijo mío tan querido y tan valeroso! Tú, el vencedor de Indra, ¿cómo te has dejado domar hoy por Lakshmana? ¿No eras capaz, en efecto, llevado de tu cólera, de atra-

vesar con tus flechas a Kala y a Antaka mismos, así como las crestas del Mandara? ¡Pues con mayor razón podías haber abatido a Lakshmana en la refriega! En adelante, el rey Vivasvata será más que nunca tenido por mí en gran estima, él, que hoy, guerrero de los grandes brazos, te ha encadenado mediante la ley de Kala. Es la vía de los que combaten el buen combate, incluso entre todas las tropas de los Inmortales: aquel que es muerto al servicio de su señor, este héroe va al Cielo. En adelante, los batallones de los devas, todos los protectores de los mundos, los grandes rishis, viendo a Indra jít muerto, dormirán tranquilos, sin temor. Ahora, los tres mundos, la Tierra entera con sus bosques, privados de Indra-jít, ¡el único!, me parecerán como vacíos. Hoy voy a oír los gritos de las hijas jóvenes de los nairritas en su gineceo, semejantes a los clamores de un rebaño de elefantes hembras, en una caverna de montaña. Tu derecho al trono, Lanká, los rakshasas, ¡oh calamidad de tus enemigos!, tu madre, yo y tus esposas, a todos nos has abandonado para ir, ¿adónde? En verdad, a mí me correspondía, ¡oh héroe!, el descender a la mansión de Yama y recibir de ti los honores debidos a los pretas; y es lo contrario lo que sucede! Mientras aún viven Sugriva, Lakshmana y Raghava, ¿por qué antes de haberme desembarazado de esta triple espina has partido y nos has abandonado?»

Tras haber empezado por lamentarse de este modo, Ravana, el rey de los rakshasas, fue víctima de una cólera violentísima que le causaba la muerte de Indrajít. El que por naturaleza era irascible, el dolor de haber perdido a su hijo aumentaba el fuego de su enojo, como, en la estación cálida los rayos del Sol la hacen más ardiente. De su boca entreabierta por el furor, parecía en verdad salir humo y llamas, como en tiempos de Vritra, de la suya. Llevado por su dolor de padre, el altivo Ravana, víctima del furor, complacióse en meditar la muerte de Vaidelí. Rojos ya naturalmente, pero enrojecidos más aún por el fuego de la cólera, los ojos de Ravana, centelleaban de terrible modo. Espantoso por naturaleza, su aspecto, bajo el imperio del fuego de su ira, asemejábase al de Rudra irritado. De los ojos de aquel furioso caían gotas de llanto; cual las gotas de aceite inflamado que caen de dos lámparas ardientes. Rechinando los dientes, hacía oír un ruido semejante al del pison empleado para el batimiento del mar de leche por los danavas. Semejante a Antaka, furioso, impaciente por devorar a los scres móviles y a los inmóviles, llevando sus miradas a todos los puntos del horizonte, ningún rakshasa osaba acercarse a él. En el

paroxismo de la exasperación, el rey de los rakshasas dijo, en medio de sus guerreros, para afianzar sus bríos: «Tras haber, durante millares de años, practicado un excelente tapás y en múltiples ocasiones haberle procurado pleno contentamiento, Svayambhú, como premio a mi ascetismo, me concedió seguridad completa del lado de asuras y de devas. Brahma me dio una coraza que tiene el brillo del Sol y que en mis luchas con los devas y los asuras no pudieron romper mis enemigos armados de rayos. Revestido hoy con esta armadura y subido en mi carro de guerra, ¿quién se atreverá a enfrentarse conmigo en el combate, aunque fuese el propio Puramdara? El gran arco que me fue dado con sus flechas, en su contentamiento cuando mis discusiones con los devas y los asuras, por Svayambhú, al sonido de centenares de instrumentos de música voy a tenderle, este arco temible, para la pérdida de Rama y de Lakshmana, en una suprema batalla.»

Abrumado por la muerte de su hijo, el feroz Ravana, dominado por la cólera, tras haber deliberado consigo mismo, resolvió hacer perecer a Sitá. Girando sus ojos rojos, el cruel y espantoso rakshasa, dijo, empujado por su aflicción, en presencia de todos aquellos merodeadores nocturnos, con voz lúgubre: «Mi pobre hijo, empleando la magia para engañar a los monos, les mostró un pretendido cuerpo muerto: «¡Es Sitá!», les gritó. ¡Pues bien!, esto será una realidad, porque así me place. Yo voy a matar a Vaidehi, tan adicta a ese kshatriya de contrabando.» Habiendo hablado así a los suyos, empuñó al punto su sable bien afilado, brillante como un cielo inmaculado, y, precipitándose, partió apresuradamente con sus mujeres, rodeado de sus satélites.

Ravana, cuyo espíritu estaba profundamente turbado por el sentimiento hacia su hijo, habiendo cogido su arma, marchó furioso en busca de Maithili. Al ver a su príncipe que se alejaba colérico, los rakshasas lanzaron rugidos leoninos, y, abrazándose unos a otros, se decían: «Hoy, cuando le vean, los dos hermanos quedarán desconcertados. A los cuatro guardianes de los mundos los ha vencido empujado por su cólera; muchos otros enemigos han caído bajo sus golpes; los tres mundos han entregado sus tesoros a Ravana, por la fuerza, quien, en cuanto a potencia y valor, no tiene igual en la Tierra.» Mientras hacíanse estos discursos, Ravana, ciego de rabia, precipitábase hacia Sitá, que estaba retirada en el bosquecillo de asokas. Amigos de buen consejo trataron de moderar su cólera, pero él corría, furioso: cual, en el espacio, el planeta se arroja sobre Rohini.



La irreproachable Maithilí, en medio de sus guardianas, vio venir al rakshasa todo furioso, armado de su gran sable. La hija de Janaka se sobrecogió de espanto al verle con su arma, pues aunque sus amigos se obstinaban en retenerle, no lo conseguían. Sitá, en el colmo del infortunio, dijo gimiendo: «Viendo a ese furioso acudir en persona hacia mí presiento que el miserable va a matarme, indefensa como estoy; a mí, que ¡ay!, no tengo defensor. Muchas veces me ha solicitado, a pesar de conocer mi fidelidad hacia mi esposo. «Sé mi mujer» me decía. Pero yo le he rechazado siempre. Mis repulsas le han lanzado seguramente a la desesperación, y, movido por un evidente transporte de furor, dispónese a matarme. O bien, los dos tigres de los hombres, esos dos hermanos, Rama y Lakshmana, por mi causa, ese vil rakshasa los habrá abatido hoy en el campo de batalla.» Y como un gran ruido de gongos llegase hasta allí, así como alegres exclamaciones de numerosos rakshasas en pleno regocijo, Sitá añadió: «¡Ay de mí! No hay duda, ¡oh desgracia!, de que los dos príncipes ¡han muerto por culpa mía! A no ser que, empujado por el sentimiento hacia su hijo, no habiendo podido matar a Rama y a Lakshmana, viene a inmolarme a mí ese cruel rakshasa, el de los criminales designios. ¡Miserable de mí! ¿Por qué no seguiría el consejo de Hanumat? Si me hubiese marchado sobre su espalda, intacta, no estaría hoy cogida por el dolor, sino que descansaría dichosa en el seno de mi esposo. Segura estoy de que el corazón de Kausalyá se partirá cuando sepa que su hijo único ha perecido en el combate. Porque recordará entre sollozos el nacimiento, la infancia, la juventud, las virtuosas hazañas y la hemosura del héroe magnánimo. Y desesperada, cuando haya ofrecido el *śraddha* en honor de su hijo muerto, extraviada por el dolor, al instante subirá a la hoguera, o bien se arrojará al agua. ¡Maldita sea la perversa jorobada, Manthará, la de los funestos consejos! Ella es la causante de la pena por la que Kausalyá está abrumada.»

Al ver a la infortunada Maithilí desolarse de aquel modo, semejante a Rohini caída, en ausencia de Candrá, en poder del planeta Rahú, un consejero virtuoso e íntegro, el sabio Suparsva, esforzándose, en unión de sus compañeros, por detenerle, dijo entonces a Ravana, el príncipe de los rakshasas: «¿Cómo es posible, ¡oh Dasagriva!, que tú, el hermano se gundogénito del propio Vaisravana, quieras matar a Vaidehí, empujado por la cólera, con menosprecio de la ley? Tú, a quien el estudio de los *Vedas* y las prácticas piadosas han purificado, que te complaces en las obras santas, ¿cómo pue-

des pensar, ¡oh valeroso rey de los rakshasas!, en matar a una mujer? Perdona a la hermosa Maithilí, príncipe, y descarga tu cólera contra ese hombre combatiéndole con nuestra ayuda. Haz tus preparativos hoy, día catorce de la quincena negra, y mañana, día de la nueva luna, corre a la victoria rodeado de tus tropas. Valiente, hábil en combatir desde un carro, y el que montas es excelente, armado de tu espada, abatirás al terrible Dasarathi, y poseerás a Maithilí.»

El perverso y poderoso Ravana escuchó al fin los juiciosísimos consejos de su adicto servidor, y volviendo a su palacio entró en la sala de reunión, rodeado de sus afectos.

## SARGA XCIII

### HAZAÑAS DE RAMA

Cuando penetró en la asamblea, el desgraciado príncipe, en el colmo del infortunio, se sentó en su trono, resoplando como un león furioso. El poderoso Ragava saludó a todos los jefes del ejército; luego les dijo, abrumado por la muerte de su hijo: «Poneos a la cabeza de la caballería y salid todos con los contingentes de carros, elefantes y caballos de que estáis abundantemente provistos. Una vez en plena pelea, arrojaos sobre Rama únicamente y destrozadle bajo la avalancha de vuestros proyectiles, como nubes en la estación de las lluvias. Y entonces, cuando vuestros dardos agudos le hayan acribillado los miembros en esta gran batalla, mañana yo le acabaré, yo, sí, a ese Rama ante los ojos del Universo.»

A esta orden de su Indra, los rakshasas salieron sobre sus rápidos carros, seguidos de múltiples batallones. Armados de mazas, arpones, flechas, sables, hachas de mortíferos golpes, todos los rakshasas abrumaban con ellas a los vanaras, que les respondían triturándoles con árboles y rocas. Se entabló un grande y terrible combate, cuando el Sol se levantaba, entre los rakshasas y los vanaras; era espantoso. Masas de relucientes armas, jabalinas, espadas, hachas, vanaras y rakshasas heríanse con ellas unos a otros en la refriega, mientras la poderosa nube de polvo que se había levantado en lo más fuerte de la lucha abatíase sobre los diluvios de sangre de rakshasas y vanaras. Con elefantes matangas y carros por orillas, jabalinas por peces, estandartes por árboles, cadáveres por maderos flotantes, corrieron ríos de sangre. Bien que estuviesen todos re-

gados de sangre, los valerosos monos hacían pedazos, entre botes múltiples, en la lucha, estandartes, corazas, carros, caballos y armas de todas clases. Con sus dientes puntiagudos y sus largas uñas, los plavamgamas desgarraban las cabelleras, las orejas, la frente y la nariz de sus adversarios. Sobre cada rakshasa, en la refriega, cien toros de los vanaras precipitábanse como pájaros sobre un árbol abatido. Pesadas mazas, jabalinas, cimitarras, hachas, rakshasas semejantes a montañas golpeaban con ellas a los temibles vanaras. Diezmado por sus enemigos, el gran ejército de los monos fue a refugiarse cerca del caritativo Rama, hijo de Dasaratha. Entonces el héroe de la gran energía cogió su arco y, penetrando en las filas de los rakshasas, les inundó con una lluvia de proyectiles.

Cuando entró en sus filas como el Sol en las nubes, los formidables guerreros, a los que consumía con sus dardos, no se dieron cuenta. Pero una vez cumplidas, las terribles hazañas del héroe que les fueron funestas, a éstas sí las reconocieron como de Rama. Cuando golpeaba sus numerosos batallones y volcaba sus grandes carros, entonces le reconocieron como se reconoce el paso del huracán en un bosque. Veían su ejército diezmado, roto, consumido por sus flechas, triturado, aplastado por sus dardos, pero a Rama no le veían, de tal modo eran rápidas sus evoluciones. Hiriéndoles como les hería, no advertían más a Raghava que los seres advierten al alma individual que preside las acciones de los sentidos (238).

«¡He aquí el que extermina nuestro regimiento de elefantes! ¡He aquí el que destroza nuestros grandes carros! ¡He aquí el que, con sus agudas flechas, acaba con infantes y tropas de caballería!» Esto decían los rakshasas que en la refriega se tomaban por otros tantos Ramas, matándose con rabia unos a otros, en virtud de esta ilusión. Pero no discernían al verdadero Rama, que, por tanto, consumía su ejército, pues estaban sumidos en el extravío a causa del maravilloso dardo gandharva, el de la gran potencia. Ora millares de Ramas aparecían a los ojos de los rakshasas, ora no veían sino uno en todo el inmenso campo de batalla. El arco del héroe les parecía un koti de arcos de oro que daba vueltas como un círculo de hachones de fuego; pero Raghava era para ellos invisible. Con su cuerpo como cubo de rueda, su potencia por rayos, sus flechas por rayas, su arco por llanta, el ruido de la cuerda y de su guantelete por rodadura, su energía y su inteligencia, doble luna, por esplendor, y la fuerza de su arma divina por circunferencia, mientras mataba a los raksha-

sas, la rueda trazada por Rama parecía la rueda de Kala a los ojos de los seres.

El ejército de los rakshasas, que cambiaba de forma a voluntad, que comprendía diez mil carros rápidos como el viento, dieciocho mil elefantes vigorosos, catorce mil caballos con sus jinetes más doscientos millares de infantes enteramente equipados, en el espacio de un octavo de día, con sus dardos con la punta de fuego, Rama los exterminó él solo.

Agotados, sus caballos destruidos, sus carros demolidos, sus estandartes rotos, aquellos de los merodeadores que escaparon a la carnicería huyeron a la ciudad de Lanká. Con aquellos cadáveres de elefantes, de infantes y de caballos, el campo de batalla parecía el parque donde retoza, cuando se irrita, el poderoso Rudra. Entonces, devas y gandharvas, siddhas y paramarshis, exclamaron aplaudiendo la hazaña de Rama: «¡Bravo! ¡Bravo!»

En aquel momento el magnánimo Rama dijo a Sugriva, que estaba frente a él y muy cerca, así como a Vibhishana y al vanara Hanumat, a Jambavat, el mejor de los haris; a Mainda y a Dvividá: «Este dardo poderoso y terrible es mío, tanto como de Tryambaka.»

Tras haber destruido al ejército de los rakshasas, Rama, el émulo magnánimo de Sakra, que, en medio de flechas y dardos, había dominado toda fatiga, recibió las alegres felicitaciones de las tropas divinas.

## S A R G A X C I V

### LAMENTACIONES DE LOS RAKSHASAS

Aquellos millares de elefantes y caballos con quienes los montaban, aquellos millares de carros brillantes como el fuego, con sus oriflamas; aquellos millares de rakshasas, armados de mazas y hachas, los de los maravillosos estandartes dorados, llenos de bravura, cambiando de forma a su capricho, enviados por Ravana al combate, en el que habían sucumbido bajo los dardos ardientes, adornados de oro fino, de Rama, el de las imperecederas hazañas, aquel espectáculo, aquella noticia, llenó de espanto a los merodeadores nocturnos, escapados a la matanza, y a las rakshasis infortunadas que se reunieron, empujadas por un común dolor, Viudas, habiendo perdido a sus hijos o a sus padres, las rakshasis, abrumadas por

la pena, reuniéronse para gemir y lamentarse. Y lo hacían de este modo: «¿Cómo Suparnakhá, vieja, horrible, de enorme tripa, se atrevió a abordar en el bosque a Rama, que iguala a Kandarpa en hermosura? Este elegante joven, lleno de nobleza, se complacía en ser útil a todos los seres, al verle, esa monstruosa rakshasí a la que todos hubieran debido matar arrastrada por la pasión, cómo, pues, ella, que estaba desprovista de todas las cualidades, él, que las poseía todas, ese todopoderoso Rama, el de los hermosos rasgos, ella, de quien los suyos estaban llenos de fealdad, ¿cómo se atrevió ella a amarlo, sin estima alguna por su propia raza, no obstante sus arrugas y sus cabellos blancos, en virtud de una aberración ridícula que todos reprobaron? Para la pérdida de los rakshasas fue, para la de Dushana y de Khara, por lo que este espantajo persiguió a Raghava con sus importunidades. A causa de ella también fue por lo que Ravana cometió la terrible maldad, el funesto rapto de Sitá. Pero Dasagriva, sobre que jamás poseerá a Sitá, la hija de Janaka, se ha atraído el odio implacable del poderoso Raghava. ¡Viradha solicitando a Vaidhí y sucumbiendo en su presencia bajo los golpes tan sólo de Rama, era para él una advertencia elocuente! Y los catorce millares de rakshasas, los de las terribles hazañas, abatidos en el Janasthana por sus flechas, semejantes a blandones de fuego, y Khara atravesado en la lucha, así como Dushana y Trisiras, por sus dardos brillantes como el Sol, ¿no eran también una elocuente advertencia? Y Kabanda, el de brazos largos de un yojana, que se alimentaba de sangre, muerto a pesar de su furor y de sus gritos, ¿tampoco era una advertencia elocuente? La muerte por Rama del poderoso hijo de Indra, el de los mil ojos, de Vali, sombrío como la nube, ¿no era asimismo una elocuente advertencia? Y Sugriva, que moraba en el Rishyamuka, desgraciado, el carro de sus esperanzas roto, pero restablecido en el trono por Rama, ¿no podía servir asimismo como elocuente advertencia? Todos los rakshasas le hablaron en nombre del juicioso lenguaje del deber y del interés; Vibhishana le dio asimismo buenos consejos; él, llevado de su locura, no hizo caso de nada. Si el hermano segundo-génito de Dhanada hubiera escuchado a Vibhishana, es evidente que Lanká, que se ha tornado un cementerio, no estaría sumida en la desolación. Cuando supo que el poderoso Kumbhakarna había sido muerto por Raghava, que el invencible Atikaya había caído bajo sus golpes, así como Indrajit, su hijo tan amado, ni aun con todo ello Ravana comprendió. ¡Pero

ahora mi hijo, mi hermano, mi esposo han perecido en el combate!»

Esto era lo que en cada familia se oía exclamar a las rakshasis: «Carros, caballos, elefantes, yacen abatidos aquí y allá a millares; el valeroso Rama ha exterminado también las tropas que iban a pie. Es Rudra, o Vishnú, o Mahendra, el dios de los cien sacrificios, el que nos destruye bajo la forma de Rama, a no ser que sea el propio Antaka. Muertos nuestros héroes por Rama, sin esperanza vivimos; y sin ver el término de nuestros espantos, lloramos la pérdida de nuestros defensores. Dasagriva, seguro del gran privilegio que ha recibido, no comprende el espantoso peligro en que le pone el brazo de Rama. Signos aparecen cada vez que Ravana entra en liza, que anuncian su destrucción por Rama. Obtuvo del Abuelo, que estaba contento de él, plena seguridad contra los devas, los danavas y los rakshasas; pero nada pidió respecto a los hombres. Y he aquí venido, de parte de éstos, no hay duda, pues todo lo demuestra, el espantoso peligro que ha de ser fatal a los rakshasas y a Ravana. Atormentados por los rakshasas a quienes su precioso privilegio, resultado de sus rudas austeridades, llenaba de audacia, los vibudhas reclamaron a Brahma. El magnánimo Abuelo, con objeto de hacerles un servicio, lleno de satisfacción, dirigió a los dioses estas palabras memorables: «A partir de ahora, todos los danavas y los rakshasas, empujados por perpetuo terror, no cesarán de errar por los tres mundos.» Entonces los dioses, con Indra a su cabeza, fueron todos al dios que tiene el toro como emblema, el destructor de Tripura, el cual les acogió favorablemente. Mahadeva, que les era propicio, les dijo: «Nacerá, para vuestra salvación, una mujer que causará la pérdida de los rakshasas.» Y he aquí a esta destructora de los rakshasas, de la que los dioses se servirán, como en otro tiempo del hambre entre los danavas, para consumirnos a todos, así como a Ravana. Ravana, mediante el rapto que ha cometido llevado por su desarreglo y perversidad, ha cavado este abismo espantoso de males en el que estamos hundidas. No vemos en el Mundo quien pueda salvarnos; hemos caído en las manos de Raghava, el émulo de Kala, que da fin a los yugas. No hay asilo para nosotras en este extremado peligro. Estamos cual elefantes rodeados de árboles ardiendo en un bosque. Ha escogido el momento oportuno el magnánimo Paulastya, él, que se ha refugiado junto al mismo del que veía venir los peligros.»

De este modo las esposas de los merodeadores nocturnos,

abrazadas unas a otras, desesperadas, sumidas en el dolor y en el espanto, se lamentaban lanzando penetrantes gritos.

## S A R G A X C V

### SALIDA DE RAVANA. ENCUENTRA PRESAGIOS FUNESTOS

Los lamentables gritos que las desgraciadas rakshasis lanzaban en cada casa de Lanká, sus acongojadas quejas, llegaron a oídos de Ravana. Tras haber gemido mucho tiempo él mismo, el monarca de las hoscas miradas reflexionó un instante; luego, entró en una rabia extremada. Se mordía los labios, sus ojos estaban inyectados a causa del furor, los propios rakshasas eran incapaces de mirarle; hubiérase dicho el fuego de Kala en persona. El rey ordenó a los rakshasas que estaban inmediatos a él, con voz que la cólera ahogaba, y consumiéndolos, por decirlo así, con el fuego de sus miradas: «Mahodara, Mahaparsva y Virupaksha, pronto, llamadles y que los regimientos salgan a combatir; ¡es mi voluntad!»

Oyendo estas palabras, los rakshasas, llenos de terror, convocaron, de acuerdo con la orden real, a los guerreros que ya se habían calmado. «¡Que sea así!», exclamaron unánimemente los rakshasas, los del formidable aspecto, y, colmados de bendiciones, dirigiéronse todos hacia el campo de batalla. Rindieron los honores de costumbre a Ravana aquellos guerreros de los grandes carros. Todos saludaron con el anjalí a su amo, del cual querían el triunfo. Entonces, Ravana, riendo burlescamente, bien que turbado por el furor, dijo a Mahodara y a Mahaparsva, así como al rakshasa Virupaksha: «Hoy, con las flechas lanzadas por mi arco semejante al Sol, al final de un yuga, Raghava y Lakshmana, los precipitaré a la mansión de Yama. Khara, Kumbhakarna, Prahasta e Indrajit, hoy los vengaré matando a nuestro enemigo. Ni la atmósfera, ni las regiones, ni el cielo, ni incluso los océanos podrán ya distinguirse bajo la nube de proyectiles con los que les envolveré. Hoy, esos batallones de vanaras escogidos, pedazos los haré con mi arco y mis series de emplumadas flechas. Hoy, el ejército de los vanaras, desde la parte superior de mi carro, impetuoso como el viento, con ayuda de mi arco a guisa de océano, le sumergiré bajo las encrespadas olas de mis dardos. Ellos, cuyas caras aseméjense a lotos descogidos y que brillan como los estambres de estas flores, hoy, con los ros-

tros erizados de flechas, en el combate, los batallones enemigos serán como parterres de lotos provistos de sus pedúnculos. Hoy, esas tropas de haris enfurecidos que combaten sirviéndose de árboles, con cada dardo lanzado en la refriega los atravesaré a centenares. Aquellos que han perdido a sus hermanos y aquellos cuyos hijos han perecido, matando a mi adversario hoy secaré sus lágrimas. Hoy tantos vanaras, atravesados por mis flechas, yacerán esparcidos, inanimados, que no se podrá, gracias a mí, advertir, a no ser con mucha dificultad, la superficie de la tierra. Hoy, cuervos, buitres y otros carnívoros, a todos yo los hartaré de cuerpos del enemigo abatidos por mis dardos. Que enganchen mi carro al instante; que me traigan al punto mi arco; que me sigan al combate los mero-deadores nocturnos que quedan.»

Oyendo estas órdenes, Mahaparsva ordenó a los intendentes militares presentes: «Apresuraos a reunir las tropas.» Los intendentes, tras este mandato, convocaron a los rakshasas casa por casa, dando de este modo la vuelta a Lanká a paso acelerado. Entonces, al momento, salieron corriendo los rakshasas de terrible aspecto entre clamores formidables, llevando en las manos toda clase de armas: espadas, lanzas, picas, mazas, martillos, hachas, venablos de aguzada punta, enormes kutamudgaras, arpones de todas clases, discos, parasvadas, bhindipalas, sataghnis y otras armas escogidas. Luego, cuatro intendentes, por orden suya, trajeron a Ravana un niyuta entero de carros, tres niyutas de elefantes, sesenta kotis de caballos, asnos y búfalos; infantes innumerables acudieron también a la orden del rey.

Mientras los intendentes militares reunían así a las tropas que había en la ciudad, el escudero del monarca le preparaba su carro, excelentemente provisto de proyectiles divinos, decorado con toda clase de ornamentos, lleno de toda variedad de armas, guarnecido de hileras de campanillas, incrustado todo alrededor de perlas de todo grosor, deslumbrador gracias a sus columnillas de piedras preciosas y cubierto de millares de kalasas de oro jambunada. Al verle, todos los rakshasas quedaron mudos de admiración. En cuanto a Ravana, su jefe, apenas le vio subió a él. Aquel carro deslumbrador como un koti de soles, flameante como Pavaka, rápido, provisto de un conductor, tirado por ocho corceles, terrible, resplandeciendo con brillo propio, a él subió.

Ravana se alejó al punto rodeado de numerosos rakshasas aplastando, por decirlo así, la tierra bajo el peso de sus tropas. Entonces estalló entre los rakshasas, por todas partes,



un gran ruido de turyas acompañado de mridangas, de patahas y de caracoles marinos, en medio de las vociferaciones: «¡El rey de los rakshasas sale, provisto de su quitasol y de su abanico, él, el raptador de Sitá, el implacable matador de brahmanes, la espina de los dioses, para combatir al príncipe de los Ragús!» Tales eran los gritos que se oían. Con aquel gran ruido la tierra tembló: los vanaras, apenas oyeron aquel clamor, huyeron espantados. Entre tanto, Ravana, el de los grandes brazos, rodeado de sus satélites, marchaba lleno de ardor al combate, cual a la victoria. Por orden suya, Mahaparsva, Mahodara y el indomable Virupksa subieron a sus carros. Los guerreros llevados por su alegría, lanzaban gritos a hendir las rocas; y fue en medio de aquellos clamores formidables como salieron, impacientes por vencer.

El ardoroso monarca, rodeado de sus valientes batallones, se lanzó al combate, blandiendo su arco, semejante a Yama, que pone fin al tiempo. Entonces, subido en un carro tirado por rápidos caballos, el gran guerrero salió por la puerta ante la que estaban acampados Rama y Lakshmana. En aquel momento, el Sol perdió su claridad, las regiones quedaron envueltas en tinieblas, los pájaros lanzaron gritos horribles, y la tierra tembló. El dios (360) hizo llover sangre; los caballos de Ravana tropezaron; sobre el asta de su estandarte se abatió un buitres; los siniestros chacales aullaron. El Rakshasas sintió que el ojo izquierdo le parpadeaba, y un temblor en el brazo izquierdo; tornóse pálido y su voz pareció extinguirse. Mientras Dasagriva se lanzaba al combate, estos presagios de muerte aparecieron. De los aires cayó un meteoro con el ruido de un trueno; garzas mezcladas a buitres lanzaron gritos lúgubres.

Sin inquietarse por aquellos terribles fenómenos, Ravana corrió locamente a la muerte, empujado por Kala. Al ruido de los carros de los rakshasas poderosos, el ejército de los vanaras se puso en movimiento para combatir; por una y otra parte, se provocaban furiosamente, llenos de impaciencia por vencer. Entre tanto, con sus flechas doradas, ardiendo en cólera, Dasagriva hizo una verdadera carnicería de haris. Unos resultaron con la cabeza troncada por Ravana, entre los valimukhas, otros el cuerpo atravesado o las orejas cortadas. Aquéllos caían sin aliento, éstos tenían los costados desgarrados, la cabeza hendida, los ojos saltados. A todas partes por donde Dasanana llevaba sus ojos furiosos el ímpetu de su ataque era irresistible para los jefes enemigos.

## S A R G A X C V I

## COMBATE ENTRE VIRUPAKSHA Y SUGRIVA. MUERTE DE VIRUPAKSHA

Los cadáveres mutilados de los haris caídos bajo los dardos de Dasagriva se acumulaban en el suelo. Ante aquella irresistible avalancha de dardos lanzados por Ravana, en cada dirección, los monos eran tan incapaces de soportarla como las mariposas una llama ardiente. Atormentados por sus agudas flechas, huían lanzando gritos, cual elefantes quemados por un incendio que les envuelve. Los batallones de los plavangamas, lo mismo que Maruta las grandes nubes, Ravana iba, en la refriega, dispersándolos con sus flechas. Tras haber exterminado con su ímpetu a aquellos habitantes de los bosques, el Indra de los rakshasas corrió hacia Raghava.

Sugriva, viendo a los kapis diezmados y puestos en fuga, confió a Sushena su puesto de observación, pensando tan sólo en combatir. Cuando de este modo hubo entregado su mando a un vanara que le igualaba en valentía Sugriva corrió al encuentro del enemigo, un árbol en la mano. A su lado y detrás de él iban todos los oficiales vanaras blandiendo enormes rocas y toda suerte de árboles. El leal gigante lanzó un grito, y volteando a la turba de rakshasas destruyó lo mejor de ella. El colosal monarca trituraba a los rakshasas como, cuando acaban los yugas, el viento quiebra los gruesos árboles. Sobre los regimientos de los rakshasas hizo llover una avalancha de piedras, como una gruesa nube una avalancha de granizo en medio de bandadas de pájaros, en un bosque. Bajo aquella avalancha de piedras lanzadas por el rey de los kapis, los rakshasas, de cabeza sin orejas, caían como montes que se derrumban. Mientras, derribados de ese modo aquí y allá, por Sugriva, que los aplastaba, los rakshasas lanzaban gritos y caían, Virupaksha, armado de su arco, proclamó su nombre, y, saltando de su carro, el indomable rakshasa subió sobre el lomo de un elefante. Montado sobre un elefante, Virupaksha, lleno de vigor, lanzó un grito terrible y se precipitó sobre los vanaras. Hizo caer sobre Sugriva temibles proyectiles en el frente de banderas, y detuvo la desbandada de los rakshasas infundiéndoles nuevos ánimos. Acribillado de heridas por las agudas flechas del rakshasa, el Indra de los kapis, aullando de rabia, resolvió su muerte. Entonces, blandiendo su árbol, el valiente y determinado hari dio un bote y golpeó de lleno la gigantesca cabeza del elefante de su adversario. Bajo la

violencia del golpe, el enorme elefante retrocedió tanto como un arco puede alcanzar, y luego cayó lanzando mugidos. Saltando rápidamente del deshecho animal, el animoso rakshasa se volvió hacia el mono y contra él se lanzó. Revestido con una coraza de piel de toro, desenvainó, y con paso rápido, como para desafiarse, corrió hacia Sugriva, que le esperó a pie firme.

Sugriva aguantó el choque de Virupaksha, y luego le lanzó una enorme roca, semejante a una nube. Cuando vio llegar aquella piedra, el toro de los rakshasas dio un salto de costado y, lleno de bravura, golpeó al hari con su espada. Alcanzado por el arma del valiente rakshasa, el vanara permaneció un instante por tierra como privado de sentido. Luego, levantándose de pronto, hizo girar su puño y le dejó caer violentamente sobre el pecho del rakshasa, en aquella gran batalla. Magullado por los golpes, el merodeador nocturno, furioso, con su espada, en el frente de banderas, hizo caer la coraza de Sugriva, que, al golpe, cayó de rodillas. El kapi, levantándose, fue a dar al rakshasa un manotazo terrible, estruendoso como el rayo, pero aquel manotazo Virupaksha lo esquivó hábilmente y golpeó con el puño a Sugriva en el pecho. El rey de los vanaras, más irritado que nunca, viendo que el rakshasa había parado su golpe, advirtió que se descubría. Entonces, lleno de cólera, le asestó en el hueso temporal, con enorme violencia, otro manotazo, semejante al trueno del gran Indra, que le derribó por tierra. La sangre, de la que estaba inundado, corría por la boca de Virupaksha como el agua que cae de una cascada. Girando sus ojos lleno de furor, echando espuma, bañado en su propia sangre, parecía más *virupaksha* aún. Los kapis vieron a su enemigo palpitante que rodaba sobre un costado, bañado en sangre, lanzando gritos lastimeros. Entre tanto, los dos valerosos ejércitos de vanaras y rakshasas, que estaban enzarzados, empezaron a lanzar en el campo de batalla horribles clamores, como dos océanos que han roto sus diques. En presencia del todopoderoso Virupanetra, muerto por el soberano de los haris, la multitud confundida de kapis y rakshasas asemejábase al Gangá desbordado.

## SARGA XCVII

### MAHODARA ES MUERTO POR SUGRIVA

Los dos ejércitos desaparecían rápidamente cada uno bajo los golpes del otro en aquella vasta refriega: cual dos estanques que se secan durante los grandes calores. La destrucción

de sus tropas y la muerte de Virupaksha doblaron el furor de Ravana, el jefe de los rakshasas. Al ver su ejército diezmado, destruido por los valimukhas, y reconociendo que el Destino le era adverso en aquella guerra, tornóse inquieto. Entonces dijo a Mahodara, que estaba junto a él: «En adelante, guerrearé de los grandes brazos, tú eres mi única esperanza de vencer. Triunfa del ejército enemigo; despliega hoy tu heroísmo. Es el momento de reconocer los beneficios que has recibido de tu señor. Combate valientemente.»

Oyendo estas palabras Mahodara respondió: «Que sea así.» Y, apartándose del Indra de los rakshasas, cayó sobre el ejército enemigo, como la mariposa en la llama. Aquel poderosísimo rakshasa hizo una carnicería entre los vanaras, pues su ardor había sido estimulado no tan sólo por su propia valentía, sino por las palabras de su amo. Por su parte, los vanaras, los del gran corazón, armándose con enormes piedras, penetraron en las terribles filas de los rakshasas y los mataron a todos. Mahodara, en el colmo del furor, con sus flechas doradas cortaba manos, pies y muslos de los vanaras en la gran pelea. Los monos, tras un rudo combate con los rakshasas, huyeron todos, unos hacia las diez regiones, los otros junto a Sugriva.

Testigo de la derrota de su poderoso ejército, Sugriva corrió hacia Mahodara. Apoderándose de una roca enorme, formidable, semejante a una montaña, el jefe de los haris se la arrojó con gran vigor, decidido a aplastarle. Pero Mahodara, sin conmoverse, al verla llegar, la hizo pedazos con sus flechas. Triturada por los dardos del rakshas, cayó al suelo en mil pedazos; hubiérase dicho una bandada de buitres espantados. Al ver aquella roca rota, Sugriva, loco de cólera, desarraigó un sala y se lo lanzó a su adversario, que también le rompió en varios pedazos. Con sus dardos, el héroe, azote de sus enemigos, trituró el árbol. Sugriva, furioso, vio entonces una barra de hierro que estaba allí en el suelo. Blandiendo aquella barra centelleante ante los ojos de los rakshasas, de un golpe dado con extremada violencia abatió los excelentes caballos de su enemigo. Saltando del carro, cuyo tiro acababa de perecer, el valeroso Mahodara, irritado, se apoderó de una maza.

Armados, el uno de una maza y el otro de una barra de hierro, aquellos dos héroes acercáronse el uno al otro, mugiendo como dos toros, o semejantes a dos nubes fulgurantes. Furioso, su maza flameante que centelleaba como el Sol, el merodeador nocturno la lanzó contra Sugriva. Aquella espantosa maza que caía sobre él, el valerosísimo jefe de los haris, rejos

los ojos de cólera, levantando su arma la golpeó; pero su barra cayó también rota por el suelo. El ardoroso Sugriva entonces recogió del suelo un pisón formidable de hierro, dorado por todas partes, y blandiéndole, le lanzó y con él alcanzó a la maza. Los dos proyectiles se rompieron al chocar uno contra otro, cayendo sobre el campo de batalla. Entonces, las dos armas rotas, ambos campeones se atacaron a puñetazo limpio; llenos de brío y de fuerza, hubiérase dicho dos fuegos encendidos. Golpeábanse uno a otro en medio de vociferaciones múltiples. Habiéndose abofeteado mutuamente, los dos rodaron por tierra. Levantados prontamente, batíanse a puñetazos formidables y se magullaban mutuamente aquellos dos héroes invencibles. Agotáronse en aquel pugilato aquellos dos campeones, látigos de sus enemigos. Entonces, cada uno de ellos cogió la primera espada que halló a mano. Y al punto, transportados de furor, arrojáronse de nuevo, entre grandes gritos, el uno contra el otro, la espada en alto, aquellos guerreros llenos de impetuosidad y de experiencia. Los dos giraban rápidamente a derecha e izquierda el uno del otro, furiosos, tratando cada uno de matar a su adversario. Entonces el bravo, el fogoso y perverso Mahodara, orgulloso de su fuerza, dio con su espada en la gran coraza de Sugriva. Al choque, su arma se rompió; el elefante de los kapis con la suya aprovechó para cortarle la cabeza, que estaba tocada de un casco y adornada con arracadas.

Al ver a su jefe decapitado yaciendo por el suelo, el ejército de los rakshasas desapareció. Cuando hubo muerto a Mahodara, el harí lanzó alegres hurras, así como sus tropas. Dasagriva se puso furiorísimo y Raghava se llenó de alegría. El rostro abatido, los rakshasas, aterrados, huyeron todos. El espanto les enloquecía. Tras haber echado por el suelo a Mahodara, que parecía un bloque desprendido de una alta montaña, el hijo de Surya resplandeció lleno de claridad, como Surya mismo con sus inextinguibles ardores. Aquel Indra de los vanaras que había conseguido la victoria en primera línea, las tropas de suras, de siddhas y de yakshas, así como las bandas de bhutas que circulaban por la superficie de la Tierra, lanzaban sobre él miradas llenas de alegría.

## SARGA XCVIII

DUELO ENTRE ANGADA Y MAHAPARSHA.  
MUERTE DE MAHAPARSHA

Mahodara muerto por Sugriva, el todopoderoso Mahaparsva, mirando al que le había matado con ojos enrojecidos por el furor, sembró el desorden en el terrible ejército de Angada, con ayuda de sus proyectiles. Los miembros superiores de los principales vanaras, el rakshasa los separaba de los cuerpos, lo mismo que el viento a un fruto de su pedúnculo. A unos, con sus dardos, les cortaba los brazos, lleno de rabia; a otros los atravesaba los costados. Agobiados por los dardos que hacía llover sobre ellos Mahaparsva, los vanaras, pálidos de espanto, todos perdieron los ánimos. Queriendo entonces dar respiro a sus tropas rechazadas y diezmadas por el rakshasa, Angada botó lleno de brío, cual el Océano los días de marea. Empuñando una barra de hierro, luciente como los rayos del Sol, el príncipe de los vanaras golpeó con ella en plena refriega a Mahaparsva. Este, al golpe, perdió el conocimiento, y de su carro, cuyo conductor había sido muerto, cayó inanimado al suelo. El enérgico rey de los rikshas, semejante a un montón de negro colirio, extremadamente vigoroso, lanzándose por delante de su batallón, que tenía el aspecto de una nube, armóse de una enorme roca, semejante a la cima de una montaña, y de un furioso golpe mató a los caballos y deshizo el carro del rakshas.

Al cabo de un instante, Mahaparsva recobró sus sentidos y con su gran vigor acribilló a Angada con dardos aún más numerosos. Alcanzó también a Jambavat, el rey de los rikshas, con tres jabalinas en mitad del pecho, e hirió también a Gavaksha con múltiples flechas. Viendo a Gavaksha y a Jambavat atravesados por los dardos, Angada se apoderó de una barra enorme; la cólera le dominaba. Aquella barra de hierro, brillante como los rayos del Sol, Angada, rojos de furor los ojos, empuñándola con ambas manos, y blandiéndola con fuerza, el hijo de Vali la lanzó, con intención de matarle, contra Mahaparsva, que estaba más lejos. Lanzada de aquel modo vigorosamente, la barra hizo caer de la mano del rakshas el arco y las flechas, y asimismo hizo rodar su casco. Luego, juntándose a él de un salto, Angada, ardiendo en cólera, de un manotazo le despegó las orejas, que estaban adornadas con pendientes.

Furioso, el valiente, el ilustre Mahaparsva cogió con una sola mano un hacha enorme. Aquella arma, lavada con aceite, sin mancha, hecha con corazón de roca, sólida, el rakshasa, en el paroxismo de la rabia, golpeó con ella a su antagonista. El golpe alcanzó pesadamente a éste en el hombro izquierdo, pero fue amortiguado por la coraza de Angada, que, furioso, exasperado, el bravo Angada, émulo de su padre en valentía, levantó un puño fulminante. Conociendo las partes vitales, dio al rakshasa un golpe semejante al trueno de Indra en el pecho por la parte del corazón. El rakshasa, cuyo corazón quedó partido al choque, cayó muerto sobre el vasto campo de batalla. Cuando quedó extendido sin vida por el suelo, su ejército, lleno de miedo, escapó, mientras una cólera violentísima se apoderaba de Ravana.

Los vanaras con Angada lanzaron rugidos gozosos que, resonando a lo lejos, trastornaron, por decirlo así, a Lanká, sus puertas y sus torres. También los dioses, con Indra, lanzaron un poderoso grito. El enemigo de Indra, furioso al oír el inmenso clamor de los habitantes del Cielo y los de los bosques, el rey de los rakshasas decidió afrontar de nuevo la lucha.

## SARGA XCIX

### RAMA Y RAVANA SE BATEN CON ARMAS MÁGICAS

Al ver a Mahodara y a Mahaparsva muertos, y al valeroso Virupaksha caído también, a pesar de su gran vigor, una violenta cólera se apoderó de Ravana, que estimuló a su escudero con estas palabras: «La matanza de mis fieles y el asedio de la ciudad, esta doble calamidad yo la apartaré matando a Rama y a Lakshmana. En la lucha derribaré ese árbol que es Rama, del que Sitá es la flor y el fruto, y que tiene por ramas a Sugriva, Jambavat, Kumuda, Nada, Dvidida también, y Mainda, Angada, Guadhamadana, Hanumat, Susherna y todos los otros jefes de los haris.» El gran Atiratha, que hacía resonar las diez regiones con el estrépito que producía su carro al rodar, se lanzó rápido precipitándose sobre Raghava.

Llenada por aquella algarabía, así como sus ríos, sus montañas y sus bosques, la Tierra entera tembló, en medio del espanto de los leones, de las gacelas y de los pájaros que la habitaban. Ravana adoptó un aire tenebroso, formidable en exceso, espantoso, mediante el cual aterró a todos los kapis

que huyeron de un lado y de otro, entre el polvo que levantaban sus batallones rotos y dispersos, pues no pudieron resistir aquella arma fabricada por Brahma mismo. Al ver a aquellos regimientos numerosos hundidos en cien sitios por los poderosos dardos de Ravana, Raghava permaneció a la expectativa.

Entre tanto, el tigre de los rakshasas, habiendo puesto en fuga al ejército de los haris, advirtió precisamente en aquel momento a Rama, de pie, invencido, junto a su hermano Lakshmana, como Vasava con Vishnú que tocaba, por decirlo así, el ciclo, con su gran arco, héroes de ojos anchos como hojas de loto, de grandes brazos, domadores de sus enemigos. Por su parte, el muy ilustre y valeroso Rama, al que Sumitri acompañaba, al ver a Ravana volteando a los vanaras en la refriega, cogió alegremente su arco por el centro y se puso al punto a tender su arma excelente, muy sólida y muy ruidosa, hendiendo, por decirlo así, la Tierra.

Al ruido hecho por Ravana que disparaba multitud de dardos y por Rama, que tendía su arco él también, los rakshasas cayeron a centenares. Ravana, al llegar al alcance del arco de los dos príncipes, parecía Rahú en presencia de Sasin y de Surya. Deseoso de entablar el primero el combate con sus proyectiles agudos, Lakshmana, tras haberlos adaptado al arco, lanzó flechas semejantes a jirones de fuego. Aquellos dardos, apenas el arquero Lakshmana los había soltado en el aire, cuando con los suyos el muy vigoroso Ravana los apartó. Rompía una flecha con una flecha, tres con tres, diez con diez, mostrando con ello su destreza de mano.

Saltando por encima de Sumitri, Ravana, guerrero victorioso, acercóse en la lucha a Rama, que se mantenía de pie, como un monte infranqueable. Habiéndose acercado a Raghava, con los ojos llenos de furor, el jefe de los rakshasas le lanzó chaparrones de proyectiles. Aquella lluvia de flechas, salidas del arco de Ravana, Rama, viéndolas venir, cogió vivamente bhallas. Con ayuda de estas bhallas aguzadas Raghava rompía aquellos muchos dardos llameantes, temibles, semejantes a venenosas serpientes. Raghava, pegando con golpes redoblados a Ravana y Ravana a Raghava, acribitándose uno a otro con una granizada de proyectiles variados y penetrantes. Durante mucho tiempo, describieron maravillosos círculos el uno en torno del otro, a la derecha y a la izquierda, abrumándose con impetuosos dardos y quedando los dos invencidos.

Los seres estaban sobrecogidos de espanto ante aquel encarnizado duelo entre los dos temibles arqueros, los émulo-



de Yama y de Antaka. El cielo estaba cubierto de toda clase de dardos, como al final de la estación cálida lo está de nubes enguinaldadas de relámpagos. El firmamento llegó a estar como perforado de agujeros con aquella avalancha de flechas que se arremolinaban, flechas de acerada punta, guarnecidas de plumas de garza, y extremadamente veloces. Con sus dardos entenebrecieron primeramente la atmósfera, lo mismo que, cuando el Sol se ha retirado detrás del Asta, dos grandes nubes que se levantan de pronto.

Entre aquellos dos guerreros que trataban de matarse recíprocamente, se empeñó una lucha colosal, incomparable, inimaginable: como el duelo entre Vritra y Vasava. Los dos tenían arcos excelentes; los dos eran guerreros hábiles; los dos ponían en el combate una ciencia superior en el oficio de las armas. En todas sus evoluciones les seguían olas de proyectiles; cual, empujadas por la tempestad, las olas de dos mares. De pronto, con mano experta, Ravana, el *ravana* de los mundos, apuntando a la frente de Rama, le lanzó con su arco temible una serie de naracas. Semejante a una guirnalda de hojas de loto azul, Rama las recibió en la cabeza sin conmoverse. Luego, recitando mantras, se armó con un dardo de Rudra y escogiendo un gran número de jabalinas, lleno de enojo, el ilustre Raghava tendió su arco y lanzó con fuerza contra el Indra de los rakshasas aquellos proyectiles que se seguían sin interrupción. Aquellos dardos cayeron, sin poderla perforar, en la coraza, semejante a una inmensa nube, de Ravana, que no se turbó. De nuevo, a este príncipe de los rakshasas, de pie en su carro, Rama, experto en todas las armas, le hirió en la frente con proyectiles a los cuales había unido un dardo maravilloso. Hubiérase dicho serpientes de cinco cabezas, en forma de flechas, que hundíanse en el suelo silbando, rechazadas por Ravana, al que mordían. Luego de haber hecho inútil el dardo de Raghava, Ravana, transportado de furor, se armó a su vez de un dardo de Asura extremadamente temible. Luego le lanzó uniendo a él flechas aceradas con cabezas de leones y de tigres, de garzas, de patos, de buitres, de halcones y de chãcales, con cabezas de lohoy y puntas enormes, aterradoras, o parecidas a serpientes de cinco cabezas; aun otras con cabezas de asnos, de jabalíes, de perros, de gallos, de makaras y de reptiles venenosos.

Aquellos dardos acerados, obra de su poder mágico el poderosísimo rakshasa los lanzó con furor contra su rival, silbando como una culebra. Alcanzado por el dardo Asura, el toro de los Raghús respondió mediante el dardo lleno de fuer-

za de Pavaká, él, el émulo de Pavaká, al que unió flechas de todas clases cuya punta ardía como el fuego, que tenían el aspecto de soles, el color de los planetas y de las estrellas, la apariencia de grandes meteoros, y parecían lenguas fulgurantes. Los formidables proyectiles de Ravana, detenidos y chocando contra los de Rama, se desvanecieron en el espacio, quedando deshechos a millares. Cuando vieron el dardo de Asura destruido por Rama, el del impercedero karmán, todos los valerosos kapis que cambiaban de forma a voluntad, Sugriva a su cabeza, lanzaron alegres vivas, y se pusieron en círculo en torno a él. Aquella arma, lanzada por el brazo de Ravana, una vez que la hubo destrozado violentamente, el descendiente de Raghú, el magnánimo Desarathi, sintióse feliz, mientras los jefes de los kapis le aclamaban gozosamente.

## S A R G A C

### RAVANA HUYE FRENTE A RAMA

Su dardo destruido, Ravana, el rey de los rakshasas, cuya cólera redoblaba, produjo inmediatamente otro, lleno de furor. Forjado por Maya, aquella arma formidable de Rudra, el ilustre Ravana dispúsose a lanzarla contra Raghava. Entonces, de su arco escaparon por todas partes venablos, mazas, palancas abrasadas, duras como el diamante, mazos, martillos, cadenas y cuadrados de rayos inflamados, de todas clases, ardientes, brotaron como las trombas de viento al final de un yuga. Aquel proyectil, Raghava, lleno de gloria, el más versado en el conocimiento de los dardos excelentes, guerrero de gran renombre, le deshizo mediante un maravilloso dardo gandharva. Aquella arma rota por el magnásimo Raghava, Ravana, encendidos los ojos por el furor, lanzó un dardo Saura. Entonces discos brillantes, enormes, brotaron del arco del hábil Ravana, el del temible brío. Al caer, abrasaron el cielo por todas partes, y las regiones cardinales fueron también consumidas por la caída de aquellos proyectiles ardientes, semejantes a la Luna, al Sol y a los planetas. Raghava, con una multitud de dardos, destruyó los discos y dardos lanzados por Ravana en el frente de banderas.

Cuando vio su arma rota, Ravana, el jefe de los rakshasas, alcanzó a Rama con diez flechas en todos sus órganos vitales. Herido por aquellas diez flechas que con su gran arco le había

lanzado Ravana, el muy enérgico Raghava ni se movió. Y a su vez victorioso príncipe hirió a Ravana en todos sus miembros, con la ayuda de numerosos proyectiles. En aquel momento, movido por la cólera, el hermano segundogénito (*avara-jo*) de Raghava, el valeroso Lakshmana, matador de sus enemigos, se armó de siete dardos, y con aquellos dardos de gran impetuosidad el ilustre príncipe deshizo, cortó por varios sitios el estandarte con cabeza de hombre de Ravana. Luego, con otro dardo, el afortunado Lakshmana, el del inmenso vigor, cercenó la cabeza, adornada de brillantes arrancadas, del nairrita que conducía el carro. El arco, semejante a una trompa de elefante, del Indra de los rakshasas, Lakshmana le rompió también con ayuda de cinco flechas agudas. Los hermosos caballos de Ravana, del tinte sombrío de la nube, altos como montañas, Vibhishana, cayendo sobre ellos, los mató con su maza.

Entonces, saltando vivamente del carro, cuyo tiro había sido abatido, Dasarata entró en violentísima cólera contra su hermano. El poderoso y fogoso monarca lanzó contra Vibhishana un venablo brutal, semejante a un cuadrado de rayos. Pero antes de que le alcanzase, Lakshmana le rompió con tres flechas. Entonces se oyó un hurra estruendoso lanzado por los vanaras en la gran batalla. El venablo enguinaldado de oro cayó roto en tres pedazos: cual, acompañado de chispas, un gran meteoro inflamado cae del firmamento. El rakshas se armó entonces de otra pica más puesta a prueba, de la que el propio Kala apenas hubiera podido soportar el choque, enorme y que brillaba con brillo propio. Blandida con fuerza por el vigoroso Ravana, el del alma perversa, proyectó una luz vivísima; hubiérase dicho un trueno inflamado. Pero el valeroso Lakshmana, dándose cuenta de que Vibhishana corría riesgo de perecer, colocándose vivamente ante él y tendiendo su arco el héroe acribilló a Ravana dispuesto a lanzar el arma que tenía en la mano, con una granizada de dardos. Bajo aquella lluvia de proyectiles con que le abrumaba el valeroso Sumitri, impidiendo con ello su propósito, el rakshasa no pensó ya sino en herir a su vez. Viendo que acababa de salvar a su hermano, Ravana, de pie ante él, le habló en estos términos: «Puesto que has protegido a Vibhishana, ¡oh tú, a quien la fuerza vuelve arrogante!, esta lanza va a caer sobre ti por haber salvado al rakshasa. Atravesándote el corazón, este arma de rojas huellas que mi brazo, semejante a una barra, va a lanzar te arrancará los alientos vitales y luego volverá a mi mano.» Dijo, y aquella pica armada de ocho campanillas, muy escandalosa, que

Maya había fabricado mediante su arte mágica, inevitable, matadora de sus enemigos, cuyo esplendor flameaba por decirlo así, Ravana en el paroxismo de la rabia, tras apuntar a Lakshmana, se la lanzó al tiempo que profería grandes gritos.

Enviado con terrible vigor y un ruido como un trueno, aquel venablo iba a caer violentamente sobre Lakshmana en el frente de banderas. Pero Raghava conjuró a aquel arma durante su carrera diciendo: «¡Felicidad a Lakshmana, y que vano sea tu mortal impulso!» Lanzado por el furioso rakshasa sobre el asustado héroe, el venablo, que asemejábase a un reptil venenoso, se hundió, al caer con violencia extremada, en su ancho pecho; hubiérase dicho la lengua de un rey de las serpientes, de tal modo centelleaba de esplendor. Lanzado con fuerza por Ravana, el venablo penetró muy profundamente, y Lakshmana, el corazón atravesado, cayó por tierra.

Cuando vio en aquel estado a Lakshmana, cerca del cual estaba de pie, el muy poderoso Raghava, lleno de ternura hacia su hermano, sintió que su alma se abatía. Tras un momento de reflexión, los ojos inundados de lágrimas, transportado de furor como Pavaka al final de un yuga, pensó: «No es la hora de lamentarse.» Tras lo cual entabló una lucha espantosa decidido a acabar con Ravana. Los ojos fijos sobre su hermano, Rama le veía atravesado por un venablo. Aquella arma lanzada por el poderoso Ravana, los más vigorosos de los haris esforzábanse en vano por arrancarla, abrumados como estaban, además, por la granizada de flechas que les lanzaba el príncipe de los rakshasas. El venablo, tras haber atravesado a Sumitri, habíase hundido en el suelo.

Rama, con sus dos manos poderosas, agarró la pica, que rompió colérico, arrojando luego los pedazos muy lejos. Mientras lo hacía, Ravana le lanzó con fuerza en todos los miembros flechas de mortales alcances. Sin preocuparse de aquellos proyectiles, Rama besó a Lakshmana y dijo a Hanumat, así como a Sugriva, el gran kapi: «Permaneced junto a Lakshmana, ¡oh príncipes de los vanaras! El momento ha llegado de mostrar mi fuerza; hace tiempo la estoy llamando con mis votos. ¡Que perezca el perverso Dasagriva, el de los infames propósitos! Tal es mi deseo, como el cataka, al final del verano, ver aparecer las nubes. En un momento, sin tardar mucho, ¡os lo juro!, o no habrá Ravana o no habrá Rama en el Mundo; lo vais a ver, vanaras. La pérdida de la realza, la permanencia en el bosque, las peregrinaciones a través del Dandaka, el ultraje hecho a Vaidehí, el encuentro con los rakshasas, el grande, el terrible mal que me acaece, este tormento que es

como un infierno, todo lo olvidaré, abatiendo a Ravana en el campo de batalla. Este propósito, para el cumplimiento del cual he hecho venir tras de mí a este ejército de monos, luego de haber entronizado a Sugriva, cuando maté a Vali en el campo de batalla, y a causa del cual hemos franqueado el mar tras haber echado un puente. Este miserable, hoy se ha puesto al alcance de mis miradas; pues bien: por haber llegado ante mis ojos no podrá sobrevivir. Viniendo ante mí, es ante una serpiente venenosa cuya vista tan sólo envenena, ante quien ha venido Ravana; o bien como un reptil caído ante los ojos de Vainateya. Sed espectadores srenos de mi lucha con Ravana, invencibles toros de los vanaras; sentaos sobre las crestas de la montaña. Hoy, en este duelo, mi calidad de Rama los tres mundos la reconocerán con los gandharvas, los siddhas y los caranas. Hoy cumpliré una hazaña que los mundos, con los sercs que se mueven y los que no se mueven, así como los devas, contarán mientras la Tierra subsista.»

Esto dicho, con sus dardos penetrantes, adornados de oro, Rama se aplicó a herir a Dasagriva. Por su parte, Ravana hizo llover sobre Rama naracas y musalas, lanzadas con fuerza: cual una nube de la que cae un aguacero. Aquellos maravillosos dardos que Rama y Ravana se lanzaban para matarse mutuamente produjeron un estrépito espantoso. Quebradas, rotas, las flechas de Rama y de Ravana de inflamadas puntas caían por el suelo. La cuerda de sus arcos hacía un ruido enorme; el espanto general de los sercs era un espectáculo extraño.

Ante aquella lluvia de proyectiles que le lanzaba como un continuo chorro el poderoso héroe del arco abrasador, anonadándole, Ravana, aterrado, se dio a la fuga, cual, expulsada por la tempestad, una gran nube.

## SARGA CI

### MARAVILLOSA CURACIÓN DE LAKSHMANA

Cuando vio abatido en el campo de batalla por la lanza del vigoroso Ravana al bravo Lakshmana, al que olas de sangre inundaban, Rama entabló una espantosa lucha contra el cruel rakshasa, al que abrumó con una granizada de dardos. A Sus-hena le dijo: «El valeroso Lakshmana, abatido por el brutal Ravana, se retuerce como una serpiente: estoy desesperado. Cuando veo bañado en su sangre a este héroe que me es más

querido que la existencia, ¿cómo podré tener fuerza para combatir, dada mi desesperación? Este altivo guerrero, mi hermano, el de las brillantes insignias, si ha entrado en los cinco elementos, ¿qué me importa la vida o la fortuna? Sí, mi fuerza titubea, por decirlo así, y mi arco parece escapar de mi mano; mis dardos se embotan, mis ojos están velados por las lágrimas. Mis miembros se doblan, como cuando el sueño se apodera de los hombres; mi pensamiento se extravía y siento un violento deseo de morir, al ver a mi hermano derribado por Ravana, lanzando gritos inarticulados, presa de grandes sufrimientos y profundamente herido en sus órganos esenciales. En la extremada desgracia en que estoy hundido, sollozando, los sentidos turbados, ante el espectáculo de mi hermano Lakshmana tendido sobre el polvo en el campo de batalla, la victoria misma, ¡oh héroe!, no podría causarme alegría. Fuera del alcance de las miradas, ¿qué placer puede procurar Candra? ¿Para qué combatir? ¿De qué me sirve la vida? La guerra ya no tiene para mí objeto ahora, puesto que Lakshmana yace muerto en el frente de banderas. Así como este ilustre héroe me acompañó cuando me retiré al bosque, así yo le acompañaré a él a la mansión de Yama. Afectuoso siempre con los suyos, siempre me fue adicto. A esta situación he sido traído por los rakshasas que combaten valiéndose de la magia. Por todas partes se encuentran esposas, por todas aliados; pero no veo dónde podría encontrar un hermano tan querido. ¿Para qué me servirá reinar, ¡oh guerrero invencible!, sin Lakshmana? ¿Qué diré a Sumitrá, que ama a su hijo tan tiernamente? ¿Qué diré incluso a Kaikeyí? ¿Qué responderé a Bharata y a Satruña el del gran vigor? Partido con él al bosque, ¿cómo podré volver sin él? Más vale morir aquí que afrontar los reproches de mi familia. ¿Habré cometido alguna maldad en otra existencia, puesto que mi virtuoso hermano está tumbado, muerto, aquí ante mí? ¡Ah hermano, el mejor de los hombres y el primero de los héroes! ¡Oh príncipe! ¿Por qué me abandonas? ¿Por qué irte solo al otro mundo? ¿Cómo es posible que no respondas a mis quejas? ¡Levántate! ¡Mírame! ¿Por qué permaneces tumbado? ¡Mira con tus propios ojos mi aflicción! Abrumado de dolor, errando enloquecido por montes y bosques, en mi desesperación, guerrero de los grandes brazos, ¡sé mi consuelo!»

Así hablaba Rama, los sentidos trastornados por la pena. Para confortarle, Sushena le dirigió este excelente discurso: «Renuncia, ¡oh tigre entre los hombres!, a esta idea que te turba, a este pensamiento que te atraviesa con su dolor, cual

lo podrían hacer las jabalinas en el frente de banderas. No, no ha entrado en los cinco elementos Lakshmana, que aumenta su felicidad. Pues sus rasgos no están alterados, ni su tinte lívido, sino que su rostro es hermoso y está tranquilo; contéplale. Las palmas de sus manos asemejanse a dos hojas de loto y sus ojos son muy brillantes. No tiene el aspecto de los que han perdido la vida, ¡oh jefe de los pueblos! No te desoles, pues, ¡oh héroe vencedor de tus rivales! Lakshmana está vivo. La prueba son, mientras duerma con el cuerpo tendido por el suelo, los múltiples latidos de su corazón, acompañados de suspiros, ¡oh héroe!»

Así habló el muy sabio Sushena a Raghava. Luego dijo al gran mono Hanumat, que estaba junto a él: «Amigo, parte rápido y ve al monte Mahodaya. Ya has oído antes de ahora hablar de él a Jambavat, ¡oh guerrero! Sobre su cresta meridional crece una panacea; tráela. La planta llamada Visalyakarani, la Savarnyakarani también, la Samjivakarani, ¡oh guerrero!, y la Samdhaní de gran virtud. Tráelas para volver a la vida al héroe Lakshmana.» Oyendo estas palabras, mientras iba a la montaña de las hierbas, estaba apurado, pues el ilustre hari no conocía las plantas curativas. Pero le vino un pensamiento a Maruti, cuyo vigor era sin medida: «Tracé la cresta misma de la montaña (361). Es sobre esta cima donde crece la panacea afortunada, tal creo al menos, según las indicaciones de Sushena. Volver sin haber cogido la Visalyakarani, esta pérdida de tiempo sería funesta y un gran mal sobrevendría.» Según pensaba esto, el poderoso Hanumat se apresuraba. Cuando alcanzó la alta montaña, por tres veces sacudió la cima. Tras haberla desprendido con la multitud de árboles de esencias variadas, en plena floración, que en ella crecían, la mantuvo en equilibrio entre sus dos manos. Luego, cual una sombría nube, cargada de lluvia, el vanara se lanzó a los aires llevando la cresta rocosa. Volvió con ella a toda prisa y depositó la cima; luego, tras haberse repuesto un poco, dijo a Sushena: «Como no conozco las plantas medicinales, ¡oh toro de los haris!, aquí te traigo entera la cima de la montaña.»

A estas palabras del hijo de Pavana, Sushena, el príncipe de los monos, cogió las plantas tras haberlas arrancado. Fue una sorpresa general entre los toros de los vanaras aquella hazaña de Hanumat, que los suras mismos hubieran cumplido con mucha dificultad. Tras haber triturado aquella panacea, el príncipe de los vanaras, Sushena, el del gran renombre, la introdujo en las narices de Lakshmana. Cuando las hubo olido, el príncipe, terror de sus enemigos, que estaba erizado de fle-

chas, levantóse al punto del suelo, libre ya de sus dardos y sin sufrimientos. Los haris, al verle de pie, exclamaron llenos de alegría, felicitándole: «¡Bravo! ¡Bravo!»

«Ven, ven», dijo a Lakshmana, Rama, el matador de sus enemigos, que le besaba estrechándole fuertemente contra su corazón, los ojos llenos de lágrimas. Luego, tras haberle abrazado, Raghava dijo a Sumitri: «¡Qué alegría, oh héroe, puesto que te veo volver de la muerte! En verdad, no, la existencia ya no tenía atractivos para mí, ni tampoco Sitá, ni la victoria. Porque, en efecto, ¿qué necesidad tenía yo de vivir si tú habías entrado en los cinco elementos?»

Al magnánimo Raghava, que le hablaba así, Lakshmana, lleno de pena, le respondió con voz conmovida: «Tras el compromiso en que te has empeñado, ¡oh tú, que fuiste siempre un héroe leal!, este lenguaje de inconstante, de cobarde, no te sienta. No, no hacen juramentos vanos los que hablan sinceramente, y la gran prueba que dan es el cumplimiento de sus promesas. No deberías entregarte de este modo a la desesperación por culpa mía, héroe sin reproche. Que la muerte de Ravana te libere en este día de lo que has prometido. No, tu rival no debe volverse vivo, si viene al alcance de tus flechas: cual el gran elefante bajo el colmillo puntiagudo de un rugiente león. Yo quiero, sí, que perezca sin tardar ese miserable, antes de que retire tras el Asta, su misión cumplida, el astro del día. Si tú deseas la muerte de Ravana en el campo de batalla, si deseas cumplir tu compromiso; si aspiras a reconquistar tu princesa, ¡oh noble héroe!, haz lo que yo te digo, sin tardanza, hoy mismo.»

## SARGA CII

### RAMA Y RAVANA REANUDAN SU DUELO

Tras estas palabras de Lakshmana, el valeroso Raghava, destructor de sus enemigos, cogió su arco y le tendió, haciendo llover sobre Ravana sus dardos formidables, a la cabeza del ejército. Por su parte, montado en un nuevo carro, Ravana, jefe de los rakshasas, corrió hacia Kakutstha, como Svarbhanu sobre Bhaskara. Dasagriva, de pie en su carro, asaltó a Rama con proyectiles semejantes al rayo, como una nube cubre a una gran montaña con sus aguaceros. Con sus flechas que parecían blandones de fuego con sus adornos de oro, Rama inun-



dó sin interrupción, en el campo de batalla, a Dasagriva. «Rama está a pie, mientras que el Rakshas va en un carro: la lucha no es igual», dijeron los devas, los gandharvas y los kinnaras. Entonces, el mejor de los dioses, Sakra, habiendo oído estas palabras de los Inmortales, llamó a Matali y le dijo: «Con mi carro corre rápidamente junto al excelente Raghú, que está a pie. Ve al campo de batalla e invítale a subir. Presta, ¡oh dios!, este servicio importante.» A esta orden de su rey, Matali el escudero de los dioses, inclinó la cabeza y respondió: «Voy a toda prisa, ¡oh Indra de los devas!, y cumpliré mi oficio de escudero» Luego enganchó los caballos bayos en el más hermoso de los carros, cuya caja estaba enchapada de oro, y al que cien campanillas servían de adorno; carro que brillaba como el Sol levante, con sus timones de esmeraldas. De él tiraban hermosos caballos, manchados de blanco, bayos, resplandecientes como el Sol, acaparazonados con láminas de oro. Un estandarte o bastón de oro flotaba sobre el excelente, maravilloso carro de Indra.

Por orden del rey de los devas, Matali subió a aquel carro, y, descendiendo del Trivishtapa, corrió a reunirse con Kakutstha. Armado de su aguijón, de pie en su carro, Matali, el escudero del dios de los mil ojos, dijo a Rama, saludándole con el anjalí: «Sahasraksha te presta su carro para que triunfes, ¡oh Kakutstha, gran héroe, destructor famoso de tus enemigos! He aquí el gran arco de Indra, su coraza brillante como el fuego de sus dardos lucientes como el Sol, su buena lanza bien bruñida. Sube sobre este carro, ¡oh guerrero!, y sé vencedor del rakshasa Ravana conmigo como escudero, ¡oh deval!, como Mahendra lo fue de los danavas.» A esta invitación, Rama, cuyo esplendor iluminaba los mundos, dio la vuelta alrededor del carro, se inclinó y subió poniéndose junto a Matali (362).

Entonces fue un maravilloso duelo de carros, que hacía poner los pelos de punta, entre Rama, el de los grandes brazos, y el rakshasa Ravana. Raghava, hábil en lanzar los más poderosos proyectiles, combatió al rey de los rakshasas dardo gandharva contra dardo gandharva, dardo daiva contra dardo daiva. El real noctámbulo, en el paroxismo del furor, lanzó contra su rival en diversas ocasiones el dardo maravilloso, formidable, propio de los rakshasas. Lanzadas por el arco de Ravana, aquellas flechas, adornadas con oro, caían sobre Kakutstha transformadas en serpientes de sutil veneno. Aquellos monstruos espantosos, de rostro de brasa, que vomitaban llamas, de grandes fauces abiertas y ardientes, saltaron sobre

Rama. Reptiles de contacto semejante al de Vasuki, de anillos de fuego, de violento veneno, llenaban las regiones en toda su extensión y colmaban los intersticios.

A la vista de aquellas serpientes que se arrojaban sobre él en el combate, Rama escogió un dardo Garuda, terrible, espantoso, y le lanzó. Al salir del arco de Raghava, aquellos dardos de pie de oro, brillantes como airones de fuego, lanzáronse transformados en otras tantas Suparnas doradas, enemigos de las serpientes. Todos aquellos proyectiles en forma de serpientes rápidamente fueron destruidos por los dardos en forma de pájaros de Rama, que cambiaban de aspecto a voluntad. Furioso por la destrucción de su dardo, Ravana, el jefe de los rakshasas, hizo llover sobre Rama formidables avalanchas de dardos. Mientras acribillaba con un millar de proyectiles a Rama, el de las hazañas imperecederas, hirió a Matali con otros muchos. Tras haber apuntado bien, Ravana rompió su banderín con una sola flecha; el gonfalon de oro cayó de lo alto del carro al fondo. Los caballos de Indra los abatió, los abatió con una serie de flechas, con gran espanto de devas, gandharvas, caranas, así como de los danavas.

Al ver a Rama herido, los siddhas y los supremos rishis se turbaron, así como los Indras de los vanaras y Vibhishana, cuando Rama-Candra desapareció a sus ojos, devorado por Ravana-Rahú. La constelación de Prajapati, Rohini, la bienamada de Sasin, Budha se lanzó sobre ella, por desgracia para los seres. Con sus olas humeantes y como abrasado, el Océano saltó furioso, casi hasta tocar al astro del día. Este, tomando un aspecto metálico, siniestro, los rayos extinguidos, dejó ver en su disco un tronco decapitado, bajo el abrazo de Dhumaketu. La brillante estrella de los Kosalas, que tiene como doble deidad a Indra y a Añi, Angaraka la atormentó en el firmamento, lo mismo que el planeta Visakhia.

Con sus diez rostros, sus veinte brazos, armado con su arco, Dasagriva parecíase al monte Mainaka. Rama, entre tanto, abrumado por el rakshasa de los diez cuellos, no podía lanzar sus dardos en el frente de banderas. Frunciendo irritado el entrecejo, los ojos rojizos, entró en una cólera violenta, cual si hubiera querido consumir a los rakshasas. Al ver el rostro del sabio Rama furioso, todos los seres quedaron espantados, y la tierra tembló. La montaña frecuentada por los leones y los tigres osciló; sus árboles se agitaron; el Océano, el padre de los ríos, se turbó también. Karas con voz de asno, hoscas, extraordinarios, describieron en tropel y por todas partes círculos en el cielo.

Viendo el extremado furor de Rama y aquellos terribles presagios, todos los seres temblaron temerosos; y Ravana tuvo miedo. Los devas, de pie en sus carros; los gandharvas y las grandes serpientes, los rishis, los danavas, los daitias y los pájaros que vuelan en los aires contemplaron entonces aquella justa, semejante a la destrucción de los mundos, entablada entre los dos héroes que se combatían con toda clase de armas espantosas. Suras y asuras, entrando entonces en la querella, seguían con los ojos el duelo colosal, y enviaban a sus campeones estas palabras de simpatía y de estímulo: «¡Sé vencedor!», gritaban a Dasagriva los asuras agrupados, y los devas a Rama: «¡Triunfa!» Tal repetían.

En aquel momento, llevado de su cólera contra Raghava, al que quería matar, el perverso Ravana empuñó un arma enorme, dura como el diamante, estrepitosa, destructora de todos los enemigos, de agujas semejantes a crestas de montaña, espantosa de ver y de pensar en ella incluso. Con su humo y su punta abrasadora, semejante al brasero de la destrucción final, extremadamente temible, irresistible, que Kala mismo no hubiera podido afrontar, terror de todos los seres a los que trituraba y hacía pedazos. Llameante, por decirlo así, de furor, Ravana empuñó aquella pica. En el colmo de la rabia, la levantó con brazo vigoroso; sus valerosas tropas le rodearon en el campo de batalla. Al tiempo que blandía su arma, el gigante lanzó su terrible grito de guerra, rojos los ojos de furor, para animar a los suyos. La Tierra y el aire, las regiones cardinales y sus intervalos estremeciéronse oyendo aquel grito terrible del Indra de los rakshasas.

A este clamor colosal del malvado Ravana todos los seres quedaron espantados, y el mar se turbó. Empuñando su arma con brazo vigoroso, lanzó un gran grito y apostrofó insolentemente a su rival: «Este venablo de corazón de diamante, ¡oh Rama!, que, llevado por mi cólera, enarboló, va a arrancarte súbitamente la vida así como a tu hermano. Mis bravos soldados, a los que has matado en el frente de banderas, seguro de mi valor, hoy, matándote, voy a hacerte compartir su suerte. Detente, pues; voy a abatirte con mi venablo, Raghava.» Dichas estas palabras, el rey de los rakshasas lanzó su arma.

Soltada por la mano de Ravana, aquella pica enguinaldada de relámpagos, muy ruidosa, con sus ocho campanillas, atravesó los aires, deslumbradora. Raghava, viendo aquel venablo llamante, formidable de contemplar, tendió su arco y lanzó sus flechas con fuerza. Como el proyectil cayese, Rama lanzó para detenerle una multitud de dardos; hubiérase dicho Vasava en-

sayando detener con un diluvio de agua las invasiones del incendio que pone fin a los yugas. Aquellos dardos, escapados del arco de Rama, el enorme venablo de Ravana los consumió como el fuego consume a las mariposas. Cuando vio sus dardos aéreos reducidos a cenizas, pulverizados al contacto del venablo, Raghava púsose ciego de cólera. La lanza, el arma predilecta de Vasava que Matali le había traído, Rama, la alegría de los Raghús, se apoderó de ella furioso hasta el paroxismo. Blandida por su brazo valiente, aquella lanza de ruidosas campanillas inflamó el ciclo, como un brillante meteoro destructor de los mundos. Con su impulso, chocó contra el venablo del Indra de los rakshasas; quebrantada por el choque, la enorme pica cayó despojada de su esplendor. Entonces, Rama atravesó a los rápidos caballos de Ravana con dardos acerados con gran vigor, atronadores, volando derechos a su fin. Desplegando toda su fuerza, hirió al punto a su rival en el pecho con jabalinas penetrantes, y en la frente con tres flechas. Con todo el cuerpo atravesado de dardos y cubierto de sangre que escapaba de sus heridas, Ravana con el conjunto de sus miembros asemejábase a un asoka en plena floración. El cuerpo acribillado de dardos por Rama, el Indra de los corredores nocturnos inundado en sangre, sentóse agotado, en medio de su ejército, y fue víctima de una cólera violentísima.

### S A R G A C I I I

#### RAMA APOSTROFA A RAVANA Y LE REPROCHA SUS MALDADES

Gravemente herido por Kakutstha enojado, Ravana, guerrero lleno de orgullo, entró en grandísimo furor. Los ojos llameantes de cólera, y blandiendo su arco, el rakshasa, en el paroxismo de la rabia, colmó con dardos a Raghava, en aquella gran lucha. Con millares de proyectiles a guisa de gotas de agua, lo mismo que una nube llena un estanque, desde lo alto de los aires, Ravana acribilló de dardos a Raghava. Inundado por la lluvia de flechas, caídas del arco del rakshasa en la refriega, cual una gran montaña inquebrantable, Kakutstha no se movió. El héroe, firme en el combate, con sus dardos apartó aquella serie de proyectiles, que recibió cual si fueran rayos de sol. Entonces, con presta mano, el merodeador nocturno, irritado, hirió con millares de dardos en el pecho al magnánimo Raghava. Todo cubierto de sangre en la refriega, el herma-

no mayor de Lakshmana parecía como en el bosque un kim-suka colosal lleno de flores. Aquellas flechas que le herían encolerizaron al vigorosísimo Kakutstha, que se armó de dardos de luces semejantes a las del Sol al final de un yuga. Los dos transportados de rabia, Rama y Ravana, en aquel campo de batalla que los proyectiles entenebreccían, hiciéronse invisibles el uno al otro. Presa de viva indignación, el valeroso hijo de Dasaratha dirigió a su rival estas palabras burlonas y sarcásticas: «Por haber en el Janasthana, abusando de su ignorancia, ¡oh el más vil de los rakhasas!, arrebatado a mi esposa contra su voluntad, no, tú no eres un héroe. Mientras que, lejos de mi Vaidehí, vagaba tristemente por el gran bosque, llevándotela a la fuerza te dijiste: «¡Qué valiente soy!» Por haber molestado a mujeres de otros, sin defensor, ¡oh valiente!, lo que es propio de un cobarde, te dijiste: «¡Qué valiente soy!» ¡Oh tú, que has roto las barreras del deber, ser impudente, de costumbres cínicas, mediante tu insolencia es la muerte lo que has introducido en tu casa diciéndote: «¡Qué valiente soy!» Es cual valeroso hermano de Dhanada, como enorgullecido por tu fuerza, como has llevado a cabo esta memorable, ¡esta grande y gloriosa hazaña! Este acto insultante, censurable, perjudicial, va a recibir hoy, inmediatamente, va a recibir la muy digna recompensa que merece. «Yo soy un héroe.» Y con esta opinión que tienes de ti mismo, ¡oh miserable!, no te ha dado vergüenza arrebatarse a Sitá, ¡como un bandido! De haber estado yo allí, cuando ultrajabas y brutalizabas a Sitá, te hubiera enviado a reunirse con tu hermano Khara, abatiéndote con mis jabalinas. Por fortuna para mí. ¡oh insensato!, hete aquí delante de mis ojos. Hoy, con mis dardos penetrantes, voy a precipitarte en la mansión de Yama. Hoy, tu cabeza de brillantes arracadas, cortada por mis armas, caerá por el polvo del campo de batalla, donde las bestias salvajes la devorarán. Los buitres se abatirán sobre tu pecho, cuando yazgas por el suelo, ¡oh Ravana!, y beberán ávidamente la sangre que escape por las heridas que te harán mis agudos dardos. Hoy, atravesado por mis flechas, tendido sin vida, los pájaros te desgarrarán las entrañas, como esos émulos de Garutmat desgarran a las serpientes.»

Mientras hablaba de este modo, el valeroso Rama, látigo de sus enemigos, inundó bajo una granizada de flechas al Indra de los rakshasas, que estaba no lejos de él. Fue un redoblamiento de bravura, de vigor, de belicoso ardor y de fuerza aquel lanzar dardos, en Rama, impaciente por destruir a su adversario. Entonces se manifestaron todas las armas divinas

de Rama, instruido en la ciencia del atmán; y a causa de su alegría, el ilustre héroe sintió que la destreza de sus manos aumentaba. A favor de los venturosos signos que sabía producidos en su favor, Rama atacó con más violencia a Ravana, él, el destructor de los rakshasas.

Herido por las numerosas rocas de los haris y por las flechas que hacía llover sobre él Raghava, Dasagriva sintió desfallecer su corazón. Como ya no cogía dardos, no tendía más su arco ni resistía a la impetuosidad de Rama, de tal modo su alma estaba agitada; como los dardos y los proyectiles de todas clases, lanzados sin interrupción por su rival, tenía su muerte como fin, la hora de Mrityú era inminente. Entonces su escudero, viendo su situación crítica, hizo salir lentamente y sin azorarse, su carro de la refriega. Luego volvió bruscamente el vehículo terrible y estrepitoso como la nube, y se alejó del campo de batalla, espantado al contemplar a su rey caído y sin fuerza.

## S A R G A C I V

### REPROCHES DE RAVANA A SU ESCUDERO

No obstante, extraviado por el furor, empujado por el Destino, los ojos rojos a causa de la indignación, Ravana dijo a su escudero: «¿Es que acaso estoy privado de valentía y de vigor, despojado de ánimos, cobarde, pusilámene, débil, sin energía, desposeído de mis armas mágicas y puesto fuera de combate, a punto de que tú me faltes de tal modo el respeto como para obrar a tu fantasía? ¿De dónde sale esto de que, llevado del menor respeto hacia mí, a despecho de mis órdenes, en presencia del enemigo, hagas dar media vuelta a mi carro de este modo? Por tu culpa, hoy, ser vil, lo que había conquistado hace tanto tiempo, gloria, valentía, honor, estima, ¡todo lo pierdo! Ante un enemigo afamado a causa de su valor, que se alaba de sus hazañas, pese a lo amigo de los combates que soy, tú me transformas en un cobarde. Luego si no obras de este modo a causa de la demencia, ¡bandido!, mi sospecha será fundada: ¡has sido sobornado por mi adversario! No, en verdad; esto en modo alguno es obra de la amistad y de la abnegación; sólo los enemigos obran como tú acabas de hacerlo. Volver mi carro prontamente, antes de que se alejase

mi rival, jamás lo hubieras hecho si me hubieras sido afecto y si no hubieses olvidado los beneficios de que te he colmado.»

A estos reproches del insensato Ravana el prudente escudero dio una respuesta llena de buen sentido y de moderación: «Yo no tengo miedo, yo no estoy loco, yo no cedo a las solicitudes del enemigo; ni he perdido la razón ni mi abnegación hacia ti, como tampoco el recuerdo de tus beneficios. Ha sido llevado por mi deseo de ser útil, para salvaguardar tu gloria y por adhesión sincera, por lo que he hecho, porque he creído que debía hacerlo, lo que te disgusta. No, en este asunto, gran rey, yo que me complazco en lo que te es agradable y útil, no debes tomarme injustamente por un ser pusilánime y vil. Escucha, voy a darte la razón a causa de la cual tu carro, semejante a una corriente fluvial rechazada por la marea, le he hecho salir de la refriega. He notado tu cansancio, consecuencia de esta gran lucha; tu orgullosa seguridad, tu superioridad, en verdad, ya no la veía en ti. Los caballos, a fuerza de llevar el carro a un lado y a otro, estaban muertos de fatiga, abatidos, agotados por el calor, como bueyes azotados por un aguacero. Además, de todos los presagios, ¡y eran en gran número!, que se nos aparecían, ni uno tan siquiera parecían ser favorable. Hace falta discernir los tiempos y los lugares, las marcas y los gestos, la fisonomía, el abatimiento, la alegría, la laxitud de su amo, ¡oh poderoso héroe! Los sitios en que el terreno es firme y aquellos en los que se hunde, sus igualdades y sus desigualdades, la oportunidad del combate, es preciso saber todo esto, así como el punto en que el adversario se descubre. Avanzar y retroceder, detenerse, ir al encuentro del enemigo o alejarse de él; todo esto, de pie en su carro, el escudero debe reconocerlo. Ha sido a causa de tu agotamiento y del de tus corceles, y para hacer desaparecer esta terrible fatiga, por lo que he llevado a cabo esta útil evolución. No ha sido por capricho, ¡oh guerrero!, por lo que he alejado el carro; lo que me ha determinado ha sido precisamente mi abnegación hacia mi amo. Pero ordena: lo que tú digas, héroe, ¡fatigo de tus enemigos, lo cumpliré sin falta, de todo corazón.»

Satisfecho de la respuesta de su escudero, Ravana le felicitó repetidamente, y le dijo empujado por su belicoso ardor: «Conduce presto el carro al encuentro de Raghava, ¡oh escudero! Ravana no podría volverse sin haber exterminado a los enemigos en la refriega.» Esto diciendo, el rey de los rakshasas dio a su escudero, que estaba de pie en el carro, un brillante anillo de gran precio. A su orden, el escudero hizo dar media vuelta al carro. Apresurado por la orden de Ra-

vana, el escudero lanzó los caballos al galope, e instantes después el gran carro del Indra de los rakshasas estaba en presencia de Rama en el campo de batalla.

## SARGA CV

## AGASTYA ENSEÑA A RAMA EL ADITIAHRIDAYASTOTRA (363)

Entre tanto, cuando vio a Rama, al que la lucha había fatigado, detenerse angustiado en el propio campo de batalla, y a Ravana frente a él dispuesto a reanudar la lucha, el venturosísimo Agastya, que habíase reunido con las divinidades y que había acudido él también a contemplar el combate, acercándose al héroe le dijo: «Rama, Rama, guerrero de los grandes brazos, aprende este misterio eterno, que te permitirá, hijo querido, vencer de tus adversarios. Aquel que es el corazón de Aditia, que es santo, que abate a todos sus enemigos, que da la victoria, que es el rezo, que es eterno, imperecedero, el muy alto, el afortunado. Que constituye la felicidad de todos los seres, la destrucción de todos los males, que calma preocupaciones y penas, que es el acrecentamiento de la vida; el Ser supremo que desde que se levanta está coronado de rayos, a quien devas y asuras rinden homenaje, hónrale, jadora a Vivasvat!, el resplandeciente señor del Mundo. El es el alma de todos los dioses, él el Brillante, el de la luz creadora. Las tropas de los devas y de los asuras, los mundos, él los sostiene con sus rayos. Es Brahma, Vishnú, Siva, Skanda, Prajapati, Mahendra, Dhanada, Kala, Yama, Soma, el Amo de las aguas. Los Pitris, los Vasus, los Sadhyas, los dos Asvins, los Maruts. Manú, Vayú, Vahni, los Prajas, Prana, Ritu, Kartar, Prabhakara, son él. Dile: tú que eres Aditia, Savitar, Suryamkhaga, Pushan, Gabhastimat, Suvarnasadrisa, Bhanu, Hiranyaretas, Divakara; tú que eres Haridasva, Sahasrarci, Saptasapti, Maricimat, Timironmathana, Sambhú, Tvashtar, Martandaka, Amsumat; tú que eres Hiranyagarbha, Siciras, Tapana, Ahaskara, Ravi, Agngarbha, el hijo de Diti, Sankha, Sisiranasana, tú que eres Vyomanatha, el que disipa las tinieblas, el que llega a los límites del Rik, del Yajús y del Samán, Ghanavrishthi, el Amigo de las aguas, el que de un salto franquea la cadena de los Vindhya; tú que eres Atapín, Mandalín, Mrityú, Pingala, Sarvatapana, Kavi, Visva, Mahatejas, Rakta, el origen de todos los seres; tú que eres el jefe de los planetas, de las constela-



ciones y de las estrellas, el creador del Mundo, espléndido entre los mismos esplendores, la esencia de los Doce: ¡homenaje a ti! ¡Homenaje al monte de Oriente! A la roca de Occidente, ¡homenaje! Al amo de los grupos estelares, al rey del día, ¡homenaje! A Jaya, a Jayabhadra, a Haryasva, ¡homenaje! ¡Homenaje! ¡Homenaje, homenaje a ti, dios de los mil rayos! A Aditia, ¡homenaje, homenaje! ¡Homenaje a Ugra! a Vira, a Saranga, ¡homenaje, homenaje! ¡Homenaje a Padmaprabidha y a Pracanda! ¡Homenaje a ti!

Al amo de Brahma, de Isana, de Acyuta, a Sura, a Adityavarcas, a Bhasvat, que es el alimento del Universo, al que tiene el cuerpo de Rudra, ¡homenaje! Al destructor de las tinieblas, al destructor de la helada, al destructor de los enemigos, a aquel cuya alma es sin medida, al dios que extermina a los ingratos, al rey de los astros, ¡homenaje! A aquel que tiene el brillo del oro samikara pasado por el crisol, a Hari, a Visvakarmán, ¡homenaje! ¡Homenaje a aquel que hace desaparecer la oscuridad, a la luz, al testigo de los mundos! El es el que mata al ser y él es el que le hace ser. El, el Señor. El deseca, quema, inunda todo con sus rayos. El vela, cuando duermen los seres, en el seno de los cuales reside. Es el añihotra y la recompensa de los que ofrecen el añihotra. El es los devas, los sacrificios y el fruto de los sacrificios. El es el conjunto de los deberes para todos los mundos y su soberano y Señor. Todo aquel que le invoca en las circunstancias críticas, en medio de las selvas vírgenes y de los peligros, no podrá sucumbir, ¡oh Raghava!

Testimóniale, pues, una profunda devoción a este Dios de los dioses, al Amo del mundo. El que en el combate recita este stotra de triple guna, será vencedor. He aquí la hora, guerrero de los grandes brazos, en la que triunfarás de Ravana.»

Estas palabras dispararon la tristeza del ilustre Raghava, que sintióse fortalecido de nuevo, lleno de brío y dispuesto a todo. Tras haber recitado el stotra, contemplando a Aditia, experimentó un supremo contento. Se enjuagó tres veces la boca, y, habiéndose purificado de este modo, el héroe cogió su arco. La presencia de Ravana le alegró el alma, y avanzó para batirle. Con el propósito de matarle hizo llamada a toda su energía.

En aquel momento el Sol lanzó sobre Rama miradas de alegría y de supremo contento. Sabiendo que la destrucción del rey de los merodeadores nocturnos era inminente, avanzó en medio de la tropa de suras, que dijo al héroe: «¡Apre-sírate!»

## SARGA CVI

## PRESAGIOS FÚNEBRES

El escudero de Ravana lanzó gozoso su carro que triturraba los ejércitos enemigos, que asemejábase a la ciudad de los gandarvas y que llevaba un inmenso estandarte. Tirado por excelentes corceles, enguinaldado de oro, lleno de máquinas de guerra, empavesado con banderas y estandartes, devoraba, por decirlo así, el espacio, y hacía resonar el suelo. Calamidad de las tropas adversas y alegría de su propio ejército, el carro de Ravana su escudero lo lanzaba a toda velocidad. Cuando acudía rápido, clamoroso, con su gran estandarte, el vehículo del rey de los rakshasas, el príncipe de los hombres le vio, tirado por negros caballos, teñido de espantoso color. Semejante, en el espacio, a un vimana llameante, brillante como el Sol, lleno de fulgurantes insignias, resplandeciendo a la vista como el arina de Indra. Derramaba chaparrones de dardos, como una nube chaparrones de agua. Al ver el carro de su rival que se precipitaba semejante a una nube, con estrépito semejante al de un monte que, alcanzado por el rayo, se hunde, tendiendo al punto su arco recurvado, lo mismo que el creciente la Luna, Rama dijo a Matali, el escudero del dios de los mil ojos: «Matali, mira esa carrera furiosa del carro de mi adversario. Y cómo éste, lanzándose recto con enorme brío, manifiesta su intención de herirme en la liza. Está vigilante, ve al encuentro del carro de mi enemigo; quiero destruirle, como el viento disipa la nube que se levanta. Sin desviarte ni aturdirte, el espíritu y la mirada atentos, empuñando la riendas con mano firme, lanza rápido tu carro. Cierto que no tendrás necesidad de recomendaciones, habituado como estás a conducir el carro de Puramdara. Mas, dado mi ardiente deseo de combatir, no es que te dé una lección, sino que llamo simplemente a tu experiencia.»

Sumamente halagado por las palabras de Rama, Matali, el mejor escudero de los suras, aceleró la velocidad de su carro. Dejando entonces a la derecha el gran carro de Ravana, cubrió a éste con el polvo levantado por las ruedas de su propio vehículo. Dasagriva, furioso, abriendo mucho sus ojos rojos, acribilló a Rama de proyectiles; a Rama, que estaba frente a él. Irritado por aquellos golpes, Rama, cuyo vigor doblaba la cólera, armóse con el arco de Indra, el de la enorme impetuo-

sidad, y con sus flechas extremadamente potentes, que brillaban como los rayos del Sol.

Un gran combate se empeñó entre los dos guerreros, deseosos los dos de destruirse, y de pie frente a frente, como dos fieros leones. En aquel momento devas, gandharvas, siddhas y paramarshis acudieron a contemplar aquel duelo de carros, formulando votos por la pérdida de Ravana.

Entonces aparecieron fenómenos terribles, como para hacer erizarse el pelo; presagios de muerte para Ravana y de triunfo para Raghava. Dios nizo llover sangre sobre el carro de Ravana, y violentos torbellinos de viento giraron todo a su alrededor, de izquierda a derecha. Una gran bandada de buitres volaba en el cielo sobre su cabeza siguiendo todas las evoluciones de su carro. Hundida en un crepúsculo de tonos de flor de japa, Lanká mostróse, en pleno día, como una tierra abrasada. Grandes meteoros, acompañados de truenos, cayeron con estrépito inmenso. Los rakshasas se espantaron ante aquellos signos desfavorables a Ravana. A todas partes donde éste se dirigía, el suelo temblaba; sus tropas tenían los brazos paralizados. Los rayos del Sol que caían sobre Ravana parecíanle cobrizos, amarillos, pálidos, blancos, como minerales de roca. Seguido de buitres, chacales cuyas fauces vomitaban fuego, lanzaban aullidos al ver su rostro enojado, lúgubre. El viento, que le azotaba la cara y que levantaba en el campo de batalla nubes de polvo, impedía al rey de los rakshasas el ver. Indra lanzó sus rayos por todas partes sobre su ejército con ruido insoportable, sin que nube alguna amenazadora estuviese a la vista. Todas las regiones y sus intervalos estaban envueltas en tinieblas. Una lluvia intensa de polvo impedía la vista del cielo. Sarikas que se entregaban a una lucha encarnizada cayeron delante del carro del rakshas a centenares, horribles bestias que lanzaban gritos espantosos. De las grupas de sus caballos brotaban chispas sin cesar, y de sus ojos, lágrimas; derramaban al mismo tiempo agua y fuego.

Numerosos fenómenos de este género, espantosos, terribles, que anunciaban la muerte de Ravana, se produjeron. Por el contrario, signos propicios a Rama, venturosos presagios de su triunfo, aparecieron a su lado. Viendo aquellas prendas afortunadas de victoria, Raghava llegó al colmo de la alegría, y consideró a Ravana como muerto. En presencia de aquellos signos que le concernían, Rama, que sabía interpretarlos, sintió un placer extremado, y lleno de confianza desplegó en la lucha una energía superior.

## SARGA CVII

## DIVERSAS PERIPECIAS DEL DUELO

Entonces empezó, más furioso que nunca, entre Rama y Ravana, aquel colosal duelo de carros; todos los mundos eran presa del espanto. Los batallones de los rakshasas y las numerosas tropas de los haris permanecían inmóviles, con las armas en la mano. Viendo enzarzados a aquellos dos héroes, el hombre y el rakshasa, todos los corazones, maravillados, palpitaban. Los brazos cargados con toda suerte de proyectiles y prestos a la lucha, allí estaban con el espíritu cautivado por el espectáculo, sin pensar en lanzarse unos contra otros. Contemplando con ojos fascinados, los rakshasas a Ravana y los vanaras a Raghava, el aspecto de los dos ejércitos era extraño. Entre tanto, a la vista de los presagios, los dos, Raghava y Ravana, llenos de decisión, de firmeza y de cólera, luchaban con intrepidez. «Se trata de la victoria», pensaba Kakutstha. «Se trata de matar», decía Ravana. Y, llenos de seguridad, los dos desplegaban en el combate toda su energía.

En aquel momento, en su irritación, Dasagriva, cogiendo dos jabalinas, las lanzó vigorosamente en dirección al estandarte plantado sobre el carro de Raghava. Aquellos proyectiles no alcanzaron a la bandera del carro de Puramdara, apenas rozaron el asta y cayeron por el suelo. Por su parte, Rama, furioso, tendió su arco con fuerza resuelto a devolver golpe por golpe. Apuntó al banderín de Ravana y le lanzó un dardo agudo, semejante a una gran serpiente, irresistible, y brillando con brillo propio. Rama lanzó con vigor su arma en la dirección de la bandera de Dasagriva; ésta, rota, cayó por tierra. La bandera destrozada y abatida, cayó al suelo. Cuando la vio de este modo humillada, el poderosísimo Ravana montó en cólera y se puso como ardiendo de indignación y de impaciencia. A impulsos del furor hizo llover una granizada de ardientes proyectiles, que alcanzaron los caballos de Rama. Los divinos corceles no se bambolearon; ni siquiera dieron muestras de enterarse. Permanecieron tranquilos, cual si les hubieran hostigado con tallos de loto. Cuando vio que aquellos caballos no se espantaban, Ravana, furioso, lanzó una nueva avalancha de dardos, más mazas, barras de hierro, discos, pisonés, crestas de rocas, árboles, venablos y hachas. Aquella lluvia de proyectiles era obra de Maya. Los lanzaba por centenares de millares, recurriendo a la intrepidez de su corazón. Espan-

toso, aterrador, terrible era aquel diluvio de proyectiles sin número de los que el eco repetía el siniestro estrépito. Ravana erró el carro de Raghava, pero sus dardos cayeron por todas partes sobre el ejército vanara, colmando todos los vacíos del espacio. Dasagriva combatía de este modo sin preocupación de espíritu. Viéndole desplegar aquella incesante actividad en la lucha. Kakutstha, como sonriendo, cogió flechas aceradas y se las lanzó por centenares; luego, por millares. Al verlo, Ravana con sus dardos llenó el vacío del aire con los suyos. Gracias a aquella avalancha de proyectiles lanzados por los dos rivales, hubo como un segundo ciclo formado de proyectiles, y entre ellos ni uno que no alcanzase su blanco, que no le atravesase, que fuese inútil. Tras chocar los unos con los otros, caían al suelo. Así luchaban Rama y Ravana, con gran cantidad de dardos. En el combate hacían llover sus jabalinas, sin interrupción, a derecha e izquierda, arma formidables con las que llenaban, por decirlo así, los buecos del espacio. Rama hería los caballos de Ravana, Ravana hería los caballos de Rama; de este modo se devolvían golpe por golpe. Así, los dos, en el colmo del furor, entablaron un duelo colosal. En un momento la lucha llegó a ser espantosa, como para poner los pelos de punta. El combate de Rama y de Ravana todos los seres lo contemplaban con estupor. Se demolían recíprocamente, en la pelea, sus carros excelentes; furiosos uno contra el otro, uno contra el otro caían. Encarnizados en su pérdida mutua, adquirieron un aspecto terrible. Volteos, carreras en línea recta, marchas y contramarchas, mientras sus escuderos hacían de este modo alarde en el arte complejo del manejo de los caballos, Rama hostigaba a Ravana y Ravana a Rama.

En sus carreras vertiginosas y sus rápidas evoluciones, mientras que los dos guerreros se arrojaban cantidades de proyectiles los dos maravillosos carros recorrían el campo de batalla, semejantes a dos nubes que pasean sus aguaceros. Tras haber mostrado de este modo sus recursos múltiples en la ciencia de las armas, los dos campeones se detuvieron enfrente uno del otro, los carros timón contra timón, sus caballos cabeza contra cabeza y sus estandartes mezclados a sus estandartes. Mientras estaban de este modo de pie, Rama, con su arco, lanzó cuatro flechas aceradas que hicieron retroceder a los cuatro caballos, llenos de ardor, de Ravana. Este, furioso al verlos retroceder, lanzó dardos penetrantes contra Raghava. Aunque gravemente alcanzado por el vigoroso Dasagriva, el héroe no sintió ninguna emoción, no experimentó turbación alguna. De nuevo Dasagriva lanzó flechas ruidosas como el

trueno, apuntando el escudo del dios que del trueno era el amo. Los proyectiles fueron a herir a Matali con extremada violencia, sin causarle la menor turbación, la menor emoción. No obstante, indignado del ultraje que hacía a Matali, más que del que le hacía a él mismo, Raghava, con ayuda de una serie de dardos, desconcertó a su adversario. Primero fueron veinte, luego treinta, sesenta, después centenares, millares de proyectiles que Raghava lanzó sobre el carro de su rival. Por su parte, Ravana, furioso, de pie sobre su carro, él, el jefe de los rakshasas, abrumó a Rama con una avalancha de mazas y de barras; una vez más la lucha se tornó espantosa, como para crizar los cabellos. Al ruido de mazas barras y hachas, al silbido de las emplumadas flechas, los siete océanos se agitaron. La agitación de los océanos espantó a los seres que moraban en el fondo del Patala, a todos los danavas y pannagas por millares. La Tierra tembló universalmente con sus montañas, sus bosques y sus maniguas; el astro del día perdió su brillo y el viento dejó de soplar. Devas y gandharvas, siddhas y paramarshis, entre ellos la angustia fue general, lo mismo que entre los kinnaras y las grandes serpientes.

«¡Buena suerte a las vacas y a los brahmanes!» «¡Puedan los mundos subsistir eternamente!» «¡Ojalá Raghava salga vencedor de esta lucha contra Ravana, el rey de los rakshasas!» Formulando estos ruegos era como los devas, acompañados de las tropas de rishis, contemplaban el duelo de Rama y de Ravana, ¡espectáculo horrible, que ponía los pelos de punta! Las tropas de gandharvas y de apsaras exclamaban, viendo aquel combate sin igual: «El mar se asemeja al cielo y el cielo al mar; la lucha entre Rama y Ravana no se asemeja sino a la lucha entre Rama y Ravana.» He aquí cuál era su lenguaje contemplando el duelo entre Rama y Ravana.

Movido por su cólera, el guerrero de los grandes brazos, el crecimiento de la gloria de los Raghús, adaptando a su arco un dardo semejante a un venenoso reptil, cortó a Ravana una de sus cabezas; aquella cabeza brillante, adornada de bucles que centelleaban, rodó por tierra, ante los ojos de los tres mundos. No obstante, otra cabeza semejante a la caída le brotó a Ravana instantáneamente. Con mano rápida, Rama, lleno de destreza, tronchó esta segunda cabeza al punto con sus dardos. Apenas cortada, reapareció de nuevo, para ser cortada aún por los dardos fulminantes de Rama, que abatió nuevamente un centenar de cabezas semejantes, sin que Ravana pareciese herido de muerte (364). Entonces el guerrero que conocía todas las armas y que era para Kausalyá un manantial de felicidad,

Raghava, que había empleado numerosos proyectiles, pensó: «Estos dardos son los mismos mediante los cuales he matado a Mariká, a Khara lo mismo que a Dushana en el Krauncavata, y a Viradha y a Kabandha en el bosque de Dandaka, y con los que he atravesado salas, los montes, Vali y con los que he turbado al mar. Todos estos dardos hasta ahora habían respondido a mi alcance en el campo de batalla. ¿De dónde viene que tengan tan poco poder sobre Ravana?» Muy absorbido por este pensamiento, pero sin aflojar el combate, Raghava hizo cas, uragas y rakshas, contemplaban aquel gran espectáculo que Ravana, por su parte, furioso, de pie en su carro, el señor de los rakshasas, abrumó a Rama con una avalancha de mazas y de barras de hierro.

Esta lucha continuó, encarnizada, terrible, como para poner los pelos de punta, en el aire, en la tierra y, una vez más, en la cima de la montaña donde devas, danavas, yakshas, pisacas uragas y rakshas, contemplaban aquel gran espectáculo que se prolongó toda una semana. Ni la noche ni el día, ni una hora ni un minuto, Rama y Ravana dejaban de combatirse. Mientras el hijo de Dasaratha y el Indra de los rakshasas luchaban así, como no veía la victoria declararse en favor de Raghava, el magnánimo escudero del príncipe de los suras dirigió rápidamente al belicoso Rama estas palabras.

## SARGA CVIII

### MUERTE DE RAVANA

En aquel momento, Matali, llamando a la memoria de Raghava, le dijo: «¿Cómo es posible que obres con Ravana como si ignorases tus recursos? Lanza contra él, para acabar, el dardo del Abuelo, Señor. La hora de su muerte, anunciada por los suras, hela aquí llegada.» A este recuerdo evocado por las palabras de Matali, Rama cogió un dardo inflamado, dardo con silbidos de vibora, que le había dado en otro tiempo el venturosísimo y poderoso rishi Agastya. Regalo de Brahma, aquella jabalina no erraba jamás su fin en la pelea. Brahma, el del ilimitado poder, la había fabricado un día para dársela a Indra. Se la dio al jefe de los suras, que quería conquistar los tres mundos. En sus plumas estaba Pavana; en su punta Pavaka y Bhaskara; su tallo estaba hecho de atmósfera, y en su volumen estaba el Merú y el Mandara. Con su tallo llameante, su

hermoso pic, sus dorados, se componía de la energía de todos los seres y tenía el resplandor del Sol. Semejante al fuego de Kala con su humo, ardiente, semejante a una serpiente venenosa, tropas de hombres, de elefantes, de caballos no tardaba nada en atravesarlos. Puertas, barras, rocas incluso, las rompía; regado con la sangre de toda clase de víctimas y cubierto con su grasa, era espantoso. De la esencia del trueno, muy ruidoso, dispersaba todas las asambleas, causaba el espanto universal, era formidable y silbaba como una culebra. Garzas, buitres, bakas, chacales agrupados, rakshas, era su eterno proveedor en la guerra; era una especie de Yama que sembraba el espanto. Gozo de la flor de los vanaras, calamidad de los rakshas, volaba sobre las múltiples alas agradablemente matizadas de Garumat. Aquel maravilloso y poderosísimo dardo que iba a destruir al rakhas motivo de terror para los mundos y para los partidarios de Ikshvaku, despojar a sus enemigos de su gloria y llenarle de alegría a él mismo, tras haberle consagrado con ayuda de mantras, el valeroso Rama, el de la gran energía, le adaptó a su arco según el modo prescritos por el *Veda*.

Cuando Raghava hubo ajustado aquel proyectil excelente, todos los seres quedaron espantados y la tierra tembló. Furioso, tendió fuertemente su arco, y desplegando todo su vigor, lanzó contra Ravana aquel dardo, destructor de los órganos vitales. Aquel dardo irresistible como el rayo, lanzado por el émulo del dios que lleva el trueno, inevitable como el Destino, se abatió sobre el pecho de Ravana. Lanzado con gran violencia, el proyectil, mortífero por excelencia, atravesó el corazón del Rakshasa, el del alma perversa. Cubierta de sangre, el arma, tras arrancarle los alientos vitales, se hundió en el suelo. Tras haber muerto a Ravana, su obra cumplida (*Krita Karmá*), aquella flecha, teñida en sangre a causa de la cual repugnaba, su misión cumplida, volvió fielmente al carcaj. De la mano de Dasagriva, herido de muerte, de pronto, y al mismo tiempo que los alientos, arco y flecha escaparon. Privado de vida, los alientos partidos, el Indra de los nairritas, el de la temible valentía, el del gran renombre, cayó de su carro a tierra: cual Vri-tra alcanzado por el rayo.

Al verle tendido por el suelo (365), los merodeadores nocturnos escapados a la matanza, su jefe muerto, llenos de terror, huyeron en todas direcciones. Y por todas partes se lanzaron sobre ellos, armados de árboles, los vanaras, que, al ver a Dasagriva muerto, se dejaron acariciar por la victoria. Hostigados por el enemigo, los rakshasas, espantados, se refugia-



ron en Lanká, tras haber perdido su sostén. Estaban aterrados y deshacíanse en lágrimas.

Entonces fueron los gritos de alegría y los cantos de triunfo del lado de los vanaras, que proclamaban la victoria de Raghava y la derrota de Ravana. Luego en el Cielo resonó el melodioso tambor de los Treinta. Una afortunada brisa cargada de divinos olores sopló; una lluvia de flores cayó de los aires sobre la tierra, rociando el carro de Raghava, chaparrón maravilloso y encantador. Aplaudiendo a Rama, en el firmamento resonó el grito de: «¡Bravo! ¡Bravo!» Era la voz sublime de los magnánimos devatas. Una gran alegría ganó a todos los dioses, así como a los caranas, a la muerte de Ravana, monstruo que causaba el espanto de todos los mundos. El venturoso Raghava, matando al toro de los rakshasas, colmó los deseos de Sugriva, de Angada y de Vibhishana.

Entonces entraron en la calma las tropas de los maruts, las regiones cardinales volvieron a serenarse, el aire tornó a ser inmaculado, la Tierra dejó de temblar, el viento sopló dulcemente, el astro del día volvió a encontrar su duradero brillo. En aquel momento, Sugriva, Vibhishana y Angada, sus principales amigos, así como Lakshmana, acercáronse gozosos al dichoso vencedor, y le dirigieron legítimas felicitaciones. Entre tanto, Rama, tras haber abatido a su adversario, firme en sus resoluciones, rodeado de la multitud de los suyos en el campo de batalla, asemejábase, él, la alegría de la real dinastía de Raghú, con su gran energía, a Mahendra en medio de la tropa de los Tres-Diez.

## SARGA CIX

### LAMENTACIONES DE VIBHISHANA

Al ver a su hermano vencido, tendido muerto en el campo de batalla, Vibhishana, el alma atravesada por una pena violenta, exhaló sus quejas de este modo: «Bravo entre los bravos, guerrero ilustre, lleno de habilidad y de experiencia, tú, que tienes en tu palacio un lecho tan precioso, ¿cómo yaces derribado por tierra, volviendo rígidos tus largos brazos inmóviles y cargados de anillos, tras haber dejado caer tu diadema, cuyo resplandor asemejábase al del Sol? He aquí llegado héroe, lo que yo te había predicho, pero llevado por el fuego de tu pasión, no me escuchaste. Porque, en su presunción,

Prahasta, Indrajit y los demás, Kumbhakarna, el atiratha, Atikaya, Narantaka y tú mismo no hicisteis caso de mis advertencias, he aquí lo que ha ocurrido. Ha desaparecido el bastión de las gentes de bien; ha desaparecido aquel que era la personificación del dharma; ha desaparecido aquel en el que se resumía el Sattva: ha desaparecido aquel que era para los valientes la vía de salvación. Aditia ha caído por tierra, Candramas se ha extinguido en las tinieblas; Citrabhanu ha perdido su llama y Vyavasaya su energía, puesto que está yaciendo por el suelo, este héroe, el príncipe de los guerreros. ¿Qué le queda ahora a este Mundo, puesto que ya no tiene a su Sattva, y puesto que, en el campo de batalla, aquel gran árbol que era el rey de los rakshasas está como dormido sobre el polvo? Aquel que tenía la firmeza como follaje, la valentía como floración principal, el ascetismo por savia, el heroísmo como entrelazamiento de raíces, en el campo de batalla, este gran árbol que era el rey de los rakshasas ha sido derribado por el ciclón Raghava. Aquel que tenía su energía como defensa, la línea de sus antepasados como columna vertebral, su favor y su cólera por tropa y otros miembros, cogido por el león de Ikshvaku, el elefante amezclado Ravana echado está por el suelo. Con el desplegamiento de su bravura por desarrollo de ramas, su aliento por humo, su humor batallador por calor, este fuego ardiente que era el Rakshasa, he aquí ahora apagado por la nube Rama. El que tenía la cola, la gibosidad, los dientes del simharksha, el vencedor de sus enemigos, el émulo del viento en impetuosidad, el toro de los rakshas, que tenía el oído y el ojo en acecho, ¡el tigre de los amos de la Tierra le ha tendido muerto!»

A Vibhishana, que hablaba de este modo, transido de dolor, Rama dio una respuesta llena de buen sentido y de verdad manifiesta: «No, este héroe no ha sido muerto cobardemente; de ardiente valor, en la lucha, tras haber desplegado una gran bravura, ha caído sin desfallecimiento. No, incluso muertos, no son de lamentar los que, afianzados en los deberes de los kshatriyas, y por amor a la gloria, caen en el campo de batalla. Este sabio héroe, que fue en la guerra el espanto de los tres mundos y de sus Indras, porque ahora esté en poder del Tiempo no es cosa de llorarle. Nadie fue jamás constantemente victorioso en la guerra; ora el bravo sucumbe bajo los golpes de sus enemigos, ora les abata con los suyos. Esta vía seguida por Ravana, los Antiguos nos la enseñaron y los kshatriyas tiénenla como honor. El guerrero muerto en el combate no debe ser llorado; tal es la regla. Convencido de

esto, aplícate sin turbación a tu deber; y ahora lo que hay que decir, sin perder tiempo, piensa en ello.»

Al valeroso príncipe que le hablaba de este modo, Vibhishana, a quien el dolor abrumaba, respondió al punto, en interés de su hermano: «Este valiente que en sus luchas anteriores no había sido vencido ni siquiera por los suras reunidos bajo las órdenes de Vasava, habiéndose lanzado contra ti en el campo de batalla, ha visto su fuerza rota: cual el mar que encuentra un dique. Fue liberal con los mendigos; supo gozar de sus riquezas y mantener a sus servidores. Distribuyó sus tesoros a sus amigos y dejó caer su odio sobre sus enemigos. Alimentó el fuego sagrado, practicó grandes austeridades, profundizó en los *Vedas* y cumplió sus deberes como perfecto héroe. Ahora que ha ido con los pretas, yo quiero, con tu consentimiento, rendirle los supremos deberes.»

Conmovido por este lenguaje del piadoso Vibhishana, Rama prescribió generosamente las ceremonias fúnebres que conducen al Cielo, y dijo: «La muerte ha terminado nuestras quejas, que ya no tienen razón de ser. Se van a celebrar los funerales de tu hermano; este cuidado es tanto mío como tuyo.»

## S A R G A C X

### LAMENTACIONES DE LAS ESPOSAS DE RAVANA

Al saber que Ravana había caído bajo los golpes del poderoso Raghava, las rakshasis, sus esposas, salieron del gineceo abrumadas por el dolor. Se revolcaron tantas veces por el polvo que estaban todas llenas de él; los cabellos desatados, estaban bajo la garra de la desesperación, como vacas a las que han matado a sus terneros. Salieron por la puerta del Norte con los rakshasas y avanzaron por el funesto campo de batalla, pensando en la muerte de su esposo. Corriendo de un lado para otro por aquel suelo cubierto de troncos y de miembros, de sangre y de barro, exclamaban: «¡Ay, príncipe! ¡Ay de nuestro sostén!» Con los ojos llenos de lágrimas, dominadas por el sentimiento que les causaba la muerte de su esposo, lanzaban gritos, cual hembras de elefantes que han perdido al jefe del rebaño. Por fin advirtieron al muy grande, al muy vigoroso, al muy ilustre Ravana tirado por el suelo, como un montón de negro colirio.

Al ver a su señor yaciendo sobre el polvo, dejáronse caer

de pronto sobre su cuerpo, como lianas que son cortadas en el bosque. Llevadas por los transportes de su amor, una le besaba sollozando, otra estrechaba entre sus brazos los dos pies; ésta se colgaba a su cuello; aquélla, tras levantar frenética sus brazos, revolcábase por el suelo, mientras su compañera, mirando el rostro del muerto, se desvanecía. Otra, poniendo su cabeza sobre el regazo del caído, lloraba contemplando los rasgos de Ravana; las lágrimas bañaban la faz de todas aquellas mujeres como la escarcha a un loto. En su desolación, en presencia de su marido tendido por el suelo, lanzaban innumerables gritos de dolor, y sus lamentos redoblaban exclamando: «¡El que era el terror de Sakra, el que era el espanto de Yama, aquel por quien el rey Vaisravana fue desposeído del carro Puspakha; el que inspiraba espanto a los gandharvas, a los rishis y a los suras magnánimos, hele aquí en el campo de batalla tendido muerto! ¡El que nada tenía que temer de los asuras, de los suras y de los rakshas, hele aquí yaciendo por el suelo, abatido por un hombre que combate a pie! ¡El que no podía ser muerto por los suras, los yakshas ni los asuras ha recibido la muerte de un mortal, cual un impotente cualquiera!»

Así decían, en medio de sollozos, las desgraciadas mujeres de Ravana; cada vez más abrumadas por el dolor, lamentábanse sin cesar: «Sin querer escuchar a los amigos que siempre te aconsejaron útilmente, para nuestra pérdida y la de todos, arrebataste a Sitá; y he aquí cómo los rakshasas han caído, y nosotras, que ves aquí, nosotras perecemos hoy contigo por tu culpa. Por haberte hablado con lenguaje sensato tu querido hermano Vibhishana, tú le ultrajaste públicamente llevado de tu locura y tu prisa por correr a tu propia ruina. Si hubieses devuelto a Rama la princesa del Mithila no nos ocurriría esta grande, esta espantosa desgracia que no destruye hasta la raíz. Satisfechos hubieran sido los deseos de tu hermano, de Rama y de tus numerosos amigos; nosotras todas no seríamos viudas, y los votos de tus enemigos se verían colmados. Pero por haber retenido pérfidamente a Sitá por la fuerza los rakshasas, nosotras y tú mismo, víctimas somos de una triple destrucción. De todas maneras no es tu pasión la causa de tanto mal, ¡oh toro de los rakshasas!, sino que es la obra del Destino: todo lo que muere es el Destino quien lo mata. Esta destrucción de vanaras y rakshasas en el combate y la tuya misma, guerrero de los grandes brazos, ¡obra es del Destino! Ni la riqueza, ni el deseo, ni la valentía, ni la autoridad podrían en el Mundo cambiar el curso del Destino.» De

este modo se lamentaban las desgraciadas esposas del rey de los rakshasas, semejantes a kuraris; abismadas en el dolor, tenían los ojos llenos de lágrimas.

## SARGA CXI

### LAMENTACIONES DE MANDODARÍ. FUNERALES DE RAVANA

Mientras que las esposas de Ravana se lamentaban de este modo, la de más edad de todas ellas fijaba en él miradas llenas de ternura y de dolor. Viendo a su señor Dasagriva muerto por Rama, el de las inconcebibles hazañas, la desgraciada Mandodarí exhaló sus quejas: «¡Guerrero de los grandes brazos, hermano segundogénito de Vaisravana!, el propio Puramdara, ¿no temía afrontar tu cólera? Asimismo los grandes rishis y los gandharvas ilustres, igual que los caranas, cuando los asaltaste, ¿no se dispersaron por las regiones? ¡Y he aquí que Rama, que no es sino un hombre, te ha vencido en el combate! Pero ¿cómo es posible? ¿No te da, ¡oh rey de los rakshasas!, vergüenza? ¿Se puede creer? Tú, que superabas en potencia a los tres mundos, y que tu fuerza te hacía invencible, ¡has sucumbido bajo los golpes de un hombre! ¡De un corredor de bosques! Tú, que vivías fuera del alcance de los humanos, que cambiabas de forma a voluntad, tu derrota en lucha, por Rama, no se explica. No, yo no creo que sea obra de Rama el haberte tratado tan durante en el frente de banderas, a ti, que fuiste victorioso en todas circunstancias. Ha sido más bien la Suerte, que, bajo la forma de Rama, ha venido en persona, empleando para tu pérdida una maya inconcebible. O quizá es Vasava quien te ha mutilado de este modo, ¡oh poderoso héroe! Pero ¿es que Vasava hubiérase atrevido tan siquiera a mirarte cara a cara en el campo de batalla, dado tu gran vigor, tu gran energía, a ti, el poderoso enemigo de los dioses? Tu destructor es ciertamente el Gran Yogin, el Alma suprema, el Eterno, el que no tiene ni principio, ni medio, ni fin, el Muy Alto, que es más grande que Mahat, el sublime autor del Tamas (366), el que lleva el caracol marino, el disco y la maza, que tiene la crivata (367) sobre el pecho, a quien pertenece siempre Sri, él, el Invencible, el Permanente, el Duradero; es Vishnú, verdadero héroe, que, habiendo revestido forma humana, rodeado de todos los devas, disfrazados de monos, él, el Amo de todos

los seres, lleno de gloria, en su deseo de ser útil a los mundos, te ha exterminado con los rakshasas que te rodeaban, a ti, el enemigo de los dioses, que sembrabas el espanto. En tiempos, por haber triunfado de tus sentidos, conquistaste el triple mundo. Como si se acordasen de esta enemistad, los sentidos, a su vez, te han vencido. Cuando en el Janasthana, en unión de los rakshasas numerosos que le rodeaban, Khara, tu hermano, fue muerto: «Rama no es un simple mortal», te dije. Además, cuando Lanká, inaccesible incluso a los suras, Hanumat penetró en ella audazmente, el hecho fue una gran emoción para todos. «¡Ojalá no tuviéramos nada que temer de parte de Raghava!», te dije aún. Pero tú no me escuchaste. He aquí el resultado. Sin razón, deseaste a Sitá, ¡oh rey de los rakshasas! El despojo fue a costa de tu Imperio, de tu vida y de tu raza. Superior a Arundhatí y a Rohini por sí misma, ¡oh tú, perverso!, la venerable Sitá, ultrajándola, cometiste una maldad sin igual. Es Vasudhá de Vasudhá, Srí de Srí, esta esposa bienamada de Rama. Sitá, cuyos miembros todos son irreprochables, que constituía el esplendor del bosque solitario, en el que vivía, al arrebatar a la pobre infortunada, envolviéndote en un disfraz, sin siquiera haber podido gozar del placer que te prometías, uniéndote con ella, has causado tu propia ruina. El tapás de esta mujer fiel a su marido acaba de consumirte, ¡oh mi señor!, a causa de no haber sido consumido en el momento mismo en que pusiste brutalmente tu mano sobre esta mujer de elegante talle, porque todos los devas y sus Indras y Añi a su cabeza te temían. Pero es fatal: el tiempo llegado recoge el fruto de su maldad, Señor, aquel que la ha cometido; sobre esto no hay duda. El que obra bien, goza de felicidad; el que obra mal, de infortunio. Vibhishana ha llegado a la felicidad, y tú has caído en la desgracia, como tenía que ocurrir. Tú tenías otras mujeres de hermosura excelente, pero esclavo de Ananga, en tu alocamiento, ¡no lo comprendiste! Ni en cuanto a raza, ni en hermosura, ni en habilidad, Maithilí me sobrepuja, ni siquiera me iguala, pero en tu alocamiento, ¡no lo comprendiste! Jamás ser alguno muere sin causa determinante; para ti esta causa determinante no ha sido otra que Sitá. Tu muerte, que debía nacer de esta mujer, lejos has ido a buscarla. Maithilí liberada de sus males va a reunirse con Rama. Pequeños son, en verdad, mis méritos, puesto que he caído en este océano de dolor. Yo, que en el Kailasa, en el Mandara, en el Merú, en los bosques Caitraharattha, en todos los jardines de los dioses, gozaba de dulces momentos de asueto continuo, y me paseaba en un

carro apropiado, en medio de una magnificencia incomparable, contemplando múltiples y variados lugares, adornada de guirnaldas y de atavíos maravillosos, ¡heme aquí privada de placeres y distracciones a causa, oh héroe, de tu muerte! Heme aquí cual si me hubiese vuelto otra persona. ¡Maldita sea la inestable fortuna de los reyes! ¡Tú tan atrayente, oh príncipe, con tus graciosas cejas, tu piel brillante y tu nariz arremangada! Tú, que en hermosura, esplendor, brillo, rivalizabas con la Luna, los lotos y el Sol, deslumbrador con tus múltiples diademas, tus labios rojos, tus brillantes pendientes. Tú, cuyas miradas, turbadas por la embriaguez, iban de un lado para otro. que llevabas guirnaldas variadas, príncipe hermoso y glorioso, el de los discursos acompañados de tiernas sonrisas, hoy, ¡ay!, no se puede negar que tu rostro, ¡oh príncipe!, ha perdido su esplendor, mutilado cual ha sido por los dardos de Rama, enrojecido por olas de sangre, regado de médula y de materia encefálica, manchado por el polvo de los carros. ¡Ay! He aquí llegado el último periodo de mi vida, ¡la triste viudedad! Y jamás había pensado en ello, ¡infortunada de mí! Tengo por padre al rey de los danavas; por esposo, al monarca de los rakshasas; por hijo, ¡al vencedor de Sakra!, me decía con orgullo. Ellos aplastan a sus orgullosos enemigos; terribles, afamados son a causa de su potencia y de su arrojo; con tales protectores nada tengo que temer. Tal era mi convicción íntima. Con esta fuerza que tenáis, toros de los rakshasas, ¿cómo tal desgracia ha podido sobrevenir de improviso, de parte de un hombre? Azul como un hermoso zafiro, enorme, semejante a un monte, colosal, centelleante con tus anillos y tus brazaletes, tus collares de esmeraldas y de perlas, tus guirnaldas de flores, lleno de alegría en medio de las diversiones, superior y ardiendo en brío en la guerra; tu cuerpo, que brillaba con el resplandor de tus adornos, como la nube con el de los relámpagos, hete aquí cubierto por bandadas de animales de picos y dientes aguzados. De acceso imposible, no habría medio de abrazarte, pues estás erizado de dardos como un puercoespín de púas, sin que haya lugar libre. Los músculos desunidos y rotos por las flechas lanzadas con habilidad y fuerza a todos los órganos vitales, tu cadáver, ¡oh rey!, yace por el suelo, amoratado y teñido de sangre, semejante a un monte hundido a causa de los estampidos del trueno. ¡Ay!, lo que parecía un sueño ha llegado a ser una realidad. ¿Cómo ha podido abatirte Rama? Tú, que hubieras sido Mrityu para Mrityu mismo, ¿cómo es posible que hayas caído en su poder? Tú, que gozabas de tesoros en los tres mundos, a los que,

por cierto, inspirabas viva inquietud; tú, que habías vencido a los guardianes del Universo, que llenaste a Sankara de dardos, que humillaste a los orgullosos y desplegaste la mayor valentía; tú, que turbabas el Universo; tú, azote de las gentes de bien, a quien la fuerza inspiraba insolentes bravuconerías en presencia del enemigo; tú, sostén de tu familia y de tus servidores, el matador de los más terribles guerreros, que exterminaste a los jefes danavas y yakshas por millares; que triunfaste en el combate de adversarios revestidos de corazas impenetrables, que más de una vez destruiste los sacrificios; tú, el salvador de tu raza; tú, que quebrantabas las reglas del deber, que te servías de la Ilusión en las batallas, que arrebatabas a los dioses, a los asuras y a los hombres sus jóvenes hijas aquí y allá; tú, que hundías a las mujeres de tus enemigos en el duelo, guía de tu pueblo, que gobernabas la isla de Lanká y realizabas hazañas terribles; tú, que procurabas placeres y distracciones; tú, el primero de los guerreros que combatían desde un carro, a pesar de tanto poderío, viéndote a ti, mi esposo derribado por Rama, pienso que debo tener un corazón muy duro cuando soporto el vivir, ¡privada de mi bienamado! Tras haber reposado en lechos suntuosos, ¡oh rey de los rakshasas!, ¿cómo es posible que duermas por el suelo con el polvo por todo cobertor? Cuando mi glorioso hijo Indrajit fue herido por Lakshmana en la lucha, entonces, es verdad, fui cruelmente herida yo también, pero ahora lo que soy es destruida, yo, que, privada ya de mis padres y de mi familia, pierdo hoy mi sostén. Lejos de placeres y goces, me desecaré eternamente, puesto que tú has partido para el gran viaje, ¡oh rey!, del que no se vuelve. Llévame, yo no puedo vivir sin ti; ¿por qué me dejas aquí en el infortunio, queriendo tú marcharte? ¡Desgraciada, misera de mí, que no respondes a mis quejas! ¿O es que te enfada, quizá, el verme aquí sin velo, tras haber franqueado el recinto de la ciudad, a pie, empujada por el deseo de acudir, Señor? Mira a tus otras esposas bienamadas: también ellas han rasgado el velo del pudor. Al verlas a todas fuera del gineceo, ¿no será esto lo que te descontenta? Esta multitud con la cual tú compartías tus mejores retozos, falta ya de jefe, se desola, ¡y tú no la confortas! ¿Es que ya no tienes atenciones para ellas? Las mujeres a las que dejas viudas, ¡oh rey!, y son más de una, miranos, somos de elevado linaje, adictas a su marido, amantes de su deber, dóciles a sus gurús, a causa del dolor que las abrumaba, te maldijeron, y he aquí por qué has caído bajo los golpes de tu rival. Maltratadas por ti, te maldijeron, y su



maldición te ha alcanzado. En ti encuentra su justificación, ¡oh príncipe!, el proverbio popular que dice: «No en vano caen las lágrimas de las mujeres adictas a sus maridos.» ¿Cómo ha sido posible, pues, ¡oh príncipe!, que tú, que sobrepujabas a los mundos en valentía, fueses tan cobarde como para arrebatar a esta mujer, embriagado por tu fuerza, tras haber alejado a Rama de la ermita con ayuda de un disfraz de gacela? ¡Te llevaste a la esposa de Rama, tras haber alejado a Lakshmana, y, no obstante, jamás, que yo recuerde, fuiste un guerrero tímido! Aquí tienes la prueba manifiesta de un cambio de fortuna. Instruido en lo pasado y en lo por venir, considerando el presente, al ver a Maithilí, a la que habías arrebatado, guerrero de los grandes brazos, mi verídico cuñado, tras haber reflexionado, me dijo suspirando lo que ha ocurrido. La destrucción de la flor de los rakshasas ha sido consecuencia de esa inclinación lasciva, manantial de deseos y de cóleras. Sacrificaste tus intereses a esta violenta inclinación que todo los destruye hasta la raíz; y por tu hecho la nación de los rakshasas toda entera privada está de su jefe. No, no debería llorarte, dado el renombre de tu fuerza y de tu valentía, pero mi naturaleza de mujer inclina mi corazón a la piedad. Llevando cuanto has hecho de bueno y de malo, has partido a la mansión que te está destinada; es a propósito de mí por lo que debo gemir, yo, a quien el perderte sume en el dolor. Tus amigos, que deseaban tu salvación, no los escuchaste, como tampoco sus consejos, por tanto, perfectamente prudentes, de tus hermanos, ¡oh Dasanana! Las palabras llenas de razón, de sentido y de medida, palabras saludables, afectuosas, de Vibhishana, no hiciste caso de ellas, no obstante su importancia. El lenguaje de Marichá y de Kumbhakarna, el de mi padre tampoco, no los acogiste, ofuscado por la embriaguez de tu fuerza, y el resultado aquí le tienes. ¡Oh tú, que tienes el resplandor de la nube, que estás vestido de amarillo y que ostentas brillantes anillos! ¿Por qué yaces, los miembros rígidos y cubierto de sangre? Finges dormir, ¿por qué no me respondes, a mí, a quien la pena anonada? El poderosísimo, el valiente que en los combates jamás volvía la espalda, el yatudhana Sumali, yo, su hija, ¿por qué no me hablas? ¡Arriba, arriba! ¿Por qué permaneces tumbado ante este nuevo insulto? Hoy, sin miedo al fin, los rayos del Sol han penetrado en Lanká. El arma brillante como Surya con la que exterminabas a los enemigos en la refriega, semejante a uno de los truenos del dios porta-rayos, de la que siempre te servías con predilección para la pérdida de muchos en el campo

de batalla, y a la que placas de oro rodeaban, tu maza rota está, deshecha en mil pedazos por las flechas de Rama. ¿Por qué permanecer echado por tierra a la que estrujas como a una amante? Y yo, cual si no fuera tu bienamada, ¿por qué no quieres ya hablarme? ¡Maldición sobre mí y a mi corazón, puesto que, cuando has entrado en los cinco elementos, no ha estallado en mil pedazos deshecho por el dolor!»

Así gemía Mandodari, los ojos llenos de lágrimas. Luego, palpitando su alma de amor, perdió el sentido. Cayó desvanecida y desvanecida quedó sobre el pecho de Ravana, cual una nube enrojecida por el crepúsculo de resplandor ardiente, inflamado. Entonces, sus afligidas compañeras la levantaron y la colocaron en medio de ellas mezclando sus gemidos a sus propios gemidos profundos: «Pero ¿es que aún no has aprendido, ¡oh reina!, en qué modo la suerte de los mundos es inestable? En breve espacio de tiempo la fortuna de los reyes varía.» A estas palabras, Mandodari respondió mediante gritos y sollozos, regando con lágrimas sus senos y su hermoso rostro innaculado.

En aquel momento Rama dijo a Vibhishana: «Procede a las exequias de tu hermano y consuela a su harén.» El sabio Vibhishana, luego de haber reflexionado en su alma, le respondió lleno de discreción, sensato, conforme al deber y al interés: «A aquel que fue traidor a sus obligaciones y a sus promesas, que fue cruel, inhumano y desleal, yo no puedo concederle los honores fúnebres, pues, además, fue raptador de las mujeres de otros. Como hermano, enemigo mío fue, pues que se complació en cuanto a perjudicar afectaba. Ravana no merece honores, bien que, dada su cualidad de hermano, merezca homenajes. «Es un bárbaro», dirá tal vez, Rama, la gente por el Mundo. Pero cuando sepan los vicios de Ravana todos aplaudirán mi conducta.» Así habló.

En el colmo de la alegría, Rama, el más grande de los hombres de deber, respondió al elocuente Vibhishana como hábil discurridor: «También a ti quiero complacerte, puesto que con tu ayuda he triunfado. No obstante, indispensable es que te diga lo que conviene, ¡oh jefe de los rakshasas! Bien que injusto y desleal, este merodeador nocturno fue siempre enérgico, valeroso y audaz en la guerra. Dicese que los dioses, Satakratu a su cabeza, no pudieron vencerle. Fue magnánimo y poderoso, Ravana, el *ravana* de los mundos. La muerte pone término a la enemistad; hemos conseguido nuestro propósito. Procedamos a las exequias; esto me convence como a ti. Es preciso que en presencia tuya esta ceremonia sea cumplida de

acuerdo con los ritos, al punto. Este acto de piedad te cubrirá de gloria.»

Oyendo estas palabras de Raghava, Vibhishana se apresuró a proceder a las exequias del muerto. Entrando en la ciudad de Lanká, el Indra de los rakshasas, Vibhishana, organizó al punto el añihotra en honor de su hermano. Carros, maderas perfumadas de todas clases, fuegos, sacrificadores, pedazos de sándalo, leños de los más diversos, agallocha de suave olor, aromas, telas, perfumes, joyas, perlas, corales, el Rakshasa se procuró todo ello. Al cabo de un instante volvió, rodeado de otros rakshasas. Entonces, acompañado de Malyavat, procedió a la ceremonia. Tras haber colocado en una angarillas de oro, divinas, cubiertas por un paño de lino, a Ravana, el jefe supremo de los rakshasas, los Dos-veces nacidos, los ojos llenos de lágrimas, al sonido de numerosos instrumentos de música, y en medio de cánticos fúnebres, levantaron aquella litera adornada con oriflamas variadas y perfumadas, Vibhishana a su cabeza. Todos, la cara vuelta hacia el Sur, cogieron pedazos de leña que se distribuyeron. Los fuegos fueron entonces encendidos bajo el cuidado de Adhvaryú. Todos cuantos habían venido a refugiarse junto a él marchaban delante; todas las mujeres del harén, en llanto, seguían a pasos precipitados y a saltos, aquí y allá, Ravana fue colocado en un sitio especial, en medio de profunda tristeza. Se levantó una hoguera con pedazos de sándalo, padmakas y usiras, según los ritos, y se le recubrió con pieles de rankus. En honor del rey de los rakshasas se hizo una ofrenda a los Pitris, ofrenda sin igual. La vedi fue instalada al Sudoeste, y el fuego sagrado en el sitio prescrito. Se vertió sobre los hombros del muerto una cucharada llena de manteca mezclada con leche agria; se puso a sus pies un carro, y entre sus muslos un mortero. Todos los vasos de madera, el araní (368) inferior y el araní superior, fueron ordenados, así como un pisón de recambio, en su lugar respectivo. Según el rito indicado en los *Sastras* y prescrito por los Maharshis, los rakshasas inmolaron la víctima del sacrificio en honor de su soberano. Luego introdujeron, tras haberla untado de grasa, la paristaránika (369) del rey, a la que adornaron con guirnaldas y llenaron de perfumes, con el alma entristecida. Los compañeros de Vibhishana cubrieron el cuerpo con trajes de todas clases y granos tostados, el rostro inundado en llanto. Vibhishana prendió entonces la leña de la hoguera, de acuerdo con los ritos, tras haber lavado con un paño mojado tilas mezcladas con hierbas dharbas y haberlas ofrecido, humedecidas en agua, según las prescripciones rituales.

También dirigió a las mujeres, varias veces, palabras llenas de benevolencia para consolarlas: «Volveos», las dijo, al fin, y todos emprendieron el camino de Lanká. Cuando aquellas mujeres hubieron entrado en la ciudad, el Indra de los rakshasas, Vibhishana, se colocó al lado de Rama en actitud respetuosa. Entre tanto, Rama con el ejército, Sugriva y Lakshmana, alegrábanse de la muerte de su enemigo, como el dios porta-rayo de la Vritra. Tras haber dejado con sus flechas el arco que Mahendra le había dado, así como su enorme coraza, Rama, el matador de sus enemigos, renunció a la cólera, su rival ya castigado, y volvió a su dulzura habitual.

## SARGA CXII

### CONSAGRACIÓN DE VIBHISHANA

Testigos de la muerte de Ravana, devas, gandharvas y danavas volviéronse en sus carros respectivos, repitiéndose hermosos relatos: el terrible fin de Ravana, el heroísmo de Raghava, el combate de los vanaras, la prudencia de Sugriva, la abnegación y la valentía de Maruti y de Lakshmana, la fidelidad conyugal de Sitá, la bravura de Hanumat. Conversando de este modo los bienaventurados volviéronse dichosos como habían venido.

Raghava entre tanto envió el vehículo divino, brillante como la llama, que Indra le había prestado, y se despidió de Matali dándole las gracias. Licenciado de este modo por el poderoso Rama, el escudero de Sakra subió a su divino carro y se lanzó hacia el Cielo. Una vez Matali vuelto al Cielo en su vehículo, Raghava, el mejor de los guerreros que combatían desde un carro, en el colmo de la felicidad, abrazó a Sugriva. Tras haberle abrazado y recibido las felicitaciones de Lakshmana, entró en su campo entre las aclamaciones de los batallones de haris. En aquel momento Kakutsiha, cerca del cual se hallaba, dijo al hijo de Sumitrá, al afectuoso Lakshmana, el de las afortunadas insignias: «A Vibhishana, amigo, conságrale rey de Lanká. Vista su abnegación, su celo, los servicios precedentemente prestados, mi mayor deseo es ver a este hermano segundogénito de Ravana, Vibhishana, entronizado en Lanká, querido amigo.»

A estas palabras del magnánimo Raghava, Sumitri dijo lleno de alegría: «¡Sea!» Cogió un vaso de oro y lo dejó en

mano de la flor de los vanaras, rápidos como el pensamiento. El héroe les ordenó que fuesen a coger agua al mar. Los vanaras fueron a toda prisa con la rapidez del pensamiento. Luego, aquella flor de los vanaras volvió de allí, tras haber cogido agua del mar. Sumitri cogió aquel vaso único, y, habiendo hecho sentarse a Vibhishana sobre un asiento muy alto, con aquel vaso le consagró rey de Lanká, en medio de los rakshasas, por orden de Rama, según la regla prescrita en los *Mantras*, rodeado de la multitud de sus amigos. Todos los rakshasas e incluso los vanaras tomaron parte en la consagración de Vibhishana. Luego, transportados por una alegría sin igual, aclamaron también a Rama. Los ministros de Vibhishana eran dichosos, así como los otros rakshasas que le eran adictos.

Cuando vio consagrado rey en Lanká a Vibhishana, Raghava, a quien Lakshmana acompañaba, sintió la más viva satisfacción. El nuevo rey habló con afabilidad a sus súbditos, luego fue junto a Rama. Leche agria, arroz no pelado, golosinas, granos tostados y flores, la población de la ciudad le ofreció prestamente. El invencible héroe recibió todos aquellos dones, prueba de la felicidad del acontecimiento, y los puso a disposición de Raghava y de Lakshmana, Rama, que veía la misión de Vibhishana cumplida, su propósito conseguido, aceptó todo por deferencia hacia él. Luego habló de este modo al valeroso Hanumat, alto como una roca, que estaba inclinado ante él haciendo el anjalí: «Con el beneplácito del gran rey Vibhishana, ¡oh amigo mío!, entra en Lanká y ve a saludar a Mathilí de mi parte. Di a Vaidehí que estoy bien, así como Sugriva y Lakshmana. Cuéntale, ¡oh el más elocuente de los oradores!, la muerte de Ravana en el campo de batalla. Anuncia estas agradables noticias a Vaidehí, ¡oh príncipe de los haris!, recibe sus órdenes y vuelve aquí.»

## SARGA CXIII

### MENSAJE DE HANUMAT ENVIADO JUNTO A SITÁ

Investido con aquella misión, Hanumat, nacido de Maruta, entró en la ciudad de Lanká, colmado de honores por los merodeadores nocturnos. Una vez entrado en la ciudad de Lanká y provisto de la autorización, que solicitó de Vibhishana, Hanumat penetró en el bosquecillo donde sabía que habitualmente se encontraba Sitá. Allí la vio al punto privada de cuidados,

cual Robini angustiada. Estaba al pie de un árbol, triste, rodeada de rakshasis. Hanumat se acercó dulcemente, humildemente inclinado y la saludó. A la llegada del poderoso Hanumat la diosa permaneció en silencio; luego, habiéndole mirado, acordóse de él y se puso toda gozosa. Hanumat, por su parte, al ver su aire benévolo, el primero de los plavagas empezó a referirla cuanto le había dicho Rama: «¡Oh Vaidehí! Rama está bien, lo mismo que Sugriva y Lakshmana. Te envía sus votos de felicidad; su propósito conseguido, ha matado a su rival, él, el vencedor de sus enemigos. Ayudado por Vibhishana y por los haris. Rama, con Lakshmana, ¡oh diosa!, ha matado a Ravana, no obstante su valentía. Es una noticia agradable. Pero aún te alegraré más, ¡oh diosa!, por esta guerra emprendida pensando en ti, ¡oh virtuosa Sitá!, Rama ha obtenido este gran triunfo. Tranquilízate, pues; se acabó la inquietud. Ravana está muerto y Lanká sometida. He aquí lo que Rama me encarga que te diga. Sin tomar descanso, resuelto a reconquistarte, ha cumplido su promesa tras haber echado un puente sobre el Océano. Que el estar en la morada de Ravana no te turbe ya, puesto que Vibhishana es ahora el amo de Lanká. A causa de ello cobra ánimos, podrás permanecer tranquilamente en su palacio, y él mismo viene con paso alegre, impaciente por verte.»

Oyendo estas noticias la divina Sitá, la del rostro resplandeciente como la Luna, embargada por la alegría, no podía ni hablar. Entonces el príncipe de los haris preguntó a Sitá, que seguía sin decir nada: «¿En qué piensas, ¡oh diosa!, y por qué no me respondes?» Interpelada de este modo por Hanumat, Sitá, afianzada en el sendero del deber, en el colmo de la felicidad, dijo con voz entrecortada por los sollozos: «Al saber esta agradable noticia del triunfo de mi esposo, embargada por la alegría, he quedado sin voz un instante. En verdad, no, por más que reflexiono, ¡oh plavamgama!, no veo qué regalo pueda ofrecerte a cambio de tu noticia, y que sea comparable a ella. No, nada conozco en la Tierra que sea comparable a esta agradable noticia, y con lo que pueda recompensarte dignamente. Oro hiranya, oro suvarna, piedras preciosas de todas clases, un trono incluso, nada de todo ello, en los tres mundos, equivale a tu mensaje.»

A este lenguaje de Vaidehí, de Sitá, el plavamgama respondió feliz, haciendo el anjalí, y permaneciendo de pie ante ella: «¡Oh tú, que amas lo que puede ser agradable y útil a tu marido, y que deseabas su triunfo!, estas palabras afectuosas son dignas de ti, mujer irreproachable.» Oyéndole expresarse

así, Maithilí, la hija de Janaka, dirigió entonces la más halagadora respuesta al hijo del Viento: «Este lenguaje muy tuyo, del que la suavidad es el adorno, dictado por una inteligencia de ocho facultades, está perfectamente de acuerdo contigo. Tú eres digno de alabanzas, tú, el muy virtuoso hijo de Anila. Fuerza, bravura, ciencia, ánimo, atrevimiento, habilidad superior, energía, audacia, resistencia, firmeza, constancia, modestia no se puede dudar que estas brillantes cualidades y muchas otras se dan en ti.»

Entonces Hanumat dirigió a Sitá, sin dejarse turbar por sus elogios, un discurso respetuoso, haciendo el anjalí y permaneciendo feliz ante ella: «En cuanto a estas rakshasis, con tu asentimiento, las voy a matar a todas, por haberte ultrajado anteriormente, cuando eras desgraciada, a ti, que tienes un dios como esposo. En este bosque de asokas, en el que fuiste confinada, estos monstruos de formas y modales horrorosos, estas cruces, de miradas más cruel aún, sé que aquí, ¡oh diosa!, estas rakshasis de rostro espantoso, más de una vez te han dirigido palabras insultantes, por orden de Ravana. Con sus caras disformes o no disformes, sus cabellos y sus miradas horribles o no, voy a hacer perecer bajo toda clase de golpes a estas bárbaras rakshasis, de cruel lenguaje; concédeme este favor. Las golpearé con mis puños, con mis talones y también con mis largos brazos, a golpes de cadera y a rodillazos; les arrancaré los cabellos; las derribaré y las aplastaré, puesto que te han hecho sufrir. Y tras haberlas aporreado a golpes, ¡oh ilustre princesa!, exterminaré a estos monstruos que te ultrajaban antes.»

Oyendo estas palabras de Hanumat la dulce Sitá, la amiga de los desgraciados, le dijo, tras haber reflexionado profundamente: «Las mujeres que están bajo la dependencia de un rey, su protector, que obran por orden de otro, servidoras o esclavas, ¡quién se irritaría contra ellas, excelente vanara? Sin duda es por culpa de un destino inicuo, y a causa de una maldad cometida anteriormente por lo que todo esto me ha sucedido. Recogemos el fruto de nuestros actos. No hables así, guerrero de los grandes brazos. La vía del destino es inevitable. Yo tenía que caer en esta situación; convencida de ello, impotente, soportaba aquí a las esclavas de Ravana. Era por orden del Rakshasa por lo que estas rakshasis me maltrataban. El muerto, ya no volverán a hacerlo, ¡oh hijo de Maruta! He aquí un antiguo sloka, lleno de sabiduría, que un oso cantó en presencia de un tigre; escúchale, plavamgama: «El ser superior no devuelve nunca el mal por el mal»:

máxima que es preciso observar siempre; el adorno de las gentes de bien es su conducta. Respecto a los malos como respecto a los buenos, aunque se trate de criminales dignos de muerte, un espíritu noble ejercerá la conmiseración: nadie hay que no peque. Los que se complacen en perjudicar a los demás, los que practican maldades crueles, incluso cuando están cometiendo el mal, no se les debe causar perjuicio.»

Oyendo este lenguaje, Hanumat, discurridor hábil, respondió a Sitá, esposa irreproachable de Rama: «Tú eres digna de Rama; tú, su virtuosa esposa, llena de cualidades. Dame tus órdenes, ¡oh diosa!, para que me vaya con ellas junto a Raghava.» A estas palabras de Hanumat, Vaidehí, nacida de Janaka, dijo: «Deseo ver a mi esposo, el amigo de los devotos.» Cuando la oyó hablar así, Hanumat, el inteligentísimo hijo de Maruta, dio a Maithilí esta respuesta que la llenó de alegría: «A Rama, el del rostro semejante al de la Luna llena, le verás, así como a Lakshmana, a sus adictos amigos y a sus enemigos muertos, como Sací ve a Indra, el rey de los suras.»

Tras haber hablado así a Sitá, que brillaba como Sri, el valerosísimo Hanumat fuese al punto a reunirse con Raghava. Sin tardar, el mejor de los haris, Hanumat, refirió, en el orden en que ella las había pronunciado, las palabras de la hija del rey Janaka a Rama, el émulo del jefe de los Treinta.

## SARGA CXIV

### RAMA ENVÍA A BUSCAR A SITÁ

El muy inteligente Plavamgama, habiéndole saludado, dijo a Rama, el de los ojos anchos como hojas de loto, el mejor de todos los arqueros: «Aquella a causa de la cual fueron emprendidas todas estas hazañas que acaban de ser cumplidas, la divina Maithilí, a quien la pena consume, es preciso que vayas a visitarla. En el dolor que la abrumaba, los ojos bañados por el llanto, Maithilí, al saber tu victoria, ha testimoniado su deseo de volverte a ver. Continuando a confiar en mí como antes, me ha dicho, la emoción reflejada en su mirada: «Deseo volver a ver a mi esposo.»

Estas palabras de Hanumat inspiraron al punto a Rama, el primero de los hombres de deber, un pensamiento que le hizo verter algunas lágrimas. Lanzó profundos suspiros, y, llevándose los ojos al suelo, dijo a Vibhishana, que, semejante a una



nube, estaba a su lado: «Tráeme aquí a la princesa del Videha, Sitá, ungida de divinos cosméticos, adornada de celestiales ornamentos, la cabeza lavada; no tardes.»

A estas palabras de Rama, Vibhishana se apresuró a ir al gineceo y a hacer venir allí a Sitá, junto a sus mujeres. Al ver a la afortunada Sitá, Vibhishana, el poderoso rey de los rakshasas, la dijo, juntando sus manos sobre su cabeza para hacer el anjalí, en actitud respetuosa: «¡Oh Vaidehí!, úntate divinos cosméticos, adórnate con celestiales ornamentos y sube a una litera, felicidad a ti; tu esposo desea verte.»

Vaidehí respondió a Vibhishana, que la hablaba de aquel modo: «Antes de lavarme quiero ver a mi marido, ¡oh jefe de los rakshasas!» A esto, Vibhishana replicó: «Lo que desea Rama, tu esposo, es preciso que lo hagas!» A esta observación, la virtuosa Sitá, para quien su marido era una divinidad, llena de piedad conyugal, dijo: «¡Que sea así, pues!» Luego, Sitá, la cabeza lavada, vestida suntuosamente, engalanada con adornos de gran precio, y llevando preciosos tejidos, subió a un palanquín, llevado por rakshasas que tenían costumbre de hacerlo, acompañada de una numerosa escolta de rakshasas, bajo la dirección de Vibhishana.

Vibhishana, al acercarse al héroe magnánimo, advirtió que estaba preocupado. Inclínose ante él y gozoso le anunció la llegada de Sitá. A la noticia de la llegada de su esposa, que había habitado largo tiempo la morada del Rakshas, la cólera, el placer y la tristeza se apoderaron de Raghava, el matador de sus enemigos. No obstante, para poner a prueba a Sitá, que llegaba en litera, Rama dijo a Vibhishana, disimulando su alegría: «Jefe superior de los rakshasas, ¡oh amigo mío!, que siempre te regocijas de mis triunfos, introduce sin tardar a Vaidehí junto a mí.»

A esta orden de Raghava, el honrado y leal Vibhishana hizo al punto alejar a la multitud. Revestidos con corazas y tocados con turbantes, palillos de bambú y tamboriles en las manos, los rakshasas tuvieron a los guerreros apartados, haciendo rondas por todas partes. Tropas de rikshas, de vanaras y de rakshasas mantuvieronse lejos, allá al fondo. Al alejarse dejaron oír un clamor inmenso, semejante al ruido del mar batido por el viento. Cuando se dio cuenta de que se dispersaban por el país y que el desorden nacía entre ellos, el afectuoso Rama se indignó y se opuso a su partida. Irritado, Rama, con una mirada que parecía consumirle, dirigió al muy sabio Vibhishana estas palabras de reproche: «¿Por qué, sin consideración a mí, atormentas de este modo a la multitud? Pon fin

a su desorden; esa gente es mi gente. No son ni las casas, ni los trajes, ni las murallas, ni los aislamientos, ni homenajes reales semejantes; es su conducta lo que salvaguarda a la mujer. En las calamidades, los peligros, los combates, los svayanvaras, los sacrificios o las ceremonias nupciales, jamás la vista de una mujer es ilícita. Esta mujer caída en la desgracia, en una situación crítica, no está prohibido verla, sobre todo en mi presencia. Por consiguiente, despide la litera y deja a Vaidehí venir a pie, y que los habitantes de los bosques la vean a mi lado.»»

A estas palabras de Rama, Vibhishana, pensativo, condujo respetuosamente a Sitá junto a él. Entre tanto, Lakshmana y Sugriva, así como Hanumat, el plavangama, cuando oyeron hablar así a Rama, quedaron muy perplejos. Confusa y encurriéndose en ella misma, Maithilí, a la que Vibhishana acompañaba, vino a encontrar a su marido. Fue con asombro, alegría y amor como Sitá, que consideraba como a un dios a su esposo, contempló el gracioso rostro de Rama, ella, cuya cara tenía más gracia aún. Entonces, al ver el rostro de su bien-amado al que hacía tanto tiempo que no había visto y que era hermoso como la Luna llena cuando se levanta, Sitá desterró toda ansiedad. Su propia cara se tornó entonces resplandeciente también, como el astro inmaculado de las noches.

## S A R G A C X V

### RAMA REPUDIA A SITÁ

Entonces Rama, viendo de pie a su lado a la modesta Maithilí, empezó a expresar los sentimientos que tenía en el fondo del corazón: «Hete aquí reconquistada, ¡oh afortunada princesa! Mi enemigo ha sido vencido en el campo de batalla; lo que es capaz de hacer el valor, yo lo he cumplido. Pongo término a mi cólera; mi insulto ha sido lavado; he hecho desaparecer a los dos a la vez. Hoy los mundos han sido testigos de mi valentía; hoy recojo el precio de mis fatigas; hoy he cumplido mi juramento, y hoy entro en posesión de ti misma. Tu alejamiento, tu rapto por el Rakshas de veleidoso espíritu, el Destino había querido este crimen que un hombre, yo, ha lavado. El ultraje que se le hace, aquel que no le venga energicamente, ¿para qué le sirve incluso una gran fuerza si su espíritu es pusilánime? El Océano franqueado, Lanká devastada, hoy Hanumat recoge el fruto de sus gloriosas hazañas.

Valeroso en la guerra, sabio en sus consejos, Sugriva, con su ejército, recoge hoy, asimismo, el fruto de sus fatigas. Vibhishana también cosecha hoy el fruto de sus labores, él, que abandonó a un hermano sin virtud para venir junto a mí.»

Cuando Sitá oyó a Rama hablar así, sus ojos de gacela se llenaron de lágrimas. Viendo junto a él a aquella bienmada de su corazón, el rey Rama, que temía los decires del pueblo tornóse perplejo en su alma. Y dijo a Sitá, la de los ojos anchos como hojas de loto, la de los negros cabellos cogidos en trenzas, la de las hermosas formas, en presencia de vanaras y rakshasas: «Lo que debe hacer un hombre que lava una afrenta, yo lo he hecho matando a Ravana, pues yo tengo cuidado con mi honor. Tú has sido reconquistada, como, con ayuda de su tapás, la región del Sur, inaccesible al Mundo de los vivos, lo fue por el asceta Agastya, el del alma pura. Que se sepa bien, y sé feliz, que esta trabajosa campaña, gloriosamente terminada, gracias a la valentía de mis amigos, no es a causa de ti por lo que la he emprendido. He tenido cuidado sobre todo de borrar completamente mi afrenta y de vengar el insulto hecho a mi ilustre familia. Una duda planea sobre tu conducta, y tu presencia ante mí me ofusca tan fuertemente como una lámpara a un ojo enfermo. En adelante vete adonde te plazca; yo te rechazo, ¡oh hija de Janaka! Ahí tienes las diez regiones; yo no tengo ya nada que ver contigo. Una mujer que permanece en casa de otro, ¿qué hombre de honor y de buena familia se dejaría extraviar por la pasión hasta el punto de volver a tomarla? Ravana te ha manchado estrechándote contra su pecho y lanzando sobre ti miradas lascivas. ¿Cómo podía admitirte yo, que me envanezco de pertenecer a una raza ilustre? El fin a causa del cual te he reconquistado, alcanzado está. Ya nada tengo que me una a ti. Vete adonde quieras. Mi presente declaración, ¡oh hermosa!, la hago a propósito y deliberadamente. ¡Vuélvete en hora buena hacia Lakshmana o hacia Bharatá! Satruña, Sugriva o el rakshas Vibhishana, escoge en tu corazón, ¡oh Sitá!, aquel que pueda convenirte más. Por que en verdad, no, seguro estoy de que Ravana, viendo tu hermosura celestial, encantadora, no te habrá respetado mucho tiempo mientras permanecías en su mansión.»

Aquella mujer, tan digna de oír palabras amables, a este duro lenguaje de su bienamado, que durante tanto tiempo la había rodeado de homenajes, vertió sollozando, abundante lágrimas; asemejábase a una liana que arruga con su trompa el rey de los elefantes.

## SARGA CXVI

## LAMENTACIONES DE SITÁ. SUFRE LA PRUEBA DEL FUEGO

Aquellas palabras, como para hacer estremecer, de Raghava enojado, Vaidehí, al oírlas, quedó aterrada. Aquel lenguaje espantoso, inaudito hasta entonces, que le era dirigido por su marido ante una multitud numerosa, Maithilí, oyéndole, quedó muerta de vergüenza. Traspasada en todos sus miembros por aquellas palabras hirientes, cual lo hubiera sido por flechas, la hija de Janaka vertió abundante lágrimas. No obstante, enjugando su rostro bañado por el llanto, dijo a su esposo con voz dulce y temblorosa: «¿Por qué dirigirme, ¡oh héroe!, tales palabras, sin igual, crueles de oír, violentas, como un hombre vulgar a una mujer vulgar? Yo no soy lo que tú crees, guerrero de los grandes brazos, y mi conducta merece tu confianza, te lo juro. Son las costumbres de ciertas mujeres las que te hacen desconfiar de nuestro sexo; pero desecha esta sospecha, puesto que yo te soy conocida. Si he tocado a otro, ha sido a pesar mío, señor; no fue por inclinación de mi parte y aquí la culpa es del Destino. Lo que de mí dependía, mi corazón, te ha permanecido fiel; mis miembros estaban a la merced de otro; ¿qué podía yo hacer no siendo su dueña? Si, a pesar de las pruebas de mi amor durante nuestra vida juntos, príncipe orgulloso, soy aún una desconocida para ti, ¿por qué entonces no me repudiaste? En presencia de este vanara, apenas su mensaje cumplido, de haber sabido que me abandonabas, ¡oh héroe!, me hubiera quitado la vida. No hubieras tenido que fatigarte inútilmente; la existencia de otro no hubiera entrado en juego; tus numerosos amigos no se hubiera agotado, como lo han hecho, sin resultado. Pero tú, ¡oh tigre entre los hombres!, entregándote así a la cólera, obras como un hombre cualquiera, por prejuicio contra las mujeres. Yo he tomado mi nombre de Janaka, no mi vida, habiendo nacido del seno de la tierra, y la honorabilidad de mi conducta, ¡oh tú, que sabes mucho de esto!, no la aprecias. No tienes el menor miramiento para aquel juntar de manos que cambiamos en nuestra juventud; mi abnegación, mi naturaleza afectuosa, todo esto lo tiras por la ventana.»

Tras haber hablado así a Rama, llorando, y con voz ahogada por los sollozos, Sitá dijo al desgraciado Lakshmana, a quien el dolor abrumaba: «Hazme una pira, Sumitri; es el remedio

para mi infortunio. Estos injustos reproches me matan, no puedo ya vivir. Repudiada públicamente por un marido insensible a mis atractivos, la sola vía que se abre ante mis ojos voy a sufrirla: es el fuego.»

Oyendo estas palabras de Vaidehí, Lakshmana, matador de los héroes enemigos, presa de viva indignación, consultó a Raghava con la mirada. Una señal de Rama le hizo comprender lo que encerraba en su alma, y el valeroso Sumitri, conformándose a su instrucción, levantó una pira. En verdad, no, Rama, que entonces asemejábase a Yama, destructor del tiempo, nadie, entre sus amigos, hubiérase atrevido a dirigirle un ruego, ni a hablarle, ni incluso a mirarle.

Tras haber honrado con el pradakshina a Rama, que estaba allí de pie, con la cabeza baja, Vaidehí se acercó al brasero encendido. Habiéndose inclinado ante los daivatas y los brahmanes, Maithilí, las manos juntas en forma de anjali, habló en estos términos delante del fuego: «Del mismo modo que mi corazón jamás se separó de Raghava, que así el Espectador del Universo, Pavaka, ¡me conceda toda su protección! Como yo soy de costumbres puras, bien que Raghava me crea mancillada, del mismo modo que el Espectador del Universo, Pavaka, ¡me conceda toda su protección!»

Tras estas palabras, Vaidhí dio la vuelta a la hoguera y con alma intrépida entró en las llamas. Había allí una multitud inmensa, entre la cual muchos niños y muchos ancianos, que miraban a la ardiente Maithilí entrar en el fuego. Semejante al oro hema, que acaba de ser pasado por el crisol, adornada de oro kancuna afinado, se lanzó al brasero llameante, en presencia de todo el pueblo. Aquella mujer de grandes ojos que se arrojaba al fuego portador de ofrendas, fue, ante los ojos de rishis, devas y gandharvas, como, en un sacrificio, la ofrenda completa. Todas las mujeres lanzaron un grito al verla caer en medio de las llamas, semejante a un arroyo de manteca, bendito con ayuda de mantras, en un sacrificio. A los tres mundos de devas, gandharvas y danavas, pareció como una diosa alcanzada de maldición y precipitada del triple Cielo al Infierno. Mientras entraba en el fuego los rakshasas y los vanaras lanzaron un inmenso y prodigioso: «¡Oh! ¡Oh!»

## SARGA CXVII

## ELOGIO DE RAMA POR BRAHMA

Entre tanto el leal Rama, cuando oyó el clamor de la multitud, sumamente abatido, permaneció un instante perplejo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces el rey Vaisravana y Yama con los pitris, Indra, el de los mil ojos, el amo de los devas, Varuna, el soberano de las aguas, el que tiene seis mitades de ojos, el afortunado Mahadeva, que tiene un toro por estandarte, el autor de todo el Universo, Brahma, el príncipe de los teólogos: todos, habiéndose reunido, acudieron con sus carros, brillante como el Sol, a la ciudad de Lanká, vinieron a encontrar a Raghava. Levantando en alto sus estandartes y sus manos cargadas de adornos, los jefes de los Treinta dijeron a Raghava, que de pie hacia el anjalí. El autor de todo el Universo, el primero de los que poseen la ciencia, el Señor le dijo: «¿Cómo puedes sospechar de Sitá, que se arroja al fuego portando de ofrendas? ¿Cómo no sabes que tú mismo estás a la cabeza de las tropas de los devas? En otro tiempo fuiste el Vasu Ritadahaman y el Prajapati de los Vasus. Tú eres el primer autor de los tres mundos, Svayamprabhú. De los rudras eres el octavo, y de los sadhyas el quinto. Los dos Asvins son tus orejas, Surya y Candramas tus dos ojos. He aquí bajo qué formas, al final, al principio y en el medio de las cosas, tú apareces, ¡oh látigo de tus enemigos!, ¡y aún sospechas de Vaidehí como un hombre vulgar!»

Oyendo este lenguaje del protector de los mundos, el jefe de los Tres-Diez, el amo del Universo, el primero de los hombres religiosos, el Raghava Rama respondió: «Yo creo ser un hombre, Rama, nacido de Dasaratha (370). ¿Quién soy en realidad y de dónde vengo? Que Bhabavat me lo enseñe.» Así habló Kakutstha. Brahma, el primado de entre los que conocen, Brahma, le dijo: «Escucha esta palabra de verdad, ¡oh verdadero héroe!: tú eres el dios Narayana, el afortunado Señor, armado del disco. Tú eres el jabalí de un solo colmillo; el vencedor de tus rivales pasados o futuros. Tú eres Akshara, Brahma, Satya, al principio, en medio y al fin; tú eres para los mundos el supremo, Dharma, Vishvakshna, el de los cuatro brazos, el portador del arco Sarnga, Hirishikesa, Purusha, el Purusha supremo, Ajita, el porta-espada Vishnú, Krishna, Brihadhala. Tú eres el Senani, el Gramani; tú eres Todo; tú eres

la Inteligencia, la Longanimidad, el Refrenamiento; tú eres el Origen y el Fin de todo; tú eres Upendra, Madhusudana. Indra es tu obra, de ti, Mahendra, Padmanabha; eres tú quien pone fin a los combates; los divinos Maharshis te proclaman el Asilo Protector. Tú eres el dios de los mil cuernos, el Alma de los *Vedas*, el dios de las cien cabezas, el Gran Toro. Tú eres el primer autor de los tres mundos, Svayamprabhu. De los sidhas y de los sadhyas tú eres el Refugio y su Hermano Mayor. Tú eres el Sacrificio, la exclamación ¡Vashat!, y la exclamación ¡Um! Tú eres más grande que el más grande. Tu origen y tu fin no son conocidos. «¿Quién es?», se preguntan todos. Tú apareces en todos los seres, en las vacas y en los brahmanes. Tú estás en todas las regiones, en el firmamento, en las montañas, en los ríos; tú, el dios de los mil pies, el Afortunado de las cien cabezas, de los mil ojos. Tú sostienes la Tierra, los seres y todos los mundos. Cuando la Tierra desaparece, tú te muestras sobre el agua, bajo la forma de una gran Serpiente. Tú sostienes los tres mundos, ¡oh Rama!, los devas, los gandharvas y los danavas. Yo, yo soy tu corazón, ¡oh Rama! Y tu lengua es la diosa Sarasvatí. Los devas son los pelos de tu cuerpo; yo, Brahma, soy quien los ha formado así, Señor. Cuando es de noche, es que tú cierras los ojos, tal se dice; cuando es de día, es que los abres. Los *Vedas* fueron tus Samskaras; nada hay fuera de ti. El Universo entero es tu cuerpo; tu envoltura sólida es la superficie de la Tierra. Año es tu cólera; y tu bondad es Soma; el Srivatsa es tu insignia. Tú has franqueado los tres mundos en tiempos, de tres zancadas. Mahendra, tú le estableciste rey tras haber atado al temible Bali (371). Sitá es Lakshmi, y tú, tú eres el dios Vishnú, Krishna, Prajapati. Fue para matar a Ravana por lo que entraste en un cuerpo humano. Esta fue la misión que te confiamos; tú la has cumplido, ¡oh el mejor de los observadores del deber! Ravana ha caído bajo tus golpes, ¡oh Rama! Sube feliz al Cielo. Tu poder es irresistible, ¡oh Dios!, y tus hazañas no son inútiles. No es inútil tu aspecto, ¡oh Rama! No es inútil tu elogio. No será en vano que los hombres te sean adictos en la Tierra. Los que te dedicarán culto, a ti, que eres el dios Dhruva, el Antiguo, el supremo Purusha, obtendrán todo cuanto quiera, en este Mundo y en el otro. Este himno védico, divino, antiguo Itihasa, los hombres que lo canten no habrá para ellos infortunio.»

## SARGA CXVIII

## RAMA VUELVE A TOMAR A SITÁ

Cuando oyó este hermoso discurso pronunciado por el Abuelo, Vibhavasú, que tenía a Vaidehí en su regazo, se lanzó. Tras haber dispersado la hoguera, el Portador de ofrendas, tomando una forma corporal, púsose de pie y cogió a la hija de Janaka. Brillante como la aurora, engalanada con adornos de oro afinado, vestida de rojo, la joven mujer de los cabellos negros dispuestos en trenzas, cargada de frescas guirnaldas, fue de este modo adornada como la irreprochable Vaidehí fue entregada a Rama por Vibhavasú, que la había recibido en su regazo. El Espectador del Universo, Pavaka, dijo entonces a Rama: «He aquí tu Vaidehí, Rama; no hay mal en ella. Ni en sus palabras, ni en su corazón, ni en su espíritu, ni en sus miradas, la virtuosa y noble esposa no se ha mostrado indigna de tus nobles sentimientos. Fue arrebatada por Ravana, el rakshas a quien su fuerza hacía insolente, a pesar suyo, cuando, separada de ti, la infortunada estaba sola. Encerrada, guardada en su gineceo, tú continuaste siendo el objeto de sus pensamientos, su suprema esperanza. Estaba bajo la vigilancia de rakshasis horribles, de perniciosos propósitos. A despecho de caricias o amenazas de todas clases, Maithilí no dio jamás a aquel Rakshas un lugar en su corazón, que tú ocupabas por entero. Pura es y sin pecado; recibe a Maithilí, que en nada podría ser censurada; te lo ordeno.»

Estas palabras alegraron el corazón de Rama, el más elocuente de los hombres. Reflexionó un instante en su alma leal, la mirada llena de gozo. Luego que le hubieron dirigido estas palabras, el glorioso, firme y valerosísimo Rama, el primero de los hombres de deber, dijo al jefe de los Treinta: «Era preciso, a causa de la gente, que Sitá pasase por el fuego, pues esta hermosa mujer había habitado mucho tiempo en el gineceo de Ravana. De no haber tenido una prueba evidente de la inocencia de Janaki, la malevolencia pública hubiera dicho: «De veras que es un enamorado complaciente Rama, el hijo de Dasaratha.» Que Sitá no había dado su corazón a otro, que me había reservado su afecto. Maithilí, la hija de Janaka, lo sabía. Por supuesto, a esta mujer de los grandes ojos, que protegía su virtud propia, Ravana no era más capaz de violarla que el Océano de pasar de sus orillas. Incapaz era, a pesar de



su profunda perversidad, de ultrajar ni siquiera con el pensamiento a Maithilí, que era para él inaccesible como la llama de un ardiente brasero. En el harén de Ravana, esta virtuosa mujer que no perteneció jamás a otro que a mí, no podía tampoco sufrir más perjuicio que la luz del Sol. Su inocencia manifestada en los tres mundos, Maithilí, nacida de Janaka, tan imposible me sería renunciar a ella como un héroe a su gloria. Yo debo conformarme a vuestro buen consejo, vosotros, abnegados protectores de los mundos, de saludable lenguaje.»

Habiendo hablado así, el victorioso y poderosísimo Rama, en medio de las felicitaciones debidas a sus hazañas personales, se reunió con su bienamada, lleno de gloria, y gozó de la felicidad de que era digno (372).

## S A R G A C X I X

### APARICIÓN DE DASARATHA

A las hermosas palabras pronunciadas por Raghava, Mahesvara respondió con otras aún más hermosas: «Héroe de los ojos de loto, de los grandes brazos, del ancho pecho, azote de tus enemigos, felicísimo es que hayas realizado esta hazaña, ¡oh tú, el más religioso de los hombres! Venturoso es para todo el mundo que la grande, la terrible calamidad, el peligro que representaba Ravana, tú le hayas apartado, ¡oh Rama! Marcha a consolar con tu presencia al infortunado Bharata, a la gloriosa Kausalyá, a Kaikeyí y a Sumitrá, la madre de Lakshmana. Reina en Ayodhya, alegra a la multitud de tus amigos, ¡y perpetúa, poderoso héroe, con tu descendencia la raza de los Ikshvakus! Tras haber ofrecido el sacrificio del caballo, conquistado una gloria que nadie sobrepujará y distribuido tesoros a los brahmanes, irás al tercer cielo. He aquí al rey Dasaratha, de pie en su carro, he aquí a tu padre, ¡oh Kakutstha!, tu ilustre gurú en el Mundo de los hombres. Ha entrado en el mundo de Indra, lleno de gloria, tras haber franqueado el samsara (373), gracias a ti, su hijo. Con Lakshmana, tu hermano, ríndele homenajes.»

A este discurso de Mahadeva, Raghava, acompañado de Lakshmana, se inclinó ante su padre, que estaba de pie en la parte alta de su vimana (374). El príncipe, así como Lakshmana, su hermano, vio a su padre brillando con propio esplendor y vestido con trajes limpios de polvo. Embargado por

la alegría, fue como, de pie en su carro, el rey Dasaratha volvió a ver a su hijo, que le era más querido que los alimentos vitales. El monarca de los largos brazos le hizo subir sobre su regazo, y, sentado sobre un elevado asiento, le estrechó entre sus brazos y le dijo: «El Cielo que me es común con los toros de los suras, no lo evalúo en mucho, lejos de ti, Rama; no digo sino la pura verdad. Las palabras que me dirigió Kaikeyí, ¡oh el más elocuente de los hombres!, y cuyo objeto era tu destierro, han quedado en mi corazón. Viéndote sano y salvo, abrazándote, así como a Lakshmana, hoy, librado quedo de mi desgracia, como el Sol de la bruma. Salvado estoy gracias a ti, hijo mío, que eres para mí un buen hijo, de alma grande, lo mismo que lo fue, gracias a Ashtavakra, el virtuoso brahmán Kahola. Ahora lo comprendo, hijo querido. Fue con el propósito de destruir a Ravana por lo que los amos de los suras determinaron esta metamorfosis del Purusha supremo. Ninguna mujer más feliz que Kausalyá, ¡oh Rama!, cuando, llena de alegría, te vea volver al palacio, tras haber dejado el bosque, tú, el matador de tus enemigos. Como venturosísimo será también, no hay duda, ¡oh Rama!, el pueblo cuando te vea volver a la ciudad, consagrado rey y dominador del Mundo. Me gustaría asistir a tu reunión con Bharata, tu hermano tan adicto a ti, tan valeroso, tan puro, tan leal. Catorce años has pasado, hijo querido, en el bosque con mi querida Sitá y Lakshmana. Tu destierro silvestre ha acabado; tu promesa cumplida está. Sin contar que, abatiendo a Ravana en el campo de batalla, has regocijado a los devatas. Tu obra cumplida está; has conquistado un renombre glorioso, ¡oh matador de tus enemigos! Sentado en el trono y rodeado de tus hermanos, ¡ojalá vivas mucho tiempo!»

Al rey Dasaratha que le hablaba así, Rama, haciendo el anjalí, respondió: «Gracia, ¡oh padre virtuosos!, para Kaikeyí y Bharatá. «¡Te echo de aquí con tu hijo!», dijiste a Kaikeyí. ¡Que esta maldición terrible no caiga sobre Kaikeyí y su hijo, Señor!» «Sea», respondió el gran rey a Rama, que le hablaba de este modo, haciendo el anjalí. Luego, abrazando a Lakshmana, añadió: «Tú adquirirás una virtud, ¡oh piadoso hijo!, y un renombre inmenso en la Tierra, y mediante la benevolencia de Rama obtendrás el Cielo y un poder muy grande. Obedece a Rama y sé feliz, ¡oh tú, que aumentas la alegría de Sumitrá! Rama gustó siempre de hacerse útil a todos. Estos tres mundos con sus Indras, los siddhas, los supremos rishis saludan a este héroe y le honran en calidad de Purusha supremo. Le proclaman el Invisible, el Imperecedero, el igual a

Brahma, el corazón de los Vedas, su misterio, ¡oh querido hijo!, él, tu hermano, el azote de sus enemigos. Tú has adquirido méritos y mucha gloria por tu abnegación absoluta a Rama, así como a la princesa del Videha, Sitá.»

Luego de haber hablado así a Lakshmana, el rey saludó a Sitá, que estaba de pie haciendo el anjalí: «¡Hija mía!—añadió con voz dulce y lenta—: No te indignes, Vaidehí, a causa de la repudiación. Rama no ha obrado así sino para demostrar tu inocencia, y en tu interés. La extraordinaria prueba de tu buena conducta, que has dado hoy, hija mía, coloca tu reputación por encima de la de las otras mujeres. Bien que no tengas necesidad de ser instruida en lo que afecta a los deberes para con tu marido, necesario es, no obstante, que yo te diga que él es tu divinidad suprema.» Tras haber hecho de este modo sus recomendaciones a sus dos hijos y a Sitá, el descendiente de Raghú, el rey Dasaratha, volvió a subir al Cielo de Indra, en su carro. Subido en su carro, lleno de majestad, el cuerpo irradiando esplendor, el más grande de los hombres, luego de haber aconsejado de este modo a sus dos hijos y a Sitá, se volvió al mundo del príncipe de los dioses.

## S A R G A C X X

### INDRA, A RUEGOS DE RAMA, RESUCITA AL EJÉRCITO DE ÉSTE

Habiendo partido Dasaratha, Mahendra, el vencedor de Paka, dijo, llevado por el exceso de su alegría, a Raghava, que estaba de pie haciendo el anjalí: «Nuestra presencia no te habrá sido inútil, ¡oh Rama, toro de los hombres! Estamos contentos. A causa de ello dime lo que desea tu corazón.»

A este benévolo lenguaje del magnánimo Mahendra, Raghava, el de la amable alma, le respondió gozoso: «Puesto que estás dispuesto a complacerme, ¡oh jefe de los vibudhas!, concédeme lo que voy a pedirte, ¡oh el más elocuente de los discurredores! Los valerosos vanaras que por mí han descendido a la mansión de Yama, que todos vuelvan a adquirir vida y resuciten. Esos vanaras que a causa mía han sido alejados de sus mujeres y de sus hijos, ¡deseo verlos a todos dichosos, poderoso Señor! Esos valientes, esos héroes, desafiaron la muerte. Han consumido su sacrificio y han sucumbido. Vuévelos a la vida, ¡oh Puramdara! Adictos a mis intereses, no contaron con Mrityú. Sé tan bueno como para devolverles a sus fa-

milias; es el favor que solicito. Deseo volver a verles sin sufrimientos, sin heridas, con toda su fuerza y toda su valentía, a los golangulas, y también a los rikshas, ¡oh dios liberal! Que incluso fuera de la estación, que flores, frutos, ríos de ondas puras, ¡aparezcan allí donde estén los vanaras!»

A este lenguaje del magnánimo Raghava, Mahendra dio esta respuesta, llena de benevolencia: «Grande es el favor que solicitas, ¡oh querido príncipe de los Raghús! Pero como yo hasta ahora jamás tuve dos palabras, así será hecho. Que resuciten, pues, todos cuantos han sido muertos en el combate por los rakshasas, los rikshas con los gopucchas, a los cuales han cortado cabeza y brazos. Los haris resucitarán libres de dolor, sin heridas, con todas sus fuerzas y su valentía, lo mismo que durmientes que se despiertan a noche acaba. Todos irán a reunirse con sus amigos, sus parientes y sus conocimientos, a su tribu, exultando de alegría. Incluso fuera de estación, los árboles se cargarán de flores y frutos, ¡oh gran arquero!, y los ríos correrán hasta el borde. Ellos, que antes estaban llenos de heridas, he aquí que van a levantarse libres de ellas, como gentes simplemente dormidas, esos haris excelentes.»

Fue entre los vanaras un asombro general. «Pero ¿qué es esto?», se preguntaron. Cuando vieron su propósito conseguido, los jefes de los suras dijeron unánimemente, llenos de alegría, y felicitándole a Rama, al que Lakshmana acompañaba: «Vuelve a Ayodhya, ¡oh rey!, y licencia a los vanaras. Consuela a la abnegada y gloriosa Maithilí. Ve a encontrar a tu hermano Bharatá, que, lleno de pena por tu ausencia, entrégase a las mortificaciones. Ve a reunirte también con el magnánimo Satruña y con todas tus madres, ¡oh látigo de tus enemigos! Recibe la unción real y regocija a los ciudadanos con tu vuelta.»

Tras haber hablado así a Rama, a quien Sumitri acompañaba, el dios de los mil ojos volvióse gozoso con los suras en carros brillantes como el Sol. Kakutstha saludó a todos los jefes de entre aquellos Treinta, y con su hermano Lakshmana hizo preparar el bivac. Entre tanto, bajo la salvaguardia de Lakshmana y de Rama, aquel grande y glorioso ejército, feliz, deslumbrante de esplendor, irradiaba por todos lados, como la noche a la que preside el astro de los fríos rayos.

## SARGA CXXI

## VIBHISHANA PONE EL CARRO PUSHPAKA A DISPOSICIÓN DE RAMA

Cuando, tras haber pasado la noche, Rama, el domador de sus enemigos, estuvo reposado y dispuesto, Vibhishana le dijo, haciendo el anjalí y saludándole con la palabra victoria: «Baños, cosméticos, trajes, adornos, esencia de sándalo, guirnaldas celestes de todas clases; he aquí perfumistas hábiles, mujeres con ojos de loto, que están a tu disposición para bañarte como conviene, Raghava.»

A estas palabras de Vibhishana, Kakutstha respondió: «A los haris, con Sugriva a la cabeza, puedes invitarles a bañarse. En cuanto a mí, poco me preocupan por el momento baños, trajes y adornos. El piadoso Bharata, acostumbrado a la dicha, este joven héroe lleno de lealtad, atórméntase a causa mía. Lejos, pues, del hijo de Kaikeyí, ocúpate de que podamos volver pronto a Ayodhya, que, por cierto, para alcanzarla, el camino es extremadamente difícil.»

Así dijo Rama. Vibhishana le respondió: «En un día te haré alcanzar esta ciudad, ¡oh príncipe! Hay un carro llamado Pushpaka, felicidad a ti, brillante como el sol (*surya-sannibham*), que arrebató a mi hermano Kubera, Ravana, superior en fuerza, venciénolo en la guerra. Va allí donde se quiere este carro divino, maravilloso. Guardado está y a tu disposición, héroe sin igual. Este carro brillante como la nube está aquí y él te transportará a Ayodhya con toda seguridad. Pero si yo soy digno de tus favores, si no olvidas mis méritos, permanece por lo menos un día aquí, ¡oh sabio!, si es que me consideras como tu amigo, en unión de Lakshmana, tu hermano, y Vaidehí, tu esposa. Tras haber recibido todos los homenajes que puedas desear, entonces, ¡oh Rama!, partirás. Los honores prescritos que, llevado de mi afecto, te he preparado, ¡oh Rama!, dignate aceptarlos lo mismo que tu ejército y tus numerosos amigos. Te lo ruego humildemente, en nombre de mi profunda estimación y de mi amistad, ¡oh Raghava! Yo soy tu servidor, y, por consiguiente, no puedo ordenarte.»

A Vibhishana, que le hablaba así, Rama le respondió en presencia de todos los rakshasas y los vanaras: «Tú me has honrado, ¡oh héroe!, con la amistad más grande, con toda tu alma, y tus actos me han probado tu extremado afecto. No obstante, no puedo acoger tu pretensión, ¡oh rey de los rak-

shasas!, porque mi corazón me empuja a volver a ver a mi hermano Bharatá. El, que vino a Citrakuta para llevarme a Ayodhya, pero yo no escuché el ruego que me hizo inclinándose. También deseo volver a ver a Kausalyá, Sumitrá y la ilustre Kaikeyí, así como mi palacio, mis amigos, las gentes de la ciudad y los del campo. Despideme, pues, mi querido Vibhishana, suficientemente me has honrado ya. No te enfades, amigo, te lo conjuro. Haz que me preparen rápidamente el carro, ¡oh jefe de los rakshasas! Mi misión cumplida, ¿cómo una más larga permanencia aquí estaría justificada?»

Oyendo estas palabras de Rama, el Indra de los rakshasas, Vibhishana, se apresuró a ordenar que trajesen a Pushpaka, brillante como el Sol. Su armadura dorada, su plataforma de esmeraldas y de perlas, los pabellones preparados todo alrededor, la plata que brillaba por todas partes; los blancos estandartes, las oriflamas que le empavesaban, los oros, los aposentos dorados, enriquecidos con lotos de oro hema; la serie de campanillas con las que estaba enguinaldado, sus ojos de buey en perlas y piedras preciosas, las filas de campanas dispuestas todo a su alrededor, y de las que escapaban continuamente una dulce armonía; aquel palacio rodante semejante a la cima del Merú, construido por Visvakarmán, estaba cargado de ricos adornos en los que el oro, las joyas y la plata centelleaban. Su suelo estaba incrustado de cristales: tenía grandes asientos hechos con esmeraldas. Preciosos tapices recubrían sus hermosos muebles. Luego de haber hecho preparar aquel vehículo indestructible, rápido como el pensamiento, Vibhishana se presentó ante Rama. Aquel carro Pushpaka puesto a su disposición, que iba por él mismo allí donde se deseaba, y que tenía el aspecto de una montaña, al verle Rama, el de la generosa naturaleza, al que Sumitri acompañaba, quedó maravillado.

## SARGA CXXII

### MARCHA DE RAMA HACIA AYODHYA

Tras haber hecho preparar el carro Pushpaka adornado con flores, Vibhishana, de pie no lejos de Rama, le dijo con las manos juntas y ahuecadas en forma de anjalí y en actitud respetuosa, el rey de los rakshasas preguntó con solicitud a Raghava: «¿Qué debo hacer ahora?»

El gloriosísimo Raghava reflexionó; luego, en presencia de

Lakshmana, le dio esta respuesta, afectuosa ante todo: «He aquí a lo que han conducido los esfuerzos de todos estos habitantes de los bosques. Joyas y riquezas de todo género, puedes colmarles con ello, ¡oh Vibhishana! Con su ayuda has reconquistado Lanká, ¡oh soberano de los rakshasas!; llenos de energía y sin temor a exponer su vida, jamás retrocedieron en el combate. Han cumplido su tarea todos esos huéspedes de los bosques; recompénsales mediante distribuciones de oro y piedras preciosas. Cuando de este modo les hayas colmado de regalos lleno de gratitud, los jefes haris se marcharán contentos. Tú sabes dar y recoger; tú eres benévolo; amo de tus sentidos; por ello todos vienen a ti; por ello la invitación que te hago, la exhortación que te dirijo. Cuando está completamente desprovisto de las cualidades que hacen amable, un rey batallará en vano, su ejército le abandonará a la primera alerta, ¡oh príncipe!»

A estas palabras de Rama, Vibhishana hizo a todos los vanaras una amplia distribución de piedras preciosas y de riquezas de todas clases. Cuando vio de este modo colmados de joyas y de dinero a los jefes haris, Rama subió al carro sin rival, teniendo contra su seno a la púdica e ilustre Vaidehí, acompañado de Lakshmana, su hermano, el valiente arquero. De pie sobre su carro, Kakutsiha dirigió palabras de adiós a todos los vanaras, al poderoso Sugriva y también a Vibhishana. «Lo que se tiene derecho a esperar de la amistad, lo habéis hecho, vanaras escogidos. ¡Podéis volveros como os plazca! Todo cuanto puede hacer un compañero abnegado y útil, tú lo has hecho, ¡oh Sugriva!; tú, que tan sólo temes la deslealtad; vuelve rápidamente a Kishkindhá a la cabeza de tu ejército. Y tú, Vibhishana, ocupa el trono de Lanká, que yo te entrego. Los habitantes de los cielos con sus Indras, ni ellos mismos serían capaces de turbarte en ella. Yo me voy a Ayodhya, que fue la residencia real de mi padre; deseo despedirme de vosotros y os saludo a todos.»

Así habló Rama. Los Indras de los haris y los haris también le respondieron todos haciendo el anjalí, lo mismo que los rakshasas y Vibhishana: «Queremos ir a Ayodhya; llévanos a todos; nos agradaría recorrer sus bosques y sus sotos. Asistiremos a la entronización, de la que tan digno eres: saludaremos a Kausalyá; tras lo cual, sin tardar, volveremos a nuestras moradas, ¡oh el más grande de los reyes!»

Así dijeron. El virtuoso Rama respondió a los vanaras, a Sugriva y a Vibhishana: «Nada me sería más agradable y a mí muchos amigos que tener la alegría de volver a la capi-

tal con vosotros todos. Pronto, sube a mi carro, Sugriva, con tus vanaras; tú también, monta con tus ministros, ¡oh rey de los rakshasas!, Vibhishana.» Entonces se sentaron gozosos en el divino Pushpaka, Sugriva con sus vanaras y Vibhishana con sus ministros. Todos instalados, el maravilloso vehículo de Kubera, a la orden de Raghava, se lanzó al espacio. En aquel carro que volaba por el aire, enganchado con hamsas, Rama exultaba, desbordando de alegría, y se asemejaba al propio Kubera. Todos aquellos vanaras, rikshas y rakshas, llenos de vigor, viajaban felices y muy a su placer en el divino carro.

## SARGA CXXIII

## RAMA ENUMERA A SITÁ LOS LUGARES POR SOBRE LOS QUE PASAN

Con el permiso de Rama, aquel vimana sin rival, enganchado con hamsas, lanzóse con gran estrépito al espacio. Dejando entonces caer sus miradas por todos lados, el que hacía la alegría de los Raghús, Rama, dijo a la princesa del Mithila, Sitá, la del rostro semejante a la Luna: «Mira, de pie sobre la cresta del Trikuta, que se asemeja a la del Kailasa, ¡oh Vaidéhi! Lanká, construida por Visvakarmán. Contempla ese campo de batalla cubierto de un barro hecho de carne y de sangre; ahí hubo, ¡oh Sitá!, una enorme carnicería de haris y de rakshasas. Ahí yace el feroz rey de los rakshasas, Ravana, que, a pesar del privilegio recibido de Brahma, yo le he matado a causa de ti, mujer de los grandes ojos. Aquí, Kumbhakarna fue también abatido, así como Prahasta, otro merodeador nocturno. Allí, Dhumraksha pareció bajo los golpes de vanara Hanumat. Viddyunmalín fue muerto en aquel sitio por Sushena, el de la gran alma; Lakshmana en ese otro abatido a Indrajit, el hijo de Ravana, combatiendo. Angada derribó allí a un rakshasa cuyo nombre era Vikata, a Virupaksha, horrible de ver, a Mahaparsva y a Mahodara. Akampana sucumbió también, así como otros valerosos héroes: Trisiras, Atikaya, Devantaka y Narantaka, Yuddhonmatta y Matta, guerreros escogidos los dos; Nikumbha y Kumbha, dos hijos de Kumbhakarna, llenos de bravura, Vairadamshtra, Damshttra; numerosos rakshasas han perecido. Makaraksha el invencible, yo le he abatido en el combate. Akampana ha perecido, así como Sonitaksha lleno de vigor; Yupaksha y Prapangha han caído también en la gran pelea. Vidyujihva acabó allí; era un



rakshasa de terrible aspecto; Yajnasatru ha muerto asimismo, así como el poderoso Suptaghna. Suryasatru dejó de vivir, así como Brahmasatru, que no tenía émulo. Aquí la esposa de este último, Mandodari, le lloró; sus compañeros, en número de un millar y más, le rodeaban.

»Pero he ahí el sitio por donde franqueamos el mar, mujer de hermoso rostro. Ahí, tras haber atravesado el Océano, pasamos la noche. Mira el puente que yo hice echar sobre el Sagara, el de las saladas ondas, a causa de ti, mujer de los grandes ojos. El que construyó esta calzada imposible fue Nala. Contempla el Océano, Vaidehí, ese indestructible refugio de Varuna. Diríase sin orillas; sus olas rumorosas están llenas de caracolas y de conchas. El Hiranyanabha, el Indra de las rocas, todo de oro, ahí le tienes, Maithilí. Para que descansase Hanumat, hendió las olas y surgió del seno del Océano. He ahí dónde el cuartel general fue establecido. Allí precedentemente, Mahadeva, el Señor, me concedió un favor: el Tirtha del poderoso Sagara, al que ves ahí, ese puente echado sobre las olas, objeto de fama y de veneración en los tres mundos, y un medio excelente de purificación y de expiación contra los grandes crímenes.

»Ahí vino a reunirse conmigo el rey de los rakshasas, Vibhishana. Pero, mira, ya se ve, ¡oh Sitá, Kishkindhá, la de los maravillosos bosques. Es la ciudad de Sugriva, en donde mató a Vali.»

Entonces, contemplando la ciudad de Kishkindhá, de la que Vali había sido en tiempos el bastión, Sitá dijo a Rama con voz insinuante, afectuosa y discreta: «Las esposas queridas de Sugriva, Tará a su cabeza, ¡oh príncipe!, así como las mujeres de los otros Indras de los vanaras, es rodeada de ellas como me gustaría volver, contigo, a Ayodhya, tu real residencia.» Así habló Vaidehí. Raghava la respondió: «Sea; y cuando llegó a la altura de Kishkindhá, Raghava hizo que su carro se detuviera. Luego, llamando a Sugriva, le dijo: «Da orden, ¡oh tigre de los vanaras!, a todos los toros de entre los vanaras que vengan todos acompañados de sus mujeres a Ayodhya conmigo y con Sitá. Que todos y todas te sigan, ¡oh príncipe! Apresúrate y partamos, ¡oh jefe de los plavagas!»

A esta orden de Rama, cuya energía era sin medida, Sugriva, escoltado de todos los suyos, penetró al punto en el gineceo, y viendo a Tará la dijo: «Querida, tú y las mujeres de los vanaras magnánimos, por orden de Raghava, que desea complacer a Maithilí, apresúrate a reunir las esposas de los vanaras, que partimos para Ayodhya para visitar a las muje-

res de Dasaratha.» A estas palabras de Sugriva, Tará, cuyos miembros centelleaban de hermosura, convocó a todas las vanaris y les dijo: «Sugriva os ordena partir con todos los vanaras. Y a mí también. Hacedme el favor de visitar conmigo Ayodhya, la entrada de Rama en medio de la gente de la ciudad y del campo y el poder de todas aquellas mujeres de Dasaratha.»

A esta orden de Tará todas las vanaris, tras haber procedido previamente a componerse como era debido y tras haber honrado con el pradakshina al carro Pushpaka, subieron a él deseosas de ver a Sitá. El carro se elevó al punto con ellas. Raghava miraba a todas partes. Llegado a las inmediaciones del Rishyamuka, se dirigió de nuevo a Vaidehí: «Se advierte allí un gran monte, ¡oh Sitá!, que se asemeja a una nube surcada de relámpagos; es el Rishyamuka, el príncipe de los montes, lleno de yacimientos auríferos. Ahí fue donde hice conocimiento con el Indra de los vanaras, Sugriva. Y me puse de acuerdo con él, ¡oh Sitá!, para matar a Vali. He aquí el Pampá con su maravilloso bosque de lotos azules. Ahí separado de ti, lloré el exceso de mi infortunio. En sus orillas se me apareció Sabarí, el de las virtuosas prácticas. Allí maté a Kabandha, que tenía brazos largos de una yojana. En el Janasthana encontré, ¡oh Sitá!, a ese espléndido rey de los bosques, el nyagrodha, junto al cual Jatayús, el célebre y valiente príncipe de los pájaros, pereció a causa de ti, ¡oh hermosa mía!, bajo los golpes de Ravana.

«Ahí tienes nuestra ermita, mujer de la maravillosa tez. Se ve asimismo nuestra encantadora cabaña de follaje, princesa del brillante aspecto. Ahí fue donde fuiste arrebatada a la fuerza por el Indra de los rakshasas, Ravana. He ahí el encantador Godavari de ondas tranquilas y espejantes. Se descubre el retiro de Agastya, cubierto de kadalís; se ve igualmente, ¡oh Vaidehí!, la vasta soledad de Sarabhanga, donde se introdujo subrepticamente el dios de los mil ojos, Sakra, el destructor de ciudades. Mira los ascetas, diosa del talle mínimo. Ahí es donde se encuentra Atri, el jefe de tribu, émulo de Surya y de Vaisvanara. En ese lugar, el gigante Viradha cayó bajo mis golpes. Allí, Sitá, tú visitaste a la virtuosa asceta. He ahí, mujer de hermoso cuerpo, al rey de los montes, el Citrakuta, que aparece. Ahí fue donde el hijo de Kaikeyí, vino a pedirme perdón. Y allí tienes cómo se muestra el agradable Yamuná, el de los cantadores sotillos. La afortunada soledad de Bharadvaja ofrécese ante los ojos, Maithilí, y estamos a la vista del Gangá, santo río, el de las tres corrientes. He ahí la

ciudad de Sringavera, donde mora Guha, mi amigo. Se advierte, ¡oh Sitál, la real residencia de mi padre. ¡Oh Vaidehí, préstame! ¡Hete aquí de vuelta a Ayodhya!»

En aquel momento todos los vanaras y los rakshasas, con Vibhishana, empezaron a saltar gozosos, al contemplar la ciudad. Entonces, con los blancos palacios que la enguirnaldaban su amplio recinto, los elefantes y los caballos que la llenaban, Ayodhya apareció a los ojos de los plavagas y de los rakshasas, semejante a la ciudad del gran Indra, Amaravati.

## SARGA CXIV

### ENTREVISTA DE RAMA CON EL ASCETA BHARADVAJA

El decimocuarto año transcurrido, el quinto día de la quincena lunar, el hermano mayor de Lakshmana, habiendo llegado a la ermita de Bharadvaja se inclinó profundamente ante el solitario. Tras haber saludado al asceta Bharadvaja, le interrogó de esta manera: «¿Sabes, Bienaventurado, si hay abundancia de víveres y salud en la ciudad? Bharata, ¿se aplica en el cumplimiento de su deber? ¿Viven siempre mis madres?»

Así interrogado por Rama, Bharadvaja, el gran muni, respondió al príncipe de los Raghús, tras haberle sonreído alegremente: «Conforme a tus prescripciones, Bharata, los cabellos enrollados en una trenza, te espera. En presencia de tus dos sandalias, a las que honra, arregla todo del mejor modo para los intereses de tu familia y del país. Cuando te vi en otro tiempo, vestido de corteza de árbol, entrar en el bosque, con tu esposa, ella la tercera, desterrado de tu reino, apasionado por entero en el cumplimiento de tu deber, marchando a pie, habiendo abandonado todo, dócil a la orden de tu padre, renunciando a todos los placeres, semejante a un Inmortal expulsado del Cielo, todo ello me inspiró piedad, ¡oh guerrero victorioso!, viéndote así sumiso a la palabra de Kaikeyí, alimentándote de raíces y de frutos salvajes. Pero ahora que vuelvo a encontrarte, tu misión cumplida, rodeado de una multitud de amigos y parientes, tras haber triunfado de un enemigo, mi alegría es extremada. Sé todo cuanto de feliz te ha ocurrido, y de desgraciado, ¡oh Raghava!; todo cuanto has hecho durante tu permanencia en el Janasthana, adicto a los intereses de los ascetas, a todos los cuales protegías. El rapto por Ravana de tu irrepro-

chable esposa, la aparición de Maricha y el error de Sitá, el encuentro con Kabandha, tu llegada al borde del Pampá, tu alianza con Sugriva, la muerte de Vali bajo tus golpes, la busca de Vaidehí y la hazaña del hijo del Viento; luego, cuando Vaidehí fue encontrada, cómo Nala construyó un dique; cómo al punto luego Lanká fue incendiada por los jefes de los haris en plena alegría; cómo, con sus hijos, sus parientes, sus consejeros, sus tropas, su caballería, sucumbió en la lucha Ravana, orgulloso de su fuerza; cómo, en fin, tras la muerte de Ravana, que era la espina de los dioses, tú tuviste una conversación con los Treinta, y el privilegio que recibiste. Todo esto lo sé en virtud de mi tapás, ¡oh héroe, enamorado de la justicia! A causa de ello he enviado a mis discípulos a llevar noticias tuyas a la ciudad. Y ahora yo también quiero hacerte un don, ¡oh el más hábil de los guerreros! Acepta primero el arghya; mañana irás a Ayodhya.»

A este discurso, que escuchó, la cabeza inclinada, el afortunado príncipe respondió gozoso: «¡Bien!» Y luego pidió el favor siguiente: «Aunque fuera de estación, que todos los árboles tengan fruto y que por ellos caiga miel; que las frutas tengan el perfume del amrita; que haya muchas de todas clases, ¡oh Bienaventurado!, a lo largo del camino que seguiré para ir a Ayodhya.» «Así será, yo te lo prometo, y tu deseo va a ser realizado inmediatamente.»

Al punto, en efecto, los árboles de aquella región se tornaron semejantes a los árboles del paraíso. Los que no tenían fruta, tuvieron; los que carecían de flores, quedaron cubiertos por ellas. Los árboles secos cargáronse de un completo follaje; miel corrió, en tres yojanas a la redonda, durante la marcha de aquella multitud. Con ello, los toros de los plavagas, felicísimos, comieron a discreción, ¡millares, aquellos frutos numerosos y divinos. Estaban ebrios de felicidad, cual si hubiesen conquistado el Cielo.

## SARGA CXXV

### RAMA DIPUTA A HANUMAT JUNTO A BHARATA

Cuando advirtió Ayodhya, el descendiente de Raghú, lleno de benevolencia, Rama, el de los pasos rápidos, se entregó a agradables pensamientos. Sin dejar de reflexionar, volvió los ojos hacia los vanaras. El afortunado y glorioso héroe dijo a

Hanumat, el plavamgama: «Apresúrate, ve presto a Ayodhya ¡oh el mejor de los glavamgamas! Infórmate si en el palacio real son felices. Al pasar por Sríngavera, a Guha, que habita en un país cubierto de bosques y que reina sobre los nishadas, le saludarás de mi parte. Cuando sepa que estoy sano, salvo y desembarazado de mis inquietudes febriles, Guha se pondrá contento, pues es otro yo mismo, es un amigo. El camino de Ayodhya y la situación de Bharata te lo indicará con gusto el rey de los nishadas, Guha. En cuanto a Bharata, le saludarás de mi parte. Luego le harás saber que vuelvo, mi misión cumplida, con mi esposa y Lakshmana. Cuéntale el rapto de Sitá por el brutal Ravana, mi entrevista con Sugriva y la muerte de Vali en el combate; cómo se fue en busca de Maithilí y cómo tú te reuniste con ella, tras haber atravesado las grandes aguas, dominio del amo inmutable de los ríos; la llegada del ejército al borde del mar, la aparición de Sagara, cómo se hizo construir un dique y cómo Ravana pereció; el privilegio concedido por Mahendra, Brahma y Varuna, y, por un favor especial de Mahadeva, mi entrevista con mi padre. Anuncia a Bharata, en fin, amigo mío, que llego acompañado del rey de los rakshasas y del monarca de los haris. Dile: «Tras haber vencido al ejército enemigo y conquistado una gloria sin igual, Rama, su propósito conseguido, se acerca con sus valerosos amigos.» La actitud que tomará Bharata al saber estas noticias te será preciso examinarlo, así como a él mismo y todo cuanto pueda interesarme. Te darás cuenta exactamente de todos los hechos y gestos de Bharata, observando bien el color de su rostro, sus miradas y sus palabras. Pues cuando provee todas las fantasías, cuando procura a pedir de boca elefantes, caballos y carros, el trono ancestral, ¿a quién no sería capaz de mudar el espíritu? De acuerdo los dos, si el afortunado Bharata desea reinar en nombre suyo propio, que gobierne la Tierra toda entera, ese descendiente de Raghu. Cuando sepas su pensamiento y su propósito, ¡oh vanara!, ven al punto a reunirte con nosotros, antes de que vayamos más lejos.»

Oídas estas recomendaciones, Hanumat, nacido de Maruta, tomando una forma humana, marchó a toda prisa hacia Ayodhya. Se lanzó a saltos Hanumat, nacido de Maruta: cual Garumat saltó sobre la gran serpiente a la que quería agarrar. Atravesando el sendero paterno, la brillante mansión de los más grandes pájaros, franqueó la temible confluencia del Ganga y del Yamuná. Alcanzó la ciudad de Sríngavera, el valeroso Hanumat; fue junto a Guha y le dijo con voz brillante y alegre: «Tu amigo, el Kakutstha Rama, verdadero héroe, a quien

Sitá acompaña, así como Sumitri, te presenta sus votos de felicidad. Tras haber pasado el presente día, quinto de la quincena lunar, a su invitación, junto al solitario Bharadvaja, Raghava se despedirá de él y tú le verás mañana.»

Esto dicho, el ilustre y ágil Hanumat, cuyos pelos se erizaban de placer, partió rápido, sin pensar en la fatiga del viaje. Atravesó el Ramatirtha, el río Valukini, el Varuthi, el Gomati y el temible bosque de salas, pueblos en número de varios millares y opulentas regiones. Tras haber recorrido una larga distancia, el ágil elefante de los monos llegó junto a árboles en flor que crecían en las proximidades del Nandigrama y que se asemejaban a aquellos de los que está plantado el bosque del rey de los suras, el Caitraratha. Advirtió con las mujeres, sus hijos y sus nietos que se divertían perfectamente vestidos y adornados, a la distancia de un krosa de Ayodhya, vestido de corteza de árbol y de una piel de antílope negro, a Bharata, triste, enflaquecido, retirado en su ermita, llevando la trenza, los miembros manchados de barro, desolado de la desgracia de su hermano, viviendo de frutas y de raíces, macerado, entregado al tapás, a la dharmacarya (375), los cabellos anudados en trenza, vestido de corteza y de una piel de antílope, disciplinado, el alma pura, el émulo de los brahmarshis en cuanto a tejas, que, no obstante, colocando ante él las sandalias de Rama, gobernaba la Tierra, preservando al Mundo de las cuatro castas de toda clase de peligros, asistido de ministros, de santos purohitas, de oficiales generales adictos, vestidos de pardo. El príncipe vestido de corteza y de una piel de antílope, sus súbditos, que sabían perfectamente lo que tenían que hacer, estaban resueltos a no descuidar su mantenimiento. Semejante al Dharma, aquel leal príncipe que dirigió el dharma encarnado, Hanumat, nacido de Maruta, haciendo el anjali, le dijo: «Tu hermano, del cual deploras la permanencia en el bosque Dandaka, con hábito de corteza y trenza, Kakutstha, te presenta sus votos de felicidad. Yo te traigo una buena noticia; renuncia, ¡oh príncipe!, a tu violenta desesperación. He aquí el instante en que te vas a ver reunido con tu hermano Rama. Tras haber matado a Ravana y recuperado a Maithili, Rama se acerca, su propósito cumplido, con sus valerosos amigos. Acérquense también Lakshmana, el del gran vigor, y la gloriosa Vaidehi, Sitá, la compañera abnegada de Rama, como Saci lo es de Mahendra.»

A estas palabras de Hanumat, Bharata, el hijo de Kaikeyi, cayó de pronto al suelo, tal fue su alegría; el gozo le hizo desvanecerse. Pero al cabo de un momento, el descendiente

de Raghú. Bharata se levantó y respiró con esfuerzo; luego dijo a Hanumat, que le traía agradables noticias. En su emoción, el afortunado Bharata, abrazando al kapi, le llenó de lágrimas, no ya provocadas por el dolor, sino obra de la alegría y cayendo en gruesas gotas: «Seas un dios o un hombre venido aquí por compasión hacia mí, ¡oh mi amigo!, yo quiero, a cambio de la dichosísima noticia que me traes, hacerte un regalo. Te ofrezco cien millares de vacas y un centenar de aldeas, además, y, como esposas, dieciséis jóvenes, adornadas con bucles, de linda cara, hembras con la tez de oro, hermosa nariz, amplias caderas, rostro gracioso como la Luna, adornadas con toda clase de atavíos, hijas de familias nobles.» Al saber por el príncipe de los monos la milagrosa llegada de Rama, Bharata, a quien el desdó de volver a ver a su hermano enloquecía de alegría, añadió gozoso.

## SARGA CXXVI

### HANUMAT CUENTA A BHARATA LAS AVENTURAS DE RAMA Y DE SITÁ

«En verdad que tras los largos años que ha pasado en el gran bosque, mucha es la felicidad con que recibo noticias de mi protector. Bien encontrado me parece, no hay duda, ese dicho popular: «La alegría le llega al hombre que vive, si quiera sea al cabo de un siglo.» ¿Cómo Raghava y los haris han hecho alianza? ¿En qué sitio y con qué objeto? Responde sinceramente a mis preguntas.»

Interrogado de este modo por el príncipe, Hanumat sentóse sobre un tapiz de césped y contó toda la historia de Rama en el bosque: «Cómo Rama fue desterrado a causa del doble favor concedido a tu madre; cómo la pena por su hijo ausente llevó al rey Dasaratha a la muerte; cómo mensajeros te trajeron a toda prisa de Rajagriha, Señor; cómo vuelto a Ayodhya no quisiste la corona; cómo fuiste al Citrakuta a conjurar a tu hermano, el azote de sus enemigos, para que aceptase el trono, conformándote, con ello, a la conducta leal de las gentes de bien; cómo, dócil a la voluntad del rey, Rama rehusó el Imperio y cómo tú te volviste, trayendo las sandalias del noble héroe; todo esto, guerrero de los grandes brazos, lo sabes muy bien; pero lo que pasó después de tu marcha, apréndelo de mi boca. Cuando tú te alejaste, un desarreglo universal se apoderó de las fieras y de los pájaros del bosque, que pareció

agitarse extraordinariamente. Hollado por los elefantes, temible a causa de los leones, los tigres y las fieras, que abundaban allí, fue en el gran bosque inhabitado de Dandaka donde penetró Rama con Sitá y con Lakshmana. Frente a ellos, según iban avanzando en la espesura, apareció, lanzando grandes gritos, el poderoso Viradha. Mientras, semejante a un elefante que barrita, lanzaba terribles clamores, los dos guerreros le precipitaron en un foso de cabeza. Tras haber cumplido esta difícil hazaña, los dos hermanos, Rama y Lakshmana, llegaron por la tarde al delicioso eremitorio de Sarabhanga. Sarabhanga, habiendo ido al cielo Rama, verdadero héroe, saludó a todos los munis y fue al Janasthana. Catorce mil rakshasas que habitaban el Janasthana fueron muertos, durante la permanencia que hizo allí, por el poderoso Raghava. Por haber llegado a las manos con Rama, él solo, en un cuarto de día aquellos rakshasas fueron enteramente exterminados. Como abusaban de su gran fuerza y de su gran vigor; para vejar a los ascetas, fueron exterminados por Rama en la lucha aquellos habitantes del bosque de Dandaka. Los rakshasas destruidos y Khara muerto en el combate, Rama, tras haber inmolado a Dushana primero y a Trisiras, fue al punto abordado por una rakshasi llamada Surpanakhá. Entonces, por orden de Rama, el vigoroso Lakshmana levantóse, cogió su sable y la cortó las orejas y la nariz. Así mutilada aquella rakshasi, se refugió junto a Ravana. Había al servicio de Ravana un temible rakshasa llamado Maricha, que engañó a Vaidehí, transformándose en gacela del color de las piedras preciosas. Al verla, Sitá dijo a Rama: «Apodérate de ese animal, ¡oh bienamado!; alegrará nuestra soledad.» Rama, arco en mano, se lanzó en seguimiento de la gacela, que, corriendo tras ella, mató con una flecha de derechos nudos. Entonces, ¡oh amigo mío!, Dasagriva, mientras que Raghava perseguía a la gacela, Lakshmana habíase asimismo alejado, penetró en la ermita y apoderóse de Sitá, como en el cielo el Graha de Rohini. Luego se batío contra el buitre Jatayús que trataba de librar a Sitá y le mató. Al punto y en posesión de Sitá, el rakshasa volvióse a toda prisa.

«Entre tanto, de pic en la cima de una montaña, vanaras de extraño aspecto, altos como montes, vieron asombrados a Ravana, que escapaba con Sitá en los brazos. Subiendo rápido, con Vaidehí en el carro Pushpaka, rápido como el pensamiento, el todopoderoso Ravana, rey de los rakshasas, entró en Lanká. E introdujo en su vasta morada, revestida de oro muy puro, resplandeciente, a Maithilí, a la que se esforzaba en con-



solar mediante palabras. Desdeñando cual si fuese una brizna de paja su lenguaje e incluso la persona misma del jefe de los nairritas, Vaidehí se retiró a un bosque de asokas. Entonces fue cuando volvió Rama tras haber abatido a la gacela en el bosque. A su llegada, la presencia del buitre llenó a Kakutstha de angustia, aquel buitre tan amado de su padre. Rama se puso a buscar a Sitá, acompañado de Lakshmana. Atravesaron el Godavari y recorrieron regiones en flor. Los dos príncipes encontraron en un gran bosque a un rakshasa llamado Kaban-dha. Por consejo suyo, Rama, verdadero héroe, fue al monte Rishyamuka para ponerse al habla con Sugriva. Antes mismo de abordarse eran ya amigos de corazón. Sugriva había sido expulsado precedentemente por su irascible hermano Vali. El resultado de su entrevista fue una sólida alianza. Rama, en virtud de la fuerza de su brazo, le restableció en el trono, tras haber matado en el campo de combate a Vali, coloso lleno de valentía. Sugriva restablecido en el trono prometió, a cambio, a Rama ir con todos los vanaras en busca de la princesa. Por orden de su soberano magnánimo, diez kotis de plavam-ganas extendiéronse por todas las regiones. Mientras permanecíamos desanimados sobre la alta montaña del Vindhya, abismados en una sombría desesperación, transcurrió un lapso considerable. Entonces, el valiente hermano del rey de los buitres, llamado Sampati, nos hizo saber que Sitá estaba en el palacio de Ravana. Yo, tal cual me ves aquí, disipé el dolor que abrumaba a mis congéneres, y confiando en mi vigor, franqueé cien yojanas, al cabo de las cuales pude ver a Maithili, retirada sola en el bosqucillo de asokas. Vestida de negro, manchada de polvo, triste, fiel a su fe conyugal. Me puse al habla con aquella mujer irreprochable y la dirigí todos los plácemes en uso. Como signo de reconocimiento le di una sortija con el nombre de Rama y ella me confió otro, una joya. Mi propósito cumplido, me volví. A mi llegada entregué a Rama, el de las imperecederas hazañas, aquel signo de reconocimiento, una gruesa perla que lanzaba llamas. Al saber noticias de Maithili, Rama volvió a encontrar grata la existencia: cual un enfermo que a punto de acabar bebe el amrita. Acudiendo a su energía, tomó la resolución de destruir Lanka: cual Vibhasu se dispone, cuando su fin ha llegado, a destruir todos los mundos. Llegado al borde del Océano, el príncipe ordenó a Nala que construyese un dique, y el ejército de los valerosos kapis franqueó el mar por aquella calzada. Prá-hasta sucumbió bajo los golpes de Nila; Kumbhakarna, bajo

los de Raghava; Lakshmana mató al hijo de Ravana, y Rama, a Ravana mismo.

»Habiéndose puesto en relación con Sakra, Yama y Varuna, así como con Mahesvara, Svayambhú y Dasaratha, Rama fue colmado de favores por ellos y los rishis reunidos. El glorioso Kakutstha, azote de sus enemigos, a quien la obtención de aquellos privilegios hizo feliz, fue acompañado por los vanaras a Kiskhindhá, en el carro Pushpaka. De nuevo ha alcanzado el Gangá y habita cerca del muni. Liberado de todo obstáculo gracias a la conjunción de Pushyá, mañana verás a Rama.»

El suave lenguaje de Hanumat, cuando lo hubo oído, Bharata, gozoso, hizo el anjalí y dijo estas palabras dulces, de todo corazón: «Al fin, tras tan largo tiempo, ¡mi voto se ha cumplido!»

## SARGA CXXVII

### BIHARATA SALE AL ENCUENTRO DE RAMA

Oyendo esta excelente noticia, Bharata, verdadero héroe, matador de los guerreros enemigos, dio esta orden a Satruña, a quien la alegría inundaba: «Todas las divinidades en todos los caityas de la ciudad, que hombres puros toquen en su honor instrumentos de música, adornados con guirnaldas de suave perfume; los sutas instruidos en los himnos puránicos todos los vaitalikas (376) también, todos los instrumentistas hábiles y lo mismo las bayaderas llegadas de todas partes, las reinas, los ministros, los guardias, el ejército, las tropas de cortesanas, los brahmanes con los nobles, la flor de los artesanos, por grupos, que salgan a ver el rostro, hermoso como la Luna, de Rama.»

A esta orden de Bharata, Satruña, matador de sus enemigos, requisó varios millares de pecheros, que dividió por equipos; luego les dijo: «Colmad los barrancos y nivelad las asperezas del suelo. Trabajad el piso hasta que esté bien liso, a partir de aquí, de Nandigram a Ayodhya. Regadle bien con agua fría como la nieve, mientras que otros esparcirán por todas partes granos tostados y flores por las calles de las más bellas capitales, en las que se pondrán grandes estandartes. Que para cuando el Sol se levante las casas estén adornadas con coronas y guirnaldas, llenas de flores de lindos tonos y de adornos en los cinco colores. Y que con todo ello asimismo sea

cubierta por cien sitios la vía real, tras dejada enteramente libre.»

A esta orden de Satruña, a quien la alegría trastornaba, Dhrishti, Jayanta, Vijaya Siddhartha, Arthasadhana, Asoka, Mantrapala y Sumantra salieron con millares de elefantes-nagas, borrachos de mada, cargados de estandartes y espléndidamente adornados. Otros guerreros ilustres, montados en elefantes karenus y en elefantes-gajas, de cinchas doradas y sobre caballos y carros, pusieronse también en marcha. Armados de venablos, de cuchillas, de nudos corredizos, provistos de estandartes y banderas, millares de jinetes escogidos, acompañados de guerreros más valientes aún, así como de millares de infantes, escoltaban a aquellos héroes. Por su parte, instaladas en sus literas, todas las esposas de Dasaratha, teniendo a su cabeza a Kausalyá y a Sumitrá, pusieronse en camino. Rodeado de la flor de los Dos-veces-nacidos, de los jefes de corporaciones, de los mercaderes y de sus consejeros con las manos cargadas de guirnaldas y de productos de confitería, el virtuoso Bharata, a quien el ruido de los caracoles marinos, de los tambores y el canto de los hardos alegraba, habiendo colocado las dos sandalias del noble Rama sobre su cabeza, él, que sabía su deber, cogió el blanco quitasol, festoneado de brillantes guirnaldas, así como los dos hermosos espantamoscas en cola de yak, dignos, con sus dorados, de un rey.

Adelgazado por el ayuno, la tez pálida, vestido de corteza de árbol y de una piel negra de antílope, al saber la llegada de su hermano, que le llenaba de alegría, el magnánimo príncipe avanzó con su escolta al encuentro de Rama. El ruido de los cascos de los caballos, el estruendo de las ruedas de los carros, el sonido de los caracoles marinos y de los tambores, el barritar de los elefantes, los estampidos de trompetas y gongos, hacían, por decirlo así, temblar la Tierra. Entre tanto, toda la ciudad se acercaba a Nadingrama. Bharata, paseando sus miradas, dijo a Hanumat, hijo de Pavana: «¿No será un efecto de la ligereza de tu espíritu simiesco? Porque yo no veo a Kakutstha, el noble Rama, azote de sus enemigos. Tampoco se ve a esos kapis que cambian de forma a voluntad.»

A estas palabras Hanumat respondió, haciendo conocer la verdad a Bharata, héroe leal: «Los árboles siempre cubiertos de frutas y de flores, de los que fluye la miel, y en los que sueña el zumbido de las abejas ciegas de amor, en virtud de un privilegio concedido por Vasava al solitario, a causa de la generosa hospitalidad que le concedió en tiempos, Rama y su ejército silvestre por allí llegan. Se oyen ya sus formidables

y alegres hurras. Según yo, este ejército de vanaras atraviesa ahora el río Gomatí... Mira esa prodigiosa avalancha de polvo, por el lado del bosque de salas... Y aquel carro, brillante como la Luna que se ve en lontananza, es el carro Pushpaka, divino, producto de la inteligencia de Brahma, del cual, tras haber matado a Ravana, así como a sus parientes, se apoderó el héroe. Luminoso como el Sol levante, ese carro divino que sirve de vehículo a Rama y que es rápido como el pensamiento, perteneció a Dhanada, a quien se lo había ofrecido Brahma. Ahora está ocupado por los dos valerosos hermanos salidos de Raghú, acompañados de Vaidehí, por el muy ilustre Sugriva y por el rakshasa Vibhishana.»

En aquel momento un alegre clamor subió hasta el cielo, lanzado por las mujeres, los niños, los jóvenes y los ancianos «¡He aquí a Rama!», exclamaron. Y saltando al suelo y apeándose de sus coches, de sus elefantes y de sus caballos con objeto de marchar a pie, las gentes advirtieron al príncipe, de pie en su carro, y semejante a la Luna en el firmamento.

Haciendo el anjalí, Bharata avanzó gozoso al encuentro de Rama, a quien deseó la bienvenida mediante la ofrenda de agua para que se lavase las manos y los pies, y para las demás ceremonias al uso. En aquel carro salido del pensamiento de Brahma, el hermano mayor de Bharata centelleaba como con sus anchos ojos el Inmortal que tiene el rayo en su mano. Bharata saludó mediante una profunda inclinación a su hermano Rama, que se acercaba de pie en lo más alto del carro, como el Sol en la cima del Merú. Entonces, por orden de Rama, el excelente y rápido vehículo, tirado por hamsas, descendió a tierra.

Bharata, héroe leal, subió a él y acercándose a Rama le saludó de nuevo, lleno de alegría. Kakutstha atrajo hacia él a Bharata, al que no había visto hacía mucho tiempo, le hizo sentarse sobre su regazo y le dio un alegre abrazo. Bharata, castigo de sus enemigos, se acercó al punto a Lakshmana y a Vaidehí, a quien saludó afectuosamente, y pronunciando su nombre, el hijo de Kaikeyí abrazó a Sugriva, Jambavat, Angada, Mainda, Dvívada, Nila y a Rishabha también. A Sushema, Nala, Gavaksha, Gandhamadana, Sarabha y, en fin, a Panasa; a todos los estrechó entre sus brazos. Transformados en hombres, aquellos vanaras que cambiaban de forma a su fantasía, abrazaron alegremente a Bharata pronunciando votos de felicidad. El príncipe Bharata, lleno de valentía y el mejor de los hombres de bien, dijo entonces a Sugriva, el toro de los vanaras, tras haberle abrazado: «Somos cuatro hermanos, tú

llegas a ser el quinto, Sugriva; la benevolencia engendra la amistad; la malevolencia es la marca de la enemistad.» Bharata dirigió también una amabilidad a Vibhishana: «Sé bendito; tu ayuda ha asegurado el éxito de una empresa imposible.»

En aquel momento el héroe Satruña, tras haber saludado a Rama y a Lakshmana, se inclinó respetuosamente ante los pies de Sitá. Rama, por su parte, se acercó a su madre, que estaba sin color, desecada por la pena. Se prosternó a sus pies, que tocó, y alegró su corazón materno. Saludó también a Sumitrá y a la gloriosa Kaikeyí; luego se acercó a todas sus otras madres y a su purohita.

«¡Sé bien venido, oh héroe de los grandes brazos, tú, el engrandecimiento de la felicidad de Kausalyá!», dijeron a Rama, haciendo el anjalí, todos los habitantes de la ciudad. Aquellos millares de manos, juntadas para el anjalí, de los habitantes de la ciudad, asemejábanse a otros tantos lotos descogidos gracias a las miras del hermano mayor de Bharata. Entre tanto, Bharata, que conocía su deber, cogió las sandalias de Rama y las puso él mismo en los pies de aquel Indra de los hombres. Luego, Bharata dijo a Rama, haciendo el anjalí: «Este reino que yo había recibido en depósito, te lo entrego íntegramente. Hoy mi existencia ha alcanzado su propósito, y mi desco está colmado, puesto que te veo volver como rey a Ayodhya. Inspecciona tus tesoros, tus graneros, tu palacio, tu ejército; gracias a tu tejás, todo se ha duplicado bajo mis manos.»

Este lenguaje, dictado a Bharata por su amor fraterno, hizo verter lágrimas a los vanaras y al rakshasa Vibhishana. Entonces Raghava, lleno de alegría, hizo sentarse a Bharata sobre sus rodillas, y se transportó a su ermita con su carro y su ejército. Llegado a la ermita de Bharata con sus tropas, Raghava descendió desde lo alto de su vehículo a tierra. Rama dijo al punto al mejor de los carros: «Ponte a la disposición del dios Vaisravana. Te despido; vete.» Despedido de este modo por Rama, aquel carro que ningún otro sobrepujaba, lanzóse en dirección Norte y se retiró allí en la mansión de Dhana. El divino Pushpaka, arrebatado en tiempos por el rakshas Ravana, volvió presuroso junto a Dhanada, por orden expresa de Rama.

Tras haber tocado los pies de su purohita, su amigo personal, como Sakra, el jefe de los Inmortales, los de Brihaspati, el héroe se sentó junto a él, aparte, en un asiento espléndido.

## SARGA CX XVIII

CONSAGRACIÓN DE RAMA. SU REINADO. VENTAJAS  
DE LA AUDICIÓN DEL RAMAYANA

Poniendo sus manos encima de su cabeza para el anjali, aquel que hacía el aumento de la felicidad de Kaikeyí, Bharata, dijo a su hermano Rama, verdadero héroe: «Has honrado a mi madre. Tu reino, tú me lo diste; yo te lo entrego tal cual me lo habías confiado. El yugo al cual se ha sustraído, porque estaba solo, un toro vigoroso, yo no soy sino un novillo, este pesado fardo, imposible me sería soportarlo. Lo mismo que un dique, roto por una corriente violenta, se hunde, tal es, a mi juicio, el gobierno abandonado de un Imperio del cual no se podrían apretar los lazos. Así como el asno no puede seguir al caballo corriendo, ni el cuervo al hamsa, así yo no podría marchar sobre tus huellas, ¡oh héroe, domador de tus enemigos! Un árbol plantado en un vergel, que se ha desarrollado, que se ha hecho grande, difícil de escalar, a causa de sus ramas y de su inmenso follaje, si muere en plena floración, antes de que sus frutos aparezcan, no cumple el fin para el que fue plantado. Esta comparación, príncipe de los grandes brazos, debes explicártela, si siendo nuestro amo, no nos sustentas a nosotros, tus servidores. Que el Universo sea hoy testigo de tu consagración, ¡oh Raghava! tú, que brillas como el Sol en su mediodía, cuando todos sus fuegos están encendidos. Es al sonido retumbante de los gongos, al cascabeleo de los encampanillados cinturones y de los anillos de los pies, así como a la dulce armonía de los cánticos, como te despertarás y te dormirás en adelante. Mientras dé vueltas el disco solar, mientras dure la Tierra recelosa de tesoros, ¡que un tiempo no menos largo puedas gobernar el Mundo!»

A este lenguaje de Bharata, Rama, el conquistador de ciudades enemigas, aprobando y sentándose en un asiento lujoso, dijo: «¡Que así sea!» Entonces, y por orden de Satruñá, hábiles barberos de expertas manos rodearon prestamente a Raghava. Antes, Bharata se había bañado, así como Lakshmana, el del gran vigor; Sugriva, el Indra de los vanaras; y el Indra de los rakshasas, Vibhishana. Rama se bañó también, y, la trenza limpia, cubierto de guirnaldas y de adornos de todas clases, ataviado con vestiduras de gran precio, allí estaba, brillando de esplendor. El héroe Bharata presidió el tocado de

Rama, y el glorioso Satruña, la prosperidad de la raza de Ikshvaku, el de Lakshmana. Todas las esposas de Dasaratha se ocuparon del vestido de Sitá, y aquellas venerables matronas adornáronse al punto ellas mismas a su fantasía. Todas las mujeres de los vanaras, Kausalyá se aplicó a embellecerlas llena de alegría como estaba y de amor hacia su hijo. Luego, a una orden de Satruña, el cochero Sumantra enganchó y trajo un carro magnífico de todo punto. Cuando aquel vehículo, que tenía el immaculado brillo de la llama, divino, fue traído a su presencia, el guerrero de los grandes brazos, Rama, conquistador de las ciudadelas enemigas, instalóse en él. Sugriva y Hanumat, cuya hermosura rivalizaba con la de Mahendra, habiéndose bañado, marchaban tras él, llevando trajes de divino esplendor y centelleantes pendientes. Las esposas de Sugriva, lo mismo que Sitá, engalanadas con toda clase de adornos y con brillantes arracadas, avanzaban impacientes por ver la ciudad.

Entre tanto, en Ayodhya, los ministros del rey Dasaratha, su purohita Vasishtha a su cabeza, deliberaban sobre lo que convenía hacer. Asoka, Vijaya y Siddhartha reuniéronse, pues, para concertar los honores que la ciudad debía testimoniar a Rama. «Todo cuanto concierne a la consagración del magnánimo Rama, digno de triunfo, preparadlo, empezando por los votos de bienvenida.» Tras haber dado esta orden, los ministros, así como el purohita, salieron apresuradamente de la ciudad, con objeto de ver a Rama.

Semejante al irreprochable Indra de los mil ojos, sobre su carro, del que tiraban corceles bayos, Rama, sentado en el suyo, púsose en marcha hacia su capital. Bharata cogió las riendas; Satruña el quitasol, y Lakshmana, el abanico, con el cual refrescaba el rostro de Rama. Sugriva llevaba un espantamoscas. El Indra de los rakshasas, Vibhishana, tenía otro, hecho con una cola de yak, de blancura deslumbrante como la Luna; le paseaba todo alrededor del príncipe junto al cual estaba de píc. En aquel momento, en los aires resonaron armoniosamente himnos cantados en honor de Rama por los coros de rishis y por los devas, a los cuales se habían unido las tropas de los maruts. El ilustre Sugriva, el toro de los plavagas, montó un elefante llamado Satrumjaya, alto como un monte. Nueve millares de elefantes llevaban a los vanaras, que avanzaban también, transformados en hombres, adornados con ornamentos de todas clases. Al sonido de los cuernos marinos y al redoble de los tambores, avanzaba el tigre de los hombres hacia la ciudad engrimaldada de palacios.

Los habitantes vieron a Rama que avanzaba con su harén, resplandeciente de hermosura, sobre su carro de atiratha. Tras un cambio de felicitaciones, ordenáronse en seguimiento de Katutstha, del magnánimo Rama, a quien sus hermanos rodeaban. En medio de los ministros, de los brahmanes y del pueblo, Rama centelleaba de esplendor, como la Luna entre las constelaciones. Y avanzó precedido de músicos, de gente que llevaba svástikas en las palmas de las manos, escoltado de una multitud gozosa que le colmaba de bendiciones. Granos tostados, oro, vacas, el camino estaba cubierto de todo ello; jóvenes muchachas, así como Dos-veces-nacidos, hombres con las manos cargadas de productos de pastelería, iban delante de Rama.

Entre tanto, Rama contaba a sus ministros su alianza con Sugriva, la fuerza del hijo de Anila y la expedición de los vanaras. Los habitantes de Ayodhya estaban maravillados de aquel relato de las hazañas de los vararas y de la valentía de los rakshasas. Siempre narrando estas cosas, el ilustre Rama, al que los vanaras escoltaban, entró en Ayodhya, llena de gentes felices y con buena salud, que habían empavesado cada uno su casa. De este modo llegó al palacio paterno, residencia de los descendientes de Ikshvaku. El príncipe, alegría de los Raghús, dijo entonces a Bharata, el primero de los hombres en cuanto al deber, con voz dulce, estas palabras llenas de sentido: «Una vez llegados a la morada de nuestro padre, introduce a los magnánimos vanaras y preséntaselos a Kausalyá, a Sumitrá y a Kaikeyí. Y mi palacio, magnífico con su bosquecillo de asokas, inmenso, lleno de perlas y de esmeraldas, házselo visitar a Sugriva.»

A estas palabras, Bharata, verdadero héroe, cogió a Sugriva de la mano y le introdujo en aquella residencia. Al punto, servidores llevando lámparas de aceite, sofás y tapices, penetraron instados por Satruña. El muy valeroso hermano segundogénito de Raghava dijo entonces a Sugriva: «Da tus órdenes a propios para la consagración de Rama, Señor.» Al instante Sugriva entregó a cuatro príncipes vanaras otras tantas urnas de oro, incrustadas de toda clase de piedras preciosas, diciéndoles: «Mañana, al alba, volved con vuestras urnas llenas en los cuatro Océanos; id, vanaras.»

A esta orden, los poderosos vanaras, que asemejábanse a elefantes-anaras, lanzáronse de pronto por los aires; hubiérase dicho otros tantos garudas de rápido vuelo. Eran Jambavat, Hanumat, Vegadarsin y Rishabha. Trajeron sus vasos llenos de agua. Otros quinientos vanaras cogieron agua en sus



cántaros en quinientos ríos. Del mar oriental Sushena, dotado de valentía, volvió con su urna llena, adornada con toda clase de perlas. Rishabha, sin tardar, trajo agua del mar del Sur. Su vaso de oro espolvoreado de sándalo rojo y de alcanfor, Gavaya le llenó de agua del océano Oeste. En su gran urna enriquecida con diamantes, Hanumat, rápido como Maruta, valeroso, como Garuda y Anila, cogió presuroso agua helada en el mar del Norte, él, el maravilloso hijo de Anila, dotado de todas las cualidades. Al ver el agua que aquellos vanaras escogidos traían para la consagración de Rama, Satruña, escoltado de sus servidores, comunicó la noticia al mejor de los purohitas, Vasishtha, y a sus compañeros. Entonces el anciano, apresurándose, fue con los brahmanes a instalar a Rama, a quien Sitá acompañaba, en un trono hecho con piedras preciosas. Vasishtha, Vijaya, Jabali, Kasyapa, Katyayana, Gautama y Vamadeva consagraron al tigre de los hombres con agua pura y perfumada, lo mismo que los vasus a Vasava el de los mil ojos.

Los ritvijs, los brahmanes, las dieciséis jóvenes y los ministros, los guerreros, así como los comerciantes, llenos de alegría, le habían rociado antes con agua lustral, bajo su dirección. Además, los daivatas, de pie en el firmamento, los cuatro protectores de los mundos y todos los dioses, reunieron para ungirle con el jugo de todas las plantas sagradas. Brahma había fabricado en tiempos una diadema de oro adornada con brillantes, de llamante esplendor, que había servido en su día para la consagración de Manu, así como para la de los príncipes de su descendencia, sucesivamente. En una sala construida con oro, centelleante de riquezas, adornada con piedras preciosas de diversas clases y vivo brillo, tras haberle instalado, según los ritos, en un trono fabricado con múltiples diamantes, el magnánimo Vasishtha unió a Raghava con aquella diadema, mientras los ritvijs le engalanaban con ornamentos reales. Satruña llevaba su quitasol amarillento, deslumbrador, y Sugriva, el rey de los vanaras, su blanco espantamoscas de crines. El Indra de los rakshasas, Vibhishana, llevaba otro que brillaba como la Luna. Una guirnalda de oro, de deslumbrante textura, adornada con cien lotos, fue ofrecida a Raghava por Vayú, a incitación de Vasava. Por otra parte, un collar de perlas enriquecido con toda clase de otras joyas y piedras preciosas, que aún le embellecían, fue entregado por el mismo al Indra de los hombres, a ruegos de Sakra. Los devas y los gandharvas cantaron, y los coros de aparas bailaron, en aquella consagración de Rama digno de estos homenajes.

La Tierra, por su parte, se cubrió de cosechas, los árboles de frutos y las flores exhalaban sus perfumes para festejar a Raghava. Fue por centenares de miles cómo caballos, vacas y terneras fueron repartidos entre los Dos-veces-nacidos por el príncipe que ya antes les había dado centenares de toros. Raghava distribuyó además treinta kotis de oro a los brahmanes, y trajes enriquecidos con adornos de gran precio. Una corona resplandeciente como los rayos del Sol, en oro, incrustada de piedras preciosas, divina, fue ofrecida a Sugriva por el valiente jefe de los hombres, que dio dos brazaletes, adornados de esmeraldas, cuyo brillo rivalizaba con el de la Luna, al hijo de Vali, Angada. Rama regaló a Sitá un collar de perlas, adornado con las más raras joyas, que nada sobrepujaba, deslumbrante como los rayos lunares, más un vestido doble, limpio de polvo, celestial, y brillantísimos adornos. Como recuerdo, Vaidichí, la alegría de Janaka, disponíase a dar al hijo de Vayú, desprendiéndole de su cuello, su propio collar. Miró a todos los haris y a su esposo varias veces. Este comprendió su gesto y dijo, aprobándola, a la hija de Janaka: «Da tu collar a quien te plazca, hermosa y afortunada mujer.» Entonces Sitá, la de los negros ojos, entregó su collar al hijo de Vayú. Bravura, fuerza, gloria, destreza, capacidad, reserva, prudencia, intrepidez, valentía, sapiencia, todo ello se encontraba en él constantemente. Hanumat, toro de los vanaras, brillaba con aquel collar como una montaña bajo una blanca nube a la que dora un haz de rayos solares. Todos los vanaras de edad y los principales de entre los otros recibieron, a su vez, regalos convenientes, en trajes o en joyas. Entonces Vibhishana, Sugriva, Hanumat, Jambavat y todos los jefes de los vanaras, habiendo sido colmados por Rama el de las hazañas imperecederas, tal cual lo merecían, con aquello que más podían desear, además de preciosas joyas, el corazón en fiesta, volviéronse tal cual habían venido. Distinguiendo particularmente a Dvidida, Mainda y Nila, Rama, látigo de sus enemigos, amo de la Tierra, satisfizo todos sus deseos.

La fiesta de la que habían sido testigos acabada, los príncipes de los vanaras fueron despedidos por el Indra de los hombres, y todos se volvieron a Kishkindá. Sugriva, el rey de los vanaras, luego de haber asistido a la consagración de Rama, y colmado de honores por él, volvió a ganar su capital. Vibhishana, por su parte, aquel virtuoso monarca, habiendo recibido el tesoro de su familia, volvióse con la flor de los nairritas a Lanká, lleno de gloria. Teniendo todo su Imperio en paz, sus enemigos destruidos, el muy ilustre y nobilísimo Raghava rei-

nó a gran satisfacción de sus súbditos. Apasionado por la justicia, dijo a Lakshmana, que sabía su deber: «Héroe leal, ayúdame a defender esta Tierra que los antiguos reyes protegieron con sus armas. Como ocurrió en tiempo para nuestros padres, comparte conmigo el peso de los negocios, en calidad de presunto heredero.»

A pesar de las vivas instancias que le fueron hechas, Sumitri se negó con toda su energía a aceptar aquella dignidad, como la que el magnánimo Raghava invistió entonces a Bharata. El paudarika, el asvamedha, el vajimedha y otros sacrificios de todo género, no fue tan sólo una vez cuando el príncipe los ofreció. Reinó diez mil años y sacrificó diez excelentes asvamedhas, acompañados de ricos dakshinas. Rama, cuyos brazos le llegaban hasta las rodillas, el poderoso hermano mayor de Lakshmana, gobernaba esta Tierra con gloria. El virtuoso Raghava, durante un reinado que nadie sobrepujo, ofreció sacrificios muy variados, con sus hijos, sus hermanos y sus parientes. No hubo viudas que tuvieran que lamentarse, serpientes que temer ni enfermedades que causasen angustia durante el reinado de Rama. Nada de malhechores en su Imperio, ni personas que en él sufriesen perjuicios; los ancianos no tuvieron que celebrar los funerales de los jóvenes. La alegría era universal; nadie se ocupaba sino en cumplir su deber: bastaba mirar a Rama para evitar el perjudicarse recíprocamente. La gente vivía mil años, cada uno tenía mil hijos, y estaban exentos de enfermedades y preocupaciones bajo el reinado de Rama. Los árboles, de eternas raíces, tenían siempre frutos y flores. Parjanya llovía a gusto de todos, y Maruta exhalaba hálitos afortunados. Los trabajos que se emprendían daban buen resultado. Los pueblos, exclusivamente entregados a sus deberes, bajo el reinado de Rama, evitaban la iniquidad. Todos poseían cualidades distintivas; todos se refugiaban en su deber. Rama ejerció el imperio diez mil años (377).

*El poema religioso, célebre, que prolonga la vida y da a los reyes la victoria, primero entre todos, conforme a los Vedas, compuesto en otro tiempo por Valmiki, el hombre que le oye constantemente en este Mundo libre queda del mal. Si desea hijos, obtiene hijos; si desea riquezas, riquezas. Aquel que en este Mundo oye la historia de la consagración de Rama, si rey, conquista la Tierra y doma a sus enemigos. Lo mismo que Kausalyá y Sumitrá, las madres de Rama y de Lakshmana, y que Kaikeyí, la madre de Bharata, sus mujeres tienen hijos llenos de vida. La audición del Ramayana procura una larga*

existencia, y un triunfo enteramente semejante al de Rama, el del imperecedero karmán.

Este poema, compuesto en otro tiempo por Valmiki, el que le escucha con fe y es dueño de su cólera, franquea todos los obstáculos. A la vuelta de sus viajes, regocíjase con sus parientes, los que escuchan este kavya compuesto en otro tiempo por Valmiki; todos los deseos que tienen en este Mundo, obtienenlos de Raghava. Su recitación delante de una asamblea regocíja a todos los suras, al mismo tiempo que calma a los vinayakas en provecho de aquel en cuya casa tiene lugar. Si es rey, conquistará la Tierra; si vive en el extranjero, será dichoso. Las mujeres que en sus meses escuchan este antiguo itihasa (378) darán a luz hijos a los que nadie sobrepujará. Aquel que le recita con respeto libre quedará de todos sus males y vivirá mucho tiempo. Los kshatriyas deben escucharle siempre, de los Dos-veces-nacidos, con la cabeza inclinada, si quieren obtener con seguridad el mando e hijos. Este Ramayana, todo el que le oye recitar o que le recita por entero, constantemente procura una alegría duradera a Rama, que es Vishnú, el Eterno, el Adideva de los grandes brazos, Hari, Narayana, el Señor. Este antiguo relato, felicidad a vosotros, repetidle con amor, ¡y que la potencia de Vishnú se desarrolle!

Todos los devas se complacen en la comprensión y en la audición del Ramayana; y cuando le escuchan, los pitris están siempre satisfechos. Los hombres que por devoción transcriben u oyen esta samhita (379) de Rama, compuesta por el rishi Valmiki, tienen por mansión el Trivishtapa. Familia próspera, tesoros y granos en abundancia, mujeres escogidas, felicidad suprema, he aquí lo que la audición de este hermoso, de este precioso poema procura ya desde este Mundo, más un éxito total en los negocios. Este relato que prolonga la vida, da salud, gloria, unión fraternal, sabiduría, felicidad, poder, debe ser escuchado religiosamente por las gentes de bien que aspiran a la felicidad.

## UTTARAKANDA

### SARGA PRIMERO

#### LOS ASCETAS FELICITAN A RAMA

Rama, habiendo reconquistado su reino, tras haber exterminado a los rakshasas, todos los munis vinieron a saludarle: Kausika, Yavakrita, Gargya, Galava también, hijo de Medhatithi, que estaban establecidos en la región del Este, Svastratreya, el venturosísimo Namuci y Pramuci, Agastya y Atri, el venturosísimo Sumukha y Vimhuka; éstos también llegaron con Agastya; habitaban en la región del mediodía. Nrishangu, Kavashin, Dhaumya y Kausheya, el gran rishi: éstos se presentaron con sus discípulos; habitaban la región del Este, Vasishtha, Kasyapa, Atri Visvamitra con Gautama, Jamadagni, Bharadvaja: estos siete rishis también acudieron; los siete habitaban constantemente en la región del Norte.

Llegados al palacio de Raghava, aquellos magnánimos rishis que brillaban como Añi, el devorador de ofrendas, presentáronse en la puerta. Eran versados en los *Vedas* y sus angas y hábiles en los diversos *Sastras*. Dirigiéndose al portero, el virtuoso Agastya, el príncipe de los munis, le dijo: «Que se comunique al hijo de Dasaratha nuestra llegada, la de nosotros los ascetas.» Oyendo a Agastya, el diligente prati-hara (380) entró rápidamente. Y llegó al punto junto al rey magnánimo, instruido como estaba en la ciencia de los hechos y de los gestos, de modales correctos, virtuoso y dotado de firmeza. Cuando estuvo en presencia de Rama, que brillaba como la Luna en su plenitud, le hizo saber al punto la llegada de Agastya, el príncipe de los rishis.

Al saber la llegada de aquellos munis, semejantes al Sol cuando se levanta, Rama dijo al portero: «Introdúcelos en buena hora.» Los ascetas introducidos, levantóse ante ellos por deferencia, haciendo el anjalí, les honró con el padya, el

arghya, etc., e hizo que les entregasen una vaca a cada uno. Rama les saludó inclinándose e hizo traer asientos incrustados de oro, altos, magníficos, provistos de almohadones hechos con hierbas kusas y recubiertos de pieles de gacela. Los toros de los rishis sentáronse según su categoría.

Preguntados por Rama sobre su salud, los grandes rishis, instruidos en los *Vedas*, acompañados de sus discípulos y precedidos de sus jefes, respondieron: «Estamos perfectamente bien, héroe de los grandes brazos, alegría de Raghú. Y a ti, gracias al Cielo, te vemos dichoso y libre de tus enemigos. Gracias al Cielo, ¡oh rey!, has matado a Ravana, el *ravana* de los mundos. Ya no es para ti un peso, ¡oh Rama!, ese Ravana con sus hijos y sus nietos. Armado con tu arco, en verdad, conquistarías los tres mundos; no hay duda. Gracias al Cielo, ¡oh Rama!, Ravana ha sucumbido ¡con sus hijos y sus nietos! ¡Gracias al Cielo te volvemos a ver, victorioso, hoy, con Sitá! Tu hermano Lakshmana, tan adicto a tus intereses, tus madres y tus otros hermanos, hoy te encontramos en medio de ellos, ¡oh virtuoso príncipe! Gracias al Cielo, los merodeadores nocturnos Prahasta, Vikata, Virupaksha, Mahodara, Akampana, Durdharsha, ¡han perecido! Aquel cuya forma monstruosa no tenía semejante en este mundo, Kumbhakarna, tú, ¡oh Rama!, gracias al Cielo, ¡le derribaste en la lucha! Trisiras, Atikaya, Devantaka y Naranaka, gracias al Cielo, tú abatiste, Rama, a todos estos merodeadores nocturnos. Gracias al Cielo, el Indra de los rakshasas que los devas no podían hacer perecer, tú te mediste con él en singular combate, ¡y tú le venciste! En verdad para ti no era gran cosa el llevar la ventaja a Ravana en el combate; pero gracias al Cielo pudiste habértelas con Ravani y matarle en duelo. Gracias al Cielo, guerreros de los grandes brazos, este enemigo de los suras, que acudía semejante a Kala, una vez libre de sus lazos mágicos, tú has triunfado de él. Nuestra alegría ha sido también general, al saber la muerte de Indrajit, ese poderoso mago que era invulnerable a todos los seres, en la guerra. Nos hemos quedado maravillados al saber la muerte de Indrajit. Y dándonos, gracias al Cielo, esta santa y agradable dakshina, la seguridad, tú te engrandeciste mediante este triunfo, ¡oh Kakutstha, látigo de tus enemigos!»

Este discurso de los munis, los del alma pura, sorprendió extraordinariamente a Rama, que les respondió haciendo el anjali: «¡Oh bienaventurados!, yo, que he vencido a Kumbhakarna y al merodeador nocturno Ravana, los dos llenos de valentía, ¿por qué estos elogios a propósito de Ravani? Yo, que

he vencido a Mahodara, Prahasta, al rakshasa Virupaksha, a Matta y a Unmatta, los dos invencibles, a Davantaka y a Narantaka, aquellos grandes guerreros, ¿por qué estas felicitaciones a propósito de Indrajit? Atikaya, Trisiras, Dhurmaksha, estos merodeadores nocturnos llenos de valor, yo, que los he vencido, ¿por qué alabarme sólo a causa de Ravani? ¿Cuál era, pues, su poder, su fuerza y su valentía? ¿Y en qué le llevaba ventaja a Ravana? Si puedo saberlo, no os doy una orden, evidentemente, pero si no es un misterio que os esté prohibido desvelar, yo deseo conocerle; hablad, Sakra mismo fue vencido por él; ¿en virtud de qué privilegio y de dónde venía aquella fuerza del hijo, que no tenía el padre, Ravana? ¿De dónde procedía la superioridad de este rakshasa sobre su padre, en los combates? ¿Cómo pudo triunfar de Sakra? Los favores que recibió, cuéntamelo todo al punto, ¡oh jefe de los munis!»

## SARGA II

### NACIMIENTO DE VISRAVAS

A esta pregunta del magnánimo Raghava, el ilustre Kumabhayoni dio la respuesta siguiente: «Aprende, ¡oh Rama!, los brillantes hechos de aquel gran héroe; cómo mató a sus adversarios, sin poder ser herido por ellos. Ante todo, te diré la raza y el nacimiento de Ravana, ¡oh Raghava! Luego el precioso privilegio que le fue concedido a su hijo. En otro tiempo, durante el kritayuga, ¡oh Rama!, vivía un hijo de Prajapati. Aquel Señor, cuyo nombre era Pulastya, era un brahmarshi semejante al Abuelo mismo. No se podrían enumerar sus cualidades que debía a su leal naturaleza; bastará decir que era el hijo de Prajapati. Como hijo de Prajapati, era el favorito de los dioses; era el bienamado del Universo entero, gracias a sus cualidades seductoras y a su prodigiosa sabiduría. Ahora bien: cediendo a la atracción que ejercía en él la santidad, aquel toro de los munis fue a la ermita de Tripabindu y habitó la vertiente del gran monte, el Merú. Aquel virtuoso personaje dábase al ascetismo; pero habiendo ido unas jóvenes a su soledad, la perturbaron. Ellas tenían por padres a los rishis, a los pannagas y a los rajarshis. Acompañadas de apsaras fueron a loquear por aquel lugar. Como en toda estación había en aquel bosque de qué comer y con qué divertirse, las jóvenes venían constantemente a buscar allí sus entretenimi-

mientos. Atraídas por el encanto de aquel retiro de Pulastya, allí cantaban, tocaban instrumentos y bailaban, turbando así al solitario inocentemente, en medio de su ascetismo. Entonces el poderoso y gran muni exclamó irritado: «¡La que se acerque al alcance de mis miradas quedará encinta!»

Entonces, todas, oyendo al magnánimo Pulastya, aterradas por aquella maldición brahmánica, desertaron aquel lugar. Pero la hija de Trinabindu no la había oído. A causa de ello marchaba de aquí para allá por el bosque sin el menor temor, y sin poder ver a las compañeras que habían ido con ella. En aquel momento ocurrió que el ilustre y gran rishi, nacido de Prajapati, entregábase al estudio de los libros santos, el alma purificada por el tapás. Al escuchar aquella recitación del *Veda*, la joven se acercó y vio al tesoro de ascetismo. Al punto su rostro palideció y presentó los signos característicos del embarazo. Descubriendo lo que la ocurría, quedó sumamente perpleja. «¿Qué me ha sucedido?», se preguntó, y reconociendo la verdad, retiróse al cremitorio paterno. Al verla así, Trinabindu la preguntó: «¿Qué significa la situación extraña en que te encuentras?» Haciendo el anjalí, la infortunada joven respondió a aquel tesoro de ascetismo: «No sé, querido padre, lo que me ha puesto en un estado semejante. Había ido a visitar la divina ermita del gran rishi el del alma santa, Pulastya, sola, retrasada un poco de la tropa de mis compañeras. No llegué a ver a ninguna de éstas, que, no obstante, habían ido a aquel bosque. Pero, al darme cuenta de la extraña forma que mi cuerpo tomó de pronto, espantada, he vuelto aquí.» Trinabindu, el real rishi del brillante aspecto, púsose a reflexionar, y reconoció que era obra del asceta. Tras haber descubierto la maldición del gran rishi, el del alma pura, cogió a su hija, se fue con ella a buscar a Pulastya y le dijo: «¡Oh Bienaventurado!, mi hija a la que ves aquí con todas sus cualidades personales, acéptala, ¡oh gran asceta!, como una limosna espontáneamente ofrecida. Tú, que estás entregado a los principios del ascetismo y de la mortificación de los sentidos, ella será siempre obediente contigo, no hay duda.» Oyendo estas palabras del virtuoso rajarshi, el Dos-veces-nacido, que deseaba tomar a la joven, respondió: «Está bien.» Cuando hubo dado a su hija, el rey se volvió a su retiro. La joven Emme se quedó allí junto a su esposo, a quien sus virtudes hacían feliz. Su carácter y su conducta encantaban al poderoso toro de los munis. Lleno de alegría, habló de este modo: «Estoy encantado, divina mujer de las hermosas caderas, de tus cualidades eminentes; por ello, voy a darte hoy mismo un hijo semejante



a ti, para que nuestra raza, de los dos, tenga continuidad; será conocido con el nombre de Pulastya. Y como tú me has oído aquí recitar el *Veda*, a causa de ello se llamará también Visravas, no hay duda.» Así habló a su divina esposa, llevado por la alegría de su corazón. Al cabo de poco tiempo, ella dio a luz un hijo, Visravas, afamado en los tres mundos, lleno de gloria y de piedad. Instruido, viendo todo con la misma tranquilidad, complaciéndose en el cumplimiento de sus deberes, como su padre, dotado de tapás: tal fue Visravas, el asceta.»

### SARGA III

#### VAISRAVANA LLEGA A SER EL PROTECTOR DE LOS TESOROS

«El hijo de Pulastya, Visravas, toro de los munis, no tardó mucho en afianzarse en el ascetismo, como su padre. Leal, virtuoso, apasionado por el estudio de los *Devas*, puro, desprendido de toda voluptuosidad, tenía constantemente el deber como fin supremo. Cuando supo la vida que llevaba, Pharadvaja, el gran muni, dio a Visravas como mujer a su propia hija, la de la tez celeste. Visravas aceptó legalmente a la hija de Pharadvaja, y preocupado su espíritu a causa de su descendencia, pensó en su felicidad. Transportado por una alegría extremada, aquel toro de los ascetas que sabía su deber tuvo de su esposa un niño lleno de vigor, maravilloso, dotado de todas las virtudes brahmánicas. El nacimiento de aquel hijo colmó de alegría a su abuelo paterno. Pulastya se dio cuenta de que no pensaba sino en hacer a los demás dichosos. Entonces dijo: «Será guardián de los tesoros», y lleno de alegría le dio un nombre que compartían los divino rishis: «Puesto que el hijo de Visravas se le parece, se le conocerá a causa de ello con el nombre de Vaisravana.» Tras esto, Vaisravana, habiéndose retirado a una soledad silvestre, creció al modo del poderoso Anala, cuando se le invoca en los sacrificios. Mientras estaba en aquel retiro, este pensamiento le vino al magnánimo Vaisravana: «Practicaré el supremo deber; el deber es la vía suprema.» Entonces, durante miles de años se entregó al ascetismo en el gran bosque. Consagrado a rudas austeridades, practicó un grandísimo tapás. Al cabo de diez siglos cumplidos, he aquí el régimen que adoptó: bebía agua y se alimentaba de aire, e incluso no tomaba nada. Millares de años transcurrieron de este modo cual un solo año. En su conten-

to el poderoso Brahma, acompañado de las tropas de suras y de sus Indras, fue a la ermita y le dijo: «Estoy encantado de tu obra, ¡oh hijo abnegado! Escoge un don, felicidad a ti, tú mereces un favor, ¡oh gran sabio!» Entonces Vaisravana respondió al Abuelo, que estaba junto a él: «Bienaventurado, yo deseo la salvaguardia, la protección de los mundos.» Llena el alma de satisfacción, Brahma, a quien las tropas de suras acompañaban, dijo gozoso: «Muy bien. He resuelto crear una cuaternidad de protectores de los mundos. Habrá la mansión de Yama, la de Indra, la de Varuna y la que tú has deseado. Ve a ocupar, virtuoso asceta, el Imperio de las riquezas y ejércete. Con Sakra, el amo de las aguas, y Yama, tú serás el cuarto. Este carro llamado Pushpaka, que tiene el brillo del Sol, recíbele como vehículo y marcha al par con los Tres-Diez. Sé feliz; nosotros nos volvemos todos como hemos venido; hemos hecho lo que teníamos que hacer, hijo querido, concediéndote este doble presente.» Tras estas palabras, Brahma se retiró a su mansión con los Tres-Diez. Cuando los dioses, Brahma a su cabeza, hubieron marchado hacia la mansión celeste, vuelto amo de las riquezas, Vaisravana dijo a su padre haciendo el anjalí humildemente: «¡Oh Bienaventurado!, he recibido un don precioso del Abuelo, pero el divino Prajapati no me ha asignado morada; discurre, ¡oh Bienaventurado, oh Señor!, con objeto de encontrarme un retiro agradable en el que no haya dolor para ningún ser vivo.» Oyendo estas palabras de su hijo, Visravas, el toro de los ascetas, respondió: «Escucha, ¡oh el mejor de los hombres de bien! En la orilla del mar del Sur hay un monte llamado Trikuta. En su cima se levanta, inmensa como la ciudad del gran Indra, Lanká, ciudad encantadora, construida por Visvacarmán para servir de residencia a los rakshasas, así como Amaravatí sirve de ello mismo a Indra. Habita Lanká y sé feliz; no lo dudes. Con sus fosos y sus murallas de oro, las máquinas de guerra, las armas de que está llena y sus arcos de oro y esmeraldas, esta ciudad es una maravilla. Los rakshasas, a los que Vishnú espantaba, la abandonaron en tiempos. Está vacía, todos los rakshasas habiendo descendido en masa a la mansión del Rasatala. Desierta ahora, Lanká no tiene poseedor. Ve a habitarla, hijo mío, ¡y sé feliz! No haces perjuicio alguno ocupándola, y nadie te molestará allí.» A este leal lenguaje de su padre, el virtuoso Vaisravana se fue a habitar Lanká, en la cima de la montaña. Pronto se llenó, con su autorización, de millares de alegres nairritas, siempre en fiesta. Aquel virtuoso príncipe de los nairritas, el venturoso hijo de Visravas, se estableció

en Lanká, ciudad que el mar rodeaba. De tiempo en tiempo, el amo de las riquezas iba en su carro Pushpaka, piadosamente, junto a su padre y su madre. Exaltado por las tropas de devas y gandharvas, alegrado en su palacio aéreo por las danzas de las apsaras, era despidiendo rayos luminosos, al ejemplo de Surya, como aquel guardián de los tesoros iba a visitar a su progenitor.»

## SARGA IV

### ORIGEN DE LOS RAKSHASAS Y DE SUS PRIVILEGIOS

Este discurso de Agastya produjo a Rama el mayor asombro. «¿Cómo, pues, Lanká había sido habitada por los rakshasas en otro tiempo?» Tal fue la pregunta que, moviendo la cabeza, que se asemejaba a los tres fuegos reunidos, propuso Rama al asceta mirándole repetidamente con la mayor sorpresa. «¡Oh Bienaventurado!, precedentemente, has dicho, *Lanká perteneció a los comedores de carne; estas palabras que escuchas de tu boca me causan una sorpresa extremada*. Los rakshasas son salidos de Pulastya, hemos dicho; y he aquí que ahora afirmas que tienen otro origen. Ravana, Kumbhakarna, Prahasta, Vikata y los hijos de Ravana, ¿es que estos primeros rakshasas eran más fuertes que ellos? ¿Quién fue, ¡oh brahmán!, el primer jefe? ¿Es que su poder le ensoberbecía? ¿A causa de qué falta, y cómo fueron expulsados por Vishnú? Cuéntame todo esto detalladamente, ¡oh irreprochable asceta! Disipa mi curiosidad, satisfaciéndola, como el Sol disipa la sombra.»

A este lenguaje correcto y brillante de Raghava, Agastya, sorprendido, respondió: «Prajapati en otro tiempo emitió las aguas, escogiendo el elemento líquido como origen; luego, para salvaguardarle, emitió a los seres, tomando su nacimiento en un loto. Los seres, presentándose humildemente ante su autor, le dijeron, atormentados por el miedo al hambre y a la sed: «¿Qué debemos hacer?» Prajapati les dio a todos, como bromeando, esta respuesta: «Guardad las aguas cuidadosamente, ¡oh hijos de Manu!» Unos le dijeron: «Las guardaremos»; otros, los que tenían hambre y los que no tenían hambre, pero sí sed: «Sacrificaremos en su honor.» El autor de los seres replicó: «Lo que de vosotros han dicho «las guardaremos», serán los rakshasas; los que han dicho «sacrificaremos en su honor», los yakshas.» Los dos hermanos Heti y Praheti, los

émulos de Madhu y de Kaitabha, domadores de sus enemigos, fueron los rakshasas. El virtuoso Praheti se retiró a la soledad; pero Heti ocupóse ante todo de encontrar mujer. Personalmente de una inteligencia sin medida y de gran sabiduría, desposó a la hermana de Kala, joven llamada Bhayá, sumamente espantosa. Aquel toro de los rakshasas, el más feliz de los padres, tuvo con ella un hijo conocido con el nombre de Vidyutkesa. Vidyutkesa, hijo de Heti, que brillaba como un sol ardiente, se hizo muy vigoroso y creció como un loto en medio de un estanque. Este merodeador nocturno, llegado a una floreciente juventud, su padre resolvió casarle. La hija de Samdhya, su émulo en hermosura, fue escogida para su hijo por Heti, el toro de los rakshasas. «Necesariamente debe ser concedida a un extranjero», pensó Samdhya, que dio su hija a Vidyutkesa, ¡oh Raghava! Vidyutkesa, el merodeador nocturno, habiendo recibido a la hija de Samdhya, se divirtió con ella, como con Pauloní, Maghavat, Al cabo de cierto tiempo, ¡oh Ramal, Salakatanaká fue engruesada por Vidyutkesa, como la nube por el Océano. Consecuencia: la rakshasí dio a luz un hijo hermoso como una nube; cual el Gangá habiendo ido al Mandara tuvo un hijo de Añi (381). Desembarazada de su fruto, deseó de nuevo gozar con Vidyutkesa. Se unió, pues, por amor, con su esposo, una vez su hijo nacido. Y entonces tuvo un segundo hijo, cuya voz asemejábase al estrépito de la nube. El niño que acababa de nacer y que brillaba como un sol otoñal, puso un puño en su boca y lloró mucho tiempo. Subido sobre su toro, Siva, que seguía el sendero de Vayú, acompañado de Parvati, oyó vagidos. Y vio con Umá al hijo del rakshasa que lloraba. Dejándose enternecer por su esposa, Bhava, el destructor de Tripura, volvió al niño semejante en cuanto edad a su madre. Tras haberle hecho inmortal con ello, Mahadeva, el Inalterable, el Impercedero, le dio una ciudad que se movía en el espacio, siempre por ser condescendiente con Parvatí, que, por su parte, concedió a las rakshasís el privilegio de concebir al instante, dar a luz inmediatamente después de haber concebido y tener hijos, apenas nacidos, de la misma edad que ella. Por su parte, el muy inteligente Sukesa, orgulloso de los favores que habían recibido, habiendo obtenido la Fortuna de parte del Señor, Hara, paseaba por todas partes su fasto en su ciudad volante, a semejanza de Puramdara.»

## SARGA V

## HISTORIA DE LOS TRES HIJOS DE SUKESA

«Un gandharva, cuyo nombre era Gramaní, que brillaba como Visvavasu, vio al virtuoso rakshasa Sukesa de tal modo privilegiado. El tenía una hija llamada Devavatí, semejante a una segunda Srí, célebre en los tres mundos, y en todo el esplendor de su juventud y de su hermosura. El virtuoso gandharva se la entregó a Sukesa como otra Srí de la que él tenía la custodia. Acercándose a su querido esposo, llegado a la soberanía gracias a los dones que había recibido, Devavatí sintió la alegría del indigente que encuentra un tesoro. Unido a aquella mujer, el merodeador nocturno irradiaba cual un gran elefante-kerenu, salido de Anjana. Entre tanto, con el tiempo, Sukesa llegó a ser padre, ¡oh Raghava! Engendró tres hijos semejantes a los tres fuegos del sacrificio: Malyavat, Sumali y Mali, el mejor de los héroes, los tres émulos del dios de los tres fuegos; de extremada potencia como los tres Mantras, eran temidos como los tres contagios. Estos tres hijos de Sukesa, que brillaban lo mismo que los tres fuegos, adquirieron fuerza, como enfermedades descuidadas. Pero cuando supieron el don que había obtenido su padre, aquella soberanía que debía a la virtud de su ascetismo, los tres hermanos fuéronse al Merú con intención de macerarse allí. Adoptando un régimen formidable, aquellos rakshasas, ¡oh el mejor de los reyes!, entregáronse a un tapás terrible que sembró el terror entre todos los seres. Gracias a sus maceraciones, unidas a la lealtad, a la rectitud y a la calma, maceraciones impracticables en la Tierra, atormentaban a los tres mundos: devas, asuras y hombres. Entonces el Señor de los cuatro rostros subió a su maravilloso carro y fue a saludar a los hijos de Sukesa y les dijo: «El que distribuye los privilegios soy yo.» Cuando reconocieron a Brahma, el distribuidor de dones, a quien los Indras de los dioses acompañaban con sus tropas, los tres le respondieron haciendo el anjalí, y temblando como las hojas de los árboles: «Si nuestro tapás te agrada, ¡oh Dios!, concédenos el favor de ser invencibles, de destruir a nuestros enemigos, de vivir mucho tiempo, y de ser poderosos y adictos unos respecto a los otros.» El Señor Brahma, que ama a los brahmanes, respondió a los hijos de Sukesa: «Que sea así», y se volvió al Brahmaloka. El quíntuple privilegio recibido, aquellos tres merodeadores nocturnos, ¡oh

Rama!, a quienes su obtención aseguraba completamente, abrumaron a suras y asuras a vejaciones. Tiranizados de este modo, los Tres-Diez, con las tropas de rishis y los caranas, no tenían liberador junto al que refugiarse: cual hombres en el infierno. Por su parte, los tres rakshasas fueron juntos en busca del inmortal Visvakarmán, el mejor de los arquitectos, y le dijeron gozosos, ¡oh príncipe de los Raghús!: «Tú, que has erigido mediante tus recursos personales el palacio de los grandes dioses, lleno de fuerza como eres y brillante en cuanto a poder, constrúyenos también una morada a nuestro gusto, con tu vasta inteligencia, sobre el Himavat, el Merú o el Mandara. Constrúyenos una inmensa morada, semejante a la de Mahesvara.» Entonces, Visvakarmán, el de los grandes brazos, habló a los rakshasas de una residencia que igualaba a la de Indra, Amaravatí: «En la orilla del Océano meridional hay un monte que se llama Trikuta. Hay otro que se le asemeja, es el Suvela, ¡oh príncipes de los rakshasas! Ahora bien: en la cima central de este monte Trikuta, semejante a una nube, inaccesible incluso a los pájaros, cortado a pico por los cuatro lados, una ciudad ancha de treinta yojanas, desarrollada en un espacio de cien yojanas, rodeada de murallas de oro svana, con sus correspondientes puertas, y provista de galerías, unas y otras de oro heina, llamada Lanká, ha sido construida por mí por orden de Sakra. Estableceos en esta ciudad, ¡oh vosotros, invencibles toros de los rakshasas!, lo mismo que se han establecido en Amaravatí los habitantes de los cielos con Indra. Cuando ocupéis la ciudadela de Lanká, con los rakshasas numerosos que os rodean, seréis inexpugnables, y a vuestros enemigos los exterminaréis.» Siguiendo el consejo de Visvakarmán, aquellos rakshasas, la flor de ellos, seguidos de millares de compañeros, fueron a habitar la ciudad de Lanká, rodeada de fuertes murallas y de fosos profundos, llena de centenares de palacios de oro. A ella fueron y en ella se fijaron llenos de alegría aquellos merodeadores nocturnos. Ahora bien: en aquel tiempo vivía por casualidad una gandharví llamada Narmadá, ¡oh descendiente de Raghú!, que tenía tres hijas hermosas como Hrí, Sri y Kirtí. Siguiendo el orden de primogenitura, bien que no fuesen de su raza, dio con gusto sus tres hijas, de rostro esplendoroso como la Luna en su apogeo, a los tres Indras de los rakshasas. Las jóvenes gandharvís, las de los grandes encantos, fueron casadas por su madre bajo la conjunción que tiene Bhaga con Daivata (*Uttaraphalguní*). Habiendo tomado sus esposas, ¡oh Rama!, los hijos de Sukesha, alegráronse con ellas, como con las apsaras los Inmortales. En

cuanto a la mujer de Malyavat, Sundarí, aprende cuál fue y cómo fue llamada su progenitura: Vajramusthi, Virupaksha, Durmukha, Suptaghna, Yajnakopa, Matta y Unmatta. Sundarí tuvo también una hija, ¡oh Rama!, la hermosa Amalá. Por su parte, la esposa de Sumain, la de tez resplandeciente como la Luna en todo su esplendor, se llamaba Ketumatí, ¡oh Rama! El la amaba más que a su vida. Los hijos que este merodeador nocturno tuvo con ella, ¡oh gran rey!, te los voy a enumerar según el orden de su nacimiento: Prahasta, Akampana, Vikata, Kaliflamukha, Dhumskaha, Landa, Suparsva, el de la gran energía, Samhradi, Praghosa, Bharakarna, Rakú, Pushpotkata, Kaikasi, el de graciosa sonrisa, y Kumbhinasi; tales fueron los hijos de Sumali, según se dice. Mali tuvo por mujer a la gandharví llamada Vasudá, de formas soberbias, cuyos hermosos ojos asemejábanse a hojas de loto y que igualaba a la más encantadora yakshi. La progenitura que el segundogénito de Sumali tuvo con ella, ¡oh señor Raghava!, te la voy a hacer conocer; escucha fueron: Anala, Anila, Hara y Sampati. Estos hijos de Mali, estos noctámbulos llegaron a ser los ministros de Vibhishana. Entre tanto, los tres toros de los rakshasas, rodeados de merodeadores nocturnos y de sus hijos por centenares, tiranizaban a los suras, a sus Indras, a los rishis, a los nagas y a los yakshas, ebrios como estaban de su extremado vigor. Recorriendo el Mundo, irresistibles como el huracán, violentos como Mrityú, en los combates, enorgullecidos de sus privilegios, interrumpían brutalmente y constantemente los sacrificios.»

## SARGA VI

### VISHNÚ TOMA LA DEFENSA DE LOS DEVAS CONTRA LOS RAKSHASAS

«Atormentados por ellos, los devas y los rishis, tesoros de ascetismo, llenos de espanto, corrieron a refugiarse junto a dios de los dioses, Mahesvara (382), el que crea y destruye los mundos. Increado, el de las indistintas formas, el substrátum de todos los mundos, aquel al que hay que aplicar, el supremo gurú. Los dioses, pues, fueron juntos a encontrar a este adversario de Kama, el destructor de Tripura, el dios de los tres ojos, y haciendo el anjalí le dijeron con voz temblorosa a causa del espanto: «Los hijos de Sukesha, ¡oh Raghava!, exaltados por el favor del Abuelo, esos látigos de sus enemigos, persi-

guen a todos los hijos del Vigilante universal. Nuestros asilos, que deberían estar seguros, no lo son. Tras haber expulsado del Cielo a los dioses, se entretienen haciendo de dioses en el Cielo. «Yo soy Vishnú. Yo, Rudra. Yo, Brahma. Yo, el rey de los dioses. Yo, yo soy Yama. Yo soy Varuna. Yo, Indra. El Sol soy yo mismo.» De tal modo hablan Mali, Sumali y Malyavat, rakshasas terribles en la lucha, que nos atormenta, así como sus sicarios. Estamos aterrados, ¡oh dios!; devuélvenos la seguridad; toma tu forma desagradable y triunfa de esos rakshasas, espinas de los dioses.» A este ruego común de los suras, Kapardín, dios de tez rojiza, en atención a Sukesa, respondió a las tropas divinas: «No, no exterminaré a esos rakshasas, no puedo matarles, ¡oh suras!; pero os indicaré el medio de deshacerlos de ellos. Esta gestión previa hecha, ¡oh maharshis!, corred a refugiarnos junto al Señor Vishnú, que él los destruirá.» Entonces saludaron a Mahesvara mediante una aclamación triunfal, y fueron junto a Vishnú, aterrados a causa de los merodeadores nocturnos. Inclináronse delante del dios que lleva el caracol y el disco, le prodigaron los homenajes y le denunciaron con voz aterrada a los hijos de Sukesa: «¡Oh dios!, los tres hijos de Sukesa, semejantes a tres fuegos, han, a favor de privilegios, invadido nuestras moradas y se han apoderado de ellas. Lanká es el nombre de su ciudadela inaccesible, construida en la cima del Trikuta. En ella se han establecido estos merodeadores nocturnos, nuestros perseguidores, de todos cuantos ves aquí. Encárgate de nuestra defensa y destrúyelos, ¡oh matador de Madhú!; nos refugiamos junto a ti; sé nuestra salvación, ¡oh jefe de los suras! Tú, que tienes el rostro marcado con el Cakra, ofrece flores de loto a Yama. En los peligros nadie, a no ser tú, puede ofrecernos abrigo. Esos rakshasas que se complacen batallando, venciendoles, así como a sus hordas, ellos, a quien la embriaguez exalta, disipa nuestro terror, ¡oh dios!, como el Sol la niebla.» Los daivatas, habiéndole hablado así, el dios de los dioses, Janardana, que siembra el espanto entre el enemigo, les devolvió la tranquilidad diciéndoles: «Sukesa, el rakshasa, le conozco; el favor de Isana le enorgullece; conozco igualmente a sus hijos; el mayor es Malyavat. Puesto que van más allá de los límites, esos rakshasas, los más viles de todos, yo, llevado por mi juror, los exterminaré, ¡oh suras!; perded todo temor.» A este lenguaje de Vishnú, el poderoso Janardana, todos los suras marcháronse gozosos, cada uno a su morada, cantando sus alabanzas. Ahora bien: cuando supo la doble gestión de los vibhudas, Malyavat el merodeador nocturno, dijo a sus dos valerosos hermanos: «Los Inmor-



tales y los rishis han ido juntos a encontrar a Samkara, y deseando perdersen le han hablado de este modo: «Los hijos de Sukesha, ¡oh dios!, exaltados por sus privilegios y su fuerza, monstruos llenos de orgullo, nos atormentan sin descanso. Tiranizados por esos rakshasas, nos es imposible, ¡oh Prajapati!, habitar nuestros hogares, por miedo a esos perversos. Encárgate de nuestra defensa y dómalos, dios de los tres ojos. Consume a esos rakshasas con tu grito om, ¡oh tú, el más activo de los fuegos consumientes!» Así hablaron los Treinta. El matador de Andhaka, sacudiendo la cabeza y la mano, les respondió: «Me es imposible destruir a los divinos hijos de Sukesha en campo de combate; pero yo os diré el medio de hacerles perecer. El dios que tiene en las manos el disco y la maza, que está vestido de amarillo, Janardana, Hari, Narayana, el poseedor de Sri, ¡que sea vuestro refugio! Tras haber recibido de Hara este consejo y haberse despedido de este enemigo de Kama (383), los dioses fueron a la morada de Narayana y le dijeron todo. Entonces Narayana dijo a los devas, a cuya cabeza iba Indra: «Yo exterminaré a vuestros enemigos, ¡oh suras!; estad tranquilos.» A aquellos dioses llenos de espanto, Hari, ¡oh toros de los rakshasas!, les ha prometido nuestra destrucción. Acordémonos, es el momento, de la muerte de Hiranyakasipú y de los otros enemigos de los suras: Namuci, Kalanemi, Samhrada, el mejor de los guerreros; Radheya, Rahumayín, el virtuoso Lokopala, Yamala y Arjuna, Hardikya, Sumbha, Nisumbhaka; todos estos asuras y estos danavas, llenos de valor y de fuerza, reputados invencibles en el campo de batalla; que todos habían ofrecido centenares de sacrificios, todos versados en magia, todos hábiles en el manejo de todas las armas, todos el terror de sus enemigos, Narayana los ha destruido por centenares, por millares. Sabiendo esto, conveniente nos es unir nuestros esfuerzos para vencer al malvado Narayana, que quiere exterminarnos.» Sumali y Mali, a este discurso de Malvayat, su hermano mayor, respondieron como los dos Asvins a Vasava: «La ciencia perfecta, el don, el sacrificio, la soberanía salvaguardada la obtención de una vida exenta de enfermedades, el buen derecho afianzado en nuestro sendero, el océano insondable de los dioses explorado por nuestras armas, nuestros enemigos vencidos, pese a su valor sin igual, no, nada tenemos que temer de Mrityú. Narayana, Rudra, Sakra también, lo mismo que Yama, todos temen absolutamente afrontarnos. Vishnú no tiene por qué odiarnos, ¡oh jefe de los rakshasas! Es por culpa de los dioses por lo que su espíritu se ha trastornado. Y puesto que henos aquí re-

unidos, prestémonos mutua asistencia, y exterminemos a los devas, cuya perfidia acaba de revelarse.» Tomada esta decisión, los valerosos toros de los nairritas, rodeados de todos sus batallones, tras haber publicado su pregón de guerra, lanzáronse furiosos al combate: tales Jambha, Vritra y sus compañeros. Resueltos de este modo, ¡oh Rama!, y haciendo llamada a todas sus fuerzas, los rakshasas, que todos eran de talla colosal y llenos de vigor, partieron a la guerra en carros, elefantes y caballos parecidos a elefantes; sobre asnos, bueyes, búfalos, sisumaras, serpientes, makaras, tortugas, peces y pájaros émulos de Garuda; leones, tigres, jabalíes, srimaras y yaks. Dejaron Lanká, y partieron todos, aquellos rakshasas a quienes su fuerza enorgullecía. Y se fueron a sitiar el Devaloka, aquellos enemigos de los dioses. Viendo el peligro que amenazaba a la ciudad, los bhutas, que la habitaban y que comprendían el riesgo a que estaban expuestos, perdieron todo ánimo, mientras que, transportados en carros maravillosos, por centenares y por millares, los rakshasas apresuraban su marcha hacia el Devaloka. Las deidades apartábanse de su camino. Entonces, en la tierra y en los aires, por voluntad de Kala, terribles signos, presagiando la muerte de los Indras de los rakshasas, aparecieron. Cayó una lluvia de huesos y de sangre hirviendo, los mares fueron más allá de sus orillas y los montes temblaron. Entre risas burlonas y muy fuertes, semejantes al estruendo de las nubes, chacales de formidable aspecto aullaban lamentablemente. Se veía a los bhutas pasar en bandas sucesivas. Una tropa considerable de buitres que vomitaban llamas planeaba por encima del ejército de los rakshasas, cual marcando el Destino. Palomos y cornejas con las patas rojas huían en todas direcciones. Cuervos graznaban; se vieron gatos ¡con dos patas! Desdeñando aquellas advertencias, los rakshasas orgullosos de su fuerza, siguieron sin detenerse, envueltos por la red de la Muerte. Malyavat, Sumali y Mali, de vigor inmenso, precedían a los rakshasas como llameantes braseros. Malyavat, que asemejábase al monte Malyavat, todos aquellos merodeadores nocturnos le escoltaban, como los devatas a Dhatar. Aquel ejército, flor de los rakshasas, estrepitosos cual grandes nubes amontonadas, impacientes por vencer, dirigiéronse hacia el Devaloka, conducidos por Mali. Aquella expedición de rakshasas, el señor Narayana la supo por un mensajero de los dioses, y resolvió combatirla. Prestas armas y carcaj, montó sobre Vainateya. Tras haber revestido su divina coraza, que centelleaba como un millar de soles, se ató los dos brillantes carcajs llenos de flechas, ciñó su espada sin mancilla el dios

de los ojos de loto, y provisto de su caracol marino, su disco su maza y su machete, armas excelentes, subió todo equipado sobre el hijo de Vinatá, alto como una roca. Y el Señor partió a toda prisa a exterminar a los rakshasas. Sobre el lomo de Suparna el sombrío Hari, vestido de amarillo, asemejábase a una nube rodeada de relámpagos, sobre la cresta de una montaña de oro. Siddas, devarshis, grandes serpientes, gandharvas y yakshas celebraron al enemigo de los ejércitos de los asuras, mientras se alejaba, su disco, su machete, su arco, sus jabalinas, su caracol en las manos. Suparna con el viento de sus alas rompió las del ejército de los rakshasas, derribó sus estandartes, dispersó sus proyectiles y se bamboleó como una negra cima de montaña de rocas en ruina. Entre tanto, con sus excelentes dardos, agudos, manchados de carne y de sangre, semejantes a otros tantos Vaisvanaras, al final de un yuga, que lanzaron a millares, los corredores de noche cubrieron y atravesaron a Madhava. »

## SARGA VII

### COMBATE ENTRE VISHNÚ Y LOS RAKSHASAS

«Las nubes rakshasas regaron en medio de gruñidos a la roca Narayana de una avalancha de proyectiles, como las nubes riegan con sus aguaceros una montaña. El negro e inmaculado Vishnú, rodeado de aquellos sombríos y poderosos corredores nocturnos, parecíase al monte Anjana bajo nubes lluviosas. Lo mismo que saltamontes en un arrozal, mosquitos en la llama, tábanos en un puchero de miel, cetáceos en el mar, así las flechas, duras como el diamante, rápidas como el viento y el pensamiento, que lanzaban los rakshasas penetraban en Hari como los mundos entran en él en las épocas de la destrucción. Guerreros viajando en carros o sentados sobre las cabezas de los elefantes, jinetes sobre sus caballos, infantes, de pie en los aires, los Indras de los rakshasas, semejantes a montes, con sus flechas, sus lanzas, sus venablos, sus dardos, dejaron a Hari sin alientos, y semejante a un Dos-veces-nacido que contiene la respiración. Bajo los múltiples golpes de los rakshasas, merodeadores nocturnos, cual el Océano, donde triscan los peces, el invencible dios tendió su arco y lanzó sobre ellos sus flechas. Vishnú les acribilló con proyectiles penetrantes, lanzados por centenares, por millares, con extremado vi-

gor, semejantes al rayo, rápidos como el pensamiento. Tras haberles dispersado sopló en su gran caracol marino Rancanjanya. Aquella reina de las conchas, hija del agua, en la cual Hari soplabla con todas sus fuerzas, resonó de modo terrible, trastornando, por decirlo así, los tres mundos. El son de la reina de las caracolas espantó a los rakshasas, como el rey de las fieras, en el bosque, a los elefantes borrachos de mada. Los caballos no pudieron permanecer de pie, los elefantes perdieron su furor, los guerreros fueron precipitados de sus carros: el ruido del cuerno marino les quitó toda fuerza. Lanzados por el arco de cuerno, los dardos de Vishnú, semejantes al rayo, de hermoso pie, tras haber desgarrado a los rakshasas, hundíanse en la tierra. Traspasados por las flechas que en la lucha les lanzaba la mano de Narayana, los rakshasas caían por el suelo como rocas heridas por el trueno. De sus poderosos miembros, deshechos por el disco de Vishnú, la sangre corría semejante a torrentes que caen de montes auríferos. El sonido de la reina de las caracolas, el ruido del arco de cuerno y la voz de Vishnú ahogó los gritos de los rakshasas. Cuellos que se agitaban, dardos, estandartes, banderines, aljabas: Hari rompía todo con sus dardos. Como los rayos caen del Sol, como formidables masas de agua brotan del mar, como descienden de la montaña los Indras de los elefantes, como torrentes de lluvia se precipitan desde la nube, así las flechas, los dardos que Narayana lanzaba caían rápidos, por centenares, por millares. Lo mismo que leones delante de un sarabha (384); lo mismo que elefantes delante de un león; lo mismo que tigres delante de un elefante; lo mismo que panteras delante de un tigre; lo mismo que perros delante de una pantera; lo mismo que gatos delante de un perro; lo mismo que culebrillas delante de un gato; lo mismo que ratones delante de una culebrilla, así los rakshasas huían delante del poderoso Vishnú; unos consiguieron escapar, otros cayeron en la huida y permanecieron tendidos en el terreno. Sin dejar de matar a sus enemigos a millares, el vencedor de Madhú llenaba el aire con su cuerno marino, como Indra llena de agua la nube. Puestos en fuga por los dardos de Narayana, espantados por los sonidos del cuerno, el ejército de los rakshasas deshecho huyó en dirección a Lanká. Sus tropas desorganizadas, diezmadas por las flechas de Narayana, Sumali, en el campo de batalla, cubrió a Hari con una lluvia de proyectiles. Le cubrió como la niebla cubre al Sol. Los valerosos rakshasas cobraron ánimos. Sumali, orgulloso de su fuerza, precipitose con furor hacia adelante lanzando un tremendo grito que reanimó a los suyos, por

decirlo así. Sacudiendo sus arracadas, cual un elefante que agita la trompa, el rakshasa, lleno de alegría, produjo un inmenso clamor, lo mismo que una nube surcada de relámpagos. Mientras Sumali gritaba de este modo, Hari cortó la cabeza, adornada con brillantes pendientes, de su cochero, y los caballos del rakshasa se desviaron de su camino. Aquellos caballos desbocados desviaron a Sumali, el jefe de los rakshasas, lo mismo que los sentidos, estos otros corceles, cuando se desbocan, desbocan con ello la firmeza del hombre. Mientras Sumali era arrastrado de aquel modo por los caballos de su carro, Mali, atento a lo que ocurría, acudió, armado de su arco, hacia el poderoso Vishnú, que, montado sobre su vehículo, precipitábase a la lucha. Con su arco lanzó flechas adornadas con oro, las cuales, atravesándole, se abatían sobre Hari como los pájaros sobre un kraunca. Asaltado por los dardos que Mali le lanzaba a millares en el combate, Vishnú no se turbó, como no se turba el que ha domado sus sentidos ante las pruebas. Haciendo entonces vibrar las cuerdas de su arco, Bhagavat, autor de las criaturas, armado aún de una espada y una maza, descargó sobre Mali una multitud de dardos. Penetrando en el cuerpo de Mali, aquellos dardos, semejantes al rayo y a los relámpagos, bebieron su sangre como las serpientes un dulce brebaje. En el desarreglo que produjo en Mali, el dios que lleva el cuerno marino, el disco y la maza, le derribó la diadema, su bandera, su arco y sus caballos. Privado de su carro, el más poderoso de los corredores nocturnos empuñó su maza y se lanzó, arma en mano, como un león desde la parte alta de una roca. Con su arma lanzóse sobre el rey de los volátiles como Antaka sobre Isana, y le alcanzó en la frente: cual Indra fulminando un monte. A aquel golpe violento que acaba de asesarle Mali, Garuda, aturrido por el dolor sacó al dios de la refraga. Al volver Vishnú la espalda de aquel modo a causa de Mali y de Garuda, se elevó un irmenso clamor: eran los rakshasas que lanzaban hurras. Cuando oyó a los rakshasas gritar de aquel modo, el segundogéaito de Harihaya, el bienaventurado Hari, se irritó contra el rey de los pájaros, que le servía de montura. Bien que vuelto de espaldas, lanzó sobre Mali, con intención de matarle, su disco, brillante como el orbe solar, que con su brillo propio iluminaba el cielo. Semejante a la rueda de Kala, el disco abatió la cabeza de Mali. Aquella testa espantosa del Indra de los rakshasas, cercenada de aquel modo, dejó correr olas de sangre, como en otro tiempo la de Rahú. En aquel momento, los suras, transportados de alegría, lanzaron con todas sus fuerzas rugidos leoninos y

exclamaron: «¡Bravo, oh dios!» Al ver a Mali muerto, Sumali y el propio Malvayat, con sus ejércitos, llevados por la pena que les consumía, se refugiaron en Lanká. Entre tanto, Garuda, habiéndose rehecho, volvió sobre sus pasos y, furioso, dispersó a los rakshasas con el viento de sus alas. El loto de sus rostros cortado por el disco, el pecho triturado por la maza, el cuello roto por la reja, la frente abierta por los pisonos, algunos atravesados por la espada, otros alcanzados por las flechas, los rakshasas cayeron de pronto desde los aires a las olas del Océano. Narayana, cual una nube fulgurante, con sus excelentes dardos, como con otros tantos cuadrados de rayos, lanzados con su arco, exterminó a los corredores nocturnos, que huían con la cabellera desatada, en desorden. Los quitasoles rotos, las ricas vestiduras deshechas por los dardos, sus entrañas al aire, los ojos desorbitados por el espanto, aquellos guerreros, arrojando las armas, estaban en el colmo del espanto. Semejantes a elefantes atacados por leones, los merodeadores nocturnos con sus monturas lanzaban gritos, sin dejar de huir ante el antiguo león que les perseguía. Cubiertos por Hari de montañas de proyectiles, arrojando sus propios proyectiles a montones, los merodeadores nocturnos escapaban, negras nubes, como sombríos nubarrones perseguidos por el viento. La cabeza cortada con el disco, los miembros triturados a mazazos, hendidos en dos por la espada, los Indras de los rakshasas derrumbábanse como rocas. Los merodeadores nocturnos, de collares y arracadas de perlas, se bamboleaban semejantes a sombrías nubes, y caían al suelo, que se les vio cubrir enteramente semejantes a negras montañas hundidas.»

## SARGA VII

## LUCHA ENTRE VISHNÚ Y MALVAYAT

«El ejército que le seguía destruido por Padmanabha, Malvayat se detuvo en su huida: cual el Océano que alcanza su orilla. Rojos los ojos de furor, levantando la cabeza, el merodeador nocturno dijo a Padmanabha, el Purusha supremo: «Narayana, desconoces la antigua ley de los kshatriyas; a nosotros, que rehuimos el combate llenos de espanto, nos deshaces como extraño a esta casta. El que comete el crimen de matar al enemigo que vuelve la espalda, ¡oh jefe de los suras!, tal asesino, al dejar este Mundo, no va al cielo de las

gentes de bien. ¡Ah!, en verdad, armado del cuerno marino, del disco y de la lanza, ¡confianza tienes en los combates! Pues bien, ¡aquí estoy yo también de pie! ¡Muéstrame tu bravura, que yo la vea! Al ver a Malvayat allí de pie, inmóvil como la montaña de su mismo nombre, el hermano segundogénito del rey de los dioses respondió, movido por su valentía, a aquel Indra de los rakshasas: «He prometido a los devas librarles, exterminándoos, del terror que les inspiráis, y cumpliré mi promesa. El interés de los dioses me es más querido que la vida misma. Por consiguiente, os destruiré y así descendereis al Rasatala.» De este modo habló Devadeva, el de los ojos como lotos rojos. El Indra de los rakshasas con su lanza le hendió el pecho. Blandida por el brazo de Malvayat, aquel arma, que producía un sonido de campana, centelleaba en el pecho de Hari como el relámpago en la nube. Arrancando el venabio, aquel que es querido al dios armado de un venabio, Vishnú, el de los ojos de loto, envióselo a Malvayat. Como si Skanda en persona la hubiera arrojado, el arma, escapada de la mano de Govinda, dirigióse ella misma hacia el rakshasa, semejante a un gran meteoro que hiera a una montaña de colirio. Cayó en su pecho ancho y adornado de cantidad de diamantes, como el rayo sobre una cima rocosa. Malvayat con el golpe quedó con la coraza rota y sus ojos se llenaron de espesas tinieblas, pero recobrando los sentidos enderezóse de nuevo, semejante a una roca inquebrantable. Entonces, armándose con una pica de hierro, guarnecida de numerosas puntas, pegó con ella violentamente al dios entre los dos senos. Llevado por su belicoso ardor, tras haber magullado aún con el puño al segundogénito de Vasava, el merodeador nocturno retrocedió el espacio del alcance de un arco. En aquel momento, en el aire, un gran grito se escuchó: «¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien!» Una vez que hubo golpeado así a Vishnú, el rakshasa metióse también con Garuda. Vainateya, irritado, apartó con el viento de sus alas al rakshasa, como un violento huracán disipa un montón de hojas secas. Cuando vio a su hermano mayor rechazado por el viento que hacían las alas del Indra de los pájaros, Sumali con sus batallones huyó en dirección a Lanká. Echado por el poderoso viento de las alas de Garuda, Malvayat, a su vez, juntóse a su ejército y volvióse con él a Lanká lleno de confusión. Los rakshasas, príncipe de los ojos de loto, tras haber sido vencidos con frecuencia por Hari en la guerra y perdido sus más valientes generales, en su impotencia para hacer frente al poderoso Vishnú, que los diezaba, abandonaron Lanká y se fueron a habitar el Patala con sus mujeres. Los rak-

shasas ordenados al lado de Sumali, ¡oh príncipe de los Raghús!, afamados por su fuerza y salidos de la raza de Salakantakata, tú fuiste el que abatiste a estos guerreros que llevaban el nombre de Paulastyas, Sumali, Malvayat, Mali y sus compañeros, todos llenos de recursos y más poderosos que Ravana. En verdad, ningún otro podía destruir a estos enemigos de los suras, extirpar estas espinas de los devas, a excepción de Narayana, el dios que lleva la caracola, el disco y la maza. Porque Narayana eres tú, el dios de los cuatro brazos, eterno, venido a este Mundo para exterminar a los rakshasas, el Señor invencible e inmutable, el padre de las criaturas que, cada vez que perece el dharma, aparece para pérdida de los bandidos y amor de los que refugian junto a él. El origen de los rakshasas, ¡oh rey de los hombres!, acabo de referírtelo enteramente, exactamente. Aprende ahora, además, príncipe de los Raghús, en toda su extensión, el incomparable poder nativo de Ravana y de sus hijos. Durante mucho tiempo Sumali erró por el Rasatala; aquel rakshasa estaba constantemente atormentado por el temor a Vishnú. Y durante aquel tiempo el poderoso Amo de las riquezas, rodeado de sus hijos, habitó Lanká.»

## SARGA IX

### NACIMIENTO DE DASAGRIVA Y DE SUS HERMANOS

«Al cabo de cierto tiempo, el rakshasa llamado Sumali salió del Rasatala para recorrer el Mundo de los hombres por entero. Semejante a una sombría nube, adornado con hebillas de oro puro, llevó con él a su hija, joven que se parecía a Sri sin su loto. Aquel Indra de los rakshasas, paseándose por la Tierra, vio al Amo de las riquezas que viajaba en el carro Pushpaka. Y se fue a ver a su padre. Tras haber visto al hijo de Pulastya, del Amo que con el brillo de un Inmortal avanzaba, semejante a Pavaka, entró, del Mundo de los hombres en el Rasatala, maravillado. He aquí en qué pensaba aquel inteligentísimo rakshasa: «¿Cuál es el mejor medio de aumentar nuestra fuerza?» Tal se preguntaba aquel Indra de los rakshasas, semejante a Pavaka, que llevaba hebillas de oro pasadas por el crisol. Tras haber reflexionado, aquel inteligentísimo rakshasa dijo a Kaikasí: tal era su nombre: «Hija mía, es tiempo ya de casarte; tu juventud se pasa, y por temor a una repulsa, los enamorados no te hacen la corte. He aquí



por qué, conscientes de nuestro deber, nos ocupamos todos de ello. Provista estás, en verdad, de todas las excelencias; te asemejas, hija querida, a la propia *Srí*. Una joven es una preocupación para todos los padres inquietos por su honor. No se sabe quién se casará con ella, hija querida. La familia de su madre, la familia de su padre y aquella en la que está establecida: tres familias que una joven ocurre que tiene llenas de ansiedad. En cuanto a ti, busca al excelente asceta, al mejor retoño de la raza de *Prajapati*, escoge tú misma a *Visravas*, ¡oh hija mía!, el descendiente de *Pulastya*. Con él tendrás, no hay duda, ¡oh hija mía!, hijos semejantes a este *Amo* de los tesoros, que en cuanto a esplendor es émulo del astro luminoso.» A estas palabras, la joven, empujada por su deferencia filial, fue adonde estaba *Visravas*, y allí practicó el ascetismo. En aquel momento, ¡oh *Rama*!, el *Dos-veces-nacido*, salido de *Pulastya*, ocupábase del añihotra: hubiérasele tomado por un cuarto fuego. Ella, sin preocuparse de la hora, era ya tarde, por respeto a su padre, presentóse ante el asceta, y se detuvo con los ojos bajos a sus pies rascando repetidamente la tierra con la punta de sus dedos gordos. Al ver a aquella hermosa joven, cuyo rostro asemejábase al de la *Luna* en todo su esplendor, y que resplandecía con brillo propio, aquel muni de muy alta extracción la preguntó: «¡Oh afortunada! ¿De quién eres hija? ¿De dónde vienes? ¿Para qué? ¿Con qué propósito? Responde sinceramente, hermosa.» Así interrogada, la joven, haciendo el *anjali*, respondió: «Bien debes conocer mi intención, ¡oh muni!, en virtud de tu propio poder. Te dire, no obstante, ¡oh *brahmarshi*!, que es por orden de mi padre por lo que he venido. *Kaikasi* es mi nombre; lo demás, ya debes conocerlo.» Entonces el muni, habiendo reflexionado, pronunció estas palabras: «Sí, sé bien, ¡oh afortunada!, el deseo que te trae. Tú quieres tener hijos de mí, tú, que vienes al encuentro de un elefante ebrio de mada. Mas, puesto que te presentas a la hora sombría del crepúsculo, a causa de ello, escucha, ¡oh afortunada!, qué hijos darás a luz: hijos sombríos, de aspecto de sombra, que se complacerán con las gentes sombrías de la naturaleza. Tendrás, mujer de las bellas formas, *rakshasas* famosos a causa de sus crueles hazañas.» Oídas estas palabras, *Kaikasi* se prosternó diciendo: «¡Oh Bienaventurado!, yo no quíreo que tú, que recitas el *Veda*, me des tales hijos, hijos de costumbres tan depravadas; seme favorable.» A este ruego de la joven, *Visravas*, toro de los munis, añadió (hubiérase dicho *Lunas*, en su plenitud, en presencia de *Rohini*): «El último hijo que te nacerá, mujer de la hermosa

cara, será de una naturaleza semejante a la mía; será virtuoso, no lo dudes.» Así habló a la joven, ¡oh Rama! Esta, al cabo de algún tiempo, trajo al mundo un hijo horrible, con cara de rakshasa, muy sombrío. Nació con diez cuellos, grandes dientes y el aspecto de un montón de negro colirio. Sus labios eran del color del cobre. Tenía veinte brazos, una boca enorme, y su cabellera era roja como la brasa. Cuando nació, chacales y otras fieras que masticaban llamas describieron círculos hacia la derecha. El dios Parjanya hizo llover sangre, mientras que los nubarrones lanzaban roncós gritos; el Sol dejó de lucir; enormes blandones de fuego cayeron al suelo. La Tierra tembló; horribles vientos soplaron, el inquebrantable Océano, el padre de los ríos, quedó trastornado. Entonces su padre, que se asemejaba al Abuelo, le dio un nombre diciendo: «Este niño de los diez cuellos será Dasagriva.» Inmediatamente tras él nació el muy vigoroso Kumbhakarna, gigante que no tenía igual en el mundo. Luego vino una hija a la que llamaron Surpanakhá, de horrible aspecto. El virtuoso Vibhishana fue el último hijo de Kaikásí. Al nacer este gran ser, una lluvia de flores cayó; en la región del Cielo los gongos de los dioses resonaron, y una gran voz aérea gritó: «¡Bravo! ¡Bravo!» Y en el vasto bosque crecieron Kumbhakarna y Dasagriva; los dos llenos de fuerza llegaron a ser el látigo de los mundos. El insensato Kumbhakarna recorría los tres mundos, devorando, sin hartarse jamás, a los grandes rishis, aplicados a su deber. En cuanto al virtuoso Vibhishana, siempre fiel al dharma, hacía del estudio de los *Vedas* su constante alimento y vivía como vencedor de sus sentidos. Entre tanto, Vaisravana, el dios de los grandes tesoros, luego de algún tiempo, fue a visitar a su padre, en su carro Pushpaka. Al verle, todo llameante, por decirlo así, de esplendor, la rakshasí Kaikásí fue a buscar a Dasagriva y le dijo: «Hijo mío, mira: Vaisravana, tu hermano, está rodeado de esplendor, mientras que tú, cuya naturaleza es, no obstante, la misma, considera lo que eres ¡Oh Dasagriva!, tú, que estás dotado de una energía sin medida, procura volverte semejante a Vaisravana.» Oyendo estas palabras de su madre, el orgulloso Dasagriva sintió un despecho sin igual e hizo este juramento: «¡Te juro la verdad: llegaré a ser igual a mi hermano, si tal vez no superior en poderío! Puedes desterrar la preocupación que ha entrado en tu corazón.» Entonces, Dasagriva, a quien sus hermanos menores acompañaban, irritado, resolvió cumplir una obra muy difícil aplicando su voluntad al tapás diciendo: «¡Alcanzaré mi propósito mediante el ascetismo!» Tomada esta resolución, fue

con objeto de santificar su alma, al hermoso eremitorio de Gokarna. Allí, el rakshasa, con sus hermanos menores, practicó un ascetismo sin igual, de tal modo eran rudas sus austeridades. Agradó al Abuelo, al Señor, el cual, llevado por su contento, le concedió los dones que aseguran la victoria.»

## S A R G A X

### ASCETISMO PRACTICADO POR DASAGRIVA Y SUS HERMANOS. DONES DE BRAHMA

Al llegar a este punto del relato, Rama preguntó al muni: «¿Cómo estos tres hermanos de tan gran vigor practicaron, ¡oh brahmán!, el ascetismo? ¿De qué naturaleza fue éste?» Agastya respondió a Rama, cuyo corazón desbordaba de alegría: «Las prácticas piadosas de cada uno de ellos fueron diferentes. Así, por ejemplo, Kumbhakarna se afianzó con todas sus fuerzas y constantemente en ir por el sendero del deber; en el tiempo del calor practicaba el ejercicio de los cinco fuegos colocándose en medio de ellos. Bajo el aguacero, que le inundaba, cuando el tiempo de las lluvias, tomaba la actitud del virasana (385), y siempre, en la estación fría, permanecía metido en medio del agua. Diez mil años transcurrieron, durante los cuales aplicó así su espíritu al dharma, manteniéndose en la buena vía. Vibhishana, por su parte, él, que era el dharma mismo, que estimaba el dharma sobre todo lo demás y que practicaba la pureza, se mantuvo durante cinco mil años de pie, sobre un solo pie. Esta penitencia cumplida, los coros de apsaras danzaron; cayó una lluvia de flores y los devatas cantaron himnos. Durante otros cinco mil años permaneció cara al Sol, de pie, la cabeza y los brazos al aire, el espíritu ocupado en la meditación de los *Vedas*. Vibhishana, cual un habitante del Ciclo en el Nandana, vivió así diez mil años, en medio de tales maceraciones. En cuanto a Dasanana, durante diez mil años (*dasavarshasahasrami*) se privó de alimento; y a cada millar de años vencidos inmolaba una de sus cabezas a Añi. Así, cuando transcurrieron nueve mil años, nueve de sus cabezas habían sido consumidas por el fuego. Cumplido el décimo millar de años, Dasagriva iba a cortarse la última cabeza, cuando llegó el Abuelo. El Abuelo, en el colmo de la alegría, fue entonces a visitarle con los devas y le dijo: «Estoy muy contento. Pronto, escoge, ¡oh tú, que cono-

ces el dharma!, el favor que quieras. ¿Qué privilegio te concederé hoy? No te habrás macerado en vano.» Entonces Dasagriva, el alma transportada de alegría, inclinando la cabeza ante el dios, le respondió con voz temblorosa a causa de la felicidad: «¡Oh Bhagavat!, para los vivos no existe jamás otro temor semejante a la muerte. No hay enemigo comparable a Mrityu. Escojo la inmortalidad.» Así habló Dasagriva. Brahma le respondió: «Tú no podrías ser absolutamente inmortal. Pídemelo otro favor.» Oyendo estas palabras, ¡oh Rama!, de Brahma, el autor de los mundos, Dasagriva respondió, haciendo el anjalí ante él: «Que los suparnas, los nagas, los yakshas, los daityas, los danavas y los rakshas no puedan matarme, como tampoco los devatas, ¡oh rey de los seres! ¡Oh Eterno! Las otras criaturas no me preocupan en modo alguno, ¡oh tú, a quien los Inmortales adoran! Para mí esos seres, empezando por los hombres, son como briznas de paja.» Así habló Dasagriva, el rakshas. El piadoso Deva, el Abuelo, a quien los dioses acompañaban, le dijo: «Será según tu deseo, ¡oh toro de los rakshasas!» Tras haber respondido de este modo a Dasagriva, ¡oh Rama!, el Abuelo añadió: «Escucha además el gran favor que te concedo por añadidura, de tal modo estoy contento. Las cabezas que has sacrificado precedentemente en el fuego, ¡oh irreprochable rakshasa!, te crecerán de nuevo, tal cual estaban. Te concedo, en fin, ¡oh amigo mío!, este otro privilegio difícil de obtener: podrás tomar a tu voluntad todas las formas que tu alma desee.» Cuando el Abuelo hubo hablado así a Dasagriva, el rakshas, las cabezas que éste había consumido en el fuego le crecieron de nuevo. Tras haber hablado de este modo, ¡oh Rama!, a Dasagriva, el Abuelo de los Mundos dijo a Vibhishana: «¡Oh querido Vibhishana, tú, en quien la inteligencia se alía a la lealtad, estoy muy contento de ti; escoge un don, ¡oh virtuoso y piadoso solitario!» Vibhishana entonces, con su alma leal, respondió haciendo el anjalí, él, que estaba rodeado sin cesar de todas las cualidades, como Candramas de sus rayos: «¡Oh Bhagavat!, creo que no he hecho sino lo que debía hacer. Tú eres el gurú de los mundos. Si, dada tu satisfacción, crees que debes concederme un favor, escucha, ¡oh santo Señor!: haz que en medio mismo del mayor desamparo mi alma pertenezca siempre al dharma. Que, sin haberlo aprendido, el Brahmastra, ¡oh Bhagavat!, me sea familiar. Los pensamientos cualesquiera que me acudan en no importa qué retiro, que sean siempre absolutamente conforme al dharma, y que todos mis deberes no deje de cumplirlos. Tal es, ¡oh el más noble de los seres!, el don que yo estimo

más precioso. Pues creo que para aquellos que se aferran al dharma nada en el Mundo les es imposible.» Prajapati, lleno de gozo, dirigió de nuevo la palabra a Vibhishana: «¡Oh virtuosísimo y querido hijo!, así será como tú dices. Puesto que bien que salido de una matriz de rakshasí, ¡oh matador de tus enemigos!, la iniquidad no viene tan siquiera a tu espíritu, ¡te concedo la inmortalidad!» Tras estas palabras, como Prajapati se disponía a conceder también un presente a Kumbhakarna, todos los suras, haciendo el anjalí, le hablaron de este modo: «En cuanto a Kumbhakarna, no le otorgues privilegio. Bien sabes en qué modo los tres mundos temen a este perverso. En el Nandana (386) mismo siete apsaras y diez servidores de Mahendra han sido devorados por él, ¡oh Brahma!, sin contar los rishis y los hombres. He aquí lo que, sin necesidad de privilegio, ha hecho esc rakshasa. De recibir uno, se comería a los tres mundos. A guisa de favor súmele en el extravío, ¡oh tú, cuyo brillo es sin medida! Con ello, los mundos estarán seguros, ¡y él tendrá su justa recompensa!» Así dijeron los suras. Brahma, nacido del loto, pensó en la diosa, su esposa. Apenas hubo pensado en ella, ya Saravastí estaba a su lado. Haciendo el anjalí se acercó y dijo: «Aquí me tienes, ¡oh dios! ¿Qué es preciso que haga?» Prajapati respondió a la diosa llegada a su lado: «¡Oh tú, que eres la Palabra!, sé en la boca de este Indra de los rakshasas la palabra querida por los dioses.» «Sí», dijo ella, y cuando hubo entrado en la boca de Kumbhakarna. Prajapati añadió: «Kumbhakarna, el de los grandes brazos, escoge el favor que desees.» A esta cuestión, Kumbhakarna respondió: «Dormir años múltiples, ¡oh dios de los dioses!; he aquí mi deseo.» «¡Que sea así!» Y esto dicho, Brahma se marchó con los suras. La diosa Saravastí salió entonces del rakshasa, mientras con Brahma los dioses se volvían al Cielo. Cuando Saravastí le hubo dejado, Kumbhakarna adquirió conciencia de sí mismo; y entonces aquel perverso dijo pensando en su infortunio: «¿Cómo tales palabras han podido salir de mi boca? Creo que he sido enloquecido por los dioses que han venido aquí.» Tras haber recibido aquellos diversos privilegios, los tres hermanos del ardiente tapás se retiraron a un bosque de Sleshmatakas, donde vivieron dichosos.»

## S A R G A X I

## DHANADA CEDE LANKÁ A DASAGRIVA

«Sumali, al saber los privilegios que habían obtenido aquellos merodeadores nocturnos, desterró su miedo y salió con su séquito de Rasatala. Marichá, Prahasta, Virupaksha y Mahodara lanzáronse del Rasatala llenos de furor; eran los compañeros de aquel rakshas. Sumali con sus camaradas, rodeado de toros de entre los rakshasas, fue al encuentro de Dasagriva; le abrazó y le dijo: «Gracias al Cielo, hijo querido, ha sido cumplido el deseo de mi corazón, puesto que has recibido del jefe de los tres mundos el privilegio más importante. El gran espanto que nos obligó a dejar Lanká, para refugiarnos en el Rasatala, adonde nos arrojó Vishnú, ¡hele aquí disipado al fin! Varias veces, bajo la garra de este terror, abandonamos nuestro retiro, y perseguidos nos hundimos todos juntos en el Rasatala. Nuestra ciudad de Lanká, mansión de los rakshasas, tu hermano la ha usurpado, el astuto guardián de los tesoros. Si te es posible ora por la persuasión, bien mediante presentes, ya por la fuerza, el llevarnos allí, ¡oh héroe sin reproche!, hazlo. Con ello llegarás a ser el soberano de Lanká, no hay duda, y gracias a ti esta raza de los rakshasas, ahora caída, se levantará. Entonces tú reinarás sobre nosotros todos, ¡oh Señor!» Dasagriva respondió a su abuelo materno, que estaba a su lado: «El Amo de las riquezas es nuestro hermano mayor; es preciso no hablar de este modo.» Suavemente rechazado de este modo por el Indra de los rakshasas, el más poderoso de todos, Sumali no insistió; sabía bien lo que quería. Ahora bien: algún tiempo después, Ravana residía siempre allí, Prahasta le habló de este modo insinuante: «¡Oh valeroso Dasagriva!, hablar cual lo hiciste no es propio de ti. El amor fraternal no es lo propio de los héroes; escucha más bien esto que te convencerá: Adití y Diti, aquellas dos hermanas que se amaban recíprocamente, y que eran ambas de extraordinaria hermosura, casáronse con Kasyapa, el Prajapati. Adití dio nacimiento a los devas, soberanos de los tres mundos, y Diti a los daitias, que tuvo asimismo con Kasyapa. A los daitias, héroes virtuosos, perteneció primeramente esta Tierra envuelta por el Océano, con sus montañas. Llegaron a ser muy fuertes. No obstante, fueron muertos en una guerra por Vishnú, el todopoderoso, que sometió a los devas este triple Mundo impe-

recedero. Por consiguiente, tú no serás el único que haya hecho una revolución, puesto que los suras y los asuras la hicieron ya. Sigue mi consejo.» Dasagriva, tras este discurso que le llenó el alma de alegría, luego de haber reflexionado un momento, dijo: «¡Está bien!» Y, lleno de alegría, aquel mismo día el valoroso Dasagriva fue al bosque inmediato a Lanká con sus merodeadores nocturnos. Apostado en el Trikuta, aquel corredor de noches disputó en embajada a Prahasta, hábil en palabras: «Prahasta, ve presto a ponerte al habla con el toro de los nairritas. Llévale de mi parte, primeramente, estas palabras de conciliación. Dile: Esta ciudad de Lanká, ¡oh príncipe!, pertenece a los magnánimos rakshasas. Tú te has apoderado de ella, amigo mío; lo que no es justo, ¡oh tú, que, por supuesto, eres sin reproche! Si nos la restituyes inmediatamente, héroe de proezas sin igual, me procurarás un placer extremado, y el buen derecho quedará salvado.» Entonces Prahasta fue a la ciudad de Lanká, de la que Dhanada era el firme bastión. Y allí dirigió al guardián de los tesoros, de muy ilustre extracción, el discurso siguiente: «Vengo diputado por tu hermano Dasagriva junto a ti, piadoso héroe de los grandes brazos, el mejor de todos los guerreros. Mis palabras, ¡oh Amo de las riquezas!, son las de Dasanana. Esta ciudad encantadora fue en otro tiempo poseída, héroe de los grandes ojos, por los rakshasas, los de las terribles hazañas, que tenían a Sumali por jefe. A causa de ello Dasagriva te hace saber, hijo querido de Visravas, que ahora tienes que restituirla; te lo pide amistosamente.» A este lenguaje de Prahasta, el dios Vaisravana dio la siguiente respuesta, digna del más hábil de los discurredores: «Lanká me ha sido dada por mi padre, cuando fue abandonada por los merodeadores nocturnos. La he ocupado, ¡oh rakshas!, a costa de larguezas, honores y toda clase de privilegios. Ve a repetir mi respuesta, la siguiente, a Dasagriva: La ciudad y el reino que poseo son también tuyos, ¡oh héroe de los largos brazos!; goza de este Imperio sin obstáculo. Posee conmigo, sin reparto, reino y tesoros.» Esto dicho, el guardián de las riquezas se fue a buscar a su padre. Y tras saludarle le expuso el requerimiento de Ravana: «Ese Dasagriva, querido padre, ha enviado un mensajero para decirme: devuelve la ciudad de Lanká, habitada en otro tiempo por la tribu de los rakshasas. Ahora, lo que debo hacer dímelo, ¡oh santo gurú!» A esta demanda, el brahmarshi Visravas, toro de los ascetas, dijo a Dhanada, haciendo el anjalí. «Escúchame, hijo mío. Dasagriva, el de los grandes brazos, ha hablado en mi presencia de este asunto, y frecuentemente le

he dirigido reprimendas; es muy malo. Llevado por mi indignación, le decía: «Te perviertes cada vez más; más te valdría, ¡hijo mío!, escuchar mis palabras, que son las de la razón y la equidad.» Pero el privilegio que ha recibido le enloquece y no es capaz de discernir lo honrado de lo que no es, de tal modo es vicioso. Es a causa de mi maldición por lo que ha caído en esta abyección lamentable. A causa de ello, retírate, ¡oh héroe de los grandes brazos!, al Kailasa, que sostiene a la Tierra; fija tu morada, y abandona Lanká con los tuyos. En aquel lugar que te indico, corre el encantador Mandakini, el más excelente de los ríos, cuyas aguas están cubiertas de lotos de oro que tienen el brillo del Sol, de kumudas, de utpalas y otras variedades de suave perfume. Devas con gandharvas, apsaras, uragas y kimnaras, gustan de practicar allí sus divertimientos acostumbrados y en él permaneces constantemente. No te conviene, ¡oh Dhanada!, que entres en lucha con ese rakshas, pues ya conoces la excelencia del privilegio que ha obtenido.» Oída esta respuesta y dócil a los consejos de su padre, Dhanada se alejó de Lanká con su esposa, sus hijos, sus consejeros, sus tiros de caballos y sus tesoros. Entre tanto, Prabhasta volvió junto al poderoso Dasagriva y le dijo, el alma llena de alegría, en presencia de sus ministros y de su séquito: «Libre está la ciudad de Lanká; Dhanada la ha evacuado; ha partido. Ocúpala para cumplir con nosotros tu deber.» Así habló Prabhasta y el todopoderoso Dasagriva invadió Lanká en unión de sus hermanos, su ejército y su corte. Aquella ciudad que Dhanada acababa de abandonar y a la que surcaban grandes y bien trazados caminos, el enemigo de los dioses subió a ella como al Cielo el rey de los devas. Entronizado por los merodeadores nocturnos, Dasanana se estableció en aquella ciudad, que no tardó en llenarse de rakshasas semejantes a negras nubes. El Amo de las riquezas, por su parte, respetuoso a las palabras paternas, construyó sobre el monte, puro como Sasin, del Kailasa, una ciudad que adornó con espléndidos palacios, decorados suntuosamente: lo mismo que Puramdara cuando construyó en el Cielo a Amaravati.»

## SARGA XII

## MATRIMONIOS DE LOS RAKSHASAS

«El Indra de los rakshasas, habiendo recibido la unción real, acompañado de sus hermanos, pensó en casar a la rakshasí, su hermana. Dio esta rakshasí al rey de los kalakas, In-



dra de los danavas; su hermana Surpanakhá, el rakshasa se la dio él mismo a Vidyujihva. Luego, esto hecho, el rakshasa partió de caza. Y he aquí que vio, ¡oh Rama!, al hijo de Dití, llamado Maya. Habiéndole encontrado en compañía de una joven. Dasagriva, el merodeador nocturno, le preguntó: «¿Quién eres que vagas solo por un bosque abandonado de hombres y fieras? ¿Cómo estás aquí con esta mujer de ojos de gacela joven?» Maya respondió, ¡oh Rama!, a las preguntas del merodeador nocturno: «Escucha, te contaré toda la verdad. Hemá era el nombre de un apsara, de la que tal vez hayas oído ya hablar. Las daivatas me la dieron como Paulomí a Satakratu. Lleno de amor por ella, hacía diez siglos que estaba a su lado, cuando me fue arrebatada por obra de las daivatas. Pasaron trece años. El décimocuarto construí una ciudad de oro, a la que adorné con diamantes y esmeraldas con ayuda de la Mayá. Allí viví, privado de Hemá, triste, muy desgraciado. Cogiendo a mi hija, salí de aquella ciudad para refugiarme en el bosque. Mi hija, a la que ves aquí, ¡oh rey!, había crecido en el regazo de Hemá. Y aquí estoy con ella dispuesto a buscarla un marido. Una hija es para su padre una calamidad, para aquellos padres, claro, que se preocupan por su honor, pues pone, en efecto, a dos familias en un continuo peligro. También me han nacido dos hijos de mi esposa, Mayavín es el primero, querido amigo; Dundubhi viene inmediatamente después. Te he contado toda la verdad, según descabas. Y ahora, hijo querido, ¿cómo nonocerte por mi parte? ¿Quién eres tú?» A estas palabras, el Rakshasa respondió con respeto: «Yo soy de la raza de Pulastya; Dasagriva es mi nombre; tengo por padre al muni Visravas, que es el tercer hijo de Brahma.» Aquellas palabras del Indra de los rakshasas, ¡oh Rama!, al hacerle saber que había nacido de un gran rishi, Maya, toro de los danavas, entró en deseos de darle su hija. Tomando entonces en su mano la mano de ésta, Maya, el Indra de los daitias, dijo sonriendo al Indra de los rakshasas: «¡Oh rey!, esta niña, de la que Hemá, la apsara, es madre, esta joven Mandodari, tal es su nombre, acéptala como esposa.» «No tengo inconveniente», respondió Dasagriva, ¡oh Rama! Luego, habiendo encendido fuego él mismo, procedió al mutuo apretón de manos. No obstante, Maya sabía la maldición pronunciada contra Dasagriva por su padre, tesoro de ascetismo. Pero le dio su hija cuando escuchó que era descendiente del Abuelo. Al mismo tiempo le entregó un venablo cuyo golpes no fallaban nunca, absolutamente maravilloso. Lo había obtenido al precio de excesivas maceraciones. Con este arma fue

con la que Ravana hirió a Lakshmana. Tras haber contraído de este modo matrimonio, el soberano señor de Lanká volvióse a esta ciudad. Y tomó, de acuerdo con ellos, dos mujeres para sus dos hermanos. La hija de Vairocana, llamada Vajrajvalá, Ravana la unió a Kumbhakarna. La hija del rey de los gandharvas, del magnánimo Sailusha, la virtuosa Saramá, Vibhishana la recibió como esposa. Había nacido a orillas del lago Manasa, en el momento en que el lago Manasa desbordábase a causa de una crecida de las aguas. La madre de la niña, llena de ternura, exclamó: «¡Que el lago no se desborde!» Y entonces la niña fue llamada Saramá. Estas alianzas concluidas, los rakshasas se entregaron a la alegría, cada uno con su esposa, como los gandharvas en el Nandana. Con el tiempo, Mandodari dio a luz un hijo, que tenía la voz de un nubarrón. El que designáis con el nombre de Indrajit. Ya apenas nacido aquel hijo de Ravana lanzó rugiendo un ruido terrible, lo mismo que una ruhe tempestuosa. Toda la ciudad quedó aturrida, ¡oh Raghava! Su padre le llamó él mismo Meghanada. Creció, ¡oh Rama!, en el magnífico gineceo de Ravana. Oculto en el regazo protector de mujeres escogidas, como un fuego bajo virutas, el hijo de Ravana era la alegría de su madre y de su padre.»

### SARGA XIII

#### CRÍMENES DE RAVANA

«Y he aquí que el Amo de los mundos envió, algún tiempo después, a Nidrá junto a Kumbhakarna, bajo la forma de un sueño irresistible. Kumbhakarna dijo a su hermano, que estaba allí: «Nidrá me encadena, ¡oh rey!; prepárame un asilo.» El rey eligió obreros semejantes a Visvakarmán, que construyeron para Kumbhakarna una espléndida habitación, ancha de una yojana, larga de dos, magnífica, muy apartada. Adornada por todas partes con columnas de cristal incrustadas de oro. Sus escaleras estaban hechas con esmeraldas; filas de campanillas había suspendidas; galerías de marfil, dispuestas; el suelo era de diamantes y de cristal. Encantadora y perfectamente cómoda era la mansión que hizo construir el Rakshasa; en ella tenía que ser, el que la habitase, completa y constantemente feliz: como en una de las grutas santas del Merú. Allí fue donde, invadido por el sueño, el poderoso Kumbhakarna durmió varios millares de años sin despertar-

se. Mientras su hermano era domado de aquel modo por Nídrá, Dasanara, de inclinaciones desenfrenadas, molestaba a devas, rishis, yakshas y gandharvas. Sus hermosos parques, sus bosquecillos, etc., los recorría como un demente destrozándolos. El Rakshasa devastaba los ríos como un elefante que retoza; los árboles como un violento huracán las colinas, cual si el rayo fuese el que cayese encima. Cuando supo la conducta de Dasagriva, el virtuoso Amo de las riquezas, reflexionando que la suya era conforme a la dignidad de su raza, y queriendo demostrar su fraternal afecto, Vaisravana diputó a un mensajero a Lanká en interés de Dasagriva. El enviado, una vez en la ciudad, fue junto a Vibhishana, que le recibió con todos los honores y le interrogó sobre el motivo de su venida. Tras haberse informado respecto a la salud del rey Dhanada y de sus parientes, Vibhishana le introdujo a presencia de Dasanana en la sala en que descansaba. El mensajero, al ver al príncipe que brillaba en virtud de su propio tejás, le dijo: «¡Sé vencedor!» Y, tras haberle saludado con estas palabras, permaneció un instante silencioso. Dasagriva estaba echado en un riquísimo sofá, cubierto de soberbios tapices; el mensajero le habló de este modo: «¡Oh rey!, te repetiré íntegramente las palabras de tu hermano: En los dos debe haber paridad de conducta, como hay paridad de raza. Basta de procedimientos ordinarios como hasta ahora; en adelante es preciso ordenarse. ¡Ea!, que la equidad sea tomada como regla, si no es imposible. He visto el Nandana saqueado; los rishis son maltratados, se me ha dicho: la gestión de los devatas a propósito de ti, príncipe, la he sabido también. Yo he sufrido de tu parte numerosos sofiones; no importa, incluso si es culpable el joven debe ser protegido por los suyos. Había ido a la meseta del Himavat para observar allí el dharma; allí me había sometido a las prácticas de Rudra, mortificando y refrenando mis sentidos. Ahí advertí al divino Amo, acompañado de Umá; mi ojo izquierdo por casualidad cayó sobre la diosa. ¿Quién es esa mujer?, me pregunté, y, en verdad, gran rey, que lo hacía sin mala intención, pero ocurría que Rudra había tomado una mujer sin igual. La diosa, en virtud de celestial potencia, me quemó aquel ojo; y la luz hizo para el otro como polvo, y de tinte amarillento. Entonces, habiéndome ido a otra ancha meseta del monte, allí guardé en silencio, durante ochocientos años, el gran voto. Esta penitencia acabada, el dios, el Señor Mahesvara vino a decirme con el alma llena de alegría: «Estoy satisfecho de tu tapás, ¡oh Amo de los tesoros! Nadie ha practicado una observancia semejante. Este régimen particular-

mente severo, yo le seguí en otro tiempo, yo también. Ten, pues, a bien concederme tu amistad, querido señor de las riquezas. Tu tapás me ha ganado; sé mi amigo, tú, que eres sin reproche. Como la diosa de la que habías visto la forma te quemó el ojo izquierdo ello hirió al otro de ictericia; pero lo ocurrido te valdrá ya para siempre el sobrenombre de Ekakshingalin.» Tras haber contraído amistad con Samkara me despedí de él. Y ha sido a mi vuelta cuando he sabido tu mala conducta. Renuncia a esta vida abominable que deshonra a tu raza. Mira que piensan en el medio de destruirte los suras, con las tropas de rishis.» A este lenguaje Dasagriva, rojos de furor los ojos, apretando puños y dientes a un tiempo, replicó en estos términos: «Ya sabía, mensajero, lo que acabas de decirme. Tú no eres mi hermano, pero tampoco lo es el que te envía, pues no es en interés mío por lo que habla ese jefe de los tesoros. Hace falta estar loco para venir a hablarme de su amistad con Mahesvara. No, el lenguaje que me transmites no es tolerable. Hasta aquí, ¡oh mensajero!, le he soportado. «No podría matar a un gurú; es mi hermano mayor», me decía. Pero ahora que he oído su discurso, he aquí mi resolución: los tres mundos los conquistaré, seguro del valor de mi brazo. Al instante mismo tan sólo por odio hacia él, a esos cuatro guardianes del Mundo voy a conducirles a la mansión de Yaina.» Habiendo hablado así, el amo de Lanká, Ravana, mató al mensajero de un sablazo y se lo dio a los perversos rakshasas para que le devorasen. Luego, subiendo en su carro, en medio de aclamaciones, impaciente por conquistar los tres mundos, marchó en busca del amo de los tesoros.»

## SARGA XIV

## COMBATE DE RAVANA CONTRA LOS YAKSHAS

«Ravana, ebrio siempre de su fuerza, y rodeado de sus seis confidentes, Mahodara y Prahasta, Maricha, Suka, Sarana y Dhumrkaha, héroes que tan sólo soñaban con luchar, alejose soberbio, como si con su furor hubiera querido consumir los mundos. Ciudades, ríos, rocas, bosques, sotos, tras haberlos franqueado, llegó en un instante al monte Kailasa. Cuando supieron que el Indra de los rakshasas estaba acampado en aquella montaña, impaciente por combatir, lleno de audacia y de maldad, acompañado por sus consejeros, los yakshas no pu-

dieron permanecer frente a aquel Rakshas. «Es el hermano de nuestro rey», se dijeron. Y una vez que le hubieron reconocido, marcharon en busca de Dhanesvara. Llegados junto a él, le hicieron saber el propósito de su hermano; luego, con el permiso de Dhanada, partieron gozosos al combate. El choque de las valerosas tropas del rey de los nairritas fue violento como el del mar. El Mundo casi fue trastornado. Una lucha encarnizada se entabló entre yakshas y rakshasas. La confusión se produjo entre los satélites del Rakshas. Viendo un desorden semejante en su ejército, Dasagriva, el merodeador nocturno, tras numerosos gritos para reanimarlos, estalló de furor. Entonces los compañeros de temible valor del Indra de los rakshasas combatieron cada uno con un millar de yakshas. Heridos a mazazos, a sablazos, con barras, con venablos y con dardos. Dasagriva penetró en lo más espeso de los batallones. Perdiendo casi la respiración, Dasanana fue abrumado por lluvia de proyectiles que caían espesos, como el granizo de las nubes. Pero los dardos de yakshas no le conmovieron en modo alguno: cual un monte al que las nubes inundan con centenares de aguaceros. El héroe, blandiendo su maza, semejante al cetro de Kala, se precipitó sobre el ejército de los yakshas, al que envió a la mansión de Yama. Cual un fuego activado por el viento consume un montón de hierbas, o de virutas secas esparcidas, así destruía él el ejército de los yakshas. Sus grandes ministros, Mahodara, Suka y los otros, no dejaron escapar sino un reducido número de yakshas, que parecían nubes dispersadas por el viento. Abrumados a golpes, deshechos, caían en la refriega mordiéndose los labios con sus agudos dientes, llenos de rabia. Agotados por la fatiga y abrazándose unos a otros, sus armas rotas, los yakshas hundíanse en el campo de batalla, como se hunden los diques al empuje del agua. Los muertos que iban al Cielo, los combatientes que corrían de aquí para allá, las tropas de rishis que contemplaban el espectáculo no dejaban ningún vacío en el espacio. Cuando vio a aquellos Indras de los yakshas dispersados, pese a su bravura, el Inspector de los tesoros, héroe de grandes brazos, hizo salir a los yakshakas. A su llamada y en el momento mismo, ¡oh Rama!, se lanzó a la cabeza de un numeroso ejército, un yaksha llamado Samyodhakantaka. Alcanzado por él como por otro Vishnú, con el disco, en la refriega, Marichá cayó a tierra, como cae del monte Kailasa una estrella que ha agotado sus méritos. Pero al cabo de un instante, el merodeador nocturno recobró sus sentidos y su fuerza; entonces luchó contra el yaksha, que, deshecho a golpes, huyó.

Entre tanto, Dasagriva, los miembros cargados con adornos de oro, de plata y de esmeraldas, avanzó hasta las puertas de las barreras exteriores. Viendo entrar al merodeador nocturno, ¡oh rey!, el portero dijo, tratando de echarle: «Es Suryabharnu.» El Rakshasa iba a pasar adelante, cuando el yaksha se lo impidió. Cuando se vio detenido, ¡oh Ramal, no se descorazonó. Lo que hizo fue empezar a hundir la puerta mientras el yaksha le abrumaba a golpes. Todo cubierto de sangre, chorreaba como una roca inundada por una corriente de lava. Aunque herido por el yaksha con una hoja de puerta, el héroe no pereció, gracias al precioso don de Svayambhú. A su vez, armándose de la misma hoja de puerta, alcanzó al yaksha, que desapareció, el cuerpo hecho polvo. Luego fue una desbandada general de los yakshas, testigos de la fuerza del Rakshas. Se refugiaron en los ríos, en las cavernas, locos de terror, tirando sus armas, agotados, el rostro descompuesto.»

## SARGA XV

COMBATE DE RAVANA CON DHANADA. RAVANA SE APODERA  
DEL CARRO PUSHPAKA

«Viendo huir a los Indras de los yakshas por millares, el Vigilante de los tesoros dijo al poderoso yaksha Manicara: «Triunfa, ¡oh príncipe de los yakshas!, de Ravana, el de las perversas costumbres, el del infame espíritu. Socorre a los valerosos y belicosos yakshas.» A esta orden Manibhadra, el de los grandes brazos, muy difícil de vencer, marchó a combate rodeado de cuatro mil yakshas. Los yakshas cayeron sobre los rakshasas, a los que hirieron a mazazos, con barras, con jabalinas, con lanzas, con venablos y con mazos. Entablaron una lucha espantosa, cayendo sobre el enemigo con la rapidez del águila. «¡Ea, cede!», «¡No quiero!», «¡Pega!», tales eran sus gritos. Devas, gandharvas, rishis, recitadores del *Veda*, contemplando aquella terrible refriega, estaban maravillados. Prahasta inmoló con sus golpes a un millar de yakshas; Mahodara exterminó otros mil héroes sin reproche. Lleno de furor, ¡oh príncipe!, Maricha, ávido de combates, abatió en un abrir y cerrar de ojos a dos mil enemigos. De un lado los yakshas luchaban lealmente, pero del otro los rakshasas valíanse de la potencia de su magia, ¡oh tigre de los hombres! Por ello la superioridad de éstos en el combate. De agarrada

con Dhumraksha en la gran refriega, Manibhadra recibió en pleno pecho un furioso golpe de pisón; no se movió. A su vez, blandiendo su maza, Manibhadra golpeó con ella en la cabeza al rakshasa Dhumraksha, que cayó aturdido. Al ver a Dhumraksha herido y yaciendo cubierto de sangre, Dasanana se precipitó en lo más fuerte del combate sobre Manibhadra. Mientras acudía furioso, Manibhadra, toro de los yakshas, le atravesó con tres dardos. Herido, Dasagriva dio un golpe a Manibhadra en su diadema; el golpe inclinó hacia un lado aquella diadema. A partir de aquel momento el yaksha tornóse parsvamauli (387). Habiendo Manibhadra apelado a la huida, pese a su mucha valentía, un gran clamor, ¡oh rey!, se produjo en la montaña. De lejos Ravana fue advertido por el Guardián de los tesoros que estaba armado con una maza y rodeado de Sukra, de Praushthapada, así como de Padma y de Sankha. Al ver a su hermano que en el combate, a causa de la maldición paterna, había perdido toda dignidad, el sabio Kubera le dirigió estas palabras de acuerdo con la nobleza de su abuelo: «Puesto que, no obstante mis instancias, no renuncias a tus desbordamientos, ¡oh perverso!, más tarde conocerás sus resultados, cuando hayas caído en el Infierno. Aquel que por descuido bebe veneno, y cuando se da cuenta de ello no deja de beber, en su demencia, cuando el brebaje haya producido su efecto, conocerá los resultados de su acto. Las divindades no se complacen con toda clase de obras, incluso si son legítimas; con mucha más razón no gustan de las que te valen una situación semejante; ¡y tú no lo comprendes! Su madre, su padre, un brahmán, un maestro, aquel que para ellos carece de atenciones, recoge el fruto de su falta, cuando cae en poder del rey de los Difuntos. Aquel que no macera su cuerpo frágil, este insensato más tarde será macerado, cuando a su muerte entrará en la mansión que sus propias obras le hayan valido. Ningún perverso, en verdad, ve sus propósitos medrar a su capricho. Tal la obra, tal el fruto que se recoge. Prosperidad, hermosura, poder, hijos, riqueza, heroísmo, todo esto se obtiene aquí abajo, tras haberlo conquistado mediante buenas obras. Mientras que tú irás al Infierno obrando como obras. Y ya no te volveré a hablar; con los perversos es lo mejor que se puede hacer.» A estas palabras de Dhanada, que se dirigían igualmente a ellos, y abrumados por ellas, los satélites de Ravana, Maricha a su frente, volvieron grupas y los seis emprendieron la huida. No obstante, Dasagriva, a quien el poderoso Indra de los yakshas golpeó en la cabeza con su maza, no se movió de allí. Entonces, los dos, ¡oh Rama!, enta-

blaron un gran duelo, el uno contra el otro el yaksha y el rakshasa, sin sentir agotamiento, ni siquiera fatiga. Dhanada lanzó un dardo de Añi contra el Indra de los rakshasas, que le apartó con ayuda de un dardo de Varuna. Recurriendo a la magia propia de los rakshasas, Ravana se transformó de mil modos, para exterminar a su adversario. Tigre, jabalí, nube, monte, océano, árbol, yaksha, daitia también, que era su forma, bajo todos estos aspectos se dejó ver Dasanana. Aquellas numerosas metamorfosis eran visibles, pero él no lo era bajo sus rasgos personales. Finalmente empuñó, ¡oh Rama!, un arma poderosa, su enorme maza, que abatió sobre la cabeza de Dhanada, tras haberla hecho girar. Bajo aquel golpe, que le aturdió, el jefe de los tesoros, cubierto de sangre, cayó, cual una asoka al que han cortado las raíces. Entonces Padma y los otros nidhis rodearon a Dhanada, y se le llevaron a través de los aires al bosque Nandana. Vencedor de Dhanada, el Indra de los rakshasas, la alegría en el alma, se apoderó de su carro Pushpaka, como testimonio de su triunfo. Vigas de oro formaban su armadura; sus puertas estaban hechas de esmeraldas y de perlas; cordones de piedras preciosas dibujaban sus diversas partes; estaba plantado de árboles cargados de frutas en todo tiempo. Rápido como el pensamiento iba allí donde se quería y tomaba la forma que asimismo se quería durante su vuelo aéreo. Sus escaleras eran de piedras preciosas y de oro; sus suelos, también de oro refinado. Vehículo indestructible de los dioses, encanto perpetuo de los ojos y del corazón, era una acumulación de maravillas con sus adornos variados, aquella obra maestra del brahmán Visvakarmán. Todo cuanto se podía desear entraba en su construcción; su magnificencia por nada era sobrepujada. No era ni frío ni caliente, sino espléndidamente cómodo en toda estación. El rey Ravana, subido en aquel carro que marchaba a su voluntad y que su valentía le había valido, se imaginó, cegado por el exceso de su orgullo y por su perversidad, que había vencido al triple universo. Y tras haber triunfado del dios Vaisravana, descendió del Kailasa. Cuando su bravura le hubo valido aquella gran victoria, el merodeador nocturno, deslumbrante con su diadema de hileras de perlas sin defecto, subido en su maravilloso carro, partió al instante; centelleaba como Anala.»



## SARGA XVI

## ORIGEN DEL NOMBRE RAVANA

«Vencedor de su hermano Dhanada, ¡oh Rama! el jefe supremo de los rakshasas fue al lugar de origen de Mahasena, en el gran Saravana. Dasagriva contempló aquel gran Saravana de oro que proyectaba haces de luz, como un segundo Bhaskara. Escaló cierto monte que se elevaba en el interior del bosque encantador y se dio cuenta entonces, ¡oh Rama!, de que Pushpaka habíase quedado inmóvil. «¡El carro se ha parado! ¿Qué es esto? ¿Cómo es posible que ya no ande, él, que ha sido hecho para que vaya allí donde su dueño le place?» Tales eran las reflexiones del Indra de los rakshasas, a quien sus afiliados acompañaban. «¿Por qué motivo Pushpaka no va ya como a mí me place? ¿No ocurrirá esto a causa de algún habitante de esta montaña?» Entonces, ¡oh Rama!, el perspicaz Marichá le dijo: «No es sin causa, ¡oh rey!, por lo que Pushpaka no anda ya. Sin duda es porque no puede servir de vehículo sino a Dhanada, y ha quedado inmóvil por estar separado del Vigilante de los tesoros.» Según decía esto, apareció un horrible enano negro y amarillo, muy gordo, calvo, los brazos cortos, lleno de vigor: era Nandin. Habiéndose acercado al Indra de los rakshasas, aquel servidor de Bhava, del que este otro Nandin era el amo, le dijo sin conmoverse: «Vuélvete, Dasagriva; Samkara se divierte en este momento. Pájaros, serpientes, yakshas, devas, gandharvas, rakshas, para todos los seres, en una palabra, este monte se ha tornado inaccesible.» Oyendo este lenguaje de Nandin, Ravana, sacudiendo lleno de cólera sus arracadas, rojos de furor los ojos, saltando al suelo desde el carro, preguntó llegando hasta el pie de la roca: «¿Quién es el tal Samkara?» Entonces vio allí a Nandin, que estaba no lejos del dios y que brillaba de esplendor haciendo girar su venablo, cual un segundo Samkara. Al contemplar aquella cara de mono, el Rakshasa, lleno de desdén, rio burlescamente; hubiérase dicho el mugido de una nube lluviosa. Indignado, el felicísimo Nandin, aquella forma inferior de Samkara, dijo a Dasanana, que estaba junto a él: «Puesto que, bajo mi forma simiesca, me desprecias, Dasanana, lanzando una carcajada semejante al estallido del trueno, a causa de ello, vanaras, dotados de mi vigor, de forma poderosa como mi forma actual surgirán para la pérdida de tu raza. Armados

de garras y de dientes, ¡oh bárbaro!, se precipitarán, rápidos como el pensamiento, ebrios de combate, orgullosos de su fuerza, como una avalancha de rocas. Tu gran insolencia, tu vigor excepcional, lo abatirán todos juntos, así como el de tus partidarios y tus hijos. Es más: ahora me sería lícito matarte, ¡oh merodeador nocturno!; pero ya no se te puede hacer morir; ya has sido condenado a ello por tus propias maldades.» A esta predicción hecha por el dios magnánimo, los gongos divinos resonaron, y una lluvia de flores cayó del Cielo. Por su parte, sin hacer el menor caso de las palabras de Nandin, el vigorosísimo Dasagriva se acercó al monte diciendo: «Como es por cupa tuya que la marcha de Pushpaka, en el que viajabas, ha sido detenida, esta tú montaña la voy a desarraigar, ¡oh vaquero! ¿De dónde viene esa bizarria que tiene Bhava para retozar siempre de este modo como un rey? Lo que deberías saber, lo ignoras, que el momento de temblar ¡ha llegado!» Esto diciendo, ¡oh Rama!, agarró el monte a brazo partido, y le sacudió vivamente; la masa rocosa osciló. Ante aquella conmoción de la montaña, las tropas que acompañaban al dios se turbaron, y Parvati, asustada ella misma, se arrojó al cuello de Mahesvara. Entonces, ¡oh Rama!, Mahadeva, el primero de los dioses, Hara, con el dedo gordo del pie aplastó el monte como jugando. Y al mismo tiempo aplastó los brazos de Ravana, que asemejábanse a pilares de granito. Esto causó gran estupefacción entre los compañeros del Rakshas. El Rakshas, lleno de cólera y también a causa del dolor de sus brazos aplastados, lanzó de pronto un clamor que hizo temblar a los tres mundos. Sus ministros pensaron en la caída del rayo, cuando la destrucción final; mientras que, en los senderos, los devas tropezaron, Indra el primero. Los océanos fueron trastornados, y las montañas, quebrantadas. Yakshas, vidyadharas y siddhas exclamaron: «¿Qué ocurre?» Los consejeros de Dasanana le dijeron: «Aplaca a Mahadeva, el del cuello azul, el esposo de Umá. Fuera de él, no vemos salvación en este mundo, ¡oh Dasanana! Mediante cantos y prosternaciones ve a reclamar un asilo junto a él. Ablandado y contento, Samkara te será propicio.» Oyendo esto, Dasanana celebró al dios que tiene un toro por estandarte, mediante samans y stotras múltiples, prosternándose ante él. El Rakshasa lloró durante mil años. Entonces, satisfecho, el señor Mahadeva le devolvió la libertad de sus brazos a Dasanana, que estaba en la cima del monte, y le dirigió este discurso: «Estoy encantado de tu valor heroico y de tu alabanza, ¡oh Dasanana! Cuando fuiste cogido bajo la roca, lanzaste un grito espantoso, que resonó en los tres aterrados mundos. A

causa de ello, ¡oh rey!, tu nombre será en adelante Ravana. Divinidades, hombres, yakshas y los demás seres del Universo te llamarán Ravana: el que-hace-gritar a los mundos. ¡Oh Pulastya!, sigue con seguridad el camino que te plazca; recibe mi permiso, ¡oh rey de los rakshasas!, y parte.» Así habló Sambhú al soberano de Lanká, éste le dijo a su vez: «Si estás contento, Mahadeva, concédeme un favor, te lo ruego. He obtenido el no poder ser herido por los devas, los gandharvas, los danavas, los rakshas, los guhyakas y los nagas, así como tampoco por los otros seres de fuerza superior; los hombres no los cuento, ¡oh Dios!, son demasiado canijos, a mi juicio. Una larga existencia me ha sido asegurada por Brahma, ¡oh tú, el destructor de Tripura! Lo que yo deseo vivir, además de esto, concédemelo, así como un arma.» Así habló Ravana. Entonces, Samkara le dio una espada muy brillante, conocida con el nombre de Candrahasa. El jefe de los bhutas le concedió también un suplemento de existencia. Al entregarle el arma, Sambhú le dijo: «No dejes de tener con ella toda clase de miramientos. Pues de otro modo volverá a mí, sin duda alguna.» Tras haber recibido de este modo su nombre de Mahesvara, el gran dios, Ravana le saludó y volvió a subir sobre Pushpaka. Y a partir de aquel momento, empezó a recorrer el vasto Universo, domando a los kshatriyas más poderosos aquí y allá. Algunos bravos de entre ellos, ardiendo de coraje y no respirando sino batallas, por no haber querido someterse a él, perecieron con cuantos les rodeaban. Los otros, sabiendo al Rakshas invencible, se mostraron más prudentes: «Vencidos estamos», dijeron al Rakshasa, orgulloso de su fuerza.»

## SARGA XVII

### HISTORIA DE VEDAVATÍ

«He aquí, ¡oh rey!, que Ravana, el de los grandes brazos, mientras recorría la Tierra, llegó al bosque de Himavat, que empezó a explorar. Allí vio a una joven llevando la piel de antílope negro y la trenza, observando la regla de los ascetas, deslumbradora como una divinidad. Al contemplar a aquella hermosa joven, entregada a las más austeras prácticas, sintió que el espíritu se le enloquecía de amor, y la preguntó como bromeando: «¿Por qué llevas, ¡oh venturosísima!, un género de vida que va tan mal con tu juventud? En verdad, no, tales

extravíos no convienen a tu hermosura. Una hermosura que nada sobrepuja, ¡oh mujer temerosa!, y que embriaga de amor a las gentes, no debe encerrarse en la soledad; así ha sido decidido. ¿Quién, ¡oh afortunada!, eres? ¿Por qué este género de vida? ¿Quién es tu marido, mujer joven del hermoso rostro? El hombre al que estás unida, feliz es en la Tierra. Yo te lo pido, cuéntame todo. ¿Por qué estas maceraciones?» A estas preguntas de Ravana, aquella joven de deslumbrante hermosura, rica en ascetismo, respondió, tras haber cumplido con él los deberes de la hospitalidad: «Kusadhvaja es el nombre de mi padre, brahmarshi de fama sin medida, hijo glorioso de Brihaspati, a quien iguala en sabiduría. El estudio del *Veda* fue la ocupación constante de este magnánimo solitario. Yo soy su hija, Vac personificada, conocida con el nombre de Vedavati. Ya antes devas y gandharvas, yakshas, rakshasas y pannagas fueron a buscar a mi padre, deseándome por esposa. Pero mi padre no quiso darme a ellos, ¡oh rey de los rakshasas! La razón te la voy a decir; está atento, héroe de los grandes brazos. Mi padre había escogido por yerno a Vishnú mismo, el jefe de los suras, el amo de los tres mundos; he aquí por qué no quería casarme con otro. Cuando supo esto, el rey de los daitias, llamado Sambhú, orgulloso de su poder, se irritó contra él, y por la noche, mientras descansaba, mi padre fue muerto por aquel perverso. Mi infortunada madre, tan feliz hasta entonces, entró en el fuego, teniendo entre sus brazos el cuerpo de mi padre. En cuanto a mí, yo quiero realizar el deseo de éste en lo que respecta a Narayana; es a él a quien mi corazón desposa. Y es con esta intención por lo que practico un riguroso tapás. Ya te lo he dicho todo, ¡oh rey de los rakshasas! Narayana es mi esposo; no quiero otro fuera del supremo Purusha. Me entrego a maceraciones formidables pensando en Narayana. Tú me eres conocido, ¡oh rey! Vete, retoño de Paulastya. Yo sé, gracias a mi tapás, todo cuanto ocurre en el triple mundo.» Ravana, bajando de su carro, herido por las flechas de Kandarpa, se dirigió de nuevo a aquella joven, la de las muy severas prácticas: «Presuntuosa eres, mujer de las hermosas caderas, teniendo semejante ambición; es entre los ancianos, tú que tienes ojos de cervatillo de antilope, donde aparece la acumulación de méritos. Tú que estás dotada de todas las cualidades, tú no debes hablar de este modo. Tú eres la hermosura de los tres mundos, ¡oh mujer temerosa!; pero tu juventud se va. Yo, yo soy el soberano de Lanká, ¡oh mujer afortunada!; me llaman Dasagriva. Sé mi esposa, y húndete en las delicias a tu capricho. ¿Qué tiene de

tan grande ése al que llamas Vishnú? En cuanto a valentía o ascetismo, por la magnificencia y la fuerza, no puede rivalizar con nosotros éste al que tú amas, ¡oh afortunada y joven mujer! Mientras hablaba así: «¡Quita! ¡Quita!», exclamó la joven Vedavati, que añadió dirigiéndose al merodeador nocturno: «El jefe supremo de los tres mundos, Vishnú, universalmente venerado, ¿qué otro que tú, ¡oh Indra de los rakshasas!, querría faltarle al respeto, de tener alguna prudencia?» A estas palabras de Vedavati, el merodeador nocturno pasó sus dedos por los cabellos de la joven. Indignada, Vedavati cortó sus cabellos con su mano. Su mano se tornó una espada de la que se sirvió para cortar sus cabellos. Inflamándose, por decirlo así, de cólera y cual si hubiera querido consumir al noctívago, dijo encendiendo una hoguera, llevada de su deseo de morir: «Manchada por tu contacto, vil rakshasa, ya no puedo vivir; por consiguiente, voy a arrojarme, ante tus ojos, al fuego. Y puesto que me has ultrajado en un bosque, miserable, de nuevo, para tu pérdida, renaceré. No es posible a una mujer matar al hombre perverso; no obstante, la maldición que lanzo contra ti hará nulo mi ascetismo. Y si he hecho alguna vez ofrendas y sacrificios, entonces renaceré sin madre, y seré la noble hija de un hombre virtuoso.» Esto diciendo, se arrojó al brasero que había encendido. Entonces cayó del cielo, por todas partes, una divina lluvia de flores. Vedavati es la hija del rey Janaka, su pretendida progenitura, Señor de los grandes brazos, y es tu esposa. En cuanto a ti, tú eres el eterno Vishnú. La mujer que en otro tiempo maldijo llena de indignación a aquel enemigo cuyo aspecto era el de una roca, le ha destruido valiéndose de tu fuerza sobrehumana. De este modo esta diosa debía nacer entre los mortales, en un campo removido por la reja del arado, semejante a la llama del altar. Vivió, pues, primeramente con el nombre de Vedavati, durante el krita-yuga. Cuando vino el treta-yuga, renació para la pérdida de ese Rakshas, entre los Mithilas, en la familia del magnánimo Janaka.»

## SARGA XVIII

### LOS DIOSES METAMORFOSADOS EN ANIMALES POR MIEDO A RAVANA

«Habiéndose arrojado Vedavati al fuego, Ravana subió a su carro y siguió recorriendo el Mundo. Llegado a Usirabija, vio al rey Marutta que sacrificaba con los daivatas. Un brahmarsi cuyo nombre era Sanivarta, hermano mismo de Brihas-

pati, instruido en la ley, oficiaba en medio de todos los grupos de devas. Entonces los dioses, al ver al Rakshas que había obtenido el favor de serle invencible, se refugiaron en matrices de animales, por temor a ser ultrajados por su parte. Indra se tornó pavo real; Dharmaraja, cuervo; el Guardián de los tesoros, lagarto, y Varuna, hamsa. Los otros dioses, habiendo huido de un modo análogo, ¡oh matador de tus enemigos!, Ravana penetró en el lugar del sacrificio, como un perro inmundo. Abordando entonces al rey, Ravana, jefe de los rakshasas, le dijo: «Acepta el combate, o declárate vencido.» Entonces el monarca le preguntó: «¿Quién eres tú?» Ravana empezó a reír burlonamente y respondió: «Tu sangre fría me encanta, ¡oh príncipe!, viendo que no huyes de mí, de mí, Ravana, el hermano segundogénito de Dhanada. En los tres mundos, ¿hay otro que ignore mi fuerza, yo, que he vencido a mi hermano y me he apoderado de su carro?» El rey Marutta respondió a Ravana: «¡Qué gloria para ti haber triunfado de tu hermano mayor en combate! ¡Nadie en los tres mundos parece poder rivalizar en gloria contigo! ¿Qué régimen extraordinario has seguido, pues, precedentemente, que te ha valido este favor? Hasta ahora nada análogo a lo que cuentas había oído. Y ahora, ¡alto ahí! Tú no te acercarás a mí vivo, ¡miserable! Al punto con mis dardos agudos te enviaré a la mansión de Yama.» Esto diciendo, el rey se armó con su arco y sus flechas, se lanzó furioso al combate y cerró completamente el camino a Ravana. El gran rishi dijo a Marutta: «Escucha lo que me inspira mi gran afecto hacia ti: no debes emprender la lucha. Este satra, en honor de Mahesvara, de quedar inacabado, consumirá tu raza. El que cumple un sacrificio, ¿cómo podría batirse? ¿Cómo puede encolerizarse el que sacrifica? Además, tu triunfo es dudoso; el Rakshasa es muy difícil de vencer.» A estas palabras de su gurú, Marutta, el amo de la Tierra, tirando su arco y sus flechas se calmó y llevó toda su atención a la ceremonia. Suka le creyó vencido y se puso a clamar lanzando grandes gritos de alegría: «¡Ravana es vencedor!» Tras haber devorado a los grandes rishis que estaban allí presentes en el sacrificio, Ravana, harto de su sangre, volvió a recorrer el Mundo. Una vez que hubo partido, los divinos habitantes del Cielo, e Indra, hablaron de este modo a los animales de los que habían tomado la forma. Lleno de alegría, Indra dijo al pavo real, que entonces tenía la cola negra: «Estoy contento de ti, pájaro virtuoso; nada tienes ya que temer de la serpiente. Este millar de ojos que yo tengo, tú los llevarás en tu cola, y cuando yo haga llover, tú manifes-

tarás tu alegría, en testimonio de la mía.» Tal fue el favor que Indra concedió al pavo real. Indra, el Gran Señor. Aquellas colas antes negras de los pavos reales, en virtud de este privilegio del jefe de los suras, tornáronse abigarradas. Dharmaraja, ¡oh Rama!, dijo al cuervo encaramado en el pragramsa (388): «Pájaro, estoy contento de ti; escucha estas palabras satisfechas: las diversas enfermedades con que aflijo a los seres no te las enviaré a ti, pues tú me agradas, no lo dudes. Tú no tienes que temer la muerte, gracias al privilegio que te concedo, ¡oh volátil! Mientras no seas muerto por los hombres, vivirás, y los mortales que habitan mi Imperio y a quienes el hambre atormenta, cuando tú hayas comido, hartos completamente estarán, lo mismo que sus parientes.» Varuna, por su parte, dijo al hamsa, el señor de los volátiles, que retozaba gozoso en las aguas del Gangá: «Escucha: vas a revestirte con una librea encantadora, graciosa, brillante como el orbe lunar, extremadamente bella, blanca como una pura espuma. Al contacto de mi cuerpo te alegrarás constantemente. Gozarás de una alegría sin igual, que será la prueba de mi satisfacción.» Porque los hamsas en otro tiempo, ¡oh Rama!, no eran completamente blancos; sus alas eran negras en sus extremidades, y su pecho tenía el color unido de la punta del césped. A su vez, Vaisravana dijo al lagarto que estaba en la montaña: «Te concedo el tinte del oro por el placer que me has causado. Tu cabeza será de un tono dorado, absolutamente inalterable; tendrás este color del oro en prueba de mi contento.» Tales fueron los dones concedidos a los animales, con motivo del sacrificio, por los suras, que, la ceremonia acabada, volviéronse con su rey al cielo» (389).

## SARGA XIX

### RAVANA LUCHA CONTRA ANARANYA, QUE MUERE PREDECIÉNDOLE SU PROPIO FIN

«Después de su triunfo sobre Marutta, el soberano de los rakshasas, Dasanana, iba por las ciudades reales sediento de luchas. Y, habiendo encontrado a grandes reyes, émulo de Mahendra o de Varuna, el soberano de los rakshasas les dijo: «Combatid conmigo o declaraos vencidos, pues mi voluntad es formal. Si obráis de otro modo no hay salvación para vosotros.» Y entonces, bien que no fuesen pusilánimes, los inteligentes

monarcas, afianzados en el deber, tras consultar unos con otros aquellos reyes, a despecho de su mucho poderío, «Somos vencidos», respondían, reconociendo la fuerza superior de su enemigo. Dushkanta, Suratha, Gadhi, Gaya, el rey Pururavas, todos estos príncipes, hijo querido, le dijeron: «Somos vencidos.» Sin embargo, Ravana, el rey de los rakshasas, alcanzó Ayodhya, a la que protegía fuertemente Anaranya, como Sakra a Amara-vati. Abordando aquel tigre de los hombres a este rey, émulo de Puramdara en valentía: «Acepta el combate o declárate vencido; lo quiero», le dijo Ravana. El rey de Ayodhya, Anaranya, a estas palabras del perverso Indra de los rakshasas, le respondió con indignación: «Te ofrezco un combate singular, ¡oh jefe de los rakshasas! Detente y prepárate rápidamente, mientras yo, a mi vez, me preparo.» Entonces, bien que vencido de antemano según lo que había oído contar de Ravana, a despecho de su gran valor, el ejército del rey salió para ver de matar al Rakshas. Con sus elefantes en número de diez mil, su millón de caballos, sus numerosos millares de carros y de infantes, ¡oh príncipe!, con los que cubría la Tierra, aquel ejército lanzóse al combate, infantería y caballería. Entonces se entabló una lucha gigantesca, ¡oh valeroso guerrero! Una lucha maravillosa entre el rey Anaranya y el Indra de los rakshasas. Ya en las manos, con la fuerza de Ravana, el ejército del monarca fue destruido enteramente, cual la libación echada en el fuego, tras haber combatido mucho tiempo y desplegado una valentía extremada. Al contacto de aquel héroe que lanzaba llamas, pronto los batallones, diezmados, fueron completamente destruidos: como cigarras que caen a un brasero. Cuando el rey vio su gran ejército exterminado y semejante a los ríos que desaparecen en el Océano, en el que se arrojan a centenares, blandiendo su arco, que asemejábase al arco de Sakra, el monarca, transportado de furor, marchó en persona contra Ravana. Los partidarios de Ravana, Marichá, Suka y Sarana, acompañados de Prahasta, bajo los golpes de Anaranya, huyeron como gacelas. Entonces, el descendiente de Ikshvaku lanzó ocho flechas a la cabeza del rey de los rakshasas. Aquellos dardos que cayeron sobre él no hicieron siquiera caer una gota de sangre: cual los aguaceros que vierten las nubes sobre la cima de un monte. Por su parte, el rey de los rakshasas, irritado, abofeteó a Anaranya y le derribó de su carro. El monarca cayó al suelo, sin fuerza, agitado por convulsiones. Cual, consumido por el rayo, un salz gigante en medio del bosque. El Rakshas, con tono burlón, dijo al real descendiente de Ikshvaku: «¿Qué ventaja has sacado luchando contra mí?



En los tres mundos no hay nadie que pueda luchar conmigo, ¡oh jefe de los hombres! No hay duda de que, hundido en los placeres, no habías oído hablar de mi fuerza.» Así dijo Ravana. El rey, que apenas tenía ya aliento, le respondió: ¿Qué puedo ya hacer? En verdad, Kala es ineluctable. No, no eres tú el que me has vencido, Rakshas, a despecho de tus baladronadas. Es el Tiempo el que me abruma; el verdadero autor de mi muerte es él. ¿De qué soy capaz ahora que heme llegado al término de la existencia? No, Rakshas; yo no he vuelto la espalda en esta lucha contigo, en la que sucumbo. Pero a causa de tu desprecio por la raza de Ikshvaku, yo te diré lo siguiente, Rakshas: Si he hecho ofrendas, si he hecho sacrificios, si he practicado un buen tapás, si he protegido a mis súbditos, ¡que mis palabras se realicen! Nacerá en esta tribu de los Ikshvakus magnánimos un héroe cuyo nombre será Rama, hijo de Dasaratha, que destruirá tus alientos vitales.» El cielo cubierto de nubes resonó a causa de sus gongos divinos, en el momento en que fue pronunciada esta maldición, y una lluvia de flores cayó de los aires. Luego el rey, ¡oh Indra de los monarcas!, partió para la mansión del Trivishvana. Una vez aquel príncipe subido al cielo, el Rakshasa se alejó.»

## SARGA XX

### ENCUENTRO DE RAVANA Y DEL ASCETA NARADA

«Mientras sembraba el espanto entre los mortales de la Tierra, el rey de los rakshasas encontró en una nube, en aquel entonces, a Narada, el toro de los munis. Tras haberle saludado y haberle preguntado si estaba bien, Dasagriva, el noctámbulo, le interrogó con objeto de saber cómo estaba allí. Narada, muy ilustre y divino rishi, el de brillo sin medida, de pie sobre la punta de la nube, respondió a Ravana, que estaba en su carro Pushpaka: «¡Oh rey de los rakshasas!, amigo mío, detente, ¡oh hijo de Visravas, salido de noble raza! Tus hazañas valerosas me alegran. Vishnú, hiriendo a los daitias, me causó placer, y tú, igualmente maltratando a gandharvas y uragas, exterminándolos, me colmas de alegría. Y te diré una cosa digna de atención, si quieres escucharla. A mis palabras, hijo querido, presta oído atento. ¿Para qué destruir este Mundo, hijo querido, tú, que podrías matar a los daivatas? Parece ser que este Mundo ha caído en poder de Mrityú. Tú

a quien devas, danavas, daitias, yakshas, gandharvas y rakshas no podrían hacer perecer, no te va bien el atormentar el Mundo de los humanos. Enloquecido en la prosperidad, víctima de grandes calamidades, ¿quién querría herir a un Mundo semejante al que la vejez y cien enfermedades agobian? En esta sucesión ininterrumpida de toda clase de acontecimientos enojosos que le llegan por todas partes a este Mundo de los hombres, ¿qué sabio se complacería en hacerle aún la guerra? Perecedero, destruido por el Daivam (390), la sed, el hambre, la vejez, etc., lleno de males y penas, este Mundo no le atormentes. Considera, héroe de los grandes brazos, ¡oh rey de los rakshasas!, en qué modo esta Humanidad es miserable a causa de sus múltiples necesidades; su vida la desconoces. A veces son conciertos, danzas, etc., a las que se entregan gentes llenas de alegría; mientras que otras lanzan gritos de dolor, y tienen la faz bañada por torrentes de lágrimas que caen de sus ojos. El afecto de las madres, de los padres, de los hijos, el amor de las esposas y de los parientes enloquece a esta multitud y la precipita en males que no pueden sospechar. Y entonces, ¿por qué atormentar aún a este Mundo, víctima ya del extravío? Tú le has subyugado aún más, ¡oh hijo querido!, a este Mundo de los hombres, seguramente. Fatalmente, esa gente deben bajar todos a la mansión de Yama. Pues bien: a éste es al que tienes que domar. A este Yama, ¡oh Paulastya!, tú que fuerzas las ciudadelas enemigas. El vencido, vencido está el Universo, sin duda alguna.» Así habló Narada, al que su tejás había vuelto deslumbrador. El rey de Lanká se echó a reír y le respondió saludándole: «¡Oh gran rishi, tú, que hallas tu placer con los devas y los gandharvas y que gustas de ver los combates, decidido estoy a ir, para conquistarle, al Rasatala! Luego, cuando haya triunfado de los tres mundos y colocado a nagas y suras bajo mi yugo, removeré a causa del amrita, el Océano que contiene este elixir.» Al oírle, Narada, el venturosísimo rishi, preguntó a Dasagriva: «Entonces, ¿por qué ahora vas por otra ruta? En verdad, muy difícil es el camino que conduce a la ciudad de Yama, el rey de los Difuntos. ¡oh héroe invencible, azote de tus enemigos!» Lanzando una carcajada, semejante al fragor de una nube de otoño, Dasanana exclamó: «¡Es cosa hecha!—y añadió—: Sin detenerme más, ¡oh gran brahmán!, resuelto como estoy a matar a Vaivasvata, parto hacia la región meridional, en donde está el rey nacido de Surya. Sí, ¡oh venturosísimo!, llevado por mi cólera y por mi belicoso ardor, lo he jurado: yo domaré a los cuatro guardianes del Mundo, Señor. Heme aquí dispuesto a marchar contra

la ciudad del rey de los pitris. Al que siembra el duelo entre los seres, yo le unciré a Mrityú.» Tras haber hablado así al muni y haberse despedido de él, Dasagriva se alejó y penetró en la región meridional, acompañado de sus consejeros. Narada, no obstante, lleno de brahmánico ardor, se detuvo un momento para reflexionar. Mientras soñaba, el Indra de los ascetas parecía un fuego sin humo. Aquel me inflige en los tres mundos con sus Indras, y los seres que se mueven y los que no se mueven, un castigo legal, al final de su vida, Kala, ¿cómo puede ser vencido? El, el testigo de sus ofrendas y sacrificios, como un segundo Pavaka; él, en virtud de la potencia de la cual, cuando han adquirido conciencia de ellos mismos, se agitan los mundos; él, ante quien siempre los tres mundos huyen espantados, Yama, ¿cómo este Indra de los rakshasas se atreverá a abordarle en persona? El, que es a la vez Vidhatar y Dhatar, el distribuidor de bienes y de males, el vencedor de los tres mundos, ¿cómo Ravana podría vencerle? Y si le vence, ¿qué otro orden de cosas establecerá? La curiosidad me empuja a bajar a la mansión de Yama para asistir personalmente a su duelo con el Rakshasa.»

## S A R G A X X I

### RAVANA BAJA A LOS INFIERNOS A COMBATIR A YAMA

«Mientras reflexionaba de este modo, el Indra de los ascetas marchó con paso ágil a la mansión de Yama para contarle lo que se tramaba. Encontró allí al divino Yama, bonrado por Añi, arreglando la suerte que correspondía a cada uno de los que llegaban a sus dominios. Cuando Yama se dio cuenta de la presencia del gran rishi Narada, le dijo, tras haberle ofrecido un asiento confortable y el arghya, según el deber: «¿Va todo bien, ¡oh divino rishi!, o tal vez el dharma peligra? ¿Qué vienes a hacer aquí tú, a quien devas y gandharvas reverencian?» Narada, el venturosísimo rishi, respondió: «Escucha lo que voy a anunciarte y toma tus disposiciones. Ese noctámbulo cuyo nombre es Dasagriva baja decidido a someterte de grado o por fuerza a su voluntad, bien que tú seas invencible. A causa de ello he venido a toda prisa, Señor. Sin otra arma que tu garrote, ¿qué va a ser de ti?» En aquel momento vieron a lo lejos el carro del Rakshas que avanzaba, brillante como el Sol al levantarse. El poderoso Dasagriva se acercaba

disipando con la claridad de Pushpaka todas las tinieblas de la mansión de los Muertos. El héroe de los grandes brazos veía por todas partes seres que comían los frutos de sus buenas acciones y también los de las malas. Notó los soldados de Yama con sus servidores, gentes feroces, de horrible aspecto, formidables. Vio, bajo golpes y tormentos, seres que lanzaban grandes gritos y se entregaban por entero a amargas lamentaciones. Comidos de gusanos, y por perros crueles, lanzaban clamores que desgarraban los oídos y sembraban el espanto. Atravesaban frecuentemente el Vaitarani, que, en vez de agua, lleva sangre, y hundíanse a cada paso en arenas abrasadas, que les achicharraban. Los criminales eran despedazados en el Asipatravana, en el Raurava, en el Ksharanadí y en los Kshuradharás (391). Pedían de beber, atormentados como estaban por la sed y también por el hambre; convertidos en esqueletos, estaban demacrados, lúgubres, sin color, los cabellos sueltos. Manchados de fango y de inmundicias, abatidos, hoscos corrían de un lado para otro. Ravana los encontró en su camino a centenares, a millares. Vio otros en palacios, en los que se oían cantos y fanfarrias, donde todo era alegría y ellos en pleno gozo, gracias a sus buenas obras personales. A los que habían dado vacas se les suministraba leche; arroz, a los que habían dado arroz; casas, a los donadores de casas; cada uno comía el fruto de sus obras especiales. Otros, entre aquellas gentes de bien, rodeados de bayaderas cubiertas de oro, de piedras preciosas, de perlas magníficas, todo resplandeciendo en virtud de su propio brillo, aparecieron a Ravana, el de los grandes brazos, jefe de los rakshasas. Entonces, a aquellos que sufrían en los tormentos, en castigo a sus maldades individuales, el Rakshas los liberó audazmente: era valeroso y fuerte. Aquellos seres libertados por Dasagriva obtuvieron de pronto de este modo un favor inesperado, insospechado. Aquellos pretas puestos en libertad por el poderoso monarca, al verlo, sus guardianes, arrebatados por el furor, lanzáronse sobre él. Un grito de alarma se levantó por todas partes, lanzado por los soldados de Dharmaraja, que acudían, llenos de valor. Armados de dardos, de barras de hierro, de venablos, de mazas, de lanzas, de picas asaltaron valerosamente Pushpaka por centenares de millares. Asientos, galerías superiores, suelos, arcos, fueron pronto deshechos por aquella especie de enjambre guerrero. No obstante, aquel palacio divino, el carro Pushpaka, bien que mutilado en el combate, permanecía indestructible en virtud del tejás de Brahma. El gran ejército del magnánimo Yama era de aquellos que no hay medio de contar. La heroica

vanguardia contaba ella sola con centenares de millares de guerreros. Árboles, rocas, proyectiles, a centenares, eran lanzados a profusión con todo su vigor, por sus valientes compañeros y por el rey mismo, Dasanana. Bien que con los miembros cubiertos de sangre y desgarrados por toda clase de armas, los consejeros del Indra de los rakshasas lucharon como gigantes. Golpeábanse unos a otros, con golpes redoblados, aquellos guerreros escogidos, los intrépidos soldados de Yama y los compañeros de Ravana, ¡oh príncipe! Cuando he aquí que, dejando a sus adversarios, las tropas de Yama precipitáronse sobre Dasanana con sus picas. El cuerpo inundado de sangre, roto bajo aquella granizada de golpes, el rey de los rakshasas, desde lo alto de Pushpaka, brillaba como un asoka en flor. No obstante, venablos, mazas, jabalinas, lanzas, dardos, flechas, rocas, árboles, brotaban del arco del poderoso y bravo guerrero. Una formidable avalancha de árboles, de piedras y de armas de todas clases caían sobre las tropas de Yama, y de ellas al suelo. Tras haber roto todas sus armas y rechazado aquella lluvia de proyectiles, los soldados de Yama golpearon al temible Rakshas, que luchaba solo contra centenares de miles. Le rodeaban todos como masas de nubes rodean a un monte, y con sus bhindipalas, con sus venablos, le abrumaban de tal modo que no podía respirar. La coraza rota, furioso, hostigado en medio de aquellos arroyos de sangre, abandonó Pushpaka y echó pie a tierra. Entonces, provisto de su arco y de sus flechas, creció en la batalla. Volvió a recuperar sus sentidos al punto, y lleno de cólera se irguió como otro Antaka. Luego adaptó en su arco el divino dardo de Pasupati gritando a sus adversarios: «¡Alto! ¡Fuera!», al tiempo que armaba su arco, que tendió hasta la creja, tras lo cual el irascible enemigo de Indra lanzó su proyectil en plena refriega: cual Samkara atacando a Tripura. El aspecto de aquel dardo con su círculo de fuego y su humo era el de un incendio que se desarrolla y abrasa todo un bosque, durante el verano. Con su corona de llamas, aquel dardo lanzado por el comedor de carne corría libremente por el campo de batalla, reduciendo a cenizas malezas y árboles. Consumidos por la violencia de aquel fuego, los soldados de Vaivasvata caían como los estandartes del Gran Indra. Entonces el Rakshasa, de temible bravura, lanzó en unión de sus compañeros un clamor inmenso que conmovió a la Tierra entera.»

## SARGA XXII

## DUELO ENTRE RAVANA Y YAMA. INTERVENCIÓN DE BRAHMA

«Cuando oyó aquel inmenso clamor, el Señor Vaivasvata comprendió que el enemigo triunfaba y que su ejército era destruido. Dándose cuenta de que sus soldados habían sucumbido, dijo a su escudero, rojos los ojos de furor: «¡Pronto, trae mi carro!» El escudero hizo acercar el divino vehículo de su poderosísimo amo, que estaba allí de pie y que subió a él. Con una jabalina y un mazo en la mano, delante de él estaba Mrityú, el que trastorna el triple universo, el de las perpetuas fluctuaciones. Mientras que Kala, en forma de estaca, estaba al lado de Yama. El arma divina tenía el brillo llamante de Añil. Los tres mundos se conmovieron; al ver a Kala irritada, sembrando el espanto en el Universo, los habitantes del Cielo tuvieron miedo. Entonces el escudero apresurando a sus corceles de pelaje de fuego, lanzó su carro con terrible estruendo al encuentro del rey de los rakshasas. En un instante sus caballos, los émulos de los Hari, transportaron a Yama con la velocidad del pensamiento al teatro del combate. Al ver el espantoso vehículo en el que iba Mrityú, los compañeros del Indra de los rakshasas abandonaron la partida. Dominados por su pusilaminidad, fuera de sí, aterrados, dijeron mientras escapaban y no cerca: «¡Cómo podríamos luchar!» En cuanto a él, en presencia de aquel carro que espantaba el Universo, Dasagriva no se turbó; no sintió el menor miedo. Llegado al alcance del enemigo, Yama, furioso, le lanzó dardos y flechas, alcanzándole en las partes vitales. Ravana, por su parte, seguro de él, hizo llover una granizada de flechas sobre el vehículo de Yama: cual una nube que derrama un aguacero. Entre tanto, los grandes dardos que le caían a centenares en el ancho pecho, bien que no pudiese evitarlos, le hacían poco daño. No obstante, bajo los proyectiles de todas clases que le lanzaba Yama, terror de sus enemigos, al cabo de una lucha de siete días, Ravana, la cara deshecha, se salió de quicio. Entonces empezó una nueva y espantosa lucha entre Yama y el Rakshasa, los dos impacientes por vencer, ¡oh héroe!, y sin retroceder jamás en el combate. En aquel momento, devas, gandharvas, siddhar y supremos rishis, Prajapati a su cabeza, reuniéronse en el campo de batalla. Hubiérase dicho el cataclismo final de los mundos aquel

duelo entre el jefe de los rakshasas y le rey de los pretas. El primero, tendiendo su arco, semejante al trueno de Indra, llenó todo el hueco del espacio con los dardos que lanzaba. Hirió a Mrityú con cuatro flechas desbarbadas, y al Suta con siete. Alcanzó a Yama cien mil veces, con sus dardos rápidos, en las partes vitales. Entonces, de la boca de Yama, irritado, salió, entre un círculo de llamas, acompañado de viento y de humo, un fuego de cólera. La vista de aquel fenómeno, en presencia de devas y de danavas, excitó a Mrityú y a Kala, a los que la rabia exasperó. Mrityú, en el paroxismo del furor, dijo a Vaivasvata: «¡Suéltame para que en la refriega exterminie a ese miserable rakshasa! Hoy mismo, en virtud de una ley fijada por la naturaleza, el Rakshasa cesará de existir! Hiranyakasipú, el afortunado Namuci, Sambara, Nisandi, Dhumaketu, Bali, Vairocana, Sambhú el daitia, el maharaja Vritra, Babha, él también, los rajarshis, versados en los *Sastras*, los gandharvas con las grandes serpientes, los rishis, los pannagas, los daitias, los yakshas, los coros de apsaras y, cuando vuelve el fin del yuga, la Tierra con el gran Océano, arrastrada en la destrucción con sus montañas, sus ríos y sus árboles, ¡oh gran rey!, estos seres y otros en gran número, poderosos, invencibles, yo los he destruido tan sólo con mirarlos; luego con mucha más razón haré perecer a ese merodeador nocturno. ¡Ea! ¡Suéltame, virtuoso amo, para que le destruya! ¡No, no hay ser alguno si yo le miro, por poderoso que sea, que sobreviva! Y este poder no es un poder mío, en verdad; pero es una ley fijada por la naturaleza en virtud de la cual aquel sobre el que yo pongo los ojos, ¡oh Kala!, no vive ya ni siquiera un instante.» Así habló Mrityú. Dharmaraja le respondió ardiendo en cólera: «¡Estate tranquilo, soy yo el que va a matarle! Y rojos a causa del furor los ojos, el señor Vaivasvata blandió en su mano el garrote de Kala, que no erraba golpe. Aquella maza, a los lados de la cual están atadas y bien sujetas las redes de Kala, que, cuando cogen a un cuerpo con el brillo del fuego y del rayo, destruyen tan sólo con su presencia los alientos de los seres vivos, con mucha más razón si les toca y cae sobre ellos; aquella arma revestida de llamas y que parecía deber consumir al Rakshasa, cuando el poderoso Yama la tocó, aquella enorme maza empezó a lanzar chispas. Entonces fue el espanto y la desbandada general en el campo de batalla, y los suras temblaron todos al ver a Yama blandiendo la estaca. Y disponiase el dios a descargarla sobre Ravana, cuando el Abuelo le vio de pronto y le dijo: «Vaivasvata, el de los grandes brazos, ¡oh tú, cuyo heroísmo no conoce medida!, no

no, no debes golpear con esa estaca al merodeador de noche. Yo le he concedido un privilegio, ¡oh rey de los Treinta! Tú no debes anularle, pues mi palabra está empeñada. Aquel que hiciese de mí un engañador, fuese un dios o un simple mortal, volvería al triple mundo embustero también, no hay duda. Lanzada por tu cólera sobre lo que me es o no me es querido, no dejaría subsistir ningún ser, esa arma terrible, que siembra el espanto en los tres mundos. Ese garrote de Kala, de brillo sin medida, que yo he creado y al que la Muerte universal sigue, es inevitable para todos los seres. En verdad, no, amigo mío, no debes dejar caer esa arma sobre la cabeza de Ravana; pues, una vez caída, nadie sobrevive, ni siquiera un instante. Si cae, o el rakshasa Dasagriva morirá o no morirá; en uno y otro caso habrá engaño. Quitá, pues, del rey de Lanká ese bastón levantado sobre su cabeza, y confirma ahora mi sinceridad, en atención a los mundos.» Así dijo; el virtuoso Yama le respondió: «Bajo el garrote, pues tú eres nuestro Amo. Pero ¿qué hacer ahora en esta refriega en que me he metido, si no puedo matar al adversario, al que tu privilegio salvaguarda? No me queda sino desaparecer de la vista de este Rakshas.» Y, en efecto, esto dicho, desapareció con su carro y sus caballos. Por su parte, Dasagriva, dueño del campo, proclamó su nombre, y volviendo a subir sobre Pushpaka, salió de la mansión de Yama. Entonces Vaivasvata, con los devas, a los que Brahma precedía, se volvió al tercer Cielo alegremente, lo mismo que Narada, el gran muni.»

## SARGA XXIII

### LUCHA DE RAVANA CON LOS HIJOS DE VARUNA

«Tras haber vencido a Yama, toro de los Tres-Diez, Ravana, el de los diez cuellos, orgulloso batallador, fue en busca de sus compañeros. Cuando le vieron, los miembros cubiertos de sangre, acribillado de heridas, los rakshasas se quedaron estupefactos. Luego le felicitaron por su triunfo, Maricha el primero, y se acomodaron todos en el Pushpaka, confortados por él. Entonces el Rakshasa subió al Rasatala, depósito de agua que las tropas de los daitias y de los uragas habitan, bajo la poderosa salvaguardia de Varuna. De allí fueron a la ciudad de Bhogavati, en la que reinaba Vasuki. Tras haber puesto a los nagas bajo su yugo, marchó gozoso a la ciudad hecha con piedras pre-



ciosas. Allí vivían los nivatakavacas, daitias privilegiados por Brahma. El Rakshasa les abordó y les provocó a combate. Al punto aquellos intrépidos daitias, llenos de valentía, armados de todas armas, se lanzaron a la lucha alegremente, empujados por su belicoso ardor. Venablos, tridentes, kalisas, arpones, sables, parasvadhás, rakshasas y danavas dábanse furiosamente con todo ello los unos a los otros. Mientras combatían de este modo, transcurrió un año entero, sin que ni de una parte ni de otra hubiese victoria o derrota. Al cabo de este tiempo, el Abuelo, Amo de los tres mundos, el dios imperecedero, acudió montado en su maravilloso carro. Y deteniendo la actividad guerrera de los nivatakavacas, el Abuelo, el Antiguo, les hizo conocer el propósito de su intervención: «Ravana no puede ser vencido en lucha por los suras ni por los asuras, y vosotros, vosotros no podríais sucumbir ni delante de los Inmortales y de los danavas reunidos. Yo quisiera que los rakshasas hicieran amistad con vosotros. Ahora bien: todos los bienes indivisos son entre amigos: sobre esto no hay duda.» Entonces, en presencia de Añi, Ravana concluyó una alianza con los nivatakavacas, y se hizo su amigo. Festejado por ellos en regla, permaneció un año en aquella mansión en la que se encontraba tan completamente a gusto como en su propia ciudad. Tras haber ensayado allí cien procedimientos mágicos, se apropió de uno, y luego empezó a explorar el Rasatala, en busca de la ciudad del rey de las aguas. Llegado a Asmanagara, exterminó a sus habitantes, los kalakeyas, a los que la valentía hacía insolentes. Al marido de Surpanakhí, con su espada le atravesó, su cuñado, a Vidyujjihva, orgulloso de su fuerza. Mientras que con su lengua lamía, para devorarlo, a un rakshasa en la refriega, Ravana le mató; luego, en un instante, exterminó a cuatrocientos daitias. Entonces fue cuando la mansión de Varuna, semejante a una blanca nube, brillante como el Kailasa, divino, fue visible al monarca. Allí vio a la vaca Surabhi que deja correr su leche; es gracias a la leche que corre de este modo por lo que aquel océano tiene su nombre: Kshiroda. Ravana encontró también allí a Vararani, la propia madre del Indra de los toros, de quien procede Candra, la de los fríos rayos, que trae la noche. Es de aquel Océano de donde sacan su subsistencia los paramarshis, que no viven sino de espuma: de él también sale el amrita, alimento de los dioses, así como la svadha, de la que se alimentan los pitris. Aquella vaca, la primera de las maravillas que los hombres en este Mundo llaman con el nombre de Surabhi, Ravana, tras haberla saludado con el pradakshina, pe-

netró en la formidable región que defienden tropas de todas clases. Fue entonces cuando vio la espléndida morada de Varuna, que llenaban centenares de cataratas, que asemejábase a una nube otoñal, y en la que la alegría reinaba constantemente. Tras haber herido, en la lucha, al jefe del ejército, que le acribillaba a golpes, Ravana dijo a los combatientes: «¡Pronto!, decid al rey, de mi parte, lo siguiente: Ravana ha venido con el propósito de guerrear. Acepta la batalla, si no tienes miedo, o si no, di, haciendo el anjalí: Estoy vencido.» En esto, los hijos y los nietos del magnánimo Varuna salieron indignados en unión de Go y Pushkara. Aquellos valientes, rodeados de sus propias tropas, tras haber enganchado sus carros, que marchaban al capricho de sus deseos, brillaban como el Sol cuando se levanta. Entonces una lucha terrible se empeñó, como para erizar los cabellos, entre los hijos del Indra de las aguas y el astuto Ravana. Habiendo derribado en un instante los bravos compañeros del rakshasa Dasagriva al ejército entero de Varuna, los hijos de éste, abrumados bajo una granizada de proyectiles y viendo a su ejército derrotado, interrumpieron el combate. Como iban por la tierra, cuando vieron a Ravana sobre Pushpaka, lanzáronse rápidamente a los aires llevados por sus rápidos carros. Y allí volvieron a empezar la lucha con encarnizamiento, una vez que hallaron una posición igual; con lo que se suscitó una contienda aérea espantosa, semejante a la de los devas y los danavas. Con sus dardos, semejantes a Pavaka, hicieron huir a Ravana; y llenos de alegría, lanzaron múltiples hurras. Pero Mahodara, enfadado al ver a Ravana maltratado de aquel modo, desechando todo temor a la muerte y lanzando furiosas miradas, lleno de helicoso ardor, los carros de Varuna, que iban por sí mismos a todas partes, con la velocidad del viento, los trituro con su maza y los hizo caer al suelo. Tras haber matado a los soldados y a las monturas de los hijos de Varuna, Mahodara lanzó al punto un grito enorme, al verlos privados de vehículos. Sus carros con sus caballos y sus excelentes conductores, destruidos por Mahodara, yacían por el suelo. Bien que privados de sus vehículos, los hijos del magnánimo Varuna permanecieron valerosamente en el aire, en virtud de su potencia natural, sin turbarse. Tendiendo sus arcos hirieron a Mahodara, y llenos de cólera agrupáronse y rodearon a Ravana en el campo de batalla. Dardos formidables, semejantes a cuadrados de rayos, lanzados con sus arcos, inundáronle con ellos furiosos, como nubes a una gran montaña. Por su parte el irascible Dasagriva, que asemejábase al fuego de Kala per-

sonificado, hizo llover sobre ellos, en sus partes vitales, una espantosa granizada de proyectiles. Mazas de todas clases, bhullas a centenares, arpones, lanzas, sataghnis enormes, con todo ello les abatió, con fuerza irresistible, inquebrantable. Reducidos a ir a pie, viéronse de pronto impedidos: cual elefantes sexagenarios hundidos en un vasto cenagal. Cuando vio a los hijos de Varuna abatidos de aquel modo, agotados, el poderosísimo Ravana lanzó alegres clamores gozosos, a semejanza de una inmensa nube. Sin dejar de gritar, abrumó a los hijos de Varuna bajo los proyectiles de todas clases que hacía llover sobre ellos, cual si fuese una nube. Entonces, cesando toda lucha en la que sucumbían, volvieron los talones y alcanzaron más que de prisa sus moradas en unión de los suyos. El Rakshasa les gritó: «¡Llevad la noticia a Varuna!» Un consejero de Varuna llamado Prahasa le respondió: «¡Ha partido al Brahmaloka el gran rey, el amo de las aguas, Varuna, a quien invitabas a escuchar este himno de gandharva, en el campo de batalla! De modo que, ¿para qué, ¡oh héroe!, fatigarte en vano, puesto que nuestro monarca está ausente? Estos guerreros a los que has vencido son sus hijos jóvenes.» El Indra de los rakshasas, oyendo esto, proclamó su propio nombre, lanzó un alegre hurra y salió de la mansión de Varuna. Tras irse como había venido, Ravana, lanzándose por los aires, se dirigió hacia Lanká.»

## SARGA XXIV

### RAVANA RAPTA A UN GRAN NÚMERO DE MUJERES Y ES MALDECIDO POR ELLAS

«Mientras que volvía lleno de alegría, Ravana, el del alma perversa, raptó, según iba de camino, a las hijas de los reyes de los rishis, de los devas y de los danavas. ¿Que encontraba a una joven, o a una mujer de belleza notable? Exterminaba a su familia y la metía en su carro. De este modo las hijas de los pannagas, de los rakshasas, de los asuras, de los hombres, de los yakshas y de los danavas, que le gustaban, tuvieron que subir a su vehículo. Todas aquellas infortunadas vertían lágrimas, ardientes como llamas, a causa de su vivísimo dolor y bajo la impresión del miedo. Aquellas mujeres, que eran todas irreprochables, semejantes a ríos que se arrojan al mar, llenaban el carro de llantos amargos que les arrancaba el

terror y la pena. Jóvenes hijas de nagas y gandharvas, o de grandes rishis, de daitias y de danavas lamentábanse a centenares en el carro Pushpaka. Con sus largos cabellos, sus graciosos siembros, su rostro resplandeciente como la Luna llena, sus senos grandes y colgantes, su talle deslumbrador como una vedi adornada con diamantes, sus caderas semejantes a timones de carros, aquellas encantadoras mujeres, que asemejábanse a esposas de suras, y cuya tez brillaba como el oro refinado, a aquellas mujeres de elegante cintura, la angustia, el dolor, el espanto las enloquecía. El aliento de sus suspiros que le abrasaba por todas partes daban al Pushpaka el aspecto de un añihotra que es encendido a la vez por todos lados. Caidas en poder de Dasagriva, aquellas mujeres llenas de dolor, la tristeza pintada en su rostro y en sus miradas, asemejábanse a antilopes negros, vueltos la presa de un león. Una se preguntaba: «¿No irá a devorarme?» Otra, tal era la desesperación que la abrumaba: «¿Me hará morir?» Y pensando en sus madres, en sus padres, en sus maridos y en sus hermanos, hundidas en el dolor y la aflicción, aquellas mujeres así reunidas se lamentaban: «¡Ay!, ¿qué será de mi hijo sin mí? ¿Qué será de mi madre? ¿Qué será de mi hermano?» Así exclamaban, sumergidas en un océano de tristeza: «¡Ay! ¿Qué podré hacer en adelante, lejos de mi esposo? ¡Oh muerte, yo te conjuro, llévame, puesto que el infortunio es mi lote! ¿Habré cometido alguna maldad con otro cuerpo?» Y todas aquellas desgraciadas, abismadas en un mar de desesperación, se decían: «¿Cómo ver el término de este infortunio? ¡Ah, maldito sea este Mundo, el más bajo y miserable de todos ciertamente, puesto que nuestros débiles esposos han perecido en él bajo los golpes del poderoso Ravana, semejantes a los astros que desaparecen en el momento en que el Sol se levanta! ¡Ay, el todopoderoso Rakshas complácese con los instrumentos de muerte! Dase, ¡ay!, al mal sin escrúpulos. Hasta ahora nada había que decir de las hazañas de este perverso, pero tocar a las mujeres de los otros, esto, ¡esto es una indignidad! Mas, puesto que se complace con extrañas, este Rakshasa, el más vil de todos, a causa de ello, ¡una mujer será causa de su muerte!» Aquellas virtuosas y nobles mujeres, habiendo preferido estas palabras, oyóse el sonido de los gongos aéreos y una lluvia de flores cayó. Maldito por sus cautivas, Dasagriva pareció perder a un tiempo su vigor y su brillo. Aquellas damas honestas y fieles a sus esposos, cuando las oyó lamentarse de este modo el toro de los rakshasas púsose como trastornado. Luego hizo su entrada en la ciudad de Lanká

entre las aclamaciones de los merodeadores nocturnos. En aquel momento, la feroz rakshasí, que cambiaba de forma a su capricho, la hermana de Ravana, cayó de pronto al suelo. Ravana la ayudó a levantarse y la confortó diciéndole: «¿Qué te ocurre, querida? Seguramente es que deseas hablarme.» Ella le dijo con los ojos bañados en lágrimas y rojos a causa de la cólera: «¡Me he vuelto viuda, oh rey, gracias a tu fuerza brutal! Tu valor, ¡oh rey!, ha derribado en la lucha con esos daitias, llamados kalakeyas, a catorce mil; además, mi valeroso esposo, que me era más querido que la existencia, ha sido muerto por ti, su enemigo, bajo el nombre de hermano. Como por ti moriré yo misma, ¡oh príncipe!, tú mi pariente. En adelante llevaré el título de viuda por culpa tuya. Pero ¿es que no tenías que salvar a mi hermano, incluso en los combates? No obstante, le has matado en la guerra, tú mismo, ¡y no sientes vergüenza!» A estas palabras de su hermana, indignada, Dasagriva, para consolarla, le dirigió este lenguaje acariciador: «Basta de lágrimas, hermana querida; no temas absolutamente nada. Regalos, homenajes, favores, yo me esforzaré por colmarle de todo ello. En la embriaguez de la lucha, arrastrado por ella, y con el deseo de vencer, lanzaba dardos, sin poder distinguir, en aquella confusión, a los míos de los otros. No reconocí a mi cuñado, y le alcancé en el alocamiento del combate. He aquí cómo ha perecido tu marido en la batalla bajo mis golpes, ¡oh hermana! La prosperidad a la que habías llegado en este tiempo yo te la devolveré. Irás a habitar junto a tu pariente Khara, que goza de soberanía. Catorce millares de rakshasas obedecen a este poderoso príncipe tanto en las expediciones como en la repartición del botín. Allí, ese hijo de la hermana de tu madre, tu primo Khara, el merodeador nocturno, estará siempre sumiso a tus órdenes. Que rápidamente este guerrero se vaya a vigilar los Dandakas. Sushana será el intendente de su ejército; su valor es grande. El valeroso Khara se conformará a tu voluntad. Los rakshasas, que cambian de forma según les place, le tendrán por jefe.» Tras haber hablado así, Dasagriva puso a las órdenes de Khara un ejército de catorce mil rakshasas llenos de valentía. Rodeado de aquellos rakshasas de terrible aspecto, Khara se marchó al punto al bosque Dandaka con toda seguridad. Allí estableció su autoridad sin obstáculos, y Surpanaká vió junto a él en el gran bosque.»

## SARGA XXV

## DASAGRIVA SE ALÍA CON MADHU

«Dasagriva, una vez que hubo confiado aquel temible ejército a Khara y consolado a su hermana, volvió a recobrar su alegría y a ser dueño de sí mismo. Luego, el poderoso Indra de los rakshasas se adentró con su séquito en el maravilloso sotillo de Lanká llamado Nikumbhilá. Allí había postes (392) a centenares y caityas encantadores donde hacía sacrificios rodeado de un esplendor casi llamante. Allí, vestido con una piel de antilope negro, provisto de un vaso y de un palo con puño, advirtió a su propio hijo, Meghanada, el del terrible aspecto. Acercándose a él, el amo de Lanká le estrechó entre sus brazos y le interrogó: «¿Qué haces aquí, querido hijo? Dime la verdad.» Usanas, el excelente Dos-veces-nacido, el del gran tapás, para que el sacrificio tuviese buen resultado, dijo a Ravana, el príncipe de los rakshasas: «Yo seré quien te responda, ¡oh rey!; escucha todo lo que ha ocurrido. Siete sacrificios de complicados preparativos han sido ofrecidos por tu hijo. A saber: el Añishtoma, el Asvamedha, el Babusuvarnaka, el Rajasuya, el Gomedha, el Vaishnava y el Mahesvara, tan difícil a los varones. A consecuencia de este último, presentes han sido concedidos a tu hijo por el jefe de los rebaños mismo: un carro divino sólido, que se mueve a voluntad en los aires, y la potencia de ilusión llamada Tenebrosa, con ayuda de la cual se produce la oscuridad. Gracias al empleo en el campo de batalla de esta Mayá, ¡oh rey de los rakshasas!, los suras y los asuras no podrán reconocer su camino. Ha recibido aún dos carcajs inagotables, un arco que ninguna otra arma puede romper y un dardo poderoso, ¡oh rey!, para exterminar al enemigo en los combates. Tras haber recibido todos estos regalos, tu hijo, ¡oh Dasanana!, la ceremonia terminada, deseoso de volver a verte, aquí le tienes ahora conmigo.» Dasagriva replicó: «Esto no está bien, puesto que han sido enemigos, Indra el primero, los que han sido honrados mediante esas ofrendas. Pero ven; lo hecho, hecho está: no hay duda. Vuelve, amigo mío; entremos en el palacio.» Y Dasagriva, habiendo vuelto a su morada con su hijo y Vibhishana, hizo bajar a todas las cautivas, que lloraban y sollozaban. Aquellas mujeres distinguidas, verdaderas perlas, salidas de devas, danavas y rakshasas, comprendiendo su intención respecto a ellas, el

virtuoso Vibhishana dijo a su hermano: «¿Son actos tales, ruinosos para la reputación y la fortuna de la familia, los que, a pesar de tu conocimiento de lo que pierde a los seres, practicas deliberadamente? Tras haber maltratado a sus más afectos, ¡raptas la flor de las mujeres! Y ello mientras Madhú te ultraja, ¡oh rey!, hasta el punto de raptarte él a ti a Kumbhinasi.» Ravana replicó: «Esto lo ignoraba. ¿Quién es este Madhú, como tú le llamas?» Vibhishana, indignado, respondió a su hermano: «Aprende el resultado que acaba de tener tu malvado karmán. El hermano mayor de nuestro abuelo materno, Sumali, el sabio anciano, llamado Malyavat, merodeador nocturno, este padre mayor de nuestra madre, nuestro abuelo, por consiguiente, la hija de su hija se llamó Kumbhinasi, la cual había nacido también de Analá, hija de la hermana de nuestra madre, es legalmente nuestra hermana, y nosotros somos sus hermanos. Pues bien, ha sido arrebatada, ¡oh rey!, por Madhú, rakshasa de una fuerza superior, mientras tu hijo estaba ocupado en sacrificar y yo, yo continuaba hundido en el agua. Kumbhakarna, ¡oh gran rey!, estaba siempre, por su parte, bajo el yugo de Nídrá. Y es tras haber matado en el lugar mismo a la flor de los rakshasas, tus venerables consejeros, cuando ha arrebatado brutalmente a la princesa, pese a estar encerrada en tu gineceo. Esta noticia, no obstante, nos ha cogido resignados; no hemos matado al raptor, puesto que, necesariamente, es preciso que una joven sea provista de marido por sus hermanos. Aquí tienes el fruto de esta conducta mala, perversa. Tú le recoges ya en este Mundo, como puedes verlo.» A estas palabras de Vibhishana, el Indra de los rakshasas, Ravana, excitado por la perversidad de su alma, como un océano de olas hirvientes, Dasagriva respondió, los ojos llenos de cólera: «¡Que enganchen al punto mi carro! ¡Que mis bravos se preparen! ¡Mi hermano Kumbhakarna y la flor de los merodeadores nocturnos que cojan sus monturas y se armen de todas armas! Hoy, tras haber matado a Madhú, que se atreve a arrostrar a Ravana, iré al mundo de los suras, impaciente por combatirles, rodeado de mis amigos.» Cuatro mil rakshasas, la flor de los rakshasas, armados hasta los dientes, se lanzaron al instante, deseosos de llegar a las manos. Indrajit iba en la vanguardia con sus guerreros. Ravana ocupaba el centro; Kumbhakarna, la retaguardia. En cuanto al virtuoso Vibhishana, éste quedóse en Lanká, fiel a su deber. Todos los otros héroes avanzaban hacia la ciudad de Madhú, montados sobre asnos, búfalos, caballos llenos de fuego, llenando todos los huecos del espacio; y los daitias, que

estaban enemistados con los daivatas, al ver a Ravana en marcha, les seguían a centenares. Dasanana, entre tanto, habiendo llegado a Madhupura, penetró en ella. No encontró allí a Madhú, pero sí a su hermana, que, tras dirigirle un profundo saludo con la cabeza, se echó a sus pies. Ante el rey de los rakshasas, Kumbhinasí tenía miedo. Haciéndola levantarse, la dijo: «No hay que temblar.» Luego el rey de los rakshasas añadió: «¿Qué me quieres?» Ella le respondió: «Si yo soy aún grata para ti, príncipe de los grandes brazos, a mi esposo no le mates, héroe magnífico. No, hundir a nobles mujeres en semejante desgracia no conviene. De todos los males, en efecto, la viudez es el mayor. Sé fiel a tu palabra, ¡oh Indra de los reyes!, acoge mi súplica. ¿No me has dicho tú mismo, gran rey: Nada tienes que temer?» Ravana respondió alegremente a su hermana, de pie junto a él: «¿Dónde, pues, está tu marido? Pronto, dímelo. Iré con él a conquistar el mundo de los suras. Tu tierno afecto hacia él me hace renunciar a matarle.» A estas palabras, Kumbhinasí hizo levantarse al mero-deador nocturno, que dormía profundamente. La rakshisi, como transportada de alegría, dijo a su marido: «Aquí tienes a Dasagríva, mi poderoso hermano. Deseoso de conquistar el mundo de los suras, te escoge como auxiliar. Ve, pues, a prestarle una buena ayuda en unión de tus parientes, ¡oh rakshasa! Vista su bondad y el honor que te hace, justo es que le ayudes en este asunto.» Oyendo estas palabras, Madhú respondió: «Que sea así.» Y al ver a Ravana, el rey de los rakshasas, le abordó según las reglas, y le rindió los honores debidos. Festejado de aquel modo, Dasagríva pasó una noche en la morada de Madhú, y luego volvió a ponerse en marcha. Llegado al Kailasa, roca que servía de retiro a Vaisravana, el Indra de los rakshasas, semejante al gran Indra, hizo vivaquear a su ejército.»

## SARGA XXVI

## NALABUKANA MALDICE A RAVANA

«Fue el Kailasa lo que Dasagríva, lleno de vigor, el astro del día habiéndose retirado detrás del Asta, escogió para acampar con su ejército. Cuando la inmaculada Luna se levantó por encima del monte de esplendor igual al suyo, la inmensa tropa armada de punta en blanco, se durmió. El poderoso Ravana, sentado sobre la cima del monte, contemplaba



los esplendores forestales a la claridad de la Luna. Bosques de karnikaras llameantes, kadampas y bakulas, estanques cubiertos de lotos, talas, lodhras, priyangus, arjunas, ketakas, tagaras, narikeras, priyalas, panasas, etc., formaban centelleantes bosquecillos en medio de los cuales kinnaras, heridas por Madana, transportadas de amor, de melodiosa garganta, componían sinfonías como para llenar el alma de contento. Allí, vidyadharas, borrachos de mada, los rabillos de los ojos enrojecidos por Mada, retozaban con sus mujeres, jugando y divirtiéndose. Semejante a un carillón de campanas, oíase una suave melodía de coros numerosos de apsaras que cantaban en la morada de Dhanada. Los chaparrones de flores que esparcían los árboles sacudidos por el viento embalsamaban, por decirlo así, aquel monte de los perfumes, de Madhú y de Madhava. Impregnada del aroma sutil y penetrante del jugo de las flores y de su polen, soplaba una brisa afortunada que excitaba las sensaciones voluptuosas de Ravana. Los cantos, las abundantes flores, la frescura de la brisa, la hermosura del monte, durante la noche, y la Luna, subiendo al cenit, lanzaron a Ravana, aquel poderoso héroe, en poder de Kama, que se puso a suspirar, y a suspirar aún, contemplando a Sasín. En esto, he aquí que vino a pasar por allí, engalanada con divinos adornos, Rambhá, la más hermosa de todas las apsaras, con la cara radiante como la Luna en todo su esplendor. Los miembros ungidos con un sándalo celestial, los cabellos entrelazados con flores de mandaras, iba al divino festival, adornada con flores celestes, removiendo sus caderas deliciosas de ver, macizas, ceñidas con una guirnalda, don maravilloso del Amor. Con sus tatuajes frescamente trazados con ayuda de flores de seis estaciones, su hermosura, su magnificencia, su brillo y su esplendor, se asemejaba enteramente a Sri. Iba ataviada con un vestido negro, semejante a una nube lluviosa; su rostro brillaba como Sasín; sus cejas eran como dos resplandecientes arcos. Sus muslos asemejábanse a trompas de elefante; sus manos, a dos tiernos brotes; así pasó, por en medio del ejército, ante los ojos de Ravana. Este levantóse al punto, herido por los dardos de Kama, detuvo con la mano, al pasar, a la apsara confusa, y la preguntó sonriendo: «¿Adónde vas, mujer de las hermosas caderas? ¿Qué buena fortuna persigues? ¿Para quién ha llegado la hora propicia de gozar de tu persona? Hoy, el elixir de tus labios, que exhala el perfume del padma y de la utpala, y que rivaliza con el del néctar y la ambrosía, ¿quién va a deleitarse con él esta noche? Tus dos senos semejantes a dos brillantes copas de oro soberbias, gor-

dos, relucientes, que se juntan, ¡oh adorable mujer!, ¿quién es aquel al cual van a cariciar el pecho? Tus anchas caderas, centelleantes como dos discos de oro refinado, cubiertas de guirnalda doradas, de celestial aspecto, ¿quién las tocará hoy? Yo aparte, ¿quién lo hará hoy? ¿Sakra? ¿Vishnú? ¿Los dos Asvins? Si sigues adelante para juntarte con otro, ¡oh hermosa!, no harás una cosa bien hecha. Descansa, mujer de tan repletas formas en la encantadora meseta de este monte. El que ejerce el imperio en este triple mundo no es otro que yo, tal creo al menos. Y quien, haciendo el anjalí, te dirige humildemente este ruego es Dasagriva, el amo del amo de los tres mundos y de cuantos los habitan; concédeme lo que pido.» A este discurso, Rambhá respondió, temblando y haciendo el anjalí: «Seme favorable; tú no puedes hablar así, tú, que eres mi pariente. Tu deber sería incluso defenderme contra los otros de sufrir violencia, pues, por la ley, soy tu hija política; no te digo sino la verdad.» Entonces, Dasagriva respondió a Rambhá, que estaba prosternada a sus pies, y cuyos pelos poníanse de punta sólo de verle: «Si eres la esposa de mi hijo, eres, en efecto, mi nuera.» Nada más cierto—replicó ella a Ravana—. Soy por la ley la mujer de tu hijo, ¡oh toro de los rakshasas!, del hijo más querido que sus alientos, de tu hermano Vaisravana, afamado en los tres mundos, con el nombre de Nalakubara; él, que, en cuanto a virtud, es un asceta, por la valentía un kshatriya, cuyo enojo iguala al de Añi y la longanimidad a la de la Tierra; tengo cita con este hijo del guardián de los mundos. Y para él es por lo que me he engalanado con todos estos adornos, para que él y no otro que él sienta amor hacia mí. A causa de ello, déjame marchar, ¡oh rey, domador de tus enemigos! Pues el virtuoso príncipe me espera impaciente. Tú no debes contrariar sus deseos; suéltame. El sendero practicado por las gentes de bien, síguelo, toro de los rakshasas. Yo te debo homenaje y tú me debes protección, por tu parte.» Así habló ella a Dasagriva, que la respondió con toda finura: «Yo soy tu nuera, me dices. Para las mujeres que no tienen sino un marido, este argumento cuenta; pero en el Devaloka los suras han establecido esta ley reputada eterna: Nada de marido titular para las apsaras, ni de monogamia entre los suras.» Esto diciendo, el Rakshas, que se había instalado en la meseta de la montaña, inflamado por amorosos deseos, se unió a Rambhá. Cuando la dejó marchar, sus guirnalda y sus adornos arrugados, semejante a un río en el que el Indra de los elefantes practicando sus retozos ha enturbiado las aguas y derribado las

orillas, el cabello flotando en desorden, los dedos crispados, cual una liana sacudida por el viento con las flores de que está cargada, estremeciéndose de vergüenza y de espanto, las manos juntas en forma de anjali, fue al encuentro de Nalakubara y se dejó caer a sus pies. Viéndola en aquella postura, el magnánimo Nalakubara la interrogó: «¿Qué, ¡oh afortunada!, te ocurre? ¿Por qué prosternarte a mis pies?» Entonces ella, gimiendo, temblando y haciendo el anjali, empezó a contarle todo: «¡Oh dios!, Dasagriva, habiendo venido a escalar el Trivishtaba, mientras vivaqueaba con su ejército, esta noche, he sido advertida por él, cuando venía a reunirme contigo, ¡oh vencedor de tus enemigos! El Rakshas me ha cogido y me ha interrogado: «¿Quién eres?» Yo le he dicho todo, sí, toda la verdad. Enloquecido por Kama, no ha querido escucharme, ¡oh Deva!, cuando le suplicaba: Soy tu nuera, ¡oh Señor!, le decía. Desoyendo todos mis ruegos, me ha brutalizado violentamente. He aquí mi falta; perdónamela, ¡oh tú, mi fiel esposo! No, en verdad no hay paridad, ¡oh amigo mío!, entre el vigor de la mujer y el del hombre.» Este discurso transportó de indignación al vástago de Vaisravana. Al saber este ultraje supremo, púsose a reflexionar. Ante tal canallada, el hijo de Vaisravana, rojos de pronto los ojos a causa del furor, cogió agua con la mano. Con aquel agua que había cogido se roció completamente, según la regla. Y al punto lanzó contra el Indra de los rakshasas una maldición terrible: «¡Puesto que, a pesar de tu falta de afecto hacia él, te ha ultrajado brutalmente, ¡oh afortunada!, a causa de ello jamás podrá acercarse a otra mujer joven si ella no comparte su amor! Porque si, arrastrado por la pasión, violenta a otra mujer que no le ame, ¡su cabeza entonces estallará en siete pedazos!» Cuando hubo pronunciado esta maldición ardiente como un llameante brasero, los gongos divinos resonaron, y una lluvia de flores cayó de los aires. Todos los dioses, el Abuelo a su frente, fueron transportados de alegría, instruidos como estaban de la marcha de todo el Universo, y de la muerte futura del Rakshas. Cuando más tarde supo este anatema que ponía los pelos de punta, Dasagriva no volvió ya a entretenerse uniéndose a mujeres que no le amaban. Entre aquellas que había arrebatado a sus maridos y que les habían permanecido fieles fue una alegría general, cuando se enteraron de la maldición, dulce para su corazón, proferida por Nalakubara.»

## SARGA XXVII

COMBATE ENTRE LOS DEVAS Y LOS RAKSHASAS.  
MUERTE DE SUMALI

«Luego de haber franqueado el Kailasa con su infantería y su caballería, el poderosísimo Dasanana se acercó al Indraloka. El ruido de aquel ejército de rakshasas que acudía a todas partes resonó en el Devaloka, semejante a un océano que se desborda. Cuando supo la llegada de Ravana, Indra se arrojó de su asiento y dijo a todos los dioses reunidos, a los aditias, a los vasus, a los rudras, a los sadhyas, así como a las tropas de maruts: «¡Preparaos a luchar contra el pérfido Ravana!» A esta orden de Sakra los devas, sus émulos en la guerra, dotados de grandísimo valor, armáronse llenos de confianza en el resultado del combate. No obstante, Mahendra, que temía extremadamente a Ravana, fue ansioso a ver a Vishnú y le habló de este modo: «¡Oh Vishnú! ¿Qué haré contra el rakshasa Ravana, cuya fuerza es extremada, ¡ay!, y que avanza para combatirme? Es al privilegio que ha recibido de Brahma a lo que debe su potencia, no a otra cosa; pero preciso es que produzca su efecto la palabra que le ha dado el dios nacido del loto. El socorro que me prestaste cuando consumí a Namuci, Vritra, Bali, Naraka y Sambara, concédemelo aún. ¡Oh amo de dioses y de diosas, matador de Madhú!, no hay, fuera de ti, salvación posible, ni asilo para el triple Universo con los seres que se mueven y los que no se mueven. Tú eres el afortunado Narayana, el eterno Padmanabha; es en ti en quien se apoyan los mundos y yo mismo, Sakra, el jefe de los suras. Tú eres quien ha emitido este conjunto de los tres mundos con los seres móviles y los que son inmóviles; y es en ti, ¡oh Bhagavat!, en quien todos entran, al final del yuga. Por consiguiente, dime si verdaderamente, ¡oh dios de los dioses!, te armarás tú mismo con tu espada y tu disco para combatir a Ravana.» Así habló Sakra. El dios soberano, Narayana, le respondió: «No temas nada; y escúchame. No, ese malvado no podría ser vencido ni muerto por los suras y los asuras reunidos; el privilegio que ha recibido le hace invencible. Borracho de su potencia, el Rakshasa, a quien sus hijos acompañan, dará seguramente un gran golpe; lo veo por mí mismo. En cuanto a lo que me pides respecto a

combatir, ¡oh jefe de los suras!, yo no entablaré lucha con el rakshasa Ravana. Porque Vishnú no abandona el campo de batalla sin haber tumbado en él a su enemigo. Y desde ahora te digo que es imposible realizar hoy este deseo contra Ravana, al que su privilegio salvaguarda. Pero yo te afirmo, ¡oh rey de los dioses!, Satakratu, que yo llegaré a ser para ese Rakshas una causa de muerte. Yo mismo exterminaré a Ravana con los suyos. Los devatas se regocijarán cuando yo les haga saber que el tiempo se aproxima. Es la verdad lo que te digo ahora, ¡oh poderoso rey de los dioses, esposo de Sasi! Combate, con ayuda de los asuras, y desecha todo temor.» Entonces los rudras con los aditias, los vasus, los inaruts, los dos Asvins agrupándose lanzáronse adelante al encuentro de los rakshasas. En aquel momento, al final de la noche, se oyó el ruido del ejército de Ravana que agitábase para el combate por todas partes. Los valerosos guerreros, excitándose unos al ver a los otros, corrieron al enemigo, a paso de carga, llenos de ímpetu. Al punto la confusión se produjo en las filas de los daivatas, en presencia del indomable y valeroso ejército de los rakshasas, en el frente de banderas. Una encarnizada lucha se entabló entre devas, danavas y rakshasas, en medio de espantosos clamores, y bajo una lluvia de proyectiles de toda clase. Entonces valerosos rakshasas de formidable aspecto se agruparon, en la refriega, a los lados de Ravana: eran Maricha, Prahasta, Mahaparsva, Mahodara, Akumpana, Nikumbha, Suka, Sarana, Samhrada, Dhumaketu, Mahadamshttra, Ghatodara, Jambumalin, Mahahrada, Virupaksha, Saptaghna, Yajnakopa, Durmukha, Dushana, Khara, Trisiras, Karavirasksha, Suryasutru, Mahakaya y Atikaya, Devantaka y Narantaka. Todos estos bravos rodeaban al valiente jefe. El abuelo materno de Ravana, Sumali, entró a través de las filas enemigas. Todos los batallones de los devas, con sus dardos agudos, los rompió a la vez lleno de furor; cual el huracán dispersa a las nubes. Aquel ejército de daivatas, ¡oh Rama!, de aquel modo trastornado por los merodeadores nocturnos, se dispersó en todas direcciones, como un tropel de gacelas delante de leones. En aquel momento un bravo vasu, el octavo de entre ellos, llamado Savitra, hizo su entrada en el campo de batalla. Rodeado de soldados llenos de entusiasmo, provisto de toda clase de armas, sembró el espanto en los regimientos enemigos, cuando apareció en la refriega. Luego dos aditias llenos de valentía e intrepidez, Tvashtar y Pushan, a la cabeza de un batallón, entraron en liza, a su vez. El combate se entabló entre los rakshasas y los suras; éstos, celosos de la reputación

que tenían los otros de no recular jamás en el campo de batalla. Los vibudas, presentes en el terreno, caían por centenares de miles bajo los golpes de todos aquellos rakshasas formidablemente armados con toda clase de armas. Los devas, por su parte, durante la lucha, con ayuda de sus dardos sin defecto, precipitaban a la mansión de Yama a sus adversarios, terribles a causa de su gran valor y su extremada bravura. En aquel momento, ¡oh Rama!, el rakshasa Sumali, como decía, armado hasta los dientes, se precipitó furioso sobre el enemigo. El ejército entero de los daivatas, con sus dardos múltiples y penetrantes, le dispersó, como un violento huracán a las nubes. Bajo sus chaparrones de poderosos proyectiles, bajo los golpes formidables de venablos y jabalinas que los diezaba, los suras no pudieron resistir. Los daivatas, puestos así en fuga por Sumali, el octavo de los vasus, Savitra, irritado, aguantó a pie firme, Rodeado de sus regimientos, lleno de energía y de bravura, detuvo el impulso del merodeador nocturno. Entonces fue un duelo terrible, como para poner los pelos de punta, entre Sumali y el vasu, guerreros que no sabían retroceder. Y ocurrió que, bajo los poderosos proyectiles de su adversario, el del grandísimo arrojó, el carro de rakshas, del que tiraban serpientes, cayó de pronto deshecho. Tras haber roto de este modo en la lucha su carro, mediante proyectiles lanzados a centenares, el vasu empuñó su maza decidido a matarlo. Blandiendo su arma de llameante punta, semejante al garrote de Kala, Savitra la abatió sobre la cabeza de Sumali. La maza cayó sobre él con el brillo de un meteoro. Hubiérase dicho un enorme manojo de rayos lanzados con estrépito por Indra sobre una montaña. No se vio ya nada del rakshas, ni huesos, ni cabeza, ni carne; la maza le había reducido a polvo, derribándole en el campo de batalla. Cuando vieron a Sumali sucumbir en la lucha, los rakshasas, interperándose unos a otros, huyeron a la desbandada; el vasu los puso en derrota y les hizo abandonar el terreno.»

## S A R G A X X V I I I

## DUELO ENTRE INDRA Y RAVANA

«Al ver a Sumali, a quien el vasu había ahogado y pulverizado, y a su ejército en derrota y hostigado por los suras, enojado, el valeroso hijo de Ravana, el de voz trémula como

un nubarrón, detúvose para burlarse de los suyos; luego, montado en su carro precioso, que marchaba a su capricho, el gran guerrero cayó sobre el ejército de los devas, semejante al incendio cuya llama invade los bosques. Cuando le vieron precipitarse de aquel modo armado de punta en blanco, fue una desbandada general por parte de los devas. Nadie atreviase a hacer frente a aquel combatiente. Sakra detuvo a todos aquellos fugitivos apostrofándoles de este modo: «¡No debéis ni temblar ni marcharos! Volved al combate, ¡oh suras! He aquí a mi hijo que entra en liza; que es invencible.» En aquel momento, en efecto, el hijo de Sakra, el ilustre deva Jayanta, subido en su carro maravillosamente construido, dirigióse hacia el campo de batalla. Entonces, los dioses, rodeando todos al hijo de Sací, volvieron a luchar contra Ravana. Una lucha a fuerzas iguales se entabló entre los devas y los rakshasas, entre el hijo de Mahendra y el del rey de los rakshasas. Ravani lanzó flechas doradas sobre el hijo de Matali, Gomukha, el escudero de Jayanta. Este hirió, a su vez, al escudero de Ravani, que, lleno de cólera, le hostigaba por todas partes. Los ojos dilatados a causa del furor que le embargaba, el poderoso Ravani cubrió a su adversario bajo una lluvia de proyectiles. Luego, lleno de rabia, lanzó por millones toda clase de armas de aguzado corte contra las tropas de los suras. Sataghnis, pisonas, jabalinas, mazas, sables, enormes crestas de montaña eran lanzadas por Ravani. Los mundos se turbaron, las tinieblas surgieron, mientras Indrajit diezmaba los batallones enemigos. Jayanta, abandonado por el ejército de los daivatas que huía por todas partes abrumado por los dardos de su rival, que le hundían por cien lados, quedó allí. Rakshas y devas no se reconocían ya los unos a los otros; rotas las armas, huían en todas direcciones. Los devas daban a los devas y los rakshasas a los rakshasas, enloquecidos por las tinieblas que les envolvían, mientras que otros escapaban. En aquel momento, un héroe lleno de valentía llamado Pulomán, un Indra de los daítias, se apoderó de Jayanta y se lo llevó. Cogió al hijo de su hija y se hundió en el mar. Pulomán, en efecto, era su abuelo materno, el padre de Sací. Cuando supieron la desaparición de Jayanta, los devas, abatidos, desanimados, se dispersaron todos. Ravani, furioso, rodeado de sus batallones, corrió rápido contra los devas lanzando grandes gritos. Al notar la desaparición de su hijo y la huida de los daivatas, el jefe de los dioses dijo a Matali: «Tráeme mi carro.» Matali enganchó el divino, el temible y colosal vehículo, y se lo trajo a toda prisa a su amo. Entonces, por encima de aquel carro y delante de él nubarro-

nes surcados de relámpagos, poderosos y empujados por la tempestad, hicieron resonar los más formidables fragores. Los gandharvas cantaron al unísono himnos de todas clases, mientras que los coros de apsaras bailaban, al salir el jefe de los Treinta. Rudras, vasus, aditias, los dos Asvins, así como las tropas de maruts, armados de punta en blanco, formaban, cuando partió, la escolta del rey de los Tres-Diez. Mientras Sakra se alejaba, el cierzo sopló, el Sol dejó de brillar y grandes meteoros cayeron. Al mismo tiempo, el valeroso Dasagriva, hirviendo de ardor, subió él también sobre el divino Pushpaka, obra de Visvakarmán. Era arrastrado por serpientes monstruosas que hacían poner los pelos de punta y que con el viento de su aliento lo abrasaban todo, por decirlo así. Daitias y merodeadores nocturnos rodeaban el vehículo divino, que rodaba en dirección al campo de batalla, al encuentro de Mahendra. Dasagriva, haciendo alejarse a su hijo, ocupó su puesto él mismo. Ravani salió del campo y quedó de tranquilo espectador. Entonces entablóse de nuevo la lucha entre los rakshasas y los suras, que, semejantes a nubes, hacían llover dardos en la refriega. El perverso Kumbhakarna entre tanto blandía armas de todas clases, ¡oh rey!, sin notar con quién se medía. Servíase de dientes, pies, brazos, manos, lanzas, venablos, mazos, de cualquier cosa, con tal de herir con furor a los devatas. Habiéndose empeñado contra los formidables rudras, el merodeador nocturno fue recibido por ellos cual se merecía y cubierto de heridas en un instante. El ejército de los rakshasas, estrujado vivamente por los devas ayudados por los maruts, y armados de toda suerte de armas, fue todo entero derrotado. En la refriega, unos caían mutilados y palpitantes, mientras que otros permanecían agarrados a los vehículos. Carros, elefantes, asnos, búfalos, serpientes, caballos, sisumaras, jabalíes con cabeza de pisacas, a todos ciertos merodeadores nocturnos enlazábanlos con sus brazos y quedaban sin movimiento; entonces los devas los atravesaban con sus dardos y morían de aquel modo. El espectáculo de todos aquellos rakshasas yaciendo de cualquier modo, dormidos en la muerte, sobre el inmenso campo de la carnicería, era algo de prodigio. En el frente de banderas se formó un río que arrastraba sangre a guisa de agua, en el que cuervos y buitres abundaban, y que en vez de cocodrilos tenía armas. Entre tanto, el ardoroso Dasagriva, furioso al ver a su ejército volteado enteramente por los daitas, precipitóse de un salto en medio de aquel vasto océano de guerreros, y al tiempo que derribaba a los Treinta en la refriega, corrió hacia el propio Sakra. Entonces Sakra tendió



su gran arco, que produjo un sonido prodigioso. Al ruido que hizo su arma, cuando la tendió, las diez regiones resonaron. Luego Indra, distendiendo su arco, hizo caer sobre la cabeza de Ravana flechas centelleantes como Pavaka y Aditia. Por su parte, el poderoso noctámbulo cubrió a su rival con una granizada de dardos escapados de su arco. Los dos hacían llover así, por todas partes, avalanchas de proyectiles, de tal modo que envueltos en verdaderas tinieblas, era imposible distinguir algo.»

## SARGA XXIX

### RAVANI CAPTURA A INDRA

«En medio de la oscuridad sobrevenida de aquel modo, devas y rakshasas entablaron una lucha general; llevados por la borrachera de su fuerza, matábanse unos a otros. Indra, Ravana y Ravani, el de la gran valentía, en aquellas tinieblas que les envolvían como una red, tan sólo ellos tres no se dejaban extraviar. Al ver a todo su ejército diezmado, Ravana entró de pronto en violenta cólera y lanzó un grito terrible. Furioso, el invencible héroe gritó al suta que estaba a su lado en el carro: «¡Hazme atravesar el ejército enemigo de un lado a otro! Hoy mismo, a todos los dioses, a mi paso, con mil múltiples y poderosas armas, los precipitaré en persona del campo de batalla a la mansión de Yama. Yo mismo voy a matar a Indra, a Dhanada, a Varuna y a Yama. A los Treinta, pronto los habré abatido y los pisotearé. Nada de dudas, ¡lanza rápidamente mi carro! Te lo digo por segunda vez: ¡hazme atravesar el ejército de un extremo al otro! Aquí donde nos encontramos es el Nandana; pues bien: conduceme hasta el monte Udaya.» A esta orden el conductor lanzó en medio de *los enemigos sus caballos rápidos como el pensamiento*. Adivinando la intención de Ravana, Sakra, de pie en su carro en el campo de batalla, dijo a los devas, de los que era jefe: «¡Oh suras, escuchadme; he aquí mi voluntad: apoderaos sin tardar de Dasagriva vivo. El poderosísimo Rakshas entrará en nuestras filas sobre su carro con la impetuosidad del viento, cual un océano de olas desbordantes un día de marca. No es posible hacerle perecer; un precioso privilegio le pone ahora al abrigo de ello; pero procurad que caiga en nuestras manos en la lucha. Encadenando a Bali es como he podido gozar del triple mundo; a causa de ello, deseo capturar a este malvado.»

Esto diciendo, Sakra dejó a Ravana y se dirigió a otro sitio del combate, ¡oh gran rey!, para sembrar allí el espanto entre los rakshasas que le asaltaban. Mientras el infatigable Dasagriva iba hacia la izquierda, Satakratu penetró en el ala derecha del ejército adverso. Tras haber avanzado un centenar de yojanas, el rey de los rakshasas cubrió con una avalancha de dardos el ejército entero de los devatas. Cuando vio la carnicería que hacía en su ejército, el intrépido Sakra detuvo a Dasanana envolviéndole. Danavas y rakshasas lanzaron un grito: «¡Ah, estamos perdidos!», exclamaron viendo a Ravana tragado por Sakra. Entonces, de pie en su carro, Ravani, a quien la cólera enloquecía, penetró, lleno de rabia, en las filas de los temibilísimos devas. Hizo entrar con él la gran mayá que había obtenido de Pasupati precedentemente, y llevado de su extremado furor sembró la derrota en aquel ejército. Luego, dejando allí a todos los devas, corrió rápido sobre el propio Sakra. Pero Mahendra, el de la inmensa energía, no advirtió al hijo de su adversario. Los Treinta, cuya fuerza era excesiva, rompieron la coraza de Ravani e incluso le hirieron. Pero él no hizo ningún caso. Atravesó con sus excelentes dardos a Matali, que avanzaba hacia él, y cubrió a Mahendra con una granizada de proyectiles. Entonces, Sakra bajó de su carro y despidió a su conductor; luego, subiendo sobre Aairavata, persiguió con ardor a Ravani. Este, seguro de su poder mágico, se hizo invisible y se lanzó por los aires, desde donde envió a Indra con su Mayá hostigándole con dardos. Cuando vio a Indra sin aliento, Ravani le agarrotó mediante su mayá, y le condujo del lado de su propio ejército. Al ver a Mahendra sacado violentamente fuera de la refriega, todos los Inmortales se preguntaron: «¿Qué es lo que ocurre? No se ve ya a ese mago, el triunfador de Sakra, el guerrero victorioso, que arrastra por la fuerza con ayuda de su mayá a Indra, pese a su ciencia.» Entre tanto, todos los batallones de los suras, llenos de cólera, hicieron volver la espalda a Ravana, anonadándole bajo una granizada de proyectiles. Pues Ravana, habiendo chocado con los aditias y los vasus, encontrábase en la imposibilidad de resistir los golpes de sus enemigos. Viendo a su padre rendido, acribillado de proyectiles y de golpes, Ravani, siempre invisible, intervino en la refriega, y le dijo: «¡Vete, querido padre! ¡Vámonos! ¡Acabemos la guerra! ¡Ya lo ves! Cálmate y deja este febril ardor. El jefe de los suras y de los tres mundos, ¡cautivo está! El orgullo que les inspiraban sus fuerzas, los suras le han visto desvanecerse. ¡Goza a tu capricho de los tres mundos tras haber domado al enemigo mediante tu valentía! ¿A qué ya esta

inútil fatiga?» Cuando oyeron a Ravani expresarse de este modo, los batallones de los daivatas, los suras, privados además de Sakra, que les había conducido, renunciaron a la lucha. Solicitado por su hijo, del que reconoció la querida voz, para que cesase de combatir, el todopoderoso enemigo de los dioses, el ilustre soberano de los rakshasas, le respondió con deferencia: «Tu valentía iguala a la de los más grandes héroes, tú, en quien mi tribu y mi raza hallan su crecimiento, ¡oh príncipe!, puesto que aquel cuya fuerza no tiene igual tú le has vencido hoy, ¡él!, ¡el jefe de los Treinta, así como a los Treinta mismos! Sube en el carro de Vasava y lánzale en dirección a la ciudad. Ve con todo el ejército como escolta. Yo, por mi parte, te seguiré, con paso alerta y gozoso, con mis compañeros.» Rodado de sus fuerzas, escoltado por su caballería, el valeroso Ravani, llevando encadenado el jefe de los Treinta, se dirigió hacia su mansión, y despidió a los rakshasas que acababan de hacer la campaña.»

### SARGA XXX

#### HISTORIA DE LA MALDICIÓN DE SAKRA POR GOTAMA

El todopoderoso Mahendra, habiendo sido vencido por el hijo de Ravana, los suras, Prajapati a su frente, fueron a Lanká. Entonces, acercándose a Ravana, que estaba rodeado de sus hermanos, Prajapati, desde lo alto del aire, donde estaba, le habló con tono sobre todo conciliador: «Mi querido Ravana, estoy satisfecho de la conducta de tu hijo en el campo de batalla. Sí, cierto, en cuanto a valentía y heroísmo, es tu igual, si no incluso tu superior. Tú has domado a la totalidad de los tres mundos gracias a tu bravura, y tu juramento ha producido sus frutos; estoy contento de ti y de tu hijo. Tu hijo, que está ahí, lleno de fuerza y de energía, ¡oh Ravana!, llegará a ser famoso en el Mundo bajo el nombre de Indrajit. Valiente e invencible será también el rakshasa, gracias al apoyo del cual, ¡oh rey!, los Treinta han sido puestos bajo tu yugo. Guerrero de los grandes brazos, deja en libertad a Mahendra, el que castigó a Paká. ¿Qué tendrán que darte por su rescate los habitantes del cielo?» Entonces el valeroso Indrajit, guerrero victorioso, respondió: «La inmortalidad, ¡oh dios!, he aquí lo que quiero, si éste ha de ser soldado.» El poderoso Prajapati dijo a Meghanada: «No hay inmortalidad com-

pleta para ningún ser de la Tierra, volátil, cuadrúpedo o bhuta del mayor vigor.» A esta sentencia irrevocable del Abuelo, del Señor, el vencedor de Indra, el bravo Meghanada, dijo al dios allí presente: «Pues bien: escucha y que así sea hecho contra la desencarcelación de Satakratu. He aquí mi deseo, yo, que constantemente honré a Pavaka con ofrendas y mantras; yo, que me complazco en guerrear y domar a mis enemigos: Que el carro de Vibhavasú, con su tiro de caballos, sea puesto a mi disposición y que la muerte no me alcance cuando esté montado en él: he aquí mi petición formal. Pero si antes de haber hecho mis oraciones y mis ofrendas a Vibhavasú me empuño en una lucha contra un deva, entonces, ¡que yo perezca! Todos, ¡oh dios!, buscan la inmortalidad mediante un tapás; yo, yo es en virtud del heroísmo como quiero adquirirla.» «¡Que así sea!», respondió el divino Abuelo. Entonces Sakra fue puesto en libertad por Indrajit, y los suras se volvieron al tercer Cielo. Pero, ¡oh Ramá!, el desdichado Indra, su gloria Inmortal destruida, el alma presa de vivas inquietudes, permaneció abismado en sus reflexiones. Al verle de aquel modo, el divino Abuelo le preguntó: «Satakratu, ¿es que no has cometido en otro tiempo una falta grave? ¡Oh jefe de los Inmortales! ¡Oh Señor!, recuerda que cuando con mi inteligencia emití a los hombres, tenían la misma tez, la misma estatura, el mismo lenguaje, la misma forma todos, Entre ellos no había diferencia de aspecto ni de especie. No obstante, yo tenía el espíritu preocupado pensando en aquellos seres. Y con objeto de diferenciarles, formé una mujer. Cada miembro secundario de los hombres recibió en ella un carácter especial. Así yo produje una mujer que, por la elegancia de sus formas, era Ahalyá. Lo Halyá, en esto, es lo feo: Halyá tuvo con ello su origen. Aquella en la que no aparezca lo Halyá sería reputada Ahalyá. Halyá tuvo con ello su origen, pues nada sin principio ni fin. Cuando hube formado aquella mujer, ¡oh jefe de los dioses, toro de los suras!, ¿para quién será?, me pregunté. Y he aquí, ¡oh Señor Sakra, destructor de ciudades!, que aquella mujer tú la conociste, y en tu corazón, a causa de tu situación preponderante, te dijiste: «Me casaré con ella.» No obstante, yo la confié a los cuidados del magnánimo Gotama. Tras haberla guardado numerosos años me la devolvió. Habiendo puesto a prueba de este modo el gran imperio sobre sí mismo del ilustre solitario, y sabiendo la perfección de su ascetismo, se la dió en matrimonio. El virtuoso y célebre muni fue dichoso con ella. Ahora bien, los dioses estaban desesperados al ver que había sido dada a Gotama. Y tú, furioso, el alma poseída por

Kama, fuiste a la ermita del asceta donde encontraste a aquella mujer centelleante como la llama de un brasero. Y entonces la violentaste empujado por el ardor de tu pasión fogosa. Pero fuiste sorprendido en la ermita por el eminente rishi. Entonces, lleno de indignación, el poderosísimo asceta te maldijo; y a causa de ello, ¡oh rey de los dioses!, el cambio de situación que acabas de sufrir. Te dijo: «Puesto que has ultrajado a mi esposa, ¡oh Vasava!, sin temer nada, a causa de ello, ¡oh Sakra!, caerás, en el campo de batalla, en poder del enemigo. Esta pasión, ¡oh perverso!, que has manifestado aquí se reproducirá en el Mundo de los hombres, sin duda alguna. Pero la mitad de la falta será imputada a su autor y la otra mitad te incumbirá, y tu situación a causa de todo ello no será estable, ninguna duda sobre esto. Sea cual sea aquel que los suras tengan como Indra, no será inamovible. Tal es la maldición que te lanzo.» Así te habló Gotama. Luego, dirigiéndose a su esposa entre violentos reproches, el eminente asceta la dijo a su vez: «¡Aléjate de mi ermita, mujer depravada! Hermosa y joven, puesto que eres inconstante, la hermosura, en este Mundo, no será tu patrimonio exclusivo. Tu hermosura se extenderá a todos los seres, sin duda alguna, puesto que ha sido por no haber considerado sino ella tan sólo por lo que este extravío de Indra se ha producido. A partir de ahora, los seres estarán eminentemente dotados de hermosura.» Entonces Ahalyá dijo para calmar el gran rishi Gotama: «Ha sido por ignorancia mía, ¡oh asceta!, por lo que me he dejado seducir por un habitante del Cielo que, como has visto, había tomado tu forma; no ha sido cediendo a la pasión, ¡oh rishi! Perdóname; debes hacerlo.» A estas palabras de Ahalyá, Gotama respondió: «Nacerá de los Ikshvakus un poderoso, un gran guerrero, llamado Rama, famoso en el Universo. Para salvar a los brahmanes, se retirará al bosque. Este héroe de grandes brazos no será otro que Vishnú bajo una forma humana. Tú le verás, ¡oh dichosísima!, y el verle te purificará, pues es él quien podrá borrar la falta que has cometido. Tras haberle ofrecido los deberes de la hospitalidad, vendrás a reunirme conmigo, y entonces volveremos a emprender la vida en común, mujer de la maravillosa tez.» Habiendo hablado así, el santo rishi entró en su ermita, mientras su esposa se entregaba a un ascetismo muy riguroso. Y ha sido en virtud de la maldición del muni por lo que te ha ocurrido lo que te ha ocurrido. Acuérdate, poderoso héroe, de aquella maldad que cometiste. Y he aquí por qué has caído en poder del enemigo, no por otra causa, ¡oh Vasava! Ahora, ¡pronto!

no tienes sino ofrecer un sacrificio a Vishnú con el mayor recogimiento. Purificado mediante este sacrificio, subirás al tercer Cielo. Tu hijo, ¡oh jefe de los dioses!, no ha sucumbido en la gran batalla. Ha sido recogido y llevado por su abuelo materno al Océano.» Cuando hubo oído este discurso de Brahma, Mahendra sacrificó en honor de Vishnú; luego el rey de los dioses subió al tercer Cielo, del que volvió a tomar el Imperio. En cuanto a Indrajit, su fuerza era tal cual te la acabo de decir. Habiendo sido vencedor del amo de los dioses, ¡con cuánta más razón no habría de triunfar de los demás seres!» «¡Es maravilloso!», exclamaron Rama y Lakshmana, oyendo estas palabras de Agastya, así como los vanaras y los rakshasas. Entonces Vibhishana, que estaba al lado de Rama, habló de este modo: «Este prodigio, del que ahora me acuerdo, de él fui testigo en otro tiempo.» Y Rama dijo a Agastya: «Es cierto, yo lo había oído contar.» Pero también fue vencido por Rama, Ravana, la espina de los mundos, con su hijo, que, en la lucha, había llevado la ventaja a Sakra, el jefe de los suras.

## SARGA XXXI

## RAVANA A ORILLAS DEL NARMADÁ

El poderosísimo Rama, lleno de admiración, preguntó de nuevo, inclinándose ante él, al excelente rishi Agastya: «¡Oh venturosísimo, el mejor de los Dos-veces-nacidos! El cruel Rakshasa, cuando empezó a recorrer la Tierra, ¿es que los mundos estaban vacíos de héroes? ¿No había entonces ni príncipe ni persona que ocupase su lugar, puesto que Ravana, el rey de los rakshasas, no encontró obstáculo? ¿O es que acaso habían perdido el vigor los gobernantes del Mundo, o carecían de buenas armas los numerosos reyes a los que venció?» A estas preguntas de Rama, hijo de Raghú, Agastya, el venturosísimo rishi, respondió sonriendo, como el Abuelo al Señor Rudra: «Destruyendo de este modo a los potentados fue como Ravana recorrió la Tierra, ¡oh toro de los reyes, Rama, amo del Mundo! Y sucedió que alcanzó la ciudad de Nihishmatí, rival de la de los dioses, en la que residía perpetuamente Vasuretas. Allí había un rey al que Vasuretas había hecho su émulo en poder; se llamaba Arjuna, y era en su casa donde Añi habitaba constantemente, oculto en un hueco recubierto de cañas. Pero aquel día el poderoso soberano de los haihayas, el

señor Arjuna, había ido al Narmadá a entretenerse con sus mujeres. Y fue aquel mismo día cuando Ravana llegó a Mahishmatí. Entonces Ravana, el Indra de los rakshasas, interrogó a los ministros de Arjuna: «¿Dónde está el rey Arjuna? Pronto, decíme la verdad. Yo soy Ravana, venido con intención de medirme con el más poderoso de los monarcas. Por lo pronto, anunciadle mi llegada.» A este lenguaje de Ravana los consejeros, muy sabios, informaron al jefe de los rakshasas de la ausencia del soberano. El hijo de Visravas, al saber por los habitantes de la ciudad que Arjuna se había marchado, se alejó en dirección al Vindhya. Este monte semejante al Himavat se le mostró cual una nube planeando en el espacio y brotando del suelo, por decirlo así. Parecía lamer el cielo; tenía un millar de cimas; los leones habitaban sus cavernas. Sus cascadas de aguas heladas caían en los precipicios con un fragor semejante a enormes carcajadas. Los devas, danavas, gandharvas, así como las apsaras, los kinnaras y las mujeres que allí se entretenían le transformaban en paraíso, paraíso de prodigiosa altura. Sus ríos arrastraban ondas cristalinas. Aquel monte Vindhya, que, con sus crestas, tenía el aspecto de Ananta (393), asestando sus lenguas, y que horadado de grutas erguía semejante al Himavat, al tiempo que le contemplaba, Ravana llegó al Narmadá, cuyas aguas puras deslizábanse sobre un lecho de piedras, para ir a morir al mar occidental. Búfalos, srimaras, leones, tigres, osos, elefantes de gran tamaño, atormentados por el calor y la sed, venían a abrevarse allí. Cakravakas y karandas, hamsas y pollas de agua, sarasas, los de los amorosos gorjeos, abundaban en él constantemente. Los árboles en flor formaban su diadema; las parejas de cakravakas, sus senos; los bancos de arena, sus caderas; las filas de hamsas, su brillante cintura. El polen de las flores espolvoreaba sus miembros; la espuma de sus ondas le formaba un vestido immaculado; dulce era su contacto para aquel que en él se hundía; con sus lotos abiertos era hermosísimo de ver. Descendiendo rápidamente del carro Pushpaka hacia este Narmadá, el más hermoso de los ríos, como hacia una esposa deseada, encantadora, el toro de los rakshasas se instaló sobre un banco de arena delicioso que toda clase de munis frecuentaban. Sus consejeros estaban con él. Al ver el Narmadá, Ravana, el de los diez cucllos, exclamó, de tal modo le encantaba el contemplarle: «¡Es el Gangá!» Y añadió, dirigiéndose alegremente a sus familiares, Suka, Sarana y los otros: «Surya, que con sus mil rayos parece cambiar el Universo en oro, y cuyos ardores son intensos, ahora que está en medio del cielo, este

astro del día, habiéndome advertido sentado, se transforma en Luna, mientras que Anila, refrescado por las aguas del Narmadá, y extendiendo un suave perfume que hace desaparecer toda fatiga, a causa del miedo que le inspiro, sopla muy discretamente. Y este soberbio río mismo, el Narmadá, que aumenta la dicha con su hermosura, cuyas aguas abundan en cocodrilos, en peces y en pájaros, aquí le tenéis semejante a un jovencillo temeroso. Vosotros, a quienes hirieron con sus armas en las contiendas reyes émulos a Indra y que estáis cubiertos de sangre como de la savia de sándalo, andad, hundidos en el hermoso y hospitalario Narmadá, lo mismo que en el Gangá se hunden los grandes elefantes, ebrios de mada, Sarvabhauma a su cabeza. Un baño en este río os librará de todo mal. En cuanto a mí, ahora, en este banco de arena que brilla como la Luna de otoño, ofreceré tranquilamente flores a Karoadín.» Oyendo estas palabras de Ravana, Prahasta, Suka y Sarana, con Mahodara y Dhaumraksha metiéronse en el Narmadá. Agitado por ellos, la flor de los rakshasas, semejantes a elefantes, el Narmadá asemejábase el Gangá, cuando Vamana, Anjana y Padma y los otros elefantes se agitan en él. Los poderosos rakshasas, habiéndose bañado en el río, al salir cogieron para la ofrenda de Ravana flores, que depositaron sobre el arenoso banco, cuyo brillo encantador rivalizaba con el de una maravillosa nube. En un instante los rakshasas levantaron una montaña de flores. Esto hecho, el rey de los rakshasas bajó al Narmadá para bañarse en él, como un gran elefante en el Gangá. Luego, tomado el baño y habiendo recitado, según el rito, el mejor de los rezos, Ravana salió de la onda fluvial. Entonces dejó su traje mojado para revestir un hábito blanco. Los rakshasas siguieron todos a su jefe, que marchaba haciendo el anjalí. Hubiérase dicho montañas vivas, dotadas de la facultad de moverse. Por todas partes adonde iba Ravana, el soberano de los rakshasas, llevaba un linga (394) de oro. Ravana, habiéndole plantado en medio de la vedi de arena, le honró con perfumes y flores de celestial aroma. Luego, aquel linga que libra a los seres de sufrimientos, muy grande, muy hermoso, liberal, adornado de rayos lunares, tras haberle rendido aquellos homenajes, el microdeador nocturno cantó samans, con las manos extendidas, y bailó ante él.»



## SARGA XXXII

## ARJUNA CAPTURA A RAVANA

«En aquel islote arenoso del Narmadá, donde el feroz monarca de los rakshasas hacía su ofrenda de flores, no lejos de allí, Arjuna, el primero de los vencedores, el señor soberano de Mahishmati, entreteníase con sus mujeres en las aguas del río. En medio de ellas, el rey brillaba como entre un millar de elefantes hembras un elefante macho. Deseoso de ensayar el extremado vigor de sus mil brazos, detuvo el curso rápido del Narmadá echándolos alrededor de él. Detenida de este modo por los brazos múltiples de Kartavirya, el agua inmaculada del río retrocedió hacia su manantial arrastrando sus orillas. Con sus peces, sus cocodrilos y sus makaras, sus tapices de flores y de hierbas kusas a las que arrastraba, el curso del Narmadá tornóse impetuoso como en la estación de las lluvias. El torrente, cual si hubiera sido desencadenado por Kartavirya con aquella intención, se llevó todas las flores de Ravana. Este, interrumpido entonces por la mitad el ceremonial que cumplía dejó caer los ojos sobre el Narmadá, que le pareció cual una esposa amada que estuviera fuera de sí. Tras haber observado aquella onda, hinchada como las olas del mar, que había venido del oeste para invadir la oriental, Ravana vio el río cuyos pájaros ya no huían volver a su maravilloso curso normal, y tomar el aspecto de una mujer de humor inalterable. Con el índice de su mano derecha, sin decir nada, Dasanana ordenó a Suka y a Sarana que buscasen la causa de aquel desbordamiento. A la orden de su jefe los dos hermanos, Suka y Sarana, lanzáronse valerosamente por los aires y se dirigieron hacia Occidente. Al cabo de una media yojana de marcha, los dos merodeadores nocturnos vieron en el río a un hombre que retozaba con mujeres. Semejante a un enorme sala, los cabellos chorreando agua, los rabillos de los ojos enrojecidos por la pasión que le llenaba el alma. Aquella calamidad de sus enemigos obstruía el río con sus mil brazos, como un monte que con sus mil pies obstruyese la Tierra. Un millar de jóvenes y hermosas mujeres le rodeaban: cual un elefante al que rodean un millar de hembras en celo. Habiendo advertido a aquel hombre prodigioso, los dos rakshas, Suka y Sarana, volvieron juntos a buscar a Ravana y le dijeron: «Se trata de uno grande como un sala enorme, ¡oh

príncipe de los rakshasas!, que obstruye el Narmadá cual lo haría un dique, para entretener a sus mujeres. Detenido por sus mil brazos, el río deja -escapar muchas veces olas semejantes a las olas del mar.» A estas palabras de Suka y de Sarana, Ravana dijo, y partió impaciente ya por combatir: «¡Es Arjuna!» Cuando Ravana, el jefe de los rakshasas, se lanzó al encuentro de Arjuna, levantóse un viento impetuoso, ruidooso y polvoriento. Un grito acompañado de gotas de sangre salió de pronto de las nubes, mientras, escoltado de Mahodara, Mahaparsva, Dhumraksha, Suka y Sarana, el Indra de los rakshasas iba en dirección a Arjuna. Luego de un tiempo que no fue largo, el poderoso Rakshasa de la tez negra como el colirio alcanzó el temible estanque del Narmadá. Allí, rodeado de sus mujeres, como un elefante de sus hembras, el Indra de los reyes, Arjuna, mostróse al soberano de los rakshasas. Los ojos rojos de cólera, el soberano de los rakshasas, a quien su fuerza enorgullecía, dijo a los compañeros de Arjuna con su voz cavernosa: «¡Ministros del príncipe Haihaya, pronto, id a anunciarle esto: ha venido a luchar contigo aquel cuyo nombre es Ravana!» Cuando oyeron estas palabras de Ravana, los ministros de Arjuna levantáronse en armas y respondieron a Ravana: «El tiempo de combatir tú le conoces mejor que nadie, en verdad, ¡oh Ravana! Tú, que, no obstante, quieres luchar con un príncipe ebrio, que además está con sus mujeres; sí, tú quieres entablar combate con nuestro rey cuando está en medio de sus esposas. Ten paciencia hoy, ¡oh Dasagriva!; deja transcurrir la noche; y si mañana tienes ganas aún, querido amigo, llama a Arjuna al campo de combate. Y si tienes prisa, ¡oh tú, siempre sediento de luchas!, derribanos a nosotros primero sobre el terreno, y entonces podrás encontrar a Arjuna y luchar con él.» Entonces los ministros de Ravana se pusieron a matar a los de Arjuna y a devorarlos ávidamente. En aquel momento el grito de alarma resonó en las orillas del Narmadá, lanzado por los del séquito de Arjuna y por los ministros de Ravana. Flechas, dardos, jabalinas, tridentes que desgarraban como el rayo, los soldados del rey de los haihayas abrumaron con ellos a los compañeros de Ravana, sobre los que cayeron por todas partes. Con terrible impulso y en medio de clamores semejantes a los del mar en el que abundan los cocodrilos, los peces y los makaras. No obstante, los ministros de Ravana, Prahasta, Suka y Sarana, furiosos y llenos de valentía, diezmaban al ejército de Kartavirya. El atentado de Ravana y de los suvos, aquellas gentes a los que el espanto enloquecía, se lo dijeron a Arjuna según se

hallaba retozando. Oyendo esta noticia, Arjuna dijo a la banda femenina: «¡Quedaos sin cuidado!» Y se lanzó fuera del agua, como Anjana fuera del Gangá. Los ojos extraviados por el furor, Arjuna asemejábase a otro Pavaka lanzando llamas espantosas; hubiérase dicho el fuego destructor, al final de un yuga. Adornado con brazaletes de oro refinado, agarró rápidamente su maza y se lanzó sobre los rakshasas a los que dispersó como el Sol a las tinieblas. Con sus brazos lanzando su gran maza, tras haberla blandido, Arjuna la dejó caer con la impetuosidad del vuelo de Garuda. Cortándole el camino como el Vindhya al Sol, Prahasta enderezóse de pie, semejante a un monte, inquebrantable, un rompe-cabezas en la mano. Aquella arma terrible con sus lazos de cobre, en la embriaguez del combate, Prahasta, furioso, la lanzó al tiempo que un grito: cual Antaka. En la extremidad de aquel pisón, lanzado por la mano de Prahasta, apareció una llama brillante como el penacho de la flor del asoka, y que parecía abrasada. Aquella barra que caía sobre él, el hijo de Kritavirya, Arjuna la apartó hábilmente con su maza, sin turbarse. Luego, el jefe supremo de los haihayas se lanzó sobre su adversario con su pesada arma que blandía con quinientos brazos. Alcanzado por el tremendo mazazo, Prahasta, que estaba de pie, cayó como un monte al que Indra hiere con el rayo. Al ver a Prahasta yaciendo, Maricha, Sura y Sarana, así como Mahodara y Dhumrakshas, huyeron del campo de batalla. Sus ministros en fuga y Prahasta abatido, Ravana se precipitó sobre Arjuna, el más grande de los monarcas. Entre aquel príncipe de los mil brazos y el Rakshasa de los veinte brazos se entabló un duelo formidable, que ponía los pelos de punta: cual dos océanos desbordados, dos montes quebrantados hasta sus raíces, dos soles abrasados, dos fuegos ardientes. Hubiérase dicho dos elefantes a los que su fuerza enorgullecía, dos toros que se disputan una ternera, dos nubes atronadoras, dos leones orgullosos de su vigor. Como Rudra y Kala en furia, el Rakshas y Arjuna armados de sus mazas descargaban uno sobre otro golpes terribles. Así como las montañas soportan los formidables rayos, así soportaban los mazazos el hombre y el rakshasa. Del mismo modo que el estruendo del trueno despierta el eco, del mismo modo el choque de sus armas repercutía en todas las regiones. La maza de Arjuna, cayendo sobre el pecho de su enemigo, la daba el brillo del oro: cual una nube a la que ilumina un relámpago. Asimismo, todas las veces que se abatía sobre el pecho de Arjuna, la maza de Ravana asemejábase a un meteorito que cae sobre una gran montaña. Ni Arjuna se

fatigada ni el soberano de los rakshasas; la lucha permanecía indecisa, como en otro tiempo entre Bali e Indra. Como dos toros que se pegan con los cuernos o dos elefantes con sus colmillos puntiagudos, así combatían uno y otro los dos valientes entre los hombres y entre los rakshasas. Al fin, Arjuna, furioso, descargó con todas sus fuerzas un mazazo en el enorme pecho de Ravana, entre los dos senos. Al contacto con el pecho de Ravana, que tenía por coraza el precioso privilegio de Brahma, aquel arma se amortiguó impotente, y a causa de la violencia del choque se rompió en dos y cayó por tierra. No obstante, bajo aquel golpe asestado por Arjuna, Ravana retrocedió de un alcance de arco y cayó gimiendo. Cuando vio que desfallecía, Arjuna lanzóse al punto sobre Dasagriva y le capturó como Garutmat a una serpiente. Con sus mil brazos el poderoso rey se apoderó violentamente de Dasanana y le agarrotó como Narayana a Bali. Ravana cargado de ataduras, siddhas, caranas, devatas exclamaron haciendo hover flores sobre Arjuna: «¡Bravo! Bravo!» Como el tigre que ha cogido una gacela o el león un elefante, el rey de los haihayas, lleno de alegría, lanzó múltiples clamores, semejante a una nube. El Prahasta, que había recobrado los sentidos, viendo a Dasanana cautivo, saltó al punto, furioso, sobre el haihaya. Los merodeadores nocturnos cayeron con extremada violencia sobre Arjuna, como al final de la estación cálida las nubes lluviosas sobre el Océano. «¡Suéltale! ¡Suéltale! ¡Detente! ¡Detente!», le gritaban sin cesar, lanzándole barras de hierro y venablos. Pero antes siquiera de que le hubiesen alcanzado, el intrépido Arjuna, calamidad de sus enemigos, se apoderaba prestamente de los proyectiles que le lanzaban los enemigos de los inmortales. Luego atravesó a aquellos rakshasas con sus armas poderosas, irresistibles, y los puso en fuga, como el viento a las nubes. Tras haber dispersado de aquel modo a los rakshasas, el hijo de Kritavirya, Arjuna teniendo a Ravana entre sus manos, entró en su ciudad, rodeado de los suyos. Y fue bajo las aclamaciones de los Dos-veces-nacidos y de los habitantes, que sembraban su camino de flores y de granos, como, semejante a Puruhuta, Arjuna hizo su entrada en la capital: cual el dios de los mil ojos, cuando capturó a Bali.»

## SARGA XXXIII

## ARJUNA SUZITA A RAVANA A RUEGOS DE PULASTYA

«Esta captura de Ravana, que asemejábase a la captura del viento, Pulastya la oyó contar en el Cielo a los daivatas. Inquieto entonces por su hijo, a causa de su ternura, a pesar de su gran firmeza, el ilustre rishi fue a ver al amo de Mahishmatí. Lanzándose por el sendero de Vayú, al que igualaba en velocidad, el Dos-veces-nacido alcanzó la ciudad de Mahishmatí con la rapidez del pensamiento. Esta ciudad, que se parecía a Amaravatí y que llenaba una multitud gozosa y próspera, en ella entró como Brahma en la ciudad de Indra. Semejante a un sol que viajase a pie, avanzó en medio de un esplendor del que no se podía soportar el aspecto. Al verte, fueron a prevenir a Arjuna. El soberano de los haihayas dijo al reconocerle: «¡Es Pulastya!» Y poniendo sus manos sobre su cabeza, para hacer el anjalí, avanzó al encuentro del asceta. Su purohita, cogiendo el arghya y también el madhuparka (395), precedía al príncipe, como precede Sakra a Brihaspati. El rishi se acercaba, semejante al Sol levante. Arjuna, conmovido por su aspecto, le saludó como Indra saluda al Señor Brahma. Tras haberle presentado el madhuparka, la leche, el agua para los pies y el agua para las manos, el Indra de los reyes dijo a Pulastya, con voz temblorosa a causa de la alegría: «Hoy, Mahishmatí, tórnase la émula de Amaravatí, ¡oh Indra de los Dos-veces-nacidos!, puesto que te veo, a ti, a quien con tanto esfuerzo se mira cara a cara. Hoy me siento feliz, ¡oh deval; mis deseos quedan colmados; hoy mi nacimiento se hace fructuoso; hoy da frutos mi ascetismo, puesto que tus dos pies, que las tropas divinas deben besar, yo los beso en este momento. He aquí me Imperio; he aquí mis hijos; he aquí mis esposas; henos aquí a todos. ¡Oh brahmán! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quieres que hagamos?» Luego de haberle preguntado si era feliz en lo que concernía a la ley, a los fuegos sagrados y a sus hijos, Pulastya dijo a Arjuna, soberano de los haihayas: «¡Oh Indra de los reyes, de ojos anchos como hojas de loto, y de rostro brillante como la Luna en su plenitud! Tú no tienes igual en fuerza, puesto que a Dasagriva tú le has vencido. El, ante quien se detienen, inmovilizados por el espanto, Sagara y Anila, mi nieto, tú le has capturado en

el campo de batalla, a él, invencible hasta este momento. Tú has bebido la gloria de mi nieto y hecho tu nombre ilustre. A mi ruego, yo te conjuro, amigo querido, suelta a Dasanana.» La súplica de Pulastya, Arjuna la acogió sin decir palabra, y el rey de los reyes puso alegremente en libertad al Indra de los rakshasas. Cuando hubo libertado al enemigo de los Treinta, Arjuna le hizo homenaje de adornos y guirnaldas, de trajes divinos, y contrajo con él, en presencia de Añi, una alianza para no hacerse ya daño nunca; luego, tras haberse prosternado ante el hijo de Brahma, volvió a su morada. Pulastya mismo despidió al vigoroso Indra de los rakshasas, luego de haberle abrazado, y Ravana, los deberes de la hospitalidad recibidos, partió lleno de vergüenza a causa de su derrota. El hijo del Abuelo de los mundos, Pulastya, el toro de los munis, que acababa de libertad a Dasagriva, se volvió al Brahmalo. Fue así como Ravana, que había sido domado por Kartavirya, a pesar de su gran fuerza, fue liberado a ruegos de Pulastya. He aquí cómo los fuertes caen bajo los fuertes, ¡oh tú, que haces la felicidad de los Raghus! Aquel que desee su propia dicha, que no desprecie a sus adversarios. No obstante haberse aliado el rey de los comedores de carne, de amistad, con el monarca de los mil brazos, volvió a destruir a los potentados y a recorrer la Tierra lleno de audacia.»

## SARGA XXXIV

## VALI CUELGA A RAVANA DE SU CINTURÓN

«Soldado por Arjuna, el jefe de los rakshasas, recorría la Tierra entera sin fatigarse. El Rakshasa, allí donde había un hombre del cual oía alabar la fuerza extraordinaria, iba a su encuentro para provocarle insolentemente a combatir. Un día, habiendo ido a la ciudad de Kishkindhá, desafió al rey Vali, que llevaba una diadema de oro. No estaban allí en aquel momento sino los adictos del vanara: Tara, Sushena, el padre de Tará y el Señor Sugriva. Este respondió al belicoso llegado: «¡Oh rey de los rakshasas!, Vali ha salido, que aceptaría tu desafío. ¿Qué otro plavangama podría hacerle frente? Vali visita los cuatro océanos, para practicar allí la samdhyá, ¡oh Ravana!; en un momento estará de vuelta, ten paciencia un instante. Ese montón de huesos, míralos, blancos como conchas, pertenecen, oh príncipe!, a los que quisieron probar en com-

bate la valentía del jefe de los vanaras. Aunque hayas bebido el jugo del amrita, ¡oh Ravana!, tu encuentro con Vali va a poner fin a tu existencia. Contempla, pues, ahora este Mundo maravilloso, ¡oh hijo de Visravas!, mientras esperas un poco, pues luego te será imposible. O si tienes mucha prisa por morir, ve al mar del Sur y allí verás a Vali, que parece un Pavaka en la Tierra.» Entonces, tras haber invectivado a Tara y a los demás, Ravana, el *ravana* de los mundos, volvió a subir a su carro Pushpaka y se dirigió hacia el mar del Sur. Allí vio, semejante al Hcmagiri, el rostro deslumbrador como la aurora, a Vali todo entero que se entregaba a la práctica de la *samdhya*. Descendiendo de Pushpaka, Ravana, el de la tez negra como el colirio, deslizóse rápidamente, sin hacer ruido, para apoderarse de Vali. Mas por casualidad fue advertido por éste, que adivinó su criminal designio, pero no se conmovió por ello. Cual un león en presencia de una liebre, o Garuda ante una serpiente, Vali ni se inquietó en modo alguno a causa de Ravana, el del perverso proyecto. Al contrario, se dijo: «He aquí a Ravana, que, dada la maldad de su alma, se acerca para hacerme prisionero. Bueno, le colgaré de mi cinturón y me iré a ver los otros océanos. Y se verá a mi enemigo Dasagriva, piernas y brazos colgantes, el traje al viento, agarrado a mi flanco, como un reptil al de Garuda.» Esto pensando, Vali permanecía allí, recitando en voz baja los mantras védicos, semejante al rey de las montañas. Los dos, deseando apoderarse el uno del otro, el monarca de los haris y el de los rakshasas, esforzábanse por conseguir su propósito, por el orgullo que su fuerza les inspiraba. Dándose cuenta, por el ruido de sus pasos, de que Ravana iba a ponerle la mano encima, Vali, bien que vuelto de espaldas, le agarró como el pájaro Garuda a una serpiente. Cuando se hubo apoderado del amo de los rakshasas, que se disponía a capturarlo a él, el hari se lanzó de un salto por los aires, tras haberle enganchado a su cinturón. Pese a que le magullaba y le desgarraba con sus uñas, Vali llevaba a Ravana como la tempestad a la nube. Entre tanto, los ministros de Dasanana, que habían llegado con él, corrieron tras de Vali, lanzando grandes gritos, por ver de hacerle soltar su presa. Perseguido por ellos, Vali brillaba en su carrera aérea como el Sol perseguido en el espacio por grupos de nubes. Aquella flor de los rakshasas no podían alcanzar a Vali; agotados por el viento que producía la agitación de sus brazos y de sus muslos, se detuvieron. Los Indras de los montes mismos apartábanse del camino de Vali, ¡con mucha más razón cualquiera que deseaba vivir y que tenía carne y sangre! Con una velo-

ciudad imposible aun para las bandadas de pájaros, el Indra de los vanaras con su mucha prisa saludó sucesivamente a todos los océanos a la hora del crepúsculo. A lo largo del camino recibió los homenajes de los volátiles, él, el primero de entre ellos, y llegó al mar occidental con Ravana. El vanara practicó allí la samdhyá; se bañó, rezó y se dirigió en seguida hacia el mar del Norte, llevando siempre a Dasanana. El gran hari recorrió numerosos millares de yojanas, rápido como el viento, como el pensamiento, con su enemigo. Tras haber observado la samdhyá en el océano boreal, Vali, llevando siempre a Dasagriva, fue al mar del Este, Vasavi, el rey de los haris, hizo allí las devociones crepusculares; luego emprendió, de vuelta, el camino de Kishkindhá, teniendo siempre a Ravana. Cuando hubo practicado de este modo la samdhyá en los cuatro océanos, el vanara, cansado de llevar al Ravana, detúvose en un bosque de Kishkindhá. Entonces el príncipe de los kapis soltó a Ravana de su cinturón, le preguntó, riendo a más no poder: «¿De dónde has salido?» Enormemente pasmado, el rey de los rakshasas, cuyos ojos parpadeaban de fatiga, habló en estos términos al rey de los monos: «¡Oh Indra de los vanaras! ¡Oh tú, que te asemejas a Mahendra! Yo soy el soberano de los rakshasas, Ravana, venido con el deseo de batirme contigo, pero ¡heme aquí tu cautivo! ¡Qué fuerza, qué vigor, qué mérito profundo haberme atado como una pieza de ganado y paseado de este modo a través de los cuatro océanos! ¿Qué otro hubiera podido llevarme de este modo sin fatiga con rapidez semejante? Tres seres hay que pueden viajar de este modo, ¡oh plavamgama!: Manas, Anila y Suparna (396). Hete aquí su émulo! sobre esto no hay duda. Testigo de tu fuerza, toro de los haris, deseo contraer contigo una amistad duradera, estrecha, en presencia de Pavaka. Esposas, hijos, ciudad, reino, placeres, trajes, alimentos, todo nos será indiviso, ¡oh jefe de los monos!» Entonces, habiendo encendido fuego, los dos, el mono y el rakshas, vueltos hermanos, se abrazaron. Cogidos de la mano, el mono y el rakshasa penetraron gozosos en Kishkindhá, como dos leones en una caverna rocosa. Cual otro Sugriva, Ravana permaneció un mes en aquel lugar adonde había ido con sus ministros, deseoso de trastornar los tres mundos. He aquí como en otro tiempo obró con Vali, Ravana, Señor; bien que ultrajado por él, se declaró su hermano, en presencia de Pavaka. La fuerza de Vali era sin igual, ¡oh Rama!; era extremada; no obstante, tú le consumiste, como el fuego a una cigarra.»



## SARGA XXXV

## HISTORIA DE HANUMAT NIÑO

Rama entonces propuso una cuestión al muni que tenía su ermita en la región del Sur. Le saludó respetuosísimamente con el anjalí y le dirigió estas palabras llenas de sentido: «El vigor de Vali y de Ravana eran, en verdad, incomparables; no obstante, jamás igualaron al de Hanumat, al menos tal creo. Valor, destreza, vigor, solidez, golpe de vista atinado, experiencia, energía, bravura, se encuentran en Hanumat. En presencia del mar, viendo desesperado al ejército de los monos, el héroe de los grandes brazos le confortó y franqueó cien yojanas. Devastó la ciudad de Lanká, penetró en el gineceo de Ravana, descubrió a Sitá, la habló y la infundió ánimos. Los que iban a la cabeza del ejército enemigo, los hijos de los ministros de Ravana los kimkaras, a su propio hijo, todos fueron abatidos por Hanumat él solo. Más tarde, cuando hubo roto las ligaduras y apostrofado a Dasanana, redujo a Lanká a cenizas, como Pravaka a la Tierra. Ni Kala, ni Sakra, ni Vishnú, como tampoco Vittapa, no se cuenta de ellos hechos de armas parecidos a los de Hanumat. Gracias al valor de su brazo, Lanká, Sitá, Lakshmana, victoria, Imperio, amigos, parientes, yo los he obtenido o vuelto a encontrar. Salvo Hanumat, el compañero del rey de los vanaras, ¿quién hubiera sido capaz de irme a buscar noticias a Janaki? ¿Cómo es posible y por qué, dada su abnegación por Sugriva, cuando la querella entre los dos hermanos, no consumiese a Vali como el fuego un matorral? Sin duda es, tal creo al menos, que Hanumat desconocía su propia fuerza, cuando veía maltratar al rey de los vanaras, a aquel que amaba como a su vida. Todas estas cosas relativas a Hanumat, ¡oh venturosísimo e ilustre asceta!, cuéntamelas con todo detalle y según la verdad, ¡oh tú, a quien los Inmortales veneran!» A este discurso lleno de sentido, el rishi respondió en presencia de Hanumat: «Es exacto, ¡oh príncipe de los Raghús!, lo que dices de Hanumat. Nadie parece igualarle en vigor, ni sobrepujarle en velocidad e inteligencia. Pero una maldición ineluctable le fue lanzada por los munis en otro tiempo, en virtud de la cual este héroe no podría conocer toda su fuerza, ¡oh látigo de tus enemigos! En su infancia, ¡oh poderoso Rama!, hizo una cosa que no

es posible contarla, de tal modo es pueril. No obstante, si deseas conocerla, ¡oh Raghava!, préstame atención, escucha, te la diré. Hay un monte, el Sumerú, que Surya doró como privilegio. Allí reina Kesarín, el padre de Hanumat. Su esposa querida era la ilustre Anjaná. Vayú tuvo con ella un niño maravilloso. Anjana, pues, trajo al Mundo a este hijo que tenía la tez brillante como una espiga de arroz. Queriendo coger frutas, la joven y hermosa mujer cayó en un barranco. El niño, que en ausencia de su madre sufría cruelmente de hambre, empezó a lanzar gritos penetrantes, como Sisu a Saravana. Y he aquí que vio a Vivisvat que se levantaba, semejante a un ramo de japá. Impaciente por comerse lo que creía una fruta, se lanzó hacia él. Vuelto hacia el Sol levante, el niño, semejante él mismo a la Aurora en persona, deseoso de apoderarse de él, ganó impulso en medio de los aires. Los botes de Hanumat, que no era sino un niño, maravillaron grandemente a devas, danavas y yakshas, que se decían: «No, Vayú, Garuda, el pensamiento mismo no tiene la rapidez de ese hijo del Viento que se lanza a lo más alto del aire. Si, siendo niño como es, es tal la rapidez de su carrera, cuando esté en la fuerza de la edad, ¡cuál no será su velocidad!» Vayú se lanzó en seguimiento de su hijo a toda velocidad, y temiendo que el Sol le quemase le preservaba con su aliento cargado de frescura. Hanumat recorrió de este modo numerosos millares de yojanas, elevándose en el espacio; y gracias a la potencia de su padre y a su inconsciencia de niño, llegó hasta la proximidad del Sol. Este pensó: «El niño, en verdad, no tiene conciencia de su falta, de modo que hay que obrar en consecuencia. Y no le consumió. Pero precisamente aquel día en que Hanumat se lanzaba para coger el astro era el en que Rahú disponíase a apoderarse de él, él mismo. Tropezado por el niño en el carro solar, Rahú se apartó asustado, él, el azote de Candra y de Surya. Irritado, el hijo de Simhiká se fue a la mansión de Indra, y frunciendo las cejas dijo al dios, a quien las tropas de devas rodaban: «Para aplacar mi hambre me das la Luna y el Sol, ¡oh Vasava! ¿Por qué entonces se los has regalado a otro, oh matador de Bala y de Vritra? Hoy, que es la época de la conjunción, yo había salido para apoderarme de Surya, cuando otro Rahú, acercándose, le ha cogido al punto.» A estas palabras de Rahú, Vasava, asombrado, botó de su asiento, y salió con su corona de oro sobre la cabeza. Entonces, subiendo sobre Airavata, el Indra de los elefantes, alto como la cima del Kailasa, el de los cuatro colmillos, que rezumaba mada, ricamente empenachado, colosal, cuyas campanillas de

oro sonaban alegremente, Indra se hizo preceder de Rahú y se dirigió hacia donde estaba Surya con Hanumat. Pero he aquí que Rahú partió a toda velocidad, dejando a Vasava detrás de él. Y el niño le vio cuando corría. Entonces, dejando allí a Surya y tomando a Rahú por una fruta, Hanumat botó de nuevo en el espacio, con objeto de apoderarse del hijo de Simhiká. Al ver al plavamgama que se alejaba del Sol para precipitarse sobre él, ¡oh Rama!, el hijo de Simhiká, al cual no le quedaba sino la cabeza, se detuvo, dio media vuelta y, recurriendo a la protección de Indra, gritaba y gritaba en su azoramiento: «¡Indra! ¡Indra!» A las llamadas de Rahú, del que reconoció la voz, antes de verle él mismo, Indra le gritó: «¡No temas nada! ¡Le voy a matar!» Entonces, al ver a Airavata, Maruti pensó, precipitándose sobre el rey de los elefantes: «¡Oh, que fruta más buena!» Y mientras corría de aquel modo con la intención de apoderarse de Airavata, su silueta de formidable brillo apareció de pronto por encima de Indra y de su séquito. Cuando se precipitaba hacia él, el esposo de Sací, que no estaba muy irritado, le lanzó un brote de su cuadrado de rayos. Alcanzado por él, el niño cayó sobre una montaña. Y al hacerlo se rompió la mandíbula izquierda. Como su hijo yacía inanimado a causa del golpe del rayo, Pavana se enfadó con Indra, para desgracia de los seres. Deteniendo su acción, el Señor Maruta, que penetra y anima a los seres, retiróse a una caverna, a la que se llevó a su hijo. Detuvo el paso del fiemo y la orina, causando con ello a los seres un mal extremado y paralizando a todos, como Vasava, cuando retiene los aguaceros. A causa de la irritación de Vayú los seres, en todas partes, fueron privados de alientos, y sus junturas, quedando dislocadas, tornáronse como pedazos de madera. No conociendo ya los santos estudios ni la exclamación vashat, ni las ceremonias, ni el deber, a causa del descontento de Vayú, el triple mundo tornóse un infierno. Entonces los seres, con los gandharvas, los devas, los suras y los hombres, corrieron juntos a buscar a Prajapati, empujados por su infortunio y por su deseo de volver a ser dichosos. Los dioses que tenían vientres de hidrópicos le dijeron, haciendo el anjali: «Has creado seres de cuatro especies, ¡oh Bienaventurado, tú, su protector! Nos has dado a Pavana como amo de nuestra existencia. Pero él, que ha llegado con ello a ser el soberano de nuestros soplos vitales, ¿por qué ahora, ¡oh tú, el más noble de todos!, nos pones obstáculos y pares el mal, como las mujeres del gineceo? A causa de ello hemos venido a ti para que nos defiendas contra los ataques de Vayú. De esta

desgracia nacida del descontento de Vayú, libranos, ¡oh tú, que apartas el infortunio!» A este discurso de los seres, el que era su protector, Prajapati, les dijo: «Es con razón.» Y añadió: «El motivo por el cual Vayú se ha enfadado y causa esa obstrucción, ¡oh seres!, sabedlo por entero y escuchad lo que yo puedo, yo, deciros. A su hijo, el jefe de los Inmortales, Indra, hoy le ha hecho caer, a instancias de Rahú. Entonces, Anila se ha encolerizado, él, Vayú, que no teniendo cuerpo, circula por los de los demás para su preservación. Un cuerpo sin Vayú tórnase semejante a un pedazo de madera. Vayú es el aliento vital; Vayú es la dicha; Vayú es todo en el Universo. Abandonado de Vayú, no, el Mundo no gusta de felicidad. Ahora que está privado de Vayú, el Universo está privado de vida. Los seres, al estar sin alientos, son como tablas. Vamos a buscar a Maruta, el autor de nuestros males, por miedo a perecer, por no haber ablandado al hijo de Aditi.» Entonces, acompañado de los seres, Prajapati, con los devas, los gandharvas, los serpientes y los guhyakas, fue junto a Maruta, a la gruta donde había llevado a su hijo, al que el Indra de los suras había golpeado. Entonces, al ver al hijo de Sadagati que brillaba como el Sol, el fuego y el oro, en la sombría caverna donde se había retirado, el dios de las cuatro caras se llenó de compasión, lo mismo que los devas, los gandharvas, los rishis, los yakshas y los rakshasas.»

### SARGA XXXVI

#### PRIVILEGIOS CONCEDIDOS POR LOS DIOSAS AL NIÑO HANUMAT, AL QUE LOS ASCETAS MALDICEN

Cuando vio al Abuelo, Vayú, cogiendo a su hijito, al que lloraba como muerto, fue hacia él, Dhatar, al que adornaban móviles pendientes, diadema y guirnalda de oro, y cayó a sus pies tras haberle hecho tres profundas inclinaciones. Este dios que conoce los *Vedas*, levantando a Vayú, rozó al niño con su mano engalanada con brillantes brazaletes. Con sólo tocarle así, como en broma, el dios nacido del loto le llamó a la vida: cual simiente a la que se riega con agua. Al ver a su hijo reanimado, Prana, exhalando lleno de alegría un soplo embalsamado, circuló de nuevo por todos los seres, libremente, como antes. Desembarazados de aquella obstrucción de Maruta, los seres volvieron a estar alegres: cual estandartes cubiertos de

lotos sobre los cuales un cierzo helado deja de soplar. Aquel que posea los tres dobles, las tres cimas, las tres mansiones, al que los Tres-Diez veneran, Brahma, dijo a los devatas, movido por su deseo de ser agradable a Maruta: «Vosotros, Mahendra, Añi, Varuna, Mahesvara y los demás, sabed toda la verdad, yo os la diré, es importante. Este niño hará lo que vosotros tendréis que hacer. Concededle todos privilegios, para satisfacción de Maruta.» Entonces el dios de los mil ojos lleno de alegría, la frente radiante, se quitó su guirnalda de lotos y habló así: «Puesto que el rayo escapado de mi mano le ha roto la mandíbula, este tigre de los monos llevará el nombre de Hanumat. Y le voy a conceder un don excelente, maravilloso: a partir de este momento el rayo le encontrará invulnerable.» Por su parte, Martanda, el Bienaventurado que expulsa las tinieblas: «Yo le cedo la centésima parte de mi energía. Y cuando pueda aprender los *Sastras*, yo le daré uno que le hará elocuente.» Varuna, él, le concedió este privilegio: «La muerte, incluso al cabo de un centenar de ayutas de años, no se servirá contra él de mi agua, como una red, para arrastrarle.» Yama le concedió ser invulnerable a su cetro e inaccesible a la enfermedad: «Además de este privilegio, en prueba de mi satisfacción, en la guerra nada le desconcertará: Esta maza que tengo le protegerá en los combates.» Así habló Dhanada, el del único y rojo ojo. «Yo impediré que mis dardos le hieran», dijo Samkara, concediéndole con ello el más precioso de los favores. Por su parte, Visvakarmán, el del gran carro, mirando al niño dijo: «Las armas que yo he fabricado, divinas, mientras viva será invulnerable a ellas.» El magnánimo Brahma, el de la larga existencia, habló de este modo: «Ninguno de los dardos brahmánicos podrá perjudicarlo.» Luego, cuando vio al niño enriquecido por aquellos privilegios de los suras, el dios de los cuatro rostros, el Gurú de los mundos, dijo lleno de contento a Vayú: «Tú hijo Maruti, ¡oh Maruta!, será el espanto de sus enemigos, la seguridad de sus amigos: será invencible. Pudiendo cambiar de forma a su capricho, hará lo que le plazca, irá allí donde le parezca, con agilidad enteramente superior, sin encontrar obstáculos, y se hará famoso. Con el propósito de destruir a Ravana y de complacer a Rama, llevará a cabo hechos de armas que producirán escalofríos.» Estas palabras consolaron a Maruta, así como a los inmortales; luego todos partieron como habían venido, el Abuelo a su cabeza. Vayú, que transporta los perfumes, cogiendo a su hijo le llevó a su casa. Dijo a Anjaná los privilegios con que la habían favorecido y se alejó. La obtención de

estos favores, ¡oh Rama!, habiéndole llenado de fuerza más la petulancia que le era natural, Hanumat parecía un océano que se desborda. Con ardor interperante, este tesoro de los vanaras sembraba el desorden en los eremitorios de los grandes rishis, sin la menor vergüenza. Cuchara, vasos, añihotras, montones de corteza de árbol de uso para aquellos apacibles solitarios, lo rompía, lo dispersaba, lo volcaba todo. Era mediante hazañas de esta clase como daba señal de su presencia nuestro héroe, vuelto invulnerable a todas las armas brahmánicas por Sambú. Los rishis, sabiendo de dónde le venía su fuerza, lo toleraron todo al principio. No obstante, y a pesar de las prohibiciones de Kesarín y de Vayú, el hijo de Anjaná iba más allá de lo tolerable. Entonces, indignados, los grandes rishis, salidos del tallo de Bhrigú y de Angirasa, le maldijeron, ¡oh príncipe de los Raghús!, sin, no obstante, dar curso a su cólera por entero, ni a toda su indignación: «Puesto que nos atormentas dándote cuenta de tu fuerza, ¡oh plavangama!, estarás mucho tiempo sin conocerla verdaderamente, a causa del efecto turbador de nuestra maldición; no la desplegarás sino cuando te lo recuerden.» Entonces el sentimiento de su fuerza le fue suprimido en virtud de las palabras de los grandes rishis, y Hanumat empezó a recorrer en adelante sus soledades con un natural plácido. En aquella época, Riksharajas, padre de Vali y de Sugriva, reinaba sobre todos los vanaras con un brillo semejante al del Sol. Naturalmente, tras un largo reinado, aquel soberano de los vanaras que se llamaba Riksharajas sufrió la ley del tiempo. El muerto, los ministros, versados en los mantras, pusieron a Vali en el puesto de su padre, y a Sugriva en el de Vali. Sugriva y su hermano no hacían sino uno solo. Nada de divergencias entre ellos. Desde su infancia se amaban como Anila y Añi. Hanumat, a causa de la maldición de los brahmanes, no conocía ya su fuerza cuando sobrevino la querella entre Vali y Sugriva, ¡oh Rama! Ni Sugriva mismo se acordó de la fuerza de Hanumat, a causa del espanto en que le había hundido Vali; tanto más cuanto que Hanumat, claro, no se la recordaba. La maldición de los brahmanes, habiéndole quitado la noción de su fuerza, el mejor de los kapis asistió como aliado a Sugriva en la guerra, cual un león al que un elefante domina. En cuanto a valor, energía, inteligencia, fuerza, buen natural, amenidad, arte de discernir lo que sienta bien y lo que no sienta, firmeza, habilidad, ánimo, intrepidez, ¿quién en el mundo llevaba ventaja a Hanumat? Este Indra de los kapis, para aprender la gramática, volvióse de nuevo hacia Surya,

llevado de su espíritu investigador, yéndose a la montaña desde la que este astro se levanta, hasta el momento en que se acuesta, estudiaba, llevando un gran libro, él, el ser sin medida, una vasta enciclopedia, comprendiendo los *Sutras* y sus comentarios, los textos y sus significaciones, con su síntesis. El príncipe de los monos llegó a ser un doctor de cuerpo entero. Nadie le igualaba en el conocimiento de los *Sastras* ni en la interpretación de los *Chandas*. En todas las ciencias, en la reglamentación del ascetismo, rivalizaba con los gurús de los dioses. Semejante al Océano, impaciente por tragar los mundos, semejante a Pavaka, presuroso por consumir, cuando la destrucción final, ¿quién pudo, pues, afrontar a Hanumat, este otro Antaka? Lo mismo que a éste, los otros príncipes de los grandes monos, Sugriva, Maínda, Dvívída, así como Níla, Tara, Tareya, Nala y Rambha, es a causa de ti, ¡oh Rama!, por lo que los suras los crearon. Gaja, Gavaksha, Gavaya, Sudamshtra, Prabhojya y Atimukha, así como esos rikshis con los Indras de los vanaras, es a causa de ti, ¡oh Rama!, por lo que los suras los crearon. Con ello he respondido completamente a tus preguntas. La hazaña que Hanumat cumplió en su infancia te la acabo de contar.»

El relato de Agastya maravilló grandemente a Rama, a Sumitri y a los vanaras, así como a los rakshasas. Agastya dijo a Rama: «Todo lo has sabido. Y ahora que nos has visto y oído nos retiramos.» Cuando hubo oído este discurso de Agastya, el del severo ascetismo, Raghava, haciendo el anjali e inclinándose, dijo al gran rishi: «Hoy mis devatas están en la alegría, así como mis padres y mis antepasados. Vuestra presencia nos ha causado un inacabable placer, así como a nuestros parientes. He aquí lo que tengo que deciros, en medio de la alegría de vuestra vuelta, y ello deberéis hacerlo por afecto hacia mí. Yo, que he venido a afianzar a los habitantes de las ciudades y de los campos en sus obligaciones personales, reclamo vuestro concurso, de vosotros que sois gentes de bien, en los sacrificios que ofreceré. Me haréis el favor de asistirme constantemente en estas ceremonias, ¡oh vosotros, que sois poderosos y que queréis servirme de socorro! Con vuestro apoyo, ¡oh vosotros, en quien el ascetismo ha borrado las faltas!, seré bien acogido por mis padres, y mi felicidad será perfecta. Para esto, deberéis celebrar siempre aquí vuestra asamblea.»

A esta petición, Agastya y los otros rishis, los de las severas prácticas, respondieron: «Así será», y luego se dispusieron a partir. Tras haber hablado de aquel modo, aquellos ermitaños se retiraron en el orden en que habían venido. Ra-

ghava, asombrado, reflexionó sobre lo suyo. El astro del día, habiéndose retirado tras el Astra, despidió a los vanaras. Y una vez cumplidos los ritos religiosos del crepúsculo, el primero de los hombres escogidos, la noche llegada, se retiró a sus habitaciones interiores.

## SARGA XXXVII

## HOMENAJES TRIBUTADOS A RAMA

La consagración legal de Kakutstha, instruido en la ciencia del atmán, habiendo tenido lugar, la primera noche que siguió fue pasada por sus súbditos en medio de grandes diversiones. Cuando hubo transcurrido, la mañana llegada, los encargados de despertar al rey, los dos bandins, reuniéronse en la morada real. Con voz armoniosa, todos, semejantes a kinaras instruidos, celebraron gozosos a su valeroso príncipe, cual a un amado hijo, de este modo: «¡Héroe amable, despiértate, ¡oh tú, que aumentas la felicidad de Kausalyá! Todo el Universo duerme cuando tú duermes, ¡oh monarca! Tu heroísmo iguala al de Vishnú y tu hermosura a la de los Asvins. Emulo en cuanto a inteligencia a Brihaspatí, tú eres otro Prajapati. Tu longaninidad es la de la Tierra; tu resplandor, el del Sol. Tú tienes la velocidad del viento y la profundidad de las aguas. Tú eres inquebrantable como Sthnu y tus encantos rivalizan con los de Candra. Ningún príncipe es comparable a ti, ni en el pasado ni en el porvenir, ¡oh monarca! Como eres invencible, siempre aplicado a tu deber y al bien de tus súbditos, ni la gloria te abandona ni la prosperidad, ¡oh toro de los hombres! La modestia y la piedad, ¡oh Kakutstha!, residen en ti constantemente.»

Estas alabanzas y otras semejantes, los bandins se las dirigieron. También los sutas, mediante sus divinos cantos, trataban de despertar a Raghava. Y en medio de estos elogios armoniosos fue como salió de su sueño. Rama levantóse de su lecho, que blancos tejidos recubrían, semejante a Vishnú cuando deja la serpiente que le sirve de lugar de reposo. Una vez el magnánimo héroe de pie, servidores, acercándose a él por millares, inclinados, haciendo el anjalí, presentáronle con qué lavarse en hermosas jarras. Tras haberse lavado y purificado, encendió, en el tiempo prescrito, el fuego sagrado; luego fue



con paso ágil a la capilla santa, venerada por los Ikshvaku. Allí Rama dirigió sus homenajes a los devas, a los pitris y a los sacerdotes, según los ritos. Luego salió al punto, rodeado de los suyos, para ir al recinto exterior del palacio. Estaba acompañado de sus magnánimos consejeros, así como de sus purohitas, Vasishtha a su cabeza; todos resplandecían como fuegos. Kshatriyas opulentos, señores de múltiples provincias, iban al lado de Rama, como los Inmortales al lado de Sakra, Bharata, Lakshmana y Satruña, los del gran renombre, dándole cortejo de honor y le rodeaban gozosos, como los tres Vedas al Adharva. Iban, además, a los lados, haciendo el anjalí, numerosos servidores de rostro satisfecho, de esos que son llamados muditas. Veinte monos llenos de vigor y de bravura, pudiendo cambiar de forma a su capricho, Sugriva a su cabeza, escoltaban a Rama. Vibhishana, en medio de sus cuatro rakshasas, manteníase cerca del héroe magnánimo, como un guhvaka (397) junto al Amo de las riquezas. Los decanos de los comerciantes, las gentes de calidad, saludando con la cabeza a su rey, acompañábanse con toda distinción. El rey, rodeado también de afortunados y excelentes rishis, de monarcas poderosos, de vanaras y de rakshasas, a ejemplo del Amo de los dioses, recibía los perpetuos homenajes de los solitarios. Brillaba con hermosura superior a la del propio dios de los mil ojos. Los elogios múltiples de los que llegaban junto a Rama, elogios llenos de suavidad, llenos de piedad, son siempre repetidos por los magnánimos brahmanes versados en los *Puranas* (398).

## SARGA XXXVIII

### RAMA SE DESPIDE DE SUS ALIADOS

Así honraba su real puesto cada día el poderoso Raghava, ocupado en prescribir las obligaciones relativas a los habitantes de las ciudades y de los campos. Al cabo de algunos días. Rama, haciendo el anjalí, se dirigió en estos términos a Valdeha, el rey de Mithila: «Señor, he aquí nuestra felicidad asegurada, gracias a tu salvaguardia; ha sido gracias a tu poderoso tapás por lo que yo he podido matar a Ravana; Ikshvakus y Maithilas, todos disfrutan de una alegría completa y sin igual, ¡oh rey!; nuestros parientes los primeros. Vuelve a tu capital tras haber aceptado estas joyas, príncipe. Bharata, sirviéndote de escolta, seguirá tus pasos.» Janaka respondió:

«Que sea así.» Y se dispuso a partir. Y añadió: «Estoy contento de ti, ¡oh rey!, tanto de verte como de ver cómo te conduces. En cuanto a las joyas que has amontonado en mi intención, se las doy todas a mi hija, ¡oh príncipe!»

Janaka partido, Raghava, haciendo el anjalí, dijo respetuosamente al hijo de Kekaya, su tío materno, el príncipe Yudhajit: «Este Imperio, yo mismo, Bharata y también Lakshmana todos estamos bajo tu dependencia; tú eres nuestro asilo, ¡oh real toro de los hombres! El rey, tu anciano padre, podría atormentarse a causa de ti; por consiguiente, tu vuelta hoy mismo le alegrará, oh Señor! Lakshmana te seguirá como escolta, una vez que hayan aceptado grandes riquezas y joyas de todas clases.» Yudhajit respondió: «Muy bien, me voy, ¡oh Raghava! Pero tus perlas y tu oro guárdalos íntegramente.» El hijo de Kekaya, el rey del pueblo de este nombre, saludó con el pradakshina al príncipe Rama, tras haber sido antes saludado él mismo. Luego marchó acompañado de Lakshmana, como, cuando tras haber muerto al asura Vritra, Vasava lo fue por Vishnú. Su amigo despedido de este modo en paz, Rama abrazó a Pratardana, el rey de Kasi, y le dijo estas palabras: «Tú has dado prueba de adhesión y de amistad, en grado supremo, ¡oh príncipe!; prueba de ello es esa campaña que has emprendido con Bharata. Vuelve hoy a Kaseya, a tu encantadora ciudad de Benarés, la de las soberbias murallas, la de las magníficas puertas, de la que eres el bastión.» Esto diciendo, el virtuoso Kakutstha se levantó de su trono y le tuvo mucho tiempo apretado contra su corazón. Luego le dejó marchar. Despedido así por Raghava, el crecimiento de la alegría de Kausalyá, el kaseya volvióse con toda seguridad y rapidez a Benarés. Luego que hubo despedido al rey de Kasi, Raghava se dirigió a los trescientos monarcas que había allí, y entre una sonrisa les dirigió estas amistosas palabras: «Vuestra amistad ha permanecido generosamente intacta. Vuestra fidelidad ha sido constante, y vuestro afecto duradero. Gracias a vuestra abnegación y a vuestra energía, ¡oh héroes magnánimos!, ha perecido el perverso, el insensato Ravana, el más vil de los rakshasas. Yo no he sido sino el instrumento de su muerte; es vuestro tejás el que le ha destruido, en la refriega, con sus tropas, sus hijos, sus ministros y sus parientes. Fue Bharata, el del gran corazón, el que os hizo venir, haciéndoos conocer la noticia de que la hija del rey Janaka había sido robada en el bosque. Vuestra abnegación unánime, príncipes de alma grande, hace ya mucho tiempo que se prolonga. Me complazco asegurando vuestra vuelta.»

Los reyes le respondieron llenos de alegría: «Gracias al Cielo has triunfado, ¡oh Rama!, y has vuelto a hallar tu Imperio. Gracias al Cielo, has recobrado a Sitá; gracias al Cielo, tu enemigo está vencido. Ello constituyó nuestro voto más ardiente, como es hoy nuestra suprema dicha, ¡oh Rama!, el volverte a ver victorioso y desembarazado de tus adversarios. Nuestro elogio es leve para ti, ¡oh tú, cuyos méritos no podríamos proporcionar a nuestras alabanzas! Vamos a despedirnos de ti y a partir, pero siempre estarás presente en nuestros pensamientos. Nos iremos, guerrero de los grandes brazos, llenos del mayor afecto hacia tu persona. ¡Ojalá no dejes, por tu parte, gran príncipe, de guardar asimismo amistad hacia nosotros!» Rama respondió: «Muy bien. Así será.» Y los reyes, llenos de la más viva alegría, saludaron a Raghava haciendo el anjalí, impacientes por marcharse. Raghava les despidió con honor y cada uno volvió a ganar su país.

## SARGA XXXIX

### RAMA COLMA DE PRESENTES A SUS ALIADOS

Aquellos príncipes magnánimos ibanse gozosos sobre los múltiples millares de elefantes y de caballos, cuyo paso hacía retemblar el suelo. Había allí numerosos cuerpos de ejército que habían acudido en socorro de Raghava, por orden de Bharata, con sus regimientos y sus escuadrones llenos de ardor. Aquellos monarcas decían orgullosos de su poder: «No hemos podido ver al enemigo de Rama, Ravana, de pie en el campo de batalla. Bharata nos ha convocado demasiado tarde, y a causa de ello inútilmente. De otro modo es indudable que los rakshasas hubieran caído rápidamente bajo nuestros golpes; de nosotros, príncipes, no hay duda. Al abrigo de los valerosos brazos de Rama y de Lakshmana, hubiéramos combatido con éxito al borde del Océano libres de toda inquietud.» Hablando mediante estos discursos y otros del mismo género fue como aquellos príncipes volvieron a sus Imperios transportados de alegría. Aquellos Imperios poderosos entre todos, prósperos, felices, abundantes en dinero y en granos, rebosantes de riqueza. Vueltos indemnes a sus ciudades, aquellos reyes, deseosos de agradarle, hicieron homenaje a Rama de toda clase de objetos preciosos: caballos, vehículos, joyas, elefantes borrachos de mada, sándalos raros, adornos divinos, jo-

yeles, perlas, corales, bellas esclavas, cabras de todas clases, carros de todo género y en gran número. Bharata, Lakshmana y Satruña, el del gran vigor, recibieron también ricos dones; tras ello volvieron a tomar el camino de la capital.

De vuelta en la encantadora ciudad de Ayodhya, los toros de los hombres remitieron a Rama todos aquellos objetos de gran precio. Raghava recibió aquellos presentes con alegría, y los distribuyó generosamente al rey Sugriva, que había cumplido su tarea, a Vibhishana y a los otros rakshasas, así como a los monos cuya asistencia le había valido el triunfo. Todas las joyas que Rama les dio, los kapis y los rakshasas, llenos de valentía, se las pusieron en la cabeza y en los brazos. Luego el rey de los Ikshvakus, el héroe del gran carro, sentando en su regazo a Hanumat y a Angada, él, Rama, el de los ojos anchos como hojas de kamala, dijo a Sugriva: «Este Angada, tu excelente hijo, y tu ministro, el hijo de Anila, ¡oh Sugriva!, los dos dotados de sabiduría y adictos a mis intereses, merecen toda clase de honores por tu parte también, ¡oh príncipe de los monos!» Esto dicho, desprendiendo de su pecho adornos riquísimos, el ilustre monarca los puso en el de Angada y en el de Hanumat, Raghava se dirigió al punto a los principales jefes, Nila, Nala, Kesarin, Kumuda, Gandhamadana, Sushena, Panasa, el valiente Mainda, Dvívída, Jambavat, Gavaksha, Dadhimukha e Indrajana. Con voz acariciadora y comiéndoselos con los ojos, por decirlo así, les habló de este modo: «Vosotros sois mis amigos, otros yo mismo, hermanos. Sois vosotros los que me habéis arrancado de la desgracia, habitantes de las selvas. ¡Feliz el rey Sugriva por tener amigos tan excelentes como vosotros!»

Tras estas palabras, el toro de los hombres les entregó adornos, según sus méritos, así como diamantes de gran precio; luego les abrazó. Ellos bebieron miel perfumada, ellos, que eran de un amarillo de miel, y comieron viandas escogidas, raíces y frutas. Un mes entero estuvieron allí; que a todos les pareció una hora, de tal modo querían a Rama. Rama, por su parte, complacía con la compañía de los vanaras, que cambiaban de forma a su capricho; de los rakshasas, llenos de vigor, y de los rikshas, los de la enorme fuerza. Así transcurrió para ellos, alegremente, el segundo mes primaveral. Vanaras y rakshasas lo pasaron en continuas diversiones y entretenimientos, en la ciudad llena de encantos, de Ikshvaku. Mientras de aquel modo estaban en continua fiesta gracias a las alegres atracciones que les procuraba Rama, el tiempo transcurrió feliz para ellos.

## SARGA XL

ADIÓS DE RAMA A SUS AUXILIARES, RIKSHAS,  
VANARAS Y RAKSHASAS

Así pasaban el tiempo, junto a Rama, rikshas, vanaras y rakshasas. Ahora bien: el poderoso Raghava dijo a Sugriva: «Vuelve, amigo, a Kishkindhá, de la que no podrían apoderarse los suras unidos a los asuras. Gobierna con tus ministros tu Imperio desembarazado de obstáculos. A Angada, ¡oh poderoso rey!, debes mirarle con la más viva satisfacción, lo mismo que a Hanumat, a Nala, el del gran corazón; a Sushe-na, tu valeroso suegro; a Tara, flor de los bravos; a Kumuda, el invencible, y a Nila, lleno de fuerza, al enérgico Satabali, y a Mainda, Dvividá, Gaja, Gvaksha, Gavaya y Sarabha, el del gran vigor. Al rey de los rikshas, el indomable Jambavat, el de la mucha bravura. Mira también con amor a Gandhamadana, a Rishabha, lleno de agilidad: al plavamgama Supatala, a Kesarín, a Sumbhay a Sankhacuda, el muy valeroso. A todos estos magnánimos guerreros, que por mí habían renunciado a la vida, ten con ellos siempre atenciones de amigo, no les hagas sufrir jamás.»

Tras haber hablado así a Sugriva, al que abrazó varias veces, Rama dijo a Vibhishana con voz afectuosa: «Gobierna Lanká lealmente; tú sabes tu deber, es mi convicción, es también la de la ciudad, la de los rakshasas y la de tu hermano Vaisravana. No dejes entrar en tu alma la iniquidad, ¡oh príncipe!, y piensa siempre en nosotros; vete lleno de contento, sin inquietud.» A este lenguaje de Rama, rikshas, vanaras y rakshasas exclamaron colmando a Kakutstha de alabanzas múltiples: «¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo! Tu sabiduría, héroe de los grandes brazos, tu maravillosa valentía y tu extremada bondad, ¡oh Rama!, hicieron siempre de ti el émulo de Svambhú.»

Mientras hablaban así vanaras y raksbasas, Hanumat, inclinándose, dijo a Raghava: «Yo tendré siempre, ¡oh príncipe!, el mayor afecto por ti; mi abnegación la has adquirido, ¡oh héroe!; mi adhesión no tendrá jamás otro objeto. Mientras que tu historia, ¡oh valeroso Rama!, corra el Mundo, mientras mi cuerpo posea sus alientos vitales, no hay duda, todas esas hazañas divinas, tu historia, ¡oh alegría de los Raghús, Rama, toro de los hombres!, las apsaras me la contarán. Y escuchan-

do, ¡oh valeroso Señor!, la ambrosía de tus acciones, alejaré de mí toda preocupación, como el viento disipa un cordón de nubes.»

Mientras Hanumat hablaba así, Rama, levantándose de su maravilloso trono, le abrazó tiernamente y le dijo: «Tal sucederá, ¡oh el mejor de los monos!, no hay duda. Mientras mi historia circule por el Mundo, otro tanto durará tu gloria, así como los alientos vitales de tu cuerpo. Mientras los mundos subsistan, siempre serán referidas mis hazañas. Si por cada uno de tus servicios te abandonase, como lo haría con gusto, mi vida, aún quedaría siendo tu deudor. En mi seno quedará el recuerdo de lo que has hecho por mí, ¡oh Hanumat! En la desgracia es cuando se recurre a aquellos a los que se ha de jado agradecidos.» Tras estas palabras, quitando de su cuello un rosario de perlas, brillantes como la Luna, del que pendía una esmeralda, Raghava le puso en el de Hanumat.

Con aquel soberbio collar de perlas que le caía por el pecho, el mono centelleaba como el Indra de las montañas de oro, cuando la Luna pasa por encima de su cima. A instigación de Hanumat, los poderosos vanaras, levantáronse unos después de otros, y se alejaron luego de haber saludado con su cabeza los pies de Raghava. Sugriva, que tenía a Rama abrazado muy estrechamente, el virtuoso Vibhishana, todos estaban sacudidos por los sollozos. Sollozantes, los ojos llenos de lágrimas, fuera de sí, todos parecían locos de dolor, al separarse de Raghava. Colmados de presentes por el magnánimo Raghava, cada uno se volvió a su casa, como almas que dejan su cuerpo. Rakshasas, rikshas y vanaras, luego de haberse inclinado ante Rama, el acrecentamiento de la raza de Raghú, con los ojos llenos de lágrimas que aquella separación hacía correr, emprendieron el camino de sus moradas.

## S A R G A X L I

### ADIÓS DE RAMA A PUSTIPAKA

Tras haber despedido a rikshas, vanaras y rakshasas, Rama, el de los grandes brazos, feliz en compañía de sus hermanos, gozaba de una dicha bien ganada. Aquella tarde, el gran príncipe Raghava oyó estando con ellos una voz melodiosa aérea: «¡Oh amigo mío, Rama, vuelve hacia mí tu mirada llena de benevolencia! Soy yo, ¡oh príncipe!, Pushpaka, y vengo de la

mansión de Kubera. Por orden suya heme aquí de vuelta en tu palacio. Es él, ¡oh el primero de los hombres!, quien me ha dicho que me ponga a tu disposición con estas palabras: «Has sido conquistado por Raghava, el príncipe magnánimo, al abatir en la lucha a Ravana, el invencible monarca de los rakshasas. Yo he sentido la mayor alegría al ver cómo exterminaba a aquel miserable, así como a sus tropas, a sus hijos y todos los suyos. Conquistado en Lanká por Rama, al Paramatmán, sírvele de vehículo, amigo mío; soy yo quien te lo ordena. Mi mayor deseo es que pases por el Mundo a ese héroe, alegría de los Rakhavas. Parte y no tengas inquietud.» Y dócil a la orden del magnánimo Dhanada he venido hasta ti sin dificultad; dispón de mí. Inaccesible a todos los seres, vengo, por voluntad de Dhanada, a poner mi potencia motriz a tu disposición.»

A estas palabras, Rama, lleno de valentía, respondió a Pushpaka, al que veía de vuelta junto a él: «Sé, pues, bien venido, ¡oh el más maravilloso de los carros, Pushpaka! A la amabilidad de Dhanada no hay más remedio que corresponder.» Arroz, flores, perfumes suaves, Raghava, el de los grandes brazos, hizo homenaje de todo ello a Pushpaka, y luego añadió: «Y ahora vuelve allá, y, puesto que pienso en ello, en el sendero de los siddhas, amigo, no te unas a la desgracia. ¡Ojalá no encuentres jamás tropiezo, en medio de tus carreras fantásticas a través del espacio! Esto es cuanto deseo.» Habiéndole despedido Rama de este modo, con todos los honores, Pushpaka echó a andar hacia la región deseada. Cuando aquel carro, el del alma muy pura, hubo desaparecido, Bharata, haciendo el anjalí, dijo a su hermano mayor, alegría de Raghú: «Bajo tu gobierno, ¡oh héroe, tú que tienes el alma de un vibudha!, se ven seres que no pertenecen al género humano hablar frecuentemente para decir: «Se acabaron las enfermedades para los mortales; sus meses transcurren íntegramente. Incluso usados ya, los ancianos no mueren; las mujeres paren sin dolor; los hombres están bien constituidos. La alegría más viva reina entre el pueblo. En la estación de las lluvias, Parjanya hace caer un agua de inmortalidad. Soplan también brisas acariciadoras, felices, afortunadas.» Y las gentes de la ciudad y del campo, ¡oh príncipe!, exclaman: «¡Que un soberano como él pueda, ojalá, reinar mucho tiempo sobre nosotros!» Estas palabras tan halagadoras que Bharata le repitió, Rama, al oírlas, él, el más excelente de los reyes, púsose todo gozoso.

## SARGA XLII

## FELICIDAD DE RAMA Y DE SITA

Cuando hubo de este modo devuelto a Pushpaka, el carro incrustado de oro, Rama, el de los grandes brazos, penetró en un bosque de asokas (399). Sándalos, agallochas, mangos, tungas, kaleyakas, ramos de devadarus, por todas partes le embellecían. Campakas, águrus, pumnagas, madhukas, panasas, anasas, le decoraban, así como parijatas resplandecientes como fuegos sin humo. Lodhras, nipas, arjunas, nagas, saparnas, antimuktakas, madaras, kadalis le obstruían con sus matorrales, sus lianas y sus haces. Priyamgus, kadambas, bakulas, jambús, dadimas y kovidaras le adornaban. Por todas partes flores espléndidas, frutas maravillosas, aromas y jugos divinos, brotes y botones tiernos. Árboles celestiales, artísticamente podados, ricos en graciosos brotes y en flores encantadoras, llenas de enamoradas abejas. Kokilas, bhringarajas, volátiles de plumaje multicolor, la cabeza coronada con el polen de los mangos, servían de adorno a aquel bosque maravilloso. Aquí, los árboles tenían el brillo del oro satakumbha, o asemejábanse a penachos de fuego, mientras que en otras partes tenían el tono del negro colirio. Todo eran flores de dulce perfume y guirnaldas de todas clases. Estanques de diversas formas, llenos de un agua extremadamente límpida, tenían escaleras de rubíes, suelos con incrustaciones de cristal, matorrales de padmas y de utpalas enteramente abiertas. Los cakravakas completaban su ornamento. Resonaban con el grito de los datiyuas y de los sukas, con los clamores de los hamsas y de los sarasas; árboles en plena floración embellecían sus bordes. Cercas de aspecto variado los decoraban, así como plataformas. Aquí, en un claro, céspedes, con reflejos de esmeraldas y de perlas, adornaban maravillosamente aquel bosquecillo de plantaciones enfloradas; allá, los árboles crecían a porfía en pleno desarrollo. Sus baldosas estaban cuajadas de flores, como el cielo de constelaciones. Hubiérase dicho el bosque de Indra o el Caitraratha, creado por Brahma. Tal era el retiro silvestre de Rama. Cenadores con asientos numerosos, cunas de verdura que invitaban al reposo, llenaban aquel magnífico bosquecillo de asokas en el que penetraba el que hacía la alegría de Raghú. Allí, en un asiento de aspecto resplandeciente, adornado de flores múltiples, recubierto de un tapiz de kusas, Rama



se instaló. Cogiendo a Sitá de la mano, Kakutstha le dio a beber miel fermentada, sabrosa, como en otro tiempo Puramdara a Sací. Viandas muy puras, frutas de todas clases fueron traídas para la comida de Rama por servidores diligentes, mientras danzadoras y cantantes bien probadas ejercían su arte en presencia del príncipe. Coros de apsaras y de uragas, rodeados de kinnaris; hábiles y hermosas damas, excitadas por la embriaguez, danzaban y cantaban ante Kakutstha como artistas consumadas. Aquellas encantadoras, aquellas deliciosas mujeres, maravillosamente ataviadas, del más seductor de los héroes, del virtuoso Rama, hacían su constante felicidad. Sentado al lado de Sitá, estaba resplandeciente de esplendor: cual, cerca de Arundhatí, Vasishtha. El, la alegría que la transportaba de aquel modo, Sitá, que se asemejaba a hija de un dios, la princesa del Videha, Rama la recreaba cada día, a la manera de un dios.

Mientras Sitá y Raghava entreteníanse así largamente, transcurrió la hermosa estación primaveral que procura perpetuos placeres; y mientras los dos gozaban voluptuosidades de todo género, vino de nuevo la primavera. Una mañana, tras haber cumplido lealmente las funciones de su dignidad, el religioso príncipe entró en su palacio, donde pasó la otra mitad del día. Sitá, por su parte, cuando hubo cumplido, respecto a los dioses, sus obligaciones matinales, consagró sus cuidados a sus madres políticas, a todas, sin distinción. Luego fue junto a Rama, adornada con sus maravillosas galas: cual Sací va junto al dios de los mil ojos, cuando ha vuelto al Trivishitapa. Al ver a su esposa resplandeciente de hermosura, Raghava experimentó un placer sin igual. «¡Bien! ¡Bien!», exclamó. Y luego dijo a la hermosa Sitá, que se asemejaba a la hija de un sura: «Ahora, ¡oh Vaidehí!, que llevas un niño en tu seno, ¿qué descas, mujer de las hermosas caderas? ¿Qué hacer para complacerte?» Vaidehí respondió a Rama entre una sonrisa: «Quisiera visitar, ¡oh Raghava!, las santas moradas de los rishis, los del rudo ascetismo, que habitan en las orillas del Gangá, donde se alimentan de frutas y de raíces, ¡oh deva!, y echarme a sus pies. Tal es mi supremo deseo; y pasar incluso una noche, ¡oh Kakutstha!, en el eremitorio de esos solitarios que viven de raíces y de frutas.» El permiso para hacerlo le fue concedido por Rama, el de las hazañas imperecederas: «Puedes estar tranquila, ¡oh Vaidehí!, mañana irás allí sin falta.» Dada esta respuesta a Maithilí, nacida de Janaka, él, Kakutstha Rama, se fue al patio central rodeado de sus amigos.

## SARGA XLIII

## RAMA INTERROGA A SUS FAMILIARES SOBRE LA OPINIÓN PÚBLICA

Una vez entrado allí, el rey fue rodeado a porfía por entrenadores hábiles en variar los relatos. Eran Vijaya, Madhumatta, Kisayapa, Mangala, Kula, Suraji, Kaliya, Bhadra, Dantavadra y Sumagadha. Contaron al magnánimo Raghava historias chistosas de todas clases con mucha gracia. Pero Raghava, en medio de relato cualquiera, preguntaba: «¿Y qué se dice, ¡oh Bhadra!, en la ciudad y en la comarca? ¿Qué dicen las gentes de la ciudad y del campo? ¿Qué dicea de Sitá, de Bharata y de Lakshmana? ¿Qué de Satruña y de Kaikeyí, nuestra Madre? Los príncipes, en el bosque o en el trono, expuestos están siempre a la crítica.»

A estas preguntas de Rama, Bhadra respondió, haciendo el anjali: «Tan sólo mucho bien se dice a propósito de ti, ¡oh rey!, entre los habitantes de la ciudad. Tu victoria sobre Dasagriva, al que has matado, he aquí sobre lo que principalmente hablan las gentes de Lanká, querido príncipe.» A estas palabras de Bhadra, Raghava dijo: «Cuenta exactamente todo, sin reticencias. ¿Cuáles son los propósitos, buenos o malos, que cambian a propósito de mí las gentes de la ciudad? Cuando lo sepa, en lo sucesivo practicaré el bien y evitaré el mal. Cuenta con toda seguridad, sin miedo, desecha toda inquietud, las maledicencias de que yo soy objeto de los distritos.»

Así interpelado por Raghava, haciendo el anjali en la actitud del más profundo respeto, expuso al poderoso héroe lo siguiente en muy digno lenguaje: «Escucha, ¡oh rey!, lo que las gentes dicen, en bien y en mal, en las encrucijadas, en los mercados, en las calles, los bosques y los parques. Lo imposible, Rama lo ha realizado echando un puente sobre el mar, lo que, a lo que sabemos al menos, jamás hicieron sus predecesores, ni siquiera los devas unidos a los danavas. Ravana, el invencible, le ha exterminado con sus tropas de a pie y su caballería. Se ha hecho obedecer de vanaras y rikshas, así como de los rakshasas. Tras haber matado a Ravana en la lucha y recobrado a Sitá, Raghava, echando atrás toda cólera, ha vuelto a traer a su mujer a su morada. ¿Qué placer ha podido sentir en su corazón poseyendo a Sitá, que antes Ravana había tenido contra su seno, tras haberla arrechutado por la fuerza? Tras haber sido llevada a Lanká precedentemente, con-

ducida al bosquecillo de asokas y entregada a la discreción de los rakshasas, ¿cómo Rama no ha sentido repugnancia hacia ella? Nosotros tendremos que soportar lo mismo de nuestras esposas, pues lo que hace el rey, los súbditos lo hacen a ejemplo suyo. Tales son las conversaciones que frecuentemente tienen las gentes, ¡oh rey!, en la ciudad y en el campo.»

Oyendo estas palabras, Raghava, en el colmo de la aflicción, interrogó a sus amigos: «¿Es de este modo como hablan de mí?» Entonces todos, bajando la cabeza hacia la tierra, y saludando, respondieron al infortunado Raghava: «Es exacto. No hay duda.» Tras haber escuchado este testimonio unánime, Kakutstha, el azote de sus enemigos, despidió a sus compañeros.

## SARGA XLIV

### RAMA REÚNE A SUS HERMANOS

Cuando hubo despedido al grupo de sus familiares, Raghava reflexionó en su alma y dijo al guardián de la puerta, que estaba no lejos de él: «Pronto, ve a buscar al hijo de Sumitrá, Lakshmana, el de las brillantes insignias; a Bharata, el afortunado, y a Satruña, el invencible.» A esta orden de Rama que recibió, las manos sobre la cabeza en forma de anjalí, el portero fue a la casa de Lakshmana, donde entró sin que se lo impidiese nadie. Luego dijo al muy magnánimo príncipe, tras haberle saludado haciendo el anjalí: «El rey desea verte; ve a su encuentro sin tardar.» «Está bien», replicó Sumitrá, que, obedeciendo la orden de Raghava, subió a su carro y corrió al palacio. Cuando vio alejarse a Lakshmana, el guardián fue junto a Bharata, al que dijo, tras haberle saludado igualmente con el anjalí: «El rey te manifiesta su respetuoso deseo de verte.» Bharata, oyendo estas palabras que venían de parte de Rama levantóse de su asiento y marchó rápidamente a pie. Viendo al bravo Bharata alejarse, el mensajero se apresuró a ir a la mansión de Satruña. Y le dijo, haciendo el anjalí: «Ve, parte, ¡oh príncipe de los Raghús!, el rey desea verte. Ya Lakshmana ha ido, lo mismo que Bharata, el de la gran gloria.» A estas palabras, Satruña bajó de su elevado trono, y saludando, la cabeza inclinada hacia la tierra, partió a reunirse con Raghava. Poco después el guarda, ya de vuelta, habiendo hecho el anjalí, hizo saber a Rama que

todos sus hermanos habían llegado. Cuando supo la llegada de los jóvenes príncipes, Rama, a quien la preocupación turbaba los sentidos, la cara baja, el alma triste, dijo al portero: «Apresúrate a introducirles a mi presencia. Mi vida depende de ellos; son mis amados alientos.» A la orden del Indra de los hombres, los príncipes, espléndidamente vestidos, inclinados y haciendo el anjalí, entraron respetuosamente. Al ver su rostro, que asemejábase al de Sasin en lucha con la constelación; al Sol, cuando el crepúsculo le ha despojado de su luz; al ver llenos de lágrimas los ojos del sabio Rama, que tenía el aspecto de un loto privado de su brillo, saludáronle apresuradamente, tocando sus pies con su cabeza, y luego quedaron ante él en silencio. Entonces el poderoso Rama, derramando lágrimas, les estrechó entre sus brazos, tras haberles hecho levantar, y al punto les dijo: «Sentaos. Vosotros sois todo para mí; vosotros sois mi vida. Es con vuestra ayuda como he llegado al Imperio y como le gobierno, ¡oh príncipes! Vosotros estáis versados en los *Sastras* y llenos de sabiduría. He aquí el asunto que me concierne y que se trata de que examinemos juntos, ¡oh príncipes!» Así habló Kakutstha. Todos extremadamente atentos, el alma conmovida, preguntábanse qué iba a decirles.

## SERGA XLV

## RAMA ORDENA A LAKSHMANA QUE ALEJE A SITÁ

Habiéndose sentado todos llenos de tristeza, los rasgos alterados, Kakutstha les dijo: «Escuchad bien y felicidad a vosotros, no dejéis que vuestra atención se extravíe; he aquí lo que las gentes dicen a propósito de mí, con motivo de Sitá; los habitantes de la ciudad me censuran a todo censurar, así como los del campo, y esta censura me atraviesa el corazón. Yo he nacido en la tribu de los Ikahvakus magnánimos; Sitá, por su parte, pertenece a la familia de los Janakas, los del gran corazón. Tú sabes, tú, mi querido Lakshmana, cómo en el bosque desierto de Dandaka, Ravana arrebató a Sitá y cómo yo le castigué a muerte. Allí, un pensamiento me vino respecto a la hija de Janaka: Sitá, tras su permanencia en este lugar, ¿cómo puedo llevarla a Ayodhya? Entonces, para inspirarme confianza, Sitá entró en el fuego, en tu presencia, Sumitri, y en presencia de los dioses, Añi, el portador de ofren-

das, atestó la inocencia de Maithili, y también Vayú, que, viajaba por el espacio. Candra y Adita habían proclamado delante de los suras precedentemente y todos los rishis que la hija de Janaka era sin falta. Esta pureza de conducta, los devas y los gandharvas fueron testigos, en la isla de Lanká, que Mahendra me remitió pruebas en mano. Yo sabía, además, en mi fuero interior, que la ilustre Sitá era casta. Fue entonces cuando la tomé y cuando con ella volví a Ayodhya. A causa de ello soy censurado muy duramente tanto en la ciudad como en el campo. Ahora bien: cualquiera que sea el ser cuyo mal renombre corra así por el Mundo, cae en las regiones inferiores, mientras que este mal ruido persiste. El deshonor es reprobado por los dioses; el honor, por el contrario, estimado es en el Universo. Asimismo, las grandes almas todas en vista de la nombradía obran. En lo que a mí afecta, antes que a ella renunciaría a la vida y a vosotros mismos, ¡oh toros de los hombres!, de tal modo temo el deshonor; con mucha más razón, pues, dejaré a la hija de Janaka. Ved ahora en qué océano de angustia he caído. No veo desgracia más grande que ésta. Mañana, al alba, ¡oh Sumitri!, coge mi carro con Sumantra como conductor; haz subir a él a Sitá y déjala en la frontera del reino. Al otro lado del Gangá, Valmiki, el magnánimo, tiene su eremitorio de divino aspecto, situado al borde del Tamasá; allí, en aquel lugar desierto, es donde la abandonarás, ¡oh tii, que haces la alegría de Raghú! Vete rápidamente, Sumitri; cumple mi orden. Nada de réplicas a propósito de Sitá, en modo alguno. Ve, pues, Sumitri; no es el momento de hacer observaciones. Una resistencia de tu parte me causaría un desagrado extremado. Porque, os lo juro por mis dos pies y por mi vida, aquellos que hablasen de hacerme cambiar de resolución, sea como fuere, por enemigos los tendría siempre, por el hecho de oponerse a mi deseo. Respetadme, si es que estáis bajo mi dependencia. Aleja a Sitá de aquí hoy mismo, Lakshmana; obedéceme. Precisamente ella me ha dicho hace poco: «Quisiera visitar los eremitorios del borde del Gangá.» Pues bien, ¡qué su deseo sea cumplido!»

Habiendo hablado así, el religioso Kakutstha, los ojos llenos de lágrimas, entró en su departamento, escoltado de sus hermanos. Roto el corazón por el dolor, resoplaba como un elefante.

## SARGA XLVI

## LAKSHMANA LLEVA A SITÁ. SU DOLOR, SITÁ LE CONSUELA

Cuando la noche hubo transcurrido, Lakshmana, el alma afligida, el rostro deshecho, dijo a Sumantra: «Escudero, engancha caballos rápidos al mejor de los vehículos, y por orden del rey prepara en él para Sitá un asiento confortable y lujoso. Pues Sitá, según la voluntad del príncipe, debe visitar, conducida por mí, un eremitorio de maharshis, los de las santas prácticas. Pronto tráeme el carro.» Sumantra le dijo entonces: «Así lo haré.» Y, en efecto, enganchó caballos soberbios a un carro espléndido y bien provisto de almohadones. Habiéndole acercado, dijo a Sumitri, que colmaba de honores a sus amigos: «El carro está dispuesto. Que lo que haya que hacer sea hecho, ¡oh Señor!» A estas palabras de Sumantra, Lakshmana entró en el palacio del rey. Y habiéndose acercado a Sitá, el toro de los hombres la habló así: «Conforme al deseo que has expresado, el amo de los hombres, el Señor rey, me encarga conducirte al eremitorio deseado. Te voy a conducir sin tardar a orillas del Gangá, ¡oh divina Vaidehí!, hacia los espléndidos retiros de los rishis, por orden de nuestro soberano. Voy a llevarte a las soledades donde los munis habitan.»

Oyendo estas palabras del magnánimo Lakshmana, Vaidehí sintió una alegría sin igual, de tal modo aquel viaje la agradaba. Vestidos de gran precio, joyas de todas clases, tras haberse provisto abundantemente, Vaidehí se dispuso a partir. «Estos atavíos se los daré a las esposas de los solitarios—dijo—, así como estos trajes preciosos y estas riquezas variadas.» «Bien», replicó Sumitri, haciendo subir a la princesa al carro. Luego ordenó que los caballos marchasen rápidamente, acordándose de la prescripción de Rama. Sitá dijo entonces a Lakshmana: «Veo funestos presagios en gran número, ¡oh alegría de los Raghús! Uno de mis ojos parpadea y mis miembros son cogidos de temblores. Además, mi espíritu, ¡oh Sumitri!, parece como si se extraviase. Siento una gran inquietud; toda firmeza me abandona. Veo la Tierra como vacía, príncipe de los grandes ojos. ¡Pueda tu hermano ser feliz, oh tú, que le eres tan adicto! ¡Que sean felices también todas mis madres políticas, sin excepción, oh héroe! Y que en la

ciudad y en el campo, ¡todos los seres sean dichosos!» Así rogaba, haciendo el anjalí, Sitá, la divina Maithilí. Lakshmana, sin dejar de escucharla, la saludaba con la cabeza. «¡Felicidad a ti!», exclamó con tono animado, pero con el corazón lleno de dolor. Entre tanto llegaron al borde del Gomatí, a un eremitorio donde hicieron alto. Al alba, al día siguiente, Sumitri, levantándose, dijo al cochero: «Engancha los caballos lo más pronto posible. Hoy la corriente del Bhagirathí yo la soportaré sobre mi cabeza, como Triyambaka, con energía.» Suta, abriendo campo a sus caballos enganchados al carro, rápidos como el pensamiento: «Sube», dijo a Vaidehí, haciendo el anjalí. Esta, a la vez del conductor, subió al maravilloso carro.

Sitá, la de los grandes ojos, acompañada de Sumitri y de Sumantra, llegó al Gangá, que borra los pecados. Llegada a la mitad del día, al advertir las aguas del Bhagirathí, el infortunado Lakshmana empezó a lanzar grandes gritos. Entonces, llena de solicitud, al ver el dolor de Lakshmana, la virtuosa Sitá le preguntó: «¿Por qué gimes de este modo! Hemos alcanzado la orilla del Jahnaví, desde hace tanto tiempo objeto de mis deseos, y en el momento de la alegría, ¿por qué me inquietas de este modo, Lakshmana? Estás constantemente al lado de Rama, ¡oh toro de los hombres! ¿Será, pues, esta ausencia de dos días lo que te causa tanta pena? A mí también Rama me es más querido que mi vida, ¡oh Lakshmana!; no obstante, no me aflijo. No hagas el niño de este modo. Déjame atravesar el Gangá y visitar a los solitarios, y que pueda distribuirles trajes y adornos. Una vez que hayamos rendido a los grandes rishis los homenajes que les debemos y tras haber pasado un solo día con ellos, nos volveremos a la ciudad. A mí también mi corazón me apresura a volver a ver a Rama, el de los ojos anchos como hojas de loto, el del pecho de león, el del talle elegante, el que sobresale en sembrar la alegría.»

A estas palabras de Sitá, secando sus ojos hermosos, Lakshmana, matador de sus enemigos, llamó a los barqueros. «Henos aquí, la barca está dispuesta», dijeron los barqueros, haciendo el anjalí. Con prisa de franquear el río espléndido, Lakshmana subió al esquife, e hizo atravesar el Gangá a Sitá, todo preocupado.

## SARGA XLVII

## LAKSHMANA HACE SABER A SITÁ QUE HA SIDO REPUDIADA

Aquel barco nishada bien dipuesto, presto a partir, el hermano joven de Raghava subió a él tras haber hecho subir primero a Maithilí y a Sumantra también con su carro. «Tencos bien», dijo. Luego, abrumado por el dolor, ordenó al equipaje: «¡Adelante!» Llegados a la otra orilla del Bhagirathí, Lakshmana dijo a Maithilí, haciendo el anjalí y bañado en lágrimas: «Un largo dardo me ha sido hundido en el corazón por el noble y sabio Rama, en esta circunstancia que atraerá sobre mí, ¡oh Vaidehí!, la reprobación universal. ¡Más hubiera valido hoy para mí la muerte! ¡Sí, Mrityú me sería preferible a esta misión en la que estoy empeñado y que el Mundo censurará! Perdoname; no me imputes este crimen, ilustre princesa.» Y haciendo el anjalí, Lakshmana se dejó caer por tierra.

Cuando ella le vio llorar haciendo el anjalí, y deseando la muerte, Maithilí, trastornada, dijo a Lakshmana: «Pero ¿qué ocurre? No comprendo qué pasa. Dime la verdad, Lakshmana. No te reconozco; como tampoco la amistad habitual del rey hacia ti. ¿Es que has sido maldito por el Indra de los hombres, cuando de este modo te hundes en la desesperación? Di todo en mi presencia, te lo ordeno.» Acuciado de este modo por Vaidehí, Lakshmana, el dolor en el alma, bajando la cabeza y sofocado por los sollozos, se expresó en estos términos: «Habiendo sabido en plena asamblea que era objeto de una censura muy amarga tanto en la ciudad como en el campo a causa de ti, ¡oh hija de Janaka!, Rama, con el corazón angustiado, de vuelta al palacio, me informó de ello. No puedo repetir delante de ti, ¡oh reina!, las cosas que el rey, indignado, me confió salidas de su corazón. Las arrojo lejos de mí. Pero bien que a mis ojos tú seas sin reproche, el rey ¡te repudia! La censura popular le ha espantado; no puedes tomar la cosa en otro sentido, ¡oh diosa! Me es preciso dejarte en la proximidad de los monasterios. El rey me ha dado la orden, en verdad ¡muy cruel! Esta soledad de los ascetas, a orillas del Jahnaví, es santa y encantadora. No te desoles, pues, ¡oh hermosa princesa! El rey Dasarata, mi padre, tuvo por muy gran amigo a este toro de los ascetas, el muy ilustre Valmiki. Refugiada a la sombra de los pies de este magnánimo solitario y viviendo en



la continencia absoluta, sé dichosa, ¡oh hija de Janaka! Es permaneciendo fiel a tu esposo y teniendo siempre a Rama en el corazón; es mediante esta conducta como adquirirás la felicidad suprema, ¡oh divina mujer!»

## SARGA XLVIII

LAKSHMANA CONDUCE A SÍTÁ A LA SOLEDAD Y ALLÍ LA ABANDONA

Cuando ella oyó aquel lenguaje cruel de Lakshmana, la hija de Janaka, presa de la mayor desesperación, cayó privada de sentido. Luego de haber permanecido unos instantes sin conocimiento, le dijo con voz desolada y los ojos llenos de lágrimas: «Mi persona está en adelante consagrada a la desgracia, Lakshmana, puesto que es el Infortunio encarnado lo que hoy el Ordenador muestra en mí. ¿Qué crimen ha sido cometido anteriormente, o a quién separaron de su esposa, para que yo, que soy una mujer honrada, de costumbres puras, sea abandonada de este modo por el príncipe? Precedentemente yo he permanecido en el bosque, donde seguí los pasos de Rama; complacíame incluso, ¡oh Sumitri!, en la desgracia en que me encontraba. Pero ahora, querido Lakshmana, ¿podré, abandonada de todos, habitar esta soledad? ¿A quién contar la desgracia que me agobia? ¿Qué diré a los ascetas, Señor? ¿Por qué maldad, por qué razón soy repudiada por el magnánimo Raghava? Porque es que no puedo siquiera, ¡oh Sumitri!, dejar mi vida en las aguas del Gangá para no destruir la real descendencia de mi esposo. Haz como él te ha ordenado, Sumitri: abandóname a mi mala suerte. Es preciso que obedezcas la orden del rey. No obstante, escucha mi recomendación. A mis madres políticas, sin excepción, honra sus pies con tu cabeza, haciendo el anjali, y dirige votos de felicidad al soberano. Con la cabeza inclinada las hablarás a todas, Lakshmana. Y es preciso también que digas al rey, tan aplicado a sus deberes: «Tú sabes que yo, Sítá, soy en realidad pura de toda falta, ¡oh Raghava!, y que siempre fui de una abnegación absoluta a tu servicio. No obstante, tú me has repudiado, ¡oh héroe!, por miedo a tu deshonor, porque el pueblo te censuraba, desaprobándote. Pues bien: es preciso que yo te evite esto, pues tú eres mi supremo asilo.» Dirás aún al príncipe, tan aferrado a su deber: «Tal cual obras con tus hermanos, obra siempre con tus súbditos. Este es tu deber por excelencia»

cia; él te procurará una gloria sin rival, de la cual gozarás en el Mundo mediante su observancia. En cuanto a mí, yo no me aflijo en lo que afecta a mi persona, ¡oh príncipe!, con tal de que los pueblos dejen de censurarte. Pues el marido es la divinidad de la mujer; el marido es su familia; el marido es su gurú. A causa de ello la mujer, aunque fuese a costa de su vida, debe aplicarse especialmente en agradar a su esposo.» Estas palabras repíteselas a Rama; es toda mi recomendación. Tras haber constatado que me adelanto a mis meses, márchate hoy mismo.»

Así habló Sitá, Lakshmana, el alma triste, la saludó con la cabeza hasta la tierra, incapaz de responder. Luego la honró con el pradakshina, en medio de sollozos y de gritos desgarradores. Y tras un momento de reflexión, acabó por exclamar: «¿Qué puedo decir, oh hermosa princesa? Hasta ahora no he mirado tu cara, no he visto sino tus pies, ¡oh mujer irreproachable! ¿Cómo llevaría yo mis ojos sobre la que Rama abandona en el bosque?» Tras estas palabras, saludó y subió a la barca. Subió a la embarcación y metió prisa a los barqueros. Llegado a la otra orilla, abrumado bajo el peso de su dolor, y como entloquecido por la desgracia, partió rápidamente en su carro, volviéndose a cada instante para mirar a Sitá, que parecía en adelante sin sostén, y que vagaba por la orilla opuesta, con los ojos fijos sin cesar sobre el carro, ya lejano, y sobre Lakshmana, invadida, ¡pobre Sitá!, por el dolor. Doblada bajo el peso del infortunio, la ilustre, la gloriosa, la virtuosa mujer, viéndose sin protector en aquel bosque donde resonaban los gritos de los pavos reales, lanzaba profundos sollozos, presa de la desesperación.

## SARGA XLIX

### VALMIKI ACOGE A SITÁ

Al ver a Sitá que lloraba, los hijos de los munis corrieron a advertir al venturosísimo Valmiki, entregado a rudo ascetismo. Tras haber saludado los pies del maharshi, los niños de los solitarios le dijeron que había una mujer que lloraba. «Esta mujer, que nunca habíamos visto antes. Señor, debe ser la esposa de algún poderoso personaje. Se parece a Sri. Lloro entloquecida, con la cara descompuesta. ¡Oh venturosísimo!, si la vieras, la tomarías seguramente por una diosa de la desgra-

cia. Se nos ha aparecido llorando a todo llorar, abismada en su dolor. En medio de esta aflicción, de esta desgracia, inmerecida sin duda, está sola, la infortunada, sin protección.»

Era Sitá, a quien el fardo del dolor anonadaba. Valmiki, el príncipe de los munis, fue a buscarla y la habló con voz afectuosa, confortándola, por decirlo así, mediante la virtud de su ascetismo. «Tú eres la hermosa nuera de Dasaratha, la esposa amada de Rama, la hija del rey Janaka; sé la bien venida, ¡oh esposa fiel! Desde que has llegado me has sido revelada por el dharma que yo he profundizado, y a causa de tu llegada mi corazón ha adivinado todo enteramente. Sé exactamente lo que te concierne, ¡oh afortunada!; pues todo cuanto ocurre en los tres mundos me es conocido. Reconozco que eres sin falta, ¡oh Sitá!, en virtud de la mirada que me da el ascetismo. Tranquízate, Vaidehí; en adelante vivirás cerca de mí. No lejos de mi ermita hay religiosas afianzadas en el tapás. Hija querida, ellas te concederán, como a su hija amada, su constante apoyo. Acepta este arghya; ten confianza; destierra toda inquietud. Ve allí como a tu casa; no te desoles más.»

Oyendo este lenguaje admirable del muni, Sitá, saludando sus pies con la cabeza, le respondió haciendo el anjalí: «Que así sea.» El solitario se puso en camino y Sitá, haciendo el anjalí, iba detrás. Cuando le vieron venir así seguido de Vaidehí, las esposas de los ascetas fueron a su encuentro con gozoso apresuramiento, y le dijeron: «Sé bien venido, ¡oh el mejor de los ascetas!; hacía mucho tiempo que no nos visitabas; todas te saludamos. Habla. ¿Qué es preciso que hagamos?» A estas palabras, Valmiki respondió: ««Esta mujer que veis aquí es Sitá, la esposa del sabio Rama. Es la hija política de Dasaratha, la virtuosa hija de Janaka. Bien que no culpable, su marido la ha repudiado. Yo la concedo una protección eterna. Testimoniadla el afecto más grande, y, por respeto hacia mí, y por mi orden, tened con ella atenciones especiales.» Luego de haberles recomendado a Vaidehí repetidamente, el ilustre y gran solitario se volvió a su eremitorio rodeado de sus discípulos.

## SARGA L

### SUMANTRA TRATA DE CONSOLAR A LAKSHMANA

Cuando vio a la princesa del Mithila, Sitá, introducida en el eremitorio, un dolor espantoso se apoderó del infortunado Lakshmana. El héroe dijo a Sumantra, que se servía de man-

tras para conducir su carro: «Considera el infortunio en que la desgracia de Sitá precipita a Rama, ¡oh escudero! ¿Que podía ocurrir de más triste para Raghava que repudiar a una esposa de costumbres puras, a la hija de Janaka? Es evidente, al menos para mí, que es el Destino el que separa a Raghava de Vaidehí. El Destino, ¡oh escudero!, siempre fue ineluctable. El, que, llevado de su cólera, exterminaría a devas y gandharvas, asuras y rakshasas, Raghava está bajo el yugo del Destino. Precedentemente, Rama, por orden de su padre, tuvo que vivir en el gran bosque desierto de Dandaka nueve años y cinco más. Pero mucho más lamentable aún me parece la repudiación de Sitá a causa de haber escuchado el inhumano lenguaje de los ciudadanos. ¿Qué provecho retira Rama de su piedad, ¡oh Suta!, con este procedimiento deshonesto, resultado de palabras inconsideradas del pueblo a propósito de Maithilí?»

A los discursos de todas clases que Lakshmana le hacía, Sumantra, lleno de lealtad y de sabiduría, respondió: «No te desoles a causa de Maithilí, hijo de Sumitra, ¡oh Lakshmana! esto fue ya predicho por los sacerdotes de tu padre: «En verdad, Rama llegará a ser sumamente desgraciado; el infortunio será su lote; este héroe de los grandes brazos tendrá que separarse de lo que ame; es seguro.» A ti, a Matihilí, a Satruña y a Bharata, tendrá que separarse de vosotros durante mucho tiempo ese gran hombre de bien. Es preciso no repetir, Sumitri, lo que, como respuesta al rey que le interrogaba a propósito de vosotros, Durvasa dijo de ti, del propio Bharata y también de Satruña. Fue en presencia de una multitud numerosa y delante de mí, ¡oh toro de los hombres!, ante quien el rishi pronunció estas palabras; Vasishta también estaba allí. Cuando oyó al rishi, el toro de los hombres me hizo esta recomendación: «¡Oh Suta!, tú no repetirás nada de lo que acabas de oír delante de la gente.» Esta prohibición del rey, yo me guardaré mucho de contravenir a ella; tal es, amigo, mi manera de ver las cosas. Yo no debo decir nada en tu presencia, querido. No obstante, si puedo fiarme en tu discreción, escucha, ¡oh alegría de los Raghús! El secreto que me fue en otro tiempo confiado con beneplácito del rey, si le desvelo, es que es inevitable este Destino a causa del cual ha llegado una desgracia semejante, fuente de tanta pena. Pero no hables de ello delante de Bharata, ni tampoco es presencia de Satruña.» Cuando oyó estas palabras, llenas de profundo sentido, Sumitri dijo a Suta: «Cuéntame toda la verdad.»

## S A R G A L I

## VISHNÚ, MALDITO POR BHRIGÚ (400)

A instancias del magnánimo Lakshmana, el Suta empezó a contarle lo que el asceta había dicho: «En otro tiempo, un gran muni llamado Purvasas, hijo de Atri, pasó la estación de las lluvias en el santo eremitorio de Vasishta. A aquella soledad, tu ilustre padre, el de la grandísima gloria, fue en persona, deseoso de volver a ver a su magnánimo purohita. Y allí vio, brillante como el Sol, y todo resplandeciente a causa de su tejás, por decirlo así, al célebre asceta, sentado junto a Vasishta. Aquellos dos munis, la flor de los solitarios, tu padre los saludó respetuosamente. Ellos le descaron los dos la bienvenida, le ofrecieron para honrarle un asiento, agua para que se lavase los pies, frutas y raíces. Y con los eremitas permaneció. Los supremos rishis presentes decían toda suerte de palabras agradables en el centro del día. Y ocurrió que en una de aquellas conversaciones, el rey, haciendo el anjali, al aire los abrazó, dijo al magnánimo asceta, hijo de Atri: «¡Oh venturosísimo! ¿Cuál será la duración de mi familia? ¿Qué edad alcanzará Rama? Y mis otros hijos, ¿cuánto tiempo vivirán? Rama y los demás hijos que puedan nacerme, ¿qué existencia tendrán? Ten la bondad, ¡oh venturosísimo!, de hacerme saber el destino de mi raza.» Cuando oyó estas palabras del rey Dasaratha, Durvasas, el del grandísimo tejás, empezó a hablar de este modo: «Aprende, ¡oh rey!, lo que ocurrió en tiempos, cuando la guerra entre los devas y los asuras. Los daitias, a los que suras amenazaban, refugiáronse junto a la esposa de Bhrigú. Esta les concedió un asilo seguro, donde habitaron con toda tranquilidad. Viéndola acogerlos, furioso, el jefe de los suras con su disco de afilado corte cercenó la cabeza a la mujer de Bhrigú. Al ver la muerte de su esposa, el continuador de la raza de Bhrigú, lleno de indignación, maldijo inmediatamente a Vishnú, el destructor de las tribus enemigas: «Puesto que, llevado por tu insensato furor, has matado a mi esposa, que no debía perecer así, ¡tú tendrás nacimiento en el Mundo de los hombres, oh Janardana! Y allí ¡vivirás separado de tu esposa durante muchos años!» Esta maldición que acababa de pronunciar le espantó a él, el primero, y le hizo volver a ser dueño de sí mismo. Abruñado por su propio anatema, Bhrigú ofreció, además de sus excusas, homenajes

al dios que alegra el ascetismo y que gusta de los que a él se entregan. El dios tomó la palabra y le dijo que, en interés de los mundos, aceptaba aquel anatema. He aquí cómo el ilustre Vishnú, maldito por Bhrigú, en una precedente generación, ha bajado aquí abajo y llegado a ser tu hijo, ¡oh el mejor de los soberanos! Es Rama, afamado en los tres mundos, ¡oh glorioso príncipe! Y tendrá que sufrir las consecuencias temibles de la maldición de Bhrigú. Reinará en Ayodhya mucho tiempo. Los que le seguirán serán felices y prósperos durante decenas de millares de años, y decenas de siglos además. Rama, su reino acabado, volverá a Brahmaloka, tras haber ofrecido ricos asmavedhas, él, a quien los más poderosos no podrán vencer. Numerosos linajes de reyes deberán su establecimiento a Raghava. De Sitá le nacerán dos hijos.» Durvasas dijo al rey absolutamente todo el pasado y el porvenir de su raza. Tras este relato, el muy ilustre, el gran solitario calló. Silencioso de nuevo el muni, el rey Dasaratha saludó a los dos ascetas magnánimos y volvió a su capital. He aquí lo que yo oí contar al eremita en tiempos; en mi corazón quedó grabado, y no podrá suceder de otro modo. Pero los dos hijos de Sitá recibirán la consagración de Raghava, en Ayodhya. Las palabras del solitario no pueden dejar de realizarse. Siendo así las cosas, no debes afligirte, ¡oh hijo de Raghú!, ni por la suerte de Sitá ni por la de Rama. Animo, pues, ¡oh príncipe!»

A estas palabras tan extremadamente notables del suta, Lakshmana sintió una alegría sin igual. Tanta, que exclamó: «¡Está bien! ¡Está bien!» Mientras el suta y Lakshmana conversaban de este modo caminando, el Sol se retiró detrás del Asta; entonces los dos hicieron alto en el Kesiní.

## S A R G A L I I

### LAKSHMANA VA AL ENCUENTRO DE RAMA

Tras haber pasado la noche en el Kesiní, Lakshmana, alegría de Raghú, levantóse con la aurora y se puso en marcha. A mediodía el príncipe del gran carro entraba en la opulenta Ayodhya, en la que hormigueaba el pueblo hartó y satisfecho. Entre tanto, Sumitri, el de la vasta inteligencia, estaba sumamente perplejo. Decíase: «A mi llegada, cuando me prosterne ante los pies de Rama, ¿qué le diré?» Mientras, preocupado, interrogábase de este modo, la nobilísima residencia de Rama se le ofreció frente a él, deslumbrante como la Luna. El prín-

cipe se apeó a la puerta del real palacio, y, la cabeza baja, el corazón angustiado, entró sin obstáculo. En presencia de Raghava, su hermano mayor, al que vio sentado en su trono y lleno de tristeza, los ojos de Lakshmana se llenaron de lágrimas. Le cogió los dos pies, la aflicción en el alma, y le dijo con voz doliente, haciendo el anjalí, en actitud del más profundo respeto: «De acuerdo con tu orden, Señor, he abandonado a la hija de Janaka en la orilla del Gangá, y, como me habías encargado, en el espléndido eremitorio de Valmiki. Ha sido allí, a la entrada de esta soledad, donde he dejado a la gloriosa Sitá, la de las puras costumbres. Y aquí estoy de vuelta, prosternado a tus valerosos pies. No te aflijas, tigre de los hombres; tal es la marcha del Tiempo. En verdad, no, los que, a ejemplo tuyo, son inteligentes y sabios, no se desolan. Todos los hacinamientos acaban por disiparse; las alturas, por caer; las reuniones, por disolverse, y la muerte termina la vida. A causa de ello no conviene unirse demasiado ni a hijos, ni a esposas, ni a amigos, ni a riquezas, pues la separación se impone necesariamente. Tú, que sabes guiar el atmán con ayuda del atmán y el manas con el manas; tú, que gobiernas todos los mundos, ¡oh Kakutsthal!, con mucha más razón debes dominar tu propio dolor. No, no, en semejantes circunstancias no se turban los hombres escogidos cual tú. Seguramente serás censurado de nuevo, Raghava, por haber repudiado a Maithili, a causa del temor de ser censurado. La ciudad te condena por ello, ¡oh rey!, no te quepa la menor duda. En cuanto a tí, ¡oh tigre de los hombres!, que estás bien provisto de firmeza, renuncia a este espíritu pusilánime; no te desoles más.»

A este lenguaje del magnánimo Lakshmana, hijo de Sumitrá, Kakutstha, querido de sus amigos le respondió con el tono más jocoso; «Será como tú lo dices, ¡oh el mejor de los hombres! ¡Oh valeroso Lakshmana! Pondré cuanto gozo me sea posible en el cumplimiento de mis deberes. La resignación ha vuelto a mí: el dolor le ha cedido el sitio. Tus exhortaciones tan dulces me servirán de guía, Lakshmana querido.»

### SARGA LIII

#### RAMA CUENTA A LAKSHMANA LA HISTORIA DE NRIGA

A estas palabras notabilísimas de Lakshmana, que le llenaban de alegría, Rama respondió de este modo: «Es muy difícil, en verdad, encontrar, particularmente en este Mundo,

un pariente tal que tú, hermano querido, de una tan gran inteligencia, y de tal conformidad de pensamiento. Todo lo que ocurre en mi corazón, ¡oh tú, que llevas las insignias de la dicha!, apréndelo, y, sabiéndolo, haz lo que yo digo. He aquí cuatro días que ya no me ocupo del interés de mi pueblo, querido Sumitri; a causa de ello tengo el corazón atormentado. Es preciso convocar a los súbditos, al purodhas, a los consejeros también y a todos cuantos tengan algún asunto que despachar, hombres o mujeres, ¡oh toro de los Purushas! El rey que no cumple sus deberes respecto a sus súbditos cada día cae en un infierno tenebroso, formidable, no hay duda. Se cuenta que en tiempos reinaba, lleno de gloria, un monarca llamado Nriga, devoto a los brahmanes, leal y puro. A veces kotis de vacas con los cuernos dorados, acompañadas de sus terneros, eran distribuidas cerca de los estanques de lotos por aquel rey, dios de los hombres, a los brahmanes, divinidades de la Tierra. Un día dio una vaca con su ternero, recién salida del establo, ¡oh príncipe irreprochable!; pero esta vaca pertenecía a un brahmán indigente que mantenía el fuego sagrado y que vivía de bellotas. Este, empujado por el hambre, buscó su vaca perdida, por un lado y por otro, en todos los países, durante muchos años, sin poder encontrarla. Al fin, habiendo llegado al Kanakhala, vio en el refugio de otro brahmán a su vaca envejecida, pero con buena salud. La llamó por su nombre: «Ven, Sabalí», la dijo. La vaca, cuando le oyó, reconoció la voz del famélico Dviya y se echó a seguirle, según volvía, semejante a Pavaka. Pero el asceta que retenía al animal corrió tras ella a toda prisa, y alcanzando al otro rishi le dijo bruscamente: «¡La vaca es mía! Me fue dada por el león de los reyes; es Nriga quien me la regaló.» Se entabló una viva discusión entre los dos sabios brahmanes. Sin dejar de querellarse, fueron hasta el donador. Pero tuvieron que detenerse a la puerta del palacio, no habiendo obtenido de Nriga la autorización necesaria para hablarle. Tras haber permanecido allí varios días y varias noches, se encolerizaron. Los dos magnánimos y excelentes ascetas, furiosos por no poder conseguir su propósito, pronunciaron estas palabras espantosas y crueles: «Puesto que te niegas a mostrarte a nosotros, que te pedimos audiencia para solucionar un asunto, vuelto lagarto permanecerás invisible a todos los seres durante muchos millares de años, y aun durante numerosos siglos. Y habitarás, transformado en lagarto, durante este lapso considerable. Vishnú, bajo apariencia humana, descenderá a este Mundo, entre los yadus, de los que aumentará su gloria. Se



llamará Vasudeva. El será quien te libre de esta maldición, ¡oh rey! En aquel momento tu expiación terminará. Para desembarazarla de su fardo, Nara y Narayana bajarán los dos a la Tierra, llenos de poder, cuando la edad Kali sea llegada.» Tras haber lanzado esta maldición, los dos brahmanes, cuya cólera había pasado, dieron a un cofrade la vaca, que se había vuelto maligna y vieja. He aquí cómo este rey incurrió en un espantoso anatema. He aquí cómo las impugnaciones de aquellos que siguen un proceso son imputables a los príncipes. De modo que sean rápidamente introducidos en mi presencia aquellos que tengan asuntos que ventilar. Sin ello el príncipe no considera el fruto de su deber bien cumplido. Ve, pues, y mira, Lakshmana, si alguien me reclama.»

## SARGA LIV

### FIN DE LA HISTORIA DE NRIGA

A estas palabras de Rama, el del ardiente tejá, Lakshmana, excelentemente instruido, respondió, haciendo el anjali: «Fue por una bien pequeña falta, ¡oh Kakutstha!, por lo que los dos dvijas agobiaron a Nrija, el real rishi, con tan enorme anatema, cual si lo hubieran hecho con el cetro de Yama. En cuanto al rey Nriga, cuando se oyó condenar a tal pena, ¿qué replicó a los enfurecidos ascetas?» A esta pregunta de Lakshmana, Raghava respondió: «Escucha, amigo, lo que ante todo hizo el príncipe alcanzado por la maldición. Cuando supo que los dos ascetas se habían ido, el rey convocó a sus ministros y a todos los burgueses de la ciudad, así como a sus capellanes. Y en presencia ya de todos sus súbditos, les dijo: «Una terrible desgracia acaba de sobrevenirme; escuchadme atentamente. Narada y Parvata, tras haberme infligido una pena espantosa, se han vuelto satisfechos al tercer Cielo, esos dos afortunados ascetas, rápidos como el viento, irreprochables. El joven príncipe que veis aquí, Vasú, que sea consagrado hoy mismo. Una triple fosa de fácil acceso será cavada para mí por unos poceros, para expiar en ella la maldición lanzada por los brahmanes. Los obreros me prepararán una primera fosa a prueba contra la lluvia, y otra lo mismo contra el frío, una tercera, en fin, al abrigo del calor; que la mansión sea comfortable. Árboles cargados de frutas y arbustos cubiertos de flores serán plantados en las inmediaciones, así como zarzas

de todas clases, para que la den sombra. Será preciso hacer agradables los alrededores de la fosa. Y allí permaneceré feliz hasta que mi pena sea cumplida. Que flores de suave aroma sean sembradas también, constantemente, de tal modo que cubran yojana y media.» Estas disposiciones tomadas, hizo entrar a Vasú y le dijo: «Siempre fiel a tus deberes, gobierna a tus súbditos, hijo mío, según las leyes de los kshatriyas. Ten siempre ante los ojos la maldición que los dos dvijas han hecho caer sobre mí, llevados por la cólera, ¡oh príncipe!, por la falta que ya conoces. No te aflijas por mí, toro de los hombres. La Suerte es justa, hijo mío, ella que me lanza a la desgracia. El que debe ser alcanzado, alcanzado es; el que debe ser perseguido, perseguido; el que debe ser cogido, es cogido; la felicidad como la desgracia, nos alcanza según aquello que se hace precedentemente, en una existencia anterior. Hijo querido, no te desoles.» Tras haber hablado así a su hijo, el rey, lleno de gloria, descendió a la fosa artísticamente horadada, para habitar en ella, ¡oh toro de los hombres! Habiendo entrado entonces en aquella profunda excavación, adornada de piedras preciosas, el magnánimo Nriga sufrió en ella la maldición que los dos brahmanes encolerizados habían lanzado contra él.»

## SARGA LV

HISTORIA DE NIMI, MALDITO POR VASISHTHA,  
ÉL LE MALDICE A SU VEZ

«Esta maldición de Nriga te la he contado con todo detalle; si te place, escucha aún esta otra historia.» Oyendo estas palabras de Rama, Sumitri le dijo: «Nada me fatiga menos que oír estos relatos maravillosos, ¡oh rey!» Así dijo Lakshmana; entonces Rama, la alegría de Ikshvaku, se puso a contar una historia de las más instructivas: «Había un rey llamado Nimi, el dozavo de los magnánimos hijos de Ikshvaku, lleno de ánimo y de lactad. Dicho rey, dotado de valentía, habitaba en aquella época una ciudad parecida a la de los dioses, en las proximidades de Gautama. Vaijayanta era el hermoso nombre con que era conocida la ciudad que servía de residencia al rajarshi Nimi, el de la gran gloria. Mientras habitaba aquella ciudad inmensa se le ocurrió una idea: «Procederé a un largo satra (401), con objeto de regocijar el corazón de mi padre.

Tras haber convocado a su padre, Ikshvaku, el hijo de Manu, escogió ante todo a Vasishtha, el mejor de los rishis. Inmediatamente el rajarshi Nimi, la alegría de Ikshvaku, invitó a Atri, a Angiras y también a Bhrigú, tesoro de ascetismo. Entre tanto, Vasishtha dijo a Nimi, el príncipe de los rajarshis: «He sido solicitado antes por Indra; espérame durante este tiempo.» Inmediatamente después, el gran asceta Gautama procedió al sutra, mientras que el poderoso Vasishtha cumplía el sacrificio que le había encargado Indra. El rey Nimi, jefe de los hombres, habiendo convocado a los ascetas, ofreció su satra en la vertiente del Himavat, en la región vecina de su capital, durante cinco mil años; luego hizo la consagración. En esto, el sacrificio ofrecido por Indra habiendo terminado, Vasishtha, el venturosísimo e irreprochable asceta, fue junto al rey dispuesto a hacer el oficio de hotar, dándose cuenta de que en el intervalo Gautama lo había ya cumplido. Enfurecidísimo, Vasishtha, hijo de Brahma, impaciente por ver al rey, se presentó al punto; pero aquel día el príncipe había sido cogido violentamente por Nidrá. Entonces la furia del magnánimo Vasishtha estalló. Y empezó a maldecir al rey que no se daba cuenta de su presencia: «¡Puesto que has escogido a otro faltando a toda atención conmigo, príncipe, tu cuerpo va a permanecer sin vida!» El rey, oyendo aquel anatema lanzado contra él, se despertó. Y lleno también de cólera dijo al hijo de Brahma: «Mientras ignoraba que estabas aquí, puesto que dormía, tú, extraviado por el furor, has lanzado contra mí el fuego de la reprobación, como otro bastón de Yama; a causa de ello, brahmarshi, tu cuerpo, a ti también, quedará privado de sentimiento, no obstante guardar su brillo durante mucho tiempo, no lo dudes.» De este modo, dominados por la cólera, habiéndose anatematizado recíprocamente, los dos Indras de los reyes, aquellos dos veces nacidos, al instante mismo quedaron privados de sus cuerpos, ellos, cuya potencia había llegado a ser igual que la de la divinidad.»

## S A R G A L V I

### URVASI ES MALDECIDA

Luego de haber oído este discurso, Lakshmana, calamidad de sus enemigos, dijo, haciendo el anjalí, a Rama, salido de Ragú, el del brillante tejás: «Cuando hubieron dejado su

cuerpo los dos, ¡oh Kakutstha, ¿cómo el Dos-veces-nacido y el monarca se unieron de nuevo, ellos, a quienes las devatas honraban?» Así interrogó Lakshmana a Rama, la alegría de Ikshvaku, el de la gran energía, el toro de los hombres, que respondió: «Cuando, a causa de su mutuo anatema, aquellos dos hombres virtuosos hubieron abandonado su cuerpo, el risi de los reyes y el de los sacerdotes, tesoros de ascetismo tornáronse dos bhutas hechos de viento. No teniendo ya cuerpo, el gran muni, con objeto de obtener otro, Vasishtha, lleno de vigor, fue a buscar a su padre. El virtuoso asceta, tornado viento, habiendo saludado sus pies, habló de este modo al dios de los dioses, al Abuelo: «¡Oh Bhagavat!, la maldición de Nimi me ha privado de mi cuerpo, ¡oh dios de los dioses, Mahadeva, nacido del huevo!, heme aquí transformado en viento. Todos cuantos están privados de cuerpo sufren un gran infortunio; todo falta a aquel que no tiene cuerpo, Señor. Hazme la gracia de procurarme otro en una existencia real.» Brahma, Svayambhú, cuyo poder no tiene medida, le dijo: «Penetra en la energía viril de Mitra y de Varuna, tú, que eres lleno de gloria; entonces nacerás sin necesidad de una matriz, ¡oh el mejor de los dvijas!, dotado de una gran virtud, de nuevo obtendrás mi poder.» Así habló el divino Abuelo, Vasishtha le saludó haciendo el pradakshina, y fue prestamente a la mansión de Varuna. En aquel tiempo Mitra, habiéndose asociado con el Kshiroda, produjo la esencia Varuna y fue colmado de honores por el jefe de los suras. Mas he aquí que en aquel momento Urvasí, la primera de las apsaras, vino por casualidad a aquel lugar con su cortejo de amigas. Al contemplar a la bella Urvasí que se entretenía en sus aguas, una extremada alegría se apoderó de Varuna a propósito de ella. Aquella apsara flor entre ellas, de ojos anchos como hojas de loto, de cara resplandeciente como la Luna llena, Varuna deseó unirse con ella. Pero ella le respondió, de pie y haciendo el anjalí: «Mitra me ha pedido antes que tú, o solicitado antes que tú, ¡oh Amo de los suras!» Varuna, no obstante, a quien los dardos de Kandarpa habían herido, la dijo: «Mi esperma la depositaré en ese vaso fabricado por el divino Brahma. Cuando la haya dejado caer de este modo, gracias a ti, ¡oh tú, que tienes hermosas caderas y una tez maravillosa!, mi amor estará satisfecho, puesto que no quieres unirme conmigo.» Este lenguaje amable del guía de los mundos, Varuna, Urvasí, a quien había agradado muchísimo, le dijo: «Que sea como tú deseas, pues mi pensamiento está fijo en ti. Mi amor va preferentemente a ti, pero mi cuerpo pertenece a Mi-

tra, Señor.» A estas palabras de Urvasí su esperma prodigioso, potente, centelleante como el fuego, Varuna le hizo caer en el vaso. La divina Urvasí se fue al punto a buscar a Mitra. Este, lleno de furor, la habló de este modo: «Yo, que te he escogido antes como esposa, ¿por qué me has dejado de este modo? ¿Por qué razón has tomado otro esposo, mujer sin pudor? A causa de esta maldad yo te echo sin compasión. Irás al Mundo de los hombres, donde permanecerás algún tiempo. El hijo de Budha, el rajarshi que gobierna Kasí, Pururavas, vete a él, ¡perversa! El se casará contigo.» Urvasí, herida así de maldición, fue a Pratisthana, junto a Pururavas, el hijo bien-amado de Bhuda. Con él tuvo un hermoso niño. Ayu, lleno de valentía, que fue el padre de Nahusha, el émulo de Indra en gloria. Cuando hubo lanzado su rayo contra Vritra, el amo del tercer cielo se sintió fatigado. Mahusha entonces ocupó su puesto, el puesto supremo, durante cien millares de años. A causa de esta maldición, Urvasí, la de los encantadores dientes, la de los hermosos ojos, la de las graciosas cejas, vino a la Tierra, donde pasó numerosos años; luego, a la expiación de su pena, volvió a la mansión de Indra.»

## SARGA LVII

### FIN DE LA HISTORIA DE VASISHTHA Y DE NIMI

Cuando hubo oído este relato divino, maravilloso de conocer, Lakshmana, en el colmo de la alegría, dijo a Raghava: «Una vez despojados de sus cuerpos, ¡oh Kakutstha!, ¿cómo el Dos-veces-nacido y el monarca, honrados de los dioses, tomaron otro?» Así interrogado, Rama, verdadero héroe, le contó la historia del magnánimo Vasishttha: «De aquel vaso, ¡oh príncipe de los Raghús!, que los dos poderosos dioses habían fecundado con su energía viril, salieron dos ascetas, hechos de tejás, los mejores de los rishis. Primeramente apareció Agastya, el venturosísimo rishi, que dijo a Mitra, alejándose de él: «Yo no soy tu hijo, sólo de ti.» Puesto que el esperma de Mitra, precedentemente recogido por Urvasí, estaba en el mismo vaso que el de Varuna. Al cabo de cierto tiempo, Vasishttha nació a su vez; estaba dotado del tejás de Mitra y Varuna, de donde había salido; es la divinidad de los Ikshvakus. Ikshvaku, el del gran tejás, escogió al irreprochable Vasishttha apenas nacido, como purodhas, ¡oh amigo mío!, para el bien

de nuestra raza. Es así como se cuenta la extracción del magnánimo Vasishthas que antes no tenía cuerpo, ¡oh querido! En cuanto a lo que fue de Nimi, apréndelo. Cuando vieron al rey privado de su cuerpo, todos los sabios rishis le prestaron su asistencia para la ceremonia del sacrificio. El cuerpo del Indra de los monarcas, aquellos Dos-veces-nacidos le conservaron por medio de perfumes, de cintillas y de telas, con ayuda de sus súbditos y de sus servidores. No obstante, cuando el sacrificio fue acabado, Bhrigú dijo a Nimi: «Te devolveré la vida, porque estoy contento de ti, ¡oh rey!» Y llenos también de satisfacción todos los suras le dijeron: «Escoge un favor, rajarshi, ¿dónde quieres que tu alma resida?» Así hablaron todos los suras. El espíritu de Nimi les respondió: «Deseo habitar en los ojos de todos los seres, ¡oh excelentes suras!» «¡Bien!», respondieron los vibudhas al espíritu de Nimi: «Habitarás en los ojos de todos los seres, bajo la forma de Vayú. Gracias a ti, ¡oh monarca!, los ojos parpadearán muchas veces, para su descanso, cuando tú te pases por ellos en forma de aire.» Tras estas palabras los vibudhas se fueron como habían venido. Los magnánimos rishis, no obstante, llevaron el cuerpo de Nimi. Tirando el arani al suelo, los magnánimos ascetas le agitaron violentamente, en medio de mantras y de libaciones, para obtenerle un hijo. De aquel arani de nuevo género, así agitado, salió un ser de gran tapás. El nombre de Nithi le vino a causa de la agitación, y a causa del nacimiento particular el de Janaka. Como había nacido de un cuerpo sin vida, fue llamado Vaideha. He aquí cómo el rey de Videha fue el antiguo Janaka. Este ser de gran tejás, llamado Mithi, es de él del que esa Maithila ha salido. Amigo, ya te he dicho enteramente y sin omitir nada el maravilloso origen del Dos-veces-nacido y del toro de los reyes: uno tuvo por causa la maldición del príncipe y el otro el anatema del asceta.»

## SARGA LVIII

## USANAS MALDICE A YAYATI

Así habló Rama. Lakshmana, matador de los guerreros enemigos, dijo a su poderoso hermano, que parecía todo llaneante de tejás: «Grande, admirable, maravillosa era la antigua amistad del príncipe de Videha y de Vasishtha el asceta, ¡oh tigre de los soberanos! Nimi, sin embargo, era un kshatriya lleno

de bravura, un rey que había recibido una consagración especial, y, claro, no pudo soportar el ser maldito por el magnánimo Vasishtha.» A estas palabras de Lakshmana, que era versado en los Sastras, Rama, toro de los kahstriyas, respondió, Rama, el más amable de los hombres, dijo a su hermano, el del ardiente tejás: «¡Oh valeroso Lakshmana!, la longanimidad no se muestra siempre entre los héroes. ¡Oh Sumitri!, es difícil soportar las injurias con la resignación de Yayati. Tú, que te has lanzado por el sendero de la verdad, escúchame con atención. El rey Yayati, la prosperidad de sus súbditos, era hijo de Nahusha. Tenía dos mujeres, cuya hermosura no tenía rival en el Mundo. Una era la preferida de aquel rajarshi, hijo de Nahusha; se llamaba Sarmishthá, era descendiente de Diti e hija de Vrishaparávan. La otra, esposa de Yayati, nacida de Usanas, ¡oh toro de los purushas!, era Devayaní, la de la cintura elegante; el rey no la amaba. Le nacieron dos hijos dotados de hermosura y de buen natural: Sarmishthá parió a Puru y Devayaní a Yadu. Pero Puru era el preferido de su padre a causa de sus cualidades y también a causa de su madre. En razón de la pena que ello le causaba, Yadu dijo a su madre: «Nacida en la familia del divino hijo de Bhrigu, el del karmán que no se marchita, soportas en tu corazón el infortunio y el desprecio; esto no es tolerable. Los dos juntos, ¡oh reina!, entremos en el fuego, y que el rey se divierta con la hija de Daitya numerosas noches. Y si tú crees poder soportar esto, déjame a mí seguir mi designio. Soportar esto, no será yo el que lo soporte; voy a morir, lo he decidido.» A estas palabras de su hijo, que lloraba de dolor, Devayaní, enojada, se acordó entonces de su padre. A su gesto, que comprendió, Bhargava acudió presuroso junto a su hija. No viéndola en su estado natural, sino triste y fuera de ella misma, le preguntó: «¿Qué ocurre?» Bhargava le dirigió varias veces esta pregunta con el corazón angustiado. Devayaní, furiosa, respondió al fin a su padre: «El fuego, el veneno o el agua hirviendo, yo la tragaré, yo me arrojaré, pues ya no puedo vivir. ¿Es que no me sabes desgraciada, desdeñada! Cuando se desprecia el árbol, ¡oh brahmán!, se cercena lo que en él vive. Es a causa del desprecio que siento hacia ti por lo que ese real rishi me persigue con sus desdenes, Bhargava, en vez de prodigarme sus atenciones.» A este lenguaje, que le llenó de indignación, el descendiente de Bhrigú se puso a invectivar al hijo de Nahusha: «Puesto que me desprecias, ¡oh Nahusha!, en la perversidad de tu alma, en la edad, la vejez, el agotamiento caerás durante mucho tiempo.» Tras haber hablado así

y consolado a su hija, el descendiente de Bhrigú, brahmarshi lleno de gloria, se volvió a su mansión. Tal fue el lenguaje del primero de los toros de entre los dvijas. Confortó a su hija Devayani, y se marchó, brillante como el Sol, tras haber maldecido al hijo de Nahusha.»

## SARGA LIX

## PARU SE SUSTITUYE A SU PADRE MALDECIDO POR USANAS

A estas palabras de Usanas irritado, el infortunado Yayati, llegado de pronto a los últimos límites de la vejez, dijo a Yadu: «¡Oh Yadu, mi virtuoso e ilustre hijo!, si quieres cargarte, en mi lugar, con esta decrepitud extremada, yo continuaré entregándome a la voluptuosidad. No he gozado aún suficientemente de los placeres de los sentidos; una vez mi pasión enteramente satisfecha, volveré a tomar mi caducidad.» Yadu, oyendo este lenguaje, respondió al toro de los hombres: «Que Puru, tu hijo preferido, acepte él esta decrepitud. Yo alejado estoy de los asuntos, yo estoy puesto aparte, ¡oh príncipe! Que acepten, pues, los que tomen parte en tus festines.» Tal fue su respuesta. El rey dijo entonces a Furu: «La vejez, ¡oh héroe!, tómala en mi lugar.» A estas palabras de Nahusha, Puru, haciendo el anjuli, exclamó: «¡Gran suerte la mía! ¡Oh favor admirable! Estoy a tus órdenes.» Esta respuesta de Puru llenó a Nahusha de vivísima alegría; sintió una felicidad sin igual viéndose libre de la vejez. Entonces el monarca, vuelto a ser joven, cumplió sacrificios por millares, y durante numerosos millares de años gobernó la Tierra. Luego, tras este largo tiempo, el rey dijo a Puru: «Dame la vejez de nuevo, hijo mío; devuélveme mi depósito. Te confié esta caducidad y la hice pasar a ti; por eso vuelvo a tomarla ahora. Está sin inquietud. Estoy contento, príncipe de los grandes brazos, de la sumisión de tu voluntad; y para testimoniarte mi satisfacción voy a consagrarte rey. Tras haber hablado de este modo a su hijo, Puru, el rey Yayati, nacido de Nahusha, dijo con indignación al hijo de Devayani: «Tú eres un rakshasa intratable, nacido de mí bajo la forma de un kshatriya, tú, que has despreciado mis órdenes. En interés de los súbditos, queda sin función. Yo, tu padre, tu gurú, puesto que no has tenido para mí atenciones, engendrarás rakshasas y yatudhanas horribles. No, en verdad, tu raza, tú que tienes el espíritu perverso, no se



implantaré en la que ha salido de la familia de Soma; se te asemejará en la mala conducta.» Tras haber hablado así, el rajarshi, para la prosperidad del reino, invistió a Puru con la dignidad suprema; luego se retiró a la soledad. Mucho tiempo después, llegado al término marcado por el Destino, el rey Yayati, nacido de Nahusta, se fue al tercer Cielo. Puru ejerció el Imperio con gran equidad y una gran gloria en Pratishtana, ciudad escogida, en el reino de Kasi. En cuanto a Yadu, engendró yatudhanas por millares en Krauncavana, ciudad inaccesible, tenida aparte por las tribus reales. Esta maldición lanzada por Usanas, Yayati la pudo soportar, siguiendo el deber de los kshatriyas, lo que Nimi no pudo hacer. Te lo he contado enteramente. Sigamos el sistema de los que están dispuestos a todo, ¡oh amigo mío!, para no caer en la falta de Nriga.» Mientras que Rama hablaba así, él, cuya cara asemejábase a la de la Luna, el cielo se hizo cada vez más estrellado; la región oriental se llenó de un polvo luminoso y rojizo, cual si hubiera estado revestida de un hábito cubierto por el polen de las flores.

## SARGA LX

### LOS ASCETAS VIENEN A VER A RAMA

Mientras conversaban así Rama y Lakshmana, llegó la noche, una noche de primavera, ni fría ni caliente. Cuando se levantó, sin mancha, la aurora, el sacrificio matinal cumplido, Kakutstha fue a la sala de la audiencia para arreglar los asuntos de sus súbditos. En aquel momento Sumantra le abordó y le dijo: «Ahí están los ascetas, ¡oh rey!, llegados hasta la puerta. A su cabeza Cyavana, el descendiente de Bhrigú. Los grandes rishis tienen prisa por verte, gran rey. Se trata de amigos, ¡oh tigre de los hombres! Todos estos habitantes de las orillas del Yamuná lo son.» Oyendo esto, Rama, que conocía su deber, respondió: «Que sean introducidos esos afortunados brahmanes de los que Bhargava es el jefe.» Deferente a la orden del rey, el chambelán, las manos sobre la cabeza en forma de anjalí, hizo entrar a los ascetas, muy difícilmente accesibles. Eran un centenar y quizá más, todos inflamados por su propio téjás. Los magnánimos solitarios penetraron en el palacio con vasos llenos de cierta agua santa, cogida en todos los tirthas, y cargados de frutas y de raíces que traían al rey en

cantidad. Rama lo aceptó todo con alegría, el agua de los tirthas y las frutas de diferentes clases. Luego el príncipe de los grandes brazos dijo a todos aquellos ilustres munis: «Esos asientos confortables, como es justo, ocupadlos.» A esta invitación de Rama todos los maharsis se sentaron en sofás de oro, de vivo resplandor. Cuando los vio instalados, Raghava, inclinándose y haciendo el anjalí, les preguntó: «¿Cuál es el motivo de vuestra venida? ¿Qué podré hacer dada mi abnegación hacia vosotros? Estoy a la orden de vosotros, maharshis, y haré con gusto cuanto deseéis. Mi reino todo entero, la vida que tengo encerrada en el pecho; todo cuanto poseo está al servicio de los Dos-veces-nacidos; lo que os digo es la pura verdad.» Cuando oyeron estas palabras todos aquellos magnánimos rishis, los de las rudas austeridades, que habitaban a orillas del Yamuná, exclamaron a coro: «¡Bravo!» Y añadieron llenos de viva alegría: «Tan sólo tú, ¡oh el mejor de los hombres!, puedes hablar así en la Tierra, ninguno otro. Un gran número de monarcas, ¡oh príncipe!, bien que muy animosos y de gran poder, cuando llegar a considerar la dificultad de una empresa, no se atreven a emprenderla. Tú, dada tu veneración por los brahmanes, tú das tu palabra sin saber siquiera de qué se trata, y luego la mantienes sin duda alguna. Pues bien: es preciso que salves a los rishis de un grave peligro.»

## SARGA LXI

## HISTORIA DE MADHU

A los ascetas que hablaban así, Kakutsha les preguntó: «¿Qué es preciso hacer para que aparte de vosotros ese peligro? Decídmelo, ¡oh munis!» A estas palabras de Kakutsha, Bhargava respondió: «Aprende la causa de nuestros terrores y de dónde nos vienen, ¡oh príncipe! En otro tiempo, en el Kritayuga, ¡oh rey!, vivía un daiteya de gran inteligencia; era el hijo mayor de Lolá, el gran asura Madhu. Piadoso, caritativo, de sabiduría consumada, estaba unido a los muy nobles suras por una amistad sin igual. Este Madhu, dotado de valentía y muy afecto al deber, recibió de Rudra, que le tenía en gran estima, un maravilloso presente. Arrancando de su venablo otro venablo muy sólido y de gran hermosura, el dios magnánimo se lo dio llevado por su gran contento, diciéndole:

«Cumplies tu deber de un modo excepcionalmente notable, lo que te vale mi favor; llevado por la alegría extremada que ello me produce, te doy un arma superior. Mientras no acometas a los suras o a los brahmanes, ¡oh gran asura!, este venablo estará en tu poder; caso contrario, desaparecerá. Sea quien sea el que te provoque a combate audazmente, este arma le reducirá a cenizas; luego volverá a tu mano.» Habiendo recibido de Rudra don tan precioso, el gran asura se prosternó ante Mahadeva y le dijo: «¡Oh Bienaventurado, pueda este venablo incomparable permanecer siempre en mi familia, oh dios, tú, que eres el Señor de los suras!» Así habló Madhu. El jefe de todos los seres, Siva, el gran dios, le respondió: «No, tal cosa no ocurrirá. No obstante, para que tu ruego no sea estéril tu hijo, para él tan sólo, heredará esta pica. Mientras este arma esté en manos de tu hijo, será invulnerable a todos los seres, pero a condición de que la tenga en la mano.» Madhu, tras haber recibido del dios aquel don inmenso, maravilloso, él, el mejor de los asuras, se hizo construir una habitación magnífica. Tenía como esposa amada a la afortunada, a la ilustre Kumbhinasí, a la que Visvasu había tenido de Analá. Kumbhinasí tuvo un hijo lleno de vigor, llamado Lavana. Cruel y perverso, desde su infancia, multiplicaba sus maldades. Al ver la detestable conducta de su hijo, Madhu irritábase y se llenaba de dolor, pero no le decía nada. Dejó este Mundo para hundirse en la mansión de Varuna, tras haber entregado a su hijo el venablo y haberle hecho saber las propiedades del don. Pues bien: Lavana, gracias a la potencia de este arma y a la perversidad de su naturaleza, es el látigo de los tres mundos, y especialmente de los ascetas. Tal es su poder, y tal la esencia de su arma. Como has comprendido, a ti el decidir, ¡oh Kakutstha!, pues tú eres nuestro supremo asilo. Muchos monarcas, ¡oh Rama! han sido conjurados precedentemente por los rishis, espantados, para que les dieran seguridad; pero, ¡oh valeroso príncipe!, aún no hemos hallado nuestro liberador. Y al saber que habías destruido a Ravana con su infantería y su caballería, hemos descubierto en ti, hijo querido, el rey salvador, pues no conocemos otro en el Mundo; te suplicamos, pues, que nos libres del terror que Lavana nos inspira. He aquí, ¡oh Rama!, cuál es la causa de nuestra presente angustia. Y, puesto que eres capaz de hacerla cesar, accede a nuestra súplica, ¡oh tú cuyo valor es indomable!»

## SARGA LXII

## SATRUÑA PIDE COMBATE A LAVANA

Tal fue el lenguaje de los ascetas, Rama les preguntó haciendo el anjalí: «¿De qué vive Lavana? ¿Cuál es su manera de obrar? ¿Dónde habita?» Habiéndoles interrogado así Raghava, aquellos ascetas le hicieron saber cómo Lavana se sustentaba: «Su alimento son todos los seres, pero particularmente los solitarios. Su modo de obrar es la crueldad. Habita constantemente el Madhuvana. Tras haber inmolado numerosos millares de leones, tigres, antílopes, pájaros e incluso hombres, hace de ellos su pasto cotidiano. A los otros seres también los devora el monstruo, cual cuando el fin del Mundo llega, Antaka con su boca abierta.» Oyendo estas palabras, Raghava dijo a los grandes munis: «Yo daré muerte a ese rakshas; en adelante, estad tranquilos y sin temor.» Tras haber dado su palabra a aquellos solitarios de poderoso tejás, Rama, alegría de Raghú, dijo a sus hermanos, que estaban allí los tres: «¿Quién será el valiente que matará a Lavana? ¿A quién le debe tocar este lote? ¿Al animoso Bharata o al prudente Satruña?» A estas preguntas de Raghava, Bharata respondió: «Soy yo quien le dará muerte. A mí me corresponde.» Cuando oyó a Bharata hablar de este modo, lleno de energía y de arrojo, el hermano segundogénito de Lakshmana se levantó de su asiento de oro, Satruña dijo inclinándose ante el amo de los hombres: «Bharata, el de los grandes brazos, que ocupa el medio entre nosotros, ya ha sido puesto a prueba, ¡oh alegría de los Raghús! Cuando precedentemente Ayodhya fue privada de tu noble presencia, Bharata, escondiendo el dolor en su alma, la gobernó hasta tu vuelta, ¡oh mi Señor! Malos en gran número le salieron al paso, ¡oh príncipe! Acostándose en el duro suelo en Nandigrama, el muy glorioso Bharata, alimentándose de frutas y raíces, los cabellos hechos una trenza y vestido de corteza de árbol. Tras haber atravesado una prueba semejante, este hijo de Raghú, no debe afrontar otra nueva, sobre todo estando yo aquí, tu servidor.» Así habló Satruña. Raghava replicó: «¡Sea, oh descendiente de Kakutsha! Ejecuta mis órdenes, y yo te consagraré rey en la espléndida capital de Madhu. Guerrero de los grandes brazos, deja reposar a Bharata si así lo deseas. Eres valiente, experimentado, capaz de entrar en posesión de la ciudad que baña el Yamuná

y de sus ricas comarcas. Pero aquel que, tras haber hecho surgir una dinastía en la casa de un príncipe, no establece en ella a un rey, va al Infierno. En cuanto a ti, cuando hayas dado muerte al hijo de Madhu, Lavana, el de los perversos instintos, gobierna su reino con equidad, si quieres escucharme. No objetes nada a mi discurso, ¡oh héroe! El joven debe obedecer a su mayor; en esto ninguna duda, y la consagración, ¡oh descendiente de Kakutstha!, recíbela de mis manos con las bendiciones litúrgicas de que la acompañarán Vasishtha y los demás brahmanes.»

### SARGA LXIII

#### CONSAGRACIÓN DE SATRUÑA

A este lenguaje de Rama, lleno de confusión, el valeroso Satruña, tímidamente, con gran timidez sí, habló de este modo: «Nos parece ver ilegalidad en esta medida, ¡oh Kakutstha, jefe de los hombres! ¿Cómo quedando aquí los mayores el más pequeño podría ser consagrado? Pero necesario será cumplir tu voluntad, ¡oh príncipe atortunado!, pues una orden tuya es muy mala de infringir. Yo he oído de tu boca, ¡oh héroe!, y las srutis (402) me han enseñado que no hay que objetar nada cuando el que tiene el medio entre nosotros da su palabra. Pero creo que he dicho algo atrevido asegurando: yo mataré el temible Lavana en el campo de combate. Esta desdichada afirmación me pone en mala postura, ¡oh toro de los hombres! No se debe añadir nada, en efecto, cuando el mayor habla, pues ello está manchado de ilegalidad, y tórnase para el otro mundo causa de reprobación. Ya no volveré a replicar, señor Kakutstha, por miedo a que esta segunda observación atraiga sobre mí el castigo. Haré, pues, lo que bien te plazca, ¡oh real toro de los hombres!, ¡oh Kakutstha, alegría de Raghú!; pero en interés mío haz desaparecer la ilegalidad.»

Así habló el bravo Satruña, el de la gran alma. Rama, lleno de alegría, dijo a Bharata y a Lakshmana: «Preparar todo cuidadosamente para la consagración. Hoy mismo quiero consagrar a este tigre de los Purushas, salido de Raghú. Los purodhas, ¡oh vástagos de Kakutstha!, los habitantes, los ritvijs, los ministros, convocadlos a todos por orden mía.» Cuando

supieron la voluntad del monarca, los guerreros de los grandes carros se conformaron a ella disponiendo todo para la ceremonia, bajo la dirección del purodhas. Señores y brahmanes entraron entonces en el palacio del rey, y la consagración de Satruña se cumplió solemnemente, con gran alegría de Raghava y de la ciudad. El afortunado Satruña, hijo de Dasaritha, habiendo recibido la unción tornóse como otro Sol. Cual Skanda, cuando fue entronizado en tiempos por los habitantes del Cielo unidos a sus Indras. De igual modo Satruña fue consagrado por Rama el del karmán inalterable.

Los habitantes fueron transportados de alegría, así como los ilustres brahmanes. Kausalyá, Sumitrá e incluso Kaikeyí alegráronse, en la mansión real, en unión de las otras reinas. Y los rishis magnánimos que habitaban al borde del Yamuná, proclamaron con antelación la muerte de Lavana, en virtud de la congración de Sartuña. Estrechando al recientemente ungido contra su corazón, Raghava le dijo con voz acariciadora, que exaltó su valor: «He aquí un dardo infalible, divino, que triunfa de las ciudadelas enemigas. Mediante él destruirás a Lavana, querido hermano, alegría de los Raghús. Fue labrado, ¡oh descendiente de Kakutstha!, cuando Svayambhú, el divino Ajita, descansaba sobre las aguas, lejos de la mirada de suras y asuras. Invisible a todos los seres, el dios hizo este dardo, el mejor de todos, con el propósito, pues estaba furioso contra ellos, de acabar con los dos perversos, Madhu y Kaitabha, que a despecho de todos los rakshas, él que deseaba emitir los tres mundos, mató en un combate. Luego de haber, para felicidad de los seres, destruido a Kaitabha y a Madhu con este maravilloso proyectil, Brahma hizo los mundos. Este dardo precedentemente yo no le lancé contra Ravana, al que quería matar, ¡oh Satruña!, porque de hacerlo los seres hubiesen sufrido una considerable disminución. En cuanto al gran venablo que el magnánimo Tryambaka entregó a Madhu para la pérdida de sus enemigos, arma superior, Lavana la deposita en su morada donde la rodca de numerosos homenajes, cuando recorre las regiones para procurarse su alimento favorito. Pero cuando desea combatir o es provocado, entonces el rakshas empuña su pica y reduce a su adversario a cenizas. ¡Oh tigre de los hombres!, mientras que no tiene su venablo, antes de que esté de vuelta en la ciudad, apóstate en la entrada, y provisto de tu arma poderosa, antes de que haya alcanzado su refugio, provoca al rakshas a combate, héroe de los grandes brazos; entonces le abatirás. Pero si obras de otro modo no podrás vencerle. Mientras que por este medio, ¡oh

valeroso Satruñal, le exterminarás. Ya sabes todo y cómo evitar el venablo de irresistible potencia del venerable Sítikantha.»

## SARGA LXIV

### SATRUÑA PARTE AL ENCUENTRO DE LAVANA

Tras haber hablado de este modo a Satruña, salido de Kakutstha, y haberle animado varias veces, Rama, alegría de Raghú, añadió: «He aquí cuatro mil caballos, toro de los hombres, dos mil carros, cien elefantes escogidos. Los vivanderos de los mercados centrales, provistos de toda clase de aprovisionamientos, te acompañarán, así como los natas y los nartakas (403). Oro, y oro muy puro, coge un niyuta, toro de los hombres, ¡oh Satruña!, y ve de este modo tras haber completado tus provisiones de víveres y de monturas. Este ejército bien alimentado, animoso, contento, disciplinado, alégrale mediante tus discursos y tus liberalidades, ¡oh valiente príncipe! Allí donde no aguantarían riquezas, esposas o parientes, resiste una tropa de servidores satisfechos, ¡oh Raghava! Luego, tras haber ordenado tu gran ejército, compuesto de soldados llenos de brío sólo tú, arco en mano, avanzarás hacia el bosque de Madhu. Ve de modo que Lavana, el hijo de Madhu, no sepa que te acercas con intención de entablar el combate, de modo que no desconfíe. No hay otro medio de matarle, ¡oh toro de los Purushas! Aquel al que ve venir con tal propósito, perece infaliblemente bajo sus golpes. La estación cálida pasada y los días lluviosos llegados, destruirás al perverso Lavana; es el momento. Dos grandes rishis a su cabeza, haz avanzar tus tropas, con objeto de que aprovechen del verano para atravesar las aguas del Jahnaví. Allí tendrás cuidado de hacer vivaquear al ejército entero a orillas del río, y tú seguirás adelante con tu arco, ¡oh tú, que tienes los pies ágiles!»

Así habló Rama. Satruña entonces reunió a los oficiales principales del ejército y les dijo: «Los actos designados, hacedlos; estableced vuestros campamentos sin oposición, de modo que nadie tenga de qué quejarse.» Cuando hubo dado todas sus instrucciones y dispuesto su gran ejército, despidióse de Kausalyá, de Sumitrá y de Kaikeyí. Satruña saludó a Rama con el pradakshina y una inclinación de cabeza. Se inclinó también, haciendo el anjalí, ante Lakshmana y Bharata, lo

mismo que ante el purohita Vasishtha, lleno de deferencia. Rama, habiéndole despedido, el héroe, látigo de sus enemigos, hizo el pradakashina y partió. Cuando hizo tomar la delantera al ejército, que comprendía gran cantidad de elefantes y de caballos de precio, el descendiente de Raghú dejó al rey al lado del cual estaba sentado.

## SARGA LXV

### HISTORIA DE SAUDASA MALDITO POR VASISHTHA

Satruña dispuso que hiciera alto su ejército, al cabo de un mes de marcha, luego avanzó solo con paso rápido. Dos días más tarde, el héroe, alegría de los Raghavas, llegó al santo eremitorio de Valmiki, la primera de las residencias. Saludó al magnánimo Valmiki, el mejor de los solitarios, y haciendo el anjalí le habló en estos términos: «¡Oh venturosísimo!, yo deseo detenerme esta noche aquí, adonde me trae una misión de mi hermano mayor; mañana, al alba, volveré a partir en la temible dirección del Oriente.» Así habló Satruña, el de la gran alma. El toro de los munis le respondió sonriendo: «Sé bien venido, príncipe ilustre. Este eremitorio, querido amigo, es también el de la familia de los Raghavas. Permanece y acepta sin temor a mí, agua para los pies y para las manos.»

El Kakutstha, habiendo recibido los homenajes del asceta y con ellos frutas y raíces para su alimento, comió hasta saciarse enteramente. Una vez harto de frutas y raíces, preguntó al gran rishi. «Al este, cerca del eremitorio, la gran fertilidad, ¿al sacrificio de quién es debida?» A esta pregunta Valmiki respondió: «¡Oh Satruña!, aprende a quién pertenecía esta residencia en otro tiempo. Vosotros tenéis por antepasado al rey Saudasa. De este monarca nació Viryasaha, que estaba lleno de fuerza y era de una extremada lealtad. Un día, el valeroso, el bravo Saudasa, habiendo salido de caza, vio errando de aquí para allá a una pareja de rakshasas. Transformados en tigres, era por numerosas decenas de millar como aquellos monstruos devoraban los antílopes, para poder aplacar su hambre insaciable. Saudasa entonces, al ver a aquellos dos rakshasas que habían despoblado el bosque de gacelas, cogido de una cólera violenta, atravesó a uno de ellos mediante un largo dardo. Una vez que le hubo abatido, el toro de los hom-



bres volvió a hallar su calma, su cólera cayó y contempló al rakshasa muerto. Al verle contemplar así a su camarada, el sobreviviente sintió un dolor ardiente y dijo a Saudasa: «Has matado a mi compañero que no hacía daño alguno, desalmado; yo te lo pagaré en la misma moneda.» Esto diciendo, el rakshasha desapareció. Desde hacía mucho tiempo este príncipe llamado también Mitrasaṇa, reinaba, cuando ofreció un sacrificio en las inmediaciones de esta soledad, el gran sacrificio del asvamedha, bajo la vigilancia de Vasishtha. Esta importante ceremonia se prolongó una larga serie de años; fue de un esplendor excesivo; hubiérase dicho un sacrificio ofrecido por los dioses. Pero al terminar la solemnidad, acordándose de su antiguo agravio, el rakshasa, tomando el aspecto de Vasishtha, gritó al rey: «¡Ea! Ahora que el sacrificio está completamente terminado, que me den sin tardar carne para comer, ¡pero pronto!» Cuando oyó hablar así al rakshasa transformado en brahmán, el rey dijo a los cocineros expertos en su arte: «Con havis (404) y carne preparad rápidamente un plato sabroso para satisfacer al gurú.» La orden del rey turbó el espíritu del jefe de cocina, del cual el rakshasa revistió al punto la forma. Preparó carne humana y se la llevó al rey: «He aquí los manjares sabrosos hechos con havis y carne.» El príncipe presentó a Vasishtha junto con su mujer Madayantī, ¡oh el mejor de los hombres!, aquel manjar compuesto de carnes, traído por el rakshasa. El asceta, advirtiéndole que le había dado carne humana, entró en una cólera violenta y empezó a apostrofarle: «¡Puesto que te ha complacido, ¡oh rey!, ofrecerme un alimento de este género, él será en adelante tu manutención, no lo dudes!» Irritado, a su vez, Saudasa cogió agua con la mano, e iba a maldecir a su vez a Vasishtha, cuando su esposa le hizo desistir: «¡Oh rey!, puesto que tenemos como maestro a Vasishtha, el venturosísimo asceta, no puedes devolverla la maldición, a este purohita semejante a un deva.» Entonces aquel agua, hecha de cólera y de su téjās, lleno de potencia, el virtuoso príncipe al arrojarla mojó sus pies. En virtud de aquel contacto los pies del príncipe quedaron todo manchados. Y fue a partir de aquel momento el rey Saudasa, el de la gran gloria, tornóse Kalmashapada, y llevó este nombre. El monarca con su esposa, habiéndose prosternado varias veces ante Vasishtha, le hizo conocer las palabras del falso brahmán. Cuando supo por el Indra de los soberanos aquella acción malvada del rakshasa, Vasishtha dijo de nuevo a aquel real toro de los hombres: «La sentencia que en un acceso de cólera he pronunciado no podría ser vana, pero te

concederé un favor: la duración de esta maldición será de doce años, durante los cuales, gracias a mi benevolencia, ¡oh Indra de los reyes!, no te acordarás del pasado.» Así fue cómo aquel príncipe, azote de sus enemigos, sufrió el anatema; más tarde recobró su Imperio y de nuevo gobernó a sus súbditos. Este Kalmashapada, gracias a su sacrificio fue debido el esplendor del sitio vecino a este eremitorio, sobre el cual me has interrogado, ¡oh Raghava!» Luego de haber oído la historia espantosa del Indra de los soberanos, Satruña, tras saludar al rishi, entró en la cabaña de follaje.

## SARGA LXVI

### NACIMIENTO DE KUSA Y DE LAVA

Pero aquella misma noche que Satruña la pasó en la cabaña de follaje Sitá trajo al mundo dos niños. En medio de la noche los jóvenes solitarios dieron a Valmiki la agradable noticia del feliz parto de Sitá: «¡Oh venturosísimo!, la esposa de Rama acaba de dar a luz dos niños gemelos. Tú, que estás dotado de gran poder, cumple el rakshá (405), para la destrucción de los bhutas.» Oyendo esta noticia, el gran rishi fue a ver a los dos recién nacidos, que brillaban como la Luna nueva, y parecían dos hijos de devas, llenos de vigor. Fue junto a Sitá, con el alma en fiesta, para ver a los dos pequeños niños y cumplió en ellos el rakshá que mata a los bhutas y destruye a los rakshas. Habiendo cogido una musthi de hierbas kusas, con su lava, el Dos-veces-nacido, Valmiki procedió en atención a ellos al rito preservativo, destructor de los bhutas. Luego dijo: «Puesto que se debe limpiar al primero nacido de estos dos niños con la punta de las hierbas kusas, benditas con ayuda de mantras, Kusa será su nombre. Y como es preciso que el último sea cuidadosamente limpiado por las matronas con el lava, pie de estas mismas hierbas, éste será llamado Lava. Por ello estos dos gemelos se llamarán Kusa y Lava. Con este nombre que les doy llegarán a ser célebres.» El rakshá, las matronas le recibieron de las manos del muni con respeto y le aplicaron a los dos niños, tras haberlos lavado muy bien. Este rakshá hecho por las matronas, el sobrenombre y el apellido que debían llevar los niños, el elogio de Rama, que no dejó de ser hecho, y el doble y afortunado parto de Sitá, en medio de la noche, Satruña fue informado de noti-

cias tan extremadamente agradables. Entonces fue a la cabaña de follaje donde estaba Sitá y la dijo: «¡Oh madre, sé feliz!» Así transcurrió alegre y rápida, para el magnánimo Satruña, aquella noche de la estación lluvioso, bajo la constelación de Sravana. Al día siguiente, al alba, el grandísimo héroe, tras haber hecho la ofrenda de la mañana y saludado al muni con el anjalí, siguió su camino. Llegado al borde del Yamuná, tras siete días de marcha, detúvose en el eremitorio de solitarios de santo renombre. Allí, con los munis a cuya cabeza estaba Bhargava, el ilustre príncipe consagró el tiempo a escuchar hermosos relatos. En medio de la asamblea de los ascetas, de los que Kancana era el jefe, el héroe de los Raghús, el magnánimo hijo del Indra de los reyes, Dasaratha, empleó aquella noche en deleitarse con numerosos relatos de todo género.

## SARGA LXVII

### HISTORIA DE MANDHATAR

Llegada la noche, Satruña interrogó al hijo de Bhrigú, el asceta Cyavana, sobre la fuerza de Lavana y sobre la potencia de su venablo: «¡Oh brahmán!, ¿quiénes han sido aquellos a los que Lavana precedentemente ha matado con ayuda de su arma prodigiosa, en los duelos que entablaron con él?» Interrogado de este modo por él, el muy virtuoso Cyavana respondió al magnánimo Satruña, alegría de los Raghús: «Innumerables son las hazañas de Lavana, ¡oh hijo de Raghú! Lo que ocurrió a propósito del descendiente de Ikshvaku, apréndelo. En Ayodhya en otro tiempo reinaba el valeroso hijo de Yuvanasha, Mandhatar, famoso en los tres mundos a causa de su bravura. Tras haber sometido la Tierra entera a su yugo, este monarca trató de conquistar el Mundo de los suras. Vivo fue el temor de Indra y de los magnánimos suras ante los esfuerzos intentados por Mandhatar, que deseaba apoderarse del Devaloka. Resuelto a compartir el trono y el reino de Sakra haciéndose proclamar rey por las tropas de los suras, escaló el Cielo. Cuando conoció su mal propósito, el dios que castigó a Paká dirigió al hijo de Yuvanasha este insinuante lenguaje: «Tú no reinas aún sobre el Mundo de los hombres, y no habiendo aún dominado la Tierra, ¡aspiras ya al trono celeste! Cuando toda la Tierra, ¡oh héroe!, te esté completamente sometida, apoderate entonces del reino

de los dioses, con ayuda de tus fieles, de tu ejército y de tus carros.» Así habló Indra. Mandhatar le respondió: «¿Dónde, pues, ¡oh Sakral, mi dominio es disputado en toda la superficie de la Tierra?» El dios de los mil ojos le respondió: «El rakshas llamado Lavana, hijo de Madhu, que habita el Madhuvana, no reconoce tu autoridad, ¡oh guerrero sin reproche!» Oyendo estas palabras terriblemente desagradables del dios de los mil ojos, el rey, confuso, bajó la cabeza sin poder replicar. Y saludando a Saharksha, se alejó con la cabeza muy baja el orgulloso monarca y se volvió a este Mundo. El príncipe, domador de sus enemigos, encerró su cólera en su corazón, púsose a la cabeza de sus servidores, de su infantería, de su caballería y marchó contra el hijo de Madhu para someterle. El toro de los hombres diputó un mensaje a Lavana para provocarle a combatir. Al llegar, el heraldo llenó de ultrajes al hijo de Madhu, Hablaba, aun cuando el Rakshasa le devoró. Como su enviado tardaba en volver, el rey, furioso, acribilló a Lavana por todos lados con una granizada de dardos. Entonces, riendo burlonamente, el Rakshas empuñó su venablo y lo lanzó para exterminarle, así como a su séquito y a aquel ejército prodigioso. El abrasado venablo redujo a cenizas allí mismo al rey, a sus fieles, su caballería y su infantería, y luego volvió a colocarse en la mano de su amo. He aquí cómo este gran rey pereció con sus infantes y sus carros. Y es que la potencia de ese venablo, amigo mío, es sin medida y sin rival. Mañana, al alba, sin duda, tú matarás rápidamente a Lavana, antes de que haya podido coger su arma; tu triunfo es cierto. La salvación de los mundos será la consecuencia de tu hazaña. Hete aquí completamente informado sobre el perverso Lavana. La potencia de su venablo es formidable, sin medida, ¡oh toro de los hombres! ¡Oh rey! A causa de ello Mandhatar sucumbió en la empresa. Tú, mañana, al alba, ¡oh príncipe magnánimo!, le matarás; sobre esto ninguna duda para mí; habrá salido sin su venablo a hacer su provisión. Tu victoria a causa de ello está asegurada, ¡oh Indra de los hombres!»

## SARGA LXVIII

## SATRUÑA ENCUENTRA A LAVANA

Mientras Cyavana le contaba esta historia y todos le deseaban un triunfo brillante, la noche transcurrió rápida para el magnánimo Satruña. Por su parte, al despuntar el alba in-

maculada, el atrevido Rakshasa salió de la ciudad, acuciado por el deseo de procurarse de qué comer. En el intervalo, el bravo Satruña franqueó el Yamuná y fue a apostarse a la puerta de Madhupura, su arco en la mano. Y he aquí que a mediodía el Rakshasa de cruel karmán volvió cargado con varios millares de seres vivos. En aquel momento vio a Satruña de pie junto a la puerta con su arma. El Rakshasa le preguntó: «¿Qué pretendes hacer con eso? A tus semejantes, con sus armas, por millares, ¡oh el más canijo de los hombres!, los he devorado yo empujado por mi furor. Es Kala quien te trae. Mi provisión que ves aquí no estaba completa, ¡oh el más vil de los Purushas! ¿Cómo has venido por ti mismo, ¡imbécil!, a meterte en mi boca?» Así le habló a grandes voces. El valeroso Satruña, oyéndole, lloraba de rabia. Era tal el furor de Satruña, que rayos hechos con su tejás escapaban de todos sus miembros. En el paroxismo de la rabia, dijo al merodeador nocturno: «Voy, ¡miserable!, a entablar combate singular contigo. Yo soy el hijo de Dasaratha, hermano del sabio Rama. Satruña es mi nombre, y como verdadero satruña, es el deseo de matarte el que me trae. Quiero batirme contigo. ¡En guardia! Tú eres el enemigo de todos los seres y en verdad que no, ¡no escaparás con vida!» Oyendo estas palabras, el Rakshasa dejó oír como una risa burlona y respondió al príncipe: «Mi buena fortuna te trae, insensato. El hermano de la hermana de mi madre, el rakshasa Ravana, Rama le ha matado a causa de una mujer, ¡oh miserable! ¡Oh el último de los hombres! He soportado la total destrucción de la familia de Ravana, y es porque ahora había descuidado el vengarles por lo que estáis tan llenos de confianza. Pues bien: a vosotros todos, que sois los más viles de los hombres, os exterminaré. Os barreré a todos como a briznas de paja, los que ya habéis nacido y los que están por nacer. En cuanto a ti, el duelo que me propones, ¡insensato!, lo acepto. Espera un instante a que vaya a buscar mi arma, el arma que quiero emplear contra ti.» Satruña le respondió al punto. «¿Cómo? ¿Pretendes escapárteme vivo? Un enemigo que se presenta él mismo, nadie de buen sentido le dejaría escapar. Aquel que con su tontería suministra a su enemigo la ocasión de irse, muere víctima de su pusilanimidad, como muere un cobarde. Por consiguiente, mira bien por última vez el Mundo de los vivos, porque con mis dardos agudos, voy a hacerte bajar directamente a la mansión de Yama, tú, el feroz enemigo del triple Universo y de Raghava.»

## SARGA LXIX

## MUERTE DE LAVANA

A este lenguaje del poderoso Satruña, Lavana, oyéndole, fue víctima de una cólera violenta, y le gritó: «¡Espera! ¡Espera!» Luego, rechinando los dientes y tras golpear sus manos una contra otra, empezó a lanzar contra el tigre de los Raghús golpes redoblados. A Lavana, el del formidable aspecto, que acababa de decirle aquello, Satruña, matador de sus enemigos, le replicó: «Satruña no había nacido cuando otros fueron exterminados por ti; pero hoy, atravesado por mis dardos, descenderás a la morada de Yama. Que los rishis hoy, ¡misera! sean testigos de tu muerte en esta lucha contra mí como los vipras, los sabios, los Tres-veces-nacidos lo han sido de la de Ravana. Cuando mis dardos te hayan consumido y abatido, tú, que eres un merodeador nocturno, la ciudad y el país volverán a hallar paz. He aquí que mi brazo va a lanzarte un dardo de fulminante punta que te atravesará el corazón como el rayo al loto.»

Así habló. Lavana, loco de rabia, lanzó sobre Satruña un árbol enorme que le alcanzó el pecho, pero que Satruña rompió en cien pedazos. Ante aquel fracaso, el Rakshasa, apoderándose de otros en gran número, los lanzó vigorosamente contra su rival. Satruña, hirviendo de ardor, rompió cada uno de aquellos árboles a medida que iban cayendo sobre él, con tres, con cuatro flechas de endurecidos nudos. Luego hizo llover una granizada de dardos sobre el valeroso Rakshasa, sin que éste retrocediese. Entonces, entre risas burlonas, Lavana, blandiendo un árbol, asestó con él un golpe sobre la cabeza del héroe, que cayó perdido el conocimiento. Al caer el héroe, los rishis, los devas reunidos en tropes, los gandharvas e incluso las apsaras lanzaron un gran grito: «¡Oh! ¡Oh!»

Pensando haber matado a Satruña, que yacía en el suelo, el Rakshas no aprovechó la ocasión que se le ofrecía para ir a su morada. No fue a buscar su venablo, viéndole tendido por el suelo. «Ha muerto», pensó, y volvió a cargar con su provisión. Al cabo de un instante, Satruña volvió en sí, empuñó su arma y se puso de nuevo ante la puerta de la ciudad, en medio de los aplausos de los rishis. Luego escogió un dardo divino, infalible, maravilloso, que llenaba las diez regiones con su brillo poderoso y terrible. Asemajábase al rayo, del

que tenía el ímpetu; su aspecto era el del Merú y del Mahendra; todos sus nudos estaban suavizados; en el combate era irresistible. Aquella flecha ungida con una pasta de sándalo color de sangre y artísticamente emplumada era temida de los Indras de los danavas y por ellos mismos, así como por los asuras. Al ver aquel arma amenazadora que llameaba como el fuego de Kala al final de un yuga, todos los seres fueron cogidos de espanto. Devas, asuras, gandharvas, con los munis y los coros de apsaras: el Universo entero tembló y corrió a refugiarse junto al Abuelo. Los devas, trastornados por el miedo, preguntaron al Amo de los Amos, al dispensador de gracias, al Abuelo, si los mundos iban a ser destruidos. Cuando les oyó hablar de este modo, Brahma, el Abuelo de los mundos, les explicó la causa de su terror y les devolvió la tranquilidad. Con voz confortante les dijo: «Escuchad todos, ¡oh Divinidades! Satruña se ha armado con ese dardo para matar a Lavana en la lucha. Todos, ¡oh los mejores de los suras!, nos turbanos ante la potencia de esta arma del dios, el antiguo autor del Universo. Ese dardo hecho de tejás, ¡oh hijos míos!, que siembra de este modo el espanto, fue a propósito de Kaitabha y de Madhu por lo que ese gran proyectil fue fabricado por el dios magnánimo, para la pérdida de aquellos dos daitias. Sólo Vishnú conoce el dardo hecho de tejás. Es, en efecto, la forma primitiva de Vishnú, el del gran corazón. Partid, pues, para asistir a la muerte, bajo los golpes del valeroso héroe, el joven hermano de Rama, de Lavana, el jefe de los rakshasas.»

A estas palabras del dios de los dioses, los suras fueron al teatro de la lucha entre Satruña y Lavana. El proyectil del celeste esplendor que el primero tenía en la mano les pareció a todos los seres como el fuego que brota al final de un yuga. Al ver a los dioses llenando el espacio, el descendiente de Raghú lanzó un rugido leonino y desafío de nuevo con la mirada a Lavana. A esta nueva provocación de su valeroso adversario, el Rakshasa, furioso, se puso en guardia. Tendiendo entonces su arco hasta la oreja, el más hábil de los arqueros lanzó su gran dardo, que atravesó de parte a parte el ancho pecho de su enemigo para después hundirse rápido hasta el Rasatala. Luego de haber penetrado hasta el Rasatala, el divino proyectil, honrado por los vibudhas, volvió al punto junto al héroe, alegría de la raza de Ikshvaku.

Atravesado por la flecha de Satruña, Lavana, aquel merodeador nocturno, rodó de pronto como un monte alcanzado por el rayo. Entonces el enorme y divino venablo, muerto Lavana, fue, ante los ojos de todas las divinidades, a ponerse a

disposición de Rudra. Con una sola flecha el héroe de los Raghús abatió al terror de los tres mundos. Asemejábase con su arco y su dardo maravilloso, al astro de los mil rayos que disipa las tinieblas. Entonces devas, rishis, pannagas y apsaras exclamaron a coro: «¡Por fortuna, la victoria es del Dasarathi! ¡Se acabó el espanto! ¡Lavana yace tendido como un reptil!»

## SARGA LXX

### SATRUÑA HABITA LA CIUDAD DE MADHU

Lavana muerto, los devas, con sus Indras, Añi a su cabeza, dijeron con el tono más afectuoso a Satruña, látigo de sus enemigos: «Por fortuna, la victoria ¡para ti ha sido!, hijo querido. Por suerte, Lavana, el rakshasa, muerto está, ¡oh tigre de los hombres! Escoge un don que te vale tu gran piedad. Los distribuidores de dones, guerrero de los grandes brazos, aquí los tienes a todos juntos, que deseaban tu triunfo; nuestra presencia no puede ser inútil.»

A estas palabras de los devas, el héroe de los grandes brazos, Satruña, poniendo las manos sobre su cabeza en forma de añjali, respondió humildemente: «Esta ciudad de Madhu, encantadora, deliciosa, obra divina, mi deseo más ardiente es adquirir su posesión inmediatamente.» Los devas con el alma llena de alegría dijeron a Raghava: «Bien, esta agradable ciudad va a volverse verdaderamente surasená (406), no hay duda.» A estas palabras, los Magnánimos subieron al Cielo. Entonces Satruña, lleno de valentía, hizo venir a su ejército. La tropa llegó al punto, cuando supo la victoria de Satruña, que precedió a su instalación en el mes de Sravana.

Aquella región de divino aspecto, los surasenas, desde hacía doce años ya, vivían en ella en medio de la alegría de la paz. Los campos eran abundantes en arroz; Vasava llovía cuando era necesario. Los hombres vivían allí sanos y vigorosos, bajo la égida de los brazos de Satruña. La ciudad, que tenía el brillo de la Luna en creciente, levantábase espléndida a orillas del Yamuná. Era notable a causa de sus monumentos suntuosos, sus plazas, sus mercados, sus calles, el número de sus habitantes, que pertenecían a las cuatro castas, y los productos de todas clases de los que tenía más que en abundancia. El magnífico y vasto edificio, construido en otro tiempo por Lavana, Satruña le había embellecido y pintado con colores



variados. Los parques, los vibaras hacían aún más agradable por todas partes a aquella ciudad donde aún brillaban las demás producciones del arte tanto divino como humano. De celestial aspecto, estaba colmada de provisiones de todas clases que llegaban traídas por mercaderes de todos los países. Aquella ciudad suntuosa, contemplándola, Satruña, el segundogénito de Bharata, en el colmo de la prosperidad y de la alegría, sentía un gozo extremado. El pensamiento le vino cuando habitaba aquella encantadora mansión: «Los pies de Rama quiero volverlos a ver al cabo de doce años.» De este modo, no obstante habitar en una ciudad semejante a la de los Inmortales, llena de gente de todas condiciones, el príncipe pensaba en volver a ver los pies del jefe de los Raghús, familia y tribu de la que descendía

## SARGA LXXI

### SATRUÑA VUELVE JUNTO A VALMIKI

En aquel décimosegundo año, pues, Satruña sintió el deseo de ir a Ayodhya, donde Rama reinaba, con una pequeña escolta de servidores y soldados. Escogió a sus principales consejeros y a la flor de sus tropas y partió sobre el más hermoso caballo con un centenar de carros. El ilustre descendiente de Raghú contó quince etapas antes de llegar al eremitorio de Valmiki, en el que se detuvo. El toro de los Purushas saludó los pies del asceta, que le ofreció con sus manos, en calidad de huésped, el padya y el arghya. Las historias más variadas y las más agradables, por millares, el muni se las contó al magnánimo Satruña. También le dijo, a propósito de la muerte de Lavana: «Ha sido una hazaña muy difícil la que has realizado matándole. Muchos y poderosos reyes, ¡oh heroico hijo!, sucumbieron con sus tropas de infantería y de caballería, en sus luchas con Lavana. Tú has matado a ese miserable como si jugases, ¡oh toro de los Purushas!, y con ello has dado fin, mediante tu valentía, al espanto del Universo. La horrible muerte de Ravana exigía un gran esfuerzo, mientras que este maravilloso hecho de armas no te ha costado ningún trabajo. Una satisfacción extremada ha estallado entre los dioses a la caída de Lavana, y entre todos los seres, en el Universo reina la alegría. Ese combate yo le seguí con la vista, ¡oh príncipe salido de Raghú!; yo estaba entonces en la asamblea de Vasa-

va. Mi corazón también está lleno de vivísimo gozo, ¡oh Satruña!, y este beso que deposito en tu frente es la mejor prueba de mi ternura.»

Dichas estas palabras el sapientísimo asceta besó en la frente a Satruña, al mismo tiempo que le rendía, así como a su séquito, los deberes de la hospitalidad. Tras la comida, el príncipe oyó un canto de extremada suavidad: era la historia de Rama tal cual había ocurrido. A aquel canto, instrumentos de cuerda le acompañaban cadenciosamente; era sobre un modo ternario, lleno, expresivo, melódico. La historia de Rama, lo que había hecho en los tiempos pasados, sus hazañas impercederas, auténticas, tales cual habían acaecido, fue lo que oyó. El tigre de los hombres, oyéndolo, se maravilló y sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante un instante perdió incluso el sentido, y luego empezó a suspirar y a suspirar aún. Aquel canto le pareció que hacía revivir el pasado. Los compañeros de Satruña escuchaban también la sinfonía con delicia, inclinada la frente, enternecidos: «¡Es prodigioso!» exclamaban los guerreros, y se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto y en dónde estamos? ¿Es un ensueño, una ilusión? Lo que hemos visto otra vez, he aquí lo que ahora en este eremitorio estamos oyendo. ¿O es que soñamos a propósito de aquella epopeya maravillosa?» Asombrados en extremo, se dirigieron a Satruña: «Anda, príncipe, interroga a Valmiki, el toro de los munis.» Todos estaban muy intrigados. Pero Satruña les replicó: «Soldados, no conviene interrogar a una persona semejante. En esta ermita ocurren numerosos prodigios. No obstante, no está bien interrogar por simple curiosidad a este gran solitario.» Tras haber hablado así a sus tropas, el hijo de Raghú saludó al ilustre rishi y entró en su habitación.

## SARGA LXXII

### SATRUÑA VUELVE A VER A RAMA

Bien que acostado, el tigre de los hombres no fue visitado por el sueño. Su pensamiento estaba absorbido por aquel canto maravilloso relativo a Rama. Mientras escuchaba aquella sinfonía encantadora, acompañada de instrumentos de cuerda, la noche transcurrió rápida para el magnánimo Satruña. Habiendo pasado la noche, el príncipe, tras haber cumplido los ritos de la mañana, dijo, haciendo el anjali, al toro de los as-

cetas: «¡Oh venturosísimo!, yo deseo volver a ver al que ha hecho la felicidad de los Raghús; solicito, pues, tu autorización y la de los ascetas, los de rígidas prácticas.» A este ruego de Satruña, matador de sus enemigos, salido de Raghú, Valmiki le abrazó y le dio su permiso para partir. El príncipe, habiendo saludado al mejor de los ascetas, subió a su magnífico carro y alcanzó pronto Ayodhya, empujado por su impaciencia de ver a Rama. Habiendo entrado en esta ciudad encantadora, el afortunado descendiente de Ikshvaku, el de los grandes brazos, fue a encontrar a Rama, el del gran renombre. Le vio sentado en medio de sus consejeros, el rostro resplandeciente como la Luna en su plenitud, y semejante al dios de los mil ojos, rodeado de Inmortales. Saludó al magnánimo Rama, que parecía todo radiante de tejás, haciendo el anjali, y dijo al leal héroe: «Todo cuanto me ordenaste, gran rey, lo he cumplido; muerto está el perverso Lavana y su ciudad ocupada. He aquí doce años pasados lejos de ti, ¡oh alegría de los Raghús! Ya no puedo vivir más separado de ti. Hazme la gracia, ¡oh Kakutstha!, tú, de heroísmo sin límites, de no dejarme habitar ya más tiempo así, como un ternero alejado de su madre.»

Mientras hablaba de este modo, Kakutstha le abrazó y le dijo: «No te desoles, ¡oh valiente!, el hacerlo no es propio de un kshatriya. Los reyes no se entierran en celdas monacales, ¡oh Raghava!; la protección de los pueblos, he aquí el deber del príncipe. De tiempo en tiempo, valeroso Satruña, ven a visitarme a Ayodhya; no obstante, te será preciso partir de nuevo y volver a tu capital. Yo también te quiero más que a mi propia vida, no hay duda; pero es necesario proveer a la seguridad del reino. Mas permanece siete días conmigo, ¡oh Kakutstha!; luego volverás a Madhurá con tu escolta de servidores y caballeros.»

Oyendo estas palabras de Rama, conforme al deber, pero que le llegaban al corazón, Satruña dijo con voz contristada: «¡Está bien!» Y cuando hubo pasado una semana junto a Raghava, conforme a su voluntad, Satruña, el hábil arquero, hizo sus preparativos de marcha. Saludó al magnánimo Rama, verdadero héroe, a Bharata y a Lakshmana, y luego subió a su carro. Tras haber sido acompañado mucho tiempo a pie por Lakshmana, el de la gran alma, y por Bharata, Satruña se apresuró a volver a su capital.

## SARGA LXXIII

## EL HIJO DEL BRAHMÁN, MUERTO

Cuando hubo establecido a Satruña y a sus otros dos hermanos, el venturoso Rama puso todo su gozo en gobernar su Imperio según la equidad. Y he aquí que al cabo de cierto tiempo, un viejo campesino, un Dos-veces-nacido, trayendo un niño muerto, se presentó en la puerta del rey, exclamando repetidamente: «¿Qué falta he cometido, pues, en otro tiempo, o en otra existencia?» Y abrumado por su amor de padre, repetía sin cesar: «¡Ay, mi hijo! ¡Ay, mi hijo! ¿De qué maldad me he hecho culpable en tiempos, con otro cuerpo, que veo ahora a mi único hijo bajar a la tumba? Aún no había alcanzado la adolescencia este niño; ¡no tenía sino cinco mil días! ¡Y aquí estás herido por Kala, para mi desgracia, hijito querido! Dentro de poco yo bajaré también a la tumba de pena, así como tu madre, hijo adorado. Yo no recuerdo haber proferido mentira de palabra; ni haber perjudicado a nadie; no sé que haya causado daño a ser alguno. Y entonces, ¿a causa de qué maldad este niño, nacido de mí, ha ido hoy a la mansión de Vaisvata, antes de haber rendido sus servicios a los pitris? Yo no había sido jamás testigo precedentemente, ni había oído jamás hablar de cosa tan espantosa, ¡como tener fin prematuro en el Imperio de Rama! ¡Rama ha debido cometer alguna falta considerable, puesto que en su Imperio los niños mueren! En verdad, no, los niños que habitan en otros países nada tienen que temer de la muerte. ¡Ah príncipe, devuélveme la vida de mi hijo caído en poder de Mrityú! Yo me dejaré morir a la puerta del rey con mi esposa, como alguien sin protector. Y tú, Rama, tras haber cometido el crimen de brahmanicidio, ¡sé feliz! ¡Que, acompañado de tus hermanos, puedas vivir mucho tiempo! Tras una permanencia próspera en tu Imperio, ¡oh poderosísimo monarca!, he aquí que la desgracia nos hiere bajo tu dominio, ¡oh Rama!, y nos coloca bajo la férula de Kala. En adelante no podremos gozar de la menor felicidad. Ahora ya no hay sostén en el Imperio de los Ikshvakus magnánimos. Con Rama como protector, es la muerte segura de los hijos. Los pueblos perecen bajo el gobierno desical de un rey criminal. La mala conducta del príncipe causa la muerte prematura de sus súbditos. Cuando en las ciudades y en los campos se cometen ilegalidades y no se ejerce la policía, en-

tonces Kala se hace temer. Ciertamente el rey habrá cometido falta, no hay duda, en la ciudad o en el campo; por ello la muerte de mi hijo.» Tales eran las numerosas recriminaciones que dirigía al rey el infortunado padre, mientras estrechaba a su hijo contra su pecho.

## SARGA LXXIV

### DISCURSO DE NARADA

Aquellas amargas lamentaciones que el dolor inspiraba al desgraciado Dos-veces-nacido llegaban todas a oídos del rey. Este, lleno de tristeza, convocó a sus consejeros, a Vasishtha, a Vamadeva con sus hermanos y a los burgueses de la ciudad. Entonces ocho brahmanes fueron introducidos con Vasishtha junto al rey, que parecía un dios: «¡Sé feliz!, le dijeron. Markandeya, Maudgalya, Vamadeva, Kasyapa, Kalyayana, Jabali, Gautama y Narada, todos estos toros de los Dos-veces-nacidos acomodáronse en asientos. Los grandes rishis reunidos Rama les saludó haciendo el anjalí. Los ministros y lo mismo los burgueses recibieron, como convenía, una acogida cortés. Todos aquellos personajes de brillante tejás, habiéndose sentado junto a él, Raghava les contó las recriminaciones del Dos-veces-nacido. A este discurso del contristado príncipe, Narada en persona dio una memorable respuesta en la asamblea de los rishis: «Aprende, ¡oh rey!, lo que ha causado el fin prematuro del niño. Cuando lo sepas, tu deber te dirá lo que hay que hacer, ¡oh príncipe, alegría de Raghú! En otro tiempo, en el Kritayuga, ¡oh rey!, los brahmanes tan sólo se entregaban al ascetismo. El que no era brahmán no lo practicaba en modo alguno. Durante aquella edad brillante, brahmánica, exenta de tinieblas, todos nacían inmortales y con una ciencia vasta. Vino después el Tretayuga para los hombres provistos de un cuerpo, durante el cual nacieron los kshatriyas dotados del precedente tapás. Eran superiores en fuerza y en tapás, los nobles hombres de esta antigua generación, durante la edad del Tretayuga. Raza brahmánica y raza guerrera, todo cuanto pertenecía a la edad anterior y a la edad posterior tenía durante estos dos yugas un poder igual. Nadie veía signo distintivo de superioridad; fue entonces cuando se estableció públicamente el cuádruple color. Durante esta edad brillante, hacha de Dharma, exenta de tinieblas, el Adharma puso un pie en

la superficie de la Tierra; gracias a esta adjunción del Adharma, el tejás tenía que debilitarse. El elemento carnal y el elemento pasional de las generaciones precedentes adquirieron una mancha considerable. Fue el Anrita (407) lo que produjo el Adharma, apoyándose así contra el suelo. El Adharma habiendo puesto su pie, el Anrita, sobre la Tierra, la primitiva duración de la existencia quedó manifiestamente disminuida. El Anrita puesto por el Adharma en la Tierra, el Mundo se entregó a las buenas obras refugiándose en el Sattya y en el Dharma. Entonces los brahmanes y los kshatriyas, que vivían en el Tretayuga, practicaron el ascetismo, y el resto de los hombres, la obediencia. Esta suprema obligación fue la propia del vaisya y del sudra. El culto, la obediencia, a todas las castas, los sudras hicieron de él su práctica especial. En el intervalo entre el Tretayuga y el Dvaparayuga, vaishyas y sudras, habiéndose dado al Adharma y al Anrita, las castas superiores sufrieron una nueva disminución, ¡oh el mejor de los reyes! Y he aquí que el Adharma puso un segundo pie en el Mundo, y entonces el yuga llamado Dvapara (408) empezó. Durante este yuga, que se llamaba Dvapara y que los acogió, el Adharma y el Anrita se desarrollaron, ¡oh toro de los Purushas! Entonces fue cuando se introdujo el tapás entre los vaishyas, de modo que durante los tres yugas penetró sucesivamente en las tres primeras castas. Así durante estos tres yugas el Dharma se estableció en las tres castas superiores, pero el sudra no lo recibió en forma de tapás, durante todo este tiempo, ¡oh toro de los hombres! El hombre de la última casta, ¡oh príncipe excelente!, se entregará un día a un grandísimo tapás; ello ocurrirá cuando la práctica del ascetismo haya descendido a una matriz de sudra, durante el Kaliyuga. Pero es una ilegalidad suprema, ¡oh rey!, ver durante el Dvapara a un sudra de nacimiento entregarse a esta práctica. Y he aquí que en el recinto de tu Imperio, ¡oh príncipe!, un gran tapás ha sido emprendido recientemente por un miserable sudra; tal es la causa de la muerte del niño. Una ilegalidad que no debe ser cometida ni en un territorio ni en una ciudad, el insensato que se hace culpable de ella es causa de desgracia, y el rey que no le castiga desciende rápidamente al Infierno, no hay duda. Una obra de mortificación prescrita y bien cumplida, la sexta parte de su mérito le corresponde al príncipe que gobierna a sus súbditos, según el Dharma. Pero esta sexta parte, ¿cómo podría gozar de ella aquel que no protege a su pueblo? Explora, pues, ¡oh tigre de los hombres!, tu Imperio. Esfuér-

zate por descubrir la maldad, para que de este modo el Dharma se desarrolle, la vida de los hombres se prolongue y ese niño resucite.»

## SARGA LXXV

### RAMA VISITA SU REINO

A este discurso de Narada, que le pareció hecho de Anrita, Rama experimentó una alegría sin igual y dijo a Lakshmana: «Ve, querido amigo; fiel a tus votos, consueta a ese Dos-veces-nacido flor de ellos, y el cuerpo del niño haz que sea puesto en un recipiente con aceite. Plantas aromáticas, aceite de suave perfume, vela, amigo mío, a que el cadáver, para que escape a la corrupción, sea cubierto. Haz de modo que así protegido el cuerpo del niño de karmán prematuramente marchito no se descomponga ni se disuelva.» Tras haber dado esta orden a Lakshmana, el de las brillantes insignias, Kakutstha, lleno de gloria, llevó su pensamiento hacia Pushpaka y dijo: «¡Ven!» Pushpaka, el de los revestimientos de oro, comprendió el gesto mental de Raghava y al punto estuvo junto a él, al que dijo inclinándose: «Heme aquí, príncipe de los largos brazos; a tu servidor, aquí le tienes a tu disposición.» Cuando oyó estas amables palabras de Pushpaka, Rama saludó a los grandes rishis y subió a su carro, provisto de su arco, de dos carcajs y de su espada de brillantes reflejos. Dejó en la ciudad a sus dos hermanos, Sumitri y Bharata.

El soberano se dirigió primeramente hacia la región del Oeste, el Harit, que exploró por todos lados; luego ganó la comarca del Norte, ocupada por el Himavat. No descubrió la menor maldad. La región del Este fue entonces sondeada por el monarca. Gentes de costumbres puras, inmaculadas como la superficie de un espejo, he aquí lo que desde arriba, desde su carro, veía el príncipe de los grandes brazos. El que hacía la alegría de los rajarshis recorrió en fin la región del Sur. En la vertiente norte del Saivala vio un lago muy grande. Y en aquel lago el afortunado Raghava advirtió a un asceta que practicaba un rigurosísimo tapás, puesto con la cabeza hacia abajo, inmóvil. El príncipe nacido de Raghú, acercándose al que se entregaba a este ascetismo maravilloso, le dijo: «Feliz eres, ¡oh solitario fiel a tus votos! ¿De qué matriz has nacido, oh tú, que has envejecido en las maceraciones, y que te has afianzado en el heroísmo? Tengo interés en hacerte

esta pregunta, yo, Rama, hijo de Dasaratha. ¿Qué fin persigues? ¿La posesión del Cielo? ¿Otra cosa tal vez? ¿Qué privilegio ambicionas por medio de un tapás tan difícil? Lo que te propones practicando este tapás, yo deseo saberlo, ¡oh asceta! ¿Eres un brahmán, felicidad a ti? ¿Eres un kshatriya invencible? ¿Eres un vaisya, un hombre de la tercera casta? ¿O bien eres un sudra? Responde francamente.» Así interrogado por él, el asceta que se mantenía con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba (*urdhvapadena*) reveló al príncipe nacido de Dasaratha, al toro de los reyes, su origen y por qué causa se entregaba al ascetismo.

## SARGA LXXVI

## SAMBUKA, MUERTO POR RAMA

A estas palabras de Rama, el de las grandes hazañas, que no se marchitaban, el solitario, permaneciendo siempre con la cabeza hacia abajo, respondió: «He nacido de una matriz de sudra, ilustre Rama, y me aplico a un tapás riguroso, porque aspiro a la dignidad de dios con mi cuerpo. No miento, ¡oh Rama!; sí, yo quiero conquistar el Devaloka. Sabe que soy un sudra, ¡oh Kakutstha! Sambuka es mi nombre.»

Hablaba, aun cuando Raghava, sacando de la vaina su espada de brillantísimos reflejos, sin mancha, le cortó la cabeza. El sudra muerto, los dioses con sus Indras, más los compañeros de Añi, exclamaron, colmando a Rama de elogios que no acababan: «¡Bravo! Bravo!» Una lluvia considerable de divinas flores, de perfume exquisito, desprendidas por Vayú, cayó de todas partes. Dado su gran contento, los devas dijeron a Rama, verdadero héroe: «El interés de los suras le has salvaguardado felicísimamente, príncipe de la vasta inteligencia. Acepta un favor a tu elección, querido vástago de Raghú, que domas a tus enemigos. No, en verdad, ese sudra no disfrutará del Cielo, gracias a ti.»

Cuando oyó estas palabras de los dioses, Rama, héroe leal, dijo, haciendo el anjalí, a Puramdara, el de los mil ojos: «Puesto que los dioses me son propicios, que el hijo del Dos-veces-nacido, ¡reviva! Que me concedan esta gracia, la más preciosa de todas. Ha sido por negligencia por lo que este niño, hijo único de brahmán, ha sido antes de tiempo conducido por Kala a la mansión de Vaisvasvata. Volvedle a dar la vida, fe-



licidad a vosotros, y no me hagáis perjuro. El Dos-veces-nacido me ha oído decir: yo haré revivir a tu hijo.»

Así habló Raghava. La flor de los vibudhas, los devas llenos de gozo le dieron esta respuesta que le hizo feliz: «Está contento, ¡oh Kakutsthal! este día mismo el niño ha recibido de nuevo la vida; ha sido devuelto a sus padres. En el instante mismo en que caída la cabeza del sudra, el niño volvía a la existencia. Sé feliz, ¡felicidad a ti! ¡Ea!, marchemos; deseamos visitar la soledad de Agastya, ¡oh Raghava, toro de los reyes! La hora de la consagración ha llegado para este gran rishi, ¡oh muy ilustre príncipe! He aquí doce años transcurridos que está acostado en el agua. ¡Oh Kakutsthal, vamos a congratular juntos a ese asceta; tú también ven, ¡y sé feliz!, a visitar al mejor de los rishis.» «¡Que así sea!», prometió a los dioses el que hacía la alegría de los Raghús, y volvió a subir a su carro Pushpaka, el de las incrustaciones de oro. Por su parte, los dioses habían marchado en sus inmensos vehículos. Rama los siguió sin tardar hasta el eremitorio de Kumbhayoni.

Al ver a los dioses, venidos a visitarle, el virtuoso Agastya, tesoro de ascetismo, les presentó sus homenajes a todos sin distinción. Tras haber recibido los homenajes del gran muni y de haberle dirigido los suyos, los Treinta se volvieron gozosos a la cima del firmamento con su séquito. Acababan de marchar, cuando Rama, descendiendo de Pushpaka, saludó al excelente rishi. Agastya devolvió su saludo al magnánimo soberano, que, todo llaneante de tejás, por decirlo así, se sentó bajo su hospitalario techo. El ilustre Kumbhayoni del gran tapás le dijo: «Sé bien venido, ¡oh el mejor de los hombres! ¡oh Raghava! Mi buena fortuna te trae. Te tengo en gran estima, ¡oh Rama!, a causa de tus cualidades múltiples y eminentes. Tú eres para mí un huésped digno de ser honrado, ¡oh príncipe!, y tienes un lugar en mi corazón. Los dioses cuentan que me llegas tras haber muerto al sudra, y mediante este acto de justicia, devuelto la vida al hijo del brahmán. Pasa aquí la noche junto a mí, Raghava, pues tú eres Narayana, el Afortunado; en ti todo reside. Tú eres el Amo de todos los dioses; tú eres el Purusha eterno; mañana, al alba, volverás en Pushpaka a tu ciudad. He aquí, amigo, una joya trabajada por Visvakarmán. Divina, puesto que de divina naturaleza, centellea con brillo propio. Acéptala, Kakutstha; hazme este favor. Dar a nuestra vez aquello que hemos recibido, dícese que en ello hay gran provecho. Tú mereces este adorno e incluso las mayores recompensas, puesto que puedes salvar, con sus Indras, a

los habitantes del Cielo. Por ello te la ofrezco con justicia; acéptala, ¡oh príncipe!»

Entonces el gran guerrero de los Ikshvakus respondió al magnánimo asceta, preocupándose ante todo por la procedencia del brillante: «Esta maravillosísima y divina joya, de forma admirable, ¿cómo la has conseguido? ¿De dónde y cómo ha sido adquirida? Si te interrogo así, brahmán ilustre, es por pura curiosidad, tú, eminente depositario de tantas maravillas.» A este lenguaje de Kakutstha, el muni respondió: «Aprende, Rama, lo que ocurrió en tiempos, en la época del tretayuga.»

## SARGA LXXVII

### HISTORIA DE SVARGÍN

«En otro tiempo, en el tretayuga, ¡oh Rama!, había un inmenso desierto (409) de cien yojanas de radio, sin fieras y sin volátiles. Sin dejar de practicar un ascetismo muy severo, ¡oh amigo mío!, me puse a recorrer aquella soledad deshabitada. Su hermosura, imposible me sería describirtela, ni sus frutas y raíces de exquisito sabor y sus bosques de esencias variadas. En el centro había un estanque de una yojana de extensión lleno de hamsas y de karandavas; los cakravakas eran su ornamento. Estaba cubierto de padmas y de utpalas; las saivalas crecían allí admirablemente. Era una especie de inaravilla sin igual con sus aguas afortunadas y sabrosas, límpidas y tranquilas. En las inmediaciones de aquel lago espléndido, que frecuentaban bandadas de pájaros, había un vasto y soberbio eremitorio. Era de una antigüedad extremadamente venerable, pero vacío de su pueblo de monjes. Allí fue donde me retiré una noche de verano, ¡oh toro de los Purushas! Al alba, me levanté para los ritos de la mañana, y me dirigí hacia aquel estanque. Allí vi un cuerpo cargado de gordura, exento de mancha. Estaba allí, todo brillante de esplendor, en aquel estanque. Aquel objeto me hizo reflexionar un instante, ¡oh real Raghava! Me detuve al borde del estanque preguntándome: «¿Qué puede ser esto?, ¡oh Señor!» y vi un momento después un carro celeste, admirable de contemplar, magnífico, tirado por hamsas rápidos como el pensamiento. Allí, en aquel vehículo, al lado de un Bienaventurado de hermosura extraordinaria, ¡oh héroe, alegría de los Raghús!, había un millar de apsaras llenas de divinos adornos. Unas cantaban de modo envidiable,

mientras que otras tocaban instrumentos, mridangas, vinas y panavas. Estas bailaban; aquéllas, ayudándose de abanicos, centelleaban con reflejos lunares; abanicos con mangos de oro, suntuosos, con los que refrescaban el rostro del Elegido; los suyos tenían el brillo del loto. Y he aquí que, dejando su trono, el Santo, que resplandecía como la cima del Merú, descendió de su carro ante mis ojos para devorar el cadáver, ¡oh Rama, felicidad de los Raghús! Cuando hubo comido hasta hartarse de aquella carne abundante y muy metida en grasa se zambulló en el estanque y se enjuagó la boca. Hecho esto, según los ritos, el svargín (410) volvió a subir a su carro, el más bello, el más maravilloso de todos. Tenía el aspecto de un deva. Al verle alejarse, le hablé de este modo, ¡oh príncipe: «¿Qué te ocurre, oh tú, que te asemejas a un dios? Esta carne abominable, ¿por qué te hartas de ella, amigo? Dímelo. Porque, ¿quién gustaría de semejante alimento, oh ser, émulo de los devas? Hay en ello un misterio, amigo, que yo deseo conocer. Pues no puedo creer que un cadáver sea el alimento que te conviene.» Así hablé, ¡oh príncipe!, a aquel nakín, con tono intrigado, pero amistoso. El me escuchó hasta que acabé, y luego me lo contó todo.»

### SARGA LXXVIII

#### SVETA, CONDENADO A ALIMENTARSE DE SU PROPIO CUERPO

«Tras haber oídos mis palabras dulcemente moduladas, el svargín, haciendo el anjalí, me dio esta respuesta, ¡oh Rama, gozo de Raghú!: «Escucha, ¡oh brahmán!, lo que ocurrió en tiempos para mi alegría y para mi desgracia. Mi suerte ineluctable, sobre la que me interrogas, ¡oh Dos-veces-nacido!, apréndela. En otro tiempo reinaba sobre los vidarbhas mi glorioso padre, el poderoso Sedeva, afamado en los tres mundos. Tuvo dos hijos, ¡oh brahmán!, de dos mujeres: yo, que me llamo Sveta, y mi segundogénito, Suratha. Mi padre habiendo ido al Ciclo, el pueblo me consagró rey, y yo me apliqué con el mayor cuidado a gobernar, según la equidad. Así pasé millones de años, piadoso solitario, ejerciendo el imperio y protegiendo a mis súbditos de acuerdo con la justicia. Reconociendo en ciertos indicios que envejecía, ¡oh el mejor de los Dos-veces-nacidos!, pensé en mi alma sumetida a la ley de Kala y partí para el bosque. Entonces me adentré en este bosque inaccesi-

ble, donde no hay ni fieras ni pájaros, con objeto de practicar aquí el ascetismo, al borde de este estanque tan hermoso, después de haber entronizado a mi hermano Suratha como amo del Imperio. Y cerca de este lago me entregué a largas austeridades. Ejercí el tapás durante tres millares de años en el gran bosque. Este durísimo ascetismo me hizo alcanzar la mansión de Brahma, el que nada tiene por encima de él. Una vez subido al Cielo, un hambre y una sed extremadas me agobiaron, ¡oh héroe, el mejor de los Dos-veces-nacidos! Entonces, con los sentidos turbados, fui a ver al jefe de los tres mundos, al Abuelo, y le pregunté: «¡Oh Bienaventurado!, puesto que este Brahmalocho está al abrigo del hambre y de la sed, ¿a causa de qué acto este desecho mío de comer y beber es el fruto? ¿Y cuál debe ser mi alimento? Dímelo, divino Abuelo.» El Abuelo me respondió: «Tú tendrás por alimento exquisito tu propia carne, ¡oh hijo de Sudeva! Constantemente te nutrirás de ella. Tu cuerpo le has alimentado en exceso, bien que ejerciendo un tapás excelente. Pero lo que no se siembra no crece jamás, ¡oh sapientísimo Sveta! Sin hacer siquiera la menor ofrenda, practicaste el ascetismo, y es por ello por lo que has subido al Cielo, hijo querido, sometido al hambre y a la sed. De modo que tendrás por comida tu propio cuerpo, bien nutrido, sin rival. El hará para ti las veces del amrita y del rasa. Pero cuando en aquel bosque, ¡oh Sveta!, Agastya, el grande, el invencible rishi, vaya, él te librará de esta pena. El que podría, ¡oh amigo mío!, salvar a las tropas mismas de los suras, con mucha más razón, héroe de los grandes brazos, te sustraerá a ti del imperio del hambre y de la sed que sufres.» Tras esta decisión de Bhagavat, el dios de los dioses, yo me he estado alimentando miserablemente de mi propio cuerpo, ¡oh príncipe de los Dos-veces-nacidos! He aquí numerosas series de años que me haría de él, sin que disminuya, ¡oh brahmarshi!, y, por tanto, mi apetito es excesivo. Esta penosa situación en la que me encuentro, librame de ella. La salvación no me vendrá de nadie si no es del asceta Kunbhayoni. Esta joya, querido y excelente Dos-veces-nacido, acepta el llevarla, ¡felicidad a ti!, pero concédeme la gracia que te pido. Oro, bienes, trajes, un alimento excelente, ¡oh brahmarshi!, yo te procuraré tanto cuanto quieras y más, así como adornos. Te ofrezco los bienes deseables, todas las felicidades, ¡oh toro de los munis, oh venturosísimo!, como precio de mi liberación; concédeme esta gracia.»

A estas palabras del svargín infortunado acepté por salvarle esta joya incomparable. Cuando hube recibido este mag-

nífico adorno, la vieja envoltura mortal del rajarshi cayó en disolución. Su cuerpo así destruido, el real rishi sintió un extremadísimo contento; harto, gozoso, subió lleno de felicidad al tercer Cielo. He aquí por qué motivo aquel svargín que se asemejaba a Sakra me dio, ¡oh Kakutsthal, esta joya divina, admirable de ver.»

## SARGA LXXIX

### IKSHVAKU Y SUS CIEN HIJOS

Cuando hubo escuchado el tan maravilloso relato de Agastya, Raghava, lleno de respeto y de admiración, empezó a interrogarle de nuevo: «¡Oh venturosísimo!, aquel bosque en el que practicaba su formidable tapás el rey del Vidarbha, Sveta, ¿por qué no tenía ni fieras ni pájaros? Aquel bosque desierto, deshabitado, ¿a causa de qué aquel príncipe fue a él con objeto de entregarse al ascetismo? Quisiera saberlo exactamente.»

A esta pregunta, dictada por la curiosidad, el excelente asceta empezó a responder: «En otro tiempo, en el Kritayuga, ¡oh Rama!, vivía el Señor Manu, que llevaba el cetro. Tuvo un hijo, el gran Ikshvaku, la felicidad de su raza. Aquel hijo mayor, invencible en la Tierra, le entronizó diciéndole: «Sé en este Mundo un tallo de dinastías reales.» Su hijo se lo prometió, ¡oh Raghava! Manu, en el colmo de la alegría, añadió: «Estoy contento, ¡oh nobilísimo hijo! Tú fundarás esas dinastías, no hay duda. Pero gobierna a los pueblos con el cetro, y no te sirvas jamás de él sin causa. El cetro que se abate sobre los culpables, este cetro del que hace de este modo un uso sublime, conduce al Cielo al soberano. A causa de ello, héroe de los grandes brazos, hijo querido, aplícale a bien usarlo: tal debe ser en este mundo tu supremo deber.»

Tras haber hecho frecuentemente esta constante recomendación a su hijo, Manu se fue al tercer Cielo, a la mansión eterna de Brahma. Su padre subido al tercer Cielo, Ikshvaku, el de la gloria sin medida, se preguntó lleno de ansiedad: «¿Cómo daré nacimiento a esos hijos?» Y gracias a obras de todas clases y repetidas con frecuencia, el hijo de Manu, el del alma piadosa, engendró cien hijos, semejantes a hijos de devas. El más joven de todos, oh tú, hijo querido, alegría de Raghú!, era un insensato, un inconsciente que no quería escuchar a su mayores. El nombre de Danda, a causa de su poca

virtud, le fue dado por su padre, que se dijo: «Necesariamente el *Danda* (411) se abatirá sobre su persona.» Y como no veía lugar temible para su hijo, ¡oh Raghava, domador de tus enemigos!, le arregló un reino entre el Vindhya y el Saivala. Danda, vuelto rey, se construyó, en un sitio encantador, en los confines de aquellas montañas, ¡oh Rama!, una ciudad incomparable, como no había otra más hermosa. Y dio a aquella ciudad el nombre de Madhumanta, ¡oh Señor!, y se escogió como capellán a Usanas, el de las piadosas prácticas. Danda gobernó con su purohita un país poblado por gentes felices: cual el rey de los devas en el Cielo. Aquel monarca, hijo del Indra de los hombres, tomó en adelante como auxiliar a Usanas. Con su ayuda, reinó como muy grande y muy magnánimo príncipe, lo mismo que Sakra en el Cielo.»

## SARGA LXXX

## DANDA ULTRAJA A ARAJA

Cuando hubo hecho este relato a Rama, el gran asceta, nacido de otro asceta, continuó y narró el episodio siguiente: «Entre tanto este Danda, ¡oh Kakutstha!, dominando su natural, reinó numerosas series de años vencedor de todos los obstáculos. Pero he aquí que cierto día el rey fue a la encantadora ermita de Bhargava; ello ocurría en el delicioso mes de Caitra. Y allí encontró a la hija del solitario que se paseaba por una vereda del bosque, semejante criatura no tenía rival en el mundo en lo extremado de su hermosura. Aquella aparición le enloqueció. Atravesado por las flechas de Ananga, acercóse todo turbado a la joven y la preguntó: «¿De dónde eres, mujer de las graciosas caderas? ¿Quién es, ¡oh hermosa!, tu padre? Herido por Ananga te interrogo, mujer del incomparable rostro.» Así la habló, extraviado por su turbación amorosa. La hija del asceta le respondió con dulzura: «Soy la hija mayor de Bhargava, deva de impercedero karmán, sábelo; mi nombre es Araja, ¡oh Indra de los reyes!, y hábito en este eremitorio. No me violentes, ¡oh rey! Joven soy y bajo la autoridad paterna. Mi padre es tu gurú, ¡oh gran príncipe! Tú eres el discípulo de este magnánimo asceta. De abusar de mí te infligiría un castigo terrible el solitario, lleno de furor. Es preciso que obres de otro modo, en atención a mí, y de una manera honrada, como lo quiere la ley. Pídecme a mi glorioso

padre, ¡oh príncipe! Si no, tu acto tendría para ti consecuencias terribles, porque, llevado de su cólera, mi padre sería capaz de consumir incluso los tres mundos. En cuanto a ti, ¡oh tú, cuyo cuerpo es sin defecto!, si la solicitas, te concedería mi mano.»

Así habló Arájá. Danda, caído en poder de Kama, la respondió, ciego de amor y poniendo las manos sobre la cabeza para hacer el anjalí: «Concédeme tus favores, mujer de las hermosas caderas; no tardes en hacerlo; por tu culpa, te lo juro, mis alientos vitales van a apagarse, ¡oh tú, cuyo rostro es encantador! Luego de haberme unido contigo, ¡venga la muerte en buena hora o el castigo más terrible! Responde a mi amor, tímida joven, a este amor que, como ves, me enajena.» Esto diciendo, cogió brutalmente entre sus musculosos brazos a la joven, que temblaba, y en ella satisfizo su pasión. Tras haber realizado aquel monstruoso atentado, espantoso, Danda volvió a toda prisa a su ciudad de Madhumanta, la sin rival. Entre tanto, Arájá sollozaba junto a la ermita, esperando espantada a su padre, que se asemejaba a un deva.

## SARGA LXXXI

### DESTRUCCIÓN DEL REINO DE DANDA

Apenas supo lo que había pasado, el divino rishi de inmensa gloria, al volver al eremitorio, rodeado de sus discípulos y atormentado por el hambre, pues al llegar y ver a la desgraciada Arájá manchada de polvo, semejante al orbe lunar, devorada por la estrella de Rahú y privada al alba de su brillo; el brahmán, a quien, además, el hambre atormentaba, entró en una cólera tal que parecía que iba a consumir a los tres mundos. Rabioso, dijo a sus discípulos: «¡Ese criminal de Danda, que no me conoce, sed testigos de su caída espantosa, encendida, en cierto modo, por el fuego de mi cólera! ¡La hora de la destrucción ha llegado para ese miserable príncipe y los que le rodean; él, que ha osado tocar la ardiente llama del fuego sagrado! ¡Puesto que ha cometido una tan execrable infamia, el insensato va a coger el fruto de su mala acción! ¡Dentro de siete días perecerá con sus hijos, sus tropas de a pie y su caballería, ese rey demente de la perversa conducta! ¡En cien yojanas a la redonda el país de ese desgraciado será consumido por una gran lluvia de polvo que en él extenderá

Pakasasana! ¡Todos los seres en este área, los que están inmóviles como los que se mueven, perecerán enteramente bajo esta enorme avalancha de cenizas! ¡En el territorio de Danda todo cuanto crece desaparecerá enteramente bajo la ola polvorienta, al cabo de una semana!»

Tras haber hablado así, rojos los ojos de furor, a las gentes del eremitorio, añadió: «Establezcámonos en los confines de la región.» Cuando oyeron estas palabras de Usanas, todos cuantos habitaban aquella soledad salieron del país para fijarse más allá. Tras haber hablado de aquel modo a la tropa de munis, Usanas dijo a su hija Arajā: «Permanece aquí, ¡insensata!, en este ermita, y entrégate a la meditación. De este lago de una vojana de circunferencia, de delicioso aspecto, ¡oh Arajā!, disfruta sin preocupación, esperando el tiempo. Los seres que irán a habitar junto a ti aquel día no sufrirán en modo alguno de la lluvia de polvo.» A esta orden del brahmarshi, su padre, Arajā, a la que el dolor consumía, respondió: «¡Que así sea!» Lo anterior dicho, Bhagava se procuró un retiro fuera de allí.

En cuanto al retiro del Indra de los hombres con sus servidores, su ejército y sus carros, el séptimo día fue reducido a cenizas, según la predicción del intérprete de los *Vedas*. Aquel Imperio de Danda, situado entre el Vindhya y el Saivala, ¡oh príncipe!, maldito de este modo por el brahmarshi, aquel monarca habiendo dejado de hacer reinar la justicia, ¡oh Kakutsha!, llamóse desde entonces el desierto de Dandaka. Y el lugar donde los ascetas se fijaron llegó a ser el Janasthana. Satisfecha está completamente tu pregunta, ¡oh Raghava! La hora de cumplir las ceremonias de la tarde transcurre, ¡oh héroe! Todos esos grandes rishis, por todas partes, sus cántaros llenos, sus abluciones hechas, ¡oh príncipe!, adoran a Aditía. Habiendo leído juntos esos sabios intérpretes del *Veda*, el Brahmana, el Sol se ha retirado detrás del Asta. Ve a hacer tú también, ¡oh Rama!, tus abluciones.»

## SARGA LXXXII

RAMA ES PROCLAMADO POR AGASTYA LA SALVACIÓN DEL MUNDO

Deferente con la orden del rishi relativa a que cumplierse los ritos de la tarde, Rama se alejó en dirección al estanque sagrado que los coros de apsaras frecuentaban. Tras haber hecho en él sus abluciones y cumplido los ritos vesperales, volvió



a la ermita del magnánimo Kumbhayoni. Agastya le preparó raíces tuberculosas de todo género, hierbas, arroz y otros alimentos puros para su refección. El mejor de los hombres tomó aquel alimento, que se asemejaba al amrita, y pasó la noche gozoso y barto. Al alba, el domador de sus enemigos, el príncipe de los Raghús, tras haber cumplido los ritos de la mañana, fue a buscar al rishi antes de partir. Rama saludó al gran asceta, nacido de otro asceta, y le dijo: «Te ruego que me permitas volver a tu soledad. Soy feliz por haber alcanzado el favor de verte, ¡oh magnánimo asceta! Volveré a visitarte, no hay duda, para mi santificación.»

A estas palabras de Kakutsztha, maravillosas de oír, el solitario, que tenía al dharma por ojo, le respondió lleno de alegría: «Extraordinariamente hermoso es tu lenguaje lleno de brillantes expresiones, ¡oh Rama, alegría de Raghú! La santidad de todos los seres eres tú mismo. ¡Oh Rama!, cualquiera que deje caer sobre ti siquiera una sola mirada de amor, purificado queda. Y al Paraíso va, donde recibe los homenajes de los amos del tercer cielo. Mientras que los seres que en la Tierra te miran con malos ojos, Yama los abate con su cetro, de pronto, y caen en su Infierno. ¡Oh príncipe salido de Raghú!, tú eres para los seres de este Mundo una causa de salvación tal, que sólo con hablar de ti adquieren la perfección. Sigue el sendero de la felicidad sin trastorno, en completa seguridad. Gobierna tu Imperio con equidad; tú eres la vía del Mundo.»

Así habló el muni. El sabio príncipe, haciendo el anjalí, al aire los brazos, saludó al eremita de la leal naturaleza. Cuando hubo saludado al jefe de los rishis y a todos los ascetas, subió tranquilamente a Pushpaka, adornado de oro. Cuando se alejaba, las tropas de munis colmaron de bendiciones de todas clases al émulo de Mahendra: cual los Inmortales aclaman al dios de los mil ojos. De pie en los aires, Rama, en su carro dorado Pushpaka, asemejábase a Sasín, cuando está en las proximidades de las nubes que se estrujan en torno a él. Luego, llegado mediodía, Kakutsztha entró en Ayodhya en medio de aclamaciones repetidas. Llegado al patio central del palacio, bajó del carro. Cuando el príncipe dejó Pushpaka, el brillante carro que marchaba a su capricho, le dijo despidiéndole: «¡Ve en hora buena!» Inmediatamente después, Rama ordenó al portero que había en el patio: «Lakshmana y Bharata, esos dos héroes de ágiles pasos, corre a anunciarles mi llegada; que sean llamados sin tardar.»

## SARGA LXXXIII

## BHARATA HACE DESISTIR A RAMA DE PROCEDER AL RAJASUYA

A esta orden de Rama, el del karmán que no desmerecía, el guardián llamó a los dos jóvenes príncipes y volvió a informar de ello a su Amo. Este, viendo cerca de él a Bharata y a Lakshmana, abrazó a los dos y luego les dijo: «He cumplido lealmente la misión sin igual del Dos-veces-nacido. Ahora quiero, además, rodear la ley de su defensa, ¡oh hijos de Raghú! La ley es indestructible e inmutable, de tal modo su barrera es formidable, a mi juicio, y proclamar la ley es destruir todos los males. Acompañado de vosotros, que sois otros yo mismo, desco proceder al importantísimo sacrificio de la consagración real, puesto esto es un deber imprescriptible. Fue tras haber ofrecido el rajasuya, cuando Mitra, azote de sus enemigos, por medio de esta rica ofrenda, de este hermoso sacrificio, llegó a la calidad de Varuna. Y Soma, habiendo ofrecido también el rajasuya, según la ley, que conocía a fondo, consiguió en los tres mundos un renombre y un puesto duraderos. En este día, lo que conviene más, pensad en ello conmigo; lo que ahora es útil y ventajoso para el porvenir, decídmelo sinceramente.»

Así habló Raghava, Bharata, discurridor hábil, haciendo el anjalí, le dirigió esta respuesta: «En ti reside el deber supremo, hermano querido; es en ti en quien toda la Tierra encuentra su apoyo; en ti anida la gloria, héroe de los grandes brazos, de la valentía sin medida. Los soberanos del Mundo, tales los Inmortales Prajapati, te consideran todos, así como nosotros, como el protector poderoso del Universo. Los hijos te miran como a un padre, ¡oh valeroso príncipe! Tú has llegado a ser la salvación de la Tierra y también de los seres vivos, Raghava. ¿Cómo podrías tú, Señor, cumplir un sacrificio de este género, en el que aparece la exterminación en este Mundo de las razas principescas? Estos guerreros, ¡oh rey!, que han llegado a ser héroes en la Tierra, sería su destrucción total, y ello causa de universal reprobación. ¡Oh tigre de los guerreros! ¡Oh tú, que a causa de tus virtudes no tienes igual en cuanto a poder, no destruyas el Mundo, que te está sometido por entero!»

Cuando oyó a Bharata hablar de este modo, suave como el amrita, Rama, héroe leal, sintió una alegría sin igual. Y dio

esta respuesta a aquel que aumentaba la felicidad de Kaikeyi: «Estoy contento, estoy encantado de lo que acabas de decir, ¡oh héroe sin reproche! Estas palabras firmes, conforme al deber, que has proferido, ¡oh tigre de los héroes!, son la salvaguarda de la Tierra. El propósito que yo tenía de proceder al grandísimo sacrificio de rajasuya, a él renuncio gracias a tu excelente consejo, ¡oh virtuoso Bharata! Un acto perjudicial al Mundo, los sabios no deben realizarle; por otra parte, una buena palabra aunque sea venida de un niño, saben acogerla, ¡oh tú, el hermano mayor de Lakshmana! Por consiguiente, sigo tu consejo, que es bueno, que es juicioso, ¡oh valeroso príncipe!»

## SARGA LXXXIV

### HISTORIA DE VRITRA

Así hablaron Rama y Bharata, el de la gran alma. Entonces, Lakshmana dijo de esta manera elocuente a aquel que hacía la alegría de los Raghús: «El gran sacrificio del asvamedha purifica todos los pecados. Que este medio infalible de purificación sea de tu gusto, ¡oh felicidad de los Raghús! Se cuenta la antigua historia del muy magnánimo Vasava, de Sakra, que manchado a causa de un brahmanicidio fue purificado por el sacrificio del caballo. En otro tiempo, pues, guerrero de los grandes brazos, cuando devas y asuras estaban unidos, vivía un daiteya llamado Vritra, universalmente honrado. Tenía cien yojanas de ancho y de alto tres veces más; lleno de amor, lanzaba por todas partes en los tres mundos miradas benévolas. Leal, agradecido, lleno de inteligencia, su fértil territorio Vritra lo gobernaba con equidad y gran cuidado. Bajo su reinado la tierra proveía a gusto de todos los deseos. Flores, raíces, frutas sabrosas, fecundo sin necesidad de cultivo, el suelo proveía abundantemente de todo al magnífico príncipe que a causa de ello de un Imperio opulento, maravilloso de ver, era sin igual. Y aún este pensamiento le vino: «Practicaré un tapás muy grande»; el tapás, en efecto, es la suprema felicidad; toda otra felicidad es puro extravío. Entonces, tras haber establecido a su hijo mayor sobre sus pueblos en calidad de jefe de Madhura, se entregó a un ascetismo riguroso, que constituía el tormento de todas las divinidades. Mientras Vritra se mortificaba así, Vasava, lleno de dolor, fue a buscar a Vishnú

y le habló de este modo: «Vritra, gracias a su ascetismo, héroe de los grandes brazos, ha conquistado todos los mundos; es fuerte y virtuoso; yo no podría ya domarle. Si continúa aún sus austeridades, ¡oh jefe de los suras!, mientras los mundos duren todos durante este tiempo le estarán sometidos. Tú no te preocupas poco ni mucho del muy ilustre Vritra; por supuesto, evidente es que no subsistiría un instante ante tu cólera, ¡oh príncipe de los dioses! Pero como consiga establecer amistad contigo, ¡oh Vishnú!, a partir de aquel momento tomará la dirección de los mundos. Y eres tú quien debe favorecer a los mundos, dada tu gran solicitud, y gracias a ti el Universo entero vivirá apaciblemente, y al abrigo de toda desgracia. Todos los habitantes del Cielo, a los que ves aquí, ponen sus ojos en ti, ¡oh Vishnú! Mata a Vritra, y mediante este gran golpe libérales. Tú siempre, en efecto, prestaste a estos magnánimos suras un apoyo que no pudieron desafiar sus adversarios. Sé la salvación de los que no tienen otra salvación.»

## SARGA LXXXV

### MUERTE DE VRITRA

Cuando oyó a Lakshmana discurrir así, Rama, el matador de sus enemigos, le dijo: «Acaba la historia de la muerte de Vritra, ¡oh tú, que eres fiel a tus deberes!» A estas palabras de Raghava, el piadoso Lakshmana, el acrecimiento de la felicidad de Sumitrá, prosiguió su divino relato de este modo: «Tal fue la súplica dirigida a Vishnú por el dios de los mil ojos y por todos los habitantes del Cielo. Vishnú respondió a todos los devas y a Indra, que estaba a su cabeza: «Un antiguo lazo de amistad me une al magnánimo Vritra; por consiguiente, no os puedo dar la satisfacción de matar a ese gran asura. Imposible me es procuraros esta felicidad suprema. Pero os indicaré un medio que permitirá al dios de los mil ojos destruirle. Haré tres partes con mi propia esencia, ¡oh flor de los suras!, y por este medio el dios de los mil ojos matará seguramente a Vritra. Una tercera parte va a entrar en Vasava, una segunda en el rayo y la tercera en el seno de la Tierra, y entonces Vritra perecerá.»

Así habló el Amo de los dioses. Los devas le respondieron: «Así será, sin duda, cual tú lo dices, ¡oh matador de los daitias! ¡Sé feliz! Nosotros partimos con el propósito de ma-

tar al asura Vritra, investidos, ¡oh nobilísimo Señor Vasava!, de tu propia esencia.» Y todos los magnánimos dioses, Sahasraksha a su cabeza, fueron a la soledad de Vritra, el gran asura. Llegados, vieron al más poderoso de los asuras que había-se vuelto ardiente a causa de su tejás, cual si fuese a tragarse a los tres mundos y a consumir la atmósfera. Al contemplar al jefe de los asuras, los devas fueron cogidos de espanto y pensaron: «¿Cómo podremos matarle? ¿Como evitar la derrota?» Mientras tal calculaban, Sahasraksha, el destructor de ciudades, empuñando el rayo con ambas manos, dio con él a Vritra en la cabeza. Semejante al fuego de Kala, formidable, como abrasado, con sus penachos de llamas, el trueno, al caer sobre la cabeza de Vritra, espantó al Mundo. El muy ilustre príncipe de los vibudhas, pensando en lo que había de ilícito en la muerte de su enemigo, huyó apresuradamente al fin del Mundo. El Brahmanicidio se precipitó sobre Indra durante su huida y se abatió sobre sus miembros: la desgracia le invadió. Su enemigo destruido, pero también privado de Indra, los dioses, Añi a su frente, prodigaron sus homenajes a Vishnú, el amo de los tres mundos: «Tú eres la vida, ¡oh Amo supremo, primer nacido, padre del Universo! Es para la salvaguardia de todos los seres para lo que has llegado a la dignidad de Vishnú. Gracias a ti, muerto está ese Vritra. Pero el brahmanicidio encadena a Vasava, ¡oh tigre de los asuras!; ordena que sea liberado.»

A los devas que le hablaban de este modo, Vishnú les respondió: «Que Sakra me ofrezca un sacrificio y de él le sacaré puro, a él, el dios que lleva el rayo. Que me ofrezca un santo asvamedha, él, que castigó a Paka, y volverá a ser el Indra de los dioses, sin tener ya nada que temer.» Tras haber dirigido a los devas estas palabras, semejantes al amrita, Vishnú, el amo de los dioses, mientras éstos le aclamaban, volvióse al Trivishtapa.»

## SARGA LXXXVI

### INDRA LIBERADO DEL BRAHMANICIDIO GRACIAS AL ASVAMEDHA

Cuando hubo contado por entero y completamente la muerte de Vritra, Lakshmana, el primero de los hombres, terminó de este modo su relato: «Una vez muerto el muy valeroso Vritra, que llenaba de terror a los devas, Sakra, su matador, envuelto por el Brahmanicidio, no podía volver a gozar de sus

sentidos. Refugiado en los confines de los mundos, extraviado el espíritu, enloquecido, permaneció allí algún tiempo, semejante a una serpiente que cambia de piel. Ahora bien: habiendo desaparecido el dios de los mil ojos, aquello fue la perturbación universal: la tierra parecía perdida a causa de su falta de humedad y de sus bosques desecados. Ya ninguna corriente de agua por parte alguna para alimentar ríos y lagos; fue una desolación entre todos los seres a causa de la falta de lluvia. En medio de aquel descaecimiento del Mundo que les turbaba el espíritu, los suras se ocuparon del sacrificio, del que Vishnú les había hablado anteriormente. Entonces todas las tropas de los dioses, acompañadas de los preceptores y de los rishis, fueron a buscar a Indra a su refugio donde el espanto le enloquecía. Cuando vieron a Sahasraksha envuelto por el Brahmanicidio, tras haber rendido homenaje al jefe de los Vedas, cumplieron el asvamedha. En aquel momento se verificó el grandísimo sacrificio del caballo, ofrecido por el magnánimo Mahendra para purificarse del brahmanicidio, ¡oh jefe de los hombres! La ceremonia acabada, el Brahmanicidio saliendo del magnánimo Indra y acercándose a los dioses, les preguntó: «¿Qué mansión me asignáis?» Los devas le respondieron, gozosos, pues estaban llenos de alegría: «Haz cuatro partes de tu esencia, ¡oh monstruo inaccesible!»

A estas palabras de los dioses poderosos, el Brahmanicidio, conformándose a ellas, varió de domicilio, él, cuya cohabitación es una desgracia, dijo: «Con un cuarto de mi sustancia habitaré los ríos que se desbordan durante los cuatro meses lluviosos, refrenando su insolencia y haciéndoles ir a mi guisa. Permaneceré en el suelo en todo tiempo y constantemente con otro cuarto, sin duda alguna, lo que os digo es la verdad. Para una tercera parte elegiré como domicilio, tres noches, la casa de las mujeres brillantes de juventud y llenas de orgullo, que abatiré. Aquellos que, mediante falsos informes, causan la muerte de brahmanes no culpables, a ellos me uniré con el último cuarto de mi esencia, ¡oh suras poderosos!»

Los devas le respondieron: «¡Oh tú, cuya cohabitación es funesta!, que sea tal cual lo dices; realiza tus propósitos.» Luego, llenos de gozo, los dioses rindieron sus homenajes a Vasava, el de los mil ojos. Este, librado de sus angustias, quedó también purificado de su crimen. Vuelto a su lugar Sahasraksha, la calma volvió al Mundo entero. Sakra entonces rindió sus homenajes a Yajna, el del maravilloso aspecto. Tal es el valor del asvamedha, ¡oh gozo de Raghú! Ofrece, pues, este sacrificio del caballo, príncipe de la gran opulencia.» Este

discurso excelente de Lakshmana, cuyo extremado encanto le llegaba al corazón, el magnánimo soberano, el émulo de Indra en cuanto a fuerza y valentía, sintió escuchándole vivísima satisfacción.

## SARGA LXXXVII

### HISTORIA DE ILA TRANSFORMADA EN MUJER

Cuando oyó a Lakshmana hablarle de aquel modo, el eloquente y poderoso Raghava le respondió sonriendo: «Es perfectamente exacto, ¡oh el mejor de los hombres!, Lakshmana, lo que acabas de decirme sobre la muerte de Vritra y el fruto del asvamedha. Se cuenta que en otro tiempo, querido amigo, reinaba sobre los bahlis el hijo de Prajapati, Kardama, el afortunado padre de Ila. Este monarca gloriosísimo, tras haber sometido la Tierra entera, ¡oh tigre de los hombres!, velaba por sus súbditos cual si fuesen sus hijos. Suras de ilustre extracción, daiteyas opulentos, nagas, rakshasas, gandharvas, yakshas, los de grandísima magnanimidad, le colmaban constantemente de homenajes inspirados por el temor, ¡oh querido amigo, alegría de Raghú! Los tres mundos temblaban ante aquel irascible potentado. Tal era este príncipe, afianzado en el deber y lleno de energía, aquel soberano de los bahlikas, el de la muy noble inteligencia. Pues bien: aquel héroe de los grandes brazos fue de caza a un bosque encantador durante el amable mes de Caitra, con sus servidores, su infantería y su caballería. El príncipe magnánimo inmoló, en el bosque, a las fieras por centenares de millares; pero aquellas hecatombes no le bastaban. Un ayuta de fieras de todas clases había perecido ya, cuando llegó al país natal de Mahasena. Allí el jefe de los devas, el invencible Hara, entretenía a la hija del rey de los montes, así como a todo su séquito. Habiéndose transformado en mujer, el amo de Umá, que tiene un toro como estandarte, trataba de divertir a la diosa en medio de las cascadas de la montaña. Por todas partes donde había en el bosque seres masculinos o árboles con nombre masculino todo se tornaba del género contrario. Fuese lo que fuese, todo volvíase femenino. Mientras esto ocurría, el rey Ila, hijo de Kardama, entró en aquel sitio matando fieras a millares. Y vio que allí todos eran hembras: tigres, antílopes y pájaros. E incluso él mismo se vio cambiado en mujer, así como todo su séquito.

joh alegría de Raghú! Ante aquella metamorfosis su dolor fue grande. Y reconociendo que era obra del esposo de Umá se llenó de espanto. El dios poderoso, el del cuello azul, Kapardín, Ila se refugió a su lado, acompañado de sus servidores, de su ejército y de sus carros. Entonces, riendo, así como la diosa, el liberal Mahesvara, el distribuidor de dones y de gracias, en persona, dijo al hijo del Prajapati: «¡Arriba! ¡Arriba, risi-hi real, hijo valeroso de Kardama! Excepto la virilidad, pídemelo lo que quieras, fiel amigo.» El monarca, escuchando esta respuesta del magnánimo Siva, sintióse abrumado por el dolor. Transformado en mujer, no quiso aceptar gracia alguna del primero de los suras. Entonces, anonadado por su desconocimiento, el príncipe, cayendo a los pies de la hija del rey de los montes, Umá, la imploró desde lo más hondo de su alma: «¡Oh tú, que extiendes como soberana las liberalidades por los mundos! ¡Tú, la bella diosa! ¡Tú, cuya presencia no es nunca engañosa, echa sobre mí una mirada favorable!» Conociendo lo que ocurría en el corazón del gran rajarshi, la diosa, que estaba junto a Hara, de Rudra, del que era la venerada esposa, le dio esta memorable respuesta: «El dios que distribuye los favores dispondrá de una de tus mitades; yo, de la otra. Por consiguiente, recibe mi mitad ya como hombre, ya como mujer, a tu capricho.» Aquel favor tan extraño y sin igual de la diosa, cuando lo oyó, lleno de alegría el príncipe la dijo: «Si me eres favorable, ¡oh diosa, cuya hermosura no tiene rival en la Tierra!, haz que luego de haber vivido como mujer un mes, pueda volverme hombre durante otro mes.» Cuando conoció su deseo, la diosa del gracioso rostro le respondió muy amable: «Así será. ¡oh rey! vuelto hombre, no te acordarás de haber sido mujer. Y transformado en mujer al mes siguiente, no recordarás haber sido hombre.» He aquí cómo el rey nacido de Kardama era hombre durante un mes y volvíase otro mes, con el nombre de Ila, la más hermosa de las mujeres de los tres mundos.»

## SARGA LXXXVIII

## BHUDA ENCUENTRA A ILA

Esta historia de Ila que Rama les contaba condujo a Lakshmana y a Bharata al mayor asombro. Los dos, haciendo el anjalí, preguntaron a Rama nuevos detalles sobre el magnánimo rey y su transformación: «¿Qué hacía ese pobre rey cuando



era cambiado en mujer? Y cuando volvía a ser hombre, ¿cuál era su conducta?» Así le interrogaron empujados por su curiosidad. Entonces Kakutstha les hizo saber lo que le sucedió al monarca: «El primer mes durante el cual fue la mujer más hermosa del Mundo, lo pasó rodeado de damas, sus cortesanas de antes. Esta mujer, la más hermosa del Mundo, cuyos ojos asemejábanse a las hojas del loto, adentrándose al punto en una espesura de árboles, de maleza y de lianas, empezó a pasearse por allí a pie. Renunciando a toda clase de vehículos, Ila buscaba sus distracciones en aquel valle sinuoso que se prolongaba por todos lados. Ahora bien: en aquella comarca llena de árboles, no lejos de la montaña, había un estanque muy agradable, que frecuentaban bandadas de pájaros de todas clases. Ila vio allí a Bhuda, el hijo de Soma, cuyo cuerpo brillaba como la Luna llena cuando se levanta. Bhuda, inaccesible en medio del agua, entregábase a un rígido ascetismo. Este ilustre muni era obsequioso y muy inclinado a la compasión. Ila, maravillada, produjo la conexión en aquel estanque retozando en él con sus compañeras, hombres en otro tiempo, pero entonces mujeres, ¡oh alegría de los Raghus! Pero Bhuda, al verla, cayó en poder de Kama, que le atravesó con sus dardos; dejó de pensar en el atmán y se agitó en medio del agua. Al ver a Ila, cuya hermosura no tenía igual en los tres mundos, fijó su pensamiento en ella: «¿Quién es esta mujer superior a las devatás? Ni entre las esposas de los devas, de los nagas, de los asuras, ni entre las apsaras, jamás había visto antes una hermosura tan resplandeciente. ¡Pueda esta mujer pertenecerme, si otro no la ha desposado ya!» Y este pensamiento le persiguió con insistencia, y siguió persiguiéndole hasta que todo el grupo salió del agua. Entonces, el solitario llamó a aquellas mujeres, flor de ellas, venidas a su retiro; ellas le saludaron. El virtuoso ermitaño las preguntó: «¿A quién pertenece esta mujer, la más hermosa del Mundo? ¿Por qué está aquí? Contadme todo sin tardar.»

»A esta amable pregunta hecha con tono acariciador en términos armoniosos, todas aquellas mujeres respondieron con voz dulce: «Esta mujer de hermosas caderas estuvo siempre al frente de nosotros; no tiene marido, y se pasea con nosotras por lo más espeso del bosque.» Cuando oyó esta respuesta categórica de aquellas mujeres, el Dos-veces-nacido recitó la fórmula sagrada del avartaní; gracias a la cual supo toda la aventura del rey tal cual había ocurrido. Entonces el toro de los munis dijo a todas aquellas mujeres: «Aquí, en esta colina rocosa, habitaréis, en calidad de kimpurushis. Fijad al

punto vuestra morada en esta montaña. Raíces, hojas, frutas, todas os nutriréis de ellas constantemente, y tendréis a los kimpurushas (412), es su nombre, como maridos.» A esta orden del hijo de Soma aquellas mujeres, vueltas kimpurushís, se establecieron en la ladera de la roca; eran muchas.»

## SARGA LXXXIX

## NACIMIENTO DE PURURAVAS

Al conocer el origen de aquellas kimpurushís, Lakshmana y Bharata exclamaron, dirigiéndose los dos a Rama, el amo de los hombres: «¡Es maravilloso!» Entonces el gloriosísimo y virtuoso Rama prosiguió la historia del hijo de Prajapati: «Cuando vio que todas aquellas kinnarís se habían marchado, el mejor de los rishis dijo a la hermosa Ila, con una especie de sonrisa: «Yo soy el hijo bienamado de Soma, mujer del gracioso rostro y de las hermosas caderas. Favoréceme con una mirada de amor.» Así le habló en aquel desierto que sus gentes acababan de dejar. Ila respondió al amabilísimo y muy hermoso solitario: «Yo voy a donde bien me parece, hijo querido de Soma; estoy a tu servicio; ordéname y lo que deseas hazlo.» Respuesta tan amable acabó de enloquecer al apasionado hijo de Candramas, que se unió con amor a ella.

«El mes de Madhú, en medio de aquellos voluptuosos retoszos con Ila, transcurrió como un instante para el enamorado Budha. Pero el mes transcurrido, Ila la del rostro brillante como la Luna en su plenitud, el glorioso hijo de Prajapati, se despertó hombre en su lecho. El príncipe vio al hijo de Soma que se entregaba al tapás en el estanque, los brazos al aire, sin apoyo. Entonces le dijo: «¡Oh venturosísimo!, he venido a esta montaña inaccesible con mi séquito, y no veo a esta tropa; ¿adónde ha ido mi gente?» A estas palabras del rajarshi que había perdido la noción del pasado, Budha, para tranquilizarle, le dijo con el tono más amable: «Una fuerte avalancha de piedra ha derribado a tus servidores, y tú te has quedado dormido en mi ermita, en donde te habías refugiado por temor al viento y a la lluvia. Ten confianza y sé feliz; desecha todo temor, cálmate. Con frutas y raíces como régimen, ¡oh héroe! habita aquí para tu felicidad.»

«El rey, confortado con estas palabras, dio esta hermosa respuesta, llevado por el dolor que le causaba la pérdida de los

suyos: «Yo no puedo abandonar mi reino, bien que privado de mis servidores. No puedo detenerme ni un instante más. Autorízame, ¡oh brahmán!, para que me vaya. Tengo un hijo mayor, muy aplicado a su deber, ¡oh brahmán!, y muy glorioso. Sasabindu es su nombre; él es el que me sucederá. No, no puedo abandonar a mis esposas y a mis afortunados servidores, ilustre asceta, no me reproches por ello.» Así dijo el Indra de los reyes, Budha, que le había tranquilizado precedentemente, le dijo estas palabras extremadamente sorprendentes: «Que te agrade habitar aquí. Y que ello no te cause pena, poderoso Kardameya. Al cabo de un año de permanencia yo te procuraré un favor.» Este lenguaje de Budha, el del incorruptible karmán, instruido en los *Vedas*, le decidió a quedarse. El mes en que Ila se tornaba mujer, Budha se unía de amor con él todo el tiempo, y el mes que era hombre volvía a adquirir conciencia de su deber. Pero ocurrió que al noveno mes Ila, la de las hermosas formas, dio a luz, para el hijo de Soma, al poderoso Pururavas. Apenas nacido, Ila, la de las hermosas caderas, puso en las paternas manos de Budha al vigoroso niño, que se le parecía.»

## S A R G A X C

### ILA ADQUIERE SU PRIMER ESTADO GRACIAS AL ASVAMEDHA

Habiendo Rama contado el maravilloso nacimiento de Pururavas, Lakshmana y Bharata, el de la gran gloria, le preguntaron de nuevo: «Este Ila, tras haber pasado un año con el hijo de Soma, ¡oh príncipe del Mundo!, ¿qué hizo? Dínos toda la verdad.» Interrogado de este modo por sus hermanos con voz afectuosa, Rama continuó la historia de Ila, el hijo de Prajapati: «El héroe habiendo recobrado su virilidad, Budha, el de la vasta inteligencia y gran gloria, convocó al nobilísimo Samvarta, a Cyavana, el hijo de Bhrigú, al asceta Arishtanemi, a Pramodan, a Modakara y a Durvasas, el solitario. Cuando los tuvo a todos reunidos, el elocuente Budha, que veía la verdad, dijo a aquellos solitarios, sus amigos, que estaban dotados de gran energía: «Este rey de los grandes brazos es Ila, el hijo de Kardama. Sabed lo que le ha sucedido y que la dicha le sea asegurada.» Durante esta conversación con los Dos-veces-nacidos magnánimos, Kardama, el del gran tejás, vino a aquella soledad. Y Pulastya, Kratu, Vashatkara, Omkara, el del poderoso tapás, llegaror. también a aquella ermita. Todos aquellos ascetas, felices de encontrarse reunidos

y deseosos de hacer útiles al Amo de Bahli, emitieron a propósito de él cada uno su opinión. Kardama, no obstante, pronunció en favor de su hijo unas palabras *eminentemente sabias*: «¡Oh Dos-veces-nacidos!, escuchad lo que tengo que decir en vista a la felicidad del príncipe. No veo remedio alguno a lo que le ocurre, fuera del dios que tiene al toro por estandarte. Ni hay sacrificio superior al asvamedha, querido a este poderoso Rudra. Ofrezcamos, pues, todos, en interés del rey, este sacrificio de efecto irresistible.» Así habló Kardama. Aquella flor de los Dos-veces-nacidos aprobaron aquel modo de conciliarse el favor de Rudra. Un real rishi, discípulo de Samvarta y vencedor de las ciudades enemigas, Marutta, tal era su nombre, ofreció el gran sacrificio, que se celebró cerca de la ermita de Budha. El glorioso Rudra quedó extremadamente satisfecho. La ceremonia cumplida, llevado por el exceso de su alegría, el esposo de Urmá dijo a todos los Dos-veces-nacidos, en presencia de Ila: «Estoy contento de vuestro piadoso asvamedha, excelentes brahmanes. Este rey de los bahlis, ¿qué podría hacer por él que le causase placer?» Así habló el Amo de los devas. Los Dos-veces-nacidos, profundamente recogidos, se atrajeron al jefe de los dioses para que Ila se tornase de nuevo hombre, y Mahadeva, tal era su contento, le devolvió, en efecto, su virilidad. Tras haber hecho tan gran favor a Ila, el poderosísimo dios desapareció.

«El sacrificio del caballo acabado, y Hara habiéndose hecho invisible, todos aquellos dvijas de penetrantes miradas volvieron como habían venido. El rey, entonces, renunciando a Bahli, fundó en la comarca central la ciudad de Pratishtana, a la que ninguna otra sobrepujaba en esplendor; mientras que Sasabindu, el real rishi, vencedor de las ciudades enemigas, habitaba Bahli. Pratishtana fue en adelante la residencia del rey, el valeroso hijo de Prajapati. Su tiempo cumplido, Ila se fue el mundo de Brahma, que no tiene superior. El hijo de Ila, el rey Pururavas, le sucedió en Pratishtana. Tal es, pues, la virtud del asvamedha, toro de los hombres: Ila, de mujer que era precedentemente, volvió a ser hombre, lo que de otro modo era imposible.»

## S A R G A X C I

### RAMA DA LAS ÓRDENES PARA EL ASVAMEDHA

Tras haber hecho estos relatos a sus dos hermanos, Kakutstha, el de la gloria sin medida, dirigió de nuevo a Lakshmana este virtuoso discurso: «Vasishtha, Vamadeva, Jabali, Kasya-

pa y todos los brahmanes escogidos, expertos en el asvamedha, convócalos a consejo, Lakshmana; el caballo empenchado, yo le soltaré, según las reglas.»

A esta orden que le intimaba, Lakshmana, el de los pasos ágiles, reunió a todos los Dos-veces-nacidos y los introdujo en presencia de Raghava. Cuando vieron a Rama, que tenía el aspecto de un dios, saludar sus pies, le colmaron de bendiciones. Tras haber hecho el pranjalí, Raghava dirigió a los Dos-veces-nacidos, aquella flor de ellos, a propósito del asvamedha, un discurso inspirado por el deber. Habiendo oído a Rama, y luego de dirigir homenajes al dios que tiene el toro como emblema, todos aquellos dvijas hicieron un elogio completo del asvamedha. El maravilloso elogio que aquella flor de los Dos-veces-nacidos hicieron del asvamedha llenó al príncipe de alegría. Cuando los vio dispuestos a esta ceremonia, Rama dijo a Lakshmana: «Haz saber, héroe de los grandes brazos, al magnánimo Sugriva: Ven con tus grandes haris, con numerosos habitantes de los bosques, y sé feliz, con objeto de gozar de la gran fiesta. Y Vibhishana, que venga también, rodcado de su tropa de rakshas, que van donde quieren a medida de sus deseos, para asistir al gran sacrificio del asvamedha, él, que no tiene rival en valentía. Y los opulentos reyes que tratan de serme agradables, que acudan apresuradamente con su cortejo, para ver el teatro del sacrificio. A los virtuosos Dos-veces-nacidos que han ido al extranjero no dejes de convocarles a todos asimismo, Lakshmana, para el asvamedha. Los rishis, guerrero de los grandes brazos, esos tesoros de ascetismo, que viven en el extranjero, invítales a todos; y con los Dos-veces-nacidos, a sus esposas. Así como a los tocadores de címbalos, los saltimbanquis y los bailarines. Que sea dispuesto para el sacrificio un vasto emplazamiento cerca del Gomati, en el bosque de Naimisha, guerrero de los grandes brazos; es un lugar santo por excelencia. Que ceremonias propiciatorias sean cumplidas por todas partes. Que por centenares, los brahmanes instruidos en la ley asistan, con el Naimisha, a este gran sacrificio, de todos el más importante, y al que ningún otro sobrepuja, ¡oh alegría de los Raghús! Pronto, convoca a toda esta gente, ¡oh virtuoso príncipe!, y que más tarde se marchen contentos, hartos, colmados de honores, según la regla. Que sean enviadas de antemano, ¡oh héroe!, cien mil cargas de arroz en buen estado, un ayuta de sésamo, habas, así como garbanzos, kulitthas, mashas y sal. Luego, buen aceite y montones de perfumes, kotis de oro en gran número, de plata cien kotis y más, que Bharata se provea de ellos ante todo

cuidadosamente, y que se adelante. En el centro serán instalados los mercaderes, todos los saltimbanquis y los bailarines, los cocineros, las mujeres; que sean numerosos y de carácter siempre joven. Entre tanto, que las tropas tomen la delantera con Bharata. Y los comerciantes, los niños y los ancianos, y los Dos-veces-nacidos, todos en medio de un profundo recogimiento. Obreros, carpinteros, tesoreros, negociantes, todas mis madres también; y los gineceos de los príncipes, con la estatua de oro de mi esposa para la consagración; más sacrificadores experimentados, el ilustre Bharata los reunirá primeramente y partirá delante. Para los poderosos monarcas y a sus séquitos, ¡oh príncipe!, que el príncipe haga construir pabellones dignos de ellos. Alimentos, brebajes y vestidos, de todo proveerá a estos brillantes cortejos.» Bharata partió entonces seguido de Satruñi. Los vanaras magnánimos que rodeaban a Sugriva, la flor de los sacerdotes les acompañaron. Vibhishana, a la cabeza de los rakshasas y de mujeres en gran número, hizo una escolta de honor a aquellos rishis, los de las duras austeridades.

## S A R G A X C I I

## DESCRIPCIÓN DEL ASVAMEDHA

Después de haber dispuesto todo detallada y rápidamente, el hermano mayor de Bharata soltó el caballo, adornado con insignias, todo salpicado de negro. Kakutsiha encargó a Lakshmana, ayudado de los ritvijs, la guarda del caballo, luego fue con su ejército a Naimisha. El príncipe de los grandes brazos, viendo la inmensa y muy hermosa plaza del sacrificio, sintió una alegría sin igual, y exclamó: «¡Es espléndido!» Durante su estancia en Naimisha, los príncipes llevaron todos presentes a Rama, que, a su vez, les proveyó abundantemente a ellos de alimentos, brebajes, trajes y provisiones de todas clases. Bharata con Satruñi fueron adscritos al servicio del rey. Los magnánimos vanaras que acompañaban a Sugriva pusieron dócilmente a la disposición de los sacerdotes. Vibhishana con sus numerosos rakshas constituyóse el diligentísimo servidor de los rishis, los del riguroso tapás. Riquísimos pabellones fueron dispuestos para los poderosos monarcas y sus séquitos, según las órdenes del príncipe de la gran valentía. Tales fueron las excelentes disposiciones tomadas en vista del asvamedha. Entre tanto, Lakshmana vigilaba con cuidado las

idas y venidas del caballo. He aquí cómo el magnánimo león de los reyes procedió al mejor, al primero de los sacrificios, durante el cual no se oyeron otras palabras que éstas: «Da a discreción, ¡sin miedo!» Hasta estar satisfecho, se suministró a cada uno todo cuanto quería, durante el asvamedha del príncipe liberal. Manjares azucarados de todas clases, golosinas hasta que dejaban de pedir, se veía distribuir a vanaras y rakshasas. Nada de andrajosos, ni de afligidos, ni de famélicos en aquella ceremonia espléndida, real, en la que se reunía un pueblo alegre y harto. Entre los respetables munis presentes, los más ancianos no recordaban un sacrificio en que hubiesen prodigado tantas liberalidades. El que quería oro, recibía oro. El que prefería bienes, tenía bienes; si joyas, joyas. Plata, oro, piedras preciosas, vestidos, se veía incesantemente distribuir a montones. «Ni Sakra, ni Soma, Yama o Varuna han conocido algo semejante hasta ahora», decían los solitarios. Por todas partes estaban los vanaras; por todas también los rakshasas, distribuyendo a quienes lo deseaban trajes y arroz a manos llenas, a profusión. Aquel sacrificio del león de los reyes, cumplido con todas las condiciones requeridas, el año entero había transcurrido sin que hubiese acabado.

### SARGA XCIII

VALMIKI ORDENA A KUSA Y A LAVA QUE CANTEN EL RAMAYANA

Mientras que se procedía a aquel sacrificio absolutamente maravilloso, he aquí que llegó de pronto con sus discípulos Valmiki, el dichosísimo asceta. Tras haber contemplado aquella fiesta de aspecto divino, admirable de ver, la multitud de rishis se construyó en lugar apartado cabañas confortables. Carros numerosos llenos de aprovisionamientos, frutas y raíces de toda hermosura fueron amontonadas no lejos del parque encantador de Valmiki. Este dijo a sus discípulos Kusa y Lava: «Id contentos y llenos de diligencia, y cantad todo el poema del *Ramayana* con la mayor cortesía y solicitud en el recinto sagrado de los rishis y en la mansión de los brahmanes, a lo largo de los caminos, de las vías reales y en las casas de los príncipes, a la puerta del palacio de Rama, allí donde se verifica la ceremonia y también delante de los rivijs: aquí es donde principalmente hay que cantarle. He aquí frutas sabrosas de todas clases, producto de las cimas rocosas; comed,

comed de ellas, y luego cantad. No sentiréis fatiga, queridos hijos, gracias a estas raíces y a estas frutas succulentas, que, además, os conservarán la voz pura. Si Rama, el amo de la Tierra, os ordena que vayáis a cantar ante los rishis reunidos, obrad según las circunstancias. Cada vez cantaréis veinte suras. Lo haréis con voz melodiosa, conformándoos a los ritmos múltiples que habéis aprendido de mí precedentemente. Y sobre todo no tengáis la menor pasión de ganancia. ¿Qué necesidad tienen de dinero los solitarios que se alimentan de raíces y de frutas? Si Kakutsiha os pregunta: «¿Quién es vuestro maestro?» Responderéis al rey: «Somos los dos discípulos de Valmiki.» Estos instrumentos de cuerda de suave armonía, de un diapason hasta ahora desconocido, tras haberlos afinado melodiosamente, cantad sin miedo. Desde el principio cantad y no faltéis al respeto al monarca; el padre de todos los seres es el rey, según la ley. Por consiguiente, con el corazón animoso, mañana, al alba, poned el mayor cuidado en cantar con voz suave, acompañándoos con los instrumentos de cuerda y haciendo pausas cadenciosas.»

Tras estas reiteradas recomendaciones, el asceta, nacido de Pracetas, Valmiki, el de nobilísima extracción, el ilustre muni, calló. Cuando hubieron de este modo recibido las instrucciones del solitario, los dos hijos de Maithili dijeron: «Así lo haremos», y se alejaron, aquellos domadores de sus enemigos. Aquella maravillosa enseñanza del rishi, los dos jóvenes la hicieron penetrar en su corazón como los Asvins el conjunto de la doctrina de Bhargava, e impacientes por empezar su tarea, pasaron una noche afortunada.

## SARGA XCIV

### KUSA Y LAVA CANTAN EL RAMAYANA

Cuando el alba apareció, los dos jóvenes ascetas, habiéndose bañado y encendido el fuego sagrado, empezaron a cantar todo cuanto el rishi les había prescrito precedentemente. Kakutsiha oyó aquella composición poética, obra de un antiguo maestro, inédita hasta entonces, puesta en música, sometida a los ritmos, acompañada con instrumentos de cuerda perfectamente armonizados, con sus pausas y sus cadencias. Escuchando a los jóvenes artistas, Raghava quedó intrigado hasta un punto indecible. Durante una suspensión del sacrificio, el real tigre



de los hombres convocó a los grandes munis, a los monarcas, a los pandits, a los naigamas (413), a antiguos gramáticos, a ancianos brahmanes, a los que conocían las características de los tonos, a los Dos-veces-nacidos aficionados, los que conocían lo relativo a los signos, y a los ciudadanos instruidos especialmente en el arte de los gandharvas; a los versados en el arte de combinar las sílabas y las palabras, según los metros; a los que sabían las diferencias de los tiempos y de las medidas, a los instruidos a fondo en astronomía, a los que poseían la ciencia de los sacrificios y de sus ritos, a los liturgistas experimentados, a los que eran hábiles en discernir las causas y los efectos, a los filósofos, a los grandes eruditos, a los himnólogos, a los sabios puranistas, a los vedistas, a la flor de los Dos-veces-nacidos, a los que conocían los diversos ritmos, los *Vritas* (414) y los *Sutras*, a los cantores, a los bailarines de mérito, y tras haberlos reunido a todos, Rama hizo venir a los dos jóvenes cantores.

En medio de aquella reunión rumorosa de auditores, y para su mayor placer, los dos jóvenes discípulos del muni ejecutaron un canto que se desarrollaba melodioso, como un canto de gandharvas sobrehumano. La asistencia no podía hartarse de escuchar un canto tan hermoso. En su alegría, todos los grupos de ascetas y los grandes potentados parecían beberse con los ojos a los artistas, a los que miraban y miraban. Cada uno decía a su vecino, en medio de la atención general: «Los dos se parecen a Rama como una doble reproducción de un mismo astro. Si no llevasen la trenza y el hábito de corteza de árbol, no encontraríamos diferencia entre esos dos cantores y Raghava.»

Mientras conversaban así aquellas gentes llegadas de ciudades y campos, Kusa y Lava, tras haber preludiado el primer sarga, según la enseñanza de Narada, continuaron hasta el veinte inclusive. Ahora bien: durante la tarde, Raghava, tras haber oído los veinte sargas, dijo a su hermano bienamado: «Da al punto dieciocho mil libras de oro a los dos artistas, ¡oh Kakutstha!, y además todo cuanto quieran.» Este se apresuró a ofrecerles lo ordenado, tanto al uno como al otro. Pero aquel oro que les presentaba, Kusa y Lava, los de la gran alma, no lo aceptaron: «¿Para qué esto?—dijeron, asombrados—. Granos, frutas y raíces bastan a solitarios como nosotros. ¿Qué haríamos con el oro y la plata en nuestro bosque?» Estas palabras intrigaron y sorprendieron mucho a todos los asistentes, así como a Rama. Este, deseoso de conocer la proveniencia de aquel poema, el ilustre príncipe interrogó a los

dos alumnos del asceta: «¿Qué composición poética es ésta? ¿Cuál es la residencia del sublime autor de este gran kavya? (415). ¿Dónde está ese toro de los ascetas?» A estas preguntas de Raghava, los dos discípulos del asceta respondieron: «El venturosísimo Valmiki, presente aquí en el sacrificio, es el autor de este poema en el que tu vida entera es recordada. Veinticuatro millares de slokas y un centenar de upakhyanas (416) han sido de este modo dispuestos por el asceta, hijo de Bhrigú. Quinientos sargas, distribuidos en seis kandas, ¡oh rey!, unidos a los del Uttara Kanda, tal es la obra del magnánimo rishi, nuestro gurú. Tu conducta, tu situación, tu vida entera se desarrolla en ellos con sus vicisitudes. Si tienes el deseo de ello, príncipe del gran carro, durante los intermedios del sacrificio, en tus momentos de placer, podrás oírnos, así como la gente.» «Con mucho gusto», dijo Rama, y despidió a los dos Raghavas que, gozosos, se fueron a reunir con el toro de los munis. Rama entonces, acompañado de los solitarios y de los magnánimos soberanos, tras haber oído aquel canto melodioso, volvió a la cámara del sacrificio. Aquel canto acompañado de talas y de layas, dividido en sargas, de notas y tonos bien armonizados, cuyas sílabas eran medidas por los instrumentos de cuerda, el príncipe los oyó de la boca de Kusa y Lava.

## S A R G A X C V

## RAMA ENVÍA A BUSCAR A SITÁ

Rama, durante numerosos días, escuchó aquel canto sublime, magnífico, en medio de los solitarios de los reyes y de los vanaras. Mientras cantaban, reconoció a los dos hijos de Sitá, Kusa y Lava. Entonces dijo a propósito de esta princesa, delante de la asamblea, a mensajeros de costumbres puras, a los que convocó empujado por la preocupación de su espíritu: «Id y repetid mis palabras en presencia del venturosísimo. Si ella fue irreprochable en su conducta, o si ella ha expiado sus faltas, que procedan aquí a su justificación, previa la opinión del gran asceta. Inmediatamente que sea conocida la decisión de éste y la resolución de Sitá, supuesto que ella desee comprometer su fe, venid a instruirme. Mañana, al alba, que Maithili, la hija de Janaka, preste juramento delante de la asamblea y delante de mí, en vista a su justificación.

A esta orden extremadamente importante de Raghava, los mensajeros fueron derechos a buscar al jefe de los solitarios. Se inclinaron ante el gran muni, que resplandecía con brillo infinito, y le repitieron las dulces y suaves palabras de Rama. Tras haberlas oído, el muy ilustre asceta, al saber el deseo de Rama, le dijo: «Que así sea, y la felicidad a vosotros; a las palabras de Raghava, Sitá se conformará, pues la divinidad de la esposa es el esposo.» Esta respuesta del muni, los mensajeros reales, los de la gran valentía, volvieron para repetírsela íntegra a Raghava. Esta decisión del magnánimo asceta, cuando la supo, Rama, lleno de gozo, dijo a los rishis y a los príncipes reunidos: «Venturosísimos solitarios con vuestros discípulos, reyes con vuestra gente, y todo el que lo desee, sed testigos de los juramentos de Sitá.» Este lenguaje del magnánimo Raghava fue grandemente aprobado por toda la flor de los rishis. Los poderosos monarcas felicitaron también a Rama al punto: «Una conducta semejante, ¡oh príncipe!, te conviene en este Mundo y no otra.» Tras haber tomado esta decisión, Raghava, el látigo de sus enemigos, dijo: «Pues hasta mañana», y despidió a toda la asamblea. Cuando hubo de este modo remitido la prueba del juramento para el siguiente día, el magnánimo Rama, el de los nobles sentimientos, despidió a todos aquellos grandes solitarios y grandes reyes.

## SARGA XCVI

### VALMIKI LLEVA A SITÁ ANTE RAMA

Cuando la noche hubo transcurrido, el real e ilustre descendiente de Raghú fue al lugar del sacrificio, donde había convocado a los rishis todos: Vasishtha, Vamadeva, Jabali, Kasyapa, Visvamitra, Dirghatamas y Durvasas, el del gran tapás; Pulastya también, así como Sakti, Bhargava, Vamana, Markandeya, Dhirghayus y Maudghava, el del vasto renombre; Garga, Cyavana, Satananda, el virtuoso; el célebre Bharadvaja, el ilustre Aniputra, Narada, Parvata, Gautama, el de la gran gloria. Estos ascetas y otros en gran número, los de las rudas prácticas, muy intrigados, reuniéronse todos en la asamblea, así como los bravos rakshasas y los valientes vanaras. Todos los príncipes se reunieron asimismo empujados por la curiosidad. Kshatriyas, sudras y vaisyas por millares, y también brahmanes de severas prácticas, venidos de todos los

países; todos estaban reunidos con el propósito de asistir al juramento de Sitá. Entre tanto, aquella multitud estaba allí inmóvil, cual si se hubiese vuelto de piedra. Al saber esto, el mejor de los munis acudió con Sitá. Tras el rishi, Sitá avanzaba con la cabeza baja, haciendo el anjalí, sofocada por los sollozos, el espíritu preñado de Rama.

Al ver a Sitá, que marchaba detrás de Valmiki, como Sruti unida a los pasos de Brahma, se produjo una inmensa aclamación. El grito de bienvenida salió de todos los pechos, a los que oprimía profundo dolor causado por el infortunio de la princesa. «¡Bravo, Rama!», exclamaron algunos. «¡Bravo, Sitá!», otros, mientras que el resto de la asamblea los aclamaba a los dos. Entonces, avanzando en medio de aquella multitud, el toro de los ascetas, acompañado de Sitá, dijo a Raghava: «Yo soy Valmiki. Y he aquí, ¡oh Dasarathi!, a Sitá, la de las buenas costumbres, la de la virtuosa conducta, que a causa de la calumnia fue abandonada cerca de mi eremitorio. La censura injustificada del pueblo te había espantado, piadoso Rama; Sitá te dará su fe; debes autorizarla para que lo haga. Esos dos hijos de Janakí, hermanos gemelos, esos dos héroes invencibles, son también tus hijos; es la pura verdad lo que te digo. Yo soy el segundo hijo de Pracetas, ¡oh alegría de los Raghavas! No recuerdo haber dicho jamás una mentira; sí, ¡he aquí a tus dos hijos! Hace numerosos millares de años practico el ascetismo; ¡que jamás saboree su fruto si Maithili es culpable! Pensamientos, actos y palabras, jamás tuve que reprocharme algo de todo ello; ¡que jamás recoja su fruto, si Maithili es culpable! En mis cinco sentidos que tienen el manas por sexto y reflexionando sobre ello en medio de las cascadas del bosque, he reconocido la inocencia de Sitá. Esta mujer de costumbres íntegras, irreprochables, de la cual el marido es su divinidad, va a darte su fe a ti, que te aterraste ante la calumnia popular. Sí, aquí la tienes, ¡oh hijo del mejor de los hombres!, a esta mujer a la que yo proclamo esencialmente pura!, yo, cuya mirada ha sido divinamente instruida, y que, el espíritu turbado por la reprobación del pueblo, tú repudiaste, bien que te fuese tan querida y que su inocencia no tuviese dudas para ti.»

## SARGA XCVII

## SITÁ DESCIEENDE AL RASATALA

Así habló Valmiki. Raghava respondió, haciendo el anjali, delante de la asamblea, al ver a la princesa de la maravillosa tez: «Que así sea, afortunado y virtuoso brahmán; y de acuerdo estoy enteramente con tus irreprochables palabras. Es más: esta seguridad me había sido ya dada precedentemente por Vaidehí, en presencia de los suras, y fue bajo la fe de su juramento como la reintegré en mi morada. Pero la reprobación popular fue tan fuerte que despedí a Maithili. Por temor al pueblo fue, ¡oh brahmán!, pero plenamente convencido de su inocencia, por lo que repudié a Sitá; perdónamelo. Reconozco como hijos míos a estos dos gemelos, Kusa y Lava. Y quiero, en medio de la asistencia, hacer la paz con la casta Maithili.»

Cuando supieron el propósito de Rama, la flor de los suras, reuniéronse todos, para ser testigos del juramento de Sitá. El Abuelo a su cabeza, todos se juntaron: aditias, vasus, rudras, visvedevas, tropas de maruts, sadhyas, todos los devas y todos los supremos rishis, nagas, suparnas, siddhas, todos, y todos con el alma en fiesta. Al ver a los dioses y a los ascetas, Raghava, el mejor de los hombres, afirmó de nuevo: «Me uno a las palabras del irreprochable rishi. Quiero reconciliarme con la casta Sitá delante de la asamblea.»

El juramento de Sitá llenaba de emoción a todos los testigos. En aquel momento Vayú, el mejor de los suras, exhaló por todas partes un soplo fresco, puro, divinamente embalsamado, encantador, con gran alegría de la asistencia. Fue como un prodigio inimaginable del que fueron testigos aquellos hombres de todos los países reunidos; como en otro tiempo en el kṛitayuga. En presencia de toda aquella asistencia, Sitá, vestida de amarillo, dijo, haciendo el anjali, los ojos bajos, la cabeza inclinada: «Así como es verdad que jamás tuve a otro que a Rama en el pensamiento, ¡pueda la diosa Madhaví recibirme en su seno! Así como reverencio a Rama en pensamientos, acciones y palabras, ¡pueda la diosa Madhaví recibirme en su seno! Así como digo verdad que no conozco a ningún otro sino a Rama, ¡pueda la diosa Madhaví recibirme en su seno!»

No había acabado aún Sitá de decir esto cuando ocurrió algo prodigioso. Del suelo surgió un trono divino, sin igual. Nagas de fuerza sin medida, de divino cuerpo y adornados

con joyas celestiales sostenían sobre su cabeza el divino asiento. La diosa Dharaní, cogiendo a Maithilí entre sus brazos, tras haberla deseado la bienvenida, la hizo sentar en aquel asiento. Mientras que, sentada en aquel trono, se la veía descender al Rasatala, una lluvia de flores cayó sin discontinuar del cielo sobre Sitá. Los devas lanzaron de pronto una inmensa exclamación: «¡Bravo! ¡Bravo, Sitá, tú, cuya virtud fue tan grande!» Desde lo alto de los aires los suras lanzaron varias veces esta exclamación, llena su alma de alegría, viendo cómo Sitá descendía al Rasatala. En el lugar del sacrificio, donde estaban todos reunidos, munis y reyes, tigres de los hombres, no volvían en sí de su asombro. En el aire y sobre la tierra todos los seres inmóviles o móviles los danavas de colosal estatura, en el Patala, los jefes de los pannagas, lanzaban gritos de gozo, absorbiéndose en sus pensamientos, o mirando unos a Rama, otros a Sitá, con estupor. La asamblea entera fue testigo de la bajada de Sitá al Rasatala. En aquel momento se produjo como una extremada perturbación en el Mundo entero.

## SARGA XCVIII

## DOLOR Y CÓLERA DE RAMA. BRAHMA LE CALMA

Vaidehí descendida al Rasatala, todos, vanaras y munis, gritaron en presencia de Rama: «¡Bien! ¡Bien!» Apoyado en un pedazo de madera a guisa de cetro, los ojos velados por las lágrimas, la cabeza inclinada, la tristeza en el alma, Rama era profundamente desdichado. Tras haber suspirado mucho tiempo y vertido abundantes lágrimas, presa de la cólera y del dolor, dijo: «Es una angustia desconocida ante la que mi alma parece querer sentir, en presencia de la desaparición de Sitá, que era como Srí personificada. Ya la perdí de vista precedentemente, cuando estaba en Lauká, más allá del gran Océano; pero la volví a traer, y con más razón la traeré también del centro de la Tierra. ¡Oh diosa Vasudhá, devuélveme mi Sitá, a la que has encerrado contigo o yo te haré sentir mi cólera! ¡Ya debes conocerme! Sin duda tú eres mi madre política y Maithilí es salida de tu seno; Janaka, con la reja de su arado, la hizo salir de la tierra en tiempos. Del mismo modo deja salir a Sitá de nuevo, o bien ábreme tus flancos, para que pueda habitar con ella en el Patala, y si no, en el Nakaprishtha (417). ¡Tráeme a Sitá cuya desaparición en tu

seno me enloquece! Si no me devuelves a Sitá tal cual es, transformaré tu superficie toda entera con sus montañas y sus bosques. ¡Haré desaparecer tu suelo! ¡Todo será agua ahí abajo!»

Así habló Kakutstha lleno de indignación y de dolor. Brahma, al que las tropas de suras acompañaban, dijo al hijo de Raghú: «Rama, piadoso Rama, no te irrites. Acuérdate de tu primitiva esencia y de tu primer propósito, látigo de tus enemigos. En verdad, no, príncipe, no tengo necesidad de recordártela, a ti, que no tienes superior, pero ahora, héroe invencible, haz memoria de tu origen vishnuita. La inocente, la virtuosa Sitá, de la que tú eras su fin supremo, ha llegado felizmente al Nagaloka (418) gracias a la virtud protectora de su tapás. En el Cielo os reunireis de nuevo, sin duda. Lo que digo en medio de esta asamblea, sábelo. Este poema, el más hermoso de cuantos serán recitados en tu honor, hará conocer todo detalladamente, ¡oh Rama!, no lo dudes. A partir de tu nacimiento, ¡oh héroe!, los bienes y los males que te han acaecido y que te acaecerán en lo sucesivo, todo ha sido consignado en este poema por Valmiki. Este adikavya (419), ¡oh Rama!, te está consagrado por entero. Nadie merece gozar del honor de los kavyas, fuera de Raghava. He oído precedentemente, en unión de los suras, tu poema del principio al fin. Es divino, de una hermosura maravillosa, verídico, sin misterio. ¡Oh tigre de los hombres, virtuosísimo Kakutstha, escucha la continuación del Ramayana, en lo que concierne a lo por venir. Este fin sublime del poema, intitulado el Uttara (420), ¡oh príncipe muy ilustre y poderoso!, escúchale ahora con los rishis. En verdad, no, ¡oh Kakutstha!, que este excelente Uttara no podría ser escuchado por otro que por ti, que eres el supremo rishi, ¡oh héroe, alegría de los Raghús!»

Tras haber hablado así, el dios Brahma, el amo de los tres mundos, se volvió al tercer Cielo con los devas, sus compañeros. Pero los magnánimos y poderosos rishis, que pertenecían al Brahmaloka, con la autorización de Brahma, se quedaron, deseosos de oír el Uttara y lo que le sucedería a Raghava. Cuando hubo oído el memorable lenguaje del dios de los dioses, Rama, el de la grandísima gloria, dijo a Valmiki: «¡Oh venturosísimo!, los rishis que pertenecen al Brahmaioka tienen la intención de escuchar el Uttara, lo que debe sucederme. Mañana, publícalo.» Esta determinación tomada, se llevó a Kusa y a Lava. Luego, habiendo despedido a la multitud, se retiró con ellos a la cabaña de follaje, donde pasó la noche llorando a Sitá.

## SARGA XCIX

## MUERTE DE LAS REINAS MADRES

Cuando la noche dejó el puesto a la aurora, Rama, habiendo convocado a los grandes ascetas, dijo a sus hijos: «Cantad sin cuidado.» Cuando los grandes y magnánimos solitarios se hubieron sentado, Kusa y Lava cantaron el Uttara kavya, el Bhavishya (421). Sitá, habiendo entrado en el suelo en testimonio de su fidelidad, a consecuencia del sacrificio, Rama, en el colmo de la aflicción, no viendo más a Vaidehí, consideró este Mundo como un desierto. Era tan grande el dolor que le abrumaba que su espíritu no hallaba reposo. Despidió a todos los reyes, a los rikshas, a los vanaras y a los rakshasas; Los muchos brahmanes, luego de haberle conñado de bendiciones, fueron despedidos también. Tras haber dejado marchar a todo el mundo, Rama, el de los ojos de loto, que tenía constantemente a Sitá en el pensamiento, entró en Ayodhya. No tomó otra mujer después de Sitá aquel héroe, alegría de los Raghus; pero en cada sacrificio, una estatua de oro de Janakí era para él su esposa. Durante diez millares de años, Rama ofreció vajimedhas, y diez veces más vajapeyas, acompañados de mucho oro. El afortunado rey cumplió también el añishtoma, el atiratra, gosavas muy ricos y otros sacrificios con abundantes dakshinas. Durante un tiempo muy largo el magnánimo Raghava ocupó de este modo el trono con el espíritu ocupado siempre en el deber. Rikshas, vanaras y rakshas estaban a sus órdenes, y los reyes venían a ofrecerle homenaje cada día. Parjanya llovía en su estación; el tiempo era propicio, las regiones puras; la ciudad rebosaba de gente alegre y harta, lo mismo que el campo. Nada de muertes prematuras, nada de enfermedades; no se veían indigentes bajo el reinado de Rama.

No obstante, al cabo de muchos años, la venerable madre de Rama, rodeada de sus hijos y de sus nietos, sufrió la ley del tiempo. Fue seguida por Sumitrá y por la famosa Kaikeyí, que, tras haber cumplido su múltiple deber, fueron instaladas en el tercer Cielo. Aquellas venturosísimas reinas, reunidas con el rey Dasaratha, fueron a recibir en el Cielo todo el premio de sus méritos. Rama, de cuando en cuando acordábase de sus madres sin distinción, y en su honor hacía liberalidades a los brahmanes entregados al ascetismo. El virtuoso Rama hizo ofrendas fúnebres, acompañadas de joyas para los brah-



manes, y sacrificios absolutamente incomparables, en honor de los divinos pitris. Numerosos millares de años transcurrieron así felices, durante los cuales, con ayuda de sacrificios, el príncipe afianzó por todas partes el deber de múltiples facetas.

## SARGA C

### RAMA ENVÍA A BHARATA A LA CONQUISTA DE LOS GANDHARVAS

Cierto día, Yudhajit, el rey de los kekayas, diputó al magnánimo Raghava a su propio gurú, Gargya, el hijo de Angiras, brahmarshi de una gloria sin medida. Diez millares de caballos testimonio de un afecto que ningún otro sobrepujaba, tapices, piedras preciosas, telas diversas y espléndidas, brillantes, tal fue el donativo ofrecido a Rama por el monarca. Al saber la llegada del gran rishi Gargya y el magnífico presente de su tío materno, Asvapati, el sabio Raghava, Kakutstha avanzó la distancia de un krosa, con su séquito, al encuentro de Gargya, al que rindió sus homenajes como Sakra a Brihaspati. Tras haber saludado de este modo a aquel rishi y recibido su regalo, le interrogó detalladamente sobre todo cuanto concernía a la prosperidad del hermano de su madre. Cuando hubo introducido en su palacio al afortunado brahmán, Rama empezó por preguntarle: «¿Qué mensaje te ha confiado mi tío al enviarte aquí?»

Una vez llegado, el más elocuente de los oradores, que se asemejaba a Brihaspati en persona, el gran rishi, al oír esta pregunta de Rama, explicó su misión con lenguaje magnífico: «He aquí, guerrero de los grandes brazos, lo que te quiere hacer saber tu tío materno, el rey Yudhajit, dado su afecto hacia ti; escucha, si te place. Hay una comarca de los gandharvas, rica en frutas y raíces, situada en las dos orillas del Sindhu; este país es de extremada fertilidad. Los gandharvas armados, guerreros experimentados, cuidan de su defensa. Sailusha, su rey, tiene tres kotis de hijos valientes. Cuando los hayas vencido, valeroso Kakutstha, su magnífica ciudadela forzada, toma posesión de sus dos ciudades, que están muy bien construidas. Nadie sino tú puede hacerlo. El país es de una hermosura excesiva. Acepta, ¡oh héroe! Mi consejo no es malo.»

Este discurso de su tío que le transmitía el gran rishi agradó a Raghava, que respondió mirando a Bharata: «¡Está bien!» Luego, Rama, gozoso, dijo aún al Dos-veces-nacido, haciendo

el anjalí, al aire los brazos: «Estos dos príncipes, ¡oh brahmarshí! explorarán la comarca. Bharata es el padre de estos dos valientes, Taksha y Puskala. Bajo la poderosa dirección de mi tío, se mostrarán perfectamente aplicados a su deber. Bharata a su cabeza, los dos jóvenes príncipes, acompañados de sus tropas, matarán a los hijos del Gandharva y se repartirán sus dos ciudades. Tras haber forzado estas dos ciudades escogidas y haber instalado en ellas a sus dos hijos, mi virtuosísimo hermano volverá de nuevo junto a mí.»

Así habló el brahmarshí; luego dio sus órdenes a Bharata, al que seguía un ejército, y consagró a los dos príncipes jóvenes. Bajo la constelación de Saumya, precedido por el hijo de Angiras, Bharata se puso en marcha con su tropa y sus dos hijos. Aquel ejército que parecía mandado por Sakra, salió de Ayodhya. Raghava le acompañó mucho tiempo. No hubiera podido ser vencido ni por los propios suras. Los seres que se alimentan de carne y los rakshasas de estatura colosal siguieron los pasos de Bharata, sedientos de sangre. Los bhutagramas (422) también, carnívoros muy temibles, con el deseo de devorar los cadáveres de los hijos del Gandharva, le siguieron en gran número, por millares. Leones, tigres, jabalíes, pájaros que recorrían los aires, por millares, numerosos, precedían al ejército. Tras mes y medio de marcha, el ejército llegó cerca del Kekaya, con buena salud, contento y bien nutrido.

## SARGA CI

### EXTERMINACIÓN DE LOS GANDHARVAS Y CONQUISTA DE SU PAÍS

Cuando supo la llegada, a la cabeza de un ejército, de Bharata, al que Gargya acompañaba, el rey de los kekayas, Yudhajit, sintió una alegría extremada. Salíó con una multitud considerable y marchó a toda prisa contra los gandharvas. Bharata y Yudhajit, habiéndose reunido, alcanzaron la ciudad de los gandharvas con sus ágiles tropas y la gente de sus séquitos. Al saber la invasión de Bharata, los gandharvas se reunieron impacientes por combatir, llenos de vigor y lanzando por todas partes tremendas vociferaciones. Entonces se entabló una lucha espantosa, como para poner los pelos de punta; duró siete días, con gran encarnizamiento, sin que la victoria se decidiese ni de un lado ni del otro. Ríos con olas de sangre como cimitarras, lanzas y arcos como cocodrilos, arras-

trando cadáveres, corrían en todas direcciones. Bharata, el hermano segundogénito de Rama, furioso, lanzó el dardo formidable de Kala, llamado Samvarta contra los gandharvas. Encadenados por la atadura de Kala, Samvarta, los tres kotis de gandharvas sucumbieron en un instante, hechos pedazos por el héroe. Los habitantes del Cielo no recordaban una refriega tan horrible, en la cual, en un abrir y cerrar de ojos, hubiesen perecido tantos bravos.

Todos los gandharvas muertos. Bharata, el hijo de Kaikeyi, hizo entonces su entrada en las dos ricas y maravillosas ciudades. Bharata estableció a Taksha en Takshasilá y a Pushkala en Pushkalavata, en el país de los gandharvas, y en la encantadora comarca del Gandhara. Rebosando riquezas, piedras preciosas, adornadas de bosquecillos, rivalizaban a porfía en magnificencia, aquellas dos ciudades de extremada hermosura, con habitantes de costumbres irreprochables, y numerosos parques, llenos de vehículos, y mercados interiores bien aprovisionados; maravillosas entre todas, encantadoras ricas, suntuosas, decoradas con hoteles espléndidos y numerosos palacios; resplandecientes con su multitud de templos magníficos, embellecidos con tallas, tamalas, tilakas y bakulas. Tras haberlas ocupado cinco años, Bharata, el de los grandes brazos, el segundogénito de Raghava, el hijo de Kaikeyi, se volvió a Ayodhya. El afortunado Bharata saludó al magnánimo Raghava, que parecía otro dharma en persona, como Vasava a Brahma. Luego le contó cómo habíase verificado la exterminación completa de los gandharvas y la ocupación de su territorio. Este relato agradó a Raghava.

## SARGA CII

### RAMA DA REINOS A LOS HIJOS DE LAKSHMANA

Oyendo esta noticia, Rama se regocijó con sus hermanos; luego pronunció ante ellos estas palabras memorables: «Tus dos jóvenes y virtuosos hijos que ves aquí, ¡oh Sumitri! Angada y Candraketu, son aptos para reinar, son fuertes, enérgicos. A los dos les daré la unción real. ¡Ea!, encontrémosles a estos dos valientes un territorio agradable, que no esté encajonado, y en el que estén a su gusto, sin que en ellos haya príncipes perjudicados, ni monasterios arruinados. Estos países, busquémoslos, amigo, de modo que no se perjudique a nadie.»

Así habló Rama; Bharata respondió: «Ahí está Karupatha, comarca encantadora, saludable. Que se funde en ella para el magnánimo Angada y para Candraketu dos ciudades hermosas y sanas, que tendrán por nombre una Angadiyá, y la otra, Candrakanta.» Estas palabras de Bharata fueron aprobadas por Raghava. Puso aquel país bajo su dependencia y en él estableció a Angada. La ciudad de Andgadiyá fue construida para Angada por Rama, el del karmán imperecedero; era soberbia y bien fortificada. Para Candraketu, que era un coloso, su tío le construyó, en la tierra de los mallas, colosos, Candrakanta, ciudad divina al ejemplo de Amaravati.

Entonces, llegados al colmo de la alegría, Rama, Lakshmana y Bharata, guerreros invencibles, procedieron a su consagración. Tras haber recibido la unción, los jóvenes príncipes, muy aplicados a sus nuevos deberes, tuvieron como lote: Angada, la comarca del Oeste; Candraketu, la del Norte. Angada fue acompañado por el hijo de Sumitrá, Lakshmana, y Bharata se unió a los pasos de Candraketu. Lakshmana, tras haber permanecido un año en Angadiyá, su hijo asentado ya en el trono inquebrantable, tomó el camino de Ayodhya, Bharata, por su parte, tras haber permanecido con Candraketu un año y más, volvió a Ayodhya, para ocupar su puesto a los pies de Rama. Los dos, Sumitrí y Bharata, adictos a los pies de Rama, perdían la noción del tiempo transcurrido, llevados de su afecto hacia él y de su extremada piedad fraternal. Diez mil años pasaron de este modo, mientras estaban, religiosa y constantemente ocupados en los asuntos del gobierno. En ello empleaban su tiempo, el alma satisfecha, rodeados de esplendor, residiendo juntos en la ciudad del Dharma, los tres, como tres fuegos encendidos, cuyas llamas son alimentadas con abundantes libaciones, en medio de una gran solemnidad.

## SARGA CIII

### KALA VIENE A VER A RAMA DE PARTE DE BRAHMA

Al cabo de cierto tiempo, Rama, siempre afianzado en el deber, Kala, bajo la forma de un asceta, se presentó a la puerta del rey y dijo: «Muy importante mensajero de un todopoderoso maharshi de fuerza sin medida, he venido a ver a Rama para un asunto.» Cuando le oyó hablar así, Sumitrí se apresuró a anunciar a Rama la llegada del asceta: «¡Que siempre pue-

das extender tu autoridad en los dos mundos, príncipe ilustre! Un mensajero ha venido con intención de verte. Su tapás le da el brillo del Sol.» A estas palabras de Lakshmana, Rama dijo: «Introduce, querido hermano, a ese asceta de tan gran esplendor que me trae un mensaje de su amo.» Sumitri respondió: «Está bien», e introdujo al muni todo resplandeciente de llamas, por decirlo así, y como rodeado de ardientes rayos. Acercándose al jefe de los Raghús, que brillaba con su resplandor propio, el rishi dijo a Raghava, con voz armoniosa: «¡Sé feliz!» El muy ilustre Rama, habiéndole concedido los honores de uso y, ante todo, los del arghya, empezó por preguntarle si su felicidad era completa. Tras esta información de Rama relativa a su prosperidad, el más disertado de los oradores, el ilustre asceta, se sentó en un asiento de oro. Entonces Rama le dijo: «Sé bien venido, ¡gran sabio! Cumple tu mensaje, puesto que vienes como embajador.» A esta invitación del león de los reyes, el muni le dijo: «Es entre nosotros dos como la conversación debe tener lugar, si tú te preocupas del interés de los dioses. Todo aquel que nos escuchase o que nos viniese a interrumpir tendrías que darle muerte. La palabra del jefe de los ascetas es formal, si tú quieres respetarla.» «Que así sea», replicó Rama, y esta seguridad dada, ordenó a Lakshmana. «Permanece tú en la puerta, guerrero de los grandes brazos, y al portero aléjale. Tendría, puesto que la conversación debe ocurrir entre el rishi y yo solamente, que matar, ¡oh Sumitri!, a todo el que nos viese o nos oyese.» Tras haber despedido de este modo a Lakshmana, encargándole de vigilar la puerta, Kakutsiha, nacido de Raghú, dijo: «Asceta, puedes hablar. Lo que quieres decirme, o lo que has sido encargado de decirme, dímelo sin cuidado; yo lo guardaré en mi corazón.»

## SARGA CIV

### KALA EXPLICA SU MENSAJE

«Aprende, ¡oh rey magnánimo!, el objeto de mi llegada; es el divino Abuelo quien me envía, poderoso príncipe. Yo fui tu hijo en una precedente existencia, ¡oh conquistador de las ciudadelas enemigas! Salida de Mayá, ¡oh héroe!, yo soy Kala, que destruye todo. El Abuelo, Bhagavat, el Amo de los mundos, el Señor te dice : «Tu obra cumplida ha sido, amigo, como protector de los mundos. Tras haberlos instruido en tiempos

tú mismo con ayuda de Mayá, echado sobre el gran Océano, en medio de las aguas, tú empezaste por darme nacimiento. La serpiente de largos anillos, Ananta, tendida sobre las aguas, tú ya la habías dado a luz con ayuda de Mayá, así como a dos seres poderosos, Madhú y Kaitabha, cuyos huesos maontonados cubrían esta Tierra, que apareció entonces con sus cadenas de montañas. En un loto divino, brillante como el Sol, salido de tu ombligo, tú me hiciste nacer para confiarme la obra entera de Prajapati. Puesto que ha sido a mí a quien has cargado con este fardo, yo me apoyo sobre ti, que eres el amo del Mundo; vela sobre los seres, puesto que eres tú quien haces mi fuerza. En virtud de esta naturaleza invencible, eterna, tú deberás ejercer la protección de los seres, pues tú has adquirido la esencia de Vishnú. Poderoso hijo de Aditi, tú acreces el vigor de tus hermanos, y cuando ellos deben cumplir sus obras, tú vienes en su ayuda. Cuando los seres eran exterminados por él, ¡oh príncipe del Universo!, descoso de matar a Ravana, tú pensaste en los hombres. Tú resolviste ante todo y espontáneamente, vivir en persona entre ellos diez millares de años; luego, diez siglos. Hijo de tu propio manas, has cumplido tu tiempo entre los humanos, aquí abajo. Es la hora, ¡oh el primero de la flor de los hombres!, de volver junto a nosotros. Si, no obstante, descas, gran rey, prolongar tu estancia entre las criaturas, hazlo y ¡sé feliz!» Tales son las palabras del Abuelo. Pero si prefieres entrar en posesión del mundo de los suras, ¡oh Raghava!, gracias a ti, que eres Vishnú, los devas con sus conductores quedarán libres de todo cuidado.»

Cuando hubo oído este discurso del Abuelo que le transmitía Kala, Raghava, sonriendo, respondió al destructor del universo: «Este lenguaje absolutamente admirable del dios de los dioses me causa en verdad una gran alegría, así como tu llegada. La utilidad misma de los tres mundos: he aquí mi razón de ser. Sé feliz, voy a volver allí de donde he venido. Tu llegada aquí ha alcanzado mi corazón; parto sin tardar. Todo cuanto interesa a los devas, colocados bajo mi dependencia, ¡oh destructor del Universo!, a ello debo unirme, como dice el Abuelo.»

## SARGA CV

### DURVASAS VIENE A VER A RAMA

Mientras los dos conversaban así, Durvasas, el venturosísimo muni, que deseaba ver a Rama, se presentó en la puerta del príncipe. Abordando a Sumitri, el eminente solitario

le dijo: «Introdúceme, pronto y ante todo, junto a Rama; el asunto es urgente.» Así habló el magnánimo asceta, Lakshmana, matador de sus enemigos, se inclinó y le dijo: «¿De qué se trata? Explicate, ¡oh venturosísimo! ¿Qué es? ¿Qué puedo yo hacer? Raghava está ocupado, ¡oh brahmán! Ten paciencia un momento.»

A esta respuesta, el tigre de los rishis, arrebatado por la cólera, dijo a Lakshmana, al que parecía devorar con los ojos: «¡Anuncia al instante mismo mi presencia a Rama, Sumitri, o lanzo un anatema contra el reino, contra ti, contra la ciudad también e incluso contra Raghava, contra Bharata y contra toda vuestra raza! ¡No puedo contener más la indignación de mi corazón!» Cuando oyó estas palabras espantosas del poderoso asceta, Lakshmana reflexionó en su alma sobre su alcance. «¡Muera yo solo antes de que todo sea destruido!», se dijo. Y con este pensamiento hizo saber a Raghava la presencia del asceta. Al saberlo, Rama despidió a Kala y salió presuroso a ver al hijo de Atri. Tras haber saludado al gran muni, todo llameante, por decirlo así, de esplendor, Kakutszha le preguntó, haciendo el anjalí: «¿Qué ocurre?» A esta pregunta el príncipe de los ascetas, el señor Durvasas, respondió: «Escucha, piadoso Rama. Hoy se termina mi ayuno de mil años, ¡oh irreprochable Raghava! Dame a comer lo que tengas preparado.» A estas palabras el rey Raghava, el alma regocijada, presentó al jefe de los munis alimentos todo preparados. Entonces, el mejor de los ascetas, tras haber comido aquellos alimentos, semejantes al amrita, dijo: «Está bien», y se volvió a su ermita. Rama se acordó entonces de las palabras de Kala y se quedó todo perplejo. Abrumado por la pena, al recuerdo de aquella terrible entrevista, la cabeza baja, el corazón acongojado, no podía hablar. Repasaba y repasaba en su espíritu las palabras de Kala. «¡Todo está perdido!», pensó el ilustre Raghava, y permaneció silencioso.

## SARGA CVI

### RAMA DESTIERRA A LAKSHMANA

Al ver a Raghava que bajaba la cabeza, desgraciado y semejante a Soma tragado por Rahú, Lakshmana le dijo con tono alegre y acariciador: «No debes apear-te por mí, guerrero de los grandes brazos; esta llegada de Kala se refiere a una

disposición anterior. Márame sin escrúpulo, amigo; sé fiel a tu juramento. Los hombres que faltan a su palabra, ¡oh Kakutstha!, bajan al Infierno. Si me amas, gran rey, si quieres concederme un favor, márame sin dudarlo. Da fuerza a la ley, ¡oh Raghava!»

Así dijo Lakshmana. Rama, los sentidos perturbados, convocó a sus consejeros y también a sus capellanes. Y les contó lo que ocurría, la llegada de Durvasas y el juramento hecho a Kala transformado en asceta. Cuando le hubieron oído, ministros y brahmanes quedaron silenciosos. Entonces el ilustre Vasishtha pronunció este discurso: «Es para ti, ya lo veo, príncipe de los grandes brazos, una catástrofe capaz de poner los pelos de punta, esto de tu separación de Lakshmana, ¡oh Rama, lleno de gloria! Destiérrale, no obstante; Kala es poderoso; no seas perjuro. La falta de fe precipita el deber a su pérdida. Ahora bien, el deber destruido, el triple mundo con los seres que se mueven y los que no se mueven, con las tropas de los devas y de los rishis, perece todo entero; en esto ninguna duda. Por consiguiente, tigre de los hombres, para la salvaguardia del Universo, asegura hoy, alejando a Lakshmana, la conservación, sí, del Universo.» Oyendo este lenguaje conforme al deber y al interés, que todos aprobaron, Rama dijo a Lakshmana, en medio de la asamblea: «Yo te destierro, Sumitri, por miedo a que el deber perezca. Un decreto de destierro o de muerte, para las gentes de honor, es lo mismo.»

Al escuchar este decreto de Rama, Lakshmana, llorando, los sentidos trastornados, se alejó a toda prisa, sin entrar en su morada. Fue a orillas del Sarayú, hizo allí sus abluciones, así como el anjalí, cerró todos los orificios de su cuerpo y dejó de respirar. Mientras retenía de este modo sus alientos, entregándose al yoga, los devas con sus jefes, los coros de apsaras y las tropas de los rishis le cubrieron todos con una lluvia de flores. Vuelto invisible a todos los hombres, el poderoso Lakshmana fue elevado con su cuerpo por Sakra, que le transportó al tercer Cielo. Viendo a aquella cuarta parte de Vishnú que entraba en el cielo, la flor de los suras, llena de alegría, dirigió sus homenajes unánimes al descendiente de Raghú.

## SARGA CVII

### RAMA CONSAGRA A KUSA Y A LAVA

Cuando hubo proscrito a Lakshmana, Rama, víctima del dolor y de la desolación, habló de este modo a sus capellanes, a sus ministros y a los burgueses de la ciudad: «Hoy voy a



conceder la unción real al valeroso Bharata, fiel a la ley, y a establecerle amo de Ayodhya; luego partiré hacia el bosque. Haced los preparativos; no perdáis tiempo, pues hoy yo también seguiré la vía en la que Lakshmana ha entrado.»

Así habló Raghava; todos sus súbditos bajaron profundamente la cabeza, cual si su energía hubiese caído a tierra. Bharata, por su parte, enteramente fuera de sí, al oír a su hermano hablar de aquel modo, rehusó la corona y se expresó en estos términos: «Yo juro en verdad, ¡oh rey!, por mi parte de paraíso, que no deseo reinar a falta tuya, ¡oh tú, la felicidad de Raghú! Establece como reyes a tus dos hijos, ¡oh príncipe!, al valeroso Kusa sobre los kosalas del Sur y a Lava sobre los del Norte. Envía a Satruña mensajeros de paso rápido para anunciarle prestamente nuestra marcha, y que no tarden en ir.»

Oído este discurso de Bharata y viendo que los ciudadanos inclinaban la cabeza abrumados por el dolor, Vasishtha habló: «Querido Rama, contempla al pueblo prosternado; tras haber aprendido lo que quiere, hazlo, no le contristes.» Así habló Vasishtha. Habiendo hecho levantar a la multitud, Kakutsha preguntó a todos: «¿Qué se quiere de mí?» Y todos le dijeron: «Si partes, te acompañaremos, ¡oh Rama!, allí donde vayas. Si amas a tus súbditos, si nada hay que sobrepuje a tu afecto hacia ellos, déjanos con nuestros hijos y nuestras mujeres, ¡oh Rama!, seguir contigo el buen camino. Eremitorio silvestre, inaccesible, orilla del océano, pues no debes abandonarnos, condúcenos adonde quieras, ¡oh tú, nuestro amo y señor! Tal es nuestro supremo deseo, nuestro voto más ardiente; acompañarte, ¡oh príncipe!, será siempre la alegría de nuestro corazón.»

Ante aquella profunda adhesión de su pueblo, Rama dijo: «Está bien», y se ocupó en acabar lo que había emprendido aquel día. Rama confió al valeroso Kusa los kosalas del Sur, y los del Norte, a Lava. A estos dos príncipes los consagró en Ayodhya, los sentó en su regazo y les hizo regalo de millares de carros, de miríadas de elefantes y de diez mil caballos. Tras haberles provisto de joyas y bienes en abundancia y de haberles dado como escolta gentes alegres y bien nutridas, envió a cada uno a su ciudad, a los dos hermanos Kusa y Lava. Luego, cuando hubo consagrado a los dos héroes y los hubo instalado en sus capitales respectivas, Rama despachó mensajeros al magnánimo Satruña.

## SARGA CVIII

SUPREMAS RECOMENDACIONES DE RAMA  
A SUS COMPAÑEROS DE ARMAS

Los mensajeros, apresurados por la orden de Rama, marcharon ágiles y prontos a Madhurá, sin detenerse en el camino. Al cabo de tres días y tres noches llegaron a Madhurá, donde hicieron saber a Satruña lo que había ocurrido: el destierro de Lakshmana, el juramento de Raghava, la consagración de sus dos hijos y el propósito de sus súbditos de seguirle en su retiro. Que una ciudad encantadora había sido construida para Kusa, en la escarpada ladera de los montes Vindhyas, por el sabio Rama, con el nombre de Kusavatí. Que se llamaba Sravastí la deliciosa y afamada capital de Lava. En fin, que, tras haber privado a Ayodhya de sus habitantes, Raghava y Bharata, héroes de gran carro, estaban resueltos a irse al Cielo. Cuando hubieron contado todo al magnánimo Satruña los mensajeros se callaron, no sin añadir: «Apresúrate, ¡oh rey!»

Oída esta espantosa noticia de la inminente destrucción de su familia, Satruña, la alegría de Raghú, convocó a sus súbditos y a Kancana, su capellán, para decirles toda la verdad, y su futura marcha con sus hermanos. Luego el valeroso príncipe consagró a sus dos hijos, Subahú recibió Madhurá, y Satruñatin, Vaidisa. Esto hecho, el descendiente de Raghú partió para Ayodhya con un solo carro. Llegado, vio al magnánimo Rama, cual un brasero llameante, vestido con una túnica de lana fina, en medio de los imperecederos munis. Le saludó haciendo el anjalí, los sentidos refrenados; luego habló a su valeroso hermano, él, cuyo pensamiento se dirigía también hacia el deber, de este modo: «He entronizado a mis dos hijos, ¡oh rey!, delicia de los Raghús!, y aquí me tienes, sábelo bien, decidido a seguirte. No digas nada en contra de esto, valeroso hermano, pues no querría que tu voluntad fuese desobedecida por un hombre como yo, sobre todo.»

Viendo su resolución inquebrantable, Rama, alegría de los Raghús, dijo a Satruña: «Esta bien.» Acababa de hablar cuando los vanaras, los que cambiaban de forma a su voluntad, más las tropas de rikshas y de rakshas acudieron por todas partes. Sugriva a su cabeza, allí estaban todos, reunidos con la intención de ver a Rama que estaba de pie, con el rostro levantado hacia el Cielo. Hijos de devas, de rishis y de gandharvas, al saber la próxima desaparición de Rama, habíanse

reunido todos: «Henos aquí a todos, venidos dispuestos a seguirte, ¡oh príncipe! Partir sin vosotros, ¡oh Rama!, es como si blandieses el cetro de Yama para exterminarnos.»

En aquel momento, el poderosísimo Sugriva, inclinándose, según la regla, delante del héroe, se atrevió a decirle: «Tras haber consagrado al bravo Angada, heme aquí venido, ¡oh príncipe!, sábelo, con la intención de acompañarte.» Oyéndole, el glorioso Kakutstha le respondió sonriendo: «Está bien.» Luego dijo a Vibhishana, el Indra de los rakshasas: «Mientras que existan tus pueblos, poderoso rey de los rakshasas, asimismo quedará Lanká. Tanto como la Luna, tanto como el Sol, tanto como durará la Tierra, mientras se hable de mí en el Mundo, tanto tiempo durará tu Imperio. Es la voluntad de un amigo; obedéceme; gobierna tu pueblo según la justicia; no me repliques. Otra cosa aún quiero decirte, ¡oh poderoso monarca de los rakshasas! Adora al guía del Universo, la divinidad de la familia de los Ikshvakus, que se impone perpetuamente al culto de los devas mismos y de sus Indras.» «Así será», respondió Vibhishana, el rey de los rakshasas escogidos, recibiendo la orden de Rama, que no olvidó jamás.

Tras haber hablado así a Vibhishana, Kakutstha se dirigió al punto a Hanumat: «Resígnate tú a vivir, no hagas vana mi voluntad. Mientras que mi historia circule por el Mundo, ¡oh jefe de los haris!, tan largo tiempo como ello dure, goza con ella, sé feliz, y acuérdate de mi palabra.» Hanumat prestó aquiescencia al lenguaje del magnánimo Raghava, y lleno de viva alegría, le respondió: «Mientras tu santificante historia circule por el Mundo, igual cantidad de tiempo permaneceré yo en la Tierra dócil a tu voluntad.» Rama intimó la misma orden al anciano Jambavat, hijo de Brahma, a Mainda y a Dvida. A los cinco, Jambavat comprendido, les dijo aún: «Hasta la llegada de Kali, permaneced todos vivos. Y dirigiéndose a todos los demás rikshas y vanaras añadió: «En cuanto a vosotros, venid conmigo; está convenido.»

## SARGA CIX

### MARCHA DE RAMA HACIA EL MAHAPRASTHANA (423)

Cuando apareció la aurora, Rama, el del amplio pecho, el de la gran gloria, el de los ojos anchos como hojas de loto, dijo a su capellán: «Que el añihotra vaya delante, todo llama,

con los Dos-veces-nacidos, y el vijapeya a guisa de quitasol brillante, para el gran viaje. Vasishtha, lleno de majestad, hizo, sin omitir nada y según los ritos, todas las prescripciones legales, relativas al Mahaprasthaná. Luego el héroe, vestido con una tela ligera, recitó el Brahma supremo; tomó hierbas kusas con las dos manos, y se dirigió hacia el Sarayú, deteniéndose de trecho en trecho, silencioso, en el rudo sendero. Se alejó de su morada, centelleante como el Sol. A la derecha de Rama iba Srí con su loto; a su izquierda, la Gran Diosa; Viavasaya iba delante. Sus dardos múltiples, su maravilloso arco tendido, todas sus armas le acompañaban bajo una forma humana. Los Vedas metamorfoseados en brahmanes, la Gayatri (424) protectora del Universo, la sílaba Om (425), invocación de Vishnú, marchaban todos en seguimiento de Rama. Los rishis, los de la gran alma, y todos los dioses de la Tierra siguieron al héroe hasta la puerta del Cielo, que estaba abierta. Tras sus pasos avanzaban las mujeres que vivían en el gineceo, con los ancianos y los niños, las servidoras, los eunucos y los domésticos. El fiel Bharata con su harén partió, acompañado de Satruña, en seguimiento de Rama, la vía de los mundos, al que el añihotra escoltaba. Todos los magnánimos Dos-veces-nacidos, acompañados de añihotras, habíanse reunido con sus hijos y sus mujeres, se juntaron al cortejo del muy sabio Kakutstha. Consejeros, grupos de servidores con sus hijos, sus rebaños y sus próximos unieronse unánimemente y con alegría a los pasos de su Amo. Todo el pueblo, gentes felices y hartas, a las que sus gunas distinguían, siguieron a Raghava a su partida. Y toda aquella escolta femenina y masculina, con volátiles, animales y allegados, marchaba alegremente, purificada de sus faltas. Bañados, exultantes, todos alegres y hartos, los vanaras enteramente adictos a Rama le acompañaban gritando con todas sus fuerzas: «¡Kilakilá!» En toda aquella multitud, nadie triste, nadie abatido ni desgraciado: era una alegría general elevada al apogeo. Empujado por el deseo de ver a Rama a su partida, el pueblo de los campos, que agrupábase a su paso, al verle uníase a toda la comitiva dispuesto a ir al Cielo. Rikshas, vanaras, rakshas, gentes de la ciudad marchaban detrás, con la mayor devoción y en el más profundo recogimiento. Los bhutas, incluso los que en la ciudad eran invisibles, dieron escolta a Raghava a su partida para el Cielo. Al verle, los seres que se mueven y los que no se mueven, todos tornados movibles, le acompañaban con abnegación en su viaje. No se veía en Ayodhya ser vivien-

te alguno, ni siquiera el más leve; incluso los salidos de matrices de animales, todos habían partido en seguimiento de Rama.

## SARGA CX

### RAMA SUBE AL CIELO Y TODOS LOS SERES CON ÉL

Tras un yojana y medio de marcha, Rama, la alegría de Raghú, vio ante él el Sarayú, el de las santas aguas. Aquel río de aguas profundas, el rey Rama, gozo de los Raghús, siguió constantemente su curso y llegó con su pueblo al fin de su viaje. Y he aquí que en aquel momento Brahma, el Abuelo de los mundos, rodeado de todos los dioses y de magnánimos rishis, cubiertos de adornos, vino al encuentro de Kakutstha, que se disponía a subir al Cielo. Carros divinos por centenares de kotis le acompañaban. El espacio se revistió de divino esplendor; una luz sin rival apareció, producida por el resplandor, la gloria propia de los Bienaventurados, de los Santos. Soplaron brisas puras, embalsamadas, deliciosas. Cayó una abundante lluvia de flores derramadas por los devas. Entonces, al ruido de centenares de instrumentos de música, y entre los cánticos de gandharvas y apsaras, Rama entró con los dos pies en las aguas del Sarayú. Entonces el Abuelo, desde lo alto de los aires, pronunció estas palabras: «¡Ven, oh Vishnú, y sé feliz! ¡Por fortuna, hete aquí llegado, oh Raghava! Con tus hermanos, que aseméjense a dioses, entra en tu propia mansión; aquella de entre tus residencias propias que tú prefieres, héroe de los grandes brazos, ven a ocuparla, trátese de tu residencia vishnusiana, poderoso dios, o del eterno éter; sí, tú eres la vía de los mundos. Los hay que no te reconocen, sin Mayá, la de los grandes ojos, tu antigua esposa, ¡oh tú, el inconcebible, el Gran Ser, que ni muere ni siquiera envejece! La mansión que prefieras, héroe ilustre, ocúpala personalmente.»

A este lenguaje del Abuelo, el sapientísimo Rama, que había tomado su decisión, entró en el esplendor vishnusiano con su cuerpo y sus hermanos segundogénitos. Luego, aquel dios, que no era otro que Vishnú, las divinidades le rindieron sus homenajes: sadhyas, grupos de maruts, con sus Indras, precedidos de Aní, los divinos batallones de rishis, gandharvas, apsaras, suparnas, nagas y yakshas, daitias, danavas y rakshasas. El tercer Cielo por entero, en el seno de la abun-

dancia y de la alegría, en el colmo de sus deseos, desembarazado de toda mancula, resonaba al grito de: «¡Viva! ¡Viva!», lanzado por los devas.

Entonces Vishnú, el gloriosísimo Rama, dijo al Abuelo: «Es preciso que asignes una mansión a toda esta multitud, ¡oh dios leal! Todos estos gloriosos héroes me han acompañado movidos por el afecto. Mis devotos merecen ser bien servidos, ya que han renunciado a la vida a causa de mí.» Así habló Vishnú. El Señor Brahma, el Gurú de los mundos, respondió: «Los Mundos llamados Santanakas, que a ellos vayan todos juntos. Todo animal, sea el que sea, que pensara en ti y dejara sus alientos por devoción a ti permanecerá en el Santanás. Allí donde yo, Brahma, he reunido todos los atractivos, en la vecindad inmediata del Brahmaloka, vanaras y rikshas irán a ocupar el sitio que les está destinado. Todos los que son salidos de los suras, esos progenitores de suras, es en medio de ellos como Sugriva penetrará en el orbe solar, donde se juntarán con los pitris en presencia de todos los dioses.» A estas palabras del amo de los devas, habiendo alcanzado al Gopratara, todos descendieron al Sarayú, los ojos llenos de alegres lágrimas, que les turbaban la vista. Cada uno se hundía en las aguas y en ellas dejaron con alegría sus alientos, y, tras haber dejado su cuerpo humano, tomaban asiento en un carro celestial. En cuanto a aquellos que hallábanse en cuerpo de animales y que por centenares entraron en las aguas del Sarayú, iban al tercer Cielo con cuerpos de suras en cuanto al esplendor. Divinizados por aquella celestial envoltura, centelleaban como dioses. Llegados al Sarayú, los seres inmóviles y los que se remueven, una vez humedecidos por sus ondas, iban al Devaloka. Cuando hubieron entrado a su vez, rikshas, vanaras y rakshas arrojaron su cuerpo en el río y llegaron al Cielo ellos también. Tras haber instalado a todos en el Paraíso, el Gurú de los mundos, acompañado de los dioses, transportados de alegría, se volvió al tercer Cielo, su sublime mansión.

## SARGA CXI Y ULTIMO

### EXCELENCIAS Y VIRTUDES DEL RAMAYANA

Tal es con su complemento el poema, venerado de Brahma, llamado el *Ramayana*, el más hermoso de todos, que tiene a Valmiki por autor. Fue entonces cuando Vishnú se encontró

en el Svargaloka, lo mismo que antes, él, del que está lleno este triple universo por entero, con los seres móviles y los seres inmóviles. No obstante, devas, con los gandharvas, siddhas y paramarshis, escuchan siempre con placer el poema de Rama, en el Cielo. Este relato, que procura larga vida, prosperidad, la destrucción de los pecados, el *Ramayana*, semejante a los *Vedas*, el Sabio lo recitará delante de los hombres de fe. El que no tiene hijos, tendrán un hijo; el que carece de fortuna, llegará a ser rico; será liberado de todos sus pecados, el que recite siquiera no sea sino un pada de este poema. El hombre que llega a cometer faltas todos los días, si recita un solo sloka, quedará enteramente purificado. Al recitador dadle trajes, vacas, dinero. Cuando está contento, todas las divinidades están satisfechas asimismo. Esta historia que prolonga la vida, el *Ramayana*, el que la recita es magnificado, así como sus hijos y sus nietos, en este Mundo, y, a su muerte, en el otro. El *Ramayana*, sea a la hora en la cual se suelta a las vacas, sea en medio del día, o después de comer, o por la tarde, aquel que le recita con recogimiento jamás cae en el infortunio. La deliciosa ciudad de Ayodhya, no obstante, tras haber permanecido una larga serie de años desierta, encontrará en Rishabha un príncipe que la repoblará. Este relato que procura la longevidad con el bhavishya y el uttara, y que tiene por autor al hijo de Pracetas, Brahma, él mismo le dio su aprobación.

*Tal es en el venerable Ramayana  
el primero de los poemas, obra de Valmiki, el rishi,  
el último de los Sargas.*

FIN DEL RAMAYANA

## NOTAS

(1) La primera religión de la India, como la de todos los pueblos, debió de consistir en un naturismo vago y elemental, en virtud del cual serían adoradas las fuerzas de la Naturaleza. Luego, cuando ya entró en juego la fantasía, advino, a juzgar por las imágenes descubiertas en las excavaciones de Mohenjodaro (valle del Indo), un tipo de religión protobinduísta, de tipo fálico, lo que parece indicar que Siva, cuyo culto tiene netamente carácter fálico, pudo ser una divinidad prehindú. Es decir, que hubo, al parecer, cultos no arayos aún, autóctonos dravidianos, todavía representados hoy en ciertos distritos montañosos del Indostán por tribus cuya religión es aún de tipo animista. De esta religión dravidiana, al llegar los invasores arayos, y con ellos el culto a las potencias de la Naturaleza, se pasó al concepto de éstas tal cual está expresado en los himnos védicos; es decir, al vedismo, nombre que recibió a causa de los libros sagrados llamados Vedas («Conocimiento divino»), que reverenciaban a las fuerzas naturales, pero ya divinizadas. La sistematización del vedismo, es decir, su evolución filosófica y ritual, condujo al Brahmanismo, que instituyó las castas y una clase sacerdotal hereditaria, además de dar a los dioses védicos y sobre ellos la hegemonía, a un Absoluto impersonal, lo Brahmán, pronto transformado (pues el hombre necesita concretar, ver, tocar todo para tratar de comprenderlo), en el dios Brahma, que tanta importancia tiene en el Ramayana, hasta evolucionar y cristalizar en la región actual, el Hinduismo.

El Hinduismo o Brahmanismo sectario, forma actual de la religión brahmánica en la India, es, pues, un sincretismo politécista, con Vishnú y Siva como sustancia, casi monoteísta. Es decir, un brahmanismo sinerético, a la vez panteísta, politeísta, idólatra e incluso fetichista, que empezó a constituirse hacia el siglo III de nuestra era, como una mezcla de antiguas doctrinas brahmánicas unidas a ideas tomadas del budismo, más creencias groseras de los dravidianos y de otras poblaciones arayas. Los hindúes dan a su religión el nombre de Sanatana Dharma. «Re-



ligión eterna», porque reposa, según afirman, sobre principios eternos, o bien Vaidika Dharma, por estar engendrada y fundada en los principios o sobre los principios de los Vedas. Formada por la experiencia religiosa de millones de seres en el correr de los tiempos, sus adeptos se cifran por decenas de millones y su fuerza es enorme, no obstante carecer de un «Credo» común a todos sus fieles, de una filosofía única, de «Papa», de «Colegio cardenalicio», de un libro equivalente a la Biblia cristiana, e incluso de culto uniforme. Los libros sagrados hindúes hablan de sus divinidades sin hacer historia y sin ofrecer redentor, pues, según ellos, son los hombres, de tener necesidad de redención, los que deben redimirse por sí mismos a fuerza de buenas obras. Y cuanto afecta a lo divino, a lo moral y a lo litúrgico, está expresado en ellos en la lengua más rica de la antigüedad, el sánscrito. Estos libros sagrados son los Vedas (siempre objeto de gran veneración, por contener, según los que en ellos creen, la Verdad divina en su forma más sagrada y antigua), los Brahmanas, los Upanishads, los Puranas y los Tantras, que con el Ramayana y el Mahabharata forman la base de su riqueza religiosa.

El Hinduísmo, sistema a la vez religioso y social, tiene como pilares el reconocimiento de la ortodoxia de las Escrituras y de las tradiciones brahmánicas, la adoración de los dioses y de sus encarnaciones, la observación minuciosa de las reglas de casta relativas al matrimonio, a la alimentación y a la bebida, y, en fin, la consideración de la vaca y el mono como animales sagrados.

Las grandes epopeyas, los Puranas después, y, en fin, el misticismo mágico de los Tantras jalonan la historia del Hinduismo, amalgama bajo el patronato de la casta brahmánica, de una confusa mezcla de tradiciones hindúes amasadas, como digo, bajo el patronato de esta poderosa casta. Lo Brahmán de los Brahmanas, forma neutra e impersonal de lo absoluto, ha sido reemplazado por un dios, Brahma, creador. Este, a su vez, se halla asociado en una Trinidad (Trimurti) a Vishnú, conservador, y a Siva, destructor y al mismo tiempo engendrador de la vida nueva. La primera persona, Brahma, raramente recibe un culto especial: unos pocos templos tan sólo le están consagrados. No es más comprendido y, por tanto, reverenciado por el pueblo hindú que el Dios Padre por la masa de católicos. En cambio, Siva y Vishnú no han dejado de ser populares durante muchos siglos, a lo que han contribuido, y no poco, sus infinitas representaciones plásticas. Grotescas o no, esto no cuenta. El pueblo necesita ver para creer. Arrodiarse ante un fetiche, por absurdo que sea

Siendo dios, la forma lo mismo da. Incluso si es una gruta, una piedra, un río o un árbol. Hoy mismo el mundo religioso del Hinduismo se divide principalmente en vaihnavas (vishnuitas) y saivas (shivaitas). Por supuesto, estas divinidades son menos reverenciadas en sí mismas (ya digo que los dioses tienen que acercarse mucho al pueblo para llegar hasta él) que en sus manifestaciones; Vishnú, en sus encarnaciones principales (avata ras); Rama o Krichna; Siva, en las personificaciones femeninas de sus energías (saktis); Parvati, Kali, Durga.

Además de estas divinidades mayores, por decirlo así, hay en los templos hindúes infinidad de divinidades menores, de demonios (demonios en el sentido de los «daimon» griegos, es decir, divinidades de categoría inferior) y de objetos sagrados adorados por el pueblo. Y es principalmente hacia ellos a los que en la India, como en todas partes, se vuelven los menos cultivados, y muy particularmente las mujeres, para implorarles aquello de lo que tienen necesidad. Estos templos son allí numerosísimos; pero más que iglesias son «palacios divinos». En ellos se hacen ofrendas, a veces de animales (en particular cabras negras en los santuarios de Kall). Pero, en general, los sacrificios son sangrientos, sobre todo los ofrecidos a Vishnú. Las ofrendas no animales consisten en flores, frutos, hojas de ciertos árboles, etc. El culto doméstico es sencillo: el hombre debe, al levantarse, prosternarse vuelto hacia el Sol y verter un poco de agua a guisa de ofrenda. Debe además inclinarse respetuosamente al pasar junto al santuario de su aldea, visitar de tiempo en tiempo los templos y hacer, al realizarlo, un don a los sacerdotes. Las fiestas religiosas principales son las de las Lámparas (Dipavali) y la del aniversario de Krishna o Krichna. Rito común a todos es el de quemar los cadáveres antes de lanzar sus cenizas al Ganges o a algún otro de los ríos sagrados; los demás, relativos al nacimiento, esponsales y matrimonio (todo hombre debe casarse, pues sólo un hijo podrá cumplir los ritos últimos que ayudarán al viaje progresivo del alma tras la muerte), son celebrados especialmente en las castas superiores. El de la entrega de la redecilla sagrada, a los varones, es exclusivo de la brahmánica.

El primer «secreto» de la religión hindú es el siguiente: que todo cuanto es (existe), los dioses y los espíritus, la multitud de los humanos, las fuerzas de la Naturaleza, todo el reino animal, las plantas, las montañas, los bosques, los ríos y los océanos constituyen las diversas e innumerables partes de la divinidad. Panteísmo total que veremos confirmado cien veces en el Ramayana y que, por ser la esencia de esta religión, no ha cambiado, pese a los siglos.

El segundo secreto es la doctrina, según la cual el mundo sensible, que nos parece tan real, no es sino pura ilusión (la *Mayá del Ramayana*), y que inevitablemente está destinado a la desaparición: tan sólo lo *Brahmán*, lo no Cognoscible, lo Inconcebible, es inmutable y eterno.

Como doctrina, los hindúes tienen esencialmente la creencia en un alma individual que se reencarna en el tiempo innumerables veces hasta que, purificada y libre del fardo del *karmán* (de sus obras), es absorbida en lo Divino, en lo *Brahmán*.

El Hinduísmo comprende una numerosísima variedad de sectas. Pero una tolerancia llevada al máximo, verdadera fraternidad incluso, existe entre ellas. No hay creyentes en ninguna religión más piadosos que los hindúes. Los muchos millones que allí adoran a sus divinidades, lo hacen siempre entera y profundamente.

(2) La religión islámica entró en la India con Mahmud de Chazni (997-1070), primer conquistador musulmán que llegó a este país. Su sucesor, Kutah-ud-din, fundó la primera dinastía musulmana en el Pendjab, dinastía que duró hasta 1280. La invasión de Tamerlán (1398-1399) acabó con la dominación árabe en la gran península. Los musulmanes, tras asentarse en la India su religión, acabaron o casi, con el Budismo, que no pudo sobrevivir sino en el Nepal, el Sikkim y el Bhután, estados himalayos en los que sigue dominando. De la India y de Ceilán, el budismo se extendió hacia Oriente (Birmania, Siam, Camboya, Malasia, Sumatra, Java y ciertas partes de Borneo y de Filipinas); hacia el Norte, Tibet y China, y desde ésta, a Corea y al Japón. Sus adeptos pasan hoy de 500 millones. (Véase mi *Mitología Universal* sobre estas cuestiones.)

(3) El Cristianismo, de creer a la tradición, fue llevado a la India por el apóstol Tomás. En todo caso, parece seguro que ya en el siglo IV había en la costa de Malabar «cristianos de Santo Tomás». Son administrados por un arzobispo indígena y por la metrópoli de Ernakulam. Su teología y su liturgia son jacobitas. Tienen un sacerdocio en el que el celibato es obligatorio. Como lengua sagrada utilizan el siríaco. Los jacobitas son, como se sabe, los cristianos de Siria y del Irak, independientes de la fe católica y de la Iglesia de Oriente. Son gobernados por un patriarca, que tiene el título de «Patriarca de Antioquía», y que lleva siempre el nombre de Ignacio; reside en Mardín (Turquía). Los jacobitas pretenden que su denominación fue debida al apóstol Santiago, pero su verdadero fundador parece haber sido Jacobo Baradeus, que fue obispo de Edesa desde el año 541 hasta su muerte, en 578. Tienen, como los coptos, una teología

monofisita, es decir, que Cristo no tenía sino una sola naturaleza, a la vez divina y humana. El catolicismo, por su parte, fue introducido en la India por monjes portugueses en 1500, y Goa fue erigido obispado en 1543. San Francisco Javier había empezado a manobrar en la India a partir de un año antes, en 1542. En cambio, los primeros misioneros protestantes, dos alemanes, por cierto, no fueron enviados hasta 1705 y por el gobierno danés. Y el primer inglés, un baptista (partidario del bautismo de los «adultos», no de los niños, que, según ellos, lo sufren a la fuerza y sin que esté presente su voluntad; de los adultos y por inmersión completa, como Jesús en el Jordán), fue Guillermo Carey (si se quiere William, que hace más bonito), en 1795.

(4) Los sikhs son un pueblo hindú del Punjab o Pendjab (es decir, «País de los cinco ríos», vasta región del Noroeste de la India) y de las regiones vecinas, que forman una federación cimentada no sobre la raza, sino en las ideas y tradiciones religiosas. El fundador de la religión de los sikhs («discípulos») fue Nanak (1469-1538), contemporáneo de Lutero y que, como éste, «protestó» contra la religión de su tiempo. La confesión de fe, que acabó por establecer, se resume en esta simple fórmula: «Unidad de Dios y fraternidad entre los hombres». No puede ser más hermosa. (Véase sobre los sikhs el tomo III de mi Historia de las religiones.)

(5) Sobre el Jainismo o Djainismo véase mi Mitología Universal, a la que, por supuesto, envío al lector para ampliación o mejor comprensión de lo que ahora digo en todo lo relativo a la religión y mitología de la India o de otros países.

(6) Sobre el Budismo y Buda, véase mi Mitología Universal y la nota 106 de mi obra Pitágoras y el tomo III de mi Historia de las religiones.

(7) Los partidarios modernos de la religión de Zoroastro, descendientes de un grupo expulsado de Persia a causa de la persecución musulmana, constituyen los parsis actuales. Desembarcados en Din hacia el año 716, desde el 1640 su principal residencia es Bombay. (Véase sobre Zoroastro y los parsis mi Mitología universal, mi Historia de las religiones y mi traducción de El Avesta.)

(8) Los judíos, que no faltan en la India, como por todas partes, hállanse, sobre todo, diseminados en las ciudades del estado de Cochín, principado del Dekkán, situado en la costa Malabar, bañada por el mar de Omán. En este estado, de su millón aproximado de habitantes, un tercio, poco más o menos, son judíos; otro tercio, cristianos; los demás, hindúes. Este estado, hasta el

año de la independencia de la India (1947), estuvo gobernado por un rajah (rey), tributario de los ingleses.

(9) Cultos no arios, autóctonos y dravidianos, representados en los distritos montañosos del Indostán.

(10) Jungla, por mal nombre, de jungle, en francés; en sánscrito, Jangala (sonido, el de la «j», más tirando a «che» que a jota española), país inculto. Luego en todo caso chungla.

(11) Dando lugar, en el campo filosófico, por ejemplo, a los discípulos de Scot Erigene y de Duns Scot, de Spinoza y de Kant. El realismo especulativo y matemático a un tiempo de Scot Erigene hace pensar en los conceptos matemáticos fundamentales de Zenón de Elea, que seguramente conoció durante sus viajes a Oriente, y especialmente en la filosofía sankhya, cuyo carácter matemático y particularista no excluye el misticismo. Por su parte, Duns Scot era, a través de Ibn Gebirol (Avicibrón), discípulo de Alejandría, escuela donde aflúan todas las doctrinas de la India al mismo tiempo que las del Oriente propiamente dicho, y cuya filosofía, a causa de su precisión dialéctica, hace pensar en el método, severamente dialéctico asimismo, del sistema nyaya. El fondo de la doctrina del doctor sutil es un panteísmo místico, filosofía india por excelencia. En cuanto a Spinoza, no hay duda que bebió no tan sólo en Ibn Gebirol, sino en Ibn Roschd (Averroes), influenciado más o menos por el sistema vedanta. Spinoza y Descartes, antipodas tanto en el fondo como por la forma, el uno todo síntesis, el otro todo análisis, distribúyense, vencedores, el dominio del pensamiento indoeuropeo. Para Kant, como para Descartes, los derechos de la razón son anteriores y superiores a todos otros. La razón es para ellos el gran juez de todo. La doctrina de Kant, tal vez un poco excesiva, que conduce a negar la realidad objetiva, llevando a ver en las representaciones concretas puras ilusiones (consecuencia del abuso de su idealismo trascendente relativo a la cosa en sí, Ding-an-sich, y al fenómeno, Erscheinung), apuntaba ya en el filósofo árabe Ibn Badja, del siglo XII, y aún más en el vedantismo en su evolución final, la mayá, doctrina singular expuesta en los últimos Upanishads, y que Kant pudo conocer tal vez por algún viajero inglés, y en la maitri, que la resume mediante el axioma de que la forma material, murtam, es ilusoria, asatyam; que el mundo carece de toda realidad, avastú, que es pura fantasmagoría, mayá. La idea de que todo es pura ilusión (creencia firmísima de la nación india, en su conjunto, invenciblemente absorbida por la Mayá), ha tenido una gran influencia en las últimas redacciones del gran Poema; y saliéndose del cuadro de la filosofía vedántica ha acabado por

invadir todas las escuelas filosóficas de la India, así como todas las sectas del hinduismo, si se exceptúa el sistema vaiceshika, sistema analítico a fondo, hasta el átomo, tanto en física como en psicología.

(12) Veda, palabra que en sánscrito significa saber, tiene dos aspectos: el de conocimiento y el de iniciación religiosa.

(13) Estos sistemas son: el sankhya, de Kaplia, dualista; el yoga, de Patanjali, que trata de unir el individuo al alma universal; el nyaya, de Gotama, lógico; el vaiceshika, de Kanada, atomístico; el mimansa, de Diaimini, exégesis de los Vedas, y el vedanta, de Baradayana, que proclama la unidad del ser y la nada de los fenómenos, sistema el más extendido (véase nota 39). Hay, además, sistemas heterodoxos, como el lokayatas, de Charavakas, materialista, según el cual la materia es la sola realidad, y el espíritu, función del cuerpo (poco más o menos la doctrina defendida en el siglo XVIII por Cabanis, y luego, por todos los materialistas, florón filosófico también de Marx y Engels y que ilumina, en lo que a religión y filosofía afecta, el materialismo histórico); simple función del cuerpo, el espíritu, decía, tras la muerte, el alma vuelve a la nada de donde ha salido; y el soberano bien es en este sistema, la felicidad; y hombre feliz aquel que mejor goza de sus sentidos. Salvo en esta última parte, esta doctrina, puramente racionalista, tuvo muchos y muy importantes defensores (quiero decir hombres que por su cuenta pensaron lo mismo), entre ellos Aristippos de Kirene y el más grande de los filósofos de la antigüedad: Epikouros (Epicuro).

(14) La historia de la ciencia de la India, cuyos primeros datos pueden ya recogerse a partir de la mitad del segundo milenario antes de la era cristiana, ha continuado viva hasta nuestros días. Sus primeros vestigios se hallan (me refiero a la ciencia, no a su historia), como todo en aquel país, en textos no propiamente científicos, sino religiosos; pero en los que ya se ve lo mucho que se habían ocupado los hombres pensantes de entonces en lo que afectaba a la Naturaleza tanto teórica como prácticamente.

En los Vedas se hallan ya, gracias a ciertas alusiones, las primeras ideas científicas de la India relativas a enfermedades, drogas y astros; y común a la India y al Irán, lo relativo al orden normal del Mundo, rta, en sánscrito (lo «normal», lo «verdadero»), y arta (primitivamente asha) en el Avesta. Este orden es una especie de ley natural que preside y dirige la vuelta regular de los fenómenos astronómicos y de las estaciones (regularidad que, como es natural, hizo pensar en una causa que tan sólo una ley fija podía haber establecido y determinar), y como

consecuencia de ello, que regía todo. No habiendo efecto sin causa, esta ley inducía a llegar hasta una causa superior, con lo que la noción de Dios quedó establecida en virtud de la reflexión, como antes lo había sido a causa de la sorpresa y del miedo.

En el Rig-Veda, los astros son ya nombrados, y el año, estimado en trescientos sesenta días, repartidos en doce meses (I, 25, 8), más uno intercalar, de treinta días, del que habla el Atharva Veda (XII, 3, 8).

En lo que a la matemática respecta, no se posee ningún tratado especial de las épocas védica y brahmánica. Pero la propia lengua védica prueba el uso de números muy elevados, pues posee los nombres de números para todas las potencias de 10 hasta  $10^6$ . Ya veremos en el Poema muchos de estos números, y de tal cuantía a veces, que, por ejemplo, resulta casi imposible calcular, ni en múltiplos de millón, el número de vanaras y rikshas que forman el ejército de Sugriva, el rey de los monos. Más precisas son, no obstante, que sobre aritmética (bien que sobre la agudeza de los sabios hindúes acerca de esta ciencia sean buena muestra ejemplos o problemas tales que el del Ajedrez y el de La Torre de Brahma), las nociones sobre los principios de la geometría, a propósito de los que quedan indicaciones preciosas. Esta ciencia, en efecto, intervino desde muy pronto en la construcción de los templos. En los propios Kalpasutra, que dan las reglas relativas al ritual, están los Salvasutra («Aforismos sobre los cordeles»), consagrados especialmente a las reglas que se empleaban para la construcción de los altares. El Suryasiddhanta contiene la primera tabla de senos, y Aryabhata consagra el segundo capítulo de su obra, el del cálculo (ganita) a la aritmética y al álgebra. En él se extraen las raíces cuadradas y cúbicas por el mismo método que hoy, y en álgebra llega hasta resolver mediante fracciones continuas dos ecuaciones simultáneas indeterminadas de primer grado. En geometría da el siguiente valor a «pi»:  $\pi = 3.1416$ , lo que expresa de este modo: «Sesenta y dos mil ochocientos treinta y dos es, aproximadamente, la circunferencia cuyo diámetro es veinte mil»; es decir,  $\pi = 62.832/20.000 = 3.1416$ .

En lo que al arte de la medicina afecta, le vemos aparecer en los textos védicos más antiguos unido a la magia; es decir, como en todos los pueblos primitivos. Numerosos himnos del Atharva-Veda son utilizados como encantamientos mágicos. El Kausikasutra indica incluso el ritual que se debe seguir. O sea que muy pronto la medicina mágica la vemos en los Vedas acompañada de un vocabulario que demuestra observaciones muy avan-

zadas en lo relativo a la estructura del cuerpo humano, así como en el de ciertos animales, como, por ejemplo, el caballo, víctima, como se verá, del principal de los sacrificios, el asvamedha. No obstante, en otros textos primitivos la magia domina aún. La etiología de las enfermedades apenas es iniciada en ellos. El origen de las enfermedades es más bien de orden mágico o mítico que patológico. Para acabar esta brevísima revista a la ciencia médica india, indicaré que si bien los textos clásicos médicos de la escuela hindú son más recientes que el *Timaios*, de Platón, sus elementos y sus exposiciones son más antiguos que este diálogo. Luego sobre no poderse pretender un préstamo del mundo helénico a la India en este dominio, es, por el contrario, muy posible que haya habido una influencia hindú en la Colección hipocrática y en la doctrina del *Timaios*. La comunicación de ideas hindúes en ciertos medios médicos griegos de la época de la Colección hipocrática y de Platón, está demostrada por la mención en el tratado De las enfermedades de las mujeres, de un medicamento indio, la pimienta, y de recetas médicas hindúes, y que tal ocurriese no es de extrañar, puesto que las ideas pasarían a través del Imperio persa, que, por un lado, tocaba a la India y, por otro, a Grecia, países entre los que establecía vías comerciales, por las que al mismo tiempo deslizábase, sin duda, la ciencia; vías que nos son conocidas por Strabón y por Plinio. Además, cosa admitida era en la época aristotélica que, incluso antes de la expedición de Alexandros al Asia, intelectuales indios habían llegado hasta Grecia. Aristoxenos de Taranto cuenta, por otra parte, que un sabio indio vino a Atenas a visitar a Sócrates. La cosa es tanto más verosímil cuanto que los propósitos que pone en su boca no están en modo alguno fuera de la perspectiva del pensamiento hindú de entonces.

(15) El símbolo de Siva, a causa de ello, es el órgano masculino de la generación (*linga*), o bien la combinación de los dos atributos sexuales complementarios, *linga*, masculino, y *yoni*, femenino. La popularidad del sivaísmo es debida en gran parte a la ferviente actividad de dos misioneros campeones de su creencia: Sankara y su maestro Kumarila Bhatta; así como a otro brahmán, Basava, muerto el año 785. La influencia de Sankara (788-830), gran teólogo brahmánico, fue enorme cuando el despertar del Brahmanismo tras el Budismo. Fue el creador del sistema de filosofía *Adyaita vedanta*, cuyo idealismo es uno de los más profundos de la filosofía hindú. El culto al *linga* sólo excepcionalmente va asociado a la licencia y al erotismo. El elemento erótico es particular a las sectas *Saktas*, que han desarrollado una abundante literatura sagrada, que describe con



libertad sin límites las prácticas eróticas, y que, conforme en gran parte con el tantrismo (sistema especulativo y ritual en sus dos ramas, hinduista y budista, que trata tanto de obtener el conocimiento salvador, la salvación y la unión con lo divino mediante la ciencia esotérica, como, y es lo más frecuente, propósitos y fines puramente mágicos para llegar al éxito en los negocios o en amor, evitar las enfermedades, perjudicar a los enemigos, etc.), decía, hacen de la unión sexual el medio que permite alcanzar la liberación o el nirvana. Otro de los símbolos de Siva es el toro (Nandi), personificación de la potencia sexual, toro que sirve con frecuencia de compañero y de montura al dios.

(16) En cada una de sus numerosas formas y encarnaciones, Siva va siempre acompañado de una compañera, su sakti, personificación del principio femenino. Tal sakti es «su otra mitad» y, en general, representa una intensificación de sus atributos; de tal modo que de ordinario Siva es adorado en estas personificaciones femeninas, como Vishnú lo es en sus avatares. Con objeto de mostrar la unidad total y absoluta de los dos principios reproductores que se dan en este dios, tan plural en todo, Siva es aún representado con frecuencia bajo una forma hermafrodita; es decir, cuando tal ocurre, con el sexo femenino más el órgano sexual masculino. Pero, como digo, de ordinario su sakti es su representación propia y bajo la cual es considerado y adorado. En su faceta destructora es simbolizado por Kali, la gran y terrible diosa a la que Calcuta debe su nombre (Kali-Kutta); la forma reproductora tiene como imagen el yoni (el órgano sexual femenino), y en este caso, como tipo de la hermosura femenina, Siva es Umá; como demonio hembra perverso y bebedor o bebedora de sangre, es Durgá (la «Inaccesible»); como montañera del Himalaya, es Parvati, benéfica siempre. Si, como se ve, sus encarnaciones son numerosas, sus nombres mucho más: un capítulo del Siva-Purana menciona 1.008 diferentes. Más adelante veremos los que son citados en el Poema.

(17) Su danza representa, a creer a los que siguen estas curiosas fantasías, las cinco actividades divinas: creación del Universo, su conservación, la destrucción del Mundo, la encarnación de las almas y la liberación en el ciclo de las existencias. Los procesos cósmicos, según aseguran, perfectamente simbolizados en las contorsiones del divino bailarín, son considerados como la sucesión de ciclos inmensamente largos, en el curso de los cuales el cambio sucede al cambio. A causa de su rítmica facultad móvil, Siva es llamado: «El danzante que, semejante al calor en potencia en la leña del hogar, difunde su fuerza en el espíritu

y en la materia y las hace bailar sucesivamente.» Siva, considerado como danzante, es honrado, celebrando en su honor bailes y piruetas hasta hartarse. (Véase sobre la célebre danza de Siva, denominada «la Tandava» mi Mitología Universal.)

(18) El propio Brahma, primera gran figura de esta trinidad, he aquí cómo su nacimiento es descrito en las Leyes de Manu: «Lo Brahman, Espíritu único que existe por sí, hizo emanar las aguas de su sustancia, las colocó en un «huevo de oro» y de él, en la época fijada, salió El bajo la forma masculina de Brahma, que llegó a ser el Padre y Creador de todos los seres.» Los brahmanes más cultivados y los hindúes de espíritu asimismo más trabajado y escogido pueden tal vez, acercando, sublimando la idea, que representa la palabra Brahma a la que encarna la expresión lo Brahman, considerar al primero como a éste, es decir, como algo absoluto, como concepto que expresa y no otra cosa la idea de espíritu supremo y universal; pero este concepto es demasiado sutil, demasiado absoluto para el hindú vulgar, el ignorante, el que adora a la diosa Kali, representada, como se la suele seguir representando, divinidad la más terrible de aquel panteón religioso, como una negra de cara triangular, con los ojos inyectados en sangre y la lengua colgando: para que el hindú no letrado, decía, la comprenda. Como tampoco los que se postran ante los millares de ídolos con cabeza de mono o de elefante; es decir, en lo que ha venido a parar esa síntesis de creencias, de supersticiones y de instituciones ancestrales de la India, que es el actual Hinduismo. Y a causa de ello, el que lo absoluto, lo Brahman, no sea adorado especialmente, como los demás dioses, y tan sólo objeto de meditación abstracta, practicada por los sabios y videntes de aquel país. Y que incluso Brahma, primera figura de la Trimurti, sólo sea objeto de culto en reducido número de templos, por ejemplo, en Pushkara, cerca de Aimer, donde es representado como un hombre rojo, con cuatro cabezas y cuatro brazos, y que, junto a la diosa Saravasti, su compañera, cabalga a un cisne o un ganso. Los pocos que llegan hasta él, es decir, que creen comprenderle y por ello creen, lo hacen a través de cosas tan peregrinas como las siguientes: Que su Prajapati («Señor de las criaturas» y padre de todas las cosas creadas), una vez que ha engendrado el Universo, permanece sin experimentar cambio durante dos mil ciento sesenta millones de años, es decir, durante uno de sus Días. Luego todo es devorado por las llamas: Brahma «duerme»; pero cuando despierta forma de nuevo el Mundo. Y este proceso de creación y de destrucción se reproduce hasta que

Brahmā haya alcanzado una existencia de cien años (lo que hace un lapso, que, dada la duración de un día de Brahmā, es preciso expresar con un número de quince cifras). Entonces es consumido totalmente, al mismo tiempo que los demás dioses y que los sabios que hayan sobrevivido a las conflagraciones precedentes. Mas para que de sus cenizas, Fénix eterno y prodigioso, nazca un nuevo Brahmā, con el que el ciclo empieza de nuevo (la doctrina de «la vuelta eterna», llevada a sus últimas consecuencias).

(19) En Gurukula, universidad-monasterio que, con el pensamiento puesto en el remoto pasado y fe absoluta en la toda sabiduría de los textos antiguos («Todo está en el Veda». «Quién conoce el Veda lo conoce todo», que decía el propio Gandhi); es decir, en los Vedas, los Brahmanes y los Upanishads, fundaron a principios del siglo actual los primeros campeones de la independencia hindú, los alumnos, sin distinción, de castas, lo que es ya un progreso, entran a los siete años y se instruyen durante catorce. Durante diez no deben volver a ver a sus padres; su lecho, salvo el apoyo para la cabeza, es de planchas de madera desnuda; se levantan a las cuatro de la mañana, celebran el sacrificio del fuego dirigidos por un gurú («maestro que ha alcanzado el conocimiento total y el completo dominio de sí mismo») y desde el primer día y paulatinamente practican el yoga, tanto físico como mental. Su alimento consiste exclusivamente en arroz y garbanzos; jamás carne. Y en adelante, la vida para cada alumno, para quien no habrá otro universo que los edificios y jardines de Gurukula, ni otra familia que su gurú, ni ocupaciones fuera de la práctica del yoga y el estudio de los textos sagrados, será la siguiente: a los veinte años, renovación de los votos formulados al entrar en la universidad; hasta los veinticinco, seguir completando lo ya adquirido y practicando la continencia (brahmacharya): nada de carne, nada de alcohol, nada de tabaco ni de espectáculos: estudio y yoga, y yoga y estudios. A los veinticinco años, casarse y fundar un hogar. A los cincuenta, ya sus hijos tras sus huellas o colocados en el mundo, abandonarlos, así como a su mujer y su casa, para retirarse a un ashram (convento) o a la jungla, como los antiguos rishis del Ramayana para practicar en ella la meditación y unirse a Dios el cuerpo totalmente dominado mediante ella y la inmovilidad. A los sesenta, ponerse el hábito amarillo y empuñar el tazón de hierro o de cobre para hacer las abluciones y recoger las limosnas, y echar a andar hasta..., hasta que la muerte le salga al paso. Este es el fin, incomprensible para otros hombres; pero natural, obligado incluso, para ellos. Obligado para muchos, sí, que tras

haber sido todo en el mundo a causa de su pasada situación social o política o de sus riquezas, renuncian a este todo, como Buda, con tal de alcanzar lo mejor que, según ellos, se puede alcanzar: la unión con el Todo en el Nirvana. Que, evidentemente, cuantos han nacido alcanzaron y alcanzaremos el mismo fin, sea cual sea el camino que sigamos, seguro estoy de ello; que el por ellos escogido, puesto que en él creen absolutamente, les hará tan felices como a otros el practicar lo contrario, también lo afirmo por no dudarlo; así como que su paz espiritual y su salud corporal serán infinitamente superiores a las de sus oponentes. Pero que con ello ni la India saldrá del atraso y miseria en la que seguir en el pasado la hunde, así como que, a la marcha que va la renovación espiritual y material del Asia, Gurukula y sus prácticas milenarias no durarán mucho, de esto tampoco me cabe la menor duda.

(20) Porque si se habla de fanatismo y de ignorancia pensando en lo que se respeta, se venera y se cree en otras religiones y en prácticas que unas veces nos horrorizan y otras nos mueven a risa o a desdén, no se olvide que los creyentes de estas doctrinas pueden pensar otro tanto de nosotros y horrorizarse de nuestras luchas religiosas y de mil hechos, como la muerte de Hypatia, considerar con desdén las contiendas que promovieron tanto concilio y reír pensando en muchas cosas que nosotros tomamos en serio.

(21) Ahimsa, principio hindú de respeto absoluto a toda criatura viviente, humana o animal. Muchos en la India, los djainistas los primeros, consideran como la esencia misma de la sabiduría el hecho de «no matar nada», ni siquiera una horiniga que encontremos en nuestro camino o una mosca caída en un puchero o en un vaso de leche.

(22) Dejando las cimas y volviendo al pueblo siempre, por el contrario, ignorante, fanático y vulgar en todas las religiones, creo que es el momento de decir unas palabras sobre un hecho reciente sumamente curioso. Me refiero a la afortunada huida (pues con ella seguramente se ha evitado un crimen) del Dalai-Lama tibetano, gracias a la cual ha evitado el caer en manos de las tropas comunistas chinas. El hecho es no tan sólo afortunado, sino curioso por varios conceptos. Y como éstos son los que ahora nos interesan, lo voy a referir y a comentar brevemente. Como se sabe, el Budismo, al ser aniquilado y expulsado de la India, se refugió, entre otros países de Asia, en el Tibet. A su llegada a él había una religión llamada Boen o Bon, paganismo salvaje, mezcla de animismo y de chamanismo (véase mi Mitología Universal), que rendía culto a un dios o

ídolo Bo-Po y a la demonología. Pero habiendo el rey Sont Tang-Gambo tomado dos esposas, una china y otra nepalesa, ambas budistas, convirtiéndose él también a esta religión, y con ello entró el Budismo en el Tibet. Esto hecho, intervino el clero budista, y un monje hindú adepto de esta creencia, Padma Sambhava, fundó la secta de los «bonetes rojos», y en 749, el monasterio (que existe aún) de Sam-ye, a cincuenta kilómetros de Lhasa. Esta secta, como su fundador, era y es partidaria del tantrismo, que, a causa de su naturaleza esotérica y mágica, iba como anillo al dedo al temperamento tibetano, que, como acabo de decir, habíase entregado con delicia durante siglos a las prácticas chamánicas y a la demonología. Muchos años más tarde, un chino, monje budista también, Tsong-Ka-Pa, fue a establecerse a Lhasa hacia 1390, y en esta ciudad fundó otra orden, la de los «bonetes amarillos», que pronto adquirió gran importancia y que hoy mismo es la organización religiosa principal del Tibet. El jefe de esta organización, soberano temporal y espiritual a la vez del país, es el Dalai-Lama, el «Precioso Protector», el «Papa» del lamaísmo. Pero como la regla de los «bonetes amarillos» impone el celibato, este Papa-Rey tibetano (más Papa que rey en todo caso, pues el poder civil suele delegarse en el Pancha-Lama) no puede tener descendientes herederos. A causa de ello, cuando muere, los sacerdotes buscan ávidamente un niño que sea, como el muerto, encarnación de Chenrezi, dios protector del país, identificado al bodhisatva Avalokitesvara (véase mi *Mitología Universal*), más brevemente, si se quiere, a Buda. Es decir, que a la muerte de cada encarnación de Dios se busca con premura otro dios encarnado. Con lo que, en realidad, el Dalai-Lama es, para los que en él creen, Dios, Rey y Papa. ¡Envidiable cosa, sin duda! Sobre todo cuando no hay merodeadores comunistas por los alrededores.

Por supuesto, el nuevo Buda no es fácil de encontrar, como no era fácil de encontrar en el antiguo Egipto un bucy Apis cuando el anterior era inmolido, y ello porque el niño en cuestión ha de presentar, para que pueda ser reconocido como tal reencarnación de Buda, signos preciosos y característicos. Por ejemplo, marcas análogas a las de los tigres (sin duda la piel rayada) en las piernas; ojos alargados con las cejas encorvadas hacia arriba y hacia el exterior; grandes orejas y, en fin, o al menos esto es lo esencial, una huella en forma de concha en una de las dos palmas de las manos. Hallado el precioso retoño (de ser varios los atigrados, etcétera, los nombres de los afortunados son escritos en tablillas, puestas éstas en una urna de oro, y de ella, con ayuda de unos bastoncillos y mediante un con-

plicado ritual—en cuestiones religiosas, cuanto más oscuras y embrolladas las cosas, más pronto son creídas—, es sacada la que contiene el nombre del verdadero cobijo del dios); hallado el precioso retoño, decía, es proclamado «Buda vivo», reconocido como dios-papa-rey (no obstante elegir al punto al citado Pancha-Lama para delegar en él lo prosaico, lo terreno), y educado por los sacerdotes del modo más completo y estricto. En lo que afecta a mujeres, ni olerlas. Y eso que ahora veremos aparecer una junto al decimocuarto Dalai-Lama, descubierto y entronizado en 1939, teniendo, además de unas orejas fenomenales (su retrato de entonces está ante mis ojos pecadores), apenas seis años de edad. Las piernas, por desgracia, no se le ven, y lo siento, porque unas piernas atigradas deben de ser preciosas. Yo me he vuelto loco varias veces por algunas, que, aunque sin rayas, eran francamente turbadoras. ¿Qué me hubiese ocurrido de haber tan siquiera oído a felino? Pero sigo. La divinidad tampoco se le nota mucho. Claro que yo para esto de la divinidad soy algo exigente. Además, en un retrato se pierden muchas cosas. Cualquiera adivina tan sólo por un retrato mío cómo soy yo y cómo pienso. En fin, ya en antecedentes, vamos al hecho.

Este hecho en sí no puede ser más sencillo: los chinos en armas, que, como hace siglo y medio los ejércitos de Napoleón en España, diciéndose amigos y hasta liberadores, han invadido el Tibet, llegan a Lhasa, su capital. Lhasa, en tibetano, «la mansión de los dioses», es, además de, como digo, la capital política del Tibet, la ciudad santa del Lamaísmo. Acabo de decir también que esta religión es la forma tántrica del Budismo. El más hermoso de sus monumentos es el Potala, palacio inmenso, residencia del Dalai-Lama, verdadero «Vaticano del Lamaísmo». En él reside de ordinario el Buda-Vivo. Digo de ordinario porque en el verano se va a otro monasterio lamaísta situado en Nordulink, más arriba, en plena montaña. Esto dicho, he aquí lo ocurrido: A la llegada de las tropas chinas a la capital, el Dalai-Lama, que hoy tiene veinticuatro años (téngase en cuenta que esta nota la escribía cuando preparaba la primera edición de El Ramayana, hace casi diez años), hacía tres días que había dejado Lhasa por Nordulink. Advertido de los propósitos de los chinos, que llegaban decididos a apoderarse de él, o tal vez sospechándolo simplemente, lo que no es nada difícil conociendo el propósito que anima a la China actual y la suerte que allí ha corrido la religión, como, por supuesto, todas las viejas instituciones, escapa entre un grupo de sus sacerdotes, disfrazados todos de peregrinos tibetanos (Lhasa es también un sitio de peregrinación a causa del Buda-Vivo; en todas partes donde hay

algo que huele suficientemente a divinidad, los que gustan de este perfume acuden como moscas); es decir, con el traje tradicional de éstos: una especie de hábito de color hez de vino, que sujetan con un cinturón de pelo de yack. Voy a hacer un corto paréntesis para decir, por si alguno lo ignora, que el yack o yac es un animal perteneciente a un género de mamíferos rumiantes de gran talla, que se incluye en la tribu de los bóvidos, y propio de las montañas de Asia Central. Hay dos variedades —y a causa de ello se asemejan a los hombres: un malicioso diría que también a muchos de éstos por aquello de ser espléndidamente cornudos—: el gruñón y el mudo. En ambos el hocico es desnudo, los cuernos arqueados y muy hacia arriba, con frecuencia hasta de un metro de largos y el cuerpo enteramente cubierto de pelos grises, negros y blancos, sedosos y cayendo hacia el suelo. Estos animales, que llegan a pesar hasta 600 kilos (tienen, adultos, 1,80 hasta la cruz), han sido domesticados y de ellos se sirven para diferentes usos, como nosotros de sus primos, los bueyes. Pero les llevan ventaja a éstos no tan sólo en lo del abundante pelo, sino en la cola, particularmente provista, la de los yacks, de un mechón de sedas finas y largas, que recuerdan las crines de los caballos. En el Poema veremos hablar muchas veces de quitasoles y espantamoscas para los soberanos, hechos con cola de yack. Pues bien, ya tenemos una idea de lo que pueden ser. Esto sabido, volvamos con el fugitivo. Decía que, escabullido entre un grupo de falsos peregrinos ataviados tal cual he descrito, más su correspondiente bonete amarillo, al saber la llegada de sus enemigos a Lhasa, huyen de Nordulink, internándose al punto en la montaña. No se olvide que estamos en pleno «Techo del mundo», en el Himalaya, que desde la parte norte de la India se extiende fragosísimo y gigantesco a través del Tibet hasta la China. Picos de 5.000 metros y más, valles abruptos, soledades desérticas cubiertas por las nieves, allí eternas, a través de todo lo cual se puede caminar durante semanas sin encontrar un poblado, y alternando con ello desfiladeros con veredas naturales apenas practicables, donde hasta los caballos tibetanos, los «pones de pie seguro», tropiezan y con frecuencia se escurren y caen, para no salir, en los precipicios. En fin, cuando la altitud y la existencia de una capa de tierra vegetal lo permite, bosques habitados sólo por animales. Véase para más detalles de tan interesante país mi noticia preliminar a mi traducción del Bardo-Thodoi, el libro de los Muertos tibetano, publicado en esta misma Colección «Tesoro Literario», en unión del Libro de los Muertos, egipcio.

El Dalai-Lama y los que le escoltan y acompañan huyen de los chinos sin detenerse. Día y noche, por tales vericuetos. Estos, entre tanto, al día siguiente mismo de la fuga de lo que codiciaban, le invitan a una gran ceremonia que se va a celebrar allí mismo, en Lhasa. Los lamas que han quedado en Potala responden a los emisarios comunistas que el Dios-Vivo no podrá acudir por hallarse enfermo. Cuarenta y ocho horas más tarde, hartos de esperar, se deciden a obrar por la fuerza. Los soldados comunistas franquean las puertas del enorme monasterio, buscan en vano el Buda-Vivo, y no encontrándole, corren a Nordulink, donde, naturalmente, tampoco le hallan. Y mientras, en Lhasa es la insurrección y la batalla: un ejército entero sale en busca del fugitivo en todas direcciones, pues de su captura depende en mucho la sumisión sin lucha del difícil país.

Pero este dios fugitivo, este dios conejo, corre que se las pela, oliéndose la tostada. Caminando con los suyos, como digo, día y noche, pues cuando la cosa aprieta y los poderes sobrenaturales del yoga (transmisión del pensamiento a distancia, acción sobre los elementos, posibilidad de desplazarse a través del espacio sin globo ni avión, de desaparecer y reaparecer a voluntad, etc.); cuando la cosa aprieta, decía, sin duda los poderes sobrenaturales aflojan, consiguen llegar a Tezpur, capital del valle de Brahmaputra, ya en la India, tras burlar a los descreídos perseguidores, y con ello, salvarse. Para conseguirlo mejor ha discurrido incluso, y bien, dividirse en dos grupos a poco de escapar de Nordulink: treinta hombres huyen con él a través de riscos, montañas y bosques, treinta fervientes que se dejarían hacer pedazos por su Dios-Vivo, y los demás, un puñado tal vez algo mayor, decididos a morir, toman la dirección sudoeste, gritando por todas las aldeas que atraviesen, que conducen al Dalai-Lama al Nepal, despidiendo con ello a los chinos que se lanzan tras ellos, luchando en plena guerrilla y muriendo al cabo poco a poco mientras el dios-hombre se salva.

A estos hechos, extraordinarios por el lugar, pero no por otra cosa, antes de acabados se ha unido ya lo maravilloso. La noche anterior a la huida de Nordulink, el joven dios se despierta de pronto, víctima de un extraño sobresalto. Es de noche y la Luna brilla en toda su plenitud (en el mundo budista los acontecimientos importantes ocurren siempre en noches de Luna llena). El Dalai-Lama ve o cree ver en su casta habitación a una mujer cubierta con un velo, que le dice: «¡Escapa! ¡Escapa!» A la mañana siguiente la premonición se confirma: una sacerdotisa de Buda, ahora ya nada de velos, sino vestida con el hábito de pelo de yack, viene a verle. Es una persona de carne y hueso. Es



Rhipierdorje, la primera mujer-soldado del Tibet, capitana de las fuerzas femeninas de resistencia, que viene a advertirle que los chinos llegan dispuestos a apoderarse de él. Esto ha podido ocurrir; pero luego, en plena huida, los milagros se multiplican: como el tiempo, por ejemplo, sigue invariablemente bueno, claro, y hay posibilidades (no muy posibles, dada la fragosidad del terreno y la delantera que llevan; pero ya hay que admitirlo) todo: la realidad es las condiciones del terreno y la delantera que llevan; lo demás, adorno, futura leyenda) de que sean descubiertos por los aviones chinos, el Buda-Vivo se retira y entra en estado de concentración en la actitud clásica del verdadero Buda, en cuclillas. Aquella tarde misma una espesa niebla se extiende por todo el Himalaya. Están salvados. Más tarde, como, no obstante, conviene correr para llegar a la India cuanto antes, en un momento dado el Dalai-Lama se cae del caballo que monta (a veces la fragosidad es tal que no puede ser llevado en palanquín) y se hace una herida considerable en una pierna. Como si nada: la herida cicatriza al punto milagrosamente. Lo demás ya se sabe: la India entera ha vivido y vive aún, en los momentos en que esto escribo, en pleno milagro. Aunque el Budismo se dice extinguido allí, hombres y mujeres por millares han dejado hogares y campos y corren hacia Tezpur. La noticia de la huida y peligro que amenaza al Dios-Vivo, propagada por los brahmanes que la han sabido, como los rishis del Poema, cual veremos, saben también todo por arte de su magia y gran virtud, ha corrido como la pólvora. De Calcuta, como de todas partes, una multitud, ardiendo en fe, corre en estos momentos al encuentro del dios-hombre. Desde Calcuta a Tezpur hay setecientos kilómetros. Los van recorriendo, como es natural, la casi totalidad de los fanáticos, a pie, incapaces de pagarse cualquier medio de transporte. Y el calor es atroz en estos momentos. Y la fatiga, pues, como digo, van a pie y descalzos. Y la fiebre acecha a cada paso en charcas y marismas. Pero ¿qué son setecientos difíciles kilómetros para los dotados de las poderosas alas que dan la fe y que un día, si ya no lo han hecho, recorrerán en las mismas o peores condiciones, no los setecientos kilómetros, sino los seis mil que hay de ida y vuelta del Delta al Himalaya en peregrinación que durará, para los que no mueran en ella, tres, cuatro, cinco, tal vez ¡seis años!

El pandit Neruh, jefe del gobierno de la India, ha enviado a estas horas un tren especial para que conduzca al Dalai-Lama de Tezpur a Mussoorie, residencia que le ha fijado. Tezpur está demasiado próxima a la frontera tibetana; los chinos en armas pueden, violándolo todo, llegar hasta ella, pues están no menos

animados que los otros de «fanatismo». De un fanatismo tal vez peor, por ser político y apoyado por bayonetas, tanques y aviones. Pero ya el Buda-Vivo baja seguro hacia Mussoorie. Aquí tengo, a la vista, varias fotografías. Una representa especialmente al joven-dios salvado. Es un joven no mal parecido. Miope. Seguramente con una inteligencia vulgar, pero a quien la casualidad de tener las piernas atigradas (¿cómo serán unas piernas atigradas?, daría diez años de vida de mi mayor enemigo, si es que enemigos tengo, por saberlo) y las orejas de buen tamaño han librado de ser muletero o pastor. ¿Qué hubiera sido de este afortunado joven sin la mujer del velo, sin Rhipierdorje y, sobre todo, sin la verdadera suerte de caminar con delantera y por un terreno como aquél? Pero la cuestión política no nos interesa, sino la religiosa. Y ésta es que los setecientos kilómetros que hay de Tezpur a Mussoorie, el tren especial ha tenido que emplear varios días en recorrerlos, pues en estaciones, poblados y aldeas (ya digo que tengo fotografías ante los ojos), hombres y mujeres, viejos y niños, se han amontonado, en adoración, ante el venturosísimo Buda-Vivo. Los hombres, con las manos juntas en forma de «anjali» (como los veremos tantas veces en el Poema: treinta siglos no han pasado, se han deslizado simplemente sobre la India) y la cabeza inclinada, pues no se puede mirar cara a cara al dios; las mujeres, de rodillas. Cuando ha bajado del tren, conmovido sin duda, no obstante la costumbre, ante tal espectáculo, los fieles hesaban el sitio polvoriento en que había puesto los divinos pies.

Pío VII, cuando en 1804 vino a Francia para asistir a la consagración de Napoleón, primero, e incluso realizarla (el orgulloso corso, llegado el momento, le quitó la rica corona de las manos y se la encasquetó él mismo), «atravesó el país en medio de un pueblo de rodillas». Del mismo pueblo que poco antes renegaba de la religión, conducía a sus partidarios más salientes a la guillotina y proclamaba como deidad soberana a la Diosa-Razón.

El tiempo pasará ahora pronto también. Dentro de algunos años, a menos que el materialismo chino consiga invadir el Asia entera, la magnífica aventura de hoy será una grandiosa leyenda. Una leyenda más. El 14.º Dalai-Lama habrá pasado seguramente de Mussoorie a los altares, y frente a él, Rhipierdorje, rejuvenecida, embellecida divinizada también, será considerada como la «Juana de Arco del Tibet». Más aún: libros sagrados lamaístas referirán, no esto que yo cuento y que lo han contado antes todos los periódicos del Mundo, sino prodigiosos milagros, confirmados por numerosos testigos que darán fe de ellos con todo su corazón y voluntad, pese a no haberse realizado nunca: la

Luna habrá sido, no tapada por la niebla, sino devorada tras terrible lucha, perfectamente presenciada, por Rahú, el astro demoníaco que en el Ramayana hace con frecuencia de las suyas: la caída del caballo no será una simple caída, sino el rodar a un precipicio sin fondo, antes de llegar al cual Buda mismo, tal vez llegado en una nube de plata, habrá recogido a su socio para dejarle sano y salvo en seguridad; los aviones chinos, paralizados de pronto por algún bodhisattva, se habrán aplastado contra el suelo, y los 5.000 soldados perseguidores, convertidos en piedras o en yacks, quién sabe, todo ello mientras, para acabar de probarlo, dos templos suntuosos, uno en Tezpur y otro en Mussoorie, darán fe durante siglos de la maravillosa intervención divina. Y, en efecto, una leyenda, una leyenda más habrá reemplazado a la verdad hoy conocida. Y llegados a este resultado, no quedaría sino discutir qué es preferible: si una hermosa leyenda o un feo y penoso plan quinquenal. Una leyenda maravillosa y grata, sostenida con esa fuerza que mantiene todo lo que careció de realidad: la fe de los que en ello creen, o una realidad mal apoyada, siempre en la pobre y fea verdad que, como dice con razón el proverbio latino, «tan sólo odios engendra».

(23) El Bhagavad-Gitá, que aparecerá en unión de varios Upanishads.

(24) Se poseen varias, e incluso no idénticas, pues sobre haber pasado por muchas manos (ha sido durante varios siglos, y sigue siéndolo, leído, escuchado, admirado, estudiado, comentado y, lo que más ha contribuido, naturalmente, a variaciones e incluso interpolaciones, copiado y recopilado mil veces), hay Ramayanas de diferentes regiones de la India, lo que hace que si el fondo y esencia del Poema es el mismo, no muchos de sus detalles.

(25) Compuesta de Rama y ayana, correría, carrera.

(26) Jacquemont asistió en el campo de Barrackour a la representación de uno de los dramas populares relativos a las aventuras de Rama, el Ramlila, verificada ante más de 30.000 espectadores. En este drama, la leyenda del héroe es como invertida con respecto a la del Poema, puesto que bien que se trata en ella de la guerra de Ceilán, es decir, de la lucha entre Rama y Ravana, aquí los rakshasas son reemplazados por los monos. Es decir, que son éstos quienes en él pretenden invadir la India. Rama es enviado para combatirlos; pero al ver a Sitá se pasa a su bando y perece en la batalla que libran contra ellos los hindúes, asistidos por todos los dioses (Jacquemont, Voyage dans l'Inde, I, 213).

(27) Véase Graul, Reise in ostindien.

(28) En un principio, Prajapati se sacrificó voluntariamente para asegurar la Creación. Los dioses le hicieron pedazos, y con ellos formaron los diversos seres de la Naturaleza. Luego que el Brahmanismo y su secuela el Hinduismo sean sistemas panteístas, lógico es partiendo de este principio.

(29) «Privado de recursos, el hombre de limitada inteligencia ve agotarse toda su fuerza, como en el verano los hilos de agua. Renunciar a la fortuna cuando se ama la felicidad en la cual se ha crecido es empezar a obrar mal, y ya se está en falta. El que tiene riquezas tiene amigos; el que tiene riquezas tiene parientes; el que tiene riquezas es verdaderamente un hombre para el Mundo; el que tiene riquezas es el verdadero pandit (sabio). El rico, he aquí el valiente; el rico, he aquí el sabio; el rico, he aquí el poderoso; el rico, he aquí el hombre de mérito por excelencia. Los inconvenientes que resultan del abandono de los bienes, con ellos mismos lo indico.» (Palabras del admirable discurso de Lakshmana en VI, 83, en el que una vez más Valmiki dice lo que verdaderamente piensa, olvidando su cualidad de brahmán.)

(30) Mis lectores y lectoras dirán más de una vez leyéndome: «Mira que no haber medio de que este hombre sea formal en cuanto entra de lleno en lo divino...» Pero, amigos míos, ¿cómo tomar en serio ciertas cosas! No puedo. Francamente no puedo. Me pasa lo que al Greco (¡qué habilidad admirable la de este gran pintor para engañar a todos con su arte maravilloso!), él también, en cuanto entraba también en lo «divino», ¡qué caricaturas en general y qué hurta de todo lo celestial! Pero, claro, tan bien disimulado bajo una técnica incomparable, que se ha estimado «misticismo», lo que a mí me ha parecido siempre puro sarcasmo. Debía de ser judío. Bastaría probar que lo era para que cambiase el modo de juzgar su pintura religiosa. Si yo fuese más joven tal vez lo intentaría.

(31) Vishnú, dios conservador del Mundo, segundo de los tres grandes dioses de la Trimurti brahmánica y luego del Hinduismo, en los Vedas, no es todavía sino una divinidad de segunda o tercera importancia; pero, como es cosa frecuente en las religiones a base de mitología, es decir, en las religiones en las que los poetas (entiéndase de un modo general, la fantasía) se dan más prisa a tejerlas que los teólogos a fijarlas, su figura evolucionó y creció poco a poco hasta llegar a ser el dios favorable y benévolo por excelencia, dios siempre dispuesto a acudir en favor de aquellos que le adoraban y le invocaban en sus oraciones.

Cuando la figura de Vishnú quedó fijada le dieron por esposa a Laksmi; por vehículo, a Garuda y a la serpiente Sesha, no un vulgar jamelgo blanco, como a Santiago, y un cielo en propie-

dad, el Vaikuntha. ¡Y qué cielo!, y en él, ¡qué palacios! Casado, enriquecido y bien asentado, se le empezó a representar como a un joven hermoso, como a un hombre en plena juventud dotado de cuatro brazos, cada uno de los cuales blandía, y sigue blandiendo (pues como dios es infatigable y constante), respectivamente: uno, el Panchajanya (cierta concha de caracol marino, cuyo solo ruido en las batallas, cuando se dignaba soplar en ella, sembraba la confusión, el espanto y el desorden en las filas enemigas; no exagero nada; el lector lo verá); otro, el Vajrana-bha (disco famosísimo, con el que cortaba cabezas, cuando lo lanzaba con esta intención, con más facilidad y menos roñosería que los de las máquinas de los bares las rodajas de salchichón o esas lonchas de jamón, que se puede ver a su través); el tercero, una maza que para qué te quiero decir; a su lado, la famosa de Herakles era un mondadientes; en fin, en el cuarto, y demostrando que, a pesar de todo, si no se enfadaba, era un dios benévolo, un loto. Y que era benévolo por excelencia lo prueban mejor que nada sus avatares; es decir, sus encarnaciones. Se le han atribuido muchísimas de éstas. La avidez popular por lo milagroso y extraordinario es inagotable. Pero las verdaderas, las innegables, las comprobadas por decirlo así, las canónicas, las teológicas en el Hinduísmo, son diez. Para que las conozca el lector o la lectora que no haya tenido la suerte aún de adquirir la mejor Mitología que se ha escrito, de la que con toda modestia diré que el autor soy yo, las voy a enumerar: 1) Matsya, el pez: Vishnú se transformó en pez para salvar a Manu (no se le confunda con Manu el legislador), se trata ahora del Noé indio. Para salvarle del Diluvio (los ha habido en todos los países por la sencilla razón de que en todas partes a veces llueve mucho) que el propio Vishnú había originado, furioso contra la depravación de los hombres. En los tiempos en que las cosas eran sencillas y contundentes, cuando las criaturas se inundaban en maldades, los dioses, para lavar a la Tierra manchada por ellos, la inundaban a su vez, los ahogaban y santas pascuas. 2) Kurma, la tortuga. Esto ocurrió cuando lo del batimiento del «mar de leche» (remito al lector a mi joya mitológica mencionada, mi Mitología Universal). 3) Varaha, el jabalí: Vishnú se hizo jabalí con objeto de librar al Mundo de un poderoso demonio que se había llevado a esta bola que nos parece tan enorme al fondo del Océano. Ahora que las cosas no son como entonces, el Océano, hoy, es una parte del Mundo, pero entonces no; el que no lo sepa, que aprenda y calle. Tras un combate de mil años, el dios consiguió la victoria y volvió a la superficie con el Mundo recuperado. 4) Nara-sinha, el hombre león; Vishnú, en-

carñado en un ser hombre y león a la vez, libró al Mundo de otro demonio (estos bribones siempre haciendo maldades), que había arrancado a Brahmā la promesa de no poder ser muerto por ningún hombre o animal. Y, naturalmente, no había medio de vivir en paz. 5) Vamana, el enano: Vishnú se cambió en enano con objeto de rescatar los tres mundos del poder de Bali, rey-demonio, que se había apoderado de ellos (envío de nuevo al lector a mi Mitología Universal. Haga el favor de comprarla. Sobre ser interesantísima, yo vivo del producto de mis libros). Hasta aquí los avatares mitológicos; tras ellos, tres encarnaciones en héroe. Es decir, humanas, o casi, casi. Porque nadie será capaz de negar que el heroísmo es flor o fruto humano. Todo el que entra en una clínica, en una farmacia o en una iglesia con una joven vestida de blanco, a ver qué es sino un héroe inmenso. 6) Parasurama, «Rama el del hacha», que impidió a la casta guerrera (los orgullosos kshatriyas) suplantar a los pobrecitos y sabios brahmanes. 7) Rama, es decir, de la que se ocupa el Ramayana. 8) Krichna, que refiere el otro gran poema de la India, el Mahabharata. 9) En su noveno avatar, Vishnú encarnó a Buda, con lo que el fundamento del Budismo fue incorporado al Hinduismo. Y la décima encarnación y último avatar o avatara, en Kalkin o caballo blanco. Vishnú encarnará a Kalkin cuando la época actual haya llenado hasta el borde la copa de la maldad (aún debe faltar, aún debe faltar, a pesar de todo), y el momento de una revolución y de un renacimiento cósmico haya llegado.

(32) La filosofía y la moral del Ramayana encierran, bajo el aspecto particular y el tinte que las da el lugar en que se muestran, semejanzas y puntos de contacto con la moral y la filosofía que profesan todos los hombres (todos los hombres morales y capaces de filosofar, naturalmente), sin otras diferencias, en realidad, que el carácter particular que la geografía y las vicisitudes sociales e históricas imprimen a cada pueblo. Hace falta ir muy al fondo de la cuestión para poder unir esta filosofía y esta moral a la religión de Vishnú y hacerlas descender de ella, religión de la que el vedanta ofrece la forma idealista, o de la religión de Siva, que se complace en el salvaje ascetismo del yoga. Que Valmiki es vishnuísta no hay duda; la prueba es que concede a Vishnú el primer puesto: *kam menire Vishnum* (I, 77), y el segundo, a Siva, al que consuela llamándole o concediéndole el título de Mahadeva («el gran Dios»). Pero, en definitiva, es igual, puesto que el fondo de ambas religiones está constituido por un panteísmo idéntico, ya que todos los seres, ora por el vedanta, ya por el yoga, entran en lo Brahmán, es decir, en lo Absoluto, el Espíritu supremo universal («No hay sino un solo

Ser y nada fuera de él), del cual todas las cosas, visibles e invisibles, los dioses y los demonios, los seres humanos y los animales, proceden, y en el cual todas las cosas acabarán por volver para ser reabsorbidas en El. Ser absoluto a la vez a causa del atmán, y Ser contingente por el tat. Si el panteísmo, como doctrina, no se anuncia ya en los himnos más antiguos del Veda, late en él, no obstante, a causa del naturismo, es decir, del aditismo. Aditi es la madre (y el padre) de todo cuanto existe pitamatá, o sea la Tierra y el Cielo, prithivi dyauh, los dioses y los hombres; visve deva aditih, lo que nace y lo que nacerá. El naturismo es la forma politeísta del panteísmo. Y ello admitido, el panteísmo está en el Veda tanto como Varuna, que es el Ouranos griego, el recipiente de todo (Rig-Veda, VII, 87, 5; VIII, 41, 7); como Indra en el que están todos los dioses, es decir todas las fuerzas y funciones del Universo, toda la naturaleza; devá bavata visva indra (Rig-Veda, III, 54, 17), como por Vishnú. Por lo demás, indudable es que el panteísmo, esta tendencia a borrar, a confundir lo individual y personal en lo indefinido de una sustancia única, forma la más remota, la primitiva filosofía religiosa de todos los pueblos, tanto en la India y en Egipto como luego entre los germanos y los escandinavos. Dios es todo, pues El es, y no puede ser otra cosa; el propio San Pablo lo afirma: «En donde vivimos nos movemos y somos», in ipso enim vivimus, et movemur, et sumus (Acta, XVII, 28).

En virtud del panteísmo que reina universalmente se explica que Rama, encarnación de Vishnú, sea, con el carácter de salvador, glorificado por encima de todo. En VI, 117, Brahma dice a Rama: «El mundo entero es tu cuerpo»: jugat servan sarirante, y que el nombre divino de Rama es Vishnú. Ahora bien, Vishnú es uno de los antiguos representantes del panteísmo: tal carácter es primordial en él: pravishnur astu (Rig-Veda, VII, 100, 3). El contiene y sostiene él solo la Tierra, la Tierra y el Cielo; él solo, a todos los seres: eko dadhara bhuvanani visva (Rig-Veda, I, 154, 4). Todos los dioses son, bajo nombres diferentes, este Ser único. El hecho de que el panteísmo se ofrezca a través de los pueblos y de los tiempos bajo formas diferentes (cosmológico, ontológico, materialista, idealista, místico, gnóstico, ¡qué sé yo!) no prueba que la idea fundamental no sea la misma, sino la diferente manera de apreciar los hombres idéntica cosa. Esto mismo explica el hecho de que Rama (Vishnú) sea tan popular en la India, donde más que en cualquier otro país, pululan las sectas, y por qué el Poema que le canta es tan gustado y admirado. Por supuesto, nada más justo esto último, dada no sólo su hermosura literaria, sino por actuar en él tres elementos de

primera magnitud, tanto para cautivar la fantasía como el pensamiento abstracto: un hombre-dios (Rama), una hija de la Tierra (Sitá) y un demonio, el más interesante de cuantos ha creado la imaginación humana (Ravana), o sea el más nialo, dushtatma. Es decir, los tres perfectos, cada uno en su clase. El Bhagavad-Gitá dice (III, 33): nigrahad kin karishyati, ¿cómo reprochar aquello que tenemos por la naturaleza y como naturaleza?

A causa de ello, el que la moral del Ramayana admita naturalmente el mal lo mismo que el bien. Que, en realidad, no haya para ella ni bien ni mal, sino que lo esencial para cada uno sea que haga aquello para lo que ha sido creado, puesto que no puede ser de otro modo, ya que el que es la habitación (nivasam) o el recipiente (nidhanam), hace dar vueltas en él mediante la magia a todos los seres, como mediante una manivela: bhrámayan sarvabhutani yantrarutani mayaya (Bhagavad-Gitá, XXVIII, 61). La moral panteísta mística, de la que Krichna, es decir, Vishnú, es en esta obra declarado el soberano (maháyogesvarah), cubre todo en la unidad divina, a causa de lo cual el hombre es moralmente perfecto si se aplica a aquello a lo que le empuja el temperamento con el que ha nacido, puesto que así honra a aquel por quien todo ha sido hecho o extendido: tatam. Según esto, sea cual sea el pecado o crimen que un hombre, nacido pecador o criminal, pueda cometer, seguro y tranquilo puede estar de su salvación mañana en el seno del gran mago que es el Todo.

Por supuesto, una cosa son los conceptos absolutos, si conceptos absolutos hay, y otra la moral práctica en la vida. Y por ello, el que la misma religión que tiene tales principios, es decir, separándose de ellos, se dé un más allá organizado, donde los buenos (entiéndase por tales los que han vivido sin perjudicar los intereses de los demás) encuentran una mansión agradable, donde reina el dios Yama en medio de una corte divina, en la que son recibidos como miembros con el nombre de pitar (Rig-Veda. I, 25, 10), mientras que los malos (avratam), en vez de desvanecerse tampoco en la sustancia universal, guardan, una vez muertos, su individualidad y son precipitados en el avacah, especie de Tártaros o Infierno, muy profundo y sombrío, padam gabhíram. Pero esto ya son invenciones brahmánicas posteriores, establecidas por conveniencia de los que las imaginaron. Como, en vez de dejar suelta la idea de que nadie peca si obra con arreglo a su naturaleza, los brahmanes sentaron como el crimen mayor el brahmanicidio, que incluso personificaron y todo, y que perseguía hasta a los dioses de cometerlo ellos. Que una cosa



es la filosofía y otra la religión. Una, la moral pura, y otra, la moral práctica (conveniente). Una, lo sensato, y otra, lo productivo.

(33) La moral en la India fue un resultado del genio panteísta de la raza, manifestado ya primordialmente en el aditismo (véase nota 32). El himno del Rig-Veda, en X, 63, es particularmente notable en lo que afecta a este aditismo. En él, los aditias (dioses primeros hijos de Aditi) nacen de la naturaleza, que está representada, ora por el aire, ya por la tierra, bien por el agua. De este panteísmo generador, el politeísmo ritual produjo la moral de doy para que me des; la ortodoxia político-social, una moral feudal o de la fuerza; el panteísmo ontológico, la moral de casta o legal; el panteísmo contemplativo, una moral teosófica, y el sincretismo deísta, una moral de tolerancia. El resultado, un panteísmo místico.

(34) He escrito antipático sin darme cuenta. Aprovecho la oportunidad para hacer observar que una de las pruebas del enorme interés y mérito grande del Ramayana es esto: el interés que sin darnos cuenta nos causa su acción; de tal modo que, sin que nos percatemos ni lo podamos evitar, nos encariñamos con ciertos personajes y detestamos a otros. Por mi parte confieso que a medida que iba traduciendo, cada vez que este Indrajit salía a escena, me llenaba de malestar, no pudiendo admitir tampoco y olvidando (gloria a Valmiki) que se trataba de hechos puramente imaginarios; que, valiéndose de la invulnerabilidad que le concedía el poder hacerse invisible gracias a la magia, matase o pusiera fuera de combate, hiriéndoles, a los jefes vanaras, por ejemplo, a los que, sin que le viesen siquiera, aseteaba, hería y precipitaba por tierra (mahitalé). Y lo mismo a Rama y a Lakshmana, a los que, siempre sin que puedan verle, acribilla y agarrota mediante dardos-serpientes, de tal modo que ni mover los ojos pueden (nasakatar udikshitum). Cuando hace años traducía la Iliada, Aquiles me fue también muy antipático desde el primer momento. No podía admitir las brutales hazañas de un héroe invulnerable.

(35) Muy de señalar son también, en lo que a moral afecta, los preceptos relativos a las buenas obras del Código de Manu, IV, 240 y sig.

(36) Véase la edición del poema de Mio Cid, texto original y transcripción moderna, publicada en la «Biblioteca de Bolsillo».

(37) La palabra darsana significa, en sánscrito, «comprensión», «demostración», y sirve para designar las doctrinas filosóficas que se unen en el Brahmanismo o que tienen esta religión como

punto de partida. La expresión darsana, por provenir de una raíz sánscrita que significa ver, designa, en realidad, un punto de vista sobre el Mundo y sobre el hombre. Naturalmente, la divergencia de estos darsanas es grande. No obstante, son considerados como «ortodoxos» a causa de reconocer todos la autoridad de los Vedas y proclamar el valor de los Upanishads. Además, unos y otros mencionan los conceptos clásicos atmán, brahmán y karmán y se preocupan unánimemente del fin último, es decir, a ello tienden, no obstante sus diferencias en el punto de vista para conseguirlo, de procurar al hombre la salvación (moksha).

(38) Un proverbio hindú dice: «El que escribe «sutras» prefería dar un hijo que añadir una palabra.»

(39) Veamos brevemente lo esencial de estos sistemas, considerados ya como verdaderas doctrinas o escuelas filosóficas. La más antigua de estas escuelas brahmánicas parece ser la o el sistema vaiceshika, atribuido a un sabio llamado Kanada, del que cuanto se sabe es uno de sus apodos, Kanabhaksha o Kanabhuj, «el devorador de átomos», apodo que hace alusión a una de sus teorías. La palabra «vaiceshika» designa una escuela que se aferra a las diferencias, que hacen esfuerzos por distinguir. Sin dejar de tender a la salvación, este sistema está animado de un espíritu más positivo que la mayor parte de las filosofías de la India, pues no vacila en afirmar la existencia verdadera, tanto de los cuerpos como de los espíritus. Según ella, no hay medio de considerar como ilusión el conocimiento producido en virtud del contacto del alma y de los sentidos con los objetos, ni de decir que estos objetos no son reales, puesto que son universalmente conocidos. La experiencia, que prueba su existencia, prueba asimismo la de las almas. Las sustancias son, pues, unas materiales y otras espirituales. En cuanto a los cuerpos materiales, éstos se componen de átomos, esféricos, infinitamente pequeños, eternos e indestructibles. Átomos que se combinan para formar moléculas, y que los hay en las cuatro sustancias o de las cuatro sustancias activas: tierra, agua, fuego y aire, sustancias sensibles, fundamentales. A estas cuatro sustancias se añade una quinta, también activa: el espíritu. Este nos es conocido en virtud de una experiencia diferente de la que nos hace conocer los cuerpos, pero no menos cierta. En el mundo espiritual hay que distinguir el espíritu o entendimiento, manas, y el alma propiamente dicha, atmán. El manas, aunque espiritual, está estrechamente unido al cuerpo, advierte tan sólo un aspecto del Universo y está en íntima unión con él. El atmán, por el contrario, es universal por naturaleza y abraza el Mundo entero. Es una sustancia invisible, increada, inmortal. Incluso hay pluralidad

de almas (en ello, este sistema se opone al monismo de los Upanishads): la diferencia de las personalidades lo prueba. Si lo propio del átomo es lo infinito en pequeñez, lo propio del atmán es un infinito en grandor. Hay un atmán supremo, al que puede darse el nombre divino de Señor (Ishvara). El mal para el alma, origen del dolor, es su unión con la materia (recuérdese en Platón—Fáidon—cuando llama al cuerpo la prisión del alma, y cuando todos los males de ésta vienen, asimismo de su unión con él, y sólo su liberación, cuando le deja). A causa de ello, el karmán, que encadena al ser y le impone una serie de transmigraciones (samsaras), es una verdadera cadena para el hombre. La salvación (moksha), que es el fin de toda la doctrina, está en el divorcio del atmán de la materia. Sólo con ello el dolor acaba.

Con el sistema vaiceshika tiene contactos otra escuela brahmánica, la nyaya, que se esfuerza por hacer la investigación analítica de cuanto puede ser conocido, muy particularmente de las verdades que conducen a la beatitud y a la liberación de las existencias. En ambos darsanas predomina el mismo espíritu positivo, el mismo acudir al buen sentido. Pero mientras el vaiceshika se coloca en un punto de vista psicológico y metafísico, el nyaya se preocupa, ante todo, de la lógica, como su nombre significa: lógica o método. Y tratando de llegar mediante la lógica a la salvación, su fin esencial, lo primero que se hace es definir las cuatro condiciones necesarias para el conocimiento perfecto. A saber: percepción, en virtud del contacto de los objetos con los sentidos, acto positivo y en modo alguno ilusorio; inferencia o inducción, bien a priori de la causa al efecto, bien a posteriori, del efecto a la causa o sacada de la semejanza de los caracteres comunes: comparación o analogía, que consiste en conocer los objetos en virtud de las cualidades que tienen en común con otros objetos ya conocidos; en fin, testimonio, verbal o escrito. El razonamiento entraña cinco momentos, es decir, el nyaya, el método, el procedimiento completo o silogismo entraña cinco miembros: 1.º, proposición, esta casa arde; 2.º, razón, porque echa humo; 3.º, ejemplo, lo que arde echa humo, como el fuego del hogar; 4.º, conclusión, luego la casa arde porque echa humo; 5.º, razonamiento supletivo, si la casa no ardiese no echaría humo. En la discusión con el adversario aparecen la objeción, la controversia, la sutileza, el sofisma, el fraude, la respuesta fútil y el vergonzoso silencio del dialéctico vencido. A estas consideraciones de orden lógico se suman los temas habituales de las doctrinas hindúes: el error procede de la falta; la falta, de la actividad; la actividad, del nacimiento; el nacimiento, de

la transmigración. Es decir, del mal. Suprimiendo el mal se destruye la transmigración, el nacimiento, la actividad, la falta y el error. En ello consiste la salvación. Por consiguiente, basta la aplicación de una lógica sana para conseguir liberar el alma.

Una de las escuelas brahmánicas más importantes es la sankya (o sankhya), cuya fundación se atribuye a Kapila, allá hacia el siglo VI a. d. J. Anterior a Buda, en todo caso; pero sólo acabada de elaborar en el transcurso de los siglos, puesto que el primer gran texto (Sankya Kariká) fue compuesto hacia el siglo IV de nuestra era, y el segundo, en los siglos XV y XVI. Como para el alma la salvación consiste en separarse de la Naturaleza, luego de haberla comprendido, la doctrina sankya, que tiene como fin principal esta salvación, entraña una teoría de la Naturaleza, una teoría del alma y una teoría de sus relaciones. Dualista como el sistema vaiceshika, disocia el antiguo atmán-brahmán de los Upanishads en un lo brahmán (la Naturaleza, la prakriti) y un atmán (el alma, el purusha). El término prakriti comprende no solamente el mundo exterior, sino la vida interior mientras está unida al mundo exterior. Y este mundo exterior no es ilusión en modo alguno, sino que la Naturaleza existe real, sustancialmente. Si la Naturaleza no es advertida por los sentidos no es a causa de la inexistencia, sino de su sutilidad. Es a los objetos lo que la arcilla al vaso fabricado: sin arcilla no hay vaso. Virtualmente el vaso está ya en la arcilla. De aquí las enérgicas fórmulas de este sistema. «De nada, nada puede ser hecho.» «Sólo los materiales que pueden producir el efecto deben ser aceptados como causa.» «Sólo causas determinadas pueden producir un efecto dado.» «Tal causa, tal efecto.» En un principio había una Naturaleza indiferenciada, «raíz» de todo el cosmos, que se transformó en naturaleza evolucionada o diferenciada, efecto siempre contenido en la causa. A los cinco «grandes elementos» (de los que tantas veces habla el Ramayana o a los que tantas veces se refiere cuando dice de alguien que ha muerto «que ha entrado en los cinco elementos») corresponden los cinco sentidos y sus órganos: al éter espacial, el oído y la oreja; al aire, el tacto y la piel; a la tierra, el olfato y la nariz; a la luz, la vista y el ojo; al agua, el gusto y la lengua. A estos cinco órganos de percepción hay que añadir los cinco órganos de la acción: el aparato vocal, las manos, los pies, el aparato excretorio y el aparato generador. El espíritu fenomenal (manas) interviene en todo lo anterior; pero no hay que confundirse con el alma en sí, que es inmaterial, es decir, con el purusha. Las diferentes transformaciones que se observan en el Universo, de por sí homogéneo, son simples cambios de modalidad debidos a los tres gunas:

Tamas, Radjas y Sattva. Primitivamente, Tamas era la oscuridad tenebrosa; Radjas, la luz mitigada de la atmósfera; Sattva, el esplendor del ser en una naturaleza ya acabada. Pero en el sankya, estas palabras representan abstracciones. La primera, un principio de oscuridad, de pesantez, de inercia, de ignorancia; la segunda, un principio de movimiento, de acción, de sensibilidad y, como consecuencia, de dolor; la tercera, un principio de luz, de ligereza, de sutilidad material y psíquica, de pureza, de bondad. La naturaleza es triguna (calificada de tres modos). Según el guna que predomine, la prakriti pasa del caos a la actividad (radjas) y a una organización armoniosa (sattva); luego regresa hacia la inercia relativa del caos (tamas). De modo que los tres gunas dependen unos de otros. Y en los diferentes mundos predomina tal o cual guna. «Es la desigualdad de los gunas lo que produce el bien y el mal.» El tamas ejerce su acción todopoderosa sobre los animales, que son siempre sombríos. El radjas abunda en los hombres particularmente sensibles al dolor. En el Cielo, donde los dioses son constantemente dichosos, predomina el sattva. En cuanto al alma, purusha, el sankya afirma (al contrario de las concepciones búdicas) que es una sustancia, una realidad espiritual y eterna. Y oponiéndose al monismo de los Upanishads, que hay una multitud de almas, que son en número indefinido: «Allí donde hay un cuerpo hay un alma.» Al contrario que la inteligencia fenomenal, unida al cuerpo y dependiente de la naturaleza (prakriti), el purusha, verdadera alma, es puro espíritu, sujeto puro que jamás es objeto. La unión del prakriti y del purusha, sin intervención alguna divina, produce el Universo, como la unión del hombre y de la mujer produce el hijo. Luego este sistema es netamente opuesto a intervenciones sobrenaturales en la formación y desenvolvimiento del Cosmos. Antes hemos visto que de la nada nada puede salir, luego el Universo ha tenido que existir siempre. Por supuesto, de todas las cosmogonías, únicamente en el Génesis se supone a Dios creando los elementos y luego ordenándolos con sólo la fuerza de su palabra. Ciertamente, como ya ha sido dicho también, este Génesis lo aprendió, el que lo hizo, durante el cautiverio de los judíos en Babilonia. El objeto del sankya es arrancar al hombre del dolor universal. Resultado que se obtiene, puesto que el fin mismo de la Naturaleza es la liberación de las almas. «Desde lo brahmán hasta la brizna de hierba, la creación ha sido hecha para el bien del hombre, hasta que se llegue al conocimiento supremo.» El «cuerpo grosero» se disuelve con la muerte; pero el «cuerpo sutil» sobrevive, se desprende del cadáver y reencarna en otra forma, animal, humana o divina.

Así, de renacimiento en renacimiento, la evolución prosigue hasta la salvación final, en la que la sucesión de reencarnaciones dolorosas tiene fin. La salvación (moksha) es la liberación del purusha, al escapar al imperio de la prakriti, es decir, de la Naturaleza. El fin último o, por mejor decir, el estado último es la inmovilidad definitiva (nirvana de los budistas), o sea el fin de todo sufrimiento, la eterna beatitud.

Hay en la India una serie de ideas que desde la más remota antigüedad forman como las bases, los modos esenciales de pensar comunes, tanto a la filosofía como a la religión. Por ejemplo, la idea de la transmigración (samsara) o de las transmigraciones, determinadas por los actos, cada una, de la existencia anterior (karma); la idea de que sólo libra del dolor y procura la felicidad, es decir, la paz, el renunciamiento de sí mismo y de todo desseo; la idea del temor, no a la muerte, sino a la subsiguiente reencarnación, al nuevo renacimiento con el que se llega a nuevos dolores; la idea de la posible fusión (fatal y segura al fin de las reencarnaciones) del alma individual (atmán) en el alma universal (lo Brahman), etc. Pues bien, una de estas ideas, cuyo origen en la India se pierde en la noche de los tiempos, es la de que se puede conseguir la liberación, es decir, el escapar a la terrible rueda de las reencarnaciones, mediante un entero y perfecto dominio de la propia personalidad. Y esta idea, causa de que siempre hubiese yoguis (hombres dedicados, por decirlo así, al dominio de su cuerpo y de su voluntad) en aquel vasto país, acabó por cristalizar en una escuela filosófica, que, encauzando debidamente tal creencia, es decir, sometiendo las prácticas a principios, y formulando y haciendo del todo una verdadera teoría, dio lugar a la escuela llamada yoga, escuela que va unida al nombre de Patandjali. Esta palabra, yoga, proviene de una raíz sánscrita, que envuelve la idea de *atar juntamente*. Luego, ante todo, quiere decir unión. Y más particularmente, unión con lo divino, puesto que conseguir tal cosa es la tendencia y fin del sistema, como tal escuela, y para ello, sus prácticas. Se suele hacer notar, y no sin razón, la proximidad entre las escuelas yoga y sankya. Vecinas son, evidentemente, puesto que el fin de ambas es librar al hombre de la fatalidad de las transmigraciones. No obstante, el yoga, aunque aceptando en líneas generales la metafísica sankya destinada a conducir al hombre a volver a encontrar su esencia, añade, creyéndola el mejor medio de conseguir este fin, una técnica que la es propia. Esta técnica consiste en una doble disciplina: intelectual, una; la otra, moral y física a la vez. El espíritu, enseña la primera, es apartado del conocimiento correcto por cuatro obstáculos principalmente: las

aberraciones, que le deforman; la imaginación, que contribuye a construir otros conocimientos enteramente falsos a causa de no tener otra base que ella; los ensueños, que alejan el espíritu del conocimiento, y el recuerdo, mediante el cual su imagen vuelve a la memoria. Como todo ello contribuye a envolver el espíritu en verdaderos velos, para que éste alcance su completa pureza no hay sino un medio, según el yoga: concentrarle sobre un solo objeto. Con ello y por grados se llega a la espiritualidad pura. En el primero de estos grados subsisten en la inteligencia ciertos elementos concretos, tales que las significaciones verbales. En el segundo, el alma, liberada ya de toda imagen y habiendo desaparecido nombres, formas, pensamientos, relaciones y recuerdos y formando una unidad perfecta el sujeto, el objeto y el acto del conocimiento, no contempla sino su pura espiritualidad. Vuelto una identidad el acto del conocimiento, el alma acaba por no conocer sino su propio ser: ella misma es este ser. Ahora bien, entre los obstáculos que se oponen a la concentración del espíritu unos dependen de causas morales y otros de causas fisiológicas, tales que ciertos estados nerviosos, una respiración mal practicada, etc.; así como también fenómenos psíquicos subconscientes e inconscientes (he aquí el psicoanálisis en la India muchos siglos antes de Freud). Pues bien, para poder dominar no tan sólo lo consciente, sino lo inconsciente, el yoga prescribe una ascetis tanto moral como física. Antes de seguir haré observar que la palabra ascetis no está, bien que debería estar, en el Diccionario. Debería estar ya, sí, para significar el estado de alma de un asceta, que no hay medio de expresar con otra palabra; es decir, una aspiración a las virtudes más altas. En griego existe la palabra *askesis* *ασκησις*, ejercicio, práctica, género de vida, profesión, refiriéndose a los filósofos. De modo que ánimo y no dudemos en emplearla mientras la Academia se decide a aceptarla. Esto dicho, sigo. Estábamos tratando de conseguir la perfecta concentración del espíritu, según el sistema yoga. Pues bien, el primer escalón en este dominio consiste en aceptar como norma de vida la no violencia, que, yogui cien por cien, predicaba constantemente Gandhi. Y más aún, que la no-violencia, el no-dañar jamás a nadie ni a nada: hombre, animal o planta. Vyasa (siglos VII y VIII), comentador del yoga, decía a propósito de esto, adepto fiel del ahimsa: «No causar dolor jamás a ninguna criatura de modo alguno.» Según Vyasa asimismo, era preciso que el yogui practicase aún otros cuatro refrenamientos: prohibiese la mentira, es decir, reflexionar antes de hablar y luego «proclamar la verdad para bien de todos los seres (como Rama, en el Poema, «jamás profería mentira», véase cómo por esto tam-

bién se puede ver que Valmiki era partidario de esta escuela filosófica); abstenerse de robar, destruyendo en sí el deseo de apoderarse del bien de otro; practicar la castidad, «quemando» en sí mismo toda tentación carnal; en fin, destruyendo también en sí la avaricia, dándose cuenta de lo que es «el pecado consistente en aferrarse a los bienes, en perjuicio de otro, mediante la acumulación, la conservación o la destrucción de los bienes». Mientras espíritu y voluntad se acostumbran a todo lo anterior y hacen de ello su norma de vida, el yoga recomienda ciertas disciplinas corporales, tales que «la ausencia de palabras y de mímica inútiles y la supresión de las indicaciones faciales», que revelarían sin necesidad los secretos íntimos del espíritu. Patandjali aconseja también, como medio de resistir a las tentaciones, «la implantación del pensamiento contrario». Los practicantes de este sistema aseguran que dominando todo lo anterior se adquiere una fuerza desconocida hasta entonces, un verdadero «poder mágico». Y que la potencia del yogui que tal ha conseguido se extiende por sobre los objetos que se niega a desear: prohibiéndose el robar, por ejemplo, «ve acercarse a él, todas las joyas». Por supuesto, debe «renunciar al punto a este poder mágico lo mismo que a las pasiones humanas.» Mientras el cuerpo se pliega a estas disciplinas, el espíritu debe fijarse en algún principio abstracto, tal que lo infinito, el espacio vacío o Dios (Ishvara). Porque así como el sistema sankya no admite de modo alguno la intervención divina en el Mundo (como más tarde predicaba Epikouros en Grecia), el yoga de Patandjali reconoce un dios personal, Purusha, superior a todos los otros, al que no alcanza mancha alguna ni ningún dolor. Espíritu supremo, eterno, omnisciente y dotado de absoluta libertad. Este Señor, el Ishvara, es uno de los medios de llegar a la salvación. En fin, mediante los procedimientos tanto mentales como físicos adecuados, el yogui llega al samadhi: estado de concentración total, de absorción en la unidad. Y cuando el samadhi o éxtasis yógico (especie de éxtasis, en efecto, pero vuelto hacia lo interior) se ha conseguido, el egoísmo desaparece, llegando el que tal alcanza a ser lo que es, es decir, encontrando su esencia pura. Con ello disfruta de una calma absoluta, nada «como en un océano de leche». Libre del dolor, que es para él, como para los partidarios del budismo, cuanto se cosecha en la vida, es decir, la vida toda, consigue al fin, tras la iluminación final, la deseada liberación (véase nota 112).

El quinto darsana o escuela ortodoxa es el llamado mimansa, palabra que en sánscrito significa investigación y, tal vez mejor aún, explicación. El mimansa consta, en realidad, de dos ramas:



la Purva-mimansa o Primera explicación y la Uttara-mimansa o Segunda explicación, que constituye la escuela de que hablaré inmediatamente, la vedanta. El texto fundamental de la primera es atribuido a Diainini, que vivió, no se sabe con certeza, entre los años 200 y 450 de nuestra era. El objeto esencial del mimansa es la interpretación de los Vedas, la determinación de los deberes que de ello resultan, y del modo de obrar (karmán), que es la consecuencia. No tocando sino incidentalmente los problemas filosóficos y limitándose a cuestiones ritualísticas y de práctica, no se la puede considerar, en realidad, como un sistema filosófico. Lo que en esta escuela hay de más filosófico son sus clasificaciones lógicas y sus discusiones sobre el alcance de las palabras. Para ella, las enseñanzas de los Vedas no son de origen humano, sino que han existido de toda eternidad.

Mucho más importante es la escuela vedanta, palabra que significa fin, conclusión o, tal vez mejor, prolongación de los Vedas. Como acabo de decir, es llamada también Uttara-mimansa, «explicación o investigación ulterior», a causa de ocuparse de los Upanishads, al revés que la Purva-mimansa, que, como hemos visto, se ocupa de los Vedas. Por supuesto, no es la única escuela que se ocupa de los Upanishads, pero sí los cita más frecuentemente que otra alguna, afirma más enérgicamente su autoridad y coloca la revelación enseñada por estos textos sagrados por encima de todo razonamiento humano. No hay más criterio de verdad que la conformidad con ellos. Como su fundador y autor de su texto principal, el Brahma-sutra, es citado Badarayana, dicho de otro modo, Vyasa, el autor del Mahabharata. Mas parece que esta atribución carece enteramente de fundamento. El Brahma-sutra se divide en cuatro capítulos. El primero se refiere a Brahma o lo Brahmán, viendo en él o en ello el objeto más elevado de todo conocimiento: de él emana la creación, la conservación y la destrucción del Mundo; el solo objeto de los textos sagrados es revelárnoslo. El segundo capítulo continúa una polémica empezada al final del primero, destinada a criticar todas las escuelas filosóficas anteriores. El tercero, a causa de estudiar los medios de alcanzar la beatitud, es particularmente importante. Entre otras cosas describe los diferentes estados del alma individual: vigilia, ensueños y sueño profundo. El cuarto habla del «fruto del conocimiento», es decir, de la salvación, y sobre lo que es del alma salvada en esta vida y en la otra. Sin duda es a causa de esta eterna preocupación de tantos hombres y sobre la que tanto se ha especulado a base de pura fantasía, como aquí mismo, por lo que el vedanta, es decir, su filosofía, es tan gustada. Sobre los estados del alma individual, de los que se

ocupa en la tercera parte del Brahma-sutra (vigilia, ensueños y sueño profundo), levanta esta escuela no leve tinglado filosófico, insistiendo sobre el error de los europeos en edificar su metafísica y haberla edificado siempre tan sólo refiriéndose al estado de vigilia, siendo así, según ella, que el universo de los ensueños y el de los estados de vigilia tienen la misma estructura, pues que en ambos se trata de ideas siempre, ideas salidas de ese espíritu cósmico en el cual naufragamos cuando somos cogidos por el sueño profundo: sin que nada exista fuera de él, verdad suprema en la cual el hombre puede encontrar la salvación. Pero ¿no es esto, este «sueño profundo», en definitiva, el nirvana del budismo, y la salvación no consiste, pues, en no temer nada ni creer en nada (dioses justicieros o vengativos, infiernos imposibles), seguros de que volveremos adonde hemos salido a la Nada, lo que, sin necesidad de esoterismos filosóficos ni complicaciones teológicas, enseñaba el más grande de los filósofos de la antigüedad, Epikouros?

(40) «La devoción se alía a todo» (P. L. Courrier, *Lettres de Veretz*).

(41) Lo mismo decía Buda. Una vez más se ve que en la filosofía de la India hay una serie de ideas o principios comunes que pasan de unos sistemas a otros, y que, en definitiva, es lo esencial a todos.

(42) San Francisco de Sales, demostrando una vez más el «nil novi sub sole» del Eclesiastés (I, 16), diría siglos después, levantándose él también contra las exageraciones místicas, que en la vida secular y cumpliendo como era debido nuestras obligaciones, se podía perfectamente ser virtuoso y ganar el Cielo. Y que la virtud cristiana no estaba en macerarse inútilmente, sin provecho para nadie, ni en las prácticas exageradas de devoción, igualmente vanas e inútiles. A continuación cito sus mismas palabras.

(43) Om (Aum), pronombre neutro de avam, contraído.

(44) Pada es la palabra simple, no doblada, no encorvada; sabda, la palabra pronunciada, el sonido.

(45) «Haz silencio en ti y escucha», decía Buda. «Tan sólo el silencio es grande», afirmaba a su vez Alfredo de Vigny. Para tratar de comprender lo inexpresable, tal vez. Pero en muchas ocasiones, sin duda, es mejor lo que pedía Sócrates para conocer a uno: «Habla para que te vea» (Ut te videam, aliquid eloquere, Apuleyo, *Florilegio*, II).

(46) Es difícil traducir la palabra tedanin. Lo más natural sería verterla por «en aquel tiempo». Pero como ni el «tiempo» ni nada existía todavía, preciso es buscar una expresión vaga e indeterminada.

(47) Tat es impersonal, neutro, aquello; así como Om, contracción de avam, como ha sido dicho.

(48) Recuérdese el panteísmo de San Pablo, panteísmo griego, en realidad, que hace suyo cuando dice ante el areópago: «Es en él donde vivimos, nos movemos y somos» (en aito garzomen kal kinoimeta esmen. Act., XVII, 28).

(49) «En un principio era el Vacío, y la Noche, y el negro Erebo, y el vasto Tártaros; pero ni la Tierra, ni el aire, ni el Cielo existían. En el seno, infinito del Erebo, la Noche de negras alas produjo ante todo un huevo sin germen, del que en el curso de las estaciones nació Eros el deseo con la espada centelleante a causa de sus alas de oro» (Aristófanes, Las Aves, v. 694 y sig.). Esta génesis de Aristófanes es una parodia pintoresca de la de Hesíodo (Teogonía, v. 116 y sig.) y de otras Teogonías de origen órfico. Mas, como se ve antes ya, en la India se había supuesto algo semejante.

(50) Se asemeja extraordinariamente a la de Anaxágoras de Klazomenai, cuyos nous, espíritu, razón, y el omoiomeres corresponden, como principios dualistas, al purusha y a la prakriti.

(51) El triple dolor (dukhatraya) es producido por el juego engañoso, falaz, de las tres eualidades de la Naturaleza: verdad, bondad y oscuridad. Dolores que nos llegan sea del cuerpo y de la conciencia (adhyatmika), bien de los seres exteriores (adhibotika), ora de los fenómenos celestes y atmosféricos (adhidevika). Lo que justifica la expresión de «gran bosque de dolores», con que el budismo designa al Mundo, este nuestro «valle de lágrimas».

(52) Dedicuemos, al encontrar esta palabra quietismo, un placido recuerdo a nuestro teólogo místico Miguel Molinos, que, a incitación de un majadero, Luis XIV de Francia, otro, el Papa Inocencio XI, hizo detener en 1685, y a quien dos años más tarde la siempre justa y tolerante Inquisición condenó (tras condenar sesenta y ocho proposiciones de su Guía espiritual, aparecida diez años antes) por el crimen de demostrar, en hábil teólogo como era su autor, que las prácticas religiosas exteriores (que jamás había aconsejado Jesús) eran inútiles. Y que la verdadera y fructífera adoración debía hacerse y bastaba hacerla de corazón, en el silencio y en total y completa quietud de espíritu. Es decir, sin cultos llamativos, ruidosos, centelleantes y más paganos que otra cosa. Obligado a abjurar sus teorías, lo hizo, como tantos otros, a la fuerza. No obstante, fue encerrado en el convento de los dominicos de San Pedro in Montorio, donde murió.

(53) En los Vedas, la sraddha aparece como un ser personificado en una diosa.

(54) Si la vaca y el mono son animales sagrados a los que nadie se atrevería en la India a molestar o incomodar, en cambio el perro es despreciado tanto como los otros dos respetados. En el Poema veremos, como maldición y castigo terribilísimo, condenar los rishis a alguien, a alimentarse con carne de perro.

(55) Esto, por lo menos, es indudable. En efecto, el que deja de respirar se va derecho, si es hindú, con Brahma; si musulmán, con Alá; si parsi, con Zoroastro; si católico, junto a Iahvé. Cuando yo vivía en Getafe tuve un vecino que tenía la maravillosa facultad, según él aseguraba, de desdoblarse. Entiéndase bien: esto quiere decir que su alma, espíritu, periespíritu (era espiritista), cuerpo astral o como se quiera llamar a la parte menos material de nosotros (por supuesto, todas estas palabras son cosa diferente para los entendidos en espiritismo, ocultismo y demás «ismos» parlantes); pues bien, esta parte, sutil y viajera a veces, como se va a ver, se escapaba de su cuerpo (del de mi vecino) para hacer delicadas e interesantes excursiones. Un día que íbamos juntos en el tren, a Madrid, me aseguró con la mayor formalidad que la noche anterior había estado (dentro de su periespíritu o alma viajera) en Zaragoza, visitando a sus padres. Era un hombre más alto que yo (yo disto de ser un gigante: con 1,69 centímetros o cosa así he recorrido siempre el Mundo, sin preocuparme jamás por los centímetros con que otros, mejores mozos, pudieran sobrepujarme; por lo demás, si más de una vez tuve el alma perdida y ausente, por obra de otro cuerpo de sexo diferente, siempre agarrado al mío y haciéndome, quizá, sufrir), más alto, decía, las carnes algo fofas y los ojos cándidos y azules. Yo le juzgué (una de mis excelencias, para aquellos a los que juzgo mal, es equivocarme con frecuencia en mis apreciaciones sobre lo ajeno) desde el primer día como uno de esos hombres nacidos para ser apacibles, cornudos y felices. Pero vuelvo a su excursión nocturna. Yo, cuando me aseguró lo del viaje aquel de su parte ingrátida, le oí sin burlarme, no hubiera faltado más (¿dónde está la verdad?), ni pestañear. Me limité a decirle, era cortés responder algo, que no le envidiaba su peregrina facultad bien que reconociese tratarse de un privilegio extraordinario y feliz. Porque, añadí, ¿y si un día o una noche la excursión se prolonga más de lo acostumbrado y cuando vuelve usted, arrojado en su periespíritu, resulta que no encuentra el refugio natural del cuerpo por haber hecho su mujer que lo metan varios palmos bajo tierra, tras llorar una ausencia que toma por definitiva? Sus ojitos azules noté que me miraban con compasión. Al

llegar a Madrid nos despedimos fríamente. Y ya nunca volvió a sentarse a mi lado.

(56) Con Iahvé, el Dios Padre, y Jesús ha pasado lo mismo. Desde la aparición de éste, aquél ha quedado como una especie de recuerdo de divinidad, sin afecto verdadero ni culto.

(57) El Zohar (en hebreo, «esplendor») es un comentario alegórico del Pentateuco, verdadera enciclopedia de teosofía cabalística. El Zohar está escrito en árabe y en hebreo. Según Moisés de León, este libro fue revelado por modo divino a Simeón ben Jochai en el siglo II d. d. J., por el profeta Elías. Pero se cree que en gran parte fue obra de Moisés de León, que sistematizó, haciéndole, un gran número de tradiciones ocultas de fecha más o menos antigua.

(58) Véase la noticia preliminar a mi traducción de la *Iliada*, publicada en esta misma Colección.

(59) Paréceme asimismo, y me apresuro a hacerlo observar, que el estilo del Ramayana es mucho más fácil de imitar que el de Platón, por ejemplo. A éste, eruditos admirables tan llenos de sabiduría antigua y de conocimientos lingüísticos como faltos de olfato literario, le han discutido de tal modo la paternidad de los diálogos que llevan su nombre, que, de escucharles, apenas una docena de las tres que han llegado a nosotros serían obra de su mano. Pero es que con frecuencia, en las cuestiones en que a un tiempo está empeñada la fama del discutido y del discutidor, el celo de éstos llega a tal punto, que, de mezclarse asimismo su propia paternidad en la cuestión, serían capaces, por no dar su brazo a torcer, de hacer intervenir el milagro para demostrar su presencia en el Mundo.

(60) Balakanda, canto en honor de Bala, es decir, de Indra, el rey de los dioses. Antes de emprender algo, los hindúes invocaban, y seguramente siguen haciéndolo aún, a la divinidad. Valmiki, por su parte, no podía dejar de hacerlo, dada la importancia de lo que emprendía. Sobre todo tratándose de un poema en que el elemento religioso y lo divino tienen tal importancia.

(61) Algunas de estas comparaciones, como se verá, largas complicadas y violentas. Otras, del tipo de las que también gustaba emplear Homeros, como se ve profusamente en *Iliada* y *Odisea*.

(62) Se cuenta de Arolas, nuestro excelente poeta romántico rishí casi, en todo caso sacerdote (padre escolapio), que en sus últimos tiempos, y habiendo perdido la razón, decía cuando estaba cumpliendo sus más prosaicas necesidades: «Estoy dejando perlas y diamantes del Comorín y de la India.» Este pobre padre escolapio, como digo, de vida modesta, dedicado como todos los

de la Orden a la enseñanza, que si salió del colegio donde fue educado sería para ir a otro no más alegre, donde, a su vez, le tocaría enseñar a él, ha llenado sus Orientales de huries, de sultanas, de palacios y de maravillosas sedas, damascos, tules y riquezas. Tesoros todos nacidos del único suyo: su fantasía. Pues bien, ¿no será el padre Arolas, en pequeño, claro, una imagen viva del antiguo Valmiki?

(63) Véase nota 144.

(64) Véanse notas 122 y 144.

(65) Véase nota 121.

(66) Véase nota 127. La expresión «¡Honor a las vacas y a los brahmanesá» se lee más de una vez en el Poema. Hoy, además de las vacas, son animales sagrados los monos. E indudablemente a causa del Ramayana, lo que prueba una vez más su importancia y lo leído y admirado que ha sido siempre. Es decir, a causa de los «haris» o «vanaras» (los monos), que tanta importancia tienen en el Poema, y más especialmente por el formidable y simpatiquísimo Hanumat. Ahora bien, al punto ocurre preguntar: ¿Por qué esta predilección de Valmiki hacia los monos? Porque, como se podrá ver, bien que el gran héroe de la acción es Rama, como es lógico, diríase que Valmiki prefiere aún a Hanumat, de tal modo habla y se ocupa de él y de tal modo le colma de excelencias. Para juzgar sobre esta predilección basta considerar que todo un canto, el Sundarakanda, está lleno de la figura, presencia y hazañas de este formidable cuadrúmano. ¿No vendría el amor de Valmiki hacia estos inteligentes animales de que en su soledad de asceta tal vez tuviese como compañero a un animalito de esta clase? Por supuesto, digo «soledad»; pero tal vez fuese mejor decir, como aquel poeta ramplón y populachero que fue Campoamor: «La soledad de dos en compañía», porque, como se verá en el Poema, muchos ascetas hindúes, muchos «rishis» vivían en los eremitorios con sus mujeres y sus hijos, y ello porque para el Brahmanismo no es una virtud la «castidad», en el sentido severo antinatural y hasta torpe en que lo es para otras religiones.

(67) Véase nota 127.

(68) Muy interesante también, para formarse una idea sobre el modo de pensar de los hindúes de entonces y saber lo que consideraban como malo y qué como bueno, es el sarga 75 del canto II relativo a las imprecaciones de Bharata, defendiéndose ante Kausalyá, madre de Rama, de las sospechas de ésta relativas a que haya podido tomar parte en el destierro de su hijo.

(69) No solamente todo lo esencial del panteón brahmánico aparece en el Ramayana, sino lo principal y mejor de su Mitolo-

gía. Lo que falta de ésta lo encontrará el lector en mi *Mitología Universal*.

(70) Véase, por ser interesante como punto de comparación en lo que a la formación de las leyendas afecta, a falta de datos ciertos y positivos sobre los grandes personajes de la antigüedad, mi obra *Pitágoras*, publicada en esta misma Colección.

(71) Valmiki o el que haya sido. Pero quedémonos con este nombre. En definitiva, ¿qué más da? Cuanto dejan los hombres, por grandes e ilustres o perversos, ambiciosos y criminales que sean, es esto: un nombre. Y muchos, una obra, se dirá. Claro. Pero como esta obra queda en manos de los hombres y de los tiempos, que la alteran y deforman, elevándola unas veces a las nubes y transformándola en esto, en una nube, y otras hundéndola en el barro; en definitiva, lo que verdaderamente queda de lo que fue, del incierto lo que fue o pudo ser, no va más allá de esto: un nombre.

(72) El *Ramayana* es llamado también *Ramagitá*, «Canto de Rama» (gitá, canto). La antigüedad e importancia del mito de Rama ha acabado por hacer de este personaje una de las encarnaciones de Vishnú, y, como consecuencia, el poema que le glorifica lleva el título de *kavya*, e incluso de *mahakavya*; es decir, el «canto de los cantos». Canto, gitá, becho por un Kavi, chantre inspirado; lo mismo que los himnos védicos. El título de chantre (cantor) antiguo es atributo incluso o atribuido al divino *Purusha* (*Brahma*) supremo. En el *Bhagavad-Gitá* (VIII, 10) le es atribuido para dar a entender su función de instituidor de la humanidad.

(73) Expresiones como ésta, «toro de los munis», las encontrará el lector constantemente, destinadas a encomiar el poder, la inteligencia, la bravura u otras excelencias de tal o cual personaje, que veremos calificado, tal como ahora, de «toro de los munis» (muni, religioso, asceta hindú), ya de «tigre de los hombres», ora de «león de los reyes», etc.; todo ello en el sentido del mejor, el más sabio, el más poderoso, y a veces como simple prueba de sumisión y de cortesía. El toro, particularmente, era considerado en la antigüedad como emblema de algo muy grande y muy fuerte, muy poderoso. Recuérdese que, de acuerdo con ello, Miguel Ángel, al hacer la soberbia estatua de Moisés, destinada a decorar, en unión de otras, la tumba del Papa Julio II (hoy esta estatua está en la Iglesia de Santo-Pietro-in-Vincoli, de Roma), le puso en la cabeza, como signo de fuerza y autoridad, dos cuernecitos.

(74) El celestial, el terrestre y el infernal.

(75) Prajapati, jefe de los Seres, sobrenombre de *Brahma* y, a veces, de otras grandes divinidades. En los *Brahmanas*, Prajapati es considerado como el dios supremo, si no el único, durante todo el período postvédico. Padre de dioses, demonios y hombres, creó el Mundo mediante un sacrificio, tras haberse entregado a grandes austeridades. Obsérvese este detalle, pues, como se va a ver, las austeridades son, en el *Ramayana*, es decir, en la religión brahmánica, la base de toda perfección y hasta de todo poder. Y el mejor medio, por supuesto, para alcanzar el Cielo de *Brahma* (*Brahmaloka*). Del sudor del cuerpo de Prajapati nació un huevo, que al cabo de bogar un año en las aguas primordiales dio origen al Mundo. La mitad superior de la cáscara constituyó el firmamento; la inferior, el océano. Prajapati es, aun hoy, el dios de aquellos que tienden en la India hacia el monoteísmo o, por lo menos, a la sistematización de los ritos. La tendencia al monoteísmo es sensible también en el culto a *Brahma*, el Creador, el Padre de dioses y hombres; figura majestuosa, grandiosa; pero, claro, vaga como todas las entidades.

Los *Brahmanas* (interpretaciones sobre lo *Brahmán*, «lo Absoluto» en sánscrito, nombre dado al Espíritu Universal) es la segunda gran división de los textos sagrados védicos. En su mayor parte son comentarios relativos al ceremonial propio de los sacrificios; es decir, destinados a ayudar a los brahmanes a cumplir sus deberes rituales. En ellos está enunciada la equivalencia entre lo *Brahmán* y el *Atmán* o Alma universal, que penetra y abraza todas las cosas, lo que no puede hacer el Alma individual, aprisionada como está en su forma material.

Los seres, de los que es, según los hindúes, jefe Prajapati, son los *bhutas* o prajas. El *Ramayana* cita tres clases de *bhutas*: los *kimpurushas*, los *pisitasanas* y los *bhujangas*.

(76) *Dhatar*, el Ordenador, es decir *Brahma*.

(77) *Vedas* (en sánscrito, «conocimiento divino»; en su más amplio sentido, «ciencia») son los libros sagrados por excelencia, cuerpo de la Revelación; en la India antigua, sobre todo, de la fe brahmánica. Comprenden cuatro libros: *Rig*, *Yajur* (o *Yagur*), *Sama* y *Atharva-Veda*. De los cuales tan sólo los tres primeros son citados hasta época muy reciente, es decir, hasta que se compuso el *Manava-Dharma-Sastra*. En singular, el *Veda* es la reunión de los textos sagrados esenciales, a saber: *Vedas*, *Brahmanas*, *Aranyakas* y *Upanishads*. A la filosofía que tiene su fuente en los *Upanishads* (la filosofía vedanta) y que se ha codificado en los *Sutras*, lo escogido de la India presta su adhesión hace mil años. Hay, además, los *Vedangas*, tratados védicos; el *Dhanurveda*, otro tratado védico, y los *Sastras*, colección de tex-



tos. (Véase nota 146.) Los cuatro Vedas, los Brahmanas y los Upanishads han sido traducidos a todas las lenguas.

En fin, se da el nombre de Vedismo al conjunto de ritos y creencias contenidos en los Vedas, base de la religión de los hindúes.

(78) Smriti (en sánscrito, «lo que era recordado»), palabra hindú que designa la inspiración o la tradición, en oposición a la sruti o revelación directa, dotada de mayor autoridad. En la smriti se suelen incluir las grandes epopeyas y los Puranas.

(79) Himavat, el Himalaya, el rey de los montes.

(80) Vishnú o Vichnú, segunda persona de la Trinidad (Trimurti) hindú. «Lo Absoluto se manifiesta en tres personas: Brahma, el creador; Vishnú, el conservador, y Siva, el destructor. (Véase mi Mitología Universal.)

(81) Soma, dios resultante de la divinización del soma, el licor sagrado (sobre el origen de ambos y demás particularidades envío al lector a mi Mitología Universal).

(82) Kala, el tiempo, identificado a Yama, el Plutón indio, que ya en los Vedas es el dios de los muertos, el rey de los fantasmas, el soberano de la región en la que las sombras viven una medio existencia. En los poemas posteriores, como aquí en el Ramayana, es el soberano del Infierno hindú y el juez de los muertos. Cuando un hombre muere, su alma va al reino de Yama, donde Sitragupta, el archivero infernal, lee la lista de sus acciones terrestres y una justa sentencia es pronunciada: el alma, según ella, es autorizada a subir a la región de los pitris o pretas (los difuntos) o enviada a uno de los veintidós infiernos, donde es purificada para una nueva reencarnación. Yama es representado como un hombre verde, vestido de rojo y caballero sobre un búfalo. Sus servidores inmediatos son dos perros feroces, dotados de cuatro ojos cada uno, guardianes de la entrada del Infierno. Yama es el primer hombre que murió a causa de haberse aventurado por el camino del que no se vuelve. Los muertos le llegan a montones, conducidos por Añi (el fuego de la hoguera funeraria). Los buenos, los elegidos, beben el soma, licor que concede la inmortalidad. Con ello brillan por la noche en las estrellas, gozan de una felicidad sin límites y reciben ofrendas como los dioses. Yama tiene por madre una ondina y por padre a Visvvasu, único gandharva del que hablan los Himnos. Es el enemigo de Indra. Yama tiene como amante a Yamí, su propia hermana.

(83) Dhanada, otro nombre de Kubera, dios de los tesoros, protector de la región septentrional. También es llamado, como

he dicho en la noticia preliminar, Valsravana, Akakshpingalin, Vittapa y Dhaneseva.

(84) Dharma (en sánscrito, «lo que es obligatorio»), el deber; es decir, en el Hinduismo, la religión, las leyes religiosas o, más generalmente, las leyes que deben regir la conducta. Los Dharma-sutras contienen las reglas destinadas a los cuatro estados de la vida del brahmán.

(85) Mayá (en sánscrito, «ilusión», «engaño»), palabra hindú empleada en los Upanishads para designar la potencia insondable e inconcebible que reside en la Realidad última, en el Isvara (Ser Supremo: Brahmán-Atmán). Ella «proyecta» el Universo material y todo cuanto encierra; pero, en realidad, todo ello (las formas materiales, los seres finitos, el nacimiento y la muerte) no son reales; son simplemente (para ciertas escuelas, claro; no para otras), avidya, ignorancia. El hombre que llega a la gran Verdad (es decir, que se da cuenta de que todo cuanto ve y cree conocer no es sino Mayá, ilusión) está ya en la vía de la salvación (moksha), Mayá-devi o Mayá-maya es la representación, bajo forma femenina, de la Ilusión (asimilada a veces a la diosa Durgá), la personificación de la irrealdad, de la fragilidad esencial de las cosas terrestres; sólo es verdaderamente real lo Absoluto (lo Brahmán).

(86) Sasin, otro nombre del Astro-de-las-Noches, Candra, la Luna (esta palabra es masculina en sánscrito). Sus esposas eran las veintisiete constelaciones; pero sólo Rohiní, la Roja (la constelación del Toro, cuya estrella principal es roja) reinaba en su corazón.

(87) Devas, los dioses, hijos de Aditi y de Kasyapa. Deva (dios) viene de la raíz div, resplandecer, brillar. En la India primitiva, la idea de dios estaba asociada a la idea de luz. A causa de ello el que en el Ramayana se vea continuamente que para alabar algo o a alguien se empleen palabras como luminoso, centelleante, brillante, llameante, resplandeciente, etc. Gandharvas. Los gandharvas eran los cantores celestiales que, con las apsaras (bailarinas), alegraban la vida de los dioses.

(88) Dos-veces-nacidos, expresión mediante la que se designa a brahmanes y rishis, a kshatriyas y vaisyas, es decir, a los miembros de las tres castas superiores de la sociedad hindú, a causa de que tenían como «un segundo nacimiento» cuando recibían el cordón o redecilla sagrada (rito sólo para los hombres y que se celebraba y se sigue celebrando entre los siete y los doce años). Consta, generalmente, de tres hilos trenzados, que, pasando por el hombro izquierdo bajan hasta la cadera derecha.

Pero también se emplea algunas veces, como aquí, para designar a cuanto ser es excelente por alguna cualidad. En el Ramayana le vemos dos o tres veces usado incluso para calificar a animales.

(89) Rakshasas o rakshas, también nairritas (demonios). Variedad de danavas (hijos de Danú). En un principio, devas y danavas eran todos dioses, puesto que los primeros eran hijos de Aditi y de Kasyapa, y los segundos, hijos de su hermana Danú y de Kasyapa asimismo. Pero luego, los primeros, en todas sus variedades o familias, fueron considerados como buenos espíritus (en sánscrito, daiva, dios), y los segundos, asimismo en todas sus variedades, como malos o demonios. Estos fueron considerados como tales (sin que su misión fuese jamás atormentar a los condenados al Infierno hindú; los encargados de esto eran simples «empleados» del reino de Yama, en modo alguno considerados como perversos), no al principio, en que, como digo, suras y devas, asuras y danavas, eran todos dioses, sino más tarde, cuando la verdadera mitología del hinduismo, desdenada por los brahmanes de la primera época, se desarrolló al dividirse el Brahmanismo en multitud de sectas, cada una de las cuales no tan sólo puso a su dios privilegiado por encima de los demás y acumuló sobre él todas las leyendas atribuidas a las divinidades de la época antigua, sino que, ante lo apremiante del problema del mal, que saltaba a la vista por todas partes y que era difícil compaginar con la pretendida bondad de los dioses, surgió la necesidad de seres perversos frente a los seres buenos, a causa de lo cual en la India, como en todos los demás países, y en el Brahmanismo, como en todas las religiones, hubo que inventar a los demonios, seres celestiales, claro, pero malos y enemigos de los buenos o dioses. Y fue ante esta necesidad como empezó a considerarse como tales a asuras y danavas; es decir, a los daítias, hijos de Kasyapa, el 16.º Prajapati, y, por tanto, dios y de Danú, diosa a su vez. Es decir, que conservaron el carácter de dioses los hijos de Kasyapa y de Aditi, los aditias; en cambio, los que tuvo con su segunda y tercera mujeres, Diti y Danú, los daítias y danavas, fueron demonios. A estos demonios se sumaron posteriormente los mencionados rakshas, rakshasas o nairritas, cuyo rey era Ravana, el gran enemigo de los dioses y contra el que luchó y mató Rama, como se refiere en el Poema. Este Ravana, como se verá en el séptimo canto era descendiente de Pulastya, otro de los Prajapatis o grandes dioses, cuya enumeración puede verse en Aranyakanda, XIV. Las ocho mujeres de Kasyapa, hijas de Dahsha, el 13.º Prajapati, y diosas también ellas, por consiguiente, fueron: Aditi, Diti, Danú, Kalaká, Tamrá, Krodhavasá, Manú y Analá, cuya genealogía puede verse en el sarga citado

del Aranyakanda. Pero, lo repito, decir aditías, suras y devas, es decir dioses; decir asuras, danavas y daitías y rakshas o rakshasas, demonios. Y que esta división fue tardía se ve en el propio Ramayana, donde en los seis primeros «kandas», Ravana y sus rakshasas no son aún verdaderos demonios, bien que enemigos de devas y suras, mientras que en el Uttarakanda o kanda suplementario son ya tales y verdaderos demonios y como tales denominados incluso. Ravana, rey de los rakshasas, verdadero ravana, es decir, «el que hace gritar a los mundos» (de ra, gritar); el terror de los mundos, el azote del mundo, loka-ravanam, como le llama Valmiki.

(90) Indra. La importancia de este dios es tal (véase mi Mitología Universal), que un tercio, aproximadamente, de los himnos de los Vedas le son dirigidos. Su mundo es llamado el Indraloka. Dios enteramente antropomórfico, casi igual a Varuna, su figura aumentó rápidamente a expensas de éste. Bajo su ley están el firmamento y la atmósfera, impera en la nube tempestuosa cargada de lluvia y de trueno. Como dios de la lluvia es Parjanya. Tiene por casco el Cielo. La Tierra cabe en el hueco de su mano. Indra abraza al Universo, como la llanta a la rueda. Su montura es Airavata, el elefante blanco salido cuando el batimiento del mar de leche. Sus armas son el rayo (vajra), el disco (akra), el aguijón del elefante (ankusa) y el hacha (tanka). En el Poema le vemos, además, servirse de otras armas en su lucha contra los rakshasas; por ejemplo, el arco, las flechas y la lanza. Esta se la presta a Rama cuando éste combate con Ravana. Si en religiones y mitologías el más elemental buen sentido contase para algo, nos preguntaríamos cómo Rama, que era un hombre y tenía las proporciones de tal, pudo manejar la lanza de un dios capaz de sostener sin esfuerzo ni apuro la Tierra entera en el hueco de su mano. Ni cómo pudo ser vencido por Ravana o, mejor, por Indrajit, su hijo, que, aunque buenos mozos, eran menos, a su lado, que una pulga junto a un camello. Pero como en estas cuestiones no se trata de discurrir ni de razonar, sino de creer, sigamos enumerando las excelencias de Indra. Con el hacha mencionada, Indra hiende las montañas y hace correr los ríos. Temible y belicoso, es el patrón de la nobleza militar (kashatriyas o kchatryas). Las vacas celestes (entiéndase las nubes) le pertenecen. Cuando truena es que Indra está acabando con los demonios que quieren arrebatárle su rebaño. Así acabó con Vala, que un día había conseguido al fin arrebatársele y ocultarle en una caverna. Sobre Varuna véase mi Mitología Universal. Con frecuencia se une el nombre de Varuna al de Mitra o

**Mithra.** En las invocaciones del sacrificio, las «conjugaciones» **Mitra-Varuna**, **Indra-Añi** y **Añi-Soma** tienen papel principal.

(91) **Rishis**, ascetas, ermitaños, eremitas, brahmanes que vivían en los bosques vestidos con cortezas de árbol y pieles de antílopes negros, y dedicados al ascetismo. Los **rishis** reales son los **rijarshis**. Los **rishis** supremos, **paramarshis**. Los grandes **rishis** son llamados **maharshis**. El Poema cita las siguientes clases de ascetas: **asayyas**, **asmakuttas**, **ajas**, **anavakasiras**, **anjalipanas** (que beben sirviéndose del hueco de la mano), **dantolukhalins**, **dhumras**, **gatrāsayyas**, **kalapas**, **maricipas**, **nashas**, **rishis-paramarshis**, **sadhus**, **samprakshalas**, **siddhas**, **umajjikas**, **vaikhanasas**, **valakīlyas**. **Tapás**, como ya creo haberlo dicho, es el ascetismo, la vida de sacrificio y de privaciones, destinada no a ser útiles a los demás, sino al supremo egoísmo: a conseguir el Cielo. ¿Qué pensar de aquellas religiones y de su moral particular, que elevan el egoísmo más feroz, la carencia de altruismo y el parasitismo total a la categoría de las virtudes?

(92) Sobre **Agni** (o **Añi**), dios del fuego y personificación de este elemento, cuya importancia es tal en la India, que le han sido dirigidos más himnos que a toda otra divinidad, véase mi *Mitología Universal*. Sus nombres (he citado ya los mencionados en el Poema) son legión; su aspecto exterior, indeterminado; pero sí tienen siete lenguas, destinadas a lamer la manteca utilizada en los sacrificios, de los que, naturalmente, es la primera divinidad. Como **arani** es, en sánscrito, el nombre de cada una de las piezas, palillo o bastoazuelo, y planchuela o trozo de madera, mediante los cuales, por frotamiento, puede producirse el fuego, y esta palabra es del género femenino. **Añi** es llamado frecuentemente «Hijo de dos madres». A las que, por cierto, apenas nacido, devora. Por extensión, «**arani**» era también la leña empleada para encender el fuego de los sacrificios. El nombre especial del **Añi** de los sacrificios es **Kravyad**, es decir, «Come-carne»; a causa de ello tiene poderosas mandíbulas (las llamas), provistas de colmillos; su cabellera es roja y es terrible devorador. El fuego celeste está vinculado en el Sol. **Agnisala** (**Añisala**) era y es la cámara del fuego sagrado. **Agnihotra** (**Añihotra**), toda ofrenda a **Añi**.

(93) **Sitá**, esposa de **Rama**, recibe en el Poema diversos nombres; este de **Maithili**, a causa de ser princesa de **Mithila**, antiguo reino de **Mithi**. **Janakí**, por ser hija del rey **Janaka**. **Vaidéhi**, por pertenecer al pueblo de los **videhas** o por llamarse también su padre **Videha**.

(94) Los monos con los que se alía **Rama** para rescatar a **Sitá**, robada por **Ravana**, son llamados también, además de va-

naras, kapis, haris, plavamgamas, pingas y valimukhas. Y entre sus variedades están los golangulas (grandes monos con cola de vaca), los gopuchas y los rikshas, bien que esta palabra, como se verá, pueda significar también osos. Su grito de alegría o de victoria era el «¡Kilakila!». El de sus enemigos, los rakshasas, el «¡Halalahala!». Este ¡halalahala! era también empleado por los hombres, según puede verse en el sarga LXXXI del Ayodyakanda.

(95) Yojana, medida de longitud equivalente a 2,55 leguas marinas geográficas; es decir, a 5.556 metros.

(96) Kishkindhá, caverna en el monte de este nombre, capital del reino de los monos.

(97) El Abuelo, Brahma, el dios supremo. Ya he citado en la noticia preliminar otros nombres que le da el Poema. Este cita también diversas palabras en las que entra este nombre, que conviene conocer: Brahmarakshasas, demonios destructores de los sacrificios; brahmadanda, el cetro de Brahma; Brahmalo, el mundo o cielo de Brahma; Brahma, el Ser Supremo, el Atmán, el Paramatmán, El mismo. Brahma, alma del Universo, fuente, esencia y fin de toda cosa era demasiado metafísico, demasiado hierático, para hacerse popular. Donde más papel tiene es en el Ramayana, como se verá.

(98) Es decir, haciendo el saludo llamado pradakshina (la marcha por la derecha). Otro saludo citado continuamente, por ser el más empleado, es el anjali, que se realiza juntando las manos, abiertas y un poco ahuecadas en forma de copa, con las puntas de los dedos juntas y lo mismo la base de ambas manos. Poco más o menos como los sacerdotes, cuando, diciendo misa, se vuelven hacia los fieles antes de abrirlas y bendecirles. Un tercer saludo, menos empleado, al menos en el Poema, es el pranjali.

(99) Kritayuga, primera edad del mundo. Tretayuga, la segunda. Dvaparayuga, el tercer período cósmico. Kaliyuga, el cuarto y último. La duración de estos períodos es, respectivamente, de cuatro mil, tres mil, dos mil y mil días divinos. Yuga es, pues, un período cósmico, el de los dioses. Kala, como ya he dicho en la nota 82, es la personificación del tiempo. El Ramayana habla también de maitra, la tercera hora del día; de parván, sección cronológica; de vijaya, la hora de la victoria, y de vinda, hora propicia para encontrar lo perdido.

(100) Asvamedha, el más grande, solemne y costoso de los sacrificios, llamado también el «sacrificio del caballo», a causa de inmolarse en él a uno de estos animales. El asvamedha era un sacrificio que tan sólo los reyes podían ofrecer. Los beneficios que procuraba eran considerados como extraordinarios (en rela-

ción, sin duda, a lo que costaban). Cien de estos sacrificios hubieran permitido al soberano ofrendante destronar al propio Indra y llegar a ser el monarca universal. Para celebrarle se escogía un caballo entero de pura raza, al que se trataba y mantenía con el mayor cuidado y regalo durante un año. La ceremonia propiamente dicha duraba tres días. El primero se pasaba en rezos e invocaciones a las divinidades. El segundo, tras haber sido ungido por las tres esposas principales del rey, el caballo era atado a un poste (entre otros muchos animales que habían de ser asimismo sacrificados) y muerto por asfixia, envolviéndole la cabeza en telas. Una vez muerto, la esposa favorita del rey subía sobre el cadáver e imitaba la unión sexual. Esto hecho, el animal era despedazado, en general por ella misma, y los pedazos ofrecidos en sacrificio a Prajapati. El tercer día era consagrado a los divertimientos y a la entrega de los presentes ofrecidos por el rey. Como se verá, el ceremonial del asvamedha ofrecido por Dasaratha para obtener posteridad varía ligeramente de éste. Incluso solían durar mucho tiempo, pues antes del verdadero sacrificio, pueblo e invitados eran mantenidos y divertidos a costa del rey que le ofrecía.

Como los sacrificios consistían esencialmente en ofrendas a las divinidades, ofrendas que, naturalmente, redundaban en beneficio de cuantos asistían a ellos, muy especialmente de los avisados brahmanes, éstos se esforzaron muy pronto en inculcar bien inculcada la idea de su importancia y necesidad. Y, por supuesto, su carácter eminentemente sagrado. Afirmaciones como la siguiente contribuyeron a darles este carácter: se enseñaba que como los dioses ofreciesen un sacrificio (¿ellos?, ¿a quién?) con objeto de obtener la perfección (!), fue Vishnú el que acabó el primero las ceremonias rituales, a causa de lo cual fue el más poderoso de los dioses. También se lee en los Brahmanas que fue mediante un sacrificio como Prajapati creó el Mundo.

He aquí los sacrificios mencionados en el Ramayana: Asvamedha, Adhvara, Añishtoma (sacrificio en honor de Añi), Sradha, Aptoryama (rito sagrado), Atiratra, Avartani (fórmula santa), Bahusuvrnaka, Catushtoma, Gomedha, Isthy (para obtener primogenitura), Mahesvara, Paundarika, Rajasuya (consagración real), Vajrocana (sacrificio en honor de Ball), Vaisnava (sacrificio en honor de Vishnú), Vajapeya, Vajimedha y Yanja.

Satra o sattra quiere decir sacrificio, en general. Arani, como ya he dicho, leños o leña para un sacrificio o ceremonia fúnebre. Otras palabras citadas en el Poema, que tienen concomitancia con los sacrificios, son: Adhavartu (sacerdote auxiliar.), abhijit (ceremonia), ayuhsthana (ceremonia), caitya (templo), dakshinas

(obsequios, en general, para los *brāhmanes*), *diksha* (consagración de un rey), *gosavas* (ofrendas de manteca), *havis* (hrebaje sagrado), *homa* (libación santa), *hotar* (sacerdote que canta los himnos), *jyotisthoma* (ceremonia), *kalpasutra* (ritual), *madhuparka* (ofrecimiento de leche y miel), *māhishī* (mujer empleada en los sacrificios), *mantras* (las tres fórmulas santas), *parivritti* (mujer empleada en los sacrificios), *prasastar* (sacerdote auxiliar), *pragyamsa* (vestíbulo de la cámara del sacrificio), *prasarpakas* (sacerdotes auxiliares durante el sacrificio), *rakshas* (rito protector), *ritvijs* (sacerdotes), *sadasyas* (*brāhmanes* auxiliares), *samdhyā* (ceremonia de los cuatro océanos), *samidhs* (leña para los sacrificios), *satrín* o *sattrín* (el que participa en el sacrificio), *svaha* (exclamación litúrgica), *udgatar* (uno de los cuatro oficiantes (el *chantre*), *ukthya* (segundo día del *asvamedha*), *vau-prasthana* (rito monacal y silvestre), *vastusamana* (ceremonia), *vashat* (exclamación litúrgica, identificada con Rama), *vavata* (mujer empleada en los sacrificios), *vedi* (lugar del sacrificio, altar), *visvajit* (ceremonia), *Yajur-Veda* o *Yajus* (colección védica que trata de la liturgia de los sacrificios), *yajván* (sacrificador).

*Atibala* designa una colección de fórmulas santas, es decir, de Mantras. Además de las dos exclamaciones litúrgicas mencionadas, «*svaha*» y «*vashat*», hay la célebre sílaba o palabra, triplemente sagrada, *OM* (formada, en realidad, de tres letras, A. O. M). símbolo, en un principio de los tres Vedas principales (*Rig*, *Yajur* y *Sama*), y luego de la *Trimurti*, invocada o exclamada siempre antes de comenzar algo. «Quien conoce *Aum* o *Om* conoce el Veda, y quien conoce el Veda conoce todo.» *Om* es el equivalente sonoro de *Satchidananda*, palabra compuesta de estas otras tres palabras sánscritas: *Sat*, ser; *Chid*, meditación, y *Ananda*, beatitud. Vocablo, pues, que comprende o resume todo el Veda y todo el Yoga, puesto que significa «Del ser al Ser (dios) en virtud de la meditación y la beatitud.»

La costumbre, entre los verdaderamente creyentes de todas las religiones, de dirigirse a la Divinidad reclamando su auxilio antes de emprender cualquier tarea tuvo su origen, como puede creerse, en el océano de creencias religiosas que ha sido siempre la India, donde desde tiempos muy remotos vemos, por ejemplo, esta sílaba sagrada. «¡*Om!*», al principio de la mayor parte de los antiguos textos, seguida del nombre del dios invocado: «¡*Om!*» ¡*Ganesyanamah!*» (¡Homenaje a *Genesa*, dios de la iniciativa y de la inteligencia!) «¡*Om!* ¡*Saravastyai!*» (¡Homenaje a *Saravastí*, diosa de la elocuencia). «¡*Om!* ¡*Sivaya namah!* (¡Homenaje a *Siva*, dispensador de todos los bienes!)



Para los hindúes nada tan poderoso como los sacrificios ofrecidos según los ritos. En cierto modo obligaban a la divinidad o dios en cuyo honor eran hechos: obligaban y obligan, puesto que hoy mismo se hacen. Es decir, que el dios se obligaba él mismo puesto que el rito era y sigue siendo él.

(101) Koti, cifra equivalente a diez millones. Véanse otras cifras y números empleados en el Poema: antya, arbuda, ayuta (100 millones de kotis), drona (medida de capacidad), droni (vaso de capacidad o contenido de una drona), kharva (100.000 grandes padmas), krosa (distancia que alcanza la voz normal), madhga (10 arbudas), niyuta (un millón), nyarbuda (número), ogha (100.000 samudras), padma (100.000 grandes vrindas), parardha (cifra muy considerable), prayuta (número), samudra (20 antyas o 100.000 kharvas, cifra muy grande), vrinda (cifra) y, citada frecuentemente, la ya mencionada «yojana», medida de longitud.

(102) Las cuatro castas, como se sabe, son: Primera casta y casta, por decirlo así, esencial y principal (el Ramayana no es, en el fondo, sino un canto y elogio de esta casta, con el pretexto de relatar las aventuras de Rama), la casta de los BRAHMANES, salidos, según una tradición, de la boca de Brahma; según otra, de la de Prajapati; en definitiva, lo mismo, puesto que Prajapati (en sánscrito, «Año de las criaturas») es, en los Brahmanas, la personificación del Creador del Universo. Pero como en un principio Prajapati habíase sacrificado voluntariamente para asegurar la Creación (fue hecho pedazos por los dioses, y con ellos éstos formaron los diversos seres de la Naturaleza; de donde, naturalmente, el panteísmo, base de la religión hindú), entonces fue imaginado (el Cielo no podía estar sin un dios principal, como ningún reino sin rey; en el Poema veremos un capítulo destinado a referir las desgracias del país al que tal ocurre) su doble, por decirlo así, o sea Brahma. Uno de los himnos védicos declara esto: que los brahmanes han salido de la boca, de la parte más noble, por tanto, de Purusha, la fuente primera del Universo. Con ello y causa de ello, el brahmán es, entre todos los seres creados, el superior. En el Ramayana se verá repetidamente la pleitesía que les rinden los propios reyes, incluso Rama, y esto aún después de haberle hecho saber Brahma, públicamente, quién es; es decir, que es Vishnú, dios de los dioses. Por su parte, el brahmán es un verdadero «dios de forma humana», que debe ser venerado por todos y al cual hay que obedecer sin vacilar. (¡Esta audacia en afirmar que ha creado siempre religiones y ciencias!) Los sacerdotes hindúes son brahmanes; pero todos los brahmanes no son sacerdotes. Los que no lo son suelen dedicarse,

en general, a la agricultura. El deber principal de aquéllos es estudiar los libros sagrados (inventados y amañados por sus antecesores) y cumplir los ritos. Las Leyes de Manu estipulan que la existencia de un brahmán debe comprender los cuatro estados sucesivos siguientes: 1.º Brahmacarya o estudiante soltero. 2.º Grihastha, dueño de casa; es decir, el hombre casado que vive con su mujer y sus hijos (sacerdote o no), consagrado a los deberes propios de su condición. 3.º Vanaprastha o anacoreta, que vive en el bosque en reclusión religiosa, tras haber cumplido todos los deberes, ya de sacerdote, ya de hombre de mundo. 4.º Samnyasin o mendigo religioso, que, vagabundo y libre de toda preocupación y de toda responsabilidad material, se consagra a la pobreza, a los ejercicios espirituales y a las mortificaciones de la carne; es decir, un entero y perfecto parásito, como el ramaprastha. Hoy mismo, ¡tal es la fuerza de las creencias, por absurdas e ilógicas que sean!, es frecuente, en la India, ver hombres que, tras haber sido algo, o mucho, en la vida, abandonan riquezas, posición social, familia, todo, por endosarse el hábito de los mendigos y vivir el resto de su existencia de la caridad y en medio de toda suerte de privaciones.

La segunda casta es la de los KSHATRIYAS o Kchatryas. Esta casta es la de los reyes, príncipes, nobles, guerreros principales y dueños de grandes extensiones de terreno. Saliero, en un principio, de los brazos (o del pecho) de Brahma, Buda, el fundador del Budismo, y Mahavira (Gran Alma, por otro nombre Vardhamana), el santo fundador, a su vez, del Janismo o Djainismo, pertenecían a esta segunda casta.

La tercera es la de los VAISYAS; es decir, comerciantes y agricultores ricos, salidos del vientre de Brahma o de sus muslos.

La cuarta casta (el brahmán tiene ya quien le enriquezca y le defienda, y quien le alimente y le vista; no necesita ya sino quien le sirva ciegamente) es la de los SUDRAS, salidos de los pies de Brahma. La palabra nishada indica también a un hombre de la casta impura, la palabra vrishala significa, en general, las castas.

En enero de 1948, la Asamblea Constituyente india abolió las castas. Se estableció que todos los hombres eran iguales ante la ley. «Mientras haya hombres—había dicho Gandhi—que sean considerados como indignos no podremos hablar de independencia.» No obstante, aún quedan más de 60 millones de «intocables», de pobres seres humanos cuyo solo contacto envilece. En realidad, nada ha podido aún romper esta institución de castas, que data del primer código, del Veda. Es más, se ha producido un fenómeno curioso: estos «intocables», a causa de ser «impuros», «in-

dignos» (algo así como en Occidente, en la Edad Media, los excomulgados), es una especie de subcasta aún inferior a los sudras. A causa de una curiosa manifestación nueva de la «lucha por la vida», esta casta, tan despreciada siempre, ha sabido producir, para dignificarse ella un poco, otra inferior aún, que es esta de los «intocables» a que hago referencia. ¿Por qué estos millones de hombres, caídos en el último grado de la miseria y del desprecio, siguen viviendo en tal estado, pese a haber reconocido la ley que son iguales a todos los demás hindúes? No hay otra explicación que su propio fanatismo religioso, su ignorancia y la fuerza con que en los espíritus inferiores se graba lo aprendido en la infancia. En efecto, por todas partes, la casi totalidad de los seres humanos constiuyen el «rebaño», conducido a su antojo por un puñado de «pastores» dotados de mayor inteligencia o simplemente de audacia. Y entre este rebaño, muy pocos son los capaces de rebelarse intelectualmente contra las ideas que se les han inculcado de niños. Muy especialmente contra las «religiosas». He aquí la razón de que haya católicos, musulmanes, hindúes y, en una palabra, creyentes de tantas religiones distintas y todos de buena fe y seguros de que la suya es la mejor, simplemente porque así se lo enseñaron de niños. Y por ello el interés en todas partes de los directores religiosos de apoderarse de la enseñanza. Y el porqué de que jamás habrá libertad y progreso propiamente dicho en ningún país en que esta enseñanza no sea sino esto: enseñanza, y no religión. Pero volvamos a las castas de la India. He aquí lo que dice el Bhagavad-Gitá acerca de ellas, y con ello cierro esta nota, nada grata por lo que representa para tanto desgraciado:

«Entre brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras, los deberes, ¡oh héroe terrible!, están repartidos según los gunas que determinaron sus naturalezas a unos y a otros. La calma, el dominio de sí mismos, la ascesis, la pureza, la paciencia y la rectitud, el conocimiento, la inteligencia y la fe son cuestiones propias del brahmán fundadas en su naturaleza. La valentía, la fuerza, la constancia, la habilidad y, en el combate, el valor que desconoce la huida, la liberalidad, el ejercicio del poder, son el deber del kshatriya, conforme a su naturaleza. El laboreo, el cuidado de los rebaños y los negocios son la tarea que su naturaleza asigna al vaisya. En cuanto al sudra, su destino natural es servir.»

Los gunas son los modos de energía de la prakriti (la Naturaleza). Son tres: sattva, principio de luz y de armonía; radjas, principio de acción y de pasión, y tamas, principio de oscuridad y de inercia. El Bhagavad-Gitá dice de ellos: «Del sattva nace el conocimiento, y del radjas, la codicia; la negligencia y el

error, y la ignorancia también, vienen del *tamas*. *Sattva* conduce a la felicidad; *radjas*, a la acción; en cuanto al *tamas*, éste oscurece el pensamiento y sume en la negligencia del deber. Dominando *radjas* y *tamas* se establece el *sattva*; *tamas*, dominando *radjas* y *sattva*, y el *radjas*, dominando *sattva* y *tamas*. Cuando la luz, el conocimiento penetra en el cuerpo por todas sus puertas, entonces se puede estar seguro de que el *sattva* domina. Cuando crece el *radjas*, entonces nace la avaricia, la actividad, el espíritu de empresa, la inquietud, el deseo. Cuando el *tamas* se desarrolla, entonces nacen la oscuridad, la pereza, la negligencia y el error.»

(103) *Brahmaloka*, ya citado: el mundo o Cielo de *Brahma*. El Poema cita otras palabras relacionadas con *Brahma*, además de las citadas en la nota 97: *Brahmakarya* y *Dharmakarya*, disciplinas brahmánicas; *Brahmapasa*, *Brahmastra* y *Brahmasiras*, lazo, arco y arma de *Brahma*, y *brahmanicidio*, personificación del peor y más enorme de los crímenes: la muerte de un brahmán.

(104) *Devaloka*, el mundo de los dioses.

(105) *Tirtha*, un vado..

(106) Gurú, ya citado, director espiritual, maestro, hermano mayor; todo aquel al que se escucha y del cual se aprende o sirve de preceptor y guía.

(107) *Nishada*, miembro de una casta impura.

(108) *Padas*, versos.

(109) *Sloka*, dístico.

(110) En los Himnos, los dioses con varias cabezas y varios brazos no existen. Estos son creaciones simbólicas propias del Hinduismo, cuya iconografía se constituyó, en realidad, cuando el Budismo pudo ser derrocado; es decir, al resurgir el Brahmanismo. A causa de ello, la escultura nacida entonces, única que hoy puede admirarse y que es relativamente reciente, sólo reproduce con gran imperfección las concepciones de los Vedas, que, como todo, han sufrido a través del tiempo adaptaciones y alteraciones múltiples. Precisamente, si *Brahma* tiene ahora cuatro cabezas es para que cada una de ellas haya creado uno de los Vedas. Antes de esta adaptación tenía cinco. Esta quinta una leyenda explica cómo la perdió: un día, el Padre de los dioses, que deseaba (siento tener que revelar este grave secreto celestial) a su propia hija *Sandhya*, y como ésta se ocultase por huir y ver de escapar a las bochornosas asiduidades paternas, *Brahma* alargase el cuello de una de sus cabezas, buscándola por

todas partes, Siva indignado, se la cercenó. Desde entonces, claro, no tiene sino cuatro. En cambio, Siva, que en los Himnos era benéfico y propicio, pero que luego, en la mitología hinduista tornóse sanguinario y terrible (véase mi *Mitología Universal*), al darse cuenta de la enormidad de su acto, que al fin y al cabo Brahmā era Brahma, se volvió loco. Y fue cuando al atravesar un bosque, como su hermosura turbase a las mujeres de los eremitas, éstos, celosos y ciegos de cólera, enviaron contra él (en el que no veían sino un joven mendicante de hermosura perfecta) un tigre enorme. Pero Siva le hizo pedazos, cual si hubiese sido una rosquilla, e incluso se vistió con su piel. Entonces lanzaron contra el dios un antilope fortísimo. Siva, cayendo de un salto sobre él (la piel de tigre le había comunicado, sin duda, alguna de las propiedades de su antiguo dueño), le inmovilizó. Seguidamente acudieron a enviarle un hacha enorme hecha un ascua, al rojo vivo; Siva la cogió tranquilamente cuando llegaba hacia él por el aire y, bien que no lo diga ya la leyenda, se serviría de ella como cepillo de uñas. Tras lo cual los eremitas acabaron por escapar, rascándose la frente.

(109) Ravana, llamado por ello Dasagriva (diez cuellos).

(112) Aunque del yoga ya me he ocupado en la nota 39, es tal su importancia, que voy a añadir unas líneas más. El objeto de este darsana o sistema filosófico es conseguir, como ya he indicado en la mencionada nota, la unión del que lo practica con el Espíritu supremo, al que se supone omnisciente, eterno, perfecto y no sujeto al karma (acción) ni a la transmigración. En una palabra, y como diría la mística católica: la unión con Dios. Una de sus designaciones es la sílaba OM (véase la nota 100). La unión con la Divinidad puede ser obtenida mediante la supresión de toda actividad, completada mediante la concentración mental y la meditación. Ocho medios permiten alcanzar esta concentración mental: supresión de toda actividad, posturas especiales (existe un número considerable de ellas, y ha sido esta parte física, por decirlo así, del yoga lo que más se ha vulgarizado en Occidente estos últimos años, suspensión de la respiración, ejercicios respiratorios particulares, constricción (violencia) de los sentidos, aniquilamiento (reducción a la nada) de la inteligencia o del intelecto, contemplación y meditación concentrada terminada en éxtasis. Todo lo cual, practicado a conciencia, permite, si no tal vez la unión en el Cielo o donde sea con el Isvara, «el Señor» o Alma universal, sí ser en la Tierra un perfecto y completo parásito. Uno de los medios adoptados por los yoguis para alcanzar el estado de vacuidad mental necesaria a la iluminación es la fijación intensa de la mirada sobre la punta de la nariz

o sobre el ombligo. Pero, sobre todo, los ejercicios respiratorios (pranayama: dominio y regularización voluntaria de inspiración y espiración), las posturas especiales (las ochenta y cuatro posturas del asana o gimnasia de las posiciones), todo lo que, en realidad, parece ser a propósito para conseguir la ascesis. Los yoguis son estrictamente vegetarianos y se abstienen de toda relación sexual. En general, este carácter religioso y místico del yoga, con el que se llegan a conseguir, por lo visto, resultados «paranormales» innegables (suspensión de la respiración, de los latidos del corazón, etc.), es desconocido por los europeos, que no suelen considerar el yoga sino como un simple método «naturista» de cultura física, sin saber que es, sobre todo, además de una filosofía perfectamente elevada, una religión e incluso una mística, que permite al que la practica, ayudándose de cierta gimnasia psíquico-fisiológica, librarse de la ignorancia y con ello escapar a todos los males. Esta ignorancia es la ilusión mayá, que nos hace desear lo que causa nuestra pérdida. El cuerpo y sus apetitos y deseos: he aquí nuestra desgracia. A causa de ello Buda, que luchaba contra esto mismo, contra pasiones y deseos («El cuerpo es dolor, puesto que es el lugar del dolor; los sentidos, los objetos, las percepciones son sufrimiento, puesto que llevan al sufrimiento: el placer mismo es dolor, puesto que va seguido de sufrimiento»), es considerado como el gran apóstol del yoga. En cuanto al sufrimiento del que el yoga libra, consecuencia es del karmán, peso de las faltas cometidas durante existencias anteriores, que es preciso expiar mediante reencarnaciones sin fin. Y para vivir y expiar sin sufrir demasiado, preparando con ello la futura salvación, el mejor medio es el yoga. Etimológicamente, yoga quiere decir yugo, unión. Estos dos términos le definen. Dominándose, el hombre escapa a la falta y al sufrimiento. Uniéndose, es decir, realizando su propia unidad, su atmán (su alma individual) prepara la unión con lo brahmán (el Alma universal). Es decir, la criatura uniéndose al Creador, fin ambicioso de toda mística.

(113) Amalaka, flor.

(114) Sruti (en sánscrito, «revelación»), parte de las antiguas Escrituras védicas de la India, que fue «revelada» directamente. A saber, los Mantras, los Brahmanas y los Upanishads. Aquí está empleada esta palabra en el sentido puro y simple de revelación. (Véase nota 78.)

(115) Rama es constantemente designado en el Poema, bien con el nombre de Raghava, bien por otros, tales que Dasarathi (hijo de Dasaratha; Raghava quiere decir, a su vez, descendiente de Raghú). Kakutstha (a causa también de otro de sus ascen-

dientes, príncipe notable asimismo, como Raghú), y también, aunque ya con menor frecuencia, Indrakarmán, Svayanbhú (como a Brahmá y a Vishnú, y a causa de ser encarnación de éste), Ramantakrit, Ritadbamán y Mishvaksena. Sin contar las numerosas identificaciones con diferentes dioses.

Lakshmana, su hermano y fiel compañero, es llamado asimismo muchas veces Sumitri (hijo de Sumitrá). Ravana, el rakshasa enemigo de Rama, es apodado también, en el Poema, Dasagriva por tener diez cuellos, (como ya he dicho), Dasasana, Pulastya y Simharska. Su hijo Indrajit, Ravaní (hijo de Ravana), Indrasatru (vencedor de Indra) y Meghanada. Sobre los sobrenombres de Sitá, véase la nota 93.

(166) Slokas, estrofas, dísticos. Sargas, capítulos. Kanda, canto.

(117) He aquí las palabras citadas en el Ramayana relativas a música y literatura. A música: adambara (instrumento), atodya (instrumento), bandins (cantores), bhari (instrumento), caranas y gandharvas (cantores celestiales), celika (instrumento), sruti (la audición), dindima (tamboril), gathas (himnos), gayakas (músicos), gayatri (canto y metro védico), Kalsira (arte del canto y del baile), kona (instrumento, especie de palillo para hacer resonar otros), layas (modos musicales), mankuka (instrumento), megha (instrumento), mridanga (instrumento), muraja (instrumento), murchanas (los tonos), nartarika (bailarín), nata (actor), panava (instrumento), panivadakas (cantores épicos), pataha (instrumento), samán (canto védico), sthanas (los acentos, las modulaciones y también diapason), stotra (himno, canto), svastikas (clase de artistas), tala (instrumento y modo de música), vaitalika (artista), vina (instrumento), vipanci (instrumento), vrithas (ritmos védicos).

Términos de literatura: hasya (género literario), itihasa (poema en honor de Rama), karuna (género literario), kavya (poema), magadhas (cronistas reales), nataka (pieza de teatro), randra (género literario), sringara (género literario), sutras (ritmos poéticos), upakhya (relato, episodio), vira (género literario).

Refiriéndose al Ramayana, Kavya es este poema. Kanda, una de sus siete partes, secciones o cantos. Sarga, cada capitulillo o sección dentro de un canto. Adikaya quiere decir el primero de los poemas, el poema por excelencia; es decir, él, el Ramayana. Bhavishaya o Bhavishyavat, la parte profética del Ramayana. Sobre lo que indica el nombre de cada «kanda», ya me he ocupado en el estudio preliminar.

(118) Tapas, ascetismo virtud ascética, práctica prolongada y constante del más severo y duro ascetismo. Esta palabra «tapas», así como esta otra, tejás, se repiten mil veces en el Poema. Tejás

quiere decir energía brahmánica (como se verá, los rishis y los brahmanes—en realidad, ambas palabras tienen el mismo sentido, bien que los primeros parezcan entregados más particularmente al ascetismo, y los segundos, al estudio de los Vedas—llegan, a causa de su «tapás» y de su «tejás», a ser, como ya lo he indicado, semejantes a los dioses y tan poderosos como ellos); «energía brahmánica», decía, nacida de la cólera de Aurva, el asceta, y transformada por Brahma en cabeza de caballo.

(119) Ayodhya, capital del reino de Dasaratha, padre de Rama, y por ello la más importante de las ciudades citadas en el Poema. Tras ella viene, en importancia, Lanká o Lanka, capital del reino de Ravana. Luego, Kishkindhá, gruta rocosa, ciudad capital de Sugriva, rey de los monos. En el Poema son citadas además las siguientes ciudades: Abhayanti, Armanagara, Angadya, Angalopa, Avanti, Candrakanta, Dnarmariya, Girioraya, Hastinapura, Jata, Kasi (ciudad santa, la actual Benrés), Kampilya, Kausambi, Kusavati, Kulina, Madnumanta, Sravasti, Sringavera o Srinavarepura, Serasena (otro nombre de Madnupura), Madnura, Manismati, Manodaya, Mithila (capital del reino de Janaka, padre de Sita), Muraci, Pancaviti, Pragjotisha, Pragyata, Pushkalarata, Rizagrina, Riksnaula, Samkasya o Samksyan, Taksnislia, Tripura (ciudad de los asuras, destruida por Siva), Vaidisa, Vajrayanti, Visala. Además, las ciudades celestiales siguientes: Amaravati (ciudad de Indra), Bhogavati (ciudad de los Serpientes), Vashvasara (la ciudad de Kubera) y Vitapayati (ciudad del Cielo en general).

(120) Sagara, dios o héroe distinto de Sagara (el mar). Sagara el héroe tuvo con Sumati, su mujer, 60.000 hijos. La masa del mar u océano es llamada Sumudra en el Poema.

(121) El Ramayana cita no solamente un gran número de ciudades, como se ha visto en la nota 119, sino asimismo los pueblos, localidades y lugares siguientes:

Pueblos: Los abhiras, los amsudhanas, los andhras, los angas, los bahli o bahlikas, los barbaras, los bharatas, los brahmamalas, los sabalas (pueblo salido de Sabalá, la vaca prodigiosa de Vasishta, el asceta), los sasabindus, los sakas (salidos también de Sabalá), los kolas o colas, los surasenas, los desarnas, los dravidas, los bahhayas, los haritas (procedentes de Sabalá asimismo), los kasis, los kalingas, los karushas, los kekayas, los keralas, los kosakaras, los kosalas, los mandrakas, los magadhas, los mahogramas, los mahishakas, los malathilas, los maladas, los malavas, los mallas (pueblo de colosos), los matsyas, los metkhalas, los mlecchas (salidos de Sabalá), los hishadras, los pandyas, los prasthalas, los pulindas, los pundras, los rishtikas, los saurash-



tras, los sauviras, los sauvernimerus, los sindhus, los talajanghas, los utkalas, los vangas, los varadas, los vatsas, los vedas, los videshas, los viramastysas y los yavanas (procedentes también de Sabalá).

Países: Abhikala, Aparatāḷa, Gandhara, Indrasiras, Kāmboja (el actual reino de Camboya; sus habitantes, los kambojas), Karupatha, Kurijangala, Maghada, Pancala, Vanayu, Vidarbha.

Lugares: Brahmalya, Brahmakosa, Sakralaya, Salyakarshama, Samkarakarmuka, Dharmavardhana, Drumakulga (localidad santa), Ekasala, Harit (comarca situada al Oeste), Hastiprishtaka, Hayanana, Jambudvīpa, Jambuprastha, Kukshi, Lohitya, Nandigram (adonde se retiró Bharata mientras Rama estaba desterrado), Rajatalaya, Ramatirtha, Rudrasarapramoksha, Sarvatirtha, Suryanibandhana, Suryaprabha, Tejobhibhavana, Torana, Vahnayala, Vaisvavanalya, Vinatā.

Más la tribu de los Bhargavas, la comarca del Dekhán, al sur de la India, la tribu de los janakas, el Janasthana (asilo de ascetas), la tribu de los kurus, la región de Varuna y la aldea de Varuta. Vasumati es la comarca de Vasu.

(122) Los ríos tienen una importancia particular en el Ramayana, como es lógico, dado lo que las corrientes de agua representan en todas partes, muy particularmente en las regiones de clima cálido, como la casi totalidad de la India. Según la mitología hindú, los ríos de la Tierra tenían como origen las siete corrientes de agua del Cielo que manaban en la garganta de Varuna, dios que en un principio era el amo del panteón védico y el jefe de los aditias; pero que ya en los Himnos había perdido su calidad de dios superior y había pasado a lugar secundario (véase mi Mitología Universal). He aquí los ríos que cita el Poema: Bhagirati (otro nombre del Ganga, río por excelencia), Ganga (el Ganges actual, río sagrado y principal de la India, sobre todo desde el punto de vista religioso, como hemos visto en la noticia preliminar), Janavi (aún el Ganga), Godavari, Gomati, Hrandini, Ikshumati, Jambú, Kalamali, Kalindi (otro nombre del Yamuná), Kapivati, Kesini, Kulinga, Kutika, Kutikoshtika, Malini, Malyavati, Mandakini, Nalini, Narmada, Pavani, Sailodá, Salinali, Saradandá, Salavahá, Soná (río sagrado), Saravasti, Sarayú (el río de Ayodhya), Sindhu (el Indo actual), Sthanumati, Susakshus, Sudamá, Sumagadhi, Syandika, Tamasá, Tamraparni, Tripathayá (el río de las tres corrientes, es decir, el Ganga), Uttaragá, Valukini, Varuthi, Vedasruti, Vená, Vipaká, Yamuná (río santo, por otro nombre Kalindi).

La palabra río, como ya he señalado, es femenina en sánscrito. A causa de ello el que en el Poema se lea varias veces que el

Océano es el esposo de los ríos. Cuando tal ocurre yo he traducido siempre por «el padre de los ríos».

Aparte de los ríos que acabo de mencionar (si me he dejado alguno discúlpeme el lector y váyase a otro a bañarse), se habla del Ksharanadí, río del Infierno; del Vaitaraní, río también de la región amarga; del Pancapsaras o río de las Cinco Apsaras (las «apsaras» eran, como ya se sabe, las bayaderas celestiales; ellas y los gandharvas, músicos también de allá de los Cielos hindúes, aseguraban el ruido y el jaleo de piernas en los jolgorios artístico-musicales de los dioses). Habla también de tres lagos, cuyos nombres son: Bindusaras, Manasa y Sudarsana. De tres estanques: Palvala, Valpi y Tataka. Aun de un cuarto lago, formado sin duda por el Yamuná, puesto que lleva su mismo nombre. De un vado, sagrado, del río Sarayú, llamado Gopratará, y del Prayaná, confluencia del Gangá y del Yamuná.

(123) Manu, padre de la raza humana. De la ofrenda de leche cuajada, nata y manteca que hizo a Vishnú cuando éste le salvó del Diluvio nació su mujer, Ida o Ila. Manu fue el primer legislador, el autor de las célebres «Leyes» que llevan su nombre (véase mi Mitología Universal). No hay que confundirle con Manú, hija del Dahsha, el 1.º Prajapati, y mujer, así como sus siete hermanas, de Kasyapa (véase nota 89).

(124) Indra, el rey de los dioses y jefe de los Treinta.

(125) Sutas y magadhas, servidores reales, Entre los primeros veremos al simpático Sumantra, palafrenero del rey Dasaratha y a veces hasta su consejero.

(126) Satañis, arma, sin duda una variedad de ariete. En un poema épico, en que la descripción de luchas y batallas es como en éste y en la Iliada, lo esencial, por decirlo así, lógico es que las armas ocupen un papel importante; pero la diferencia en lo que a éstas respecta, entre la gran epopeya griega y la hindú, es enorme. En la Iliada no se habla sino de lanzas, espadas, arcos, flechas, corazas, escudos y piedras empleadas como elemento arrojadizo y contundente, más el rayo, manejado allí por Zeus y aquí por Indra. Mientras que en el Ramayana, la riqueza y variedad de armas es inimaginable, pues, sin contar las armas mágicas y las celestiales (véase en I, 27 y 28, las que Visvámitra da a Rama), que son muchísimas, los que combaten en el Ramayana usan, además de flechas, dardos, venablos, lanzas, picas, barras de hierro, mazas, hachas, yataganes, puñales, pltones y demás instrumentos más o menos contundentes, bien conocidos, desarraigan árboles para servirse de ellos como mazas o arletes, y arrancan piedras y hasta crestas de montaña o pe-

dazos enormes de roca para «acariciar» con todo ello a sus contrarios.

Por supuesto, los dioses no se quedan atrás. Todos ellos tienen no una, sino varias armas. Además del «rayo», y por si éste fuese poco, Indra se vale del aguijón con el que aguija a Airavata, su elefante blanco, salido cuando el batimiento del mar. Ankusa es el bonito nombre de este aguijón. El del rayo, vajra. Tenía y tiene además un hacha (ranka) y un disco (cakra), como Vishnú. Este disco (quizá sea el disco solar) era y es llamado también indracakra, Vishnú, por su parte, tenía también (tiene, tiene; perdóneseme la manía, de hablar en «pasado», no obstante tratarse de dioses perfecta y enteramente presentes), un arco famoso, sarga, con el que lanzaba y no ensaimadas. Más un disco, una maza, arcos y flechas y hasta un caracol marino terribilísimo: cuando soplabá con él y le hacía sonar, cuantos le oían caían de espaldas, y si se levantaban era para salir huyendo. Brahma no podía tampoco dejar de tener armas, y formidables, como, por ejemplo, su brahmasiras, su brahmas-tra, y el incomparable brahmapasa, dardo célebre, consistente en serpientes, que al alcanzar a la víctima enroscábanse en torno a su cuerpo, inmovilizándola; pero de tal modo que no había fuerza o poder humano capaz de arrancarla de allí.

Kala, el dios de los Infernos, tenía también sus armas: la kalapasa, red terrible para todo pájaro humano o divino incluso; el samvarta, dardo que no perdonaba, y el kalacakra, disco en modo alguno tranquilizador, tal vez primo hermano del terribilísimo de Vishnú ya citado. Por su parte, Siva, el furiosísimo dios, tenía y seguirá teniendo su formidable manesvara. Vayu, su prathama. Soma, su sisira. Añi, su sikhara. Rhaga, su siteshu. Surya (el Sol), no contento con sus rayos que a veces matan, su tajaprabha. Varuna, su terrible dardo varupanasa. En fin, hasta los suaves y melifluos cantores celestiales, los amenísimos gandharvas, tenían su madava y sus mohanás, bandurrias y castañuelas tan vez atómicas, con las cuales lo mismo encantaban a sus amigos que pulverizaban a sus enemigos. Pero ¿no tenía el propio Kama, el dios del amor, un arma llamada madana? Debía de tratarse, sin duda, de una flecha aun más terrible y envenenada que la que de ordinario lanzaba contra los corazones. Unase a todo ello las numerosas armas mágicas, como los asuras, dardos de insospechados alcances; las tamásas, hachas hechas de «tamás» es decir, de tinieblas, que, claro, tenían el don de entenebrececer todo en torno de ellas, y se comprenderá cuán inquieta debía de ser entonces la existencia no tan sólo en la Tierra, sino en el Cielo.

Completaré estas referencias bélicas haciendo observar que en uno de los tratados védicos, en el *Dhanur-Veda*, hay un copioso capítulo, el *yangandhara*, que trata nada menos que de la ciencia del arco. Diré también que en el Poema, britana es la palabra que designa al ejército. *Atiratha*, un guerrero. *Senani*, un jefe de ejército. *Gramani*, todo jefe de tropa (*Rama* es identificado a ambas cualidades mediante estas palabras). Si se trata de un guerrero famoso, entonces es llamado *samanasara*. En fin, *caryagipura* es toda obra de fortificación, y el *Prajapati Krisasva*, el padre de los proyectiles (*Mahasena*), y *Kartikeya* o *Skanda*, el dios de la guerra. Y puesto que se sigue rindiendo culto a las «vacas», animales sagrados, conviene saber que de los mugidos de la vaca *Sabalá*, por otro nombre *Durabhi*, salieron los *pahlavas*, guerreros temibilísimos.

(127) El animal más estimado en la India en la época del *Ramayana*, como hoy mismo ocurre y como debió ocurrir en muchos pueblos primitivos, sobre todo antes de que la agricultura tomase vuelos, era la vaca. Allí su importancia era tanta que la vemos aparecer al principio mismo de su mitología en la figura de *Aditi*, la Madre de los dioses, la «Madre-sin-padre», nombre poético de este animal en su calidad de nutridora, de alimentadora. Cuando el «batimiento del mar», del que había de salir cuanto el que inventó este mito juzgó que necesitaban los dioses y, consecuentemente, los hombres, aparecieron tres animales que simbolizaban los indispensables, por decirlo así, para la vida en la India: ante todo, una vaca, la vaca *Kamadhenú*, diosa al punto de la Abundancia; el elefante *Airavata* (ya se sabe también la importancia de este proboscidio en aquel país), elefante blanco del que *Indra* hizo su montura, y el caballo color de luna *Uchchaisravas*.

Para la India, este pueblo hambriento, atrasado, muerto, víctima de las castas, es decir, de la religión, que las impuso al mismo tiempo que otras muchas ideas absurdas, que como las de plomo han pesado durante siglos, y siguen haciéndolo, sobre hombres y conciencias, la vaca, animal tan sagrado hoy, en plena era atómica, como en tiempos de *Valmiki*, constituye un azote, una plaga, en vez de un beneficio, para aquel país. País cuya religión impide matar hasta a los animales perjudiciales (lo que no impidió, no obstante, que en 1947, cuando fue proclamada la independencia de la India, los hinduistas ultraortodoxos, es decir, los que más debían respetar los proceptos de su religión, asesinasen a los musulmanes por millares, como éstos a ellos, por supuesto—el que quiera saber algo de la bondad y mansedumbre de las religiones, que se dé, antes de opinar, una vuelta por la

historia de todos los países—, y que una guerra civil no estallase por verdadera casualidad); decía que este país, cuya religión impide matar hasta a los animales perjudiciales, así como comer carne, tiene hoy mayor cantidad, pero con mucho, de ganado vacuno que país alguno del Mundo. La tercera parte de cuanto hay en el planeta, es decir, unos 225 millones de cabezas. Pues bien, la India se esquilma neciamente, piadosamente, religiosamente, por alimentar a esta enorme cantidad de vacas completamente estériles para el país, y que, no obstante poder entrar libremente en los campos cultivados y devorar cuanto hay que devorar, vagan hambrientas, tal es su número, esqueléticas, tuberculosas, por todas partes, sin ser capaces, por su parte, de dar leche para los niños, por lo general no menos famélicos y esqueléticos que ellas. Viejas, degeneradas, hambrientas como digo, van por campos y ciudades (en Calcuta misma se las puede ver), innumerables, buscando qué comer, escapando ante los autobuses o tumbadas por todas partes, dificultando la circulación, hasta ir a caer en una zanja o en un barranco, donde mueren sin que haya medio de impedirlo.

Tras la vaca, el animal más importante de la India (y del Ramayana) es el elefante. El Poema menciona, además de a Airavata, a Sarvabhauma, el elefante de Kubera, y a los cuatro que sostienen el Mundo (Himapandura, Mahapadma, Virupaksha y Saumanasa) en los cuatro puntos cardinales principales: Norte, Sur, Este y Oeste. Digo principales porque, según Valmiki, no son cuatro en realidad, sino diez. Cita además otros elefantes por sus nombres (Gaja, Kerenu, Paduca, Satrumjata, Vamana y Varana), varias razas o variedades de ellos (bhādra, manda, mandra, matangas, karenus) y lo que llama «elefantes de las regiones». Así como habla mucho también del mada, churre que brota, según el Poema, de las sienes de los elefantes en celo y que, a creer siempre al Poema, los embriaga (sin duda de ardor amoroso, como a cualquier enamorado sin trompa). Los elefantes figuran en todas o casi todas las batallas, y con ellos, los caballos, ora montados por guerreros, ya, y sobre todo, como tiro de los carros; importantísimos éstos, hasta el punto de ser llamado con frecuencia, tanto Rama como sus hermanos, «guerrero el del gran carro».

El Poema habla de otros muchos animales, unos conocidos y otros desconocidos; es decir, que es difícil saber a qué animales corresponden los nombres que les da. Entre los conocidos están los leones, los tigres, las panteras, los búfalos, los lobos, los chacales, los jabalíes, los bueyes, los camellos, los asnos y las serpientes. La preponderancia, en cuanto a fuerza, se la atribuye

al león, como ya he dicho. Con frecuencia se habla en el poema del terror de los elefantes atacados por leones. Entre las serpientes son citadas con frecuencia las variedades ora divinas, ya infernales, tales que nagas, panagas y uragas, éstas infernales. Sin contar a Vasuki o Takshaka, serpiente que sirvió de cuerda, de enorme y prodigiosa maroma viva mejor, cuando el «batimiento del mar de leche». También habla de las Mahoragas o grandes serpientes: de Ananta, la serpiente de mil cabezas, y de Sanka, naga, serpiente mítica, y de las serpientes divinas ya citadas. Y como Valmiki estaba habituado a ver, sin duda, a muchas serpientes meterse en ríos y lagos, por serles más fácil en este elemento hallar su alimento que en tierra, supuso que en el mar tenía que haberlas también, e incluso mayores, y con ello nació seguramente (bien la idea fuese suya o de otro que antes que él razonase del mismo modo) la idea de las fabulosas serpientes marinas. Idea, por supuesto, común a muchos países, pues los hombres acaban por pensar en todas partes poco más o menos lo mismo, sin contar las influencias que reciben. Asimismo, y como ya he hecho observar, como en los ríos de la India abundaban los cocodrilos, caimanes y demás animales semejantes, Valmiki pensó, y lo asegura formalmente, que en el mar los había también, y de marca.

Entre los volátiles está en primer lugar (en el Poema siempre) Garuda (véase sobre él y sobre las nagas y demás serpientes fabulosas, mi *Mitología Universal*) y Jatayú, el gran buitre, rey de los pájaros, que, tratando de defender a Sitá contra Ravana, muere a manos de éste. Y a Sampati, hermano de Jatayú. Cita también a los pájaros siguientes: balakas, bhasas (halcones), bhringarajas, cakrahvas, cakravakas, catakas, chagas, sikñnes, syenas (halcones y pájaros de paso), datyuhas, datyuhakas, gri-dhras (aves de presa), hamsas (cisnes y también garzas reales o flamencos), frimbhas, kadambas (pájaros y serpientes también de este mismo nombre), kalahamsas (aves zancudas, probablemente flamencos, garzas o grullas), karandas, karandavas, bica-kas, kokilas (cucos o cuclillos), koyashtis o koyashtibhas, kraunkas (pájaros de mar), krikavakus (gallos silvestres), krikalas, kukkukas, kulingas, kuraras (águilas marinas, tal vez albatros; las hembras son llamadas kurari, kuraries, en plural), magdú, (pájaro acuático), magdura (ídem), natyuhas, plavas, rajahamsas (cisnes reales), rathavhas, sarangas, sarasas (pájaros acuáticos de río), sarias (variedad de cornejas), ulukas (mochuelos), vaghrinasakas, vanculas (pájaros de buen agüero), vanjulas y los suparnas, pájaros divinos. Los bhutagramas son los vampiros. Círikuci, el grito de los pájaros.

Aparte de los animales terrestres citados, el Poema menciona los siguientes de tierra: *śalyakas*, *śarabha* (fiera); *śvapada*, *śva-vidha*, *ena*, *gavaya* (fiera), *ghoda*, *gokarna* (fiera), *kadall* (animal de vellón), *pravena* (ídem), *priyaka* (ídem), *prishata* (fiera), *racya* (fiera), *ranku* (variedad de antílope), *rohi*, *raru* (fiera), más los *yaks* ya mencionados, con cuyos pelos se hacían los abanicos y espantamoscas reales. Menciona también a las *bhringajaras* (abejas, ya hemos visto un pájaro de este mismo nombre, quizá el pico carpintero, que se las come) y a las *kadyotas* (moscas). Entre los peces: los *cakratondas*, los *ekasālyas*, los *jnoshas*, los *rohitas*, los *timis*, los *timingilas*; sin contar el *Halahal*, pez salido cuando el «batimiento» del mar de leche, y a *Sisumara*, pez, sin duda el primero, padre, por consiguiente, del género, que descendió en los tiempos de la Creación a la Tierra en unión de la tortuga.

(128) El Poema cita las siguientes variedades de oro: *hema*, *hetaka*, *jambuda* (extraído de las arenas del Jambú), *jaṭarupa*, *kanada*, *kankana*, *kartasvara*, *samikara* y *satakumbha*. *Bahusu-varṇaka* es una ofrenda de oro en gran cantidad. He aquí las piedras preciosas mencionadas: *candrakanta*, *indranilas* y *mahanilas* (zafiros), *vyotirasas* (una variedad de piedra preciosa); *hābla*, además, de diamantes, rubíes, etc. Y menciona el «cristal» (el de roca sin duda) como cosa rara y preciosa. *Kaustubha* fue la joya incomparable salida cuando el «batimiento del mar». *Svadaṃshtra* quiere decir pendientes. Los hombres, empezando por Rama, llevaban pendientes o arracadas. *Nishka* es ora una moneda de oro, bien un adorno, sin duda de oro también.

(129) *Harṃya* significa edificio, *Vimāṇa*, palacio. *Krodhagara* era la parte de un palacio menos grata sin duda; especie de cueva o lugar inhospitalario o, cuando menos, nada agradable, puesto que vemos a Kaikeyī, madre de Bharata, retirarse allí para conmover a su marido, el rey Daśaratha, y conseguir de él más fácilmente lo que pretende: el destierro de Rama. *Prasada* es una habitación. *Vardhamāna*, una variedad de casas. *Pratihira*, un portero. *Virana*, un pozo. Y es cuanto hay, creo, en el Poema relativo a estas cuestiones.

(130) *Siddhas*, variedad de dioses; otros son los *caranas*, los *kinnaṛas*, los *yakshas*, y, en general, los *suras*, *devas* y *aditias*, estos dos últimos apelativos generales.

(131) *Atiratha*, guerrero.

(132) *Ikshvaku*, ascendiente de esta familia. La genealogía entera se verá más adelante.

(133) *Sakra*, otro nombre de Indra. *Vaisravaṇa*, otro nombre de Kubera, el dios de la riqueza. Los cinco dioses principales,

luego de Brahma, Vishnú y Siva, son: Indra, el rey de ellos; Añil, Soma, Yama y Varuna. Los habitantes del Cielo eran los Nakñ. El palacio de Indra y su cielo es llamado Trivishtapa. Su ciudad, Amaravatí.

(134) Trivarga, grupo de las tres prácticas excelentes: Dharma, Kama y Artha (Deber, Amor y lo Útil).

(135) Angas, tratados. Luego veremos esta palabra empleada con otra significación.

(136) Manu, legislador indio, presunto autor de las «Leyes» o «Código» que lleva su nombre. La palabra manu significa «hombre», la mitología hindú menciona catorce manus, uno de los cuales es el héroe de una epopeya del Diluvio (véase nota 123), a causa de lo cual se le ha llamado el «Noé indio» y el progenitor de la raza humana. La obra que lleva el nombre de Manu es atribuida al primero de los Manus, Svayam-Bhuva, que se supone vivió hace treinta millones de años. La fecha de composición de las «Leyes» citadas varía, según las opiniones, entre 1200 y 250 a. d. J. La expresión «El Indra de los hombres» la veremos empleada constantemente en el Poema para considerar a cualquier ser como el mejor de su especie. Así leemos «el Indra de los reyes», «el Indra de los hombres», como ahora, o «el Indra de los elefantes», «el Indra de los rakshasas», etc. Como Indra es el rey de los dioses, llamar a alguien «Indra» a propósito de algo es ponerle por encima de todos los de su especie.

(137) Hari, Vishnú.

(138) Véase nota 127.

(139) Sakra, otro nombre de Indra. Candramas, citado poco antes, otro nombre de Soma.

(140) Como, según creencia antigua, la vida de los muertos dependía de los vivos, de sus sucesores, pues no había paz para ellos si no recibían las honras fúnebres debidas y, en ciertos pueblos, como en Grecia, si quedaban insepultos (véase la Interesantísima nota 12, relativa a esto, en Sócrates, de Xenofón, tomo de esta colección «Tesoro Literario»), una de las mayores desgracias, por no decir la mayor de todas, que le podía ocurrir a un padre era no tener hijos. Al que tal le acontecía se creía y le creían abandonado por los dioses, pues aquel que no dejaba por lo menos, un hijo tras él, que en su memoria y en la de sus antepasados ofreciese a los manes (pitris en la India) los sraddhas (bolos funerarios), estaba perdido, maldito, por decirlo así, pues ¿quién se ocuparía de él y de sus antepasados en la Tierra? La siguiente leyenda ilustra perfectamente sobre esta cuestión.



Harisandra, rey de la raza solar, poseía cien mujeres; pero con ninguna de ellas conseguía tener un hijo. En vista de ello hizo voto a Varuna de que si le concedía un hijo se le inmolaría apenas naciese. Poco tiempo después el rey se vio padre de un niño. Ello le llenó a la vez de alegría y de tristeza: alegría al ver al fin sus deseos colmados, sus deseos más ardientes; de tristeza, recordando su promesa. Tanto más cuanto que apenas bañado el recién nacido, el dios se presentó y le dijo: «Vengo a por el hijo que me tienes que inmolar.» El pobre rey, angustiado, le replicó: «Considera, ¡oh dios!, cuán pequeñito es aún. Déjale que viva diez días siquiera y entonces será más digno de ti.» «¡Seal», añadió Varuna, que al cabo de diez días presentóse de nuevo reclamando su presa. El padre le suplicó: «Espera, señor, a que le hayan salido los dientes. Entonces, entonces es cuando será digno de ti.» Y lo mismo ocurrió cada vez que, en lo sucesivo, el dios se presentó a por el niño, que crecía y se llenaba de gracias y excelencias que era un primor. Y habiendo llegado de este modo a la edad en la que, ya joven y arrogante, debía empuñar las armas, el rey, su padre, en vez de alegrarse estaba cada vez más triste. Tanto, que aquel hijo tan amado le preguntó: «Padre, ¿por que no estás, cual deberías estar, lleno de alegría, viéndome ya capaz de ser un guerrero?» «¡Ay, hijo querido!... Estabas aún en el seno de tu madre cuando hice voto de sacrificarle a Varuna...» Entonces el joven príncipe se internó en el bosque. Y protegido por Indra, providencia de los de su clase, casta y profesión, hacia tres años que vivía libremente, lejos de las moradas de los hombres, cuando acertó a saber que su padre era víctima de la hidropesía, que le había sido enviada por Varuna. Y pensaba precisamente qué podría hacer para calmar la cólera del rencoroso dios cuando encontró a una familia, pohre, de brahmanes: el padre, la madre y tres hijos. «Brahmán —le dijo el vástago real—, dame tu hijo mayor y por él te daré yo a ti un rebaño de vacas.» Pero el brahmán no quiso. Entonces, dirigiéndose a la brahmaní, la solicitó de este modo: «Dame, ¡oh mujer!, tu hijo menor y tendrás tú el rebaño de vacas.» Pero la brahmaní tampoco quiso. Y como les instase siempre ofreciéndoles cada vez más. Sunahcepa, el segundo de los tres hijos, le fue al fin concedido. Entonces el príncipe les dio muchas vacas, diciéndose para sí que Varuna estaría tanto más contento cuanto que en vez de un kshatriya, es decir, un guerrero como él, miembro de la segunda casta, iba a tener un brahmán, un miembro de la primera. Y ocurrió que cuando príncipe, víctima y brahmanes sacrificadores estaban ya en la vedi (altar y lugar del sacrificio), llegó el rey Harisandra, semejante a un pellejo lleno a

causa de la hidropesía. Al punto se trató de atar al poste, como lo mandan los ritos, a Sunahcepa, al que ya habían adornado, como era costumbre, con flores muy hermosas. Pero ni el padre de la víctima ni ninguno de los presentes quiso hacerlo. Entonces el príncipe dijo al brahmán: «Si atas a tu hijo te doy mil vacas más.» El brahmán lo hizo y al instante se cantaron los himnos. Mas llegado el momento en que había que afilar el cuchillo, nadie se prestó a hacerlo. El príncipe volvió a dirigirse al brahmán, instándole a que él lo hiciera. «Yo—dijo el padre—, a menos de otras mil vacas, no lo haré tampoco.» Y obtenidas las mil vacas, cuando Sunahcepa vio que su padre estaba dispuesto a servirse del arma que había afilado, exclamó, dirigiéndose al gran sacerdote: «¡Oh tú, amigo de todos! ¡Oh grande y sabio Visvamitra, ten piedad de mí!» Y a medida que el pobrecito iba suplicando, una a una las ataduras fueron cayendo al suelo. En lo que reconocieron los presentes que el dios le era propicio. Tanto más cuanto que vieron que Varuna libraba al rey de la hidropesía con la que le había abrumado tiempo antes. A partir de aquel día, que hasta para el dios fue bueno, Varuna no volvió a exigir sacrificios humanos. Y dice aún la leyenda que cuando el brahmán, feliz, trató de llevarse a su hijo ya salvo, éste le dijo: «¿Qué hay de común entre tú y yo?» Entonces el Amigo de todos le adoptó como hijo y discípulo, y conducido por él, Sumahcepa creció en fuerza y sabiduría, llegando a ser un sabio entre los sabios. A esta leyenda se le puede añadir o deducir de ella la moraleja siguiente: el rey Harisandra era perfectamente cretino, puesto que pidió un hijo con la condición de inmolarse al punto. El dios Varuna era un monstruo, un dios-ogro, sediento de sangre, concediéndoselo con aquella condición. El brahmán, un mal padre, un ambicioso y un sinvergüenza, puesto que por interés consintió al fin en dar a Sunahcepa. Y éste mismo, un castrado, por no romper el bautismo a su padre, a su madre, al príncipe y al propio Varuna por añadidura.

(141) Gurú, ya explicado (véase nota 106), Purohita o purodha, capellán doméstico.

(142) Brahmarakshasas, genios o demonios enemigos de los sacrificios.

(143) Estos honores de hospitalidad, deberes para quienes tenían que otorgarlos, eran: el arghya, agua para lavarse las manos; el o la padya, agua asimismo para los pies; frutas y raíces para que el huésped, una vez limpio, calmase su hambre, y, finalmente, una cabaña y un lecho si él o los recién llegados pasaban la noche en el eremitorio o ermita.

(144) Los bosques tienen una gran importancia en el Ramayana, y ello no tan sólo porque Rama se ve forzado a retirarse a uno de ellos, el de Dandaka, para que la promesa de su padre a Kaikeyí no sea vana, y por cuanto luego, sus aliados, los monos, son los naturales huéspedes de bosques, selvas, maniguas y chunglas (las «gacelas de los árboles», como son llamados graciosamente en el Poema), sino porque su hermosura, la variedad de sus espesuras y la abundancia de las flores de sus árboles y hasta de los pájaros y demás animales que en ellos habitan, mueven cien veces la vena poética de Valmiki, que, como veremos, se complace en las descripciones como verdadero y gran poeta que es. Y claro, nada suele empujar tanto a la fantasía como la hermosura de la Naturaleza, y por ello el que tantas veces sean mencionados en el Ramayana bosques, montes, árboles, plantas, hierbas y flores.

(145) Indra, Kasyapa, como ya he dicho en la noticia preliminar y en la nota 87, era uno de los Prajapatis.

(146) Sastra, palabra hindú que significa precepto, regla, ordenanza, etc., y por extensión, tratado, libro. En la antigüedad, este término se aplicaba en la India a todos los tratados religiosos, indistintamente, a excepción de los rituales. Más tarde fue reservada casi exclusivamente para los libros de las «Leyes» (Leyes de Manu o Dharma-Sastra), base aún de la jurisprudencia hindú. He aquí otros libros y trabajos mencionados en el Poema; Ayureda, colección védica atribuida a Dhavantari, salido cuando el «batimento» del mar. Gathas, libros sagrados, en general. Kshatraveda, tratado védico. Rig-Veda, o Rig simplemente, una de las partes de los Vedas, la primera (véase nota 77). Sama-Veda (tercera parte de los Vedas), compilación canónica de samans o cantos védicos. Upanishads, tratados védicos. Vidhyas, tratados filosóficos, como el Mimansa u otros. Los brahmanes instruidos en los Vedas eran llamados o son llamados vedisantes. Los intérpretes de los Vedas, naigamas.

(147) He aquí las constelaciones y astros nombrados en el Poema:

Constelaciones: Abhijit, Dhruva, Graha, Kritika (Las), Magha, Paramarshis, Falgunis, Peces (Los), Proshnapadas (doble constelación), Pushya (constelación favorable), Saumya (constelación favorable), Uttara Falguni (la Falguni del Norte), Vasus (doble constelación) y Visakhas (Las) (doble asimismo).

Astros: Angaraka (enemigo de Budha), Bhaga (identificado con Prajapati), Brahmarsbi, Brinapati, Budha (enemigo de Rohini), Sanaiskara (Saturno, astro de mal augurio), Savana, Dhumaketu, Hasta, Indu, Lohitanga, Magha, Punarvasu, Pushan, Ranu

(astro demoníaco autor de los eclipses), Rohini (estrella roja, la más grande de la Constelación del Toro), Svati (estrella), Tapanā, Tishya, Trisankú, Usanas y Vakpati Más Mula, astro de los nairritas o rakshasas.

Pero ningún astro tuvo la importancia del Sol, que en la India, como en todos los pueblos cuya religión se fundó en el culto a las fuerzas de la Naturaleza, adquirió, tras ser deificado (lo que, como digo, ocurrió muy pronto), una importancia de la que nada dará mejor idea que mencionar los nombres bajo los cuales es citado en el Poema. Por supuesto, parte mínima tan sólo de ellos. Véase: Acyuta, Adityavarcas, Abaskara, Amsumat, Atapin, Bhanu, Bhaskara, Bhāsvat, Divacara, Gabhastimat, Gbanavrishti, Harisdasva, Laryasva, Hirnyagarbha, Hiranyaretas, Isana, Jaya, Jayabhadra, Krtar, Kavi, Khaga, Mahatejas, Mandalin, Maricimat, Martānda, Martāndaka, Mrityu, Pdmāprobodha, Pingala, Prabha-kara, Pracanda, Pushan, Rasmibhava, Rakta, Ravi, Riu, Sambhu, Sisira, Sisiranāsana, Sahasrarci, Saptasapti, Saranga, Sarvata-pana, Surya (nombre principal con el que fue deificado), Sura, Suvarṇasaurisa, Tapanā, Timiromathana, Tvasthar, Ugra, Vaisvanara, Visva, Vira y Viomanatha. El Poema cita asimismo el nombre que recibía el himno, frecuentemente entonado, en honor del astro por excelencia, al cual la Tierra debe la vida y su mantenimiento; este nombre, quilmétrico, es Adityahridayas-totra.

Estas personificaciones de las fuerzas de la Naturaleza, fenómeno lógico, si se piensa en el antropomorfismo, es decir, en la necesidad que siente el hombre de acercar a él las cosas por decirlo así, de verlas, de tocarlas, si es posible, con objeto de comprenderlas mejor, es algo a lo que ninguna religión ha podido escapar. Su manifestación inferior es la idolatría (transformación de dioses, semidioses, santos, etc., en ídolos, en imágenes esculpidas o pintadas), y la superior, el androteísmo (invento la palabra: transformación de los hombres en dioses).

De un modo general, el «antropomorfismo» (de antropos, hombre, y morfé, forma) es o consiste en atribuir a los dioses la forma, los caracteres y las pasiones de los hombres. Es corriente decir y admitir, de acuerdo con el Génesis, que «Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza»; pero la verdad es lo contrario: son los hombres los que han hecho en todas partes a los dioses a su imagen. Y pues que he citado el Génesis diré que la literatura hebrea está llena de descripciones antropomórficas de Iahvé (Jehová). En la India, como en Grecia, dioses y diosas eran seres humanos más o menos idealizados y más o

menos fuertes y grandes (de tamaño). Y lo mismo podría decirse de muchas religiones y mitologías.

(148) Garuda, en la mitología hindú (véase la nota 127) era el rey divino de los pájaros, a veces identificado con el Sol. Servía de cabalgadura a Vishnú. Se le designaba también, como he indicado en la noticia preliminar (Religión del Ramayana), con los nombres de Vainateya, Tarshya y Suparna. Su madre era Vinatá; Aruna, su hermano. Se le representaba con cabeza, alas, garras y pico de águila y cuerpo de hombre. Se le representaba y se le representa. Siempre olvido, por parecerme mentira, que esta religión continúa viva y que, salvo un puñado de hombres eminentes, los demás, cerca de trescientos millones de seres humanos, la siguen, acatan, creen y reverencian. (Véase sobre Garuda mi Mitología Universal).

(149) Samitra, lugar destinado a colocar los animales que iban a ser sacrificados.

(150) Kausalyá, primera de las mujeres del rey Dasaratha. La destinada, en principio, a darle el hijo por el cual se celebraba el sacrificio. Como veremos, fue, en efecto, la madre de Rama.

(151) Hotar, adhavyu, udgatar, mahishi, parivritti, vavata: nombres de sacerdotes y sacerdotisas auxiliares en el sacrificio.

(152) Ritvijs, sacerdotes oficiantes. Eran dieciséis, en representación de los dieciséis Prajapatis, dioses superiores, padres de los seres.

(153) Kalpasutra, libro de los aforismos relativos al tiempo (de kalpas, edades del mundo, y sutras, aforismos).

(154) Svayambhú, otro nombre de Brahma. A Vishnú se le daba también. El rey hace una dakshina (ofrenda) simbólica de sus dominios a las cuatro clases de sacerdotes oficiantes, cuyos jefes llevan, respectivamente, el nombre de Hotar, Arhavyu, Brahmán y Udgatar.

(155) Prasarpakas, brahmanes superiores.

(156) Ishty, sacrificio especial para obtener progenitura. (Véase la nota 140.)

(157) Las apsaras, como ya he indicado, son las bayaderas (ballarinas) celestiales. Salieron cuando el «batimiento» del mar. Su misión, así como la de los gandharvas (cantores), era deleitar a los dioses del panteón védico. El Poema cita a las siguientes apsaras, nominalmente: Adrikritashali, Menaka, Miskesi, Somá, Rambhá y Visvací. Estas bayaderas tenían como sirvientas a las sadhavasas.

(158) Rudra, otro nombre de Shiva, tercer personaje de la Trimurti hindú.

(159) Los Treinta, Tridasas o los Tres-Diez son los grandes dioses del panteón védico, luego de la gran Trinidad Brahma-Vishnú-Siva. Tridivá es el Cielo. Dairavatas, el nombre genérico de las Divinidades. Otro de los apelativos colectivos de los dioses es el de Bhudas.

(160) Devas, suras, siddhas, yakshas, vasus, rudras, todos ellos son variedades de dioses; dioses cuyo nombre genérico es el de aditias (o aditvas), es decir, hijos de Aditi y de Kasyapa. Mientras que los daitias, hijos de Diti y del mismo Kasyapa, así como los danavas, nacidos siempre de Kasyapa, pero éstos de Danu, fueron considerados, ya lo he dicho otra vez, como demonios, lo mismo que los rakshasas o nairritas. Aditi fue, además, la madre de Vishnú y de treinta y tres devas (los verdaderos aditias), de los vasus y de los rudras. Entre éstos, el Poema cita al octavo, Savitra.

(161) Mayá, la «Ilusión», creada por Maya, el asura. Mayás son las astucias o artimañas y recursos de las mujeres para seducir, engatusar o encantusar, enloquecer y hacer a los hombres sus esclavos.

(162) Es decir, haciendo el saludo llamado pradakshina. (Véase nota 98.)

(163) Es decir, por Prabha, esposa de Candra, o sea por la claridad lunar personificada. No se olvide que Candra es la Luna, sólo que esta palabra es masculina en sánscrito; por ello el que tenga «esposa». La prometida de Candra, su novia, era Surya, el Sol, cuando este nombre, Surya, era dado primitivamente a Uchas, la hija del Sol. Estos novios se perseguían eternamente, sin poder jamás encontrarse. Sus servidores eran los Asvins, los caballeros (de asva, caballo), hijos del Sol y de la yegua Saranyú, a su vez hija de Svastar, el gran Hacedor, el «Plasmador» universal; encarnación esta ilustre yegua de la nube rápida empujada y llevada por el viento. Los hijos de los Asvins eran y son llamados los asviputras.

(164) Amrita, el «agua de vida», que unas veces es el Soma utilizado en los sacrificios, y otras, una bebida de poderes místicos, producida cuando el «batimiento» del mar de leche. He aquí otras bebidas que cita el Poema: kapittha (licor), maireya (licor), malreyaka (licor), rasa (licor divino salido también cuando el «batimiento» del mar de leche), rasaia (licor), sura (licor). samviraka (bebida de calidad inferior), svadha (bebida funeraria ofrecida a los pitris o pretas, los manes, es decir, los difuntos) y el soma (licor sagrado).

(165) Agni o Añi, el fuego divinizado. Adittia. Varuna, hijo de Aditi.

(166) Indra.

(167) Brihaspati, el «Señor de la Oración», en los Vedas. Divinidad que personifica la religión y la devoción y que protege a los hombres pios contra las maquinaciones de los impíos.

(168) Tarkshaya, sobrenombre de Garuda, el rey divino de los pájaros.

(169) El Poema cita los siguientes meses (un mes, mesana): Ashada, Caitra (mes de primavera, el duodécimo del año), Sravana (el primero de los meses lluviosos), Kartika y Madhava (mes primaveral).

(170) Lakshmi, la diosa de la fortuna y de la suerte, llamada también Sri.

(171) Variedades todas de dioses, pero que, como ya he dicho y como se verá con detalle más adelante, no pueden luchar contra Ravana, el rey de los rakshasas, por haber obtenido éste de Brahma, el dios supremo, el no poder ser vencido ni muerto por ellos.

(172) Véase la nota 170.

(173) La Bala y la Antibala, colección de mantras, como el mismo texto indica. Los mantras (en sánscrito «instrumento para conducir el pensamiento») son himnos o fórmulas utilizados como prácticas rituales o como oraciones; pero a modo de sortilegios, para evitar los encantamientos o para producirlos, si conviene. Los himnos corrientes eran los llamados gathas o angas, coleccionados en los Gathas, palabra que significa también libro sagrado en general. Los Upangas son una sección de los Angas.

(174) Maruts, los vientos (véase nota 184). El Poema cita particularmente a Divyavanu, tercer marut. Sthanu, mencionado poco antes, lo mismo que Rudra al punto, es Siva.

(175) Manas, el sexto sentido, especie de energía difundida en todos los seres, principio vital de toda acción y de toda eficacia. He aquí otras cualidades, virtudes o esencias que, personificadas y con nombres propios, cita el Poema: Adharma, la justicia. Anrita, el hijo de Adharma. Artha, lo útil opuesto a lo Justo (Dharma) y al placer (Kama). Daivam, el destino. Danda, el castigo personificado. Dasyus, los malos. Dharma, el deber, lo justo (véase nota 84). Guna (véase nota 102, al final), sinónimo de cualidad y de número (triple guna: recitado tres veces); esta palabra es también empleada en el sentido de cordón. Haiya, lo deforme. Haia, lo feo. Karmán, obra; el conjunto de los actos de una existencia. Teoría según la cual todas las acciones (que es lo que significa la palabra en sánscrito, «acción»; pero no tan sólo los actos propiamente dichos, sino hasta las palabras y los pensamientos entran en el «karmán» para hinduistas y budistas),

tienen una fuerza dinámica que se manifiesta en las existencias sucesivas a través del curso de las edades, influyendo sobre ellas (en el Ramayana se insiste sobre ello frecuentemente). Esto recuerda el antiguo proverbio judío que dice que todo hombre «recogerá lo que ha sembrado». El «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague», de Tirso. El Hinduismo cree en una personalidad individual que permanece la misma a través de la larga sucesión de existencias. En el Budismo, la serie de skhandas (elementos) que constituyen la individualidad humana, elementos físicos y mentales, transportados de un nacimiento a otro, no desaparecen hasta que la potencia que los une se extingue y confunde en el Nirvana. Luego el «karma» o «karmán» es una especie de ley de causalidad, como la ley de la inevitable retribución. Karti es la gloria divinizada. Rajás, el polvo, la pasión (uno de los tres Gunas). Triguna, el triple lazo, la triple-cualidad. Sattya, lo verdadero, lo útil (identificado a Rama). Kritanta, la suerte, el destino. Smriti, la tradición por oposición a la Sruti (véase nota 78). Tama, las tinieblas (uno de los tres Gunas). La triple cualidad del Triguna, mencionado hace un momento, son: el Satra o Sattya, el Rajas o Radjas y el Tamas, es decir, la verdad o el sacrificio, la pasión y las tinieblas. Vach o Vac, divinidad muy antigua, diosa personificación del lenguaje, de la palabra, era llamada la «madre de los Vedas» y la «reina de los dioses». El Bhagavad-Purana la llama «la pequeña y encantadora hija de Brahma», y dice que de sus relaciones incestuosas con su padre nació la raza de los hombres. El coito entre Brahma y Vach ha sido considerado como símbolo de la unión de la potencia y de la inteligencia en la obra creadora. El Sattialoka es el Cielo supremo del Hinduismo, el Cielo o «Lugar de la Verdad», la «Residencia de la Virtud», es decir, el Paraíso de Brahma. Este vive en él en compañía de Saravasti, y tan sólo los brahmanes pueden tener la esperanza de alcanzar este Cielo. Vidhi es otro nombre de Daivam, el destino. Vyavasaya es el Dharma personificado. Yogin, el Gran Paratmán, el Alma Suprema, es decir, Brahma.

(176) Vritra, danava (demonio) muy poderoso (véase mi Mitología Universal).

(177) Yakshini o yakshi, hembra o femenino de yakshas (demonios), como rakshasi lo es de rakshasas.

(178) Rama, que acaba de matar a la terrible rakshasi Tataká con gran satisfacción de Visvamiitra, recibe de éste, mediante el astragramapradanam (el don de la colección de flechas) y el jambhakapradanam (o comunicación de los medios de destrucción), una colección de armas divinas irresistibles, entre ellas.



como se va a ver, la flecha de Brahma, que siembra el terror en los tres mundos y los deshace (Pintidanam); la flecha Danda (castigo), que produce la destrucción de las criaturas y con la cual Rama llevará ventaja a sus enemigos; la flecha de la Justicia (Dharmastram), semejante al Tiempo, el gran destructor; la flecha del Tiempo asimismo (Kalastram), que sostiene a aquel que por ella es amado. Luego, tras darle las terribles ruedas o discos de Vishnú y de Indra, le entrega la flecha-rayo (Vajrastram), que nadie puede afrontar y que es el mejor de los dardos de Siva. Y la flecha Brahmasiras o cabeza de Brahma. Y la horrible flecha Aisikán (dominador, señor, sobrenombre de Siva). Y la flecha Sankara, de inflamadas fauces. Toma, le dice también, la maza incomparable que siembra el terror entre los enemigos, y esta otra, la Kaumodaki, la de la cara sangrienta. Y la flecha Dharmapasam, cadena de la Justicia. Y la Kalapasam o cuerda de la Muerte. Y aun la maravillosa flecha Varunam, más los dos rayos, el seco y el húmedo, y la flecha Painakám, que es la del arco del propio Siva, así como la flecha de Vishnú. Y la Agniyam (fuego intolerable), y la de Vayú, rápida como el viento. Y la Hayasiras o cabeza de caballo. La Kuta, invencible. La flecha esqueleto (Kamkalám). La Prasvapanám, que adormece. La Gandharvám, flecha solar que quita el esplendor y el brillo e inunda al enemigo en fuego tan abrasador, que devora su carne y su sangre. La Rakshasám, que destruye la suerte, el valor y la vida de los enemigos. La Samvartán, que trastorna todo. La Avartam, que vuelve sobre ella misma, y muchos más, como verá el lector, todas terribilísimas e invencibles. Luego le enseña y hace aprender los mantras necesarios para que todas ellas, tras haber cumplido su obra destructora, vuelvan por sí mismas al carcaj, más otros muchos que son enumerados. Todo ello hace de Rama, que, como ya hemos visto, es Purusharshbhah (el primero de los hombres), Sinhaskandhám (el de espaldas de león), Lokonathá (señor del mundo) y Dhanushmata, es decir, arquero incomparable, el más fuerte y formidable de los guerreros. Tras esto, ¿cómo podría ser vencido?

(179) Este episodio es el de los «tres pasos» de Vishnú, o sea el Trivikrama (véase mi *Mitología Universal*).

(180) Hamsas y sarasas, aves acuáticas (véase la nota 127).

(181) Como ya he indicado, en sánscrito la palabra río es *femina*; por ello el que el Ganges, Gangá en este idioma, aparezca aquí como hija del Hímvat.

(182) «Mar de leche» (Kshiroda). (Véanse los detalles de este interesantísimo acontecimiento mitológico en mi *Mitología Universal*). Una curiosa estampa, en colores, del Museo Gulmet, de

París, representa este «batimiento del mar de leche». Sobre el tronco o bastón que figura, a su modo, el monte Mandara, monte que emplearon para el «batido», se ve a Siva, el Azul: al pie, a Vishnú, transformado en tortuga ya, y en torno al tronco, a la serpiente Vasuki, gracias a la cual pudo realizarse la formidable faena. A la derecha (del que mira la estampa) se ve a Brahmá (se le reconoce por sus cuatro caras), más Varuna y su mujer. Urvasí, los tres agarrando a la serpiente por este lado. A la izquierda hay tres daitias, danavas o demonios: uno rojo, en primer término, con tremendas crines; otro, en el centro, blanco, con cuernos negros, que de ser tales cuernos y no una media luna, como también parecen, demostrarían que la estampa es de fecha no remota (pues los cuernos, a los diablos, no les salieron por obra de fantasías demonológicas copiadas por los artistas, sino muy tarde), y, en fin, un tercero, color granate oscuro, casi chocolate. Junto a Siva está, de rodillas y en actitud de adorarle, su mujer, Parvati. Junto a ésta, pero un poco más arriba, se ve al famoso caballo Utchichersravas, y al otro lado, al no menos famoso elefante blanco Airavata, del que Indra hizo su montura. Abajo, saliendo del mar, se ve a Surabhi, la vaca maravillosa, y a la bellísima Lakshmi, la diosa de la fortuna. Más una especie de botellines (tres) y dos copas, sin duda para el amrita, en busca del cual se hacía el «batimiento», ya que este licor debía de dar a los dioses la inmortalidad, y también tal vez para el «rasa», licor asimismo divino, que salió de propina. La cabeza de Vasuki está por sobre la de Parvati. En todas las mitologías, la serpiente siempre junto a la mujer. Lo malo no es esto, bien que no sea bueno, sino nuestra manía de arriarnos a ellas. En fin, haré observar que en el Ramayana, «amrita» y «rasa» parecen ser el mismo licor. Es como en España, cuando se pida «una de Chinchón»: ya se sabe que al punto va a tener delante una copeja llena de aguardiente más o menos «mata-ratas».

(183) Véase nota 160.

(184) Los maruts, dioses del huracán, son, como se ve, los fleles compañeros de Indra. Cosa lógica, puesto que este dios de «los mil ojos» es el amo de las nubes; por ellas, de la lluvia, y, en general de la atmósfera. Los «Maruts», con su fuerza titanesca, inclinan hacia la Tierra la urna inmensa que contiene las lluvias. Su padre, en los Vedas, es Rudra (Siva). Rudra, caritativo y generoso en estos libros, es ya en los Brahmanas odioso y terrible; es decir, prototipo del Siva en que iba a degenerar, y tiene como mujer a Rudrani, ésta sí, cruel y ávida siempre de sacrificios sangrientos. Sin duda por aquello de «dos

que duermen sobre un colchón tórnanse de la misma condición». Rudra acabó por hacerse como ella. Porque ésta era, además, la que desencadenaba (y debe seguir haciéndolo, al menos allá, en la India) en el Mundo, la Enfermedad, el Temor y la Muerte (Antakali), tres piñas. Los parientes inmediatos de los Maruts son Vayu o Vata (el viento) y el citado Indra, en su calidad de Parjanya o dios de lluvia. (Véase mi *Mitología Universal*.)

(185) Dice empresa «útil a los suras», es decir, a los dioses, porque los grandes rishis podían, a fuerza de ascetismo, llegar a ser incluso superiores a los dioses mismos y, por consiguiente, dominarles. En el Poema se ve en varias ocasiones, en efecto, cómo los dioses tratan de romper como sea el «tapás» de los ascetas cuando creen que la virtud y austeridad de estos tapás les amenaza a causa de su excesiva perfección, puesto que hace a quienes los practican superiores a ellos. Vuelvo a insistir, bien que no haga mucha falta, que Valmiki, brahmán él mismo, enderezó todo el Poema a alabar a los de su clase y a hacer creer al vulgo hindú, miserable e ignorante, en la inmensa superioridad de la primera casta. Los resultados del engaño a la vista están, viendo la situación de la India al cabo de tantos siglos de exaltitud, fanatismo e ignorancia.

(186) Es decir, lo sagrado, lo poético, los sacrificios, el fuego sagrado, los mantras y la inmortalidad, todo tomado en sentido muy amplio y general.

(187) Dakshinas, ofrendas que los que celebraban los sacrificios ofrecían a los oficiantes, es decir, a los brahmanes; ofrendas de todas clases.

(188) Es decir, el tejás (véase nota 118).

(189) A la condición de «endemoniado».

(190) Nishada, ser de calidad inferior.

(191) Véase este interesantísimo episodio en mi *Mitología Universal*.

(192) Es decir, con los cuatro jefes de las clases principales de tropas: infantería, caballería, elefantes y carros.

(193) El Poema cita, como veremos, los siguientes: el nagabhogha, el nalamina y el manashila o arsénico rojo.

(194) Véase en la nota 147 los astros y constelaciones.

(195) Ni de Urmilá, ni de Mandaví, ni de Srutakaví, se vuelve ya a hablar en todo el Poema. De Urmilá, sobre todo, ello sorprende, puesto que lo lógico era que Lakshmana, al marchar con Rama al destierro, se despidiese, cuando menos, de ella. Pero no, le vemos insistir en irse con su hermano, rogarle que le deje acompañarle, y al fin seguirle; pero sin pensar en su flamante

esposa ni hablar de ella. Esto parece uno de los muchos olvidos de Valmiki, que, con frecuencia, o deja de decir lo que parece debería decir, o dice, por el contrario y de modo distinto, lo que antes ha afirmado. Por ejemplo, vemos a Rama solicitar de Sugriva, una vez que han entablado amistad, que se entere de si vive Sitá y dónde habita, olvidando que ya ha sido informado de ellos por Jatavús y por otros. En otra ocasión, cuando vuelve tras haber vencido a Ravana, aunque Bharadvaja, el asceta, le dice que conoce todo cuanto le ha ocurrido gracias a su tapás, y que ha enviado a sus discípulos a Ayodhya para informar de ello a Bharata, vemos a Rama enviar, por su parte, poco después, a Hanumat, para que éste le informe, a su vez, seguro de lo que ha ocurrido. Hanumat, a su vez, una vez junto a Bharata y al referirle las aventuras de Rama y de Sitá, hace entrar a ésta con Ravana, en Lanká, al raptarla, en el carro Pushpaka, lo que no ha ocurrido. Y asimismo le dice que él encontró a Maithili en el bosquecillo de asokas toda afligida (Sitá dukkhitá) y vestida de negro, cuando sabemos que iba vestida de amarillo. El plazo concedido a Sitá por Ravana para que acepte su amor o hacerla perecer, tan pronto es de un mes como de dos. El carro Pushpaka, que en cierto momento va de un lado para otro, al punto oímos asegurar que está inmóvil en el camino de Vayu (el Viento). Hanumat incendia Lanká, todo menos el palacio de Vibhisana y algún otro como rara excepción; lo demás, murallas y el resto, lo deja reducido a cenizas, y poco después vemos a los monos, a las órdenes de Sugriva, volver a incendiarla de nuevo, cual si nada hubiese ocurrido antes. Por supuesto, siendo Ravana y Andrajit, entre otros muchos rakshasas, magos consumados, sin duda la reconstruyeron en una noche, como ocurre respecto a muchas cosas extraordinarias en Las Mil noches y Una Noche, cuyo autor no debía desconocer el Ramayana. Encantamientos, magia, brujería, visibles ya, según he indicado, en el Rig-Veda, en donde son obra de las almas en pena (espectros) y de los malos espíritus, pasan al Poema. Era natural. Todo ello pertenece a esa levadura de supersticiones groseras tan fáciles de creer y aceptar, que el primitivo culto a la Naturaleza fue ya fecundo en elaborar, supersticiones que fueron pasando a los dioses, corregidas y aumentadas, a medida que se iba inventando a éstos; es decir, atribuyéndoles las mismas necesidades y locuras de los hombres que les imaginaban. Pero, claro, como se trataba de hacerles, pues eran dioses, superiores a los hombres, muy superiores incluso, para ello no había sino dos medios: uno, natural, por decirlo así, hacerles superiormente fuertes imaginándoles gigantesco (ya hemos visto que Indra, por ejem-

plo, puede encerrar a la Tierra en el hueco de cualquiera de sus manos); otro, extraordinario, es decir, poniendo a su alcance poderes sobrenaturales en virtud de la magia, la brujería, los encantamientos y demás recursos mediante los cuales basta querer para poder. Se es Dios; pues ya, por definición, se puede todo. Hasta crear el Universo de la nada. En las religiones posteriores, más perfectas, esto del todopoderoso y el milagro, pondrán a sus dioses en las mismas condiciones de conseguirlo todo de un modo decoroso, por decirlo así. De modo que admitamos que Lanká había sido reconstruida por arte de magia y vamos adelante. Aún podría citar numeroso olvidos o distracciones de Valmiki, que dejan en pañales las de Cervantes, empezando por la del burro de Sancho; pero tales distracciones no deben sorprender teniendo en cuenta que ni el Ramayana ni el Quijote pudieron escribirse de un tirón, cosa que de éste nos consta positivamente, y que de aquél podemos presumir, sin temor a equivocarnos, dada su enorme extensión. Y siendo así, habiendo tenido que ser escrito en un período de tiempo muy largo y quién sabe de modo fijo en qué condiciones, ¿cómo extrañarse de que Valmiki no recordase exactamente lo que había dicho o escrito tal vez meses y aun años antes, y, sobre todo, dada la ingente serie de episodios, relatos, detalles y aventuras del gran Poema? Sin contar que su carácter rapsódico, es decir, destinado, como otros muchos poemas épicos, a ser recitados oralmente, explica no tan sólo muchas de sus lagunas, sino las repeticiones e insistencia que el lector actual puede encontrar tal vez excesivas. Mas si se tiene en cuenta que el chanfre, el rapsoda, no podía cantar o referir cada vez sino una mínima parte del Poema, se comprenden estas repeticiones; es más, que fuesen hasta lógicas y necesarias para poner a los oyentes, cada vez nuevos, en antecedentes, con objeto de que pudieran gustar plenamente lo que oían. En cuanto a la desproporción entre los cantos en lo que afecta a su longitud, esto la propia narración sola lo impuso; en lo que afecta a la prolijidad, el estilo verboso, las redundancias, las difusiones del relato y demás «taras» que hoy, en efecto, parecen defectos, piénsese que antes, en épocas más pobres en «literatura», no lo eran en modo alguno; al contrario, siglos atrás seguramente parecía leve y corto lo que hoy juzgamos a veces pesado y largo.

(196) Entre los budistas, que han exagerado en todo el ritual brahmánico, esta procesión circular tiene una importancia enorme. Incluso se da la vuelta en torno a la estatua de Buda pronunciando la fórmula mística: Om mani padme hum. Es más,

cuantas más vueltas se dan en torno a la estatua, más riquezas y dignidades se adquieren o pueden adquirirse.

(197) La aparición del hijo de Jamadāñi, furioso, armado, como se ve, con un arco enorme y su correspondiente flecha, recuerda la ficción de Adamastor, apareciéndose a Vasco de Gama en Las Lusiadas, de Camoens (canto V).

(198) Visvakarma (mejor aún, Visva-Karma; en sánscrito, «omnipotente») o Visvakarmán, nombre dado a la personificación de la Potencia creadora, al Gran Arquitecto del Universo; es decir, al dios de la arquitectura. Esta misma personificación es llamada Visvakrit cuando se trata del dios de la hermosura.

(199) Arjuna, guerrero famoso del que habla también o al que menciona el Bhagavad-Gitá.

(200) Rama acepta el arco que el hijo de Jamadāñi le ofrece, le tiende y dice lleno de cólera a su provocador (según otra versión, en vez de lleno de cólera, «sonriendo», *kritasmitah*): «Eres brahmán y a causa de ello no tiraré contra ti; pero te cerraré el acceso a los mundos santos e incomparables.» Con ello tenemos, tal vez, la primera privación a un hombre de moral, por obra de una potencia superior (no se olvide que Rama es encarnación de Vishnú), cual le ocurrió a Caín, a Vitelio, el emperador romano (al que los caldeos de Roma ordenaron salir del Mundo y encontrarse en cualquier lugar. Suetonio, *Vitellius*, XIV), y a Ahasverus, el judío errante.

(201) ¿En qué consistía la «ciencia» de Rama, cuyo espíritu, a creer al Poema, estaba iluminado? Según el Ramayana mismo, en la perfección de la ascética, en la religión del renunciamento, en el sacrificio, cuyo objeto es el conocimiento del ser, y, como consecuencia, la felicidad suprema (*Briham-Aranyaka*, II, 4, 1 y sig.; IV, 5, 1 y sig.). El poder trascendental del ascetismo, poder enorme que en el Poema hace temblar tantas veces a los dioses mismos, es evidente en Rama. ¿Cómo las concepciones fundamentalmente físicas de una religión como la védica, en la que los dioses son criaturas de un inocente naturalismo, podrían resistir a la fuerza eminentemente moral del desinterés y de la abnegación? En el Kural mismo, bien que se trate más bien de una obra djainista que brahmánica, desde los primeros versos es exaltado al ascetismo: «Querer medir la grandeza espiritual de los penitentes es como si se tratase de contar los muertos» (*Kural*, III, 2).

La obra de Valmiki parece, en efecto, empapada en misticismo y en ascetismo. Como ascetismo, a veces va mucho más allá, y ya es decir, que el ascetismo cristiano. En efecto, ¿qué son las austeridades de los más ardientes ascetas cristianos comparadas con

las que vemos realizar a muchos personajes del Ramayana? San Hierosmos, por ejemplo, biógrafo de San Pablo, el primer eremita, cuenta que éste vivía, en total soledad, del fruto de una palmera. De San Macario, que permanecía en pie, sin sentarse jamás, sin apoyarse en parte alguna, que apenas se alimentaba y que vivía en una celda absolutamente oscura y tan pequeña, que no hubiera podido extenderse en ella a lo largo. De San Hilarión cuenta asimismo San Hierosmos, que dejaba transcurrir su existencia en pleno desierto, cubierto con un saco, sin otro alimento que quince higos por día y durmiendo siempre sobre el duro suelo. De San Arsenio, que se atormentaba privándose tanto de alimento como de sueño, y que no quería ver a nadie. De San Doroteo el tebano sabemos que cuando Paladio, obispo de Helenópolis (su biógrafo) fue a verle, hacía sesenta años que vivía en una caverna, ocupándose por las noches en hacer cuerdas con elementos de palmera y recogiendo piedras bajo un Sol abrasador, en pleno desierto, a mediodía. De San Simeón, estilita, que vivió treinta años en una celda minúscula y luego otros muchos en la parte superior de una columna, de donde no se movía. Y lo mismo se podría decir, o cosas aproximadamente tan duras y costosas de practicar, de muchos que pasaron su vida sin provecho alguno para los demás hombres y sin otra esperanza ellos mismos que suprimirse, creyendo que a costa de todo ello hallarían más tarde un inefable manantial de venturas. Pero todo ello, por enorme que parezca a unos o simplemente equivocado, egoísta y extravagante a otros, nada es al lado de las austeridades a las que se entregan en el Ramayana Visvamitra, Vasishtha, Ravana, Kumbhakarna, Vibhishana y tantos otros. E incluso el propósito tampoco es el mismo. Los ascetas cristianos se atormentaban y atormentan creyendo con ello agradar a su Dios (¿triste y antropocéntrica idea de Dios!). Si se alejaban de toda satisfacción de la carne y de apagar lo que Bourdaloue llamaba las «pasiones vergonzosas» (¿vergonzoso imitar a aquellos y aquello a lo que debemos la vida y para lo que Dios, según la Biblia, nos ha traído al Mundo?), era creyendo crecer con ello a los ojos de este Dios. Mientras que los ascetas hindúes lo que trataban con sus austeridades era ser iguales a los dioses o quizá superiores a ellos. Pero no creyendo que para tal fin era necesario renunciar a la carne, por lo que se los ve en ermitas y eremitorios muchas veces en compañía de sus esposas y rodeados de numerosa prole.

En todo caso, el poder mágico que en el Ramayana llegan a conseguir los ascetas nace de la perfección moral que resulta de su sacrificio, símbolo y meta, por decirlo así, del orden religioso.

La perfección ideal nada tiene que ver con ello. Esta perfección se adquiere tan sólo a fuerza de terribles pruebas, duras y salvajes. Una perfección, pues, la conseguida a fuerza de ascetismo, es decir, producto de una serie de prácticas mecánicas aplicadas sin piedad y siempre exorbitantes, es la que da la potencia mágica. En el Poema lo vemos muchas veces. Una prueba entre ciento es clara y evidente la lucha entre Visvamitra y Vasishtha. Vencedor éste del primero dos veces, la segunda, cuando incluso tiene en su favor todas las armas increíblemente poderosas de los dioses, acaba por exclamar: «¡Llegue a ser brahmán!» Es decir, igual o superior a los dioses si quiero poder medirme con mi enemigo, brahmán cien por cien.

O sea que los ascetas hindúes profesaban (y profesan aún) la moral interlope con la misma seguridad que los místicos que siglos más tarde pretendían que con sólo mortificar su cuerpo podían llegar a ser tan perfectos como el Padre en el Cielo. En definitiva, unos y otros, cuantos buscaban con su vida particular, allá los imitadores de Siva, gran asceta a ratos, y acá los de Jacob (en el Génesis, XXVIII, 20, 22, puede verse la justificación bíblica de la moral interesada), es conseguir por el procedimiento que creen más directo una buena recompensa. El antropomorfismo juega aquí un papel de primer orden; puesto que a los grandes de la Tierra se les agrada y gana humillándose ante ellos y haciendo aquello que creemos les es grato, en el Cielo tiene que ocurrir lo mismo. Ahora, lo difícil de probar es que a un Ser absolutamente perfecto en todo le pueda interesar el que un hombre o ciento, en un bosque, en un desierto, en una columna, en una cabaña, en un eremitorio, en un convento o en cualquiera otra parte pase la vida sin otro propósito que renunciar a los bienes naturales y mortificar egoístamente su cuerpo. Por supuesto, y como es cosa evidente, tales prácticas están muy lejos y nada tiene que ver con la práctica infinitamente superior de la virtud tan sólo por la virtud. Como, por ejemplo, dedicarse a enseñar con ejemplo y palabra, si es preciso y de un modo enteramente desinteresado, cuanto es puro y cuanto es grande. Es más, y como puede verse en las Máximas de los Santos, de Fenelón, esta misma actividad útil, grande y generosa es considerada como no exenta de peligros para aquellos que practican las otras. Pero quédese esta manera de pensar (y, por supuesto, de obrar) para Visvamitra y sus congéneres en ascetismo, que, como se ve, si se sacrificaban y se sacrifican es por obtener todos los bienes y la superioridad de poder. Pues, como dice Krishna, el oráculo de la India, «los bienes no son para aquel que carece de sacrificio»: nayan loko, sthayajnasya. Lo malo es, como el Poema de-



muestra, que mediante sacrificios puedan obtener bienes y poder tanto rishis como rakshasas, los santos como los demonios, Visvamitra y Vasishtha igual que Ravana e Indrajit.

En otros ascetas de otras religiones las prácticas tienen un carácter más desinteresado. No se trata de mortificarse para llegar a ser como los dioses, propósito de los rishis brahmánicos, o para ganar el Cielo, como pretenden los eremitas cristianos, sino tan sólo para ver de ser mejores destruyendo las pasiones y, con ello, los deseos, como hacían Lao-Tseu y luego Buda. Ahora cuanto se pretende es llegar al nirvana, es decir, al estado de aniquilamiento total de toda sensación mediante el previo aniquilamiento de todo deseo voluntario. En todo caso, tanto en unos como en otros diríase que quien tiene la palabra es la psiquiatría. Pues la razón no puede menos de condenarlos en lo que estas prácticas tienen de exageradas y antinaturales. En cuanto a la virtud, difícil parece que pueda aliarse a todo aquello que roce lo inhumano, lo egoísta y lo parásito. Es decir, la inutilidad e inactividad, impropia para los demás, que llevan aparejadas tales prácticas. Filosóficamente, el mimansa (elucidación exegética y hermenéutica del Veda) y el yoga (redención del individuo mediante el ascetismo y la unión de su alma con el alma universal) se tocan y confunden virtualmente en un punto doctrinal, que es la contemplación teosófica, estática y mística, y, como consecuencia, teúrgica: que el sankya mismo, por fría y racionalista que sea, sacrifica en aras del ascetismo más exagerado.

(202) Aunque la longevidad normal no iba más allá de los cien años en la India y los votos de longevidad, como se ve en el Atharva-Veda (II, 13, 4; 28, 4) tampoco sobrepujaban esta edad, en lo que afectaba a los dioses o en cuestiones literarias el tiempo no contaba para nada, es decir, que calcular por millares de años era lo corriente. En lo religioso y en lo fantástico, que en el fondo eran la misma cosa, no había límite ni para el tiempo ni para la posibilidad o imposibilidad de los hechos.

(203) Vicaspati, el amor de la palabra, es decir, Brihaspati.

(204) La propia palabra manthará quiere decir jorobada.

(205) Timi, pez (véase nota 127).

(206) Mayás, astucias.

(207) Tilaka, tatuaje en la frente.

(208) Véase nota 129.

(209) Kinnari, hembra de kinnara, variedad de antilope.

(210) La ambiciosa Kaikeyí sabía muy bien que era dueña de la conciencia timorata de su esposo, a causa de la obligación que imponían a éste los deberes morales, entre los cuales los legis-

ladores de la India enumeran la veracidad y la rectitud, con prohibición expresa de mentir (Yajnavalkya, III, 165; Manavadih, IV, 204; XII, 6), donde mentir, *anritam*, es contado entre los cuatro actos malos de la palabra.

(211) Kubjaka, bufones de la corte.

(212) Karenus y matangas, variedades de elefantes (véase nota 127).

(213) El primer pilar religioso-filosófico del Ramayana es la abnegación de Rama a la voluntad de su padre. Lo hace, aun tratándose de algo contra lo que fácilmente hubiera podido rebelarse (el simpático Lakshmana, que quiere siempre cortar por lo sano, se lo aconseja inútilmente), como el capricho ambicioso y egoísta de una mujer: Kaikeyi. Esta piedad filial de Rama, verdaderamente conmovedora (como conmovedor es el amor sin límites de su padre hacia él), su valor tranquilo siempre al servicio del bien (olvidemos ahora los lunares), su obediencia apasionada del deber, su sensibilidad fina y delicada, su ternura conyugal (empeñada a última hora en holocausto de algo tan despreciable como la opinión del vulgo), su comunión de alma con la Naturaleza entera en lo que ésta tiene de grande y de hermoso, hacen del héroe del Ramayana una figura que el tiempo no ha podido borrar ni hacer palidecer, y explica que la ficción magnificada por Valmiki siga siendo a los ojos de los hindúes el modelo más perfecto de los hombres. En cuanto a esta piedad filial, si el poeta insiste tanto y tan tiernamente sobre ella, tal vez lo haría por ver de que fuese imitada, pues tal cosa ni entonces ni nunca ha sido una de las virtudes predominantes de la familia hindú. Como se ve perfectamente en varios pasajes del Rig-Veda (I, 70, 5; X, 85, 46; VIII, 51, 2). Los hijos, en efecto, llegaban a veces hasta expulsar de la casa a los padres viejos y enfermos. La miseria, endémica en la India, causante de tantos males, no era seguramente ajena a este modo despiadado y perverso de comportarse. Los hombres, excepto los superiores, claro está, por ello lo son, de tal modo son hijos del medio en que viven, que éste es el que suele darles e imprimirles modos característicos de ser. En los pueblos pobres, los delitos sociales son mucho más frecuentes que en los ricos. El árabe ha sido ladrón siempre casi por necesidad. La ausencia de abundancia es, en España, causa muchas veces de lo mismo.

(214) Lo dice cual si citase el mayor de los crímenes (véase nota 127).

(215) Svadha, bebida funeraria ofrecida a los pitris o pretas (los difuntos). Amrita, licor de los dioses, la ambrosía de las divinidades hindúes.

(216) Comparaciones como ésta, que traducidas resultan violentas, raras y a veces hasta difíciles de comprender, encuéntrase ya con frecuencia en adelante. Pero obsérvese que no es que, en realidad, estén mal, sino que lo parecen a causa no tan sólo de la diferencia entre el sánscrito y el español, sino de lo que fatalmente pierden muchas imágenes poéticas al ser traducidas en prosa. Esta imagen, por ejemplo, en lisa prosa habría que leer: El fuego de mi pena, encendido y activado por el viento de los dolorosos suspiros que tu marcha me causa, tiene como leña (samids) mi queja y mi dolor, en él hacen de libaciones santas (como fuego de sacrificio del amor paternal que es) mis sollozos y mis lágrimas; y este fuego, tras haberme desecado, me consumirá cuando esté privada de ti, como el incendio consume a la maleza seca. La expresión del pensamiento mediante imágenes, con frecuencia violentas, ha sido moneda corriente en la poesía de todos los tiempos y países; imágenes producidas, naturalmente, como aquí en el Ramayana, ora por obra de la inspiración y del propio fuego poético unida a la necesidad de la medida métrica (de la rima en otros idiomas), ora intencionadamente, lo que es peor y verdaderamente censurable cuando las violencias, rarezas o retorcimiento de expresión son producto de vicios literarios, como ocurría, por ejemplo, con nuestros «culturanos». Otras veces ocurre (y ahora me refiero de nuevo al Poema) que la necesidad a que obliga la medida de los versos empujó sin duda a Valmiki a exclamaciones harto repetidas a veces, tales que ¡oh alegría de Raghú!, ¡oh Rama!, ¡oh Lakshmana!, ¡oh tigre de los hombres!, ¡oh toro de los munis!, etc. Pero ya digo que esto son simples detalles exigidos en ocasiones por la técnica de los versos y que en nada afectan a la hermosura y al verdadero arte e interés del Poema. Digamos, pues, una vez más, y ahora como él gusta decir de sus héroes: honor y alegría a él.

(217) Sadhyas, dioses menores. Rama es identificado en el Poema al quinto de estos dioses.

(218) Los kalas y los kashthas, los tiempos y los lugares.

(219) Phikshukas, servidores pobres.

(220) Nishkas, monedas. Esta palabra puede significar también «adorno», pero no ahora.

(221) Taittiriya, textos védicos.

(222) Bhadrakas, elefantes.

(223) Mekhalines, servidores de Kausalyá, como el texto mismo indica.

(224) Rama va a pie a despedirse de su padre, acompañado de Lakshmana y seguido de Sitá. Esto era característico de la situación moral de la mujer en la India (Manav., V, 151, 154; Yajnav.,

I, 77). Asimismo la mujer no debía de comer con su marido (Manav., IV, 43; Yajnav., I, 131). Luego, en el bosque, irán de otra manera: Lakshmana, el primero; luego, Sitá, y finalmente, Rama. Pero es que entonces se trata de protegerla, como más débil. Por supuesto, esta manera de marchar unos detrás de otros (en «fila india», que se dice precisamente) era costumbre en todas partes entre los hombres primitivos. La debió de imponer, sin duda, la falta de caminos y estrechez de las veredas naturales.

(225) Los reptiles.

(226) Sramaní, mujer de humilde condición, labriega, pastora, campesina (palabra femenino de sramán).

(227) Diksha, consagración de un rey.

(228) Matali es, como se verá más adelante, el escudero y palafrenero de Indra.

(229) Sura, licor (véase nota 164).

(230) Prayaná, confluencia del Gangá y del Yamuná (véase nota 122).

(231) El agua que purifica (salilan suci).

(232) Golangulas, vanaras, rikshas, variedades de monos (véase nota 94).

(233) Vastusamana, ceremonia (véase nota 100).

(234) Dhruva, Vishnú (Rama).

(235) Harmyas, casas, edificios, moradas. Prasadas, habitaciones. Vimanas, palacios (véase nota 129).

(236) Sadhus, santos, ascetas y también fakires que practican el yoga tántrico; es decir, la magia.

(237) Vadava o Vadavamuka, uno de los nombres del Infierno.

(238) Sraddha, sacrificio, y mejor aún, rito religioso.

(239) Véase para esta palabra y las siguientes la nota 117.

(240) Vyavaharikas, servidoras reales.

(241) Samkalana, ceremonia fúnebre.

(242) Tierra, agua, aire, fuego y éter, de donde todo provenía y adonde todo volvía.

(243) Natakas, relatos, episodios, pequeñas historietas.

(244) Véase para todas estas palabras la nota 117.

(245) Bharata llama a su madre mujer perversa, vil (anaryám), asesina de su esposo (patighatiním) y vergüenza de su raza (kulapansanám).

(246) Krisara, manjar (pero no sé lo que es exactamente).

(247) Ritvijs, sacerdotes. Purohitas o purodhas, capellanes. Acaryas, maestros.

(248) Añyagara, lugar destinado al fuego sagrado.

(249) Además de estas resinas olorosas y del perfume de sándalo tantas veces citado y aun hoy el más corrientemente empleado en todas sus variedades, algunas de las cuales cita el Poema, éste menciona aún un aceite oloroso, el garocana. Cita además los lechos fúnebres, paristabanika, en los que se ponían los cadáveres antes de llevarlos a la hoguera. De ésta se salía para el mahaprasthana, el gran viaje tras la muerte.

(250) Sudharma, la sala de consejo de los dioses.

(251) Sobre las variedades de oro véase la nota 128.

(252) Véase la nota 94.

(253) Kalahamsa, garza real o cisne (véase nota 127).

(254) Brahmacarya, disciplina brahmánica (véase nota 103).

(255) Dilipa y Nahusha, dioses; este último padre de Yayati.

(256) Cakravakas, pájaros (véase nota 127).

(257) Kovidara, estandarte.

(258) Samdhya, ceremonia religiosa; más especialmente recibía este nombre la celebrada en honor de los cuatro océanos. Luego veremos a Vali, rey de los monos, hijo de Indra, practicarla en la orilla misma de los mares, llevando encadenado a su cintura a Ravana, el rey de los rakshasas.

(259) Vimanas, palacios. Prasadas, azoteas, terrados (véase nota 129).

(260) Svástica, amuleto de buena suerte y adorno.

(261) La hora de Maitra, la tercera del día.

(262) Ritvijs, sacerdotes. Sudasyas, brahmanes auxiliares.

(263) Añisala, cámara o lugar destinado al fuego sagrado.

(264) Maitreya y sura, licores (véase nota 164).

(265) Malaya y durdura, mantras, encantamientos.

(266) Prasastar, sacerdote auxiliar.

(267) Nandana, bosque de Indra.

(268) Surabhi, animal hijo de la famosa vaca Sabalá, a la que ya hemos visto hacer maravillas semejantes en el eremitorio de Vasishtha, cuando fue a visitarle Visvamitra, siendo todavía rey.

(269) Kamadhenú, Kamadhú o Kamadhuk fue, como se sabe, la célebre vaca de la abundancia, nacida cuando el «batimiento» del mar de leche. Estas vacas kamadhúes de ahora son otras semejantes salidas también por modo maravilloso.

(270) Vidyadharas, clase de daitias (dioses) cuyas esposas (las vidyadharis) fueron, entre otras criaturas celestiales, madres de los monos, más tarde compañeros de Rama en su lucha contra Ravana y los rakshasas.

(271) Savana, triple libación cotidiana.

(272) Yoguis, ascetas entregados a prácticas especiales (las de

la escuela o «darsana» yoga), destinadas a la unión de su espíritu con el Espíritu supremo (véase notas 13, 39 y 112).

(273) Yuga, período cósmico (véase nota 99).

(274) Rama hace sentar a Bharata en su regazo, es decir, sobre sus muslos. Los muslos gozaban en la antigüedad de gran consideración. Abraham (Génesis, XXIV, 2, 9) hace jurar a su servidor haciéndole poner las manos sobre su cadera (la del Patriarca), y Cicerón estima como una de las grandes cualidades del orador el golpearse debida y oportunamente las caderas en el fuego de la elocuencia. A uno que no lo hace le censura: «No te golpeas ni la frente ni los muslos» (Non frons percussa, no femur. Orat, LXXX).

(275) Naraka, el Infierno de los hindúes. Lugar de perpetuas tinieblas, donde las almas de los réprobos se suponía que eran atormentadas mediante llamas, serpientes, insectos venenosos, aves de presa, aceite hirviendo y rocas que les aplastan, amén de otras muchas delicias semejantes (véase en mi Mitología Universal la palabra «Infierno», en su índice analítico, donde están descritas todas las variedades de estos lugares «deliciosos», que se han inventado). En el Naraka permanecían los condenados hasta haber expiado una parte, por lo menos, de sus crímenes o faltas pecaminosas. Esto hecho son liberados y obligados a entrar de nuevo en la «cadena» de las existencias. El Infierno hindú no es, pues, un lugar de castigos eternos. Esta eternidad del castigo es propia tan sólo de los Infiernos católico y judío.

(276) Atmán es el alma en la filosofía hindú. Es también el Alma universal, que penetra y abraza todas las cosas. De modo que cuando se dice Atmán, ora es para designar este alma total, ya el alma individual prisionera en una forma material, alma que tras largos períodos e innumerables reencarnaciones y transformaciones, volverá finalmente al Alma suprema (Paramatmán), manantial y patria de todas las cosas.

(277) Pinda, manjar o manjares funerarios.

(278) Ingudí, árbol (véase nota 144).

(279) Sudasyas, brahmanes auxiliares.

(280) Tarkshya. Garudá (véanse notas 127 y 148).

(281) La importancia del Destino (daiva) en la religión y en la vida india ha sido siempre y sigue siendo enorme. La creencia en él está autorizada por la Ley. El sistema sankya cuenta al Destino entre los cinco agentes (kartá) que concurren al cumplimiento de cualquier obra (Bhagavad-Gitá, XVIII, 14). En el Ramayana, igualmente, el Destino tiene una importancia muy grande. Véase, por ejemplo, este hermoso discurso de Rama a Bharata, que empieza de modo tan afirmativo y contundente en

lo que afecta a la fuerza del Destino. Más tarde, Sitá dirá a Hanumat (V, 37): «La suerte ata al hombre como una cuerda para arrastrarle, ora a la cima del poder, ora al infortunio más siniestro.» O sea que, según el Poema, el Destino es el que manda en nuestros actos y el que dispone de nosotros. Consecuentemente, las desgracias, así como lo malo que se pueda realizar, no son culpa, en definitiva, y, por tanto, no se les puede ni se les debe imputar a los hombres, puesto que, juguetes del Destino, nada pueden realizar fuera de lo que éste les empuje a hacer. Véase asimismo el también notable discurso de Lakshmana a Rama en VI, 83. El único responsable de todo, por tanto, es el Destino. Este fatalismo salva a todos de toda responsabilidad (VII, 50). En la India, como en Grecia, ni los dioses mismos escapaban al Destino. Valmiki carga siempre en la cuenta de esta inevitable fatalidad todo cuanto sucede en el Cielo y en la Tierra. Como todo buen descreído, por supuesto. Pues, como ya he dicho y tratado de probar, el gran poeta era entera y perfectamente ateo, y sólo cuando se acordaba de su condición de brahmán procuraba, tras un incontenible desahogo, de enmendar más o menos hábilmente lo que se le escapaba del alma cuando escribía, como sentía. Y como en todas partes, en resumidas cuentas, los hombres, cuando piensan, vienen a pensar lo mismo, no tan sólo en la India y en Grecia se estaba seguro de no poder nada contra la terrible férula del Destino, sino en todos los países y durante todos los tiempos. Hoy mismo, no hay parte alguna en que no se oiga afirmar, en este o aquel idioma, que uno o una «ha nacido con buena suerte o con mala suerte», lo que equivale a reconocer plenamente que hay algo por sobre nosotros que encadena nuestros actos y contra lo cual no podemos rebelarnos: el Destino siempre. Por supuesto, contra esta doctrina, tan consoladora en el fondo (pues es cosa que no tiene vuelta de hoja que «el que no sabe no peca», y si hay alguien que no sepa nada de nada, nada de lo Supremo, de lo Absoluto, de lo Fundamental, es el hombre), se ha levantado, claro, la del libre albedrío, con objeto de ver de justificar lo que no tiene justificación posible, a saber: que el ser humano es capaz, libre, dueño de disponer de sus actos. No es el momento de discutir sobre esta cuestión. Hoy, ya sin Censura, el fanatismo, que no se elimina por decreto, seguirá tachando ad maiorem dei gloriam lo que yo exponga. Como Valmiki, vuelvo con pena sobre lo que le ha salido del alma, dejaré, pues, esta cuestión, limitándome a insistir una vez más en las semejanzas o coincidencias que hay entre la epopeya india y la griega, no tan sólo en lo referente a mitología y religión (complacencia extremada de los dioses por los sa-

crifícios hechos en su honor, naturaleza y carácter de dioses y héroes, su semejanza en vicios y virtudes con los hombres, la creencia ciega en signos y presagios, etc., etc.), sino en muchas otras cosas, tales que esta del Destino, el culto a la amistad y a la hospitalidad: el hecho de que, como en Grecia, fuese costumbre en la India citar, tras mencionar a un personaje, el nombre de su padre, haciéndole con ello un honor, y tantas otras cosas que parecen demostrar, o bien que ha habido siempre, como los hay hoy mismo, cauces fijos por los que han caminado y discurredo fatalmente los hombres pensantes de todos los pueblos y de todos los tiempos, o que entre los antiguos las relaciones eran más frecuentes de lo que se puede creer, dadas las dificultades y las distancias.

Comparte con esta idea de la fuerza incontrarrestable del Destino la creencia, también firmísima, en la India, principio y base asimismo de su moral, de que, como dice en un momento dado Sitá (y luego es repetido muchas veces por ella misma o por otros): «Es preciso que todo se espie.» A causa de ello, el creer que todo cuanto ocurre en la vida y en cada vida ocurre como castigo o recompensa a los actos realizados en una existencia anterior. Esta creencia es la justificación de la metempsychosis que, nacida en aquel país, pasó a otras religiones y a Grecia a través de los «órficos» y de los «pitagóricos» (véase mi obra *Pitágoras*, publicada en esta misma Colección). A continuación de la frase anterior, Sitá añade: «Recogemos el fruto de nuestros actos.» Con estas palabras, es decir con la idea de premio o castigo tras la muerte (idea que de la India pasó asimismo a Grecia, que recogió Platón y que de éste tomaron los Padres de la Iglesia), quedó establecido muchos siglos antes de Cristo uno de los grandes pilares de la escatología de muchas religiones, arma incomparable para embaucar, para hacer temer y para hacer dar. De ella al Purgatorio, de donde se sale mediante misas, no hay sino un paso. El propio Valmiki le había dado de cierta manera, diciendo de un modo u otro muchas veces: Si queréis ganar el Cielo enriqueced a los brahmanes. Pero también dice el Poema: «¡Drig! ¡Drig!» (¡Vergüenza! ¡Vergüenza!)

(282) Véase nota 238.

(283) *Ganthalas*, libros sagrados.

(284) Sin duda, Valmiki, hablando por boca de Jabali, para demostrar su simpatía disimulada hacia él y su modo de pensar (el suyo propio, en realidad), hace que se le crea por esta palabra *arya*, de la raza mejor, de la blanca. A Rama le hace de la raza negra.



(285) «Tal el ladrón, tal el Buda; sabe que Tathagata es un ateo.» Estas palabras son Incomprensibles, a menos de tratarse, como debe ocurrir, de una Interpolación poco meditada, si se tiene en cuenta que Buda («El Iluminado») es, como se sabe, el sobrenombre principal del fundador del budismo, y que Tathagata («el que ha llegado a la verdad») es otro de sus apodos. Siendo con toda probabilidad el Ramayana anterior, es decir, Valmiki, a Sakya-Muni, esto tiene que provenir de otra mano posterior, cuando ya el budismo ganaba la India. Y su sentido entonces es éste: Tal piensa el hombre (ladrón o santo), así su dios (puesto que él los inventa; Budas, «Buddhas», eran los sabios, los dioses). El que llega a la verdad (Tathagata) forzosamente es ateo. Es decir, el que abre los ojos a la enorme mentira de la religión es ateo por fuerza. Como en estos dos sargas (108 y 109) se enfrentan, tal vez al menos, lo que pensaba en realidad Valmiki (expresado por boca de Jabali) y lo que estaba obligado a decir y escribir a causa de su condición de rishi (de brahmán), que es lo que pone en boca de Rama (la sumisión ciega del hombre, bajo el pretexto de la verdad religiosa, a una bondad, un bien y una virtud falsas en realidad), el autor de la interpolación que asimismo debía de pensar como él, bien que pasase por el Mundo, como Valmiki y tantos otros, aparentando lo que no era, añadió esto por su cuenta, a modo de enigmática protesta a las palabras de Rama y en apoyo de las de Jabali. Que, por su parte, como se puede ver, aparenta desdecirse al punto. Acabando Vasishtha de remachar el clavo, con objeto de congraciarse a Rama con Jabali, que, en definitiva, es un brahmán como él. No se olvide que Rama es todopoderoso a causa de ser Vishnú encarnado. El inmediato desdecirse de Jabali no es lerdoso en modo alguno. Sabía muy bien que no valía la pena de ser «mártir» por unas palabras. Que los de todas las creencias lo habían sido y lo seguirían siendo en adelante por la insensata y tonta pretensión de creer que su verdad era más verdad que la que sustentaban aquellos que les quitaban la vida.

(286) Esta última estrofa del discurso de Rama sobre la verdad le muestra como discípulo del deber eterno (dharma sanatanah), que a él, a quien el Poema llama muchas veces «el primero de los hombres en cuanto al deber», se le había aparecido personificado en el grande y poderoso santo Agastya, cuyo aspecto, al verle, arranca a Rama esta exclamación: «¡Es Añil, es Soma, es el Dharma eterno!» Pero que, en realidad, no es otra cosa sino el evangelio universal de la humanidad, que hacia de él un modelo de hombres por el hecho de aplicarse con pensamientos, palabras y obras al cumplimiento de su deber (dharma), realizan-

do con ello espontáneamente el voto con que termina el código doméstico de Paraskara: «Que lo que he oído y aprendido quede para siempre en mi espíritu» (Grihyasutra. III, 16). He aquí la ruta tradicional de los hombres de bien que Rama conocía y practicaba, sin descuidar por ello los usos y costumbres del ritualismo védico; es decir, sacrificando en honor del Sol, del fuego, de los ríos, de los árboles y de la Naturaleza entera (véase nota 362), no reculando ni ante el fetichismo, puesto que le vemos reverenciar a un carro, cierto que era el de Indra. Con Rama se piensa involuntariamente en una de las grandes máximas del budismo inscrita por Piyadasi en uno de los edictos que, para que nadie los ignorase, mandó grabar en la roca viva, marcando con ello a todos y a cada uno su deber, lo que bastaría, de cumplirle cada hombre a conciencia, para que todos fuesen felices y para que la paz reinase entre los pueblos: «El gobierno, en virtud del "deber"; el progreso, en vista siempre del "deber"; la regla, según el "deber"; la seguridad, mediante el "deber"; dhammena palaná dhāmmena vidhanta dhammena sukhiyana dhammena gotiti (Estudios sur les inscriptions de Piyadasi, por Senart. Piyadasi era otro nombre del rey Asoka, propagador ardentísimo del budismo. Véase mi Mitología Universal).

Claro que lo difícil es ponerse de acuerdo sobre lo que es el deber. Porque, estableciendo como «deberes» ciertas prácticas muchos se negarían a tomarlas como tales. Como, por ejemplo, cuando en el Poema es considerado como el primer deber «dar» a los brahmanes, «enriquecerles», con amenaza de si no se hace ir al Infierno y permanecer en él, sentados sobre un charco de sangre, masticando cabellos.

Evidente es que sobre estos dharma litúrgicos, tan realistas para los inventores de ritos, prácticas y deberes de tal modo interesados y útiles sólo para ellos, está el otro deber, el «dharma» eterno y universal, el citado dharma sanatanah, que no es monopolio de ningún pueblo, privilegio de ninguna doctrina en especial y mucho menos de castas parásitas, avisadas, egoístas y codiciosas, sino que está fuera de todo sistema y constituye por sí el bien común de toda la humanidad. Y es a causa de ello, de su propia virtud, por lo que se da en los hombres escogidos de un modo natural. Y claro, en Rama, que está dispuesto siempre a practicar el bien, a no pensar sino de acuerdo con el bien, a ser esclavo de la verdad (como ahora proclama) o a realizar en esta Tierra de dolor y de trabajo, en este «valle de lágrimas», tan sólo obras buenas. Claro que pensando en su conducta con Sitá y en sus dos abominables asesinatos (el de Vall y el de Sambuka), maldito deber si tal es el deber. No obstante, aun en

estas ocasiones Rama obra de acuerdo con lo que le parece ser el deber y, por tanto, su deber.

Pero olvidando estos terribles lunares (como en Platón hay que olvidar que, víctima de su tiempo y de su raza, no se levantara contra la esclavitud), ¿hará falta para encontrar la llave de la conducta eminentemente moral de Rama, recurrir a la doctrina del syadvada, la filosofía del quizá? El escepticismo (y ella representa este matiz filosófico en la India) no es, en realidad, malo, pues, sobre ser la causa de toda filosofía (la duda es el gran motor del espíritu: el que no duda no averigua), es en el fondo, idéntico al realismo, que, cuando evita todo exceso, pone cada cosa en su lugar. Y la prueba está en que no es difícil ver escépticos dotados de virtudes más sólidas y desinteresadas que la mayor parte de los creyentes a todo creer, que si creen y se prenden con alfileres la virtud, es tan sólo porque esperan, sin necesidad de abrir los ojos ni a las verdades más evidentes, obtener un día venturas inefables. Para probar lo que afirmo ahí están, por ejemplo, Montaigne y Voltaire. ¿Quién más escéptico que este último? No obstante, nadie ha amado la justicia más que él, ni nadie la ha defendido con más ahínco, calor y elocuencia; piénsese en los Calas, en los Sirvent y en los Barre. Es decir, que hay un escepticismo de buena ley, que se confunde con la filosofía de la realidad y que, como consecuencia, combate los excesos, sea cual sea la forma en que se presenten para destruir el equilibrio moral de la sociedad. Pues bien, el escepticismo está ya en germen en el Rig-Veda, donde se advierte ese principio de sentimiento filosófico que el hombre siente o vislumbra en la aurora del conocimiento, cuando, en vista de los fenómenos que le rodean, fenómenos que no comprende ni se puede explicar, duda de si está despierto o más bien soñando. Y en este estado crea naturalmente las fórmulas de lo que más tarde será en la India el syadvada doctrinal, del cual las tres primeras dudas son: «Tal vez esto es» (syad asti), «tal vez esto no es» (syad nasti), «tal vez esto es y también no es» (syad asti ca nasti ca). En todo caso, Hemacandra (o Hemachandra, 1089-1173, filósofo djainista de la secta svetambara, pintor de las grandes figuras del Djainismo y escritor notable en cuestiones de ética) define la jaina como un adepto del syadvada, sistema que se dice fundado por uno que practicaba el jainismo. Estas fórmulas llegan hasta el escepticismo más refinado; es decir, hasta el que consiste a propósito de cada cosa, que no es verdad que sea y que no es verdad que no sea. Fórmula de Pyrrhon (Eusebio, Praep. Evang., 1, 14, 18) y de su discípulo Timón, que sostenía que no podía haber ni verdad ni error en nuestras acciones, como

tampoco en nuestras opiniones. A causa de ello, según él, no debería concedérselas la menor confianza, y siempre deberíamos estar en guardia, sin inclinarnos hacia una de preferencia a otra.

(287) Vasishtha, para animar a Rama a tomar el mando del Imperio, y para honrarle, glorificándole, al mencionar lo ilustre de su prosapia, expone la génesis del mundo (*lokasamutpattim*) en la que el agua aparece como principio de todo. Cuanto existe ha tomado nacimiento de ella, dirá más tarde Tales de Mileto. Todo vive en ella, dice asimismo el Veda (*Rig-Veda*, I, 164, 42). En el agua es, afirma a su vez el *Atharva-Veda*, donde reside la inmortalidad (I, 1, 4; 6 y 33). *Svayambhú* mismo, el imperecedero *Brahma-Vishnú* saltó del agua, según el *Ramayana* (II, 19). La génesis del *Manu* llega también a esto: dice, sí, que el agua es el principio de las cosas; pero que es *Svayambhú* quien la ha producido *apa eva sasaria adua* (*Manu*, I, 8). No obstante, del himno védico X, 129, 1, 2, parece resultar que *Tat* (el alma individual) y *ambhah* eran idénticos. Por agua hay que entender, por supuesto, el fluido simple y remontan, a causa de ello, por encima incluso del hidrógeno, cuerpo compuesto ya. En Grecia, tras Tales, *Harakleitos* tuvo también la intuición de esta verdad al proclamar, y *Sócrates* lo repite (*Filebos*, XXIV), que todo fluye y se desliza. En cuanto al *Tat*, la expresión *Tat tvam asi* («Tú eres esto»), es decir, «Tú, tú no haces sino uno con el *Brahmán-Atmán*») es uno de los conceptos fundamentales de la religión hindú: la identificación del alma individual con el Alma suprema del Universo. Este principio es enunciado en los Vedas y unido a la metafísica y a la moral: el hombre debe amar a su prójimo como a sí mismo, pues es verdaderamente su pariente en el sentido más fuerte de la palabra, puesto que todo ha salido de lo Uno, es decir, de lo mismo.

(288) No se olvide que *Vasishtha* (*pruroita*, gurú, director espiritual y todo lo que se quiera, en este orden, de *Dasaratha* y de sus hijos), como buen *brahmán*, y por si acaso, no obstante ser dueño de *Sabalá*, la maravillosa vaca, y de un cayado ante el cual las armas divinas son como de manteca, dispuesto a girar con el mejor viento siempre, no obstante haber dicho antes a *Bharata*, e incluso varias veces, que ocupe el trono, ahora, dando la vuelta con la mayor impudicia, aconseja lo mismo a Rama. El caso es que, hágalos quien los haga, siga habiendo sacrificios y cayendo ricos *dakshinas*.

(289) *Sitá* había nacido en *Mithilá*, capital de los *videhas*, pueblo al norte del *Gangá*, distrito actual de *Tirhout*, en la provincia de *Bengala*.

(290) Svayambara, ceremonia consistente en la elección de prometido.

(291) A causa de ello, Sitá es hija de la Tierra. Y por ello vemos que cuando invoca a su madre en VII, 97, Madhavi, personificación de la Tierra, sale del suelo, y en un maravilloso trono de oro, en el que sienta a su hija, se vuelve con ella allí de donde la hizo salir. Rama, por su parte, era adorado muy antiguamente con el nombre de halabrit, «porta-arado» o «labrador» (Mahabarata, IX, 2934), y también como genio tutelar de la agricultura fecundante, sitá, el surco. Que es lo que Sitá dice en el Poema mismo. Sitá, además, en un Ramayana popular en el Dekhán, invoca a la Tierra como madre suya, para que testimonie de la integridad de su virtud contra las injustas sospechas de Rama. Aquí, en el Poema, se dice que Sitá salió de un surco (sitá) cuando el rey Janaka, que la adoptó al punto, labraba un campo. Lo que prueba al mismo tiempo que aquellos reyes indios de entonces (rajás), como los príncipes griegos que fueron a Troya, lo que eran, en realidad, era grandes terratenientes. En todo caso el mito de Sitá saliendo de un surco aseméjase al de Tages, el rey etrusco, que salió súbitamente de la tierra en forma de niño cuando un campesino labraba, y que, tras enseñar a los etruscos la adivinación y la ciencia a los aúrsupices, murió. Cicerón (De divinatione, II, 23) y Festos (De Verborum significatione) llaman a este Tages nepos Jovis, así como el Evangelio dice que el hombre es el hijo de Dios, ὁ υἱοῦ τοῦ θεοῦ (Lucas, III, 38). La leyenda bíblica relativa al nacimiento del hombre de un pedazo de tierra (Génesis, II, 7) es de la misma familia.

(292) Este libro tercero, es decir, en el Aranyakanda, Valmiki introduce el elemento demoníaco por decirlo así. Y ello con los rakshasas, que de un modo o de otro parecen destinados, en general (pues, como se verá, hay rakshasas verdaderamente buenos y morales), a hacer todo el daño que pueden. Por supuesto, ya en I, XXV y siguientes, hemos hecho conocimiento con la rakshasi Tataká, con su hijo Maricha y con los rakshasas que formaban su escolta, así como con Sabahu, compañero de maldades de Maricha. Pero, en realidad (pues lo anterior es puramente episódico), es a partir de este momento cuando los rakshasas o demonios del Poema van a salirnos continuamente al paso y adquirir en él verdadera importancia. Claro que hay que decir en seguida que se trata de una clase particular de demonios. O sea, que si son considerados como tales o pueden ser considerados como tales, es: primero, por ser enemigos de los seres incluidos en la categoría de dioses; segundo, a causa de ciertas prácticas opuestas a la religión brahmánica que los inventó, ta-

les como la de comer carne humana. Por lo demás, ni su origen es distinto del de los dioses, pues de dioses descienden, ni, en general, estos dioses son más morales que ellos. Productos unos y otros de la fantasía, es decir, enteramente antropomórficos, los vemos, como en todas las religiones y mitologías a los otros dioses y a los otros diablos, cual remedos o reflejos perfectos de sus creadores. Quiero decir con las mismas excelencias tenidas por virtudes y asimismo con los defectos considerados como vicios o pecados.

Es decir, que son demonios, no en el sentido que hoy se da a esta palabra por los que creen en ellos: seres enemigos de Dios y dedicados a deshacer, por decirlo así, la obra de éste y quitarle partidarios, más, tras haber apartado a los humanos del camino recto, complacerse en castigar terriblemente en el Infierno a los que les han escuchado, lo que hay que reconocer que es verdaderamente endiablado.

Pues bien, no, los demonios del brahmanismo y, consecuentemente, los del Ramayana nada tienen que ver con éstos. El tipo demonio actual, producto del dualismo religioso (oposición entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo) no aparece, como se sabe, hasta que Zoroastro le inventa. Aquí, en el Poema mismo, se ve bien claro que los encargados de atormentar a los que van al Infierno brahmánico no son en modo alguno ni demonios ni enemigos de los dioses, puesto que sirven y ayudan al dios del Infierno, Yama, sino más bien dioses menores, a cuyo cuidado está el buen orden de este lugar de recompensas y castigos, pues ambas cosas son propias de esta mansión brahmánica de los muertos. Por consiguiente, los demonios del Ramayana ni tienen que ver con el Infierno, al que van, a su vez, como cualquier humano pecador, ni tientan a los hombres (a no ser cuando, claro, los agarran para comérselos) con objeto de desviarles del camino recto. Cuanto hacen es esto: devorar guapamente a los hombres, sin duda por encontrar su carne succulenta, y oponerse a los dioses por codicia de dominación. Esto sentado, veamos un poco a uno interesantísimo: el demonio más demonio entre las grandes figuras demónicas que ha habido: Ravana.

Ravana es una de las grandes figuras de la epopeya hindú. En cierto modo no tan grande y en ciertos conceptos superior al Lucifer del poema de Milton, que, siguiendo la tradición católica, se rebela, aunque ello repugne al buen sentido, contra el Dios enteramente poderoso y sabio que le ha creado sin haberlo previsto y que luego no puede evitarlo. En todo caso, aquí, gracias a Ravana, a sus hijos, a sus hermanos y, en general, a los rakshas

o rakshasas, que forman su pueblo, el elemento demoníaco entra en el Poema para adquirir en él una importancia particular.

Ravana, por su parte, es (en el Poema se ve bien claro) eminentemente brujo. Un pase, un cierto movimiento de manos le basta, cuando Sitá se niega a seguirle, es decir, pasar una de sus manos sobre otra, para al instante recobrar su talla gigantesca, sus colmillos de león, sus espaldas asimismo de gran felino y su cuerpo moteado; breve, su aspecto natural y ordinario. Este demonio superior y terrible, enemigo de los dioses hasta el punto de despreciar a Vishnú, «que ha envilecido su condición divina tomando la humana», según dice (VI, 41), es sabio como un pandit y como un adepto de la filosofía sankya. Posee, según confiesa a Sitá cuando trata de abrindarla y de seducirla, posee y domina a fondo la ciencia de los veinticinco principios del Ser, es decir, esta filosofía (III, 58). Es también vedantista, lee devotamente los Vedas (como muchos otros rakshasas), y en tiempos fue tan penitente, que sus sacrificios y austeridades le valieron el favor de Brahma. Es más, en todo tiempo jamás deja de ofrecer, cuando la ocasión es favorable, un sacrificio según los ritos brahmánicos; como su hijo Indrajit, que, gracias a ellos, obtiene poderes sobrenaturales, como el de hacerse invisible en los combates. En cuanto a Ravana, éste muéstrase siempre celoso, como buen kshatriya, de cumplir los deberes que incumben a los reyes dignos de tal nombre. Todo esto ¿no es perfectamente moral?

Sí, Ravana es, a su modo, moral. Y tanto él como sus adeptos, los rakshasas, pueden, pese a su cualidad demoníaca, practicar el bien y ser virtuosos y morales. Como ya lo he dicho, nadie más virtuoso, justo, honrado y perfecto que Vibhishana, el hermano segundogénito (avarajo) de Ravana. Y como él (bien que no de su perfección y altura en virtud), Prahasa, Maricha, Atikaya, Malvayat, Avindhya, Kumbhakarna y tantos otros favorecidos por los dioses a causa de su devoción y ascetismo. Por supuesto, estos amigos de lo moral lo son de un modo interesado; pero ¿no es ésta la regla en el mundo tanto entonces como ahora? ¿No se podría asegurar otro tanto de todos los santos y ascetas de cualquier religión? Sin la esperanza de ganar el Cielo mediante unos sacrificios cortos y mínimos comparados con la eternidad y ventura inefable que esperaran, ¿hubieran sido tales santos y tales ascetas? Es más, ¿habría alguien que «creyese» y «practicase» de pensar que los dioses no se ocupaban de los mortales? ¿Quién sería tan insensato como para cambiar los gozes de los placeres por las molestias de la virtud, sabiendo que el hacer tal cosa a nadie le interesaba? Como nuestra Santa Teresa, que amaba «por puro amor» y sin esperar nada, no ha habido más que una. Rava-

na, en ocasiones, es un ejemplo tipo de esta moral no egoísta. En ocasiones, en efecto, este monarca de los rakshasas es accesible a los buenos movimientos, y a ellos se conforma. Llega incluso a reconocer el bien y a desearle, puesto que reconoce sus faltas y las confiesa. Al saber la muerte de su hermano Kumbhakarna le oímos exclamar: «¡Ya no tengo reino! Mi ruina es inminente. Y es por culpa mía por lo que me ocurre lo que me ocurre, a causa de haber rechazado los consejos del virtuoso Vibhisbana» (VI, 47).

¿Un demonio religioso y moral?, se dirá. La cosa parece imposible. No obstante, no es el único caso, puesto que a otro más próximo a nosotros, por decirlo así, le ocurre lo mismo: ser religioso, y creyente hasta el punto de que su conciencia le hace temblar: daemones credunt, et contremiscunt (Epist., Jacobi, II, 19). Y que hay diablos buenos lo prueba también el Evangelio, hablando de un condenado que, encerrado y todo como estaba en lugares de tormentos eternos, «en Besanois», da prueba de excelentes sentimientos suplicando que se advierta de lo que le ocurre a sus cinco hermanos, para que no sean precipitados también ellos en las llamas del Infierno (Lucas, XVI, 22 y sig.: en to hade).

Pero, en fin, esta inestabilidad de carácter no se crea propia tan sólo de los demonios; los dioses también la sufren a veces. Rama, pese a sus excelencias, tiene graves lunares. Además de sus dos grandes crímenes (Vali y Sambuka) y de su torpeza e injusticia repudiando a Sita, tiene debilidades inexcusables, como el dudar de esta admirable criatura y repudiarla no solamente una vez, ¡sino dos! La segunda tan sólo por acomodarse a las murmuraciones del populacho, no obstante saberla pura ¡y embarazada! Pura tras habérselo asegurado así el propio Svayambhú: ¿Cómo ¡oh tú, el más grande de entre los grandes dioses!, no reconoces por ti mismo y dudas como un ser vulgar (prakrito yathá) de la castidad de Valdehi?» (VI, 102). Tras ello y luego de decirle aún: «Tú eres el que ha sido y el que será», enumera las soberanas cualidades del mahapurusha, tan inconsciente de sí mismo. Larga lista que termina por un canto de honor del que ha tomado cuerpo humano (manushin tanum) con el propósito de acabar con Ravana, el enemigo del Mundo, de los dioses y de los hombres. Es decir, exactamente como Jesús y antes que él. Pues no hay más remedio que reconocer que en la historia de las religiones, Vishnú es el primer dios que encarna en un cuerpo humano para triunfar del Demonio.

En lo que a temer la opinión del vulgo afecta y tenerla muy en cuenta, cosa es que Rama comparte asimismo con Jesús, que



era igualmente muy sensible a ella. «¿Qué se dirá de mí?», era su gran preocupación.

(293) La designación de los rakshasas como noctámbulos, noctívagos, corredores nocturnos o de noche es conocida también por la mitología babilónica. En ella aparecen los anoun o anún, demonios nocturnos de los más perversos. El cristianismo los conoce asimismo, puesto que San Pedro compara al Diablo con el león merodeador en busca de su presa (I, Petr., V. 8). Pero aquí, en el Ramayana, estos merodeadores nocturnos (rajanicarau) actúan tanto de día o más que de noche. En cuanto al término noctívago, consagrado ha sido por Lucrecio (*De rerum naturae*, verso 1.190), que llama a los astros, noctivagaque faces coeli. Y también por Virgilio, que hablando de la Luna (*Eneida*, X, 21 y siguientes) dice: *Curru noctivago Proebe medium pulsabat Olympum*.

(294) Sin duda, la apsara de este nombre que más tarde aparece en el Poema.

(295) El Sol era dorado cuando se levantaba y cuando se ponía (oraciones crepusculares). El Rig-Veda no consagra muchos himnos al Sol: veinticuatro entre todos. No obstante, la invocación al Sol bajo el nombre de Savitri era y sigue siendo el rezo diario más importante tras la eyaculación mística del monosílabo Om (Manav., II, 78, 81). La adoración al Sol naciente o levante (*suryam adyantam*) ha sido, y es lógico que así haya ocurrido y continúe ocurriendo en ciertos países, la verdadera religión en todos los tiempos y lugares. Por lo menos se concibe que sea adorado, amado y reverenciado el astro que constituye la fuente de toda vida en la Tierra. Este culto tiene hasta algo de racional, puesto que el hombre, apenas se sintió iluminado por los primeros destellos de la razón, debió de comprender lo que debía al más benéfico, para él, de los cuerpos celestes. Lo que no se comprende son otros muchos cultos. Todos, por decirlo así. Macrobio tiene razón afirmando: *Omnes deos referri ad solem* (Saturnales, I, 17); y la Iglesia misma no duda en dar el nombre de Sol a Jesucristo: «O Oriens et Sol!», que canta en Navidad.

(296) Homa, libación santa.

(297) La hospitalidad era tan practicada entre los hindúes (como, en general, en todos los pueblos de la antigüedad), que Manu dice: «El que da refugio obtiene la soberanía» (Manu, IV, 232).

(298) Agastya alaba, y no sin razón, a Sitá; pero tal vez por conocer su origen divino. Porque, en general (bien que no aquí, en el Poema, donde Valmiki considera a las mujeres con el mayor respeto), la mujer era, en la India, tenida en poco, y su

situación social muy inferior a la de los hombres. Así, el Brahmanismo hace decir a Manu que a la mujer la ha correspondido la concupiscencia, la cólera, las malas inclinaciones, el deseo de hacer el mal y la perversidad (Manu, IX, 17); y el Budismo, en un jataka, pone en boca del propio Buda una instancia que termina con estas palabras: «Las mujeres son dignas de muerte. No hay verdad en las mujeres.» Según las costumbres védicas, era una desgracia tener hijas. En el Poema vemos a dos padres lamentarse diciendo que una hija pone en peligro a dos familias, y ello ante el temor de que sean fácilmente seducidas. No obstante, ciertos textos son más tolerantes, más benignos; por ejemplo, el Bhagavad-Purana, que dice (I, 4, 5) que para aquellos cuya vida es pura, los sexos no son distintos. O sea, como Marcos (XII, 25) y Mateo (XXII, 30). En efecto, ¿cómo tener el gozo de poseer una mujer amada y disfrutar de sus caricias si tener hijas es una desgracia? El Budismo mismo, no obstante su animosidad hostil contra la mujer (cuestión quizá de ascética a causa de que el contacto y tal vez la sola presencia de la mujer incitaba a las pasiones de la carne), la admite a la vida espiritual y a la felicidad que de ella se deriva, salvo cerrarla el camino de acceso a la dignidad de buda.

(299) Savana, triple libación cotidiana.

(300) Rasa, licor divino salido, así como el amrita, cuando el «batimiento» del mar de leche (véase nota 164).

(301) El furor de Surpanakhá obra en el Ramayana con fuerza parecida a la cólera de Aquiles en la Iliada; sin ambas pasiones violentas no habría ni un poema ni otro. Como, sin duda, a no haber sido por Judas no habría Pasión. Claro que la cólera de Aquiles es de tal importancia, que de los cincuenta y un días que dura la Iliada, ocupa veintidós dominando hasta el canto XVII. En cuanto a la religión, tanto en el Ramayana como en la Iliada, los dioses tienen un gran papel. Por supuesto, más aún en el Ramayana, puesto que a cargo de un dios hecho hombre está el principal. En la Iliada asimismo falta el elemento ascético (cosa ajena enteramente al genio griego) y su tono general es otro. En cambio, es muy curioso observar que fue a causa de dos mujeres, Sítá y Helene, por lo que las dos grandes ciudades, Lanka y Troya, fueron asediadas y tomadas tras tremendas luchas. Pero entre estas dos mujeres, ¡qué diferencia! No tienen de común sino la hermosura. Tampoco hay manera de comparar a Rama con Menelaos. Y ello no ya considerando que Rama es un dios encarnado, sino tan siquiera como hombre. El uno lleno de amor, de escrúpulos, de celos; el otro, todo complacencia. Rama, una vez Sítá rescatada, la repudia

brutalmente tan sólo porque ha estado cierto tiempo en poder de su enemigo; y luego, al fin del Poema, pesc a saberla pura, y perfecta, y casta, y digna, por el murmurar de la gente. Mientras que Menelao, acabada la contienda, quema sus cuernos junto al último tizón de Troya y se lleva contento y tranquilo a la adúltera, y luego sigue conviviendo con ella cual si nada hubiese pasado. En fin, en ambos poemas hay grandes batallas y en ellas intervienen los dioses. Pero en la *Iliada* no hay armas mágicas, y hasta cuando los dioses combaten, lo hacen como los mortales y, el rayo aparte, con medios semejantes a éstos.

(302) Véase nota 126.

(303) Ravana, señor supremo de los rakshasas (rakshasesvara).

(304) A causa de tener diez cuellos (o nucas), con sus correspondientes cabezas que, como se verá, como a la Hidra de Lerne, le crecían a medida que se las cortaban, Ravana era llamado también Dasagriva (véase nota 115). Así como hinagriva quiere decir todo lo contrario; es decir, privado de cuello.

(305) Surpanakhá va a quejarse a Ravana de la afrenta que ha sufrido por parte de Lakshmana y de la muerte en el Janastha de Khara, hermano de ambos, y de la de sus 14.000 rakshasas. Ravana, señor supremo de los rakshas, es de una fuerza tal como para levantar los mares y hendir las montañas. Este amo de los demonios pisoteaba, como se verá, todas las leyes. Con sus brazos podía impedir que el Sol y la Luna se levantasen. Había adquirido este poder, como el Poema refiere en su último canto, amén de otros no menos sorprendentes, mediante una vida ascética de extraordinaria austeridad. Diez mil años había permanecido alimentándose de aire, la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, en el bosque de Gokarna. El propio Svayambhú (Brahma), el Ser existente por sí mismo, no estaba completamente al abrigo de sus audaces empresas, y muchísimas veces había profanado el Soma sacrilegio de los mayores. Se le temía de tal modo, que hasta el Sol pasaba temblando con todos sus rayos por la ciudad donde residía el terrible monarca: Lanká. La hipóbole tal vez estaba fundada en un fenómeno atmosférico que el célebre naturalista Haeckel observó en Ceilán mismo y del que habla en la página 90 de sus *Lettres de l'Inde*. Los objetos vacilan, dice, en la temblorosa luz. Como tantas veces, las leyendas tienen por base fenómenos reales. Viene a ser como el evemerismo aplicado a la geografía. Por cierto que se ha pretendido que la teoría de Evemerós (véase mi *Mitología Universal*) pudiera tener la misma aplicación a la mitología india que a la griega, la romana y la de los otros pueblos. Según los que tales pretenden,

los dioses hindúes, salvo algunos, son antiguos héroes nacionales; por consiguiente, seres históricos. Para ver de demostrarlo se apoyan en el culto a los antepasados, tan fuerte entre todos los pueblos, muy especialmente entre los hindúes, los romanos y los chinos. En el Rig-Veda, los pitris (los muertos) hacen la paz con los dioses (Rig-Veda, I, 119, 4; IV, 33, 2; V, 47, 1; VIII, 48, 13; X, 14, 4), y los Dharmasastras prescriben que se les hagan los sacrificios más solemnes. La ley de Manu dice incluso que los «pitris» han nacido antes que los dioses (pitrah purvadevatah), y que los dioses que han producido el Mundo proceden de ellos: jatah pitribhyo deva. Esto, en todo caso, tiene una interpretación verdadera, considerando que, en efecto, los dioses han sido siempre inventados por los hombres, como dice el mismo Rig-Veda: «Lo mortal ha hecho lo inmortal.» Luego evidentemente, los «pitris» son antes que los dioses. En cuanto al soma, que profanaba Ravana, se trata de un brebaje que daba la inmortalidad, lo mismo que el amrita. Ambos licores eran para la mitología hindú como el néctar y la ambrosía para la griega. Originariamente, el «soma» era una planta cuyo jugo, mezclado con hidromiel y leche, se empleaba en las ceremonias rituales. Pero muy pronto fue divinizado. Véase sobre él y sobre Soma dios (el Astro-de-las-Noches, es decir, la Luna) mi Mitología Universal.

(306) Ukhara, tierra llena de sal, estéril (véase nota 144).

(307) Sauviraka, bebida de calidad inferior (véase nota 164).

(308) Una variante hace que su autor, tras la escena anterior, nos introduzca en el Cielo y haga asistir al lector a una conversación entre Brahma e Indra, cuyo resultado es que el rey de los dioses irá a ver a Sitá con objeto de confortarla mediante sus palabras más un puchero de manteca clarificada de primera calidad (haviṛ uttanam) y a anunciarla que Rama no tardará en llegar con un ejército de osos y monos para deshacer en batalla campal a Ravana y a los suyos, matarle y tomar Lanka, tras lo cual se la llevará en el carro Pushpaka. Indra, en efecto, baja a la Tierra, se entrevista con Sitá, le dice todo lo anterior y alegra su abatido ánimo y corazón. No obstante, la atribulada esposa, antes de abandonarse enteramente a la confianza, no menos avisada que Penélope, pide al celestial visitante la prueba de que es quien dice ser. Apenas oye estas palabras, el hijo de Vaṣu se yergue ante la cautiva sin tocar el suelo con los pies y la mira con ojos inmóviles. Al ver esto, Sitá reconoce al dios y consiente en tomar alimento. Los griegos hacían también de la inmovilidad de los ojos uno de los caracteres esenciales de la divinidad. A causa de ello representaban a los dioses sin pupila.

Y lo mismo a aquellos de los humanos que entraban en los Campos Eliseos.

(309) Véase nota 159.

(310) Tripura, ciudad de los asuras destruida por Siva.

(311) En otros textos: «Pero si los Treinta señores celestiales, sometidos como nosotros a los tres estados, no quieren mostrarnos al culpable (tam papam), harás lo que sea oportuno y destruirás al Mundo con tus mejores flechas.» En realidad, los grandes dioses eran treinta y tres: doce aditias, ocho vasus, once rudras y los dos asvins. En cuanto a los «tres estados» a los que los dioses estaban sometidos, lo mismo que los mortales, eran, pesc al «amrita», nacimiento, vida y muerte.

(312) Usiras, flores semejantes al nardo.

(313) Véase nota 99.

(314) Ramya, planta (véase nota 144).

(315) Como he indicado ya en la nota 301, entre el Ramayana y la Iliada hay coincidencias curiosas que hacen pensar que en la antigüedad los pueblos tenían más relaciones entre sí que lo que se pudiera imaginar. Otra cosa que hace creerlo es el fervor, el verdadero culto a la amistad que brilla en el gran poema indio, y que luego vemos en Grecia, nacido muchas veces a causa de la «hospitalidad», y del que son grandes campeones, entre otros muchos, Pitágoras, Sócrates y Platón (véase mi obra Pitágoras y mis traducciones de los diálogos de Platón). El Ramayana no solamente alaba, ensalza y canta la «amistad», sino que está lleno de expresiones felices relativas a ella. Por ejemplo: «Obligar es el fruto de la amistad; perjudicar, lo propio de un enemigo». «En la desgracia es cuando se recuerda a aquellos a los que se ha dejado agradecidos». «La amistad tiene como fruto los servicios mutuos». «Hacerse un amigo es fácil: conservarle, muy difícil». «A causa de la inconstancia de los hombres, el afecto, por ligeros motivos, se quiebra», etc. Otros muchos detalles prueban asimismo la semejanza entre ambos poemas. Por ejemplo, los bhutas (los seres) tiemblan de espanto al ver a Rama armado y dispuesto a medirse con Khara, como los troyanos al ver a Aquiles aparecer ceñudo y amenazador tras la muerte de Patroklos. Asimismo el escalofrío que agita el brazo de Rama cuando su lucha contra los rakshasas de Khara, hace pensar en la fiebre que siente también el brazo del Cid en Las mocedades de Rodrigo, antes de entrar en batalla de la que ha de salir vencedor.

(316) Este árbol es llamado, indistintamente, en el Poema sala o tala.

(317) Como una raza de elefantes era llamada de este modo gaja, tal vez la guirnalda de Sugriva es llamada también así a causa de su gran tamaño.

(318) La palabra riksha quiere decir oso, bien que en ciertos diccionarios se la dé también la significación de mono. Pero es casi seguro que Valmiki entendía esta palabra en su verdadera significación y que hacía combatir a las órdenes de Rama, contra Ravana, «monos» (vanaras, haris) y «osos» (rikshas). El texto parece no ofrecer dudas, puesto que constantemente los diferenciaba. Aquí, como se ve, dice bien claro: «Las tribus de los haris y de los rikshas», y en otros sitios, lo mismo; por ejemplo: «Golángulas viven en ella. También se ven vanaras y rikshas» (II, LIV); «Rama, por su parte, complaciase con la compañía de los vanaras, que cambiaban de forma a voluntad (exactamente, «a su capricho»), de los rakshasas llenos de vigor y de los rikshas, los de la enorme fuerza» (VII, 39); «Adiós de Rama a sus aliados, rikshas, vanaras y rakshasas» (VII, 40). Podría multiplicar los ejemplos. Lo que ha movido a considerarlos como «monos» son las palabras de Brahma (I, 17), cuando incita a los dioses a procrear en el seno de las hembras de las divinidades secundarias hijos de un valor semejante al suyo, «con forma de mono». Añade: «En otro tiempo yo procréé así a Jambabat, el rey de los rikshas. Bostezaba cuando nació, de pronto, de mi boca.» Este «así» ¿quiere decir con forma de mono o es simplemente una palabra adecuada para la medida del verso? Porque luego, como digo, siempre se ven diferenciados en el Poema vanaras y rikshas, y, lo repetiré, el verdadero y natural sentido de esta palabra, en sánscrito es oso. En los diccionarios, que prestan a «riksha» el sentido de «mono», dan a la palabra como sinónimo de markata. En cierto modo, bien que su sentido indudable sea el de «oso» (riksha=arksha, en griego ἀρκτος, «arktos»), parece que podría preguntarse qué vienen a hacer aquí los osos. Pero, además de que la misión de Rama interesaba al Mundo entero, tanto al Sur como al Norte, en estas regiones, sobre todo, no hay animal que sea considerado tan inteligente como el oso (y que lo es, y mucho, no hay duda). Los ostlaks (pueblo de pastores de la Siberia occidental) los consideran como iguales en inteligencia a los hombres (Reise um die Erd, I, 670; III, 321, 456 y sig.); los aborígenes de Kamtchatka hacen el elogio de su carácter y se complacen conviviendo, por decirlo así, con ellos. Además, entre monos y osos hay ciertas afinidades, aparte de la viveza de la inteligencia, que tal vez autoricen a llamar osos a los monos del Norte: una, por ejemplo, la pasión de ambas clases de animales por la miel (Bremh, La vida de los animales, tomo I).

- (319) Rajás, la Pasión, uno de los tres Gunas (véase nota 175).  
 (320) Atmán, el Alma Suprema (Brahma).  
 (321) Garocana, aceite oloroso. Manashila, arsénico rojo.  
 (322) Recuértese que era Indra-Parjanya el que hacía llover.  
 (323) Pavana, el Viento. Por otros nombres, Anila, Maruta, Matarisván, Prana, Sadagati, Satagata, Svasaha, Vata y Vayú. El Viento era el padre de Hanumat.

(324) Malatí, jazmín (véase nota 144).

(325) Esta descripción que hace Sugriva de las cuatro regiones que manda explorar recuerda la muy bella y famosa de los ejércitos fantásticos del Quijote (I, 18). En la región norte está el país de «Jauja» indio. Asimismo en las descripciones de Suka y Sarana a Ravana, en el libro VI, del ejército de Sugriva, se recuerda de nuevo a Cervantes.

(326) Cuando Hanumat sale en unión de Angada y otros caudillos a explorar la región meridional (dakshinán disám), Rama le da, como se ve, su anillo (anguriyám) para que Sitá no dude que va de parte suya. Otros monos o ríkshas visitan la región oriental (disam purván); otros, la occidental (disam pasrimán) hasta Somarci, es decir, hasta el país de la Luna, más allá del cual no hay sino tinieblas (abhaskarán) y lugares inciertos (amar-yadán). Estos emisarios verán la ciudad de los yavanas (purani yavananam) y las moradas de los pehlevas, pueblos que habla el pehlvi, palabra que, según Soiegel, significa «la lengua de los antepasados», idioma que tal vez llegó a ser oficial en Persia bajo los Sasánidas, restauradores del cultivo primitivo de los iraníes en la forma que da el Avesta. En fin, un cuarto grupo de monos visita, como se ve, la región norte (uttaran disam).

(327) Las maravillas de este antro hacen pensar en las incomparables bellezas que se cuentan del valle de Coblano, en Chile.

(328) Estas catorce cualidades pueden ser los catorce sthanas de las ciencias y del derecho que enumera Yajnavalkya (I, 3), y de acuerdo con él, Muchusudanana, en el Prathanabheda, al principio.

(329) Lanká estaba situada, a creer a Valmiki, sobre el monte Tríkuta, que es seguramente, con las cimas que le rodean, el Pedrotallagalla, montaña la más alta de Ceilán (Jambudvipa, en indostaní), con sus 2.524 metros. En cuanto al Sainanala, el Pico de Adán de los mahometanos, el Sripada de los budistas, que tiene 300 metros menos, éste está enteramente aislado y es tan puntiagudo, que no hay en él espacio para una vasta ciudad como la de Ravana (Haeckel, Lettres de l'Inde, p. 304, 306 y sig.).

(330) Manas, el sexto sentido.

(331) Puranas, en sánscrito «Antigüedades», textos sagrados de los hindúes que consisten, sobre todo, en relatos legendarios relativos a la creación, a la destrucción y a la renovación del Universo. Y también sobre la genealogía de los dioses y de los patriarcas y otros sujetos similares, todo lo cual constituye una especie de masa de informes enciclopédica. En la literatura de la India es lo que más se aproxima a la historia. A la historia a causa de su carácter y redacción, claro está; no por la verdad que contienen. Los Puranas fueron redactados después de los Vedas. Se suelen distinguir dieciocho, formados por unos cuatrocientos mil dísticos. Las seis compilaciones originales pasan por haber sido enseñadas por Vyasa a seis sabios discípulos suyos. Se suelen distinguir los consagrados a Brahma, de los que exaltan a Vishnú y de los que celebran a Siva. Pero los más importantes son los que tratan de la glorificación de Vishnú. El más antiguo de los «Puranas» se le suele dar como fecha el siglo VI a. d. J. Los más célebres son el Bhagavad-Purana y el Vishnú-Purana.

(332) Trivikrama, los tres famosos pasos de Vishnú (véase mi Mitología Universal).

(333) «Sea pues» (Evam bhayatu), dice Hanumat cuando Jambavat le propone, como se ve, que atravesase el mar. «¡Hasta la vista!» (Punar agamanaya!), le gritan los monos al verle dispuesto a partir. Luego vienen los prodigios que se leen, prodigios que hacen pensar en las palabras de Shakespeare, en Hamlet (I, 5): «They are more things in heaven and earth, than are dreamt of in our philosophy». Llegado a la isla, Hanumat recobra su forma natural (prakritim ápends).

Encantamientos, magia, brujería, prodigios de todas clases, ya visibles en el Rig-Veda, en donde son obra de las almas en pena, de los espectros y de los malos espíritus, pasan al Ramayana, obra en la que adquieren una intensidad prodigiosa. Era natural. Todo ello pertenece a esa levadura de supersticiones groseras, tan fáciles de creer y aceptar, que el primitivo culto de la Naturaleza fue fecundo en elaborar y que, en virtud del antropomorfismo, elemento creador por excelencia en las religiones, grande y fecundo albañil de todo lo extraterreno, llevó y vinculó en los dioses no tan sólo las mismas necesidades y vicios de los hombres que los inventaban, sino que, como era lógico al hacerlo, no pudieron concebirles superiores a los hombres sino haciéndoles gigantes, y con ello, de fuerza y poder enormes. Como ya he hecho observar, la Tierra cabe en el hueco de la mano de Indra; deshacerla es más fácil para él que para nosotros despachurrar una naranja muy madura. Cuando el Gangá (el Ganges), río divino, bajó del Cielo a la Tierra para fecundarla.



con objeto de que al caer tan enorme cascada de agua no la deshiciese, Siva la recibió sobre su moño, ¡y las aguas tardaron mil años en poder escapar de la enorme y prodigiosa cabeza peluda del dios! Como los dioses, pues, de la mitología griega, de la germana y de todas (véase mi *Mitología Universal*) los demás, los de la India son gigantescos y su fuerza reside ora en su tamaño, ora en el poder sobrenatural de la magia; es decir, en facultades fuera del orden natural de las cosas terrestres. Facultades que ninguna mitología ni religión tratan de explicar, evidentemente, puesto que no tienen explicación; pero que son indispensables para que los dioses sean tales dioses; es decir, infinitamente superiores a los hombres que los crean. En las religiones superiores, la palabra magia es excluida, claro; pero se emplea en su lugar el milagro u otra palabra, simple eufemismo de «magia», que viene a ser lo mismo, asegurando que el dios o dioses que figuran en su panteón son todopoderosos. Aceptado esto, y forzoso es hacerlo si no se quiere ver desvanecerse la idea que encierra la palabra dios, ya todo pasa sin necesidad de más averiguaciones y sin tener siquiera que hacer caso de la pretenciosa ciencia y de su manía de querer hallar el «porqué» de todo.

Bajo este aspecto de prodigios y heroicidades, el Ramayana no es tan sólo superior a todos los poemas épicos y el que les ha dado la pauta, sino que ha sacado a la luz héroes, al lado de los cuales los paladines heroico-fantásticos creados por los poetas posteriores (los Herakles, los Teseos, los Sansón, los Rolandos, los Amadises, etc.) nada son, por decirlo así. ¿Que Herakles podría compararse con Rama, al que vemos (I, 68) no solamente levantar y tender «como jugando» el arco de Siva, lo que no podrían hacer ni las «tropas enteras de los suras con los asuras, los rakshasas ni los mejores de los gandharvas y de los yakshas, acompañados de los kinnaras y de los grandes serpientes»; es decir, ni los dioses, ni los demonios, ni los grandes monstruos, arco que había sido necesario para traerle (y eso que estaba colocado en un cofre con ruedas) el concurso de ¡cincuenta grupos!, cada uno de cien hombres de gran estatura y mucho vigor, o sea de 5.000 barbianes? Pues bien, Rama no solamente lo levanta sin esfuerzo y le tiende como jugando, sino que ¡le rompe al hacerlo! El que inventó a Sansón, si hubo un personaje forzado entre los judíos con este nombre, magnificó su fuerza hasta hacerle dar muerte a 1.000 filisteos con la quifada de un asno (desbordada ya su fantasía, vinculó tan maravillosa fuerza en sus cabellos); pero ¿se hubiese quedado tan corto de haber leído en el Ramayana que Rama había acabado en el

Ianasthana, él solito, con 14.000 rakshasas más sus jefes? Se dirá: Bueno, pero es que Rama era un dios hecho hombre, y, naturalmente, nada había imposible para él, y hasta puede que se piense en lo de los panes y los peces de Jesús. Pero ¿y Hanumat, que no lo era (se limitaba a ser hijo del Viento) y que, mejorando lo anterior, dejando en pañales a Rama, extermina, por su parte, 80.000 kimkaras terribilísimos y luego a todos los ejércitos de rakshasas que envía contra él Ravana, tras deshacer a patadas un bosque de asokas y destruir un templo enorme con sus puños? Por supuesto, como Rama, el gran héroe del Poema, no podía quedarse atrás, luchando luego en Lanká, en un octavo de día, es decir, en hora y media si por día se entiende la duración media de la luz, o en tres horas, si se calcula noche y todo, extermina, él solito también, la friolera de 10.000 carros con sus ocupantes, 18.000 elefantes y a quienes los montaban, 14.000 caballos con sus jinetes, más 200.000 infantes. Pues ¿y echar sobre el «insondable mar» una calzada de 100 yojanas de larga (de la costa de la India a la isla de Ceilán) y 10 de ancha en unos días? Para que se calcule la proeza diré que la yojana tiene 13.890 metros de larga. ¿Y qué decimos de los prodigios de Sabalá, la vaquira de Vasishtha? ¿Y la que arma luego Varhadvaaja para recibir dignamente a Bharata cuando éste va al encuentro de Rama? El Ramayana, prodigioso en todo, no podía dejar de serlo en «andaluzadas». Pero su arte y su grandeza es tal, que las damos por buenas, como damos por buenas las de Homeros y las de todos los poetas que, animados por más o menos chispas de genio, han hecho disfrutar y han asombrado y maravillado a los hombres con sus admirables y disparatadas creaciones.

(334) Vidyadharas, clase de daítias. Sus hijas, las vidhyadharis, fueron madres de gran número de monos compañeros de Hanumat y auxiliares de Rama.

(335) Según cierta versión (no se olvide que, además de las variantes en las ediciones hindúes, el Ramayana ha tenido en otros pueblos asiáticos un éxito que aún no está agotado; por ejemplo, entre los khmers, población de origen hindú que formó un imperio brillante en Cambodge; existe, pues, en efecto, una versión cabodgiana y otra siamesa, en las que se encuentran variaciones importantes, no pocas llenas de finura y de encanto); pues decía que, según cierta versión, Hanumat se reduce al tamaño de cuatro angulas (vrishadansa pramanas). Según Wilson, «Angula a measure of eight barley corns», angula, medida equivalente a ocho granos de cebada.

(336) Maharathas, grandes dignatarios.

(337) Rajahamsa, cisne real.

(338) Balakás, pájaros.

(339) Según otra versión, cuatro leones (sinhais caturbbih).

(340) Recuerda esto de envolver en trapos la cola de Hanumat, empaparlos en aceites y prenderlos fuego, lo de Sansón (Jueces, XV, 4 y sig.). Los paralelos entre la literatura india y la sagrada son numerosísimos. Aparte de lo de Krishna (en sánscrito, «el Negro»), el más célebre y popular de los dioses de la India (8.º avatar de Vishnú), cuya semejanza, en cuanto a su nacimiento e infancia, con la de Jesús, relatada en los Evangelios, así como en ciertos milagros, levantó el siglo pasado tal polvareda a propósito de la prioridad de los relatos.

(341) «Sitá no ha sido quemada» (Janaki no dagdheti).

(342) Sin duda a causa de la cualidad que tiene la miel de embriagar cuando las abejas han libado en ciertas plantas venenosas era por lo que estaba prohibido su uso a los Dos-veces-nacidos. Por el contrario, se recomendaba ofrecérsela a los dioses y a los pitris, puesto que, como inmortales, ya nada podía hacerles daño. Según el Chandogya Brahmana (V), los dioses gustan tanto de la miel, que en el Sol hay una variedad para ellos solos. En cuanto a Rama, Lakshmana y Sitá en el bosque no tan sólo comen miel, sino carne. Raíces y frutas también, los rishis a los que visitan se las ofrecen y no pueden desdeñarlas; pero de ordinario su alimento es, o al menos la base de él, la carne. Cuando Rama se aleja en persecución de Maricha, transformado en gacela, le vemos, de vuelta ya, cazar varios animales. Y a Maithili decir a Ravana: «Mi esposo va a volver con caza abundante. Tras haber matado rurus, godhas y jabalíes, traerá una buena provisión de carnes.» El hecho de que los hindúes no coman carne (mansa) sino en ocasiones excepcionales (ceremonias religiosas, casamientos, sacrificios en honor de los antepasados, etc.), parece no contar para Rama y los suyos, que, sin duda, por ser dioses encarnados, podían permitirse lo que no se permitían y aun hoy siguen no permitiéndose los mortales allí, que desde los tiempos védicos a nuestros días su alimento diario consiste en granos tostados (que tantas veces cita el Poema con motivo de los sacrificios), farináceos, arroz, frutas, leche, manteca y soma o sucedáneos de la miel. Cuando en 1888 Gandhi fue enviado a Inglaterra para que estudiase el Derecho, su madre, antes de partir, le hizo prometer que se abstendría de carne, de alcohol y de relaciones sexuales. En cuanto a los anacoretas y brahmanes, el consejo del Manu y del Paraskara es que eviten la miel y la carne (Manu, VI, 14; Paraskara, II, 5, 12). No obstante, en el Manava (V, 30, 32) y en el Código, de Yajnavalkya (I, 179), se lee: «El que, incluso todos los días, se alimenta de

carne de los animales que está permitido comer no cae en falta si antes la ha ofrecido a los dioses y a los pitris.» Todo lo relativo a la alimentación animal está regulado en el Vishnudharma-sastra, en cuyo capítulo IV se dice que el propio Vishnú es el que lo ha comunicado a la Tierra. Otros códigos, tales como el Dharmasastra, de Gautama (III, 31; XVII, 38), permiten a los anacoretas comer, tras haber ofrecido su alimento a las divinidades, toda la carne que quieran.

(343) Devamarga, tratamiento infamante que consistía en coger a alguno por las orejas y frotarle violentamente la cara contra el suelo.

(344) Una variante cuenta que Vibhishana, al escapar de Lanká va, seguido de sus cuatro fieles, al monte Kalasa, a reunirse con el dios Kubera, su hermano de padre, al que encuentra en unión del dios Siva, que le ha honrado con una visita y con el cual está echando una partida de dados. El Plutos indio (Kubera, como se sabe, es el dios de la riqueza) le descubre el porvenir y le aconseja que vaya a reunirse con Rama, que en breve le hará sentarse en el trono de Lanká, tras haber destruido a Ravana, su enemigo. El juego de los dados fue, desde la antigüedad más remota, popular en la India. El Atharva-Veda se ocupa de él. El rey de los pandavas, Yudhisthiras, se jugó a los dados su reino en Hastinapura con su primo Duryodhana, rey de los kauravyas, y le perdió (Mahabharata, I, 2230).

(345) Cien yojanas de larga por diez de ancha tenía la famosa calzada o puente que iba de la península del Indostán (India continental) a la isla de Ceilán. La yojana tiene 2,5 leguas marinas geográficas; es decir, a 5.556 metros la legua. Por consiguiente, la yojana equivale a 13.890 metros. Y la famosa calzada, a 1.389 kilómetros de larga por 139 de ancha. Como la distancia entre la India peninsular desde el punto extremo de Ramesvaram a Ceilán no es sino de 55 kilómetros fácil es comprender que la fantasía de Valmiki fue mucho más allá de la realidad e incluso que sus ojos, si alguna vez se acercó al borde del mar, por aquella parte. Por supuesto, evidente es que para el gran poeta, el mar era algo tan desconocido que, cuando habla de que está plagado de cocodrilos y de serpientes enormes, hace pensar que jamás estuvo junto a él. La tradición india ve los restos de esta calzada en los bancos de arena e islotes rocosos que entre Ramesvaram y Ceilan abundan en el estrecho.

(346) Sugriva, gran cuello, cuello formidable; hinagriva, privado de cuello.

(347) Yajván, sacrificador. Satrin, el que participa en un satra (sacrificio).

(348) Yava, término de quiromancia.

(349) Kurari, hembra de la, o del Kurara (águila de mar).

(350) Como se ve, según Garuda, Rama ama hasta a sus enemigos. En Lucas (VI, 35) se lee asimismo: «Y yo os digo: amad a vuestros enemigos.» Lo mismo en Mateo, V, 44.

(351) Nishka, adorno, y también moneda.

(352) Esta serpiente era Vasuki (véase mi Mitología Universal).

(353) Véase nota 332.

(354) Vadava o Vadavamukha, el Infierno.

(355) Uccaihsravas o Utchtersravas, caballo salido cuando el «batimiento del mar de leche» (véase mi Mitología Universal).

(356) Vibhú, ser superior.

(357) La flora del Himalaya ha gozado siempre de gran renombre. Allí crecía la hierba mahaushadhí, que daba la inmortalidad. A causa de ello, los hijos del Cielo, Tien-tsé, enviaban numerosas embajadas para obtenerla. El Atharva-Veda celebra la hierba kushta, que curaba el takmán, la sarna, la lepra, la fiebre, la tisis y una infinidad de otras enfermedades: satam ropis ca takmanah.

(358) El kinsuka es un árbol, variedad de butea frondosa, notable a causa de la hermosura de su aspecto y de sus flores en forma de mariposa.

(359) Lakshmana: «La virtud no existe.» Brutus: «Virtud, no eres sino una palabra.» («In verbo tantum virtutem esse».)

En cuanto al interesantísimo discurso de Lakshmana, su crudeza escéptica y su materialismo hubieran podido servir de pauta al Eclasiastés y a los Aristippos de todos los tiempos. Su resumen es, en efecto: «El deber cumplido, aunque fuese la virtud más pura, incapaz es de librarnos de la desgracia. La virtud, pues, no es sino una ilusión: nada más cierto que el citado «non in re, sed in verbo tantum, esse virtutem». Aquí es Ravana quien ha hecho el mal y Rama quien es castigado. Luego las acciones, moralmente consideradas, no tienen significación o valor alguno. El vicio vale tanto como la virtud (a veces, muchas veces, más), y la virtud es como el vicio para los efectos de su recompensa. Recompensa o castigo por nuestros actos: cuestión de suerte o de casualidad, no otra cosa. La justicia ha sido, es y probablemente será siempre cosa tan poco corriente en este ínfimo planeta, que el pesimismo se ha complacido de continuo en acusar al tenido por su autor, tratándole de cuanto hay que tratar, menos de justo y bueno. Y esto desde la mujer de Job (II, 19) basta H. Heine. El pueblo mismo, no hay necesidad de subir mucho, pues los males llegan a todas partes, es muy dado también a

poner en duda todo lo que se quiere sentar como dogma y como indudable. Horacio decía, por su parte, que aun en medio de los tesoros, algo de no se sabe qué de vacío se hace sentir (*Odas*, III, 24, 63). En Shakespeare (*King John*, act. III, esc. 4.<sup>a</sup>), cuanto desea Constancio, herido de muerte, y cuanto ruega al legado Pandolfo es que le enseñe el medio de no sentir dolor; lo demás, ¿qué le importa! «La fuerza es la riqueza», dice aún Lakshmana. En Horacio se lee también: «Pues todo obedece a la riqueza, y la pobreza es el mayor de los oprobios», *magnum pauperies opprobium* (*Horacio*, II *Sátira*, III, 94 y sig.; *Epístolas*, VII, 36 y sig.) «¡Dinero, dinero! He aquí todo para el hombre»: *chremata, chremata aner* (*Píndaros*, *Istmicas*, II, 17). «¡Oro! ¡Oro! El oro es todo; lo demás no es nada», grita el sobrino de Rameau. Hasta la dulce e inocente Margarita exclama: «Nach Golde drangt, am Golde hangt dich alles. Ach wir armen!» (¡Desgraciados de los pobres!) Y aún más fuerte, expresiva y trágica, si se quiere, la confesión de Gíngriolino, de Giuseppe Giusti, el poeta italiano (1809-1850): «Creo en el oro todopoderoso y en su querido hijo el cecuí»: lo credo nella Zecca onnipotente en nel figliuolo suo detto Zecchino. Hago gracia al lector de las citas semejantes de nuestra literatura, tales que el «Poderoso caballero es Don Dinero», de Quevedo, y de los infinitos refranes: «Dinero son calidad» (título de la conocida comedia), «Fortuna te dé Dios, hijo, que saber nada te vale», «Tanto tienes, tanto vales», etc.

(360) Indra, dios de la lluvia con el nombre de Parjanya.

(361) Una variante cuenta que cuando Hanumat va camino del Himavat para traer la planta del Gandhamadana, que debe curar a Lakshmana, al pasar por encima de Lanká, Ravana le ve y dice a un rakshasa monstruoso, llamado Kalanemi: «Si le impides su propósito (pues adivina, sin duda en virtud de su magia, adónde va y a por lo que va) te daré la mitad de mi reino.» Es evidente que, según el Poema, ni Hanumat tiene por qué pasar por sobre Lanká, ni tan siquiera Ravana está en la ciudad, sino en el campo de batalla. Pero sigamos. Tras lo anterior, Ravana dice a Kalanemi cómo tiene que arreglárselas para impedir que el poderoso mono lleve a cabo su propósito. A este efecto tomará, en virtud de la magia, la forma y aspecto de un rishi (él, como sabemos, ha hecho lo mismo para acercarse a Sitá y robarla: el Mahabarata abunda también en transformaciones mágicas), de un rishi retirado cerca del Gandhamadana. Y ello conseguido, que haga lo posible y hasta lo imposible (para la magia no hay problemas) para atraer a Hanumat. Obtenido su propósito, Grahí, la Dama del Lago (un lago que hay allí), que no suelta lo que consigue coger, tragará el formidable capi (¿y a

Kalanemi no y antes que a Hanumat?). Muerto Hanumat, muerto Lakshmana, y tras él, Rama. Entre tanto, Hanumat, tras haber escapado al peligro de ser alcanzado por una flecha que le lanza Bharata, tomándole por un pájaro raro (Bharata, que se ha retirado tristísimo a Nandigrama, donde, cuando no gobierna el Imperio en nombre de Rama, se entrega al ascetismo; el episodio, como de segunda mano—; qué diferencia entre el oro y el latón dorado!—, linda, como se ve, con lo idiota): tras haber escapado a la flecha, decía, llega adonde le aguarda el falso ermitaño. Este le invita a acercarse, a descansar y a tomar siquiera un poco de agua de aquel lago, agua especial precisamente para conformar y dar alientos. Y claro, Hanumat está bebiendo cuando Grahí sale y le coge. Pero no sabe con quién tiene que habérselas. El invencible vanará lucha con la endemoniada Dama, y tras zarandearla de lo lindo y destrozarla con uñas y dientes, acaba dejándola como un guiñapo. Entonces ella confiesa que es un apsarā maldecida por un gran muni («ocurrencia tampoco nueva: en el Poema, como se sabe, hay varias maldiciones que han producido los mismos efectos) y condenada a vivir en el lago hasta que él, Hanumat, viniese a librarla del maleficio, bien que a causa de otro: una buena paliza. Entonces le toca el turno de «cobrar» al traidor Kalanemi. El hijo de Vayú, tras una lucha terrible, la despachurra entre sus brazos. Libre al fin el camino, sube a la montaña en busca de la planta, que custodian preciosamente, como es natural, los armónicos gandharvas. Estos preguntan a Hanumat que quién es, no obstante ser más conocido que el Sol que codició el niño. Hanumat satisface su curiosidad y les ruega que le indiquen dónde está la planta que viene a buscar. Pero los gandharvas, al oír el nombre de Rama, en vez de apresurarse a dársela, deseosos de ayudar al que tanto se sacrifica por los dioses, ofendidos, creyendo que se supone dueño del suelo que ellos habitan, caen sobre Hanumat y tratan de matarle. Nueva refriega, pues de lo que se trata es de esto, de que haya «hule» para que la gente se divierta. Hanumat acaba pronto con sus adversarios, tras lo cual se lanza en busca de la planta. Y es no encontrándola, pues su fuerte son los puñetazos, las patadas, los uñetazos y los mordiscos, no la botánica, cuando arranca la cresta entera de la montaña y vuelve cargado con ella a Lanká. Aún de vuelta, Ravana, al verle pasar, ordena a seis de sus noctívagos que le detengan. Estos se lanzan tras Hanumat, que lucha con ellos y que tan sólo con sus dientes, piernas y cola, pues los brazos los tiene ocupados, mata a cinco. El sexto vuelve a decir a Ravana el resultado de la empresa.

(362) Rama, como Lakshmana y como Sitá, por no citar sino estos tres personajes: Rama, alma, por decirlo así, del Poema, le vemos no tan sólo fetichista convencido, es decir, adorador ahora de un carro, otras veces de un árbol, de una montaña o de un río, sino en ocasiones, lo que es curioso, no menos amante de las más puras doctrinas filosóficas y morales. Dado a las más groseras supersticiones y a la magia y profesando al mismo tiempo el idealismo de la *pratyabhijná*, que recuerda las sutilezas trascendentes de Kant. Es, a la vez, un idólatra de los más bajos y un vidente (*pa yah*). Y ello, sin duda, porque al mismo tiempo que dios es hombre. Como dios, los grandes hechos, la moral perfecta, la filosofía aquilatada. Como hombre, tan pronto lleno de amor y de celos, de generosidad y de humanidad como de cólera, ¡y qué cólera! O qué cóleras más bien. Cuando no encuentra a Sitá tras volver de matar a Maricha, le vemos dispuesto a deshacer el Universo. Cuando Sagara (el Mar) no acude a su llamamiento, entonces es el mar y cuanto contiene cuanto está dispuesto a destruir. Cuando, luchando con Ravana, se enfada, los mundos tiemblan con todos sus seres y hasta el propio Ravana, espantado, huye. Luego, nueva cólera cuando, en contra de todo lo que se puede esperar, llega a él, al fin, Sitá, que tanto le ama y que tan fiel le ha sido. Rama, pese a lo que le hemos oído gemir, llorar, suspirar por ella, morirse de amor y asegurar que la quiere más que a «sus alientos vitales», la repudia. Pero es que el dios ha quedado ahogado bajo el hombre, y el hombre siente celos. Celos y hasta bajas pasiones: como más tarde, al preferir complacer a la opinión del populacho a una criatura incomparable y perfecta como ella. Junto a esto, ama a sus enemigos y su gozo es servir a los demás. Es decir, como hombre: por un lado, excelencias que hacen pensar en el Dios; por otro, un montón de bajezas y de supersticiones. Si como dios Valmiki no pudo hacer de Rama un retrato perfecto, pues no podía, pese a su genio, saber «cómo» ni «qué» podía ser la Divinidad, como hombre sí. Como hombre, estas excelencias unidas a estos defectos hacen de Rama el tipo perfecto, la imagen fiel de lo que es capaz, aun siendo muy grande, un ser humano: oro y barro mezclados.

Kant juzga bien cuando dice que las supersticiones excesivas son inherentes al antropomorfismo, puesto que un ser divino antropomórfico determinado, es contrario a la íntima naturaleza de las cosas. Esta naturaleza es el ideal que espontáneamente la humanidad ha sentido y reconocido siempre. «Por grandes que sean entre las naciones—dice un filósofo platoniano—, la desunión, las impugnaciones y las contradicciones en lo que afecta a las cosas



religiosas hay, no obstante, un fondo para toda la Tierra, para toda la humanidad; un pensamiento y un discurso unánimes, a saber, que hay un ser único» (Máximo de Tiro, Disertaciones filosóficas, 15, 1, 5). Es decir, que todas las religiones dignas de tal nombre, e incluso las mitológicas, tienden al monoteísmo. Entiéndase, en el modo de pensar de aquellos que son capaces de hacerlo de un modo elevado, superior, eminente. En los demás, por el contrario, sólo en el politeísmo y la idolatría pueden bañarse como en aguas propias. Pero la tendencia elevada hacia el monoteísmo es lo que la India nos muestra con su Svayambhú (Manacad, I, 6), el Ser en sí. Grecia, con la figura de Zeus, desprovisto de mitos (véase mi Mitología Universal). El mundo semítico, mediante el «Yo soy lo que es» (Exodo, III, 14). El kusita (nombre que llevan en la Biblia los habitantes de Egipto, Etiopía y Arabia meridional), en virtud de la voz de Sals: «Ego ei mi pan to gegonos, kai on kai esomenom» (Ploutarchos, De Isis y Orbis, IX: «Ego sum omne quod existit, est, et erit»). El mundo helénico citado, en virtud de su oráculo de Donone: «Zeus en, Zeus, esti, Zeus essetai, o megale Zeus»; y por uno de sus videntes primitivos que canta: «Zeu panton archa —panton age-to» (Terpandros, siglo VI a. d. J.); es decir, Dios principio, causa primera del Universo.

(363) Aditiahridayastotra, himno en honor del Sol.

(364) Exactamente como a la Hidra de Lerne (véase mi Mitología Universal).

(365) Según una glosa, el cuerpo de Ravana, una vez caído, ocupaba en el suelo una superficie o cubría una extensión de cinco naivas de longitud, o sea 2.000 codos. Lo que hace ver que Ravana era aún mejor mozo que el dios Ares de la mitología griega. Este no ocupó, cuando Atena le tendió por tierra de una pedrada, ante Troya, sino siete arpentas («hepta d'epes chepeletra peson») Iliada, XXI, 407. El pie castellano equivalía a la tercera parte de la vara, luego a unos 28 centímetros, y la longitud del codo era superior. El pie griego («nous») tenía 296 milímetros. La arpentia griega («peletron») equivalía a 1.000 pies. Entre los antiguos, la longitud del codo variaba. Los egipcios distinguían el codo real, equivalente a 0.522 de nuestro sistema métrico, y el pequeño codo, que sólo tenía 0.450. Entre los griegos, el codo, pekhus, y entre los romanos, cubitus, valía un poco más de pie y medio, 0.443. Entre los árabes, 0.592 ó 0.444. ¿Qué pueblo de éstos tomó la longitud de su «codo» de los hindúes? No lo sé.

(366) Tamas, las Tinieblas.

(367) Crivatsa o Sricatsa, pectoral de Vishnú.

(368) Araní, leña para ser quemada.

(369) Paristaniká, lecho fúnebre.

(370) Rama responde a Svayambhú que cree «ser el hombre Rama, hijo de Dasaratha», porque, según una glosa, causa de cierta maldición de un brahmán (¡a él, el perfecto, la alegría y el encanto del Universo, como quiere decir su nombre—fama, alegría, encanto—, el mejor de los hombres y el mejor de los amigos, sakhá paramakah, el que ama hasta a sus enemigos!); a causa de cierta maldición de un brahmán, decía, a cuya mujer, que estaba encinta, había asustado sin querer, a causa de lo cual abortó, había perdido conciencia de su divinidad. Como Hanumat, que por obra de otra maldición semejante había perdido la conciencia de su fuerza inmensa. Los que han tratado de mejorar la plana a Valmiki, como no eran él, no han podido sobresalir, ni por su ingenio, ni mucho menos por su inventiva.

(371) Bali, jefe de los asuras (demonios) en la lucha de éstos contra los dioses (suras). Entonces fue el episodio de los «tres pasos» (véase mi *Mitología Universal*).

(372) No obstante todas las pruebas en favor de la castidad y pureza de Sítá, las sospechas de «Rama complaciente» quedaron imborrables en un pueblo como el hindú, en que no tan sólo el marido es la divinidad de su mujer, como dice muchas veces el Poema, sino, en cuanto a celos y recelo, un demonio. Según el Bhagavata Purana (IX, 11, 8, y sig.), el Vishnú terrestre había oído decir a un hombre, hablando a su mujer: «¡No quiero guardarte, mujer culpable, puesto que has ido a casa de otro! ¡Eso se queda para Rama!» El Bhagavata es uno de los Puranas consagrado a la glorificación del «Bhagavat» o «Divino»; es decir, de Vishnú. Los Bhagavatas forman doce libros, de los cuales el más importante es el décimo, que cuenta los primeros amores y las primeras hazañas de Krishna. Según la tradición, son obra de Yopadeva, gramático hindú que vivía, aproximadamente, en el siglo XII de nuestra era.

(373) Samsara, la rueda de la vida, que da vueltas sin cesar, arrastrando en su curso la ronda de los nacimientos y reencarnaciones hasta que el alma obtiene la liberación (moksha) final.

(374) Vimana, carro celestial. Esta palabra significa también palacio.

(375) Dharmacarya, disciplina brahmánica.

(376) Vaitalikas, artistas.

(377) Ningún reinado ha sido tan duradero como el de Rama, puesto que aun hoy no ha tenido fin. Ningún dios, ni siquiera

Krishna, querido sobre todo de las mujeres, es, en realidad, tan popular en la India como él, bien que este último lo sea mucho. Claro que como Krishna no es, lo mismo que Rama, sino otra encarnación de Vishnú, en resumidas cuentas, para su gloria es igual. En cuanto al marido de Sítá, en todas las fiestas se puede oír todavía el grito, miles de veces repetido, de: «¡Ram! ¡Ram!»

(378) Itihasa, poema en honor de Rama.

(379) Samhita, compilación, colección.

(380) Pratihara, portero.

(381) No se olvide, como ya he indicado varias veces, que la palabra río es femenina en sánscrito, y, por tanto, los ríos, hembras.

(382) Estas palabras parecen demostrar que al escribirse el Uitarakanda, los rakshasas habían adquirido ya la categoría de demonios, lo que probaría que esta última parte del poema era muy posterior a las otras, en las que si se les tilda de antropófagos y se les considera como demonios, no es en el concepto absoluto de esta palabra, puesto que, descendiendo de los grandes dioses, como los devas, son enemigos de éstos; pero sólo por ello opuestos a los dioses, bien que no demonios en realidad.

(383) Véase en mi Mitología Universal por qué Siva era enemigo de Kama.

(384) Sarabha, fiera. Probablemente una fiera mítica terrible.

(385) Virasana, actitud ascética.

(386) Nandana, bosque de Indra.

(387) Parsvamaud, acobardado, disminuido, fugitivo, temeroso.

(388) Pragvamsa, vestíbulo de la cámara del sacrificio.

(389) Obsérvese la semejanza entre esta transformación de los dioses hindúes en animales por temor a Ravana y la de los dioses del panteón griego en animales asimismo, a excepción de Zeus y Atena, por temor a Tifón (véase mi Mitología Universal).

(390) Daivam, el Destino.

(391) Asipatravana, Raurara, Ksharanadi, Kshuradharás, departamentos infernales (véase sobre los Infernos, tanto hindúes como de todas las religiones, la nota 455 de mi Mitología Universal).

(392) Postes para atar a las víctimas destinadas a los sacrificios.

(393) Ananta, serpiente de mil cabezas.

(394) Linga, en el hinduismo, símbolo de los órganos sexuales masculinos, análogo al falo de los griegos. Es el órgano particular de Siva, y se le encuentra por todas partes en la India, bajo el aspecto de una columna de piedra o de un cono de tierra.

(395) Madhuparka, ofrenda de leche, miel y manteca.

(396) Manas, Anila y Suparna, es decir, el Sexto Sentido, el Viento y Garuda.

(397) Guhyaka, músico.

(398) Puranas («Antigüedades»), textos sánscritos consistentes, sobre todo, en relatos legendarios de la creación.

(399) Se trata en este sarga de describir un bosque de asokas, propiedad de Rama, superior en hermosura al en que Hanumat encontró a Sitá allá en el palacio de Ravana.

(400) Bhrigú, uno de los grandes rishis sacrificadores de la época védica. Sus descendientes, los bhrigús, son citados frecuentemente en el Rig-Veda como encendedores del fuego sagrado, civilizadores e inventores de artes útiles.

(401) Satra, sacrificio.

(402) Las srutis, las «revelaciones» (véase nota 78).

(403) Natas y nartakas, actores y bailarines.

(404) Havis, brebaje sagrado.

(405) Rakshá, rito protector.

(406) Surasena, don de los dioses (suras).

(407) Anrita, véase nota 175.

(408) Dvapara, tercer período cósmico.

(409) Como se comprende por lo que sigue, desierto quiere decir deshabitado, no el sentido que hoy se suele dar a esta palabra del lugar en que la vida es imposible, o casi, por falta de agua y, consiguientemente, de vegetación.

(410) Svargin, habitante del Cielo; como inmediatamente, nakín.

(411) Danda, el castigo personificado.

(412) Kimpurushas, clase de seres (bhutas).

(413) Pandit (pandita, sabio en sánscrito), título honorífico que se da en la India a los brahmanes versados en la ciencia religiosa, y a los fundadores de las sectas, e incluso a los hombres verdaderamente competentes en toda clase de conocimientos. Naigamas, intérpretes de los Vedas.

(414) Vrittis, los ritmos védicos.

- (415) **Kavya, poema (véase nota 117).**
- (416) **Upakhyana, relato, episodio.**
- (417) **Nakapristha, la cima más alta del Cielo.**
- (418) **Nagaloka, el mundo de los «nagas», serpientes infernales.**
- (419) **Adikavya, el primero de los poemas, el poema por excelencia, el Ramayana.**
- (420) **Uttara (kanda), libro suplementario del Ramayana.**
- (421) **Bhavishyat o Bavishya, parte poética del Ramayana.**
- (422) **Bhutagramas, variedades de vampiros.**
- (423) **Mahaprasthana, el Gran Viaje, la muerte.**
- (424) **Gayatri, canto, metro védico. Aquí tomado en el sentido general de la Poesía Védica.**
- (425) **Véase nota 100.**

# INDICE

Págs.

ESTAMPA RAMAYÁNICA ... ..	5
---------------------------	---

## V

### SUDARAKANDA

#### SARGAS

1. Partida de Hanumat ... ..	13
2. Llegada de Hanumat a Lanká ... ..	23
3. Hanumat entra en la ciudad ... ..	26
4. Hanumat inspecciona la ciudad y sus habitantes.	29
5. Hanumat recorre la ciudad sin descubrir a Sitá.	31
6. Hanumat explora el palacio de Ravana ... ..	33
7. Descripción del carro Pushpaka ... ..	35
8. Continuación de la descripción del carro Push- paka ... ..	37
9. Hanumat inspecciona el gineceo ... ..	38
10. Hanumat ve a Ravana y a sus mujeres ... ..	42
11. Aspecto de la sala del banquete ... ..	45
12. Hanumat cae en el desaliento ... ..	47
13. Perplejidad de Hanumat ... ..	49
14. El bosquecillo de asokas ... ..	53
15. Hanumat ve a Sitá ... ..	56
16. Reflexiones de Hanumat al ver a Sitá ... ..	59
17. Retrato de las rakshasis guardianas de Sitá ... ..	61
18. Ravana va al bosque de asokas ... ..	63
19. Desolación de Sitá ... ..	65
20. Ravana suplica a Sitá que se case con él ... ..	66
21. Sitá rechaza con desprecio a Ravana ... ..	68
22. Amenazas de Ravana ... ..	70

23. Las rakshasis animan a Sitá a que despose a Ravana ... ..	73
24. Más amenazas ... ..	74
25. Sitá se entrega a la desesperación ... ..	76
26. Amenazas de Sitá ... ..	77
27. Ensueño de Trijatá ... ..	80
28. Lamentos de Sitá ... ..	83
29. Sitá ve felices presagios ... ..	84
30. Reflexiones de Hanumat ... ..	85
31. Hanumat hace el elogio de Rama ... ..	87
32. Sitá ve a Hanumat ... ..	88
33. Conversación entre Sitá y Hanumat ... ..	89
34. Dudas de Sitá viendo a Hanumat ... ..	91
35. Hanumat se da a conocer a Sitá ... ..	93
36. Sitá interroga a Hanumat ... ..	98
37. Sitá rehusa dejarse llevar por Hanumat ... ..	101
38. Sitá entrega a Hanumat su anillo ... ..	104
39. Hanumat calma las aprensiones de Sitá ... ..	108
40. Hanumat se despide de Sitá ... ..	111
41. Hanumat devasta el bosque de asokas ... ..	112
42. Hanumat extermina a los kimkaras ... ..	114
43. Hanumat quema el templo de Lanká ... ..	116
44. Muerte de Jambumalín ... ..	118
45. Hanumat mata a los hijos del ministro ... ..	119
46. Hanumat extermina a cinco generales y a sus tropas ... ..	120
47. Muerte de Aksha ... ..	122
48. Hanumat se deja capturar por los rakshasas ... ..	126
49. Asombro de Hanumat al ver a Ravana ... ..	130
50. Interrogatorio de Hanumat ... ..	131
51. Discurso de Hanumat ... ..	132
52. Vibhishana asume la defensa de Hanumat ... ..	135
53. Hanumat es paseado, encadenado, por la ciudad ... ..	137
54. Hanumat incendia Lanká ... ..	139
55. Inquietudes de Hanumat a propósito de Sitá ... ..	142
56. Hanumat se despide de Sitá ... ..	144
57. Regreso de Hanumat ... ..	147
58. Relato de Hanumat ... ..	150
59. Hanumat pide que Sitá sea liberada ... ..	158
60. Proyecto de Angada. Jambavat le desapueba ... ..	160
61. Devastación de Madhuvana ... ..	161
62. Lucha entre Dadhimuka y los saqueadores ... ..	163

63. Dadhimuka hace saber a Sugriva la devastación del Madhuvana ... ..	165
64. Sugriva conforta a Rama ... ..	167
65. Hanumat cuenta a Rama su entrevista con Sitá. ... ..	169
66. Dolor de Rama ... ..	171
67. Hanumat repite a Rama las palabras de Sitá ... ..	172
68. Hanumat repite el discurso que dirigió a Sitá para consolarla ... ..	174

## VI

## Y U D D H A K A N D A

## S A R G A S

1. Rama felicita a Hanumat.—Sus perplejidades ... ..	177
2. Sugriva conforta a Rama ... ..	178
3. Hanumat describe a Rama la potencia de Lanká. ... ..	179
4. El ejército se pone en marcha.—Llega al borde del mar ... ..	181
5. Rama llora por Sitá y por él mismo ... ..	187
6. Ravana reúne su consejo ... ..	189
7. Los rakshasas empujan a Ravana a la guerra.—Le recuerdan sus hazañas ... ..	190
8. Jactancia de los generales de Ravana ... ..	192
9. Vibhishana aconseja a Ravana que devuelva a Sitá ... ..	193
10. Vibhishana insiste para que Sitá sea devuelta a Rama ... ..	194
11. Ravana convoca la asamblea de los rakshasas ... ..	196
12. Discurso de Ravana y de Kumbhakarna ... ..	198
13. Ravana cuenta su aventura con Punjikasthalá. ... ..	201
14. Vibhishana censura la actitud de los cortesanos de Ravana ... ..	202
15. Jactancia de Indrajit y censura de Vibhishana. ... ..	204
16. Respuesta de Ravana.—Partida de Vibhishana ... ..	205
17. Discurso de los principales vanaras al ver a Vibhishana ... ..	206
18. Rama emite la opinión de acoger a Vibhishana. ... ..	210
19. Vibhishana es introducido a presencia de Rama. ... ..	213
20. Ravana disputa a Suka junto a Sugriva ... ..	215



21. Rama lanza sus flechas a Sagara ... ..	217
22. El ejército atraviesa el mar ... ..	219
23. Presagios se le aparecen a Rama ... ..	224
24. Suka da cuenta a Ravana de su misión ... ..	225
25. Ravana envía a Suka y a Sarana a espiar a los haris ... ..	227
26. Sarana designa a Ravana los principales jefes de los vanaras ... ..	229
27. Sarana continúa su informe ... ..	232
28. Suka hace, a su vez, la enumeración del enemigo.	234
29. Ravana envía nuevos espías ... ..	237
30. Sardula da cuenta a Ravana de su misión ... ..	238
31. Ravana hace saber embusteramente a Sitá la muerte de Rama ... ..	240
32. Desesperación de Sitá ... ..	243
33. Saramá consuela a Sitá ... ..	245
34. Saramá espía el propósito de Ravana ... ..	247
35. Malvayat aconseja a Ravana que haga la paz ...	249
36. Ravana pone a Lanká en estado de defensa ...	251
37. Rama establece su plan de ataque ... ..	252
38. Ascensión al Suvela ... ..	254
39. Descripción de Lanká ... ..	255
40. Combate singular entre Sugriva y Ravana ... ..	257
41. Rama disputa a Angada junto a Ravana ... ..	259
42. Asalto de Lanká. Los rakshasas hacen una salida.	264
43. Batalla entre los vanaras y los rakshasas ... ..	267
44. Hazaña de Angada ... ..	269
45. Rama y Lakshmana son derribados por Indrajit.	272
46. Desesperación de Sugriva y de su ejército. Vi- bhishana les tranquiliza ... ..	273
47. Sitá ve a Rama y a Lakshmana sobre el campo de batalla ... ..	276
48. Lamentaciones de Sitá. Trijatá la tranquiliza.	278
49. Rama se despierta. Lloro por Lakshmana ... ..	280
50. Garuda libra a Rama y a Lakshmana ... ..	282
51. Dhumraksha marcha al encuentro de los va- naras ... ..	285
52. Hazañas de Dhumraksha. Es muerto por Hanu- mat ... ..	288
53. Vajradamshttra entra en línea.—Proezas de An- gada ... ..	290
54. Angada mata a Vajradamshttra ... ..	292

55. Akampana marcha contra los vanaras ... ..	294
56. Akampana cae bajo los golpes de Hanumat ... ..	295
57. Salida de Prahasta ... ..	298
58. Muerte de Prahasta ... ..	300
59. Proezas de Ravana.—Rama le vence y le perdona la vida ... ..	303
60. Los rakshasas despiertan a Kumbhakarna ... ..	313
61. Historia de Kumbhakarna ... ..	319
62. Entrevista de Kumbhakarna y de Ravana ... ..	321
63. Kumbhakarna trata de confortar a Ravana. Sus sanfarronadas ... ..	322
64. Discurso de Mahodara ... ..	326
65. Kumbhakarna se lanza al combate a pesar de los presagios funestos ... ..	328
66. Los monos huyen en presencia de Kumbhakarna.—Reproches de Angada ... ..	331
67. Hazañas de Kumbhakarna. Rama le mata ... ..	333
68. Ravana llora a su hermano Kumbhakarna ... ..	344
69. Muerte de los hermanos y de los hijos de Ravana ... ..	345
70. Sigue la batalla ... ..	350
71. Hazañas y muerte de Atiyaka ... ..	354
72. Recomendaciones de Ravana a sus oficiales ... ..	361
73. Indrajit se hace invisible y pone fuera de combate a los jefes vanaras ... ..	362
74. Hanumat va a la roca de las Hierbas por indicación de Jambavat ... ..	366
75. Incendio de Lanká ... ..	371
76. Proezas de Angada y de Kumbha. Sugriva derriba a Kumbha ... ..	375
77. Duelo entre Nikumbha y Hanumat. Nikumbha sucumbe ... ..	380
78. Makaraksha sale al encuentro de Rama y de Lakshmana ... ..	381
79. Makaraksha cae bajo los golpes de Rama ... ..	382
80. Nueva salida de Indrajit.—Se hace invisible ... ..	385
81. Estratagema de Indrajit. Espectro de Sitá ... ..	387
82. Hanumat vuelve a traer a sus tropas al combate. Sacrificio de Indrajit ... ..	389
83. Discurso de Lakshmana ... ..	391
84. Vibhishana consuela a Rama ... ..	393

85. Lakshmana va al Nikumbhilá para combatir allí a Indrajit ... ..	395
86. Indrajit interrumpe su sacrificio para combatir a Lakshmana ... ..	347
87. Indrajit y Vibhishana se invectivan ... ..	399
88. Combate entre Lakshmana e Indrajit ... ..	401
89. La refriega se hace general. Indrajit pierde su escudero, sus caballos y su carro ... ..	405
90. Muerte de Indrajit ... ..	408
91. Rama felicita a Lakshmana, al que Sushena cura de sus heridas ... ..	413
92. Dolor de Ravana al saber la muerte de su hijo. ... ..	415
93. Hazañas de Rama ... ..	419
94. Lamentaciones de los rakshasas ... ..	421
95. Salida de Ravana. Encuentra presagios funestos ... ..	424
96. Combate entre Virupaksha y Sugriva. Muerte de Virupaksha ... ..	427
97. Mahodara es muerto por Sugriva ... ..	428
98. Duelo entre Angada y Mahaparsva. Muerte de Mahaparsva ... ..	431
99. Rama y Ravana se batien con armas mágicas. ... ..	432
100. Ravana huye frente a Rama ... ..	435
101. Maravillosa curación de Lakshmana ... ..	438
102. Rama y Ravana reanudan el duelo ... ..	441
103. Rama apostrofa a Ravana y le reprocha sus maldades ... ..	445
104. Reproches de Ravana a su escudero ... ..	447
105. Agastya enseña a Rama el Aditiahridayastotra ... ..	449
106. Presagios fúnebres ... ..	451
107. Diversas peripecias del duelo ... ..	453
108. Muerte de Ravana ... ..	456
109. Lamentaciones de Vibhishana ... ..	458
110. Lamentaciones de las esposas de Ravana ... ..	460
111. Lamentaciones de Mandodari.—Funerales de Ravana ... ..	462
112. Consagración de Vibhishana ... ..	469
113. Mensaje de Hanumat enviado junto a Sitá ... ..	470
114. Rama envía a buscar a Sitá ... ..	473
115. Rama repudia a Sitá ... ..	475
116. Lamentaciones de Sitá.—Sufre la prueba del fuego ... ..	477

	<i>Págs.</i>
117. Elogio de Rama por Brahma .....	479
118. Rama vuelve a tomar a Sitá .....	481
119. Aparición de Dasaratha .....	482
120. Indra, a ruegos de Rama, resucita al ejército de éste .....	484
121. Vibhishana pone el carro Pushpaka a disposición de Rama .....	486
122. Marcha de Rama hacia Ayodhya .....	487
123. Rama enumera a Sitá los lugares por sobre los que pasan .....	489
124. Entrevista de Rama y del asceta Bharadvaja .....	492
125. Rama diputa a Hanumat junto a Bharata .....	493
126. Hanumat cuenta a Bharata las aventuras de Rama y de Sitá .....	496
127. Bharata sale al encuentro de Rama .....	499
128. Consagración de Rama.—Su reinado.—Ventajas de la audición del Ramayana .....	503

## VII

## U T T A R A K A N D A

## S A R G A S

1. Los ascetas felicitan a Rama .....	510
2. Nacimiento de Visravas .....	512
3. Vaisravana llega a ser el protector de los tesoros .....	514
4. Origen de los rakshasas y de sus privilegios .....	516
5. Historia de los tres hijos de Sukesa .....	518
6. Vishnú toma la defensa de los devas contra los rakshasas .....	520
7. Combate entre Vishnú y los rakshasas .....	524
8. Lucha entre Vishnú y Malvayat .....	527
9. Nacimiento de Dasagriva y de sus hermanos .....	529
10. Ascetismo practicado por Dasagriva y sus hermanos. Donde de Brahma .....	532
11. Dhanada cede Lanká a Dasagriva .....	535
12. Matrimonios de los rakshasas .....	537
13. Crímenes de Ravana .....	539
14. Combate de Ravana contra los yakshas .....	541

15. Combate de Ravana con Dhanada. Ravana se apodera del carro Pushpaka ... ..	543
16. Origen del nombre Ravana ... ..	546
17. Historia de Vedavati ... ..	548
18. Los dioses metamorfoseados en animales por miedo a Ravana ... ..	<b>550</b>
19. Ravana lucha contra Anaranya, que muere prediciéndole su propio fin ... ..	552
20. Encuentro de Ravana y del asceta Narada ... ..	554
21. Ravana baja a los Infiernos a combatir a Yama.	556
22. Duelo entre Ravana y Yama. Intervención de Brahma ... ..	559
23. Lucha de Ravana con los hijos de Varuna ... ..	561
24. Ravana rapta a un gran número de mujeres y es maldecido por ellas ... ..	564
25. Dasagriva se alía con Madhu ... ..	567
26. Nalakubará maldice a Ravana ... ..	569
27. Combate entre los devas y los rakshasas. Muerte de Sumali ... ..	573
28. Duelo entre Indra y Ravana ... ..	575
29. Ravana captura a Indra ... ..	578
30. Historia de la maldición de Sakra por Gautama.	580
31. Ravana, a orillas del Narmadá ... ..	583
32. Arjuna captura a Ravana ... ..	586
33. Arjuna suelta a Ravana a ruegos de Pulastya.	590
34. Vali cuelga a Ravana de su cinturón ... ..	591
35. Historia de Hanumat niño ... ..	594
36. Privilegios concedidos por los dioses al niño Hanumat, al que los ascetas maldicen ... ..	597
37. Homenajes tributados a Rama ... ..	601
38. Rama despide a sus aliados ... ..	602
39. Rama colma de presentes a sus aliados ... ..	604
40. Adiós de Rama a sus auxiliares, rikshas, vanaras y rakshasas ... ..	606
41. Adiós de Rama a Pushpaka ... ..	607
42. Felicidad de Rama y Sitá ... ..	609
43. Rama interroga a sus familiares sobre la opinión pública ... ..	611
44. Rama reúne a sus hermanos ... ..	612
45. Rama ordena a Lakshmana que aleje a Sitá ... ..	613
46. Lakshmana lleva a Sitá. Su dolor. Sitá le consuela ... ..	615

	<i>Págs.</i>
47. Lakshmana hace saber a Sitá que ha sido repudiada ... ..	617
48. Lakshmana conduce a Sitá a la soledad y allí la abandona ... ..	618
49. Valmiki recoge a Sitá ... ..	619
50. Sumantra trata de consolar a Lakshmana ... ..	620
51. Vishnú, maldecido por Bhrigú ... ..	622
52. Lakshmana va al encuentro de Rama ... ..	623
53. Rama cuenta a Lakshmana la historia de Nriga ... ..	624
54. Fin de la historia de Nriga ... ..	626
55. Historia de Nimi. Maldito por Vasishtha, él le maldice a su vez ... ..	627
56. Urvasí es maldecida ... ..	628
57. Fin de la historia de Vasishtha y de Nimi ... ..	630
58. Usanas maldice a Yayati ... ..	631
59. Paru se sustituye a su padre maldecido por Usanas ... ..	633
60. Los ascetas vienen a ver a Rama ... ..	634
61. Historia de Madhu ... ..	635
62. Satruña pide combatir a Lavana ... ..	637
63. Consagración de Satruña ... ..	638
64. Satruña parte al encuentro de Lavana ... ..	640
65. Historia de Saudasa, maldito por Vasishtha ... ..	641
66. Nacimiento de Kusa y de Lava ... ..	643
67. Historia de Mandhatar ... ..	644
68. Satruña encuentra a Lavana ... ..	645
69. Muerte de Lavana ... ..	647
70. Satruña habita la ciudad de Madhú ... ..	649
71. Satruña vuelve junto a Valmiki ... ..	650
72. Satruña vuelve a ver a Rama ... ..	651
73. El hijo del brahmán, muerto ... ..	653
74. Discurso de Narada ... ..	654
75. Rama visita su reino ... ..	656
76. Sambuka, muerto por Rama ... ..	657
77. Historia de Svargin ... ..	659
78. Sveta, condenado a alimentarse de su propio cuerpo ... ..	660
79. Ikshavaku y sus cien hijos ... ..	662
80. Danda ultraja a Arajā ... ..	663
81. Destrucción del reino de Danda ... ..	664
82. Rama es proclamado por Agastya la salvación del Mundo ... ..	665

83. Bharata hace desistir a Rama de proceder al rajasuya ... ..	667
84. Historia de Vritra ... ..	668
85. Muerte de Vritra ... ..	669
86. Indra, liberado del brahmanicidio gracias al asvamedha ... ..	670
87. Historia de Ila transformado en mujer ... ..	672
88. Budha encuentra a Ila ... ..	673
89. Nacimiento de Pururavas ... ..	675
90. Ila adquiere su primer estado gracias al asvamedha ... ..	676
91. Rama da sus órdenes para el asvamedha ... ..	677
92. Descripción del asvamedha ... ..	679
93. Valmiki ordena a Kusa y a Lava que canten el Ramayana ... ..	680
94. Kusa y Lava cantan el Ramayana ... ..	681
95. Rama envía a buscar a Sitá ... ..	683
96. Valmiki lleva a Sitá ante Rama ... ..	684
97. Sitá desciende al Rasatala ... ..	686
98. Dolor y cólera de Rama. Brahma le calma ... ..	687
99. Muerte de las reinas madres ... ..	689
100. Rama envía a Bharata a la conquista de los gandharvas ... ..	690
101. Exterminación de los gandharvas y conquista de su país ... ..	691
102. Rama da reinos a los hijos de Lakshmana ... ..	692
103. Kala viene a ver a Rama de parte de Brahma ... ..	693
104. Kala explica su mensaje ... ..	694
105. Durvasas viene a ver a Rama ... ..	695
106. Rama destierra a Lakshmana ... ..	696
107. Rama consagra a Kusa y a Lava ... ..	697
108. Supremas recomendaciones de Rama a sus compañeros de armas ... ..	699
109. Marcha de Rama hacia el Mahaprasthanas ... ..	700
110. Rama sube al Cielo, y todos los seres con él ... ..	702
111. Excelencias y virtudes del Ramayana ... ..	703
Notas ... ..	705



978-84-7083-048-8



9 788470 830488

***[www.edicionesibericas.net](http://www.edicionesibericas.net)***